LA HEROYCA VIDA, VIRTUDES, Y MILAGROS DEL GRANDE S. FRANCISCO DE BORJA,

ANTES DUQUE QUARTO DE GANDIA, y deſpues Tercero General de la Compañia de JESUS.

ESCRIVIÓLA

EL EMINENTISSIMO, Y REVERENDISSIMO PADRE Don Alvaro Cien-Fuegos, Cardenal de la Santa Igleſia de Roma, Arzobiſpo de Monreal, &c.

Y SE CONSAGRA ESTA QUARTA IMPRESSION

A MARIA SANTISSIMA DE LOS LLANOS,

VENERADA EN SU IGLESIA DE LA VILLA DE HONTOBA, Provincia de la Alcarria.

CON LA DEDICATORIA A EL ALMIRANTE.

Año 1754.

Con licencia. Barcelona: En la Imprenta de Carlos Sapèra, y Jayme Oſsèt Mercaderes de Libros, en la calle de la Libreria.

A coſta de Joſeph Pi, y Gisleno Mans, Mercaderes de Libr.

A LA
AURORA DEL SOL DE JUSTICIA,
A LA ESTRELLA MATUTINA,
A LA ESPERANZA DEL LINAGE HUMANO,
AL MAR DE TODA LA GRACIA,
MARIA SANTISSIMA
DE LOS LLANOS.

SEÑORA.

PRACTICA comun es, que el que ha coſteado algun libro, y para utilidad de muchos lo ſaca à luz publica, buſca para dedicarlo perſona, en quien ſe junten Nobleza, Riqueza, Grandeza, Poder, Liberalidad, Condicion afable, y Benignidad para ampararlo. Todo eſto, y mucho mas ſe halla en vueſtra Sacratiſsima Perſona. Nobleza, y tan grande, que à todas las criaturas excedeis en ella, como dice San Ambroſio. Riquezas, pues como afirma Alberto Magno, puſo Dios todas las del Cielo, y Tierra en vueſtras manos. Grandeza, pues eſtando en el Trono Real en vueſtra Gloria en el Cielo, llegais haſta lo profundo de la Tierra, como dize S. Bernardino de Sena. Poder, pues obrais todo lo que quereis en el Cielo, y ſuelo, como afirma San Pedro Damiano. Liberalidad, pues à todos, juſtos, y pecadores, que os ſuplican, llena de bendiciones vueſtra Maternal Clemencia, como lo dicen todos los Santos. Condicion afable, que nada tiene de auſtèra, ſino que toda es ſuave, toda dulce, como nos lo aſſeguran San Bernardino, y otros.

Por todos eſtos motivos, y por el de la gratitud à los muchos beneficios, que me aveis hecho, y haceis, os ofrezco eſte Libro de la *Vida, virtudes, y milagros de San Franciſco de Borja*, con el fin, y zelo de que ſe aprovechen de ſus grandes virtudes los que viven entregados al ſueño de ſus vicios, y olvido de la ſalvacion de ſus almas: Y pues teneis tanta voluntad de que todos las logren, y la de vueſtro Hijo Santiſsimo, es tambien, ſegun San Bernardo, que eſta felicidad, y las demàs ſe alcancen por vueſtro medio: *Sic eſt voluntas Dei, qui totum nos habere voluit per Mariam.* Haced, Madre Santiſsima de los Llanos, que quantos le leyeren, ſalgan del letargo de ſus vicios, y ſirvan à Dios nueſtro Señor de ſuerte en eſta vida, que en vueſtra dulciſsima, y amabiliſsima compañia, merezcan à ſu Mageſtad verle, poſſeerle, y gozarle por toda la eternidad en la otra. Amen.

Vueſtro humilde quan indigno Eſclavo,

Franciſco Medel del Caſtillo.

LICENCIA DE LA RELIGION.

FRanciſco Xavier, Provincial de la Compañia de Jeſus en eſta Provincia de Caſtilla, por comiſsion que para ello tengo del muy Reverendo Padre Thyſo Gonzalez, Prepoſito General de la miſma Compañia, doy licencia, que ſe imprima un libro intitulado: *Vida, virtudes, y milagros de San Franciſco de Borja*, compueſto por el Padre Alvaro de Cienfuegos, de nueſtra Compañia, Maeſtro de el Gremio de la Univerſidad de Salamanca, y ſu Cathedratico de Viſperas de Theologia, el qual ha ſido examinado, y aprobado por perſonas doctas, y graves de nueſtra Compañia. En teſtimonio de lo qual dì eſta firmada de mi nombre, y ſellada con el ſello de mi Oficio en eſte nueſtro Colegio de nueſtro P. S. Ignacio de Valladolid à onze dias del mes de Noviembre de mil y ſeiſcientos y noventa y nueve años.

Franciſco Xavier.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOs el Doctor Don Chriſtoval Damaſio, Canonigo de la Inſigne Igleſia del Sacro-Monte Ilipulitano Valparaìſo, Extramuros de la Ciudad de Granada, y ſu Partido, &c. Por la preſente, y por lo que à Nos toca, damos licencia, para que ſe pueda imprimir, è imprima el libro intitulado: *Heroyca vida, virtudes, y milagros de San Franciſco de Borja*, compueſto por el Padre Maeſtro Alvaro de Cienfuegos, de la Compañia de Jeſus, Cathedratico de Viſperas de Theologia de la Univerſidad de Salamanca, atento, que por nueſtro mandado eſtà viſto, y reconocido, y no contiene coſa contra nueſtra Santa Fè Catholica, y loables coſtumbres. Dada en Madrid à 30. de Octubre de 1725.

Doctor Damaſio.

Por ſu mandado,

Bartholomè Lopez.

APROBACIONES.

EStà aprobado eſte libro por el Reverendiſsimo Padre Maeſtro Fray Franciſco Galiano Spuche, del Orden de San Geronymo, General de ſu Religion, ſu fecha en San Geronymo de Madrid en 12. de Abril de 1702. Y por el Doctor Don Franciſco de Perea y Porras, Colegial-Hueſped, y Rector que fuè del Colegio Mayor de Cuenca en la Univerſidad de Salamanca, ſu fecha en Salamanca à 28. de Abril de 1702.

LICEN-

LICENCIA DEL CONSEJO.

DON Juan de Peñuelas, Secretario de Camara del Rey nueſtro Señor, y de Govierno del Conſejo por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragon: Certifico, que por los Señores de èl ſe ha concedido Licencia à Jayme Oſsèt, Impreſſor en la Ciudad de Barcelona, para que por una vez pueda reimprimir, y vender el Libro intitulado: *Vida de San Franciſco de Borja*, ſu Autor el R. P. Alvaro Cien-Fuegos, con que la dicha reimpreſsion ſe haga por èl impreſſo, que ſirve de original, y que antes que ſe venda ſe trayga al Conſejo, junto con èl, y Certificacion del Corrector general de eſtàr conforme, para que ſe taſſe el precio à que ſe ha de vender, guardando en ſu reimpreſsion lo diſpueſto por Leyes, y Pragmaticas de eſtos Reynos; y para que conſte, doy eſta Certificacion en Madrid à diez y ſeis de Febrero de mil ſetecientos cincuenta y quatro.

Don Juan de Peñuelas.

FEE DE ERRATAS.

EL Libro intitulado: *Vida, Virtudes, y Milagros del Grande San Franciſco de Borja*, ſu Autor el Eminentiſsimo Padre Don Alvaro Cien-Fuegos, de la Compañia de Jeſus, Cardenal de la Santa Igleſia de Roma: Eſtà fielmente reimpreſſo, y correſponde con el que ſirviò de original. Madrid à 19. de Junio de 1754.

Lic. Manuel Licardo de Rivera.
Corrector General por ſu Mageſtad.

TASSA.

DON Juan de Peñuelas, Secretario de Camara del Rey nueſtro Señor, y de Govierno del Conſejo por lo tocante à los Reynos de la Corona de Aragon: Certifico, que haviendoſe viſto por los Señores de èl, el Libro intitulado: *Vida, Virtudes, y Milagros del Grande San Franciſco de Borja*, ſu Autor el Eminentiſsimo Padre Alvaro Cien-Fuegos, de la Compañia de Jeſus, Cardenal de la Santa Igleſia de Roma, que con ſu Licencia ha ſido reimpreſſo, le taſſaron à ſeis maravedìs cada pliego, el qual parece tiene ciento y cincuenta, que à dicho reſpecto monta novecientos maravedizes de Vellòn; à cuyo precio, y no à mas mandaron ſe vendieſſe, y que eſta Certificacion ſe ponga al principio de cada Libro, para que ſe ſepa el precio à que ſe ha de vender. Y para que conſte, la doy en Madrid à ſinco de Octubre de mil ſetecientos cincuenta y quatro.

Don Juan de Peñuelas.

PROTESTA DEL AUTOR.

SUjeto rendidamente todo lo que dize mi pluma en eſta Hiſtoria al dictamen irrefragable del Sumo Paſtor de la Igleſia; y porque con la ocaſion de deſcribir las hazañas de San Franciſco de Borja, ſe tocan ligeramente las de otros hombres de eſpiritu, à quien la Igleſia haſta aora no ſeñala culto, y ſe apellidan tal vez con los renombres de Venerable, ò Santo, proteſto, que ſemejantes vozes ſe uſurpan ſolo como eſtilo de la fee humana, ſin que ſuenen à calificacion alguna, ni oſſe prevenir el Supremo juizio de la Sede Apoſtolica; y que la narracion de ſus proezas

zas no ſignifica mas credito en mi pluma, que el que ſe merece la diligencia en los Eſcritores ſabios, que dieron ſus virtudes à la luz de la Eſtampa, obedeciendo el Decreto de Urbano Octavo, y los que promulgò la Sagrada Congregacion de Ritus año de 1625. el de 1631. el de 1634. y el de 1642. como fiel humilde hijo de la Igleſia Santa, fuente indefectible de la verdad, y de la pureza.

INTRODUCCION.

NO hablan con el vulgo los deſengaños, que eſcuchan en eſta Hiſtoria los ojos: nacieron deſtinados à los Nobles, como los Cedros à las cumbres, y algunas flores à los mas cultos jardines, y ſolo por reflexion buelven àzia la plebe, y hazen eco en los valles. San Geronymo dize, que los Soberanos deſprecian las virtudes que atienden en ſugetos humildes; y es aſsi, que mirando ſus acciones como pleveyas, les parecen mas dignas de ſu ceño, que de ſu imitacion, deſdeñandoſe la ſoberanìa de rendirſe à manos de un deſengaño vulgar. Por eſto diſpuſo la Providencia poner oy à la Nobleza Eſpañola el exemplo en un ſitio tan elevado, que eſtà llamando, no ſolo à la imitacion, ſino al reſpeto: en aquel, que mereciò el blaſon de milagro de Principes, amor de los Ceſares, y delicias de los Sumos Pontifices: ſugeto, en cuya grandeza compitieron porfiadamente la naturaleza, y la gracia, cuya ſangre honra las venas de tantos Grandes, y aun de tantos Reyes, cuyo origen fuè muchas vezes Real, cuyo tronco viſtiò tantas Coronas, como ramas, pudiendo gloriarſe mejor que aquel antiguo, que blaſonaba aver tenido cuna en una eſtrella. En aquel, que fuè gloria de la ſiempre excelſa Caſa de Gandìa, credito de Eſpaña, honor de la Igleſia, luſtre immortal de nueſtra Compañia, de la qual pudiera llamarſe ſegundo Patriarca, pues no la regò ſolamente, ſino que caſi la plantò en los dominios de Eſpaña, en la America, en Polonia, y la dilatò por las quatro partes de la tierra. Y en fin en uno de los mas ſenſibles, y mas heroycos milagros de la gracia, que puſo Dios en eſtos ultimos ſiglos en ſu Igleſia, en San Franciſco de Borja, viſnieto del Rey Catholico Don Fernando, quarto Duque de Gandìa, y deſpues tercero General de la Compañia de Jeſus. Aſſumpto, que no tendrà de humilde, ſino el emprehenderle mi pluma, la qual dixo Homero, que avia de ſer de oro, y formar caracteres precioſos, para hablar à los Soberanos, que buſcan tambien el nacimiento de las virtudes, y la cuna de los deſengaños.

El primero, que eſcriviò ſus admirables virtudes, por orden de los Superiores, fuè el Padre Dionyſio Vazquez, Jeſuìta Provincial de Andalucia, varon de raro exemplo, à quien el miſmo San Franciſco de Borja eligiò para Confeſſor de la Reyna de Portugal Doña Catalina: Confeſſor del Santo, y Compañero ſuyo muchos años en Eſpaña, y en Roma, en cuyo ſeno, y trato intimo bebiò la admiracion, con que habla de ſu ſantidad; pero no llegò à la Eſtampa, quizà porque parecieron muy grandes los favores que el Cielo derramò ſobre eſta grande alma, para ſacados à luz, eſtando aun caliente ſu memoria, y ſu ceniza, porque ſuelen hazerſe increìbles las hazañas muy heroycas antes que las acredite la perezoſa voz de los ſiglos, como ſi fueſſen mas verdaderas por ſer mas antiguas, ò como ſi pudieſſen dexar de aver ſido alguna vez nuevas. Y por ventura aquel grande Hereo de la humildad (virtud, que mereciò deſcollarſe en ſu pecho entre las otras, ſiendo todas gigantes) recabò del Cielo, que el Padre Dionyſio no pudieſſe ſacar à luz los dones, pues como à Confeſſor ſuyo era fuerza le huvieſſe comunicado: y que aquel ſeno, que avia ſido depoſito de ſus ſecretos, quedaſſe tan obſcuro como el en que ſuele eſconder la codicia ſus teſoros, que ni la diligencia los deſcubre, ni la luz los enquentra, y parece averſe eſcondido en el miſmo ſepulcro con el dueño. Pero la Providencia, que quiſo condeſcender con ſus ruegos, ſin defraudar de exemplos tan glorioſos à los venideros, diſpuſo, que nos quedaſſen aquellos teſtimonios autenticos, para que de ellos copiaſſen deſpues otros pinceles los mas fieles retratos. Y oy eſtà en mi poder ſu original, donde principalmente bebe mi pluma lo que eſcrive; como tambien de las informaciones, y proceſſos para ſu Canonizacion, y de otros papeles originales, que hallè recogidos en el grande Archivo de el Colegio Imperial, apoyando con teſtimonios tan juridicos todo lo que eſcrivimos de ſus glorias, pues dize el miſmo Padre Dionyſio en el Prologo: *Lo que yo puedo*

ofre-

ofrecer al Lector deſta Hiſtoria, es, que en ella no contarè coſa, de la qual, ò yo meſmo no ſea teſtigo, ò no pueda dar teſtigo, y Autor autentico. Grande felicidad de una Hiſtoria, adonde los ſuceſſos llegan vivos deſde la pluma!

Eſcriviòla deſpues el devoto, y eloquente Padre Pedro de Ribadeneyra, cuya pluma benemerita de la Compañia, y de la Igleſia cultivò felizmente otras tantas flores, quantos ſon los exemplos de los Santos, cuyas vidas dexò hiſtoriadas. Traduxo en Idioma Latino el Padre Andrès Eſcoto. En Toſcano el Padre Virgilio Cepari, ſiendo Rector del Colegio de Florencia; y otros en diferentes lenguas, para que no ſe ciñeſſe el reſplandor de tan inſignes proezas à los terminos de Eſpaña, ſino que alumbraſſe tambien, y ſe difundieſſe por toda Europa, y aun por toda la tierra. Pero eſtà eſcrita con mucha brevedad: de ſuerte, que ſolo lo que calla, baſtaria à formar otra Hiſtoria, y à honrar qualquiera iluſtre vida, porque acababa de morir el humilde divino Borja, y eſtaban como medroſas las virtudes, ſin atreverſe à ſalir de una vez à los ojos de todos, con la coſtumbre inviolable de aver eſtado eſcondidas, ò enterradas en ſu pecho por tantos años.

Eſcriviola tambien Philipo Ghiſolfi en una ſuccinta relacion, que parece el dedo en la eſtatura deſte Gigante. Dilatò deſpues la pluma en ſus alabanzas el no menos Santo, que erudito Padre Euſebio Nieremberg en un tomo de à folio, donde recoge tambien muchas obras de las que eſcriviò San Franciſco de Borja. Y con ocaſion de ſu govierno, y de algunos lances de ſu vida, divierte la eloquencia àzia muchos varones iluſtres de la Compañia, y de afuera, en cuyas virtudes influyeron, ò reverberaron ſus exemplos. Eſta quizà es la cauſa, porque no anda tan frequente en las manos de muchos devotos, y de tantos grandes nietos ſuyos, deſeando hallar ſus virtudes ſin mezcla de agenas flores, que ſirven mas de confuſion, que de utilidad, ni de hermoſuras al jardin de la Hoſtia, y mas quando las de Franciſco ſon tantas, y tan diverſas, que ſe vèn recogidas en ſus acciones todas las que ſe hallan eſparcidas por las vidas de otros Santos, ſiendo ſu vida una Hiſtoria, y un ramillete de las flores, ò virtudes de todos, ſingular elogio, que le dieron las Purpuras Sagradas en el Conſiſtorio ſolemne delante del Sumo Pontifice, para entronizarle: *Qui omnes omnino nobiles vitæ orationes ad ſingularem pietatem ſuis moribus informaverit, præter B. Franciſcum Borgiam, fortaſſe reperietur nemo. Ille juvens, conjuges, viduos, Principum gratia florentes, Aulicos, Principes ipſos, alieni Rectores Regni, omneſque Religioſæ vitæ cultores, ſivè obſequio, ſivè imperio exercendo mancipatos, velut exemplar, è Cœlo delapſum, viam ſanctitatis edocuit.* Porque èl, entre los demàs Santos, no ſolo conduxo à la virtud, caſi deſde la cuna, por todas las edades del hombre, ſino tambien por toda la variedad de eſtados, y ocupaciones, Politicas, Civiles, Militares, y Religioſas haſta el ſepulcro, como quien conduce el baxèl cargado de trofeos por diverſos inciertos rumbos, por entre eſcollos, y baxìos, haſta arribar dichoſamente al puerto, porque quiſo plantar Dios en ſu Igleſia un noble fecundo arbol, de cuyas ramas eſtuvieſſen pendientes glorioſamente todos los frutos, y todos los exemplos, y recoger en un tronco ſolo toda la fertilidad del Paraìſo.

Deſpues el año de ſeiſcientos y ſetenta y dos, ſe imprimiò en Paris la vida de San Franciſco de Borja, eſcrita en lengua Franceſa por el Docto Padre Verjur, donde recoge las noticias que hallò hiſtoriadas: yà que no tuvo originales, ni Archivos de que copiar otras nuevas. Ultimamente el rio de la eloquencia Toſcana Padre Daniel Bartoli dibuxò en breve tabla los ſuceſſos de ſu vida, con mas puntualidad, y mas luz, que otro alguno de los Hiſtoriadores de ella. Aunque no hizo regiſtrar los Archivos de Eſpaña, con que pudiera enriquecer de nuevas minas ſu Hiſtoria, ni quiſo referir los mas de ſus milagros; porque deſcriviendo ſus heroycos exemplos, le parecieron por ventura eſcuſados otros prodigios. Pero aviendo aora deſcubierto nuevos teſoros en los Archivos, cogerèmos el agua mas copioſa, y en ſus miſmas fuentes mas pura, ſacando à luz nuevos exemplos, y otras noticias, que cauſen no menos admiracion al mundo de la que ocaſionaron las primeras; pues aunque el tiempo communmente obſcurece las memorias, y lima al bronce ſus medallas, ſuele tambien deſcubrir minas ocultas, ſacando à los montes ſus entrañas, de ſuerte, que paſſa alguna vez à ſer farol, lo que ſuele ſer niebla de la antiguedad.

Eſte motivo, y mucho mas la preciſion de un voto me obligan à emplear el alma, y la pluma en ſugeto tan fecundo de gloria. Y no era meneſter otra obligacion,

cion, que la de mi reconocimiento à los favores, que en varios ſuceſſos de mi vida confieſſo deber à ſus influencias, tan ſenſibles, que no podrà borrarlas de mi memoria el tiempo; pues no ſupo borrarlas mi ingratitud. Arrojo, pues, los colores al lienzo, exortando à los nobles à que miren en las primeras lineas deſta copia, por entre las ſombras de la pintura, y los borrones de mi eloquencia, colocada à la virtud en el Templo del honor, ſirviendo de ara à la humildad la pompa, y la grandeza. Mirad, ò Principes, introducida la penitencia entre la purpura, y la olanda, como eſpina propria de aquella roſa: mirad aqui bien canonizados los exemplos en los Soberanos: mirad la eſtatua del deſengaño en el miſmo ſitio, donde colocais voſotros aquellas dos eſtatuas huecas conſagradas à la vanidad, y à la liſonja, que os hazen adorar vueſtra miſma ruìna. Mirad hoſpedada la ſantidad en los Palacios, poblados del engaño, y de la mentira: mirad al Evangelio en el trono, donde la adulacion tiene ſitial: mirad finalmente à la virtud ocupar el nido, que dexò caliente la ambicion: enſeñando al mundo, que ſe ſaben hermanar las leyes de Chriſto con las de Cavallero: que las virtudes pueden vivir igualmente en los Palacios, que en las Cavañas, en las Cortes, que en los Deſiertos, y Clauſtros, para que ninguno diſculpe ſu ceguedad con ſu fortuna, ni ſu error con ſu eſtado. Y aſsi en la Corte del mayor Monarca puſo el Cielo con ſingular providencia los dos mas iluſtres, y mas parecidos exemplares en las dos mas diſtantes fortunas, en San Iſidro Labrador, y San Franciſco de Borja, cuyas urnas enriquecen la Corte de Eſpaña. Aqui, vereis unas cenizas, que fueron plebe, y otras que fueron grandeza, y aora ambas ſon reſpeto, y gloria: para que ſe alienten à un miſmo tiempo nobleza, y vulgo, y mire cada uno à la ſantidad como diviſa propria de ſu eſtado; pues nos dizen hiſtorias infalibles, que la Mageſtad de la virtud igualmente ſe dexa adorar de Reyes, que de Paſtores.

AL

A L
EXCELENTISSIMO SEÑOR
DON JUAN THOMAS ENRIQUEZ DE CABRERA,

GRANDE ALMIRANTE DE CASTILLA, DUQUE de la Ciudad de Medina de Rioſeco, Conde de Modica; Governador que fuè de Milàn, Embaxador Extraordinario en Roma, y Virrey de Cathaluña. Del Conſejo de Eſtado de el Piadoſo Rey Don Carlos II. (que eſtà en gloria) ſu Cavallerizo Mayor, Theniente General de los Reynos de Andalucia: General de el Occeano, y de el Mediterraneo, y aora de el Conſejo de Eſtado de el Joven Rey Phelipe V. el Animoſo, y ſu Embaxador Extraordinario en Francia cerca de Luìs Dezimo-Quarto el ſiempre Grande, ſiempre Invencible Rey Chriſtianiſſimo.

IBA à emprehender una oſſadìa, y ſe acobardò la pluma al nombrar à V. Excelencia. Iba à paſſar de Inſcripcion à Dedicatoria eſta medalla, y tropezò en el umbràl, y en ſu turbacion miſma la pluma, formando à raſgos balbucientes la expreſſion de cada letra. Iba, mas yà ſe và cobrando un poco en los eſpiritus de la confianza, que exprimiò ſu mas delicado jugo en ella, y và calentando ſus deſmayos à la fantaſia. Tertuliano dixo, que avia conſpirado contra Dios el dulciſſimo atributo de ſu miſericordia, pues de confiada ſe atreve à ſer delinquente la inſolencia. Pareceme, que puedo robarle eſte profundo concepto al numen de Tertuliano, y aviſaros, que vueſtra dignacion ſe revela ſecretamente contra ſu dueño, pues ſolo de muy confiado emprehenderia yo èſte, no sè ſi diga aſſumpto, ò atrevimiento? Pero, yà que ſe deſnudò la eſpada contra un Enemigo tan lleno de gloria, ſerà bien arrojar la bayna, y pelear abiertamente contra toda la moderacion de vueſtra gran corteſanìa, haſta la ultima ſangre de mi humilde eſteril vena, y haſta ſudar la razon toda en una cauſa, en que và la reputacion de mi pluma, y en que no puede ſalir eſquadronando ſus afectos la confianza ſin las Tropas auxiliares de la oſſadìa.

Y ſi ſe miraſſe eſta empreſſa deſde una razon ſoſſegada, aun quando la acechaſſe un poco la embidia, avria de confeſſar toda

la

la juſticia à mi pluma, ſi quiera por el aſſumpto de eſta Hiſtoria, ſiendo Vos tan iluſtre Nieto de el divino Duque de Gandìa por la eſclarecida Doña Luìſa de Sandoval, Nieta del Gran Duque de Lerma, tercera Nieta del portentoſo Borja, que ſi huvieſſe prevenido eſte ſuceſſo, mientras iluſtraba con ſu vida el mundo, huviera peligrado en la vanidad aquel humilde eſpiritu, que en la cima de la gloria humana mantuvo la cabeza ſin deſvanecimiento. Pues como ſin violencia puede negar eſte elogio mas à las oloroſas paveſas del Borja, poniendo à la frente de ſus memorias canonizadas eſte gran blaſon de ſu deſcendencia, que mira deſde el Cielo como gloria, y quiſiera introducir caſi à veneracion entre los deſpojos calientes de ſu ceniza? No es menos valiente motivo el de eſcrivirlas mi pluma conſagrada à Vos por voto, por religion, y por tan repetidos lazos de alma à alma, que no puede ſonar un diſcurſo en la mia, ſin que al eſtremecimiento de la cadena ſe acuerde la razon de ſu eſclavitud dichoſa, ſonando à liſonja cada eslabòn en ella. Y ſi yo quiſieſſe violentar el brazo, à que no formaſſe elogio alguno, ſe iria èl miſmo ſin licencia del dueño à dibuxar raſgos, inſpirado de aquel numen, ò inſtinto, que late en el pecho. Ni fuera juſto, que mantuvieſſe ſu moderacion vueſtro eſpiritu garboſo tan à coſta de la fineza del mio: mirad, que confinan mucho las virtudes con los vicios en el corazon humano, y ſuelen piſarlas el terreno, por mantener tenazmente el proprio. Y ſolo en eſte recuerdo ſe pueden humillar un poco las ſublimes calidades de eſſe noble genio, que en aver hecho eleccion de objeto tan abatido, moſtrò que era humano, y debiò de eſtàr aquel dia achacoſa la razon, que alumbraba al alvedrio, pudiendo ſer èſte el error del diſcreto.

Poſtremo adhuc nemo extitit, cujus virtutes nullo vitiorum cõfinio læderentur. Plinius Paneg.

Mas como podrè copiar un Gigante en tan breve tabla, quando era pequeño blanco à vueſtras proezas eſſa hiſtoria? Como podrè reducir à tan limitada vena un Rio immenſo de gloria, que dilatò ſus corrientes por todas las quatro partes de la fama, fertilizando ſus campañas à la eloquencia, haſta inundar à la embidia? Ni cabe en tan ceñido campo una ſelva de laurèles, por mas que quiera eſtrecharlos en un tronco; y aſſi avrè de amontonar muchas eſtrellas en tan poco Cielo, que apenas puede ſer baſtante recinto del mas pequeño Aſtro. No quiero hablar de el reſplandor de vueſtra cuna, porque me deslumbra à la entrada la copia, ò avenida de luz en tanto Planeta: y fuera oſſar calarſe al corazon del Sol con la viſta, donde no pudiera mantener abiertas ſus peſtañas la mas caudal Aguila. Baſta ſeñalar con la memoria el coronado Tronco de los Reyes de Caſtilla, cuyo origen antiguo ſolo le encuentra bien el reſpeto, mientras le buſca diligente por los campos de la

Hiſ-

Hiſtoria el cuydado, que tampoco es facil moſtrar con el dedo el ſitio delicioſo, donde eſtaba el Paraìſo. Y eſte arbol veſtido de gloria alimenta dulcemente ſus raìzes en las venas de V. Exc. deſde Don Fadrique de Caſtilla; Hermano del Rey Don Henrique el Segundo, Hijos del Inclyto Rey Don Alonſo el Onzeno, que ambos ſalieron à luz de un miſmo parto, naciendo antes Don Fadrique à tomar feliz poſſeſſion del mundo (la vez primera que naciò gemela la eſperanza con la dicha:) con que intentar dividir vueſtra Real Caſa del regio Tronco, fuera lo miſmo, que emprehender dividir el ſigno de Geminis en el Cielo, y deſpedazar aquel galàn monſtruo, ſiendo vueſtro dezimo Abuelo el Auguſto Rey Don Alonſo, cuya varonìa conſerva en tal Real ſeno la Mageſtad de ſu cuna, corriendo oy las aguas con tanta pureza, como el dia que ſalieron precipitadas en gloria de tan Real vena. No deſſemejantes al rio ſobervio del Paraìſo, cuyas corrientes no pudo enturbiar al mundo, ni aun el pecado, ni las lagrimas, y la ſangre, que ſalpicaron en dolor ſus olas fuera de los muros del Paraìſo.

Modo namque gemellos ſpem gregis. Virg. Eccl. 1.

Pero no, no es aun èſte el mas ſubido punto de grandeza à que puede llegar ſobre vueſtra cuna la fantaſia de la Hiſtoria, ſino el aver buelto à enriquecer (y no como tributo) el miſmo caudaloſo mar de luz; de donde poco trecho ſe avia apartado eſte grande Rio, caſando Doña Juana Henriquez, Hija del Almirante Don Fadrique el Primero; con el Rey de Navarra, y deſpues de Aragon Don Juan el Segundo, cuyo Hijo fuè el Gran Rey Don Fernando el Catholico: Aquèl, cuya cabeza fuè Templo de un Oraculo, que daba reſpueſtas al mundo con una lampara pendiente en la reflexion de cada penſamiento. Cuyas operaciones ſon oy el texto myſterioſo, y aquel Libro donde eſtudia el mundo politico. Cuyas maximas fueron aquellas altas nieblas en la cumbre de una montaña, donde pierde rumbo la viſta, venerando en ſu frente una divinidad oculta, ſin romper la niebla, haſta que los ſuceſſos, empezando à dorar alguna cima, fueſſen rayando ſobre la tierra. Aquèl, que con ſolo arrugar el ceño un poco hizo eſtremecerſe el mundo, y ſe mudaba en ſemblante de la fortuna, al conſultar ſu roſtro, obſervado de la atencion humana, mas que un Fenomeno en el Cielo. Y por eſte hermoſo regio lazo ſon Nietos de vueſtra Real Familia los Catholicos Reyes de Eſpaña, reſtituyendoles con uſura el honor de aver ſalido poco antes de ſu cuna, y dexando à las plumas corteſanas no poca duda ſobre decidir en la Hiſtoria, ſi fuè mayor tymbre de los Enriquez en Caſtilla, que ſalga de ſus venas el Arbol, que guarece Leones à ſu ſombra, ò que ayan dado à Eſ-

paña un tan iluſtre Nieto en el Rey Catholico, que baſtaba à dexar preſumido un Aſtro: y mas quando entrò en Caſtilla preguntando por el Almirante ſu Abuelo? Aſſi mereciò encaminarſe vueſtra Gran Caſa à la cima de la fortuna, ſiendo muchas vezes Nietos ſuyos los Monarcas de la Europa, y entre ellos nueſtro Animoſo apacible Joven Rey Phelipe Quinto, cuya eſpada ſe ha de fulminar rayos ſobre la heregia, y ſobre los monſtruos de la Africa, deſpues de aver embuelto en humo, y en eſtrago otros dos monſtruos en la embidia, y en la inſolencia, mirando eſta Victoria como juguete de ſu edad florida, por emplear deſpues el brazo robuſto en apretar todas las gargantas à la ſierpe Letnea. (Y fuè providencia, que no hallaſſe la Corona en la cuna, por dàr à entender el Cielo, que ſe merecia tambien èl miſmo la razon, porque heredaba.) Siendo dos vezes Nieto de vueſtra Real Eſtirpe generoſa por Doña Ana Maria Mauricia, Hija del Señor Phelipe Tercero, Reyna de Francia, Eſpoſa de Luìs Dezimo-Tercio, y ſexta Nieta de Don Fadrique, Grande Almirante de Caſtilla, y por la Sereniſſima Doña Maria Thereſa de Auſtria, Hija del Rey Don Phelipe Quarto, y ſeptima Nieta de aquel Almirante glorioſo, la que mereciò la mano del Invencible Rey Luìs el Grande, y el Maximo, nacido à quitar la vanidad à todos los entendimientos, que pueblan oy el mundo. El ſupo llegar haſta todo lo que puede concebir la mas valiente idèa, y deſear la Hiſtoria en un Monarca, y ſe avia mirado haſta aqui como un impoſſible de la naturaleza, que por eſſo la poſteridad tardarà un poco en dàr credito à tanto golpe de fama, dando à pauſas fé la admiracion à la pluma. Aquèl, por quien buelven à conſumirſe de embidia las cenizas de Alexandro en urna inquieta: cuya razon tiene mas ojos, que mintiò en Argos la fabula: cuya robuſtèz tuvo mas brazos, que fingiò en Briareo la Poeſia, y ſu Real cuerpo mas almas, que aquel monſtruo, en quien ſe abreviaba una Provincia entera. De quien fuè vaſſallo la fortuna, à quien entregò ſu rienda la Europa: El que ſupo conquiſtar tantos Reynos con la prudencia, como con la eſpada: El que ſe hallò combatiendo ferozmente en el campo, peleando de una parte èl ſolo, y de la otra vanda el mundo, y quedò repetidamente victorioſo, cuyo corazon tuvo tan dilatado ſeno, que bolviò los mundos que avia poſſeìdo, que es mucho mas glorioſo, que averlos conquiſtado.

Mas ni aun èſta gloria es la que mas arrebata en extaſi mi pluma, ſino la fidelidad vinculada ſiempre à vueſtra Real Caſa, pues nos repreſenta la Hiſtoria en cada lienzo à vueſtros claros aſcendientes con la eſpada en la mano en defenſa de las regalìas

de

de ſu Dueño, ſegando cervices à tanto monſtruo conjurado contra ſu Rey legitimo, intentando apagar los Planetas con atrevido negro ſoplo. O ſi tuvieſſen voz los Arboles, que pueblan ſus riberas al Duero, del modo que en la ſelva Dodonea articulaba razon cada tronco robuſto! Como gritarian las hazañas, que en la memorable Batalla de Toro hizo la lealtad deſde las venas Enriquez al lado de ſu victorioſo Sobrino el Rey Catholico! Vieronſe teñidas en roja eſpuma las corrientes de aquel famoſo Rio, el qual bebiò aquel dia mas ſangre, que bebe rios tributarios en la fraſſe del vulgo. Què bronce cavado podrà ſufrir el caliente ſoplo, con que la fama deſde un monte ſobervio quiere inculcar las proezas de lealtad, y de eſpiritu del Almirante Don Fadrique el II. manteniendo el partido del Ceſar Carlos V. contra tanto ſedicioſo, como vomitò el abyſmo en humo contra la faz del Cielo, ſacudido rebeldemente el yugo, roto en la deſobediencia el freno, mientras tumultuaban las Ciudades contra el Real decoro? Y ſu eſpada con la del Gran Condeſtable de Caſtilla fuè ſegando una à una tanta cerviz traydoramente ſoblevada, ſiendo preciſo tener con la una mano la rienda al governo de la Monarquia, y empuñar con la otra la eſpada, entre tanto que la razon, y la lengua ſe rebolvian à una parte, y à otra, dividiendo en muchos ſitios el alma, haſta que en los nobles Campos de Villalar cayò ſepultada la oſſadia, y ſe vieron fulminados los comuneros en aquella campaña, exprimiendo el rayo ſangre aun à la ceniza: y luego ſe convirtiò en ramo de laurèl ſu eſtoque victorioſo, y trepò la ſeguridad del Reyno, y la paz del mundo por ſu brazo arrimada al eſcudo. Ni ſeria neceſſario remover mucha tierra al olvido, ſi huvieſſe de recordar los blaſones de fidelidad en tanto Henriquez glorioſo, que renovando ſu primer iluſtre nacimiento, ſalieron la lealtad de un miſmo parto, en un tiempo, en que era mas facil hallar el dulce nido, donde la Fenix immortaliza ſu aliento oloroſo, que deſcubrir el nido de la fidelidad en un pecho. Ni quiero hazer memoria del aſſedio de Fuente-Rabìa, que obligò à levantar vueſtro Inclyto Abuelo el Almirante Don Juan Alfonſo, caminando en ſu ſeguimiento un mundo à ſacrificarſe en el comun eſtrago, pues avria de tener muy cobardes alas el eſpiritu, que no oſſaſſe fiarlas al viento, à viſta de un exemplar tan ruìdoſo, que eſtava llamando à la imitacion deſde lo alto. Y con todo avrè de confeſſar, que èſta gloria pierde mucha parte de fama en la noticia de que peleaban por ſu ſangre propria, quando embrazaban la rodela en defenſa de ſu Monarca. En los demàs puede ſer noble esfuerzo, y lealtad de Vaſſallo: en Vos ſe viſte

Nam rara fides, ubi jam melior fortuna ruit.

Tu quicumque es, qui ſceptra tenes licet omne tua vulgus in avia centum pariter limina pulſet cum tot populis ſtipatus eas, in tot populis vix una fides. Senec. Herc. Oet. Act. 2. chor. Anapæſt.

¶¶ trage

trage de fidelidad el amor proprio, porque mirais ſiempre à los Reyes con aquel myſterioſo inſtinto, que inſpira deſde las venas ſoplos de luz al pecho, y con que el Ave Real defiende ſu nido encumbrado con las garras, con las plumas, y con el pico. Es verdad, que expuſieron ſu eſtado, y ſu vida al cuchillo, y al fuego, por ocupar el brazo todo en la defenſa del Palacio; pero què mucho? Tambien la ſangre buela en eſpiritus à ſocorrer el corazon oprimido, deſamparando lo demàs del cuerpo, por fomentar à ſu Principe invadido fatalmente de un acaſo: parece lealtad, y es inſtinto al Monarca, que peligra en el pecho. Ni ſolo es naturaleza la fidelidad en vueſtra caſa, ſino ley tambien de la correſpondencia, pues ſe halla reciprocamente favorecida, regalando à ſingularidades, y à eſſempciones vueſtra cuna. Mas porque engendran eſpiritus à la embidia, dirè ſolo, que el dia que naciò vueſtro cavalleroſo Padre Don Juan Gaſpar Henriquez de Cabrera, ſe vino acompañado de un Eſquadron de Grandeza Eſpañola el Rey Don Felipe IV. veſtido de eſperanza, y de alegria à correr parejas en la Calle del Grande Almirante de Caſtilla, oprimiendo la eſpalda de un Andaluz fogoſo, que animaba en cada carrera un relampago, y la que empezaba exalacion por el viento, fenecia gyro luminoſo, dando eſte expectaculo à vueſtra gran Caſa, eſta vanidad à vueſtra cuna, eſta admiracion à la Corte Eſpañola, y eſte eſcarmiento à la embidia el quarto Planeta, que quiſo exponer aquel dia la fuga arrebatada de ſu velocidad, y de ſu luz à competencia.

Pero dexemos en la cuna la pompa heredada, y paſsèmos à deſcubrir nuevos rumbos por las ſendas de gloria, que abriſteis con la diſcrecion, y con la eſpada, y con la bizarria. Diſpuſo la Providencia tan galàn Templo à vueſtro grande eſpiritu, que recien labrado ſe dexava vèr la mas gentil Arquitectura del Cielo, y moſtrava en un Altar delicado la eſperanza de lo futuro, teniendo infuſo no sè què garbo en el ademàn ayroſo, que quiere hazer razon del movimiento, y manifeſtar la inteligencia en los gyros del Aſtro. Una viveza, que eſtà derramando alma por cada ſentido, traveſeando la razon por los ojos, que quieren introducirſe à gyraſoles de los penſamientos. Por eſſo Seneca dixo, que la naturaleza avia errado el cuerpo en Clarano, uno de los nobles eſpiritus de aquèl ſiglo, cuyo cuerpo era un monſtruo mal organizado, y ſe atreve à caſtigarla con la pluma, tratandola de iniqua, por aver colocado mal tan noble alma, y portraerla tan groſſeramente veſtida. O què elogios eſparciria ſobre la naturaleza, ſi huvieſſe reconocido el Templo proporcionado, y mageſtuoſo, que preparò à otra Deydad mas grande en vueſtra

Inique enim ſe natura geſſit, & talem animum male collocavit: aut fortaſſe voluit hoc ipſum nobis oſtendere, poſſe ingenium fortiſſimum ac beatiſſimū ſub qualibet cute latere. Senec. Epiſt. *66.*

tra alma! Si lá tranſmigracion Pytagorica fueſſe maxima de la Providencia, como lo fuè primero del engaño, y luego de la fabula, no buſcaria otro cuerpo el eſpiritu de Alexandro, ni aquella Deydad ſe entraria à habitar otro pecho. Pues què, ſi linze el diſcurſo ſe calàre à las immenſidades de vueſtro entendimiento, donde no haze piè la cortedad del mio, porque no puede en pocas brazas ſondar ſus profundidades al Occcano? Donde produxo èſte ſiglo igual viveza en el ingenio, con tanta ſolidèz en el juìzio, ſiendo tan dificil, como poner laſtre à un relampago? Donde tan profundas maximas entre las nieblas politicas, haſta romper camino por todos los elementos à las mas inacceſſibles empreſſas? Y con tanto acierto de la fantaſia, que parece inſpiracion la que agita con mas ſoſſiego, que terremoto la eſtatua? Què nudo indiſſoluble de muy ciego propuſo el acaſo en las reboluciones del mundo, que no le deſataſſe facil vueſtro ingenio, ſin romperle con el cuchillo, y ſin forcejar con el brazo? Bien puede precipitarſe de nuevo al agua deſde el eſcollo aquel eſphinge Thebano, ſutil monſtruo, en cuyos enigmas hallaba priſiones delicadas el Paſſagero, y le ſalìa al paſſo el puñal, què embaynaba ſus filos en los del mas delgado argumento: bien puede, digo, arrojarſe ſegunda vez al fondo; porque yà deſata ſus enmarañadas preguntas mas culto Edipo. Quantas vezes admirè vueſtra razon acercarſe de un buelo, donde apenas alcanzaba en diferentes marchas el mas rapido diſcurſo, que caminaba deſpeado, ò quebraba las alas, por ſeguir en vano aquel remontado gyro? Puede dudarſe, que, para manejar dos mundos unidos en una rienda, os ſobra lo mas del alma, y lo mas del dia? Puede dudarſe, que eſſa razon alada ſe quiere equivocar en inteligencia, midiendo las mas dificiles operaciones por los inſtantes en cada hora, y aun les dexa vacìo à otra empreſſa, y le queda al ocio mucha vida? Puede dudarſe, que èſta agilidad arrebatada, que dexò libres tantas reſpiraciones à la mayor tarèa, llegò à ſer objeto de la cenſura, mientras no ſupo medir las acciones de los eſpiritus mas ſublimes, ſino por la perezoſa ſucceſſion de las horas, mientras taſſaba el buelo de las Aguilas por el de otras aves plebeyas, y mientras creyò, que fueſſe ſolo carrera la de un cavallo con las alas? Mas quien no ſabe, que los aciertos nunca eſtuvieron vinculados à ſer prolixos? Y què ſe hallan en la razon como inſpirados los grandes penſamientos, ſin rodear por los diſcurſos dilatados? Quien acusò de muy preſuroſo el movimiento del quarto Planeta, como que puede tropezar por la Eclyptica en ſu miſma fuga; y piſando la luz,

Non ſi Pegaſeo ferar volatu. Catul.

taſ-

raſgar ſu veſtidura al dia? La ſaeta, que flechò mano ſegura, camina al blanco con igual velocidad, que firmeza, quando la que diſparò mano tremula, ò remiſſa, và errante todo lo que camina perezoſa.

No fuè menos prodiga la naturaleza unida con el Dios Mercurio en aver derramado por vueſtro ſeno toda la copa de oro, en que guarda ſu nectar eloquente el eſtilo corteſano. Parece, que halla vueſtro numen la clauſula inſpirada en la boca, ò que la Dioſa de la Grecia mueve à rafagas de luz vueſtra lengua divina. Rara felicidad de una grande alma concebir tan ſublimes penſamientos, que los pierde de viſta la razon mas culta, y paſſarlos deſpues tan vivamente à la lengua por conductos de reſplandor, que ni la razon pierda una gota, ni queden quexoſos los diſcurſos de los labios, ni ſe deſconozcan en las materiales expreſſiones los mas delgados penſamientos! Què emulo ferozmente irritado eſcuchò vueſtra feliz explicacion algun breve tiempo, que no ſalieſſe llevando en el pecho otro corazon diſtinto? Y que no fueſſe dexando caer una à una en el ſuelo las ſaetas de plomo, quebrando el arco, hallandoſe mal herido de las flechas de oro, que fulmina vueſtro ingenio facundo, ò quedando priſionero en las cadenas, que cediò Hercules à vueſtro labio? Y ſi alguno emprehendiò reſiſtirſe à los primeros aſſaltos de vueſtra eloquencia armada, ſi quiſo hazerſe fuerte en la obſtinacion de la dureza, ò entre los eſtragos de la ira, ſe viò preciſado luego al ſegundo aſſalto à entregar todo el homenage del alvedrio, y à rendirſe à diſcrecion del victorioſo; porque era lo miſmo querer reſiſtirſe à las armas de vueſtro entendimiento, que intentar rebatir los impetus del plomo con un pavès de barro. No es aſſi, que vueſtra dulciſſima lengua ſupo hazer que paſſaſſe de fabula à Hiſtoria el domeſticar la fiereza, dàr agilidad à una montaña, deſatar en ternura una roca, y ſuſpender las corrientes hinchadas en ira, y en eſpuma? No es aſsì, que ſupiſteis tal vez perſuadir à un tronco, imprimiendo en ſu duro corazon el eco, y gravando en las cortezas rudas la dulzura del eſtilo? Eſtas ſon las victorias de la eloquencia, que celebrò Horacio, y las que con vena de oro hermoſea Tulio. Eſtas las que admirò en la hermoſa Elena el Filoſofo, pues tratandoſe muchas vezes en el Senado de Troya, de que ſe les reſtituyeſſe à los Griegos ſu Elena, quitando en ſus ojos el cebo à la llama, y à la diſcordia, luego que entraba al Senado la miſma Elena esforzando la razon de ſu cauſa, yà con la hermoſura del ſemblante, y del eſtilo, yà fingiendo ternura en el roſtro con algun ſuſpiro callado, que es el mas

Hor. lib. 3. od. 11. *Tu potes tigres, comitesque ſilvat ducere, & ei vos celeres morari, ceſſit immanis tibi blandienti Janitor aulæ.* Tull. lib. 2. de Orat. *Tantam vim habet omniũ regina verum eloquentia ut adverſantẽ, & repugnantẽ, quo velit, inducat; deducat, unde velit.*

Ariſt. lib. 2. Ethic.

Incomparabiliter pulchrior eſt veritas Chriſtianorũ, quam Helena Græcorum. S. Auguſt.

reto-

retorico dialecto de lo mudo, ſe hallaban en las manos diſtinto voto, y aun hallaban mudado dentro del alma el alvedrio. San Aguſtin dixo, que era mas facunda la verdad de los Chriſtianos, que lo avia ſido la Elena de los Griegos: y eſto es lo que mas pudiera admirar en vueſtra cultiſſima lengua, por donde Suada reſpira, que nunca ſupo ſer eloquente en los mentidos colores del engaño, iris falàz del entendimiento; ſino que aya bebido ſiempre en la fuente mas pura expreſſiones de luz hermoſa, ſin fingir calma, y ſin pedirle preſtados ſus afeytes à la mentira. Grande victoria ſin duda, la que pudo conſeguir Elena à deſpecho de una razon obſtinada! Pero domàr alhaguemente en la embidia el monſtruo mas formidable de la naturaleza, y de quantos infaman ſus montes al Africa, y el mudar en un momento ſolo los votos de la ira en los del favor, y aun de la liſonja, es triunfo, que eſtava reſervado ſolo à vueſtra diſcretiſſima eloquencia. Quantas vezes con una razon ſola velozmente interpueſta entre la Real indignacion, y el azero, entre Jupiter, y el rayo, y aun entre el rayo yà deſpedido, y entre la cima del monte ſobervio; ſupiſteis hazer que ſe ſuſpendieſſe el brazo en ſu miſmo impulſo, y en el viento el rayo deſpues de encendido, quedandoſe el eſtrago en humo ſolo? Pudiera un Angel ſupremo interponer mas expeditamente el eſcudo, ni mediar con ademàn mas prompto entre el puñal, y el pecho? Celebra Pontano aquella reſpueſta digna de acreditar à Mercurio, que diò un gran Corteſano en ocaſion de aver ofrecido à ſu Rey la liſonja una confeccion divina, en que las eſtrellas avian deſtilado, no ſolo ſu eſplendor gota à gota, ſino la immortalidad, que exprimiò ſu nectar à cada Planeta, y robò à los Dioſes la Ambroſia; porque tomò arrebatadamente la copa de oro aquèl diſcreto, y agotò ſu inmortalidad, al vaſo. Y mientras indignado el Rey deſnudò el azero, mientras rebueltos en ſaña los ojos ſe abalanzaba con el puñal al ſeno atrevido, opuſo en eſte dilema un eſcudo de diamante el Vaſſallo (manteniendo la ſerenidad en el roſtro.) Si bebì la inmortalidad, puedes, ò gran Rey, embaynar el azero, pues contra un inmortal ſe empuña en vano. Y ſi puedo morir à los filos del cuchillo, ſerà irrefragable argumento, de que no merecì eſſe caſtigo; pues te impedì ſolo, que bebieſſes un engaño. Eſtava yà la punta del puñal encendida en rayo, y ſe ſuſpendiò en las vezindades del pecho, mudandoſe la ira en alhágo, y el puñal en flecha amoroſa, que eternizò el valimiento. Y èſte pudiera ſer el ſimil, ò el exemplar mas proprio, que explicaſſe las promptitudes eloquentes de vueſtro ſutil entendimiento, y aquellos dilemas, que fueron tantas

Pontan. in Attic. Bell. par 2. cap. 16.

¶¶ 3 vezes

vezes eſcudo à la colera de un rayo. Y ſi huvieſſe de eſparcir elogios por vueſtros primeros años, deſde que empezaron à llorar numeros entre el ocio, ò cuydado de los afectos: ſi huvieſſe de recordar aquel lamentable eſtado igualmente verde, que florido, donde mudado en ciſne moribundo cada penſamiento cantaba apaciblemente ſu eſtrago, entre tanto que ſe deſangraba la vena por la pluma, ſerìa meneſter robarle algunas inſpiraciones al Dios de la Poeſia, ò pedirle por algun rato el eſpiritu à vueſtra Muſa. Mas no cantò vueſtro numen ſu ruìna ſola al doliente ſón de la cadena, que tal vez dando algunas treguas à la razon, y à la vida el engaño de la edad primera, llorò el deſengaño, por vueſtra cytara animoſa, haſta martyrizar las cuerdas de muy ſubidas à la fantaſia.

Con que ſerà dificil hallar conſonante à la valentia de vueſtra pluma, de vueſtra lengua, y à los filos de vueſtra razon bruñida, ſino và à buſcarſe en vueſtra eſpada, que hizo delinquente aquella edad fogoſa, la qual deſconoce tanto, como à las canas, las operaciones de la prudencia. Las piſtolas eran los juguetes de vueſtros años pueriles, y apenas ſupiſteis traveſear, ſino entre los broquèles, y los eſtoques, haſta llegar à ſer el comun objeto de la laſtima el continuado rieſgo, à que expuſiſteis la vida peligrando intrepidamente en cada roca, y en ſu meſma oſſadia. Vueſtro corazon orgulloſo ſe avia veſtido la piel del Leon Nemeo, el eſtoque buelto en rayo, ſolo perdonaba à lo mas debil, ò à lo rendido: y deſpreciando los peligros vulgares, ſe arrojaba ſolo à aquellos, donde no puede eſcapar el valor, ſino le acompaña un milagro, y donde la temeridad entra à partir el triunfo, y à llevarſe medio arbol del laurèl arraſtrando. Aleaba el Dios Marte en vueſtro pecho, mientras ſe retirò à la lengua Mercurio, y à la frente Narciſo, dividiendo entre sì todos aquel florido terreno, que alojò tantas Deydades, ſin confundir la adoracion, ni el trono. Apenas huvo noche, que no ſe llenaſſe vueſtra gran Caſa de ſuſto en la noticia de algun choque ſangriento, no ſe hallando en toda ella ſitio alguno eſſento deſte temblor frio, ſino vueſtro corazon ſolo. Pero al miſmo paſſo que la inquietud de tan vivàz eſpiritu cubria de horror à los que miraba con ceño, y queria paſſar à ſer eſcandalo el eſtruendo, le confundia el rumor del aplauſo entre el vulgo; de ſuerte, que bolvia à conquiſtar de dia vueſtro alhago las Provincias, que huvieſſe perdido en la noche por traveſura militar del genio, porque las bellas calidades que avia juntado en Vos la naturaleza enamoraban aun à la embidia: y al que no mereeieſſe averos conocido, le liſongeaba mucho el ſemblante de

Reptaſti per te ſcuta puer. Claud.

vueſ-

vueſtra fama, y aun à mi aora de paſſar ligeramente por ella ſe me và calentando la pluma. Bien sè, que ha de ſer infamada de liſonja; mas tambien sè, que quien os huviere tratado me ha de vendiçar de eſta calumnia, y que la poſteridad ſabrà deſmentirla, porque en los grandes Heroes no dexa la fama percibir ſu reſpiracion oloroſa, haſta alexarſe un poco de la vida, como aquellas flores que Plinio celebra, cuya fragrancia pide alguna auſencia del olfato, y mucha diſtancia entre la roſa, y el ſentido; fuera de que no puede ignorar la cenſura el verdadero amor, que hizo vueſtra èſta humilde alma; y el amor como nunca ſe entendiò bien con la mageſtad, tampoco ſabe componerſe con la liſonja.

Quorum odor ſuavior è longinquo, prius admotu, hæbetatur. Plin. lib. 21. cap. 7.

Mas ſerà juſto contraer un poco ſu pompa à la eloquencia, y ſingularizar las operaciones de vueſtra fama, haſta que paſſen los ſuceſſos à ſer individuos en la pluma, y à dexarſe percibir diſtintamente de la viſta. Apenas aſſomaba ſu primer botòn la Primavera à los 15. años de la edad florida, quando vueſtro eſpiritu genialmente ſe ardia en deſeos de conſagrar ſu eſtoque al Dios de la campaña, y poner ſobre la cerviz del peligro la planta animoſa, haſta derramar impetuoſamente la vida. Yà bolaba impaciente con la armada Eſpañola, dando todo el lino al viento, y à la eſperanza: yà buſcaba en Flandes teatro à la gloria, donde dilataſſe bien ſus alas la oſſadia: y agitado deſte militar eſpiritu aſſaltaba con ruegos, y con gemidos las Reales orejas de la Reyna Madre Governadora, y las de vueſtro gran Padre con la eloquencia, y la porfia, por ganar aquèl noble alcazar de la prudencia, que rebatia eſtos aſſaltos, haziendo mucho fuego deſde el pecho el amor à un Hijo en quien vinculaba ſu conſuelo, y en quien reclinaba la eſperanza de ſu Eſtado. Solicitò acallàr un poco con algun remedio eſtas impaciencias de vueſtro eſpiritu, y formandoſe un Regimiento de Guardias en la tierna edad de Carlos II. porque aſſeguraſſe aquel Real debil Pollo, que crecia à la ſombra del ſuſto, perſuadido el govierno à que los incidentes del mundo pedian eſte remedio anticipado, y entrando à componerle la mas alta Nobleza, eſquadronados los primeros Aſtros de la Monarquia, cuya lealtad hizieſſe inacceſſible el Cielo à la temeridad de algun abanze oſſado. Se le diò à V. Exc. el exercicio de una Compañia (y aviendo de formarſe aquellas Guardias de los eſpiritus de la honra, y de la lealtad à ſu Monarca, como podia faltar la ſangre de Enriquez à ennoblecerla?) En eſte empleo eſtuvo eſſe grande corazon dos años, entreteniendo, ò engañando ſus deſeos; y quando el aſpid muerde ſus hojas à los Abriles mas floridos, quando obligan à dàr

laſti-

laſtimoſamente en los eſcollos las Syrenas, y los alhagos, quando ſon liſonja del alma los peligros; y los bramidos de la tormenta ſe eſcuchan como apacibles arrullos, no baſtaba ningun hechizo, ni el canto de Syrena à ligàr vueſtros hidalgos penſamientos à la playa; ni à ſer remora de la barquilla, ſucediendole lo que del invicto Achiles celebrò tanta pluma, que por mas que intentaba preſago el miedo afeminar ſu gallardia entre las delicias de la Grecia; y en el regazo de la dicha, hermoſeado con el collàr de oro, y con el trage de Narciſo; donde no eſcuchaba ſino las vozes mugeriles del alhago, al percibir el grito del bronze mas ronco, ſe agitaba furioſamente aquel valiente eſpiritu, echaba mano del primer azèro, que hallaſſe embaynado en el olvido, y era meneſter que le hizieſſe mucho lugar el miedo, y el aſſombro, porque deſpejaba el teatro, y ſe arrojaria entonces à chocar con dos mundos de hombres, que vieſſe à la frente de ſu ira, haſta entrarſe por las puntas de los venablos, como fiera acoſada, que dexa de morder el hierro por emplear en ſu enemigo la boca.

Fuè preciſo condeſcender con las anſias, que iban derritiendo la vida en deſeos ardientes de fama, paſſando al Exercito de Milàn con el Tercio de Lombardìa, quando la coſtumbre de Eſpaña avia podido hazer que nacieſſen los baſtones en la cuna à los que la huvieſſen merecido tan alta; mas no quiſiſteis deber à vueſtra ſangre eſclarecida, ſino el empeñar mas la honra, y aventurar mas la vida en las expediciones de la Campaña. Aplicaſteis todo el eſpiritu à manejar con deſvelo, à diſciplinar con eſtudio, y equipar el tercio, que ſe dexaba ſeñalar diſtintamente entre el exercito todo, como una tropa de luzèros entre la plebe de otros menudos Aſtros. Y mereciendo rara acceptacion eſte cuydado, aun mereciò mas elogio aquel docil rendimiento, en que vueſtro eſpiritu nacido à manejar las riendas de uno, y otro mundo, ſe doblaba à los ordenes de los Oficiales, de quienes era ſubalterno, teniendo blanda la razon à la obediencia, arma flexible, mas tan victorioſa, que le cede ſu fogoſa inquietud la polvora, y la ira. Deſpues de cinco años en eſte exercicio, ſe os confiriò el Generalato de el miſmo Exercito, en que ſe dexò vèr Marte fatigando la eſpalda de un galàn bruto con la eſpada en la mano, con no sè què divinidad en el roſtro, y todo un Dios en el pecho. Moviendoſe à compàs de la obediencia aquella lucida bizarra tropa, en quien no huvo ademàn, ni punto, que diſſonaſſe de la mas concertada muſica, donde haſta el confuſo tropèl de los cavallos es armonìa: rigiendo un miſmo numen, y un eſpiritu las operaciones ruìdoſas de tan vaſto cuer-

po,

po, haſta unir à una rienda tanto animoſo feròz bruto, y hazer de tantos cuerpos uno ſolo immenſamente organizado.

Falleciò el Papa Clemente X. quando el Rey Don Carlos II. os avia mandado paſſar à Roma Embaxador extraordinario, por emplear todas las reflexiones de tan ſublime talento en un tan importante, y tan dificil aſſumpto. Previniendo con Real benignidad en el miſmo Deſpacho (que ſe anticipò al ſuceſſo) que no queria aventurar la vida de un tan gran Vaſſallo, y que por eſſo ſi fueſſe tiempo de mutaciones el en que fallecieſſe el Papa, no executaſſeis el viage à Roma, teniendo por mas importante vueſtra vida, que no el que la eleccion ſalieſſe conforme à los intereſſes de la Monarquia. Grande honor vueſtro ſin duda, y mucho grito, que diò la fama toda por la pluma de aquel Monarca! Pero V. Exc. ſatisfizo eſta incomparable honra con faltar enteramente à la obediencia, atropellando ſu ſalud, que ſe hallaba fatalmente reducida à la cama; aviendo recibido el Viatico tres dias antes vezino à la ultima ruìna. Pues tomando la poſta, y ſiendo tiempo de mutaciones, expuſiſteis la vida à la comun laſtima, entrando en Roma en alas de la fidelidad, y de la ligereza, y pareciò aver caminado ſobre el carro de la fortuna, pues recuperaſteis los eſpiritus de la vida en la miſma razon de perderla, que los Aſtros ſe exclarecen con la agitacion preſuroſa, y purifican la luz con fatigarla. Hallabaſe la edad en el corazon de la Primavera, y la lozanìa; ſiendo de ſolos 25. años, en que ſuelen florecer los penſamientos al piè de los peligros, mirando à las canas deſde tan lexos; las experiencias tan grandes en las galanterias militares de ſoldado, y en las bizarrias de Cavallero, como agenas de qualquiera otro negociado politico. Mas los entendimientos elevados ſuelen deſdeñarſe aprender ſolo en los ſuceſſos, y en ſer diſcipulos de los acaſos: eſtudio perezoſo, y tardo enſeñamiento, el que reſerva los aciertos para deſpues de aver vivido! La Corte la mas politica de la Europa, pudiendo ſer igualmente cabeza del mundo politico la frente del Aventino, que lo es del Orbe Chriſtiano. La empreſſa la mas ardua, en que ſuda reflexiones la prudencia, y en que camina la razon piſando lana, porque no ſienta el eſtruendo, ò el rumbo la atencion advertida, que no ſabe eſtàr un inſtante ſoñolienta. Y ſaliò tan favorable eſta Embaxada, que vueſtra milagroſa conducta, obedeciendo à la inſtruccion ſecreta, honrò las venerables ſienes del Cardenal Odeſchalchi con la Tiàra, apellidandoſe abiertamente criatura vueſtra. Suceſſo fauſto à la Igleſia Santa, cuya Nave ſe pudo veſtir de gallardetes aquel dia, en que levantaron ſu frente auguſta los ſiete montes de Roma, por

ſalu-

ſaludar primero à ſu dicha, y bolver luego à inclinar profundamente en la reverencia ſus cervices bien oprimidas de gloria, ſaludando de camino vueſtra grande alma, origen deſta feliz empreſſa. La conducta admirable de eſta negociacion glorioſa no puede ſalir oy à la luz publica, por intervenir en ella perſonas, maximas, y conſequencias de mucho fondo, que piden conſagrarſe inviolablemente à las leyes de Cavallero, y à los fueros de Miniſtro, quedando eſtas memorias, no ſolo cerradas, ſino difuntas en el pecho, y arrojando una llave al Tybre, mientras ſe entrega la otra al olvido. De eſta ſuerte ſaliò el Conde de Melgar triunfante de Roma, y de ſu Capitolio, mereciendo en edad joven tener Altar en el Templo de la prudencia, y ſiendo el primer Oraculo florido, que tuvo eſta Dioſa, la qual mueſtra encanecida la cabeza, y nevada la frente divina: y de eſta ſuerte pudo eſcrivir deſde Roma à Eſpaña, vine, vì, y vencì los batallones armados de la razon politica, de la induſtria, y de la experiencia, aviendo corrido la poſta eſta vez la dicha, y la prudencia, que ſuelen caminar perezoſamente, moviendo un monte en cada planta. Celebra aquel galan Panegyriſta la muerte de Nerva, luego que exaltò à Traxano à la Purpura, porque à tan grande hazaña ſe le debieſſe la veneracion de ſer la poſtrera, aviendo llegado el acierto à lo ſumo de la gloria. Pero en Vos ſe debe celebrar aquella exaltacion divina, como la primera grande hazaña de vueſtra prudencia, por donde empezaba politicamente la vida, porque aſſi conocieſſe la Europa, que la ſublimidad de vueſtra alma comenzaba à ſubir por donde declina la mas autorizada prudencia.

Deberi quidem maximo operi hanc venerationem, ut noviſſimum eſſet authorem quæ ejus ſtatim conſecrandum, ut quandoque inter poſteros quæreretur an illud jam De... fecisſet. Plin. in Paneg. Traj.

Bolviſteis à Milàn victorioſo con otra eſpecie de triunfo, que Marte deſconoce por foraſtero, aunque no le trata como enemigo: y deſpues de cinco años en el afàn garboſo de aquel empleo, empuñaſteis el baſtòn de Governador, y Capitàn General del Eſtado, primero en interin, y en propriedad luego, llenando toda la expectacion del mundo, pues cumpliendoſe nueve años de govierno, quando ſuele hazerſe intolerable el yugo mas blando, ſolo porque dura mucho; y la miſma novedad de otro yugo, aunque ſea mas peſado, liſongea el cuello, clamaba por vueſtra prorrogacion la Nobleza, las Milicias, y el Vulgo, deſeando eternizaros en Milàn poco à poco, y que duraſſe otro tanto el govierno, como la medalla de bronze, que conſagrò à vueſtra memoria aquel Eſtado. Llegaba deſde Milàn à Eſpaña caliente el ſoplo, con que reſpiraba la fama elogios de vueſtro feliz govierno. Dexabaſe adorar la juſticia en ſublime trono, yà aterrando con el ceño, yà enſangrentando el cuchillo,

yà

yà derramando felicidades ſobre el merito. No huvo horror, que no anduvieſſe tremulo, y fugitivo de aquel Eſtado, deſpues que vieron palpitar los eſcandalos uno à uno en el ultimo ſuplicio. Llegò à mirarſe vueſtra juſtificacion como milagro, creyendo que huvieſſe dexado Aſtrea el azùl ſolio embidioſa del fiel en tan juſto peſo. Subiò tan alto eſte concepto, que formò de Vos el mundo, que aviendo propueſto tantos, y tan diverſos Miniſtros, como ocurrieron en las nominas por eſpacio de nueve años, jamàs el Conſejo, ni el Rey Don Carlos II. ſe apartò de vueſtro dictamen acertado, ni dentro de la propoſicion alterò el orden, que dictaba la rara comprehenſion de vueſtro entendimiento, perſuadidos à que ſe vinculaba la juſtificacion à vueſtro juizio: y que alterar un punto, era lo miſmo que trabucar las cuerdas de un inſtrumento templado en la delicada fantaſia de un numen ſupremo, ò inmutar el orden de ſus numeros al guariſmo, ò deſordenar las eſtatuas, y los nichos de la juſticia en ſu Templo: y que en tan prolixos años no torcieſſe vueſtra pluma un raſgo ſolo àzia la paſſion, ò àzia el engaño? Què caminaſſe por la Eclyptica ſiempre el entendimiento, ſin declinar ſubiendo, ò baxando un punto? Raro prodigio, y que aun el Sol quiſo deſmentir en la fabula de aquel joven temerario!

El deſinterès (idolo hermoſo, y deſnudo, à quien todos quieren adorar en otro Templo) fuè la eſtatua de bulto primoroſo, à quien doblò la rodilla la admiracion de aquel terreno, y que hizo florecer en alabanzas el baſtòn, que empuñaba vueſtra mano: la providencia con que vueſtra razon atendia, no ſolo à las grandes urgencias de aquel Eſtado, ſino à las mas menudas, y mas abatidas del Pueblo, y que pudieran quedar eſcondidas en el olvido, ò en el deſprecio, quiſo parecerſe mucho à la de aquel numen infinitamente ſabio, que cuyda de el humilde chopo al miſmo paſſo que eterniza ſus ramas al Cedro: que por eſſo el grande San Ambroſio llamò error ciego del Principe de la Filoſofia, averſe perſuadido à que ſu providencia no paſſaba del Cielo de la Luna, quando ni una arena en la playa, ni la mas debil yerva, ni en el arbol una hoja de tantas como viſten ſu tronco de lozanìa, puede tener embidia à una eſtrella, ni eſtàr quexoſa de menos favorecida, pues ſe deſvela en el humilde hogar de una choza, como en la hoguera reſplandeciente de un Planeta. Hallabaſe abundante de moneda falſa el Eſtado, que ſiendo la ſangre de un cuerpo politico, y teniendo eſte caudal en las venas feamente denegrido, ſe acercaba à moribundo: y al miſmo paſſo eſtaba exhauſto de aquel caudal puro, de que ſe alimenta menudamente el comercio. Eſte achaque peli-

Ariſtoteles aſſerit uſque ad lunam ejus deſcendere providentiam. S. Ambroſ. lib. 1. Offic. cap 13.

Nihil tam alta natura conſtitui, quo virtus non poſſit enniti. Curt. lib. 7. num. 11.

groſo

groſo tenia dificil curacion en un Eſtado, cuyos confines facilita el delito otro tanto, como dificultan el remedio; mas no ay cumbre inacceſſible à un bizarro eſpiritu, que fuè lo que reſpondiò en una grande ocaſion Alexandro. A pocos dias de afàn cuydadoſo ſe viò purificada la ſangre toda de aquel cuerpo, ſin que ſe hallaſſe una gota, que no bermejeaſſe con pureza, y ſin que ſe maleaſſe deſpues en la circulacion continua. Suceſſo tan portentoſo, como ſi reſucitaſſe un cuerpo difunto, pues fuè meneſter dexarle exangue primero, y bolver à llenar las venas de eſpiritus nobles al miſmo punto. Y no fuè menor prodigio, que pudieſſe executarſe ſin diſpendio del Real Erario, porque aviendo de ſer influxo de un numen milagroſo, no ſuele coſtarle à la naturaleza mas caudal, que el de la confianza primero, y luego el del paſmo. Tanto pudo recabar el zelo, y el ſudor de vueſtro diſcurſo, allanando ſu frente à un impoſsible con piè oſſado, quando parecia tenerle immobil en el ocio, que tambien la Providencia govierna el mundo deſde el ſoſſiego.

Et requievit die ſeptimo. Geneſ. cap. 2.

Mientras ſe gaſtaba tanta razon en eſta empreſſa, iba derramando el deſvelo ſu viſta por las fortificaciones de cada Plaza, guarneciendolas de prudencia, y tambien de oſſadia; y no baſtando al corazon dos alas, ſe calzaba otras muchas, por embiar el alma dividida en tantas empreſſas, que pudiendo atropellarſe, ò confundirſe unas en otras, formaba muſica de tan diſtantes cuerdas, pulſando à un tiempo muchas hileras la fantaſia, y varios ordenes de razon el alma: y la que en otro pudiera ſer faena, en Vos fuè muſica. Apenas huvo maxima, que quando caminaſſe mas profunda, no la percibieſſe vueſtra razon diſtintamente deſde la oreja, pareciendo caſi tan dificil aſſumpto, como calarſe à regiſtrar los ſecretos del alvedrio, y à deſcubrir ſus ſenos hondos al corazon humano, con rebolverſe en torno el penſamiento, paſſando el aviſo en alas de la diligencia à tiempo oportuno de que la mina de fuego dieſſe en agua; mas no quiſieron perſuadirſe à que fueſſe profetica la voz de Caſandra, y à poco tiempo ardiò todo lo que ella avia cantado. Eſte eſcarmiento hizo, que fueſſe deſpues creìda vueſtra pluma, como ſi fueſſe cortada en Delfos de aquella ave preſaga; y aunque ſe embrazò la rodela, quando eſtaba yà en el pecho una cruel punta, ſirviò con todo eſſo de rebatir otras, que avia prevenido ingenioſa la miſma eſpada. Vos ſupiſteis pelear igualmente con las maximas, que con las tropas, y los batallones armados temblaban de vueſtros penſamientos; mas ſiempre ſerà verdad, que los beneficios negativos, ſiendo los mayores, ſe aprecian menos, y apenas los quieren reconocer por favores los diſcurſos humanos,

como

como ſi no fueſſe mas heroyca hazaña de la prudencia precaver la ruìna, que no ſacar del eſtrago, al que ſe llora embuelto en ella: y de otra ſuerte huviera poco que eſtimar à la daga el quite de una violencia, que caminaba al corazon con la punta.

La Real Hazienda hallò la piedra Filoſofal en vueſtra gallarda fantaſia, y una vena de oro en eſſe profundo entendimiento, porque aviendoſe conſumido tan grandes ſumas en la formacion de un Exercito, en nuevas fortificaciones, que coronaſſen de ſeguridad el Eſtado, y opuſieſſen en cada valuarte un impoſſible al piè enemigo, en los aſſientos de municiones à todas las Plazas de aquel terreno, en el Pan de municion, que haſta entonces eſtaba ſituado en Napoles, y faltò enteramente eſte ſocorro, porque robaron otras urgencias el producto: y aviendo ſido tan crecidos los diſpendios, que excedieron incomparablemente à los que precedieron en otros goviernos, derramando el caudal en caſi innumerables arroyos, y tal vez deſangrado en rios ſobervios, no ſolo dexaſteis el Paìs fecundamente abaſtecido, y à Milàn opulento, ſino que la hazienda del Rey quedò mejorada en mas de un millòn de libras de aquella moneda cada Año, ſin exprimir la ſangre en contribuciones al Pueblo, pareciendoſe aquellos caudales en vueſtra economia à los que adminiſtraba, ò expendia la confianza del milagroſo Borja, que mientras mas gaſtaſſe à cuenta de la providencia divina, mientras mas libraſſe en aquella inagotable vena, hallaba mucho mas caudal de fortuna. A eſta proporcion creciò todo lo que era felicidad en aquel terreno, aprendiendo unas dichas en otras à tomar bulto, y mereciendo tantos elogios de los Tribunales del Rey, y de ſu gran Valido, que pudieran deſvanecer à Catòn en ſu govierno. Hallaſteis diſminuìdo el Exercito, de ſuerte, que apenas mereciò eſte nombre, ſino en metafora ſolo, padeciendo mas reliquias de un cuerpo fatalmente deſtrozado, que no Exercito del Rey Catholico. Mas à poco tiempo ſe viò cubrir el campo un Exercito tan numeroſo, como ſi huvieſſe llovido Jupiter otro mundo de hombres en aquel terreno: tan lucìdo, tan reglado, que pudiera dàr zelos al del Ceſar victorioſo, acercandoſe al numero con que Alexandro hizo ſu vaſſallo el mundo. Siempre que ſe ofreciò ocaſion de mover las tropas àzia alguna empreſſa, llenaſteis de reſpiracion vueſtra fama, y la expectacion toda, aſſi de Governador, como de Oficial, caminando mucho mas allà de lo preſente vueſtra eſpada, y vueſtra razon, al miſmo tiempo que parecia eſtàr toda ocupada en el ademàn garboſo, con que ſe movia al ſòn del

clarìn encendido, hurtandole ſus dos frentes à Jano eſſe noble entendimiento, que raſgaba ſus cortinas al tiempo futuro, y peleaba, no ſolo con el enemigo, que eſtava en el campo, ſino con los Eſquadrones, y con los acaſos venideros, anticipandoſe los diſcurſos à robarles la victoria à las manos.

El ſuceſſo de Genova fuè bien iluſtre teſtimonio del numen, que calentaba vueſtro eſpiritu, y alumbraba deſde la razon al acierto. Hallabaſe la hermoſa cabeza de aquella Republica en la mas ſañuda tormenta, que pudo fraguar el elemento del fuego deſde el agua, y ſe dexaba vèr otra Genova movediza en la armada Franceſa ſobre la eſpalda del Mediterraneo, que fulminaba en cada bomba la ruìna de un edificio, ſin que reſpetaſſe eſta eſpecie de rayo, ni aun al Sagrado Tronco. De ſuerte, que el terreno, que ſe llamò Liguria de un hijo de Faetonte abraſado, experimentaba muchas reliquias de aquèl antiguo incendio, como ſi bolvieſſe à quemarſe el Univerſo todo, y à humear el Sol deſpeñado. Dexabanſe vèr, ò llorar muchos Cadaveres mal ſepultados en ſu eſtrago miſmo, ſin hallar el deſcanſo triſte del ſepulcro. Que tambien quando àrdia todo el elemento del fuego en Troya, le faltò al cadaver de Priamo el honor de la hoguera, y en el mayor incendio le faltò llama. Nunca fulminò Jove con mas ira un rayo à la frente de aquella ſierra, que ſe deſcuella ſobre Genova, que los que deſpidiò la ſaña militar deſde el agua ſobre la cabeza de Liguria: y ninguno flechaba Jupiter con la mano ſinieſtra, pues nunca errò la cima, ò la torre donde le deſtinaba. Flaqueò al fin no ſolo la reſiſtencia, ſino tambien la eſperanza, que ſe dexò vèr muſtia en el ſemblante de cada Ciudadano de Genova, y en un funeſto gemido explicaba profeticamente ſu ruìna. Temian por inſtantes un deſembarco, y vèr infeſtadas ſus riberas del enemigo, que en cada nave arrimaba una maquina de fuego, introduciendo, no yà por el muro, ſino por el viento, inevitable el eſtrago, à tiempo que amaneciò por la cima de la eſperanza vueſtra memoria en la noticia, de que ſolicitaba extinguir en el mar aquella fatal hoguera, y obligar à Jupiter à que bolvieſſe ſus rayos à la aljaba: con que empezò aquella Republica à levantar la cabeza triſtemente caìda, ò reclinada ſobre ſu deſeſperacion miſma. Mas era meneſter ofrecer el ſocorro con igual cuydado de acallar ſus ſoſpechas, que de rebatir las armas enemigas, peleando à un tiempo con las deſconfianzas, y con las bombas (pudiendo dudarſe quales fueſſen mas crueles armas) porque miraban muchos el ſocorro con todo el ceño de la ſoſpecha, y de una fantaſia medroſa, temiendo hallarſe domina-

Ille tot Regum parens caret ſepulchro Priamus, & flamma indiget ardente Troia. Senec. Troas, trag. 8.

Aut ulla putatis dona carere dolis Danaum? Sic notus Uliſes? Aut aliquis latet errore: equo ne credite Teucri: quidquid

minados de la defenſa miſma, y que ſe convirtieſſe en eſpada, el que buſcaban eſcudo de Liguria, lo qual ſeria ſolo mudar de dominio, ò de tirano, que diferencia poco el rieſgo, ſino en venir disfrazado en trage de ſocorro. Poner guarnicion Eſpañola (dezian) ſerà lo miſmo, que defender la libertad con la cadena, y querer guardar los fueros del alvedrio con entregar la llave al arbitrio foraſtero. Quien intentò preſidir la cabeza, con poner el cuchillo à la garganta? No ſerà accion mas garboſa exponer la libertad à la invaſion enemiga, que no ſacrificarla como victima à una eſclavitud infame por voluntaria? Penſais que pueda quedar deſcanſado el cuello con mudar el yugo, ò ſi dexa de ſer eſclavo el que entre dos elige dueño? Solo que el primer yugo le pondrà el valor, ò el acaſo, caminando animoſamente el eſpiritu por entre ſangre, y fuego; y el ſegundo, le impone indignamente el ſuſto, entrando voluntario el piè en el grillo. Ay, y quanto yerra los medios un deſdichado, pues al huìr de un peligro, ſe rebuelve en otro mas fiero! Como la incauta avecilla, que huyendo el rayo con alas, à quien diò cuna fria la Noruega, fueſſe à guarecer la vida de otro mas ſañudo pirata. Què importa mantener el teſoro de la Republica, ſi ſe pierde el de la honra? Quien intentò guarnecer cobardemente la plata, deſmantelando la reputacion toda, ſin dexar una almena? Fuera de que ſi una vez roban la libertad, que es la mas eſtimable joya, quien podrà perſuadirſe à que ſe guarde la fé publica al oro, y à la plata? Cuydado, nobles Ligurinos, mirad que entra diſſimulada en defenſa vueſtra ruìna, y en el que parece obſequio eſtà el engaño de emboſcada! El que huviere rebuelto con alguna obſervacion las Hiſtorias, hallarà averſe perdido mas plazas à manos de la guarnicion foraſtera, que no de la invaſion enemiga. Quien no ſabe que el excidio de Troya ſe entrò por la puerta de una confianza, la qual reduxo la gloria del Ilion à ceniza? Quien no ſabe que la Theſalia, y muchas Ciudades libres de la Grecia fueron tyranizadas de Filipo, Rey de Macedonia, quando intentaban con ſus tropas ſacudir el yugo de una tyranìa? Quien no ſabe que los Romanos apenas entraron auxiliares en Provincia alguna, que no la dexaſſen eſclava, no conſiguiendo otra libertad los Pueblos, que mudar de cadena? Quien ignora, que el grande Alexandro entrò à preſidiar à Cadmea, llevando disfrazada en ſu libertad la coyunda, que puſo à la Grecia toda deſde aquella torre alta? Y ſi quiere la memoria acercar los objetos caſi à la viſta, y dentro de nueſtra Italia, hallarèmos humeando aun el eſcarmiento en la Baltelina, à quien ſocorrieron contra

& donā ferentes. Virg. lib. 2. Æn.

Ipſe verò Philippus per ſpeciem expellēdi tyrannos, Theſſalia potius eſt Theſſalorū autem, vel inſipientiam, vel juditium ſecuti plerique Græci, Philippo ſe dedidere: miſeri, qui non intelligunt erit ſe non tyrannorum numerum expellere, ſed domeſticum in alienigenā mutuare. Salia. ad ann. mundi. 3710. Salian. ad ann. 3719.

los Griſones las tropas de Eſpaña, y deſpues fuè meneſter que ſe commovieſſe la Europa, y apenas baſtò à ſacarles de entre las garras la preſa. Y en ſuma, aviendo de ſer la guarnicion Eſpañola, ſerà mas facil perder à Genova de muy guarnecida, que no de mal fortificada. Aſſi oraba la ſoſpecha ſiempre facunda, à quien Tulio cediò toda la mageſtad de ſu eloquencia. Faccion peligroſa, donde es meneſter que el eſtoque tenga àzia la guarnicion otra punta! Terrible empreſſa, donde la eſpada, que ha de cebarſe en las venas enemigas ha de deſangrar con el miſmo impulſo à los confederados ſus deſconfianzas! Tenia vueſtro entendimiento bien penetrada la razon de eſta duda, en que aquella Capital fluctuaba, y era neceſſario gran tiento en meditar tan doliente fantaſia, y buſcar remedio, que calaſſe haſta el alma. Por otra parte peligraba no menos que la Italia toda, en que recibieſſen aquel yugo (entonces enemigo), y era abrir en una muchas puertas al rieſgo, porque ſe entraſſe à ſer vezino el ſuſto. Ofrecer las tropas à la Republica, era lo miſmo que añadir tinte à la ſoſpecha, ò preſtarle otra ala, haziendo impoſſible la curacion de tan deſeſperada dolencia, con ofrecer voluntaria la medicina, pues en aquel ſiſtema ſuele perſuadir menos el que inſiſte con mas energia. Infeliz eſtado, en que el doliente perdiò toda la fé con el remedio, y es meneſter valerſe del disfràz, y del engaño! La materia pedia toda la razon de una grande alma, y una meditacion profunda, ſiendo preciſo pararſe en el Rubicon muchas vezes la prudencia, antes que le eſguazaſſe la oſſadìa.

Eſtava entonces vueſtro corazon fogoſo convertido en oficina de cuydados, entraban, y ſalian los penſamientos, gyraban de uno en otro objeto ſolicitos los diſcurſos, y ſe miraba la Republica de las abejas afanar mordiendo luz, y dulzura por los campos floridos; de ſuerte, que no dexaba lugar à otros cuydados, como ſi intentaſſe ocupar el terreno todo à los ſentidos, y deſalojar del alma los afectos. Hiriò al fin vueſtra mano la frente con ademàn ayroſo, y rebolviendoſe el penſamiento en torno del peligro, hallò prompta ſalida à laberinto tan intrincado. Mandò, que los cuerpos de ſus tropas ſe puſieſſen en marcha, con el motivo de reforzar el Final amenazado de la invaſion Franceſa; porque aviendo de tranſitar por los Dominios de aquella Republica con pretexto tan eſpecioſo, al miſmo caſi imperceptible punto, que inſtaſſe mas el rieſgo, la miſma urgencia obligaſſe à que ſe valieſſen de aquel eſcudo, dexando lo demàs à la diſcrecion del miedo, que avia de recabar à tiempo oportuno lo que no podia la eloquencia, ni la verdad, ni el alhago, por mas que ſe esforzaſſen

à

à ſincerar el animo del Rey Catholico. Noticiò V. Exc. à la Republica deſte preciſo movimiento, porque dieſſen paſſo à tan juſto motivo: advirtiendoſe ſolo, que ſi pareciessen neceſſarios algunos cuerpos à la ſeguridad de aquella plaza, llevaban los Oficiales orden de atender antes à eſta urgencia, como mas executiva: que pudieſſe la Republica eſcoger las Naciones que fueſſen de mayor ſatisfacion ſuya: que les ſeñalaſſen los pueſtos que pareciessen mas convenientes à ſu defenſa: que no darian paſſo ſin el dictamen de aquel govierno, ni avria ademàn alguno, que no fueſſe regido de impulſo tan ſabio. Saliò tan oportuna eſta maxima, hija de una reflexion profunda, que les hallò ſobre la marcha el aviſo de aver dado fondo la armada Franceſa. Madrugò con felizes aves el Sol aquella mañana, por adelantarſe à bañar en luz vueſtra cabeza: y apenas vieron los Ginoveſes marchar las tropas à la frente de ſu ruìna, quando ſe viò practicamente el fondo de vueſtro valiente diſcurſo, porque inſpirados de el peligro, y del eſtrago (dos Oradores mas eloquentes que Demoſtenes, y Tulio) ſe entregaron reſueltamente à la diſcrecion de vueſtro alvedrio, y en brazos de vueſtro Exercito, y ſe aſſirian de una eſpada por el filo, aunque ſe enſangrentaſſe la mano. Socorriſteis al fin oſſadamente à Genova, rompiendo por el enemigo, y por el rezelo, mirando con la punta de la eſpada à los Enemigos, y con la de la razon à los confederados. Gran dia, y que pudo hartar de gloria vueſtro corazon ambicioſo de fama! Mas porque fueſſe la confianza entèra, yà que avia entregado las llaves de ſu libertad aquella Republica, entregò tambien el teſoro, que paſſaron vueſtras tropas à parage exempto del eſtrago. Y fuè bien digno de la admiracion toda, què de tantos millones no faltaſſe ni una moneda, tranſportandoſe de èſte à aquel ſitio, y bolviendo al Erario luego que ſe hizo à la vela el Enemigo, y dexò reſpirar aquella cabeza embuelta en fuego, y en humo. Y aun aviendoſe roto con la fuga apreſurada, y con el peſo un cofre de plata, ò de oro entre tanto Soldado, y en ocaſion tan oportuna à la licencia, y à la oſſadìa, no faltò ni un real de plata, aviendoſe contado deſpues con toda la reflexion de la advertencia, y pudiſteis quedar agradecido al acaſo, pues fuè el màs eficàz argumento del numen divino, que tuvo tan diſciplinado aquèl valiente cuerpo, y tan regladas ſus tropas à la razon, y al reſpeto, pues no fuera menos milagro, que ninguno de los hombres en el mundo ſe inclinaſſe arrebatadamente al ſuelo el dia que Jupiter en la fabula deſatò ſu lluvia en oro.

Apenas entrò de ſocorro vueſtra eſpada, quando el Enemigo

levantò el aſſedio, y ſe hizo à la vela, y mas aviendo experimentado, que una ſecreta mina, que fraguaban el oro, y la induſtria, fuè deſcubierta de aquellos linzes ojos, ò penſamientos, que ſe calaban à reconocer ſus entrañas à la tierra mas profunda, caſtigando la traìcion con la muerte, y con la infamia, y burlando la ſorpreſa, al tiempo que con la noche bien obſcura iba logrando un deſembarco la eſperanza. Deſataronſe en elogios vueſtros las lenguas facundas de aquella Republica, por aver reſtituìdo, ò conſervado la libertad à ſu Patria, el que, no ſin particular providencia, avia merecido hallar de paſſo en aquèl terreno ſu vida en Real cuna. De ſuerte, que Vos naciſteis en Genova, y Genova renaciò fenix de entre ſus paveſas en vueſtra diligencia, y en vueſtra oſſadìa, imponiendo el Cielo en aquèl, que pareciò acaſo, eſta obligacion à vueſtro eſpiritu generoſo, de que reſtauraſſe el Paìs, que le diò iluſtre nido. Por eſſo mereciſteis veros retratado de tanto pincèl culto, como libertador de vueſtra Patria en los dibuxos que ſe eſparcieron por la Europa. Què aclamaciones no eſcuchaſteis por las Riberas de Genova? Què colores retoricos no buſcaron el pincèl, y la pluma, para dàr à ſu reconocimiento alguna alma, mientras eſpiraba de abſorta la voz en la lengua? Cada corazon era un Templo con muchas aras à vueſtra memoria, haſta que rompiendo por la admiracion la fama, formò un grito de reſpiracion immenſa. Y verdaderamente, que eſta faccion militar llenò vueſtro nombre de gloria, y dexò vinculada à la poſteridad una inſcripcion de oro en cada Almena, y mas aviendo ſido tan deſintereſſada, que aun la malicia no pudo hallar colorido à una fabula, y le buſcaba una Hiſtoria. Bolviſteis à Milàn, tremolando muchos Eſtandartes la bizarria, hurtandole al ſimulacro, que la antiguedad veneraba, de la una mano el ramo de la Oliva, y de la otra el de la Palma. Y al fenecer vueſtro Govierno, eternizò Milàn vueſtra memoria en aquella eſtatua, que colocada en el Foro dixeſſe al ſiglo venidero las hazañas de ſu original victorioſo. En ella eſtàn copiados los mas vivos afectos de ſu dueño, reſpirando el bronze por la eſtatua ambiente de gloria, pues la que en el burìl empezò ſolo fantaſia, quiſo acabar en alma.

Reſtituyòſe V. Exc. à la Corte Eſpañola, dexando immortal ſu nombre en la Italia, y un Coloſo levantado à ſu Grandeza, que ſe deſcuella ſobre la cima de los Alpes en mageſtad, y en altura. Y fuè luego bien neceſſario vueſtro eſpiritu en Cathaluña, donde ſe avia fraguado la mas horrible tormenta, que

ſal-

ſalpicaba en plebeyas olas el dosèl à la ſoberanìa. Padeciò naufragio aun el Santelmo, y la inſolencia hinchada en eſpuma le arrebatò el tridente de la mano à Neptuno. Era meneſter arrojarſe à nado ſobre la hinchazon de aquèl furioſo elemento, y exponerſe à ſer victima del naufragio; mas obedeciſteis tan oſſadamente, que diſteis todo el pecho à las puntas del peligro. No ſe pueden reducir à poco blanco las proezas del valor, y del ingenio, que executaſteis en aquel teatro confuſo, donde el rieſgo era el menor enemigo, porque eſtaba muy deſcubierto, haſta conſeguir con vueſtras maximas, que las ondas mas creſpas ſe eſtrellaſſen unas en otras, y quebraſſen la furia en sì meſmas, trazando, que ſe vieſſe dividida en facciones ſangrientas la ſedicion unida poco antes contra el reſpeto, por bolver à unirlas otra vez en el caſtigo. Que tambien la Divina Sabiduria fundò eſta maquina ſobre la diſcordia, y de ella ſaca toda la armonìa, que haze fantaſear con reñidos Elementos la naturaleza. Paſſaſteis luego à dominar en ambas parcialidades con la autoridad, y con la induſtria, debilitando la una con la otra, amotinadas entre sì las cabezas de la hidra, que ſe mordian rabioſamente, y chocaban con furia; haſta que las fuè cortando vueſtra eſpada, paſſando el eſcarmiento de una vanda à la opueſta. Operacion capàz de immortalizar vueſtra fama, y de que entraſſeis triunfante en Roma, ſi fueſſe eſta hazaña en aquellos ſiglos, en que no derramaba una gota èl valor, ò la prudencia, que no la deſtilaſſe aquella Republica en gloria. **Boet. lib.4. de confol. met.6.**

Entraſteis nuevamente victorioſo de tan dificil empreſſa en el corazon de eſta Mònarquia, ſonando prodigamente vueſtra alabanza haſta por la boca de la embidia. Y ſiendo promovido al Conſejo de Eſtado, ſe viò el exemplar primero de hallarſe en èl à un tiempo Padre, y Hijo; mas era juſto, que ſe ſingulariżaſſe en Vos todo, pues ſe quiſo ſingularizar en vueſtra formacion tanto el Autor Supremo. Empezò la dignacion del Rey Catholico à emplear vueſtro caudal en las importancias del govierno, ſin que baſtaſſen los ruegos porfiados à ſuſpender, ò divertir un poco la intolerable proſperidad de favorecido; pues interpuſo todo ſu imperio, y ſu Real decoro, aunque hallaba reſiſtencia en la mano, que avia de manejar el freno, obedeciendo tal vez remiſſo, porque afloxaſſe el precepto en el deſcuydo; mas deſeaba que vueſtra eloquente razon fueſſe arco del diluvio, que templaſſe con varios colores el ceño: y no fuè delinquente el Iris en ſerenar un Cielo irritado, ni en ſer nuncio bien colorido de felicidades al mundo. Pero què humo, ò què llama no empezò

à

à vomitar la emulacion deſde aquel dia contra una forzada obediencia, que ſe llamò valimiento con la fortuna, por atizàr el odio con el nombre de privanza? Què maquinas no ſe fraguaron en el corazon aſtuto de la Grecia, porque ardieſſe Troya, aunque huvieſſe de eſcapar Eneas ſacudiendo de ſu veſtidura la llama? Què libelos no eſparciò la calumnia eſcritos con ſangre negra? Què ſuceſſo triſte, ò què horror no achacò à vueſtro influxo la malicia; quando muchas vezes le ſupiſteis ſolo por la voz de la cenſura, que le acuſaba? Atribuyendo el vulgo el mal ſabor de la agua mas pura, no à diverſos minerales por donde corria, ſino al origen, donde penſaban que tenia ſu fuente callada, y haſta el agua llovida creyeron que tuvieſſe cuna en eſta oculta vena. Con todo eſſo debeis eſtàr reconocido à la embidia de la razon, porque os calumniaba, pues mordìa en Vos como culpa, que no allanaſſeis ſus montes à la naturaleza: grande argumento de lo infinito, que eſperaba de vueſtras operaciones, pues ſe quexò abiertamente de que vueſtro entendimiento no venſieſſe ſus cumbres à los impoſſibles! Mas las vozes roncas de la embidia ſon arrullos à la felicidad mas alta, y ſolo el deſprecio las caſtiga; y mas quando intentar obſcurecer vueſtra gloria, y las calidades de tan noble alma, era lo miſmo, que querer matar la luz del Sol à medio dia, el qual aun quando traſmonta, ſe và à adorar con igual pompa de reſplandor otra esfera, mientras el triunfo, que alcanza la malicia, es ſemejante al que en el Paraìſo conſiguiò la ſerpiente aſtuta, que quedò mas arraſtrada deſpues de victorioſa. Y bien sè yo, que ſi eſcuchaſſen de vueſtra lengua de oro las rebueltas enmarañadas, de aquel laberinto obſcuro, haſta los Dioſes dexarian caer las piedras de la mano, y ſe formaria aquel montecillo, que ſirve de honor, y de memoria à la inocencia de Mercurio; que por mas que ſeñalaba el camino con el dedo, con la razon, y con el aviſo, por mas que amontonaba exemplos, que ſendereaſſen diſtintamente el acierto, hallaba al peregrino tan ciegamente ſordo, como ſi de induſtria quiſieſſe andar deſcaminado, ò como ſi preguntaſſe el rumbo, ſolo por tomar el opueſto. Pues què Piloto no perderia la eſperanza, y no dexaria la vela al arbitrio de el viento? Quien proejaria contra la corriente de un impoſſible arrebatado? Quien no ſoltaria de la mano el remo, y ſe entregaria à la liſonja de el ocio? Y à la verdad, querer que no ſe marchite la eſperanza à raìz de un bien, que ſe repreſenta inaſſequible à la fantaſia, fuera querer que el gyraſol no deſmayaſſe, auſente, ò difunto el quarto Planeta.

Super pectas tuum gradieris. Gen. cap. 3.

Pero

Pero entre tanto iba derramando favores vueſtra mano prodiga, conducto generoſo de la dicha, exaltando à tantos hombres de honra, y à muchos de los que acompañaban con ſus quexas el carro de la fortuna; mas ſiempre ſe hallò verdadera aquella maxima antigua, que la emulacion con ningun alhago ſe ſoborna, antes le ſirve el favor de eſpuela, porque con aquella miſma operacion glorioſa crece la cauſa de la embidia. Conſpiraron todos los Elementos: hizieron liga los Aſtros entre sì, reñidos contra èl que miraba como liſonja eſta ruìna, conociendo, que ſobre dexar un terreno tan mal ſeguro, y ſobre purificar el ambiente del odio, abultaba ſu fama con ſu eſtrago, ſi es verdad, que los montes mas ſobervios ſe formaron del diluvio, que intentò anegar la tierra, y no dexar en piè ſino un elemento. Y ſe puede afirmar, que fuiſteis el primer culpado en el mundo ſin delito, ò ſin miniſterio (el qual haze delinquente, ſolo porque hizo dichoſo.) Nò perdonò el eſtrago al chopo mas abatido, maltratando las yedras arrimadas al muro; mas en eſta materia ſerà bien enmudecer la pluma de el que contaba por vanidad hallarſe embuelto en vueſtra ruìna, no ignorando, que à Scipion le importò una fama aver ſalido deſterrado de la gran Roma, y que ningun Heroe mereciò eſtatua, ſin que fueſſe primero juguete à la fortuna, y ſe derritieſſe el bronze al calor, ò fuego de la embidia. Aora ſi, que vais, adonde ſabràn conocer, y apreciar los immenſos fondos de vueſtra alma: Aora ſi, que bolverà à derramar precioſa lluvia Mercurio por vueſtra lengua: Aora ſi, que aquel gran Rey de la Francia, alma de Europa, podrà examinar, ſi es verdad, que eſta piedra es igual à la que Plinio admira, porque ateſora todos los colores hermoſos, que dividiò entre las demàs la naturaleza. Id, llevad las precioſidades de vueſtra razon profunda, que hallareis buen Lapidario en la Francia.

Parchroi ex omnium aliorum gemmarum coloribus conſtat. Plin. lib. 37. cap. 10.

Aqui llegaba divertida la pluma, quando vueſtra piedad me llama (à deſpecho de la modeſtia) à que no la olvide en un lienzo, en que le dibujan las mas valientes hazañas de el deſengaño, y en un aſſumpto, en que habla deſde el Altar vueſtro divino Abuelo, con quien teneis aun otro parenteſco mas cercano; pues èl copiò toda la belleza, en que floreciò ſu heroyca alma, del cadaver de una roſa, y vueſtra imaginacion ſupo experimentar la crueldad de el tyrano Maxencio, atando por tantos (no sè ſi diga ſiglos) un triſte vivo con un hermoſo difunto, y mas en una tan rara viveza, que eſtà paſſando chiſ-

mes

mes deſde la imaginacion à la alma, que la malquiſta con la vida; ſin que os dexaſſe atencion libre à otros cuydados, porque eran ſubalternos al amor los demàs afectos: y aquella cuna de vueſtro dolor immenſo lo debe ſer tambien (como empezò à ſerlo) de el deſengaño mas vivo, aprendiendo haſta el nacèr de la perfeccion en el Borja Santo: èl debe ſer vueſtro Original, yà que fuè vueſtro Abuelo. Mi pluma no tiene grito, que pueda ſubir tan alto, porque ay ſuma diſtancia deſde mi humildad à la cumbre de monte tan excelſo (ſobre eſtàr ronca de aver cantado mucho) allà os atended ſilencioſamente con el Original, que os habla al oìdo. Seneca introduce en la tragedia octava à Hecuba, apretando en la mano poca ceniza, que antes avia ſido mucha Troya, eſtrechando en el puño, ò el Alcazar ſobervio, ò el Palacio de Priamo, ò la Torre Scæea. Y pudiera yo introducir al Borja, apretando en poca ceniza toda la grandeza humana, y encendiendo el deſengaño en la mageſtad reducida à paveſa. Ni penſeis que puede ſer diſculpa à no trasladar fielmente todo aquel deſengaño à vueſtro pecho, el vivir dentro del mundo; porque es flor, que nace en qualquiera terreno, ſi quiere cultivarla el cuydado. El Gyraſol, y la Aguila ſon los dos vivientes mas enamorados de el Sol: La Aguila dexa ſu nido, por caminar en buſca de ſu luz: El Gyraſol le ſigue deſde ſu jardin, y con todo no querrà ceder en fineza eſta flor al Ave Real. Borja tuvo el valimiento de el mayor Monarca, que adorò entonces el mundo, y ſupo guardar à la virtud ſu nincho, ſin que le uſurpaſſe el engaño, ni le regalaſſe la liſonja con blando aliento. Y Vos guardaſteis el decoro al buen exemplo entre los doſéles de Palacio, y entre el que quiſieron, que fueſſe valimiento. La felicidad miſma, cuyo ſoplo ſuele marchitar las virtudes, y talar ſus jardines al Hybla, fuè la que mas cultivò las de aquella alma, y ſe viò convertida en Primavera, ſiendo jardinero la dicha, que ſuele hazer eſteril de ſemejantes flores qualquiera otra campaña. Las plumas de la Cimera al cobarde le ſirven de alas à la fuga, y al animoſo de penachos à la oſſadìa, y eſtàn llamando à la victoria. Y cierto, que eſte motivo ſolo baſtaba à que yo os conſagraſſe tan iluſtre aſſumpto; porque paſſando los ojos, y los diſcurſos por eſte lienzo, vereis luchar à uno de los grandes Heroes de el mundo con la felicidad humana en el campo, tan fiero monſtruo, que no ſe halla entre las hazañas de Hercules eſte triunfo.

Sparſitque cinis fervidus ora. Complete manus, hoc ex Troya ſumpſiſſe licet. Sen. Troya.

Contra la mala fortuna es baſtante eſcudo la paciencia; mas contra la felicidad apenas ſe halla arma defenſiva, porque

arruì-

arruìna la miſma tolerancia, por donde và trepando algueñamente eſta infame yedra. Mas adelante le encontrareis Batallando con la perſecucion, con la embidia, y con la calumnia, que conſiguieron arrojarle de ſu Patria, y podreis apacentar la vida en mirar renacido à Catòn, luchando con la fortuna adverſa, y al fuerte Alcides con las ſerpientes en la cuna, enroſcada la emulacion por los primeros paſſos de el valimiento de Borja, y eſte recuerdo puede liſongear no poco vueſtra memoria: Y luego eſtudiareis mayor triunfo en el glorioſo vencimiento de sì miſmo (la mas dificil empreſſa de el valor humano) haſta en los mas ligeros aſſaltos de el apetito, que conſpira contra la razon, y contra el dueño; pues no ſaben burlarſe las paſſiones, aun quando recien nacidas en el pecho, ſin enſangrentarle con ademàn rabioſo: que los cachorros de los Leones no ſaben jugar, ſino mordiendo, como obſerva San Juan Chryſoſtomo. Hallareis, que ſin la eſpada en la mano no ſe puede vivir en un mundo, donde andan ſiempre aquexando la razon, el apetito, y el rieſgo, y que es meneſter eſtàr ſiempre rechazando los atrevimientos de el Enemigo con varonìl reſiſtencia, ò huyendo el peligro de la batalla, pues tal vez ſe encuentra à la oſſadìa por el camino de la fuga.

Tacitus lib. 1. Hiſtor. *Secundæ res acrioribus ſtimulis animum explorant: quia miſeriæ tolerantur; fœlicitate corrumpimur.*

Pero veis aqui, que quando llegaba à lo mas luciente de vueſtra gloria, me es preciſo arrimar la cytara, porque ſe turbò la fantaſia, me falta el eſpiritu, y ſe cae en ſu miſmo deſaliento el brazo, que oſſaba inculcar vueſtras proezas al mundo. Y aora buelvo à la empreſſa, por donde empezò à tomar algun buelo la pluma, de que perdoneis eſta oſſadìa, haziendo reflexion ſobre mi eſclavitud dorada, la qual debe por todo derecho conſagrar ſus operaciones, y ſu caudal à vueſtra memoria; y mas aviendome robado el agradecimiento aquella poca parte de alvedrìo, que me dexò vueſtro diſcretiſſimo genio. Yo confieſſo, que rehusè al principio entrar en tan dulce trato, como que preſentìa el ruìdo de la cadena, que deſde lexos ſonaba à cautiverio, y caminaba tardo el piè àzia el grillo de oro, por no verme en el Mundo eſclavo, quando deſeaba vivir ſin otras priſiones, que las que me impone la obligacion de mi inſtituto; mas pues aveis conſeguido la victoria de eſta alma, es meneſter, que trateis mi eſpiritu, como à buen priſionero de guerra, advirtiendo, que reſiſtia, ò peleaba por ſu libertad hermoſa, y ſolo puede hallarſe culpa en aver intentado una reſiſtencia deſeſperada. Bien puede yà reſpirar ſu moderacion de V. Exc. porque puſe una mordaza à la pluma en vueſtra alabanza, que-

Indulgens animo pes mihi tardus erat. Ovid.

Tu ſolus ad vires Romana incarmina dandas. Lucan. lib. Pharſ.

quebrè la cytara, y empiezan yà las hazañas de el Borja, en cuya grande empreſſa vueſtra invocacion ſola vale por muchas inſpiraciones à mi fantaſia, rogando à Dios guarde en toda felicidad la Perſona de V. Exc. todo lo que deſeo, todo lo que amo, y todo lo que he meneſter en ſu mayor grandeza. Salamanca, y Mayo veinte y ſeis de mil ſetecientos y dos.

EXCELENTISSIMO SEñOR,

B. L. M. de V. Exc.
Su mas fiel, y mas rendido Capellan

ALVARO CIEN-FUEGOS.

LIBRO

LIBRO PRIMERO, DE LA HEROYCA VIDA, VIRTUDES, Y MILAGROS DEL GRANDE SAN FRANCISCO DE BORJA, ANTES DUQUE QUARTO DE GANDIA, Y DESPUES TERCERO GENERAL de la Compañia de Jesvs.

DESCRIVE LOS EXEMPLOS, Y ACIERTOS DE SU EDAD Juvenìl en el peligroſo eſtado de la libertad.

CAPITULO PRIMERO.

REAL ESPLENDOR DE LA FAMILIA BORJA: Singulares Privilegios, con que la enriqueciò la Silla Apoſtolica: Virtudes, y favores, con que ennobleciò el Cielo à muchos Hijos deſta Gran Caſa, y Progenitores del Santo Borja.

§. I.

GRANDE Aſſumpto me llama à lograr todo el impetu de la Pluma, que tremula de reſpeto peligra, ò ſe embaraza en la primera linea; y aſsi avrè de empezar por lo mas humano de tan alto Objeto, que es el reſplandor de ſu Nobleza, para que en lo mas tibio, ò mas tratable de ſu lucimiento, ſe vaya acoſtumbrando el Pincèl à perder el miedo à la luz. Los Geografos para deſcrivir alguna Provincia, dibujan tambien los Paìſes confinantes à ella, hurtando el Pincèl mucha tierra vezina, para mayor expreſsion, y hermoſura del Sitio, que pinta. Y para retratar las glorias immortales del Grande Borja, cuyo ſeno ſe puede llamar Paìs proprio de las Virtudes, Patria de la Santidad, y Solàr de los Milagros, ſe vè preciſada mi Pluma à tirar algunas lineas àzia ſu Eſtirpe generoſa, que aunque Paìs foraſtero à la Virtud, ſuele confinar con ella, para que ſirvan de orlas à ſus Virtu-

des las hazañas de ſus Mayores, y vayan atados al carro de ſu gloria los iluſtres Titulos de ſu Soberanìa. Formarè, pues, ſu primer Elogio, de lo que mirò con mas ceño, que es el eſplendor de ſu Caſa, y elevacion de ſu Grandeza. Y aunque San Gregorio Niſeno en la Vida de San Efrèn no quiere divertir la Pluma àzia ſu Proſapia, pareciendole ageno de toda eloquencia alabar à los Santos de lo miſmo, que deſpreciaron ellos; con todo eſſo ſabemos por caſi inviolable eſtilo de los Evangeliſtas, y otros Sagrados Eſcritores, como tambien de los Oradores mas eloquentes, que el primer raſgo que ſe deve formar en los Retratos de los Heroes, ha de ſer mojando el Pincèl en la Sangre de ſus Progenitores, pues es primor de la Pintura (con quien tiene tanta proporcion la Hiſtoria) hazer que ſe diſtingan las venas.

En abono deſta maxima esforzò ſu eloquencia San Paulino en una Epiſtola à Severo Sulpicio, toda ſu dulzura San Bernardo, toda ſu diſcrecion el Chryſologo, y todos ſus preceptos Quintiliano. Y no puede negarſe, que parece mucho mas hermoſa la Virtud ſalpicada en ſangre Real. Fuera de que, ſiendo mas dificil la ſenda de la humildad, y mas deſconocida para quien naciò en la cima de el honor ſobre el monte de la fortuna, es fuerza, que ſea empreſſa mas glorioſa, y aſsi mas digna de alabanza el caminar por ella, mucho mas quando hablamos de un Heroe, en quien eſta Virtud fuè ſu mas rica joya; porque abatirſe un Grande, ò Dios, què cerca eſtà de parecer impoſsible! Quando para humillar ſu frente una Montaña, es meneſter, què con algun fiero bayben ſe eſtremezca toda la tierra. Quizà fuè eſte el motivo porque introduxo Platon en ſu Alcibiades Nobleza, y Plebe entre las virtudes naturales, ſegun el ſeno en que ſe fomentava eſte hermoſo parto, formando como de venas, y arterias el Cuerpo de las virtudes, por donde derramaſſe la ſangre Iluſtre eſpiritus generoſos, y la humilde, ò mas cobardes, ò mas tibios. Por eſſo tocarèmos, aunque con brevedad, el luſtre, y la Grandeza de la Caſa de Gandìa, que hollò Franciſco con planta animoſa, para reconocer mejor la eſtatura de ſu alta perfeccion, colocada en la cumbre de la gloria humana; pues el Edificio mas hermoſo, y mas deſcollado, que admira la Arquitectura, es aquel en que ſirve de Chapitèl la Virtud, y de baſa toda la humana Grandeza.

S. Paulin. Epiſt. 10. *ad Sever. Bernard. Epiſt. ad Sop. Vir. S.Chryſol. ſerm.* 89. *Quintil. lib.* 3. *Inſtit.cap.*9.

§. II.

SAN Franciſco de Borja fuè Hijo de Don Juan de Borja, y de Doña Juana de Aragon, Nieta del Catholico Rey Don Fernando: Siendo cada una de eſtas dos lineas tan eſclarecida, tan alta, y tan Real, como aquella por donde camina el Sol, en la qual no ſe encuentran ſino Caſas de Planetas, Signos con Coronas, Solares llenos de luz, y de antiguedad; pudiendo aqui cantar el Poeta con mas divinidad en el furor: *Deus eſt ab utroque Parente.* Pues la Materna, ſubiendo por el Gran Rey Catholico Don Fernando, ſu Biſabuelo, à beber toda la ſangre Real de Aragon, y de la de Caſtilla por el Principe Don Fernando, Hijo del Rey Don Juan el Primero, contava paſſados de onze ſiglos entre Coronas. Y la Paterna, contava mas de quatrocientos años en las Reales Venas de Aragon, y Navarra, trayendo ſu origen de Don Ramiro el Primero, llamado el Chriſtianiſsimo, Undezimo Rey de Aragon, de donde por ſu Hijo el Infante Don Sancho, Conde, y Señor de Aybar, y de Xavierre latre, Conde tambien de Ribagorza, caſado con Doña Urraca, Infanta de Navarra, Hija, ſegun eſcriven muchos, de los Reyes Don Garcìa, y Doña Eſtefanìa; y por ſu Nieto, el Infante Don Garcìa de Atarès, que casò con Doña Margarita, Princeſa de la Iluſtre Caſa de Putiers, ſe derivò todo aquel eſplendor Regio en el celebrado Rico Hombre el Conde Don Pedro de Atarès, Señor de Atarès, y de la Ciudad de Borja, el que hurtò la cabeza al peſo de la Corona, quando ella miſma, ambicioſa de ſus ſienes, le buſcava, por muerte del famoſo Rey Don Alonſo el Batallador, que en la ſangrienta rota de Sariñena dexò cadaver el cuerpo, y el Reyno. Deſte gran Cavallero deſcienden por legitima ſuceſsion los Duques de Gandìa, cuya eſclarecida Caſa, luſtre el mayor del Reyno de Valencia (adonde paſſaron como Conquiſtadores deſde Aragon) tomò de el Conde Don Pedro, y de ſu Hijo Ximèn Garcès de Borja el Apellido, y la diviſa del Toro, que tantas vezes bramò en el Mundo, y aora ultimamente hizo eco haſta el Cielo.

Verdad es èſta, que dexò bien apoyada contra Zurita la erudicion de Don Joſeph Pellicèr en ſu Seyano Germanico; y en ſus Anales, el Padre Maeſtro Pedro

dro Abarca, credito de la Hiſtoria, y honor de las Cathedras de Salamanca. Dexo de referir de uno en uno los demàs glorioſos Aſcendientes de San Franciſco, y los Caſamientos, que los enlazaron con los mas elevados Principes, y Troncos mas Reales; dexo tambien de inſinuar los Heroes Borjas, que llenaron el Mundo de proezas, ſu Caſa de laureles, y añadieron à la Fama nuevos clarines. Porque lo primero, es Aſſumpto frequentado de muchas vulgares Hiſtorias; y para lo ſegundo, fuera meneſter contar las Eſtrellas. Baſte dezir, que el primer Duque de Gandìa casò con Hija de el Rey de Napoles, y ſu Hermano Jofre de Borja, Principe de Eſquilache, con otra. Que Ceſar Borja, terror de ſu Siglo, Duque de Valentinos en Francia, y de Romanos en Italia, ſe enlazò con los Reyes de Navarra. Que Lucrecia de Borja, Hermana deſtos tres Heroes, casò con un Hijo de el Rey de Napoles; y de ſegundo Matrimonio con Alonſo, Duque de Ferrara. Y que apenas huvo Corona en Europa, de que no tenga algun Diamante eſta glorioſa Familia: ni Sangre Real, de quien no tenga alguna gota. Que fuè elevada desde el primer Origen de la Grandeza en España à la Claſſe mas ſublime de ella, porque ſe miró ſu Sombrero como de el Caſtor mas fino. Que el Rey Don Jayme el Conquiſtador, diò à los Borjas poſſeſſiones, y repartimientos en Xativa el Año de mil docientos y quarenta; aſsi conſta por Autos en el Archivo de Xativa, y de Valencia. Que el Año de mil trecientos y ſetenta y ſeis, hallamos famoſo en las Hiſtorias, y en las Proezas à Don Ramon de Borja, Comendador Mayor de Montalvan. Y que por los Años de quatrocientos, hallamos otro inclyto Ramo de eſte Arbol robuſto, à quien el valiente Rey Don Martin Vigeſimoſexto de Aragon hizo grandes Mercedes; y entre ellas un ſituado ſobre las Salinas, porque, dize, le avian mantenido el Cetro en la mano, y fixado en la cabeza la Corona, entonces mal ſegura. Y finalmente baſte ſaber, que de tan clara Familia salieron aquellos dos Sagrados Borjas, que ocuparon la Silla de San Pedro con la Dignidad Suprema, y aora ocupan la poſteridad, y la memoria con ſu fama. Y no falta quien crea, que el Toro de ſu Eſcudo ha de dàr el tercer bramìdo: pues con eſta metaphora reſpiró el eſpiritu de profecìa por la boca de aquel admirable Apoſtol Eſpañol, San Vicente Ferrer. Aſsi, que podiamos dezir, que los Hijos deſta Excelſa Caſa, ſe criaron arrimados à los Cetros, jugando con las Coronas: y que el Noble Tronco de ſu Genealogìa tiene dichoſamente oprimidas ſus Ramas con el peſo de las Tiaras, y de las Diademas. Que fué lo que celebrò la Aguila de la Igleſia en el Arbol de David, para que la ſangre mas generoſa, y mas pura corrieſſe por eſtos dos Arroyos, à enriquecer las Venas de Chriſto, que ſolo en eſte punto alteró ſu Providencia, la riguroſa Ley de tomar lo mas humilde, y lo mas obſcuro de el Linage Humano. Y deſta ſuerte tambien la Naturaleza colocó á San Franciſco de Borja en lo mas alto de la fortuna, y en la Cima de aquel Monte, de donde ſoñó un Griego, que era deſcendiente, y primogenito el Sol.

S. Auguſt. lib. 2. de Conſenſ. Evãgeliſt. cap. 2.

§. III.

NI fuè ſolo privilegiada eſta Familia de la Naturaleza, y de la Fortuna, ſino tambien de la Silla Apoſtolica, Fuente por donde la felicidad corre mas pura; que atendiendo à los relevantes ſervicios, que los Borjas avian hecho à la Igleſia, y à la mucha ſangre, que en defenſa de la Tiara avian derramado, ſingularmente el Duque Don Juan, Abuelo del Santo, como refiere, entre otros, el Padre Mariana, en el Libro veinte y ſeis, Capitulo quinze de ſu Hiſtoria, (y aun quiere una Pluma Sabia, que el Duque Don Juan, ſu Padre, ſe hallaſſe aſsiſtiendo animoſamente al Papa Clemente en el aſſalto eſcandaloſo de Roma, quando Borbòn cayò derribado de la Muralla, y de lo mas alto de la oſſadìa) parece, que quiſo derramar prodigioſamente los Theſoros de la Igleſia en el eſpacioſo Seno de tan Real Caſa, por aquella glorioſa Bula, que expidiò el Papa Clemente Septimo Año mil quinientos y treinta y uno, donde dexó vinculada la benignidad de ſu Silla à la ſangre Borja, concediendo, no ſolo à los Duques, que poſſeìan el Eſtado entonces, (que eran los Padres del Santo) ſino tambien à todos ſus Deſcendientes, Hembras, y Varones, y à ſus Maridos, ó Mugeres, tantas Prorogativas, y Privilegios, que ni la prolixidad de los Siglos, ni el ſer ya vulgares en tan dilatada ſucceſsion de Nietos, han podido hazèr, que dexen de ſer ſiempre admirados; porque dexando los Privilegios do elegir Confeſſor, que las abſuel-

va aun de las mas graves Cenſuras, y penas Eclesiaſticas *à jure*, *vel ab homine*, que no ſolo atan al corazon las alas, ſino que le ſecan las plumas: que pueda comutarles los ayunos en alguna limoſna, ſegun ſu devocion: que pueda una vez al año abſolverlos de los caſos reſervados al Papa, menos los contenidos en la Bula de la Cena: que les pueda relaxar qualeſquiera juramentos, y comutar todos los votos; ſino los frequentemente exceptuados. Dexando tambien la fecunda lluvia de Indulgencias, y Gracias concedidas para el trance de la muerte, las quales logra el doliente, aunque buelva à cobrar el aliento, de que eſtava deſtituìdo. Las que gozan viſitando una Igleſia, un Altar, ó Capilla, ó ſino ſe pudiere, rezando alguna breve oracion, ó dando una limoſna; que ſon todas las que ſe ganan, viſitando las Igleſias de dentro, y fuera de Roma. Las que logra con el Sacrificio de la Miſſa qualquiera de eſta Familia privilegiada, que fuere Sacerdote: y los que, no lo ſiendo, hazen celebrar por ſu intencion aquel Admirable Sacrificio, que ſon las miſmas, que ſe ganan celebrando en los Altares de San Sebaſtian, San Lorenzo, Santa Potenciana, San Gregorio, y Santa Maria de Panis en Roma. Dexando, pues, todas eſtas Gracias, que abultan mucho mas en la conſideracion Chriſtiana, que no en la pluma. Son inſignes, y ſingulares los Privilegios de poder comer, no ſolo lacticinios, ſino carne en Quareſma, y otros dias prohibidos, eſtendiendoſe eſte favor à ſus familiares, y à todos los que fueren ſus combidados, ſiendo ſu eſplendida Meſa aquel Paìs libre, y franco, que no paga tributo el derecho poſitivo. Y porque eſperava, que la piedad de los Borjas hizieſſe frequentemente con eſtas Gracias, lo que los Principes con ſus Leyes Civiles, que las obedecen, ſin ligarles, les concede, que puedan anteponer la colacion, y hazer cena la comida, ſiempre que ayunáren, y quiſieren. El poder uſar en Valencia la coſtumbre de Caſtilla, comiendo alguna carne el Sabado, y formando de èſte, otro Privilegio diſtinto. Que pueden uſar Altar portatil, y hazer que ſe celebre en èl antes de el dia en qualquiera decente ſitio, aunque no ſea Sagrado, y aunque eſtuvieſſe Entredicho, por Authoridad Apoſtolica, ſino que ſe aya pueſto, ó conſervado por cauſa, ó culpa ſuya, y que puedan aſſiſtir à dicha Miſſa ſus familiares, y quatro, ó cinco de los eſtraños, que no eſtuvieren excomulgados, ni entredichos. Que ſiempre que fuere neceſſario puedan recibir los Sacramentos en tiempo de el Entredicho, menos el Dia de la Paſqua de Reſurreccion: y tambien dàr à la tierra los Cadaveres de ſus Difuntos, haſta de ſus familiares, y domeſticos. Que los que fueren Sacerdotes Borjas, con dos, ó tres que eligieren, puedan anteponer el Rezo de un dia para otro, y rezarle, ù de una vez, ó dividido en muchas à ſu arbitrio. Que las Señoras de eſta Familia, ó caſadas con el que fuere Rama della, puedan entrar libremente en los Monaſterios de Monjas una vez al Mes, y llevar cada una en ſu compañia otras quatro, comiendo, y converſando con las Religioſas, mientras no fuere quedarſe toda la noche. Favores ſon eſtos de grande exaltacion para la Caſa de Gandia, y de no menor conſuelo para los que deſcienden della, por qualquiera linea, y ſe huvieron de guardar para deſpues que huvieſſe nacido San Franciſco de Borja, gloria de ſu Familia, à quien traxo la felicidad toda entre los arrullos de ſu cuna. Y no debe paſſar ſin alguna reflexion, que quando la Cabeza de la Igleſia ſe fatigava en eſtablecer la paz; y con ella Leyes ſantas para regir con un meſmo freno dos Mundos, para la eſclarecida Caſa de Borja ſe ocupaſſe ſolo en formar Privilegios.

Pero aun fuè mas altamente favorecida de la Gracia en muchas Ramas antiguas de eſte fecundo Tronco, y en muchos heroycos Progenitores de el Santo, para que baxaſſen al pecho de Franciſco las Virtudes como herencia, y el Cielo com Patrimonio. El Conde Don Pedro Atarès dexó materia de perpetua admiracion al Mundo en un deſengaño, deſpreciando la Corona, que le ofrecia por aclamacion el Reyno: pues quando le buſcavan en ſu Ciudad de Borja los Diputados, y quando le doblavan la rodilla los Pueblos, no quiſo doblar la cabeza à la Corona, mirando ſus puntas como peligro, y como precioſo embarazo. Deſta ſuerte hizo Philoſophia Chriſtiana del que pareció deſpego, ó ſobervia; pues el recibir con tanta ſequedad à los Embaxadores, fuè poner ceño à la Corona; y no à quien la traìa: que aſsi diſcurren las mas corteſanas plumas en la narracion de eſta hazaña, hija de un corazon mayor que el Reyno, que le ofrecia el Mundo; porque nunca fuè tan deſ-

aliña-

aliñada, ò tan groſſera la ambicion, que trataſſe con ceño à la felicidad, ni mira con ſemblante deſapacible à la fortuna, ſino quien la deſprecia. Todo eſto diſpuſo el Cielo, para que quedaſſe con accion tan heroyca bien ſeñalado el camino à ſu glorioſo Nieto en deſpreciar grandezas del Mundo. Y el aver dexado à los Siglos venideros alguna duda en eſta materia, y à las plumas de los Hiſtoriadores ocaſion de varios Diſcurſos, es el mas eficàz argumento de ſu grande deſengaño, pues ocultó el motivo, para que no robaſſe la vanidad lo que lograva el deſinterès, deſpreciando el Cetro, mas como que èl ſe caìa de la mano, que no como quien le arrojava, para que parecieſſe deſgracia, y no providencia. Y los favores, que mereciò de Dios eſte Chriſtiano Cavallero, ſon baſtante credito, de que eſtava bien deſnudo de ambicion ſu pecho, y de que cupo en èl eſte deſengaño. Saliendo à caza un dia dos leguas de las murallas de Borja, por entre la eſpeſura del Moncayo, ſobrevino una tempeſtad furioſa, en que las nubes fulminavan colera, y ſuſto: hallavaſſe ſolo en aquellas malezas, perdido de ſus Criados, y de los Cazadores, que con el pavor andavan errantes por aquellas aſperezas, fugitivos de ſu Dueño, y de sì meſmos, y levantando las alas del corazon medroſo àzia al Cielo enojado, llamava con los afectos, y con los ojos al Iris, que ſabe ſerenar tempeſtades de fuego, quando vió llena de claridad, y hermoſura à MARIA SANTISSIMA ocupar la verde copa de una Encina, y con ſu preſencia calmaron los vientos, hizieron ſilencio las nubes; el Cielo ſe viſtió ſemblante de ſerenidad, y ſe ſoſſegó la tormenta, que el piadoſo Conde padecia dentro de el alma. Y para gravar en marmol ſu reconocimiento, mandó fabricar en aquel ſitio el celebre Monaſterio de Veruela, y en èl un Sepulcro ſumptuoſo; donde deſpues ſus cenizas ſirvieſſen de memoria, y de Epitafio à eſte ſuceſſo. Tomó luego el Habito de Monge en el miſmo Convento, y murió Religioſo el que en la vida lo avia parecido en todo, ſino en el trage de Cavallero.

§. IV.

DON Alonſo de Borja, que fuè el Oraculo de ſu Siglo, en cuya cabeza avia pueſto ſu nido la humana ſabiduria, ſiendo Niño, oyó el Clarin mas facundo de el Evangelio San Vicente Ferrer cantar deſde el Pulpito Profecias, y entre ellas, que aquel tierno Oyente ſuyo ſerìa Cabeza de la Igleſia, como lo fuè con el nombre de Calixto Tercero, que mucho antes de ſu Exaltacion hizo voto de emplearſe todo en la Guerra contra el Turco, luego que ocupaſſe la Silla de San Pedro, que San Vicente le avia profetizado, y le renovó delante del Conclave en ſu aſſumpcion, que fuè Año de mil quatrocientos y cincuenta y cinco, deſeando abatir la ſobervia cerviz à Mahometo, que poco antes en Conſtantinopla ſe avia hecho Dueño tyrano de aquel dilatado Imperio. Apenas calentó la Tiara en la cabeza, quando aplicó toda el Alma à formar una Liga del Emperador, del Rey de Ungria, y el de Polonia: Embió Predicadores à publicar la Cruzada; hizo que reſonaſſe el Clarin por toda Europa, encendiendo à un miſmo tiempo en los pechos Catholicos la piedad, y la ira. Puſo en el Oriente una victorioſa Armada, en cuyas velas ſopló la felicidad de proa à popa, ſiendo con ſu Oracion, y ſu influxo Piloto de cada Galera, el que lo era de la Igleſia toda. Embió al Cardenal Legado con el Exercito de la Igleſia al Reyno de Ungria, oprimido laſtimoſamente de el Enemigo, y entonces ſucedió aquella memorable Batalla de Belgrado, en que los Catholicos con mucho menor Cuerpo derrotaron un Mundo armado, que ſe dexava vèr en el Exercito del Turco. El qual cedió el Campo à las Tropas de la Igleſia, ciento y ſeſenta Piezas de Artilleria, muchas rotas Vanderas, y tantos deſpojos, que enriquecieron la Liga. El eſtruendo deſta gran Victoria hizo, que ſe eſtremecieſſen con el eco las Murallas de Conſtantinopla, donde padecieron ſuſto, y baybenes Almenas, y corazones: en ella ſe entró Mahomet fugitivo, y deſtrozado; reſpiró de la opreſsion el Reyno de Ungria, y ſe pobló de Luminarias la Europa. Calixto, en accion de gracias, inſtituyó la Glorioſa Feſtividad de la Transfiguracion, à ſeis de Agoſto, reconociendo aquel fatal Eclypſe de la Luna, al influxo de el que en eſte Dia ſe halló veſtido de todo el Sol. Embió grandes ſocorros al Invencible Jorge Caſtrioto, aquel que ſupo hazer Hiſtoria todas las Fabulas, que ſoñaron de ſus Dioſes los Poëtas. El en fin viſtió la Nave de San Pedro de Gallardetes, y de Triumphos, no dexando el cuydado deſta em-

preſſa, haſta que le dexó la vida, y viendoſe ſiempre obligado à pelear con ambas manos àzia todas partes, pues no tuvo menos que vencer en ſus Confederados, que en los Enemigos. Sus Virtudes, no ſolo tienen por Panegyriſtas las plumas de los Hiſtoriadores Ecleſiaſticos, ſino las lenguas de los Infieles, pues el Gran Sofi Uſumcasàn, Rey de Perſia, que tambien ſe avia coligado contra el Turco, aviendo alcanzado una ſeñalada Victoria, embió ſus Embaxadores à Calixto, que llegaron à Roma, quando eſtava ya difunto, y le avia ſucedido el Papa Pio Segundo; y en la Carta que eſcrivia, reconoce la felicidad de aquel ſuceſſo, mas al fervor de Oraciones, que al esfuerzo de las Armas. Su infatigable zelo de la ſalud de las Almas, y de dilatar los terminos à la Igleſia, ſu honeſtidad, ſu moderacion, ſu rectitud, ſu milagroſa prudencia en el govierno, la grandeza de animo, la generoſidad de ſus penſamientos mas capaces, que el Mundo, ſu liberalidad caſi prodiga con los neceſsitados, ſon Aſſumpto de infinitos Elogios, y à peſar de la embidia, fueron, y ſeràn ſiempre digno embarazo de la fama, haziendole lugar entre los primeros Heroes de la Igleſia. Pues aquel eſpiritu magnanimo, dueño de sì, y de la fortuna, en ſolos tres años, y quatro meſes hizo, lo que apenas ſe atrevieran à emprender otros en dos Siglos, y mas teniendo muchos Reyes Catholicos, que paſſavan de quexoſos à enemigos, y aviendo governado eſta Nave en los tiempos mas tormentoſos, quando era terror por todas partes el viento, el timon cuydado, y quando haſta el Santelmo era peligro, porque hizo, que la Prudencia, y la Virtud fueſſen los dos remos de eſte Batèl, que en tiempo de eſte Gran Pontifice nunca vió la frente à la ſerenidad. Premió Dios ſu zelo, diſponiendo, que murieſſe en el meſmo dia de la Transfiguracion, cuya Fieſta avia inſtituido: y deſpues de aver expendido infinitos theſoros en mantener tantos Exercitos, en ſocorrer à la Liga, y à otros Principes Catholicos, y en tan difuſas Limoſnas, dexó al morir, para la Guerra contra el Turco, ciento y cincuenta mil eſcudos de oro, que pudiera hazerſe increìble à los que no quiſieran, que Calixto huvieſſe tenido Sobrinos.

Don Rodrigo de Borja, que en ſu Pontificado ſe llamò Alexandro Sexto, manejó el governalle en Siglo tan borraſcoſo, y Mar tan inquieto, que con la confuſion, y la obſcuridad apenas ſe dexaron vèr ſus Virtudes, ſino con diferentes, y encontrados viſos: de ſuerte, que en aquel Siglo turbulento, unos le tuvieron por Dios, y otros por Demonio, ſegun los afectos, y las paſsiones; que en los tumultos civiles no ay otro Tribunal, ni otros Juezes. El governó el timon, quando ſe perdiera el mas dieſtro Palinoro; fuè el eſcollo de la calumnia, y de la embidia, moſtrando un meſmo ſemblante à la fortuna, y à la deſgracia, aunque ſe halló preciſsado muchas vezes eſte Gran Paſtor de el Univerſo à mudar de eſtoque el Cayado, y en bramido de Leon el ſilvo. Traìa ſiempre pendiente al cuello en un Globo de oro el Auguſto SACRAMENTO, de cuya preſencia ſe comunicava à ſu roſtro una Mageſtad tan ſenſible, y una como Divinidad, que eſtava llamando à la veneracion, y era lo miſmo atenderle, que reſpetarle; pues Angelo Policiano, el Obiſpo Adrienſe, y Nicolao Tygrico afirman, que la mageſtad de ſu ſemblante era ſobre humana, con no sè que viſos apacibles de Divina. El tuvo un corazon tan dilatado, que ſiendo pequeño Theatro un Mundo para la magnanimidad de ſu eſpiritu, diſpuſo la Providencia, que ſe deſcubrieſſe otro nuevo en ſu tiempo; de ſuerte, que la Grandeza de aquel corazon no cabria en el pecho de el celebre monſtruo Alexandro; ſujetando à la Igleſia mas Dominios, y al Tybre mas Rios vaſſallos, que todos ſus Predeceſſores juntos, y añadiendo los Diamantes de mas fondo, y de mas luz al Anillo del Peſcador, con que hizo, que los ſiete Montes de Roma levantaſſen haſta el Cielo la cabeza con nueva mageſtad, y gloria. Y ſi blaſonava el Emperador Auguſto de aver hecho una Roma de Marmol, aviendola poſſeìdo de barro, mejor pudiera gloriarse el Pontifice Alexandro de aver hecho una Roma de Oro, aviendola encontrado de Marmol. En la Oracion (à los ultimos años de ſu vida, y de ſu govierno) ſolia tener recogido el eſpiritu, ò tan arrebatado, que quando entrò en Roma Carlos Octavo, Rey de Francia, lleno de indignacion, buſcando el Pontifice Alexandro, hallandole en ſu Jardin hincadas en el ſuelo las rodillas, y fixo el corazon en Dios, como el giraſol en el corazon de la Luz, atendiendo ſu devocion, y compoſtura, el que avia entrado lleno de ira, ſaliò lleno de admiracion, y mirava

rava deſpues con reverencia al que haſta entonces avia ſido el blanco de ſu Real ira. Y al fin, apenas ſe hallò que achacar à ſus ultimos años, ſino los errores de los años floridos, y à lo mas las conſequencias ya forzoſas de tales yerros, que por mas que las borrava la penitencia, los bolvia à eſcrivir con verde tinta la embidia. Conſagramos otras alabanzas ſuyas, no al ſilencio, ſino à muchas plumas ſabias, que le han vindicado de las calumnias, aſsi de los Hereges, como de ſus emulos. Solo quiero inſinuar las que le dieron los Sumos Pontifices, ſus Succeſſores, que aunque dichas en ocaſion, en que el ocio afloxava las cuerdas al cuydado, y à modo de quien jugaſſe con la fama, y con la alabanza propria, ſon no pequeño Argumento de la Grandeza de Alexandro. Porque Sixto Quinto, contando los Sumos Paſtores mas Iluſtres, para ponerſe feſtivamente en la Claſſe dellos, dezia, *San Pedro*, *Alexandro*, *y Noſotros*. Y Urbano Octavo añadiendo un Heroe mas à eſte computo feſtivo, dezia: *San Pedro*, *San Silveſtre*, *Alexandro*, *y Yo*: de modo, que no incluyendo à San Silveſtre de uno, ambos incluìan à Alexandro. Y aunque eſtos Elogios, en quanto cada uno ſe hazia ſu fama, eran donayre; en quanto razonavan de otros, era dictamen, ò juſticia: pues à no ſer aſsi, quitaria toda la ſal à la diſcrecion; antes bien en eſte genero de agudezas ſon mas panegyrico las burlas, que lo pudieran ſer las veras mas eloquentes.

§. V.

DE Doña Maria Enriquez, Abuela del Santo, digno eſpiritu de la immortalidad de la fama, y de Doña Iſabel de Borja, ſu Tia, ſe abreviaràn muchas glorias en otros Capitulos, que parecieron ninchos mas oportunos à ſu memoria, y mas proporcionados al orden de eſta Hiſtoria Sagrada. La Duqueſa Doña Juana de Aragon, Madre de San Franciſco, fuè la mas Inſigne Matrona, à quien los Eſcritores de aquel Siglo labran la mejor Eſtatua: ſu piedad Chriſtiana, ſu liberalidad prodigioſa con los mendigos: la benignidad con ſus Vaſſallos, y el cuydado de el Alma de ſus Hijos, la hizieron memorable, y ſeñalada en aquellos Tiempos; y en fin, la hizieron digno inſtrumento de merecer tal Hijo. Exercitavaſe muchas horas del dia con ſu Familia en la mas exemplar tarèa, de que aun la Muger Fuerte pudiera tener embidia, enriqueciendo con ſus manos el culto de los Templos, y hermoſeando con varias flores à Dios ſus veſtidos. Era ſingularmente devota de aquellas cinco Fuentes, por donde vertiò prodigamente ſu Vida el Autor de ella; y ocupado ſu eſpiritu en la meditacion de tan ſangrientas heridas, derramando continuas lagrimas, pagando en las corrientes de ſu llanto, precioſo tributo al Mar Bermejo. Socorria con larga mano à las Almas, que arden dichoſamente en el Purgatorio: y en una ocaſion mereciò, que algunas hizieſſen paſſo al Cielo por ſu Oratorio, mudado ya en reſplandor el fuego, à darla gracias por la limoſna de docientos ducados que avia empleado en Bulas de Difuntos para ſu Sufragio, como refiere el Padre Thomàs de Munieſſa en la Vida que eſcriviò de la eſclarecida Duqueſa Doña Luìſa de Borja.

El Duque Don Juan de Borja ſu Padre hizo, que ſe compitieſſen en ſu pecho lo Cavallero, y lo Chriſtiano: no le dexava libres es Eſtado de Gandìa en aquella Era, ſino ſolos treinta mil ducados, de los quales repartia inviolablemente mas de doze mil cada Año à los Pobres; accion, que en una ſola Virtud las uniò todas, pues era fuerza, que no concedieſſe nada à la profanidad, ni à la pompa, el que apenas dexava lo preciſo para el luſtre, y decoro de ſu Caſa, y Grandeza. Quiſieron diverſas vezes ſus Mayordomos irle à la mano, para que no deſperdiciaſſe entre los Pobres tanto ſocorro; y poniendole en una ocaſion el Libro de gaſtos, para que abultaſſen mas en ſu imaginacion viendolas juntas, las grueſſas cantidades, que avia conſumido en limoſnas, reſpondiò, lo que pudiera acreditar la voz de un Oraculo: *Quando Yo* (dixo) *en mis primeros años derramava ciegamente las Rentas en vanidades*, *no preveniais con eſtas advertencias*; *y aora me quereis eſtrechar el corazon*, *y la mano*, *porque las diſtribuyo en Limoſnas*? *Entonces me acreditavais de bizarro*, *y aora me cenſurais de prodigo*? *Pues Yo os aſſeguro*, *que primero ha de faltar Oro para ſocorro de mi Palacio*, *que para los Pobres de Chriſto. Borrad eſſas Cuentas*, *y no apunteis mas lo que ſe gaſtàre en Limoſnas*, *que no quiero ſe eſcrivan en otro Libro*, *que en aquel de la Vida*, *donde ſe ſeñala con letras de oro la mas vil moneda*, *que ſe dà à un Mendìgo.* Aſsiſtia, llevando conſigo la Familia toda à quantos Sermones ſe pre-

predicavan en Gandìa, de que ſacava grande fruto; y no era menor el que ſacavan ſus Vaſſallos de eſte exemplo, que era otro Predicador mudo. En la devocion al Inefable Myſterio de CHRISTO SACRAMENTADO diò raros exemplos eſparcidos conſtantemente por todos los Años, y por muchos ſuceſſos de ſu vida, y deſpues ſe han difundido con glorioſa emulacion en la Grandeza Eſpañola. Dexava qualquiera ocupacion, ò divertimiento por acompañar al SANTISSIMO, ſiempre que le llevavan à algun Enfermo, en cuya Caſa entrava; y ſi era pobre, dexava eſcondida alguna conſiderable limoſna en ſitio, donde pudieſſen hallar facilmente ſu remedio, ſin deſcubrir el Autor, hermanando aſsi con la devocion, y la reverencia la Humildad, y la Miſericordia. A vezes quedandoſe de rodillas junto à la cama del doliente le esforzava animoſamenre para el ultimo trance, hiriendo el corazon del Enfermo con ſaetas penetrantes, y ſacando alguna ſangre de los que ſe hallavan preſentes, pues eſcuchavan en aquel devoto Cavallero, la Eloquencia armada, que tanto celebrò Caſiodoro.

Sucediòle en ſu Edad juvenil, jugando con otros Señores, acalorarſe perdiendo, quando es mas facil arrancar el corazon de el pecho, que ſacarle del juego, y oyendo la ſeñal de la Campana, que aviſava à llevar el Viatico à un Enfermo, ſe deſembarazò del juego, y de la meſa, y rompiendo ſin detencion por entre los circunſtantes, y por entre ſus miſmas paſsiones, ſaliò à buſcar al que le llamava con mas poderoſa fuerza allà dentro de el Alma. Otra vez eſtando divertido en la caza, y abanzando tràs de una Fiera, que iba acoſada de los Venablos, y de los Perros; lance, que en los ojos embargan la atencion à todos los otros Sentidos, percibiò deſde tan lexos el ſonido de la Campana de la Igleſia Mayor de Gandìa; y bolviendo promptamente las riendas al Cavallo, y al guſto, que ambos corrian impetuoſos por el Campo, ſe fuè àzia Gandìa con mas ligereza, que antes, perſiguiendo aquella Fiera, para llegar à tiempo oportuno de acompañar à ſu Auguſto Dueño, porque heria la piedad ſu pecho con otra eſpuela mas viva, que la con que fatigava el Cavallo. En otra ocaſion, eſtando en Valencia, fuè deſde la Parroquia de San Lorenzo, donde los Duques de Gandìa tienen ſu Palacio, haſta el ſitio, adonde eſtà aora edificado el Monaſterio de San Miguel, de el Orden de S. Geronymo, acompañando al SANTISSIMO, y dexò una grande limoſna al Enfermo, deſpues de aver medido à piè obſequioſamente aquel largo trecho con una antorcha en el corazon, y otra en la mano, ambas ardiendo. De aquella milagroſa Muger Doña Luìſa de Borja, Hermana del Santo, darèmos mas adelante la noticia que baſte à conciliar la admiracion con un raſgo de ſu Vida, con la integridad de ſu Cadaver, y con la de ſu fama. De otras dos Hermanas Religioſas en la Deſcalcèz de Gandìa, ſingularmente de Sor Juana de la Cruz, primera Abadeſa, y toda la Alma de las Deſcalzas Reales de Madrid, pudieramos referir muchas hazañas de eſpiritu varonil, y de ſantidad, ſino ſe hallàra ſalpicada eſta Hiſtoria en Profecìas, y en glorias ſuyas: ademàs, que no fueron precurſoras, ſino Hijas, de ſus Virtudes fecundas. Y reuſa ya el pincèl copiar tanto ſemblante ageno en el Retrato de San Franciſco. Baſte eſte pequeño Mapa de Luzes ſagradas, que ardieron en tantos corazones Borjas, para conocer, que alumbravan todas à la Santidad de nueſtro Heroe famoſo: parecidas à aquellos Aſtros, cuya riſa es profecìa del nacimiento del Sol; porque en tantas Virtudes, Profecìas, y Dotes eſparcidas entre los Hijos de tan relevante Familia por tantos Siglos, ſe fueſſe enſayando la Gracia poco à poco, para ſacar à luz eſte Milagro.

CAPITULO II.

SU MILAGROSO NACIMIENTO, antes iluſtremente profetizado por ſu glorioſa Tia Doña Iſabèl de Borja.

§. I.

APenas diò paſſo eſte Gigante, conducido à mas alta gloria, que no fueſſe delante el Cielo, alumbrando con una Profecìa, à modo de Relampago, que deſcubre inopinadamente el camino, y el rumbo, para que ningun ſuceſſo pareciеſſe acaſo en quien avia de ſer empeño de la Providencia, y ſingular cuydado de la Gracia. No huvo eſtado, ni conſiderable mudanza en el largo Proceſſo de ſu Vida, que no fueſſe mucho antes prevenida con alguna voz ſenſible de el Eſpiritu Santo, empezando aora por ſu Nacimiento, para que le aguardaſſe con ex-

expectacion el Mundo. Doña Iſabel de Borja, Hermana de el Duque Don Juan, Padre de nueſtro Santo, desde ſus mas tiernos años, ſe conſagrò à Dios en aquella rigurosa Deſcalcèz, deſnudando eſperanzas, y floridas pompas, para veſtirſe eſpinas entre aquellas rejas. Llamóla Dios à tan eſtrecha vida con demonſtraciones ſenſibles, que las pudieron percibir los ojos; porque eſtando deſpoſada con el Primogenito del Duque de Segorve, llegò à ſu Palacio una Muger penitente, que avia muchos años vivia ſolitaria entre unos Montes, con aſſombro de los Pueblos cercanos; y llamando à parte à Iſabel, la diò una pequeña Cruz, color de nacar, que traìa deſpues pendiente al cuello con rara veneracion San Franciſco, ignorando ſu materia, y deſcubriendo myſterioſa luz en ſu fondo) y la dixo: *El Eſpoſo Eterno embia eſta Joya à la que quiere por Eſpoſa ſuya, y Yo de ſu parte la preſento à V. Señorìa.* Y ſin dezir mas, ſe apartò de ſu preſencia, dexandola en la mano aquella Cruz hermoſa, y en el corazon inocente una penetrante flecha, que llegò con la herida haſta lo mas profundo del alma. Si bien, Fray Juan Carrillo, en la Hiſtoria de las Deſcalzas Reales de Madrid, dize aver ſido Angel disfrazado en Joven hermoſo quien hizo eſta Embaxada, y diò eſta prenda, eſtando Iſabel en un Jardin fuera de Gandìa eſcondida entre las Roſas, embiando ayes inocentes al Cielo deſde el Campo mas florido. Al fin, poſtrada en el ſuelo, ofreciò deſde luego no admitir otro Eſpoſo, que al que aſsi la avia favorecido, y de eſtrecharſe en aquella Cruz, clavando en ella aun los penſamientos. Guardò tan fielmente eſte ſecreto al amor, y à ſu Eſpoſo, que ſiendo Muger, y de tan tierna edad, nunca diò, ni aun alguna debil ſeñal de la reſolucion, que abrigava en ſu pecho, poniendola el amor una mordaza en la boca, y diſponiendo, que el Alma reſpiraſſe ſolo por la herida; que en años femeniles tan delicados, y tan poco advertidos, es uno de los mayores Milagros.

Un dia, que con ſu ſanta Madre fuè al Monaſterio de Santa Clara, para acompañar al Sacramento, que llevavan por Viatico à una Enferma, (porque no eſtava aun acabada la Fabrica, ni tenian el Santiſsimo dentro della) ſe hizo fuerte dentro de aquel Alcazar Sagrado, ſin que baſtaſſen á moverla, ni los ruegos, ni las amenazas, hallandoſe obligada ſu Madre la Duqueſa à condeſcender con las anſias de aquella admirable Niña, por no quitar de la mano à Chriſto una Flor, que èl miſmo arrancava tan temprano del ſiglo, para tranſplantarla à ſu Vergel hermoſo. Y mucho mas, porque entonces empezò el Eſpiritu Santo à reſpirar por aquel inocente cuello: pues quando reùſava ſu Madre darla licencia, aſsi por vèr una edad tan tierna, que aun no llegava à ſer Primavera, como porque no le quedando otro Hijo, que el Duque Joven, temia que peligraſſe la ſucceſsion de ſu Caſa. Agitada aquella Alma de mas elevado inſtinto con apacible terremoto, encendido el roſtro, y caliente el pecho, como pequeño Oraculo, donde latìa el eſpiritu profetico, reſpondiò en alta voz à ſu Madre: *Yo, Señora, os aſſeguro de parte de mi Eſpoſo, que el Duque Don Juan mi Hermano tendrà un Hijo, que ſe llamarà Franciſco, y que con èl no faltarà la ſucceſſion de ſu Caſa, antes vendrà à ſer gloria ſuya, para el Cielo, y para la Tierra.* Profecìa iluſtre, que deſde entonces ſe hizo expectable, y ſe mandò gravar luego en las memorias de aquel Monaſterio, para que guardaſſe ſu Archivo el eco de aquel grito, que àvia dado el Eſpiritu Santo. Las Virtudes, que hermoſearon eſta Niña, que ſe hizo llamar Sor Franciſca de Jesvs, al veſtir el dichoſo Sayal de Santa Clara: Los Milagros, y favores, que ſe refieren en ſu Vida, pedian una dilatada Hiſtoria. Siendo Niña de tres años, eſtava un dia con ſu Hermano el Duque Don Juan de Borja, mirando deſde un Balcon unas fieſtas en la Plaza de Gandìa de pechos ſobre una almohada de terciopelo, quando un ligero ademàn de la cabeza llevò tràs de sì el cuerpo delicado à la Plaza deſde una grande altura. Al vèr eſte ſuceſſo laſtimoſo, diò ſu Aya un grito, haziendo en nombre de la Duqueſa ſu Madre (que à la ſazon ſe hallava en la Corte) voto de conſagrar à la Religion, y al Altar aquella Flor tierna, ſi eſcapaſſe libre de tan deſeſperada ruina. Al punto ſe levantò ella miſma del ſuelo, ſin vèr raſgadas ſus hojas en el golpe, ni ajadas con el ſuſto, aviendo tenido mas de buelo la caìda, que no de precipicio. Ella viò ſubir al Cielo veſtida de luz el Alma de la Emperatriz Doña Iſabel: previò la eſpantoſa mudanza, que avia de ocaſionar el Cadaver de aquella Roſa marchita, en el corazon de San Franciſco de Borja. Ella deſeò morir à la miſma hora que ſu Eſpoſo avia derramado por ella la Vida en un Leño, y alcanzò eſte favor, que

que con tantas lagrimas avia pedido. Y añadirè ſolo, que jamàs ſe deſclavó de aquella Cruz, que la embió ſu Eſpoſo, eſtrechandoſe en ella con tanto mas penoſo Martyrio, quanto la Cruz, en que avia de eſtar clavada, era mas pequeña.

§. II.

NO tardó mucho el Cielo en cumplir lo que por aquella lengua de fuego avia prometido: pues Doña Juana de Aragon, que poco antes avia dado la mano al Duque Don Juan, ſe hizo preñada poco tiempo deſpues, que ſonó aquella Profecìa. Pero quando ſe acercava el dia, en que avia de ſalir à luz, el que nacìa para Sol de Eſpaña, y alegria de la Igleſia, ſintió la Duqueſa tan recios accidentes, y tan exceſsivos dolores, que faltava ya aliento à la vida, y reſpiracion à la eſperanza, pues no ſolo deſconfiavan los Medicos de que pudieſſe recobrarſe la Duqueſa, ſino que miravan ſepultado aquel milagroſo fruto, aun antes de nacido. En eſte conflito, recurrieron todos con lagrimas, y con gemìdos al Cielo, pues no le quedava ya recurſo à lo humano. La Duqueſa cobrando alguna parte de la atencion, y del Alma, mandó diſtribuir grande ſuma en limoſnas: que ſe hizieſſen dezir muchas Miſſas, y que ſe pidieſſe à las Comunidades ſalieſſen con Rogativas publicas. Puſieronſe en oracion fervoroſa las Religioſas de Santa Clara: la Clerecìa, la Plebe, y la Nobleza hizieron ſolemnes demonſtraciones de ſu piedad, y de ſu dolor, no ſe oyendo en todo aquel contorne, ſino gemìdos, y votos, que laſtimavan el ayre, y era meneſter, que el Cielo fueſſe de marmol, para no enternecerſe. Era la Duqueſa por extremo devota de aquel alto Serafin de la Igleſia San Franciſco de Aſsis; ofreciòle, que ſi la aſsiſtia en aquel peligro con ſu interceſsion, y diſponia, que deſpues de tan borraſcoſa tormenta tuvieſſe algun rayo de felicidad, y de bonanza, pondria ſu Nombre al Hijo que parieſſe: y hallandoſe inſpirada de un interior aliento, que movia ſu corazon caſi difunto, mandó la traxeſſen de Santa Clara un Cordon de el Santo; llegó quando eſtava la Duqueſa ocupada en un paraſiſmo, que queria ſer el ultimo; y apenas ſe le ciñeron, quando cobró el ſentido, y ſintió lleno de confianza el pecho, poblada de Fè toda la razon, y los ojos de lagrimas, y el Alma de afectos, y que batìa en ſu favor las alas aquel elevado Serafin, pues dió à luz con felicidad un Niño; Parto no menos de ſus oraciones, que de ſus entrañas; tan hermoſo, que dieron todos por bien vertidas las lagrimas, y bien padecidos ſuſtos los que avian merecido tan vivo apacible Milagro. La Duqueſa luego que ſupo era varon el recien nacido, no pudiendo contener el gozo, y moviendo ſu lengua el Eſpiritu Santo, le saludò en voz ſonora, diziendo: *Seais bien venido Franciſco mi Angel*; anunciando, que lo avia de ſer en la vida, y en la pureza, el que entonces lo parecia en la hermoſura; y apellidandole Franciſco, para que le recibieſſe en ſus brazos eſte dulciſsimo Patriarcha, aun antes que la cuna, al miſmo tiempo que empezava à tomar poſſeſsion la vida, ſonando aora la primera vez eſte Nombre en la Caſa de Gandìa, para que la novedad hizieſſe recordar la cauſa de imponerle, y de venerarle. Y aſsi fuè ſiempre tan ſingular devoto deſte admirable Santo, à cuya interceſsion, y poderoſa influencia confeſſava deber en la vida todo lo que reſpirava, eſmerandoſe en imitar ſu eſpiritu, y en parecer, no ſolo devoto ſuyo, ſino ſu Retrato, porque èl bebia continuamente fuego, y humildad en el Seno de eſte Serafin.

Año 1510.

Fuè eſte prodigioſo Nacimiento en la Noble antigua Ciudad de Gandìa, Villa entonces, y ſiempre Joyèl precioſo del Iluſtre Reyno de Valencia, ſituada media legua del Mar en una pequeña altura ſobre el Rio Alcoy, y otro, que con apariencias de Arroyo, tiene abundancias, y preſumpciones de Rio, deſde cuya eminencia domìna la Campaña, no menos fertil, que delicioſa, poblacion de Griegos, honor de los Valencianos, celebrada por la dulzura de ſu azucar, que comunica alguna parte à los genios, y aora la agotó toda en eſte Grande Hijo ſuyo Don Franciſco. Cuyas Torres miró con reſpeto el Mediterraneo. Nació dia bien ſeñalado en la Igleſia, con la celebridad de dos Apoſtoles, San Simon, y San Judas, à veinte y ocho de Octubre, Año de Chriſto mil quinientos y diez, ocupando la Silla de San Pedro el Papa Julio Segundo, ſiendo Rey de Romanos el Inclyto Emperador Maximiliano, governando los Reynos de Caſtilla, por ſu Hija la Reyna Doña Juana, y en nombre de ſu Nieto el Invictiſsimo Principe Don Carlos, que eſtava aun en Flandes, y ſiempre Auguſto, y Catholico Rey Don Fernando, Biſabuelo de el recien nacido,

quan-

quando la Monarquia Eſpañola llegava à lo ſumo de la Grandeza, y dilatava ſu Imperio por todo el Mundo, y aun mas allà en otro nuevo, porque avia meneſter crecer, dilatarſe tanto para producir tan heroyco Hijo, y para dàr à ſus hazañas baſtante theatro, que tambien en el nido de las Aguilas el pollo real aguarda, para nacer, à que ſuba à ſu Zenit el Sol.

Deſpues de Franciſco, con quien la naturaleza diſpensò eſta vez, para que fueſſe primogenito en todo, tuvieron los Duques à Doña Luìſa de Borja, que casò con Don Martin de Gurrea, y Aragon, Quinto Duque de Villa-Hermoſa, y Quarto Conde de Ribagorza. A Don Alonſo de Borja, Abad de Baldina, y à Don Enrique, que iluſtrò el Capelo con el reſplandor de ſu eſpiritu, y falleciò año de mil quinientos y quarenta, quando eſtava muy reciente la purpura, y aun la vida. Muerta la Duqueſa Doña Juana, casò el Duque Don Juan ſegunda vez con Doña Franciſca de Caſtro-Pinos, y Aragon, Hija de los Vizcondes de Evol, Illa, y Cañete, en quien tuvo ſuccesſion dilatada. El primer Hijo, fuè Don Pedro Luìs Galceràn de Borja, Gran Maeſtre de Monteſa, por Merced de Paulo Tercero, primer Marquès de Navarres, Governador de Oràn, Virrey, y Capitàn General de Cathaluña, donde acabò la vida llena de honra. El infelìz Don Diego de Borja, con quien anduvo tan ciega la fortuna, como en ſu fogoſo eſpiritu la ira, y la venganza. Don Phelipe de Borja, Cavallero del Orden de Monteſa, Governador de Oràn, y Eſtraticón de Mecina. Doña Iſabel, Religioſa en Santa Clara de Gandìa, donde fuè muchos años Abadeſa, y ſembrò de admirables exemplos ſu vida. Don Thomàs de Borja, que honrò la Veca del antiguo maximo Colegio de San Bartholomè en Salamanca, y deſpues la Mitra de Malaga, Virrey de Aragon, y Arzobiſpo de Zaragoza. Sor Juana de la Cruz, que deſde Santa Clara de Gandìa vino à fundar, y regir las Deſcalzas Reales de Madrid, y ſu portentoſa Vida tiene templo immortal en la fama, que fabricò Fray Juan Carrillo en ſu Hiſtoria, y tendrà mas adelante decente nicho en eſta. Doña Margarita, que fuè Muger de Don Fadrique de Portugal, y Cerda, Señor de Orani, Cavallerizo Mayor antes de la Emperatriz Maria, Muger de Maximiliano Segundo, y deſpues de la Reyna Doña Iſabel de la Paz, Hijo de Don Sancho de Noroña, Conde de Odemira. Doña Leonor de Borja, que casò con Don Miguel de Gurrea, rama conocida del tronco de Villa-Hermoſa (aunque de eſta Hija no haze mencion Pellicèr, ni otra Hiſtoria, que la del Padre Munieſſa, en la Vida de la Venerable Duqueſa Doña Luìſa de Borja.) Doña Magdalena, que ſe deſposò con el Conde de Almenara, de la Gran Caſa de Brogita, Solàr de la Honra en Valencia. Don Rodrigo de Borja, à quien, ſiendo Joven delicado, honrò Paulo Tercero con el Capelo, y muriò como ſu Hermano Don Enrique, en la flor de ſus años, el uno de diez y nueve, y el otro de veinte; Don Rodrigo, en Eſpaña, y le viò en el Cielo ſu eſclarecida Abuela Sor Maria Gabriela, mudada la Purpura en gloria; y Don Enrique, en Viterbo, eſcondiendoſe alevoſa, y temprana la muerte, como guſano entre la ſeda de una, y otra Purpura, y como aſpid entre las flores de una, y otra Primavera.

CAPITULO III.

INSIGNE PROFECIA DE SU heroyca Santidad: Inclinaciones, y primeras Virtudes de ſu niñèz.

§. I.

Luego que Doña Maria Enriquez, Abuela de Franciſco, y Primahermana del Rey Catholico, (Hija de Don Enrique Enriquez, Almirante de Sicilia, y oy Mayordomo Mayor del Rey Don Fernando el Catholico, y de ſu Muger Doña Maria de Luna) viò dichoſamente cumplidas las eſperanzas, y las profecìas en tan bello deſeado Niño, donde avian de vincular ſus mejores prendas la tierra, y el Cielo, ſe reſolviò poner en execucion lo que mucho antes avia meditado, ſepultandoſe entre el olvido, y el ſilencio de aquella penitente reforma de Gandìa. Lo que practicò con tanto ſecreto, que primero viſtiò el Sayal, que ſoſpechaſſe el Mundo ſu reſolucion. Aviaſe deſpoſado eſta varonil Señora en edad tierna con Don Pedro Luìs de Borja, primer Duque de Gandìa, que muriò antes de verſe con ſu Muger, y por eſſo bolviò à caſar luego con Don Juan de Borja, Duque de Seſar, ſegundo Duque de Gandìa, y Hermano de ſu difunto Marido. Fuè muerto alevoſamente el Duque Don Juan, paſſando à Italia à ſer

Ge-

General de la Igleſia, y ſe hallò ſu Cadaver en el Tybre ſeñalado con muchas heridas, que le diò un puñal, tanto mas cruel, quanto derramava ſangre mas propria de el brazo, que le diò el impulſo. Quedò la Duqueſa viuda dos vezes, y de ſolos diez y ocho años, con dos Hijos, Doña Iſabel, y Don Juan de Borja, à quien criò con indecible cuydado en todos los exercicios de Catholico, y de Cavallero. Su rara honeſtidad, ſu devocion, ſu penitencia, y ſu elevacion de eſpiritu, en eſte eſtado ſeràn ſiempre ſingular exemplo al Mundo, no teniendo otro deſeo, que de vèr empleados à ſus Hijos, para dàr toda la rienda à ſu fervor, y apretar mas los clavos, con que deſde ſu tierna edad ſe avia fixado en la Cruz. Por cortar de una vez al Duque ſu Hijo la ocaſion de paſſar à Italia, que ardia confuſamente en laſtimoſa guerra, donde el Cadaver de ſu Padre avia quedado para eſcarmiento, y fabula al vulgo, vendiò à ſu Primo el Rey Don Fernando el Ducado de Seſar, (que ſe diò deſpues al Gran Capitàn, cuya Eſpada pende oy deſnuda en el Templo de la Victoria) y con el precio dotò la Igleſia Colegial de Gandìa, y otras Fundaciones, en que labrò à ſu piedad, y magnificencia perpetuos monumentos. Deſpues que enlazò felizmente al Duque ſu Hijo en tan alto Matrimonio: deſpues que llorò ſerenamente à ſu Hija Doña Iſabel en la eſtrechèz de la Religion; hazaña, que la ocaſionò, aun mas embidia, que pena: deſpues que viò en el Mundo aquel Nieto hermoſo, y le eſtrechò en ſus brazos algun tiempo, no ſin preſagios myſterioſos de lo futuro, rogò induſtrioſamente al Duque ſu Hijo, que paſſaſſe à Baza à viſitar à Doña Maria de Luna, ſu Abuela; y logrando la oportunidad de eſta auſencia, y governada en todo de el exemplo de ſu Hija, ſe fuè un dia al Monaſterio, con el pretexto de viſitarla, acompañada de algunas Criadas (que fueron deſpues exemplares Religioſas;) y retirandoſe à una Celda, apareciò luego Religioſa, la que avia entrado Duqueſa. Transformacion verdaderamente animoſa, y propria de la gracia, que ſabe diſponer mas eſtrañas mudanzas, ò tramoyas, que la fortuna. Aſsi dexò burlados los ojos, y los deſeos de ſus Hijos, Criadas, y Vaſſallos, y de el Mundo todo, en el qual ya no le faltava coſa digna de ſu aprecio que mirar, aviendo viſto à ſu Nieto en èl.

Bolviò el Duque à la poſta deſde Baza con eſta noticia: fueſſe al Convento turbado, y afligido de novedad tan impenſada, derramò algunas lagrimas de ternura, y apoderada la triſteza de ſu fantaſia, ſe expresſò con algunos rezelos, menos prudentes, que medroſos: Dixo, que ya ſu corazon lo empezava à temer todo, que ſin ſaber porque cauſa, temia la muerte de Franciſco, con quien moriria ſu eſperanza, y la de ſu eſtado. Entonces bañada en lagrimas compaſsivas la Religioſa Duqueſa, lleno de Divinidad el corazon, y la lengua, empezò, qual Ciſne Divino, que moria al Mundo, à cantar à las orillas de ſu miſmo llanto, aquella inſigne profecìa de la ſantidad, y proezas de ſu Nieto: *No temais, Hijo, que muera, ni que falte ſucceſſion à vueſtra Caſa; y eſſe Niño ſerà tan grande interceſſor para con Dios, que vereis quan obligados eſtamos Vos, y yo à hazerle gracias, y ſervirle, por la merced que nos ha hecho en avernosle dado.* Profecìa glorioſa, que la Santidad de Franciſco dexò bien acreditada. Llamóſe en la Deſcalcèz Sor Maria Gabriela, donde fuè tan aſpera ſu penitencia, ſu oracion tan alta, y tan continua: tan rendida à la obediencia à ſu miſma Hija, Superiora ſuya, y Abadeſa del Convento, que mereciò al Cielo la comunicacion de ſus mas altos, y mas ſecretos influxos. Tuvo clariſsima Revelacion del dia, y aun de la hora de ſu dichoſa muerte, y de la eſpecie de enfermedad, que la avia de quitar la poca vida, que la avia dexado ſu riguroſa penitencia. Comunicóla à Sor Maria de Jesvs, ſu Sobrina, y Hermana del Marquès de Denia; y fuè una calentura tan ardiente, que llegando el Duque ſu Hijo à beſarla la mano, ſintiò un fuego mas violento, que lo pudiera ſèr el elemental: admirandoſe la Medicina de vèr otra nueva eſpecie de llama, ignorada del arte, y de la naturaleza, y nacida de un amor encendido, y abraſado, que es fuego de otro elemento. Padecia, quando abrazó el rigor de aquella venerable Deſcalcèz, males tan prolixos, y tan agudos, que los Medicos todos juzgavan, que ſegun leyes naturales, no podia vivir ſeis meſes: y por eſſo el mayor Milagro, que obró en ſu vida el Dueño, y el Autor della; fuè ſu vida miſma, para que fueſſe en todo milagroſo cada aliento ſuyo, llegando con la vida fatigada, haſta los ſeſenta y nueve años, porque ſe dilató otros veinte y nueve entre la eſpe-

pereza de tan penoſos exercicios; computo, que ſirve à la legalidad de eſta Hiſtoria, que en los hechos, no ſolo debe ſer verdadera, ſino eſcrupuloſa, y en que tropezaron algunas plumas, que no reconocieron el teſtimonio irrefragable de ſu Hija Sor Franciſca, ni el Memorial autentico de Doña Maria de Velaſco, Condeſa de Oſorno. Luego que eſpirò, ſe empezò á eſcuchar en el ayre una armonia de Citaras acordes, donde eran cuerdas los Angeles. Oyeronla primero Religioſas hermanas ſuyas, que formavan otro Coro de Angeles, en todo ſemejante al que hermoſeava el viento, ſino en la Muſica, que era de ſuſpiros, y luego la eſcucharon diſtintamente el Duque ſu Hijo, la Clerecìa, las Comunidades, y todo el Pueblo, que venia anſioſamente al Entierro, y á venerar el Cadaver de un Seraſin humano. Apareciòſe deſpues glorioſa à ſu Nieto, quando caminava á Granada: à Sor Inès Corella, Hija de el Conde de Concentayna, de la qual no ſe deſpidiò al morir, como de las demás, á quienes una à una diò ſu bendicion, eſtando todas de rodillas; y como la Vicaria la dixeſſe, que porquè no echava tambien la bendicion à Sor Inès? Reſpondiò, que dentro de treinta dias avia de venir por ella; y como avia de bolver tan preſto à viſitarla, no ſe deſpedia. Avíala pedido con lagrimas Sor Inès en eſta ultima enfermedad, que pues iba à deſcanſar en el Seno de ſu Eſpoſo al Cielo, la alcanzaſſe, que quanto antes fueſſe tràs de ella; pues faltandole el conſuelo, y el remedio, que hallava en ſu trato, temia mucho quedar vencida de el Enemigo en eſta porfiada, y domeſtica batalla. Aſsi ſe lo avia prometido Sor Maria Gabriela; y para cumplir ſu palabra, vino deſde la Gloria á traerla tan feliz, y deſeada noticia, y llevò conſigo à los treinta dìas aquella Alma, que eſtava tan mal hallada con la vida. Dizeſe aver tenido Revelacion, de que todos ſus Nietos, haſta el quarto grado, avian de ceñir, en compañia ſuya, ropas de immortalidad en la Gloria. A ſu Hija la profetizò, que paſſaria aquel plantél florido deſde Gandìa á Caſtilla, rogandola, que le dieſſe ſu Abito, que era el mas pobre, y que ſe viſtieſſe el que ella traìa, porque con aquèl avia de dar principio á la nueva Fundacion, dexando, como otro Elias, en ſu Hija ſu eſpiritu vinculado al manto. Y ſi bien, porfiaron Hija, y Madre ſobre qual avia de veſtir el Sayàl mas humilde; al fin venciò el amor, y natural reverencia à la Hija, y el conſuelo de veſtir un Sayàl, que adorava como Reliquia. Cumpliòſe eſta Profecìa pocos años deſpues, paſſando Sor Franciſca à eſtender aquella admirable reforma, primero á la Caſa de la Reyna, y deſpues à Valladolid, donde feneciò con rara opinion de Santidad. De ſu grande Nieto dixo, con eſpiritu profetico, grandes prodigios, corriendo el velo á los Siglos venideros. Pero el mayor teſtimonio de ſu alta perfeccion, es el que diò repetidas vezes ſu miſmo Nieto, que reconocia deber la piedad, y toda la educacion Chriſtiana al cultivo, y enſeñanza Divina de ſu ſanta Abuela, en cuya muerte ſintiò una triſteza, que poblava de ſoledad la obſcura entonzes region de el Alma, mas luego experimento un grande impenſado esfuerzo para batallar con el Mundo, y conſigo. Y dezia, que deſpues que ſu dichoſa Abuela avia arribado victorioſamente à la Gloria, nunca le avia faltado eſte ſingular aliento, y que por ſu interceſsion avia conſeguido mercedes tan altas, que no ſe atrevia à referirlas; y finalmente, que hallava eſpecial conſuelo, y compañia en ſu memoria, porque ſaben entenderſe entre sì las Almas diſtantes, y eſcucharſe ſus penſamientos los auſentes.

§. II.

PUſo la Duqueſa Doña Juana el mayor cuydado en la educacion de eſte Niño, aſsi porque era Primogenito, como por los anuncios, que avia dado de ſu Grandeza el Cielo, y de las empreſſas altas, para que le tenia deſtinado. Bebiò con la primera leche la noticia de las Letras, gravadas por orden del Duque ſu Padre todas las del A. B. C. en unos eſcudos hermoſamente bordados, de que eſtavan ſembradas las mantillas, y los veſtidos. Solìa bolver Franciſco halagueños los ojos á recònocer los eſcudos, mientras quedavan aſidos de el pecho los labios, enamorado ſu Entendimiento con no sè què inſtinto de aquellos Caracteres mudos, aprendiendo deſpues à unirlos la razon con mucha mas brevedad, y hallandoſe caſi enſeñado à leer, antes que ſupieſſe hablar. Las primeras palabras, que articulò con balbuciente lengua, fueron, JESUS, Y MARIA; y aſsi reſpirò ſiempre eſte ſuave primer olor, en que fue inſtituìda ſu niñèz. Ape-

1514. nas tenia quatro años, quando yá tenia encomendadas à la memoria las comunes Oraciones de la Igleſia, que rezava con grande compoſtura cada dia, poniendoſe de rodillas ſobre la Cama, con demonſtraciones de guſto, y algunos deſtellos de ternura anticipada, y parece que mirava la devocion como juguete, ò traveſura propria de ſu Edad. Avia traìdo el Duque para la educacion de ſu Hijo un Theologo de mucho nombre, y de virtudes iguales à ſus letras; llamado el Doctor Ferràn, que ſe admirava de vèr, que Don Franciſco llevado de una fuerza ſecreta, doctrinado de un inviſible Maeſtro, prevenia lo que avia de conſeguir con fatiga el arte, y la prudencia: como que ſe hallaſſen en èl aprendidas todas las acciones piadoſas, aun antes que enſeñadas, porque èl miſmo ſe iba con natural propenſion, y apacibilidad àzia el bien, haſta parecer en eſte tierno Infante naturaleza la piedad. De cinco años ſabìa con mucha perfeccion la Doctrina Chriſtiana, y tenia por exercicio deleytoſo repetirla cada dia, dobladas ambas rodillas ante ſu Maeſtro: Y aun la enſeñava èl miſmo à otros de ſu edad, convertido en Maeſtro el que apenas tenia años para ſer Diſcipulo. Enſeñavales tambien el modo de ayudar à Miſſa con expedicion, y modeſtia: y èl ſe ocupava con grande conſuelo todos los dias repetidas vezes en eſte exercicio. Los ratos, que
1515. le dexavan libres las tarèas de ſus lecciones, los empleàva en recoger Imagenes de MARIA SANTISSIMA, y de otros Santos, y ponerlas en Altares curioſos, el que algun dia avia de ſer colocado entre ellos. Y ni buſcava otras diverſiones, ni otros juegos, teniendo ſiempre ſus penſamientos entre ocupaciones, y objetos ſantos, con perpetua admiracion de todos, ſeñalando Dios con eſtas inclinaciones en los años inocentes à los que tiene eſcogidos para ſantidades iluſtres. Empezò à guſtar los Ayunos, y à ſaludar la Oracion con los afectos, y con la lengua, quitando la mas dulce parte al ſueño por la mañana. Hazia varias genuflexiones cada dia, para imitar al Apoſtol Santiago, de quien era eſpecial devoto, porque le avia tocado en ſuerre aquel Año, (era el quinto de ſu edad) ſegun la piadoſa coſtumbre de la Caſa de Gandìa, de donde la tomò San Franciſco de Borja, para introducirla en la Compañia con mas frequencia, diſponiendo, que ſe repitieſſe en ella cada Mes èſta provechoſa funcion. Otro Año le cayò en ſuerte el Divino Apoſtol Bartholomè, admiracion de la Igleſia, no menos en ſu Muerte, que en ſu Vida, y emprendiò imitar las cien genuflexiones humildes, en que empleava ſu piedad, y ſu Fè aquel Glorioſo Apoſtol cada dia, repartiendo Franciſco eſta Devocion en las mas tempranas horas de la mañana, y entre las mas obſcuras de la noche para ſepultarla, y que la obſervò por el eſpacio de ſu vida, mereciendo que la expreſſaſſe oy en ſus Lecciones la Igleſia. La viſpera de la Feſtividad, y el dia proprio de el Santo, que la ſuerte le huvieſſe ofrecido, dava de comer à dos Pobres, ſirviendoles èl miſmo con indezible alborozo; y era èſte uno de los obſequios, que ofrecian todos á los Santos, que en aquel Año fueſſen ſus Patronos. Frequentava los Hoſpitales, ſirviendo la comida à los Enfermos, y endulzava ſus males con palabras dos vezes tiernas, y eloquentes. El Duque, aun ſiendo tan Chriſtiano, ſentia mucho vér à ſu Hijo tan Religioſo; y dixo no pocas vezes al Doctor Ferràn, que aquella educacion mas era para una vida ſolitaria, ò à lo menos para la Igleſia, que no para ſer Duque de Gandìa. No era deſabrido, ni voluntarioſo: apenas ſe aſſomaron las lagrimas pueriles à ſus ojos en aquellos primeros años, quando el mas ligero accidente turba la ſerenidad toda al ſemblante, ſiendo aun mas delicado el ſentimiento, que la Edad. No ſe quexava, ni reñia enojoſamente con los de Caſa; antes ſe moſtrava tan afable, tan alhagueño, y tan ſufrido, que ſe conocia averſe anticipado mucha razon à la Edad. Su modeſtia era aquel primer roſiclèr del Aurora, que nos dize como ha de ſer el dia. Quien atendieſſe á ſu madurèz, y circunſpeccion, hallaria, que la virtud ſabe formar un Caton en la Edad pueril. Mas no por eſſo tenia una entereza, ò ſeveridad enfadoſa, que ſuele hazerſe coſtumbre en el que naciò à ſer Gigante, y deſdize mucho de los pocos años, ſino antes un natural agrado, un hechizo, que le introducia en los corazones de todos, deſuerte, que para dominar en ellos, eſtava de mas el ſer ſus Vaſſallos.

Guſtava mucho de aſsiſtir á los Sermones, que iban cultivando imperceptiblemente aquel campo tierno, y ſembrando flores, que deſpues avian de dàr tan colmados frutos. Eſtava tan atento en ellos, fixos en el Predicador los oìdos,

dos, y los ojos, que ſe le imprimia la mayor, y mas util parte en la memoria: parecia, que el Predicador dictava, y que Don Franciſco eſcrivia allà dentro de el Alma. Su mayor divertimiento era repetirlos deſpues à los demàs Niños; lo que hazia con tanta felicidad, y gracia, que ſe le juntavan mas Oyentes, que à los miſmos Predicadores. Rogavanle à vezes ſu Santa Abuela, ſu Tia, y otras Religioſas de Santa Clara, que les predicaſſe algunos de aquellos Sermones, y el Niño ſubìa intrepidamente al Pulpito; y quando empezavan à eſcucharle todos con increìble gozo, y con riſa algunos de el concurſo, les iba dando poco à poco baſtante materia para llanto, porque yà no hablava ſolo la memoria, ſino que gritavan con ſu propria voz tambien la razon, los afectos, y toda el Alma. Singularmente una vez, que Predicò la Paſsion, hablò con tanto eſpiritu, tan alta eloquencia, tanta dulzura, y energìa en la lengua, que en las Religioſas; y en ſus miſmos Criados excitò lagrimas, y tiernos afectos, no dudando alguno, que alli hablava otro eſpiritu mas alto, que le inſpirava ſecretamente fuego, y transformava aquel Niño en un Apoſtol pequeño, mereciendo el titulo de Orador grande, el que aun no eſtava capàz de ſer oyente; anuncio feliz de lo que con incomparable utilidad auia de apoſtolizar deſpues. Y à la verdad Don Franciſco avia eſcuchado tan devotamente la Paſsion de Chriſto à un Predicador fervoroſo, que avia experimentado primero en ſu corazon los efectos admirables, que obrava, quando èl la repetia, en los de ſus Oyentes, pues quedò deſde entonces altamente impreſſo en ſu Alma eſte Myſterio, como ſi ſe huvieſſe fixado en ella con los Clavos con que Chriſto eſtuvo pendiente en el Leño.

§. III.

SU Madre la Duqueſa, ſiendo tan Religioſa, mirava con exceſſo las inclinaciones devotas de aquel Niño, y le ſolìa dezir: *Armas, y Cavallos Don Franciſco, no Imagenes, ni Sermones: Lo que yo le pedì al Cielo, fuè que me concedieſſe un Hijo Duque, no un Monge: bien podeis ſer Devoto, ſin dexar de ſer Cavallero.* Eſcuchava eſtas razones Don Franciſco con grande reſpeto, deſeoſo de perſuadir à la Duqueſa, y al Mundo, que la ternura de la devocion en los Hombres de ſus ſeñas, no ſe opone al manejo de los Cavallos, ni al uſo de las Armas; como tampoco el de las Letras. A los ſiete años empezò à eſtudiar los rudimentos 1517. de la lengua Latina; para lo qual buſcò el Duque ſu Padre un Ayo dieſtro con otros, que le inſtruyeſſen juntamente en los exercicios de Cavallero, y de Corteſano, cuydando de ſu enſeñanza en aquellos primeros elementos de la Politica. Señalòle la Duqueſa por Confeſſor un Canonigo de la Igleſia de Gandìa, llamado Alonſo de Avila, ſugeto de exemplar vida, y digno de las alabanzas, que de ſus prendas hazen diverſas plumas; èſte le enſeñava tambien la Muſica, y las reglas de el Arithmetica. Con que uniendoſe tantos Maeſtros à la crianza de Don Franciſco, diſtribuìdas las horas, y las ocupaciones, dando à cada una proporcionado tiempo, componian una diverſidad armonioſa, en que ſe movian à compàs todas las acciones, y los penſamientos, y ſe iba formando inſenſiblemente la eſtatura de una grande Alma. Tenia viviſsimo ingenio, y un ſeno tan dilatado en la memoria, que cabian en ella ſoſſegadas tan diferentes eſpecies, ſin que borraſſen, ni confundieſſen unas las huellas, que dexavan otras. Y como no perdia tiempo alguno en otros juguetes, iban creciendo en èl en breve tiempo todas las Perfecciones, y abultavan yà las Artes: percibiendoſe el aumento mucho mas en el Alma, que no en la eſtatura de el cuerpo. Era ſumamente expedito para las habilidades Cavalleroſas, acomodandoſe à todas ellas tan ayroſamente, como ſi ſe huvieſſe hallado en la Cuna el garbo, y la deſtreza, ò huvieſſe aprendido de sì meſmo. Manejava dieſtramente el Cavallo, cauſando à un tiempo guſto, y aſſombro, vèr toda la fogoſidad noble de aquel bruto, tan obediente al debil impulſo, y à la razon de un Niño. Traìa la Eſpada en la mano deſde eſta Edad con grande brio, moſtrando en aquellos primeros remedos de el valor un corazon reſuelto, y animoſo, donde todo cupieſſe, menos el miedo. Mandò hazer un pequeño Arnès ajuſtado à ſu talle; y armado eſte Adonis tierno ſalia à piſar con denuedo, y gentileza el teatro, y ſe exercitava con otros de mas años en todas las galanterias Militares; hollandoſe bizarramente deſpues de tener veſtido de azero el delicado cuerpo, quando pudiera quedar immoble con el peſo, y con el embarazo. Eſta ſingu-

gular aplicacion à los eſtudios, y nobles exercicios le hizo en poco tiempo tan agil en ellos, y tan experto, y aun tan ſabio, que llenò de tropheos, y de glorias ſus años juveniles en todas las diſputas, juegos, y feſtines de Cavalleros: excediendo ſin competencia à todos los de ſu Siglo, aſsi en las prendas naturales, como en las adquiridas. Era en eſta Edad hermoſiſsimo de roſtro, dando algun color à las Fabulas de Adonis, y de Narciſo: blanco por extremo, y à trechos encendido, como ſi por ſu ſemblante huvieſſe eſparcido la Naturaleza roſas entre la nieve. La gentil ayroſa diſpoſicion del cuerpo le hazia digno alvergue de un eſpiritu el mas generoſo, y templo fabricado para habitacion de un Dios pequeño.

Ibanſe deſcubriendo mas con la luz de la razon ſus bellas qualidades, y amables prendas; reſpirando eſta florecilla las ſuavidades de un genio todo Divino, quanto mas ſe iba abriendo, y dilatando. No tenia otra ſangre mas en las venas, que eſpiritus vitales, y nobles: tenia un corazon magnanimo, toda la blandura en el trato, y en el pecho, el genio naturalmente corteſano: la converſacion ſazonada, y alegre; pero ſin laſtimar à nadie, por no confundir ciegamente la malignidad con la diſcrecion. Tan agradecido, que ſe ſobornava con qualquier obſequio, aunque fueſſe de un Criado ſuyo. Su generoſidad ocuparà mucha parte de eſta Hiſtoria, como ocupò el agradecimiento, y aun el paſmo de muchos en ſu vida. Eſta indole verdaderamente generoſa, ſe hazia mas admirable en aquellos años, no ſolo floridos, ſino muy tiernos, en que la Naturaleza vive deſnuda de la ſimulacion, de el engaño, y de la liſonja: quando nada ſe finge, y quando los alhagos no ſon velo de las traiciones, ni bayna de los puñales. Su honeſtidad, ſu recato, ſu modeſtia, y otras Virtudes morales, eran el comun objeto de las alabanzas, y de las aclamaciones. Pudiendo dezirſe ſin mucho hyperbole, que en èſte Niño avia agotado la Naturaleza ſus mas nobles calidades, empeñada en que ſe reconocieſſe en eſte Sugeto hermoſo haſta donde pueden llegar las humanas Perfecciones; pues juntò en Don Franciſco ſolo tantas, que referidas, mas parecen fantaſia, ò deſeo de que ſe hallaſſe un Joven tal en el Mundo, que no Hiſtoria de lo que aya ſido, formando un Principe Fenix, qual ſe ſuele repreſentar, ò fingir en el anchuroſo Campo de la imaginacion, y ſe encuentra por maravilla en los Campos de la Naturaleza.

CAPITULO IV.

MUERE FELIZMENTE SU MAdre la Duqueſa, empezando Don Franciſco en ocaſion tan oportuna à uſar el rigor de la diſciplina. Los tumultos de las Comunidades le ſacan arrebatadamente de Gandìa. Nuevos peligros, de que le libra una milagroſa Providencia, y primeros deſengaños, con que le llama.

§. I.

AUn no avia amanecido bien en ſu
Entendimiento aquella primera Au-
rora de la razon, que apenas es luz,
quando yà ſe calentava ſenſiblemente ſu
Voluntad: porque teniendo horas ſeña-
ladas para ſus devociones, experimenta-
va nueva ternura en ellas, de que daban
baſtantes argumentos los ojos, y algunos
ſuſpiros, con que hazia la ſalva, à los que
deſpues avian de romper el Cielo, y reſo-
nar en todo el Mundo. Confeſſavaſe en
las Fieſtas mas ſolemnes, y ſu dolor for-
mava viviſsimas expreſsiones, acuſando
como à delinquente ſu Vida, y hallando
culpas en aquel ſeno delicado, que era el
nido de la inocencia. Adoleciò ſu Madre
la Duqueſa de una fiebre aguda, que en
pocos dias cerrò todos los paſſos à la eſ-
peranza; hallòſe el corazon blando de
Don Franciſco oprimido de la pena, y
con toda una montaña de dolor ſobre ſu
ternura. Retiròſe à un ſitio apartado de el
comercio, y deſpues de aver esforzado
ſu oracion, y ſus ruegos, pidiendo à Dios
la ſalud de la Duqueſa, tomò por largo
rato una diſciplina, juntando à la devo-
cion la penitencia, y la ſangre al llanto;
y èſta fue la primera vez, que usò eſte ri-
gor, empezando en ocaſion tan piadoſa
lo que avia de continuar con exceſſo, y
con frequencia toda la vida. Y aunque
no pudo ſer, que la Providencia no mi- 1520.
raſſe con agrado eſte inocente ſacrifi-
cio; con todo eſſo no condeſcendiò con
ſus lagrimas, ni ſe inclinò à ſu ruego,
porque le queria ir enſeñando, à que
no deſeaſſe con anſia, y menos con impa-
ciencia, la vida de lo que mucho amaba:
y enſayarle en la muerte de eſta Du-
queſa, à que ſe conformaſſe deſpues con
la de otra, que avià de ſer Eſpoſa ſuya,

cuya Muerte, y Vida avia de dexar el Cielo en ſu mano, y pendiente de ſu alvedrio, con uno de los mas eſtraños exemplos, que ſe canta en las Hiſtorias, ni en los Siglos. Bolviò lloroſo al Camarìn, donde yazia doliente ſu Santa Madre, y la conſortò para aquel dificil paſſo; ſuavizò la amargura de aquel caliz horroroſo con toda la dulzura eloquente de ſu eſpiritu Sagrado, y tierno; ſiendo ſus razones tanto mas eficazes, quanto en aquella Edad parecian menos ſuyas, y tenian mas de inſpiradas. Muriò al fin ſu Madre, dexando à todos el conſuelo de ſu Chriſtiana Vida; pues ſiendo la Muerte eco de ella, mal podia ſonar à deſdicha el eco de una voz, que formò el exemplo. Quedò Don Franciſco embuelto en ſoledad, y en lagrimas, bien perdidas ſobre ſu Sepulchro; pues ademàs del titulo de Madre, tenia otros, ni menos piadoſos, ni menos vivos; ella le alentava continuamente à la Virtud con ſaludables conſejos: le avia ſacado à luz con Oraciones: ſe avia empleado toda en la educacion de ſus Hijos, y ſi ſe huvieſſe de atender à los motivos de llanto, y de laſtima, que le ofrecia aquella deſgracia, primero les faltarian à ſus ojos lagrimas, que les faltaſſen razones de llorarlas.

§. II.

Aun eſtava mal enjuta el Alma deſta tormenta, quando ſucediò otra, que puſo en gran turbacion, y en el ultimo peligro ſu vida. Corria el Año de
1520. mil quinientos y veinte ſeñalado en Eſpaña con tragedias, y laſtimas, que ocaſionaron los Rebeldes con el nombre de Comunidades: amotinado el vulgo contra la Tierra, y contra el Cielo en una, y otra Mageſtad, roto el freno de la obediencia, y de el reſpeto, mientras eſtava en Alemania el Ceſar Carlos Quinto. Llegaron eſtas alteraciones al Reyno de Valencia, cuya Noble Cabeza padeciò el mayor baybèn, impelida de una parte, y de otra: ſe llorò bañada en ſangre, oprimida de violencias, inſultos, y robos: profanados los Templos, y embuelta en eſtragos. Tumultuavan por las Calles, y Plazas los Sedicioſos, unidos en quarenta Vanderas haſta ocho, ò diez mil Infantes, armados de coſeletes, y arcabuzes, hermoſeados los ſombreros con plumas de varios colores. Llamavanſe los Agermanados, ò la Santa Germania, que apellidava libertad la mas tyrana, y mas injuſta opreſsion. El Virrey Don Diego de Mendoza Conde de Melito, los Nobles, y muchos Leales tomaron las Armas para caſtigar, ò reprimir eſtas inquietudes; juntaron un trozo de Cavalleria, y ſalieron en buſca de los rebeldes, que ſe iban engroſſando por inſtantes con nuevas Tropas; y el tumulto, que naciò humilde deſpreciado arroyo, à pocos paſſos creciò à ſer Rio ſobervio, y precipitado, que inundava las campañas, y los Pueblos. Aviſtaronſe ambos Exercitos en la Vega de Valencia en el llano de Vernica, entre Gandìa, y Palma. Los Nobles, aunque muy inferiores en Tropas, preſentaron la Batalla, porque los cegò ſu miſma razon, y aquella ira generoſa, que calentando mucho la fantaſia, ſuele quemar la prudencia. En los Rebeldes peleava la multitud, y la obſtinacion; y en la Nobleza Valenciana, el valor, y la lealtad: pero los arboles, y azequias de aquella famoſa huerta embarazavan el paſſo, y el triumpho à la Cavalleria de la Nobleza; que al querer cargar al Enemigo, ſe deſordenava toda; y como los Agermanados peleavan à pie con arcabuzes, defendidos en parte de los miſmos troncos, que ſervian de eſtorvo à los Cavallos, ſe fue declarando la Victoria por la rebeldìa, militando la ſinrazon, y la fortuna hermanadas baxo de ſus Vanderas. Quedò deſtrozada por aquella fertil llanura toda la gloria de el Reyno de Valencia, por cuyas venas deſangradas corria lealtad, deſpues de averſe agotado la ſangre toda humeando valor.

Con eſta Victoria cobrò nuevo orgullo la inſolencia, que haziendo razon de ſu cauſa à la fortuna, iba furioſamente derramada por aquellos contornos, ſaqueando los Pueblos; ocuparon improviſamente à Gandìa, donde poco antes ſe avia entrado el Duque Don Juan fugitivo, eſcapando por accidente feliz la vida de aquella comun derrota, aunque dexò mucha ſangre en ella, porque una flecha le atraveſó la garganta, y fue meneſter que el Cielo tomaſſe à ſu cuydado la curacion de eſta herida peligroſa. Y aora ſolo tuvo tiempo entre la confeſſion, y el alboroto de ſacar de el Monaſterio, y poner en ſalvo el honor, y las vidas de ſu Madre, y Hermana, y las de ſu Hija, y Criadas. El Ayo, que cuydava de Don Franciſco, le cogio arrebatadamente en ſus brazos, caſi deſnudo, y montando con èl à cavallo, corriò àzia

la Playa de el Mar Vezino, donde forma una boca tres millas diſtante de Gandìa; y ſorbe un pequeño Rio, que llega anſioſo à morir en aquella Playa, y caſi à ſepultarſe en aquella arena: y donde la Providencia tenia diſpueſta una Barquilla, que conduxeſſe aquella fugitiva inocencia, y parece que es aquel ſitio donde oy tienen los Duques el Grao mas delicioſo. Veniale ſiguiendo apreſuradamente el Enemigo, reſuelto à quitarle la vida, por el horror, que tenia à la ſangre iluſtre, y mucho mas à la de tan eſclarecido, y Joven Principe. Hizoſe al Mar, quando los ſedicioſos llegavan yà à la boca, rabioſos de que ſe les eſcapaſſe aquella Preſa de las manos; y ſirviendo de tabla à ſu vida una tormenta, empezò à romper las olas con medroſa quilla, mientras los rebeldes buſcavan en otra Playa otros leños. Y aquel pequeño Adonis ſin otra guarnicion de Soldados, que un Criado, ſin otras Armas, que un Batelillo con dos remos, que herian con zozobra las Aguas: tan deſnudo, como ſi huvieſſe de paſſar el Mar à nado; ſiendo de poco mas que diez años, iba burlando de las amenazas de ſus Enemigos, y de los Elementos conjurados con ellos; lleno de confianza en Dios, llevando en ſu roſtro la ſerenidad, la bonanza en todos los Sentidos, y en el corazon muchos Santelmos. Arrivaron à Dènia, en cuyas Torres altas hallò abrigo, y puerto, porque la Artilleria de aquella Fortaleza obligò à retirarſe el Enemigo, que con alas en vez de remos le venian ſiguiendo, repitiendo porfiadamente las cargas, llenando el Mar de fuego, y la Barquilla de Franciſco, adonde llegava mas el trueno, que el ſuſto. De Dènia partiò luego à Peñiſcola, adonde el Duque ſu Padre, el Virrey, y otros Señores ſe avian hecho fuertes, arribando con mucha felicidad en un Baxèl, que dexaron al arbitrio de las ondas, y de los vientos. Solo eſtavan eſperando à Don Franciſco mal ſeguros de ſu vida, y rezeloſos de ſu fortuna: ſabiendo que fluctuava entre las eſpumas, las balas, y las olas en una pobre Urca, è ignorantes de que era ſu Piloto la Providencia.

Supo Don Juan de Aragon, Hermano de la difunta Duqueſa, y Arzobiſpo de Zaragoza, los rieſgos à que avia eſtado expueſta la Vida de ſu Sobrino, y que aun lo eſtava, hallandoſe fugitivo de Gandìa en Peñiſcola, y pidiò con grande inſtancia à ſu Padre ſe le embiaſſe à Zaragoza, llevandole conſigo bien acompañado de Gente Militar. Recibiòle en ſus brazos aquel gran Prelado con tiernas demonſtraciones de gozo, por las noticias, que yà tenia de la rara viveza de ſu ingenio, de las Virtudes, que ſe entretexian con las flores de los años pueriles: y porque en la admirable compoſtura, que atendiò en el bello roſtro de ſu Sobrino, viò reſplandecer aquella hermoſa Luz, que deſcubre modeſtamente lo que eſconde el corazon. Puſole Caſa aparte con todos los Oficiales, Criados, y Maeſtros, que parecieron convenientes à la decencia, y à ſu enſeñanza, porque deſeava ſe perficionaſſe en Zaragoza en las Artes, Exercicios, que avia empezado à cultivar en 1521.
Gandìa. Ocupavaſe en eſte eſtudio Don Franciſco con tanto deſvelo, que en pocos dias ſe llevò las atenciones de los Aragoneſes; y tenia robado el corazon à ſu Tio, que no contento de admirar ſus prendas, paſſava à venerarlas. Teniale tan grande amor, que le fue mas facil al Duque ſu Padre recuperar con la Eſpada en la mano el Eſtado de Gandìa, que ſacar à ſu Hijo de Zaragoza; donde el Arzobiſpo le hazia priſionero, ſin que baſtaſſen las inſtancias, ni los ruegos, para que le reſtituyeſſe á Don Franciſco; el qual tenia tal atractivo en ſus prendas, y tanta dulzura en ſu trato, que cautivando, aun à los mas eſtraños, diſculpava el ciego amor, con que le miravan los ſuyos.

§. III.

No era menor el cuydado con que ſe aplicava en eſta Edad, que tocava yà en los doze años, à todos los 1522.
Exercicios devotos; y era aun mucho mayor el eſtudio, con que el Cielo iba labrando en ſu pecho la verdadera imagen de el deſengaño, de que avia de ſer exemplar en el Mundo. Oyò en aquella Quareſma dos Sermones, entre otros, à un Religioſo de San Geronimo: Hombre eloquente, y de grande eſpiritu: el uno fue del Juizio; el otro de la Paſsion, con mas ternura, y eficacia, que el que avia eſcuchado en Gandìa: y ambos le quedaron tan eſtampados en el Alma, que aſſegurava èl meſmo deſpues, que jamàs ſe le avian borrado de la memoria, no ſolo los Sermones, y las Sentencias, pero ni las mas menudas circunſtancias de aquellos dos dias, por los efectos, que

cau-

cauſaron en ſu eſpiritu dos myſterios , en que la Juſticia , y la Piedad agotaron ſus theſoros. Eſtas fueron las dos alas con que aquel amante corazon empezò á volar à la cumbre de la Santidad, eſtendidas ambas, y moviendo el temor una ala, ſiempre que la eſperanza batia la otra. Grandes fueron las Divinas dulzuras , que experimentò en aquellos dias , y tanta abundancia de lagrimas, que no le cabian en los ojos ; pues ſiendo tan exceſsivos los conſuelos , que mereciò en los poſtreros años , no pudieron hazer ſe olvidaſſe de eſtos primeros , que ſe hizieron lugar entre los mas altos. Confeſſavaſe deſde entonces con mas frequencia , y comulgava las vezes que ſe le permitia , pidiendo à ſu Confeſſor eſta licencia con anſia ; diſponiendoſe muchos dias para acercarſe dignamente à eſta Meſa , à la qual llegava veſtido de reſpeto , y bañado en llanto , y ſalia anegado en conſuelo. Sintiò deſde aquellos dos Sermones eloqüentes una mano inviſible , que llamava á ſu corazon muchas vezes, y le hazia eſtremecerſe con los golpes : pues aunque ſus puertas fueſſen de bronze , no podia dexar de aſſuſtarſe al ſonido vehemente de la aldaba , con que , no yà la mano Ceſarea , ſino la Divina, pulſava repetidamente. Pareciale, que le llamava à gritos la razon , y un eſpiritu ſecreto , para que le ſiguieſſe por una ſenda deſconocida al Mundo , inſpirandole, que puſieſſe las plantas ſobre la Grandeza , y los brazos en la Cruz de alguna Religion ; y nunque no tenia entonces años , ni fuerzas para reſponder con la execucion à eſtas vozes , las abrigò dentro del Alma , para que algun dia le deſpertaſſe con mas ruìdo el eco. Pudiendoſe gloriar la Providencia, de que apenas malogrò inſpiracion grande en eſta Iluſtre Alma , quando ſu amor deſperdicia tantas en la tierra ; pues las mas de las que infunde el Cielo, para que hablen blandamente al oìdo , tropiezan con un ſordo , ò con un ingrato.

CAPITULO V.

CAMINA DESDE ZARAGOZA à la Andalucia con ſu Hermana Doña Luìſa de Borja , de cuyas Virtudes haze una breve expreſſion la pluma. Recupera el Eſtado de Gandìa el Duque Don Juan con la Eſpada , por las oraciones , y lagrimas de ſu Hijo el Santo Borja , militando à ſu favor el Cielo con un Milagro al darſe la Batalla.

§. I.

EStendiaſe por todas partes la fama de ſus Virtudes , y belliſsimas Perfecciones ; deſeando ſus dependientes vèr un Niño , que ſegun le celebravan las lenguas de los Hombres , no podia dexar de ſer , ò Monſtruo , ò Milagro. Eſtava en la Ciudad de Baza ſu Biſabuela Doña Maria de Luna , Muger de Don Henrique Henriquez , Hermano de la Reyna de Aragon Doña Juana : y en ſu compañia eſtavan ſu Hija Sor Maria Gabriela , y ſu Nieta Sor Franciſca , que en el ſaco de Gandìa fueron por Mar coſteando àzia la orilla, à guarnecerſe en Baza , fueron tan continuados, y tan eficazes los ruegos de aquella Venerable Matrona Doña Maria de Luna , excitados mas vivamente aora con las noticias ſeguras de ſus dos Religioſas Hija , y Nieta ; que el Arzobiſpo, aunque ſe avia reſiſtido al Duque , no pudo negarſe à las inſtancias de aquella gran Muger , à quien mirava con tanto reſpeto. Partiò Don Franciſco à 1523.
Baza , (llevando conſigo à ſu tierna , y entonces unica Hermana Doña Luìſa de Borja , que avia venido tambien deſde Peñiſcola) donde fue recibido con gozo igual à las anſias , que le avian ſolicitado, y le pareciò que eſtrechava en ſus brazos un Angel bello. Durò poco èſta alegria, (accidente inſeparable à qualquier felicidad humana) porque ſalteò luego à Don Franciſco una calentura ardiente , y prolixa , que le tuvo medio año rendido à la cama , llenò los corazones de ſuſto , y toda aquella Caſa de pena. En medio de tantos males , y remedios ſenſibles eſtava ſu corazon atado manſamente al ſufrimiento , como victima humilde ſobre la ara , ſin que ſe aſſomaſſe à ſus labios una quexa , ni dieſſe otras mueſtras , de que no era inſenſible , ſino en que padecia.

Aun no eſtava convalecido deſta enfer-

ſermedad moleſta, quando ſobrevino otro accidente mas eſpantoſo, y menos prevenido; porque toda la Ciudad de Baza ſe eſtremeciò con horribles terremotos, temblaron los Edificios, oprimiendo con ſu ruìna à muchos: eſcuchavanſe triſtes alaridos de los infelizes Cadaveres vivos, que gemian profundamente ſepultados. Los demàs ſe ſalian huyendo por los Campos, repartiendo las Caſas ſu temblor en los corazones palpitantes. Luego que ſe ſintiò el primer terremoto, ſacaron algunos Criados à Don Franciſco al Camino, donde eſtuvo quarenta dias metido en una Litera, que era todo ſu Palacio, Choza, y Caſa, mirando con tanta ſerenidad de animo aquella furioſa tormenta de la tierra, como en el Mar los Delfines à las tempeſtades. Cercaron la Litera con una Tienda de Campaña, donde cuydavan de ſu Vida, que aun eſtava achacoſa, y de ſu aſſiſtencia: admirandoſe de vèr firme el corazon, y ſereno el roſtro de ſu Dueño, quando eſtavan tremulas las Ciudades, y haſta las rocas de aquel Campo. Y à la verdad, Don Franciſco eſtava amarrado à la Providencia, y eſtrivaba en polos mas fixos, que en los que deſcanſa el Cielo; y aſsi jugava con los peligros ſin ſuſto; teniendo tantos à la viſta, de quien aprender miedo; y no pudiendo aprender valor, ſino de sì meſmo.

§. II.

DEſpues de tanta deſgracia amaneciò con ſemblante riſueño una dicha, alternandoſe aſsi providamente el bien, y el mal ſobre la Tierra. Porque el cuydado que robava la mas Noble porcion de el Alma à Don Franciſco, era vèr poſſeìdo el Eſtado de Gandìa de la violencia, al Duque ſu Padre deſpojado, y mal herido con la punta de la flecha, que dos años antes avia recibido en la garganta, no aviendo baſtado el arte, ni el tiempo à arrancar aquella acerada punta, que formava de cada aliento una pequeña herida, y deſangrando la reſpiracion, equivocaba el alentar con el morir. Embiava el corazon de Franciſco continuos ruegos al Dios de los Exercitos, que movido de la ternura de tan inocentes ſuſpiros, inſpirò al Duque los medios oportunos para recobrar la ſalud, y los Eſtados. Saliò en buſca del Grande Almirante, y Condeſtable de Caſtilla, conſiriò con ambos Heroes, Governadores de Eſpaña, Columnas del honor, de la Fidelidad, y de la Monarchia, el camino mas breve, y mas ſeguro de reſtablecerſe en ſus Dominios, y libertar de tan dura opreſsion à ſus Vaſſallos. Dieronle algunas Tropas, y unidas en un cuerpo Noble con ſus fuerzas, ſe encaminò la buelta de Gandìa, llevando mas introducida en el corazon la eſperanza de la Victoria, que lo eſtava en ſu garganta la ſaeta.

Saliò à recibirle el Enemigo mas numeroſo, que ordenado; levantò el Duque los ojos al Cielo, y ſintiò luego ſu influxo en un caſo el mas portentoſo: porque invocando el auxilio de la mejor Belona MARIA, conſagrando ſu corazon deſde el Campo de batalla al Pilar de Zaragoza, y haziendo tambien una Promeſſa à los Sagrados Corporales de Daroca; agitado yà con el calor del afecto, yà con el de la ira al echar mano à la Eſpada, arrojò por la boca la punta enemiga de aquel dardo, eſcollo que avia amenazado en el eſtrecho de la vida tanto tiempo, convaleciendo aſsi de las heridas paſſadas en la ocaſion mas expueſta à recibir otras nuevas. Esforzado con eſte ſuceſſo, diò de eſpuelas al Cavallo, trabòſe la Batalla, que à poco tiempo fue derrota la mas ſangrienta, y luego fuga de los Rebeldes: entrò victorioſo en Gandìa, y antes que la memoria pudieſſe parecer que eſtava fria, y cerca de ſer ingrata, preſentò delante de la Prodigioſa Imagen del Pilar de Zaragoza una Cabeza, y Cuello de plata, y colgò en la Igleſia de Daroca una Lampara, la punta de la Flecha, y la Gola, mientras Don Franciſco, que avia peleado, mas que los Eſquadrones armados, con ſus gemidos, quiſiera hazer del Mundo todo un digno Templo à ſu reconocimiento. Año 1523.

§. III.

COn el aviſo de eſte ſuceſſo ſe hallò Franciſco bañado en gozo, que ſe mezclò luego con el llanto, al apartarſe de ſu mas querida, mas ſemejante, y mas fiel Hermana Doña Luìſa de Borja, que paſſava deſde Baza à San Lucar à ruegos de ſu Tia Doña Ana de Aragon, Duqueſa de Medina-Sidonia, que la atendiò ſiempre como à Hija, y la reſpetò como à Santa. Avian paſſado juntos en Gandìa ſus años mas tiernos eſtos dos felizes Hermanos, en la ocaſion de aquella fuga tumultuoſa avian eſtado uni-

unidos en Peniſcola, deſpues peregrinado ambos á Zaragoza, deſde donde fueron conducidos à Baza. Con eſte trato intimo, y continuado deſde la Cuna, ſe le comunicò à Doña Luìſa toda la Santidad del Santo Borja; ſiendo la mas viva, la mas expreſſa copia, que las Virtudes de Franciſco tuvieron en la tierra, porque ſu exemplo, no ſolo fue el original, ſino juntamente el pinzèl. Por eſſo dexarèmos aqui alguna memoria de ſu Vida, aunque tan breve, que apenas pueda hazer fama. Doña Luìſa de Borja, à quien apellidan los Pueblos, y honran las Hiſtorias con el renombre de *Santa Duqueſa*, fuè una de las Mugeres iluſtres en Santidad, que reverencia oy la memoria, y admirò en el ſiglo paſſado Eſpaña. Deſde Niña compitiò con emulacion feliz las proezas de ſu grande Hermano San Franciſco de Borja, y ſea èſte el mayor Elogio que le puede dàr la pluma, y el miſmo que le diò San Ignacio de Loyola en una Carta: *Como V. Señora*, dize, *es Hermana en la Carne del Padre Franciſco, aſſi lo es, y mucho mas en el eſpiritu, y zelo de la Gloria de Dios.* Alabanza, que encarece mucho el Retrato, pues le iguala al original.

Era tan aſpera ſu penitencia deſde la Edad mas delicada, como ſe reconoce por una Carta, que eſcriviò al Duque de Gandìa la Duqueſa de Medina-Sidonia ſu Cuñada, eſtando en ſu Palacio Luìſa; pues dezia: *De Luìſa no ſabrè que dezir à V. S. ſino que nada en ella ay mas que deſear: no parece Niño en la razon; y ſola la conſolacion que me es tenerla, me puepe confortar en la muerte de mi muy amada Hermana, que buen repoſo aya. En una coſa me ſuele hazer enojar, y la riño, y quiſiera que V. S. con ſu authoridad paternal la riñeſſe tambien, y un poco me ayudaſſe, porque no baſtamos los que ſomos aqui, para moderarla ſegun conviene, es à ſaber, que ſe menoſcaba la ſalud, y ſe le conoce bien, con el demaſiado retiro, y mortificaciones, mas de lo que convendria, y puede ſuportar. Yà lo digo, que Yo he de dar cuenta della como de coſa encomendada, y no ſe lo puedo todo ſufrir. Yo por eſſo, y por otras coſas eſtoy en que ella ſiempre dura en aquellos penſamientos de Monja de Gandìa; mas Yo la digo, que por aora V. S. y mi Hermano el Arzobiſpo no ſon de eſſe parecer, ni Yo tampoco; y aſſi, que no pienſe hazer yà vida de Monja, ni quiera debilitarſe en fuerzas, y ſalud, y otras coſas que ſe me ofrecen, y la pongo eſcrupulo. Como es temeroſa, ſe emmienda; mas preſto buelve à ſu inclinacion, y la perſeguimos. De todo ſe ſirva Dios que la criò. Todos la queremos en gran manera, porque mucho lo merece. De aqueſta prenda puede V. S. eſtàr ſin anſia, pues tiene otros cuydados y èſte và por cuenta mia à pàr de Hija mia que fueſſe, &c.* Eſtos fueron los años pueriles de Luìſa, delinquentes ſolo en el exceſſo de oracion, y penitencia: y eſtos fueron los efectos prodigioſos, que cauſó entre ſus Hermanos, y domeſticos el Niño Borja, nacido para prender fuego Divino en quien ſe acercaba.

Deſpues de caſada con el Duque de Villa-Hermoſa, llegaron ſus rigores à degenerar en imprudencia, y fue èſte el mayor eſcrupulo, que en la muerte le ocurrio de ſu vida toda. Gaſtava en oracion quieta algunas horas de la noche, y dos, ò tres cada mañana. La profuſion de ſus rentas en limoſnas, dieron materia à la encendida pluma, y aun à la embidia Sagrada de Santo Thomàs de Villa-Nueva, que en varias Cartas celebra entre otras Virtudes tantas piedades ſuyas. Tuvieron frequente comunicacion eſtos dos corazones abraſſados, y parecidos; y los Sermones que el Santo predicava en Valencia, paſſavan à la Villa de Pedrola à inflamar el pecho de la Duqueſa Doña Luìſa, eſpecialmente los que tratavan del amor de Dios, eſcritos con la pluma, y fraguados en el corazon de aquel fogoſo Serafin. Mereciò la Duqueſa que la viſitaſſe el Cielo con luzes, y favores regalados en ſu Oratorio. Cantò dulzemente el dia de ſu muerte un Año antes que ſucedieſſe, y otras Profecìas, que en Vida deſta iluſtre Alma eſcrivieron D. Gaſpar de Gurrea, Conde de Guimaràn, el Maeſtro Fr. Alonſo de Aragon, y Borja, Noble Hijo de San Aguſtin, y el Padre Thomàs Munieſſa, de la Compañia de Jesvs. De ſus Milagros hizo relacion autentica Diego Chia, Notario de la Villa de Pedrola, en onze de Septiembre de mil ſeiſcientos y noventa. De donde yaze con milagroſa integridad (reſpetando tambien à la veſtidura) y reſpirando inexplicable fragrancia, deſpues de ciento y cinquenta años de Cadaver, ſin otros aromas, que los que comunican las Virtudes al templo del Alma que habitan. Su Beatificacion ſe deſea, y ſe trata en Roma; y ſu Venerable Cuerpo ſe và explicando deſde la Urna eſtrecha con tales prodigios, que yà no falta ſino dezir à gritos, que le erijan Templos.

CA-

CAPITULO VI.

PASSA AL PALACIO DE TORDEſillas à ſervir de Menino à la Reyna Doña Catalina. Buelve à Zaragoza à eſtudiar Filoſophia. Queda victorioſo de los mas crueles liſongeros aſſaltos del Enemigo.

§. I.

1523. VIvia en Tordeſillas la Reyna Doña Juana, à quien un accidente avia turbado toda la armonìa del juìzio; pero no el orden, y concierto de Palacio, donde aſsiſtia gran parte de la Nobleza Eſpañola, ſirviendo à la Reyna, y à ſu Hija la Infanta Doña Catalina, yà entonces capitulada con Don Juan el Tercero, Rey de Portugal. Pareciò à Doña Maria de Luna, y al Arzobiſpo de Zaragoza, que era tiempo de que Don Franciſco ſe inſtruyeſſe con el trato, y comercio de otros Señores, y de los Palaciegos en el arte dificil de Corteſano; y para eſſo determinaron, que paſſaſſe à Tordeſillas à ſervir de Menino à la Infanta, llevando Familia, que no deslucieſſe el eſplendor de ſu Grandeza. Emprendiò Don Franciſco eſta jornada con guſto, aſsi porque obedecia à ſu Biſabuela, y à ſu Tio, como porque oìa à ſus Criados grandes Elogios de la vida corteſana en los Palacios, y de lo que ſe aprendia en ellos: como que era lo miſmo piſar los umbrales de Palacio, que hallarle infundido un nuevo Entendimiento, y reſpirar el Alma en una region mas diſcreta. Apenas avia eſcapado de tantos peligros por Agua, y Tierra, quando buſcò orilla en las Cortes de los Principes, donde tropezava otros mayores rieſgos, y mas diſsimulados. Admitiòle con eſpecial benevolencia la Infanta, y aun la Reyna, teniendo la razon tan achacoſa; porque parece pronoſticava lo que algun dia avia de deber á aquel, Joven aora, quando concertaſſe ſu imaginacion alterada, y puſieſſe acorde poco antes de ſu muerte la fantaſia con la ra-
1524. zon. En Tordeſillas daba al exercicio de las Armas, y de las buenas Letras todo el tiempo, que le dexavan libre las atenciones de Palacio, adonde era mirado como el Dique mas precioſo en la ocupacion de Menino. Era notable ſu recato con las Damas, con quienes era fuerza concurrir muchas vezes; pero todas ignoravan de què color fueſſen ſus ojos, y ſolo atendian en ſu roſtro aquel color apacible, de que la modeſtia ſuele veſtir un ſemblante.

Dos años eſtuvo ſirviendo á la Infanta, haſta que el Año de mil quinientos y veinte y cinco fue llevada à Portugal à tomar poſſeſsion de la Corona: y aunque 1525.
Don Franciſco ſe diſponia à eſta jornada, no quiſo el Duque ſu Padre, que paſſaſſe à Reynos eſtraños, porque deſeava, que deſterrando el ocio, y las ocaſiones de una vida delicioſa, eſtudiaſſe en cultivar el Entendimiento con la Filoſophia. Pidiò licencia, y beſando la mano à la Reyna, y á la Infanta, ſe bolviò á Zaragoza en Edad de quinze años. Tenia el Arzobiſpo prevenido para Maeſtro ſuyo al Doctor Gaſpar Lax, uno de los mejores Filoſophos, que celebrava Aragon en aquel tiempo; el qual empezò con la Logica à dirigir ſu Entendimiento por aquella obſcura ſenda, haſta los mas elevados dictamenes de la Filoſophia. Entregòſe Don Franciſco à eſte afán literario con tal conato, como ſi la fortuna no le huvieſſe dexado otro rumbo; y con tanta utilidad, que deſmentia lo Señor. Pues en ſolos dos años bien gaſtados en eſte eſtudio, ſaliò excelente Filoſopho: porque repetia continuamente las lecciones, y fatigava el ingenio en las Diſputas: ſu viveza en los Argumentos, ſu expedicion en las reſpueſtas le merecieron el primer credito ſobre todos ſus condiſcipulos, que eran muchos; y para cederle el campo en las contiendas publicas, no avian meneſter recurrir á la Corteſanìa, ni al reſpeto, porque les obligava la fuerza de ſu razon, y la ſutileza de ſu Diſcurſo.

§. II.

POr eſte tiempo ſe hallò ſalteado de una guerra bien deſconocida en ſu Alma, y de un rieſgo, que le puſo mas cuydado, que los que haſta entonces avia padecido. Tenia Don Franciſco un natural blando, un corazon amoroſo, y aquella indole agradable, que trae ſobreeſcrito en el roſtro el peligro de ſu dueño. La Edad ſe veſtìa yà aquellas flores juveniles, que rara vez dexan de eſtár mordidas de Aſpides; la libertad tenia toda la rienda, eſtando fuera de ſu Caſa; y Dueño abſuelto de la en que vivia. A eſtos incentivos ſe llegaron otros menos domeſticos, pero mas alevoſos, que fueron las perſuaſiones infames de los que parecian Amigos, y entre ellos algunos

Cria-

Criados ſuyos, que todos le derramavan alhagueñamente el veneno por los oìdos, y querian que le viviessen los ojos. Trabajava Don Franciſco por no atender al canto de las Syrenas, y atarſe al maſtil como Uliſes, para no dexarſe perſuadir de ſus vozes; mas con todo liſongeavan la fantaſia con ſus ecos, y la impelian àzia los eſcollos. Repreſentavale la imaginacion torpes objetos, pero tan bien coloridos, que les quitava toda la fealdad à los retratos, introduciendo al amor en trage de Deydad, à la Laſcivia con el pretexto galante de correſpondencia noble, y garboſa, debida à ſu Edad, y à ſu eſplendor. Crecia mas eſte fuego con los ſoplos del Enemigo, y ardìan los penſamientos dentro del Alma, nueva animada Troya, cuyo incendio avivaban la aſtucia, y Helena, paſſando à encender tambien el
1526. cuerpo la llama licencioſa. No encontrava la razon, bolviendoſe ázia todas partes, en aquel templo puro, y hermoſo, ſino imagenes de Venus, profanados los altares, y las potencias de tan infames eſtatuas, que eſtavan llamando à la voluntad con el alhago, y à la adoracion con el humo.

Deſconociaſe à sì meſmo Don Franciſco, y ſe hallava foraſtero de sì proprio: queria ſalir fuera de sì à buſcar el remedio, pues tenia dentro de sì el mal: y forcejava por obligar al alma à que viviesse fugitiva de la imaginacion; y ſi pudiesse, arrancaria de la miſma Alma la fantaſia. Dava vozes, pidiendo à Dios, que derribaſſe aquellas imagenes mentidas de ſus tres aras: que ſoſſegaſſe ſus Potencias rebeladas contra èl, y contra el miſmo Dios. Recurria à ſu Confeſſor con mas frequencia, dabale cuenta menuda de ſus interiores batallas, ſin callar circunſtancias algunas, y acuſava por delitos las imaginaciones. El le aconſejava, que buſcaſſe la Victoria en una Oracion ardiente, y repetida: que rebolcaſſe en la Sangre de Chriſto ſu memoria; que en ſus Llagas hallaria abiertas muchas Puertas à ſu alivio: que eſpantaſſe ſu miſma Alma con el terror del Juìzio venidero. Que frequentaſſe los Sacramentos, leyeſſe Libros devotos, y marchitaſſe con el rigor de alguna penitencia las flores del orgullo, y de la lozanìa. Obedecia Don Franciſco con promptitud humilde; y era el mas digno eſpectaculo, vèr un Principe Narciſo en el corazon de ſu juventud, quando los peligros rondan mas porfiadamente la Edad; entre las delicias, y los Salones de los Palacios, batallar animoſamente con ſus penſamientos, con el Infierno, y con los alhagos: verle doblar muchas vezes al dia ambas rodillas, yá en ſu retiro, yà en las Igleſias, levantando el corazon, y las manos, lanzando por el ayre ſuſpiros, y perdiendo por el ſuelo mucho llanto. Verle uſar los rigores, que ſe admiran en los Anacoretas por los Deſiertos. Y Dios que mirava con agrado eſtas luchas repetidas de Don Franciſco, derramava diverſas vezes ſobre aquella Alma dichoſamente afligida una ſubita Luz, parecida en todo al relampago, ſino en que le quitava el miedo, y pronoſticava ſerenidad en vez de rayo. Durò muchos dias eſta cruel batalla, alcanzando tantas Victorias de sì proprio, y de ſu Enemigo, que ſolo el Cielo tuviera Laureles para triumphos tan continuados. Haſta que rayò ſobre ſu cabeza la bonanza embuelta en una Luz bella, que viſtiò de tranquilidad el Alma: enmudecieron aquellas Syrenas engañoſas, que deſde la imaginacion davan muſica en los afectos: colmò el tumulto de las paſsiones: ceſſaron los vientos; y no ſoplava ſino aquel ayre, con que reſpira ſuavemente la Gracia allà dentro de la Naturaleza. Fue tan glorioſo eſte triumpho, que quitò la oſſadia al comun Enemigo para bolver á probar fortuna con eſte Joven bizarro. Con que pudo conſervar intacta, haſta que ſe enlazò felizmente en el Matrimonio, aquella Flor de la honeſtidad, de que ſon menos fecundos los Jardines mas delicioſos; pues ſe halla tan dificilmente entre la Edad juvenil de un Principe dueño de todo, y de ſu miſma libertad: como el nido de la Fenix ſobre las Montañas del Sol.

CAPITULO VII.

PARTE A LA CORTE DEL Emperador, llega de paſſo à reconocer la Univerſidad de Alcalà, encuentra en la Calle Mayor à San Ignacio de Loyola, à quien llevavan priſionero unos Miniſtros de Juſticia.

§. I.

Estava cuydadoſo el Arzobiſpo, ſiempre que hazia reflexion ſobre el admirable recogimiento de ſu Sobrino: temia, que devocion tan eſtraña en Edad tan florida, y tanto deſengaño en tan verde tiempo, fueſſe poco à poco fraguando en ſu pecho alguna reſolucion ſe-

ſecreta de abandonar ſu eſtado, y hollar el Mundo. Porque èl le hallava las mas vezes, ò devoto, ò penſativo en ademàn de quien meditava alguna grande accion. Tratò de divertir ſus penſamientos, y dàr dilatado campo à la Nobleza de ſus afectos; ſoſpechando, que fueſſen melancolias; nombre, con que deſacredita el Mundo las Virtudes heroycas, pintando ſiempre macilento el deſengaño. Para eſto diſpuſo embiarle à Valladolid, donde tenia ſu Corte el Emperador Carlos Quinto, y era entre todas las de el Mundo, la en que mas florecia la fortuna, y donde tenia mas vida ſu eſtatua. Y como en las Cortes ſuele la juventud beber de aquel Rio, que introduze olvido de los propoſitos ſantos; al miſmo tiempo, que infunde memoria de los vicios: apareciò al Arzobiſpo, que podria Don Franciſco guſtar ſus aguas obſcuras de modo, que aprendieſſe algun olvido, ſin beber tan infeliz memoria. Eſtava entonces la Monarchia de Eſpaña en la Cima de la proſperidad; y aviendo tocado ſu eſplendor en el Zenit, ignorava aun lo que fueſſe declinacion. La Corte reſonava en varios feſtines, derramando la fortuna todo el Vaſo de oro, en que guarda las felicidades al tiempo; porque el Ceſar iba ocupando la tierra con ſus Victorias, el viento con ſus Aguilas: apenas dava paſſo, que no nacieſſe un Laurèl, donde avia pueſto el piè animoſo. Era naturalmente inclinado à publicas alegrias, para que ſe enſayaſſen los Nobles en exercicios, y juegos Militares; à que ſe añadiò aver ſalido luego à la mas clara, y dichoſa luz el Principe, y Primogenito Don Phelipe Segundo: y otro
1527. no menos glorioſo motivo, de aver hecho poco antes priſionero al Rey Franciſco de Francia en la memorable batalla de Pavìa, y le traìan à la Corte de Eſpaña, deſpues que las Aguilas Imperiales avian deshojado ſus Liſes: Por eſtas cauſas ſe hallava eſta gran Monarchia en todas partes, y ſingularmente en la Corte, poblada de regocijos, y de glorias, gaſtando toda ſu reſpiracion la fama en tantos ecos, y ardiendo el bronze en los Clarines.

§. II.

QUando ſe encaminava felizmente el Joven Don Franciſco à la Corte veſtido de eſperanzas, y de roſas, quiſo paſſar à reconocer el nuevo teatro de la Sabiduria, y grande templo de Minerva en la Univerſidad de Alcalà, que poco antes avia levantado la magnificencia; para tomar aquel tinte de las Ciencias, que ſe aprenden no menos con los ojos, que con los oìdos. Aunque avia de eſtar pocos dias; los que baſtaſſen ſolo à informar el Alma de el uſo de la Eſcuela, y avèr pueſto en orden de batalla la Filoſophia, que acavaba de eſtudiar en Zaragoza. Corria el Año de mil quinientos y Año
veinte y ſiete à principio de Mayo, quan- 1527.
do entrava por la Calle Mayor de Alcalà Don Franciſco de Borja, Narciſo gentil, en quien ſe avia recogido todo el garbo, y en ſolos diez y ſiete años todas las flores de la gallardia. Iba mas de gala, y paſſeo, que de jornada, fatigando un bello Animal, negro torvellino la crin, las manos, y los pies muſibo afàn, con que hazia perezoſo el viento en ſus pies, y tarda la velocidad: ſeguianle muchos Lacayos, y acompañavanle algunos Camaradas ſuyos, que hazian armonioſa la Calle, y compàs en las piedras con el tropèl ſonoro de los Cavallos. Pero arraſtrava toda la atencion de los Balcones Don Franciſco con la compoſtura en el roſtro, la gentileza en el cuerpo, y en el ayre con que manejava el Cavallo, y la corteſia en el ſombrero, para hazer amable lo Señor, y no malquiſtar la Grandeza con la afabilidad.

Con eſte vizarro deſcuydo paſſaba la Calle Don Franciſco, quando atendiò en ella una confuſa Tropa de Miniſtros de Juſticia, que por orden de el Vicario llevavan à la Carcel publica à San Ignacio de Loyola, cuya inocencia acreditò deſpues una Maravilla, y el Cielo diò à favor ſuyo la ſentencia. Parò el Cavallo Don Franciſco, y toda la atencion de el Alma à reconocer aquella tragedia: mirò pobremente veſtido, y maltratado al que llevavan priſionero; pero obſervando la entereza de el ſemblante en medio de la violencia, y la calumnia, viò á la mageſtad de la virtud en ſu roſtro, y la Grandeza de animo entre las perſecuciones, y el deſprecio. Y ſi bien no le conocieron los ojos, ni la memoria; le queria conocer el inſtincto, que ſecretamente latìa en ſu pecho. Enterneciòſe un poco con aquel Expectaculo, ignorando entonces el myſterio oculto deſta ternura, y de eſte encuentro; que algun dia, corriendo el velo, llegaria à conocer, que no avia ſido acaſo. Levantò Ignacio modeſtamente los ojos, oprimidos del rubor, que ocupava ſu frente, y tomò poſſeſsion con la viſta de aquella Iluſtre Oveja ſuya, que deſde entonces dexò ſeñalada: porque ſe miraron à un

tiem-

tiempo, tropezandoſe los ojos, y calando mutuamente la viſta, haſta los penſamientos.

Diò de eſpuelas al Cavallo Don Franciſco, luego que ſe alexò aquel triſte expectaculo, que dexò una confuſa imagen en ſu pecho, que hazia mas viva cada vez el cuydado de borrarla. Hallóſe en la miſma Calle, y al miſmo tiempo un inſigne Medico, que en aquella Univerſidad dava luz, y acierto à la Medicina deſde la Cathedra; y alcanzando deſpues à Don Franciſco de Borja en la Compañia, rendidamente ſujeto à la direccion de San Ignacio: y haziendo diſcreta reflexion ſobre eſtos dos tan diferentes theatros, y ſuceſſos, ſolia dezir: Quien le dixera à aquel Joven galàn Primogenito de el Duque de Gandìa, eſplendor de la Grandeza Eſpañola, que el hombre que tropezò en ademàn de delinquente en eſſa Calle, llevado à la Carcel de los malhechores deſcorteſmente, avia de ſer algun dia ſu Padre, ſu Maeſtro, y ſu Cabeza? Quien le dixera, que avia de ſer voluntario priſionero de el que iba entonces à ſerlo de la Juſticia como facineroſo? Y quien le dixera à Ignacio, quando ſe hallava tan abatido en el mas publico theatro, acuſado como infame Reo, que aquel Mancebo iluſtre, que paſſava acompañado del reſpeto, hollando una aclamacion en cada paſſo, avia de ſer algun dia ſu mas rendida Oveja, el Subdito mas obediente à ſu voz, y à ſu pluma? Que avia de arrojar à ſus pies la grandeza, deſnudando ſus ombros, y ſus afectos de toda la pompa? Mas quizàs ſe lo dixo entonces el Cielo para darle eſte alivio en aquel lance afrentoſo, como eſcriven algunos, y como ſabemos, que le fuè revelado mucho antes que entraſſe en la Compañia Don Franciſco. O Providencia ſiempre myſterioſa, y nunca comprehendida de la capacidad humana! O como juegas con los Hombres, con los tiempos, y con los que parecen acaſos! O què facilmente mudas en felicidades las tragedias, y hazes paſſo de las deſdichas para las glorias! O como ſabes concertar los ſuceſſos mas deſordenados entre sì, y mas opueſtos! Dando deſpues materia à las admiraciones, y digno objeto à la reflexion de los diſcurſos; comparada con razon tu armonìa à la del bayle, que atendido deſde lexos, parece furor deſconcertado, quando à menos diſtancia es muſica, y un compàs de la razon con los pies.

***

CAPITULO VIII.

LLEGA A LA CORTE DE EL Grande Carlos Quinto, donde, entre otros, dà un portentoſo exemplo de honeſtidad, y recato. Llevaſe todo el aplauſo del vulgo en los exercicios galantes de Cavallero, haſta competirle al miſmo Ceſar el triumpho.

§. I.

EN la ocaſion, pues, que diximos en el Capitulo paſſado, oportuna para relaxar el eſpiritu mas auſtéro, llegò à la Corte Don Franciſco, en el Abril de ſu edad, que andavà en los diez y ſiete; pero reſuelto à vivir con tanta cautela, como el que ſabìa, que engolfava ſus penſamientos en Mar alta, y era meneſter mirar ſiempre àzia la Eſtrella. Besò la mano al Ceſar, y à la Emperatriz; y luego tratò de ordenar de ſuerte ſu Caſa, y ſu vida, que reconocieſſe el Mundo, que la Virtud, y la Grandeza ſon aquellas dos Aves de diſtintas plumas, y eſpecies, que caben juntas en un meſmo nido; porque ellas forman un Luciente Cuerpo dentro de la Caſa de un Signo, ſemejante al de Geminis en el Cielo. Admitiò baſtante numero de Criados: tenia muchos Cavallos generoſos, y todo el lucimiento, que pedia ſu caracter, y deſeavan el Arzobiſpo, y ſu Padre el Duque. Iba puliendo con la ultima mano todas las Prendas, las Ciencias, y las Artes, ſeñalando à cada una alguna hora del dia; y à la Virtud todas, porque dirigia eſtas operaciones à mas altos fines. Tenia algunos ratos al dia deſtinados à un retiro devoto, del qual ſalìa armado, reſpirando amor, y fuego contra los aſſaltos del Enemigo. Oìa Miſſa cada mañana, y en ella eſtava callado, atento, y recogido: no perdìa los Sermones, de que pudieſſe ſacar algun fruto, frequentava los Sacramentos, mucho mas de lo que permitia el uſo de aquel Siglo: rezava el Roſario, inclinando una, y otra rodilla, y à vezes la cabeza; y leìa algun rato en un Libro provechoſo. Deſpues de comer ſe eſtava una hora ſolo, modeſtamente reclinado, en ſitio deſde donde pudieſſe fixar ſerenamente los ojos en el Cielo, y eſtendida ſobre el pecho la mano, examinava las operaciones de aquel medio dia, repitiendo en la noche eſte cuydado, y paſſando conſtantes ſus propoſitos de un

examen en otro. Que con eſte myſterioſo inſtinto, ò ſympatìa caminava ſu eſpiritu en imitacion de la ardiente Alma de Ignacio de Loyola, (que tanto fomentò en la Igleſia eſta practica) por mas que entonces no le conocia, aun aviendole viſto ſeñalado con la Injuria. Huìa el trato de Perſonas deſembueltas, y queria que fueſſen familiares ſuyos la honeſtidad, y la erudicion: tratava con Religioſos Sabios, de quienes aprendia la Virtud, y aquel genero de diſcrecion, que no degenera en bachillerìa, ni en mordacidad; mirando eſtos Libros animados como à los mejores Maeſtros, que ſaben formar un Sabio ſin la fatiga de el eſtudio, pegandoſe imperceptiblemente la diſcrecion, y entrandoſe la Sabiduria por el guſto à ocupar el Entendimiento, haſta formar un Principe erudito en todo lo que no ha eſtudiado. Diò algunas Leyes inviolables à ſu Familia, que ſe pudiera llamar Religioſa; no permitiendo en ella juramentos, pendencias, murmuraciones, ni juegos; y ſabìan todos, que qualeſquiera deſordenes, aunque ligeros, ſe caſtigavan, como eſcandalos. Pero la mas viva eſpuela para alentar à los Criados, era el exemplo del Dueño, que no dava precepto alguno, que antes no le practicaſſe èl miſmo, mandando primero con el exemplo, y con la voz deſpues; que ſon aquellas dos coyundas de oro, que atan à la firmeza qualquiera precepto.

Eſte era el deſvelo, con que cuydava de la Virtud en ſu Perſona, y en ſu Caſa, donde era obedecido ſin violencia; pero fuera de ella con otros Señores iguales ſuyos en ſangre, en los años, y en los empleos, ya que no podia hallar obediencia, deſeava hallar reſpeto, no para honor ſuyo, ſino para hazer, ſe le guardaſſe à la Virtud, y à la decencia el decoro. Solicitava la intimidad de los que eran tenidos por modeſtos, y por mas aplicados, con quienes exercitava todos los empleos Cavalleroſos, ſin atropellar los Chriſtianos. Y entre otros ſe intimò con el Inſigne Garcilaſo, cuya fertil numeroſa vena poblava de armonìa à Eſpaña, y ſe derramava el ſonido por la Europa, bebiendo en eſta Fuente ſonora la erudicion mas culta, y todo el valor, y la deſtreza en ſu Eſpada. Sabiaſe, que en llegando Don Franciſco, avian de enmudecer las lenguas mordaces, ò mudar en alabanzas las detracciones, como al rayar el Sol le ſaludan ſolo con muſica las Aves. Si alguno quiſo proſeguir tal voz la murmuracion, ſe hallò calladamente reprehendido de ſu ſemblante mudo, y compueſto; que ſuele ſer à vezes la expreſsion mas rhetorica: ò ſalìa à defender valeroſamente el honor, hallando ſu facunda lengua razones bien coloridas para deſterrar ſombras, què manchan la opinion, borrando la luz. Lo que mas fatigava ſu roſtro, y ſu paciencia eran las palabras menos honeſtas, que le cubrian de aquel rubor, que ſube del corazon al ſemblante, nadando en ſangre Noble, y es la mas hermoſa alhaja, que dà à los pocos años la Naturaleza, pues haze nacer por las mexillas muchas roſas, mudando en Jardines los ſemblantes, y forma un Retrato con vida de la modeſtia, y una Pintura, en que bermejéa el Alma.

§. II.

ERa ſumamente humano con todos, accion, que arrebata ſiempre los populares aplauſos: y penſò bien el que dixo, que el vulgo ſe ganava con el ſombrero; porque la apacibilidad en los Principes tiene fuerza de imàn para los corazones: y aquel arraſtrarà tràs de sì un Mundo, que viſtiere el ſemblante de mas alhago, poniendo la humanidad allà ſobre las cumbres de el reſpeto. Pero lo que es mayor, que todas las alabanzas, es el recato, y la prevencion, de que uſava Don Franciſco, quando ſe hallava preciſado à viſitar alguna Dama, ò en Palacio, ò en la Villa: porque iba tan armado, como ſi huvieſſe de entrar en batalla con algun Enemigo; viſtiendoſe un aſpero cilicio aquella mañaña, que traia ceñido todo el dia, en que huvieſſe de hazer ſemejante viſita. Y aunque procurava tanto el ſecreto, como la penitencia; no pudo con todo eſſo ocultarlo de el regiſtro de un Ayuda de Camara, que obſervò algunas vezes eſte arnès diſsimulado, que al pedir los veſtidos ſe ceñia calladamente ſu Dueño, para entrar ſeguro à jugar eſtos lances de Corteſano, ſiendo de diez y ocho años, quando cada paſſo en otros es una caìda, ò un peligro. Exemplo ſiempre digno de el aſſombro de todos, ya que no ſerà imitado de muchos: Siendo verdad la diſcrecion de Tertuliano, que es mayor prodigio vivir un Joven con honeſtidad, que morir en defenſa de eſta Virtud. En la viſita eſtavà tan modeſto, como

Tertul. Exort. ad Caſtit.

mo

mo ſi fueſſe un fervoroſo Novicio ; pero ſin afectacion alguna , como ſi fueſſe gala natural de ſu ſemblante aquella exterior compoſtura : añadiendo à la vizarria de ſu talle , y galante diſpoſicion de ſu roſtro no sè què eſpecial gracia , que hazia dos vezes hermoſa ſu miſma gentileza.

Eſta integridad de coſtumbres no ſervia de embarazo à las galanterias de Cavallero ; que es error proprio de la ignorancia de el Vulgo concebir à la Virtud con un encogimiento abatido , creyendo que los talentos naturales ſe acobardan à viſta de las Virtudes , quando ſabemos, que la gracia no deſtruye la Naturaleza, antes la perficiona , y que haze con las prendas lo que la Aurora con las roſas , y lo que el Sol hiriendo con un golpe de luz en el diamante , cuyos fondos no obſcurece , antes los deſcubre , y en eſtrecho Campo le dà viſos y valentia de Aſtro pequeño. Como el Ceſar era tan aficionado à regocijos publicos , y mas à aquellos en que el valor Militar ſe remeda , ò ſe enſaya ; concurrian todos los Señores en eſtos juegos con generoſa competencia , eſmerandoſe cada uno en los Cavallos , en la deſtreza , y en la gala , y dexandoſe vèr de una vez toda la Flor Eſpañola en galante Campaña. Pero Don Franciſco ſobreſalia entre todos con exceſſo tan conocido , que haſta de la miſma embidia ſe hallava celebrado ; porque ſu rara aplicacion deſde la Niñèz , ſu genio admirablemente expedito , y garvoſo le elevaban tan diſtante de los demàs , que yá le perdia de viſta la emulacion , colocado en aquella alta eſphera , adonde no alcanza la embidia ; pues la mucha altura ſuele ſer la mas eficáz mordaza ; que ha encontrado la Politica para acallar una lengua embidioſa ; no llegando ſus dardos adonde no pueden llegar , ni ſus penſamientos : como ſi menguaſſe la emulacion , quanto crece deſmeſuradamente el bien , que es el objeto , y fuente de afecto tan util. En las mas de las juſtas , tornèos , y otros juegos , en que ſe manejavan dieſtramente Armas , y Cavallos , ſalia el mas glorioſo por ſentencia del Emperador , y otros Juezes , llevandoſe aquella Joya , ò premio , que ſeñalavan al victorioſo. En la ſortija llevava el premio de la gala : en los tornèos el de la valentia : y en todos los juegos el de la deſtreza , que para coronarle ſe unia con la fortuna ; acreditando aſsi la Providencia todas ſus acciones , para dàr aplauſo , y eſtimacion à ſus Virtudes. Y aunque eſtos triumphos repetidos le merecieron mucho nombre entre los Corteſanos, Plebeyos ; ſubiò mucho mas ſu voz , y ſu fama con otra mas alta competencia. Entrava el Ceſar diverſas vezes en eſtas Fieſtas , oprimiendo ayroſamente la eſpalda de un bruto Andaluz preſumido de la ſoberanìa de ſu Dueño : y quiſo ſugetarſe al dictamen de los Juezes , ſingularmente en la contienda mas frequente de hazer mal à un Cavallo : y aunque era natural , que entraſſe la liſonja à ſobornar la razon ; con todo eſſo , llevandoſe el Ceſar la gloria , y el premio de la brida , ſe le dieron à Don Franciſco de la gineta , dividiendo al Ceſar la fama , y mereciendo correr parejas en la deſtreza , y en la gallardìa de Cavallero con todo un Carlos Quinto , con quien parecia oſſadia , y aun temeridad el competir ; ſin que ſe deſvanecieſſe de hallarſe igualado , y alternadamente victorioſo de uno de los mas bizarros eſpiritus, que adora el Mundo.

CAPITULO IX.

ALCANZA EL PRIMER LUgar en la gracia del Emperador , y de la Emperrtriz ; que tratan de caſarle en Palacio : allanando algunas dificultades el ingenio , y la induſtria de Don Franciſco.

§. I.

COmo ſus prendas ſublimes , y raras Virtudes ſe deſcollavan al modo que los Gigantes ſobre los demàs Hombres ; merecieron toda la gracia , y toda la ſombra de la Emperatriz Doña Iſabèl, y no menos la del Emperador, que empezaron à mirar à Don Franciſco con ſingular aprecio : à fiar de ſu comprehenſion , y talentos algunos negocios arduos; y à ſer Panegyriſtas ſuyos , poniendole por dechado à todos. Cauſa ſin duda gran novedad leer en ſus Hiſtorias los favores, y aun los exceſſos , que debiò à eſtos dos animos Reales: pues en tan pocos años tenia yà para ſer valido todo el corazon , y ſolo le faltava el exterior aparato de la dignidad. Y aſsi hablando deſte valimiento , dize el P. Dionyſio: *Apenas creeràn los que no le vieron la gran privanza , que le diò à D. Franciſco en ſu corazon , y en ſu Caſa Imperial , y el amor con que le mirava.* Diſponia por eſte tiempo el Ceſſar paſſar

à Italia, à recibir de mano de Clemente Septimo en la Ciudad de Bolonia el Cetro de oro, y la Corona del Imperio; verdad acreditada en toda la Hiſtoria; y que niega, no ſé con què pretexto, una pluma moderna. Sentia la Emperatriz tiernamente eſta auſencia, temiendo, que fueſſe larga: que como el Ceſar avia nacido para que fueſſe Corte ſuya el Mundo, en todas partes ſoſtenian ſus ombros un miſmo peſo, y hallava, ò ſu Cetro, ò ſu Eſpaña digno embarazo; pues avia otras tantas remoras de ſu preſencia, quantas eran las Naciones, que iluſtrava. Procurò el Ceſar alhagar, ò entretener el ſentimiento de la Emperatriz con las razones,
1529. que hazian preciſa ſu partencia para ſu decoro, y para el bien de ſu Imperio; y añadia, que quanto antes daria buelta à Eſpaña, y que entre tanto dominaſſe en la Monarquia, y en ſu Palacio, como imperava en la voluntad del dueño.

Entonces ſe le ofreciò à la Emperatriz ocaſion oportuna para hablar en una materia, que avia muchos dias deſeava; y era rogar al Emperador, que antes de partirſe à Italia dexaſſe deſpoſada à Doña Leonor de Caſtro, Dama ſuya, Señora de alta ſangre Portugueſa, con quien ſe avia criado deſde Niña; y cuyas relevantes prendas eran depoſito de todas ſus confianzas. Reſpondiò el Ceſar luego, que eligieſſe entre toda la Grandeza el que fueſſe mas de ſu real agrado, que en ſu eleccion aſſegurava todo el acierto; y ſolo tardaria la execucion, lo que tardaſſe en expreſſar ſu guſto. Tenia yà la Emperatriz bien meditada eſta eleccion en Don Franciſco de Borja; y aſsi reſpondiò determinadamente, que no podia elegir otro mas de ſu agrado, que el Primogenito de el Duque de Gandìa, de cuyas Nobles calidades avia formado tan alto concepto, que à èl ſolo le deſeava para Dueño de una Joya, que apreciava tanto. Sintiò el Ceſar eſta propoſicion, pues aunque conocia, no poder hallarſe mas digno empleo para Doña Leonor de Caſtro; avia yà eſcuchado con benignidad la propueſta de otro grande Vaſſallo; y lo que mas le retardava, era temer, que el Duque de Gandìa ſe reſiſtieſſe à eſte tratado, por no caſar fuera de los Reynos de Aragon à ſu Primogenito: y temia exponer en la ſolicitud de eſta Boda toda la mageſtad al rieſgo de quedar deſayrada. Rogava, pues, à la Emperatriz, que eſparcieſſe la viſta por todo el anchuroſo teatro de Eſpaña, para eſcoger entre tanta Grandeza alguno, en quien no ſe hallaſſen eſtos inconvenientes, que à la razon de eſtado ſuelen parecer montes; mas era dificil hallar quien llenaſſe dignamente el lugar Supremo, que ocupava en el concepto de la Emperatriz Don Franciſco: y aſsi no perdonava à inſtancias, ni à ruegos ſobre que ſe dieſſen en èſta materia los primeros paſſos, reſuelta à no elegir otro Eſpoſo para Doña Leonor de Caſtro: y confiada, en que Dios, Autor de aquel deſeo tan vivo, allanaria todas las dificultades, que fueſſen ocurriendo. Por eſtos medios iba preparando ſuavemente la Providencia la perfeccion ſublime, à que tenia deſtinado à Don Franciſco de Borja; diſponiendo, que fueſſe el Vaſſallo mas favorecido de la Emperatriz, para que quando Cadaver deſpues cauſaſſe mas ſenſible eſtrago en ſu pecho, y abrieſſe mayor herida el deſengaño.

§. II.

NO pudo reſiſtir mas el Emperador, y llamando luego al Comendador Mayor Don Franciſco de los Cobos, le mandò deſpachar una Poſta con Carta ſuya al Duque de Gandìa, en que le ſignificava el grande aprecio, que ambas Mageſtades tenian de la Perſona, Prendas, y Virtudes de Don Franciſco: que neceſsitavan de ſu aſsiſtencia en Palacio que avian reſuelto darle Eſpoſa de ſu Real mano, digna Conſorte de tan Iluſtre Vaſſallo ſuyo; la qual querian fueſſe Doña Leonor de Caſtro: que fiaſſe el acierto de ſu eleccion, y arbitrio; porque le miravan con tan particular amor, que el miſmo Duque no les podria exceder en el deſeo de ſu mayor felicidad. Que ſu Mageſtad tomava à ſu cargo honrar à Don Franciſco: añadiendo algunas expreſsiones de ſingular eſtimacion, y cariño, y entre ellas: *Que le tomaria deſde lue-* 1529.
go en lugar de Hijo, y le tendria ſiempre à ſu lado. Aſſuſtòſe con eſta propueſta el Duque Don Juan, y oprimido de la melancolìa, reſpondiò al Emperador, negandoſe reſueltamente à todo lo que ſe le inſinuava. Dezia, que ſu Hijo no eſtava aun en edad de que ſe le aceleraſſe Caſamiento; que quando parecieſſe tiempo oportuno, penſava buſcarle Muger dentro de aquella Corona, donde avia merecido Cuna, por no atar con lazos foraſteros ſu Caſa; quando

do tenia otros tan eſtimables, y mas vecinos. Que ſuplicava rendidamente à ſu Mageſtad Ceſarea no le eſtrechaſſe en una materia, en que aſsi los intereſſes de ſu Familia, como ſu genio hallavan indecible repugnancia. Sintiò mucho el Emperador eſta reſpueſta, ſin que baſtaſſe à diſminuìr el ſentimiento, el averla prevenido; porque le parecia, que por libre, y por ſeca ajaba algun tanto ſu Soberanìa; la qual tiene ſiempre el ſentimiento mas delicado, ò mas vivo.

Reconociò Don Franciſco de los Cobos, que el Ceſar eſtava juſtamente enojado, y partiò arrebatadamente à buſcar à Don Franciſco: comunicòle la Carta de el Duque, y el enfado de ſu Principe. No pudo el Joven Borja eſcuchar una, y otra noticia ſin grande pena; pues deſde el dia primero, que entendiò el guſto del Emperador, y de la Emperatriz, avia dexado ſu alvedrio en manos de ſu eleccion, eſperando ſolo el beneplacito de ſu Padre, ſin el qual no le dexavan abrazar ningun partido, ni ſu obligacion, ni ſu reſpeto. Tambien, porque deſeava apriſionarſe felizmente en el eſtado de el Matrimonio para vivir mas lexos del peligro, que trae conſigo la vida libre en un Cavallero mozo, y porque ocupavan ſu primera eſtimacion las eſclarecidas prendas, que hermoſeavan el Alma; y el Cuerpo de Doña Leonor de Caſtro, y aun ſentia en ſu pecho alguna honeſta inclinacion, que apenas merecia llamarſe afecto, porque lo embarazava el recato. Mas diſsimulando ſus ſentimientos, reſpondiò feſtivamente à Don Franciſco de los Cobos: *Sin duda, que el Duque mi Padre eſtà perſuadido, à que es contra los Fueros de Aragòn, que yo tome eſtado fuera dellos.* Proſiguieron ambos diſcurriendo medios eficazes, que pudieſſen inclinar la voluntad del Duque: y como Don Franciſco de Borja tenia un ingenio ſublime, y prompto, le ocurriò luego el mas eficàz, y el mas diſcreto, à quien ſe vinculò todo el buen exito de eſte negociado: debiendo (contra las comunes maximas, y exclamaciones repetidas de los Sabios, acreditadas à vezes de los ſuceſſos) ſu felicidad à ſu entendimiento, y à la viveza de ſu Diſcurſo.

* * *

§. III.

TEnia Don Franciſco bien conocido el genio de ſu Padre: ſabìa, que era tan amante de ſu quietud, y de ſu Patria, y que eſtava tan connaturalizado en ella, que por no ſalir de Gandìa, y mucho mas por no engolfarſe en la Corte de Eſpaña, cederia à ſus conveniencias, y à ſus afectos; y en fin que lo perderia todo por no perder el ſoſsiego de ſu Caſa, y de ſu retiro. Repreſentò, pues, à Don Franciſco de los Cobos eſta traza, que ſe le ofrecia para doblar ſuavemente la voluntad de ſu Padre: que ſu Mageſtad le mandaſſe venir con toda brevedad à la Corte, con el pretexto de neceſsitar de ſu Perſona antes de paſſar à Italia; que no dudava, que el Duque por no hallarſe obligado à ſalir de Gandìa, no pudiendo ignorar el motivo de ſu llamada, ſe reſignaria enteramente en la voluntad de el Ceſar. Pareciò à Don Franciſco de los Cobos eſte penſamiento el mas diſcreto, y el mas executivo: fuè luego à Palacio à dàr parte al Ceſar de la conferencia que avia tenido con Don Franciſco, y de la traza que avia meditado. Aprobò guſtoſamente el Emperador eſte diſcurſo, pues aun en caſo, que el Duque obedecieſſe, encaminandoſe luego à la Corte, y eſte primer efecto, ò eſperanza ſe malograſſe, ſerìa facil, teniendole à la viſta, perſuadirle lo que avia de ſer de tanta gloria de ſu Caſa: porque la preſencia de un Monarcha es la mas eficàz rethorica para perſuadir lo que manda. Eſcriviòſe la Carta luego, en el miſmo tenor, que Don Franciſco la avia dictado: apenas llegò eſte ſegundo expreſſo à Gandìa, y leyò el Duque los primeros renglones de la Carta, quando ſe conociò la energìa del diſcurſo de Don Franciſco de Borja; porque lleno de congoja el Duque, tomò ſin dilacion la pluma, y entregò por ella ſu voluntad en los brazos del Emperador; y añadia, que no pudiendo dudar, de que el fin para que ſe llamava fueſſe el tratado de Caſamiento, que la benevolencia de ſu Mageſtad ſe avia dignado inſinuarle en la antecedente, no partìa à la Corte, reſignando ſu alvedrio en el del Ceſar, y de la Emperatriz; de cuya benignidad àzia ſu Caſa, y ſingularmente àzia ſu Hijo, lo fiava todo. Y que pues no podia ſer otro motivo de ſu jornada, ſe ſirvieſſe darle por eſcuſado en no emprenderla; porque antes bien ſe moſtrava mas obediente, y

mas rendido en eſto meſmo, por no dàr à entender al Mundo, que avia meneſter venir en perſona à la Corte, y eſcuchar ſenſiblemente ſu voz, para obedecer à ſu Mageſtad.

Leyò el Ceſar eſta Carta con particulares demonſtraciones de alegria; y paſſando immediatamente al quarto de la Emperatriz, puſo en ſu mano la Carta del Duque de Gandìa, dandola el parabien de que tuvieſſe yà caſada à ſu guſto à Doña Leonòr de Caſtro. Fuè tanto mayor el conſuelo de la Emperatriz con eſta noticia, quanto avia ſido mas prolixo el deſeo, y el ſuſto de que no ſe efectuaſſe eſte tratado, que anſioſamente ſolicitava, movida de ſuperior, y oculta providencia. Y para que no ſe perdieſſe tiempo, deſpachò luego la meſma Emperatriz à ſu Maeſtre-Sala Don Pedro Gonzalez de Mendoza à Gandìa, para ajuſtar las Capitulaciones, que ſe concluyeron con entera ſatisfaccion del Duque; bolviendo con ellas Don Pedro de Mendoza en pocos dias à la Corte con increìble gozo de la Emperatriz, y de el Emperador, que avia dilatado ſu partida à Italia, haſta dexar concluìda felizmente eſta dependencia. Pero aun fuè mayor el conſuelo de Don Franciſco, que repetia gracias al Cielo, por aver hallado modo de concordar con la obediencia, la que eſperava avia de ſer ſu mayor dicha. Fuè á beſar la mano al Ceſar, y luego à la Emperatriz, reconocido à ſu Real pecho, que avia afanado por hazerle dichoſo, y favorecido ſuyo. Porque no podrèmos negar, que uno de los fines, que hazian guſtoſo à Don Franciſco eſte tratado, era eſtàr perſuadido, à que por eſte medio acavaba de inclinar àzia sì con todo el peſo del favor uno, y otro corazon Real. Pues aunque vivia aquel pecho lleno de temor ſanto, y no ſin grande amor à las coſas de el Cielo, no eſtava bien deſaſido de las eſperanzas del Mundo, mientras avia de vivir dentro; que le deſprenden tarde, ò mal aun los que ſalen fuera dèl; porque el corazon humano ſe mueve, y reſpira con el ayre de la eſperanza, y fuera deſta region no palpita: como ſi fueſſen verdes ſus alas, viſtiendo en eſta vida del color de la eſperanza ſus plumas.

***

*** *** ***
*** *** ***

CAPITULO X.

HAZELE EL CESAR MARquès de Lombay: La Emperatriz ſu Cavallerizo Mayor. Celebranſe los Deſpoſorios con Doña Leonor de Caſtro, Señora de muy alto Nacimiento: Honran con ſu aſſiſtencia las Bodas el Ceſar, y la Emperatriz, la qual favorece con nuevas Mercedes à Doña Leonor. Los Hijos, que nacieron deſte feliz Matrimonio.

§. I.

Luego, que llegaron las Capitulaciones firmadas, ſe empezaron à diſponer con feſtivo aparato las bodas; concurriendo à ſu celebridad los votos, y regocijos de todos; y uniendoſe la Tierra, y el Cielo à feſtejar aquel dichoſo ñudo, que eſtrechava dos Almas felizes, bien iguales; y bien amadas de Dios, y de los Hombres. El Ceſar, y la Emperatriz querian oſtentar toda ſu magnificencia en Mercedes: El Emperador le diò titulo de Marquès de Lombay, Villa Noble del Eſtado de Gandìa, que deſde entonces ſe hizo proprio de los Primogenitos de eſta Gran Caſa; y ſe dize aver ſido la primera, que mereciò eſte honor para ſus Primogenitos, y la que ſirviò de dechado à los otros. Y aunque eſta Merced fuè hecha en ocaſion deſta Boda; los Deſpachos juridicos, en que ſe haze titulo de Marquès de la Villa de Lombay, ſe hallan firmados del Emperador poco deſpues à ſiete de Julio del ſiguiente año de mil quinientos, y treinta en Auguſta de Alemania: Diòle tambien el garboſo Oficio de Montero Mayor ſuyo. La Emperatriz le hizo ſu Cavallerizo Mayor, cuyos gaxes llegavan cada año en aquel tiempo á quinze mil ducados de renta, como dixo deſpues alguna vez el Marquès de Lombay, (en adelante le avrèmos de llamar aſsi.) A Doña Leonòr diò muchas joyas, y eſtimables preſéas: hizola entonces Merced de Camarera Mayor; aunque los que eſcrivieron las proezas de nueſtro Borja Santo, ſuponen que yà era Camarera Mayor ſiendo Dama: noticia, que no quieren oìr ſin zeño, aun para en aquel tiempo, los muy verſados en las etiquetas de Palacio. Hizieronle tambien ambas Mageſtades otras Mercedes, que ſolo podrian no parecer grandes comparadas con el amor, y confianza, que merecieron à dos tan Reales corazones. Y no

fuè pequeño argumento deſte amor, averſe celebrado eſtos Deſpoſorios felizes en el gavinete de la Emperatriz, aſsiſtiendo tambien el Emperador, para que aquella
1529. Funcion eſtuvieſſe poblada de Mageſtad: y fueron en la Primavera deſte año, para que el ſitio, el concurſo, y el tiempo fueſſe lo mas florido en todo. Era el Marquès de Lombay de ſolos diez y nueve años, quando ſe deſposò con Doña Leonòr de Caſtro, una de las Damas de mas floridas prendas, y coſtumbres Religioſas de aquel ſiglo, digna Conſorte de un Santo; deſuerte, que à no aver nacido un D. Franciſco de Borja, apenas ſe hallaria otro en el Mundo, que merecieſſe ſu mano.

Porque fuè Doña Leonòr de rara hermoſura, como ſino huvieſſe ſido dichoſa: y tan diſcreta, como ſi huvieſſe tenido eſta prenda ſola; y en fin adornada de aquellas dotes, que componen una Muger perfecta, hallandoſe en eſte ſugeto unidas muchas calidades, que ſino ſon contrarias, ſe vèn pocas vezes juntas. Su prudencia, ſu recato, y aquella natural gracia en quanto hablava, y diſcurria, avian robado deſuerte el corazon de la Emperatriz, que no sè ſi ſe hallàràn en las Hiſtorias dos pechos femeniles tan amantes; deponiendo toda la Mageſtad, y tratando à Doña Leonòr como à Hermana ſuya, y como à fiel eſtrecha. Ambas ſe alternavan los oficios cariñoſos, aſsiſtiendo la Emperatriz à Doña Leonor en ſus enfermedades con tanta humanidad en el afecto, que ſino es en las inſignias Imperiales, ſe equivocavan en todo, y ſe confundian las ſuertes. Fatigava mucho eſte raro valimiento à la embidia, que quiſiera limar, y aun romper algun eslabon de eſta cadena: pero la hazia mas robuſta, y de mayor firmeza, quanto mas la mordìa. Era Doña Leonòr humilde, devota, y Limoſnera; aborrecia la profanidad en el trage, teniendo por exceſſo aun la moderacion. Frequentava mucho los Sacramentos, rezava con particular atencion el Oficio de Nueſtra Señora, el Roſario, y otras Oraciones, para que tenia ſus tiempos deſtinados; y una hora para hazer en ſu Oratorio un vivo recuerdo de la Paſsion de Chriſto. Tan conſtante en eſtos loables Exercicios, que entre las mayores dolencias nunca ſupo dexarlos. Baſtava para elogio ſuyo ſaber, que en todas las Virtudes ſeguia con emulacion al Marquès ſu Eſpoſo, à quien amò tan tiernamente, que aunque la Virtud no fueſſe por sì meſma tan amable, abrazaria ſu partido guſtoſamente ſolo por ſeguirle. En el manejo de ſu Caſa, y govierno de ſu Familia, fueron admirables ſu ſolicitud, y ſu prudencia: diſponiendo todas las coſas con un ſilencioſo ſoſsiego, que paſſava à ſer armonìa, ſin ſer ruìdo; moviendo à un miſmo compàs tan diverſas Perſonas, y tarèas. Tenia el Marquès de Lombay tan conocida, y tan admirable eſta prudencia, que deſcuydava ſeguramente del govierno de ſu hazienda, y de ſu Caſa, porque ſabìa, que ſe deſvelava en èl una razon baſtante à governar toda una Monarquia. Y tomò la Marqueſa à cargo ſuyo eſta fatiga deſde los primeros dias; y entre los feſtines de la Boda, quando la mudanza de eſtado, y los pocos años ſuelen divertir à las mas prudentes de eſtos cuydados domeſticos; cuydando ſolo de alegrar los Saraos, y los veſtidos.

§. II.

Y Aunque en eſtas, y otras alabanzas de ſa Marqueſa dilatan la pluma los Hiſtoriadores de la Vida de San Franciſco de Borja; ſe debe eſtrañar mucho el conſtante ſilencio de tanta docta pluma en referir, aunque de paſſo, ſu Genealogìa, y los tymbres de ſu Caſa, ſiendo ella tan eſclarecida, que pueda dàr luſtre, y hermoſura à eſta Hiſtoria; y mas quando intereſſa tanto el ſugeto de ella en glorias de la Marqueſa Doña Leonòr de Caſtro, y Meneſes, que fuè Hermana de Don Rodrigo de Caſtro, Comendador, y Alcalde Mayor de Cea, General de Zafin, cuya eſpada fuè tantas vezes terror de la Moriſma: y deſte invencible Capitàn ſe conſerva oy iluſtre, y dilatada ſuceſsion de Caſtros en Portugal. Hija de Don Alvaro de Caſtro, Señor del Mayorazgo de Torreaò, y de Doña Iſabèl de Melo, y Barreto. Ambas lineas de tanta elevacion en el Reyno de Portugal, que ſola eſta diſculpa puede tener el ſilencio que de eſte punto ſe admira en los Hiſtoriadores de el Santo Borja, omitiendo ſus blaſones por tan conocidos. Nieta de Don Rodrigo de Caſtro, Señor del Mayorazgo de Torreaò, y de Doña Leonòr Coutiño ſu Muger, hija de Martin Gomez de Azebedo, y de Doña Beatriz Contiño, y Nieta de Martin Gomez de Parada, Comendador Mayor del Orden de Santiago. Segunda Nieta de Don Alvaro de Caſtro, Señor de el Mayorazgo de Torreaò, Alcalde Mayor de Sabugal, y de Doña Iſabèl Pereyra, hija de Don Diego Pereyra, Comendador

Ma-

Mayor de Santiago, y Mayordomo Mayor del Infante Don Juan de Portugal; y de Doña Maria de Reſende, Camarera Mayor de la Reyna Doña Iſabèl de Caſtilla, Madre de la Catholica. Tercera Nieta de Don Alvaro Perez de Caſtro, Señor de la Villa de las Alcazovas, y de Doña Maria Lobo, Hija de los Señores de Alvito, Aguiar, y Ribera de Niſa, Condes oy de Oriola. Quarta Nieta de Don Fernando de Caſtro, Conde de Caſtro-Xeriz, y de Traſtamara, Señor de Lemos, y de Sarria, Compendio animoſo de toda la lealtad Eſpañola, como canta aun oy el marmol de ſu Sepulchro en Inglaterra: y de Milia, ò Emilia Gonzalez, Señora de Sequiſau. Fuè Don Fernando Mayordomo Mayor del Rey Don Pedro el Cruel, y Hermano de aquellas dos tan hermoſas como infelizes Reynas Doña Juana, y Doña Inès de Caſtro, caſada la primera con el Rey Don Pedro de Caſtilla, y la ſegunda con Don Pedro Rey de Portugal, cuyos retratos forma el vulgo en dos fieras las mas crueles, y en dos eſtatuas con puñales.

Quinta Nieta de Don Pedro Fernandez de Caſtro, el de la Guerra, Rico-Hombre, Señor de Lamos, y de Sarria, Adelantado Mayor de la Frontera, Mayordomo Mayor del Rey Don Alonſo el Onzeno; y muriò embuelto en ſangre, y en honra año de mil trecientos y quarenta y tres, ſobre Algecira; y de Doña Iſabèl Ponce, hija del Rico-hombre D. Pedro Ponce, Señor de Cangas, y Tineo, y de Doña Sancha Gil de Chacin. Sexta nieta del Ricohombre Don Fernan Ruìz de Caſtro, Señor de Lemos, y de Sarria, y de Doña Violante de Caſtilla, hija del Rey Don Sancho el Bravo, quarto Rey de Caſtilla, y de Leon: y de Doña Maria Alfonſo de Meneſes, Señora de Uzero. Septima nieta de Don Eſtevan Fernandez de Caſtro, Rico Hombre, Señor de Lemos, Sarria, Valledares, y Caldelas, Merino Mayor del Reyno de Galicia: y de Doña Aldonza Ruìz, hija de Don Rodrigo Alonſo, Señor de Aleger, Adelantado Mayor de la Frontera, y Nieta de Don Alonſo, nono Rey de Leon, y Galicia (Padre del Santo Rey Don Fernando:) y de Doña Aldonza de Silva. Octava nieta de Don Fernan Gutierrez de Caſtro, Rico-Hombre, Señor de Lemos, y Sarria: y de Doña Emilia Iñiguez de Mendoza, hija de Don Iñigo de Mendoza, Rico-Hombre, y Señor de Lodio. Novena nieta de Don Gutierre Ruìz de Caſtro, Rico-Hombre, Alcayde Mayor de Toledo, y de Calatrava: y de Doña Elvira Oſorèz, Señora de Lemos, y de Sarria. Dezima nieta de Don Rodrigo Fernandez de Caſtro el Calvo, Rico-Hombre, Señor de la Caſa de Caſtro: y de Doña Eſtefanìa, hija del Conde Don Pedro Fernandez de Trava, y de Doña Mayor de Urgèl, hija de Armengol, Conde Soberano de Urgèl, Principe de la gran Caſa de Barcelona. Undezima nieta del Conde Don Fernan Ruìz de Caſtro, que florecia por los años de mil y noventa y cinco: y de Doña Mayor Aſurèz, hija de el Conde Don Pedro Aſurèz, Señor de Valladolid: y de la Condeſa Doña Filo ſu muger. Trayendo por eſtos eſclarecidos Abuelos ſu alto origen la Marqueſa Doña Leonòr de Caſtro de la ſiempre Grande, ſiempre Excelſa, y muchas vezes Real Caſa de Lemos, cuyar Armas poblaron en ſeis Roeles ſeis Mundos de glorias: ella diò Reynas à Caſtilla, à Portugal, y à Aragon. Ella tuvo origen Real en los Reyes de Navarra; ſegun quieren muchas Hiſtorias, y ſegun otras plumas Sabias, de los Juezes de Caſtilla, que es la Caſa Real de los Godos. Pero eſte antiguo Real principio es tanto mas eſclarecido, quanto mas obſcuro por ignorado, como lo fuè un tiempo el de aquel Rio, llamado Dios de Egypto.

Doña Iſabèl de Melo Barreto, y Meneſes, Madre de la Marqueſa de Lombay Doña Leonòr, fuè hija del grande Nuño Barreto, Señor de la Quarteira, Alcaide Mayor de Faro; y de Doña Leonòr de Melo, hija de Juan de Melo, Copero Mayor del Rey Don Alonſo el Quinto, y Alcayde Mayor de Zerpa: y de ſu muger Doña Iſabèl de Silveyra. Nuño Barreto fuè hijo de Gonzalo Nuñez Barreto, Alcayde Mayor de Faro, y de Doña Inès Pereyra, honor de aquel Reyno. La heroyca Caſa de Barreto (cuyo tronco ennoblece Gomez Mendez Barreto, refundiendo gloria en ranta iluſtre rama, y deſcendencia ſuya) poco deſpues con nuevo eſmalte vino à ſer poſſeſsion de Don Juan de Borja, Conde de Mayalde, hijo de nueſtro Santo, por averſe deſpoſado con Doña Franciſca de Aragon, y Barreto, hija de Nuño Rodriguez Barreto, Señor deſte Mayorazgo, y Solar famoſo. La de Melo reconoce por alma, y noble Cabeza ſuya al Rico-Hombre del Rey Don Alonſo el Tercero, à Don Men Suarez, primer Señor de la Villa de Melo, fuente pura de eſte clariſsimo Apellido. Y nos ha ſido forzo-

zoſo dexar aqui eſta pequeña huella, y ſegura noticia de una, y otra Genealogìa, para vindicar à Doña Leonor de Caſtro del olvido, en que haſta oy avia dexado la Hiſtoria ſu glorioſa Familia; que quando ella no fuere Eſtirpe tan generoſa baſtaba la Marqueſa Doña Leonor para ennoblecerla, y para hazer venerable en la poſteridad ſu gran Caſa, levantando en ella una Torre mas à la embidia. Pero confeſſamos guſtoſamente deber eſta luz, al que lo es oy de la Hiſtoria, y de la erudicion de Eſpaña, ſingularmente en puntos de Genealogìa, à Don Luìs de Salazar, y Caſtro, Cavallero del Orden de Calatrava, y Coroniſta de nueſtro Rey Catholicon Don Carlos Segundo. Cuya pluma ennoblece todo lo que eſcrive, y retrocediendo con buelo feliz àzia la Antiguedad, rompe ſu denſa Niebla con mucho Sol: mereciendole ſus incomparables fatigas en las noticias Genealogicas el blaſon de Principe en eſta ſiempre dificil parte de la Hiſtoria, en que ſupo quitar yà la oſſadia à la embidia.

§. III.

TAles eran la Sangre Noble, la Virtud, y las Prendas de la Marqueſa de Lombay, en todo ſemejantes à las del Marquès, para que fueſſe mas fino, y mas conſtante el lazo, que unia dos extremos tan iguales, y tan parecidos: confrontando tanto las inclinaciones, y los genios, que ſe conocia bien aver nacido aquellos dos corazones deſtinados ſolamente à ſer Compañeros, y à reſpirar juntos: Vivieron ſiempre tan conformes ambas voluntades, que aquel reciproco conſentimiento, con que concurrieron al Contrato del Matrimonio, ſe hallava en todas ſus acciones, queriendo como por inſtinto la una lo que deſeava la otra: pues ſe entendian, ò ſe adivinavan entre sì las Almas; que aquel grande milagro de la ſympatìa no ſe hizo ſolo para lo inſenſible; y podrà hazer en los afectos algo de lo que recaba de las Piedras, y de los Aſtros. La concordia avia dado à ſu Palacio todos los honores de el Cielo, abreviandoſe en èl la felicidad, y la quietud, que traen conſigo la Union, y la buena Conciencia, la qual aun en eſta vida tiene ſus llamaradas de Gloria. Eſtablecieron Leyes ſantiſsimas en ſu Familia, deſuerte, que no ſe diſtinguia de una Comunidad Religioſa, quedando los Marqueſes Superiores à todos, no menos en el buen exemplo, que en el dominio. Porque eſtas dos Almas dichoſas, donde el amor avia gaſtado todas ſus cadenas, avian fabricado aquel Templo de la Paz, à quien ſervia de Atrio la fortuna, y de Altar la Gloria.

El Primogenito de ſus cuydados fuè el de la educacion de ſus Hijos, deſcollandoſe eſte exemplo ſobre los otros, tanto como los meſmos Hijos ſobre los Criados. Buſcaron para la enſeñanza de ſus tres Hijas una Matrona de coſtumbres exemplares, y de una ſingular prudencia, llamada Doña Iſabèl Rodriguèz; que ſe ocupava toda en hermoſear con Virtudes las hojas, y en arrancar las eſpinas de aquellas tres Roſas; haſta que llegò à pulir, y à componer tres Jardines en ſolas tres Flores. Celebrò tanto la fama eſta dichoſa Eſcuela, que aquel Iluſtre Portuguès Almeyda, cercano Pariente de Doña Leonor de Caſtro, eſcriviò deſde Portugal al Marquès, rogandole con la mas viva, y mas ingenua expreſsion, quiſieſſe admitir entre ſus Hijas à Doña Ana de Almeyda, Hija deſte Gran Cavallero; y que eſtava en edad muy delicada; perſuadido, à que ni en el Convento mas Religioſo, y mas auſtero, podria hallar igual cultivo. Y fuè aſsi, porque Doña Ana vino à Madrid à la Caſa de el Marquès de Lombay, quien la tratò como à Hija en el cariño, y en el cuydado, y la inflamò con ſus palabras, y con ſu exemplo. Saliò tan encendida deſta fragua, que ſe abrasò con la Cruz de Chriſto en la Deſcalzèz de Gandìa, deſde donde vino al nuevo Vergèl de Madrid, y ſu Vida dexò mucha voz à la fama, para que ſe eſcuchaſſe en ſu Real Hiſtoria.

Servian ambos à ſus Principes en las mayores confianzas con tanta lealtad, y tanto deſinterès, que haſta el Vulgo reconocia ſu valimiento en todo, menos en que no le deſfrutavan para luſtre ſuyo. No ceſſava la Marqueſa de interceder con la Emperatriz, y con el Ceſar el Marquès en las cauſas de los deſvalìdos, agraviados, y mal contentos; ſin aver gaſtado nunca un Memorial, ni una voz en intereſſes proprios; ſi bien la gracia del Emperador, ſu razon, y ſu merito eran el Memorial mas facundo, y que nunca ſalìa mal deſpachado. Y añade el Padre Dionyſio, que llegò à ſer eſta verdad tan conocida, que haſta los miſmos emulos de la Corte no dexavan de confeſſarla; gran novedad en un valido, no uſar de la privanza, ſino para la utilidad, ò publica, ò agena! No embidiavan las mercedes, que

ha-

hazia el Emperador à otros Grandes, aunque fueſſen de aquellas, à que pudieran ſer los primeros acreedores, antes ſe moſtravan agradecidos, y como intereſſados en los favores de otros: y nunca huvieran conoçido à la embidia, à no averla padecido tanto en la privanza.

§. IV.

DErramò el Cielo repetidas bendiciones en los Marqueſes, dandoles ocho Hijos, que en ſus Virtudes, y en acciones parecieron dignos de tales Padres; haziendo dichoſamente fecundo
1530. eſte Matrimonio Santo. El Año de mil quinientos y treinta, les naciò en Madrid ſu Primogenito, que fuè quinto Duque de Gandia; llamoſe Carlos, porque el Ceſar deſde Italia, ſabiendo que eſtava embarazada la Marqueſa, eſcriviò al Marquès de Lombay, que ſi Dios le dieſſe Varon, deſeava le puſieſſe ſu Nombre: circunſtancia, que quanto parece mas ligera, tanto mas explica el cariño del Emperador al Marquès; pues en tan larga diſtancia, y teniendo ſobre cada ombro un Mundo, dava lugar à eſte cuydado. Fuè ſu Madrina la Emperatriz, y quiſo, que fueſſe tambien el Principe Don Phelipe Padrino ſuyo, ſiendo de ſolos tres años. Avia aſsiſtido la Emperatriz al parto de la Marqueſa, en los miſmos oficios, que pudiera exercitar una Criada, y en los que en ſemejantes ocaſiones ſervia la Marqueſa à la Emperatriz. El dia de eſta Funcion baxaron mercedes en el Marquès, y en el Primogenito, tomando el pretexto de ſer Padrino el Principe, y Madrina la Emperatriz; como ſino fueſſe el favor mas apreciable eſta miſma dignacion. Fuè Don Carlos Cavallero de gran prudencia, de mucho valor, y de vida exemplar; correſpondiendo à las eſperanzas, que de èl concibieron ſus Padres, y à ſu admirable educacion deſde los mas tiernos años: pues cuydaron tanto de la enſeñanza de ſus Hijos, que ſola eſta Virtud baſtàra a fabricar Eſtatuas de bronze à ſu memoria; la Pluma de San Ignacio de Loyola diò un inſigne Teſtimonio de las Virtudes del Duque Don Carlos en una Carta, que el Padre Bartoli cita, ò como Reliquia ſuya, ò bien como Original precioſo del Archivo de Roma. Sirvióſe el Rey Catholico de la authoridad, y prudencia del Duque Don Carlos en apagar aquel fuego eſcandaloſo, que encendiò en Genova una ſedicion domeſtica Año de mil quinientos y ſetenta y quatro; armada la Nobleza, que llamaron nueva, contra los Eſcudos orleados de la antigua: ardiaſe en civil diſcordia toda aquella Republica, ſin que baſtaſſen à pacificarla el Cardenal Juan Moròn, embiado del Papa à eſſe fin, ni el Comiſſario del Emperador, ni Don Juan Ydiaquez, embiado del Rey Catholico Don Phelipe Segundo; haſta que el Duque de Gandìa truxo el Arco de Paz en ſu preſencia, y quitò el cebo, y toda la materia à la llama. Sirviòſe tambien de ſu valor, y deſtreza en el Reyno de Portugal, donde fuè Capitàn General, deſpues ſu poca ſalud moleſtada prolixamente de gota, y piedra, le obligò à retirarſe à Gandìa, donde yà que no pudo renunciar la Grandeza del Siglo, renunciò todos los cuydados foraſteros al govierno pacifico de ſu eſtado, y de ſu Alma, para que no ſe le entraſſen á robar la vida; ſiendo en eſte ſentido los mas de los vivientes prodigos deſta alhaja, aun quando la deſean con mas codicia.

El Año de treinta y dos les naciò en Medina del Campo, adonde eſtavan con la Caſa Real, Doña Iſabèl de Borja, que casò con Don Franciſco de Roxas, y Sandovàl, Conde de Lerma, y fuè Madre del Marquès de Dènia, Duque de Lerma, y de las Condeſas de Lemus, y Altamira, y de Don Juan de Sandoval, y Borja. Deſta Niña, quiſieron tambien ſer Padrinos el Emperador, y la Emperatriz, que por eſſo ſe llamò Iſabèl, y fuè ſiempre tiernamente amada de ſu grande Madrina. El año de treinta y tres paſſando el camino á las Cortes de Monzòn con el Ceſar, y llevando conſigo à la Marqueſa, naciò el Hijo tercero en Belpuche de Cataluña, llamado Don Juan de Borja, que fuè Embaxador del Rey Catholico en Portugal, y Alemania, governando el Imperio Maximiliano: Mayordomo Mayor de la Emperatriz Doña Maria, Hermana del Rey Catholico: y deſpues Mayordomo Mayor de la Reyna Catholica Doña Margarita; y del Conſejo de Eſtado del Rey Don Phelipe Tercero. Amado ſingularmente de ſu Santo Padre, à quien acompañò en la Jornada que hizo deſde Gandìa à Roma, y el Santo paſsò con licencia del Ceſar en eſte Hijo la Encomienda de Reyna. Fuè Conde de Mayalde, y Ficallo, aviendo caſado con Doña Franciſca de Aragòn, y Barreto, en quien tuvo à Don Franciſco de Borja, Principe de Eſquilache, por averſe deſpoſado con la Heredera de eſte Principado; cuyas buenas Letras, y grandes

ex-

experiencias en todas las maximas politicas, le hizieron muy favorecido de los Principes, y no menos favorecido de las Muſas, como acreditan ſus obras. El quarto Hijo fuè Don Alvaro de Borja, que naciò en Toledo; Marquès de Alcañizes, caſando con la Marqueſa ſu Sobrina, Hija de Hermana ſuya, que naciò immediata à Don Alvaro; quien fuè tenido por uno de los Señores mas diſcretos de toda aquella Edad. Sirvióſe de ſu grande autoridad, y diſcrecion el Señor Phelipe Segundo en la Embaxada à Roma, para tratar los mas arduos negocios con el Papa. Tuvo entre otros Hijos al Marquès Don Alvaro, à Doña Tomaſa de Borja, Nieta juntamente, y Biſnieta de San Franciſco, la qual casò con Juan de Vega, primer Conde de Grajal, y nono Señor de eſta Iluſtriſsima Caſa, que ha dado tan grandes ſervidores à los Reyes. Naciò deſpues en Madrid Doña Juana de Aragon, y Borja, la que casò con el Marquès de Alcañizes. El ſexto Hijo naciò tambien en la Corte de Madrid, y ſe llamò Don Fernando de Borja, Mayordomo Mayor de la Emperatriz Doña Maria, deſpues de ſu Hermano, y Comendador de Caſtellanos. En Valladolid naciò el Año ſiguiente Sor Dorotea, que en ſus mas tiernos años, tomò el Habito de Religioſa Deſcalza de Santa Clara de Gandìa, y muriò quando empezava à vivir, antes que florecieſſe bien la Edad; pero llena de Virtudes aquella inocente Alma, y ſazonada ya para la Gloria. El octavo, y ultimo fuè Don Alonſo de Borja, cuyo nacimiento fuè en Toledo, y ſirviò mucho tiempo à los Reyes en Palacio, Mayordomo tambien de la Emperatriz, Hermana de el Rey Catholico. Eſtos fueron los Hijos del Borja Santo, de cuyas Virtudes fuè Panegyriſta aquel Iluſtriſsimo Patriarca Arzobiſpo de Valencia Don Juan de Ribera, en la depoſicion que hizo para que honraſſe la Igleſia las hazañas de el Santo Borja; y dize: *Que cada uno de ſus Hijos baſtava à honrar una Familia.* Por cuyos Elogios pudiera correr la pluma, ſi cupieſſen en el Aſſumpto de eſta Hiſtoria: ò ſino fueſſe ſu mayor Panegyrico el no aver degenerado, ni de ſer Hijos, ni de los exemplos de tales Padres; y el averſelos dado Dios por premio de ſus Virtudes, y deſcanſo de ſus fatigas; quando en los mas cada Hijo es un cuydado, y à vezes un verdugo, pues ya que no ſea azote del Cielo, ni caſtigo ſuyo, ſuele ſer un perpetuo exercicio del ſufrimiento.

***

LIBRO SEGUNDO, DE LA HEROYCA VIDA, VIRTUDES, Y MILAGROS DEL GRANDE SAN FRANCISCO DE BORJA,

SU EXEMPLO EN EL ESTADO DE MATRIMONIO, y ſu Prudencia en el Govierno Politico; grande llamarada, que diò en ſu pecho el deſengaño.

CAPITULO PRIMERO.

SU VALIMIENTO CON EL CESAR CARLOS QUINTO: lo que fiò el Emperador de ſu recato prodigioſo: ſu ocupacion dentro de Palacio: ſu aplicacion al eſtudio de las Mathematicas, en que fuè Maeſtro del Ceſar; paſſando de obſervar el Cielo con los ojos à reconocerle con los afectos; ocaſion, en que hazen ligeramente la ſalva ſus deſeos al deſengaño: con que uno, y otro avia de aſſombrar al Mundo.

§. I.

HALLAVASE ya el Marquès fuera de aquel eſtado, en que la libertad và piſando las huellas de el peligro; y ſe gozava en las ſerenidades de el Puerto con el nuevo eſtado de ſu felìz Matrimonio. Iba creciendo cada dia el amor del Ceſar al Marquès, porque avia obſervado en todas ſus palabras, y acciones un recato milagroſo, que haze amable aun al mas enemigo ſugeto: avia viſto à la honeſtidad en ſus ojos, à la prudencia en ſus diſcurſos, à la deſtreza en ſus manos, y à todas las Artes, prendas de Cavallero recogidas en el Marquès ſolo, con que iba inclinando àzia aquella Alma todo el peſo de ſu confianza, y ſu Corona. Era el Ceſar el Principe mas circunſpecto, y mas zeloſo del honor de Palacio; pero avia formado tan alto concepto de la honeſtidad del Marquès, como tambien la Emperatriz, que le mandavan entrar à todas horas en las Poſadas de las Damas, ſin que de noche, ni de dia huvieſſe para el Marquès de Lombay embarazo, ni guarda, ſiendo de ſolos veinte años, y el Joven mas galàn, el de mas

gracia, y corteſania en el ſemblante, y en el genio, de quantos piſavan las loſas de Palacio. Admiravaſe tanto en la Corte eſta confianza, ò eſta maravilla, que Doña Juana de Meneſes, Hermana de la Marqueſa de Lombay, Dama entonces de Palacio, contava deſpues al Padre Dionyſio, que ninguna coſa excitava tanto las admiraciones de los Corteſanos, y Palaciegos, y mucho mas de las miſmas Damas, y Señoras de honor, que tenian bien conocidos los genios del Ceſar, y de la Emperatriz, cuya ſeveridad era tan amante de el recato, que degenerava caſi en aquellas ſoſpechas, de que ſuelen nacer los eſcrupulos de la honra. Pero añadia, que al miſmo paſſo confeſſavan todos ſer confianza debida à las inculpables acciones de el Marquès, à ſu rara honeſtidad, y modeſtia. Eſta confianza explicò mas altamente el Emperador al partirſe à Italia, y en otras diferentes ocaſiones, en que emprendiò jornadas tan prolixas, diziendo, que llevava la ſeguridad en ſu pecho, porque dexava al Joven Marquès de Lombay por guarda fiel de èl decoro de ſu Palacio. Y ſi bien, la aſsiſtencia del Marquès no podia ſer neceſſaria à la ſeguridad, ſino ſolo al reſpeto, en un Palacio, que era el exemplar mas vivo, y màs hermoſo de el honor, y de el recato; con todo eſſo fuè la viva expreſsion, y el mas alto teſtimonio, que de la ſantidad de el Marquès pudo dàr entonces el Mundo por la lengua de Carlos Quinto. Y ſin duda ſerà eſcuchado ſiempre como milagro, que ſirvieſſe de guarda al mas bello femenil teatro, el que pudiera parecer peligro.

Mas para recordar los altos motivos de eſtas confianzas, oygamos un teſtigo de aquel tiempo, el mas digno de ſer eſcuchado, Doña Juana de Portugal, Dama de la Emperatriz Doña Iſabel, y deſpues Duqueſa de Medina-Celi: la qual depuſo, que la modeſtia de el Marquès de Lombay era tan eſtraña, y tan pocas vezes viſta en los Palacios de los Principes, que deſpues de caſado, ſiendo Cavallerizo Mayor, quando yà la ſeguridad de ſu eſtado, y la razon de ſu oficio publico permitian alguna mas libertad en los ojos; por mas que con mucho eſtudio le obſervaron, no ſolo las acciones, ſino aun los penſamientos, que ſuelen hazer algun ruìdo en los ſemblantes; hablando familiarmente con las Damas: *Nunca ſe pudo dezir, ni aun ſoſpechar, que el Marquès tuvieſſe alguna particular, aunque honeſta inclinacion.* Porque proporcionava la razon, los afectos, y media las acciones, al modo que el Jardinero iguala las murtas en los Jardines; y ponia mas cuydado en las atenciones publicas, donde cada ſingularidad, yà que no ſea un rieſgo, es à lo menos un reparo. Al principio quando el Marquès aun no vivia dentro del Palacio, diſpuſo el Emperador, que vivieſſe en el ſitio mas vezino, haziendo un paſſadizo ſecreto à la Caſa de el Marquès deſde Palacio. Y lo que cauſava mas eſtrañeza era ſaber, que la Emperatriz ſe paſſava cada dia à la Quadra de la Marqueſa, por aquel paſſadizo, que avia fabricado la confianza; y quando eſtava enferma, paſſava tambien el Emperador deſde el quarto de el Marquès à viſitarla. En las jornadas, que hizo el Emperador, y en auſencia ſuya la Emperatriz dentro de Eſpaña, llevavan conſigo al Marquès, y guſtavan, que fueſſe tambien la Marqueſa, porque no ignoravan el amor, que el Marquès la tenia, y el miſmo Ceſar la venerava, bien perſuadido à que era una de las mas inſignes Mugeres, que honravan ſu Monarquia. En todas eſtas jornadas caminava el Marquès cuydadoſo de todo el aparato preciſo para tantas Damas, y Señoras; pero tan recatadamente modeſto, que aviendoſe viſto tanta novedad de objetos en la variedad amena de los Caminos, y de los Pueblos, ninguna de ellas pudo vèr diſtintamente al Marquès los ojos.

§. II.

SU principal, y continuo exercicio dentro de Palacio por eſte tiempo era traer en ſus brazos al Principe Don Phelipe, paſſandole deſde los ſuyos, y los de la Emperatriz: y bolviendo à tomarle para divertirle. Andava lo mas del dia por Palacio oprimido con eſte agradable peſo; y le tenia tanto amor el Principe Niño, que era meneſter violencia para arrancarle de aquel Seno, en que eſtava ſiempre alegre, y deſcanſava guſtoſo, aſiendoſe con traveſura de ſu cuello, y llorando quando le querian paſſar à otro, porque movia algun impulſo ſecreto al que ſe criava para Monarcha de tan grande parte de el Mundo, à que ſolo en los brazos de la fidelidad ſe quiſieſſe reclinar ſeguro. Y aunque deſpues de mucho tiempo ſoplò reciamente la malicia, para apagar el amor, que deſde los tiernos años abrigava aquel pecho Real, quedaron ſiempre algunas cenizas bien calien-

tes, que bolvieron à encenderle con mayores llamas. Davaſe el Marquès por tan obligado de èſte, que tenia mas de inſtinto natural, que de amor, que ſobre cuydar continuamente de ſu alegria, y de ſu regalo, ofrecia à Dios por la vida del Principe, y por ſus aciertos quando empuñaſſe el Cetro, una Miſſa todos los dias, alguna particular Oracion, y dava alguna limoſna à eſte miſmo fin; perſeverando mientras le durò la vida en eſte util, y cuydadoſo afecto, ſin que le entibiaſſen el tiempo, y las mudanzas de eſtado. Solia dezir el Marquès, que deſde el tiempo, que avia traìdo en ſu cuello aquel precioſo embarazo, avia ſentido en ſu pecho una eſpecie de inclinacion tierna, y un reverente cariño, que no podria explicar el modo, aunque acertava bien à ſentirlo. Aſsi parece avia nacido el Marquès de Lombay con el deſtino de ſer las delicias, y el valimiento de los Principes, aun quando eſtavan en aquellos años pueriles, en que pueden mas alhagar, que favorecer, y en que no ſabe ſer privanza el amor.

Año de 1531. Por el Mayo de quinientos y treinta y uno conduxo à la Emperatriz, y al Principe Don Phelipe à la Nobiliſsima Ciudad de Avila, adonde fuè tambien la Marqueſa, con las mas Señoras de Palacio, y concurrio la Infanta Doña Maria, que era entonces la Flor de Eſpaña, y el blanco de los deſeos de la Europa. Eſtuvieron en Avila todo aquel Verano: y el dia veinte y ſeis de Julio fueron al inſigne Monaſterio de Santa ANA, Orden de San Bernardo; comiò aquel dia la Emperatriz en el Refectorio: y mandò el Marquès de Lombay, que ſe quitaſſen las mantillas al Principe ſu Hijo; y aſsi aquella tarde ſaliò del Monaſterio veſtido de Corteſano, y alegrò con ſu viſta el Palacio, y el Pueblo. A veinte y ſeis de Septiembre partieron de Avila para Medina del Campo, donde eſtuvieron algun tiempo, y pariò la Marqueſa de Lombay à Doña Iſabel de Borja à los principios del año de treinta y dos. El miſmo año fuè con la Emperatriz à Barcelona, y en ſu compañia fuè la porcion mas florida de la Nobleza de Eſpaña à recibir al Emperador, que bolvia victorioſo de Alemania; y al deſcubrir
1532. deſde el Puerto la Galera, que el Ceſar ocupava, ſe viſtiò aquella Playa de alegria, y de eſperanzas la Arena.

§. III.

DEſpues, que el Emperador llegò à Madrid, tratò de hurtar algunas horas al peſo de los negocios para emplearlas en el eſtudio de las diſciplinas Mathematicas: pues yà que ſuſtentava en ſus ombros el Cielo eſte glorioſo Atlante, quiſo tomar el compàs para medirle: mirando eſtas Ciencias como la Eſcuela de los Heroes, ſin cuya noticia nunca ſupo el valor formar un grande Capitàn: porque ellas ſirven à conducir bien ordenados los Eſquadrones al ſon de los Clarines, à formar los Ataques, à levantar Fortificaciones para aſſentar bien los Reales: para abrir por qualquier Elemento facil camino à la victoria: para maquinar tantos artificios belicos, que cada dia vàn fabricando los ingenios con eſtrago de los Pueblos murados, haſta remedarle à Jupiter ſus Rayos, y ſus Truenos. Y en fin, conducen à todas las funciones Militares, de ſuerte, que ni Marte, à no aver tenido mucho de Mercurio, huviera podido ſer el Dios de las Campañas. Tenia el Ceſar algun empacho en aprenderlas inmediatamente de los Coſmografos: y llamando un dia al Marquès de Lombay, le preguntò, ſi tenia alguna noticia de eſtas Ciencias, yà que deſde Niño ſe avia aplicado tanto al eſtudio de diverſas facultades, porque yo, dixo, de vueſtra enſeñanza aprenderè ſin rubor, y aun con guſto, aprovechando en poco tiempo mucho mas, que con otro en un ſiglo: y es aſsi, que aprende facilmente la razon por la voluntad. El Marquès reſpondiò, que nunca ſe avia entregado de propoſito à eſte exercicio: pero que ſi fueſſe guſto ſuyo, èl tomaria las lecciones del Maeſtro, y deſpues las paſſaria fielmente à ſu Mageſtad: induſtria, con que ambos podrian quedar, yà que no ſabios, à lo menos poco foraſteros en aquella Ciencia. Porque aviendo, proſeguio el Marquès, eſtudiado yo con algun cuydado la Logica, y demàs Filoſofia, tengo dentro de la razon una llave de oro, y bien ſegura para hallar facil entrada à qualquiera Ciencia. Y mucho mas, porque aprendiendoſe las Mathematicas por demonſtraciones, y concluſiones neceſſarias; el Diſcipulo, que las perciba, las podria enſeñar luego caſi con tanta expedicion, y ſeguridad; como el Maeſtro: pues en llegando à cono-

no-

nocer diſtintamente una verdad, importa poco para ſu expreſsion averla ſabido antes, ò deſpues; ſucediendo en eſto à los Entendimientos, lo que à los ojos, que vèn con una miſma luz, y con igual preſpicacia los objectos; que igualmente los diſtingue el que los atiende de nuevo, que el que le conduxo à mirarlos, por averlos yà viſto.

Quedò guſtoſo el Ceſar con eſta razon, que fuera ſiempre bien atendida, aun no ſiendo eficàz: y mandò al Marquès que empezaſſe luego à poner eſte dictamen en practica, para vèr ſi acreditava ſu diſcurſo la experiencia. Obedeciò el Marquès con no menos felicidad, que aplicacion, trasladando al claro entendimiento de el Ceſar lo que bebia de aquel inſigne Coſmografo Santa Cruz, y de otros Matematicos de el Emperador; de ſuerte, que en poco mas de ſeis meſes llegaron à penetrar las mas utiles maximas deſtas Ciencias, bien inſtruìdos en los Elementos de Euclides, en las eſpeculaciones de Theodoſio, y las de Apolonio, la Eſphera, la Arithmetica, la Coſmographia, las Ephemerides, y las Tablas del Rey Don Alonſo: no ſin admiracion de uno, y otro ingenio, y de la preſteza, con que avian comprehendido tanta variedad prolixa, con que avian dado tantas bueltas al Cielo, ſondado los Elementos, los Aſtros, y los mayores Globos. Y el Marquès tenia el conſuelo de eſtudiar Sabiduria como humilde Diſcipulo, al miſmo tiempo, que en ſolo el Emperador tenia pòr oyente al Mundo.

Con eſta ocaſion de mayor familiaridad creciò la eſtimacion, que tenia el Ceſar de el Marquès, hallando en entendimiento tan fecundo de diſcurſos, y una razon con muchas alas para romper al miſmo tiempo el ayre por diverſos Climas. Fiavale ſus cuydados, y ſus conſuelos, partiendo con ſu corazon el dolor, ò el gozo, que le traìan los ſuceſſos; y una de las prendas, que obſervò en el Marquès eſtos dias, fuè un inviolable ſilencio en todas las dependencias, que fiò de ſu cuydado, y en las palabras, que fiò à ſu oìdo: de ſuerte, que mas parecia mudo, que callado, derribando à todo un monte en ſolo ſu corazon ſobre el ſecreto; de donde ni el tiempo, ni la amiſtad, ni la induſtria, que ſacan las minas de las entrañas de los montes, pudieron robar alguno de eſtos theſoros, ni ſacarle un ſecreto à pedazos. Pero aun ſe maravillava mas Carlos Quinto de la pureza, que reconociò mas cada dia en aquella Alma, que apenas la ſabìa tratar ſin no sè què reverencia, como ſi atendieſſe una divinidad oculta. Y à la verdad el Marquès alternava de ſuerte lo Corteſano con lo devoto, y la Aula con la Igleſia, y en fin la Santidad con la privanza, que dandole al Ceſar todo lo que era de el Ceſar, jamàs le negò à Dios lo que es de Dios.

Sucediales à eſtos dos amantes corazones eſtar contemplando el movimiento de el Cielo, el aſpecto, y poſitura de los Aſtros, quando eſtudiavan en las Eſtrellas; y paſſavan inſenſiblemente la voluntad al ſitio hermoſo donde tenian pueſta la razon, y el diſcurſo; baxando à mirar con zeño las grandezas de el Mundo; y el Cielo àzia donde miravan fixos los ojos, y las Potencias, derramava luzes ſecretas, y poderoſas ſobre ſus Almas, y ſe encendian en coloquios de el que ſupo fabricar tan bellas Criaturas en los Aſtros: arrebatando el amor como primer moble todos los demàs afectos, y Cielos. Un dia ſe calentaron tanto los corazones, y lenguas en eſtos coloquios, que paſſaron à eſtablecer entre los dos aquellos pactos, cuya execucion llenò deſpues la poſteridad de aſſombros; reſolviendo ambos aquel famoſo retiro, y deſprecio del Mundo, para, en caſo, que la diſpoſicion Divina rompieſſe la cadena, que tenia el corazon de cada uno en el eſtado del Matrimonio; ſacrificando deſde entonces condicionalmente ſus Almas al deſengaño, y ſaliendo cada uno à fiador de el otro. O Dios! Y lo que puede inſpirar en el Seno de un Monarcha un Valido, que ſe entrò por la confianza à lo mejor de el pecho!

Quiſo el Maeſtro de la Mathematica perſuadir al Marquès à que tomaſſe alguna noticia de Aſtrologia judiciaria, para que leyeſſe en aquellos Caractères lucidos los ſuceſſos futuros; pero el Marques rehusò dàr aun los primeros paſſos por tan incierto, como peligroſo rumbo, mas poblado de naufragios, y eſcollos, que de vaticinios; ſabiendo, que ſolo la virtud ſabe hazer el Horoſcopo feliz: que la Providencia avia quebrado las ruedas, en que ſe movian los hados, ò los polos, en que eſtavan fixos: que la luz de los Planetas es letra obſcura, aun para los ſuceſſos naturales; que para los contingentes, y libres ſuelen ſer engaños azules, que mienten deſdichas, y felicidades. El ſabia, que la Eſtrella de los

Magos ſe apagò luego que llegò al Portal, quando debiera eſtar alumbrando à la Cuna de el recien nacido, como Lampara de aquel Templo; porque ſiendo Chriſto la Verdad miſma, no quiſo arder à viſta ſuya, aun eſtando entre faxas, y eſcondida: guiò eſta vez à la Cuna de la Verdad, pero ſe deſvaneciò con ſu eſplendor. Y en fin, aſsi el Emperador, como el Marquès dezian, que las Eſtrellas ſon corteſes, y guardan mucho reſpeto al alvedrio, Pais neutràl, incapàz de ſujetarſe con la fuerza, ni de conquiſtarſe con la Eſpada; pues aun quando ſe rinde, domina: y el miſmo Dios armado de ſu poder, y de ſu razon, aunque le perſuade, y le inclina, no le violenta.

CAPITULO II.

OCUPASE EL MARQUES EN la Muſica, y en la Caza, ſingular fruto, que experimentava en ella: Exemplo de mortificacion glorioſa, digno de la admiracion, y de la fama.

§. I.

Avia deſterrado el Marquès de ſu caſa, y de ſus ojos toda eſpecie de juegos, en que pierden todos, pues aun el que ganaſſe las mas ricas joyas, pierde mucho mas precioſas alhajas: no queriendo, ni aun vèr jugar à otros, ni piſar los umbrales de la Caſa, adonde ſupieſſe avia juegos publicos, repitiendo aquella celebrada ſentencia, que deſpues, que la inculcò el Marquès tantas vezes, ſe hizo axioma: que en el juego ſe pierden comunmente quatro joyas, el Tiempo, el Dinero, la Devocion, y muchas vezes la Conciencia. Perſuadianle muchos, à que divirtieſſe el tiempo con algun juego moderado, porque, dezian, el corazon humano, y mas en un Cavallero mozo rodeado de las delicias del Siglo, mal puede vivir ſin algun empleo con nombre de divertimiento. Y para no hallarſe obligado à reſponder con el juego, cuydava de tener muchos Cavallos, de los que huvieſſen bebido al Guadalquivir, y al viento el eſpiritu mas puro, y pacido en ſu ribera el mejor heno: y los fatigava todos diverſas vezes en varios ſitios, con tanta gala, y con tanto exceſſo, que en eſto ſolo podrèmos dezir concediò algo à la vanidad de Señor, y à la lozania de la edad. Ninguno ſe ponia en la Calle con mas lucimiento, ni mas oſtentoſo, que el Marquès de Lombay: El traia garboſamente lo Señor, cuydando ſiempre de llevar en conſerva de ſu authoridad el reſpeto, al miſmo tiempo que llevava toda la afabilidad en ſu roſtro. Mas porque no baſtavan eſtos empleos à ocupar el tiempo, que deſtinava à las vizarrias de Cavallero, aplicò todo el animo à la Muſica, y à la Caza, exercicios ambos los mas decentes, y mas oportunos à ſu eſtado, y à ſus años. Tenia la voz ſonora, y tan ſuave, que regalando los afectos blandamente, robaba toda la atencion, y mucha parte del Alma por el oìdo; y aprendiendo aora los mas dieſtros primores de la Muſica, llegò à ſer uno de los mas celebrados Maeſtros, que tuvo Eſpaña: dulze empleo, que ſegun Tulio, modera los afectos de el animo, y ſe templan las coſtumbres al compàs de las cuerdas: avergonzandoſe el alma de traer las paſsiones deſtempladas, y roncas, teniendo el Inſtrumento tan ſonoras las cuerdas. Jugava la voz tan armonioſamente, que pudiera ſer Principe de aquel Arte, paſſando la fantaſia à la boca, y haziendo acordes con la razon los dedos, con paſſar la mano por el Inſtrumento.

Nunca le pudieron vencer los ruegos à que puſieſſe en Muſica verſos profanos, con que ſe hazen complices las Muſas, y los numeros de algunos afectos, que para introducirſe al corazon ſobornan los oìdos. Los que componia era todo para el Culto Divino, y à canto de Organo; concertando la Devocion con el Alma, no menos que la Muſica con el oìdo: ſiendo tan celebradas ſus Obras, que ſe cantavan en muchas Igleſias Cathedrales, buſcandolas con anſia los Maeſtros de Capilla: La Miſſa, el Magnificat, y otras, que llamaron deſpues las Obras de el Duque de Gandia. Ni olvidò de el todo eſte ſuave exercicio deſpues de mudar de eſtado: pues ſiendo Genetal de la Compañia, en la convalecencia de una enfermedad prolixa, que padeciò en Roma, puſo en admirable Muſica el Pſalmo ciento y diez y ocho, que empieza: *Beati immaculati in via.* Y quando le fatigavan mucho ſus males, eſpecialmente el dolor de gota, cantava alguna Oracion à MARIA SANTISSIMA de las que uſa la Igleſia, y el *Regina Cœli lætare* con mas frequencia: ò algun Verſo de un Pſalmo, tomandole à David la Harpa de las manos, haziendo punto de la armonia algunos ſuſpiros, y muſicos tambien los ojos.

ojos. No deſengañando nunca eſta dulciſsima phantaſia, aun quando era Virrey de Cataluña, pues no ſe deſdeñò Homèro de poner en las manos de Hercules un plectro, y una Lyra, acabando de arrimar la lanza, que ſudaba ſangre por la punta.

§. II.

EL ſegundo divertimiento era la Caza, eſpecialmente de Cetreria, à que ſe aficionò con tanto extremo, que paſsò deſpues à eſcrupulo: porque temia deſorden en el afecto. Eſta fuè la diverſion, en que ſe cebaron con anſia ſus primeros años, y con grande bien de ſu eſpiritu los ultimos de ſu juventud. Los motivos de entregarſe con tanta aplicacion al exercicio de la Caza fueron; el primero, buſcar en ella una fuga honroſa de otros divertimientos, en que peligra la conciencia. El ſegundo, el guſto de el Ceſar, que quando le concedia algun ocio la Europa, y algunas treguas la Campaña, le ocupava en eſta que ſe llamò bien ſangrienta imagen de la guerra. Acoſtumbrava el Emperador (como repetia deſpues al Padre Dionyſio el Marquès) ſalir ſobre un Cavallo Turco lleno de eſpiritu, y de fuego, que ſe calzava plumas para competir en la ligereza con los Neblies: y yà dandole la mitad de la rienda, yà cediendoſela toda, ſe adelantava al ſocorro de un Gerifalte del Marquès de Lombay con un Lebrèl, que deſprendido del cordon de la ſeda deſafiava al Cavallo, al Alcòn, y al Viento. Y el ultimo motivo era el de una eſtraña inclinacion à eſta Caza de Volateria, la qual le arraſtrava, dexandole poca libertad para otra inclinacion alguna, y aun en ſueños iban bolando con los ſacres ſus penſamientos. Tenia en un Camarin muchas eſpecies de eſtos Paxaros animoſos, que ſe viſten mas oſſadia, que pluma, no ſaben bolver à la mano, ſin traer manchada en ſangre la garra, y el pico; y tanta deſtreza en hazer los Alcones, y en templarlos, que dava embidia, aun à los Cazadores mas peritos. Avia alcanzado tanto conocimiento de la Naturaleza, y de el inſtinto de eſtas Aves, de ſus diferencias, y de los ardides para cazarlas, como ſi huvieſſe obſervado mucho tiempo el nido de cada una de ellas.

Siendo Jeſuita, y Comiſſario General de Eſpaña, caminava una vez con el Padre Dionyſio, y fatigados ambos de la fuerza de el Sol, ſe guarecieron à la ſombra de unos Arboles; y advirtiò el Padre Dionyſio, que el Santo atendia cuydadoſo unas Aves, que bolavan muy altas; y preguntandole, porquè fatigava los ojos en contemplar tan diſtantes, y remontados objectos, quando no ſe diſtinguian ſus colores, ni ſus plumas, ni ſus eſpecies? Reſpondiò, declarando diſtintamente la naturaleza de aquellas Aves, y ſus propriedades, ſus buelos, y el modo artificioſo de cogerlas con lazos. Con eſta ocaſion paſsò el Padre Dionyſio à dezir, que no ſabia como pudieſſen hallar tanto deleyte los ojos en la Volateria, que diſculpaſſe la fatiga, el gaſto, y el eſtruendo de ella. No ſe halla divertimiento, reſpondiò el Padre Franciſco, de quanto ha diſcurrido el ingenio, y el artificio humano tan digno de la elevacion de un animo racional, ni tan guſtoſo, ni de lanzes tan repetidos, ni donde ſe ceben mas los penſamientos. Lo que yo dirè ſin ponderacion, es, que no hallè en mi pecho tanta repugnancia en conſagrar à Dios toda la pompa vana de la Grandeza, quando me reſolvì à entrar en la Compañia, como en privarme de las delicias de eſta Caza. Eſtraña recomendacion, en quien hablava ſin hyperboles, buſcando la ſencillèz en la Verdad. Porquè como no ſerà, proſeguia, incomparable gozo, hallarſe un Hombre dueño de la libertad, y de las alas de tan ferozes Aves, no ſolo mientras ſuenan en las alcandaras, y en las priſiones, ſino deſpues que deſenlazadas de las piguelas, y ſueltas las Cimeras, buelan libres emboſcandoſe entre las Nubes, bolviendo à cobrarlas facilmente ſobre el guante, lleno de coraje, y ſudor el pecho, eſmaltado el pico, y el caſcabèl roxo; como ſi cada Paxaro fueſſe un voluntario priſionero? Què obediencia mas rendida pudo hallar en el viento el primer Hombre deſde el Paraìſo? No ſerìa menos prodigio tener obedientes los rayos, y cobrarlos deſpues de deſpedidos, que no un Alcòn, y un Neblì deſpues de fulminados? Como no llevarà toda el Alma vèr un Sacre, no bien deſenlazado el capirote, abanzarſe à la preſa, y templando la colera con la aſtucia Griega, perſeguir una Garza fugitiva, eſcaramuzando en el ayre con ella, yà gyrando en circulos torcidos: yà con tardas plumas; yà esforzando las alas: yà remontado; yà abatido el buelo, armado ſiempre de engaños, y de cautelas, como traicion con alas; haſta que deſangrada

en el viento la Garza baxa cadaver à la tierra? Y en fin, como no ha de arraſtrar tràs de sì la atencion aquel otro Paxaro inquieto, y fogoſſo, que allà entre los yelos de la Noruega, ſacò de un nido elevado una alma de fuego, que con un rayo en cada ala ſube al Cielo flechado deſde la tierra; calarſe luego impetuoſamente ſobre el Enemigo, hiriendo dos vezes, primero con la ſombra, y deſpues con la garra: y ſacando ſangre al viento con cada bóte de ſu pico?

§. III.

AUnque tan honeſtos motivos impelian baſtantemente al Marquès à frequentar los Cerros, y los Campos; pero Dios, que iba proporcionando ſus penſamientos para que ſe cebaſſen en mas ſublimes objetos, diſpuſo, que fueſſe yà guſtando de la Cetreria por mas altos fines: porque de tantas alas, como ſubian rompiendo el viento, aprendiò ſu corazon à eſtender las ſuyas, y à remontarſe ſobre el mas rapido Neblì; bolando deſde aquellas Criaturas al Artifice Supremo de todas; y de aquellas ſangrientas eſcaramuzas à otras menos viſibles, pero mas reñidas, donde ſuele perder ſangre el Alma, y batallar entre sì armadas las Potencias. Mas para expreſſar con viveza eſte ſentimiento, traſladarè aqui las palabras del Santo, como las refiere el Padre Dionyſio: *Los Hombres eſpirituales*, dixo, *hallaràn otros mas altos fines en eſta Caza, porque con ella ſe eſcuſan de muchos bullicios, enfados, y peligros, que ay en tratar con los Hombres: gozando de la ſoledad, y libertad del Campo, donde los Prados floridos, los Arboles, las Fuentes, los Cielos, y tanta variedad de bellas Criaturas, levantan el eſpiritu para contemplar la Grandeza, Hermoſura, Sabiduria, y Bondad del Criador; y muchas vezes ſe hallaràn alli mas recogidos, y devotos, que en ſus Oratorios, y Capillas.* Y es aſsi, que tiene no sè què fuerza ſecreta la ſoledad, para llamar el Alma àzia la razon, como le enſeñò la experiencia al Padre Franciſco, y referia confiadamente à ſu Confeſſor el Padre Dionyſio: aquel horror apacible de las Montañas: aquel ronco ſonido de los Arroyos; los troncos mudos, que pueblan las Selvas: toda la ſencillèz, y gala florida, que ſe viſte alli la Naturaleza, eſtàn dando gritos al Alma, dezia, para que ſuba à buſcar la Fuente de tanta hermoſura. Aquella tregua, que haze la ſoledad con los cuydados por los Deſiertos, donde cada Chopo es un Maeſtro, y cada hoja una Sentencia; aquella pauſa, que hazen en el Campo los negocios Politicos, y el humano Comercio, forma allà en la phantaſia un ruìdo, que quiere ſer ſilencio, y es eſtruendo armonioſo. Y como dexan ſolo el corazon los cuydados, y los Hombres, ſe mueve naturalmente en buſca de algun bien, y tropieza dentro de sì el mayor: porque el Alma viendoſe ſola, llama todos ſus penſamientos à conſulta, para acompañarſe de sì meſma.

Pero quiſo el Santo inſtado de el Padre Dionyſio, cuya authoridad llegava haſta ſu alvedrio, deſcender mas particularmente à las admirables conſideraciones, de que uſaba en eſtos lanzes; pondrè fielmente ſus miſmas vozes, porque ſon las mas proprias, y ſuènan mas vivas, que otras muy elegantes, con que refieren eſtos ſentimientos algunas Hiſtorias: *De mi digo*, añadiò, *que me hazia el Señor regaladas Miſericordias en el Campo: muchas vezes viendo las Aves combatir en eſſos ayres, ſe me repreſentava el oficio, que haze el Demonio para derribar las Almas; con que furia acomete, con que medios, y cercos las và ſeñoreando, què de ardides uſa para que no ſe eſcapen. Por otra parte mirava para mi mayor confuſion, como una Ave indòmita, y de ſu natural eſquiva, con poco regalo, y buen tratamiento, que le haze el Hombre, ſe amanſa, y domèſtica, ſe viene à la mano llamada, le ſirve obediente, y ſe dexa apriſionar guſtoſa, y poner ſobre los ojos el Capirote. Y que el miſmo Hombre, al qual criò Dios manſo, y tratable, y ſin alas para que no ſe pueda eſcapar de ſu Providencia, ſe le huye, y deſmanda, y aunque le llame, y combide con tanto ſeñuelo, y beneficio, no quiere bolver à ſu mano! Otras vezes conſiderava como el Perro, y el Alcòn, por mas hambrientos, que eſtèn, y encarnizados en la preſa; luego, que llega ſu amo, eſcuchan ſu voz, la ſueltan de la boca. Llorava yo la deſobediencia, y rebeldia del Hombre, el qual cebado en ſus odios, codicias deſordenadas, deleytes, y otras paſſiones; aunque llega la voz, y mandato de Dios, ſus promeſſas, y amenazas, no quiere ſoltar la preſa, que ha comenzado à guſtar. Cada dia ſe me ofrecian à eſte modo nuevos argumentos, para ſacar de la Caza mucho fruto.* Eſtas ſon algunas de las conſideraciones, con que el Marquès apacentava por las Selvas ſus penſamientos: tan cebado en ellas, y à vezes en la Hermoſura,

moſura Divina, como los Alcones en la preſa; poblando calladamente el Boſque de ſuſpiros, porque no fueſſen eſcuchados de ſus Compañeros, ò de ſus Criados; y aſſi ſupo enmudecer haſta los ecos de ſus gemidos, confundiendoſe con el eſtruendo de la Caza unos, y otros.

§. IV.

NO era eſte bien ſolo el que ſacava el Marquès de aquel venatorio exercicio: porque ſupo deſcubrir en el otro theſoro mas eſcondido, y mas ſenſibles, y mas arduas en el miſmo corazon de las delicias. Porque quando el Alcòn como relampago vivo ſe diſpara deſde lo mas alto, oprimiendo à la Garza con el golpe, ò con el ſuſto; ocaſion, en que los ojos quiſieran ſer linces, y en que logra el Alma lo que buſcò en el Campo con tanta fatiga; entonces baxava el Marquès ſus ojos àzia la tierra, ò los cerrava, negandoles el guſto, que con tanto afán avian ſolicitado: poniendo en ſu frente la venda, que quitava à los Alcones para la caza. Aſsi lo confeſsò èl miſmo al Padre Dionyſio, à quien como à Confeſſor ſuyo dava eſtrecha cuenta de todo: *Pero aun en eſta Caza* (proſiguiò aquel dia à la miſma ſombra) *me hazia Dios merced de darme aliento para mortificarme, y negar à mis ojos todo el guſto, que con tanto deſvelo avia buſcado; porque acontecia muchas vezes, que al miſmo tiempo que los Alcones hazian ſu preſa para matar la Garza, baxava yo los ojos, y les quitava à ellos la ſuya.* Mortificacion ſin duda heroyca, y baſtante à elogiar de muy penitente la vida de un Anacoreta; pues es mas dificil detener entonces el impetu de la viſta, y apartarlas de eſpectaculo tan delicioſo, donde eſtà no ſolo atenta, ſino clavada; que ſuſpender el buelo del Alcòn en el viento, à viſta de la preſa: y ſe cobran mas facilmente los Alcones, que no los ojos, y demàs Sentidos.

Era tan celebrada de todos ſu deſtreza, y habilidad en la Caza, que no la ignorava èl miſmo, ſiendo tan humilde, que ignorava de sì todo lo que podia ſer elogio; y paſſava à tratar eſta habilidad con deſprecio, para que no ſe hallaſſe en èl algun titulo, que le pudieſſe hazer famoſo en el Vulgo. Deſpues de eſtàr en la Compañia, quando, ò ſu exemplo, ò ſu ſabiduria huvieſſen hecho alguna hazaña, porque no ſe le atribuyeſſe à ſu eſtudio, deſengaño, ò habilidad; ſolia dezir, que èl era un pobre Cazador, ignorante de todo lo que fueſſe lazos, redes, Aves, Alcandaras, y Pigueles. Si eſcuchava algunas alabanzas de ſus Sermones, reſpondia, burlandoſe con gracia de ſu eloquencia; y de ſu ingenio, que eran diſcurſos de Cazador al buelo. Y no debe paſſar ſin algun reparo, que eſte tiempo de Corteſano, y aulico, en que hallamos tan mortificado aquel eſpiritu, y en que diò al Mundo eſte glorioſo exemplo; fuè el que llorava deſpues como delicioſo, y aun como culpado; quan ſublime ſerìa deſpues aquella Santidad, que llorò como delinquente vida eſta juvenil, en que diò tan aſſombroſo exemplo de mortificaciones?

CAPITULO III.

HALLASE EL MARQUES ASSALtado de una fiebre malicioſa, que declinò en quartana muy prolixa: arroja los Libros, que podian ſer profanos de ſu Caſa. Empieza à dàr los primeros buelos ſu contemplacion elevada. Acompaña al Ceſar haſta Barcelona, quando paſsò à conquiſtar à Tunez, y la Goleta.

§. I.

EStos eran los empleos del Marquès, y las traveſuras de ſu mas florida juventud, afrenta de la mas cana edad, quando le ſobreſaltò una fiebre maligna, y muy aguda, que puſo en grande peligro ſu vida. Avia partido con el Ceſar à las Cortes de Monzòn el año de treinta y tres, adonde concurrieron las mas cultas flores de los Jardines de Madrid; y entre ellas la Marqueſa de Lombay, que llegò poco deſpues aſsiſtiendo la Emperatriz, cuya ſalud eſtava algo achacoſa quando partiò el Emperador; y aviendo convalecido por el Agoſto, partiò à Monzòn en buſca del Ceſar con aliento varonil. De buelta deſta jornada ſalteò al Marquès de Lombay aquella calentura malicioſa, que deſpues de algunos dias, que con el remedio prompto ceſsò el rieſgo, degenerò la calentura en una prolixa quartana, que le fatigò algunos Meſes con accidentes bien penoſos, debilitando el cuerpo, y robando los colores al roſtro; ſolo no pudieron enflaquecer ſu invencible ſufrimiento, que con la coſtumbre de padecer callado, ſe iba haziendo mas robuſto. Viſitavale frequentemente toda la Grandeza de la Corte; porque ſobre el Luſtre de ſu caracter, Año de 1533.

ſabian

ſabian que tenia las llaves para introducir haſta el corazon del Ceſar, al que guſtava, y abrir las Puertas de la fortuna, y la dependencia es la Dioſa mas frequentada, cuyos Porticos nunca pudieron hallarſe fabricados en los Deſiertos. Nunca quiſo permitir el Ceſar, que ſalieſſe de Palacio el Marquès, por màs que los eſcrupulos de la ſalud malquiſtan el trato de los Monarchas con los mas Validos. Paſſava el Ceſar à la Quadra de el Marquès, quando le avia de venir la acceſsion; y ſentado humaniſsimamente ſobre la cama, le divertia, haziendo mas tolerable, y aun apacible la quartana con ſu preſencia; pues no avria quien no quedaſſe agradecido à un mal, que le conducia à tan ſoberano favor.

1534. Pero otras viſitas mas regaladas experimentava el Marquès en ſu corazon: porque Dios bañava ſu Entendimiento de ſuperior luz; y ſu razon cercada de males, uſurpava el oficio, y la ſuavidad à los Ciſnes. Al miſmo paſſo, que crecian las demonſtraciones del Emperador, rayaba con mas luz la Providencia en el Alma de el Marquès; compitiendo uno, y otro Monarcha ſobre quien le avia de favorecer mas. De cada favor nuevo, que recibia de Carlos Quinto, nacìa un deſengaño, como pudiera de un deſprecio. Conſiderava quan debil es todo el favor humano, que flaco todo el valimiento: pues el ſuyo, ſiendo el mas ſubido, y del mayor Monarcha de el Mundo, no podia quitar un quarto de hora de juriſdicion al mal; ni todo aquel ſoplo de felicidades, con que inchaba ſus velas la fortuna, baſtavan à darle un rato de bonanza. Que quando favores tan ſoberanos no tuvieran las intercadencias de los pulſos muy enfermos, ſobrava para mirarlos con zeño el experimentarlos tan flacos. O poder humano! (exclamava) y què limitado es tu imperio! Pues aquel Brazo, aquel Cetro, de cuyo amago ſe eſtremece el Mundo, no tiene fuerza para vencer, ò eſpantar un mal pequeño! Tantas Guardias, tantos Archeros, tantos Batallones armados ſobre la tierra, no ſon baſtantes à impedir el paſſo à una quartana! Tenia impreſſo en el corazon, y aun en la boca, aquel verſo del Propheta: *Nolite confidere in Principibus hominum, in quibus non eſt ſalus.* Eſte conocimiento practico le hazia recurrir à otro Emperador mas Supremo, en cuya mano eſtà la rienda de la muerte, y de la vida; abraſabaſe ſu pecho en otro fuego mas activo, y de mas grandes acceſsiones; que aquel, cuyas cenizas humeaban por ſus venas; regalandoſe amoroſamente con el que aſsi ſe afligia, y beſando como Hijo la mano del que le azotava. Flechava continuamente aquellas ſaetas amoroſas, que rompiendo el Cielo, penetran haſta el corazon de un Dios, y deſangran en favores ſu Divinidad.

Otras vezes en la llama ciega, que calentava inviſiblemente ſu cuerpo, conſiderava aquel fuego immortal, y tenebroſo, que ſabe quemar la imaginacion, y arder dentro de las medulas del Alma, cevandoſe ſiempre en una miſma materia ſin dexar ceniza. Rebolvia con el penſamiento los incendios atroces de aquellos infelizes; y à ſu viſta temblava el Alma no ſolo de las culpas, ſino aun de la ſombra dellas. Paſſava luego à contemplar otra llama, no menos ſutil, pero mas dichoſa, en aquella Noble Carcel, donde arde todo, ſino la eſperanza de la Gloria; la qual no ſe marchita, antes florece mas, y ſe alegra, ſiendo el Laurèl para el fuego de aquel rayo, y aquella flor, de quien eſcrive Plinio, que reverdece con el fuego. Deſde entonces prendiò en ſu corazon una viva Centella de aquel incendio, y quedò ſingularmente devoto de Almas tan dichoſas, y al miſmo tiempo tan afligidas; procurando aliviar ſus penas con muchas limoſnas, con oraciones, y ſufragios, y con muchas Miſſas de Difuntos, que mandava dezir, para romper las cadenas à muchos de tan iluſtres priſioneros; y para que viſtieſſen luz, los que antes veſtian fuego. Y ſe hizo uno de los mas inſignes Bienhechores de aquel ſitio, que aunque colocado en el profundo centro de la tierra, eſtà mas vezino al Cielo, que el ſublime Elemento del fuego.

§. II.

MAndò comprar muchos Libros devotos, y algunas Hiſtorias, particularmente las que refieren Exemplos, y Vidas de los Santos; arrojò de ſu Caſa los pocos Libros, que pudo hallar profanos, y que ſirven ſolamente de alegrar los penſamientos: donde brinda el engaño en Copa de oro: y las paſsiones humanas ſiendo monſtruos, ſe viſten el galan trage de diſcretos, yà en metro venenoſo, porque haze delinquentes los numeros ſu objecto; yà varias Novelas, y Fabulas, que hazen deleytables, y juntamente hermoſas las mentiras, y las cul- Año de 1534.

pas.

pas. Cevo de la curioſidad, y del ocio; pero engañoſo, como el Arbol del Paraìſo, que ofrecia ſabiduria, y dava ceguedad: pues no trayendo conſigo enſeñanza, traen la preſumpcion; perſuadidos muchos Corteſanos, à que merecen nombre de eruditos, ſolo porque han guſtado en aquel celebrado arroyo las corrientes mas deleytoſas, y menos puras, donde beben elegante veneno las Muſas Caſtellanas; algunas Fabulas, y fraſſes cultas, ſin el adorno de otras buenas Letras, y mas utiles noticias: ignorando, que aquellas ſolo acompañadas de otras mas ſolidas, pueden ſervir de circunferencia hermoſa al centro de la Sabiduria; y que ſolas, no hazen diſcretos los Entendimientos, ſino delicioſos. Quedò el Marquès tan aficionado à la leccion de Libros provechoſos, donde la diſcrecion, y el deſengaño componen un miſmo periodo, que no ſolamente dentro de Palacio, ſino quando la tregua, que dava la quartana, le permitia ſalir al Campo; llevava conſigo eſte piadoſo alivio de ſus males: apenas apartava de ſu lado la Sagrada Eſcritura, eſpecialmente el Nuevo Teſtamento; y guſtava de ſalir al Campo en Litèra con el pretexto de ſu quartana, para ir recogido leyendo el eſpiritu proprio del Evangelio, las Epiſtolas de San Pablo, alguna Homilia de San Juan Chryſoſtomo, ò de algun otro Interprete Sagrado. En hallando alguna Sentencia Moral, que movieſſe ſu corazon, cerrava el Libro, y ſe detenia mucho rato chupando todo el jugo de aquella Flor, haſta endulzar la Voluntad: y Dios abria à ſu Entendimiento otro mas eſpacioſo Campo, en que dilataſſe ſu meditacion el diſcurſo, y en que cupieſſe todo el Cielo. Luego que bolvia à Palacio eſcrivia en un quadernillo ſecreto las conſideraciones, que mas le avian movido, y los favores con que Dios le avia regalado, para recuerdo de ſu agradecimiento, y para renovar, leyendolos, el fruto que avia ſacado; pues no quedan eſteriles eſtas plantas, por aver cargado de frutos ſus ramos todos; antes quedan mas fecundos ſus troncos, para romper en otros nuevos. Eſtas conſideraciones, y las que referimos en la caza, como èl deſpues dezia, fueron los primeros buelos de ſu contemplacion; Ave verdaderamente Real, que aora eſtava como Polluelo titubante en el nido, enſayando los ojos en pocos rayos, para que creciendo à ſer Aguila deſpues, ſe bebieſſen de un golpe todo el Sol entre inundaciones de Luz.

§. III.

ASſiſtia en en ſu enfermedad al Marquès aquel famoſo Medico de el Emperador, el Doctor Villalobos, bien conocido por ſus donayres, y por ſus aciertos, pues entretenia los males con ſu genio ſalado, otro tanto como los aliviava con las maximas de Galeno. Tomò el pulſo al Enfermo un dia, deſpues de muchos Meſes, que durava rebelde à todos los remedios la quartana, y reconociò, que aquel humor funeſto, y myſterioſo, nunca bien entendido, eſtava yà caſi agotado: y preguntò al Marquès, què le ofrecia, ſi le dieſſe una alegre noticia, de que aquella ſerìa la ultima quartana? Reſpondiò el Marquès con generoſidad de Señor, dexando à ſu arbitrio la eleccion de aquella alhaja, que fueſſe mas de ſu agrado: eſtava à viſta el aparador con rica baxilla, edificio viſtoſo, que empezava à levantarſe con quatro fuentes de plata, en que el arte excedia à la Naturaleza, y eran como las primeras piedras labradas de aquella torre de plata, y oro, que ſirve de oſtentacion à la vanidad. Y mirando àzia la baxilla, dixo: *Que ſe contentava con uno de aquellos platos grandes.* Aſsintiò el Marquès guſtoſo, y huviera ofrecido bizarramente toda la baxilla dorada, ſi el Medico no tuvieſſe en pedir la templanza, que en las demàs acciones de ſu vida. Bolviò al quarto dia à la hora, que ſolia repetir la quartana, y hallò en el ſemblante del Marquès toda la alegria, con que ſe aſſoma la ſalud à la cara: Luego que el Marquès le viò entrar por la Sala, dixo: Pareceme Doctor Villalobos, que aveis ganado el plato, porque ſiento en mi diſpoſicion la verdad de vueſtro baticinio; llegò à reconocer el pulſo, y hallò, que aunque era imperceptible la calentura, avia algunas cenizas calientes de ſu llama, al modo que humean por algun tiempo las ruìnas de el Edificio, que aſſolò un incendio: y ſi bien, ſe eſcondia entre las venas la quartana, tanto, que fuera dificil al mas perito reconocer que eſtava viva, aunque eſpirava, por no faltar à la legalidad, y à la integridad de ſu profeſſion, inſtandole el Marquès, que no le dilataſſe tan apacible noticia; hizo donayre de un ſuſpiro, y uſando oportunamente de un equivoco con aquella Sentencia de el Filoſofo, que ſe hizo yà axioma del vulgo, exclamò: *Amicus Plato, ſed magis amica veritas.* Yo, Señor, perdì el plato; porque aunque la quartana es tan debil, y el calor

tan tibio, que apenas ſe dexa raſtrear por el tacto; pero en fin es alguna, que no pudiera ocultar el Medico, ſin llevar en el plato à ſu Caſa una mentira. Celebrò mucho el Marquès la promptitud deſta agudeza, y mucho mas aquella fidelidad tan exacta: mandò luego, que le llevaſſen à ſu Caſa dos de aquellos platos; admirado, de que ni el deſeo de vèr cumplido ſu Pronoſtico, ni el interès le movieſſen à diſsimular un hecho, que eſtava tan oculto, y tan vezino al otro extremo: y mucho mas admirado, y aun confundido de vèr tan eſcrupuloſa la verdad en Palacio.

§. IV.

APenas avia convalecido, quando partiò con el Emperador à Valladolid, Año de 1534. para donde ſalieron deſde Toledo à quinze de Mayo: paſſaron por Avila, y ſe detuvieron ſiete dias hoſpedados eſplendidamente en las Caſas de aquel Gran Cavallero Gomez de Avila. Proſiguieron ſu viage à Valladolid, deſde donde eſcriviò el Ceſar à todas las Ciudades, que nombraſſen Procuradores para las Cortes, que deſeava juntar en Madrid por Octubre de aquel año. Diſponia ſecretamente el Emperador, luego que bolviò à Madrid acompañado del Marquès, la jornada de Tunez, para humillar la ſobervia del famoſo Coſario Barbarroja. Fiò del Marquès de Lombay eſta Empreſſa glorioſa, que meditava, y el Marquès le alentò à ella con rara energia, deſpues de averla conferenciado con Dios, y con la prudencia. Hizieronſe grandes apreſtos, concurriendo la Armada de Portugal, y en ella el Sereniſsimo Infante Don Luìs, el valiente Don Juan de Caſtro, y gran parte de la Nobleza de Portugal: Las Galeras del Principe Andrèa de Oria, y las de Eſpaña. Al principio de la Primavera del año 1535. de treinta y cinco partiò el Emperador à Barcelona, acompañado de toda la Grandeza, anſioſa de conſagrar ſu Eſpada, y ſu vida à Empreſſa tan ardua. Fuè tambien el Marquès de Lombay, que ſe ofreciò el primero à tan Sagrada expedicion. Comunicò entonces la primera vez al Infante Don Luìs, con quien deſpues ſe avia de eſtrechar en tan Divinos lazos de amor: empezando aora à ſer exemplo, del que deſpues avia de ſer dechado, y aſſombro. Tratò tambien con intimidad en Barcelona à Don Juan de Caſtro, Gran Virrey deſpues en la India, y à otros Parientes de la Marqueſa. Hallòſe à la viſtoſa reſeña, que mandò hazer el Emperador de ſu Exercito el dia catorze de Mayo, à la Puerta, que ſe llama de Perpiñan, en el Campo de la Lagune. El dia diez y ſeis de Mayo entrò con el Ceſar en la Capitana de Andrea de Oria, à dàr una buelta por la Armada, ſaludado el Emperador con armonia furioſa de la Armada Portugueſa. Y quando el dia treinta eſtava para hazerſe à la vela, le mandò el Ceſar bolver à la Corte, para aſſiſtir à la Emperatriz, con increìble ſentimiento del Marquès, que quedò lloroſo en la arena, viendo partir aquella Armada victorioſa, donde embiava embarcados ſus penſamientos, y el Alma toda, mientras la obediencia del Emperador dexava amarrado el cuerpo en aquella triſte Playa.

Levantava al Cielo los ojos, pidiendole, que ſoplaſſe felicidad en aquellas Velas, que ſervian de alas à las Aguilas de el Imperio, y esforzò con lagrimas, y oraciones ſu ruego, caminando lentamente deſde Barcelona à Madrid. Saliò tan felizmente eſta jornada, que ocupò el Ceſar en breve tiempo la Goleta, apreſó en la Canal la Armada de Barbarroja, compueſta de quarenta y dos Galeras, y entre ellas la Capitana, que avia traìdo de Conſtantinopla, con dos Popas doradas, donde navegaron tantos años la crueldad, y la fortuna; quarenta y quatro Galeotas, Vergantines, y Fuſtas. Paſsò luego à Tunez, y la rindiò à coſta de poca ſangre, llegando à ſus Puertas el dia veinte y uno de Julio de el miſmo año, donde ſe enriqueciò todo el Exercito: y entre otros deſpojos cobraron las Armas de San Luìs Rey de Francia, que docientos y ſeſenta y cinco años antes avia muerto en el Aſſedio de aquella fuerte Plaza: Las Armas, que en la pèrdida de los Gelves avian ganado los Moros, y entre ellas el Arnès dorado, y la Celada Borgoñona de aquel Marte valeroſo Don Garcia de Toledo, que en ſitio, y ſuceſſo tan laſtimoſo honrò con ſu Cadaver el Campo. Cogiòſe tambien la grande Libreria del Rey Hazèn, en que las enquadernaciones iluminadas de oro, y de azùl, hazian mas precioſa ſabiduria, que en tantos volumenes ſe dilatava; y aquella Oficina de los mas ſubidos olores, que eſparciò ſu fragrancia por toda Europa. A todas eſtas Victorias concurriò el Marquès de Lombay con ſu dictamen, y con ſu Oracion fervoroſa, ya que no pudo concurrir con ſu Eſpada; como creyò una bien Corteſana Pluma, deſeoſa de añadir eſte Laurèl Militar à ſu Vida.

CA-

CAPITULO IV.

PASSA EL MARQUES A LOMbardìa : entra con el Emperador por la Proenza , haziendo guerra à la Francia, donde fuè herido de un deſengaño en la muerte laſtimoſa del inſigne Garcilaſo de la Vega , Principe de la Poeſia Eſpañola ; y le aſſiſte en aquella hora , esforzandole con eſpiritu , y eloquencia Chriſtiana.

§. I.

BOlvia el Emperador victorioſo de la Africa , aviendo vencido uno de los mayores monſtruos della , en el Coſario Barbarroja , Rey de Argèl , y Tyrano del Mar ; que favorecido del gran Turco con una poderoſa Armada , avia llenado de terror , y de lamentables tragedias las Playas Eſpañolas , empuñando el tridente en vez de Cetro,con que amenazava ruìna à la Igleſia , y al Mundo. Llegò el Emperador triunfante à la Italia , donde hizo inclinacion el Mundo con Roma ſu Gran Cabeza à tanta victoria, ſaliendo por todo el Camino , eſpecialmente deſde Napoles haſta Roma, donde entrò à cinco de Abril año de mil quinientos y treinta y ſeis, los Niños , y las Mugeres con Ramos de Oliva en ſeñal de Triunfo , vozeando: *Imperio* , *Imperio*. Mas apenas eſte Hercules Invicto acabava de domar un monſtruo , quando ſe armava otro contra ſu esfuerzo ; porque el Animoſo Franciſco, Rey de Francia , avia entrado por el Piamonte , y deſpojado de la mayor parte de la Saboya al Duque Carlos , caſado con la Hermana de la Emperatriz Doña Iſabel. Irritò mucho al Ceſar eſta belicoſa entrada , y ſe determinò à romper la Guerra , y oponer ſus Armas à las Franceſas , que aunque empleadas en Saboya , miravan àzia el Eſtado de Milàn. Juntò el Emperador muchas Tropas, cerca de treinta mil Alemanes , veinte mil Italianos , y diez mil Eſpañoles, deſeando ſe hallaſſe en eſta Campaña toda la Flor Eſpañola : hizo venir de la Corte muchos Grandes , y otros Nobles , eſperando , que el Francès paſſaſſe los Alpes, en cuyas nieves penſava marchitar ſus Laurèles. Pareciò al Marquès, que debia aſsiſtir à eſta Empreſſa : ò bien le embiaſſe à llamar el Emperador, que le eſcrivia familiarmente , aun deſde Africa, dandole quenta de ſus Triunfos , y de ſus paſſos. Pidiò licencia à la Emperatriz , y ſaliò de la Corte con grande lucimiento, llevando conſigo algunos Camaradas , y entre ellos ſus dos grandes Amigos , Parientes cercanos de la Marqueſa , Ruy-Gomez de Sylva , deſpues Principe de Eboli, y gran Valido de Phelipe Segundo, y el valiente Jorge de Melo , à quien el Ceſar avia embiado deſde Tunez,para que dieſſe à la Emperatriz la mas individual noticia de ſu Conquiſta glorioſa , y de las venas, que avia deſangrado ſu Eſpada , regando el ſuelo Africano , haſta apagar la ſed , que infama las ardientes arenoſas Campañas de la Libia.

Año de 1536.

Paſsò el Marquès en las Galeras à Italia, y alcanzò al Ceſar en Lombardia , de quien fuè recibido con tanto alborozo, que no avia dado igual noticia de ſu alegria al ſemblante en ningun Triunfo. Participòle ſus deſignios , las razones , que le obligavan à tomar las Armas , y el modo con que meditava hazer la guerra al Enemigo ; como ſi el Marquès fueſſe Veterano, quando aquel era caſi el primer rumor Militar, el primer furioſo Clarin , que hazia la ſalva à ſu valor; y el que traìa ceñido , el primer Eſtoque , que conſagrava al Templo de Marte. Mas para un diſcurſo elevado, apenas ay facultad , que ſea Paìs foraſtero , fuera de que ſe entrava mas cada dia por ſu pecho , y era mas confianza de Amigo , que pedirle conſejo como à Soldado, por mas que ſea maxima antigua conſultar las reſoluciones con la Voluntad. Formado yà el Campo , entrò por la Proenza , ganando de paſſo algunas Plazas con poca reſiſtencia , llenando de cuydado , y de ſuſto à la Francia. Marchava delante el Marquès del Baſto con la Infanteria Eſpañola : ſeguianle luego diez mil Alemanes , donde iba el Emperador, y à ſu lado ſiempre el Marquès de Lombay. En eſta marcha,ſiendo por tierra enemiga , ſe encontrava à cada paſſo un peligro, y era meneſter caminar con las Piſtolas en la mano , trabandoſe frequentes eſcaramuzas ; y aſsi iba el Exercito veſtido de todas Armas, conforme al eſtilo de aquel tiempo , en que tan reſplandeciente embarazo era mas peſo , que defenſa , ni aliento : pues un corazon cobarde , palpita mas debaxo del arnès , que le haze embarazoſa la fuga , y crece el ſuſto con el ruìdo, que cauſa el temblor en un veſtido de azero.

***

§. II.

§. II.

EL Ceſar caminava tambien armado, ſirviendo à todos de exemplo; y como la corpulencia del Marquès de Lombay era yà entonces mucha, (diſponiendolo aſsi la Eterna Sabiduria, para que pareciesſe deſpues mas monſtruoſa ſu penitencia) y por otra parte la Eſtacion era la mas ardiente del año, quando el Sol en vez de luz eſparce fuego, le ſucedia lo que à la Nieve à viſta del miſmo Sol. Atendiale el Ceſar con eſpecial cuydado, y compadecido de ſu fatiga, le mandò que caminaſſe deſarmado, llevando ſolo el gorjàl, y los brazales, haſta que huvieſſe faccion, que le obligaſſe à veſtir las Armas todas. Sintiò el Marquès mas fatiga con eſte orden apretado, de la que le ocaſionava el peſo, y rogava al Ceſar, hizieſſe reflexion ſobre aquella, que parecia piedad, y era ſumo rigor: que aquel precepto pudiera hazerle tolerable un Rey deſarmado, y quien marchaſſe con algun alivio; pero que eſtando armado ſu Mageſtad, debia antes obedecer la voz de ſu exemplo, que la de ſu piedad: que fueſſe ſervido atender mas à ſu honor, que à ſu conveniencia; que el rubor de verſe ſolo deſarmado entre tanto lucido Exercito, le ſerìa mas intolerable peſo, que todo el hierro que forjò Vulcano; y en fin, que ſe quitaſſe primero las Armas ſu Mageſtad, ſi queria que ſu exemplo no deſarmaſſe à ſu voz. Pero todas ſus razones encontravan armado al Ceſar, y hallavan mas reſiſtencia, que hallaria una bala, ò flecha enemiga; y aſsi obedeciò con dolor el Marques, llevando junto à sì un Criado con las Armas, para tomarlas luego, que ſe dexaſſen vèr Tropas enemigas: como ſucediò en varios reenquentros, donde ſu agilidad deſvaneciò la peſadèz de el cuerpo, y ſolo pareciò corpulento en la fortaleza, que experimentò en ſu golpe el Enemigo.

En eſta Campaña, aviendo ſalido en repetidas facciones victorioſo, quedò repentinamente herido de un accidente, que al principio fuè ſuſto, deſpues ſentimiento, y luego paſsò à ſer deſengaño, cuyos filos rabioſos ſe enſangrentaron en el Marquès, entrandoſe haſta los penſamientos. Avia profeſſado eſtrecha amiſtad con el mas Florido, mas Animoſo, y mas Corteſano eſpiritu, el Inſigne Garcilaſo, uno de los Cavalleros de mas garbo, que ha tenido el Mundo, nacido à un tiempo para el eſtruendo de las Armas, y para el rumor apacible de las Muſas Griegas, y Caſtellanas, y Latinas: cuyas eſperanzas, y venas quedaron deſangradas en los brazos del Marquès: El viò fria, y difunta en ſu boca aquella eſpiritoſa lengua, ramillete de las mas cultas flores de la erudicion, y de la eloquencia; y floxa en ſu mano aquella Eſpada, que avia ſacado ſangre à la Luna. La familiaridad que uniò dos tan apacibles genios, la elevacion de tan raras prendas, y el deſengaño del Marquès al verlas dentro de ſus Abriles marchitas, piden alguna digreſsion, y algun breve raſgo en eſte lienzo, donde haze nueſtro Heroe guſtoſamente lugar à ſu fama, para que ocupe alguna parte de ſu Hiſtoria, el que vivo ocupò tanta, y tan Noble en ſu pecho: y fuera tan violento robarle aqui eſte pequeño lugar à ſu memoria, como arrancar ſu Epitafio de la Urna.

§. III.

NAciò Garcilaſo de la Vega con embidia de otras Ciudades Eſpañolas, y admiracion de las Eſtrangeras, en la Imperial Ciudad de Toledo, donde la Lengua Caſtellana bebe ſu pureza en el Tajo, y le hurta muchas arenas de oro, pues eſta debia ſer la Cuna de el que nacia à enriquecerla. Su Padre fuè el famoſo Garcilaſo, (Hijo ſegundo del Conde de Feria) Comendador Mayor de Leon, del Orden de Santiago, Señor de las Villas de los Arcos, Cuerva, y Batres, oy Condes de los Arcos, y Añovèr, del Conſejo de Eſtado de los Reyes Catholicos, ſu Valido aun tiempo, y Embaxador en Roma cerca de Alexandro Sexto; ſugeto, cuyas proezas gritan repetidamente las Hiſtorias, y abultarà ſiempre en la fama ſu memoria. Su Madre fuè Doña Sancha de Guzman, de la Antigua Caſa del Toràl. (Duques oy de Medina de las Torres.) De tan glorioſos Progenitores naciò Garcilaſo, aunque no Primogenito, año de mil quinientos y tres, para nuevo blaſon de ſus Eſcudos. Ocupò ſus primeros años en el eſtudio de las buenas Letras, de las Artes liberales, haſta cultivar la lengua con los mas cultos Idiomas. La valentia de ſu ingenio le hizo en poco tiempo dueño de muchas Facultades, ſin dexar clima por remoto, ni rumbo por impenetrable en las Artes, y aun en las Ciencias: hablava el Griego mas culto, y mas atico, el Latin, el Toſcano, el Francès, ademàs del Eſpañol, con tanta propriedad, como ſi cada Idioma deſtos le huvieſſe merecido en la Cunà, y hu-

vieſſe

huvieſſe empezado articulando ſus fraſſes en expreſsiones balbucientes. Hallòſe deſde ſus Niñeces inſpirado de las Muſas en todas aquellas Lenguas: comenzaron à ſoplar blandamente en ſu phantaſia, y luego agitada de aquel inſtinto, è inquietud Divina, que ſabe poner en armonia el furor, le inſpiravan con apacible terremoto, como para moverſe un Oraculo; la Fuente de Batres, que tanto celebraron deſpues los Poëtas, primero corriò por la frente de Garcilaſo, deſde donde la paſsò por conductos de marmol à ſus Jardines.

La dulzura, y facilidad admirable de ſus numeros, la elegancia ſuave de ſu eſtilo en las proſas, la fertilidad prodiga de ſus conceptos, y la erudicion, que avia bebido en tantos Foraſteros arroyos, fueron en pocos dias dilatando ſu fama, y ſus corrientes por todas las Naciones. Boſcan, el Taſo, Luìs Tanſillo, Minturno, y otros Principes de la Poëſia Toſcana, le reconocieron por Monarcha ſuyo, y le dieron el primer lugar en ſus eſcritos, y en ſu pecho, confeſſando, que el Dante, el Arioſto, el Petrarca ſolo avian ſido primeros en aver florecido antes. Y viviendo aun Garcilaſo, y lo que es mas raro, ſiendo tan mozo, mereciò ſer aclamado de la admiracion comun, y de la embidia por Principe de la Poëſia Eſpañola. El diò Mageſtad à la Lengua Caſtellana; hizo, que las Muſas Eſpañolas, que antes ſe veſtian humildemente, conformes en todo al trage de aquel tiempo, ſe viſtieſſen ropas de ſeda, y oro, elevandolas (como allà celebran de el Poëta Latino) deſde el Zueco al Coturno. Y ſe puede dezir de Garcilaſo, lo que celebrò Quintiliano de el Principe de la Eloquencia Romana, que nunca avia dicho palabra, ni uſado voz, ò fraſſe, que no fueſſe digna. Valiòſe el Ceſar de ſu trato, y de ſu enſeñanza, para aprender la pureza de nueſtra Lengua, y el modo aſluente, y corteſano de las Cartas, que llamamos familiares, y no tocavan à negocios publicos. Su energia en la Lengua Latina, ſu erudicion, y ſabiduria en la Griega, ſu dulzura en la Italiana, y la gravedad que diò à la nueſtra, hizieron famoſo ſu nombre en toda Europa, aun quando ſu edad reſpirava en la Eſtacion mas florida, como encarece Paulo Jovio en el Libro veinte y quatro, el Cardenal Pedro Bembo, y el Señor de Bartas en Francia, que llama à ſu eſtilo nectar abreviado. Exalaronſe en elogios ſuyos los Eſtrangeros, y venian de los mas diſtantes Climas los ecos de ſus glorias: como ſi en Eſpaña huvieſſe nacido un Monſtruo, que ſe hizieſſe atender de el Univerſo; admirando en las orillas de el Trajo un Ciſne, que empezò à cantar poco deſpues de nacer, con mas dulzura, que el otro poco antes de morir.

De Toledo vino à la Corte de el Grande Carlos Quinto, adonde ſe hizo expectable en los exercicios mas eſpiritoſos de Cavallero, ſingularmente en manejar la Eſpada, y el Cavallo: Era garboſo, y corteſano, con no sè que Mageſtad embuelta en el agrado de el roſtro, que le hazia dueño de los corazones, no mas que con ſaludarlos: y luego entravan ſu eloquencia, y ſu trato à rendir lo que ſu afabilidad, y ſu gentileza avian dexado por conquiſtar. Ningun hombre tuvo mas prendas para arraſtrar las Almas aviendo diſpueſto la Naturaleza un cuerpo galan, y de proporcionada eſtatura para Palacio de la Mageſtad de aquella Alma. Adoravale el Pueblo; y ſus iguales, ò no podian, ò no ſe atrevian à ſer emulos, porque el reſplandor de ſus prendas deſlumbrava à la embidia, dexandola cobardes los ojos con la mucha luz, ó de el todo ciegos. Guſtava mucho Garcilaſo de tratar con el Marquès de Lombay, à quien mirava con reſpeto; y el Marquès le reſpondia con igual cariño, porque la ſemejanza de unos miſmos eſtudios, y exercicios honroſos, y la concordia, ò ſympatìa de los genios, transformava eſtos dos corazones, que ſe trocavan las alas, y ſe preſtavan las plumas. Lo que mas robava en Garcilaſo la aficion de el Marquès entre tan feſtiva diſcrecion, era el no aver ſentido jamàs en ſus labios reſpiracion, que empañaſſe la fama agena; antes iba cogiendo flores ſin tropezar en las eſpinas, prenda verdaderamente generoſa, que paſsò Garcilaſo de la lengua à la pluma: pues no ay en ſus Obras renglon, ni clauſula, que no eſtè ſalpicada en alabanzas; hallandoſe eſparcidos infinitos Elogios por ſus eſcritos, y ningunos dicterios: y eſcriviendo con pluma elegante en todos los eſtilos, ſolo parece, que ignorò el de la ſatyra; en que ſon eloquentes, y agudos, aun los menos diſcretos. Por eſſo eſtàn llenas de honra las Obras iluſtres de Garcilaſo de la Vega; pues ademàs de la que ſe merece ſu facunda diſcrecion, tienen toda la que dàn.

Su aficion à la Muſica, hazia tan bien acordes eſtas dos Almas, porque Garcilaſo heria con rara deſtreza las cuerdas en la Harpa, y en la Vihuela: y como dieſtro en la Muſica, hazia la diſcrecion de ſus Verſos mas armonioſa, cantandoſe à sì meſmo, y dando cuerpo à ſu phantaſia, que pulſava dos vezes, en los numeros, y en las vozes, mientras èl ſolicitava las cuerdas, acompañandoſe Garcilaſo, y el Marquès, y alternando con eſte divertimiento el de la Hiſtoria, y de la erudicion. Siendo de veinte y quatro años, ſe deſposò con Doña Elena de Zuñiga, Hija de Don Diego Lopez de Zuñiga, Prima-Hermana de el Conde de Miranda, Dama de Madama Leonor, Reyna de Francia. Fuè ſu Primogenito aquel Joven Garcilaſo, que heredò de ſu Padre con la ſangre, y el nombre todo el aliento: y deſpues de otras gentilezas Militares de ſus años, ſiendo apenas de veinte y cinco, muriò en la defenſa de Ulpiano, en una bateria de Franceſes, peleando deſeſperadamente haſta hazer complice à ſu valor en ſu ruìna. El Hijo ſegundo Don Franciſco Guzmàn de la Vega, Cavallero de el Orden de Calatrava, deſde el eſtruendo de las Armas paſsò al ſoſſiego de las Letras, y al teatro de las Virtudes Relìgioſas en la Eſclarecida Familia de Santo Domingo, donde hizo iluſtres progreſſos en la Sabiduria, el que mereciò competir con Fray Luìs de Leon en ella. Solo quedò para algun alivio Doña Sancha Guzmàn de la Vega, que casò con el Primogenito de el Conde de Palma; porque el ultimo Hijo Don Lorenzo, en quien reberberava todo el explendor, è ingenio de ſu Padre Garcilaſo; fuè deſterrado à Oràn por una agudeza, que declinava en ſatyra, y muriò en el camino, ſaliendo el Alma temprano de uno, y otro deſtierro, aprendiendo de tan vezinos Exemplos en ſu Padre, y Hermano à morir en edad florida fuera de ſu Patria; dexando la comun laſtima por Epitafio, y un Ay! gravado en la Lapida de ſu Sepulchro.

§. IV.

EStas eran las aclamaciones de Garcilaſo, mientras ſolo pareciò diſcreto; pero luego huvo meneſter la fama nuevas trompas para gritarle Soldado. El avia nacido para decidir aquella antigua batalla entre las Armas, y las Letras, ſiendo à un tiempo milagro de ambas Eſcuelas, y cabiendo ambas profeſsiones en el mas ſublime grado dentro de aquel grande eſpiritu, que llevava en un brazo à Marte, y en otro à Mercurio: èl hizo cantar las Muſas al ſon de los Clarines, y de las Caxas roncas, como al compàs de las Citaras templadas: alternando las unas con las otras, y tomando ora la Eſpada, ora la Pluma, como explicò ſu elegante vena, en ocaſion, que ſaliendo lleno de ſangre, y de fatiga de una Batalla, arrimò la Eſpada, y la Rodela; y bermejeando la tinta, y la phantaſia, derramò por la Pluma todo el furor de la Batalla. Hallòſe en todas las expediciones victorioſas, que emprendiò el Ceſar en ſu tiempo; y enſeñò al mas digno teatro, que ſe puede hallar un Exercito con dos alas en un corazon ſolo: que la oſſadìa puede mudar en rayo la Eſpada; la qual no ſupo bolver à la bayna Garcilaſo ſino con la muerte, ò con la Victoria. El fuè al ſocorro de Viena, quando todo el poder de Solimàn la oprimia, y bolviò à la preſencia de el Emperador cubierto de Laureles de muchas facciones: tanto, que en la mas ſangrienta hizo, que ſu valor paſſaſſe à ſer temeridad. Hallòſe en la toma de la Goleta; y à la viſta de Tunez, quando eſtavan à tiro de culebrina de la Muralla, ſucediò aquel famoſo reencuentro, en que Garcilaſo quedò mal herido en la lengua, y en la mano dieſtra, apuntando la embidia, amparada de la fortuna, à los dos Nobles inſtrumentos, que hazian ſenſibles los conceptos de aquella grande Alma. Hallavaſe Garcilaſo oprimido de muchos Batallones furioſos, quando èl peleava con poca ſangre, y con menos Soldados, haſta que fuè ſocorrido de Federico Garrafa, Napolitano, y de el Ceſar, que ſabiendo el peligro en que eſtava Garcilaſo, partiò con ſus Hombres de Armas en ſocorro ſuyo con la Eſpada en la mano, y peleò animoſamente mucho tiempo à ſu lado, ſacando èl miſmo de entre los pies de los Cavallos enemigos al vizarro Andrès Ponze, Cavallero Andaluz, y obligando à los Moros à bolver las eſpaldas. Aqui ſobre las ruìnas de la Antigua Cartago ſintiò Garcìlaſo herido, no ſolo la mano, y el roſtro, ſino tambien el pecho con mas penetrante flecha, y menos ſangrienta herida; y reconociò, que no eſtavan frias aun las cenizas, à que avia reducido un incendio la Antigua Cartago. Convalecido de ambas heridas, y con-

cluìda

cluìda victorioſamente eſta jornada, paſsò à Napoles cargado de deſpojos, y tropheos, ſaliendo à recibirle los comunes aplauſos. Alli entre el ocio Corteſano de Paìs tan delicioſo bolviò à cantar con mas blandura, y mas alhago ſu penſamiento, liſongeado engañoſamente de la que èl llamò Sirena de el Mar Napolitano. Eſte eſcollo, en que tropezò algunas vezes, y el aver concurrido à que ſu Sobrino, Hijo de Don Pedro Laſo, fueſſe ſecreto Galàn de Palacio, ſirviendo cuydadoſamente à Doña Iſabel de la Cueba, Dama de la Emperatriz, Condeſa deſpues de Santi-Eſtevan (por no aver tenido efecto eſte Caſamiento), hizieron, que el Ceſar le mandaſſe ſalir à una pequeña Isla, que forma el Danubio, donde ſe llora priſionero, y deſterrado, con tanta dulzura al doliente ſon de la cadena, que arraſtrava, que ſupo enternecerla, y ablandar el corazon del Ceſar.

Año de 1536. Porque eſte Año formando, como diximos, el Emperador Campo en el Piamonte, hallò menos la preſencia de Garcilaſo, para oponerſe al poder de la Francia; y alzandole el deſtierro, le diò el cuydado de onze Vanderas de Infanteria, donde bolviò à renovar el antiguo amor, y trato con el Marquès de Lombay. Marchava Garcilaſo lleno de eſpiritu, deſeoſo de hallar rieſgo en que eſtrenar ſu corazon brioſo, haziendo, que ſus clarines reſpiraſſen fuego. Entraron por la Francia ganando mas de treinta Villas, y Ciudades los dos Exercitos de Mar, y Tierra, y ſeñalandoſe, aſsi Garcilaſo, como el Marquès, ſiempre que llegava la ocaſion. Penetraron haſta Marſella, cuyo ſitio levantò el Emperador, obligado de las enfermedades agudas, que iban debilitando el numero à ſus Tropas, y al miſmo Ceſar la robuſtèz de ſus fuerzas. Y retirandoſe el Exercito la buelta de Italia, en un pequeño Lugar de el Orden de San Juan, quatro millas de Fregiux à la ſalida de la Proenza, mandò el Ceſar batir la Torre de Muey, en que cincuenta Villanos Arcabuceros ſe avian hecho fuertes. Garcilaſo, que era ſiempre el mas oſſado en arrojarſe al peligro, obedeciò con tanta celeridad, que antes le viò el Ceſar ſubiendo la Eſcala, embrazada la Rodela, que huvieſſe advertido que obedecia; rayo impetuoſo, que primero que ſe oyga el eſtallido, ſe vè humear el eſtrago. Eſcalò Garcilaſo un Portillo, abanzando el primero con la Eſpada, y la Rodela; ſeguiale animoſo Don Antonio Portocarrero de la Vega, Primogenito de la Caſa de Palma (que casò deſpues con ſu Hija); y luego un Capitan de Infanteria Eſpañola, quando deſpeñaron de lo mas alto una grande Piedra, que alcanzandole en la Rodela, con que ſe cubria, le huriò la cabeza con ſu meſma Arma defenſiva. Fuè el golpe tan furioſo con el peſo, y el impulſo violento de aquella roca, que parecia averſe derribado ſobre ſus ombros una Montaña; y aſsi cayò Garcilaſo de eſpaldas en el foſſo, deſpeñando conſigo à los dos, que le ſeguian esforzados; porque mal podia caer Garcilaſo, ſin embolver en ſu ruìna à otros. Apenas le vieron derribado, quando ſe oyò un alarido eſpantoſo en el Exercito: y el Emperador lleno de ſaña, mandò aſſaltar con mucha gente la Fortaleza; y deſpues de rendida, hizo ahorcar los cincuenta Franceſes, que eſtavan de guarnicion en ella, vengando con eſta muerte afrentoſa la pèrdida del que era honor, eſperanza, y delicias de Eſpaña. Mandò tambien demoler la Torre, para que no le quedaſſe un padron, levantando à tan tragico ſuceſſo, y para que ſe ignoraſſe el Sitio, donde la muerte con villana cobarde eſcolta ſe avia atrevido à Garcilaſo. Que aſsi ſuele perecer caſi à la orilla entre pequeños embates de olas, el que nadando en ſangre, eſcapò de ſañudas tormentas.

§. V.

Luego que cayò Garcilaſo, el Marquès de Lombay (que ſe acercava à ſocorrerle) ſe arrojò intrepidamente al foſſo, haziendo finezas de Amigo, y oficios de Chriſtiano: levantò en ſus brazos aquel retrato de Marte, abollado el yelmo, y deſangrado el caſco, fuè llevado en los Reales à Niza, aſsiſtido ſiempre de el Marquès, y de los Medicos, y Cirujanos de el Emperador, que le regalava viſitandole muchas vezes, embidiando muchos à Garcilaſo heridas tan felizes, que al principio dieron à ſu vida algunas eſperanzas; mas paſſado el ſepteno, ſe conociò que eran mortales, y que toda el arte, y la deſtreza ſolo podia dilatarle algunos dias la vida. Diſpuſieron, que le dieſſe el Marquès eſta triſte nueva, porque ſabian, que de ninguno la eſcucharia con mas conſuelo: Oyòla Garcilaſo, ſin que el ſemblante de la muerte turbaſſe los colores de ſu roſtro, ni alteraſſe la magnanimidad de

ſu pecho. Empezò à diſponerſe à morir con muchas lagrimas, y ſingular ternura de aquella noble Alma, que ſe confeſsò repetidas vezes, y recibiò todos los Sacramentos con los afectos mas fervoroſos. Alentavale el Marquès, tomando à vezes un Crucifixo en la mano, con indecible conſuelo de el doliente, que no queria ſe apartaſſe de ſu lado; y paſſando el Marquès à ſer Predicador deſde Soldado, lo que avia de exercitar deſpues con tanto fruto. Y el entendimiento de Garcilaſo, cuya luz avia ſido haſta entonces un Sol pequeño, al morir diò la ultima llamarada. Acordavaſe el Cisne, que ſus plumas avian veſtido mas color de fuego, que de nieve: que ſus primeros años avian ſido tan verdes, como floridos: que avia hecho Muſicas, y agradables las ſinrazones; que ſu corazon avia quemado muchas vezes las alas en torno de unas luzes mentidas; y mas abiertos aora los ojos à mayor luz, y al irſe à morir, comenzò à llorar lo que avia cantado; porque derribando de ſu memoria las imagenes, que avian ocupado ſus aras, deshojando eſperanzas, y prendas antiguas, dezia, inſpirado de mejor Numen: *O dulces prendas por mi mal halladas!* Haſta que fixos los ojos en la Imagen de un Crucifixo, eſpirò con tanto arrepentimiento, que enſeñò mas al Mundo en eſte breve exemplo, que en tantos años, y elegante variedad de eſcritos avia enſeñado. Muriò à los diez y ſiete dias de el golpe, ó como quieren otros, à los veinte y uno, ſiendo de treinta y tres años; porque no pudo alentar mas aquel eſpiritu, que avia llegado à lo ſumo de la vida: y aſsi ſe entregò à la reſpiracion de la fama, dexando à la poſteridad en pequeña mina bien enriquecida ſu memoria; y un grande teſtigo, de que ni los Heroes, ni los aciertos eſtàn vinculados à los años; pues mejor ſaben nacer los laureles entre las flores, que entre las nieves. Y al modo, que ni los pinceles, ni las mas heroycas plumas ſaben dàr la ultima perfeccion à ſus Obras: ni Apèles à ſus Tablas, ni Homèro à ſus Iliadas, ni Virgilio à ſus Eneidas; aſsi las grandes Almas ſuelen dexar en la mitad de la carrera imperfecta la vida: de ſuerte, que la Inſcripcion de la Urna, no diga que viviò, ſino que vivia.

Sacò lagrimas eſta deſgraciada muerte al Emperador; y baſtava à ſacarlas à la miſma piedra, que le avia herido en la cabeza. Depoſitaron ſu Cadaver en Santo Domingo de Niza, de donde el Año de treinta y ocho fuè trasladado à Toledo al antiguo Sepulchro de los Señores de Batres en San Pedro Martyr; y alli animado en marmol elegante ſu bulto, llama la atencion, y hace que ſe ſuſpenda el penſamiento. Luego que ſe oyò ſu muerte, ſe deſataron en Elogios, y en lagrimas las Lenguas, y las Muſas, compitiendoſe las Naciones Eſtrangeras unas à otras: En Toledo fuè univerſal el luto, y el llanto en una muerte tan digna de ſentimiento, que haſta oy no acabò de llorarla bien el Tajo, como predixo èl miſmo en aquel, que quiſo ſer Verſo, y fuè Vaticinio. Pero entre todos le llorò con dolor mas vivo, y mas delicado el Marquès de Lombay, ſu fiel amigo, que no podia arrojar de la imaginacion ſu Cadaver deſangradò: traìa à la memoria aquellas prendas con razon admiradas, aquel eſpiritu mayor, que la fama, y que todo elegante meditado elogio: ſus años veſtidos de la eſperanza, ſu ingenio, ſu valor, ſu corteſanìa, las proezas de ſu Eſpada, y de ſu Eloquencia; aquel hechizo, con que traìa àzia sì, no ſolo las Almas, ſino las Rocas, y las Provincias enteras. Y luego contemplava arruìnada de un ſolo golpe toda eſta Fabrica hermoſa, ſin que calidades tan Divinas ſirvieſſen de remora, ſino antes de reclamo à la deſdicha. Eſta memoria le llenava de eſpanto, y de deſprecio de todo lo que engrandece la phantaſia, y el engaño; pues aunque las humanas glorias fueſſen mucho mas abultadas, y fueſſe Gigante la eſtatura de las dichas, las hazia deſpreciables el ſer tan caducas. Y como aſsiſtiò el Marquès abrazado tiernamente con Garcilaſo: como le bebiò el ultimo aliento, bebiò tambien con èl el deſengaño, que ſe enſayava en eſte fatal ſuceſſo para el golpe, que le avia de dàr poco deſpues en otro mas funeſto, y mas horroroſo, porque no podia formar de una vez tanto grito el eſcarmiento.

§. VI.

Y Merece alguna obſervacion, que eſte miſmo año, y aun al miſmo tiempo que el Marquès deſde Italia entrava por la Francia, como Soldado del Eſquadron de las Aguilas de el Imperio, y de la Compañia mas victorioſa, ſalian deſde la Francia para Italia los primeros Soldados, de que formò Ignacio nueſtra Compañia glorioſa. Y aun fueron detenidos,

nidos, y maltratados de algunos Militares, creyendoles Eſpias, ò Enemigos disfrazados. Y pudiera tener algun color de verdad, para quien ſupieſſe, que antes de mucho tiempo avian de hazer ſu dichoſo priſionero al Marquès de Lombay. Acabada eſta Campaña, que tuvo menos de feliz, que de animoſa, llegò el Marquès con el Ceſar à Genova, y ſe embarcaron ambos para Barcelona, à donde el Emperador ſe quedava detenido de los negocios de ſu Imperio, que pedian ſu preſencia en aquel Sitio. Mandò al Marquès de Lombay, que partieſſe à dàr cuenta à la Emperatriz de los ſuceſſos de aquella jornada: Obedeciò el Marquès, llegando con preſteza à Segovia, donde eſtava la Corte, ſiendo yà
Año 1537. entrado el año de treinta y ſiete. A pocos dias, con la mucha fatiga del camino, calor, y polvo de la Campaña, adoleciò de una eſquinencia, que puſo en grande aprieto ſu vida: dexòle eſte accidente caſi mudo; circunſtancia de poco ſentimiento, para quien no deſeava en eſte lanze, ſino tener el corazon recogido, y batir àzia Dios aquellas alas, que no pueden emmudezer las penas.

Regalavaſe tiernamente con Dios aquel eſpiritu doliente: y perſuadido à que ſe moria, hallava algun conſuelo en que no le encontraſſe la muerte tan deſprevenido; porque yà entonces ſe confeſſava à lo menos cada mes, que para aquel Siglo era frequencia, que cauſava novedad; y la muerte de Garcilaſo le tenia el corazon tan deſaſido, que le coſtava poca violencia deſprender el alma del ſuelo. Y aſsi el año de cincuenta y nueve, ſiendo Comiſſario General de la Compañia de Jesvs, y hallandoſe en Segovia por el mes de Agoſto algo indiſpueſto, hablava una noche con el Padre Santander, y dixo, que en aquella Ciudad avia eſtado en el ultimo peligro el año de treinta y ſiete; pero que le conſolava mucho no hallar tan mal diſpueſto ſu eſpiritu, como en otro tiempo: porque ſe confeſſava mas à menudo, los ſuceſſos, y deſengaños, que avia experimentado, le tenian temeroſo, y con grande horror al pecado. Convaleciò de eſta dolencia, y el miſmo año paſsò ſegunda vez à las Cortes de Monzòn llamado de Carlos Quinto, aviendo paſſado primero deſde Segovia à Valladolid con todo el Palacio. Y no ſabemos con certe-
1538. za, ſi en el de treinta y ocho paſsò con el Ceſar à la famoſa Aſſamblea, que tuvo con el Rey Franciſco à inſtancia de Paulo Tercero, quando ſe ajuſtò la tregua entre Eſpaña, y Francia, concurriendo en Aguas muertas eſtos dos Grandes Monarchas. Lo que ſabèmos es, que buelto à Caſtilla, ſe aplicò el Marquès con nuevo cuydado al govierno de ſu Familia, y de ſu Alma, y à la aſsiſtencia de la Emperatriz, que hallava ſolo eſte alivio en las continuadas auſencias de el Emperador. Ocupavaſe como ſolia en la Muſica, y en la Caza; pero con menos eſtruendo, y menos pompa, cortando lentamente à la vanidad aquella prolixa falda, que arraſtra los penſamientos de la Grandeza.

CAPITULO V.

MUERE LA EMPERATRIZ Doña Iſabel, llevan ſu Cadaver à Granada los Marqueſes de Lombay: En el camino viò delante de sì veſtida de Gloria à ſu Santa Abuela, que eſpirava en aquel punto en Gandìa; y le alentava à caminar con mas eſpiritu, y mas esfuerzo àzia la altura.

§. I.

RESpirava, ſino en paz, en alguna tregua, mucha parte de el Mundo, aunque tenia, ſin doblar la llave, mal cerrada la Puerta Jano. Avia dado el Emperador la buelta à Eſpaña deſpues de la tregua; y combocada toda la Grandeza, y las Ciudades à Cortes, que ſe avian de celebrar en Toledo eſte año de treinta y ocho: deſeava imponer un nuevo tributo; lo que negò abiertamente el Reyno, porque ſe hallava deſangrado, y eſtavan mal abiertas aùn las venas de oro, de donde pudieſſe beber nuevo alimento. Deſpedidas las Cortes, quedaron con todo eſſo los Grandes, y toda la Nobleza, pareciendo aquella Ciudad una Monarchia abreviada, y una Babylonia mas ſobervia, y menos confuſa. Y mientras ſe eſperava la reſpueſta de un donativo, que el Emperador pedia à las Ciudades de ſu Reyno, yà que ſe le avia negado en las Cortes aquel tributo, guſtava el Ceſar de tener bien ocupados, y divertidos à ſus mayores Vaſſallos en Maſcaras, Juſtas, Torneos, y diferentes enſayos de el valor, que poblavan las Riberas de el Tajo de Militar bullicio. Entrava el Emperador en los mas de eſtos juegos, yà disfrazado, yà deſcubierto el roſtro, para dàr nueva alma, y nueva alegria al feſtejo; pero en todos ſacava al

Marquès de Lombay à ſu lado, queriendo que fueſſe ſu Valido haſta en el divertimiento, y no haziendo parejas, aùn para las burlas, con otro alguno. Ni la Emperatriz quiſo jamàs ſalir à honrar los Saraos, ſin llevar aſida de la mano à la Marqueſa; hallandoſe ſola, aùn en los mas publicos theatros, ſin eſta compañia. Sus dos Hijos mayores Don Carlos, y Don Juan de Borja ſervian al Principe Don Phelipe, y le acompañavan en eſtas funciones, para que el valimiento de los Marqueſes con ſus Principes, ſe difundieſſe por todas ſus venas, y ſus ramas.

Eſtos eran en Eſpaña los regocijos, que ocupavan el Ayre, y los Montes con ſus ecos; por todas partes reſonavan dichas, y Clarines, porque victorioſa la Monarchia, jugava con los Laureles. Quando una fiebre mortal ſalteò la alegria toda en las venas de la Emperatriz, (aunque Sandoval quiere, que aya muerto del Parto de un Hijo, que eſpirò luego aviendo ſido homicida de ſu Madre primero), y paſſaron de un golpe los alborozos à ſer gemidos: porque mudandoſe el teatro, ſe dexò vèr la miſma alegria arraſtrando luto, y la dicha, que avia empezado en Flor, deſcubriò de repente el Ay! Aſsi ſe burlan del Hombre la muerte, y las deſdichas, viniendo calladas, porque no ſienta el ruìdo nueſtro penſamiento: al modo que obſervan con ſilencio el canto, y el nido de las Aves los Cazadores. Aſsi oprimen ſubitamente à los incautos, quando entre las ramas de la felicidad eſtavan mas divertidos; pues en todos tiempos nos han enſeñado los ſuceſſos, que los mas de los Paxaros, y de los Hombres mueren cantando como los Ciſnes.

§. II.

IBa creciendo con la calentura el peligro en la Emperatriz, y en todos el ſuſto: hazianſe Rogativas, ſalpicando los Templos, y las Calles con diſciplinas publicas de la Pleve, y de la Nobleza, confundiendoſe la ſangre una con otra, mudandoſe las Parejas,y las Juſtas en Proceſsiones: oìanſe gritos en las Igleſias, y en los Campos, ningun Lugar eſtava eſſento de gemido; y embrabecidos los ojos, paſſava à tempeſtad deſecha el llanto; porque era tiernamente amada de ſus Vaſſallos, transformandolos el amor en Hijos. Pero en el corazon de el Ceſar eſtavan recogidos los ſollozos, que por los labios de todos andavan derramados, haſta que no cupo reprimido el ſentimiento en aquel pecho dilatado, donde cabian ſin embarazo de la reſpiracion dos Mundos: y rompiendo las margenes el dolor, perdiò el decoro à la Mageſtad. Los Marqueſes de Lombay, como los que tenian tan ſingulares motivos para el dolor, gemian atraveſados con un ſentimiento de dos filos: pues miravan à la Emperatriz ſin eſperanza de vida, y al Emperador ſin eſperanza de alivio. Ofreciò el Marquès à Dios ſu vida, y la de todos ſus Hijos, para que recibieſſe tantas victimas inocentes por el ſacrificio de una ſola; pero en los grandes males eſtàn ſordos todos los conſuelos, que por eſſo pierden tantas quexas los deſdichados. Mandò el Ceſar al Marquès, que no ſe apartaſſe de aquella Quadra, donde yazia la Enferma, la qual dava vozes, ſi alguna vez quiſo el Marquès buſcar retiro, en que dilatar ſu Oracion ſolo. Lo miſmo ſucedia à la Marqueſa, que ſe hallava preciſada, no ſolo à ſer continua Enfermera, ſino à no alexarſe el mas breve rato, ni conceder una hora al ſueño. Dichoſo amor,y valimiento aquel, que en la muerte no ſirve al arrepentimiento,ſino al conſuelo! Eſtaban ambos lo mas del tiempo de rodillas, cercando el lecho de la Emperatriz, esforzandola con palabras ſuaviſsimas, y fervoroſas, y exalandoſe todo el amor en lagrimas. Mas aunque el Marquès levantaba à menudo los ojos, rogando con viviſsimo afecto por tan importante vida, y ofreciendo repetidamente en cambio la ſuya; dixo deſpues varias vezes; que nunca avia pedido à Dios eſta merced, ſino debàxo de aquella reverente condicion, ſi fueſſe para ſu mayor gloria, bien de aquella Alma, y de la ſuya; que aſsi limitaba la Providencia ſus ruegos, porque de otra ſuerte ſe hallaria el Cielo bien movido à condeſcender con ellos, por tan vivos, y tan confiados: y quando trazaba la mas alta ſabiduria aquella muerte para tanta dicha del Marquès, era juſto, que movieſſe providamente ſus clamores, para que no pidieſſe ſus miſmos males.

Dexòſe vèr en el ayre à la parte del Occidente ſobre Portugal un ſañudo Cometa, que arraſtraba mas horror, que luz en la cola; y traìa à la muerte en el palido, en el confuſo eſplendor de ſu melena riza. Viòſe al miſmo tiempo atezada la Faz del Sòl, macilenta en funeſto Eclypſe ſu luz,mientras agonizaba en me-

dio

dio de ſu carrera la Emperatriz (ſympatìa de los grandes Aſtros, ò correſpondencia de unos con otros.) Muriò finalmente la Emperatriz Doña Iſabel, Hija del Eſclarecido Rey Don Manuel de Portugal, à primero de Mayo de mil quinientos y treinta y nueve, en Toledo, en las Caſas del Conde de Fuenſalida. Muger verdaderamente varonil en todo, ſino en la hermoſura: flor la mas bèlla, que en tantos ſiglos diò Portugal à Caſtilla; y aora quedò muſtia en el corazon de la Primavera. Sus virtudes ſon mas, que ſus elogios, ſiendo infinitos: tan honeſta, que poco antes de morir rogò tiernamente al Emperador, que ni embalſamaſſe, ni trataſſe ſu Cadaver otra perſona, que la Marqueſa de Lombay. De tan animoſo corazon, que padeciendo acerbos dolores en aquel parto, en que diò à luz à Felipe Segundo, la pidiò la Marqueſa, que ſe quexaſſe un poco, para afloxar al mal las cuerdas, ſi quiera con un ſuſpiro; à que reſpondiò con invencible ſufrimiento en idioma Portuguès: *Morrer ſim; queyxarme, naon.* Mandòſe enterrar con el dichoſo Sayal del Serafin, y rogò ſecretamente al Ceſar: que conduxeſſen ſu Cadaver à Granada los Marqueſes de Lombay. Las demonſtraciones del Emperador en eſta deſgracia, fueron iguales à la perdida, llorando tanto tiempo, y con tanta alma, que ſe conocia bien, que con el amor, y el trato de la Emperatriz, ſe le avia pegado toda la ternura Portugueſa; y ſe retirò algunos dias al Inſigne Convento de la Siſla de San Geronymo, fuera de Toledo. En Palacio andaban todos atonitos tropezando unos en otros: en la Corte, y en todo el Reyno ſe inundaron los ojos; y parece que intentaba la lealtad ciega de ſus Vaſſallos reſucitarla con los bramidos: exclamando los que avian contemplado ſu roſtro, que la muerte huvieſſe entrado ſegunda vez en el Paraìſo.

§. III.

Luego que el ſentimiento dexò libre la reſpiracion al Ceſar, llamò al Marquès de Lombay, y le dixo: que era fuerza conducir luego aquel Cadaver à la Real Capilla de Granada, donde yacian ſus dos grandes Abuelos los Reyes Catholicos: que no debia fiar de otros aquella deſpedazada Joya, ſino del Marquès, y de la Marqueſa; aſsi porque eſta avia ſido la ultima voluntad de la Emperatriz, como porque ſu amor, y lealtad eran ſemejantes à la de aquel bruto, que no ſabe apartarſe de el Cadaver de ſu dueño haſta dexarle ſepultado. Que en premio de eſta fidelidad les ofrecia ſu Real proteccion; y acordò entonzes, que el Marquès fueſſe Mayordomo Mayor de el Principe Don Phelipe, luego que ſe caſaſſe; y ſu Muger Camarera Mayor de la Princeſa. Obedeciò el Marquès con la mas prompta execucion, mirando eſta confianza como la mas alta merced. Encerraron al Cadaver con una Caxa de plomo cubierta de brocado, y metida en una Litera, partiò el Marquès otro dia con la Marqueſa, y algunas Señoras de Honor, diſponiendo la marcha de tanta diverſidad, y multitud con admirable cordura, y preſteza, caminando con grande priſa: y no poco tiempo de noche, porque temian, que no eſtando bien embalſamado el Cadaver (que ſolo avia ungido exteriormente la Marqueſa), y haziendo el tiempo caloroſo, caminaſſe con mas velocidad à la corrupcion. El Doctor Herrera, Magiſtral en la Igleſia de Santander, que fuè algunos años de la Compañia, y anduvo varios caminos con el Santo, afirmava averle oìdo, que ni de dia, ni de noche ſe apartò un inſtante ſolo de el Real cuerpo, para que aſsi el miſmo Marquès fueſſe el teſtigo mas irrefragable para ſu deſengaño. Quien en los Lugares, donde para aquella funeſta Tropa, hazia, que le llevaſſen alguna comida à la Igleſia, donde ſe ponia la Caxa, y de noche ſe quedava tambien por guarda ſuya ſolo con un Cadaver dentro de la Igleſia: gaſtando muchos ratos al piè de la miſma Caxa en Oracion, y en ſuſpiros, no tomando ſueño en cinco, ò ſeis noches, ſino alguna vez, que ſe arrojò en el ſuelo frio de la Igleſia, junto al feretro, para que el ſueño tan vezino al Cadaver ſalieſſe mas perfecta imagen de la muerte, bebiendo tan cerca las ſombras del Original.

En eſte camino, antes de llegar à Granada, ſiendo cerca de el medio dia, quando marchava aquel Exercito preſuroſo, y bien ordenado, à tomar la ſieſta en el Lugar màs vezino: quando el Marquès de Lombay iba con los ojos en el Cadaver, el corazon en el Cielo, y el Cuerpo ſolamente en el Cavallo; viò ſubitamente delante de sì llena de reſplandor à ſu dichoſa Abuela Sor Maria Gabriela, antes Duqueſa, deſpues en la Deſcalcèz de Gandìa, y ſiempre Religioſa, que ſubia veſtida de immortalidad à la Gloria, y en ſu comboy un Eſquadron de

Lu-

Luceros, en que el ayre ardia, y ſe dexava vèr el Firmamento vezino à la Tierra. Acercòſe un poco à ſu Nieto, y con ſemblante amoroſo, le dixo: *Yà es tiempo Hijo, que comiences à ſubir el camino, que Dios tiene aparejado, en que le ſirvas.* Dichas eſtas palabras, empezò ligeramente à romper el viento aquel eſpiritu alado, con el Exercito mas brillante, y mas viſtoſo: esforzava el Marquès los ojos deſlumbrados con reſplandores tan ſubidos, y que aora alexavan yà los objectos: haſta que dexando burlada ſu viſta, ſe emboſcò toda aquella Tropa lucìda en abiſmos de Gloria. Quedò el Marquès aſſombrado con eſte prodigio, fluctuante el corazon entre el gozo, y el miedo, y empezò el ſemblante à padecer algun terremoto. Advirtiò eſta turbacion la Marqueſa, deſpues de aver obſervado, que el Marquès caminava abſorto, y que procurava aora eſconder en los ojos el llanto; llamòle ſecretamente, y le rogava, que la dixeſſe, que nueva congoja era la que padecia? Reſpondiò el Marquès con alguna confuſion: que ſentia no sè que impulſo, que le obligava à preſumir, que huvieſſe ſucedido alguna novedad en Gandìa, y que no podria dezir otra coſa. Luego que ſe apeò en la Poſada, deſpachò un Correo à Gandìa à ſu Tia Sor Franciſca, para reconocer ſi avia ſido iluſion de los ojos, que tal vez ſuelen mentir luz; ò no, ſino favor de el Cielo, para anticiparle la noticia de muerte tan glorioſa, y para alentarle à èl à ſeguir varonilmente las huellas, que le dexava eſtampadas en reſplandor. Bolviò el Expreſſo à Granada con el aviſo de la muerte de ſu Abuela, que avia ſido à la miſma hora, que èl viò ſu Alma ſubir veſtida del Sol àzia la Patria. Eſta aparicion, con otras coſas ſingulares del Padre Franciſco, dexò autenticada la Condeſa de Oſorno Doña Maria Velaſco, Señora de relevante eſpiritu, y muy favorecida de el Santo, afirmando averla oìdo de boca de Sor Franciſca, à quien ſe la avia comunicado ſu meſmo Sobrino. Y por ventura ſe la eſcriviò à hora que deſpachò aquel Correo à la poſta, porque ſe tratavan tan familiarmente eſtas Almas eſcogidas, que diſpenſavan con ellas ſus Leyes inviolables los ſecretos, y mucho mas en eſta ocaſion, en que ſe tratava de la Gloria, de la que era Abuela del Marquès, y Madre de Sor Franciſca de Jesvs: y ſe preguntava ſi era, ò no difunta, con que parece natural, que inſinuaſſe en la Carta la ocaſion deſta pregunta; que de otra ſuerte, tendria todos los viſos de importuna, y de ligera: eſpecialmente embiando un Expreſſo tantas leguas, y de una Poſada ſolo para eſta noticia, quando ſe ſabe, que la virtud nunca ſupo caminar, ſin llevar à ſu mano derecha la diſcrecion.

CAPITULO VI.

ESPANTOSA MUDANZA, QUE causò en el corazon de el Marquès de Lombay, quando abriò la Urna para hazer la entrega en el Panteon Real de Granada.

§. I.

Llegaron à Granada la tarde de el dia ſiete de Mayo: dia ciertamente el mas digno de un temeroſo recuerdo, y de una eſpecial reflexion para los Devotos del Santo. Dia digno de ſeñalarſe, no ſolo con blanca piedra, (aunque fueſſe ocaſion de muerte, en que avia de ſer negra) ſino con la mas precioſa, y aun con el globo de una Eſtrella. Fuè el Marquès à la Real Capilla à conſignar el depoſito, y entregar el Cuerpo en preſencia del Arzobiſpo Don Gaſpar de Avalos, del Venerable Cabildo, de mucha Nobleza, y de immenſo Pueblo, del Capellan Mayor, Notarios, y Teſtigos, que hizieſſen fee publica, y recibieſſen el Juramento, que avia de hazer el Marquès de Lombay, de que era el Real Cadaver de la Emperatriz Doña Iſabel el que les entregava en aquella triſte Urna. Para mayor ſolemnidad deſta ceremonia, y que fueſſe mas juridica, ſe abriò la Caxa para moſtrar el Cadaver de aquella Flor, que en el Mayo avia quedado difunta: llegòſe el Marquès à quitar una tohalla, que cubria el roſtro macilento, y ſe dexò vèr.

O Dios! Y què objecto tan eſpantoſo! Què monſtruo digno de ſer cuydadoſamente atendido! Se dexò vèr el Expectaculo mas horroroſo de quantos por ventura ſe han repreſentado en las tragedias deſte Gran Mundo: Viòſe en ſu miſmo Original la cara del deſengaño, tan terrible, que baſtava à introducir ſuſto, haſta en los marmoles de el Templo. Porque aquel belliſsimo ſemblante, un tiempo tan apacible, que preſumia hazer hermoſa, aun à la miſma muerte, eſtava, no ſolo monſtruoſamente feo con aquèl comun eſtrago, que haze la parca en lo mas hermoſo, ſino de tan horrible fiereza, que à no aver ſido depoſito de una Alma tan juſta, y de cuya

cuya Gloria huvo tantas prendas en la tierra, ſe podria dezir, que ni el Infierno, aunque ſe abrieſſe, repreſentaria en ſus abominaciones objecto mas deteſtable. El excedia mucho mas à los otros Cadaveres en el horror, que antes los avia excedido en la Mageſtad. Los ojos, donde ſe avia recogido la alegria toda, y que veſtian de eſperanzas à Eſpaña, eran dos concabos obſcuros, infame funeſto alvergue de guſanos, que tenian yà el imperio de aquellas dos difuntas Mageſtades: de la boca, y gran parte de la mexilla ſe avia enſeñoreado un animal infame, y ponzoñoſo; nacido para abominacion de los ſentidos; y en fin, Dios avia esforzado ſu Omnipotencia en hazer aquel Cadaver eſpantable à la viſta, para la Converſion, y el prodigioſo deſengaño de un S. Franciſco de Borja. Exalava tan inſufrible corrupcion, que junta con el eſpanto, que cauſava en los ojos aquel terrible monſtruo, lo miſmo fuè mirar al ſemblante deſcubierto, que bolver todos la eſpalda embarazados en ſu miſma fuga: y eſtando preſentes tantos Grandes Vaſſallos, y animoſos, ſe vieron todos deſordenados, y fugitivos, con aquel panico terror, à que no puede reſiſtir toda la lealtad; de ſuerte, que no quedò junto al feretro, ſino ſolo el Marquès de Lombay, en ademàn de admiracion tan atonito, tan elado, que parecia bien otro ſegundo Cadaver, que avia aprendido inſenſibilidad de el primero, còmo que, inficionando el ayre, ſe pegava lo difunto: ò bien coloſo de un Sol apagado, ó bien Eſtatua de marmol colocada al piè de un triſte Sepulchro.

Quedò el Marquès cercano: y caſi unido al ſemblante difunto, inclinada la cabeza algun tanto, levantada en alto la mano dieſtra, con la tohalla, que avia quitado de aquel roſtro denegrido; la ſinieſtra ſobre el borde de la Caxa; fria, y que ſe diſtinguia poco de la que eſtava difunta, y vezina: abiertos con mucha expreſsion los ojos: embargados todos los movimientos, el corazon extatico por algun rato, y ſin que le ſintieſſe latir el pecho, erizado el cabello con el ſuſto; y el que antes hondeava manſamente por el cuello, ſe encreſpò confuſo, deſordenado, y retorcido àzia lo alto, huyendo de mirar aquel aſſombro, como culebra, que ſe enroſca enfurecida, ó aſſuſtada. Quedando por mucho tiempo en aquella natural accion, en que le cogiò el horror de tan aſſombroſa novedad. Eſtavan los demàs temeroſos, aun deſde tan lexos, y aſſombrados no menos, que de aver viſto aquel horrible Eſqueleto, de vèr al Marquès perſeverar immoble tan vezino. Pero èl ſe eſtava fixo, bebiendo à pechos todo el deſengaño, haſta apurar, no yà la ponzoña, ſino la triaca, que en tan funeſto vaſo le dava la Providencia. Allà ſe hablavan confuſamente entre una, y otra tiniebla el Cadaver, el horror, y el Marquès, y palpando ſombras la razon, eſcuchava un oraculo en cada obſcuridad. Fuè aquel un extaſi, en que todo lo ſenſible quedò yerto, lo racional abſorto, y haſta el miſmo deſengaño, para perſuadir mas eloquente, eſtava algo ſuſpenſo, valiendoſe de lo mudo.

§. II.

En eſta ſilencioſa obſcura Region eſtava el Alma de el Marquès de Lombay, quando (como èl referia deſpues entre otros al Duque de Maqueda, Virrey de Navarra) baxò preſuroſo de el Cielo un Relampago inquieto, que hizo amanecer alguna tremula luz dentro de ſu razon: y tràs dèl un Rayo, que deſpues de aver dado repetidas bueltas dentro de ſu entendimiento, ſe penetrò por lo mas interior del pecho, y ſe eſcondiò en el ſeno mas hondo de el eſpiritu; y añadia, que le parecia aver arrojado ſobre ſu Alma uno de ſus Aſtros el Firmamento. Con eſte golpe de luz, y de fuego conociò el laſtimoſo eſtrago, que causò en la Naturaleza la Culpa de el Paraìſo. Viò en aquella corrupcion como en ſu efecto proprio la copia mas parecida del pecado; y reconociò, qual dexaria el ſemblante de el Alma, ſi un efecto ſuyo dexa tan deteſtable el del cuerpo? Viò, que la felicidad difunta es el Cadaver mas deſdichado, que ſe dà à la tierra. Repreſentòſele la vanidad preſumida de la gloria humana; cuya luciente pompa al menor ſoplo buelve en humo la llamarada. Conſiderò la fragilidad de la vida; y que ſu edad, aunque florida, quando eſtuvieſſe mas deſcuydada, ſe transformaria en otro Monſtruo parecido al que atendia: infundiòſele un vivo conocimiento de lo eterno todo, y un deſprecio inexplicable de lo caduco, y le parecia tener delante de ſus ojos en unos, y otros bienes los diamantes, y los vidrios. Cotejava aquel roſtro alhagueño, que avia parecido Fenix de la hermoſura, y riſa de la Naturaleza, haziendo à la Emperatriz la mas famoſa beldad de Europa;

con el borron torpe, que infamava aora ſu ſemblante: mirava la noche fria, y tenebroſa en aquella frente dilatada, que avia ſido la Region de el dia: mirava la nieve aora en ſus manos amarilla, y à trechos obſcura: contemplava, que aquel avia ſido tantos años el Idolo de la Mageſtad, y de la belleza, à quien èl, con dos Orbes, doblava reverente la rodilla, obſervando haſta los ademanes mas breves de ſus ojos para obedecerlos, al modo, que los Aſtrologos obſervan atentos todos los ademanes de los Aſtros, y aora eſtava derribado eſte Idolo en ſu miſmo deſprecio, teniendo por dosèl la abominacion, por Archeros los guſanos, y en vez de liſonjas los horrores mas immundos. De todas eſtas luzes Divinas ſacava un propoſito de bronce en la firmeza, y de cera en la ternura, de no poner en adelante ni una ſola hoja de ſu eſperanza en los Principes de la tierra.

Donde, ò Belliſsima Muger! (razonaba mudamente entre sì) Donde eſtà aquel primer reſplandór, que para hazerſe Monarcha, no neceſsitava de el Cetro, ni de la Corona? En eſte borron ſe muda la mas brillante Joya de la Naturaleza? En eſta funebre Urna ſe eſtrecha la mayor Soberanìa? En tan poca ruìna, en tan vil paveſa la Gran Troya? En carbon tan denegrido una Eſtrella? Y la nieve toda en ceniza negra? Aquella gentil Hermoſura, que era liſonja de la viſta, ſobornando el corazon por ella, aora es miedo formidable de los ojos, y terror de los demàs ſentidos? Aquella Beldad, en cuya fabrica ſe avia paſſado à la Naturaleza toda la phantaſia Luſitana, oy és mucho mas, que eſtrago, y que ruìna? Aquellos ojos, que hazian felizes, ſolo con mirar agradables, oy hazen infelizes ſolo con ſer mirados? Aquella lengua, que articulando una clauſula hazia nacer una dicha, y paſſava à Cedro al mas humilde Chopo, oy eſtà elada en la boca, y puede ſervir de Oraculo à la deſdicha? Què aviendo ſido exemplo en la vida ſu Noble Alma, oy ſu Cadaver ſea eſcandalo de la Naturaleza? Què es eſto? Es eſto verdad, ò es iluſion? Es ſombra, ò realidad, ò lo es todo, que en un Cadaver ſon realidades las ſombras? O theatro engañoſo! O eſperanzas mentidas! O bienes falazes, y traydores, que dais bulto à las apariencias! Y empezando en roſtro apacible de Muger, acabais como monſtruo en un Dragon. O què mal te avia conocido, Mundo ingrato! O como eſtuve ciego! Mas aora eſclarecidos los ojos con eſta tiniebla, yo prometo de hazer tan eſpantoſa penitencia, que aſſombre al Mundo, donde ſe contàre eſte Exemplo: de ſeguir por todos los rumbos, y con todos mis afectos à aquel Sol, que no tiene Ocaſos, y ſervir ſolamente à aquella antigua hermoſura, que nunca ſe marchita. Ay, dezia, y como te ignorava! Ay!

§. III.

Aviendoſe cobrado yà del ſuſto muchos de los fugitivos, y derramados, y viendo extatico al Marquès por tanto tiempo, temiendo, que fueſſe paſmo ocaſionado de el horror, ó embeleſo de el ſuſto, que le embargava el movimiento, ſe acercaron algunos de los mas animoſos, y recatando uno, y otro ſentido, la viſta, y el olfato, tiravan al Marquès de el veſtido, primero con moderacion, y luego con violencia; pero el Marquès tenia lo mas de el Alma fuera de el cuerpo, y era meneſter fuerza, y tiempo para bolver à cobrarla. Davanle vozes, que hazian reſonar con el eſtruendo las Bobedas de la Capilla, y aun ſe eſcuchavan afuera; pero el Marquès tenia allà, y mas allà de sì el penſamiento, y el deſengaño le avia dexado ſordo à los gritos de el Mundo. Haſta que deſpues de varias experiencias, y de aver forcejado con èl, bolviò en sì como atonito, y dando el primer eſperezo el deſengaño, le sacò un ſuſpiro de lo mas profundo de el pecho, y embuelta en èl eſta voz: *Nunca mas, nunca mas ſervir à Señor, que ſe me pueda morir.* Aſsi lo depone en las Informaciones de Valencia un Canonigo de Granada, que ſe hallò preſente aquella tarde en toda eſta tragedia; y añade, que exclamò tambien: *Aſſi muere triſtemente el mas alto Monarcha, como el mas vil Mendigo de la tierra? Pues nunca mas ſervir à Señor, que ſe me pueda morir.* Llevabanle por la mano apartado un poco del feretro, quitandole la tohalla, que arrojaron ſobre el roſtro macilento; pero bolvia muchas vezes à cebar los ojos en el Cadaver eſte Pollo Real, que entre tanta ſombra empezava yà à beber el Sol. Alexavanle mas, y aun deſde alli mirava entre aquella ceniza humear el eſcarmiento, y le parecia, que palpitava caliente en el Cadaver el deſengaño. *Proceſ. Valent. fol. 669.*

Cobrò al fin la atencion, y mirando à una, y otra parte con novedad, como el que avia ſalido de un letargo myſterioſo,

rioſo, apeñas reconocia à los que miraba; porque le parecia averſe mudado todo, deſpues que ſu corazon avia dado tan dificil buelco, como ſi ſe huvieſſe pueſto al rebès dentro del pecho. Y no ſe puede llamar hyperbole de las plumas, que aſſeguran aver hecho mayor mudanza la muerte en el corazon de el Marquès, de la que acabava de hacer en la miſma Emperatriz: porque paſſar un compueſto hermoſo à ſer Cadaver, es movimiento natural, y aun preciſo; pero deſde la Grandeza, y deſde la pompa humana al deſengaño, es un ſalto no menos violento, que deſde alta Mar à la Playa, y aun deſde la Tierra al Cielo. No oſsò el Marquès afirmar con juramento, que fueſſe aquel el Cadaver de la Emperatriz ſu Señora, porque eſtava tan demudado, que tuviera por menos ageno de la verdad, ſi juraſſe, que era otro: y aſsi ſolo jurò, que ſegun el infatigable zelo, y cuydado, con que le avia traìdo, no podia ſer, ſino el Cuerpo de la Emperatriz Doña Iſabel. Acabada ſolemnemente la proteſta, retiraron el Cadaver, y ſolicitaron con nuevos aromas impedir el paſſo à la ruìna, que iba eſtragando con nuevo horror aquella fabrica: abrieron el Cuerpo para embalſamarle, por ſi pudieſſe prevalecer el arte contra la deſdicha, que lo aſſolava todo preſuroſa: bolvieron luego à ſellar la Caxa, y la puſieron à un lado de ſus dos Abuelos los Reyes Catholicos, que avian fabricado à la muerte tan Reales ninchos. Quedò à la phantaſia de el Marquès tan acelerada por largo tiempo, que à qualquiera ſombra dava bulto; teniendo el eſcarmiento repentino la Virtud de aquella yerva, que ſabe alterar la imaginativa, haziendo, que rebuelvan piedras en ella. Y ciertamente, que la de el Marquès entonces eſtava àzia todas partes negra, arraſtrando imaginaciones triſtes por el Alma: la memoria por muchos dias quedò hecha Panteòn de regios Cadaveres, aſsiſtiendo entre tanto Difunto mucho mas vivo el deſengaño. Al retirar la Caxa, y al ſalir el Marquès por la Puerta, bolviò nuevamente la cabeza àzia el ſitio, donde durava aun el melancolico reflexo, como que eſtava enamorado de el eſcarmiento, y queria ſer Giraſol de ùn Aſtro difunto: y ſu penſamiento Mariposa de un Sol funeſto. Perſeverò eſte ſuceſſo tragico caliente en ſu memoria los treinta y tres años, que le durò deſpues la vida, ſin que jamàs experimentaſſe frias aquellas paveſas dentro de el Alma, ni pudieſſe echar de la phantaſia tan triſte macilenta Eſtatua, de quien avia ſido Artifice primoroſo una difunta mano, labrando un immortal eſcarmiento, que tomò ſu firmeza de lo caduco. Pero al ſalir del Templo, y poner el primer piè en el atrio, yà ſe iba reconociendo à sì miſmo, y viò ſin Nubes todo aquel Orizonte, donde rayò el deſengaño.

§. IV.

Retiròſe luego à ſu poſada con la Marqueſa, y demàs familia, porque era yà entrada la noche, quando ſe diò fin à tan funeſta ceremonia, de que ſe avia de ſeguir tanto fruto à la Igleſia, y tantos Exemplos à la Hiſtoria. Diſpuſo con brevedad todas las coſas, para que el ſiguiente dia ſe dieſſe principio à las Reales Exequias, aviendoſe de celebrar por nueve dias ſus Honras. No quiſo cenar, y dexando à la Marqueſa en ſu Quadra, ſe recogiò en otra retirada del comercio de la Caſa: bolviò apreſuradamente la puerta, y al doblar la llave, le pareciò, que cerrava tambien el paſſo à las eſperanzas del Mundo. Eſtava el apoſento lleno de obſcuridad ſin otra luz, que aquella medroſa titubante candela, con que el eſcarmiento allà deſde la razon alumbrava, y le cauſava mas horror eſta llama macilenta, que no la tiniebla miſma. Cayò el Marquès en el ſuelo derribado con el peſo de la imaginacion, y del ſentimiento: y empezaron à deſatarſe por las mexillas las lagrimas, que con el frio de el ſuſto repentino, avian eſtado en ſus ojos eladas, y en el corazon encendidas. Bolviò ſegunda vez la imaginacion à poblar de horror mudo, y de ſoledad aquella Alma: porque deſgreñada la phantaſia, repreſentava con grande viveza aquel Eſqueleto pavoroſo, erizandoſe medroſos los penſamientos, y parece, que ſe eſpeluzava aun la razon con los cabellos. Empezò à ſentir una porfiada lucha, en que batallavan ſus afectos bien à coſta de ſus fuerzas, porque el terreno padecia la furia de los vencedores, y la laſtima de los vencidos. De una parte peleavan las eſperanzas, que ſuſurravan blandamente en ſus orejas, la triſteza, el eſpanto, el amor proprio, y el Mundo: y de otro, ſolo el deſengaño contra tantos Enemigos, en nada cobardes, ſino en ſer muchos. Durò las dos partes de la noche eſta batalla ſangrienta con extraordinaria inquietud, y motin de toda el Alma; y aun del Cuerpo, que padecia intolerable violencia. Haſta que ſobre la mañana ſe fuè declarando

por

por la razon la Victoria, y quedò el eſcarmiento ſeñor del Campo. Entonces lanzando ſuſpiros abraſados, y hallandoſe el Alma à ſi meſma, dezia: Yà no mas, yà no mas adorar engaños, arraſtrando ſombras tras de unas luzes falſas; yà no mas inclinar la cabeza, ni la rodilla à la Eſtatua vana de la pompa: yà no mas ſervir à Principes de la tierra, porque es maldito en el Cielo quien pone en ellos ſu confianza: ſobrado tiempo hemos dado à la vanidad, y à la mentira; guardemos eſta porcion de vida, que me falta, para el deſengaño, que no en vano puſo, ò Gran Dios! tu Divina Providencia tan à mi viſta eſſe Expectaculo laſtimoſo; y por ventura me aviſava, que mi muerte eſtà vezina: un Cometa pavoroſo deſde el Cielo amenazava eſte eſtraño; y eſſe Cadaver quizà es Cometa de el mio. Què firmeza preſume el Valido, ſi cayò el Monarcha, à cuyo tronco eſtava reclinado? Sino reſpeta al Laurèl la colera del rayo, que preſume la Yedra, que arrimada trepava haſta la altura? Ola, cuydado Marquès, que yà ſe acerca el fuego, y la ruìna, pues arde Ucalegòn! O Gran Emperatriz, hermoſa Muger! Tu dignacion, y agrado inſpiraron felicidad en mi valimiento; pero nunca me favoreciſte tanto deſde el tronco, como aora deſde el feretro: O quanto mas intereſſa mi vida en tener privanza con un Cadaver, que con una Corona! O como haſta aqui entre tanto reſplandor pompoſo anduve deſlumbrado! O quanto errè el camino, y quanto me apartè del rumbo àzia el eſcollo! O! ò! què tarde te conocì, Beldad Divina, y què tarde experimentè tu fragilidad, y aun tu horror, Hermoſura humana! Eſſa Urna, donde yazen deſpedazadas tan Nobles prendas, ha de ſer Tumulo tambien de mis eſperanzas, y Real Cuna de mi deſengaño. (por eſſo llamò ſiempre à èſte, el dia de ſu Nacimiento, aviendo renacido de Imperial ceniza à Fenix de la Igleſia) Afuera vanos penſamientos; afuera Idolos, que fabrica en muchos años la liſonja, y en un inſtante los haze Fabula de el Vulgo una ruìna. Quedate, infiel eſperanza, martyrio de ſangre verde, cruel tormento de la vida, quanto es el cordèl mas ſuave. Yo prometo hazer tan grande mudanza en mi vida, como la que acaba de hazer la muerte en eſſa Real hermoſura: harto hemos peligrado en alta Mar: tiempo es yà de tomar orilla en eſſe pedazo de tabla, para beſar la arena, y dàr al Templo de el deſengaño eſta Entena rota.

Entre eſtos afectos, y ſollozos paſsò la ultima Vigilia de la noche, proponiendo mudar rumbo, y dando toda la vela al deſengaño. Llamava en ſocorro ſuyo à Dios, repreſentandole ſu deſeo, y con èl ſu fragilidad; y luego deſtilaron luzes, y favores las Eſtrellas ſobre aquella Alma afligida. Fuè arrebatada ſobre sì miſma, y viò en extaſi de luz el camino, por donde le avia de guiar el deſengaño; y aunque abſorto en los mas profundos myſterios, los interrumpia à vezes con aquellos gritos primeros: *Nunca mas ſervir à Señor, que ſe me pueda morir.* Antes de levantarſe de la tierra de Oracion tan prolixa, que empezò en tempeſtad, y feneciò en calma dichoſa; pactò con Dios, y conſigo meſmo dos coſas: La primera, inſtituìr un nuevo modo de vida perfecta, ſolicitando para eſſe fin retirarſe de la confuſion de la Corte por todos los caminos, que pudieſſe recabar de el Ceſar eſte favor, y vivir para sì ſolo todo el tiempo, que reſpiraſſe. La ſegunda, que ſi alcanzaſſe de dias à la Marqueſa, ſe abrazaria con la Cruz de Chriſto, deſnudandoſe de toda la Grandeza humana: y que ſi fueſſe en edad, que le dexaſſe alguna robuſtèz, ſe retiraria al Puerto de alguna Religion, à vèr deſde la ſeguridad de Tarpeya quemarſe à Roma: y à eſto ſegundo ſe obligò con voto: amarrando el Alma con tan fuerte cadena, deſpues de conſideracion tan dilatada, en que tuvo nueve horas coſida con la tierra la boca, velando ſus armas toda una noche eſte novèl Cavallero, cuya exemplar vida le merecia yà el nombre de Veterano. A eſta roca Sagrada ligò ſu Barquilla, atando con tan fuerte ñudo ſu voluntad à una firmeza; porque el alvedrio ſuele abrir con facilidad la puerta, que avia cerrado à la eſperanza, y à la mentira, que porfiadamente eſtàn llamando, ſino ſe arroja la llave donde no ſe encuentre.

)(✠)(

CAPI-

CAPITULO VII.

REVELA DIOS EN GANDIA eſta milagroſa mudanza del Marquès, al miſmo tiempo, que ſe repreſentava en Granada aquella tragedia. Aparece glorioſa el Alma de la Emperatriz Doña Iſabel. Confirmaſe en ſus propoſitos el Marquès de Lombay, con un admirable Sermon del Apoſtol de Andalucia el Maeſtro Avila. Raros prodigios, que obrò en muchos corazones eſte deſengaño del Marquès; contemplando profundamente en algun Retrato ſuyo.

§. I.

NO era juſto, que el Cielo paſſaſſe en ſilencio tan rara novedad en la Vida del Marquès, quando iba previniendo con vozes otras ſuyas menos admirables. A la miſma hora, y el miſmo dia, que eſtava el Marquès arrimado al Cadaver en la Real Capilla de Granada, atonitos los ojos, y veſtidos de luz los penſamientos: al miſmo tiempo, que el corazon eſtava dando aquella prodigioſa buelta, para la qual era meneſter quebrar las alas pluma á pluma; eſtava el Cielo dando noticia de ſu alegria à la tierra, y ſe moſtravan riſueñas las Eſtrellas à las Flores, y à las Almas. Porque aquella gran ſervidora de Chriſto Sor Franciſca de Jesvs, Tia del Marquès, Abadeſſa en el Monaſterio de Gandìa, tantas vezes iluſtrada con la luz de la Prophecìa; eſtava á la miſma ſazon recogida toda dentro de ſu eſpiritu, quando en rapto portentoſo perdiò tierra, haſta el cuerpo, y ocupando el ayre vezino, fuera de sì toda, y traſportada en la Divinidad, viò con aquellos linzes ojos, para que no ay diſtancia en los objetos, ni en el corazon humano ſenos ocultos; viò diſtinctamente al Marquès ſu Sobrino extatico en Granada junto al feretro con el corazon deſangrado à manos de el eſcarmiento mas cruel, y mas vivo, eſtendidas en Cruz las alas Cadaver dentro del pecho: Viò, que aquel Cuerpo difunto era homicida del Marquès ſu Vaſſallo, dexandole muerto al Mundo, con una de las mas exemplares Converſiones, que la dieſtra Omnipotente obrò en todas las edades. Oyò deſde aquella diſtancia los gemìdos ardientes, que poco deſpues en la ſoledad de ſu apoſento, y de la noche arrojava confuſamente, porque ſe los traìa el viento bien concertados, ſin que perdieſſen ni una ſylaba los ſuſpiros por venir de tan lexos. Viò la altura, á que avia de ſubir brevemente ſu Alma, nacida para las empreſſas arduas de la mas alta Gloria. Viò juntamente ſalir del Purgatorio el Alma de la Emperatriz con la ropa de la immortalidad, aſsiſtida de algunos Angeles, que formavan un alado Eſquadron: aviendo ſido tan exemplar ſu Vida, que no baſtò la muerte à romper los privilegios de Monarcha; y diſponiendo Dios, que ſe publicaſſe eſta gloria, para que no creyeſſe el Vulgo ignorante, que mida las Virtudes por las apariencias; que aquel eſpecial horror podia ſer argumento de un Alma infeliz: y que aquel borròn feo, ò ſobreeſcrito de deſdicha, calaba haſta el Alma; antes bien quedò toda la fealdad en el cuerpo, porque ſe avia recogido al Alma todo lo hermoſo.

Año de 1539.

Pero los mas vivos colores para repreſentar á los ojos eſtos dos myſterios revelados ſon aquellos, con que los dibuja el miſmo pinzèl, que los mirava; y aſsi, pondrè aqui el Capitulo de una Carta, que eſcriviò aora à ſu Sobrino, y llegò en eſtos dias à Granada, para aſſegurar de nuevo al Marques en ſu propoſito, y hazer mayor la herida con renovarla, quando eſtava aun freſco, y vertiendo aun ſangre el deſengaño. Y ſin duda traxo eſta noticia el Expreſſo, que deſpachò el Marquès à Gandìa deſde el camino con aquella pregunta: *Eſtava yo, Hijo de mi Alma,* (dezia en la Carta Sor Franciſca) *el dia de vueſtra Converſion rogando afectuoſamente al Divino Eſpoſo por vueſtra ſalud, pero mucho mas por vueſtra ſalvacion: Y alli os veia eſtar poſtrado à los pies de Chriſto, y que con humildes lagrimas, y gemìdos le pediades perdon de vueſtros pecados; y vì que os dava ſu Divina Mano, y levantandoos en alto, os prometia ſu favor. Dadle gracias, como yo ſe las doy, y ſervidle con mas cuydado, y amor, que yo le ſirvo. De la Santa Emperatriz os quiero tambien dàr alegres nuevas, que por la gracia de nueſtro Señor Religioſas de eſta Caſa hemos viſto ſalir ſu Anima del Purgatorio, y paſſar acompañada de muchos Angeles à la eterna Bienaventuranza.* Fue eſta otra, y no menos viva eſpuela para el corazon del Marquès; ſi neceſsitava de mas eſpuela, quien tan preſuroſamente corria: pues viò eſcritas en el Cielo ſus maximas, y que yà dilatavan à ſu favor las Eſtrellas. Y à la verdad era aquella una revelacion, que quando no eſtuvieſ-

ſe acreditada en la Santidad de tan milagroſa Vida, en el exemplar de otras muy altas, que tuvo aquella Muger prodigioſa: en el Criſol de tantos Varones Sabios, baſtaria el verſe confirmada con el miſmo ſuceſſo en la Converſion de el Marquès, y en ſus circunſtancias, al miſmo tiempo, que iban ſucediendo todas; moviendoſe à un compàs las acciones, y las Prophecìas; pues aquella tempeſtad lumiñoſa, que en Gandìa alumbrava; en Granada heria: la que allá era Relampago, ſolo era aqui tambien Rayo, y fue Trueno ſonoro por todo el Mundo.

Lo mas admirable de eſte deſengaño, fue aver ocaſionado tal mudanza en un pecho Religioſo, donde ni la muerte ſabe introducir ſuſto, ni los acaſos temor violento. Que en una vida licencioſa tuvieſſe tanta fuerza; no era tanto prodigio, aunque ſiempre fuera digno de eſtamparſe en laminas de bronze, y en la immortalidad de la memoria; porque el miſmo guſano, que muerde una conciencia inquieta, ſirve al deſengaño de eſpuela, para herir, y avivar el Alma: ſiendo el eſcarmiento una diferente eſpecie de rayo, que en lo mas fragil hiere con mas violencia, y haze mayor ruìna. Pero que en un corazon juſto, cuyas alas inocentes avian ſido exemplo en la Corte, en el Mar, en la Tierra, y aùn en el Ayre, hizieſſe tan repentino, y tan famoſo eſtrago? Raro prodigio! En que Jupiter moſtrò, que era Omnipotente ſu brazo. Y no paſſarèmos en ſilencio el reparo, de aver ſucedido eſta portentoſa Converſion de el Marquès el año de treinta y nueve; el miſmo, en que confirmò la Compañia en Tiboli la vez primera con un *vivæ vocis Oraculo* el Papa Paulo Tercero. Y aun aquellos miſmos dias, que ſucedia eſta milagroſa mudanza, eſtava el grande Ignacio cercado de luz, y de aliento Divino, formando la armonìa celeſte de ſu Inſtituto en Roma. Y la Providencia le eſtava armando en Eſpaña el mejor Soldado para ſu Compañia. Que aun allà obſervò, no sè quien, el no averſe ceñido Eſpada aquel Capitàn de la Grecia, haſta el dia que ſe rompiò la Guerra en Troya.

Año de 1539.

§. II.

Dilatòſe tanto la fama deſte raro exemplo, acrecentada deſpues con los efectos admirables, que causó en el Marquès la fuerza de aquel deſengaño, que deſearon muchos inveſtigar la cauſa de tan inſolita, y tan eſpantable fiereza en un Cadaver, y de tan execrable corrupcion; ſiendo aſsi, que avia recibido, luego que le dexò el Alma, algun beneficio de el Balſamo, por mano de la Marqueſa de Lombay; que aunque por no averle introducido haſta el ſeno de la muerte, no le preſervaſſe por mucho tiempo incorrupto; con todo eſſo el quedar ungido, y bañado todo en el Balſamo, podria baſtar à detenerle mas que à otro Cadaver vulgar, eſpecialmente en ſeis dias ſolos, y no pudiendo ſer à primeros de Mayo los calores tan exceſsivos; pero no ſe puede indagar la cauſa, ſin ſondar los abyſmos á la Providencia. Don Miguèl Baptiſta de Lanuza, de el Orden de Santiago, de el Conſejo Supremo de Aragon, y Protonotario en los Reynos de aquella Corona, Cavallero, que ſobre el conocido eſplendor, que hondeava en ſus venas, era de ſingular erudicion, y raras noticias, teniendo aquella famoſa Libreria, teatro de las Ciencias, y de las Muſas de Europa, abreviada en la cabeza: En la informacion juridica, que ſe hizo en Madrid, el año de mil y ſeiſcientos y cinquenta, por el Eminentiſsimo Señor Cardenal Moſcoſo, Arzobiſpo de Toledo, para la Canonizacion de el Santo Borja, depone con juramento, que el año de mil ſeiſcientos y quarenta y ocho fue al Eſcurial à reconocer el Cadaver de la Emperatriz Doña Iſabèl, (à donde fue trasladado deſde Granada por ſu Hijo el Señor Rey Phelipe Segundo) anſioſo de vèr, ſi duravan aun en aquel ſemblante algunas formidables reliquias de aquel Monſtruo, que viò San Franciſco, y para ſacar alguna centella de aquel deſengaño; y que hallò de tan horroroſo aſpecto aquel Aſtro, que le faltò el valor todo, y que el corazon violentamente agitado le golpeava el pecho: que reconociendo los mas Cadaveres Reales, y cotejandolos, le pareciò, que aunque el mortal horror eſparcido en tanto ſemblante difunto ſe huvieſſe recogido en uno ſolo, no llegaria al de la Emperatriz, que parecia Monarcha de todos en la fealdad. Que nunca avia viſto, ni imaginado Cadaver tan eſpantoſo; que ni Alexandro le podria obſervar algun tiempo, ſin conocer, no ſolo al miedo, ſino al aſſombro. Deſuerte, que caminando ligeramente en un Cadaver todo àzia la corrupcion, ſolo parece, que quedò en èſte embalſamada la mas monſtruoſa fealdad. Tanto intereſſava la

la

Providencia en la Converſion de el Marquès de Lombay, que para conſeguir tan alto ſin atropellò en la mas florida edad por la vida de la Emperatriz; y luego diſpuſo, que aquel ſemblante, que avia ſido la Region de la hermoſura, paſſaſſe à ſer el centro de la mayor fiereza, y el mas enemigo ſugeto de la viſta. Sacò eſte Cavallero grande fruto de aver contemplado el horror macilento en aquel roſtro difunto: y experimentó, que aun eſtava vivo en ſus ojos anochecidos aquel antiguo deſengaño. Quedò tan movido, y tan devoto de San Franciſco de Borja, que en la miſma depoſicion añade con juramento, que ſiempre que entrava en la Igleſia, donde ſe venera el Cuerpo de eſte exemplar heroyco de Cavalleros deſengañados; Y ſiempre que mirava con atencion alguna Imagen ſuya, ſentia una interior fuerza, y una luz, que le alumbrava, y juntamente le movia al deſprecio de el Mundo; y à deſterrar el vicio, y un amor al exercicio de las Virtudes, como à verdaderos bienes. Y que ſabe, aver cauſado el miſmo efecto ſus Retratos en otros muchos, de quienes lo ha oìdo, ſingularmente de Don Franciſco Moreno Porzèl, Perſona de ſu Caſa, y de todo credito, el qual dezia, que mirando un Retrato de el Santo, que tiene en ſu Libreria eſte Teſtigo, ſentia ſemejantes movimientos, y nuevas iluſtraciones en el Alma. Y es aſsi, que han ſido muchas, y prodigioſas las mudanzas de corazones, que obra Dios por medio de ſus Retratos, eſpecialmente aquellos, donde ſe pinta con eſte deſengaño à los ojos: pues haze eco en la pintura el eſcarmiento, de aver gritado tanto en el Original.

En la miſma informacion, que eſtà toda ſembrada de Milagros, y de luz, depone el Reverendiſsimo Padre Maeſtro Fray Franciſco de Arcos, de la Glorioſa Familia Trinitaria, Predicador de el Rey, Cathedratico de Eſcritura en la Univerſidad de Toledo, y Calificador de el Santo Oficio, Varon igualmente docto, què exemplar, què perſona de mucho credito, por ſu gran juìzio, y por el temor de Dios, que calentava en ſu pecho, le avia comunicado, que entrando un dia en el Colegio antiguo de la Compañia de Jesvs de Salamanca, levantó los ojos àzia un Retrato de San Franciſco de Borja, donde ſe repreſenta mirando el Cadaver de la Emperatriz dentro de la Urna; y que repentinamente avia ſentido un movimiento arrebatado de el corazon en el pecho: y ſe hallò flechado de un ſentimiento tan vivo de ſus culpas, que rompiendoſe la tormenta en lagrimas, ſe avia retirado al punto para diſponerſe à una Confeſsion general de ellas; que hizo luego embuelta en mucho llanto, con notable mudanza de ſu vida, que traìa antes bien derrotada. Y añadia, que bolviò algunas vezes al miſmo ſitio, donde avia encontrado ſu felicidad, y que ſiempre, que bolvia à contemplar el Retrato, ſe le bolvia à inquietar el corazon como por inſtinto, ó por milagro, recordandoſe, de que alli avia quedado otra vez mal herido. Con eſto ſe confirmava de nuevo en aquel dichoſo deſengaño de mudar la rienda à la vida, que avia tenido deſpeñada; y bolava con una ala àzia el dolor, y con otra àzia el agradecimiento, porque conocia deber aquella transformacion, y ſenſible maravilla al influxo de San Franciſco de Borja. Qual ſerìa la violencia de aquel deſengaño padecido, exclamava, ſi en pintura ſolo obrò tan prodigioſo, y repentino eſtrago? O què eficàz! Què vivo fuè aquel Rayo en ſu miſmo Original! Pues hiere, pues arde con bullicioſa inquietud aun en la Copia!

§. III.

AL rayar el dia ocho de Mayo, deſpues de tan tempeſtuoſa noche, en que amaneció ſobre el Marquès de un golpe todo el Sol; empezò à dàr calor en las prevenciones para las Exequias, à que aſsiſtieron los nueve dias el Arzobiſpo, la Cathedral, las Religiones, la Real Audiencia, y la Ciudad junta, y tanto Pueblo foraſtero, y vezino, que ſe conocia bien ſer una miſma la cauſa, que influìa en todos un miſmo ſentimiento. Predicó el dia primero el Padre Maeſtro Juan de Avila, grande Apoſtol de Andalucia, cuya lengua, y cuya pluma fueron dos perpetuos conductos de la gracia, dos Clarines de el Evangelio, por donde articulava fuego el Eſpiritu Santo; uno ſonoro, y otro muſico: Pero uno, y otro eficàz, y violento. Eſtuvo en eſta ocaſion dos horas en el Pulpito, exhortando con mas viveza, y mas alma, que nunca al deſengaño: hablò de la brevedad de la vida, flor delicada, que con ſu miſmo aliento ſe marchita: de lo poco, que ſe debe fiar en el favor de los Principes, cuya gracia, ſobre ſer caduca, porque la muerte la acaba; es tan infiel,

tan mudable como el ayre, con que la fortuna ſopla: de la vanidad de toda la pompa, y ſoberanìa: del deſprecio de la grandeza humana. Paſsò luego à la Eternidad, Region, que piſa el Alma al primer paſſo que dà, ſaliendo deſta vida; ponderò aquellos dos diſtantes extremos, y ſitios, que deben ſer continua materia de nueſtros diſcurſos, y de nueſtros miedos. Parece, que avia eſtudiado el Sermon en el corazon del Marquès de Lombay; que admirado de lo que oìa, penſava, que aquel grande Orador eſtava leyendo deſde aquel ſitio, lo que el deſengaño acabava de eſcrivir en ſu ſeno; y como eſtavan ardiendo aun las cenizas, bolvieron con aquel ſoplo de el Eſpiritu Santo à levantar fuego, que formava bolcanes en ſu pecho. Y bolvieron ſus ojos en publico à ſer prodigos del mas rico teſoro, como ſi fueſſen las primeras aquellas lagrimas de el que avia llorado yà tantas, que ſolo podia llorar las venas. Mas fueron tan prolijas, que en muchos años ningun dia dexaron de entriſtecer ſus ojos: y el llanto, que avia empezado arroyo, con eſtas nuevas avenidas de el deſengaño, y con la continuacion de correr, fuè creciendo à ſer caudaloſo Rio.

Eſte Sermon fuè otro ñudo, que atò nuevamente al Marquès à ſu reſolucion: Saliò atonito, conſiderando, que le avian dado gritos los Cadaveres, las Almas, los Angeles, y los Hombres, conſpirando à ſu Converſion todos los Elementos, à una voz todas las Criaturas, y yà no faltava, ſino que le voceaſſen los Troncos. Dexò deſcanſar de tanta fatiga al Maeſtro Avila, y luego à la tarde le hizo llamar à ſu Poſada: vino aquel ſonante Clarin de la Verdad, y cerrados los dos en una Pieza, le diò el Marquès muy de eſpacio quenta de ſu vida, de los ſuceſſos, y lances della, deſta ultima, y mas perceptible voz de la Providencia, ò yà fueſſe, como èl penſava, de la Juſticia: de los propoſitos, que avia concebido en ſu Alma, de el eſtado de ſus Negocios, Familia, y Hazienda. Rogavale, que dirigieſſe el progreſſo de ſu Vida, que de aquella informe maſſa fabricaſſe el barro, que parecieſſe mas de el agrado de Dios, y de ſu Gloria. Oyò el Maeſtro Avila al Marquès con ſilencio, con ternura, y con admiracion, levantando al Cielo los ojos agradecidos, de que huvieſſe derramado tanta luz ſobre un Alma metida en el corazon de la vanidad; alentòle con razones llenas de fuego, y de eloquencia à emprender el camino, que meditaua: à mirar con todo el zeño de el Entendimiento, lo que llama ciegamente felicidad del Mundo. Y para ordenar con perfeccion ſu Vida en aquel eſtado, mientras Dios no le diſponia otro rumbo, ſe entregaron ambos à mucha Oracion, y penitencias aquellos nueve dias: y deſpues le diò Leyes Santiſsimas, è inſpiradas todas, guardando la proporcion à ſu Grandeza, à ſu eſtado, y à ſus dependencias. Y por ſi acaſo el Emperador no le dava licencia à retirarſe de la Corte, le inſtruyò en el modo, ſiempre mal entendido, y menos practicado, de vivir Religioſo con maſcara de Corteſano, y traer disfrazada la Santidad en trage Palaciego, que fuè lo que tanto celebrò San Gregorio Nazianceno de ſu Grande Hermano Ceſareo. Deſpidieronſe eſtos dos corazones, ſaliendo mutuamente admirados, confundiendoſe cada uno à viſta de el otro; al modo, que quando ſe esfuerza el viento en dos Cedros vezinos, ſe inclinan à porfia uno ol otro las Ramas, y las Copas. Previò en eſta ocaſion el Maeſtro Avila, que deſtinava la gracia à aquel Principe deſengañado, para dechado milagroſo del deſprecio del Mundo, y que aquel deſengaño, que entonces eſtava mudo en los ſilencios de una Urna, y de una noche tenebroſa, avia de bramar deſpues en toda la Igleſia.

CAPITULO VIII.

BUELVE EL MARQUES LLEno de aſſombro à la Corte, y al Palacio: Executa una accion heroyca derribado à los pies de el Almirante de Caſtilla. Pide licencia al Ceſar para retirarſe à Gandìa, y ſe la niega, haziendole Virrey de Cathaluña.

§. I.

PAſſados los nueve dias de tan ſolemnes Honras, en que deſeò el Marquès hazer juntamente el cabo de el Año à ſus eſperanzas difuntas; diò la buelta à la Corte: iba por el Camino embuelto en un continuado aſſombro, que apenas le dexava atencion libre, ſino para el gemido: mirava todas las coſas con aquellos ojos, con que las ſuele regiſtrar, ſin reconocer, el paſmo. Llegò à Toledo, y apeandoſe en Palacio, ſe fuè derechamente à beſar

la

la mano al Emperador, y dàr razon de todo lo que avia pueſto à ſu cuydado. No quiſo pedir la licencia meditada en eſta primera viſita, porque le pareciò ſeria importuna, y que era atropellar las acciones, quando tan nobles deſengaños no ſaben hazer imprudentes, ni groſſeros. Mandòle el Ceſar, que ſe retiraſſe à deſcanſar à ſu Quadra, porque la fatiga del camino, y la zozobra de aquel cuydado avian denegrido ſus ojos, y veſtido de palidèz el roſtro. Pero el Marquès embiò à ſaludar al Gran Almirante de Caſtilla Don Fernando, rogandole, que le ſeñalaſſe lugar, y hora, en que pudieſſe hablarle ſolo, y de eſpacio ſobre una importante materia. Avian tenido los dos, antes de partir el Marquès à Granada, una diſputa en materia Politica, y de el ſervicio del Emperador: punto, en que aquellos dos deſcollados entendimientos ſeguian dictamenes encontrados, propriedad de los grandes Elementos, vivir ſiempre reñidos. Paſsò el zelo à calor, que ſe pudo llamar enojo; y perſuadido aora el Almirante, à que el Marquès eſtava ofendido, ſoſpechava, que queria pedir alguna ſatisfaccion con la Eſpada, y que fueſſe deſafio aquel aviſo diſſimulado en corteſania. Señalò ſitio en la ſoledad de un Campo, donde pudieſſen verſe ſin regiſtro; mas apenas llegò el Marquès de Lombay à viſta de el Almirante, quando ſe arrojò apreſuradamente à ſus pies: y con vozes alternadas con ſuſpiros, regando el Campo con ſus ojos, le pidiò tiernamente perdon de aquel diſguſto paſſado, diziendo, que èl ſolo era el Reo, que ſu ira, y ſu ſinrazon avian ocaſionado aquel enquentro: que admitieſſe con benignidad el ſencillo reconocimiento de ſu error; que eſtava ſeguro de la generoſidad de ſu eſpiritu, que no bolveria ſin el perdon ſu ruego; porque para liſongear la ira de un pecho noble, qualquiera diſculpa humilde es eloquente. Eſtava el Almirante tan confuſo, y aun turbado, que no acertava à levantarle de el ſuelo, porque la admiracion de ſuceſſo tan inopinado, y tan nuevo le avian ſuſpendido: haſta que cobrando atencion, ſe inclinò con amor, y con reſpeto, como à Santo, al que pensò tratar como à Enemigo: Levantòle entre ſus brazos zozobrando mucho llanto los ojos; y atonito de tan profunda humildad, no acabava de deſprenderſe de el Marquès; quando no ignorava, que avia tenido mas parte, en que ſe calentaſſe la diſputa ſu razon, ò ſu viveza. Quedaron deſde entonces eſtrechamente unidos, y el Almirante hecho Clarin facundo de ſus exemplos. Todo eſto depuſo Sor Maria Clara, Abadeſa de las Deſcalzas Reales, Hija de los Señores de Buenache, Marqueſes oy de Palacios, jurando averlo oìdo à las primeras Religioſas de aquel Convento, Parientas de el Santo, à quienes el miſmo Almirante ſe lo avia referido. Y èl es ſuceſſo digniſsimo de ſer ponderado en un Cavallero de veinte y nueve años, hallandoſe ofendido, teniendo un corazon eſpirituoſo, y una complexion toda de fuego; ſolo pierde la eſtrañeza, y la ponderacion, ſi ſe mira à la luz de aquel valiente deſengaño, de cuya punta tenia aun recientes las heridas, y le duraron toda ſu vida ſangrientas las cicatrizes.

§. II.

Andava el Marquès dentro de el Palacio con grande retiro, huyendo haſta la ſombra de qualquiera divertimiento: parece, que avia mudado de ſentidos, porque no guſtava de aquellos objetos, que un tiempo le avian ſido delicioſos; antes le hazian novedad de foraſteros; como que avia llegado nuevamente de Climas remotos, y lo deſconocia todo, ſin que fueſſe baſtante ſu alvedrio à diſsimular ſu deſengaño. No ſe tratava como vivo, ſino como reſucitado, que vè los objetos con otros ojos, y ſin velos; y aſsi repetia deſpues diverſas vezes, que la muerte de la Emperatriz avia ſido para èl reſurreccion, y que avia ganado tanta vida ſu pecho, como la Emperatriz avia perdido. Maxima antigua del Chriſtianiſsimo, que enſeña el Apoſtol, y celebra Tertuliano, con pluma que arrancò à la Feniz de una ala, vivir como reſucitado en la tierra. Aviaſe hecho reparar de el Ceſar, y de todo el Palacio eſte deſuſado retiro, y deſeava el Emperador informarſe deſpacio del miſmo Marquès en eſte punto, porque avia oìdo confuſamente algun eco del eſpanto, que avia cauſado en ſu pecho un roſtro difunto. Ofreciòſe luego ocaſion bien oportuna; porque el Marquès deſpues que avia dexado paſſar algunos dias, eſtando ſolo en el Gavinete de el Emperador, le rogò con las mas eficazes expreſsiones, que le dictaron el deſengaño, y el eſcarmiento, que le dieſſe grata licencia para retirarſe à Gandìa, que eſte era el favor, que con mas anſia le avia pedido en toda

ſu vida, porque deſeava vivir ſoſſegadamente fuera de el bullicio de la Corte: que aunque ſu Palacio era Religioſo, èl ſabìa, que no faltavan en aquellos Mares, aun quando mas tranquilos, Syrenas, y eſcollos; y que èl no era tan Sabio como Ulyſes, para atar al maſtil ſus penſamientos. Que no; atajòle aqui el Ceſar con algun ſobreſalto, y agarrandole por la mano, le mirò al roſtro, (que entonces dexò de ſer macilento) y le dixo: Algunos dias ha, que deſeava mucho ſaber, què eſtraña novedad ha paſſado por Vos, que os obliga à mudar tan ſenſiblemente de rumbo, y andar fugitivo de el comercio, y aora os mueve à querer deſamparar mi Palacio? Aveis experimentado en mi ſemblante algun deſvio, ò en la fortuna algun ceño? Vos no teneis aquella Llave de oro, que os abre la puerta à mi alvedrio? Eſtais por ventura deſconfiado, ò quexoſo? Que yo à lo menos bien sè, que podria formar quexa, de que teniendo Vos algun cuydado, ò ſentimiento, yà que no me buſcaſſeis como Vaſſallo, no os debieſſe ſiquiera una confianza de Amigo.

No eſtoy, Señor, reſpondiò el Marquès, no eſtoy, ni debo eſtar quexoſo, ſino deſengañado. La fortuna (y Vos, que teneis el freno de ella) hizo en mi con los favores, lo que en otros ſuele ocaſionar con los deſdenes: Yo, Señor, eſtoy laſtimado de muy favorecido; y porque no debo callaros, ni mi dolor, ni mi penſamiento, ni mi Alma, os dirè libremente, y ſin empacho, que me tiene aſsi la Emperatriz, mi Señora. Vìla dàr el ultimo gemido en eſſa Quadra de Palacio; vì que ſe cerraron aquellos apacibles ojos, que avian de abrir de una vez los mios. Vì eclypſarſe en eſtas orillas de el Tajo aquellos dos Soles de las Eſpañas: Vì mas, Señor, vì en las Riberas de el Genil, vì; ò como acierto mal à dezir lo que mirè! Y alentandole cuydadoſo el Emperador, para que el llanto no tomaſſe à quenta ſuya la relacion de el ſuceſſo; proſiguiò, enjugando un poco los ojos. Vì aquella tarde, ò noche de la entrega, lo que baſtava para quedar, ò muy ciego, ò muy alumbrado: Vì el Cadaver de aquel miſmo Sol tan negro, tan pavoroſo, tan (dirèlo aſsi) tan corrompida la luz, ſiendo un contagio cada elaxacion, que ſe me quedò el corazon frio, y ſin movimiento; porque la ſangre, que en tan repentino aſſombro acudiò à ſocorrerle, ſe elò en el camino: y ſe quedò el Principe en el pecho ſolo, triſte, cobarde, y mal herido; pero ſocorriòle piadoſo el Cielo, embiando ſobre mi cabeza un globo de luz, que fomentò el corazon, y alumbrò mi diſcurſo, que ſitiado de el horror, y de la obſcuridad, eſtava con dos noches à un tiempo. Si eſte ſuceſſo, Gran Señor, no me movieſſe à piſar el Mundo, y hollar ſus Eſtatuas doradas con el deſprecio, me acreditaria yo de mas inſenſible, que el Cadaver, à quien eſtava mirando atentamente. Ofrecì, pues, acà dentro de mi, aunque entonces me hallava bien fuera de todo lo que ſoy; de ſer muy otro del que he ſido haſta aqui: de no ſer mas Giraſol de Planeta, cuya luz pueda traſmontar, y morir; de ninguno, Señor, de ninguno, y ſi me dais licencia para que lo diga, y para que lo execute aſsi, ni de Vos: Mirad, que dixe mucho, pues en ſolo eſta voz lo dixe todo.

Eſtava ſuſpenſo el Emperador, mientras hablava el Marquès, y obravan inſenſiblemente en ſu pecho el eſcarmiento referido, y el vivo exemplo, que eſtava experimentando; pero todas las razones, que el Marquès repreſentava, hazian mas condiciable ſu aſsiſtencia, y ſu Perſona en Palacio. Solo eſſo, que pedis, reſpondiò el Emperador, os negarè yo, ni aveis de querer Vos, ſe diga de mi en el Reyno, que luego, que os vì deſengañado os apartè de mi valimiento, y aun de mi ſervicio, que no pude ſufrir dentro de mi Palacio un deſengaño, ni quiſe tener à mi lado el exemplo. No negarè, que me dexa edificado reſolucion tan Chriſtiana; pero tampoco podrè negar, que me cauſa alguna eſtrañeza. Vueſtra vida, Marquès, no ha ſido haſta aqui tan derrotada, que neceſsite de curacion tan violenta; ſi en la Flor de vueſtra primera edad, y en el calor de el peligro os ſupiſteis conſervar ileſo en mi Corte, y en mi Palacio, porquè temeis quemar, ò derretir vueſtras alas aora, que mas entrado en deſengaños, y en edad, os vais alexando de el Sol? Dezidme, ſerà mas util vueſtro exemplo aqui donde alumbra à muchos Corteſanos, ò allà en el retiro, adonde ſolo pueda mover los Troncos? Y ſi buſcais deſcanſo, penſais, que ſoſsiega el Alma con mudar de Clima? Penſais, que con los ayres ſe mudan tambien las coſtumbres? Pues aunque nos dizen, que allà al paſſar la linea deſpierta en muchos la razon, que eſtava dormida, ó ſoñolienta, hallandoſe, entre otras minas, un

nue-

nuevo Entendimiento en el Alma; ſabemos, que para las Virtudes, es uno meſmo el Cielo, y ſu influxo en todas partes, y que no pueden mudar de Region en el Mundo, ſino mudando de alvedrio. Fuera de que no hazeis reflexion, de que teneis en Gandìa al Duque vueſtro Padre caſado, ſegunda vez: y no sè (hablando familiarmente con Vos) ſi aunque ſea el Palacio muy capàz, cabreis con tan dilatada Familia, y con la Marqueſa, donde ſobre hallar Padre, y Suegro, aveis de hallar en una Pieza Suegra, y Madraſtra? Y finalmente, aunque ſois Vos el que teneis en mi pecho todo el valimiento, ſon mas valìdos mis Reynos, para cuya utilidad ſois neceſſario: y no he de atropellar yo la utilidad comun por vueſtro particular conſuelo, quando ſolo por atenderla interrumpo tantas vezes el mio. Inſtava el Marquès con lagrimas porfiadas, haſta que con alguna entereza le mandò el Emperador, que no le hablaſſe mas en aquel punto, equivocando en ſeveridad èſte, que era el mas eficàz argumento de ſu amor al Marquès. El qual ſe hallò preciſado à quedar agradecido à lo que le dolìa tanto; y fuè eſta la primera, y la ultima vez, que hallò con ceño aquel roſtro, à quien conſultava la fortuna, y aun entonces huvo de ſer la mas viva ſeña de ſu privanza.

§. III.

Ya que el Marquès no avia logrado el retiro de la Corte, como queria, ſolicitava hallarſe dentro della, para que ſe vieſſen Anacoretas en los Palacios, y eſpiritus ſolitarios en la frequencia de las Cortes. No ſe pudo recabar con èl que aſsiſtieſſe en Palacio al mas honeſto, y mas decente feſtin; no ſalia de caſa, ni à paſſeo, ni à viſita alguna, ſino es, que la urbanidad, ò la obligacion la hizieſſen preciſa; ſolo viſitava los Conventos Religioſos, particularmente de San Juan de los Reyes de Franciſcos Obſervantes, el de San Pedro Martyr de Predicadores, y de nueſtra Señora de Gracia de Padres Aguſtinos; porque en eſtos tres tenia algunos conocidos, en cuyo trato Religioſo hallava mucho conſuelo: y procurava llevar à ſu Caſa cada dia alguna eſpecial ſentencia, que eſtas converſaciones huvieſſe obſervado, para edificar ſu eſpiritu. Pero el Monaſterio, que mas frequentava, era el de la Sisla del Orden Maximo de S. Geronimo, fuera de la Ciudad, porque tenia alli ſu Confeſſor, à quien reſpetava mucho, y le obedecia en todo: teniendo aquella parte de docilidad, que es el caracter de el verdadero eſpiritu, y haziendo flexible la razon àzia el bien, la haze obſtinada contra el mal. Tenia todos los dias tres horas de Oracion retirada, y empleava muchos ratos en Libros devotos. Era Montero Mayor de el Ceſar, y con eſte pretexto, y el de ſu antigua aficion à la Caza, ſalia repetidas vezes por los Campos à la batida de ſus afectos, porque llevava pocos Cazadores, y menos Criados, y ſe alexava de ellos, yà por las mas eſcondidas margenes de el Tajo, donde ſofrenando el Cavallo, y fixos los ojos en el Cielo, ſoltava la rienda à la quietud de ſu ſilencio: yà por los mas eſpeſos Montes de Toledo, donde ſin embarazo dava al ayre gemìdos tiernos, acuſava el deſcuydo de ſus primeros años, y ſe quedava immoble entre la aſpereza, como ſi fueſſe uno de los Troncos mas firmes de aquella Montaña. Diſpertavale tal vez con ſuſto el eco ſonoroſo de la bocina, que agìta los Brutos por los Boſques, y haze robuſta armonìa de la Caza; conſiderava entonces, que en cada paſsion ſuya ſe exponia una Fiera, que perſeguir en aquella Monterìa. Aun quando ſe hallava el Ceſar en la Caza, al tiempo que ſonava en ronca deſtemplada fuga la batida, al tiempo de la mas fiera, y mas dulze batalla, mientras el Ceſar armado yà de el Venablo, yà de la Eſcopeta, enſayava ſu colera, y tenia divertida la mayor parte de el Alma en la atencion de la viſta, entonces hurtava el Marquès el cuerpo, alexando los ſentidos de el guſto, y ſe emboſcava por lo mas emmarañado de el ſitio à combate mas vivo, y mas animoſo. Otras vezes deſeando andar mas fugitivo de los Hombres, ſe iba errante por entre aquellas Arboledas, y Grutas, fatigando el Cavallo con las eſpuelas, la imaginacion con penſamientos triſtes, y el Boſque con algunas quexas.

Paſſados algunos Meſes, y meditando el Ceſar paſſar à Flandes, llamò al Marquès un dia, eſtando en Madrid (adonde la Corte ſe avia paſſado deſde Toledo,) y le dixo, que avia reſuelto condeſcender en parte con ſu guſto, yà que no convenia fueſſe en todo: que ſe retiraſſe de la Corte de Eſpaña; pero no al Eſtado de Gandìa, ſino à empuñar el Baſtòn de Virrey, y Capitàn General en Cathaluña. Afligiòſe ſumamente el Marquès con eſ-

ta propoſicion, eſtrañandola como agena del prudente, y juſtificado dictamen de ſu Mageſtad: quiſo alegar ſus pocos años, y menos experiencias, y el ſer de aquella Corona; pero el Ceſar le hablò tan reſueltamente, que le obligò à doblar la cerviz, aunque con intolerable opreſſion. Comnnicòle ſu jornada à Flandes para caſtigar à los Ganteſes amotinados, dolorido de vèr una ſedicion traydora en el teatro, que le avia dado Cuna. Dixole, que en tan larga, y peligroſa auſencia, y mas aviendo de paſſar deſarmado por la Francia, donde eſtava freſca, y caliente la ſangre, que contra el Rey Franciſco avia ſacado ſu eſtoque, y ſonando aun el ruìdo de las cadenas de oro, en que le avia tenido priſionero, queria dexar à Cathaluña, que era la llave de Eſpaña, en la mas ſegura mano, que ni abrieſſe al Enemigo las Puertas, ni torcieſſe infielmente ſus guardas. Que las Tropas armadas de Vandoleros, que infeſtavan los Caminos, y los Campos, neceſsitavan de un zelo Chriſtiano, y Cavalleroſo, para dàr alguna quietud, y ſeguridad à aquel Principado. Hizole merced de la Encomienda de Reyna de el Orden de Santiago, y le mandò, que bolvieſſe à Toledo à veſtirſe en aquella Ciudad Imperial la inſignia roxa, para que ſobre la renta de la Encomienda pudieſſe deſfrutar en Cathaluña todos los Privilegios, que alli goza eſta Iluſtre Militar Cavalleria. Fuè treze de eſta Orden victorioſa, cuya Eſpada un tiempo roxa con la ſangre enemiga, oy lo eſtà ſolo con el rubor de verſe ocioſa, y à vezes tan indignamente ceñida. Diò el Marquès la buelta à Madrid, deſpues de averſe armado con nuevo eſmalte de Cavallero: diſpuſo la partida con la mayor brevedad, llevando conſigo à la Marqueſa, à ſus Hijos, y à toda ſu Familia, para arrancar de una vez de la Corte todas ſus prendas, yà que avia arrancado antes de ella todas ſus eſperanzas, proponiendo no bolver à tan engañoſo teatro, ſino vinieſſe tan mudado en los veſtidos, como lo eſtava en los penſamientos. Partieron à un tiempo el Emperador, y el
Año de 1539. Marquès por Noviembre del Año de treinta y nueve, el Marquès à Cathaluña, y el Emperador àzia Bayona, donde lo eſperavan los dos Hijos de el Rey de Francia, Enrique, y Carlos Delfin, y Duque de Orliens, y el Grande Condeſtable con quatrocientos Monſiures, la flor de los Nobles, y de los Militares. A breve trecho, deſpues que el Marquès avia ſalido de la Corte, bolviò àzia ella la rienda, y la viſta, deſpidiendoſe, no con dolor, ni con embidia, ſino con laſtima, y perdiendo algunas lagrimas, quando mirò àzia Palacio con el vivo recuerdo, de que aquel nido de la liſonja, y de el deſengaño, avia ſido Caſa de un Sol yà buelto en humo. Pero bolviò luego la cabeza, porque no ſe le quedaſſe en aquel ſitio hecho Eſtatua de Sal el deſengaño.

CAPITULO IX.

SU INFATIGABLE ZELO, y ſu admirable Prudencia en el Virreynato de Cathaluña. Su Generoſidad en ſocorrer à los infelizes, y con grandes Limoſnas à los Pobres.

§. I.

MUcho antes, que el Marquès entraſſe en Cathaluña, avia entrado en Barcelona ſu fama: Eſtava lleno de expectacion aquel Principado, viendo, que en tiempo tan mal ſeguro ſe fiava eſta Puerta de los pocos años, que eran ſolos veinte y nueve cumplidos; lo que daba eſperanzas à algunos, de que podrian vivir licencioſos. Pero en otros cauſava 1539.
contrario efecto aquel miſmo motivo, diſcurriendo, que pues le avia fiado el Emperador aquel peligroſo govierno, ſiendo tan mozo, ſin duda debia eſtàr adornado de unas ſublimes prendas, capazes de ſer igualmente temidas, que amadas: con que eſtava el Vulgo ſuſpenſo entre la eſperanza, y el miedo. Acabadas aquellas primeras ceremonias de ſu entrada, que fuè la mas feſtiva, y la mas ruìdoſa, viendoſe conſtituìdo, no yà ſobre el Trono del govierno de aquel Principado, ſino antes oprimido, porque le contemplava pueſto ſobre ſus ombros, y cabeza, conforme al Texto del Propheta mas culto: *Et factus eſt Principatus ſuper humerum eius*, aplicò todo el animo, y el remedio àzia el mayor peligro. Informòſe de los parages mas infeſtados de Salteadores, de los ſecretos conductos, guaridas, y brazos, que amparavan tantos foragidos: hizo probanza juridica de ſus robos, inſultos, y homicidios. Hallò que era Cabeza de todos un Antonio de la Roca, que ſe intitulava Rey de aquella turba armada, y eſcandaloſa, obediente al ſilvo de ſu cruel Monarca: q̃ aviendo ſalido otros Virreyes con gente armada pa-

Iſai. c. 9. v. 6.

para caſtigar eſta inſolencia, ſe avia reſiſtido valeroſamente Antonio de la Roca, yà eſquadronando ſus Tropas, yà torcidos dieſtramente en caracoles ſus Cavallos, que llevavan en cada arzon dos muertes. Deſuerte, que quedò eſcarmentada la Juſticia, la razon llena de cobardìa, y el Paìs hecho preſa de la violencia. Mas juntando el Marquès muchas Tropas de Gente leal eſcogida, y bien pagada, formò varias Quadrillas, nombrando Cabos en cada una de ellas; y para esforzarlas, ſalìa èl miſmo, yà con unas, yà con otras, ſiendo alma de todas. En las primeras ſalidas huvo diverſas eſcaramuzas, porque los Delinquentes pueſtos en defenſa, peleavan deſeſperadamente por la honra, y por la vida. Iba el Marquès el primero, à vezes con la piſtòla, à vezes con la Eſpada en la mano, abanzando intrepidamente al corazon de el peligro, ſin temerle el que iba armado de la juſticia, y de el reſpeto, alentava à los ſuyos, que con tan animoſo exemplo, cargando valeroſamente ſobre los Enemigos, los derrotaron, dexando en los Montes muchos Cadaveres, y trayendo muchos mas priſioneros, y entre ellos à ſu infeliz Rey, al qual, y à ſus Vaſſallos, por eſtàr yà proceſſados, y llamados en rebeldìa, no diò mas tiempo, que el preciſo para diſponerſe Chriſtianamente con Religioſos, que llamava para eſte miniſterio ſervoroſo; dexando eſtablecido por Decreto ſuyo en todo aquel Principado, que ninguno fueſſe al Suplicio, ſin llevar en ſu aſsiſtencia el fervor, y la piedad de algun Religioſo. (porque antes impelian eſtas victimas à las aras tan ciegamente, que les ocaſionavan dos muertes en una, llevando à los Delinquentes, y à los delitos tambien al cadahalſo.) Luego los hazia conducir à la horca: y mandava, que deſtroncados ſus cuerpos, ſe colgaſſen en varios ſitios publicos, para dividir tambien el eſcarmiento en pedazos.

En una ocaſion iba ſiguiendo la Tropa armada de quarenta y cinco famoſos Vandoleros, que forzados à retirarſe en una Torre, intentaron hazerſe fuertes. Hizo el Marquès traer de Barcelona la Artilleria, y empezò à batir la Torre (cuya Corona dexò aſſolada, para eternizar el eſcarmiento en la ruìna) haſta que los obligò á rendirſe à diſcrecion. Mandò ahorcar luego à los mas facineroſos, echò à Galeras à los Compañeros, y algunos Nobles al cuchillo, cuyos filos no cortan el honor, ni manchan la reſpiracion, que troncan; aterrandoſe con eſtos caſtigos por todas partes los inquietos, de manera, que yà aquellos Paìſes parecian otros, y la paz comenzò à nacer entre las demàs yervas de aquellos Campos. Apenas ſe dava paſſo antes en los Caminos, que no tropezaſſen los ojos con el recuerdo de algun triſte ſuceſſo en un mal eſcrito Epitaphio: los robos eran tantos como los Paſſageros; y el eſtado de aquella Republica era laſtimoſo, qorque el miedo impelia el comercio publico; y aun dentro de las Caſas era meneſter dormir con Centinelas: Los Aſſeſsinos ſe podian contar caſi por los puñales. Mas en pocos dias abriò el Marquès paſſo à la ſeguridad de los Caminos: Bolvieron à frequentarſe los Comercios: Los Montes ſe miravan deſpoblados de foragidos: Embaynaron ſu traìcion los homicidas: Reſpiravan libremente los Moradores en ſus Aldèas, y en ſus Caſas: y entrò la ſerenidad en aquellos climas, reynando en tiempo de el Marquès aquel ſiglo de oro, que las Fabulas atribuyen al reynado de Saturno. Proponiaſe los dos mas Reales dechados, en ſus dos heroycos Abuelos, San Luìs Rey de Francia, y Don Fernando, Rey de Leon, y Caſtilla, en cuyos Reynados floreciò la Juſticia haſta en la Vara mas ſeca. Llamavan rigor, y aun crueldad muchos al zelo del Virrey; pero èl eſtava ſeguro, de que merecia mas el nombre de piedad: pues eran muchas mas las vidas que preſervava con el eſcarmiento, que las que quitava con el caſtigo, ſiendo inocentes aquellas, y eſtas facinoroſas. Dezia, que en ninguna caza avia hallado tanta diverſion, como en eſta, porque le parecia ſalir acompañado de la Juſticia de aquel Rey Supremo, à quien diſponia, y ordenava eſta caza, como Montero Mayor ſuyo. Y aunque ſu Vida eſtava amenazada, èl temia mas qualquiera ligero deſcuydo en ſu obligacion, que la punta alevoſa de un puñal.

§. II.

FUè inexplicable el gozo del Emperador con la noticia deſtas operaciones del Marquès: Eſcriviòle Cartas muy favorecidas, en que enſalzava con elogios encarecidos ſu govierno, promovia ſu zelo; y acabava el Capitulo de una, *Infinitas gracias os rindo de mi parte.* Repitiòlas deſde Flandes, Alemania, Italia, y deſpues bolviendo à Eſpaña, porque cada dia le llegava nueva materia en los aciertos del Virrey para nuevas Cartas con expre-

preſsiones cariñoſas, y agradecidas. Tambien le eſcriviò el Conſejo Supremo de Aragon deſde Madrid en Carta de ſumo honor, ſeñalada toda con elogios, y admiraciones, ofreciendoſe à concurrir con ſu zelo en todas ſus empreſſas. Ofrecieronſe algunas, en que ſe intereſſava mucho el Emperador; y las reſiſtiò abiertamente el Marquès, porque no las hallava tan conformes à los intereſſes de el guſto de Dios, de quien era mucho mas fiel valìdo, ſiendo eſta por ventura la mayor hazaña de ſu govierno. Con todo eſſo no ſacò gota de ſangre de las venas de algun Delinquente, que no exprimieſſe antes de ſu pecho mucho mayor golpe de llanto; y ſolo enjugava ſu compaſsion el ſaber, que era eſte el guſto de Dios. Siempre que avia de firmar ſentencia de muerte, dize el Doctor Herrera, que ſe entrava en ſu Oratorio, y que eſtava mas de quatro horas pidiendo al Cielo la ſalvacion de aquel deſdichado: Y que muchas vezes le era forzoſo enjugar, y reprimir el llanto, por no moſtrar al Pueblo, y à los inſolentes tan compaſsivos los ojos. Guardò firmemente la coſtumbre de mandar dezir treinta Miſſas en el Convento de S. Franciſco por cada uno de los Ajuſticiados, hermanandoſe aſsi la piedad con el rigor. Porque no ſe oponen las Virtudes, y ſaben mandar los afectos lo miſmo que rehuſan llorando los ojos: pues unas miſmas acciones ſon pena, y alegria miradas à diſtintas luzes.

Aviendo arrancado eſta maleza, bolviò todo el conato àzia el Govierno Politico de aquel Principado, implorando continuamente al Cielo, y haziendo dentro de aquel gran Baxèl lo que el Piloto, que al miſmo tiempo pone la mano al governalle, y los ojos en el Norte. Hallavaſe falto de Trigo, y de otros viveres el Principado por la ſuma eſterilidad de aquellos años, y porque haſta entonces avia ceſſado el comercio, como diximos: Padecian la ultima calamidad los Pobres, y llegava la hambre haſta el umbral de los Ricos. El Virrey lleno de ſolicitud, buſcò una ſuma de dinero preſtado, y diſpuſo que ſe ſocorrieſſe por tierra, de la Francia, y por Mar apreſtò varias Embarcaciones, que bolvieron de Inglaterra, de Sicilia, y de otras partes cargadas de mantenimientos, con tanta abundancia, que arribò con ellos la alegria, y la felicidad à los Pueblos; y ſobrò Trigo para ſocorrer los dos Reynos vezinos de Valencia, y Aragon. No acabando de enſalzar todos la providencia de el Virrey, y experimentando en ſu govierno aquel año lleno de felicidades, que eſperavan los Platonicos, en que las Nubes avian de llover dichas ſobre los deſeos.

Daba grata audiencia à los mas humildes, oyendo con increìble manſedumbre ſus porfiadas, y groſſeras fraſſes: conſolando à todos con palabras dulzes, y ſiempre que podia con feliz expedicion en ſus pretenſiones. El ſe moſtrava tan humano, y aun tan rendido, que los que no le conocian, le juzgavan Subdito, ò Vaſſallo, ò por lo menos Compañero; y con eſto ſu ſemblante tenia mucho mas de imàn, que de Señor, ni de Juez. Con tal exemplo de ſu Virrey, y con ſu vigilancia en viſitar los Tribunales, y en obſervar los Juezes, ſe hallaron obligados los demàs Subalternos à dar facil entrada à los mas abatidos, y à deſpachar con brevedad ſus dependencias, ò Pleytos: porque eſtava perſuadido, à que mas daño ſe les hazia en dilatar la ſentencia, que no en que fueſſe contraria. Quando los Oficiales, ò Mercaderes ſe quexavan de que algun Cavallero no les pagaſſe, ò ſu hazienda, ò el ſudor de ſu fatiga, ſino ſe hallava con medios promptos, dava orden el Virrey à ſu Mayordomo, que pagaſſe luego: que, à buen ſeguro, dezia, tendrà mas cuydado eſte Cavallero de cumplir, ſiendo ſu acreedor el Virrey, que no ſiendolo un humilde Oficial. Puſo gran cuydado, en que la Gente de guerra, que paſſava por aquel Principado à la Italia, y la miſma Soldadeſca de Cathaluña, no hizieſſen agravio en el Paìs, poniendo freno en la inſolencia Militar: porque intimò à todos los Cabos, que de qualquiera deſorden de un Soldado, huvieſſe de ſer Reo el Capitàn. Viſitò los Oficios publicos de Eſcrivanos, y Notarios, reformando en ellos muchos abuſos, y poniendo nuevos Miniſtros, que no doblaſſen, ni la Juſticia, ni la Verdad àzia el interès, que ſuele hazer en Aſtrèa las balanzas infieles, y deſiguales. Y el que perſeguia à fuego, y ſangre à los Salteadores por los Campos, y por los Boſques, no queria diſsimularlos en las Ciudades, donde el pretexto de los Oficios publicos ennoblece, y autoriza los robos, quando muda tan poco la eſpecie robar con las Piſtòlas, ò robar con las Plumas, y con las Varas.

§. III.

VIſitò tambien las Eſcuelas de Niños, buſcando Maeſtros Sabios, y zeloſos, y diſponiendo, que ſe les ſeñalaſſen ſa-

ſalarios competentes, y perpetuos: porque mirava eſta enſeñanza como à fuente publica, y de donde debe ſu ſalud la Republica, y ſegundos pechos, à que la juventud ſe cria, ò muy robuſta, ò muy enferma. Diſpuſo, que ſe reformaſſen algunos Monaſterios de Monjas, cuya libertad con viſos de corteſana, le pareciò menos Religioſa, y deſpues con la direccion de San Ignacio conſiguiò mas altamente ſin tan glorioſo; caminando à èl por un rumbo, donde ſe encontrava à cada paſſo con la eſperanza, y nunca con el eſcollo. Eſtendiò ſu zelo al Eſtado Ecleſiaſtico; y ſin introducirſe à la Immunidad de aquel Sagrado, ſupo introducir ſu influxo, y el remedio. Diò la perfeccion, y aun el ſér á la Univerſidad, que avia ideado el Virrey ſu Anteceſſor; y era ruìna, antes de aver ſido fabrica, hoſpedando en decente, y entonces ſumptuoſa Aula à la Sabiduria. Tratò de fortificar à Barcelona, que àzia el Mar eſtava ſin Muralla, à quien ſirvieſſe de foſſo el Mediterraneo: diò las ordenes para la Fabrica, y èl miſmo puſo la primera piedra en el Baluarte de San Franciſco, terror tantas vezes de la Francia, y freno à la oſſadia; y acabò todo aquel lienzo, que corre por la lonja: ſiendo cada Almena una pyramide levantada á ſu memoria, y un coloſo de ſu prudencia.

Fue azote de los eſcandalos: èl los eſpantava, yà con el ſonìdo, yá con el golpe, yà con ſus ojos, pues ſabian los Delinquentes, que eran inviſibles teſtigos, porque ſu cuydado, y ſu zelo le hazian preſente aun adonde no eſtava el cuerpo: coſtandole muchas lagrimas qualquiera delito ageno, temiendo que huvieſſe influìdo en èl ſu deſcuydo, ò ſufrimiento; y qualquiera baybèn de el Navio penſava, que era dormirſe Palinuro, y le caſtigava en sì como proprio. El tuvo todas aquellas partes, que componen un perfecto Governador Chriſtiano, y traſladò de ſus acciones los documentos ſabios, que en eſta materia nos dexò eſcritos en tantas ſolidas Maximas, ſacadas de el dictamen natural de Ariſtoteles, Platon, Seneca, y de la mejor Philoſophia: y mucho mas de la Chriſtiana, de la Sagrada Eſcritura, de San Aguſtin, Santo Thomàs, y San Gregorio, chupando como ſolicita Abeja luz, y dulzura milagroſa de tan diverſas Flores de la Sabiduria: y quien leyere eſte Tratado, hallarà, que cada penſamiento de el Marquès fue una Abeja, y un enxambre toda el Alma.

El fue en Cataluña, lo que Pericles en Grecia; porque ſu prudencia era aquel ſutil eſpiritu, que llaman algunos Philoſofos Alma del Mundo, pues deſde la cabeza de aquel gran cuerpo lo fomentava todo; y adonde no llegava ſu preſencia, llegava ſu influxo, y ſu cuydado. En los Proceſſos, que ſe hizieron en Zaragoza, depuſo el Venerable Arzobiſpo, ſer fama publica, que en el govierno de el Marques reynaron la Juſticia, la Prudencia, y la Templanza; deſterrada la inſolencia, y la malicia; y que le miravan no de otra ſuerte, que ſi el Cielo huvieſſe embiado una Inteligencia à governar aquellos tres años à Cataluña: *Erat publica vox, & fama, quod tempore gubernationis eius, regnabat Juſtitia, Temperantia, & Prudentia; & excluſa erat iniquitas atque malitia; & omnibus communitèr videbatur, Angelum de Cœlo deſcendiſſe ad eos gubernandos.* Eſta es aquella Virtud, que tiene el Principado, y el Cetro de las demàs Virtudes Morales, y no ſale de ſu doſèl, ſino acompañada de toda la Mageſtad en las otras, que ſe le ſugetan obedientes: y ſi alguna vez quieren romper eſte Noble freno, paſſan de Virtudes á Monſtruos, degenerando en vicios: porque la prudencia les ſeñala coto fixo; y ſolo el piſar la raya, ſino es deſobediencia, es exceſſo. Eſte fue el primer moble, que arrebatò al Marquès ſuavemente todas ſus acciones, aun de los años juveniles; y el que aora manejava el Baſton de Cataluña, mereciò tener en ſu Siglo el de la prudencia, pareciendo Oraculo en ſus acciones todas, menos en dàr facilmente, y muy claras las reſpueſtas.

Proceſ. Cæſaraug fol. 6.

Repartia muy grueſſas limoſnas, ſocorriendo frequentemente los Monaſterios, caſando muchas Huerfanas, y diſtribuyendo ſus theſoros con ſabio, y diligente peſo, y con aquella medida, que llaman los Mathematicos regla de oro, y de proporcion, obſervando las calidades, los eſtados, y los medios; y evitando con eſta piedad graves exceſſos, pues experimentava verdadera la ſentencia de Livio, que el ultimo, y mas cruel dardo, que ſabe flechar la deſgracia, es la pobreza: *Ultimum, ac maximum telum eſt neceſſitas.* Propuſo (lo que obſervò fielmente) de nunca negar limoſna, à quien ſe la pidieſſe por Dios, guardando eſte decoroſo reſpeto à la Mageſtad; porque luego, que ſe valìa de aquel aſylo, no ſolo merecia ſer oìdo benignamente, ſino bien deſpachado. Haziendo deſpues alguna reflexion ſobre el infeliz eſtado en que hallò à Cata-

Liv. Decad. 1. l. 4.

ta-

taluña, y la felicidad en que la miraba, daba gracias al Autor de tanta dicha, diziendo, que al entrar por Barcelona, avia viſto entrar tambien por las dos Puertas encontradas de la Ciudad la Juſticia, y la Miſericordia, para abrazarle con el corazon de ella, como las viò el Propheta Rey. Solo añadirè aqui de ſu generoſidad, que con la ſangre Noble fatigada de la pobreza, y de la deſdicha, paſſava ſu mano de ſer vizarra, à ſer prodiga: porque dezia, que una de las mayores calamidades, que puede padecer la Naturaleza humana, es, hallarſe preciſſado un Hombre de honra à mendigar aliento, y à reſpirar à merced agena. Pensò bien el que dixo, que quien tuvo algun lugar en la fortuna, ſi llegare al extremo abatimiento de la pobreza, no puede tener, ſino nueve dias de vida; y es aſsi, porque, ſino pide, à los nueve dias, muere de hambre; y ſi pide, muere de verguenza.

CAPITULO X.

ALTOS MODOS DE ORACION, que yà por eſte tiempo tenia el Virrey; que con guſto de la Marqueſa Doña Leonor, unida en comercios de Angel el amor, y trato conyugal.

§. I.

NO parecia pudieſſe quedar al Marquès atencion deſocupada, que emplear en sì miſmo, el que entregava tanta alma al govierno publico; pero no ignorava, que lo miſmo ſerìa deſcuydar de sì proprio, que fluctuar todo aquel Galeon ſobervio: pues el que rige muchedumbre, y tanta Nave, debe ſer à un tiempo Eſtrella, y Piloto, para que alumbre ſu exemplo lo que manda el Baſton deſde ſu mano. Eſtava perſuadido, à que la mas importante reforma de aquella Republica debia ſer en ſu perſona, y ſus coſtumbres las mas eficazes leyes. Deſde el dia, que ocupò dichoſamente el Sitial en Barcelona, colocò frente de sì una Eſtatua ſorda, dedicada al deſprecio del que ſe llama punto: ſuponia, que avian de morder ſus exercicios devotos aquellos eſpiritus preſumidos de Corteſanos, que no quiſieran en un Principe, ſino el tinte de las Virtudes, que haze politica de la Religion: perſuadidos, à que las devociones fervoroſas, y humildes acobardan los corazones; quando al miſmo tiempo defienden porſiadamente, que no los afemina el amor torpe: como ſi el amor de la Divinidad no arrojaſſe antes el miedo del pecho, y como ſi la Santidad no fueſſe atributo proprio de un Dios.

Frequentava los Sacramentos con eſtrañeza, y caſi con eſcandalo de aquellos Siglos; porque comulgava los Domingos todos, y entre ſemana las Fieſtas grandes, y las que ordenava el Noble eſtatuto de la Cavalleria de Santiago. Pero en ſu Capilla por huir el reparo, ſino los dias ſolemnes, que comulgava en la Catedral, por el buen exemplo, de que era deudor al Pueblo, y à ſu oficio. Cenſuravaſe mucho eſta frequencia, y era el blanco de las lenguas, divididas en facciones encontradas, y ambas defendidas de Varones doctos, para que viendo eſquadronadas en el Campo las Aguilas, no ſe eſtrañaſſe el motin de otras Aves plebeyas, y para que el Vulgo altercaſſe ſobre eſtas materias con buen pretexto. Mas el Virrey comunicava eſte punto, y aun lo mas eſcondido de ſu penſamiento, con dos Hombres Sabios, y Eſpirituales de la Gran Familia de Predicadores, Fray Thomàs de Guzmàn, Orador famoſo, y Theologo acreditado, Provincial entonces de aquella Religioſiſſima Provincia; y el Venerable Fray Juan Michon, de inſigne Santidad, y Confeſſor del Marques el tiempo que fue Virrey. Y aſſegurado con dictamenes tan prudentes, y con la experiencia de el bien, que hallava en ſu Alma, y deſpues de algun tiempo con una Carta de ſu Oraculo San Ignacio de Loyola, que venia à promover eſta frequencia en la Igleſia; ſe burlava de las encontradas opiniones de el Vulgo, y ſe acercava à la Auguſta Meſa, bolando aquel amante corazon acompañado ſiempre de la confianza, y de el reſpeto, con cuyas alas à un Icaro ſe huviera remontado ſeguro, ſin que ſu ruìna hizieſſe famoſa la Ribera de el Mar Icaro: porque ni el Sol las derritè, ni las ſabe enfriar la nieve.

Reſolviòſe el Marqués con mutuo conſentimiento, y guſto de la Marqueſa à vivir en ſu Palacio, ſin que el amor conjugal tuvieſſe otro comercio, que el que tiene un eſpiritu Noble con otro, al modo, que ſe tratan los Angeles en el Cielo: tomando de el mas fino amor aquel lazo, que une las Almas, y divide al miſmo tiempo los cuerpos. Union mas Noble, y mas firme, como de mas alta Eſpecie: pues ſe eſtrecha mas en la diſtancia de los extremos, al modo, que el Cielo ſe

aſſe-

aſſegura en la diſtancia de los Polos. Y poco deſpues por direccion de el Venerable Fray Juan de Texeda ſe ligò uno, y otro alvedrio con la priſion de un voto, donde la pureza tuvo hermoſo nido, y transformò en Religion el Matrimonio. Con eſto dormia el Marquès ſolo en ſitio retirado, y madrugava ſin regiſtro, mucho antes que el dia, al principio à las tres, luego à las dos de la mañana, robando el deſcanſo à los Sentidos, por dàr ſueño à las Potencias: ſin conſentir, que entraſſe à veſtirle, ni à deſpertarle algun Criado, porque no tuvieſſen Teſtigos ſu Oracion, y ſu deſvelo: Poſtravaſe humildemente en el ſuelo con la mayor reverencia, y afecto; los primeros Meſes quatro horas, luego cinco, y poco deſpues ſeis en Oracion mental cada mañana, y encontrava tanta dulzura, y tan ſuaves lagrimas en ella, que parecia aver empezado por lo ſumo, y que fuè ſu falda la Cima del Monte Olympo: ſemejante ſu fervor, y ſu llanto al Nilo, à quien la Antiguedad nunca pudo hallar pequeño, ni deſcubrir que fueſſe Arroyo.

Acabada ſu Oracion, ſe acabava tambien de veſtir para ſalir de ſu Quadra, y paſſava à la de la Marqueſa para ſaludarla; luego oìa devotamente la Miſſa, y deſpues dava publica Audiencia, atendiendo à las obligaciones de ſu govierno, y à algunas de ſu Familia, y Eſtado. Rezava todos los dias las ſiete Horas Canonicas, conſiderando, que era Comendador de Santiago, y que pone eſta obligacion ſu Eſtatuto; guardando con tanta exaccion ſus Leyes, que no olvidava el numero de Oraciones Dominicales, y Ave-Marias, que ſeñala la Regla en cada una de las horas; las quales rezava en ſus Tiempos proprios, moviendo los afectos al compàs de los labios; porque iba juntamente meditando los ſiete Myſterios, que ſon los Paſſos mas tiernos, y mas devotos de la Paſſion de Chriſto, con tanta atencion, y conſuelo, que nunca pudo rebolver eſtos penſamientos con ſerenidad en los ojos, los quales ſe eclypſavan con el Sol al verſe morir, y lloravan Luz.

§. II.

DEſpues de comer, ſe recreava en converſaciones de eſpiritu, que llamava ſu ſoſsiego. A la tarde, el tiempo que le dexavan libre ſus ocupaciones, le empleava en Libros Eſpirituales, oyendo à Dios en ellos, y mirando ſus lineas, como Caracteres de los Oraculos. Tenia en ſu Palacio Muſica Ecleſiaſtica, porque aquella armonìa Sagrada le movia el corazon à ſubir mas alto con ella; eſpecialmente en tan dieſtra phantaſia, y tan bien templada, que hiriendo otro inſtrumento, parece, que reſonava tambien ella: y deſpues diò eſta Muſica à la Igleſia de Gandìa, conſagrando al mas Divino Culto ſu deſtreza. De noche ſe recogia temprano à ſu Apoſento, porque avia dexado las Cenas en eſte tiempo, y tenia aquellas horas deſocupadas para el ſilencio de ſu retiro: Entonces ſu primer exercicio era rezar el Roſario entero de MARIA SANTISSIMA, hincadas las rodillas, meditando los quinze Myſterios, con un Methodo Divino, que ſe hallarà impreſſo entre los demàs Tratados ſuyos; y ſobre cada uno de los Myſterios contemplados hazia tres reflexiones; al modo, que las Abejas ſe rebuelven en torno de los Panales, que han fabricado. La primera, regiſtrando con el diſcurſo el ſingular dòn, que reſplandecia en aquel Myſterio. La ſegunda, confundiendoſe de lo poco, que de èl ſe avia aprovechado. La tercera, para pedir à Dios aquella eſpecial Virtud, que ſe repreſentava en èl. Deſpues hazia examen de ſu Conciencia, recorriendo los empleos de aquel dia, y las horas una à una, y entrando dentro de el Alma aquella luciente Antorcha, que ha de eſcudriñar à Jeruſalèn en el mas terrible Dia; y con ella diviſava haſta los atomos en ſus penſamientos. Apuntava las faltas, que le parecian dignas de exponerſe en la Confeſsion; y de todas ſe reprehendia, y ſe caſtigava con crueldad. Y deſpues, que tratò con los de la Compañia, ſe examinava dos vezes al dia, conforme al uſo de ella: y fuera de eſſo cada hora, que reſonava en el Relox, hazia eſte examen con brevedad, cauſando aquel ſonido un Relampago, que eſclarecia ſu memoria, y purificava ſu Alma. Acabado el examen, y la diſciplina, ſe arrojava duramente ſobre la tierra, y bolvia à ſu Oracion dilatada, y afectuoſa: gran parte de ella conſagrava à ſu confuſsion propria; eſtilo, que obſervò toda la vida, echando tan profundos cimientos para una Fabrica, cuya altura ſe avia de deſcollar ſobre la admiracion; y yà era ſu recinto el deſengaño.

Siendo preciſo dàr algun breve repoſo al cuerpo, pedia devotamente al Angel de ſu Guarda, con quien tenia familiaridad muy tierna, que velaſſe por èl mientras dormia: expreſſavale algunos favores,

vores, que recabaſſe del Cielo, entre tanto, que èl atava con el ſueño el alvedrio: que le guardaſſe en toda pureza aquel rato, en que hazia cadaver la vida. Con eſte penſamiento entregava quatro horas à un duro repoſo aquel cuerpo Noble, y delicado, que avia hallado Cuna entre las delicias, y las roſas; breve parenteſis de la Oracion de la noche, y de la mañana, que no tanto la interrumpia, quanto la ſoſſegava, haziendo aquella pauſa de la Naturaleza punto de armonia en la muſica. Aun no ſatisfizo la ſed con tan dilatada Oracion, y buſcava algunos ratos libres (pedazos del tiempo, que cortava de otras ocupaciones) para emplearlos en eſte ſueño del Alma, y para bolver à encenderla, avivando apreſuradamente las braſas, que avian quedado de la Oracion prolixa. Arrojava continuas ſaetas deſde el pecho al Cielo, tan encendidas, que al ſalir comunicavan al roſtro las llamas: y el miſmo corazon, que las fulminava, era el que las padecia; porque el amor avia hecho, que prendieſſe en ſu eſpiritu un fuego vital, que nunca dexa de arder; y hurtando à menudo la atencion à los negocios, recogia toda el Alma àzia el pecho; y arqueando el corazon, flechava un ſuſpiro.

De la materia, y altura de la Oracion, eſcrivieron difuſamente algunas plumas, y ſe hallarà con mas viveza expreſſada por el miſmo Santo en ſus obras; mas yo aqui tocarè ſolo lo que baſte à medir ſu elevacion, con aquella regla, de que uſan los Aſtronomos, para medir al Sol los grados; reſervando para lugar mas proprio, ſondar con la profundidad la altura à ſu contemplacion prodigioſa. Meditava frequentemente la Paſsion de Chriſto, mojando la phantaſia en aquella ſangre, que guardava ſiempre freſca en ſu memoria: hallava en la Cruz, y en los Myſterios de la Sagrada Humanidad conſuelo inefable, fecunda materia para la meditacion mas fructuoſa, y una llave para entrar facilmente al Seno de la Divinidad; ſubia deſde alli ſu Entendimiento à las Excelencias de el Sèr Divino, trepando la razon arrimada à la Fè, como por el Olmo la Vid; gozandoſe de vèr nadante à la Divinidad en aquel pielago de reſplandor, y de que fueſſen ſuyas tantas glorias, atributos, y riquezas, con mas alegria, y aun codicia de la que tiene un Avariento en rebolver ſus precioſidades, apacentando en los teſoros la viſta, las manos, el corazon, y los diſcurſos. El encontrava golfo en la miſma orilla, y no oſſava hazerſe Mar adentro, haſta que movieſſe ſus Velas el eſpiritu: y entonces ſe dexava impelèr ſuavemente favorecido del viento, navegando con mucha vela, y poco remo. Pero mas adentro, alexandoſe de la orilla, perdia tierra el Alma, y yà no ſe encontrava à sì miſmo; ſumida en aquel abyſmo dichoſo, y naufragando en el miſmo Santelmo. Bolvia à ſurtir el penſamiento, y conſiderava los bienes, que de aquel Occeano aviàn ſalido en tantos Rios de felicidad, y Arroyos de luz: Contemplava los beneficios generales, que avia recibido, y los particulares, y cultos, paſſando por ſu vida deſde los primeros años: y luego baxava haſta el abyſmo de ſu mala correſpondencia, poniendo delante de los ojos eſtos dos lienzos: uno, en que dibujava todos los favores; y otro, en que delineava con borrones ſus ingratitudes: y eſte cotejo le penetrava el eſpiritu, y era intolerable el ſentimiento, que le excitava el dolor de verſe ingrato. Comparavaſe, no ſolo con los hombres mas perdìdos, ſino con los miſmos demonios: y aun en todo el Infierno apenas hallava quien le compitieſſe lo ingrato, no hallando en sì otro caracter de agradecido, que eſte miſmo reconocimiento. Mas porque eſta conſideracion lo acobardava mucho, bolvia à ſubir otra vez à la benignidad de un Dios, cuya paciencia avia moſtrado en èl baſtantemente, que era Infinita, pues en vez de uſar el azote, le avia traìdo àzia sì blandamente; y ſi le avia eſpantado alguna vez, avia ſido con el eſtruendo de ageno golpe, poniendo en ſu cabeza el eſcarmiento, y en otras el eſtrago. Reconocido à eſta merced, ofrecia con verdadera reſignacion à Dios ſu Salud, ſu Muger, ſus Hijos, ſus Eſtados, la Sangre toda de ſus venas, que en tan juſta recompenſa quiſiera deſtilar à gotas. En eſte maravilloſo Circulo, ò Laberinto, ſe rebolvia ſu Oracion, ſubiendo deſde lo mas profundo, haſta lo mas alto; y bolviendo à deſcender deſde las eſpheras al centro: ſiendo ſu eſpiritu agitado, un Baxèl impelido de furioſa tempeſtad, que yà toca las Nubes, y yà beſa las Arenas.

§. III.

§. III.

REgava Dios el corazon del Marquès con frequentes lluvias, que hazian florecer ſus Virtudes: bañava en eſplendor, y en conſuelos aquella Alma inocente deſnuda de otros afectos, y deleytes villanos. Deſpues de Comulgar ſe retirava con tan Noble Hueſped, y experimentava en eſta viſita de el Cielo tan ſenſible regalo, que ſolia dezir, que no trocaria el mas pequeño favor de los que alli ſentia por todos los guſtos de la tierra, aunque ſe juntaſſen ſus felicidades, y deleytes en un Compendio, ò en una Roſa, que fueſſe todo el corazon de la dicha humana. Antes levantados los ojos con muchas lagrimas pendientes de ellos, exclamava: *O vida ſenſual! Què ciega eres, y què vil, ſi te comparo con las delicias del eſpiritu, que ſon influxos de el Cielo! O lo que me laſtiman todos los que eſta Verdad ignoran! Y mucho mas los que la alcanzan; y liſongeados de un falàz bien, yerran, aun para eſta vida el blanco de la felicidad!* Tuvo tan continuo dòn de lagrimas, que nunca viò ſu Oracion ſin ellas; y no perdian lagrima ſus ojos, que no la cobraſſe el Alma en mas gracioſa, y abundante lluvia. Y dexando por aora ſus extaſis, èl ſe hallava en la Oracion tan favorecido, y tan iluſtrado, que avia meneſter dilatar el pecho, para que no reboſaſſe el conſuelo: y le coſtava tanta fuerza arrancar de la Oracion el Alma deſpues de tantas horas, como ſi eſtuvieſſe atada con cadenas. Sucediòle eſtar en algunos regozijos publicos, à que debia aſsiſtir por el Oficio de Virrey: y aun en algunos Saraos, y otros feſtines, tan fuera dellos todo el eſpiritu, que no pudo dàr razon de lo que alli avia paſſado: dexando el cuerpo ſolo como Eſtatua para la authoridad, y el reſpeto; y ſacando el Alma à otra Region muy remota, ſin que la muſica, que tanto le arraſtrava, tuvieſſe fuerza, ni dulzura para entretener un poco la atencion de ſu eſpiritu en los Saraos; porque pulſavan mas armonioſas Citaras al miſmo tiempo ſus Potencias, que confundian, y aun deſacreditavan el compàs de las otras.

Conſideravaſe à vezes entre ſus lagrimas, como en ſu elemento proprio, bañado en la ſangre de ſu Dueño, y prorumpia en dulciſsimas vozes, eſtrañando ſus miſmas felicidades: *Quien ha ſido Poderoſo, Dios mio,* (clamava el Marquès) *para ablandar eſte corazon un tiempo tan endurecido, y caſi obſtinado? Quien pudo hazer eſta mudanza portentoſa, ſino vueſtra piedad, Vara, que ſabe romper fuentes de agua dulze en una roca? Y cuya Sabiduria fabrica miel de la amargura? A Vos ſolo ſea la Gloria, y la confuſion toda mia.* La Noche Buena del año de treinta y nueve eſtuvo ſiete horas continuadas de rodillas con increìble atencion de ſus Potencias: Luego ſe Confeſsò, y recibiendo la Sagrada Euchariſtia, bolviò à proſeguir ſu Oracion con mas anſia, y con la Fè tan viva, que le parecia mirava ſenſiblemente reclinada la Mageſtad en un Peſebre, tremula, y caſi elada la Luz tierna del Amor, y de la Sabiduria. Fuè eſta Noche para el Marquès tan reſplandeciente, que ſe vino à ſus brazos todo el Sol; y dezia deſpues, que deſde eſta Noche avia experimentado en ſu Alma la poderoſa ſuavidad de una inſpiracion Divina, que llama con alhago à la puerta, rompiendo al bronze ſu obſtinacion con la blandura.

§. IV.

POrque hallò tanta dulzura en las Meditaciones de la Paſsion de Chriſto todo aquel año primero, en que ſe le raſgava à trechos el Cielo, ſe perſuadia, à que en la Semana Santa ſe multiplicarian los favores, en la contemplacion de aquellos Myſterios, entonces mas ſenſiblemente repreſentados con las ceremonias de la Igleſia, con los recuerdos funebres de aquella tierna Hiſtoria, que pareciò al Mundo tragedia, y fuè ſu mayor dicha. Con eſta eſperanza entrò en aquel tiempo Sagrado el año de quarenta: y engolfandoſe todo en aquel Mar Bermejo, encallava à cada paſſo: ſecos los ojos, derramados los penſamientos, y ſudando la razon de forcejar con los diſcurſos: porque avia calmado todo el viento, y encontrava una ſerenidad eſteril, que hazia mas tempeſtuoſa la calma. Sus deſolaciones, y ſequedades en aquellos dias fueron terribles, batallando en arena ſeca con ſus imaginaciones, y rodeado de deſdichas en el ſitio, donde ſolia encontrar ſus felicidades; y quedando enſeñado deſde entonces à que ſemejantes lluvias ſon gracioſas, y no quieren ſujetarſe à las diligencias humanas: pues no ſiempre que piden Agua los Campos, y las Mieſes, reſponden las Nubes: ni es juſto que ria, ò llore el Cielo à nueſtro alvedrio. Mucho mas aprendiò à

Año de 1540.

no tener la ſuavidad por blanco de ſu oracion, en la qual el merito no eſtà pendiente del conſuelo, ni lo eſpiritual eſtriva en lo mas ſenſible de el guſto. Llegò la Paſqua, y con ella reſucitò ſu antigua alegria; bolviò à florecer el Alma, y los regalos, que eſtavan detenidos, ſalieron de repreſa todos: La Eſtrella, que ſe avia eſcondido en el viento, bolviò à bañar en claridad ſus ojos, y ſe vieron poblados de luminarias por la victoria paſſada ſus penſamientos.

Obſervava en ſu Oracion algunas leyes, que hizieron eſſempto aquel Baxèl de eſcollos, y de errores. Una era hazer fiel relacion de todo à ſus Padres Eſpirituales, ſin cuyo govierno no hallava rumbo ſin peligro, teniendo aquella claridad humilde de Conciencia tan alabada de la Theologia myſtica. La ſegunda conſiſtia en cuydar mucho, que ſus Meditaciones no eſtrivaſſen en Hiſtorias fingidas, ò dudoſas, que acerca de la Paſsion de Chriſto, y otros Myſterios, eſcrivieron con mas piedad, que fundamento algunas plumas, ſino en las que nos repreſentan las Hiſtorias Sagradas: porque eſtava altamente perſuadido, à que la Voluntad no puede ſacar jugo de un engaño, y que la mentira es mala baſa para fundar piedades en ella. La tercera, que de los favores, que experimentava en la Oracion, ſe confundia, como de un nuevo titulo de ingrato, y quedava temeroſo de ſer engañado, hallandoſe favorecido ſin merito ſuyo: pues favores, que no dexan humildes à las Almas, ò ſon caſtigos verdaderos, ò reſplandores fingidos. Repetia mucho, que una ſecreta preſumpcion es frequentemente la ruina de tantos en la vida Eſpiritual: que alguna vanidad encerrada en el corazon humano, ocaſiona los terremotos, y uracanes, que el viento encerrado en las entrañas de los Montes: y que por eſſo la Oracion debia eſtar defendida deſte recio temporal, y el entendimiento bien pertrechado, ſin permitir otro ayre, que el que ſirvieſſe para el ſuſpiro.

CAPITULO XI.

CRUELES RIGORES, CON QUE ſe afligia, extenuando con aſſombroſo exemplo ſu robuſtèz corpulenta, haſta doblar ſu miſma Piel por el Cuerpo en forma de veſtido, y quedar hecho Penitente Eſtatua de sì proprio.

§. I.

ESta era la armonia, y admirable orden de ſu Vida, concertada deſde el año de quarenta, haziendo de la virtud inſtrumento muſico, y de el rigor melodia. Solo añadirèmos algo mas individual de ſu penitencia, que deſde eſte miſmo año ſe pudo llamar eſpantoſa: y diò bien à entender al Mundo lo que puede un Valiente deſengaño. Comenzò ayunando el Adviento de aquel año conforme al penitente uſo de la Sagrada Religion de San Franciſco, cuyo Còrdon traìa ceñido con raro afecto, como Tercero de el Orden Seraphico. Y aviendo recibido la Noche de Navidad aquel favor, que queda referido en el Capitulo paſſado, ſe reſolviò à dexar las Cenas, y à no guſtar Manjar alguno, ni aun beber Agua, ſino ſolo cada veinte y quatro horas en alguna recompenſa de aquella dignacion Soberana, en que le deſcubrieron los ſecretos, que antes ignorava, y deſpues èl ſolo ſabia. Guardò eſte eſtilo la mayor parte de ſu vida, haſta que en los ultimos años le obligò la obediencia à que tomaſſe alguna colacion ligera. Llegada la Quareſma ſe determinò à obſervar otro Ayuno mas eſtrecho, no comiendo ſino unas yervas, ò unas lantejas, dos toſtadas de Pan, y un Vaſo de Agua, ſin que en eſte orden de comida huvieſſe jamàs mudanza. Hizo lo miſmo la Quareſma ſiguiente de el año de quarenta y uno; y deſeando Año de con anſia eſtrecharſe à mas rigoroſa pe- 1541. nitencia, continuò un año entero el miſmo Ayuno, ſin que ninguna ocaſion, combites, ni ruegos le obligaſſen à guſtar ligeramente otros Manjares mas cultos. Porque deſeava caſtigar en la miſma materia los exceſſos, que dezia aver hecho en Banquetes, y regalos, y de eſta ſuerte le quedava libre todo el tiempo de *S. Leo* la Noche, para regalar en la Oracion ſu *Pap. ſer. 2.* eſpiritu, que ſe alimenta delicadamente *de Ieiun.* del Ayuno, à quien llamò San Leon man- *Decim.* tenimiento de la virtud. Y porque dezia, *men.* que

que era razon enflaquecer el cuerpo ſumamente abultado, para que aquel Gigante ſobervio no le oprimieſſe el eſpiritu; ſiendo aſsi, que le tenia tan ſugeto, que era ſolo un corpulento Eſclavo veſtido ropas de ſeda, y oro.

No era aun eſta penitencia el mayor milagro, ſino el aver de mantenerla à viſta de el Mundo, y à deſpecho de la cenſura, y de el dictamen de tanto Corteſano: porque el Baſton, que empuñava, el Paìs, en que vivia, y ſu miſma grandeza, le preciſavan à tener Meſa eſplendida en Barcelona, à que concurrian ſiempre los principales Cabos, muchos Titulos, y Cavalleros; y era ſin duda admirable expectaculo al Cielo vèr un Grande, Virrey, en floreciente Edad acompañado en la Meſa de toda la flor iluſtre, formando como un Vergèl de la Nobleza Catalana; comer unas ſolas yervas, mientras los Combidados iban guſtando de los platos mas exquiſitos: atropellando por todos los reſpetos humanos, y dando à todos otro mas ſuave, y nuevo plato en ſu diſcrecion, ſazonada con el buen guſto, diſponiendo, que duraſſen las yervas al compàs de las Viandas, y haziendo Tantalo al guſto à viſta de Manjares tan delicados; ſin que la alegria, y las vozes de los brindis, ni la fuga, còn que arrojavan prodigamente Copas quebradizâs, ſaludando al Emperador, y à ſu Virrey, calentaſſe ſu phantaſia en todo un año, para quebrar alguna vez ligeramente ſu propoſito tràs de tanto fragil Vaſo: haziendo la razon ſolo con dezirla, y con celebrarla. Aſsi ſupo el Marquès hazer lugar à la mas rigida abſtinencia en el miſmo centro, y ſitio de la Gula; y ſer Anacoreta entre las mayores delicias; empreſſa mas ardua, que ſerlo en los Deſiertos de las Tebaydas. Pero no ſe admiravan menos de oìr los pretextos de ſalud, y amor à la vida, el deſeo de quitar el cebo al peligro de tan deſmeſurada corpulencia; con que procurava colorar tan rigoroſa dieta: que tambien ſe ciegan à vezes los humildes, penſando deslumbrar con apariencias, que los hazen mas glorioſos: tomando Dios para ſu elogio los miſmos inſtrumentos de ſu confuſion; porque ſi la humildad quiere eſconder otras Virtudes, ſe manifieſta à sì meſma; y aun à ellas las ſuele cubrir mal, pues ſe tranſparenta la luz por la nube herida de el Sol.

Veſtiaſe un ſilicio tan aſpero, que aſſegura el Padre Dionyſio, cauſava horror el vèr èſte, y otros inſtrumentos, que ſiendo Virrey tenia guardados con llave ſecreta para ſu Martyrio. Ademàs de eſto ſe apretava una cinta de hierro à modo de cadena, immediata al cuerpo, con pùas penetrantes, que le afligian mucho: ſin quitarla, como ni el ſilicio, ſino à vezes aquel breve rato, que concedia al ſueño; y las mas noches recoſtava el cuerpo armado con tanto hierro, y parecia Centinela deſcuydada, y mal dormida. Todas las noches tomava una ſangrienta diſciplina, deſpues de examinar la Conciencia: aguardando eſta oportunidad, para tener alguna diſculpa en el rigor cruel, con que ſe tratava, por executarle à viſta de ſus culpas, y con la memoria de ſus yerros. Era copioſa la ſangre, que derramava con tan repetidos duros golpes de la diſciplina; y tenia guardados con los demàs inſtrumentos, algunos paños para tomar la ſangre, cuydando de no dexar en ſu Quadra ningun argumento, ò raſtro de ſu penitencia. Su cama era el ſuelo ſin otra blandura, ni otro abrigo, haziendo con propriedad duro Campo de batalla ſu lecho eſte valeroſo Soldado, y Cavallero de Chriſto, que avia ſuſcitado los Hilariones, y los Antonios, y paſſado las Montañas de Egypto à ſu Palacio, y à ſus ojos el Nilo, el qual hallava Cūna eſcondida en dos fuentes de ſu llanto. En ſu Oracion eſtava ſiempre poſtrado, pegado el ſemblante contra una eſtèra en el ſuelo, mirandoſe como indigno de tener levantado el roſtro, y mucho mas de mirar ſixamente à la Fàz hermoſa de la Divinidad. Succediò golpear repentinamente à ſu puerta por algun acaſo, que pedia ſu providencia, ò ſu caſtigo; y ſalia cenicienta en polvo la boca, los ojos anegados, la frente, y la mexilla ſeñalada profundamente con la eſtèra, que con la fuerza, y la continuacion ſe le imprimia, y ſeñalava los ſulcos en la cara de quien eſtava cultivando el Campo de las Virtudes con ſudor, y fatiga.

§. II.

LA mortificacion de ſus ſentidos fuè uno de ſus mayores Milagros, fugitivo ſiempre de los objectos delicioſos; y ſolicito ſolo de aquellos, que ò cauſavan pena, ò edificavan el Alma con ſu viſta: materia, en que quedan referidos grandes Exemplos, y los lanzes de ſu Vida nos haràn mucho lugar à otros nuevos. Solo excedia à la mortificacion de

ſus ſentidos la de ſus afectos, aviendo declarado en Campaña abierta la guerra à todas ſus paſsiones, y apetitos, ſoblevados contra ſu dueño, ſin dexar nunca las armas de la mano: batallando, porque la razon tuvieſſe el imperio de aquel breve Mundo, y ſe reſtituyeſſe de algun modo al eſtado felìz de el Paraìſo. Diò con ſus victorias à eſte Principe otros tantos Vaſſallos, quantos eran ſus afectos, que ſe moſtravan al principio inſolentes, y revelados: y ſe fatigava, en que haſta los primeros movimientos corrieſſen à merced del alvedrio, ò que por lo menos reconocieſſen algun vaſſallage à eſte dueño abſoluto. Eſtava tan Señor de sì, y de qualquiera paſsion, que no podia dexar de admirarſe la blandura, y manſedumbre, con que ſe portava en los lanzes mas repentinos, entre negociantes porfiados, y à vezes entre ſinrazones, que llegavan, quando pudiera eſtàr agotado el ſufrimiento en negocios prolixos. De ſus rigores penitentes nunca diò otro argumento, que la palidèz de el roſtro, endulzada con la alegria, y afabilidad de el genio: porque queria, que ſu mortificacion fueſſe aquella Roſa, cuyas eſpinas miran ſolo àzia dentro, dexando àzia fuera la fragrancia, y la blandura toda; pues lo contrario fuera ceñir à otros el ſilicio, que laſtimava ſu cuerpo; y el ayuno, que cubre el ſemblante de ceño, tiene algo de ſoſpechoſo, y haze que la mortificacion tenga poco de caridad. El Marquès traìa una Cruz dentro de ſu pecho por clavarſe ſolo en ella; y otra àzia fuera, que ſervia al reſpeto, y à la alegria del veſtido: de ſuerte, que la Cruz, que en ſu ombro era peſo, para los demàs era el alivio. Ni ſolamente eran tan ſuaves los frutos de ſu penitencia à los que tratava, ſino tambien al miſmo, que la padecia: porque recibia con uſura todos los guſtos, que dexava, y el cambio de los martyrios con que ſe afligia, ſiendo la conciencia juſta un perpetuo banquete del Alma: y la penitencia ſemejante al Lotos de Sicilia, cuya raìz es la mas amarga; y dulciſsima la fruta, tanto, que por cogerla aferrando las Naves de Ulyſes en las Playas de aquellos Mares, no aviendo podido las Syrenas detener ſus Proas.

Tan rigoroſo ayuno, y tanta aſpereza de vida hizieron eſtrago laſtimoſo en aquella complexion, aunque robuſta, criada con delicadeza; Y aſsi maltratadas todas las Oficinas de la vida, el eſtomago, el pecho, y la cabeza, ſe le recrecieron enfermedades agudas incurables, y prolixas, que ſolo pudiera aver durado tanto tiempo à fuerza de un continuado Prodigio. Tenia encancerada la boca de eſtàr tantas horas pegada con la tierra, cayeronſe las muelas todas, arruìnadas con fluxiones continuas. Turbòſe el color alegre de ſu ſemblante, obſcurecidas aquellas vivas luzes, que animavan ſus Perfecciones: El pecho debilitado, el calor natural perdido, ocupando ſu lugar el yelo, de modo, que paſſado el año de tan eſtrecho ayuno, no podia digerir ningun alimento, ni aun recibirlo, porque bolvia à lanzarle luego, con anſias, y mortales congojas, coſtandole cada dia cerca de dos horas, en que dava arcadas tan violentas, que parecia peligrar en las ultimas agonìas, con laſtima de todos, y con eſpanto de los Medicos, que aſſeguravan no aver leìdo, ni experimentado ſemejante eſpecie de mal tan prolixo, y tan violento. Varias vezes por los caminos en las Poſadas inquietaron los Hueſpedes turbulentamente el ſueño, y el ſilencio de la noche, oyendo el rigor de eſtas anſias, que penſavan ſer las poſtreras, y llamavan à los que venian en ſu compañia para que le confeſſaſſen, y aſsiſtieſſen en aquella hora. Porque no ſabian, que el Martyrio del Marquès avia de ſer ſemejante al de aquellos cuerpos, que viven muchos dias en la Cruz; y que eſtava deſtinado à una nueva eſpecie de tiranìa, donde el Verdugo es, el que dilata la vida.

§. III.

ENflaqueciòſe tanto aquel Jayan cuerpo, que ſe tranformò en Gigante membrado en palido eſqueleto; antes era meneſter abrir en la Meſa un circulo eſpacioſo, donde poder introducirſe para comer ſentado à ella; y deſpues parecia aquella imagen triſte, en que nos repreſentan los pinzèles con alguna viveza la muerte. Quando entrò en Cataluña, dize el Padre Pedro Domenek, que ſe hallò en aquel feſtivo aparato, y ſolemne recibimiento; que venia fatigando un Cavallo feròz, hermoſeado con el mas rico jaèz; y que ſu corpulencia era tanta, que cubria todo el arzon: pero deſpues ſe reduxo la ſolidèz de aquella maquina à una profunda ruìna, vacìa de todo, ſino de males crueles; porque con uno de los mas eſtraños Exemplos, que ſe eſcuchan en las Hiſtorias de los Santos, y Varones penitentes en los Deſiertos, quedò tan extenuado, que con ſu miſma piel, dobla-

va

va al principio media vara ſobre el eſtomago, reſtituyendole en eſte abrigo lo que tiranamente le avia uſurpado; y deſpues dava buelta enteramente por el cuerpo haſta bolver al ſitio, de donde avia ſalido, en circulo perfecto: abultando aſsi con lo miſmo que enflaquecia; y ſirviendo de veſtido artificial el cuerpo al cuerpo; porque ſe armava de sì proprio con eſte pèto, mejor que Hercules con la piel de Leon, ni que el miſmo Marquès en otro tiempo con tanto limpio azero. El ſupo ſer Artifice primoroſo, para labrar en ſu miſmo cuerpo una Eſtatua penitente, y una imagen viva, que ni el ſinzèl, ni el burìl oſſaron idearla; y yà que no mereciò lo que tanto deſeava, de que vivo le arrancaſſen la piel, como al Divino Apoſtol Bartolomè, cuya copia mirava con ternura, y ſingular amor; quiſo remedar ſu Martyrio, ſiendo el paciente, y el verdugo, deſnudandoſe de tanta, y tan viva porcion de sì meſmo; y renovando con la penitencia ſu cuerpo, y ſu eſpiritu, al modo que la culebra ſu tunica eſcamoroſa. Añade el Padre Dionyſio Vazquez, que parecia piel de un cuerpo embalſamado, con muchos Siglos de difunto: Efecto al fin del deſengaño de un Cadaver mal ũngido.

CAPITULO XII.

DESCUBRE EL CIELO LA EMInente Cumbre de Santidad, à que iba ſubiendo el Marquès: Trahe à ſu Palacio, y à ſu Compañia al Venerable Fray Juan de Texeda, de cuyas glorias ſe trata; y à quien deſcubriò el Cielo toda la Perfeccion, à que deſtinava al Santo Borja.

§. I.

EStava empeñada la Providencia, en que no avia de executar el Marquès accion glorioſa, que no fueſſe antes prevenida, y que el Cielo con alguna voz no la hizieſſe ruidoſa: tomando ſiempre inſtrumentos proporcionados; que por el exemplo de ſu Vida pudieſſen ſer creìdos. Entre otros fuè uno, y el mas ſonoro el Venerable Fray Juan de Texeda, del Orden Seraphico, cuya inſigne Santidad, eſpiritu prophetico, y raptos prodigioſos, fueron aſſumpto de la admiracion en aquellos tiempos, y aviendo vivido en el Palacio del Marquès con licencia de ſu General, aviendo eſtado tantos años en ſu Compañia con la comunicacion mas eſtrecha: aviendo tenido las Revelaciones mas ſublimes acerca de la Santidad, y ſuceſſos de la Vida de San Franciſco de Borja: y al fin aviendo vivido dentro de la Compañia tantos años como ſujeto della, à quien ſolo el trage diferenciava; no debe paſſar ſin algun elogio en eſta Hiſtoria, como parte tan Noble de ella, eſpecialmente, aviendo tambien ſido el principal inſtrumento, por donde declarò Dios al Marquès ſer de ſu mayor agrado, que abrazaſſe nueſtro Inſtituto. Pero avrè de reducir ſus hazañas, y ſus grandezas à pequeño Mapa, formando delgadamente ſus lineas la pluma: à modo de quien forma un breve elogio en un Epitaphio ſobre la Urna, que eſtrecha toda una fama à menos ſitio aun del que ocupa la ceniza.

Su Patria fuè Serrejòn, Pueblo de la Eſtremadura, tuvo Cuna honrada, y aun luſtroſa. Siendo yà Joven, y bien diſpueſto, de un corazon valiente, que ſe movia con inquietud, y ferocidad, como ſi ſu pecho fueſſe cueva de un Leon; ſucediò la muerte de ſu Padre, que le diò un Enemigo alevoſamente, dexandole rebolcado en sì meſmo. Armaronſe ſus Hijos, que eran todos esforzados, para ſacrificar las venas del matador à las cenizas del muerto, en vez de aliviarle con algun ſufragio: Tropezò primero al homicida uno de los otros Hermanos, y eſtava cebando en ſu pecho la colera, y la Eſpada, quando llegò preſuroſo Juan de Texeda con el eſtoque deſnudo; pero no hallò yà vida que quitar al matador de ſu Padre, porque yà hazia victima de el otro Hijo, y palpitava falto de ſangre el cuerpo, qual Pèz en las arenas con pocas olas. Por eſto ſe ſaliò fugitivo de ſu Patria, corriendo ciegamente ſin rumbo, ni Piloto; haſta que en Xerèz de la Frontera hallò ocaſion de ſervir de Mayordomo à un Cavallero, que ſe pagò de aquel deſgarro varonìl, y de aquel Noble eſpiritu, que ſe eſconde mal en qualquiera trage, y en qualquier fortuna. Tuvo en Xerèz algunas ocaſiones, en que luzir ſu Eſpada, y la generoſidad de ſu ira; porque viendo caìdo à ſus pies el que avia buſcado con el eſtoque deſembaynado, le perdonò compaſsivo, dandole la vida junta con la mano para alzarle de el ſuelo. Y aun antes de ſalir de ſu Patria, tropezando un dia, que iba acompañado de ſus Hermanos, à ſu mortal Enemigo, guarecido à la ſombra de otro, ſiendo dificil matar al culpado, ſin

que peligraſſe el inocente pecho; ſe puſo en medio abatiendo con brio, y con imperio las Eſpadas de los ſuyos, para que no ſe manchaſſen en las venas de ambos: queriendo que ſu azero, y ſu enojo tuvieſſen atenciones de rayo, que no hiere en la yedra arrimada, por no perder el reſpeto al Laurèl.

§. II.

ESta generoſidad moviò ſin duda el corazon de Dios, à que le perdonaſſe los deſordenes de ſu primera Edad, y à que dieſſe la mano al que eſtava profundamente caìdo. Caminava un dia àzia un Lugar diſtante de Xerèz, à cobrar unas rentas de ſu Amo: iba ſolo por un Monte poblado de maleza, penſando en el rigor de ſu fortuna, que le obligava à arraſtrar la vida; y haziendola mas triſte con ſu memoria (cruel verdugo de un deſdichado) quando oyò una voz entre terrible, y amoroſa, que le dezia: *Juan donde vàs*? Parò el Cavallo, y el penſamiento, y conociò à ſu Redemptor Glorioſo, primero por el oìdo, y deſpues por los ojos, que ſino cegaron de abundancia de luzes, cegaron de abundancia de lagrimas; y èſta fuè la primera venda, que le puſo el amor en la viſta. Pues ſin aver caìdo en el ſuelo, ſe levantò como Saulo, y bolviò à Xerèz, reſuelto à tratar al Mundo, como èl le avia tratado: y à diſponer una mudanza de coſtumbres, que ſalpicaſſe en llanto, y en ſangre los Campos, y los Montes. Llegò à Xerèz, y deſpues de averſe Confeſſado con agudo ſentimiento, ſaliò por las Calles caſi deſnudo con un Crucifixo en la mano, para que atendieſſen al que avia ſido el eſcandalo, ò como muy arrepentido, ò como muy loco. Deſeò tambien ſatisfacer à los eſcandalos, que ſu vida avia ocaſionado en ſu Patria; y ſaliendo de Xerèz, ſe le ofreciò à la viſta en el campo el comun Enemigo transformado en Toro, que amenazava con las puntas, y aterrava con el bramìdo; quiſo bolver la eſpalda, quando eſcuchò una voz ſonora, que le animava à bolver el roſtro, y hazer cara à ſu Enemigo; bolviò esforzadamente, y viò luego deſvanecido aquel aſſombro armado; quedando advertido, de que aquel monſtruo ſolo es valiente con los cobardes; y que ſiempre vence, quien le reſiſte. En el miſmo camino ſe le repreſentò un Pavellòn orleado de ſeda, y oro, à modo de Tienda de Campaña, que le cubria de mageſtad, y de ſobervia, y luego ſe deſvanecia en mucho humo, y alguna llama. Oyò entonces ſenſiblemente, que ſe le dezia aver ſido aquella ſu altivèz preſumida, y ſus penſamientos llenos de vanidad, yà deſvanecidos con un rayo de luz, y ſemejantes à unas Montañas, que ſuele formar la Niebla, que un menudo rayo de el Sol las buelve ruìna; y el que parecia monte ſolido, à breve rato es un teatro vacìo: montes al fin de apariencia, que ſon mentira de los ojos, y tramoya de la phantaſia.

Llegò à Serrejòn, y en un ſitio dos leguas diſtante de aquel Pueblo, adonde ſu Hermano con la Eſpada, y èl con el deſeo, y con el amago avian muerto à ſu infeliz Enemigo, labrò una pequeña choza, ſegun la forma de los Antiguos Anacoretas: alli viviò dos años tan penitentes, y tan exemplares, que hizieron mucha mas novedad de la que ha meneſter una grande admiracion. El ſueño no paſſava de dos horas; mal ſentado en la concabidad de una Peña, reclinada la cabeza en tan dura almohada: tenia por lo menos onze horas de Oracion cada dia: ſu comida era ſolo Pan mojado en Agua caliente, y en ſus lagrimas: bebìa Agua ſolamente; pero en tan poca cantidad, que mas engañava, que ſatisfacìa la ſed. La aſpereza de ſus rigores fuè eſpantoſa, y no pudiera ſer imitada de alguno ſin conocido impulſo del Eſpiritu Santo. Guardò ſiempre eſte miſmo tenor de vida; menos en la Oracion, que deſpues era mas dilatada. En aquella ſoledad le deſcubriò Dios la precioſa tela, que tramava de ſu vida; y fuè iluſtrado con elevaciones Soberanas, que aunque no quedaron todas eſcondidas entre las breñas, no caben en la brevedad de eſta narracion. Paſſado eſte primer Noviciado de ſu eſpiritu, deſeoſo de aſſegurarſe en el Eſtado Religioſo, y teniendo prendas del Cielo, ſe fuè à Belvis, Monaſterio de Franciſcos Deſcalzos en el Campo de Arazuelo, donde fuè recibido para Lego; antes de acabar el Noviciado, le inſpirò Dios, que partieſſe à Cataluña, deſcubriendole la tormenta, que le eſperava en Barcelona; alexandole aſsi de ſu Patria, y acercandole al corazon de San Franciſco de Borja, que era yà Virrey de Cataluña. Caminò con tanta velocidad, que en dia, y medio anduvo mas de ciento y treinta leguas, anticipandoſele al cuerpo fragil el dote de agilidad. Llegò à Barcelona, y fuè recibido en el Seraphico Convento de la Obſervancia, à quienes llamavan de JESUS en aquella Provincia.

En-

Encomendaronle entre otros Oficios el de Hortelano, donde ſu afán continuo junto con ſu abſtinencia, y con ſu rigor parecieron crueldad; y apenas huvo flor, que ſu ſangre no bolvieſſe en clavèl. A las onze horas de Oracion añadiò docientas Genuflexiones cada dia ante la Mageſtad Suprema, y ſe admirava en èl un Hombre extatico, que vìvia ſin comida, ni ſueño. Aqui fuè tenido por loco mucho tiempo, ſiendo de un Entendimiento claro: porque parecia inſenſibilidad ſu ſilencio, y èl miſmo ſe fingia inſenſato, no ſe diſtinguiendo en la apariencia de uno de aquellos troncos de ſu Huerto, ſino en que ſe movia. Deſeava imitar el exemplo de San Simeon de Emeſa, que fingiò aquella dichoſa, y voluntaria locura, que ſabe poner la mas alta razon en conſonancia: y lo que ſuele ſer deſorden de la imaginacion, era concierto admirable de la voluntad, adonde ſe avia paſſado el juizio; que herir tal vez induſtrioſamente el inſtrumento para que ſuene à deſtemplado, ſuele ſer phantaſia de el plectro.

En eſte eſtado, y abatimiento llegò à padecer el ultimo deſprecio, y todas las ſinrazones, tratandole muchos como à juguete de ſus ocioſidades: iban à la Huerta algunos mozos de los que ſervian la Caſa, y otros de afuera, y ſe burlavan peſadamente con ſu ſencillez, y ſufrimiento: Davanle muchos palos, y otros golpes fuertes: amarravanle al tronco de un Arbol, y le azotavan furioſamente, para vèr ſi podian ſacar una quexa, ò un gemido à ſu mudo ſufrimiento; y era mas facil ſacar una voz doloroſa al tronco, à que eſtava atado; dexavanle rendido en el ſuelo, ſin alcanzar baſtante reſpiracion el pecho, y no pudiera aver vivido ſin muy particular ſocorro del Cielo, como depone ſu immediato Sobrino el Padre Rafael Texeda Jeſuìta, de cuya depoſicion nos valèmos para eſta Hiſtoria, aviendoſe hallado preſente à los mas de los ſuceſſos de ſu Vida. Haſta que los prodigios, y los extaſis, en que le hallaron arrebatado ſobre el viento, mudaron en veneracion el deſprecio. Llegò à la Viſita de aquel Convento el Comiſſario General, que deſcubriendo la precioſa mina, que en aquel Sayal humilde ſe ocultava, le puſo obediencia, para que le contaſſe ſu Converſion milagroſa, y las coſas mas altas, que huvieſſen paſſado por ſu Vida: y eſte Gran Prelado le diò à conocer, y à eſtimar en toda Cataluña. Viſitò un dia al Virrey, y le diò noticia de el teſoro eſcondido, que ſe avia hallado en la Huerta de ſu Convento; rogòle el Marquès, que le embiaſſe à ſu Palacio; pero no fuè meneſter, porque llegò luego traìdo de mas ſuperior impulſo. Y deſpues de larga conferencia, y de averſele revelado los deſtinos, à que guiava al Marquès la providencia, recabò del Comiſſario, que le dexaſſe vivir en ſu compañia; lo que hizo el Comiſſario no ſin violencia, porque le tenia eſcogido para Compañero ſuyo. Y para aſſegurar mas eſta Joya en ſu Palacio, deſpues de aver confirmado repetidas vezes la licencia de traerle conſigo, la ſacò ultimamente del Papa, para que ni los Viſitadores, ni los Generales, que ſucedieſſen, fueſſen arbitros de arrancar eſte conſuelo de ſu compañia.

Tratava con èl familiarmente todas las coſas de ſu Alma; y conociendo los talentos ſuperiores, que aquel eſpiritu eſcondia, diſpuſo, que le mandaſſen eſtudiar Gramatica, para que aquella luz ardieſſe con mas decoro en la Igleſia; y aunque hallava en ſu humildad todos los motivos de repugnancia, huvo de doblar la cerviz à la obediencia. Embiòle à Roma el Marquès al Capitulo General, à quien eſcriviò con el mayor aprieto, para que le facilitaſſe el tranſito de Lego à Sacerdote, que ſe diſculpava mucho. Empezò à eſtudiar en los primeros rudimentos de la lengua Latina en años tan adultos, haziendo retroceder à la Edad tràs de los preceptos; pero en llegando al verbo *Amo amas*, ſalia al enquentro preſuroſamente el corazon, y robava todo el eſtudio para la voluntad, porque eſtudiava para Seraphin: y lo miſmo era pronunciar *Yo amo*, que tocar à fuego dentro de ſu pecho; y arrebatado en extaſi Divino, ardia todo lo que avia eſtudiado: Alli aprendia todo lo que no eſtudiava, porque el amor deſde ſu voluntad alumbrava en ſu razon, y contra el orden regular de la Naturaleza, y de la Sabiduria, la ſegunda potencia iluminava à la primera.

§. III.

ORdenòle de Sacerdote el Obiſpo de Cartagena Don Eſtevan de Almeyda, (quien le debia no menos que el Alma) hizo deſpues grande fruto en muchos eſpiritus, de quienes fuè Luz, Maeſtro, y alivio, porque tenia mojada en ſuavidad la lengua, y tan eloquente ſencillèz, que derramava gracia por los labios: En qualquiera parte donde entraſſe, ſe le pegavan los corazones al pecho, como ſe

pega

pega al veſtido aquella Flor, que ſe llama amor de el Hortelano. Retiròſe à Gandìa con el Marquès, y viviò deſpues en el Colegio de la Compañia, que el miſmo Marquès fundava. Un dia feſtivo, que el Marquès (yà entonces Duque de Gandìa) comiò en el Refectorio de el Colegio, ſe arrebatò eſte Varon prodigioſo en alto, y eſtuvo à viſta de todos en el ayre ſuſpenſo mucho tiempo, ſuſpenſa tambien la atencion de aquella Religioſa Comunidad: No bolviò en sì, ni cobrò tierra, haſta que ſe levantaron todos de la Meſa con el paſmo de aver viſto pendiente ſobre ſus cabezas un Cometa de reſplandor, que amenazava piedad. En eſte rapto deſde aquella altura deſcubriò la fuga de un Novicio de la Compañia, Padre Juan de Montoya, que combatido de eſcrupulos, y melancolìas, aguardò aquella hora para eſcaparſe con la fuga de la batalla: Viòle con Luz Suprema caminar ciego, y errante por aquellas Playas, tropezando con la turbacion en las arenas, y aprendiendo à ſer mudable de las olas vezinas. Pidiò afectuoſamente à Dios ſe compadecieſſe de aquel eſpiritu engañado, que iba huyendo de pequeños rieſgos en ſus eſcrupulos, para dàr en los mayores eſcollos. Al punto le ſalieron al enquentro unos Moriſcos, que ſin averle antes conocido le echaron mano, y con violencia ſuya al principio, y deſpues con eſpanto, de que tomaſſe Dios por inſtrumento de ſu felicidad à los Enemigos de la Religion, le bolvieron al Colegio, donde fuè un Inſigne Operario, dechado de Religion, y de eſpiritu. Quando bolviò de eſte rapto, quedò tan confuſo, que prorrumpiò en abominaciones de sì meſmo; pero la humildad, que le abatia tanto, le bolvia à levantar de el ſuelo, haſta que con rumbo incierto corriò yà por la tierra, yà por el ayre à ſu Celda, donde eſtuvo mucho tiempo elevado, y el Duque hecho Argos de eſte Seraphin mudo, contemplava en aquella poſitura milagroſa el Cadaver del grande Seraphin, que en Aſis pierde tierra, y tiene en el ayre Urna dilatada.

Caminando una vez con ſu Compañero, les cogiò la noche en los Pyrineos, que añadian à ſus Montes otros de nieve, y de yelo, ſin mas abrigo en aquel Deſierto horroroſo, que la confianza en el Cielo, que ſuele derribar ſu manto azùl, para cubrir à un deſnudo bien confiado; y obligò Dios à los Demonios à que los ſirvieſſen, y hoſpedaſſen como Criados en una Choza bien diſpueſta; que à la mañana al bolver la cabeza, no vieron aun la ſombra. Todos los Jeſuìtas eſtavan perſuadidos, à que la Divina Sabiduria avia llovido Ciencia en aquella Alma, y à que avia deſtilado en aquel Entendimiento ſu mas puro rocìo la Aurora: Movian delante de èl las mas arduas, y mas ſutiles Queſtiones de la Theologia, que no avia ſaludado nunca; y preguntado las reſolvia con tanta claridad, ſolidèz, y energia, que ninguno dudava eran dictamenes de una Sabiduria infuſa. Solia dezir el Venerable Padre Antonio Araòz, que los Doctores Theologos mas Sabios delante de Fray Juan de Texeda parecian humildes Diſcipulos. Tuvo revelacion del grande numero de Catholicos, que ſe iban apique para ſiempre en las infames rocas, por Confeſsiones mal hechas; creciendo la enfermedad con el remedio, y con no excitar el dolor; y que eſta era la cauſa de que fueſſen mas las Almas infelizes, que no las que arribavan à las Playas alegres. Porque la falta de propoſito en muchos corazones voluntarios priſioneros de un vicio, es una fiebre diſsimulada, que no ſe raſtrea bien por el ſemblante, ni por el pulſo. Y no dexan de ſer complices los Confeſſores ignorantes, y los que recurren induſtrioſamente à ſu Tribunal: pues no ama mucho la ſalud, quien para la curacion de ſus males ſe vale de Medico ſin experiencia, y ſin letras. Por eſta razon exortava à ſus Parientes, y à ſus Amigos, à que fueſſen Religioſos; eſtado, en que las luzes ſon mas vivas, y mas acendradas, los males menos frequentes, y mas ligeros; los remedios muchos, mas eficaces, y mas promptos. Deſeava aquel aſſombro de la Penitencia San Pedro de Alcantara conocer à Fray Juan de Texeda, ſiendo tan Hermanos como en el Sayal; en la Santidad de la Vida, y en el modo penitente de ella. Era reciproco eſte deſeo; mas la ſuma diſtancia de lugares, y ocupaciones ataba las alas à ſus deſeos, haſta que Dios milagroſamente diſpuſo darle eſte conſuelo, haziendo, que ſe vieſſen en eſpiritu: y ſe comunicaſſe mutuamente fuego en aquel choque de dos Seraphines alados, y encendidos.

§. IV.

FUè amantiſsimo de nueſtra Compañia, en cuyas glorias ſe intereſſava, no teniendo otra diviſa, que no fueſſe propria della, ſino el Sayal, que veſtia; y tanto mas tiernamente la ama-

va

va, quanto la via mas perſeguido: porque dezia, ſer èſte el mas vivo argumento de agradar ſumamente à Dios ſu Noble inſtituto. Sirvanos de conſuelo, que no nos falta aun oy eſte argumento de ſu amor, y de ſu agrado; y que la gloria de ſer perſeguidos, no ſe la pueden quitar à la Compañia, antes ſe la dàn, ſus emulos. Perſuadiò à muchos, à que entraſſen en la Compañia, y entre ellos à ſus dos Sobrinos Juan, y Raphaèl de Texeda, y al miſmo San Franciſco de Borja, arrancando con ſuave violencia ſu corazon de la Orden Seraphica. Tratò à San Ignacio en Roma con admiracion de toda ſu Alma, llamavale deſpues: *El Templo de la Paz, lleno del Eſpiritu de Dios*: dezia, que con ſolo dexarſe vèr conſolava, y que con ſolo eſcucharle dexava ſatisfechos à todos. A los Padres del Colegio de Gandìa tenia introducidos en ſu pecho, y los abrazava con aquel amor ſublime, de quien ni los pinzèles, ni las plumas ſaben formar retrato parecido. Eſcriviò ſu Vida el Padre Emmanuel Sà, con alta, y elegante conciſſion, y cada Jeſuìta de aquel primer Siglo era un elogio deſte eſpiritu abraſado, que arrojava al Sayal las cenizas de ſu fuego.

Sus prophecias corrieron las cortinas à los Oraculos, y à los Siglos: Al Venerable Padre Andrès de Oviedo le aſſegurò, que ſerìa Obiſpo; y oyendoſe entonces como donayre, por ſer tan ageno de ſu inſtituto, añadiò: *Los Obiſpados, que daràn à V. Reverencia, los tomarà la Compañia, y deſpues que lo ſea, ha de padecer tanto por Chriſto, que toda ſu vida ſea un martyrio perpetuo*. Viòſe eſta Prophecia glorioſamente cumplida, ſiendo eſte Varon Obiſpo, y Patriarca de Etiopia, donde padeciò las ultimas calamidades en ſervicio de la Igleſia: y paſſando por Portugal, deſpues de electo Obiſpo, contava con lagrimas eſta Prophecia al Padre Raphaèl de Texeda. Hallòſe maltratado del Demonio una noche en Gandìa el Padre Oviedo: vino à conſolarle à la mañana Fr. Juan de Texeda, que ſabia eſte ſuceſſo por Revelacion Divina; aſſeguròle, que nunca mas oſſaria afligirle viſiblemente el enemigo; y fuè aſsi, porque en aquella ultima lucha quedò eſcarmentado. A ſu Sobrino el P. Raphaèl de Texeda, ſiendo de inocente edad, le prophetizò, que ſabria con mucha elegancia las dos lenguas Griega, y Latina. A la Marqueſa de Navarrete, Dama de la Reyna de Boemia, que eſtava en la Corte de Valladolid, y le pidiò rogaſſe al Duque San Franciſco de Borja, que en ſu Oracion ſe acordaſſe de rogar por ella; reſpondiò: *Si harà, Señora, el Duque, porque no tendrà V. Señoria con èl tan poco parenteſco, que ſe puede olvidar*; y deſpues de algun tiempo casò eſta Señora con el Maeſtre de Monteſa, Hermano del Santo. A las Monjas de Gandìa, que avian de traſplantar ſu Deſcalcèz à Caſtilla, para que tan cultas Flores alegraſſen otros Jardines: que no ſerìa Abadeſſa del nuevo Convento en Madrid la que ellas dezian, quando yà ſe tratava eſta Fundacion, ſino la Madre Sor Juana de la Cruz, Hermana del Marquès de Lombay. A ſu Santa Hermana, que partia de Gandìa por dos Hijas ſuyas, para conſagrarlas à Dios en aquella Deſcalcèz milagroſa, la dixo, que no hallaria màs de una; y quando llegò à ſu Caſa, hallò caliente el Cadaver de la otra. Embarcandoſe à Italia, y temiendo todos la navegacion, porque era terrible el temporal, les aſſegurò, que el Mar ſerìa bonanza, y que arderian los Santelmos de Proa à Popa. Todos eſtos ſuceſſos ſalieron acordes con ſus Prophecias, haſta en las menores circunſtancias. Viò las Almas de ſus Padres ſalir purificadas de las llamas à la Region de las dichas. Diziendo Miſſa viò delante de sì vertiendo Luz el eſpiritu Religioſo de una Monja Deſcalza, que acabava de eſpirar en Gandìa, y avia paſſado ligeramente por el fuego, mas como triunfo, que como caſtigo. Del Marquès previò los mas altos ſuceſſos, y favores, que ſe diràn en ſus lugares, y ſe refieren otras Prophecias ſuyas, aunque algunas adulteradas; y aun le achacaron otras, queriendo algunos dàr color à ſus imaginaciones, y ſueños, poniendolos en la lengua deſte Oraculo, que era de Luz, y de fuego, y alumbrava à lo futuro; honor, que mintiò la Antiguedad en la lampara de Apolo.

Los extaſis continuados, que padecia eſta Alma deſprendida de la tierra, y por eſſo facil de ſer elevada, fueron publica admiracion de la viſta. Solia eſtàr veinte horas en los raptos, arrancado del ſuelo èſte nuevo Giraſól mas fino Amante de mas alta Luz, bebiendo las Perfecciones, y Atributos, y teniendo linzes de la Divinidad los penſamientos. Eſtando à la Meſa con el Marquès, dize el Padre Herrera, que los mas de los dias, luego, que ſe empezava à hablar de Dios, ſe iba levantando del aſsiento poco à poco, como Ave, que empezava à coger buelo; y para huìr la admiracion de que le vieſſen arrebatado en el viento, ſolia abatirſe con impetu à la tierra, donde eſtava mu-

cho

cho rato como tronco: Mandava el Marquès à ſus Criados, que ſe retiraſſen ſin hazer ruido, por no diſpertarle de tan dulze ſueño; y èl ſe quedava pueſto el dedo en la boca, y la admiracion en los ojos, contemplando aquel prodigio, y padeciendo uno como extaſi reflexo de verle extatico tanto tiempo. Contava el miſmo Marquès à la Condeſa de Oſorno, que un dia entrando en ſu Apoſentillo le encontrò levantado tan alto del ſuelo, que pueſto el Marquès de rodillas no alcanzava à beſarle los pies, y que en eſta elevacion le oìa exclamar: *O mi buen Dios! O mi amor, y bien! Es poſſible, què no ſoy aora homicida? Què no ſoy adultero, ni blaſfemo? Que no eſtoy aora hurtando? Quien ſino vueſtra Piedad me libra de todo eſto?* Y de aqui aprendiò el Marquès aquel eſpantarſe continuamente, de que no cayeſſe en los delitos mas abominables, aun quando eſtava en la cumbre de las Virtudes. En oyendo cantar un Pſalmo, le ſaltava de gozo el corazon dentro del pecho; y llegando al *Gloria Patri*, &c. ſe arrobava impetuoſamente engolfado en el Myſterio inefable de la Trinidad, anegada toda la razon, aun ſiendo dieſtro Piloto la Fè, porque no hallava el Entendimiento, ſino Cielo, y Mar.

§. V.

EL año de mil quinientos y cinquenta partiò à Valladolid deſde Gandìa à diſponer el Campo para el nuevo Jardin de la Deſcalcèz, por orden del Santo Duque, aviendo eſte Ciſne cantado à la partida ſu muerte. Caminava acompañado de un Sacerdote, el qual deſeò hazer medio dia en una Aldea; mas Fray Juan le inſtò para que paſſaſſen adelante, que en otro Pueblo hallarian una Fruta de mucha ſuavidad; que le nombrò: Riòſe el Compañero, ſabiendo, que no era tiempo de ſemejante Fruta, mas llegando al Pueblo les fuè à buſcar à la Poſada un Niño de roſtro ſumamente gracioſo, y modeſto, que parecia un pedazo de Cielo organizado, y dexò en ſus manos una Canaſtilla llena de aquella Fruta, deſapareciendo al punto de la viſta, y batiendo las alas haſta el Empireo, de donde ſolo podia aver baxado ſemblante tan hermoſo. En Valladolid ſe hoſpedò en nueſtro Colegio, y tratò la Fundacion con ardiente ſolicitud, aviendo preedicho, que el Monaſterio ſe fundaria para mucha gloria de Dios; mas que no le veria èl; porque acabando de conſumir el Sacrificio de la Miſſa en la Igleſia de la Compañia, dia de la Transfiguracion, le ſalteò una apoplexia, que penſaron conducirle deſde el Altar à la Urna: durò con todo eſſo, haſta el dia ocho de Agoſto; fuè ſepultado en la Igleſia de San Franciſco en la Capilla Mayor junto à un Tumulo levantado en nincho àzia el lado de la Epiſtola; donde algunos años deſpues fuè enterrado el Cadaver de Sor Franciſca de Jesus, Tia del Marquès, que avia venido por Abadeſſa de aquella nueva Fundacion. Y aſsi lo avia Prophetizado en Gandìa, afirmando, que ſu Cadaver, y el de Sor Franciſca avian de deſcanſar debaxo de una miſma loſa bien lèxos de Gandìa; y eſtava aun lexos de la imaginacion de todos, penſar entonces en paſſar aquel Vergèl deſde el Reyno de Valencia à los de Caſtilla; y aſsi ſe recibiò como chanza, la que deſpues ſe viò iluſtre Prophecia, y pudiera ſervir de mejor Epitafio à ſu Urna. Su Sombrero, y Sayal, ſe guardaron como ricos theſoros: Su memoria en los Archivos de la Fama, y ſus Milagroſas Virtudes en la veneracion de los Hombres. Al miſmo tiempo, que eſpirò en Valladolid, eſtava ſu Santa Hermana, Madre de los dos Jeſuitas Rafaèl, y Juan de Texeda, abſorta en ſu Oracion en Gandìa, y rogando al Cielo por el acierto de ſu Hermano en aquel negocio, quando oyò una voz, que le preguntava: ſi deſeava vèr à Fray Juan de Texeda? Y reſpondiendo, que sì, viò delante de ſus ojos difunta aquella amoroſa llama, que avia paſſado à luzir à la Gloria. Y ſino viò llena de reſplandor el Alma, ſino ſolo el Cadaver macilento en la tierra, fuè porque en Hombres de tan conocido exemplo, lo miſmo es tener noticia de que acabaron la vida, que tener un eficàz argumento de que empezaron la gloria: ni ſon meneſter otros reſplandores, que los que dexaron eſtampados en las huellas de ſus Virtudes: pues para ſaber que el Sol vive, y amanece en los Antipodas, baſta el vèr la Luz, que nos dexa acà en las Eſtrellas. La Cabeza de la Igleſia Santa mandò hazer examen de ſus Virtudes heroycas, para repreſentar eſte dechado milagroſo deſde las Aras: Honor, que puſo la Providencia ſobre la fortuna, y ſolicitud humana; pero que pide continuado esfuerzo, para que no encalle en el olvido, y para que no muera la fama, cuya vida con el ſilencio de los Siglos ſe và haziendo achacoſa, y acaba muda.

Sien-

Siendo, pues, Virrey de Cathaluña el Marquès; y poco deſpues, que llegò à Barcelona Fr. Juan, viò un dia en ſu Oracion, que un Hombre de aſpecto venerable, y juntamente apacible, iba ſubiendo por diverſos grados, y todos ſublimes à la Cima de las Virtudes: y que llegava à ocupar la Silla de una Dignidad Ecleſiaſtica, y Religioſa, ſiendo Cabeza de una Republica en la Igleſia, que ſe governava en forma de Monarchia. Viſion, que ſe viò acreditada en el Generalato de la Compañia, como publicava el miſmo San Franciſco de Borja, conſtituido Monarcha de eſta Republica, que une tan dilatado cuerpo al imperio deſpotico de una Cabeza en Roma. Deſcubriòſele la heroyca ſantidad, à que avia de ſubir aquel eſclarecido Varon, que mirava en perſpectiva, con aſſombro de ſu miſma idea: Viò los altos fines, à que la Providencia le deſtinava; pero al miſmo tiempo ſe hallava confuſo, porque no conocia el ſemblante repreſentado, ni lo que ſe cifrava en tan myſterioſo Enigma. Pero luego, que impelido de sì meſmo ſaliò à la Calle, tropezò con el Virrey, que venia en una Carroza, y hallò en ſu roſtro la explicacion que deſeava. Viò entònces la tramoya, que la Virtud, ſin valerſe de la Fortuna, avia de hazer en aquella vida; y ſintiò, movido el corazon con fuerte impulſo, à que le participaſſe lo que avia viſto; fueſſe à Palacio con gozo del Virrey, por vèr à un Hombre, de cuya virtud, y alta contemplacion le acabava de dezir tantos elogios el Comiſſario General. Expreſsòle con brevedad lo que el Cielo le avia dado à entender, añadiendo, que ſeria Sacerdote Religioſo, aunque aora eſtava priſionero en otro eſtado. Por eſte motivo, y por las otras cauſas, que ſe han inſinuado, le tuvo ſiempre en ſu Caſa el Marquès, el qual caminava preſuroſo à la Cumbre del Monte Santo, en aquella edad, y eſplendor, en que precipita à tantos deſde la altura la vanidad: y aquella Carroza, que ocupava ſu Grandeza, iba tirada de ſeis Aguilas velozes, que caminavan àzia las Nubes: pues la virtud ſabe hazer de la profanidad Baxèl, que conduce à la Ribera deſde el alta Mar, y de la miſma pompa, que embaraza, ſabe hazer carrera.

*** *** ***

CAPITULO XIII.

AVISA CON LUZ DEL CIELO al Emperador, que no emprendieſſe la infeliz jornada de Argèl: Maxima Chriſtiana, y prudente que practicava el Marquès en todos los negocios arduos, que le conſultava el Ceſar.

§. I.

Tiranizavan los Moros de Argèl todo el Mar Eſpañol, dexando ſeñaladas ſus Coſtas con muchas tragedias, y haziendo que tropezaſſe el miedo con una entera rota en cada Playa. Fenecida la Dieta de Ratisbona à veinte y nueve de Julio del año de mil quinientos y quarenta y uno, ſe reſolviò el Ceſar à marchar con preſteza ſobre Argèl aquel miſmo año, para convertir en humo aquel infame Padron de la Chriſtiandad, embolviendo en eſtrago aquella Mazmorra, cueba de la tiranìa, y en ceniza aquel Paìs de la crueldad mas inhumana. Deſembarcò el Emperador en Genova, à donde llegò un Expreſſo de un Hermano el Rey Don Fernando con el triſte ſuceſſo de Rocandolpho, con muerte de tantos Alemanes, y Ungaros, que entriſtecian los Campos. Con eſta ocaſion el Marquès de el Baſto, y Andrea de Oria, cuyas Eſpadas, y Baſtones eran los dos Troncos robuſtos de ſus Laurèles, y dos Columnas de ſus Victorias, una en el Mar, y otra en la Tierra; repreſentavan al Ceſar, que era yà preciſa en Italia ſu preſencia, para que reprimieſſe el poder de Soliman, que de otra ſuerte podria oprimir à Viena; y ſe aterrava aquel Barbaro con la ſombra de un Carlos Quinto: con que ſolo aguardava à que ſe alexaſſe, para tremolar ſus Vanderas en el viento, y fatigar el Mundo: ſemejante à las Aves nocturnas, y algunos feos animales, que para ſalir de ſus nidos, y de ſus cuebas, aguardan à que ſe auſente el Sol à los Antipodas. Què el Francès deſearia eſta jornada, para romper la guerra en Lombardìa; què no era maxima acertada empezar tan dificil empreſſa à fines de Campaña; què el Mar de Argèl por aquel tiempo era tormentoſo, y que la fortuna, las borraſcas, y las olas avian de obligar à que mudaſſen de Elementos ſus Aguilas, mojando ſus plumas, y manchando en eſpuma, y ſangre ſus alas. Lo miſmo le repreſentò al Papa, con quien ſe viò Año de 1541.

H en

en Luca; pero en los ſucesſos, que han de ſer infelizes ſiempre eſtàn porfiados los dictamenes, y los Aſtros, que dieron ocaſion à que los Idolatras llamaſſen hados de luz à las Eſtrellas; y una grande deſdicha, rara vez dexa de valerſe de una tema endurecida la razon al calor, y al fuego del zelo.

Eſcriviò el Emperador deſde Italia al Marquès, de cuya ſantidad, y prudencia tanto fiava: pediale ſu dictamen en eſta materia, y que encomendaſſe al Dios de los Exercitos empreſſa tan ardua, no ſolo con ſu Oracion, ſino con la de aquellas Almas inocentes de la Deſcalcèz de Gandìa, que tenian tanta converſacion con el Cielo deſde la Tierra. Tenia el Marquès frequente recurſo à la Santidad deſte Monaſterio, y eſpecialmente ſe comunicava con ſu Tia Sor Franciſca, con ſus Hermanas Sor Maria, y Sor Juana Baptiſta de la Cruz, con la Venerable Sor Buenaventura, y otras parientas ſuyas de grande perfeccion, y entre ellas, con la que fuè Apoſtola feliz del Apoſtol del Oriente, la Venerable Sor Magdalena Jaſſo, Hermana de San Franciſco Xavier, Flor la mas pura, la mas iluſtre, la mas hermoſa, que llevò el Jardin de aquella Reforma Sagrada, la qual abrazò guſtoſa, ſiendo Dama de la Reyna, y entregando en la pompa de ſu eſperanza, y de ſu hermoſura los mas bellos deſpojos à la gracia: à cuya ſantidad, y prophetiza luz debe la Compañia, el Oriente, y la Igleſia, todo aquel Sol, que primero amaneciò en eſta Aurora, y deſpues Rayò en la India. Con eſtos Seraphines ſe correſpondia mucho el Marquès, y deſpues en Gandìa los tratò con familiaridad, comunicando ſu Oracion, ſus penſamientos, y aun ſus favores con tantos Angeles. Deſpachò luego deſde Barcelona un Expreſſo, rogandolas encarecidamente, que con ſus lagrimas, oraciones, y penitencias alcanzaſſen de Dios el acierto al Emperador en un negocio de tanta importancia à la Gloria de el miſmo Dios, honra de la Igleſia, y felicidad de Eſpaña. Puſieronſe todas en Oracion fervoroſa, y deſpues de muchos ayunos, y ſuſpiros, les fuè revelado el infeliz ſuceſſo, que tendrian las Armas Imperiales ſobre aquel ſitio, con llanto de la Igleſia, y ruìna de tanta Nobleza Catholica. Aviſaron luego al Marquès, el qual esforzava todos aquellos dias ſus ruegos, aumentava ſus rigores, y hazia con ſu cuerpo, lo que pudiera hazer en el miſmo Argèl un tyrano: y parece ſin duda, que aſsi el Virrey, como Fray Juan de Texeda, tuvieron el miſmo aviſo del Cielo; porque eſcriviò al Ceſar, diſuadiendole aquella jornada con rara viveza; expreſſavale lo que Dios avia revelado à ſus Eſpoſas en Gandìa, y à otras Almas zeloſas del bien de la Igleſia, y del Honor de ſu Mageſtad Ceſarea: y en todo el contexto de la Carta ſe conocia baſtantemente, que ſu pluma eſtava iluſtrada, y que formava las lineas con mas luz, que tinta. Pero tenia yà el Ceſar tan adelante la marcha, caminando por Mar, y Tierra à unir ſus Tropas, commovida con el eſtruendo la Europa, y en expectacion deſte ſuceſſo toda la tierra: que no pudo recabar de ſu entendimiento, que retrocedieſſe àzia el temor de lo futuro; y le parecia ſer menos deſcredito de ſu nombre, y de ſu fama padecer una rota, que no el temerla; y aſsi ſe hizo à la vela, fiando de dos Elementos tan mudables, como ſon el Mar, y la Fortuna. Y eſta vez la del Ceſar, haſta entonces victorioſa, parece que eſtuvo en Argèl priſionera.

§. II.

SUcediò tragicamente eſta jornada, coſtandole al Marquès tantas lagrimas, como ſangre à las venas Eſpañolas; ni fuè mas cruel la tormenta, que padeciò à viſta de Argèl la Armada, que la que ſintiò ſu pecho en eſta lamentable tragedia. Diſpuſo el Ceſar con el mejor orden ſus Tropas en aquel ſitio, y llenò toda la expectacion de el mas Sabio Capitan del Mundo; y aun ſe moſtrò no menos piadoſo, que Soldado, pues navegava ſentado en la Popa de la Galera con un Crucifixo por Eſtandarte, ſeñaladas de Cruzes ſus Vanderas, y ſus Leños de Eſtatuas Sagradas, deſpues de arribado à la Playa, poniendo en la frente de Argèl otra Ciudad movediza, y mas viſtoſa; tomando tierra con poca ſangre, y mucha gloria, porque llegavan à remo las Galeras, compitiendoſe à un tiempo todas, veſtidas de variedad de colores las Vanderas, ardiendo en fuga repetida los Clarines, y reſpondiendo en los tiros otros bronces, como ſi traxeſſe cada Galera atada à ſu Popa de remolco à la Fortuna. Embiò el Ceſar al Governador Azàn Agà, Renegado, una Embaxada, para que entregaſſe la Ciudad, (dentro de la qual eſtavan de guarnicion mil y quinientos Turcos, y ſiete mil

Moros) ſino queria perder triſtemente la vida con la Plaza, y que paſſaſſe à cuchillo ſu gente toda. Reſpondiò Azàn Agà, que ſi Argèl avia ſido famoſa con la ruìna de Don Diego de Vera, y de Don Hugo de Moncada, aora ſeria tanto mas eſclarecida con la de un Carlos Quinto, cuya muerte haria glorioſo el eſtrago. Y que ſi èl murieſſe, llevaria el conſuelo de caer à manos de el Ceſar mas victorioſo, y dexaria à la poſteridad la gloria de aver oſſado medir con èl ſu Eſpada, y oponer ſu valor à una Armada tan poderoſa. Aviendoſe ganado algunos Sitios ventajoſos por aquella punta, que ſe entra por el Mar àzia el Norte, ſe empezò à enfurecer de noche el Mar, y el Nordeſte rebuelto, y frio; ocaſion, en que los ſitiados hizieron una ſalida antes de la Aurora con raro ſilencio, calzando alas los Turcos, y piſando ſobre el viento, acometieron al Real, que eſtava pueſto ſobre aquellos dos barrancos profundos, que ſirven de foſſos à la Plaza, la qual eſtà ſituada en punta, de manera, que haſta el Sitio parece, que ſe le han hurtado al Mar aquellos robadores Piratas, eſcandalo de las ondas. Hizieron pedazos las Centinelas, y tres Compañias de Italianos, que guardavan un Puente, porque eſtavan deſprevenidos, y llegò la muerte ſin ruìdo con el Alfange levantado. Embiò el Emperador à Camilo Colona con algunas Tropas, para que cortaſſe el paſſo à la Victoria, y à ſu ruìna; luego à Don Fernando Gonzaga, à Don Aguſtin de Eſpinola, y à los Cavalleros de San Juan, que ſe acercavan haſta las Puertas de Argèl, obligando al Enemigo à ceder el Campo, quando ſaliò de refreſco un trozo de Cavalleria de la Plaza, y con ella, y algunas Tropas de Infanteria. Azàn Agà veſtido de gala, llamando con las plumas de el Turbante à la Victoria. Eſtavan fatigados los Imperiales, ſobre ſer pocos, y heridos: y aſsi causò notable confuſion eſte rebato en el Exercito. Embiò el Ceſar nuevos Tercios de Alemanes, que viendo tantos Enemigos, que venian inſolentes, y victorioſos, bolvieron deſordenamente las eſpaldas, ſin aver calado las picas, ni deſembaynado las Eſpaldas. El Ceſar herido de el ſentimiento con eſta fuga: montò en un Cavallo, que tenia el cuerpo de nieve, y de fuego el Alma, y ſacando la Eſpada, diò de eſpuelas al Cavallo, rebolviendoſe à una parte, y à otra con Real ſaña: y yà con el ſemblante mageſtuoſo, yà con los amagos de el eſtoque levantado, yà con palabras imperioſas, les obligò à bolver las caras; y cobrando esfuerzo, hizieron milagros de valor, haziendo que renacieſſe la eſperanza de ſu miſma deſeſperacion animoſa: Cerrò el Emperador oſſadamente con el Enemigo, enarbolando en ſu Eſpada la Victoria, y el exemplo, ſiendo el primero à cortar cervizes, y laurèles, y repitiendo en cada cuchillada dos muertes, haſta que ſe retiraron con fuga deſcompueſta los Turcos, aunque dexavan muchas laſtimoſas ſeñales de ſu ſalida en los nueſtros. De eſte ſuceſſo tuvo principio la vana obſervacion, y nombre infeliz de los Cavallos Argèles, muriendo quantos oprimian ſus eſpaldas mal ſeguras, y armadas de traìciones: como que la naturaleza imprime el caracter de una deſgracia en campo negro con blanca eſtrella; y ſerà menos dificil ſacar eſta mancha al Cavallo, que arrancar eſta aprehenſion de el Vulgo. Puſo el Ceſar al mayor peligro ſu vida, y ſe eſparciò por Flandes, y Alemania aver naufragado en el Mar de Argèl el Emperador, y la Fortuna, ſin la qual no podia durar ſu vida; y que los Eſpañoles engañavan al Vulgo, y al Exercito con una Eſtatua ſuya, tan viva, como ſi al morir ſe huvieſſe paſſado al bronce ſu Alma. Aſsi anduvo el Grande Carlos Quinto por la Europa hecho Fabula de la Fortuna, y Eſtatua de ſì meſmo, aun quando vivia.

Eſtava yà para rendirſe la Plaza, quando la noche ſiguiente ſe embraveciò ſegunda vez el Mar, ſe esforzò el viento, y el Cielo no quiſo moſtrar Aſtro alguno ſin zeño. A qne ſe llegava aver errado Andrea Doria incautamente el ſurgidero, arribando à una deſdicha en vez de tomar Playa. Los cables ſe rompian con la fuerza de la tempeſtad, arrancabanſe violentamente las Ancoras mas profundas, y eran unas Naves eſcollos de otras: ſonavan por todas partes vozes laſtimeras, y gemidos triſtes, y cada una introducia un puñal por el oìdo al Emperador. Perecieron en aquella Playa inſidioſa ciento y cincuenta Navios, y quinze Galeras: Los Hombres entre la confuſion, la tormenta, la obſcuridad, y la deſgracia, braceaban errantes entre diverſas muertes, poblando de lamentos aquellas Riberas; mas ſorbianles ſus ſuſpiros las olas. Algunos, que ſalian nadando à la orilla, tropezavan con las puntas de las lanzas enemigas, y ſe hallavan

forzados à bolverſe à morir al agua teniendo ſolo el triſte alivio de elegir deſdicha, y rebolverſe de una en otra. Llamò el Ceſar algunos Pilotos, y preguntandoles, quanto tiempo ſe podrian mantener los Baxeles ſobre el agua, ſi porfiaba la tormenta? Reſpondieron, que dos horas no mas: reconociò el Ceſar ſu Relox, y hallò que eran las onze y media de la noche; entonces bolviò al Cielo la cara, y mirò con ſemblante alegre à la deſdicha, manejando la fortuna adverſa tan dieſtramente, como ſino eſtuvieſſe acoſtumbrado ſiempre à la felicidad.

Acordòſe de aquellas Almas puras, que avian prophetizado eſte ſuceſſo, bolviendo el corazon àzia el Marquès de Lombay, la memoria à Gandìa, àzia el Firmamento los ojos, mas ſerenos, que los que entre el horror ſe dexavan vèr ceñudos; y dixo en alta voz: *No ay ſino tomar aliento, que à las doze ſe levantan en toda Eſpaña tantas Almas Religioſas à rogar à Dios por noſotros.* Tenia muy preſente en aquella hora lo que le avia eſcrito con tanta aſſeveracion el Marquès; y lo diò bien à entender con algunas expreſsiones partidas del dolor, y añadiò lo que otras vezes avia repetido: *Nunca encontrè regiſtros mas verdaderos, para hallar lo que me importa, que el dictamen del Marquès de Lombay, y de las Santas Monjas de Gandìa.* Traìa à la memoria el eſpiritu prophetico, que avia movido tantas lenguas, y corazones en Gandìa, y le ſervia de ancora en aquella tormenta la eſperanza de que en aquella miſma hora ardia ſu Oracion, y alumbrava todo lo que la tempeſtad, y la noche obſcurecian: y arrimado à eſta confianza, y à la interceſsion poderoſa de el Marquès para con Dios, no dudava el eſcapar vivo, aunque tan deſtrozado. Sucedio aſsi, pues en aquella funeſta noche arribaron muchos Baxeles al cabo de Metafuz, animando à todos eſta confianza del Emperador, Santelmo, que ardiò en los corazones fluctuantes. Y ſin duda ſe huviera perdido todo, menos la honra, ſi con las tres precioſas eſmeraldas, que ſe le cayeron à Hernàn Cortès en un cenagal, ſe huviera perdido tambien la eſperanza.

§. III.

CON eſtas experiencias creciò haſta lo ſumo el concepto, que formava el Emperador de el Marquès de Lombay, eſcuchando ſus maximas, como reſpiraciones Sagradas: Conſultavale ſus movimientos, y ſus paſſos; y el Marquès reſpondia como Apolo en Delfos, ſino es en la brevedad: porque la fidelidad, y el amor le hazian dilatar la pluma, y dava perezoſa la reſpueſta, conſultandola prolixamente con la Divinidad en ſu Oracion. Aſſegurò el miſmo Santo varias vezes al Doctor Herrera, viviendo ambos en la Compañia, que ningun grave negocio le avia conſultado el Ceſar, para cuya reſolucion no pidieſſe tres dias de termino, los quales empleava en Oracion, y riguroſo ayuno, para merecer à Dios el acierto, eſtudiando con la voluntad lo que avia de reſponder la prudencia: Maxima, que le durò toda la vida, por eſſo tan fecunda de aciertos, aviendo paſſado por ſu razon los caſos mas arduos. Sabia el Emperador eſta Chriſtiana politica del Marquès, y deſeò imitarla, porque iba yà ſu corazon formando en el del Marquès ſu exemplar, por cuyo movimiento, y aſpecto ſe avia de regir. Y aſsi en eſta miſma infeliz jornada, ſeguido ſiempre el Ceſar de la tormenta, que inchava de terror ſus Velas, divididas unas de otras, y derramadas como juguete de las ondas, diò en la Coſta à viſta de Bugìa, y reconociendo en los Elementos los Miniſtros de la ira, ó de la Providencia, hizo que todos ayunaſſen tres dias, y que ſe hizieſſen Rogativas publicas; y èl fuè el primero à la Oracion, y al ayuno, imitando al Marquès Don Franciſco. Haſta que ſe mitigò el viento, y el Cielo, que parecia eſtàr ſordo, diò à entender, que yà eſcuchava los gemidos de ſu Pueblo, y ſe dexava ſobornar del llanto: porque tan penitentes, y reales lagrimas influyeron riſa en los Aſtros.

CAPITULO XIV.

ARRIBAN EL PADRE FABRO, y el Padre Araòz à Barcelona, y el Marquès ſe aficiona al Inſtituto de la Compañia, ſiendo el primer inſtrumento la Marqueſa: Haze los Exercicios eſpirituales de San Ignacio, y le eſcrive à Roma conſultandole una duda: Revelacion, que tuvo entonzes San Ignacio, de que el Marquès avia de ſer Jeſuìta.

§. I.

SOnavan, como yà diximos, entre los ignorantes, y los Sabios unos rumores, àl principio confuſos, y deſpues mas licencioſos contra las Comunio-

niones frequentes de el Virrey; pero aora creciò de manera el eſcandalo, que llegò à diſputarſe en las Cathedras, à reſonar en los Pulpitos, y à ſer la manzana de tantos entendimientos encontrados. Eſcuchava el Marquès deſde ſu Sitial muchos Oradores, que arrebatados de un zelo indiſcreto, y à vezes oſſado, le reprehendian eſta frequencia, y hazian, que el Evangelio ſirvieſſe à una mordàz cenſura, y aun à la Satira: dirigiendo ſus flechas tan ſeñaladamente àzia eſte blanco, que le ſacavan la ſangre al roſtro. Intolerable abuſo, y que en nada ſe diferencia de las mayores injurias, ò contumelias, ſino en dezirſe deſde lugar mas eminente, en Theatro mas publico, y mas Sagrado, adonde es preciſo que halle, entre los demàs oyentes, al ſufrimiento. Y aunque
Año de 1542. el Virrey avia yà ſoſſegado eſte eſcrupulo con tanto dictamen, y exemplar ſabio, como ſe encreſpava nuevamente con mas furia la tormenta, bolviò tambien à fluctuar nuevas perplexidades, y olas. Sentia mucho privarſe à menudo de aquel Pan del Cielo, en el qual experimentava tanta dulzura, y tanto fruto, que deſpues de aver Comulgado, ſe quedava ſiempre abſorto, y tan encendido, que ſe conocia aver comido Luz, y guſtado fuego; y mirando con reflexion àzia sì, hallava ſer otro ſu eſpiritu, y que ſalia renovado de entre la nieve de aquellos Accidentes, como el Fenix de entre las cenizas, al ſacudir las alas.

Por eſta razon deſeava hallar Perſona de tan conocida ſantidad, y prudencia, que pudieſſe afianzar toda ſu quietud en ſu reſpueſta, y arrancar de una vez à ſu miedo, y al Vulgo las alas que batìa la duda. Tenia yà alguna noticia de el invencible Eſquadron, que Chriſto formava nuevamente en ſu Igleſia, para dilatar à Relampagos ſu gloria, hollar la cerviz rebelde à la Heregia, romper à la Idolatria con una mano la venda, y alumbrarla con todo un Sol en la otra: batallar animoſamente con la Culpa, y conſeguida la Victoria, domar à otro Monſtruo en la embidia. Aviaſe derramado por Eſpaña, y por toda la tierra la fama de eſte glorioſo Inſtituto, y de ſu Grande Caudillo, Victorioſo Cantabro, Alma de el Mundo, Heroe de fuego, en cuyo corazon deſtilaron Fortaleza deſangradas las venas de Hierro, y Prudencia en ſu frente las venas de Oro: Hombre compueſto de ſolo un Elemento, y que dexò decidida à tanto Filoſopho la duda de el ſitio donde arde la Region de el fuego, pues ſe hallò en ſu pecho, que de las duras entrañas de Vulcano sacò el corazon de la piedad, y de el amor. Pero no avia conocido el Marquès por la experiencia los frutos de eſta gran Planta, ni avia viſto, ò tratado Jeſuita; ſi bien la Marqueſa ſu Muger le avia dicho grandes elogios de el Padre Araòz, y de el nuevo Inſtituto, que èl miſmo le avia explicado el año antecedente de quarenta y uno, que llegò de paſſo à Barcelona, acompañado de Emilian de Loyola, Hijo de el Hermano mayor de San Ignacio, que paſſavan à Cantabria, y ſolo pudo viſitar à la Virreyna eſtando yà de partida, deſpues de aver convalecido en el Hoſpital, donde eſtuvo algunos dias doliente, y bien fatigado, aviendole rabioſamente mordido un Perro, que ſe adelantò à la embidia al piſar la Compañia aquella Playa, quando eſtava pidiendo limoſna. Mas ſe le ofrecia al Marquès, que quizà la fama dava bulto à eſta maquina hermoſa con la diſtancia, como aquellos vidrios, que abultan los objectos: pues en el grito de ſu Clarin, ſuele ſer mas ſonoro el eco, que la voz; la qual mientras camina, y ſe rebuelve por el ayre, crece mas.

§. II.

Quando llegaron à Barcelona dos grandes Jeſuìtas, en tiempo que las olas de la tormenta ſubian mas altas, que traìan el conſuelo, y la ſerenidad al Virrey año de quinientos y quarenta y dos, en dos Ramos de Oliva con un Iris en cada hoja. Eran eſtos el Padre Maeſtro Pedro Fabro, que mereciò el renombre, y la gloria de Apoſtol de Eſpaña, Año de 1542. deſpues de averlo ſido en Alemania, Italia, y Francia: uno de los mas inſignes Varones de aquella Era; toda la confianza de Ignacio para labrar las primeras Piedras de eſta Fabrica: à cuyas Virtudes levantò Altares, y conſagrò Elogios la Santidad, y la diſcrecion en la Pluma de San Franciſco de Sales. Y el Padre Doctor Antonio de Araòz, Gran Cavallero, cercano Pariente de San Ignacio, Iluſtre Hijo de la famoſa Villa de Vergara, y el primero, que deſpues de las diez Columnas, hizo la Profeſsion en la Compañia en manos de San Ignacio; el que deſechò conſtantemente el Arzobiſpado de Toledo, con que le inſtava Phelipe Segundo. Ambos dos Angeles velozes, y dos eſpiritus ardientes, en quienes avia

inſpirado fuego ſu Patriarcha abraſado. Y aunque de eſta venida de Fabro à Barcelona no hazen mencion las Hiſtorias de la Compañia, ni las de San Franciſco de Borja, ſino ſolamente de la del P. Araòz; no debe diſputarſe ſu verdad, que dexò autenticada el P. Pedro Domenek, teſtigo de viſta, ſiendo à la ſazon Abad de Villa-Beltràn, cerca de Barcelona, y entrò luego en la Compañia, aunque por altos motivos le ſacò facultad San Ignacio para que reſidieſſe en ſu Abadìa algunos años, deſpues de aver hecho los votos. Eſte en un Compendio, que dexò manuſcrito de la Vida de San Franciſco de Borja, dize aſsi: *Eſtando en Barcelona por Virrey de Cataluña, paſſaron por alli el P. Fabro, y el P. Araòz, los quales le viſitaron; y èl, como à mi me lo dixo, deſde entonces ſe aficionò mucho al P. Fabro, y la Marqueſa ſu Muger al P. Araòz. Alli hizo entonces los Exercicios, de los quales ſalia con muchos deſeos de dexar el cargo de Virrey, y recogerſe, y ſe aprovechò para ello de la primera oportunidad, que ſe ofreciò; y fuè, que eſtando el Emperador, &c.* Lo miſmo eſcrive el Doctor Herrera, refiriendo otras circunſtancias, que no dexan lugar à ningun prudente miedo, de que pueda aver engaño en los ſuceſſos, ò en los tiempos, aunque el año de quarenta y quatro arribaron ſegunda vez juntos à Barcelona, y con eſte ſegundo encuentro ſe confundiò en las Hiſtorias el primero. Araòz ſe detuvo muchos meſes en Barcelona; llamado muchas vezes, y favorecido de la Virreyna, que hallò en la ſuavidad de aquel eſpiritu toda la dulzura, que San Ambroſio hallò en ſu lengua, y en ſu Cuna; y reconociò, que una grande diſcrecion junta con una heroyca virtud, ſon aquellas dos Armas templadas en las ondas mas puras, que ſiempre buelven de el Campo victorioſas, y dexan à los vencidos con vanidad de verſe rendidos à ſus puntas.

Avian aportado de noche à Barcelona por la Primavera eſtos dos grandes Aſtros por diverſos rumbos, porque Fabro deſde Caſtilla bolvia à Alemania, llevando conſigo al Padre Juan de Aragon, y al Padre Alvaro Alphonſo, ambos Capellanes de las dos Infantas, Hijas de el Ceſar; Araòz venia deſde Roma acompañado del Padre Diego de Eguia; y como el Sol no ſabe eſtàr parado un inſtante en el Cielo; no quiſieron rendirſe al ſueño, ſin diſponer adonde pudieſſen predicar à la mañana ſiguiente; aunque entonces no ſabian uno de otro; y al tropezarſe otro dia, caſualmente ſe abrazaron, bañados en llanto, y en conſuelo. El Padre Araòz hallò Pulpito en la cèlebre Parroquia de Santa Maria del Pino, donde predicò con aſſombro de el Auditorio; que fuè grande, porque el año antecedente, aunque de paſſo, avia dexado huellas bien ſeñaladas de ſu eſpiritu, ſubiendo algunas vezes al Pulpito, y ſembrando Luz en humilde Campo; y aun avian deſeado, que ſe detuvieſſe algun tiempo para dàr principio à la Fundacion de un Colegio, eſpecialmente que fuè reconocido por Pariente de Ignacio, el qual en Barcelona dexò eſtampada ſu veneracion con ſu ſangre en la arena, y con ſus extaſis portentoſos en el viento, y aun durava el eco de ſu penitencia en la Playa. Al baxar aora de el Pulpito le ofreciò un Mayordomo alguna cantidad de dinero, conforme al uſo de aquellos Paìſes con los Predicadores; lo que no quiſo admitir el Padre Araòz, diziendo ſer ageno de la Profeſsion de ſu Inſtituto: por mas que el Pueblo tumultuando le rodeava, para vèr aquella novedad mas de cerca; deſinterès, que junto con el fervor, y eſpiritu con que avia predicado, ſoltò las lenguas en ſus alabanzas: y el Prior del Convento de Santa Catalina, del Orden eſclarecido de Predicadores, hallandoſe en el concurſo, dixo admirado: eſte ſin duda, es el zelo, y el eſpiritu Apoſtolico.

A la miſma hora predicava Fabro en un Monaſterio de Monjas, porque hallò las Parroquias ocupadas; y todos eſtrañavan la ſingular eloquencia, y eficacia de eſtos dos nuevos Apoſtoles, que avian piſado repentinamente ſus Playas, para herir ſus corazones, y deſatar en lagrimas las rocas. Entre los demàs Oyentes ſe hallò acaſo la Virreyna, que avia concurrido aquel dia feſtivo en el Convento à oìr Miſſa, y à vèr à la Superiora; y ſaliò admirada de el zelo ardiente de aquel Sacerdote, à quien no conocia, ni por el trage podia diſcurrir, de què Gremio fueſſe. Acabado el Sermon, combidò Fabro à ſu Auditorio, para que le oyeſſen el dia ſiguiente en el miſmo ſitio: y la Virreyna luego, que bolviò à Palacio, diò cuenta al Marquès de tan eficàz, y eloquente Sermon, rogandole, que otro dia le fueſſe à oìr, porque ſabia, que avia de bolver aſſombrado, trayendo à ſu Caſa la admiracion en el roſtro, y la compuncion en el pecho. Ofreciòlo el Virrey, aſsi por la eſperanza de ſacar algun jugo para ſu eſ-

piritu,

piritu, como por condeſcender con la Marqueſa: à quien por la tarde vino à viſitar el Padre Araòz, mientras eſtava en ſus deſpachos el Virrey. Hizole relacion mas larga deſte nuevo Plantèl, con que Dios avia enriquecido ſu Igleſia, de las Bulas Pontificias, que en ſu confirmacion traìa: de las altas Empreſſas, à que aſpirava, oſſando en algun modo competir, ſin diſputar, al Apoſtolado ſu gloria: de la prodigioſa Santidad de ſu Patriarcha Ignacio, proporcionada Cabeza à tan Gigante Cuerpo. Hablò con tan ſublime eſpiritu, y tan tierno, que la Marqueſa no pudo contener las lagrimas, nacidas de una inſigne piedad, mas que de ternura Mugeril: porque tenia rara diſcrecion, y un corazon animoſo mal hallado entre un pecho femenil.

§. III.

Contò luego al Virrey eſta viſita la Marqueſa, enſalzò con eloquencia, y con afecto la idea prodigioſa del nuevo Inſtituto; la ſingular modeſtia, ſabiduria, y zelo del Padre Araòz, la ſuave oculta fuerza con que atraìa el corazon àzia la virtud. Eſtavan yà impacientes los deſeos del Marquès, haſta que à la mañana ſigüiente fueron al Monaſterio, donde oyeron al Padre Fabro, con paſmo del Virrey; que atendiò en los ojos del Predicador dos continuas fuentes, que mojavan ſus vozes, predicando los ojos no menos, que la lengua, ſin emmudecer el llanto, haſta que hizieſſe ſilencio la voz: lo que referia el Marquès deſpues con admiracion, celebrando mucho, que el Maeſtro Fabro, quando predicava con tanto ardimiento, y tan continuo llanto, no afectaſſe aquel geſto, que haze poco agradable la devocion, y repreſenta fea la virtud; antes, dezia el Marquès, corrian las lagrimas con mucha ſerenidad por ſus mexillas: tempeſtad ſoſſegada, y eſcondida entre las olas. Y fuè alto conſejo de la Providencia, que el primer Jeſuìta, que vieſſe, y trataſſe el Virrey huvieſſe ſido un Fabro, por cuya muerte avia de ocupar ſu Silla, y ſu Apoſtolado, como lo prometiò à San Ignacio el Cielo. Acabado el Sermon, pidiò la Virreyna al Orador, que ſe vinieſſe à comer à Palacio, donde el Marquès le tratò aquel dia con increìble gozo de ſu Alma: comunicòle ſus dudas, y oyò de ſu boca la portentoſa, y combatida planta, con que el Grande Ignacio hermoſeava la Igleſia. Vinieron los ſiguientes dias juntos el Padre Fabro, y el Padre Araòz, buſcòles Caſa el Virrey, y les aſsiſtiò todo el tiempo, que eſtuvieron en Barcelona, promoviendo, y alentando con todo ſu influxo la Fundacion de aquel Colegio. Y aunque mirava en ambos dos Retratos vivos de los Apoſtoles, y dos Heroes de las Virtudes, ſe hallò mas inclinacion en el pecho àzia el eſpiritu de Fabro; y la Marqueſa al del Padre Araòz: que aſsi influyen las Eſtrellas en los genios, y en las Almas ocultas ſympatias; y ſe experimenta en las demàs acciones lo que en el juego, à que concurren muchos, y ſe tuerce la voluntad del que mira àzia el uno, ignorando la razon de ſu miſma voluntad: y ſabemos, que el Giraſol ſe và doblando inſenſiblemente àzia donde ſe mueve aquel inquieto corazon de la luz; y otra flor, no muy deſemejante, dentro del miſmo Jardin tuerce ſu Copa àzia el Oriente, quando camina àzia el Occidente el Sol.

Lo que no podremos negar ſin mucha ingratitud, y ſin borrar las huellas mas claras, y mas autenticas de la verdad, es, que ſe debiò à la Marqueſa de Lombay las Centellas primeras de amor à la Compañia, que prendieron en el corazon de el Marquès, y levantaron deſpues tan grande llama. Porque ſobre los dos teſtimonios referidos, lo avia yà inſinuado aquel famoſo Hiſtoriador Garibay, y el Padre Tellez con pluma quexoſa en ſu Hiſtoria *Lib. 30.* de la Compañia en Portugal: y aun lo *cap. 5.* hallamos expreſſado en algunos manuſcritos de aquellos tiempos. Y porque viviendo la Marqueſa, era embarazo preciſo del Marquès ſu Eſpoſo, para que el amor à la Compañia no le abraſaſſe todo el pecho; ſe muriò temprano por dexarnoſle todo. Noticia es eſta, por la qual debe la Compañia eterna memoria à eſta varonìl Muger, cuyas prendas ſolas baſtaràn à llenar de ſobervia à Portugal.

§. IV.

Partiòſe Fabro por orden del Sumo Pontifice para Alemania, y ſe quedò el Padre Araòz todo aquel año en Barcelona; inſtado del Virrey, y de la Marqueſa, que en la ſuavidad de ſu trato hallava notable aprovechamiento: moſtrò al Virrey las Bulas Apoſtolicas, en que Paulo Tercero aprueva, y enſalza la Religion de la Compañia: informòle de ſus miniſterios, Oracion, y ocupaciones, y exercicios; y admirados de los trofeos, y de los

los frutos de eſte nuevo Arbol, deſeava tener junto à sì algunos Ramos, meditando deſde entonces fundar un Colegio en Gandìa, para la enſeñanza de los Hijos de tantos Moriſcos. Fomentava ſu deſeo la Marqueſa, en quien la aficion à la Compañia parecia empeño de la voluntad, y ſolo en eſto no cedia al Virrey. Leyò el Libro de los Exercicios de San Ignacio, para cuyas alabanzas no hallò la Fama en tantos Siglos baſtantes lenguas: y deſembarazado de negocios publicos, ſe retirò algunos dias, aſsiſtido de el Padre Araòz, à practicar Maximas tan fructuoſas; de que ſaliò con tan ardiente eſpiritu, y tan nuevamente iluſtrado, que eſto ſolo baſtaria à formar en aquel corazon un Templo mageſtuoſo à la Virtud. Saliò deſeoſo de renunciar quanto antes el Virreynato; y empezò à deſear vèr confirmado por la Silla Apoſtolica aquel volumen de pequeño cuerpo, pero lleno de Alma, y de el mas alto eſpiritu, donde cada letra es un Aſtro. Andava por todas partes ſolicito el Padre Araòz, mudando los corazones, y transformando las Almas, yà en el Confeſſonario, yà deſde el Pulpito, yà en las converſaciones familiares, yà con los Exercicios, una de las mas poderoſas armas para derribar Gigantes, y rendir Monſtruos; y ha de ſer obſtinada en bronce la frente, que à eſta Piedra eficazmente deſpedida no ſe rinde. Esforzava la Virreyna eſta verdad, por lo que avia viſto en el Marquès, y porque avia hecho en sì meſma la experiencia, como inſinùa una relacion manuſcrita, y con ſu natural eloquencia, y aun energia, junta con el zelo, que calentava ſus razones, obrò milagros. Hizo el Padre Araòz notable mudanza en el Duque de Cardona con ſu predicacion, y ſu trato, y no menos en la Duqueſa; en el Obiſpo de Barcelona, y en la Nobleza. Diò los Exercicios à Don Bernardino de Mendoza General de las Galeras de Napoles, que ſe hallava en Barcelona, retirandoſe para eſte fin à una Caſa pequeña, y apartada, deſde donde deſcubriò nuevos Mares, y nuevos rumbos, aprendiendo à huir de los eſcollos. Guſtò tanto el Virrey de eſta reſolucion, que ſe ofreciò à ſer Portero ſuyo, para que ningun rumor llegaſſe à interrumpir, ó profanar tan dichoſa, y ſagrada quietud. Executòlo aſsi, eſtando à la Puerta, al modo de aquel ſilencioſo Dios con el dedo en la boca, aguardando el ſueño al que dormia ſeguro, para deſpertar mordido de el deſengaño: Ellos ſe ſaludavan, y ſe deſpedian como las Inteligencias, hablandoſe por los penſamientos las Almas, y ſe miravan à vezes aquellas dos Eſtatuas, que eſtavan dentro de una Pieza, para aprender cada una à ſer muda en la otra.

Con la direccion de dos tan Sabios Theologos, y tan iluſtrados, hallò el Virrey mucha tranquilidad en ſus tormentas que yà ſoplavan ſin terror en el Alma; mas para aſſegurarſe de el todo, por conſejo de el Padre Araòz, y tambien para tomar ocaſion de comunicarſe con aquella portentoſa Cabeza de la Compañia, que aun para el Cuerpo de el Univerſo fuera proporcionada: Eſcriviò el Marquès un Pliego à San Ignacio de Loyola, conſultandole lo meſmo que aquel Cavallero Andaluz, llamado Lucino, eſcriviendo deſde Eſpaña al Doctor Maximo S. Geronymo, que ſe hallava en Belèn. En eſta Carta, deſpues de darle el parabien de que huvieſſe confirmado el Vicario de Chriſto aquella eſtupenda Maquina, para cuyos Cimientos, y elevacion le avia tomado por inſtrumento el Eſpiritu Santo: y deſpues de inſinuar el grande bien, que el Padre Araòz hazia en ſu Alma, en ſu Palacio, en Barcelona, y en Cataluña, rogandole que ſe le preſtaſſe por algun tiempo mas: porque aunque no ignorava ſer yà forzoſa ſu partida à Roma, adonde le llamava una Empreſſa de la mayor gloria, dezia, que èl imitava al Angel de los Perſas, pidiendo la luz, y la felicidad para aquel Paìs, que eſtava à ſu cuydado: y que la mayor calamidad, que podia venir ſobre Barcelona, era ſalir el P. Araòz della: antes que pudieſſe tener reſpueſta, eſcriviò al miſmo Santo ſegunda Carta, en que le comunicava ſus deſeos, y ſus dudas, eſpecialmente la frequencia de ſus Comuniones, y el eſtruendo, que avian cauſado en las lenguas, y en las plumas; porque miravan por defuera el explendor embarazoſo de ſu eſtado, y las ocupaciones de aquel Oficio. Referia con brevedad ſu modo de vida, como ſe diſponia para acercarſe à tan Auguſta Meſa, y el provecho, que hallava deſpues en ſu Alma. Pediale, embiaſſe un rayo de Luz, que iluſtraſſe ſu razon; que jamàs le olvidaſſe en ſus Oraciones; y finalmente le pedia la bendicion como à Padre, anticipandoſe à ſer Hijo en el deſeo, ó en el inſtinto, y eſcriviendo con una Prophecia en vez de pluma; porque las grandes felicidades ſuelen à vezes aviſar que vienen, embiando delante algunos deſtellos, ſalpicando el corazon con algunas pequeñas gotas de rocìo, para ſignificar que quiere llover

ver el Cielo; y moſtrar, que yà no truenan ſolas amenazas, ſino tambien las dichas.

§. V.

LLegò eſta Carta del Marquès à Roma en ocaſion, que eſtava San Ignacio abraſando el pecho del Doctor Miguèl de Arrobira con aquella lengua encendida: Puſieronle el pliego en la mano, ſin dezirle de quien fueſſe, porque tampoco lo avia dicho el que le avia entregado; y preguntando con alguna naturalidad el Doctor Arrobira, que Carta era aquella? Reſpondiò el Santo antes de abrirla: *Eſta Carta es de Don Franciſco de Borja, Virrey de Cataluña; quien le dixera à eſte Señor, que andando el tiempo ha de ſer de nueſtra Compañia, y venir à Roma à ſer ſu Cabeza?* Quedò aſſombrado deſta reſpueſta el que preguntava, porque ſabia que el Virrey era caſado, y de pocos años aun la Marqueſa; pero tambien ſabia, que en Ignacio era un Oraculo cada palabra, y mas con las circunſtancias de èſta; y aſsi la guardò dentro de ſu admiracion, y de ſu eſperanza, haſta que el efecto dixo aver ſido iluſtre vaticinio.

Reſpondiò Ignacio al Virrey con particulares expreſsiones de amor, y de conſuelo, por reconocer en ſu Alma el caracter mas vivo de las Virtudes en el deſeo de adelantarſe en ellas: Deziale, que no ſe podia dàr en la frequencia de las Comuniones una regla, que comprehendieſſe igualmente à todas las Almas, porque ſe ha de ajuſtar à la diverſidad de eſpiritus, y medir proporciones en las eſtaturas. Con todo eſſo le ſeñalava las mas ſeguras, y mas diſcretas, para conocer, y diſtinguir las Almas, à quien era muy provechoſa eſta frequencia, ſacando de aquella Meſa lo que la Ave, que ſe ſuſtenta de los rayos de el Sol. Añadia, que en los eſpiritus que ſe acercavan bien diſpueſtos, era eſta frequencia el remedio de los males, que padecen tantas Almas dolientes; y que entre otros admirables frutos era la preſervacion de caìdas graves, porque fortalece, y aſſegura los paſſos entre los peligros; y ſi tal vez la humana fragilidad hazia que alguno la conocieſſe en ſu experiencia, convalecia preſto del golpe, y de la ruìna, y levantava coronada de eſcarmientos la cabeza. Señalava con la pluma aquella ſenda delicioſa, que corre por entre la preſumpcion, y la cobardìa, entre la zona elada, y la ardiente, camino por donde el corazon, ni reſvala, ni ſe precipita. Deſcendia luego al eſtado de ſu Alma, y conforme à la relacion, que le hazia de ſu vida, y las que avia adquirido, del modo, y tiempo de ſu Oracion, del deſengaño que alimentava en ſu pecho cubierto con la pompa de la grandeza, y del veſtido: Del fruto, que experimentava, y las fuerzas que adquiria con eſte alimento, le alentava à proſeguir con la frequencia, que avia empezado: exortavale à no vivir temeroſo en eſte punto, porque ſeria tener miedo à ſu felicidad. Que pues el Padre Araòz no podia detenerſe mucho, le embiaria deſpues à Fabro, en cuyos dictamenes ſabios, y ombros robuſtos podria reclinar confiadamente el peſo de ſu conciencia, de ſus eſcrupulos, y de ſus aciertos. Con eſte pliego quedo el Marquès tan conſolado, como ſi un Querubin le huvieſſe eſcrito, arrancando una pluma de ſu ala: y en cada linea hallava aquella eclyptica, por donde ſe mueve el Sol, y camina la prudencia.

CAPITULO XV.

MILAGROSO SUFRIMIENTO, diſcrecion del Virrey en un lanze repentino de honor; cuydado, que tuvo el Cielo en prevenir eſte rieſgo; y ſingular regalo, con que ſe hallò deſpues favorecido.

§. I.

LA eſtatura de las Virtudes ſe mide bien por las ocaſiones, eſpecialmente en aquellos acaſos, que no dàn lugar à muchos diſcurſos, ni à embrazar en la previſion la rodela acerada contra la mas aguda flecha. Avia el Marquès dado mueſtras de ſu heroyca Santidad en la prolixa tarèa, y porfiada lucha de una inculpable, y penitente vida; pero faltava eſte examen à ſu Virtud, y eſta Piedra, en que conocer la fineza de aquel precioſo metal: y es maxima de la Eterna Sabiduria diſponer, que el Alma juſta ſuene con repetidos, y ſenſibles toques en eſta dura Piedra.

Llegòſe el dia de la Cruz de Mayo del año de quarenta y dos, cèlebre en Barcelona con muchos regocijos publicos, y Saraos, paſſandoſe de los Campos, y Jardines todas las flores de el Mayo à alegrar las Calles, y los Salones: Concurrieron por la tarde à Palacio las Señoras, y los Cavalleros à feſtejar los Virreyes, y deſ- Año de 1542.

pues

pues de eſtàr juntas en el Eſtrado de la Virreyna las mugeres principales de Barcelona, pareciò à la Marqueſa, y à todas, que eſtarian mas entretenidas, ſi las dexaſſen en la Muſica, y en el Sarao libres de el regiſtro de los Corteſanos: y embiaron à dezir al Virrey, que avian de deber à ſu cuydado el que no ſe introduxeſſe Cavallero alguno, porque aun el mas atento les ſerviria ſolo de embarazo, robando el empacho à ſu diverſion todo lo que quitava de libertad, y obligando à que paſſaſſe à recato el divertimiento. El Marquès acordandoſe de la razon, de sì, y de ſu reſpeto, ſe ofreciò à cumplir lo que ſe le mandava, aſſegurando à la Marqueſa, y à todo aquel feſtivo teatro, que èl miſmo ſeria toda la tarde guarda de la Puerta, y Argos de aquel penſil florido, no fiando de otro eſte oficio, que debia à las atenciones de Cavallero, à la decencia, y à la diverſion de gremio tan delicado. Puſoſe en la Anteſala el mas cercano à la Puerta, rodeado de la mayor Nobleza de Cataluña; y eſtava tan feſtivo con los Cavalleros, que yà no echavan menos los bayles, y muſicas de los Saraos; porque la ſazon en los cuentos, el ayre en las feſtividades, la ingenioſidad en las promptitudes, celebrando ſin afectacion, ni liſonja las agudezas de otros, tenia à todos guſtoſamente divertidos, y admirados de aquella diſcrecion, que ſabia medir las acciones con las oportunidades, y dàr lugar al donayre, y à los chiſtes entre los ſilicios mas aſperos.

§. II.

AVia llegado aquellos dias à Barcelona un Joven Grande de Eſpaña, acompañado de mas ſoberanìa, que diſcrecion, ni madurèz: y noticioſo de el feſtin, que ſe hazia aquella tarde à la Virreyna, ſe fuè à Palacio, hallò al Virrey cercado de la Nobleza en alegre, y chiſtoſa familiaridad; ſaludò al Marquès, y luego à los demàs con aquel infiel agrado, que ſuena à corteſania, y ſuele ſer mentira cauteloſa, arrojando el pecho al ſemblante toda la ſerenidad, quando dexa inquieto el volante dentro en el corazon. Porque eſte Joven ſe reſolviò deſde luego à introducirſe al Eſtrado, por mas que hallando al Virrey, y à los Nobles detenidos en el Anteſala, no pudo ignorar, que alguna razon, ò voluntad tenia cerrada la Puerta; fuè intrepidamente à levantar un paño, que cubria la Puerta, quando le ſalieron al encuentro la atencion, y la ſuavidad en el Marquès, rogandole ſe detuvieſſe, porque tenia orden de aquellas Damas para defender la entrada, aviendo interpueſto ſu palabra de que ninguno entraria à ſu Gavinete, ni aun el Virrey miſmo. Alteròſe mucho aquel impaciente eſpiritu, porque le parecia quedar deſayrado, y frio el ademàn, que avia hecho, ſi paraſſe ſolo en amago: Mirava como deſdoro de ſu Grandeza, no paſſar de las Anteſalas de un Virrey, el que traìa à la cinta la Llave de Oro, con que entrava al Camarin de el Emperador; y finalmente, porque ſe preſume, que tenia dentro algun cuydado, que liſongeando la voluntad, le arraſtrava el penſamiento, y tirava el corazon con aquellas inviſibles cadenas, con que los objectos traen àzia sì ſus incautas alas, haſta obligallas à romper, no ſolo los vientos, ſino los impoſsibles. Y deſcompueſta la voz, anublado con ceño el roſtro, reſpondiò al Marquès, que no era Hombre, à quien ſe le pudieſſe dàr con la Puerta, y con un deſayre en los ojos: que ſabria ſu Eſpada hazerle lugar, y abrir el paſſo, que le cerrava una groſſera deſatencion, porque eſtava acoſtumbrado à caminar àzia ſu guſto ſobre la cerviz del mayor peligro. Deſta ſuerte nos enſeñan los ſuceſſos ſer practica aquella Phyloſophia, de que el amor entra en las demàs paſsiones, como el Sol en las Caſas de los Signos Celeſtes, influyendo colera, ò riſa, ſegun el afecto, en cuya Caſa entra eſte Planeta Rey, ò tyrano de la Vida, y eſcandalo de fuego en la Region de Alma.

No ſoy yo, Señor, replicò el Virrey, quien os embaraza el paſſo, ſino un expreſſo orden de todas eſſas Señoras, que vueſtra gran corteſanìa llamarà precepto. Vos teneis tan altas obligaciones, que quando ſe os huviera encomendado eſte oficio, no dexarais libre la entrada, ni à mi, ni à otro alguno, por no faltar à lo que os debeis à vos meſmo; pues porque eſtrañais en mi, lo que executarais atento vos? Exemplar vueſtro, y credito mio ſon todos eſtos Cavalleros, que ſobre los claros Titulos de ſu ſangre, tenian el eſpecial de ſer Joyas de ſus Caſas las que eſſe Gavinete encierra, y oculta eſſa cortina; y han querido atender mas à la inſinuacion de todas, à mi ruego, y al de la Marqueſa mi muger, que no à ſu guſto. Fuera de que vais à dàr un mal rato con vueſtra preſencia; y sè yo, que no aveis de lograr otra diverſion, que emmudecer las cuerdas,

das, y aun deſtemplarlas, ſuſpender los bayles, y hazer ſilencio en todo el teatro, menos en las quexas, y en los ceños contra vueſtra Perſona, digna por cierto de entrar ſolo donde ſea bien recibida. Yo he de deber eſta galanteria à vueſtra generoſidad, pues conoceis que aora, mas que nunca dexarà de ſer diſcrecion la porfia, y fuera ageno de todo lo que ſois hazer vanidad de llevar adelante una ſinrazon; mirad, que errais mucho el blanco de el honor, pues poneis el punto en faltar à las leyes de Cavallero, y de Corteſano. Eſtos motivos eran poderoſos para detener las corrientes impetuoſas de la ira, y templar por entonces aquella paſsion amoroſa. Pero el amor, y la ira divididos, ſon infames Conſejeros de los pocos años, y juntos forman un monſtruo inflexible, que con ningunos alhagos puede domeſticarſe: ambos afectos ſon ciegos, ambos ſe embuelven en tanto humo, como fuego; y dàr razones à la colera deſpues que eſtà encendida, es tocar à un Tygre una Citara, que al eſcucharla huye furioſo por la Selva: porque ella es una breve locura, que eſtà reñida neceſſariamente con la razon, y ſe enfurece al oìrla.

Y aſsi calientes con la ira los ojos, y mûcho mas los afectos; replicò el Joven: Yo me harè camino, rompiendo primero por Vos, y abriendo en vueſtro pecho una puerta, para abrir deſpues ſin dificultad la otra; y echando mano à la daga, ſe fuè àzia el Virrey con el brazo levantado, y el puñal deſnudo: Quedaron atonitos los que ſe hallavan preſentes, y à muchos les embargò el movimiento aquel primer aſſombro; ſolo el Virrey lleno de Dios, cercado de luz, y de ſerenidad, rebolviò en un inſtante todas las deſdichas, que ſe podrian ſeguir, ſi quiſieſſe mantener ſu reſolucion, que la menor era ſu vida: y advirtiò con milagroſa promptitud todo lo que podria ſuceder, ſino acudia à todas partes con los ojos, con la razon, y con las manos; porque los Cavalleros empuñavan yà las Eſpadas; y el Marquès los detuvo con ſu authoridad, y con ſu voz; mirò àzia la Guardia de Alabarderos, que eſtava à la viſta, y ſe movia, para hazer aquel atrevimiento pedazos; y ſoſſegò ſu impetu con bolver los ojos, y hazer ſeñal con la ſinieſtra mano, para que no ſe movieſſen de aquel pueſto; al miſmo tiempo levantò con la dieſtra el paño, que reſiſtia con poca defenſa la entrada; y le dixo: No quiera Dios, Señor, que yo me pierda, ni (lo que ſeria mas dolor) que Vos os perdais por una materia, que no importa, ni à la Gloria del miſmo Dios, ni al ſervicio del Emperador, ni à la utilidad de la Republica: Entrad, que no puede obligar à tanto el deſeo de obedecer à eſſas Damas, ni ſu piedad me quiere imponer tanta dura obligacion: Guardad el valor, y eſſas Armas para acciones mas dignas de vueſtra ſangre. Entrò el Cavallero ciego dos vezes con la turbacion, y con la ira, y aun con la venda, que amor ponia en ſu frente, llevando aun en la mano la daga: y al verle ſe llenò de confuſion, y de ſuſto todo el feſtin ruìdoſo, feneciendo en tragedia la alegria; porque unas medroſas, otras aſſombradas, y muchas colericas le obligaron à dàr la buelta, laſtimandoſe la mano con la daga, porque no acertava con la bayna para eſconderla, y deſearia yà eſconder el roſtro, donde no le vieſſe ninguno, que fueſſe teſtigo de tan ciego deſacierto: no encontrava para ſalir la puerta por donde avia entrado, y tropezava en todo; efecto de los grandes delitos hazer que los Delinquentes piſen rezelo en lo mas llano, aſſuſtarſe de el ayre, que paſſa, eſpantarſe de una ſombra, mover en cada cobarde planta una turbacion fria. Avia yà degenerado en yelo el fuego arrebatado de ſu enojo: que eſta paſsion empieza Gigante, y ſe và diſminuyendo haſta la eſtatura de Pygmèo; al contrario de las otras paſsiones, que nacen pequeñas, y vàn creciendo haſta hazerſe Gigantes, quando eſta nace Rio undoſo de fuego, y muere arroyo elado.

Año de 1542.

Procurò el Virrey ſoſſegar el tumulto, que ſe levantava en Palacio: Aquietò primeramente à los Cavalleros, que perſiſtian juſtamente ofendidos; diſculpava el error de aquel Joven con ſus pocos años, mas animoſos, que advertidos: y no le diſculpava con la ceguedad de enamorado, por no eſcuſar un error con otro; y porque avia alguno, à quien le dolieſſe mas la diſculpa, que el delito. Solo añadia, que aviendo ſucedido en ſu Palacio, ſeria agravio ſuyo qualquiera deſpique, que ſe intentaſſe, pues ſe le avia de achacar al Virrey el Vulgo, y ſeria infamarle de vengativo: que le dexaſſen reñir ſus duelos, que la piedad Chriſtiana tambien tiene ſus deſafios, donde el ſufrimiento pelea con una Eſpada ſiempre victorioſa. Pero antes de rayar la Aurora de el ſiguiente dia, ſaliò aquel Cavallero de Barcelona, y por toda Cathaluña fuè corriendo la Poſta, porque el temor le fatigava el Cavallo, medroſo al entrar en cada Pueblo, de que

le

le hizieſſen priſionero; certificando en ſu fuga lo que dictò el Eſpiritu Santo en aquel Proverbio: *Fugit impius, nemine perſequente*, que huye el impio fugitivo de sì proprio, que corre tràs de sì, y ſe alcanza à cada paſſo, porque en vano procura alejarſe de sì meſmo.

Prov. cap. 28. v. 1.

§. III.

Y Aunque el Virrey procurò atajar todos los Caminos por donde pudieſſe llegar al Ceſar eſta noticia; al paſſo, que los dexava libres todos para ſu fuga, no pudo conſeguirlo, y mandò el Emperador hazer informacion ſecreta para hazer un exemplar caſtigo en aquella oſſadìa. Supolo el Virrey, que ſe afligiò ſobre manera, y eſcriviò al Emperador una Carta, humedeciendo la pluma con mas lagrimas, y mas ternura, que tinta: Deziale, deſpues de otras razones, y ſuplicas humildes, que miraſſe por ſu honra, porque el Mundo todo creeria, que èl avia dado cuenta, y querido vengar con la Vara de Miniſtro ſuyo la injuria, que no avia rebatido con la eſpada: que en aver ſufrido aquel agravio no merecia, que ſu Mageſtad le hizieſſe otro, para èl tanto mas ſenſible, quanto ſobre laſtimar al culpado le acreditava à èl de cobarde. Moſtrò tanto, y tan eloquente deſconſuelo, que el Ceſar compadecido, le eſcriviò una Carta amoroſa, en que alaba con encarecimiento ſu moderacion en lance tan peſado, y repentino: Ofrecele no hazer otra demonſtracion, que la de reprehender al culpado; porque no era juſto, que la piedad del Marquès dieſſe eſſenciones à delito tamaño. Mandòle llamar luego, y llegando à Palacio arrepentido de ſu yerro, le hablò el Ceſar con tanta ſeveridad, y ponderacion, que anduvo muchos dias fuera de sì, y nunca acertò à borrar de la memoria algunas de las palabras, que le dixo con ceño Carlos Quinto: quedando perpetuamente en ſu pecho la punta de aquella daga, que èl avia querido enſangrentar en la mas inocente vida: y conociò que la ira es aquella vivora ponzoñoſa, y encendida, que enroſcada dentro del pecho, lo primero que mas rabioſamente muerde, es el ſeno donde nace.

Aquella miſma tarde de el dia de la Cruz de Mayo, en que ſu invencible ſufrimiento diò tan heroyco exemplo al pundonor Cavalleroſo; eſtavan en Oracion en Santa Clara de Gandìa las Almas Religioſas, que tenian tan eſpiritual comercio con el Marquès, y tan intimo trato con Dios; pedian à ſu Mageſtad ſe acordaſſe de el Virrey en todas ſus acciones, paſſos, y lances; quando tres, ò quatro de ſus mas aficionadas vieron con claridad de mas alto Sol una terrible Cruz, que ſe le ponia ſobre los ombros al Virrey: oyeron la voz de Chriſto, que le esforzava à llevar con alegria aquel inſufrible peſo, y à que miraſſe como favor tan dulce Leño en un dia, en que ſe celebrava la invencion, y la gloria de aquel, que ſu Mageſtad avia conducido por ſu amor. Deſpacharon luego un proprio à Barcelona con eſte aviſo, pues aunque no podia ſervir para que ſe armaſſe con la prevencion, pues ſe les ſignificava, que ſucedia en aquella miſma hora; con todo eſſo podia ſer conducente, aſsi para el conſuelo, como para proſeguir animoſamente con el peſo, ſi faltaſſe algo de camino, haſta el ſitio, y el tiempo, que Dios huvieſſe deſtinado. Alentòſe mucho el Virrey con eſte aviſo, conociendo, que Dios avia aceptado el holocauſto, que de ſu honra avia hecho ſu ſufrimiento; el qual atribuìa à la Oracion de aquellas Fieles Amantes de ſu Eſpoſo: pues à eſſe fin ſolo ſe lo podia aver revelado, quando para èl llegava tarde el aviſo. Aquella noche ſe hallò bañado en un extraordinario gozo, y por donde avia de entrar el filo de la daga, entrò un rayo de Gloria. Dezia, que todo lo que avia padecido, los trabajos, ayunos, y aſperezas, que avia tolerado, las Oraciones, ſuſpiros, y lagrimas, que deſde ſu primera razon haſta aquel punto avia vertido, las daria por bien empleadas, aunque no tuvieſſen otro premio, que aquella victoria de sì meſmo, que en aquel Laurèl le avia pagado la Virtud todas ſus batallas, y fatigas: propriedad de corazones magnanimos, y amantes, mirar unos trabajos como premio de otros. Que avia adquirido mas en aquel breve tiempo de paciencia, que en la prolixa tarèa de ſu vida; ſucediendole lo que à aquellas plantas, que crecen mas en un dia con una fecunda lluvia del Cielo, que en muchos meſes con el riego, y cultivo del Hortelano.

CAPI-

CAPITULO XVI.

VA A SOCORRER A PERPIñAN ſitiada del Francès, y entre otros ſocorros fuè el mas poderoſo ſu Oracion. Revelacion prodigioſa, de que el Enemigo no cogeria la Plaza, ſi la Guarnicion fueſſe Catholica. Aſſiſte à las Cortes de Monzòn, adonde viene llamada del Ceſar la Marqueſa de Lombay, trayendo el deſengaño en el pecho, y por adorno del veſtido. Comunicanſe el Ceſar, y el Marquès ſus Maximas, y penſamientos en una larga conferencia.

§. I.

BOlò por toda la Europa la tragedia, y la Fortuna, que corriò la Armada Imperial en los Mares de Argèl, ocaſionando inconſolable dolor en los Año de 1542. Eſpañoles, y llenando de eſperanzas à ſus emulos. No quiſo perder eſta ocaſion el Rey de Francia, y en eſte miſmo Año de quarenta y dos, ſaliò à Campaña contra el Ceſar, divididas ſus fuerzas por el Piamonte, por Luzemburg, adonde embiò ſu Hijo Carlos Duque de Orleans; y otros dos Exercitos por diverſas Provincias de Flandes: y por Cathaluña entrò el Delphin Henrico, ſitiando à Perpiñàn, Cabeza de el Condado de Roſellòn. Supo eſte deſignio muy à tiempo el Marquès de el Baſto, y avisò al Ceſar, que cuydadoſo partiò luego à Monzòn, para eſtàr mas cerca de todo, y dàr calor à la defenſa con ſu Perſona. Conſiderava, que Perpiñàn eſtava ſin guarnicion, los Muros derrotados, ſiendo cada Almena una ruìna levantada: que el Delphin traìa quarenta mil Infantes, y entre ellos catorze mil Suyzos, y mas de quatrò mil Cavallos, que venia marchando con celeridad àzia Narbona, como el que vinculava la Victoria en la priſa, atando aceleradamente el Laurèl à la caſualidad de una interpreſſa, y anſioſo de acercarſe à las Murallas de Perpiñàn, mientras eſtava deſprevenida, y deſarmada. Avisò el Emperador à toda la Nobleza Eſpañola, que en alas de la fidelidad, y de la obediencia bolò à Cathaluña; juntabanſe Tropas de todas partes, viveres, y municiones; y entendia ſingularmente en eſta Empreſſa el Virrey, como quien empuñava el Baſtòn de Cathaluña. Andava ſolicito juntando baſtimentos, Armas, y Soldados: debiendoſe à ſu rara providencia el prompto ſocorro de aquella Plaza. En la qual ſe entrò el victorioſo Duque de Alva, y en pocos dias la reparò, y la dexò guarnecida de Soldados, y Artilleria; y ſu preſencia ſola ſirviò de fortalecer los Muros, y torreones, influyendo valor en las Almas, y en las Piedras, aſſegurando con ſu brazo las Almenas.

Eſcriviò el Ceſar al Virrey, agradeciendole la ſolicitud, cuya prevencion avia deſarmado al Enemigo, anticipando el ſocorro: rogavale, que pues ſocorria à Perpiñàn con Gente, con Baſtimentos, y con Piezas, que no dexaſſe de ſocorrerla tambien con otras Armas mas poderoſas, y que èl tenia bien uſadas. Pediale, que encomendaſſe lo miſmo à ſus Monjas, en cuya inocencia deſarmada eſperava hallar la fuerza mas viva, para reſiſtir aquella violencia. No eran meneſter recuerdos para que el Marquès recurrieſſe à ſu acoſtumbrado, y delicioſo Parayſo. Eſcriviò à Gandìa, donde no hallò mudo el Oraculo; porque eſtando todas en Oracion, le fuè revelado à la Venerable Sor Buenaventura, que el Francès no cogeria à Perpiñàn, con que no entraſſen Tudeſcos en la Plaza, porque à fuer de Luteranos, eran Enemigos ſangrientos de la Religion Catholica, y no queria Dios ſervirſe de tan enemiga defenſa; y en caſtigo haria, que las Flores de Lis ſe tremolaſſen ſobre las Murallas de Perpiñàn. Porque no pueden militar bien baxo de una Vandera Lutero, y Jeſu-Chriſto: Què Principe no tendrà por ſoſpechoſa la alianza de ſus Vaſſallos con ſus Enemigos? Es verdad, que entre el rumor de los Clarines enmudecen las leyes; pero no sè ſi con el eſtruendo ſe confunden tambien las Religiones? O con quanto ceño ſuele mirar Dios ſemejantes ligas, que (abuſando de la voz) en vez de hazer Priſioneros à los Enemigos, dexan preſa la Fè, y la Religion de los Aliados! Porque de un miſmo Exercito ſe forma un cuerpo, por donde ſe difunde facilmente el veneno: y con la licencia militar ſe pegan los dogmas pernicioſos, y no los ſanos; pues ſabemos, que ſe pega la enfermedad, y no la ſalud.

Avisò luego el Virrey al Emperador, el qual enſeñado en ſu miſmo eſcarmiento, diò orden apretado para que los Alemanes ſe eſtuvieſſen en ſus Alojamientos; y eſtando un Tercio dentro de la Plaza, hizo, que ſalieſſe fuera; à cuyo fin fuè el miſmo Virrey à Perpiñàn (como aſſegura el Padre Santander en un

manuſcrito, aviendoſelo oìdo al miſmo Santo.) Entrò, pues, el Marquès de Lombay con mucha Gente de ſocorro, sacò el Tercio de Alemanes, dexando en ſu lugar otro de Catholicos; cumpliendo à un miſmo tiempo con las obligaciones de el Baſtòn, y con las Leyes de la mas relevante ſantidad; levantando en una mano la Oracion fervoroſa de Moysès, y en otra la triumphante Eſpada de Joſuè. Aſsi premiò Dios el humilde rendimiento de el Emperador, y las fatigas del Marquès de Lombay: porque el Delphin, deſpues de aver eſtado algunos dias en el Sitio, eſperando las Galeras de Barbarroja, y viendo que no ſe deſcubrian, ni deſde la arena, ni aun deſde la eſperanza: que Perpiñàn eſtava bien guarnecida, y el Ceſar reſuelto à venir en Perſona à ſocorrerla: que la Artilleria de la Plaza, y los Eſpañoles con muchas ſalidas hazian eſtrago lamentable en ſus Tropas, levantò el Campo à los fines de Septiembre, y ſe enderezò à Mompeller, donde eſtava el Rey Franciſco ſu Padre, dexando forcejada, yà que no rota, aquella fuerte Llave de el Principado de Cathaluña; que mientras eſtuviere en poder de la Francia, ſiempre vivirà la Nacion Eſpañola con el ſuſto à la Puerta.

Antes que llegaſſe el Delphin ſobre Perpiñàn, avia juntado el Ceſar à Cortes en Monzòn toda la Flor Aragoneſa, y Catalana con la del Reyno de Valencia. Concurriò à las Cortes el Marquès como Virrey de Cathaluña, y en ellas pidiò el Emperador, que le aſsiſtieſſen con algunas Tropas, pagadas quatro Meſes, en aquel violento rebato, en que ſu Enemigo, roto el freno de la Paz, ſe ponia de parte de la fortuna, que en el Sitio de Argèl acabava de experimentar enojada, ò mal contenta. Trataronſe otros grandes negociados para el bien de la Republica. Hizieronſe algunas Leyes de reforma; y en todas las Juntas, deſpues de aver ſalido la Nobleza, ſe quedava el Emperador ſolo con el Virrey, conferenciando los dos los puntos mas arduos: deſeando el Ceſar, que el Marquès le dixeſſe abiertamente ſu dictamen en cada punto, para aſſegurarſe del acierto, porque ſu elevado juìzio, ſu alta comprehenſion, ſu zelo, ſu experiencia, ſu deſinterès, y la mucha luz, que ſe le comunicavan en la Oracion, hazian que Carlos Quinto vinculaſſe la execucion de cada maxima à ſu reſpueſta. Pero el Virrey ſiempre tomava el eſpacio de tres dias, para traer bien hecha la reſolucion, la qual hallava entre lagrimas, y penitencias: porque los grandes aciertos de la prudencia, y partos de la gracia, apenas nacen al Mundo, ſino al modo que los de la Naturaleza, la qual no ſabe dàr à luz un Hombre, ſin mucho tiempo, en que ſe forme, ſin llanto de el que nace, y ſin gemido doliente de ſu Madre.

§. II.

AVia dexado el Virrey en Barcelona à la Marqueſa, y el Ceſar, que venerò ſiempre las prendas de aquella grande Matrona, dixo al Virrey, que diſpuſieſſe luego ſu venida à Monzòn, donde pudieſſe, deſpues de tanto tiempo, hablar à la que avia ſido Archivo fiel de toda la confianza de la Emperatriz, y aora ſu pecho era depoſito de las mas ricas Joyas de la Virtud. Obedeciò el Marquès, y apenas llegò à Monzòn la Marqueſa, quando el Ceſar la fuè à ſaludar à ſu Caſa, humanidad deſacoſtumbrada, aun en aquellos ſiglos mas humanos, pero merecida de las relevantes prendas de aquella inſigne Muger, y de las de el Virrey, en quien hazia eco eſte honor: y exceſſo, con que los Principes premian ſin diſpendio de ſu Real Patrimonio los meritos de un grande Vaſſallo; al modo, que en Roma los premiava un Ramo de Laurèl, ò las Ruedas Mageſtuoſas de un Carro triunfal. Quando los Virreyes huvieron de bolver à Barcelona, repitiò el Ceſar la honra, y la viſita, pues ſe fuè à deſpedir de la Marqueſa à ſu Caſa, con emulacion de tanta Grandeza Eſpañola, ſin que los fueros de Muger la hizieſſen eſſempta de aquel rayo menos valiente, y mas oſſado.

Y no callarè lo que en eſte tiempo ſe dexò advertir, no ſin reparo, ni ſin mucho exemplo en la Virreyna, la qual venia tan humildemente veſtida, que hallandoſe en eſtas Cortes Doña Maria de Mendoza, Muger de Don Franciſco de los Cobos, Comendador Mayor de Leon, que tenia con la Marqueſa grande intimidad, la dixo: que ſe eſtrañava no poco vèr aquella mudanza en ſu trage, ageno de ſus años, de ſu eſtado, y de ſu Grandeza. A que ſatisfizo la Marqueſa Doña Leonor: Què Muger tendrà valor para arraſtrar pompas, y galas, quando vè à ſu Eſpoſo cubierto de ſilicios? Si veo al Marquès veſtido de el deſprecio de el Mundo, quereis que me viſta yo las

ro-

ropas de el engaño? Todo lo podrà recabar de mi vueſtra amiſtad, menos eſſo, que lo juzgo contra Dios, y opueſto à mi obligacion: no quiera ſu Mageſtad, que deſdigan tanto mis coſtumbres de las de aquel, que me diò para Compañia, para exemplo, y para dechado de mis acciones. Podrà parecer bien la cabeza cubierta de luto, y de ceniza, y el cuerpo veſtido de Primavera en vario color, y perfumado de la vanidad? No fuera eſta formar de el Sagrado Hymenèo el mas improporcionado monſtruo? Aſsi dexò acreditado en el Mundo Doña Leonor de Caſtro aquel antiguo vulgar Proverbio, que el Marido haze Muger; ſi bien no neceſsitava ſu primera educacion, y heroyca virtud de tanto exemplar: y los Exercicios de San Ignacio, en que acabava de meditar inſtruìda del Padre Araòz, avian introducido en ſu pecho mucho mas deſengaño aun del que ſe dexava admirar en el veſtido.

No perdia ocaſion el Virrey de repreſentar al Emperador con viveza, y cada dia con nueva alma, el ardiente deſeo de retirarſe à ſu Eſtado: recordava à la Mageſtad aquella antigua inſpiracion de vivir retirado, donde pudieſſe gaſtar la vida en ſu Alma, y conſagrar el tiempo à la Eternidad: Dezia, que el embarazo de los Pueſtos hazia, que ſe paſſaſſen los años, mas no que ſe vivieſſen; y entre el embeleſo de la pompa, y de la ambicion, aunque murieſſe cano, avria vivido poco: Traìa à la memoria el exemplo, que admira Seneca de aquel Conſul Romano, que viviò ſiete años apartado de el bullicio en una Caſa de Campo; y al morir mandò, que dixeſſe aſsi el alabaſtro en ſu Sepulchro: Aqui yaze *Simile*, que muriò de ſeſenta años, y no viviò mas de ſiete. Tenia el Ceſar reſuelto paſſar à Italia, y dexar al Principe el governalle de la Monarchia, aora que ſe deſpoſava con la Infanta de Portugal Doña Maria, Hija de el Rey D. Juan el Tercero, y de la Reyna Doña Catalina; y pareciale preciſa en aquel Palacio la aſsiſtencia del Marquès, para que ſu prudencia fueſſe alma del Principe, y del Govierno de Eſpaña. Por eſto le negò reſueltamente la licencia; y para apagar de una vez la eſcaſſa luz, que le podia dexar la eſperanza, le confirmò de nuevo la Merced de Mayordomo Mayor del Principe, à la Marqueſa la de Camarera Mayor de la Princeſa Doña Maria, y de Damas à ſus dos Hijas Iſabèl, y Juana, ſobre que expidiò nuevos Decretos. Con eſta diligencia creyò el Emperador que dexava al Marquès priſionero en los Salones de Palacio; pero la Providencia ſe burla de las diligencias humanas, y ſabe romper, no ſolo cadenas, ſino Montañas, para conducir à ſus Eſcogidos à los fines à que los tiene deſtinados: aſsi todos aquellos fuertes lazos, que le hazian quatro vezes priſionero, de la Corte, y de Palacio, los cortò en un inſtante la Muerte, con ſolo romper un hilo.

§. III.

NO deſiſtiò el Virrey de ſu intento mientras eſtuvo en Monzòn, eſperando recabar de el Ceſar eſta Merced; porque uno de los impoſsibles de la Naturaleza es, arrancar de el pecho una eſperanza bien introducida. Siempre que ſe hallava ſolo con el Emperador, le ſignificava ſus anſias de conſagrarſe todo al deſengaño, y à la ſoledad: Participòle ſus maximas ſecretas, el voto que tenia hecho, y todo lo que tenia meditado; pero hazia caſualidad eſta converſacion, porque deſeava no hazerſe moleſto con la porfia, ni paſſar deſde favorecido à importuno. Eſtimava el Emperador eſta confianza, que hazia el Marquès de ſu amiſtad: Aſſombravaſe de vèr tan freſcas en aquel corazon las huellas, que avia impreſſo el mas vivo deſengaño, ſin que baſtaſſe à borrarlas, ò à confundirlas el tiempo, quando yà iba à cumplir quatro años el eſcarmiento, que ſuele ſer de tan poca vida, excediendo à todo lo mortal en lo caduco. Y pagando una confianza con otra, una tarde, que ſe paſſeavan los dos en unos Corredores de el Palacio de Monzòn, libres yà de el cuydado, y del Exercito del Delphin: deſembarazados de negocios, y de Foraſteros, le deſcubriò el Emperador con la mas agradable familiaridad ſu pecho, ſus deſignios, y ſus mas retirados penſamientos. Vueſtro deſengaño, le dixo, ha fabricado en mi Alma un Altar à un Dios no conocido en mi haſta aora, que es el eſcarmiento: Vos, Marquès, ſois mi mas fiel Vaſſallo, y yo lo quiero ſer de vueſtro exemplo, que tiene en mi no sè que imperio oculto. Yo aprendi de Vos las Ciencias Mathematicas, y deſde entonces quedè enſeñado à ſer Diſcipulo vueſtro en mejor Eſcuela, y mas alta diſciplina: que en fin no en vano me enſeñavais à obſervar el Cielo. Si à Vos ſe os haze peſado el Mundo, teniendo tan pequeña

parte à vueſtro cuydado, que ſerà à mi, que le tengo todo, y ſobre cada ombro ſe me reclina un Mundo? Hablamos los dos en aquel tiempo de un deſeado retiro, que apenas ay otro Santelmo en eſte Mar de el Mundo; pues aora veo, que vueſtros deſeos han paſſado à ſer votos, quando en mi paſſavan ſolo à ſer olvidos. Sè mucho de el tiempo largo, que dais à la Oracion, y ſe dize no poco de la ſangre, que dais à la penitencia: hize alguna reflexion ſobre vueſtra edad, y no acabo de admirarme, que ayais conocido tan preſto eſta mentira hermoſa, y alhagueña, que ſe llama Mundo, quando tantos Sabios la ignoraron haſta deſpues de muertos. Pues buelvo à deziros aora, aun mas con el Alma, que con la lengua, que vueſtros exemplos me arraſtran àzia sì, y tiran de mi corazon, como ſi huvieſſeis tocado el deſengaño al imàn. Y es eſto con tanta fuerza, que ſi hallaſſe yà en el Principe ombros capaces de eſta Maquina, me iria à eſconder donde no me entraſſe otro cuydado, que el de mi ſalvacion, y el de remedar vueſtros aciertos. Eſta luz confieſſo yo deberos; pero alumbrais, à quien por aora no os puede ſeguir: Tenedme laſtima, mientras yo os tengo à Vos tanta embidia. Una coſa os ofrezco, (fiando ſolamente eſte ſecreto de Vos, que le aveis ocaſionado) que ſi Dios, como lo eſpero, me dexare vèr al Principe mi Hijo en tal edad, y eſtado, que pueda eſtribar firme ſobre ſu prudencia eſte dilatado Imperio, tendreis en el Emperador Carlos Quinto quien haga con la imitacion mas ruìdoſo vueſtro deſengaño. Yo me pondrè en aquella Atalaya, deſde donde pueda vèr con ojos compaſsivos, pero ſerenos, zozobrar à tantos entre los remolinos, y los eſcollos: Yo me aſſegurarè de el incendio ſobre aquella Torre tan alta, que no llegue à mi el fuego, ni el humo, ſino la laſtima ſola, y aun eſſa llegarà canſada en tanta altura. Las alas del tiempo ſe me hazen perezoſas, y cada inſtante tiene para mi algo de ſiglo, haſta que raye ſobre mi Corona; no dixe bien, haſta que raye ſobre mi cabeza, libre yà de aquella reſplandeciente fatiga, tan feliz Aurora, que por vueſtras Oraciones eſpero me ha de conceder la Piedad Divina. Eſto prometiò entonces el Emperador, y eſto cumpliò con aſſombro de el Univerſo deſpues; y el Marquès ſaliò aora lleno de eſpanto, y de conſuelo, que le ocupò los ojos, y le emmudeciò los ſentimientos: ſiendo uno de los mas crecidos elogios de el Borja Santo, que ſu glorioſo exemplo dieſſe al deſengaño todo un Carlos Quinto.

Bolviò con eſto el Virrey à Barcelona, donde empezò à trabajar de nuevo en reprimir los eſcandalos, y pone freno, y aun mordaza à los delitos publicos, en promover la piedad, y en dilatar la Gloria de Dios. Siguiòle luego el Emperador, porque arribando el Principe Doria à Roſas con las Galeras, le avisò el Ceſar, que paſſaſſe à Barcelona, para comunicar negocios de la mayor importancia. Diſpuſo tambien, que el Principe vinieſſe à ſer jurado à Zaragoza, y deſde alli à Barcelona à la miſma jura, celebrada con aparatos de gloria. Partiò el Ceſar à principios de Octubre deſte miſmo Año à Barcelona, donde fuè recibido del Virrey, y de toda la Nobleza Cathalana, con las mas ruìdoſas demonſtraciones de alegria: ardìa viſtoſamente, y reſonava toda la Ciudad en Luminarias, Fuegos, y Tornèos: Los artificios de polvora, las invenciones, y juegos en la Mar, y en la Tierra: Las muſicas en los Salones, y los eſtruendos de la Artilleria deſde las Murallas, y deſde los Baxèles hazian mas ſonora la confuſion, que el apacible eſtruendo de la armonìa. Deſde Barcelona paſsò el Emperador à Caſtilla, deſpidiendoſe con ternura del Marquès, y honrando con otra viſita la Quadra de la Marqueſa; y el Virrey proſiguiò ſu govierno con el miſmo cuydado, ſuſpirando ſiempre por ſu retiro; y gozoſo de aver tocado tan intimamente los deſengaños, y deſeos del Ceſar, quando eſtava mas engolfado en tantos Mundos. Saliò el Emperador de Cathaluña expreſſando por el camino indecible conſuelo de reconocer aquellos Paìſes tan quietos, tan ſeguros los Caminos, y los Pueblos, por la infatigable providencia de el Virrey: y de aver experimentado los regocijos, que ſe le hizieron en Barcelona, ſiendo el Marquès el que los trazava: accion, que le enamorava mas de la virtud, pues no la hallava en el Marquès melancolica, deſgreñada, y veſtida de triſteza, como la pinta la ignorancia, hurtando colores negros à la malicia.

Año de 1542.

***

CA-

CAPITULO XVII.

MUERE EL DUQUE D. JUAN ſu Padre, conſigue el nuevo Duque licencia para paſſar à Gandìa: Admirable exemplo, con que governava ſu Familia, y ſu Eſtado; magnanimidades de aquel corazon generoſo. Conſuelale el Sumo Pontifice en la muerte de ſu Padre, y rehuſa el honor del Capelo, que le ofrecia para un Hijo ſuyo.

§. I.

Año de 1543. MUriò el dia nueve de Enero de quarenta y tres el Duque Don Juan, Padre de el Marquès de Lombay: Principe digno de eterna memoria, por la ſingular devocion, y piedad Chriſtiana, y por aver dado un Hijo tan milagroſo al Mundo: Dexò en el Reyno de Valencia, y en ſus Vaſſallos grandes deſeos de sì, que ſon los mejores teſtigos, y los mas vivos Epitaphios de las proezas de los Difuntos: Y el Marquès (à quien llamarèmos Duque adelante) bañò con lagrimas ſu memoria, y deſpues la Urna. Recibiò los Vaſſallos de Gandìa, que vinieron à jurarle obediencia, con rara ternura; y bolviò à llorar la falta de el Dueño antiguo en aquellas demonſtraciones de reſpecto, que le acreditavan difunto; y tuviera por merced ineſtimable de el Cielo nunca verſe heredado. Rogavanle, que fueſſe à conſolar ſus Eſtados con ſu preſencia, y era pedirle lo que mas deſeava; y lo que recabò en ocaſion, que luego ſe ofreciò oportuna. Porque à los quince de Abril de eſte miſmo año diò el Ceſar la buelta à Cathaluña, moviendoſe con perpetua inquietud eſte luminoſo Planeta, nacido para influìr benignidad en unas Provincias, ſangre en otras, y en todas luz, y Religion. Eſperavale Andrèa Doria en la Playa de Barcelona con quarenta y ſiete Galeras, y mas de quarenta Leños mayores para paſſar à Italia, y deſpues à Alemania à ſoſſegar los tumultos de algunas Ciudades libres, caſtigar los Rebeldes, romper con la Eſpada aquella infame Liga Smalcada, que fraguavan los Hereges amotinados contra el Ceſar, contra Dios, y contra la Igleſia. Saliò à recibir el nuevo Duque, renovando ſus inſtancias con nuevos colores, y titulos, porque ſon ingenioſos, y eloquentes los deſengaños: Repreſentava la ſoledad en que quedava ſu Eſtado, la Familia de ſu Padre, y la Duqueſa Viuda: La execucion del Teſtamento; materia, en cuya dilacion ſon eſcrupuloſos, no ſolo los dias, ſino los inſtantes. Rindiòſe el Emperador, y deſpues de averle conſolado tiernamente en la muerte de ſu Padre, y de averle concedido la embeſtidura de Duque de Gandìa, le diò licencia para que fueſſe à reconocer ſus Vaſſallos; advirtiendole, que deſpues de aver cumplido el Teſtamento del Duque difunto, y tomado la breve poſſeſsion del Eſtado, avia de bolver à la Corte, como avia decretado por el Octubre del Año antecedente. Admitiò la condicion el nuevo Duque; mas rodeado de una inviſible prophetica luz, dixo al Emperador, que no llegaria el tiempo de que èl, ni la Duqueſa, ni ſus Hijas, ſirvieſſen à los Principes en Palacio, porque la Sabiduria eterna avia tomado otras medidas mas altas, que aora eſtavan ocultas; no penetrò entonces el Ceſar la alma deſta ſentencia, y deſta prophecìa eſcondida en una expreſsion, que podia ſer Hija de la Eſperanza; haſta que deſpues con la temprana muerte de la Princeſa, antes que pudieſſen ir à ſervir los Duques de Gandìa, hizo reflexion ſobre lo que avia eſcuchado al Duque en Barcelona, y conociò, que avia tenido eſte ſuceſſo inſpirado, y bien prevenido. Repitiòle gracias de lo que avia afanado en aquel Govierno, donde quedavan immortales monumentos de ſu prudencia, y zèlo Chriſtiano: Señalò por Succeſſor ſuyo al Marquès de Aguilar; y echando los brazos al Duque, ſe embarcò à Genova, y el Duque empezò à diſponer con diligencia ſu jornada. Deſpidiòſe de la Nobleza, y de todos los Gremios de aquel Principado con tanto ſentimiento del Pueblo, que vozeavan por las Calles, trayendo el dolor à la memoria, y à la lengua las empreſſas de ſu Piedad, y las de ſu Juſticia; y aun oy ſe conſervan muchos raſtros eſclarecidos de ſu prudencia en Cathaluña; y primero faltaràn à Barcelona todas las Almenas de ſu Muralla, que falte la memoria del Virrey Don Franciſco de Borja.

Llevò conſigo deſde Barcelona à Gandìa al Devoto Fray Juan de Texeda, todo el theſoro, que ſacava del Virreynato. Año de 1543. Entrò, pues, en Gandìa, de donde cerca de veinte y quatro años antes avia ſalido, y de quien ſolo tenia aquellas primeras eſpecies confuſas, que ſe imprimen en los tiernos años, no aviendo buelto à poner en ella ſino ſolo ſus deſeos, y penſa-

mientos deſde la edad de diez años : fuè recibido con increíble alborozo del Eſtado de Gandìa , donde eran tantos los regocijos publicos , como avian ſido las lagrimas en Barcelona con ſu ſalida. Luego que llegò, recogiò la Familia de ſu Padre, que avia quedado huerfana , por mas que el nuevo Duque no neceſsitava de ella , teniendo ſurtidos todos los Empleos de grandes Criados. Mas yà que no ſe podian duplicar los Oficios , creciò los Oficiales, no queriendo que perdieſſen los grados, ni el caracter, que huvieſſen tenido en ſervicio del Duque muerto ; ni tampoco quiſo arrojar de ellos à los ſuyos , pues no avian de ſer menos dichoſos , porque èl huvieſſe heredado ſus Eſtados ; aſsi tenia dos Cavallerizos , dos Mayordomos , dos principales Secretarios , y à eſta proporcion los demàs exercicios. Dezia , que eſta era ſu primera obligacion antes , que otras limoſnas publicas , ni ſecretas ; y que à los Criados antiguos de un Principe difunto, les queda como legado la benignidad del Heredero ; que lo demàs , fuera caſi negar la Fè , y ſer Apoſtata de la piedad : ni fuera accion mas cruel arrojar el Cadaver del Dueño de ſu miſmo Sepulchro , que echar de caſa aquellos pedazos vivos de ſu memoria en ſu Familia.

§. II.

ORdenò el Duque ſu vida con mas eſtrechas maximas , ſingularmente deſpues , que entregò todas las riendas del alma à la direccion de la Compañia. Aumentò la Oracion , en que perſiſtia deſde las dos de la mañana , haſta las ocho , y en la tarde, y tiempo de la noche caſi otro tanto , las mas vezes poſtrado en el ſuelo con el ultimo abatimiento. Tenia una tarima de tablas al piè de la Cama cubierta con una alfombra , duro Catre , en que deſcanſava mal , engañando à los que la miravan , perſuadidos à que ſervia ſolamente para reclinarſe en tiempo de la ſieſta. De ſus diſciplinas ſon fieles teſtigos las paredes de aquel Apoſentillo , que aun oy ſe mueſtran bermejeando en la ſangre del inocente Duque , y ſirve de Capilla al Palacio aquel ſitio ſalpicado en rigor, y en llanto. El ſilicio era un veſtido de hierro, de que nunca ſe hallò deſnudo , porque el Enemigo no le encontraſſe deſarmado. Su comida era aſſombroſo ayuno , haſta que le moderò San Ignacio ; comia ſolo unos garbanzos , y acabava ſolo con unos aniſes , que le avian ordenado los Medicos; prodigioſo ayunar entre las opulencias de ſu Meſa en ſu Eſtado ! Antes aguardò aquel rigido ayuno por un año , con el pretexto de enflaquecer el peligro , que amenazava à ſu vida en ſu corpulencia; aora le dilatò quatro años , con el pretexto de verſe enflaquecido tanto , que no tenia calor para gaſtar mas alimento ; aſsi diſcurren las virtudes , no ſè hallando en el Mundo Philoſophos tan ſutiles. La pureza de ſu conciencia era milagroſa, de una alma bañada en los Armiños de la gracia , y en el tinte de la penitencia : El regiſtrava menudamente los ſenos de ſu eſpiritu con el examen mas rigoroſo , deſpues que tomò las inſtrucciones del Padre Fabro ; no dexava , ni aun pequeños atomos en el Alma , imitando la diligencia de San Ignacio de Loyola en eſte perpetuo examen de ſu vida. Quando ſe conſagrò à la Compañia, quedando con las inſignias de Duque , Comulgava cada dia en ſu Capilla , ò en el Monaſterio de Santa Clara , ſino los Domingos , y otras Feſtividades, que comulgava en la Igleſia Mayor. Confeſſavaſe dos vezes cada dia, una antes de comulgar, y otra antes de dormir , para blanquear mas la hermoſura de aquella conciencia: coſtumbre , que guardò toda la vida ; porque fuè tan conſtante en ſus Devociones, y Maximas Sagradas , que dize el P. Rafael de Texeda en una Carta : *De ſu boca ſe ſabe , que nunca empezò Devocion , ni Ave Maria , que no perſeveraſſe haſta la muerte en ella.* Por las tardes dedicava algunos ratos atentamente à Libros devotos ; leìa en la Eſcritura Sagrada , buſcando ſu inteligencia en la expoſicion de una ſabia pluma. Eſtava continuamente ſu corazon reconociendo , y peynando ſus alas dentro del pecho, imitando à aquel Paxaro , que guarda mucho ſu nido , puliendo ſus plumas , y ſacudiendo yà una ala , yà otra , y aſsi las tiene el aliño tan lucidas, y la variedad tan hermoſas , que paſſa à ſer Ramillete cada una dellas.

§. III.

COn el exemplo , y cuydado de ſu Cabeza andava concertada , y devota ſu Familia , Giraſol perpetuo de las acciones de ſu Dueño ; ninguno avia, que no tuvieſſe deſtinado algun tiempo à la Oracion , y à los documentos de un Libro eſpiritual : Confeſſavanſe las principales Fieſtas, oìan Miſſa todos los dias, aſsiſtian à los Sermones , y à la Letanìa , reza-

va-

vaſe el Roſario à coros; hazian cada año los Exercicios de San Ignacio: y luego que fundò el Colegio en Gandìa, ſe retiravan en èl para eſtos Exercicios, ſucediendoſe por ſu orden unos à otros, como tambien ſus Hijos. Avia deſterrado de ſu Palacio haſta la ſombra de los vicios: ſus trages ningun color tuvieron de profanos; y en la blandura de el Duque, ſolo eran irremiſsibles eſtos delitos. Viſitava cerca de la media noche los Quarteles de ſu Palacio, caminando ſilencioſo con un farol en la mano, y otro en el pecho; y baxando haſta las mas humildes Oficinas, donde podian guarecerſe con menos regiſtro las inſolencias, ſirviendo eſte cuydado à ſus Lacayos de freno, y de centinela al decoro de ſu Palacio. Cada noche ſe contava un Exemplo, ſacado con brevedad de la Vida de algun Santo, como quien corta algun clavèl, que vive encendido mucho tiempo en la mano, ſobre que ſe diſcurrian provechoſas ſentencias; coſtumbre, que dexò vinculada el Santo Borja à la Compañia, y ſon las quietes celebradas donde ſe perſuade la ignorancia, que ſe tratan Maximas politicas, y que cada una de las quietes es uno de los ſecretos myſterioſos Camarines de Delfos. Hazia à toda ſu Familia varias Platicas eſpirituales ſobre Meſa, mientras ſus Hijos eſtavan comiendo, porque el Duque dava fin à ſu regalo muy al principio: Preguntava à cada uno la iluſtracion, ò penſamiento, que en la Oracion mas eficàzmente huvieſſe experimentado; y deſpues de aver oìdo à tres, ò quatro, empezava el Duque à romper en luz, y en llanto el ſilencio, refiriendo alguna iluſtracion, con que huvieſſe regado ſu Alma la liberalidad Divina; eſtilo, que conducia, no à la vanidad, ſino ſolo al exemplo, y que guardò en la Compañia ſiempre que hallava oportunidad, deſpues de aver comido. Ponderava el caſtigo, que merecian ſus ingratitudes, y la benignidad de Dios en reſponder con favores, compitiendoſe en eſta lucha con armas tan deſiguales. En tan util, y fervoroſo exercicio ſervia à ſu Familia de exemplar, y de Maeſtro; la inſtruìa en los puntos, y modos de orar con afecto, y lluvia provechoſa: Recurrian à èl con ſus dudas, con ſus aflicciones, y eſcrupulos, hecho Padre Eſpiritual tambien de ſus Hijos, y Criados. O Gran Dios, què exemplo, y aun no sè ſi diga, què afrenta de Señores? Y què Palacio dechado de Monaſterios? Era mucha la vehemencia con que ſe encendia ſu eſpiritu en eſtas Platicas, porque no ſabia dàr poco ayre á las Velas, ni poco fuego à las palabras; y San Ignacio le moderò tambien eſte exceſſo en tiempo poco oportuno para fervor arrebatado, que al calentar el Alma, abraſa la vida.

Pagava con puntualidad, y exaccion à ſus Criados; deuda, en que ſon acreedores, la Piedad, y la Juſticia: Viſitava con grande amor à los que eſtavan enfermos, y les aſsiſtia con Medicos, remedios, y ſocorros. Sucediòle ir à la Poſada de un Criado ſuyo, que vivia fuera de Palacio, eſtando muy enfermo, y pueſto de rodillas junto à la Cama, le eſtuvo mucho rato esforzando con palabras llenas de eſpiritu, y de conſuelo, y animando aquel corazon medroſo à viſta de el ultimo rieſgo, haſta que eſpirò dulciſſimamente entre ſus brazos con devotos afectos. Nunca vieron aſſomada à ſus ojos la ira, à todos tratava con afabilidad ſin ligereza: en reconociendo ſu lealtad, les diſsimulava otros defectos, ſabiendo que ſe ſervia de Hombres, y no de Angeles. De ninguno ſe moſtrò jamàs deſconfiado, ò ſoſpechoſo; y primero le echaria de Palacio, que de ſu confianza, Archivo donde depoſita ſu fidelidad el Criado. En las Poſadas, ò Quartos de ſu Familia ſe hallavan Libros Eſpirituales, Diſciplinas eſcondidas debaxo de las almohadas, y varios ſilicios, en lugar de Naypes, Poetas, y Fabulas, que vàn imperceptiblemente ſobornando la imaginacion para la caìda, y diſponiendo aquella Fabrica racional para el eſtrago con una que parece gotera, y es lenta diſſimulada ruìna. Quando avia algun negocio de mucho cuydado, girava circularmente la Familia en Oracion prolongada, ſucediendoſe unos à otros por las horas de el dia. Exortabalos con premios, y con razones à diverſas hazañas de virtudes, introduciendo la competencia, que es la mejor ala, y una emulacion ſanta para que bolaſſe à Dios ſu Familia. Con eſte alto modo de vida, y el exemplo tan cercano de ſu Dueño, llegaron muchos à una virtud heroyca. El Maeſtro Franciſco de Saboya, Ayo de ſus Hijos, entrò antes que el Duque en la Compañia, y muriò en Tortoſa (donde avia tenido Cuna) deſpues de quatro años de Jeſuita, dexando opinion de Santo en Gandìa, y en todo el Reyno de Valencia, confirmada con un ſuceſſo prodigioſo; porque ſe tomò à peſo mucha cantidad de cera, que ardieſſe en ſus Exequias, y alumbraſſe entre

tre ſus exemplos à ſus cenizas; y deſpues de arder veinte y quatro horas, viendo tan abultadas las velas, bolvieron à peſarlas, y ſe hallò que ni una onza avia conſumido la llama, deſpues de aver derretido el amor tan brevemente ſu vida.

§. IV.

NO era meneſter eſcrivir lo que ſe deſvelava en la educacion de ſus Hijos, aviendo referido lo que cuydava de la de ſus Criados; eran ingenioſas las trazas de que ſe valia para enamorarlos de la virtud, è imprimir los ſellos de la piedad en ſu tierno corazon; davales ſumas de dinero para que repartieſſen à los pobres, haziendo que aquellas manos delicadas fueſſen inſtrumentos generoſos de ſus limoſnas, ocultando las ſuyas, y acoſtumbrando las de ſus Hijos à vivir abiertas: eſperando, que empleadas en la miſericordia deſde tan tiernas, olieſſen à piedad quando robuſtas, pues es aquel Nardo precioſo, que una vez bien derramado entre los dedos, conduce la fragrancia haſta el Sepulchro. Examinavalos de ſu Oracion, davales inſtruccion facil para meditar, pediales quenta de ſus devociones, y quiſiera infundirles tal horror à la culpa, que temblaſſe la imaginacion ſolo de repreſentarla. Luego que fundò el Colegio de la Compañia, diò el cuydado eſpiritual de ſus Hijos al P. Doctor Juan Bautiſta Barma, que fomentava aquellas floridas plantas con el riego continuo, y con la blandura. Llevava en ſu compañia aquella tropa delicada, ſiempre que avia Sermon en alguna Igleſia; y bolviendo à Palacio, les hazia repetir alternadamente los puntos mas ſubſtanciales del Sermon. Deziales, que quando èl era de ſus años, avia eſcuchado, entre otros, dos Sermones, los quales aun entonces tenia en ſu Alma bien impreſſos. Una Semana Santa hablò el P. Barma al Duque de parte de uno de ſus Hijos, pidiendole unas diſciplinas para caſtigar ſus culpas; oyò el Duque eſta peticion con incomparable gozo, y ſe las diò luego, diziendo: *Dadle Padre mio, eſtas diſciplinas de mi parte, y dezidle, que no haria mucho en ſacarſe con ellas alguna ſangre, por las muchas gotas mezcladas en lagrimas, que me ſaca à mi ſu cuydado delante del Divino acatamiento.* Deſeava ardientemente vèr à la compoſtura en el roſtro de ſus Hijos, ſiendo la modeſtia el mas galan adorno, y el mas culto aliño de los pocos años, que por eſſo la llama Tulio la Roſa de las virtudes naturales: *Roſa purpura veris, modeſtia purpura virtutis.* Diſpuſo que aprendieſſen todos la lengua Latina, y deſpues la Philoſophia, para que tuvieſſen ſiempre divertidos los penſamientos: y porque el Primogenito no ſe avia aplicado con baſtante eſtudio en eſte Exercicio, le exhortò, deſpues de eſtar el Santo en la Compañia, à que aprendieſſe aquellos primeros Elementos de la Logica, que enſeñan al diſcurſo à traveſear por las facultades, y por las ciencias, y deſpues le animò à toda la Philoſophia, con que diò un nuevo baño de luz à ſu Alma. Para eſte miſmo fin ocupava ſus años, y ſus afectos en el manejo de las Armas, de los Cavallos, y otras habilidades, y juegos, yà Corteſanos, yà Militares, que ſon el diſtintivo de los Nobles, cuya ignorancia haze ſombra en todas las acciones publicas, dexandolas deslucidas, ò las convierte en plebeyas. Viſtiò de Habito Ecleſiaſtico à ſus dos Hijos Don Alvaro, y Don Alonſo, para irlos lentamente aficionando à aquel Eſtado, y diſponerlos al Divino llamamiento. Tenia muchos Libros de erudicion, y de hiſtoria, y Maeſtro que fueſſe adornando ſu memoria con noticias amenas, que informan el Alma, y dàn flores à la converſacion, y à la vida, queriendo que fueſſen mas codicioſos ſus Hijos deſtas alhajas, que no de Pinturas, y Tapicerias, en que ſe repreſentan Hiſtorias, ò Fabulas, pudiendo gloriarſe muchos Salones, que ſus paredes tienen pendiente mas erudicion en una Pintura, que ſu Dueño en el ſeno eſpacioſo de la memoria, donde guarda ſus imagenes vivas la Sabiduria.

Fuè à reconocer las Villas, y Pueblos de ſus Eſtados, derramando por todos ellos liberalidades, y exemplos: Ordenò muchas coſas para utilidad comun, y Gloria de Dios. Deſterrò aquellos lazos publicos, en que ſe enredan facilmente los pocos años, y ſon uno de los eſcollos, en que tropiezan mas los linzes, que los ciegos. Reformò varios deſordenes, batallò con los eſcandalos, armado no ſolo de los caſtigos, ſino mucho mas de los favores, y de los alhagos; porque ſu apacible genio, y ſu pecho generoſo entravan à diſponer los corazones, para que abrazaſſen con guſto las Leyes. Puſo pena de veinte y cinco libras contra los blasfemos, ſacando inviolablemente eſta multa, aun à los Foraſteros, que venian à comerciar con ſus Vaſſallos, para que llevaſſen eſta mordaza en la boca, y conduxeſſen el eſcarmiento à ſu tierra. Quitò

los abuſos, disfrazes peligroſos, y alegres exceſſos de las Carneſtolendas, quando las Maſcaras cubrian los Delinquentes, y hazian gala de los mas feos delitos: y porque en una deſtas ocaſiones, viniendo llamado del Duque à Palacio el milagroſo Padre Andrès de Oviedo, Rector del Colegio de la Compañia, y deſpues inſigne Patriarcha de la Etiopia, le burlaron en la Calle neciamente, juguetes de la ſinrazon, y del Vulgo en aquel tiempo; mandò, que le averiguaſſe el Autor, y huviera procedido à caſtigarle rigoroſamente, ſi el miſmo Padre Oviedo no huviera recabado con lagrimas el perdon de aquel deſacato. Puſo todo el conato en la enſeñanza de los Hijos de los Moriſcos, que eran muchos, y fuè la principal cauſa de fundar el Colegio, y Univerſidad de Gandìa. Si bien llorava las faltas de cultivo en aquella Viña; y deſpues de aver eſtado dos años y medio en ella, procurando arrancar Dogmas infames, y quitar el ſequito à Mahoma, hallò que eſta Empreſſa ſe guardava para otros Operarios mas expertos, que conduxo de la Compañia. Comprò unas juriſdicciones, que faltavan à la ſeguridad de ſu Eſtado, y à la Grandeza de ſu Caſa. Hizo varias Fabricas para la defenſa, y utilidad de ſus Vaſſallos, como deſpues veremos. A ninguno ocupava en dependencia ſuya, que no le pagaſſe con liberal mano, como ſi fueſſe el mas foraſtero, y dezia, que era laſtimoſo Palacio aquel en que el ſudor de un infeliz anochecia ſin galardon.

§. V.

TEnia algunas horas ſeñaladas para aſſiſtir à la Contaduria; y lo que es mas admirable, por menos practicado en el Mundo; ajuſtava todos los dias ſus cuentas, y hazia que ſus deudas duraſſen menos, que las flores, que llaman Efimeras; ſabiendo el Mayordomo, que no ſe avia de recoger el Duque à tomar ſoſsiego, ſi haſta la mas ligera deuda, que huvieſſe nacido en aquel dia, no huvieſſe yà fenecido en la paga. Era eſta cuenta tan exacta, como ſi huvieſſe de ſer la ultima, pareciendo mas Teſtamento; que Deſpacho: imitando aquella maxima famoſa de Catòn, que al morir llorò entre ſus culpas politicas, la de averſe recogido una noche, ſin aver ajuſtado las quentas de aquel dia. Aſsiſtia frequentamente à dàr Audiencia, ſin negarſe al mas ruſtico en ella. Hizo que todos los dias vinieſſe el Medico al principio de la comida à dàr cuenta de los enfermos que huvieſſe en la Ciudad, y por los contornos, para embiarles de ſu Meſa los Manjares mas delicados; y à los que fueſſen pobres, toda la comida, que ordenaſſen los Medicos. Informavaſe individualmente de ſus males, y accidentes,para aſsiſtirles con remedios,limoſnas, y Oraciones. Socorria mucho los Monaſterios, tratava familiarmente con los Religioſos, iba algunas vezes al Santo Monte de Luchente à tratar con los Padres Dominicos, y à tomar luz en ſus eſcrupulos; en Santa Clara de Gandia tenia ſu eſpiritu las delicias, teniendo mas parenteſco con aquellas Almas, que no ſus venas. Tenia facultad la Duqueſa para entrar en el Monaſterio de Santa Clara, donde reconòcia preſuroſa la Diſpenſa, el Granero, y la Enfermeria; y dando la buelta à Palacio, embiava al punto toda la proviſſion que avia hallado menos en el Convento. Parecia inpoſsible, que llegaſſen ſus rentas para tantas limoſnas, que unas eran ocultas, otras disfrazadas en generoſidad de Sèñor, para quitar à la Nobleza neceſsitada el rubor de hallarſe ſocorrida, pues ſe diſsimulava la limoſna en regalo. Entregava fielmente à la memoria, y à la pluma las deſdichas agenas, para aliviarlas; y al olvido, las que avia aliviado, arrojandolas al Lethèo. Suponia como maxima generoſamente ſegura, que el aver nacido entre la Grandeza,era lo miſmo que nacer obligado à derramar eſplendor, y beneficencia, pues los grandes Aſtros no pueden alumbrar ſin influir; y ſe debria arrancar del Cielo el Planeta, que no ſirvieſſe al Mundo, ſino de arraſtrar pompa, y vanidad lucida ſin alguna influencia. Por todo ſu Eſtado hizo la fama de ſu vida un eco milagroſo, y ſe viò la rethorica, que tienen los buenos exemplos para perſuadir los deſengaños; porque en todo el Reyno de Valencia ſe admirò una transformacion ſagrada, y notables mudanzas de vida; apenas ſe hallava Adulto, que no recibieſſe à lo menos cada Mes la Sagrada Euchariſtia; frequencia entonces prodigioſa, y uno de los grandes milagros, que obrò el exemplo del Duque de Gandìa: florecieron las virtudes en aquel Campo deleytoſo con el influxo continuo de un Aſtro tan vezino,y tan proprio, que no podiã deſdeñar como foraſtero el deſengaño.

Paſsò mas adelante ſu zelo, ſu caridad ardiente, Bolcàn generoſo, que minava el corazon de Franciſco, y con èl todo ſu

Pa-

Palacio ; hizo alvergar todos los Pobres, que ſe hallaſſen en la Ciudad de Gandìa, y los alimentava de ſu renta ; pareciendole , que los que no tuvieſſen mas bienes que la Divina Providencia, la miſma Providencia los encomendava à la ſuya ; y que ſiendo el Dueño , debia cargar ſobre ſu generoſidad la deſgracia del Vaſſallo. A los Pobres dolientes , no ſolo los recogia en varias Caſas , de que hazia Hoſpitales , ſino que tenia divididas las ſemanas en ſu aſsiſtencia : La primera, tocava al Duque ; la ſegunda , à la Duqueſa, y à cada uno de ſus Hijos la ſuya, proveyendo de alimento à los primeros , y ſirviendo tambien à la meſa à los ſegundos , haziendo de eſta ſuerte nueva Familia ſuya de la deſdicha , y de la Pobreza; pero Familia , à quien el Dueño ſervia. Tenia un Limoſnero ſecreto tan ſolicito, que deſcubria la infelicidad , por mas eſcondida , en el olvido , ò en la honra , ò en la verguenza, y por ſu mano corria undoſa la piedad del Duque de Gandìa. Tenia otro Limoſnero publico Sacerdote , y Prebendado de aquella Igleſia , digno inſtrumento , y conducto de las piedades de Borja ; y tenia orden de pedir ſiempre al Mayordomo cantidad de dinero , antes que las que ſe le entregavan , ſe huvieſſen agotado. Era tambien Limoſnero publico el miſmo Mayordomo , Cavallero de mucho eſpiritu , cuya virtud iluſtrò ſu Apellido de Torrilias , no baſtando un conducto , ò Fuente , ò Rio tan caudaloſo ; y le mandò , que quando faltaſſe dinero prompto , echaſſe mano de la baxilla , ò deſpedazando la plata , ò dando entera la ſalvilla , conforme fueſſe la urgencia , à ninguno dexaſſe ſin limoſna , porque dexaria ſin conſuelo à ſu Alma ; y aun deſpues que eſtava en la Compañia , ſugeto al Hermano Marcos en todo por diſpoſicion de San Ignacio : Sacò licencia para no ſer Subdito en puntos de limoſna correſpondiente al eſtado pobre en que ſe hallava , temiendo que la obediencia cerraſſe ſu mano herida , ò raſgada por todas partes de la Miſericordia, y el que apriſionò guſtoſamente al yugo de la obediencia haſta ſus penſamientos , quiſo tener libres las manos en los Colegios , y por los Caminos ; y añadia la limoſna de deſeos , ſeno dilatado, diziendo : O como ſi yo fueſſe aora Poderoſo,te ſocorreria con indecible conſuelo mio ! En ſabiendo que huvieſſe alguna pobre donzella , cuya honeſtidad peligrava en la infame roca , la dava eſtado conforme à ſu calidad , y genio. O Dios , què corazon portentoſo ? De què Prelado , aun Ecleſiaſtico, no ſe admiraria tanto exemplo ? Pero eſta virtud generoſa yà ſe nos vino dos vezes à la pluma , y aun ha de bolver à ella , porque no caben ſus operaciones en una tabla , ni en las quatro tintas con que habla la pintura.

§. VI.

SUpo el Pontifice Paulo Tercero , que el Duque Don Juan era difunto , y dando el primer lugar entre los cuydados de la Tiara al de favorecer la Caſa de Borja , que por la mano de Alexandro Sexto avia fabricado la Eſtatua de Oro à la Fortuna , quiſo moſtrar al Mundo , que aquel Rio hinchado , y nunca ſobervio, ſe acordava aver tenido origen en eſte Arroyo , y que no avia derribado de ſu nincho la imagen de el agradecimiento con el exemplar repetido de tanto ingrato. No mucho deſpues de ſu aſſumpcion al Pontificado embiò dos Capelos à D. Enrique, y D. Rodrigo , Hermanos de el Santo , en quienes la Purpura tuvo aliento de roſa, muriendo ambos en los Abriles de la vida el miſmo año , que los adorò Principes el Jardin de la Igleſia ; eſcriviò el Pontifice con doliente pluma al Duque Don Juan ſu Padre, laſtimandoſe deſta pèrdida, y ofreciendo ſu proteccion à ſu Perſona , y à ſu gran Caſa. Y aora , muerto el Duque , ex- 1539.
pidiò un Breve el dia ſeis de Marzo de eſte miſmo año al nuevo Duque Franciſco, conſolandole en eſta tragedia : Dale el parabien de ſucceſsion tan dilatada, y mucho mas de las obras heroycas, en que ocupava ſu vida , animandole à proſeguir tan glorioſa carrera ; y hablando de las Virtudes del Duque ſu Padre , dize: *Valdè enim eum , & tamquam Nepotem fœlicis recora Alexandri Papæ Sexti , Prædeceſſoris noſtri (à quo orìgo noſtræ dignitatis eſt) & tamquam virum anthoritate , pietate , & virtute inſignem , Noſque piè colentem , dileximus.* Llegò eſte Breve antes de aver ſalido el nuevo Duque de Barcelona, y con èl otra Carta tambien de Roma, en que de orden de ſu Santidad ſe le dezia, que inclinaſſe al Eſtado Ecleſiaſtico el Hijo que le pareciеſſe mas à propoſito , para iluſtrar el Sacro Colegio, porque ſu Santidad tenia reſuelto reſponder con Capelo à eſte aviſo. Noticìa irrefragable , que eſcuchò el P. Dionyſio en la lengua del Santo, impugnada con alguna ligereza, de una pluma ſabia , porque no hallò en el Breve referido la promeſſa deſta Purpura ; como

fi

ſi fueſſe mentiroſo ſu refluxo, por no hallarſe eſcrito en lugar tan importuno para un ofrecimiento cariñoſo, y una expreſſion familiar, agena de un Breve Pontificio, humanandoſe mucho à la Tiara en la condicion, y en el modo con que conſagrava à la Caſa de Borja eſte Capelo. Quedò el Duque tan confuſo, como reconocido, y deſpues de mucha Oracion, y llanto reſpondiò à ſu Santidad con alto aprecio de verſe en ſu memoria, y de los honores con que repetidamente ennoblecia ſu Caſa, que la podria deſvanecer nuevamente eſta honra. Que ſus Hijos eran aun muy tiernos, y que no era bien fiar de tan delicados ombros un peſo reſplandeciente, que los pedia muy robuſtos; que al miſmo paſſo que ſu Beatitud uſava con èl eſta dignacion, ſe tendria por ingrato à benevolencia tan ſuma, ſino repreſentaſſe todos los inconvenientes de eſta materia; pues el eſpiritu generoſo de ſu Santidad, le enſeñava correſpondencia, y eſta pequeña demonſtracion de gratitud. Que aunque algunos de ſus Hijos davan aquellas eſperanzas, que en los años pueriles ſuelen anunciar la madurèz, y frutos de los años mayores; pero que ſiendo las eſperanzas bienes falaces, en eſta parte eran mucho mas engañoſas las congeturas, porque ſucedia en las coſtumbres, y en las Almas lo que en los Campos, y en las Eſpigas, que mienten deſeos, y eſperanzas, *Spem mentita ſeges*: que quando inocentes, parecian Angeles, y Narciſos, y deſpues ſolian transformarſe en Monſtruos; parecidos los crepuſculos de la edad à los de aquellas Auroras mas placidas, y bellas, à que ſe ſigue horror, y tempeſtad en los dias, ſiendo dificil al alvedrio en la Naturaleza humana guardar conſequencia. Que eſtos miedos le obligavan à rehuſar ſu miſmo bien, temiendo, que qualquiera de ſus Hijos, aunque aora modeſtos, y apacibles, deſacreditaſſe deſpues ſu eleccion con ſus coſtumbres.

Quedò aſſombrado el Pontifice de vèr eſte heroyco deſprecio, y de que cerraſſe las Puertas à la felicidad, que pulſava en ellas, quando otros la ſolicitan con ruegos, y con lagrimas ambicioſas: Reconociò, que Dios tenia deſtinado al Duque para Heroe grande en el deſprecio de la Grandeza Secular, y Ecleſiaſtica. Hizo luego à Don Pedro Luìs Galzeràn de Borja, Hermano del Santo Duque de Gandìa, Gran Maeſtro de Monteſa. Y Franciſco quedò enſayado en eſta accion à deſpreciar tanta Purpura, y grandeza como deſlumbrò deſpues ſu viſta, y diò materia immortal à ſu fama, empezando deſde aora à proporcionarſe para el voto, que avia de hazer deſpues en la Compañia: temblando el mal, aun quando era impoſsible padecerle, como que temia, que eſtando la Purpura tan vezina, y tan dentro de ſu Caſa, ſi quedaſſe libre del Vinculo Santo algun dia, ſe le ſubieſſe à los ombros; y el imaginar que reververaba en los de de ſu Hijo, le ocaſionava ſuſto, huyendo haſta el reflexo de aquel eſplendor hermoſo, y temiendo eſta dignidad aun por reververacion.

CAPITULO XVIII.

HAZE SEGUNDA VEZ EN Valencia los Exercicios de San Ignacio, donde procura eſpantarle viſiblemente el comun Enemigo. Deſcubre la traìcion de un engaño oculto con luz del Cielo. Tiene aviſo por los mas fieles conductos, de que no entregarian à Gandìa los Moriſcos. Exemplos de humildad, y deſprecio del Mundo, que diò en eſte tiempo.

§. I.

ARribò à Barcelona tercera vez el Padre Doctor Araòz à principios del año de quarenta y quatro, y le recibiò la comun alegria en aquella Playa: 1544.
pero no pudo eſtampar profundamente la huella, preciſado à partirſe à Valencia, donde ſe tratava la Fundacion de un Colegio de la Compañia; traza del inſigne Padre Geronymo Domenek, Canonigo, que avia ſido de aquella magnifica Cathedral, concurriendo ſu Devoto Padre D. Pedro Domenek, iluſtre Cavallero Valenciano, y el Padre Diego Miròn, grande Hijo de la miſma Ciudad, la qual anhelava anſioſamente por eſte bien. Empezò à predicar el Padre Araòz con raro Concurſo, y tanta mocion del Auditorio, que ſubian clamores confuſos al Cielo; y no cabiendo la multitud en los Templos, fuè preciſo predicar en las Plazas, y en los Campos, à que concurrian con Milagros las Nubes, y los Elementos. Era el tiempo de Quareſma, y pareciò al Duque de Gandìa ocaſion de paſſar à Valencia à eſcuchar el ſonido eloquente de ſu palabra, y à comunicarle el deſeo de traer a ſu Eſtado algun Jeſuìta, para doctrinar los Moriſcos ocupados de la rudeza, y de la ſombra. Eſtuvo gran parte de la Quareſma oyendo los Sermones del P. 1544.

Araòz,

Araòz, con inexplicable conſuelo de ſu Alma en vèr el fruto, que aquel nuevo modo de predicar ocaſionava en Valencia. Diò una ſuma de mil eſcudos à la Fabrica de el Colegio de la Compañia, y con ſu autoridad, y eficacia allanò todas las dificultades, que ſe ofrecieron à eſta Empreſſa; tanto, que debria con razon llamarſe Fundador de el Colegio de Valencia. Quiſo hazer ſegunda vez los Exercicios de San Ignacio, enamorado de la utilidad, y de la dulzura, que avia ſacado de ellos en Barcelona. Admiravaſe la Nobleza, y la Pleve Valenciana de vèr tanto eſpiritu, y deſengaño en un Duque de Gandìa, cuyo exemplo facundo, y rethorico conduxo à muchos Cavalleros à que entraſſen à reconocer el encanto prodigioſo deſtos Exercicios, que ſaben transformar en racionales los Brutos, y dàn à beber Jordanes à las Almas encendidas en ſus deſdichas.

Viſitava el Duque los Hoſpitales, dexando à los dolientes, regalos, exemplos, y admiraciones, ſirviendoles por sì miſmo expectaculo, que ſuſpendiò toda aquella Ciudad, y Reyno, moviendoſe à la imitacion el bronze mas obſtinado. Sentia el cruel Enemigo tan humilde exemplo en un Duque de Gandìa, à quien atiende con ſingular reſpeto Valencia; y un dia eſtando en el Hoſpital, viò delante de sì al Demonio en aſpecto horrible, que oſſava eſpantarle, y que en voz alta, reſpirando humo, y colera, le dezia: *Admirome, que ſiendo tu tan Gran Señor, no te corras de andar entre Gente tan vil.* No ſe turbò el Duque, antes con mucha ſerenidad le reſponde: *Mas me admiro yo, que ſiendo tu tan ſobervio, te dignes de hablar con un Hombre tan vil como yo.* No pudo ſufrir eſta abatida flecha aquel eſpiritu hinchado de sì meſmo, antes globo de luz, y aora infame carbon: y ſe deſvaneciò al punto, dexando en aquel ſitio una pequeña Nube de fuego, y humo: exalacion intolerable, que ſolo pudo diſsiparla el buen olor de aquel exemplo en el Duque de Gandìa, que perſeverò muchos años, dilatando ſu fragrancia por todo el Reyno de Valencia.

Bolviòſe à Gandìa, dexando conſagrado un Altar à ſu fama en las margenes del Turia: ſiguiòle el Padre Araòz luego à fines de Marzo à ſaludar à la Duqueſa, à cuya piedad, y afecto ſe hallava tan obligado. Fuè grande el conſuelo, que tuvo la Duqueſa con vèr en ſu Palacio aquel Apoſtol nuevo, à cuyo zelo debia tanto ſu eſpiritu: Confeſsòſe con èl, oyò ſus conſejos, maximas, y Sermones, que hizieron en Gandìa portentoſa mudanza, transformandoſe repentinamente ſus Ciudadanos en otros bien diſtintos. La Venerable Sor Franciſca de Jesvs admirò tanta luz en el pecho del Padre Araòz, que deſde entonces le diò noticia individual de ſu eſpiritu, proſiguiendo en las Cartas eſte dulciſsimo trato: Comunicavale las Viſitas de el Cielo, temeroſa de que ſe mezclaſſe entre el reſplandor algun engaño, que ſe eſconde tal vez entre la mucha luz. Partiòſe luego à Madrid el Padre Araòz con mucho ſentimiento de los Duques; pero conocian ſer forzoſa ſu partida, y eſperava la Duqueſa, que bolveria à conſolar ſu Palacio à Gandìa, ſiempre que le dieſſe lugar el caſi perpetuo movimiento, en que ocupava aquel iluminado eſpiritu ſu Padre, y Pariente San Ignacio. Aſsi lo cumpliò Araòz, bolviendo el año ſiguiente à Gandìa, porque eſta inſigne Matrona preeſentìa ſu muerte vezina, y deſeava eſcuchar aquella lengua, que calentava, y derretia ſu corazon en ſagrada ternura, ſaliendoſe à pedazos por los ojos, enſeñados à no deſperdiciar lagrimas, theſoro, de que ſon prodigas las Mugeres, porque ſe malogran caſi todas las que no ſe derraman ſobre las culpas. Empezò el Santo Duque à tratar con la Duqueſa, de que ſe fundaſſe en Gandìa Colegio, que eſperava avia de ſer el conſuelo, y ſalud de todo ſu Eſtado: Abrazò la Duqueſa guſtoſamente eſte penſamiento, y le esforzò con la valentia de ſu zelo, y de ſu diſcurſo. Aſsi ſe reſolviò el Duque à eſta Empreſſa, doponiendo el dictamen, que antes tenia de impetrar de ſu Santidad un Jeſuìta, que alumbraſſe à los Moriſcos de aquella tierra, debiendo eſta fineza mas la Compañia à la piadoſiſsima Duqueſa Doña Leonor de Caſtro, à cuya memoria debe ſiempre un immortal Templo. Deſeava el Santo deſterrar bien el Alcorán de tanta cabeza, alvergue obſcuro de la ignorancia; y yà que los mayores eſtavan envejecidos protervamente en la rudeza, queria imprimir en los tiernos años de ſus Hijos las Maximas de el Evangelio, y derribar los Templos, que el Alcoràn ſe iba fabricando en las tinieblas de cada entendimiento Moriſco. Si dos Obreros ſolos de la Compañia, dezia el Duque, hizieron tan prodigioſo fruto en Barcelona, que aun no he podido yo ſacudir el aſſombro, que entonces me ocupò el Alma, y mas aviendo viſto repetida

eſta

eſta maravilla en Valencia, què harà todo un Colegio en Gandìa? Paſsò à Gandìa deſde Valencia el fervoroſo Padre Franciſco de Roxas, à quien comunicaron ſu penſamiento. Eſcriviò al Padre Araòz el miſmo deſeo à diez ocho
1544. de Noviembre deſte año, en que dize: *Muy Reverendo Señor Padre. Por la Carta del Reverendo Franciſco de Roxas entender à V. Reverencia un cierto negocio, que le he comunicado, de el qual pienſo que ha de ſer Dios muy ſervido: Yo, porque lo deſeo en todo extremo, ſuplico à V. Reverencia me eſcriva ſu parecer ſobre ello; y ſi fuere conforme con el mio, le mande dàr todo el favor, que fuere meneſter, y rogar à nueſtro Señor lo encamine como conviene.* Luego añade de ſu letra: *Por tener à la Duqueſa con alguna indiſpoſicion, no eſcrivo largo; lo demàs que yo podria eſcrivir, ſuplico al Señor lo inſpire à V. Reverencia para mayor gloria ſuya, como lo eſpero de ſu bendita mano; y encomiendeme en ſus Oraciones.* Aſsi mirava como favor ſoberano, que ſe aceptaſſe, y promovieſſe ſu deſeo de favorecer à la Compañia con la Fundacion de un Colegio, haziendo ſu generoſidad el beneficio, y queriendo ſer juntamente el que quedaſſe obligado al agradecimiento.

§. II.

LLegò por eſte tiempo un Hermitaño con ſemblante macilento, arqueando Myſterios Divinos en los ojos, y medio articulando revelaciones balbucientes, como que no acertava de humilde, ò de cobarde à explicar ſus favores: y al fin con aquellas apariencias de
1545. Virtudes, que arraſtran admiraciones vulgares. Pidiò encogidamente al Santo Duque le permitieſſe retirarſe à vida ſolitaria, y penitente en una Hermita dedicada à la Glorioſiſsima Santa ANA, que eſtava orillas del Mar, deſamparada por el terror, que introducian en aquellas Playas los Moros de Argèl. Dixo, que emprendia confiado vivir en aquel ſitio, porque la Providencia ſabia hazer teatro de ſeguridad à los ſuyos en el miſmo corazon del rieſgo: que debia poder mas el zelo de que tuvieſſe algun culto vivo aquel Sagrado, que no el miedo que ſe repreſentava con nombre de prudencia, y era cobardia: que èl ſe ſentia movido, y agitado de ſuperior impulſo; y que pues las ondas de el Mediterraneo llegavan placidamente à reverenciar aquel ſitio, era bien que aprendieſſe el corazon humano à no vivir medroſo de tormentas en aquella roca firme, donde quebravan ſu furia, y ſu ſobervia las olas. Hallòſe el Duque fluctuante en la reſolucion, porque de una parte conocia el peligro à que ſe exponia el Hermitaño en ſitio tantas vezes hollado laſtimoſamente de piè Enemigo, y Coſario; y de otra, creyendo que fueſſe Hombre ſencillo, y devoto, porque los animos generoſos ſe perſuaden facilmente à que reſpiran todos ſu meſma hidalguia de afectos; le parecia que daba eſplendor, y culto à aquel Santuario, y teatro à la devocion de un eſpiritu dichoſo, que traìa ſeñas de inſpirado. Con todo eſſo pidiò tiempo para encomendar à Dios eſte negocio: y deſconfiado de que ſus gemidos fueſſen baſtante ſoplo para encender una pequeña luz al acierto, ſe valiò de los ſuſpiros de Fray Juan de Texeda, à quien fuè revelado, de que aquel Hombre diſsimulava una mentira alevoſa en trage de penitencia, una traìcion armada, y un Palladion vivo para la Ciudad de Gandìa: que avia negado la Fè, y la Religion, y aora queria engañar al Duque, para introducir por aquel ſitio los Coſarios de Argèl en la Ciudad. Hablò luego al Duque, y le dixo, que Dios no ſe ſirviria de que ſe entregaſſe ſitio tan peligroſo à un Hombre deſconocido, ſin añadir lo que ſe le avia manifeſtado, porque queria impedir el daño, y eſconder el delito. Repreſentòle el Duque algunas razones, que le obligavan à ponerſe de parte de la piedad, à que ſatisfizo aquella Alma iluſtrada con eſta reſpueſta: *Señor, ſi entregais la Hermita à eſſe Hombre, Gandìa ſerà tomada de Moros.* Con eſta Clauſula penetrò el Duque toda la razon myſterioſa, que ſe le eſcondia: deſpidiò al Hermitaño, y poco deſpues tuvo aviſo ſeguro de que era un Renegado, infame inſtrumento de el victorioſo Coſario Dragut, Pyrata, en cuyas Velas dava repetidos ſoplos la Fortuna, cuyos Remos veloces, y triunphantes eran dos ramos de Laurèles; perpetuo ſuſto, y eſpanto movedizo de nueſtras Playas. Que avian diſcurrido entre los dos una ingenioſa militar eſtratagema, renovando las aſtucias de la Grecia contra Troya, para cuya execucion era el mas oportuno ſitio la Hermita. Saliò el Duque de Palacio con eſta noticia en buſca de ſu Apolo Delphico

K Te-

Texeda, hallòle en el Monaſterio de Santa Clara, y arrojandoſe à ſus pies, le dio gracias de el paſſado favor, deſcubriendole la tela, y la traicion, que aquel Renegado tramava, y que Fray Juan de Texeda ſabia de mas ſeguro Original. Pocos dias deſpues aſſaltando los Moros un Pueblo vezino à Gandìa, cayò muerto aquel infeliz Apoſtata de el honor, y de la Fè, pagando ſu traicion con ſu vida, y dexando ſu Cadaver vomitando ſangre en la Playa, donde quiſo introducir la mas deteſtable alevoſia. Y el Duque quedò aviſado, que no ſe debe dàr facil credito à unos accidentes auſtèros, que ſuelen hazer venerables los engaños, ſin que tan repetidas, y ſenſibles experiencias baſten à derribar las Aras, ni à impedir los votos con que aclama, ò adora el Vulgo ſemejantes Oraculos mentidos; y Franciſco aora yà que no pudo encender el culto en aquel ſitio, votó una lampara al eſcarmiento.

Deſte aſſalto, que dieron los Moros à Lugar tan vezino, que ſe eſcuchava deſde Gandìa el ſonido furioſo de la Batalla, y ſe veìa humear la ſangre deſpues de la Victoria: de no ſè què antigua tradicion, Oraculo, que introduxo en aquella Ciudad el ſuſto: de el ardid, que intentava aquel Renegado: de ſaber, que Dragut con aſſechanzas, con induſtrias, y con Galeras gyrava por aquellas Coſtas; entraron los Ciudadanos en rezelos contra los Moriſcos de el Eſtado de Gandìa, muchedumbre confuſa, oprimida, y ſolicitada de el Coſario, que con promeſſas, no menos que con las balas, infeſtava ſus orillas; temiendo, que tuvieſſen inteligencia con Dragut, y con los Moros de Africa, cuya torpe ſecta calentava en la voluntad el Alma, no bien teñida la razon en la pureza de el Chriſtianiſmo, que exteriormente profeſſava. Paſſar deſde luego à una violencia con tanta multitud, ſin mas fundamento que una ſoſpecha, era reſolucion cruel, imprudente, y peligroſa: hazer averiguaciones ſecretas, era exponerſe à engendrar deſconfianzas, y arrimar à los corazones, quizà irritados, otras eſpuelas; con que apenas ſe ofrecia otro medio oportuno, que el de recurrir al Cielo, aplicando juntamente todo el cuydado, que dictó la prudencia humana, Centinela vigilante deſde la Torre de Gandìa. Clamava el Duque pidiendo à Dios ſocorro para aquel Pueblo ſuyo temeroſo, y afligido, poniendo ſu confianza, y ſu defenſa en tan victorioſo brazo. Eſtava un dia fatigado en la Oracion congojoſa, quando ſe hallò inopinadamente bañado en dulzura, y con un reſplandor dentro del Alma, que deſterrò la obſcuridad, y el temor en que yazia, aſſegurandole, que ni la Ciudad, ni las Villas de ſus Eſtados ſerìan entregadas por los Moriſcos: que ni avia traicion, ni tratados ſecretos, y que la imaginacion de ſus Vaſſallos fingia ſuſtos, y enemigos. Aſsi lo afirmò el Duque al Rector, ò Cura de la principal Parroquia, que al ſalir de ſu retiro encontrò acaſo oprimido de la fatiga, no pudiendo yà con el intolerable peſo, que cauſa ſobre un corazon medroſo un grave cuydado, derribando una Montaña ſobre el pecho: adorò el Rector una prophecia en eſta palabra, confortando à los Ciudadanos con ella. Y aunque no ſabèmos individualmente el modo con que revelò Dios eſta verdad à Franciſco para alivio ſuyo, y de ſu Pueblo, (vaticinio, que una pluma incautamente atribuyò al Duque Don Juan, Padre del Santo) ſabemos lo que baſta para medir la altura, y la eficacia de ſus gemidos, por los favores que recabò con ellos. Fabricò el Duque luego la Muralla à ſu coſta, pero ſus Vaſſallos confiavan mucho mas en eſta Prophecia, que en los Baluartes della, aunque fueſſe cada Almena un monſtruoſo Diamante, y cada Torreon una Montaña de bronze.

§. III.

NO quiero que el ſilencio hurte à la pluma otros Exemplos, que por eſte tiempo diò el Santo Duque al aſſombro de ſus Vaſſallos, y es juſto que ſe dèn à la admiracion de los venideros. Era Abadeſſa de Santa Clara Sor Franciſca de Jesvs, ſu Tia, que al conſagrar ſu libertad dichoſa al mas Augusto Eſpoſo, hizo Heredero à Franciſ- 1545.
co de los bienes, que le dava entonces el Derecho de aquel Eſtado; y aſſiſtiendo aora los Duques con toda ſu Familia à una fieſta en aquella Deſcalcèz florida, predicò un Religioſo con libertad mas eloquente, que diſcreta, contra las Religioſas, que dexavan ſus legitimas à Parientes, que las gaſtavan en profanidades, quemando incienſos à los Idolos falſos, deſperdician-

ciando en galas, y juegos, y otras cintillas de la vanidad lo que avia de arder en culto al Verdadero Dios; y buelto el roſtro, y el animo àzia las Religioſas, exclamò con vozes deſcompaſſadas: *Si ſois Santas, adminiſtrad vueſtras haziendas, que ſaldràn de vueſtras manos mejor diſtribuìdas, que no de eſtas otras* (buelto àzia los Duques) *prodigas con el Mundo, y avàras con el Cielo.* No huvo en todo el Auditorio quien no miraſſe al ſemblante del Duque, hecho blanco de las atenciones del Vulgo; y deſamparando la ſangre del corazon, acudiò al roſtro fatigado, mojando el rubor ſus pincèles en ſus colores, para hazer el mas vivo Retrato en el ſemblante de el Original.

Saliò el Duque de la Igleſia con alguna turbacion, que aun deſpues de ſoſſegada, dexa por un rato tremula la phantaſia, y la razon no bien libre de la zozobra: Y aunque era muy tarde, porque el Sermon avia ſido prolixo, añadiendo eſta peſadèz mas à ſu indiſcrecion, hizo llamar à la Abadeſſa, que llegò al Locutorio, eſtrañando quiſieſſe detener à la Duqueſa, y à la Familia, aviendoſe retardado mucho la hora de comer ſeñalada en Palacio. Quando el Santo Duque la dixo: yà eſcuchaſteis Madre lo que ha predicado eſte Religioſo con tanta razon, como eſpiritu; yo conozco, ò temo, que he gaſtado muy mal vueſtra hazienda, y la mia; aqui vendrà luego mi Contador, dadle orden que vaya empleando vueſtras rentas à vueſtro arbitrio, que yo tendrè el conſuelo de que ſe gaſtan bien en los deſtinos de vueſtra eleccion, y vivirè ſin el miedo continuado, que ocaſionava el eſcrupulo: tendrè menos rentas, pero tambien menos cuydados, y menos dudas. Oyò con riſa eſte eſcrupulo de la humildad, y con admiracion eſte glorioſo deſaſimiento de el interès aquella Muger milagroſa, que avia arribado yà à la Santa libertad, y prudencia de eſpiritu, cuya Cima apenas ſalpican las olas de la turbacion, y es el Olympo de la vida Eſpiritual. Y ſoſſegando ſus miedos, le reſpondiò: Sè yo muy bien, que juntas todas las Religioſas, no ſolo de Gandìa, ſino de Eſpaña, no ſabrèmos emplear la hazienda tan utilmente como vueſtro zelo, y cuydado la gaſta, no ſe hallando en Vos otro exceſſo, que el de ſer prodigo en la Limoſna; pero aunque ſe deſperdiciaſſe en vueſtras manos, como ſucede en las de muchos, no avia de permitir mi dulze Eſpoſo bolvieſſe à manejar yo bienes de el Mundo, que renunciè en vueſtro alvedrio con dictamen de mis Confeſſores, y de tanto Sabio. Soſſegad vueſtra eſcrupuloſa, y ligera inquietud, mirad, que las mas peligroſas tentaciones ſon las que ſe repreſentan veſtidas de piedad: Yo rompì en mis años primeros los grillos dorados, con que el Mundo ſuele apriſionar los afectos; y la mas hermoſa Cadena, que rompì, fuè la libertad de uſar voluntariamente de mi Hazienda, y de mi Vida, y quereis que aora en crecida Edad me buelva cobardemente à la priſsion? Arrojè à las olas hinchadas las Alhajas mas precioſas, por no irme à pique en la tormenta, y quereis que buelva à hazerme al Mar, quando toco yà la orilla? Para curar vueſtras heridas, (aun quando las huvieſſe) quereis que yo buelva contra mi pecho los puñales, oprimiendo el corazon con los cuydados, que ſon las puntas crueles de eſſos Bienes? Deſpidiòſe el Duque con alguna ſerenidad, conociendo èl miſmo que fluctuava en una ſinrazon: y que el corazon humano no debe dàr las Velas à todo viento, que turba, ò mueve como inſpirado; y à vezes impèle engañoſamente la Popa, para romper contra una roca la Quilla.

Otro Exemplo no menos memorable à la Hiſtoria, y otro no menos generoſo deſperdicio en la Grandeza de aquella Alma, contava muchas vezes la Santa Abadeſſa Sor Franciſca con ternura. Tenia la Duqueſa Viuda Alimentos ſeñalados en el Teſtamento de ſu Marido, que pagava con exaccion el Duque Santo; pero mal ſatisfecho el animo de la Duqueſa, pedia nuevas ſumas al Eſtado de Gandìa: el Duque, por el amor, y reſpeto con que mirava à la que tenia honores de Madre ſuya, atendiendo à los Privilegios de Viuda, à que ſe podia llamar pobre, comparada con el eſplendor de ſu Grandeza, y deſeoſo de eſcuſar Pleytos, que ſuelen dividir las Almas de las Familias con las Haziendas, queria condeſcender con los deſeos de la Duqueſa: Mas ſu Muger, y otros Parientes inſtavan al Duque, que miraſſe àzia ſus Hijos, y à la defenſa de ſus Eſtados: que no era piedad, ſino injuſticia conceder à una Madraſtra lo que ſe debia à ſus Hijos, à ſu Muger, y à ſu Familia. Conſultò el Duque algunos Letrados de gran fama, que reſpondieron era contra la ra-

zon, y el derecho lo que la Duqueſa Viuda intentava contra ſu Eſtado; dictamen, que obligò al Duque à ſeguir el Pleyto, aunque ſuavizando eſta deſazon todo lo que pudo con nuevas demonſtraciones de reverencia, y cariño, procediendo con tanto recato el Entendimiento, que nunca diò à la Voluntad la mas ligera noticia de que pleyteava. Deſpues de varios lanzes ſe viò en el Real Conſejo eſta cauſa; y aviendo ſido diverſos los pareceres, tuvo mas votos à ſu favor la Duqueſa Viuda, añadiendo à la ſentencia un perpetuo ſilencio à los Duques de Gandìa. Con eſte aviſo partiò el Duque al Monaſterio de Santa Clara, y llamando à ſu Tia Sor Franciſca, la dixo: Yo, Madre, vengo con ſingular gozo à deziros, que ſe ha perdido el Pleyto; pero ſe diò la ſentencia à favor de mi conſuelo, que cierto no ſerà mas vivo el de mi Señora en eſte ſuceſſo, que lo es el mio; y què importa que ſe lleve el bien que pleyteava, ſi à mi me dexa la alegria? Què importa cedèr la Victoria, y el Campo, ſi al vencido le quedan todos los deſpojos del guſto? Conozco que neceſsitava mas deſte ſocorro, que no mi Palacio; y aſsi à fuer de racional debo alegrarme mas deſte ſuceſſo, que no de aver logrado el triumpho, que para mi avia de ſer funeſto; y penſaria, que me miravan las Eſtrellas con aſpecto triſte, arrugado en melancolico eſplendor el ſemblante. Solo me queda un ſabor de diſguſto en hallarme preciſado à eſconder dentro de el diſsimulo eſte gozo, porque la Duqueſa Doña Leonor ſiente el golpe, y tiene el corazon enfermo, con que me obliga à recatar la alegria; porque ſemblantes tan opueſtos como el de la triſteza, y del conſuelo, no introduzgan alguna diſcordia en el animo, y añada à ſu dolor nuevo peſo. Eſcuchava con aſſombro la Abadeſſa eſte deſprecio de las precioſidades, que idolatra el Mundo, en ſu Sobrino; y al miſmo tiempo la diſcrecion, y la cordura con que ocultava en ſu razon atenta ſu alegria haziendo à la virtud corteſana, y quitando à los deſengaños aquellos accidentes, que los ſuelen hazer malquiſtos.

§. IV.

HAſta aqui dibuxò la pluma un Borja heroyco, un eſpiritu delicado, que ſupo reſpirar Luz para entre las groſſeras Nubes de el humo; aora le ha de deſcrivir Reo, delinquente, y lloroſo. Un Sacerdote, Vaſſallo ſuyo, acudiò al Tribunal de Juſticia à poner demanda al Duque, ſobre el dominio, y uſo libre de unas aguas bien conducidas, y bien fecundas, noble antigua poſſeſsion de los Duques de Gandìa, que diò mageſtad, y precio à ſu Caſa, y aora con apariencias engañoſas turbava aquel Vaſſallo la razon, la paz, y las Aguas: Eſtrañò el Duque tan injuſta demanda, y un Pleyto, que declinava en injuria, pues le fomentava unas razones mas calientes, que eficaces, entrando à ſer parte la oſſadia, que abuſava de la moderacion, y de la manſedumbre de aquella Alma. Sintiò Franciſco eſte deſacato, que en el Tribunal de el honor hazia Reo de un atrevimiento à aquel Vaſſallo; hizole llamar à Palacio, repreſentòle el irrefragable derecho, que le transferia dominio, el juſto titulo con que poſſeìa las utilidades de aquel comun Elemento: El agravio que ſe le hazia en inquietar la tranquila poſſeſsion en que eſtava, no teniendo, ni aun el titulo colorado para teñir ſu capricho, y mucho menos para faltar à la reverencia à ſu Dueño. Reſpondiò el Sacerdote con algun deſenfado, atropellando el decoro, el que oſſava atropellar Fueros, y Leyes al Derecho; pareciò al Duque, que no debia dexar conſentido un atrevimiento à viſta de tanto Vaſſallo inquieto, y animoſo como puebla ſu Eſtado, y que hollando una vez en ſu manſedumbre el reſpeto, exponia ſu authoridad al piè mas oſſado, y à un inſolente deſprecio. Miròle con ſemblante ayrado, reprehendiò ſeveramente aquel exceſſo, mezclando la ira entre la razon, y la mucha luz algun humo: Dixole, que manchava el caracter de ſu Eſtado, y ſalpicava el Dosèl à ſu Dueño; y para dàr mas apariencias, y mas bulto al deſdèñ, bolviò meſuradamente la eſpalda à la ſinrazon, dexando rethoricamente empezada una Clauſula la ira. Pero à pocos paſſos recuperò el ſoſsiego ſu eſpiritu; y ſereno yà el Orizonte de aquel Entendimiento, reconociò, que el enojo dexavà caliente aun à la razon ſu trono; que avia

paſ-

paſſado mas allà del Coro, que preſcribe la manſedumbre, y raya el ſufrimiento: que avia disfrazado la colera en trage de defenſa juſta: que avia caſtigado una libertad con otra; y al fin, que por acordarſe nimiamente de que era ſu Vaſſallo, ſe avia olvidado de que era Sacerdote de Chriſto. Hizo que le llamaſſen ſegunda vez à Palacio, y al verle piſar el Atrio con piè medroſo, le ſaliò al enquentro, derribòſe à ſus pies bañados deſde luego con lagrimas caudaloſas, y que podrian competir con las vertientes diſputadas. Eſtava aquel Sacerdote atonito de vèr poſtrado à ſus plantas al Dueño, y al exemplo; porfiava en apartar el piè, que el Duque beſava, y ſobre que llovia penitencia, ſucediendo nueva ocaſion de litigio en el Tribunal de el exemplo. Recibid, Señor, dezia el Duque, eſta pequeña ſatisfaccion de un error grande: Yo ſoy el que os demanda perdon rendido, y la colera fuè quien hizo el agravio. Hallavaſe corrido el Sacerdote, y mas confuſo con eſta honra, que antes con la que el Duque llamava ofenſa. No ſe levantò el Duque del ſuelo, haſta que recabò perdon del ofendido, y luego paſsò à dàr un corte en el Pleyto muy à favor de ſu Enemigo. Hizo deſpues averiguacion ſecreta de lo que pudieſſe aver gaſtado en ſeguir juridicamente aquella cauſa, y le diò toda la ſuma que importava, curando el Alma de aquel Sacerdote con tanto heroyco exemplo, y mejorando ſus bienes con eſte deſperdicio. En el qual pondrèmos fin al Libro ſegundo, ſellado en la ternura deſte exemplo, que cierra lagrimas, y letras.



LIBRO TERCERO.
DE LA
HEROYCA VIDA,
VIRTUDES, Y MILAGROS
DEL GRANDE
SAN FRANCISCO
DE BORJA,

EN QUE SE REPRESENTA VESTIDO DE LUTO, y de exemplo en el eſtado llorofo de Viudo : Hazañas de ſu eſpiritu magnanimo : Heroyco deſprecio de la Grandeza, hollando à la vanidad ſu más lucida pompa, y frequentando rendidamente en Edad tan adulta las Aulas de la Sabiduria.

CAPITULO PRIMERO.

HABLA CON VOZ SENSIBLE UN CRUCIFIXO AL SANTO Borja dexando en ſu alvedrio la muerte, ò la vida de la Duqueſa; que deſpues ſe le aparece veſtida de gloria, eſtando yà el Duque en la Compañia; y le revela la predeſtinacion de ſu Hijo Don Juan de Borja.

§. I.

IBA labrando la Providencia à todos los Eſtados un exemplar Divino en Franciſco de Borja; y aſsi le detenia en cada uno lo que baſtava à dàr la ultima perfeccion, y à pulir bien tan heroyco dechado; y apurado aora el Arte en la Eſtatua de Hymenèo, diſpuſo romper el lazo, y aplicar el cuydado à nuevo primoroſo bulto, en que eſtudiaſſen los ſincèles de Liſipo. A los principios de el año de quarenta y ſeis fatigò à la Duqueſa una fiebre, que paſsò à terciana doble, recreciendoſe al mal algunos accidentes congojoſos, que dificultavan la curacion, ſiendo entre sì contrarios, y ſolo tiranamente unidos à ſaquear la vida del ſugeto, que los fomentava. Durò mucho tiempo eſta calma del peligro en la repeticion del mal, aunque cada dia iba marchitando alguna hoja à la eſperanza de ſu ſalud. Eſte cuydado robò en el pecho del Duque todo el ſoſiego del Alma, porque amava tiernamente à la Duqueſa; pues ademàs de aquel ñudo Año de 1546.

do

de eſtrecho, que ſabe forjar un amor tanto mas fino, quanto yà tiene menos de voluntario; la diſcrecion, la prudencia varonìl, la economia en el govierno de ſu Caſa, y aun de toda ſu hazienda, las Virtudes de aquella Alma, la fecundidad no reñida con la hermoſura, el trato intimo en diez y ſeis años de compañia, y el incomparable amor que tenia al Duque ſu Eſpoſo, eran muchos grandes Acreedores à ſu fineza, y al deſeo de ſu vida: Repartiò muchas limoſnas, mandò hazer Sacrificios, y Rogativas publicas, y Oraciones fervoroſas en los Monaſterios, y demàs Igleſias, ſubiendo al Cielo deſde muchas partes las lagrimas; lluvia, con que ſe fecundan las Eſtrellas: y èl acrecentò ſu Oracion, y ſus penitencias, y con la mucha ſangre, que derramava, querria templar el ardor à la calentura. Un dia, en que la Enferma ſe hallò mas aliviada, y en el dictamen de los Medicos empezava à rendir ſu obſtinacion la dolencia, y à flaquear la deſgracia, ſe retirò el Duque alegre à ſu Quarto à esforzar en la Oracion ſu confianza, y à ſeguir la Victoria, que ſe empezava à declarar por ſu cauſa en el aliento de ſu Eſpoſa: aunque el amor le aſuſtava la eſperanza, y cortava lutos anticipados el miedo en la phantaſia. Doblò reverente ambas rodillas ante un Crucifixo, y fixos en èl los ojos, dava gritos mudos alternados con ſollozos, pidiendo à ſu Dueño la ſalud de la Duqueſa, ſi fueſſe para gloria ſuya. Quando firme el roſtro, que mirava confiadamente àzia el ſemblante de Chriſto, turbada un poco la viſta, el Alma confuſa, la imaginacion aſuſtada, no yà por el mal, que preeſentia, ſino por el bien que eſperava, temblando el corazon de ſu miſma felicidad, ſe hallò en extaſi nuevo, parte bien fuera de sì, y parte muy dentro, para eſcuchar la reſpueſta del Oraculo, teniendo fuera la voluntad, y dentro de sì la razon.

En eſte eſtado mudo ſe hallava Franciſco abſorto de conocer reflexamente ſu miſmo enagenamiento, quando oyò una voz ſenſible, cariñoſa, y diſtinta, que Chriſto articulava deſde aquella Eſtatua muerta (como depone ſu dichoſa Nieta Sor Franciſca de Jesvs, y otros ſeis Teſtimonios jurados en ſolo el proceſſo de Ma-
Proc. drid.) Aplicò el cuydado para beber to-
Matrit. do el ayre de la voz por el oìdo, y eſcu-
fol. 170. chò eſte regalado acento: *Si tu quieres*
199.238. *que te dexe à la Duqueſa mas tiempo en eſ-*
344.404. *ta vida, yo lo dexo en tu mano; pero te*
490. *aviſo, que à ti no te conviene eſto.* Eſtas fueron formalmente las expreſsiones, que ſonaron deſde afuera, y cauſaron eſpantoſo ruìdo en el Alma; porque al miſmo tiempo le llamava interiormente otra voz, eco de la que alhagava ſu oreja; mas tan entero, tan bien formado el eco, que ni una ſylaba hurtava al Original, repitiendo dentro la una lo que pronunciava la lengua de el Crucifixo deſde afuera, repreſentacion, y una como phantaſia, ò paſſo myſterioſo de el amor, y de la Providencia. Hallòſe tambien rodeado ſu eſpiritu de un reſplandor à modo de circulo, ò globo, que recogidas àzia sì las potencias, y entregados al Crucifixo los ſentidos, ſe le entrava la ſeguridad por todos, eſtando tan cierto de que no formava aquella voz el engaño, ſino la boca del Cielo, que ſiendo General de la Compañia, dixo al Padre Gaſpar Hernandez, ſu Confeſſor, que ni entonces, ni deſpues avia dudado, ni podria poner à ſu razon en mala fee, ò ſoſpecha alguna contra eſta verdad: porque el miſmo que le hablava al Alma, y à la oreja, avia impreſſo tanta ſeguridad en ſu pecho, que antes podria dudar ſi tenia corazon, que de la firmeza de eſta noticia, la qual avia llenado de inexplicable Luz ſu Entendimiento; que yà que no pudo ſer util al oìdo, ni al Alma para eſcuchar la voz, ſirviò para vèr eſta miſma ſeguridad.

Luego que ſintiò eſte Relampago, y tràs de èl tan amoroſo Trueno, quedò no ſolamente aſſombrado, ſino cercado de mas propria confuſion, que lo eſtava de hermoſa Luz, oyendo al Dueño de la muerte, y de la vida dexar liberalmente en ſu alvedrio dos alhajas tan proprias de el ſupremo arbitrio: Hallòſe tan inflamado en amor de tan dulze Divino objeto, que confeſsò deſpues aver creìdo, que ſe le derretia el corazon en el pecho, ò que mal herido palpitava à pedazos, partido en muchos corazones pequeños. Y vertiendo llamas por los ojos, clavados en el objeto, que los encendia tanto, le dixo eſtas palabras, repetidas deſpues à uno de ſus Confeſſores: Como aſsi, Dios mio? Vos dexais pendiente de una mano tremula infiel, qual es la mia, lo que eſtà colgado ſolo de la vueſtra? Quien ſois Vos mi unico Bien, y quien ſoy yo, para que querrais hazer mi guſto, quando yo nacì ſolo para hazer el vueſtro, obedeciendo haſta las inſinuaciones de mi legitimo Dueño? Quereis que ſe govierne el Norte por el Baxèl? Què dignacion es eſta, que por-

por favorecer à una criatura, querrais atropellar los Fueros proprios de el Criador? Pues deſde aora digo, que aſsi como no ſoy, ni quiero ſer mio, ſino todo vueſtro, aſsi no quiero que ſe haga mi voluntad, ſino la vueſtra: ſolo quiero deſde oy lo que Vos quiſiereis, y no mas. O Señor, no dexeis coſa alguna al arbitrio de Franciſco de Borja! Mirad, que la paſsion las mas vezes le ciega, ò le deslumbra. No tengo que ofreceros en recompenſa de eſta humaniſsima dignacion, y generoſa galanteria, ſino la vida de la Duqueſa, la de mis Hijos, y la mia: Todo lo que recibì de vueſtra mano, y poſſeo en el Mundo, rogando con un ardiente gemido, que quiſiera formar de immenſo aliento, que diſpongais de todo ſegun fuere vueſtro mayor agrado. Dicho eſto, haziendo alguna pauſa el grito, quedò razonando el corazon ſilencioſo; y deſpues de aver beſado el Crucifixo, emmudeció por mucho rato, eſtendidos en Cruz los brazos, firmes los ojos, imitando en la immobilidad al bronze del Crucifixo, que tenia delante; en el ſentimiento de el Alma, y exterior poſitura, al miſmo que eſtava clavado en Cruz tan peſada. Y parecian mirados deſde la Puerta de la Quadra dos Crucifixos encontrados; uno de carne, que imitava en el ſufrimiento al bronze; y otro labrado en bronze, que en la ternura pareció de carne, y vivo, pues hablava tan ſenſiblemente. Eſta alhaja precioſa quiſo vincular à ſu gran Caſa ſu Primogenito Don Carlos, Duque deſpues de Gandìa; deſearon con anſia reverenciarle las Deſcalzas Reales de Madrid, hallandoſe preciſado el Duque Don Carlos à conducirle para eſte fin deſde Gandìa, difunto el immortal Borja. Y oy parece aver paſſado à ſer poſſeſsion glorioſa del Principe de Eſquilache, que en varias ocaſiones, y aora nuevamente ha reconocido, que aun eſtà caliente el milagroſo bronze, que fuè Clarin ſonoro al oìdo de ſu Grande Abuelo.

§. II.

EL efecto deſta reſignacion del Duque ſe vió promptamente en los mortales accidentes, que ocuparon la vida à la Duqueſa, matando primero à la eſperanza: Eſtrañaron los Medicos eſta ſubita mudanza tan ſobre todas las Leyes de la Medicina, y de los aforiſmos de la prudencia; ſolo el Duque no la deſconocia, porque acabava de tener en ſu mano la rienda de aquel palido bruto, que oprime la muerte en trage de Cavallero; y en vez de enfrenar ſu movimiento acelerado, le alargò conformes ambas riendas, añadiendo en una reſignacion muchas eſpuelas, y algunas alas. Mandò llamar la Duqueſa al Padre Oviedo. (que con otros cinco de la Compañia, à ruegos del Duque, y por orden de San Ignacio, eſtavan en Gandìa, antes de dàr principio à la Fabrica del Colegio, por mas de un año) Confeſsòſe generalmente con aquel inſigne Maeſtro de eſpiritu, y con largas demonſtraciones de dolor en ſu llanto, dandoſe mucha priſa los ojos à derramar lagrimas, antes que la muerte tirana ahogaſſe eſta dichoſa reſpiracion à la penitencia. Recibiò el Viatico, ardiendo en afectos de agradecimiento, de amor, y humildad, derretidos en ternura capàz de hazer algun efecto en una roca: Lloravan todos los preſentes con deſentonadas vozes, porque el dolor turbava deſcorteſmente el ſoſsiego de accion tan Sagrada. Repetian las congojas con mas fuerza, quanto iba ſiendo mayor la debilidad de la Duqueſa: Excitavan ſus fervores el Padre Rector Andrès de Oviedo, el Padre Barma, y demàs Jeſuìtas, con un Crucifixo en la mano (quizà el meſmo, que la quitava la vida con el grito, que poco antes avia dado, y aora ſe atendia el eco.) Eſtava tan conſolada la Duqueſa de tener en aquella hora à ſu lado tan Santa Religioſa Compañia, à quien dexava ſu corazon, y entregava ſu Eſpoſo, que con eſte alivio ſe le hazia aquel tranze, ſino apacible, menos duro: Penetravan ſu corazon aquellas ſaetas blandamente flechadas deſde una aljaba de fuego, pues las deſpedia el pecho abraſado del Eſclarecido Patriarcha Andrès de Oviedo. Pidiò la Extrema-Uncion con ſemblante de ſerenidad; hizo que leyeſſen un rato la Muerte afrentoſa de ſu Redemptor, y Dueño, pagando con ſu llanto la ſangre, que oìa derramada en aquel Sacrificio por ſu amor, que avia ſido el Tyrano. Eſtava el Duque pueſto de rodillas à ſu cabezera; y à peſar de la ternura, esforzava con dulciſſimos Coloquios, y afectos à la Duqueſa, paſſando à Padre de ſu eſpiritu deſde Eſpoſo ſuyo, aunque tal vez los ojos le recordaron, que era humano, hurtando el ſentimiento el paſſo à la reſignacion, para dàr un gemido.

Y no fuera juſto callar lo que oyò de el Duque meſmo el Padre Dionyſio: Hablava en eſta ocaſion enternecido con

la

la Duqueſa, y la dixo en voz quebrada: O Señora, con quanto afecto trocaria yo mi ſuerte por la vueſtra, ſi nueſtro Señor quiſiera comutarla! O que guſtoſo ofreceria yo mi vida, porque vivieſſeis vos, que importais tanto mas à eſta Caſa, Eſtado, y Republica! Oyò la Duqueſa eſta expreſſion afectuoſa, mirando àzia el Duque con cara riſueña; y llevando haſta el poſtrer aliento la diſcrecion unida à la virtud, le reſpondiò: Por cierto, Duque, que ſi yo no tuvieſſe otros mas firmes argumentos de vueſtro cariño, moriria con algun deſconſuelo; porque sè muy bien, que lo miſmo hizierais en un Hoſpital por el mas triſte deſamparado Enfermo: Con todo eſſo eſtimo mucho eſſa expreſsion vueſtra, y os la retorno con el guſto, que lleva mi Alma, de que ſeais vos el que quedeis con la vida, la qual ruego al Cielo ſea mas larga, que lo ha ſido la mia; y à vos que nunca os olvideis en vueſtro retiro del Alma de Doña Leonor de Caſtro, que fuè tan vueſtra, como ſabe eſſe corazon, que no quiero mas teſtigo. Emmudeciò en eſto la lengua, y bolviò con mas eloquencia el pecho à batir ſus alas calientes, y doloroſas. Mas quien dixera entonçes à tan grande Matrona, que aquel corazon amante era el que le dava muerte, aviendò tenido en ſu mano todo el deſtino de ſu aliento? Quando huviera creìdo, ni ſu fee, ni ſu experiencia, que el Duque avia de ſer homicida, viendo por eleccion ſuya deſpedazarle entre ſus brazos la mas amada Prenda de ſu noble Alma, quando eſtava en ſu voluntad ſu muerte, ò ſu reſpiracion? O Niebla myſterioſa de la Providencia, donde la razon humana pierde la viſta? Yà no podia pronunciar la Duqueſa, ſino los Dulciſsimos Nombres de JESUS, y MARIA; y con ellos en la boca, y el Crucifixo, que por inſtantes beſava, abriendo mas que nunca los ojos, al apagarſeles la Luz: Murió el
1546. dia veinte y ſiete de Marzo de mil quinientos y quarenta y ſeis, dexando al Duque de treinta y cinco años y medio. Hermoſo dechado de Mugeres de alta calidad; Eſpejo fiel, donde reberveraron todas las Virtudes de San Franciſco de Borja, honor de los Caſtros de Portugal, y Caſtilla, corazon heroe en un pecho femenìl; eſpiritu que ſe alimentava cada dia con muchas horas de meditacion; Matrona de inſigne piedad, à quien dió Cuna el Tajo, y halló Occidente en el Alcoy, que vive poco deſde las Murallas de Gandìa haſta el ſeno del Mar; y no paſſando de arroyo, enriquecido aora con el comun llanto, pudo morir Rio. Golpe inconſolable para el Duque, ſino eſtuviera tan prevenido, de que ſu libertad glorioſa conſiſtia en romperſe eſta cadena, y fraguar otra priſsion mas eſtrecha, y menos dorada; y que ſu dicha no podia hallar otra Cuna, que el Sepulchro de la Duqueſa.

El conſuelo que tuvo el Duque en eſta perdida (que ſiempre queda alguno en la deſgracia) fuè, tener en ſu Palacio à Doña Juana de Meneſes, Hermana de la Duqueſa difunta, que tratava con amor, y zelo de Madre à los Hijos del Duque, ſubſtituyendo con rara prudencia à ſu Hermana en el govierno de toda aquella Santa Familia. Acabadas las Exequias, que ſe celebraron en el Aſſeo, donde tienen los Duques Entierro ſumptuoſo entre marmoles, y honra à Gandìa con el dulce titulo de la Virgen del Aſſeo, ſe retirò el Duque à un Monaſterio de S. Geronymo, diſtante una legua de la Ciudad, donde eſtuvo muchos dias deſvelado en rogar por el Alma de la Duqueſa difunta: eran exceſsivos ſus rigores, y fuè hallado varias noches caſi deſnudo en una Capilla de el Convento poſtrado en el ſuelo ſobre el marmol frio: pero abſorto, ſin admitir otro comercio en aquel tiempo, ſino con los Angeles, y con algun Religioſo, ni otro ſuſtento, que pan, y llanto. A eſta Religioſiſsima Caſa ſe retirava no pocas vezes, para exercitarſe ſolo en la Oracion, y en las mas aſperas mortificaciones. Paſsò deſde alli al inſigne Convento de Valdigna, honor del Ciſtèr, donde por ſingular Conceſsion del Papa eran Abades perpetuos los Duques de Gandìa; y el Santo aora, deſpues de aver ofrecido en èl Oraciones, y Sacrificios por el Alma de la Duqueſa, cediò eſta grande honra, que tanto iluſtrava el Ducado de Gandìa, reſervando ſolo la penſion, ò renta con que el Convento contribuìa cada año. Y aviendo cuydado tan amoroſamente el Cielo del Duque Santo en todas ſus aflicciones, no le avia de dexar Huerfano de conſuelo en ocaſion tan funeſta, y en que ſu reſignacion avia influìdo tanto; y aſsi ſe cree aver tenido luego Revelacion del felìz eſtado en que ſe hallava el Alma de ſu Difunta Eſpoſa; la qual ſabèmos ſe le apareciò deſpues veſtida con la ropa de la immortalidad, dandole los mas importantes aviſos, y deſcubriendole ſuceſſos myſterioſos. Y aunque eſta viſita fuè eſtando yà el Duque en la Compañia, la repreſentamos aqui, porque aſsi lo pide el hilo de la Hiſtoria, arroyuelo claro, que amontona en un ſitio àzia la orilla todo lo que

emba-

embaraza el paſſo à ſus aguas, ò turba el eſplendor à ſus arenas.

El año de mil quinientos y cinquenta y uno eſtava Franciſco en la Provincia de Guipuzcoa ordenado yà de Sacerdote, y en trage humilde de Jeſuìta: recogiòſe à las quatro de la tarde à ſu Oracion acoſtumbrada, y en ella empezò à ſentir una deſacoſtumbrada alegria de eſpiritu, que le enſanchava el corazon fuera de los limites del pecho, quando viò delante de sì à la Duqueſa ſu Eſpoſa veſtida de un hermoſiſsimo reſplandor, tan llena de Mageſtad, que el Santo huvo de mudar en reſpeto el amor antiguo; dixole muchos ſuceſſos prodigioſos, que le eſperavan en la vida, la predeſtinacion de ſu Hijo Don Juan de Borja, que acompañava entonces à ſu Padre en los Montes de Guipuzcoa, mientras llegava el tiempo de Curſo, en que avia de paſſar à la Univerſidad de Alcalà à ſer florido exemplar de la mas noble juventud; y otros ſecretos, que dexò el Santo eſcondidos en ſu pecho, y entre las cenizas de ſu Sepulchro. Acabada la viſita, faliò el Padre Franciſco à la Puerta, y mandò llamar à ſu Hijo Don Juan de Borja; entrò Don Juan preſuroſo en el Apoſento, y hallò à ſu Padre hincado de rodillas junto à la cama, mudo aun, pues embiando à llamar à ſu Hijo, y teniendole preſente, no le hablava ſino con el llanto, el qual avia ſido, y era tan copioſo, que pareciera hyperbole de la pluma à no tener el Teſtimonio de Doña Franciſca de Aragon, que aviendo caſado deſpues con Don Juan de Borja, depuſo en los Proceſſos, que ſe hizieron para la Canonizacion del Santo, aver oìdo à ſu Eſpoſo, que eſtava tan bañado de lagrimas el ſitio donde oraba en aquella ocaſion Franciſco, como ſi ſe huvieſſe regado cuydadoſamente una mañana del Eſtìo: *Ut locus ille videretur data opera rigatus magna aquarum copia*, pudiendoſe contar ſus ojos entre las fuentes perennes de aquella Montaña. Entrò el obediente Hijo en algun cuydado de tan lloroſo ſilencio, y pueſto de rodillas cercano à ſu Padre, reparò, que la almohada, en que avia reclinado la cabeza, eſtava tan humedecida con la lluvia Sagrada, como ſi de lo alto ſe huvieſſe penetrado una continuada gotera; paſsò yà el cuydado à ſuſto, pero reverente, que no oſſava preguntar à ſu Padre el motivo de aquel llanto, que porſiava à ſer Rio, ni el fin para que le llamava à ſer teſtigo de aquel exceſſo. Reſolviòſe, pues, à eſperar callado el fin de eſta, que penſava tragedia, y era dicha. A breve rato rompiò ſu doliente Padre el ſilencio, y con voz ſoſſegada le dixo: Don Juan, vueſtra Madre acaba de iluſtrar eſte Apoſento, y de hablar conmigo; mandòme, que en ſu nombre os dieſſe la bendicion, la qual ella os echava con raro afecto; y os dirè de parte ſuya una nueva, que ſino os bolvieſſe loco de alegria fuera argumento de que no erais digno de ella, que tal vez pueden ſer cordura las demonſtraciones de perderla, y no es muy grande la felicidad, que cabe holgadamente en el corazon. Vos eſtais predeſtinado, Hijo dulciſsimo mio, que os quiero tratar aſsi aora què sè lo ſois de Dios. No tengo que deziros mas, porque todo lo demàs es mucho menos para Vos, ni yo puedo, porque me embarga las clauſulas el gozo disfrazado, como veis, en raudales de llanto. Los efectos, que causò en el pecho de aquel Joven eſta noticia, los dexo à la razon del que leyere eſta Hiſtoria, porque es eſtrecho Cauce mi pluma, para que ſe explique por ella el torrente de lagrimas, y de conſuelos, que inundò aquella Alma.

CAPITULO II.

FUNDA EL COLEGIO, Y UNIverſidad de Gandìa: El Convento iluſtre de Padres Dominicos en ſu Villa de Lombay, llevando entre ſus primeros Fundadores à San Luìs Beltràn: Haze otras inſignes Fabricas para ſeguridad de ſus Dominios, y utilidad incomparable de ſus Vaſſallos. Multiplica Dios milagroſamente en ſus manos las rentas para tan iluſtres Fabricas, y Limoſnas.

§. I.

FUè copiando haſta aora el pincèl el ſemblante de un corazon afligido, y penitente de un Duque humilde; eſte Capitulo ſe ha de ocupar en el Retrato de un Duque magnanimo, y de un eſpiritu heroyco. Porque la magnanimidad es aquella generoſa Virtud, en que el corazon dilatando ſus alas, haze ſombra en dos Mundos à la admiracion; y reſpirando ſolo acciones eſclarecidas, ſe mueve àzia las grandes Empreſſas. Uno de ſus objetos ſon las Fabricas eminentes, que no pudiera dexar de ſer muy dilatado el pecho donde cabe un Monte ſobervio organizado, y ſe mide bien la altura, y profundidad à los corazones por la de los cimientos, y piramides. Y aunque el Duque Don Franciſco de Borja dexò tan altos monumentos de la gran-

grandeza de ſu eſpiritu en el deſprecio de ſu Eſtado, de el Mundo, de ſus maquinas pompoſas, y de las Torres, que fabrican las glorias humanas; fuè no menos admirado de Magnanimo en los marmoles, que levantò ſobre el viento, que en los que hollò ſu deſengaño: no menos digno de eterna memoria en las Fabricas, que labrò ſu corazon generoſo, que en las que entregò al olvido: pues en lo ſegundo, reclinava la Grandeza deſpreciada ſobre los ombros de un Hijo; y en lo primero, edificava para un eſtraño. Una de las mas iluſtres hazañas de ſu magnanimidad, fuè el Convento, que fabricò en ſu Villa de Lombay à la ſabia, exemplar, glorioſa Religion de Santo Domingo, Ornamento de la Igleſia, Eſplendor de uno, y otro Mundo, que naciò Eſtrella, y creciò à Sol de la vida Religioſa, y de la Theologia.

Tenia el Duque larga experiencia del eſpiritu de ſus Hijos, à quienes debiò la primera Luz en ſus eſcrupulos, y los primeros Santelmos en los miedos de ſus naufragios. Deſeava traer à ſu Villa de Lombay tan grande exemplo, y regar con luzes aquel noble Campo, para que dieſſe Flores: Deſeava lo miſmo la Duqueſa Doña Leonor de Caſtro, trayendo ambos à la memoria el exemplo de San Luìs Rey de Francia, que mudò ſus Flores de Lis en Eſtrellas; el qual dezia, que en la limoſna hecha à una Familia Sagrada, ſe juntavan muchas, y uno como Ramillete de Virtudes diſtintas; exemplo, que ſolia repetir el Duque de Gandìa, y que imitava con eſpecial cuydado la Duqueſa. Trataron luego de dàr principio à la Fabrica, llevando aquella exemplar Señora el conſuelo de dexar echados los cimientos à la piedad, yà que no viò coronada de Chapiteles eſta inſigne Fundacion. El Edificio fuè muy capàz, y acomodado, y ſe pudo llamar ſumptuoſo, yà que no ſobervio: La renta ſuficiente al numero, que ſe avia eſtablecido: muchos, y muy precioſos Ornamentos con ricas Alhajas de plata, y oro para el Culto Divino;y es oy Caſa de Eſtudios, y la primera de aquella Religioſiſsima Provincia. Deſeò tambien el Duque Santo, que paſſaſſen à iluſtrar eſte nuevo Convento el Venerable Fray Juan Micòn, ſu Confeſſor antiguo, à quien la fama de ſus eſtupendos Milagros diò nombre, y culto de Beato en todo aquel Reyno: y el Extatico prodigioſo Varon San Luìs Beltràn, ambos devotiſsimos del Duque de Gandìa, ambos admiracion, y gloria del Reyno de Valencia, y ambos dos Luzeros, à cuya claridad, è influxo debiò mucho la Compañia en la Fundacion del Colegio de Valencia. Fuè, pues, electo Prior de el nuevo Convento de Lombay el milagroſo Fray Juan Micòn, llevando conſigo à San Luìs Beltràn, Joven en la Edad, y en la Religion; pero nevada en canas la prudencia, abraſado el pecho, iluſtrada el Alma, y ceniciento el roſtro.

Eſtava gozoſiſsimo el Duque de que aquella nueva Esfera eſtrivaſſe en dos Polos tan iluſtres, tan ſublimes, y tan amantes ſuyos por la ſemejanza en las coſtumbres, diſpoſicion myſterioſa de la mas Alta Sabiduria, que juntava aora los corazones del Duque Santo, y de San Luìs, para juntar deſpues ſus Eſtatuas en un Altar, pues los honró la Igleſia en un miſmo dia, y aun diſpuſo, que ſus Fieſtas, ò Proezas ſe celebraſſen juntas, ò immediatas. Paſſó aora el Duque à Lombay deſde Gandìa à reconocer ſu nueva Fabrica, y à gozarſe en el trato Divino de aquella Familia Santa, que ſe trasladava guſtoſamente al nuevo Vergèl: Salió à recibirle toda reverente con ſu iluſtre Prior, y (como ſolia referir deſpues el Canonigo Ambroſio Martinez, que ſe halló preſente, acompañando al Duque) pueſtas las rodillas en el ſuelo, eſperavan à que ſe apeaſſe del Cavallo, para venerarle, no ſolo como à iluſtre Patrono ſuyo, ſino mucho mas como à Santo. Hallóſe tan corrido con eſta demonſtracion de tanto reſpeto, que ſe poſtró en la tierra, beſando el Umbral Sagrado de aquella Caſa: porfiavan repetidamente el Prior, y el Duque, no queriendo ninguno ſer el primero, que ſe levantaſſe, mirando eſte exemplo los Criados, los Vezinos, y los Religioſos con rara ternura de afectos: durava yà mucho la contienda Santa, que por tener profundo origen en la humildad de una, y otra Alma, ſupo ſer diſcreta, aun ſiendo obſtinada porfia; ni ſe decidió antes, que los dos movidos aun tiempo de un miſmo impulſo, ſin ſaber como, empezaron à cantar aquel Pſalmo, *Domini eſt terra, & plenitudo ejus, &c.* y encendidos los ſemblantes, calientes los corazones, olvidados de la diſputa, aviendo transferido yà à mas alto objeto la reverencia toda, ſe hallaron en piè, ſin ſer Dueños de la accion, y ſe dieron las manos, eſtrechandoſe los corazones, y adivinandoſe los afectos, quando eſtavan mudos los labios, y fixos uno en otro los ojos. Paſsó luego el Duque à dàr el bra-

zo

zo del fiel Amigo à San Luìs Beltràn, que no pudo detenerſe mucho tiempo en aquel Convento; porque agitado del Eſpiritu Santo, bolviò à Valencia, y deſpues de algunos años, en que fuè Maeſtro de Novicios, tratando familiarmente con los Nueſtros, y eſcuchando de ellos los Prodigios, que de San Franciſco Xavier, y de ſus Hijos publicavan las Relaciones, y las Cartas; la falta de cultivo, y de riego, que dexava infecundos aquellos Campos; inflamado de amor, y de zelo, ſe arrojò à las ondas, y penetrò diverſos clymas, para hazer lo que el Sol con los Antipodas: porque aſsi dieſſe Valencia otro San Vicente Ferrer al nuevo Mundo, donde ſe cuentan ſus prodigios por ſus paſſos, y ſu abraſada Eloquencia pudo contar las Victorias de las Almas por las ſylabas.

§. II.

REedificò à ſu coſta el Hoſpital de Gandìa, que amenazava ruìna, mas enferma ſu antigua Fabrica, que los dolientes que hoſpedava: Hizole capàz, no ſolo de muchos Enfermos, ſino de alvergar Peregrinos: puſo en èl nuevas Camas, halajò todas las Oficinas, aſsiſtiendo èl miſmo providamente à la diſpoſicion deſte Edificio, donde tenia ſus delicias el Eſpiritu, y continua aſsiſtencia ſu Cuerpo. Acabada eſta maquina piadoſa, empezò à medir otra mas ſobervia, y la paſsò luego à las manos deſde la idea. Hallavaſſe la Ciudad de Gandìa ſin defenſa alguna contra los rebatos de ſus Enemigos, arrojando ſobre las cervizes de ſus Ciudadanos Argèl, y la Africa toda ſus monſtruos, entrandoſe ſilencioſamente por los Burgos de la Ciudad los Coſarios, y alterando el ſoſsiego de la noche, introducian confuſion armada en las Calles, y à la turbacion dentro de las Caſas, tocando al arma primero, que las Campanas, y los bronzes, los clamores femeniles. Eſte continuado ſuſto obligava al Duque, como antes à ſu Padre, à tener guarnicion de Soldados todo el tiempo de la Primavera, Verano, y parte de el Otoño con grande deſperdicio de ſus rentas, y aun de ſu Conſtante ſufrimiento, porque hazian muchas vexaciones à los Vaſſallos, y à los Pueblos, y era fuerza diſsimular muchos agravios, aviendo de rezelarſe los Ciudadanos como de Enemigos domeſticos, y preciſos. Eſtos motivos poderoſos, y el vèr que los Lugares comarcanos no tenian ſitio murado donde retirar ſus haziendas, y Familias en los rebatos del Moro, obligaron al Duque à levantar los penſamientos con los mas altos Muros, trazando luego à expenſas ſuyas una fuerte Muralla, que ciñeſſe, no ſolo la Ciudad, ſino tambien los Burgos, con tan eſpacioſo recinto, que pudieſſe recibir en ſu ſeno nuevas Calles, Palacios, Jardines, y Templos, afirmando el Doctor Herrera, que ſe celebrava en aquel tiempo por una de las Murallas famoſas, que hermoſeavan, y defendian à Eſpaña, en que gaſtò el Duque mas de quarenta mil ducados. Añadiò varias fortificaciones, y pertrechos, mucha Artilleria grueſſa de bronze, y todos los horrores, que ſabe fulminar Marte, haziendo aquella Plaza inacceſsible à la oſſadia; y libertandola de Soldados foraſteros, cuya guarnicion, mas que defenſa, era ſitio, y à vezes aſſalto: gran deſdicha, quando lo que ha de ſervir de Muralla, es bateria, y un Baluarte enemigo cada Almena!

Puſo grande cuydado en lo que ſirve mas immediatamente al Culto Divino, Vaſos, Ornamentos Sagrados, y otros adornos, con que enriqueciò los Templos. Ni ſe olvidò de la Muſica, ennobleciendo con ella la Igleſia Mayor de Gandìa, y trayendo deſde lexos diferentes Muſicos primoroſos; que como tan verſado en eſta Arte de la phantaſia, conocia bien, que la Muſica, que haſta entonces avia avido en aquella Igleſia, tenia mas de deſorden, que de Armonìa. Aunque ocupada la razon en tantas piedades foraſteras, no deſcuydava de aquella parte de la prudencia, que mirando à las obligaciones de la Caſa propria, que haze economica. Agregò à ſus Vaſſallos antiguos otros nuevos, y acrecentando el eſplendor del Ducado de Gandìa, daban mas ſeguridad à ſu antigua Grandeza. Puſo rentas fixas à tres de ſus Hijos, impueſtas de caudal proprio, y ſeparadas del Eſtado. Dilatò ſu Palacio, haziendo todo el Quarto, que llaman de las Coronas, el que dà Mageſtad, y hermoſura à ſu maquina, y deſde el Mediterraneo ſe dexa atender del reſpeto. Juntò una grande Libreria de todas las buenas Letras, de las Ciencias, y las Muſas Sagradas, porque ſupo, que los Moros de Argèl avian apreſado la Nave de la Sabiduria en tantos volumenes de Flandes, y de la Francia; y deſeando el Duque enriquecer con eſte teſoro ſu Palacio, y mucho mas reſcatar los Libros Sagrados del cautiverio de los Moros, hizo comprar toda aquella Libreria famoſa, que deſ-

deſpues diò al Colegio, y Univerſidad de Gandìa, libertando à la Sabiduria de una Mazmorra, à la luz de una Carcel obſcura, donde eſtava priſionera de la ceguedad, y de la ignorancia.

§. III.

JUntamos en un miſmo ſitio, poniendo de una vez à los ojos todas las altas Torres de ſus heroycos Edificios, yà para formar alguna perſpectiva con la pluma, yà porque ſe empezaron caſi à un tiempo todos, aunque ſe fenecieron en diverſos años. Tenia dibuxada en ſu idea, viviendo la Duqueſa, la Univerſidad, y Colegio de Gandìa; y aunque al principio propuſo incautamente à San Ignacio algunas condiciones, que podian dificultar la Fundacion del Colegio, todo lo ſugetò deſpues à ſu arbitrio, borrando haſta los deſeos, que avia concebido ſu pecho. Avia encargado la Fundacion San Ignacio al inſigne Pedro Fabro, que detenido en Portugal tardava en las anſias del Duque de Gandìa, paſſando el dolor à impaciencia, haſta que ſe adelantaron à la Fabrica ſeis Jeſuìtas, cuyo eſpiritu, por aquellos contornos, y por todos los Eſtados, calzò alas, y poblò el viento de maravillas. Predicavan en una Parroquia, ò en todas las de Gandìa, repartidos todos los miniſterios entre pocos Operarios con aſſombro de los Vezinos, ſin olvidarſe el Padre Andrès de Oviedo de la enſeñanza publica, Gramatica, y Phyloſophia, que en Parìs avia eſtudiado, como ſi no tuvieſſe otro empleo el que eſtava dividido en todos à un miſmo tiempo. Vino el Padre Araòz deſde Portugal eſte año de quarenta y cinco à fomentar los principios de aquel Colegio, y fuè el ultimo alivio que tuvo la Duqueſa antes de ſalir de eſta vida, en el mal que iba yà fatigando ſu paciencia. Partiòſe al fin el Padre Araòz, y llegò Fabro à dàr immortal principio à tan inſigne Monumento. El dia cinco de Mayo de el año de quinientos y quarenta y ſeis, deſpues de aver dicho Miſſa en la Capilla de el Palacio de Gandìa, puſo la primera Piedra, cantando al ſon del Organo la Muſica varios Hymnos, y Pſalmos, y ſalpicando toda la planta del Edificio con Agua Bendita, y con llanto, para que ſubieſſe conſagrada deſde ſu Cuna aquella Gigante Fabrica. Puſo el Duque la ſegunda Piedra, y echò una eſpuerta de cal, ſiguiendo ſu exemplo el Marquès, y los

Año de 1546.

demàs Hijos, y luego los Padres de la Compañia, compitiendoſe todos en aquella primera fatiga, que mendigava de la Grandeza la Arquitectura. Dichoſa Fabrica, y bien ſegura, à quien ſirviò de cimiento la piedad mas tierna, Piedra blanda, pero que excede en firmeza à la mas obſtinada roca.

Dava el Duque tanta priſa à la Fabrica, como ſi pudieſſe bolar la Arquitectura: Acabòſe en breve tiempo la Capilla Mayor de la Igleſia, la vivienda de el Colegio, y las Eſcuelas publicas, abriendoſe luego ſus Aulas. Hizo al miſmo tiempo juntar en un Seminario diſtinto muchos Hijos de Moriſcos, para que ſeparados de ſus Padres no ſe les pegaſſen ſus ancianos vicios, ni ſe difundieſſen las Tinieblas de unos entendimientos en otros; y ſalieron algunos, no ſolo doctrinados en la Fè, ſino de una vida, que fuè exemplo, y admiracion, quedando ſus Padres gozoſos, porque el Duque les alimentava ſus Hijos, haziendo de la Religion Altar al idolo de el interès. Impuſo renta competente à mucho numero de ſugetos; eſcriviò à los Provinciales, pidiendo le embiaſſen à Gandìa los que no tuvieſſen comodidad en otras partes, para emplearſe en los Eſtudios: y reſpondiò al Padre Miròn, que deſde Valencia le embiava algunos Jeſuìtas, para que oyeſſen Theologia: *Jamàs faltarà alvergue en Gandìa à los que de allà vinieren.* Diò ricas alhajas à la Igleſia, comprando à eſte fin ſu zelo quantas precioſidades llegavan à ſu noticia. Suplicò al Pontifice Paulo Tercero, y à Carlos Quinto, que concedieſſe à ſu Univerſidad todos los Privilegios que gozan las de Salamanca, Alcalà, y Valladolid. Y el año de quarenta y nueve la confirmò, y enriqueciò de Privilegios el Papa; y el Ceſar el año de cinquenta. Ordenò, que no pagaſſen derechos algunos, ſino los de el Secretario ſolos, los que ſe graduàn de Doctores, y Maeſtros, porque quiſo, que la Sabiduria, que oprimida de la pobreza no alcanzava los Ramos de eſtos Laurèles, por tan ſubidos, en otras Univerſidades, hallaſſe eſte honor en Gandìa, ſin mas precio, que el de ſu literatura; pero diſpuſo, que precedieſſe el mas rigido examen con todos los Exercicios, que en Alcalà hazen ſudar razon al Alma, para que tuvieſſe el caudal de Sabiduria, que le faltaſſe de bienes de fortuna; añadiendo aquellas pompas, y galanterias

literarias, que viſten ropage de eſplendor à las Ciencias. Mandò, que los que ſe huvieſſen de graduar, ſe obligaſſen con voto à defender el puro hermoſo Myſterio de la Concepcion Immaculada; à cuya defenſa naciò deſtinada la Compañia, conſagrando à ſus Aras mas de dos mil plumas Jeſuìtas. Y por ventura fuè Gandìa la que por eſtatuto del Borja Santo diò eſte feliz exemplo à las otras Univerſidades del Mundo? Era executor de las Letras Apoſtolicas el Decano de la Igleſia de Gandìa Franciſco de la Roca, el primero, que tuvo el honor de ſer Deàn Mitrado, recabando eſte Privilegio el Santo Año de quinientos y quarenta y ſiete, de la Santidad de Paulo Tercero. En uno de los Breves, que aprueban con raro elogio el zelo del Santo en la Fundacion de aquella Univerſidad, y Colegio, dize eſtas Clauſulas el Papa en eterna alabanza de el Santo Borja, y de la Compañia: *Conſiderando Franciſco, Duque de Gandìa, la heretica peſtilencia doctrina, que en varias partes del Chriſtianiſmo và pululando en eſtos tiempos, y quan ſaludable eſtudio ſea procurar extirparla; y que el dilecto Hijo Ignacio, General de la Compañia de Jesvs, de noſotros aprobada canonicamente en eſta Santa Ciudad, y que los demàs Hijos ſuyos, eſtudiando, enſeñando, predicando al Pueblo fielmente la Divina Palabra, combaten valeroſamente la Heregia: y prevalecen no menos con la integridad de la vida, que con la verdad de la Doctrina. Y ademàs deſto, queriendo el ſobredicho Duque Franciſco ſembrar en la Tierra obras ſantas, para coger el fruto en el Cielo; y teniendo en el Ducado de Gandìa, y en el Marqueſado de Lombay muchos Lugares, en los quales apenas avia de otra ſuerte de Chriſtianos, que por generacion Moriſcos, los quales convertidos recientemente à la Fè Catholica, tienen neceſſidad de Hombres, que los amaeſtren, y eſtablezcan: Noſotros, &c.* Entre las primeras flores de la Primavera del año de quarenta y nueve, en la Igleſia de la Compañia, preſente el Duque, toda ſu Gran Familia, y la Compañia, leyò el Decano las Letras Apoſtolicas, que conſtituìan Univerſidad aquellas Eſcuelas, y Rector de ella al que lo fueſſe del Colegio de la Compañia: Truxo el Duque inſignes Maeſtros de Theologia, cuyos Elogios ſuſpende haſta mejor ocaſion la Pluma. Precedieron à eſta funcion algunas preluſiones, y alabanzas Latinas, que oyò el Duque modeſtamente alegre, y las dexò en el miſmo Idioma corteſanamente reſpondidas. Hizoſe la ſalva à Minerva con algunas diſputas literarias; y honrò el Duque aquel dia con ſus Hijos el Refectorio del Colegio. Enſeñavaſe en varias claſes la lengua Latina, la Phyloſophia, la Theologia en tres Cathedras, y la Medicina en algunas. Fuè eſta Univerſidad la primera, que tuvo la Compañia, debiendo à San Franciſco de Borja el primer theatro de la Sabiduria, y el primer nido de tantas Aguilas, que deſpues bolaron por todas las Ciencias, empezando à beber Luz con los ojos, para derramarla por las plumas, y por los picos.

Parece, que yà no podia dilatarſe mas la piedad, y magnificencia de el Duque, agotadas en tanta Fabrica coſtoſa, en tanto ſocorro, y en tanto admirable deſperdicio. Pero al miſmo tiempo ſuſtentava muchos Jeſuìtas en Alcalà: eſcriviò al Arzobiſpo de Zaragoza, y al Virrey de Aragon, exortandolos à fundar Colegio à la Compañia en aquella Ciudad; y para perſuadir con el exemplo, hizo donacion à la Compañia de una iluſtre Caſa, que tenia en Zaragoza, y de la renta libre, que en Aragon tuvieſſe el Duque de Gandìa: Embiò con facultad de San Ignacio dos Jeſuìtas deſde Gandìa à Zaragoza, donde los ſuſtentava. Eſcriviò à la Marqueſa de Priego, y à la Duqueſa de Medina-Sidonia, alentandolas à fundar Colegio en Sevilla, y ſellada la Carta con otro coſtoſo exemplo, porque hazia ceſsion à la Compañia de una renta annual, que tenia junto à la miſma Ciudad de Sevilla. Dava todo lo neceſſario para diferentes Miſsiones, porque en aquellos principios no ſe hizieſſe el deſengaño cargoſo à los Pueblos. Dezia, que en todas las partes donde tuvieſſe rentas, debia pagar à Dios los Diezmos, ſuſtentando Jeſuìtas, por los milagroſos, y verdaderamente Divinos Frutos, que traìan à la Igleſia, y à la Republica ſus miniſterios; y no por eſto ſe eſtrechavan ſus Limoſnas, antes ſe iban aumentando las publicas, y las ſecretas, remediando muchas pobres Doncellas, y preocupando con mano prodiga, y diſcreta las deſdichas. Eran tantos los Pobres, y los Infelices, que nebavan ſobre aquel Palacio Memoriales, y ninguno faliò ſin reſpueſta, no yà de la lengua, ò de la pluma, ſino de la hazienda. Y quien hiziere una breve reflexion ſobre

lo

lo quẽ queda hiſtoriado en eſte Capitulo, y quiſiere reducir à ſuma la varia multitud de Fabricas, Fundaciones, Limoſnas, en quien tenia duplicada la Familia, y en ſu Palacio toda aquella Mageſtad, y Pompa, que ſe debe à la Grandeza, hallarà, que ni Alexandro fuè tan prodigamente dadivoſo, y que aquel corazon vizarro era mas eſpacioſo que el Mundo, que el Mar le ſeria pequeño Foſſo, y que ſus alas ſe dilatavan deſde uno à otro Polo, tocando con la una el Oriente, y con la otra el Ocaſo.

§. IV.

PEro ſe ofrece luego aquella grande dificultad, que dà con todo un impoſsible en la razon: porque el Eſtado de Gandìa no paſſava de quarenta mil ducados de renta, y con la encomienda, y otras mercedes, que gozava de el Emperador, apenas llegava à cincuenta; el Duque le gozò ſolo por eſpacio de ocho años: los alimentos, que dava à la Duqueſa Viuda, la educacion de tantos Hijos, las dotes de ſus Hijas, Marqueſa de Alcañizas, y Condeſa de Lerma, el gaſto de dos Familias dilatadas, eran baſtantes Acreedores à eſtas rentas, y mas quando el Duque no tuvo otras inteligencias, ni otros comercios, en todo el tiempo que governò ſus Eſtados. Pues què Mina oculta, ò què Arte Quimica ſupo hazer, que quatrocientos mil eſcudos, que percibiò en eſtos ocho años (porque antes ſolo tuvo lo preciſo para ſu Caſa, y Familia, y mas dilatando tanto la mano à la miſericordia) llegaſſen à dos millones, que importaron fielmente numeradas las ſumas derramadas en tan magnificas Obras, y Empreſſas? Què nueva Arithmetica es eſta ſobre todas las Leyes, y Reglas, donde cada numero ſolo paſſa à ſer un guariſmo entero? Eſta pregunta hizo el Padre Dionyſio al Santo eſtando en la Compañia, con ocaſion de aver entrado los dos en una gran Caſa, cuyo Dueño poſſeìa Eſtados mucho mas opulentos, que el de Gandìa; pero ſe hallava tan empeñado, que ni podia perſeverar en la Corte por falta de medios, ni ſalir della por ſobra de Acreedores, fluctuando entre eſtos dos extremos, ſin poder abrazar alguno, porque le eſtorvaba el otro. Y haziendo cotejo el Padre Dionyſio de ambos Eſtados, y de tan diferentes ſuceſſos, inſtava al Padre Franciſco por la ſatisfaccion à eſta duda, valiendoſe de la licencia de Confeſſor para eſtrecharle à la reſpueſta. No podrè negar, dixo el Santo Borja, que los apetitos, las profanidades, y los juegos ſon aquellas venas opueſtas à las minas de plata, y oro, porque en ellas ſe conſumen ambos metales; las unas ſon cuna de el oro, y las otras ſu Sepulchro. Verdad bien acreditada en el Exemplo de el Hijo Prodigo; y aun en el primer pecado, que robò en un inſtante toda la riqueza de el Paraìſo, quedò el Hombre ſin Patrimonio, ſe hallò deſnudo, pobre, y deſamparado por un delito ſolo aquel, à quien avia enriquecido todo el Cielo. Y à mi quiſo Dios preſervarme por ſu piedad de aquellos infames vicios, que ſe ſorben Patrimonios, y Reynos, como el Mar ſorbe à vezes los Galeones cargados de precioſos metales. A que ſe juntò el aver tenido mas precio aquellos años el azucar, y otros Frutos mios. Fuera de eſto, la economia es una Virtud de la razon, en quien ſe halla la Piedra Phyloſofal: y ſi los Señores, ſobre elegir Mayordomos, y Contadores fieles, ſe aplicaſſen à reconocer por sì miſmos ſus Eſtados, ſi ſe acordaſſen, que Dios los entregò el govierno de ellos, y que no es juſto, que dexen las riendas à otros; pues ningun cultivo, ni riego fecunda igualmente el Campo, que la Planta de el Dueño. Si velaſſen continuamente ſobre ſus Miniſtros, porque, ò el deſcuydo, ò la ignorancia de el Dueño no abrieſſe la Puerta à la infidelidad de el Criado. Que aun el Rey de las Abejas, yà que no trabaje chupando nectar à las Roſas, anda ſolicito con la viſta, fabricando mas de eſta ſuerte, que ſus dulzes Subditos con la boca, y debiendoſe mas los Panales à ſus ojos, que al afàn de ſus Vaſſallos. Si tomaſſen con exaccion las cuentas, pues Dios, aun à ſus mas Fieles Siervos, y Amigos ſe las toma muy eſtrechas. Si no ſe mudaſſe facilmente de Criados, que en muchas Caſas ſuelen parecer mas Hueſpedes, que Familiares; y es lo miſmo, que mudar continuamente de remedios, con que ſe hazen mas firmes los males; y al fin, ſi el temor de Dios eſtuvieſſe muy vivo, que es el mejor economo, muy otros ſe hallarian los Palacios de los Grandes, cuyos empeños rara vez ſe originan en la cortedad de las rentas, ſino en los deſperdicios; que por eſſo Seneca no deſeava tanto dexar grande herencia, como

un grande Heredero. Y quizà porque lo que à mi me faltava de prudencia economica, lo ſuplia la grande comprehenſion de la Duqueſa, que Dios aya, de cuyo deſvelo fiè todo el Govierno de Palacio; conocì bien el fruto de eſta maxima ſabia con la experiencia, y ſe llama acierto mio lo que ſe debe ſolo à ſu entendimiento, y cuydado, ſiendo eſta la otra Fuente caudaloſa de la felicidad, ò deſdicha de una Caſa. Porque una Muger prudente, y aplicada al govierno domeſtico, ſe debe contar entre los Dones de el Eſpiritu Santo: Ella es, yà que no la Cabeza, el corazon de una Caſa, Oficina principal de la muerte, y de la vida. Ni deſdice de la Grandeza eſta economia, pues fuera querer que deſdixeſſe de una Gran Señora la prudencia: quando la Eſcritura Sagrada nos pinta à la Muger Fuerte en la mas alta Gerarquia, ocupada en eſta fatiga domeſtica. Y tengo por cierto, que cada Muger viene à ſer dentro de ſu Caſa, lo que fuè una de aquellas dos para toda la Tierra, que la primera arruinò el Paraìſo con deſtrozo del Mundo, y la ſegunda reparò el Genero Humano perdido, y abriò muchas Puertas al Cielo: O es Eva, ò MARIA.

Pero aunque eſto pudo aver influìdo no poco en la razon de lo que me aveis preguntado, fuera yo deſconocido à Dios, y mas que ingrato, *Sino reconocieſſe el favor particular* (ſon palabras ſuyas) *con que cada dia ſu Miſericordia, ſin vèr yo el como, multiplicava los Panes, para que baſtaſſen à todos, y yo pudieſſe cumplir con mis obligaciones, para venir quanto antes à ſervirle, adonde, y como deſeava. Y que ſi ſu liberal mano no anduviera inviſiblemente en eſto, me huviera haſta aora quedado Eſclavo de mis deudas en el Mundo.* Eſte Milagro confeſsò entonces Franciſco; y no pudiera ocultarle con ſu ſilencio, porque eſtava tan à la viſta de el Mundo como los Edificios con que ennobleciò el viento. Y con èl pudiera ocurrir à las murmuraciones, y à las cenſuras mas criticas, que padeciò muchos dias, y las oìa guſtoſo, fabricando dentro de ſu pecho otra Torre mas alta al ſufrimiento. Y pudiera tambien con eſta reſpueſta poner una mordaza à muchos introducidos à Conſejeros zeloſos, que con razones, y eſcrupulos le quiſieron borrar de la idèa la Fundacion de el Convento de Lombay, y de la Univerſidad de Gandìa, cuyos rethoricos diſcurſos eſcrive difuſamente el Padre Dionyſio; y yo los omito, ſabiendo, que nunca faltan pinzèles dieſtros, y hermoſos coloridos à la prudencia de el Mundo, para dàr, yà ſombras, yà viſos à un engaño. Eſcuchavalos el Duque con humilde agradecimiento, y los deſpreciava con el deſengaño, y con la experiencia milagroſa, que iba reconociendo, de que la generoſidad de un eſpiritu tiene las manos ſemejantes à las del Rey Midas, que quanto tocava ſe convertia en oro; y al trocado, las de la Avaricia tocando el oro, le convierten en barro. Haziaſe ſordo à ſus vozes repetidas, ſin tapar las orejas, porque tenia aſido el corazon à la piedad Chriſtiana, y deſaſida el Alma de la riqueza, que es la prueba, ò el examen mas fino de un corazon humano; pues canta el Real Profeta en un Verſo: *Qui probati ſunt argento*; y lo meſmo el Ecleſiaſtico: *Qui poſt aurum, non abiit... & probatus eſt in illo*; de ſuerte, que la Piedra del toque examina al oro, y el oro es la Piedra, que examina los quilates de un pecho. Pſal. 67. Eccl. cap. 31.

CAPITULO III.

HAZE EL DUQUE TERCERA vez los Exercicios de San Ignacio, con la aſſiſtencia del Padre Fabro, inſigne Maeſtro de eſpiritu, con quien nueſtra Señora del Milagro hizo aora en Gandìa uno el mas portentoſo. Alcanza de Paulo Tercero la confirmacion de eſte Volumen Divino, y Plenaria Indulgencia para los que ſe exercitàren en el eſtudio, y meditacion ſublime de eſtas Maximas de Ignacio. Fervor de los primeros Jeſuìtas en Gandìa, y ſus contornos; y como les esforzava el Duque en ſus miniſterios.

§. I.

LLegò el Maeſtro Fabro à Gandìa en el Abril de quinientos y quarenta y ſeis, poco deſpues de la muerte de la Duqueſa, quando aun eſtava caliente el Cadaver en la Urna, y mucho mas el ſentimiento en el corazon de el Duque de Gandìa, que recibiò tanto conſuelo de vèr à eſte Apoſtol dentro de ſu Palacio, que le parecia averſe entrado por ſus Puertas un Seraphin à ſer ſu alivio, y Maeſtro. Deſpues de aver pueſto Fabro la primera Piedra, como ſe dixo, en la Fabrica del Colegio, le mandò hazer tercera vez los Exercicios de San Igna- 1546.

Ignacio, renovando con mas crecida llama la hoguera, que deſtos retiros avia ſacado: En ellos ſintiò aquella reñida batalla, y mereciò aquella Victoria ſangrienta, que ſervirà en el Capitulo ſiguiente de objeto, y de aſſombro à la Pluma. Diòle mas larga noticia de el eſpiritu de Ignacio, de nueſtro inſtituto, como teſtigo prodigioſo de ſu Nacimiento. Eſtava el Duque aſſombrado de vèr la Santidad, prudencia, y zelo de Fabro: obſervò algunos Milagros portentoſos, que aun oy duran eſtampados en los marmoles, y en los lienzos. Porque eſtando en el Oratorio de Palacio delante de una Imagen de MARIA SANTISSIMA, que tenia caſi cerrados los ojos, quando el Original los tiene tan abiertos para mirar à los deſdichados, inſtava Fabro, hallandoſe tambien preſente el Santo Borja, por la ſalvacion de una Alma, cuya enfermedad era la mas peligroſa, y la mas proterva; alternavan el gemido el Duque, y Fabro, mirando atentamente àzia el Roſtro Divino, quando olvidandoſe la Eſtatua de que era Leño, levantò ſenſiblemente los ojos, mirando à Fabro riſueños, y quedando deſde entonces abiertos aquellos dos Aſtros milagroſos à la veneracion, y al influxo de los Siglos venideros. Eſte prodigio bien autenticado refiere entre otros Autores el Padre Euſebio, Fray Juan de la Parra, y Fray Juan Carrillo, Hijo obſervante de el Seraphin Franciſco, Provincial dos vezes en Aragon, en la Relacion Hiſtorica de las Deſcalzas Reales de Madrid. Hallavaſe atonito el Santo Borja de vèr eſte ſuceſſo portentoſo en ſu Palacio, y mucho mas deſpues que ſupo, que bolviendo otro dia Fabro à ſu Oracion al miſmo ſitio, en que avia experimentado toda la riſa, y benignidad de el Cielo, tuvo voz la Eſtatua, que poco antes quiſo tener viſta; pues con expreſsion clara, y ſonora dixo à Pedro Fabro: (à quien por error llamò aquel Autor Sabio Franciſco) *Si en publico me puſieren, harè muchos mas Milagros.* Avia dexado eſta Imagen à Doña Leonor de Borja, Hermana de el Santo Duque de Gandìa, un Solitario de alto eſpiritu, cuya vida fuè exemplo del Reyno de Valencia. Y deſpues Doña Leonor la dexò à ſu Hermana Sor Juana de la Cruz, primera Abadeſa del Real Convento de Madrid, donde ſe guarda colocada en la veneracion, con el Titulo de nueſtra Señora del Milagro: *Y es de manera la devocion que cauſa*, dize el Padre Fr. Juan Carrillo, *que en ſolo mirarla, particularmente los ojos, ſe parece bien ſer coſa Divina, y milagroſa. Ha obrado el Señor por ella muchos Milagros, &c.* Y es aſsi, que con la Sereniſsima Infanta Sor Margarita obrò algunos prodigios, celebrados de la miſma pluma; y con otros corazones lloroſos obrò raros portentos, al fin como Eſtatua, que derrama piedad, y ſupo hazer Milagros, por todos los ſentidos.

Part. 1. cap. 20.

§. II.

PArtiòſe Fabro à Roma, dexando al Duque triſte en ſu deſpedida, teniendo ambos no sè que prendas de que avia de ſer la ultima: y al abrazarle, le fiò un ſecreto, que deſcubrieſſe à ſolo Ignacio, y era la reſolucion glorioſa de abandonar el Mundo, y entrar en la Compañia. Quedòſe con los Exercicios de Ignacio para algun conſuelo, y por el bien que experimentava en rebolver con la Meditacion los Myſterios de aquel Libro. Supo de boca de Fabro las Converſiones, que obrava ſu practica en el Mundo: Supolo de la experiencia en Barcelona, en Valencia, y aora en Gandìa, donde ſe iban reconociendo tan ſenſibles mudanzas con eſtos Exercicios, aſsi en los Conventos de Monjas, y de Religioſos, en que los Prelados practicavan eſte exemplo, para que le ſiguieſſen facilmente los ſubditos, como en los Seglares de todos Gremios. Y baſtava lo que ſupo de sì meſmo, para que le miraſſe como el mas rico theſoro ſacado de una precioſa mina de Santidad, en que influyò cuydadoſamente el Sol. Hallava el Duque en aquellas pocas hojas toda la Flor, y la energia de las mas eficazes Maximas; y deſpues que los onze Volumenes de el Cielo ſe vieron una vez reducidos à un pequeño Libro, *Cœlum receſſit tamquam Liber involutus*: deſpues que aquel Orador Antiguo ſupo hazer immortal ſu fama, y ſu eloquencia en ſolo un Epitaphio: deſpues que las Plumas Sagradas ciñeron las hazañas, y Milagros de Chriſto, y toda la perfeccion à tan breve Evangelio, no ſe puede eſtrañar, que encierre eſte Volumen pequeño tanto theſoro, y una quinta eſſencia de el Chriſtianiſmo, aviendo ganado à Dios tantos millones de Almas, que ſe pueden contar los millares por cada una de ſus Letras. Mas porque no faltaron emulos, ò ciegos, que cenſuraſſen el uſo de eſtos Exercicios, eſparciendo que eran encanto, ò hechizo del cora-

corazon humano, que en aquellos retiros ſe repreſentavan monſtruos, y que la fuerza de los deſengaños turbava la razon à los entendimientos. Eſcriviò al Pontifice Paulo Tercero, ſuplicando à ſu Santidad con el mas encarecido ruego de un corazon anſioſo, que mandaſſe examinar eſte Libro, Tronco robuſto del deſengaño, de cuyas Ramas hallava pendientes las maximas mas fructuoſas, y mas vivas; y que ſi ſe hallaſſe en èl eſta verdad, que avia experimentado ſu Alma, y otras muchas, ſe dignaſſe confirmarle con ſus Letras Apoſtolicas, y enriquecer ſu practica con Indulgencias. Inclinòſe el Sumo Pontifice à los ruegos del Duque, à quien amava tiernamente; y mandò, que fueſſe examinado por el Cardenal Don Fr. Juan Alvarez de Toledo, del Orden de Santo Domingo, Inquiſidor General, y Arzobiſpo de Burgos, por el Iluſtriſsimo Philipo Arquinto, entonces Vicario General de Roma, y Obiſpo de Seleucia, por el Sabio Egidio Foſcarario, Maeſtro de el Sacro Palacio, Dominico, todos tres los mas cultivados entendimientos, que alumbravan à aquel Siglo: Entregaron à cada uno dos Tomos en Idioma Latino, en que le avian traducido del Eſpañol dos Plumas con todo acierto, particularmente la del devoto Andrès Fruſio. Y deſpues de aver peſado menudamente todas las ſylabas, y examinando los apices à ſus letras, le calificaron de Libro milagroſo, y uno de los mas eficazes inſtrumentos para batir aquella Torre, en que ſe ſuele hazer fuerte la obſtinacion de el vicio; y apenas ſe hallò haſta aora reſiſtencia à veinte, ò treinta dias de eſta bateria bien executada en una Alma, parecidas las pocas hojas deſte Libro à las Tropas, de que ſe compuſo el Exercito de Alexandro, tan ordenadamente diſpueſto, que no ſe hallò Plaza, ò Fortaleza en el Mundo, que no ſe rindieſſe à tan poco numero de hojas de azèro bien templado.

De tres deſeos myſterioſos, que ardieron en el corazon de Ignacio, fuè eſta aprobacion el ultimo, que viò cumplido con inexplicable, y agradecido conſuelo de ſu eſpiritu, porque ſabia la arma, que en eſte Libro dexava à la Igleſia. Y porque deſte Breve Apoſtolico, expedido à poſtreros de Julio de mil quinientos quarenta y ocho, reſulta mucha Gloria à nueſtro Duque Santo, copiarèmos aqui alguna parte de èl: *Aviendo entendido*, dize, *de nueſtro querido Hijo, y Noble Varon Franciſco de Borja, Duque de Gandìa, que el dilecto Hijo Ignacio de Loyola, Prepoſito General de la Compañia de Jesvs, que por Nos en eſta nueſtra Ciudad ha ſido inſtituìda, y con la autoridad Apoſtolica confirmada, avia eſcrito ciertos Documentos, ò Exercicios Eſpirituales, ſacados de las Sagradas Eſcrituras, y de la experiencia, que tiene de la Vida Eſpiritual; y que los avia reducido à orden, y traza mas conveniente, para mover los animos de los Fieles à piedad: y que los tales Exercicios eran muy provechoſos, y ſaludables à los Fieles de Chriſto, para ſu eſpiritual conſuelo, y utilidad. Lo qual al dicho Duque Franciſco conſtava, no ſolamente por la fama, que de muchas partes avia oìdo, ſino tambien por la experiencia clara, y manifieſta, y por lo que en Barcelona, Valencia, y Gandìa èl miſmo avia viſto, &c. Noſotros aviendo hecho examinar los dichos Documentos, y Exercicios, y entendiendo, que ſon llenos de piedad, y ſantidad, y muy provechoſos para la edificacion, y aprovechamiento eſpiritual de los Fieles, teniendo reſpeto à eſtos, y à los copioſos frutos que Ignacio, y la Compañia, que èl ha inſtituìdo continuamente, producen en la Igleſia de Dios en todas partes: y à lo mucho que para eſte efecto han aprovechado los ſobredichos Exercicios, inclinandonos à los ruegos del dicho Duque, con la autoridad Apoſtolica, por el tenor deſtas nueſtras Letras, y de nueſtra cierta ciencia, aprobamos, y alabamos los dichos Documentos, y Exercicios, y todas, y cada una de las coſas, que en ellos ſe contienen: Y con el Patrocinio de nueſtro Señor los amparamos, y exortamos à todos los Fieles, aſſi Hombres, como Mugeres, y à cada uno dellos, que con devocion quieran uſar, y ſer aprovechados de los tales Exercicios, &c.* Quedò gozoſiſsimo el Duque con eſta glorioſa Bula, y con la Indulgencia Plenaria, que concedia ſu Santidad al que practicaſſe eſtos Exercicios, en que meditava el Duque todos los dias algunos ratos. Diò luego à la Eſtampa à ſu coſta la verſion Latina de Fruſio, y deſpues ſe hizieron otras impreſsiones en Idioma Caſtellano, ſiendo eſte el primer Libro, que diò à la Luz publica la Religion de la Compañia, compueſto por San Ignacio de Loyola confirmado con Elogios, y Bendiciones de la Silla Apoſtolica à ruegos de San Franciſco de Borja, impreſſo à diligencia ſuya, para que tuvieſſe tan dichoſo, Noble, y Sagrado principio la Eſcuela de la Compañia, que deſpues avia de enriquecer con tantos Volumenes las Artes, las Ciencias, y la

Igle-

Igleſia, acreditando la Prophecia de Daniel: *Pertranſibunt plurimi, & multiplex erit ſcientia*; y la Sentencia de San Gregorio Magno, que deſcribe mas ſabio al Mundo, quanto los Siglos le fueren encaneciendo: *Quanto Magis Mundus ad extremitatem ducitur, tantò nobis æternæ ſcientiæ aditus largius aperitur.* Eſte fuè el primer Arroyo, ò Fuente de donde naciò eſte undoſo inchado Rio Fiſon, que es el de la Sabiduria, como nos dize la Eſcritura, rodèa uno, y otro Mundo (dos Eſmeraldas en un Anillo) ennoblecido de muchos Rios Sabios, que le dàn tributo; y aun eſſo ſignifica ſu Nombre en la Pluma de Iſidoro, añadiendo, que ſe viſte color negro, para que aun en eſta circunſtancia fueſſe Geroglifico de la Compañia, y de ſu Eſcuela Rio, à quien hace culta Ribera la erudicion, y la amenidad toda.

Dan. cap. 12. S. Greg. Hom. 16. Eccl. 24. *Qui implet quaſi Phiſon Sapientiam.* Iſid. libr. 13. Ethymolog. c. 21.

§. III.

Mientras ſe examinava eſte precioſo Libro en Roma, afanava el Duque en la Fabrica de Gandìa, lleno de polvo, y de conſuelo, entre los Artifices, y las Piedras; y mucho mas de tocar ſenſiblemente el fruto, que ſe cogia en las Almas, y la Santidad de aquellos primeros Jeſuìtas. Miravalos ocupados gran parte de la noche, y algunas horas de el dia en Oracion ſoſſegada: que en varios tiempos ſe hurtavan ſucceſsivamente à la frequencia, y comercio de los hombres, y eſcondidos entre las malezas de las Montañas paſſavan algunos dias, dando al viento, y al eſpiritu libremente las Velas. Que avia muchos, que paſſavan cada dia ocho horas en Oracion retirada: que ſus penitencias eran mas que rigoroſas: que en el Refectorio avia dos Meſas, en la una ſe ſervia bien moderada comida, en la otra ſolo Pan, y Agua, teniendo cada uno licencia de ſentarſe en la que eligieſſe; y obſervò, que ninguno por mucho tiempo ſe acercò à la primera, ſino fueſſe obligado del Superior, que atendia à no enflaquecer tanto las fuerzas al Alma de los que ſe empleavan en una perpetua robuſta fatiga. Haſta que San Ignacio moderò eſta imprudencia, porque la falta de fuerzas embarazava operaciones mas glorioſas, pues el mucho rigor deſangrava à la eloquencia aquellos eſpiritus generoſos, que debia gaſtar en los miniſterios, no pudiendo encender mucho al Auditorio un Orador, que tiene de Cadaver el deſmayo, y el frio. Pero fiò tanto San Ignacio de el grande caudal de eſpiritu, que avia en aquel Colegio, que dexò à ſu arbitrio la eleccion de Rector de el miſmo Colegio, y fuè, ſegun ſe eſcrive, la unica, que ſe hizo de eſta forma en la Compañia; ſucediò à los 14. de Octubre de 1547. Y deſpues de larga Oracion, ſaliò por todos los Votos el Padre Andrès de Oviedo, claro honor de ſu Apellido, à quien la antiguedad orla ſu Eſcudo, cuyo Solar antiguo en la Caſa del Portal iluſtra la Ciudad de Oviedo. Fuè incomparable el gozo de el Duque viendo la union, el deſinterès, y el deſeo fervoroſo del acierto, con que avian procedido en materia, que ſuele deſordenar la Republica mas Santa, y dividir los alvedrios con los Votos, rompiendo los lazos al ſepararſe tenazmente los entendimientos.

Fuè ſiempre delante con el exemplo, mas que con el Oficio, el Padre Andrès de Oviedo, Varon Divino, en cuyos elogios primero ſe fatigarian los diſcurſos, ſe canſaria el brazo, y faltaria pluma, que faltaſſe en ſus hazañas heroycas materias. Entre otras aſperezas tomava cada dia tres diſciplinas, dormia ſobre una eſtèra pocas horas. Tenìa en el Colegio un ſitio retirado, donde ſe recogia lo mas de la noche, y à vezes por muchos dias con algunos Panes, y un cantaro de Agua. Llegò al grado ſupremo de aquella contemplacion elevada, que muda el eſpiritu en Aguila caudaloſa; fuè iluſtrado con raras Prophecias, Reſplandores, y Milagros, que dieron aſſombro en aquellos Siglos: Teniaſe por feliz en Gandìa el que llegava à beſar ſu ropa; y el Duque le conſultava ſu eſpiritu, y le eſcuchava con profundo reſpeto. Lanzava los Demonios de las Almas, y de los cuerpos, y en la Oliva, Villa cercana, echò un rebelde eſpiritu, que tiranizava con horror una infeliz muger. Una vez, que ſaliò entre otras por los confines de Gandìa à explicar la Doctrina à los Negros, y à los Niños, deſfalleciò en unos Arenales deſiertos con un deliquio, ocaſionado de falta de alimento: Eſtava en aquel deſamparo, quando abriò los ojos eclypſados por mucho tiempo, y viò à un Hombre, que dando de eſpuelas al Cavallo, ſe acercava à ſocorrerle preſuroſo; apeòſe aquel Angel Cavallero, y deſpues de averle confortado con Pan, y Vino, bolviò à tomar el Cavallo, y mudando en alas las eſpuelas, y en Ave Real el Bruto, rompiò el viento. Enfrenò en una ocaſion el Padre Oviedo la cor-

corriente precipitada de un Rio, dividiendole de sì meſmo, formando por mucho tiempo un Monte inmenſo las olas, nevada ſu cima de eſpumas. Otra vez le vieron en la Oracion cercado de una hoguera de Luz, como ſi eſtuvieſſe de rodillas dentro del Globo del Sol. Eſtando cerradas unas Puertas, que impedian el paſſo à ſu zelo, ſe las abrieron los Angeles al primer gemido, en que rompiò ſu pecho. Hizòſe inviſible à ſus Enemigos, que le buſcavan para quitarle la vida, ſiendo Patriarca de la Etiopia, donde el Emperador quiſo darle muerte deſembaynando la Eſpada, que eſperava el Santo Prelado inclinada la cerviz, y las rodillas en la tierra; y ſe le cayò de la mano el azèro, quedando el brazo frio, y el corazon atonito temblando del que eſtava rendido. Injuriòle en una ocaſion un Soldado atrevido, y luego fuè arrebatado aquel infeliz, ſin dexarſe vèr mas en el Mundo. Aràba con dos Bueyes el Campo en la Etiopia para ſu ſuſtento, quando era Patriarca, y eſtava cultivando los Campos de la Etiopia, ſudando lagrimas el Roſtro al romper la tierra con el Arado, y ſembrando muchos Exemplos en cada ſurco. Hallòſe tan pobre, que para eſcrivir à la Cabeza de la Igleſia el miſero eſtado de la Etiopia, no tùvo mas papel, que el que cortò de las margenes del Breviario, unidas con la induſtria del ingenio, con aſſombro de Pio Quinto, que viò retratada la conſtancia, el valor, y el zelo de un Atanaſio en aquel deſpedazado lienzo, y en tan poco blanco. Todos los Elementos confeſſaron ſus Prodigios, y haſta los Pezes mudos ſalieron una vez à la Ribera à gritar ſus Milagros. Siendo Patriarca, y paſſando por Lisboa, le vieron en las Calles con un Cantaro de Agua al ombro, para lavar los pies à unos Hueſpedes en el Colegio. Hallòſe à un miſmo tiempo en diverſas partes, y aun Regiones, multiplicandoſe aquel eſpiritu Fenix ſin dexar de ſer unico, y cortando el viento ſin dexar el nido. Jamàs levantava los ojos de el ſuelo en publico, ni mirava àzia ſemblante alguno, ſino con el reſpeto ſolo. Fuè viſiblemente perſeguido del demonio, eſtremeciendoſe las paredes de ſu Apoſento con los golpes, y con el ſonido, que parecia terremoto: Una vez que el Duque belava tambien en Oracion, oyò aquel eſtruendo eſpantoſo, fuè à ſocorrerle, y le hallò orando con grande ſoſsiego, y le rogava, que ſe bolvieſſe à ſu Apoſento ſin publicar aquella perſecucion de ſu Enemigo, porque no la padecieſſe ſegunda vez en la relacion; mas un Paje del Duque que ſe hallò cercano no quiſo callar eſte ſuceſſo, como ni otras grandezas deſte Varon portentoſo. Diſpoſiciones proprias, ò finezas del Amor Divino, que en los Elogios de ſus grandes amigos no ſabe eſtàr mudo, ni guardar ſecreto, quando ſepulta en el ſilencio, y aun en el olvido lo que puede ſer en ſu deſdoro: *Charitas operit multitudinem peccatorum*, y ſolo en eſte punto ſe haze ſordo à los ruegos de ſus amados, y dà à entender lo mucho que los ama en lo que les niega, y en lo que no les eſcucha. Pero ſe hallò obligado el Duque à inſtancias del P. Oviedo, y otros Jeſuìtas, à quienes la Pluma deſte Joven devoto copiava furtivamente el exemplo à embiarle fuera de Palacio por algun tiempo, porque no hallavan en todo ſu ſufrimiento baſtante paciencia para tolerar el ſuſto de una alabanza.

§. IV.

Reſonava el Evangelio, y el deſengaño por las Igleſias, y Plazas de Gandìa, y quiſiera el Duque preſtar ſu reſpiracion à cada Jeſuìta para multiplicar voz, y fuego à ſu lengua. Eſtavan muchos dias en los Hoſpitales, esforzavan à las dolientes, confeſſavan à todas horas à los Pobres: daban los Exercicios eſpirituales, y en tanto numero, que ſolo el P. Oviedo los dava à catorze à un tiempo. Enſeñavan à la Juventud los Elementos de las Letras, y de la piedad: fortalecian los entendimientos de los Moriſcos, deſcubriendo al Alcoràn ſus engaños. Y ſe convirtieron à la Fè exercitos de Moros, que uniò à la Igleſia con grande conſuelo de la Silla Apoſtolica, explicado en el Breve, que mencionò en el Capitulo antecedente la Pluma. Morian en ſus brazos todos, deſcanſando en ellos del ſuſto de la muerte, y cobrando nuevas eſperanzas à la vida: Aſsiſtia una vez el P. Oviedo à un Sacerdote moribundo, que apenas rindiò el aliento, quando la Candela encendida, que tenia en la mano, bolò à viſta de todo el concurſo à lo alto, como que la llama deſaparecia ſubiendo àzia ſu Elemento con la materia, que abraſava: Quedaron atonitos los preſentes, mas el Siervo de Dios con mayor luz, que baxò à ſu entendimiento al miſmo paſſo que ſubia la otra à ſu Eſphera, deſcifrò aquella duda con eſta exclamacion iluſtrada: *Ojala mi Alma ſubieſſe adonde bolò la deſte Sacerdote!* Cauſava admiracion vèr, que quatro Sacerdotes de la Compañia ſolos, ſobre eſtàr ocupados en la enſeñanza publica, pudieſſen ſatisfacer à tantos, y ſer en todo

todo aquel Eſtado lo que los quatro Elementos en el Mundo. No ceſſava el Duque de repetir gracias al Cielo, porque le avia inſpirado la Fundacion del Colegio ; ayudava en lo que podia à los miniſterios : en la explicacion de la Doctrina ſalia por las Calles à atraher la gente con ſu preſencia, y con la campanilla,que llevava en la mano, para añadir el ſonido deſte exemplo.

Agregò la Cofradia del Santiſsimo de la Igleſia Mayor de Gandìa à la de la Minerva de Roma ; y con eſta ocaſion conſiguiò el Pueblo la frequencia de Confeſſar, y recibir el Auguſto Sacramento. Hazia èl miſmo varias Platicas , ſupliendo à los Jeſuìtas , imprimiendo en ſus Vaſſallos à un tiempo la Virtud,y la admiracion, con la novedad de vèr en el Pulpito en trage de Duque un Miſsionero eſclarecido ; expectaculo , que no ſe avia viſto , ni eſcuchado en las revoluciones de tanto ſiglo : pero las mas de eſtas Platicas eran en el Monaſterio de Santa Clara , donde ſu voz ſe eſcuchava con lagrimas , que exprimia el gozo, y luego el dolor renovava llanto. Predicavan deſpues de comer los Hermanos Eſtudiantes de la Compañia , aſsi por habilitarſe en eſta Campaña,como por gaſtar fructuoſamente aquella hora; y un dia platicò el Duque con admirable eſpiritu, articulando penſamientos de fuego,que no ſabe encontrar el eſtudio. Con tantos fervores, Exemplos, Profecias,Exortaciones, y Milagros andava el Pueblo como atonito, y el mas profundamente dormido deſpertava del perezoſo obſcuro letargo,porque le hazian ruido en el Alma de una parte el eſcarmiento,y de otra el deſengaño;y ſiendo antes Gandìa Campo eſpinoſo, donde dilatavan ſu juriſdicion las malezas del vicio, ſe viò aora Jardin culto,y naciò una Roſa en cada ſitio , donde ſe ponia la planta. Tanto puede en un Gran Señor el buen exemplo, caudal de que ſuelen ſer avaros los Grandes , aun quando prodigos de otros bienes: y tãto pudo un deſengaño, que prendiò bien en el corazon del Duque D. Franciſco. O deſengaño fecundamente glorioſo,que en el ſemblante de un Cadaver mudaſte la cara à tanta parte del Mundo! El Ceſar apeandoſe de la Carroza, en que triunfava,mandò arrojar los fragmentos de ſu Guirnalda en una Selva vezina, para que nacieſſen Laurèles della;y el victorioſo Duque de Gandìa, deſpues de aver triumphado de sì , y de el Mundo con el deſengaño Real de una Mageſtad difunta, fuè ſembrando à pedazos la Corona , y el eſcarmiento , para que nacieſſe en todas partes el deſengaño.

CAPITULO IV.

DELIBERA EL DUQUE PROFUNdamente ſobre la Religion , que debia elegir para el mayor agrado de Dios : dexaſe vèr Maria Santiſſima cercada de Mageſtad y de hermoſura , y le manda entrar en la Compañia; obligaſe à eſto con particular Voto. Viſion myſterioſa , que tuvo en eſte tiempo.

§. I.

AViaſe purificado yà con la muerte de la Duqueſa la condicion del Voto inſpirado , que hizo el Duque aquella noche clara , en que ſe le anticipò la Aurora , deſpues de aver obſcurecido mucho el viento , y el Alma ; y la cadena , que haſta entonces no le hazia priſsionero, por eſtàr atado con otra de oro , empezò deſde aora à ligar ſu alvedrio. Sabia, que eſtava obligado à hollar el Mundo , abrazando el eſtado Religioſo ; mas como no avia determinado el Puerto, aviendo tantos, y tan diſtintos , empezò à ſer combatido de olas,fluctuando entre diverſos Inſtitutos. Reconocia deſde el Mar muchas Playas vezinas , y dudava donde ſeria mas grato à Dios , que amarraſſe el Baxèl , y tomaſſe orilla , echando ſus eſperanzas al Mar , ſus riquezas à fondo, y tràs de las mas precioſas ſu alvedrio : Enderezava la Proa àzia una orilla, y ſe le ofrecia una dificultad en una roca : Bolvia àzia la opueſta, y tropezava nuevo eſcollo el Alma ; haſta dezir con San Auguſtin, al verſe entre tanto Cielo, y rumbo : *Quo me vertam neſcio.* Tratò con Dios eſte punto con prolixo, y continuado ſilencio , acrecentò las limoſnas, y las penitencias , pidiò oraciones à las Almas mas Fieles,y mas amantes, San Luìs Beltràn, el Venerable Micòn, el Padre Fabro , Fr. Juan de Texeda, Andrès de Oviedo , el Monaſterio de Santa Clara , el Padre Barma , y mucho mas el miſmo Borja , embiavan continuados ſuſpiros al Cielo , y daban mucha ſangre à la Tierra para merecerle à Dios ſu Luz en eſta materia. Orava un dia embuelto en lagrimas Borja retirado en los Exercicios, en que Fabro le inſtruìa;y aunque ſu inclinacion tirava àzia la ſoledad , y bolavan ambas alas dentro del pecho àzia el mas Religioſo deſierto , eſcuchò una voz interior bien articulada,y bien ſentida, de que el guſto de Dios era ſervirſe dèl en una Religion , que abrazaſſe con la vida contem-

pla-

plativa, y elevada del ſuelo la activa, que ocupa un brazo en ſocorrer al Mundo, y ſe le puſo delante el heroyco dechado de los Apoſtoles, y de Chriſto: Del miſmo dictamen fuè tanto Hombre Sabio como ſe ocupava en meditar, y diſcurrir el acierto del Duque en eſte punto: Dixeronle, que no conſiſtia la mayor felicidad en la quietud de un ocio ſanto, pues antes la perfeccion de la Naturaleza toda, y de la gracia ſe vincula à un perpetuo, y bien ordenado movimiento: que el corazon, fuente de la vida, no ſabe eſtàr ſoſſegado dentro del pecho, de ſuerte, que el pararſe, y morirſe todo es uno: que el Amor Sagrado, à quien las Virtudes todas dàn el Cetro, tiene movimiento continuo con todas las inquietudes del fuego en la tierra, y de los Aſtros en el Cielo.

Pero quedavan aun otros baybenes, y otras ondas, ſiendo muchas las Sagradas Familias que ſe ocupan en procurar la ſalud de las Almas; con que no ſe ſoſſegava, ſino que ſe transferia la duda à otra mas ceñida, pero no menos dificultoſa. De una parte le tirava el amor à la Compañia, los exemplos vezinos, y recientes, que mirava, el deſeo de aliſtarſe en las Vanderas de fuego, que tremolava Ignacio, los continuados frutos, que eſte nuevo Plantèl iba dando à la Igleſia, y al Mundo, parecido al Arbol, que viò San Juan en el Apocalypſi orillas de un Rio, que rompia en doze frutos al año; el deſeo de vivir ignorado en un inſtituto, à quien faltava todo el luſtre, eſplendor, y caudal, que ſabe dàr à las Religiones el tiempo, y à los Rios el irſe alexando de ſu nacimiento. De otra le hazia apacible guerra aquella aficion antigua à la Orden Seraphica, cuya devocion avia ſido ſu dichoſa Cuna, de cuyo nombre ſe gloriava, cuya humildad, deſnudèz, y glorioſa pobreza tenian oculta ſympatia con ſu genio, y con todos los afectos de ſu Alma. Conferia en aquellos Exercicios ambos extremos, inclinandoſe algo mas à guarecerſe entre las alas del Seraphin, à quien rezava cada dia la Oracion, que le ſeñala la Igleſia, y aora repetia con nueva, y mas crecida llama; pero quantas vezes ſe inclinava àzia eſte extremo, ſentia un deſamparo, y un interior deſconſuelo, que le marchitava el guſto; bolvia luego àzia la Compañia, donde el corazon deſcanſava, y ſentia una inexplicable dulzura, como que aquella era la Religion de ſu dicha; y dezia èl, que àzia una parte le tirava la voluntad, y àzia otra la razon; pero que ſiempre, que aplicava el animo à qualquier otro inſtituto Divino, ſe le borrava una mano inviſible del entendimiento, poniendo en ſu Altar la Imagen de la Compañia, y eſcriviendo, *Ignacio*; y eſcuchava una voz al principio cobarde, y caſi muda, y deſpues tan ſonora, como ſi le tocaſſen un clarin dentro del Alma; la qual le llamava à la Compañia, pero aun deſconfiava de sì, y temia engaño, ò en la voz, ò en el oìdo. Cerròſe en el Oratorio con Fr. Juan de Texeda, y pueſtos ambos de rodillas ante el Crucifixo, que avia pueſto la muerte, y la vida à la Duqueſa en ſu mano, le conjurò, que le dixeſſe deſnudamente ſu ſentimiento, ſobre ſi haria mas agradable ſacrificio al Cielo en ofrecerſe à la Religion de la Compañia, ò à la de S. Franciſco, que eran yà los dos ultimos extremos, entre que ſe agitavan ſus diſcurſos. Pidiò Texeda quatro dias mas de tiempo, y al fin dellos, tomando al Duque por la mano le llevò al meſmo ſitio, adonde con aquella reſolucion, è imperio, con que ſuele hablar un eſpiritu iluminado, le dixo: *Dios, y ſu Santiſſima Madre quieren, Señor, que entreis en la Compañia de Jesvs*, y con eſto emmudeciò: Oyò eſta voz el Duque con el miſmo reſpeto, que eſcucharia al inſtrumento mas ſonoro del Eſpiritu Santo; miròle al roſtro, y viòle ardiendo, por mas que eſtava humedecido con abundancia de llanto; aguardò à que cobraſſe voz ſu Oraculo deſveladamente dormido, que humanando un poco mas el ſemblante, y el trato, añadiò: en la Compañia, Señor, en la Cōpañia de Jesvs, porque es nueva eſta eſclarecida Religion; tiempo en que eſtà mas robuſto, como en ſu juventud, el fervor, y el eſpiritu, porque es aun deſconocida del reſpeto, y podreis vivir en ella mas abatido, porque es perſeguida, y lo ha de ſer ſiempre en el Mundo, pues ſe fraguò en eſſe cruel, aunque feliz Signo; y aun creo, que le ofreciò Dios eſte mal entendido Patrimonio à ſu Patriarca Ignacio. Porque tiene meditado cerrar las Puertas à las Dignidades con muchos bronzes, porque toda ſe emplea en Oracion ſegura, cuydando de la ſalud propia, y ſe deſvela igualmente en la agena con medios tan proporcionados, tan eficazes, tan ſublimes, que la apellida dignamente Pupila en ſus ojos el Sumo Pontifice: que en las Indias ſueltan las vendas de la viſta à los Infieles, pues ſolo lo que ſe dize del Divino Xavier, à quien Sor Magdalena ſu Hermana ha viſto Sol en Profecia, es uno de los mayores portentos, que iluſtran la Igleſia, y claro argumento de lo que Dios ama eſta nueva Tropa, y Fabrica;

que

que naciò Gigante, y empezò en la tierra por lo ſumo de la Gloria. Porque vive aun ſu prodigioſo Fundador Ignacio, y es ſingular conſuelo beber las mas puras aguas de la Santidad de un inſtituto en el miſmo primer Arroyo; pues aun allà no faltò quien dixo, que quanto los genios avian vivido mas cercanos à los tiempos de Homèro, avian guſtado tanto mas puro, y mas caliente el eſpiritu poëtico.

§. II.

YA no buſcava el Duque ſeguridad, ni deſeava mas Luz, pues no rayava menos en ſu entendimiento, que todo el Sol; pero deſeava para mayor conſuelo ſaber el modo con que Dios le avia declarado ſu guſto; inſtava à ſu Oraculo que le deſcubrieſſe eſte ſecreto, añadiendo, que en recompenſa de eſte favor abriria tambien ſu pecho, favorecido aquella mañana con el exceſſo ſenſible de una voz alhagueña. Eſtava yo eſta mañana, reſpondiò Fray Juan de Texeda, poſtrado en el ſuelo con llanto copioſo, pidiendo à la Reyna de el Cielo, que nos alumbraſſe como Eſtrella, ſeñalando el rumbo, quando me obligaron à que levantaſſe el roſtro, y hallè delante de mi à la alegria de la Tierra, y de la Gloria en el ſemblante hermoſo de MARIA, que moſtrando inefable benignidad en ſu aſpecto, me dixo: (pondrè con fidelidad ſus palabras, como las depone el Doctor Herrera, aſſegurando tener toda la certidumbre, que cabe en una noticia humana, y mayor que la que pide la Hiſtoria): *Dile al Duque, que ſe entre en la Compañia de mi Hijo, porque eſſe es mi guſto, y lo que mas ſe agrada mi Hijo; que ha de iluſtrar, y levantar mucho eſta Religion aora pobre, y deſconocida, y ſer inſtrumento de grande ſervicio en la Igleſia.* Eſtava abſorto Franciſco, y confuſo de verſe tan favorecido, quando no ſe avia contentado MARIA SS. con eſta expreſſion de conſuelo, ſino que la avia multiplicado, repitiendo el eco de aquel grito al miſmo tiempo; pues un Jeſuìta Eſpiritual, y Sabio, en Carta eſcrita al P. Dionyſio, que guarda el Colegio Imperial en ſu Archivo, teſtifica aver oìdo à Perſona digna de todo credito, que orando el Santo Borja fervoroſamente ſobre eſta materia delante de una Imagen de MARIA (fuè ſin duda la del Milagro, que eſtava yà acoſtumbrada à tener voz en aquel Oratorio) le hablò con voz inteligible, y amoroſa la Eſtatua, diziendole: *Franciſco, entrate en la Compañia de mi Hijo*; añadiendo el Cielo eſtas vozes ſenſibles, yà que Franciſco no acabava de dàr entero credito à las interiores. Y aora pagò con eſta confianza la que le debia à Fr. Juan de Texeda, refiriendole eſte ſuceſſo en el miſmo ſitio, en que avia paſſado, y delante de aquella Imagen, Oraculo portentoſo, que yà quando callava, parecia mas eleccion, que deſtino. Y la Compañia, entre innumerables favores, que reconoce à Mageſtad tan Soberana, es deudora deſta nueva dignacion à MARIA, aviendo ſido dulce inſtrumento ſu lengua, para que tantos, y tan eſclarecidos Heroes iluſtraſſen la ropa de la Compañia. De quien es mayor Elogio, que el Santo Borja fueſſe conducido determinadamente à eſta Playa à vozes de la Eſtrella, quando eſtava en tan alto grado de perfeccion Chriſtiana; que lo fuera, ſi le llamaſſe deſde una noche tempeſtuoſa, y deſde una obſtinacion en la culpa à tomar Puerto en eſta orilla: pues diò à entender, que aun ſiendo tan ſubida aquella Santidad heroyca, podia crecer, y perficionarſe en la vida regular de la Compañia: Grande credito deſte Divino inſtituto! Porque es delicado, y aun milagroſo el Pinzèl, que pudo echar nuevas lineas mas ſutiles en la mas viva Tabla de un Apeles.

§. III.

HIzo luego voto de entregar ſu libertad à la Compañia de Jesvs, que era igualmente Eſquadron de MARIA, ſegun cuydava de poblar ſu Vandera. Mas apenas acabò de expreſſar eſte voto, quando viò ſobre ſu Cabeza una reſplandeciente ſeña de dignidad, con alguna forma, ò ſemejanza de Mitra, que ſuſpenſa en el ayre, le amenazava con el honor: afligiòſe ſobre manera con eſta repreſentacion ſenſible à la viſta, y eſcogiera antes vèr una Eſpada ſangrienta, que amenazaſſe à ſu cerviz poſtrada; quexavàſe con humilde blandura, que quando èl deſeoſo de ſeguir el rumbo, que el mejor Norte avia ſeñalado, eſcogia una Religion, deſde donde ſe miran las Dignidades, como deſde la Atalaya los Baxèles, le puſieſſe à los ojos el objeto mas aborrecido de ſus afectos, y que deſpues del horror del pecado nada mirava con mas zeño. Durò ſiete dias eſte martyrio en la viſion, repreſentandoſele en el ayre aquel borron de Luz en el miſmo ſitio, y à las miſmas horas, que ſe recogia à la Oracion: Crecia la congoja en el Duque al paſſo que porfiavà en dexarſe vèr aquella

Cruz

Cruz diſsimulada en Dignidad, y en Reſplandor, haſta que al ſeptimo dia, oprimido de la fatiga, no pudiendo con el amago ſolo de aquel peſo, ſe arrojò en el ſuelo, y entre quexoſo, y confiado ſentidamente dezia: Perdonadme, Dueño unico del Alma, que yà me falta ſufrimiento para Cruz tan prolixa; yo me dexo caer à vueſtros pies con ella, y no me he de levantar haſta merecer de Vos, que aparteis lexos de mi tan grande mal; ſino conſiguiere eſte favor, aqui morirè de confiado, ſerà la muerte mi tabla laſtimoſa, yà que Vos no quereis eſcaparme de otra ſuerte de la tormenta que amenaza. Madre Divina, no hagais el primer exemplar en Borja, de que llamada con gritos de el corazon de una Alma afligida, ſe haga vueſtra piedad ſorda; que quando no fuera tan facil eſta merced, eſperaria yo impoſsibles de vueſtra interceſsion. Y al fin, Señora, ſino me aſſegurais una perpetua pobreza dentro de la vida Religioſa, yo intentarè ſacar diſpenſacion del Voto, y jamàs tomarè Habito de Religion, nì Eccleſiaſtico, porque mucha mas zozobra me cauſa lo que parece que me eſpera, que no la Grandeza que deſeava dexar por Vos en el Eſtado de Gandia. No bien acabò de articular eſtos lloroſos afectos, quando levantò los ojos, y viò deſvanecida aquella amenaza precioſa; y ſe le diò à entender, que era ſolo el Generalato de la Compañia, como el miſmo Duque, ſiendo yà Prepoſito General della, dixo à ſu Confeſſor el P. Gaſpar Hernandez en Roma, quando le pregunto, ſi avia mas que aguardar, ò que temer para el cumplimiento de aquella myſterioſa viſion, que empezò en amago, y en humo para acabar en felicidad, y en luz.

Significavan aquellos ſiete dias los ſiete años, en que ſu prudencia avia de governar la Compañia toda, y mudar en Caſa del Sol eſta gran Fabrica; ſegun el miſmo Santo Borja, buen Interprete del Cielo, explicava eſta inſignia, aſsi en Roma, como en Eſpaña, caminando un dia deſde Valladolid à Tordeſillas, con el P. Dionyſio, ſu Confeſſor, à quien no reſervava los ſuceſſos de ſu vida. Hizo armonìa eſta viſion myſterioſa con la que en Barcelona tuvo el P. Fr. Juan de Texeda, viendo ſobre la Cabeza del Duque ſemejante honra, ò inſignia. Y la Venerable Doña Mariana de Eſcobar viò en el Cielo llenos de reſplandor à Ignacio, Borja, y demàs Generales de la Compañia con eſta reſplandeciente diviſa ſobre la cabeza: *Los que nueſtro Padre San Ignacio*, dize, *tenia à una mano, y otra, eran los Prepoſitos Generales, los quales tenian por inſignia de ſu Dignidad una Corona à manera de Mitra en ſus Cabezas.* Y ſi por ventura denotava el Cielo mas altas Dignidades en aquella Mitra, ò Tiara, ſeria para que con ſus lagrimas recabaſſe la fuga dellas, poniendo delante de los ojos aquellos dorados peligros, porque ſu Oracion mereciesſe reſolver en paveſas tantas luzes. Y ſegun eſſo, era mas prevencion, que Prophecia; repreſentandole, no lo que avia de ſer, ſino lo que no queria que fueſſe: y el Duque fatigava en vano ſu penſamiento, llorando como mal lo que era el remedio, para romper, ò eſcapar de tanto lazo. Aſsi lloramos frequentemente, quando debiamos eſtàr riſueños, equivocando los ſentimientos, y burlandoſe de noſotros las felicidades, y los ſuſtos, como las eſperanzas, y los miedos.

CAPITULO V.

DESPACHA EL DUQUE UN Expreſſo à San Ignacio, en que le dà noticia del Voto, que avia hecho, deſeando paſſar luego à ſer Hijo ſuyo, deſpues de aver viſto bañada de reſplandor en el Cielo el Alma de Fabro: Reſpueſta de Ignacio à Borja, à quien viſita el inſigne Padre Miguèl de Torres por orden de ſu Gran Patriarca; y Franciſco tiene aviſo del Cielo de que ſu Hueſped dichoſo era Predeſtinado.

§. I.

POco deſpues, que partiò Fabro à Roma deſde Gandia, haziendoſe al Mar en la Playa de Barcelona, aunque eſtava bien doliente ſu vida, obedeciendo la Vela mas à Ignacio, que al viento, arribò à Italia; mas apenas ſaludò aquella gran Cabeza del Orbe, quando inclinò la ſuya en las margenes del Tibre à primero de Agoſto de quinientos y quarenta y ſeis, con vivo dolor de Ignacio, de la Compañia, de Roma, y del Mundo. Eſtavan ſus Hermanos lloroſos, viendo en el ſuelo aquella Grande Columna, al Primogenito del Eſpiritu de ſu Patriarca, de cuyo ſocorro eficàz ſe valiò para convertir à Xavier, como explicò agudamente aquel Mote, que jugando de la voz, dize: *Solus non ſufficit ignis; Fabro opus eſt*: y al que adoravan qual ſegundo Patriarca: al que todos deſtinavan para Cabeza ſuya, ſi murieſſe antes Ignacio, no faltando Voto, ſino el ſuyo, que buſcava al Sol en S. Franciſco Xavier

vier, quien en el Voto, que diò eſcrito, le compara con San Ignacio, y en la India le invocaba en qualquiera peligro; y en la Letania, que entonces rezava, añadia; *Sancte Petre Fabre, ora pro nobis.* Llorava, pues, la Compañia, cubierto el corazon de luto, haſta que Ignacio enjugò ſus lagrimas con la noticia, que le avia anticipado el Cielo, y deſpues avia traìdo ſecreta el miſmo Fabro, de lo que el Duque de Gandìa avia reſuelto, ſiendo la ultima voz de eſte Ciſne Divino cantar ſu muerte con ſeñalar el ſucceſſor de ſu vida. Y aun aora renovò Dios à Ignacio ſu palabra, añadiendo, que Borja avia de ſubſtituir, y llenar con exceſſo la falta de Pedro Fabro, que al partirſe de el Duque en Gandìa, avia dexado en èl duplicado ſu eſpiritu con el abrazo, ſintiendo Borja, que reſpirava fuego Divino. Eſte nuevo favor comunicò Ignacio à ſus Hijos, viendolos deſconſolados, aſſegurandoles, que era mucho mas apreciable el remedio, que ſenſible el mal. Y hemos de confeſſar, que Fabro fuè un Apoſtol tan eſclarecido, y tan abraſado, que ſolo un San Franciſco de Borja llenara dignamente ſu Silla; y eſto baſte para elogio ſuyo, y para la inſcripcion mas eloquente de ſu marmol.

Luego que eſpirò Fabro en Roma, ſe ſupo en Gandìa, con tanta preſteza, que el ayre traìa caliente el poſtrer ſuſpiro, que al morir diò Fabro. Porque al tiempo de ſu muerte le viò el Santo Duque en una Nube de reſplandor por el viento, acompañado de muchos Corteſanos de el Empireo: Viò, que tenia eſpecial gloria, por aver perdido la vida obedeciendo en aquella jornada, y caminando derechamente por la ſenda penoſa, que le iba deſcubriendo la obediencia. Eſta Viſion glorioſa eſcriviò à San Ignacio el Padre Andrès de Oviedo, diziendo en la Carta aver tenido eſta Revelacion Perſona de iluſtre Santidad, que la avia comunicado con èl: y fuè el Santo Borja, como eſcrive el Padre Philipo Ghiſolfi en la Relacion de ſu Vida, con mas noticia, que conjetura. Y era conveniente, que vieſſe la gloria de aquel à quien ſucedia en la tierra, para que à viſta de tan ſolemne triumpho ſe animaſſe à imitarle en el eſpiritu, y en el zelo. Lo cierto es, que ſintiò el Duque con eſte aviſo, que el corazon ſe le ardìa dentro de el pecho, y una anſia de entrar luego en la Compañia à veſtir las Armas victorioſas, que dexava eſte Soldado difunto bermejeando el Azero; y ſe celebrò ſu muerte en Gandìa con demonſtraciones de triumpho, y de Gloria. Todo eſto refiere el Padre Pedro Domenek; y pide alguna reflexion aver diſpueſto la Providencia, que ſucedieſſe un Duque de Gandìa à un humilde Paſtorcillo, qual fuè en ſus niñezes Fabro, ocupandoſe en apacentar Ganados, el que deſpues apacentava con ſu Doctrina los Pueblos, y con luz ſus penſamientos. Aſsi igualan las Virtudes, Nacimientos, y Fortunas deſiguales, anhelando la mayor Grandeza por ſuceder en el Oficio à un Labrador de Saboya.

Deſeoſo, pues, Franciſco de obedecer al Cielo, que le deſtinava para ſucceſſor de Fabro, y le expreſſava ſu guſto eſcrito con caracteres de luz en el viento; embiò un Criado ſuyo à Roma con Pliego difuſo à San Ignacio, en que le dezia ſu Voto, ſus dependencias, ſu deſeo, y todo lo que conducia à que ſu milagroſa prudencia hizieſſe lugar al acierto, y ſeñalaſſe el tiempo mas oportuno à la execucion de eſte Voto, que avia de dàr por toda la Europa tanto eſtampido; pues derribando de una vez tan ſobervia maquina en ſu Grandeza, no podia dexar de hazerſe muy ruìdoſa. Reſpondiò Ignacio con el miſmo Expreſſo à la Carta, admitiendole con indecible conſuelo en la Compañia; en que ſe haze digno de reparo, que unas vezes le trata como à Señor (ſegun el eſtilo de aquel tiempo) otras como à Hijo, y Subdito, alternando la Pluma los afectos, y las vozes en la Carta: diſcrecion grande para tratar al que tenia dividida entonces el Alma, y la preſencia, pueſta una planta en la Compañia, y otra aun en la Grandeza. La Carta de Ignacio eſcrita con Pluma de oro, dezia aſsi:

ILLUSTRISSIMO SEñOR.

Conſoladomeha la Divina Bondad con la determinacion que ha pueſto en el Alma de V. S. infinitas gracias, le dèn ſus Angeles, y todas las Almas Santas, que en el Cielo le gozan; pues acà en la tierra no baſtamos à darſelas por tanta miſericordia, con que ha regalado à eſta ſu minima Compañia en trahernos à ella à V. S. De cuya entrada eſpero, que ſacarà à ſu Divina Providencia copioſo fruto, y bien eſpiritual para ſu Alma, y para otras innumerables, que de tal exemplo ſe aprovecharàn. Y los que yà eſtamos

en la Compañia nos animarèmos à comenzar de nuevo à ſervir al Divino Padre de la Familia, que tal Hermano nos dà, y tal Obrero ha cogido para la labranza de eſte ſu nuevo majuelo: del qual à mi (aunque en todo indigno) me ha dado algun cargo. Y aſſi en nombre del Señor, yo accepto, y recibo deſde aora à V. Señoria por nueſtro Hermano, y como à tal le tendrà ſiempre mi Alma aquel amor, que ſe debe à quien con tanta liberalidad ſe entrega en la Caſa de Dios, para en ella perfectamente ſervirle. Y viniendo à lo particular, que V. Señoria deſea ſaber de mi, de el quando, y como de ſu entrada. Digo, que aviendolo mucho por mi, y por otros encomendado à N. Señor, me parece, que para mejor cumplir con todas las obligaciones, ſe debe eſta mudanza hazer de eſpacio, y con mucha conſideracion, à mayor Gloria de Dios nueſtro Señor. Y aſſi ſe podràn ir allà diſponiendo las coſas de tal manera, que ſin que à ningunos Seglares ſe les dè parte de ſu determinacion, en breve tiempo os halleis deſembarazado, para lo que en el Señor tanto deſeais. Y para venir aun à declararme mas en particular, digo, que pues eſſas Señoras Doncellas tienen yà edad para ponerlas en ſus Caſas, V. S. las debria caſar muy honradamente, conforme à cuyas Hijas ſon. Y ſi ay buena ocaſion, el Marquès tambien ſe caſe. Y à los demàs Hijos, no ſolo les dexe el amparo, y ſombra de ſu Hermano mayor, al qual quedarà el Eſtado; pero demàs deſto les quede à ellos hazienda competente, con la qual puedan honeſtamente paſſar, à lo menos en una principal Univerſidad, proſiguiendo los Eſtudios, en que tienen echados tan buenos cimientos. Pues es de creer, que la Mageſtad del Emperador, ſiendo ellos los que deben, (y yo eſpero que ſeràn) les harà la Merced, que tienen merecida vueſtros ſervicios, y promete el amor, que ſiempre os ha tenido. Debeſe tambien poner diligencia en las Fabricas comenzadas: porque de eſſo queden en perfeccion todas vueſtras coſas quando N. Señor fueſſe ſervido, que ſe aya de publicar la mudanza de vueſtra Perſona. Entre tanto, que eſtas coſas ſe concluyen, pues V. S. tiene tan fundados principios de Letras, para ſobre ellas edificar la Sagrada Theologia, holgaria yo, y eſpero, que Dios de ello ſe ſervirà, que aprenda, y eſtudie muy de propoſito la Theologia; y ſi ſer puede, querria que en ella ſe graduaſſe de Doctor en eſſa ſu Univerſidad de Gandìa; y eſto con mucho ſecreto por aora (porque el Mundo no tiene orejas para oìr tal eſtampido.) haſta que el tiempo, y las ocaſiones nos dèn con el favor de Dios entera libertad. Y porque las demàs coſas, que ocurrieren, ſe podràn ir cada dia declarando, no dirè en eſta mas de que eſperarè à menudo Cartas de V. S. y yo eſcrivirè ordinariamente: y ſuplicarè à la Divina, y Soberana Bondad lleve con ſu favor, y gracia adelante las miſericordias comenzadas en el Alma de V. S. De Roma, &c. Quedò Borja enagenado en dulzura con eſta reſpueſta, andava con la Carta en la mano, como Moysès con la Tabla de la Ley, bañado en luz, y en gozo, porque eſtava eſcrita con el dedo de Dios, que aſsi llama la Igleſia à Ignacio: *Digitus Dei eſt hic.*

§. II.

Este miſmo año por el Otoño vino à Gandìa el Sabio Miguèl de Torres, Doctor en la Univerſidad de Alcalà, y Colegial Mayor de San Ildefonſo, 1546.
en cuya Toga reverberavan el honor, y la ſabiduria. Hallòſe en Roma el año de quarenta y dos, y S. Ignacio, à quien vino à vèr de ſecreto, le atravesò el corazon con mas ſaetas, que palabras, queria ofrecerle luego por Hijo ſuyo; mas Ignacio le ordenò, que ſe detuvieſſe mientras concluìa con felicidad las dependencias de ſu Colegio, à que avia venido. Y bolviendo aora a Eſpaña, le mandò, que paſſaſſe por Gandìa, y viſitaſſe en nombre ſuyo à Borja, al qual eſcrivio la vocacion de aquella Alma iluſtrada, y el Voto que avia hecho de conſagrarſe en la Compañia: deſeando, que mutuamente ſe encendieſſen, y ſe abraſaſſen eſtos dos corazones ardientes, refinandoſe en ſus deſeos, y en ſus Votos: ſagacidad la mas diſcreta, y la mas ſabia de tan ſublime Cabeza, que tendria Altar deſtinado en el Templo de la prudencia, ſi la huvieſſen conocido los Idolatras de aquella Dioſa. Llegò el Padre Torres à Gandìa, y en poco tiempo, que eſtuvo en aquel Palacio, sacò aſſombro para muchos años, porque el fervor, la humildad, la penitencia, y el zelo de el Duque Santo, le traìan ſuſpenſo, viendo, que excedia ſu Vida à lo que avia eſcuchado en ſu fama; eco, à quien eſta vez la diſtancia, ò la embidia mordìa mucha parte de gloria. Conſolaronſe mucho ambos eſpiritus, encontraronſe tan unos en ſus propoſitos, que ſe equivocaban los penſamientos. Leyò el Doctor Torres algunos Tratados de eſpiritu, que eſ-

eſcrivia el Duque para recuerdo ſuyo, y para zelo de ſu contemplacion, el que intitulava Colyrio Eſpiritual, y aquel profundo Libro de la confuſion de sì meſmo: Hizo ſacar en limpio aquellos borradores à peſar de Borja, y los diò à la Eſtampa; porque no podia dexar de ſer de ſuma edificacion vèr dictados de un Principe los mas altos documentos de la humildad, vèr el abatimiento en ſu Pluma, y en ſu Alma, y las mas delicadas flores del eſpiritu en el Jardin de la Grandeza. Y aſsi dize en el Prologo, con no menos humildad, que ingenio: *El Señor me dexe conocer la confuſion que debo ſacar ſolo en hablar de confuſion, y tratar de una coſa tan alta con una lengua tan vil. Mas por no caer en la confuſion de la inobediencia, harè lo que V. Reverencia me manda, gozandome deſde aora en lo que ſe dirà; porque ſi fuere bueno, ſerà mi confuſion; y ſino tambien.*

§. III.

Y Para unir con mayor proporcion los ſucceſſos de eſta Hiſtoria, en que las tranſiciones ſuelen dificultar el paſſo à la Pluma, avrèmos de referir aqui lo que ſucediò años deſpues, hallandoſe ambos en la Compañia, y ſiendo la veneracion de toda ella. Hallavaſe el Padre Torres combatido de una duda, que paſsò à tormenta, en que perdido el rumbo, y el ſoſsiego, naufragava el Alma toda, y era meneſter, que ſondaſſe la razon pielagos à la luz, para ſalir de tan confuſa obſcuridad. Porque empezò à fluctuar dudoſo de ſu predeſtinacion, mirava àzia el Norte, y no leìa ſino caracteres errantes, y una noche tenebroſa en cada Eſtrella: Mirava àzia las olas, y las arenas, y ponia la planta ſobre incertidumbres temeroſas; haſta los eſcollos le parecian movedizos. Sabìa, que Borja era conducido muchas vezes por la contemplacion al mas oculto retrete de la Divinidad: que ſe le fiavan inexcrutables ſecretos; que diziendo tres Miſſas à la Trinidad Inefable, ſe avian experimentado caſos portentoſos, corriendoſe al ultimo Sacrificio de Borja la cortina mas reſervada à los Myſterios. Acercòſe à la oreja de Franciſco, y le pidiò con muchas lagrimas, que le dixeſſe aquellas tres Miſſas, porque ſe hallava triſtemente congoxoſo, ſin otro conſuelo, que algun rayo de eſperanza, que ſe dexava percibir entre el ſuſto; pero no le deſcubriò la cauſa de ſu dolor, porque no le pareciò neceſſario para el remedio, y porque ſuele ſer diſcrecion en los infelizes apartar la memoria de ſus males, y ponerla ſolo en el alivio; pues un triſte comunmente haze ſu mal, con penſar en èl. Acabada la tercera Miſſa, ſaliò el P. Franciſco de la Igleſia, y viò en el Tranſito al P. Torres, que venia à encontrarſe con ſu dicha; y acercandoſe con ſecreto, le dixo: *Dè gracias à Dios Vueſſa Reverencia, porque es de el numero de los Predeſtinados para la Gloria; y yà dixe felizmente las tres Miſſas, y vì eſte ſecreto en ellas: no ay ſino veſtirſe de alegria: y dàr al agradecimiento toda el Alma.* Eſpantòſe al principio el Padre Torres de eſcuchar eſta noticia, que no avia deſcubierto à Perſona alguna, antes la recatava, por no pegar triſteza, y no enlutar la imaginacion de otro con la miſma duda, ò melancolìa. Conociò, que el que avia revelado à Borja ſu Felicidad, le avia deſcubierto el origen de ſu afliccion; noticia, que aſſegurava mas la certidumbre de la primera, que la anegò en gozo todo el eſpiritu, y ſintiò deſecha en aquel punto la eſpeſa Nube, que obſcurecia ſu Entendimiento, y aſſuſtava la luz con la mas negra ſombra de una ſoſpecha. Reſpetava deſde entonces Borja mucho mas al que mirava con caracter de Gloria en la Tierra; y el Padre Torres floreciò con tanto exemplo de Virtudes, que deſempeñò bien el credito de eſta Revelacion: Dezia, que nunca le avia ſervido ſino de vivir mas recatado, y mas cuydadoſo, ſiquiera por no ſer ingrato à favor tan Divino. Al morir baxò de lo alto una Nube de reſplandor, dentro de la qual ſubiò ſu dichoſa Alma à la Region prometida: Succeſſo, que deſcubriò la Santidad de aquel Eſpiritu dichoſo, y acreditò el de Franciſco, inclinandoſe un pedazo del Cielo à dàr eſte grande teſtimonio al Mundo.

El aprecio, que yà por eſte tiempo ſupo hazer Ignacio de la Santidad, y Prudencia de el Duque Don Franciſco, era mayor de lo que ſabrà dezir mi Pluma, y ſolo era igual la confianza: porque conſultava deſde aora las mas de ſus deliberaciones con ſus dictamenes prudentes, ſiendo continuos de una parte à otra los Pliegos. Socorria el Duque al Colegio de Zaragoza mientras ſe le ponia renta, y San Ignacio le embiò un Papel en blanco con ſu Firma, y Sello, para que eſcrivieſſe en èl los Oficios, ſeñalaſſe ſugetos, y lo demàs todo à ſu arbitrio;

confianza, que eſtimò el Duque como noble argumento de un amor fidelisſimo, y de un corazon generoſamente agradecido. Todas las empreſſas, y dificultades de la Compañia en Eſpaña, y aun en la Europa davan buelta à Gandìa à buſcar direccion en el juizio de Borja, amparo en ſu grandeza, y abrigo en la ſombra deſta grande Aguila, que eſtendia deſde ſu nido una ala por el viento. Aquel fervoroſo iluſtre Jeſuìta Villa Nueva, primer Rector del Colegio de Alcalà, fuè à piè muchas vezes à conſultar ſus dudas en Gandìa con la prudencia de Borja, la qual fuè mucho mas que admirable, y eſtavan los aciertos vinculados à ſu frente; ſitio alto, donde tenia ſu Templo eſte Oraculo.

CAPITULO VI.

ESTUDIA THEOLOGIA EL Santo Borja, aſſiſtiendo entre los otros Diſcipulos humildemente en la Aula publica: Graduaſe de Doctor en ella, y adquiere tanto nombre de Sabio, que fuè ſeñalado para Theologo del Concilio de Trento. Noticia, y Elogio de ſu primer Maeſtro, y de la Compañia toda en el Colegio de Gandìa.

§. I.

IBA el Duque obedeciendo los ordenes de Ignacio con tanto deſvelo, que ſoñava ſolo en eſte cuydado: haſta los apices de ſu Carta le parecian caracteres de oro, y en cada uno adorava un precepto. Aplicòſe deſde luego al eſtudio como mandava Ignacio.: y aunque en ſus primeros años avia eſtudiado diligentemente la Philoſophia, bolviò à deſpertar las eſpecies, que avia depoſitado fielmente en ſu memoria; y eſtavan vivas à peſar del tiempo, que ſuele hazer con los caracteres de la Sabiduria lo que las olas con lo que eſcriven los Niños en la arena. Para eſto dexò el Govierno de Palacio al Marquès ſu Hijo, exercitando deſta ſuerte ſu talento, y eſtando à la viſta para encaminar ſus años juveniles à los aciertos de la prudencia, y porque la experiencia con imperceptible buril fueſſe labrando aquella hermoſa razon. Retiròſe à un Quarto, que para eſte fin edificò junto al Colegio, dexando ſu Real nido, y llevando conſigo pocos Criados, y dos de ſus Hijos, que vivian en dos Apoſentillos del Colegio, no de otra ſuerte, que ſi fueſſen dos Novicios fervoroſos. Paſsó con brevedad la Philoſophia con el Padre Manuel de Sà; y como eſtava Dueño de ella, ſolo neceſsitò de algunos dias de reflexion con aquel Ingenio de ſublime claridad, para unir aquella delgada tela, que el Grande Boëcio viò raſgada, y el Duque ſolo interrumpida: Tambien paſſava con el Duque el Padre Franciſco Onufrio, Francès de Nacion, primer Maeſtro de Artes en aquella Univerſidad. Paſsò luego à oìr Theologia Sagrada, aſsiſtiendo entre los Hermanos Eſtudiantes de la Compañia, y otra Juventud foraſtera à las Lecciones publicas, repitiendolas con los demàs Condiſcipulos, reſpondiendo à las preguntas de ſus Maeſtros, ſuſtentando Concluſiones, y haziendo ſus Actos publicos, como uno de los mas rendidos Diſcipulos. Exemplo ſiempre fecundo de admiracion para los ſiglos, vèr à Borja, Duque de Gandìa, en treinta y ſiete años de edad, deſpues de Virrey de Cathaluña, deſpues de aver manejado los intereſſes Politicos de la Monarchia, deſpues de el valimiento con todos los cuydados, y con todo el corazon de un Carlos Quinto, verle, digo, en la turba de las Eſcuelas, entre las flores de los pocos años eſcrivir lo que dictavan ſus Maeſtros, con aquella Pluma, que conſagrò deſpues la miſma admiracion al Templo de la Fama. Y ſi el vèr à Chriſto en años tiernos ſentado entre los Sabios, y teniendo por Oyentes à los Doctores, causò digno aſſombro al Pueblo, *Stupebant autem omnes qui eum audiebant*; aqui el paſmo conſiſtia en vèr al Duque Don Franciſco oyente, y Diſcipulo de tanto Sabio: En Jeruſalèm ſe admirò vèr à un Niño conſtituìdo Maeſtro; y en Gandìa ſe admirava vèr al Duque eſclarecido en la madura edad hecho Diſcipulo. Eſtupendo prodigio de la Gracia, en que pudo aprender à mudar Scenas la fortuna! Theatro expectable à la Tierra, y à los Cielos, introduciendoſe en el Papel à ſer ſylabas los Aſtros! Y pluma digna, no tanto de que ſe eſcriviеſſe con ella, quanto de ſer eſcrita con otra pluma de bronze!

Señalaronſe tres Maeſtros de Theologia, que fueron los tres primeros Arroyos de luz animoſa, el Padre Franciſco Onufrio, que el Curſo antecedente avia dictado la Philoſophia, y le ſucediò Manuel Sà en la Cathedra: y el Padre Maeſtro Juan Gutano, Hombre Docto: Pero el

que ſe debiò llamar alma de todos, el de mas fama, el de mas profunda Sabiduria, y el que ocupò la Cathedra de Prima, fuè el inſigne Maeſtro Fray Geronymo Perez, Veterano, yà en las Campañas de Minerva, de la ſiempre Real Familia, tan Victorioſa, como Militar Religion de Nueſtra Señora de la Merced, Cathedratico de Prima Jubilado en la Univerſidad de Valencia, Comendador de aquel Convento, y Vicario General de todo ſu Eſquadròn glorioſo; era Vaſſallo del Santo Borja, nacido en la miſma Ciudad de Gandìa, que iluſtrò con ſu Pluma, y con ſu Vida. Avia eſcrito yà toda la Theologia con feliz pluma, que cortò en las alas de una Aguila, y aun dado à la Eſtampa iluſtres Comentarios ſobre las partes de Santo Thomàs, añadiendo mucha luz al miſmo Sol; como tambien al Maeſtro de las Sentencias, apurando à la Theologia ſus mejores Maximas, deſpues de averle bebido al Principe de los Philoſophos los dictamenes mas puros, y dado felizmente à la Eſtampa varias Queſtiones de la Philoſophia. Y no podrà ſer mal eſcuchada la quexa, que expreſſa reverente mi Pluma, de que Religion tan exacta dexaſſe ſepultados en el olvido los buelos de aquel Sabio diſcurſo, que oy pudieran ſervir de Texto; pues bien merece llamarſe Sepulchro de la Sabiduria, aquella antigua Impreſsion toſca, en que es un borron mal articulado cada letra, y puede ſervir de Epitaphio al miſmo Libro. Fuè eſte grande Ingenio tan laborioſo, que aviendo yà leìdo, paſſados de veinte años, en la Univerſidad de Valencia, deſde las Cathedras de Philoſophia haſta la de Prima; perſeverava leyendo deſpues de Jubilado, teniendo por ocio al eſtudio, y no ſabiendo arrimar la Pluma mientras duraſſe la Vida.

Conſagrò ſus dos primeros Tomos à San Franciſco de Borja, honrando ſu exemplo con ſu Pluma, y laſtimando ſu humildad con ſu alabanza en la Epiſtola Dedicatoria. Fuè la Impreſsion Año de quinientos y quarenta y ocho, en que mereciò raro aplauſo en Eſpaña eſte Gran Maeſtro: Hizo ſu nombre famoſo en la Europa, y fuè llamado Oraculo del Reyno de Valencia, el que aviendo eſtudiado Theologia en el Colegio de la Vera-Cruz de Salamanca, antiguo terreno de Hombres Sabios, nido fertil de Plumas, y de Ingenios; mereciò aver paſſado à las margenes de el Turia todas las precioſidades, que el Tormes eſcucha en ſu Ribera. Era Hombre de mucho eſpiritu, y à quien el Duque avia tratado, conſultandole algunas dudas del ſuyo: Pidiòle aora que vinieſſe à iluſtrar aquella Univerſidad, para que ella pudieſſe gloriarſe de aver recibido de un Planeta ſu primera luz, y de aver empezado por el Zenit: que bolvieſſe à dictar lo que avia eſcrito, pues repitiendo ſiempre unas miſmas luzes un Aſtro, alumbra al Mundo: que ſabìa la deſazon que acabava de tener en Valencia, porque ſu razon perſiſtia en ſer Antorcha deſde la Cathedra, no dexando libre el paſſo à la ambicion, y à la impaciencia: y que à vezes era diſcrecion ceder à la embidia, no pudiendo llamarſe cobardia la fuga, que haze ſoſſegadamente la prudencia. Que aunque la Compañia ſe honrava yà con tantos Varones Sabios, y que avian ocupado antes las primeras Cathedras en las Univerſidades mas iluſtres de la Europa; pero que cada uno de ellos tenia no menos Theatro, que todo el Mundo; y no queria apriſionar à una Cathedra en Gandìa un eſpiritu deſtinado por ſu Inſtituto à las Empreſſas de la mayor gloria; por mas que el miſmo año en Valencia ſe avia decretado, que ſe dieſſe el grado, y el magiſterio en aquella Univerſidad à la Compañia, ſin que pagaſſen propina, ni tuvieſſen gaſto alguno: ſingularidad, que añadia honor al agrado. Señalò conſiderable renta à ſu Cathedra; y aquel ingenio culto, que venerava al Duque como à Santo, y abrazava à la Compañia con indecible afecto, rayò en Gandìa, derramando eſplendor deſde la Cathedra. No ſabemos, ſi quiſo apoſentarſe en Palacio, ò ſi eligiò antes honrar nueſtro Colegio, viviendo en èl como Jeſuìta en todo, ſino en el color del veſtido; lo que nunca podrà negar la Compañia, antes lo confieſſa agradecida, y uſana, es, aver bebido el candor à la Sabiduria en eſta vena pura, y caudaloſa; y que ſiendo èſta de Gandìa la primera Univerſidad ſuya que tuvieron los Jeſuìtas en la Europa, debieron la primera leche de Doctrina en ella à eſta igualmente Sabia, que Militar Familia, cuyos pechos ſon fecundos de Gloria, y Sabiduria, pues fueron Diſcipulos deſte Gran Maeſtro muchos Jeſuìtas de los mas doctos de aquel ſiglo, cuyas Obras enriquecen oy la Theologia Moral, y Eſcolaſtica, y ſon Faròl al rumbo de la Sagrada Eſcritura.

El primero debe ſer contado S. Franciſco de Borja, yà entonces Profeſſo en la Compañia. El ſegundo, el Padre Andrès de Oviedo, Rector, y Eſtudiante

Theologo à un tiempo, deſpues Obiſpo, y Patriarcha de Etiopia, cuyo ſemblante atezado dexò hermoſo, y nevò en todas las Playas de los Abyſmos. El tercero, el Padre Manuel Sà, Portuguès de rara viveza de ingenio, como reconoce oy el Orbe literario, la abundancia fertil de Doctrina, y de diſcurſo, la conciſsion de vozes en eſtilo elegante, y claro, tan ſucinto, y tan puro como ſu Apellido; cada ſentencia, y aun cada palabra un diamante con muchos brillos, y mucho fondo en poco cuerpo, merecieron, que le comparaſſe la eloquencia à la immenſidad profunda de el Rio Marañòn en aquel ſitio, donde eſtrecha toda la preſumpcion, y mageſtad de caſi ochenta leguas de boca à tan breve arrebatado diſtrito, que caſi ſe puede abanzar de un ſalto, hallandoſe en èl la profundidad ſin latitud. Eſta preciſion, y claridad guarda aſsi en la expoſicion de los quatro Evangelios, que dedica al Santo Borja; como en aquella Suma, donde eſtà abreviada practicamente la Sabiduria. Era de ſolos diez y ſiete años, y leìa el Curſo Philoſophico, y juntamente eſtudiava la Theologia, apurando los mas ſutiles conceptos, y mas elevados diſcurſos de ſu heroyco anciano Maeſtro, que celebrava yà con admiraciones, yà con elogios la preſteza de aquel Ingenio Divino, que ſe entrava por los ſenos eſcondidos de la Theologia, como aquel Heroe Colòn por los del Mar. Suſtentò un Acto de Theologia, que le preſidiò ſu Eſclarecido Maeſtro Perez, y fuè el primero con que reſonò aquel Theatro, mereciendo la memoria con que le celebra la Hiſtoria de la Compañia, por el que le ſuſtentava, cuyo lucimiento, expedicion, y viveza no ſe comparan bien ſin buſcar la Pluma, y la viſta de la Ave del Sol; y por el que le preſidìa, que era toda la luz deſte Pollo Real.

El quarto, fuè el Padre Antonio Cordeſes, à cuyo eſplendor, y ſabiduria ſe deſvaneciò de la Europa aquella Fabula de ſantidad engañoſamente repreſentada por una Religioſa Portugueſa; graduòſe de Doctor en Theologia en aquella Univerſidad, donde leyò la Cathedra de Prima; fuè Provincial de Toledo, y de Aragon, y acabò Martyr de la Caridad. El Padre Alberto Cabalino, Italiano; el Padre Pedro Canàl, Francès, cuyas cenizas aun oy reſpiran opinion fragrante de Santidad. El Padre Ceſar; el Padre Balthaſar Diaz, Apoſtol de la India, que ſucediò à Xavier en eſta honroſa fatiga, y conquiſtò Mundos à la Igleſia con aquella feliz Doctrina, que avia eſcuchado en la lengua del Maeſtro de tanto Apoſtol encendido, y otros haſta el numero de doze, que iluſtraron deſpues varias Provincias con las Maximas Sagradas, que en Gandìa avia eſcuchado ſu pluma del Oraculo de la Theologia. Y no callarè lo que refiere Orlandino en la Hiſtoria de la Compañia, que el dia de la Encarnacion, año de quinientos y quarenta y nueve, haziendo la Profeſsion ſolemne de quatro Votos los Padres Andrès de Oviedo, y Diego Miròn en manos de ſu Provincial Antonio de Araòz, preſente el Duque, ſu Familia, y toda la Nobleza, para authorizar aquella Funcion Sagrada, predicò el Doctiſsimo Fr. Geronymo Perez con tan ſubidos Elogios del Inſtituto de la Compañia, de ſu armonioſa Fabrica, de el fervor Apoſtolico de ſus Operarios, de la variedad de ſus miniſterios, de la nueva Arquitectura de eſte Alcazar de la mayor gloria, en que dezia averſe eſmerado en eſtos ultimos ſiglos la Providencia; que dexò à ſus Oyentes admirados, à los Jeſuitas confuſos, y al Duque tan gozoſo, que dilatado el corazon, diò muchas lagrimas al conſuelo. Fueron el Predicador, el Duque, la Nobleza à comer en el Refectorio de la Compañia, cuyos exemplos, y fatigas iluſtrava aquel feliz Maeſtro con ſus huellas, porque ocupava muchos dias en explicar la Doctrina à los Moriſcos, bañando en reſplandor ſus entendimientos, y borrando en luz las ſombras de el Alcoràn; y ſolia dezir al Duque, y à los Jeſuitas, què apreciava mas aquel Santo miniſterio, y aquel breve humilde Apoſtolado ſuyo, què quanta ciencia avia aprendido con fatiga en Salamanca, y derramado prodigamente en ſu Patria Valencia; y ſea eſte el mas alto Elogio, que puede formar de aquel Heroe Sabio agradecida, y eloquente la Compañia. Cuya Eſcuela compara un Doctor grande al Rio, que ſirve à Egypto de fertil lluvia, y entra oy en el Mar de la Sabiduria por tantas bocas, y Plumas diſtintas, que enſordecen las Riberas; pero no quiere que ſe ignore eſta Fuente criſtalina, donde tuvo tanta parte de Cuna; antes hazen alto aqui ſus olas, y retorcido el criſtal con undoſa reflexion, buelve todo el cuerpo, agradecido àzia eſta Cabeza, y Fuente hermoſa, para ſaludarla.

***)(※)(***

§. II.

§. II.

OCupavaſe el Duque con tanto deſvelo en el eſtudio, como el Labrador en el cultivo de el Campo, arando el entendimiento con el diſcurſo, y tomando el conſejo del Eſpiritu Santo, para que nacieſſe la Sabiduria en tan fertil terreno, *Tamquam qui arat, & ſeminat, accede ad eam.* Tenia ſus Concluſiones publicas, y reſumia con rara expedicion, ſatisfaciendo llenamente à las dudas, y explicandoſe el ingenio con buelo remontado, y ſeguro. Eligiò el Padre Oviedo al Santo Borja para paſſar las Lecciones, y conferir las dudas, porque hallava, que la vivacidad de ſu entendimiento dava una expreſsion de luz en cada Diſcurſo. Sudava el Duque algunas horas de la mañana con el calor del ingenio, y de la fatiga, aſsiſtiendo à las nueve à la Leccion de Theologia, deſde donde paſſava à repetirla; y lo miſmo à las tres de la tarde, ſin que en eſta aſsiſtencia huvieſſe falta; y antes faltaria à las dependencias de Palacio, que à las de ſu Eſtudio. Y para que la voluntad eſtudiaſſe al miſmo tiempo que la razon, inventó un nuevo modo, con que hizo Oracion de el eſtudio; y de la Theologia que ſe batalla en las Eſcuelas, ſupo hazer el mas delicado cebo, de que ſe alimentan las Almas. Porque reduxo todas las Sentencias, que hallò defendidas en todos los Articulos milagroſos de aquel Angel Supremo, que ilumina à los Doctos en las Ciencias à unas ſabias, y devotas Letanias, que andan impreſſas entre ſus Obras, citando à la margen de cada invocacion el Articulo de Santo Thomàs, y añadiendo unas Preces, bañadas en piedad, y ſabiduria en la miſma forma, y acaba con una Oracion la mas tierna cada una deſtas Letanias; dignas por cierto de ſer admiradas igualmente, que leìdas, donde ſe equivoca la Sabiduria con el amor, y ſaca el eſpiritu jugo devoto de los conceptos Eſcolaſticos, Campaña eſteril de penſamientos afectuoſos, y ſolo fecunda de ſublimes arrebatados Diſcurſos. Con eſte Metodo armonioſo repreſentava las Excelencias, y Alabanzas Divinas al entendimiento, para que ſe calentaſſe à ſu viſta el pecho; y compuſo ſemejante Tratado de la Sabiduria, Gracias, y Perfecciones de el Alma de Chriſto, eſtudiando guſtoſamente la razon en las Glorias de tan adorable Objeto. El hizo que ſu entendimiento, con la mucha luz, puſieſſe fuego à la Voluntad, ſin que quedaſſe en el diſcurſo el menor rayo, que no prendieſſe en la potencia vezina: Dezia, que deſpues de aver amontonado el entendimiento las eſpecies de las Ciencias como en un acecillo, las debia poner fuego; al modo de Elias, que aviendo juntado lo que era meneſter para el Sacrificio, hizo bajar fuego de el Cielo para abraſarlo. Porque es grande laſtima vèr tanta luz ſin calor en el Mundo, y à todo un Sol elado en el Cielo, ſiendo à vezes la Sabiduria un Faròl, que deſde el entendimiento alumbra à todos, obſcureciendo, y aun cegando al que le lleva, pudiendo dilatarſe ſu actividad por todos los ſenos del Alma, à enriquecer ſus Minas, y à influìr oro en ſus Venas.

Trabajó el Duque por eſte tiempo unas Concluſiones llenas de un nuevo, y mas delicado eſpiritu, deſconocidas, y admiradas en el Theatro de las Letras, las quales ſuſtentó delante de la Comunidad, acabando de comer, ſiendo el objeto de la diſputa ſu miſma confuſion, y la nada ingenioſamente reducida à forma ſilogiſtica, y à controverſia de Eſcuela. En ellas defendia ſabiamente, que era el mas ignorante, deſeando evitar en la ſobervia el vulgar precipicio de la Sabiduria. Los Theoremas, que èl llamava Poſiciones, dezian aſsi:

POSITIONES CONFUSIONIS.

E*X nihilo factus ſum. Ad nihilum redactus ſum. Quid ſim ignoro. Si aliquid ſcio, hoc tantum ſcio, Infernum domum meam eſſe. Problema. Ex me ipſo facio nihil. Defenduntur craſtina die à prandio.* Embiò eſtas Concluſiones à ſu Condiſcipulo, y tambien Maeſtro el P. Sà, con un Papel, en que dezia: *Chariſſimo Hermano, mire eſtas Concluſiones, y en ellas añada, ò quite lo que mejor juzgare. Y ſi le parecieren bien, mueſtreſelas al Padre Rector, y deſpues à mi Chariſſimo Ceſar. Ojala que à èl, y à noſotros nos conceda el Señor tal grado deſta Virtud, que podamos dezir alguna vez con el Propheta: Pro nihilo ſalvi facti ſumus.* Deſta ſuerte parece que eſtudiava ſolo en ſaber, que ignorava mucho; con que mientras aprendia, ſe iba perſuadiendo à que ignorava mas. Y quando aſſegura el Apoſtol, que la Ciencia abulta la phantaſia, pues aun ſiendo luz pequeña, ſabe formar Gigante el cuerpo con la ſombra: El Duque, quanto iba creciendo en Sabiduria, iba quitando den-

dentro de ſu imaginacion un codo à ſu eſtatura, mal ſatisfecho ſiempre de ſu razon, de ſu Virtud, y aun de ſu Alma; ſabiendo, que la deſconfianza es aquella Joya ſobre que pleytean en tantos ſiglos la humildad, y la diſcrecion.

§. III.

COncluìdo felizmente el tiempo de ſus Eſtudios, en que poblò el Entendimiento de noticias, de Verdades, y de Tropheos, ſe graduò ſecretamente de Maeſtro en Philoſophia, y luego de Doctor en Theologia Sagrada antes de partir à Roma, ſegun Ignacio le ordenava, precediendo todas aquellas funciones literarias, que piden los Eſtatutos de aquella Univerſidad, y ſugetandoſe el Duque à ſu miſma Ley. Fuè examinado con el miſmo rigor, que lo debia ſer qualquiera otro: No oſſavan los Examinadores valerſe del reſpeto, porque conocian el zelo con que deſeava ſe guardaſſe rigoroſamente el Eſtatuto, que con tanta madurèz avia formado; y temian mucho mas el favorecerle, que el reprobarle, mirando como Fiſcal de ſu blandura, y de ſu alhago al miſmo Reo. Pero hizo todos los Actos de Letras con tanto lucimiento, con tanta ſolidèz en el diſcurſo, y tantas reflexiones en el ingenio, que el famoſo Theologo Mercenario, Maeſtro, y Examinador ſuyo, ſaliò admirado, no pudiendo dudar, que otro inviſible Maeſtro avia infundido muchedumbre de eſpecies en ſu memoria, y tan expedita propriedad en ſu lengua, como ſi toda la vida ſe huvieſſe exercitado en eſta Campaña. Diòle el grado el Padre Andrès de Oviedo, Rector de la Univerſidad, en la Librerìa del Colegio, para que ſe ocultaſſe tanto eſplendor por entonces al Vulgo, año de 1550. Pero aſsiſtieron ſus Hijos, y los Jeſuitas, encargando à todos el ſecreto: Compuſieron la Pieza para el grado ſu Hijo Don Juan de Borja, el P. Manuel Sà, y Antonio Cordeſes; viſtiendoſe tambien el Cielo de alegria al mirar eſte Expectaculo en la Tierra, cediendo ſu Dosèl la Grandeza à la Sabiduria.

Mas porque no ſe juzguen hyperboles de pluma apaſsionada, ò colores ſalpicados de eloquencia lo que ſe dize de ſu Sabiduria, leanſe ſus Obras, que ſon muchas, y varias, en que ſe hallaràn eſparcidas las Flores de la erudicion; y las luzes de las Ciencias, que hermoſean un entendimiento, y le mudan parte en Jardin oloroſo, y parte en Cielo. Fuè tan celebrada la ſolidèz profunda de ſu Doctrina, que deſpues de algunos años fuè nombrado Theologo de el Santo Concilio de Trento, ſegun eſcriven Philipo Ghiſolfi, y el P. Dionyſio; ſi bien los graves negocios, en que ocuparon ſus talentos los Pontifices, y los Reyes Catholicos, impidieron eſta hazaña iluſtre de ſu Sabiduria, aunque no la gloria de aver ſido deſtinado à eſta Empreſſa. Fuè el primer Maeſtro de Theologia en Valladolid, y en el Colegio de Alcalà, donde diò principio à todo un Rio de luz, que fuè creciendo deſpues en immenſo caudal. Ni eſtudiò ſolo la Theologia Eſcolaſtica, ſino que con el miſmo conato ſe ocupò en la Sagrada Eſcritura, leyendo los mas claros Interpretes de ella, y eſtudiando por modo de Oracion tanta Verdad Prophetica, haſta deſcubrir con la razon ſu mas oculta vena. De que dà bien elegante, y bien claro Teſtimonio la Expoſicion, que hizo de los Threnos del Diſcretiſsimo Paſtor, y Muſico Propheta Jeremìas, mezclando muchas lagrimas con la tinta, y eſcriviendo con un rayo del Sol en vez de Pluma. Eſtudiò tambien la Theologia Myſtica, leyendo claridad en las Obras de el Divino Areopagita, que entendia altamente. Solia dezir, que para muchos Sabios eran Climas Peregrinos aquellos, que ſin eſpiritu muy elevado no ſe puede entender, ni conſtruir la docta obſcuridad de aquel Cielo, porque ſu luz de muy alta parecia obſcura; al modo, que à la Fè Sagrada le ſirve de Cortina una elegante ſombra, y la Divinidad ſe repreſenta à nueſtra flaca viſta con alguna noche, aunque luminoſa, que ſirve de reverente Pavellòn al Throno de la Mageſtad, *Lucem habitat inacceſſibilem.*

§. IV.

ERan tan ſangrientos los rigores del Cuerpo, que juntava el Duque con las tarèas del eſtudio, que arruynavan laſtimoſamente aquel Edificio, como ſi no baſtaſſe el diſcurſo, inviſible continuada gotera de una racional Fabrica. Azotavaſe cruelmente todos los dias lleno de ſaña delante de una Imagen de Chriſto à la Columna, regando copioſamente el pavimiento del Oratorio, y de ſu Apoſento, ſegun depone el Duque de Lerma, ſu claro Nieto; añadiendo, que apenas ſaliò de Gandìa para Roma, quando paſſaron muchos Iluſtres Perſonajes à

à reconocer aquellos ſitios inundados en ſangre, y en deſengaño, que nadava ſobre aquel Mar Bermejo, y deſpues de tantos años, la eſclarecida Reyna Doña Maria Ana de Auſtria (cuyo mudo ſufrimiento en la vida diò en ſu muerte lenguas à ſu fama, y Milagros à ſu Hiſtoria) deſeando reverenciar la Sangre del Borja Santo, mandò ſacar aquella precioſa mancha, que hermoſeava las paredes de el Oratorio de Gandìa, y oy ſolo bermejea en ellas alguna memoria bien colorida, de que fueron ſalpicadas en penitencia. Tenia tan debil eſtomago con el exceſſo de la penitencia, que ſe iba introduciendo apreſuradamente la muerte en la Oficina de la vida. Llegò à noticia de S. Ignacio eſte penitente exceſſo, que quien leyere la depoſicion jurada del Duque de Lerma, llamarà aſſombro; y luego, que hizo el Santo la Profeſsion en la Compañia, como ſe dirà luego, le mandò, que mitigaſſe la fuerza al rigor cruel, porque no le embarazaſſe el eſtudio, y cortaſſe los progreſſos, y las alas à mas altas empreſſas: moderò ſus ayunos, las aſperezas, y continuacion de ſus cilicios; y le dà en eſta parte admirables documentos, que ſe pueden vèr en la Hiſtoria de la Compañia, governando aora como à Hijo, y Subdito al que no ſe avia atrevido à manejar ſiendo Duque, y eſtraño. Dizele, que yà ſe debia todo à la utilidad de los Proximos, en cuyos empleos ſe hecha menos una ſalud, yà que no robuſta, bien templada. Que la ſangre que con la diſciplina daba al ſuelo, ſe gaſtaria mejor exalada en eſpiritus con la fatiga de los miniſterios; y mas en un Sugeto, que por la Divina piedad hallava obediente, ò con menos reſiſtencia el cuerpo al eſpiritu, y tenia bien oprimido con freno de razon aquel tyrano. Mandòle, que no tomaſſe diſciplinas de ſangre frequentemente: que derramaſſe en ſu lugar muchas lagrimas, ſangre mas noble que vierte el Alma con mas dolor, y con menos fatiga. Que para llorar bien, encontraria baſtantes cauſas en ſus culpas, en las agenas, en la Muerte de Chriſto, y en la compaſsion de tantas deſdichas, ſiendo fecunda la Naturaleza de motivos para el llanto, pues àzia todas partes, que la razon ſe buelva, tropieza una laſtima; y es el mas noble, el mas hermoſo, y el mas valiente exercicio de los ojos; que los Eſtoycos ſin razon acuſaron de cobardes, quando han conſeguido de Dios tantas Victorias con perder pocas lagrimas, y tal vez la mayor animoſidad de un corazon es tener aliento para moſtrarſe flaco.

CAPITULO VII.

VA EL DUQUE TERCERA VEZ à las Cortes de Monzòn, obligado de el Principe Don Phelipe. Haze ſecretamente Profeſſion ſolemne en la Compañia, manteniendoſe Duque en la apariencia, aviendo obtenido facultad de Paulo Tercero, huyendo deſte modo el honor de vivir en Palacio Mayordomo Mayor de Phelipe Segundo.

§. I.

EStava el Ceſar divertido cortando laureles en Alemania, y ſus Aguilas batian una Victoria en cada Pluma; pero tenia los ojos en la Monarchia Eſpañola, y deſde las Riberas del Albis armado reconocia las del Tajo, y las del Duero. Pareciòle, que era preciſo juntar otras Cortes en Monzòn el año de quinientos quarenta y ſiete: y diò orden ſecreto al Principe ſu Hijo, que hizieſſe venir à ellas al Duque de Gandìa, y que ſe governaſſe en todo por ſu dictamen, y por ſu zelo; añadiendo la eleccion que en èl hazia de tratador principal en aquellas Cortes: titulo, à que correſponde el lugar primero en la authoridad, y en el influxo. Avisò el Principe al Duque, que eſcriviò à ſu Alteza, alegando todas las razones, que hazian inexcuſable ſu aſsiſtencia en Gandìa: inſtò nuevamente Phelipe Segundo, y bolviò à ſuplicar el Duque con mas fervoroſo ruego; pero hallò reſuelto el animo Real, y ſupo que era orden ſecreto del Emperador, y aſsi cediò à la fuerza con vivo dolor de ſu Alma, porque interrumpia los Eſtudios, exponia à rieſgo ſus deſignios, y ſe engolfava en negocios Politicos. Llevò conſigo al Padre Araòz, que fuè ſu unico alivio en eſta jornada tan ſentida. Aſsiſtiò al Principe en Monzòn con aquella prudencia, y fidelidad de animo, que ſe avian yà connaturalizado en ſu genio, y avian crecido con èl deſde ſus primeros años en Palacio. Eſtava Don Phelipe aſſombrado de la Santidad, que reſplandecia à peſar de la diſsimulacion en el Duque D. Franciſco, de cuyos talentos, y deſtreza en los negocios publicos, quedò tan bien ſervido, y ſatisfecho, que bolvieron à renovarſe, y à encenderſe los deſeos de tenerle à ſu lado. Deſcriviò al Ceſar para que obligaſſe al Duque à ſervir el Oficio de Mayordomo Mayor, ò el de Cavallerizo, ambicioſo de tener junto à sì un Hombre, cuyas prendas baſtavan à honrar

Año de 1547.

un

un Palacio, acreditando en eſta eleccion ſu gran juizio aquel Monarcha, que lo ſupo ſer de la prudencia tanto como de la Nacion Eſpañola. Siglo feliz, en que eran mas pretendidos los Vaſſallos, y los meritos, que lo ſon oy los Pueſtos! Y ſe andavan los Laurèles en buſca de las Eſpadas, de las Plumas, y de las Cabezas!

Hallòſe el P. Araòz fatigado de ſus achaques, Enemigos, ò Verdugos crueles de los Varones grandes: Aſsiſtiale el Duque en todo con indecible cariño: llevòle deſde Monzòn à Barcelona, para que convalecieſſe de ſus males en aquel clima, que avia experimentado benigno à ſu ſalud fatigada. Fuè recibido el Duque con aplauſo equivocado en triumpho, eſtando tan freſcas las memorias de la dulzura, juſticia, y prudencia de ſu govierno. Supo, que avian quedado en Cathaluña algunos Monaſterios, donde las Religioſas vivian con mucho olvido, de que eran Eſpoſas de un Dios zeloſo, y de que ſus theatros deben ſer los Alcazares del honor, y los Jardines de la honeſtidad, aplicò toda ſu ſolicitud à reformarlos: y deſpues de varias platicas, y exortaciones vivas, deſpues de aver diſpueſto, que hizieſſen los Exercicios de S. Ignacio, eſcogiendo para eſto los Jeſuitas de mas eſpiritu, y mas zelo; eſcriviò al Pontifice Paulo Tercero, y tambien à ſu Padre Ignacio, buſcando en eſtas dos Fuentes el mas eficàz remedio. Y no deſiſtiò de eſta empreſſa ardua haſta que la viò dichoſamente fenecida con increìble gozo, y exemplo del Principado de Cathaluña. Arrancò de aquellos Urgeles todas las malezas, hermoſeando à compàs las murtas, y añadiendo otras mas firmes murallas, para que floreciеſſe eſſento de peligro el recato; flor, que la marchita qualquier ambiente foraſtero.

Llegaron à ſu noticia las diligencias, que el Principe executava, para que ſirvieſſe en ſu Real Palacio, honrando ſu Dosèl con un exemplo, de que avia dado al Duque baſtante luz para el rezelo en Monzòn. A eſte aviſo temeroſo ſe juntava el ſaber, que eſte avia ſido dictamen del Ceſar, porfiando la fortuna en atormentar con alhagos al Santo Borja. Eſte miedo, que ſolo pudo alterar la tranquilidad de ſu animo, excitava nuevas anſias en ſu pecho de crucificarſe quanto antes con Chriſto; eran tan vivos eſtos deſeos, que hazia examen particular cada dia, reconociendo con todo el cuydado de el Alma, ſi huvieſſe tenido alguna omiſsion en diſponer con la preſteza mas exacta todas las dependencias, que San Ignacio le mandava fenezer en ſus Cartas; y le ſuſpendian aquel deſeado oculto bien de la Religion, Remoras de ſu felicidad, que hizieron à Borja aquellos dias Martyr de la eſperanza. Recurriò al Padre Araòz, y ambos à San Ignacio, repreſentandole con lagrimas, y con dolores el mal, que amenazava tan vezino, inſinuando juntamente el remedio, que conſiſtia ſolo en hazer deſde luego Profeſsion en la Compañia, porque ligado à eſta firmeza pudieſſe contraſtar los embates de tanta ola: Recurriò tambien à ſu grande aſylo el Papa Paulo Tercero, ſuplicando à ſu Santidad quiſieſſe darle ſu licencia, y ſu bendicion, para que en trage de Duque, y en apariencia de Mundo pudieſſe ſer Religioſo, mientras dava eſtado à ſus Hijos, y expediente à ſus cuydados domeſticos. Viò Ignacio los ſuſpiros del Duque expreſſados, y aun vivos en el Papel; retiròſe à la Oracion, de la qual ſaliò reſuelto ir à beſar el piè à ſu Beatitud, que conſolado con aquel nuevo iluſtre exemplo, que Borja meditava para aſſombro del Mundo, expidiò un Breve ſecreto, en que dava licencia al Duque Don Franciſco de Borja, para que hizieſſe ſolemne Profeſsion en la Compañia, quedandoſe por eſpacio de quatro años con la adminiſtracion de ſu Eſtado, con veſtido, y aparato de Duque, mientras daba feliz exito à las obligaciones, y dependencias, que avia pueſto à ſu cuydado el Cielo, ſiendo en la realidad humilde Jeſuita; y manteniendo ſolo en la apariencia una ſombra de Grandeza, y una como ſuperficie de la pompa humana, *Stat magni nominis umbra*: que fuè lo miſmo que veſtir con telas de oro, y plata la Eſtatua de la pobreza.

Tomò luego Ignacio la Pluma, y en ella el inſtrumento mas fecundo de felicidades para Borja: Paſsò al Duque eſta alegre noticia, con el orden de que hizieſſe luego ſolemnemente la Profeſsion, ordenando al Padre Araòz tambien, que fueſſe à Gandìa para eſte fin. Añadia en la Carta muchos Ordenes prudentes, y aviſos acertados para la expedicion de ſus negocios: eſpecialmente le encargava la aplicacion à los Eſtudios, y el deſvelo en dàr conveniente eſtado à ſus Hijos, para que ſe huvieſſe de publicar eſta mudanza (pues por otra debia tener oculto lo Religioſo en el Gavinete de ſu Palacio, y de ſu pecho) no tuvieſſe la prudencia del ſiglo cabo

bo alguno de que aſir para morder con viſos de razon. Inundaronſe en conſuelo las Potencias, y Sentidos de Borja leyendo eſta Carta; no huvo corazon en aquel grande pecho para ſufrir tanta dicha, y por mas que la cerrava en los labios, ſe la publicavan los ojos, y aquellos caracteres mudos, con que ſuele parlar el ſemblante los ſecretos. El dia, pues, de S. Ignacio Martyr, vispera de la Purificacion de MARIA, año de mil quinientos y quarenta y ocho (computo en que ſe equivocaron algunas Plumas; que erraron el dia, y confundieron el año) en la Capilla del Colegio de Gandìa en manos del Padre Andrès de Oviedo, (porque el Provincial Araòz tardava, y las anſias del Duque paſſavan à ſer impaciencia) aunque el P. Bartholi aſſegura aver el P. Antonio de Araòz dicho la Miſſa en que profeſsò Borja, preſentes los Jeſuitas ſus Hermanos, preſentes tambien ſus Hijos, y conjurados al ſecreto todos con los ſemblantes mudos, y admirados, y eloquentes entre la ſuſpenſion los afectos, deſpues de aver comulgado, bañado en lluvia del Cielo, hizo el Duque de Gandìa ſus Votos, conſagrandoſe en ſolemne Profeſsion à la Compañia con aquella formula, que ſe hallò eſcrita en ſu mano; y añadiendo deſpues el quarto Voto, contemplava en ellos los quatro Rios del Parayſo, que rodean, y fertilizan todo el Mundo. Y no ſin reflexion de ſumo gozo ſe acordava, que aquel dia le conſagrava la Igleſia à S. Ignacio, cuya Santidad hazia eco à la de ſu Patriarcha, viva Copia de la hoguera, que en el corazon de aquel invencible Martyr hallò cebo para immenſa llama.

§. II.

EMbiò Franciſco la formula de ſu Profeſsion à Ignacio, y con ella embiava priſionero ſu eſpiritu, atado ſu alvedrio, y el Alma rendida à la diſcrecion de ſu obediencia; guardaſe oy en el Archivo de Roma, y dezia: *Yo Franciſco de Borja, Duque de Gandìa, pecador abominable, è indigno de la vocacion del Señor, y de aqueſta Profeſſion, confiado de la benignidad del Señor, del qual eſpero, que en eſte punto me ſerà propicio, hago Voto ſolemne de Pobreza, Caſtidad, y Obediencia, conforme al Inſtituto de la Compañia, por Privilegio, que me ha embiado el P. Ignacio, Prepoſito General; por lo qual ruego à los Angeles, y Santos del Cielo, que ſean mis Protectores, y Teſtigos, y lo miſmo pido à los Padres, y Hermanos, que eſtàn preſentes. En Gandìa dia de San Ignacio à primero de Febrero de 1548.* Deſde entonces tratò San Ignacio al Duque como à Subdito en todo, y èl quedó tan rendido à ſus dictamenes, y à las inſinuaciones de ſu Pluma, que parecia promptitud ſuperſticioſa, poniendo en los ojos aquella venda, que la obediencia quitò al amor, y à la ceguedad, y la hizo diviſa propria. Eſtuvo tan tierno, ofreciendoſe à la Divinidad en holocauſto, que ſolo ſu eloquencia ſupo explicar ſu ternura en una Oracion devotiſsima, y afectuoſa, que hizo deſde aquel miſmo ſitio donde acabava de conſeguir la mayor dicha; y ſaliò tambien eſcrita de ſu mano, trasladando al Papel todas ſus expreſsiones el corazon, y derramando ſu gozo el Alma por la Pluma; al modo, que el Pinzèl es el conducto por donde ſale à vivir en un Lienzo la phantaſia. Eſcuchavanle los preſentes con aſſombro, eſtando ſuſpenſo todo, menos el llanto. La Copia de eſte Papel, que hallaron entre otros del Santo el P. Ribadeneyra, y el P. Dionyſio, ſe pone aqui, para excitar la devocion en quien le leyerè, ó eſcuchare, y ſerà meneſter mucho bronze dentro de el pecho, para no enternecerſe.

SEñor mio, y todo mi Refugio, què hallaſtes en mi para mirarme? Què hallaſtes en mi para llamarme? Què viſtes en mi, para quererme en la Compañia de los vueſtros? Porquè, ſi conviene que ellos ſean animoſos, yo ſoy covarde. Si han de ſer menoſpreciadores del Mundo, yo eſtoy rodeado de ſus reſpetos: Si han de ſer perſeguidores de sì miſmos, en mi ay mucho amor proprio: Pues què hallaſtes en mi? Hallaſtes por ventura, porque fuì mas animoſo para contradezir vueſtros Mandamientos? O porque los menoſpreciè mas que los otros? O porque aborreci mas vueſtras coſas, por querer mas las mias? Si eſto, Señor, buſcais, hallado lo aveis: Si tràs eſto andais, recado teneis: Domine, ecce adſum, dimitte me. *O pielago de immenſa Sapiencia! O grandeza de infinita Potencia! Como buſcais lo mas flaco, para moſtrar en ello las riquezas de vueſtra fortaleza! Con razon os alabaràn los Angeles con admiracion, y eſte pecador con confuſion: viendo, que ſobre fundamentos tan flacos, quereis levantar vueſtros Edificios. O Alma mia, conſidera eſto con atencion: porque ſi te dizen, que eſto te dàn por ſatisfaccion de tus pecados, no menos te debes maravillar: porque aora eres captiva, entonces ſeràs libre; aora poſſees poco, y con dolor,*

lor, deſpues lo poſſeeràs todo con gozo. Al fin ſales de la vida activa deſabrida, y entras en la dulze contemplativa. O, Señor, què cambios ſon los vueſtros! Y què coſa es tratar con Vos! Y como es coſa de vèr la ſatisfaccion, que quereis del pecador! Verdaderamente, Señor, Vos ſois el que ſingìs trabajos, en lo que mandais: pues en lugar de penitencia, regalais, y por la abſtinencia dais hartura. Pues ſi eſto ſe ordena por ſatisfaccion de los paſſos, que por mi anduviſtes, y para que imitando vueſtra pobreza, y obediencia os ſiga, deſto, Señor, me eſpanto mucho mas! Porque Vos, Señor, ſaliſtes de vueſtra caſa, y heredad, y yo ſalgo de la agena: vos ſaliſtes del Padre, ſin dexarle, para venir al Mundo, y à mi hazeiſme dexar al Mundo, para llegarme al Padre: Vos ſaliſtes para la pena, y yo ſalgo della. Ay Señor, què ſalida la vueſtra, y què ſalida la mia! Vos para ſer preſo, y yo para eſcapar de las priſiones. Vos para la amargura, y yo para el gozo. Vos para la tribulacion, y yo para la quietud. O, Señor, vos ſois el Dios de las venganzas? Y què venganza es eſta? Cierto Vos ſois el Dios de las miſericordias, pues tomaſtes la venganza en Vos, por no tomarla aora en mi, y por regalarme en lugar de caſtigarme. Pues què dirè, Señor, deſta vueſtra Miſericordia? Con què reſponderè à vueſtro amor? Faltame el entendimiento para entender, y la lengua para dezir. Porque ſi algunos, ſintiendo bien de vueſtra Bondad, os alaban, porque perdonaſtes à Judas, ſi os pidiera perdon; y ſi con razon os deben por ello infinitas alabanzas: Quantas os debo yo, pues ſiento, y veo, que ſiendo otro Judas, no ſolo me perdonais, mas aun me llamais, como ſi ninguna traicion huvieſſe hecho en vueſtra Caſa? Bolverè à hablar à mi Dios, aunque ſea polvo, y ceniza, Señor, què hallaſtes en mi? Què hallaſtes? Bendito ſeais Vos para ſiempre, apiadaos de mi, toda mi eſperanza, pues tenemos eſtos vueſtros theſoros en vaſos de tierra, para que eſto no venga à ſer para mayor condenacion mia. Conozca la tierra ſu miſeria, conozca el flaco ſu flaqueza: y dadme, Señor à entender, quan poco merece el Vaſo tener en sì tal licor, aviendo tan mal conſervado el que haſta aqui aveis infundido en èl, pues no ſoy yo ſino diſſipador de vueſtros bienes. Tengame yo por otro Judas, pues ſoy otro Traydor: Confundame yo con mis Hermanos, pues he vendido à ſu Maeſtro por menos precio que Judas. Tema de comer con ellos, pues comiendo vueſtro Pan, me levantè contra Vos: Tema de tratar ſu hazienda; pues tan mal recado he pueſto en la vueſtra: Confundaſe mi deſobediencia con la obediencia, que vueſtras criaturas tienen. Y ſi aun eſta es pequeña confuſion para con ellas, y para los que moran en la tierra: Qual ſerà la que debo tener con los que os gozan en el Cielo? Quanto debo confundirme en la preſencia de los Angeles, aviendo dexado el Eſtandarte de mi Rey de gloria? Y con que abatimiento debo pedir merced à vueſtra Bendita Madre, aviendo crucificado à ſu precioſo Hijo en mi miſmo? Pues delante vueſtro acatamiento, què dirà el guſano podrido, y miſerable, que no ſabe ſino apartarſe de Vos? O, Señor, alumbrad yà mi ceguedad, para que conociendome os conozca: confundiendome, os alabe: humillandome, os enſalze: y muriendo todo à mi, viva yo todo en Vos. Y pues me ſacais por vueſtra Bondad del eſtado de los ricos, (de los quales dixiſteis, que con dificultad ſe ſalvarian los que en èl eſtuvieſſen) hazedme merecedor, por vueſtro Santo Nombre, de lo que prometiſtes à los pobres diziendoles: Ciertamente os digo, que los que dexaſtes por mi todas las coſas, y me ſeguiſtes, quando en la regeneracion ſe ſentare el Hijo del Hombre en el Throno de ſu Mageſtad, voſotros tambien os ſentarèis ſobre las doze Sillas à juzgar los Tribus de Iſraèl.

Calmò por entonces la tormenta, que furioſamente le amenazava, exponiendo à ſu viſta la Nube mas negra, y mas tempeſtuoſa. Pero no fuè meneſter, que el Duque eſcrivieſſe alguna luz de la reſolucion que avia tomado, porque quiſo condeſcender el Ceſar con ſu repugnancia por algun tiempo: aunque fuè mas ſuſpender el azote, que arrojarle, para que eſtando levantado, laſtimaſſe con el amago al Duque todo lo que perdonava el golpe; pues en qualquiera deſgracia, ſuele affligir mas el miedo, que la ruìna. Acabada aquella funcion llena de ternura; pareciendo al Duque, que el nuevo Eſtado, y el nuevo Elemento en que reſpirava, pedian nueva forma de vida; tratò de ceñir mas la que antes tenia, ſiendo tan eſtrecha, como ha repreſentado eſta Hiſtoria. Pero los grandes Santos hazen lo que los Artifices mas dieſtros, y lo que las Plumas mas Corteſanas, que ſiempre hallan que pulir en ſus Obras; ſiendo Privilegio del Artifice Divino hazer de una vez, y con un raſgo ſolo tan perfectas ſus Fabricas, y ſus Copias, que al bolver los ojos àzia ellas, no halle menos ni una pequeña linea, ò ſombra en tanta Pintura diverſa.

CA-

CAPITULO VIII.

PONE A SUS HIJOS EN ESTADO, mereciendo eſpecial direccion de Dios para el acierto, y dando exemplo de admirable recato. Viene à viſitarle à Gandìa el Obiſpo de Cartagena, y buelve lleno de aſſombro à Murcia con portentoſa mudanza de vida: Lleva conſigo al Padre Andrès de Oviedo, que le inſtruye en los Exercicios de San Ignacio.

§. I.

REclinavaſe yà toda la eſperanza, y toda la grandeza en el ombro de ſu Primogenito: y aſsi el primer deſvelo del Duque, fuè darle eſtado; y ciertamente, que ſu Edad florida, ſu educacion modeſtamente diſcreta, y las raras prendas, que hermoſeavan aquella Alma, le hazian digno de la mas noble rica joya. Empezóſe à tratar eſta materia, deſeando el Duque, que el Marquès dieſſe la mano à una Hija del Duque de Segorve. Mas quiſo antes pedir à Dios el acierto en eſte tratado, y rogó à Texeda, y al Padre Oviedo, que alcanzaſſen la Luz, que no merecia vèr ſu ceguedad. Deſpues de algunos dias reſpondió Fray Juan de Texeda con la reſolucion que acoſtumbrava, ſer la voluntad de Dios, que ſe deſpoſaſſe el Marquès con Doña Magdalena Centellas, y Cardona, Hija de Don Franciſco Centellas, tercero Conde de Oliva, Varon de Ayora, (antiguo blaſon, y ſolar lleno de gloria en el Reyno de Valencia) y de la Condeſa Doña Maria, Hija de los ſegundos Duques de Cardona. Añadió el Oraculo en Texeda, que aquel Eſtado tan vezino à Gandìa, ſeria herencia de aquella Señora, lo que parecia entonces inacceſsible à la eſperanza, aviendo ſolo una igualmente debil que remota, que alumbrava deſde muy lexos con Luz muy incierta, y muy eſcaſſa, porque eſtava en Edad florida, y en ſalud robuſta ſu Hermano Don Pedro de Centellas, y Cardona, que acabava de deſpoſarſe con Doña Hypolita de Zuñiga. Pero èl la mirava con aquellos penſamientos linzes, que deſcubren al tiempo ſus ocultos ſenos, y penetran al Cielo ſus profundidades. Rindióſe el Duque al dictamen de aquel eſpiritu, que reſpirava aliento prophetico; y puſo en practica confiadamente el tratado, cumpliendoſe poco deſpues la Prophecia, porque murió Don Pedro, ſin dexar ſucceſsion, en la Edad mas lozana, juntandoſe ambos Eſtados floridos en un Noble cuerpo à enriquecer ſus venas, y ſus Eſcudos, para que al Tronco victorioſo de tantos Laurèles, en los Borjas, ſe unieſſe el de las Olivas, cuyos Aſcendientes, rayos de las Campañas, dexaron vinculadas à ſu Eſcudo las Centellas. No podrèmos negar, que ſe ſiguieron deſpues inquietudes ſangrientas, dividido funeſtamente el Reyno de Valencia en facciones, y en armas, quedando, ſegun ſe preſumió, eſcondido en el corazon del Duque de Segorve algun ſentimiento, de que ſe efectuaſſe eſte tratado, viendo deſvanecido por eſta cauſa el de ſu Hija con Don Carlos de Borja; y eſtando preocupado, caliente el animo, qualquiera Centella prende fuego, que con la ſangre derramada crece à ſer inextinguible fatal hoguera. Y ſi el aver renunciado el Duque en eſta ocaſion ſu Eſtado, y el aver ſolicitado eſte caſamiento, dió à la ſinrazon alguna mas licencia, ó algun pretexto, para fomentar el tumulto; eſſo miſmo acredita la hazaña heroyca del Religioſo Duque de Gandìa, en hollar bienes, que ſon origen de tantos males. Ni pudo la malicia achacar otro delito à eſta Boda, que el dolor que cauſava à la embidia; y al ſin, las humanas reſoluciones ſuelen tener algunos inconvenientes, y padecer ſus achaques. Mezclaronſe confuſamente las mas cercanas venas, el Maeſtre de Monteſa, Don Gaſpar de Centellas, y la Gente Borja con la Caſa de Segorve, abrigando eſta à la Familia iluſtre de la Caſta de los Pardos, y aquella la de los Nobles Figuerolas, que con eſtruendo, ó no ſino eſcandalo Militar, avian tomado las Armas, y lo mas de la Nobleza, que peleava confuſa, ſiguiendo haſta la razon el partido de la ira. Pero las lagrimas de el Santo Borja deſde ſu retiro en la Compañia hizieron ſerenidad en las olas de ſangre, y en las de fuego, y muerto con una violencia de la Juſticia en el Caſtillo de Xativa Don Diego de Borja, Caſtro, y Pinòs, Hermano de el Santo Padre Franciſco de el ſegundo Matrimonio del Duque Don Juan. Tropelia, que ſucediò à los dos de el Mes de Septiembre de 1562. y que enſeña la variedad de ſuertes con que juega en eſte Theatro la fortuna, y con que ſe haze admirar la providencia, haziendo tan deſiguales los ſuceſſos de la vida, à los que igualò la Cuna,

Un Hermano expueſto à la comun adoracion en el Altar, y otro por delinquente expueſto al ultraje del Verdugo en el Cadahalſo! Al fin el Maeſtre de Monteſa reduxo à la razon, y à la bayna la Eſpada, y la colera; como tambien Don Gaſpar de Centellas, deſpues de aver eſtado priſionero, por averſe paſſado intrepidamente al animo las iras de ſu Apellido.

De las tres Hijas del Duque, la que fuè ultima en la Cuna, y primera en la dicha, ſe llamava Dorotea, y antes de la muerte de ſu Madre la Duqueſa avia eſcogido por Eſpoſo à Jeſu-Chriſto en Santa Clara de Gandìa, hallandoſe aun en tan delicada Edad, que pudo parecer mas juguete, que vocacion, ſino ſe experimentàran ſeñales tan ſenſibles, de que Dios ſabe ſacar ſus mayores Elogios de corazones inocentes. Ella inſtava à ſu Padre cada dia con expreſsion tan eficazmente viva, aſſegurandole, que no tomaria otro Eſpoſo, y que perdia tiempo todo lo que ſe detenia en Palacio; que los Duques formaron eſcrupulo de aguardar à que la gracia ſe acomodaſſe à la pereza del tiempo. Y aquella tierna Roſa tranſplantada al Paraìſo, bolò en los primeros Abriles à ſer Aſtro, donde la viò alegre ſu Santo Padre ardèr en el mas alto Firmamento. Casò luego à Doña Juana de Aragon, y Borja, ſu Hija ſegunda, con Don Juan Enriquez, Marquès de Alcañizes; y à Doña Iſabel, Hija primera, con Don Franciſco de Roxas, y Saldoval, Conde entonces de Lerma, y Primogenito del Marquès de Denia: uno, y otro de muchas floridas eſperanzas, que desfrutò deſpues ſu Siglo, y ambas Hijas fueron ornamento de ſus Caſas, y de ſu Eſtado. A Don Juan, Don Alvaro, y Don Fernando de Borja, à quienes avia veſtido el trage de la Igleſia, los aplicò con el mayor orden, y cuydado al eſtudio de la Sabiduria, deſeando que ſe inclinaſſen al mas perfecto Eſtado, y que alguno puſieſſe la planta en ſu huella, y la imitacion en ſu exemplo; mas no todos los deſeos humanos hallan al Cielo propicio. Don Alonſo, que era aun muy tierno, quedò con honores de Hijo en poder del Duque ſu Hermano. Y al fin Borja al dexar el Mundo, hizo lo que el Sol al paſſar à los Antipodas, que antes de partir dexa ceñidas de Luz, y en buen orden las Eſtrellas.

*** ***

§. II.

Y No callarè el eſcrupuloſo recato, con que preocupaba el Duque haſta los amagos remotos de un peligro, què pudieſſen ſervir à la modeſtia de eſcollo; y le avrè de referir caſi por la pluma del Padre Dionyſio, que le eſcuchò del miſmo Conde de Lerma, Yerno del Santo. Eſtava eſte Joven, Primogenito del Marquès de Denia, altamente pagado de las prendas de Doña Iſabel de Borja, ademàs de lo que deſeava unir ſu Gran Caſa con la de Gandìa; y deſpues de fenecidos los Tratados, firmadas las Eſcripturas, y diſpueſtas con aparato Real, y feſtivo todas las coſas, eſcriviò el Santo Duque à ſu Yerno, que eſtava en Denia, quatro leguas diſtante de Gandìa, que vinieſſe el dia que le ſeñalava à tiempo de oìr Miſſa, la qual tendria diſpueſta para el miſmo punto, que ſe apeaſſe de el Cavallo. Vino acompañado de el honor todo, y de el lucimiento, y ſe viò entrar por las Puertas de Gandìa la Copia mas viva de Adonis en la gentileza, fatigando, y enriqueciendo un Bruto bien preſumido. Tenia el Duque pueſtas Eſpias ſecretas; pero no fuè neceſſario ſu aviſo, porque apenas ſonò el tropèl de los Cavallos, quando ſaliò de el umbràl de Palacio à recibir amoroſamente à tan diſcreto Joven, y galàn Yerno. El qual luego pidiò licencia para ſaludar à ſu Eſpoſa, y cumplir con aquellas primeras atenciones, que disfraza el amor en galanteria Corteſana; mas el Duque le advirtiò, que eſtava eſperando la Miſſa en la Igleſia Mayor, para que le avia combidado, y ninguna otra atencion debia ſer primero: y ſin darle mas tiempo, ſe fuè con el Conde, y con toda aquella Tropa à la Igleſia, adonde tenia diſpueſto, que le ſiguieſſe Doña Iſabel ſu Hija, aſsiſtida de muchas Criadas, y de toda la Nobleza. Y aviendo entrado ſuceſsivamente un Eſquadron deſpues del otro, hizo que ſe deſpoſaſſen luego, y al punto empezò la Miſſa ſolemne, en la qual ſe velaron juntamente. Bolvieron luego todos à Palacio, donde huvo Saraos, y Muſicas, y por toda la Ciudad muchas, y lucidas fieſtas. Con eſte ingenioſo zelo prevenia el Duque Santo aun las ſombras de el peligro, y guardava ſus antiguos Fueros al recato: pues es inſufrible delito venirſe à perder la hermoſura de la Gracia en un Sacramento,

y beber la deſdicha en el miſmo arroyo de la felicidad, perdiendo à la Mageſtad del amor, y al ſagrado hymeneo todo el decoro; gala la mas rica, que hermoſea los regozijos de una Boda, y haziendo tal vez que el Alma, en lugar de aquella veſtidura nupcial, que el Evangelio celebra, arraſtre luto por ſu miſma ruìna.

Eſparciòſe tanto la fama de el Duque de Gandìa, que no huvo Region, ó Clima diſtante donde no ſonaſſe con reſpeto el eco de ſu nombre. Venian muchos Titulos, Cavalleros, y aun Prelados à Gandìa con varios pretextos à reconocer deſde cerca un Varon milagroſo, y gloriarſe algun dia de averle tratado. Vino entre otros el Obiſpo de Murcia, y Cartagena Don Eſtevan de Almeyda al principio de la Primavera de el año de quinientos y quarenta y ocho, Portuguès glorioſo, y Hombre ſabio muy amante, y no menos amado del Duque, vino en ſu compañia una Dignidad de la Igleſia de Murcia con anſia de vèr el ſemblante de Borja. Tuvo aquel Prelado largas, y familiares converſaciones con Franciſco, y cada dia encontrava en la ſantidad de aquel pecho, y en el concierto de aquel Palacio alguna novedad que encomendar à la admiracion. Obſervava el incanſable zelo de aquellos primeros Jeſuitas, y eſcuchava al Eſpiritu Santo en ſus lenguas; bolvia à contemplar al Duque, y ſe confundia ſolo con atenderle, no ſe atreviendo aun à imitarle, porque tenia deſtinado paſſar deſde Gandìa à la Corte de Eſpaña, donde le llamavan altos penſamientos de gloria; pero deſvanecidos, y que fabrican à la ambicion aquel Alcazar, que tiene por cimiento una ruìna, y por corona la ſobervia: pues ha probado tantas vezes la experiencia lo que dictò Seneca con la razon en la pluma, que nada eſtà mas vezino al ſuelo, que lo mas alto: y que la cima de la fortuna ſe equivoca con el centro de la tierra.

Año de 1548.

§. III.

IBa el Duque diſponiendo ſuavemente aquel eſpiritu noblemente preſumptuoſo, calentava ſu corazon con repetidos fomentos: ponderava los raros frutos, con que la Compañia iba enriqueciendo ſus Eſtados, las Virtudes, raptos, y prodigios del Padre Andrès de Oviedo, y de otros: el portentoſo eſpiritu de Fray Juan de Texeda; la ſabiduria, que avia llovido el Cielo ſobre aquella Alma ſencilla: la lengua prophetica, que ſonava continuamente en ſu boca, no ſolo luciente, ſino encendida, como ſi movieſſe dentro de ſus labios una Antorcha. Eſcuchò con alguna riſa aquel Prelado uno, y otro Elogio, y rogò al Duque, que mandaſſe llamar à Texeda, perſuadido à que la mucha piedad de Borja piſava ſu margen à la prudencia, ſiendo proprio de la Politica humana mirar con zeño todo lo que no alcanza ſu diſcurſo; y por huìr la nota de facil en dàr fee, tropieza en el eſcollo de la impiedad. Llegò Fray Juan de Texeda à la preſencia de el Obiſpo, que deſpues de averle ſaludado, empezò con induſtria à tocar algunos puntos Theologicos, moviendo las diſputas mas delicadas: mandò à Fray Juan, que dixeſſe ſu dictamen en una, ſin que baſtaſſen à eſcuſarle, ni las ſuplicas humildes, ni la porfia; y aviendo dicho lo que en aquella materia le dictava la razon iluſtrada, le eſcuchò con algun deſdèn el Illuſtriſsimo Almeyda, redarguyendo ſu Doctrina de falſa, aſſegurando, que la opueſta era maxima de la Theologia. Pero entrò yà en algun cuydado de vèr, que errava tan oportunamente aquel Entendimiento, que avia deſpreciado como toſco; pues ay errores, que acreditan de Sabio à ſu Dueño. Paſsò ligeramente deſde el Dòn de Sabiduria al de Propheta; y burlandoſe con preſumpcion de la ſencillèz, le pedia, que le deſcubrieſſe los ſucceſſos de aquella jornada, que emprendia à Caſtilla. Derribò entonces ſerenamente los ojos aquel eſpiritu lleno de Luzes; y agitando la Paloma ſus alas dentro de ſus penſamientos, le reſpondiò: Que le podia dezir mucho, ſi le quiſieſſe oìr en ſecreto; retirandoſe los dos, y con ellos el Duque, dexando aquella Quadra, adonde avia concurrido yà mucha Gente. Alli le deſcubriò lo mas retirado de ſu penſamiento, aſſegurando aquel Prelado, que no podia tener noticia de aquellos deſeos, y penſamientos, ſino Dios, y ſu alvedrio. Explicòle el verdadero ſentido de aquel dogma Theologico; y eſparciendo braſas por las mexillas, derramando eſplendor por los ojos, y eſtrechandole una mano, le dixo con voz ſevera: Yo de parte de Dios os amoneſto, que no vais à la Corte de Eſpaña, ni deis à la ambicion la rienda, ni vais à tomar eſſa altura; (aqui le declarò individualmente ſus fines, ſus maximas, y

ſus empreſſas) porque os hago ſaber, que aun para el Mundo, y ſu gloria ſerà eſta la ocaſion de vueſtra ruina, y juntamente lo ſerà de vueſtra eterna deſgracia. Llenòſe de aſſombro aquel diſcreto Prelado; y bolviendo toda la razon àzia el Alma, la hallò, yà que no caìda, ruìnoſa, con el peſo de la ambicion, y de la ſobervia: Viò deſmanteladas aquellas altas Torres, que levantava ſu imaginacion, fundada ſobre el ayre, que es el cimiento de la vanidad. Esforzava Borja la razon, la eloquencia, y la Prophecia de Texeda, peleando dos tan valientes eſpiritus contra uno ſolo, y deſprevenido; y eſtas fueron las ultimas mortales heridas, con que acabò de rendirle el deſengaño, y los dos ultimos puñales, que arrimò à ſu pecho.

Arrojòſe à los pies de entrambos, deſtilando dolor ſus ojos: puſo ſu vida, y la mudanza de ella en ſus manos, ofreciendo por teſtigos las lagrimas, que anegavan ſus ojos. Uſaron ambos de la Victoria con humildad, y moderacion, encaminandole al Padre Andrès de Oviedo, para que ſe llevaſſe los deſpojos de aquel triumpho. Exortòle èſte à que hizieſſe los Exercicios de San Ignacio, y el Duque repreſentava à eſte fin el theſoro oculto, que avia deſcubierto en ellos ſu eſpiritu. Detuvoſe para eſto algunos dias mas en aquel Palacio, y empezò à guſtar algunos deſtellos de la dulzura Sagrada, acompañandole en tan ſanto empleo aquel iluſtre Prevendado, para ſer Compañero de ſu dicha, como lo avia ſido de ſu jornada. Mas porque no podia detenerſe en Gandìa todo el tiempo neceſſario para perficionar ſu mudanza, ſe llevò conſigo à Murcia al Padre Oviedo, donde hizo por muchos dias los Exercicios con grande ſoſsiego, y retiro. Saliò tan aprovechado, que las plumas, y las Hiſtorias le colocan entre los primeros de ſu Siglo en la Santidad, en la Sabiduria, y en el Zelo. Quedò tan enamorado de las utilidades, que traìa à la Igleſia el nuevo Inſtituto de Ignacio, y tan movido de las exortaciones de Franciſco, que le perſuadia la Fundacion de un Colegio, que tratò de diſponer luego el Edificio; ponderavanle algunos los exceſsivos gaſtos, que derramava en la Fundacion de aquel Colegio de la Compañia, ſiendo yà Comiſſario General el Padre Borja; à que reſpondia: Que ſolo por tener à Franciſco alguna vez Hueſped en ſu Caſa, bolveria à gaſtar otro tanto, pues èl era todo el origen de ſu dicha; con èl comunicava ſu conciencia, ſin callarle haſta los penſamientos ſu pluma en la auſencia. El admirable exemplo que eſte Prelado, deſpues de ſu converſion, diò al Mundo, fuera digno ſugeto de una grande Pluma, pues fuè mucho tiempo aſſumpto de la Fama. Y en èl tuvo tanta parte Borja, à quien debiò los primeros rayos de ſu Oracion; como refiere la Hiſtoria de la Compañia, y calzò à ſu eſpiritu las primeras alas, con que bolò arrebatadamente à la contemplacion de las Perfecciones Divinas, el que huviera ſido Ycaro infelizmente precipitado à no aver trocado el buelo ſobervio en otro mas ſeguro por mas remontado.

Para reconocer mejor en ſu origen eſtos milagroſos efectos, que ſe le entraron con la admiracion por los ojos, pondrèmos aqui las reſpiraciones abraſadas de ſu pluma en el Capitulo de una Carta, que eſcriviò à otro Principe Ecleſiaſtico Amigo ſuyo, luego que llegò deſde Gandìa à Murcia: *Lleguè à Gandìa, y vì un Duque Don Franciſco como un milagro de Duques, y de Cavalleros: todo humilde, y todo Santo, y verdaderamente Varon de Dios. Con cuya viſta (igual à la publica fama de ſus virtudes, y Chriſtiano govierno) quedè yo en gran confuſion, y verguenza de vèr en mi el poco fruto en la vida Sacerdotal, y Pontifical, ſi me mido delante deſte Cavallero Seglar. Y aſſi con verdad puedo dezir*: Verecundia mea contra me eſt, & confuſio faciei meæ cooperuit me. *Pues la verguenza, y confuſion cubren mi roſtro, y lloro yo lo que primero llorò San Gerònymo, que vemos con ignominia nueſtra, que ay en la Igleſia de Dios algunos Seglares, que dàn mejor exemplo que muchos Sacerdotes. O quantas coſas notè en el Palacio deſte Duque, las quales no ſe vèn en las Caſas, que tenian mayor obligacion! O què reformada Familia! Què crianza de Hijos! Què govierno de Subditos! Què Religioſos en ſu Compañia, no ſolamente los que llaman de Jeſvs, mas un Frayle Lego de San Franciſco, llamado Fray Juan de Texeda: del qual no ſabria declarar, qual coſa mas me maravillò, ò ſu humilde ſimplicidad, ò la prudencia eſpiritual, ò la Luz que del Cielo ſe le comunica! De Murcia 25. de Abril del año de mil quinientos y quarenta y ocho.* Haſta aqui la Carta, eſcrita con mas fuego, que tinta; y à la verdad, el Palacio de el Duque era una Oficina de Santidad, y de exemplo, donde ſe hallavan los Foraſteros ſitiados por todas par-

partes de los deſengaños; y para no rendirſe à tomar algun partido, era meneſter, que fueſſen Baluartes la rebeldia, y la ceguedad, y que ſirvieſſe de recinto al alvedrio la obſtinacion.

CAPITULO IX.

ABRESE EL CIELO, ESTANDO el Religioſo Duque en Oracion, y derrama ſobre ſu cabeza globos de Luz. Repreſentaſele en forma de Etiope el Demonio, que huye confuſo, dexando ſeñalada ſu fuga en una piedra hermoſa, que ſervia de ventana al Oratorio. Raros exemplos de humildad, y otras Virtudes heroycas, que diò el Duque por eſte tiempo.

§. I.

TRatavaſe yà el Duque como quien tenia ſu voluntad cautiva, el alvedrio priſionero, quedando ſolo de libertad aquella poca parte, que ſe ciñe al veſtido, y à la apariencia; à modo de aquel Monarcha, cuyas ſienes adornava la Corona, teniendo al miſmo tiempo los pies en grillos de oro. Valiaſe el Duque de eſta pequeña libertad, ò licencia, para dàr libremente á la Oracion toda el Alma, y buſcar aquellos ſitios, donde pudieſſen reſpirar ſin embarazo ſus afectos. Saliaſe por el Verano con un humilde Vaſſallo ſuyo, Hombre verdaderamente devoto, á quien ſu miſma ſencillèz hizo iluſtrado, y con la familiaridad, que mereciò á ſu Dueño, llegò á un alto grado de eſpiritu: Llamavaſe Ginès Molto (que deſpues, libre del Matrimonio, entrò en la Compañia, ſiguiendo reverente las huellas de ſu Amo.) Iba, pues, el Duque con eſte Vaſſallo, y con el pretexto de tomar el ayre mas puro algunas noches del Eſtìo, ſe ſubian à la Muralla, y en el Torreon, que eſtà junto al Monaſterio de Santa Clara, y ſobre la Puerta que ſale à Valencia, firmes en el Cielo los ojos, obſervando, no yà los movimientos, è influxos de los Aſtros, ſino el aſpecto de la Divinidad, y de ſus Atributos, ſe eſtavan haſta las doze de la noche con ſilencio profundo, mal interrumpido de los ſuſpiros, que le hazian mas myſterioſo, y mas mudo. Una noche de eſtas advirtiò Ginès Molto, que el Cielo nebava luz menuda ſobre la Cabeza de el Santo, y luego que abriendoſe en dos mitades las Eſpheras, quedaron por el eſpacio de media hora patentes los ſenos mas ocultos de aquellos azules golphos, baxando, y ſubiendo reſplandores con muchos rayos, que le uſurpavan ſu juriſdicion à la noche, y ſolo la dexavan la obſcuridad à los myſterios, porque allà ſe entendian el Cielo, y Borja, y ſe hablavan ſecretos, que la miſma claridad hazia obſcuros, llegandò con ſu contemplacion haſta el Trono de la Divinidad, pues ſe avian raſgado las cortinas, que cubren ſu Dosèl. Eſtava el Duque algo torcido àzia lo alto el cuello, Giraſòl racional, mirando àzia el centro delicioſo, que con aquel amago le moſtrava el corazon, rompiendo el pecho; el humilde Vaſſallo mirava atonito el extàſi de ſu Dueño, y el Cielo raſgado, como para recibirle dentro: Los Angeles miravan atentos à Borja, al Cielo, y à Molto: el ayre eſtava ſoſſegado, ſin atreverſe al mas leve ſuſurro; y haſta el Santo Duque recatava inſenſiblemente ſu reſpiracion, por no impedir aun ligeramente ſu felicidad.

Muchas vezes paſſava el Duque por el ſitio donde Ginès eſtava trabajando con otros Compañeros ſuyos, ſin tener ocioſos los afectos, ni aun los ojos; y el Santo dexava algun Libro Eſpiritual, y quien ſe quedaſſe leyendo, apacentando con luz el candor raro de aquel eſpiritu. Otras vezes entrava el Duque en la pobre Caſa de eſte Vaſſallo dichoſo, y ſentado junto à èl en un Banquillo, ſin permitirle que interrumpieſſe la tarèa de ſu oficio, ſe eſtava algunas horas razonando con Molto, enſeñandole el camino mas delicado, y mas ſublime de el verdadero eſpiritu, y aprendiendo juntamente ſinceridad humilde, y fervoroſa en aquella Alma pura. Y mandava, què vinieſſen algunos de el miſmo Oficio à trabajar en la preſencia de Molto, que al miſmo tiempo les enſeñava otro exercicio mas alto, y pegava fuego à ſus corazones mientras tenian ocupadas las manos, y los ojos. Todo eſto depone en los Proceſſos la Hija unica de Ginès Molto; añadiendo, que al bolver ſu Padre à caſa, deſpues de aver eſtado con el Santo Borja, ſolia dezir à ſu Muger, y à ſu Hija, lleno de admiracion, y de eſpiritu de Prophecia: *Verdaderamente, que eſte nueſtro Amo es grande Santo*; *y digo*, *que indubitablemente*, *ò deſde la Tierra*, *ò deſde el Cielo le avemos de vèr Canonizado.* Eſto repetia muchas vezes con ſencillèz eloquente aquella lengua, que ſupo hazerſe

digno inſtrumento, no ſolo de los elogios de Borja, y de la fama, ſino del Eſpiritu Santo en tan alta Prophecia.

§. II.

DEſpues que mandò San Ignacio al Duque Borja, que templaſſe el rigor de ſu penitencia, y no quitaſſe tanta ſangre à la vida, ſe hallò obligado à no dormir en el ſuelo, aunque la cama era tan pobre, tan humilde, y tan eſtrecha, que dexava lugar baſtante al rigor penitente, que deſeava. Acoſtavaſe mas temprano que antes, porque le avian pueſto medida prudente en todas ſus operaciones; mas como eſtava acoſtumbrado à ponerſe en Oracion poco deſpues de la media noche, le interrumpia aquella coſtumbre el ſueño, y le deſpertava el deſeo de otro ſoſsiego mas profundo. Procurava adormecer los ſentidos, y palpitavan dentro del corazon los afectos amoroſos: y aunque batallava con el deſvelo, y conſigo para rendirſe otra vez à la obediencia en el ſueño, mal podia conciliar el deſcanſo por medio del deſaſſoſsiego, pues nada deſpierta mas, que el mucho cuydado de dormir; y el que tenia tan dociles los ojos à los preceptos, los hallò rebeldes en eſta porfia, y dos Centinelas vigilantes à peſar del Alma, y de la Lucha; y no ſerìa mas ardua empreſſa querer apagar en el ſilencio de la noche dos Lumbreras al Firmamento, que obſcurecer ſus ojos, y adormecer à ſu amor los penſamientos, y cuydados. Eſta dificultad, que ponia à ſu obediencia un impoſsible por muralla, le obligava à incorporarſe un poco, fatigado de luchar con el ſoſſiego: y poniendo una venda à los ojos con un lienzo, para que eſtuvieſſen dos vezes ciegos, yà que ninguna querian eſtàr dormidos, y para recoger mas con eſte artificio ſus penſamientos, ſe entregava todo à la quietud de un ſueño Divino, de que deſpertava mas tarde, pero mas deſcanſado, que ſi huvieſſe dormido ſerenamente todo aquel tiempo; y y con eſto engañavan ſus diſcurſos à ſus ojos, y à los que hablava ſobre eſta materia, como ſi velando ſoñaſſe que dormia.

Perſeguiale aora mas viſiblemente aquel Enemigo inviſible, dexandoſe vèr con horroroſo aſpecto, monſtruo que baſtaria à cauſar ſuſto al corazon mas vizarro; mas Franciſco bien firme ſobre la confianza, deſpreciava ſus iras, eſcuchava ſus bramidos, y mirava tan monſtruoſas figuras ſin ſuſto de las peſtañas, proſiguiendo ſus operaciones por mas que ſe hallava à vezes rodeado de tantas fieras: al modo de los que navegan con frequencia aquellos grandes Rios infeſtados de monſtruos, ſe burlan deſde la Barca de los ſilvos, y vàn jugando con ſus remos. Una noche de eſtas en Gandìa (como deſpues otra en Plaſencia) quando acabada ſu Oracion ſe iba à reclinar ſobre la cama, hallò recoſtado en ella un Negro de pequeña eſtatura, en cuyo ſemblante ſe avian abreviado las Tinieblas, y la noche avia depoſitado ſus mas eſpeſas ſombras; no ſe eſpantò Franciſco, antes con voz imperioſa le mandò, que dexaſſe aquel ſitio, à que no diò otra reſpueſta el Demonio, que una riſada, en que ſuele afectar aquel infeliz la alegria, de que vive tan diſtante, como de la gloria; hizò el Santo la ſeñal de la Cruz, invocando juntamente à la TRINIDAD Inefable, y al punto ſe deſvaneciò aquella fiera eſpantoſa. Otra vez que eſtava el Duque orando, oyò un formidable eſtruendo, con que ſolicitava ponerle en fuga ſu enemigo; mas el Duque ſe mantuvo firme ſin mover las rodillas, ni apreſurar al corazon las alas, haſta que deſpechado el Demonio de vèr, que con ningunas artes le eſpantava de aquel ſitio, diò el ultimo eſtallido mas horroroſo, y ſaliò rompiendo violentamente una ventanilla del Oratorio, à quien ſervia de vidriera una tranſparente piedra, cuya precioſidad ſe ignorava como ſu naturaleza, vena de luz, y pedazo congelado del Sol, dexando ſeñalada la piedra con algunas heridas penetrantes, por donde ſaliò fugitivo aquel eſpiritu enemigo de la Luz, y de todo lo que abriga reſplandor: Principe al fin de las Tinieblas. Eſto miſmo ſucediò varias vezes al Santo, de ſuerte que apenas le cauſava novedad aver de eſtàr continuamente en frontera de ſu enemigo, que mudava las figuras; y las trazas para aumentar al Religioſo Duque las Victorias; y ſe pudiera formar un Exercito numeroſo de los emulos infelizes, que ſe le repreſentaron en bulto humano, vinieron uno à uno, y à vezes en Tropas, ſolo para el mal bien ordenadas, el Infierno todo, donde ſabemos, que habita el deſorden mas confuſo.

***

§. III.

§. III.

LAs operaciones humildes, en que ſe exercitava el Duque Religioſo por eſte tiempo, ocupan à las Hiſtorias, y à la admiracion mucho ſitio. Vino à Gandìa el Padre Araòz Provincial, que oprimido de ſus achaques, ſe rindiò à la cama, dexando à los Medicos temeroſos de ſu vida, y al Duque que le aſsiſtia con grande ternura; pero ni doliente, ni deſpues convalecido quiſo admitir regalo alguno, ni otro alivio, que el que lleva la vida regular de ſu eſtado; antes ſervia à la meſa, y en los oficios mas humildes de la Cocina: de que compadecido, y edificado Borja, quiſo imitarle juntamente, y ſervirle, y una noche, que avia paſſado à ſu Apoſento à viſitarle, ſe fuè deſde èl à la Cocina; avivò èl miſmo la lumbre, puſo à calentar agua en que ociò dos huevos el Duque Santo, que avian de ſer la cena del Enfermo: ſubiòlos luego èl miſmo, rogandole, que los comieſſe, por ſer dè ſu mano; y que perdonaſſe ſi eſtuvieſſen duros, porque eran los primeros, que avia cocido. Pero no fueron los ultimos, porque deſpues exercitò eſta habilidad diverſas vezes en las Cocinas de otros Colegios: y aun aora, ſiendo Duque de Gandìa, ſervia la cena, y la comida muchos dias à los Miſsioneros, que venian de apacentar ſus Vaſſallos en los Pueblos circunvezinos. Hallòſe preſente à eſte humilde eſpectaculo el Padre Rector Andrès de Oviedo, quando el Duque inflamado el roſtro, y el pecho, eſtava todo ocupado en tan abatido miniſtèrio; y le preguntò en quanto eſtimava aquel favor Soberano de hallarſe movido à exercitar aquella humiliacion con tanto gozo de ſu eſpiritu: *Eſtimo tanto eſta merced*, reſpondiò Borja, *que me reconozco indigno de ella*: confundiendoſe con eſta reflexion, haſta de ſer humilde; heroyco grado de perfeccion aquel, en que ſe mira el abatimiento como el mas alto favor!

Deſeò el Padre Andrès de Oviedo plantar una Viña en ſitio cercano, y oportuno para el uſo del Colegio: aprobò el Duque eſte penſamiento, y para moſtrar la veneracion que tenia à los Jeſuitas ſus Hermanos, ſe fuè al ſitio deſtinado con ellos, acompañado de ſus Hijos, del Deàn, Canonigos, y muchos Ciudadanos; llevò conſigo la Muſica de la Igleſia, hizo bendezir el Campo con ſolemnidad Feſtiva, y Sagrada, cantando los Muſicos à compàs del Organo, y demàs Inſtrumentos. Luego à viſta de tanto Concurſo, imitando la piedra del Grande Conſtantino, y dexando caer la capa, tomò un azadòn, y empezò à romper la Tierra inculta, ſuavizando con ſu llanto ſu dureza. Cargò uno de ſus Hijos ſobre ſus ombros los Sarmientos, que iba miniſtrando al Duque ſu Padre, para que los fueſſe introduciendo; lo que hazia con ſenſibles demonſtraciones de gozo, de verſe humilde jornalero: invocava algun eſpecial Santo, para que crecieſſe aquella planta con ſu influxo, y dexava eſcondidas algunas lagrimas en la raìz, para que aquel rocìo fomentaſſe el Tronco: èl plantava, y èl regava tambien, Jupiter, y Mercurio, Bernabè, y Pablo, y aun fuè el conducto por donde Dios quiſo dàr el aumento. Siguiò luego ſu exemplo el Marquès de Lombay, y deſpues los demàs Hijos, luego el Padre Rector con ſus Subditos, haziendo à un miſmo tiempo Hiſtoria, y Parabola eſta accion aquellos fervoroſos Operarios de la Viña, y de la Santa Igleſia. Con eſtos empleos ſe fuè deſcollando la humildad en el Duque Borja, paſſando à ſer Cedro en la Cumbre la que ſe abatia humilde Chopo en la falda: porque ſubia arrimada ſu grandeza como la Vid trepa lentamente por entre las hojas del Olmo levantado, à que ſe arrima.

§. IV.

ANdava tan pobremente veſtido, que haſta el trage de Duque quiſiera hazer Religioſo: El Padre Rafael de Texeda, que eſtuvo por eſte tiempo en Gandìa, en una Carta al Padre Dionyſio Vazquez, eſcrita en onze de Mayo de 586. deſde Plaſencia, dize eſtas palabras: *Al Padre Franciſco le conocì ſiendo Duque con un trage muy pobre, andava veſtido de eſtameña, y muy rota, aviendo harta murmuracion aſſi en Seglares, como en Ecleſiaſticos, mas amigos de el Mundo, que èl, mas nunca por eſto mudò, ni mejorò ſu veſtido.* Y añade, que aviendo de partir el miſmo Padre Rafael deſde Gandìa à Valladolid, y neceſsitando de veſtido, hablò caſualmente de eſto el Padre Oviedo delante del Duque, del Padre Barma, del miſmo Rafael, y de ſu Tio Fray Juan de Texedà, quien pidiò ſencillamente al Santo, que tomaſſe à ſu quenta eſte pequeño cuydado: y el Duque diò luego orden à ſu Mayordomo, y dixo con feſtividad, no sè ſi querria mi veſtido el Padre Rafael: Y valiendoſe de la familiaridad de

quien

quien eſtava entre ſus Hermanos (eſpecialmente ſiendo meneſter poca llaneza en el trage de Duque para deſcubrir el veſtido, que anda tan publico) deſcubriò el ſuyo, y èl eſtava tal, añade el Padre Rafael, que dixo mucha verdad el Santo, en dudar que yo le quiſieſſe, ò en ſuponer, que no le tomaria, porque eſtava tan maltratado, que moſtrava por varias partes la deſnudèz del cuerpo. Y ſi eſte es exemplo admirable aun en el veſtido mas Religioſo, què ſerìa en el trage de un Gran Señor, que ocupava el Dosèl dentro de ſu Palacio? Deſta ſuerte, aun lo que concedia à la pompa, y à la repreſentacion de ſu grandeza, era tan deſpreciado, que lo mirò con zeño para trage ſuyo un bien humilde, y bien exemplar Religioſo; tratando el Duque al Mundo, como èl tratò à Chriſto en aquella purpura hajada, y rota, viſtiendo con ſemejante gala la mayor Grandeza, dando à entender, que era fingida gloria, con quien ſe burlan yà el deſengaño, yà tambien la fortuna.

Su zelo, y ſu amor à la Compañia eran yà mas vivos, que el de ſus Hijos, y otros Hermanos, porque mirava àzia el Mundo, y àzia las prendas, que en èl tenia, como quien las dexava; y àzia la Religion, y ſus individuos, como quien los ſeguia. Los Padres Andrès de Oviedo, y Franciſco Onufrio impelidos de el amor de la ſoledad, y arrebatados à la cima de la contemplacion, en que gaſtavan muchas horas à la noche, y al dia, deſeavan retirarſe entre las fieras à los Montes mas aſperos, para que frequentaſſen Angeles otra vez los Deſiertos; y el Duque movido de mas poderoſo, mas prudente, y mas ſabio impulſo, les perſuadiò à que eſcuchaſſen como engañoſas eſtas vozes de el eſpiritu, poniendoles à los ojos ſu exemplo, pues acabava de atropellar por el amor de un retiro ſagrado, y contemplativo por abrazar eſte nuevo Inſtituto, altamente perſuadido, à que en èl agradava mas al Cielo; pues como podria dexar de ſer iluſion, en los que Dios avia llamado de las nobles fatigas de la Compañia, dexar la tela comenzada con tanta gloria, por una apariencia de ſeguridad fingida? Què ſerìa bolver las eſpaldas à Dios, con el pretexto de buſcarle mas: y querer que ſus exemplos heroycos ſe perdieſſen entre los brutos, quando cauſavan entre los Hombres tan prodigioſos efectos. Con eſtas perſuaſiones eloquentes, y con la prudencia de ſu Grande Patriarcha deſsiſtieron de aquella empreſſa; conociendo, que à vezes el buen eſpiritù ſe dexa liſonjear del engaño, y que en las agitaciones del corazon opueſtas à los fines proprios de las vocaciones, ordinariamente ſon precipicios los movimientos.

Por la Primavera del año de quinientos y cinquenta vino deſde Coimbra à Gandìa el Padre Gonzalo Silveyra, gran Cavallero Portuguès, Hijo de el Conde de Sortilla, y mas iluſtre Cavallero de Chriſto, por cuyo amor dieron toda ſu ſangre prodigas ſus venas en Benomotapa, vino acompañado del P. Juan Ricio, Flamenco, y de otro Jeſuìta, paſſando todos tres à Roma, y aviendo de tomar el grado de Doctor en la Univerſidad de Gandìa, donde Borja deſeava mucho vèr, y tratar al inſigne Martyr Silveyra. Hoſpedò el Duque à los tres Peregrinos con tantas ſeñales de amor, que el Padre Silveyra andava confuſo de verſe tan regalado, y aun tan ſervido de el Duque Borja: Comunicaronſe los dos familiarmente ſus Almas, y quedaron deſde entonces enamorados aquellos Gigantes eſpiritus. Diſpuſo el Duque todas las coſas para el grado, y quiſo hazer el gaſto todo, y aſsiſtir à las Funciones de Letras, para iluſtrarlas. Oyò los Sermones de el P. Silveyra en Gandìa, cuya facundia era la de aquel Orador de Grecia, de quien ſe dixo, que veſtia ſiempre color de fuego ſu eloquencia: porque todas ſus flores paſſavan à ſer roſas encendidas, no valiendoſe de tanta variedad hermoſa con que florecia en tantos Jardines la Grecia, ſino que los cortava ſolo de los Vergèles de Alexandria.

CAPITULO X.

DESPIDESE TIERNAMENTE EL Duque de ſus Hijos, y Vaſſallos, y camina lleno de eſpiritu à Roma, para nunca bolver mas el roſtro à los Muros de Gandìa. Aſſombroſos exemplos de humildad, y penitencia, que diò en eſta jornada, y dexò bien eſtampados en las Cortes de Florencia, Parma, y Ferrara, haſta llegar triumphante à las Puertas de Roma, y arrojar à los pies de Ignacio los deſpojos de la Grandeza.

§. I.

AVia concedido al Duque el Papa Paulo Tercero, à ruegos de Ignacio, quatro años, que ſe llamarian con toda propriedad Siglos, en que pudieſſe adminiſtrar ſu Eſtado con los votos de Religioſos,

gioſos, para que dexaſſe dichoſamente fenecidas ſus dependencias, cerradas con llave de oro, donde no las encontraſſe mas la obligacion, ni el cuydado: Mas Borja ſe diò tanta priſa, que en menos de dos años pudo arribar deſembarazado à la Playa. El añadiò plumas al corazon, que ſe movia con tantas alas, como uno de aquellos Serafines, que viò arder Iſaìas: haſta el ſueño era operacion del diſcurſo, deſeando raſgar quanto antes aquel debil tranſparente velo, que ocultava ſu eſtado Religioſo. Y eſte exemplar ſuyo alegava deſpues à varias Perſonas, que le conſultavan ſu vocacion en ſemejantes circunſtancias, exortando à fenecer apreſuradamente ſus dependencias. Pero hallòſe combatido de encontradas olas, que impedian la execucion prompta à ſus anſias, porque el Ceſar bolviò à hazer la inſtancia disfrazada en ruego, para que ſirvieſſe de Mayordomo al Principe ſu Hijo; con que temia Borja, que perſeverando en Eſpaña, nunca podria obtener licencia de Carlos Quinto para renunciar ſu Eſtado, y perficionar en ſu Perſona aquella mutacion glorioſa, que apenas ſe halla igual en las que ſabe hazer la fortuna; aun temia, que quedandoſe en Eſpaña, no avia de ſer ſagrado baſtante para eſcaparſe del Ceſar la ropa de la Compañia. Por otra parte, ſi caminava à Roma, tropezava otro eſcollo no menos aborrecido, pues la aficion con que mirava à la Caſa de Borja Paulo Tercero, y las repetidas expreſsiones con que le avia favorecido, neceſsitavan ſu humildad, y prudencia à temblar de la Purpura; y pareciale, que ir à Roma, era entrarſe por las puertas de ſu ruina, quando las deſdichas ſe vienen ſin ſer buſcadas. Conſultò eſta perplexidad de ſu razon con San Ignacio, que ſe hallò tambien dudoſo, y pidiò conſejo al Padre Ribadeneyra, y à otros ſobre eſte punto; pero mucho mas le conſultava con Dios, que à poco tiempo abriò expeditamente el camino con la muerte de Paulo Tercero àzia los fines del año de 549. ſucediendo en ſu Trono el Papa Julio Tercero. Tan facil es à Dios abrir paſſo enjuto por el Mar Bermejo, y
1549. allanando Montañas fluctuantes, matizar la ſenda de flores.

Eſcriviò luego Ignacio à Borja, que diſpuſieſſe con brevedad ſu jornada, con el pretexto del Jubileo que ſe ganava en Roma el año de cinquenta. Queria tambien San Ignacio tener en Roma al Duque Don Franciſco, porque aora combocaba los Profeſſos de la Compañia, para comunicar las milagroſas Conſtituciones, que acabava de formar ſu pluma, regida del Eſpiritu Santo, y deſeava mucho que concurrieſſe el dictamen, y prudencia de Borja en aquel congreſſo; porque no aſsiſtiendo Franciſco, penſava Ignacio, que faltava la mejor Piedra para el examen de aquel metal precioſo: y ſi la prudencia es aquella rueda, que ſe nos repreſenta llena de ojos en la Eſcritura, y el Pajaro, cuyas plumas ſe convierten en Linzes; aun aviendo tanta perſpicàz viſta en aquella Junta de la Compañia toda, le pareciò à San Ignacio, que le faltava perſpicacia à la rueda, ſobre que ſe mueve el Carro de la Gloria, ſi faltaſſen los ojos del Duque de Gandìa, que avian transformado el Toro de ſu Eſcudo en Aguila. En eſta Carta viò ſellado ſu acierto Borja, y nadavan en conſuelos ſus ojos, mirando tan cercana ſu orilla. Diſpuſo con brevedad la jornada: otorgò ſu Teſtamento con tanta claridad, que dexò un Sol eſtampado en el Papel, porque la ambiguedad de las clauſulas no dieſſe motivo à diſcordias; fuè breve, porque aviendo caſado al Marquès, pueſto en eſtado à ſus tres Hijas, diſtribuìdos providamente los bienes, que eran capazes de dividirſe entre ſus Hijos, ſin olvidarſe de ſus Criados: y aviendo ſido Teſtamentario de sì meſmo en tanto legado piadoſo, apenas le quedava que dexar en el Teſtamento, ſino la memoria de averlo dado todo, y la repreſentacion de ſu Perſona en el Marquès ſu Hijo; el primer Teſtamento de un Gran Señor, que pareciò mas generoſo quanto eſtava menos enriquecido de memorias, legados, alhajas.

Fuè à ſu Villa de Lombay à deſpedirſe de ſus Fieles Vaſſallos, y mas de los Religioſos Dominicos, à quienes eſtrechò en ſu corazon, y en ſus brazos. Fuè à tomar la Bendicion de aquel Gran Prelado de Valencia, corazon de la miſericordia, y una de las alas prodigioſas de el Aguila de la Igleſia Santo Thomàs de Villa Nueva, immortal blaſon del Orden de S. Auguſtin, que tratava al Santo Borja con indecible amor, ternura, y confianza; verdadero Padre de la Compañia toda, ſingularmente en el Colegio de Valencia, à quien el morir dexò aquella memoria, que haze eterna la Hiſtoria de la Compañia. Y quando ſacavan algun Jeſuìta del Colegio, llorava mucho, exclamando: Ay, que me diſminuyen la gente del ſocorro, que me ha embiado el Cielo! Deſpidiòſe tambien de otros Lugares de ſus Eſtados, dando la buelta à Gandìa con movimiento apreſurado,

rado, al modo que andan los Planetas por el Cielo. Hablò à cada uno de los Principales Ciudadanos, Sacerdotes, y Religioſos, y con mas ternura à las Monjas de Santa Clara, en cuya Santidad dexava depoſitada mucha parte de ſu corazon. Entròſe al Eſtrado de Doña Juana de Meneſes, ſu Cuñada, cuyas prendas varoniles la hizieron digna Hermana de la Duqueſa; y deſpues de hazer la ſalva con algunas lagrimas à ſu partida, la diò un devoto Crucifixo, que era alhaja de ſu mayor aprecio, porque orava ſiempre delante de eſta Imagen de Chriſto, por cuyas heridas prodigas avia viſto ſalir piedades abundantemente derramadas: y aſsi la dixo, que eſtimaſſe mucho, porque avia ſido conducto de raras miſericordias, y favores milagroſos para ſu pecho; y parece aver ſido el miſmo, cuyo grito avia eſcuchado de la muerte de la Duqueſa. Paſsò deſde alli al Colegio de la Compañia, y abrazando à ſus Compañeros, dolientes los ojos, ſe deſpidiò mudamente de Fray Juan de Texeda, mudando de ſitio la lengua, y paſſandoſe à los ojos deſde la boca. Llegò al Apoſento del Padre Juan Baptiſta Barma, à quien amava con eſpecial ternura, aſsi porque avia cuydado de la enſeñanza de ſus Hijos, como por ſer Varon eſclarecido en Virtud, Letras, y en Exemplos; y cerrando de golpe la Puerta, le dixo, quanto ſentia arrancar ſu corazon de lo que tanto amava: rogòle, que quedaſſe en lugar de Padre de todos ſus Hijos, Familia, y Vaſſallos: que le tuvieſſe dentro de ſu memoria para pedir continuamente à Dios la perfeccion de ſu Alma. Eſtava el Padre Barma divertido en aquel ademàn, que ocaſiona en ſemejantes caſos la ſuſpenſion, quando el Duque ſe arrojò improviſamente à ſus pies, y ſe los besò muchas vezes, dexando los ojos eſtampadas ſus huellas con ſus lagrimas; y ſe saliò de repente, dexando al Padre tan confuſo, y tan fuera de sì con eſte exceſſo, que primero bolviò el Duque à Palacio, que èl ſe bolvieſſe à sì miſmo.

Año de 1550.

§. II.

HAblò luego lagrimas, y afectos à todos ſus Criados, no eſcuchandoſe de una parte, y otra ſino ſollozos bien reſpondidos: Echò la Bendicion à ſus Hijos, dando à cada uno particulares documentos; y para que fueſſen mas proporcionados, y quedaſſen mas impreſſos, hablò à parte à cada uno, ſellando el deſengaño en el oìdo. A Don Juan de Borja, à quien avia dado la Encomienda de Reyna, le dixo: Que dexava à ſu eleccion el ir aquel Curſo à Salamanca, ò à Alcalà, ò el acompañarle à Roma; à que reſpondiò con modeſtia, que no tenia eleccion, el que no tenia voluntad, ſino para obedecer; pero que ſi huvieſſe de elegir, querria antes ir ſirviendo à ſu Padre en aquel Camino, donde podria aprender mas, que en la que ſe llamava Athenas del Mundo; y aſsi le acompañò con amor, y fidelidad en toda la jornada à Roma, y deſpues à Guipuzcoa. Hablò con ſingular cariño à la Marqueſa de Lombay, ſu nueva Hija, fiando de ſu prudencia el acertado govierno de aquella Caſa, y Familia: que miraria à ſus tiernos Cuñados como à Hijos: que ſu diſcrecion ſerìa un freno ſuavemente poderoſo para regir los pocos años de ſu Eſpoſo el Marquès àzia el camino de la razon; que una Muger diſcreta no debia contentarſe con dominar en la voluntad, ſino ſe entrava por ella à conquiſtar el Entendimiento, que ſuele ſer Paìs ſoblevado. Llamò luego al Marquès; à quien hablò con mas alma, rompiendoſe un bolcàn en ſu lengua, y reſpirando el Mongibelo animado por ſu boca. Dixole, que aunque no podria ignorar yà el fin de ſu jornada, el deſeo de renunciar en èl ſu Eſtado, la reſolucion de hollar de una vez el Mundo viſtiendo la Ropa de la Compañia, era bien que lo ſupieſſe aora de ſu lengua, para que no echaſſe menos eſta confianza. Que ſe acordaſſe, que le dexava conſtituido en ſu auſencia Padre de ſus Hermanos, amparo, y guarda de ſu Familia, pues en cada Criado dexava ſu eſtimacion una joya. Que trataſſe con mucha blandura à ſus Vaſſallos, de ſuerte que fueſſe mas amado, que temido de ellos, eſcuchando como tyrana aquella maxima de Julio Ceſar, *Oderint, dum metuant*, eſcandalo aora de un govierno Chriſtiano, y aun Politico, ſiquiera porque no culpaſſen de ligereza la reſolucion, que tomava de renunciar en un Joven ſu Grandeza, y fiar ſus mas altas obligaciones de una prudencia mas florida, que cana. Rogòle, que miraſſe con eſpecial amor, y reverencia à los Padres Dominicos de Lombay, y à los Jeſuitas de Gandìa, por ſer ambos Monumentos de un Padre, que avia ſabido amarle tanto, ſellando en eſta ultima demonſtracion ſu cariño en fiar de ſus ombros delicados tan noble peſo. Que no le encargava lo que debia aſsiſtir à las Religioſas de aquella Deſcalcèz dichoſa, porque

que teniendo en ella prendas tan eſtimables, y tan proprias, la miſma Sangre serìa Orador mas eloquente dentro de ſus venas. Que obedecieſſe en todo al Padre Barma, à quien dexava por legado todo el reſpeto, de que à èl le hazia acreedor la Naturaleza.

Y acercando mas el Roſtro al de ſu Hijo, ſonroſeado, y lloroſo à un tiempo, como quien llamava toda la atencion del pecho àzia el oìdo, añadió: ó Hijo dulciſſimo mio, tengan las Virtudes ſiempre en Vos ſeguras las eſpaldas, y no oſſen ponerſe delante de Vos los vicios, ſin que buelvan eſcarmentados. Socorred con liberal mano à los deſvalidos, obſervando, que deſde el Cielo los Aſtros miran ſiempre àzia la Tierra con toda la benignidad de ſus aſpectos. No reſolvais precipitadamente, porque en la priſa ſuele tropezar la prudencia, cuya Eſtatua tiene de oro la frente, y de plomo lo demàs de la cabeza. Mirad, que el mejor conſejero es la muerte para hallar un acierto, y el marmol del Sepulcro el mas fiel Eſpejo para conſultar el roſtro, pues buelve en ſombras el reflexo mas inteligible, quanto mas obſcuro; vivid tomando muchas vezes en la mano, con repreſentacion viva, aquella funebre candela, que alumbra triſtemente, y tarde al deſengaño en la poſtrera hora, donde tremula la vida dà la poſtrera llamarada en la boca. No tomeis reſolucion en los negocios ſin el dictamen de los Sabios; y tened recurſo à la Oracion, donde hallareis la fuente, que llamaron de los aciertos. Una coſa os encargo mucho; y es, que trateis à los Liſongeros con mas recato que à los Aſpides, pues tambien dàn el veneno entre flores; antes bien aveis de tener por mas Amigo al que os fuere à la mano, y laſtimare con la verdad vueſtro apetito, que nó el que liſongea el guſto, queriendo hazer complice ſu eloquencia de vueſtro delito. Hijo amado, el Amigo, y el Liſongero, ſe parecen tanto como el criſtal, y el vidrio; pero no ſon menos diferentes, y es meneſter que ſe quiebre el uno en tu zeño, pues aun para Eſpejo es vidrio falſo, que al mas deteſtable monſtruo le repreſenta Narciſo, y miente à la naturaleza el ſemblante todo. Eſcrive con letras de oro eſta maxima en tu pecho; las Leyes que promulga el Mundo contra las de Chriſto, ſon caractères infames, que yo quiſiera borrar con ſangre, y llanto: O què necedad, Hijo, perſuadirſe mucha parte de la Nobleza, y del Vulgo à que no caben en los Gavinetes de un Palacio la honra, y el Chriſtianiſmo! Ni yo, hablando ſencillamente contigo, me tengo por ruìn Cavallero en aver procurado obedecer las Leyes de Chriſto, ni pienſo, que por eſſo te dexo deshonrado. Al fin, Marquès, buelvo à dezirte con mas ternura, que dolor, que me voy de Gandìa, para no bolver jamàs à verla. Aqui le obligò el llanto à que hizieſſe alguna pauſa, y eſtuvieron mudos un rato, ſin que perdieſſe el tiro aquel breve tiempo la eloquencia. Y luego acercandoſe aun mas, y levantando la voz, dixo: Si fuereis el que yo os pido, y eſpero, ſereis verdadero Hijo mio; y ſino un ingrato, ò un monſtruo de los que infaman eſſas Playas del Mediterraneo, y ſerè yo miſmo vueſtro Fiſcal riguroſo en el Tribunal Divino; y las lagrimas, que por Vos he derramado, ſe han de convertir en fuego. Mas no, no ſerà aſsi; porque sè yo bien, que han de llevar los frutos, que aora me dàn en eſperanzas las flores de vueſtros años. Amad à la Compañia, ſiquiera por hazer à vueſtro buen Padre eſta liſonja, que eſte amor quiero yo dexar vinculado eternamente à toda mi deſcendencia: mirad, que yo la elegì por Madre, que la debo todo lo que ſoy en Chriſto, y todo lo que dexo de ſer en el Mundo: Eſta bendicion, buelvo à deziros, dexo vinculada à la Caſa de Borja, à mis Hijos, y Nietos, advirtiendo, que de otra ſuerte los deſconocerè como eſtraños, y los avrè de huìr como à enemigos. Eſcuchadme bien, Hijo mio, que eſte ſerà el grito poſtrero, con que para hablar animoſamente à vueſtra Alma, deſde eſte trage, y fortuna, me eſtà ſocorriendo la memoria. Y echandole al cuello los brazos, empañados los ojos, bolviò à repetir, no dixe bien, no Carlos mio, porque en ti me diò el Cielo un Hijo, y à eſtos Eſtados un Dueño, qual yo no le merecì nunca, y tus Virtudes, y Prendas naturales esfuerzan mucho mis eſperanzas; y ſolo me hazen temer mis culpas, de ſuerte que ſolo puedo temer tus deſaciertos por los mios, y podràs con razon culparme à mi en ellos; como en los aciertos de tu vida debes atribuìr la mejor parte, deſpues de Dios, à la educacion, y exemplos de tu Madre la Duqueſa. Ningun otro amor, que el de Chriſto, pudiera apartar mi corazon del tuyo, y no fuera poderoſo para eſta ſenſible diviſion otro afecto, y apenas un Tyrano, ni un cuchillo. Y aun creo, que vàs conmigo à Roma, porque te llevo en la mas viva parte del Alma. A Dios, otra vez, Hijo amado, que quiſe al principio esforzar el corazon à peſar de la flaqueza;

queza; y al fin, pudo mas eſta, que el valor, pues me fuè rindiendo poco à poco, y và entregando todo el homenage del pecho à la ternura, y haſta la voz quiere eſpirar en la lengua. De eſta ſuerte iba la eloquencia del Duque uſando del amor natural, y del arte para dexar bien impreſſos en la ternura del Marquès los poſtreros aviſos, pudiendo ſer aqui oportuno aquel concepto, *Ars erat eſſe Patrem.* Emmudeciò el Marquès, y deſprendiendoſe mal de aquellos brazos amoroſos, fuè colgado de ellos, y de ſu miſma ſuſpenſion algunos paſſos.

§. III.

1550. LLegò el ultimo dia de Agoſto de el año de cinquenta, en que el Duque avia diſpueſto ſalir de Gandìa, bolviendo las eſpaldas con perpetuo deſdèn à la Grandeza: Llevava conſigo à ſu Hijo Don Juan de Borja, nueve Padres de la Compañia, que fueron el Padre Araòz, Provincial, Miròn, Oviedo, Franciſco Eſtrada, Pedro Tablares, el Padre Roxas, Manuel Sà, Hercules, y el Hermano Juliàn, Compañero en las Viſitas de la Provincia del Padre Araòz. Y merece alguna reflexion, que huvieſſe partido à Roma con otros tantos Compañeros Jeſuìtas, como San Ignacio, quando partiò à inſtituìr la Compañia, adelantandoſe deſde la Francia. Saliò de Gandìa à piè, y con el veſtido ordinario, teniendo fuera de la muralla en ſitio apartado el trage de camino, y el Cavallo, ſaliendo à la deſilada toda aquella Tropa; artificioſa piedad de ſus afectos, para no enternecer, al paſſar ultimamente por las Calles, los corazones de ſus Vaſſallos, y aun las piedras de los Muros, que al vèr marchando à ſu Dueño, y arrancarſe para ſiempre de aquel ſitio, fuera cada Almena un gemido de pedernal, y de fuego. El Marquès ſu Hijo caminava fuera de sì con el Alma, todo lo que el reſpeto, y obediencia hazian quedar el cuerpo apriſionado dentro de Gandìa. Y para que quedaſſe alguna memoria haſta en la Muralla de eſta ſenſible, y verdaderamente prodigioſa deſpedida, cerrò la dichoſa Puerta por donde avia ſalido caminando àzia los Altares ſu Gran Padre San Franciſco de Borja, con piedra hermoſamente labrada, que ſirvieſſe de recuerdo, y de aviſo al Paſſagero, y de muda Hiſtoria à la Edad venidera; y era mas Prophecia, que cerrava duramente la Puerta à que nunca bolvieſſe à entrar por ella el Santo Borja. Aunque muchos años deſpues, muerto Don Carlos, Marquès aora de Lombay, abriò eſta puerta ſu Primogenito Don Franciſco, perſuadido, à que ſobrava qualquier otro recuerdo, quando la fama de ſu Abuelo heroyco gritava eſte ſuceſſo con otras hazañas ſuyas por todo el Mundo, y reſpondia con el eco el Cielo.

Iban haſta treinta Perſonas à Roma en comboy del Santo Duque de Gandìa, llevando en diez y nueve Criados todos los Oficios correſpondientes al decoro exterior de ſu Grandeza. Al poner el piè en el eſtrivo, bolviò la cara àzia las Torres de Gandìa, y con mas lagrimas, que voz, dixo: Quedate amada Patria, y honrada Cuna mia, quedate para ſiempre ſin mi, y con Dios en eſſa dulze Playa: nunca bolverè mas àzia ti mis ojos, y ſi pudiere, he de arrancar de tu Seno haſta los penſamientos: padeceràs laſtimoſa ruìna en mi memoria, ſin dexar en ella piedra ſobre piedra tuya de toda eſſa maquina; pues el movimiento de los Juſtos no ha de ſer en circulo como el de los Planetas, que buelven à repetir ſus Caſas, ò como el de los impìos, que trahen errantes ſiempre los paſſos, *in circuitu impii ambulant*: A Dios iluſtre Palacio, donde dexo tan tiernas, y tan caras prendas, y el corazon dividido en menudos pedazos: que no avia de ſer yo ſemejante à aquel Pajaro medroſo, que no oſſa bolar dexando ſus Polluelos en el nido. La providencia calentarà ſus plumas, y veſtirà ſus alas; que Pollos tan Reales, nunca quedan huerſanos de el Sol, el qual madruga à dorar ſus nidos con los mas puros rayos. A Dios, otra vez, Noble Gandìa, que no me tuviera yo por Peregrino en el Mundo, como debo tratarme, ſi permanecieſſe ſiempre en eſte ſitio: *Non habemus hic Civitatem permanentem.* Iba à exalarſe el corazon en un ſuſpiro, quando bolviendoſe àzia sì el Alma, le obligò à que murieſſe encerrado dentro del pecho; y haziendo la ſeñal de la Cruz, montò ſerenamente à cavallo, empezando à cantar el Pſalmo, *In exitu Iſrael de Ægypto*: y deſpues de acabado, cantò tambien aquel Verſo, *Laqueus contritus eſt & nos liberati ſumus*, *&c.* Aſsi cantava eſte Ciſne ſagrado al morir al Mundo, y al deſpedirſe en las Riberas de el Mar de ſu dulze nido.

Cumpliò con tanta exaccion la palabra de no piſar mas los umbrales de el Palacio de Gandìa, que aun deſpues de Año de 1550.

vein-

veinte y un años, bolviendo à Eſpaña, y llegando à Valencia, no pudo recabar el Cardenal Alexandrino de ſu ſirmeza, que dieſſe una apreſurada buelta por aquella dichoſa Cuna: porque èl ſe avia apartado de ella, mas como difunto, que como auſente fugitivo; y à lo menos queria parecerſe à los Rios, que vàn huyendo ſiempre de aquella roca, que les diò Cuna en una Fuentecilla. El orden de vida, que guardò en eſta jornada, fuè de un Peregrino Santo; haſta en lo material era con admirable concierto, porque iba ſiempre algun trecho delante un Criado practico en el camino, para ſeñalar à los demàs el rumbo; mientras otro caminava perezoſo, reconociendo los Paìſes, y los Mares, y ſirviendo de eſcolta à tantos Baxèles; y toda eſta providencia fuè bien neceſſaria en varias Provincias, infeſtadas de Enemigos, y de rieſgos. Formava aquella Tropa lucida una Congregacion Religioſa, pueſta en hilera, y caſi muda: aviaſe diſpueſto deſde el principio, que fueſſe perpetua la Oracion, todo el tiempo que duraſſe la jornada, repartidas las horas con igualdad entre el Duque, ſu Hijo, y los nueve Jeſuìtas: llevava uno el Relox, y en ſeñalando la hora, ſe le aviſava al que ſeguia, el qual ſe alexava algun tanto de la Tropa, para que ſu Oracion fueſſe menos interrumpida; de eſta ſuerte ſe conſervava ſiempre vivo el fuego ſobre alguna Ara, como en el Templo de la Dioſa Veſta, y eſtava aquel Eſquadron mas ſeguro con la Centinela dormida. Mas el Santo Duque iba abſorto, como ſi cada hora fueſſe la en que le tocava velar orando. Su veſtido èra modeſto, inclinando mucho àzia el Eſtado Ecleſiaſtico; al ſin gala de un Duque Religioſo.

Algunos ratos hablavan ſoſſegadamente de coſas Eſpirituales, renovando aquellas Sagradas conferencias, que tanto celebran en los primeros Hombres de eſpiritu las Hiſtorias. En las Poſadas ſe retirava con los Jeſuìtas à un Apoſento, queriendo que aſsiſtieſſe tambien ſu Hijo; leìaſe en alta voz algun Libro devoto, y el Santo Duque apenas dexava de la mano las Obras de San Dionyſio. Tenian ſus Platicas los mas de los dias, que ſe repartian entre el Padre Araòz, el Padre Oviedo, el Padre Eſtrada, y alguna vez ſe hallava obligado à platicar el Duque de Gandìa, por mas que ſu humildad lo rehuſava. Hazian luego el examen juntos; y deſpues buſcava el Duque lugares retirados, en que ſu devocion pudieſſe dilatar los ſuſpiros: y tomava todas las noches una larga diſciplina, mientras los Compañeros, y los Criados eſtavan profundamente dormidos; aunque algunas vezes los deſpertava el eco del rigor con que ſe heria, contando los Pajes mas de quinientos golpes. Madrugava à la Oracion antes que rayaſſe la Aurora, del miſmo modo, que ſi eſtuvieſſe en la quietud de Gandìa: deſpues ſe confeſſava, oìa Miſſa, y Comulgava, ſin que huvieſſe alteracion en eſta Divina tarèa. Recogia algunos Pobres à ſu Poſada, y les ſervia à la Meſa, ſiendo èſte todo el deſcanſo de la fatiga en tan prolixa jornada. En diverſas ocaſiones, encontrando humildes Peregrinos, ò Paſſageros, les dava ſu Cavallo, y èl ſe iba à piè algunas leguas con grande fatiga, ſin permitir que ſe apeaſſe alguno de ſus Criados, porque no queria que ſu humildad fueſſe mortificacion agena; accion digna de ſer ſeñalada con caractères de oro en la Hiſtoria, vèr al mayor Valido de el Ceſar Carlos Quinto caminar tantas leguas embuelto en ſudor, y en polvo al piè de un Bruto, ſobre el qual iba cavallero un Mendigo.

§. III.

POr la Francia fuè recibido en varias Ciudades con aclamaciones, y fieſtas publicas, y con magnificencia Real de muchos Principes: ſiendo èſta la mas inſigne mortificacion, que padeciò entre las moleſtias de tan prolongado viaje. Al entrar por la Italia le entrò una Poſta de ſu Tio el Duque de Ferrara, Hercules de Eſte Primo-Hermano del Duque Don Juan ſu Padre, rogandole, que quiſieſſe hazer tranſito por Ferrara, donde le eſperava con regocijos el Pueblo, y con anſia ſu Palacio, y que le dexaria ſumamente ofendido, ſi ſe negaſſe à tan juſtificado ruego. No pudo huìr eſta mortificacion, y eſtuvo quatro dias en Ferrara feſtejado bien à peſar del Alma toda: Sucediòle lo miſmo con el Duque Camarino en Parma, y con el Gran Duque Coſme de Medicis en Florencia, adonde no quiſo eſtàr ſino ſolo dos dias, que le parecieron dos Siglos, aſsi porque le retardavan el conſuelo de llegar à los brazos de Ignacio, como porque el verſe entre tan publicos favores, es el martyrio ſin ſangre de los pechos humildes. En todas eſtas Cortes dexaron ſus Virtudes tan impreſſas las

huellas, que no ha podido borrar el tiempo ſus memorias. Eſtava en los feſtines tan dentro de sì, como fuera de ellos, haziendoſe advertir de aquellos Principes eſte exemplo, porque moſtrava bien el roſtro, que los ojos miravan àzia dentro, y que tambien ſabe ſer Eſtatua lo vivo. En la Meſa jugava con la comida, de ſuerte, que apenas la guſtava, engañando con la apariencia à los mas de los que concurrian à la Meſa. La Quadra de Palacio en que le hoſpedò el Duque de Ferrara, eſtava mageſtuoſamente veſtida, y la Cama cercada de un brocado precioſo; pero el Santo cerrando con llave las Puertas, quando ſe iba à recoger, deſpues de larga Oracion, ſe arrojava ſobre una alfombra al piè de la miſma cama; mortificacion, que no pudo encubrir un dia de la atencion de el Duque de Ferrara, por mas que deſeava eſconderla entre la ropa delicada, y precioſa de el lecho, que deſordenava de induſtria, para que ſe creyeſſe que avia dormido entre ella. Aſsi el Duque de Florencia, como el de Ferrara quedaron reſueltos à fundar en ſus Dominios Colegios de la Compañia: y de paſſo recabò tambien con el Legado de el Papa, que perficionaſſe el Colegio de Bolonia; mereciendo llamarſe Autor principal de eſtas Fundaciones San Franciſco de Borja, cuyo exemplo ſiempre fecundo, parece que iba ſembrando Caſas à ſu Religion por el camino.

Quiſiera llegar de noche à Roma, antes que pudieſſe ſoſpecharſe ſu entrada; pero mas allà de Viterbo recibiò un Expreſſo, con la noticia de que ſe prevenian muchos Cardenales, Embaxadores, y otros Principes, para ſu recibimiento, porque les obligava à eſta demonſtracion el caracter, y el honor de ſu Perſona, las prendas relevantes, que ſu Gran Caſa avia dado à la Igleſia, y el atenderle Valido de aquel Emperador, à quien ſe arrodillava entonces entre temeroſo, y liſonjero el Mundo. Eſcriviòle tambien San Ignacio, esforzandole para llevar eſta Cruz de el honor, mas peſada que no la de la deshonra. Saliò entre los demàs à recibirle un Camarero de el Papa, que le diò de parte de ſu Santidad la bienvenida, y le ofreciò el Sacro Palacio, para todo el tiempo que quiſieſſe eſtàr en Roma. Tambien le ofrecieron ſus Caſas muchos Cardenales, pero Borja ſe eſcuſava con los Jeſuitas, que venian en ſu compañia, à quienes avia dado palabra de hoſpedarſe en ſu Colegio en Roma. Quando el Santo Duque deſcubriò deſde alguna diſtancia la multitud, y mageſtad que ſalia à recibirle: quando viò acercarſe otra Roma movediza fuera de los Muros de la Nueva, y Antigua Roma: quando atendiò que venia el Embaxador de Eſpaña, gran numero de Cardenales, Prelados, Titulos, y entre ellos Fabricio Colona con gran tropa de Nobleza, y Cavalleria; y aun las Familias de otras Iluſtres Purpuras, que ſe adelantavan con muchas Carrozas: quando viò venir delante tantos Càvallos de dieſtro con ricos jaezes, yà undoſas, yà rizadas de cintas las crines, dixo con humildad feſtiva: *Que en aquella Corte no ſe avria hecho recibimiento mas oportuno, pues à recibir una Beſtia ſalian tantas.* Entrò, pues, triumphando en aquella Ciudad triumphadora de el Mundo, hollando Laurèles, y rompiendo por entre pompas, y aclamaciones, (iluſtrando en tantas Carrozas ſu triumpho, donde iba forzada la humildad como glorioſo priſionero) que le pudieran tener embidia las cenizas de Julio Ceſar deſde la Urna, deſpues de aver entrado triumphante cinco vezes en Roma.

Todo lo que ſucediò en eſta feliz jornada, y los aplauſos de ſu entrada en Roma, deſcrive el Padre Tablares, que fuè teſtigo, y compañero deſde Gandìa, en una Carta eſcrita pocos dias deſpues de aver arribado el Santo Duque con tanta gloria à las margenes de el Tybre, que dize aſsi: *El guſto que el Señor Duque recibia en el camino con los Exercicios de los Padres que veniamos con èl, lo pagava de mortificacion con los recibimientos que le hizieron en Francia, è Italia, eſpecialmente en Parma el Duque Camarino. Llegados à Bolonia, fuè à vèr el Señor Duque à los Padres, con cuyo amor, y recibimiento ſe gozò mas ſu eſpiritu, que con ninguno de los paſſados. De alli venimos à Ferrara, el recibimiento fuè mas grande: quedò el Duque de Ferrara con la comunicacion de el Santo, determinado à hazer alli un Colegio de la Compañia. De alli venimos à Florencia, dexo las demonſtraciones, que el Duque, y Duqueſa hizieron con ſu Señorìa: quedaron tambien en voluntad de hazer alli una Caſa de la Compañia. De alli partimos para eſta Ciudad, y queriendo el Señor Duque entrar de noche, ſin hazer ſentimiento de ſu venida, topamos mas allà de Viterbo*

un

un Criado del Cardenal de la Cueva, que eſcrivia al Señor Duque, como yà ſe ſabia en Roma ſu venida, que permitieſſe ſe le hizieſſe el recibimiento, que convenia à ſu Perſona, porque eſto ſe debia à la authoridad del Emperador, y à la de ſus mayores: y que aunque viniera à piè con un bordon en la mano, ſe debia eſto. Otros Señores acudieron à N. P. General, y fuè bien meneſter que ſu Paternidad eſcrivieſſe al Señor Duque, que recibieſſe eſta mortificacion con las paſſadas, pues venia tan ſin quererla, y tan importunado de tantos Señores, y aſſi à dos, ò tres leguas comenzaron à llegar muchos Cavalleros Italianos, y Eſpañoles, deſpues ſaliò el Embaxador con muchos Señores, y Prelados. Dizen, que no quedò Corteſano alguno que no ſalieſſe alli: cierto parecia un Exercito, y con todo èl ſe vino à apear à eſta Caſa, antes tan perſeguida, y aora tan eſtimada: en la qual ſu Señorìa haſta aora ha ſido viſitado de muchos Señores, y Cardenales; tanto, que ha ſido eſto coſa nueva en Roma. Eſtà cada dia eſta Caſa llena de Cavalleros, y Señores, que parece Corte. Oy dia de los Apoſtoles San Simon, y Judas fuè ſu Señorìa à beſar el piè à ſu Santidad muy acompañado, y hablaſſe mucho en el particular amor con que fuè recibido del Papa, el qual dixo à ſu Señorìa, que penſaſſe en alguna coſa que pedirle para quando otra vez ſe vieſſen, que ſe le otorgaria de buena voluntad. Dixo un Cardenal de los que eſtavan preſentes à un Cavallero, que poſſa en eſta Caſa, que deſpues de ſalido el Santo Duque, dixo ſu Santidad: Grande es el valor, y eſpiritu, que he viſto en eſte Señor, plegue à Dios ſe le acreciente para ſu mayor gloria. Aora queda ſu Señorìa pagando las viſitas, deſeoſo de verlas acabadas, por bolver à ſu recogimiento, aunque deſto por nadie deſiſte un punto. Haſta aqui la relacion de el Padre Tablares, donde ſe vè quanto honra Dios à los humildes: pues ſe vieron de una vez los ſiete Montes inclinar reverentes à un foraſtero ſus cervizes.

CAPITULO XI.

RECIBE S. IGNACIO AL DUQUE en ſus brazos con indecible gozo: Admira la inſigne devocion de Borja à la Corte Romana, donde es favorecido con ſingulares demonſtraciones de cariño del Papa Julio III. Hazañas de ſu humildad heroyca dentro del Colegio de la Compañia.

§. I.

LLegò con todo eſte ruidoſo aparato, y ſolemne acompañamiento à la humilde Puerta de nueſtro Colegio, honrando la providencia con eſte triumpho à la Compañia, que ſe hallava entonces muy abatida, reſpirò con eſta nueva gloria, y vino en Carro de luz el San-Telmo à ſoſſegar la tormenta, anegando en eſplendor la Barquilla. Eſtava San Ignacio con todos ſus Hijos, ordenados en fila, eſperando à la puerta; mirò el Duque àzia el ſemblante de Ignacio, y le conociò luego el corazon con un buelco, que quiſo ſer inſtinto, y fuè milagro inquieto del imàn con ſu norte: miròle fixo, y bolviò à mirarle mas atento: ofuſcavale à vezes la multitud el objeto, y bolvia à cobrarle cuydadoſo, brujuleando deſde lexos en aquel roſtro la Divinidad del pecho. Queria arrojarſe el corazon de ſu trono, para ſaludarle; pero deteniale el concurſo en el Atrio, donde le ſaludò con breve, diſcreto elogio, en nombre de todo el Colegio, el inſigne Padre Andrès Fruſio en Verſo Latino, que ſe pone aqui, por ſi, ò la curioſidad, ò el genio quiſiere eſcuchar la ingenioſa dulzura de ſu canto.

Año de 1550.

INclyte Dux, Salvè, me cum te tota ſalutat
hæc domus, adventu lætificata tuo.
Tu licet advenias tamquam novus hoſpes in urbem;
& gente, & fama jam benè notus eras.
Nominè quippe tuo totam gens Borjia Romam
implet, honorificis ſuſpicienda jugis.
Cuncti mirantur, quod in has diverteris ædes;
quem tot Magnates in ſua tecta vocant.
Pontificis Summi te Sacra Palatia poſcunt:
te invitant Proceres, Purpureique Patres.
Cur venis huc igitur? Num janua forte fefellit?
nempe quis hic habitet limina ſcripta docent.
Scilicet à Domino Domus hæc dominatur Jesvs,
hic un egenus erat, ſic & egena domus.

Criſtum Dux alius facile erubuiſſet egenum;
ſumma tibi pauper gloria Chriſtus erit.
Ingredere has igitur jam nunc feliciter ædes
ut intres fœlix limina Sacra Poli.

Y Es aſsi lo que inſinùa con eſpiritu elegante el Poëta, que mirando la pequeñèz, y el abatimiento de la Compañia, que aun eſtava en la Cuna, y la eſtrechavan enroſcadas la calumnia, y la embidia; y viendo al miſmo tiempo el triumpho, con que el Duque entrava ocupando la admiracion de Roma, pudiera parecer que avia errado la Caſa, quando parò toda aquella Mageſtuoſa Grandeza al umbral humilde de la Compañia: al modo que con aſſombro de la tierra parò toda la Real Pompa de tres Mageſtades, y una Eſtrella en el pequeño alvergue de Belèn, donde JESVS eſtava en la Cuna. Y pudiera preguntar la prudencia del Siglo à los Reyes, y al Aſtro hermoſo, ſi avian errado el ſitio? El breve rato, que deleytava, y detenia al Padre Fruſio, à tan Iluſtre Auditorio, eſtava el Santo Duque violento, oyendo ſin atencion los numeros, y los elogios; mirando ſiempre por entre la confuſion, ỳ tumulto à Ignacio, reconocia al que viò ir priſionero por malhechor en las Calles de Alcalà, y aora le mirava reverenciado como iluſtre Patriarca en la Cabeza de el Mundo. Mirava reciprocamente Ignacio al Duque Borja, y en aquel Hijo le deſcubria la providencia una dilatada Region à la eſperanza, y al aumento de la Compañia, regiſtrando propheticamente lo que Eneas en ſu Hijo Aſcanio, cuya llama en las ſienes alumbrava al Imperio futuro, y dexava bien ſeñalado à la Corona el ſitio.

Apenas ſe deſprendiò el Duque ligeramente de tantos embarazos honroſos, y de tantos grillos Corteſanos, quando ſe arrojò à los pies de S. Ignacio aquel corazon ſediento, para hartar la ſed en aquella Fuente pura por donde corrian altamente los prodigios de la gracia: intentò Ignacio levantarle del ſuelo; mas fuè en vano, porque pudieron mas el Duque, y ſu rendimiento, con que ſe hallò obligado à doblar tambien las rodillas en el ſuelo, hurtandole al Duque la mano, que queria llegar à ſu roſtro, y echandoſela al cuello. Deſta ſuerte, inclinados el uno al otro, ſe abrazaron aquellos dos grandes Polos del Mundo: y al fin hizo preſa el Duque de la mano, porque ſe fatigava de que ſe le negaſſe eſte conſuelo: besòla muchas vezes con reverencia de Hijo, y pidiò la bendicion deſpues à ſu Gran Padre, y Maeſtro. El gozo que tuvieron eſtos dos eſpiritus enlazados, las ternuras que à competencia derramavan ſus ojos, no deben fiarſe à la pluma, ni cupieran en la mayor eloquencia; pues à los dos, que las padecian, los dexaron mudos. Dirè ſolo lo que teſtifica el Padre Dionyſio, que muchos dias no acabavan de contemplarſe, ni atenderſe el uno al otro; ellos ſe miravan, y ſe encendian mutuamente, reververando los aſpectos de ambos Planetas con luzes encontradas. Cotejava la Santidad de ſu Iluſtre Patriarca con la que tanto avia venerado del Apoſtolico Fabro en Barcelona, y en Gandìa; y dixo algunas vezes, tuve ſiempre à Fabro por un eſpiritu Gigante en el Mundo; mas quando le quiero comparar con Ignacio, me parece medir la eſtatura de un Niño con la de un Gigante deſmeſurado. Con que yo, que ſiempre fuì Niño delante de Fabro, me debo llamar nada delante de Ignacio, Atlante del Cielo. Abriò el Duque todo ſu pecho à San Ignacio, deſeando que no quedaſſe en ſu corazon ſeno alguno, que no regiſtraſſen los ojos, linzes de ſu Maeſtro: tomò ſus inſtrucciones ſecretas, eſtudiava en ſu prudencia las mas delicadas maximas: communicòle Ignacio mas profundamente el Inſtituto de la Compañia, bebiendo el Duque en la Fuente ſu mayor pureza, para governarla deſpues ſegun los dictamenes de aquella Regla viva. Comia con el Duque San Ignacio, ſiempre que ſus achaques le permitian eſte obſequio cariñoſo. Aſſombrabaſſe el Santo Duque de oìr aquel Oraculo animado, de vèr la perfeccion mas alta de el Evangelio, abreviada en aquel dechado portentoſo: de eſcuchar los fines glorioſos, los medios, el ingenio de amor, las trazas, los conductos ſecretos, y la armonioſa proporcion, con que ſe avia fabricado eſta grande maquina, donde contemplava aquel milagroſo laberinto, en que no ſabe perder la caridad el hilo de oro, y pierde el tino, y la razon el Vulgo.

*** *** ***

§. II.

§. II.

DEſcansò el Duque algun tiempo de la fatiga del camino bien hallado en el Apoſento, que San Ignacio le diſpuſo, que eſtava ſeparado del comercio, y que por una parte mirava à la Huerta, y por otra ſe acercava al Altar Mayor, adonde tenia Tribuna. Besò deſpues muchas vezes el Piè à la Santidad de Julio Tercero, que alabò mucho ſu reſolucion Chriſtiana en venir deſde tan lexos à reconocer aquellos Lugares Santos: y añadiò, que ſi los demàs Principes imitaſſen ſu exemplo, ſe veria florecer la piedad, y el fervor de la primitiva Igleſia en el Mundo. Bolviò à combidarle con ſu Palacio, y otros Cardenales repitieron las inſtancias con raro esfuerzo, pareciendoles alvergue deſacomodado à tanta grandeza nueſtro Colegio; mas el Duque ſatisfiſo à todos con la palabra que traìa empeñada deſde Gandìa, y con añadir, que eſtava tan guſtoſamente hoſpedado, y aſsiſtido, què no echava menos en aquella Cabaña pobre el eſplendor, y la magnificencia de los Palacios; propriedad, que ſuele diſtinguir los eſpiritus Nobles, y magnanimos, de los Plebeyos, deſpues que llamaron Caſa los tres Sabios Reyes al miſmo Portal, que pareciò Peſebre à los Paſtores.

Intrantes Domum. Matth. 2.

Aviendo cumplido con las atenciones forzoſas, y dexando ſatisfecha la urbanidad de Cavallero en tantas viſitas, ſe dedicò todo à los Templos famoſos, y à frequentar los Lugares Sagrados: diſpuſoſe para ganar el Jubileo con una Confesſion de toda ſu vida, anegando en lagrimas ſus culpas, y procurando lograr en todas partes las Indulgencias, de que ſon tan fecundos aquellos ſitios. Iba à piè por las Calles en eſtas devotas Eſtaciones tan dentro de sì miſmo, que los primeros dias causò eſtrañeza, y los ſiguientes veneracion al Pueblo, el qual preſagio de lo futuro dezia, que aquel Señor avia de ſer un grande Santo; y que ſegun el amor que moſtrava à los Jeſuìtas, ſin duda eſtava deſtinado à iluſtrar ſu Ropa, y ſus Aras. Los favores, que recibiò de la Divinidad en varios Templos, en la pequeña Tribuna de el Colegio, en el trato intimo de Ignacio, fueron grandes, repetidos, y myſterioſos, refierenlos à bulto los Hiſtoriadores, porque ſe perdieron ſus memorias individuales entre la confuſion de aquella Corte, y tumulto de las gentes, queriendo tambien ſu humildad dexarlos enterrados entre las cenizas ſantas de aquellos Sepulchros. Informavaſe menudamente de todo, no yà tanto de las antiguas venerables ruìnas, de las Urnas de ſus Ceſares, de ſus Anfiteathros, y Capitolios, de ſus bronzes caducos, donde no ay piedra ſin epitaphio, ò ſin memoria: quanto de las piedras Sagradas de los ſitios donde padecieron los Martyres mas glorioſos, formando un dilatado Mapa dentro de ſu memoria de las glorias, laſtimas, y antiguedades precioſas de aquella Gran Cabeza, que ſirve à dos Mundos de Tiàra. Aſsi queriendo el Ceſar reconocer un dia las ruìnas laſtimoſas de Troya, dezia con triſte reflexion el que ſe las moſtrava: Aquel que aora es pobre arroyuelo, fuè el eſpumoſo Xanto, ſobre aquel cimiento ruìnoſo tuvo Priamo ſu Real Palacio, aquella piedra ſirviò de Ara cruel à ſu ſacrificio; y ſeñalando àzia otra parte con el dedo, dezia, aquella piramide hermoſa fuè honor, y Almena de la Muralla, por aquel deſtrozado muro entrò el mentido fatal cavallo, y un Paladion en cada pecho Griego: eſtos Campos, que aora llevan Mieſes, llevaron Torres. Y no pudo ſeñalar mas ruìnas, porque perecieron tambien las memorias, ſiendo tan grande el eſtrago, que ſe padeciò à sì miſmo.

Invenerunt Infantē poſitum in præſepio. Lucæ 2.

Etiam periere ruìnæ.

El tiempo que eſtuvo en Roma, adelantò mucho la Compañia: exortò al Arzobiſpo de Genova à fundar un Colegio en aquella Ciudad, de donde ſe deribaron tan ſaludables corrientes en toda ſu Republica. Diò principio al Colegio Romano, de que ha cogido la Religion Catholica tan abundante fruto, èl ha ſido freno de tanto monſtruo, azote de las heregias en tantas Provincias de el Mundo, Alcazar de la Fè, y Eſcuela de la Piedad. Diò luego ſeis mil ducados, para que ſe empezaſſe la Fabrica, y juntò nueva limoſna, con que ſe hizo la pared grande de el Jardin, que correſponde à la Calle: eſcriviò à varios Principes Alemanes, Eſpañoles, y Franceſes, para que concurrieſſen à eſta maquina armada contra la heregia, embiando alguna juventud noble de aquellas Provincias ſuſtentada à expenſas ſuyas: al renunciar ſu Eſtado, ſuplicò al Ceſar Carlos Quinto, que los quatrocientos mil maravedìs, que gozava por merced ſuya en los Puertos ſecos, ſe aplicaſſen à eſta Fabrica por eſpacio de cinco años, lo que otorgò guſtoſamente el Emperador, y deſpues el Señor Rey Felipe Segundo

le prorrogò por otros cinco años eſta merced. Conſiguiò mil ducados de renta de un Cavallero ſu grande Amigo para eſte miſmo aſſumpto, que prophetizava avia de ſer para mucha gloria de Dios, y utilidad del Mundo. Y no ceſsò Borja de promover eſta Fabrica todo el tiempo que le durò la vida; y al perderla, dexava yà el Colegio tan numeroſo, que ſuſtentava mas de ciento y cincuenta de la Compañia, y tan florido, que concurrian à ſer educados con ſus exemplos, y en ſus Eſtudios mas de mil generoſos Mancebos eſcogidos de varios Paìſes Catholicos. El Colegio ſe llamò por muchos años de Borja; pero el Santo rehusò el titulo de Fundador, que San Ignacio le ofrecia para ſu Caſa: porque eſperava, y preſentia, que con eſte motivo ſe avia de excitar à perficionar tan iluſtre monumento algun corazon magnifico, y devoto: y aſsi ſucediò, pues tomò eſta Fundacion deſpues à ſu Paſtoral cuydado el Pontifice Auguſto Gregorio Dezimotercio, como el Santo Duque con mucha luz tenia previſto, y con alguna obſcuridad ſiempre myſterioſa avia prophetizado.

Recabò del Obiſpo de Eſquilache, que fabricaſſe Igleſia algo mas dilatada à la Caſa Profeſſa, eſtrechando el corazon la que antes avia, quando pedia ſu dilatacion la mas noble, y mas numeroſa frequencia; y el miſmo Duque aſsiſtido de ſu Hijo, acompañado de ſu Padre Ignacio, de muchos Cavalleros, y Pueblo, puſo la primera piedra, y concurrieron todos con anſia à profundizar la tierra, y à conducir agua. Aunque deſpues de algunos años labrò la piedad otra mas ſumptuoſa Igleſia, mucho mas capàz que la ſegunda, y de quien pudiera ſer Capilla la primera. Aſsi procurava dilatar, y promover el Santo Borja la nueva Religion de la Compañia por todos los terminos de la tierra: y parece que quando ſe deſtinava à la Compañia eſte grande Hijo, eſtava San Ignacio, como ſolia, mirando àzia las Eſtrellas, y la Providencia àzia las orillas, contando entrambos los rayos, y las arenas.

§. III.

EL conſuelo, y la edificacion, que en Roma causò el Santo Duque à los de la Compañia, fuè uno de los mas iluſtres teſtimonios, que de una humildad verdadera ſabe dàr una Alma heroyca: exercitava en aquel eſtado los mas baxos oficios, y por eſſo mas glorioſos; ſervia à la Meſa acompañandole ſu Hijo Don Juan de Borja, ambos deſcubierta la cabeza, con tanta devocion, y reverente ſilencio, como cuydado: los que eſtavan ſentados, notavan, y aun leìan en ſu ſemblante encendido, humildad, y fuego; miravan al Joven mas vizarro en ſu Hijo, cubiertas las ropas de ſeda, y oro, con un lienzo rudo, andar ſolicito, no ſolo ſirviendo, ſino adivinando à todos el guſto, y queriendo exceder à ſu Padre en el obſequio. Una noche que San Ignacio, con algunos Padres, cenò deſpues de la Comunidad, por no sè que ocupacion, porfiò el Duque, y con èl ſu Hijo, que avian de ſervir la Cena, ſin que ſe pudieſſe recabar de ſu humildad, y de ſu amor otra coſa. El dia primero, que comiò con la Comunidad toda en el Refectorio, le obligò San Ignacio à que tomaſſe el primer aſſiento; pero eſtuvo tan mortificado, que para deſpicar à ſu humildad de eſte honor, pidiò con muchos ruegos à Ignacio que les permitieſſe otro dia à èl, y à ſu Hijo comer en una meſilla baxa, que pueſta en medio del Refectorio, eſtà ſeñalando el ſitio de la humildad, y de la penitencia, yà voluntaria, yà forzoſa: condeſcendiò con ſus lagrimas Ignacio, y mandò que ſe les trataſſe con aquella ſuave aſpereza, que ſolia uſar con los que avian cometido alguna falta; y aſsi deſpues de averſe ſentado entrambos, ſaliò un Hermano à reprehenderlos, eſcuchandole el Duque, y ſu Hijo con la miſma reverencia, y confuſion en el roſtro, con que eſcucha la ſentencia de ſu Juez el mas delinquente reo: y levantandoſe al punto de la Meſa, besò los pies al que emmendava ſu vida con caſtigarla, y adorò el azote en manos de la caridad, y de la prudencia.

El dia de la Purificacion, año de 51. dió de comer Borja à la Comunidad, y quiſo ſervir con ſu Hijo la comida en honor de MARIA SANTISSIMA: acabado eſte humilde exercicio, paſſaron ambos à la cocina à fregar los platos, porfiando en fuga, y competencia, pocas vezes viſta, Hijo, y Padre ſobre excederſe en aquel empleo, haſta que Don Juan de Borja quebrò en ſu miſma priſa uno de los platos, que arrebatadamente fregava; y aviendo advertido antes lo que hazian los Religioſos en ſemejante caſo, ſe fuè con velocidad, y fervor de Novicio al Refectorio, donde eſtavan muchos ſentados à ſegunda Meſa, y deſnudos los brazos, ceñido como eſtava doblò las rodillas ſobre la tierra, pidiò una peniten-

Año de 1551.

ten-

tencia por aquella falta, ò deſcuydo de quebrarſele entre las manos el barro: no pudieron contener la riſa, ni al miſmo tiempo las lagrimas, que unas, y otras eran eloquentes panegyriſtas, porque en las acciones admirables, y nuevas no ſe oponen entre sì los afectos, ni ſe encuentran las olas, y tiene ſus fluxos, y refluxos el corazon en ellas.

CAPITULO XII.

PIDE LICENCIA EL DUQUE al Ceſar Carlos Quinto, para renunciar ſu Eſtado. Quiere hazerle Cardenal el Papa Julio III. Sale fugitivo de Roma à la Provincia de Guipuzcoa, y viſita en la Gran Caſa de Loyola el ſitio dichoſo donde naciò San Ignacio.

§. I.

EStava el Duque oprimido con el peſo intolerable de el Eſtado de Gandìa, que fatigava ſu paciencia, y ſudavan con eſte cuydado ſu humildad, y ſu invencible ſufrimiento. Anhelava por derribar aquella Eſtatua de oro, y deſcubrir el barro humilde que animava dentro de ſu eſpiritu Religioſo: queria eſtàr en la Cruz deſnudo, aun de aquel exterior, y aparente veſtido, porque no le parecia oportuno eſtàr en un leño deſangrado, y con ropas de oro. Tenia frequentes Audiencias de el Vicario de Chriſto, y en una (deſpues de aver pedido licencia à San Ignacio) comunicò à ſu Santidad eſte deſeo, dandole cuenta del eſtado de ſu vida, y de ſu Profeſsion Religioſa: alabò el Sumo Pontifice reſolucion tan varonìl, y tan ſanta, admirando los ſecretos influxos de la Divina Providencia. Tomò ſu bendicion el Duque lleno de gozo, y bolviendoſe al Colegio, deſpachò à Don Gaſpar de Villalon, antiguo criado ſuyo, y devoto Cavallero, à Alemania, donde ſe hallava Carlos Quinto, con una Carta, que dezia:

Año de 1551. *NUeſtro Señor ſabe lo que yo he deſeado la venida de V. Mageſtad en Italia, para poder dezir lo que tengo de eſcrivir; mas como ſea no alcanzar lo que me avia de conſolar, pues que no merezco ſer conſolado, doy gracias al Señor por ello, y aun me perſuado que podrè mas ſervir à V. Mageſtad en auſencia, que en preſencia; y anſi dirà la pluma, lo que avia de dezir la lengua, y de qualquiera manera con grande confuſion, por aver de dezir à V. Mageſtad, que ſiendo tan grande pecador, como V. Mageſtad en parte ha viſto, por el mal exemplo que he dado, andando en ſu Imperial Corte, y ſiendo criado de ſu Caſa, de lo qual, quan humilmente puedo, ſuplico el perdon, ofreciendome à la pena, que nueſtro Señor dende el Cielo, y V. Mageſtad en la tierra me quiſieren dàr. Tràs eſto digo, Ceſarea Mageſtad, que aviendo merecido mis pecados tantas vezes el Infierno, y el mas abominable lugar dèl, ha querido eſte Señor, y Dios de las miſericordias aguardarme, haſta que abrieſſe algo los ojos de mi Alma, para vèr lo que ha hecho por mi, y lo que yo he hecho contra èl, y aſſi deteniendome en eſta eleccion deſde que falleciò la Duqueſa, deſpues de averlo conſiderado quatro años, y aviendoſe ſobre ello hecho muchas Oraciones à nueſtro Señor por diverſos Siervos ſuyos, creciendo cada dia mas los deſeos, y quietandoſe mas las tinieblas de mi corazon, me dà confianza que, no obſtante que no merecia entrar en la Viña del Señor, y mas viniendo tan tarde, y aviendo ſido mi oficio arrancar las cepas, que otros plantavan; con todo, por ſer la Divina Bondad ſin medida, y ſu clemencia un pielago ſin ſuelo, ha ſido ſervido de mover à eſtos Siervos ſuyos de la Compañia de Jesvs à que me admitieſſen en ſu Religion; en la qual aunque ha dias que dezeo vivir, y morir, no he podido efectuarlo, haſta cumplir con la obligacion, que el Padre debe à ſus Hijos, de la qual pienſo ſer libre dentro de dos, ò tres meſes; y aſſi no mirando eſtos Padres à mi, ſino à las palabras de Chriſto nueſtro Redemptor, que dize: No aver venido à llamar à los Juſtos, ſi o à los pecadores, creo que cumpliràn mis deſeos; por lo qual ſuplico à V. Mageſtad como ſu Vaſſallo, y Criado, y Comendador de la Orden de Santiago, ſea ſervido de darme ſu Imperial, gracioſa, y agradable licencia, para que en eſtos pocos dias, que me quedan de vida, pueda en alguna manera acordarme del tiempo perdido, y reconocer la miſeria, y peligro del preſente, y proveer para la incertidumbre del venidero. Y ofrezco, que ſi nueſtro Señor me dà gracia para emmendar en algo mi vida, ſerà para muy continuamente en los Sacrificios, y Oraciones rogar à ſu Divina Mageſtad acreciente en V. Mageſtad la ſalud eſpiritual, y corporal, para que aſſi como le ha dado Victorias contra los Infieles, y Hereges, las dè tambien contra las Guerras, y paſſiones del Hombre viejo, ſi algunas quedan por mortificar, y vencer; y abraſe, y encienda ſu Alma en el Amor, y Memoria de la Paſſion de Chriſto, que pueda dezir con el Apoſtol:* Mihi abſit

abſit gloriari, niſi in Cruce; *porque los que guſtan la Cruz, la tienen por deleyte, y los deleytes por mayor Cruz, ſaboreandoſe en los trabajos, y llorando, quando ſe vèn ſin ellos, y ſin dolores; el que los padeciò por V. Mageſtad en la Cruz tan intenſamente, guarde ſu Imperial Perſona. De Roma à quinze de Enero de* 1551.

§. II.

ESperava el piadoſo Duque la reſpueſta del Ceſar en Roma, donde avia determinado veſtir la Ropa de la Compañia, y vivir à la ſombra del Grande Ignacio, ſin apartarſe nunca ſino le forzaſſe la Obediencia, por no perder de viſta aquel dechado de Santidad, en quien continuamente eſtudiava Luz, y Gloria de Dios; pero la Sabiduria incomprehenſible tenia tomadas otras lineas à ſu vida, y tenia levantado aquel cuchillo ſangriento, que divide con dolor intolerable un Alma de otra. Avia formado el Papa Julio Tercero tan alta idea del Duque de Gandia, que le pareciò no podria dàr à la Igleſia Purpura mas glorioſa: comunicò ſu penſamiento à los mas confidentes Cardenales; y como los ſecretos ſe canſan de vivir encerrados, à pocos dias ſe divulgò por toda la Corte de Roma eſta determinacion del Papa: llegò ſegura al Duque eſta noticia, que lleno de congoja ſe fuè à San Ignacio, que tampoco eſtava eſſempto de el ſuſto de tan grande rayo, diſcurriendo los medios mas eficazes, y promptos, para eſcapar de eſte peligro, y ſaliò reſuelto de la conferencia, que partieſſe luego fugitivo de Roma, y ſe fueſſe à eſconder entre la eſpeſura de los montes de Cantabria, cuyas nobles Cimas ſon en todo privilegiadas; de ſuerte, que para huìr las Dignidades, hizo lo miſmo, que muchos Santos primitivos, para huìr las mas crueles perſecuciones. Diſpuſo con brevedad la jornada, en que le acompañaron el P. Araòz, D. Juan de Borja, y los demàs Jeſuitas, que avian venido de Eſpaña. Deſpidiòſe con inexplicable ternura de ſu dulze Padre, y Patriarcha, tomando ſu bendicion con el ultimo doloroſo abrazo, que eſtrecha las Almas, para apartar los cuerpos; y eſtando tan tiernos, y lloroſos ambos corazones, y tan apretadamente unidos en aquel poſtrero lazo, quedaron mutuamente impreſſos uno en otro, que por eſſo el Amor Sagrado ſe quiſo llamar en la Eſcritura Sello.

Valiòſe del ſilencio, y obſcuridad de la noche, para la ſalida: y deſde la falda de los Montes de Roma; el dia quatro de Febrero, empezò à ſaludar à las Cumbres de Vizcaya, haziendo la ſalva à todo el Occeano Cantabrico deſde las margenes del Tybre. Diſpuſo la buelta con el miſmo orden, que la venida, ſin diſcrepar un punto, ſino en que venia lleno de conſuelo, y eſperanzado de deſnudar en Roma toda la Grandeza, y aora bolvia oprimido del ſuſto, de que le alcanzaſſe por el camino el Capelo: ſi bien tenia eſcondida en el pecho no sè que confianza ſecreta, que batiendo obſtinadamente las alas, ſino apagava del todo los temores del animo, calentava el corazon, y enfriava al miedo. Deſeava ardientemente paſſar por Loreto, y en aquel dulciſsimo ſitio derramar ſu eſpiritu, para beber calladamente eſperanza, luz, y conſuelo; pero venciò el temor al deſeo, y emprendiò el mas breve camino, cediendo el campo la devocion à la humildad. Año de 1551.

Llegò à la Provincia de Guipuzcoa, y ſe enderezò anſioſo àzia la Iluſtre Caſa de Loyola, Noble Cuna de la Compañia: Apenas ſe apeò, quando ſe entrò oſſadamente por el Palacio, preguntando por el feliz ſitio, en que avia nacido aquel Gigante, que ſe deſcollava ſobre uno, y otro Mundo: luego que fuè conducido à la Quadra, donde ſaliò à mucha luz aquel Planeta, ſe poſtrò en el ſuelo, que eſtava yà convertido en Oratorio, y le besò muchas vezes, regandole con ſu llanto: deſpues levantando los ojos, diò gracias al Cielo de que huvieſſe embiado en los ultimos tiempos à ſu Igleſia ſocorro tan eſforzado en el Cantabro mas animoſo. Suplicava con gemidos à Dios por interpoſicion del miſmo Ignacio, que pues ſe avia dignado hazerle el mas humilde Hijo ſuyo, le comunicaſſe parte de ſu eſpiritu, para que no degeneraſſe de Padre tan heroyco. Oyò Miſſa en el Oratorio aquella mañana, y recibiò la Sagrada Euchariſtia, bañado en nueva mayor dulzura, que deſtilava en ſu corazon el Cielo, no yà gota à gota, ſino en torrente deleytoſo de gracia.

Avia muerto ſin hijos Pedro Miguel de Araòz, Tio del Padre Araòz, dexando à la Compañia unas Caſas en Oñate, y con ellas alguna hazienda, para dàr principio à un Colegio en aquella Iluſtre Villa: con eſta ocaſion partiò el Duque à Oñate, adonde ſe quedaron en ſu compañia algunos Padres, y Hermanos, y los demàs ſe fueron à diſtintos Colegios, ſegun eſtavan ſeñalados. Eſtava el Duque eſperando

do por momentos la reſpueſta del Emperador, para renunciar ſus Eſtados en el Marquès. Entretanto ſe iba à Vergara à Comulgar con el Pueblo en la Parroquia de San Pedro algunos dias ſolemnes, ſirviendo de exemplo, y admiracion ſu devota compoſtura, y abraſando ſolo con el reflexo à los que atendian ſu roſtro. Llamava ſiglos à las horas que tardava la licencia; y ſolo ſe las pudo hazer breves la contemplacion ſubida, en que para ſu eſpiritu ſe calzava el tiempo nuevas alas, y los movimientos de el Sol eran mas velozes, mientras el Duque eſtava inmobil, y extatico: arrebatado à un tiempo, y ſuſpendido de otro primer mobil mas alto. El avia declarado guerra al Mundo, como à ſu mas ſangriento enemigo, y deſeava quitarſe aquella maſcara de grandeza, deſnudarſe de aquella aparente ſombra, raſgando bien la veſtidura: porque ſabia, que quien ſaca la Eſpada contra un Tirano tan cruel, y poderoſo; debe arrojar la vayna.

CAPITULO XIII.

RENUNCIA EL DUCADO DE Gandìa en ſu Hijo el Marquès de Lombay: viſte la Ropa de la Compañia de Jesvs, bañado el roſtro en lagrimas de conſuelo, admiracion, que causò eſta mudanza en el Mundo.

§. I.

Año de 1551. ENtretenia el Duque ſus deſeos con ſus eſperanzas, eſtando yà las Profeſsiones muy vezinas: amaneciò riſueña aquella Aurora, que anunciava al Santo ſu mas feliz dia. Viſtiòſe la ultima vez de aquel trage, que avia de deſnudar para ſiempre; no rayò dia mas alegre, mas ſereno, ni mas dichoſo ſobre el Duque Santo, que aquel en que ſe avia de deſpojar de todo lo que llama felicidad el Mundo. Llegò diligente Don Gaſpar de Villalon de Auguſta de Alemania con la licencia, corriendo la Poſta, como pudiera, ſi traxeſſe à un ambicioſo de fortuna la veſtidura de Duque de Gandìa; mas aquel piadoſo Cavallero venia ſeguro, de que no podia traer aviſo mas guſtoſo à ſu dueño, y que ni la Ave de Jupiter conduxo por el viento en ſus alas mas felizes nuevas. Apenas le viò el Duque, quando alborozado, preſintiendo el corazon à ſaltos ſu felicidad, le preguntò, ſi traìa favorable reſpueſta del Emperador? Saltò de el Cavallo Don Gaſpar, y beſando el Pliego, que traìa prevenido en la mano, le paſsò à la del Duque, inclinando la rodilla un poco, ſin articular otras razones, que las que pronunciavan ſus ojos eloquentes. La primera Carta del Emperador, dezia:

ILuſtre Duque Primo. Don Gaſpar Villalon, vueſtro Criado, recibì vueſtra Carta, y aunque la determinacion, que me eſcrivìs, que teneis de recogeros; para trocar lo del Mundo, y Tierra por lo del Cielo, es ſanta, y no puedo dexar de loarla, no ſe eſcuſa que no la ſienta como es razon; mas el ſentimiento no eſtorvarà el daros la gracioſa licencia, que me pedìs de renunciar en Don Carlos vueſtro Hijo el Eſtado, que èſta yo huelgo de darla de voluntad; y entiendo, que de lo que emprendeis hazer, teneis mas embidioſos, que imitadores; porque el teneros embidia, coſtarà poco; y el ſeguiros mucho, en dexar Vos à vueſtros Hijos, me obligais à que yo mire por ellos, y anſi lo harè en lo que ſe ofreciere, porque ſu Madre nos lo mereciò, y ſu Padre no lo deſmerece, ni creo que ellos perderàn por ſu parte lo que ſus Padres les ganaron. Guie Dios nueſtro Señor vueſtros conſejos, iluſtre Duque, y encomendadle mucho los nueſtros, y las coſas de la Chriſtiandad en vueſtras Oraciones. De Agoſto doze de Enero de mil quinientos y cinquenta y uno.

Acabò el Duque de beber anſioſo eſta diſcreta, y favorecida Carta, mas que no de leerla, porque las lagrimas le borravan en los ojos las letras, y le torcian las lineas; haſta que no pudiendo yà contener lo ſenſible à los afectos, ſe fuè corriendo à ſu Oratorio, y derribado delante de un Crucifixo, empezò à gritar reconocimientos, y à llorar de nuevo ſus ingratitudes, mirandoſe indigno de tan altos favores. Rogava à ſu Amante Crucificado, que admitieſſe aquella victima, ò ſacrificio, que hazia de ſu Perſona, eſtado, y alvedrio, que no miraſſe con ceño ſu voto, que con el miſmo gozo dexaria pendiente de un brazo de la Cruz el Cetro de todo el Mundo, ſi eſtuvieſſe en ſu mano. Pediale, que le dexaſſe deſocupado en ſu miſmo Leño parte de el ſitio, donde eſtuvieſſe dichoſamente clavado: que no bolvieſſe mas los ojos àzia los errores de ſus juveniles años mas laſtimoſos, que floridos; atendiendo ſolo al ultimo trozo de ſu vida, que conſagrava deſnudamente al Templo de ſu mayor gloria, canſado roto Leño, que ſe amarrava en la orilla à un deſengaño. Que ſu confuſion... pero de que Fenix ſe arrancarà la pluma, que pue-

pueda deſcrivir con viveza los deliquios amoroſos de aquella alma en un lance por sì miſmo lleno de ternura? Ni ellos fueran tan grandes ſi ſe permitieſſen à mis expreſsiones: ni aquella Dioſa Griega, que hazia pulſar los afectos del razon en las clauſulas, ſupiera hazer, que afectos tan profundos, y tan Divinos, latieſſen en la pluma, ò tomaſſen bulto en la lengua.

§. II.

SAliò todo encendido del Oratorio, y llamando luego à un Notario, y Teſtigos, renunciò con Eſcritura publica ſus Eſtados, Rentas, y Titulos en ſu Primogenito el Marquès, ſin reſervar para sì otro derecho, que el que tiene ſobre la providencia un pecho bien confiado: ni otro honor, que la Gloria de averſe deſpojado dèl. Hazia todas eſtas funciones arrebatadamente, como quien ſe denudaſſe para arrojarſe al Mar, al cruxir parte deſpedazado el Baxèl; pero con grande ſerenidad, porque no mandava eſtas acciones preſuroſas la turbacion, ſino un amor agil, ſolicito, alado, un eſpiritu de fuego, que es el mas ſereno, aun quando viene con terremoto. Retiròſe à un Apoſento, y ſe deſnudò del veſtido, y aun de la eſperanza, que tuvieſſe mas intimamente ceñida: tunica inconſutil, que es mas facil romperla, que deſnudarla. Viſtiòſe la ſotana, y ropa de la Compañia, y eſſa del mas groſſero buriel: quitòſe el cabello, y la barba, deſpojos que recogieron, y guardaron devotamente como reliquia ſus Criados, que eran nobles, le avian ſido leales, y de rara integridad en ſus coſtumbres, como los que comerciavan familiarmente con el deſengaño vivo, y con un Santo heroyco. Embiò algunos al Duque ſu Hijo, otros encomendò à Don Juan de Borja, ſin dexar alguno con quexa, porque avia ſeñalado racion à todos, ſegun ſus calidades, y meritos. Repartiò entre ellos todas ſus alhajas, ſin reſervar coſa, que mereciеſſe contarſe entre los bienes de fortuna; arrancando de ſu corazon haſta los deſeos, y las plumas. Apenas ſe mirò en eſte eſtado de ſuma pobreza, quando (ſegun refiere el P. Polanco en la Hiſtoria manuſcrita de la Compañia) ſe hallò de repente fatigado del dolor de gota; y explicando ſu mal con riſa, y con ironia ingenioſa, dixo: Aora conozco lo que dize el Probervio, que la gota es achaque de ricos, pues me aſſalta, luego que me hallè deſpoſſeìdo de todos los bienes humanos. Pero què riqueza mas eſtimable, que la que oy empieza à poſſeer mi Alma? O què mal tan diſcreto, que para explicar las precioſidades deſte teſoro, me ocupa fuertemente en el miſmo inſtante que me viò dueño ſuyo! Lloravan inconſolablemente ſu Hijo, ſus Criados, y los Foraſteros à viſta de tan expectable mutacion: no tenian baſtante eloquencia los ojos, para perſuadir à la razon eſta novedad; y ſi dexavan algun rato de llorar, era para reconocerla bien, y para informarſe mejor. Andava errante la admiracion por las fantaſias, por los ojos, y por las lenguas de todos, porque en vozes partidas, dezian unos: O deſengaño! O providencia! Mientras eſtos repetian, ò Dios! O exemplo! O mudanza! Y todos à una voz, y à un compàs, ò Duque Santo! ò! ò! ſaliendo quebrada en varios pedazos la admiracion.

Perficionada yà eſta grande obra, dize el P. Ribadeneyra, que ſe bolviò el P. Franciſco (yà es tiempo de tratarle aſsi) à ſu Oratorio, donde inclinado profundamente, clavò ſegunda vez los ojos en el Crucifixo, y le dezia: Veiſme aqui, Señor, deſpojado de mis Hijos, Vaſſallos, Rentas, Titulos, y Criados; yo arrojo eſtos precioſos embarazos, y dorados deſpojos, por aligerar el Alma, y ſalvar eſte pequeño batèl; aora ſi que puedo dezir: *Ecce nos reliquimus omnia, & ſecuti ſumus te.* (Evangelio, que oy le canta la Igleſia.) Quiero probar, ſi mi corazon buela àzia Vos con mas ligereza, arrancandole eſtas vanas plumas, y cortandole bien las alas. Aviendome deſpoſſeìdo de todo, ſolo me falta deſpojarme de mi meſmo, ſiendo tanto mas facil vivir ſin lo demàs, que ſin mi: eſſe milagro lo aveis de hazer Vos, que es prenda de vueſtra generoſidad, ſer temoſo en favorecer. Aora ſi que puedo llamarme vueſtro, pues derramando la viſta por todo el Mundo, yà no veo en èl bien alguno, que pueda llamar mio, ni que me llame ſuyo. Aora ſi que puedo reſpirar libremente en mis votos, ſin miedo de reſpetos humznos, y haziendo vanidad de ſerviros: *Vota mea Domino reddam in conſpectu omnis populi ejus.* Aora ſi que parezco Soldado de tan glorioſa Compañia, à quien Vos dais aora tanta parte en vueſtra Cruz, como en vueſtro nombre; yo os ofrezco la vida, Divino Capitan, y dueño mio, ſi fuere meneſter, por ſu honra, y por mantener la vueſtra: yo os entrego de nuevo mi corazon, y alguna parte de mi alvedrio, que aun eſcapo de eſte dichoſo naufragio, en que lo he perdido todo, y me pierdo tambien à mi meſmo,

por

por buſcaros à Vos, hermoſo Crucificado, que ſois mi Rumbo, Playa, y Cielo: Y el Norte que me conduzga à Vos, ha de ſer vueſtro Ignacio, y tambien mio.

Levantòſe el Santo, y ſe hallò como el que muda de Elemento; pero tan gozoſo, que yà le parecia uſura con el Cielo entregarle las felicidades de la tierra. Aviaſe arrojado voluntariamente deſde el valimiento del Ceſar, y del Mundo, y deſde la mas alta Cumbre al Valle mas humilde, y le parecia gloria la caìda, porque piſava Theatro, que abre la ſenda à la fortuna mas alta. Si aquel Mancebo oſſado, ruìna del Cielo, y fabula temeroſa del Vulgo, huvieſſe quedado vivo à las orillas de el Pò deſpues de fulminado, con què aſſombro ſe miraria à sì miſmo precipitado, deſnudo, y ardiendo? Con què horror bolveria la cabeza à todas partes, viendo humear al Sol, y quemarſe el Univerſo? El que tuvo valimiento, y las riendas de el quarto Planeta, què gemidos arrojaria funeſtos, al verſe deſpeñado, y deſvalido, mordiendo en aquella Playa encendidas arenas, y bebiendo laſtimas en el Eridano, y en ſu llanto? Pero aquel eſpiritu mas oſſado, que el de Faetòn, mirava con increìble gozo, y con ſemblante de gloria ſu dichoſo apetecido eſtrago, cantando ſu ruìna con animo ſereno à la margen de ſu dulce llanto.

§. III.

AOra ruego yo à la Nobleza, y aun à la Soberanìa, que huviere paſſado los ojos, y razon por los tres lienzos deſta Pintura en los tres Libros de eſta Hiſtoria, que haziendo pauſa en la viſta, forme en la memoria algunas Chriſtianas, y politicas reflexiones ſobre las tres Edades, y tres Eſtados deſta Vida heroyca. Què niñèz tan varonil en todo, ſino en lo agradable, y en lo bello! Què repoſo en aquellos años inquietos, donde haſta las lagrimas ſon juguete de los ojos! Què juventud tan florida, tan garboſamente empleada, y al miſmo tiempo tan modeſta! Què diſcrecion en la lengua, que recato en la viſta, què agilidad en la eſpada, què honeſtidad hermoſa entre las flores de los años, que hazen peligro, y Primavera la vida! Què prudencia en la edad mas robuſta! Què madurèz nevada de canas en los conſejos; y què fuego para execucion en las manos! Què afable con los pequeños, què dechado para los grandes, què educacion de Hijos, què govierno de Vaſſallos, y de Subditos! Què fiel balanza para peſar la honra verdadera, y dàr al viento en la otra balanza lo que llama punto la locura!

Contemplad en una mano la imagen de la prudencia economica, y la otra derramando prodigamente el oro entre las piedades, los pobres, y el Cielo. Atendedle cercado ſiempre de Corteſanos, y entretanto dosèl, ſin conocer al engaño, ni à la adulacion. Atendedle en la privanza del Mundo, ſin vender el humo, ni admitir el incienſo. Què leal à ſu dueño, obedeciendo aun à la difunta voz en el Cadaver de la Mageſtad. Atendedle veſtido de ropaje viſtoſo, y juntamente del mas duro ſilicio. Què roca de firmeza à los embates en la edad mas quebradiza, donde cada penſamiento es un vidrio, menos en no querer admitir la luz! Què Matrimonio, ò lazo feliz, ſin que el tiempo ſupieſſe limar à ſu cadena un pequeño eslabòn: què galàn Himenèo con la veſtidura, que bordaron el amor, y la paz, ſin que la diſcordia pudieſſe en tanto tiempo ajar ſu luſtre à la ſeda, ni marchitar ſu pompa! Què viudèz veſtida de honor, y de decencia, ſin que el luto ſupieſſe ſer hypocrita à las profanidades de la alegria! Y al fin, que todo divino compueſto de Milagros en vez de Atributos! Amable compendio de todo lo Cavalleroſo, quinta eſſencia de la Santidad, y de la luz, en quien deſtilaron las Virtudes ſus mas agradables Perfecciones.

LIBRO QUARTO.
DE LA
HEROYCA VIDA, VIRTUDES, Y MILAGROS DEL GRANDE SAN FRANCISCO DE BORJA,
QUARTO DUQUE DE GANDIA, Y DESPUES TERCERO General de la Compañia de JESUS.

DESCRIBE LAS ALTAS PERFECCIONES DE SU arrebatado eſpiritu en el Eſtado Religioſo. Eco admirable, que hizo eſte exemplo en la Europa: Frutos de ſu Predicacion, y zelo en Eſpaña: Grandes progreſſos de la Compañia con ſu ſombra.

CAPITULO PRIMERO.

ORDENASE DE SACERDOTE, Y DIZE LA PRIMERA MISSA en el ſitio dichoſo donde naciò San Ignacio. Predica con aſſombro de los Pueblos convezinos, mereciendo el renombre de Apoſtol de los Cantabros. Nuevos fervores de ſu Alma en el Noviciado de la Compañia; rompiendo en el arado la Tierra, diò un exemplo, de que apenas ſe hallarà dechado en la Hiſtoria.

§. I.

AVIA ſacado el Padre Franciſco en Roma el Privilegio de ordenarſe con extratempora (benignidad, que deſpues ſe eſtendiò à la Compañia toda) con anſia de ir abreviando los terminos à ſu dicha, que ſuele ſer perezoſa, caminando ſiempre con tardo piè àzia el Alma. Eſcriviò à Calahorra, ſuplicando humildemente à un Obiſpo titular cuyo Apellido era Gaona, que quiſieſſe dignarſe de inſtruìr aquella Oveja, perdida haſta aora, porque deſeava ordenarſe luego, por mas que ſe hallava bien indigno de Caracter Sagrado; vino à Oñate con grande promptitud aquel Obiſ-

Obiſpo, y en la pobre Caſa, donde vivia el Santo, le ordenò en tres dias de la ſemana de Pentecoſtès; recibiendo viſpera de la TRINIDAD Inefable (y ſingular Blanco de ſu devocion) aquel Caracter Divino, con que tanto avia de ſervir à la Igleſia, y al Univerſo. Aprendiò con exaccion las ceremonias, aplicandoſe à eſte eſtudio muchos dias, en los quales ſe diſponia à la primera Miſſa con Oracion larga, y con excesſiva penitencia. Partió de Oñate à Loyola, quatro leguas de diſtancia: y el dia primero de Agoſto, en que ſe celebran las precioſas Cadenas de San Pedro: en aquel meſmo ſitio, que Ignacio avia conſagrado con ſu Nacimiento, y que eſtava yà convertido el Oratorio, ó Capilla ricamente adornada, dixo ſu primera Miſſa con los Ornamentos, que avia trabajado à eſte fin ſu Venerable Hermana la Duqueſa de Villa-Hermoſa. Al acabar la Miſſa, dió la Comunion à ſu Hijo Don Juan de Borja, que le aſsiſtia al Sacrificio. Fueron tan continuas las lagrimas, que derramò en eſta Miſſa, tan extraordinaria ſu ternura, que à cada paſſo era meneſter interrumpirla: lloravan los que la oìan, como ſi ſu llanto ſalpicaſſe los ojos de todos, para llorar por mas conductos: pues ſaben pegarſe las lagrimas, no menos que los males, y cauſa de ellas.

Avia concedido el Papa Jubilèo Pleniſsimo à todos los que en eſtado de gracia ſe hallaſſen à la primera Miſſa, que dixeſſe en publico Borja: y para que gozaſſen muchos de eſte favor, buſcò ſitio mas capàz. Paſsò à la famoſa Villa de Vergara, dos leguas de Oñate, cuya principal Parrochia de San Pedro es capàz de la muchedumbre; pero publicado el Jubilèo, y el Sacerdote, concurriò tanta Gente, que pareciò preciſo ſalirſe à celebrar à Campo abierto: y à la entrada de una Hermita, dedicada à la Glorioſa Santa ANA, ſe puſo Altar, y Pulpito junto à èl. Cantò el Padre Franciſco la Miſſa el dia quince de Noviembre, y predicò deſpues de ella, ſiendo tan numeroſo el Gentìo, que ſe cubriò todo aquel Campo eſpacioſo, con la anſia de vèr, y eſcuchar al que llamavan: *DUQUE SANTO.* Dió la Sagrada Comunion à tantas perſonas, que le faltavan yà al brazo las fuerzas, y era meneſter ſuſpenderſe un rato, para cobrar algun aliento: Aviendoſe acabado eſta Funcion Sagrada, dos horas deſpues de medio dia, quando ſe avia empezado à las nueve de la mañana. Oy ſe guarda en nueſtro Colegio de Vergara el Ornamento con que celebrò aquella Miſſa, el miſmo que avia trabajado la Duqueſa de Villa-Hermoſa. Y aplicado repetidas vezes à los Enfermos, ſe han viſto, y autenticado ſuceſſos prodigioſos. Quedò tan impreſſo eſte dia en la Nobleza de Vergara, y en el Pueblo, que guardan ſu memoria con caractères de oro, con los nombres de los que miniſtraron de Diacono, y Subdiacono en aquel Sacrificio. Eſtuvo hoſpedado en la Iluſtre Caſa de los Loyolas de Vergara, en cuyo Oratorio ſe ſabe aver celebrado tambien Miſſa; y ſe venera entre las demàs imagenes el recuerdo de eſta Hiſtoria en un Salòn de aquella Gran Caſa, cuyo Apellido, y Parenteſco recuerda veneraciones à la Compañia.

Año de 1551.

Pero què rethorica tendrà colores, ni energìa, para expreſſar los Milagros, que en aquel Sermon obrò ſu lengua? Como el Auditorio ſe eſtendia tanto, los mas diſtantes no percibian aun el ruìdo confuſo de la voz: de los mas cercanos, ignoravan muchos el Idioma foraſtero à ſu Patria; y con todo eſſo era tan copioſo el llanto, tan eficazes los gemidos, que reſonavan por aquellos Campos, que los dos Montes vezinos reſpondieron triſtemente con los ecos. Preguntados deſpues los que, ò no entendian la lengua, ò no eſtavan à diſtancia, porquè lloravan? Reſpondian, que el aver viſto à un Duque Santo en el Pulpito à viſta de tanto Pueblo, baſtava à enternecer el pecho mas duro; pero que al miſmo tiempo que èl hablava, lo que, ò no percibian, ò no eſcuchavan los oìdos, eſcuchavan ellos dentro de el corazon unos gritos laſtimeros, que les exortavan al dolor de ſus pecados, y à mirar con horror los vicios, añadiendo aquella voz dentro del Alma: *Eſto es lo que el Duque Santo predìca*; milagro, que le ſucediò todas las vezes que predicava por aquellos Montes iluſtres, que fueron inumerables, y verdaderamente que èſte fuè otro nuevo, y mas ſingular dòn de lenguas, que no hallamos facilmente en las Hiſtorias, porquè los ojos percibian las Clauſulas, uſurpandoles el oficio à las orejas, *Populus videbat voces*: èl hablava luz, como dixo San Gregorio Niſeno de la lengua de Dios. El tenia una Eſtrella en

Deus enim lucē loquitur. S. Greg. Niſ. Ora. de pace.

la boca en vez de lengua, y aſsi fuè un dòn de lenguas aquel que le entendia ſolo la viſta.

§. II.

Año de 1551.

ENtre aquellos Montes deſeava Franciſco juntar con la vida de Apoſtol la de ſolitario, à que le combidava el ſitio, y el eſtado de Novicio; y con el dictamen de ſu Prelado pidiò al Conde de Oñate, y à la Villa, que concedieſſen à la Compañia una Hermita conſagrada à la mas Penitente hermoſura Santa Maria Magdalena, diſtante algun trecho de la Villa, que concediò liberalmente el ſitio, para que ſe fabricaſſe alli Colegio. Empezòſe al punto la Fabrica, labrando un Quarto à proporcion de la Igleſia, de quien fuè Artifice, y Oficial el miſmo Borja, y los demàs de la Compañia: Era todo de madera toſca, ſin otra labor, que el ruſtico aliño de una Cabaña: Diſpuſieronſe ſeis Apoſentillos, que eran el numero de Padres, y Hermanos; à ſu Hijo Don Juan de Borja le obligò à quedar dentro de la Villa, no cabiendo en la eſtrechèz de aquella Caſa. Al empezar la Fabrica, eſcriviò à San Ignacio, que en poco mas de un Mes eſperava acabar el nuevo Colegio, (tan ſumptuoſo avia de ſer el Edificio) y por mas que le combidavan con Fabricas capazes, Pamplona, Vergara, Vitoria, Mondragon, y la miſma Villa de Oñate, nunca quiſo elegir otro ſitio mas anchuroſo, que aquel donde la pobreza tenia ſu nido.

Y aſsi, el dia ocho de Septiembre conſagrado al Nacimiento de la felicidad de el Mundo, ſe paſſaron al nuevo Edificio, y ſe llevaron en Proceſſion las Reliquias de unos Martyres, que Don Juan de Borja avia traìdo de Italia. Predicò el Padre Ochoa, aviendo concurrido tanta muchedumbre, que inundava aquella Campaña; y en aviendo viſto de cerca à Borja, bolvian llevando conſuelo, y admiracion à ſu Caſa. Y aunque la Fabrica ſe avia comenzado en Abril, y fenecido en Mayo, fuè meneſter que la enjugaſſe el Eſtìo, antes que la habitaſſe alguno; pues de otra ſuerte, ſerìa mas Hoſpital, que no Colegio.

Era Superior de el Santo, y de el Colegio el Padre Miguel de Ochoa, Navarro, eſpiritu prodigioſo, que avia dado viſta à un ciego, ſalud repentina al Padre Polanco, y à otros Enfermos, que abria los Cielos à milagros, concurriendo à venerarle exalados los Pueblos; mas era nimiamente auſtero, y zeloſo, y aſsi dava mucha rienda en la mortificacion al Padre Franciſco, añadiendo eſpuela con ſu exemplo: no ſolo le permitia, ſino que le exortava à ſervir como el mas baxo Oficial en la Fabrica, trayendo Agua, Cal, y Madera, fatigando aquellos Miembros flacos, que baſtarian à oprimir los ombros mas robuſtos; y el deſcanſo de eſta fatiga era permitirle, que derramaſſe mucha ſangre en la penitencià voluntaria. El fuè ſin duda Varòn, que ſe mereciò la veneracion de ſu ſiglo; pero le podemos comparar con aquel cuerpo celeſte, que no ſabe mirar à los Hombres, ſino con ceño en el ſemblante; y primero faltaràn al tiempo rigores, que dexe de pronoſticarlos ſu frente.

Admiravanſe los Hombres de vèr entre el polvo, y abatimiento de aquella Fabrica afanando al Duque Santo de Gandìa, y no era meneſter otro Sermon, ni otro prodigio, para enternecer el pecho mas obſtinado: ni pudiera tener tan eloquente lengua un Milagro, como eſte heroyco exemplo, cuyo eſtampido tronò por el Orbe todo deſde la cima de el deſengaño. Paſſava lo mas de la noche, y gran parte de el dia, con las rodillas en el ſuelo, y à vezes poſtrado en un ſoſsiego Divino. Diſponiaſe cada mañana para la Miſſa con todo el conato de una Alma pura, y con muchas lagrimas, para derramar en aquel alto Sacrificio no pocas, ſiendo un llanto preparacion para el otro. Aprehendiendo de la Magdalena, que tenia mal enjutos los ojos, y los cabellos aun en ſu Eſtatua. Sus ayunos, diſciplinas, y ſilicios fueran admirables en los Anachoretas mas auſteros. Traìa ſiempre un meſmo Veſtido, ſin que ni los años, ni los frios, ni los muchos remiendos fueſſen baſtantes à que recibieſſe otro de limoſna. Deſde que viſtiò la Ropa de la Compañia de Jesvs, firmava en las Cartas, *FRANCISCO el Pecador*, para confuſion ſuya, y para no ſer conocido por el Apellido de Borja. Pidiò licencia para ſervir en la Cocina, la qual barrìa, y deſpues de llevar Agua, y Leña, fregava todos los Inſtrumentos de aquella Oficina: y aun le mandavan ir à barrer la Igleſia, y otras Piezas de la Caſa. Pedia penitencias publicas por ſus faltas, que de-

dezia en el Refectorio pueſto de rodillas: beſava los pies à todos, y executaba las demàs funciones humildes de el Joven mas fervoroſo en un Noviciado, el que era yà Veterano de Chriſto. Su comida eran ſolo unas yervas, y los mendrugos de pan, que recogia de las limoſnas: el Apoſento tan corto, que era meneſter eſtrechar el cuerpo, para que cupieſſe dentro: y eſtava alli mas dilatado ſu eſpiritu, que en los Salones de Palacio. Salia con unas alforjas al cuello à pedir limoſna por Oñate, Mondragon, Azpeytia, Azcoytia, y Vergara: deſpoblabanſe las Caſas, ſaliendo los vezinos à las Calles, y à los Campos à reverenciar aquel portento vivo, à contemplar à la Santidad en ſu roſtro: eſperabanle las Matronas con las rodillas en el ſuelo, y al dàr la limoſna, le pedian la bendicion, beſaban deſpues ſu huella. Muchas vezes junta la multitud en forma de tumulto, le apellidaban con clamores Duque Santo, atraveſando ſu humilde pecho, mudadas en puñales las vozes.

§. III.

MAS porque ſu Inſtituto no le permitia vivir para sì ſolo, no daba fuera del Colegio paſſo alguno, en que no fueſſe ſembrando doctrina por todo aquel noble terreno. Sacaba luego una campanilla, y juntando un eſquadròn inocente, y numeroſo, le explicava el Cathecismo, deſeando imprimir en aquellos corazones afectos Santos, y en el entendimiento los primeros elementos del Chriſtianiſmo, y èl ſellaba unos, y otros con ſu llanto. No ſe deſdeñaban de ſeguir eſte tierno exercito los años varoniles, y aun las canas, acercandoſe à porfia entre los niños à eſcuchar la explicacion de aquellos Articulos, y preceptos, en que la ſobervia de no querer oìrlos, ſuele hazer mas ignorantes à los ancianos. Tomaba deſpues algunas palabras del Evangelio, y encendido el roſtro empezaba à ſer clarin facundo, y à cultivar con mucha luz tanto inculto entendimiento.

Al principio rezeloſo, de que ſu Idioma no fueſſe entendido de la mayor parte del Auditorio, guſtaba de ſalir con el Padre Antonio Araòz (que ſe quedò con el Padre Franciſco algun tiempo) practicò en la lengua del Paìs: y entonces ſe ocupava todo en convocar con la Campana, y con la vòz al Pueblo, para que oyeſſen à ſu eloquente Compañero, haſta que fuè experimentando, que ſu lengua ſe dexaba percibir de la ignorancia; y cobrò juntamente alguna noticia de aquel Idioma, pudiendo hablar à los ruſticos, y à los niños en ſu propria lengua, aunque deſde el Pulpito uſaba comunmente aquella, que la experiencia acreditò de milagroſa. Con eſtas correrìas ſagradas llegò à los mas principales Pueblos de aquellas tres Provincias, donde ſe veneran oy ſus memorias; y ſus huellas, que vàn apoſtando duracion con las peñas de aquellas Montañas victorioſas. Entrabaſe en las Igleſias, ò ſe ſubia à lugar eminente en las Plazas, y empezava à predicar con admirable fuerza de eſpiritu, dando con ſu autoridad, y ſu exemplo nueva alma, y nueva eloquencia al deſengaño. Y como ſino baſtaſſe à mover el bronce mas obſtinado verle honrar con ſu preſencia, y ſus lagrimas el Pulpito, le dotò la Providencia, no ſin milagro (como ſe dirà luego) de un talento eficàz, y bizarro, de un ſuave atractivo, que traìa àzia sì los arboles, las rocas, y los corazones. Reconciliò muchos Nobles, que el odio avia dividido eſcandaloſamente, llebando en ſu lengua paz à los Pueblos, mientras intimaba guerra cruel à los vicios. El fuè Apoſtol de Vizcaya, y Sol de aquellas tres Provincias, mudando en oro todas ſus venas de hierro. El causò tan portentoſas mudanzas en las vidas, arrancò de la deſdicha Almas tan bien halladas con ella, que parecia menos arduo arrancàr un monte de ſu Aſſiento; haziendo acceſsibles al temor, y al deſengaño aquellas altas cumbres, que nunca ſe atreviò à hollar el miedo, y aun las reſpeta la colera del rayo.

§. IV.

QUando el rigor de el tiempo, ò el caſo dexaban ſolo à Franciſco en aquel theatro, caminaba àzia una heredad propria de la Hermita, y convertido en Labrador aquel Duque de Gandìa, gran valìdo del Ceſar en Eſpaña, empezaba à cultivar con dos brutos, y el arado aquella tierra dichoſa, abriendo ſulcos profundiſsimos à la humildad en ſu alma. Y como ſino baſtaſſe à la admiracion eſte exemplo, añade conſtante la tradicion de aquellos Payſes conti-

nuada fielmente deſde ſus mayores, que fueron Teſtigos de viſta (y ſu voz ſupo hazer en los Deſcendientes fama) que varias vezes no hallando Borja ſino uno de los Bueyes del Colegio en el Campo, ſolicitava uncirſe con èl, oprimiendo ambos cuellos con el yugo, y porfiando deſpues en arraſtrar aſsi el arado, caminando lento, y al compàs del Bruto, que eſtava uncido, haſta romper el ſuelo, por mas que dexaſſe torcido, y mal formado el ſurco. O Dios, y què deſprecio de la vanidad, de la grandeza, y de la pompa, y què nuevo modo de cultivar las Virtudes en el Alma, de que no hemos hallado exemplar en la Hiſtoria! No fuè aquel el mas eſtraño animo de trabajar con el ſudor de ſu roſtro el Campo, para ſuſtentar la humildad en ſu pecho? El Buey de la Caſa de Borja colocado por Signo en el Cielo de la Grandeza, arando igual con otro Bruto manſo la tierra! O eſpiritu portentoſo, que le diſputas el paſſo al ſymbolo, y al dechado del ſufrimiento! O feliz campo aquel donde ſembrabas deſprecio de el Mundo, cuyas mieſes fueron virtudes, deſengaños, y admiraciones! O Divino Labrador Borja! Bien merece eſtar en la Corte de Madrid colocada con la de San Iſidro Labrador tu ceniza! Y bien mereces ſer llamado el Buey myſterioſo, que tirava el Carro de la Gloria; y aun el que honra los Eſcudos de tu gran Caſa, mas era prophecìa de eſta hazaña, que blaſon, y recuerdo de otro.

CAPITULO II.

VIENE A OñATE MUCHA Nobleza atrahida de ſu fama, unos à verle, y otros à ſeguirle en la Compañia, eſtendiendoſe la eficacia de ſu exemplo à otras Provincias de Europa. Deſea el Infante de Portugal Don Luìs imitar eſte deſengaño, y eſcrive al Padre Franciſco.

§. I.

DErramòſe en breve tiempo la fama de aver renunciado el Ducado de Gandìa, y de la vida aſſombroſa con que dorava eſte Sol los Montes de Vizcaya, y con que iluſtrava la Ropa de la Compañia. Empezaron à ſentirſe altamente movidos muchos corazones generoſos, y parecia, que eſte Paxaro, voluntariamente priſionero, iba ſiendo reclamo de tantas Aguilas Eſpañolas, que podria dexar deſpoblados de Reales Pollos los mas altos nidos, y que ſus exemplos deſde la cima de los Pirinèos gritavan por toda la Europa, al miſmo tiempo que èl procurava ſepultarlos en las Grutas mas hondas de aquella Montaña. Caminavan de todas las Provincias de Eſpaña àzia la de Guipuzcoa Grandes, Titulos, Prelados, y Cavalleros, al modo que ſe ſuelen frequentar los mas iluſtres Santuarios en las ocaſiones de Jubilèos; algunos no pudiendo deſprenderſe de ſus ocupaciones, embiavan familiares ſuyos à viſitar el Santo, y à pedirle direccion para ſu govierno; otros recurrian con repetidos expreſſos, y Cartas à buſcar las reſpueſtas deſte Oraculo eſcondido en la falda de aquel Monte ſobervio.

Venian muchos Seglares, y aun muchos Religioſos á los pies de Borja, para que les dieſſe los Exercicios con que obrava portentoſas mudanzas en las vidas, pegando deſpues en ſus Monaſterios eſte fuego á ſus Hermanos. Era yà tanta la frequencia, y aun la muchedumbre, que caminava à contemplar à Borja, que haſta ſu zelo ſe quexava, y mas de una vez con el Secretario de Ignacio prorrumpia: Ay, que la Villa de Oñate ſe ha buelto para mi Corte! Ay, que buſcava la ſoledad en eſte Campo, y hallo el concurſo! Donde irè fugitivo, que no halle Mundo? Pero no fueron menos los que conducidos de ſu exemplo fueron à copiar la mas viva imitacion en las cercanìas de el Original, viſtiendo nueſtra Ropa en aquella penitente Choza de la Magdalena. Y ſegun derramava ſu buen olor el exemplo de el Borja Santo, parecia que la Eſtatua de la Magdalena avia quebrado en aquel venturoſo ſitio otro alabaſtro de Nardo precioſo.

Y es aſsi, que con el primer rumor que ocaſionò ſu mudanza, y ſu retiro, era èſte el aſſumpto de las converſaciones en la Nobleza, y en el Vulgo, divididos los Corteſanos en diſcurſos opueſtos, como ſi la prudencia del ſiglo fueſſe Juez arbitro de la Omnipotencia, y pudieſſe ſondar aquel pielago, que no tiene fondo, ni orilla. Oyò una vez eſta diſputa en la Corte de Valladolid aquel Sabio, y eſclarecido Varon Fray Bernardino de Arebalo, luſtre del Orden Seraſico, que en el Religioſiſsimo Convento del Abrojo acabò ſu vida, y dexò em-

embalſamada à los ſiglos ſu memoria; y viendo que en la controverſia culpaban algunos Señores la reſolucion del Santo Borja, en averſe deſpoſſeìdo del Eſtado de Gandìa, por las turbaciones que yà empezaban, y deſpues inquietaron el Reyno de Valencia; inflamado del zelo (ira generoſa, que alumbra mucho mas de lo que la colera ciega) reprehendiò aquel dictamen deſalumbrado, como eſcandalo del Chriſtianiſmo: enſalzò el exemplo del Santo haſta el miſmo Cielo, y ſu razon, junta con ſu autoridad, fuè mordaza à la boca de la cenſura. Y de otra ſuerte ſe avria de deſterrar del mundo el deſengaño, y ſe debrian borrar de las Hiſtorias, y aun derribar de los Altares tan glorioſas Eſtatuas. Pero què mayor argumento de aver ſido el mas agradable al Cielo aquel holocauſto, que verle tan mordido de la prudencia del ſiglo, ſierpe aſtuta que ſe tiñe de razon, para eſconder el veneno con que diſcurre, queriendo ocultar la cabeza, aun quando muerde?

§. II.

EL mas alto Cedro, que padeciò luego terremoto con la eſpantoſa mudanza de Franciſco, fuè el Sereniſsimo Infante Don Luìs, hermano de Don Juan el Tercero Rey de Portugal, y hermano de la Emperatriz Doña Iſabèl, pues ſe reſolviò à imitarle en la Compañia de Jesvs, arraſtrado de ſu exemplo, y deſpues de ſus cartas, y de ſu trato, como ſabemos por teſtimonio del Padre Orlandino de la Hiſtoria de la Compañia en Portugal, y de todas las que eſcriven las hazañas de Nueſtro Santo. Si bien no tuvo efecto, porque ni à San Ignacio, ni à Franciſco pareciò convenir eſto al mayor agrado de Dios. Avia tenido eſte Principe alguna noticia del deſengaño, que el Padre Franciſco avia hallado como teſoro eſcondido en la Urna de la Emperatriz ſu hermana: ſupo la vida aſſombroſa, y la penitencia con que deſpues avia afligido ſu alma, y ſu retiro à Gandìa: y aora viendo eſta ultima hazaña de ſu eſpiritu, no cabiendo yà en ſus orejas tanto eſtampido, empezò à bolver algun eco, deſeoſo de ſeguir la voz que le llamaba con tanto grito. Aviale tratado
Año de 1551. yà en Caſtilla, quando vino à vèr à la Emperatriz ſu hermana, y paſſando à la jornada de Tunez, avia caminado con Franciſco haſta Barcelona. Y aora luego que ſupo el Santo avia arribado à Vizcaya transformado en Jeſuìta, le eſcriviò varias cartas, y entre ellas una, que darèmos aqui à la Eſtampa, porque ella ſola es el mas irrefragable teſtimonio de todo lo que ſe refiere en eſte Capitulo, y no menor elogio de la mano, que del objeto.

MUY REVERENDO PADRE.

OTras tengo eſcritas à V. Reverencia, y en la preſente ſolo añadirè, que recibirè gran contentamiento, ſi lo que por ellas he pedido, ſe pudieſſe hazer ſin gran diſguſto ſuyo; porque aunque el hazerſe me importe mucho, por los fundamentos que à eſta obra tengo pueſtos, ninguna coſa mia puede tanto importar, como la conſolacion, y contentamiento, que ſiempre por los tiempos paſſados deſeè à V. Rev. como es Dios buen teſtigo. Y ſino lo moſtrè exteriormente tanto en muchas ocaſiones, que deſeè moſtrarlo: tambien ſabe Dios, que no fuè, ni por falta de amor, ni de buen deſeo, y voluntad, que tengo à los paſſados, y preſentes de la Caſa de V. Rev. la qual aveis hecho mucho mas iluſtre con dexarla. Y eſta ſola razon baſta, aunque no huviera otras, como las ay, para que yo ſea mas obligado, y deſeoſo de dàrle todo contento: pues yà ſe vè, que aora ningunas otras coſas le dàn à V. Rev. ſino las que contentan à Dios N. Señor, èl ſea muy alabado por ello. Maravilloſo es Dios en ſus Siervos, y ſus miſericordias, no tienen fin; dèle V. Rev. gracias infinitas, porque ſu converſion haze mayores frutos de lo que V. Rev. pienſa. De mi lo sè certificar, que ſus palabras muchas vezes me ſuenan en mis orejas, como ſi las eſtuvieſſe oyendo de ſu boca, y conſidero ſus paſſos, como ſi preſente le tuvieſſe. O Bienaventurado Siervo de Dios, que en tiempo de tan grandes perturbaciones ha ſabido hallar la paz del hombre interior! Dexando al mundo burlado à lo mejor del juego; que èl armaba con engaños, y recogiendo los ſentidos, y potencias à la voluntad pura, y juſta del Señor. En lo que conſiſte eſto poco, que de felicidad ſe puede remedar con eſta vida, y lo que ſin medida, y ſin fin ſe deſea gozar en la otra. Por eſto, Señor, pido encarecidamente à V. Rev. que de aqui adelante tenga memoria de mi, y ſiempre me encomiende en ſus devotas Oraciones, y ſacrificios, para que el Señor me enſeñe el proprio camino de ſu voluntad, y ſin nunca tener otra vida, y acabe en ella, donde, y como ſu Divina Mageſtad fuere ſervido. Y ſi V. Rev. de mi mandare alguna coſa, entienda, que lo harè con mucho guſto, de complacerle en todo. De Almeria à 13. de Julio de 1551. In-

fante Don Luis. Eſtos raſgos dibuxaba un Principe Joven, que pudiera ſer objeto à la emulacion del eſpiritu mas Religioſo, y mas contemplativo, dictando deſde ſu dosèl lo que hiziera famoſa la pluma de un ſolitario: y es, que cercaban ſus dorados Pavellones las verdades, y los deſengaños, en vez de liſonjas, y de Archeros.

Reſpondiò con el miſmo afecto el P. Franciſco una carta, que ni el ſer prolixa la pudo quitar el ſer la mas diſcreta en la qual dezia:

SERENISSIMO SEñOR.

EL Eſpiritu Santo, que es llamado Padre de Pobres, y es remunerador de las miſericordias, que à ellos ſe hazen, retribuya à V. A. la merced, que con ſus cartas he recibido de ſu muy poderoſa mano: que no fuè pequeña averſe ſervido de acordarſe de eſte ſu Siervo, y tan miſerable pecador. Y mas queriendoſe ſervir de mi en coſa, que es toda de V. A. pues tan particularmente toda la Compañia de Jesvs, haſta el minimo de ella, que lo ſoy yo, nos gozamos mucho en el Señor Nueſtro de llamarnos, y tenernos por Siervos de V. A. Veo tanto en las cartas de V. A. y por la mano, que las eſcrive la mano del Señor Eterno, que no sè como diga, y explique lo que en ellas ſe me transluce. Bien sè dezir, y afirmar, que mi alma ſe ha conſolado mucho mas de lo que ſabria encarecer. Y aunque eſtaba de antes muy rendida al ſervicio de V. A. por las mercedes recibidas, ſe ha de nuevo rendido à deſear mas ſervir, y moſtrarſe agradecido à ellas. Y aſſi eſpero en el Señor me darà gracia, para que continuamente emplee en ſuplicar à ſu immenſa Bondad enſalce à V. A. en lo exterior, y le humille en lo interior, para ſublimarle mas en el Cielo. Bendito ſea aquel Señor; qui aufert ſpiritum Principum, *que ſi en eſto es terrible con los otros Principes, no lo ha ſido con V. A. ſino muy piadoſo, y benigno en quitarle aquel eſpiritu, que algunos de los Principes ſuelen tener, que es eſpiritu levantado, deſconocido, ò ingrato a ſu Dios, y en lugar de eſte le ha dado el eſpiritu principal, del qual deſeava, y pedia ſer confirmado el S. Principe, y Propheta David. O Sereniſſimo, y Chriſtianiſſimo Señor, què buenas, y dichoſas Ferias ha hecho V. A. y quan mejorado ha ſido en tercio, y quinto entre los otros Principes! O quanto debe Portugal à Dios, por averle dado Principes ſin eſpiritu de Principes! O Señor, y quien ſupieſſe entender, que coſa es faltar en el Principe el eſpiritu de Principe, y ſer confirmado del eſpiritu principal! O quien ſupieſſe dezir la diferencia, que ay del uno al otro, y como el uno es de guerra, y el otro de paz: el uno deſconſuela, y enfada, y el otro es conſolador: y al fin el uno es eſpiritu humano, y el otro Divino! O què ganancia ſerìa ſi la diligencia que ſe pone en probar los uſos del Mundo, y de la Carne, ſe puſieſſe en probar, y experimentar los del eſpiritu celeſtial, como nos lo aconſeja el Apoſtol, diziendo, que probemos los eſpiritus, y conozcamos ſi ſon de Dios! O quanto ſe deſengañarian de ſus errores, y engaños, que los traen ciegos! Mas el dolor es que ſe pone tanta induſtria, y diligencia en el otro. Y por eſta cauſa ſe dàn tantas ſentencias contra el buen eſpiritu, porque le condenan, ſin llamarle, ſin conocerle, y ſin oìrle. Y ſigueſe el proprio eſpiritu, que es ciego, y terreno, y nos lleva à tantos deſpeñaderos: pidiendo la razon, y la verdad de Dios, que eſte ſe dexaſſe, y olvidaſſe, y ſe buſcaſſe el eſpiritu principal. Vendrà dia, quando ſe aya de paſſar el golfo deſte ſiglo, en que eſtos engaños ſe conozcan: donde muchos ſe hallaràn burlados, llenos de eſpiritu, que era de tinieblas, vanidad, y falſedad, y vacìos del eſpiritu de Dios, que los debiera llegar al puerto de la eterna felicidad. Y por eſto, poderoſo Señor, doy yo humildes gracias à N. S. viendo à V. A. tan ageno, y apartado del mal eſpiritu proprio, y tan anſioſo por el eſpiritu principal. Eſte es el que haze rendir al eſpiritu proprio, como lo experimentaba aquel S. Rey, que dezia:* Expectabam eum, qui ſalvum me fecit à puſillanimitate ſpiritus, & tempeſtate. *Eſte es aquel Divino Eſpiritu,* qui ubi vult ſpirat. *Eſte es aquel eſpiritu al qual el mal mundo no puede acoger, porque no ſe quiere recoger. Eſte es aquel, en el qual clamamos* Abba Pater, *porque es eſpiritu de adopcion. Eſte es el que debemos encender ſiempre con los manojos de dolores, y obras hechas en caridad; porque con eſto ſe cumplirà lo que S. Pablo manda: No querrais apagar el eſpiritu. Eſte es el que (como yo eſpero de la Divina Bondad) ſe acrecentarà ſiempre en el Alma de V. A. Y à ſu entrada, y preſencia dirà con el otro S. Principe:* Defuit ſpiritus meus. *Y no hallarà en sì otra voluntad, y querer, ſino lo que el eſpiritu del Señor quiere, y manda: ni ſu entendimiento baſtarà, ni abrazarà ſino las verdades, que la S. Igleſia Catholica N. Madre le enſeña; ni ſu memoria ſe acordarà de las criaturas, ſino para reducirlas al Criador, y tomarlas por eſcalera, para ſubir à ſu conocimiento, y amor. Pues todas las criaturas reſplandecen mas, y ſon mas limpias en el Criador, que en sì miſmas; y en èl dàn gozo,*

con-

conſiderandolas, y ſin èl dàn pena deſeandolas, y temor poſſeyendolas, y dolor dexandolas. Si con el eſpiritu de Dios V. A. vive, vivirà vida verdadera, y ſus ſentidos no buſcaràn, ni querràn otros guſtos, que no ſean conformes al eſpiritu, y voluntad Divina. Y con eſto podrà dezir : Defuit ſpiritus meus; *y de aqui ſubir à dezir :* Exultavit ſpiritus meus in Deo ſalutari meo. *Pluguieſſe al Redemptor nueſtro, que yo pudieſſe con verdad dezir :* Defuit ſpiritus meus. *Mas pues ſiquiera en lo exterior con la mudanza, y el eſtado, parece que ha faltado mi proprio eſpiritu, por la gran miſericordia de Dios, que me llamò, y ſe dignò recibirme entre los Siervos de ſu Caſa: ofrezco à V. A. que aunque antes eſtava yà atado, ofrecido, y obligado, de oy mas ofrecerè la voluntad; que ſola me queda, y el deſeo: perſuadiendome yo, que pues Dios N. Señor la recibe; y ſe contenta con ella, (quando no ay otra coſa en que ſervirle) que tambien V. A. la recibirà, pues es ſu voluntad conforme à la Divina. Cuya caridad infinita guarde ſu muy alta, y poderoſa perſona, para engrandecerla mas en ſu Reyno eterno. Amen. De Oñate à 15. de Agoſto de 1551. Franciſco Pecador.* Eſta es la Carta en que no mueſtra ſolo el eſpiritu del deſengaño, y del Evangelio, ſino tambien el de la eloquencia, y de la ſabiduria, eſpiritu de diſcrecion, y un ingenio fecundo, que và picando oportunamente las flores de la Eſcritura, para labrar panales de luz, y de piedad Chriſtiana.

§. III.

EN eſte miſmo Año de 51. ſe hallava en Toledo Don Bartholomè de Buſtamante, inſigne Theologo, y Predicador famoſo, que avia ſido Secretario del Cardenal Arzobiſpo de Toledo Don Juan de Tavera, mientras manejò el timòn, y el govierno de toda eſta Monarchia: conſultava con eſte Varon Sabio los mas importantes negocios del Reyno; pudiendo dezirſe, que la prudencia de Buſtamante era aquel arroyo ſecreto donde bebian dictamenes, y aciertos Mercurio en aquel Prelado, y Marte en Carlos Quinto. Hallavaſe aora libre de aquel peſo embarazoſo, y ſe ocupava en loables exercicios proprios de la madurèz de ſu edad, y de ſu eſtado. Pero (como contava deſpues èl miſmo à la Condeſa de Oſorno) aun no eſtava deſprendido de las eſperanzas de el Mundo allà dentro en ſu pecho, que ſon las redes hermoſas en que ſe enlazan con facilidad, y ſe deſprenden dificultoſamente los penſamientos humanos: y ni las canas ſaben vivir ſin teñirſe en aquel mentiroſo color verde. Con todo eſſo experimentava frequentes latidos del corazon, que le llamavan ſenſiblemente para eſtrecharſe con la Cruz: recurria con lagrimas, y afectos à Dios, para que le deſcubrieſſe el rumbo por donde queria que navegaſſe à la Playa aquel canſado leño. Tenia concebido horror al nuevo Inſtituto de la Compañia de Jesvs, por las vozes que avian eſparcido la embidia, y el demonio, mirando eſte gremio mas como naufragio, que como rumbo; y aſsi, ni aun la imaginacion ſe avia atrevido à repreſentarle, como poſsible, que la Divina Providencia pudieſſe encaminarle à la Compañia. Una mañana, diziendo Miſſa, y teniendo en las manos à Chriſto, le rogava con nuevos esfuerzos de ſu ardiente pecho, que le enſeñaſſe el camino, y el puerto, y aun ſe quexava de que tardaſſe tanto en alumbrar à un infeliz, que errava entre los eſcollos, ſin otro faròl, que la eſperanza en el Cielo; quando ſintiò un impulſo repentino, y eſcuchò que le dezian allà dentro en el pecho; *Que fueſſe à las Sierras de Guipuzcoa, y que imitaſſe las acciones, y ſiguieſſe los paſſos del Duque de Gandìa.* Fuè eſta voz muda tan eficàz, tan expreſſa, y tan ſonora, que no pudo el corazon afectar ſordas ſus orejas, ni cubrirlas con las alas, ni tuvo duda de el Author de aquella voz Divina. La qual hallò tan prompta obediencia, que el miſmo dia ſe puſo à cavallo, y ſe encaminò al dichoſo ſitio. Anſioſa la imaginacion, y llena de curioſidad ſu miſma feè, de ſaber individualmente quales fueſſen los paſſos, y los miniſterios del que eſtava deſtinado à ſer ſu Original. Tropezò en la Hermita de la Magdalena con el Santo Borja, que paſſava cargado con una eſpuerta, en que conducia piedra para la Fabrica; no le conocia, y viendo mas adelante al Padre Miguèl de Ochoa, le preguntò, que donde eſtava el Duque de Gandìa? Reſpondiòle, que era aquel que iba llevando piedra à la obra: atonito con eſta reſpueſta, corriò à la fuente de el deſengaño, como ciervo ſediento, arrojòſe à ſus pies, diòle quenta de ſu vocacion, y ſe quedò en la Compañia, donde hizo vida portentoſa, ſolicitando copiar ſiempre en ſu Alma el dechado Divino, que mirava en Borja, à quien acompañò deſpues en muchas jornadas; y en premio de eſtas fatigas, le diò el Santo las felizes nuevas, que en la Ora-

Oracion avia hallado aquel dia, de que era uno de los eſcogidos para la Gloria: noticia, que como èl confeſſava, nunca le ſirviò de afloxar en el fervor, ni en la penitencia, ſino que antes le avivò los eſpiritus, ò los afectos: porque el agradecimiento añadiò à ſu corazon una eſpuela, que le ſacaba mas ſangre del cuerpo, y mas llanto del alma.

Caſi por el miſmo tiempo llegaron à Oñate de Barcelona, para aliſtarſe en la Compañia, y vivir en la del Santo Borja, Pedro Domenek, y Antonio de Gau: y algunos meſes deſpues, Don Diego de Huzman, hijo de Don Rodrigo Ponce de Leon, Conde de Baylen, y de Doña Blanca de Sandoval: y el Doctor Gaſpar de Loarte, ambos Theologos muy conocidos, que en la exemplar Eſcuela de el Maeſtro Avila eran ornamento, y gloria de la Andalucia; y en la Compañia, deſpues fueron dos Planetas con alma, cuyas influencias, y virtudes raras ocupan mucha parte de nueſtras Hiſtorias. El año 52. vino à Oñate deſde Salamanca, à veſtir la Ropa de la Compañia, Don Antonio de Cordova, hijo de Don Lorenzo Suarez de Figuèroa, y de Doña Catalina Fernandez de Cordova, y Marqueſes de Priego, y Condes de Feria, Primo tambien del Santo Borja, ſiendo aquel año Rector de la Univerſidad de Salamanca, y eſtando pueſto en primer lugar en la nomina para Cardenal de Eſpaña, de cuyo inſigne eſpiritu, y oracion fervoroſa, es el mas eloquente, y el mas iluſtre Panegyriſta, el Venerable P. Fray Luìs de Granada, en la Vida que eſcriviò del Maeſtro Avila, por cuyo dictamen entrò en la Compañia. Vinieron tambien de Salamanca, à ſeguir los paſſos de Borja, el Eſclarecido Don Sancho de Caſtilla, y el Docto Ramirez, que le governaba: y del Reyno de Valencia, el Padre Azevedo, Benedicto, y otros, que aora viſtieron de eſperanzas la Compañia, y deſpues le llenaron de gloria.

§. IV.

Y Porque no era bien que fueſſe eſteril el exemplo del Santo en los corazones vezinos, ſiendo tan fecundo con los que vivian en climas apartados: entraron en la Compañia Don Alonſo Manrique de Sandoval, hijo de los Duques de Naxera, que ſe hallaba en la Univerſidad de Oñate, teſtigo de los exemplos de Borja: y Don Pedro de Lodoſa, Cavallero Navarro, que honrò con ſus virtudes la Compañia, y ſu Patria. No fuè menos animoſo otro Joven Navarro, de noble ſangre, y de gallardo eſpiritu, que avia ſalido de ſu Patria à reconocer las mejores Provincias de la Europa, y à eſtudiar bien el mundo con la viſta, ſiendo los ojos, y los paſſos los mas practicos Maeſtros del alma; buelto aora à ſu Patria, oyò acciones portentoſas del Duque Borja: paſsò à Oñate, à que le informaſſe deſta novedad la viſta, acoſtumbrada à enſeñarle las verdades ſin diſcurſos, ni opiniones: hallò al Santo abatido en aquel voluntario deſprecio; paſsò luego à tratarle, y oyendole razonar del deſengaño, ſintiò que le introducia haſta el corazon el miſmo deſprecio del mundo, que èl eſtaba practicando. Y aviendo aprendido en eſta peregrinacion tan corta mucho mas que en lo que haſta alli avia regiſtrado en los Paìſes mas floridos de la Europa; ſe partiò à piè, y lloroſo al celebre Santuario de Nueſtra Señora de Aranzazu: alli afligiendo el cuerpo, y exalado en gemidos ſu eſpiritu, deſeava merecer à la piedad de la Reyna del Cielo alguna expreſsion de el eſtado, en que pudieſſe agradar mas à ſu Hijo. A pocos dias ſintiò en la Oracion una clariſsima luz, que bañando ſu entendimiento, le repreſentaba delante de la razon la Compañia de Jesvs, y la voluntad de la Madre, y del Hijo, en que abrazaſſe aquel Inſtituto. Dezia èl deſpues, que no ſabria como explicar aquella hermoſa llamarada de reſplandor, que ſin averle hablado al corazon, ò al entendimiento, ſe le avia convencido, y enſeñado; como que èl avia oìdo la luz, y entendido aquella apacible claridad, ſin traer ella embuelta en sì alguna cifra, letra, ò voz. Quiſo eſcrivir deſde alli à ſu Padre, para recabar ſu licencia, ſin la qual, por la mucha autoridad, y eſpiritu de aquel Cavallero, no entraba en la Compañia ſeguro. Mas le parecia, que una carta no era baſtante à convencer el amor deſordenado de un Padre ambicioſo del honor de ſu hijo, y aſsi ſe reſolviò à fiar à ſus lagrimas la felicidad del ſuceſſo: partiòſe velozmente à la caſa de ſu Padre, y à piè ſiempre, para que eſta mortificacion abrieſſe el camino à la dicha que conſiguiò, deſpues de aver deſperdiciado muchas lagrimas, y razones, que buelven ſin la victoria pocas vezes. Saliò al punto de ſu caſa à buſcar los brazos de Borja, y en ellos la felicidad deſeada, entrando en la Compañia, donde ſu vida correſpondiò à ſu vocacion prodigioſa.

Fuè

Fuè tambien digna de la Hiſtoria la vocacion del Vicario de Cumaya, Theologo de mucho Nombre, y Predicador de rara eloquencia, aſsi en la lengua Caſtellana, como en la de aquel Paìs, que le avia dado noble cuna. Acabava de venir Peregrino de viſitar el Santo Sepulchro, eſtampando ſu corazon con ſu llanto en aquellos Lugares Sagrados de Jeruſalen, donde el Autor de la vida imprimiò con ſu Sangre las huellas de ſu exemplo; y aora deſeava elegir una forma de vida, en que aſſegurando ſu Alma, pudieſſe con los miniſterios de ſu eloquencia, y ſabiduria aſſegurar otras muchas de ſu Patria. Comunicò ſu penſamiento à Borja, añadiendo, que apenas le quedava yà que reſolver, deſpues de aver viſto el Inſtituto de la Compañia, y que ſolo aguardava ſu reſpueſta, para pedir humildemente, que le recibieſſe el Padre Ochoa. Alegròſe notablemente Franciſco, conociendo, que en Hombre tan ſabio, eloquente en el nativo Idioma de Vizcaya podia fructificar mucho en aquella tierra, mas no tuvo por conveniente que ſe rindieſſe à la Compañia por ſolo el dictamen del que era tan intereſſado en las glorias della: y aſsi le mandò buſcaſſe algun hombre de conocido eſpiritu, de cuya prudencia tomaſſe dictamen mas deſnudo de afecto proprio. Paſsó á la Ciudad de Vitoria, adonde conſultó à un hombre, cuya ſantidad, y cuya fama avian paſſado à ſer veneracion publica. Apenas pronunció las primeras clauſulas en ſu propueſta, quando le atajó con voz manſa; y acercandoſe à la oreja, le dezia: Si quereis deſpreciar el Mundo, y hollar bien la vanidad, entrad en la Compañia de Jesvs, que eſto es lo que quiere Dios de vueſtra libertad; y ſi deſeais con eficacia ſer Santo, ſeguid los paſſos de Franciſco de Borja dentro de la miſma Compañia; que quanto os diſpuſiereis mas à ſu imitacion, tanto mas ireis creciendo en la ſantidad. Executólo aſsi, y acreditó bien la prophecìa, ſiendo Apoſtol en la vida, Angel en la pureza, y en el deſprecio del Mundo un Borja. Dexó aqui otros innumerables hombres de honra, que la fama del Santo ganó à la Compañia: porque baſta aver juntado en un Ramillete eſtas flores eſcogidas, dexando en el Jardin las otras; para conocer, que la fragrancia de ſus virtudes atrahia àzia sì los corazones de las mas remotas partes; tirando ſuavemente de ſus alas, que bolaban àzia ſu miſma priſion con incautas felices plumas: porque el pecho de Franciſco era aquella Region oloroſa de la Arabia, cuya ſuavidad eſparcida por el viento ſe percibia deſde muchas leguas, y atrahia las Aves mas remontadas, que venian al ſuelo aturdidas, ò muertas para ſepultarſe entre aromas.

La voz, y aun el eſtruendo de la fama en la mudanza, que animoſamente avia executado el Duque de Gandìa, ſonò por otros Reynos, y Provincias de la Europa, ſin que perdieſſe la fuerza en la diſtancia, y obrava inviſibles prodigios en los corazones humanos. En Napoles oyò la mutacion de ſu vida D. Iñigo de Guevara, Duque de Bovino, y Gran Meſtre de Sala en aquel opulento Reyno, y empezò à ſentir en el Alma una deſacoſtumbrada lucha. Hazia reflexion ſobre el ſitio, adonde el deſengaño avia conducido al Duque Santo, que era aquella orlada cuna de los Guevaras, tronco veſtido de luzes, y de victorias: y le parecia, que eſta no era caſualidad, ſino providencia, con que el deſengaño le eſtava tocando al arma. Reſolviòſe, pues, à imitar aquel deſprecio de la gloria humana, y hollando ſu miſma iluſtre pompa, ſe arrojò deſde el amor à una Playa la mas ſegura, y la mas Religioſa. Finalmente fueron tantos los Hombres de fama, que la ſantidad de Borja ganò à la Compañia en los dos ſolos primeros años de Jeſuìta, que (ſegun eſcrive Polanco en ſu Hiſtoria) baſtarian à llenar muchos Colegios, ſi ſe huvieſſen recibido todos. Pero los que traxo en lo reſtante de ſu vida, quando yà mas expueſta à la admiracion, y à la viſta, no caben de otra ſuerte en la memoria, ſino ſeñalando caſi todos los que en aquellos años vinieron movidos del Cielo à la Compañia.

Tam multi in Societatem admitti petebant; ut ſi omnes admitti potuiſſent, pluribus novis Collegiis implẽdis ſatis eſſent futuri.

CAPITULO III.

CAMINA FRANCISCO A PAMPLONA à inſtancias del Virrey Duque de Maqueda. Zelo Apoſtolico, con que exercita en aquella Ciudad los miniſterios de la Compañia. Milagroſo talento de Pulpito, que le infundiò alli el Eſpiritu Santo. Paſſa à hazer Miſſiones à Vergara, Bilbao, y Vitoria, y otros Lugares populoſos de las tres Provincias, con indecible fruto de las Almas.

§. I.

NO podia dexar de eſcucharſe con mas fuerza en el vezino Reyno de Navarra la voz de aquel exemplo, que ſe oìa diſtintamente por todo el mundo. Era Virrey Don Bernardino de Cardenas,

denas, Duque de Maqueda, grande amigo de Borja; que aſſombrado aora de lo que la fama le dezia, embiò un Expreſſo à Oñate con un pliego, en que rogava al Santo, que pues no ignorava, que el Baſton no le permitia ſalir del Reyno à buſcarle en aquel feliz ſitio, ſe ſirvieſſe venir à Pamplona, ò à lo menos acercarſe à la raya, adonde con el conſuelo de verle, tendria el de comunicarle algunas dudas de ſu eſpiritu: y aſſegurava, que no le movia la curioſidad, proprio achaque de la grandeza, *ſino puro deſeo* (dize) *de mejorar algo mi Alma con el conſejo, y doctrina de V. S.* Y añade, que el miſmo deſeo tenia todo aquel Reyno de Navarra: *Porque con lo que acà ſe oye*, (proſeguia en el Capitulo de la Carta) *y llega deſſa Provincia, eſtà eſta Ciudad, y Reyno de Navarra con gran deſeo, y neceſſidad de gozar algunos dias de la preſencia de V. S. Si fueſſemos tan dichoſos, que nos alcanzaſſe alguna parte de lo mucho que goza Guipuzcoa, lo eſtimariamos por gran regalo de N. Señor, y para mi en particular ſerìa ſeñalada merced. Y ſi mi deſeo ſe acordaſſe con mi oficio, yo fuera en lugar deſta à procurarlo; mas bien ſabe V. S. &c.* Reſpondiò el Santo eſcuſandoſe con el motivo de ſus ocupaciones, y tarèas humildes, como que no podia ſalir de Oñate el Duque de Gandìa, porque faltava quien conduxeſſe materiales à la obra, y quien barrieſſe la Cocina; raro exemplo à la Igleſia, y à la Obſervancia Religioſa!

Año de 1551. Bolviò à inſtar el Virrey con pluma tan encendida, que huvo de ceder Borja, y el deſeo de retiro ſe rindió à la caridad, y à la obediencia. Partió con el P. Ochoa, y el P. Domenek; pero no quiſo aviſar al Virrey, que partia, temiendo que ſe anticipaſſe à recibirle el aplanſo comun, y la honra: rogò à ſus compañeros, que le dexaſſen caminar deſconocido, ſiquiera para que no les fatigaſſe el eſtruendo del vulgo, que le vozeava Duque Santo. Mas en un Lugar populoſo importunaron unos Sacerdotes al P. Domenek, valiendoſe tambien de algun ardid, deſuerte que les deſcubrió el ſecreto: y à breve rato ſe halló el P. Franciſco cortejado de la Nobleza, y aclamado del Pueblo: ſintió tanto eſta culpa, ó deſcuydo de ſu Compañero, que no permitió paſſaſſe ſin penitencia. Juntóſeles al principio de la jornada un Cavallero, cuyo apellido era Narbaez, que le acompañó haſta Pamplona; y por eſte inſtrumento, y tambien por la voz, que de un Lugar à otro ſe adelantava al Santo, le fue forzoſo caminar por entre honores, y regalos, mas penoſos para ſu eſpiritu, que ſi fueſſe hollando eſpinas, y enſangrentando el piè en agudas aſperezas.

Llegò por la mañana à Pamplona, y deſpues de averſe apeado en un Meſon, ſe fuè à la Igleſia mas cercana à dezir Miſſa: embiando con el P. Domenek (porque no llegaſſe antes à Palacio la voz) à dezir al Virrey, que luego que acabaſſe aquel alto Sacrificio, le iria à beſar la mano; ſalia el Virrey de oìr Miſſa acompañado de mucha Nobleza, quando Domenek le diò eſta noticia: y queriendo ſalir en buſca ſuya, ſe lo diſuadiò el Padre, inſtruìdo de Borja; como tambien el que embiaſſe Alabarderos, porque le aſſegurava, que en cada uno embiaria à ſu humildad un enemigo: y queria mas vèr las alabardas contra sì en la Campaña, que verlas aora en eſcolta ſuya. Convencido el Virrey, embiò ſolamente dos Cavalleros Religioſos del Orden de Santiago, por Comendador de tan glorioſo Militar Inſtituto: entròſe en Palacio, y diò orden, que ſe le puſieſſe luego quarto dentro dèl, con algun retiro. Quando llegò Franciſco, no pudo contener el Virrey los brazos, ni los ojos, y en aquella primera viſta eſtuvieron los dos muchas horas encerrados en una pieza: ni huvo dia, en las tres ſemanas que eſtuvo en Pamplona, y hueſped de el Duque de Maqueda, que no tuvieſſen aquellos dos amantes corazones una conferencia prolìxa. Propuſole ſus eſcrupulos, pidiòle ordenaſſe ſu vida, y ſu conciencia, dexandole eſcrita aquella norma, y regla que huvieſſe de obſervar cada dia: y juntamente algunos preceptos, para governar los Subditos, y Vaſſallos; y Franciſco eſcriviò un pequeño Tratado, que eſtudiò à los Pies, y bebiò en las Llagas de un Crucifixo. Sacò en limpio tan precioſos documentos el P. Domenek, quedandoſe codicioſamente con el borrador: obra capàz de acreditar de grande à un entendimiento, pues enſeña aquella ſiempre dificil arte de governar Hombres, ſiendo mas facil governar Exercitos de tigres.

Preguntòle confiadamente el Virrey la ocaſion de aquella mudanza de vida, ſi la pudieſſe fiar el corazon à la lengua? A que reſpondiò ſencillamente Borja, que un muerto le avia dado la mano, quando eſtaba mas caìdo: contòle el nacimiento de ſu deſengaño en aquel Real feretro, y en aquel ſemblante difunto, donde bullia un eſcarmiento en cada guſano: porque el deſengaño, dixo, ſe alimenta de ſombras, y alumbra mejor deſde los horrores de la

muer-

muerte: al modo de aquel reſplandeciente Paxaro, llamado Micro-fenix, que ſolo ſe dexa vèr de noche: la Fenix ſe alimenta del Sol, y eſta Ave, antipoda ſuya, vive ſolo de la mas denſa tiniebla.

§. II.

PRedicò el Santo muchas vezes en la Cathedral con tan copioſa ſolidèz con tan vivàz eloquencia, y con tanto fuego en la boca, que el primer Sermon no ſe le pudo borrar del Alma al Duque de Maqueda en todo el tiempo que le durò la vida (de que ſe hallarà obligada à hazer algun recuerdo mas adelante la pluma.) El fruto que eſtos Sermones, primera Miſsion de Franciſco, hizieron en aquel noble theatro, fuè tan grande, que apenas huvo corazon ſin mudanza, que en muchos fuè eſpantoſa, y la obſtinacion mas endurecida ſe viò deſatada en ternura. Y no fuera juſto omitir aquella ſingular maravilla, que la eloquencia de el Padre Bartholi celebra entre los prodigios, que obrò Dios en Borja. Porque tenia algun empacho de ſubir al Pulpito, donde conocia, que eſtava deſayrado, faltandole aquella hermoſa prenda de Orador, que conſiſte en un talento natural, un ayre en la accion, un garvo en el ademàn, una ſuavidad flexible en la voz. No ſe puede dudar, que avia dado la naturaleza à Borja una rara eloquencia con una incomparable dulzura, y que el eſtudio, y el Cielo le avian enriquecido de ſabiduria, baſtante à fraguar un Apoſtol de ſu lengua; pero toda eſta llama eſtava fria en ſu boca, la accion elada, la voz no podia paſſar à ſer grito, ſin ſer alarido deſapacible, y bronco, ni podia doblarla al compàs de los afectos; que la armonia de la eloquencia explica en diverſos ſonidos; ſi bien la voz era dulcemente ſonora, quando no la esforzava mucho, y la ſacava de ſu natural concepto, no teniendo otra prenda material, para dezir en publico, ſegun las Leyes del Arte Oratoria, que la Mageſtad de la preſencia: que eſſo quiſo dezir Quintiliano, quando eſcriviò, que el talento de Orador ſe debe dilatar por todo el cuerpo. No ignorava Franciſco la falta, que à la converſion de las Almas hazian eſtas prendas; y aora aviendo de ſubir al Pulpito en tan grave theatro, levantava ſu eſpiritu al Cielo, y con un ruego apacible, y conforme repreſentava ſu falta de talento, y los bienes que con èl pudiera cauſar en el Mundo. Entre eſtos gemìdos ſe hallò ſu confiado pecho con un deſuſado aliento, que le esforzava à emprender el Apoſtolado, con la certeza de que ſe hallaria en las manos, y en la lengua un talento infuſo; como lo experimentò luego, porque hemos de confeſſar, que Eſpaña toda celebrò deſpues ſu talento, como uno de los milagros de aquel ſiglo, eſcuchando en ſu lengua à Mercurio, que ſe avia comunicado de la frente à la voz, y mirando recogido todo lo garboſo en ſu ademàn.

§. III.

VIſitò los Monaſterios de Monjas, con ſu exemplo mudo, y eloquentes platicas ſe vieron florecer aquellos Jardines, arrancando malezas, y viſtiendoſe modeſtia las flores. Acompañabale el Virrey à todas partes con tal hechizo, que ningunas ocupaciones baſtavan à retirarle de ſu lado. Oìa de Confeſsion à todas horas, y llegavan à ſus pies heridas las Almas, deſpues que deſde el Pulpito avia flechado ſus conciencias. Por toda aquella Ciudad ſe mirava el trage de la penitencia, contritos los corazones, y lloroſos los ſemblantes, venerando en el Santo renacido el eſpiritu de uno de los Apoſtoles. Una mañana que iba à predicar, llegaron à Pamplona en buſca ſuya ſus dos Yernos, el Marquès de Alcañizas, y el Conde de Lerma: tropezòlos en el camino, y ſaludados con un amor, que no llegò à ſer ternura, paſsò, ſin detenerſe mas à la Igleſia; ſiguieronle ambos Hijos, que al eſcucharle reſonar en el Pulpito, tuvieron dudoſo el animo entre la confuſion, y el gozo, haſta que al fin ſe declarò la victoria por el conſuelo, y empezaron à ſer prodigios de llanto; dezian entrambos, que por ſolo el bien de averle eſcuchado aquel Sermon huvieran emprendido guſtoſos aquel viage, que yà no podia dexar de ſer feliz. Deſpues de algunos dias los embiò à ſus caſas ricos de deſengaños, y de conſejos, y entre otros, que no bolvieſſen à verle en muchos años.

Al partirſe Borja de la Ciudad, llorava confuſamente mucho Pueblo, y les dava exemplo ſu Virrey, cuya ternura creciò no poco, al vèr que algunos de ſu Familia, derribados à los pies de Borja, rogaban que les permitieſſe acompañarle, para que en Oñate fueſſen admitidos en la Compañia; lo que dilatò el Santo

haſta

haſta ocaſion mas oportuna, por la ſuma eſtrechèz en que ſe hallavan los Colegios ſin fabrica, ni hazienda. Paſsò por Puente de la Reyna, y eſtuvo hoſpedado en la Antigua Iluſtre Caſa de los Lodoſas, cuyo Dueño, al partirſe el Santo, llamò à todos ſus Hijos, y le pidiò, que derramaſſe ſu bendicion ſobre aquella Tropa florida: condeſcendiò Borja con ſingulares mueſtras de alegria, y ſe vieron luego los frutos de aquella bendicion Sagrada, y cariñoſa, alcanzando la mejor parte de ella à Don Pedro de Lodoſa, que entrò en la Compañia deſpues de eſta jornada. Vino por la Provincia de Alava, y en la Villa de Salvatierra entrò influyendo reſpeto ſu preſencia, y proſiguiò influyendo llanto ſu voz deſde el Pulpito. Llegò à Vitoria, donde aunque eſtuvo de priſa, dexò encendidos los deſeos de eſcuchar mas tiempo la divinidad de ſu lengua. Bolviò, pues, à ſu amado retiro, donde penſava hallar las precioſidades, que guardava la ſoledad en ſu ſeno, y en el del olvido de el Mundo; mas llegaron luego à verle muchos Perſonajes, y entre ellos el Duque de Gandia, y Don Alvaro de Borja, ſus Hijos, y poco deſpues el Duque de Villa-Hermoſa, ſu Cuñado, con otros Cavalleros. Lo que reconocieron, y lo que adoraron en Franciſco, y confeſſavan deſpues, que les ocaſionavan un perpetuo aſſombro, y que ſolo cabìa en las profundidades de un myſterioſo ſilencio. Detuvieronſe pocos dias, porque Franciſco les obligò à bolverſe luego, y les dixo: Que hizieſſen quenta, que Oñate no era ſitio del Mundo. Mas aora llevaron la memoria fecunda de Prodigios, con que admirar à los que eſtavan diſtantes, y à los venideros.

Con eſto bolviò el Santo à eſconder ſus penſamientos dentro de la Hermita dichoſa, paſſando à los Montes de Guipuzcoa à las Pomas de Marſella. Aqui recibiò favores ſoberanos, que los mas quedaron eſcondidos, no aviendo tronco, en cuya corteza no pudieſſe eſcrivirſe un Milagro. Eſtava un dia por eſte tiempo abſorto en la Oracion, y en ella entendiò, que avia nacido felizmente en Gandìa al Duque ſu Hijo el Primogenito D. Franciſco de Borja: eſtava repitiendo gracias al Autor deſta dicha, quando le aviſaron, que llegava un Laquee con un Pliego: (en que el Duque le dava el aviſo) llamavanle Sanſon, mas por apodo, que por Apellido, porque ſu Nombre proprio era Rolando Monzòn, famoſo en la ligereza, en que vencia la mas agil Poſta: y eſta vez ſe avia excedido à ſì meſmo, para que llegaſſe preſuroſa noticia de tanto guſto, y ſe vieſſe una dicha con buelo. Apenas le viò el Santo, quando le dixo: Sanſon, como queda Franciſquito? Turbòſe Rolando mucho, viendoſe preocupado de la Poſta, que avia deſpachado el Cielo, de donde ſolo podia aver llegado mas prompto el aviſo; y le preguntò confuſo: Pues de donde ſabe V. S. que ay Franciſquitos en el Mundo? Quien pudo averſe adelantado à ganarme eſtas albricias, que yo creì ſeguras? No las aveis perdido, reſpondiò Borja, que yo os rezarè tres Ave-Marias, pues me hallais en eſtado, que no tengo otras alhajas; y porque Sanſon oyò con poco guſto eſtas albricias, añadiò el Santo: Yo eſcrivirè al Duque, que os dè otras, que vueſtra diligencia tiene bien merecidas.

Año de 1551.

En eſtos dias eſcriviò aquel Divino Tratado de las Excelencias de el Alma de Chriſto, traſladando de la Oracion lo que eſcrivia en Papel, y dictando todas ſus Clauſulas los ojos, que borravan primero en el ſemblante los caracteres, que formava la pluma. Y ſino fueſſen tan dulzes las lagrimas vertidas en tan noble aſſumpto, las huviera enjugado el conſuelo de vèr en Oñate, aunque de paſſo, al Venerable Simon Rodriguez, Portuguès glorioſo, y uno de los grandes Compañeros de S. Ignacio, con cuya viſta ſe conſolò indeciblemente aquella noble Alma. Y aſsi eſcriviò à los Padres, y Hermanos de Portugal una Carta, en que dezia: *Vueſtro Padre Simon Rodriguez, y tambien Padre mio, ſerà viva, y os contarà mejor todo lo que toca à eſte vueſtro indigno, y minimo Hermano: Minimo, digo, porque todo lo que èl es, ſe avezinda à la nada; porque por lo demàs bien creo, que en la ſanta humildad no merezco nombre de menor, ſino antes de mayor, como fuè Caìn. Porque yo ſoy aquel, que matò à Abèl, cuyos ſacrificios eran aceptos. Yo ſoy mayor como Eſaù, que fuè Cazador; yo no ſolo fuì Cazador de las Fieras, ſino de las Almas, que enlazè, y cogì en la red, para entregarlas al Demonio; finalmente no ſoy menor como Benjamin, ſino uno de ſus Hermanos mayores, que vendieron à Joſeph. Digo, eſtas coſas, Hermanos en Chriſto chariſſimos, para que tengais miſericordia de vueſtro Hermano, y con tanto mayor cuydado rogueis al Señor por mi, para que quiera Dios que ſea de tal manera minimo, que ſea contado entre los Minimos del Reyno de los Cielos Oñate. Fran-*

ciſ-

ciſco Pecador. Eſtas ſon las expreſsiones humildes de Franciſco de Borja, que fueran capaces de iluſtrar al otro Franciſco, Serafin de la Igleſia.

§. IV.

EStava deſtinado el zelo de Franciſco à emplear ſus primeros rayos en las cumbres de los Pirineos; y aviendo de ſer Apoſtol, ni podia eſtàr la luz ſin continuo movimiento, ni debia eſconderſe entre aquellos montes el Planeta à vivir ſolitario. Eſta obligacion de ſu Inſtituto; y miniſterio, y el aver tenido inſinuacion de San Ignacio, le hizieron dexar luego ſu dulce retiro, y ocupar otros tres, o quatro meſes en iluſtrar aquellos montes. Saliò à fines de eſte año de cinquenta y uno, empezando la Miſsion por Vergara, donde fuè tanta la commocion à los gritos eſpantoſos de Borja, que por no deſacreditarla en mi pluma, la quiero ſolo fiar à las cartas que eſcriviò à San Ignacio la Villa, y algunos nobles individuos de ella, cuyos originales hallò el Padre Bartoli en los Archivos de Roma. La de la Villa dezia: *El Conſejo, la Juſticia, el Regimiento, los Cavalleros, y Nobles de la Villa de Vergara, &c. A V. P. ſe le debe de todas las partes de la Chriſtiandad todo obſequio poſſible, por la luz de las coſas de Dios, y del alma, que và difundiendo por todas partes, en tiempo que ſe halla el mundo en tanta obſcuridad. Mas eſtas nueſtras Montañas le ſon en obligacion, y mucho mayor deuda, que otro algun Paìs, por averle embiado una tan gran Lumbrera, y un tan ſolicito Deſpertador, como el Padre Franciſco, antes Duque de Gandìa. Vergara ſe halla oy tan del todo otra de lo que era antes que el vinieſſe: que para dezirlo todo en dos palabras, ella ni ſe parece, ni ſe conoce à sì meſma, Acerca de eſto ſon maravilloſas las quexas, y el ſentimiento que hazen de aver de quedar dentro de poco privados de èl: rueganle inſtantemente que ſe quede entre ellos; mas el Santo Hombre les reſponde, que èl eſtà aparejado à emplearſe todo en ſervicio de ſus almas, y emplear entre ellos todas ſus fatigas, y ſudor haſta perder la vida con tal, que ſe lo mande la obediencia. Pero que en quanto à diſponer de sì, no tiene querer, y no querer: porque con lo demàs que avia dexado por Dios, avia dexado tambien, y en primer lugar ſu miſma voluntad; y que por eſſo mal ſe le pedia à èl lo que eſtava ſolo en las manos, y en el arbitrio de ſus Superiores.* Eſta carta eſcrita à ſeis de Deziembre de cinquenta y uno, es un irrefragable elogio del Apoſtolado de Franciſco en aquel hidalgo piadoſo terreno.

Pero aun es mas expreſſo teſtimonio el que dà la carta del Vicario, cuyo apellido era Solis, y ſus coſtumbres el exemplo: y en doze de Deziembre de el miſmo año eſcrive aſsi al Santo Patriarca: *Vergara ha venido à ſer el exemplar de la piedad Chriſtiana: tanto la ha reformado, y ſantificado el Padre Franciſco, que ſolo viſta predica à todos los Lugares de el contorno. Los malos ſon aora buenos: los que eran buenos, aſpiran aora à la perfeccion, muchos Sacerdotes abandonaron todos ſus avères, y dependencias, por atender ſolo al bien de ſus almas, y à la ſalud de los proximos. Todo el Pueblo arrodillado delante de V. P. le pide que dexe aqui al Padre Franciſco, &c.* En la miſma forma eſcrivia entre otros Cavalleros Don Beltràn Lopez, Señor de la Caſa de Ozaeta: *Ni lengua, ni pluma de hombre* (dize un capitulo de la carta) *puède deſcribir baſtantemente lo que el Padre Franciſco obrò en ſervicio de Dios, y ſalud de las almas, no ſolamente en Vergara, mas por toda aquella Provincia; aora toda eſtà en paz, toda en fervor de eſpiritu. El Santo Duque Franciſco nada intenta, que no executè; nada quiere en bien de ſus almas, que no lo logre, porque todos han conocido, que Dios por eſpecial amor le ha embiado à aquella Villa, y aquel Paìs. Sus palabras ſe eſcuchan como vozes del Eſpiritu Santo, que mora en ſu corazòn, y habla por ſu boca. Porque no quiſo, ni emprendiò en bien de ſus almas coſa, à que ellos no ſe ſintieſſen luego interiormente movidos, y perſuadidos à abrazarla.* No ſe pudieron buſcar Panegiriſtas mas elegantes de las Miſsiones de Borja en aquella Provincia, donde ſu memoria vencerà en duracion los peñaſcos de aquella Montaña.

§. V.

A Los principios de el año de cinquenta y dos, inflamado del zelo, y cevado en la preſa, ſaliò de Vergara caminando à piè, mal convalecido de una calentura, y hollando montañas de nieve por entre los rigores de la eſtacion, y del clima, à proſeguir aquella Miſsion glorioſa en el Horrio, Elgueta, y Durango, donde reſpondió la mies à las fatigas Apoſtolicas del que avia traìdo abrigado en ſus entrañas el fuego à peſar de el Año de 1552.

viento frio por tantas nevadas cimas. Paſsò à la Ciudad de Vitoria, noble Cabeza de la Provincia de Alava, donde ſe diſpuſo à recibirle con viſtoſo acompañamiento la Nobleza, el Clero, y la Juſticia: raſtreò la humildad de Franciſco la prevencion de eſte aparato, y tratò de huir el cuerpo à la vana ſombra, que le iba haziendo aun ſu grandeza deſpreciada. Entròſe fugitivo por una Selva, à guarecerſe en una Hermita conſagrada à San Juan cercana à Vitoria, meditando entrar de noche deſconocido en la Ciudad, y dexar burlada aquel dia la pompa que le ſalia à recibir; pero fuè mas ingenioſa, ò mas feliz la atencion de tantos Cavalleros, que teniendo diſpueſtas varias eſpias por toda la Campaña, dieron de repente ſobre Borja, y fuè conducido en triunfo à Vitoria el dia doze de Febrero, y apoſentado en una caſa ricamente diſpueſta. Faltaba yà à Franciſco la paciencia, para tolerar eſta nueva honra; y con el pretexto de ir reconociendo los Templos, y otros Edificios ſumtuoſos, anduvo de uno en otro ſitio, haſta que llegando al Hoſpital ſe hizo fuerte dentro dèl. Afligieronſe ſobre manera los primeros hombres de aquella Republica, y no pudiendo olvidarſe, ni de la urbanidad, ni de la diſcrecion del Santo Borja, diò un medio con que ni quedaſſe ſu humildad quexoſa, ni tampoco groſſera; y fuè tomar una Celda en el Convento de San Franciſco, entre cuya pobreza ſe hallaba ſiempre ſu corazon guſtoſo, mirandole como centro de todas las lineas que tira el deſprecio del mundo.

El dia ſiguiente, treze de Febrero mandò el Vicario publicar un Vando, para que tres horas antes del medio dia eſtuvieſſen acabadas las Miſſas, y pudieſſe concurrir el Pueblo à eſcuchar el nuevo Apoſtol en un Duque Santo. Era la Dominica de la Septuageſima, y antes de romper el Alba eſtaba tan ocupada la Igleſia en que avia de predicar Borja, que no ſolo era yà inacceſsible la entrada, ſino que de la gente que eſtaba fuera, ſe podrian llenar otras diez Igleſias las mas capaces de Vitoria, (como deponen en las informaciones algunos de los teſtigos de viſta) con eſto fuè meneſter, que aquel Clarin reſonaſſe muchas vezes al dia, predicando, yà dentro, yà fuera, y paſſando otro dia la Miſsion à la Igleſia mas dilatada. Aqui obrò converſiones, que acreditaron bien de poderoſo el brazo Divino: reformò Ecleſiaſticos, y Monaſterios, y causò notable edificacion haſta en los Religioſos. Tratò la Ciudad con el Padre Franciſco de la fundacion de un Colegio, y ſeñalaron à eſte fin una Igleſia, que eſtà fuera de la Ciudad, no pidiendo mas condicion à San Ignacio, que el que les dexaſſe à Borja derramando luz en aquel ſitio: y à eſte ſin ofrecian ſus haziendas muchos Ciudadanos, y algunos Cavalleros. Al partirſe Borja, le ſiguiò mucha juventud, no poca Nobleza, y entre otros un Prebendado de mucha fama, que ſe hallaba en Vitoria. Y los mas llegaron haſta Oñate; unos, à que les dieſſe los exercicios eſpirituales, y acabaſſe de conquiſtar con aquellas armas, lo que avia empezado à vencer con la Miſsion; otros, à ſer recibidos en la Compañia, los quales iba repartiendo en diſtintos Colegios, y aun Provincias, dividiendo los deſpojos de ſus victorias.

De Vitoria ſe encaminò à Bilbao, rica, y hermoſa poblacion, Cabeza del Señorìo, aunque iba poco à poco, deteniendoſe à predicar en cada Pueblo, porque ſus Moradores, ſaliendo à encontrarle en el campo, ſe arrojaban à ſus pies, pidiendole que ſe detuvieſſe algun dia, en que les dexaba luz para mucho tiempo, durando aun oy el reflexo, fuè perpetua la lluvia en toda eſta jornada, y padeciendo tan ſenſibles dolores de gota, caminaba à piè, eſguazando rios, y piſando ſiempre, ò nieve, ò agua. Saliò à recibirle à la entrada de Bilbao aquel gran Cavallero Don Triſtan de Leguizamo, PrebOſte Mayor, con mucho acompañamiento, y con mucho rubor de el Santo, que no pudiendo eſcaparſe de aquel luſtroſo recibimiento, tuvo eloquencia, y lagrimas para perſuadir, que le dexaſſen apoſentar en el Hoſpital. Fuè tan grande el concurſo al ſiguiente dia, que para poder encaminarſe al Pulpito de la Igleſia mas eſpacioſa, fuè meneſter que algunos hombres robuſtos fueſſen delante abriendo ſenda, para que ſubieſſe al Pulpito Borja, cuyo eſpiritu ſe hallò aqui nuevamente inflamado, porque eſtaba noticioſo, que eran oyentes ſuyos la dureza, y la obſtinacion en algunos pechos, en que los vicios avian paſſado libremente à ſer eſcandalos. Arrojaba en eſtos Sermones tanto fuego al roſtro, no cabiendo yà en el pecho, que fuè voz publica averſe viſto llamas en ſu boca; tanto era el incendio de aquel corazon amoroſo, que reſ-

Año de 1552.

reſpirava braſas bien encendidas, al formar las palabras, y con cada reſpiracion ſuya ſe iba derritiendo el yelo en alguna montaña dura.

Reduxo grandes pecadores à una vida Chriſtiana, y aun Religioſa. Reſtituyò los Monaſterios de Monjas à la mas florida Obſervancia de ſus Reglas. Vieronſe converſiones portentoſas, que poblaron los Deſiertos de penitencias, y las Religiones de iluſtres Almas. No ſe hablava de otra coſa aquellos dias en Bilbao, ſino del trato, y comercio con el Cielo; y ſe puede dezir, que aquel Idioma provincial de Vizcaya, deſde el tiempo del Santo Borja ſe empezò à llamar con propriedad lengua Santa. Clamava toda la Nobleza, que ſe detuvieſſe Borja à fundar Colegio de la Compañia, porque le merecieſſe aſsi mas tiempo Villa tan famoſa; mas Franciſco remitiò eſta empreſſa al zelo de ſu Patriarca. Y acabada la Miſsion, ſaliò de Bilbao, ſin que ni ſus quexas amoroſas, ni ſus lagrimas pudieſſen detener la multitud, que le iba acompañando dividida en tropas, caminando en pos de Franciſco los corazones, y las anſias. Al ſalir de la Villa, fatigado con el tropèl deſta honra, tropezò con el Cadaver de una pobre Muger, que llevavan à la ſepultura, ſin otro acompañamiento, que la pobreza, y la deſdicha. Pareciòle à Borja, que hallava ocaſion, ſobre exercitar la piedad Chriſtiana, de emplear aquel acompañamiento en cauſa mas juſta, y mas fructuoſa; encaminòſe tràs del feretro à la Igleſia, ſiguiendole confuſamente aquella Noble Tropa. Orò por la difunta, aſsiſtiò haſta que ſe dieſſe el Cadaver à la tierra. Mas al ſalir entre diſsimulado, y fugitivo de la Igleſia, penſando que la muchedumbre no advirtieſſe en ſu fuga; ſe hallò ſeguido de todos, no pudiendo embarazar el paſſo al honor, cuya ſombra crecia quanto Borja, con arrojar la Grandeza, avia quitado tanta noble parte de ſu eſtatura.

***

CAPITULO IV.

PASSA A LA CORTE, DE ORDEN de San Ignacio, à Toro, Salamanca, Tordeſillas, y otras Ciudades, obrando ſu Predicacion, y ſu trato milagroſas converſiones. Eſpiritu de Prophecia con que reſplandeciò en eſta jornada. Singular prodigio, que obrò en Tordeſillas con ſu Hija la Condeſa de Lerma.

§. I.

HAllava Borja regalado ſu eſpiritu en la ſoledad de aquel campo, y en aquel dulze ſueño, apenas interrumpido con breves expediciones en los Paiſes confinantes: al modo que eſtàn las Abejas reducidas al hueco de un tronco bañadas de ſuavidad, y ſitiadas de miel, no ſaliendo ſino à los mas vezinos Jardines, para bolverſe à encerrar entre ſus Panales. Luego que llegò à ſu Hermita, ſe viò preciſado à bolver à la Villa de Vergara, inſtado de ſus ruegos, y de innumerables gemidos: empezò à explicar deſde el Pulpito aquel doliente Pſalmo: *Miſerere mei Deus*, con tan penitente llanto del Predicador, y de el Pueblo, como ſi David huvieſſe preſtado ſu corazon à cada uno. Quando recibiò una Carta de Ignacio, que le mandava dexar las ternuras de aquel retiro, temiendo que el eſpiritu ſolitario ſe apoderaſſe poco à poco de ſu pecho con menoſcabo de los altos fines de ſu Inſtituto, y de la utilidad de todo el Reyno; y aſsi deſpues de reconvenirle, ò excitarle con la voz, que dà el Eſpiritu Santo por el Propheta Iſaìas, añadia: *En el nombre de Dios os exorto, Hermano cariſſimo, y ordeno, que ſaliendo de Guipuzcoa, paſſeis à la Corte de Valladolid, y vais por diverſas partes, quanto la corporal ſalud lo ſufre, cumpliendo con tantas perſonas principales, que sè que os han deſeado, y llamado, à quien ſe debe reſpeto, y agradecimiento, y ayudad à la Fundacion, y aumento de los Colegios de la Compañia, ſegun que en el Señor entendieredes, que ſerà mayor gloria ſuya.* Con eſta Carta le embiò una inſtruccion ſecreta, para que deſde la Corte paſſaſſe à Salamanca à juntarſe con el Padre Torres, à quien nombrava por Viſitador de Portugal, y queria que le fueſſe acompañando Borja, de cuya preſencia, authoridad, y Alma neceſsitava aquella Pro-

Iſai. c. 40. Super mõtem excelſum aſcende tu, qui Evangeliſas Siõ, exalta in fortitudine vocem tuam.

vincia, que ſiendo la mas glorioſa en ſu cuna, y aviendo crecido à Gigante cuerpo, la intentavan apartar de ſu cabeza el engaño, y la diſcordia diſsimulada en zelo. Mandavale tambien, que moderaſſe el rigor de la penitencia, porque le avia ſecretamente aviſado Don Juan de Borja, que ſu Santo Padre Franciſco paſſava de penitente à verdugo el mas cruel de ſu cuerpo. Obedeciò al punto Borja, llamando à los Padres Buſtamante, y Domenek à Vergara, para que fueſſen en ſu compañia, aviendo recogido, el dia que llegaron, tanta limoſna, que deſpues de aver ſocorrido con abundancia el Hoſpital en que vivia, ſobrò mucha, que embiar à Oñate, moſtrando en aquel pequeño recuerdo el amor con que el Alma, y la memoria bolvian deſde el camino à reconocer aquel ſitio, primer nido de ſu eſpiritu Religioſo, el qual dexavan bien caliente ſus gemidos, y ſus exemplos.

Año de 1552. Saliò, pues, à diez y nueve de Marzo de la Villa de Vergara à piè, aunque llevado en alas de la obediencia, y llegò à la Caſa de la Reyna, Lugar de el Condeſtable de Caſtilla, donde le eſperava la Duqueſa de Frias Doña Juliana Angela de Aragòn ſu Tia, y la Condeſa de Oſorno Doña Maria de Velaſco, que con repetidas lagrimas, y letras le importunavan vinieſſe à viſitarlas. Tenia la Duqueſa prevenido quarto en Palacio; y reconociendo el ſentimiento de Franciſco, comprò el dia ſiguiente una pobre Caſa, acomodada al eſpiritu de Borja, con un Huertecillo, en que pudieſſe divertir los ojos acoſtumbrados à vivir, ò muy lloroſos, ò muy recogidos: porque eſperava la Duqueſa, que cobrando algun amor à aquel ſitio, vinieſſe muchas vezes à conſolar aquel Pueblo. No acaba el Padre Domenek de ponderar bien en ſu manuſcripto la veneracion con que tratava la Duqueſa al Santo, y el alborozo que tuvo con ſu preſencia, y al eſcuchar la dulzura de ſu Doctrina. Lo miſmo le ſucediò à la Condeſa de Oſorno, empezando deſde entonces aquella gran Matrona una vida tan perfecta, que fuè en ſu ſiglo la admiracion de Eſpaña, ſiendo Borja ſu conſuelo, y ſu guia, y aviendo padecido deſpues eſta Muger varonìl mucha borraſca, hallò en la prudencia de Borja Tabla, y Eſtrella.

Detuvoſe quatro, ò cinco dias, en que predicò muchos Sermones, y Platicas, y una de ellas, eſtando para dàr la Comunion à muchas Almas con el AUGUSTO SACRAMENTO en la mano, inflamado el pecho, y el roſtro, encendiò mucho fuego en los corazones de ſus Oyentes: porque muchas de las Damas de ambas Señoras recurrieron con lagrimas à Borja, para que las encaminaſſe à la Obſervancia mas eſtrecha en una Deſcalcèz riguroſa. Eſta ocaſion tomò Franciſco, para exortar de nuevo à la Duqueſa à que traxeſſe con la mayor brevedad la Deſcalcèz de Gandìa (Jardin el mas oloroſo, donde tenia ſus delicias el Eſpiritu Santo) à la Caſa de la Reyna; materia, que tenia yà muy adelantada el zelo de Borja, y ſobre que avia ſacado Bula Apoſtolica. Rindioſe guſtoſamente la Duqueſa al dictamen de Borja, ſiendo eſte uno de los grandes bienes, que ſu zelo introduxo, y eſtableciò en Caſtilla; y aora eſcriviò luego à ſu Tia Sor Franciſca, Abadeſſa de Santa Clara de Gandìa, y juntamente à Roma. En eſtos dias ſe hallò tan debilitado, que inſtando la Duqueſa à los Medicos, para que ſe le aplicaſſe algun remedio, no ſe atrevieron à executarlo, no hallando fuerzas aun para el alivio, quando al miſmo tiempo ſe experimentava tan robuſto ſu eſpiritu à peſar de el cuerpo en las fatigas de ſu Apoſtolado, que cada agitacion de ſu zelo era un esfuerzo milagroſo.

El dia de la Encarnacion, acabando de Confeſſarſe con el Santo la Condeſa de Oſorno, empezaron à tratar de la venida de aquellas Eſpoſas de Chriſto; preguntòle confiadamente la Condeſa, què Madres vendrian con ſu Venerable Tia Sor Franciſca, à quien ſe concedia en las Bulas Apoſtolicas la facultad de elegir ſiete Hijas, y Compañeras? Recogiòſe Borja un poco dentro de ſu eſpiritu, y luego, cercado de mucha luz, dixo: Entiendo, que vendràn Sor Maria de Jesvs, mis dos Hermanas, Sor Maria de la Cruz, Sor Juana Baptiſta, y la Hermana de el Marquès de Denia. No dudava la Condeſa la verdad de lo que eſcuchava, por mas que ſabia, que ſolo Dios podia ſer el Autor de noticia entonces diſtante, y tan oculta. Vinieron deſpues las miſmas, que avia ſeñalado el entendimiento prophetico de Borja, y ſe añadiò nuevo aſſombro al de la Condeſa, quando ſupo, que avian ſido elegidas en Gandìa por el miſmo orden, que el Santo las fuè nombrando en la Caſa de la

Rey-

Reyna: circunſtancia de ſingular realce, à tan iluſtre profecia; ſiendo bien claras una, y otra, pues nunca oſsò ſu diſcreta pluma reſpirar una ſylaba à cerca de que vinieſſe alguna determinada, queriendo dexar el acierto al alvedrio de quien le fiaba la Cabeza de la Igleſia, y al conocimiento practico de la que era Prelada ſuya; aviendo acreditado la experiencia, que en el govierno de las Religiones, cada ruego foraſtero, cada impulſo eſtraño, es un eſcollo, y que ſolo conoce bien ſu ganado el Paſtor, que cada dia le conduce al monte, y le guarda en el apriſco.

Pero no detuvo aqui ſu buelo aquel eſpiritu profetico, porque añadiò Borja luego: Bien deſeàra mi Tia traer conſigo à Sor Dorotea, tan tiernamente amada, que ſolo la muerte, ò la voluntad expreſſa de Dios la podràn arrancar de tan dulce prenda; pero ha de reſiſtir el Duque, y no sè ſi tambien la Providencia Divina::: llegando aqui, ſe quedò tranſportado, fixos en elevacion los ojos, ardiendo los penſamientos, que arrojaban àzia el ſemblante algunos rayos. Haſta que deſpues de aver eſtado mucho rato, ò muy fuera de sì, ò muy dentro, exclamò: Yà no tendràn que pleytear ſobre la venida de aquel Angel Dorotea, porque la muerte acabò de decidir la duda, y entrò aora con guirnalda de Eſtrellas en la Gloria. Dichas con impetu ſoſſegado eſtas palabras, ſe bolviò à sì, y ſe cubriò de confuſion, que en eſta forma diò ſu depoſicion jurada la Condeſa de Oſorno, que le atendia. Dentro de ocho dias llegò aviſo de Gandìa de la muerte de Sor Dorotea, que avia ſucedido al miſmo tiempo que la eſtaba cantando el Santo Borja, y mirandola como triunfo deſde aquella Playa, donde los ojos no padecen tormenta, aun viendo el naufragio de una Hija la mas inocente, la mas hermoſa, y la mas amada.

§. II.

DE la Caſa de la Reyna paſsò à Burgos, donde hallò al Padre Franciſco Eſtrada, y al Padre Hernando Alvarez del Aguila, embiados por el Arzobiſpo Cardenal Mendoza, à cuya ſombra entrò en Burgos la Compañia. Hoſpedòſe el Santo Borja con ſus Hermanos en una humilde caſa, vezina à la Parroquia de San Gil; pero ſe divulgò luego por la Ciudad la venida de Franciſco, ſin ſaber como, y parecia que ſe avia tocado à rebato, ſegun el tumulto, que concurria atropelladamente à reconocer al Santo, y à mirar bien ſu venerable roſtro. Viòſe cercado de Cavalleros, que ſolo con atenderle, quedaban confuſos, y ſe hallaban en el pecho los deſengaños. Llegò el Cabildo à rogarle, que honraſſe aquella inſigne Cathedral con un Sermon: y el Santo, aunque eſtaba de camino, predicò con mas aſſombro de los oyentes, que eſtudio de el Predicador, pues ſolo tuvo tiempo para meditar un rato à los Pies de un Crucifixo los diſcurſos, y las clauſulas, que avia de pronunciar en el Pulpito. Saliò apreſuradamente de Burgos, y entrò en la Corte de Valladolid: mas porque no ſalieſſe à recibirle el aplauſo, entrò de noche, y como furtivamente alvergandoſe en nueſtro humilde Hoſpicio de San Antonio. Pero lo que encarecen mucho, y con razon otras plumas, es, averſe llenado de repente aquella miſma noche la Poſada de Borja de toda la Grandeza de los Corteſanos, y de los Miniſtros, que todos à porfia ſolicitaban vèr el ſemblante del deſprecio del mundo, el deſengaño en un valido un eſpectaculo, en que la Providencia oſtentaba una de las grandes mutaciones, que ſabe diſponer en el theatro de la vida, y de la fortuna. Eſtaba à la ſazon enfermo el gran Condeſtable Don Pedro Fernandez de Velaſco, que teniendo un immortal ſufrimiento en ſus males, no tuvo paciencia para dilatar la viſta de Franciſco; hizoſe llevar en una ſilla de manos, y eſtrechandoſe en los brazos de Borja, eſtuvo mucho tiempo, ſin valerſe de otro Idioma, que el del llanto.

Trataronle con intimidad, y confianza el grande Almirante, el Principe de Eboli, Rui Gomez de Silva, y otros Señores, para mucho bien de ſu alma, y el Marquès de Tabara, que ſiguiò las huellas del Santo, renunciando el Eſtado en ſu Primogenito; aora tratò con Borja de fundar en Tabara un Colegio de la Compañia; mas pidiendo algunas condiciones, que no parecieron convenientes al uſo de nueſtros miniſterios, no ſe admitiò la fundacion; y ſe mejorò mucho, paſſando à ſer Monaſterio de San Geronymo, Religion adonde ſe retira el Culto Divino, como à ſu mas hermoſo centro. No ſe puede negar, que la lengua abraſada de Franciſco hizo en la Corte de Eſpaña mayor eſtrago en el vicio, que en otra alguna Provincia; porque los Corteſanos, los Aulicos, y

los Señores, miraban dentro de ſu miſma profeſsion el mas vivo deſengaño, y ſolo con vèr aquel penitente roſtro, aquel pobre deſpreciado veſtido, ſe hallaban corridos del embeleſſo, en que les traìa la eſperanza, y el engaño, deſpreciando la vida, y el tiempo. Hablandoles con energia, y con dulzura el Santo, ſiendo no menos Apoſtol deſde la Silla, que deſde el Pulpito. Hizo diferentes Platicas, y algunos Sermones (aunque pocos) cuyo principal aſſumpto era la ſuma diſtancia, que ay de lo caduco à lo eterno, la breve duracion de la vida, y mas breve aun de la felicidad humana, la immortalidad de la gloria, y de la pena, y otras maximas de eſta ſolidèz, que ſe imprimian altamente en el corazon, y ſe vieron temblar las mayores colunas de Eſpaña al ſonido pavoroſo de Borja. Al verle iluſtrar el Pulpito con aquel ſemblante macilento, vivo retrato del Real cadaver, donde bebiò tan portentoſo eſcarmiento; hazian recuerdo de ſu privanza con Carlos Quinto, y no acababan de perder la eſtrañeza en la mudanza, que eſtaban contemplando: grande ſalto, y pocas vezes viſto deſde el valimiento del Mayor Monarca del Mundo al Apoſtolado!

Hallabaſe la Princeſa Doña Juana en la Ciudad de Toro deſpoſada con el Principe de Portugal, y apenas ſupo que andaba Borja tan vezino, quando deſpachò un Gentilhombre, rogandole, que paſſaſſe à Toro, adivinandole el corazon la felicidad, que avia de traer Borja à ſu Palacio: eſcriviò tambien à Doña Leonor Maſcareñas, ſignificandola ſu deſeo, de que apreſuraſſe la marcha el Santo. El qual paſsò à Tordeſillas, y besò la mano à la Reyna Doña Juana, que le recibiò con mas apacible ſemblante del que le permitia ſu accidente. Hallabaſe en Tordeſillas la Condeſa de Lerma, ſu hija, por ſer Mayordomo Mayor de la Reyna Doña Juana ſu ſuegro el Marquès de Denia; pero no tuvieron baſtante eloquencia para llevarle à ſu caſa: y ſe recogiò en el Hoſpital, deſde donde ſe dexò vèr, y admirar, aunque de paſſo, de los Señores, que aſsiſtian al Palacio de la Reyna. Paſsò luego à Toro, donde eſtuvo lo

Año de 1552. mas de la Semana Santa; porque aunque queria paſſar, ſin detenerſe, à Salamanca, para juntarſe quanto antes con el Padre Torres, como le mandava Ignacio, ſe reſiſtiò la Princeſa, deſpachando un Proprio à Salamanca, para que el Padre Torres vinieſſe à Toro à juntarſe con Borja; (ſi bien no pudo recabar de aquel eſpiritu zeloſo, que en un tiempo tan ſagrado, y en que hazia grande falta à los miniſterios de ſu Inſtituto, ſalieſſe de aquel theatro, donde ardia ſu zelo, y alumbraba ſu eſpiritu) el fuego divino que prendiò en el Palacio de la Princeſa con las repetidas platicas, y exortaciones de Borja, daràn en adelante baſtante materia à mi pluma, y la dieron deſpues à la embidia, pues no daba paſſo, mientras tuvo las riendas del govierno, ſin la direccion del Padre Franciſco, perſuadida à que no podian correr los aciertos ſino por aquel conducto.

En eſtos dias gaſtaba dos horas de la mañana en oìr las inſtrucciones del Santo Borja, que ordenò las operaciones de ſu vida en un breve papel, en que reſpirò la pluma, ſantidad, y diſcrecion: confeſsòſe generalmente con el Santo, para que con eſte practico conocimiento diſpuſieſſe mas acertadamente aquel metodo, que guardò fielmente ſu eſpiritu. Con el exemplo de la Princeſa todas ſus Damas recurrian à Borja, no ſolo à confeſſar ſus culpas, ſino à pedirle inſtrucciones ſecretas para el govierno de ſus almas. Paſſaban deſpues ſu lengua, y ſus exemplos à ſaludar à los Ciudadanos, pendientes de ſu voz todos en las converſiones, en los Pulpitos, y en los Confeſſonarios; afirmando ſu Compañero el Padre Domenek, que ſolo unas fuerzas milagroſas huvieran baſtado à tantas fatigas. Hemos de confeſſar, que en eſta ocaſion en que llegò à Toro el Padre Franciſco, eſtaba aquel Palacio veſtido, ſino de profanidad, de eſperanza, y de aquella vana alegria, que contempla facilmente el diſcurſo en la Familia de una Princeſa Joven, que eſtaba eſpoſada en la edad mas florida: no ſe tratando ſino de feſtines, y aparatos de boda. Obſervò Franciſco, que tropezaban los ojos à cada paſſo en libros de novelas, de aventuras, y cavallerias, en què ſe ceva inutilmente la curioſidad de los ojos, profanando inſenſiblemente los penſamientos, y poblando la fantaſia de Palacios encantados, de galanterias, yà militares, yà corteſanas, yà amoroſas, y de mentiras hermoſamente repreſentadas, què vàn diſponiendo incautamente el alma à la culpa.

Hablò ſobre eſte punto à la Princeſa; reprehendiò aquel exceſſo en una exortacion domeſtica con rara energia: y ſe vieron luego los efectos de ſu eloquencia,

cia,

cia, porque aſsi las Damas, como los Cavalleros, fueron conduciendo à los pies de Borja ſus libros, y muchos precioſamente enquadernados, y guarnecidos, y luminados de oro, para enriquecer, y hermoſear el engaño. Fuè eſpectaculo digno de admiracion, vèr muchas de aquellas Damas venir oprimidas con tantos libros llenos de cintas, y tantos Autores diferentes, infelizmente ſabios en aquellas materias, y arrojarlos guſtoſamente al ſuplicio, como reos de la honeſtidad, y profanadores del mas Sagrado Templo. Pero al miſmo tiempo era eſpectaculo digno de riſa, vèr algunas, que no ſin lagrimas ſe deſpedian de ſus Fabulas, y Novelas, como que alli eſpiraba todo ſu conſuelo, y que ſus diverſiones, y eſperanzas paſſaban à ſer cenizas laſtimoſas. Deſpues de averſe juntado en ſitio oportuno un monte pequeño, mandò el Padre Franciſco pegarle fuego, en que ſe abrasò el engaño, y alumbrò à la poſteridad el eſcarmiento. Rogò el Padre Franciſco al Confeſſor de la Princeſa, que hizieſſe ſubſtituìr libros devotos en lugar de los que avian ſido caſtigados; no ſe contentando con deſtruìr el error, ſino fabricaba ſobre ſus ruìnas Alcazares à la virtud, y à la verdad.

§. III.

PArtiò de Toro Borja el Sabado Santo, y llegò à Salamanca, theatro el mas florido de ingenios, el mas lucido de Sabios, y el mas frequentado de la Juventud de quantos celebrava la Europa, y una como feria univerſal de las ciencias, y de las artes mas cultas, donde venian à comerciar luz los entendimientos deſde los climas mas remotos. Aqui entre los mas altos diſcurſos de la ſabiduria empezò à ſer eſcuchada la ſenſillèz del Evangelio en la lengua de Borja, corriendo à porfia à ſer ſus oyentes, y ſus diſcipulos los hombres mas doctos. Y entre las alegrias de las Paſquas concurria la juventud de aquellas famoſas Eſcuelas, los Cavalleros, y los Sabios, como ſino acabaſſen de ſalir fatigados de los Sermones de una Quareſma, donde no ay Pulpito ſin voz, ni dia ſin que reſuene el Evangelio en algun clarin, haſta fatigar la paciencia mas devota. El Domingo de Quaſimodo predicò en el Venerable Convento de San Aguſtin à la Fieſta que hazia entonces en aquella Igleſia la Nacion Andaluza; como refiere aquel inſigne Prelado, entonces Joven, y deſpues Arzobiſpo de Valencia, el Iluſtre, y Santo Patriarca Don Juan de Ribera, en la depoſicion que hizo año de mil ſeiſcientos y ocho, quando ſe trataba de la Beatificacion de Borja: *La primera vez que le vì* (dize) *fuè en Salamanca, y entonces le besè las manos, por cumplir con lo que ſe debia à ſu perſona, y Santidad, y por ſuplicarle, como lo hize, que predicaſſe el Domingo de Quaſimodo en el Convento de San Aguſtin de aquella Ciudad à la Fieſta que los Eſtudiantes Andaluces hazen. Eſto me concediò con mucha benignidad, y aſſi prediò, oyendole con gran devocion el Señor Obiſpo, que entonces era Don Pedro de Caſtro, hijo del Conde de Lemos, (que falleciò Obiſpo de Cuenca) y grandiſſimo concurſo de gente. Reſidia entonces, à lo que me acuerdo, en el Colegio de Oñate, y llegaba à Salamanca la fama de ſu grande humildad, y mortificacion: ocupandoſe en miniſterios de la cocina, y en otros ſemejantes.* Fueron muchas las flores, que ſu deſengaño arrancò del ſiglo, eſcogidas en el dilatado jardin de tanta florida juventud; ſiendo la mas hermoſa, y que aquel año era Cabeza de la Eſcuela Don Antonio de Cordova, como diximos arriba, aunque Borja quiſo, que primero eſcrivieſſe pidiendo licencia à ſu Madre la Marqueſa, y al Maeſtro Juan de Avila, para que fueſſen delante del deſengaño la atencion, y la reverencia. Al fin Borja en el mas culto Templo de Minerva ſupo introducir, y elevar la humildad haſta el altar de la mas pura ſabiduria, y en las margenes del Tormes hizo, que el deſengaño eſtampaſſe las huellas que avia dexado tan profundamente impreſſas en ſu pecho.

Deſde Salamanca embiò al Hermano Juan Gutierrez à Portugal, que aviſaſſe al Padre Miròn, que governaba aquella Provincia, de ſu viage à Lisboa; (que no tuvo efecto aquel año, porque ceſsò el principal motivo) pediale tambien algun aviſo ſecreto para proceder mas conforme al orden de San Ignacio; y al Padre Domenek, le embiò à Vizcaya à otra importante diligencia. Y les previno, que de buelta no llegaſſen à Salamanca, ſino que paſſaſſen à Tordeſillas, donde les eſperaria; y adonde partiò deſpues de algun tiempo con el Padre Buſtamante, y ſe hoſpedò ſegunda vez en el Hoſpital, dexando ſus hijos con embidia, y con dolor. Un dia deſpues de aver ſalido de ſu Oracion, le dixo à Buſtamante reſueltamente, mañana eſtaràn aqui el Hermano Gutierrez, y el Padre Domenek; eſtrañò Buſtamante la noticia, ſiendo mas que

dificil

dificil la concurrencia de los dos, que venian de Paiſes tan diſtantes, como Portugal, y Vizcaya: y porque ſabia, que Borja no avia tenido carta ſuya: ni la prudencia humana podia diſcurrir, ò ſeñalar dia en materia tan incierta, y tan expueſta à las contingencias de una jornada prolixa: y en quien no tenia tiempo fixo para ſalir de Lisboa. Mas el ſiguiente dia con la venida de ambos conociò Buſtamante, que tenia en ſu Oracion noticias reſervadas el Santo Borja; y que ſu alma en ella oìa otro tanto como hablaba.

Llegò en eſta ocaſion à Tordeſillas el Principe Don Felipe con toda la flor de la Nobleza Eſpañola à viſitar à la Reyna ſu abuela. Eſtaba el Principe anſioſo de comunicar à Franciſco, à quien no avia tratado deſpues de aquella mudanza prodigioſa, que avia cobrado tanta voz en las reſpiraciones de la fama: y aſsi moſtrò particular guſto en la noticia de que eſtaba en Tordeſillas el Padre Borja; embiòle à llamar luego, quando yà ſu obligacion le avia preocupado, y aſsi llegò à Palacio antes que llegaſſe à ſu Hoſpital el aviſo. Hablò al Principe, que eſtuvo algun tiempo ſuſpenſo, y admirado, y bolvieron à revivir en ſu pecho las cenizas de aquel amor antiguo: tratabale con ſingular agrado; aunque la rara veneracion à lo que avia oìdo de ſus acciones penitentes, y otras inſignes virtudes, le obligaban à mezclar con el agrado algun reſpeto. Dixole, que el Ceſar ſu padre le avia propueſto nuevamente para el Capelo; noticia, que introduxo un puñal entre los alhagos que eſtaba experimentando de el ſemblante, y de la dignacion del Principe. Saliò de Palacio lleno de congoja, y eſcriviò à ſu Santo Patriarca con la mas eficàz energia, para que recabaſſe de Dios, y del Papa Julio Tercero, que libraſſen ſu alma de aquel rayo, encendido en la Purpura, y vibrado en el brazo poderoſo del Ceſar contra ſu cabeza, para fatal eſtrago de ſu quietud, y de ſu vida.

§. IV.

EN Tordeſillas comiò algunas vezes con ſus hijos los Condes de Lerma, condeſcendiendo en algo con los ruegos de ſu hija. Eſtaba un dia de eſtos ſentado à la meſa, y hablaba de la profanidad, y engaño de el mundo, y de los trages de Palacio, quando la punta de un hueſſo enſangrentò mucho la boca à ſu hija, y le ſacò un diente con la mas ſenſible, y mas repentina violencia: fuè grande el ſentimiento, aun el aſſombro, aſsi por aquel primero doloroſo ſuſto, que la obligò à mezclar luego con la ſangre el llanto: como por la falta que avia de hazer à la ſimetria del roſtro, pues faltaba en ſitio mas deſcubierto; y penſaba, que al hablar ſe haria la diſcrecion fea, y deſapacible la riſa; ſiendo la Condeſa una de las Damas de mayor hermoſura, que tuvo en aquel ſiglo Eſpaña. Compadecioſe de ſu dolor, y de ſu flaqueza el Padre Borja, y tomando el diente caìdo en la mano, empezò à notar con blandura feſtiva la vanidad mugeril en la eſtimacion de ſu belleza, alhaja peligroſa, y tan fragil, que con ſu miſmo eſplendor ſe empaña; y la dezia: *Ay Jesvs, y que fea quedarà ſin eſte diente la Condeſa!* Y luego con la licencia de Padre, deſpues de bolver los ojos al Cielo, y derribarlos otra vez confiado introduxo el diente en el ſitio de donde avia ſido arrancado, y con el ſemblante encendido à mucha luz, dixo: *Comed hija, y eſtad ſegura, que por lo menos eſte no ſe os bolverà à caer.* Quedò atonita la Condeſa, y los que ſe hallaban preſentes à eſta maravilla de tanta ternura: y mas quando experimentò, que el diente eſtaba fixo, la boca ſin ſangre, y ſin dolor alguno, proſiguiendo la comida, y con ella el aſſombro: miravanſe unos à otros dudando ſi era combite, ò ſueño; y deſde entonces la Condeſa, ſiendo tan propria aquella alhaja, la eſtimò como reliquia del Santo Borja.

Pero aun ſe hizo mas prodigioſo eſte milagro: Porque deſpues de muchos años de difunta la Condeſa, quando ſe trasladaba ſu cadaver à otro ſepulcro, reconociendo la calavera, hallaron, que la muerte, aviendo hecho eſtrago en todos los otros dientes, ſolo avia tenido reſpeto al que fixò el Padre Franciſco: porque eſtaba tan firme como eſcollo blanco, donde avian quebrado ſus embates la muerte, y el tiempo, ſin que pudieſſen arruinar tan fragil edificio, que ſe deſmorona antes que la vida, ni morder, ò limar al marfil aquella pequeña roca. Deſta ſuerte caminaba el Santo derramando por todas partes con una mano prodigios, y exemplos, mientras con la otra iba cogiendo frutos; y ſe puede dezir de ſus peregrinaciones por tantos lugares: *Pertranſiit bene faciendo, & ſanando omnes.* Parecido al movimiento de el Sol, que à cada paſſo derrama un bello influxo eſcondido en cada rayo de oro, y no ſabe dàr una buelta al Cielo, ſin dexar fecundo el mar de perlas, los campos de mie- *Actor. 10. 38.*

mieſſes, y de flores, y las entrañas de los Montes de varias precioſas minas.

Acabado aquel combite milagroſo, ſucediò otro caſo aun mas admirable que el primero; porque hablando, ſentados aun à la miſma Meſa del Conde ſu Yerno, ſu Hija, y ſus Nietos, exclamò el Santo con voz prophetica, y ſonora: *Reparad bien, Hijos mios, en lo que os digo, acordaos bien de eſto; uno de los que eſtamos aqui arrimados à eſta Meſa, ſe ha de morir de repente antes de muchos años: y aſſi cuydado con eſtàr todos prevenidos, y bien diſpueſtos, porque la muerte anda alevoſamente rondando à uno de voſotros. Y no ay que fiar en los años verdes, que ſon traydores.* Sucediò aſsi, porque el año de cincuenta y ocho (aunque algunos quieren que fueſſe el de cincuenta y ſiete, y otros el de cincuenta y cinco) eſtando ſu Hija la Condeſa hilando, como acoſtumbrava para exemplo de ſu Familia, y de la Grandeza, un Lunes por la tarde, aviendoſe Confeſſado el dia antes con Fray Pedro de Soto, y eſperando el Confeſſor para repetir aquella tarde eſte Sacramento (tanta era la pureza de aquella Alma) cortò al miſmo tiempo la Parca, el hilo de ſu vida, con un cruel accidente al corazon, que no la dexò mas tiempo, que para clamar: JESUS, JESUS. Eſtava à la ſazon en la Corte Borja, y caminava à Palacio llamado de la Princeſa, quando ſubitamente ſe le repreſentò delante de los ojos la muerte de ſu Hija: cerrò al punto los ojos, y eſtuvo poco mas de un Credo parado en la Calle, ſilencioſo, y como ſuſpendido, haſta que prorrumpiò diziendo un Reſponſo; lo que eſtrañò mucho ſu Compañero, preguntandole el motivo de aquel importuno ſufragio, à que reſpondiò Borja, averſe llevado Dios à ſu Hija la Condeſa de Lerma; y paſsò adelante luego, ſin que le debieſſe tamaña deſdicha un gemido.

Llegò à Palacio, hablò con la Princeſa mucho tiempo, reſpondiendo ſerenamente à una dependencia que le conſultava; y al deſpedirſe, dixo: *Ruegue V. A. à Dios por el Alma de ſu ſierva, y querida Iſabel, que aora acabo de ſaber, que ſe fuè repentinamente à la otra vida.* Turbòſe mucha la Princeſa: porque la amava con grande ternura, aviendoſe criado juntas en la edad mas florida; y no menos, porque mirava tan alegre el ſemblante de Borja, como ſi fueſſe la mas feliz noticia la que contava. Pues como, le reſpondiò, aſſuſtada, es noticia eſſa para darmela tan de paſſo, y tan enjuto el roſtro? Yo no sè ſi teneis de diamante el pecho; bien sè, que el mio và pareciendo de materia mas tierna. Señora, replicò Franciſco, eſta Joya era preſtada, y embiò ſu Dueño por ella: pues què podemos hazer ſino darle gracias? Quanto mas, que yo eſpero que la ha tranſplantado à ſu delicioſo Jardin. Deſpues vino un Correo, deſpachado de Don Chriſtoval de Roxas, Obiſpo de Badajòz, y luego Arzobiſpo de Sevilla, con eſta triſte noticia; paſsò luego à conſolar al Marquès de Denia, que eſtava ſin Alma: y eſcriviò al Duque ſu Hijo, que el Alma de la Condeſa eſtava yà veſtida de gloria. Aquella miſma noche, aviendoſe eſparcido el rumor de eſte ſentimiento en Palacio, fuè el Condeſtable al Colegio, porque le tocava eſte rayo muy de cerca; y luego que encontrò al Santo Borja, le dixo, que no venia à darle, ſino à pedirle conſuelo, y empezò à enternecerſe en la memoria de aquel eſtrago, mezclando con la ternura algun enojo, de vèr tan ſereno à Franciſco, que le ſatisfizo: diziendo: *Señor, el dia que Dios me llamò à ſu ſervicio, y me pidiò el corazon, ſe lo entreguè de manera, que ninguna Criatura me lo pueda turbar viva, ni muerta; èl no es mio, y no debo imprimir en èl mas ſentimiento de aquel que quiere ſu Dueño.* Lo miſmo reſpondiò al Doctor Gregorio Lopez, Medico del Emperador. Y el Condeſtable dixo à la puerta à unos Padres que le acompañavan, ſaliendo de la viſita de Borja: *O què leccion nos dà eſte Duque à los ruines Señores como yo!* Y podemos exclamar bien: O corazon eſſempto de las impreſsiones, y caſi de la juriſdicion de humano! Tu ſupiſte hazer verdad el error Eſtoyco, que puſo en cada ſabio un diamante con alas dentro de el pecho.

CAPI-

CAPITULO V.

TRANSPLANTA A LOS REYNOS de Caſtilla la Deſcalcèz glorioſa de Santa Clara de Gandìa. Arrebatado ſobre sì meſmo deſde el Pulpito, ſe viò en extaſi prodigioſo. Buelve à Oñate, y recaba ſu Oracion fervoroſa, que no le obligaſſen à veſtir la Purpura; de la qual huye repetidas vezes, renunciando otros grandes honores.

§. I.

LUego que ſalió de Tordeſillas el Principe Don Felipe, ſalió tambien el Padre Borja anſioſo de bolver al dulce retiro de Vizcaya, donde cada vena de hierro ſe avia buelto imàn, para traer ſu corazon. Rogóle el Almirante, (que avia venido con el Principe) que de buelta de Oñate paſſaſſe por Medina de Rioſeco à viſitar à la Duqueſa, que deſeaba vèr el trage del deſengaño en el Duque de Gandia, y que ſu exemplo, y doctrina fueſſen dos faroles de ſu Alma. Condeſcendió Franciſco à tan juſto ruego, y llegó à Medina de Rioſeco, donde eſtaba yà el Almirante, que ſe avia yà anticipado, no queriendo perder la ocaſion de vèr dentro de ſu Palacio la felicidad. Fuè hoſpedado en el Obſervantiſsimo Convento del Seraſin Franciſco, reùſando con invencible conſtancia apoſentarſe en Palacio. Mas por el paſſadizo, que avia deſde el Convento, paſſava frequentemente à viſitar à la Duqueſa, que aviendo eſcuchado los ſaludables conſejos de Franciſco, y las reſpueſtas à las dudas que le propuſo, conoció que el Eſpiritu Santo tenia en Borja ſu mas dulze, y mas acorde inſtrumento. Encaminóſe luego àzia Burgos, paſſando por Caſtrogeriz, y Paredes, que ambos Condes eran ſus Parientes; y en breve conferencia con cada uno, les introduxo aquel temor Santo, que es el esfuerzo del Chriſtianiſmo, y mas eſtimado en un Principe, que todo el denuedo de Alexandro. No quiſo entrar en Burgos, por no detener aora la luz en ſu carrera; y paſſando vezino à la Muralla, ſalió à verle el Padre Eſtrada, que fuè con el Santo media legua, para que no erraſſe el camino, pues qualquiera rodeo era intolerable fatiga à quien iba à piè enfermo, y con terribles dolores de gota. Llegó à Bellimar, donde le llevó à ſu Caſa aquel grande Amigo de la Compañia, y aficionado del miſmo Borja, Benedicto Hurhuni, que fundava un Colegio en aquella Villa; mas no pudo durar mucho aquella Fabrica, por injuria del tiempo, y mas de la embidia, que ſabe morder haſta la piedra.

Año de 1552.

Deſde Bellimar fuè à la Caſa de la Reyna, àzia donde le arraſtravan aquellas cadenas, que ſaben conducir priſsioneras à las Almas deſde muy diſtantes Provincias: porque eſperava con deſeos impacientes, y Sagrados vèr el arribo de aquellas Eſpoſas de Chriſto à la Caſa de la Reyna, que avian de traher tanto bien à Caſtilla: Y andava deſde Oñate à la Caſa de la Reyna con aquella dichoſa inquietud, con que ſe mueve en eſta vida el corazon àzia la felicidad. Aqui le ſobrevino una recia quartana, que afligiò mucho tiempo aquella vida achacoſa, padeciendo temblor, y ſuſto una Fabrica, que eſtava yà amenazando ruìna; mas porque la debilidad era tanta, no oſſaron los Medicos romper la vena por donde ſe deſangraſſe la quartana; teniendo tan perdido el eſtomago, que juzgavan eſtàr caſi pegado con las coſtillas de las eſpaldas. Pero los dias que le dexava libres aquella fiebre, que dominava con la melancolia todo el theatro del Alma, deſquitava ſu zelo en la ſalud del Proximo las horas, que la calentura le tenia priſsionero en la cama, y aun deſde ella predicava, no ſolo con el ſufrimiento, ſino con la dulzura inexplicable de ſu converſacion, con los que iban à viſitarle, y à conducirle algun alivio: Y empezando à hablar algunas vezes con la vòz tremula, y fria, ſupo encender el corazon del que le oìa, à deſpecho de aquel primer rigor de la quartana.

Un dia de los en que tenia algun alivio, eſtando en el Pulpito ſonante aquel Clarìn mas inſpirado de fuego, que de el ſoplo, padeciò un extaſi arrebatado à viſta de las admiraciones de el Pueblo: porque en la mayor fuga de el Sermon, le vieron no ſolo parado, ſino ſuſpenſo, pueſtas las manos en el borde de el Pulpito, el ſemblante un poco elevado, en ademàn de obſervar el Cielo, y en la forma que el giraſol eſtando immobil en el Jardin, buſca con la cabeza, y con la copa, yà muſtia, yà florida, el globo del Sol. Tenia el color demudado, creyendo todos primero, que fueſſe deliquio; y deſpues, que fueſſe yà Cadaver elado; pero ninguno oſsò acercarſe al Monte adonde eſtava

Moy-

Moyſes comerciando con la Divinidad: eſtuvo en eſta poſitura el eſpacio de un quarto de hora: el predicador arrebatado, ſuſpenſo el Auditorio, y tantas almas pendientes de una admiracion en un extatico ſilencio. Haſta que buelto en sì cobrò el hilo, y proſiguiò el Sermon comenzado, hablando lo que por ventura acababa de eſcuchar en el Cielo.

Baxòſe del Pulpito, y ſe retirò con fuga, ſin permitirſe à la curioſidad, al concurſo, ni aun à los primeros amagos de la corteſania. Nunca fuè poderoſo ruego alguno, ni de la Duqueſa de Frias, ni de la Condeſa de Oſorno (mudos teſtigos de eſte eſpectaculo) para que quiſieſſe dàr un debil relampago de luz al ſecreto, que ſe le avia fiado. Aunque deſpues de algunos años el Hermano Melchor Marcos, ſu Superior, y Compañero, inducido de la Condeſa de Oſorno, le mandò ſencillamente deſcubrir alguna parte de aquel myſterio; y el Santo le dixo: Que avia viſto ſubir bañada en gloria la Alma feliz de una parienta ſuya, Religioſa de mucha fama en la Deſcalcèz de Gandìa, à quien èl ſiempre avia tratado con amor, y reverencia: Y que aquella maravilla le avia robado la mejor parte del Alma, dexando la imaginacion difunta, y la accion fria. Eſte prodigio depuſo la Condeſa de Oſorno; el Padre Garcia Garcès, de la Compañia, teſtifica averlo eſcuchado de Don Gaſpar Oſſorio, que le oyò al mas fiel teſtigo de viſta: Y el Licenciado Don Pedro Flores de Burgos, Corregidor que fuè de Molina, depuſo averlo oìdo al Hermano Alarcos en Oropeſa, quien afirmaba con juramento aver eſcuchado eſta noticia de la boca del miſmo original el Santo Borja. Aſsi honra Dios à los humildes à viſta de los hombres, haziendolos eſpectables con aquellos accidentes, que hazen mas ruìdoſas las virtudes, yà que no mas grandes, ſino en el dictamen del vulgo, y de la ignorancia, que mide la eſtatura por la ſombra.

§. II.

UNa mañana partiò diſsimulado Borja, ſin deſpedirſe de la Duqueſa, à encontrarſe con aquella Sagrada Tropa, cuya venida adivinaba entendiendoſe allà mejor con las Eſtrellas las grandes Almas: llegò haſta Tudela de Navarra, donde hallò al Duque de Maqueda, que por orden del Emperador paſſaba à Virrey de Valencia: Y viendo otra vez al Santo Borja, no acababa de caer, ni abrazar aquella dicha inopinada con que Dios le favorecia. Llegò deſpues de pocos dias aquel Eſquadron de Angeles en trage de Religioſas, por cuya Abadeſſa venia la Venerable Sor Franciſca, Tia de Borja: eran ſiete las Fundadoras, acompañadas de Cavalleros, Ecleſiaſticos, y Religioſos, que poblaban el camino de ſantos afectos. Los ſentimientos reciprocos, que ſe vieron en eſte feliz enquentro de tanto inocente ſublime eſpiritu, no ſe diſpenſa bien à la eloquencia, y parecen ſiempre hyperboles de la pluma. Salieron otro dia por la mañana, y en ſu comboy el Santo Borja, y paſſaron à Naxera, donde fueron hoſpedados en el Palacio del Duque con magnificencia: el dia ſiguiente fueron à Calahorra, donde entonces aſsiſtia el Santo Tribunal de la Fè, y los Inquiſidores honrando aquella nueva fundacion, y à Borja tenian prevenida grande cena; en que Franciſco tuvo que padecer los ruegos de la atencion de todos, para que comieſſe algo; no ſiendo poſſible à ſu rara debilidad, ni à ſu aſtio cenar plato alguno de carne, ſin conocida violencia, y rieſgo. Deſde Calahorra ſe encaminaron à la Caſa de la Reyna, aviendo ſalido largo trecho à ſu recibimiento la Duqueſa de Frias, y la Condeſa de Oſorno. Fueron hoſpedadas las Religioſas en una Caſa grande fuera de el Lugar, donde eſtaban diſpueſtas Celdas, y Oficinas; y Borja ſe detuvo algun tiempo à perficionar dichoſamente eſta grande obra, que importaba tanto à la gloria Divina; dexando en nuevo pequeño Vergèl aquellas ſiete Flores, que avian de eſparcir ſu fragrancia, y dilatar ſu pureza en tantos jardines. Y no debe parecer agena de la pluma eſta metafora en las Eſpoſas de Chriſto, pues ſabemos, que el miſmo Eſpoſo ſe quiſo repreſentar en trage de Hortelano, ò Jardinero à la Magdalena, ſu Amada Eſpoſa, y Flor la mas culta. *Exiſtimans quia Hortulanus eſſet.* Joan. 20.

Un dia de eſtos, que eſtaban en la Caſa de la Reyna, ſe fraguò una tempeſtad furioſa, no ſolo con formidables truenos, ſino con vientos tan impetuoſos, que temblaron los edificios; y lo menos que yà ſe temia eran los rayos, en medio de ſer muchos, y vengativos. Borja ſe retirò à ſu Poſada, y cerrado en un apoſentillo, expueſto à los primeros baybènes del terremoto, eſtuvo en oracion ſoſſegada todo el tiempo que ſe enfureciò la tormenta, aplacando al Cielo con otra borraſca de lagrimas, y de ſuſpiros, que flechaba à imitacion de los Rayos. Soſſegado el uracàn,

cân, embiò la Duqueſa à ſaber de Borja, como lo avia paſſado en aquel alvergue, mas expueſto por la debilidad del Edificio à las coleras del Cielo. Reſpondiò el Santo, que eſtava ſumamente reconocido à la Piedad Divina, pues mereciendo èl por ſus culpas que los rayos ſe entraſſen dentro de las caſas, y que cada piedra del Lugar, que èl habitava, fueſſe una ruìna; avia diſpueſto, que la borraſca amenazaſſe por defuera, que ſe quedaſſe en amago el caſtigo, y que ſu azote ſe huvieſſe ſatisfecho con el ſuſto. Aſsi ſacava confuſion propria de los ſuceſſos, el que tenia tan ſerena la conciencia, en medio de los eſtremecimientos, y de las iras de aquella borraſca, que pudieran ſus afectos jugar ſin ſuſto con los rayos.

El gozo de vèr yà en los Reynos de Caſtilla aquellos Sayales, que ſaben eſconder Serafines, como las conchas mas baſtas ſuelen ſer madres de las mejores perlas, dilatava el corazon del Santo, ſiendo corto theatro el pecho; bolviòſe alegre à ſu retiro de Oñate, à renobar ſu eſpiritu en aquel ſueño delicioſo de la contemplacion, que le haze tan robuſto. Aqui fuè guia, y modelo de el Hermano Antonio de Cordova, que llegò por eſte tiempo de Salamanca, y emprendiò una vida, que pareciò admirable, aun à viſta de la de Borja; vino tambien à tomar la Ropa un Paſſante ſuyo, llamado Sebaſtiàn Perez, Hombre ſabio, de cuya doctrina, y prudencia ſe ſirviò deſpues no poco Phelipe Segundo; y aora Franciſco le ordenò, que leyeſſe en Oñate lo que le faltava de la Filoſophia al Hermano Cordova, à Pedro Domenek, y al Hermano Sancho de Caſtilla, y al ſiguiente año los embiò à oìr Theologia. Salia Borja repetidamente por aquellos contornos à inflamar los Pueblos; tan guſtoſo de verſe en aquel olvido, y fuera del comercio, que por ſer tan vivo eſte conſuelo, le aſſuſtava el temor de que no duraſſe mucho. Avia unas enemiſtades entre dos Familias de aquellas Montañas, que eran la ruìna publica de la paz, y eſcandalo de todo el Paìs; mas Borja à fuerza de lagrimas, y de ſudores hollando à piè cumbres inacceſsibles, recabò primero de Dios, y luego de las dos Cabezas encontradas, la union de ſus voluntades, enlazando aquellas dos Almas en cadenas tan ſuaves, y tan fuertes, que no pudo romperlas el tiempo, ni el Demonio: haziendo que fueſſen las mas conſtantes, y las mas finas, unas amiſtades reconciliadas.

Año de 1552.

§. III.

EN eſta tranquilidad ſe hallava el corazon de Borja, bien dilatado en aquella ſoledad amena, quando un ſuſto le obligò à recoger medroſas las alas, porque recibiò varios Pliegos de Roma, que antes de romper los ſellos, le ſobreſaltaron el Alma, no ſin algun temblor en las manos: abriò el primero, y leyó, que el Pontifice inclinado à los ruegos del Ceſar, aquella Paſqua del Eſpiritu Santo, y movido de aquel caliente ſoplo, con que ſabe agitar el pecho, ſin hazer ruìdo con el impulſo, le embiava el Capelo. Sorprendió eſta noticia el corazon de Borja, como ſi ſe huvieſſe derribado ſobre ſu pecho toda la eminente cumbre del Aventino: puſo la boca una con la tierra, y deſde alli embiava gemidos al Cielo: implorava el ſocorro de Ignacio, guarecida la phantàſia en las ramas de aquel Tronco, que le avia de hazer eſſempto deſte rayo, que amenazava à todo ſu ſoſsiego. Sintió con eſta Oracion algun aliento, y le parecia que avia nacido en ſu Alma una eſperanza oculta. Levantóſe, abrió ſegundo Pliego, en que besó la firma de Ignacio, y en ella ſola leyó las clauſulas todas de ſu alivio, experimentando, quan vezino vive el conſuelo à la tribulacion en un hombre juſto; y que à la eſpalda de la tempeſtad arde el Santelmo.

Avia deſeado el Ceſar iluſtrar con la Purpura los meritos de Borja, eſpecialmente que aviendo muerto en la Tranſilvania el Cardenal Fr. Jorge Martinuſio los Miniſtros de ſu Hermano el Rey de Ungria, y teñido ſegunda vez en ſangre ſu Purpura, achacandole ſecretas inteligencias en Conſtantinopla: Y aviendoſe eſtremecido con eſte eſcandalo la Europa, (haſta que el Rey de Ungria deſmintiò con el tiempo el rumor de eſta fama) ſe perſuadiò el Ceſar, à que importava al honor de ſu inclita Auguſta Caſa dàr Cardenales à la Igleſia de prendas tan eſclarecidas, que con el reflèxo de ſus acciones glorioſas deſlumbraſſen todo lo que avia eſparcido la embidia contra la Caſa de Auſtria. Por eſtos motivos, y otros mas reſervados, que el Papa, y el Ceſar tenian conferidos; embiò el Emperador deſde Inſpruch, à diez y ocho de Marzo de quinientos y cincuenta y dos, à Don Juan Manrique de Lara, Hijo de los Duques de Naxera, à Roma con varias inſtrucciones, y entre ellas las propueſtas de quatro Cape-

Año de 1552.

pe-

pelos; el primero, para el Santo Borja; el ſegundo, à Don Diego de Tabera, (Sobrino de el Cardenal Tabera) deſpues Obiſpo de Jaen, y entonces Inquiſidor de la Suprema; el tercero, à Don Antonio de Cordova, Hijo de los Marqueſes de Priego; y el ultimo, à Don Juan de Vega, aunque aora no ſe reſolviò ſino el de Borja: noticia, que expreſsò ſu Beatitud al Sacro Colegio, y fuè eſcuchada con ſingular aplauſo, no aviendo hallado eſta exaltacion armada contra sì la cenſura en otro, que en el corazon de Borja.

Con la Carta que San Ignacio tuvo de el Padre Franciſco, en que le aviſava deſde Tordeſillas, de que ſe fraguava eſte rayo en la Pluma de Carlos Quinto, ſe afligiò mucho, y recurriò primero à Chriſto, que à ſu Vicario. Mandò hazer en el Colegio Oracion publica, y Rogativas, y èl ſe cerrò tres dias, ſoltando la rienda à las lagrimas, y à las penitencias: al principio ſintiò en la Oracion una cobardìa, y aun eſcrupulo de que eſtorbava un triumpho à la Igleſia, y arrancava de un Aſtro el eſplendor de la Purpura: bolvia à mirar el Norte, para aſſegurar el rumbo, y hallava el Cielo ſereno, alentandole à navegar por donde avia empezado; bolviò à inſtar, y luego à temer, haſta que le fuè ſignificado, que guſtava Dios de que por todos los medios ſolicitaſſe embarazar aquel Tratado. Advirtiendole, que los que le adelantavan, iban movidos de ſanto zelo, que ſabe influìr en dictamenes opueſtos. Levantòſe Ignacio de la tierra lleno de ſeguridad, y eſperanza: hablò à algunos Cardenales, y los convenciò aquella facundia divina lengua: hablò al Papa Julio Tercero, y aunque al principio hallò inflexible aquel dictamen ſupremo, fuè mas feliz la razon, y la eloquencia de Ignacio. Repreſentòle los males, que aquella eleccion ocaſionava à la Compañia, quitandole en Borja la mejor parte de el Alma, que fomentava eſte Cuerpo recien nacido à la Igleſia, haſta que ſe hallò obligado el Papa, yà que no à retroceder de el todo, à tomar el partido, que aquel iluſtre Patriarca traìa meditado. Y era, que no obligaſſe con precepto à Franciſco, ſino que dexaſſe la aceptacion à ſu arbitrio, pues no tenia aun entonces hecho el voto de no admitir aquel honor, ni otro alguno, ſino es obligado con precepto ſuyo. Que de eſta ſuerte condeſcendia con lo que el Ceſar ſuplicava: acreditava la rectitud de ſu animo en procurar la exaltacion de tan digno ſugeto; y juntamente, ni afligia el humilde eſpiritu de Borja, ni laſtimava à la Compañia. Con eſta palabra ſaliò Ignacio bien ſeguro de que eſtava deshecho aquel fiero nublado: pues dexar la Purpura en el arbitrio de Borja; era ponerla en manos de quien apenas tenia alvedrio ſino para huìr della con aquella poca libertad, que en los grandes males dexa el temor à la fuga.

Abriò, pues, Franciſco la Carta, en que ſe le dava juridicamente el aviſo de el Capelo, con elogios dignos de eſcrivirſe en laminas de oro, expreſſados por el Oraculo Vaticano. Reſpondiò Borja con toda la confuſion de el Alma en la pluma, recuſando aquel ſumo honor con las razones mas vivas, infundiendo la humildad nueva hermoſa en los colores de la rethorica. Quedò con eſto el Padre Borja entre aquellos Montes cercado de alegria, y en mas tranquilidad el Cielo, y el Alma, deſpues de aver paſſado la tormenta: quemava ſus penſamientos, victimas de el reconocimiento, en fuego Divino, y amoroſo, encendido en Oracion, y llanto, donde cada afecto era ſoplo, y cada breve centella en aquellos Boſques un incendio. Pero deſpues de dos meſes experimentò, que en eſta vida, aun las felicidades, y conſuelos de los juſtos les compiten ſu inſtabilidad à las olas, y à los vientos. Porque aviendo paſſado con el Padre Buſtamante à la Caſa de la Reyna à fomentar con ſu eſpiritu, con ſu zelo, y con Platicas devotas aquel nuevo theatro de Almas puras; recibiò una mañana un Pliego de el Cardenal Nuncio Juan Pogio, que le mandava partieſſe luego à Santo Domingo de la Calzada, donde le eſtava eſperando.

La cauſa deſte ſegundo aſſalto, que dieron los honores à la conſtancia de Franciſco, fuè el Principe Don Phelipe, que apenas ſupo ſu reſiſtencia, quando bolviò à inſtar al Papa, para que le obligaſſe à veſtir la Purpura, haziendoſe mas digno della, quanto mas conſtantemente la rehuſava. Movido deſta repreſentacion el Sumo Pontifice, mandò al Cardenal Legado Juan Pogio, que ſe aviſtaſſe con el Santo, y le perſuadieſſe à que ſe dexaſſe mover àzia donde le impelia Chriſto por medio de ſu Vicario: que le amenazaſſe con el Precepto, el qual no imponia por

no faltar à lo que avia ofrecido à ſu General Ignacio; pero que dexava toda la execucion de eſta materia à la diſcrecion del Legado, y que pudieſſe forzarle con la obediencia; cadena de oro, en que gime atado el eſpiritu, arraſtrando por eſclavitud ſu miſmo alvedrio.

Aviaſe viſto tambien con el Cardenal Pogio Phelipe ſegundo, para que uſaſſe de toda la juriſdiccion que ſe le concedia, haſta rendir conſagrada fuerza el alvedrio de Borja. Armado con eſta reſolucion, eſcriviò el Cardenal la carta, que al recibirla el Santo Borja, cayò derribado en ſu miſmo deſaliento. Mas porque en las deſdichas, que ſon capaces de curacion, ſe debe acudir antes al remedio, que à llorar el mal, diſpuſo el Santo que ſe puſieſſe en Oracion todo aquel Plantel nuevo, y florido, y èl ſe retirò à un ſitio apartado, donde pudieſſe dàr libremente toda la vela al viento. Aviaſe yà divulgado, que el Cardenal eſtava reſuelto à ligarle con expreſſo mandato; con que los ruegos aora ſe encaminavan, à merecer del Cielo, que deſcubrieſſe algun rumbo, por donde ſin faltar à la obediencia, ſe hallaſſe libre de la Purpura. Eſtavaſe diziendo al miſmo tiempo, y à eſte fin la Miſſa Mayor, quando la Madre Sor Franciſca, no cabiendo dentro de ſu pecho tanta avenida de luz, y de eſpiritu Prophetico, levantò la voz entre el ſilencio de toda la Comunidad, y dixo al Padre Buſtamante, que llamaſſe luego à Borja; reſpondiò Buſtamante, que Franciſco ſe avia apartado à orar, donde pudieſſe quexarſe amoroſamente ſin teſtigo: que èl venia aora de obſervarle, y que le avia hallado en tan profundo ſueño, que parecia letargo, y no oſſaba deſpertar al que yazia tan felizmente dormido; pues dezidle, replicò Sor Franciſca, que vaya ſin miedo à verſe con el Cardenal Legado, porque yà Dios ſe inclinò à las lagrimas de eſtas Siervas ſuyas. Bolviò el Padre Buſtamante à reconocer el ſitio en que Borja eſtava, y aſsi por el reſpeto que le tenia, como por el extaſi en que viò anegada ſu vida, pues ni aun pudo percibir que reſpirava; no ſe atreviò à inquietarle, aun para dezirle tan alegre nueva.

En eſta elevacion de eſpiritu eſtuvo haſta las dos de la tarde el Santo, que ſe levantò repentinamente, y llamando à Buſtamante, le dixo, que mandaſſe aparejar las mulas, para ir luego en buſca del Cardenal Legado: y añadiò: *Bendito ſea Dios, que algo avian de recabar deſde la tierra las Oraciones de tantas Siervas ſuyas, y deſde el Cielo la interceſſion de mi Angel Dorotea, à quien encomendè eſta cauſa.* Parece que ſabe V. Reverencia, dixo Buſtamante con algun ademàn de riſa, lo que le embia à dezir ſu Santa Tia, de que yà nueſtro Señor oyò ſu ruego, y ſe ablandò à ſu llanto? Aſsi es, reſpondiò Franciſco, (que aun hablaba como enagenado) aſsi es, porque Dios ſabe dàr garrote, ſin dàr muerte, *mortificat, & vivificat*: No ſe avia deſayunado aun Franciſco, y tomando alguna coſa ligera, ſe puſo en camino acompañado de la confianza, y de el gozo. Llegò à Santo Domingo, hablò al Cardenal Pogio con tan eloquente deſconſuelo, que no ſolo no le obligò à que acetaſſe aquella honra, ſino que eſcriviò al Principe, y al Papa, exortandoles à no afligir mas el corazon de Borja, que tenia de ſu parte al Cielo todo, y no era facil contraſtar ſu gemido. Con eſto empezò à cantar Franciſco, como ſolia: *Laqueus contritus eſt, & nos liberati ſumus.* Aſsi le ſacava la Providencia de los miſmos eſtrechos en que le introducia: y no ſe contentando con un favor para ſu alivio, ſe le revelaba por muchas partes, lloviendo ſobre ſu cabeza los conſuelos por varias nubes.

§. IV.

Y Porque parece eſte el mas oportuno ſitio, pondrèmos aqui los gyros porfiados, que diò el reſplandor de la Purpura à los ojos de Borja, ſiendo eſte ſulto el mas cruel ſilicio de ſu vida. Avia ſido eſta la tercera lucha, y victoria, con la qual por el eſpacio de dos años conſiguiò alguna paz, ó tregua: mas el año de cincuenta y quatro, quando el Principe Don Phelipe ſe diſponia à la jornada de Inglaterra, renovò ſu inſtancia ſobre el Capelo de Borja, que hallandoſe en el ultimo eſtrecho, ſe valiò de la Princeſa Doña Juana, la qual compadecida al verle extremamente afligido, interpuſo ſu authoridad con el Ceſar, y eſcriviò à Londres al Principe ſu Hermano, que por querer favorecerle mucho, eſtavan cerca de ſer homicida de Franciſco, y èl moriria à manos de ſu humildad al verſe exaltado: Y Borja eſcriviò una carta à Julio Tercero, digna de un gran Padre de la Igleſia, y de ſer guardada como theſoro en el

Ar-

Archivo Vaticano. Con eſta ocaſion le mandò San Ignacio hazer aquel Voto, con que cierra la Compañia todas las puertas à la ambicion humana: Lo primero, de no pretender dignidad dentro de la Religion, y fuera de ella, ni pretenderla, ni admitirla, ſino forzado con precepto de el Sumo Paſtor de la Igleſia: Y otro, de dàr fiel cuenta al General de la Compañia, ſi ſupiere que alguno por algun medio, ò camino, aunque diſsimulado lo aya pretendido. Eſtos Votos embiò à Roma, eſcritos por orden de San Ignacio, norma de los que avian de hazer ſiempre en la Compañia los Propheſſos, deſpues de los quatro ſolemnes Votos: ſiendo Borja el primero que practicò eſta maxima, de que tanta utilidad, y gloria ſe ha ſeguido à la Compañia: pues tantas llaves, y tan fuertes, no ſolo cierran à la ambicion la puerta, ſino tambien à la eſperanza.

El año de cincuenta y ſeis, muerto yà San Ignacio, quando Franciſco ſe diſponia à partir à Roma para aſsiſtir à la eleccion de General, como ſe le mandava, ſupo que Paulo Tercero le aguardava con la Purpura, y no paſsò à Italia, buſcando aſsi el olvido en la auſencia. Pio Quarto eſtuvo yà dos vezes reſuelto (ſiendo Borja Vicario General la una, y la otra ſiendo yà General de la Compañia) à imponerle el precepto: Y poco deſpues Pio Quinto ſe reſolviò à lo meſmo; pero fuè mas poderoſa en eſtas ocaſiones la Oracion de Franciſco, ſu razon, ſolicitud, y llanto. El dixo alguna vez en Roma à ſu Confeſſor el Padre Gaſpar Hernandez, que avia recabado de Dios una gracia, que le avia coſtado no poca ſangre el conſeguirla: y era, que primero le deſnudaſſe de la vida, que le permitieſſe veſtir otra ropa, que la de la Compañia. Deſta ſuerte vino à recuſar ocho vezes la Purpura que le conſagravan la ſuma authoridad, y la porfia, las ſiete en ſu perſona, y una en la de ſu Hijo: Exemplar, que por tan repetido, tan alto, y por los pretextos, ò colores de que venia veſtido, hallarà pocos ſemejantes en la Hiſtoria, pues el murice ſabe teñir los deſeos igualmente, que la ſeda.

Ni fuè ſolo el Capelo, el eſcollo blando de la humildad de Franciſco; tambien peligrò en las Mitras, que amenazaron à ſus ſienes diverſas vezes: El año de cincuenta y quatro, aſsiſtiendo en ſu enfermedad à la Reyna Doña Juana, y viniendo à deſpedirſe el Principe Don Phelipe de ſu Abuela, deſpues de aver ſignificado à Borja lo que ſe ſervia de ſu aſsiſtencia en aquel Palacio, le embiò con orden ſecreta de Carlos Quinto uno de los primeros Obiſpados de el Reyno: hallòſe Borja en ſu Hoſpital con eſte deſpacho, ſaliò apreſuradamente en buſca del Principe; y poſtrado à ſus pies proteſtò, que no ſe levantaria del ſuelo, haſta que le quitaſſe de los ombros aquel peſo: Y con eſte favor le avia de hazer otro, de no bolver à aſſuſtar ſu cabeza con la Mitra; y el Principe ſe hallò en la lengua la palabra, ſin ſaber quien la huvieſſe dictado à ſu entendimiento, y proferido en ſu boca: Y ſe admirava de vèr tan vivo en el pecho aquel deſprecio del Mundo, y de que guardaſſe tanta conſequencia el deſengaño deſpues de largo tiempo.

Quando le embiò el Santo Pio Quinto deſde Roma à Eſpaña con el Cardenal Alexandrino, fuè à vèr à Sor Juana de la Cruz, ſu Hermana, Abadeſa de las Deſcalzas Reales de Madrid, la qual le dixo, que en ſus años, y achaques vendria muy fatigado de viage tan prolixo; pero que lo eſtaria mas con el temor de el Capelo que le eſperava à la buelta de ſu legacìa en ſervicio de la Igleſia: à que Borja reſpondiò ſolo con un gemido; pero à breve rato alegrò la eſperanza el roſtro, trayendo à la memoria las prendas que le avia dado el Cielo, de que ſalvaria el leño de aquel naufragio. Ni era yà el temor ſolo à la Purpura, ſino mucho mas à la Tiàra: pues fuè tan grande la veneracion con que le mirava Roma, que como depone en las informaciones Don Thomàs de Borja, Virrey, y Arzobiſpo de Zaragoza, Hermano del Padre Franciſco, que le acompañò en la ultima jornada, y ultima tela de ſu vida; el Cardenal Paleoto le rogò al miſmo Don Thomàs, quando paſſava por Boemia: *Que procuraſſe diſponer, que ſu Santo Hermano Borja ſe hallaſſe en la Corte Romana al tiempo de elegir Cabeza de la Igleſia*, (avia muerto poco antes el Beato Pio Quinto: Y Borja yazia doliente en Ferrara) *porque mucha parte del Sacro Colegio tratava de exaltarle al Pontificado.* Y que lo miſmo ſeria verle entrar por las puertas de los Muros de Roma, que reſolverſe el Conclave à ponerle la Tiàra, porque avian expreſſado ſu deſeo las mas principales Purpuras, cuyo dictamen reverberava en otras muchas.

Cardinalis Paliotus mihi mãdavit, ut provi-ſibus procurarem ducere Patrẽ Franciſcũ Dominum meum ad Romanã Curiã in electionis occa-

Y replicando Don Thomàs, que como

occaſione: quia ipſe ſciebat, quod multi ex Cardinalibus adhærebant ſuæ Paternitati Reverendiſſime, &c.
Proceſ. de Zarag.

podia llegar à la Tiàra ſin hallarſe ennoblecido con la Purpura? Reſpondiò Paleoto: *El Sacro Colegio puede exaltar à Borja ſin eſſa circunſtancia, ſi halla que conviene al bien de la Igleſia: ponedlo Vos en Roma, y lo demàs dexadlo à la providencia.* Pero el Duque de Ferrara no avia de permitir, que le arrancaſſen de ſu Palacio à Borja, quando aventurava ſu doliente vida: Y ſe ſabe, que Franciſco por no sè que rumor incauto, que alguna vez avia oìdo, recabò de Dios hallarſe, ó auſente de Roma, ó de la vida al tiempo de aquella eleccion Sagrada, como depone el Padre Luìs de Santander, que tuvo eſta luz del miſmo Santo Borja. El qual mirava la dignidad como precipicio, que deſpeñava àzia la altura, mas prodigioſo que la mayor ruìna; ſi bien pudiera deſvanecerſe menos, que otro en la altura, el que eſtava acoſtumbrado à mirar ſiempre deſde la cima mas encumbrada. El eſcogiò antes ſer Santo en las ſeguridades del Puerto, que el Titulo de Santiſsimo entre las zozobras de Piloto. Y eſtando ennoblecida la Gran Caſa de Borja (como quiere una pluma bien corteſana) con diez y ſiete Purpuras, las dos Tiàras, y grandes Mitras, aun debe eſtàr mas iluſtremente preſumida por los honores que deſpreciò San Franciſco de Borja, que ſon caſi otros tantos, como los que haſta aqui han ocupado con indecible gloria los Heroes deſta Familia.

Quod Cardinalium Collegiũ facere poterat id, quod judicavat convenire: exiſtat Romæ, Deus cætera providebit.
Proceſ. de Zarag.

CAPITULO VI.

HAZE MISSION EN LAS CIUdades de Calahorra, y Logroño à ruegos de ſu Gran Prelado. Paſſa de orden de el Arzobiſpo Cardenal Mendoza à la Dioceſi de Burgos, donde reforma el Clero, y obra maravillas con ſu voz deſde el Pulpito, y con los Exercicios de San Ignacio. Caminava à Lisboa llamado del Rey Don Juan el Tercero, y hazen ſu Oracion, y ſu Fè en eſta jornada un ſingular Prodigio.

§. I.

LA quartana que avia fatigado el ſufrimiento de Borja en el Eſtìo, doblo ſu rigor en el Otoño, faltando yà reſiſtencia en aquel cuerpo flaco para eſte nuevo inſulto, con que la fiebre iba talando la vida del Santo, y la eſperanza al remedio. Pareciò à los Medicos embiarle à un Puerto de Mar, para que la pureza de aquel ayre templaſſe el calor de la fiebre, quando yà empezava à ſer inconſtante, errando algunos dias la principal quartana, deſpues de aver repetido porfiadamente los aſſaltos contra ſu vida. Y aſsi en una Carta que eſcriviò entonces à ſu hermana la Duqueſa de Villa-Hermoſa, dezia: *Por la Carta del Padre Prior verìa V. S. lo que haſta entonzes ſe podria eſcrivir. Deſpues acà dirè, que la quartana bolviò: Y ayer errò la principal, aunque la doble no ha errado; mas con la ayuda del Señor eſperaſe en breve la ſalud, pues anda yà faltando, y mudandoſe, y aſſi me parto oy, placiendo al Señor, por orden de los Medicos, para uno de los Puertos de Mar, que eſtàn cerca de Oñate. De alli eſcrivirè à V. S. y alli me hallaràn tambien ſus Cartas, y mandamientos: porque en Oñate diràn el Lugar donde yo eſtuviere, que ſerà, lo mas lexos, ſeis, ù ocho leguas.* Eſta Carta eſcriviò deſde Belimùz à diez de Noviembre; y añade en la poſdata: *Por la memoria, que và con èſta, verà V. S. la Carta de favor, que ſe pide al Principe ſobre un Hoſpital de Burgos, que querrian comprar los devotos de la Compañia para ella: y por ſer ſuplicacion juſtificada, y ſer coſa del ſervicio de nueſtro Señor, ſuplico a V. S. que de mi parte ſe lo ſuplique al Señor Ruy Gomez, pues le tenemos por nueſtro Patron en lo temporal, y nos tenemos por ſus Oradores en lo eſpiritual. Y por ſaber la caridad de V. S. en ſemejantes coſas, no lo encarezco mas.* Y aſsi caminava enfermo Borja, anteponiendo el cuydado de ſu Religion amada al de ſu doliente vida.

Apenas empezò à reſpirar con algun alivio, libre del frio de la quartana, y mal convalecido de el ſuſto de la Purpura. Quando à los principios del año llegò el Obiſpo de Calahorra de el Concilio de Trento, viò la grande reformacion de coſtumbres, que el eſpiritu de Borja avia introducido en algunos Lugares de ſu Obiſpado: Eſcriviòle una Carta llena de agradecimiento, declinando en ruego la pluma, porque le ſuplicava, que tomaſſe el trabajo de venirſe à Calahorra, donde la libertad del Pueblo, las facciones ardientes de la Nobleza, los eſcandalos publicos, yà de el amor, yà de el odio, la licencia de el Clero; y al fin la perdicion laſtimoſa de ſus errantes Ovejas eran digna materia al zelo de un Apoſtol abraſado. Expreſſava aquella iluſtre pluma con tan Año de 1553.

vivos

vivos colores el deplorable eſtado de ſu Igleſia, que al reconocer lo miſmo que acabava de eſcrivir ſu pluma, eſtuvo llorando por eſpacio de una hora, queriendo borrar con el llanto los pecados de ſu Pueblo. Partiò Franciſco por el mes de Marzo à Calahorra, donde empezò à predicar con tanta alma, que ſu Compañero, eſcriviendo à Roma, dize, que el Eſpiritu de San Pablo eſtava en ſu lengua, y que èl miſmo eſtrañava el exceſſo de fervor, y de eloquencia. Los efectos de la Miſſion fueron correſpondientes al fogoſſo zelo del que predicava; viòſe en aquella Ciudad una milagroſa transformacion, toda renovada, de ſuerte, que ſino en los edificios, en nada ſe parecia: quedaron inſignes obras de piedad eſtablecidas, las coſtumbres en el vulgo, en la Nobleza, y en el Clero tan reformadas, que aquel inſigne Prelado dezia: Eſte ſi que es milagro del Santo Franciſco de Borja! Y cotejando aora el feliz eſtado de Calahorra con el que poco antes tenia, le sacò mas lagrimas el conſuelo, que antes le avia exprimido la pena.

Paſsò deſde alli à Logroño con el Padre Borja, acompañando ſus fatigas, y beſando repetidas vezes ſus huellas; aqui empezò à clamar deſde el Pulpito con el miſmo aliento, y con igual fruto: èl aterraba los corazones, y tuvo grito para deſpertar haſta los que eſtaban inſenſibles; y en ſolos diez y ſiete dias gaſtados en ambas Ciudades, hizo que las habitaſſen las virtudes, deſconocidas antes de ſus moradores; deſterrò los abuſos, y los eſcandalos, reconciliò ſangrientos enemigos, y en las margenes deleytoſas del Hebro floreciò la paz, y el culto Divino, ſe frequentaron los Sacramentos, y cada corazon fuè un Templo conſagrado à la penitencia, con un altar, en que quedò fixo el ſimulacro de Borja. Iba à proſeguir la Miſsion, quando recibiò carta de San Ignacio, que le ordenaba paſſaſſe à Burgos, donde hallarian eſpacioſo campo ſu predicacion, y ſus exemplos. Hallabaſe ſu Arzobiſpo Cardenal en Roma, adonde llegò el eco, y aun la voz entera de la fama, que acreditaba de Apoſtol al Santo Duque de Gandìa, y deſeando con todo el esfuerzo de ſu eſpiritu una grande reforma en aquel terreno, cuna de tanta Nobleza generoſa, y entonces patria tambien de eſcandalo, y de la inſolencia; rogò à San Ignacio, que le encomendaſſe eſta fatiga à Borja, con ampla facultad ſuya, de que pudieſſe eſtablecer todas las Leyes ſantas, que juzgaſſe conducir al bien de ſu Igleſia, para que entre tantas Caſas nobles tuvieſſen ſu ſolar las virtudes.

Saliò Borja de Logroño el dia quinze de Abril, y entrò cargado de eſperanzas, y de victorias en aquella antigua iluſtre Ciudad, adonde ſe detuvo dos meſes perſeverando la Miſsion mas que en otras partes, porque la dilatacion de aquel campo, entonces ſobervio, ofrecio mies copioſa al Apoſtolado de Franciſco. Y ſolo quien huvieſſe viſto las cartas que deſta materia fueron al Cardenal Mendoza, podrà formar digno concepto de las hazañas, que obrò la lengua de Franciſco acompañada de ſu exemplo. El predicaba los mas de los dias, confeſſaba innumerables Perſonas, diò los exercicios à muchos Cavalleros, dexò fundadas inſignes obras de piedad, que duran haſta oy: hizo leyes admirables, y las remitiò al Cardenal con varias inſtrucciones. Y lo que cauſa admiracion ſin duda, es, que aviendole repetido la quartana con la fatiga de los Sermones deſde que diò principio à la Miſsion en Calahorra, huvieſſe perſiſtido conſtantemente por tanto tiempo, haſta llevar al fin aquella Apoſtolica empreſſa, de que reſultò à Dios tanta gloria: y el que tenia tan arruinada la vida con la porfia de la calentura, y de la flaqueza; al ſubir al Pulpito cobrava una milagroſa energia, y ſu voz una fortaleza, que llenava de eſpanto aquel numeroſo pueblo; repartiendo el temblor de ſu quartana en el Auditorio. Avia traìdo à Burgos al Padre Antonio de Cordova, para que ordenandoſe de Miſſa, empezaſſe la carrera de Apoſtol aquel Sol, cuya Aurora era mucho dia. Y viendo el Pueblo eſtos dos iluſtres exemplares del deſprecio del mundo, que aviendo tenido tan ſublimes cunas, no ſolo avian deſpojado ſus eſperanzas, ſino hollado la poſſeſsion de las dichas en dos Purpuras; andava atonito ſeñalando, yà al uno, yà al otro, con el dedo: y era meneſter ſer inſenſible, aun mas que ſordo, el que no percibieſſe el grito, que daba à ſus dos orejas con dos clarines el deſengaño. Año de 1553.

§. II.

LA tormenta que en Portugal avia padecido la Compañia, era nacida de una grande, y ſiempre ſoſpechoſa felicidad, que avia ſoplado en aquel Reyno deſde la cuna, quando los principios deben ſer

ſer contraſtados, para ſer ſeguros: pues nunca fueron cimientos firmes las dichas para grandes Fabricas. Pero aora con la borraſca, ceſsò la razon de padecerla, y avia ceſſado en parte el motivo de que paſſaſſe à Portugal el Santo Borja; aunque San Ignacio avia ſentido, que el Padre Miròn huvieſſe embarazado la jornada: Y no menos ſe dolia el Rey Don Juan el Tercero, deſeoſo de tratar aquel corazon mayor que el mundo, que avia piſado. Por ello embiando aquel piiſsimo Rey al Padre Luìs Gonzalez de Camera con embaxada ſecreta à Roma, le mandò paſſaſſe por Vizcaya con Carta ſuya, (que refiere la Hiſtoria de la Compañia) en que rogava con ternura à Franciſco, que ſe llegaſſe à Lisboa. Hallò el Padre Luìs Gonzalez à Borja en Vergara, antes que fueſſe à la Miſsion de Calahorra, quando la quartana, aunque yà muy errante, y muy remiſſa tenia mas fuerza que Borja; que ſe diſponia promptamente à jornada tan prolixa, ſi los Superiores, y los Medicos no le huvieran cortado los paſſos; ſobre que eſcrivieron à Ignacio, que aprobò reſolucion tan acertada, por no exponer à rieſgo tan precioſa vida. Mas aora quando acabava la Miſsion en Burgos, ſe hallò con Carta de la Reyna de Portugal Doña Cathalina, Hermana del Ceſar, en que le expreſſava ſus vivos deſeos, de que no dilataſſe la jornada: y con otra, que à inſtancia de la miſma Reyna, de el Infante Don Luìs, y de la Princeſa Doña Juana le eſcrivia el Padre Geronymo Nadàl, que eſtava à la ſazon en Lisboa, y era Comiſſario General de Eſpaña; pues aunque Franciſco por orden de San Ignacio eſtava eſſempto de la Juriſdicion de Comiſſario, (queriendo aquel Sabio Patriarca, que Borja vieſſe dueño de ſu authoridad, y de ſu prudencia, para que diſcurrieſſe libremente por las Ciudades de Eſpaña, conforme juzgaſſe mas conducente ſu preſencia à la Gloria de Dios, y bien de la Compañia) con todo eſſo le pareciò à Nadàl, que baſtava el titulo de Superior en Eſpaña, y aquella ſombra, para impelèr à un Alma, donde tenia el diſcurſo muy delgado la obediencia al miſmo tiempo que ſe le cegava con la priſa.

Fueſſe à deſpedir del Condeſtable, que porfiava en maltratar la humildad de Borja con el tratamiento de ſu antigua grandeza; mas Franciſco le rogava aora que hizieſſe reflexion ſobre lo mucho que aquella ceremonia deſacreditava ſu prudencia: pues dava à entender, que hazia mas aprecio de lo que èl avia dexado en el Mundo, que no de aquel ſublime Religioſo eſtado: Y el Gran Condeſtable huvo de ceder, ſino à la razon, al conſuelo de aquel humilde eſpiritu. Llevò conſigo al Padre Buſtamante, y à un Hermano Coadjutor, que parece aver ſido el Hermano Bernardo, en quien ſus virtudes hizieron apellido lo Santo; que eſte era el renombre con que le llamava, y le deſtinguia el Mundo.

De Burgos partiò à Salamanca, deſde donde en ſiete dias ſe entrò en Coimbra, por mas que la eſtacion ardiente de el Verano le fatigava la cabeza, y le derretia la vida. Un dia que caminavan venciendo la aſpereza de una Sierra fragoſa, vezina al Rio Mondego, y no lexos de Coimbra, junto à un Lugar llamado la Barca de los Palleyros, quando avian arribado à la altura de aquella Montaña, deſde donde mira el ſuſto una profundidad horroroſa, en que pierde ſuelo la viſta, caminando por una ſenda tan ardua, y eſtrecha como la que ſuele pintar el miedo para caminar à la cumbre de la perfeccion Chriſtiana, ſe fueron los pies à la Mula en que iba el Padre Buſtamante, el qual llebava el Roſario en la mano derecha, y aſsi en el Alma, como en la boca, las Excelencias de MARIA SANTISSIMA: perdido el piè, ſe fuè deſpeñando con ſu miſmo peſo en el mayor, y mas eſpantoſo precipicio; à vezes recibia todo el golpe de el impulſo violento el Padre Buſtamante oprimido de el Bruto; otras al contrario, alternandoſe entre uno, y otro aquel triſte deſeſperado alivio. Avia perdido deſde el primer paſſo, ò huelco, que diò Buſtamante àzia ſu ruìna, todo el tino, al miſmo tiempo que perdiò el rumbo; ſolo tuvo, ò coſtumbre, ò advertencia para ir articulando en voz alta los Dulciſsimos Nombres de JESUS, y MARIA: grito, que deſde lo mas hondo del Valle, y de el pecho ſubia entero à la cima. Atendian unos caminantes, que paſſaban medroſos por el miſmo ſitio, eſte ſuceſſo tragico, y esforzaban la compaſsion à peſar del ſuſto con repetidos clamorares, que formavan un eſpantoſo alarido.

Año de 1553.

Caminava adelante Borja tan abſorto, que avia yà paſſado aquel eſtrecho tan ſin reparo, como ſi fueſſe un campo el mas eſpacioſo: pero à las vozes triſtes de los Paſſageros cobrò la atencion, y la viſ-

viſta, y bolviendo la cabeza, viò aquella inopinada lamentable ruìna; y con todo el aliento que le preſtò la confianza, fixando en el Cielo los ojos, exclamò: *Jesvs te valga, defiendele Padre de las miſericordias.* Fuè eſte clamor imperioſo, y confiada remora de la deſdicha, como el grito de Joſuè, para detener arrebatado el movimiento del Sol: porque en el miſmo punto ſe detuvieron en el medio de la ruìna, y en lo mas arduo de la cueſta, ſitio tan pendiente, y tan liſo, que como depuſo el Padre Buſtamante, y otros Teſtigos, que fueron deſpues à reconocer aquel deſpeñadero, era impoſsible que pudieſſe mantenerſe quieto algun eſpacio de tiempo el mas ligero Gamo, ni aſirſe el mas induſtrioſo Bruto, eſpecialmente quando el impetu de la caìda, à modo de roca precipitada, añadia nueva impoſsibilidad à ſuſpenſion tan repentina, y milagroſa. Y no pudiendo baxar unos Hombres, que avian venido por aquellos Montes à cortar leña al ſitio donde Buſtamante eſtava parado, (continuandoſe cada inſtante el prodigio) echaron ſogas, y ſubiò atado à ellas, dexando bien afianzadas otras en la Mula, que ſubiò entre conducida, y arraſtrada, aunque fixando ſiempre la herradura. Hallòſe el Padre Buſtamante con el Roſario en la mano, del modo que le encontrò el precipicio, y ſin leſion alguna, que fuè nuevo milagro, aviendo dado tan repetidos, è impetuoſos huelcos, que baſtava cada uno para deſpedazar el duro cuerpo de un tronco. Y aſsi compartiendo el ſuceſſo milagroſo atribuìa eſta parte primera à la proteccion dulciſsima de MARIA, à quien tuvo ſiempre en el corazon, y en la lengua, y à la devocion admirable de ſu Roſario, tan fecundo de Prodigios, como de Myſterios. La ſegunda, de aver obedecido à ſu voz tan pronta la deſdicha en parage tan ruìnoſo, à la fee, y confianza de Franciſco, cuya voz llegò al Cielo antes que èl à lo mas profundo, adonde era rapidamente conducido. Ni fuè menos portento, que hizieſſe piè la Mula en tan arduo ſitio, que ſi ſe huvieſſe parado en el ayre, fixando las herraduras en el viento.

)(✠)(

*** *** ***

§. III.

Luego que ſubiò Buſtamante forcejando à la altura, ſe apeò Borja, y ambos con las rodillas en el ſuelo, levantados los ojos, que con inundacion dichoſa de lagrimas eſtavan ciegos, empezaron à entonar alabanzas al Dios de las miſericordias, y al hermoſo conducto de ellas, luego cantaron todos juntos el *Te Deum Laudamus*, la *Salve*, y otros Hymnos en accion de gracias, que en Buſtamante fueron perpetuas, guardando con fiel memoria eſte beneficio, para hazer todos los dias algun recuerdo agradecido. Llegaron à Coimbra, donde les eſperavan en nueſtro Colegio el deſeo, el amor, y el deſcanſo. Bien quiſiera Borja ſalir luego de Coimbra; pero ſe hallò obligado de la caridad, de la corteſanìa, y aun de la reverencia à hazer manſion de ſeis dias en aquella Ciudad, delicia à un tiempo de Marte, y de Minerva, porque la Nobleza toda con ruegos, y con lagrimas ſus Hermanos, le forzaron à que iluſtraſſe eſtos ſeis dias ſus Templos, y ſus Pulpitos. Empezò à predicar, y en cada Sermon, y Platica ſuya dexò eſtampada la admiracion à los ſiglos en Coimbra: innumerable juventud de aquella Univerſidad famoſa conſagrò ſus flores, y ſus eſperanzas al mejor Templo, arribando al deſengaño, ſin aver conocido el eſcarmiento.

No quedò Jeſuìta en aquel grande Colegio, que no fueſſe à comunicar ſu conciencia con Franciſco, y hallavan que por ſu voz reſpirava el conſuelo, ſaliendo cada uno de el trato con Borja, lleno de luz, y de animoſidad, para ſubir à la cumbre alta. El Padre Franciſco reconociò virtudes tan heroycas, y tanto zelo de las Almas en aquel Colegio, que no pudo contener la pluma, y eſcriviò à Ignacio en cada renglon un elogio. Comunicò con los Hombres Sabios de el Colegio el precioſo Tratado, que en Oñate avia compueſto de las perfecciones de el Alma de Chriſto: alta Doctrina, que ſu contemplacion avia bebido en el Cielo. La materia deſte pequeño Libro, fuè eſtos dias la de ſu converſacion dentro del Colegio, y la de la admiracion de tanto cultivado ingenio, y aſsi eſcrivieron tantas alabanzas los de Coimbra à los Padres de Lisboa, que quando llegò Franciſco ſaliò à recibirle el deſeo, de que les franqueaſſe aquel theſoro, que baſtava à enrique-

quecer un entendimiento. Partiò al fin de Coimbra, y llegò en dos dias à Lisboa, donde toda la Real Familia le eſperava con impaciencia: porque aquellos Sereniſsimos Reyes, el Principe, y los Infantes, deſeavan reconocer vivo aquel valiente deſengaño, que avia nacido de la Rama mas hermoſa, que avia dado al Mundo, y al Cielo ſu inclyto Real Tronco, con que miravan la ſantidad de Franciſco con no sè que parenteſco.

CAPITULO VII.

INCOMPARABLE AMOR, CON que fuè tratado de los Reyes de Portugal. Admiracion, que causò ſu predicacion, y ſu vida en la Corte de Lisboa; ſingularmente en Palacio, que ſe transformò en Monaſterio. Buelve à Caſtilla iluſtrando de paſſo à Evora, y Villa-Viciosa.

§. I.

ACercavaſe Franciſco el ultimo dia de Agoſto à la Corte de Lisboa; y al tropezar con ſus Torres la viſta, ſe quebrò en una roca, rebolviendo triſtemente
Año de 1553. la phantaſia la imagen pavoroſa de la Emperatriz, que en aquel nido Real avia tenido feliz cuna. Iban perdiendo algunas lagrimas ſus ojos, quando le obligò à enjugarlos, lo miſmo que baſtava à humedecerlos, porque viò venir en buſca ſuya à toda la Grandeza, al Nuncio, al Arzobiſpo de Lisboa, al Gran Duque de Avero, dos Hermanos del Duque de Berganza, y los parientes de ſu difunta Duqueſa, y tantos hidalgos, que ſe confundia la Campaña, y la viſta, y mucho mas Borja, que los ſaludava con el empacho, antes que con la lengua. Apenas ſe huvo apeado en el Colegio, quando embiò el Rey Don Juan un Gentil-Hombre à darle la bienvenida, y expreſſar el conſuelo de tenerle dentro de Lisboa. Llamavaſe eſte Cavallero Don Pedro Carvallo, que al ſaludar en nombre de ſu Rey à Borja, le tratò de Señorìa; y paſſando à preguntarle luego, ſi venia fatigado del camino? Reſpondiò el Santo, no puedo negar, que vengo con alguna fatiga, pero me la dà mucho mayor eſſa Señorìa. Embiò tambien la Reyna Doña Cathalina à dàr la bienvenida con otro Criado ſuyo à Borja, luego el Infante Don Luìs, y la Princeſa, compitiendoſe aquellos Principes en favorecer con exceſſo à Borja; que el dia ſiguiente, por orden expreſſo del Rey, ſe eſtuvo en el Colegio, para que tomaſſe algun deſcanſo; mas concurriò tanta nobleza à viſitarle, que ſe atropellavan à la entrada, de ſuerte, que, ò la curioſidad, ò la veneracion dexavan deſatendido, y aun quexoſo al reſpeto, al tropezarſe un hidalgo con otro, padeciendo el Santo un tormento de honra ſucceſsivo en aquel dia de deſcanſo.

El ſiguiente fuè à Palacio, y hallò en la humanidad del Rey, y de la Reyna aquel honor, que ſe debe à una virtud heroyca, mucho mayor de el que dieran antes à ſu grandeza: porque eſtando ambas Mageſtades en una quadra, la Reyna ſe puſo en piè al vèr entrar à Borja, el Rey ſe quitò el ſombrero, y ſaliò fuera de ſu dosèl, y eſtrado: tenian diſpueſta ſilla, porfiandole que la ocupaſſe luego que besò la mano; mas rehusò eſte honor invenciblemente Franciſco, diziendo, que ſolo en eſte punto negarìa la obediencia à tan inſigne Monarca; y aſsi hablò de rodillas, ſin que baſtaſſen à recabar de ſu humildad otra coſa los ruegos porfiados del Rey, y de la Reyna. Fuè incomparable el gozo que tuvieron, eſcuchando dulciſsima ſantidad de aquella ſagrada boca, que tambien ſaben tener ſu hechizo las virtudes, para cautivar corazones Reales, ni todas las victorias de la eloquencia ſe han de deber en los Palacios à la liſonja. Eſtava el Rey fatigado de vèr à Borja de rodillas tanto tiempo, y levantandoſe de la ſilla, fuè con la Princeſa, conduciendo al Santo al quarto de la Reyna Doña Juana, luego al de las Infantas Iſabel, y Maria: deſpues el Principe Don Juan, el Infante Don Luìs le llenaron de honras, que ſiendo exceſsivas, no eran baſtantes para explicar ſu veneracion. Aqui bolviò el Infante à renovar ſu encendido deſeo de abrazar nueſtro Inſtituto, eſperando que ſus lagrimas alcanzaſſen de Borja, y de San Ignacio eſte conſuelo; y entretanto ſe propuſo por modèlo la vida de Franciſco, procurando traſladar de aquel pecho al ſuyo el deſprecio del Mundo, y querria eſcrivir en ſu Alma haſta las aſpiraciones de aquella vida. Leìa con eſtudio las obras del Divino Areopagita, porque viò el guſto con que las rebolvia, y meditava San Franciſco de Borja, con quien gaſtava muchas horas cada dia, eſcuchando de ſu lengua la explicacion de aquella alta myſtica Theologia: Y afirmò diverſas vezes Borja, que no avia tratado Sabio Theologo, que penetraſſe tan profundamente los ſentidos, y conceptos deli-

delicados de San Dionyſio, como el Infante Don Luìs, cuyo entendimiento era Farol de aquella divina obſcuridad.

Mas reconociendo que Ignacio,y Borja iban cerrando la puerta à ſu eſperanza de entrar en la Compañia, quiſo dàr grandes argumentos al Mundo, de que ſu corazon eſtava veſtido de la ropa: y aſsi introduxo al Infante Cardenal (Rey Enrique deſpues) bien dentro del pecho el amor al nuevo inſtituto; èl le perſuadiò que fundaſſe el Colegio de Evora: èl empleava toda ſu eloquencia en ganar Almas iluſtres para la Compañia, la qual amò como Hijo, favoreciò como Principe, è imitò como Santo: empezando la primera centella deſte amor, de San Franciſco Xavier, cuya reſpiracion le abrasò el Alma al paſſar por Portugal. El viſitava los Enfermos, que avia en nueſtro Colegio de Evora, ſe informava de ſus dolencias, tomavales el pulſo, tratando à cada uno como à Hermano, y entreteniendo ſus males con remedios tan apacibles. Diſpuſo que ſe aumentaſſen las rentas al Colegio de San Antonio: tuvo mucha parte en la fundacion de la Caſa Profeſſa. Hizo votos de caſtidad, y de pobreza, y profeſsò un modo ſingular de obediencia, quedando priſionero ſu alvedrio en el de un Sàbio Jeſuìta. Vendiò ſu Bagilla dorada, todas ſus joyas, y tapicerìas para dàr limoſnas. Sus diſciplinas eran frequentes, èl ſilicio fuè ſu arma,y veſtidura todos los dias, ſu Oracion de muchas horas, eſcuchando cada dia de boca de ſu Confeſſor los puntos, y el Padre Miròn iba al Palacio de Enxobregas à diſtribuirle eſte alimento, ſegun la practica ſaludable de Ignacio, cuyos exercicios eran ſu cebo,y todas las delicias de ſu eſpiritu. Tuvo dòn de lagrimas, llegando à diſtinguirſe los cauces en ſus mexillas: dava cuenta la mas exacta de ſu conciencia: ſu converſacion era caſi ſiempre con los Jeſuìtas, ó èl en el Colegio, ó ellos en Palacio. Tan humilde, que embiando un Paje deſde Enxobregas à la Caſa Profeſſa, no ſe atreviendo à vezes à llamar al que frequentemente le confeſſava, le dezia, que eſtuvieſſe con el Padre Prepoſito, y le pidieſſe el Confeſſor, que èl quiſieſſe ſeñalar, como ſe ſuele hazer para aſsiſtir à un pobre, que pide eſte alivio, quando eſtà doliente. Tan modeſto, que traìa eſcritas en el roſtro las Reglas admirables, que deſta virtud dexò San Ignacio. Eſte grande exemplar de Principes fuè la copia mas parecida, y mas bella, que debiò toda ſu valentia al pincèl de Borja, y ſolia dezir èl meſmo, que ſu deſengaño era un eco del que habitava el pecho de Franciſco: aſsi lo afirma tambien la Hiſtoria de la Compañia, Tellez en la Portugueſa, y todos los que eſcrivieron hazañas de Borja, cuya Vida ſe iluſtra por reflexion con las virtudes eſclarecidas de el Infante Don Luìs, que aun ſiendo Reales, deben eſte tributo à ſu memoria, como los Rios al origen de ſu rapida fortuna.

§. II.

EMbiavale el Rey Don Juan el Tercero la vianda de Palacio, ſin que Franciſco pudieſſe embarazar, ni el regalo, ni el eſtruendo: y dandoſe por deſentendida la Reyna, le embiava todos los dias explendida comida: lo miſmo executaba la Princeſa; y lo que es mas admirable, cada una de las Infantas, el Principe Don Juan, y el Infante Don Luìs, imitavan à porfia eſta Real dignacion, que coſtando muchas lagrimas, y quexas à Borja, ſe las pudo acallar ſolo el guſto de ſocorrer con opulencia continuada los Hoſpitales de Lisboa: dos vezes cada dia le llamavan à Palacio, ſin que los negocios politicos fueſſen baſtantes à embarazar alguna vez la corriente de eſte favor; y ſiendo largo trecho, pues eran dos millas de diſtancia deſde el Colegio à Palacio, no ſe pudo conſeguir, ni quando ſe hallava mal convalecido, ni aun quando ſe hallò enfermo, que admitieſſe una litèra, para no andar con piè doliente ocho millas cada dia. En una indiſpoſicion ligera, que padeciò eſtos dias en Lisboa, no halla baſtantes hyperboles la pluma, para expreſſar la ſolicitud con que cuydavan de Borja, Rey, y Reyna; la qual, aviendo refreſcado el tiempo, y ſabiendo que Franciſco yazia enfermo en una pobre cama ſin abrigo, ni cortina, embiò al Compañero un pavellon de paño verde, para que abrigaſſe el humilde lecho de el Santo; añadiendo, que no le embiava colgadura de brocado, ò rica tela de oro, ſino la mas pobre alhaja, que avia podido deſcubrir en Palacio: motivo, que pudiera liſonjear ſu repugnancia, en quien ſolo ſe veſtia de lo que otro deſpreciava; con todo eſſo nunca quiſo uſar de aquel decente abrigo, pues para huìrle le baſtava ſolo el ſobreeſcrito de ſer alhaja de Palacio; cuyos favores lleanvan de tanta amargura ſu eſpiritu, que hablando dellos en una Carta à San Ignacio, dize:

dize: *Plegue à Dios, que no ſe me quede pegado alguna pequeña parte de tanto polvo de Egypto*; que eſte nombre daba à las eſtimaciones del Mundo, y à los favores de Palacio.

Eſto hizieron con Borja los Sereniſsimos Reyes de Portugal; pero ſi huvieſſemos de referir lo que Borja hizo en ſu Corte, en ſu Palacio, y en ſu corazon en poco mas de un mes, fuera meneſter que eſte Capitulo ſe dilataſſe à volumen juſto. Predicava muchos dias en la Capilla Real, donde le eſtava eſperando el Rey; y ſubiendo al Pulpito, hablava libremente contra los vicios, y ſu voz junta con ſu penitente vida, era un bramido contra la grandeza licencioſa, ó ſoñolienta: y fuè pegando ſus deſengaños à los Palaciegos, empreſſa tan ardua, que la pudo hazer acceſsible un San Franciſco de Borja. La Reyna le eſcuchava à vezes con aſſombro, y ſiempre con notable guſto, deleytandoſe en vèr Maeſtro de la perfeccion Chriſtiana al que avia tratado Menino en ſu Palacio. Eſtava deſpues mucho tiempo con el Padre Franciſco, tomando direcciones para la ſalud de ſu Alma: lo miſmo executava el Principe, luego la Princeſa, à que ſe ſeguian las Damas, dexando à cada una ſus inſtrucciones eſcritas; y à la tarde juntas en un Oratorio con la Reyna, les hazia Platicas fervoroſas, hiriendo los corazones con vivas ſaetas, que obligaron à muchas enterrar con ſu libertad ſus eſperanzas. Borja introduxo en aquel Palacio la frequencia de Sacramentos, de ſuerte, que la Reyna, y las Damas ſe confeſſaſſen cada ocho dias: el uſo de la Oracion mental, de los Libros devotos, y no ſe hablava en Palacio ſino del horror de la culpa, y del deſprecio del Mundo. Y para que perſeveraſſe eſte fruto, diſpuſo Borja, que vinieſſen cada ſemana à confeſſar en Palacio algunos Padres de la Compañia: y que otro fueſſe todos los dias de Fieſta à explicar la Doctrina, à declarar las Leyes del Chriſtianiſmo, y el buen exemplo, de que los Principes nacen deudores al Mundo. Finalmente Borja hizo, que aquella Real Caſa ſe mudaſſe en Templo, donde cada virtud tenia ſu nincho: y no faltò un Corteſano de genio mas libre, que devoto, que haziendo ſatira del exemplo, dixeſſe, que el Padre Franciſco avia venido à Liſboa à transformar el Palacio en Monaſterio.

Año de 1553. El fuego ſagrado, que introduxo en el pecho de la Princeſa Doña Juana, (madre de aquel tan animoſo, como infeliz Joven, el Rey Don Sebaſtian) pide mas dilatado lugar en eſta Hiſtoria. Solo dirè aqui, que en eſta ocaſion, viſpera de la Natividad de nueſtra Señora, eſtava Franciſco promoviendo delante de la Princeſa la devocion ſuaviſsima de aquella gran Reyna, que avia nacido para veſtir de eſperanza, y de alegria la naturaleza humana: y diſcurriendo algun nuevo modo, de que todo ſu Palacio ſe conſagraſſe à eſte culto, eſcriviò en diverſos Papeles ſus virtudes, y alabanzas, y al piè de ellas algunas oraciones oportunas para aquellas excelencias: Y luego otras tantas cedulas con los nombres de la Reyna, de la Princeſa, y de todas las Damas. Sorteavan deſpues unas cedulas con otras, obligandoſe cada una à la imitacion de aquella virtud, que la ſuerte la ofrecia, y à rezar ſu Oracion toda la octava. Rogò deſpues à la Princeſa, que en premio de aver inventado eſte juego devoto, quiſieſſe Comulgar otro dia con todo el Palacio: Obedeciò guſtoſa, mas con la condicion de que el Santo les avia de dèzir la Miſſa, y darles el conſuelo de que Comulgaſſen de ſu mano. Executòlo aſsi Borja, y teniendo en ſus manos à Chriſto Sacramentado, hizo una breve Platica (como otras vezes ſolia) exortando à la frequencia de aquella Meſa con la precioſa veſtidura del reſpeto, y de la confianza; mas à breves clauſulas ſe hallò ſu voz, ò interrumpida, ò troncada con el ſuſpiro, y ſu eloquencia padeciò naufragio, con aſſombro de todo aquel concurſo florido, que componiendoſe de tanto corazon femenil, y de tanta piedad, baſtava menos esfuerzo para ſacar à la ternura mucho llanto. Quedò eſta Iluſtre Princeſa tan devota, tan entregada à la Oracion, y à la penitencia, que causò no pequeña admiracion ſu vida: y mas adelante, con la ſangre que derramò tan penitente delicada Roſa, eſcrivirèmos la tinta con que la ambicion, y la calumnia quiſieron atezar ſu fama, y manchar con indigno borron la del grande Borja.

§. III.

PRedicò tambien varios Sermones en la Corte, en el Colegio, y otros Templos, y ſe pudieran contar por ſus ſylabas ſus triunfos, como ſe vè en una Carta, que eſcriviò aquellos dias un Jeſuìta à Roma. Eſcuchavanle con rara ſuſpenſion los Corteſanos, que acabado el Sermon, ſalian mudos, enjugandoſe los ojos;

y aviendo exortado un dia à la frequencia de Sacramentos, fuè tan feliz aquel Sermon, que ſe viò eſtablecida deſde entonces con raro exemplo en la Corte de Lisboa, teniendo ſu lengua la rienda de los corazones, para manejarlos àzia donde queria. El dia de San Matheo predicò en el Colegio, aſsiſtiendo el Rey, y todo Palacio, componiendoſe el Auditorio de un exercito el mas iluſtre, el mas florido, y el mas diſcreto; y por eſſo fuè mayor el fruto, y mas feliz el tiro, que logrò la energia de ſu vizarro diſcurſo; y los que no ſalieron convertidos, ſalieron, ó aſſombrados, ó confuſos, preciandoſe los mas de los hidalgos de ſeguir las vanderas del deſengaño, ſi quiera porque en el Duque de Gandìa le miraban tan ennoblecido. Con la authoridad, y calor de Borja ſe diò principio à la Caſa Profeſſa en una Hermita vezina à la Muralla, ſitio cercado entonces de olibas, y deſpues de victorias, y poblados aora de edificios aquellos Campos. Fueron embarazoſos los primeros paſſos deſta planta, que deſpues creciò à ſer honor de Lisboa: y fuè meneſter que el Rey esforzaſſe todo ſu brazo para abrir camino, dando orden apretado à Don Pedro Maſcareñas, para que allanaſſe todas las dificultades, como ſe executò, pagando con Real magnificencia todo lo que importò el ſitio, y la Fabrica, que era de la Coſadria de San Roque; debiendoſe à Borja eſta grande maquina, en que deſpues ſe ocupò la Arquitectura, y entonces la embidia.

Era la Igleſia de aquella Hermita baſtantemente eſpacioſa, y aſsi tomò luego Año de 1553. poſſeſsion la Compañia, Domingo, dia primero de Octubre, aſsiſtiendo el Rey, la Reyna, los Principes, y la Corte toda veſtida de alegria. Dixo la Miſſa el Padre Nadal, y predicò Borja con tanta alma en la lengua, que ſe conſagrò con lagrimas del Auditorio aquella Caſa; al modo que en Grecia ſe ſalpicavan con llanto las aras de algunas Dioſas. Acabado el Sermon, exclamò el Principe Don Juan: *A eſte Predicador ſi, que me alegro yo de oìr, porque predica con obras, y executa lo que enſeña con las palabras.* Y es aſsi, que con ſolo verle ſubir al Pulpito, ſe enternecia el Concurſo que le eſperava, ſirviendo de rethorica anticipada ſu preſencia muda. Al fin de aquella Miſſa hizieron la Profeſſion de quatro votos el invencible Martyr Gonzalo Silveyra, Planeta Portuguès en la cuna, y deſpues en la muerte, Aſtro de la Compañia, el Padre Gonzalo Vaz, Provincial que fuè de aquella Provincia, y el Padre Antonio Quadro, que lo fuè en la India: Recibieron algunos el grado de Coadjutores formados, y otros hizieron los votos ſimples; eſtando à todo ello preſentes los Reyes, los Principes, y los Infantes: y el Pueblo obſervava curioſo los grados, y ſenos ocultos deſte laberinto ſiempre ignorado del Vulgo; mientras el Rey los atendia ſilencioſo, informandoſe de la armonìa deſte grande cuerpo, de los ordenes de cuerdas diverſas, que le hazen con tanta novedad ſonòro, y forman un Pueblo de muſica mas apacible, que ruydoſa.

Vino eſtos dias à tratar al Padre Franciſco el Venerable Fr. Luìs de Montoya, Varon de conocido eſpiritu, y alta ſabiduria, Prior del inſigne Convento de San Aguſtin de Lisboa, que à inſtancias de el Rey de Portugal avia paſſado de Caſtilla à reformar aquella Provincia famoſa: aſſumpto, en que fatigò generoſamente ſus dos grandes alas de Santidad, y de Prudencia aquel Hijo caudaloſo de la mas Real Aguila. Eſtuvieron mucho rato en la viſita eſtos dos eſpiritus iluminados, bebiendoſe el uno al otro los penſamientos. Al deſpedirſe, porfiava entre los dos la Caridad veſtida en trage de corteſia: y ſaliendo por una puerta baxa, inſiſtiendo en eſta diſputa, ſe hiriò el Santo Borja en la cabeza; y ſiendo terrible el golpe, ſe hallò en ſu ſemblante el ſufrimiento diſsimulado en riſa. Al bolver à ſu Apoſento, iba todo bañado en ſangre, agradeciendo al acaſo aquella inopinada herida, donde ſufre ſin eleccion la paciencia. Supo la Reyna eſte ſuceſſo, y embiò à viſitarle al punto, à ſaber ſi el golpe avia ſido peligroſo, y mandò, que ſus Cirujanos fueſſen luego al Colegio, y era eſte Real cuydado golpe mas ſenſible para Borja, que el que avia recibido en la cabeza.

§. IV.

Aviendo cumplido con las obligaciones de Apoſtol en Lisboa, dexando altamente introducida en Palacio la Oracion, y la penitencia: aviendo convertido al Gremio de la virtud tantas Almas: aviendo promovido à la Compañia ſus Colegios, y Fabricas; mantenido con ſus exortaciones algunos Jeſuìtas, que flaqueando en ſu vocacion, querian bolver las eſpaldas à la luz. Partiò à cinco de Octubre de Lisboa à la Ciudad de Evora, donde fuè recibido en los brazos del Cardenal Don Enrique, Arzobiſpo de aquella Año de 1553. Metropoli Sabia. Eſtava noticioſo el Cardenal,

denal, por Cartas de ſu Hermano el Infante Don Luìs, de los prodigios, que con ſu preſencia, y ſu voz ſe avian viſto en la Corte de Lisboa, y aſsi diſpuſo que vinieſſe por Evora, anſioſo de tratar à un Hombre, en cuyos elogios ſe enronquecia la fama. Diò orden al Rector del Colegio de Evora, que al llegar Borja, le aviſaſſe luego, para venir à viſitarle, como lo executò al punto. Alborozòſe tanto en eſta viſita, eſtrechando ſu familiaridad con el Santo Borja, que pudiera parecer ligereza, à no traer eſta accion ſu origen de mas alta, y ſegura noticia. Rogòle, que predicaſſe en la Cathedral otro dia; no dandole mas tiempo, porque ni Borja podia detenerſe mucho, ni ſaben dexar de ſer impacientes los deſeos en lo ſoberano. Oyole con deleyte, y con edificacion de ſu noble eſpiritu; y afirma el Padre Dionyſio Vazquez, que ſe imprimieron tan profundamente las palabras de Borja, aſsi deſde el Pulpito, como deſde la Silla, en aquel Real pecho, que duraron otro tanto que ſu vida, aun deſpues que el Capelo paſsò à ſer Corona, y el Cayado Cetro.

Hallavaſe algo diſtante ſu Amigo Jorge de Melo, honra de ſu ſiglo, y fiel Amigo del Santo: tenia ardiente deſeo de verſe aora con Franciſco; pero cortava las alas à ſus deſeos una fiebre, que aviendole reducido à la cama, le impoſsibilitava de ſalir à encontrarſe con Borja. Mas aquel corazon animoſo, agitado entonces de un viviſsimo deſeo; eſpuela, que enſangrentando el eſpiritu ſuele hazer vigoroſo el cuerpo mas flaco, le puſo en camino, con reſolucion no menos temeraria, que dichoſa, pues hallò la ſalud aun antes de encontrar à Franciſco, con quien eſtuvo mucho tiempo abrazado, y eſte gozo acabò de fomentar la vida, que avia cobrado aliento con aquel deſeſperado esfuerzo de la naturaleza, que reconociò por milagroſo la medicina. Confeſsòſe el grande Jorge de Melo con el Padre Franciſco, ſaliendo de eſta confeſsion tan ſatisfecho, y tan conſolado, que echava menos à la muerte, el que avia bañado ſu eſpiritu en las corrientes de ſu llanto. Y ſe bolviò à ſu Caſa libre de la calentura, aviendoſe paſſado dichoſamente el fuego al ſeno del Alma.

Apenas avia piſado Borja la Raya de Portugal con planta feliz, quando el Duque de Berganza Don Theodoſio embiò un Gentil-hombre ſuyo à ſaludar al Santo, rogandole, que de buelta à los Reynos de Caſtilla, quiſieſſe paſſar por Villavicioſa à llenar de conſuelo ſu Palacio con ſu preſencia. Y aora ſaliò Franciſco arrebatadamente de Evora à Villavicioſa, porque el Duque noticioſo no ſalieſſe al camino; pero en las ocho leguas, que ay de diſtancia, le fuè mas facil al Duque tener anticipado el aviſo, de que Borja partia aquella mañana, y ſaliò acompañado de la Nobleza, y de la pompa à encontrarſe quanto antes con la felicidad que tanto deſeava. Al deſcubrir deſde lexos à Borja, ſe apeò del Cavallo, y acercandoſe Franciſco, ſe arrojò à los pies del Duque, no menos humillado, que confuſo de verſe tan favorecido de aquel Principe, que con la Real ſangre avia heredado tambien un eſpiritu igualmente generoſo: levantòle el Duque en ſus brazos, y ſe encaminò à Palacio, donde tuvo algunos dias à Franciſco, pueſto en aquella Cruz, que encuentran los hombres de mucho eſpiritu en el regalo. En aquel poco tiempo dexò poblado de memorias ſuyas aquel theatro, aviẽdo honrado diverſas vezes el Pulpito, enternecido el Pueblo, y encendido en amor, y en zelo del Eſtado Ecleſiaſtico. Aprovechòſe el Duque de ſus conſejos en varios puntos de ſu conciencia, donde introduxo mucha luz Borja, dexandola hermoſamente eſclarecida. Oyò de ſu lengua bien expreſſado el inſtituto de la Compañia; à la qual amò deſpues el Duque Don Theodoſio con rara ternura, y ſe fuè heredando en ſus heroycos deſcendientes el amor à la Compañia, como joya vinculada en la Real Caſa de Berganza: iba ſaltando de un pecho en otro, paſſando al corazon del vivo, antes de enfriarſe en las cenizas del Difunto.

CAPITULO VIII.

VIENE A MEDINA DEL CAMpo, deſde donde embia à la fundacion de Avila los primeros Jeſuitas, en quienes hallò luz, y conſuelo Santa Thereſa. Paſſa à iluſtrar la Andalucia, donde dexò eſtampado un heroyco exemplo de paciencia. Buelve à Caſtilla, y enſeña Theologia en Valladolid, y en Alcalà. Y ſe halla ſorprendido con la tragica noticia de los Vandos de Valencia.

§. I.

AVia nacido al deſengaño eſte Gigante eſpiritu, para andar en perpetuo gyro, del modo que los Planetas rodean con fogoſſa inquietud el Cielo. Y aſsi de buelta de Portugal vino à Medina del Campo por el Otoño deſte año, Año de 1553.
don-

de diò la Profeſsion de quatro Votos al Padre Miguèl de Torres: Y en la primera Miſſa, que dixo el Padre Antonio de Cordova, predicò, concurriendo toda la Nobleza, y cada clauſula de el Sermon ſe bolvia en ſaeta encendida. Predicò tambien los ſiguientes dias, inflamando aquella, entonces numeroſa Villa, y moviendo los corazones eſtrañamente à la penitencia. Con la venida de Borja fueron bolviendo toda el Alma àzia la Compañia muchos Nobles, que el año antecedente avian armado la indignacion en ſu zeño contra ella. Vivian los primeros Jeſuitas en una Caſa alquilada, y à expenſas de aquel bien conocido Cavallero Don Rodrigo de Dueñas, que aviendo tratado en la Corte al Padre Fabro, ſe hizo Protector de el nuevo Inſtituto, y le traxo à Medina, para conducir eſta felicidad, primero, que otro à ſu Patria. Tratavaſe aora de dàr principio à la Fabrica, porque Don Rodrigo avia comprado Huerta, y ſitio, de que hizo donacion al Colegio en veinte y nueve de Junio deſte año: concurriendo tambien à la Fabrica con buena limoſna un Fator del Rey de Portugal, que avia venido à la Feria. Y Borja fuè el que puſo el primer ladrillo en la Fabrica de el quarto viejo. El año ſiguiente de cincuenta y quatro bendixo el ſitio para edificar la Igleſia, y puſo la primera piedra Don Diego Ruiz de la Camara, Abad de Medina. Deſpues la piedad de Pedro Quadrado, y de Doña Franciſca Manjon, ſu Muger, ſeñalaron renta, y tomaron à ſu cuydado dàr perfeccion, y hermoſura à la Fabrica, que deſpues de un ſiglo de duracion ardiò toda, y ſupo renacèr Fenix de la Arquitectura.

Deſde Medina embiò aora el Padre Borja una Miſsion à la noble Ciudad de Avila: fueron el Padre Hernando Alvarez de el Aguila, que avia tenido en ella iluſtre cuna, y fuè el primero que llevò el nombre de la Compañia à ſu Patria: Y el Padre Baptiſta Sanchez, zeloſo Jeſuita. Hizo eſta Miſsion raros efectos en aquella poblacion famoſa, que empezò à pedir con anſia Colegio de la Compañia; y el año de cincuenta y cinco el Padre Borja, ſiendo Comiſſario General de Eſpaña, embiò à la Fundacion al miſmo Hernando Alvarez de el Aguila, y al Padre Juan de Padranos, que aunque entonces mozo, era de ſublime eſpiritu. Eſtos fueron los primeros Jeſuitas, que comunicò Santa Thereſa, flor la mas culta, la mas hermoſa de el Carmelo, Luz de Eſpaña, y de la Europa, y Sol de la Igleſia: Confeſsòſe generalmente con el Padre Juan de Padranos, que la diò los Exercicios de San Ignacio, y fuè conduciendo aquel noble eſpiritu por el rumbo mas ſabio, mas ſeguro, y mas eſſempto de el eſcollo; arrojando continuamente braſas en aquel corazon, que deſde entonces empezò à batir libremente las alas, para Seraphin. Tambien ſe confeſsò algunas vezes con el Padre Hernando Alvarez, Confeſſor de aquel no menos Chriſtiano, que Cavallero, Franciſco Salzedo, de quien la Santa fiò tanto. Que de eſta ſuerte trazò la Providencia, tomando por inſtrumento à Borja, que los Jeſuitas fueſſen los Arquitectos ſabios, que abriendo los mas profundos, y los mas ſolidos cimientos à tan grande maquina, la conduxeſſen por el viento haſta coronarla dieſtramente de gloria, y à ſer oy una de las grandes maravillas de la Igleſia.

Eſtando ocupado Franciſco en el cultivo de aquel terreno fecundo de Laurèles, y de Troncos nobles, recibiò varias Cartas de Andaluzia de la Marqueſa de Priego, de la Duqueſa de Medina Sidonia, y de la Duqueſa de Arcos, que le rogavan paſſaſſe à viſitarlas, y no quiſieſſe negar à ſus Pueblos, lo que tan prodigamente repartia en los mas eſtraños. Y la de Priego le pedia con lagrimas, que la ternura de Madre paſſava deſde los ojos à la pluma, que traxeſſe conſigo al Padre Antonio de Cordova; que pues ella le avia Conſagrado voluntariamente à la Compañia, bien merecia eſte alivio, que avia de ſer traydor, ò engañoſo, que con capa de conſuelo le avia de poner à la viſta el trage, y la mudanza, que eran ocaſion de ſu pena; la qual manejò eſta grande Muger con femeniles ojos, pero con varonìl corazon. No pudo negarſe Borja à eſta deuda, que era parte de la razon, y parte de la voluntad; y aſsi por Noviembre ſe puſo en camino con el Hermano Bernardo, que llamavan el Santo, el Padre Buſtamante, y el Padre Antonio. En Sierra-Morena hizieron noche en una Venta deſnuda de todo abrigo, y tambien de piedad para Borja: porque no aviendo en ella ſino un Apoſentillo retirado, ſe entrò à ſu Oracion en èl Franciſco, valiendoſe, como ſolìa, de la obſcuridad, y del ſilencio de aquel ſitio,

Año de 1553.

tio, el qual tenia ocupado otro Paſſagero: eſtava Borja pueſto de rodillas, ageno de sì, y mucho mas de que tuvieſſe otro dueño yà aquel ſitio, quando ſe entrò el Foraſtero, y tropezando con el Santo, procurò reconocer en el trage, ò el eſtado, ò la calidad de el que le embarazava ſu Apoſento. Y viendo aquel habito humilde, y deſpreciado, ſe indignò mucho, y paſſando la colera ſus rayos à la lengua, empezaron ſus palabras por las ultimas injurias, afirmando, que le daria muchos palos, para caſtigar tales atrevimientos. No ſe alterò aquel corazon, donde la manſedumbre tenia ſu centro, antes con las rodillas en el ſuelo, como victima diſpueſta al ſacrificio, bolviò el ſemblante àzia ſu agravio: y con toda la ſerenidad en el roſtro, le rogava, que perdonaſſe à un Hombre inadvertido, que ni queria deſpojarle del apoſento, ni le huviera ocupado, à ſaber antes que era ſuyo: que no podia dàr mas cumplida ſatisfacion à ſu enojo, que repreſentarle ſu ignorancia; roca, en que ſe quiebra facilmente la ira: que lo que añadia de los palos, èl eſtaba diſpueſto à recibirlos, conociendo que los tenia bien merecidos por ſus pecados: que no eſcuchaba ſus palabras como dictadas de la colera, ſino como expreſsiones de la Divina Juſticia.

Avia levantado tan deſcompueſtamente la voz el caminante contra Borja, que ſe acercò la gente toda, que avia concurrido aquella noche en la Venta: entre los quales diſpuſo Dios que ſe hallaſſen dos hombres, que conocian bien al Santo Borja, y empezaron à exclamar admirados de la paciencia, que encerrava en ſu pecho el Duque de Gandìa. Corrido con eſta noticia el Foraſtero, ſe arrojò à los pies de Franciſco, pidiendole, no ſolo el perdon con mucho llanto, ſino que le recabaſſe tambien de el Cielo. Alzòle en ſus brazos el Santo, y le ſentò junto à sì con demonſtraciones de eſpecial cariño, rogandole que no dieſſe tanta licencia à la ira, aun quando tuvieſſe à ſu lado toda la razon armada; porque es paſsion turbulenta, y mata ciegamente la miſma razon que pelea de ſu parte. Quedò aquel hombre tan aficionado à Borja, que ſe hizo Predicador de ſu heroyco ſufrimiento por la Andaluzia, y otras Provincias donde ſe hallaba; y la ira en que tan facilmente ſe inflamava; fuè el inſtrumento de ſu dicha, porque la bolviò contra sì, caſtigando ſus culpas con grande aſpereza de vida, y recurriendo à la Compañia en las afliccio-nes de ſu Alma.

§. II.

LLegò el Santo Borja à Montilla, donde le eſperava con anſia la Marqueſa, que al vèr al Padre Antonio ſu Hijo, bañò el roſtro en conſuelo deshecho: y eſcuchando aquellos dos Apoſtoles predicar con nuevo eſpiritu el Evangelio, enamorada de la perfeccion, y zelo de aquel Inſtituto, tratò de fundar en Montilla un Colegio, como ſe executò luego: y à exemplo ſuyo, la Duqueſa de Arcos Doña Maria de Toledo, ſu Hija, fundò otro en Marchena, deſpues que paſsò à viſitarla el Santo Borja. Predicò algunos Sermones Borja, explicó la Doctrina Chriſtiana, ſaliendo en publico con la Campanilla en la mano, llamando con eſte ſonido, y con el de ſu exemplo al Pueblo. Renovó en Montilla el amor, y la confianza con el Padre Maeſtro Avila. Embió la Ciudad de Cordova à D. Martin de Caycedo, Cavallero Veinte y Quatro, à ſaludar al Padre Borja, al Padre Buſtamante, y al Padre Antonio, y les dió cuenta de que el Deàn Don Juan de Cordova, Hijo de los Condes de Cabra, emulo antes de la Compañia, aora con tranſformacion inopinada (que ſe debió al eſpiritu milagroſo del Padre Villanueva) no ſolo dava ſus Caſas al Colegio de Cordova, ſino que le ſeñalaba renta, y tomaba la fundacion à ſu cuydado, levantando ſobervio coloſo à ſu memoria, y un padron al engaño, que antes avia querido introducir en ſu pecho la calumnia.

Partieron de Montilla à Cordova, llevando la dulze compañia de el Maeſtro Avila, y la atencion de Don Martin de Caycedo, que ſe calentava al fuego, que reſpirava aquella Sagrada Tropa. Llegaron à Cordova el ſegundo dia de el Mes de Deziembre, y al ſiguiente dia entraron al Ayuntamiento San Franciſco de Borja, y el Padre Antonio: (que eſtaba yà nombrado Rector de aquel Colegio) alli pactaron, que ſe abririan Eſcuelas publicas, apacentando los primeros años con virtudes, y letras, iluſtrando de paſſo aquel Conſiſtorio dos Hombres de tan alta ſangre, y de tan alto eſpiritu. Predicó Borja algunas vezes, dexando ſeñalados los corazones. Dieron luego la buelta à Montilla, adonde dexó por algunos dias al Padre Cordova, Año de 1553.

y el Santo ſe encaminò à San Lucar, viſitando de paſſo en Oſſuna à los Condes de Ureña, y en Marchena à los Duques de Arcos, que con ruegos porfiados alcanzaron de Borja, que permitieſſe que un Lacayo, llamado Zarzuela, fueſſe haſta San Lucar en aſsiſtencia ſuya. A poco trecho, deſpues de aver ſalido de Marchena, le dixo el Santo Borja à ſu Compañero: *Hermano Bernardo, yà aveis caminado caſi una legua à cavallo, apeaos, y ſubirà nueſtro Hermano Zarzuela.* Executòſe con prompta obediencia lo que el Santo mandava: y aviendo caminado aſsi una legua, parò Borja ſu Mula; y hablandoſe à sì meſmo con aquel donayre, que era familiar à ſu eloquente eſtilo, dixo: *Padre Franciſco, yà aveis caminado à cavallo dos leguas, apeaos, y ſubirà nueſtro Hermano Bernardo.* Aſsi ſe hizo, ſin que baſtaſſen, ni la porfia, ni los ruegos à moderar eſtos exceſſos ſagrados de aquel humilde eſpiritu, que caminava con paſſos de Gigante à lo mas alto por lo mas profundo.

Quando el Duque ſupo eſtas proezas de la humildad de Borja, no ſolo ſe reſolviò à la Fundacion de un Colegio en Marchena, ſino que entregò deſpues las dos mas dulzes prendas en un Hijo, y un Nieto à la Compañia, que ſe deben llamar frutos de eſta jornada, y de eſta hazaña de Borja. Llegò à Xerèz de la Frontera, donde deſeava entrar deſconocido, y ſalir al romper del Alva; pero reconociò, que mucha Nobleza andava yà ſolicita, inquiriendo, ò adivinando, que era Borja, haziendo repetidas preguntas en la Poſada: y el Santo aunque ſe avia apeado con harta fatiga, temiendo mas la que le avia de cauſar la honra, ſiendo yà bien entrada la noche, y à los ultimos de Deziembre, bolviò à montar à Cavallo, y ſe ſaliò fugitivo à dormir en una Venta, donde paſsò la noche ſobre unos azes de Viznaga, dexando burlada en Xerèz la atencion, y el cuydado de tanto gran Cavallero. Acercavaſe à San Lucar, quando viò, que le ſalian al encuentro el Duque de Medina-Sidonia, ſu Hijo el Conde de Niebla con todo el eſplendor de ſus primeros Vaſſallos, y de ſu dilatada Familia. Turbòſe tanto el Padre Borja, que bolviò promptamente la rienda; pero advirtiò luego, que mal podria ſocorrerle la fuga, viniendo aquel Eſquadron ligero con celeridad, y con anſia. Apeòſe el Duque, y con la rodilla en el ſuelo llegò à beſar la mano al Santo Borja, que fuè ocaſion de nueva porfia, y aun de lucha. Entrando en San Lucar, ſe encaminaron à Palacio, donde Franciſco ſaludò à la Duqueſa, y Condeſa de Niebla; mas no pudieron conſeguir, que ſe hoſpedaſſe en el quarto que dentro de Palacio eſtaba prevenido. Retiròſe à un Hoſpital, adonde los Duques le embiaban comida opulenta, que ſirviò de regalo à tanto enfermo. Fueron grandes los bienes que entraron en aquella Ciudad, entonces la mas populoſa, y la mas rica, con la preſencia de Borja, que en pocos dias, con ſudor dichoſo, deſde el Pulpito, en las Calles, y en los Confeſſonarios, hizo fecundas todas las arenas de aquella Playa.

Tratò con la Duqueſa de que ſe fundaſſe alli Colegio de la Compañia, y embiò luego por quatro Jeſuitas, que entendieſſen ſolo en el cultivo de aquella Viña delicioſa, y por eſto le fuè preciſo al Santo detenerſe mas tiempo. Y quando ſe eſtablecia la Fundacion, ſe diſcurria ſobre la Fabrica, y ſobre la renta del Colegio, ſiendo yà entrado el año de cincuenta y quatro, le fuè preciſo à Borja dàr la buelta apreſuradamente à Caſtilla, porque recibiò un Pliego de el Principe Don Phelipe, en que le llamava. Paſsò por Montilla, y ſe encaminò à Madrid, como ſe le mandava. Hallò al Principe en el Pardo una mañana, que ſaliendo de oìr Miſſa, ſe eſtrechò con Borja, rogandole que paſſaſſe à Tordeſillas, ſiquiera por dos Meſes, à vèr ſi pudieſſe encender alguna luz en la razon apagada de la Reyna ſu Abuela: *Porque ſolò Vos* (dixo el Principe) *el año paſſado la mejoraſteis mas en pocos dias, que cien Hombres Doctos, y muchos Medicos en quarenta años.* Obedeciò el Santo, y llegando à Tordeſillas, ſe fuè al Hoſpital, que avia fabricado Doña Maria de Texeda: De Palacio ſe le embiava la comida, y vivian en aquel ſitio quatro Operarios de la Compañia, que cada uno era un Colegio. Iba Franciſco cada dia à Palacio, y con no sè què oculto reſpeto ſe enfrenava el mal à viſta de Borja, y el furor hazia alguna pauſa en el ademàn, y en el ſemblante de la Reyna. Año de 1554.

§. III.

AVia perdido la Princeſa Doña Juana al Principe ſu Eſpoſo à dos de Enero deſte año de cincuenta y quatro con inconſolable dolor ſuyo, laſtima de la Europa, y gemidos de ſu Reyno, adon-

de ſe detuvo haſta que diò à luz al Rey Don Sebaſtiàn, poco deſpues que la muerte avia eclipſado la de ſu marido; y no teniendo ſu corazon otro recurſo para el alivio, que al Santo Borja, le eſcriviò aora, que no ſe alexaſſe de Caſtilla, adonde diſponia ſu buelta, luego que ſe hallaſſe convalecida. Recibiò el Santo eſta carta en Tordeſillas, donde ſe deſpidiò Franciſco de el Principe Don Felipe, que paſſava à embarcarſe à la Coruña, y avia venido ſegunda vez à dàr el ultimo abrazo à ſu afligida abuela. Dixole, que en aquella jornada à Inglaterra dexaba el governalle de la Monarquia en manos de la Princeſa ſu hermana, y queria que eſtuvieſſe à ſu lado muy cerca de el trono ſu prudencia, la qual avia manejado con tanta deſtreza ambas riendas de la privanza, y ſu entendimiento para los negocios publicos, era lo que el Sol para la fertilidad de los campos. Dixole, que en ſu hermana dexaba la autoridad, pero en èl la razon acreditada de la experiencia, que ſu talento le hazia navegar à Inglaterra ſin cuydado, y ſin llevar embarcado conſigo el ſuſto. No ſupo que reſponder Borja, embargandole la voz eſte precepto, y con el ſemblante confuſo besò la mano, y ſe retirò à buſcar en ſus lagrimas algun conſuelo. Vino la Princeſa à nueve de Junio, y Borja partiò à Valladolid (adonde avia eſtado lo mas de la Primavera) à conſolar aquel eſpiritu congojado, y à ſervir de oraculo en ſu govierno, con violencia de toda el alma, que deſpues de averſe guarecido en el Puerto, ſe hallaba en los baybènes de un mar borraſcoſo, y en la fuga de la privanza tropezaba con lo miſmo de que huìa.

En Valladolid aſsiſtia continuamente à Palacio, que era ſu potro, y ſu verdugo, viviendo en nueſtro Colegio de San Antonio, el mas pobre entonces, y deſacomodado para todo, ſino para merecer mucho Cielo. Alli leyò Theologia dictando à los de caſa, y explicando à los de fuera por modo de Leccion Sacra los lugares mas ſublimes de la Eſcritura; y eſpecialmente ſe aplicò à dictar una expoſicion à los Trenos de el doliente Profeta Jeremìas, obra digna de uno de los inſignes Doctores de la Igleſia, que ſe imprimiò repetidas vezes con ſabia utilidad de los hombres eſpirituales; porque en Divino Paſtoril inſtrumento de aquel diſcreto Ruſtico, pulſa en vez de cuerdas hilos de llanto: y aſsi dize en el Prologo: *Determinè poneros delante, Padres, y Hermanos cariſſimos, los Trenos de Jeremias, por ſer uno de los Libros que mas mueven à lagrimas.* Empezò à dictar eſta admirable expoſicion en Valladolid, y el año ſiguiente la proſiguiò en Alcalà, donde leyò la miſma Cathedra: que por eſſo blaſona juſtamente aquel Colegio ſabio de aver tenido por ſu primer Maeſtro en la Eſcritura à Borja, cuyo Entendimiento encendiò con lagrimas, y luzes la inextinguible hoguera con que arde alli el zelo, y alumbra la ſabiduria.

En aquel Otoño ſe retirò à Plaſencia, para tener, antes de ir à Alcalà, eſcrita, y bien llorada eſta expoſicion Divina: y el Doctor Herrera, que eſtuvo en Plaſencia con el Padre Franciſco, y fuè Eſcriviente ſuyo en eſtos quatro Libros ſembrados de eſpiritu, y de llanto, dize, que ſalia de la Oracion à dictarle rayos de luz, que cada Verſo le coſtava grande eſtudio en los Santos Padres, y Expoſitores, y muchas horas de lagrimas. Iban à ſer ſus Oyentes, no ſolo Eſtudiantes, y muchos Sacerdotes, ſino los mas Sabios Maeſtros de ambas Univerſidades: Y confeſſavan, que aviendo gaſtado ſu vida entre los Libros, y los Ingenios, no aviendo hallado la vena de aquella ciencia, ni el dulze manantial de aquella agua, que traìa ſecreto origen del ſeno, y del Archivo de la Divina Sabiduria. Porque de verdad, èl es un Tratado donde ſe aprende el mas delicado eſpiritu, y ſe và eſtudiando fuego: èl eſtà lleno de penſamientos altos, y vivos, apoyados con el dictamen de los Santos, veſtido de Sentencias, y regado de lagrimas, como ſitio amèno con flores, y arroyos, preſtando aquella Penitente Alma el dòn de lagrimas à ſu pluma, y comentando no ſolo los Verſos, ſino tambien los ojos de aquel doliente Propheta.

§. IV.

AVia recibido Borja en Oñate un Pliego con la ſenſible noticia de averſe mezclado ſu Hermano el Maeſtre de Monteſa, y ſu Hijo Don Carlos, Duque de Gandìa, en las parcialidades de Valencia, encendidas primero de la emulacion, y luego de la ira entre las Nobles Familias de Figuerolas, y Pardos de la Caſta. Aviſavanle entonces, que andava ſin rebozo la indignacion caſi en apa-

rato militar, y que ſolo parecian menos crueles los enemigos en ſer deſcubiertos: que no ſe eſcuchava otra voz, que la de el trueno de las piſtolas, y el ay que ſacavan embuelto en ſangre los puñales en tantas heridas: que haſta la reſpiracion alentava medroſa, interrumpida del ſuſto muchas vezes, y del golpe no pocas: que ni aun dentro de los Palacios ſe podia vivir ſin eſcolta, y ſin centinela: que el ſueño no podia ſer paz de los ſentidos, ſino eſtava armado el lecho. No ſe recibiò herida tan ſangrienta en tantos reencuentros de la ira, como la que recibiò con eſte aviſo el corazon de Borja. Solo fuè mayor la que ſintiò aora con una Carta, en que ſe le daba cuenta, de que (aviendo hecho matar antes Don Pedro, y Don Geronimo Pardo de la Caſta à Don Pedro
Año de 1554. Figuerola) la noche dos de Enero eſte año los Figuerolas conduciendo tres Hombres de Armas, que uno dellos era criado de el Maeſtre de Monteſa Don Pedro Luìs Galceràn de Borja, avian malherido à Don Luìs Pardo de la Caſta, Cavallero del Orden de San Juan. Que el Governador de Segorve (grandeza à cuya ſombra ſe avian guarecido los Pardos de la Caſta) avia aprehendido los Agreſſores; y embiando con un expreſſo la noticia al Duque, que eſtava en Cathaluña, le mandò dàr garrote à dos de ellos, y el uno fuè el criado de el Maeſtre de Monteſa. El qual ofendido de eſta violencia, y ſus Hermanos Don Diego, y Don Phelipe de Borja, unidos con los Figuerolas, tiraron un arcabuzazo el dia veinte y ſiete de Enero del miſmo año à Don Diego de Aragon, Hijo natural del Duque de Segorve, en Valencia, al baxar de la Puente nueva, como ſe và à la Zaydia, del qual muriò à cinco de Febrero. Que el Virrey de Valencia (que lo era el Duque de Maqueda) embiava por todas partes muchas Tropas armadas en buſca de los homicidas, hallandoſe tan perſeguidos los Borjas, que les era preciſo andar fugitivos, y eſconder à vezes en la concavidad de una Gruta la honra, y vida.

Eſtos aviſos deſpedazavan el corazon del Santo; porque de una parte, el amor natural à ſus Hermanos, y al Duque ſu Hijo; de otra, el dolor de vèr al Cielo enojado, y à Dios ſangrientamente ofendido: La ruìna de ſu Patria, el eſtrago de Valencia, y el eſcandalo con que el bramido de la polvora hazia ruìdoſa la ira, y la venganza; eran muchas heridas, y todas penetrantes para el manſo pecho de Borja. Aumentava ſu Oracion, y ſu penitencia, ſacando no poca ſangre al Padre Franciſco en Caſtilla las heridas, y muertes que ſe executavan en Valencia. Achacava eſtos tumultos à ſus culpas, agotando ſobre eſte ſuceſſo tragico ſus ojos todo el caudal de lagrimas. Tratavaſe como delinquente en una cauſa, en que èl ſolo avia recogido àzia sì toda la inocencia; coſtumbre antigua, y ſagacidad diſcreta de los Santos, intereſſarſe en los delitos agenos, mirandolos como proprios, para tomar deſta ſuerte à ſu cuydado, mover à Dios al remedio, aplacar el enojo Divino. Aſsi le ſucediò à Borja, cuya Oracion, veſtida de luz, fuè el Iris del Reyno de Valencia, aunque bien à coſta ſuya. Pues ſiendo deſpues el Duque de Segorve Virrey de Valencia, y teniendo preſo à Don Diego de Borja, atropellò el ſagrado fuero de Ecleſiaſtico, que le hazia eſſempto; y ſiendo Juez la paſsion en el que era Padre del Difunto, hizo dàr garrote ſecreto à Don Diego en el Caſtillo de Xativa à dos de Septiembre del año de ſeſenta y dos, aviendo concurrido en parte à eſta violencia el Señor Rey Phelipe Segundo, (mal impreſsionado entonces à repetidos ſoplos de la embidia contra el Santo Borja) porque inſtado del Duque de Segorve, le embiò priſionero à Don Diego deſde Caſtilla à Xativa, que fuè embiar atada la victima, no ſolo al ſacrificio, ſino al fuego, que encendian el odio al matador, y el amor de Padre al muerto. Aſsi muriò el infeliz Don Diego de Borja, à quien ſu alto nacimiento, y ſu corazon lleno de Alma, y de valentia, hazian digno de otra muy diſtante fortuna. Caſtigò Dios al Duque de Segorve con mano rigoroſa, quitando la vida à ſu Hijo, y cortando el hilo à la Real ſuceſsion de ſu Gran Caſa: y haſta ſus Nietos padecieron entonces alta ruìna, de ſuerte que de cinco Hijas, ſolo quedò ſucceſsion de la ultima, caſada con Don Diego Fernandez de Cordova, llamado el Africano, tercero Marquès de Comares. Cubriòſe el Duque de luto, y de llanto: entriſteciòſe el Reyno de Valencia todo, aviendoſe pueſto Entredicho en el Arzobiſpado por eſte exceſſo à quatro Septiembre del miſmo año, que aviendo durado por mas de un Mes, poblò de horror, y de gemidos triſtes aquel Paìs amèno, no hallando ſagrado abierto à que refugiarſe el corazon afligido.

Y para repreſentar en un miſmo lienzo los ſuceſſos todos, que pertenecen à Borja en eſte punto, dibuxarà aqui con

brevedad el pincèl lo que le ſucediò por el Octubre de eſte año. Caminava Franciſco à la Fundacion de el Colegio de Plaſencia, recogida en meditacion profunda toda la atencion del Alma, quando le ſalieron al encuentro dos Hombres armados, que con las eſpadas deſnudas, y los roſtros cubiertos ſe acercavan intrepidamente à Borja en dos Cavallos fogoſos. Apartò el uno de ellos al Santo algun trecho, quedandoſe el otro ſilencioſamente con los Compañeros, entre los quales iba el Padre Dionyſio. Y Franciſco, ſin hallar al ſuſto dentro de ſu pecho, ni à la turbacion en el roſtro, le preguntò, què le mandava? Padre Borja (dixo aquel Cavallero con ademàn, y voz de mucho alhago) yo he caminado no pocas leguas ſolo por dàr un conſejo, ó un aviſo, no dirè à vueſtras canas, pero sì à vueſtras experiencias: Vos parece, que, ò vivis ignorante de la civil diſcordia, en que arde vueſtra Iluſtre Familia, y vueſtra Caſa, ó de las leyes que en eſtas ſangrientas facciones pone la ſinrazon à la ira? No ſabeis, que en la terrible eſcuela de los vandos, es uno de los primeros elementos enſangrentar el brazo en los enemigos, ſin diferencia de ſexos, ni de eſtados? Pues como exponeis deſarmada vueſtra vida por eſtos caminos al continuado rieſgo de una violencia? Ignorais lo que Homègo dize de la venganza? Què es mas ſabroſa, que los dulciſsimos panales de la miel Atica? No reconoceis, que llevais expueſta la cerviz à la merced de la eſpada, y à la piedad de la ira? Pues què? Eſperais hallar atencion en una fiera, y que deſpues de eſtàr embravecida mueſtre humanidad en ſu garra, y perdone al ſagrado mas Religioſo ſu fiereza? Penſais, que eſſa humilde Ropa es baſtante aſylo contra la inſolencia? Advertid, que las piſtolas, en eſtas infames lides de el odio, no ſaben tener atenciones de rayo, igualmente hieren lo mas fragil, que lo mas robuſto, y ceban ſu indignacion en el ſagrado Tronco. Vivid, pues, eſcondido en los retiros de una Celda, ò caminad con alguna eſcolta, que pueda ſervir de freno à la oſſadia; la qual anda ſolicita en borrar de el Mundo la noble diviſa de el Toro, y eſcrivir con las puntas de los puñales un Epitaphio, que diga: Yà eſpirò la Gente Borja à manos de la venganza.

Año de 1554.

Vos no tendreis baſtante eloquencia, reſpondió Borja, para perſuadirme, que eſſos à quien llamais enemigos de mis Hijos, y Hermanos, quieran manchar la daga en la ſangre de el mas humilde Jeſuita, porque à lo menos eſta hazaña no podria ſervir de orla, ſino de Padròn al Real Eſcudo de ſu Grandeza. Sabed, que un deſdichado, ó un abatido camina ſeguro: y ſi lo huvieſſemos de temer todo, era meneſter morirſe de miedo de perder la vida à cada paſſo. Por cierto que ſeria accion glorioſa venir en tropa armada à quitar la vida à un Sacerdote, que con un pobre Mantèo, y un Breviario camina de una parte à otra impelido de la obediencia, ó à viſitar en un Hoſpital los Enfermos, ó à conſolar à ſus Hermanos, ó à conſagrar à Dios Alcazares, y Templos? Eſſas leyes infames pueden ſer obſervadas en vandos ruìnes, quando la ira arde en plebeyos corazones, mas no donde ſon eſpiritus generoſos los que calienta, y los que agita: en las venas de los Nobles, ni la venganza ſabe introducir acciones cobardes, quales ſon las muy crueles, y las que fatigan el brazo en Niños, Mugeres, y Sacerdotes. Ellos ſon tan eſclarecidos Cavalleros, que aun quando yo los huvieſſe ofendido, hallandome en eſte trage, y con el caracter de mi eſtado, no infamarian ſu eſtoque en un rendido. Pero ſabe el Cielo, que en quanto me repreſenta aora la memoria, no sè que voluntariamente aya ofendido à Hombre alguno ſobre la tierra, y ſolo à Dios tengo injuriado con los deſordenes de mi vida. Antes bien ruego todos los dias, no ſolo por la concordia, ſino por la felicidad, y por la vida de eſſos Cavalleros, igualmente que por la de mis Hijos: y ſi yo pudieſſe hazer, que rotas prodigamente mis venas, apagaſſen con la ſangre toda eſta ſedicioſa llama, ſaldria guſtoſo mi eſpiritu, viendo caer deſangrado el cuerpo ſobre la ceniza.

Pero dèmos que cupieſſe en ſu ira generoſa intentar, que ſe cortaſſe el paſſo à mi canſada vida, ella puede ſer yà tan poca, que la reſpiracion eſtà yà en mi violenta, y los achaques me la tienen tan quebrantada, que ſi huvieſſemos de hablar con hyperboles aora, el que me la quitaſſe, apenas ſe debria llamar enteramente homicida, y no sè ſi fueſſe mayor la piedad en lo mucho que me eſtorvava padecer, ò el rigor de el brazo en lo poco que me quitava de aliento. Es verdad, que eſtà tan mal empleada en mi la vida, aviendo ofendido tanto à Dios con ella, que podria recabar mas facil-

facilmente el perdon quien me le arrancaſſe del ſeno, que ſi dieſſe muerte à otro qualquier Hombre de el Mundo, pues qualquiera ſerà menos culpado. Aſsi, que quiero deziros, Cavallero mio, que yo no dexarè de emprender todos los viages à que me deſtina la obediencia, y à que mi profeſsion me llama: y ſi por ventura me hizieſſen matar en un camino, morirè conſolado en la tarèa de mi obligacion, y de mi exercicio, que eſte es el lecho de la honra, y de la conciencia. Con eſta reſpueſta humilde juntamente animoſa quedò aquel embozado, ò convencido, ò deſeſperado de convencèr aquel pecho lleno de ſanta libertad, y de eſpiritu; y llamando con un ſilvo à ſu Compañero, diò de eſpuelas al Cavallo, y deſapareciò en breve tiempo. Y Borja fuè teniendo larga conferencia con el Padre Dionyſio ſobre eſte punto, en que pudo quedar dudoſo el juizio, ſi huvieſſe ſido el odio, que viniendo à maltratar à Franciſco, ſe avia enfrenado à ſu preſencia de reſpeto; ò ſi fueſſe Pariente cercano, à cuyo pecho el amor avia arrimado la eſpuela, porque caminaſſe à dàr eſta advertencia.

CAPITULO IX.

PORTENTOSAS TRANSFORMAciones, que obraron ſu predicacion, y virtudes en la Corte de Valladolid, en la de Madrid, en Alcalà, y otras Ciudades: Eſtudio, y llanto con que ſe diſponia para ſubir al Pulpito. Sentimiento de el comun enemigo en la cruel guerra que le hazia el fervoroſo zelo de Borja.

§. I.

AVia fatigado ſu zelo Borja en Valladolid con eloquentes Platicas en varios Conventos de Religioſas, reſtableciendo el vigor de ſus Sagrados Eſtatutos, y haziendo reflorecèr muchos Jardines marchitos. Pero ſe avia negado à predicar frequentemente en publico, y à dàr principio à una Miſsion continuada por algun tiempo, con el pretexto de aquella Univerſidad iluſtre, donde concurrian tan ſabios Oradores tanto mas zeloſos, y eloquentes, reſpondiendo muchas vezes, que no era bien ſonaſſen ſus roncas vozes entre tantos Ciſnes. Mas eſte año ſe huvo de rendir al orden de los Superiores, y al deſeo de muchos Principes. Luego que comenzò à eſcucharſe repetidamente la voz de eſte Clarin, ſe vieron efectos portentoſos, que parecieran encarecimientos, à no hallarſe confirmados con la depoſicion de grandes teſtigos, que fueron oyentes ſuyos. Sacudiò el vulgo la ignorancia de las Leyes de el Chriſtianiſmo, y eſtampò en el entendimiento mas toſco, y en el corazon mas duro el terror de el Supremo Juizio. Deſpertaron los Corteſanos de aquel ſueño perezoſo, en que ſe adormece todo, ſino el engaño. Los grandes Señores, que por una parte eſtaban ufanos de vèr introducido el Apoſtolado en ſu alto gremio, eſtaban por muchas temeroſos, cotejando ſu vida con la de el que avian viſto reclinado en la miſma grandeza. Saliò un Grande haſta la eſcalera con el Padre Borja, que avia venido à iluminar ſu Caſa; y luego que el Santo tomò la puerta, dìxo, buelto à ſu Familia. Eſte hombre eſclarecido ha de ſer mi fiſcal, y mi azote en el Tribunal Supremo, apenas puedo mirarle ſin rubor, y ſin eſpanto, por mas que èl viene à ſolicitar mi felicidad, y mi conſuelo; què diferentes ſon en ambos las coſtumbres, y las operaciones, quando las Cunas fueron tan iguales? Cada palabra ſuya es una mordaza eloquente à mi boca, y cada exemplo me ſaca al roſtro los colores, que ſobran à la confuſion, y no baſtan à la enmienda, porque el deſcuydo los borra tan preſto de la memoria, como de la cara.

Año de 1554.

Luego què llegò à Valladolid la Princeſa, ſaliò de Tordeſillas Borja con el Padre Herrera, aviendoſe prevenido para predicar el Sermon de San Antonio en nueſtro pobre Colegio. (que por la equivocacion de el nombre llamò San Antonio de Lisboa una bien advertida Pluma) El fruto de eſte Sermon fuè uno de los mas inſignes trofeos, que la verdad ſupo conſeguir de el engaño, y de el infierno. Vivia en Valladolid un Cavallero, llamado el Comendador Don Juan de Moſquera, Regidor de aquella Corte, y de muy conocida ſangre; pero ſu Vida era un eſcandalo bullicioſo por las orillas de el Piſuerga. Tenia un corazon libre, intrepido, reſuelto, y que ſe hallava mal ſin eſtrenar las alas cada dia en algun peligro, con que ſe avia conciliado poderoſos, y mortales enemigos, y aun el odio de todo el Pueblo: y aſsi andava ſiempre armado, y con eſcolta, y la intencion con charpa igualmente que el pecho, y la cinta. Su roſtro era aquel con

que

que pintan à la oſſadia, ſu eſpiritu deſeſperadamente animoſo, y tan robuſto, que quiſiera mas qualquiera enemigo ſuyo tropezar à Hercules enfurecido. Era tan declarado emulo de los Jeſuìtas, que ſi deſcubria deſde lexos alguno, bolvia la eſpalda preſuroſo, como ſi vieſſe un Dragon enroſcado, y tomava otra Calle, añadiendo, que treparia por montes inacceſsibles, ſolo por no tener encuentros tan abominables: aſsi le inſtigava el mal eſpiritu à que anduvieſſe en continua fuga de los que avian de ſer inſtrumentos de ſu dicha, poniendole horror à ſu felicidad. Paſſava la mañana treze de Junio vezino à nueſtra Igleſia, y diò de eſpuelas al Cavallo, temiendo quedarſe en parage tan enemigo priſionero de un ſuſto, ò de un deſengaño; pero advirtiò al tomar carrera, que pendian unos tafetanes de la puerta, y que entrava en la Igleſia mucha gente apreſurada, y anſioſa: Preguntò à un Ciudadano: *Què fieſta, ò què embuſtes ſon los que celebran oy los Padres?* Reſpondiòle, que avia Sermon, y Jubileo por dia de San Antonio, Patron del Colegio: *Si Dios me guarda el juìzio*, (dixo el Comendador con ſemblante ayrado) *antes perderè todos los Jubileos, que entrar en la Caſa donde eſtàn eſtos demonios, que llaman Indulgencias plenarias à las mentiras.* Replicò el Ciudadano: *Mirad, Señor, que predica el Santo Padre Franciſco de Borja, Duque que fuè de Gandìa.* Avia tratado Don Juan de Moſquera al Padre Borja quando Marquès de Lombay, y valido del Emperador; y pudiendo mas aora la curioſidad, junta con la veneracion à ſu ſangre, y perſona, que no el horror al trage que veſtìa: deſmontò ligeramente, y ſe encaminò à la Igleſia, ceñido de piſtolas, y de furias.

Entrò rebozado en el Templo, y eſcondiendoſe entre la multitud, oyò los primeros bramidos de aquella Nube ſonora, que tronava ſobre la dureza de ſu Alma: quiſo tapar con la obſtinacion, y con las manos los oìdos, y ſe le entravan los relampagos por los ojos, ſintiendo en el corazon los rayos: Eſcuchò la fealdad monſtruoſa de la culpa, oyò levantando ſobre ſu rebelde cuello aquel cuchillo, que corta mas en el bronze obſtinado: Viò convertidas contra ſu pecho, en ſola una boca, todas las balas, y piſtolas que èl traìa à la cinta; y herido mortalmente en lo mas vivo, ſe ſalió del Templo errando una, y otra vez la Puerta, porque le obſcurecia la viſta el humo de aquel rayo, que talava ſu pecho à fuego, y llanto. Montò deſpavorido à cavallo, perdido el color, y el tino, y ſe fuè en derechura à Simancas, donde tenia caſa de recreacion con hermoſo jardin: iba tan lleno de aſſombro, que ſuſpenſa toda accion vital, caſi ſin impulſo proprio ſe dexaba governar el cuerpo del cavallo, y el alma del deſtino.

Deſpues que Franciſco baxò del Pulpito, y ſe recogiò al Apoſento, oyò referir las ſinrazones, que en la calle avia pronunciado aquel Cavallero: Dixeron algunos de ſus eſcandalos mas ruìdoſos, y Borja lanzando un ardiente ſuſpiro, ſe levantò de la ſilla, y luego poſtrado en la tierra, empezò à pedir à Dios la converſion de aquella alma, ignorando aun, que huvieſſe llegado à ſu corazon aquella bala mas activa, y mas fogoſa, que las que en tantas piſtolas enemigas amenazavan à ſu vida. Continuò ſu Oracion ocho dias, añadiendo à ſus ordinarias penitencias otras mas crueles, y mas extraordinarias. Mas el Comendador avia llegado à ſu retiro tan maltratado del golpe, que ſintiò en ſu pecho, y del aſſombro, que no pudo aquella noche hallar deſcanſo, ni ſueño: Levantòſe muy de mañana, y aunque el corazon ſentia mucho la eſpuela, rehuſava dàr aquel ſalto dificultoſo, que ay deſde el eſcandalo al exemplo; mas apretava de nuevo los cordeles el deſengaño con aquella inviſible fuerza, que influìa deſde el Cielo, y deſde Valladolid la Oracion de Borja. Intentava divertirſe, pero en vano ſiempre, dando ſu imaginacion aquellos huelcos, que ſon proprios de los muy enfermos, en que ſin mudar de males, andan mudando de ſitios. Y no hallando ſoſsiego, ni paz conſigo, deſpachó un Pliego al Santo, en que le rogava humildemente, que vinieſſe à Simancas à recoger la caza, que avia muerto: que no ſe negaſſe à dàr vida à una alma, y à poner en carrera al que yazia derribado en lamentable deſdicha. Que no iba à buſcarle à la Corte, antes ſe avia ſalido della, porque eſtava alli mal ſeguro; y materia de tanto peſo, pedia tratarſe deſpacio, y en ſitio donde pudieſſe deſahogar el corazon ſin peligro, y llorar ſin miedo. El ſobreſcrito de la Carta dezia: *Al Iluſtriſſimo Señor, èl que quiſo mas ſer Siervo de Dios, que Duque de Gandìa.* Clauſula, en que yà empezava à moſtrar algun raſgo de piedad ſu pluma.

***

§. II.

§. II.

NO ſe puſo Borja en camino, haſta que paſſaron los ocho dias, que avia ofrecido à la Oracion, y al Ayuno. Partiò deſpues llevando conſigo al Padre Buſtamante, y al Doctor Herrera, Hiſtoriador, y Teſtigo de todo eſte ſuceſſo. Caminavan la noche veinte y dos de Junio, por aver ſido el dia muy caloroſo, y Franciſco iba delante orando, y guſtoſo con la eſperanza de la preſa. Eſtava irritado el Demonio de que le ſacaſſe de entre las garras aquella infeliz Alma, quando era mas facil ſacar un Paxarillo deſdichado de entre las corbas uñas de ſu fiero veloz enemigo. Y hallandole apartado de la Tropa, ſe puſo à las ancas de la Mula, en figura de negro, en cuyo roſtro ſe avia recogido la noche, y las Tinieblas todas ſe avian abreviado. No podia moverſe, ni reſpirar el Bruto con tan infame peſo, aunque ſe eſpantò al principio, apartandoſe del Camino, ſudando humo. Bolviò la cabeza el Santo, y viò cercano à sì el Infierno todo, y hecho borron aquel antiguo luzero: y ocupado el miedo antes que de la advertencia, diò un grito: acercaronſe ſus dos Compañeros, y aquel tyrano ſe deſpeñò de la Mula, dexandola bañada en eſpuma, y en fatiga, y à Borja corrido de averſe aſſuſtado, y de aver moſtrado temor à tan cobarde enemigo, aun con aquellos primeros movimientos, en que la naturaleza, y el ſuſto repentino madrugan antes que la luz del Entendimiento, y que el alvedrio.

Año de 1554.

Luego que Don Juan de Moſquera viò al Santo Borja, ſe poſtrò à ſus pies, y los calentava con gemidos, puſoſe todo en ſus manos, para que de aquella informe quebradiza materia labraſſe al arrepentimiento la mas penitente, y la mas firme Eſtatua. Diſpuſole Franciſco con los Exercicios de San Ignacio para una animoſa Confeſsion de ſu vida, que hizo con raras expreſsiones de toda el Alma. Paſsò à verſe con los enemigos de aquel arrepentido Cavallero, y con la relacion de ſu llanto apagò todo el incendio, que avia fomentado el odio. Fuè ſin duda exemplo digno de ſer admirado, vèr al que poco antes era terror de ſu Patria, y un Leon fogoſo, rizada la ira, y la melena, y entrarſe por las Caſas de ſus enemigos aora deſarmado, y rendido con toda la manſedumbre de cordero, y dobladas las rodillas, dolientes con muchas lagrimas los ojos, dàr ſatisfacion humilde à los que tenia agraviados. Eſtava la Corte atonita con tan ſubita, y milagroſa mudanza: ſalian los Hombres, y las Mugeres à las ventanas, y à las puertas, para vèr la que al principio creyeron fabula, y deſpues hazaña de la miſericordia. Retiròſe à vivir en Simancas, y diò ſu caſa de recreacion al Santo Borja, para que ſe fundaſſe un Noviciado de la Compañia. Señalò alguna renta, y diò tambien otra buena caſa, que tenia dentro de aquella Villa, donde ſu exemplo fuè aun mas ruìdoſo, que lo avia ſido ſu eſcandalo.

Vivia, no ſolo Chriſtianamente en compañia de ſu Muger, ſino que empezò oſſadamente à vencer la cumbre mas alta de la perfeccion: retiravaſe à nueſtro Colegio lo mas del dia en Oracion dilatada, y à vezes dormia en el Apoſentillo, que tenia ſeñalado en el Colegio: Llamava Hermanos ſuyos à los Jeſuitas; y dezia, que ſolo quiſiera ſer Rey de dos Mundos, para fundar à la Compañia, y à la utilidad publica muchos Colegios. Barrìa muchos dias la Caſa, fregava los platos en la cocina, ſervia en el Refectorio à la Meſa, imitando todas las operaciones humildes del Padre Borja. Quedòſe con dos mil ducados de renta; y lo que ſobrava à la decencia de ſu Caſa, y Familia, lo repartia en limoſna, perſeverando en tan exemplar vida haſta el ultimo aliento della. Un dia, que eſtava en el Colegio, viò que el Hermano Juan Paulo Borello, igualmente ſencillo, que Religioſo, llamava à la Puerta de el Apoſento en que vivia el Santo Padre Franciſco; y que ſaliendo promptamente, le preguntava el Hermano, ſi ſabia donde eſtuvieſſe el cabeſtro del Jumentillo, ſobre que èl venia cavallero? Apenas oyò eſta pregunta Don Juan Moſquera, y el rendimiento obediente con que el Santo reſpondia, quando levantò el corazon al Cielo, y bañò los ojos en llanto. Con los exemplos que cuydadoſamente obſervava en el Padre Borja, y otros de la Compañia, ſe confirmava cada inſtante en los propoſitos de ſu penitente vida, para que ningun triumpho ſe debieſſe ſolo à la predicacion de Borja, ſino tambien à la energia de ſu exemplo. Doliaſe el Comendador de aver conocido tarde los grandes bienes de aquel Inſtituto, y mucho mas de averle aborrecido tanto: aunque aora amava à la Compañia con tal exceſſo, que ſe deſquitava bien un afecto de otro, quedando ſatisfecho, y aun vengado el amor del odio.

§. III.

§. III.

SEria mas proligidad, que Hiſtoria, querer reducir à computo las Almas, que ſu predicacion reduxo al gremio de la virtud, y deſengaño: las enemiſtades que arrancò de los corazones; las Mugeres publicas que ſe recogieron à llorar ſus torpezas, no pudiendo borrar de el pecho la impreſsion de ſus eficaces palabras. Muchos Litigantes, oyendo ſus Miſsiones, ſe bolvian à ſus Caſas, dexando las contiendas en que les parecia que pleyteava mas la tema, ò la venganza, que la juſticia. Pero abrèmos de añadir à la referida algunas otras converſiones ſeñaladas, para que ſirvan de argumento à todas. Vivia en Valladolid una gran Señora, la mas favorecida de la Princeſa, y ſu Eſpoſo avia tenido el lugar mas alto en el corazon de Carlos Quinto: Avia juntado la naturaleza las prendas entre sì mas reñidas en eſta Muger hermoſa, que con las profanidades de la gala enriquecia la diſcrecion, y la belleza, para que no faltaſſe ningun hechizo ſuave, ni al oìdo, ni à la viſta. Oyò un dia un Sermon al Padre Borja en la Igleſia, que llaman del Roſario, en que hablò altamente del precipicio, que traen arraſtrando conſigo las vanidades, y pompas del mundo: Sintiò aquella Señora el corazon mortalmente herido, faliò del Templo, y llegando à ſu Caſa, ſe encerrò en un Oratorio, y empezò à lamentarſe de sì meſma, repitiendo las clauſulas del Sermon, primero con el Alma, y luego con la lengua, para bolver à calentar el deſengaño con la memoria del fuego. Aſsi eſtava en Oracion ferviente, mudadas las reſpiraciones en ſollozos, quando movida de ſu ſoberano impulſo, ſe cortò ella miſma los cabellos, que pudieran aver dado vanidad à Abſalon, y quiſiera ſacar aun las raìzes, para arrancar de una vez à la profanidad las eſperanzas de bolver à nacer: Arrojò las galas, y ſe quitò las joyas, y otros inutiles deſpojos de las preſumpciones humanas. Hizo llamar à Borja, y deſpues de averſe confeſſado generalmente, llorando los engaños de ſu vida, emprendiò por direccion del Santo otra bien diſtante, conſagrada à frequente Oracion, y penitencia: Andava humildemente veſtida; diò grandes caudales de limoſna; y lo que avia ſervido antes al fauſto: ſervia aora al exemplo, ſiendo una de las mas devotas Hijas eſpirituales, que tuvo Franciſco. Fundò un inſigne Convento de Religioſas, donde con facultad de ſu Marido ſe encerrò deſpues de algunos dias: y la que antes ſe dexava adorar del deſengaño, y de la liſonja, paſsò à ſer la veneracion de aquella Corte, y el exemplar de la penitencia.

Venian muchos Foraſteros à la Corte movidos de la fama de Borja, buſcando remedio à ſu Alma en aquella milagroſa ſabia Oficina. Pero no cauſavan tanta admiracion los que venian à la Corte en buſca ſuya, como los que ſalian de ella movidos de aquel eſpiritu del deſengaño, que predicava, retirandoſe à ſus Eſtados à vivir ſin ambicion, ſin inquietud, y ſin afectos engañoſos Palaciegos. Oyendole predicar en Palacio algunos Sermones de el deſprecio de lo terreno, ſe retirò de la Corte Don Martin de Pimentèl, Marquès de Tavara, luego el Gran Condeſtable de Caſtilla, y no mucho deſpues el Duque de Naxera, el Grande Almirante, D. Alonſo de Azebedo, Conde de Monte-Rey, y Don Franciſco de Toledo, Hijo de los Condes de Oropeſa, (que deſpues fuè Virrey del Perù) y el Señor de Lazcano, Iluſtriſsimo Cavallero, ſe retirò à una vida, que llegò à ſer venerada del Pueblo. No fuè menos admirable la que hizo el inſigne Juan de Vega en medio de los honores, y de la gloria. El año de cincuenta y cinco paſsò una mañana à conſolarſe con Borja en la temprana muerte de ſu amada Hija la Duqueſa de Vibona, que dexò caſada quando vino del Virreynato de Sicilia: eſtava impaciente con el dolor intolerable de perdida tan laſtimoſa, y el Santo le hablò con tan dulze eficacia, que el piadoſo Juan de Vega ſe arrojò à ſus plantas, y ſe reconciliò de no aver recibido con mas conformidad aquel azote de ſus culpas; y deſpues de aver Comulgado, hizo que todas las Miſſas, que ſe dixeſſen aquella mañana en nueſtra Igleſia, fueſſen en accion de gracias, por la blandura con que Dios caſtigava ſu dureza. El Maeſtre de Monteſa Don Pedro Luìs Galceràn de Borja oyendo una Miſsion de ſu Hermano, ſe retirò à Gandìa, entregandoſe à una Oracion fervoroſa, y afligiendo ſu cuerpo con el ayuno, y la diſciplina. Pero una ocaſion de mucho peſo, y la inconſtancia propria de la humana flaqueza, le hizieron deſamparar el campo, bolviendo la eſpalda à tan ſagrado retiro. Hablava un dia con ſu Santo Hermano, y le preguntò, porque ſe avia malogrado ſu deſeo, aviendo empezado à florecer tan vigoroſo? A que reſpondiò Franciſco: *El agràz no madu-*

dura haſta que le venga ſu ſazon. Reſpueſta con aviſos de profecia, pues fuè ſazonando la providencia el corazon eſpiritoſo de aquel Cavallero, al paſſo que con los años, mucho antes que las canas, fuè madurando el juizio.

Diò los Exercicios de San Ignacio à la Princeſa viuda Doña Juana, y à todas ſus Damas, de ſuerte, que en la Corte de Caſtilla bolviò à renovar la eſpiritual conquiſta de aquel Palacio, y Alcazar, que avia allanado para Chriſto en la Corte de Lisboa. Tenia ſeñalada hora cada dia eſta varonil Princeſa, para rogar à Dios por la ſalud de Borja, por el incomparable bien que experimentaba en ſu Palacio, en ſu Corte, y en Eſpaña toda: por la miſma razon oraba por la Compañia, y ſingularmente por algunos Padres de ella; que nombraba recogida en ſu eſpiritu, y en ſu Oratorio. Hizo mas capàz la Igleſia de nueſtro Colegio, para que la Divina Palabra ſembraſſe inſpiraciones en mas anchuroſo campo; y porque intentaban deſalojar la Compañia de aquel pueſto los Cofadres de San Antonio, la Princeſa les pagò el valor de todo el ſitio. Deſpues el año de cincuenta y ocho comprò Borja al Vizconde de Altamira unas caſas vezinas, para eſtender el Colegio; albergue entonces tan angoſto, que cada Apoſento parecia un pequeño nido, y ofreciò tres mil ducados por ellas, ſin tener otras fincas, ni otras eſperanzas, que en la providencia, à cuya coſta compraba. Supo eſta obligacion de Borja la Princeſa, y mandò que ſe pagaſſen luego los tres mil ducados de ſu bolſillo. Dixo alguna vez, que ſe complacia en aver ſido inſtrumento para embarazar la Purpura à Borja, y que lo miſmo hiziera con la Tiara, conociendo, que era tan digno de ella, ſolo por no embarazar el fruto que ſu predicacion cauſaba en la Igleſia. Y aora diſpuſo Franciſco (para que aquel Palacio vivieſſe con metodo Religioſo) que ſe eligieſſe cada mes una Superiora, à quien daban riguroſamente la obediencia. Juntavanſe todas en un Salon retirado, y tenian ſu Capitulo, donde la que preſidia, daba penitencias por lo que avia obſervado, digno de reprehenſion en ſus Subditas, ò por lo que voluntariamente confeſſavan ellas, ſiendo la Princeſa la primera de todas. Servian algunos dias à ſus miſmas criadas, ſabiendo, que el Padre Franciſco ſervia frequentemente en el Refectorio. Y cierto, que aunque San Franciſco de Borja no huvieſſe traido en ſus virtudes otra utilidad à la Igleſia, que aver enſeñado con la practica, que los Palacios mas Reales, y mas ſobervios pueden ſer enteramente Religioſos, deſde el Principe haſta el mas infimo de ſus criados, era digno de ſer eſcrito en aquella grande Tabla de oro entre los inſignes Bienhechores del mundo.

§. IV.

EN varias ocaſiones, que paſsò Borja por Madrid, ſe iba à predicar al Hoſpital, que llamaban de San Ginès, donde gritava contra las mugeres Corteſanas, que infaman ſu vida, y ſu conciencia con ſus torpezas. En un Sermon ſe convirtieron quatro, que viſtiendo el ſayal mas toſco, anegaron ſus culpas en continuo llanto. Supo aquella eſclarecida Matrona Doña Brianda de Guzman el fruto que avia cauſado eſte Sermon, y embiò al Santo Borja deſde ſu meſa la baxilla, deſeando contribuir en parte al velo de aquellas quatro lloroſas Magdalenas; à que concurriò tambien la piedad de otras grandes Señoras. Un dia, que iba à predicar Franciſco à la Igleſia de San Juſto, y Paſtor en Alcalà, tropezò en la calle un Foraſtero, que ſe arrojò à los pies del Santo à viſta de todo el Pueblo; recataba Franciſco los pies, embarazado en ſu miſma confuſion, quando aquel Cavallero en alta voz le dixo: O Señor, que vengo deſde muy lexos à buſcar en vueſtra vida el remedio de mi alma! No negueis à los Foraſteros, lo que concedeis benignamente à eſtos Ciudadanos. Porfiava Borja en levantarle de el ſuelo, y no ſiendo baſtante ſu brazo, doblò tambien las rodillas, diziendo: Bien ſe vè, que vos no me conoceis; pues ſi ſupieſſeis mis culpas, podriais venir mas à remediarlas, que no pedir remedio en las vueſtras. Mas ſi como Miniſtro de Dios os puedo ſer de utilidad, vivid ſeguro, que no perdonarè à fatiga alguna, pues me la tiene bien merecida vueſtra confianza. Oyòle aquel Sermon con eſpanto, y con gozo de que ſu eſperanza no le huvieſſe mentido; ſino quizà en averle prometido menor bien del que avia encontrado. Confeſsòſe deſpacio con el Santo Borja, que le diò una admirable forma de vida Chriſtiana: la qual obſervò puntualmente buelto à ſu tierra, donde tenia la mas noble Cuna, y adonde llevò la fragrancia de los deſengaños, flores caſi ignoradas en los jardines mas delicioſos, porque las marchi-

ta

ta alli mas facilmente el Cierzo, y las arranca torpemente una groſſera, aunque delicada mano.

Eran muchos los Señores, que avian conſpirado en no perder Sermon, ni Platica al Padre Franciſco, para ir haziendo familiar à ſus almas el deſprecio del mundo, como fueron los que poco ha hemos referido, y con ellos Ruy-Gomez de Silva, y el Conde de Oſſorno. Eſtaba un dia Ruy-Gomez ſentado en la cama del Padre Buſtamante, que ſe hallaba doliente, y dixo con grande ſentimiento: Si el Padre Franciſco và acertado por eſte camino, que es la practica del Evangelio; mucho puedo temer yo que voy perdido, pues voy por rumbo encontrado. Si èl eſtà temeroſo de ſu ſalvacion en vida tan eſtrecha, que eſperanza podrà concebir, quien la tiene tan regalada, y tan veſtida de pompa? Y añadiò lo miſmo que ſolia dezir el Condeſtable, y el Conde de Oſſorno, que guſtando indeciblemente de tratar con Franciſco, le era tormento vèr ſu agradable roſtro, porque le miraba como à Juez ſuyo, y como à Fiſcal ſevero. Reſpondiò el Padre Buſtamante, que la ſenda ardua del Padre Borja no era para todos que aquellos dos rumbos no eran opueſtos, pues ambos conducian à un miſmo Puerto, doblando cabos diverſos, aunque unos mas tormentoſos, que deſde la grandeza podia el eſpiritu deſcollarſe haſta la gloria, haziendo eſcala de ſu miſma altura, de que avia ſeñalados exemplos en la Santa Igleſia. Lo miſmo reſpondiò Borja, quando ſupo lo que diſcurria medroſa la piedad en aquellos entendimientos, deſpues de tener yà los pechos devotos. Y añadiò, que èl avia dexado la grandeza de el mundo, porque conocia que era flaco ſu alvedrio para tanto peſo, y mucha cargazon para un Barco roto; pero que aquellos eſpiritus gallardos eran Baxèles grandes, y fuertes, donde el mucho peſo puede ſervir de laſtre, mas que de peligro.

Baſtaban eſtos ſuceſſos para credito de ſu predicacion milagroſa, y de ſu eloquente trato, con que cautivaba blandamente el pecho. Mas no callarè el teſtimonio, que deſta verdad diò el Duque de Maqueda, un dia que eſtaban algunos Corteſanos celebrando delante del Duque las flores del eſtilo culto de Conſtantino (cuyos errores deteſtò poco deſpues el mundo, y caſtigò el tribunal mas ſevero, y mas piadoſo) llamaban prodigioſa à ſu eloquencia, cuya dulzura, y energia traveſſeaban con los afectos, y ſe entraban à robar los entendimientos, ſobornando primero los oìdos. Pero el Duque que tenia el guſto menos eſtragado, y un hermoſo aſtro dentro del entendimiento, les dixo: Sabed, que deſpues que oì predicar en Navarra al Padre Borja, perdì todo el guſto que tuve un tiempo en los Sermones de Conſtantino: ſiempre que eſcucho à eſte, que llamais facundo monſtruo, hallo mi eſpiritu mas ſeco, paſſandoſe al alma el arenal eſteril de la Libia, porque aquel ſuave alhago, aquel dulze ſonido no paſſa de la oreja, donde pierde debilmente la fuerza ſu liſonja, ſin calarſe à mover el alvedrio, y à excitar algun afecto ſanto. Mas apenas miro à Borja en el Pulpito, quando ſe me repreſenta un Angel, que arrima à la boca una trompeta de oro: èl me habla à lo mas intimo del corazon con una voz de igual fortaleza, que ſuavidad; y entrando en el Sermon ſerenos, y enjutos los ojos, los ſaco las mas vezes turbulentos, y nunca han ſido tan rebeldes, que à lo menos no ſe moſtraſſen humanos. Es verdad, que no alcanzo la ſecreta cauſa de eſta diferencia, pero baſtame ſentirla: y ſi Conſtantino tiene panales en los labios, y à toda la galanteria en la lengua, debe de ſer otra eſpecie de facundia, que no trae los pecadores, antes los auyenta: que tambien ay eſpecie de piedra imàn, de quien ſe aparta fugitivo el hierro: y es juſto que aprendamos à diſcernir entre los hombres, pues los hierros ſaben diferenciar los imànes.

§. V.

SU eſtudio para los Sermones era de muchas horas, rebolviendo los Santos Padres, haſta digerir con el entendimiento ſus ſentencias, y hazerſe dueño de ſus mas eficaces maximas: luego entraba la Oracion à calentar aquel material ſabio, no aviendoſe pueſto jamàs en el Pulpito, que ſegun la oportunidad de el tiempo, no dieſſe al eſtudio de la Oracion algun rato, ſabiendo, que es meneſter que arda primero el Orador, para que encienda à otros deſpues: juntaba con eſto la diſciplina, y el ayuno, que infunden no sè que oculta energia al eſtilo. Su voz eſtaba bañada en una ſuavidad varonil, con que ſe apoderaba del corazon: el Sermon iba ſiempre coordinado con aquella union inviſible, que ſabe organizar à la Retorica un cuerpo elegante: y los diſcurſos tegidos con aquellos lazos, de que ſe forma la dora-

rara cadena, què apriſiona el alma, y la dibuxa oy pendiente de la lengua de Hercules tanto pincèl, y tanta pluma. Fortalecia ſu razon con la Sagrada Eſcritura, mina de precioſidades, y de virtudes, de donde ſacaba conceptos ſolidamente vivos. Apoyaba ſus dictamenes con la autoridad de los Santos, cuyas plumas ſon las vaſas de la ſabiduria. Sus fraſes eran naturalmente eloquentes, ſin adornar el eſtilo con cintillas pueriles, y ſin aquel artificioſo colorido, que haze femenil la eloquencia con los afeytes de la hermoſura, al miſmo paſſo que la dexa deſarmada.

El Padre Dionyſio, que le oyò tantas vezes, teſtifica, que aquel ſiglo le contò entre ſus primeros Oradores: el Padre Juan Manuel, que floreciò en ſantidad en el dòn de prophecìa, y mereciò ſaber de el Cielo el punto fixo de ſu ultimo aliento, dize aſſi en el capitulo de una carta: *El Padre Borja predicaba harto bien; y algunos Sermones que predicò en Alcalà, cauſaron admiracion à los mas ſabios Maeſtros, porque iban ordenados, y encadenadas unas razones en otras, con conceptos de la Divina Eſcritura, encaminados à mover el corazon, y el entendimiento quedava ſatisfecho.* Mas entre eſtos Sermones fuè ſingularmente aplaudido el de los Difuntos, que predicò en San Ildefonſo, en que dexò aſſombrada la ſabiduria, y el Pueblo, como ſi huvieſſe ſubido al Pulpito un Predicador reſucitado. Y cierto, que los documentos que dexò eſcritos à los Predicadores Evangelicos, mueſtran bien que era inſigne Maeſtro de eſta dificil arte, que pide juntos los talentos todos, quando para las demàs baſtan divididos. El blanco de ſu Sermon era Dios, y era la virtud, huyendo de reſulta ſus alabanzas, como pudiera las culpas, que no buſcaba ſus elogios; el que obligava à ſus oyentes à ſalir mudos. Nunca reprehendia los delitos, deſuerte que tocaſſe à los delinquentes; y quando avia algunos eſcandalos, que fueſſen como accidentes proprios de particulares ſugetos, que deſcubren facilmente el dueño, à que viven arrimados, ò eſtaba mudo en ellos, ó pedia preſtado el acierto, y el arco al que hirió la ſierpe enroſcada, y bien ceñida al hijo, ſin ſacar una gota de ſangre al cuerpo amado.

Predicó un dia en la Cathedral de Valladolid el Evangelio de las Bienaventuranzas, deſtilando nectar el Cielo, y el diſcurſo en ſus clauſulas: Eſcuchavanle muchos grandes Theologos admirados, hallóſe entre ellos el inſigne Doctor Alonſo Velazquez, Cathedratico que avia ſido de Alcalà, luego electo Obiſpo de Oſma, y Arzobiſpo de Santiago (cuyo peſo ſacudió de el ombro, paſſado algun tiempo, retirandoſe à vivir en dulce ſoſsiego, y ocio Divino, en Valladolid, deſpues de arrimar el Cayado mas precioſo.) Vió, pues, en eſta ocaſion atonitos à los hombres mas ſabios, y à los Prebendados mas diſcretos de lo que avia predicado Borja: del nido de ſabiduria, que ſe avia deſcubierto en ſu lengua; y que ſe preguntaban uno à otro lo que antes ſe avia preguntado de Chriſto, en què Univerſidades aprendiò el Duque de Gandìa ciencia tan alta, y tantas vezes Divina? A que reſpondiò el Docto Velazquez: Que os admira que hable con tan ſublime eſpiritu de las Bienaventuranzas aquel, en quien ſe vèn abreviadas todas ellas, quanto ſufre la flaqueza humana en eſta vida? Eſta razon ſola ſatisfizo à la pregunta, ſin paſſar à ſer reſpueſta. Dixo el Padre Santander un dia al Santo Borja, que no neceſsitaba de trabajar mucho los Sermones que hazia: porque ſobre tener yà inſtruida con tantas, y tan bellas eſpecies el Alma, el exemplo que avia dado en ſu deſprecio del mundo, era un Predicador mudo, que perſuadia eficàzmente ſin valerſe del grito. Si yo ſubieſſe en eſſa confianza al Pulpito, reſpondió el Santo, tendria mucho mas de preſumido, que de Orador ſagrado. Y añadió luego, que ſe prevenia igualmente para las Aldèas, que para las Ciudades mas Corteſanas; porque ſi las verdades, dixò, no ſe llevan digeridas con el entendimiento, rara vez alimentan con ſu hermoſa luz al Auditorio, pues raya anublada, y confuſa con achaques de ſombra. Y ſabemos por relacion de Suetonio, que el grande Octaviano Auguſto nunca hablaba en publico, ſin aver eſcrito primero, y meditado mucho lo que avia de razonar al Senado, ò al Pueblo. Y à la verdad, eſtando deſprevenido, y deſordenado, ni el eſquadron mas invencible ſabe ſalir victorioſo.

CAPITULO X.

NOMBRA SAN IGNACIO al Padre Borja Comiſſario General de Eſpaña, para dilatacion, y gloria de la Compañia. Su rara pobreza, y mortificacion en la fatiga de los caminos: ſu zelo en el bien eſpiritual de los Subditos: Sus Milagros en los ſocorros de los Colegios.

§. I.

AUN no podia llamarſe adulta la Compañia en Eſpaña, ſi bien iba creciendo ſenſiblemente à influxos de Borja: y diſpuſo Ignacio, que ſe reclinaſſe toda la Fabrica ſobre los ombros de eſte Gigante, para que deſcollaſſe haſta el Cielo bien ſegura. Tratò de hazerle Comiſſario General de Eſpaña, deſpues de averla dividido en quatro Provincias: la de Portugal, (que eſtava yà ſeparada:) la de Andalucia, de donde hizo Provincial al Padre Doctor Torres: la de Aragòn, y ſu Provincial, el Padre Eſtrada: la de Toledo, y Caſtilla juntas en una, de que nombrò Provincial al Padre Araòz, que lo era antes de todas tres. Solo al Colegio de Salamanca dexò al arbitrio de el Padre Nadal, para que le aplicaſſe à la Provincia, que le pareciesſe mas oportuna: como joya, que podia codiciar para sì cada Provincia; y que convenia deliberar, y reconocer mas de cerca à qual tocava. Hallóſe Borja fatigado increìblemente con eſte precepto; y deſpues de conſultar en la Oracion à Dios, expreſsó repetidamente ſu falta de talentos, repreſentando con tanta viveza ſu inutilidad; que la podia hazer creìble al mas advertido, ſino la deſacreditàra la miſma humildad, que le avia dictado. Mas no fuè eſcuchada ſu razon, antes ſe le mandò, que aceptaſſe ſin nueva replica, que avia de ſervir ſolo de crecer la fatiga, con ſuſpender mas tiempo la duda. Y aunque la Patente no ſe deſpachó haſta quinze de Noviembre de mil quinientos y cinquenta y cinco, ſegun conſta del miſmo Original, que guardan oy los Excelentiſsimos Señores Marqueſes de Alcañizes, como theſoro por dos titulos precioſos, y por ambos ſuyo. Con todo eſſo viniendo por el Otoño de cinquenta y quatro el P. Maeſtro Nadal à publicar las Conſtituciones, le intimó orden de San Ignacio, de que le ſubſtituyeſſe en el Oficio de Comiſſario, mientras èl ocupava en tan importantes maximas ſu prudencia, y ſu talento. Embióle eſcritas Ignacio algunas inſtrucciones, y entre ellas, que el tiempo que pudieſſe hurtar à las viſitas de los Colegios, procuraſſe vivir en la Corte, corazon de la Monarchia, ó vezino por lo menos à ella, deſde donde pudieſſe mejor influìr eſpiritus en todos los Colegios de Eſpaña. Y en la Patente deſpues le nombra, no ſolo en Eſpaña Comiſſario General, ſino tambien de las Indias: Y aprueba Ignacio todo lo que Borja avia executado por orden de ſu anteceſſor, y como ſubſtituto del Padre Nadal. Partió, pues, Borja à tres de Octubre de la Corte à Medina del Campo, donde ſe formava la primera Congregacion, ó Junta que tuvo en eſtos Reynos la Compañia: concurrieron à ella con el Santo Borja el Padre Maeſtro Nadal, el Padre Doctor Miguèl de Torres, Rector de Salamanca, el Padre Doctor Araóz, el Padre Eſtrada, el Padre Buſtamante, el Padre Villa-Nueva, Rector de Alcalà, y el Padre Tablares; y de afuera (aunque tenia veſtida el alma con la Ropa) el Iluſtriſsimo Torres, Obiſpo que fuè de Canaria, cuya gran ſabiduria dexó perpetua, y bien eſculpida ſu memoria en la Republica literaria. Año de 1554.

En eſta Junta ſe trataron varias materias pertenecientes al govierno, y dilatacion glorioſa de la Compañia: Publicaronſe las Conſtituciones de Ignacio, que dieron tan juſto motivo à las admiraciones de el Mundo, dictamenes al fin de el Eſpiritu Santo, y Maximas proprias del Cielo. Publicóſe tambien en Borja el exercicio de Comiſſario en toda Eſpaña. Embiaronſe los mas Inſignes, y mas Doctos Miſsioneros à Sevilla, donde las Hydras vomitavan diſsimuladamente ſu veneno, y ſu rabia; punto, en que inſiſtió el primero, y el mas esforzado San Franciſco de Borja, prevenido de mucha luz Soberana. Mandóſe, que ninguno uſaſſe en el Veſtido de particular inſignia, ni ſe traxeſſen corchetes en el Mantèo, ni corrèa, debiendo ſer comun nueſtro traxe con el de qualquiera humilde Sacerdote. Dieronſe tambien otros ordenes convenientes, en que la prudencia del Santo Borja dió àzia el govierno regular de la Compañia ſu primera llamarada. Y deſpues de Oracion prolixa, en que pedia ombros, y fuerzas para conducir acertadamente aquel peſo, que le avia impueſto la Obediencia, em-

empezó à velar ſobre ſu ganado, y à dàr paſto à las Almas, que apacentaban el mundo. Dia feliz para las Provincias de la Compañia en Eſpaña, que deben à Franciſco caſi toda la dilatacion, que oy gozan, pudiendo ſer en cada fabrica cada piedra una medalla, con el roſtro, y con la inſcripcion de Borja.

Eran todos los Colegios nuevas plantas, que neceſsitaban de ſer con mas frequencia reconocidas, y abrigadas: y cada dia ſe fundaban otros, donde ſe deſeaba la preſencia de Franciſco, que dieſſe alma à todo eſte informe cuerpo, que tan apreſuradamente ſe iba abultando, con que era fuerza andar errante por los caminos ſin diferencia de tiempos, y ſin mas prevencion, ò regalo, que aquel que buſcan los grandes eſpiritus en la Cruz de ſu Maeſtro. Nunca admitiò otro capote, que ſu mantèo, ni contra las lluvias de Octubre, ni contra los rigores de el Diziembre: paſſava montañas de horror, y de nieves, quando deſpeñavan ſu furor las Nubes, cubierto con ſolo el mantèo, que doblaba al revès, para que aſsi pudieſſe durar mas, pagando de paſſo à la ſanta pobreza eſte tributo aquel magnanimo pecho, que avia ſabido derramár tanto oro. Nunca quiſo uſar botas, ni aun para hollar ſimas de nieve en las montañas, quando ſu eſtomago frio neceſsitaba mucho mas de eſte reparo. Dezia, que contra todas las inclemencias de el tiempo enojado era baſtante eſcudo ſu ſombrero. Quando el Sol le heria con todo el lleno de ſus rayos por el Eſtìo, quando le penetraba todo el cuerpo el rigor de el ayre elado: quando la gota rabioſamente le mordia, ò algun emulo con la calumnia, ò con la lengua, ſolia dezir con ſemblante riſueño: *O què bien nos ayuda el amigo!* Y de ſemejantes lazos de amor eſtà ſembrada toda la naturaleza: ni faltaràn de eſtos amigos, mientras huviere Hombres, y Elementos.

Dixo muchas vezes, que ſe le hazian guſtoſas las penalidades de las jornadas, por el tiempo que le dexaban libre à la Oracion en los caminos ſin ocurrencias de negocios. Toda la mañana iba empleado en eſte alto exercicio, caminando abſorto, como ſi fueſſe ſobre la mula un cuerpo difunto. Llegaba à la Poſada algun tiempo antes de medio dia, y ſe iba indefectiblemente à la Igleſia, donde gaſtaba dos horas en la Miſſa, y en las gracias, como ſi no tuvieſſe aquel dia otro empleo, ni cuydado, por mas que à vezes ſe apeaba, ò penetrado de la grande lluvia, ò caſi inſenſible con el frio. Rodeaba no pocas vezes muchas leguas, para llegar à Pueblos donde huvieſſe Igleſia, y diſpoſicion para dezir Miſſa, y parecia que ſolo à eſte fin caminaba. Otras, por no exponerſe al rieſgo de quedarſe un dia ſin aquel ſuſtento Divino, paſſaba la noche en una Venta, derribado en el humedo ſuelo, para proporcionar el dia ſiguiente el viage, deſuerte que llegaſſe à lugar, y tiempo, que pudieſſe ofrecer aquel admirable Sacrificio. Por la tarde caminaba en tropa con ſus compañeros, hablando en materia de eſpiritu, aunque entretexia muchas diſcreciones, y chiſtes entre las virtudes. Mas al vèr penetrar el monte una fiera, traveſſar las Aves en el viento, ò tropezando algun ſitio ameno, ſe ſolia arrebatar de golpe, poſſeìdo de el amor, y de la dulzura, prorrumpiendo en alabanzas del Autor deſta Republica hermoſa, ſin poder detener la lengua, porque no la mandava el corazon, aunque la encendia.

§. II.

CAminando à vezes mal convalecido, y otras enfermo, nunca ſe pudo recabar de Franciſco, que ſe llevaſſe alguna prevencion de cama, ò de regalo; y dezia con mucha gracia, que èl debia imitar à ſu mula, porque avia obſervado, que comia poco, y trabajaba mucho. Cuydaba de los que iban en ſu compañia, y aun al mozo le ayudaba à cuydar de el ganado. Si encontraba algun Paſſagero, que ſiguieſſe à piè el miſmo camino, deſcendia Borja, y ſe iba hablando con èl, para introducirle el deſengaño en el corazon, y deſpues le obligaba à ſubir en la mula, caminando el Santo à piè largo trecho con crueles dolores, y con imponderable fatiga. Y en una ocaſion ſe entró incautamente en un pantano, ſolo por dàr aquel alivio à un deſconocido pobre Paſſagero; y ſi el Hermano Marcos no le fueſſe à la mano, huviera perdido todos los eſpiritus, y el aliento en un camino. Encontròſe un dia con un Titulo de Caſtilla conocido ſuyo, que condolido, y admirado de verle caminar tan deſprevenido, le exortaba à que tuvieſſe algun cuydado de ſu vida: que conſideraſſe que no era regalo, ni podia ſer exceſſo una providencia moderada,

que antes bien lo contrario le hazia reo de la prudencia. A que ſatisfizo el Santo con alegre roſtro, y con algun diſſimulo: Sepa V. S. que no voy tan deſprevenido, pues embiò ſiempre delante un Apoſentador cuydadoſo, que quando llegò à la Poſada, me tiene bien diſpueſto el Apoſento con cama, y regalo; y no acabando de perſuadirſe aquel Cavallero, le preguntò, què Apoſentador fueſſe el que dezia, quando todo el Mundo le ignorava? Es mi proprio conocimiento, reſpondiò el Santo: yo embio delante la memoria de el ſitio deſdichado, que por mis culpas tengo merecido; porque ſegun toda juſticia, yo debia ſer apoſentado en el Infierno: con que quando llegò preocupado deſte fiel conocimiento à una Venta en el campo, y hallo una eſterilla ſobre que reclinarme en el ſuelo, ò un eſcaño duro, y el pan mas groſſero, me parece el catre mas blando, y el mas delicado alimento. Y ſino, dezidme, ſe quexaria de ſemejante Poſada un condenado, à quien aora ſacaſſen de aquel fuego tenebroſo? No la eſtimaria como regalo de ineſtimable precio? Cubriòſe de aſſombro el entendimiento de aquel Cavallero, que deſpues en la Corte no acabava de referir, y engrandecer eſte diſcurſo, y Apoſentador prodigioſo; y al fin llegò à ſer Proverbio en Eſpaña: *El Apoſentador de San Franciſco de Borja.*

Quando llegava à la Poſada calado de la lluvia, falto de ſuſtento, y de abrigo, y no hallava cama, lumbre, ni cena, levantava al Cielo las manos, y dava gracias à Dios por la incomparable merced de darle à guſtar alguna parte de ſu Cruz, y reconocian ſus Compañeros bañado el ſemblante de Franciſco en gozo, como quien avia tropezado todo el blanco de ſu deſeo. Retiravaſe luego à un Apoſentillo obſcuro à regalar ſu eſpiritu, mientras eſtava muchas vezes, no ſolo frio, ſino elado el cuerpo, ſin hallar otro calor con que fomentarle, ni que pudieſſe dexar el veſtido enjuto, ſino el ardiente ſuſpiro; y con todo eſſo uſava la diſciplina con el miſmo rigor, que ſi eſtuvieſſe en el deſcanſo de ſu Apoſento. Deſpues de recogidos ſus Compañeros, tenia otras tres horas de Oracion, eſcondido en el ſilencio de la obſcuridad, y de el ſitio. Llevava las Obras de San Dionyſio, en que ſe apacentava algun rato extatico ſu penſamiento, y hallava ſiempre nueva luz eſcondida en el miſmo reſplandor. Hazia continua memoria de los caminos de San Pablo, por dilatar el Evangelio, y mucho mas de las fatigas de Chriſto. Tenia dada orden à ſu Compañero, que no dexaſſe mendigo alguno ſin aquella limoſna, que un pobre pueda dàr à otro; y el Santo mirando al pobre, dezia dentro de ſu pecho: Yo te diera guſtoſamente cien eſcudos de oro, ſi me hallaſſe aora rico; y eſperava, que mandaſſe eſcrivir eſta cantidad en ſu Libro precioſo aquel Dios agradecido, que no mira tanto al dòn, quanto al afecto, ſiendo el amor, y el deſeo los que deben medir el beneficio. Quando no podia eſcuſar el hoſpedarſe en algun Palacio, como le ſucedia en Alcañizes, y en Toro, donde hallava viſtoſo entre ſedas, y colgaduras el lecho, obſervaban los Criados con el azecho curioſo, que deſpues de mucha Oracion, y de averſe diſciplinado por eſpacio de una hora, ſe recoſtava en el ſuelo; y quando ſe hallava indiſpueſto, ſacava un colchon, donde tomava algun deſcanſo, y à la mañana le bolvia à introducir en el miſmo ſitio, gaſtando con eſte esfuerzo todos los eſpiritus que avia cobrado en el ſueño. Y en la meſa no guſtava manjar delicado, ni mas cantidad de la que huvieſſe de comer en el Refectorio. Eſtas fueron las prevenciones, y los regalos de ſus viajes, dexando otros peligros, y trabajos de caìdas, y precipicios, y aun de ladrones, que no hallando otra riqueza, intentaron robarle el ſufrimiento al alma: y tal vez amenazando con las piſtolas, quiſieron deſpojarle de la vida, que para Borja era la mas deſpreciable alhaja de quantas traìa.

Lo que ſu zelo promoviò la mas vigoroſa obſervancia, los miniſterios, y los eſtudios en la Compañia, no ſe puede concebir, ò dibujar con baſtante proporcion en la idèa, ſino bolviendo los ojos à lo que ha florecido, y fructificado en Eſpaña, pues ſe debe caſi todo al fecundo riego del Santo Franciſco Borja. Parece, que entrava en èl la felicidad en los Colegios, y en cada uno de ſus ſubditos: y los que ſe hallavan oprimidos de la triſteza, ſentian en el corazon aquella anchura, que ocaſiona el vèr el ſemblante à la alegria. Iba ſuperior à todos en el exemplo; y aunque ſe detuvieſſe poco, baxava à la cocina à exercer los mas humildes oficios. Deziales, que reſpiraſſen unidos todos en caridad à conquiſ-

quiſ-

quiſtar dos Mundos: que los Hombres de eſpiritu, y zelo bien hermanados baſtan à ſugetar el Orbe, aunque ſean pocos: y divididos los corazones, y dictamenes, ſerìan menos que uno, aunque fueſſen muchos. Que la union, para formar de eſte exercito un invencible cuerpo, era meneſter que fueſſe de modo, que la herida que uno recibieſſe, le ſacaſſe al otro ſangre. Hablava ſeparadamente à cada ſugeto con particulares ſeñas de cariño: alentavale à la gloria de ſu empreſſa, à no retroceder cobardemente de la perfeccion à que ſubia: accion animoſa, que la emprende el deſengaño, la proſigue la confianza, y la acaba la oſſadia con los esfuerzos de la Gracia. Que no admitieſſen en ſu Alma otras memorias de el Mundo, que las que baſtaſſen al deſprecio, porque no les ſucedieſſe lo que à Enèas, que llevò à la Africa los incendios de Troya. Juntavalos à todos, y hazia Platicas Divinas de las Virtudes Religioſas: animavalos à la fatiga de los miniſterios, poniendoles delante de los ojos quanto mas ſuda un Labrador en arar los Campos. Rogavales, que no degeneraſſen de Soldados de tan animoſa Compañia: que no flaqueaſſen en la Batalla, ni manchaſſen ſu reputacion en la cobardia, ò en la fuga. Que ſe acordaſſen que eran pocos, y millones los Enemigos, y era meneſter que cada uno peleaſſe por muchos, para tremolar la Vandera de la Fè ſobre toda la tierra, y poner animoſamente la planta ſobre la cerviz de Babylonia. Que el Inſtituto de la Compañia eſtava como criſtal puro, y le empañaria facilmente qualquiera groſſero aliento, y haſta la reſpiracion atezava ſu faz hermoſa, ſino la rompia.

Llamava à los Superiores, y les dezia, que la blandura era la arma mas poderoſa: que ſe olvidarian de toda la obligacion de ſu oficio, el inſtante que no ſe acordaſſen de que eran, no ſolo Paſtores, ſino Padres de aquel Rebaño; y que ſino ganavan primero el corazon, ſerìa inutil todo ſu deſvelo. Baxava à las Aulas de la Gramatica, y hazia Platicas acomodadas à la Edad tierna: de los miſmos nominativos, caſos, y tiempos, y otros juguetes de la razon en los primeros años, ſacava conceptos faciles, y proporcionados à introducir la virtud entre los primeros Elementos de la ſabiduria, y acoſtumbrar aquellos eſpiritus delicados à bolar àzia Dios con los penſamientos, que deſde el nido deben empezar à batir las alas los Pollos. Poniales horror à las mentiras, maldiciones, juegos, y vicios, que ſuelen ajar la inocencia de los primeros años. Entravaſe à predicar en las Igleſias, tocando de repente al arma en los Pueblos. Viſitava los Hoſpitales, y Carceles, repartiendo conſuelo, doctrina, y limoſna, y derramando por todas partes ſu exemplo inexplicable fragrancia. Alegravaſe en eſtremo quando ſus ſubditos llegavan à proponerle ſus dudas, à comunicarle ſus eſcrupulos, à preguntar acerca de la Oracion, y à pedir armas eficazes para reſiſtir, y vencer las tentaciones; porque le parecia, que eſta ſolicitud era un vivo argumento de el cuydado de adelantarſe en el camino de el eſpiritu. Quando ſabìa alguna falta digna de caſtigo, trabajava en que conocieſſe ſu mal, y ſu error el culpado; (que èſte es el primer paſſo que dà àzia ſu ſalud un Enfermo) luego con manſedumbre, y dulzura le dezia: Dios ha permitido eſta falta en caſtigo de las que yo cometo cada dia, y aſſi debo ſatisfazer por ella: yo ofrezco tantas diſciplinas, ò ſilicios, por lo que influyeron en vueſtra culpa mis pecados: mirad, pues, aora lo que quereis ofrecer Vos. Quien no abrazaria porfiadamente Cruz tan ſuave? Y quien tendria dentro de el pecho tanto bronze, que no ſe enterneciеſſe? Y aſsi fuè meneſter, que muchas vezes templaſſe el rigor el miſmo que le ſolicitava, tomando por inſtrumento à la ſuavidad, que le haze mas voluntario, pero no menos cruel.

§. III.

NO pudiendo el Comiſſario Borja hallarſe preſente en todas partes como quiſiera, bolava con el Alma, y con la pluma, esforzando à unos con ſu eſpiritu, aconſejando à otros con ſu prudencia, governando la Nave deſde lo alto de la Popa, yà con la voz, yà con la viſta. No admitia cuydado, que pudieſſe ſer embarazoſo al de ſu govierno, mirando como foraſtero qualquiera otro: y ſolamente la fidelidad, y la obligacion de Vaſſallo, le hazian eſcuchar bien contra todo ſu afecto los ordenes de la Princeſa, y de Phelipe Segundo; porque ſabìa, que el lugar que ſe dieſſe à otro cuydado, le uſurpava à ſu oficio; y que no conoce bien la gravedad de eſte peſo, quien arrima voluntariamente à

otros el ombro. Su authoridad, ſu trato, y ſu exemplo hermoſearon la Compañia con las mas iluſtres flores de la juventud Eſpañola, y la enriquecieron de Hombres ſabios, que eran antes el eſplendor de las Univerſidades, y de los Colegios Mayores. Levantò en ſus brazos las Fabricas de los Colegios, que hallò comenzados, y abrió los cimientos à otros muchos, abriendo los primeros mas profundos en la confianza. (Virtud Cavalleroſa, que ſocorre generoſamente à quantos ſe valen de ella.) Eran tantas las Ciudades, los grandes Señores, los Prelados, que ſolicitavan fundar à la Compañia Colegios, que fuè meneſter, que S. Ignacio, y el miſmo Santo Borja rehuſaſſen aceptar algunos, ó bien porque ni Lugares, ni los ſitios fueſſen oportunos, ò bien porque faltaſſen Operarios para cultivar campos tan eſpacioſos, eſtando la Compañia tan en ſus principios: pues ni los rios mas ſobervios nazen caudaloſos, haſta que el tiempo, y el afàn continuado, y ſuceſsivo vàn engroſſando ſus corrientes con muchos arroyos, y enriqueciendolas con otros rios tributarios.

Pero lo que dava ocaſion de cenſura à muchos, y de admiracion à otros, era vèr al Santo Comiſſario fundar los Colegios con tan flacos principios tan deſtituidos de medios humanos, y en Edificios tan eſtrechos, que ſeria temeridad, ò locura, ſi ſe huvieſſen de medir todas las acciones de los Santos con la prudencia humana. Pero Borja ſe governava por mas altos principios, teniendo no pocos dictamenes infuſos. El contava entre ſus bienes à la providencia, y aſsi hallandoſe falto de los bienes de la tierra, no ſe perſuadia à que empezava à levantar precipitadamente la Torre, ſin tener bien aſſegurado el caudal para coronarla. Conocia eſte prodigio San Ignacio, que ſe governava tambien por el mas elevado inſtinto; y aunque avia deſpachado un orden general à todos los Provinciales de la Compañia, ſobre que no ſe admitieſſen Colegios ſin baſtante renta, para mantener numero competente de Miniſtros Evangelicos: y aunque aora puſieron repetidas vezes en ſu noticia eſta, que llamavan noble oſſadia, pero inimitable de la pobreza de eſpiritu del Gran Comiſſario Borja, nunca quiſo irle à la mano, antes remitiò todas las Fundaciones, y Fabricas à ſu arbitrio, ſabiendo, que las Aves plebeyas ſe deslumbran en la altura, deſde donde empiezan à mirar al Sol las Aguilas: y que en los principios de las Religiones, aun la prudencia humana toma otras alturas, y otros rumbos, que en el progreſſo de ellas fueran temeridades, y naufragios.

Oyó Franciſco eſtas quexas, que dava el zelo con voz flaca, y con mas timida eloquencia; y un dia en preſencia de muchos Subditos, agitado el aliento prophetico, empezò à cantar las glorias à que ſubirian muchos Colegios, que èl fundava aora con tan debiles principios. Dixo, que la Providencia ſabìa levantar Edificios ſobervios ſobre los cimientos mas caducos, como arruynar Torres fabricadas ſobre marmoles eternos. Que las Religiones avian nacido en eſtrecha Cuna, y que la pequeñèz avia ſido ſu primera faxa, ſiendo cada una, Rio animoſo, originado de una fuente, que apenas ſe atreve à ſalir de cobarde, y parece mas llanto, que arroyo de la peña, en que hallò ſu primer bullicio: que ni el Grande Santo Domingo, ni el Humilde San Franciſco buſcaron, para dilatar ſus Excelſas Familias, maquinas ſumptuoſas, ſino las mas humildes Cabañas, y oy ſon Alcazares Sagrados aquellos fragiles carrizos, porque engrandeciò ſus Fabricas la Providencia en premio de aquella generoſa confianza, que debe ſer el cimiento de la mayor ſoberania. Perezcan, proſiguiò Borja, arruynenſe algunos deſtos Colegios dentro de pocos años: Què avrà perdido la Compañia en aver ocupado aquel ſitio, ò què mal ſe avrà ocaſionado al Proximo? Caeránſe las paredes mal ſeguras, pero quedará en piè el merito, y la fama de las acciones heroycas: Padecerà ruina el edificio, pero ſu eſtruendo ſervirà mas à la edificacion de aver vivido en alvergue tan poco firme, que no al eſcandalo: podrèmos hazer quenta, que ſe và à una Miſsion larga, que aya de durar ſolo lo que aquella Fabrica movediza, ò lo que aquella poca renta mal ſituada. No podrà perſeverar en aquel Theatro con tan pobre ſocorro el Colegio; pero en el tiempo, que la Compañia le huviere poſſeido, avrà dado al Cielo muchas Almas, introducido muchas coſtumbres glorioſas, deſterrando muchos vicios, eſcandalos, è ignorancias: Avràn muerto en brazos de la Compañia ſoſſegadamente muchos hombres, cuyo ultimo aliento fuera quizà infeliz ſin eſte arrimo: y avràn producido ſus efectos milagroſos tan varios, y tan divinos miniſterios; tanto, que ſea immortal el fruto, aun quando tenga breve vida el Colegio.

Aſsi que veo ciertos los bienes, y no deſcubro daños, ni aun probables deſtas Funda-

daciones. Mas yo buelvo à confiar de el que me infundió eſta maxima, que ſobre eſtas pequeñezes mias ha de tirar lineas tan dilatadas, que ſean blanco à la embidia, y dèn vanidad à la Arquitectura. Quando embiava ſus Hijos à fundar nuevos Colegios, al echarles la bendicion, levantada la mano, muy inflamado el roſtro, les dezia eſtas palabras, que refiere el P. Dionyſio: *Yo embio à aquel nido un par de Palomas, confio en mi Dios, que ſi lo ſois en la ſimplicidad ſanta, y en la inocencia, preſto me dareis aviſo, que teneis diſpueſto un buen Palomar, para que embie à èl otros Hermanos, y Compañeros, que os ayuden à promover la gloria de Dios, y el bien de los Proximos.* Y no ſe puede dudar, que Dios con inviſible mano governava la del P. Franciſco, no la poniendo en empreſſa, ó fabrica, que no la tomaſſe à ſu cargo la Providencia: Iban creciendo ſenſiblemente los Colegios, no ſe deſcubriendo à vezes, ni los medios, ni los brazos, que influìan aumento en la Fabrica, ſino que crecia en fuerza de una virtud interior admirable, y oculta, que los fomentava: al modo que los Arboles, y otros vivientes, como ſi los Edificios fueſſen vegetables.

§. IV.

CONcurrió la Omnipotencia en credito de la confianza del Padre Borja con frequentes, y eſtupendos Milagros, de los quales ſolo ſe apuntaràn aqui algunos, reſervando para ſus proprios lugares otros, y callando ſiempre muchos, por ſer de una eſpecie todos. Y hablando primero con generalidad la pluma deſtos ſuceſſos portentoſos de Borja, puede eſcrivir ſin miedo, que entrava la Divina Providencia à la Viſita con el nuevo Comiſſario, porque ſe hallavan los Colegios repentinamente ſocorridos, huyendo de ſu preſencia la deſdicha, que ſalia al miſmo tiempo que èl entrava: deſuerte, que la pobreza, de quien era tan amante ſu Alma, andava fugitiva de S. Franciſco de Borja. Y no era menos aſſombroſa la mutacion que ſentian en ſu pecho los emulos de la Compañia en las Ciudades donde entrava, hallandoſe ſubitamente aficionados à aquel Inſtituto, que poco antes era ſu objeto aborrecido, haziendoſe en parte verdad aquella fabula de el ingenio, que el amor avia trocado furtivamente ſus armas con el odio, apareciendo repentinamente ceñido con el arco, y con las flechas de oro el aborrecimiento. Un Viernes eſtando Franciſco en Valladolid en el Colegio de San Antonio, ni avia comida, ni dinero alguno, ni el pan neceſſario. Dieron aviſo à Borja, porque era yà cerca de el medio dia; y el Santo haziendo gracias al Cielo, mandò al Hermano que tocaſſe la Campana, y que fueſſe repartiendo las yervas, y pequeños pedazos de pan entre todos: apenas avian tomado los aſsientos, quando llamaron con mucha fuga à la Porteria; abriò el Hermano, y hallò un Anciano modeſtamẽte veſtido con una Criada, que traìa Pan, Vino, Peſcado, y Huevos en una canaſta. Preguntòle el Portero, quien era? A que ſolo reſpondiò el Anciano, que recibieſſe por amor de Dios aquella limoſna, ſin que ni el Hermano, ni el P. Franciſco Gonzalez, que ſe hallò preſente, pudieſſen ſacarle otra palabra, ni conocerle por ſeña alguna, ſino por una modeſtia ſingular, que entre las canas ſe hizo lugar à la veneracion; pues yà que ſemblante tan gravemente apacible no les quitò la duda de ſi fueſſe Angel con apariencias de hombre, les dexò cierta noticia de que era providencia milagroſa, en el tiempo, en la oportunidad, en la proporcion, y en el modo, que tambien ſabe disfrazar en acaſos ſus finezas el amor Divino.

Lo miſmo ſucediò en Simancas (Theatro bien iluſtre de ſus glorias) porque aviendo quarenta ſugetos en el Noviciado, poco antes de comer fuè aviſado Franciſco de que faltava todo. Preguntò, ſi huvieſſe por ventura un mendrugo de pan que poner en la meſa? Reſpondiò el Hermano, que avria ſolamente para ſeis; pues repartid, dixo el Santo, entre todos eſſe Pan, que Dios tendrà cuydado de alimentar à ſus Hijos, pues no ſe olvida en el victo de los Pajaros. Echòſe la bendicion, y ſentados á la meſa, llegò un Hombre à la Porteria con una Acemila cargada de Pan, Vino, y Carne yà cocida, y diſpueſta, de ſuerte, que ſe pudo ſacar luego al Refectorio, y ſe conoció averſe guiſado en el Cielo. Preguntando aquel hombre, quien era, ò quien le embiava? Solo reſpondiò, que era Foraſtero, y que venia à Simancas à traer aquel ſocorro. En Sevilla llegó un dia el P. Juan Xuarez, Rector de el Colegio, à Franciſco, manifeſtandole ſu deſconſuelo, en que ſiendo yà hora de tocar al examen de conciencia, y cerca de las onze de la mañana, no avia podido hallar comida alguna, que ni una libra de pan avia en caſa, y que crecia ſu congoja, porque acabavan de llegar algunos Jeſuitas, que venian à ſer ſus Compañeros, que entravan hambrien-

brientos, y fatigados. Recogiòſe un poco en una como ſuſpenſion de eſpiritu el Santo Comiſſario; y luego mirando con alegre roſtro al P. Xuarez, le dixo: *Hazed tocar à examen, y deſpues à comer, como ſe ſuele, pues la hora lo pide, y fiad de Dios.* Deſpues del examen, fuè el miſmo Rector confiadamente à tocar la Campana, y oyó que tocaban la de la Porteria, partió lleno de confianza en las palabras que avia eſcuchado de la lengua de Borja, y halló un Gentil-Hombre de Doña Iſabèl Galindo (muger de iluſtre ſangre, y de no menos iluſtre eſpiritu) que traìa conſigo un mozo oprimido de mucho peſo, donde, nò ſolo venia comida ſobrada para la Comunidad toda, y para repartir à los pobres en la meſma Porteria, ſino tambien mantèles, ſervilletas, y unas caxas de cuchillos, alhajas, de que ſe hallava totalmente deſtituìdo el Refectorio. Con eſtos exemplos esforzava Borja à ſus Subditos à no deſmayar por falta de bienes de la tierra, à eſtender las alas de la confianza en la providencia, porque logran toda la tierra, ſobre que ſe dilatan, y alcanzan todo lo que eſperan. Deziales, que en la confianza en Dios avian tenido ſus troxes los Varones inſignes: que ella es la Nave del Mercader, que trae de las Regiones mas diſtantes, y aun immediatamente deſde las Nubes el pan: que primero dexaria el Sol de dorar las mieſes, y faltaria Trigo en todos los campos del mundo, que le faltaſſe à la confianza el ſuſtento, que es entre las virtudes ſagradas, lo que Ceres entre las Dioſas mentidas.

CAPITULO XI.

ESPANTOSA MUDANZA, QUE hizieron las lagrimas, y oraciones de Borja en el corazon de Don Gutierre Carvajal, Obiſpo de Plaſencia, adonde dà glorioſo principio à un Colegio de la Compañia. Paſſa à la Ciudad de Alcalà, y entrando en aquella Univerdad famoſa, le ſalen à recibir en la feſtiva lengua del eſclarecido Padre Maeſtro Mancio la diſcrecion, y la alabanza.

§. I.

UNA de las grandes proezas de Franciſco, fuè la mudanza prodigioſa de coſtumbres, que ocaſionó en eſte Prelado, cuyo bizarro eſpiritu tenia mas acciones de Cavallero, que de Paſtor zeloſo: ſu corazon era Alcazar de la honra, y de la fortaleza, rodeado de ſangre noble, que le avia de ſervir de foſſo, y era ſu precipicio: ſu entendimiento era tan claro, y tan precioſo como la Caſa del Sol que pinta Oviedo. Eſtava dividida en facciones publicas la Ciudad de Plaſencia entre las dos clariſsimas Familias de Carvajal, y Zuñiga; y ſu Obiſpo, haziendo borgoñota de la Mitra, y de el Baculo Eſpada, ſe ocupava mas en conducir, y manejar hombres de Armas, que en apacentar Ovejas. La profanidad era la mas rica Piedra, que brillava en ſus Anillos, y Pectorales, desluciendo ſus coſtumbres. Avia perdido un pleyto con ſu Cabildo, en que ſe le obligò por ſentencia juridica, à que à coſta ſuya tuvieſſe Predicadores en la Igleſia. Avia conocido, y admirado eſte Paſtor diſcreto à los Padres Laynez, y Salmeron en el Sagrado Concilio de Trento: con eſta memoria, y la fama que ſe eſparcia del Padre Borja, embió un Capellàn ſuyo à Valladolid, donde ſe hallava el Santo, con un Pliego, en que le rogava, que quiſieſſe elegir ſeis Jeſuìtas, que fueſſen à dàr paſto à ſus Ovejas, y à dàr principio à un Colegio, ſobre cuya fundacion tenia eſcrito à San Ignacio. Añadiale, que ſi èl miſmo pudieſſe venir à iluſtrar aquella Ciudad, ſu Igleſia, y ſu Palacio, ſerìa doblar el conſuelo. Obedeciò prompto Franciſco, embiando delante al Padre Villa-Nueva, y al Padre Doctor Marcos Salìnas à los principios de Agoſto, y aora por Octubre partiò deſde Medina à Plaſencia el Santo, llevando al Padre Buſtamante, al Padre Martin Gutierrez, y al Padre Dionyſio Vazquez. Paſsò por Salamanca para llevar conſigo al Padre Juan Xuarez, que era yà Rector de aquel Colegio, y en el camino le diò una penitencia, porque una mañana hizo madrugar à todos mucho antes de el dia, para hazer mayor jornada. Año de 1554.

Recibiò el Obiſpo al Santo Borja con eſpecial ternura, pronoſticando yà ſus ojos la lluvia, que avia de anegar ſu Alma. Hoſpedòlos en ſu Palacio, mientras ſe fabricava Igleſia, y Colegio, que ideava la magnanimidad deſde el corazon de aquel Prelado, ſin que el Santo Comiſſario pudieſſe reſiſtir à eſte favor, por mas que hizo repetidas inſtancias anſioſo de irſe à vivir al Hoſpital. Señalò à la magnificencia de D. Gutierre ſuficiente renta, para ſuſtentar quarenta ſugetos de la Compañia: recabò de la Ciudad, que ſe abrieſſe paſſo por la muralla à una Huerta, que dava al Colegio, en cuya Fabrica ſe empleavan docientos y ſeſenta Oficiales à un tiempo, cami-

minando preſuroſa la Arquitectura, mas no precipitada. Concurriò à la Fabrica la dignacion de MARIA SANTISSIMA; porque rehuſando un Cavallero vender un ſitio, neceſſario à la ereccion del nuevo Colegio: mientras peregrinava con ſu eſpoſa à la Peña de Francia, la viò ſalteada de un terrible accidente, que la dexò ſin otro aliento, que el que fuè meneſter para articular un ay. Repreſentòſele entre eſta turbacion à aquel Ciudadano, que eſte inopinado golpe podria ſer caſtigado de ſu falta de piedad en no conſagrar aquel terreno ſuyo à fin tan glorioſo. Apenas cobrò ſu Muger alguna reſpiracion, aunque executava fuertemente el mal, quando baxò la eſcalera, montò à cavallo, dexandola en una Poſada, y en el mayor conflicto: Llegò à Plaſencia, refiriò al Obiſpo D. Gutierre el suceſſo: cediò el ſitio; y bolviendo à la Poſta, hallò ſu Muger recobrada, aviendo empezado à ſentir la vida deſde el inſtante que ſu Eſpoſo partiò à ofrecer el ſitio à Plaſencia. Eſte ſuceſſo, y otros, que la eterna Sabiduria providamente diſpuſo, iban poco à poco labrando, y abriendo ſurcos en el corazon de aquel Prelado, que obſervava diligente las acciones, y los paſſos de ſus Hueſpedes Religioſos. Eſcuchava los ecos de los Sermones, y Platicas, que ſe hazian en ſu Capilla: mirava la muchedumbre de penitentes, que ocurria en buſca de los nuevos Apoſtoles: Oìa ſonar al zelo en ſu lengua, en ſu trato la dulzura, mientras ocupava ſus ſemblantes la modeſtia. Todo era allà dentro en ſu pecho una reprehenſion muda, y una eſpuela, que le ſacava alguna ſangre al Alma; mas èl callava la herida, por no emmendar la cauſa.

Al miſmo tiempo, que ſe trabajava con tanto calor en la Fabrica, ideava Borja otra maquina mas oculta en la converſion de aquella Alma: pero labrava en marmol, y era meneſter tiempo, y ſincel igualmente valiente, que agudo, el qual iba mordiendo poco à poco ſu dureza, haſta introducir el arte en el corazon de la rebeldìa. Tratava D. Gutierre al principio con miedo, luego con alguna confuſion, y deſpues con guſto al noble Comiſſario. Eſcuchava ſus palabras con reſpeto, oyò ſus Sermones, y aquellos bramìdos tan poderoſos, que baſtavan à exprimir llanto à las piedras vezinas que ſe iban labrando para el Edificio. Pero el corazon de Don Gutierre eſtava temoſo en el mal, y ſolo pudo recabar el grito, ò la eloquencia de Franciſco, que ſu dureza bolvieſſe el eco en algun gemìdo, y moſtraſſe que eſtava cabado el bronze: Aplicò Borja todo el conato de ſu esfuerzo, y el de ſu eſquadron animoſo à la conquiſta de eſta inexpugnable fortaleza: Fueron ſus penitencias extraordinarias, ſus ayunos continuados con reparo, con dolor, y aun con quexa de el Obiſpo, que ignorava ſer èl el objeto, y el tyrano de aquel martyrio rigoroſo. En la Oracion perſeverava algunas horas mas cada dia: las lagrimas, que vertiò ſobre eſta Alma laſtimoſa, le obſcurecieron la viſta, y eſtuvo à pique de perderla, por ſi pudieſſe paſſarla al que eſtava obſtinado en la ceguedad de ſu deſdicha.

§. II.

EN eſta porfia luchada eſtuvo batallando treinta dias el invencible eſpiritu de Borja, aplicando en ellos todos ſus altos Sacrificios, y de ſus Compañeros, para que eſta perdìda Oveja ſe acordaſſe, que era Paſtor de ſu rebaño, y que debia ſer luz de ſu Pueblo. El ultimo dia de los treinta eſtuvo cerrado en el Oratorio deſde las dos de la mañana haſta las onze del dia: Eſtavanle eſperando en el Salòn immediato el Padre Martin Gutierrez, y Dionyſio Vazquez, no ſin eſtrañeza de vèr tanta dilacion, quando ſabian, que ni avia rezado, ni avia dicho Miſſa; y compadecidos de vèr un cuerpo flaco perſeverar nueve horas, ſin levantarſe de un ſitio, quando le vieron ſalir apreſuradamente vertiendo claridad por el ſemblante, tan encendidos los ojos, que afirma el Padre Dionyſio, que al primer enquentro quedò deslumbrado; y que el reſplandor tremulo de dos antorchas, mas esforzadas del ayre, que combatidas, no pudiera deſpedir mas vivas las llamas. Mirò el Santo à uno, y otro compañero, y con alegria deſacoſtumbrada les dixo: *O Padres mios, dad gracias à la Divina Bondad, que el Señor de la Gloria me ha otorgado la converſion del Obiſpo Don Gutierre, y muy en breve vereis las maravillas de Dios en èl.* Con eſta revelacion anticipò Dios el conſuelo à ſu afligido Siervo, aviendo eſcuchado la voz ſonora de un Crucifixo dentro de aquel Oratorio, que en bien perceptible grito dezia: *Salvabo, & glorificabo eum:* eſta fuè la victoria de ſu llanto, no aviendoſe querido levantar del ſuelo

lo haſta conſeguir eſte triunpho, mucho mas portentoſo, que robar à los ſepulchros ſus muertos, y dàr color à los hueſſos frios, y ſe puede dezir con propriedad, que à eſte difunto le reſucitaron los ojos de Franciſco, y que ſu gemido le deſpertó de una muerte, que ſe llamava letargo.

Los efectos, que luego ſe dexaron vèr de aquel corazon herido, no yà de la punta de una ſlecha, ſino de todo un rayo, fueron, y ſeràn ſiempre dignos de el paſmo, que enmudeciò entonces las lenguas, y las deſatò deſpues en alabanzas. Retiròſe à un Pueblo de ſu Obiſpado, llamado Jarayzejo, con dos Jeſuìtas, que le dieron los Exercicios de San Ignacio; allì eſtuvo muchos dias entregado à la Oracion, y embuelto en lagrimas, hizo reſeña de los paſſos de ſu vida, y en una confeſsion general de toda ella llorò ſus culpas con tales demonſtraciones de penitencia, que pone aſſombro eſcucharla: baſta dezir, que el dolor le huvo de quitar dichoſamente la vida, ſlaqueando con el peſo de aquel intolerable ſentimiento, y viviendo ſiempre con el corazon atraveſado, haſta que la muerte le cerrò las heridas, y le enjugò las lagrimas. Reformó el traje, la Caſa, y la Familia; arrojò todo lo que ſervia à la pompa, deſpedazando los inſtrumentos de la profanidad, los de la ira, y los de la liſonja. Diſtribuyó las horas del dia en las acciones de mas exemplo, dando muchas à la Oracion, à Libros devotos, y la obligacion de ſu miniſterio; hizo que ſus criados le acompañaſſen en eſtos exercicios Religioſos; cediò en todos ſus pleytos, y reſtañò la ſangre, que ſacaban los odios publicos, aviendo perſuadido al dueño de ſu antigua caſa, à que echaſſe amoroſamente los brazos, al que lo era de la Real Caſa de Zuñiga. Hizo que ſe dieſſe un pregon en loda la Ciudad, y en todo ſu Obiſpado, para que los que tuvieſſen alguna quexa, ò deſeaſſen ſatisfaccion de agravios, yà de ſus familiares, ò yà ſuyos, recurrieſſen à tres Juezes arbitros, que ſeñalaba, y eran ſu Proviſor el Doctor Juan de Ayora: (Varon ſabio, que deſpues fuè Obiſpo de Oviedo) y dos Padres de la Compañia, uno Theologo, y otro Canoniſta, ſobre cuyos dictamenes declinaba el peſo de la Mitra, con deſcanſo de aquel eſpiritu, no ſolo lloroſo, ſino inundado en penitencia.

Huvo aquel año grande falta de trigo en todo ſu Obiſpado: repartiò D. Gutierre algunos Jeſuìtas por los Pueblos con grandes ſocorros, apacentando alma, y cuerpo de ſu ganado: ſuſtentaba mas de ſetecientas perſonas de obligaciones dentro de ſus caſas, adonde iban ſecretamente las limoſnas, y tan abundantes, como quien no avia mudado, ſino el objeto à la generoſidad de ſu corazon naturalmente profuſo, porque le quiſo dàr el Cielo eſta ocaſion, ò materia al principio de ſu mutacion prodigioſa: grande argumento de que le perdonaba. Aſsi perſeverò haſta la muerte eſte, antes gran Cavallero de el mundo, y deſpues mas iluſtre Cavallero de Chriſto: Amabale tiernamente el Santo Borja, y le viſitaba cada Invierno, retirandoſe muchas ſemanas à Plaſencia; porque aquel clima, que infaman algunos de mal ſano, era para Borja el mas benigno, y mas templado en aquella eſtacion del tiempo. Y como ſerìa contrario el aſpecto de un Cielo, que avia influìdo ſalud, y ſanidad à ruegos del Santo? Siendo aun mas apacible cada Aſtro para las enfermedades, que padeciò Don Gutierre en ſu eſpiritu, que no para los achaques que Borja padecia en el cuerpo.

§. III.

PArtió el Comiſſario Borja cargado de deſpojos, y dexando ſembrada de Laureles á Plaſencia, mas fructuoſos que todos los demàs arboles, que enriquecen, y hermoſean ſu Ribera deleytoſa: Aviendo recabado tambien ſu zelo, que un Convento de Religioſas, que eſtaba fuera de la Ciudad, cercado ſolamente de el peligro, ſe mudaſſe à ſitio poblado, y mas ſeguro, donde ſirve de muralla el reſpeto, y la publicidad de reſguardo. Paſsò à viſitar el Colegio de Alcalà à los fines de Noviembre; ſitio, en que ſe detenia mas tiempo: como tambien en Salamanca, porque de ambas Univerſidades entraba en la Compañia la mas florida Nobleza, y deſde allì embiaba Maeſtros, Predicadores, y Operarios, repartiendo ſangre noble por tantas venas à tantos Colegios. Concurriò en eſta ocaſion à viſitarle toda la Sabiduria en cuerpo de Univerſidad, y en ſus individuos deſpues. Pidiòle el Rector, que quiſieſſe iluſtrar ſus Eſcuelas, entrando en las Aulas donde ſe enſeñaban las ciencias, y donde la ſabiduria tuerce las llaves à ſus corrientes en tantas facultades. No pudo negarſe Franciſco à eſte combite, y el dia ſiguiente aſsiſtido de el miſmo Rector, y Colegiales de S. Ildefonſo, (cuyas Togas han iluſtrado el mundo, y el Cielo) y de un exercito florido, ſin que pudieſſe huìr eſte honor el Santo: entrò por la Puerta de Athenas, y fuè condu-

Año de 1554.

ducido primero al General Mayor, donde dictava la Theologia Sagrada el Doctiſſimo Maeſtro Fray Paſqual Mancio, claro Ornamento de la Venerable Familia de Santo Domingo, Cathedratico de Prima de Santo Thomàs, el primer hombre de aquel Sabio Ciceo, y uno de los mayores de aquel ſiglo, que por Doctor iluminado, y por tan ſazonado genio, era con ſuma propriedad ſal del mundo. Ocupaba yà el aſsiento de la Cathedra, quando entrò Borja, y tràs dèl un tumulto bullicioſo, à vèr, y eſcuchar las repreſentaciones de tan nuevo Theatro: Eſtaba mudo aquel diſcretamente Erudito Maeſtro, eſperando que hizieſſe ſilencio la poca parte de vulgo, que pudo concurrir en tal Auditorio. Y deſpues que bolviendo à una, y otra parte mageſtuoſamente los ojos, ſe conciliò toda la atencion de los ſentidos: con aquella eloquencia feſtiva, que le hizo dueño de la fama, y de la Nacion Eſpañola en el Pulpito, y en la Cathedra, empezò à razonar en eſta forma (uniendo ſu diſcrecion en un hermoſo ramillete al deſengaño, y al donayre.)

A què ha venido aqui tanta juventud florida? Tan digno expectaculo os parece, Señores, vèr un Jeſuita, que ſe llama Franciſco de Borja? Penſais, que fuè grande hazaña hollar la cerviz robuſta al Toro, que en ſu Eſcudo es ſigno celeſte de ſu grandeza? Venìs perſuadidos à que ſe hizo famoſo en dexar caer el peſo de el valimiento, y del eſtado, por arrimar el ombro à la Cruz de Chriſto, que es yugo mas ligero? Deſnudarſe del fauſto de la dicha, y de la pompa, por veſtirſe la pobre ſotana de la Compañia? Pues creanme à mi, y no ſe lo agradezcan tanto, porque valiendome de la fraſſe del vulgo, èl hizo en eſte cambio ſu negocio: parece deſinterès ſu deſprecio de el Mundo, y tiene mucho de contrato, y entre las alas deſte amor Divino mezcla tambien ſus plumas el amor proprio, el qual nunca ſe deſnuda el veſtido, ſino para renovarſe con otro de mejor paño. No eſtrañeis lo que digo, porque lo tengo bien averiguado: deleytavaſe mucho el Duque de Gandìa en los favores con que regalavan delicadamente ſu vida la privanza, la grandeza, y la fortuna. Paſſeavaſe, yà rozando telas doradas, yà entre lacayos, y Carrozas, amanecia en el cintillo de ſu ſombrero el Sol deſpedazado en diamantes, y otras piedras ricas. Dexavaſe ſervir à la meſa de muchos Cavalleros los manjares mas delicados, y en vagilla de oro daba tambien à la vanidad ſu plato, ſaboreandoſe de camino en las liſonjas, que nunca ſon amargas, ſi el deſengaño no eſtraga del todo el guſto. Arrimavaſe al Dosèl de Palacio, y yà que no vendia el humo, ſe atezaba con èl ſu roſtro. Guſtava de buenos Cavallos, y de manejarlos con bizarria, enjaezada viſtoſamente la crin Andaluza. Divertiaſe en diferentes muſicas, ſaraos, y cazas, cebado ſu penſamiento en la bolateria, donde el ruido del caſcabèl era en el viento ſonido ronco, y en la vanidad mucho mas hueco.

Mas como ſu Señoria es tan diſcreto, y avia eſtudiado no poco, conſiderava, que no podia durar mucho eſta fieſta: en la miſma copa de oro bebia ſuſto, y vertia el conſuelo tremula la mano, porque contemplava, que la muerte avia de dexar burladas ſus eſperanzas, ſordas ſus orejas, y deſaparecer todas aquellas precioſas alhajas de ſus ojos, pieza que avia jugado yà à ſus Padres, y Abuelos. Que toda la maquina de ſu grandeza, deſpues de aver padecido la comun ruina, ſe avia de eſtrechar à poca tierra, y caber en breve urna, dexando ſolo un puño de ceniza tanta hoguera. Pues què remedio (diſcurria entre sì eſte Duque Sabio) hallarè yo para hazer eternos tantos bienes caducos? Con què arte quimica podria diſponer, que eſte barro paſſaſſe à ſer bronze en la duracion, y oro en la precioſidad? Como podrè ſer Duque de Gandìa perpetuo, immortal Virrey, y fixar la rueda mas inconſtante al valimiento, y à la felicidad? En què molde fundirè eſtas dichas para eternizarlas? Entre las olas deſtos diſcurſos fluctuavan ſus deſeos, quando bolviò el alma àzia ſu memoria, y leyò gravado en ella lo que en el Capitulo ſexto dize la Sabiduria: *O Principes del Pueblo, ſi por ventura os agrada el Cetro, y la Corona, y el manejar las riendas de la juſticia en el govierno de la Republica, amad la verdadera Sabiduria, y reynareis para ſiempre con ella!* Mirad ſi era bien oportuna eſta maxima, la qual hallò tan claramente impreſſa, que ſola la mucha luz, con que eſtava eſcrita, la pudiera hazer obſcura.

Bolviò con todo eſſo à reconocer eſta potencia, y hallò impreſſas tambien aquellas palabras de Chriſto por S. Lucas: *Ganadito pequeño, no temais, porque ha querido vueſtro Padre Soberano apacentaros en las immortalidades de ſu Reyno.* Y luego ſeñalando el rumbo, para navegar à eſte Puerto dichoſo, añadia en aquel breve Libro: *Vended vueſtras poſſeſſiones, y repartid los precios entre los Mendigos; juntad aquellos te-*

te-

theſoros, que no los pueden conſumir los ſiglos. En eſte penſamiento le pareciò al Duque Borja, que avia encontrado aquella quimica, porque ſuſpirava: deſnudòſe de la repreſentacion de Duque de Gandìa, y viſtiòſe la deſnudèz de Chriſto, para ſer Duque, y aun para ſer Rey en la Gloria. Buena Paſqua le venga à V. S. que ha dado tan buen exemplo en la Igleſia, y à la Grandeza de Eſpaña, que ſino oſſa imitar reſolucion tan heroyca, eſſo la haze mas admirable en la tierra, ſer tan grande hazaña, que aya pocos que ſe atrevan à emprenderla: y mientras tanto, anda toda la Grandeza confuſa tràs de ſu admiracion, piſando ſu ſombra.

Eſtava el P. Franciſco con los brazos en Cruz, clavados los ojos en la tierra, oyendo aquella elegante ironìa, por donde explicava ſus mayores elogios la eloquencia mas ſabia. El Auditorio quedò mudo, y admirado, y Borja lo quedò tambien; de confuſo ſolo inclinò la cabeza al P. Mancio, y luego los demàs Doctores, y Maeſtros con profundo reſpeto. Y eran tan reverentes las ſumiſsiones, y corteſias, aſsi en eſtas concurrencias publicas, como en otras viſitas particulares, que depone el P. Juan Manuel aver oìdo dezir à algunos de los Religioſos mas graves, que el Santo Borja parecia tener el cuerpo de gonzes: y es, que queria, que aquel cuerpo, que en los Palacios ſe avia corvado con la adulacion, ſe doblaſſe aora mas profundamente con la humildad. Avia ſucedido en aquel florido campo de Minerva un tumulto entre la juventud, y la Villa, en que el Henares viò rojas ſus corrientes, y ſangrientas ſus margenes verdes. Vino à eſta peſquiſa un Alcalde de Corte, llamado Palomares, que iba precediendo con grande ſeveridad contra la mas noble parte de aquella juventud, que por eſta cauſa andava fugitiva, y derramada, con dolor de los que governavan aquel Palacio de la ſabiduria. Pidieron al Padre Franciſco, el Rector, y Clauſtro, que mediaſſe con el Alcalde, antiguo venerador, y Amigo ſuyo, cuya atencion cederia à la authoridad de Borja mucha parte de el rigor de la juſticia. Obedeciò el Santo, y ſe templò à ſus ruegos aquel zeloſo, conſiderando, que los pocos años ſon diſculpa de muchos yerros: y que con la edad tierna ſe puede doblar àzia la piedad la Vara, ſin que ſe falte por eſſo à la integridad de la Juſticia.

Año de 1554.

CAPITULO XII.

PASSA A FUNDAR EL COLEgio de Sevilla, donde fuè viſto bañado en luz en una Igleſia. Inſigne prophecìa de Borja acerca de la Compañia en aquella Ciudad famoſa. Funda Eſtudios en muchos Colegios. Preedice los grandes ingenios, y Hombres ſabios, con que avia de florecer la Compañia en los tiempos venideros. Buelve à la reſidencia de San Lucar, donde convierte à Melchor Marcos, ſu Compañero inſeparable deſpues tantos años, y en tantos Caminos. Paſſa por Granada de buelta à Caſtilla.

§. I.

Avia algunos Meſes, que Borja andava tan ſolicito ſobre fundar en Sevilla un Colegio, que reconocia bien en sì miſmo, y en la inquietud que agitava ſu eſpiritu, que un grande cuydado es azogue mas vivo dentro del pecho: no ſoſſegava un punto haſta conſeguir la poſſeſsion deſte deſeo bullicioſo, porque eſtava prevenido con repetidas iluſtraciones, y relampagos ſu entendimiento del veneno, que por la lengua de dos ſerpientes iba ſecretamente vomitando la Sierpe del Paraìſo. Atendian todos eſta ſolicitud en el ſemblante de Franciſco, como agena de la tranquilidad de un corazon, ſiempre ſereno, y de un mar placidamente inquieto. Y no dudavan, que eſtuvieſſe altamente movido de impulſo, no ſolo Soberano, ſino violento. Llamò un dia en Plaſencia al P. Xuarez, cuya ſalud ſe hallava maltratada del afàn continuo, y le preguntò, ſi querria ir à fundar en Sevilla un Colegio? Reſpondiò el P. Xuarez, que èl iria adonde le conduxeſſe la obediencia, Barquilla ſegura para muchos Occeanos de agua, y de tormenta. Mandòle Borja, que hizieſſe Oracion tres dias ſobre eſta jornada, y bolvieſſe, deſpues con la reſpueſta. Obedecio rendido, y paſſado el termino, reſpondiò humildemente animoſo, que eſtava firme en obedecer ſin replicas, y ſin formar diſcurſos ſobre las dificultades, ni aun ſobre los impoſsibles. Pues id con mi bendicion, dixo el Santo Comiſſario, y abraſad aquel hermoſo pedazo del Mundo: y en teniendo diſpueſta Caſa, donde quepan doze Sacerdotes de la Compañia, aviſadme, que irè guſtoſo à buſcaros à Sevilla. Partiò promptamente el P. Xuarez con el Hermano Juan

Gutierrez, llevando ſolo un Breviario viejo, y un traslado de las Bulas Apoſtolicas, que confirman la Compañia, en un papel ſencillo, y ſin ſello, y ſin otra fee, ò teſtimonio, que aquella ſeguridad, con que la buena conciencia ſella la verdad en las operaciones, y en la cara.

Año de 1554. Llegò por el Noviembre de cincuenta y quatro à Sevilla, donde ſolo avian guſtado de paſſo las primeras corrientes deſte nuevo precipitado Rio de fuego, que entrava en el Betis à calentar ſus aguas, y à encender ſu ſeno anchuroſo: pues ſolo avian viſto al Padre Gonzalo Gonzalez, y al Padre Alfonſo Baſilio de Avila, Hijo de Don Juan Fernandez, Cavallero Sevillano. (los quales durmieron la primera noche à la puerta del Hoſpital de el amor de Dios, porque no los quiſieron admitir dentro) Paſsò luego el Padre Xuarez à viſitar à Don Gaſpar Cervantes de Salazar, que otros llaman Cervantes de Gaeta, iluſtre Hijo, y Blaſon immortal del Sabio Mayor Colegio de San Salvador de Oviedo, deſde donde paſsò à Proviſſor del Obiſpo de Leon; fuè Doctoral de aquella Santa Igleſia, y luego Governador, y Vicario General de el Arzobiſpado de Sevilla por el eſclarecido Arzobiſpo Don Fernando de Valdès, Governador de los Reynos de Caſtilla, Inquiſidor General. Avia paſſado Cervantes à Sevilla por Plaſencia, donde tratò al Santo Borja, y en poco tiempo eſtudiò mucho deſengaño ſu Alma: y Franciſco formò tan alto concepto de ſu prudencia, y ſabiduria, que quiſo ſer todo el inſtrumento de ſu fortuna con la Princeſa Doña Juana, ſacandole el Arzobiſpado de Tarragona, (donde fundò un Colegio de la Compañia) y ſupo expreſſar ſu merito à Phelipe Segundo, con tanta viveza, que le viſtiò la Purpura, enſeñando à los Hombres, que tambien en eſte Mundo ſaben hazer liga las virtudes, y las felicidades.

Iba el Proviſſor tan aficionado al nuevo inſtituto, y tan deſeoſo de moſtrar, que ſu pecho eſtava conſagrado à la veneracion del Santo Comiſſario, què empezò à fomentar con ſingular fineza, y con ſolicitud anſioſa la fundacion de Sevilla. Y el Padre Xuarez en pocos dias ſembrò aquellas Playas de admiraciones, y de victorias, aſsiſtiendo ſolo à tantos miniſterios, y en tantos ſitios, que parecian fuerzas milagroſas las que baſtavan à tanto peſo, y que ſe multiplicavan las preſencias para el ſocorro de tantas Almas. Crecia el aſſombro con ſaber, que ſe avia pueſto en camino eſtando enfermo, y con aquella triſte amarillèz, con que los males ſuelen diſponer para Cadaver el cuerpo. Y aora entre un afán moleſto ſin quietud, ſueño, ni deſcanſo, avia cobrado mas fuerzas de las que con el mal avia perdido. Ofreciò ſu Caſa à la Compañia Don Fernando Ponze de Leon, Cavallero de conocido luſtre, y era alvergue capàz de hoſpedar à un Principe. Paſsò eſta noticia el Padre Xuarez al Santo Borja, que de buelta de Alcalà ſe hallava en Plaſencia, y luego que recibiò la Carta, ſe encaminò à Sevilla con el Padre Torres, el Padre Araòz, y el Padre Paulo Hernandez, embiando al Padre Buſtamante à Simancas, porque era neceſſario dividir el Alma en tantos pedazos, como Fundaciones, y Colegios, y diſtribuìr à modo de Reliquias ſus Subditos. Y alguna vez, que ſe hallava mas falto de ſugetos, eſcrivia al Venerable Maeſtro Juan de Avila, que le embiava los mas exercitados Compañeros, y mas ſabios: tan unos eran los fines, y los corazones de eſtos dos eſpiritus Gigantes. Los exemplos de humildad, fervor, y penitencia, que diò el Padre Comiſſario en eſta jornada, fueron tan inſignes, que el Padre Araòz llegò atonito à Sevilla, y dezia, que ſolo eſte viage baſtava à dàr credito de Santidad al eſclarecido objeto de una Hiſtoria, y à llenar la mas caliente reſpiracion de la fama.

§. II.

Llegaron Viſpera de Navidad à Sevilla; pero ſe afligiò mucho Borja viendo aquel Palacio, por mas que eſtava diſpueſto con alhajas bien reconocidas de la pobreza: y fuè meneſter para detenerle aquella noche en tan ſumptuoſo edificio, traerle à la memoria la importunidad de el tiempo para buſcar otro: porque dezia, que era mala puerta la ſobervia, para la primer entrada: y que niveladas al principio la humildad, y la pobreza, levantarian mejor ſus Torres deſpues à la Compañia. Reprehendiò al Padre Xuarez con alguna aſpereza, aunque corregida en el conocimiento de què avia tomado el primer alvergue, que lè avia ofrecido la ocaſion, la piedad, y la fortuna. El poco tiempo que eſtuvo violenta- Año de 1554.

lentamente detenido en aquella Caſa, diò muchos exemplos à la memoria, y à la pluma: y entre otros contava, no ſin ternura, un Cavallero Joven, Hijo de el Dueño de la Caſa, que ſobre meſa ſe poſtrava à ſus pies Borja, y ſe los beſava repetidamente à todos los que ſe hallavan à la meſa, dexando no pocas ſeñales ſus ojos de que avian eſtado poſtrados, y tiernos. Deſpues de ocho dias ſe paſſaron todos à una habitacion eſtrecha, y tan abierta, que el techo no embarazava à los ojos la obſervacion de los Aſtros: de ſuerte, que donde el Santo puſo ſu Camilla, caìa abiertamente la agua; y aquella noche, hallandoſe por todas partes inundado, levantò las manos, y el corazon al Cielo, agradecido al favor de averle pueſto en paraje tan ajuſtado à ſu deſeo. Llovia, y nevaba igualmente ſobre ſu cabeza, y al amanecer ſe levantava con el ſemblante bañado en tanta alegria, como agua.

Embiò en una ocaſion al Padre Xuarez à que hablaſſe al Proviſſor ſobre una dependencia, cuyo deſpacho inſtava; obedeciò luego: mas paſſando por la Calle, viò que ſacavan de la Carcel Real un delinquente al ſuplicio, y advirtiò, que no iba aſsiſtido de Religioſos, ó Sacerdote alguno: Suſpendiòſe un rato, haziendo breve reflexion ſobre que eſtava antes obligado à aſsiſtir en aquel trance al Reo, que no à obedecer ciegamente lo que ſe le avia mandado, aunque el orden avia ſido de, que fueſſe luego, eſtando las virtudes tan hermanadas, que ſe ceden el lugar, y las ſillas en varias circunſtancias unas à otras. Acercòſe al infeliz Reo, esforzòle en aquel paſſo, y ſu preſencia fuè toda ſu felicidad, excitando en aquel corazon oprimido del deſaliento las mas eficaces expreſsiones de un eſpiritu fervoroſo, y reſignado. Acabada aquella funcion tragica, bolviò à tomar el camino de la Obediencia; y aviendo eſtado con el Proviſſor, y buelto à Caſa, le preguntò Borja la ocaſion de aver tardado? A que ſatisfizo con la relacion del ſuceſſo: *Aſſi lo aveis de hazer*, dixo el Comiſſario, *ſi ſe ofreciere alguna caſualidad: y mirada con indiferencia en la Oracion*, *entendais*, *que ſi eſtuviera preſente à las circunſtancias el Superior*, *os ocuparia antes en aquel exercicio*, *quando el acaſo no dà tiempo al recurſo*; *dexad entonces lo que ſe os ha mandado*, *que aſſi me lo tiene eſcrito nueſtro Padre Ignacio.* Con eſtas maximas alimentava à ſus Hijos, queriendo de ſuerte ciega la obediencia, que pudieſſe abrir los ojos en los acaſos, y paſſaſſen à ſer linces tal vez los ciegos.

Una mañana deſtas ſalia Borja à dezir Miſſa, abraſada en afectos aquella Alma, y embeſtida de luz como Nube herida de el Sol: Eſtava en la Igleſia la muger de Don Pedro de Baldivia, que paſſava con un Govierno à las Indias, llamada Doña Marina, y en compañia ſuya una Doncella, cuyo nombre era Doña Cathalina de Miranda, natural de Villanueva de la Serena: y al bolverſe el Santo al principio de la Miſſa à dezir Dominus vobiſcum àzia el Pueblo, viò la Doncella el roſtro de Franciſco cercado de un reſplandor maravilloſo, tan grande como hoguera de luz, encendido el fondo, mas tan reverente, que à modo de la llama de Aſcanio, ni abraſava el cabello, ni atezava el roſtro: creyò que avia paſſado à ſu frente el Sol ſu nido, y bien lo pareciò en el influxo, porque calentò aquella Alma de ſuerte, que fuè deſpues una de las Mugeres de alto eſpiritu, que tuvo el nuevo Mundo: de cuya Santidad diò teſtimonio el Iluſtriſsimo Fray Ignacio de Loyola, Religioſo Deſcalzo, Obiſpo de el Paraguay, el Governador que lo fuè deſpues, Don Martin Garcia de Loyola, ſu Confeſſor el Padre Gabriel de Vega, y Hernando de Aguilera: cuyos raptos admirables, repetidos favores, y penitencias crueles, fueron deſde Chile admiracion à uno, y otro Orbe. Y preguntada de el Padre Baldivia por la ocaſion primera de ſu mudanza de vida: Reſpondiò aver ſido eſta luz ſoberana, y fecunda, que viò en Sevilla en el ſemblante de Borja, que al punto ſe ſintiò herida dentro del Alma de uno de aquellos rayos que deſpedia, el qual avia aſſolado, y buelto en ceniza todos los deſeos de la tierra: que alli miſmo bañada en llanto, y en fuego, avia prometido no cometer culpa grave, y rendirſe primero à la muerte, que à los aſſaltos de el infierno, y que por la Bondad Divina, aviendo paſſado quarenta y quatro años deſpues de eſte ſuceſſo, avia guardado inviolablemente ſu Pureza, y ſu voto. Que avia percebido en aquella dichoſa ocaſion una ſuaviſsima fragrancia de Santidad, con vivas anſias de caminar en imitacion de el que las reſpirava, y que avia ſentido deſde aquel inſtante dentro de el pecho otro corazon diſtinto con nuevas alas, y mas veloz movimiento.

Año de 1555.

Que

Que preguntò luego, quien era el que acabava de dezir Miſſa, cuyo roſtro ardìa, y no ſe quemava? Y la reſpondieron, que era un grande Santo, llamado Franciſco de Borja, antes Duque de Gandìa. Que avia ſalido al punto de la Igleſia en buſca de ſu Confeſſor, que lo era un Religioſo muy ſabio del Orden de Santo Domingo, que le avia referido el ſuceſſo, y èl la avia reſpondido: *No me eſpanto de lo que dezis, aunque es tan prodigioſo, porque eſſe Padre ha dado grande exemplo al Mundo con ſu vida, y en la mudanza de ſu eſtado: encomendad à Dios eſſa Religion, que es nueva, para que Dios la conſerve, y pedidle que lleve vueſtros ſantos deſeos adelante.* Que deſde entonces rezava cada dia cinco vezes el Padre nueſtro, y el Ave-Maria por la Compañia de Jesvs, y rogava à nueſtro Señor, que no la llevaſſe al Sepulchro ſin el conſuelo de vèr à los Jeſuitas en Chile, como ſe lo avia benignamente concedido. Todo eſto depone el Padre Luìs de Baldivia, Rector de Santiago de Chile, y Vice-Provincial, y ſe halla tambien en los Proceſſos de la Canonizacion del Santo Borja, aviendola examinado en la Ciudad de la Concepcion, donde entonces vivia, y tuvo ſiempre ardiendo en la memoria con todas ſus luzes eſta maravilla, y èſta como transfiguracion glorioſa de Franciſco con el Sol en el roſtro, y derramado por el veſtido, el fuego en el pecho, y la nieve en la Hoſtia, que tuvo en la mano.

§. III.

PRedicò el Santo varios Sermones en Sevilla, para alumbrar de todas maneras aquella Ciudad, delicias de Eſpaña, y aun de la Europa: Aplicò mucha eficàz triaca contra el veneno diſsimulado en la eloquencia de Conſtantino, cuyos labios eran aſpides floridos. Dizeſe, que oyendole un Sermon Borja, ſaliò de èl laſtimado, como el que avia atendido un engaño con embozo, y una dulzura tenido en el Aconito, vomitado en la rabioſa eſpuma de el Cerebro. Previno cauteloſamente à muchos, anticipando el remedio al daño, y les hablava al oìdo con la oportunidad de aquel Verſo: *Aut aliquis latet error, equo ne credite Teucri.* Fuè eſta prevencion, y luz de Franciſco poderoſa à introducir en las orejas el recato, con que debiò ſer eſcuchado aquel elegante monſtruo, que deſpues en la carcel ſe arrimò un puñal al pecho, y fuè ſu infame brazo Juez, Reo, y Verdugo. Esforzò à ſus Hijos Borja à que le hizieſſen guerra, primero eſcondida, y deſpues en Campaña abierta, haſta que la ſeveridad de el Santo Oficio empleò contra ſus errores todo ſu zelo, valiendoſe de los Jeſuìtas para convencer, y ablandar la obſtinacion de los que eſtavan en las Carceles, por aver bebido incautamente ſus errores: y fueron muchos los que bolvieron al gremio de la verdad, conociendo los precipicios à que los avia guiado ſu error. Y el Santo Borja, que avia trabajado infatigablemente en eſta cauſa con la razon, con la preſencia, y con la pluma, ſe inundava en conſuelo con eſta noticia, viendo cortadas muchas cabezas eloquentes à la Hydra, y tan apretadas las gargantas de las que quedaron vivas, que no pudieſſen inficionar con ſu reſpiracion ponzoñoſa.

Deſde Sevilla paſsò à San Lucar de Barrameda à infundir alma, y aliento en aquella Fundacion deſeada, y à bañar en conſuelo el eſpiritu de ſu Tia la Duqueſa. Mas à pocos dias recibiò un Pliego de la Princeſa Doña Juana, mandandole dàr preſto la buelta à Caſtilla, porque la Reyna ſu Madre ſe hallava deſde los principios de Enero con eſtraños accidentes de mayor furia, que anunciavan ſu muerte vezina, dando el deſorden, y el furor ſu ultima llamarada: Con eſto huvo de partir apreſuradamente Borja; y aviendo muerto poco deſpues ſu Tia la Duqueſa, (que haſta poco antes ſolo avia ſido Condeſa de Niebla) quedò aquella Fundacion deſtituìda: y ni con el largo curſo de tantos años ha podido ſalir de entre las pequeñeces de ſu primera Cuna. Los pocos dias que eſtuvo en San Lucar Borja, alumbrò nuevamente con ſu predicacion aquel noble Terreno, ſiendo ſu frente mejor Templo de el Luzèro, que el que diò nombre à aquella Ciudad antigua: Hallavaſe en San-Lucar Melchor Marcos, de Nacion Cathalàn, que ſegun el Padre Bartoli afirma, avia ſido criado del Santo Borja; y ſiendo ſingularmente dieſtro en la Muſica, ſeria uno de los que componian la armonìa de ſu Capilla, quando Virrey de Cathaluña: y aunque ſeñalò rentas deſpues à los mas en ſu Igleſia Mayor de Gandìa, pudo aver embiado à ſu Tia la Duqueſa de Medina-Sidonia eſte inſigne Muſico, para que ſirvieſſe à la

Año de 1554.

Igleſia de San Lucar, donde aora eſtava. Y aviendoſe eſcuchado deſde el año antecedente el grito ſonòro, con que ſu Dueño llamava àzia el deſengaño deſde el Pulpito, percibia la razon nuevos puntos de armonia, ignorada haſta entonces de ſu deſtreza, ſin poder acallar el rumor muſico, que dexava en ſu phantaſia el eco de Borja. A quien ſe reſolviò imitar en la profeſsion de vida, y en las perfecciones del Alma: y aviendo partido apreſuradamente Borja à Sevilla, dexando en San Lucar ſolo al Hermano Diego Lopez, en cuyo ſemblante vivia la compoſtura, ſe confirmò Melchor Marcos en ſu vocacion con el ſingular exemplo, que atendiò en eſte Hermano. Partiò à Sevilla arrebatadamente en buſca del Santo Borja, que le embiò guſtoſo en la Compañia, donde viviò con admirable candor, y pureza de el Alma: y mereciò, que San Ignacio le ſeñalaſſe luego, no ſolo por compañero inſeparable de Franciſco, ſino por Superior ſuyo, en lo que pertenecia al trato de ſu Perſona, y al cuydado material de ſu vida. Y Borja haſta lo ultimo della obedeciò à eſte humilde Religioſo Hermano con eſtraño rendimiento, à quien ſolo pudieron igualar el cariño, y la confianza: ſiendo tanto mas precioſa eſta obediencia, quanto era mas prolixa, viviendo ſiempre vezina al precepto, eſpecialmente donde à mucha coſta de la docilidad ſe avia de andar ſugetando la diſcrecion à la ignorancia de una devota ſencillèz.

Al partir de Sevilla hizo el Santo Comiſſario una Platica à ſus Hijos lleno de fervor, y de eloquencia; y encendido en ella con aquel calor, que ſuele arrebatar àzia el ſemblante el eſpiritu de prophecìa, dixo à los Padres, y Hermanos èſta: *Una de las coſas, que me llevan conſolado, es la ſuma pobreza en que os dexo, ſin Caſa, y ſin tener que comer; pero no tengais pena, que yo sè que todo os ſobrarà algun dia.* Eſtas vozes propheticas ſe vieron bien acreditadas, y cumplidas en tres Caſas numeroſas, y opulentas, que tuvo deſpues en aquella Ciudad la Compañia: y ſe conociò, que el Eſpiritu Santo derramava luz por la garganta de Franciſco, tambien como por el roſtro, y que ſu voz Divina era un arrulſo prophetico de la Paloma. De buelta à Caſtilla paſsò por la Ciudad de Granada, belliſsimo Jardin de eſta Monarquia, y Paraìſo de Eſpaña, de el qual eſtuvo tantos ſiglos deſterrada la Fè, la Religion, y la Inocencia, paſſando à ſer Paraìſo de Mahoma. Deſeava ſu Iluſtriſsimo Arzobiſpo Guerrero eſtablecer Colegio de la Compañia, y vino el Santo Borja à fomentarle con ſu preſencia. Al acercarſe à Granada, ſe le entrò por los ojos la memoria de aquella feliz tragedia, donde en el ſeno de un Cadaver hallò Imperial Cuna ſu dicha: mirò àzia el nido del deſengaño en la Puerta de Elvira, y entonces ſe bolviò à los ojos la memoria, y bolviò tambien à humear el eſtrago en la phantaſia. Y por no faltar à la legalidad mas exacta, que debe la pluma à la Hiſtoria, avrèmos de advertir aqui de paſſo, que aunque diximos aver ſucedido la Converſion del Santo Borja en la Real Capilla de Granada; punto, en que eſtàn acordes todas las plumas de ſu Hiſtoria, aviendo paſſado deſpues à reconocer, y admirar aquella Ciudad deleytoſa, hallò ſer tradicion conſtante, y aun noticia caſi authenticada, que la admirable Converſion de Borja, al abrir la caxa, que ateſoraba mas deſengaño, que Mageſtad difunta, fuè al entrar por la Puerta de Elvira, donde ſe hazia la entrega: y en memoria deſte ſuceſſo, que diò tan grande eſtampido por toda Eſpaña, ſe repreſentava en un Lienzo aquella mudanza pavoroſa ſobre la miſma Puerta, aunque aora acabò yà de borrar el tiempo, y el deſcuydo eſte debil recuerdo de una memoria, que debria apoſtar duracion con la miſma Sierra, que dà el nombre à la Puerta de Elvira.

§. IV.

BOlviò el Santo Borja à Caſtilla, aviendo iluſtrado la Andalucia, y añadido à los Campos Eliſios nueva gloria. Y como ſu zelo meditava ſiempre nuevas induſtrias en utilidad de las Almas, diſpuſo, que ſe fundaſſen en varios Colegios de la Compañia Eſtudios de Gramatica, y de Rethorica, que ſe abrieſſen mas Aulas à la Phyloſofia, y à la Theologia Sagrada, y Eſcuelas, en que aprendieſſe à leer, y eſcrivir la èdad mas tierna, donde ſe imprimieſſe blandamente à buelta de las letras el temor Santo, que ſuele crecer arrimado al tronco, quando eſtuvo teñida en èl la raìz deſde el principio. Los primeros Eſtudios de Latinidad, fueron en Medina del Campo eſte año de cincuenta y cinco, donde concurrian entre la juventud veinte y quatro Sacerdotes de buen- Año de 1555.

exem-

exemplo, deſeoſos de perficionarſe con eſta aſsiſtencia en la lengua Latina, y en la humildad Chriſtiana. Los Cavalleros embiavan ſus Hijos, y ſe deleytavan en vèr, que crecian en la compoſtura, y en la enſeñanza, mucho mas que en la proporcion de la eſtatura. Solo un Regidor, hombre poderoſo, y de mucha authoridad con el Pueblo, clamava contra eſta publica enſeñanza de la Compañia; y yà en los Concurſos, yà en los Ayuntamientos dezia, que èſte era Señuelo de los Jeſuìtas, para entreſacar las flores mas cultas, y enriquecer la Compañia de ingenios, y de haziendas: quexas, que deſpues de muchos años ſe hizieron proprias de diſcurſos plebeyos, como ſi las Religiones neceſsitaſſen de engaños para ennoblecerſe con Hijos: ò como ſi en un Gremio, donde no ſe dobla la llave, y aun queda mal cerrada la puerta, ſe pudieſſe eſperar prudentemente, que perſeveraſſe aquel, à quien introduxo una violencia, ò una mentira cauteloſa. Llegavan ſus vozes à eſcandalo, ſin querer templarlas, yà que no à la razon, ſi quiera à la flaqueza de el Vulgo. Tenia un Hijo tiernamente amado, y aſſegurava, que antes le embiaria à criar entre fieras, que entre los Padres Jeſuìtas. Mas preſto ſintiò el rayo de la ira ſobre ſu cabeza; porque un dia, que acabava de prorrumpir ſu indignacion en expreſsiones deſcompueſtas, y roncas, bolviendoſe contra los que fiavan ſus prendas amadas à nueſtras Eſcuelas, ſe hallò ſu inocente Hijo oprimido de un accidente violento, que le arrancò ſubitamente la vida, y al Padre mucha parte del corazon en aquella Alma. Y no baſtando aun eſte azote tan ſenſible, para que ſu genio libre, ò ſe templaſſe de advertido, ò de medroſo, experimentò otro mas fuerte, hallanſe obligado à ſalir fugitivo de ſu Patria, confiſcada ſu hazienda, y condenado à muerte en rebeldia, amenazando el cuchillo executivamente à una garganta, por donde avian reſpirado injurias porfiadas contra los miniſterios ſantos la ſinrazon, y la oſſadìa.

Abriò luego Franciſco muchas puertas à las letras humanas en Plaſencia, donde tambien aſsiſtian entre los pimpollos mas floridos, Hombres de muchos años, y algunas iluſtres Dignidades de aquella Santa Igleſia vàn à oìr la Rethorica, dexandoſe venerar mas las canas confundidas entre las roſas. Puſo tambien Eſtudios de Gramatica en Burgos, en Monte-Rey, en Murcia, en Cordova, y en los mas de los Colegios que fabricava. Fundò los Eſtudios Mayores de Salamanca, debiendo eſte nido de Reales Plumas al Grande Borja ſus primeras alas. Embiò à Roma muchos Jeſuìtas de vivos, y fecundos ingenios, que diſtribuìdos en varias Provincias, leyeſſen Sagrada Theologia, enſeñaſſen las Artes liberales, y las Lenguas Griega, y Latina, y no pocos iluſtraron en Roma aquellos Eſtùdios: Embiando al miſmo tiempo otros, que bebieſſen en el Tibre eſpiritus delicados: y de eſtos ſe derramaron deſpues por la Francia, Sicilia, y Germania à dictar la Theologia, y à exponer la Eſcritura con grande utilidad de la Santa Igleſia, que oy ſe enriquece con los Comentarios de algunos. Sentia el Padre Araòz, Provincial de Caſtilla, la irreparable perdida que hazia en tan dignos ſugetos la Nacion Eſpañola: y èſte fuè el principal motivo, de que ſu dictamen ſe huvieſſe atendido ſiempre como encontrado al del Santo; mas quando los entendimientos humanos no eſtuvieron en alguna parte diſcordes, aun viviendo abrazadas las voluntades? Pues ſaben las Almas formar un ſigno, parecido al de Geminis, al miſmo tiempo que los entendimientos viven entre sì tan lexos, como los dos Polos. Finalmente nueſtra Monarquia debe à San Franciſco de Borja el incomparable beneficio de vèr criada la tierna edad à los pechos de la virtud, haziendo al deſengaño nacer antes del eſcarmiento. Y no menos, que huvieſſe derribado el Padron infame de Nacion inculta, y aun de barbara, con que la ultrajaba la verdad, ò la embidia, ſiendo la erudicion tenida por Ave Eſtrangera en Eſpaña, y ſe vèn oy florecientes ſus Playas, cultos los troncos en ſus Selvas, los Campos ſembrados de erudiciones entre las mieſſes, los Rios Eſpañoles nevados de Ciſnes; tanto, que con la amenidad de las buenas letras ſupo plantar Jardines dentro de las Almas.

Para ocupar tantas Cathedras de Gramatica, era fuerza ſacar à muchos Hermanos de los Eſtudios de Artes, y Theologia, tronchando en cierne las eſperanzas, y en boton las roſas. Laſtimavanſe muchos de eſte fatal deſtrozo, que hazia en la ſabiduria el zelo de Franciſco, ſiendo de no poco exemplo vèr tanto ingenio delgado dexar guſtoſamente los pechos de la Sabiduria en que ſe cebava el diſcurſo, y conſagrarſe para ſiempre al humilde peſado exercicio de enſeñar los rudimentos primeros de la lengua Latina,

pidiendo muchos à porſia con imponderable conſuelo de Borja. Un dia en Valladolid le diò el Padre Araòz amoroſamente eſta quexa, à que ſatisfixo con grande ſoſsiego Borja. Dixole, que aquellas eſperanzas floridas no podian romper deſpues en frutos mas ſazonados, que los que daban aora en aquel exercicio à la Compañia, à la Republica, y al exemplar de los venideros. Que llegavan à los fines mas glorioſos, ſin paſſar por tan perezoſos medios, y tan lubricos paſſos, como ſon los de los Eſtudios: que muchas de aquellas flores, en el dilatado concurſo de ſiete años de eſtudios, ſe huvieran de helar con el rigor de los Inviernos; porque la muerte, los achaques, y otros acaſos, eran verdugos familiares de los grandes ingenios, y hazian lo que algunas Serpientes, que ſuben cauteloſamente à los nidos à morder, è inficionar Reales Pollos. Además de que eſperava, que la amoroſa Providencia por aquellos Polluelos, que le ſacrificava, daria tantas Aguilas à la Compañia, que unidas en eſquadron alado de perſpicaces ojos, y de plumas, apenas dexaſſen rayo eſcondido al Sol, acercandoſe por rumbos de luz al corazon de la verdad. Que por aquellas Eſcuelas, que èl fundava, avia de fundar, y eſtablecer la Sabiduria Eterna una nueva Eſcuela à la Compañia, cèlebre en la Igleſia, donde la poſteridad bebieſſe admiracion con la Doctrina. Al fenecer eſtas clauſulas, fixò el Santo en el Cielo la viſta, como ſi fueſſe una de las Aguilas que prophetizava; y dando à la lengua nueva alma, dixo en voz mas ſonora: *Vendrà tiempo, antes de muchos años, en que ſobren à la Compañia inſignes Phyloſophos, y Theologos, y llegaràn à ſer admiracion ſus Libros: Seamos liberales con Dios, que ſu Mageſtad nos bolverà ciento por uno por eſtos que le damos.* Prophecia, que reconoce el Mundo bien cumplida, y que Borja ſembrò aquellos ingenios, y aquella luz para coger Aſtros deſpues, ſaludando à Minerva con eſtas primeras corrientes derramadas, ò eſparcidas como en ſacrificio àzia lo alto, para que de cada gota ſalieſſe un Rio, y de cada atomo de luz nacieſſe un Sol.

* * * * *
* * * *
* * *
* *
*

CAPITULO XIII.

ASSISTE A LA MUERTE DE la Reyna Doña Juana, y ſu Oracion la reſtituye milagroſamente el juizio con aſſombro, y conſuelo de toda la Monarquia. Sabe, que el Papa Paulo Quarto reſolvia tomarle por inſtrumento, para declarar deſde los Pulpitos excomulgado à Phelipe Segundo, y alcanza de Dios, que le borre del Alma eſte penſamiento.

§. I.

Avia caſi cincuenta años, que la Reyna Doña Juana tenia enfermo el entendimiento, y aun parecia averſele caìdo de el Alma aquella noble Potencia. Y ſiendo Hija de aquellos dos grandes Oraculos de ſu ſiglo Doña Iſabel, y Don Fernando, en cuyas Reales Cabezas tuvieron ſu nido la Prudencia, la Arte Politica, y mas profundas maximas; ſacò de aquel ſeno Auguſto, y de aquel Tronco Sabio, yà que no defectuoſo el juizio, capàz de flaquear al impulſo de un ligero acaſo: tan poca conſequencia ſuele guardar la Naturaleza, degenerando à vezes de sì miſma. Era Madre del Emperador Carlos Quinto, cuyo Eſtoque victorioſo reſplandecia ſobre el viento en las quatro partes del Mundo, de Don Fernando, Rey de Ungria, y de Boemia, Archiduque de Auſtria, y electo Emperador deſpues: Sus Hijas honravan los Cetros Francia, Ungria, Portugal, y Dinamarca. Mas la que avia dado Leyes, y Monarcas al Mundo, avia perdido el govierno de ſu meſmo alvedrio, y de aquel breve racional Mundo, trabucado el primer mobil en ſu entendimiento con la muerte de ſu Eſpoſo el Rey Phelipe el Primero, Hijo del Emperador Maximiliano, y ſugeto hermoſo de todas las adoraciones de ſu ſiglo, perdiò eſte Principe Joven el aliento entre las mas bellas flores de ſu edad, que alegrava con ſu ſemblante el Dosèl; y la muerte, yà que no pudo quitar la vida à la Reyna, que le amava con mas ternura, que quantas ſe repreſentan en las Fabulas, y en las Novelas, le matò la razon, y era mas facil reſucitar à ſu difunto Eſpoſo, que ſacar à ſu entendimiento vivo del Sepulcro, acreditando ſu amor, y ſu fineza con la miſma locura, que yà antes avia tenido algun ſenſible principio, mordido de un aſpid ſu entendimiento.

Avia ſido Muger de mas valor, que el que ſuele diſpenſar la Naturaleza à un pecho femenil; porque aviendo paſſado à Flandes, donde eſtuvo con total olvido de ſu Patria, para gaſtar en el Rey ſu Marido toda la memoria, aunque le tenia preſente en Palacio, y mucho tiempo à la viſta, quando bolvieron à tomar poſſeſsion, de los Dominios de Eſpaña, en ocaſion, que el Mar fingia bonanza traydora, empezò à ſoplar un viento tan impetuoſo, y tan villano, que ſe enfureciò, no ſolo contra las grandes Velas, ſino contra las pequeñas urcas: cada ola era una tormenta hinchada; porque arrollado en montes de agua todo el Occeano, bolvia à romper ſu ſeno con un bramido, moſtrando à los Baxèles hondo ſepulcro, y los que poco antes eran montes altos, paſſavan à ſer foſſos. Subian al Cielo los votos embueltos en gemidos, para atraer algunos Santelmos. Parecia yà inevitable el naufragio, y la comun ruìna, cada farol ſe mudava en funebre candela, y cada Navegante mirava à la Muerte fluctuar ſobre la ola que venia. Y quando eſtavan cubiertos de triſteza, haſta el corazon mas varonil, y mas animoſo, empezando à naufragar primero en ſu miſmo llanto; ſola la mas que varonìl Reyna Doña Juana, con toda la ſerenidad en el roſtro, que faltava al indignado elemento, ſe viſtiò de gala, y enriqueciò el peligro, y el traxe con todos los Diamantes, que hallò à mano la priſſa, adornandoſe de cintillas para ſer victima, y eſperando aſsi esforzadamente, que ocupaſſe ſu vida la poſtrera ola, antes que el miedo ſe atrevieſſe à ocupar ſu oſſadìa. Aſsi arraſtrava pompa, quando ſe veſtia luto haſta la blanca vela, adornando de gallardetes aquel Baxèl racional, que eſtava dando al travès. Aplacò el Mar ſu fiereza, calmò el viento, y arribaron à la Coruña à treze de Abril de 1506. dexandoſe vèr en Eſpaña en el roſtro de Philipo otra nueva Primavera, que agoſtò infauſtamente el Septiembre de aquel miſmo año. Y la que à viſta de ſu propria muerte moſtrò un corazon tan esforzado, en la de Phelipe el Hermoſo perdiò el tino, flaqueando la razon en menos naufragio, porque el amor era el dueño del Baxèl (mal Piloto, por ciego, ò por mal alumbrado.) Aviendo perdido al Rey ſu Eſpoſo, perdiò tambien en el entendimiento la mejor alhaja, que le avia dado la Naturaleza, ſiendo tan cruel la deſdicha, que aun no la dexò razon para llorarla. Si bien alguna vez, que ſe hazia incautamente reflexion, ò recuerdo ſobre las prendas del Difunto Philipo, cobrava parte la razon para bolver à perderla toda con la memoria, y la ruìna de aquel Adonis Alemàn, ò jacinto hermoſo, cuyo triſte ay, transformò à ſu Eſpoſa en otra flor, que tenia mucho de vegetable, à vezes poco de ſenſible, y nada ſiempre de racional.

Entre los accidentes de ſu locura ſe hazia mas ſenſible el horror à todo lo que fueſſe accion de piedad, enfurecida la imaginacion ſiempre, que ſe le repreſentava ſu mayor bien. Avia llegado yà à los ſetenta y tres años tan robuſta, como quien no avia deſangrado en el diſcurſo las fuerzas mas delicadas del Alma: creciò la furia por el mes de Enero de quinientos y cincuenta y cinco, paſſando lo mas del dia en un laſtimero grito, con que aterrava el Palacio, y entriſtecia el Pueblo. Diò cuenta deſte nuevo accidente el Marquès de Denia à la Princeſa Doña Juana, que al punto deſpachò un Pliego à Borja, para que aſsiſtieſſe à la infeliz Reyna; punto muy recomendado de Felipe Segundo al emprender ſu jornada. Llegò à Tordeſillas el Santo Borja à los ultimos de Febrero, ò principios de Marzo, donde eſtuvo haſta los onze de Abril, en que falleciò Doña Juana, aunque algun dia, en que no inſtaſſe el peligro paſſava arrebatadamente, ò à la Corte, ò al Noviciado. Año de 1555. Todo eſte tiempo gaſtò Franciſco en ofrecer à Dios Sacrificios, y penitencias, Oraciones, y lagrimas, para que reſtituyeſſe la vida al Cadaver de aquella Alma: iba à Palacio, hablava con blandura à la Enferma, y parecia, que ſe dexava liſonjear el deſorden, eſcuchando aquella lengua dulciſsimamente devota, y que ſe templava de reſpeto la locura à ſu viſta. Bolvia à inſtar el penitente Borja con ruegos, y con ardentiſsimos gemidos esforzados con extraordinarias penitencias, y ayunos, paſſando no pocas noches poſtrado en Oracion para merecer à Dios eſta grande merced. Entrava por la mañana à la Quadra de la Reyna, y hallava, que la obſtinacion de la locura iba cediendo à la porfia, y que yà el furor declinava en ternura. Haſta que un dia, aviendo agotado todo el caudal ſus ojos en eſta ſuplica, y todos los ſuſpiros ſu confianza, reconociò, que el entendimiento de la Reyna avia cobrado algunos puntos de armonìa, que iba boltezando la razon, que avia eſtado mas de cincuenta años profundamente dormida: y al fin, que palpitava yà el juizio dentro del Alma, esforzò entonces ſu grito el corazon del Santo, y en cada ſollozo inſpi-

rava à ſu razon enferma nuevo aliento, porque no ſolo eſcuchava con guſto las exortaciones de Franciſco, ſino que prorrumpiò en ſuſpiros tiernos, no yà por ſu galàn Joven marchito, ſino por ſu entendimiento tantos ſiglos difunto, teniendo yà baſtante razon para ſentir mucho averla perdido. Deſte primero natural movimiento paſsò al ſegundo mas noble, y mas deſeado, llorando ſus paſſadas culpas con la mas cuerda expreſsion de ſentimiento: y aun llorava los exceſſos de ſu locura, como ſi fueſſe delito la deſgracia, ò como ſi pudieſſe ſer culpa el no tener alvedrio para cometerla.

§. II.

EL aſſombro, que causò eſta mutacion inopinada de la Reyna, fuè como de suceſſo, que no avia cabido, ni aun en las beleydades de la eſperanza: viendo, que en cincuenta años, que tenia de poſſeſsion el mal, no avia dado un inſtante de treguas al juìzio, ni aun aquel pequeño intervàlo, en que ſuele reſpirar con algun ſoſsiego la razon de un loco, y mucho mas en eſte trance ultimo, en que al deſunirſe aquel compueſto, andava tambien el entendimiento nuevamente deſconcertado, amotinada con mas furor la phantaſia contra el dueño; y que aora cobrava de repente mucha luz, orden, piedad, y razon, con tan admirable ſoſſegado juìzio, como ſi ſe le reſtituyeſſe todo, el que en los cincuenta años eſtuvo repreſado, quando ſolo la falta de uſo baſtava à que ſe embarazaſſe en ſu miſma practica el entendimiento reſtituìdo. Iban todos los Corteſanos à eſcuchar deſde cerca aquella nueva armonìa de una razon milagroſamente concertada, oìanla hablar à ſu dueño crucificado con rara ternura, y con una viva apacible eloquencia, reboſando yà el entendimiento, no ſolo por los labios, ſino tambien por los ojos. Atendian llenos de ſuſpenſion eſte prodigio, y luego bolvian los ſemblantes, y las admiraciones àzia el Santo, venerando la deſtreza milagroſa del que avia ſabido templar aquella Cytara, no ſolo ronca, y deſcompueſta, ſino deſpedazada, y ſin traſtes, donde piſaſſe la phantaſia. No faltava quien exclamaſſe: O Divino Borja, que de un inſtrumento deſacordado, roto, incapàz de aliento, y de recibir à pauſas el ſoplo, ſupiſte hazer muſica ſoberana! Y que eſtando para quebrarſe del todo en el poſtrer ſuſpiro, cantaſſe Ciſne un entendimiento, que viviò ſiempre deſtemplado!

Era meneſter, que Franciſco dilataſſe ſu pecho, para que le cupieſſe el gozo; confeſsòla deſpacio, y viò que explicava ſu dolor, y ſus culpas con igual tino, que ſi en aquellos cincuenta años huvieſſe frequentado eſte Sacramento. Con todo eſſo, porque no inſtava el peligro: y por ſatisfacer al Vulgo, que podria concebir eſcandalo, ſi ſe paſſaſſe luego ſin examen mas rigoroſo, à darla el Santo Viatico, rogò al Marquès de Denia, que ſe conſultaſſe en Salamanca, ſi ſe le podian, y debian adminiſtrar todos los Sacramentos de la Igleſia, paſſando fielmente à la pluma todos los argumentos, y aun evidencias de que el juìzio ſe avia reſtituìdo enteramente à ſu Real Trono: y aun añadiò Borja, convendria mucho, que el Maeſtro Fr. Domingo Soto, à cuyo entendimiento avia paſſado mucha porcion de ſu luz la Eſtrella fecunda de Santo Domingo, vinieſſe à la poſta, para que formaſſe mas cabal juìzio del que avia cobrado la Reyna. Llegò el Doctiſsimo Soto, y tomando el pulſo à la razon, como Medico ſabio en la curacion de las dolencias del entendimiento, conociò, que no ſolo tenia luz baſtante para llamarſe razon, y ſoſsiego, que ſe apellidaſſe juìzio, ſino un ſaber milagroſo, que tenia algo de infuſo. Y que aſsi ſe le debian adminiſtrar los Sacramentos ſin duda, y dàr gracias deſte ſuceſſo portentoſo à la Divina Providencia. Con eſte dictamen la bolviò à reconciliar el Santo Borja, con tanta ſatisfacion ſuya, como llanto de la Reyna, originado en el dolor, y en el conſuelo en ſus culpas paſſadas, y en ſu preſente dicha. Quando paſſava el Santo Borja à darla el Viatico, la ſobrevino un vomito, que repetido muchas vezes, embarazò eſte conſuelo à ſu eſpiritu, impoſsibilitando antes eſte bien el Alma, y aora el cuerpo.

Recibiò el Sacramento de la Extrema-Uncion con increìbles ſeñas, y expreſsiones de piedad: y caminando yà à la muerte, cercado el lecho de ſu noble Familia. Borja, que eſtava con el Crucifixo en la mano à ſu cabecera, la dixo en voz alta, que ſe acabava yà la ultima hora de ſu vida, y que era meneſter pedir à Dios con todo el esfuerzo de ſu Alma perdon de todos los exceſſos, con que huvieſſe ofendido à la Bondad, y hermoſura Divina: à que reſpondiò con devota obediencia, con fervor, y con ternura, ſubſtituyendo con las acciones, y con las lagrimas la expreſſion embarazoſa de la lengua, hiriendo el pecho con flaca mano, pero con impulſo doloroſo. Preguntòle el Santo, ſi queria,

que

que en nombre ſuyo hizieſſe la Proteſtacion de la Fè, ſino podia pronunciarla ſu Mageſtad? A eſta nueva, y mas ſonòra voz, bolviendo el ſemblante alagueñamente àzia San Franciſco de Borja, reſpondiò la Reyna Doña Juana con paſmo de los que eſtavan à la viſta: *Empezad à dezir Vos el Symbolo de la Fè, para que le vaya repitiendo yo.* Executòſe aſsi, y la Reyna ſe alentava, no ſolo repitiendo lo que el Santo dezia, ſino que anticipava algunas de las clauſulas ella miſma; y al acabar dixo, Amen, en mas corpulenta voz. Diòle el Santo à beſar el Crucifixo, y abrazada con èl, le acercava ella miſma repetidas vezes à ſu boca: y exortandola Franciſco, à que le pidieſſe ſocorro en aquel paſſo, exclamò la Reyna, recogiendo todo el aliento: *Jeſu Chriſto Crucificado ſea conmigo.* Tomò el Santo una Imagen de Nueſtra Señora, y esforzava à la enferma para que ſe encomendaſſe à la que era Reyna ſuya; y clavando los ojos en el roſtro de la Imagen, la besò los Pies con eſpecial repetido afecto, regalandoſe con la Madre, y con el Hijo, haſta que entre uno, y otro diò el gemido poſtrero la noche del Jueves Santo. Quedando en toda la Corte con nuevos realzes de veneracion la Santidad de Franciſco, à viſta de tan portentoſo ſuceſſo, pues apenas mirarian como mas prodigio, el que huvieſſe dado razon à un tronco.

Año de 1555.

Eſte caſo refiere, no ſolo el Padre Orlandino en la Hiſtoria de la Compañia, y todos los que eſcrivieron proezas de Borja, ſino tambien el Doctor Herrera, que fuè teſtigo de viſta, à cuyos apuntamientos debe mucha luz mi pluma: y el Iluſtriſsimo Fray Prudencio de Sandoval en la de Carlos Quinto. Deſpachò luego el Marquès de Denia al Contador Juan Perez de Arizpe con Pliego al Ceſar, en que le daba eſta noticia, junta con el conſuelo de aver buelto antes de morir à ſu juìzio la Reyna por las Oraciones del Santo Borja. Eſcriviò tambien al Emperador el Santo, aunque el dia antes, que murieſſe la Reyna, ſe le avia yà deſpachado otro Correo con el aviſo, de que ſe hallava libre de ſu antiguo fatal accidente, y de que ſe avia confeſſado con vivo conocimiento. En eſta ultima Carta le dize Borja: *Con un Correo, que à diez de Abril deſpachò el Marquès de Denia, dando cuenta à V. Mageſtad de la indiſpoſicion de la Reyna, hize relacion de la merced, que Nueſtro Señor hizo à ſu Alteza en ſu enfermedad por averla dado, al parecer de los que ſe avian hallado preſentes, muy diferente ſentido, y juìzio en las coſas de Dios, de el que haſta alli ſe avia conocido en ella. El Contador Arizpe darà mas particular cuenta à V. Mageſtad como Hombre, que ſiempre tuvo mucho cuydado del bien eſpiritual de ſu Alteza, y que tanto ha trabajado, en que ſe puſieſſen todos los medios para traerla en el recuerdo de Dios Nueſtro Señor. Doy muchas gracias à la Mageſtad Divina por la ſatisfacion, que à todos eſtos Reynos quedò del buen fin, que ſu Alteza tuvo, cuyas ultimas palabras, poco tiempo antes, que eſpiraſſe, fueron: Jeſu-Chriſto Crucificado ſea conmigo.* Aſsi referia el Santo eſte ſuceſſo, eſcriviendo ſolo lo que baſtava à la edificacion, y al conſuelo, y callando todo lo que pudiera ſer elogio ſuyo. Lo miſmo eſcriviò la Princeſa al Emperador ſu Padre, y à ſu Hermano, y el grande Arzobiſpo Inquiſidor General Don Fernando de Valdès no acabava de admirar eſte ſuceſſo, y mirava deſde entonces à Borja como mas que humano, y como el ſugeto mas oportuno para introducir verdad, y peſo à los dictamenes en las Cabezas de los Reyes. Ni fuè ſola eſta ocaſion, la en que moſtrò imperio ſobre el freneſì mas obſtinado: porque otra vez recabò ſu Oracion, que ſe reſtituyeſſe à ſu entendimiento un Hombre moribundo, que avia vivido muchos años freneticamente agitado, aviendo perdido el Timon ſu alvedrio, apagando toda la luz de ſu razon un ſoplo violento, haſta que con la aſsiſtencia del Santo bolviò à cobrarle, y aviendoſe confeſſado con el corazon mas dolorido, arribò al Puerto. De ſuerte, que eſte grande Apoſtol, Bien-hechor de la Igleſia, Franciſco de Borja, no ſolo ſupo iluſtrar los entendimientos humanos, ſino que daba tambien entendimientos, y deſpues los iluſtrava con ſus diſcurſos.

§. III.

DE Tordeſillas paſsò à la Corte, donde hallò una noticia, que le tocò al Arma en lo mas vivo del pecho, de la conciencia, y de la honra. El conducto deſte aviſo ſe ignora, porque Borja diſsimulava no pocas vezes los aviſos, que le dava el Cielo con el nombre de noticias ſecretas, que le fiava un Amigo. Supo en fin, que el Pontifice Paulo Quarto, quando apenas avia ocupado la Silla de San Pedro, reſolvia publicar excomulgado à Felipe Segundo, y à los Miniſtros de ſu Tribunal Supremo: y que Borja fueſſe

el

el inſtrumento deſta publicacion, que ſe avia de hazer deſde el Pulpito en la Corte, y en otras Ciudades de Eſpaña, bien perſuadido, à que con eſte inſtrumento acreditava mas los motivos de ſu enojo, y dava mas authoridad, y mas ſaña al rayo.
Año de 1555. Eſta noticia atravesò el corazon de Borja con la mas penetrante ſaeta, deſangrandoſe por los ojos el Alma. Hallavaſe entre dos eſcollos encontrados, y como repetia èl miſmo, entre Scila, y Carybdis, ſiendo forzoſo romperſe contra uno dellos, y eſtrellar toda ſu manſedumbre en una roca infame. Tratò de aplacar al Cielo irritado, partiò à Simancas con el Padre Dionyſio, que obſervò en el camino una deſacoſtumbrada Nube en ſu roſtro, que anochecia ſu ſemblante, ocupando la melancolìa ſu frente à la ſerenidad, pues era el roſtro de Borja aquel Rio Nauro, que riega la Theſalia, cuya ſuperſicie nunca ſe atreviò à ocupar la Niebla. Preguntòle la cauſa de ſu triſteza, rogandole, que no ocultaſſe à ſu fiel Compañero lo que publicava el roſtro. Reſpondiò Borja, embiando delante un ſuſpiro, yo traygo el corazon metido entre una Tiara, y una Corona, piedras ambas tan duras, como precioſas, que no ſolo ſe exprimen toda la ſangre, y el vital jugo, ſino que quieren deſtilarle tambien el ſufrimiento. Yo ſupe oy por bien ſecreto, y bien ſeguro aviſo, que la Cabeza de la Igleſia enfurecida contra nueſtro Monarca, y los Miniſtros de toda ſu Juſticia, ſe reſuelve à declarar Excomulgados, y Sciſmaticos al Principe Don Phelipe, y à todos ſus Tribunales, obligandome à mi con cenſuras por ſus Letras Apoſtolicas, à que ſea infeliz inſtrumento, que tome en la mano azote tan ſenſible, que caſtiga mas al meſmo Verdugo. Batallan dentro de mi pecho las dos eſtrechas obligaciones de Subdito, y de Vaſſallo, y me es preciſo, ò ſer reo de la Mageſtad, ò del Supremo Paſtor. Mi corazon es aquel pedazo de Mar en Sicilia, donde luchan opueſtas olas, y no puede navegar por entre ellas, ni la razon, ni afecto alguno ſin conocido naufragio. No porque ſienta el peligro de mi vida, ni de mi honra, que todos los dias ſacrifico en mis deſeos al bien de la Igleſia, ſino porque ignoro con la obſcuridad, que me cauſa la confuſion: En que eſtremo hallarè el acierto? Solo ſe me repreſenta, que ſino obedezco, parece que me hago delinquente, y tranſgreſſor del voto, y me expongo à todo el fuego del rayo, que fulminava Jupiter deſde el Aventino. Y ſi me rindo al precepto, veo arder por Eſpaña el eſcandalo, y que el ſilvo del Paſtor ha de paſſar à ſer trueno, con que ſe eſtremezca la Religion, y el Mundo, debiendo temerſe mucho, que ſe encienda una guerra, y una llama, en que abraſſe la fé de la Nacion Eſpañola: pues de menos Centellas han crecido los incendios laſtimoſos de otras Monarquias. Y mas quando ſabemos, que eſtas diſcordias ocultan raìzes mas profundas, y aun no sè ſi viciadas: y que los particulares intereſſes ſe introducen à ſer zelo en muchos corazones. Con todo eſſo yo vivo reſuelto à conſultar mi obligacion con Dios, y con los Sabios, y à no apartarme della un punto, aunque ſe apartaſſe de ſus exes el Cielo, y eſpero en mi Dios, que he de poder jugar con la deſdicha entre la revolucion de los ſuceſſos, y de la fortuna, como aquellos pezes, que en el Mar hazen muſica de los bramidos, y de la tormenta.

Alentòle mucho el Padre Dionyſio, y ambos acordaron ofrecer ſus Sacrificios, y acrecentar ſus ruegos ſobre punto tan arduo. Anduvo Borja muchas ſemanas afligido; oprimiendo ſus miembros flacos el ſilicio, el rigor, y el ayuno, coſiendo ſu boca con el polvo, no teniendo ſus ojos mas exercicio, que el llanto. Hallòſe una noche en la Oracion tan animoſo, que no pudo dudar, ſin deſmentir à toda la luz del buen ſuceſſo, aunque no ſabia el modo, rayando ſobre ſu corazon la eſperanza, antes que ſobre ſu cabeza la Aurora. Y dentro de pocos dias tuvo Pliego de Roma, en que ſe le dezia, que el Pontifice, aviendo meditado ſoſſegadamente eſta materia, embaynaba la eſpada, y todas las armas de la Igleſia: y que avian concurrido tan ſingulares circunſtancias à apagar las iras de aquel rayo yà encendido, que conocia toda Roma aver andado muy ſolicita la Providencia, deſpejando las Nubes, y ſoplando ſerenidad en los corazones. Tuvo eſta merced el Santo Borja por una de las mayores, de que ſe reconocia deudor à la Miſericordia: ſiendo tan grandes las que mereciò en el diſcurſo de ſu vida, ſembrada toda de favores entre las Cruzes, y hallando ſiempre ſobre cada eſpina dos roſas. Deſterrò el Papa à ſus dos Sobrinos, el Duque Paliano, y el Cardenal Carrafa, y mandò tambien, que el Marquès Antonio ſalieſſe de Roma: y deſpues el Papa Pio IV. hizo cortar ſus cabezas torcidas àzia el interès, y aora àzia ſu ruìna, porque avian ſido la cauſa de toda la diſcordia entre el Pontifice, y el Rey Catholico, y los que alentavan aquel fuego, en

que

que Italia ardìa,humeava Eſpaña,y le apagaron los ojos de San Franciſco de Borja.

CAPITULO XIV.

FUNDA UN NOVICIADO EN Simancas, Theatro de raras mortificaciones ſuyas, virtudes, y glorias: donde fuè iluſtrado ſu humilde eſpiritu con los mas altos, y mas ſecretos favores del Cielo, ſingularmente con la dichoſa noticia de que era predeſtinado.

§. I.

ERan frequentes las Cartas, en que Felipe Segundo, y Carlos Quinto le mandaban aſsiſtir à la Princeſa en el govierno, expreſſandole, que por hallarſe Religioſo, no debia olvidarſe de que era Vaſſallo, y que la virtud avia de ſervir de arrimo à la lealtad. Y como Ignacio le avia dado orden de que ſe acercaſſe à la Corte la parte del año, que le dexaſſen libre las viſitas, y preciſsion del oficio, ſe hallò obligado à paſſar à Valladolid, no ſin grande dolor, de que la obediencia le embarcaſſe en quel Baxèl, de cuyos baybènes ſe avia ſalido por eleccion. La Princeſa le remitia las conſultas de mas peſo, no tomava reſolucion ſin dictamen ſuyo: buſcavanle muchos Corteſanos para el buen expediente de ſus negociados politicos: fatigaban ſu paciencia con interceſsiones en los pleytos; punto en que Borja procedia con grande recato, aun quando era Preſidente de Caſtilla el inſigne Juan de Vega, ſu fiel amigo, ſino que vieſſe inclinada ſenſiblemente la balanza de Aſtrea àzia el que ſe le recomendava. Miravaſe cercado por todas partes de tantas olas, que hazian mar alta la Ribèra, y aſſuſtaban las ſerenidades de aquella Playa; y anguſtiado ſu eſpiritu, ſolia exclamar: *O quan pocos de los que me buſcan vienen de Jeruſalèn, y quanto mayor numero es el que llega de Egypto!* Aludiendo à lo que cuenta Paladio de San Antonio, que al ſalir de ſu Oracion preguntava con ſentimiento eſto miſmo à ſu Diſcipulo Macario: porque algunos venian à buſcar en Antonio favor del Cielo, y los mas favor de el Mundo; y ſino eſtuvo deſpoblado el deſierto deſta embarazoſa roca del ſoſsiego, que no pocas vezes es mal neceſſario, como lo eſtaria dentro de la Corte Franciſco de Borja, cuya grandeza era tan conocida, y cuyo influxo no pudo ſer ignorado? Pues aunque un eſpiritu inviſible quiſieſſe manejar las riendas ſecretas del valimiento, ſe avia de hazer perceptible à la congetura, y à la malicia de tanto linze Corteſano.

Bolvieron à tratarle muchos con aquellos titulos de reſpeto, de que eſtà oy tan prodigamente liberal el Mundo, y era tanto ſu ſentimiento, como el que ſe vè en muchos, ſi ſe les niega lo que yà ſignifica tan poco, ſino porque aya coſtado mucho. Si alguno inſtava en darle tratamiento de Excelencia, (que por eſte tiempo iba introduciendo la liſonja) ò de Señorìa, deſpues de otros ruegos, doblava las rodillas, y obligava con lagrimas à que ſe le hablaſſe ſin aquellas ceremonias, advirtiendo, que era ſin razon afligir con lo miſmo, que ſe deſeava favorecer. Los mas cercanos Parientes yà no le ocaſionavan eſte enfado, hablandole con el mas humilde, y mas ſencillo tratamiento: Y aſsi el Padre Araòz eſcriviendo deſde Oñate à la Venerable Duqueſa de Villa Hermoſa Doña Luiſa, Hermana del Santo Borja, dize: *El Padre Don Franciſco ha guſtado de lo que V. S. eſcrive acerca del eſtilo con que le tratan. Al Señor Don Juan le ha mandado expreſſamente, que no le llame Señorìa, ni Duque, y le obedece, llamandole Reverencia.* Y en otro capitulo de la miſma Carta, añade: *Eſtando yo leyendo la de V. S. ſe llegò el Padre D. Franciſco, que yà no quiere otro nombre, ſino el de Franciſco, y ſin Don.* Eſto executava el que era tan atento en el modo Corteſano de hablar, y eſcrivir à cada uno, que le dava ſiempre aquel tratamiento, que creìa le avia de ſer mas grato: porque en eſto, dezia, no sè que pierda yo coſa alguna, y le gano la inclinacion para introducirle el bien en el Alma. Laſtimavaſe quando ſabia, que ſobre los tratamientos, ò como èl explicava, titulos vanos, avia encuentros, ò deſafios. O vaniſsima vanidad de la humana grandeza, exclamava Borja, que el ſonido hueco de el ayre, ò de la liſonja te hincha! Por eſto deſeava mucho vèr una Prematica, que puſieſſe coto fixo en eſta materia, *porque los titulos*, dezia, *vàn ſubiendo de precio; y es meneſter que ſe ponga taſſa en eſta mercaderia.* En medio de tantas ocupaciones Palaciegas, y politicas, practicava unas Virtudes tan heroycas, y tan ruidoſas maravillas, que al paſſar por las Calles, y Plazuelas, dexavan los Oficiales ſus inſtrumentos, y ſalian de ſus Oficinas à reverenciar aquel ſemblante modeſto, y à reconocer bien aquel monſ-

truo

truo capàz de todo el paſmo. Advirtiò un dia eſta novedad el Santo, y bolviendoſe al Padre Buſtamante ſu Compañero, le dixo: *No veis Padre, como eſta gente ſale deſalada à vèr la gran beſtia?* Y que ſe acercan, no de otra ſuerte, que ſi paſſaſſe atraylladа una fiera, de las que no ſe engendran, ni ſe han viſto en los Montes de Eſpaña? Con razon cierto, pues ſino me hallaſſe atado en eſte habito Religioſo, fuera uno de los mas horribles monſtruos, que ſirven de terror à los Pueblos vezinos: y aun aora ſon fieras mis paſsiones mal atadas à la razon, que quanto aprieta mas la cadena, ſe expone menos à quebrarla.

Por huìr eſte deſaſſoſsiego, tirano de la quietud de ſu eſpiritu, encanto, donde para ninguno nacen con propriedad los dias, porque ſe roban los hombres unos à otros las horas; diſpuſo un retiro ſanto, donde pudieſſe recogerſe con algun pretexto: y aviendo empezado el año antecedente en Simàcas un Colegio, quiſo aora, que paſſaſſe à ſer Noviciado, y Eſcuela de eſpiritu à toda la Provincia, ſegun aquella prudente maxima, que San Ignacio encomendaba: porque unida en una meſma Oficina de Santidad toda la juventud Religioſa, ſe encendieſſe con eſte primero inocente trato la caridad ſagrada, y divididos deſpues por la tierra, conſervaſſen en aquel conocimiento antiguo viva la memoria, y el comercio: porque pareciesſen mas propriamente hermanos todos alimentados à unos miſmos pechos: porque
Año de ſalieſſen mas uniformes las coſtumbres,
1555. haſta en las acciones materiales. Y en fin, por aquellos poderoſos motivos, y grandes bienes, que hallaron los Sabios en las Univerſidades, donde entre la muchedumbre junta ſe apuran mejor los dictamenes à la ſabiduria, y pule ſus flores la juventud, tropezando una en otra: y por los fines, que hallan los Paſtores en el campo, para apacentar ſu ganado junto. Diſcurria Franciſco, que viviendo lo mas del tiempo en aquel retiro delicioſo, guardaba el orden de Ignacio, y no contravenia al orden del Ceſar, de la Princeſa, ni de Felipe Segundo, eſtando tan vezino à qualquiera prompto recurſo. En eſte Theatro, pues, fueron increìbles ſus favores, tanto, que caſi obſcurecieron los antecedentes, con que avia enriquecido à la poſteridad de fama, y à ſu eſpiritu de gloria: El fundò con ſus fatigas, y con ſu exemplo un Noviciado tan fervoroſo, que reconocido de muchos hombres ſabios con ſingular cuydado, exclamaron con aſſombro: O! que eſta Caſa es ſin duda una de las de mas perfeccion, que ſe regiſtran en toda la Igleſia! Y aſsi mereciò las mas iluſtre memoria en las Hiſtorias de la Compañia. Iban à vèr aquel milagro, pobre en la Arquitectura, y en la renta, y portentoſo en el teſoro, que encerrava muchos grandes Señores, Cavalleros, y Religioſos graves, al modo, que ſe và peregrinando deſde muy lexos à venerar los Lugares Santos. Y, ſi aviendo faltado las rentas, ſolo duran oy unas venerables ruìnas, fuè, porque arribando à la mayor altura aquella interior fabrica, ſe expuſo à padecer eſte forzoſo golpe del hado, vulgar peligro de las coſas, que llegan preſto à lo ſumo.

§. II.

LA Caſa era tan angoſta, que ſolo la caridad pudo hazer el milagro de eſtrechar tanto numero dentro de ella. Cada dia llegavan nuevos ſugetos de varias partes, y todos hallavan Apoſento, como ſi ſe dilataſſen las paredes del Colegio, al paſſo que dilatava ſu ſeno Franciſco. Los tabiques, que dividian unos Apoſentos de otros, eran unos eſpartos viejos, con que ſe iban eſtrechando facilmente con el numero, no dexando mas capacidad, que la que neceſsitava el mas humilde lecho. Aqui deſquitava Borja todo el tiempo de Oracion, que la Corte le embarazava: aqui quebrantò nuevamente la ſalud en la penitencia: aqui ſalia por las Calles con un ſaco al ombro à pedir limoſna, el que era dentro de ſu Religion Comiſſario General de Eſpaña. Aqui ſervia al Hermano Cocinero en las humillaciones de ſu Oficina. Un dia, que fregava el Santo Borja, entrò à la Cocina un Novicio, que venia à ſervir tambien en aquel miniſterio; pero tenia aun el guſto delicado, porque acabava de arrancarſe del ſiglo, donde ſe avia criado alagueñamente ſu eſpiritu. Apenas ſe acercò à la vacìa, donde el Santo fregava, quando retrocediò con mucha cobardìa, y con igual aſco de aquel exercicio. Advirtiò eſte movimiento Borja, deſcubriendo con luz ſecreta lo que flaqueava aquella Alma: y con eſfuerzo generoſo, mayor que la cobardìa del Novicio, ſe calò à beber horror en aquella agua, y moſtrava deleytarſe en ella, mas que enfermo con ſed rabioſa bebiendo ſu ruina: y mas que Dario, quando deſpues de una batalla deſangrado, lleno de ſudor, y de fatiga ſe arrojò en una laguna pantanoſa, y quitandoſe la celada, bebiò

bebiò cieno, y ſangre por ella. Quedò atonito el Novicio con eſte exceſſo, arrojòſe à los pies de Franciſco, cubierto el roſtro de confuſion, y los ojos de llanto: cobrando deſpues bien diferente guſto ſu eſpiritu, y el Santo quedò tan ſatisfecho, como el que avia ſaciado la ſed ardiente de un zelo fogoſo.

Otra vez llegando de la Corte, ſe fuè à la Cocina, donde aſsiſtia un Hermano recienvenido, que deſconociò à Borja, quien le preguntò: què le ordenaba? porque venìa à ſervirle aquel dia. Reſpondiòle el Hermano, que deſeaba antes ſaber, qual exercicio podria hazer mejor, ò menos mal? Ninguna coſa sè hazer bien, reſpondiò Franciſco; pero ſi en algo eſtoy menos inhabil, por mas practico, es en barrer la Cocina, y en fregar los platos, ocupacion en que pueden tropezar poco aun los mas rudos. Pues à buen tiempo llega, dixo el Hermano, porque ay baſtante materia; y luego le hizo fregar todos los inſtrumentos, que ſirven al uſo de la Cocina. Llegaba de Valladolid una noche tempeſtuoſa, en que yà la nieve, yà el viento frio le traìan elado: llamò à la puerta à tiempo, que eſtando yà recogidos todos, y la Porteria lexos, ni ſu voz, ni ſus golpes fueron oìdos: eſtaba el Santo ſin tener donde guarecerſe, falto de accion vital, ſino la debil reſpiracion, ibaſe cubriendo de nieve, que recibia inmobil en un meſmo ſitio, pareciendo mas tronco, que bulto humano. Repetia las inſtancias à la puerta ſu Compañero mas robuſtamente animoſo; y deſpues de mucho rato ſe percibiò adentro el ſonido, abrieron la puerta, y le introduxeron en ſu Apoſento, llenos de congoxa el Rector, y el Hermano de averle detenido, y de mirarle traſpaſſado; ſolo el Padre Franciſco ſe moſtraba riſueño; y fuè la primera accion, que le dexò libre el frio: y para acallar ſu ſentimiento, les dixo, que Dios le avia regalado mucho el tiempo que eſtuvo aguardando, que nunca avia creìdo huvieſſe eſperanza, que hizieſſe tan guſtoſos los inſtantes que tardaba el conſuelo. Yo conſideraba, dixo, à la Providencia, deleytandoſe en arrancar aquellos copos de nieve ſobre mi cuerpo, y en ſoplar ayre elado: al modo, que un Principe mira entretenido deſde ſus balcones un Toro acoſſado, y en los Antiguos Anfiteatros un Leon combatido, entrandoſe por el venablo, y lamiendo ſu ſangre, y ſu muerte, al morder el hierro. Eſta conſideracion me tenia gozoſo de ſer objeto al guſto de mi Dueño, que no avia de ſer tan deſcortès, ni tan groſſero mi alivio, que deſeaſſe quitar à la complacencia de un Dios aquel eſpectaculo. Y èl era mas digno de la atencion Suprema, que el que Seneca le repreſenta à Jupiter en Caton, luchando con la fortuna: *Ecce ſpectaculum dignum, ad quod reſpiciat intentus Deus.* Y mas quando el miſmo que le nevaba el cuerpo, le eſtaba abraſando el Alma en tanta hoguera, que la nieve pudiera parecer ceniza ſuya, à ſer materia la llama.

Tenia ſeñalado por Rector al Padre Buſtamante, à quien la virtud daba mas veneracion, que ſus canas, ſiendo muchas; mas ſolo era Maeſtro de Novicios en auſencia de Borja, que apacentaba aquel rebaño tierno con luz, y cuydado, en continuas platicas, en conferencias eſpirituales, imitando aquellas antiguas Juntas, que celebra Caſsiano, y enſeñan aun oy al Mundo. Aſsiſtia con ellos à todos ſus exercicios, ſiendo tantos, que ſe puede llamar movimiento perpetuo la tarèa de aquellos eſpiritus. Deziales, que de aquella primera Cuna dependia comunmente la Nobleza, ò Plebe en la vida Religioſa: que el fervoroſo Novicio ſeria deſpues Eſtudiante perfecto, y mas allà inſigne Operario; y que quien ſalieſſe tibio de entre tanto fuego, por maravilla entraria en algun calor de eſpiritu, y ſerà mas facil hallar un Ciſne negro. Que hizieſſen guerra à ſangre, y fuego à ſu amor proprio, que es el mas cruel liſongero enemigo; y aquella infeliz Helena, por quien Grecia avia jurado no hazer pazes, mientràs eſtuvieſſe dentro de Troya. No acaban de enſalzar los Hiſtoriadores de aquel tiempo los fervores de aquel Noviciado, la Oracion ardiente, y en muchos ſublime, el ſilencio myſterioſo, pareciendo caſa de mudos, donde eſtaba tanto Joven, y tantos hombres ſabios. La intencion tan pura, que ſe miraba como deſcuydo dàr otro blanco à ſus acciones, aunque fueſſe honeſto, que el mayor agrado divino: examinaban haſta los apices de ſus operaciones, y de ſus virtudes; teniendo ſeñalado quien en alta voz dixeſſe al acabar la Oracion, y qualquiera otro exercicio, *examen*, recordando eſta importante reflexion ſobre las acciones de la virtud, que ademàs de perficionarlas, haze en el alma lo que la peroracion

en la eloquencia. Iban à explicar la Doctrina por aquellos Lugares, y à predicar los que eran Sacerdotes: pedian limoſna por las calles: cada mes embiaba quatro Novicios à la Corte, repartidos en los Hoſpitales, y en todo aquel mes no ſe apartaban de los enfermos, ſirviendolos en los oficios mas humildes, y en los mas altos. Admirabanſe los Adminiſtradores, y Mayordomos de vèr, que dos Novicios trabajaban mas que doze criados, ſobre los remedios, que aplicaban à la ſalud, no pocas vezes achacoſa de tanta doliente alma. Eſte fuè el Noviciado, y el fuego, que el eſpiritu de Borja encendiò en Simancas à la Compañia, digno de que ſe eternizaſſe en aquel Real Archivo ſu memoria, que à deſpecho de los ſiglos ha de permanecer en el de la fama.

Entre los grandes Novicios, que calentò el eſpiritu de Borja, fuè uno aquel Varon extatico Baltaſar Alvarez, eſplendor arrebatado de la Myſtica Theologia, Luz, y Llama de aquel Serafin Santa Thereſa, à quien fuè revelado, que eſta ſublime generoſa Alma era la que mas agradaba à Dios de quantas habitaban entonces la tierra, ſiendo una de ellas, y de tan incomprehenſible elevacion la miſma Santa: elogio tan ſubido, que pudiera llamarſe hyperbole deſmeſurado, à no explicarle Dios por la boca de aquel Serafin, cuyo corazon tuvo mas flechas, que alas, y plumas. Otro fuè el devoto Padre Juan Manuel, de cuyas virtudes ſe hizo yà alguna mencion. Y no callarè al Padre Garcia de Alarcòn, Primogenito de Don Alonſo Giròn de Alarcòn, y de Doña Juana Pacheco, Señores de la Villa de Piqueras, y Albaladexo. Fuè eſte Joven, ſiendo de diez y ocho años, à Granada, difunto ſu Padre, à un pleyto à los principios de el año de cincuenta y cinco: y paſſando Borja por aquel delicioſo Territorio, le bañò tanto en reſplandor en breve tiempo, que Don Garcia ſe reſolviò à deshojar una à una todas las eſperanzas, que le ofrecia el Mundo, y las poſſeſsiones de ſu iluſtre Mayorazgo, por ſeguir aquel exemplar divino. Entrò en la Compañia luego, y Borja le embiò à Simancas à tener el Noviciado, donde diò tan grande llamarada ſu eſpiritu, que no ſe puede leer ſu Vida, ſin algun paſmo: levantabaſe ſiempre à media noche, y perſeveraba en Oracion haſta las ſeis y media de la mañana: à ſu imperio ſalian fugitivos los Demonios de los cuerpos, que poſſeìan obſtinados: tuvo clara noticia del tiempo fixo de ſu muerte, que ſucediò en Oviedo, y à breve rato ſe apareciò glorioſo à una Venerable exemplar Matrona, que lloraba ſu pèrdida ſin alivio, y enjugò con mucha luz ſu llanto. Y no paſſa la pluma à repreſentar aqui otros gallardos eſpiritus, que Borja alimentò en aquel Noviciado à ſus pechos, porque ſon tantos, que ſe embarazan unos à otros, y faltarian colores, y lienzos para tantos dibuxos.

§. III.

ANdaba Borja, aſsi en la Corte, como en Simancas, tan pobremente veſtido, que ninguno le atendia ſin eſtrañeza, ò ſin aſſombro: inſtabanle un dia, que ſe calzaſſe unos zapatos nuevos, y reſpondiò, que no eran neceſſarios, pues no tenian mas que dos años los que traìa pueſtos. Embiò el Marquès de Priego ſotana, y mantèo, veſtido interior, y alguna ropa blanca à un Compañero de el Santo, eſcriviendole, que diſpuſieſſe mañoſamente el modo de que ſe puſieſſe aquella ropa el Padre Franciſco: executòlo aſsi el Compañero, deſeoſo de veſtirſe por reliquia alguna parte de el que dexaſſe el Santo Comiſſario. Aguardò à que eſtuvieſſe dormido, y robando lo que eſtaba mas deſtrozado, introduxo en lugar ſuyo lo que correſpondia de el nuevo, eſperando engañarle aſsi poco à poco. Deſpertò Franciſco, reconociò luego aquella nueva parte de el veſtido, llamò à ſu Compañero, que preguntado reſpondiò, que el le avia quitado para sì, porque le avia meneſter; pues tomad eſſotro, replicò Borja, yà que neceſsitais de alguno, y bolvedme el mio; porque el pobre verdadero nunca ha de dexar el veſtido de ſuerte, que pueda ſervir à otro. Huvo de ceder el Compañero à la porfia, y à la afliccion de Borja, conociendo, que ſolo en eſtos puntos ſon poco flexibles los Santos. El que no le avia viſto deſpues de ſu mudanza de eſtado, al encontrarle ſe quedaba ſuſpenſo, neutral entre la riſa, y la admiracion el animo de vèr al Duque de Gandìa entre tanto remiendo.

No faltaban algunos, que flaqueaban en la ſubida de eſta Cumbre alta: La eſtrechèz del Colegio, el rigor del cilicio, y del ayuno, la Oracion prolixa, el deſabri-

ſabrigo de todo lo humano, llenava de horror aquel ſitio, y haſta el miſmo corazon eſcondia las alas temeroſas dentro de el pecho, con que ſe bolvian algunos como pajaros cobardes à ſu nido: dezian, que ſe les repreſentava la virtud, Cumbre inacceſsible à la flaqueza humana, y que aun de mirar à la Cima de la perfeccion Religioſa ſe fatigava la viſta. Aplicava ſu zelo, y ſu eloquencia Borja en borrar aquel impoſsible de ſu fantaſia: deziales, que deſpues que Alexandro oſsò expugnar aquella fortaleza ſituada ſobre la mas eminente roca, no avia Cumbre tan alta, adonde no arribaſſe la oſſadia: que à las virtudes las pinta el engaño inacceſsibles, y al ir venciendo intrepidamente ſu aſpereza, ſe encuentran Valles apacibles: *Erunt prava in directa, & aſpera in vias planas.* Entre otros llegò un Cavallero titulado, y al vèr tan pobre edificio, tan ſilencioſo recogimiento, tratò de dàr la buelta à ſu Patria, tan cobarde la imaginacion, que aun repartia ſu temblor con el cuerpo, y el bolante del pecho palpitava deſconcertado. No inſiſtiò mucho en detenerle el Santo, porque tuvo aviſo de el Cielo, de que no eſtaba ſazonado aquel eſpiritu, mas que lo eſtaria dentro de algun tiempo, con nuevo, y mas conſtante deſengaño. Y aſsi dixo à los Padres del Colegio, que ſe laſtimavan, de que ſe malograſſe cobardemente aquel bizarro eſpiritu: *Dexadle ir, y no tengais ſentimiento, que èl hallarà tanto acibar en el Mundo, que ſe nos buelva mejorado.* Aſsi fuè; porque deſpues de algun tiempo bolviò à la Compañia, donde fuè contado entre los mas fervoroſos, y hallò la muerte de los juſtos, que le cerrò con mano blanda los ojos, aviendo derramado el alma por ellos.

Iſai.c.40.

En Simancas tuvo el Padre Franciſco otras admirables iluſtraciones del Cielo, hallando en cada penſamiento ſuyo un Farol encendido con blando ſoplo. Mas aora no avrè de referir ſino la mas alta, la mas dichoſa, donde mueſtra el Amor Divino ſu mayor fineza. Eſtava una mañana en ſu Oracion año de mil quinientos y cincuenta y ſeis entre los abrazos eſtrechos de la Divinidad, quando raſgado el azul velo, ſe le deſcubriò el Trono de gloria, que la Miſericordia, y la Juſticia le avian fabricado, aſſegurandole, que avia de ocupar ſu feliz eſpiritu aquel immortal elevado aſsiento. Eſtava revoſando por los ojos el gozo, que no fuera tan immenſa eſta dicha, ſi cupieſſe toda dentro del Alma: Llegò el Padre Buſtamante, y acercandoſe à Borja, obſervò, que aquel cuerpo inmobil, que pudiera ſer tenido por eſtatua, lo deſmentia ſolo en derramar por el ſemblante no sè que deſtellos de alegria, aunque juntava las lagrimas con la gloria. Cobròſe Franciſco à breve rato, y preguntado una, y otra vez de aquel Varon Sabio, no pudo ocultarle el favor, que acabava de recibir del Cielo; aunque deſpues de recogida toda la luz de aquel rapto, encargò al Padre Buſtamante, que le guardaſſe fielmente el ſecreto. Mas todos hallavan aquel dia en el Santo ſingulares expreſsiones de conſuelo, porque no pudo el corazon en muchas horas cobrarſe bien à sì miſmo, y ſoſſegar la inquietud con que batìa en el pecho: importunavan à Buſtamante, que les dixeſſe el motivo de tan ſenſible gozo, pues avia deſpertado à Borja de aquel ſueño, ocaſion, en que eſtà deſprevenido el recato, y apenas es dueño del campo el alvedrio: *Como no ha de eſtàr alegre,* reſpondiò deſpues de muchas inſtancias Buſtamante, *quien tuvo oy una nueva la mas dichoſa, que ſe puede dàr en eſta vida en la ſeguridad de ſu gloria? Y es parte de razon bolverſe loco con ella.* Alma feliz, à quien ſe le anticipò la gloria con eſta noticia, donde no ſe que viſos de poſſeſsion à ſu eſperanza, la qual ſe viſtiò eſta vez caſi todas las plumas de color azul.

Año de 1556.

CAPITULO XV.

TERRIBLES PERSECUCIONES contra la Compañia en Eſpaña: invencible ſufrimiento de Borja, cuyas lagrimas fueron el Santelmo de la tormenta. Padece mortales accidentes ſu corazon, que oprimido del mal, y de la anguſtia, ſolo halla alivio en la muſica, en las lagrimas, y en la gloria.

§. I.

HAllòſe por eſte tiempo la Compañia reciamente combatida de furioſos elementos, y de eſquadrones de Enemigos. Empezò eſta borraſca el año antecedente de cincuenta y cinco en Zaragoza; y una pobre Barquilla, que debria merecer la compaſsion à la mas cruel, y mas deſecha fortuna, ſe hallò obligada à ſalir fugitiva por el Ebro, ſiendo el Padre Franciſco deſde la Corte ſu Piloto, y ſirviendo à la fuga de ala cada remo. Miravanſe los Jeſuitas dibujados en

en varias tablas con pincèl infame, diſcurriendo el deſprecio nuevas formas, y la riſa nuevas ideas; paſſando luego à ſer blanco de la indignacion del Vulgo: pues tremoladas las Efigies en las puntas de las lanzas, ſe conducian por las Calles como triunfo de enemigo, ò monſtruo, à quien ſe cortò la cabeza en el Campo. Mas no ſatisfecha la ira plebeya en quemar ſu Eſtatua, paſsò con tumulto furioſo à batir el pobre Colegio, queriendo aſſaltar aquel Alcazar, donde no avia otros Soldados, que la inocencia deſarmada, y deſeoſa de paſſar à victima. No alcanzò, ni el Baſton, ni la Eſpada de ſu Virrey el Duque de Francavila à enfrenar la inſolencia, ni la autoridad de ſu Arzobiſpo Don Fernando de Aragon, que aunque avia fulminado ſus armas contra la nueva Fabrica de el Colegio, ſintiò mucho, que la diſputa que formava el dictamen ſabio, paſſaſſe à tumultuar en el deſorden del Pueblo. Esforzava ſu grito, y ſu zelo el Religioſiſsimo Fray Thomàs Eſquivel, Prior de el grande Convento de Santo Domingo de Zaragoza, que honrando à la Compañia, avia querido celebrar la primera Miſſa ſolemne en nueſtra Igleſia, en que predicava el docto Padre Fray Juan de Azorola, del Orden de S. Geronymo, Predicador aquel año de el inſigne Hoſpital de Zaragoza. Mas el eſtruendo popular no dexava, que ſe percibieſſen los clamores eloquentes de la razon, perdiendoſe las diſcreciones en el viento ſufocadas de un alarido impetuoſo. Fuè meneſter, que mucha Nobleza, que ſe hallava divertida en el juego de la Pelota, corrieſſe apreſuradamente à la defenſa, y echando mano à las eſpadas, ſe opuſieron animoſamente à un exercito de Picas, de Moſquetes, y de Piedras. Salieron fugitivos los Jeſuìtas, no ſolo del Colegio, ſino de la Ciudad, guarecidos en la Villa de Pedrola à la ſombra del Palacio, y del corazon varonilmente Religioſo de la Duqueſa Doña Luìſa de Borja, en todo Hermana del Santo Franciſco: que herido altamente deſte ſuceſſo, calentava con gemidos el ayre, haſta merecerle à Dios, que moſtraſſe apacible ſu roſtro, y que ſe dexaſſe ſobornar con las lagrimas de un afligido.

Sintiò al punto iluſtrado ſu Entendimiento con aquel eſplendor hermoſo, que à modo de relampago alumbra con el miſmo ſuſto. Y tomando la pluma eſcriviò al Padre Alonſo de San Romàn, Rector del Colegio de Zaragoza, y à los demàs de la Compañia, que avian padecido la tormenta, que recogieſſen con grande cuydado las piedras, que les avia arrojado el Vulgo, porque con ellas, dize, ha de hazer ſu Fabrica la Compañia mas firme, que las Murallas de Zaragoza. Profecia, que ſe viò luego acreditada en el ſumptuoſo Colegio, que ſe fabricò à la Compañia. No ſabèmos, ſi con eſta ocaſion paſsó Franciſco de Zaragoza, lo que con anſia avia deſeado ſu Hermana la Duqueſa, rogando inſtantemente à San Ignacio, que le obligaſſe á eſta jornada con un precepto. A que reſponde el Santo en Carta de veinte de Agoſto de quinientos y cincuenta y tres: *Una Carta de V. S. con otra del Señor Conde, me diò el Reverendiſſimo Cardenal de la Cueva, haziendo tambien de ſu parte el oficio, que le avia encargado V. S. acerca de ordenar al Padre Franciſco de Borja, que vinieſſe à Zaragoza. Yo eſcrivirè al Padre Franciſco, que haga lo que manda V. S. Y aunque en virtud de obediencia no ſe le ordene, no dude V. S. que lo harà. Bien pienſo que avrà ido, ò irà à Portugal primero, à pedimento del Rey, mas ſerà para eſtàr poco. Yo le eſcrivo con eſte miſmo Correo, y algunos Meſes antes huviera embiado las Letras, ſi huviera con quien.* Y en otra Carta, que eſcrive à la miſma Duqueſa ſu Tia la Venerable Sor Franciſca, dize: *Lo que ſuplico à V. S. quando le vea, es, que le ſuplique no me olvide en ſus Oraciones, aunque lo poco, que me aprovecho, lo tengo merecido. Tambien ſuplico me embie traslado de los Sermones, que le oyere: y muy particular relacion de que tal eſtà de ſu ſalud, y flaqueza, y todo lo que avrà paſſado con èl de coſas eſpirituales, que el papel ſufra; y como come, &c.* Y aun en el capitulo de otra Carta, que hallò de el Santo Borja à ſu Hermana Doña Luìſa, la dize: *Tengo mucha embidia de los buenos ratos, que paſſa V. S. en ſu Tribuna baxa*; en que parece ſupone aver eſtado en aquel ſitio dichoſo, que el fervor de la Duqueſa avia fabricado al recogimiento de ſu eſpiritu. Lo que ſabèmos es, que el miſmo año de cincuenta y cinco fueron reſtituìdos los Jeſuìtas à Zaragoza con tanto honor, que pareciò triunfo la entrada, fatigandoſe aora mas la modeſtia, que antes con las injurias la tolerancia. Y no huvieran acetado eſta publica honra à no hallarſe impelidos de aquel iluſtre Ciudadano Jayme Aguſtin del Caſtillo, gran defenſor de la Compañia, à cuyo orden les mandò eſtàr Borja en eſta depen-

dependencia. Salieron, pues, à recibirles los Magiſtrados, los Cavalleros, y la muchedumbre en olas, facil à mudarſe como ellas: y conducidos con eſta pompa, llegaron al Colegio, donde eſperava el Virrey, y un Inquiſidor, reſonando clarines por todas las orillas de el Ebro. Y aviendo calmado aquella borraſca, empezò deſde entonces à ſoplar el ayre manſo, con que la fortuna regala el ſemblante de la dicha.

Mas ſe embraveciò la tempeſtad en otras Ciudades de Eſpaña, como ofendida de verſe arrojada de Zaragoza: y en eſte año de cincuenta y ſeis parecia averſe conjurado, no ſolo los Demonios, los Hombres, y los Elementos, ſino aun los Aſtros contra la Compañia. En Sevilla azotava el Guadalquivier con impetu nueſtro pobre Colegio como à infame eſcollo, el que era, yà que no Torre, Farol ſiempre encendido: porque los Hereges rizavan à ſoplos, yà diſsimulados, yà deſcubiertos, las olas, y encendian ſus arenas, bolviendoſe incautamente engañados contra la Compañia, aun los mas amantes de ella. En la Corte, como corazon, y Cabeza de la Monarquia alterada contra eſta nueva Familia, cobrò la perſecucion mas eſpiritus venenoſos, y mas alma rabioſa, y deſde aquella fuente ſe derramava por todas las demás Provincias prodigamente la deſdicha. Porque no era ſolo el Vulgo el que levantava el grito, ſino mucha ſabiduria, y parte de Nobleza: ſeñalòſe entre otros un Religioſo, en cuyo ſublime Entendimiento las Ciencias, las Artes, y las Muſas tenian ſu mas culto gavinete; y mal impreſsionado contra el nuevo Inſtituto, intentava arrancarle del Orbe Chriſtiano haſta ſepultarle en el mas profundo olvido, ò hazer borròn la tabla, donde Apèles apurò toda la deſtreza, y la valentia al pincèl, y à la mano. No eſtava mas ſereno el Mar, ni el Cielo en Granada, y Medina del Campo, llegando haſta Portugal el eco, que paſsò luego á ſer bramido furioſo, y en Salamanca, adonde tuvo immortal principio el año de quarenta y quatro en la expedita lengua de aquel Maeſtro. Dilatavaſe finalmente por las Eſpañas el horror, y el zeño contra eſte combatido Inſtituto, y parecia que ſe iba à pique todo, menos el ſufrimiento, que ſalia manſamente victorioſo á la Playa, y beſava enjuto la arena.

Año de 1556.

§. II.

LAs cauſas deſta perſecucion, ó terremoto, con que ſe eſtremeciò à un tiempo tanto Edificio, fueron las meſmas que ocaſionaron baybènes, y levantaron recias olas en los principios de otras Sagradas Familias: queriendo batir el enemigo las Fortalezas, antes que ſe ciñan de Torreones, y Murallas: y luchando con Hercules las Serpientes, antes que ſus brazos paſſen à ſer membrudamente robuſtos. Mas aora avia venido del Norte, y de Alemania mucha gente Eſpañola inficionada de la heregia; porque las cenizas de la Fè no ſe pudieron conſervar mucho tiempo calientes ſin gran dificultad entre los yelos del Septentrion, y vino tambien alguna Nobleza teñida del color de una libertad engañoſa, que en materias de Religion quiere parecer ſabiduria, y es argumento, de que la Fè no ſolo eſtà difunta, ſino tan fria, que eſtà expueſta como cadaver à la corrupcion, y à la total ruina. Tanto doliente eſpiritu, ſequazes de Calvino, y de Lutèro, y mortales enemigos de nueſtro Inſtituto, deſpues que providamente el Cielo deſtinò à San Ignacio en ſu Igleſia contra uno, y otro monſtruo: empezaron à vomitar rabia contra la Compañia, aunque en la apariencia ſe moſtravan amantes de ella, para confundir el grano con la cizaña, y ſembravan, que los Jeſuìtas eran todo el amparo, y toda el alma de ſu ſecta. Creyeronlo muchos por incautos, y otros por deſafectos: y deſpues de apreſados por el Santo Tribunal algunos Hereges Luteranos mas deſcubiertos, ſe perſuadiò el Vulgo à que eran Jeſuìtas todos. Llegòſe à eſte motivo el de aver arribado à Eſpaña por eſte tiempo el Victorioſo Carlos Quinto, dueño de sì, de la fortuna, y del mundo, y ſupieron hazer creìble à la Plebe los enemigos de Ignacio, eſparcidos, y mezclados ſecretamente entre el Vulgo, que el Ceſar eſtava deſafecto al nuevo Inſtituto: ſabiendo, que el ceño ſolamente de aquel roſtro baſtava à formar el ſemblante en toda la Europa, que conſultava aquel Eſpejo; y de la Reyna Maria ſu Hermana publicavan lo miſmo. Ni fuè ligero motivo la pluma de aquel Religioſo, en todo ſabio, menos en las Leyes de eſte Sagrado Inſtituto, al qual mirava con tanto deſprecio, que aun ſe deſdeñava de eſcuchar un breve rato, los fines, el orden, la traza,

la providencia, y el modo deſte miſterioſo Edificio. Eſte año paſsò à Valladolid à explicar muy de propoſito las Epiſtolas de San Pablo à Timoteo, torciendo contra la Compañia todo el ſentido, y echando mortal veneno en el vaſo de eleccion de la Santa Igleſia, para derramarle deſpues bien autorizado ſobre la honra de la Compañia.

Año de 1556.

Publicava, que los Jeſuìtas todos eran los Alumbrados, los antiguos Gnoſticos: que eran las uñas del Antechriſto: que los Exercicios eſpirituales de Ignacio eran engaños pueriles de la juventud, y claras iluſiones de la mayor Edad. Y deſeando teñir bien el animo de el Emperador deſte infame colorido aora, que venia buſcando la verdad en el deſengaño, (para que los Jeſuìtas hallaſſen cerrada aquella triunfante puerta, por donde avian entrado tantos laurèles à la Igleſia Catolica, y no ignorava, que algunos quicios la iban torciendo mañoſamente contra la Compañia) eſcriviò el año ſiguiente deſde Salamanca al Docto Fray Juan de Regla, grande Hijo del Doctor Maximo, y Confeſſor de Carlos Quinto; y la Carta dezia: *Una de las coſas, que me mueven à eſtàr deſcontento deſtos Padres Teatinos, es, que à los Cavalleros que toman entre manos, en lugar de hazerlos Leones, los hazen Gallinas; y ſi los hallan Gallinas, los hazen Pollos. Y ſi el Turco huviera embiado à Eſpaña hombres apoſta para quitar los nervios della, y hazernos los Soldados Mugeres, y los Cavalleros Mercaderes, no embiaria otros mas à propoſito, que como V. P. dize eſta es orden de negocios. Pero no sè como me he divertido, por ventura lo cauſa, que veo los males à montones, y la deſtruccion à la clara, aſſi de las Religiones, como de la Chriſtiandad, como de la policia, y vigor deſtos Reynos, y no puedo diſſimular el fuego, que veo prendido para abraſar, y aſſolar el Mundo; mas yo ſoy como Caſandra, que nunca fuè creìda, haſta que Troya ſe perdiò ſin remedio.* Dico igitur, & vere dico, *que eſtos ſon los Alumbrados, que el Demonio tantas vezes ha ſembrado en la Igleſia, y los Gnoſticos, que caſi luego en la Igleſia comenzaron, y* (ſi poſsibile eſt) *ellos la han de acabar. De ſu Mageſtad todos dizen el buen conocimiento, que en eſte caſo Dios le diò. Quando ſu Mageſtad ſe acordare de los principios de Lutèro en Alemania, y de quan pequeña centella, por algunos reſpetos, y favores que tuvieron, ſe encendiò el fuego, que con aver pueſto todas ſus fuerzas, no ſe ha podido apagar, verà que la negociacion, que al preſente ſe tiene con eſtos nuevos negociadores, ha de cauſar un daño irremediable en Eſpaña, tal, y tan grande, que aunque ſu Mag. y el Rey. N. Señor ſu Hijo lo quieran remediar, no podràn:* Dominus ſervet te ab omni malo. *Amen. De Salamanca à veinte y cinco de Septiembre de* 1557. Eſta Carta le dictò un error pertinàz, que ſe introduxo à zelo, la eſcriviò el brazo de una furia con mano arrebatada, y ſirviò de pluma la ſinrazon mojada en ponzoña.

Y no dexarè de inſinuar aqui otra fuente, ò raìz mas ſecreta de la terrible perſecucion, que afligiò años à la Compañia: y quien creyera, que era el miſmo Santo Borja? Aſsi lo afirma en una Carta el Padre Antonio de Cordova: porque eran tales las anſias de padecer, que reſpirava el grande Borja, que por condeſcender con ſus deſeos, y exercitar ſu paciencia, llovia Dios tempeſtades ſobre la Nave que governava, probandole de eſta ſuerte en lo mas ſenſible. Y à trueque de labrar à golpes Eſtatua de bulto tan heroyco, y de tan iluſtre Santo; no reparaba la Providencia en exponer à peligro de ruìna toda eſta Fabrica: tanto importava al Cielo, y à la Tierra un San Franciſco de Borja: Durò eſte recio temporal largo tiempo, y en todo èl eran perennes ſus lagrimas, y continuadas ſus Vigilias, quitandoſe mucha parte de ſueño, porque mientras fluctuava el Baxèl, no queria dormir el Piloto. Tenia ſobre eſte punto nueve horas de Oracion cada dia, mandò hazer Rogativas publicas en todos los Colegios de Eſpaña: y afirma el Padre Dionyſio, que quando el ſuceſſo, ò tropelia de Zaragoza, ſe dexavan oìr ſus gemidos deſde los Apoſentos menos cercanos, y cada ſuſpiro parecia un trueno laſtimoſo. Pero ſacaba de la Oracion una confianza mas que ſegura, de que avia de ſalir eſte Batèl à la orilla, impelido de la miſma tormenta. Y no ſe deſcuydava la Providencia en repartir conſuelos à Borja, y à la Compañia: cuya Ropa viſtieron en la Corte ocho, ò diez famoſos ingenios de linages bien eſclarecidos, al miſmo tiempo que aquel ſabio enemigo ſupo formar ſatyra de las Epiſtolas de San Pablo: y por eſſo dezia Borja, que debia la Compañia contarle entre los Bien-hechores de ella. Nunca floreciò la Compañia en mas ſantidad, ni cogiò mayor fruto en la Igleſia, ſiendo las perſecuciones para eſta Republica lo que Cartago para Roma, que por eſte motivo entre otros tratava Borja

à los

à los emulos con rara blandura, reconociendoſe favorecido al agravio; pues à las injurias, debe ſu Nobleza, y ſus quilates mas ſubidos el ſufrimiento.

Eſte fuè el penſamiento de aquel Chriſtiano, y prudentiſsimo Cavallero Juan de Vega, eſcriviendo deſde Valladolid al Padre Laynez, General de la Compañia: *Acà por la gracia de Dios*, dize, *como V. P. avrà entendido del Bienaventurado Padre Franciſco, la Religion florece mucho en eſta ſanta Compañia, y ſe vèn grandes efectos, en eſpecial en eſtas heregias, que ſe comenzaran à levantar, donde por ſu medio, y doctrina ſe ha remediado gran parte de lo malo, y ſe conſerva lo bueno. No han faltado, ni faltan malos eſpiritus, y contrarios deſta virtud, y Religion, que tengo por cierto, que Dios lo permite aſsi, para mas perfeccion della, y confuſion de los malos. Valladolid ſiete de Octubre de mil quinientos y cincuenta y ocho.* Con las grandes penitencias, que hizo por eſte tiempo Borja, cayò poſtrado en la cama, tan frio el eſtomago, que al mas debil alimento, era meneſter violentarſe con remedios al vomito, en que hallava verdugo, y tormento. Tan flaca la cabeza, que los Medicos hizieron junta para reſolver, que ſe le prohibieſſe la Oracion larga, que conſumia todos los eſpiritus à la Naturaleza: remedio mas penoſo, que el mal para el Santo Borja, que aviendo entendido la reſolucion de la junta, aſſegurò à ſu fiel Compañero, que era juntamente Superior ſuyo, que no iba à la Oracion à tener fatiga, ſino un dulciſsimo repoſo: *Porque avrà*, dixo, *mas de treinta años, que no me acuerdo aver formado diſcurſo, ſino para el Pulpito.* O Dios, y quan profunda materia dà eſta clauſula à los diſcurſos, ſobre los que no formava en tantos años la contemplacion de Borja!

§. III.

CObrò algunas fuerzas de ſuerte, que pudo ſalir de la cama, aunque andava tremula la vida; y ſu fideliſsimo Amigo Juan de Vega le ſacò tres, ò quatro dias al Convento de Prado, para recrear aquel animo afligido: porque un vapor negro, y peſado, le viſtiò el corazon de luto, y anidava en ſus alas aquella Ave nocturna, que canta agüeros mentiroſos en el Alma: ocupò la noche mas teneb roſa aquella fantaſia, y ſalian negros, ò atezados de aquella razon los penſamientos. En eſte accidente repetido no uſava otro remedio, que mojar el dedo del corazon en Vino generoſo, haſta que llegò à poblarſe de horror aquel eſpiritu iluſtrado, cayendo ſobre ſus alas el corazon como difunto; y quedando ſolo viva la imaginacion, verdugo infame de los Hombres de bien. Llamava al Hermano Melchor Marcos, dieſtro en la muſica, y al ſon paſtoril de la flauta ſe ponia en Oracion el Santo Borja, y empezavan ſus ojos à ſer aquella fuente de la Religion Haleſina, que, ſegun Plinio, bayla al ſon de la tibia, ſaltando alegres ſus lagrimas, y ſus corrientes al compas de ella. Y à breve tiempo quedava arrebatado en ſuſpenſion mas armonioſa, que no entrava por el oìdo, ſiendo mucho mas vivo, aunque mudo, el eſtruendo. Solo prorrumpia inopinadamente en algun ſuſpiro, que tambien era punto de la muſica, con que ſuſpendia el eſpiritu aquel racional inſtrumento. Otras vezes buſcava algun Subdito, y en algun ſitio eminente, deſde donde ſe deſcubrieſſe el Campo, divertia un rato ſu mal con la dulzura de una ſencilla converſacion, y alegrava la viſta con la amenidad de la Naturaleza, huyendo à porfia de la ſoledad, y de aquel funeſto retiro, à que ſe inclina entonces el corazon triſtemente deſpechado. Moſtrava à todos alegre, y ſereno el roſtro à peſar de aquel vapor malencolicamente ceñudo, que pudiera anublar la frente de el Olympo: porque no queria que ſu mal fueſſe groſſero, ni hazerſe inſufrible al comercio humano: hallandoſe los Hombres muchas vezes obligados à gaſtar mas paciencia en los males agenos, que en los proprios. Los que no ignoravan, que ſu corazon ſe eſtava deſpedazando dentro del pecho, ſe aſſombravan de encontrar tan alagueñamente apacible aquel eſpiritu, que à viſta del mayor contrario esforzava ſu blandura, y ſu alegria; y cercado de males, cantava al ſon de la muſica, mudado en Ciſne, Borja, que de eſſa ſuerte ſe haze tratable una deſdicha.

Tardava el Cielo en reſponder à los clamores del Santo, por dàr con la dilacion mas aliento à ſu grito, que nunca ſupo deſmayar de canſado, ò de ronco. Fluctuava el Baxèl, y eſtavan, al parecer, dormidos aquellos ojos de la Providencia, que ſon los Argos de la Divinidad. Salpicavan tambien las olas de la tormenta el honor de Borja, con que mirava à un miſmo tiempo ſu Nave furioſamente combatida: al Piloto ſin honra: la melancolia le obligava à que arraſtraſſe bayetas el Alma: el cuerpo tan doliente, tan flaco,

y

y tan mal herido, como ſe nos repreſenta Job en el Sagrado Texto: y aun deſnudo de los bienes humanos, que haſta el ayre parece que le faltava al formar un ſuſpiro. Y porque ſe apretaſſen juntos los cordèles todos en eſte tormento, le perſiguiò aquellos dias viſiblemente el demonio, tomando figuras, yà de Gigante, yà de Pigmèo, por ſi pudieſſe con alguna impaciencia quitarle la gloria del ſufrimiento, ſintiendo el cruel enemigo verle ſacar tantos bienes, y tanta luz del humo, que èl inſpirava con ſu ſoplo, ò perſiguiendole, porque era perſeguido: perſecucion refléxa, que padece tambien la Compañia, no faltando quien deſeaſſe uſurparle eſta gloria, ò deſmentir eſta fama, al miſmo tiempo que ſe la pretendia: O crueldad malicioſa! Querer que ſea perſeguida, y que no lo parezca, porque no aya compaſsion en ſu deſdicha! No pudiendo dudarſe, que ſigue eſte deſtino à la Compañia, y que ſe le aplica con propriedad lo que ſe dixo de la Primitiva Igleſia: *Nam de ſecta hac, notum eſt nobis, quia ubique ei contradicitur.* Act. 28. 22.

Tan deſecha fortuna padecia Borja, quando ſe viò rayar por todas partes aquel arco bruñido de colores, que trahe en ſu aljaba la paz hermoſa. En Sevilla ſacò ſu Eſtoque de oro aquella Venerable Igleſia, para mantener la honra de la Compañia: tomaron muchos Superiores Ecleſiaſticos, y Regulares à ſu cargo la defenſa: algunos Oradores llenos de eſpiritu de Religion, y de facundia, gritaron deſde los Pulpitos en las Igleſias, y en las Plazas à favor de los Jeſuìtas, y pudieron arrancar al engaño de el Entendimiento del Vulgo: victoria, que ſe debiò principalmente à la ſabia Religion Dominica, cuyo zelo ladrò con ardiente eloquencia contra las calumnias, que forjaba la malicia, ſeñalandoſe entre otros el Maeſtro Burgoa, y el Maeſtro Salas, dos Polos en Sevilla de la Sabiduria Chriſtiana, y de la Prudencia. Enmudeciò oprimida de la confuſion tanta ignorante, ò malicioſa lengua, y no quedò menos confuſo aquel Sabio, cuyo nombre callò haſta aqui la Pluma, por mas que le vozean todas las que ſe emplearon en Elogios de Borja: y ciertamente, que debe ſer expreſſado en eſte Lienzo, ſolo por tomar oportuna ocaſion de formar algun breve dibuxo de lo mucho que debe la Compañia à la clariſſima Religion de Santo Domingo. Pues ſiendo eſte Hijo ſuyo el Doctiſsimo Maeſtro Cano, cuyo ingenio ſolo baſtava à honrar à toda una Religion, y à todo aquel Siglo: y que por eſſo debria ſer atendido con mas reſpeto; fuè repetidas vezes caſtigado de ſu Provincial por eſte exceſſo: puſole perpetuo ſilencio en aquella explicacion de las Epiſtolas de S. Pablo. Y ſiendo electo el miſmo Provincial deſpues, no quiſieron conſentir en ſu eleccion los Sugetos mas venerables de aquella Familia, expreſſando el motivo en la paſsion violenta, y mordàz pluma, con que avia laſtimado à la Compañia. Y el Pontifice Paulo Quarto le mandò comparecer en Roma, porque en las miſmas margenes del Tibre, y en la miſma fuente de la verdad en la Igleſia, vieſſe venerada la verdad, que èl perſeguia, y doblaſſe la cerviz preſumida, y obſtinada en una tema. Avia eſcuchado, no ſin aſſombro, al grande Laynez en el Concilio de Trento: y prorrumpiendo en una ocaſion en horrores contra el Gremio de Ignacio, ſin que, ni la diſcrecion, ni el ſufrimiento baſtaſſen à reprimir, ò templar ſu eloquente orgullo, le preguntò Laynez con algun eſpiritu: Vueſſa Paternidad es mas que un pobre Frayle, y un particular Maeſtro, que ſe llama Melchor Cano? No ſoy mas reſpondiò con alguna turbacion aquel arrebatado ingenio. Pues como tiene oſſadia, dixo el Padre Laynez, para oponer ſu dictamen ſolo, y apaſsionado à la irrefragable autoridad de tanto Sabio Paſtor, y Prelado en eſte Sacro General Concilio, que con tan crecidos elogios enſalza, aprueba, y acredita eſte nuevo Inſtituto? Cobròſe un poco el Maeſtro Cano, y bolviò à reſponder, no ſin mucha libertad: Yà que los Paſtores duermen, es bien que ladren los Perros. Si, replicò Laynez, bien es que ladren los Perros contra los Lobos; pero ſerà bien que ladren, y aun muerdan à los otros Perros? Aqui enmudeciò aquel Sabio, que debria hazer algun recuerdo, de que ſemejantes Fabulas avia inventado la calumnia contra ſu Familia glorioſa, y contra la Serafica, y ſiendo apellidados del Vulgo Nuncios del Ante-Chriſto los Iluſtres Hijos de uno, y otro zeloſo Inſtituto: haſta que el Sol por la pluma de Santo Thomàs, y el fuego por la del Doctor Serafin deſvanecieron aquella infame niebla, anegando en luz, y en llamas à la embidia. El Sabio Maeſtro Peña eſgrimiò ſu pluma deſde Salamanca en abono de la Compañia. Vino eſte año à la Corte el Santo Fray Luìs de Granada, Rio de eloquencia, y de nectar mas dulze, y mas undoſo, que antiguo Romano; y hazien- Año de 1556.

do

do triaca de el veneno, rebolviò en alabanza de la Compañia las miſmas Epiſtolas de San Pablo, frequentando à eſte fin el Pulpito, apellidando deſde èl à la Compañia con el renombre de Colegio Apoſtolico: ſiendo el mayor de los elogios, no los que èl dezia, ſiendo tantos, y tan ſubidos, ſino el que los dixeſſe el Principe de los Oradores de aquel Siglo, y aun de los venideros: que fuè lo que celebrò Plinio en ocaſion de aver ſido el Tacito Orador en las Exequias de Virginio Rufo.

Laudatus à Conſule Cornelio Tacito; nam hic ſupremus fœlicitati ejus cumulus acceſſit, laudator eloquentiſſimus. Plin. li. 1. Epiſt. 1.

Y aun antes de partir de Liſboa avia eſcrito una Carta à un Amigo ſuyo Jeſuìta, esforzando en èl à la Compañia toda, pues dezia: *Muy Rdo. Padre: Sabe nueſtro Señor con quanta pena leì la Carta de V. R. porque no quiſiera yo, que con tanta coſta nueſtra creciera el provecho de Vueſtras Reverencias; porque en eſte negocio, no temo el daño de quien padece la injuria, ſino de quien la haze; porque bien sè, que el eſtilo de nueſtro Señor, es, hazer dulzes las aguas con ſal, y alumbrar los ojos con barro, y ſanar las llagas con maſas de higos, y multiplicar los Hijos de Iſrael con la perſecucion de Faraon, y el Pueblo de los Catholicos con la guerra de los Tyranos. Antes la mas comun manera de obrar ſuyo, es uſar de los medios de ſus adverſarios, para hazer ſus hechos, como usò de la venta de Joſeph, con que los Hermanos querian deſhazer ſus Sueños. Y aſſi me parece, que en eſto ha de venir eſta nueva contradicion, que aunque tira à herirlos, los ha de ſer ocaſion de andar mas humildes, mas Religioſos, mas exemplares, mas cautos, mas devotos, y por conſiguiente mas bien quiſtos, y mas bien acreditados del Mundo. Y aſſi lo que aquel Padre toma por medio para abatirlos, toma Dios por remedio para levantarlos; y mas verdad es, que èl barbecha para Vs. Reverencias, que no Vs. Rs. para el Ante Chriſto. Para mi tengo por cierto, que aquel de quien dixo Job:* Qui ponit ventis pondus, *y proveyò à San Pablo de aquel eſtimulo de Carne, para que la gradeza de las revelaciones no le enſalzaſſen: eſſè ha proveìdo à Vs. Reverencias deſte azote, para que la grandeza del aplanſo, y buen recibimiento del mundo, no los levante. Acuerdeſe V. R. que los ſembrados à tiempo han meneſter blandura, y à tiempos elada, y ſed, para que con lo uno ſuban à lo alto, y con lo otro arrayguen en lo baxo; y lo miſmo han meneſter las plantas eſpirituales, que Dios planta en ſu Igleſia, para ſer en ella glorificado: porque aſſi como con las alabanzas, quando no ſon demaſiadas, crece la virtud, aſſi con las tribulaciones la fortaleza. Alegreſe V. R. que la Compañia procede por los miſmos terminos, por donde procediò la Primitiva Igleſia: y ay de Roma, quando le faltare Cartago. Lo que à V. R. pido, es, que ruegue à nueſtro Señor, en zelo de perfecta caridad, que no nos azote por la culpa de uno, que eſte es el mayor temor que tengo. Yo no tendria por inconveniente, que por parte del Conſejo de la Inquiſicion ſe puſieſſe ſilencio à Perſona que eſcandaliza al Pueblo, poniendo boca en el eſtado, que la Igleſia tiene tan aprobado, y llamando uñas del Ante-Chriſto, &c. Liſboa à poſtrero de Marzo de 1556. Fray Luìs de Granada.* Carta propria de aquel eſpiritu, y de aquella Pluma de oro, garganta, ò boca, por donde ſe eſtrechavan las immenſas corrientes de la mas varonìl eloquencia.

Las impreſsiones, que pudo aver hecho la calumnia en el animo del Emperador contra la Compañia, ſe borraron con tanta facilidad, como las que haze mano pueril en la arena, que las deshaze una ola. El Grande Inquiſidor General Don Fernando de Valdès, hizo que ſe dieſſe por todo Eſpaña juridico teſtimonio de la inocencia de la Compañia, eſcriviendo à ſus Tribunales, para que hizieſſen eſta verdad notoria; y en la Carta que eſcriviò al Santo Tribunal de Zaragoza, dezia: *Reverendos Inquiſidores, aqui ſe ha dicho, que en eſſa Ciudad, y en Hueſca, y en otros Lugares del Reyno, han publicado algunas Perſonas, que en la Carcel del Oficio de la Santa Inquiſicion deſta Villa de Valladolid, y ſu partido eſtàn preſos algunos Religioſos de la Compañia de Jeſus, no ſiendo aſſi la verdad. Y porque demàs de lo que toca à la autoridad, y devocion de ſu Orden, es materia eſcandaloſa, y perjudicial à los que la tratan para ſus conciencias, ſerà bien, que por la via que os pareciere mas conveniente, y con menos eſtruendo, ſignifiques à los Señores Prelados, y Perſonas de calidad, y à los mas que entendieredes, que es bien que lo ſepan, deſengañandolos de lo que en eſto ſe ha publicado de la captura de Perſonas de la Compañia. Pues à Dios gracias lo contrario es la verdad, como de Perſonas, que en general, y en particular exercen vida, y obras de virtud en ſervicio de Dios nueſtro Señor. Y èl les darà gracia, para que aſſi lo continuen; y èl guarde, y acreciente Vs. Reverendas Perſonas. De Valladolid à 12. de Junio de 1558.* Embiò deſpues el miſmo Arzobiſ-

zobiſ-

zobiſpo Inquiſidor el Libro de los Exercicios de Ignacio, con muchas notas de pluma del Maeſtro Cano (que expreſſava à la margen de aquel profundamente claro arroyo, por donde corre el deſengaño) al Padre Gonzalez, Rector del Colegio de Madrid, para que las caſtigaſſe con un perpetuo borròn: y luego le reſtituyeſſe el Libro, donde deſcubria ſu penſamiento à cada reflexion un teſoro. Deſta ſuerte iba por todas partes la verdad poniendo una mordaza à la embidia, y la miſma calumnia iba exprimiendo elogios à la fama, y deſangrando ſus venas à la eloquencia en elogio de la Compañia.

§. IV.

MAs tampoco podrè callar, ſin ſer ingrato, lo que debiò eſte combatido Inſtituto à un iluſtre Hijo de San Bernardo, Fray Luìs Eſtrada, hombre de alto eſpiritu, y que avia bebido mucha parte de nectar à ſu Dulciſsimo Patriarca, y no menos luz à la Myſtica Theologia. Hallavaſe Abad de Huerta, quando llegò à ſus manos copia de la Carta, que el Maeſtro Cano eſcriviò à Fray Juan de Regla; y bolviendo la miſma copia al Doctor Torres, Obiſpo que fuè de Canaria, le dize en reſpueſta: *No ſe ha perdido nada en que yo aya viſto eſta Carta; porque por donde V. Il. no pienſa, ſe ofreceràn favores eſpirituales, y temporales de oy mas à la Santa Compañia, los quales por ventura ceſsàran ſino tuviera noticia deſte disfavor tan injuſto. De mi sè dezir, que por veinte Arzobiſpados de Toledo, no quiſiera aver firmado de mi nombre palabras tan temerarias, y perjudiciales contra el menor Chriſtiano del ſiglo: porque no puedo entender, què ſatisfacion aya de hazer que baſte, el que en infamia de tantos ſe arroja à firmar tantos eſcandalos. Y no me deſedifico menos, el que con achaque de buen zelo anda predicando eſta Carta particular, y ſecreta por el Reyno; porque ſi tuvieſſe buenos ojos, veria la poca honra, que deſtos negocios ha ſacado, y daria gracias à Dios, pues trayendo la ſoga arraſtrando tantos dias ha, no le ha permitido caer en alguna deshonra notable. Pero yo gran temor tengo, que ò eſta gente le ha de confundir, ò Dios le ha de caſtigar. Yo defiendo, y aprnebo en eſte caſo lo que veo, que aprueba, y defiende la Igleſia. Yo me quiſiera quedar con eſta Carta, ò con un traslado della; pero es de tan poca edificacion, y de tan mal exemplo, que mas quiero remitirla à la Chriſtiandad, y diſcrecion de V. Il. que verla mas de mis ojos. Aunque ſi como eſto debe ſer ſecreto, pudieſſe ſer publico, no me parece, que haria poco Sacrificio à Dios el hombre, perdieſſe la vida en competencia de declarar eſta verdad à los pies del Papa, ò en el Conſiſtorio de la Inquiſicion, ò en el Conſejo del Rey. Porque harto perjudicial hombre es el que ſe atreve à dezir, firmado de ſu nombre, que ſon Alumbrados, y Dexados, y publicos Hereges tantos Siervos de Dios, como moran en eſtos Reynos. Y es caſo, que toca à la Chriſtiandad, ſaber por donde ſe guia eſte hombre particular, pues vè mas que todos vèmos. Plegue à Dios de alumbrarle, y de darle lugar para que haga penitencia. De eſta Santa Caſa de Huerta à 16. de Marzo de 1558.* Todo eſto eſcrive aquel Monge, no menos Santo, que Docto, cuyos eſcritos ſe merecieron las aclamaciones de los Sabios, porque ſu pluma, Aveja mas elegante, y mas ingenioſa, ſupo convertir en miel la tinta.

Y fuera culpable omiſsion no expreſſar aqui algunos Capitulos de otra Carta, que eſcriviò al Padre Alonſo Romàn eſte Dulciſsimo Hijo de Bernardo, que fuè uno de los Regulares de mas veneracion, y de mas alto eſpiritu, que tuvo eſte Reyno. Dize, pues, aſsi: *Notè de un Predicador ſeñalado en Eſpaña, que con harto eſcandalo desfavorecia la Compañia en preſencia del Vulgo, y deſpues le vì mudado, y que no ſolamente ceſſava de contradezirles, pero les viſitava, y tratava con benevolencia, y amiſtad. Pues preguntado, què fueſſe la cauſa de ſu mudanza, ſencillamente confeſſava, que quando los acuſava, no los entendia; y que quando los entendiò, bolviò la rienda, y los honrò. Y plegue à Dios, que eſte bendito, y otros ſemejantes hallen abierta la puerta de la Miſericordia como la hallò San Pablo, quando dixo:* Miſericordiam conſecutus ſum, quia ignorans fui; *porque eſtas, y ſemejantes ignorancias, no sè que eſcuſa pueden tener delante de el acatamiento de Dios. Y ſi à eſtos tenèmos laſtima, con què lagrimas acabarèmos de llorar aquellas almas ciegas, que tan de veras han profeſſado perſecucion contra la Compañia? Què en publico, y en ſecreto pretenden deſacreditarla, y condenarla, ſiendo Perſonas, que por ſus letras, y eſtado debrian tener hecho el pecho à mejores opiniones. A eſtos ſemejantes lamentava el Propheta, quando dezia: Ay de voſotros ciegos, que nie-*

al bien llamaìs mal, y al mal bien, y que teneis à la luz por tinieblas, y à las tinieblas por luz. Cierto, aunque ſe me haze de mal apuntar coſas particulares en eſta mi liſta, no dexarè de dezir un caſo particular eſcandaloſo para mi alma, para que ſe pruebe la ceguedad de los perſeguidores de la Compañia. Y es, que avia cierto Chriſtiano, deſpues de la vida ſeglar, y vicioſa, mejorandoſe grandemente con la converſacion de los de la Compañia; de manera, que ſus limoſnas, recogimiento, y Oracion fueron manifieſtas à muchas gentes por eſpacio de algunos años, y daban gloria à Dios de vèr la mudanza de la dieſtra del muy Alto. Pero como eſta alma, deſpues de muchos dias, ſe apartaſſe de la Santa Compañia, y ſe resfriaſſe en los buenos exemplos, diò en otro modo de vivir, que eſcandalizaba. Vinole à viſitar una Perſona de harta reputacion, y entre otras doctrinas, que le dixo, fueron eſtas palabras. O Señor, que laſtima os tenia yo, quando en dias paſſados andavades engañado en la converſacion, y compañia de los Teatinos. Vea V. R. que buena doctrina, y à buen tiempo! Todo eſto es dolor relatarlo: Quoniam laudatur peccator indeſideriis animæ ſuæ. *Mas ay dolor, que los ciegos vieran las pèrdidas en que avia venido aquella pobre anima, por deſamparar la Compañia, que la ſolia edificar! Otros ay tan ciegos, que pienſan que todos los peligros en que la Igleſia ha de venir, han de acontecer por mano de los de la Compañia. E yo vì uno, que afirmaba en ſus letras, que eſtos ſon los Alumbrados, y los dexados; y añadia, que ſi era poſſible, que eſtos avian de dàr fin à la Igleſia de Dios. O gran blasfemia! O gran temeridad! O ſingular ceguedad! Con què penitencia, ò con què reſtitucion ſatisfarà eſta fama el hombre famoſo, que tal doctrina firmò de ſu mano? Y con què lagrimas llorarà ſu pecado el que, aviendo eſta Carta à las manos, la publica en diverſos Lugares, para detraer la Santa Compañia? Yo confieſſo, que mis letras no ſon tantas, que me deba tener por Letrado, ni mi Theologia tan levantada, que me precie de llamarme Theologo. Pero no puedo acabar de entender à que letras eſtudian eſtos Letrados, ni porque Theologia ſe llaman Theologos, pues mueſtran ignorar el A. B. C. de los Chriſtianos. Notavan, que Chriſto dixo, que el que ſe enſaña con ſu proximo, merecia ſer condenado en juizio; y el que moſtraſſe la ſaña con palabras, ſeria condenado en Concilio; y el que llamaſſe tonto, ſeria condenado al fuego del Infierno. Santo Dios! Pues ſi eſto es verdad, es Evangelio, de què tormento ſerà digno aquel, que ſe deſverguenza publicamente à infamar à toda una Comunidad de Siervos de Dios, y à una Religion entera aprobada por la Igleſia, y no ſolamente los llama fatuos, ſino Hereges, y Alumbrados, y otros titulos no menos eſcandaloſos? A eſtos temerarios eſcuſan algunos, diziendo, que tienen zelo de Dios, aunque no con mucha diſcrecion; pero yo tengo gran ſoſpecha, que es zelo del diablo, y doctrina conforme à la de los Fariſeos, que niega la verdad de la Doctrina de Chriſto. Y como ſe levanta ſin gentes engañadas con la heregia de los Luteranos, luego los contrarios de la Compañia triunfaron, diziendo, que eſta era la maraña de los Teatinos, y que todos los preſos eran de ellos. Yo lo oì à la meſa de un gran Señor deſtos Reynos. Pero valgame Dios! ſi vieſſemos un hombre, que dezia, que lo blanco era negro, lo dulze amargo, y lo ſano enfermo, no diriamos, que eſte tal era loco, y frenetico? Pues de la miſma manera digo, que el que dize, que los de la Compañia ſon Luteranos, lo podemos tener por tonto, por loco, y por frenetico: porque aſſi como la luz contradize à las tinieblas, aſſi el Inſtituto de la Compañia contradize al de los Luteranos.* Y deſpues de aver careado un extremo con otro, ſeñalando aquellas fuentes, por donde nace la luz à diferencia del horror, proſigue: *Y porque manifeſtemos la gran contrariedad, que ay entre los Luteranos, y los de la Compañia, yo digo, y afirmo, que pienſo tener eſpiritu de Dios en lo que voy à dezir: y es, que embiò Dios la Compañia al Mundo por ciertos particulares fines, y provechos, que della ſe ſiguen à la Igleſia de Dios, los quales en parte yo declararè à los Siervos de Dios, que me lo pidieren: y en parte tengo declarados en mis eſcritos, que ſon manifieſtos en grande parte de la Chriſtiandad. Pero tengo para mi, que el particular provecho, que Dios pretendiò con eſta Religion, fuè embiar nueva gente contra la nueva Heregia de los Luteranos. Los principales de los Hereges aborrecen con grande odio à los que llaman Teatinos, è yo lo he entendido de ſus doctrinas, y ſermones. Pero yà he entendido las mañas de Satanàs:* Non enim ignoramus aſtucias ejus. *Ay dolor! Quien tuvieſſe tantas lagrimas, que pudieſſen lavar la mucha que hizo Satanàs en los corazones*

de

de los hombres con eſta mala cizaña, de que los Teatinos eran Luteranos? Eſte falſo teſtimonio ha hecho en algunas almas poco menor eſtrago, que la heregia de los Luteranos; porque de aqui ha venido en muchas partes de Eſpaña condenar la Oracion, y Meditacion, la Contemplacion, y la Confeſſion, y la Comunion, y leccion de Libros Santos, y Coloquios eſpirituales, diziendo, que los que Comulgan mas de una vez en el año, ſon los Hereges; los que Confieſſan, ſon Luteranos; los que contemplan, y meditan, ſon los Alumbrados, y llaman Catholicos à los Hombres ſecos, diſtraìdos, y derramados, y que apenas ſe acuerdan de Dios. O Cielo! O Tierra! O Mar! O Angeles! O Criaturas Celeſtiales, y Terrenales! Si eſte mal no es gran mal, no sè que mayor mal puede venir en los fines de los ſiglos ſobre las Animas redimidas por la Sangre de Jeſu-Chriſto. Sabe el Señor, que digo la verdad; y es, que eſtando yo en cierta Caſa de un Cavallero caſado, harto Catholico, como ſe trataſſe de los Luteranos, teniendo ella entendido, que llevavan la vida de los Teatinos, dixo delante de mi con grande exclamacion, y ſuſpiro: O gracias ſean dadas à Dios, Padre Abad, que nunca en eſta Caſa dimos en Comulgar à menudo, ſino de tarde en tarde! Eſto dixo la devota Muger, porque le pareciò que ſi huviera frequentado el Sacramento, huviera caìdo en la Heregia. Quien penſaria, que por huìr los Hombres la heregia de los Luteranos, avian de dàr en huìr de los Sacramentos? Gran ſoſpecha tengo, que eſta gran ceguedad ha recaìdo en los Pueblos de tener guiadores ciegos, como dize el Profeta: Propter peccata Sacerdotum erraverunt: cæci in plateis. *No es harta ceguedad vèr en algunos Pueblos Eſquadrones de Adulteros, de amancebados, de homicidas, de blasfemos, y de logreros, de jugadores, de perjuros, de ſimoniacos, de ladrones, y contra eſtos no ay lanza, ni ſe pone diligencia; ſolamente todos los Eſquadrones contra las Mariposas amantes de los Teatinos, contra la gente de ſocorro, que Dios embia para ayudar à los que tienen cargo de governar las Almas. De todas eſtas coſas, Padre mio Romàn Santo, y Bendito, infiero yo una gran miſericordia, que ha uſado Dios con la Compañia, la qual ſi entendieſſemos bien los aficionados de ella, no tendriamos tanto dolor, quando la vemos perſeguir, ò infamar. Pero con todo eſſo yo confieſſo ſinceramente, que tanta embidia tengo de la Compañia por ſus infamias, quanto dolor tengo de ſus contrarios, è infamadores. Què mayor bien podèmos deſear à una Republica, que verla evidentemente conſtituìda en el eſtado de la Bienaventuranza? No ſabèmos, que dixo Chriſto, Bienaventurados ſereis quando os aborrecieren los hombres, y quando os perſiguieren, y dixeren de voſotros muchos males mintiendo: gozaos, y regocijaos en aquel dia. Pues donde eſtà el ſentimiento Chriſtiano de aquellos, que tienen por deſdichados à los Teatinos, porque les levantan teſtimonios? Cierto, en eſto conſiſte mas la bienaventuranza, que no la inſelicidad; y por tanto los que bien querèmos à la Compañia, ſino fueſſe por deſengañar las Almas, que con ceguedad la perſiguen, aviamosla de dexar gozar de ſu bienaventuranza, quando la vieſſemos cercada de perſecuciones, è infamias. Pues ſabèmos, que no padece como los homicidas, y ladrones por ſus maldades, ſino como los Bienaventurados de Chriſto por la juſticia. Y de aqui viene, que mayores tentaciones tiene la Compañia de parte de ſus amigos, que de parte de ſus contrarios, como mas largamente pretendì perſuadir à los Santos Religioſos de Simancas, quando ciertos dias, por ſu gran modeſtia, y humildad, me compelieron, que les hizieſſe algunas Platicas eſpirituales. Aunque ſabe N. Señor con quanto mayor guſto deſeava yo oìrlas dellos miſmos. Deziales yo, pues, aquel dia, hablando de la vida de los Apoſtoles, lo que afirmava dellos en ſu Doctrina Chriſtiana el Bienaventurado San Aguſtin, diziendo:* Neutra tentatio illis defuit: *quiere dezir, que no era menor la tentacion del favor de los que ſe convertian por ſus milagros, y los ſeguian, y favorecian, que la de los Tyranos, que con odio, y tormentos los perſeguian, y con teſtimonios los infamavan. Por tanto, guiado de las Reglas de Chriſto, yo afirmo, que ſi alguna Republica ſe puede llamar bienaventurada en la tierra, es la Compañia de Jeſus, porque eſta es la perſeguida, y con teſtimonios infamada. Y ſi deſta bienaventuranza ſe apartan algun tanto, la cauſa ſon los favores de los aficionados. Aunque no puedo negar, que no ſea Providencia de dàrles quien los defienda, porque no desfallezcan en la perſecucion; aſſi como permite, que los infamen, porque no ſe enſobervezcan con el aplauſo, y favor.* Aora pregunto yo, ſi ſe pudiera deſear Carta mas digna en un Padre de la Igleſia? Sin duda, que la gratitud la debria encomendar à la memoria, aun ſiendo tan larga. Y en ella ſe reconoce bien el deſtino, y el carac-

racter con que nació à la Igleſia la Compañia, pues le ſirvieron de arrullos las calumnias, y aun las blasfemias, cercando las perſecuciones ſu Cuna, que parecen accidentes proprios, pues vàn creciendo con ella.

En la Corte recurriò la flor de la Grandeza à reconocer en nueſtro Colegio las Bulas Apoſtolicas, que confirman la Compañia: y entrando por los ojos eſta verdad, paſſava luego al diſcurſo la reflexion, de que por ſer nuevamente aprobada, no tenia menos firmeza, ni era menos irrefragable aora la autoridad de la Santa Sede. Que las Bulas de otras Santas Religiones, por ſer mas antiguas, ni eran mas Sagradas, ni mas fuertes ſus cadenas, ni las verdades penden de la veneracion, que les dà la antiguedad. Con eſto empezaron à deteſtar el error de los que querian obſcurecer con humo, y niebla el globo de la luz. Nunca entraron en la Compañia mas iluſtres ſugetos: nunca ſe fundaron Colegios tan ſumptuoſos; y aun el miſmo Inquiſidor Generàl trazò introducir à los Jeſuìtas en Oviedo, aunque deſpues borraron algunos accidentes eſte deſignio, y diò dos mil peſos de limoſna à la Fabrica de Sevilla. El Santo Tribunal, ſobre dàr grandes eſtampidos à favor de ſu inocencia, ſe valiò mucho de la Compañia para arruynar la infame ſecta, y la ponzoña, con que los Luteranos iban inficiónando la Eſpaña. Y aſsi eſcriviendo el Santo Borja al P. Pedro de Ribadeneyra, (que ſe hallava en Flandes por aquel tiempo con el Rey Felipe II.) dize en un Capitulo: *Solo dirè yo aqui, que en eſtas neceſſidades ha pueſto la Compañia ſu Cornadillo en ocaſion, y tiempo, de manera, que han conocido los Señores Inquiſidores de el Santo Oficio no averles ſido ayuda de poco momento, y aſſi lo dàn à entender con mucha ſatisfaccion. Aunque no ha faltado quien echaſſe fama en eſta miſma Corte, y en Caſtilla, (y aſſi ſerà facil coſa, que ſe eſtienda por eſſas Provincias) que los Teatinos eran cauſa deſtos errores, (aſſi nos llaman por acà) y que à mi me avian preſo, y que otro ſe ahorcò: en otras partes nos queman, &c. Eſto es lo que por eſte Mundo dizen, y otras coſas como eſtas*: Et ecce vivimus: *Y damos gracias al Señor, porque nos dà tan ſin merecerlo ocaſiones de merecer, y nos haze dignos de ſu Vandera. De todo eſperamos nos darà N. Señor gracia para ſacar nueſtro mayor aprovechamiento, y conocimiento; y ſu Bondad tendrà cuydado de acrecentar el credito, y autoridad de la Compañia por eſtos medios, como ſuele, y experimentamos. Encomiendenos, P. mio, al Señor; para trabajar en eſta neceſſidad, me hallè eſtos dias con mayores fuerzas, que ha mucho he tenido, aunque aora ultimamente me vinieron unas tercianas, pero yà eſtoy bendito Dios bueno, &c.* Tan combatido de olas ſe hallava aquel incontraſtable ſufrimiento, quebrandoſe en èl todas, como en una roca de oro. Ibaſe dilatando la Compañia con nueva gloria por los miſmos paſſos, que le cortava la embidia: que tambien el Mar crece con la tormenta: porque eſte ſabio zeloſo Inſtituto fraguado en el corazon del fuego miſmo, deſde ſu principio, y en ſu progreſſo tiene mucha ſemejanza con el movimiento del Sol, que à cada paſſo tropieza con un enemigo, ò monſtruo disfrazado en luciente Signo: yà con un Leon, creſpa en rayos la melena, y que fulmina con la garra: yà con remolinos de luz en un Toro: yà con un Gigante armado de Saetas, y de fuego, que tiene por aljaba la embidia, y por arco la admiracion de vèr recogida en un cuerpo hermoſo toda la luz.

CAPITULO XVI.

EL CESAR RETIRADO DE EL Mundo, y de sì miſmo, y traìdo del exemplo de Borja, le llama à Juſte, deſeoſo de que abandonando la Compañia, ſe quedaſſe en aquel Monaſterio, ò ſe paſſaſſen ambos à la gran Cartuxa. Prevenido del Cielo el Santo Borja, preocupa al Ceſar, y le deſarma, y aun le conquiſta todo el afecto àzia el nuevo Inſtituto. Altas, y myſterioſas conferencias, que tuvieron los dòs por eſpacio de tres dias.

§. I.

CArlos V. à quien llama una elegante Hiſtoria el Gran Reo de la fortùna, deſpues de aver pueſto freno à la embidia, Ley al Mar, y à la Europa, deſpues de aver conducido la Carroza de ſus triunfos por los Climas mas remotos, eſtando à ſu viſta mudo el Univerſo; elogio, con que engrandece la Eſcritura à un Alexandro, porque la fama robò toda la voz para ſu clarin: canſado yà de la gloria humana, harto de sì, y de la fortuna, y mucho mas arraſtrado inviſiblemente del deſengaño de Borja, tratò de recoger los ultimos precioſos fragmentos de ſus años, y ſacrificarlos al deſengaño en el Religioſiſsimo Monaſterio de Juſte, del Orden de S. Geronymo, à donde llegò por el Noviembre de 56. tan fatigado del peſo de los Laureles, y de ſus achaques, que deſde Laredo, adonde deſembarcò el dia 28. de Septiembre, fuè conducido en ſilla de mano haſta Burgos. Partiò

Siluit terra cõſpectu eius 1. Mach. 1.

deſde Valladolid à Juſte con tan poco acõpañamiento, que antes de llegar à la ſoledad de ſu ritiro, iba yà ſolo el que avia vivido ſiempre rodeado de Mundos de hombres,y del eſtruendo de los clarines,ſin vèr el roſtro à la ſoledad,ſino deſde la imaginacion,y allà en ſus penſamientos,ò deſeos antiguos. Pero ſiempre ſerà verdad lo que dixo la mas ſabia Filoſofia, que al cadaver de la fortuna no le hazen tan ſolemnes Exequias como à otros cadaveres, que ſe dàn con llanto, y con bramido à la tierra: ningun difunto muere tanto, como el que fuè dichoſo, que halla entierro en el olvido,mucho antes que el marmol le dè ſepulcro. La penitencia,la Oracion,el deſprecio del Mundo, y otras Virtudes del Ceſar en eſte retiro,ſon el ſugeto de las Hiſtorias,de las admiraciones, y de las alabanzas. y todos ſus elogios hazen eco en la fama de S. Franciſco de Borja,de quien Carlos V.confeſſava aver bebido eſte deſengaño, y eſte exemplo, y le llamava ſu dechado, ſobre que hizimos alguna reflexion en el Lib. 2. y ademàs de conſtar de las depoſiciones del Duque de Villa Hermoſa,y del Conde de Luna en los Proceſſos de Borja, nos lo dize reſueltamente la Igleſia. Hazaña de las mas iluſtres de Franciſco, que ſu exemplo fueſſe poderoſo à triunfar de quien avia triunfado de un Mundo:que hizieſſe priſionero de un deſengaño, y obligaſſe à dexar el Cetro al Ceſar victorioſo, à quien no avian podido tantos emulos,y tantos Principes conſpirados, ni el miſmo Marte en la Campaña, arrancar un ſolo diamante de ſu Corona.

Dignus quem, & viri Principes cõplures in amplectẽdo ſeveriori Inſtituto fuerint ſequuti, & Carolus Quintus ipſe in abdicando Imperio hortatorem ſibi, aut Ducem extitiſſe non diffiteretur. Lect. *6.*

Luego que ſe viò Carlos V.deſpojado voluntariamente de todo, baſtandoſe aquel gran corazon à sì miſmo, ſe reſolviò à no dexarſe vèr del Mundo, que una vez avia mirado con ceño, no permitiendo q̃ fueſſe à viſitarle Cavallero,Militar,ò Señor alguno,por no hazer Corte el Deſierto,ſino que la razon de la cauſa, ò el bien del Reyno le obligaſſe à diſpenſar eſta ſeveridad en ſu retiro.Solo anhelava à tener en Compañia ſuya al Santo Borja, antes ſu confianza, y ſu Valido,y aora ſu norte,y ſu feliz rumbo. Mandò al Conde de Oropeſa, q̃ eſcrivieſſe de ſu parte à Borja,para que vinieſſe à Juſte ſin detencion alguna, porque deſeava con impaciencia,que ſe conſolaſſen mutuamente aquellas dos Eſtatuas de la fortuna, careandoſe una con otra. Eſtava el Santo en Alcalà mal convalecido de aquella enfermedad prolixa,à que ſe añadiò la terciana, que le embarazava el viage à Roma,donde por la muerte de S. Ignacio ſe congregava la Compañia: y Borja agradeciò à ſu mal la oportunidad de la ocaſion: aſsi porque temia,que ſe le ofrecieſſe à alguno hazerle General, como porque era ſumo Pontifice Paulo IV. que hallandoſe Cardenal Teatino,quando eſtuvo en Roma el Santo Duque de Gandìa, ſabiendo, que diſponia ſu buelta à Eſpaña, dixo, que ſi fueſſe Cabeza de la Igleſia, no le permitiria ſalir ſin la Purpura. Y temia aora Franciſco, que ſu preſencia ſirvieſſe de excitar eſta memoria. Fuera de que,aviendo hecho recientemente las pazes el corazon de Paulo IV. con el de Felipe II. deſeava el Papa alhagar mas con eſta Purpura la Nacion Eſpañola, y hazer eſta liſonja à ſu Monarca. Era el P. Laynez, Vicario General de la Compañia; y reconociẽdo la impoſsibilidad de ponerſe en camino Borja,le concediò, que pudieſſe embiar eſcrito ſu Voto: ò que fueſſe en ſu nombre qualquiera Profeſſo: ó q̃ pudieſſe darle à uno de los que aſsiſtieſſen à la Congregacion por sì meſmo, deſuerte que entraſſe con dos votos aquel ſolo. Tanto aprecio ſupo hazer del dictamen de Franciſco aquel ſublime entendimiento, que tuvo algunos relampagos de Divino.

Recibiò el P. Borja el Pliego, que deſpachò con un Correo el Conde de Oropeſa, y contriſtado con eſta noticia, empezò à hazer reflexiones ſobre que ſu antiguo valimiento era aquel Tronco robuſto, à quien avia cortado èl miſmo las ramas, marchitando las hojas; pero las raìzes eſtavan verdes, y producian renuevos, y flores. Reſpondiò yà eſcuſando, yà difiriendo la jornada, con el pretexto de ſu ſalud achacoſa. Mas no pudiendo ſufrir el Ceſar dilacion en eſta materia, deſpachò al Duque de Medina-Celi Don Fernando de la Cerda, Gentil-Hombre de ſu Camara, con orden, que le hizieſſe partir luego, ſi eſtuvieſſe capàz de ponerſe en camino. Llegò à Alcalà el Duque D. Fernando, y à ſu repreſentaciõ concediò Borja luego,poniendoſe al dia ſiguiente en camino, por el corazon del Invierno,llevando conſigo al P. Buſtamante, y al P. Herrera, y al H. Marcos, ſu inſeparable Compañero. A poca diſtancia de Alcalà le alcanzò otro Correo, deſpachado de la Princeſa Doña Juana, entregòle un Pliego eſcrito todo de ſu Real mano,en que le dezia con toda reſerva,que el Emperador ſu Padre le llamaria quanto antes à Juſte; que ſabìa con toda certidumbre, eſtava reſuelto à perſuadirle, que dexaſſe la Ropa de la Compañia por el Habito iluſtre de S. Geronymo, ofreciendoſe el Ceſar à ſer ſu Compañero en

Año de 1557.

aquel

aquel dichoſo Eſtado, y à reconocerle Piloto. Y que ſino ſe rindieſſe à eſta mudanza, le propondria, que à lo menos ſe retiraſſen los dos à la gran Cartuxa: tranſito, que ſiendo tan frequentado, y permitido, no podia padecer la nota de ligereza, para que deſta ſuerte ſe unieſſen à conducir el Carro de la mayor gloria Divina la Aguila del Imperio, y el Buey de la Caſa de Borja: y porque los dos ſe embarcaſſen en una miſma tabla, y tomaſſen juntos orilla. Luego añadia la Princeſa eſtas palabras, dignas de la reflexion de ſu prudencia, y de eterno agradecimiento de la Compañia: *Eſte aviſo os embio, Padre, para que con èl tengais tiempo: aunque ſeais llamado, para aconſejaros con Dios, y deliberar lo que debeis reſponder à mi Padre, de cuya boca sè lo que aqui os eſcrivo. Bien creo, que ni os olvidareis de lo que debeis à la Compañia, ni tampoco de la obligacion que teneis de dàr en todo contento, y ſervir al Emperador, mi Señor. A Dios ſuplico, que os enſeñe, como os governareis prudente, y ſantamente, para cumplir la una parte ſin faltar à la otra.* No pudo tocar con pluma mas diſcreta materia tan delicada, ni explicar ſu amor à la Compañia, y al Santo Borja con mas deſtreza, al miſmo tiempo, que parece dexar en duda la eleccion del extremo à que ſe inclina. Con eſte aviſo ſe hallò entre dos eſcollos el corazon de Borja, entre el amor, y el reſpeto al Ceſar, y à la Compañia. Mas la confianza, es aquella intrepida animoſa Quilla, con que los Baxeles, no ſolo rompen por entre las contrariedades, ſino tambien por entre impoſsibles.

§. II.

REconociò Franciſco la benignidad del Cielo, y de la Providencia en averle inſpirado, que no partieſſe à Juſte con la primera Carta, pues fuera deſprevenido, que es mucho menos que deſarmado, contra los aſſaltos de un Carlos Quinto. No quiſo bolver à Alcalà, porque iba delante el aviſo de ſu partida; y porque el retroceder parecia miedo de entrar en tan peligroſa batalla, donde, ò avia de faltar à la lealtad de Vaſſallo, y à la correſpondencia de favorecido, hallandoſe obligado à pelear contra ſu dueño, y à ſeguir otras Vanderas, abonando las Aguilas: ò faltar à Dios, que con tantas expreſsiones le avia ſignificado quererſe ſervir de èl en eſte Inſtituto: faltar à la Compañia que tanto amava: faltar à la memoria, y ceniza caliente de Ignacio, y aun faltar à sì meſmo, pues ſiempre avia de ſonar eſta mudanza, parte à liſonja, y parte à ligereza. Terrible aprieto para un hombre de honra! Llegó à la Poſada, aviendo arrojado por el camino toda eſta cauſa, y toda ſu congoja en los brazos de la Providencia: retiròſe à un Apoſentillo, donde eſtuvo mucho tiempo el cuerpo immobil, y el eſpiritu ſoſſegado: no ſe dexava reconocer en el ſemblante, que el corazon fluctuava, aunque arrojaba algunas olas à las mexillas la tormenta. Daba gritos mudos en ardientes afectos à Dios aquella Alma, y le dezia, pues eſtàn en vueſtras manos los corazones de los Reyes, y eſpecialmente el de eſte Monarca victorioſo, que ſe ha pueſto en ellas tan rendido, arrancadle de el pecho eſte deſeo pernicioſo à vueſtra gloria, à mi conciencia, à mi honor, y a eſta pequeña amada Compañia; que aunque ſirvo tan poco en ella, fuera de ſumo eſcandalo, y deſcredito ſuyo mi ſalida: y mas en ocaſion, que padece tal borraſca. Pues avia de juzgar el Mundo todo, que yo dexava eſte leño por mal ſeguro, y aun por roto, y me paſſava à Baxèl mas fuerte, y mas experimentado. Y al fin, Señor, ſino neceſsita de mi la Compañia, yo neceſsito de ella para aſſegurar la gloria: y antes me faltarà la vida, que yo falte, à quien conſagrè una vez mi libertad ſobre la Ara mas precioſa. Yo he de dàr la ultima reſpiracion rebuelto en eſta Sotana, y aun mi cádaver eſtaria violento ſin ella dentro de la Urna. Yo he de ſacar la eſpada contra el Ceſar en eſta contienda, y ſe han de rebelar mis afectos contra ſu Rey, por ſeguir las Vanderas de la razon. Yo he de militar, gran Dios, à vueſtro lado haſta caer muerto; mirad ſi Vos quereis poneros al mio, para esforzarme en eſte reenquentro peligroſo? Aſsi orava Franciſco, al tiempo que rayò ſobre la Cima, ò punta de ſu eſpiritu el dia mas claro, y mas hermoſo: viò à la Omnipotencia, y à la Sabiduria armadas en ſu defenſa: alentòſe la confianza, calmó la duda, y ſe levantó de la Oracion tan ſeguro de la Victoria, que ſin poder refrenar la lengua, dixo en voz animoſa: *Ea, vamos de aqui, que yà llevo en la confianza no sè què Oraculo ſecreto, que me aſſegura no he de quedar confuſo: y fio de la Divina Clemencia, que ni yo quedarè tenido por mal Vaſſallo de el Emperador, ni mi Compañia dulciſsima quedarà quexoſa de mi.*

mi. Dicho eſto, tomò confiadamente el rumbo, llevando yà dentro del Baxèl el Puerto, ſirviendole de Farol un Planeta, y de verde vela la eſperanza.

Apenas ſupo el Ceſar, que venia el Santo, quando diſpuſo hoſpedarle dentro de el Monaſterio, lo que haſta entonces no avia practicado con Perſonage alguno, de quantos avia conducido à ſus pies la mas importante ocurrencia de el bien publico: porque tratava ſu ſoledad como ſagrado, ó coto antiguo, que no ſe dexa profanar de huella Peregrina, ni aun de Real planta. Pero no fuè eſta la demonſtracion mas fina, y mas humana: rogò al Prior, y otros Religioſos de los que vivian mas cercanos à ſu Celda, que dexaſſen las ſuyas al Santo Borja, y à los Padres, que vinieſſen en ſu compañia. Y porque era el tiempo mas rigoroſo de el Año, mandó à Luìs Quixada, ſu Mayordomo, que colgaſſe el Apoſento de el Padre Franciſco: Preguntò deſpues, ſi eſtava yà compueſto? Y reſpondiendole, que ſi, paſsò à reconocerle por sì miſmo; y viendo colgada una rica Tapiceria, hizo que la quitaſſen al punto, porque ſabìa, que hoſpedage tan precioſo, no avia de agradar al humilde Padre Franciſco. Mandò deſcolgar unos paños negros, que eſtavan en ſu Antecamara, y ponerlos en lugar de la Tapiceria: admirando Luìs Quixada tanta humanidad en el Ceſar, aun deſpues de retirado à vida Religioſa. Llegò à beſar la mano el Padre Borja, y el Ceſar retirandola con preſteza, le echó los brazos, eſtrechando con el ſuyo aquel corazon fiel, y amoroſo, Archivo un tiempo de ſus ſecretos, y aora aſſumpto de ſus admiraciones, y elogios. Deſpues de algun rato ſe deſenlazaron los brazos, eſtando aun los dos ſuſpenſos, y mudos: fixaron uno en otro los ojos, y entrando por ellos las memorias, y los ſuceſſos paſſados, bolvieron à ſalir con mas ternura de lo que quiſieran la Mageſtad, y la entereza. Miravanſe reciprocamente los deſengaños, reberverando las ſombras en los dos eſpejos ſilencioſos, y encontrandoſe los penſamientos. Deſconocia cada uno la tramoya, ò la mudanza, que contemplava en el otro, hallandole deſnudo de el fauſto, y veſtido de el exemplo. Bolvian à contemplarſe eſtas dos Aguilas, cortadas las plumas, y palpitavan ambos corazones en las pupilas, y cada una ſervia à la otra de Sol para ſorber mucha luz. Hazian reflexiones ſobre ſus antiguas confianzas, y ſecretos, y ſe adivinavan por los ojos los diſcurſos. Y à la verdad, eſtavan tan demudados en el trage, en la fortuna, y aun en el alma, que eſtrañandoſe à sì meſmos, iban à exclamar ambos, *yo fui*, y ninguno encontrava con el *yo ſoy: Fuimos troes.*

Año de 1557.

Rompiò primero el ſilencio, con voz interrumpida del llanto, Carlos Quinto, tropezando la eloquencia en la memoria, y quebrandoſe en la ternura: mandòle ſentar, y que ſe puſieſſe el bonete, apellidandole con el nombre de Duque. Sintiò mucho Borja eſte tratamiento, y rogò con viva expreſsion al Ceſar, que ſe olvidaſſe de que avia ſido Duque de Gandìa, quando ſu Mageſtad apenas ſe acordaba de ſu miſma ſuma grandeza. A que reſpondiò el Emperador: *Pues Vos lo quereis, llamarèos de aqui en adelante Padre Franciſco*; mas le bolviò à inſtar, que tomaſſe el aſsiento, aunque no lo pudo recabar del Santo; el qual reſpondia, que mirava reſplandecer à Dios en la Mageſtad, y debia eſtàr en aquella reverente poſtura ante èl. Y primero que el Ceſar pudieſſe hablarle en la materia, que tenia meditada, ſe anticipó Borja à expreſſar el conſuelo con que mirava à ſu Mageſtad en aquel famoſo retiro, que le avia de hazer mas heroyco en el Mundo, en la fama, y en el Cielo. Y añadió, que èl eſtava tan guſtoſo en el ſuyo, que no dudava dezir, que la liberalidad Divina le pagava en dulzura lo poco que le avia conſagrado en ſu libertad, y en el Eſtado de Gandìa: No trocarè, Señor, eſta pobre Sotana, dezia Borja, por quanto ropage, ò de eſplendor, ò de ſantidad mas autorizada ay en la tierra, porque yo sè bien la felicidad eſcondida, y el bien oculto que ay dentro de ella. Turbóſe el Ceſar un poco, hallandoſe preocupado, y reconociendo, que eſta prevencion deſarmava ſu deſeo; y torciendo la converſacion por entonces àzia otro blanco, dixo, que le avia tenido mucha embidia, quando ſupo ſu exemplar valeroſa retirada: que ſi los emulos de ſu Imperio, y las importancias de un Mundo no le embarazàran el paſſo, ſe huviera retirado entonces al ſon armonioſo de ſu exemplo, que allà dentro de ſu corazon daba el mayor eſtampido. Pero que ni el Principe tenia robuſtos los ombros, ni

los

los ſuceſſos abrian camino à los deſengaños que el temporal corria tormentoſo, deſuerte, que avia de parecer, no tanto deſengaño, ni aun eſcarmiento, quanto fuga cobarde de un peligro.

Mas bien os acordareis, que os dixe el Año de quarenta y dos en aquella Galeria de Monzòn, que avia de tomar eſte Puerto ſeguro, luego que los años, y las experiencias de el Principe mi Hijo, y la tranquilidad del Imperio me dexaſſen libre el paſſo. Muy bien me acuerdo, reſpondiò Franciſco: y aun V. Mageſtad me encargò el ſecreto, el qual haſta oy tuve profundamente ſepultado. No abri mi pecho, dixo el Emperador, ſino con Vos, y con otro, (nombrandole à un gran favorecido ſuyo) Conozco la ſingular confianza, que V. Mag. por ſu dignacion quiſo hazer de mi, replicó Borja, y aſsi guardè inviolable aquella ley, que debe à ſu Principe un Vaſſallo, y toda la fé que ſe debe à un ſecreto. Mas ſi el guſto, ó el reſpeto de Vueſtra Mageſtad no lo embaraza, yà es ocaſion oportuna de que publique eſta antigua reſolucion glorioſa? Si, reſpondio el Ceſar, porque aviendola practicado aora, ſe acredita mucho en la noticia de aver ſido tanto antes meditada: y acabarà de conocer la embidia, que no ſe governaron mis afectos por fines humanos, que todos fueran indignos aun de corazones plebeyos: y verà, que no pudo ſer ceño en la fortuna, pues aun aora me atendia riſueña, y entonces ſoplava en mis Eſtandartes, y Velas, enamorada de mis Aguilas. Tambien ſe acordarà V. Mageſtad Ceſarea, añadiò el Santo Borja, que yo avia fiado al Real ſygilo de ſu pecho, en eſſa miſma ocaſion, la mudanza que deſeava hazer? Acuerdome tanto, reſpondió Carlos Quinto, que ni las huellas confuſas de los ſuceſſos, en tan dilatado tiempo, pudieron borrar de la memoria la impreſſion, que hizo en ella entonces vueſtro deſengaño, porque deſde aquel dia me clavaſteis la flecha en lo mas ſenſible del Alma: Vos fuiſteis delante en todo, por exemplar, y aun por norte de mi rumbo. *Bien hemos cumplido ambos nueſtras palabras*: y aqui enmudeciò ſuſpenſo un breve rato Carlos Quinto. Eſtas fueron las primeras razones, caſi formales, con que ſe saludaron aquellos dos grandes Heroes, recordando el origen, y los conductos ſecretos de ſus caudaloſos deſengaños, complaciendoſe en buſcar con la memoria, y con la ternura la primera cuna de ſu dicha.

§. III.

Cobróſe luego de la ſuſpenſion, y mudó de aſſumpto, acercandoſe con el Alma, y con el cuerpo à Franciſco, hizole algunas preguntas de ſu Oracion, penitencias, y obras ſatisfactorias: y antes de todo, añadió el Emperador, dezidme ſi podeis dormir veſtido? Porque mi ſufrimiento ſe halla tan porfiadamente aſſaltado de las enfermedades, y de un quebranto laſtimoſo, que no puedo hazer toda la penitencia, que deſeava, y ſobre todo me hallo impoſsibilitado de poder dormir ſobre el duro ſuelo. Señor, reſpondiò Franciſco, las noches prolixas, que V. Mageſtad velò armado cubierto de azero, ſirviendole de Catre movedizo el Cavallo, y el Arnès de inſufrible peſado abrigo, por ſer argos de la Igleſia, guardando el ſueño de la Eſpoſa Santa, no ſolo con el dedo en la boca, ſino con la Eſpada en la mano, expueſto al horror de la nieve, y de el viento, ſon la cauſa de que aora no pueda dormir veſtido. Pero dèmos gracias al Dios de los Exercitos, que tendrà V. Mageſtad merecida mas gloria en aver paſſado tantas noches, ſin ſueño, por mantener la Fè, y la Religion à la frente del Enemigo, y en el campo, que muchos Religioſos, por dormir eſtrechados entre las xergas, y los ſilicios. Por ventura fingiò menos divinidad en Marte ſiempre con el eſtoque deſnudo, y ſangriento el brazo, el idolatra entendimiento, que en Harpocrates, Dios de el ſilencio, recogido mudamente dentro de sì proprio? Las virtudes, Señor, no penden de las profeſsiones, tambien ſaben ſer Militares, y marchar al ſon de los Clarines: maxima bien confirmada de los ſuceſſos, en cuyo abono tiene V. Mag. grandes argumentos ſuyos en Luiſes, y Fernandos. En què conſiſtirà, preguntò el Emperador, que Vos, ſegun me han dicho, eſtais quatro horas, y mas de un golpe en Oracion con profunda quietud, y yo apenas puedo rezar el *Padre Nueſtro*, ſin que un tropèl confuſo me aſſalte por la imaginacion todo el penſamiento, y pueble de rumor el Alma, derramando por ella todas las eſpecies, y ſuceſſos, que guarda la memoria?

Para que Moyſés, reſpondiò el Padre Franciſco, hablaſſe familiarmente con

con Dios en el Monte Sinaì, precedieron muchos truenos, y relampagos, con eſpanto de los ojos, y terror de los oìdos: ſe eſcuchò una voz de trompeta, que llamava à los ſentidos al arma; y à la falda de el Monte ſonava confuſamente el Pueblo, cuyo murmureo ronco inquietava la Cima con el eco. Deſpues ſe ſiguiò aquel dulce ſoſsiego, aquel intimo ſuave trato, que à no bañar los ojos en tanto reſplandor, ſe pudiera llamar ſueño. Vueſtra Mageſtad acaba de dexar millones de Pueblos à la falda de eſta Cima: viene de eſcuchar el eſtruendo ſonoro de tanto clarin en la Campaña, y es preciſo, que dure algun tiempo el eco en la memoria, y la confuſion de el Pueblo en el Alma. Vàn ſucediendo los relampagos, y truenos, que ſon las enfermedades, y trabajos, y ſon à un tiempo luzes, y bramidos, con que aquella Nube Myſterioſa de la Providencia raſga el fondo à ſus ſenos, para alumbrar con la voz, y con repentina luz à ſus Amigos. Deſpues haràn ſilencio en la Cumbre la Tierra, y el Cielo, y experimentarà Vueſtra Mageſtad un repoſo apaciblemente ſoſſegado; y ſolo podrà percibir deſde allà lexos el ſonido confuſo, deſuerte, que ſirva mas de conciliar el ſueño, que no de eſpantarle aquel rumor lexano. Diòle algunos documentos para la meditacion de cada dia; y el Ceſar eſtava colgado de ſu experiencia, y de ſu boca, deſeando que aquel Artiſice dieſtro, à quien debia la primera formacion ſu deſengaño, le perficionaſſe aora, y le pulieſſe con ſu enſeñanza, para que no quedaſſe la imagen imperfecta. Eſcuchavale admirado el mayor Monarca de la Tierra, introducido à Pueblo en la falda: como ſi vieſſe à Moyſes baxar de el Monte anegado en reſplandor el ſemblante: y para copiar en sì, ò beber parte de aquella luz, quiſiera trasladar las Aguilas de ſus Eſtandartes à ſus ojos, y à ſu corazon.

Preguntòle con alguna cautela por las Leyes, y Eſtatutos proprios de la Compañia; materia, en que los emulos, y aun Hereges ocultos avian derramado veneno en ſus oìdos, impreſsionando la malicia aquella noble imaginacion con una infame ſoſpecha: tinte, que ſe borra mal de el Alma, deſpues de colorida; y ſolo el acordarſe, que eſtava en ella Borja, blanqueava un poco la phantaſia àzia la inocencia. Y afectando olvido de aquella reſpueſta, que Borja avia anticipado, paſsò à preguntarle como ſe hallava dentro deſta Barquilla nueva? Porque avia eſtrañado un poco, que al emprender un rumbo verdaderamente animoſo, ſe huvieſſe olvidado de tantas Religiones, y Barcas ſeguras, por acordarſe de una recien nacida al Mundo, que apenas merecia otra memoria, que la que era meneſter para la ſoſpecha, y para la duda; eſpecialmente, que no faltavan ſabios, y zeloſos, que le pleyteaſſen la ſeguridad à eſte nuevo Baxèl, que empezava aora à hazerſe à la Mar, à quien ſe puede temer, que dè nombre, mas con ſu naufragio, que con ſu acertado rumbo. Quando cada Nave de las otras avia atraveſſado yà los Mares, y los Eſtrechos con Aguja mas ſabia que la Nave de Colcos: y haſta la que huvieſſe quedado mas deſtrozada, era tan digna de veneracion, como la Nave de Argos, ò la que ſe adorava con el nombre de Victoria. Reconociò Borja con aquella diſcrecion, que le hazia dueño, no ſolo de los negocios mas profundamente politicos, ſino tambien dueño de sì en los caſos inopinados, que el Ceſar iba abriendo mañoſamente el camino para hazer venir oportuna la expreſsion, que le avian participado la Princeſa, y el Cielo. Y ſiendo yà muy entrada la noche, ſuplicò à ſu Mageſtad, que pues tocava un punto, à que no podia ſatisfacer ſin ſer algo prolixo, le permitieſſe dilatar haſta otro dia la reſpueſta, porque temia que la brevedad del tiempo le obligaſſe atropellar ſu razon: quando ni los deſengaños, ni las verdades debian ſer llovidas en torbellino ſino lentamente, para que la lluvia penetraſſe el Campo, y ſe calaſſe bien al entendimiento.

Alabò el Ceſar la diſcrecion de Borja, y ſe retirò à ſu Apoſento haſta el ſiguiente dia, que acabando de comer, le hizo llamar: y aunque porfiava ſegunda vez el Santo Borja en hablar, inclinada la rodilla, y la cabeza, huvo de ceder à la benignidad de el Emperador, que le obligò à que ſe ſentaſſe muy cercano à ſu Silla, y à cubrir con el bonete la cabeza. Aora ſi que teneis tiempo baſtante, dixo el Ceſar, para reſponderme à las preguntas, que os hize à noche. Hallome por tantos titulos obligado, Señor, reſpondiò Borja, à dàr fiel quenta à V. Mageſtad de mi vida, que el menor es, aver nacido ſu vaſſallo: y aunque deſpues, que me reſolvì à eſta mudanza, deſeava hazer à Vueſtra Mageſtad una narracion ſuccinta de los motivos, que hizieron Año de 1557.

ron

ron peſo en mi Alma, para fiar mi rumbo deſta humilde Barquilla, antes que de otra: y expreſſar tambien las calidades mal entendidas, y myſterioſas deſte nuevo milagroſo Arbol de la Vida plantado en la Igleſia à las orillas de la perſecucion, y de la calumnia; mas la auſencia prolixa de V. Mag. en las Campañas, fatigando yà el Rin, y à el Danubio con ſus Vanderas, y el conſiderar, que ſemejantes materias nunca cupieron bien en las Cartas (donde vàn las razones muertas, no pudiendo ſatisfacer à las dudas, ni al eſcrivirſe puede la reflexion adivinarlas) me obligaron à ſoltar la pluma de la mano, y à eſperar el beneficio del tiempo. Y pues la benignidad de ambas Mageſtades me le ha concedido, hablarè aora confiado, proteſtando à V. M. que en quanto dixere ſerè tan fiel, como ſi la quenta, que voy à dàr preguntado, fueſſe al meſmo Dios; pues aviendo profeſſado ſiempre mi lengua, y mi pecho fidelidad, pureza, y ſencillèz en el trato con V. M. no avia de tomar eſte humilde eſtado, para ſer mentiroſo, y renunciar el Mundo para faltar à las obligaciones de Chriſtiano, y de Cavallero, y mas en un punto tan ſagrado: quando deſdize tanto de un Hombre de reputacion una mentira, que no ſolo mancha la conciencia, ſino la honra, y hablando con ſu Rey, queda tambien la lealtad axada. Agraviais mi confianza, dixo el Ceſar en penſar, que neceſsita de tantas expreſsiones conmigo el credito, que debo dàr à vueſtra Perſona: yo ſiempre hallè, que vueſtra lengua era la fuente mas pura de la verdad Chriſtiana, y aſsi podeis hablar ſeguro de que os darè entero credito, aun contra mi miſmo. Empezò con eſta dignacion Borja à dàr mucha vela à ſu eloquencia; mas avrè de reducir à compendio el razonamiento, que formò ſu diſcurſo, porque aviendo durado tres horas, interrumpido ſolamente tal vez del Emperador con algunas preguntas, no cabe en la pluma narracion tan prolixa. Y teniendo la Hiſtoria tantas ſombras de ſemejanza con la pintura, no ſerà meneſter, para que ſalga parecida la Copia, que iguale al Original en la proceridad de la eſtatura: deſpues que un Gigante cupo en breve tabla, y una Nave con jarcias, y eſtendidas las Velas, en las alas de una Aveja.

§. IV.

YO, Señor, empezò Borja, (moſtrando tambien facundos los ojos) fui grande pecador deſde mis primeros años, abrigando entre las flores juveniles muchas ſerpientes: V. Mag. cuyo Palacio profanè con malos exemplos, puede ſer teſtigo, yà que no quiſo ſer Juez de mis, no sè ſi diga eſcandalos, ò deſaciertos. Quando plugo al Cielo abrirme los ojos con aquellos, que eſtavan yà eclypſados, tropezando la viſta en el denegrido cadaver de un Planeta. Pero quiero olvidar aora eſta primera doloroſa fuente de mi dicha, porque ſobre renovar à no sè quien alguna triſte memoria, dà mas ternura, que razon à mi cauſa. Entonces, digo, me reſolvi à veſtir algun trage Sagrado, y Religioſo, ſi la Providencia diſpuſieſſe conducirme à eſtado, que tuvieſſe ſin cadena el alvedrio. Hallème libre, paſſado algun tiempo, y tratè de hazer practico mi penſamiento, y mi voto. Para explorar el Baxèl, en que Dios queria ſe embarcaſſe mi libertad, puſe de mi parte aquellos medios, que me parecieron mas oportunos, rogando juntamente à muchas almas, las mas Religioſas, que obſervaſſen ſobre eſte punto el aſpecto de las Eſtrellas: mandè hazer muchos ſacrificios, reparti grueſſas limoſnas, perſeverè en Oracion, y en ayunos algunas ſemanas. No negarè, que mi corazon ſe iba ſin orden del Dueño con natural afecto àzia el ſayàl dichoſo del Serafin; pero al miſmo paſſo que aleava en el pecho el amor à la pobreza de ſu admirable Inſtituto, (aqui deſeo à V. Mag. mas atento) parece que ſe embarazava en sì miſmo, y que alguna inviſible mano le enfriava al corazon el buelo, aſiendo de entrambas alas, al quererſe mover con ellas: deſuerte, que empezava el amor à caminar àzia el objeto que amava: ni yo miſmo me entendia, y la miſma razon me cegava. Seguiaſe luego una ſequedad, y una triſteza laſtimoſa, anocheciendome en el alma, y eſcuchava una voz en cada tiniebla, que me dezia: no es eſtè el Puerto, aunque tan ſagrado, y tan ſeguro, que debe tomar eſte maltratado leño. Lo miſmo experimentava en qualquier otra familia, que traxeſſe la voluntad à la memoria. Al contrario, bolviendo el ſemblante del alma àzia la Compañia, hallava, que no sè quien tirava del corazon con una cadena oculta, y me le amarrava à eſta Playa, no ſin alguna violencia, como que navegava el corazon de remolco, dexandoſe llevar vencido: y luego ſentia una dulzura, q̃ no admite cõparacion en la tierra. No fuè eſto un dia ſolo, ſino muchos, porfiando yo contra los Aſtros, y bolviendo à proejar el corazon por tomar otros rumbos: experimen-

rimentando ſiempre los miſmos efectos, cada vez mas claros, y que forcejava el Baxel contra las Eſtrellas, y contra los vientos. Huvo mas aun, y tanto, Señor, y tanto, que no pude negar, que fueſſe eſte el guſto divino, ſino es queriendo acreditarme voluntariamente de ciego, y de ſordo.

Pero quiſe governarme por reglas mas ſeguras, y mas viſibles, conſultando à mis Confeſſores, y à los mas ſabios Religioſos, à cuyas familias propendian mis deſeos: y por todos eſtos Oraculos me reſpondiò la Providencia, que ſe queria ſervir de mi en la Compañia. Acompañava eſta razon, ò luz otra, que liſonjeava no poco mi fantaſia, y era el reconocer, que en una Religion mas grave, antigua, y venerada, por ventura avria alguna memoria de lo que fui, para tratarme deſpues con alguna exempcion: y aun me buſcarian las Dignidades, de que yo deſeava vivir mas apartado, que del Tigre mas fiero. Mas la Compañia, ſobre ſer incapàz de exempciones, ſiendo todos iguales en ella, eſtava deſconocida, y maltratada de la perſecucion, y de la fortuna, con que era fuerza hallar el deſprecio, y el abatimiento que buſcava. Añadiò ſaber, que ſu Fundador diſponia que ſe cerraſſen con votos, y candados eternos las puertas à qualquiera Dignidad al miſmo tiempo que avria muchas à la perſecucion. Conſiderava tambien, que eſta Religion abraza la vida activa, y la contemplativa, fatigandoſe en gyro perpetuo Martha, ſin eſtorvar el ſoſsiego, ni el ſueño à Maria, que en ella reververava el zelo de la vida Apoſtolica: que ſu Inſtituto es ir pegando fuego à las almas haſta abraſar dichoſamente la tierra, inflamando lo que el Sol alumbra: rayar con mucha Aurora ſobre la ignorancia, y quitar à la infidelidad la venda. Que apenas ſe deſatò de las faxas, quando yà tenia poblados ambos Mundos de milagros, y de victorias, y ſugetado al dominio de la Fè muchas Provincias. Y finalmente diſcurria yo, que ſi un grande Monarca (vos Ceſar invencible, y Dueño mio) teniendo muchos jardines delicioſos en ſu Reyno, quiſieſſe aora plantar un nuevo hermoſo Vergèl en eſſe campo vezino: le haria ſin duda mayor liſonja, quien conſagraſſe al nuevo penſil una florecilla apetecible, por Eſtrangera, ò por mas oloroſa, ò algun delicado plantèl para Narciſo del jardin, que no quien le ofrecieſſe à los otros Vergèles, cultivados yà de tantas flores, divididos liſamente en Calles hermoſeados, en ſurtidores, ruidoſos en varias fuentes, y llenos de Mageſtad en las Eſtatuas de muchos Heroes. En eſte nuevo jardin ſe me repreſentava à mi la Compañia, que el Supremo Monarca planta aora en ſu Igleſia: y me perſuadi, à que eſta flor, que tuvo un tiempo alguna pompa vana, aunque tan deshojada aora, y tan muſtia, haria mas agradable ſacrificio al Monarca ſoberano, ſi ſe colocaſſe en eſte Vergèl nuevo, que no en los otros fragrantes jardines, donde ſobran roſas, y planteles, y donde ſon yà Gigantes las Murallas fabricadas de murtas. (*ſimil*, que el P. Geronymo Plati, de la Compañia, depone aver eſcuchado de la lengua de Borja, refiriendo eſta conferencia. Y ſi entonces no pude tener duda, proſiguiò Borja, de que Dios me llamava reſueltamente à la Compañia, deſpues hallè dentro eſta verdad acreditada en los efectos, y en la experiencia: porque (abriendo con V. Mag. llanamente el pecho) yo me hallo tan guſtoſo, que ſi cada reſpiracion mia fueſſe una gratitud abraſada, aun no quedaria ſatisfecha la deuda à favor tamaño, que reconozco por el mas alto de quantos me quiſo hazer la dignacion de un Dios amoroſo: y me corriera de aver tenido, aun en ſueños, una imaginacion, ò ſombra de bolver la eſpalda à la Compañia, pues tuviera mas de ingrato, que no de dormido.

Eſcuchava el Ceſar eſte razonamiento con benignidad tan atenta, que ni una ſylava ſe le perdiò à Borja. No ſolo quedo bien ſatisfecho en eſte punto, dixo, ſino gozoſo, de que aya ſido tan expreſſo, y tan Divino vueſtro llamamiento à eſte nuevo Inſtituto: porque no he de negaros, que quando me eſcriviſteis deſde Roma à Auguſta la reſolucion de aliſtaros en la Compañia, tuve algun rezelo, de que el inclinaros à eſta Familia, mas que à otra, pudieſſe aver ſido algun fervor de ligereza; lance, en que à coſta de la honra ſe ſuele arrepentir deſpues la experiencia. Y por algunos dias eſtuvo batallando eſta imaginacion porfiada con el alto concepto, que tuve ſiempre formado de la madurèz de vueſtra prudencia. Anteponer Borja, dezia yo, una Religion nueva, que vive aora entre el examen, y la fragua, à tanta Familia glorioſa confirmada en la ſantidad de ſublimes eſpiritus, que florecieron en ella? Haſta vèr como ſe eſtrena en el Mar eſta Barquilla, puede ſer diſcrecion fiar della la vida, y la honra? Mas eſta eleccion ha ſido de Borja, me reſpondia yo à mi meſmo, y no es poſsible, q̃ dexe de eſtàr fundada ſobre la firmeza: algo ſe me oculta, pues no caben beleydades en aquella prudente

alma.

no caben veleydades en aquella prudente alma. Mas què ſerà, ſi eſte fueſſe el error del diſcreto? Replicava el amor temeroſo del acierto en vueſtro rumbo. Yà paſſava à ſatisfacer, dixo el Santo Borja, à eſſe reparo de la novedad, con que quieren hazer ſoſpechoſa à la compañia, enfermedad, que padecieron todas en alguna Era. Las Religiones, Señor, no ſe deben medir por la edad, ſino por el exemplo de vida fervoroſa, y de la obſervancia: los años pueden hazer venerables los Edificios, y los Monaſterios; mas por eſſo ſolo no los hazen mas Religioſos, antes bien ſe ſuele à vezes envejecer el eſpiritu en la prolixidad de el tiempo. En teniendo la aprobacion de la Santa Silla, ninguna puede ſer Barca peligroſa: por ventura los Santos, cuya gloria acaba de declarar recientemente la Igleſia, tienen menos ſegura la ſantidad, y la fama, que los que florecieron en los ſiglos precedentes de la Igleſia? Arden menos lamparas ſobre ſus Sepulcros? Son ſus Templos menos frequentados devotos? O es menos cordura encaminarſe à ſu interceſsion, que à la de aquellos Santos, cuyas Aras haze tambien venerables la antiguedad? Pues eſto que ſucede con los que eſtàn yà en la mas feliz Playa, ſucede tambien con los Baxeles, que navegavan àzia ella.

Mas quiero referir à V. Mag. alguna irreſragable particular alabanza en abono de la ſeguridad deſte Batèl, contra quien hazen liga los vientos, las olas, la embidia, y la fortuna. Paulo III. en un Breve expedido el año de quinientos y quarenta y nueve, ultimo de ſu Pontificado, dize formalmente eſte elogio: *Que la Compañia es un Campo fertil, que no todos los años, ſino todos los dias produce con la palabra, y el exemplo muchos, y abundantes frutos para alabanza del Sumo Rey, y aumento de la Fè Catholica.* Y Julio III. en la Bula que expidiò el año de 50. y empieza: *Expoſcit*, dize: *Que en la Compañia, y ſus loables Inſtitutos, y en la exemplar vida, y coſtumbres de Ignacio, y ſus Compañeros no ſe halla coſa, que no ſea ſanta, y que todo và encaminado à la ſalud de las almas de los ſuyos, y de los demàs Fieles de Chriſto, y à la Exaltacion de la Fè.* Deſuerte, que los Sumos Pontifices no ſolo la han confirmado, ſino que la han favorecido con inmortales elogios, y privilegios: con que es preciſo, que ò yerre la embidia, que los achaca las abominaciones, y la ultima infamia; ò que aya errado la Cabeza de la Igleſia, y que la fuente indefectible de la verdad aya corrido eſta vez muy turbia. Aora preguntoyo à V. Mag. ſi fueron menos firmes las guardias, y las llaves deſtos Sumos Pontifices, que las de ſus Predeceſſores? Amo dulciſsimo, y Ceſar mil vezes victorioſo, ninguna Religion es tan antigua, que algun dia no fueſſe nueva; y podrà preſumir la cenſura, ò la ſoſpecha, que fueron indiſcretos los que fiaron entonces ſu ſalvacion, y ſu vida de aquella Barca. No, no que adora à muchos de ellos la Igleſia. O con quanto dolor, mas con quanta verdad, nos enſeña la experiencia, que ſon mas fervoroſos, y mas ardientes los principios en qualquier Familia Sagrada; y que con el progreſſo ſuele desfallecer poco à poco en la carrera, haſta que la cuerda del arco ſe quiebra de muy floxa. No ſolo tiene ſu Noviciado cada individuo Religioſo, ſino tambien cada Religion entera, y cada Inſtituto: con que es preciſo, que les ſuceda à las Religiones lo que à ſus Hijos, que en los Noviciados ſe hallan mucho mas fervoroſos. Todas ſe metieron en Cuna de fuego, fuè ſu arrullo el Eſpiritu Santo, Paloma que diſsimula en color de nieve un pecho abraſado. En el origen de un arroyo ſe bebe el agua mas pura, que deſpues en el medio de la carrera: pues aun allà creyeron las Fabulas, que quanto el eſpiritu, ò furor Poetico avia nacido mas cercano à los tiempos de Homèro, tanto avia ſido mas elegante, mas enfatico, y mas Divino. Y à la verdad, eſto de ir creciendo, quanto mas ſe và caminando, ſuele celebrarſe como calidad propria de la fama, y del arroyo, que paſſa à ſer undoſo Rio: *Vires adquirit eundo.*

Divino quanto quiſque ortus Homero vicionus magis eſt, tam præſtantior omnis.

Yà dexais deſvanecidas, dixo el Ceſar, todas las nieblas, que avian querido introducirſe à ſer dudas; es verdad, que achacan ſus emulos à la Compañia algunas maximas, que ſi fueſſen ciertas, no eran defenſables, ni aun con razones aparentes; pero no quiero examinarlas, porque no ſe preſuma, que pudo oſſar la imaginacion temerlas, pues la pregunta ſuele acreditar, que vive dentro alguna ſoſpecha. En eſta materia principalmente, replicò Borja, deſeo dexar bien impreſsionada la Real atencion de V. Mag. Ceſarea. No ignoro, gran Señor, lo que ſe dize de la Compañia; mas quiero, que no ignore V. Mag. que ſemejantes calumnias ſon los teſtigos mas eloquentes à favor de ella, que no fuera tan combatida de la emulacion, y de el Infierno, ſi fueſſe tan mala, como dize el Vulgo, y como pretende yà el error, yà el engaño. Eſtas fueron las faxas, que apretaron la primitiva Igleſia, quando eſtava

en

en la Cuna, haſta ſacar mucha ſangre à la inocencia: eſtos ſon los primeros elementos, en que eſtudiò ſu primera ſantidad qualquiera otra Familia Sagrada. Si el que vive dentro de eſte edificio nuevo, ò laberinto myſterioſo, quiere dezir la verdad de lo que paſſa dentro, ninguno puede ſer mejor teſtigo; pues los que le atienden ſolo deſde afuera, es preciſo que ignoren la diſpoſicion artificioſa, que dentro de ſus paredes, y de tantos velos oculta. Yo vivo dentro de la Compañia, y la tengo bien intimamente obſervada, sè ſus Leyes, ſus altos fines, y toda ſu practica, al fin como Superior, y Comiſſario General de ella en Eſpaña: y aviendo hecho poco antes pleyto omenage de no apartarme un punto de la ſencillèz de la verdad, porque avia de tropezar la lengua en ſu miſma confuſion; proteſto à V. Mag. que ſi ſupieſſe coſa alguna, no ſolo indigna de la pureza de la Religion, ò de la virtud, ſino que me pareciesſe de menos perfeccion en eſte nuevo Inſtituto, me ſaldria fugitivo ſin detenerme un punto, aunque pareciesſe ligereza, y aunque ſe manchaſſe la honra con la inconſtancia: no avia de vivir dentro de una Caſa, que amenazaſſe ruìna, ò que la padecieſſe (que es peor aun) eſtando levantada. Eſpecialmente no pudiendo ignorar, que pueſto yo en la red engañoſa, podia ſervir de reclamo à muchas Avecillas incautas: aſsi que me ſaldria forcejando, rompiendo lazos, y redes, ſiquiera por no traer àzia el engaño otras inocentes Aves. No fuera increìble fealdad, indigna de un hombre de alguna reputacion, dexar el Eſtado que gozava en Gandìa con ſeguridad de conciencia, por elegir una vida triſte, penitente, y abatida en irreparable daño de mi Alma? Y ſi con el tiempo huvieſſe conocido, que avia errado laſtimoſamente el ſurgidero, no fuera otro nuevo torpe error porfiar en la deſdicha, perdiendo la ſalvacion, y aventurando la honra, pudiendo llamarme à engaño en eſta ocaſion oportuna, y en otras, que me ofreciò bien reſplandecientes, yà la Purpura, yà la Mitra? Bien sè yo, que el Grande Carlos Quinto no ha de preſumir eſſa infamia de Franciſco de Borja.

Interrumpiòle aqui el Ceſar lleno de alegria, diziendo, quien nunca creyò de Vos la culpa mas ligera, como avia de preſumir aora, que aviais de empezar por lo ſumo de la malicia? O què rio de conſuelo aveis derramado ſobre mi Alma! Aun avrà meneſter V. Mag. esforzar la paciencia con que me eſcucha, porque tengo que añadir alguna circunſtancia nō poco doloroſa. Bien sè, que los emulos de la Compañia han ſolicitado teñir el Real animo de V. Mag. contra ella: y aun ſe alaban oy, de aver conſeguido eſta victoria, como que teniendo à todo un Carlos V. à ſu lado, mal podrà no quedar vencedor ſu partido: eſto eſparcen entre el Vulgo: con ſolo eſte amago, nos tiene yà la embidia el piè ſobre el cuello. Inquietòſe el Ceſar, y calentandoſe el eſpiritu militar contra los enemigos de la Compañia, dize el P. Sachino en ſu Hiſtoria, que ſe hiriò con un golpe la frente, calò el ſombrero, llevandole la mano la coſtumbre de la viſera en la Compañìa, y con Real ira generoſa, exclamò: Aſsi ſe atreve à mentirme à mi la embidia, ò la calumnia? Serenòſe luego aquel animoſo ceño, y bolviendoſe manſamente à Franciſco, repitiò con alhago: Mas credito os doy à Vos ſolo, que à todo eſſe exercito enemigo, y que à todas las lenguas, y plumas, que han oſſado conducir tanto embuſte en trage de zelo à mis orejas. Deſde aqui adelante verà el Mundo el abrigo, que halla la Compañia en el corazon de Carlos V. y ſino cortàre la lengua à la embidia, ſerà ſolo porque tengo embaynada en el ſufrimiento la Eſpada.

Fronte ſibi manu repente percuſſa exclamat. Ergo mihi ita mētiuntur?

§. V.

MAS yà que vueſtra eloquencia ſupo arrancar de mi fantaſia alguna impreſsion, ò mancha, que en la falta de comercio con los Jeſuìtas, y entre la libertad de las Campañas pudo introducir la ignorancia, ò la malicia, dexadme referir feſtivamente aora por modo de preguntar uno de los argumentos, con que intentavan deſautorizar, ò el eſpiritu, ò la prudencia de la Compañia. Es verdad, que ſe hallan tan pocos ancianos Subditos vueſtros en eſtas quatro Provincias, y aun en las otras, que no ſe vè una cana en tantas cabezas? *Señor*, reſpondiò Borja con diſcrecion la mas oportuna, *ſi la Madre es moza, como ſeràn viejos ſus Hijos*? Eſſa enfermedad (ſi lo es) preſto la avràn de curar los años, pues de aqui à veinte, ò treinta eſtaràn nevadas las cabezas, que aora parecen rubias. Mas bien ſabe V. Mag. que la prudencia ſabe blanquear las ſienes de la juventud mas florida: y mas venerables ſon las canas, que nacen àzia la razon, que no las que honran àzia fuera el ſemblante, como montaña de nieve. Yo tengo quarenta y ſiete años, que aunque pudieran ſer mejor empleados, no me permiten

miten ſer contado en el numero de los mozos: ni faltan canas iluſtres por eſſos Colegios, pues viene conmigo un Sacerdote anciano, que de cerca de ſeſenta años ſe nos vino à ſer Novicio: ſi bien me debe mucha mas veneracion ſu virtud, que ſu ancianidad. Era èſte el P. Bartholomè de Buſtamante, y moſtrando el Emperador guſto de verle, apenas llegò à ſu preſencia, quando con aquella feliz memoria, con que diſtintamente ſeñalava, aun al que le huvieſſe hablado una vez ſola, ſe acordò, que avia tratado varios negocios con aquel Sacerdote Jeſuìta en Eſpaña, y en Napoles, adonde (fenecida victorioſamente la jornada de Tunez) le embiò el Cardenal de Tavera à tratar con el Ceſar varias dependencias de la Monarquia. Honròle mucho con eſta memoria, y quiſo que entraſſen los demàs de la Compañia, que huvieſſen venido con el Santo Borja: à todos recibiò con indecible humanidad en las palabras, y en el roſtro, tratando con eſpecial cariño à los que poco antes mirava no ſin la cautela de un rezelo. Tanto puede la razon armada de eloquencia, con quien ſencillamente ſabe eſcucharla: y tan tarde llega una verdad à las orejas de un Rey, pues flaqueava yà en los ultimos años de ſu vida, quando arribó à ſus oìdos eſta que importava tanto à la Republica, y à la Igleſia.

Detuvoſe Borja en el Monaſterio de Juſte tres dias, gaſtando con el Ceſar en converſacion familiar muchas horas: la mas frequente era del deſengaño, deſeando el Emperador tener en el eſpiritu, y en el exemplo del Santo aquel valimiento, que èl avia merecido antes en ſu pecho. Quedò tan aſſombrado de vèr la ſantidad, pobreza, y abatimiento de Franciſco, que ſolia repetir à menudo: *Cortos hemos andado en nueſtro retiramiento, reſpeto de lo que he viſto, y admirado en el Santo Padre Franciſco.* Mandò el Emperador al milagroſo Artifice Ginovès Juanelo, que moſtraſſe al Santo Borja aquel globo de criſtal, y juntamente relox, donde por entre las diafanidades ſe dexavan vèr aquellos Orbes azules, y las diferencias de contrarios movimientos, con que giran Baxeles de reſplandor los Aſtros: y el Sol en aquel artificio, ó globo, era propriamente relox del Mundo. Obra, que en aquel ſiglo ſe admirava, como portentoſa: y Franciſco la eſtuvo obſervando atento, como el que era verſado en la Aſtronomìa, y particularmente en la eſfera. Con eſta ocaſion recordò el Emperador à Borja los documentos, q̃ un tiempo le avia debido en la Aſtrología: pronoſticó, que avia de ſer Maeſtro ſuyo en el deſengaño, que es con mucha mas propriedad, ciencia, ò demonſtracion del Cielo. Al deſpedirſe Borja, le rogò el Ceſar, q̃ bolvieſſe repetidamente à viſitarle, porque le ſervia de inexplicable conſuelo ſu preſẽcia en Juſte: ſi bien Franciſco nunca bolviò ſino llamado, manejando la moderacion las riendas de la privanza, que iba bolviendo à revivir Fenix de ſu caliente ceniza.

En prendas de ſu benignidad, y amor à la Compañia, diò varios conſejos al P. Borja en orden al aumento, y conſervacion de ella: bolviò à repetirle en confianza, que aquel rumor confuſo, que avia traìdo à ſus orejas la malicia, y la fama, queriendo ocupar ſu Real animo por ſorpreſſa contra la Compañia, no ſolo quedava deſvanecido, ſino transformado en el mas alto concepto. *Quedo tan enterado*, dixo, *deſta verdad perſeguida; que darè bien à entender en la Europa lo que amo, y eſtimo à la Compañia*, por el Apoſtolico empleo en que ſe ocupa, por el zelo con que ſirve à la Igleſia, por el raro exemplo de ſu vida; y por eſtàr dentro della Franciſco de Borja. Proſiguiò Borja la viſita de ſus Colegios agradecido amoroſamente al Cielo, de que le huvieſſe librado de aquel eſtrecho borraſcoſo, y alegre de aver arrancadó con la manſedumbre, y la verdad un engaño de la imaginacion de Carlos V. El quàl quedò tan impreſsionado, y tan amante del que llamava Apoſtolico Inſtituto, que en ſu defenſa ſacò deſpues ſu invencible eſpada, y caſtigava con el ceño à quien incauta, ó malicioſamente oſaſſe hablar mal de la Compañia. Què por eſſo ſu fideliſsimo Vaſſallo Juan de Vega en una Carta, que en la muerte del Ceſar eſcriviò al P. Layñez en ſiete de Octubre de 58. le llama, *Bienhechor inſigne de la Compañia por los Colegios que fundò en Sicilia.* Eſte fuè el Real origen, y la primera noble Cuna, que dentro de aquel pecho invencible, tuvo el incomparable amor de la ſiempre Auguſta Caſa de Auſtria à la Compañia: preſintiendo aquel corazon magnanimo, y Religioſo lo que avia de ſervir deſpues en Alemania eſte animoſo Eſquadron à ſu feliciſsimo Trono Imperial. Pues la Rama mas bella de aquel Tronco, ò Laurel Auſtriaco la Reyna Doña Margarita dize en ſu Teſtamento eſtas clauſulas dignas de que nueſtra gratitud las eſtampaſſe en laminas de oro: *Primeramente mis Padres tuvieron ſiempre grandiſſima devocion à la Compañia de Jesvs, y murieron con ella: mis*

Abue-

Abuelos fueron los primeros que la truxeron à Alemania, y por medio della, y de los Colegios que le fundaron, la conſervaron en la Fè Catolica, como oy dia por la gracia de Dios ſe vè. Deſpues los bienes que yo deſde mi niñèz recibi della ſon innumerables, y tales, y tantos, que yo los eſtimo en mas que toda la grandeza deſte Mundo, y me hallo por obligada demonſtrarme, quanto yo pudiere, Madre en lo temporal, de los que à mi me fueron tan fieles Padres en lo eſpiritual. Tambien, como todos ſaben, el grande, è increìble fruto, que la Compañia por todo el Mundo entre Fieles, è Infieles, y Hereges, con todo genero de hombres haze, juzgo por bienaventurado à quien Dios haze eſta merced, que pueda de ſu hazienda fundar un Colegio della, y hazerſe particionero de tantos bienes. Aſſi mirando de una parte al fruto, que entre otros, y quizà mas que otros Colegios, haſta aora hizo el Colegio de Salamanca, y à lo que de aqui adelante harà, y de otra parte la neceſſidad que padece, y que haſta aqui le falta Fundador; Mando, &c. Grande elogio de la que fuè llamada, mientras viva, Perla de Germania, y diò en ſus exemplos tantas precioſidades à la Igleſia! Y al fin nos dexò ſu corazon embalſamado en ternura, porque difunto dentro de un globo de criſtal reſpiraſſe gloria (aunque nos robò eſta Prenda, antes que llegaſſe à nueſtras manos, la Soberanìa) en eſte Colegio de Salamanca, Real Monumento de ſu magnificencia, Padron à la embidia, y digna Concha de tan grande Perla.

CAPITULO XVII.

LLEGA EL SANTO BORJA A LA Ciudad de Avila, donde aprueba el ſublime eſpiritu de Santa Thereſa. Elogios, que de ſu alta contemplacion, y ſantidad dexò eſcritos la pluma de aquel Serafin. Frequente correſpondencia deſtos dos eſpiritus abraſados en las Cartas, y en los afectos. Caſo horroroſo en la obſtinacion de un Cavallero, à cuya muerte aſſiſtiò Borja con el Crucifixo en la mano, que arroja ſobre aquel obſtinado infeliz ſu ſangre embuelta en indignacion.

§. I.

DIſpone la Providencia, que ſe comuniquen en eſta vida los eſpiritus elevados, para que ſuceda en eſtos felices enquentros lo que entre dos carbones encendidos, que fomentandoſe uno al otro, quieren paſſar à ſer Aſtros pequeños. No quiſo negar eſte conſuelo à las dos mayores almas de aquel ſiglo, la Divina Muger Santa Thereſa, y el humilde S. Franciſco de Borja, ambos abraſados carbones, y ambos ardientes Serafines, que purificavan las plumas con ſus miſmas braſas. Deſpues de aver eſtado en Juſte, llegò Borja el año de cincuenta y ſiete à viſitar el Colegio de Avila, Planta novèl, que neceſsitava mucho de riego, y aun de calor: Caminava Franciſco de Borja por el Campo, que llaman Azalvaro, entre el Eſpinar, y Avila, y por dár ſu Mula à un Hermano de la Compañia, que encontrò bien acaſo à piè por aquel camino, ſe fuè à piè el Santo un grande trecho. Era tanto el rigor del yelo, como el deſabrigo de el Santo Comiſſario: con que ſe hallò aſſaltado repentinamente de los dolores de gota con tanta fuerza, que le embargaron todo el movimiento, y parte del ſentido: entumecieronſele los pies de manera, que ni à cavallo ſe podia tener ſolo, ſino con grande dificultad, y peligro. Llegó perezoſamente al Hoſpital de S. Gil, que ocupava la Compañia en Avila: y viendo aquella noche el Enfermero, que Borja eſtava mudo en el mas acervo dolor, que padece el cuerpo humano, le preguntò, porque no ſe quexava? Pues en mal tan ſenſible, ſuelen ſer alivio, aunque triſte, las quexas del que padece, y aquel ay con que un doliente ſe laſtìma, ò liſonjèa, ò deſahoga un poco la pena. Como aſsi, reſpondiò el Santo, quereis que me mueſtre yo quexoſo à lo que debo eſtàr agradecido? He de quexarme al Cielo de que me conceda el favor, que con tantas anſias le pido? Sabed, Hermano, que ſi los ayes repetidos alivian algun tanto el mal, ſuelen enfermar el ſufrimiento: Ay, que poco eſtima ſu dolor, quien eſtà quexoſo dèl! Antes anda cerca de quexarſe tambien del que le embia, pues en vez de beſar el azote, parece, que le muerde. Año de 1557.

Hallavaſe por eſte tiempo con alguna ſerenidad en ſu eſpiritu aquel Serafin, antes combatido de las dudas, y de las ſombras, y deſpues iluminado con la mas pura luz, que ſaben deſtilar las Eſtrellas: la Seraſica Madre Santa Thereſa, que à la ſazon eſtava en la Ciudad de Avila, y avia hallado en los primeros Jeſuìtas, ſingularmente en el P. Juan de Pradanos, un Santelmo, que ardiò en todo aquel Occeano antes proceloſo. Mas como Borja llenava el Mundo con ſu fama, y con los buelos de ſu contemplacion animoſa, pareció al Confeſſor de la Santa (que lo era aquel ſabio Jeſuìta) como

como tambien ál Devoto Franciſco Salzedo, que la Madre Thereſa comunicaſſe todo ſu eſpiritu con el Santo Borja. Trataronſe aquellas dos Almas muchas horas, expreſsò la Virgen Thereſa ſus dudas, ſus olas, ſus raptos, ſus favores, y ſus tormentas: y Borja con aquella viſta perſpicaz, que ſupo diſcernir ſiempre entre los colores verdaderos, y mentidos, calandoſe el penſamiento haſta el ſeno mas profundo del corazon humano: reconociò, que aquel corazon Fenix del amor Divino batia firmezas en lugar de alas, y que el Eſpiritu Santo gyraba entre ſus plumas. Confortò mucho à aquella grande Alma, poblando de ſeguridades ſu fantaſia, y acallando los temores con ſu experiencia. Eſcuchavale la Santa, como à Oraculo verdaderamente Divino, y el mas capàz de introducir ſeguridad en ſu pecho: porque ſabia, que era bien practico en los raptos, impetus, y en los buelos de eſpiritu. Aquellos Sagrados exceſſos del corazon de Chriſto con el de eſta Eſpoſa ſuya, que avian parecido eſcandalo à muchos Sabios, y avian introducido, yà el ſuſto, yà la ſoſpecha, y yà la duda en otros, al entendimiento iluſtrado de Borja parecieron, no ſolo eſtrechos lazos de verdadero amor, ſino ñudos indiſolubles de firmeza: Viò, que la ſenda, por donde aquel Gigante eſpiritu caminaba, era aquella indiviſible linea de la verdad, y la eclyptica, por donde conduce ſu Carro el Sol, ſin declinar ſubiendo àzia las Eſtrellas Boreales, ni torcer baxando las Auſtrales, que hazen errantes los movimientos de las luces.

Deſterrò de aquel mar, en quien duraban eſpumas, ò cenizas de las tormentas paſſadas, todas las inquietudes, y confuſiones, amanſando con ſu eloquencia las olas: y fueron dias Alcionicos para Santa Thereſa los que eſtuvo en Avila San Franciſco de Borja. El ſabia las finezas, que ſuele hazer Dios con una Alma eximiamente eſcogida, mal creìdas ſiempre de los entendimientos preſumidos de Sabios, ò muy politicos: y totalmente ignoradas de los Filoſofos Antiguos, que penſaron ſer indigno de Jupiter el humanarſe à tener amiſtad con el hombre, y que ſu amor no podia flecharſe à blanco tan humilde. Satisfizo Borja à varias preguntas, que le hizo Santa Thereſa: diòle varios documentos en orden à la Oracion, y al progreſſo, ò buelo ſeguro de el Alma haſta la mas eminente Cima: dixola, que no reſiſtieſſe mas à la luz, cuyo eſplendor avia deslumbrado tantos diſcurſos, porque no pueden ſufrir el impetu de el Sol los ojos flacos. Allà ſe entendian ſus iluminadas tinieblas los entendimientos de eſtas dos iluſtres Almas, que eſtaban eſtudiando luz reciprocamente uno de otro muchas horas. Y Borja formò tan alto concepto de aquella Muger heroyca, que ſalia, ſiempre que la trataba, poblado de admiracion, y ſolia dezir, que aquel eſpiritu era el nido de la ſeguridad, y que ſe careaba fielmente con el Sol. Quedò tan eſtablecida entre los dos la correſpondencia, que Borja entre la confuſion de ſus prolixas ocupaciones la eſcrivia muchas vezes: y aun parece averla viſitado algunas otras, ſegun lo que inſinùan diferentes plumas: Y Santa Thereſa le conſultò acerca de ſus fundaciones, manifeſtandole en una carta ſus altos fines, que con tanto afán, como gloria, conduxo haſta la orilla, plantando muchos Paraìſos en la Igleſia, lo que aprobò con ardiente pluma el Padre Borja, y la exortaba à eſta empreſſa glorioſa, eſparciendo braſas entre la eloquencia. Quedò la Santa con tan grande veneracion à Franciſco, que raras vezes le apellidaba ſin el nombre de Santo: y Borja mutuamente aſſombrado de lo que avia reconocido, no formaba aſpiracion ſobre eſte punto, que no fueſſe un elogio: no ſiendo menor ſu alabanza, quando enmudecia, diziendo, que de las hazañas mas heroycas es mas facundo Panegiriſta la admiracion, que la eloquencia.

§. II.

MAs no podrè negar à la Hiſtoria alguna expreſsion, que de eſte razonamiento haze la pluma de la miſma Santa, reconocida à las benignidades, que recibiò de el Cielo por eſte glorioſo conducto: pues dize en el capitulo veinte y quatro de ſu Vida: *En eſte tiempo vino à eſte Lugar el Padre Franciſco, que era Duque de Gandìa; y avia algunos años, que dexandolo todo, avia entrado en la Compañia de Jesvs. Procurò mi Confeſſor, y el Cavallero, que he dicho, tambien vino à mi para que le hablaſſe, y le dieſſe cuenta de la Oracion, que tenia; que ſabia iba muy adelante en ſer muy favorecido, y regalado de Dios, que como quien avia dexado mucho por èl, aſſi en eſta vida le pa-*

gaba. Pues deſpues que me huvo oìdo, dixome, que era eſpiritu de Dios, y que le parecia, no era bien yà reſiſtirle mas, que haſta entonces eſtava bien hecho, ſino que ſiempre comenzaſſe en un paſſo de la Paſſion; y que ſi deſpues el Señor me llevaſſe el eſpiritu, que no le reſiſtieſſe, ſino que dexaſſe llevarle à ſu Mageſtad, no lo procurando yo. Como quien iba adelante, diò la medicina, y conſejo, que haze mucho en eſto la experiencia: dixo, que era yerro reſiſtir yà mas. Yo quedè muy conſolada, y el Cavallero tambien; holgavaſe mucho, que dixeſſe era de Dios. Haſta aqui Santa Thereſa: Tan ſolidos, y tan expertos eran los dictamenes de Borja en los puntos mas delicados de aquella elevacion de eſpiritu verdaderamente Divina, como el que avia guſtado las corrientes de la dulzura, que dà à beber la Divinidad haſta inundar el Alma. En el Libro de el Camino de la Perfeccion, que eſcriviò veſtida de luz eſta Muger Sabia, dize el Padre Ribera, que aviendo reconocido el original, hallò eſcrito en el capitulo treinta y uno eſtas palabras de ſu propria mano: *Yo sè de una Perſona, que la ponia el Señor aqui muchas vezes, y no ſe ſabia entender, y preguntòlo à un gran contemplativo, que era el Padre Franciſco de la Compañia de Jesvs, que avia ſido Duque de Gandìa, y dixo, que era muy poſſible, y que à èl le acaecia aſſi.* Aunque deſpues en la impreſsion deſte admirable Libro ſe quedò olvidado en el deſcuydo de la eſtampa el nombre Santo de Borja; tan humilde, que ſe eſcondiò, aun deſpues de difunto, para eſte elogio.

En una revelacion, que el miſmo Padre Ribera hallò eſcrita con la diſcreta pluma de la Santa, para remitirla à un Con-
Lib. 4. cap. 3. feſſor ſuyo, donde expreſſa los modos de Oracion, que Dios la avia comunicado, dize: *Yo preguntè al Padre Franciſco de Borja, General de la Compañia de Jesvs, ſi ſeria engaño eſto, porque me traìa boba: y me dixo, que muchas vezes acaecia.* El iluſtre Fr. Diego de Yepes, en el Prologo de la Vida deſta iluminada Doctora, haziendo reſeña de los hombres de ſingular eſpiritu, que aprobaron el de Santa Thereſa, dize: *En eſte numero de Varones eſpirituales, y muy Siervos de Dios, podrèmos poner al Padre Franciſco de Borja, General de la Compañia de Jesvs; y hombre de admirable ſantidad... Quedò tan aficionado à la Santa Madre, y tan ſatisfecho de ſu eſpiritu, que ſiempre hablaba de ella con grande encarecimiento: y deſde que la tratò una vez, nunca la dexò de eſcrivir, por no perder el trato de tan grande Santa.* El Padre Henrique Henriquez, bien conocido de los Sabios, y bien admirado en la profundidad de ſus libros, diò un iluſtre teſtimonio en las informaciones, que ſe hizieron en Salamanca para la Canonizacion de Santa Thereſa, en que dezia: *Los Padres Franciſco de Borja, General de la Compañia de Jesvs: y Antonio de Araòz, Comiſſario de la miſma Orden, aviendola tratado, y examinado ſus coſas, la aprobaron con admirables encarecimientos; y dezian, que aunque en otras muchas Perſonas avian hallado muchas iluſiones del Demonio, en las coſas de la Madre Thereſa de Jesvs ſe aſſeguraban, y aſſeguraban como coſas dadas de la mano de nueſtro Señor.* Deſpues de averla comunicado en eſta ocaſion Franciſco, bolviò el Padre Baltaſar Alvarez, norte luminoſo de ſu acertado rumbo, à conſultar al Santo, como depone en la informacion el Padre Geronymo Ripalda, de la Compañia, Rector de el Colegio de Salamanca: y Borja confirmò con la pluma, lo que avia expreſſado ſu lengua, deſatandoſe en elogios de aquel eſpiritu, y de la pureza de aquel corazon fogoſſo, cuyas plumas rompiò un Serafin con un cruel ſuave dardo, para que quebrada una ala, penetraſſe con mas ſeguridad el viento.

Eſte clariſsimo teſtimonio, que diò Borja de el eſpiritu milagroſo de Santa Thereſa, refiriò la Sacra Rota à la Santidad de Paulo Quarto en la ſegunda Relacion de los Proceſſos para el Decreto de la Canonizacion de la Santa, donde llama à Borja gran Maeſtro de la vida contemplativa, y de la Oracion mas alta, exemplar del deſengaño, y de el deſprecio del Mundo: de ſuerte, que la prudencia de Borja encaminò aquel eſpiritu abraſado al templo de la virtud; y deſpues ſu autoridad, y ſu memoria influyò tanto, en que ſe colocaſſe ſobre el Altar eſte Serafin à la comun adoracion. Eſtuvo Borja en Avila quinze dias, y predicò en aquella inſigne Cathedral con rara mocion. Acreditò la Compañia con ſu iluſtre preſencia, y la fomentava alli con ſu viſta, al modo que el Sol embuelve en luz la Caſa de el Signo, en que entra. Aqui le llegò el aviſo de la opreſsion, en que ſe hallava Felipe Segundo, pues tremolava la Francia todas ſus Liſes contra las Aguilas, y los Leones: Cubrianſe las Campañas de Eſquadro-

Item Patrem Frãciſcũ Borjia, Societatis Jeſu Generalem, & prius Ducem Gandiæ genere clariſſimum tantoque magis rarum exemplũ mũdi contemptus, Orationis, & cõtemplationis magnum Magiſtrum, vitæque ſanctitate conſpicuum.

drones Franceſes, y el Rey Don Felipe deſeava, que la Nobleza Eſpañola ſalieſſe arrebatadamente à Campaña, para oponer eſpiritus generoſos à la ira Franceſa. Hallavanſe en Madrid algunos de los Hijos de el Santo Borja, à quienes mandò venir à la Ciudad de Avila: mas apenas les echò los brazos, quando les dixo con voz imperioſa, y con rara energia, que no ſe tuvieſſe por Hijo de Franciſco de Borja el que no partieſſe intrepidamente à ſervir en tan juſta guerra, y à buſcar la muerte en el lecho de la honra, cuydando ſiempre de que entre el rumor militar no ſe confundieſſen las maximas del Chriſtianiſmo, y que ſupieſſen, que el Dios Marte tenia tambien Religion, y Templo. Que el Campo de batalla era la mas decente Urna de un cadaver deſangrado en defenſa de la razon de la libertad, y de la Patria: porque expueſto abiertamente à los ojos del Vulgo, èl miſmo ſe ſervia de Epitafio, y le cubria con Urna mas precioſa, y mas dilatada el Cielo.

Año de 1557.

§. III.

Aviendo ſalido de Avila el Santo Borja, diò buelta à ſus Colegios, y fundaciones, arraſtrado del zelo de la gloria Divina. Y entrando en una de las primeras Ciudades de Eſpaña, ſucediò la mas pavoroſa tragedia de quantas alumbran al eſcarmiento deſde la Hiſtoria: la qual quiſiera alguno que fueſſe apocrifa, pero no dexa lugar à la duda, pues la hallo repetidamente autenticada en los Proceſſos, que ſirvieron al culto, y à la Canonizacion de Borja. Eſtava cercano à la muerte en aquella Ciudad un Cavallero, igualmente conocido en ella por los blaſones de ſu gran Caſa, que por los eſcandalos de ſu vida, que avian endurecido ſu alma haſta aquella infeliz rebeldìa, en que el alvedrio pone bronces à ſu puerta. No avia ſido acceſsible à la eloquencia, ni à la amiſtad, ni à la ſabiduria mas Religioſa, reducirle à que ſe confeſſaſſe en una enfermedad tan deſeſperada, obſtinandoſe mas con el ruego, como ſi fueſſe Villano, el que tenia los mas nobles eſpiritus en ſus venas, y los troféos mas iluſtres en ſu Eſcudo. Supo Franciſco el eſtado laſtimoſo, en que ſe hallaba aquel infeliz eſpiritu: y recogiendoſe al Apoſento, ſe puſo à orar delante de un Crucifixo, firmes los ojos en los de ſu Dueño, à peſar del llanto, para obſervar la conſtelacion de aquel Cielo: Quando viò, que Chriſto levantaba la cabeza en aquella eſtatua, y con voz ſuave le dezia: *Franciſco, vè à viſitar eſſe enfermo, que yo aſſiſtirè viſiblemente contigo en trage de Medico, mientras tu le perſuades à que ſe confieſſe luego.* Eſcuchaba el Santo la voz de Chriſto con igual ternura, que aſſombro; y beſando los clavos de los Pies con ardiente reconocimiento, ſaliò animoſo, y lleno de eſperanza de que, teniendo à ſu lado à ſu Capitan, y Maeſtro, rendiria aquel alcazar obſtinado. Entròſe por la Caſa de aquel Cavallero, y al eſtàr vezino à ſu Quadra, viò delante de sì al Medico Divino derramando por el ſemblante Mageſtad, y dulzura. Llegaronſe ambos al lecho, en que yazia aquel deſdichado: y Borja, deſpues de moſtrarſe compadecido à ſu mal, y deſpues de averle ſaludado con la mas reverente, y la mas corteſana expreſsion, le perſuadiò mañoſamente, à que hizieſſe una reflexion breve ſobre el infeliz eſtado de ſu alma, y aun del en que quedaria ſu honra, ſi rehuſaſſe abrir las puertas à ſu dicha por el Sacramento de la Penitencia. Uſaba Franciſco de toda aquella energia, que ſabe dàr à la razon la blandura, mezclando à vezes en el terror aquella parte de Retorica, que haze nube ſonòra de la lengua.

Al miſmo tiempo aquel Medico amoroſo le flechaba por el pulſo el corazon con inſpiraciones, y ſaetas de fuego, que podrian hazer ſenſible al mas duro tronco. Reclinavaſe repetidamente el enfermo ſobre el brazo, recibiendo todo el cuerpo yà en el codo derecho, yà en el ſinieſtro, en ademàn de levantarſe de aquel abiſmo profundo, en que yazia ſumergido. Mas bolvia à rebolcarſe en ſu deſdicha, y à caer ſobre ſu miſma dureza en lecho de pluma. Mirava con caño à Franciſco, reſpondia con enfado, quizà porque negava ſus fueros à la immortalidad aquel politico infeliz, haſta que el que baxò del Cielo à ſer Medico de la Tierra, viendo, que ſe negava el enfermo à la curacion, y aun à la racionalidad, ſe deſpidiò con alhago mageſtuoſo, repitiendo, al tomar la puerta, lo que avia gritado ſu Profeta con mucho llanto: *Curavimus Babylonem, & non eſt ſanata, derelinquamus eam, & eamus unuſquiſque in terram ſuam.* Quedò ſolo Franciſco, inſiſtiendo, yà blando, yà terrible con el enfermo, y ſoplando las centellas,

Hierem. cap. 51. v. 9.

que Chriſto avia arrojado ſobre aquel corazon duro. Mas ellas avian caìdo en la oficina del yelo, y ſe apagaban à la entrada con el golpe miſmo. Con que ſacando ambas manos, cerrò porfiadamente ambas orejas, porque enamorado ciegamente de ſus heridas, aborrecia la curacion, y la ſalud. Saliò Borja lleno de triſteza, y de laſtima, batiendo el corazon negras alas con tardas plumas: bolviò à cerrarſe en ſu Apoſento, y poſtrado nuevamente delante de el meſmo Crucifixo, lanzava ſuſpiros tan doloroſos, que enternecieron ſegunda vez aquel metal menos duro, que el corazon enfermo; porque bolviendo à tomar voz aquel bronce piadoſo, le dixo: *Para que eches de vèr lo que te amo, lo que me mueve tu gemido, y quanto deſeo la ſalud eſpiritual de eſſe deſaichado, llevame contigo, y buelve à caſa del enfermo.* Abrazòſe Borja, anegado en llanto, con el Crucifixo, corriò ligeramente el Palacio de aquel Cavallero, hizo que le dexaſſen ſolo: y enarbolando aquel eloquente Crucifixo, esforzò las perſuaſiones, y el ruego, ofreciendole el perdon, y la felicidad eterna, ſi ſe bolvieſſe confiadamente en aquella ultima hora àzia el Autor de la vida: cuya Miſericordia es el elemento de los pecadores, dezia Borja, y primero faltarà el ayre para reſpirar un hombre en campo abierto, que la piedad Divina à un delinquente, que con anſia la ſolicita. Mas aquel barbaro corazon enfurecido con eſta muſica, tapaba con ſus alas las orejas, haſta que ſe hizo eſtatua ſorda, como ſi ſe huvieſſe yà deſpedido el alma. Entonces, ó exceſſo portentoſo! Empezò à correr por cinco fuentes la ſangre en el Crucifixo, y por dos en el afligido Borja el llanto: bañavaſe en ſangre la cama, ſalpicando tambien ſu viſta para introducirle la verdad, y la fineza por los ojos, yà que recataba los oìdos. Pero cegòſe aquel deſdichado con un prodigio, que baſtàra à enternecer un eſcollo: y combatido de olas de ſangre, parecia ſu corazon roca en el Mar Bermejo.

Inſtava el Santo, temiendo, que ſe canſaſſe haſta en el bronce el ſufrimiento: y Chriſto por cumplir abundantemente la palabra, que avia dado à Borja, y premiar ſus lagrimas con nuevas demonſtraciones de fineza, ſe hizo Predicador deſde la Cruz, en que eſtava: porque con voz laſtimèra, como que eſtava deſangrado el aliento en la boca, bolviendo àzia el miſero doliente favorable el aſpecto, dixo: *Advierte, ò miſerable, lo que eſſa alma rebelde me ha coſtado! Mira los extremos, que haze mi amor por tu ſalud eterna, y por recibirte en mis brazos, y en las felicidades de la gloria, ſi quieres convertirte à penitencia!* Què marmol no bolveria un eco en ternura à eſte grito? Mas, ò bronce humano, que vives dentro de un rebelde pecho! El que avia enſordecido la razon à las vozes de ſu Miniſtro ſe endureciò tambien à las del miſmo Dueño: el qual irritado, deſclavò el brazo derecho, y metiendo la mano en aquel ſeno prodigamente roto, ſacò cerrado con mucha ſangre el puño, y ſe la arrojò con indignacion al ceñudo roſtro denegrido, diziendo: *Eſta ſangre, que ſe derramava para tu gloria, pues la deſprecias, ſirva para tu infelicidad eterna.* Entonces aquel deſdichado con un clamor pavoroſo, y blaſfemo contra Jeſu-Chriſto, deſpidiò el Alma embuelta en un gemido horroroſo, y fuè entregada à los infames Miniſtros del fuego, y del eſpanto. Y Borja entre el horror, la pena, y el ſuſto no acertava à moverſe de aquel infeliz ſitio, donde ſe debia fixar un coloſſo Gigante al eſcarmiento, en quien las cervices obſtinadas aprendieſſen à doblarſe al arrepentimiento, por no exponerſe infamemente al cuchillo: y acabaſſen de conocer, que no baſtan milagros portentoſos, para arrancar del alma una coſtumbre envejecida, porque la deſdicha ſe haze naturaleza, y ſerà mas facil arrancar una de las potencias de la miſma alma.

CAPITULO XVIII.

BUELVE LLAMADO SEGUNDA vez à Juſte San Franciſco de Borja, donde el Emperador le conſulta varias dudas para el rumbo, y el acierto de ſu alma: y haze con el Santo nuevas, y ſingulares demonſtraciones de fineza. Conſuela en la muerte del Rey de Portugal à la Varonil Reyna Doña Cathalina. Paſſa à la Corte de Eſpaña las flores tranſplantadas de Gandìa à las Caſas de la Reyna: Viene por Abadeſa la Venerable Sor Juana de la Cruz, ſu Hermana, de cuya ſantidad heroyca haze un breve recuerdo la pluma.

§. I.

POcos meſes deſpues, que Borja avia conquiſtado el entendimiento al Ceſar, y apoderadoſe de aquel ſobervio Real Alcazar, le fuè preciſo dàr la buelta à Plaſen-

ſencia, diſtante ſiete leguas de el Monaſterio de Juſte. Supo el Ceſar, que ſe hallava tan cercano Franciſco, y le mandò paſſar à Juſte luego: obedeciò el Santo, llevando en ſu compañia al Padre Dionyſio, y ſiendo hoſpedado, como antes, en la Celda de el Prior Fray Martin de Angulo, y en las dos immediatas el Hermano Marcos, y el Padre Dionyſio. Embiava todos los dias el Ceſar à Borja algunos platos de ſu meſa, diziendo, que le regalava ſiempre con el plato, en que ſu Mageſtad hallava mas guſto: circunſtancia, què daba nuevo aprecio al regalo, y à la dignacion de Carlos Quinto. Preguntòle varias dudas acerca de la Oracion, y otros puntos, en que neceſsitava de direccion ſu entendimiento: comunicòle todo ſu eſpiritu, abriendo ſin reſerva el pecho, para que alumbraſſe en lo mas eſcondido, y ſirvieſſe de Eſtrella al mar inquieto, que eſte nombre merece el corazon humano. Preguntòle tambien, ſi podria ſer acertado eſcrivir ſus hazañas militares, quando las obſcurecian algunos Hiſtoriadores, cuya pluma avia cortado la embidia, ò à lo menos la ignorancia? Aſſegurando, que no le movia ſu gloria, ni la vanidad, ò ligereza, que deſdezia tanto del deſengaño en que ſe hallava, ſino el deſeo de ſacar la verdad de entre las garras de la calumnia. Porque yo, dixo, empezava à eſcrivir mis Campañas, ſacudiendo de mis Laurèles las mentiras, con que la emulacion ſalpica ſus ramas, pintandolas marchitas entre las nieves de los Montes, donde ſe vieron floridas, y verdes, como llora el Septentrion, y cantan las Cimas de los Alpes. Si hallais, que alguna vanidad ſecreta puede mover la pluma (que ſiempre es prodigioſo Panegeriſta en cauſa propria), la arrojarè de la mano al punto, para dàr al viento lo que es del viento. Ignoramos lo que reſpondiò Borja à eſte ſegundo Ceſar, que oſſaba manejar la pluma igualmente que la eſpada. Pero ſabèmos, que tambien la defenſa natural obliga tal vez à tomar la pluma, y mas en glorias, que pertenecen al honor de toda una Republica, ò Monarquia. Si bien es meneſter ſacar una pluma de entre las alas de una Aguila, para que buele derechamente àzia el Sol, y àzia la verdad, ſin torcerſe àzia el amor proprio, y al engaño, y que rompa todo el ayre, con que la vanidad mueve dieſtramente el pulſo.

Año de 1557.

Llamò un dia el Ceſar à Franciſco, y le rogò, que de buelta à la Corte le aviſaſſe con todo ſecreto lo que exploraſſe, y diſcurrieſſe acerca de algunas Perſonas, y dependencias, que importaban mucho al bien publico. Ofreciò rendida obediencia el Santo, ſuplicando à ſu Mageſtad, que le guardaſſe, como acoſtumbrava, el mas profundo ſecreto: porque ſiendo tan del agrado de Dios, dixo, eſte negocio publico, no lo es menos, que ſe ignore el conducto, que yo deſearè proceder con el mayor reſguardo en eſta materia, en que la prudencia debe caminar con pies de lana. Y paſſando deſpues Borja las noticias reſervadas al Ceſar en papel ſeparado, ſe le buelve à remitir Carlos Quinto, añadiendo en èl eſtas palabras de puño proprio: *Bien podeis creer, que nadie le ha viſto, ſino yo.* Eſta fé fuè nobiliſsima virtud entre las heroycas de el Emperador, que por eſto no acoſtumbrava jurar como Cavallero, ſino como hombre de bien: *Porque Cavalleros*, dezia, *ay muchos, y hombres de bien pocos.* En eſta ocaſion quiſo experimentar el Ceſar, ſi fueſſe verdad lo que celebrava tanto la fama en el deſaſimiento de Borja, que huvieſſe arrancado de el pecho todo el amor humano à ſus Hijos, à la Caſa de Gandìa, y à sì proprio. Dixole, pues, el Emperador: *Sabed, que Don Alonſo de Cardona, Almirante de Aragon, ſe me ha quexado del Duque de Gandia, vueſtro Hijo, porque le ocupa, ò tiraniza los Pueblos del Real.* Dezidme, que dictamen teneis en eſte punto acerca, ò de la juſticia, ò de la ſinrazon de vueſtro Hijo? Y que deſeais que haga yo en eſte pleyto? Señor, reſpondiò Borja, ciertamente, que yo ignoro qual de los dos tiene juſticia; pero ruego encarecidamente à vueſtra Mageſtad, que quiera proteger con toda ſu ſombra al Almirante de Aragon, no ſolo para que ſe le guarde enteramente la Juſticia, ſino para que ſe incline àzia èl toda la gracia, que cupiere dentro de los limites de ella: aſſegurando à Vueſtra Mageſtad, que no podrà hazer favor mas eſtimable al Padre Borja. Pues donde eſtà el amor natural, replicò el Emperador, que en los terminos de gracia debeis à vueſtros Hijos, à vueſtra Caſa, y Familia? Por ventura las virtudes deſtruyen la Naturaleza? Señor, el Duque Don Carlos de Borja tiene oy los Eſtados, ſino opulentos, baſtantemente floridos: Conſtame bien, que lo neceſsita menos que el Almirante Don Alonſo,

cuya gran Caſa tiene mas honra, que hazienda. Eſto, Señor, no es deſtruir el amor natural, ſinó ponerle un freno de oro, que le corrige con otro amor menos ciego, y mas deſnudo (aunque deſpues obtuvo favorable ſentencia el Duque de Gandìa: y diverſos Tribunales pronunciaron la razon de ſu cauſa.) Quedò aſſombrado el Emperador de la reſpueſta, obſervando aquel eſpiritu, de quien ſe avia apoderado de ſuerte el deſengaño, que dominaba en todos los afectos de la Naturaleza como deſpotico, y era el Monarca de aquel pecho; y bolviendoſe al Conde de Oropeſa, le dixo: *Mucho me ha edificado eſte deſprecio del Padre Franciſco.* Eſtuvo otros tres dias en Juſte, y ſaliò al dia quarto, ſin que pudieſſe detenerle el Prior del Convento, que eſcrupulizaba en ſu partida, por ſer aquel dia fieſta de guarda en el Obiſpado de Plaſencia: y que podria ocaſionar algun eſcandalo en los Pueblos vèr caminar à los Religioſos en dias feſtivos. Punto, à que ſatisfizo Borja con rara erudicion, y ſabiduria, convenciendo con los Theologos de mas nombre, que ò yà fueſſe por la coſtumbre, ò yà porque la ley no la miraba como accion ſervil, podia honeſtamente emprehender en aquel dia el camino; ſin ſer reo de algun eſcandalo, y ſin contravenir al precepto; de ſuerte, que con la fuga de la jornada no ſe puſieſſe à contingencia la Miſſa. Eſtimando el Prior deſpues à Franciſco, no menos por Docto, que por Santo, ſobre eſte punto vino diſcurriendo Borja con el Padre Dionyſio, deſaprobando el uſo nimio, ò facil piedad de algunos Prelados, Ciudades, y Villas en introducir con debil pretexto fieſtas voluntarias, que embarazando el trabajo, diſminuìan el ſuſtento à muchas pobres familias, quando ſe llorava en Eſpaña introducida en el Vulgo la neceſsidad con el ocio.

Quedaron por aquellos Pueblos vezinos tan impreſſas las memorias de eſtas viſitas, en que comerciavan dulcemente aquellas dos iluſtres Almas, que el año de mil ſeiſcientos y cincuenta, ſiendo Artiſta en el Colegio de Oropeſa, y paſſando el Verano en Xarandilla, el Padre Juan de Palazol, cuya ſabiduria, y prudencia ſon bien conocidas en la Corte de Eſpaña, ſaliendo un dia à explicar la Doctrina Chriſtiana al Guijo, encontrò un Anciano (cuya razon, y canas hazian digno de fé ſu teſtimonio) que afirmava aver viſto en aquel parage à Carlos Quinto, viniendo à paſſearſe deſde Juſte con el Conde de Oropeſa haſta el Palacio de Xarandilla. Y en eſſe Campo, entre Xarandilla, y el Guijo, añadiò el Anciano, à la ſombra de aquel arbol robuſto: (ſeñalando el tronco) los vì ſentados, ſiendo yo Niño, que iba recogiendo los fragmentos de la merienda, que quedavan eſparcidos por el Campo. Tambien me acuerdo aver viſto entonces al que llamavan Duque Santo, à quien atendia mucho el Emperador, y era de el miſmo habito que Vueſſa Paternidad: y en ſu ſemblante penitente, y modeſto ſe dexava reconocer el juſto motivo, porque le daba eſte nombre el Mundo. He querido referir el teſtimonio de aquel prudente Anciano, para que ſe conciba con mas viveza la eſtrecha familiaridad de el Ceſar con el Santo Borja, deſpues de retirados uno, y otro à las ſeguridades de la Playa. Y para expreſſar mejor la fama del Santo, que caminava à todas partes tràs del perſeguido Borja, deſmintiendo los Pueblos, y la voz comun à la ſingular, y ronca de la embidia. Con eſto ſe deſpidiò aquel Venerable ruſtico Anciano, que competia porfiadamente en duracion con la robuſtèz de aquel tronco, que ſeñalò con el dedo.

§. II.

DEſpues de aver paſſado por algunos Colegios, ſiendo el corazon, y como fuente de la vida de todos: bolviò à Simancas el Padre Borja, que era ſu jardin delicioſo, y ſu dulce retiro. Alli recibiò la funeſta noticia, de aver muerto à los onze de Junio de eſte año de cincuenta y ſiete el Rey de Portugal Don Juan el Tercero, Principe Religioſiſsimo, en cuyo gavinete hallaron ſus diſciplinas bañadas en ſangre: cuyo Real ſeno ſe pudo llamar Patria comun, y Cuna iluſtre tambien de la Compañia. Año de 1557. El influxò para que fueſſe aprobada de la Silla Apoſtolica: èl embiò los primeros Jeſuìtas à la India, y ſe debe à ſu zelo mucha parte de el Apoſtolado de Xavier en el Oriente. Fuè el primer Monarca, que conduxo à ſus Reynos la Compañia: èl la llenò de gloria, y la ſubiò entre ſus brazos à lo mas alto de el Templo de la Fama. Fundò inſignes Colegios, Univerſidades, y Eſtudios. Y al fin, aquel corazon muchas vezes Real fuè para la Compañia, y todos ſus Hijos lo que el Sol para los pimpollos mas

mas tiernos: El ſentimiento, que eſta muerte derramò por toda la Compañia, no ſe expreſſa bien con los hiperboles mayores de la eloquencia, ſiendo univerſal el llanto, donde era tan comun el golpe, y el motivo. Sucediòle à aquel Joven malogrado el Rey Don Sebaſtian, ſu Nieto, fabula aora del Vulgo, y entonces delicias de ſu Reyno. Quedò por Tutora ſu Abuela la Eſclarecida Reyna Doña Cathalina, à quien el Santo Borja conſolò en eſta perdida con una carta llena de piedad, y energia, enſeñando en ella à ſacar de los ſuceſſos amargos la mayor dulzura. La carta dezia:

Muy alta, y muy poderoſa Señora.

SI los Conſoladores de Job callaron ſiete dias, mucho mas huviera yo de callar: pues la materia de la afliccion es mayor, y el ſentimiento del Protector, y Señor que ha perdido la Compañia, con juſto titulo pudiera poner ſilencio por años, quanto mas por dias. Quien ay que tenga lengua para tratar de los ſecretos juizios de Dios? Quien es el que teniendo ſu Caſa con puntales para no caer, ſe los và quitando, pretendiendo remediarla con ello? O como es coſa de vèr la Caſa de Dios pueſta en puntales, que ſon los Principes Chriſtianos, que la ſuſtentan, y que el Señor para remediar ſu Caſa los quite, y aun à uno de los mas principales? Quien ay que tenga lengua para dezirlo? Y que eſto ſea para reparar ſu Igleſia, es de mayor admiracion. Digo, que para reparar la Igleſia Triunfante, ſacaron eſte puntal de la Militante. Y ſi quieren ſaber los mortales la cauſa es, porque dize el Eſpiritu Santo: Diligit Dominus portas Sion, ſuper omnia Tabernacula Jacob. *Quiere Dios tanto, que ſe repare la Igleſia Triunfante, y ſe hinchan las ſillas de los Angeles caìdos, que à los principales puntales arranca de eſta tierra, por enxerirlos en el Cielo: y por eſto le quedan obligados todos los que entienden eſte lenguage. Y pues V. A. es una de las Perſonas Reales, que por la bondad de Dios mejor lo entiende, queda mas obligada à reconocer el beneficio: pues no tiene que vèr la vida de allà con la de acà, ni el Reyno del Cielo ſe puede comparar con el de la Tierra. Y la reſpueſta, que ſe debe à eſte favor, y merced de Dios, es poner los ombros, y la cabeza para ſuſtentar el peſo, que llevaba aquel Rey Santo: para ayudar à ſuſtentar la parte, que de la Igleſia le cabe. Y quanto mas apretàren los trabajos deſte govierno, y peſo, alce V. A. los ojos al Cielo, y diga: Alabenos, Señor los Angeles, por el gozo que dais à los de la Caſa de Jacob. Y pues èl ſe goza, yo tengo por bien empleado el dolor: y por ſu deſcanſo, ofrezco yo el trabajo del peſo de mis ombros: y porque èl eſtè ſin cuydado, acepto yo el peſo de los cuydados: y porque èl duerma en paz, quiero yo velar en guerra: y porque ſea el de aquellos de quien vos enjugueis las lagrimas, ofrezco yo las mias por vueſtra Paſſion. Suplicandoos me las deis de ſoledad de vos, que ſois mi Criador, y Redemptor, olvidando toda la ſoledad de las criaturas; ò à lo menos, para que no la tenga, ſino acordandome de vos, y de vueſtras criaturas en vos, y como de coſa vueſtra, y no mia, pues no me la diſtes à mi, para mi, ſino para que os ſirvieſſe con ella. Y tras eſto, haziendolo aſſi, confie V. A. en el Señor, que ambos reynaràn en la eternidad, gozandoſe del premio de los trabajos, y de la paciencia, y del exemplo Chriſtianiſſimo, que dieron en el Mundo. Y aſſi ſeràn en el dia del Juizio de los Reyes, que condenaràn à los pecadores: pues por ſu exemplo fueron Predicadores del Evangelio, y por la Juſticia fueron executores dèl: y llevaràn allà la Corona, porque llevaron acà la Cruz, y por averla pueſto en tan diverſas partes de la Gentilidad. Plega à la Divina Mageſtad, que conforme à lo que ſuplicamos, ſea ſervido de concederlo. Porque ſiendo nueſtra ſuplicacion oìda en el Divino acatamiento, ſu Alteza gozarà de muchos grados de gloria, y V. A. ſe acrecentarà en muchos de gracia: à los quales correſpondan los de la gloria, quando el Señor fuere ſervido darle el premio de ſus trabajos. De Simancas veinte y quatro de Junio de mil quinientos cincuenta y ſiete. De V. A. obedientiſſimo Siervo Franciſco.*

En eſta carta eloquente de Franciſco recibiò la piadoſa Reyna Doña Cathalina ſellado el conſuelo: y ſiempre que bolvia à reconocerla, deſcubria nuevas razones de alivio: propriedad de una ſolida diſcrecion, deſcubrir mas fondos quanto ſe atiende, ò ſe regiſtra mas.

§. III.

ESte año de cincuenta y ſiete recabò el Santo Borja de la Princeſa, que paſſaſſe à la Corte de Eſpaña aquellas flores tranſplantadas del Vergel hermoſo de Gandìa à la Caſa de la Reyna, cuya fabrica, difunta la Duqueſa de Frias, padeciò ruìna. Sobre eſta materia empleava Borja ſu cuydado, y ſu facundia, haſta introducir en aquella Real fantaſia la generoſa idea

de

de la fabrica Auguſta ; que oy ſe admira en el Monumento de las Deſcalzas Reales de Madrid : y debe al zelo de Borja, deſde ſu primera piedra haſta el ultimo chapitèl: y no menos ſu eſpiritual Divina Arquitectura , que paſsò deſpues à tantas Ciudades de Eſpaña. Pero mientras ſe trazava el Alcazar Sagrado en las Caſas del Theſorero Alonſo Gutierrez , donde la Princeſa avia nacido , y donde fabricava un quarto à ſu recogimiento, y abria un magnifico ſepulcro en ſu miſma Real Cuna, diſpuſo Borja, que vinieſſen à Valladolid por el Septiembre de eſte año. Donde à breve tiempo
Año de 1557. murió la Abadeſa Sor Franciſca de Jesvs, Tia de Borja ; flor la menos fragil , y la mas bella , que ſupo dexar à la poſteridad embalſamada ſu reſpiracion oloroſa. La que en edad muy tierna, paſſeandoſe en los jardines de Gandia, oyò al Duque D. Juan ſu Hermano algunas expreſsiones confiadas à cerca de darla el mas digno Eſpoſo en el Primogenito del Duque de Segorbe, con quien ſe tratava el caſamiento. Rogavala , que quiſieſſe explicar ſu alvedrio en eſte punto, pues la merecia eſta confianza ſu buen deſeo, y ſu cariño. A que reſpondiò Iſabèl (que eſte era ſu nombre) con diſcrecion varonil : Hermano mio, yo no he de elegir otro Eſpoſo , que el que ſabe hazer eſta flor ; y arrancando un clavèl, preſuncion hermoſa del jardin , ſe le moſtrava al Duque D. Juan, que atonito con aquella accion , y con aquella reſpueſta , la dixo: Hermana dulciſsima, no ay Principe ſobre la tierra, cuya Mageſtad cubra tanto poder, y tanta ſabiduria. Segun eſſo, replicò la Niña, avrè de buſcar Eſpoſo en el Cielo, pues èl ſolo puede ſer Artifice de eſta breve encendida liſonja de la viſta, y del olfato.

Suceſſo, en que el Padre Bartoli padeciò engaño, atribuyendole al Santo Borja con la Venerable Sor Juana de la Cruz (que creyò tambien aquella eloquente pluma aver ſido enteramente Hermana de Borja ; ſiendo aſsi , que naciò de ſegundo matrimonio del Duque D. Juan con Doña Franciſca de Caſtro y Pinòs, como dixo el libro primero de eſta Hiſtoria, y ſolo en el eſpiritu pudo con razon llamarſe enteramente Hermana ſuya.) Difunta Sor Franciſca, diſpuſo la Princeſa, por dictamen de Borja, que vinieſſe Sor Juana de la Cruz à ſer Abadeſa, como lo fuè mas de quarenta años: y ſu prudencia, ſu valor, y ſu heroyca ſantidad , ſon aquellas tres piedras, ſobre que ſe eterniza el Real Convento de las Deſcalzas de Madrid. Siendo Niña de ocho años, muriò el Duque ſu Padre, y ſu Madre la Duqueſa paſsò à la Corte , donde diſpuſo, que vinieſſe à Palacio ſu Hija Doña Juana por Menina. Entre tanto aviendo entrado un dia en el Convento de Santa Clara , mandò tocar à Capitulo ſu Tia la Venerable Sor Franciſca, que era Abadeſa, rodeada de mucha luz Soberana, y agitada del eſpiritu de profecia. Propuſo à ſu ſobrina para Religioſa, y admirada con anſia, la puſo el Habito con increìble horror, y repugnancia de la Niña , que deſecha en llanto apartava la cerviz del yugo, y el cuello delicado ſe poſtrava oprimido con ſolo el amago del peſo. Mas acercandoſe la Santa Abadeſa, la puſo un bello Niño Jesvs en la mano, y la dixo: No llores, Hija, pues como antes de tener uſo de razon, en la fé de tus Padrinos fuìſte bautizada, y quedaſte hermoſa : aſsi aora antes que tuvieſſe eleccion tu alvedrio , yo en fé de que abrazaràs guſtoſamente eſte dichoſo eſtado , te ofrecì à eſte dulce Eſpoſo : tomale con cariño , que yo sè lo que te importa , y lo que has de amarle algun dia, entrandoſe el amor à tu pecho por la que parece violencia, y tiranìa del alma, como entrò aquella maquina traydora por lo alto de la muralla à quemar à Troya.

Deſde aquel inſtante hallò Sor Juana mudado todo ſu pecho , y en el alma otro nuevo alvedrio. Vino deſde Madrid ſu Madre la Duqueſa oprimida con el dolor deſta noticia, que ſe rompia en olas de lagrimas , haſta que la nube bolvia à cargar de indignacion, encendida en colera femenil. Hablò con afectos , y con amenazas à ſu Hija : mas hallò, que ſe avia transformado en roca aquel corazon, adonde habitava la ternura , quebrandoſe en ella ſus quexas, ſus ruegos , y la porfia. Supo con mucha elegancia la lengua Latina, y aun las ciencias anidavan en ſu entendimiento con admiracion de aquel ſiglo. En una ocaſion, ſiendo Abadeſa , la conſultò ſus fatigas, y tentaciones una Subdita, à quien no entendia, por la ſuma turbacion con que ſe explicava : recurriò à la Oracion la Santa Abadeſa , y percibiò una voz clara, que le dezia, leyeſſe un Articulo de Santo Thomàs. (que ſe ſeñalava.) Abriò el Libro, y hallò en aquel Oraculo la duda , la luz, y la reſpueſta. Supo los ſecretos de los corazones, con quien tratava, y los afectos mas ocultos, tibios, ò fervoroſos, con que llegavan à la Auguſta Meſa. Tuvo dòn de profecia, de conſejo, y de prudencia. Viò à ſu difunto Sobrino Don Fernando de Borja paſſar deſde la llama à la gloria dia del Serafin de la Igleſia. Hablava familiarmente con el

Angel de ſu Guarda, ofreciendoſe tan continuo à ſu viſta, que pudo contar las plumas de ſus alas una à una. Viò el Alma de un Hermano ſuyo en el Purgatorio, y ſintiò, que le huvieſſen ocultado ſu muerte, haſta que ſe la dixo el Cielo, y apagò ſu fuego con mucho llanto. Viendo congojada en la ultima hora à una fiel Hija ſuya, pidiò à ſu dulce Eſpoſo, que transfirieſſe à ſu Cuerpo el martyrio de aquella Alma: y luego ſintiò crueles dolores en el corazon, penetrado repetidamente con inviſible puñal: y aun en los quarenta años de Abadeſa padeciò dolores inſuperables à la flaqueza humana. Poco antes de eſpirar, Sabado veinte y ocho de Abril de mil ſeiſcientos y uno, cantò profeticamente los progreſſos de aquel Real delicioſo Jardin: pidiò la imagen de los Milagros, y empezò à cantar algunos Verſos del *Miſerere*, acompañando los ojos la voz de ſus afectos. Mandò repartir de limoſna el dinero, que huvieſſe en caſa; y luego dixo en voz de mas armonìa: Yo eſpero en Dios, que nunca faltaràn los ſocorros humanos à eſte Convento; y ſino ireiſme à pedir eſta palabra à la Sepultura, pues me dà mi Eſpoſo tan firme confianza, que aun en ceniza he de recabar que ſe cumpla.

CAPITULO XIX.

LLAMALE A JUSTE TERCERA vez el Emperador, deſde donde le deſpacha con Embaxada ſecreta à Portugal. Iluſtres Profecias, y ſuceſſos milagroſos de eſte viage haſta dàr la buelta à Juſte.

§. I.

Eſtava retirado Borja en aquel nido dichoſo de ſu Noviciado, donde ſe recogia eſta Ave Real, deſpues de aver reconocido las Campañas del viento, y llevado la ſalud à muchas Provincias en las alas, y en el pico: quando le eſcriviò la Princeſa, que el Ceſar le mandava dàr al Monaſterio de Juſte la buelta, porque ſe queria ſervir de ſu prudente fidelidad en una empreſſa bien ardua, y bien glorioſa: y que ſentiria qualquiera tardanza, que no fueſſe ocaſionada de un impoſsible;
Año de 1557. porque la expreſsion del Ceſar en ſu Carta, era la mas eficàz, y la mas viva. Y aunque era en el rigor del Eſtìo, y ſe hallava indiſpueſto, partiò à principios de Agoſto con los Padres Dionyſio, y Buſtamante, y el Hermano Franciſco Briones. Paſsò por Valladolid à beſar la mano à la Princeſa, y ſe encaminò à Juſte con menos fuerzas, que oſſadìa. Iba el Santo mal hallado con ſu ſalud, y ſe viò neceſsitado tal vez à pararſe en los Campos en la mayor fuerza del Sol. Llegò à Juſte, donde el Ceſar, deſpues de averle abrazado, ſe retirò con Borja ſolo à ſu Apoſento. Dixole, que de ſu experiencia, y cordura queria fiar una materia, que importava à la Monarquia Eſpañola en la proxima eſperanza de unir à Portugal con los Reynos de Caſtilla. Pues aunque florecia el Niño Rey Don Sebaſtian, criandoſe robuſto, pero que al fin era un hilo delicado, y la parca ſuele cortar con golpe duro las mas fuertes maromas, que aſſeguraban el peſo, y romper cadenas de oro. Que deſeava mucho, que Portugal juraſſe condicionalmente por ſuceſſor, à falta de ſu Joven Rey, al Principe Don Carlos ſu Nieto: ſegun las Capitulaciones hechas en el feliz Matrimonio de la Reyna Doña Maria con el Rey Phelipe Segundo: y ſegun toda la razon, que dà à las Venas el derecho natural. Que no era tan irregular, ni tan odioſa eſta empreſſa, que debieſſe turbar los animos Portugueſes, como novedad anticipada; antes ſervia de freno, para que ſi (lo que apartaſſe el Cielo) ſucedieſſe à la vida de aquel hermoſo Adonis de ſu Siglo algun acaſo, de aquellos con que la fortuna ſuele tambien de los Reyes hazer tragedia no huvieſſe alboroto, ni fluctuaſſe en olas el Vulgo, golfo ſiempre inquieto, quando falta el tridente, ò el brazo de Neptuno. Que quando no baſtaſſe la razon, y el interès de una, y otra Monarquia, no faltavan exemplos recientes, que hallavan el camino à la practica delta empreſſa: pues los Caſtellanos avian jurado al Rey de Portugal Don Manuel por ſuceſſor deſta Corona, quando los Reyes Catholicos la honravan, y la ſoſtenian en ſu Cabeza.

Que eſte negociado le avia de fiar ſolo de el amor, y prudencia de la Reyna Doña Cathalina. Que ſe avia de tratar al principio con un ſecreto caſi ſuperſticioſo, que en las materias politicas, y aun en todas, ſuele ſer el conducto de el acierto: y ſe cifra bien en aquel Rio, que no ſe vè nacer, haſta que deſde una Peña ſalta al Mar, creyendo la viſta, que tiene ſu Cuna cerca del Sepulcro en aquella roca, el que nace en una diſtante Provincia, y eſcondido luego, corre por minerales ſecretos, ſin que perciba la atencion, ò la curioſidad ſus paſſos; y ſi alguna vez ſe eſcucha algun ſonido

ſonido confuſo, parece mas engaño ronco, que movimiento de Rio. Inclinò la cabeza el Santo Borja, por mas que ſu dictamen rehuſava emprehender un aſſumpto, de que no eſperava otro fruto, que el de ſu obediencia. Mandò luego el Ceſar à ſu Secretario Gaztelu, que eſcrivieſſe los deſpachos, que dieſſen fé juridicamente à Borja con la Reyna Doña Cathalina. Y que diſpuſieſſe cifras para que ſe pudieſſen libremente correſponder ſu Mageſtad, y el Padre Borja, ſin el peligro, ò ſuſto, aunque ſe perdieſſe algun pliego. En la cifra ſe llamava el Emperador Mizer Aguſtino, y Franciſco de Morales el Santo. A quien al deſpedirſe, eſtrechò en ſus brazos Carlos V. dixole, que fiaba eſte importante negociado de ſu induſtria, y de ſu talento milagroſo: y que no le miraſſe como ageno de la profeſsion de ſu Eſtado, porque ſu Mageſtad eſtava perſuadido à que era muy del agrado de Dios, pues ſe deſarmava con eſta prevencion la inſolencia, y ſe aſſegurava la paz. Bolviò à expreſſar à Borja lo que importaba, que el baſto cuerpo de todas las Provincias de Eſpaña vivieſſe ſujeto à una Cabeza, ſi, lo que Dios no quiſieſſe, ſe marchitaſſe aquella flor tierna, que era toda la Columna de la eſperanza. Que eſte remate hermoſo de la Europa quedaria entonces inacceſsible à la indignacion, y à la embidia, teniendo por Foſſos al Occeano, y al Mediterraneo; por Baluartes, y Linderos ſuyos, los Montes Piryneos. Eſcuchava modeſtamente Franciſco eſtas expreſsiones de el Ceſar, que pudo aver obſervado en aquel ſemblante mudo la eſcaſſa luz de un preſagio.

Partiò Borja à Plaſencia, deſde donde el dia ſiguiente à la tarde ſe encaminò àzia Lisboa, llevando dentro del pecho fria la confianza en aquella dependencia politica, por mas que ſe esforzavan à encenderla, ò calentarla toda la razon de Borja, y el grande amor que experimentava ſiempre en la Reyna Doña Cathalina. Fueronſe aquella noche à dormir à un Lugar vezino, donde no hallaron mas cama, que el ſuelo, penetrado de las lluvias, por la debilidad del techo. A la mañana ſe hallò el Padre Dionyſio con un dolor tan vehemente en un ombro, que embargava à la reſpiracion el paſſo, y le impoſsibilitava ponerſe en camino. Recogiòſe con brevedad à Oracion el Santo, y ſaliò aceleradamente à mandar, que mojaſſen un lienzo en una fuente ſumamente fria, que tenia ſu origen cerca de la miſma Caſa; y que ſe le aplicaſſen al ombro; remedio, que baſtava à ocaſionar el mal que padecia, nacido de bien ſemejante cauſa. Pero en el miſmo punto, que cegandoſe la razon con la obediencia, ſe aplicò tan deſeſperado remedio, ſe hallò libre del dolor, y cobrò el movimiento del brazo con admiracion del doliente miſmo, antes, en vèr, que le mandaſſe la prudencia de Franciſco aumentar el mal, con renovar el origen dèl; y deſpues del ſuceſſo, con aver hallado el alivio todo en tan enemigo remedio. Prodigio, que nunca dudaba deberſe à la Oracion del Santo: que aviendo querido diſsimularle en un aparente remedio, ſe avia cegado con la priſa, en buſcar para diſsimulo lo que daba mas cuerpo al milagro. Deſcuydos proprios de la humildad heroyca de los Santos, y cuydados de la Providencia en hazer la Santidad expectable à los ojos, que apenas la diſtinguen bien ſin el reſplandor de los milagros: relampagos, que quiſieran ſer mudos; mas la fama los convierte en truenos.

§. II.

ENtrando en Portugal, hizieron alto cerca del medio dia en un Pueblo, llamado Eboramonte, aviendo caminado ſeis leguas aquella mañana. Fueron el Santo Borja, y el P. Dionyſio à dezir Miſſa, dexando à Buſtamante en la Poſada; porque atendiendo Borja à ſus achaques, y à ſu edad crecida, le obligava à tomar algun deſayuno por la mañana: y aora por el rigor del dia no le permitiò paſſar à la Igleſia. Acercòſe en eſta ocaſion el P. Buſtamante al dueño de la Poſada, exortavale à frequentar el Sacramento de la Penitencia: à mirar con horror qualquiera culpa: à diſtribuir Chriſtianamente las horas, y à tener ſus devociones fixas: y entre otras coſas le dixo, que rogaſſe todos los dias por la vida de el Joven Rey D. Sebaſtian, que tanto importava à la Corona; la qual, à falta ſuya, paſſaria à ennoblecer las ſienes del Rey de Caſtilla. Eſto dixo incautamente, ignorando la empreſſa que llevaba à Portugal el Santo Borja: y poco practico en el terreno que piſava. Apenas eſcuchò el Hueſped eſta devocion, quando arrebatado de aquel eſpiritu de lealtad, que degenera comunmente en furor, levantò el grito, acercòſe mucho Pueblo, y clamava contra aquel Sacerdote enemigo de ſu Rey, y del Reyno todo, mirando como delito aun ſolo el temor de que pudieſſe morir el Rey. Inclinavanſe muchos à buſ-

buſcar piedras, otros le repetian injurias, axando atropelladamente ſus canas, ſin que la razon, la blandura, ni el rendimiento baſtaſſen à ſoſſegar aquel Villano tumulto; antes ſe enfurecia mas la Plebe con las diſculpas, creciendo las olas agitadas de sì meſmas. Llegava à eſte tiempo Borja, y con aquella confianza, que dàn la verdad, y la inocencia fuè rompiendo intrepidamente por entre la confuſion, y el alboroto, que à ſu preſencia detuvo el impetu, y ſe ſuſpendiò el furor como por inſtinto. Preguntò à Buſtamante la cauſa, y deſpues de informado, poniendo à la manſedumbre en el roſtro, y el bonete en la mano, les dixo, que no eſtrañava ſu indignacion, hija ſolo de la lealtad; pero que ſe ſirvieſſen advertir la ſencillez, y el fin con que aquel Sacerdote hablava, que ſuele ſer la veſtidura de la inocencia, y haze facil el perdon en qualquiera culpa. Que aquel Anciano era ſubdito ſuyo, y que èl le caſtigaria, para que en edad tan madura aprendieſſe à tratar, ò mas advertida, ò mas corteſanamente à la Nacion Portugueſa. Habló con tanta gracia, y dulzura, que aquel monſtruo, que ſe llama Vulgo, ſe fuè domeſticando con las palabras alagueñas de Franciſco: ſiendo la blandura aquella firme roca, en que quiebra ſus impetus la ira.

Reſponſio molis frãgit iram. Proverb. 15. 1.

No faltò entre el rumor popular quien tuvieſſe alguna noticia de Borja, de que avia ſido antes Grande de Caſtilla, de que era el mas favorecido de la Reyna, y que huvieſſe tenido por Muger à Doña Leonor de Caſtro, rama tan iluſtre, y tan conocida de la Grandeza Luſitana. Con eſto ſe eſparcieron mudos unos deſpues de otros, dexando caer ſin eſtruendo las piedras de las manos. Reprehendiò à Buſtamante el Santo Borja, y deſde alli le hizo dàr la buelta à Caſtilla, obſervando eſte ſuceſſo como mal pronoſticado al aſſumpto de ſu embaxada, y eſcuchando en eſta caſualidad una voz de la Providencia. Deſpidiòſe del Padre Buſtamante otro dia, y caminando con mas priſa, que eſperanza, llegò à la Ciudad de Ebora, donde aquella tarde ſe rindieron à la cama Dionyſio, y Borja con una fiebre maligna, que aunque en el Padre Dionyſio no fuè continua, en Franciſco paſsò à ſer tan malicioſa, que el inſigne Protomedico del Infante Cardenal, que le aſsiſtia, y ſe llamava el Doctor Barboſa, daba pocas eſperanzas à ſu vida: porque paſsò à terciana doble con tan recios deſmayos, y otros accidentes, que aun quando las fuerzas fueſſen Gigantes, baſtavan à rendirlas todas, y apagavan la flaca luz, con que podia alumbrar la eſperanza à una ſalud tan deſtrozada, y combatida. Diſpuſoſe à la muerte aquel Religioſo corazon con los ultimos esfuerzos de ternura, y de piedad: convirtiòſe en confuſion, y llanto todo el Colegio, y en cada paraſiſmo miravan difunto à Borja por algun rato, quando repentinamente bolvia à ſurgir la vida, ſacando una reſpiracion con mucha violencia deſde lo mas profundo del pecho à la boca.

Eſtava yà immoble, y ſobreviniendo uno de aquellos grandes deſmayos, perdiò todo el uſo de los ſentidos, hallandoſe ſolos el Hermano Briones, y el Medico, que lloravan muerto al que atendian inſenſible tronco. Mas Borja entre tanto ocupava las potencias libres en dulciſsima contemplacion de la Divinidad, y comerciava con los Angeles todo lo que los accidentes le negavan al comercio de los hombres. Y agitado violentamente de profetico impulſo, bañado de claridad ſu entendimiento, deſpertò de aquel ſuave letargo, y en voz corpulenta, y continuada, dixo: De que ſirve malograr tantas lagrimas, que pueden ſer precioſas, bien empleadas, y aqui ſon perdidas? Por ventura dexaria de morir por vueſtro llanto, ſi Dios quiſieſſe libertarme dichoſamente de tan prolixo deſtierro? Mas ay, que no eſtà ſazonada la fruta para preſentarſe à tan delicada Meſa! Aun faltan muchos dias de navegacion borraſcoſa en eſta rota Barquilla: *Dentro de quatro dias partirèmos de aqui à Lisboa, con el favor Divino, y aſſi ſerà ſin falta.* Eſcuchavan ambos eſtas vozes de Franciſco, atonitos de que huvieſſe percibido ſu converſacion, y ſu llanto: de que huvieſſe hallado en un pecho, al parecer difunto, aliento para tanto grito: y de que ſonaſſe à profecia, quando ſe hallava en tal eſtado, que mas debria parecer delirio, que furor profetico. Mas aquel cadaver empezò luego à tomar ſemblante de vivo, y cobrava por inſtantes aliento, con aſſombro del Doctor Barboſa: que ordenò tomaſſe una purga à las tres de la mañana: y Borja ſe previno deſde la una, recibiendo la Sagrada Euchariſtia, por no privar dia alguno de aquel dulciſsimo alivio ſu vida fatigada. Eſtuvo aquellas dos horas en Oracion altiſsima: y deſpues, ſin admitir los defenſivos, que le avia preparado el temor de que no abrazaſſe el eſtomago aquel remedio tomò à ſorbos la purga como acoſtumbrava, ſaboreandoſe en el horror, y en la amargura: porque conſiderava la precioſa

cioſa hiel, que deſde lo alto de una Cruz, levantada ſobre un Monte ſobervio, exprimia dulzura en aquel vaſo.

Llegò à Lisboa la noticia del eſtado laſtimoſo, en que ſe hallava la ſalud de Borja: deſpachò la Reyna algunos Criados, que en ſu nombre paſſaſſen à viſitarle à la Ciudad de Evora: embiò tambien una Litera, y mucha prevencion de regalo, por ſi quiſieſſe el Cielo reſtituìrle la vida, y bolvieſſe à proſeguir la jornada. Rogavale, que luego que ſe hallaſſe con alguna mejoria, partieſſe à Lisboa, por ſer deſtemplados los ayres de Evora. Llegò la Litera la noche del dia tercero, porque ſe cumplieſſe la profecia del Santo, que al dia ſiguiente ſe puſo en camino, acompañandole el Rector del Colegio, y el Doctor Barboſa. Entraron en Aldea Gallega, ſitio donde eſpira el Rio Tajo, tan ſobervio al morir, que ſe dilata en tres leguas de anchura, para llegar mageſtuoſo al mar. Avia prevenido la Reyna un Vergantin, en que paſſaſſe aquel pedazo de Rio, por donde corre con preſunciones de mar hinchado. Mas el Piloto, que iba governando el Vergantin, perdiò el tiempo, y el rumbo, hallandoſe obligado Franciſco à tomar una mal ſegura Barca de las que hallò en la orilla, y entrando en la Barca recoſtado dentro de la Litera. Iban cortando el Rio, quando ſoplò à deshora el temporal mas recio, de ſuerte, que embravecido el Tajo, ſe levantava ſobre sì miſmo à competencia del Occeano. Los Delfines atraveſſavan rompiendo lo mas alto de las ondas, rodeando la Barca eſtos anuncios muſicos de la mayor tormenta. Los Marineros aumentavan con ſus vozes la confuſion, y enfureciendoſe la tempeſtad, perdieron la Vela, llevandoſe tambien el viento la eſperanza; porque impelido el maſtil contra el agua, cayò derrotado en ſu miſma violencia. No ſe eſcuchavan ſino clamores, y ruegos, ſolo Borja parece, que iba dormido, y ſerenamente recoſtado ſobre la cerviz hundoſa del peligro. Mas creciendo el llanto de los Marineros, y viendo, que la Barca ſe entrava en alta mar, ſacando la cabeza, dixo con mucha voz: *Tened buen animo, que preſto llegarèmos al Puerto.* Esforzaronſe todos, como ſi huvieſſen eſcuchado la voz del que tiene imperio, y tridente en los vientos, y en la mar; à breve rato cobraron la vela, que arraſtrava laſtimoſamente por el agua, triſte pompa del Batèl en ſu ultima ruìna; apenas la enarbolaron, reſtituyendola à ſu elemento, quando los corazones, y las eſperanzas ſumergidas ſubieron tambien àzia lo mas alto: de ſuerte, que rompiendo por entre remolinos tempeſtuoſos, arribaron cerca de la media noche à la playa, aviendoſe embarcado à las dos de la tarde, y ſiendo navegacion ſolo de dos, ò tres horas. Y para que ſe admiraſſe mas la Providencia que tuvo el Cielo de Borja, en el miſmo ſitio, y à la hora miſma, que el Santo fluctuava, ſe fueron à pique tres Barcas, que venian en comboy de la que ocupava el Santo Borja, quitando la obſcuridad, y la confuſion à los ojos de Franciſco eſta laſtima, porque ſu corazon no fluctuaſſe ſegunda vez en la ternura, no ſiendo poca la que le ocaſionò eſta noticia por la mañana. Y confeſſavan todos, que la Oracion de Franciſco avia ſido milagroſo vivo Santelmo de ſu rumbo. Entrò finalmente por la Barra de Lisboa, victorioſamente la Barquilla, dando en el Santo Borja un cuerpo caſi difunto à la Playa, y dentro dèl un corazon mas dilatado, que ſu arena, y que palpitava ſin ſuſto dentro de la mas deſecha fortuna.

§. III.

FUeſe à repoſar al Colegio de San Roque azotado de la tormenta, y combatido del mal, que aun le fatigava: Supo la Reyna ſu venida, y lo mal convalecido que eſtava, y embiandole à viſitar à otro dia, le rogò, que mientras ſe recobrava, paſſaſſe al Palacio de Xabregas, cuyo Real ſitio iluſtra, y hermoſea el Tajo: dixole, que la amenidad de aquellos jardines delicioſos, y los ayres mas puros, hazian aquel parage el mas proporcionado à ſu breve convalecencia: obedeciò el Padre Borja, à quien la Reyna embiava todos los dias deſde ſu Palacio la comida, con tanta ſolicitud, y benignidad, *que no pudiera*, dize el Padre Dionyſio Vazquez, *hazer mas exceſſos, aunque fueſſemos todos Hermanos ſuyos.* Detuvoſe tres dias el Santo en aquel parage viſtoſo, y la tarde del dia tercero ſaliò à viſitar un Convento de Religioſos de San Franciſco, vecino al Palacio de Xabregas, que mira tambien à la mar, traveſſeando cerca de las ventanas las olas. Eſtava el Cielo muy ſereno, ſin otra ſeñal de tormenta, que la que empezò à ſonar en ſu profecia: porque exortò à los Religioſos, cuyas Celdas eran combatidas alagueñamente de las aguas, que no ſe quedaſſen à dormir aquella noche dentro della: ſino que ſe retiraſſen à otro Quarto del Convento, recogiendo tambien los libros, y demàs alhajas: porque ſe enojaria el

Mar

Mas ſañudamente aquella noche, y abanzando las olas por las ventanas, avria grande peligro de que paſſaſſen à ſepulcros las Celdas, y de que ſe ſorbieſſe una ola al que yazia deſcuydado profundamente en la cama. Oyeron algunos eſte aviſo con riſa, otros, que miraban con raro aprecio à Borja, creyeron mas à ſus palabras, que à las ſerenidades engañoſas de las nubes, y de las aguas, y ſe recogieron à la Playa ſegura, antes de la tormenta: que ſoplò aquella noche furioſamente con eſtrago, y laſtima, como expreſſarà luego la pluma. Saliò Borja del Convento, y apenas entrò en el Palacio de Xabregas, quando empezò à dàr priſa à ſus Compañeros, y à los Criados de la Reyna, que le aſsiſtian de orden ſuya, para que le ſacaſſen luego de aquella Caſa, y ſe fueſſen con èl à San Roque de Lisboa. Ignoraban todos el motivo oculto de eſta fuga inopinada, y de reſolucion tan importuna, que preſumian fueſſe nacida de el amor à la pobreza, deſeando huir el regalo, que entre Salones, Fuentes, y Jardines le ofrecia aquel ſitio. Inſtavanle à que ſe detuvieſſe algunos dias mas, pues conocia lo que neceſsitava de aquel reparo ſu poca ſalud, y que à lo menos aguardaſſe haſta la mañana; pues ſiendo yà caſi de noche, avia de parecer mas fuga ſecreta, que no ſalida. Repreſentavale el Padre Dionyſio lo que diria la Reyna, ſabiendo eſta reſolucion intempeſtiva, y acelerada. Mas Borja preeſiſtia encendido el roſtro, aſſeverando, que por ningun ruego dormiria aquella noche en Palacio, ni Compañero ſuyo, ni algun Criado, ſi tuvieſſe eloquencia para perſuadir la ſalida à los que vivian, donde pudieſſen peligrar con la tormenta. Huvieron de rendirſe todos, cegando la razon, y la viſta al dictamen de Borja, que lleno de luz preveìa la tempeſtad obſcura, que la noche fraguaba, y fuè una de las mas pavoroſas, que poblaron de deſtrozos Navales aquellas Playas. Y era mucho mayor la claridad con que rayò dentro de ſu Alma el eſpiritu de profecìa, que el horror tenebroſo de la tormenta, ò furia, que amenazava.

Aquella noche, pues, ſe empezaron à eſcuchar los bramidos de el Occeano, monſtruo irritado, que parecia rebelarſe contra el Cielo, y enroſcado ſobre el ayre, como que mudava de ſitio à todo ſu Elemento, ſe bolvia à derribar impetuoſamente con formidable ruido. Las Naos grandes de la India, que eſtavan amarradas con recias maromas, y fuertes ancoras, rotos los cables, y arrancadas todas las firmezas, eran arrebatadas à lo alto, chocando unas con otras, y bolvian à caer deſpedazadas: algunas batiendo contra las Caſas vecinas, fueron movedizo eſcollo à tanto firme edificio. El Palacio de Xabregas, ſiendo Alcazar ſobervio, que avia burlado ſiempre las amenazas de las olas, y la hinchazon de ſus Montañas, padeciò naufragio laſtimoſo, à trozos ſorbido, y à trozos arruynado, eſpecialmente en los Salones, que miravan al Rio. Aſsi lo depone el meſmo Padre Dionyſio: *Aquella Caſa fuerte*, dize, *de la Reyna*, *de donde aviamos ſalido*, *fuè aquella noche tan combatida de la furia de las olas*, *que quedò arruynada*; *y ſi huvieramos quedado aquella noche en ella*, *ſolo Dios fuera poderoſo para que no pereci eſſemos dentro.* No fuè mas piadoſa la borraſca con el Religioſiſsimo Convento de San Franciſco, porque entrandoſe el Mar por las ventanas, anegó las Celdas, nadando Libros, Meſas, y Camas, y fluctuantes muchos Religioſos, que fueron ſocorridos de ſus Hermanos, y otros Vecinos, penetrando el corazon ſus clamores, y ſus ruegos. Haſta oy dura iluſtremente la memoria de aquella profecìa en aquel ſabio Convento, eſcapando del olvido, que es aun mayor naufragio. Quedaron todos ſus Hijos con ſingular veneracion à la ſantidad de Borja, ſiendo clarines de eſte prodigio, y admirable profecìa por toda Lisboa. Vino eſta tempeſtad, celebrada de la Hiſtoria, deſde los ultimos terminos de la India, ſin que perdieſſe la furia en tanta diſtancia: y conduxo aquel contagio peſtilente, que empezando eſta noche por el Septiembre de cinquenta y ſiete en Lisboa, ſe eſtendiò deſpues por caſi toda Europa, y Africa, cubriendo de cadaveres la tierra, y dexó impreſſo ſu horror en la poſteridad, y un proverbio al Vulgo en el Año del Catarro. Hizo deſpues el Santo muchos ſacrificios en accion de gracias, y muchas penitencias: y Lisboa le atendia con aquel ſemblante, con que la admiracion obſerva haſta los ademanes de una ſantidad heroyca, llenandoſe los balcones, y las Calles al paſſar Borja con adoracion profunda, que al doblar la rodilla, le ſacaba la confuſion toda la ſangre à la cara, agradeciendo mucho à ſu llanto, que le turbaſſe la viſta.

Año de 1557.

Luego que ſe hallò fortalecido un poco, fuè à beſar la mano, acompañado de la eſtimacion, y de el reſpeto. Apenas le viò la Reyna, quando no pudo diſsimular el gozo, ni quiſo eſconder el llanto, luchando las memorias triſtes de ſu Monarca difunto, con el conſuelo de tener en ſu Palacio à Franciſco, à quien reverenciava vivo, como à grande Santo. Paſsò luego à beſar la mano al Rey, y al Cardenal Infante Don Henrique, porque el Infante Don Luìs, ſu objeto amado, avia yà fallecido. Todos ſe perſuadieron en Lisboa, que Franciſco venia à viſitar los Colegios de la Compañia, pues era Comiſſario General de Eſpaña; ſolo la Reyna Doña Catalina ſupo la Embaxada ſecreta, ſobre que tuvo largas ſeſsiones con el Padre Borja. Convinieron ambos en que ſeria error intolerable contra la prudencia, y aun contra los intereſſes de Caſtilla, ſacar al publico eſte Tratado, pues ſobre parecer odioſo à la vida de un Rey Niño, y aguero el mas funeſto para el Vulgo, quando no quiere el Derecho, que ſe prevenga importunamente acaſo tan abominoſo. Sobre eſtàr aun con alguna robuſtèz el Infante Cardenal, que deſpues ocupò dignamente la Corona, y era algun preſidio, aunque flaco à la eſperanza, ſi ſucedieſſe alguna tragedia. Sobre eſtos poderoſos motivos, eſtaban los animos tan mal diſpueſtos, que ſi ſe publicaſſe aquel aſſumpto, ſe levantarian mas olas en tanto pecho Luſitano, que la noche paſſada en el Occeano. *Y*, como dixo con diſcrecion la Reyna (noticioſa de lo que avia paſſado en Eboramonte à Borja) *nos apedrearian à mi, y à Vos, como quiſieron hazer con vueſtro Compañero à la entrada de Portugal.* Y ſi eſtà tan vivo el zelo à la puerta, como arderà acà en el corazon de la Monarquia? Deſpacharon ambos un Expreſſo à Carlos Quinto, con la cifra meditada, repreſentando los motivos, que hazian impracticable aquella maxima. Y mientras tanto viſitò el Padre Borja algunos Colegios mas vecinos de aquella Provincia, à quien mirava con eſpecial cariño, y con indecible ternura, no dexandoſe exceder en eſte punto de la Nacion Portugueſa.

En eſta ocaſion le embiò la Reyna Doña Catalina en un pomo grande de criſtal deſtilada la flor de la canela, traìda de la Malucas, como quinta eſſencia precioſa: de tanta fragrancia, que acordaba el vaſo de alabaſtro de la Magdalena: y ſe eſperava, que fueſſe todo el remedio al eſtomago de Borja, y que bolvieſſe eſpiritoſo aquel cuerpo debil macilento. Pero el Hermano Briones, ocupado en otro exercicio, tropezò incautamente con el pomo, que cayendo ſobre una piedra, ſe hizo pedazos, derramando por el Apoſento toda la precioſidad, y toda la eſperanza en aquel remedio, eſparcida con el buen olor. Luego que le percibiò el Santo, preguntò la cauſa à ſu Compañero, que refiriendo el ſuceſſo, ò el acaſo, moſtrava afligido, y aun turbado el corazon en el roſtro. Miròle Borja con alguna riſa, y le dixo, dilatandole el pecho: *Hermano mio, haſta aquì avemos vivido ſin eſſe regalo, ò remedio, pues porquè no podrà paſſar ſin èl de aquì adelante el Padre Franciſco?* No tengais pena, ni quebreis con el pomo el ſufrimiento, que es de mas precioſa fragrancia.

§. IV.

QUedò el Ceſar tan convencido de las razones, que expreſſaba la Reyna, y el Santo Borja, que le eſcriviò luego no paſſaſſe adelante en aquel Tratado, eſcondiendole en lo mas retirado del ſilencio, y aun del olvido: y que luego que eſtuvieſſe bien aſſegurada ſu convalecencia, ſe partieſſe à Juſte, donde le deſeava. Al deſpedirſe le rogò el Doctor Barboſa, à cuyo amor, ſabiduria, y cuydado, deſeaba parecer agradecido, que ſe interpuſieſſe con el Cardenal, para que quiſieſſe admitir en el Inſigne Convento de Religioſas Bernardas, una legua de Lisboa, à una Hija ſuya: y aunque ſe ofrecia el Doctor Barboſa à coſtear lo que pidieſſe el Convento, tenia eſta ſuplica dos dificultades inſuperables à la prudencia humana: La una, que aquella Religioſa Doncella avia muchos años que yazia, no ſolo enferma, ſino caſi tullida, ſiendo inutil para todo, ſino fueſſe para dàr buen exemplo. La otra, que en aquel inſigne monumento entraba ſolo la Grandeza de el Reyno, y era como jardin Real aquel ſitio. Pero ambas las allanò el ruego de el Santo: y el Cardenal Infante con aquella generoſidad, que no ſufria margenes dentro de ſu corazon, ofreciò la dote tambien, quedando el Protomedico bañado en lagrimas de alegria, y dexandole mudo el reconocimiento al Santo Borja. Y aun añade confuſamente el Padre Dionyſio, que le recabò ſu

Ora-

Oracion otros grandes bienes de el Cielo, reconocido à la ſalud, de que ſu mano avia ſido el inſtrumento. Pues à moſtrarſe ſiempre agradecido, le incitaban las dos prendas de Cavallero, y de Santo, que ambas influyen memoria haſta en las aguas del Lethèo: y aſsi deteſtaba la ingratitud, como Padron infame de la naturaleza racional, y mucho mas de un hombre de bien, ſin perder nunca el horror à eſte monſtruo por verle tan frequente en el Mundo.

Llegado à Juſte expreſsò con mas extenſion à Carlos Quinto lo que avia inſinuado en el pliego: y el Ceſar le agradeciò la fatiga de eſta jornada, y el tino con que avia manejado dieſtramente la empreſſa, que ſi la huviera continuado la oſſadia, ſe huviera encendido una inextinguible llama, en que ſe abrasàra la concordia publica. Avia el Santo Borja tenido larga Oracion ſobre eſte punto, y movido de el Eſpiritu Santo, deſpues de aver dicho à Carlos Quinto, que era meneſter no menos exercito para eſta empreſſa, què para conquiſtar aquel Reyno con la eſpada, añadiò reſpirando à pauſas ſu pecho el Divino ſoplo: *Señor, no es tiempo aora de tratar de eſta materia: no es tiempo aora. Yo tengo concebida una eſperanza, y eſtriva ſobre firme Columna, de que con grande brevedad, por arcaduces ocultos, ſe vendràn à unir eſtos Reynos; y lo que V. Mageſtad deſeava para el Nieto, ſe ha de cumplir antes en ſu grande Hijo el Señor Rey Felipe Segundo.* Eſcuchava el Ceſar eſte preſagio caſi atonito, y como no ignoraba el Hueſped, que ſolia agitar el pecho de el Santo, y que nunca daba ſu boca, ni eloquencia, ni razon al viento, confeſſaba el Emperador meſmo, que no avia oſſado preguntarle el motivo. Mas quedò lleno de confianza, y ſe viò alterado ſu roſtro en una llamarada de alegria, dando à la fé todo lo que avia de conceder à la voz. Eſta fuè la ultima, y la quarta vez, que Borja ſe viò en Juſte con el Emperador. (que Sandoval en ſu Hiſtoria dixo ſer la tercera, porque ſe eſcondiò de ſu pluma la antecedente deſde Plaſencia, que refiere el miſmo Padre Dionyſio, que le acompañava) Al deſpedirſe, ſe echaron con mas ternura los brazos, y mudos uno, y otro con la abundancia de afectos, ſe remitieron à las lagrimas, que vaticinaban los ſuceſſos futuros, pues tambien ſaben ſer Ciſnes alguna vez los ojos.

Mandò el Ceſar à Luìs Quixada, que dieſſe à Franciſco docientos ducados de limoſna, ſin que ſe le admitieſſe replica alguna: y que le aſſeguraſſe en nombre ſuyo, que nunca le avia dado tanto; porque ſi ſupieſſe la eſtrechèz à que ſe avia reducido, conoceria practicamente, que era eſta mayor magnificencia, que ſi antes le huvieſſe dado una Provincia. Tan pobre quiſo vivir, y tan Religioſo el que fuè dueño de tanta, y tan florida parte del Mundo, y à quien el Mar, ſu gran Vaſſallo, le tributaba perlas, y los Montes oro. Y aunque los Hiſtoriadores de Borja refieren eſte ſuceſſo en la primera ocaſion, que paſsò à verſe con el Ceſar el Santo; el Padre Sachino en la Hiſtoria de la Compañia depone aver leìdo la Carta del Padre Franciſco, en que conſagra eſta limoſna al Colegio Romano, y en ella dezia averla recibido del Emperador en Juſte de buelta de Portugal. Si bien todos los que acompañaron à Borja en la primera jornada aſſeguran, que ſe diò entonces docientos ducados de limoſna; y lo expreſſa con mas diſtincion el Doctor Herrera, teſtigo de viſta. Con que parece ſin duda aver repetido una, y otra vez el Ceſar eſta benignidad cariñoſa. Partiò Franciſco no ſin alguna melancolia, llevando no ſe que oculto peſo en el alma, que le derritia el corazon por la viſta, adivinando el pecho entre preſago, y medroſo, que nunca bolveria à vèr à ſu Dueño antiguo.

CAPITULO XX.

PREDICA LAS HONRAS del Emperador, que le deſeò con anſia en ſu ultima enfermedad: y le nombra ſu Teſtamentario en un Codicilo. Embia los primeros Jeſuìtas al Principado de Aſturias, y otras Miſſiones glorioſas à diverſas Provincias.

§. I.

POR el Septiembre de cinquenta y ocho ſe dexò vèr en lo alto de la Sierra de Juſte ſobre el Monaſterio un horrible Cometa, arraſtrando tragicamente funeſta cola; apareciò en tal proporcion, y tan immediato, que ſe puſo ſobre la cabeza de Carlos Quinto; pavor luminoſo, con que ha querido el Cielo alumbrar al hado de los que reynan en el Mundo, porque en ſu muerte tengan tremula, y mas anticipada Año de 1558.

candela, ſirviendoles de blandon un Cometa con funebre pompa. Fuè la muerte del Ceſar tan victorioſa, como lo fuè antes ſu vida: quando reconociò, que la fiebre era executiva, y que zozobraba el aliento en ella: Preguntò, bolviendo con ternura la cabeza: *Donde eſtà el Santo Padre Franciſco de Borja?* Reſpondieronle, que no eſtaba en Juſte, y que era natural eſtuvieſſe en la Corte. Bolviò dentro de pocas horas à la meſma pregunta, hallandoſe obligados los que eſtaban en ſu aſsiſtencia à dezir, que ſe deſpacharia un Correo, para que vinieſſe a la poſta. Mas quando ſe trataba de que fueſſe un expreſſo con toda diligencia, reconocieron, que llegaba con mas velocidad la muerte à eſgrimir ſus armas, con el que avia conducido tantas tropas. En ſu ultimo Codicilo dexò nombrado al Santo Borja por Teſtamentario, y con voz titubante dixo: *O lo que ſiento no tener en eſta hora el Santo Padre Franciſco à mi cabezera!* Diſpuſoſe à la ultima batalla aquel Real corazon con todas las armas de la piedad: y en veinte y uno de Septiembre, à las dos y media de la noche, quando no ſe penſaba, que pudieſſe rendir tan preſto la vida, aunque eſtaba yà immobil, deſuerte, que quatro hombres le movian de una à otra parte dificultoſamente, con aſſombro de todos, diò animoſamente un buelco, pidiò una vela, y el Crucifixo, entre cuyos brazos avia muerto la Emperatriz ſu Eſpoſa: y tomando la candela en una mano, y en la otra la Imagen de Chriſto, ſe alumbrò à sì proprio, y clavando los ojos en ſu Dueño, eſtuvo un rato mudo, como que recogia toda el alma para el ultimo grito: el qual fuè tan ſonoro, que ſe oyò en los Apoſentos vecinos, embolviendo el eſpiritu en un *ay Jesvs*; aliento, que le eſcucharon los circunſtantes como milagroſo en un cuerpo, que era cadaver antes de eſtàr difunto. Aſsi muriò triunfante de la fortuna el mayor Monarca, y uno de los mas famoſos Capitanes de la tierra: el que, aviendo vencido tanto monſtruo, y derrotado tanto Eſquadron enemigo, ſe retirò à la ſoledad de un Campo, ò Deſierto à luchar con la fortuna, y conſigo, y à triunfar de uno, y otro: y con eſta Victoria pudo aver cerrado la puerta al Templo de Juſte, y aun al de Jano, pues apenas le quedaba yà otro enemigo en el Mundo. Y en mas divina repreſentacion, que la de el fabuloſo Jano, ſe dexa vèr en ſu medalla con un roſtro, mirando àzia la immortalidad del ſiglo futuro, y otro àzia el tiempo paſſado, que tambien hizo immortal ſu brazo con el eſtoque de oro.

Rehusò Franciſco el honor de Teſtamentario; mas le obligò la Princeſa à que le aceptaſſe, porque ſu zelo dieſſe calor à que ſe cumplieſſe ſu ultima voluntad. Predicò tambien à ſus Exequias en el magnifico Templo de San Benito el Real de Valladolid. Y dixo coſas admirables, y hazañoſas de el Emperador: entre ellas, que le avia fiado una vez en la converſacion, que deſde los veinte y un años de ſu edad, entre tantas fatigas, y Campañas, avia conſagrado todos los dias un rato conſiderable à buſcar luz en la Oracion mental. Fuè luego ſaltando la eloquencia por todas las ramas de ſus Laurèles, y de ſus virtudes, debiendo ſer voz à ſu fama todos los Clarines. Las Hiſtorias, aſſi del Ceſar, como de Borja, y aun las de la Compañia, nos dizen, aver ſido el Thema. *Ecce elongavi fugiens, & manſi in ſolitudine.* Mas el Doctor Herrera quiere, que eſte ſolo aya ſido un texto de aquella funebre Oracion, y no el Thema: pues dize en una relacion manuſcrita, con ocaſion de aver viſto la primera Vida, que ſe diò à la Eſtampa, de San Franciſco de Borja: *El Thema del Sermon en las honras del Ceſar le sè yo, que le eſcrivì, y oì*; y fuè: *Cui comparabo te, & cui aſſimilabo te, Filia Hieruſalèm? Primero lo atribuyò al alma del Emperador, comparandole con otros Monarcas, y con el Rey David en muchas coſas.* Luego, *rebolviendo el Thema ſobre Eſpaña*, añadiendo: *Magna eſt velut mare contritio tua; y eſto digo por la verdad de la Hiſtoria.* Todo eſto eſcrive el Doctor Herrera. No durò la vida de el Ceſar dos años, deſpues de recogido al Sagrado mas Religioſo, y de aver ſacudido de ſus ombros tantos Reynos, y el Imperio, por aquel immortal concepto de Plinio en la muerte de Nerva, deſpues que adoptò en el Cetro à Trajano: pues era juſto, que aviendo executado tan immortal divina hazaña en ſu retiro, ſe murieſſe luego, porque no pudieſſe bolver á moſtrar que era humano, ni dieſſe otra ſeña de mortal, ſino el morir, que aun no es el mayor argumento de la immortalidad, ò flaqueza de lo humano.

Ne quid, poſt illud divinum; & immortale factum, mortale faceret. Plinius in Paneg. Trajan.

Por el Diziembre deſte miſmo año de cincuenta y ocho ſe rindiò à la cama el Iluſtre Juan de Vega, y al principio del ſi-

Año de 1558.

ſiguiente Año, aſsiſtido con indecible deſvelo, y ternura de ſu verdadero Amigo el Santo Borja (con cuyas generoſas venas avia enlazado glorioſamente las ſuyas) rindiò el eſpiritu lleno de piedad, de troféos, y de honra: muriò al rayar el dia, y al eſpirar el Año, repitiendo muchas vezes: *Cupio diſſolvi, & eſſe cum Chriſto*: ſiendo ſu muerte aquella rica Joya, que pone el Juſto en ſu fin à la vida. Al morir dexò recomendada à ſus Hijos, y Deſcendientes la Compañia, donde avia tenido ſu corazon, y donde hallò la mas fiel, y mas dichoſa correſpondencia. Y ſino, faltando de la tierra Eſpaña, Roma, Sicilia, la Europa, y la Compañia, nunca faltarà de los hombres la memoria, de aquel en cuya muerte la candela fuè Luminaria. Y no quiero omitir, lo que dixo entonces la ſoſpecha, alma de la malicia, ò la de la Hiſtoria, de que aquella funeſta expedicion de la Africa, de que harà luego triſte mencion la pluma, avia ocaſionado la muerte al Ceſar, y al Preſidente Juan de Vega, cuyo dictamen prudente avia esforzado aquella infeliz empreſſa, con bien ſolida eſperanza de un grande dia para la Nacion Eſpañola. Pero conociendo ambos, que el Vulgo mide por los ſuceſſos la prudencia, hizo notable eco en ſu honra el triſte ſuceſſo de aquella jornada: tanto eſtrago, y deſde tan diſtante ſitio ſabe hazer una deſdicha.

§. II.

EL Governador de Oràn Don Martin de Cordova, Conde de Alcaudete, cuyo eſpiritu era el centro de el valor, y de la oſſadia, vino el Año paſſado à la Corte de Eſpaña, dexando à ſu Hijo Don Martin de Cordova en el govierno de la Plaza. Y deſeoſo de que nacieſſen Lauréles Eſpañoles en la Africa, perſuadia con eſpiritu militar, y con eloquencia à la Princeſa Doña Juana la utilidad de una expedicion valeroſa. Avisò al Emperador la Princeſa, y le remitiò al Sabio, y fideliſsimo Juan de Vega, Preſidente de Caſtilla. Aprobaron la empreſſa, y diſpueſtas algunas Tropas, pidiò el Conde al Santo Borja (por conſejo de el miſmo Señor Juan de Vega) dos, ò tres Padres de la Compañia. Señalò el Padre Franciſco al Maeſtro Pedro Martinez, que eſtava en Gandìa, (y deſpues derramò glorioſamente en defenſa de la Religion ſu ſangre toda) al Padre Pedro Domenek, y al Hermano Juan Gutierrez, que eſtava en Cordova. Juntaronſe los tres en Murcia, y deſde alli paſſaron à Cartagena, donde ſe formava el Exercito, y ſe apreſtava la Armada, con ſeis mil hombres de guerra, eſperando otros ſeis mil Andaluzes, que ſe embarcaron en Malaga. Preſentaronſe los tres Jeſuìtas al Conde, que los avia traìdo mas por hazer liſonja al dictamen, y al amor de Juan de Vega, que no por eleccion ſuya. No quiſo darles Audiencia, y les embiò à dezir con un Page, que fueſſen à caſa de ſu Sobrino Don Franciſco Benavides, Coronèl del Exercito. Recibiólos benignamente eſte Cavallero, mas no hallava donde poder hoſpedarlos, ni conducirlos: y eſtando aun lo mas de el Exercito en tierra, los embiò à vivir al Agua en una Nave, donde eſtavan ochocientos Soldados, y no pocos enfermos, y tan pobres todos, que no ſe puede leer ſin grande ternura de la viſta, lo que eſcrive el Padre Domenek en la relacion tragica de eſta jornada. Eſtuvieron ocho dias en aquel Baxèl con indecible conſuelo de aquella multitud. En eſte tiempo ſe dexaron vèr à tiro de Artilleria de aquel Navio quatro Galeotas enemigas, que avian ſabido la empreſſa, que el Conde meditava, y paſſaron luego el aviſo al Rey de Argèl, donde ſe fraguó aquel monſtruo, ó rayo, que reduxo à ceniza tanta Nobleza Eſpañola ſobre Moſtagàn.

Navegó el Exercito à Oràn deſde Cartagena: y dexando por Governador à ſu Primogenito Don Alonſo Fernandez de Cordova, ſalió el Conde esforzadamente à ſitiar à Moſtagàn, agitado de la eſperanza, y de el brio, por el Agoſto de cinquenta y ocho. No quiſo llevar conſigo à los Padres de la Compañia, y mandó, que aſsiſtieſſen en el Hoſpital à mas de quinientos Soldados enfermos, que en Oràn dexava. Eſtava el Campo Eſpañol batiendo los Muros de Moſtagàn: tanto, que nueſtra Vanguardia avia degollado mucha parte de la Guarnicion, y algunos Soldados de mas valor, y de mas fortuna avian arribado ſobre la Muralla, donde plantó un Alferez ſu Vandera; quando ſe vió el ayre cubierto de Eſtandartes Enemigos, que tremolava Hazèn Rey, ó Governador de Argèl, cuyo Exercito conſtava de ſeſenta mil hombres bien municionado, y abaſtecido; mientras en nueſtro Campo faltava todo, ſino el eſpiritu;

Año de 1558.

Porque nueve Bergantines, que conducian las vituallas, fueron apreſados de veinte y cinco Galeotas, y conducidos de remolco à viſta de nueſtro Exercito hambriento, que remedaba la deſdicha de Tantalo. Y otras Urcas con proviſiones fueron reſiſtidas de un viento contrario deſuerte, que no pudieron ſalir del Puerto. En eſte conflicto ſe encaminó el Conde Don Martin con todo el Exercito à Mazagràn, que diſta media legua de el Puerto, llamado antiguamente de los Dioſes: arraſtrando por unos arenales la Artilleria, que puſo à la frente; à un coſtado la Cavalleria, y à otro la Arcabuzeria atrincherada, y la eſpalda defendida de aquella Ciudad pequeña. Pero cargando el Enemigo con ſu Cavalleria toda ſobre nueſtra gente, fatigada de otros tres crueles enemigos en la ſed, hambre, y ſueño, luego de un terror panico, y ultimamente de la multitud de el Exercito Africano, quedaron deſordenadamente rotos, muertos en el Campo ſeis mil Eſpañoles, y los otros ſeis mil priſioneros, ſin que fueſſe tan feliz alguno, que no perdieſſe en aquella ocaſion, ó la vida, ó la libertad, porque no quedaſſe teſtigo de tan lamentable ſuceſſo, que deſpues de tanta ſangre, ſacó à Eſpaña no menos llanto. El Conde de Alcaudete viendo ſu gente deſtrozada, no queriendo ſobrevivir à la comun ruìna, embrazó la rodèla, y arrojando el baſton, que fuè cortado de un Ciprès, ſacó la eſpada, apellidó Santiago con grito ronco, y metiendo las eſpuelas al cavallo, rompió furioſamente por entre el Exercito victorioſo, haziendo mucho lugar à ſu ruìna con ſu eſpada; pues no teniendo yà caudal ſus venas, tomaba eſpiritus el brazo de la ſangre en que le ſalpicaba el Enemigo. Salió con todo eſſo vivo, aunque lleno de heridas, y deſangrado, deſte ultimo deſeſperado reenquentro: y bolviendo à eſforzar à los ſuyos, que eran yà pocos, y deſordenados, al entrar por un poſtigo, para ſacarlos à pelear, ó no ſino à morir, cayeron perdida la ſangre toda, el cavallo, y el dueño, levantandoſe primero el bruto ſobre los dos pies para precipitar deſde mas alto al que la fortuna deſpeñaba deſde ſu Cima. De eſta ſuerte cayó muerto el Conde, victima del valor, y de la lealtad, aunque no sè ſi de la diſcrecion.

Quedó tambien ſu valeroſo Hijo Don Martin mal herido, y priſionero, mientras Eſpaña arraſtró el mas ſenſible luto, que huvo de repetir, ó continuar en la muerte de ſu Dueño. Los Padres, que avian que avian quedado en Oràn, adoraron la Providencia, que les avia guardado la vida, tomando por inſtrumento un deſayre, ó deſprecio, que hizo dellos el General, para defenderla. Mas como llegó à Eſpaña confuſamente el aviſo, de que avia perecido todo el Exercito, ſin que huvieſſe eſcapado vivo, ni Sacerdote, ni Religioſo: eſcrivió el Santo Borja à los Colegios, para que hizieſſen los ſufragios à los tres difuntos. Pero al tiempo, que ſe acavaban de dezir las Miſſas en el Colegio de Granada, entraron cerca de medio dia de buelta de Oràn los tres Jeſuìtas por la puerta. Aſsuſtóſe el Hermano Portero, quando oyó ſus nombres, que avia eſcuchado en el Catalogo de los muertos tantas vezes, pues no ſe hablaba en aquellos dias ſino de eſta tragedia, y cada uno de la parte de laſtima, que mas intimamente le tocaba. Baxó preſuroſo entre mucha alegria, y algun ſuſto à dàr aviſo à la Comunidad, que acavaba de comer: Subió un Padre, que los conocia, y no acavaba de creer, que dexaſſe de ſer iluſion la que miraba, haſta que reconociendo, que duraba mucho para engaño, fuè perdiendo el aſſombro: y ſu venida fuè de grande conſuelo en los Reynos de Andalucia, y en toda Eſpaña, por la noticia de no aver perecido todo el Exercito en la batalla, como ſe creìa: y de que eſtaban vivos entre los ſeis mil Soldados muchos grandes priſioneros; pero tan afligidos en Argèl, y en la mazmorra, que lloraban como laſtima ſu meſma vida.

El año de cinquenta y ocho padeció Eſpaña una eſterilidad laſtimoſa, que duró obſtinadamente algunos años con fatales ſuceſſos: y los Campos, que avian de aparecer dorados de mieſſes, ſe miraban fecundos ſolo de cadaveres. Hizoſe mas fuerte eſta deſdicha entre los Montes del Principado de Aſturias, y otras Montañas. Eſcrivió al Santo Don Chriſtoval de Roxas, ſu pariente, y amigo, que avia ſido antes Obiſpo de Oviedo, lo era de Badajóz, y deſpues Arzobiſpo de Sevilla: dabale quenta de la calamidad que padecian en las Aſturias ſus antiguas amadas Ovejas, faltando el paſto, no ſolo à los cuerpos, ſino tambien à las Almas. Rogaba al zelo de Franciſco, que recabaſſe de la Princeſſa algun ſocorro, y que juntamente embiaſſe Miſsioneros de la Compañia, que apacentaſſen aquel nu-

meroſo rebaño. Hirió el compaſsivo corazon de Borja eſta carta; caminando preſuroſo à Palacio, ſe la leyò à la Princeſa, y añadiò luego con toda el alma: *Señora, la Mina de Guadalcanal en Sierra Morena* (era eſta en aquel tiempo la fuente precioſa de donde bebia ſu riqueza Eſpaña) *dà cada dia à V. Alteza mas de tres mil ducados de plata: bolvamosle à Dios alguna parte de lo que nos derrama con tanta liberalidad. Dividamos entre los dos el cuydado de eſte ſocorro, de que eſtà tan neceſsitada aquella Noble Cuna de nueſtra Monarquia: yo embiarè luego dos Jeſuìtas, que dèn paſto à las Almas, diſponga V. Alteza que ſe le embie alguna limoſna para ſuſtentar la vida, que ſin eſto faltarà el aliento, y aun las fuerzas para ir à eſcuchar la Divina Palabra.* Aceptò la Religioſiſsima Princeſa eſte partido, y mandò que ſe diſpuſieſſe algun competente ſocorro, à que añadiò quatro mil ducados de plata de ſu bolſillo. Eſte caudal ſe entregò à Borja, para que le hizieſſe diſtribuir con las proporciones diſcretas, y juſtas de la prudencia: y el Santo le remitiò con el Padre Doctor Pedro de Saavedra, luſtre un tiempo de la Univerſidad de Alcalà, y con el Maeſtro Carvajal, inſigne Theologo, y ardiente Orador: y ambos fueron à ſer los primeros Apoſtoles de la Compañia, que bañaron de luz tanta Cima ſobervia. Anduvieron aquellos dos Apoſtoles algunos meſes arrancando malezas de entre la amenidad de los Valles, ſubiendo tambien à dorar ſus Cumbres, doctrinando los Pueblos, y repartiendo limoſnas à los mas neceſsitados convocandoſe à eſte fin los concejos. Y aquel Noble Principado lleno de reconocimiento, embiò ſus Deputados à la Princeſa Doña Juana, y à San Franciſco de Borja, que expreſſaron ſu eterna gratitud à una generoſidad tan oportuna; y añadieron, que debrian eſtimar como grande bien aquella eſterilidad, que les avia traìdo la ocaſion de tratar à la Compañia: conociendo, que deſpues que la Igleſia Santa pudo llamar feliz à una culpa, que es el mayor monſtruo de la Naturaleza, yà no puede aver deſgracia, ni eſpina, de que no ſe deba eſperar una felicidad, ò una roſa.

Año de 1557.

§. III.

EMbiò el ardiente zelo de Franciſco muchos ſugetos de conocido eſpiritu à la India Oriental, para que llevaſſen la luz, adonde nace el Sol: entre ellos, al Padre Andrès Gonzalez de Medina, y al Hermano Alonſo Lopez de Navarra, que ſe hizieron al mar en un ſobervio Galeon; mas poco antes de arribar à la India, quando yà ſaludaban ſus orillas las eſperanzas, encallò en unos arenales deſiertos, haziendoſe muchos pedazos. Salieron brazeando ſobre las olas mas de quinientos hombres, y entre ellos los dos Jeſuìtas: algunos ocuparon las dos Barcas, y rogaban à los dos Padres, que ſe entraſſen en ellas, eſperando introducirlos preſto, y con bonanza en el Colegio de Goa. Mas haziendo reflexion el Padre Medina, que ſe quedaban aislados quinientos hombres en aquella infecunda deſpoblada arena, donde avian de perder todos irremediablemente la vida, ſitiados de la hambre, y de la ſed, y algunos por ventura à manos de la deſeſperacion: quiſo ofrecerſe en holocauſto à la caridad, antes que ſalvar la vida en un Batèl: prodigioſo fuego de amor, quando mas rodeado de todas las ondas de un mar! Quedóſe tambien el Hermano Alonſo Lopez à ſer cadaver en aquella deſierta Playa, donde el amor, mas que no el agua, les formò voluntariamente la Isla. En aquel deſamparo los fuè confeſſando à todos el Padre Medina, esforzando los corazones à una muerte dichoſa, mientras el Hermano iba ſacando algunos baſtimentos de la Nave deſtrozada. Pero à pocos dias no avia otro ſuſtento, que lagrimas, y aun faltaban eſpiritus à los ojos para deſpedirlas. Eran tan grandes los fervores de aquellos infelices, que adulzaba la muerte al Padre Medina vèr el fruto que lograba en aquella eſteril arena, à coſta de ſu vida, que yà flaqueaba. Los ardientes ſuſpiros de tantos pechos reſonaban triſtemente por aquellos arenales incultos, y calentaban haſta los juncos frios. Iban aſsiſtiendo el Padre, y el Hermano yà à eſte, yà à aquel moribundo, que dexaba la vida por aquella Ribera, y al miſmo tiempo dexaban al Padre Medina una firme eſperanza de ſu eterna dicha. Fuè ſingular demonſtracion de la Providencia, que murieſſen todos antes que el Padre Medina, y ſu Compañero, para que à ninguno faltaſſe en ſu muerte eſte grande alivio: quando los dos ſolos fatigaban mas la vida, que todos juntos. Poco antes de eſpirar el Padre Medina, aviendo encaminado quinientos hombres à la gloria, y ſacado eſpiritus de un eſqueleto para tanta energia: acabò de eſcrivir eſta lamentable tragedia, para que la encontraſſen junto à ſu cadaver en aquella

lla Iſla los que bolvieſſen à reconocer la Nave perdida, y à vèr ſi hallaſſen algun vivo en la arena. Y mirandoſe yà ſolos los dos Jeſuìtas entre tantos Cadaveres, flechavan deſde el corazon ſaetas encendidas: y reſpirando cenizas abraſadas el amor deſde ſu eſpiritu, cayeron ſobre el agua eſtas dos victimas del fuego.

La Emperatriz Doña Maria, Muger de Maximiliano de Auſtria, eſcriviò à ſu Hermana la Princeſa, que le embiaſſe à la Corte de Viena algun hombre de ſeñalado eſpiritu, con quien pudieſſe conſultar las dudas, que alteravan ſu pecho. Mandó la Princeſa al Santo Borja, que eligieſſe para eſta empreſſa un Jeſuìta de ſatisfaccion ſuya: y Borja nombró al P. Chriſtoval Rodriguez, Doctor Theologo, y adornado con aquellos dones del Cielo, que hazen viſible una alma grande, y dàn vulto al eſpiritu. Hallavaſe muy doliente el P. Chriſtoval, quando le propuſo eſta jornada el Comiſſario Borja: y el enfermo poblando de fé, y de confianza toda la fantaſia, reſpondió, que ſi le mandava ponerſe en camino, obedeceria luego, y aun fiado en la milagroſa virtud de la obediencia, y no menos en la ſantidad de Borja, le dixo: *Mandamelo reſueltamente V. Reverencia.* Obedeció Franciſco, mandando: y al punto ſe hallò, no ſolo libre de calentura el enfermo, ſino tan robuſto, que emprehendió à otro dia con ſeguridad viage tan prolixo. Eſcriviò el Santo Borja por orden de la Princeſa una Carta à la Emperatriz Doña Maria ſembrada de conſuelo, de eſpiritu, y de dulzura, en que apuntava varios documentos al govierno prudente de ſu vida: y ſin ſaber la materia de los eſcrupulos, en que fluctuava, parece, que los adivinó ſu pluma. Los bienes, que eſte Doctor Santo Jeſuìta llevò conſigo à Viena, y derramó por toda la Alemania, piden una Hiſtoria: como tambien otras jornadas, que hizo deſpues embiado de la Silla Apoſtolica à Calabria, à la Pulla, al Cayro, y à Alexandria de Egypto, donde ſu zelo le mereciò el renombre, y aclamacion de Apoſtol por todas las ſiete bocas del Nilo.

Año de 1559. Deſpachó tambien el Santo Borja algunas centellas de ſu pecho à la Iſla de Cerdeña, que ſe hallava entonces bien inculta: caſi deſterrado el uſo de los Sacramentos, ſin freno los eſcandalos, que infeſtavan el ayre con ſu reſpiracion, mas que el terreno notado de la antiguedad. Fueron los primeros, el P. Balthaſar de Piñas, Apellido, que deſpues ſe mudò en el de Apoſtol en aquella Iſla: de cuya gloria ſe vieron prodigioſas ſeñales, luego que el Alma ſe deſpidiò de la tierra. Su Compañero fuè el P. Franciſco Antonio, inſigne Operario del Evangelio, y digno de acompañar à un Apoſtol tan abraſado. Hallavaſe à la ſazon el P. Pedro de Eſpiga en Cerdeña, adonde vino deſde Flandes à cobrar la ſalud con los ayres de ſu Païs, que era la Ciudad de Caller (que tambien ſe encuentra à Tyboli en medio de Cerdeña; como allà dixo Marcial, que ſe hallava tal vez Cerdeña en medio de Tyboli, donde ſe creìa, que la ſantidad tenia ſu Patria delicioſa.) *In medio Tybore Sardinia eſt.* Empezaron à explicar por las Plazas, y Calles la Doctrina Chriſtiana, à exponer à los Ecleſiaſticos las reglas mas practicas de la Theologia Moral. Predicaron la Quareſma toda del Año de ſeſenta: introduxoſe la frequencia de Sacramentos, haſta poner en fuga innumerables eſcandalos, y el abuſo de algunas ſuperſticiones, y hechizos. Excitavan por todas partes ſus Apoſtolicas fatigas las Almas ſoñolientas, con aquel terror, que ſabe ſer arma de la ſuavidad. Diòſe principio à dos Colegios de la Compañia, dos Caſtillos levantados contra la ignorancia, y contra los vicios, que avian dominado aquella Iſla; pero faltava aun otro Baluarte para la guarnicion, y pureza de la Fè, que era el Santo Tribunal de la Inquiſicion: materia, en que afanò mucho el zelo de los de la Compañia, haſta que vieron conſeguida eſta gloria, y enarbolados ſus Pendones dentro de la Iſla. Y deſde entonces ſe ha reconocido el ayre mas puro, y ſe viò mudado el clima, que antes infamava à Cerdeña.

CAPITULO XXI.

MILAGROS PORTENTOSOS, que obrò por eſte tiempo el Santo Borja, dando muchos eſtampìdos ſu fama, quando mas quiſo emmudecerla, y mancharla la embidia. Exprime ſangre de un Lignum Crucis delante de la Princeſa Doña Juana. Su ardiente deſeo de paſſar à las Indias à predicar el Evangelio, y de derramar ſu ſangre toda por Jeſu-Chriſto.

§. I.

CORria el año de cinquenta y nueve, en que quiſo el Cielo acreditar con nuevos, y mas relevantes milagros la ſantidad de Franciſco, porque neceſſi-

tava deſte antidoto prodigioſo contra el veneno, que en eſte miſmo año vomitò en deſdoro de ſu fama la Hydra, la qual oſsò hazer negrear al Sol, y achacò las mas groſſeras tinieblas al corazon palpitante de la luz. Entre otros portentos, que obrò eſte año la ſantidad de Borja, debe ſer contado: El primero, la reſurreccion de un Niño en la Corte de Eſpaña. Era Hijo de una Señora, penitente ſuya; y llegando Borja à ſu caſa, à tiempo que aun eſtava caliente el cadaver de aquella flor, que era toda la alegria, y la eſperanza toda de ſu familia, ſe poſtrò el Santo en Oracion confiada: y cobrado de el extaſi, en que fuè arrebatado, hallò que avia cobrado tambien ſu aliento el difunto Niño. Eſte ſuceſſo llenò la Corte de aquel rumor confuſo, que haze retorica del aſſombro: de que ſe harà mas individual expreſsion en otro Libro. Por eſte tiempo, ò poco antes paſsò à la Ciudad de Toro el P. Borja, llamado de la Marqueſa de Alcañices ſu Hija: Hallòla bañada en llanto por la noticia que le avia traìdo un expreſſo, de que ſe hallava muy doliente en la Corte (de donde Borja avia dias que faltava) el Marquès ſu Eſpoſo, Cavallero muy Chriſtiano. Dixo Miſſa el Santo Borja, y deſpues de acabada llamò à ſu Hija, y con alegre roſtro la dixo, que la fiava un ſecreto, que debia ſer todo ſu alivio: Marqueſa, añadiò el Santo, vueſtro Marido eſtà en el Cielo: quando empezè la Miſſa, acabò de morir: y quando la acabè, ſupe que paſſava à la Region de la felicidad. Quedò atonita la Marqueſa, y no ſabia que reſponder al que la daba veſtida de gloria tan triſte noticia. Llegò poco deſpues el aviſo, que avia fallecido el Marquès à la miſma hora que dixo el Santo. Juntarèmos aqui otra maravilla, que avia precedido con eſta Hija ſuya: Hallola vecina à la muerte; y deſpues de aver recibido el Viatico, dixo con lagrimas à ſu Santo Padre: *Señor, yo me muero, encomiendeme mucho à Dios. Si me prometeis*, reſpondiò Borja, *dexar las galas*, *y no abrir nunca libros de Cavallerias*, *en que aveis perdido muchas horas*, *yo ſuplicarè humildemente à Dios*, *que os preſte por algun tiempo mas la vida*, *y ſalud. Yo lo ofrezco aſſi*, dixo con anſia la Marqueſa, *y que ſerà bien diferente mi vida.* Poſtròſe Borja en la tierra, y à breve rato ſe levantò encendido el pecho, y el roſtro, y luego dixo: *No temais*, *que no morireis deſta enfermedad*, *antes bien vivireis mas que yo*, *aunque ſerà poco.* Sucediò aſsi, porque convaleciendo la Marqueſa, viviò haſta dos años deſpues de la muerte del Santo Borja: prodigio en que ſe compendiaron muchos, y no menores efectos: porque la Marqueſa, deſpues de convalecida, conſagrò à varios Templos todas las profanidades de la gala, arrojando lazos ſuperfluos, y variedad de cintas, que pareciendo en los colores tan diverſas, dixo un ſabio, que en las Mugeres eran todas de color de fuego.

Paſsò à Valladolid deſde Toro, donde à los veinte y uno de Mayo ſe hizo aquel Auto General del Santo Oficio, en que ſaliò Cazalla templando con ſu llanto el torpe fuego que èl miſmo avia encendido. Aſsiſtiò Borja à muchos de los Penitenciados, excitando ſu eloquencia lagrimas, y afectos doloroſos: y entre otros delinquentes conduxo à una Muger noble al ſuplicio, que diſpueſta con las exortaciones de Borja, ſupo ſer igualmente victima del ſufrimiento, que de la juſticia. Llegò poco deſpues una Carta del P. Laynez, General de la Compañia, en que rogava à los Subditos, que ſe hallaſſen con vivos deſeos de emplearſe en la converſion de los Indios, ſe lo repreſentaſſen en Carta particular para que pudieſſe elegir los que juzgaſſe de mas gloria de Dios. Lo miſmo ordenava à los que ſe hallaſſen movidos à emplear ſu vida en el penoſo humilde exercicio de las infimas claſſes de Gramatica, pues con las nuevas fundaciones de Eſtudios, faltavan ſugetos para eſte miniſterio en muchas Provincias de la Europa. Con eſta ocaſion ſe hallò Borja fatigado de un ardiente deſeo de padecer martyrio, que no pudiendo deſangrar las venas, las llenava de fuego, para que ſalieſſe la ſangre, que avia de ſacar el cuchillo. Avia muchos años, que todos los dias hazia eſpecial Oracion, pidiendo al Cielo una Corona, ò rama deſte Laurèl, regando con mucho llanto el ſuelo, porque nacieſſe en algun ſitio, y trocaria toda la felicidad de un Mundo por un tyrano: noticia, de que diò teſtimonio fidedigno el P. Antonio de Cordova, y mas expreſsò aun el miſmo Santo con la pluma en una Carta, en que anda batallando la humildad con el amor, y la fogoſidad de la llama con el abatimiento al conſiderar ſu flaqueza.

Año de 1559.

Porque ſiendo aſsi, que no hablava con el Comiſſario Borja aquella Carta, no pudo contener la pluma, y eſcriviò al P. Laynez, deſpues de muchas lagrimas, otra, que dezia: *V. Paternidad manda à los Hermanos de la Compañia*, *que le declaren ſus deſeos de ir à Indias*, *y de leer las infimas claſſes de Gramatica à los Niños. Yo Padre*,

aun-

aunque no tengo ſalud para la larga jornada de Indias, ni talento ſuficiente para enſeñar à nadie, todavia digo, que Dios N. Señor me haze gracia de darme muy particular, y entrañable deſeo de morir derramando la ſangre por la verdad Catolica, y en ſervicio de la Santa Igleſia. Los medios para conſeguir eſte mi deſeo, yo no lo sè, y los que ſe me ofrecen los tengo por ſoſpechoſos, por ſalir de mi cabeza. Yo ſoy tan miſerable, que tràs eſte deſeo del martyrio, me hallo con tan flaca virtud, que aun no puedo ſufrir un moſquito, ſino es con grande favor de N. Señor. Pido por caridad à V. Paternidad, que le ofrezca eſte deſeo por mi, y le ſuplique le dè eficacia, y afecto, ſi de ello es ſervido: ò por lo menos haga, que à mi me ſea otra muerte, y otro martyrio verme morir, ſin morir, derramando la ſangre por èl. Heme aqui, Padre, heme aqui, plegue al Señor darme el perficere, como ha dado el velle. De Valladolid 29. de Julio de 1559. Eſta fiebre continua calentò ſus eſperanzas, abrasò ſus venas, y con ſangre menos ruìdoſa, y mas delicada hizo martyres ſus ojos à fuerza de lagrimas. Año de 1559.

§. II.

EL Año paſſado de cinquenta y ocho ſe hallò combatida confiadamente de unas tercianas la Princeſa, à quien viſitava el conſuelo en el Santo Padre Borja; dixole un dia: *Padre Franciſco, yo tengo grande fé con un Lignum Crucis, que me diò el Emperador mi Padre, ponedle en un vaſo de agua, para que bebiendo della, ſe me quiete eſta fiebre maligna.* Rehuſava el Santo Borja ſer inſtrumento de aquel conſuelo, porque adivinava quizà el prodigio: inſtò la Princeſa, rindiòſe Borja, y doblando la rodilla, eſtuvo un rato ſuſpenſo con la admiracion de la Princeſa, y de ſus Damas, que le atendian con ademàn reverente, y ſilencioſo; bolviò en sì, aunque demudado un poco, tomò el Lignum Crucis en la mano ſin levantarſe del ſuelo, y deſpues de averle beſado con humilde reverencia, le metiò en el agua, que ſe mudò toda al miſmo punto, como ſi huvieſſe exprimido ſangre en el vaſo, ó como ſi le huvieſſe metido en el Mar Bermejo. Eſtava aſſombrada la Princeſa de vèr eſta maravilla, bolvia à reconocer la copa, y hallava tan teñida el agua, que parecia ſangre pura, y freſca, cogida liquidamente al piè de aquel Leño en el Calvario en tanta fuente undoſa. No oſsò la Princeſa beber aquel milagro, ençomendandolo ſolo à la adoracion, y al reſpeto; mientras Franciſco perſeveraba abſorto, manando tantas lagrimas de ſus ojos, como ſangre de la fecunda aſtilla de aquel Tronco, que quiſo parecer humano. Todo eſto deponen muchos teſtigos de viſta en las primeras Informaciones, que ſe hizieron para la Canonizacion del Santo Borja. Mas no parò aqui el milagro, porque como ſe halla teſtificado en el miſmo Proceſſo, queriendo la Princeſa en eſta miſma ocaſion partir con el Santo Borja una Reliquia del Pellejo del Glorioſo Apoſtol S. Bartholomè, que le avia dado tambien el Emperador: puſo Borja la Reliquia ſobre una Olanda, y al dividir aquella Piel ſeca, cayò una gota de ſangre en el lienzo con nuevo aſſombro de todo el Palacio, creciendo la veneracion à la Reliquia del Santo Difunto, y la reverencia tābien al Santo vivo, cuya ternura avia derritido en ſangre un madero: y por quien el Divino Apoſtol Bartholomè, ſiendo tan prodigio de ſu ſangre en ſu muerte, avia reſervado tantos ſiglos aquella gota freſca, para regalar ſu fé viva, y honrar ſu Santidad portentoſa, moſtrando oculta admirable ſympatìa aquella Piel Sagrada con la de Borja, que eſtava tambien deſunida, y ſeca.

Y no fuè poca maravilla la de aver cobrado prompta ſalud la Princeſa: porque amontonandoſe los prodigios en aquel pedazo de Leño Divino, que reſpondió con ſangre al tacto de Borja, ſiempre que ſe bolvia à introducir en el agua, para dàr à beber à algun enfermo (deſpues que la fama dilató eſte prodigio) ſi huvieſſe de morir el doliente, ſe teñia el agua en color de ſangre; y ſi huvieſſe de recobrar la ſalud, guardava ſin inmutacion ſu terſa claridad, paſſando yà à ſer prodigio, aun quando no ſe deſangrava el Leño. Deſuerte, que ſolo con la Princeſa Doña Juana, y en manos de Borja, donde empezó el milagro de aquel Tronco, alteró el orden eſte preſagio. Iban muchos Señores à certificarſe con la viſta deſta maravilla, quando en ocaſion de algun iluſtre enfermo, repetia eſta piedad la Princeſa: y cotejādo el color del vaſo con el ſuceſſo, hallavan irrefragable aquel pronoſtico de mas alto Cielo. Reſpondiòſe eſte caſo portentoſo en la enfermedad de Carlos V. pues queriēdo ſu Hija, quando ſupo q̄ ſe hallava en la cama, embiarle aquella agua precioſa, la vió teñida, con ſuſto de toda el alma, y con deſamparo de la ſangre propria, marchitandoſe en aquella ſangre la eſperanza de q̄ duraſſe ſu vida. Sucedió lo miſmo por el Octubre deſte año, porque hallandoſe enferma Doña Año de 1559.

Maria de Caſtro, Muger de Don Franciſco Ciſnèros, fueron à Palacio en buſca de eſte recurſo. Mojaron la Cruz en el agua, que al inſtante vermejeò toda: Mandò llamar la Princeſa à Don Fernando de Caſtro, Marquès de Sarria, al Conde de Andrade, al Duque de Alburquerque, y à otros Señores, para que fueſſen teſtigos deſta repetida converſion milagroſa. Entrò luego Fray Domingo Vadillo, General del Orden de San Benito, y ſacando la Cruz del agua, deſpues de aver parecido, que eſtaba enjuta, cayò de ella una gota de ſangre tan encendida, y pura, como ſi ſalieſſe viva: y parte del agua teñida ſe llevò al Monaſterio Real de San Benito, donde la guardaba el culto, y la magnificencia. Muriò aquella noche Doña Maria de Caſtro, y bolviò à eſtenderſe por la Corte la primera fuente deſte milagro, que hizo à Borja famoſo, quando èl ſe humillaba tanto, aun ſucediendo entre ſus manos eſte portento, que ſe conſideraba por ſus culpas uno de los homicidas de Chriſto, pues no yà el Cadaver, ſino el Leño, donde fuè muerto, brotaba ſangre à ſu viſta: ſuceſſo, que le acreditaba antes de matador, que de milagroſo.

Y ſiendo eſte oportuno lugar, no quiero omitir otro milagro, parecido en todo, aunque ſucediò mucho deſpues, viniendo el Santo Borja à la Corte de Eſpaña Legado de la Silla Apoſtolica, y ſe halla tambien en las informaciones, que ſe hizieron para ſu Canonizacion en Madrid año de mil y ſeiſcientos y cinquenta por el Eminentiſsimo Cardenal Moſcoſo, Arzobiſpo de Toledo. Llegò Borja à Madrid en aquella ocaſion, reſpirando en cada palabra un volcàn aquel corazon, que ſe iba yà à morir. Fuè indecible el conſuelo de la Princeſa Doña Juana con la preſencia de Borja, que la viſitaba en ſu retiro dichoſo de las Deſcalzas Reales, que ella miſma con tanta magnificencia avia fundado. Dixo un dia la Princeſa à Franciſco, que tenia un grande pedazo de Lignum Crucis, cuyo color era algo mas claro, que aquel milagroſo; y que por eſſo dudaba, ſi fueſſe verdadera aſtilla del Arbol que redimiò al Mundo: que la grande fee, è igual experiencia, que tenia en la luz de Franciſco de Borja, la dexarian totalmente aſſegurada, ſi èl dixeſſe ſu dictamen en eſta materia: Tomò el Lignum Crucis en la mano el Santo Borja, haziendo una breve pauſa en la viſta, y dentro del alma, para recoger allà luz myſterioſa; y luego con grande aſſeveracion dixo: *Bien puede eſtàr ſegura V. A. que eſte es legitimo fragmento de aquel Arbol de la Vida, que bañò en ſu Sangre el Autor de ella*; y partiendole con reverencia animoſa, empezò à correr ſangre gota à gota, haſta teñir todo el papel, ſobre que le dividia, eſtando preſente, y llena de admiracion la Princeſa, y algunas Criadas ſuyas, que iluſtraron aquella Deſcalzèz glorioſa, como fueron la Venerable Colecta de Jesvs, Sor Maria Gabriela, y otras de las primeras Fundadoras, de quienes depone en el proceſſo referido averlo eſcuchado Sor Maria Clara, Abadeſſa de dicho Real Convento, Hija de los Señores de Bueñache. Lo miſmo depone el Reverendiſsimo Fr. Juan Munieſſa, Confeſſor de las Deſcalzas Reales, aſſeverando con juramento aver oìdo contar eſte miſmo ſuceſſo à Sor Geronyma de la Encarnacion, y à Sor Serafina del Sacramento, que afirmavan aver oìdo eſte milagro repetidamente de las Religioſas ancianas de aquella Caſa, que avian ſido teſtigos de viſta. Y oy ſe guarda en aquel precioſo Relicario el Lignum Crucis portentoſo con el papel ſangriento. Difundiòſe eſte nuevo prodigio deſde la Corte de Eſpaña por toda la Monarquia, con dolor de la humildad de Borja, dando aquella ſangre nuevo tinte de veneracion à ſu fama, y dexando bien colorida à la poſteridad ſu memoria.

§. III.

PAſsò à Segovia por el Agoſto à dàr aliento à la Fundacion del Colegio, que naciò eſte miſmo Año. Predicò en la Cathedral dia de S. Bartolomè à inſtancia del Cabildo. Aquella mañana al ir à predicar, ſe paſsò por el Apoſento del P. Doct. Hernando Solier, que padecia unas tercianas crueles, y era aquel el dia, y la hora del temblor; preguntòle Borja, como ſe ſentia? A que reſpondiò con voz flaca: *Como Nueſtro Señor quiere: eſtoy eſperando aora la terciana.* Pues para què eſpera? Replicò el Santo Borja: *Mande V. R. que no venga, y no la eſperarè mas*; reſpondiò Solier: *Pues ſea aſſi*, dixo Franciſco con viveza de fee, explicada haſta en el roſtro, *en nombre de nueſtro Señor, terciana, os mando, que no vengais mas à Solier.* Obedeciò la terciana el imperio de aquella voz, y el doliente ſe levantò ſano aquel miſmo dia, ſin aver experimentado nunca otro rigor de terciana. Encaminòſe al Pulpito Borja, y en la calle

Año de 1559.

lle le dieron la noticia, de que eſtaba preſo por el Santo Tribunal el Arzobiſpo de Toledo Fray Bartolomè de Caranza: levantò Franciſco los ojos àzia la gloria, dexando à la Providencia deſtinar los ſuceſſos, y los acaſos à los ſecretos fines, que la razon no alcanza: y ſi quiere inveſtigarlos, ſe deslumbra. Llegando à la Cathedral, ſubiò al Pulpito, deſde donde hablò al Concurſo mas florido con tan ardiente afecto, como ſi el Eſpiritu Santo huvieſſe llovido en ſu boca lenguas de fuego.

Hizo tambien à inſtancia del Corregidor una Platica en la Carcel, à que aſsiſtieron las principales Señoras, y Cavalleros de la Ciudad. Nunca ſe vieron tan iluſtrados aquellos Calabozos, ni tan favorecidos aquellos infelices priſioneros. A quienes exortò al reconocimiento de ſu culpa, y aun ſufrimiento Chriſtiano en las penalidades de aquel ſitio. Excitò luego à ſu Noble Auditorio à compadecerſe de aquellos deſdichados, y à ſocorrerlos: como lo executaron generoſamente, y como à porfia las Señoras, los Cavalleros, y algunos hombres ricos. El Tema de eſta Platica fervoroſa fueron aquellas palabras de San Pablo: *Memento te vinctorum, tamquam ſimul vincti.* Y ſu dulzura hizo ſuaves los grillos, que ſino los lima, los ablanda la paciencia. Empezò luego el Santo Borja à pagar las viſitas à la Nobleza, y à la ſabiduria, no pudiendo eſcuſar, ni con ruegos humildes, ni con lagrimas, que dos Prebendados de aquella iluſtre Igleſia le fueſſen acompañando à cada viſita. El dia ſiguiente, al en que avia predicado en la Cathedral, fuè à reconocer el Venerable Convento de Santa Cruz, donde el Grande Patriarca Santo Domingo dexò impreſſas tantas memorias de Santidad. Avia llegado á aquel Convento Fray Pedro de Sotomayor, Catedratico de Salamanca, que eſtaba al tiempo de la priſion con el Arzobiſpo, y deſpues de aver eſtado el Santo Borja en viſita con el docto P. Fray Pedro, y otros Religioſos, favorecido, y admirado de todos, antes de ſalir del Convento, por donde le iban acompañando con muchos Religioſos el Prior, y aquel grande Maeſtro, tocò incautamente uno de los Prebendados la priſion del Arzobiſpo: materia, en que Borja fuè mudo en la viſita, porque en aquellas circunſtancias le pareciò mas oportuna para el ſilencio. Ocurriò dieſtramente Franciſco, por no hazerſe myſterioſo, callando, y dixo: *Quiere darnos à entender nueſtro Señor, que aunque ſe hallaſſe en la Calle un Arzobiſpado, ò alguna otra Mitra, no nos doblemos à levantarla del ſuelo.* Aſsi abanzò ligeramente ſu diſcrecion, ſaltando deſde un ſitio peligroſo à un campo firme, y dilatado, manejando la lengua, y converſacion mas delicada ſu entendimiento, con la miſma deſtreza, que antes ſolia manejar la rienda à un cavallo mal ſeguro.

Hebræor. 13. 3.

Partiò à Madrid, y deſde alli à Guadalaxara, donde vivia el Duque del Infantado D. Iñigo de Mendoza, con grande rompimiento con ſu Hijo el Conde de Saldaña: materia, que daba al eſcandalo toda la voz, que negaba al Comercio de ſu Hijo. Y la que avia nacido civil diſcordia dentro de caſa, creciò à ſer monſtruo, que dividiò en Eſtandartes encontrados los Vaſſallos, y los Pueblos. Viſitò al Duque el P. Borja, y con rara ſuavidad le tocò ſu eloquencia aquella herida, que tenia curacion dificultòſa. Alteròſe el Duque, como ſi la blandura le enſangrentaſſe la laga; reſpondiò con alguna aſpereza, que ſi le tocava mas aquel punto, ſe hallaria obligado à levantarſe de la ſilla. Deſpidiòſe el Santo Borja con alguna triſteza; y el Duque ſaliò à caza à chocar oſſadamente con alguna fiera, teniendo dentro de ſu pecho otra, con quien fuera mas glorioſa la batalla. Recogiòſe à ſu Oracion Franciſco, pidiendo à Dios el remedio de aquel eſcandalo, y baxò la ſeguridad embuelta en conſuelo. Porque apenas ſaliò el Duque al Campo, y empezò à examinar el Boſque mas vezino, quando ſe hallò herido de un accidente violento, que le derribò del cavallo, y cayò arrimado à un tronco, à quien ſu obſtinacion avia querido remedar en lo duro: acudieron ſus Criados, y los Monteros, y le bolvieron à ſu Palacio llenos de ſuſto; mas el Duque allà dentro del alma eſtaba reconociendo el brazo, que le avia diſparado eſta flecha. Cobrò la voz, y mandò ſe llamaſſen à toda priſa el P. Borja, quedando poſſeìdo de una fiebre aguda, con que apretaba ſus còrdeles la Providencia. Apenas entrò Franciſco, quando el Duque lloroſo, esforzando la voz, dixo: Padre Borja, yo anduve errado, la dureza de mi pecho ha ſido mi eſcollo: yo me veo morir, y ſolo tengo la eſperanza en el conocimiento de la raiz de mi mal. Confieſſo, que huviera ſido acertado aver hecho antes por eleccion lo que aora viene yà à ſer neceſsidad; pero tambien eſta ſabe tal vez transformarſe en virtud: y Dios nunca cierra las orejas à los clamores de un pecador. Yo me ofrezco deſde aora à exe-

cu-

cutar todo lo que os pareciere que debo al comun exemplo, y à la conciencia. Diòle Franciſco firmes eſperanzas de que antes de muchas horas ſe hallaria libre, no ſolo del peligro, ſino tambien de la fiebre. Llegó al Colegio cerca del medio dia: ſaliò à dezir Miſſa, rogando al Cielo, que apartaſſe el azote, pues ceſſava el motivo. Al fenecer la Miſſa el Padre Borja, ſe hallò el Duque repentinamente limpio de calentura, y de tan buen temple, que pudo levantarſe aquella tarde. Abrazò al Santo con humilde reconocimiento, y todos los partidos que le propuſo: ſerenandoſe deſta ſuerte aquel nublado borraſcoſo, que tenia ciegos al Duque, y à ſu Hijo, y trocandoſe en lazos de amor las iras, que avian ſacado tanta ſangre à las conciencias. Siendo no menos prodigioſo Franciſco en recabar eſta dolencia à un ſano, que en alcanzar ſanidad à tanto enfermo. Y enſeñando con eſte ſuceſſo, que no pocas vezes los males de el cuerpo tienen ſu origen en el Alma, adonde no ſaben llegar los aforiſmos de la Medicina.

§. IV.

POr el Octubre ſe encaminò à Toledo el Santo, donde ſe detuvo algunos dias con grande bien de aquel Colegio, ſaludando con lagrimas, y memorias antiguas las Riberas del Tajo. Y à los fines de Octubre paſsò à la Andalucia; y encontrando en el Puerto de Yevenes al Padre Luìs de Santander, que iba nombrado Rector de Segovia, hizo que bolvieſſe à Yevenes, adonde Borja ſe fuè à dezir Miſſa. Deſpues le dixo, que Franciſco de Eraſſo, Secretario de el Rey Catolico, avia comprado las Caſas, y todo el ſitio, que ſe deſtinava en Segovia la fundacion del Colegio: afligiòſe Santander mucho, porque toda la eſperanza de la fundacion ſe vinculava à aquel ſitio; y reſpondiò al Padre Comiſſario: Segun eſſo, ſerà en vano paſſar à Segovia, aviendoſe arruìnado la fabrica, antes de tener principio, y llevado el ayre la eſperanza, que era ſu unico cimiento? Eſpecialmente, que aviendo entrado en mano tan poderoſa aquel ſitio, ſerà dificil ſacarle ſin un milagro: *Callad*, replicò Borja, *no deis lugar tan preſto à la deſconfianza, que contra Dios no ay brazo poderoſo en la Tierra: id confiado à Segovia, que todo ſucederà bien à mayor gloria Divina.* Diòme un repentino golpe el corazon, dize el Padre Santander, tan fuerte, que me imprimiò en el alma la ſeguridad, ſin dexar aliento à la duda, ni à la deſconfianza. Apenas llegò à Segovia, quando el miſmo Eraſſo cediò voluntariamente todo el ſitio à la Compañia: en cuya fabrica fuè la primera piedra una profecia; dòn admirable del Divino Borja: de quien ſe diria mejor lo que allà ſoñò la Fabula del que avia hallado la lengua de una Sibila.

Año de 1559.

Paſsò à Cordova acompañado en eſta jornada de Suero de Vega. Una noche en la Poſada ſe recogiò à la Oracion Borja, y à tomar diſciplina en un Apoſentillo obſcuro, y mas retirado del Comercio. Eſtava Suero de Vega ſentado à la lumbre, hablando con ſus Criados, y otros Paſſageros, quando ſaliò repentinamente Franciſco dando vozes: *O Señores, aqui eſtàn? Salgan luego.* Obedecieron todos preſuroſamente à Borja, atropellandoſe con alguna confuſsion à la ſalida, aunque ignoravan la cauſa de ſu miſma fuga: iba el Santo Borja delante baxando la eſcalera, pero caſi deſnudo interiormente, aunque cubierto con la Sotana, porque eſtava alternando la Oracion con la penitencia, quando el Cielo le previno la ruìna, que amenazava. Advirtiò eſta deſnudèz entre la priſa Suero de Vega, y le dixo en aquel antiguo, y menos culto Idioma: *Como và V. Paternidad ſin calzas?* A que ſatisfizo con donayre el Santo, uſando de un refràn del Vulgo: *No es tiempo de tomar aora, ſino las de Villadiego.* Apenas baxaron todos al patio, alexandoſe de aquel ſitio, quando ſe cayò la chimenea, y el quarto de la Caſa, que le correſpondia, con tan formidable eſtruendo, que cayeron derribados algunos con el ſuſto, y huviera oprimido à todos con el eſtrago à no averſele revelado el Cielo oportunamente à Franciſco; porque prendiò el fuego en las maderas, ſobre que armava la campana de la chimenea, eſtando Borja recogido en un Apoſento, deſde donde era impoſsible vèr la llama, ſino con otra menos viſible, y mas encendida, à cuyo amor ſe calentava.

Eſte prodigio repetia con aſſombro en la Corte, y otras Ciudades de Eſpaña Suero de Vega, confeſſando deber ſu vida à la ſoberana iluſtracion de el Padre Borja: y quiſiera levantar ſobre las ruìnas de aquella Caſa un Monumento à ſu memoria con una inſcripcion, en

que fueſſe un diamante cada letra. Paſsò deſpues à Montilla el Borja à ruegos del Duque de Feria, porque mitigaſſe la ira, que ardia en el corazon de la Marqueſa de Priego, por averſe caſado el Hijo contra ſu dictamen, y ſu guſto. Y Franciſco ſuavizò aquel enojo, hallando un corazon bien diſpueſto con la piedad à recibir qualquiera blanda impreſsion. Recabò de la Marqueſa, que admitieſſe al Hijo en ſu Caſa; y mas una materia, donde no ſe avia errado la ſubſtancia: y donde doblar de el todo la llave al alvedrio, ſuele abrir nuevas puertas al deſeo, y añadir eſpuelas al guſto.

CAPITULO XXII.

INFAME CALUMNIA, Y HORrible perſecucion, que levantò en Caſtilla el comun enemigo contra San Franciſco de Borja. Lo que Dios regalò ſu invencible ſufrimiento en ella: ſaliendo deſte criſol mas precioſa ſu fama.

§. I.

Siendo la Cruz aquella vara con que ſe mide la virtud en la tierra, no pudo dexar de ſer grande la Santidad de Borja, pues ſu Cruz no ſolo fuè continua, ſino la mas cruel, y mas ſangrienta, elevada tambien en ella la honra, y ſirviendo de inſcripcion, ò rotulo la mas groſſera calumnia, que ſupieron fraguar la ambicion, la malignidad, y la embidia, y aun el Infierno conjurado para atezar con todo el humo de ſu fuego tenebroſo la mas criſtalina fama, y un eſpejo, en que reverberava terſamente la inocencia. Avia obſervado la emulacion aulica, no ſin impaciencia rabioſa, que el Ceſar deſde Juſte avia llamado repetidas vezes à Borja: que le avia fiado algunas empreſſas ocultas, que ignorava para ſu martyrio la curioſidad de la malicia: que avia entre los dos ſecreta, y fiel correſpondencia: que al morir avia clamado por el Santo Padre Borja, ſeñalando por executor de ſu voluntad poſtrera, al que la avia cumplido con exaccion tantas vezes en la vida. Eſte amor prendiò algun fuego en la embidia, pero mas aun el que le moſtrava la Princeſa Governadora. Sabian, que no dava paſſo, conducida al acierto, ſin conſultar eſte Oraculo: que en la balanza de aquella Real Aſtrea hazia mas peſo el dictamen ſolo de Borja; que el de todos los Miniſtros, y aun Proceres de Caſtilla. Cada Miniſtro Supremo penſava, ò temia, que el valimiento de Franciſco le embarazava ſer arbitro del Palacio, y del govierno, aprendiendo cada uno en la ſoberania del Cetro, à querer dominar ſolo. No ignoravan, que el Señor Felipe Segundo le avia eſcrito diverſas vezes à Caſtilla deſde Flandes, y deſde Inglaterra: que antes de partirſe le avia llamado à Tordeſillas, para reconocer, y adorar al deſengaño en ſu trage, y en ſu mudanza: que le avia ordenado aſsiſtieſſe con ſu dictamen à la Princeſa. Y temian, que al bolver aora, como ſe eſperava cada dia, victorioſo de la Francia, hizieſſe arbitro del govierno al Santa Borja, fiando de ſu zelo, deſinterès, y experiencia las riendas de tan vaſta Monarquia. Pues aviendoſe reclinado amoroſamente en ſus brazos deſde ſus años primeros, no era mucho, que quiſieſſe fiar el Reyno de ſus ombros acoſtumbrados à ſoſtener imperios. Año de 1559.

Mas aviendo de deſvanecerſe qualquiera maxima, ò niebla con el eſplendor de ſu vida, convinieron, en que era meneſter obſcurecerla, ò eclypſarla, para que no ſe arrebataſſe la viſta de la Aguila de Auſtria. Avia mucho tiempo, que iban trabajando eſta mina, y le iban dando lentamente fuego, para que rebentaſſe algun dia con eſcandalo, y horror de la Nacion Eſpañola. Solicitaron, pues, introducir el veneno mas activo por las orejas de el Rey Felipe Segundo, para matar el valimiento de Borja, y arruinar la confianza, derribando la eſtimacion, y aun irritando la ira con una ofenſa. Porque oſſaron: què impia temeridad! Oſſaron; què deteſtable horror! Oſſaron poner dolo en la correſpondencia de la Princeſa con el Santo Borja, quando era mas facil, que la nieve fueſſe colorada, ò que fueſſe borròn del Cielo una Eſtrella. Pero la malicia arrima à los ojos aquel inſtrumento, con que los Aſtrologos Modernos blaſonan aver deſcubierto no sè què manchas en el Sol. Eſperavan oportunidad, para conducir haſta el pecho de el Rey eſta groſſera torpe acuſacion. Aviaſe caſado contra la voluntad de Felipe Segundo Don Pedro Luìs Galceràn de Borja, primero Marquès de Navarres, con Doña Leonor Manuel, tercera Nieta de Don Fernando, ſegundo Duque de Berganza, y de la Duqueſa Doña Juana de Caſtro. Y ſe perſuadiò el

Rey

Rey Catholico à que el Santo Borja huvieſſe intervenido en eſte Matrimonio de ſu Hermano, formando en eſta ocaſion algunas expreſsiones de diſguſto, y ſu real ceño llamò con oportunidad à la embidia, y tambien à la liſonja. Luego que la ocaſion abriò eſta puerta, derramò la malicia toda ſu mortal ponzoña: llegando el veneno mas activo quanto ſe enfriava mas en la diſtancia, porque era cogido de aquella Laguna eſtigia, que abrigava la muerte en lo mas frio, y en el corazon del yelo.

Pero veis aqui, que la ceguedad, como acoſtumbra, puſo una venda à la emulacion, y otra à la malicia: no advirtiendo, que por aquel tiempo miſmo el eſpiritu milagroſo de Borja acabava de reſucitar un difunto, de convertir en ſangre un leño, de dàr ſalud repentina à tanto doliente con aſſombro de la grandeza, y de el Vulgo. Y entonces trazaban hazer creible el mas enorme delito? Entonces? Quando era mas facil perſuadir, que Ciceron fuè mudo, que fuè cobarde Alexandro? Entonces? Quando ſe hiziera mas creible torcer la Fabula de Narciſo, y hazerle monſtruoſamente feo? Entonces? O Providencia, como ſabes cegar con ſu miſma infame perſpicacia los ojos, linces de la intencion, y de la malicia! Y el que ſiendo Joven tan hermoſamente diſpueſto, fuè tenido por Mancebo alado, ò Angel puro, hecho Argos de el recato, y cuſtodia fiel de el decoro de Palacio por el Grande Carlos Quinto; aora lleno de canas, y deſengaños, marchito con las diſciplinas, y con los ayunos, llagado el cuerpo con los cilicios: tan oprimido de rigores, y de males, que expreſſava la imagen pavoroſa de un eſqueleto, ſin que la piel, ſeparadamente arrollada, pudieſſe deſmentir el Retrato; aora fuè acuſado como reo de la honeſtidad, y de el decoro? Aora? Quando aunque fueſſe un Hombre ſin reputacion alguna, y ſin conciencia, ſe hallava en tan laſtimoſo eſtado, que hazia eſta acuſacion digna de la riſa? Aora? Quando era templo de la ſantidad, y de el honor ſu fama, iluſtrado de milagros, y de lamparas en votos, y entenas rotas? Aora? Y no ſube poco de punto al aſſombro, ſi ſe haze reflexion àzia el otro extremo; y ſi la admiracion buelve el ſemblante à contemplar el con quien? Con el miſmo corazon de la honeſtidad, con el centro real de el honor, con la Princeſa mas religioſa, de quien los copos, y los armiños eſtudiavan pureza. Mas los zelos, y las ſoſpechas miran por aquellos vidrios, que repreſentan de color negro, ò de azul todos los objetos.

Los conductos por donde introduxeron eſta ceguedad fueron tan ſecretos, tan artificioſos, y con tales viſos, que allà lexos pudieron hazer impreſsion en un animo entonces achacoſo àzia el Santo; eſpecialmente en materia tan ſagrada, donde toma cuerpo de delito aun la ſombra. Y arribando luego Felipe Segundo à Eſpaña, acabaron de dominar aquella real fortaleza; pues aunque tenia horror la fantaſia de atreverſe à parecer ſoſpecha, por no tiznarſe à sì propria; con todo las artes de la malicia ſe valieron de una yerva, que ſabe alterar la imaginativa, y le dà aquel tinte negro, que dexa ſiempre una ſoſpecha, por donde paſſa, ſierpe tan venenoſa, que axa à todo un Paraìſo la inocencia. Y aſsi no falta quien preſuma, que eſtuvieſſe Borja deſtinado à ſer victima ſecreta. Ni debe hazer mucha novedad, que lograſſe tan infames tiros la malicia, deſpues que ſe creyò de el Grande Atanaſio, que era el mas deteſtable monſtruo: y deſpues que pudo el engaño eclypſar la razon de el Grande Conſtantino: pues no fueron menos mañoſas las aſtucias para obſcurecer en el concepto de el Rey Catholico la fama de eſte ſegundo Atanaſio, cuyo ſufrimiento invencible fuè muro de bronze guarnecido de diamante. Eſpecialmente en un tiempo confuſo, en que ſe iba deſcubriendo cada dia tanto error laſtimoſo, y tanta abominacion eſcondida entre apariencias de deſengaño. No dudavan los emulos, que engaño tan mal nacido, y tan deſcubierto, que tenia contra sì toda la luz, no podria durar mucho tiempo, porque la mentira rara vez llega à ſer anciana, ſino en las Fabulas de el Vulgo; pero ſe governaron por aquella infeliz maxima, de que ſiempre logra ſu efecto la mentira, que vive un dia. Fuera de que no reparavan en hazerſe ſangre, por ſacar alguna à la fama de Borja; ſiendo los diſcurſos de el embidioſo vivora, que muere pariendo veneno. Los Autores de eſta abominacion verdaderamente fea, y villana, y que manchò torpemente ſu honra, igualmente que ſu conciencia; fueron cinco, que hallè bien expreſſados en una cifra ſecreta

 (aun-

(aunque ſe podrian contar ſolos tres en la embidia, la malicia, y la ambicion, furias, que queriendo reynar ſolas, arrojaron de Palacio à la Virtud.) Pero quiero dexar ſus nombres enterrados en el olvido, por no infamarles con tan ruìn Epitafio, y por no bolver coloradas ſus cenizas aun allà dentro de las Urnas.

§. II.

Y Porque no avia eloquencia tan armada de malicia, que baſtaſſe à perſuadir, que el Santo Borja avia faltado al reſpeto à Dios, à sì miſmo, y al real decoro, ſin que primero huvieſſe faltado à la Fè, y à la Religion: ſellavan aquel groſſero teſtimonio con otro mas infame, y mas temerario. Repreſentavanle ſoſpechoſo en los dogmas del Chriſtianiſmo: dixeron, que ſus virtudes, haſta entonces celebradas del Vulgo, avian ſido inſigne hypocreſia, y hermoſa piel de el engaño. Que era intimo amigo del Arzobiſpo Carranza, el qual deſeando luego declinar la juriſdicion del Santo Tribunal deſta Monarquia, entre algunas cauſas de recuſacion del Jefe, que le governava, citò por teſtigo al Santo Borja: de que ſe ofendiò el Inquiſidor General Don Fernando de Valdès; como ſi fueſſe delito, que Borja eſtuvieſſe antes noticioſo, de que eſtos dos Prelados tuvieſſen entre sì algun motivo de diſguſto, al tiempo que ocupaban las primeras Sillas, y la primera veneracion uno, y otro. A eſta acuſacion floxa arrimaron otra apariencia: avia en la Corte, y por toda Eſpaña, muchos Hereges Luteranos ocultos, que diſsimulavan ſu veneno aſtuto en el trage mas humilde de el deſengaño. Entre ellos Fray Domingo de Roxas, hombre de iluſtre nacimiento, y conocido por grande Theologo, hablava generalmente de la virtud con rara ſuavidad, y las maximas de eſpiritu ſe eſcuchavan en ſu lengua tan artificioſamente, que ſupo ſu eloquencia no parecer artificioſa. Hablò en algunas ocaſiones con el Borja Santo, en quien reconociò un eſpiritu profundamente humilde, y todo inclinado àzia el abatimiento: y acomodando ſu aſtucia à la propenſion de Borja, diſcurriò una vez ſobre aquellas palabras, *ſine me nihil poteſtis facere*, ſacando de ellas los ſentimientos mas humildes, que Borja eſcuchava en aquel ſentido devoto, que uſa la piedad, y la myſtica Theologia. Porque como eſcrive diſcreta, y delicada la pluma de Aguſtino contra Juliano, defendiendo à San Juan Chryſoſtomo: quando no avia heregias, hablavamos confiadamente, y ſin cautelas, juntando en la lengua la ſencillèz con la ſeguridad. Mas Fray Domingo de Roxas dezia aquellas expreſsiones con otra bien diferente alma oculta, como quien negava todo concurſo activo de la criatura en las ſantas operaciones, que conducen à la vida; ſi bien, como èl deſpues confeſſava, nunca ſe atreviò à paſſar ni una gota de ſu veneno deſde el corazon à la lengua delante del Santo Padre Borja. El miſmo veneno diſsimulado quiſo derramar tal vez en el piadoſo corazon de la Duqueſa Doña Luìſa de Borja. Y encarcelado deſpues por el Santo Oficio, reſpondiò, que no enſeñava otra doctrina, que la que practicava, y dezia el Santo Padre Franciſco de Borja, y ſu Hermana la Venerable Duqueſa: perſuadido à que con tan iluſtre Patronato, ò deſlumbrava ſu error, ò acreditava ſu miſma ceguedad.

Permitiò tambien la Providencia, que unos Libreros de Alcalà reimprimieſſen un Tratado eſpiritual del Santo Borja, que ſe avia dado à la Eſtampa ſiendo Duque de Gandìa: y para que abultaſſe mas el volumen, añadieron algunos tratados de onze Autores diverſos; aunque no ſobreſcrivieron el Libro con otro Autor, que con el Duque Borja, aſsi porque ſe valiò de aquel ardid la Heregia: como porque eſperavan, que con aquel titulo tan famoſo ſe deſpachaſſe con mas facilidad la impreſsion. Pero las maximas añadidas al nuevo Tomo eran tan poco ſeguras, y de tan mal eſpiritu, que le mandò recoger luego el Santo Oficio. Con eſta ocaſion ſe eſparciò un rumor popular, de que ſe condenava la Doctrina, y el eſpiritu de el Padre Franciſco de Borja, que recibiò eſte aviſo en Montilla con una ſerenidad mas que humana: y conſiderandoſe guarecido dentro de la Providencia, ſe mirava yà como en la orilla, quanto ſe iba entrando mas en mar alta. Y aun quiſo dezir la ſoſpecha, que para caſtigar con buen pretexto à Borja, esforzaba ocultamente ſu priſsion el que tenia en la mano las riendas de la fortuna. Aſsi dexava el Cielo crecer la tormenta contra ſu amado Borja: el Norte eſtava anublado, Año de 1559.

do, y caſi dormido, mientras fluctuava ſolo Franciſco en pielago tempeſtuoſo. Hazia prudentes reflexiones Borja ſobre el rumbo, que debia elegir la razon en eſta borraſca, teniendo por eſcollo de la honra, y de la Compañia el ſilencio; y la diſculpa tambien por igual dura roca. Si callo, dezia, atribuyen mi ſilencio à confuſion propria, y à reconocimiento de mi culpa, y padece baybèn la Compañia, pues el Piloto naufraga. Si reſpondo en mi defenſa, ſobre rehuìr el ombro à la Cruz, y flaquear cobardemente à viſta de una injuria, con el comun alhago, ò pretexto de mantener la honra, no dexa de ſer terrible eſtrecho para un hombre de honor, aver de dàr ſatisfacciones, de que no fuè ruìn, y de que no faltò à la fé.

Aviale tocado en ſuerte aquel Mes el Apoſtol San Pablo, à quien encomendò eſta cauſa, rogandole, que miraſſe por el honor de la Compañia, y repitiendo immortales gracias por la parte, que eſta injuria mordia ſu honra, no aviendo deſeado en eſta vida coſa alguna con mas anſia, que padecer la ignominia de la Cruz glorioſa. O con què guſto miro, dezia, deſde lo alto del ſufrimiento ardèr mi honra por toda Eſpaña! O como los bramidos de la Calumnia me ſuenan à liſonja! Y como el terror de la vela alhaga blandamente mi fantaſia! O Dios, y què licencioſa debe de aver ſido mi vida, pues haſta los horrores ſe hazen creìbles della aun aora! Mas aunque ſu fortaleza era aquella roca, donde el Mar quebraba toda ſu eſpuma, y ſu rabia, ſentia tres penetrantes heridas abiertas en ſu corazon con un miſmo puñal. Una era la culpa, que en tan repetidas calumnias pudieſſe tener la malicia, y la ambicion corteſana: otra era el buen nombre de la Compañia, cuyos miniſterios tanto neceſsitan de la buena fama. Y la ultima, era el eſtampido, ò el eſcandalo, que ocaſionava eſte ſuceſſo, ò el que daria ſu priſion ruìdoſa (ſi ſucèdieſſe) en el Mundo todo. Que ſin duda bolverian las eſpaldas à la Oracion, y al deſengaño tantas Almas, que por ſus exortaciones las avian buelto al Mundo, y al vicio: que avian de retroceder de la ſenda de la virtud con fuga temeroſa, viendo deſpeñado al que les enſeñava el camino. Eſtos tres males tenia preſentes à todas horas, vertiendo tantas lagrimas, que fueron balſamo precioſo à tan crueles heridas. Añadiò muchas horas de Oracion à las acoſtumbradas: fueron tales ſus penitencias, que no ſe dudava, que le conſervò Dios milagroſamente la vida. Eſcriviò deſde Montilla al Padre Laynez, conſultando lo que debia hazer en eſte conflicto. Eſcrivieron tambien el Padre Antonio de Cordova, y el Padre Araòz: y referirè un Capitulo de la Carta del Padre Cordova, que ſaca de la perſecucion el mayòr Elogio del Santo: *El Padre Franciſco*, dize, *huye tanto de ſu eſtimacion, y buena fama, que algunas vezes le he dicho, que tanto deſprecio de ſu honra, y nombre, es contra la caridad, que debe à los Proximos, y à toda la Compañia. Pero tengolo por tan amigo de Dios, que yà que el martyrio (el qual pide con grande inſtancia à ſu Divina Mageſtad) no ſe le concede perdiendo la vida por ſu amor; que ſe le ha de conceder, aunque ſea à coſta de noſotros con el ſacrificio de ſu fama. Por lo qual todos eſtos caſos ſoſpecho, que no ſon otra coſa, que favor del Cielo, y condeſcendencia de Dios con èl, para que reſplandezca mas la ſantidad, de que le ha dotado. Y para probarle, parece que ha dado licencia à Satanàs, para que eſtienda la mano en todas ſus coſas, en ſus Hijos, en ſu Caſa, y en èl miſmo; y lo que mas me doliera, ſi permitiera, que tambien la eſtendiera en la Compañia para aumentar la ſantidad deſte Varon, la qual es tan grande en mi acatamiento, que entiendo, que ay Santos en el Cielo, con los quales no ha moſtrado nueſtro Señor ſemejante benevolencia con ſingulares dones ſuyos.* Eſtos ſon los motivos, que tuvo la Providencia para permitir el martyrio de ſu honra; y no era meneſter otra cauſa que la inocencia, pues ſabèmos, que ella es el imàn, que trahe àzia sì el hierro todo en las armas de la perſecucion, y de la embidia.

§. III.

MIrava el Divino Borja (permitaſe ſegunda vez eſta reflexion à la pluma.) Mirava combatida de ſus emulos la Caſa de Gandìa; à ſus Hijos maltratados de la fortuna: à la Compañia agitada furioſamente de la embidia, inficionada de la Heregia la Nacion Eſpañola. A ſu cuerpo tan arruìnado, que à ſus miſmos enemigos cauſaria laſtima: à ſu eſpiritu aſſaltado continuamente del Infierno, que arrojava à ſus ojos uno, y otro monſtruo repetido, y negro: mirava perdida ſu honra, pues yà le ſuponia el Vulgo reo de la Fè, y priſionero del Santo Tribunal: hallavaſe deſterrado de la confianza, y del pecho de ſu Rey. Y

Bb 3 todo

todo eſte Teatro de males, que dieran materia al ſufrimiento de un Job, no le mereciò una quexa, ni deſperdiciò un ay en tanta deſdicha: porque eſtava à la entrada de ſu corazon la virtud de la fortaleza, como Gigante, ò Coloſſo de bronze, ſin permitir que ſalieſſe de aquella Alma un ſentimiento quexoſo, ni que entraſſe algun foraſtero alivio en ſocorro del ſufrimiento. No quiſo que ſe formaſſe acuſacion contra el Librero, ò ignorante, ò engañado: ni que ſe deſenredaſſe la maraña, que avia urdido la malicia, aunque ſupo diſtintamente los Autores della, pudiendo hazer bien facilmente, como èl dezia, que rebentaſſe la mina contra quien la fraguava, y pudiendo traer muchos rayos del Sol contra aquella niebla; ſiendo aſsi, que ocupò dos años toda la Religion de ſu fama, creciendo la obſcuridad denſamente con la auſencia de Borja, que llamavan fuga, y cobardia de una tremula conciencia. De ſuerte, que le arguian delinquente, porque no ſe defendia, acuſando aquella manſedumbre inocente, que ſe expone muda entre el Cuchillo, y la Ara.

Solo deſpues de año, y medio, al partirſe à Roma, haziendo reflexion de que la Calumnia hazia complice en la infamia à la Princeſa, y que debia dàr ſiquiera un grito la pluma en ſu defenſa, eſcriviò à Felipe II. una Carta, con algunas expreſſiones de ſentimiento, de valor, y de honra. Y aunque pudiera hablarle à boca, y deſvanecer niebla tan oſſada, viſtiendo la verdad con todo el Sol delante de los ojos de el Rey, no quiſo uſar deſte recurſo; porque temia, que acaſo el ſentimiento torcieſſe ſu razon àzia el agravio, y mas ſi deſcubrieſſe algun ſecreto à Felipe Segundo, ò fueſſe preguntado en algun punto critico (origen turbio de aquel veneno.) Y por no exponerſe à piſar aquel eſtrecho coto, que ſeñala al corazon el ſufrimiento. Ademàs, de que era de tanto rubor la materia, que avia de enmudecer al Rey, y à Borja, ſiendo la verguenza aquella noble mordaza, con que las venas ſirven de cordèles à la lengua. Y no ignorava tan poco aquel documento politico, que enſeñava, que quexas, y ſatiſfacciones no ſe han de dàr cara à cara.

La Carta eſcrita deſde Portugal al Rey Catholico de mano de Borja, dezia:

CATHOLICA MAGESTAD.

NUnta yo pudiera imaginar, que huvieſſe de venir tiempo, ni ocaſion, en que tuvieſſe neceſſidad de eſcrivir deſcargos mios à V. Mag. y mucho menos en la materia preſente, que es tan indigna de tratarſe. Mas ſi el callar ſe ha de atribuir à rendimiento, no quiera Dios, que yo calle, y confieſſe por obra, ò por intencion mia lo que ſiempre aborrecì, y abominè. Precième deſde mi Niñèz, en la qual vine à ſervir à los glorioſos Padres de V. Mag. de ſerles fiel, y leal Vaſſallo, y Criado, y no me acuſa mi conciencia de aver en ello faltado un punto, ni en ninguna coſa de las que aora ante V. Mag. ſe me oponen. Seria por cierto muy dichoſo eſte pecador, ſi la Divina Juſticia no tuvieſſe otros Capitulos, que oponerme de mis culpas, ſino eſtos que los hombres aora me acriminan. Pero conozco, que aunque deſtos cargos me hallo libre, no por eſſo ſoy juſtificado, porque ſon ſin numero mis pecados; de los quales, ſi como los conoce Dios, y los conozco yo, he de ſer juzgado conforme à la juſticia de mis merecimientos, deſde aora doy mi cauſa por perdida, y yo firmarè la ſentencia de mi condenacion. Mas ſi ſe trata de las invenciones, que ſacan los hombres, para derribarme de aquel lugar, que ſolia tener en el Real corazon de V. Mag. ſolamente dirè con David, que ha faltado la verdad en los hijos de los hombres. No pienſo traer à la memoria de V. Mag. para juſtificarme mis antiguos ſervicios, ni la vida gaſtada con tanta voluntad en el Palacio Imperial de la glorioſa memoria de ſus Padres, ni creo que del Vergèl de ſus Reales, y Chriſtianas virtudes ſe conſentirà arrancar facilmente una tan hermoſa Planta, como es la memoria de los leales ſervicios, y beneficios, ni ſe olvidarà V. Mag. de las muchas honras, que en ſu tierna edad le traxe en los brazos, y ſe adormeciò en ellos: mas una coſa no callarè, que quando miro, y atentamente conſidero el amor, y lealtad con que ſiempre he reverenciado à mis Principes en la tierra: mas temor, y verguenza ſaco de la Mag. de mi Dios, porque no la he tanto ſervido, y amado; que no rezelo de aver faltado mucho à lo que debo. Pues ſiendo eſto aſſi, (como ſabe Dios que lo es) como no ſentirà mi alma acedia de vèr, que ayan ſido parte lenguas de hombres para eſcupir ponzoña, y mezclar rexalgar en los manjares, donde ſola la verdad, y lealtad puſieron las manos, y ſe aderezaron al fuego de tanto amor,

amor, y reverencia? Y como no llorarè con ſangrientas lagrimas, que vivan en el Mundo perſonas, que à trueco de ſubir ellas un eſcalon mas alto, y de alcanzar ſus humanas pretenſiones, y de que ninguno en la privanza ſe les ponga delante, no teman abatir la verdad, y atropellar la juſticia? No es, Sacra Mageſtad, ni de mi habito, ni de mis inclinaciones, y coſtumbres laſtimar, ni tocar la fama de ningun proximo. Mas tambien sè, que todas las leyes del Cielo, y de la Tierra permiten, que el agravio que ſe haze contra la inocencia, y verdad, ſe pueda propulſar, y ſacudir, aunque de mi juſta defenſion reſultaſſe algun daño à los que me quitan mi juſticia. Y arrimandome yo à eſte derecho tan natural, y tan conforme à toda buena razon, pudiera en defenſa mia laſtimar; y aun ſacar ſangre à los Caudillos, è Inventores de las acuſaciones, que contra mi ſe han levantado ante V. Mag. Mas no permita el Señor nueſtro, que yo uſe deſte derecho, ni haga à nadie mal, aunque ſea para limpiar, y defender mi fama (la qual no la pretendo, ni quiero para alzarme con ella; ſi para gloria de Dios fuere, ella defenderà, y ſacarà à ſalvo) ſolamente en eſte punto digo, que nunca me temì, ni imaginè, que hombres, à quien jamàs ofendì, antes les hize buenas obras, como ellos ſaben, pudieſſen acabar conſigo que para deſviarme à mi de cabe V. Mag. (la cauſa porque, ellos la ſaben, y de mi no la ſabrà nadie) artificiaſſen tales invenciones, ſino pretendian mas que auſentarme de la Corte. Y ſi tenian por ſeguridad de ſu lugar, el no tener yo ninguno en la voluntad de V. Mag. mas breve, y mas barato lo huvieran negociado conmigo, porque ſin quiebra de ſus conciencias, y ſin menoſcabo de la fama agena, alcanzàran de mi, que por darles contento, yo me privàra de qualquiera comodidad temporal. Pero ellos eſcogieron un camino, con que dañaron à sì, y à mi, y no ſirvieron à V. Mag. y plega à la Eterna, que no quede dellos ofendida: pero no teman, ni pienſe ninguno, que yo buſque en que ſatisfacerme; antes digo, que les deſeo toda proſperidad de las Almas, y de los cuerpos; y ſuplico à Dios N. Señor los proſpere en el Cielo, y à V. Mag. que les haga bien, y merced en la Tierra. Ellos alcanzaron lo que pretendian; pues hallaron Audiencia, donde la buſcaban; yo les hago el campo franco, y de mi voluntad les dexo el Lugar, y la Corte. Y bien ſaben ellos, y el Mundo quantos años ha que renunciè yo voluntariamente, y deſamparè lo que ellos aora andan mendigando. Y ſi algun tiempo me han viſto reſidir en la Corte con eſte habito, bien ſaben, que no fuè por voluntad, ni eleccion mia, ſino por la de mis Superiores, que expreſſamente me lo ordenaron aſſi, entendiendo, que ſeria ſervicio de Dios N. Señor. Y lo miſmo me mandaba la Sereniſſima Princeſa de Portugal, la qual para algunas importantes ocurrencias del govierno, que V. Mag. le tenia encargado de ſus Reynos, ſe quiſo ſervir de mi parecer, y conſejo, el qual pudo ſer menos acertado, que el de otro lo fuera. Pero ſoy cierto, que en darle nunca me faltò la debida lealtad, ni el deſeo que hizieſſe entera juſticia à todos. Y ſi, Señor, para deſcargo mio huviera de dàr teſtigos de abono, à ninguno de los vivos preſentàra yo ſino à V. Mag. Catholica, ni de los yà difuntos, ſino à la glorioſa memoria del Emperador mi Señor, y en ſus manos, y juizio puſiera toda mi juſticia. Mas quando en la Tierra me faltaſſe el abono, y la defenſa, eſpero en aquel alto, y immortal Señor, que eſcudriña los corazones, que ante ſu juſto, y miſericordioſo Tribunal ſerè oìdo, y que alli ſe verà quien es el culpado, y quien el inocente. Entretanto con licencia, y la buena gracia de V. Mag. yo me parto para Roma, donde por un ſu Breve Apoſtolico, la Santidad de Pio IV. me manda ir, diziendome, que en aquella Santa Ciudad ſe quiere ſervir de mi ignorancia, y baxeza: alli, y donde quiera que me hallare, ſerè muy cierto, y leal Vaſſallo, y Siervo, y Capellan de V. Mag. y continuamente ſuplicarè al Padre de las Miſericordias, que en eſte mundo proſpere à V. Mageſtad, y à ſus Reynos, para que gozandolos, y governandolos con ſoberana paz muy largos años, ſea deſpues mejorado en el Reyno eterno de la liberal, y piadoſa mano del Altiſſimo Rey de los Reyes. De la Ciudad del Puerto ſeis de Febrero de mil quinientos y ſeſenta y uno. Carta en que ſe acordò de aver ſido Cavallero tanto como de que era Religioſo, y en que la diſcrecion ſe quexa de que huvieſſe dado puerta à la malicia, y que mirando ſus operaciones por la ſoſpecha, parecieſſen torcidas como el remo en el agua, que arguye engaño, y flaqueza de la viſta: y que al fin ſe huvieſſe creìdo, ò ſoſpechado tan grande infamia de Franciſco de Borja. Y no quiſo hazerle memoria, de que èl miſmo le avia mandado aſſiſtir à la Princeſa, por no dàr en roſtro con la falta de conſequencia à ſu Real entendimiento.

§. IV.

DEſde entonces empezò à rayar la ſerenidad ſobre la cabeza de Borja, dorando ſu fama, no ſin grande uſura. Leyò eſta carta el Rey delante del Duque de Feria, y de Ruy Gomez de Silva, por cuyas manos avia paſſado la ſuya: y como yà el tiempo le avia traìdo alguna luz de deſengaño (que al fin llega, aunque camina perezoſo:) como reconociò el admirable exemplo, que avia ocaſionado el trato de Borja en la Princeſa ſu Hermana: como avia advertido, que ſu Palacio, y ſu pecho eran el mas noble preſidio de la virtud, entregada à una penitencia rigoroſa, y à una continuada Oracion. Aora con eſta carta acabò de ſacudir de la imaginacion aquella ſombra errante, que avia denegrido ſu faz, y eclypſado al dia con una niebla mentiroſa. Porque corrido, aun de aver dudado, dixo delante de uno, y otro: *Yo nunca creì de la Perſona del Padre Franciſco coſa que fueſſe indigna de ſus exemplares virtudes, ni del lugar que tiene, y eſtado que profeſſa.* Esforzaron con eſta ocaſion al Rey ſu fama de Santidad aquellos dos fieles amigos ſuyos, expreſſando ſingulares exemplos, y milagros. Bolviò el Rey à mirar con ceño ſu miſma ſoſpecha, y luego rebolvia ſu indignacion contra los Autores de la Calumnia: y repetia: nunca yo dì credito à tal infamia contra el Padre Borja: mas porque no le dexaba ſoſſegar ſu miſma fantaſia, tomò la pluma, y eſcriviò al Santo Borja una carta llena de ſatisfaccion, de benignidad, y de confianza; pero el Santo ſin eſperar reſpueſta, avia tomado el camino de Roma. Fueron muchas las cartas, que el Rey eſcriviò deſpues à Franciſco, conſultando ſu dictamen en el govierno: y en ellas dezia lo que expreſſaba tambien la lengua, que eſperaba ſu felicidad, y la de ſu Monarquia de la Oracion de Borja. Admirabaſe tal vez Felipe Segundo de que conſultado Borja en el punto mas arduo, ſiempre hallaſſe ſu profundo juìzio modos de deſatar el ñudo Gordiano, ſin romperle con el acèro. Quando deſpues de algunos años ſupo que bolvia à Eſpaña, le embiò à ſaludar à la entrada del Reyno con una bien favorecida carta, en que explica el ſumo deſeo de verle en ſu Palacio. Donde apenas le viò, quando le echò cariñoſamente los brazos, prorrumpiendo en demonſtraciones, y en afectos, que baſtaban à reſucitar à la embidia, ſino huvieſſe quedado tan eſcarmentada.

Hallaron confuſos ſus enemigos luego que advirtieron ſu error en el ceño de Felipe Segundo, y leìan en ſu frente anublada grandes motivos al ſuſto. Solo les quedò la confianza en la iluſtre ſantidad de Borja, que eſperaban fueſſe mudo: y que ſi acaſo ſe deſcubrieſſe el nacimiento obſcuro de tan vil infame teſtimonio, el miſmo agraviado ſerìa ſu defenſa, y ſu eſcudo contra la indignacion Real. O gloria incomparable de una inſigne virtud, ſer eſcudo de diamante, no ſolo para cubrir al perſeguido, ſino para defender al agreſſor! Ella ſabe ſer Urna para el muerto, quando para el homicida es ſagrado. No permaneciò mas tiempo el otro engaño, que avia ſervido de eſcolta, y de arrimo à la credulidad del primero. Porque bolviendo à tomar al infeliz Maeſtro Roxas el dicho entre el cordèl, y el Verdugo, declarò averſe valido en ſu confeſsion primera del nombre Borja, ſolo por acreditar de ſana ſu doctrina; pero que juraba, que nunca avia oſſado expreſſar ſu intencion al Venerable Franciſco de Borja. Porque tentando alguna vez con mucha ſagacidad aquel humilde ſublimado eſpiritu, y entrando à confiarle, y à rendirle por el abatimiento, avia reconocido, que dentro de aquel pecho humillado abrigaba las maximas de la verdad Catholica con tanta luz, firmeza, y ſabiduria, que juzgaba no tener la doctrina de Lutèro mas zeloſo enemigo en la Europa. Que lo meſmo le avia ſucedido con la Duqueſa Doña Luìſa. Y añadiò, que por mas que èl ſe disfrazaba manſamente en piel de oveja, avia obſervado, que ambos le miraban con no ſe què ceño, como que bruxuleaban uno, y otro con alguna luz de lo alto, el error que ocultaba en el fondo de ſu eſpiritu. A que ſe llegò averſe averiguado, que el Santo Borja, con mucha Luz profetica, deſcubriò los errores, que inficionaban à Sevilla: aver ſido inſtrumento, para que apreſaſſe en la Corte à muchos Luteranos el Santo Oficio, ardiendo en ſu zelo, y en ſu alma aquella hoguera, que abrasò à la heregia: y por ventura aquel infeliz Theologo fuè uno de los que declarò Borja, cuyo zelo ſabio, y fogoſſo fuè el mas duro, y el mas noble martillo de Lutèro en Eſpaña.

Examinado deſpues el Librero, ſe hallò aver ſido la ignorancia, ò el engaño, que quiſo enriquecerſe con el artificio,

cio, ò acreditar el error con el Venerable nombre de Franciſco. Y mas adelante diſpuſo el Cielo, que ſe bolvieſſe à reimprimir ſolo aquel Tratado de Borja en ſu antigua pureza, donde ſe viò la corriente mas criſtalina, en que reverberava la Luz toda; imprimiòſe en Idioma Latino, y fuè aprobado con raros elogios de los hombres mas ſabios, y mas pios, y entre ellos del Venerable Fray Hernando de el Caſtillo, ſugeto digno de honrar con ſu vida ſu miſma Hiſtoria, à no ſer el inſtrumento ſu humilde pluma. Dezia, pues, en la aprobacion: *Los ſeis Libros, ò tratados de Don Franciſco de Borja, Duque de Gandìa, y Prepoſito General de la Compañia de Jeſus, llenos de piedad, y del Eſpiritu de Chriſto, merecen ſer publicados, è impreſſos, porque abrazan aquellos principios, con que aquel Clariſſimo Varon, y honra de nueſtro ſiglo, ſe exercitava para la ſincera Religion, en la qual hizo tan grande progreſſo, que en un ſolo Don Franciſco podemos mirar un perfecto dechado de piedad, à cuya imitacion enderezan ſus vidas, y coſtumbres, aſſi los Corteſanos, que ſe crian en los Palacios de los Principes, como los que viven en los Monaſterios de las Religiones.* Paſſado algun tiempo, el Cardenal Quiroga, Arzobiſpo de Toledo, Inquiſidor General, en el Catalogo que mandò hazer año de mil quinientos y ochenta y cinco, declara, que la prohibicion antes hecha de las Obras del Duque de Gandìa, como tambien de las de Fray Luìs de Granada: *No avia ſido* (dize) *porque ſus Autores ſe huvieſſen deſviado de lo que enſeña la Santa Igleſia, que antes la han reconocido por ſu verdadera Madre, y Maeſtra, y como à tal la han reverenciado, honrado, y ſervido: ſino porque ſon Libros, que falſamente ſe los han atribuìdo, no ſiendo ſuyos; ò por hallarſe en los que lo ſon algunas palabras, y ſentencias agenas, que con el nimio deſcuydo de los Impreſſores; ò con el demaſiado cuydado de los Hereges, ſe les han impueſto.* Fuè tomando luego otro ſemblante la opinion de Borja, porque era violento el que le dava la Calumnia: y el miſmo Original, quanto eſtava mas mudo, deſmentia tan deſemejante copia.

Pero quiſo aun la Providencia purificar mas ſu fama, y que dieſſe un eſtampido honroſo por toda la Europa: diſponiendo, que el año de ſetenta y uno partieſſe de Roma, embiado del Pontifice Pio V. con el Cardenal Legado al Rey Catholico, al de Francia, y al de Portugal, aclamado de los Pueblos, y de la veneracion. Deſta manera paſsò en Carro Triunfal ſu fama por las Cortes mas iluſtres de la Europa: y atraveſsò à Eſpaña arraſtrando Laurèles, y adoraciones. Obſervò eſta venida un Perſonage iluſtre bien informado de lo que avia padecido Borja, y dixo al Padre Pedro Domenek: *Yo no veo, que deſta embaxada aya reſultado eſpecial utilidad para el fin que pretendiò la Silla Apoſtolica; pero ha reſultado mucha para el fin, que deſeava ſacar la Providencia, que fuè paſſear al Santo Padre Borja por Eſpaña, aſſiſtido de un Cardenal Legado, aclamado del Pueblo, favorecido de Felipe Segundo, admirado, y ſervido de la Grandeza del Reyno, y honrado del Vicario de Chriſto.* Y ſe viò ſer eſte el blanco adonde mirava el Cielo, pues de buelta deſta jornada eſpirò al entrar en Roma: como que no aguardava la Providencia, ſino vèr reſtaurada con nuevo eſmalte ſu honra, para ſacarle deſta vida. Deſta ſuerte ſe purificò el ayre, que avia de reſpirar ſu opinion, y todo el ambiente exalava exemplos, y aromas, hurtando la fama para ſu clarìn toda ſu reſpiracion à la Pancaya florida. Y no mucho deſpues fuè ſu Cadaver en Urna de plata conducido en ombros de la Grandeza, caminando ſobre las ruedas de la pompa humana, adorado de los Monarcas de la tierra, y ardiendo por lampara de ſu ſepulcro la miſma fama.

En medio de la perſecucion experimentò los regalos, que diſpenſa prodigo el Cielo con los afligidos: de ſuerte, que al miſmo paſſo que una parda nube llovia calamidades, ſe deſatava otra en lluvias apacibles. Apuntarèmos aqui alguno, reſervando los demàs à ſu lugar proprio. Eſtava un dia Borja en Valladolid confundido en ſu reflexion miſma, conociendo, que merecia ſer ultrajado de todas las Criaturas, y que tomaſſen las armas contra quien avia perdido el reſpeto al Criador dellas; quando oyò una triſte ronca voz, que dezia: *Confundete tambien delante de mi.* Conociò que era el Demonio, que ſentia aquel humilde abatimiento, y bolviendo la cabeza àzia donde ſonava aquel infeliz, le reſpondiò: Conozcote bien, funeſto, y comun enemigo; pero no dexarè de confeſſar, que tengo alguna razon de confundirme tambien delante de tì, porque ſiendo Angel hermoſo creado en reſplandor, y gracia en el miſmo corazon de el Cielo, el Valido del mas iluſtre Palacio, Luzèro antes bien encendido, y aora humo tenebroſo, por ſola una culpa caìſte

derri-

derribado; y yo barro groſſero, y preſumido, aviendo cometido una, y otra enorme culpa, aun vivo dentro de la Religion de la eſperanza: accion propria de un ſufrimiento infinito; y con todo eſſo no dexò de ſerle ingrato. Y aſsi buelvo à repetir, que ſe debian bolver contra mi todos los Elementos, los racionales, los brutos, los troncos, y voſotros tambien infelizes eſpiritus. Con eſto deſapareciò confuſo aquel rabioſo enemigo, dexando el ambiente negro. Y luego oyò Franciſco otra voz, que con diferente blando ſonido, regalava el viento, y cantava ſu triunfo, diziendo: *Franciſco, èſte es el verdadero camino, y en eſſa humildad me agrado mucho.* Con eſte favor ſe quedò enagenado en rapto todo Divino, donde aprendiò, que las perſecuciones, y trabajos de la vida ſon aquel monſtruo formidable de el Problema, entre cuya boca, y crencha erizada ſe hallò la dulzura.

De forti egreſſa eſt dulcedo. Judic. 14. v. 14.

CAPITULO XXIII.

PASSA BORJA LA TERCERA VEZ à Portugal fugitivo de Caſtilla: y deſpues de aver iluſtrado à Ebora, y Coimbra, aſſiſtido à la Fundacion de un Colegio en Braga, y admirado à Lisboa, ſe retira à la Ciudad del Puerto, donde ſe dà noble principio à otro Colegio. Paſſa deſde Sanfis à reverenciar el Cadaver victorioſo del invencible Patron de las Eſpañas el Apoſtol Santiago.

§. I.

ARrojavanle las ondas à la orilla, como ſucede tal vez en la mayor borraſca, que tambien ſabe ſer tabla ſegura la tormenta: intentavan ſus emulos, que zozobraſſe en mar alta, y la miſma perſecucion le conduxo à la arena, ſin mojar la ropa, ni dexar eſcarmientos en la Playa. Porque noticioſa la Reyna de Portugal Doña Catalina, y el Cardenal Infante, por Cartas de la Princeſa, de la tempeſtad, en que Borja fluctuava, le eſcrivieron luego, que paſſaſſe à Portugal, donde neceſsitavan de ſu Perſona, y de ſu prudencia. Recibiò la Carta del Infante Cardenal en Montilla: y en ella le rogava, que embiaſſe dos inſignes Maeſtros Jeſuìtas, que fueſſen las primeras ricas piedras de aquel Alcazar de la ſabiduria, que en Ebora fundava: de que ſe ha ſeguido tanta gloria, corriendoſe los velos mas ſutiles à las ciencias, y raſgando Apolo ſus cortinas. Deziale el bien grande, que avia experimentado Ebora en aquel Colegio de la Compañia; y el ultimo Capitulo acaba diziendo: *Y yà que eſtais tan cerca, que ſegun me eſcrive el Padre Gonzalez, pueden ſer quarenta leguas de Ebora, recibirè grande contentamiento, ſi de buelta à Caſtilla, quiſiereis venir à vèr eſta mi Univerſidad, y los principios, que en ella ſe ponen à las letras, lo que ſerà de tanto conſuelo à los Maeſtros, que ſe animaràn para hazer con ſu doctrina mas ſervicio à N. Señor, y ſe eſforzaràn à trabajar, por fructificar con ella. Y creed, que ninguna coſa mas eſtimarè, que vueſtra venida: por lo qual tendrè à grande merced, que tengais por bien tomar eſte trabajo por amor de mi. N. Señor guarde vueſtra iluſtre, y Reverenda Perſona. De Lisboa 11. de Noviembre de 1559. El Cardenal Infante.* Y empezava la Carta: *Muy Iluſtre, y Reverendo Señor.* La Reyna le embiò una Litèra, de que no usò Borja, porque le pareciò podria ir à cavallo, aunque eſtava indiſpueſto. Embiò delante dos ſabios Maeſtros à Ebora, que fueron el Padre Doctor Pedro Paulo Ferrer, natural de Malaga, uno de los hombres mas eruditos, que diò à Eſpaña la Andalucia, llamado en Portugal Biblioteca viva, y eſtando muchos perſuadidos à que tuvo ciencia infuſa. Y al Padre Doctor Fernan Perez, que fuè à leer la Cathedra de Viſperas, ingenio, à quien las Hiſtorias de Portugal llaman portentoſo, pudiendo Cordova contar en el numero de los mas celebrados à eſte Hijo ſuyo. Partiò, pues, el Santo Borja à Portugal deſde Montilla, acompañado del Padre Buſtamante, del Hermano Marcos, y de el Padre Doctor Saavedra, con quien entonces ſe confeſſava: ſaliò ignominioſamente arrojado de ſu Patria el grande Franciſco de Borja, y fuè recibido con increìble gozo, veneracion, y ternura en Playa Eſtrangera: porque ſiempre un elemento abraza lo que otro deſecha; y los Principes tienen mas calidades de los primeros elementos, que los otros hombres. Año de 1560.

Dexò Borja una cifra en Toledo (adonde paſſava entonces la Corte) al Padre Pedro Domenek, para que con ella le aviſaſſe del rumor, que ſe levantaſſe entre los Palaciegos, y Corteſanos con ſu ida à Portugal. Y es aſsi, que las eſpumas, y las olas iban mucho mas altas, enfurecido el mar de que huvieſſe tomado orilla eſte Baxèl. Llamavan eſta auſencia fuga ignominioſa, y dezian, que acreditava lo que avia bruxeleado la ſoſpecha: y quando ſe gozavan algunos de que les dexaſſe libre el Campo,

acuſavan el motivo de ſu meſmo gozo. Mas Borja iba viſitando con paſſo lento los Subditos, y Obejas, que Dios le avia entregado. Conſiderava, que ſu valimiento en Palacio era toda la razon de la malicia, y el ſoplo de aquel incendio; y queria alexar el blanco al odio, para deſarmar el tiro, y quitar la cauſa, porque deſcanſaſſe la embidia. Y ſi el Monarca eſcondia alguna fatal ira diſsimulada, queria afloxar la cuerda al arco de la indignacion con la diſtancia, ò ponerſe fuera de tiro, porque no le alcanzaſſe la flecha. Su fuga era la del magnanimo, que pinta en Ayax Homèro, y la compara à la del Leon, que buelve mageſtuoſamente la eſpalda, ſin perder el decoro à ſu melena: y acoſado de perros, y de venablos en Campaña abierta, ſe retira con tanta mageſtad, que parece mas deſprecio de tanto enemigo, que no fuga, la qual es en èl mas valeroſa, que el rompimiento de batalla en otra fiera.

Homer. lib. 7.

En Ebora fuè recibido del Infante Cardenal, que llegava de Liſboa, con amor incomprehenſible à la pluma. Rogòle, que predicaſſe en la Cathedral los Domingos de Quareſma, porque la Ciudad eſtava anſioſa de eſcucharle, y los Padres Dominicos, que eſtavan en poſſeſsion de predicar aquellos dias, fueron los primeros à ſuplicarle, que quiſieſſe iluſtrar aquel año el Pulpito, cediendo guſtoſamente de ſu derecho. La mocion, que cauſaron ſus Sermones en Ebora, llenò los ſenos dilatados de la eſperanza, que ſe tenia concebida. Pero ſe hallava tan enfermo, que le ſacavan en brazos de el Colegio, y pueſto ſobre una Mula haſta el Atrio de la Igleſia, era meneſter conducirle en brazos al Pulpito, con admiracion del Auditorio en vèr aquel Job renacido, en quien ſolamente la lengua eſtava expedita, y floreciente la eloquencia. Conociendo un dia, que no podria esforzar la voz à deſpertar un corazon ſoñoliento, porque la enfermedad le avia poſtrado del todo, embiò à ſuplicar al Infante, que le tuvieſſe por eſcuſado, pues la debilidad avia poſſeìdo ſu cuerpo, y ſu razon. Reſpondiò ſu Alteza, que no era meneſter que hablaſſe, ſino ſolo que ſubieſſe en ombros al Pulpito, deſde donde predicava mudamente ſu exemplo, y levantava mas el grito de lo que quiſiera el eſcandalo. Quiſo el Infante Cardenal hazer uno como alarde de toda la ſabiduria, porque el Santo Borja vieſſe juntas en un ramillete todas las ciencias, y las inſignias proprias, eſtendiendo ſus plumas las Aguilas. Mandò, que vinieſſen todos à ſu Palacio, deſde donde ſalieſſen formados en hileras viſtoſas. Concurriò toda la juventud, y la Nobleza de gala, y el Cabildo honrò eſta pompa, ſaliendo à cerrar el Eſquadron ſu Alteza, que iluſtrava cada inſignia con un reflexo de ſu purpura. Iba à ſu lado el Venerable Padre Leon Henriquez, Rector del Colegio, y de la Univerſidad, y ſu Confeſſor: dexandoſe vèr por las Calles de Ebora reſpetada, y inovediza la ſabiduria.

Año de 1556.

El Santo Borja ſe quedò en el Colegio, negandoſe à la aſsiſtencia de aquel triunfo, en que Minerva ſe viò mas ufana, que Marte al triunfar en Roma. Quando llegava al Colegio aquella tropa lucida, ſaliò el Divino Borja à la puerta aſsiſtido del Cocinero, y de otros Hermanos: derribòſe à los pies del Infante Cardenal, que no queriendo eſcucharle haſta que ſe cubrieſſe, y no pudiendo recabarlo de Borja, le hablò en piè, y deſcubierto tambien el Cardenal. Hizo Borja un breve diſcreto Panegyrico en alabanza de la magnificencia, y zelo, con que avia erigido otra Athenas en Luſitania, que avia de reſucitar la de Grecia. Fuè aquel razonamiento tan corteſano, como ſi ſu memoria tuvieſſe ſiempre prevenida una Oracion oportunamente meditada, hallando prontos colores, y pincèles ſu eloquencia para qualquiera tabla. Hizo luego paſſo à la diſculpa no menos humilde, que atenta, de no aver ſalido à la pompa, diziendo, que no debia ſer contado en una reſeña, que haze la ſabiduria, ni introducirſe entre los Hombres Doctos, el que avia ſido Lego la mayor parte de ſus años: *Y que por eſſo avia reſuelto quedarſe entre los Hermanos Legos.* Admiròſe el Infante deſta humildad tan ſubida de punto, y le acompañò en la admiracion tanto Auditorio ſabio: triunfando deſta ſuerte Borja de la preſuncion vana (que ſuele ſer calidad infuſa de la ſabiduria) con mas admirable pompa, que la en que acabava de oſtentar ſus victorias, y Eſtandartes Minerva. Y en eſta profunda humildad de Borja ſe abrieron los cimientos à la Torre mas alta, que es diviſa, y fortaleza à la Eſcuela de la Compañia. Pues no mucho deſpues empezò à dictar, y à defender en Ebora el Padre Luìs de Molina aquella maxima batallada, que èl miſmo llama fruto de la Univerſidad de Ebora; y ſe puede llamar igualmente fruto de la humildad de Borja.

Viſitaron luego el Cardenal, y el Santo

to las Aulas con todo aquel luſtroſo acompañamiento. Deſpues ſe ſubieron ambos à un Corredor, que eſtava ſobre el Patio de la Univerſidad en un quarto, que para ſu retiro edificò aquel Principe Religioſo: eſtuvieron largo tiempo hablando materias de eſpiritu, y en lo que tocava al eſtablecimiento, y duracion de aquella maquina real: bebiendo el Infante dictamenes mas ſabios, que los que formò el ingenio en las Eſcuelas, y que no ſuelen aprenderſe de las Aguilas. Los exemplos de Borja en eſtos dias fueron à la Ciudad de Ebora, y à la Compañia una fertil lluvia, en que las nuves arrojan eſpigas ſobre la tierra. Juntò un dia la Comunidad à Platica, y luego que eſtuvo junta, exclamò Borja: O quanto mejor ſe predica con las obras, que con las palabras! Y luego hincando las rodillas, fuè beſando los pies à toda la Comunidad, que no pudo atender ſin mucha ternura eſta accion, ſacando mas gemidos una novedad tan impenſada, que ſupiera exprimir la mas facunda energia. Iban los Jeſuìtas oprimidos los ombros à conducir agua à las Carceles del Arzobiſpo, y de la Ciudad, à barrer las Salas de los Hoſpitales, y à mullir las camas à los dolientes: de ſuerte, que prendiò el fuego deſta caridad en la Nobleza haſta competir en eſta gloria à la Compañia. Cauſava edificacion ſingular vèr tanto iluſtre Hidalgo, tanto joven florido, caminar deſde la fuente mas pura en tanta diſtancia con un cantaro al ombro, conſolando à los infelizes priſioneros con agua apetecida, y con mucha limoſna. Andavan los Hermanos Eſtudiantes abraſados en afectos fervoroſos, en eſto ſolo parece que empleavan ſus eſtudios, y las delicadezas de ſus ingenios. Y toda eſta llama tuvo ſu origen en una centella, que ſaltò del pecho de Borja. Su preſencia poblò de ſugetos grandes el Colegio de Ebora, donde entre otros tomò la Ropa un iluſtre Prebendado de rara ſabiduria, cuyo entendimiento era uno de los faroles de Luſitania.

§. II.

HAllòſe Borja un poco fortalecido, y la Reyna bolviò à embiar ſu Litèra para que paſſaſſe à Lisbòa, donde hizo reverencia al Rey Don Sebaſtiàn, y hallò un ſagrado contra la calumnia en el pecho de la Reyna Doña Catalina, hablaron los dos confiadamente de los puntos mas delicados, y el corazon varonil de aquella Real Matrona le deſcubriò nuevos motivos para deſpreciar los tiros de la embidia, y burlarſe de la colera del viento, llevando la tranquilidad en el alma. Paſsò à Coimbra, donde encendiò inextinguible llama en los de la Compañia: hizo muchas Platicas fervoroſas, y movidos los Hermanos Eſtudiantes de ſu exemplo, y de ſus palabras, le iban à pedir licencia para hazer las mortificaciones publicas mas heroycas. Predicò un Domingo, deſpues de la Paſqua de Reſurreccion, con tanta energia, que baſtava eſta funcion ſola à dexar en Coimbra eternizada ſu memoria. Leìanſe quatro curſos de Filoſofia, y diez claſſes de humanidad en aquel Real Lyceo, que fabricò à la Compañia el glorioſo Rey Don Juan: y Borja diſtribuyò el Sermon, y la vida eſpiritual en otras tantas claſſes, que las hizo todas de Retorica ſu facundia, y ſu piedad de Theologia myſtica. Concurrian los Cavalleros, y Ecleſiaſticos à eſcuchar ſus reſpueſtas, y à que deſcifraſſe ſus enigmas, con que à vezes llegava tarde al Refectorio, y otras funciones domeſticas: entonces ſe ponia de rodillas, y pedia penitencia por aquella falta, como ſi lo fueſſe averſe detenido en utilidad forzoſa de aquella Republica. Solo uſava de la autoridad de Comiſſario para no admitir alivio alguno: pues queriendo el Padre Miniſtro, que mudaſſe de veſtido, porque el que traìa paſſava de ſer pobre à ſer poco decente, nunca lo conſintiò Borja, y obligò à que le reſtituyeſſe ſu ropa conocida. Moſtravaſe ſingularmente afable à todos, creyendo cada uno, que alcanzava el mejor lugar en ſu pecho: porque aquel eſpiritu iluſtrado tuvo honores, y calidades de Sol, que amanece todo ſobre cada individuo, como ſino huvieſſe otro en el Mundo, y buelve àzia el mas abatido chopo toda la benignidad de ſu aſpecto.

Pero iban oprimiendo ſu eſpiritu dichoſo las dependencias del ſiglo, buſcandole abiertamente el Reyno por conducto de los favores de Palacio; y para huìr el cuerpo, y mucho mas el alma deſta multitud embarazoſa, partiò à Sanfins, Caſa de recreacion del Colegio de Coimbra, ſitio ſaludable, y amèno en los confines de Portugal àzia el Reyno de Galicia. Llegò à los principios de Agoſto à la Ciudad del Puerto, fundada ſobre el Rio Duero, que à breve diſtancia muere ſumergido en el golfo. Fueſſe à dormir al Hoſpital de Roque Amador: mas luego que ſe ſupo ſu veni-

Año de 1560.

venida le fuè à viſitar el Obiſpo Don Rodrigo Piñeyro, la Ciudad, y el Cabildo, y ſe entrava por el Hoſpital el Vulgo à reconocer aquel Varon portentoſo, à quien la fama por todas partes apellidava Santo, ò Divino. Apenas llegò el Obiſpo, quando Borja, pueſtas las rodillas en el ſuelo, le besò la mano, y le pidiò ſu bendicion, inclinada reverentemente la cabeza haſta los pies de aquel Prelado, que le abrazò, y contemplava una, y otra vez en ſu roſtro el retrato mas vivo de el exemplo. Avìa hecho Miſsion en aquella Ciudad el Padre Franciſco Eſtrada, y dexado tan buen olor la Compañia, que el Obiſpo, la Nobleza, y todas las margenes de el Duero deſeaban eternizar en aquel ſitio nueſtro inſtituto. Eſpecialmente el noble, y piadoſo hidalgo Henrique de Govea, que diſpuſo llevar el Santo Borja à ſu Caſa, y convertirla en Colegio de la Compañia. Predicò un Sermon el Padre Borja, y ſe partiò à Sanfins el miſmo dia, aunque huvo de dàr la buelta luego inſtado de la fundacion de Govea, y de el Obiſpo: que quando ſe le pidiò licencia para adornar la Capilla, en que exercitaſſe con ſus Subditos los miniſterios el Santo Borja, levantò las manos, y el roſtro al Cielo, de cuya piedad reconocia eſte beneficio, que traìa à ſus Ovejas tan dulce paſto. El dia de San Lorenzo de eſte año de ſeſenta ſe puſo en la Capilla de aquella iluſtre Caſa el Santiſsimo, dixo la Miſſa el Padre Franciſco, y quedò transformada en Colegio, aviendo hecho venir el Santo Comiſſario algunos Jeſuìtas de grande credito à dàr glorioſo principio à la fundacion de el Puerto, cuyos Ciudadanos mirò ſiempre Borja con eſpecial cariño: enamorado de ſu genio, y de ſu clima, en que los ayres mas ſanos purificavan ſu vida quebrantada, y hazian la reſpiracion mas delicioſa.

Fuè inexplicable el conſuelo de la Nobleza en aquel dia, paſſando à ſolemnizarle el Pueblo con armonìa ruìdoſa. Pero aun fuè mas celebrado de la piedad en el corazon de la Reyna Doña Cathalina, que eſcriviò luego una carta al Santo Borja, en que dezia: *Padre Franciſco, aora ſupe, como paſſando vos por eſſa Ciudad, el Obiſpo, Juez, y Vereadores os pidieron ordenaſſedes en ella un Colegio, por el gran fruto, y ſervicio de nueſtro Señor, que eſperaban ſe haria. Y tambien ſupe, que vos ſe lo concedierades, y que eſtavan yà en la Ciudad algunos Padres: de lo que recibì mucho conſuelo, porque ſiempre deſeè, que la Compañia aſſentaſſe en eſſa Ciudad. Y porque tendrè gran guſto, ſi dierdes orden como ſe perpetue, pues de ello ſe eſpera grande fruto, os ruego mucho, que lo hagais aſſi. Yo eſcrivo al Obiſpo, Juez, y Vereadores ſobre ello, y por muy cierto tengo holgaràn dàr toda ayuda, y favor neceſſario para bien de ella. Eſcrita en Lisboa à veinte y ſeis de Agoſto de mil quinientos y ſeſenta.* Tal fuè el amor à la Compañia, y la veneracion al Santo Borja de eſta clariſsima Muger, con quien dividiò el Ceſar ſu Hermano todo el valor, y en correſpondencia partiò ella con ſu auguſto corazon la piedad. A los primeros paſſos de la fundacion en el Puerto, ſe ofreciò un grande eſcollo (calidad inſeparable de las grandes operaciones nacer entre las dificultades.) Y mientras ſe allanaban los montes, que oponian à la nueva fabrica ſus frentes, y ſus cervices, ſe hallò Borja combatido deſeſperadamente de ſus achaques, y ſe retirò, ò à Sanfins, ò à otra vezina recreacion, donde ſe entregò todo à la ſoledad, convaleciendo con lo que baſtava à robar todo el calor à un cuerpo extatico, que mirando ſiempre al Cielo, parece que no ſe alimentava, ſino como flor immobil del rocìo.

Paſsò deſde alli à Braga à dàr principio à otro Colegio de la Compañia, que fundava el Venerable Arzobiſpo Fray Bartholomè de los Martyres, ſegunda Eſtrella de la Religion Dominicana. Conſolòſe mucho aquel Prelado, Varon Divino, con la preſencia de Borja, que predicò repetidas vezes en la Cathedral, con admiracion de los hombres. Sucedieron muchas converſiones ſeñaladas, de que hazen iluſtre memoria el Padre Tellez, y otras plumas. Entraron algunos ſugetos de honra en la Compañia; y el Arzobiſpo mirava en Borja un Apoſtol veſtido de fuego, por cuya lengua explicava ſus maximas el Eſpiritu Santo. Y reciprocamente el Padre Franciſco reſpetava en aquel Paſtor ſabio, y zeloſo uno de aquellos Prelados de la Primitiva Igleſia, digno de un grande Altar en la veneracion, y en la fama: en quien el ſilvo à vezes fuè blando arrullo, y à vezes trueno eſpantoſo. Haſta que retirado à la ſoledad, y al ſilencio, arrojando el peſo de la Mitra abriò con la llave de ſu Celda una puerta à la quietud de la vida, y otra anticipadamente à la gloria: mirando zozobar à tantos en la mar deſde la orilla, y quebrarſe en ſu miſma

hinchazon montes de eſpuma. Bolviò à la Ciudad del Puerto el Padre Borja, donde hallò tranquilas yà las ondas, como en ſitio proprio de la bonanza. Empezò à cultivar aquella dilatada viña con afán, y con ſudor de el alma: como ſi ſu ſalud fueſſe la mas robuſta, iba con el Padre Buſtamante à viſitar los Hoſpitales, llevando conſuelo, y ſocorro à tantos infelices. Predicò muchas vezes en la Igleſia de San Franciſco con immenſo concurſo: y los Viernes de Quareſma en San Lazaro, fuera de la Ciudad, ſiguiendole como en tumulto el Pueblo todo. Tambien predicò frequentemente en la Cathedral, en las Parroquias, y en la Igleſia de la Compañia, aunque tan eſtrecha. Confeſſava innumerables penitentes: aſsiſtia à los enfermos, y ſe ocupava en dàr los exercicios. Iban muchos à recibir la Sagrada Comunion de ſu mano; y al bolverſe con el Auguſto Sacramento, hazia una breve exortacion al concurſo: en que cada ſylaba era un ardiente gemido, y cada ſentencia una ſaeta de fuego. Los dias feſtivos ſalia por las Calles con la Campana en la mano convocando el Pueblo, y explicava la doctrina en algun ſitio anchuroſo. Su corazon era aquella fuente, que à vezes brota llamas, y à vezes olas: porque ſe deſatava en lagrimas, y flechava palabras encendidas.

Un dia que Borja eſtava para dezir Miſſa ſucediò aquel Eclypſe de el Sol, que al principio derramò ſangre en vez de eſparcir luz; y deſpues ſe viſtiò luto el celeſte globo, y paſsò à ſer negro cada rayo: ocuparon tan eſpeſas tinieblas aquel alegre corazon de el dia, que padeciò laſtimoſo deliquio haſta en ſu melancolico aſpecto, y ſe dexavan diſtinguir las Eſtrellas, como ſi el Monarca eſtuvieſſe auſente, ò difunto. Andaban atonitos los Ciudadanos, errantes unos por las Calles, y Templos, otros cobardemente fugitivos por los Campos, eclypſada tambien en gran parte la luz de la razon en muchos. Fuè à guarecerſe innumerable muchedumbre a nueſtra Caſa, y à la Igleſia, buſcando las alas de Franciſco de Borja, cuya ſantidad pudo alumbrar à la eſperanza, y al dia. Daban alaridos eſpantoſos, que, anochecido el tiempo, formaban ahullidos triſtes de pajaros nocturnos. Acabado el Evangelio, ſe bolviò al Pueblo Franciſco, y empezò el mas diſcreto, el mas devoto, y el mas eloquente razonamiento: declarò la cauſa natural de aquel Eclypſe de el Sol, interpueſta deſcorteſemente la Luna, para obſcurecer ſu faz hermoſa. Paſsò luego de eſte eclypſe material al que padece el alma por la culpa, tierra groſſera Villana, interpueſta oſſadamente entre la Divinidad, y el hombre: repreſentò con viveza el eclypſe funeſto con que anochece al alma un pecado, y que ſola la penitencia puede deſterrar aquella infame ſombra, en que padece la razon lamentable deliquio, y el alma queda antipoda del Sol de Juſticia.

§. III.

EN eſte Theatro ſe ocupava el zelo de Borja, quando llegaron repetidos expreſſos con el aviſo, de que ſe iba enojando mas la tormenta en Caſtilla: que con ſu auſencia ſe iba à pique ſu honra, y aviendo eſcapado el cuerpo de la borraſca, fluctuava mucho honor en la ſombra. Reſpondiò una, y otra vez el Santo con un ſuſpiro, y tomando la pluma repetia ſolo, que en aquella materia queria ſer algun tiempo mudo. Serenava ligeramente el roſtro, y bolvia à ocuparſe en el govierno, y en el cultivo de aquel campo. Eſcriviò diferentes cartas à las Provincias, deſpachava à los Colegios varias ordenes, y providencias: inflamava los corazones con ſus palabras, ſiendo muchos nobles, y grandes ingenios los que pedian entrar en la Compañia: Lo que esforzava retoricamente Henrique de Govea, cuya memoria merece una eſtatua de oro en mas culto templo: ſu vida fuè una reprehenſion de la Nobleza relaxada, ſu exercicio la aſsiſtencia à los enfermos, y Hoſpitales, y à la Igleſia: ſu boca un inſtrumento de fuego, que calentava el pecho mas frio, y empleava ſu eloquencia en conquiſtar la juventud mas gallarda para la Compañia, donde fuè recibido poco antes de morir, enfermo de una dolencia contagioſa, nacida de la caridad, que hizo achacoſo el aliento à ſu vida, y llenò ſu muerte de fragrancia. Dexò tres prendas à la Compañia en tres Hijos ſuyos veſtidos de Religion, y de modeſtia, que debiendo à ſu iluſtre Padre la primera reſpiracion, le bebieron la poſtrera.

Los principales Jeſuitas de Toledo deſeaban, que bolvieſſe à la Corte el Padre Franciſco, y embiaron al Padre Nadal, que le expreſſaſſe à boca los motivos, que hazian forzoſa ſu buelta à Caſtilla, porque miraban crecer la tempeſtad con

la

la auſencia, y nadante à la calumnia ſobre la borraſca. Mas Borja con iluſtracion Divina avia reconocido lo que por entonces importava la que llamavan fuga, y era animoſsidad de el ſufrimiento, y aun de la prudencia: y aunque conſpirava en eſte miſmo dictamen el Padre Laynez por las repreſentaciones, que le hizieron deſde Caſtilla, dexava con todo eſſo la materia al arbitrio de Borja, y que eſcogieſſe el ſitio, y Colegio, que pareciеſſe mas oportuno para ſu eſtancia. Expreſſava Nadal con rara energia las razones, que acuſavan de menos prudente aquella fuga, y que ſiendo tan grande Maeſtro la experiencia, ella miſma lo acreditava en lo que crecia la tormenta; pues como puede ſer remedio aquel con que cobra aliento, y fuerzas el mal? Serà mayor cordura, oponia Borja, añadir cebo à la llama, y dàr nueva materia à la ira con mi preſencia, aviendo ſido ella meſma en la Corte toda la razon de la embidia? Y ſi ha de ſervir para la defenſa, no ſerà mas valor Chriſtiano huìr el cuerpo à la indignacion rabioſa, que no ſacar la Eſpada? Pero es meneſter advertir, replicava Nadal, que la emulacion ſe ciega en lo mas vivo de la luz, y de la miſma paciencia haze argumento de la culpa: que no pudiendo herir el cuerpo, ſe irrita contra la ſombra, qual toro acoſado en la arena: que los enemigos dizen ſer eſta fuga, propria cobardìa de una conciencia borraſcoſa, y que ſi eſtuvieſſe ſeguro el Baxèl en ſu inocencia, no fiaria ſu honor Borja de tan infame tabla; y abuſando de la voz, añaden, que eſte miſmo ſitio de el Puerto es naufragio. Si la embidia eſtà mas furioſa, bolviò à replicar Franciſco, ſerà porque ſe vè deſarmada con mi auſencia: y eſſe ultimo deſpecho de la rabia, antes acredita de prudente eſta fuga. Mi Padre Nadal, quando ſiente mucho el enemigo algun movimiento de el Exercito contrario, no debe de eſtarle bien, ſino es que ayamos de creer, que ellos miran por mi honra, y que por eſſo les duele tanto eſta auſencia mia.

Yo ando por eſte Reyno cumpliendo con las obligaciones de mi oficio: obedezco à los Monarcas Luſitanos, cuyo precepto es una cadena de oro, que me detiene en ſus dominios. Deſeo parecer mudo en las acuſaciones de mis emulos: yo me reſuelvo à dexar mi honor difunto en Caſtilla, ſino quiſiere reſucitarle la Providencia. Solo eſtraño, que eſta ſe llame cobardìa, ò fuga temeroſa; porque yo eſtoy perſuadido, que eſtos ſon los paſſos por donde camina con lentitud el ſufrimiento, que es todo el valor Chriſtiano. Sino dezidme: fuè cobarde, ni reo de la prudencia el diſcretiſsimo Rey David en huìr el cuerpo à Saùl, cuya lanza tuvo la punta teñida en una yerva venenoſa, que ſe llama embidia? Cediò el Padre Nadal, ò à la repreſentacion, ò à la eloquencia de Borja: lo miſmo hizieron deſde Caſtilla el Padre Araòz, y otros Jeſuìtas, venerando no tanto las razones, que expreſſava, quanto las que eſcondia inſpiradas de prudencia mas alta. Eſcriviò Borja deſde el Puerto al Padre Laynez, la pobreza, en que ſe hallava aquel nuevo Colegio; pero que le eſtimava mas, que el Palacio mas opulento, y mas delicioſo. Que no ignoraba la ſuma pobreza de la Compañia en Roma: materia, en que le podia tener embidia; mas que ſe vivia dentro de una curia frequentada de la novedad, y de la inquietud caſi perpetua, quando en el Puerto hallava la miſma pobreza ſin aquel bullicio, deſeando acabar ſu vida fatigada en aquel retiro dichoſo. Pero Laynez entretanto andava ſolicito en arrancar de Eſpaña al Padre Borja, y colocarle adonde no alcanzaſſe la fortuna, ò la embidia. Lo miſmo deſeava ſu gran Pariente, y mayor amigo el Cardenal de Eſtè, y no menos el Sumo Pontifice Pio Quarto, noticioſo (por cartas reſervadas de la Princeſa, y de la Reyna Doña Cathalina) de la infame tormenta, en que fluctuava impelido de la emulacion aulica. Tuvo tambien el Papa otro grande motivo para llamarle à Roma: porque meditava una nueva, y admirable reforma en aquella curia: deſeava introducir en los Tribunales la juſticia: poner freno de hierro à la libertad eſcandaloſa: eſtablecer en el Mundo los irrefragables decretos del Tridentino, en cuya ultima llamarada queria, que ſe hallaſſe Borja, y que paſſaſſe antes à la Corte Romana. Repetia muchas vezes, que tan eſclarecidos Varones debrian eſtàr ſiempre al lado de los Sumos Pontifices eſpecialmente, que ningun ſiglo es fecundo de eſpiritus grandes: ſiendo la naturaleza tan avara de Almas heroycas, que las ſaca à luz tan pocas vezes, como las grandes margaritas.

Llamò ſu Santidad al Padre Laynez, y le preguntava, ſi la ſalud de el Padre Borja pudieſſe emprender una jornada

prolixa? Porque le neceſsitava en Roma para mucho bien de la Igleſia. Y eſtava tan informado de el rendimiento de ſu eſpiritu, y de ſu obediencia, que ſi le llamaſſe ſin eſta conſulta, no dudava, que emprendieſſe el camino, aun quando eſtuvieſſe caſi moribundo. Celebrò Laynez dentro de ſu pecho eſta ocaſion, que ofrecia la Providencia al honor de la Compañia, y de el Padre Borja. Reſpondiò, que ſus males, aunque tan prolixos no baſtavan à impedirle las viſitas de los Colegios, caminando ſin abrigo, ſin tiempo, y ſin reparo de unos Lugares à otros: y que aun antes que llegaſſe el precepto, ſi èl ſupieſſe eſta inſinuacion de ſu guſto, ſe pondria ſin duda en camino, aunque deſde Portugal à Roma huvieſſe de venir arraſtrando. Pues embiarèmos luego, dixo el Papa, un Breve Apoſtolico, exortandole à tomar eſta fatiga en ſervicio de la Igleſia. Deſpachò pues el Breve, que pondrèmos aqui fielmente traducido, donde ſe verà, que el Venerable Borja hallò en las margenes de el Tibre toda la Playa, y la honra, que le negaron los Rios de Caſtilla.

PIO QUARTO; AL AMADO HIJO en Chriſto Franciſco de Borja.

AMADO HIJO, SALUD, Y BENDICION Apoſtolica.

LA carga del oficio Paſtoral, que el Señor ha pueſto ſobre nueſtros ombros, y es mayor, que nueſtras fuerças, y merecimientos, nos obliga à deſear tener cerca de Nos en eſta Santa Ciudad, copia de buenos, y fieles Miniſtros, para ayuda de las Almas, en un tiempo tan neceſſitado. Y porque entre las otras Religiones, de las Perſonas, que ſe han dedicado al ſervicio de Dios, ſe vè claramente, que la Compañia de Jesvs ha ſido fundada por el miſmo Señor, que le ha dado ſu Santo Nombre: como lo teſtifican los grandes, y copioſos frutos, que haſta aora ha producido, y cada dia produce en ſu Igleſia: nos ha parecido embiaros à llamar à Roma à vos: cuya vida, y ſantas obras derraman tan ſuave olor, y fragrancia en todas partes, que podemos confiar, que vueſtro miniſterio, y ſervicio, nos ſerà provechoſo. Por lo qual, entendiendo, que la devocion, y reverencia, que teneis à eſta Santa Silla, es tal, que no ſeràn meneſter otros mandatos nueſtros mas apretados, os exortamos en el Señor, que lo mas preſto que pudieredes (no teniendo enfermedad, que lo eſtorve) os vengais à eſta Santa Ciudad. Pero es nueſtra voluntad, que de tal manera hagais eſta jornada, que tengais cuenta de vueſtra ſalud: Seranos vueſtra venida muy grata, y de gran conſuelo à todos eſtos vueſtros Hermanos, que reſiden en Roma, y os eſperan con gran deſeo. Dada en Roma en el Palacio Apoſtolico de San Pedro, y ſellado con el Anillo del Peſcador, à diez dias de el mes de Octubre de 1560. años, que es el primero de nueſtro Pontificado. Antonio Floribelo, Obiſpo Avelino. Con eſtos elogios honrava la Silla de la verdad al que ſe hallava perſeguidò de la mentira: y aquella nube inſolente, que fraguò la embidia para obſcurecer ſu fama, embeſtida por muchas partes del Sol, ſe bolviò en claridad, y empezò à llover luz.

§. IV.

RECibiò eſte Breve el humilde Borja con una carta de Laynez, en que le exortava à partir quanto antes à Roma; ſino que las circunſtancias, en que ſe hallaſſe, ò alguna maxima oculta de la prudencia le obligaſſen à dilatar la jornada. Pareciò à Borja, que debia repreſentar al Papa, que aviendoſe notado algunas doctrinas impreſſas con nombre ſuyo, ſe harìa ſoſpechoſo en paſſar à Italia antes que huvieſſe averiguado eſta verdad el Santo Oficio: y lo que deſeava que fueſſe rendida obediencia, ſe tendria por fuga vergonzoſa: Encaminò por el Cardenal Ferrarienſe eſta reſpueſta: y el Papa le eſcriviò ſegunda vez con palabras llenas de benignidad, y de honor, mandandole, que emprendieſſe luego la jornada: y que vinieſſe ſeguro en que la Santa Silla miraria por ſu honra, que ſu reputacion vivia dentro de ſu concepto tan pura, que antes preſumiria una torpe mancha en el mas bello Planeta. Eſcriviòle tambien nuevamente el Padre Laynez en la miſma ſubſtancia: y Borja inclinò con rendimiento la cabeza, y retirandoſe à Sanfins, empezò à diſponer con la mayor brevedad ſu jornada. La primera diſpoſicion fuè una confeſsion general de toda ſu vida, que hizo con el Padre Nadal, borrando con avenida de lagrimas, no ſolamente ſus culpas, ſino aun las miſmas letras en que las traìa expreſſadas. Eſcriviò ſu partida à Roma à Phelipe Segundo en la carta, que dixo el capitulo paſſado. Vino à viſitarle à Sanfins Año de 1561.

el

el Obiſpo de Tuì, que lo fuè deſpues de Leon: y saliò tan admirado de aquel comercio Divino con el eſpiritu de Borja, y con tan grande amor à la Compañia, que poco deſpues diò principio al Colegio, que en la antigua noble Ciudad de Leon tiene la Compañia, debiendo ſu origen eſta fabrica al pecho encendido de Borja, cuyo amor fuè el arquitecto, y la idea, ſu humildad el cimiento de aquel edificio mucho mas profundo, que ſobervio.

Aviendo de paſſar por la Francia à Roma, empezò à deliberar, ſi ſeria mas acertado entrar por Caſtilla, ò embarcarſe en uno de aquellos Puertos vezinos, por huìr la tempeſtad, que con ſu viſta ſe podria levantar en la tierra. Huvo dictamenes opueſtos; unos ſe inclinavan à que fiaſſe ſu vida, y ſu honor antes de las olas, que de las paſsiones humanas, que con ſu preſencia avian de embravecerſe con nueva furia. Otros dezian, que el hazerſe à la mar, huyendo de Caſtilla, tenia todas las apariencias de fuga ſoſpechoſa. El Padre Nadal procedia aora en eſta duda, como el fiel entre una, y otra balanza, por los motivos prudentes, que apunta la Hiſtoria de la Compañia. Abrazò Borja el ſegundo partido, que le facilitava de paſſo viſitar el Sepulcro del grande Apoſtol Santiago, y adorar las cenizas calientes de aquel rayo, à quien el ſonido de los clarines ſirviò tantas vezes de trueno. Saliò, pues, de Sanfins por el Eſtìo con los Padres Pedro de Saavedra, Gaſpar Hernandez, y el Hermano Marcos. Apenas pisò los terminos de el Reyno de Galicia, quando ſe le ofrecieron à los ojos algunos hombres de à cavallo, con maſcarillas, que iban obſervando ſus movimientos; ſin uſar de la lengua, ni aterrar con la piſtola, ò con la eſpada, ni hazer otro ademàn, que el de ſeguir à Borja, como que le acompañavan en la jornada. Turbòſe Franciſco con eſte inopinado encuentro: y reconociendo en la porfia, que ſe ocultava algun fin ſecreto, disfrazado el amor, ò el odio: tratò de hurtar el cuerpo, y deteniendoſe en un Villaje cercano, mientras las eſpias ſe alexaron à eſperarle en el camino real, diò la buelta à Sanfins. Porque ſi eſte exceſſo, dezia, le haze la ſangre, ò el amor de alguno, no es pequeño eſcollo de la honra neceſsitar de eſcolta para entrar en Caſtilla. Y ſi le executa la emulacion, el dictamen, ò el odio, es razon bolver la eſpalda, para eſcapar el honor de una violencia.

Deſpues de algunos dias ſe hizo à la Vela en el Puerto de Bayona, reſuelto à paſſar à la Francia, evitando por el mar los eſcollos, que tropezava en tierra. La embarcacion era mal ſegura; pero deſeava mucho conducir aquel Santelmo en ſu Popa. Luego, que dieron al viento la vela, esforzaron ſu ſaña el ayre, y el mar en una cruel tormenta, que embiſtiendo furioſamente por la Proa, oponia Montes, y Elementos à la jornada. Miraban algunos deſde las arenas, y otros deſde las murallas, con indecible ſentimiento, fluctuar à Borja caſi al primer paſſo, haſta que vieron retroceder la Navecilla, que bolviò à dàr fondo en el Puerto de donde avia ſalido. Eſperò Borja à que ſe ſerenaſſe un poco el mar inquieto; y bolviò à probar fortuna ſiado en la Providencia, y porque le pareciò ligereza, ò cobardìa mudar de reſolucion à la primera dificultad. Mas bolviò à experimentar la furia, y la porfia, hallandoſe obligado à bolver la Proa, y à tomar Playa, ſin querer ſondar aquella obſcura myſterioſa Providencia. Hallòſe en notable ſuſpenſion, mirando àzia la tierra, y àzia la mar, pues experimentava enemigos ambos elementos, ſiendo iguales los peligros, y los eſcollos, y anegado en llanto dezia: *Quo me vertam, neſcio*: quiſiera ir tràs de ſus gemidos por el viento, aunque tambien ſe moſtrava enoxado: y entre tan proceloſo, y opueſto remolino, haſta el corazon de Borja ſe dexò vèr confuſamente alterado. Retiròſe à Sanfins algunos dias, donde padeciò nueva tormenta de lagrimas, pidiendo al Cielo, que le abrieſſe paſſo por donde caminaſſe ſu rendimiento; y que pues le mandava moverſe àzia Roma, no eſtorvaſſe los medios neceſſarios al fin, que le deſtinava. Quien me darà alas, dezia, para bolar à Roma, yà que me impiden oſſadamente el paſſo el mar, y la tierra? Pues yo he de obedecer al Papa à deſpecho de la embidia, y de la fortuna, y aunque bramen conjurados todos los Elementos, y opongan à cada huella una inacceſſible montaña.

Deſpues de Oracion prolixa, hallò no ſe que iluſtracion en el alma, y ſe levantò reſuelto à piſar el terreno de Caſtilla, tan intrepida la confianza, que ſe mirava la ſeguridad en aquel pecho, y en aquel roſtro, que antes avia ocupado la duda, y entrando por Galicia en lo rigoroſo de el Eſtìo, ſe encaminò à piè, y con ſoſsiego à la Ciudad de Santiago, donde

viſitò con incomparable conſuelo las pavesas de aquel rayo, à cuyas cenizas diò Urna un Campo de Eſtrellas. Y aquella Apoſtolica Metropolitana Igleſia debe guardar en ſu Real Archivo eſta memoria entre las de otros Heroes, que peregrinando à ſus umbrales, eſtamparon ſus labios en la Eſtatua, y eſparcieron lagrimas en el Sepulcro de aquel Apoſtol de fuego. A poco tiempo de aver ſalido Borja, tuvo el Padre Nadal no ſe que noticia ſecreta, que añadiò eſpuela, y cuydado al alma: y deſpues de aver conſultado al Padre Miròn, deſpachò un expreſſo en buſca de Borja, para que no entraſſe al corazon de Caſtilla, ſino que retrocedieſſe preſuroſamente, aunque fueſſe meneſter bolverſe à Portugal. Mas no tropezò eſte aviſo con el Santo Borja: que ſe encaminò à Toledo, donde la Corte ſe hallava, rompiendo por entre eſcollos, y emulos con una ſeguridad en el pecho deſconocida del valor humano, como ſi paſſaſſe à viſta de unas Riberas delicioſas, placidamente ſeguras; quando à cada paſſo ſe eſperava un monſtruo, y temia la razon el mas cruèl aſſalto. Detuvoſe en la Corte algunos dias: y luego tomò el rumbo, que le encaminava mas derecho à la Francia, donde padeciò grandes trabajos, y peligros, porque yà tumultuavan amotinados los Pueblos, yà bermejeavan los campos: yà la heregia empezava à poner muchas cabezas à la furia lernea.

Baxando unas Sierras, que dominan la Ribera de Genova, ſe hallò preciſado Borja à caminar à piè muchas leguas; ſiendo tal ſu flaqueza, que parecia milagro poderſe mantener en piè fixo, y ſin baculo, ò ſin arrimo. En Italia, aunque rodeando mucho, viſitò la Santa Caſa de Loreto, edificio con alas, y nido donde batiò las ſuyas el amor Niño: detuvoſe algunos dias, celebrando en la miſma Capilla, donde el Hijo de Dios ſe viſtiò de nueſtra naturaleza. Entrò en Roma à los ſiete de Septiembre de ſeſenta y uno, deſpues de tan repetido lazo, que armò à ſus pies el infierno todo. Fuè recibido de los Jeſuitas, como ſi vieſſen renacido à ſu difunto Padre Ignacio. Embiòle à viſitar luego el Pontifice con un Camarero ſecreto, y à ofrecerle ſu Palacio; honor, à que ſe avia negado Franciſco aun quando eſtava mas capàz deſte favor obſequioſo. Deſpues de tres dias, en que tomò algun deſcanſo; fuè à beſar el piè à ſu Santidad, que viendo aquellas canas, aquel exemplo, y aquella fama de virtud à ſus pies,

Año de 1561.

ſe enterneciò, y le mandò levantar; lo que rehusò Franciſco primera, y ſegunda vez; mas no pudo reſiſtir la tercera, que le mandò con obediencia, y obſervaron todos, que mirava à Borja, con no sè que reverencia oculta. Y deſpues de aver hablado en varias materias, le dixo eſtas palabras en ſu Idioma, ſegun las refiere la pluma de Ribadeneyra: *Noſotros tendrèmos cuenta con vueſtra Perſona, y con vueſtras coſas, como ſomos obligados por el raro exemplo, que aveis dado al Mundo en nueſtros dias.* Aſsi honrava, y protegia el Vice-Dios de la Igleſia Santa, al que ſe hallava perſeguido de otra gran Deydad de la tierra, acreditandoſe aquella celebrada maxima de el Poeta: *Sæpe premente Deo, fert Deus alter opem.* Y ſi un Dios quiere poner fuego à Troya, otro quiere apagar la llama, ò ſacar al piadoſo Eneas de entre la hoguera, y la ceniza.

CAPITULO XXIV.

LLEGA NOMBRADO ASSISTENTE de Eſpaña à Roma, donde fuè dos vezes Vicario General de la Compañia. Mueve ſu exemplo, y ſu eloquencia la Corte Romana. Es conſultado, y favorecido del Pontifice Pio Quarto. Alienta mucho ſu trato el eſpiritu ardiente de San Carlos Borromeo. Buſcanle otros Cardenales, y Principes por Maeſtro, y dechado.

§. I.

TEnemos yà al Heroe mas victorioſo en el Theatro mas expectable de el Mundo, arrojado de la embidia, y de otros monſtruos como ella, al anfiteatro de Roma, cerco donde ſe vieron rendidos à ſus plantas, y poſtrada rebeldemente la emulacion le besò el piè. Pues poco deſpues que llegò à Roma le eſcrivieron de Eſpaña, que avia calmado aquella infame tormenta fraguada en los ſoplos repetidos de la embidia: que yà la calumnia iba deshaziendo el nublado en alabanza, y el que ſubiò vapor groſſero, baxava en claridad, y en fama, cuyo Cielo, deſpues de la tempeſtad negra, y de la lluvia, quedava mas hermoſo. Ningunos colores, ni aun los hyperboles, baſtan à expreſſar la admiracion, y la mudanza, que ocaſionò ſu exemplo en Roma. El Pontifice le hazia venir frequentemente à ſu Palacio, para conſultar con aquella prudente Cabeza, bañada en luz Soberana,

rana, las empreſſas mas arduas en el govierno de la Igleſia: ſingularmente las que tocavan à reformar, y eſtablecer en el Mundo las importantes leyes del Santo Concilio de Trento, à cuya aſsiſtencia le tenia deſtinado; mas aora aviendole tratado mas de cerca, ſe le hazia duro apartar de ſu lado, y de ſu conſuelo tan prudente, y tan iluſtrado Conſejero; y aunque nunca ſe reſolvia à dexar de embiarle al Concilio, lo iba dilatando poco à poco, empezando el guſto en arrojar de sì un alivio: reſoluciones tardas, que quiere executar el dictamen contra la inclinacion, en que andan los afectos engañando à los diſcurſos.

Entrava por la Italia Borja, quando paſſava los Alpes, abrigando el zelo dentro de ſu eſpiritu, el grande Diego Laynez, de orden de Pio Quarto con el Cardenal Hypolito de Eſt, embiados al Rey Carlos Nono de Francia, y à la Reyna Madre Cathalina, à quienes profetizò Laynez en voz que empezò clara, y acabò ronca con el mucho llanto, que la deſtemplava las calamidades de aquella triſte Monarquia, ſino cortava ala à la deſdicha con la eſpada, y no arrancava lentamente la otra con la prudencia. Avia ſeñalado al Padre Salmeròn Vicario ſuyo en Roma, y al Padre Franciſco Aſsiſtente de las Provincias de Eſpaña; pero ſiendo forzoſo, que el Sabio Alonſo Salmeròn partieſſe à ſer nuevo eſplendor del Sagrado Concilio, quedò nombrado Franciſco de Borja Vicario General de la Compañia, mientras Laynez bolviò à ſer Oraculo à Trento, y mientras viſitò los Colegios de Italia à la buelta. Rindiòſe con agudo ſentimiento de ſu humilde eſpiritu, que meditava retirarſe deſpues de algunos dias à Loreto, para vivir enterrado en un olvido, que mirava como Santuario el mas devoto. Pero Dios avia deſtinado à Franciſco para que reſpiraſſe luz en el mas publico Theatro à los ojos mas perſpicaces de la que es cabeza del Mundo; y que aora los abria mas con la exclamacion, al vèr tan admirable exemplo. Empezò luego aquella Quareſma à predicar en Santiago de los Eſpañoles dos vezes cada ſemana, concurriendo no ſolamente los Corteſanos, que deſde Eſpaña avian paſſado à merecer los influxos benignos de la Santa Silla, ſino mucho numero de Purpuras, Embaxadores, y Togas, atraìdos primero de ſu fama, luego de ſu exemplo, y movidos deſpues de ſu eſpiritu fogoſo, que dexava en el corazon el deſengaño, y en los oìdos el eco. Concurria

Año de 1561. 1721 230.

Año de 1562.

tambien el Vulgo mas ignorante del Idioma, por vèr en el Pulpito un Principe Santo; ſucediendo en los montes de Roma, lo que en los de Cantabria. Iban à buſcarle continuamente almas, dependencias, y carrozas, comunicando ſus eſcrupulos, y ſus dudas, y fiando de tan dieſtro Piloto ſus eſperanzas, y ſus velas.

Apenas le dexavan tiempo, ni camino deſembarazado à viſitar las Igleſias, y Eſtaciones Sagradas, para ateſorar las riquezas de tantas minas, tropezando à cada paſſo un eſcollo, ò una remora ſu zelo. Los Cardenales, que mas devotamente frequentavan ſu trato, y ſe dexavan manejar de ſu govierno, eran Truchſes de Auguſta, Othon, Juan Aldobrandino, Staniſlao Hoſio, Alexandro Crebelli, Guillermo Sirleto, Gabriel Paleoto, Antonio Carrafa, Cervantes de Tarragona; y generalmente depone el Padre Santander, que era ſingular la reverencia con que le atendian, y tratavan las Purpuras en Roma. Pero entre todas ſobreſalia mas encendida en amor, y confianza la del Cardenal Don Bartholomè de la Cueva, hermano del Duque de Alburquerque, quien dezia, que ſe hallava con notable deſconſuelo, y con el eſpiritu frio el dia que no huvieſſe ſaludado al Padre Franciſco; y deſeava, que ſe entendieſſe en Roma el cariño, y la veneracion que le profeſſava. Rindiòſe à la cama eſte grande Cardenal herido de un accidente, mas prolixo, que agudo, pero que al fin vino à derribar aquella Columna ſobre que ſe ſoſtenia la prudencia. Eſtava lo mas del tiempo con el doliente el amado Borja, y crecia con la anſia la calentura, ſiempre que eſte alivio ſe le dilatava por algun caſo. Aconſejòle el Santo, que dexaſſe ſus bienes à los Hoſpitales de los incurables, haziendo herederos ſuyos aquellos infelices, y dando à Roma eſte exemplo de piedad en la muerte, el que avia dado tantos de valor, y de prudencia Chriſtiana en la vida. Quando ſe fuè agravando el mal le rogò, que no ſalieſſe de ſu caſa, ni ſe apartaſſe un punto de doliente tan neceſsitado de aquel ſocorro, porque à ſu aſsiſtencia eſtava vinculado ſu ultimo conſuelo. Executòlo aſsi el Padre Franciſco como zeloſo, y fiel amigo: y poco antes de morir embuelto en lagrimas de ſerenidad, incorporado en ſu lecho, y bañado en alegria ſu eſpiritu, dezia: *Yo debo tanto à la hermoſa providencia, que ſolo por la ſalud eterna deſta alma, trazò la venida de Franciſco à Roma; y ha de*

paſ-

paſſar mas allà de la muerte fixo en mi eſpiritu eſte conſuelo de verme morir en brazos de un Santo, y que mi poſtrer aliento ſale unido à la reſpiracion del ſuyo.

§. II.

NO fuè menos eſtrecho el lazo, que atò ſu corazon amoroſo con el de Fray Miguèl Ghislero, entonces Cardenal Alexandrino, que deſpues iluſtrò la tierra, y la Igleſia, hijo de una Eſtrella bien fecunda; pero eſta liga ſagrada, que de ambos corazones hizo el amor de Chriſto, tiene mas adelante lugar reverente mas proprio. Igual fuè la correſpondencia ſanta con el Cardenal Alexandro Farneſio (Caſa inmortalmente unida à la de Borja) inſigne Protector de la Compañia. La intimidad, que tuvo en eſte tiempo con San Carlos Borromeo, llegò à ſer el ñudo mas apretado, y menos ciego. Deſpues que el Santiſsimo Cardenal recibiò el Orden Sacro año de ſeſenta y tres, y celebrò ſu primera Miſſa con ſolemnidad armonioſa, quiſo dezir la ſegunda en nueſtra Caſa Profeſſa en el miſmo Altar, y Capilla donde celebrava el Santo Franciſco de Borja, y donde la avia dicho San Ignacio, mirando con eſpecial veneracion, y conſuelo aquel ſitio, y para lograr eſte fin con mas diſpoſicion, y ternura, dormiò la noche antes en la Caſa Profeſſa, donde Borja eſtava: y aquella Ara devota es oy atendida con ſingular reverencia, por averla conſagrado tres iluſtres Santos en ſus mas altos Sacrificios, y Altar privilegiado en la devocion, y en el reſpeto. Diòle deſpues los Exercicios de San Ignacio, de donde el Divino Borromeo ſacò aquellos deſeos abraſados, y aquellas reſoluciones ſublimes, que practicadas deſpues en ſu Vida, fueron aſſombro en la Italia, y lo ſon aora de toda la Igleſia. Empezando deſde entonces à limar con nueva perfeccion ſus coſtumbres, ſiendo ellas tan exemplares, que pudieran ſervir de vida muy reformada à la que antes huvieſſe ſido licencioſa: que las primeras rudas tablas de Apeles, miradas deſpues con deſvio, deſdeñandoſe de reconocerlas la fantaſia del dueño, fueran la ultima valentia hazañoſa de otro pincel menos animoſo, y menos cultos.

Llegò à Roma por eſte tiempo aquel famoſo Cavallero, y no menos iluſtre Soldado Don Alvaro de Jande, deſpues de aver forcejado, y roto à la eſclavitud mas dura ſu obſtinada cadena en Conſtantinopla, arraſtrando dos años con el hierro de la priſion ſu libertad perdida en la funeſta expedicion de Gelves el año de ſeſenta. Repreſentò al Santo Borja las tragedias, y aun las ruinas, que padecian en aquella barbara opreſion tantas Almas Catholicas, no ſolo de los Cautivos, ſino tambien de los naturales Griegos, no pudiendo eſcucharſe ſin inſufrible ternura, aunque el corazon de Borja no fueſſe tan de cera. Dixo lo mucho, que importaria à Dios, y à ſu gloria, que fueſſen algunos Miſsioneros de la Compañia, disfrazados en Mercaderes de Venecia, ò bien con el pretexto de reſcatar infelices Cautivos, ò con otros artificios, que ſabria diſcurrir la caridad ingenioſa, para entrar en aquella Corte ſobervia. Ofreciòſe luego el Santo à promover expedicion tan ardua, y no hallò ſoſsiego haſta conducir la empreſſa por el rumbo de la eſperanza; pues aunque no ſe pudo por entonces facilitar la entrada, quedò tambien diſpueſta, y tan llana la ſenda, que entrò la felicidad con huella oſſada à enjugar las lagrimas à la deſdicha, y à libertar innumerables Almas de mas laſtimoſa cadena. Siendo el zelo ſagrado de Franciſco aquel inſtrumento de fuego arrojado, que no rebienta haſta la ocaſion del eſtrago, porque ſu prudencia media proporcionadamente haſta por el viento la diſtancia.

En el oficio de Vicario General diò tan iluſtres exemplos à ſus Subditos, que ardian todos bañados, ò heridos del eſplendor de ſus rayos. Viſitò dentro de Roma los Colegios, alentando à cada individuo con particulares expreſsiones de amor à vencer la cumbre mas alta al monte de la perfeccion Religioſa, à no degenerar de Hijos del grande Ignacio, y à no manchar con algun borron feo el campo mas hermoſo, y el credito que les dava la fama en el mundo; à que vieſſe Roma, y la tierra, que eſte Eſquadron de Soldados no permitia cobardes en ſus Vanderas, ſino que conducia tropas de Leones por ambas alas. Que ſiendo nueva eſta Compañia, debian ſer Veteranos en el valor, en el zelo, y en la prudencia los que militavan en ſus Eſtandartes, llenos haſta entonces de gloria. Hazia muchas Platicas fervoroſas, y encendidos los Subditos en ſu voz, y en ſu exemplo activo, dieron la mayor llamarada por el univerſo. Apenas avia enfermo de peligro, que no voceaſſe ronco, por tener vecino à ſu cama algun Jeſuita, en cuya direccion afianzava ſu eſperanza el puerto.

Pre-

Predicavan por las Plazas, y por las Igleſias el Evangelio con tanto fervor de eſpiritu, que reſonava en gemidos dulces la Corte de Roma; eran tan frequentes eſtos Sermones, que el Vicario del Papa, hablando à caſo deſta materia, deſeò averiguar quantos Jeſuitas predicaſſen aquel dia; y hallò, que eſtavan quince exortando ardientemente al Pueblo por varios ſitios de Roma, ſolo que ſe deſtinguian mal las vozes de los Oradores con los gemidos de los oyentes. Era eſte ardiente zelo tan admirado, què bolviendo un Cavallero deſde Roma à ſu Patria, preguntado de ſus Amigos, què Milagros, ò què Grandezas avia viſto en Roma mas dignos de la curioſidad, y de la admiracion? Reſpondiò: *Vì à la Compañia de Jesvs.* Lo que mas ponderava el Santo Cardenal Borromeo era, vèr tanta diverſidad de Naciones unidas en la Compañia, como ſino huvieſſen tenido otra cuna; quando en Roma ſe percibe mas ſenſiblemente eſta diferencia, y lo que obran allà en las almas los diverſos climas, Provincias, y cunas, queriendo parecer Nacionales haſta las piedras. Iban muchos à la Corte Romana, no tanto à reconocer ſus antiguas grandezas, ò memorables ruìnas, quanto à vèr à San Franciſco de Borja, de quien gritava tanto Elogio la fama; como antiguamente concurrian de los fines de Eſpaña, y de las Galias à reconocer en Livio, Principe de la Hiſtoria, vivo el mas ſuave nectar de la eloquencia, que en dos Rios de leche corria por ſu lengua, y por ſu pluma.

Año de 1563.

§. III.

Año de 1564.

BOlviò el Padre Laynez triunfante à Roma, deſpues de aver ſellado dichoſamente el Concilio, y cerrado con bronces la Puerta de la Igleſia à tanto monſtruo. Hizo ſegunda vez al P. Franciſco Aſsiſtente de las Provincias de Eſpaña, entrando tambien la de Portugal; y diſpuſo, que los quatro Aſsiſtentes fueſſen juntamente Prepoſitos, y Superintendentes de algunos Colegios, ò dentro de Roma, ò de los mas vezinos, zelando deſde aquella Corte ſus argumentos. Tocando al Santo Borja la Superintendencia del Colegio de Tiboli, Amerino, y Fraſcati, entonces fabrica, y deſpues ruìna, porque ſe ſoſtenia en la reſpiracion del Santo, y en ſu providencia, mas que ſobre otra columna: deſte modo diſpuſo la ſabiduria mas alta, que paſſaſſe Borja por todas las ocupaciones de govierno, que tiene la Compañia, para que llegaſſe al ſupremo mando della, acompañado de la experiencia: baſa, ſobre que coloca ſus aciertos la prudencia, y nincho proprio de ſu Eſtatua. Entrado yà el año de ſeſenta y cinco muriò el claro Diego Laynez, Aſtro el mas benigno, cuyo aſpecto influìa Sol en el Concilio, exemplo, y alma en la Compañia, y admiraciones en Roma, de cuyos elogios eſtàn ſembrados muchos eſcritos; y no es el menor argumento de ſu portentoſa fama, y cabeza, averla tenido el Sacro Conſiſtorio por acreedora de la Tiàra, quando no ſe deſcollava en la altura, ſino què vivia eſcondido en la humildad de una cabaña nueva veſtido de pobre ropa. De cuya ſabiduria infuſa hallamos un elogio caſi divino en la boca de el mas ſabio, qual fuè Fr. Domingo Soto, que le avia eſcuchado con aſſombro en Trento; porque preguntado mucho deſpues del Sabio Padre Valdivia, què concepto huvieſſe formado de la ſabiduria de Laynez, quando le oyò repetidamente en el Concilio, reſpondiò lo que baſtava à honrar, y aun à deſvanecer à un Querubin; pues no dudò afirmar de sì, que ſeria deſpeñado en la ruìna de ſobervio ſu entendimiento, ſi ſe reconocieſſe tan ſabiamente iluſtrado: *Si mihi illa ſapientiæ excellentia, quam in Layne veneratus ſum, ſorte obtigiſſet, vereri equidem poſſem in illam ſuperbiam incidere, quæ ruinam animæ certo paraſſet.* Reſpueſta, que depone aver oìdo del miſmo que hizo la pregunta, el Doctiſsimo Gabriel de Henao, cuya erudicion puede quitar la vanidad al mas preſumido. Fuè regalado el humilde eſpiritu del ſabio Laynez poco antes de morir con aquel favor, que deſpues de averſe concedido à muchos relevantes Varones, ſiempre es muy eſpecial, de que ſupieſſe el dia, y hora de ſu partida à la Eternidad, como eſcrive el miſmo Santo Borja al Padre Salmeròn en una Carta llena de ternura, deſtilando ſu pluma lagrimas entre la tinta.

Año de 1565.

Imitò Laynez el exemplo de ſu Capitan Ignacio, piſando ſobre ſu huella divina con piè ſeguro, no queriendo nombrar en ſu muerte Vicario; pero mandò, que preſidieſſe à los Profeſſos de Roma, que avian de hazer eleccion el ſiguiente dia, el Padre Borja; y por aclamacion ſaliò nombrado à deſpecho ſuyo, no ſe atreviendo, ni aun ligeramente la competen-

cia,

cia, ò la duda. Deſeò el Santo, que el Padre Araòz proſiguieſſe en el oficio de Comiſſario General; pero ſe opuſieron los Aſsiſtentes, repreſentando aver eſpirado aquel nombramiento con el General difunto, que le avia elegido al ſalir de Eſpaña el Padre Franciſco. El qual anhelava anſioſamente por ſacudir del ombro quanto antes aquel inſufrible peſo, que para ſubſtituìr à dos Gigantes le parecia flaco; por eſſo eſcriviò al otro dia à las Provincias todas, convocando para la Congregacion General, à cuyo feliz principio deſtinava el dia dos de Julio del miſmo año. Pareciale, que tardavan mas los dias, y que eran prolixas las horas, haſta verſe ſin aquel embarazo ſobre la cerviz de el ſufrimiento; pero mientras ſolicitava ſacudir eſte yugo, trazava la ſantidad de Pio Quarto imponerle otro mas peſado; por mas luſtroſo, en el Sacro Capèlo. Y fuè meneſter, que el Santo fueſſe à bañar el piè à ſu Beatitud con dos arroyos de ſentimiento, en ademàn de reo, que humillado ante la benignidad ſuprema deſea merecer perdon de alguna enorme culpa. Con eſtos ojos miran ſu exaltacion los Santos, deſcubriendo con mas clara luz los rieſgos, y los eſcollos, quanto los tiene el llanto mas turbados, y aun mas ciegos. Y con eſta hazaña pondrèmos fin al Libro quarto de ſu Vida; y aora ſe verà arder mas pura, y mas luminoſa ſu llama, quanto ſe acercava mas à ſu ceniza, pudiendo ſer cada reſpiracion amoroſa ultimo gemido de la luz abraſada.

Año de 1565.

***

LIBRO

LIBRO QUINTO. DE LA HEROYCA VIDA, VIRTUDES, Y MILAGROS DEL GRANDE SAN FRANCISCO DE BORJA,

ANTES DUQUE QUARTO DE GANDIA, Y DESPUES Tercero General de la Compañia de JESUS.

ACIERTOS DE SU PRUDENCIA, ZELO, Y BLANDURA en el Govierno general de la Compañia. Lo que creciò ſobre ſus ombros Gigantes eſta celeſte maquina. Su Muerte, ſu Fama, y ſu Gloria.

CAPITULO PRIMERO.

AVISA MUCHO ANTES EL CIELO, QUE TENIA deſtinado para General de ſu Compañia al Borja Santo. Su eleccion recibida con gozo del Papa Pio Quarto, con aplauſo de Roma, y de toda la Igleſia. Raros eſfuerzos de ſu humildad, y de ſu ingenio, para rehuir la cerviz à eſte Yugo.

§. I.

TENIA deſtinado à Borja la Providencia, no ſolo para culto jardinero deſta novèl florida Planta, ſino tambien para nube fecunda, que llovieſſe fertilidad en ſus hojas azechadas venenoſamente de la embidia. Deleytavaſe tanto en que huvieſſe de governar Borja la Compañia, que manifeſtò varias vezes anticipadamente ſus complacencias à muchas Almas. Deſcubriò primero eſte ſecreto à Ignacio como à mas intereſſado en la felicidad deſte ſuceſſo: repitiòle eſte conſuelo profetico en ocaſion lloroſa de la muerte de Fabro, quando ſuſpirava Ignacio derribada una de las diez Columnas, de eſte admirado Edificio, donde el marmol apurò ſu firmeza, y ſu ingenio la Arquitectura. Tampoco tuvo callado Dios eſte Decreto al miſmo

Fran-

Franciſco, aviendoſele declarado en Gandìa, como el Santo dixo à ſu Confeſſor en Roma. Revelòſele tambien à Fr. Juan de Texeda, nueva alma de el eſpiritu de Borja; y todas eſtas vozes ſe eſcucharon con reſpeto en ſus proprios lugares. Pero quiſo dàr otra voz mas aun, por medio de ſu eſclarecido anteceſſor el Padre Laynez, cuyos ojos fueron Ciſnes profeticos poco antes de cerrarſe para morir: cercavan ſu lecho los mas iluſtres Hijos de la Compañia, que ſe hallavan en Roma, y entre ellos Franciſco, doliente el pecho de vèr al Sol de la Europa voqueando; expreſsòle los ſacrificios que ſe avian ofrecido à Dios por ſu vida, que oyò Laynez con mas agradecimiento, que guſto, porque podian ſer remora de el bien que deſeava, y aſsi reſpondiò: *Tantum nollem pro mea ſalute; ab eis enim hic retineor.* Dixo luego con voz fatigada à ſus Hijos, que encomendava la Compañia en brazos de ſu zelo, y prudencia; fixò entonces aquella Aguila los ojos caſi eclypſados en el ſemblante de Borja, con igual ternura, que perſpicacia; bolviendo à eſte fin dulcemente la cabeza, y la viſta, como que ſignificava en amoroſo ademàn del roſtro, que aquel era el ſuceſſor en ſu govierno, à cuyo eſpecial cuydado entregava el Leño, no hallandoſe preſente alguno, que no leyeſſe en aquel ademàn myſterioſo eſte preſagio, como afirma Ribadeneyra, y el Padre Andrès Scoto; y eſcriviendo el miſmo Santo à Salmeròn eſte ſuceſſo, dize, que no puede apartar de la memoria aquella placida viſta, con que le avia flechado el Alma, quando eſtava deſpidiendoſe de el cuerpo la ſuya: de ſuerte, que la poſtrera llamarada de aquel Aſtro moribundo huvo de ſer una profecia.

Baſtavan tan repetidas expreſsiones de eſte ſecreto à que no viviеſſe reſervado en el pecho Divino; mas parece, que reboſava el agrado, con que mirava Dios eſte govierno, y aſsi bolviò à ſonar nuevamente en ſu labio con mas perceptible grito. Eſtava en la Compañia el Padre Doctor Pedro de Saavedra, à quien avia recibido el Santo Borja: deſpues que difunta ſu Muger en la mas floreciente edad, deſeoſo de hallar el guſto de Dios en la Religion, que huvieſſe de elegir, ſe fuè confiadamente al Sepulcro de San Diego, y poſtrado en reverente gemido, oyò moverſe dentro de la Urna el Cadaver Sagrado, del que fuè Oraculo quando vivo, y aora difunto no ſabia emmudecer las reſpueſtas, ni negar ſu voz à las lagrimas: entre el ſonido apacible de aquel ſubito terremoto, eſcuchò diſtintamente eſte precepto: *Nueſtro Señor ſe ſervirà mas de que entreis en la Compañia de Jesvs.* Hallòſe turbado con tan no eſperado trueno, que le traìa la ſerenidad embuelta en eſpanto; oponianſe en ſu fantaſia montes inſuperables à la execucion deſta maxima; bolviò à ſer combatido de olas contrarias, y viò renacèr la tormenta de la miſma bonanza; quando ſe le expuſo à la viſta un rio profundo, y en el medio un Gigante oſſado, que iba contraſtando ſus olas animoſamente, fixando un baculo en la arena, y rebuelta la cabeza para fixar mas firmes los ojos en un hermoſo Niño que llevava al ombro. Entendiò, que las olas, y las dudas ſe rompian intrepidamente, poniendo en JESUS la viſta, y eſtrivando en la Cruz Sagrada.

Con el favor deſta reſpueſta ſe fuè à ſu Caſa bañado en alegria: tenia tres Hijas en edad muy tierna, tres nidos hermoſos de la inocencia, y las preguntò como por divertimiento, jugando yà con las ondas deſde la Playa, ſi ſeria Religioſo Franciſco, (que avia ſido el otro extremo àzia donde fluctuava con la duda), ò de la Compañia? Y ſiendo aſsi, que tenian dos Tios ſabios en la Orden Serafica, à quienes hablavan cada dia con aquella confianza, que dava el trato intimo, y el parenteſco, y que con eſta ocaſion avian cobrado tierno amor à la Religion de el Serafin, frequentando muchos Hijos deſta Familia la Caſa de el Doctor Saavedra; y aun teniendo aquellos corazones inocentes alguna averſion à los Jeſuitas, aviendolos tratado ſolo lo que baſtava à cobrarlos miedo; todos ſeparadamente convinieron en el dictamen inſpirado, de que le queria Jeſuita el Cielo; haſta la que tenia poco mas de tres años, razonò con energia milagroſa ſobre eſte punto; ſegundo delicado inſtrumento, por donde expreſſava Dios ſu beneplacito. El viò diverſas vezes en la Capilla de San Diego, que al levantar la Hoſtia, ſalia del Sepulcro, y adorava à ſu Auguſto Dueño profundamente inclinado aquel eſpiritu, que animava el Cadaver para tan reverente obſequio. Deſpues que eſtuvo en la Compañia, padeciò extaſis continuados, y Divinos: ſus Profecias abrieron à los tiempos venideros ſus Archivos, y le robaron los ſecretos mas reſervados. Su Cadaver ſe hallò deſpues de diez años incorrupto,

rupto, expreſſada la integridad que guardò ſu eſpiritu en la milagroſa entereza de aquel difunto cuerpo, cuya reſpiracion oloroſa, al abrir la Urna, ſolo pudo compararſe à la de ſu fama; que quedò embalſamada en la memoria.

Año de 1565.

Eſtava, pues, el Padre Saavedra arrebatado un dia ſobre ſu razon miſma, y mas allà de sí el alma, rogando por la Compañia entonces huerfana, y pidiendo à Dios el acierto en la eleccion de General, que eſtava vecina; quando ſe le ofreciò ſubitamente à la viſta el Santo Borja con caracter de Prepoſito General de la Compañia, que no teniendo particular inſignia, no le dexò con todo eſſo lugar alguno à la duda, por mas que intentò formarla, porque ſe le deſcubria eſta verdad con una luz tan clara, y myſterioſa, que anegaba en reſplandor toda la natural de la razon, y cauſaba aquella ſeguridad, que ſuele ſer mina oculta de tan Divino Sol. Tomò luego la pluma, y deſde Eſpaña, adonde avia buelto de Roma, eſcriviò al Santo inſinuando lo meſmo, que en ſu preſencia avia ſucedido; raro prodigio! Poder referir como novedad el ſuceſſo al que avia ſido noble atento teſtigo! Dezia en la carta, que aunque la eſcrivia, quando aun no era General de la Compañia, tenia certeza, de que al llegar à ſu mano, yà le hallaria conſtituìdo digna Cabeza ſuya. Que daba à la Compañia toda, el parabien, porque tampoco ignoraba, que avia de ſer para mucha gloria de Dios, y utilidad incomparable de ella. Daba fin à la carta rogando à Borja, que quiſieſſe atender à ſus vivos deſeos, y à la amiſtad antigua, para concederle aora licencia, de emplear los pocos años que le faltaſſen de vida, *en apoſtolizar*, dize, *con Miſſiones los Pueblos*, *confeſſando à los Pobres*, *y ſuſtentandome entre los Mendigos.* Todas eſtas vozes ſonoras, que avian dado las Eſtrellas, ſervian al Santo de algun alivio al mantener aquel intolerable peſo, pues conocia, que guſtaba Dios de verle oprimido, y gimiendo, tarda la reſpiracion, ò quebrada en ſu deſaliento, pero hallaba mas vigoroſo eſpiritu en ſu miſmo deſmayo.

§. II.

Año de 1565.

EL dia primero de Julio, viſpera del mas dichoſo, que la Compañia viò en aquel ſiglo, concurrieron juntos los Provinciales, y demàs Electores de las Provincias de Europa en la Corte Romana, no pudiendo llegar los de el Braſil, ni de la India Oriental, porque la ſuma diſtancia hizo que no llegaſſe à tiempo aun la eſperanza de ſu venida; faltaron tambien de la Provincia de Andalucia, y de la inferior Germania, porque los acaſos de el camino impidieron el paſſo, y hurtaron la oportunidad al tiempo. Deſeaban elegir Perſona, que pudieſſe ocupar todo el nincho, que Ignacio, y Laynez dexaron à ſu fama: ardua empreſſa para los que ſabian, que el primero avia ſido el dechado de la ſantidad mas elevada, y la oficina myſterioſa de la prudencia; el ſegundo, alma de la ſabiduria, eſpiritu de blandura, y eſpejo de la vida: Ambos Heroes de la Igleſia, el uno baſa de nueve Columnas, ſobre que eſtriba todo eſte edificio, no ſolo de orden Jonico, ſino de el mas ſublime, mas proporcionado, y mageſtuoſo, que llamaron orden compueſto; el otro columna, y juntamente pyramide la mas hermoſa. Todos, conforme iban llegando à Roma, iban mirando cuydadoſamente àzia el Borja iluſtre, aſſomandole à los ojos los deſeos, y ſeñalando mudamente con la viſta la cabeza, que meditaba el alma: porque la fama de ſu raro exemplo: la Grandeza, que avia hollado con noble deſprecio: la experiencia acreditada en tanto govierno politico, militar, y religioſo: Los aciertos en el poco tiempo, que avia ſido Vicario: la acceptacion en el agrado de el Papa, de tanta Purpura, de aquella Corte toda, y del Univerſo: la ſencillèz apacible de ſu trato; ſuave hechizo, que ſoborna al bronce ſus eſtatuas, y ſupo atraer rocas: y la humildad de aquel eſpiritu manſamente diſcreto, avian robado el dictamen de cada voto, y en muchos era lo miſmo llegar deſpues de tan largo viage à reconocer las margenes de el Tibre, à piſar los umbrales del Colegio, y ſaludar rendidos à ſu Vicario, que quedar cautivo de la Mageſtad de Borja aquel voto, y priſionero de la razon aquel alvedrio, que antes andava fluctuando para arribar al acierto. Hemos de confeſſar, que ſobre aquella virtud relevante, que le iluſtraba, ſobre el eſmalte de ſu Grandeza, que reverbera en la miſma humildad, que la deſeſtima: ſobre aquellas inſulas iluſtres, que honran las operaciones, y cercan de reſplandor la ſantidad; el conjunto de prendas naturales, y adquiridas, talen-

Dd tos,

tos, y experiencias, y aquel todo divino, que ſe enquentra tan dificilmente en un ſugeto, ſe hallaba en Borja ſolo ambicioſamente recogido: y que ſu corazon, y ſu cabeza eran las dos mas precioſas alhajas de la Europa.

Obſervò Franciſco rezeloſo, que era nimiamente atendido de los Padres foraſteros: que aquel eſplendor antiguo, aunque aora tan apagado, deslumbraba ſus ojos, porque medroſa ſu humildad de qualquiera honor, hazia ſuſpicaces los penſamientos, y movia tremulas hojas en ſuſtos repentinos; eſtuvo batallando con el rezelo, y conſigo algun tiempo: acordavaſe de los preſagios, que avia tenido de el Cielo, y ſe los borraba aora el deſeo, de que los huvieſſe eſcrito en la fantaſia el engaño, ò que tuvieſſen ſignificacion ſin ſuſto. Hizo una exortacion animoſa el dia veinte y ocho de Junio, à que deſnudaſſen los dictamenes de paſsion, que ateza delicadamente el entendimiento, y le haze juzgar por la voluntad: à que ſe fixaſſe la viſta con el alma toda en la mayor gloria de Dios: à que ſe encaminaſſe la eleccion al mas digno, qual ſaeta dirigida de mano firme àzia el blanco. Deſpues al dia treinta agitado nuevamente de la humildad ſiempre temeroſa de el eſcrupulo, y de la duda, fuè à buſcar conſejo, y alivio en dos almas, que miraba con ſingular cariño, y à qualquiera de ellas abriria ſu pecho afligido, y confiado: eran eſtos el Padre Salmeròn, y el Padre Pedro de Ribadeneyra, derramó ſencillamente ſu corazon, y ſu pena con pocas vozes dictadas de el ahogo, y agenas de todo artificio. Yo me hallo, les dixo, con un miedo, que por ventura tiene mas de ſoſpecha, ò de ſombra que me anocheçe la fantaſia, que no de realidad, ò razon, hija de la prudencia: porque no acabo de perſuadirme, à que hombres de zelo, y de algun juìzio puedan poner los ojos en Franciſco de Borja para Cabeza en la Compañia; y ſolo de quien eſtuvieſſe ciego ſe pudiera temer tan deſalumbrado, y tan infame rumbo, pues pongo à Dios por teſtigo, que deſpues de averme bien examinado, me hallo tan inhabil para eſte peſo, y tan indigno del caracter de eſſe oficio, aſsi por faltarme el vigor de el cuerpo, como mucho mas por las enfermedades continuas de mi eſpiritu, que podria quedar dudoſo, ſi eleccion tal era mas capàz de riſa, ò de llanto, y deſprecio.

Año de 1565.

Por eſſo dixe, que eſta inquietud no tiene origen de la razon: pero en dominando la melancolia ſobre el alma, aun los impoſsibles tienen apariencia, y ſe teme el naufragio en la mas ſoſſegada orilla. Dos coſas ſolo dàn algun prudente aviſo à mi rezelo; la una, que los Padres de eſſas Provincias Septentrionales, que no me han conocido, y han eſcuchado el ruìdoſo titulo de no sè què nombre vano, que dexè en el Mundo, ſe muevan de aquel ſonido hueco, hallandome yà Vicario: como ſi el aver ſido Duque infundieſſe virtud, ni cabeza para governar con acierto la Compañia; quando la ſombra de aquel reſplandor paſſado es confuſion aora, porque me recuerda la inſolencia de una vida eſcandaloſa. La otra es un temor juſto, de que Dios, en caſtigo de mis pecados, permita que ſe cieguen tantos entendimientos advertidos, y ſe les entre el engaño por la piedad, y por la ſencillèz del oìdo, adonde ſuena à merito un nombre pompoſo, que bien conſiderado le atiende con riſa el dictamen deſde el juizio. En eſta duda mia deſeo merecer una reſpueſta ingenua, debida à la cauſa publica, y à mi confianza amoroſa: ſi ſerà acertado irme echando à los pies de todos uno à uno, y repreſentarles vivamente eſta verdad, que yo con tanta certeza conozco, y el irreparable daño, que ſe ſiguiria à todo eſte noble cuerpo, y el deſcredito à la Compañia, de que huvieſſe errado deliberadamente en una materia, que es la ſuma: pues las elecciones indignas ſon deshonra de los Electores, y argumento de que, ò ſu razon ſe hallò falta de luz, ò que ſe la apagò torpemente la paſſion. O ſi ſerà mas prudente conſejo diſsimular callado, por no excitar el penſamiento, que quizà eſtà dormido! Ni dàr à entender que ay miedo, ò eſperanza de que ſe haga una elecion indigna, pues ofende ſu prudencia ſolo con imaginarla poſsible!

Eſcuchaban aquellos dos ſabios entendimientos eſtos diſcurſos, y rezelos con laſtima de verle fluctuar entre baybènes furioſos, y con el conſuelo de aver de dàr à la Compañia tan prudente cabeza, aunque fueſſe à coſta de intolerable confuſion ſuya. Reſpondieronle, que tan grave materia pedia conſideracion madura, que les dieſſe tiempo para meditarla, y merecer à Dios la reſpueſta. A la mañana acordaron los dos ſecretamente lo que debian reſponder:

y le dixeron (hablando cada uno ſin el otro) que lo que mas convenia era un inviolable ſilencio en eſte punto; que el anticiparſe con la prevencion meditada, ſeria dàr un perniciofo exemplo à la Compañia, y algun eſcandalo en Roma, pues la miraria la malicia como trato de una ambicion ingenioſa, que uſa artificioſamente de el deſprecio, para recordar ſu razon, y ſu merito, perſuadiendo con la expreſsion de un rezelo ſutil, que aquel es el dictamen mas natural; pues teme que ſe ofrezca à todos para la eleccion. Que ſi ſucedieſſe el mal, que le ocaſionaba tanto ſuſto, podria alegar los motivos, que enflaquecian ſus ombros, que ſu razon, y ſu eloquencia tendria baſtante eficacia, para perſuadir, que le faltaban fuerzas para todo, y aun para vencerſe en eſte punto. Que la Compañia, congregada en tan venerable diſcreta junta, no era cruel, y menos podia ſer tirada con individuo tan reſpetable de ella; y convencida de ſu inhabilidad, aſsi en la falta de ſalud, como en la de eſpiritu, y de prudencia, le aliviaria por ventura, ſiquiera por no fundar eſta maquina ſobre el amago de una ruina, y por no dar al nuevo Cielo, en vez de un Atlante el mas robuſto, una columna de barro, y una fragil movediza caña, que el viento mas ſutil la dobla, un paxaro ſobrepueſto la humilla, qualquiera fuerza le quebranta, enſangrentando la mano, que ſe fiaba en ella.

§. III.

Quedò engañoſamente ſoſſegado con eſta reſpueſta, que curaba ſu temor con hazer impoſsible el remedio, y poco vereſimil el mal. Paſsò acompañado del Padre Salmeròn à beſar el piè à ſu Santidad, y pedirle ſu bendicion, y ſu licencia, para dàr principio el dia ſiguiente à la Congregacion, empezando por la mas dificil, y mas importante, que era elegir un inſigne glorioſo General. Amaneció el dia ſegundo de Julio, en que años antes avia ſido electo Prepoſito General Diego Laynez, dia ſeñalado, con la feſtividad de la Viſitacion, y en que aora la Compañia pudo imitar en las expreſsiones de gozo al Bautiſta Sagrado; y deſpues de aver dicho Miſſa de el Eſpiritu Santo el Padre Franciſco, y comulgado en ella à todos de ſu mano: deſpues de aver eſtado en Oracion una hora con profundo ſilencio, dexando el ruido al apacible terremoto, con que avia de mover ſus almas el Divino Eſpiritu, deſpues de aver dicho con eloquente fuego una exortacion Latina el Padre Benedicto Palmio, para que ſe buſcaſſe ſolo en aquella eleccion el mayor acierto; y deſpues de dezir el Hymno Sagrado, *Veni Creator Spiritus*, ſe paſsò à la eleccion; y en el primer eſcrutinio de treinta y nueve votos, que avian concurrido, ſeñalaban à Borja los treinta y uno: y los ſiete (ademàs de el proprio, que andaba bien lexos de ſu Dueño) ſe derramaron divididos entre varios: algunos, porque temieron le avia de quitar la vida el dolor de vèrſe Cabeza de la Compañia: otros, porque le avian concebido tan amante de la ſoledad, y de la Oracion, que ſe perſuadieron à que tan ſilencioſo, y continuado retiro le pudieſſe embarazar las atenciones publicas de el govierno. Apenas fuè elegido, quando ſin darle tiempo, para que pudieſſe hazer reflexion alguna ſobre ſu deſdicha, ni à que perdieſſe razon en vano, le cogieron arrebatadamente, y lo colocaron en la Silla de San Ignacio, beſavanle reverentes la mano, que era lo miſmo, que adorar una eſtatua, y alagar con el reſpeto à un tronco, pues ni ſentia ſu adoracion, ni aun caſi ſu miſmo mal; porque eſtaba tan atonito, tan confuſo, que en todo eſte tiempo no tuvo mas accion de vivo, que la de el llanto, fatigando con impetuoſas corrientes ſu roſtro: èl quedò mudo, y aquel yelo, que embarga los movimientos en un ſuceſſo tragicamente inopinado, le dexò ſolo vivos los ojos, y algunos colores, que ſe iban mudando ſucceſsivamente, haſta que los robò todos el ſuſto, y dexò en el roſtro un retrato poco parecido à sì miſmo; el cuerpo quedò frio, y caſi difunto, ſin entender, ſino lo que baſtaba, para perder el uſo del entendimiento con el paſmo.

Año de 1565.

Cobròſe algun tanto, y entonces quiſo esforzar el grito, pero yà aquel congreſſo andaba derramado, dando noticia de eſta eleccion dichoſa: quiſo bolver ſu dolor, nunca mas retorico, contra los dos, à quienes avia pedido conſejo, como que ſe hallaba engañado, y aun quexoſo; pero era tentar inutiles remedios en un mal deſeſperado, y embarazar el eſcudo deſpues de eſtàr mortalmente herido; y aſsi exclamò, embiando rendidamente el ſemblante

al Cielo: mucho tiempo ha que deſeo Cruz, pero nunca me avia perſuadido bien, à que ni Dios, ni la Compañia me la huvieſſen de cargar tan peſada con eſta honra: ò què inſufrible agravio eſte, à que debo quedar reconocido antes que quexoſo? Llevaronle luego à beſar el piè al Pontifice Pio Quarto al Convento de Arazeli, y le fuè acompañando todo el ſabio congreſſo que le avia elegido: iba tambien illuſtrando mageſtuoſamente eſta funcion el Embaxador de Portugal; apenas entendiò el Papa la novedad, quando lleno de alegria, y buelto àzia la Congregacion, dixo: *No aveis podido elegir ſugeto mas digno, ni de mas agrado nueſtro, ni de mayor utilidad para la Compañia, y para la Santa Igleſia; y yo con eſta eleccion quedo ſobornado, y tan reconocido, como ſi à mi me huvieſſeis conſagrado el mas particular obſequio.* Mirò entonces al Embaxador de Portugal, y ſeñalando con el dedo, y con el ademàn del roſtro à la Compañia, que eſtaba à ſus pies congregada, y rendida, añadiò: *Buenos Soldados ſon eſtos para toda prueba en ſervicio de la Igleſia, gente eſcogida, exercito bien formado para la conquiſta eſpiritual de el mundo*; y eſtendiendo ſegunda vez amoroſa la viſta ſobre aquella favorecida tropa ſuya, levantò la mano para bendecirla, y luego à Borja, à quien dixo expreſsiones de incomparable benevolencia, ofreciendoſe à proteger la Compañia con todo lo ſagrado de ſu ſombra, à promoverla, y à dilatarla ſobre la tierra abriendo camino por entre la perſecucion, y la embidia: y ſi la muerte no huviera derribado tan preſto de ſus ſienes la Tiara, y ſu cadaver de la Silla, huviera ſido para eſta nueva planta lo que para el jardin la Primavera; porque repitiò deſpues varias vezes, que ſiempre avia amado à la Compañia; pero que aora mirando à Borja conſtituìdo cabeza ſuya, haria que ſe conocieſſe bien en Roma, y en la univerſal Igleſia, que ſu corazon era Jeſuìta, y que el amor primero, que la avia moſtrado, parecieſſe tibio, ſi ſe comparaſſe con el fuego, y beneficencia de eſte ſegundo. Llamaba con mas frequencia à ſu Palacio al Padre Franciſco, y al verle ſolia dezir: no ſe pudo meditar mas perfecta, ni mas digna union, como la de un tal cuerpo, como es la Compañia, à una tal cabeza, qual es Borja. Compueſto hermoſo de que reſultaba una perfecta ſimetria, y proporcion, que en ſemejantes elecciones ſe debe atender mucho: pues unir al cuerpo de un Gigante, la cabeza de un Pigmèo, es, formar de ambos un disforme monſtruo.

§. IV.

FUE raro el aplauſo, que mereciò en Roma eſta eleccion, ſacando elogios inocentes de las bocas de los niños, y de las lenguas de los ſabios, ſonando acordes en la alabanza, la emulacion, la inocencia, y la politica. La multitud confuſa, y atropellada de Carrozas, Purpuras, Embaxadores, y otros Grandes, que frequentaba los parabienes, era tanta, que faltaba el tiempo, y aun la paciencia al humilde Borja, hallandoſe obligado à tolerar el yugo, y à recibir aclamaciones de ſu martyrio. Los de caſa, y otros; que conocian ſu ſentimiento, mas de cerca llegaban prevenidos de razones, que fueſſen algun alivio à ſu corazon laſtimado, olvidando todo lo que podia ſer gratulacion en tamaño deſconſuelo: y à lo menos, mezclaban los motivos de conformidad con las ceremonias de Parabien. No fuè menos celebrada eſta noticia por otros Reynos, y Provincias de la Europa: el Cardenal de Auguſta, que eſtaba en Dilinga, hizo cantar el *Te Deum laudamus* con ſolemnidad de muſica. El Cardenal Oſio le eſcriviò, complaciendoſe en eſta eleccion, como en la mayor felicidad, *no ſolo para la Compañia*, dize en la carta, *ſino para la Chriſtiandad toda*; tan altamente concebida de la ſantidad, y prudencia de Borja, y añade otras clauſulas de ſumo honor, que ſe pueden vèr en la Hiſtoria de la Compañia. Eran tantos los Pliegos, que llegaban haſta de los Paiſes mas eſcondidos, que avia meneſter pulſo de bronce para no rendirſe à la fatiga en la reſpueſta, que à muchos por la elevacion, ò caracter de ſu eſtado huvo de ſer de puño proprio; y mas que recibiò diverſas cartas de Reyes, y otros Principes eſcritas de ſu mano, como teſtifica el Padre Dionyſio, afàn diſsimulado en favor, que le durò todo lo que el aliento. Don Juan de Tapia le eſcriviò deſde Valencia, reboſando con la tinta el gozo de ſu alma, pues empieza: *Alegrenſe todos los mortales en la tierra, y los eſpiritus immortales en el Cielo dèn las gracias, y el parabien à los que tan digna eleccion*

hizieron en el mundo. El Duque de Medina-Celi Don Juan de la Cerda, que llegaba de Virrey de Sicilia, luego que en Madrid recibió eſte aviſo de Roma, partió aceleradamente à nueſtro Colegio, y con el pliego en la mano exclamaba inundado en gozo: *Franciſco Duque Santo General, Franciſco Duque Santo General.* Y ſi ſe hizieſſe reflexion ſobre toda la tierra, ſe hallaria, que de quantos ſupieron eſta noticia, ninguno dexò de celebrarla, ſino el miſmo Santo Borja; y para que ſe regocijen todos en la exaltacion de alguno, es meneſter, que ſe entriſtezca mucho èl miſmo, y que iguale ſu pena à la comun alegria; porque entonces ſe embotan los filos de la emulacion, haziendoſe mas digna de ſer embidiada ſu pena, que no la exaltacion de ſu gloria.

Año de 1558. Al fenecerſe la Congregacion dichoſa, y dividirſe aquel cuerpo ſabio, que antes de tener cabeza propria avia dado, en ſolo el acierto de elegirla, tantos augmentos de prudencia; hizo el nuevo General una Platica ardiente, en que deſpues de exortar al camino ſublime de el Evangelio, y de el Inſtituto de Ignacio, al zelo de las Almas, à la union de los corazones, à que todos concurrieſſen con Oraciones, lagrimas, y penitencias à merecer de el Cielo un eſpecialiſsimo influxo para el nuevo triſte Piloto de Baxèl tan combatido, que ignoraba el arte, y el rumbo, y miraba inevitable eſcollo el eſtàr vezino al clavo; y pidiò con el mas retorico afecto, que al reconocerle, que flaqueaban ſus ombros oprimidos, conſpiraſſen todos en aliviarle de aquel cargo moleſto, haziendo con ſu debil eſpiritu lo que haze el corazon mas ruſtico, y el genio mas villano con un jumentillo, ſi le vè falto de aliento, para conducir mas adelante el peſo. Levantòſe de la ſilla, y poſtrado à los pies de cada uno, ſe los fuè beſando con devoto rendimiento, ſalpicandolos tambien con la ternura de ſu llanto.

En aquellos dias llegò à Roma el aviſo temeroſo, de que Solimàn, con la armada mas ſobervia, ſe avia pueſto ſobre la noble Isla de Malta, deſpues de aver deſpojado à la miſma Cavalleria de San Juan de la Isla de Rodas, y de los mas generoſos eſpiritus de ſus venas; y aora la queria deſalojar de el nuevo mageſtuoſo Palacio, que la avia dado el Emperador Carlos V. Solicitava el Papa Pio Quarto con incanſable zelo, que fueſſen ſocorridos aquellos valeroſos Cavalleros, aìslados de el Mar, y de los enemigos; embiò ſocorro oportuno el Rey Catholico, y mandò ſu Santidad al Padre Franciſco, que ſeñalaſſe Sacerdotes de la Compañia, para alivio, y esfuerzo de ella: obedeciò el Santo General, ſeñalando algunos de los que avian concurrido à la Congregacion, que llevaron grandes Privilegios de la Silla Apoſtolica, cargando los corazones, y los Baxèles de los Theſoros de la Igleſia. Y Borja con ayunos, y lagrimas ſocorria frequentemente à los ſitiados, que quedaron victorioſos, la Isla ſin enemigos, Italia ſin ſuſto, y la Chriſtiandad con aliento, y con gozo; peleando Borja, ſino deſde la Silla con la Eſpada, ni deſde el viento con el amago de el Eſtoque reſplandeciente; deſde Roma, y aun deſde el Cielo, con penitentes ojos, que armados de lagrimas bien templadas, ſon dos batallones ſiempre triunfantes. Celebròſe el triunfo en Roma con aparato agradecido de ſolemnidad, y de muſica. Predicò el nuevo General Borja en la Igleſia de Santiago, refiriendo la victoria deſde el Pulpito con rara facundia, como ſi ſe huvieſſe hallado preſente, y cortado algun ramo de palma en ella; eſtava el Auditorio ennoblecido de Purpuras, Mitras, y Grandezas; hizo gracias al Cielo por eſte feliz ſuceſſo con igual energia antes que eſpiraſſe en ſu boca la eloquencia, reſonando deſde ſu dulce facunda lengua uno de los clarines, que avian encendido à la Batalla.

CAPITULO II.

MAXIMAS SUBLIMES DE PRUdencia, y de eſpiritu en el govierno de la Compañia celebradas de los Principes en toda la Europa, que conſultavan un Oraculo en ſu Cabeza. Docilidad prodigioſa con que doblò ſu genio, torciendo el corazon deſde aquel retiro extatico à mas frequente comercio, acomodando ſu eſpiritu en todo al Inſtituto, al Oficio, y à la Mente iluſtrada de Ignacio.

§. I.

SI yo huvieſſe de ceñir à tan breve tabla todos los aciertos, y maximas religioſas de ſu prudencia en los ſiete años, que manejò la Compañia, avria de formar lineas mas ſutiles, que las de aquel Pintor celebrado en el lienzo de ſu Competidor famoſo, tan del-

gadas, que ſirvió de pincèl un penſamiento: por eſſo avrè de reducirlas todas à un miſmo principio, dibujando aquel arroyo, donde tuvieron alta cuna los milagros ſu prudencia; apoyando ſolo eſta verdad con algunos hechos mas dignos de la memoria, y diſponiendo, que parezca mayor el Gigante, que la tabla. Luego que ſe viò colocado en la obligacion de ſu oficio (altura donde le deſvanecia el miedo de que no podria caer della) derramó la viſta, y la conſideracion mas atenta, los ojos, y los penſamientos, por el eſpacioſo cuerpo de la Compañia en el Mundo: viòle eſtendido por el Orbe todo, glorioſamente afanado en tantos miniſterios heroycos, en unas Provincias florido en Virtudes, Letras, Fabricas, y medios; en otras maltratado de la pobreza, y de la fortuna: en muchas mal ſeguro, porque piſava terreno enemigo con falàz huella ſobre arena movediza, ò ſobre eſcarcha dura; en algunas diſlocado, porque faltando Eſtudios proprios, y Edificios, faltava el orden para la educacion, ſabiduria, y metodo de ſu Inſtituto. Y en todas combatido de la calumnia, y de el Infierno. Informòſe menudamente de el eſtado de cada Provincia, y Colegio; y deſpues de aver contemplado deſde una ſublime Atalaya en lo mas alto de ſu prudencia toda eſta maquina hermoſa, y dilatada, bolviò à recoger la viſta dentro de el Alma ſola, para conſultar maduramente ſobre lo que avia contemplado, y forjar aquellas reſoluciones, que ſon los conductos de los aciertos. Y quedò la Compañia toda boſquexada en ſu idèa mas diſtintamente, que en un ſabio elegante mapa: ſucediendole lo que al que mira deſde una Torre alta un Paìs frondoſo con Rios, Fuentes, Arboles, Jardines, Montes, Valles, ruìnas, y Palacios, bebiendo à un tiempo los bienes, y los males con los ojos, y midiendo con la razon las diſtancias, y proporciones de los objetos, y de los rumbos; que al retirar la viſta, enquentra arboledas, y Paìſes en ſu Alma, poblada de Jardines, y de amenidad la fantaſia.

Bolviòſe luego à Dios, y con porfiados gemidos le rogava, que velaſſe ſobre aquella grey eſparcida en ſu Igleſia, rebaño perſeguido en el Campo, y en la mas humilde Cabaña, adonde afectava la embidia, como pudiera un rayo à la Torre mas ſobervia. Repetia eſta miſma ſuplica cada mañana esforzada con mucho llanto, y penitencia; y pedia, que le concedieſſe el Cayado, el ſilvo, y la onda, y la prudencia del buen Paſtor del Evangelio: Parabola, en que meditava mucho: y exclamò algunas vezes: *Eſtraño, que la Providencia huvieſſe diſpueſto hazer Paſtor à un Lobo*; y otras dezia: O ſi las Venas deſte ruſtico Zagal merecieſſen ſer deſangradas por ſus manſas Ovejas! El ſabìa la dificultad ſuma, que halla la razon en manejar Hombres: mal ganado para conducido aun de el Paſtor mas experto. Tres vezes cada dia ſe retirava à ſitio levantado, y ſubiendo à mayor altura ſu eſpiritu, y ſu brazo, echava la bendicion à la Compañia implorando la Divina Clemencia, que ſe dignaſſe confirmarla deſde el Trono de ſu gloria con las bendiciones de ſu dulzura; veinte y quatro vezes al dia, recogiendo à todos ſus Hijos en ſu pecho, dezia: *Pater ſerva eos in nomine meo.* Bolvia cada mañana los ojos ſobre las tres Caſas, que tenia en Roma la Compañia, (deſpues que ſe fundò el Noviciado à ſolicitud ſuya,) y entregava el Padre la Caſa Profeſſa, à la Sabiduria del Hijo el Colegio, y al amor Divino el Noviciado. Tenia diſtribuìdas las Provincias, y los Provinciales dellas por dias, haſta que por ſu orden daba la buelta girando de unas Ovejas en otras, y no ceſſando ſu Oracion de velar en guarda de ſu Ganado; el dia que tocava à cada una, no ſolo lanzava ſuſpiros continuados por ella, y por el acierto del que la governava, mudando en ſollozos los ſilvos, ſino que ofrecia alguna doloroſa penitencia. Pedia à los Angeles Tutelares de aquella Provincia, quiſieſſen eſtender ſus alas, para hazer en aquel Rebaño pequeñuelo mucha benigna ſombra, y abrigo. Y al fin con repetidas exortaciones, y cartas ſolicitava, que pacieſſe fuego, y bebieſſe lagrimas ſu ganado.

Forjava cada mañana en ſu idèa una viva copia de la ſantidad, y de la prudencia en San Ignacio de Loyola: y otro Retrato de la ſabiduria, y de la blandura en el Padre Laynez, cuyas cenizas ardian en las Urnas; y pedia con perenes lagrimas à Dios, que recogieſſe en ſu alma alguna parte de aquellas prendas, que en tan bien coloridos dechados, predeceſſores ſuyos, repreſentavan mudamente ſus exemplos. Quando ſe hallava fluctuante entre dos eſtremos, Baxèl entre dos eſcollos; ſitio proprio de la duda, y del baybèn àzia dos peligros; elegia aquel, à que (ſegun juzgava) ſe inclinaria Ignacio, ſi le con-

ſul-

ſultaſſe vivo ; maxima , que practicavan mucho los mas de los Superiores de aquel ſiglo , y que empezò , viviendo Ignacio. Sino podia hallar entre la duda el eſtremo àzia donde doblaria ſu balanza el juizio de ſu prudente Oraculo , ſe conducia à sì meſmo al ſitio mas cercano al Sepulcro, y diſcurria lo que hiziera al reſpirar el poſtrer aliento ; punto , en que ſe buelve en humo la vida , antes que la candela apague ſu llama , que alumbra , quebrando la viſta. Celebrava el dia glorioſo de la muerte de Ignacio , diſponiendoſe con unos Exercicios , copiando de ſu cadaver alma , para que eſpiraſſe nueva fragrante vida. Cada noche ſe recogia à examinar las operaciones de ſu govierno ſobre las de ſu eſpiritu , y las repreſentava delante de el miſmo Ignacio , para reconocer en tal fiel , y tan juſto peſo , ſi avian eſtado la razon , y la prudencia en equilibrio : pedia à ſu Amado Patriarca , que las corrigieſſe , y limaſſe , haſta conformarlas con las de ſu dictamen, y con el eſpiritu de ſu inſtituto , que era ſu Original idolatrado. Deſeando , que ſu Cabeza fueſſe informada de la mente de Ignacio , y ſu govierno animado de ſu eſpiritu , conſultando mudamente ſu Eſtatua , que tenia voz para Franciſco. Por eſſo no dudó afirmar el Padre Polanco en el Tomo ſegundo manuſcrito de ſu Hiſtoria de la Compañia , que el govierno de Borja avia ſido Dòn proprio del Eſpiritu Santo para la Compañia , y que le avia eſcogido como ſegunda alma de la Mente pura de Ignacio.

Ut à Spiritu Sancto ſibi datam fore exiſtimaret, tàquam Patris Ignatii ſubſtitutum.

Cada Año , dia de la Viſitacion , en que avia ſido electo General , hazia reſeña de todas ſus acciones , y llamava à examen ſus Potencias , Sentidos , y Afectos , para indagar en que huvieſſe degenerado cada uno del ſin , y del blanco, que le ſeñalava ſu obligacion por objeto , para templar cada dia mas ſubidamente la Cytara , pulir la ſantidad à la vida , y hermoſear el alma. Hazia tan alto aprecio de las Reglas , y Conſtituciones de San Ignacio , que obſervava haſta los puntos à ſus lineas , tratandolas todas como altamente inſpiradas , y nivelando ſus acciones , y las de ſus Subditos fielmente por ellas. El Año de ſeſenta y ſiete aviendo reducido à ſuma las Reglas particulares , y las comunes , para que el metodo dieſſe nueva claridad al reſplandor de tan ſagradas leyes , hablò profundamente en veneracion ſuya, ſiendo oyentes los Colegios de Roma. Dezia , que cada Regla ſe avia e engaſtar en la memoria à modo de re...ia : que eran unas expreſsiones de lu... Soberana , que por la pluma de Ignacio avia derramado la Sabiduria Divina. Y tocando las Reglas de la modeſtia , usò de eſta comparacion galante , y oportua. Si un infeliz , que ſe hallaſſe cercado de Ladrones, mal herido de ſus puñales , y deſtinado à dexar la viſta, los pies , y las manos entre los demàs deſpojos , vieſſe en ſocorro ſuyo una tropa lucida, que echando mano à las armas , cortaſſe à un enemigo la lengua , à otro las manos , inſtrumento de ſus inſultos , à otro le ſacaſſe los ojos , deſatando aquella triſte victima de la Ara , y libertandola de las garras de la deſdicha , con què amor, reconocimiento , y gozo abrazaria à tanto piadoſo libertador ſuyo ? Què afectos articularia el agradecimiento , ſi ſe los dexaſſe pronunciar el llanto ? Cada uno de noſotros debe lo miſmo à eſtas reglas milagroſas , que embiò de ſocorro el militar eſpiritu de Ignacio : porque algunas moderan los exceſſos de los ojos , otras la libertad de la lengua , de las manos, y aſsi de los otros ademànes , funciones, y ſentidos , pues introducen la circunſpeccion en todos , y hazen en los enemigos , de que eſtamos ſitiados , y que nos roban cruelmente los ſentidos , fatal eſtrago , hiriendo ſu lengua , y quebrando los ojos , porque los dexa vencidos con aquellos obedientes, y rendidos inſtrumentos. Pero ſi quereis,añadiò,mas breve compendio de las Reglas del Inſtituto, y de la mente de Ignacio, yo las quiero reducir todas à una, y todo el firmamento ſe hallarà en una Eſtrella ; hazed todas vueſtras acciones à mayor gloria de Dios , y avreis guardado las Conſtituciones tan literalmente , que ni una ſola dexarà de hallarſe traſladada en vueſtra vida : porque cada Regla eſtà reſpirando aquella mayor gloria , embebida intimamente en todas con la que llaman los Filoſofos tranſcendencia, que de aver ſido aquella regla tabla eſcrita en el Monte Sinaì , de aver ſalido de la fuente , ò de la Prudencia de Moyſés , ſe le pegò inſeparable el reſplandor ; y de aver tratado aquel ambar , ſe pegò la fragrancia à la mano , que deſpues manejò la pluma.

§. II.

ALguna parte , y no pequeña , de ſu Oracion por la mañana , y deſpues en otras horas de la noche , ò del dia (en que ſu eſpiritu velava dormido en

el

el ſeno amoroſo) tenia por materia las Conſtituciones, y Leyes de la Compañia, deſeando transformarſe en aquella noble idèa de la perfecion mas alta, y hazerſe una Regla viva, donde los Subditos pudieſſen leer ſu obligacion, y la mente de ſu Patriarca bien eſcrita, hallando todos los preceptos con alma: pues en ninguna Republica florecen mas la juſticia, y la piedad, que en aquella, donde el ſemblante del Superior es el ſobreeſcrito de la ley: Dava fin à ſu Oracion, pidiendo con lagrimas aquellas iluſtraciones Divinas, que avian eſclarecido la mente de San Ignacio, Angel Supremo, que podia iluminar al Sol miſmo. Luego paſſava à pedir la dulzura, y amabilidad, que avia ſuavizado el govierno de Laynez deſde ſu corazon. Y hallandoſe indigno de tan ſublimes luzes, y dònes, clamava: Señor, ò concederme eſtas dos prendas, y mercedes, ò aliviarme de eſte Oficio, yà que no aya otro modo, por lo menos quitandome la vida, para dàr á la Compañia una prudente ſabia Cabeza. Su genio le inclinava con todo el peſo del eſpiritu àzia la ſoledad, la penitencia, y un retiro extatico; pero no quiſo acomodar el pueſto de General al proprio genio, ſino antes el genio, y la vida al oficio; primor mas delicado que practico en el eſpiritu, donde las lineas mas delgadas abultan mas en el lienzo. Quitò algunos ratos à la Oracion, y hurtò muchas lagrimas à los ojos, por entregarſe mas à las tarèas del govierno, y al cuydado de los Subditos: hizoſe mas tratable à todos, no ſolo dexandoſe hallar de ſus Hijos, y de muchos Foraſteros, ſino buſcando à vezes ſus concurſos, y familiarizandoſe con los hombres ſus ſentidos; porque juzgava aver ſido eſte el dictamen de Ignacio, y el camino que avia hallado ſu prudencia, para abrir ſenda al acierto de ſus Succeſſores en el govierno univerſal de la Compañia; pues eſta ſuerte de vida comun ſe permitia en mucha parte à la imitacion, y la primera ſolo ſe dexava admirar del pinzèl.

Parecia no rebolver otro Libro, que el Inſtituto: eſtava trabajando un Tratado utiliſsimo, en que aplicava oportunamente à cada Regla de S. Ignacio un Texto del Evangelio, Original Divino, de donde copiò tanta luz aquel valiente pinzèl de fuego, quando la jornada, que hizo en obediencia de la Silla Apoſtolica, le ſuſpendiò la pluma, y diò fin glorioſo à ſu carrera. Y no fuè poco digno de admiracion el repaſo, que ſe hizo obſervar en aquel tiempo, de que ſiendo aora menos las exterioridades de ſus Virtudes, fueſſen en el dictamen del Vulgo mucho mayores. Y es aſsi, que iba creciendo ſu ſantidad heroyca, y ſu fama al paſſo que le iba conſtituyendo la Providencia en la altura, deſde donde fueſſe mas expectable ſu Perſona; y aquella grande Eſtatua de la Penitencia, colocada en la cima, ſe dexava adorar de toda la Europa. Llegaron nuevamente varios Perſonages de Alemania, Francia, y de varias Provincias de Italia à reconocer, y venerar la Imagen del deſengaño en el nuevo General de la Compañia Franciſco de Borja. Y aunque en los primeros años de ſu converſion eſpantoſa, y mucho mas deſpues en la que fuè Cuna de ſu eſpiritu religioſo al piè de aquella noble montaña le apellidavan la diſcrecion, y el Vulgo con el Titulo ſolo del Duque Santo, y fuè atendido con aſsõbro; confeſſavan muchos, que le avian conocido en uno, y otro tiempo, que las primeras hazañas eran las pequeñezes deſte Gigante; y que ſi ſe comparaſſen ambos eſtados, ſe deſcollava el ſegundo ſobre la altura del primero, qual cedro mas robuſto ſobre el mas humilde chopo. Y aviendo entregado una de las riendas del govierno à la prudencia, y à la ſantidad la otra, aun andava tremulo, creyendo que deſpeñava lo que tan dieſtramente regia.

Deſpachò luego Viſitadores à todas las Provincias, para que exploraſſen, ſi èſte grande Arbol, por Climas, y Regiones tan diverſas, tenia bien oprimidas de Frutos, y de Exemplos ſus Ramas, reconociendo menudamente en cada una todas las hojas; ſolo quiſo dexar eſſempta deſte examen à Italia, contentandoſe con elegir nuevo Provincial en ella; porque en la cercania eran Viſitadores ſus ojos de los Colegios, y de los individuos: y deſpues de bien inſtruìdo por Cartas ſecretas, y mucho mas por los miſmos Viſitadores de las Provincias, del eſtado, que tenia eſte gran cuerpo, en què Provincias eſtava debil, donde robuſto: en què podia flaquear con el tiempo: què eſtremos neceſsitavan mas de ſer confortados, por vivir, ò mas diſtantes del corazon, ò mas frios. Aplicò todo el animo à ſu conſervacion, ſolidèz, y aumento. Puſo en practica aquella util maxima ſuya, de que en cada Provincia huvieſſe un Noviciado por los altos fines que ſe inſinuaron en el quarto Libro: y para dàr exemplo deſde la Cabeza, ſolicitò con anſia la Fundacion del Noviciado en Roma, y ſe hallò fuertemente movido el Obiſpo de Tyboli à dàr à la Compañia la Igleſia

de

de San Andrès, lo què paſsò luego á la execucion, añadiendo ſitio oportuno, que tenia en el Monte Cavalo, antiguamente Collado, ò Monte Quirinal, donde ſe levantaba el Templo de Romulo, para que tuvieſſe eſpiritual cuna la juventud de la Compañia, donde era venerado el que diò cuna à Roma. Poco deſpues la Duqueſa Doña Juana de Aragon, Viuda de Aſcanio Colona, y Madre de Marco Antonio, Matrona de inſigne piedad, exemplar varonil de toda Italia, que ſe confeſſava cada ocho dias con el Santo Borja, dotò eſta Caſa de Probacion con renta ſegura, hizo la fabrica, labró Igleſia ſumptuoſa, donde la verdad tuvieſſe mas noble adoracion, y humo mucho mas oloroſo, del que tuvo en aquèl ſitio el engaño.

Eſcrivió un Tratado ſelecto para la mas ardiente inſtitucion de los Novicios en la Compañia, tan proporcionado, tan fervoroſo, tan tierno, que con razon le celebra en ſu Hiſtoria el P. Franciſco Sachino, como de un ſublime Maeſtro de eſpiritu; cuyo fervor ſiempre eſtuvo en el Noviciado, aun quando en la edad, y en la virtud era tan Veterano, y tan experto. Repetia mucho lo que apuntamos en el precedente libro, que èſta era en una Religion la fuente de ſu gloria, ó de ſu deſdicha: que el Novicio ſervoroſo ſeria eſtudiante modeſto, y deſpues iluſtre Operario; porque ſon paſſos, que ſe vàn llamando unos à otros: y en ſubiendo el primer grado, ſe halla facil, y levantado el piè para el ſegundo. Su mayor deſvelo era encontrar Maeſtros de Novicios, que fueſſen hombres de mucha Oracion, de alto eſpiritu, y de una prudencia delicada, alhagueña, y ſufrida, propria alhaja del Cielo. Aumentò la hazienda del Colegio Romano, antiguo trofèo de ſu pecho generoſo: enriquecióle de todas las ciencias en los mas vivos ingenios, y en los Maèſtros mas ſabios, mirando aquella culta maquina con particular cariño, y deſvelo; porque ſiendo Duque, la diò feliz principio: la fomentò con ſocorros deſde Eſpaña ſiendo Comiſſario; y la coronò de perfeccion aora, ſiendo General de la Compañia. Promoviò con medios humanos y Divinos ſantas leyes, y documentos, el Colegio Germanico, y el Seminario, docta armerìa de tanta juvenil nobleza. Diſpuſo, que en cada Provincia huvieſſe un Colegio, donde ſe hallaſſen prodigas las Artes liberales, y las Ciencias, no menos para utilizar las Republicas, que para evitar viage moleſtos de ſubditos, que para los eſtudios tranſmigravan de unas Provincias en otras, y era meneſter ſalir deſterrados, para bolver doctos, coſtando mas afàn buſcar la fuente de la ſabiduria, que no el coger ſus aguas puras deſpuès de hallarlas; ſiendo eſta ocupacion de tanta fatiga, y en que vierten mas agua los ojos de la que beben los diſcurſos.

§. III.

Reſidia el Santo lo mas del tiempo en la Caſa Profeſſa, y deſde aquel Theatro manejaba cõ ſuavidad aun lo mas remoto de eſte grande Baxèl, ò de eſta real Armada, qual Piloto, deſde pequeño aſsiento, en la Popa. En la Congregacion, luego que fuè elegido, nombró por Secretario al inſigne Eſpañol Polanco, por cuya prudencia, y zelo avian paſſado todas las dependẽcias del govierno de la Compañia aun en tiempo de Ignacio, pudiendo ſer Interprete, y teſtigo de los dictamenes, y maximas de aquel magnanimo eſpiritu. Fuè nombrado Aſsiſtente de Eſpaña el Padre Antonio Araòz, que eſtaba en la Corte del Rey Catolico favorecido de la Grandeza; y de la que llamavan fortuna, pues le cubria, à la frente de la embidia, toda la real ſombra, aviendo nacido con no ſe que eſtrella de avaſſallar corazones grandes, y de ſér imàn de los Principes. Cauſó eſtraño ſentimiento en la Corte de Eſpaña, de que Franciſco le llamaſſe à Roma, Ruy Gomez de Silva entre otros, aunque tan benigno à la Compañia, y que reſpetava tan amoroſamente à Borja; eſta vez diò licencia à la lengua, y à la pluma para que corrieſſen al arbitrio de la quexa. Paſsò eſte ſentimiento por la voz de ſu Valìdo al pecho de Filipo Segundo, donde fuè tanto mas vivo, quanto era mas ſoberano. Soſpechava, que era caſtigo induſtrioſo para apartarlo de ſu Palacio, adonde influìa tanto ſu conſejo, y ſu dulzura hechizava las orejas, haſta con el deſengaño, que ſuele ſer deſabrido. Ninguna razon, ò diſculpa fuè baſtante à ſatisfacer ſu ira, y Borja hallava dificil la condeſcendencia de que ſe quedaſſe en Eſpaña, por aver ſido eleccion hecha por toda la Compañia. Ibaſe enfureciendo el mal, y paſſava la real ſaña à indignacion; y Borja eſcriviò una admirable carta à Ruy Gomez de Silva, en que deshaze à rayos la niebla; eſcriviò la Mag. Catolica, y yà con la autoridad de ſu pluma, yà con la mas facunda energìa, yà con la razon de la cauſa, y yà cediendo en parte à la tormenta; ſoſſegò à las olas, que ſe hinchavan en montañas, rompiendoſe en eſpumas, y calmò la real

real indignacion del que tenia el Tridente del Mar.

En la miſma Congregacion diſpuſo, que ſe eſtableclieſſen decretos utiliſsimos, à quien trata aun oy con reſpeto la que ſuele con razon llamarſe injuria de los tiempos, que ſabe ofender, limando al bronze ſus mas gravados, ſus mas eternos eſtatutos. Quedan yà mencionados dos tan prudentes, y tan importantes como ſon el Noviciado, y el Seminario de ciencias en cada una de las Provincias; aprobando guſtoſamente la Congregacion ambas maximas. Quitaronſe los Superintendentes, que eſtavan ſeñalados en los Colegios à los Rectores, dexando algunos en los Colegios mas numeroſos; pues aunque eran freno del govierno deſpotico, y tirava el Superintendente la rienda à la juriſdiccion Ordinaria, quando corria violenta fatigando la reſpiracion al alma con alguna eſpecie de tiranìa; pero todos los medios humanos padecen ſus achaques, tropezando en varios inconvenientes, y el de eſte freno los tenia grandes, ocaſionando una civil diſcordia en dos opueſtas juriſdicciones dentro de una Caſa, y la violenta operacion, que ſin eſte freno ſe temia en el que governava, ſe paſſava tal vez à la mano reflexa, y por no permitir un exceſſo impedia el uſo à la razon, y à la providencia del govierno. Ordenòſe, que los Novicios, en el tiempo de los dos años, no pudieſſen aplicarſe à los eſtudios, ni aprender ſabiduria en otro Libro, que en aquel abierto, que enſeña ſer vana ſin èl toda la ciencia del mundo. Enſeñava un Jeſuita una Catedra de Humanidad en la Ciudad de Peroſa, dotada con renta publica, que avia obtenido por votos antes de entrar en la Compañia, y ſe aplicava al Colegio el producto de ella; y diſpuſo el nuevo General, que dexaſſe la renta, y tambien la Catedra, porque no ſe hizieſſe un exemplar en la Compañia, de que Hijo ſuyo obtuvieſſe Catedra de las que piden opoſicion, y competencia; pues no venia al Mundo à diſputar glorias, ni à uſurparlas, y ha de vivir perſuadida la Compañia, y cada individuo, à que ſu Reyno no es de eſte Mundo.

Mandò, que no ſe permitieſſen en nueſtras Igleſias Arquillas, en que ſe reciben limoſnas, con ningunos pretextos, por mas que la piedad los quiſieſſe llamar devotos, porque no hallaſſe ni aun eſte pequeño embarazo el Vulgo para frequentar nueſtro Templo; y para que no ſe penſaſſe, que la Compañia buſcava en la ſolicitud de ſus ſantos miniſterios otros frutos, otro bien, que el de las Almas de ſus Proximos: punto, en que mas ſe deſvelava la prudencia de Borja, afanada en ſu tiempo la Compañia en tantos empleos de reducir Almas, que competia con la Republica bien ordenada de las Avejas. Añadiòſe media hora mas cada dia à la Oracion mental, y la hizo eſtablecer Borja por inviolable ley; èſte fuè un eficàz argumento, que diò entre otros la poſteridad de la milagroſa diſcrecion de Ignacio; el qual no quiſo eſtrechar deſde luego à ſus Hijos con las leyes mas ſeveras, ni con preceptos arduos, porque en ſus primeras faxas todas las Sagradas Familias ſon fervoroſas, todas nacen entre las llamas, y aquellos primeros iluſtrados eſpiritus no neceſsitan de eſpuelas, ni de muchas leyes para correr con paſſos Gigantes; que las ondas, quanto mas vecinas à ſu frente, ſuelen ſer mas puras. Antes mirò el rigor entonces como peligro, que no como exemplo, pues era natural, que en la ſucceſsion prolixa de los tiempos, ò ſe afloxaſſe, ò ſe rompieſſe el cordèl de muy apretado, declinando aſsi laſtimoſamente en relaxacion la primera ſeveridad. Y no eſtando tirante la cuerda, ſe exponia mas, à que una, y otra mano, zeloſa, y dieſtra, dieſſe media buelta à la clavija, que no à que con el tiempo ſe remitieſſe mas el arco; dictamen celebrado de la boca de Oro, y que le tiene bien acreditado la experiencia en las cuerdas delicadas deſta Cytara, que aora eſtàn mas ſubidas, ſin que la emulacion aya podido en tantos golpes afloxarlas, ni quebrar alguna de ellas, por mas que ſolicitò el rozarlas, aviendolas herido con las mas groſſeras calumnias.

Chryſoſ. de Cur. aliẽ. magis.
Tutius eſt chordas remitti, quã protendi: remiſſarũ namque intenſio, Artificis peritia convaleſcit; ſed quæ ſemel rupta eſt nullo artificio reparatur.

§. IV.

TOdos los dictamenes de ſu govierno fueron medidos con aquel compàs, de que uſa la prudencia mas alta, y mas profunda, yà comprimiendo, yà dilatando el compàs, ſegun la dificil proporcion de los negocios, de las ocaſiones, y de los genios. El trato con ſus Subditos, inclinando mucho àzia la manſedumbre, y la dulzura; ſupo no torcer la rectitud à la ſeveridad de la Juſticia, manteniendo con prodigioſa novedad la Vara inclinada àzia la blandura, pero no torcida. Obſervava dos maximas, al parecer encontradas, y à lo menos dificultoſamente unidas: La una era huìr la ſingularidad en el afecto, y las demonſtraciones de eſpecie de cariño con al-

gun

gun Subdito; deſde el dia primero, que ſe hallò conſtituìdo Cabeza de ſu Pueblo, deſpojò ſu corazon de toda aficion particular, raſgando ſu pecho delante de ſu Dios, para que la voluntad dexaſſe libre, y deſpojado el Orizonte al entendimiento en la eleccion de ſus Subditos para los miniſterios, y oficios. Y para quitar el cebo à la embidia, y à la quexa, y mantener una igualdad, que es el fiel de la balanza, y alma de la caridad Religioſa; pues ſiendo el corazon limitado, todo lo que ſe doblaſſe mas àzia alguno de los Subditos, ſe les hurtaria de cariño, y de cuydado à los otros. Pero al miſmo tiempo ſe portava de modo con cada individuo, (y eſta era la ſegunda maxima de ſu prudencia) que no avia quien no ſe perſuadieſſe, que era ſingularmente favorecido, y à que tenia en ſu pecho aquel lugar privilegiado, que tuvo el Diſcipulo amado en el de Chriſto; deſta ſuerte andava cada Hijo ſuyo gozoſo mirandoſe como preferido, obedeciendole en todo con eſpecial guſto, como el que debia obſequio mas prompto à la ſingularidad de aquel afecto; pues no faltò quien adoraſſe al Sol, creyendo ciegamente, que amanecia ſolo para alumbrarle à èl.

Cuydava de ſus Hijos auſentes, yà con lagrimas, yà con Cartas amoroſas, yà tomando noticias ſecretas, yà eſcriviendo exortaciones publicas; y oy ſe guarda una llena de alma, y de ciencia Divina, que eſcriviò por el Abril de ſeſenta y nueve à toda la Compañia, y ſe repitió por mucho tiempo en las renovaciones de cada Año; y aun oy la eſcuchan con admiracion en Valencia, y otras Provincias entre los demàs ordenes, y Cartas. Deſeava, que entraſſen en la Compañia Hombres doctos, y en edad madura, aſsi porque venian comunmente con mas deſengaños, como porque entravan yà capazes de emplearſe luego en los miniſterios, ſin aver de aguardar el perezoſo afàn de los Eſtudios, que para formar un Sabio, piden à Zeuxis el pincèl, y el lienzo. Maxima diſcreta para aquel tiempo, en que la Compañia acabava de ſalir de la Cuna, y la fuga de los miniſterios, la falta de Operarios, no podia aguardar ſin impaciencia, à que con la prolixidad de los años, ſe fueſſen cultivando ſus Hijos. Eſcuchava con raro aprecio, y guſto el dictamen de los Padres Aſſiſtentes; pero notavaſe mucho, añade ſu Confeſſor el Padre Dionyſio, que ſiendo todos Varones graves de conocida prudencia, y ſabiduria, quando rompia ultimamente el ſilencio el Padre Borja, deſpues de aver oìdo tantos Oraculos en aquella junta, ſe dexava atender ſu juìzio tan deſcollado ſobre todos, como Gigante entre Pygmèos. Encaminava muchas dependencias por unos rumbos ignorados de los entendimientos mas deſpiertos, y mas politicos: y deſpues de algun eſpacio de tiempo rompian con admiracion los efectos en los aciertos; ſiendo las operaciones de ſu providencia ſemejantes à las que ſe celebran en la fabrica del Templo de Salomòn, donde ſin percibir el eſtruendo, mirava el arte en cada piedra un culto aſſombro. El governò con tan dieſtra felicidad en el Mar tempeſtuoſo eſte combatido Baxèl, que no ſolo ſupo hazer orilla de la borraſca, y hallar dulze Playa haſta en una roca, ſino que aviendola encontrado pequeña debil Urca, al dexar el governalle con la vida, ſe halló Nave ſobervia, y pertrechada, paſſando en ſu conducta à ſer Galeon una Barquilla rota.

Mirava deſde Roma la ſuma diſtancia, en que vivian mucha parte del cuerpo, de quien era Cabeza; conocia, que aunque eſta fueſſe baſtante union para fomentarlas, y comunicar eſpiritus à todas, no lo podia ſer, para que muchas reſoluciones dexaſſen de llegar tardas; y las que en ſu origen avian ſido prudentemente concebidas, aviendoſe mudado à vezes las circunſtancias en la prolixidad de los dias, llegavan dañoſas, al modo de las medicinas recetadas deſde muy lexos con los primeros informes de el mal, que ſuele aver dado mas bueltas antes de llegar la reſpueſta, que el miſmo doliente en la cama. Conſiderava, que el obligar à que en todo ſe recurrieſſe à ſu immediato govierno, era quitar toda la utilidad, que trae à vezes la ocaſion, la qual es impaciente, y ni ſufre el tormento de la eſperanza, ni conoce el vicio de la pereza. Por todos eſtos motivos diò amplias facultades à los Provinciales, y en proporcion à los Rectores, para que deſpues de aver oìdo el dictamen de ſus Conſultores, deliberaſſen, y reſolvieſſen lo que parecieſſe mas del agrado de Dios, reſervando para sì algunos caſos los mas graves, y que por ſu naturaleza pedian ſu influxo, y autoridad. Y aun en eſtos advertia, que ſi ſe temieſſe, que la tardanza avia de producir algun eſcandalo, ſe preocupaſſe en nombre ſuyo con mas executivo remedio. Eſta practica hazia no ſolo facil, y ſuave el govierno deſde Roma, ſino que te-

tenia à las Provincias mas remotas conſoladas, ſabiendo, que yà la diſtancia no podia hazer, que algun mal fueſſe prolixo, por caminar perezóſamente el remedio; pues aun Dios para curar la Naturaleza humana bien achacoſa, quiſo acercarſe mas intimamente à ella.

Deſvelavaſe en ſondar los talentos de ſus Subditos, para emplear à cada uno en aquella ocupacion à que fueſſe mas habil, y à que le tirava mas el genio, y el eſpiritu; conociendo, que para eſſe fin reparte ſus dones la Sabiduria, y que de eſtas elecciones proporcionadas à los miniſterios ſantos depende la armonìa de los aciertos; y que de otra ſuerte, ſobre el deſorden de aquella Republica, podria eſtàr ocioſa la Juſticia diſtributiva. Quando elegia ſugetos para alguna fundacion nueva, ò para Miſsion muy dilatada, dezia, que no quedava ſatisfecha la razon, ſino le dolia mucho à la voluntad; inſinuando, que avian de ſer tales los elegidos, que no pudieſſe ſin gran dolor apartarſe de ellos. Davales admirables inſtrucciones, y la que repetia mas vezes era, que nunca ſe quitaſſe el tiempo à la Oracion, por mas que la multitud de ocurrencias en el bien de las almas eſtrechaſſen los inſtantes, y las reſpiraciones; porque aviendo implorado à Dios en la Oracion de la mañana, ſe hallaria propicio para todo el dia, y ſe utilizavan deſpues mas almas en menos horas; porque en aquel tiempo, que ſe les uſurpava, ſe cogia mucha luz para alumbrar à los aciertos, y diſtinguirlos, y ſe les reſtituìa con uſura la perdida.

Deſeava, que los nueſtros hollaſſen con piè cauto los Palacios, y que el trato con los Principes fueſſe al modo con que la mano advertida trata los Aſpides. El Cardenal Henrico, que deſpues fuè Rey de Portugal, Fundador del inſigne Colegio de Ebora, verdadero Padre de toda la Compañia, pidiò al General Borja le dieſſe por Confeſſor al P. Leon Henriquez el Año de ſetenta, en que acabava de governar aquella famoſa Provincia: pues aunque avia tiempo, que lo era, deſeava aora tenerle fixo, y deſembarazado de ocupaciones de govierno; y añadia, que deſeava hoſpedarle dentro de ſu Real Palacio, para tener mas vecino el conſuelo. Obedecio el Santo la primera, y mas noble parte de aquel precepto; pero con orden de que no vivieſſe dentro de Palacio, porque deſde el Colegio podria ſervir à ſu Alteza con mas eſpiritu, ſin dexar à los venideros un exemplar pernicioſo, de que donde ayà Colegio de la Compañia viva de aſsiento un Hijo ſuyo en otra Caſa, ò en Palacio. Porque tienen las paredes Religioſas no sè què virtud ſecreta para conſervar la ſantidad florida, y aquel ambiente es alma de las virtudes, y de las roſas; que en empezando à ſer aulicas, yà ſon marchitas.

§. V.

LA fama de eſta milagroſa prudencia, que anidava en la eſpacioſa frente de el Santo Borja, iba ocupando la admiracion de los Sabios, de los Politicos, de los Plebeyos, y de los Soberanos, que adoravan depoſitadas en ſu pecho las confianzas de un Carlos V. las maximas de un eſtrecho, y alto valimiento, y una mezcla Divina del Eſtado Politico, Militar, Religioſo, y de los gavinetes del mayor Palacio. Conſultavale ſus dudas la Cabeza de la Igleſia, reclinando en ſu ſantidad heroyca, y en ſu prudencia el peſo de ſu Tiara. Los Cardenales, y otros Prelados buſcavan ſu dictamen en las empreſſas mas arduas, eſcuchando divinidades ocultas en ſus reſpueſtas, perſuadidos en la experiencia, à que el Eſpiritu Santo derramava por ſu lengua alivios, y acierto. Los Principes à porfia de todas las partes de la Europa, le proponian ſus dudas, eſperando que aquella frente, que era el Templo de tan alta Dioſa, deſcifraſſe ſus enigmas, y encaminaſſe à la fidelidad ſus maximas. Del Emperador, del Rey de Francia, de los Reyes de Portugal, y del Rey Catholico ſe pudo llamar Valìdo deſde Roma: *Yo puedo dezir*, eſcrive el Padre Dionyſio, *que vì muchas Cartas de los mayores Principes de la Chriſtiandad eſcritas de ſu propria mano al Padre Franciſco, que con humildes ruegos encomendavan à ſu interceſſion ſus Reynos, y le conſultavan negocios.* Apenas huvo empreſſa grande, y feliz en la Europa, en que no influyeſſe mucho aquel milagroſo Dòn de Conſejo, de que eſtava enriquecido; porque en las mas era preguntado, y no diò reſpueſta, que no mojaſſe primero el Papel en llanto, haſta recabar, que la dictaſſe el Cielo, y le movieſſe acertadamente el brazo. El Señor Phelipe II. eſtava ya perſuadido, à que para hallar el acierto, atajava mucho camino en eſcrivir á Roma al Padre Franciſco, y aguardar ſu reſpueſta. Sabìa, que ſobre la grande comprehenſion de aquella Alma, capàz de regir la Europa, tenia tan conocido, y tan hollado el terreno de ſu

baſta

vaſta Monarquia, tanta experiencia de los ſugetos, intereſſes, y negocios politicos, como el que los avia manejado por largo tiempo; y que en ſolo bolver los ojos alumbrava al que le atendia para los aciertos.

Formò tan alto concepto el Señor Felipe Segundo de la incomparable prudencia de Franciſco, que aun quando la ſoſpecha ſe atreviò à negrear en ſu fantaſia contra el honor, contra la ſantidad, y contra la fama de Borja, nunca pudo atezar la opinion, que avia concebido de ſus grandes talentos, y experiencia. Y aſsi el año de cincuenta y nueve, quando ſe iba enſangrentando aquella Real imaginacion contra el inocente Borja, y quando diſponia la buelta à Eſpaña, deſeoſo de dàr felìz principio à ſu govierno, y formar una nueva planta, entreſacando para los pueſtos altos las mas dignas Cabezas de ſu Monarquia, eſcriviò al Santo Borja, Comiſſario General de la Compañia en Eſpaña (computo en que padeciò error el Padre Bartoli en ſu Hiſtoria, ſuponiendo aver ſido eſta Conſulta, ſiendo Franciſco General de la Compañia, y hallandoſe Felipe Segundo en Eſpaña.) Deziale, que fiado en ſus talentos, en ſu honra, y en ſu larga experiencia, avia reſuelto dexar al prudente arbitrio de ſu pluma la eleccion de los Sugetos, que juzgaſſe mas dignos para ocupar los Tronos mas encumbrados de la Juſticia, de la razon de Eſtado, y de todo el Govierno Politico de ſu Reyno, empezando por la Preſidencia de Caſtilla, y deſcendiendo haſta la ultima Garnacha. Eſta Carta pedia la Cabeza de un Oraculo para la reſpueſta: y Borja deſpues de aver ſacado mucha luz al Cielo con tres dias de llanto: deſpues de aver hecho varias reflexiones ſobre los talentos, las calidades de los individuos, las proporciones de los Sugetos, y de los Tronos: deſpues de aver conſultado à ſu experiencia en las noticias de tantos ſuceſſos paſſados, diò la reſpueſta, que pudiera ſer celebrada de las Fabulas por digna de Apolo, pues fuè ſu prudencia aquella Piedra ſabia, que apurò con el examen haſta los ultimos quilates de los Metales mas precioſos de aquel Siglo. Cuyo Original guardan oy por enſeñanza, y por reliquia los Excelentiſsimos Señores Marqueſes del Carpio; y paſſandole con fidelidad à la Copia, acompañado con Carta de cinco de Mayo de 1559. dezia: *Por la neceſſidad que ay de Preſidentes, y no aver que hazer diligencia para ſaber ſu limpieza, por ſer las Perſonas que ſe me ofrecen tales, que es manifieſto ſu Linage; embio el Memorial con èſte: y tambien el de algunas Perſonas para Igleſias, de quienes tengo relacion, y de algunos comunicacion.*

Las Perſonas para los Oficios de Aſſiento, y temporales, por aver de ſer en mayor numero, y porque las diligencias de ſangre, y talento no ſe pueden averiguar tan preſto, las dexo para con otros, pues tambien entiendo, que por aora tiene V. Mageſtad proveìdo lo mas de las Plazas de Aſſiento.

PARA LA PRESIDENCIA DE EL Conſejo Real, ſi V. Mageſtad ſe ha de ſervir de Grandes.

EL Duque de Alburquerque tiene mucha Autoridad, y experiencia, aunque la mucha edad, y los muchos Parientes, y Pleytos ſon el inconveniente, que V. Mageſtad ſabe.

El Conde de Oropeſa es muy baſtante, y recto, y de gran zelo, y virtud, y tiene tambien algunos Pleytos, aunque pocos, y el inconveniente de Deudos, mas tràs eſto es uno de los que el Mundo tiene echado ojo para eſto, por ſu gran talento, y exemplo, tiene falta de ſalud, aunque aora eſtà mejor de lo que ſuele, y aunque no tiene inclinacion à ſalir de ſu Caſa, al fin haria lo que V. Mageſtad le mandaſſe, como todos ſon obligados.

SINO HA DE SER GRANDE, NI Perſona de Titulo, ſino Letrado, y experimentado en negocios de aquella calidad.

EL Regente Figueroa tiene la experiencia, y partes, que V. Mag. ſabe, por lo qual no las digo; mas pues avria de dàr quenta à Dios N. Señor, ſi mandandome V. Mag. dezir lo que ſiento, no lo dixeſſe, dirè, que me perſuado, ſegun de las coſas puedo juzgar, que con gran dificultad terna union, y buena correſpondencia con los del Conſejo Real, lo qual, de quanto inconveniente ſea, V. Mag. lo ſabe mejor, por los daños, que trae la diviſion, allende de eſto entiendo, que ſeria de gran deſconſolacion de la gente, por no eſtàr tan bien quiſto, ni ſer tan ſabroſo en el tratamiento. Y dado que yo preſuma, y crea dèl mucha rectitud, y fidelidad al ſervicio de V. Mageſtad, es grande inconveniente no ſer tratable un Preſidente, porque con el deſabrimiento huyen dèl como heridos los negociantes; y de aì viene, que hazen recurſo, y

dàn peſadumbre à los Principes, y ocupanles el tiempo, que avian de emplear en otras coſas mayores.

El Licenc. Baca de Caſtro, que es el mas antiguo de los del Conſejo, es tenido por hombre de mucho tomo, y valor, y rectitud, aſſi en aver ſalido libre de los cargos, que le hizieron del tiempo que eſtuvo en las Indias, que V. Mag. ſabe, como en la deſtreza, con que allà hizo el Oficio de Preſidente en las Audiencias, y el de Capitàn, aviendo tambien ſido antes Abogado en Corte muy ſeguido, y Oìdor de Chancilleria, y deſpues del Conſejo Real, y tiene gran experiencia de èl, porque en lo mas de el tiempo, como de Juan de Vega, y en ſus Vacantes, ha hecho el Oficio de Preſidente con gran ſatisfaccion del Reyno, y ſoy cierto, ſerìa à gran guſto de todo èl ſu promocion, por lo mucho que deſpacha, y el buen modo que tiene con los Negociantes, allende de ſer hombre principal de Linage, y de mucha autoridad en ſu preſencia, y canas.

PARA PRESIDENTE DE INDIAS.

EL Marquès de Mondejar tiene experiencia de aquel Tribunal; mas pues V. Mageſtad dize ſe ſirve de èl en otra coſa, no ay que dezir.

El Conde de Oropeſa parece à propoſito, por ſu mucha rectitud, y lo demàs, que dèl eſtà dicho, no ſirviendoſe V. Mageſtad dèl en la Preſidencia del Conſejo Real, y ceſſarià el inconveniente de los Parientes, y de los Pleytos.

SI HA DE SER LETRADO.

EL Regente Figueroa no tenia tantos inconvenientes, aſſi en la deſunion del Conſejo Real, como en el deſabrimiento de los Negociantes, por ſer menos, y ſu rectitud aprovecharia en aquel Tribunal.

El Licenc. Baca de Caſtro, no ſirviendoſe V. Mag. dèl para la Preſidencia de el Conſejo Real, tiene, y concurren en èl todas las partes, que ſe pueden deſear para eſta Preſidencia, aſſi por lo que eſtà dicho dèl, como por la experiencia, que tiene de las Indias.

PARA PRESIDENTE DE ORDENES.

DEl Marquès de las Navas, y el Marquès de Cortes no hablo, por tenerlos V. Mag. en ſu ſervicio, y conocer ſus partes mejor yo.

Don Franciſco de Toledo, Hermano del Conde de Oropeſa, es Comendador en la Orden de Alcantara, y es hombre de mucha Chriſtiandad, y prudencia, y tiene mucho talento, y gran quenta de negocios en los de ſu Orden; y aſſi en los oficios, que en ella ha tenido, ha moſtrado tener para eſte todas las partes, que ſe pueden pretender: ſerà muy buen voto el ſuyo, aſſi en lo de la Guerra, como en lo de la Paz.

SI HA DE SER LETRADO.

EL Licenc. Pedroſa, dèl Conſejo Real, es tenido en mucho credito de Chriſtiandad, y letras; es limpio, y tiene el Abito de Santiago; fuè Colegial del Colegio del Cardenal en Valladolid, y Oìdor de Chancilleria, y deſpues de el Conſejo de Ordenes.

Don Pedro de Goñi, es aora Preſidente en aquel Tribunal, como mas antiguo; es Perſona de Caſta, y de mucha Autoridad, y rectitud.

PARA PRESIDENTE DE CHANCIllería de Valladolid.

EL Licenc. Otalora, es en virtud, en linage, letras, y prudencia el que V. Mag. ſabe, y muy eſtimado, y acreditado en todo el Reyno, y con razon, y tiene todas las partes, que para eſto ſe pueden deſear.

El Licenc. Pedroſa, es tal, qual de el que ſe ha dicho, ſi V. Mag. no ſe ſirve dèl en la Preſidencia de Ordenes.

Don Martin Henriquez, Tio del Marquès de Alcañizes, es hombre de buen entendimiento, eſtudiò en Salamanca, es del Linage, que V. Mag. ſabe, tiene buen Patrimonio, y decente edad; mas no ha tenido otro cargo, ni oficio, que es gran inconveniente, y tiene muchos Parientes, aſſi por ſu parte, como por la de ſu Muger, que ès Hermana de el Marquès de Aguilar, y tambien, aunque eſtudiò, como no ha tenido exercicio de las letras deſpues acà, parece que le haria falta, por la reſolucion que ha de tener un Preſidente de Chancilleria, pues tiene voto en los Pleytos, aunque èl por ſu Perſona es prudente, y Chriſtiano.

PARA GOVERNADOR DE GAlicia.

EL Conde de Coruña, es hombre virtuoſo, ha ſido Aſſiſtente de Sevilla, y he oìdo dezir, hizo bien el oficio, aunque no he tenido tiempo de informarme en ello del todo.

De

De Don Martin Henriquez yà he dicho, eſte cargo parece le viene mas à propoſito, porque tiene partes para èl, aunque no ha tenido otro.

Arias Pardo, pues V. Mag. le conoce, no tendrè que dezir eſpecialmente, por aver muchos dias, que no le tengo viſto, ni comunicado.

Por la verdad, que à V. Mag. debo, pongo en algunos la objeccion, que ſiento; y porque à entenderla ſe podian eſcandalizar, no mirando mi zelo, ſuplico humildemente à V. Mag. ſea ſervido, que eſte Memorial no ſe vea, aunque por mi particular, pues trato con intencion ſana, y la que debo al ſervicio de V. Mag. no tenia pena; mas ſerìa pagar juſtos por pecadores, como dizen, y harian luego cargo de ello à la Compañia, como lo hazen por eſtas partes; y aunque eſſas de coſas, que no tienen los de ella mas culpa de la que tenian en eſto, como eſpero en nueſtro Señor, que es el Protector de la verdad, lo entenderà V. Mag. ſiendo ſervido quando en hora tan deſeada, y buena Dios truxere à V. Mag. à eſtos ſus Reynos.

PARA IGLESIAS.

EL Doct. Navarro, es hombre limpio, y de raras letras, tuvo Cathedra en Salamanca, y leyò en Portugal con gran ſalario, y es jubilado, y Perſona de gran virtud, y exemplo, aunque eſtà algo viejo, y maltratado de una pierna.

El Doct. Ugara, Theologo, es Canonigo de la Magiſtral de Cuenca, hombre limpio, y de mucha autoridad en vida, y doctrina, de edad de mas de cincuenta años, y de preſencia venerable.

El Doct. Quiroga, es limpio, fuè Colegial del Colegio del Cardenal en Valladolid, y Cathedratico; es hombre muy docto, virtuoſo, y prudente, fuè Vicario de Alcalà en tiempo del Cardenal Tabera, y deſpues Auditor de Rota, y aora le ha mandado V. Mag. ir por Viſitador de Napoles.

El Licenc. Eſpinoſa, Regente de Navarra, es limpio, fuè Colegial del Colegio de Cuenca en Salamanca, y Proviſor del Patriarca, y deſpues Juez de Grados en Sevilla, y aora es Regente de Navarra, perſona de muchas letras, virtud, y prudencia.

El Maeſtro Franciſco Sancho, Theologo, es hombre de exemplar, y anciano, y limpio, fuè Colegial en San Bartholomè en Salamanca; es tenido, y eſtimado por muy gran Letrado, y como à tal le han dado en la Igleſia Mayor de Salamanca la Canongia de Eſcritura, ſin opoſicion; tiene tambien muchos años ha Cathedra en Salamanca, y de propriedad, y tiene en aquella Univerſidad comiſſion para las coſas de la Inquiſicion.

El Doct. Andrès Perez, Theologo, del Conſejo de la Inquiſicion, es hombre exemplar, y limpio, fuè Colegial del Cardenal de Valladolid, y Cathedratico de Theologia en aquella Univerſidad, es hombre anciano, y fuè con V. Mag. à Inglaterra.

Al Doct. Ayora tengo por hombre limpio fuè Alcalde de Chancilleria de Granada, y dexò el oficio por recogerſe, y hazerſe Sacerdote, y de ſu caſa le ſacò el Patriarca, y deſpues el Obiſpo de Plaſencia, y es ſu Proviſor, y tiene en aquel Obiſpado comiſſion para las coſas de la Inquiſicion, es hombre muy virtuoſo, y exemplar, y tenido por muy Letrado, y trabajador.

El Licenc. Cervantes, es limpio, y hombre de mucha virtud, y zelo; fuè Proviſor, è Inquiſidor en Sevilla, y aora lo es en Zaragoza, es tenido por muy Letrado.

Por no entender, ſi V. Mag. por Theologos entendia tambien Religioſos, no los nombro aqui, y porque ay tanta abundancia entre ellos de perſonas benemeritas, que facilmente hallarà V. Mag. en que eſcoger. Franciſco.

Con eſta diſcrecion, verdad, y madurèz reſpondiò Borja à los puntos mas principales, y mas nobles de la pregunta, reſervando otros menos importantes, y mas difuſos para otra reſpueſta: y ciñendoſe en todos à los terminos mas rigoroſos de la Conſulta, porque ſeñalava el individuo, que le pareciò mas oportuno, dexando al Real arbitrio la eſpecie, ò el gremio, porque no hazia expreſſa reflexion ſobre eſſa pregunta la ſabia pluma de Felipe Segundo. Que leyendo repetidamente el Papel de Franciſco, dezia, que ni Aſtrea huviera hecho eleccion de mas juizio, ni pudiera tener mas juſtificado voto. Hallòſe con todo eſſo un poco embarazado en el miſmo arbitrio de elegir, no tanto yà entre èſte, ò aquel individuo, quanto entre èſte, y aquel gremio: conociendo, que ſuele pender el acierto, no menos de la claſſe, que de las calidades de el individuo. Y por no exponerſe à ningun rieſgo en lo que quedava à quenta de ſu alvedrio, y por atarſe mas eſtrechamente al dictamen de el Santo, fuè ſeñalando para la Preſidencia de Caſtilla el primero, que de cada una de las claſſes le proponia Borja;

y no dando lugar, por ventura los achaques à que pudieſſe aceptar eſta honra, paſsò al primero de la otra claſſe, que ſe ſeguia, que fuè el Señor Figueroa, iluſtre Cavallero de Salamanca, y ornamento de la Toga de San Bartholomè en ella. Deſpues fuè colocando en aquel alto nincho otros dos de los que celebrava en ſu Memorial la pluma del Santo, porque la brevedad de la vida diò lugar à que ſe fueſſen ſucediendo unos à otros en aquel tiempo, en que los ſitios altos eſtavan menos resbaladizos. Viſtiò la Purpura à dos de los que nombrava Borja: iluſtrò à muchos otros con la Mitra: y no ſe ſabe, que aya dexado alguno, de los que expreſſava ſu pluma, ſin alguna eſpecial honra: y cada uno deſempeñò bien el voto de Franciſco, acreditando con ſus talentos aquel dictamen, ni ſolo de prudente, y de muy experto, ſino tambien de Divino. Y aora, quando Cabeza de la Compañia eran tan frequentes, tan graves las Conſultas, en que el Rey Catholico le ocupava, y tan celebradas las reſpueſtas de Borja, que ſe hizieron muchas juridicas en las informaciones milagroſas, que para ſu Beatificacion ſe embiaron deſde Eſpaña à Roma, porque quedaſſe canonizada tambien al Mundo ſu prudencia, Deydad, à cuyo Altar ſirve de lampara la mejor luz de la razon.

CAPITULO III.

SU APACIBLE TRATO, Y SU blandura en el govierno: quanto zelava la honra de cada Subdito: ocaſiones en que mezclava en la ſuavidad alguna punta de rigor.

§. I.

LA dulzura de ſu genio, y mucho mas de ſu eſpiritu en el govierno de ſus Subditos, hizo tan ſuave el yugo, que ſe apetecia como alivio: èl apacentava ſus Ovejas en los amenos campos de la piedad ſin honda, ni cayado, ni otro inſtrumento del rigor, à quien mirava como ceño de la virtud. Tenia obſervadas àzia eſte punto las maximas de los Prelados mas iluſtres, en cuyo govierno floreciò la ſuavidad, y al piè de ella la perſecucion: rebolvia el exemplar de Bernardo, que mudò en roſas las eſpinas de ſu primera ſeveridad, y las flores en miel, de que dexò bañados ſus eſcritos, y mucho mas el corazon de ſus Subditos. Reconociò atentamente la vida admirable de un Anſelmo, y entre las luzes de ſu meſma ſabiduria mirava la benignidad como fondo de aquel precioſo reſplandor. Todos los dias deſpachava al Cielo muchos gemidos, pidiendo aquel eſpiritu de blandura, que avia ocupado el pecho de Laynez ſu Anteceſſor glorioſo, que teniendo formado de cera el corazon, ſe derretia à menos luz, que la de tan encendida ſabiduria. Andavan todos tan alegres, y tan conſolados en el govierno de Franciſco, que como eſcrive Dionyſio Vazquez, no avria Subdito, que à trueque de darle guſto no emprendieſſe lo mas dificil, obedeciendo con promptitud en lo mas arduo, y daria ſu vida cada Oveja deſangrada por tan amable Paſtor. Y à la verdad, ſi el Prelado gana con la dulzura, y el cariño el corazon del Subdito, podrà dominar haſta en ſu entendimiento, y hazer apacible lugar à la perfeccion de ſu Inſtituto, y ſino avrà de forcejar con los genios, con los dictamenes, y con las miſmas leyes. Porque ſe haze duro obedecer à quien no ſe ama, ni la autoridad del Superior ha meneſter al miedo para conciliarse el reſpeto; que el buſcarle à coſta del odio, fuè maxima de un Tyrano.

En todas las Congregaciones, que huvo en el tiempo de ſu Generalato, recomendava eſta ſuavidad con expreſsiones tan tiernas, como la blandura à que exortava, deſeando, que los Superiores de la Compañia tuvieſſen mucho mas de Padres, que de Juezes, y que en los años, que èl fueſſe Cabeza de tan iluſtre Cuerpo, ſe vieſſe la ſerenidad, y aun el alhago en ſu roſtro. Pero ſingularmente el año de mil quinientos ſeſenta y ocho, hizo una exortacion ſobre eſta maxima à los Provinciales, y otros Superiores de la Compañia, y ſe dirigia con particularidad ſu eloquencia à los de Eſpaña, de donde tuvo aviſos, de que el nimio rigor hazia con las virtudes, lo que los grandes yelos con las flores, y con las frutas. Eſcriviò Cartas llenas de ſentimiento, y ſolo moſtrò aſpereza, quando reprehendia falta de ſuavidad. A ſu Confeſſor Dionyſio Vazquez, ſiendo Rector del Colegio Romano, le depuſo el miſmo año de ſeſenta y ocho, porque inclinava àzia la ſeveridad con algun eſtremo: dezia, que era execrable delito en un Prelado hazer no ſolo mas peſada, ſino caſi intolerable la Cruz precioſa de el eſtado Religioſo, y hazer de plomo para un ombro flaco aque-

aquella Cruz, que ſolamente fuè Leño ſobre el ombro de Chriſto. Admiravaſe mucho quando ſabìa de alguno, que diſcurrieſſe modos de afligir à los Subditos, debiendo antes fatigar el genio en diſcurrir todo el alivio, que ſe pudieſſe componer con la obſervancia en ſu eſtado: porque quien avrà, exclamò una vez, ſino algun corazon, que tenga mas de fiera, que de humano, que al vèr un infeliz brumado con terrible peſo, ſe deſvelaſſe en añadir nueva carga al oprimido, ſi vèmos, que la Providencia al mirar al Ombro de un Dios gimiendo con el Leño de la Cruz, no diſpuſo doblar el peſo, cargando el ombro, que iba deſcanſado, ſino que buſcò un Cirinèo para ſu alivio? Què otra coſa es la vida religioſa, ſino una Cruz nada ligera, que ſe ha de conducir, no yà por un breve eſpacio deſde un ſitio à otro, à la cumbre deſde un llano, ſino deſde el Noviciado al Sepulcro? Què otra coſa es, que un martyrio, que todo lo que tiene mas de duracion, tiene mas de cruel, y de mas duro, pues và derritiendo la vida à fuego lento?

Su imperio en las ordenes, que intimaba, mas ſonaba à ruego, que à dominio, imperando ſuavemente en los corazones con otra eſpecie de dominacion, que ſiendo tanto mas apacible, no es menos eficàz. Mirad, dezia, ſi os hallais con fuerzas, y deſeos de emplear vueſtro cuydado en eſte oficio, ò miniſterios? Y ſi podeis, ruego encarecidamente à vueſtra piedad, y zelo, que hagais à Dios eſte ſacrificio, à la Religion, y à mi eſte guſto. Caſi ſiempre ſolicitaba primero ſaber la voluntad de el Subdito, exploraba ſu inclinacion, y genio, y en que emplo ſe ocuparia mas guſtoſo; y ſi hallaba talentos proporcionados à los deſeos, le ſeñalaba para aquella tarèa, adonde le llamaſſe el alma; punto, en que las mas vezes penetraba ſu lince entendimiento los movimientos ſecretos de las voluntades. Otras vezes dexaba al arbitrio de el Subdito la miſma ocupacion, à que yà le tenia deſtinado, ſabiendo que le cautivaba blandamente la libertad con dexarle aquella eleccion. Aſſegura ſu Confeſſor, que una vez ſola fuè la que le oyò mandar con vozes de precepto à un Subdito, en ocaſion, que rehusò con humildad porfiada un oficio de honra, quando importaba mucho à la utilidad publica, que le tomaſſe à ſu quenta. Deſeaba, que todos viviessen alegres en ſus ocupaciones, y en hallando un corazon comprimido triſtemente dentro de el pecho, procuraba con preſteza ſu alivio, aunque fueſſe meneſter quitarle todo el peſo, que ocaſionaba ſu deſconſuelo, apreciando mas los indecibles bienes, que trae la alegria de eſpiritu à las almas, y à las tarèas de un Religioſo, porque ella haze en los corazones, lo miſmo que el Sol con los mas floridos penſiles. No avia delito ageno, ni aun falta ligera, para que no hallaſſe alguna diſculpa; y quando no ſe le ofrecia otra, dezia, *baſta el ſer hombre*, diſminuyendo aſsi el mal con el origen dèl, y poniendoſe cavalleroſamente de parte de la humana flaqueza en agenas ocaſiones, y laſtimas, el que era ſu mortal enemigo en las proprias.

§. II.

SIendo Comiſſario General de Eſpaña, era Rector de el Colegio de Valladolid un hombre de mucha religion, y autoridad, pero de eſpiritu ſevero, yà por genio rigoroſo, yà por dictamen, de que fueſſe inſtrumento mas eficàz para mantener pura la obſervancia. Avia un Hermano en el Colegio, que ſolìa padecer en las funciones publicas, ſingularmente en el Refectorio, una paſsion de riſa tan violenta, que no le dexava alvedrio para ſugetarla, por mas que ſe caſtigava, y por mas que poſtrado llorava ſu meſma riſa. Reprehendiale el Rector con mucha aſpereza, deziale, que era argumento de tener poco peſo aquel eſpiritu; de traerle poco recogido; de no tener preſente la imagen de Chriſto, de quien ſe ſabe aver llorado algunos tragicos ſuceſſos; y no concediò una ocaſion à la riſa en treinta y tres años. Davale algunas penitencias publicas, y ſi el paciente bolvia los ojos àzia sì miſmo, hallava tantas cauſas de llanto, que podia poner el exercicio de reìr caſi en olvido; pero batallava inutilmente con la memoria, y conſigo. No ſabìa el inocente Hermano, què medio eligieſſe ſu voluntad, para verſe libre de accion tan puerìl: afligiaſe de manera, que aun èl eſtrañava vèr aſſomada à ſu ſemblante la alegria; fatigava el cuerpo con el cilicio, y el ayuno, andava macilento entre el llanto, y el ſuſpiro, rebolvia con larga meditacion la muerte de ſu dueño; mas à qualquiera ademàn, ò ſuceſſo impenſado bolvia à prorrumpir aceleradamente en aquella expreſſion de ligereza; y quiſiera entonces ſa-

ſacar mucha ſangre al labio, y à la boca, ſi pudieſſe morder tambien la riſa.

Repitiò el Superior las penitencias, y las amenazas, valiendoſe de ellas como caſtigo, y como remedio, para que el temor corrigieſſe, lo que no podia ſolo el alvedrio. Iba una mañana el Padre Rector à dezir Miſſa, aviendo ſalido de la Oracion con los ojos humedecidos de llanto, y el ſemblante devoto, añadiendo eſta circunſtancia mas à la entereza de el genio: eſtaba yà veſtido para ſalir al Altar, quando ſintiò trocados en ſu pecho, en ſus ojos, y en ſus labios los afectos, porque ſin poder contener los primeros ademanes de una riſa deſentonada, prorrumpiò con eſtruendo de toda la Sacriſtia; y aun mordiendo yà la Caſulla, yà la lengua, no pudo acallar la voz à ſu riſa. Miraba à una parte, y otra atonito de ſu meſma alegria; bolvia luego àzia sì los ojos, y al eſtado, y ſitio reverente, en que le cogia aquella paſſion incapàz à vezes de freno: y deſpues de averſe reìdo de todo, ſe iba à reìr tambien de sì meſmo, y dando una riſada materia à la otra, ſe iba haziendo eterna la riſa. Hallòſe obligado à deſnudarſe de las Veſtiduras Sagradas, y recogiendoſe à ſu Apoſento, ſoltò las velas al llanto, y poſtrado en la tierra, ſe confundia, y aun ſe aſſombraba de eſta novedad, y los Subditos igualmente de aver viſto aquel roſtro alguna vez riſueño. El parecia aver bebido de aquella fuente fabuloſa, que puſo Pomponio Mela en una Isla fortunata, que ſe bebia riſa en ella; y no avia otro remedio para convalecer de eſta deſgracia disfrazada en alegria, que beber llanto en otra fuente vezina. Diſcurriò, ſi podria ſer caſtigo de lo que avia reprehendido al Hermano; mas como por otra parte avia nacido ſu reprehenſion de zelo, aunque experimentò en sì proprio, que no obedece ſiempre eſta paſsion al alvedrio, no diò ſatisfacion, ni conſuelo al Hermano. Ayunò aquel dia, y derramò mucha ſangre con la diſciplina, pidiendo à Dios la victoria de aquella moleſtia, que entriſtecia ſu eſpiritu con mentiroſa alegria del roſtro.

Bolvia à dezir Miſſa la ſiguiente mañana, y bolviò à padecer al miſmo tiempo, y de el miſmo modo aquella dolencia, que cauſaba la riſa, y lo miſmo ſucediò al tercero dia, por mas que ſe caſtigaba, mezclando llanto, y martyrio con la riſa. Avergonzavaſe de sì proprio, y de que le vieſſen en publico, pero la enfermedad nacìa de otra cauſa, y pedia otra curacion muy diſtinta. Fueſe à buſcar al Padre Borja, comunicòle ſu mal, y el que yà temia, que huvieſſe ſido origen de èl; y aviendole oìdo el Santo, le dixo: Pues vos dudais de que eſſe fuè un ſuave aviſo de el Cielo, porque corregiſteis con tanta aſpereza à vueſtro Hermano, y formaſteis de èl ligeramente un mal juìzio? No ſabeis, que la facilidad à la riſa nace en la tranquilidad de una concienciencia ſerena, y de una alma pura, donde libre de cuydados halla menos eſtorvos en la inocencia la alegria? Quien podrà reprimir en algunos ſuceſſos repentinos, ni las riſas, ni los ſuſtos? Y ſi fuere tentacion de el enemigo, pide otra eſpecie de remedio; porque ſi vos caſtigais con ſangre las inocencias, què dexais para las culpas? Quando aun tal vez ſe deben diſsimular las faltas, no ſea que con la continuacion del caſtigo ſe endurezca el Subdito, y vaya paſſando à obſtinado. Pedid perdon à eſſe inocente Hermano, y hallareis pronto remedio à un mal incurable en vos de otro modo. Aſsi ſucediò, y governò deſpues à ſus Subditos con mas felicidad, y mayores progreſſos, quedando enſeñados en eſte exemplo todos, que la benignidad debe ſer el caracter, ò diviſa de un Superior, que no ſe deſautoriza el oficio en un ſemblante alagueño, y que es error penſar, que una entereza afectada en el roſtro es inſignia propria de el pueſto, y argumento de madurèz en el juìzio; ſiendo verdad, que ſe tuvo por paradoxa la de aquel Filoſofo, quando dixo, que ſi el hombre tuvieſſe menos de riſible, tendria de mas diſcreto, ò de racional.

§. III.

GUardaba el honor de ſus Hijos, y Subditos con tanto deſvelo, como los hombres de gran reputacion, engolfados en la vanidad del ſiglo, cuydan de el que ſe llama punto de honra: y es aſsi, que ſin ella no ſe ſirve bien, ni à Dios, ni à los hombres; y mucho mas los que viven dedicados à miniſterios publicos, à quienes, ſegun la ſentencia de San Gregorio, no es menos preciſa la reſpiracion de la buena fama, que el aliento para que reſpire la vida. Nunca creìa noticia, que empañaſſe la honra, aunque tuvieſſe mas que viſos de cierta; por-

porque la mancha, que una vez ſe imprime en la imaginacion teñida de una ſoſpecha, ningun deſengaño la ſaca, y la miſma anſia de borrarla ſuele imprimirla mas en la fantaſia. Por eſſo en recibiendo algun ſecreto aviſo contra un Subdito, porfiava con ſu miſmo entendimiento haſta ponerle de parte de la inocencia contra la malicia, diziendo, que eſtaba en poſſeſsion de ſu fama, y que no debia ſer baſtante con ſu razon el influxo incierto, ò engañoſo de una pluma (quizà de un emulo) para deſpojarle de ella; y mas quando las apariencias, y las ſombras ſuelen hazer delinquentes las almas mas juſtas. Reſpondia à ſemejantes cartas de ſu propria mano, para que no peligraſſe aun en la comunicacion mas reſervada el honor, y el ſecreto: porque la fama es quebradiza, y la opinion tan lubrica, que el mas debil ſoplo, ò ademàn de una mal diſsimulada ſoſpecha aſſuſta el eſplendor de ſu tez delicada.

S. Ambr. in Luc. lib. 2. *Sciebat, lubricam eſſa famã pudoris.*

Aviſava luego al reo, y ſi reſpondia deſvaneciendo la acuſacion, averiguaba la verdad del ſuceſſo por los conductos mas fieles, y mas reſervados, para proceder al remedio, ò al caſtigo. Si tal vez fuè preciſo deponer algun ſugeto de la ocupacion, ò removerle à otro lugar, buſcava motivos tan decoroſos, y tan bien pretextados, que dexava ſeguro el honor en el miſmo ſitio, de donde apartava al Subdito. Y deſpues de caſtigada la culpa, arrojava en el rio del olvido ſu memoria, de ſuerte que ni aun las cicatrices de la mas leve herida quedaſſen en la honra. Tenia un pequeño eſcritorio, cuya llave no fiava, ni aun al Padre Secretario, y menos à ſu Compañero, y en èl guardava ſolamente los inſtrumentos de ſus penitencias, y las cartas de varias delaciones. Reconocialas en ſecreto cada mes, y rompia las que contenian cauſas yà fenecidas, ò las entregava à las llamas, queriendo quemar aun las cenizas, para que no quedaſſe eſcondido algun fragmento entre las paveſas, eſcapando del incendio la deshonra en pequeño blanco. Quando notava alguna falta ligera, que ſe iba haziendo coſtumbre por repetida, llamava à algun amigo, ò mas confidente del culpado, y le mandava que le aviſaſſe de aquel defecto; y por eſte conducto alagueño corregia, ſin que fueſſe à coſta del empacho; y à vezes le ordenava, no dixeſſe, que Borja avia advertido el defecto, por quitarle aun eſte rubor al Subdito, y enmendar el pecho ſin ſacarle la ſangre al roſtro. Quando era preciſo reprehender los deſcuydos, ò exceſſos de un Superior, lo executava en ſecreto, porque no ſe deſautorizaſſe en la publica humillacion el oficio, y porque no vieſſen los Subditos à ſu meſmo Juez hecho reo; antes en lo exterior le mantenia, ſatisfaciendo à las acuſaciones del zelo, de la razon, ò de la quexa, para guardar limpio el decoro à la juſticia, que ſin èl, trae con deſayre la vara.

Y aunque los Rectores governaſſen al principio con muchas imperfecciones, practicando algunas maximas imprudentes, ſi por otra parte los hallava dotados de excelentes calidades, no los deponia, ſino que iba limando ſus genios con el tiempo, con los aviſos, y con los ſuceſſos, y eſperando, que aquella mina de prudencia ſe fueſſe perficionando con los rayos del Sol en las luzes, y experiencias de la Oracion, y de la edad. Siendo un Argos de todos ſus Subditos, aun de los que vivian mas remotos, apartava los ojos muchas vezes, para que no fueſſen moleſtos; y otras ſe moſtravan, ò ciegos, ò dormidos, porque diſsimulava diverſas faltas, aſſegurado de que haze inſufrible el dominio traer ſiempre de centinela el cuydado, y tener perpetuamente levantado el azote, que à vezes la mayor ſabiduria conſiſte en afectar ignorancia; y que quien no ſabe diſsimular, ni ſabe ſer Rey, ni debiera ſer Paſtor. Pues aun la Filoſofia Eſtoyca, que fingiò en los ſabios una integridad imaginaria, dixo en Seneca, que ſe perſuadieſſe el que governava, à que mientras huvieſſe hombres, avria culpas; y querer caſtigarlas todas, ſobre creerlas, era olvidarſe, de que el barro fueſſe quebradizo. De eſta dulzura prudente, y amoroſa, que hallavan los Subditos en qualeſquiera acaſos, en el pecho, y en el roſtro de Franciſco, naciò la voz, ò la fama, de que en ſu Generalato avia florecido el govierno, que ſe llama con propriedad, y con razon paterno, que tiene pocos Subditos, y muchos Hijos; ofrecianſe à las tareas mas arduas todos, emprendian guſtoſamente las conquiſtas mas remotas de las almas, que quizà por eſſo llamò ſuave al yugo ſu miſmo Dueño, quando parece que fuera mas proporcionada voz, ò metafora, para ſignificar la propriedad de un yugo, llamarſe peſado, ò ligero; pero ſuave? pero dulze? Yo no sè que oculta fuerza tiene un imperio apacible, que ſabe hazer propria voz,

para explicar el peſo de lo ſuave; porque en aviendo ſuavidad en el que manda, no puede dexar de ſer ligero el yugo mas peſado al que obedece, pues no haze inſufrible el yugo, ni la peſadèz, ni la opreſsion de la cerviz, que le recibe, ſino la aſpereza del que la impone.

§. IV.

NO ſolamente deſeava introducir eſta ſuavidad en los corazones, ſino tambien en los entendimientos, y en los ſabios, que ſiendo en San Franciſco de Borja tan alta ſabiduria, ni fuè obſtinado en la inflexibilidad de la dureza, ni ſe torciò àzia la doctrina, que parecia mas eſtrecha; antes bien mirava ſiempre con rara propenſion del dictamen, y de el diſcurſo àzia el eſtremo mas benigno. Siendo Comiſſario General de Eſpaña, y hallandoſe enfermo en Valladolid, entraron en ſu Apoſento algunos Padres, y empezaron à tratar del modo mas oportuno para guiar las Almas al Cielo, y arrancarlas del vicio, eſpecialmente en el Sacramento de la Penitencia; ſegunda tabla, en que naufraga la culpa, y toma puerto la vida: fuè la converſacion paſſando utilmente à diſputa, en que defendia agriamente uno, cuyo dictamen era ſiempre el mas ſevero, que ſe debria negar, y no diferir ſolo la abſolucion al Penitente, que tuvieſſe frequencia de jurar, aunque expreſſaſſe bien ſu deſeo, y propoſito, de brazear contra la corriente de aquel habito, y de aquel vicio groſſero, hijo de la mala educacion de el Vulgo; porque una coſtumbre, que ſuele introducirſe caſi à naturaleza, pedia curacion tan doloroſa. Reprehendiò el Santo la generalidad peligroſa de eſta doctrina, contra las maximas comunes de la prudencia, y aun de la Theologia; pues aun quando huvieſſe precedido culpable deſcuydo en atajar ſu miſmo daño, deſpues de uno, y otro ſaludable aviſo, ſuele baſtar la dilacion al remedio, en quien llega deſeoſo de verſe bien convalecido; y añadiò el Santo: *Yo echaria de la Compañia à quien ſupieſſe, que practicava tan rigida ſentencia*, haziendo muchas expreſſiones àzia la ſuavidad, que juzgava propria de el eſpiritu de la Compañia, no por el interès, ò por la liſonja, ſino para cebo de una alma perdida. Senda, que quando la emulacion quiere acreditarla de anchuroſa, achacando Sentencias nimiamente benignas à la Compañia, tropiezan en el recuerdo, ò no ſè en el olvido de averla acuſado, quizà poco antes de eſtrecha, en no aprobar muchas bien celebradas opiniones, que tocan en el guſto, ò en la conveniencia propria, quales ſon entre muchas la Comedia, y el abſolver de los caſos reſervados à los Regulares en virtud de la Bula. Pues ſe haze poco creìble, que aya quien relaxe ſus dictamenes ſeguros à la Theologia, ſolo por atender al conſuelo, ò à la comodidad agena, y las mas vezes con unos infelizes, donde ni el reſpeto obliga, ni la liſonja llama.

Azor, lib. 11. inſt. c. 1. *Abſolutio abſolutè denegāda non eſt.*

Sanchez li. 2. cap. 32. n. 45. El Doct. Exim. to. 2. de Relig. lib. 3. cap. 8. n. 7. ibi: *Deinde ſi ſæpius propoſuit emmendari, & non fecit, ad bibenda ſunt remedia conveniētia, quæ ipſe tenebitur acceptare iudicio Confeſſoris, qualia ſunt frequentius conſiſteri, aliquā eleemoſynam, vel orationem brevē facere pro ſingulis iuramentis temere pro latis, ut ſimilia. Denique, ſi hæc non ſufficiat, interdum erit utile differre abſolutionem per aliquos dies, & in his non eſt ſcrupuloſè procedendum, nec hujuſmodi humanæ infirmitates efficacius curari ab homine poſſunt.*

Y bolviò à repetir Borja, que el punto mas alto, y mas ſeguro de la prudencia, que èl deſeava en los Confeſſores, y Operarios de la Compañia, era aquel que ſabe mezclar la utilidad de las Almas con la dulzura. Eſte ſuceſſo depone tan grande Teſtigo como el Padre Santander, uno de los primeros, y mas fervoroſos Operarios, que iluſtrò la Religion en aquellos principios, de quien dize la Hiſtoria de la Compañia, tom. 3. lib. 3. num. 193. *Sanctanderus vir ad modum gravis, ac ſanctus, longeque Balthaſare* (Alvarez.) *annis, & religioſa vita provectior.* Y hallè ſu depoſicion en el Archivo del Colegio Imperial, donde ſe guarda el papel, en que obſervò ſu pluma algunas hazañas immortales de Borja. Cuyo dictamen ſabio en eſte punto apoyò bien el tiempo en tantas plumas, por donde la razon, y la Theologia dieron repetidas llamaradas. En la miſma ocaſion, paſſando mas adelante la conferencia, ſe engolfaron los diſcurſos en nueva diſputa, ſaltando el zelo de una materia en otra, para ſacar el jugo à la verdad, toda la ſolidèz à la opinion. Paſſaron, pues, à controvertir, ſi ſe podria dàr la abſolucion al Moribundo, à quien, ò el eſtoque, ò el accidente repentino, ò el acaſo dexaſſe mudo, ſin que la lengua pudieſſe expreſſar juntamente con el dolor alguna culpa, quando por otra parte dava ſeñales de arrepentido, hiriendo doloroſamente el pecho, y haziendo otros extremos, por donde pide ſocorro la voluntad, al faltarle la voz; y ſon toda la eloquencia de un mudo para llamar al remedio? O que aviendo tenido voz para expreſſar eſte afecto ſu eſpiritu, à la preſencia del Confeſſor quedava tronco, deponiendo los que ſe hallavan preſentes, que avia gritado ronco por eſte alivio? Punto entonces batallado, en que la razon, y el zelo ſacavan mucha ſangre al diſcurſo.

De-

Defendian algunos el dictamen mas rigoroſo, apoyado del Abulenſe, que nuevamente iluſtrava en ſus relecciones el acre ingenio del Maeſtro Cano, y acabavan de ſalir à mucha luz de la Theologia en el mayor Teatro de Minerva: y mantenido difuſamente del que Eſpaña eſcuchaba como Oraculo el grande Fray Domingo Soto, que avia enſeñado à muchos de los que ſe hallaban en la diſputa eſta ſentencia, y eſtava diſponiendo darla felizmente à la Eſtampa. Contraponian otros à eſte grave peſo la autoridad de un San Antonino, la razon del Paludano, y la de muchos Theologos de aquel ſiglo: rumbo que ſiguieron deſpues, no ſolo baxèles ſobervios, ſino Planetas los mas luminoſos, y que dexò bien hollado en ſu Ritual el Sumo Pontifice Paulo V. Sudaban yà los ingenios con la diſputa, ſin ceder ninguno el campo à la victoria, haſta que ſe convinieron ambas partes, en que el Padre Franciſco como ſabio, y como Cabeza de la Compañia en Eſpaña, decidieſſe el extremo, ò la ſentencia, que debian practicar ſus Hijos, ſiendo tan obvios eſtos acaſos en la fuga zeloſa de nueſtros miniſterios. Pregunta, à que ſatisfizo el Santo con la doctrina, que refiere el Padre Dionyſio, cuyas palabras traslada aqui la pluma, para copiar mas legal ſu reſpueſta: *Diſputandoſe ante èl* (dize) *ſi ſe debia dàr la abſolucion Sacramental de los pecados al que con la agonìa de la muerte no podia confeſſar vocalmente ninguna culpa, pero dava mueſtras de contricion con ſeñales exteriores, le preguntaron deſpues de la diſputa, que ſentia de eſto, y què queria que hizieſſen los de la Compañia en tal caſo? Y el Padre reſpondiò: Eſtando eſte caſo en opiniones de graves Theologos, y afirmando los unos lo que niegan los otros, yo ſiguiria la parte afirmativa, y abſolveria con piedad en aquel articulo; porque no conſtando de ſer contra la voluntad de Dios, ni contra determinacion de la Igleſia, mucha razon es ſeguir la parte mas blanda, y miſericordioſa; y el inclinarnos à ella, podria por la virtud de el Sacramento ſer cauſa de la ſalvacion de una alma; y que ſeguir la opinion contraria, no hallo fruto ninguno, y ſe podria ſeguir alguna vez la condenacion de ella, por faltarle el Sacramento, y la verdadera Contricion.* Tal era el dictamen de San Franciſco de Borja, en eſte punto delicado, con cuya ocaſion enſeña abiertamente aquella maxima univerſal de la Theologia en la practica ſegura de las Sentencias benignas, como ſumamente util al bien de las almas, mirando el rigor como eſcollo, que deben evitar los que ſe ocupan en dirigirlas. Y añade el Padre Santander, teſtificando eſta miſma reſpueſta, que concluyò el Santo Borja eſta doctrina piadoſa, repitiendo, que èl ſiempre la practicaria, *pues*, dixo, *opinion de graves Theologos, puede aprovechar*, *y no dañar.* Reflexion propria de aquella grande alma bañada de ſabiduria, zelo, y prudencia, encendiendo en ſola eſta reſpueſta un farol, que alumbraſſe anticipado à la duda, y à los Operarios de la Compañia, por aquella firme ſenda, que conduce con mas felicidad à la orilla, y deſeava que fueſſe navegacion à los entendimientos deſta nueva flota: ſiguiendo aquella conducta, que ſin declinar àzia el ſeno mas anchuroſo, aparta el baxèl de un eſtrecho, pues qualquiera extremo es eſcollo, y lo que importa es arribar al Puerto; que haſta el Sol, ſymbolo el mas proprio de un Sabio, pierde rumbo en el camino mas arduo, *ardua prima via eſt*, y ſe precipita ſubiendo.

P. Dionyſio Vazquez, en la Vida man. lib. 5. cap. 4. fol. 163.

§. V.

NO era eſta aquella eſpecie de blandura, que nace en el deſcuydo, ò en la deſidia, ò yà en un miedo politico, y por ventura ambicioſo, de no deſazonar al Subdito, floxedad, que ſe diſfraza en alhago para dexar à cada uno vivir à ſu alvedrio, ſoltando el governalle aun en las tormentas, donde el baxèl fluctue al arbitrio de los vientos, y de las ondas; breve camino para relaxar al mas religioſo eſpiritu, y dàr al travès con toda la nave en eſcollo blando. Sino una ſuavidad, hija de un verdadero zeloſo amor, que haze florecer entre el deſvelo la piedad, ſin enflaquecer el valor para en aquellos lanzes, en que ſe neceſsita de la eſpada: ni lleva con deſcuydo floxa en la mano la rienda, antes la mide de ſuerte, que no laſtima, y enfrena; aunque tal vez recuerda, que puede, quando apretare, enſangrentar la boca. Viòſe practicamente eſta verdad en el Vireynato de Cataluña, donde talò à ſangre, y fuego la campaña à los eſcandalos, y à la licencia, rigiendo con vara de hierro, inflexible al ruego, y al gemido, y fuè tenido por cruel ſu dulciſsimo eſpiritu; y es, que ſu prudencia manejava el rigor, ò la piedad proporcionandoſe à la ocaſion, y al eſtado de la Republica que governava.

Co-

Conociendo, que à vezes es piedad moſtrarſe cruel, y que no ſe pueden regir muchos hombres juntos ſin mezclar algun agrio entre las dulzuras del cariño, y del trato. Hallòſe obligado en varias ocaſiones à uſar del rigor, que explicaba con eſta fraſſe: *echemos una onza de polvora en el arcabuz*: y eſte era el martyrio mas doloroſo à la ſuave condicion de aquel noble pecho. Depuſo à muchos de ſus oficios, y pueſtos honroſos, quando no baſtaron otros remedios, porque ſiempre reſervaba el azote para aquellos accidentes, en que agotadas las otras medicinas, ſe vale la deſeſperacion de una crueldad.

Eſtos lances apretados le neceſsitaron tambien à deſpedir varios ſugetos de la Compañia, y entonces ſacaba mas ſangre à ſu cuerpo la diſciplina, que la que derramaba al de la Religion la deſgracia, purificando la que dexaba en ſus venas ſagradas con la que arrojaba laſtimoſamente de ellas. Apenas le mandò San Ignacio exercer el oficio de Comiſſario General de Eſpaña, quando en Medina del Campo pidieron ſer admitidos en la Compañia tres Cavalleros, que avian veſtido algunos meſes otros habitos Religioſos, no eſtando aun entonces declarado por dirimente eſte, que ſiempre mirò la prudencia en la Compañia como impedimento. Conſultò el Padre Franciſco à San Ignacio ſobre eſte punto, advirtiendo, que aunque ſus prendas eran las mas eſtimables, avian ſido yà flores de otros jardines, mas hermoſas, que conſtantes. Por eſte motivo rehuſaba Ignacio verlas tranſplantadas al ſuyo, que por mas tierno tenia mas peligroſo el terreno; pero los ruegos inceſſantes de los intereſſados, y las interceſsiones de otros preciſaron à los dos Santos à recibirlos. Si bien experimentaron preſto, que no puede vivir dentro de un elemento, quien naciò en otro: y deſpues de varias amoneſtaciones yà ſuaves, y yà ſeveras, con que el Santo Borja cultivaba aquellas plantas libres, y aun vicioſas, las arrancò de la Compañia con tanta celeridad, que pareciò violencia à los que miraban el eſtrago de afuera; y ſe eſtableciò aquel feliz decreto, de que no pueda veſtir la ropa de la Compañia de Jeſus quien huviere traìdo el habito ſagrado de otra Religion: pues ſiendo el Reyno de Dios en la tierra la vida religioſa, ſerà inutil para ella el que bolviendo la cabeza à mirar otro campo, dexa imperfecto el ſulco, arando ſu miſma inconſtancia, mas que la tierra.

Quando bolviò de Roma à Eſpaña General de la Compañia, acompañado de la veneracion, y de la fama, llegò à Madrid fatigado de los caminos, y de los achaques, obligandole aquella noche ſu Compañero, à que ſe recogieſſe temprano, porque hallaba en la cama algun alivio, aunque mas pudiera ſervir de potro al cuerpo menos delicado. Concurrieron à reverenciarle ſus Subditos, no ſolo los que ſe hallaban en la Corte, ſino los Superiores de los Colegios mas cercanos, ſedientos todos de beber admiracion, y conſuelo en aquel pecho divino, donde ſe reclinaban con el abrazo. Avia nombrado el Provincial al Padre Santander para que governaſſe el Colegio de Alcalà, mientras el General elegia Rector; vino entre los demàs aquella miſma noche, y haziendole ſentar junto à la cama; le fuè preguntando menudamente el Santo Borja por el eſtado del Colegio de Alcalà, de el modo de proceder en cada uno de ſus Subditos, de el zelo con que ſe exercitaban los miniſterios, de la aplicacion à los Eſtudios. Hizieron novedad al Padre Santander tales preguntas, à quien era mas hueſped, que Superior, y que ſe pidieſſe noticia de lo mas recondito al que apenas avia ſaludado los umbrales del Colegio; y reſpondiò con alguna eſtrañeza, que aun no avia ocho dias, que eſtaba en aquel Colegio, en los quales ſolo podia averle reconocido con los ojos, ſin paſſar à regiſtrarle con el cuydado, ni con los penſamientos; eſpecialmente, quando ſe miraba un Subſtituto, que dentro de pocas ſemanas dexaria libre el campo al que ::: Atajòle aqui con baſtante aſpereza el Santo, y con alguna ſeveridad en el roſtro, le dixo: Pues no ſabeis, que aunque ſe os encomendaſſe por ſolos ocho dias el govierno del Colegio, aveis de poner el miſmo cuydado, que ſi fueſſeis perpetuo? Penſais, que la obligacion de un Prelado pende del tiempo; quando no debeis dudar, que pende ſolo del oficio? Quien ha de ſer Argos del ganado, ha de vèr mucho en poco tiempo: cuenta mas menuda, que la que yo he pedido, os han de tomar en Tribunal Supremo; pues quiero, que mediteis un poco, ſi ſe os admitirà la diſculpa de que os hallavais en el govierno como de paſſo? Quedò confuſo el Padre Santander, y enſeñado, de que los Superiores deben ſer parecidos à los eſpiritus mas ſublimes, cuyas operaciones ſe regulan por los inſtantes.

Caſtigava con mucho rigor à los Superiores, que abrian la puerta à qualquiera anchura, ò la dexavan no bien cerrada, porque à poco tiempo ſe alega la poſſeſſion contra la ley: y exclamava algunas vezes: Ay del Superior negligente, cuyo ſueño, ò deſcuydo abriere campo à la libertad, y à la relaxacion, porque con la miſma llave abre tambien la puerta à ſu eterna deſdicha! No perdonava los mas ligeros deſcuydos en la aſsiſtencia de los enfermos, de ſuerte que ſolo en eſta materia pudo parecer ſevero el Santo Borja, deſeando, que el cuydado en eſte punto paſſaſſe à ſer caſi ſuperſticioſo. Si avia de dàr alguna penitencia, llamava al Reo, y le dexava la eleccion del caſtigo, porque aſsi fueſſe mas ſuave, aun ſiendo las mas vezes mas rigoroſo, porque le hazia mas tolerable el proprio arbitrio. En varias ocaſiones ſe cerrava en ſu Apoſento con el Subdito, que huvieſſe delinquido; y deſnudando ſu inocente eſpalda el Santo Borja, arrodillado delante de un Crucifixo, tomava una cruel diſciplina, diziendo, que era juſto aquel caſtigo en quien era el principal reo, pues ſu deſcuydo avia ocaſionado aquel delito. Hallavaſe atonito el culpado à viſta de expectaculo tan ſangriento, cada azote heria ſu alma con dolor mas ſenſible, que el que cauſaria la diſciplina con el golpe, compitiendo las lagrimas del culpado con la ſangre del inocente herido; y arrojandoſe ſobre la tierra, le rogavan con gemidos, y con toda la eloquencia, que tienen los deſdichados, que ceſſaſſe de aquel rigor tan deſmerecido del que ſe padecia. Otros clamavan, que era mas crueldad la que uſava con ellos ſu blandura, que lo ſerìa la mas aſpera penitencia; porque ſobre hallarſe heridos de una compaſsion inſufrible, ſentian cubierto el roſtro de intolerable empacho, ſiendo mayor el caſtigo de no recibir alguno, y de verle executado en la eſpalda de Franciſco. Eſta fuè la practica de ſu govierno, que una pluma, ò incauta, ò ligeramente quiſo llamar aulico, ſolo por hazer reflexion de que Borja fuè en ſus primeros años Palaciego, ò gran corteſano: y pudo tener alguna ſimilitud en en eſte referido exceſſo, en que el inocente ſe viò oprimido, y libre el culpado. Mas ſi aquella humanidad de ſu trato, y de ſu roſtro mereciò nombre de corteſania, fuera razon tener preſente, que la urbanidad ſabe acompañar à la virtud ſin profanarla, ni deſautorizar con la adulacion corva ſu entereza, y que al monte de la perfeccion le ſirve de falda la apacibilidad.

CAPITULO IV.

LO QUE CRECIÒ CON SU GOvierno, y con ſu influxo el Cuerpo de la Compañia, dilatado en nuevos Colegios, Provincias, Univerſidades, y Glorias.

§. I.

HAllar mal formada en barro toſco la Cabeza del Mundo, y dexarla ſoſtenida en marmoles, y en admiraciones, fuè el mayor elogio, que fabricò la liſonja al Ceſar Auguſto. Pero aver encontrado à la Compañia en el mas pobre abatido alvergue, con pocos Colegios, en humildes Edificios, ſin Templos, ſin braços, y ſin otro caudal, que enemigos, y al morir dexarla coronada de grãdeza ſumptuoſa en las quatro partes de la tierra: es tan ſublime elogio, ò prodigio de Franciſco de Borja, que ſe permite mal à la pluma, y es mucho mas aliento, que el que cabe en la voz de la fama. Y no pudiendo repreſentar una bien diſtinta copia todo lo que abultò en ſus manos la Compañia, formarèmos un pequeño Mapa, que en atomos expreſſe delgadamente à la viſta lo que parece exceder toda la credulidad humana. Y deſpues de una general reflexion, de que no huvo Colegio alguno de la Compañia en todo aquel tiempo, que no debieſſe, ò à ſu induſtria, ò à ſu autoridad, ò à ſu providencia mucha parte de ſu Fabrica, ò de ſu hazienda, y que, ò las torres, ò los cimientos no debieſſen orlas à ſus Eſcudos. Deſpues de advertir, que los Colegios de Gandìa, de Zaragoza, de Alcalà, Barcelona, de Sevilla, el Romano, el de Valencia, y otros debieron à ſu generoſidad lo que todos à ſu zelo, y cuydado; paſſamos à ſeñalar con individuacion los que ſe deben llamar obra ſolo de ſus milagroſas manos, y las Provincias, en que plantò nuevamente la Compañia, allanando montañas, y abriendo por entre dificultades, y montes inacceſsibles una ſenda breve, y ſegura à la entrada de la Compañia, y quando ſe penſava, que la reſiſtencia, y la embidia impoſsibilitaban el paſſo aun à la confianza, deſcubria èſte portentoſo Colòn, que governava el baxèl, nuevo rumbo, para conducirle à remotas Naciones, haziendo navegables haſta los impoſsibles.

La

La Provincia de Caſtilla la Vieja, que ſe gloria con la noble Cuna de ſu Grande Patriarca, y con vèr dado Oriente el mas iluſtre al que fuè deſpues verdadero Sol de el Oriente, y no menos con aver merecido, que renacieſſe en ella San Franciſco de Borja, que en el Colegio de Oñate tomò la Ropa de la Compañia. Eſta Provincia, pues, debe llamarſe ſingularmente favorecida del Santo, como la primera Cuna de ſu alto eſpiritu, y al fin como ſu Provincia propria. En ella ſe fundaron con ſu abrigo, y zelo con flacos principios los mas inſignes Colegios, el de Avila, el de Segovia año de mil quinientos cincuenta y nueve, favorecido de ſu grande Prelado Fray Franciſco de Santa Maria, del Orden de San Geronymo, tambien del Religioſiſsimo Convento del Paular, deſde donde la gran Cartuxa alumbra à toda Eſpaña, de Don Franciſco Solier, Prebendado iluſtre de aquella Igleſia: y luego mandò abrir el Santo Borja tres Aulas à la enſeñanza publica. El de Burgos, cuyo primer ſuelo ſe abandonò por litigioſo el año de mil quinientos ſeſenta y ocho, paſſandoſe à otro ſitio menos pleyteado, ſino de la emulacion, que formava ſu Tribunal contra todas las Fabricas de la Compañia. El de Palencia, adonde fuè la Compañia à inſtancias de Doña Thereſa de Quiñones, de Suero de Vega, y de Doña Leonor de Vega, Hijos ambos de el grande Juan de Vega, que acabava de paſſar à mas feliz vida. Fuè ſu primer Rector el Padre Pedro de Saavedra. El de Valladolid, que ordenò deſpues el Santo paſſaſſe à Caſa Profeſſa, porque inſtava deſde Roma, que huvieſſe una en cada Provincia, y el año de mil quinientos ſeſenta y ſiete hizo mudar los Eſtudios al Colegio, que dedicava de San Ambroſio, vezino à la Univerſidad, para que eſtuvieſſe mas cerca de la ſabiduria aquel noble Alcazar, que ſe fabricava ſolo à Minerva. Paſſaron veinte y quatro Sugetos al nuevo Colegio, quedando veinte y dos en el antiguo, y aquel dia ſe vieron dos enxambres de Abejas en los huecos de las paredes Conſagradas à San Ambroſio, que le habitaron algun tiempo con admiracion de grande concurſo, bolando al nuevo florido Muſeo deſde la lengua, y Cuna del Santo: dulze milagroſo prenuncio de lo que avia de florecer en ſabiduria aquel Teatro, que antes ſupo ſer colmena, que fabrica, dexando vinculadas en aquel ſabio Colegio, y Univerſidad en la cera, y la miel la dulzura, y la luz.

El Colegio de Logroño, que fundò el año de mil quinientos cincuenta y nueve Don Thomàs de Yangues, iluſtre Ciudadano, cuyo Apellido ennoblece ſus margenes al Ebro, donde acabando de eſtudiar Filoſofia el Padre Juan de Oſſorio año de quinientos ſeſenta y nueve, ordenò el Santo, que ſe leyeſſe Theologia, y fueron ſus primeros Aſtros el Padre Antonio de Rueda, y Padre Pedro Ximenez, dos Jeſuitas bien doctos. El Colegio de Leon, que edificò ſu Obiſpo Don Juan de San Millàn, aquel cuyo exemplo iluſtrò la Mitra, y el Siglo. El de Monte-Rey, que fundò el Dueño eſclarecido de aquel Païs. El año de mil quinientos cincuenta y ſiete ſe aumentò mucho con ſu zelo el de Medina del Campo. Los Colegios de Vellimar, y Simancas, que deſpues fueron ruìnas. El de Salamanca, aunque tenia yà algun principio, era tan debil, que pudo llamarſe arroyo el que deſpues impetuoſo Rio de ſabiduria, y exemplo, haſta que el Santo acrecentò el caudal à ſus aguas, y diò conducto à las ciencias, fundando en èl los Eſtudios de Theologia, que dieron tantas Aguilas à la Igleſia, tanto luſtre à Eſpaña, y à la Compañia, reconociendo por primer nido ſuyo aquel pecho abraſado, y ſobre los cimientos de humildad tan alta, qual fuè la de un Borja, labrò ſu Real Palacio con nuevas columnas, y aun torres, la ſabiduria. El iluſtre fervoroſo Noviciado de Villa-Garcia, eterno monumento de la piedad de la Excelentiſsima Doña Magdalena de Ulloa, cuyas virtudes daràn fecunda dilatada materia à la mas eloquente pluma; y que en los tres Colegios, que fundò à la Compañia, dexò tan gravada ſu memoria, que los Siglos embolviendo marmoles, y bronzes en profundo eſtrago, iràn tratando ſiempre ſu imagen con reſpeto.

En la ſabia Provincia de Toledo diò principio al Colegio de aquella Ciudad famoſa, que dà nombre à toda la Provincia, embiando ſeis iluſtres Operarios, y entre ellos los Padres Ramirez, Buſtamante, y Eſtrada año de mil quinientos cincuenta y ocho, que cultivaron con prodigios, y con raro fruto las orillas del Tajo. Paſsò deſpues èſta fabrica à Caſa Profeſſa, y ſe fundò nuevo Colegio en otro ſitio. El inſigne Colegio de Madrid, que à deſpecho de tanto enemigo ſubiò à la cumbre de el honor, y el Santo eſtableciò en èl los primeros

Eſtu-

Eſtudios de Retorica, y humanidad, y oy ſirven de cima, y de gloria al Parnaſo Eſpañol. La Caſa de Probacion, que el año de ſeſenta y ſiete inſtituyò en Villarejo la piedad, deſde el pecho dilatado de Juan Manuel de Leon, tan arrebatado de gozo al vèr la modeſta compoſtura de tanto Joven Novicio, que tomando la Pluma, eſcrive al Santo Borja: *yo doy infinitas gracias al Cielo de aver yà viſto Angeles en la tierra.* El Colegio de Ocaña, donde el año de ſeſenta y ſiete puſo eſtudios de Theologia, y fueron ſus primeros Maeſtros el Padre Alonſo Sandoval, y el Padre Joſeph de Acoſta. El de Murcia, el de Belmonte, cuyo primer origen fuè el corazon real del Marquès de Villena. El de Plaſencia, el de Cuenca, el de Huete, el de Navalcarnero, el de Oropeſa año de mil quinientos y ſetenta, fundacion de la gran Caſa de Toledo, y hazaña de ſu piedad, que no ſon inferiores à las de ſu valor. El de Siguenza, que pedia el celebrado Cardenal Eſpinoſa, que con ſu muerte ſe reduxo tambien à ceniza; ſi bien duran aun oy las huellas, que dexaron impreſſas cinco Jeſuìtas, gravadas las Armas de la Compañia en una pequeña Caſa, que recuerda admiraciones à la Hiſtoria. El de Caravaca, año de mil quinientos y ſeſenta y ocho, hijo de el incomparable amor, que tuvo à la Compañia Miguel del Reyno; pues entre otras clauſulas de la fundacion ſe halla eſta digna de memoria, que ſi en los tiempos venideros huviere quien añada à ſu Colegio mas hazienda, que la que èl dexava, deſde luego le cedia guſtoſamente el Patronato, y queria que ſu cadaver le dexaſſe libre el ſitio, y el trono.

El de Segura de la Sierra, que ſe admitiò à inſtancias de el Duque de Feria año de quinientos y ſeſenta y nueve, y le fundò Chriſtoval Rodriguez de Moya aquel favorecido de la Santa Madre Thereſa, aviendo paſſado antes à Madrid à obſervar el orden, el fruto, y el zelo de los de la Compañia, y deſeoſo de vèr aquel milagroſo cultivo en ſu tierra; cuyos campos deſeavan agua. Apetecian anſioſamente eſta miſma felicidad ſus dos Hijas Cathalina, y Franciſca de Avilès; que avian conſagrado con voto ſu honeſtidad, y ſe inclinavan con todo el peſo de el corazon à dedicar ſu hazienda à un Colegio de la Compañia, y daban calor al zelo de ſu Padre con ſus lagrimas, y continuadas ſuplicas. Verdad, con que ſe deshizo la niebla, que avia levantado una calumnia, introduciendo en las Catholicas orejas de Felipe Segundo el engaño, de que el Padre violentava en ſus Hijas el alvedrio, quedando confuſa la embidia de verſe infamada por ſu meſma pluma. El Colegio de Alcalà empezò con los ſocorros de Borja, y fuè creciendo en ſu zelo à ſu noble fabrica. Y tiene la gloria de aver ſido ſu primer Maeſtro de Theologia ſagrada el miſmo San Franciſco de Borja, en cuyas corrientes bebiò la primera luz de ſabiduria, que redundò deſpues por tantos eſcritos, y ſublimes Maeſtros en toda la Europa: empezando eſte rio con pequeño doliente caudal en el llanto de Jeremias, cuyos Trenos expuſo bien ſentidos; y ſabiamente comentados, que el dilatado rio de las ciencias tiene ſu mas puro nacimiento en las fuentes del llanto.

§. II.

LA Provincia de Andalucia ſe debiò toda à ſu Providencia, que llegò antes que huvieſſe arribado à las mas floridas Ciudades della el nombre de la Compañia, madrugando el zelo antes que la fama. Deſtinò varios Jeſuìtas de los mas ſabios, y los mas fervoroſos eſpiritus à eſta empreſſa, principalmente à Sevilla, donde ahogò monſtruos de Heregias en la cuna, y abriò humildes cimientos à un Colegio, que empezava deſpreciado carrizo, para deſcollarſe ſoberviamente por el viento aſſegurado en una profecia de el Santo. El Colegio de Granada à que ſu iluſtre Prelado Guerrero diò noble principio. El de Cadiz año de quinientos y ſeſenta y quatro, en que ſus Ciudadanos aviendoſe reſiſtido haſta entonces à admitir otros Conventos en ſus Playas, y dentro de ſus muros, clamaron à Borja por Jeſuìtas, colocando ſu nombre ſobre las dos famoſas columnas. El de Cordova, el de Trigeros, el de Montilla, y el de Marchena, cuya feliz Aurora fuè la Duqueſa de Arcos Doña Maria de Toledo, Hija de los Marqueſes de Priego; y deſpues le enriquecieron Don Rodrigo Ponce de Leon, y Doña Maria de Zuñiga con ſu generoſidad; poblòſe el año de quinientos y ſeſenta y ſiete, y fuè ſu primer Rector el Padre Gaſpar de Salazar. El Colegio de San Lucar, que padecia tormenta poco deſpues en aquella Playa, teniendo mucha mas duracion ſu exemplo, ſu fruto, y ſu fama, que ſu vida, aunque bolviò à reſucitar, pero ſiempre eſtrechado

de la pobreza, y ſin aliento para dexar de ſer cabaña.

El Colegio de Baeza, para cuya dotacion dexò ſu hazienda Doña Elvira de Avila año de mil quinientos y ſetenta, y ſe añadiò deſpues otra, que dexava Don Diego Carrillo de Carbajal à un Colegio, que llamavan de Santiago; y à peticion de los Patronos la aplicò ſu Santidad à la Compañia. El de Malaga, que el año de quinientos y ſetenta y dos inſtituyò el clariſsimo Don Franciſco Blanco ſu Obiſpo, que aviendo tratado à Laynez, y à Salmeròn en el Concilio de Trento, bolviò à Eſpaña lleno de admiracion de tan divino inſtituto, acrecentò las rentas de el Colegio de Monte-Rey, Dioceſi de el Obiſpado de Orenſe, cuya Silla entonces ocupava; y paſſando à Malaga, llevò conſigo à la Compañia. Fuè deſpues Arzobiſpo de Santiago, y paſſando de camino, embiò una conſiderable ſuma al Colegio de Salamanca, y labrò en la Ciudad de Compoſtela un inſigne Colegio à la Compañia, no ſabiendo mudar de ovejas eſte vigilante Paſtor, ſin llevar à ſu lado à los que dezia eran ſu total alivio en el cuydado de apacentarlas. Y las primeras huellas, que fixaron en Santiago los Jeſuìtas, fueron reſplandecientes, y divinas, dexandoſe vèr nuevas luzes portentoſas en aquel que fuè un tiempo campo de muchas eſtrellas.

La Provincia de Aragon, à fuer de cuna, en que el Santo oyò los primeros arrullos de la naturaleza, y tambien de la gracia, no debia ſer menos favorecida: erigiendoſe en ella por influencia ſuya; ademàs de el Colegio de Gandìa, y el de Valencia, adonde fundò tambien Caſa Profeſſa año de mil quinientos y ſetenta y uno, dos vezes el de Zaragoza, debiòſe à ſu generoſsidad, y zelo la primera, y à ſus lagrimas la ſegunda, quando en una porfiada tormenta pereciò el baxèl, y los que eſtavan dentro ſalvaron en la confianza la vida, haſta que los reſtituyò el Santo al miſmo ſitio con nueva gloria, y en embarcacion mas ſegura. El Colegio de Barcelona, que debiò à ſu favor las primeras piedras, y à ſu govierno deſde la Compañia las ultimas, y mas precioſas: puſo en èl eſtudios de Theologia el año de mil quinientos y ſeſenta y nueve, para que aquel theatro, à competencia de Marte, fueſſe tambien campaña à las lides de Minerva. El Colegio de Monteſion en Mallorca, cuya noble Isla, y antigua Cabeza anelava por la Compañia, porque entre tantas amenidades, y jardines floreciеſſen tambien las virtudes: El Virrey Don Guillelmo Rocaful, el Obiſpo Don Diego Arnedo, la Nobleza, y la Ciudad toda, y el ſabio Doctor Juan Abricio, que avia tratado yà à los de la Compañia en Eſpaña, pidieron con anſia eſta fundacion, que avia de ſer tan glorioſa, ſiendo Borja Comiſſario General de la Compañia en Eſpaña, y eſtando vezino à partirſe à Roma. Fuè ſeñalado por Rector el Padre Franciſco Boldo, y con èl dos Hermanos, dos Sacerdotes, el Padre Juan de Verdolago, y el Padre Hyeronimo Mur, ſaliendo el Virrey à recibir eſte pequeño Eſquadron tres leguas de la Ciudad. El Pueblo en ſu entrada hizo la ſalva à ſu felicidad recien venida. A pocos dias, que reconocieron aquel noble Theatro de Mallorca, unieron las facciones, en que la ſangre iluſtre eſtava tragicamente dividida, y aun derramada, obligando dulcemente à todos à que ſe buſcaſſen para echar los brazos, que tantas vezes avian empuñado los eſtoques haſta enſangrentarlos. Fundaronſe tambien en la Isla de Cerdeña los Colegios de Sacer, y de Caller, abriendo el primer dificil paſſo à la entrada el ardiente eſpiritu del Padre Pedro de Eſpiga, empezando luego el Cielo à mirar con ſemblante mas riſueño àzia las Islas de Cerdeña.

La Provincia de Portugal fuè una de las que robaron con mas afecto el cuydado, y el corazon del Santo, conociendoſe, que aquella alma tenia no ſe que ſympatia con la Nacion Portugueſa, donde hallò aſylo, y playa; y en cada pecho Luſitano una Ara devota. Diò principio al Colegio de el Puerto, al de Braga, y al de Verganza, como vimos en el libro quarto de eſta Hiſtoria. Promoviò mucho las reales maquinas, que hallò erigidas en Lisboa, donde ſe debiò à ſu ſombra la inſigne Caſa Profeſſa de San Roque, como dixo yà eſta Hiſtoria, en Ebora, y Coimbra. El Colegio de la Isla de la Madera año de mil quinientos y ſetenta, cuyo primer Superior fuè el Padre Manuel de Sequeyra. El de Angra en la Isla Tercera, Cabeza de las otras ocho, cuyo primer Rector fuè el Padre Luìs de Vaſconcelos. El del Rio Janeyno en el Braſil año de mil quinientos y ſeſenta y ſiete (y con èl otros caſi al miſmo tiempo) cuydando de tan ſumptuoſo edificio el victorioſo Martyr

Pa-

Padre Ignacio Acebedo. Y la fundacion de eſtos tres ſaliò de la prodiga Real mano del Rey Don Sebaſtian, digno objeto de tantos elogios, como ſuſpiros, que de unos, y otros ſeràn fecundos para ſu epitafio los ſiglos. En Angra eſperaban à los nuevos Jeſuitas en la Ribera, el Governador, el Obiſpo, el Clero, la Nobleza, y el Magiſtrado, haziendo ſalva la Artilleria, luego que deſcubrieron la Nave Portugueſa, ſaliendo en Eſquifes à recibir ſu dicha, por no moſtrarſe perezoſo el deſeo, ſi eſperaſſe en la playa. En la Isla de la Madera fueron recibidos de el Pueblo con aclamaciones de triunfo; y aunque el Governador ſe moſtrò averſo, fuè parte de la felicidad, que no faltaſſe enemigo à tan grande aſſunto. Empezaron à cultivar aquellas Selvas immenſamente eſtendidas, que dàn nombre à la Isla, y ſe vieron luego pulidos ſus troncos, y mudados en racionales los mas incultos leños.

§. III.

EN Sicilia el Colegio de Calatagyrona, Villa populoſa, que ſirve de corazon à Sicilia, y es el centro de toda la abundante fecundidad, que enriquece aquella Isla. Deſeava eſta fundacion la Nobleza, inſtava el Marquès de Peſcara, Virrey entonces de Sicilia, y ſe conſiguiò el año de mil quinientos y ſetenta y uno, à expenſas de la Villa, que le dotò con real magnificencia, y ſe abrieron Eſtudios por el Agoſto del miſmo año, ſiendo ſu primer Rector el Padre Joſeph Fabricio. El de Rhegio en Calabria, que aunque ſe fundò el año de quinientos y ſeſenta y quatro à ruegos de Don Perafàn de Ribera, Virrey de Napoles, influyendo el Santo Borja, ſe aplicò à la Provincia de Sicilia el de ſeſenta y ſiete, por eſtàr en ſitio mas proporcionado à la viſita, dividiendo tan poco Mar la Calabria de Sicilia, deſuniendo de la Provincia de Napoles un Colegio, fundado en aquel cèlebre ſitio de Rhegio, adonde creyò la fabula, que ſe avia arrancado toda Sicilia de las demàs Provincias de Italia. Puſo Eſtudios de Filoſofia en Palermo. Embiò al Padre Juan Maria à Sicilia, para que fundaſſe Eſcuelas à todas las Artes, y Ciencias en el Colegio, que pareciſſe ſitio mas oportuno; y eligiò el de Mecina, donde ſe abrieron Aulas el año de mil quinientos y ſeſenta y ocho à la Theologia ſagrada, y empezò aquella Isla à ſer no menos fertil de Ingenios, y de Letras, que de Eſpigas, aviendo yà admitido por los fines de quinientos y ſetenta y cinco las Cathedras de Filoſofia; con que ſe armaba la razon en aquella playa, porque quiſo ceder Minerva ſu docro antiguo Meſeo à la Compañia. Fundòſe tambien la Caſa Profeſſa à imitacion de la de Roma, añadiendo ſegundo Faro à Mecina, y humillando ſu cima el Peloro al nuevo Templo. De ſuerte, que en tiempo de el Borja ſe viò coronada de nuevos Promontorios Sicilia, mas ſobervios, que los tres de quien tomò el nombre de Trinacria.

En la Provincia de el Rheno, donde las Heregias avian derribado los Templos, y ſepultado haſta los miſmos eſtragos, porque ni ſe diſtinguieſſen, ni ſe adoraſſen en las ruinas los Sagrados Veſtigios, ſe edificò año de mil quinientos y ſeſenta y ſiete el Colegio de Herbipoli à expenſas de Federico Uvisberge, ſu grande Prelado, y ſe levantò ſobre las ruinas laſtimoſas de el Monaſterio de Santa Inès, poblacion un tiempo religioſa, y florida de Santa Clara. El Colegio de Fulda año de quinientos y ſetenta y uno, que ſe debe à la magnificencia, y al zelo de la ſiempre Venerable Familia de San Benito; porque el Abad de aquel Monaſterio, à quien haze Principe de el Imperio el Cayado, y por ſu ſangre era no menos eſclarecido, mirava triſtemente derrotadas las coſtumbres de ſus Vaſſallos, y Pueblos, marchita la piedad, y aun la Religion, deſeava algun remedio proporcionado à tan grave mal: percibia mucha parte de la fragrancia, que deſde el vezino Colegio de Herbipoli, Treveris, y Moguncia reſpiraban los miniſterios, y ſudores de la Compañia; y ſe reſolviò à dàr un grito con ſu exemplo à todo ſu Pueblo, retirandoſe à hazer los Exercicios de San Ignacio: accion, en que le ſiguiò todo aquel obſervante Monaſterio, y ſaliò de ellos con el pecho abraſado en deſeos de fundar luego à la Compañia aquel grande Colegio, y no ceſsò haſta verle coronado. Hoſpedò muchos dias entre ſus Hijos à los primeros Jeſuitas, y quiſiera apoſentarlos en ſu pecho, Palacio mucho mas dilatado, que aquel Real Monaſterio. El Colegio de Spira, adonde paſſaron el año de mil quinientos y ſeſenta y ſiete deſde Moguncia tres Maeſtros de la Compañia, à bolver

claras las ondas, que la Univerſidad vezina ocupada de los Hereges hazia turbas, y cenagoſas; haſta el Rin èmbiava denegridas ſus olas, ſalpicando feamente las murallas.

En el alta Alemania diò principio en el Condado de Tyrol al Colegio de Hala, alcazar de la fama, deſde donde cantò muchas proezas à Europa. Fundaronle las dos Sereniſsimas Infantas Doña Magdalena de Auſtria, y Doña Elena, hijas de el Emperador Don Fernando, flores conſagradas à la aſpereza, y à las eſpinas de una penitente vida en el miſmo ſitio de Hala: no queriendo vivir ſin los Jeſuìtas, porque ſus virtudes admirables no conocian otros jardineros, acoſtumbradas ſolo à eſte cultivo deſde ſus primeros años. En la Provincia de Alemania la baxa el celebre Colegio de Duay, que por los años de quinientos y ſeſenta y ocho fabricò el Iluſtriſsimo Juan de Tentailleur, Abad de Aquecinto, eſpiritu el mas religioſo, Ornamento de el Orden de San Benito, que inflamado de zelo venciò inſuperables monſtruos, que ſe opuſieron à tan alto aſſunto: dotò con mucha renta el Colegio, y fundò en èl Cathedras à la lengua Latina, à la Griega, y à la Retorica, à la Filoſofia, y à la Theologia Moral, y Eſcolaſtica. Reſiſtia eſta nueva maquina de la ſabiduria la Univerſidad de Duay, que poco antes erigida penſava ſer deſcredito de ſus aguas puras, que ſe abrieſſen nuevas fuentes publicas, y tan copioſas. Eſcriviò el Fundador al Santo Borja, que paſſando luego à beſar el piè al Papa Pio Quinto, recabò de ſu zelo un Breve Apoſtolico, que para mucho honor ſuyo copia la Compañia en el tercer tomo de ſu Hiſtoria, y en èl deſpues de varios elogios de eſta fecunda planta, y de ſu doctrina, derramando ſu benignidad la Silla Apoſtolica. Deſpues de enſalzar dignamente el zelo de el Iluſtriſsimo Abad, y Convento de Aquecinto; exime los eſtudios de la Compañia de el juramento, y ſugecion pretendida por la Univerſidad: y añade; que antes eſpera, que las Aulas de la Compañia dèn ornamento, y eſplendor à las otras, porque ſus conductos reboſaràn luz en los publicos tan vezinos: y à lo menos la competencia podrà hazer, que crezcan ambos arroyos al correr cercanos, y divididos.

En la Provincia de Boemia diò feliz principio al Colegio de Olmuz en la Morabia, à ruegos, y expenſas de el ſabio zelante Paſtor el Doctor Guillelmo Priſionovio, à quien tantas vezes ſirviò de Mitra una eſtrella; fundò tambien Eſtudios à la educacion de la juventud; y eſtavan tan gozoſos de eſta enſeñanza los Pueblos, que haſta los Hereges embiaban ſus Hijos, queriendo paſſar por el ſinſabor de verlos Catholicos, à trueque de que ſalieſſen tan bien educados. El eſtrago, que hizieron en los Hereges los primeros Jeſuìtas, mereciò contarſe en nueſtras Hiſtorias entre las mayores hazañas, hallandoſe obligados aquellos monſtruos à empuñar las armas en las diſputas, para reſtaurar con la fuerza el campo, que les ganava la razon ſola, y deſarmada: con que la fé à modo de niebla Divina iba cerrando toda la Moravia, y eſclareciendo los entendimientos con aquella obſcuridad ſagrada, que ſirve à la razon de Aurora. Empezò eſta fundacion año de quinientos y ſeſenta y ſeis, y en el de quinientos y ſeſenta y nueve ſe aumentò el numero de Soldados, y paſsò aquel nuevo eſquadron victorioſo à ſu nuevo edificio el dia que ſe celebravan las virtudes del Serafin de la Igleſia, cuya avia ſido antes la Caſa, que aora ſe conſagrava à la Compañia; y èl eſtendiò ſus alas fogoſas para cubrir con ſu proteccion à los Jeſuìtas, no deſconociendo aquella esforzada tropa, que entrava à poblar de nuevo ſu antigua Caſa. En la miſma Provincia inſtituyò Borja una Caſa de Probacion en Bruna, paſſando el Obiſpo de Olmuz à Bruna à dàr vida à la fabrica con el Padre Alexandro Heleto, adonde ſe viò, que un clarin animoſo deſde el Pulpito es arma mucho mas poderoſa contra el enemigo, que todas las que forja Vulcano, y las que irrita el fuego.

§. IV.

EN la Provincia de Milàn ſe tomò poſſeſsion el año de quinientos y ſeſenta y ſiete de el famoſo Colegio de Turin, que fundava Aleramo Becucio; familia, cuya antiguedad le compite al tiempo ſu duracion, tronco iluſtre del laurèl, que cuenta por rama ſuya à Santo Toribio, Obiſpo de Aſtorga, lumbrera de Eſpaña. Fuè ſu primer Rector el Padre Diego de Acoſta, gran Caudillo de la Fè Catholica; en uno de ſus Sermones convirtiò à un Joven, iluſtre Diſcipulo de el mas ſabio, y mas cèlebre Hugonote, que irritado

cado deſafiava à publico duelo al Padre Acoſta, blaſonando de que ſolamente avia emprendido ſalir al campo con un entendimiento gregario, y con un novèl diſcurſo, pero no con el que eſtava veterano en aquella Milicia, y avia colgado yà muchos troféos de el arbol de Minerva: Señalòſe hora, y ſitio, concurriò la Nobleza, la ſabiduria, y todo un vulgo; durò tres horas la batalla, y la confuſion de el Herege fuè el mas eſtimable deſpojo de aquella victoria; eſtuvo mudo algun tiempo, y luego oprimido de empacho el roſtro, cediò el campo, confeſſando con el grito, que ſu razon no alcanzava luz para romper niebla tan eſpeſa como le cubria: que ſi hallaſſe ſalida à tan ingenioſa eficàz duda, bolveria en ſecreto à diſputar con aquel Varon eloquente, y ſanto, ò à rendir las armas en ſu entendimiento. Fuè eſte triunfo de grande utilidad à muchas almas laſtimoſamente teñidas de el veneno, que inficionava ranta razon en aquel ſiglo, cuya memoria ſe ha borrado mal con mucho llanto, y ni pudo purificarla tanto fuego.

En Arona la Caſa de Probacion, que fabricò San Carlos Borromeo, ſolar, ò gloria antigua de la Caſa Borromea, cuya Abadìa de San Graciano, y Felino gozava el Santo. Avia fundado el miſmo San Carlos el Colegio de Milàn, que avia de dàr tanta honra à Dios, deſpues de comunicar ſu penſamiento con el Padre Franciſco. Y el año de quinientos y ſeſenta y ſiete le paſsò à la Igleſia de San Fidèl, que ſe convirtiò el de quinientos y ſetenta y dos en Caſa Profeſſa; y el Colegio paſsò al ſitio de Brera, meditando el zeloſo Cardenal hazer un Palacio à la ſabiduria, con tantas ciencias como columnas ſuſtentaſſen la grandeza de ſu maquina hermoſa, aviendo conſultado tambien eſta empreſſa con el fiel, y ſanto amigo Borja al paſſar à Eſpaña Legado de la Silla Apoſtolica: recabò de Gregorio Dezimotercio aquella favorecida Bula, en que inſtituye en Univerſidad el Colegio, y la enriquece de privilegios, y honores, dando à las buenas letras jardìn, y à las facultades mayores doſèl, y mageſtad. En la miſma Provincia aceptò el Colegio de Mondevi: en la Provincia de Venecia la Caſa de Probacion en Novalara, piedad ſumptuoſa de Camilo Gonzaga. El Colegio de Breſa, cuya fabrica pide alguna digreſsion à la memoria, y le conſagra un voto al eſcarmiento.

Vivia en aquella Ciudad un Sacerdote, llamado Angelo Paradiſio, con ſingular exemplo, que paſſava à ſer aſſombro; porque aviendo tratado en diferentes Ciudades à los nueſtros, deſeava imitar ſus paſſos, pero la ſalud achacoſa le dificultava el cumplimiento à tan ardientes deſeos. Buelto à Breſa ſu Patria, empezò à practicar los miniſterios, que avia atendido en la Compañia; juntaronſele varios Sacerdotes, y algunos Seculares, haſta numero de treinta hombres, y entre ellos muchos entendimientos verſados en las ciencias mas fructuoſas à las almas. Armaronſe todos con los Exercicios de San Ignacio, iluminando Angelo con ſu direccion tanto iluſtre diſcurſo, y dandole todos obediencia, aunque ſin voto; y luego ſe dividieron por la Ciudad, y ſus contornos, predicando reſueltamente contra los vicios; aſsiſtian à los moribundos, explicaban la Doctrina por las Plazas, y Templos, y confeſſaban todos los dias eſparcidos en diſtintas Parroquias. Movida la Ciudad con el ſonido de eſte nuevo ardiente Apoſtolado, que avia tenido ran eſclarecida cuna en ſu miſma Patria; les ſeñalò la Igleſia de San Antonio, y la de Calera, para que dilataſſen en dos Templos ſu fervor, ſu piedad, y ſu fuego aquellos eſpiritus encendidos. Juntavanſe muchas vezes à conferir entre sì el modo de perpetuar mas allà de la vida aquel exemplo: diſcurrian, que ſin las precioſas cadenas, que apriſionan por el alvedrio toda el alma, eſtavan expueſtos à llorar enteramente ſepultada aquella dichoſa Congregacion, ò Junta. Llegò à Breſa por los años de quinientos y ſeſenta y ſiete el Padre Franciſco Adorno, Provincial de la Provincia de Lombardìa, y Angelo Paradiſio le expreſsò ſus dudas, y ſus anſias: y conviniendo ambos en que eſtava expueſta al rieſgo de la inconſtancia una tropa movediza, ſin otro lazo, que una voluntaria union de tanto alvedrio, que ſe rompe facilmente en el acaſo de un diſguſto; y que ſeria de mas agrado de Dios, que ſe conſagraſſen todos à la Compañia; reſolvieron eſcrivir al General Borja, firmando mas de treinta la carta, que no pudo leerla Franciſco de una vez toda, porque la copia de llanto le ocupava à cada renglon la viſta.

Reſpondiò agradecido al Cielo, incorporando todo aquel animoſo Exercito en el ſuyo, y embiò con la reſ-

pueſta al Padre Paulo Candio, Rector de el Colegio de Padua, que fuè recibido en Breſa con increìble alegria: y poſtrados à ſus pies, ſe los fueron beſando uno à uno toda aquella lucìda tropa, ſin que baſtaſſe à impedir eſta humilde ceremonia, ni ſu porfia corteſana, ni ſu fuerza. Avia entre ellos un Joven nacido en Sena, y en iluſtre Cuna, que deſde ſus años floridos deſeava la vida religioſa; y conſultando à un Sabio Theologo Dominico, con quien tratava confiado, què tabla podria elegir mas ſegura para arribar al puerto? le aconſejo, que conſagraſſe ſu libertad en la Compañia de Jesvs, Baxèl que acabava de ſalir nuevamente al Mar de las manos de la Providencia, quando toda embarcacion ſagrada rompe las olas mas ſeguras. Pero aquel Joven mirava con horror eſta Nave; y antes eligiria paſſar à nado braceando haſta la playa, que tomar urca tan aborrecida. Mas aora ſe hallò de repente tan movido à entrarſe confiadamente en ella, que no fiarìa ſus velas de otro Baxèl, aunque vieſſe arder en ſu popa los Santelmos, y en ſu proa la ſeguridad. Explicò ſu primer engaño con un gemido; y arrojandoſe à los pies de Candio, llorò aver ſido ciego en el deſeo miſmo de ſer mas alumbrado: llamaſe Alfonſo Agazario, y fuè un Jeſuìta, que dexò gravado en la opinion de el Mundo ſu exemplo. Con eſte Eſquadron ſe diò alto principio al Colegio de Breſa, que era baſtante à formar ſolo una Compañia, y à dàr famoſa cuna à una Religion toda. Dexòſe vèr luego por la Ciudad toda aquella tropa en nuevo trage, y mas uniforme compoſtura, admirando la plebe, que pudieſſe parecer mas religioſa, la que ſe veneraba como ſanta. Angelo Paradiſio, que avia ſido ſu caudillo, y Maeſtro, lo fuè tambien aora, aun para dexar de ſer cabeza ſuya, cediendo ſu Exercito à ſuperior cabo. Mas no podrèmos dexar de dezir, ſin llanto, y ſin un recuerdo eſpantoſo al oìdo, que eſte miſmo Angel cayò deſpues obſtinadamente ſobervio, y mereciò ſer fulminado de el Paraìſo por el miſmo Santo Borja, que viò con lagrimas flaquear eſta columna, y obſcurecerſe eſta eſtrella, que ſirviò de alumbrar à tantos, y aora no pudo cegar à ninguno de los que aviá iluminado.

En la Provincia de Napoles hallò Borja floreciente à la Compañia, y ſupo con todo eſſo añadir nuevos jardines à la Primavera, y alguna flor mas en cada Vergèl. El año de quinientos ſeſenta y ocho fundò Caſa de Probacion en Nola; puſo Eſtudios en el Colegio de Napoles año de quinientos ſeſenta y ſiete. El Colegio de Coſſenza, que ſe pidiò, y ſe diſpuſo en tiempo de Borja, aunque dilatò la execucion ſu fabrica. En la Provincia de Roma, el Colegio Romano, que ſe puede llamar noble cabeza de eſte dilatado cuerpo: el Colegio de la Penitenciaria de San Pedro, el Noviciado, la Caſa Profeſſa de Roma, debe ſu magnifico Templo al corazon de Franciſco, à quien amaba, y atendia con ſingular reſpeto el Cardenal Alexandro Farneſio, que labrò à ſu ceniza tan Real Mauſoleo; diò el Santo Borja à ſus Hijos la noticia del Templo, que el Cardenal meditaba, en ocaſion que la Comunidad ſe levantaba de la meſa, para darles eſte ultimo plato de mas guſto, porque eſtavan afligidos todos con la eſtrechèz de la primera Igleſia, donde no cabìa la mies copioſa, que la razon iba ſegando con la lengua: rogò à cada uno, que quiſieſſe ofrecer à Dios algun obſequio en reconocimiento de favor tamaño, y fuè apuntando en un libro los ayunos, oraciones, diſciplinas, y ſacrificios, que el zelo conſagrava al agradecimiento. El Colegio de Monte Pulciano, el de Terni, y aun el Seminario Germanico debe mucho honòr à la ſombra de Franciſco. Y dexa la pluma eſcondidas otras fabricas, porque la muchedumbre confunde la viſta: pues aun en las de Italia ſe paſſava ſin alguna memoria la que edificò en la Ciudad de Sant-Angel la Duqueſa Juana Caſtriota, exemplo de la Italia, deſeoſa de abraſar los moradores de ella en el fuego, que iba encendiendo la Compañia, y le ſoplaban las reſpiraciones de Borja.

§. V.

LA Francia, que mereciò vèr de paſſo à Franciſco regar ſus campañas con llanto, y abraſar ſus corazones con el aliento, participò mucho rocìo de ſu aſpecto, y de ſu influxo, deſeando encendidamente el Santo, que aquel terreno fecundo de proezas, y aquel Paìs talado entonces de las heregias, y venenoſo con tantas Hydras, ſe cultivaſſe con mas ſudores, y con mas lagrimas. Diò vida al Colegio de Leon, adonde el Padre Guillermo Critonio fuè primer Apoſtol, y Prelado, el facundo Perpiñano fuè Maeſtro, la admiracion teſtigo, y el Pueblo voz para ſu elogio. El de Cambieri, que ſoſtenido

tenido en debil columna, no ſe pudo llamar fabrica, haſta que el año de quinientos ſetenta y uno debiò fortuna, y elevacion à Juan Tribulcio, Cavallero Milanès. El Colegio de Aviñon eſtablecido en la piedad de ſus Ciudadanos, que el año de quinientos ſeſenta y ocho, diſpuſieron nuevo Edificio, aſſeguraron rentas al Colegio, ſin aver faltado voto de tantos como componen aquel Senado, quando algunos ſe moſtravan antes emulos, y fueron reſueltos à moſtrarſe enemigos, mas en el Parlamento ſe hallavan, ſin ſaber como, el voto favorable en las lenguas, y en las manos. El famoſo Colegio de Burdeos en la Provincia de Aquitania, que aceptò Borja el año de ſetenta y dos, bolviendo à Roma deſde Eſpaña; magnificencia de aquel prudente Senador Franciſco Baulono, que ſupo conſagrar en la Compañia el antiguo glorioſo Edificio, que la fama, y la Hiſtoria nos cantan aver ſido fabrica de Carlo Magno; y diò ſu conſentimiento guſtoſamente el Rey Carlos, que aprendiò mucho en ſolo eſte exemplo, a proteger la Compañia con ſu Real ſombra, y con ſu brazo. Fueron ſus primeros Apoſtoles el Padre Carlos Sagerio, Bertrando Roſerio, y el Padre Claudio Vialono, acreditando tan heroycamente ſu Apoſtolado, que entre otras proezas reduxeron en un mes ſolo mil y ducientos Hereges al gremio de la Igleſia Catholica con aſſombro de la Francia. El miſmo año, y por el miſmo tiempo admitiò el Colegio de Nivers, que fundò la devocion del Duque Ludovico Gonzaga, no queriendo que viviessen Jeſuìtas en Nivers, haſta que la fabrica eſtuvieſſe con alguna proporcion, porque no padecieſſe las penalidades de un Hoſpicio en algun alvergue deſacomodado, y no diſpueſto à exercitar los miniſterios de tan alto inſtituto; y ſolo pidiò que fueſſe un Hermano à trazar el Edificio, y à dàr calor à tanto Artifice ſabio como la generoſidad del Duque ocupava, para que creciesse apreſuradamente la Fabrica, y en los primeros dias ſe dexaſſe vèr adulta. Abrieronſe quatro Generales à la enſeñanza de la juventud, y en ellos quatro arroyos perennes à la comun utilidad.

El Colegio, y la Univerſidad de Pontemoſon en la Lorena, que dotò ſu grande Cardenal, defenſor de la Fè Catholica, que promoviò con fatiga, aſſegurò con ſu Prudencia, iluſtrò con ſu Purpura, no menos que ſu invencible Caſa de Lorena, y Guiſa, rayo ſiempre de la Heregia Hugonota con la eſpada. El Colegio de Ruan, que el año de quinientos ſeſenta y nueve edificò el Cardenal de Borbòn, y hallò no menos reſiſtencia en ſus Ciudadanos, que podrian hallar en ſus muros los enemigos. El de Verdun en la Provincia de Campania, que con prodigo zelo mandò fabricar el Santo Obiſpo, y Conde de aquella Ciudad Nicolàs Pſalmæo, Planeta ſabio de la Religion de San Benito, que de el Concilio de Trento ſacò no ſolamente deſeos, ſino anſias de traer Jeſuìtas à ſu Obiſpado. Pero el año de quinientos ſetenta y uno quedò laſtimoſamente deſpoblado el Colegio con un contagio, que hizo à muchos ſer victimas del fuego; y ſe hallò preciſado ſu iluſtre Fundador à paſſar à Parìs, para obligar con ſu autoridad, y preſencia à los de la Compañia à que bolvieſſen à poblar ſu Caſa, añadiendo renta, y añadiendo tambien honra; porque dixo, que el bien que ſe lograva en tener fundacion de la Compañia, lo avia conocido mas al perderla: ſentencia, que dexò gravada en las tablas de la fundacion, y mejor impreſſa en la memoria. Bolvieron à ocupar el Colegio con nueva Igleſia, y ſe eſtablecieron Cathedras de Gramatica, y de Rethorica. El año de quinientos ſeſenta y nueve recabò la ſolicitud del Padre Franciſco, que ſe revocaſſe en el Parlamento de Parìs aquel eſtatuto, que avian formado, de que no fueſſe valido Legado alguno, que ſe dexaſſe à la Religion de la Compañia en teſtamento, poniendo à las ultimas voluntades, y al alvedrio humano aquel coto, que no pone el Cielo, y que no tenian pueſto à las demàs familias ſantas, y obras pias, como ſi eſta fueſſe de menos piedad, ò de menos fruto; pero antes el ſer tan fructuoſo ocaſionaba el miedo, de que dexando libertad ſe inclinaſſe mucho el zelo à eſte inſtituto; y mas al morir, quando abre mas claros los ojos la piedad. Interpuſo el Rey ſu influxo todo, informado, y aun inducido del Cardenal de Lorena; y el Preſidente de aquel prudente Senado rindiò el dictamen, y la cerviz à la voz de ſu Rey, ſe raſgò el Decreto, y ſe ſiguiò otro mas favorecido con Real Sello, y con immortal beneficio. En Flandes el Colegio de Santomer, que el año de mil quinientos ſeſenta y ocho inſtituyò el infatigable deſvelo de Gerardo Americouſio ſu Obiſpo; y por el Abril de aquel año ſe abrieron tres Aulas à las buenas Letras, y luego

ſe dilataron haſta ſeis ; no cabiendo en menos ſitios , ni la multitud , ni las diverſas eſpecies de erudicion. El miſmo año ſe reſtituyò el Colegio de Tornay. Diòſe principio al de Lieja , eſtableciòſe el de Lovayna luego que fuè elegido Borja , recibiendo à la Compañia aquella Ciudad bien contra la eſperanza , deſpues de aver eſtado tanto tiempo movedizo el Colegio , eſtorvando la embidia à deſpecho de la arquitectura , que pudieſſe hazer aſsiento ſu fabrica.

§. VI.

EN el Reyno de Polonia avian entrado los deſeos , y aun las anſias de vèr introducidos Colegios de la Compañia, antes que la governaſſe la prudencia de Borja; pèro avian embarazado à la execucion ſus paſſos mucha diferencia de monſtruos ; ſolo en Bransberga , Ciudad de la Pruſia , avian amanecido los primeros rayos deſte Sol , en poca Aurora, aviendo llevado algunos Jeſuìtas el Cardenal Hoſio , varon de ardiente ſagrado eſpiritu; y que llamò à la Compañia à Branſberga antes de aver obtenido facultad del clariſsimo Rey Sigiſmundo Auguſto , teñido entonces contra la Compañia de algunas impreſsiones por las antiguas artes de los Hereges , logrando la malicia ſu primer tiro en un corazon inocente, y generoſo , à quien faltava el conocimiento de aquel inſtituto. Por todos eſtos los primeros cimientos , que ſe abrian , ó ſe delineaban para el Colegio de Bransberga, ſervian mas para hazer profunda la ruìna , que no à la firmeza , haſta que diſpuſo altamente la ſabiduria , que governaſſe Borja , cuyo tiempo deſtinava à la dilatacion de la Compañia , y de la mayor gloria : porque Franciſco Comendono, Nuncio Apoſtolico en aquel Reyno, y poco deſpues Cardenal , en cuya Purpura reververava el zelo ſagrado , borrò con ſu facunda autoridad , las hùellas que avia impreſſo el engaño en el pecho Real de Sigiſmundo : explicò el fin glorioſo de eſte nuevo batallon armado , las utilidades que traìa al mundo , los progreſſos que hazian en el mar , en la tierra , y por el viento ; y el animo del Rey, que era pio , Catholico , y religioſo, deſpedazò dentro de ſu pecho la eſtatua , que avia fabricado una mentira cautelòſa.

Aplicòſe todo à introducir en ſu Reyno la Compañia , y ſe eſtableciò por el Agoſto de quinientos y ſeſenta y cinco el Colegio de Bransberga en el Convento deſolado , que avia ſido alvergue dichoſo de la Religion de San Franciſco , reparando aora ſus Vezinos el Templo , que la calamidad avia arruìnado ; y por ſer capaz el Edificio , ſe hizo juntamente Convictorio , que en breve tiempo ſe viò florido con la Nobleza de la Pruſia , de la Lituania , y demàs Provincias de Polonia , en numero de quarenta Nobles, flores entreſacadas de los Jardines mas iluſtres. Al principio del año de quinientos y ſeſenta y ſeis ſe tomò poſſeſsion del Colegio de Pultovia , Ciudad amena en la Provincia de Moſſovia , que por conſejo de el Cardenal Comendono avia inſtituìdo el Obiſpo de Plozia , aviendo obtenido antes licencia , no ſolo del Rey, ſino de todo el Reyno , que eſtava junto en Cortes por el Marzo de quinientos y ſeſenta y cinco , ſellando con ſu authoridad Sigiſmundo aquel piadoſo reſcripto, en que exalta ſu zelo , iluſtra con grandes alabanzas los afanes de los Jeſuìtas, dize , que ſu Religion fuè inſtituìda en la Igleſia para incomparable utilidad de la Republica Chriſtiana , y para derribar el Gigante ſobervio en tanta heregia. Concedela todos los privilegios , è immunidades , que gozan en ſus dominios todas las demàs Religiones. Deſeava ardientemente Sigiſmundo introducir à la Compañia en Vilna , Cabeza , y Metropoli de el Ducado de Lituania , para oponerla à la furia de la heregia ; que en aquella Ciudad eſtava inſolente de muy victorioſa , y el Palatino de ella avia levantado alcazar al engaño , ocupando los Ruthenos gran parte de ſus entendimientos con aquel error aſtuto , como griego. Tenia yà facultad del Pontifice Pio Quarto , para que fueſſe poſſeſsion de la Compañia un Colegio , que en Vilna ſe avia fabricado para otros fines los años antecedentes. Quando el Palatino Nicolao Radivillo , Herege Arriano , Principe de eſpiritu militar , inquieto , y orgulloſo ſe revelò contra Sigiſmundo , que ſe viò preciſado à poner ſitio à Vilna, y la ocupò entrando victorioſo con la eſpada en la mano año de quinientos y ſeſenta y cinco, el miſmo en que el rebelde Palatino vòmitò infelizmente ſu eſpiritu indignado con muerte ſemejante à la de ſu tragico Maeſtro Arrio.

Con eſte militar eſtruendo , y embarazo ſe dilatò la Fundacion haſta el año de ſeſenta y ocho , en que el Obiſpo Va-

leria-

leriano, cuya opinion florecia por todo el Reyno, eſcriviò al Cardenal Hoſio, rogandole quiſieſſe concurrir, à que Vilna mereecieſſe tanta fortuna, como de tener dentro de ſus muros gente de la Compañia: eſcriviò lo miſmo à los Padres del Colegio de Bransberga en veinte de Agoſto de quinientos y ſeſenta y ocho, y dize entre otras clauſulas, eſtas dignas de memoria en la pluma: *Sè que la Venerable, y celebre Compañia de Jesvs, es la que puede reſtablecer en Vilna la Religion Catholica caſi arruìnada à los repetidos aſſaltos de caſi infinita heregia*; que tiene ſegura noticia de el increìble fruto, que haze ſu predicacion Apoſtolica: *y que ſus obras correſponden con armonìa ſanta à ſus palabras.* Que no ignora, que la Compañia abriò una Eſcuela *enriquecida con todos los dones de la ſabiduria, donde ſe hallan con abundancia las ciencias, y las mas utiles diſciplinas: que es parecida eſta Eſcuela à aquella celebre Cornucopia, adonde cada uno encontraba las frutas mas ſazonadas, y todas las delicias para ſu alma.* Que ſu rebaño eſtava mordido de tanto infame lobo; *y que ſolo tenia eſperanza, que una Compañia tan bien inſtruìda, y tan ſabia pudieſſe ponerlos en fuga.* Y por el amor fervoroſo, que tienen à Jeſu-Chriſto, les pide, *que quanto antes quiera acercarſe à Vilna, donde avia diſpueſto alojamiento para Soldados tan valientes, y tan bien armados. Dada en el Palacio de Vilna à veinte de Agoſto de mil quinientos y ſeſenta y ocho.* Ardìa en el Anciano pecho de aquel Prelado el deſeo de que ſe apreſuraſſe la marcha deſte exercito, y la fundacion del Colegio, porque ſabia, que los Hereges andavan ſolicitos en levantar un nuevo alcazar à ſus doctrinas, fundando Cathedras à ſus dogmas, y colocando un idolo al error ſobre muchas columnas. Hablavanſe à un tiempo en Vilna muchas lenguas en la confuſion de Naciones tan varias; y en los entendimientos andava la miſma confuſion de Religiones, que en las lenguas, y en las Calles con doliente gemido de aquel vigilante Prelado, mirando convertido en Babèl confuſo cada edificio, cada Templo, y aun cada entendimiento, ſin poder enjugar ſu llànto, mientras los dos Rios Vilna, y Villa, que muerden las murallas, convertian en lagrimas ſus ondas.

Eſcriviò el P. Magio Provincial de Auſtria, al Santo Borja, expreſſando las anſias, y el zelo de aquella Mitra, Torre de la Fè en la Lituania; y el P. Franciſco mandò, que partieſſen deſde Olmuz à Vilna algunos Jeſuitas de grande eſpiritu, fuego, y prudencia, embiando el Obiſpo haſta Bransberga un Cavallero, que los comboyaſſe deſde aquella Ciudad haſta la Cabeza, y juntamente corazon de Lituania. Quando ſe acercavan à Vilna, que fuè en la ſegunda Dominica de Adviento año de quinientos y ſeſenta y nueve, ſalieron al enquentro muchas carrozas, y algunas tropas de cavallos, que embiava el Obiſpo, para que ſu entrada tuvieſſe algo de triunfo; y no conſintiendo el Provincial Franciſco Sumerio eſte honor, quando venia reſuelto à entrar à piè, y ſin mas ruido, que el que haze la luz; ſe huvieron de convenir en que la entrada fueſſe en el miſmo carro en que avian venido, recibiendolos en ſus brazos amoroſos aquel grande Prelado, que exclamò, yà no deſeo vivir, pues ſolo haſta eſte dia avia pedido treguas à la Parca; y buelto Ciſne, cantò con Simeon el *nunc dimittis ſervum tuum.* No ſe puede reducir à breve copia la abundancia de Sol, que rayò ſobre Vilna con eſta entrada: ibaſe deſpidiendo fugitiva la noche tenebroſa, que poſſeìa la Lituania, retirando ſombra à ſombra toda ſu denſa tiniebla. El año de quinientos y ſetenta ſe paſsò aquel eſquadron victorioſo al nuevo alojamiento, y ſe les diò el Templo ſuntuoſo de San Juan Baptiſta, ſeñalaronſe Maeſtros de Retorica, de Filoſofia, de Theologia, y de Gramatica. Fueron oſſadamente provocados à duelo publico de algunos Hereges, ſingularmente de Andrès Volano, que ſe dezia aver heredado el ingenio, y el eſpiritu de Calvino; abriòſe la diſputa, cuya principal materia avia de ſer la real preſencia de Chriſto en la Sagrada Eucariſtia, y luego otras maximas de la Fè, y caſi todas las de la Filoſofia Catholica. Suſtentava el Padre Hayo Scoto, preſidia el Padre Balthaſar Hoſtovino; mas en tres dias, que eſtuvo abierto el campo, manteniendo los dos la Religion, y el ſitio, no ſe atreviò Volano, ni otro alguno, à medir ſu razon con la verdad, y quedò la Fè victorioſa ſin batalla.

§. VII.

EL año de quinientos y ſetenta y uno ſe edificò el Colegio de Poſnania, Cabeza de la Occidental Polonia, llamada la mayor, ſuelo fertil de ingenios, y que diò à la Compañia tantos, y tan claros Hijos, y ſe labrò à expenſas de Adamo Konaricio, ſu Paſtor zeloſo: celebrò ſu entrada el ſonido alegre de todas las

cam-

campanas, que hazian de la confuſion robuſta armonìa, cantando tambien la Santa Igleſia el *Te Deum* al ſon de muſica mas blanda; fueron hoſpedados en el Palacio, y en breve tiempo diſpuſo edificio, que abrazava una hermoſa Capilla de Santa Getrudis, que eſtava vezina. Lucas Gorca, Palatino de Poſnania, verſado en la Heregia, y ſabio en la deſdicha, quiſiera oponerſe à eſta maquina, pero era Cavallero entendido, cuya razon merecia ſer embuìda de maximas mas puras, y mas altas; y obſervando la vida, el exemplo, y la compoſtura de los Jeſuìtas, no oſſava contradecir à la cauſa de ſu admiracion, antes exortava à un grande Miniſtro de ſu ſecta, que practicaſſe aquel modo de vida, añadiendo, que èl no podia perſeguir Angeles, ni ſer tyrano de unos eſpiritus celeſtes; y oprimido con eſta reſpueſta el ſemblante de aquel ſectario, ſe ſaliò de Poſnania fugitivo, bolviendo la eſpalda à la verdad, y à la Religion, ſolo por no verſe avergonzado ſegunda vez. Fueron inſignes las converſiones, los progreſſos, y aun los milagros, que obrò la Compañia en Poſnania, y el Rio Varta, que dividido en muchos brazos, enlaza, y honra ſus muros, abrazò aora con nuevos eſtrechos lazos la Fè, y la Religion dentro de ellos, llevando fluctuante en ſus ondas al error para precipitarle en el mar. Fundòſe tambien el Colegio de Jaroslavia; pidiò Colegio el año de quinientos y ſetenta, con repetidos clamores, y afectos el Obiſpo de Preſmilia; y deſpues creciendo mucho el numero de los Colegios, y en cada uno el de los individuos, fuè preciſo hazer Provincia à parte en Polonia, libertando al Provincial de Auſtria de una intolerable fatiga, aviendo de dàr buelta à Reynos tan dilatados, quando la Lituania ſola es mayor que toda la Italia, y ſin poder reconocer deſpacio el eſtado de los Colegios ſiendo yà tantos. Debiòſe toda eſta maquina, que llegò yà à ſer immenſa, al govierno de Borja, cuyo ardiente zelo, y eſpiritu ſupo calentar el ayre en tanta Provincia elada, haziendo, que ſobre los rios de yelo paſſaſſe entre otros el carro triunfal de la gloria, y de la Religion.

Eſtava el Santo herido mortalmente de un cuydado, que le uſurpava el ſoſsiego, y deſvelando ſus ojos, ſe robaba la mas delicada porcion à ſus diſcurſos. Era eſte nacido del infeliz eſtado, en que yacia el Reyno de la Gran Bretaña, que de tener el dominio, y el Tridente del mar, aprendiò à ſer mudable en la Fè, y à tener fluctuante la Religion. Luego que ſe viò conſtituìdo General, comunicò ſu dolor à Pio Quarto, y que para algun remedio avia meditado embiar Jeſuìtas de mucho eſpiritu à cultivar ſecretamente aquel campo arenoſo. Alabò el Pontifice ſu penſamiento, exortòle à darle execucion luego, y el Santo partiò à diſponer un exercito alado, que caminaſſe eſparcido, y ligero, pero tan ſilencioſo, que no ſintieſſe el ruìdo de ſus alas el viento, ni ſus huellas el campo, ni ſus baxeles ſe dexaſſen vèr en los mares. Y à la verdad pudo parecer, que ſus velas avian navegado por baxo de las ondas, ò que avian paſſado en alguna embarcacion viva eſcondidos en el vientre de otra Vallena, en el campo de la batalla ſe experimentaban ſus heridas, ſin verſe el eſplendor de las armas; andava como inviſible la verdad, y la Fè para cautivar el entendimiento, hallando deſprevenido el engaño en la razon. Embiava Franciſco continuamente nuevas tropas para reforzar las primeras, ſuſtentandolas con indecible gaſto, y con ſecreto influxo. Los bienes que eſte disfraz de la Religion conduxo à aquel Reyno deſpedazado, manteniendo la Fè, que iba padeciendo total ruìna, y haziendo que ardieſſe callada en los entendimientos, porque no la apagaſſen los errores, los ſuſtos, ni los enemigos, aſsiſtiendo diſsimulada la verdad al que moria, ſacando tantas almas de las fauces de la heregia, y de la cautela engañoſa; ha dado materia à muchas plumas, y à diverſas Hiſtorias, burlando tantas vezes la ſaña de Iſabela, que esforzava contra la Compañia la ira toda de muger, y de ſoberana.

Llegò tambien à Eſcocia, donde llorava embuelta en el real ſentimiento la Religion Catholica en la Auguſta Reyna Maria, cuya ſangre eſmaltò ſu luz à una eſtrella. Embiò el Santo Borja al Padre Edmundo Hayo, Eſcocès, Rector del Colegio de Parìs, y al Padre Thomàs Darbiſſiero, para que acompañaſſen al Nuncio Apoſtolico de aquel Reyno. Entrò el Padre Edmundo à los fines del año de quinientos ſeſenta y ſeis. Pero un accidente repentino, y tragico marchitò las eſperanzas al Padre Edmundo, y al Catholiciſmo en la muerte del Rey Enrico Eſtuardo: aſtro, à quien las tinieblas tenian algun reſpeto; y aora hallandoſe difunto, oſſaban apoderarſe del Reyno todo, quedando ſolo el reſplandor de una eſtrella veſtida de luto. Con que fuè neceſſario, que apreſuraſſe la ſalida el Padre Edmundo; pero

dexò bien hollado el ſitio, imprimiendo immortales ſeñas ſu exemplo; y emprendiendo animoſamente, que reſonaſſe la verdad en publico theatro. Deſeò Borja, que ſus Hijos penetraſſen el Japon, y la China, y que no huvieſſe clima adonde no llegaſſe eſta luz, por mas que tardaſſe en llegar el Sol. Embiò algunos à las Iſlas Fortunatas; poblò la India Oriental de fatigas Apoſtolicas. Las Provincias de el Reyno del Perù, y del Imperio Mexicano ſe deben enteramente à Franciſco, que deſde Roma fuè el primer Apoſtol Jeſuìta de aquel immenſo nuevo mundo: hazaña, à quien darà deſpues digno lugar la pluma, y toda la alabanza. Y aora ſuſpendiendo un poco la pluma, ruego yo al que leyere eſta Hiſtoria, que deſpues de una reflexion ſobre todo lo que repreſenta eſte capitulo, aunque en pequeño mapa, pienſe bien, ſi avrà Religion en la Santa Igleſia, que deba tanto à quien no huviere ſido ſu Patriarca? Si ſe viò glorioſamente cumplida la voz profetica de aquella Eſtatua de Maria? *Dile al Duque, que ſe entre en la Compañia de mi Hijo, porque eſſe es mi guſto, que ha de iluſtrar mucho eſta Religion aora pobre, y deſconocida, y ſer inſtrumento de grande gloria de Dios en la Igleſia.* Es eſto ſer Hijo iluſtre de la Compañia, ò ſegundo Patriarca de ella? Oygamos al Venerable Don Juan de Ribera, Patriarca, y Arzobiſpo de Valencia, en aquella Carta Divina, que compara con San Ignacio al Santo Borja en el merito, y en la gloria de eſta fabrica: *Tambien le conviene al Padre Franciſco lo del Real Profeta David*, Vineam de Ægypto tranſtuliſti, ejeciſti gentes, & plantaſti eam. *Mucho hizo el Santo Padre Ignacio en buſcar Sarmientos para ſu Viña: pero no hizo menos quien la librò de las perſecuciones, que deſpues padeciò, y de los adverſarios, que ſe levantaron contra ella, haſta dexarla tan plantada, y arraygada, que hinchieſſe la tierra, como oy la vemos. Y ſi la piedad Chriſtiana, y prudente no permite dudar de la ſantidad del que engendrò por la Religion eſta Compañia; tampoco permite la miſma piedad dudar de la ſantidad de el que la criò en ſu tierna edad, y la engrandeciò, y exaltò. Eſto hizo el Padre S. Franciſco.* Haſta aqui la pluma de el que fuè tenido por Serafin en la vida; y aora mientras le fabrica un Altar la Igleſia, le conſagra muchos Templos la fama.

***

CAPITULO V.

LO QUE FLORECIÒ EL ESPIRITU de la Compañia con el Generalato de Borja en Virtudes, en Varones inſignes, en Exercitos victorioſos de Martyres, y no menos en Letras, y en Ingenios ſublimes.

§. I.

FUè midiendo la pluma la grandeza à que llegò eſte Gigante ſobre los ombros de Borja por la eſtatura de el cuerpo: y aora oſſa medirla por la de el alma, ſi pudiere ſondarle ſu Occeano al eſpiritu, y dàr à entender bien, que no halla el fondo. Deſvelòſe Franciſco en dàr orden, diſtincion, y metodo uniforme, y proporcionado, para unir todo eſte gran cuerpo mas eſtrechamente con ſu cabeza, y entre sì proprio; y deſta ſuerte pudo difundir ſu exemplo, inflamando deſde Roma aun al que vivia en clima mas remoto. Salian de los Noviciados, en que puſo tan continuado deſvelo el Santo, reſpirando llamas, y deſeos fervoroſos: la obſervancia regular tan exacta en los Eſtudios, el zelo tan fogoſo en los demàs empleos, la Oracion tan ardiente, y tan prolixa en todos, que ſe conocia bien ſer centellas deſpedidas de aquel incendio, que ſe llamò Ignacio, y deſpues paſsò ſu elemento al corazon de Franciſco. Admiravanſe por todos los Colegios unos eſpiritus abraſados, que empleavan los dias, y las noches en aſsiſtir, y ſocorrer à tantos infelices, ſin interrumpir nunca la fatiga à los miniſterios. Hombres verdaderamente iluſtres, cuyas hazañas Apoſtolicas ocuparon deſpues tantas plumas. Los mas de los Varones ſublimes, que pone à nueſtra imitacion la Hiſtoria, fueron milagros de aquella Era, en que floreciò el govierno, y el eſpiritu de Borja. El recibiò en la Compañia al dichoſo Joven S. Eſtaniſlao Koſka, fiel Hijo regalado de MARIA SANTISSIMA, y el Confeſſor que muriò en edad mas lozana, de quantos tienen culto en la Igleſia, recibiòle el Santo año de quinientos y ſeſenta y ſiete en el Noviciado de San Andrès de Roma, donde acabò à modo de relampago ſu ardiente vida, no pudiendo reſpirar mucho tan fogoſa llama; y fuè el primero, que con ſu Cadaver oloroſo conſagrò aquel Templo; y la Santa Igleſia tiene conſagrados muchos à ſu memoria, y Roma tributa ſingular veneracion à ſu ceni-

ceniza. Siendo yà Patron de el Reyno de Polonia el que ſe dexò vèr en las Campañas deſde el viento, con el eſtoque deſnudo, haſta embolver en humo, y en eſtrago tanto eſquadron enemigo.

Iluſtraron en ſu tiempo la Compañia Varones de una contemplacion elevada, y de aquel eſpiritu ſublime, que arrebatada en extaſi conſigo la admiracion toda de un Mundo. Paſſan de trecientos los hombres de virtud heroyca, por cuya Beatificacion ſe inſtava à la Igleſia, de los que militaron baxo de la conducta del Santo Borja; ſin otros inumerables, que dexa, por no confundirſe con la multitud, eſcondiendo el olvido la llama, que no pudo en muchos años apagar la Urna fria. Un prodigioſo Bernardino Realino, à quien la Ciudad de Leche dà culto: un Martin Gutierrez, Valido en la Tierra de la Reyna de el Cielo: un Joſeph de Anchieta, llamado Taumaturgo, famoſo en cada elemento: un Balthaſar Alvarez, cuya perfeccion llegò à una proceridad tan deſcollada, que yà le perdia la admiracion de viſta, como acreditò ſu penitente Serafin Santa Thereſa. Un Belarmino, digno de ſer colocado entre los Doctores en iluſtre nincho. Un Andrès de Oviedo: un Antonio Poſevino: un Ignacio de Acebedo, Martyr, y Caudillo de tanto Eſquadron animoſo. Un Ribera, Varon divino: un Henrico Garneto, Apoſtol milagroſo: un Pedro Caniſio, Martillo de la heregia: un Pedro Eſpiga: un Hermano Alonſo Rodriguez: y un Luìs de la Puente, que ambos eſtavan yà en la Compañia, y recibieron la primera benignidad del Cielo en los influxos del govierno de San Franciſco. Y es meneſter divertir àzia otra parte la pluma, porque ſe và embarazando en tanto Heroe, como le ofrece la Hiſtoria, y la fama. Baſte afirmar, que el zelo ardiente de la Compañia diò entonces una llamarada por toda la redondèz de la tierra, tan aſſombroſa, que pudiera parecer la ultima deſta grande hoguera, à no ſer caſi la primera, que en eſta eſpecie de luz, ò de llama ſuele ſer la mas viva, y la mas luminoſa. Llegavan cada dia aviſos de Provincias Idolatras alumbradas por los Jeſuìtas: cantanvanſe prodigioſas converſiones de almas perdidas. Los Pueblos clamavan por tener Colegios dentro de ſus Muros: los Prelados ſolicitavan con anhelo traerlos à ſu lado, para iluſtrar ſu Dioceſi con exemplo, y fruto, y los tratavan como alivio del grave peſo de ſu cayado. Las Carceles, los enfermos mas infelices, los moribundos, y los deſdichados, ſe hallavan à todas horas aſsiſtidos, y alentados con perpetuo afàn de los nueſtros; ardia el Mundo en aquel fuego, que vino à encender Ignacio, y à ſoplar, ò eſtender Franciſco. No avia Colegio adonde no floreciessen algunos de aquellos Varones iluſtres, que oy piden los altares, y entonces eran faroles en la Igleſia ſus Virtudes.

Mudòſe tambien la Compañia en Seminario de Nobleza, que repartida por las venas de eſte Cuerpo en tantas Provincias, las iluſtrava todas, y ſe debiò al exemplo, y al imàn del Borja Santo, cuya libertad felizmente apriſsionada fuè reclamo haſta de Aguilas, y traxo voluntariamente à las priſsiones, y à las redes muchos Pollos reales, que tambien fueran prolixo embarazo de la pluma ſus nombres. Atendia muchas vezes al Santo, obſervando con reſpeto, y aun confuſion ſu penitente mudo roſtro, un Hijo de los Duques de Atri, Claudio Aquaviva, Camarero de Honor del Papa Pio IV. y luego de Pio V. miravale ſiempre que entrava en Palacio, no ſolo humildemente veſtido, ſino roto: y lo miſmo ſu Compañero Polanco: reconocia en el ſemblante macilento, un cuerpo conſumido, y tan modeſto, que ſus ojos humillados le flechavan à eſte Joven iluſtre los ſuyos; conſiderava, que el deſengaño ſe movia en ſus paſſos, y que ſus huellas eran deſprecios de lo que adoran los pechos humanos. Y herido profundamente, ſe reſolviò à ſeguir ſu Vandera, y entrò en la Compañia, de quien ſupo ſer exemplo, alma, y Cabeza. Atraxo tambien Borja ſolo con el hechizo milagroſo de ſu viſta à Rodulfo Aquaviva, ſobrino de el Padre Claudio, que iluſtrò la Compañia dos vezes con ſu ſangre; una por tan iluſtre, y otra por averla vertido toda en defenſa de la Igleſia. Al eſclarecido Fabio de Fabis, cuyo antiguo victorioſo Apellido quiſo acabar victima generoſa de el Cielo en la Compañia; y no aviendo podido el hiero, ni la fortuna con crecientas venas deſangradas deſta gran Familia, à las margenes del infauſto Allia, dàr fin glorioſo à la gente Fabia, la feneciò en un dia un alvedrio ſolo, con mayor triunfo, que los que ſupo conſeguir el Dictador Fabio Maximo en carrozas de oro. Recibiò à Ludovico Coruellim, Cavallero de Florencia, à Staniſlao Verſeviſchi, Valido en Polonia del Rey Sigiſmundo, que renunciò la Mitra, para que eſtava elegido, por venir à ſer victima del exemplo ſoberano de Franciſco, y lo mas de ſu Familia arrojò ſu alvedrio tràs del de ſu dueño. A Franciſco de

Tor-

Torres, luz, y Theologo, que acababa de ſer en Trento: al Doctor Franciſco de Leon, famoſo Juriſconſulto, de quien ſe valió Pio Quinto para reconocer, y limar el Decreto de Graciano. Fueron innumerables los hombres de alta ſangre, que atraxo à la Compañia el nobiliſsimo Borja. Venia deſde toda la Europa mucha gente iluſtre á lograr de tan ſanta mano la ropa, y las bendiciones de Hijo. El enriqueciò la Compañia toda con los Cordovas de Andalucia, con los Eſpinolas de Genova, con los Vizcontis de Milàn, con los Silveyras, y Ataydes de Luſitania, con las flores mas cultas de Napoles, y de Florencia, con varios Principes de Alemania, y con mucha ſangre Real de Polonia, y alguna de la Francia, deſpues de eſtàr enriquecida con los Borjas de Valencia, los Xavieres de Navarra, los Loyolas, y Araozes de Cantabria, y ſe ſiguieron luego los Gonzagas de Mantua, y otros Héroes de Caſtilla, y de Italia. Pareciendo en ſu Generalato la Compañia aquella Republica, donde no ſe halla Pleve alguna.

§. II.

Ni faltò al govierno de el Santo el eſmalte precioſo de el martyrio, que deſeaba ardientemente para ſu pecho, y lo pudo lograr ſolo en aquel cuerpo myſtico, de que era Cabeza, trepando haſta ſus ſienes los Laurèles de tanta victoria. El mereciò vèr roxo el Occeano con la ſangre de quarenta arroyos à un tiempo, deſpedazada aquella infeliz tropa, que embiava à que inundaſſe en reſplandor la idolatria, y han de ſer mas adelante digno ſugeto de la pluma. Siguieronſe luego otros doze esforzados Cavalleros de Chriſto, que ſepultaron en el miſmo ſitio la vida, y ſaliò nadando à tomar ribera ſu immortal fama. Mas los primeros Hijos, que Borja diò à la Ara, fuè en la Florida: hallavaſe yà à viſta de tierra el Baxèl, que conducia al zeloſo Padre, y Apoſtol Pedro Martinez (ornamento de Aragon, nacido en una Aldèa de Teruèl) y à los demàs Compañeros, que el Santo avia eſcogido para la dificil empreſſa de bolver la noche mas groſſera en claro dia: ignoraba el Piloto, què ribera fueſſe la que deſde el Mar atendia medroſo: embió en una Chalupa exploradores à reconocer el terreno; mas no quiſo obedecer Soldado, ni

Año de 1565.

Marinero alguno, ſi no llevaban al Santo Padre Martinez conſigo, ſu refugio, y ſu mas dieſtro Piloto; ofrecióſe luego anſioſo de ſer el primero, que hollaſſe tan inculta arena, y encendieſſe una lampara à la Fè entre aquella Nacion barbara, y de el todo ciega, donde ſolo tenia Templos la ignorancia. Apenas tomaron tierra movediza, quando la Nave, de donde avian ſalido, impelida de un temporal, deshecha bolviò la proa, y diò con los Compañeros en la Habana, dexando al Padre Martinez en aquel arenal infame con pocos Eſpañoles, y nueve Flamencos triſtes, huerfanos, y ſolos entre millones de enemigos, padeciendo mayor tormenta en la orilla, que ſus Compañeros en Mar alta; esforzabalos à todos el fervoroſo Martinez con el Crucifixo en la mano, y los ojos elevados, yà en el Crucifixo, yà en el Cielo. Buſcavan algunas yervas ſilveſtres para entretener la vida, yà que la muerte tardaba, quando ſe vieron cercados de Barbaros feroces, à quienes el Padre Martinez quiſo dàr al principio una eſcaſa luz, y luego todo el reſplandor de la verdad, alegando con la manſedumbre ſu razon, para domeſticar con la blandura, y con la enſeñanza tanto bruto entendimiento. Mas deſlumbrados al miſmo paſſo, que fieros, armaron contra la Fè, y contra la inocencia la clava: dobló el Padre ambas rodillas en la arena, y con los ojos firmes en mejor playa, perdiò la vida à repetidos golpes en la cabeza, y ſu cadaver quedò deſangrado, iluſtrando aquella margen inculta, y tomando poſſeſsion dichoſa en nombre de la Fè de aquella tierra.

Murieron tambien dos Flamencos, que la furia hizo pedazos, aviendo eſcapado la demàs tropa en la Barquilla, por mas que la rabia los ſeguia con flechas, añadiendo remos à la fuga el temor de tanta ſaeta. Recibiò con lagrimas de gozo eſta noticia el Santo Borja, haziendo la ſalva con la ſangre vertida de aquel valiente Hijo ſuyo, à tanta como derramaron deſpues en la Florida, haſta regarla bien toda, porque florecieſſe en ella la verdad, deſconocida haſta entonces en aquel miſero Paìs. El invencible Pedro Menendez de Avilès, honor de las Aſturias ſu Patria, y de aquella Noble Villa, que le diò apellido, y cuna, Adelantado de la Florida (oy Condes de Canalejas) luego que ſupo la muerte

de el Apoſtolico Pedro Martinez, exclamò lleno de religioſa noble ſaña contra aquella barbara turba, quiſiera vèr antes derrotado en aquellos arenales ſu exercito todo, que vèr tronco en ellos tan iluſtre Operario, en cuyas oraciones fiava mas, que en ſus balas, y en ſu azero, añadiendo, que ſus culpas avian merecido aquel caſtigo, que para el martyr era triumpho. Avia el Padre Martinez profetizado ſu muerte en una Carta, que eſtando para embarcarſe en San Lucar, eſcriviò à ſu Santo General Borja, que apenas ſe puede leer ſin ternura: en ella eſtava yà derramando con el deſeo la ſangre toda, que palpitava por ſalir de las venas à regar aquellas playas eſtrangeras, y barbaras. Su vida eſtuvo ſembrada de prodigios: tuvo dòn de lenguas, y un deſeo tan encendido, y tan impetuoſo de conquiſtar almas, y de morir en eſta empreſſa, que padecia rieſgo de perder la vida, porque la muerte ſe le dilatava.

Empezò con eſto à bermejear la Florida, y luego una, y otra India en ſangre Apoſtolica, muertos en la defenſa, y en la dilatacion de la Fè tantos Jeſuìtas, que diò ocaſion al Vulgo à muchas fabulas. El Año de quinientos y ſeſenta y ocho paſſando deſde Cochin à Goa el Padre Franciſco Lopez con el Padre Antonio Dinim, Juan de Carvallo, y Manuel Lobo, en el Navio de Luìs Mela, que llevaba ciento y cinquenta Portugueſes ambicioſos de gloria, à poco eſpacio ſe vieron cercados de Baxèles Malabares, que componian una armada, ſupliendo con la multitud la pequeñez de ſus embarcaciones. Rodearon la Nave Portugueſa, flechando ſus iras en una lluvia de ſaetas, y procurando llegar à bordo, para aſſaltar al que parecia Torre, ò Caſtillo coronado de Almenas entre humildes Cabañas, haziendo cruel eſtrago ſu Artilleria, que cada pieza dava al Mar una ruìna en una Canoa, y ſe dexava reſpetar el Navio quàl eſcollo levantado, donde los embates de las olas quiebran ſu orgullo. Quando una Centella de fuego prendiò en el Almagacen de la polvora, y empezò la Nave à ſer llama, que ſolo pudiera rendirſe à ſu miſma colera. Arrojavanſe precipitadamente al Agua los Soldados, huyendo de el incendio, otros buſcando las Embarcaciones enemigas por aſylo, daban en el hierro. El Padre Franciſco Lopez con tres muertes à la viſta, quiſiera lograrlas todas, para morir mas, ſi lo permitieſſe la vida, pero quiſo antes arrojar otra Centella mas viva en la Armada, y ſe acercò à nado à una Embarcacion victorioſa, para ſer Apoſtol deſde las ondas, antes que la muerte ahogaſſe la reſpiracion, y le ſorbieſſe la voz el Mar. Apenas reconocieron por la Corona; que era Sacerdote, clamando algunos, que era Jeſuìta, quando le exortaron con amenazas, y ruegos à que dieſſe fé à ſu Propheta Mahoma, negando la que profeſſava, ſino queria, que naufragaſſe en mucha ſangre, y agua ſu vida, entonces dieron la fé; y el amor en aquel bizarro eſpiritu ſu ultima llamarada, predicando la Divinidad de Chriſto, clamando, que no avia otra Playa, que la Nave de la Igleſia Catholica, y ſeñalando el precipicio en que deſpeñava à ſus ſequazes Mahoma, y aquel corazon abraſado iba ſembrando fuego ſobre el agua: *Spiritus Domini ferebatur ſuper aquas.* Irritòſe aquella ignorante turba, viendo que la heria con todo el Sol en la cara, y vibrando uno mas atrevido el venablo, le atravesò por el coſtado como à fiera enemiga, y aſiendo la crueldad de aquel cuerpo moribundo, le dividiò de la cabeza, y arrojò tronco el Cadaver al agua, deſpues de averle hecho blanco, en quien acreditava cada uno con la lanza el acierto, y el impulſo de ſu brazo.

Mirava vezino eſte expectaculo el Padre Antonio Dinim, que aſido à una maroma eſtava ſumergido haſta el cuello en el agua, ofreciendo à Dios ſu vida, que yà reſpirava con el ultimo ahogo, pendiente de un hilo, quando reparando en èl, le ſubieron à la embarcacion los Moros, y deſpues de indecibles vexaciones, reſolvieron llevarle cautivo, en que ſe utilizavan mas, que en dexarle muerto. Labraron de fuego el eſpacio de la Corona, que vieron ſeñalado en ſu Cabeza, quemandole haſta el caſco: fuè dos vezes vendido por Eſclavo; eſtuvo condenado al ſacrificio, y yà palpitando atado ſobre la Ara victima, deſtinada de los Barbaros à ſu infame Propheta; pero fuè ſu reſcate la codicia de aquella turba, como de otros priſioneros, que avian de ſer tambien ſacrificados: y el año ſiguiente entrò en Goa con triunfo, aviendo hollado tanto peligro, y ſervido à la Providencia de inſtrumento, para mucho bien, que ſecretamente

hizo

hizo en algunas almas, mientras durò ſu eſclavitud entre las cadenas. Los otros dos Compañeros quedaron ſepultados en la ruina, y abraſados en el agua. El uno de ellos brazeando ſobre las ondas ſe acercaba à una Canoa, quando un Malabar le diò una cruel herida, con que ſe fuè el cuerpo à fondo, mientras el alma ſurgiò haſta el Cielo. Del otro no ſe pudo diſtinguir entre el humo, el incendio, la rabia de los Moros, y la turbacion de los vencidos, el genero de muerte, con que puſo fin à ſu navegacion; pero no pudo ignorarſe, que avia ſido el fin mas dichoſo, y que la fé ſupo mudar por el martyrio el naufragio en Santelmo.

Aun eſtaba caliente la ſangre prodiga de el victorioſo Soldado de Chriſto, Martinez en la Florida, quando los dos Compañeros partieron de la Habana, no tanto à buſcar ſu cadaver por la arena, quanto à merecer acompañarle muertos en la miſma playa, arribaron con felicidad à la que antes avia parecido infauſta orilla; y no mucho deſpues llegaron otros onze de la Compañia, que embiava de refreſco Borja, à la proſecucion fervoroſa de aquella empreſſa, con nueva inſtancia del General Menendez de Avilès, iban ſujetos al Provincial de el Perù, Geronymo Portillo, y el Padre ſegura por Vicario ſuyo, para que la diſtancia no embarazaſſe algun troféo à la Cruz de Chriſto, porque aun entonces no avia entrado la Compañia en Mexico: llevaban ocho Indios de la meſma Florida, apreſados en edad tierna, que en Sevilla ſe avian bautizado, y con ellos un Cazique, que ſe quiſo llamar Don Luìs en el Bautiſmo, y los conducia en ſu armada el General, porque ſirvieſſen de inſtrumentos à la Fé. Partieron, pues, el año de quinientos y ſeſenta y ocho de el Puerto de San Lucar, governando ſu armada el valeroſo Menendez, yà con el titulo de Governador de la Habana, y Capitan General de toda aquella Coſta, y aora navegaba veſtido de eſperanza, y de alegria, diziendo, que llevaba dentro de ſus Baxèles la victoria en tanto Apoſtol Jeſuita, no deſeando, que militaſſen ſus gentes, ni ſus armas, ſino à la mayor gloria, à que militaban los de la Compañia. Eſparcidos los Padres, y Hermanos por aquellos Paìſes groſſeros, ſegun los parages, que parecieron mas oportunos, ſe derramaba mucho ſudor, y reſpondia ingrata la mies. El año de ſeſenta y uno el Padre Segura, con otros ſeis de la Compañia, y un Indio joven, llamado Alonſo, de los que avian recibido luz en el Agua de el Bautiſmo, ſe entrò por la Provincia, que avia ſido noble, aunque barbara cuna de el Cazique Don Luìs, que los guiava, y aora rogò à los Padres, que quiſieſſen eſperarle en un Pueblo derrotado, mientras èl iba à reconocer ſu antigua Campaña, à diſponer los animos con ſu autoridad, y eloquencia, y à buſcar algun alimento de que eſtaban deſtituìdos; ſuſtentando con lagrimas, y amarguras de yervas la vida. Tardaba mucho el Cazique; y es, que faltando à las obligaciones de Chriſtiano, y à las de bien nacido (para que no es baſtante diſculpa, ni el aver ſido idolatra, ni el aver tenido tan barbara educacion deſde la cuna) no ſolo avia deſamparado la Fè Divina, ſino tambien la humana; y buelto à la idolatria, eſtaba trazando la mas ruìn hazaña. Embiò el Padre Segura al Padre Luìs de Quiròs, acompañado de los Hermanos Gabriel de Solis, y Juan Baptiſta Mendez, à buſcar, ò à ſaber de Don Luìs, y deſpues de aver caminado algun eſpacio la tierra adentro, ſaliò à recibirlos la traicion armada en aquel Cazique infeliz, cuyo infiel arco flechò una ſaeta cruel al pecho religioſo de el Padre Quiròs, que al miſmo tiempo flechava ſaetas de amor al Cielo, y à ſu homicida, atraveſando el corazon un Luìs al otro con bien diſtinto arco, y un Judas Diſcipulo al Jeſuita Maeſtro.

Eſte exemplo ſiguiò luego la tropa de Don Luìs, cubriendo de flechas à los dos Hermanos. Leìa el Padre Segura en la tardanza de ſus tres Hijos el ſuceſſo, ò el triunfo, y el corazon preſago aviſaba con preſuroſas inſinuaciones al pecho. Paſſados quatro dias, vieron acercarſe una quadrilla, armada con la ſegur, y con la aljava, capitaneaba el traydor eſta tropa, veſtido con los deſpojos, que avia robado al cadaver de el Padre Quiròs, para cubrir ſu rabia eſte lobo homicida, con la piel de oveja, que acabava de ſer muda victima. Apenas diſtinguieron el Eſquadron enemigo, quando todos puſieron las rodillas en el ſuelo, levantando las manos los corazones, y los ojos, para ofrecerſe en holocauſto al Cielo; y luego dobladas manſamente las cervices, llamaban con el rendimiento à las ſegùres, dexando ſolamente con vida al joven Indio, à

quien Don Luìs hizo priſionero, y fuè deſpues hiſtoria viva de eſte martyrio. Paſſaron luego à reconocer la Cabaña, alvergue humilde de aquella Familia Religioſa, y viendo una arquilla, la abrieron con anſia, quedando elada la codicia, quando no hallò, ſino varios ſilicios, y diſciplinas, un Miſſal, Imagenes, Roſarios, y un Crucifixo; miraban algunos con riſa la imagen de aquel hombre herido, y atado à un Leño, y cayeron ſubitamente muertos los que burlaban de el Dueño, à quien los Martyres avian ſacrificado ſu aliento. El Padre Segura, Caudillo de aquel batallon deſtrozado, y victorioſo, era natural de Toledo, y eſtrechamente favorecido de el Santo Borja: acompañaronle en la dicha el Hermano Gabriel Gomez Zevallos, el Hermano Pedro de Linares, y el Hermano Chriſtoval Redondo, que todos hizieron florecer con ſu riego aquella tierra barbara, que ſe llamò Florida, ſiendo la mas inculta, ſeca, y arenoſa, ſin aliño de el arte, ni de la naturaleza, aun ſin aquella hermoſura, que haze à la viſta el miſmo horror aſpero de la maleza, donde las eſpinas deſconocen à las roſas, deſgreñados los Campos, aun con la Primavera, y ſolo por ironìa ſe pudo llamar Florida; nombre, que la diò ſu deſcubrimiento, por aver ſido en dia de Paſqua de Flores: hazaña del celebrado Juan Ponce de Leon, por los años de mil quinientos y doce, y aora ſe pudo con nuevo titulo apellidar Florida, pues arrancaron de ſus arenas infecundas tantos Martyres muchas flores para texer ſus guirnaldas. Es aſsi, que aquellos entendimientos ſe moſtraron deſagradecidos à la luz, y al riego fertil de tantos Operarios eſclarecidos, no menos que reſponden ingratos al cultivo ſus campos; pero al fin rindieron el cuello protervo al yugo ſanto, y dieron entrada à la Fè Catholica à repetidos afanes de la Compañia, y los que antes adoraban con rara ceguedad la Luna, y el Sol, encontraron la verdad huyendo de la luz.

§. III.

PUede ſeguramente afirmar la pluma, que en el govierno de Borja huvo tanta luz, como fuego en la Compañia; porque no eſtaban menos iluſtrados con las ciencias los entendimientos, que encendidos los coràzones en amor ſagrado, y en el zelo de los miniſterios, compitiendoſe eſtas dos prendas, ò glorias, y creciendo à porfia con la competencia la virtud, y la ſabiduria. No podrà negar aun la embidia, que aquella avenida de reſplandor, que bañò entonces eſta Familia ſabia, fuè verdaderamente portentoſa, empezando las ciencias en ella con una nueva eſpecie de luz à rayar por el Cenit. Avia eſparcido yà los primeros iluſtres rayos en el Concilio de Trento, deſde donde ſe dilatò ſu reſplandor por la redondèz de el Mundo, y ſobre aquella Aurora, que baſtaba à ſer mucho dia, ſubiò aora el Sol à nueva altura. Porque Roma, Portugal, Caſtilla, Francia, Alemania, Polonia, y la India, vieron pobladas de las Ciencias todas, de las Artes ingenuas, de las amenidades mas eruditas, de los Idiomas, y aun de las Muſas ſus Campos, y ſus Plazas, y parecia aver arribado à cada una con la entrada de la Compañia Mercurio, y Minerva. Por eſſo el Marte Francès Henrico Quarto, viendo deſterrada de la Francia à la Compañia, exclamaba con ſentimiento, y con eloquencia: ay, que las buenas Letras, y las Muſas, todas han ſalido llorando de la Francia, deſterradas con la Compañia! y mientras no bolvieren los Jeſuìtas, ellas viviràn auſentes, fugitivas, y lloroſas! Florecieron entonces las letras humanas, con admiracion de las Naciones mas cultas, y mucha parte de el Mundo, toſcamente habitado de el deſaliño, ſe bolviò en Jardin ameno, por la diligencia de la Compañia, y lo mas de la tierra ſe iba convirtiendo en la antigua Grecia. Podian llamarſe Exercitos floridos los que eſtudiaban humanidad, y Retorica en nueſtros Colegios; y la Compañia pudo con razon ſer dibuxada en aquel Palacio de la ſabiduria, llamando à la juventud deſde la muralla: *Si quis eſt parvulus veniat ad me*, dexandoſe vèr las Artes, y las Muſas entre las Almenas.

No florecian menos las Ciencias, que empezaron deſde entonces à cobrar nuevas alas en tantas plumas, y ſobre aver inſtituìdo Borja un Alcazar à la ſabiduria en cada Provincia: ſobre aver fundado, y admitido tantas Univerſidades, ſujetas al govierno de la Compañia, como dexa referidas eſta Hiſtoria, le llegaban pliegos repetidos de varias Naciones, pidiendo Maeſtros Jeſuìtas, y entregaban las llaves de ſus Athenas à los que tenian las llaves de las Ciencias todas. Deſeava mucho Borja verlas en

ſus

ſus Hijos, y Subditos cada dia mas floridas, y mas puras, ſabiendo lo que importan à Dios, y à ſu honra, y que la perfeccion de eſte Inſtituto, ſin la ſabiduria, fuera un cadaver hermoſo ſin alma, faltandole aquellos eſpiritus vitales, que han de fomentar, y ſervir à tantos miniſterios, y ſabias operaciones. Pedia eſte dòn al Cielo para ſu rebaño con mucho ſudor, y continuo llanto de ſu eſpiritu, y con humilde penitente ruego; y Dios oyendo ſu clamor esforzado, deſatò en lluvia la ſabiduria toda en ſu govierno: porque en èl ſe vieron, floridos, ò yà ſazonados con admirables frutos los mas ſublimes ingenios, y los diſcurſos mas ſabios. Entre otros el celebrado Padre, y Cardenal Roberto Belarmino, martillo de la dureza obſtinada, que fundò en vano tantas Cathedras, y labrò tantas rodèlas aceradas para rebatir ſus heridas. El Doctor Eximio Padre Franciſco Suarez, cuyo entendimiento infuſo, mas dilatado, y mas profundo, que el Occeano, no cabiendo en la naturaleza todo, ni pudiendo ſer parto ſuyo, ſe forjò de un milagro; y èl es uno de los mas claros, y mas perceptibles argumentos, ò gritos, que en una criatura ſola puede dàr el Mundo, de que ay un Dios infinitamente ſabio. El Padre Gabriel Vazquez, ingenio arrebatado en copia de luz ſobre el viento, y ſobre sì miſmo, cuyo movimiento fuè tan preſuroſo, y tan lucido, como el del Sol en el Cielo.

El Padre Luìs de Molina, en quien ſe compitieron la Theologia, y la Juriſprudencia, diſcurſo feliz, que ſupo hollar nuevos rumbos, ſin eſcollo, emprendiendo animoſamente aquella ſenda delicada, y bien ſegura, ſemejante à la que Ovidio celebra, *medio tutiſſimus ibis* (permitaſſe aqui eſte elogio à mi pluma por intereſſada, pudiendo dezir tambien aqui, que es ſu dia.) El deſcubriò à la ſabiduria, como nuevo Colòn de ella, una India en un nuevo mundo, que al principio pareciò à muchos ſoñado, ò ſingido; y deſpues ſupo hazer ſu navegacion ſeguida de Real Flota. Siendo bien oportuna la quexa del docto Novarino, de que la fama aplauda tanto à Chriſtoval Colòn por aquel deſcubrimiento, en que abriò facil paſſo à la codicia en minas de oro, y no celebre con grito mas alto un ingenio divino, que hallò firme breve rumbo à tanto Baxèl racional, y deſcubriò nuevas riquezas, ò minas en la ciencia de Dios: *O altitudo divitiarum ſapientiæ, & ſcientiæ Dei.* Era ſenda antigua una, y otra; pero ignorada, y no fuè tanto romperla, quanto empezar à ſacarla con tarda proa: y aſsi tardò caſi otro tanto el deſcubrimiento de aquel Orbe, que por la miſma razon llamamos nuevo, ſiendo tan antiguo, como eſte otro, aunque tardò en deſcubrirſe mucho tiempo: concepto, que ſe hizo plauſible en la pluma de Arnobio. Eſta gloria, que tuvo Aurora, y Cenit en Ebora, ò tambien en Coìmbra, hallò ſin duda oculto origen en la humildad, y en las ardientes lagrimas de Borja, que con gemidos delicados de toda el alma, pedia el dòn de la Sabiduria para ſu familia toda, el honor, y el aumento de ſu Eſcuela; y aſsi, mereciò que en ſu Generalato floreciesſe, y ſe dilataſſe eſta doctrina, enſeñada como por inſtinto à un miſmo tiempo en todas las Caſas de Eſtudios, que avia entonces en las Provincias de la Compañia en Europa, aunque no ſe avia dado aun à la Eſtampa. Y no debe paſſar aqui ſin nueva reflexion, aver tenido iluſtre cuna eſta ſentencia en la Univerſidad, y Colegio de Ebora, luego que embiò los primeros ſabios Maeſtros el Santo Borja; y luego que practicò ſu humildad aquella proeza, deſeoſo de acreditar en el Mundo ſu ignorancia, ſegun queda expreſſado en el libro quarto de eſta Hiſtoria, premiando deſde luego el Dios de la Sabiduria aquella humiliacion hazañoſa, en funcion tan publica literaria, con diſponer, que aquel meſmo ſitio fueſſe Real Cuna, y Theatro de la que es principal diviſa, caracter, y gloria de eſta Eſcuela.

Laudatur Chriſtophorus Colũbus, quia ad fortunatas inſulas exquibus in gẽtes opes advehe-rentur, novũ iter inſtituit; cur non magis ille, qui fæliciores divitias, & nunquam perituras novo aditu patefactus ad omnium utilitatẽ advehis? Novar. in proœm. elect. ſacræ.

Ad Rom. 11.

Arnob. l. 6. contra Gent. *Non ergo quod ſequimur novũ eſt; ſed nos ſerò didicimus quod nam ſequi opporteat*

Un Gregorio de Valencia, à quien diò cuna la benignidad de el Cielo de Medina, para que fueſſe Oraculo de Alemania, rayo de la heregia, y luz de la Santa Igleſia. Un Padre Juan de Maldonado, clariſsimo Interprete de la Eſcritura Sagrada, cuyos Comentarios en los quatro Evangelios ſe hizieron tan expectables en el Mundo, que ſe creyò obra poſthuma de el grande Auguſtino: y los Hereges mas eruditos, leyendole con mortal odio, mudan en admiracion el ceño. El Cardenal Toledo, Oraculo muchos años de el Vaticano, y luego cima de el Aventino, cuyas obras fueron aſſombro de aquel ſiglo, y oy ſon veneracion de el nueſtro. El Padre Thomàs Sanchez, à quien la moral Theologia llama Principe ſuyo, y ni el tiempo, ni la embidia, ni la calumnia pudieron

uſurparle el Cetro. El Padre Juan de Mariana, Livio Eſpañol, de quien ſe dixo bien, que Auguſto le daria ſu meſa, y èl ſupo dàr alma à la que es alma de la Hiſtoria. El inſigne Padre Fonſeca, blaſon de Portugal, en cuyas undoſas corrientes quieren muchos, que huvieſſe Molina bebido las primeras luzes. El profundo eloquente Saà, el Divino Portuguès Henriquez, el Padre Azòr, el Padre Ribera, el Padre Pedro Caniſio, ruìna de la heregia, el Doctor Franciſco Turriano, el iluſtre Poſevino, Ribadeneyra, el doctiſſimo Padre Alonſo Salmeròn, el Padre Arrubal. Y tantos Serafines, que arrancaron al amor una ala, y otra à la ſabiduria, para traſladar luz, y fuego de la Theologia myſtica. Mas para què fatigamos la memoria en contar las eſtatuas de ſu fama una à una, ſi ſe ha de canſar el brazo ſolo de irlas ſeñalando con el dedo? Se ha de embotar el bronze à la pluma, y confundirſe el numero en los archivos del alma? Eſtos ſon baſtantes para credito de lo que floreciò la ſabiduria en el govierno de Borja, que ſu humildad portentoſa fuè el nido de tanta Aguila, cuya pupila animoſa, ſin temblor de la peſtaña, deſcubriò nuevos fondos al Sol; porque reſponde caſi ſiempre à eſta humilde profundidad ſagrada el premio de una ſabia firme altura, y una Torre, deſde donde la razon es Atalaya. Y aviendo empezado en ſu govierno la cenſura del Vulgo, de que los Jeſuìtas conquiſtaban con alhagos los mejores ingenios, y que rehuſaban el Coro, ſolamente por ocuparſe mas tiempo en el eſtudio; redundaba inſenſiblemente en mas honor de la Compañia, como ſuelen los tiros de la embidia; porque ſi fueſſen mejores los ingenios, y mas eſtudioſos, como ſerìan menos ſabios?

Doctores quanto iuniores fuere, tãto utique perſpicuiores. S. Paſch. in Prologo m. in Matth.

CAPITULO VI.

EMBIA LOS PRIMEROS JESUITAS à las Islas Fortunadas, al Perù, y al Imperio Mexicano, poblando de troféos aquel nuevo mundo, y alumbrando à la gentilidad mas ciega deſde Roma con aquella inextinguible hacha, que dà luz, y viſta.

§. I.

El Año de ſeſenta y ſiete embiò el Santo Borja à las Islas, entonces ſingularmente Fortunadas, al Apoſtolico Varon Padre Diego Lopez, que acababa de ſer Rector del Colegio de Cadiz, al Padre Lorenzo Gomez, y à los Hermanos Luìs Ruìz, y Alonſo Ximenez: inſtado con repetidas cartas del Doctiſsimo, y no menos Santo Paſtor Don Bartholomè de Torres, Obiſpo de Canaria, que eſtaba diſpueſto à embarcarſe por la Primavera; y dezia en una carta, que ſi no llevaſſe conſigo algunos Sacerdotes de la Compañia, avria de navegar ſin conſuelo, y ſin eſperanza. Repreſentaba en ella el amor, que avia tenido ſiempre à la Compañia, y al miſmo Santo Borja, à quien aſſeguraba, que no cederia à corazon alguno ſobre la tierra en eſta fineza, y que ſi pudieſſe dibuxarſe el alma, la veria ardiendo aun en la copia. Añadia, que los Diputados, que las Islas avian embiado al Rey Felipe Segundo, expreſſaban à ſu Mageſtad ſus ruegos humildes ſobre eſto miſmo. Que èl no ignoraba aver ſido electo Obiſpo à ſolicitud de la Compañia, y que aſsi pedia como de juſticia ſu aſsiſtencia, al modo que la concede liberal el Cielo al que pone en algun exercicio. Y daba fin à la carta con eſta expreſsion humilde de ſu pluma: *Solo un Sacerdote de la Compañia importa mas al bien de las almas, que treinta Obiſpos como yo en aquellas Islas.* Condeſcendiò, pues, Borja, y arribando en diez y ſiete de Mayo à la Ciudad de Santa Cruz de la Isla de Tenerife, ſe viò convertido en luminaria cada arbol de aquella Isla, y un faròl ſobre cada roca. Mas pagò aquella noble Isla con mano generoſa eſte cultivo de la Compañia en ſolo un Hijo ſuyo, el portentoſo Padre Joſeph de Ancheta, Taumaturgo de la Europa, cuya fama eſpera cada dia vèr ſus virtudes colocadas ſobre la adoracion, y ſobre la ara.

El Domingo, que lo era de Paſcua del Eſpiritu Santo, predicò el Padre Lopez con muchas lenguas de fuego, y heridos los corazones de profundo ſentimiento, no parecia tener otro Auditorio, que llanto. Fuè arrebatado al medio del Sermon en un extaſis, en que èl miſmo no ſupo de sì, y ſonando à terremoto ſu lengua, y ſu eſpiritu agitado, exclamò, llorad, y llorad la mas pura ſangre del corazon, porque me eſtà eſcuchando un infeliz, que ha diez años que vive torpemente enlazado, y laſtimoſamente priſionero del amor laſcivo, y oy antes de comer ſe ha de quedar repentinamente muerto en los brazos del engaño. Bolviò luego à cobrar el hilo de ſu Oracion, mientras el Auditorio ſe cobraba del ſuſ-

to.

to. Deſpues que ſe baxò del Pulpito, le convino el Saato Obiſpo con aquel triſte vaticinio, que avia pronunciado ronco, y demudado; mas el Padre Lopez ignoraba, que huvieſſe proferido tan funeſta clauſula, ò ſentencia: eſtrañaba el ſabio Torres, que no huvieſſe eſcuchado el Orador ſu miſmo grito, y que èl ſolo huvieſſe dexado de ſer oyente ſuyo; y mas en una cauſa, que pide toda la reflexion de la prudencia. Pero eſtando à la meſa el Padre Lopez con aquel docto Prelado, y un ſabio Religioſo Aguſtino, Prior del Convento, que los avia hoſpedado, llamaron à la Porteria aceleradamente, pidiendo un Confeſſor luego, luego: baxò el Padre Lopez con fuga, dexandoſe el mantèo en la ſilla; y entrando en una caſa, donde le guiò el que le llamaba, viò un cadaver ſentado à la meſa, la ſervilleta mal deſplegada, inclinada la cabeza àzia un lado de la ſilla, y ſoſtenida en brazo de la que era toda la cauſa de ſu deſdicha: y que con la otra mano le afloxava el pecho, donde ella miſma avia introducido la muerte, y la llama, que aora empezava à ſer eterna, paſſando deſde las Islas Fortunadas, à las mas infelizes.

Poco deſpues reduxo ſu eloquencia à dulze concordia los Vandos, que armaban civiles diſcordias en aquella Isla. Reſiſtiòſe un mancebo de eſpiritu orgulloſo, y mal ſufrido, que aborrecia la paz, como à enemigo fiero, buſcòle el Padre Lopez, y oponiendo ceño à ceño, le dixo: Miradme con atencion al roſtro, que en èl vereis eſcrita vueſtra ultima deſgracia, ſi no perdonais à vueſtro enemigo, que quiere llegarſe à vos poſtrado. Y ſi no cede vueſtra obſtinacion à mi ruego, antes de doze dias morireis tan de rebato, que no conocereis vueſtro mal, haſta ſentir que es eterno. Oyò aquel Joven eſta profecia con ademàn de deſprecio, burlandoſe de aquel amago para obſtinarſe en el odio. Y à los nueve dias cayò ſubitamente muerto en una Viña, ſobre el azadon con que por divertirſe alguna vez la cultivaba. Eſte iluſtre Varon ablandò con ſus gemidos el Cielo, para que fecundaſſe el campo ſeco, quando parecia eſtàr mas obſtinado. El obrò converſiones tan milagroſas, y ſacò à los corazones tantas lagrimas, que aun no ſe han enjugado bien las memorias en aquellas Islas. Viſitaba el Santo Paſtor, acompañado de los Jeſuìtas, à piè todas ſus Ciudades, y Ovejas, confeſſando, explicando la Doctrina, y haziendo una Miſsion continuada: con que todas aquellas Islas ſe poblaron de ſuſpiros penitentes, de virtudes, y de victorias ſagradas. Pero fue mas que breve la vida de aquel grande Paſtor, Antorcha de la Igleſia: pues à los principios del ſiguiente año de ſeſenta y ocho, rindiò ſuavemente ſu eſpiritu, à poco mas de ocho meſes, deſpues de aver entrado à ſer relampago, que bañò en reſplandor aquellas poblaciones floridas, y ſupo hazer fertil tambien aquel terreno de Palmas.

Quedò el Padre Lopez ſubſtituyendo la falta de aquella grande Lumbrera con las luzes de ſu predicacion Apoſtolica, y de ſu exemplar vida, ſiendo tenidos en publica aclamacion por Apoſtoles de todas aquellas Ciudades iluſtres. Pero ſiguiò luego el Padre Lorenzo Gomez à ſu Paſtor dichoſo en la Isla de Tenerife: aſsiſtiò à ſus Honras la Nobleza, y el Pueblo: predicò el Prior del Convento de San Aguſtin, y dixo virtudes tan heroycas de aquel difunto Jeſuìta, que el Pueblo colgò votos à ſu ſepulcro, ſobre quien ardiò mucha cera por eſpacio de un año. Con eſta noticia, mandò reſueltamente el General Borja al Padre Lopez, que dieſſe la buelta à Eſpaña el año de ſeſenta, mas ſe puſo en arma toda la Isla contra eſta obediencia forzoſa. Publicò un vando la Real Audiencia, que ninguno, pena de la vida, y conſiſcacion de ſu hazienda, dieſſe à los Padres embarcacion alguna. La miſma ley promulgò el Santo Tribunal: interpuſieron ſus ruegos los Superiores de Santo Domingo, y San Franciſco, y el Prior de San Aguſtin. Concurriò la Nobleza, y el Vulgo à detenerlos con ſuplicas, y llanto, poniendo Atalayas en los Puertos, y haziendo à los Jeſuìtas felices priſioneros, mientras ſe aguardaba la reſpueſta del Provincial de Andalucia, y del Santo Borja, à quienes eſcrivieron en varios pliegos ſu dolor, y ſu anſia. Conſideraba el Padre Lopez, que era dificil hazerſe à la Mar, aun quando huvieſſe Baxèl, ſin romper primero otro golfo mas dificil de navegar en el comun llanto. Conſultaba à ſus dos Hermanos Compañeros, que en la conſulta repreſentaban ciegamente la voluntad expreſſa de Borja, que les llamaba, y era una voz, que con todo aquel eſtruendo, en que la Plebe tumultuaba, nunca ſe confundia. Hizo el Padre Lopez varias repreſentaciones à los Tribunales, hablò con rara energia à muchos de los Nobles: y con el pretexto de aver arribado el nuevo Obiſpo Fr. Juan de Azora, General, que avia ſido del Orden de San Geronymo, esforzò nuevamente ſu facundia, haſta recabar, que les permitieſſen hazerſe à la vela.

Al

Al entrar en el Baxèl ſe oyò un laſtimoſo alarido en la playa, que no fuera mas doloroſo, ſi vieran que ſe ſorbia el Mar una, y otra Isla, donde cada tronco diò ſu corteza à la memoria, y à la alabanza de los quatro primeros Hijos de la Compañia. Que aora, paſſado mas de un ſiglo, bolviò la Providencia (ſin duda por la interceſſion del Borja) à introducir en ellas la Compañia, reſucitando aquella antigua memoria: y deſangrando Eſpaña ſus Provincias en ſugetos de iluſtres prendas, que paſſaron à fundar tres Colegios en aquellas fertiles Islas, donde la Religion, y la piedad hizieron admirable progreſſo en ſu zelo Apoſtolico, bien à deſpecho de la embidia mas groſſera, de la mas torpe calumnia, y de la ſierpe mas venenoſa, que afilò ſu rabia para matizar la inocencia, que deſpues de teñida en ſangre blanquea mas pura, porque aya tambien en la Igleſia martyres de la honra.

§. II.

LAS Indias Orientales avian merecido primero el Sol, que amaneciò por la lengua de Xavier, girando por ſus Cumbres, Campañas, y Mares, y eſclareciendo con otra Aurora mas aquellas Regiones. Y el Santo Borja, antes deſde Eſpaña, y aora General, deſde Roma embiava continuamente nuevos Operarios al cultivo de aquella dilatada inculta viña, donde las venas de muchos ſudaron ſangre haſta la ultima gota. En el tiempo que el Santo Borja fuè General, ſe labraron Colegios en el Braſil, y en el Japon. Y llegò la verdad haſta las miſmas puertas de la China, y ſe facilitò la entrada, pues hizo dàr buelta à la llave àzia la parte que abria. Tardaba eſte nuevo Sol en ir llegando al Occidente, quando en el Oriente avia ſubido al Cenit. No ſe avia podido diſponer la entrada de la Compañia en las Indias del Mar Occeano haſta aora, ſiendo eſte el comun ſuſpiro de el zelo, y el blanco de las penitencias de Franciſco. Avia muchos años, que conſagrava à la conſecucion de eſta empreſſa ſangrientas diſciplinas, ſacrificios, y ayunos. Y Dios inclinado à ſus gemidos, tuvo reſervada eſta gloria para quando fueſſe General de la Compañia, debiendoſe à Borja deſde el primero rayo de luz, que en aquellas immenſas Regiones Occidentales introduxo la Compañia, haſta la ultima llamarada, que oy las iluſtra. Al verſe conſtituìdo Cabeza deſde Roma, empezò à meditar mas profundamente, y à deſear con nueva anſia deſcubrir algun rumbo para conducir eſta empreſſa, aunque fueſſe por entre ſyrtes, y aunque cada arena ſe mudaſſe en roca. Daba muchas vezes al dia ſu corazon la buelta por el Occeano, eſtendidas las alas, ò las velas, reconocia las Ciudades, las Provincias, los Reynos, los engaños, y las idolatrias; y encogidas otra vez las plumas, ſe bolvia à Roma triſte, y fatigado en buſca de ſu pecho, y de ſu dueño extaticamente dormido, ò abſorto.

Clamaba à la Suprema Mageſtad, que al miſmo tiempo eſtaba hiriendo el pecho del Monarca Eſpañol, introduciendole eſte miſmo deſeo en lo mas intimo del eſpiritu. Y un dia, que túvo el Santo Borja mas oprimido el ſuyo con eſte cuydado, recibiò un pliego de Felipe II. en que deſpues de otras clauſulas, dezia eſtas: *Por la buena relacion, que tenemos de las Perſonas de la Compañia, y del mucho fruto, que han hecho, y hazen en eſtos Reynos, he deſeado que ſe dè orden como algunos de ella vayan à nueſtras Indias del mar Occeano: y porque cada dia en ellas crece mas la neceſſidad de Perſonas ſemejantes. Y Nueſtro Señor ſerà muy ſervido de que los dichos Padres vayan à aquellas partes, por la Chriſtiandad, y bondad que tienen, y por ſer gente à propoſito para la converſion de aquellos naturales: y por la devocion que tengo à la dicha Compañia, deſeo que vayan à aquellas tierras algunos de ellos. Por ende yo vos ruego, y encargo, que nombreis, y mandeis ir à las dichas nueſtras Indias veinte y quatro Perſonas de la Compañia, adonde les fuere ſeñalado por los de nueſtro Conſejo: que ſean Perſonas doctas, y de exemplo, quales juzgaredes convenir para ſemejante empreſſa. Que demàs del ſervicio, que à N. Señor hareis en ello, yo recibirè gran contentamiento, y los mandarè proveer de todo lo neceſſario. Y demàs deſto, aquella tierra donde fueren, recibirà gran contentamiento, y beneficio con ſu llegada. De Madrid à tres de Mayo de mil quinientos y ſeſenta y ſeis.* En cada renglon de eſta carta hallaba deſtilada mucha dulzura el General Borja. Entendiòſe luego con ſu grande iluſtre amigo el Adelantado Pedro Menendez de Avilès, à cuyo zelo, y noble oſſadia ſe debe no poca parte deſta empreſſa, que yà el año antecedente avia empezado à tratar con Borja, y librada tòda ſu felicidad en llevar dentro de ſu Baxèl, y aun dentro de ſu pecho la Compañia. A eſta carta, pues, reſpondiò el Santo General con la execucion

mas prompta, embiando luego al invencible Aragonès el Padre Maeſtro Pedro Martinez con aquella valiente ſagrada tropa, que eſmaltò con ſu ſangre la Fè, haziendo, que bermejeaſſe la Florida. Siguiòſe luego el Padre Juan Baptiſta Segura, con otros diez de la Compañia, de que el Capitulo antecedente hizo alguna memoria, à quien perdona el tiempo, y el olvido, guardando tambien à ſu ceniza algun reſpeto.

Iluſtrò Borja tambien todo el Reyno del Perù, enriqueciendo con nuevas minas ſus montañas, y ſembrando por entre las arenas, y las olas precioſas margaritas, y naciendo una perla donde la Fè eſtampaba ſu huella; deſuerte, que ſus mares yà no tuvieſſen embidia al del Sur, ni aquella India à la Oriental. Embiò, pues, el año de ſeſenta y ſiete al Padre Geronymo Portillo, Provincial, ò Cabo de aquel pequeño Exercito, al Padre Antonio Alvarez, al Padre Maeſtro Luìs Lopez, al Padre Miguèl de Fuentes, al Padre Diego de Bracamonte, y à los Hermanos Juan Garcia de Yanguas, Pedro Lobet, y Franciſco de Medina, que deſde el famoſo Puerto de San Lucar ſe hizieron al Mar, llevando por velas la confianza, el zelo, y la obediencia: y fueron los primeros rayos de la Compañia, que deſpidiò el corazon de Borja ſobre la ceguedad, y la idolatria, que ocupaba aquellas Regiones con noche obſtinada. Fueron recibidos en Lima con aclamacion del Virrey, Arzobiſpo, Tribunales, Ciudadanos, y Nobles: y poſſeyò los corazones de todos à un miſmo tiempo la eſperanza de vèr difundido la verdad por todo el baſto cuerpo, que domìna aquella cabeza coronada. Llevaron hoſpedados conſigo los nueſtros à unos Religioſos Dominicos, con quienes vinieron dulcemente hermanados. Los progreſſos, que hizo la Religion en los primeros paſſos de eſtos Apoſtoles nuevos, fueron tan glorioſos, que agradecido el Rey Catholico al Cielo, y à Borja, le eſcriviò à fines del año de ſeſenta y ocho, con el primer aviſo que tuvo, no ſolo de ſu feliz arribo, ſino de que ſu zelo empezaba yà à ſer victorioſo de la tiniebla, y del infierno, una favorecida carta, en que pide nuevamente otras esforzadas tropas para reclutar las que ſudaban mucha alma, y mucha ſangre en aquellas Regiones de las Indias. Y Borja, por el Marzo de ſeſenta y nueve, embiò al Padre Bartholomè Hernandez con otros Sacerdotes, y ſiete Hermanos de la Compañia, conducidos de Don Franciſco de Toledo, que paſſaba à Virrey del Perù (honor que debiò à la pluma, y al informe de Borja.) Y el año de ſeſenta y uno embiò al P. Andrès Lopez, y al Hermano Diego Martinez con el Padre Joſeph de Acoſta, que iluſtrò aquellas Regiones con la lengua, y con la pluma. El año miſmo de ſeſenta y ocho ſe diò principio à la fabrica del Colegio, y Templo de S. Pablo Lima, cuyo primer Rector fuè el P. Diego de Bracamonte. Y luego deſde aquel ſitio, como iluſtre Real centro, ſe dilataron las lineas del nuevo Inſtituto por el Perù todo, y ſe fundaron muchos ſumptuoſos Colegios, y la ceguedad ſe iba retirando fugitiva à los ſenos mas incultos, y mas barbaramente habitados. Diò orden el General Borja al P. Maeſtro Alonſo de Barcena, que paſſaſſe de aquella Provincia à introducir mucho reſplandor en la de Tucamàn, y del Paraguay, donde ſe cogiò tan crecida mies, que no cabiendo ſu noticia de una vez en la credulidad humana, es meneſter recurrir al poder de aquella dieſtra hazañoſa, que con ſolo un amago ſobre el viento puebla de trofeos la tierra.

§. III.

LA multitud barbara de Indios, muchas vezes ciegos, que con la entrada de la Compañia en los Reynos del Perù abrieron los ojos: los millones de Gentiles, en quienes el primer golpe de luz hizo las vendas tranſparentes, merece aquellas dilatadas, y diſtintas Hiſtorias, que ſobre eſta materia diò la admiracion à la eſtampa: ſiendo muchos ſabios los que computando igualmente con la prudencia, que con la pluma las Provincias, y Reynos de aquellos nuevos dilatados mundos, afirman ſer mas crecido el numero de almas, que la Compañia conduxo al gremio de la Igleſia, que las que todos los Hereges antiguos, y modernos dieron al engaño, y à la mas infame roca. Abrieronſe en los Colegios Eſcuelas de Gramatica, y de todas las Ciencias, para que la luz fueſſe preocupando la edad, y los genios felices de los naturales: ſingularmente en Lima, y algunas otras Regiones, han moſtrado bien al mundo antiguo, que el nuevo no es menos fecundo de ingenios, que de metales precioſos: y que ſi al paſſar la linea ſe hallan tal vez deſpiertos muchos entendimientos, que antes eſtaban dormidos en los cuerpos, podràn hallar al nacer ſus Hijos, lo que enquentran al paſſar los foraſteros, ſiquiera por no moſtrarſe prodigo el clima con los eſtraños, y avaro con

los ſuyos. Ni era deſcredito de eſta verdad hallar tan bozales los entendimientos, donde la educacion no tenia mas exemplares, ni otros Maeſtros, que los brutos: pues ſabemos, que los ingenios piden ſu cultivo, como los jardines, y los campos. Que por eſſo entre aquella primera juventud ruda, que empezò à labrar la Compañia, ſe fueron deſcubriendo à poco tiempo venas de oro eſcondidas en aquellas almas, y ſe hallò en muchas cabezas aquel cerro famoſo, que profundado enriquece uno, y otro Mundo: porque el Jano de dos roſtros, en dos Mundos tuvieſſe en ambas frentes igualmente perſpicaces los ojos.

Mas como no avian de dilatar à relampagos la Fè, y plantar felizmente la Religion en el Perù aquellas primeras luzes, ò centellas, que fulminò deſde Italia, raſgando ſu ſeno Borja, ſi cada noble individuo ſe adornaba con las calidades, que en un Apoſtol ſeñala el Evangelio? El Provincial Geronymo Portillo, iluſtre Ciudadano de Logroño, era tan modeſto, que ſe componia la deſemboltura mas licencioſa ſolo con mirarle à la cara: ſu voz llevaba eſcondido el fuego en la dulzura, abraſando el corazon que la eſcuchava. Tan humilde, que ſiendo Provincial, llevaba en ſus ombros los materiales para la Igleſia, que ſe edificaba en Lima, y deſde la fabrica, lleno de polvo, ſe ſubia al Pulpito, llevando aquel diſtintivo, que dà Seneca al que quiſiere hallar la virtud en el Mundo. En ſu muerte, que fuè dia de la Purificacion, ſe le dexò vèr riſueña la Reyna de la Gloria, aſsiſtida de un Eſquadron hermoſo, que conduxo à mejor playa ſu eſpiritu. El P. Diego Martinez, credito de la Eſtremadura ſu Patria, y de la Villa de Ribera, que le diò cuna, fuè llamado Apoſtol de Santa Cruz de la Sierra, el primero de la Compañia, que introduxo en ella la Religion Catolica. Eſtando una vez delante de un Crucifixo en Oracion, oyò que animado el bronce en voz ſenſible, le encargava ſu Dueño la converſion de tanto bozal Indio. Diò ſalud à fuerza de milagros à innumerables enfermos, penetrandoſe haſta el alma deſde el cuerpo en muchos. Hablava familiarmente con el Angel de ſu Guarda, que en aquel deſamparo, no ſolo de Confeſſores, ſino aun de racionales, fuè ſu Padre eſpiritual, ſu Maeſtro, y ſu amigo fiel. Regalaronle con ſu preſencia algunos Santos, y mucho mas la Reyna Soberana de ellos; fatigaronle con viſibles horrores los Demonios; anduvo muchos años cercado de un reſplandor, en que reverberava myſterioſamente la inefable Trinidad, y anegava ſu entendimiento en mares de luz. Vieronle repetidas vezes ſobre el viento en portentoſo rapto cercado de mucha claridad el cuerpo. Cada dia reſpirava ſu corazon fogoſo ſeis mil afectos, ò ſaetas de amor divino. Hallòſe en algunos dias ſolemnes preſente ſu eſpiritu à las feſtivas aclamaciones del Cielo, y eſcuchò à los Angeles alegrar el Empyreo con ſus vozes, pulſando alabanzas, y cuerdas en ſus Violines. Sondava haſta el mas hondo penſamiento de aquellos, à quien governava ſu eſpiritu. Supo el dia dichoſo de ſu tranſito: y ſu cadaver, llevando mucha fragrancia al ſepulcro, dexò tanta en el apoſento, como ſi la Arabia feliz huvieſſe derramado ſus aromas ſobre aquel difunto.

El Padre Alonſo de Barcena, antes diſcipulo amado del Maeſtro Juan de Avila, convirtiò millares de Infieles en el Tucumàn, y en la Provincia de el Paraguay, caminando à piè de unas Regiones à otras muy diſtantes; porque era uno de aquellos Angeles veloces, que viò Iſaìas bolar à la converſion de los Gentiles. Y aun fuè tal vez mas que buelo el ſuyo, pues en onze horas ſupo andar lo que pedia muchos dias aun por el viento, transformandoſe el cuerpo en eſpiritu para caminar mas ligero. En una ocaſion eſtuvo ſeis dias ſin guſtar manjar alguno, ſino el Auguſto Pan del Sacramento. Quarenta años fuè maltratado viſiblemente del cruel enemigo. Deſcubriò los ſuceſſos futuros, deſpoblando los ſiglos: tuvo dòn de lenguas, predicando en onze diſtintas, y ſiendo Apoſtol en todas. Fuè regalado una vez con el ſemblante hermoſo de la Gloria, que ſe le deſcubriò en el roſtro de Maria. Eſtando en otra ocaſion doliente en la cama, y à la viſta un Niño Jesvs ſobre una meſa, aliviando frequentemente, y aun recreando ſu mal con ſu viſta, bolò la pequeña eſtatua deſde la meſa à ſus brazos, con aſſombro de los que fueron teſtigos. Pero ſi yo quiſieſſe reducir à ſuma las hazañas de cada uno de eſtos primeros Jeſuìtas, que imprimieron el caracter ſagrado de la Fè en tantas almas, ſerìa neceſſario hazer interminable eſta vida ſin llegar nunca à la ultima proeza de Borja: à quien reconocen ſu principio, y ſu dilatacion fecunda aquellas Provincias, q̃ deſde la America cõpiten en ſabiduria, en eſpiritu, y en grandeza con las primeras de la Europa. Y aquellos ſobervios rios, q̃ le diſputan al Mar ſu grandeza, y le pleyteã el vaſſallage à ſu corona, llevando antes obſcuras ſus aguas al modo

de

de aquellas negras ondas, que fingieron los Poetas, miran oy ſus corrientes placidamente criſtalinas, reverberando el Sol en ellas.

§. IV.

YA faltava ſolo aquel noble terreno, y famoſo Imperio Mexicano, cuya ſobervia laguna eſperava de el Mar eſta nueva Flota, para acabar de iluſtrar la nueva Eſpaña con la Religion de la Compañia: teniendo yà Convento ſumptuoſo en Mexico la Religion de San Franciſco, la primera que ennobleciò aquel ſeno: la de Santo Domingo, y la de San Aguſtin deſpues de aver merecido, que un grande Hijo ſuyo fueſſe alma, luz, y conſuelo del invicto Hernan Cortès, oſſado prodigioſo Eſpañol, cuya conquiſta animoſa huviera parecido fabula, à ſer mucho mas antigua. Hallòſe Borja con nueva inſtancia de Felipe Segundo, y embarcò quinze Jeſuìtas el año de ſetenta y dos con el Padre Doctor Pedro Sanchez, que iba electo Provincial: el Padre Diego Lopez, que deſpues de aver iluſtrado las Canarias con ſu predicacion, y exemplo, paſsò aora à explicar ſu luz en mayor Theatro, ſiendo el primer Rector del Colegio, que ſe fundò en Mexico: los Padres Franciſco Bazàn, Fernando Suarez Concha, Pedro Diez, Alonſo Camargo, Diego Lopez de Meſa, Juan Curiel, Pedro Lopez Parra, Juan Sanchez, Pedro Mercado, que ſe ordenaron luego de Miſſa en la nueva Eſpaña: y los Hermanos Martin de Matilla, Lope Navarro, Martin Gonzalez, Bartholomè de Lara: y el Padre Euſebio añade al Padre Diego Fonſeca, aunque no le nombra la Hiſtoria de la Compañia en eſta primera tropa, digna de immortalizarſe con la pluma. Avian arribado pocos dias antes à Mexico deſde la Florida con orden expreſſo de Borja el Padre Antonio Sedenio, y el Hermano Juan Salzedo, Novicio por el Eſtìo de aquel miſmo año: encaminaronſe al Hoſpital de Nueſtra Señora, à quien el inclyto Marquès del Valle diò nombre, conquiſtando ſegunda vez con la piedad el terreno, que avia ocupado antes con la eſpada.

Servian en aquel Hoſpital à los enfermos, endulzavan la muerte à los que daban los ultimos gemidos: reſonava la voz de Sedenio por las Calles, y Templos con admiracion de la nueva Eſpaña en aquellos dos precurſores de la Compañia. A los nueve de Septiembre de aquel año arribaron los diez y ſeis Jeſuìtas à la Vera-Cruz, donde los eſperaban la atencion, y la generoſidad por orden del Virrey Don Martin Henriquez, y de el ſabio Don Pedro Moya de Contreras, que fuè luego Arzobiſpo de Mexico, y muriò deſpues en Madrid ſiendo Preſidente del Real Conſejo de Indias. Deſeaban los Pueblos, que ſe detuvieſſen algo por el camino, para que fueſſe imprimiendo algunas huellas tambien ſu eſpiritu; pero obedeciendo el orden ſecreto de Borja, y de Felipe Segundo, ſe encaminaron ſin detencion à Mexico: donde ſu humildad, y ſu induſtria ſupo burlar el aparato, que la Ciudad avia prevenido à ſu entrada, y con paſſos deſconocidos, y ſilencioſos ſe fueron al Hoſpital, donde eſtaban ſus dos Hermanos: accion, que deſpues hizo mas eco de el que hiziera tan ruidoſo aparato. Abrieronſe al punto los cimientos al Colegio, de quien fuè artifice la piedad de Alfonſo de Villaſeca, no pudiendo deſcarſe, ni mas ameno, ni mas oportuno ſitio. Aplicò luego el iluſtre Sanchez todo ſu conato en reparar la Univerſidad de Mexico, que iba padeciendo mucha ruina, bolvieron à ſurtir agua todas las eſtatuas de Minerva, y las fuentes de la ſabiduria, bebiendo con tanta ſed aquellos bien deſpachados entendimientos, que pudieron regar deſpues los de muchos, y deſde entonces ſe vieron florecer las ciencias, las buenas letras, y aun las Muſas en aquella Cabeza de la nueva Eſpaña con emulacion, y aſſombro de la antigua: pues nuevamente en una Muger verdaderamente ſabia, ſobre diſcreta, acaba de obſcurecer en mucha copia de luz la memoria de las que celebraron la Grecia, y la Italia.

Dividiò por varias Provincias à ſus Subditos, convirtiendo innumerables Indios, fundò muchos Colegios, y Seminarios, donde ſe conſagran, no ſolo al eſtudio, ſino tambien al deſengaño los años floridos. Predicava continuamente à los Eſpañoles, y Ciudadanos con ſuceſſos portentoſos: las Religiones con ſu predicacion ſe iban llenando de ſugetos eſcogidos: y en el Pueblo ſe viò tal mudanza, y tan divina, que aquella Eſpaña pudo parecer ſegunda vez nueva. Los Padres Dominicos le aclamaron: *Segundo Abrahan*, *Padre de muchas gentes.* Rogòle el Arzobiſpo, que fueſſe cada dia à ſu Palacio à doctrinar ſu Clero, aſsiſtiendo con raro exemplo el miſmo Prelado. Recabò ſu Oracion admirables favores del Cielo: y entre otros, que ſe le comutaſſe con acerbos

bos dolores en eſta vida el Purgatorio, para que le encaminaſſe à la Gloria en derechura aquel noble eſpiritu. Muriò con opinion de Santo en aquel nuevo mundo buſcadas con ſolicitud ſus Reliquias, guardando con veneracion ſus Cartas, y entre otros el Virrey beſava con profundo reſpeto las firmas. Fueron muchos de dictamen, que ſe debia poner en la Plaza una Eſtatua de bronze à ſu memoria, como à reparador de la Nueva Eſpaña. El immenſo fruto, que en eſta mies eſparcida diò à la Igleſia la Compañia, las Gentes barbaras que alumbrò con ſu vida Apoſtolica, daràn perpetua materia de admiracion à la Hiſtoria: pues aquel Gigante, en que ſe repreſenta la infidelidad vendada, cayò derribado en profunda ſima hecho eſcarnio del Vulgo, y riſa de ſu meſma Patria. Tanto debe aquel mundo à S. Franciſco de Borja, Apoſtol del Occidente ſin duda, yà avia dado otro al Oriente la Compañia, diſponiendo ambos, que amanecieſſe igualmente la verdad adonde muere, que adonde nace el Sol.

CAPITULO VII.

INCOMPARABLE AMOR DEL Santo Pontifice Pio Quinto à Franciſco de Borja: Privilegios, que en atencion ſuya concediò à la Compañia. Alta correſpondencia de eſtas dos grandes Almas en la mutua comunicacion, y fomento de ſus empreſſas.

§. I.

POR muerte de Pio Quarto eſtava huerfana la Igleſia, ſin Paſtor, y ſin honda, mudò el ſilvo, ſuſpenſo el cayado, eſcuchandoſe en cada Oveja un ſuſpiro. Ardia la Francia con lamentable incendio, nacido de pequeña aſqua en el pecho de Calvino. La mas florida porcion de Alemania eſtava poſſeìda del fuego tan infelizmente, que aun no clamava por el ſocorro: la gran Bretaña buelta en paveſa, y en la Isla de carbon, y ceniza: humeava Polonia atezado el viento con tanta reſpiracion negra. Los yelos de el Septentrion olvidados de ſu naturaleza, eran cebo proprio de la llama licencioſa. Haſta los confines de Italia eſtavan calientes, y bien diſpueſtos à la llama. Flandes aſſolada con violenta ruina. Las Indias del Occidente embueltas en noche tenebroſa. En eſte eſtado ſe hallava la Igleſia, quando el General Borja mandò, que ſe hizieſſen ſacrificios, penitencias, y oraciones publicas para inclinar la Miſericordia à que eligieſſe tan digna Cabeza, que pudieſſe ocurrir à la comun ruina, y apagaſſe con ſus lagrimas tan laſtimoſa hoguera. Ibanſe haziendo en los Colegios de Roma los ſufragios, y las penitencias deſtinadas à cada Subdito por ſus dias: y apenas acabò el ultimo de cumplir devotamente ſu tarêa, quando el Eſpiritu Santo ſacò à luz dichoſa la ſuerte, ò eleccion mas apetecida (ſingular providencia, que obſerva el Padre Sachino aver ſucedido à los nueſtros en Roma en las otras elecciones de Sumos Pontifices) porque fuè aſſumpto al Pontificado el Cardenal Alexandrino Fray Miguèl Ghiſlerio, uno de los hombres mas iluſtres, que diò à la Igleſia aquel fecundo ſuelo de Heroes la Religion Dominica. Tenia antes eſtrecha familiaridad con Borja, y aora colocado ſobre la mayor altura, creciò el amor con la diſtancia, y apretò mas el lazo lo que ſuele hazerle mas floxo.

A la verdad, la Sabiduria mas alta colocò caſi à un tiempo à dos tan grandes Cabezas en gigantes cuerpos dentro de Roma, para que ſe comunicaſſen mutuamente ſus penſamientos, y ſus deſeos inflamados: ellas reſpiraron ſiempre unidas, y ſe reclinaron àzia la muerte juntas, como que no podian vivir ſeparadas. El primer dia, en que ſe moſtrò à Roma con ſolemne aparato ſu prudente ſabia Cabeza, Año de
ſaliendo à tomar poſſeſsion mageſtuoſamente en la Baſilica de San Juan Laterano, 1566.
hermoſeadas las Calles con Arcos, à modo de triunfo, veſtidas las Caſas de purpura, y de telas de oro, enriquecido el acompañamiento de galas, plumas, y carrozas, y ruidoſo con aclamaciones feſtivas. Paſſando por la Caſa Profeſſa, y eſtendiendo cuydadoſamente el Pontifice la viſta, viò que aſsiſtia reverente con ſu Comunidad el Santo Borja: hizo que paraſſe la Litèra, y que ſuſpendieſſe el paſſo aquella real immenſa pompa; y llamando à Franciſco, le echò tiernamente los brazos al cuello, con aſſombro de aquella gran Cabeza de el mundo, que padeciò uno como extaſi, ò deliquio en la ſuſpenſion de ſu miſmo movimiento. Eſtuvieron los dos hablando reſervadamente el eſpacio de medio quarto de hora, detenida la corriente de tanta Grandeza, antes en el reſpeto, y luego en la admiracion de vèr ſurto el movimiento de un Mundo todo à la preſencia de Franciſco, pareciendo à muchos eſte ſuceſſo no menos prodigioſo, que averſe parado à viſta del Pueblo eſcogido las ondas impetuoſas del Mar Bermejo, y que lo fuera ſi

el

el Tibre hizieſſe pauſa, ò ſuſpenſion prolixa al acercarſe à Roma. Y como daba lugar, y ocaſion à varias reflexiones la tardanza, ſe ofrecian à la veneracion, y à la lengua aquellos dos grandes Heroes, à quien la ſantidad hizo tan parecidos, y tan deſiguales, antes la naturaleza, y aora la fortuna. Uno, que avia ſubido deſde el mas profundo valle, haſta la mas alta cumbre; otro, que avia deſcendido voluntariamente deſde el nido mas alto, haſta el ſeno mas abatido: aquel, que nacido en humilde cuna, ſe hallaba por ſus heroycas virtudes colocado en la cima de los ſiete Montes de Roma, y que entonces iba arraſtrando felicidad humana; eſte, que deſde la mas ſublime cuna avia baxado altamente al deſprecio de el honor, y de la grandeza, cortando lucientes plumas al Ave Real, cuya vana preſuncion abulta ſu miſma aparienċia, gyrando en rueda la ſobervia con la fortuna. Pero ſiempre ſerà verdad irrefragable la ſentencia de el Sabio, de que no es menos poderoſo, que la muerte el Amor Divino, pues vèmos que ſucede en los que mueren àl mundo por el deſengaño, caſi lo miſmo que en la muerte natural, que cortando tan diſtantes cuellos con una miſma ſegur, y piſando deſde un miſmo ſitio, y con un miſmo piè inſolente las Torres altas, y las chozas, iguala los humildes carrizos con los techos dorados.

Fuè deſpues Borja à beſar reverente el piè al Santo Pio Quinto, que al verle inclinò toda la cabeza àzia el agrado, y viſtiò de nueva apacibilidad el roſtro. Ofreciò el General Borja à ſus plantas, y obediencia ciegamente toda ſu Familia, diziendo, que tenia la ineſtimable dicha de ſer eſpecialmente ſuya por el quarto voto, que con nueva precioſa cadena la unìa à ſu Tiàra: que las Naciones mas fieras, y mas incultas, los mas ardientes, y venenoſos climas ſerian Paìs guſtoſo à los Jeſuìtas, que eligieſſe, no ſolo ſu precepto, ſino la inſinuacion mas ligera de ſu alvedrio. Que eſtas tropas eran de cavallos ligeros, para ſocorrer prontamente à la Igleſia, perſeguida de tantos enemigos, adonde fueſſe la mayor ruìna, y menos animoſa la defenſa. Empezò à enternecerſe el Santo Pio Quinto, y luego ſe deſatò abiertamente la ternura en mucho llanto. Y aprendiendo los de Franciſco en aquellos dos ojos, que lo eran de el mundo, torcieron las llaves à las fuentes de el pecho, quando à menos exemplar ſe anegaba ſu roſtro. Eſtuvieron mudos algun tiempo: y queriendo Borja renovar la herida, le atajò el Pontifice con blandura, y rebolviendo los ojos àzia lo alto, mientras humedecian el ſemblante, y el ſuelo, dixo: Yo tengo metida dentro de mi corazon la Compañia toda, como Familia propria mia; y como à tal, mirarè por ſu honra, para que ella mire por la de Dios, y de eſta Santa Silla: y ruego al Cielo, quiera acompañar ſu bendicion con eſta, que deſde aqui derramo por toda la ſanta Compañia. Paſſaron luego à comunicar ſus ſecretos, firmando entre los dos mutuos, è irrefragables pactos, de que ſe avian de ſocorrer con penitencias, lagrimas, y conſejos: añadiendo aquel Santiſsimo Papa, que encargaba à ſu direccion el govierno de la Igleſia, y que correſponderia à eſte cuydado, con tenerle muy eſpecial de la Compañia, y con prevenir, y alumbrar al miſmo Borja en el govierno de ella. Y què tuvieſſe entendido, que eſtaba reſuelto à valerſe de los Jeſuìtas para las mas dificiles empreſſas, dexando à ſu prudente General la eleccion de los ſugetos mas proporcionados à los aſſumptos à que fueſſen elegidos. Confirmò en aquella miſma viſita todos los privilegios, eſſempciones, y facultades, que huvieſſe diſpenſado à la Compañia la benignidad de ſus predeceſſores, y los que ſu Beatitud huvieſſe concedido, ſiendo Inquiſidor General, mandando al Cardenal Amulio, que hizieſſe publicar juridicamente eſte *vivæ vocis oraculo.* Trataron luego de el infeliz eſtado, en que yazia Alemania con mortal dolencia, diſcurrieron los remedios mas oportunos à males tamaños: y diſponiendoſe aquella famoſa dieta, que el Emperador Maximiliano celebrava en Auguſta, adonde, aunque el aſſumpto, ò el empeño avia de ſer la guerra contra el Turco, que amenazaba la Ungria, ſe avian de tratar con eſta ocaſion algunas materias pertenecientes à la Fè Catholica: y ſe temia, que de una parte los Hereges, y de otra los Politicos (que ſuponiendo, que la Fè cautiva el entendimiento, quieren que dexe libre la razon de eſtado) intentaſſen, que la Fè cedieſſe en algo à la violencia, y à los intereſſes del Imperio: mandò con eſta ocaſion al Padre Borja, que le propuſieſſe tres Subditos de ſingular eſpiritu, y prudencia, Año de 1566.

para que aſsiſtieſſen en aquel congreſſo à ſu Nuncio Apoſtolico, para que ſe opuſieſſen valeroſos à las ſinrazones, y maquinas de los Luteranos, y à las razones tambien de los politicos.

Partiòſe à ſu Colegio el Santo Borja, y deſpues de meditacion profunda, en que hallò eſcondida mucha luz, bolviò à ſu Santidad con un papel, en que ſeñalaba treinta ſugetos de la Compañia, bien capazes de aquella empreſſa. Aſſombròſe el Papa de vèr, que huvieſſe tanto caudal de ſabiduria, virtud, y prudencia en ſolos los Colegios de Roma, aunque algunos ſe hallaban entonces fuera ocupados por la Silla Apoſtolica. Eligiò el Pontifice los tres primeros, que Borja ſeñalaba, y era el primero el invencible, y ſabio Pedro Caniſio; el ſegundo, el Padre Geronymo Nadal; el tercero, el Padre Diego de Ledeſma, que encaminandoſe preſuroſamente à Auguſta, ſirvieron de incomparable utilidad à la Igleſia, quedando Pio Quinto tan ſatisfecho, que tratò de veſtir la Purpura al Padre Caniſio, como teſtifica Teodoro Petreyo en ſu Biblioteca Cartuſiana; y deſpues de muerto el Santo Pio, ſe hallò una memoria eſcrita de ſu mano, donde eſtaba el Padre Caniſio entre los primeros, que deſtinaba al Capelo. En aquella dieta borrò el Nuncio de la imaginacion al Ceſar Maximiliano algunas impreſsiones contra los Jeſuitas, que avian hecho en ſu real fantaſia lo que el veneno tirio ſobre el color de la inocencia.

Diſpuſo Pio Quinto, que los mas de los Prelados llevaſſen conſigo algunos ſabios Jeſuitas à la viſita de ſus ovejas. Que otros acompañaſſen à ſus Nuncios en varias Legacias. Embiò à Napoles al Padre Chriſtoval Rodriguez, con el Obiſpo Tomàs Orfino, à que viſitaſſe las Igleſias de aquel florido Reyno: al Padre Juan Polanco, à Florencia à tratar con el Duque Coſme, y con ſus hijos la paz publica, y ſoſsiego de la Italia, que empezaba à quemarſe en la ira. Quando el Oriente inſtituyò aquella dichoſa embaxada, dando noticia à los montes de Roma de la nueva Aurora, que en la Fè verdadera les amanecia, remitiò los Embaxadores, letras, y ſuplicas, y al fin toda eſta dependencia à la direccion de la Compañia. Embiò muchos Jeſuitas en la Armada, que conſiguiò aquella cèlebre batalla Naval, al Padre Chriſtoval Rodriguez por Superior, à quien el Santo Borja diò varias inſtrucciones para el acierto en aquella empreſſa. Y al beſar el Padre Chriſtoval el piè à ſu Santidad para emprender ſu jornada, oyò que le profetizaba la victoria, aunque diſsimulado el vaticinio en eſperanza, mandandole, que aſſeguraſſe de ſu parte el triunfo al victorioſo Don Juan de Auſtria, honra de aquel ſiglo. Diſpuſo, que penetraſſen los Jeſuitas haſta lo mas inculto de la tierra à una, y otra India, al Norte, à Inglaterra, à Eſcocia, Alemania, la Armenia, el Japon, y la China. Deſpachò ſus Breves al Padre Andrès de Oviedo, Patriarca de Etiopia, y al Padre Melchor Carnero, Obiſpo Niceno, en que enſalza ſu vida Apoſtolica, deſpues de aver entendido por cartas de el Rey Don Sebaſtiàn, y por aviſo de el Santo Borja, que los Abyſinos ſe obſtinaban en ſu perfidia: que el iluſtre Oviedo araba un campo, no ſolo infecundo, ſino tan ingrato, y aùn tan groſſero, que negaba la huella al ſulco: que aquella noche tenebroſa, que ocupaba à los Etiopes el roſtro, calaba haſta el entendimiento, y era mas facil ſacar las ſombras al ſemblante obſcuro de aquella toſtada piel, que no ſacarſelas à la razon.

§. II.

FAtigò à Roma en los principios de el Pontificado de Pio Quinto, y en los fines de aquel Verano, una infame contagioſa fiebre, que abraſava ſegunda vez à Roma: aviendo traìdo ſu origen el mal en unas lagunas, ò aguas rebalſadas en las huertas, que avia entonces àzia el Monaſterio de la Trinidad de el Monte: porque corrompidas, ſe fueron comunicando à los pozos por venas ocultas, envenenando la pureza de las aguas, y haziendo que la muerte eſtuvieſſe eſcondida en lo mas profundo de cada edificio, dilatandoſe la deſdicha deſde la Plaza Colona, haſta la puerta Flaminia: paſſaban yà de quatro mil las Caſas heridas de el contagio: los cadaveres ocupaban todo aquel ſuelo. Morian muchos ſin Sacramentos, no pudiendo los Parrocos apacentar las almas de tantos enfermos, y mas eſtando dolientes algunos. En ſolo un Monaſterio, que conſtaba de cien Religioſas, ſe hallaron los noventa moribundos, con que los otros diez eſtaban yà rendidos al intolerable afàn de aſsiſtir à

Año de 1566.

à tantas. El ayre ſe iba impreſsionando de aquel vapor groſſero, paſſandoſe la muerte de un elemento al otro, ſin perder el del agua en que avia nacido. Fuè un iluſtre Ciudadano, llamado Juan Paulo Bubalo, el primer remedio, que opuſo la Providencia à tan horrible eſtrago, porque hizo Hoſpital de ſu noble caſa, alvergando en ella tantos infelizes, que yà no cabìa dentro, ni mas piedad, ni mas deſdicha, y al meſmo tiempo diſtribuìa regalo, dinero, y medicinas por las demàs caſas. Perdiò à ſu galàn Primogenito en eſta empreſſa, tenia à ſu muger, y otros dos hijos mal heridos, y aun cercanos à los ultimos extremos; mas aquel exceſſo ſanto, ò fervor de la caridad le enagenaba de sì; de modo, que olvidado de ſus amadas prendas, andaba ſolicito, viſitando, y ſocorriendo à los Quartèles, donde yazian deſamparados tantos inſelices. Haſta que reconociendo, que la deſgracia ſe iba enſeñoreando de Roma, recurriò al Cardenal Amulio, y ambos à Franciſco, de cuya alta providencia eſperaban el remedio à un mal deſeſperado. Herido el Santo Borja de la compaſsion, y de el zelo, repartiò muchos Subditos por todo aquel terreno poſſeìdo de el contagio, deſangrando en ſocorros al miſmo tiempo ſu generoſo pecho. Partiò acelerado à implorar la benignidad de Pio Quinto, que à menos golpe derramàra entre los pobres el caudal de la Tiàra, y el de ſu llanto; pero advirtiò à Borja, que todo el peſo de eſte cuydado huvieſſe de cargar ſobre los ombros de ſu Compañia, que por aquellas manos queria ſe diſtribuyeſſen los ſocorros, cuydando à un tiempo miſmo de las almas, y de los cuerpos: y mandò al Cardenal Juan Franciſco Gambara, que protegieſſe, y autorizaſſe con ſu Purpura, y ſu prudencia el zelo de la Compañia, que haſta la virtud ſuele neceſsitar de eſta ſombra.

Hablò el Santo Borja à muchos Cardenales, Monſeñores, y Prelados, exortandolos à concurrir con limoſnas, y con exemplos: Hablò tambien al Magiſtrado, y al Pueblo, que mirava eſta operacion como interès proprio, pues ſe iba penetrando el mal haſta el corazon de la Cabeza de el mundo. Diſpuſo, que las cabezas, ò Capitanes de los Quartèles fueſſen recogiendo todo el abaſto preciſo à la curacion de tanto enfermo. Diſtribuyò los dolientes en quinze Barrios, y ſe fueron ſeñalando las Caſas, donde huvieſſe entrado la deſdicha, con diſtincion de numeros: en cada Barrio, ò Quartèl ſe puſieron Boticas, hornos, deſpenſas, y demàs oficinas, con mucha proviſion de remedios, y vituallas, y dos Sacerdotes Jeſuìtas, con un Hermano, que ſe ocupaba todo en eſtas providencias. Concurrian doze hombres ſeñalados por el Pueblo, y Magiſtrado, y muchos Cavalleros à conducir las viandas, y medicinas. La Juventud del Colegio Romano, y Germanico andaba ſolicita de una parte à otra, como eſquadron volante, ſeguido de mucha Nobleza: mientras los de el convictorio ſe empleaban en dàr los cadaveres à la tierra, celebrando ſus exequias con llanto, y muſica. Los dos Sacerdotes de la Compañia gaſtaban el dia todo en recorrer las caſas de ſus Quarteles confeſſando à ſus dolientes, adminiſtrando los Sacramentos, y haziendo viviſsimas exortaciones à la deteſtacion de los pecados: acompañaban à los Medicos, eſcrivian los remedios, bolvian à la Oficina de el Quartèl à prevenirlos: llevaban la comida en publico, haziendo la caridad ſolemne el aparato, ſeguidos animoſamente en eſte exemplo de los Clerigos del Oratorio de San Geronymo. Y no cabiendo yà la multitud de infelizes en todas las caſas de los quinze Quarteles, ſe buſcò un dilatado edificio, cuyos ſalones ſirvieſſen de Hoſpitales, deſtinando Borja à eſte cuydado muchos Subditos Sacerdotes, y Hermanos. Y aun embiaba de refreſco tropas à los quinze Quarteles con admirable orden, y diſtribucion de armas, ſegun las facciones: eſtando aſſombrada Roma de vèr mas de quarenta hombres los mas ſabios de la Compañia ſervir de enfermeros à innumerables apeſtados, medicando ſus almas, y ſus cuerpos. Y el piadoſiſsimo corazon del Papa no podia contener dentro del pecho, à peſar del ſuſto, el gozo de vèr aquella prodigioſa armonìa, con que la prudencia de Borja avia diſpueſto materia tan ardua, en que ſuele tropezar el zelo en ſu miſma confuſion, embarazandoſe la diligencia en la priſa.

No acabava de elogiar la Religion de la Compañia, y la ſantidad de ſu Cabeza, y mas quando por las calles de Roma no ſe eſcuchaba otra voz en muchas ſemanas, que ò ayes de los infelizes, ò elogios de los Jeſuìtas. Por eſſo el año de ſeſenta y ocho, bolviendo à pren-

prender en Roma ſemejante incendio, mandò, que ſe entregaſſe todo el manejo de eſta dificil empreſſa à la providencia de la Compañia, ſegun lo diſpuſieſſe la diſcrecion de Borja. Pero no debo callar en eſta expedicion ſagrada lo que obſervò entonces Roma, que ſiendo la eſtacion del año la mas expueſta à enfermedades en aquel clima, pues fuè por el Otoño, ſiendo tan infame el contagio, que ſe comunicaba con la mas debil reſpiracion del enfermo, ſiendo tantos los Jeſuìtas, que ſe ocupaban en los quarteles por tiempo tan dilatado, paſſando de un enfermo à otro: y lo que aumenta mas la admiracion, ſiendo flores tan tiernas las que ennoblecian al Colegio Romano, el Seminario, y el Germanico, que baſtava à marchitar ſus hojas qualquier ambiente groſſero, quanto mas un aliento venenoſo, paſſando lo mas de el dia entre tanto enfermo apeſtado, no ſe huvieſſe atrevido el mal à alguno de eſquadron tan tierno, y tan numeroſo, que Borja avia deſtinado victima de la caridad, y de el exemplo: y el ayre, que deſpedazaba los troncos mas robuſtos de las ſelvas, tuvo reſpeto à las flores mas delicadas.

§. III.

SAbìa el General Borja, que el grande corazon de la Cabeza de la Igleſia ardia en volcanes de zelo derretido en llanto por apagar el fuego, y el humo, que avia encendido en Alemania aquel monſtruo, que ſe llamò Lutèro. Por eſſo conduxo à Roma la flor de la Nobleza Ungara, y Tudeſca, llegando haſta docientos y veinte, que formaban un exercito iluſtre, bien diſciplinado, y valiente, para que en el Colegio Germanico aprendieſſen horror contra los dogmas de aquel fiero enemigo de la Igleſia, y bolviendo à ſu Patria, reſtituyeſſen la verdad à ſu trono, y caſtigaſſen el error con la luz de un entendimiento bien inſtruìdo. Además de eſtas tropas eſcogidas, formaba cada año otras muchas de Sacerdotes Jeſuìtas, y en ſola una ocaſion diſpuſo ochenta dentro de Roma, embiandolos à diferentes Provincias, con inexpugnable conſuelo del Papa. Otra vez llevò treinta y cinco à los pies de ſu Santidad, deſtinados al miſmo fin: y enternecido aquel pecho devoto con todos juntos, luego individualmente con cada uno, y mucho mas con el General glorioſo, los exortaba à no degenerar de el Eſpiritu de Ignacio, del zelo de ſu Prepoſito, del fin de ſu Inſtituto, nacido verdaderamente para las hazañas de el Apoſtolado. Con eſtos exemplos, y con los aviſos, que de varios Reynos, y climas elados llegaban de las operaciones milagroſas de tantos Jeſuìtas, bolviò à derramar con mas efuſion toda ſu benignidad ſobre la Compañia, complaciendoſe de que eſtas corrientes huvieſſen de bañar la humildad de el Santo Borja: ſiendo tan prodigo de gracias, y de honras, como de lagrimas, pues nunca ſe canſò aquella mano de diſpenſar beneficios, y privilegios, ni de llorar piedades aquellos ojos.

Año de 1567.

Sabiendo, que la Compañia ſe hallaba combatida de la calumnia (rayo, de que no pudo eſcaparſe el miſmo Jove, que los fulminaba) eſcriviò cartas à diverſos Principes, y Prelados de la Europa, deſatando la pluma en elogio de la Compañia, y haziendo de ella eſtoque, con que amenazaba. Y porque fueſſe mas pronta la defenſa, la concediò facultad de que pudieſſe nombrar Juez Conſervador en qualquiera Provincia, y dependencia; y aunque muriò Pio Quinto antes que ſalieſſe à luz eſte Breve Apoſtolico yà formado, le publicò luego año de ſetenta y dos el Papa Gregorio Dezimotercio, digno ſuceſſor ſuyo. Honor incomparable para quien ha meneſter embrazar à cada paſſo el eſcudo contra tanto azero enemigo. Exortaba à los Obiſpos à que fundaſſen Colegios, y Seminarios entregados al govierno de los nueſtros. Expidiò aquella Bula, en que declara, que la Compañia es, y fuè ſiempre Religion Mendicante, y que como à tal le concedia todas las grandes prerrogativas de las otras hermanas. El año de ſeſenta y nueve, embiando ſocorro à la Liga contra los Hugonotes de la Francia, mandò, que fueſſen con las tropas tres Sacerdotes Jeſuìtas, y dos Hermanos con raros privilegios. A los Predicadores, y Miſſioneros de la Compañia, que embiava por caſi todas las Provincias, y Reynos de la tierra, diò ampla juriſdicion, y facultad para que deſataſſen las mas robuſtas cadenas, en que eſtuvieſſen priſioneras las almas. Para corregir la edicion de la Biblia, ſeñalò entre otros ſabios à dos de la Compañia, cuya eleccion dexò à Borja, que nombrò

al

al Padre Manuel Saà, y al Padre Pedro Parra. Aprobò à ruegos de Franciſco la maxima eſtablecida por San Ignacio, y atendida con eſtrañeza al principio, de que la Compañia no tuvieſſe Conventos de Monjas à ſu cuydado (por mas que inſtaba un Convento de Religioſas de Palermo, alentando ſus eſperanzas con un Breve de Pio Quarto:) porque no ſirvieſſe de remora una pequeña conquiſta al Exercito volante de Alexandro, unido à ſujetar la tierra todo à un yugo, y à un dominio: ni era bien, que las armas deſtinadas à la ruìna de Babylonia, arraſtrando los deſpojos de ſu ſobervia, ſe ocupaſſen con moleſta porfia en aquel teatro, adonde no ſuele ſer triunfo la victoria; que por eſſo Aquiles, nacido para ſembrar Laurèles, no quiſo divertirſe à pulir flores.

Dum ſuperba foret Babylon ſpolianda tropheis, Bella geri placuit nullos habitura triũphos.

Diò à la Compañia la Superintendencia de la Caſa de los Catecumenos, cuyo primer cimiento fuè el zelo de Ignacio, y aora bolviò à reſucitar el edificio reducido à polvo en el deſcuydo, y derrotado en el olvido, por la generoſidad de Miguèl Ghislerio (que aſsi quiſo llamarſe un dichoſo convertido.) Entregò Borja el cuydado de eſte empleo al Padre Juan Bautiſta Eliano, hombre eloquente, y erudito, cuya lengua era el arroyo mas puro del Idioma Hebreo, tan verſado en la Sagrada Eſcritura, como ſi tuvieſſe llave al alma de cada Profeta: ſu zelo hazia realidad el apellido, tanto, que à breve tiempo fuè eſtrecha la caſa, y el ſitio, y fuè meneſter, que ſu Santidad le dilataſſe à compàs de el gozo, con que ſe dilataba ſu pecho. Recabò el Santo Borja de el corazon de el Papa, que aliviaſſe à la Compañia de la adminiſtracion de las rentas de aquella, que iba yà ſiendo maquina, yà que no ſe negaba à diſtribuìr, y adminiſtrar teſoros mas eſcondidos en ella. Obligò el zelo de Pio Quinto à las Mugeres publicas à que aſſiſtieſſen en dos Igleſias ſeñaladas, nombrando Borja dos famoſos Jeſuìtas, que predicaſſen contra la infame libertad de ſus coſtumbres, haſta que la palabra Divina, que repetidas vezes llamò eſpada, y cuchillo la Eſcritura, fueſſe cortando tanto lazo publico à Roma. Sucedian converſiones prodigioſas, y Franciſco llevaba eſcritas en un papel el numero, y calidad de eſtas infelices Corteſanas, para que el Santo Paſtor las hizieſſe recoger, donde mantuvieſſen el propoſito ſanto, y el arrepentimiento de ſu vida. Mandò tambien el Papa al General Borja, que hizieſſe traducir el Catecifmo, que avia de ſalir à luz, ſegun el Concilio de Trento: y en pocos dias le bolviò traducido en varios Idiomas. Solia llamar à Borja à ſu Palacio, para encender ſu eſpiritu, y comunicarle ſu pecho: y algunas vezes eſtuvieron ambos muchas horas mudos, derramando eloquencia por los ojos: extaſi Divino, en que aprendian reciprocamente uno de otro à ſacar el eſpiritu lexos del cuerpo, haſta bolver cargado de luz à buſcar ſu templo frio.

Socorria Pio Quinto con cincuenta eſcudos cada mes al Colegio Romano, y deſeaba dexar perpetuado eſte ſocorro; pero la muerte cortò la execucion, yà que no pudo embarazar ſu immortalidad el deſeo. Diſpuſo, que un ſabio Jeſuìta aſsiſtieſſe, como Conſultor, à la reforma, que ſe hizo en la Datarìa. Reſolviò embiar varios Jeſuìtas à viſitar las Igleſias de las Indias Orientales, y las de el Occidente, con autoridad Pontificia; conſultò à Borja, que pidiò algun tiempo para deliberar ſobre la reſpueſta: y aviendola comunicado con los Padres Aſsiſtente, y mucho mas con Dios, y con los Angeles, ſuplicò humildemente al Papa, que ſin deſiſtir de tan ſanta empreſſa, mudaſſe ſolo el orden, y la traza: que ſe intimaſſe aquel precepto à los Obiſpos de aquellos Paìſes remotos, ordenandoles, que fueſſen acompañados de dos, ò quatro Jeſuìtas Miſsioneros. Porque de eſte modo, ſin menoſcabar el fruto, ſe mantenia con mas decoro la autoridad de cada Prelado; ſin la qual, no ay cervìz, que ſe ſujete al yugo, ni aun llega à ſer atencion el reſpeto. Expreſsò un dia el Santo Pontifice à Borja ſu deſeo, de que reſonaſſe en ſu Palacio la predicacion de la Compañia; porque lleno el mundo de ſu ardiente reſpiracion, y de ſu fama, no quiero, dixo, que tanta voz ſolo eſtè muda para mi oìdo, y los de mi familia. Y no baſtando razon alguna de quantas pudo dictar à Borja la eloquencia, huvo de ſeñalar al Padre Benito Palmio, que fuè el Oraculo primero, que diò la Compañia al Vaticano: luego al Padre Alonſo Salmeron, y deſpues al Padre Doctor Franciſco Toledo, que lo fuè deſde Pio Quinto ſucceſsivamente, haſta Clemente Octavo, el qual ennobleciò con el Capèlo la cabeza de eſte

Oraculo Divino. Y aora ſe dezia aver diſpueſto el Papa, y aun Borja, la entrada en Palacio, de el Padre Toledo, porque eſperaban, que aquella lengua de oro promovieſſe la que creyeron inocencia de el Arzobiſpo Carranza, vinculando à la expreſsion ſabia, y eloquente de aquella boca el buen exito de tan confuſa enmarañada dependencia, que quedò à la poſteridad indeciſa; ſi bien, ſupo perpetuar el grito ſu fama en un Epitafio ſobre la Urna.

Mas no ſe contentò Pio Quinto con un Orador ſolo, pareciendole poca voz para tan numeroſo Palacio; y diſpuſo, que reſonaſſe la Compañia con quatro Clarines à un tiempo: uno, que tocaſſe à ſu vida apreſuradamente una arma, que aunque parecieſſe algunos dias arma falſa, no podia dexar de ſer muy preſto verdadera. Otro, que predicaſſe à ſu familia: otro, à los Prevendados, y al Pueblo de San Pedro; y otro, à la Guarda de Eſguizaros, en la Capilla de el Campo Santo. Y aun hizo, que el General Borja ſeñalaſſe dos Jeſuìtas, que tomaſſen à cargo ſuyo inſtruìr la razon, y ordenar las coſtumbres de aquella feròz tropa militar. Finalmente, por dictamen de el Cardenal Comendono, ſeñalò dia fixo, en que la Compañia predicaſſe por el tiempo de Semana Santa en la Capilla de Palacio, y ſe le deſtinò el Viernes Santo, deſde el año de ſeſenta y ocho. Tambien predicaban en Idioma Latino, en ſu Capilla, el Padre Luìs Gallardo, de quien ſolia dezir Pio Quinto, que eſcuchaba en ſu voz, y eſpiritu un Angel ſonoro: el Padre Benito Pereyra, cuya libertad alabò muchas vezes el Papa, porque manejaba tan dieſtramente la eloquencia, y la Sagrada Eſcritura, que curabà las heridas, ſin tocarlas. Avia diſpueſto Pio Quarto, que los que huvieſſen de ſer promovidos à Orden Sacro en Roma, fueſſen examinados en la Compañia: y aora Pio Quinto añadiò à eſte honor otro de mas peſo, ſin doblarſe à los ruegos humildes de Borja; y fuè, que examinaſſen tambien à los que ſe opuſieſſen à Beneficios Eclèſiaſticos: contienda, en que apenas queda un reconocido, y quedan muchos quexoſos: pero quiſo dexar à la entereza, y perſpicacia de ſu dictamen ſabio el apurar los quilates de lo mas digno, y examinar à los entendimientos, y à los meritos ſus fondos.

Año de 1568.

Repreſentò un dia el fogoſo zelo de Borja al Santo Papa lo mucho, que podria conducir à la converſion de los Gentiles, y reduccion de los Hereges, que ſe inſtituyeſſen dos Congregaciones de Cardenales, ocupadas en diſcurrir, y proporcionar medios congruentes à tan altos fines: y ſu Beatitud abrazò eſte penſamiento, como influìdo de el Eſpiritu Santo, ſeñalando à cada una quatro Purpuras luego, en quienes ardìa el zelo entre el eſplendor hermoſo, que ondeaba por el veſtido. De eſta ſuerte ſe diò principio à la Congregacion de *propaganda fide*, el año de ſeſenta y ocho, ſiendo Pontifice Pio Quinto, y trayendo ſu origen de el pecho de Borja eſte arroyo ſagrado. Dizeſe, que meditò alguna vez aquel glorioſiſsimo Papa, conferir el Magiſterio de el Sacro Palacio à la Compañia; y conſultando eſta maxima con el General Borja, le ſupo repreſentar tantos eſcollos à la viſta, que recogiò la vela, aun antes de deſplegarla. Quiſo iluſtrar tambien en Franciſco el deſengaño con el Capèlo; pero declinò eſte baxìo el General Santo, como dieſtro Piloto, tan practico en eſte rumbo. Paſsò à darle cuenta un dia, como los Jeſuìtas avian obtenido de la inſigne Univerſidad de Ingloſtadio, el que ſe obligaſſe à la proteſtacion de la Fè al que recibieſſe la inſignia de Doctor, ſuplicando à ſu Beatitud, que aprobaſſe eſta importante maxima, y ſe dignaſſe eſtablecerla en las Univerſidades de Italia, y otras de la Europa, para que la Fè Catholica fueſſe la unica puerta de la ſabiduria. Abrazò guſtoſamente eſte dictamen el Papa, y eſcriviò ſobre ſu execucion à Peroſa, y à Bolonia, y ofreciò expedir un Breve à todas las Univerſidades ſobre eſta materia, celebrando con immortales alabanzas el corazon de Borja, como oficina de la piedad, alma de la Religion, y atlante de ſu Tiàra.

Año de 1568.

***

****

CA-

CAPITULO VIII.

ARMA LA EMBIDIA TODAS SUS maquinas para arruinar el valimiento de Borja con el Papa: Furioſa tormenta, que ſe fraguò en Roma contra el Inſtituto de la Compañia. Serenidad, que amaneciò entre las lagrimas de Borja, con nuevos favores, y elogios de Pio V. al combatido Inſtituto.

§. I.

OBſervaba la embidia con inſufrible ceño eſtas confianzas de Borja con Pio V. de que reſultaba à la Compañia tanta gloria, y tanto privilegio; y no pudiendo introducir ſoſpecha, ni en la inculpable vida, ni en la fama del Santo Borja, procurò influìr alguna novedad en el corazon de el Papa contra el Inſtituto de la Compañia. Y ſiendo facil, que las apariencias de zelo, y de piedad inclinen àzia sì un animo devoto, y ſin doblèz, ſe valieron de ellas, haſta recabar con el artificio, que aquel Paſtor zeloſo empezaſſe à eſcuchar algunas reflexiones ſobre eſte Gremio, que èl llamaba Apoſtolico: buſcando el hermoſo colorido, ò pretexto, de que era conveniente, que ſe pertrechaſſe de modo eſte Eſquadron ſabio, que no hallaſſe defecto que achacarle, ni la cenſura, ni la prudencia de el mundo. Siendo cierto, que antes viviria menos eſſento del rayo de la embidia, quanto fueſſe creciendo mas en perfeccion, y en hermoſura eſta fabrica. Reconocian todos en aquel Pontifice milagroſo un entendimiento ſumamente ordenado, y el mas regular en las ſendas de la virtud; y le dezian, que el no piſar ſobre las huellas, que avian impreſſo tantos iluſtres Patriarcas, yà que no fueſſe impulſo temerario, era aſſumpto nuevo, y ſiempre peligroſo: que el zelo, y el eſpiritu ardiente de Ignacio podian aver calentado ſu fantaſia de modo, que ſin hazerle Faetonte preſumido, le huvieſſen inducido à paſſar con el exceſſo la linea de lo mas prudente, y mas experimentado, dexando el rumbo mas ſeguido, quizà por abrir, y hollar otro nuevo. Que no pudiendo dudarſe de la mucha luz, y calor, que eſparcia por el Orbe el Inſtituto de la Compañia de Jeſus, tampoco ſe podria dudar, que peligraba en la novedad de otro rumbo aun el miſmo Sol.

El primer reparo (que aun deſpues de ſiglo, y medio no ha podido dexar de parecer novedad en eſte Inſtituto) fuè el eximirſe del Coro, entre cuya dulciſsima armonia ſe avia criado el eſpiritu devoto de Pio Quinto, y amaba tiernamente eſta oracion muſica, en que el corazon le hurta David ſu arpa, llorando àzia dentro lo miſmo, que àzia fuera eſtà cantando. Y ſobre aver crecido ſus virtudes al ſon de eſtas cuerdas myſticas, y ſonoras, haziendo yà la coſtumbre, que parecieſſe eſte exercicio ſagrado como naturaleza de la vida religioſa, no hallaba baſtante exemplar en la Igleſia, que templaſſe eſta novedad, y enmudecieſſe la razon deſta armonia. El ſegundo, era la puerta, que dexaba por tantos años mal cerrada para deſpedir a los que no acomodaſſen el genio, ò la virtud à vivir ſegun el alma, y leyes de la Compañia. Repreſentabanle, que avia parecido à muchos ſabios caſi iniquo aquel lazo no mutuo, con que ſe ligaba apretadamente el un extremo, quedando caſi del todo libre, ò floxamente unido el otro. Que los votos, dexando abierta la puerta à tantos expulſos, hazian ſoſpechoſa la fidelidad de la Religion à muchos hombres doctos: y que con tan repetidos exemplares ſe eſcuchaba entre el Vulgo algun ruìdo, que ſonaba à eſcandalo. Hizo llamar el Pontifice al General Borja, que no ſolò deſatò ſus dudas con razones, ſino con evidencias: y deſpues de un largo razonamiento, ſuplicò al Pontifice Santo, que deſde lo mas alto de ſu prudencia, como deſde la cima del Aventino, dilataſſe la viſta por todo el ambito del mundo, y veria ſolicitos tantos Jeſuìtas en varios miniſterios, y exercicios, afanados en conquiſtar à la Igleſia dos mundos, penetrando nuevos mares, y climas remotos. Porque eſperaba, que deſpues al recoger la viſta no podria cerrar tan preſto los ojos, pues la admiracion de lo que avria atendido, le obligaria à tenerlos por algun eſpacio muy abiertos.

Y para que eſta niebla ſe fueſſe rompiendo, y diſsipando haſta en el entendimiento del Vulgo, le mandò Pio Quinto, que expreſſaſſe en un papel todo aquel admirable diſcurſo, y que fueſſe reconocido por los Cardenales, que cuydaban de que hallaſſe obediencia el Santo Concilio de Trento. Y quando faltaſſen otros motivos, para que no ſe innovaſe en dos tan ſuſtanciales puntos, baſtava el verle apoyado con el irrefragable teſtimonio del miſmo Sacro Concilio: el verle yà entonces

confirmado por los Sumos Pontifices Paulo III. Julio III. y Pio IV. deſpues de aver obſervado eſtos, y otros diſtintivos, que le diferencian de los otros gremios: y el verle acreditado en la experiencia de tan copioſos frutos, y troféos, como avia dado en menos de treinta años à la Igleſia Santa. Y aſsi reſpondieron al Papa, que ſi deſpues de tantas vezes aprobada una Religion quedaſſe ſujeta al baybèn de la duda, y de la mudanza, no avria familia ſegura en la Igleſia, aunque fueſſe muy antigua. Que Ignacio avia ſido deſtinado arquitecto de la Providencia, para la ereccion deſta fabrica milagroſa, que el Eſpiritu Santo avia ſoplado en eſte inſtrumento con torvellino de luz, de ayre, y de fuego: que le avia inſpirado el orden, la traza, y la eſpecial ſimetrìa de eſte edificio; no hallandoſe piedra, que no eſtuvieſſe colocada con alta direccion de artifice ſupremo. Que aunque parecieſſe laberinto al que le atendia paſſagero, y à la razon, que fueſſe Vulgo; pero que obſervado de los ſabios mas de adentro, era una de las primeras maravillas, que la Sabiduria de Dios avia fabricado en el terreno ſanto, ò Paraìſo. Que ſus reglas avian ſido dictadas alternadamente por Chriſto, y ſu Madre Puriſsima à Ignacio, que era Soldado de uno, y otro. Que el no ſer mutua aquella cadena, ni la hazia peſada, ni menos juſta; pues ſe ataba voluntariamente el priſionero, ſabiendo ſu naturaleza, y mas quando el voto puede ſer voz de un alvedrio, ſin que reciprocamente reſponda el eco deſde otro; y que antes bien huviera importado mucho la practica de eſte medio en algunas familias ſagradas, como frequentemente confeſſavan los mas ſabios de ellas. Que el ſacar alguna ſangre en muchos caſos, era remedio atendido aun de los emulos de Galeno. Que la Compañia queria ſer aquella pequeña Isla del Mediterraneo, que no ſufre mucho tiempo animal venenoſo, ni puede mantenerſe en ſu diſtrito. Que las demàs Religiones tenian una grande uniformidad de acciones en la vida, y el que ſe ajuſtaſſe à ſus leyes en el tiempo del Noviciado, era mas dificil, que eſtrañaſſe deſpues el yugo, teniendo acoſtumbrada la cervìz à doblarſe à un miſmo peſo: mas que en la Compañia eran tantos, y tan diferentes los empleos, como ſus individuos, con que deſde el Noviciado, y aun deſde los eſtudios à los miniſterios, ſe paſſava à diferente clima, tan diſtinto, que era poco menos tranſito, que el de un elemento, à otro, eſpecialmente, que ſe caminava deſde la ſeguridad al rieſgo: con que era fuerza experimentar tambien en eſte ſegundo campo al que huvieſſe de ſer digno Soldado de eſte exercito.

Y ocurriendo al primer reparo, añadian, que eſte afán miſmo en la multiplicidad en tanto ſagrado empleo, hazia no ſolo embarazoſo, ſino impoſsible el ſublime, y Angelico exercicio del Coro, pues conſtava eſtàr libres dèl por ſantas leyes de otras Religiones, los que ſe ocupavan en la enſeñanza de la doctrina, pareciendo tarèas incompatibles; pues, què ſerà donde ſobre el empleo de enſeñar las ciencias, las artes, y las lenguas deſde los primeros elementos, en que ſe le ocupaban al dia tantas horas, ſe le añade à cada Maeſtro el cuydado de tanto miniſterio publico? No eximiendoſe alguno de aſsiſtir noche, y dia à los dolientes, doctrinar à los ignorantes, reſponder, y conſolar à tantos infelìces. Y todo eſto ſobre el tiempo deſtinado à la oracion, y otros mentales exercicios, tan neceſſarios para dàr jugo à una alma, que ha de alumbrar, y aun arder todo el dia; y que en la noche le ha de interrumpir el ſueño, yà el enfermo, ò yà el acaſo? Aquel afán continuado, donde no ay inſtante ſin empleo, aquel *fervet opus*, que deſde la Republica ſolicita de las abejas ſe paſsò à la de los Jeſuìtas, como podria unirſe en diverſas repetidas horas à cantar ſoſſegadamente al compàs de las cuerdas? Que no todos los medios, aunque en sì tan ſagrados, ſe proporcionavan con aquellos fines: y mas quando eran tantos los Jeſuìtas, que ſe ocupavan en alumbrar à los idolatras, en confutar las heregias, y en ganar almas por todas las Regiones, y los climas, à peſar de la Zona elada, y de la fogoſa, eſtando cada Profeſſo expueſto por el quarto voto à la obligacion deſta conquiſta. Que no ſiendo el canto eſſencial conſtitutivo del eſtado Religioſo, no ſe debia echar menos para formar eſte eſquadron ſagrado aquel armonioſo acento. Que no era poco exemplar la vida de los Apoſtoles en eſta miſma materia, pues nunca huvieran ſujetado el Univerſo al yugo de la Igleſia Santa, ſino ſe huvieſſen eſparcido por toda la tierra, ò ſi huvieſſen conſpirado en conſagrar juntos ſus corazones, y ſus afectos, unidos ſiempre en un ſitio al compàs de los Pſalmos. Que eran tantos, y tan divinos en la Compañia los miniſterios, que aun no baſtavan los individuos de ella todos; y era meneſter, que cada uno ſe dividieſſe en muchos pedazos.

§. II.

§. II.

R
Econociò el claro entendimiento de Pio Quinto la dureza de aquel dificil aſſumpto, y como no le avia emprendido por tema, ſino por dictamen del zelo; retrocediò al punto, y empezò à dolerſe de aver afligido à la Compañia, y al Duque Santo. Hizo, que le llamaſſen luego; y llegando à ſus pies, acompañado de la confianza, y del Padre Palanco, le dixo: que deſpues de aver meditado con mas reflexion ſobre aquel punto, cedia guſtoſamente, aviendo reconocido, que ſerìa oponerſe à la Gloria Divina, y arruinar la grande fabrica, que avia ſacado à luz la Providencia, ſi quiſieſſe innovar algo en el Inſtituto glorioſo de la Compañia. Que ſolo le repreſentaba, no por modo de precepto, ſino de conſultar, ſi le parecia conveniente, que algun dia ſolemne, no en los Colegios, ſino ſolo en las Caſas Profeſſas ſe alternaſſe el Oficio Divino en el Coro, ſin canto, y ſin aſsiſtencia de la Comunidad toda, ſino de tres, ò quatro, que hizieſſen menos falta à los miniſterios en aquel dia, ò que fueſſen algunos de los Novicios à eſta funcion ſagrada: aſsi porque ſe puſieſſe una mordaza à la embidia, como porque la Compañia dieſſe algun argumento, de quan apreciable fueſſe eſta ocupacion armonioſa del eſpiritu. Reconociò Borja con todas las reflexiones, y viveza de aquella grande alma los inconvenientes, que traìa exponerſe à exercitar en publico una accion tan ſagrada, ſin voz, ſin ſolemnidad, ſin gente, y ſin muſica: de que ſe avia de ocaſionar nueva cenſura, y mas bien fundada contra la Compañia, porque trataba tan alta funcion de eſpiritu, ſin decente aparato, y con menos reſpeto. Y deſpues de aver inſinuado con brevedad eſte motivo, rogò à ſu Santidad, que no ſe reſolvieſſe por aora, haſta que ſalieſſe reformado el Breviario, y el rezo: y eſte beneficio de la delacion, fuè el remedio mas oportuno, borrando eſte dictamen de el entendimiento de Pio Quinto: y bolvieron aquellos dos corazones ſantos à calentarſe mutuamente las alas con ſus afectos, y con dulciſsimos coloquios.

Mas corrida la emulacion de vèr arruinadas ſus maquinas todas, bolviò à ſoplar aquellas cenizas, luego que hallò alguna ocaſion en el pecho religioſo de el Papa, nido el mas puro de la inocencia. Porque deſeando Pio Quinto, que vivieſſe el Padre Franciſco Toledo dentro de ſu Palacio, y expreſſando ſu deſeo al General Borja, reſpondiò eſte, repreſentando con lagrimas, y con eloquencia el exemplar, que daba eſta accion à otros Principes de la Europa, viendola canonizada por la Cabeza de la Igleſia. Añadiò los males, que ocaſionaba en un eſpiritu religioſo, aver de vivir ſiempre en Palacio, libre del peſo, ò tarèa de la vida regular, que tiene la fuerza ſecreta de los cabellos de Sanſon. Contriſtòſe algun tanto el animo, y aun el roſtro de Pio Quinto; aunque reſpondiò, que no queria uſar en eſte punto de ſu derecho, ni acordarſe que podia mandar lo que rogaba: con que huvo de doblar manſamente la cerviz à la obediencia el Santo Borja, mas ordenò, que fueſſen dos compañeros con el Padre Toledo, porque pudieſſe mantener en alguna forma de Comunidad la devocion, y el eſpiritu. Y ſe quiſo dezir con todo eſſo, que el General de la Compañia avia celebrado eſta mudanza del P. Toledo al Vaticano, porque ſe hazia embarazoſa un poco ſu autoridad al Rector del Colegio: como ſi los eſpiritus mas deſcollados no fueſſen comunmente los Subditos mas rendidos, ſiendo tanto mas flexibles, ò dociles, quanto ſon mas ſublimes los ingenios humanos: ò como ſi la eſpada de un Superior inmediato en la Compañia, no alcanzaſſe à cortar ramas à los cedros, ſin fatigar el brazo en eſtenderle mucho, para alcanzar con el golpe à lo mas alto. Eſta deſazon ligera, entre Borja, y el Papa, bolviò à dàr materia à los Politicos de Roma, y excitò otra vez la emulacion, que dormia. Sucediò tambien, que predicando al Pontifice el P. Palmio, empezò à esforzar ſu erudicion facunda en abono de la Pureza Original de MARIA; mas ſobreviniendo al miſmo tiempo alguna indiſpoſicion al Santo Papa, ſe hallò obligado à ſalirſe de la Capilla, quando Palmio eſtaba en el mayor calor de ſu eloquencia, y reverberaba con todo el Sol en eſte privilegio incomparable de la Aurora: con que el Vulgo, y el ocio achacaron à nueva deſazon eſta caſualidad, valiendoſe de ella la malicia para ſuſcitar una eſpecie difunta contra la Compañia, y alterar el movimiento concertado, con que ſobre ruedas myſterioſas camina eſte carro de la mayor gloria, llenas de diſcurſos, de ojos, de eſpiritu, de alma, y de prudencia.

Viſtiòſe tan hermoſo, y tan aparente trage la malicia, que el Religioſiſsimo Pa-

pa

pa diò orden al Vicario de Roma, y le paſsò tambien por el Cardenal Alciato al General de la Compañia, que ningun Jeſuita, antes que fueſſe profeſſo, fueſſe promovido à Orden Sacro, por el rieſgo de que ſiendo expulſo, ſe hallaſſe ſin congrua, ni patrimonio. Hiriò eſta noticia impenſada el animo de Borja, que tomando los privilegios de la Compañia, ſu confirmacion Apoſtolica, aun en eſta miſma materia, que aora ſe eſtrañaba, y aquella clauſula, ò elogio del Santo Concilio de Trento, ſe fuè à los Cardenales, que explicaban la mente, y el alma del Tridentino. Y aunque expreſſaron eſtos al Papa nuevamente la razon de la Compañia, y los inconvenientes de alterar en tan ſubſtancial punto lo que eſtaba tan altamente aprobado: pero mientras tomava reſolucion Pio Quinto, inſtavan à Borja el amor en unos, y en otros el zelo, en que abrazaſſe algun partido, para evitar el clamor del Pueblo, ò el que llamaban eſcandalo, al vèr un Sacerdote expulſo, ſin lo preciſo para la decencia de ſu eſtado. Mas Borja, que trataba prolixamente con Dios eſta materia, eſcuchava eſtos conſejos amoroſos deſde el ſoſsiego de la confianza, donde la razon de los Santos toma orilla en la mayor borraſca. Y aun queriendo Henrique Cardenal, que el Papa dieſſe licencia, para que ſe ordenaſſen en Portugal quarenta de la Compañia, à quienes faltava aquella ſolemne circunſtancia: repreſentando aver fenecido glorioſamente muchos Jeſuìtas animoſos en la aſsiſtencia de los apeſtados, no quiſo Borja poner luego en manos del Pontifice eſta Carta, y eſcriviò otra llena de conſuelo, y de honra à la Provincia Luſitana. De eſta ſuerte fuè dando mucha rienda à la perſecucion el General Borja, como que ſe deſcuydava, para merecer el remedio con la paciencia: y aquellos ojos perſpicaces eſtaban mirando venir al Cielo en ſocorro ſuyo, quando penſaban los emulos, y aun los amigos, que, ò deſmayava, ò ſe dormia el Piloto.

§. III.

HAllòſe un dia vivamente inſpirado à ſalir arrebatadamente, y echarſe à los pies del Santo Pontifice Pio Quinto, y tomando el mantèo, ſe entrò por las puertas de Palacio, y executò todo lo que le dictava aquel penſamiento infuſo, esforzando mucho mas; que interrumpiendo ſu eloquencia el mucho llanto, dixole, que pues la Compañia andava empleada en reducir à ſu obediencia la tierra toda, mucho mas lo debia eſtàr ella miſma, abrazando ciegamente qualquiera maxima ſuya, aunque le dieſſe tanto como eſta. Enterneciòſe el noble corazon del Papa, y empezò à meditar algun camino, por donde acallar las vozes de tanto ſabio quexoſo, y de tanto Pueblo, ſin desluſtrar el reſplandor hermoſo de aquel Inſtituto, y aſsi ſe lo ofreciò à Borja, cuyo humilde rendimiento ſupo allanar lo que no pudo, ni la razon, ni la eloquencia. Entre tanto, ſe valiò la cenſura de la fama para eſparcir por la Europa, que el Pontifice Santo miraba con ceño à la Compañia, y el Vulgo ſembrò tantas fabulas, que haſta aora vàn renaciendo ſiempre de ſus cenizas. Y no podemos negar, que eſta terrible perſecucion en Roma traìa ſu origen en la tema de un ſabio, que ſoplaba eſte fuego deſde Eſpaña, ſiendo ſu pluma la garganta, por donde reſpirava la embidia, y el cauce, por donde ſe difundiò à toda la Europa: eſpecialmente, que hallava aora favorables, y bien conocidos los conductos, para introducir el rezelo, la ſoſpecha, y la duda contra el nuevo Inſtituto en el corazon de el Papa. Recibiò muchos pliegos Borja, con el peſame de la triſte ruina de la nueva fabrica, y le conſolavan, exortandole à mirar con roſtro ſereno deſtroncado el cuerpo, de que era Cabeza. Paſsò eſtos pliegos el General Santo à manos de el Cardenal Arzobiſpo de Burgos Don Franciſco Pacheco, que ſin detenerſe fuè à hablar à Pio V. porque eſcuchaſſe los rumores de la fama, y las reſpiraciones de la calumnia, que daban aliento à la heregia contra los Soldados de la Igleſia.

Apenas oyò el Papa el eco de eſta voz eſcandaloſa, quando exclamò lleno à un tiempo de horror, y de inocencia: *Abſit à nobis peccatum hoc grande*; libreme Dios de tan grande culpa, qual fuera perſeguir, quanto mas arruinar tan iluſtre fabrica. Noſotros vèmos, que el Señor ſe complace en eſtos ſus Fieles Siervos, y Soldados animoſos, que ſe ſirve de eſtas tropas para milagroſas converſiones, y hazañas: que con ſu Divino Inſtituto, y con el exemplo de ſu vida hazen immenſo fruto en la Igleſia; pues ſiendo tales ſus progreſſos, y ſus paſſos àzia la Gloria, no fuera enorme delito tirar de la rienda à la Compañia, y deteniendo ſu carrera, enſangrentar ſu boca? Antes ſomos obligados à favorecerla, y esforzarla con nuevas gracias à la proſe-

cu-

cucion de tan altas, y tan dificiles empreſſas: y luego bolviò à exclamar ſegunda vez: *Abſit à nobis peccatum hoc grande.* Mandò luego, que ſe ſuſpendieſſe la publicacion de aquel Diploma, ſobre que no ſe ordenaſſen, ſino los ſolemnemente Profeſſos de la Compañia. Expidiò el año de ſeſenta y ocho aquella Bula, no que ſolo enſalza el Inſtituto, que fundò Ignacio, y la admirable proporcion deſte edificio, ſino que confirma ſus Conſtituciones, y ſingulares leyes, y la baña en tanta honra, que no pudo mantener firme el ſemblante Borja à tan grande, tan univerſal, y tan repetida alabanza: llamala Religion eſpecialmente querida ſuya, y ſingularmente amada de la Silla Apoſtolica. No contiene menos elogio otra Bula, que expidiò el año de ſeſenta y uno, ni las otras, que poco antes ſe han referido. Poco deſpues Gregorio Dezimotercio, digno ſuceſſor de Pio, remitiò aquellos tres puntos al examen de S. Carlos Borromeo, del Cardenal Aldobrandino, Gabrièl Paleoto, y Paulo Aretino: reſolviendo todos quatro à los fines de Noviembre de ſetenta y dos, que la Compañia debia ſer mantenida en la pureza de ſu Inſtituto, el qual avia ſalido ardiendo de la mente de Ignacio, y aprobados ſucceſſivamente por tres Cabezas de la Igleſia, y por el Sacro Concilio de Trento. Que en los tres puntos controvertidos ſe debia poner perpetuo ſilencio à la embidia, ſi quiera por no dàr eſſe guſto à los enemigos de la Igleſia, que armaban todas ſus maquinas contra la Compañia (bien irrefragable argumento de la guerra, con que los fatigava.) Aſsi lo executò Gregorio Dezimotercio, confirmando con expreſsion aquellas ſingularidades de eſte Inſtituto en nueve immortales, y eloquentes Bulas, que la primera fuè el año de ſetenta y tres, y las dos ultimas el año de ochenta y quatro, no pudiendo leerſe ſin rubor nueſtro la penultima, que empieza: *Aſcendente Domino.* Repitiò eſte miſmo favor Gregorio Dezimoquarto en la Bula, que empieza: *Eccleſiæ Catholicæ*; Clemente Octavo en la que empieza: *Oneroſa*, y llamando diverſas vezes à la Compañia, brazo derecho de la Igleſia, y de la Silla Apoſtolica. Y Paulo V. à quatro de Septiembre de ſeiſcientos y ſeis, en la Bula, que empieza: *Quantum Religio.* Y aun deſpues Gregorio Dezimoquinto, Urbano Octavo, Inocencio Dezimo, Alexandro Septimo, Clemente Nono, y nuevamente nueſtro Santiſsimo Padre Inocencio Duodecimo, confirmò el Decreto contra los expulſos, fulminando todos eſtos Pontifices amenazas, y rayos contra ſus emulos, ò enemigos, tratando ſu fee de ſoſpechoſa: y contra los que oſſaren, no ſolo alterar el Inſtituto de la Compañia, ſino cenſurarle, ò morderle con la lengua, ò con la pluma.

Y que con todo eſſo ſe halle modernamente pluma dentro de la Igleſia Santa, que preſumida de zeloſa, ſe atreva à oponerſe frente à frente à las deciſiones repetidas de tanta Tiàra, y à las reſpueſtas infames, que diò tantas vezes por el Oraculo Vaticano la Paloma, que anida en aquella Cabeza? Si reſucitaſſen aora un Uvillelmo de Santo Amore, y un Sigerio, batiendo con todas las maquinas de la aſtucia (como executàron en tiempo de S. Luìs Rey de Francia) los Divinos Inſtitutos de Santo Domingo, y del Serafin de la Igleſia, expreſſando, que avian de ſer ſu fatàl ruìna, ſi el zelo de los Catholicos, de los Sabios, y mucho mas el de la Cabeza de la Igleſia no diſponian, que paſſaſſe à ſer eſtrago de una, y otra fabrica, no ſe hallaria obligada la prudencia à caſtigarlos, ſiquiera con el deſprecio, ò con la riſa? O à mirarlos con laſtima, por ſi la mucha ſequedad huvieſſe deſtemplado la cabeza con el calor de la ira, mientras no la bolvieſſe à humedecer el llanto de la penitencia? O mientras Jupiter deſde ſu cima ſagrada fulminaſſe contra ellos ſu colera? Y mientras cortavan plumas de ſus alas el Serafin, y el Angel de las Eſcuelas? Y ſi algun Catholico esforzaſſe el aſſumpto de Santo Amore, y de Sigerio, no diriamos, que eſtaba en ſu entendimiento, ò muy robuſto el engaño, ò muy flaco el juìzio? No ſe atenderia aquel eſpiritu à lo menos como ſoſpechoſo? Sabèmos, que el blanco de todos los Hereges de eſte ſiglo, ha ſido perſuadir al Mundo, que los Jeſuìtas han de ſer la ruìna de el Orbe Chriſtiano, y talar toda la inocencia del Paraìſo: que ſu Inſtituto ſe funda ſobre la malicia, y el engaño; y que ſu doctrina es la ſenda dilatada de la perdicion, y de la deſdicha. Sabèmos al miſmo tiempo, que el contrario aſſumpto debe ſingular cuydado à la Silla de S. Pedro, apoyando con incomparables elogios, y privilegios eſte Inſtituto, enſalzando ſu predicacion, ſu doctrina, ſu fruto, y ſu exemplo; y amenazando à los que le opugnan con el ultimo rayo. Pues para diſcernir el eſpiritu, que rigiò aquella pluma, no ſerà bien eficàz argumento vèr el extremo de eſtos dos, à que ſe arrima, y àzia el qual buela? Promover la empreſſa de los Hereges en eſte punto, impugnando la de los Vicarios de Chriſto, y del Sacro Concilio de Trento,

to, es inſpiracion del zelo, ò de el engaño? Es aſſumpto del Eſpiritu Divino, ò del eſpiritu, que ſabe transformar en luz la mas delgada porcion del humo? Emplear todo el garbo de la pluma contra el cuerpo todo de una Religion tantas vezes aprobada, y ocuparſe en infamarla con apologias, y aun ſatyras, mientras la Cabeza de la Igleſia ſe ocupaba en alabanzas ſuyas, es eſpiritu de el Evangelio, ò de Calvino? Y mas quando no ſe ignora lo que le dixo Chriſto à Santa Thereſa, hablando de qualquiera Familia Religioſa, aunque eſtuvieſſe relaxada: *Que aunque las Religiones eſtaban relaxadas, que no penſaſſe ſe ſervia poco en ellas; que què ſeria del mundo, ſi no fueſſe, &c.*

No es verdad, que dixo Chriſto à ſu regalado Serafin Santa Thereſa, lo mucho, que la Compañia avia de ſervir en los tiempos venideros à la Igleſia Santa? *Pues ſi tu ſupieſſes quanto han de ayudar eſtos à la Igleſia en los tiempos venideros.* De ſuerte, que Chriſto, no yà ſolo por la lengua de ſu Vicario, ſino por sì meſmo, dize, que los Jeſuitas han de ſer en los tiempos venideros Columna de la Igleſia; y aquella pluma eſcrive intrepidamente, que han de ſer ſu total ruina, y que ſe debe temer, que ſu Inſtituto en adelante ſea el eſtrago de la Igleſia. Y no cauſa menos aſſombro el que ſe diga, que qualquiera ſabio, y amante de la ſencillèz Chriſtiana darà luego fatàl ſentencia contra la Compañia: punto en que es dignisſima de ſer eſcuchada ſegunda vez Santa Thereſa, eſcriviendo à la gran de Duqueſa de Alva: *En Pamplona de Navarra ſe ha fundado aora una Caſa de la Compañia de Jeſus, y entrò muy en paz. Deſpues ſe ha levantado tan grande perſecucion contra ellos, que los quieren echar del Lugar. Hanſe amparado del Condeſtable (de Navarra) y ſu Señorìa los ha hablado muy bien, y hecho mucha merced. La que V. Excelencia me ha de hazer, es eſcrivir à ſu Señorìa una carta, agradeciendole lo que ha hecho, y mandandole lo lleve muy adelante, y los favorezca en todo lo que ſe les ofreciere. Como yo sè por mis pecados la afliccion, que es à Religioſos verſe perſeguidos, helos avido laſtima, y creo gana mucho con ſu Mageſtad, quien los favorece, y ayuda: y eſto querria yo, que ganaſſe V. Excelencia, &c.* Y en otra carta à un Provincial de la Compañia, añade la Santa: *Para que Vueſſa Paternidad entienda, que no trato à la Compañia, ſino como quien tiene ſus coſas en el alma, y pondria la vida por ellas, quando entendieſſe no deſervia à N. Señor en hazer lo contrario.* Y fuera aqui intolerable deſcuydo dexar de conſultar tambien aquel Oraculo moderno, gloria de la eſclarecida Religion de San Baſilio, el Divino Martyr San Joſafat, Arzobiſpo de Polocia, cuya Vida eſcriviò con toda la diſcrecion dè la brevedad, y de la elegancia el Iluſtrisſimo Monge, y Obiſpo Chelmenſe Jacobo Suſza, y la traduxo en Caſtellano el Doctisſimo Maeſtro Fray Miguèl Perez, Doct. y Catedratico de Eſcritura en eſta Univerſidad de Salamanca, ornamento de la Cogulla, y luz de la Catedra: *Amaba tiernamente*, dize, *à la Religion de la Compañia, y à los que ſe lo tachaban, reſpondia, que ſolo el Habito le dividia de ella, no el animo: que miraba con eſtimacion, y deſeaba emular la ſolicitud en el bien de las almas, la caridad, y amor de Dios, y la piedad con que reſplandecia; que èl era con ella una miſma coſa, y qualquiera, que fueſſe enemigo de la Compañia, entendieſſe, que lo era ſuyo: y ultimamente, que no tenia eſperanza de la ſalvacion de aquellos, que con diente maligno la royeſſen; antes los tenia por reprobos.* Eſta ſentencia, acerca de la Compañia, es la que dà uno de los eſpiritus mas arrebatados, y mas glorioſos de quantos honraron dentro deſte ſiglo con ſu zelo, con ſu doctrina, y con ſu ſangre la Igleſia; tanto, que para ſu immortal culto, y porque no ſe dilataſſe el exponer à la adoracion de el Orbe Chriſtiano un exemplar de tan ardiente, y ſublime eſpiritu, diſpensò el Papa Urbano en aquel univerſal decreto *de non procedendo*, haſta paſſados cinquenta años, tiempo en que puedan eſtàr frias, no ſolo las cenizas, ſino las memorias del difunto. Què dirèmòs luego de la ſentencia, que pocos años deſpues firmò tan reſueltamente aquella pluma, deſeando gravar en los pechos Catholicos, y en los bronces la opueſta maxima, al miſmo tiempo, que intentaba ſe borraſſe del mundo, y de la memoria todo el caracter, y diſtintivo proprio de la Compañia?

Mas oygamos lo que ſobre las particularidades de eſte Inſtituto define la irrefragable pluma de Gregorio XIII. en la Bula *Aſcendente Domino*: *Aviendo la Divina Providencia, ſegun las neceſſidades de los tiempos, embiado al mundo varios, y ſaludables Inſtitutos de Religiones en la Igleſia, entre sì deſemejantes, dandole à cada una ſus proprias notas, y diſtintivos particulares, ſegun la gracia particular de*

Riber. en la Vida de Santa Thereſa, lib. 4. c. 5.

Carta 9.

Carta 20

Vida de S. Joſafat, cap. 3. fol. 48. que fuè martyrizado en Vipreſco en 12. de Noviembre de el año 1623. y fuè Beatificado à 14. de Diziembre, año 1642.

Gregorio XIII. Bul. *Aſcendente. Cum Divina Providentia pro temporum neceſſitate varia, & ſa-*

ſalvaria ordinũ inſtituta in Eccleſia produxerit nobiſque ſubinde in ea naſcentibus morbis, nova remedia, noviſque emergẽtibus hoſtiũ impugnationibus; nova Regularium ordinum auxilia excitarit, & cuique illorum, iuxta cuiuslibet peculiaris gratiæ vocationẽ peculiares quaſdam notas, propria inſignia, ac oportuna ad finem, quem intẽdit media ſugeſit, & nunc maximè (ut feliciſſimi toto Orbe ſucceſſus teſtãtur) mirificos in agro Dominico fructus prædicto Societatis Jeſu Inſtituto proferat. Paul.III. in Bulla *Re-*

de ſu vocacion, y de ſu fin: y aora todo el mundo es teſtigo experimentando de los admirables efectos, y frutos, que por medio deſte Inſtituto de la Compañia ha obrado Dios, &c. Y añade: *Noſotros mirando por la utilidad de la Igleſia univerſal, que experimentamos ſe ſigue de conſervar inviolado, è inconcuſo el Inſtituto de la dicha Compañia de Jesvs, &c.* Oygamos à Paulo Tercero: *El tenor, y forma de la vida de la Compañia, es conforme à los conſejos Evangelicos, y à los eſtatutos Canonicos de los Santos Padres, &c.* Lo miſmo repite Julio Tercero, hablando eſtos Sumos Pontifices con los que oponian la novedad, y ſingularidades de eſte ſanto Inſtituto. Y determinadamente ſobre el punto batallado de abrir la puerta à tanto expulſo declara Gregorio XIII. *Que eſta diſpoſicion es muy neceſſaria para la conſervaſion de la Compañia; y aſſi ſe eſtableciò deſde ſu principio, y la experiencia ha moſtrado ſer convenientes.* Y luego añade, que eſta impugnacion es hija de la temeridad, y de la ignorancia: *Midiendo*, dize, *todas las coſas por el Inſtituto, forma, y modo de vida de las otras Religiones, è ignorando el Inſtituto, y Conſtituciones particulares de la Compañia.* Y finalmente oygamos otro Oraculo mas vezino à nueſtros tiempos en Alexandro Septimo, cuya voz ſonò à veinte y tres de Diziembre de mil ſeiſcientos y cinquenta y ſeis, ſiete años deſpues que la embidia eſparció veneno, y eſcandalo en una carta: eſcriviendo, pues, Alexandro Septimo à la gran Republica de Venecia, ſobre la reſtitucion de la Compañia, otra bien diſtante carta (diſponiendo eſte contraveneno la Providencia) dize aſſi: *No dudamos, que teneis bien conocidos los trabajos, en que ſe exercitan continuamente los Religioſos de la Compañia de Jesvs, como fieles Obreros de la Viña de Jeſu-Chriſto: y los frutos, que con la bendicion de Dios de ella perciben. Porque ſon tan grandes, y tan fertiles, que ſu buen olor, y fama ſe ha eſtendido por las mas remotas Provincias del Mundo.* Añade luego: *Eſte cuydado, y piadoſo empleo ſuyo ſe acredita con el zelo ardiente, que tienen de dilatar la Religion Catholica, el aſſéo de ſus Templos, la frequente predicacion, y adminiſtracion de Sacramentos, que exercitan; y finalmente con ſu miſmo Inſtituto, cuyo unico blanco es la mayor gloria del nombre de Dios.* Qual de eſtas dos cartas dictò el Eſpiritu Santo?

Aora dexo yo à la reflexion diſcreta de qualquiera ſabio, ſi ſe podrà eſtrañar juſtamente, que los Hijos de la Compañia, ſin piſar el coto al ſufrimiento, ſalgan à la defenſa de ſu Inſtituto? No dize Santo Thomàs en aquel Opuſculo de Oro, en que mudò la pluma en eſpada para defender à ſu Madre, y à ſu Religion divina: *Es neceſſario uſar de eſte medio contra los que eſparcen por el mundo cartas llenas de falſedades, y engaños contra las Religiones, y manchan con ellas los oìdos, y animas de los Lectores, y oyentes.* Y ſi porque ſe hallan defectos, y aun pecados en algunos individuos, impugneſe el Apoſtolado, y arranquenſe de la Igleſia tantos ſagrados venerables troncos, por mas que ſe hallenglorioſamente oprimidos de frutos, y de troféos. Pues porquè ha de ſer culpa en un Hijo de la Compañia, lo miſmo que diò immortal fama à un Santo Thomàs, y à un San Buenaventura? Mas no quiero otro Juez, ni otro teſtigo en eſta cauſa, que el entendimiento de qualquiera Regular, aſsiſtido del zelo, y de la ſabiduria: què hiziera en ſu defenſa, ſi ſe eſcuchaſſe, ó leyeſſe deſpedazada la honra de ſu familia, y atezado con el borron mas infame ſu Inſtituto? No juzgaria aſſumpto digno de ſu profeſsion, y aun de ſu conciencia, que formaſſe algunas reſpiraciones eloquentes ſu pluma en eſta defenſa, aunque fueſſe meneſter buſcar en ſus venas con que humedecer la pluma? Hagaſe cargo el mas emulo de las injurias, y de la cauſa de nueſtro dolor, y diſcurra, ſi ſu prudencia podria tirar mas las riendas al ſufrimiento en èl? Si vemos, que ſolo porque tal vez ſe diſputa algun honor accidental, ò gloria, que no pertenece à la ſubſtancia de una familia, y ſolo puede ſervir de orla, esfuerza tanto ſu grito en ſu defenſa la pluma: ſi ſolo porque ſe deslumbra yà una almena, yà una inſcripcion antigua, ſe ſaca la eſpada en campaña abierta, què ſeria, ſi ſe batielle ferozmente la muralla? Si ſe dixeſſe, que aquella familia avia de ſer tragica ruina de la Igleſia, y que por eſſo era meneſter, que paſſaſſe à ceniza? Que ſu fé era ſoſpechoſa, y que añadian à la idolatria nueva ceguedad con otra venda? Què ſus maximas relaxaban las coſtumbres Catolicas? Què en ſus Eſcuelas ſe envenenaban las aguas publicas? Què la juventud en ella ſolo aprendia una vida afeminada, y delicioſa, y aun... pero es bien ſuſpender aqui la pluma, ſi quiera por no obligar à que mude color el ſemblante de quien leyere eſta hiſtoria.

Regimini Gregor. XIV. in Bul. *Aſcendente. Quod ad conſervationẽ ſocietatis maximè neceſſariũ eſt; idque ab illius exordio proviſum & poſt experimento cõprobatum eſt::: temeraria quorundã audacia, qui omnia ex aliorũ Regularium ordinum cõmunibus rationibus, formis, ac ſtatutis meditantes, Societatis Inſtitutũ, ac peculiares Cõſtitutiones penitus ignorantes, convellere nituntur.*

Ep.Alex. VII. extat apud Mendo, part.472. *Labores, quibus, uti fideles Operarii in Chriſti VineaSocietatis Je-*

Ii Mas

Jeſu Religioſi viri aſſiduè exercētur fructuſque, quos Domino benedicēte, ex illa percipiunt, nobilitatibus veſtris probè cognitos, ac perſpectos eſſe non dubitamus: adeò enim uberes, atque amplexi sūt, ut bonus eorū odor longè, lateque diffuderit::: teſtatur hoc pium illorum ſtudium, Religionis propagandæ ardor, tēplorum cultus, frequens Sacramētorum, ac Verbi Dei adminiſtratio, ipſum denique eorum Inſtitutum, quod unā divini nominis gloriā perſpectam habet, &c.

D. Thom in præfa. Opu.

Mas ſerà juſto copiar ſiquiera algun rayo de luz de aquella inſufrible avenida de reſplandor, que inundó la mente de Ignacio al idear, y diſponer eſte prodigioſo Inſtituto, ſiendo eſta caſi regular Providencia de el Artifice Divino con el que eligiò por alma, y por inſtrumento de un iluſtre eſpiritual edificio. Que por eſſo Gregorio Dezimotercio, en la Bula: *Quanto fructuoſius*, afirma, que Ignacio trazò toda la ſingular arquitectura de eſte alcazar ſagrado con eſpecial inſtinto, y agitacion de el Eſpiritu Santo. Pues eſcuchemos aora lo que canta eſte Ciſne divino, eſtando yà caſi moribundo, eſtendidas las alas, eclipſado el roſtro, immobil el cuerpo: fixò entonces la viſta mas allà, y mas allà penetrando haſta el corazon de el tiempo futuro, y en voz tan impenſada, como armonioſa, dixo: *Los primeros, por la bondad de Dios, fueron buenos: ſucederàn à eſtos otros mejores; y deſpues de los ſegundos, vendràn otros terceros tambien mejores; porque fuera de trabajar glorioſamente, viviràn con obſervancia domeſtica, que ſerà entonces muy perfecta, y guardaràn exactamente las Reglas.* Con que al grande Ignacio, Fundador; alma, y cabeza de eſte Inſtituto, le revela Dios, que ha de ir creciendo en perfeccion, en hermoſura, y gloria ſu immortal milagroſo edificio? Pues ſegun eſſo, quien pudo ſer el que inſpiraſſe en aquella pluma tan infeliz repetida clauſula, de que eſta fabrica avia de paſſar en breve tiempo à ſer ruinà laſtimoſa, embolviendo en ſu eſtrago à la univerſal Igleſia? No añade poca luz á eſta profecia la gloria, que por tres ſiglos venideros, y aùn por todos deſcubriò el Cielo al grande S. Franciſco de Borja para el dilatado cuerpo, de que era cabeza: ſiendo aquel eſpiritu el mas iluminado con las ſombras de una humildad tan ſubidamente profunda, que mereciò que hirieſſen los primeros rayos de el Sol en los capiteles altos de ſu fabrica. La miſma verdad aſſegura el abraſado eſpiritu de Santa Thereſa, quando deſpues de aver dicho en el Capitulo treinta y ocho: *De los de la Orden de eſte Padre, que es la Compañia de Jesvs, de toda la Orden junta he viſto grandes coſas: vilos en el Cielo con Vanderas blancas en las manos algunas vezes; y como digo, otras coſas de admiracion; y aſſi tengo eſta Orden en grande veneracion, porque los he tratado mucho, y veo conforme à ſu vida, con lo que el Señor me ha dado de ellos à entender.* Añade en el Capitulo quarenta: *Eſtando una vez en oracion con mucho recogimiento, ſuavidad, y quietud, pareciame eſtàr rodeada de Angeles, y muy cerca de Dios, comencè à ſuplicar à ſu Mageſtad por la Igleſia. Diòſeme à entender el gran provecho, que avia de hazer una Orden en los tiempos poſtreros, y con la fortaleza, que los de ella han de ſuſtentar la Fè.* Y aunque en algunas impreſsiones ſe quiſo obſcurecer eſte blaſon de la Compañia, hurtando el nombre de ella, ſe hallò obligada à reſtituirle luego la embidia lloroſa, por verſe deſcubierta.

Opuſ. 19. Hoc utimur teſtimonio adverſus eos, qui epiſtolas plenas mēdacio, & fraudulentia in Orbem dirigunt, & aures audientiū polluunt.

Y verdaderamente, que àzia los fines deſte ſiglo, tiempo en que intentò el mayor emulo aſſuſtar à la Igleſia, ſobre que el altivèz de la Compañia avia de ſer ſu tragica ruina, diſpuſo la Providencia, que dieſſe eſta Religion repetidas llamaradas de gloria. No es aſsi, que eſte año paſſado de ſeiſcientos y noventa y dos, en el vaſto Imperio de la China, recabaron los los Jeſuitas, deſpues de ſudor prolixo, de afàn continuado, de un ardentiſsimo zelo, ſiempre entre la perſecucion, y el martillo, aquel ineſtimable decreto de el Emperador, en que concede por todo ſu Imperio la deſeada libertad à la predicacion de Jeſu-Chriſto, à deſpecho de los Tribunales, de los Mandarines, y de ſus mentidos Dioſes? Y que expreſſaron gemidos funeſtos los Demonios por las eſtatuas de ſus idolos? No ha ſido eſte un grande dia para la Igleſia toda? Pues quien le hà conſeguido, no merece mas llamarſe ſu laurèl, que ſu ruina? Y dexando por aora tantas Naciones barbaras, nuevamente bañadas en luz por las bocas de los Jeſuitas, no ſon portentoſos ſuceſſos el deſcubrimiento, y converſion de las Islas Marianas, eſteriles de todo, ſino de victorias, ſiendo muchos los millares de almas, las que poco ha ſe contaban hermoſeadas con el Bautiſmo entre los brazos de los Jeſuitas? Sobre aver deſangrado ſus venas el inclito Martyr, y Caudillo Sanvitores, y otros de la Compañia, que cayendo atraveſſados de la furia, beſavan agradecidos la lanza, que los heria? Y ſi la pluma, unida à la fama, ò al penſamiento, quiſiere dàr rapidamente un buelo àzia el Chaco, hallarà nuevamente iluſtrado por los Jeſuitas aquel terreno, baſtante à dàr habitacion à un mundo, en mas de quinientas leguas de diſtrito, que las tinieblas fatalmente avian penetrado, hecho

Franciſco Garcia Vida de S. Ignacio, li. 4. c. 17.

antes

antes alvergue triſte de la noche cada entendimiento. Y deſde eſte ſitio, donde yà ſe vè el dia claro, diere ſegundo buelo la memoria àzia la nueva Francia, hallarà un rio de ſangre, y otro de luz, que nacieron en las venas, y en las bocas de tantos animoſos Jeſuìtas. Serà por ventura pequeño tymbre de eſta perſeguida tropa, aver tomado recientemente el Eſpiritu Santo la pluma de el divino Señeri, como eloquente ſabio inſtrumento para deſcubrir en el infeliz Miguèl de Molinos al error, al engaño, y la corrupcion de el Chriſtianiſmo? Es pequeño triunfo aver fixado con el primer tiro la mas liſa, y mas animoſa piedra en la frente de aquel monſtruo tanto mas crecido, y mas ſobervio, quanto diſſimulaba mas profundamente la deſmedida proceridad de ſu engaño? Pero baſta yà, no pudiendo negarſe, que es duriſſima ley la que impone la calumnia à la Compañia, que deſpues de ciento y ſeſenta años de gloria, de Religion aprobada por un Concilio general, y tan repetidamente por la cabeza de la Igleſia, oprimida de trofeos cada rama, examinada menudamente, yà de la autoridad ſuma, yà de la razon, yà tambien de la embidia: acreditada con tan larga experiencia, aya de hallarſe obligada à dàr ſatisfacciones, de que eſte cuerpo armado no es aquella fatal maquina de la aſtucia, que ocultaba el fuego, y la ruìna de Troya. Hà, que la hypocreſia, y la mas engañoſa cautela tienen vida mas corta en los decretos de la Providencia!

§. IV.

BOlvamos apreſuradamente al aſſumpto de donde me arrebatò, ò el zelo, ò no sè quien, la pluma de la mano. Deſpues de aver hecho tan amoroſas expreſſiones àzia la Compañia el Venerable Pio Quinto, porque no ſe creyeſſe, que no paſſaba de la lengua eſte grande aprecio, le comunicò à la mano, y bolviò à derretir ſu piedad en beneficios, honores, y privilegios. Expidiò una Bula, en que manda, que la Compañia pueda tener abiertas ſus Aulas à las ciencias à todas horas, aunque eſtuvieſſe en las miſmas Ciudades florida la enſeñanza en las Univerſidades, y Eſcuelas publicas. Que los que oyeſſen à los Jeſuìtas en dichas Aulas, debian ſer admitidos à los honores, y à los grados de Maeſtros, como ſi huvieſſen curſado los Patios, concediendo en eſta Bula honores de Univerſidad à cada Colegio de la Compañia: favor, que tuvo origen en las reboluciones contra el Colegio, y eſtudios de Valencia, pues ſiempre ha nacido de una perſecucion un Laurel à la Compañia. Vino à Roma el docto Padre Poſſevino, Rector de el Colegio de Aviñon, donde hizo ſolemne profeſsion en mano de Borja: y hallandoſe por aquel tiempo la Ciudad con una reprehenſion de el Papa por algunos exceſſos, que llegaron à ſu noticia, ſe perſuadiò cada Ciudadano à que avia ſido influxo ſecreto de el Padre Poſſevino. Añadiòſe à eſta ſoſpecha la de que ſolicitaba introducir el Santo Tribunal en Aviñon: y la de aver pueſto en manos de ſu Santidad zeloſamente un papel, en que ſe ſeñalaban algunos Hereges ocultos, que manchaban ſu pureza à la Fè por aquellos contornos. Rebolviò el Magiſtrado, la Nobleza, y la Plebe ſu ira contra el Colegio: era tan obſcura la tormenta, que ni la razon alumbrava, ni el Cielo ſe diſtinguia. Con el primer aviſo, que tuvo, eſcriviò Pio Quinto una carta al Ayuntamiento en abono de la inocencia de Poſſevino, otra al Arzobiſpo, otra al Nuncio, y otra à Georgio, Cardenal Armeniaco, en que dize tantos elogios de la Compañia, que agota los colores à la eloquencia: con que la tempeſtad, que amenazaba naufragio, parò en Santelmo. No expreſſa menos eſte alto concepto de la Compañia en otra carta al Arzobiſpo de Colonia, que pareciò traſladarla à eſte lienzo, para credito de todo lo que el pincèl huviere dibujado en eſte punto. Año de 1568.

A NUESTRO AMADO HIJO Salentino, de los Condes de Iſemburg, electo Arzobiſpo de Colonia.

PIO PAPA QUINTO.

AMado Hijo, ſalud, &c. Tenemos tanta ſatisfaccion del cuydado, y diligencia con que la Compañia de Jesvs ſe emplea en el aprovechamiento, y ſalud de las almas (y vòs tambien creemos, que lo ſabeis) que nos parece, que el Señor, con ſu inefable Providencia, la ha embiadò, è inſtituìdo en eſtos miſerables, y calamitoſos tiempos de la Igleſia. Porque aſſi como los Hereges, à guiſa de Vulpejas, procuran arruynar, y deſtruir la Viña de el Señor, aſſi eſtos

ſus fieles Obreros , y diligentes Miniſtros con ſu continuo trabajo , ſe esfuerzan à defenderla , cultivarla , y dilatarla : arrancando las eſpinas de las heregias , y la cizaña de los vicios , y las malezas , que en ella ſe crian ; y plantando , è ingiriendo todo lo que es fructuoſo , y puede aProvechar. De manera , que por averſe viſto los grandes , y varios provechos , que la Santa Igleſia ha recibido de eſta Compañia , por la piedad , caridad , y pureza de coſtumbres , y ſanta vida de los que en ella viven , dentro de pocos años ha crecido tanto eſta Religion , que apenas ay Provincia alguna de Chriſtianos , donde no tenga algunos Colegios yà fundados. Y pluguieſſe à Nueſtro Señor , que tuvieſſe muchos mas : eſpecialmente en las Ciudades , que eſtàn tocadas , ò inficionadas de heregias. Por eſtas razones debemos abrazar , y amparar con paternal cura toda eſta Compañia : como lo hazemos , y avemos querido encomendaros afectuoſamente el Colegio , que tiene en la Ciudad de Colonia. Porque en gran manera os aveis de alegrar de tener Colegio de la Compañia en eſſa Ciudad : en el qual hallareis muchas ayudas para exercitar loablemente el oficio de Paſtor , y la carga , que aveis tomado ſobre vueſtros ombros con grande eſperanza , y expectacion nueſtra. De manera , que ſino tuvieſſedes à mano tales Miniſtos , los avriades de buſcar con grande cuydado , como lo han hecho otros muchos Prelados. Por tanto , os e xortamos , y encargamos , que abrazeis con vueſtra benignidad al dicho Colegio : y le ampareis , y defendais de qualquiera contradiccion , y moleſtia , para que pueda pacificamente emplearſe para bien , y provecho de las animas , y utilidad de la Republica en todos ſus miniſterios : y particularmente en enſeñar , y doctrinar la juventud , conforme al loable Inſtituto de ſu Religion. Y finalmente , que tengais al dicho Colegio por muy encomendado , procureis que tenga lo que ha meneſter para ſu ſuſtento : en lo qual hareis lo que la dicha Compañia merece , y lo que debeis à nueſtra Perſona , y à la reverencia de eſta Santa Silla. Dada en Roma en nueſtro Palacio de San Pedro à 21. de Mayo de 1568. en el tercer año de nueſtro Pontificado. Antonio Florivelo , Obiſpo Avelino. En eſte papel trasladò Pio Quinto ſu alma , y el concepto , que tuvo formado de la Compañia : pudiendo eſta carta ſola ſervir de mordaza à la mas libre pluma , pues lo fuè entonces à la lengua de la malicia.

Y ſi no baſtaſſe tanto eficàz argumento para acallar el rumor vano , que avia eſparcido el odio , ſobrava el avernos dado el Colegio de la Penitencia de San Pedro. Conſtaba entonces eſta maquina de doze Columnas , ſiendo un Cardenal la mas noble , y la primera , y las otras onze bien precioſas , bien firmes , y muy ſabias. Pero ſucedia , que eligiendo à un hombre docto para eſte exercicio , y no pudiendo muchas vezes aſsiſtir por sì meſmo, nombrava Vicario , ò ſubſtituto , tal vez poco ſabio , y algunas poco digno. Ocupaban muchos individuos iluſtres de varias Religiones aquellas Prevendas , ò Sillas , mezclados entre otros Sacerdotes de eſplendor , y prendas ; y haziendo aora reflexion Pio Quinto ſobre el eſtado de eſte Colegio , le pareciò , que no ſolo habitaba en èl la confuſion , por la multitud de lenguas , ſino tambien por la muchedumbre de profeſsiones diſtintas. Trazò , pues , altamente reducirſe à un cuerpo uniforme , porque animado de un miſmo eſpiritu , fueſſen mas unidas , y mas vivaces las operaciones de aquel noble cuerpo. Y hallando oportuna à la Compañia para eſta maxima , que avia de ocaſionar tanta novedad en Roma , la participò al Padre Franciſco , por medio de el Cardenal Alciato , que ſubſtituìa el oficio de Penitenciario mayor en nombre de el Santo Cardenal Borromeo. Afligiò eſte honor à Borja mucho mas , que la perſecucion padecida. Conſultò con los Padres Aſsiſtentes eſta materia ; y deſpues de ſeſsion prolixa , ſe reſolviò , que hizieſſe una repreſentacion humilde al Papa , ſobre el dificil aſſumpto de juntar individuos tan ſabios , como los que pedia aquel Theatro , ſin que la practica de eſta empreſſa fueſſe con grande menoſcabo de otros Colegios , y Provincias de la Europa. Que eſte honor concitaba de nuevo la emulacion contra la Compañia , y aquel diente inſaciable de la calumnia la morderia rabioſamente , haſta deſpedazarla : y mas viendo Religiones tan ſabias , y tan numeroſas en la Igleſia , que llenaſſen el zelo de ſu Santidad , y la expectacion de Roma. Que ſe hazia injuria à los que fueſſen deſpojados de aquella ocupacion honroſa , no ſiendo poco ſenſible , que huvieſſe de ſer el inſtrumento la Compañia.

Leyò el Pontifice eſtas razones mas vivas , que eficaces: bolviò à leerlas , y paſ-

paſsò à meditarlas; y llamando reſueltamente à Borja, le mandò, que obedecieſſe ſin replica, humillò el Santo ſu razon con la cerviz, y entreſacó los hombres mas ſabios de la Compañia, año de mil quinientos y ſetenta, Theologos, y Canoniſtas, verſados en variedad de lenguas. Y recabò de ſu Beatitud, que huvieſſen de eſtàr ſubordinados en todo al General, que pudieſſe elegirlos, y removerlos à ſu arbitrio, como à qualquiera otro Subdito, quando los nombraba antes el Papa, y era ocupacion perpetua. Añadiò à eſte nuevo favor el Santo Pio Quinto, ſeñalando renta ſuficiente para los Penitencieros, y los Hermanos, que avian de componer un Colegio numeroſo: eſtableciendo tambien, que oyeſſen quatro Hermanos la Theologia Moral en aquella Oficina, donde ocurren los caſos mas arduos de una conciencia. Nombrò el General Borja al Padre Toledo, para que deſde el Vaticano governaſſe el nuevo Colegio, y al Padre Gaſpar Loartes por Subſtituto, ò Vice-Prefecto. Y aunque luego que eſpirò el Pontifice Pio Quinto intentò la Compañia eximirſe de eſte cuydado, no quiſo admitir ſus ruegos Gregorio Dezimotercio, porque ſe vieron tales efectos de la gracia, que enmudecieron à la embidia, rompieron en elogios la fama, y alegrando à las cenizas de Pio Quinto, añadieron troféos à ſu precioſa Urna.

CAPITULO IX.

PASSA BORJA ENFERMO à Loreto, y buelve milagroſamente convalecido. Conſigue licencia para copiar aquella Imagen Divina, que el pincèl de San Lucas hizo venir en una tabla. Suſpira por dexar el Generalato de la Compañia. Haze la primera translacion de las cenizas de San Ignacio al ſòn de la Muſica de el Cielo.

§. I.

DEſde el inſtante en que Borja fuè conſtituìdo Cabeza de la Compañia, haſta en el que reclinò la ſuya, nunca ſupieron ſus ojos lo que era vivir enjutos, ò ſerenos: lloraba triſtemente debaxo de el yugo, haziendo la coſtumbre, que la reſpiracion fueſſe ſuſpiro: mas aquella parda nube dexaba en ſu ſeno el vapor amargo, y terreſtre, derramando ſolo el agua mas dulce. Por mas de un año hizo larga oracion cada dia, y alguna ſeñalada penitencia, para mover al Cielo à que quitaſſe de ſus ombros aquella inſufrible peſada honra: y aunque callando el motivo, pidiò oraciones, y ſacrificios à toda la Compañia. Y con eſta ocaſion eſtableciò Borja deſpues aquella ley, de que cada ſemana digan todos los Sacerdotes una Miſſa, y los Hermanos una Corona por la intencion del General de la Compañia. Hablò un dia à los Aſsiſtentes con mas copia de lagrimas, que de vozes: dixoles, que deſeaba juntar en Congregacion general à la Compañia, para que ſe compadecieſſe de ſu flaqueza, que eſperaba de la piedad de ſus Hijos le dexaſſen libres aquellos ultimos años, que yà no podian ſer muchos, teniendo en ſu edad, en ſus achaques, y en ſus cuydados tres mortales enemigos. Si eſta fabrica de el cuerpo, dezia, ſe và yà deſmoronando ſobre el ſepulcro, como podrà ſervir de columna, à otro tan gigante edificio? Ay, que la eſtatua de oro eſtà mal ſegura ſobre pies de barro! Yo ſoy un anciano tronco roìdo de la carcoma, y del tiempo, à cuyo piè no ſe puede arrimar, ſino el ſuſto, y à cuya ſombra aun el caminante fatigado durmiera inquieto. Yà no puedo, yà me rindo al dolor, y al peſo. Año de 1568.

Alentaron los Padres Aſsiſtentes ſu deſmayo, haſta borrarle del alma aquel penſamiento. Repreſentabanle los embarazos, los viages prolixos, y conſiderables gaſtos de una Congregacion general, quando no avia otro pretexto, ni otro fin, que ò ſu alivio, ò quizà ſu amor proprio. Fuera de que el aſſumpto, de que la Congregacion vinieſſe en aliviarle de aquel peſo, era tan dificil, y tan ardua empreſſa, que no podia ſer objeto de una prudente eſperanza. Que San Ignacio, y Laynez avian manifeſtado el miſmo deſeo; pero que retraìdos de el eſcrupulo en tan conſiderable gaſto, avian cedido luego, ſacrificando ſus ultimos ſuſpiros al impoſsible blanco de ſus deſeos. Que eſte grande edificio no le ſoſtenia el ombro flaco, ſino la prudencia, y el eſpiritu, y que aquella Dioſa acoſtumbrava vivir en caſas de barro las mas derrotadas de el tiempo, y buſcava en las ſelvas los troncos menos robuſtos, y mas ancianos. Y que por ultimo la humildad no podia ſer virtud ſin la diſcrecion. Reconociò Franciſco, que eſtas

razones tenian tanto peſo, como el que ſentia ſobre ſu corazon con el Generalato. Empezò à meditar algun camino menos embarazoſo, recabando el acierto con ayunos, diſciplinas, y ſacrificios, en que le acompañaban los Subditos. Viſitò entre tanto las Caſas de la Compañia de Roma, precediendo mucha oracion, y lagrimas à cada viſita; perſuadido à que al paſſo, que en Roma floreciesse la Compañia, ſe veria florecer en las demàs partes de la tierra. Deſpues de un año, en que conſagrò tantos gemidos à eſte aſſumpto, no le ſocorriò con otro medio la memoria, que el de convocar una junta, à que aſſiſtieſſen dos vocales con el Provincial de cada Provincia. Yà San Ignacio avia dexado eſtablecida eſta importante maxima, para que juntos tres hombres ſabios de cada Provincia cada tres años en Roma, diſcurrieſſen ſobre el eſtado de la Compañia, confirieſſen los medios conducentes à ſu progreſſo, y à la mayor gloria: para reconocer, ſi en algun arco, ò alguna piedra hizieſſe vicio eſta fabrica: y para reſolver ſi convenia, que ſe convocaſſe Congregacion General. Practicò el gran Diego Laynez eſte dictamen de Ignacio, las vezes que lo permitiò el temporal borraſcoſo: deſpues en la Congregacion ſegunda, en que fuè elegido Borja, quiſo que ſe diſcurrieſſe con atencion ſobre eſta materia: y aun deſeaba, que ſe reſolvieſſe Congregacion General cada ſiete años, ò por lo menos cada nueve, porque la Compañia toda hizieſſe frequente reflexion ſobre sì meſma, perficionando con la viſta ſu admirable arquitectura, previniendo reparos à qualquiera ruina: y tambien, porque ſirvieſſe de freno dorado al imperio deſpotico.

Y aviendoſe altercado ſobre eſte punto, ſe reſolviò la Congregacion de Procuradores cada trienio, cuyo principal aſſumpto fueſſe diſcurrir ſobre ſi era neceſſario, ò conveniente, que ſe juntaſſe Congregacion General: camino, por donde ocurria la prudencia al daño, ò peligro de qualquiera extremo. Y por el
Año de 1568. Otoño deſte Año de ſeſenta y ocho fuè la vez primera, que ſe viò practicada con todas las formalidades de ley rigoroſa eſta junta. Y por hallarſe doliente Borja, preſidiò en ella el Padre Everardo Mercuriano, Aſsiſtente de Germania. Pero en vano eſperaba Borja alivio de un remedio tan deſeſperado, que le confirmaba el mal con la miſma razon de quexarſe de èl. Apenas ſe vieron juntos los congregados, quando ſaliò uniforme el dictamen de entre la variedad de tantos entendimientos, ſin tropezar alguno, ni en la duda, ni en la liſonja, que no ignoraban ſe haria à ſu cabeza. Quedò atraveſſado con eſte favor el Santo Borja, viendo yà mas de lleno el ſemblante al impoſsible, que pretendia, y que ſu cuello quedaba eſclavo perpetuo de el yugo, que quiſiera ſacudir del alvedrio. Oyò con rara manſedumbre, y zelo los poſtulados de las Provincias, y de cada Colegio. Atendiò à ſus repreſentaciones con ſingular cuydado: encargò mucho la benignidad à los Prelados con ſus Subditos, y ſalieron de Roma cargados de admiraciones, y de exemplos aquellos votos. Por eſte tiempo, hallandoſe un dia mas convalecido, combidò à comer en el Colegio Romano al Cardenal Cervantes, ſu fiel amigo, y entonces Arzobiſpo de Salerno, al Señor Covarrubias, Principe de la Juriſprudencia Canonica, y deſpues Preſidente de Caſtilla, y à los Inquiſidores, que avian paſſado de Eſpaña à Roma à la dependencia del Arzobiſpo Caranza. Leyeron los Eſtudiantes Jeſuìtas mucha variedad de elogios, y Poemas en diverſos Idiomas, eſparciendo las Muſas las flores mas corteſanas, y mas vivas ſobre las meſas.

§. II.

EN eſta ocaſion eſcriviò el Santo Borja una carta llena de eſpiritu à toda la Compañia: en ella deſcribe à pedazos ſu alma, dibujandola en las virtudes, que deſeava ardieſſen en verdadero Jeſuìta, llegando ſu pluma con el buelo haſta la mas alta cima: haſta los ultimos eſpacios de una valiente idèa: y haſta todo lo que puede conſebir una grande, y muſica fantaſia. Hallòſe herido de una calentura porfiada, y peligroſa, lamiendo con repetidas acceſsiones las venas, mordiò venenoſamente ſu vida al Borja, y à los Subditos, y Medicos ſus eſperanzas. Eſtuvo ocho meſes atado inmobilmente al ſufrimiento, ſin tropezar la voz en un gemido, entregando à mas noble llama todo lo que dexaba de abraſar la calentura. Recreaba frequentemente ſu eſpiritu con las dulces memorias de la Caſa de Loreto, que era ſu comun refugio, embiando ſu miſmo corazon peregrino al ſantuario deſde ſu pecho. Diver-

vertido un dia en eſte penſamiento amoroſo, reconoció, que los ſentidos iban perdiendo el governalle, y el rumbo; y ſin ſaber el modo, ni el ſitio, ſolo pudo advertir, que eſtaba lexos de sì meſmo. En aquel extaſi prodigioſo le fuè revelado, que le aguardava la ſalud en el umbral de Loreto, que emprendieſſe eſte viage ſin ſuſto, aunque pareciesſe ſobre las leyes de la prudencia, y contra las règlas de la medicina. Obedeció prompto, buelto en sì Borja, y empezò à diſponer luego ſu jornada; clamaban los Medicos, los Subditos, y algunos Cardenales amigos; y Borja para ocultar el ſecreto influxo, confirmò eſta peregrinacion con voto; y aſsi reſpondia, que era preciſo cumplir una obligacion tan forzoſa, antes que peregrinaſſe de eſte mundo el alma: que iba mas à pagar un voto, que à buſcar remedio, aunque tambien eſperaba eſte alivio en aquel centro dichoſo, donde hallò ſalud todo el linage humano bien enfermo.

Vieron tan reſuelto el eſpiritu de Borja, que yà reſiſtian cobardemente el amor, y la prudencia. El Cardenal Pacheco le rogò, que fueſſe en una Litèra, yà que reſolvia viage tan importuno: rindiòſe à la razon, à la autoridad, y à la porfidia aquel humilde peregrino; mas reconociendo, que la Litèra, que ſe le avia embiado, era mas viſtoſa de lo que deſeaba el amor à la pobreza, hizo que ſe alquilaſſe otra, y ſin dàr tiempo à nueva porfia, ſe entrò ſobre los brazos de ſus Subditos en ella. Con el movimiento del camino, ſe agitò tambien el mal con nueva furia, ardiendo haſta la litèra, y mucho mas aquella alma, que libre de todos los cuydados, que dexaba en Roma, ſe abanzava à la Divinidad hermoſa como rayo fulminado àzia la altura. Pero quando ſe acercabaa al feliz ſitio, donde caminaba arrebatado, ſacando con alguna dificultad la cabeza para ſaludar el nido de la felicidad humana, que deſde una colina ſe deſcubria; ſintiò que el mal, ò menos groſſero, ò cobarde eſta vez, iba ſaliendo fugitivo de ſus venas con la miſma priſa, con que ſe iba acercando Borja à la Santa Caſa. Eſtaba atonito con la novedad, que ſentia, caminaba fixos los ojos en la Eſtrella, que influìa ſerenidad en ſu vida: y à poco trecho del umbral ſagrado, hallò en sì una nueva juventud, y un vigor deſconocido, reflореciendo la edad à viſta de aquella alta cuna, que mereciò al Autor de la Vida: conociò yà por eſta experiencia, yà por noticia mas ſegura, y mas clara, que avia dexado ſus venas la calentura, no oſſando acercarſe la enfermedad al alvergue de nueſtra ſalud. Saltò de la Litèra, arrojandoſe à beſar el ſuelo de aquel bolante edificio, donde las piedras ſupieron mudarſe en plumas, deſpues que fueron nido de aquel Paraninfo con alas: Allì ſe detuvo el Santo, lleno de dulzura, y de agradecimiento, girando todo el dia, y mucha parte de la noche ſu eſpiritu en un buelo remontado. Recibiò eſcondidos favores de Maria, ofreciò à ſus pies, y à ſu ſombra toda la Religion, de que era Cabeza. Daba gracias por aquella ſalud repentina, y milagroſa, y ofrecia bolver à conſumirla en obſequio de quien ſe la preſtaba. Queria dàr la buelta à Roma, y no hallava camino, ni puerta: arrancabaſe de aquel dulce ſitio, y al ſalir hallava menos el corazon dentro del pecho: bolvia en buſca ſuya, y hallava nueva razon de dexarle bien perdido.

Partiò al fin à Roma, no ſolo convalecido, ſino tan robuſto, que parecia averſe paſſado el alma à otro Templo. Sacò de aquella Caſa Divina, un nuevo deſeo de crecer en las virtudes, y unas anſias de amor tan ardientes, que baſtaban à rendirle todo el esfuerzo, que le avia concedido el milagro: de ſuerte, que aviendo ſido haſta entonces la admiracion de Roma ſu exemplo, pudo hazer novedad aora la agitacion fervoroſa de ſu eſpiritu. Dezia, que aora empezaba, que ſe le avian renovado juveniles fuerzas, para que hizieſſe las penitencias mas crueles por ſus culpas: y que lo experimentaba en ſu cuerpo, le enſeñava la renovacion de ſu eſpiritu. Deſeava deſempeñar ſu reconocimiento en obſequio de Maria, y colgar ſu corazon por voto à ſu memoria. Viſitava con frequencia aquella Sagrada Pintura, en que el pincèl de San Lucas fuè Evangeliſta de las perfecciones de Maria en una tabla, para competir con ſu pluma: dibuxando ſu fantaſia con tanta felicidad el objeto, que contemplaba, que lè trasladó vivo, y parece, que tambien moviò ſu pincèl como ſu pluma el Eſpiritu Santo. Fatigava mucho à Borja el deſeo de vèr copiado eſte Original Divino: aſſumpto, que haſta entonces no avia emprendido corazon alguno; ò porque ſe temia, que avia de turbar los colores el reſpeto, y que no ſe avia de permitir al lienzo: ò porque parecia oſſadia de la idèa atreverſe à imitar el pincèl de un Evangeliſta. Pidiò licencia al Cardenal Borromèo el Santo Borja, ſabiendo, que tocaba à ſu Purpura el honor, y el cuydado

Año de 1569.

do de aquella Igleſia: y aviendola obtenido, hallò reſiſtencia en el immediato, que ſubſtituìa al inſigne Borromèo. No deſmayò la confianza de Borja en eſta reſiſtencia, y echandoſe à los pies del Papa, recabò, que no ſe le dificultaſſe la empreſſa, porque ſe perſuadiò Pio Quinto, à que Borja ſe hallaba altamente inſpirado. Y es aſsi, que eſcondia en el ſeno mas oculto de la confianza no sè que impreſsion ſecreta de Maria, que guardò para tan fiel eſclavo ſuyo eſta gloria, deſpues de tantos ſiglos, que ſe avia negado à la copia, y aun à la idèa, como el roſtro de Alexandro, ſe reſervò para un Apèles ſolo.

Buſcò el General Borja un famoſo pincèl, valentìa de la Italia, y alma de la pintura, el qual ſe hallò algo confuſo, medroſo de quedar ciego por muy oſſado. Mas era tan ſubida de punto la opinion de Borja, que el Pintor ſe rindiò à ſu eloquencia, llevando en el pincèl la deſconfianza, y la diſcrecion, y la confianza en la Divinidad oculta, que veneraba en el Santo Borja. Partieron juntos à Santa Maria la Mayor, quando no avia mas teſtigos, que la luz. Mirò atentamente aquel Pintor dieſtro àzia el ſemblante hermoſo, bebiendole rayo à rayo: sacò el pincèl, y empezò à temblar la mano, haſta que bolviò los ojos àzia el ſemblante de Franciſco, cuya ſerenidad templò la abundancia de reſplandor, con que le cegaba el roſtro Divino, y hallò que eſtaba orando, clavada la viſta en la Imagen glorioſa, con mas viveza, que el Pintor al querer copiarla. Cobrò la ſeguridad en el pecho, y en el brazo, reconociendo luego, que le governaba el pincèl un inſtinto apreſurado, y que otro le dictaba lo que èl eſcrivia. Sacò en breve tiempo tan parecida la copia, que quien ignoraſſe lo que avia ſucedido, podria penſar, que avian robado el Original de ſu Trono. Corriò luego la fama, que acompañada del zelo de Borja, llenò de eſtas Imagenes los dominios todos de la Igleſia, con indecible gloria de Maria, que quiſo honrar con ſingulares prodigios eſtos retratos ſuyos, eſpecialmente aquellos, que eſparciò la mano del Autor de eſta hazaña: y aun le pagò al miſmo Borja eſta fineza, hablandole repetidas vezes aquel traslado, y tomando voz yà la tabla, yà el lienzo. Pio Quinto bañò con ſu llanto la primera copia, admirò la luz ſecreta, y la confianza de Franciſco, y celebrò el primor del retrato, de cuyo pincèl aun el de San Lucas miſmo pudiera quedar zeloſo.

§. III.

POR el Eſtìo deſte miſmo Año ſe retirò à Fraſcati el Borja divino à paſſar algun noviciado de la nueva vida, en que reflorecia ſu cuerpo y ſu eſpiritu. Mas no olvidandoſe de que era Piloto de un Galeon combatido, eſtaba hecho Atalaya deſde aquel ſitio alto, obſervando el Cielo, mirando al Mar, al Puerto, y al Eſcollo, y por todas partes tanto Baxèl enemigo. Deſpachò nuevos Viſitadores à las Provincias, eſcriviò deſde aquel ſitio varias Cartas, iluſtrando la Compañia, y arrojando luz ſobre los Provinciales, y Rectores, con aviſos admirables, y con ſantas leyes. Eſcriviò tambien deſde Fraſcati à los Padres de Portugal, que empleaban intrepidamente ſu zelo con los heridos del contagio, animandolos à ſer victimas del fuego. El miſmo Verano à treinta y uno de Julio, ſegun la Hiſtoria de Sachino (antes de aver paſſado à vacar à la contemplacion en aquel ſitio ameno) hizo la primera translacion de las Reliquias de Ignacio, cenizas de un fuego tan activo, que aun eſtaban calientes à peſar del tiempo, y del horror frio. Porque fabricando la magnificencia del Cardenal Farneſio, Templo ſumptuoſo à la Caſa Profeſſa, fuè neceſſario abrir los cimientos por el ſitio mas noble de la Igleſia antigua, y remover à otro nincho la Urna, en que alentaba el cadaver de aquel grande Patriarca. Año de 1569.

Hallavaſe el Padre Julio Mancineli en Roma, aquel que fuè alma del eſpiritu de Profecìa, y raſgò el velo mas delicado al ſiglo futuro, ſiendo regalado frequentemente del Cielo. Viſitò la tarde antes de la translacion el Sepulcro de Ignacio, ignorante de que otro dia huvieſſen de ſer trasladadas ſus cenizas, quando oyò cantar los Angeles al ſon de muchas Cytaras: perdiò con la dulzura los ſentidos todos, arrebatados de muy atentos, y ſolo eſcuchava la razon el aſſumpto de aquella armonìa, conſagrada à la memoria de aquel abraſado Patriarca. Repetian los Angeles en diſtintos coros: *Benedictus Deus in ſæcula: exultabunt ſancti in gloria*, y luego el *Gloria Patri*, formando un elogio à Ignacio en cada cuerda. Durò mas de veinte horas eſta ſonora alabanza, haſta que colocaron en nuevo ſitio la Urna, que entonces enmudeciò aquella armonìa, y empezò à cantar eſte prodigio la fama. No ſe duda, que eſcuchò aquel muſico eſtruen-

truendo el Santo Borja, que tenia tambien templada la fantaſia. Mas aun eſcuchò en la razon, y en los afectos otra mas dulce melodia menos ruidoſa, y mas delicada; porque à la preſencia del Cadaver Santo, hizo recuerdo de aquel ſublime eſpiritu: conſiderava, que aquella boca avia ſido organo de la prudencia; y que los dictamenes de ſu pluma ſe fomentaban en las divinas alas de la Paloma: rogaba con ſilencio humilde al eſpiritu, que avia ſido Deydad en aquel cuerpo, que no le permitieſſe declinar, ni un breve paſſo de la alta ſenda, por donde deſeava que caminaſſe ſu Inſtituto. Y de eſte favor, que ſe le avia concedido, daba gracias repetidamente à S. Ignacio: y aun las dexò eſcritas en ſus Efemerides ſagradas. O què conſuelo, dezia, es el que baña mi pecho, y mi roſtro de aver conducido eſte Baxèl, à peſar de los baybènes furioſos del Mar, y del viento, por el miſmo rumbo, que me dexò ſeñalado eſte immortal ſabio Piloto.

Y avrèmos de confeſſar, que eſta fuè una de las raras providencias, con que Chriſto guarda, y fomenta la Compañia de Ignacio: porque Borja, que ſe hallaba cabeza, y dueño abſoluto de eſte noble cuerpo, tenia un corazon todo inclinado à la ſoledad, y al retiro, haſta penetrar ſus mas eſcondidas malezas al deſierto: eſtaba enamorado de aquella vida penitente, que le compite en ſangre al martyrio: tenia intimo trato con el Papa Pio Quinto, añadiendoſe à las prendas de la confianza, y del amor mutuamente abraſado, las de la obediencia, y del reſpeto: viòle no ſolamente inclinado, ſino reſuelto à mudar las principales vaſas del Inſtituto: ocaſion en que el genio proprio hallava en la obediencia el mas hermoſo colorido. Y con todo eſſo aver mantenido inviolada la pureza del Inſtituto, como avia ſalido de la fragua de Ignacio, no puede dexar de atenderſe como prodigio, y milagroſo argumento de lo que Dios ama eſte perſeguido rumbo. Y aſsi dize la Hiſtoria de la Compañia, y lo avia dicho antes el Padre Polanco en ſu manuſcrito, que el mundo todo admirò en eſte ſuceſſo la ſingular providencia, con que Dios atiende à la Compañia: y que el Eſpiritu Santo avia elegido à Borja para alma de la mente de ſu iluſtre Patriarca. Mas yà dexo la admiracion, y el aſſombro, conſiderando, què no pudo tener eſpiritu diferente de Ignacio, el que avia bebido en el miſmo original ſus maximas, ſu luz, y ſu exemplo: y aun le avian traìdo à iluſtrar ſu gremio las oraciones de Ignacio, y no ſe le daba el Cielo para que vinieſſe à borrar los dictamenes de ſu eſpiritu: ni avia de ſervir de caſtigo lo que ſe daba con favor, y como premio.

CAPITULO X.

ADMIRABLE FAVOR CON QUE Dios honra à la Compañia en San Franciſco de Borja, à quien revela la felicidad eterna por eſpacio de tres ſiglos, à todos los que perſeveraren, y murieren dentro de eſta Barca.

§. I.

PAra tocar delicadamente eſta materia, quiſiera yo, que me preſtaſſe la diſcrecion ſu pluma, y Apèles el pincèl, y la fantaſia, debiendo formar antes aquella advertida proteſta, de que no oſſarè dàr mas credito à eſta revelacion glorioſa, que el que dicta una fé humana, à quien alumbra la prudencia, y los teſtimonios mas fidedignos en el hecho de una Hiſtoria. Eſcriviòla entre otros el Venerable Padre Lancicio, el Devoto Padre Euſebio, el Autor del Libro, intitulado, Imagen del primer ſiglo, Don Franciſco de Borja, en la Vida de ſu Santo Biſabuelo, que en Idioma Latino sacò à luz con las Obras del Santo: El Padre Engelgraue, y otros diligentes Eſcritores, que omito. Y primero ſerà bien formar una narracion ſencilla de eſte ſuceſſo, paſſando deſpues à deſcubrir la ſolidèz, y el fondo, poniendo à luz publica toda la firmeza, ſobre que eſta verdad eſtriva, y que ſirve de cimiento à eſta gloria contra el engaño, y la embidia. Hallavaſe una mañana San Franciſco de Borja en oracion ſoſſegada, ſiendo General de la Compañia por los años de mil quinientos y ſeſenta y nueve en la Caſa Profeſſa de Roma: contemplava el Baxèl de que era Piloto, combatido de la ſaña del viento, àzia una parte atendia vezino el eſcollo, àzia otra el enemigo, en lo alto ceño, y baxìos en lo profundo. En eſte conflicto clamaba à Dios deſde lo mas intimo del ſeno de ſu eſpiritu contriſtado, y entregava à la Providencia el gouierno, quando ſe hallò enagenado de sì proprio, y conducido à una region de luz, mientras quedava extatico el cuerpo, dormido el Piloto blandamente en la Popa al ſañudo fiero ſón de la tormenta, que ſe le repreſentaba. En eſte rapto prodigioſo, perdido entre la mucha luz el diſcurſo, le

Lancic. t.2. opuſ. 17. lib.2. cap. 1. P. Euſeb. en la Vida de San Franciſc. de Borja, l. 5. c.26. D. Franciſco de Borja en la Vida del Santo, que eſtà al principio de el tomo. El P. Engelgrave, &c. Año de 1569.

fueron revelados los grandes progreſſos, y los triunfos, que avia de lograr en la mar, y en la tierra aquella Nave Capitana, que ſu timòn regia: que avia de arribar victorioſa à la Playa, ſin que pereciesſe Soldado alguno, ni Marinero de toda aquella immenſa tropa, ſi perſeveraſſen animoſamente dentro de ella: que todos avian de ſalvar la vida à peſar de la borraſca, no ſolo mientras tuvieſſe el governalle ſu prudencia, ſino por el eſpacio de trecientos años ſuccesſivos, ſiendo mas feliz de lo que las fabulas ſoñaron de la Nave de Argos, en el mar regalada de los vientos, y en la tierra conducida ſobre reales ombros. Y parecido al famoſo Baxèl, cuya Antena victorioſa deſcanſa ſobre los montes de Armenia con el nombre de arca: *ut ſalvetur univerſum ſemen in ea.*

Eſtaba mudo el Santo con eſte favor divino, no cabiendo tres ſiglos de felicidad en pocos inſtantes de gozo: y para acabar de ſumergir en luz, y en conſuelo aquel eſpiritu, bolviò à iluſtrar con mas copia ſu entendimiento, y à ſonar con mas expresſion en ſu alma aquella voz luminoſa, asſegurandole, que en los trecientos primeros años, deſde la fundacion de la Compañia, no ſe avia condenado, ni ſe avia de condenar alguno de quantos avian vivido, vivian entonces, y vivirian deſpues haſta morir perſeverante en ellas; porque queria benigno el Cielo concederla el privilegio, que avia diſpenſado à la Venerable Religion de S. Benito. No cupo en la eſtrechèz de un corazon humano favor tan immenſo; y asſi recobrandoſe Franciſco, prorrumpiò en algunas demonſtraciones ſenſibles de gozo, con aquel furor diſcreto, que es la mas alta armonìa del juìzio: Eſcuchò eſtos exceſſos ſu humilde compañero el Hermano Melchor Marcos, y acercandoſe à Borja, en cuya voluntad dominaba, deſde que S. Ignacio le diò la llave de ella, empezò à eſtrañar aquellos ademànes de alborozo, y aquel nunca viſto exceſſo, à que reſpondiò ſolo con eſta exclamacion el Santo: *O ſi mi Hermano Marcos ſupiera quanto ama Dios à nueſtra Compañia!* Eſta reſpueſta daba nuevo motivo al Hermano para inſtar en la pregunta: y Borja, ſobre eſcucharle ſiempre con reſpeto, ſe hallaba aora impelido arrebatadamente del Eſpiritu Santo: y no cabiendo yà todo un Occeano en ſu pecho, empezò à reboſar el conſuelo en tres arroyos, uno de eloquencia, y dos de llanto: y le dixo, lo que deſpues afirmò varias vezes con juramento el meſmo Hermano, y lo que ſu pluma dexò eſcrito en un libro pequeño, donde apuntaba con recato los prodigios, que obſervaba en ſu Santo Compañero, General, y Subdito; y las palabras formales, que ſe hallaron eſcritas de ſu mano ſon eſtas: *Eſtando en Oracion el Santo Padre Franciſco de Borja en Roma, y acabando ſu Oracion, oyò el Hermano Marcos, que daba unos gritos en forma de jubilos notables, y unas vozes, como deſconcertadas: y movido de la novedad, y llegando el dicho Hermano al Padre à preguntarle, què vozes eran aquellas? Importunandole una, y mas vezes, dixo: Hermano no me cabe en mi pecho el gozo, y el contento, que ha recibido mi alma. Porque ha de ſaber, que Dios ama mucho à eſta ſu minima Compañia, y le ha hecho merced tan ſeñalada, y favor tan ſingular, que me ha revelado, que ninguno de quantos han vivido, y viven, y viviràn en la Compañia, y murieren en ella, ninguno deſtos ſe condenarà, por eſpacio de trecientos años: merced, que le concediò à la Religion de San Benito.* En la miſma ſubſtancia, y caſi en la miſma forma, refiere eſte ſuceſſo la Provincia Flandrobelgica en la imagen del primer ſiglo de la Compañia, que ſacò à luz año de mil ſeiſcientos y quarenta, pues refiriendo, que el Hermano Marcos hallò al Santo Borja embuelto en lagrimas de alegria, perdiendo ſu compàs la entereza, añade: (lo que trasladò de otro original, que el miſmo Hermano avia eſcrito para conſuelo de alguno, ò que ſe le avia dictado) *Ruegole le deſcubra la cauſa de tan grande conſuelo, y como no ceſſaſſe de apretarle, è inſtarle, finalmente entendiò del Padre Franciſco eſto. Sepa Hermano Marcos* (*eſtas ſon* (dize el Autor de aquel libro) *ſus palabras con fidelidad trasladadas*) *que Dios ama grandemente à la Compañia, y que la ha concedido la merced, que antiguamente al Orden de San Benito, que en los primeros trecientos años ninguno ſe condene, que perſeverare en ella haſta la muerte.* Mas, ò Dios, y que voz tan apacible, y tan regalada, eſta que ſonò en las orejas, y en el corazon de Borja! Què dulce terremoto aquel, que agitò à ſu eſpiritu, pudiendo dezir con furor profetico: *Tercentum tonat ore Deus.*

Imago primi ſæculi, c. 8.

Virgilius.

Quizà por eſte motivo diſpuſo la Providencia, que Monſerrate fueſſe cuna del eſpiritu de San Ignacio, iluſtre Monaſterio de el grande Padre San Benito, donde no ſolo dexò pendiente ſu eſpada, ſino un corazon de fuego, y de cera: porque

que avia decretado conceder à ſu eſquadron animoſo el miſmo privilegio, y la meſma gloria, con que avia iluſtrado la noble Familia de Benito. O fortuna de Cõpañia por eſpacio de tres ſiglos, en cuya dichoſa Vandera no pueden perſeverar aliſtados, ſino Soldados venturoſos? Y conſtando, que Dios favoreciò al Santo Borja, revelandole la felicidad eterna de los ocho hijos, que dexava en el Palacio de Gandìa, porquè avian de ſer menos felices los hijos, que le diò la gracia, que los que le avia diſpenſado fecunda la naturaleza? Pues por ſer aquellos tanto mas numeroſos, no dexavan de ſer hijos mas noblemente engendrados. Mas porque ni la ſutileza, ni la malicia, ni aquella eſpecie de incredulidad, que blaſona de prudencia politica, puedan poner dolo, ni torcer àzia el engaño las corrientes mas puras de la verdad en eſte ſuceſſo, ſaldrèmos al paſſo à las reflexiones del mas delgado diſcurſo, y à las ſofiſterias del eſcrupulo mas ligero. Suponiendo, que eſta narracion ſolo podia peligrar en uno de tres eſcollos, ò en que huvieſſe padecido iluſion, ò engaño el eſpiritu de S. Franciſco; ò en que ſu Compañero huvieſſe yà ſoñado: ò yà fingido eſte ſuceſſo: ò en que los conductos, por donde llegò à noſotros, eſtuvieſſen viciados, y fueſſen poco ſeguros.

§. II.

YEmpezando por el Santo Borja, no pienſo, que ſea meneſter teñir en muchos colores la pluma, para que haſta la libertad, que degenera en impìa, ſe perſuada, à que en tan grave materia no avia de permitir Dios, que eſtuvieſſe iluſo, ò que padecieſſe fatal engaño San Franciſco de Borja: aquel Varon iluſtrado del Cielo con admiracion de la Igleſia, y de ſu ſiglo: aquel cuyo entendimiento iluminado dirigiò tantos eſpiritus, y baxèles errantes àzia el puerto, ſiendo entonces faròl, y aora norte ſu rumbo: aquel que ſupo diſcernir la verdad del engaño, ſondando con mucha luz las profundidades al eſpiritu, y deſcubriendo precioſidades en el de Santa Tereſa, al tiẽpo que muchos ſabios ſolo hallavan razon à la duda: y eſto, no deſpues de obſervacion prolixa en muchos años de examen, y de fragua, ſino al primer toque de la piedra, penetrando con el primer relampago de ſu viſta los inmenſos fondos de aquel diamante, que enriqueciò à la Igleſia. Aquel à quien San Ignacio inſtruyò en las maximas mas ſeguras del eſpiritu, y le enſeñò à que fabricaſſe el Templo de la virtud ſobre el mas ſolido metal. Aquel, cuya alma fuè luz de la Europa, tan verſado en la Theologia myſtica, tan favorecido con revelaciones de gloria, y con el dòn de profecia: aquel cuya contemplacion animoſa enſalza la pluma de el Serafin Santa Tereſa, cuyos extaſis, y raptos prodigioſos celebra tanta hiſtoria, y tanta voz de la fama. Aquel cuyo exemplo tiene la Igleſia canonizado por aſſombro: y en fin, aquel Varon tan humilde, y tan rendido, virtudes, que ſon aquellos dos Gigantes armados de azero, que reſiſten la entrada al engaño, eſpecialmente aviendo ſido la humildad el Benjamin de ſu eſpiritu, y el idolo, à que ſe inclinava profundamente ſu cuydado, teniendo una mas que ſingular providencia el Cielo de los humildes en eſte punto. Mas aunque no fueſſe temeridad la fantaſia perſuadirſe à que huvieſſe padecido alguna iluſion Borja, à lo menos no ſe debe poner en duda, que en tan importante materia; donde ſobre padecer eclypſe el reſplandor de aquel eſpiritu, ſe vinculava à la poſteridad el engaño, avia de velar la Providencia deſde la altura, haſta ſacarle eſta mancha de la fantaſia. Pues yà que permitiò un error en el Profeta Nathàn, quando inſinuò al doliente Profeta Rey, que Dios avia determinado aſsiſtirle en la edificacion del Templo, tambien tuvo cuydado de borrarle en la noche ſiguiente eſte engaño de el entendimiento, que iluſtrado con el aviſo, retrocediò de lo que avia afirmado, moſtrandoſe igualmente humilde, que diſcreto. Maxima es eſta bien apoyada en la autoridad de San Gregorio, en la del Angel de las Eſcuelas, y en el dictamen de las plumas ſabias. Y ſi Dios huvieſſe advertido à Borja, que avia ſoñado glorias ſu fantaſia, eſtuviera obligado à deſdezirſe luego, y mas teniendo à todas horas conſigo al Compañero, de quien debia rezelar, que à lo menos, deſpues de muerto Borja, no podria tener callada una comun dicha, que llenava à todos de conſuelo, y de eſperanza. Y à la verdad era tan humilde el Santo Borja, que en el dolor de vèr deſvanecido favor tan glorioſo, tendria el guſto de hallarſe obligado à publicar, que avia eſtado iluſo.

Paſſando yà el ſegundo extremo, que pudiera ſer nido de la malicia, no pudiendo ſerlo del engaño, ni de la iluſion de un dormido, ò mal deſpierto: porque afirmar, que avia eſcuchado vozes repetidas de Franciſco, que ſe avia acercado à pregun-

tar-

2. Reg. 7. 1. Paral. 17.

Gregor. Hom. 1. in Ezeq. *Sed quia ſancti ſũt per Spiritum ſanctum cicius correcti, ab eo que vera ſunt audiunt, & ſemet-ipſos, quia falſa dixerunt, reprehendunt.*

D. Thõ. 2.2.queſt 171.

Curiel l. 2. contr. controv. 1. art. 2. à n. 57.

carle muchas vezes la razon de aquel alborozo? Que le hallò bañado en llanto; y que le avia reſpondido con la revelacion, que ſe ha expreſſado, no es capàz de aver ſido iluſion, ò ſueño, ſino que ò fuè verdad clara, ò fingimiento de la malicia. Y mas aviendo de congratularſe repetidas vezes con el Santo deſte favor generoſo, aviendo paſſado à eſcrivirle ſecretamente en ſu Libro, y aun à referirle en ſecreto à alguno: y no ſiendo materia, en que pueda equivocar el ſentido, ò la rudeza, ò la pluma, pues fuè ſolo una expreſſion perſpicua reducida à poco mas de una clauſula, y por eſſo poco capàz de confundirſe en la memoria. Ocurriendo, pues, à la mas infame ſoſpecha, de que pudiera ſolo aver fingido eſta gloria la malicia, no callarà mi pluma lo que publican las Hiſtorias de la Compañia, y las de el Santo Borja: que el Hermano Melchor Marcos fuè de un eſpiritu verdaderamente devoto, penitente, humilde, y callado: que ſus ojos eran mas eloquentes, que no ſu lengua: y que baſtava à ſer modelo de lo que pide S. Ignacio à un Hermano de la Compañia. Que fuè eſcogido del miſmo San Ignacio con toda la deliberacion de aquel gran juizio, y con toda la luz de aquel aſtro para perpetuo Compañero, y Superior de Franciſco, à quien mandò, que ſugetaſſe el entendimiento à la dichoſa ſencillèz de aquel Hermano. Y Borja eſtaba tan rendido, que ſu obediencia ocaſionava à muchos riſa, y à muchos aſſombro, ſin averſe apartado deſta ſujecion ni un dia, aun quando era Cabeza de la Religion toda, como lo executàra, ſi huvieſſe advertido en èl vida menos religioſa, ò mas tibia. Y ſi alguna ocupacion, ò diſtancia le ſeparaba algun dia del Santo Borja, dexaba ſeñalado à ſu arbitrio un Subſtituto, à quien obedecieſſe rendido, porque era como ſombra del Compañero. Apreciava mucho Borja aquel ſilencio, aquella ternura devota, y aquella aſpereza de vida: y conociendo, que el que andava tan immediato à todas las operaciones de ſu vida, y al reſplandor con que el Cielo repetidamenre le iluſtrava, no podria dexar de percibir algun deſtello de ſu gloria, y algun rayo de tanta luz Divina; le fiaba algunos ſecretos del Cielo, para que eſta miſma confianza le obligaſſe à eſtàr mudo. Profetizòle el Santo Borja todos los ſuceſſos de ſu vida, deſpues que huvieſſe dado ſu Cadaver à la tierra: dixole, que paſſaria à los Reynos del Perù, donde ſu humildad ſerviria de faròl, y confundiria con ſu ſilencio la Idolatria: aſſumpto, que aſſeguraba el Hermano no averſe ofrecido jamàs à ſu fantaſia. Mas ſucediò lo que avia profetizado Borja: y eſta expedicion ardiente de ſu zelo no es pequeño apoyo de la narracion de eſte Hermano, quando no baſtaſſe aver ſido inſeparable, y amado Compañero por caſi diez y ſeis años de tan iluſtre Santo: elogio el mas digno, que hallò para la fama de S. Lucas la boca de Oro aver ſido fiel Compañero de S. Pablo: *Quod præceptori Paulo indivulſus adhæſerit.*

Pues quien andava tan vezino al fuego, avrèmos de preſumir, que tuvieſſe el corazon no ſolo frio, ſino de el todo elado? Puede caber en una razon ſabia, ni aun en todo el negro campo de la ſoſpecha, perſuadirſe, à que un corazon tan devoto huvieſſe fingido eſta gloria, no ſolo con la lengua, ſino con la pluma, para que el engaño fueſſe de ſiglo en ſiglo haziendoſe eterno? Que huvieſſe publicado, y eſcrito tan famoſa mentira, y que hizieſſe à ſu cabeza oficina de tan inſigne embuſte en tan grave materia, quando no podia tener fin particular, ni el amor proprio, ni la vanidad, ni el interès? Si buſcaſſe ſu honor miſmo, no era mas proporcionado medio fingir, que le avia ſido revelado à Borja la felicidad ſola del miſmo Hermano? Eſpecialmente, que aviendo fiado eſte ſecreto, quando aun vivia el Santo, no ſolo eſtaba expueſto à la confuſion ignominioſa de hallarſe deſmentido, ſino à la infamia de verſe arrojado por embuſtero de la compañia de Borja, y aun de la Compañia de Jesvs, quando ſolo por no diſguſtarle en publicar el ſecreto, ſe hizo violencia à callarle, mientras Borja eſtuvo vivo, y ſolo ſe fiò intimamente de algun corazon ſeguro. Refiriòle à muchos luego que le llorò muerto, con otros ſuceſſos, que por no fiarlos ſolo à la inconſtancia de la memoria, los avia encomendado ſencillamente à la pluma. Mas paſſando luego al Perù, no pudieron, los que ſe hallaron diſtantes, reconocer la fuente deſta noticia, para darla à la Hiſtoria: y mucho mas, porque no eſtando Borja canonizado, rehuſava el miedo dàr tan altas Revelaciones à publico theatro, porque ſu examen ſuele hazer embarazoſo el culto. No parece, que en eſta parte pueda quedar reparo, ni à las cabilaciones politicas de un entendimiento, ni à las ſutilezas de un emulo.

Falta yà ſolo el ultimo eſtremo, ſi las corrientes de eſte arroyuelo pudieron

tur-

turbarſe con la confuſion, ò el engaño en la ſuccesſion prolixa del tiempo, paſſando à ſer cieno el criſtal puro. Mas tambien ſe hallarà preciſada la razon à confeſſar, que los conductos por donde llega à noſotros eſta noticia, eſtàn llenos de ſeguridad,y de pureza, ſin añadir ſabor alguno al agua. Son muchos, y llenos de honra los teſtigos que oyeron del Hermano Marcos eſta revelacion hecha al Santo Borja, y la vieron eſcrita de ſu pluma. Entre otros el Padre Vicente Matreſe, cuya vida Apoſtolica diò en la Provincia de Napoles mucho luſtre à la Compañia,y muchas almas à la gloria: obrò algunos prodigios entre ſus manos el Cielo: en una ocaſion arrojò al Demonio de un cuerpo, que muchos años avia poſſeìdo, forzandole à que cantaſſe aquel Verſo: *Depoſuit potentes de ſede, &c.* En otra hallandoſe cercado de una tropa armada, que le buſcava para quitarle la vida, viò en ſu defenſa à San Dionyſio, à Santa Maria Magdalena, y à MARIA SANTISSIMA, cuyos ojos llenos de Mageſtad, y de rayos puſieron en cobarde fuga à los enemigos. Siendo yà anciano paſsò à Barcelona con el Duque de Monteleon, Virrey de Cathaluña, aviendole profetizado el milagroſo Padre Realino que moriria antes de dàr la buelta à Italia. Hallandoſe, pues, el dia diez y ocho de Marzo del año de mil ſeiſcientos y ſiete, en la quiete de el Colegio de Barcelona, alentando à la juventud, que alli eſtava à la perſeverancia en la Compañia, dixo en voz alta, afianzando eſta verdad con juramento, que avia leìdo eſta revelacion en el manuſcrito, que el Hermano Marcos avia dexado de ſu letra, la qual èl conocia: y para aſſegurarſe mas de eſte ſuceſſo, la avia eſcuchado de la boca del miſmo Hermano. Y bolviò ſegunda vez à confirmar ſu dicho con el juramento, para imprimir mas en los oyentes eſte favor prodigioſo, teſtificandole en la miſma forma que queda referido: y que por no alterar, ni aun ligeramente una clauſula le avia encomendado con fidelidad à la pluma, y ſellado en la memoria. Eſta noticia autentica llenò de alegria el Colegio de Barcelona; hallòſe preſente el Padre Miguèl Terza, iluſtre por ſu cuna en el Reyno de Valencia, y mucho mas por el exemplo de ſu vida, fuè Prepoſito de la Caſa Profeſſa de Valencia, Maeſtro de Novicios muchos años en aquella Provincia, y Viſitador de la de Cerdeña. El qual en el Colegio de Alcalà, y en el de Madrid depuſo tambien con juramento aver eſcuchado todo el contexto de eſta noticia al Padre Matreſe aquel dia, y la diò eſcrita, y firmada al Padre Andrès de Cazorla en Madrid à principio de el año de mil ſeiſcientos y veinte y ocho. Lo miſmo depuſo otro gran Teſtigo el Padre Hernando Ponce, cuyas virtudes le conſiguieron abiertamente el renombre de Santo, y ſe dieron ſus cenizas al ſepulcro entre aclamaciones del Pueblo; fuè Viſitador,y Provincial de Andalucia, y de la de Aragon; aviendoſe hallado preſente en la quiete de Barcelona, quando el Padre Matreſe hizo aquella depoſicion jurada. De eſta verdad diò Teſtimonio autentico el referido Provincial Hernando Ponce, hallandoſe preſente el Padre Diego Granados, Maeſtro de Theologia, bien conocido por el reſplandor de ſu vida, y el de ſu pluma; el Padre Andrès Lucas, tambien Maeſtro de Theologia, y el Padre Sebaſtian Mendez, Rector que avia ſido del Colegio de Montilla, que rogò à dicho Padre Provincial le dictaſſe las clauſulas formales, que avia eſcuchado en Barcelona, y paſſado à la immortalidad por la pluma. De que embiò dos copias autenticas al Padre Cazorla, que diſponia dàr eſta revelacion à la eſtampa. La miſma noticia aſſeverada con juramento eſcrive el Padre Granados al inſigne Padre Gaſpar Hurtado, à primero de Febrero de mil ſeiſcientos y veinte y ocho. De eſtas noticias, y Cartas tengo en mi poder, no ſolo copias autenticas, ſino los Originales de algunas: y ſi yo quiſieſſe perſuadirme à que no llegavan bien criſtalinas las corrientes de eſte arroyo, no ſolo avria de hazer violencia al entendimiento, ſino enſangrentar tambien la piedad de el Chriſtianiſmo.

No es menos autentico, ni menos immediato à la fuente de eſte ſuceſſo, el Teſtimonio que dàn los Autores de la Imagen de el primer ſiglo, aſſegurando averle copiado fielmente del Original meſmo, que el Hermano Marcos avia dictado à alguno. Porque como ſe harà creìble à la prudencia, que un Libro ſacado à luz por el deſvelo de una Provincia tan ſabia, y tan Religioſa como la Flandrobelgica, y en nombre de toda ella publicaſſe un ſuceſſo tan portentoſo, ſirviendo de pluma,ò la malicia,ò el engaño? Avian de conſpirar hombres diſcretos à una mentira tantos? O paſſar con ligereza à dàr eſta narracion à la eſtampa, ſin examinar con diligencia, ſi era, ò no fiel original el de

eſta noticia, dèxandoſe cegar de la anſia de dàr à la Compañia una gloria mentida, exponiendoſe al rieſgo de que reconocido el Original, no hallaſſen otra diſculpa à ſu honra, que aver dado credito à una ligereza? El otro teſtigo es el Padre Alvaro Arias, Aſsiſtente de Eſpaña, en carta que eſcrive à treinta de Septiembre, año de mil ſeiſcientos y quarenta y uno, al Padre Andrès de Cazorla, en que aſſegurava aver conocido un Jeſuita digno del mayor credito en Roma, que teſtificava aver oìdo eſta noticia de quien la avia bebido en la fuente mas pura, eſcuchandola de la lengua ſencilla, ò de el que avia ſido Confeſſor de el Santo Borja. Y no acreditava menos eſta noticia el miſmo Borja, eſcapandoſe tal vez algun rayo de eſta luz ſin licencia ſuya: porque como conſta de los Proceſſos, dezia frequentemente en ſus ultimos años: *Para mi ay tres dias alegres, uno el dia en que alguno entra en la Compañia: otro el dia en que alguno es deſpedido* (aunque eſte gozo le ſalpicava mucho el llanto:) *y otro el dia en que alguno muere en la Compañia.* Y no añade poco peſo à eſta materia el dictamen de el Padre General Mucio Viteleſchi, y de los Aſsiſtentes de la Compañia, à quien remitiò el Padre Cazorla el manuſcrito ſobre eſte punto, que deſeava dàr à la eſtampa: y deſpues de aver paſſado por las reflexiones prudentes de aquella lima: deſpues de aver reconocido, y examinado el origen de donde trahe eſta verdad el agua, le diò licencia, y aun le exorta mucho à que le imprima, en carta eſcrita à doze de Enero de mil ſeiſcientos y quarenta y uno: que no es pequeño indicio de la ſolidèz ſobre que ſe funda la Hiſtoria de eſte ſuceſſo. Pues la Compañia procede en materias deſta calidad con pies de plomo, y navega ſu eſpiritu aquel rumbo, que haſta oy (por la benignidad de ſu Capitan, y Maeſtro) ha ſido impenetrable al engaño. Mas embarazò la impreſsion la muerte del Padre Cazorla; y deſpues della, la hizo ſuſpender el deſeo de que no ſe dilataſſe en examen deſta materia la cononizacion de Borja. Pues què verdad digna de toda la fé humana puede traher mas puras las corrientes en una Hiſtoria? Què conductos puede tener la fama, ò la memoria mas firmes, y menos ſoſpechoſos para ir paſſando los ſuceſſos por entre la niebla de los años, y la obſcuridad de los ſiglos à los venideros? Y à la verdad es tan importante eſta materia, que qualquiera atomo de mayor ſeguridad, y que deſcubra alguna mayor luz à la eſperanza, debe ſer ſolicitado con toda la inquietud, con que buſca ſu norte la abuja.

§. III.

Ni ſon capaces nueſtros diſcurſos de ſondar à la providencia ſus fines altos, y ſus ſenos eſcondidos; porque tambien con la mucha luz caminamos ciegos. Mas conſtando averſe concedido ſemejante privilegio à la Nobiliſsima venerable Familia del Grande Patriarca San Benito, ſegun le refiere el ſabio Maeſtro Fr. Antonio de Yepes en ſu Coronica general ſembrada de exemplos, y de aviſos, el Iluſtriſsimo Fr. Prudencio de Sandoval, en el Libro intitulado: Principios de la Orden de San Benito en la diviſion ſexta; refiriendo la Fundacion del Monaſterio de Santa Maria de Morrebota, la Hiſtoria Sublacenſe, y Arnoldo Uvion en aquel breve facundo elogiò de las hazañas de Benito. Conſtando, pues, de eſta verdad antigua, què eſtrañeza puede tener yà la revelacion del Santo Borja, faltando en la novedad todo el motivo de admiracion à la pluma? Conſtando tambien aver merecido un rayo deſta luz anticipada la Familia numeroſa de el Serafin de la Igleſia, ſegun eſcrive Fr. Bartholomè de Piſces, en el Libro primero de ſu Hiſtoria. Conſtando al fin lo que eſcrive Juan Italo en la Vida de San Adon Abad Oluniacenſe, y el Maeſtro Yepes en el tomo referido, que caſi trecientos años deſpues de la Fundacion del Real Monaſterio Floriacenſe, ſe apareciò lleno de claridad, ſirviendo de veſtido un Luzèro, el Grande San Benito à un Monge verdadero Hijo ſuyo (que baſta para ſu mayor elogio,) y entre otras palabras de conſuelo le dixo: *Sabe cierto, que deſpues que ſe fundò eſte Monaſterio haſta aora, todos los Monges que paſſaron de eſta vida eſtàn gozando de el deſcanſo eterno.* Y era eſte Monaſterio tan numeroſo, que aloxava un Exercito bien diſciplinado, y tan valiente, que en tres ſiglos de batallas ſuceſsivas con el enemigo, no flaqueò cobardemente alguno. Semejante prodigio ſe refiere de San Gebeardo en el Monaſterio, que inſtituyò de San Benito, dedicado à San Gregorio el Magno, que otros llaman de San Pedro Uſſenſe, junto à la Ciudad de Conſtancia, y ſe viò tantos años cercado de gloria, y le ſirviò el Cielo de muralla. Conſtando, pues, de exemplar tan venerado, no es meneſter que pier-

Yepes to. 5. centur. 5. c. 3.

Juan Italo lib. 3. cap. 24.

Yepes to. 5. centur. 5. c. 3.

pierda razon el diſcurſo en inquirir los fines de la eterna ſabiduria en eſte ſuceſſo, ni hazer reflexion ſobre el motivo oculto, que ſe le guarda allà la Divinidad en ſu Archivo.

Mas no callarè, que à ningun inſtituto puede ſer mas neceſſario eſte aliento Sagrado, porque teniendo la Compañia muchos años patente al caſtigo, y al eſcarmiento aquella puerta, que en las demàs Religiones cierra la ſolemnidad con llave de oro: teniendo tres Noviciados rigoroſos, en que examina los metales, y los genios: teniendo tantas expediciones à los mas diſtantes climas entre Naciones barbaras: y aviendo de eſtàr cada Hijo ſuyo por el eſpacio de diez y ſiete años, expueſto à los baybènes de ſer arrojado con infeliz libertad al ſiglo; como no ſerà importante, y poderoſo motivo à la perſeverancia la noticia, de que ſe le promete una immortal corona, ſi guarda conſtantemente el ſitio donde le alojò la providencia? Como podrà ſer pernicioſo aquel medio que mueve à perſeverar animoſamente en el campo, adonde la inſpiracion le conduxo, y à que no buelva la eſpalda fugitivo? Podrà ſer cauſa de relaxacion, o deſcuydo lo que baſtò en tantas ocaſiones à levantar à un caìdo, à esforzar à un tremulo, como innumerables vezes ſe ha experimentado? Quien eſtarà tan barbaramente reñido con ſu felicidad propria, que quiera bolver la eſpalda à ſu dicha, deſamparando con fuga ignominioſa los reales de la fortuna, y el eſtandarte de la gloria? Y quien ſentirà impelido el pecho de el Eſpiritu Santo à que abrace tan alto inſtituto, que ſe reſiſta à tan favorable ſoplo, quando ſabe que lo llama àzia el puerto? Què podrà eſperar, ò què no debe temer, quien ſe reſiſte à ſer feliz? Què racional, ò que bruto ſe reſiſtiria à entrar en el arca llamado, viendo que ſe ſorbia haſta los montes el diluvio? Como doblò ſu manchada rebelde cervìz el Tigre, y arraſtrava humildemente ſu melena, antes riza el Leon para entrar en aquel baxèl, à quien ſirviò de vela la felicidad, nave dichoſa dilatada en trecientos codos de longitud, donde ſalvaron la reſpiracion ſin ſuſto quantos ocupavan ſu ſeno, à peſar de tanto bramido furioſo, y de la immenſa colera del agua, que preſumia reducir todos los elementos à uno, llegando haſta inundar la region del fuego.

Ni ſe debe temer, que à los que paſſaron yà deſde el peligro à la ſeguridad con la ſolemne profeſsion, les ſirva eſta noticia de motivo al ocio, ò al deſcuydo; quando aviva tanto el agradecimiento, que las eſpuelas no ſirven à que pàre el cavallo, ni pueden paſſar à ſer freno, ſino ſolo del apetito. Ademàs de que aun en eſtos debe temer la prudencia la ultima ruìna, por faltar à la perſeverancia, que es la condicion propueſta. Por ventura no pueden mover ſus eſcandalos à que ſe hallen deſpedidos, viendo que la correccion los haze obſtinados? Por ventura no puede ocaſionar la enormidad de algun delito à que los degraden del caracter Religioſo, y los condenen al remo? No puede ſalir apoſtata de ſu dicha, arraſtrando una infame cadena de que ſuele hazer dogal la deſeſperacion? Y dexando eſtos acaſos ſiempre ominoſos, pero tal vez practicos, no pueden mudar voluntariamente de clauſtros, y de eſtatutos? Pues, ſi, ò la grande obſtinacion, ò la mucha ligereza ſon dos eſcollos, en que peligra la perſeverancia de los que eſtavan yà en las ſeguridades de la ribera; porque ſe ha de temer que ſirva al deſcuydo la credulidad deſte ſuceſſo? Eſtos precipicios ſeñalò el Angel, que hablò al eſclarecido Patriarca San Benito aquella noche, que hizo tanto eco en el Cielo, y deſpues en la tierra ſu ſilencio armonioſo: *Ninguno* (le dixo) *morirà en tu Orden, que no ſe ſalve; y ſi viviere mal, y no ſe apartàre de ſu mala vida, ò ſe confundirà*, (eſto es, dize Yepes, ſeràn ſus muertes, y tranſitos afrentoſos) *ò le echaràn de la Orden, ò èl ſe irà fugitivo de ella.* Eſto dictò un Angel al grande Benito aquella noche luminoſa, para inſtruir en la poſteridad à ſu privilegiada Familia, y porque ſirvieſſe à la Compañia de reſpueſta à las ingenioſidades de la embidia.

§. IV.

PEro tiene aun eſto grande aſſumpto otro Teſtigo menos ſoſpechoſo por ſer Foraſtero, aquella Matrona, que fuè eſplendor de nueſtro ſiglo, cuyos extaſis, profecias, y milagros fatigan con el numero la memoria, y la admiracion con la grandeza: la qual hallandoſe fatigada, y entre los embates de la duda, ſiera, ò no firme ſenda aquella, por donde ſu eſpiritu ſe encaminava, mereciò vèr delante de sì transformada en Serafin à Santa Thereſa, que la dixo: *Si tienes la ayuda de la Compañia, que tienes mas que buſcar;*

ni deſear? La Venerable Señora Doña Beatriz de Quebedo, en cuyas honras predicò el dia 24. de Septiembre de 1674. Don Juan de Acoſta y Mendoza, Racionero de la Santa Igleſia Cathedral de Cadiz, y ſe diò luego à la eſtampa, deſpues de aver proteſtado en la pagina tercera, que quanto expreſsàre ſu lengua, tiene todo el peſo de la autoridad humana, y todo el examen de la mas alta prudencia, paſſando à referir los ſecretos admirables, que le deſcubriò el Cielo acerca de la Compañia, dize aſsi en la pagina quinze eſta ſabia pluma: *Traìla Dios en eſpiritu à eſta ſu Igleſia* (de la Compañia), *y aſſiſtia en ella à las fieſtas, y Sermones. Certificòla dos vezes que eran ciertas las revelaciones de San Franciſco de Borja, y el V. Hermano Alonſo Rodriguez, de que los que murieren en la Compañia en los tres primeros centenares todos ſe han de ſalvar; y fuè tanto el ſentimiento del demonio por eſto, que aquella noche la atormentò con duros golpes, con formidables repreſentaciones, y palabras moleſtas: quien te mete à ti* (*le dezia el Demonio*) *en lo que no ſabes? Muchos de la Compañia ſe condenan; pero acudiendo à la Santiſſima Virgen, ſe viò libre del enemigo. Omito inumerables particularidades, que le diò Dios à entender en credito de la Compañia, y eſcuſeme no ſer poſſible el referirlo todo.* Eſtas reſpiraciones dictò à ſu Confeſſor aquel eſpiritu abraſado, en cuyo corazon eſtava el nombre de JESUS, eſcrito con letras de oro, y con pluma de fuego.

P. Luìs de la Puente en la Vida de D. Marina de Eſcobar, to. 1. li. 4. c. 14. §. 3.

No es menos fidedigno Teſtimonio el que diò embuelto en mucha luz el Cielo por aquella portentoſa Muger la Señora Doña Marina de Eſcobar, y le refiere en el primer Tomo de ſu Vida la milagroſa pluma, conducto de la prudencia, y rio caudal de la ciencia myſtica, el Venerable Padre Luìs de la Puente, cuya aprobacion ſola baſtava para dàr ciegamente credito à eſta Hiſtoria. Por el Febrero, pues, de el año de mil ſeiſcientos y veinte y uno, ſe hallò un dia arrebatado ſu eſpiritu, y viò en dos reſplandecientes hileras divididas inumerables tropas de Jeſuìtas, que deſde el Cielo deſcendian haſta ſu humilde devoto apoſentillo, governando todo eſte Eſquadron glorioſo deſde lo alto del Empyreo San Ignacio. Durò mucho tiempo eſta viſita, ocupando aquella inſigne Muger ſu atencion en reconocer bien deſde cerca la diviſa de cada Soldado dichoſo de aquella tropa, que era una eſpecial virtud, en que huvieſſe eſmerado la vida. Viò entre ellos algunos, que avian ſido Confeſſores ſuyos, y otros ſus conocidos: y omitiendo aora otras circunſtancias precioſas, porque no conducen al aſſumpto, ſino à la admiracion deſte rapto, dize aſsi en el lugar referido: *Eſtava tambien mi Alma admirada de otra obra grande de la Bondad de nueſtro Señor: y eſta era vèr que en tan poco tiempo, como ha que es la Fundacion de la Compañia, huvieſſe tanta muchedumbre de Religioſos de ella en aquella Celeſtial Jeruſalèn: porque me parecia que no era poſſible que en eſte tiempo huvieſſen paſſado deſta vida mas de los que yo avia viſto alli. Mas la Bondad de nueſtro Señor no queriendo dexarme tampoco en eſte particular ſin alguna luz ſuya, me diò à entender, que no avian paſſado mas deſta vida, de los que alli avia viſto; aunque no me lo dixo claro, ſino como quien no quiſiera acabar de declararſe.* Y añade luego el V. Luìs de la Puente: *Y aunque nueſtro Señor no la dixo claramente, que no avian muerto mas de aquellos, que alli eſtavan; pero diòſelo à entender, y fuè como dezirla, que todos los que haſta entonces avian muerto en la Compañia, avian ido à ſu Celeſtial Reyno: lo qual no es de pequeño conſuelo, y aliento para los que aora vivimos, y eſperamos llegar adonde llegaron nueſtros Hermanos.* De ſuerte, que ochenta y un años deſpues de inſtituìda la Compañia, no ſe avia perdido alguno de quantos avian muerto en ella, todos eſtavan anegados en gloria: No es eſte bien claro argumento de nueſtro feliz aſſumpto? No debiera ſuſpender aqui la pluma ſu buelo, conociendo que ſobra yà otra luz, aun para inundar el penſamiento mas obſtinado? Con todo eſſo quatro años deſpues à primero de Agoſto, un dia deſpues de la fieſta de San Ignacio, dize en la ſegunda parte de la Vida de eſta Muger varonil el Padre Andrès Pinto, que ſe le apareciò aſsiſtido de trecientos Hijos ſuyos (en que ſe repreſentavan veſtidos de reſplandor los trecientos años) aquel Patriarca glorioſo, y le diò la Sagrada Comunion de ſu mano, y concluye eſte favor, diziendo: *En eſta ocaſion le hizo nueſtro Señor otra merced, dandola à entender lo que en otra revelacion, que eſtà en el primer Tomo, le dixo ſu Mageſtad de el beneficio que hazia à los que morian en la Compañia de Jeſus; aunque añadiò en eſta el grande rieſgo à que ponian ſu ſalvacion los que ſalian de ella.* Haſta aqui aquel texto, que debe llenar el corazon de eſperanzas, y de ſuſto. Cap. 33.

No

No alude poco al aſſumpto de eſta Hiſtoria lo que ſe refiere en la Vida de aquella inculpable Virgen Damiana de las Llagas, cuya opinion de Santidad llenò la voz de la fama, y de fragrancias ſu ſepulcro en Marchena. Sacò à luz ſu vida el Padre Juan de Cardenas, que fuè ſu Confeſſor en los ultimos años haſta el de mil ſeiſcientos y ſetenta, en que apagò la muerte aquella lampara hermoſa de la Andalucia. Refiere, pues, el Padre Cardenas, con aquella pluma que diò tanta luz, y tanta alma à la Theologia, en el Libro primero, Capitulo ſexto de eſta Hiſtoria; que eſtava una noche en el retiro de ſu Celda, vacando à la oracion, à tiempo que el Señor le manifeſtò eſta viſion: *Vido un campo muy eſpacioſo, y en èl un numero grandiſſimo de Religioſos, veſtidos de negro, llenos ſus roſtros de grande reſplandor. Diòle el Señor à entender, que aquella era toda la Religion de la Compañia de Jesvs, cuyos Religioſos ella haſta entonzes no avia conocido, ni tratado; porque ſolamente avia viſto de paſſo dos Religioſos de la Compañia, ſiendo niña muy pequeñita. Entre los demàs le moſtrò Dios al Padre Franciſco de Alemàn, que avia de ſer ſu primer Confeſſor, y Maeſtro de eſpiritu, bañado ſu roſtro de un eſpecial reſplandor, que le conciliaba particular atencion à mirarle, aunque ella no ſabia quien era. Moſtròle juntamente en aquella viſion la Igleſia de la Compañia de Jesvs de Marchena, en la miſma forma que eſtà, aunque ella no ſabia que Igleſia era aquella, ni en que lugar eſtava; notò con particularidad, que eſtava el Sagrario abierto, y à la puerta de èl la Cuſtodia grande deſtapada, llena de formas conſagradas, y reboſando, en ſeñal de la abundancia, y frequencia con que en aquella Igleſia ſe avia de repartir eſte Pan Celeſtial. Y entonzes el Señor le dixo eſtas palabras: Yo te llevarè con Santos, y con tu Maeſtro, donde te comulguen à tu guſto.* Y he querido copiar aqui eſte teſtimonio, pues aunque no ſea tan claro, dize con algunas ſombras, lo que explica con mas vivos colores en otras partes eſte dibujo.

Cardenas en la Vida de la V. M. Damiana de las Llagas lib. 1. c. 6.

Es mucho mas expreſſo el de aquel Serafin Capuchino, tan abraſado, que la Italia admirò en ſu boca, y en ſu pecho otro Veſuvio, bronce el mas canoro de el Evangelio que oyò Napoles en el ſiglo paſſado; y al romperſe mudo, hurtò à la fama ſus reſpiraciones para aclamarle Santo. Llamavaſe Fray Laurencio de Mola. Vivia eſte penitente Varon Apoſtolico en la Ciudad de Bari, donde tronava ſu eloquencia deſde el Pulpito, flechando en cada ſentencia un rayo à cada pecho. El año de mil quinientos y ochenta y ſiete, por el Octubre, ò Noviembre, ſe hallò poſtrado con una calentura malicioſa, que iba talando à fuego, y ſangre ſu vida. Regalavaſe con Dios dulcemente aquella alma, por vèr que ſe iban rompiendo los grillos con que eſtava priſionera: ardia entre eſtos afectos aquella victima oloroſa, quando un extaſi le llevò toda el alma, antes que la muerte le robaſſe la vida. Deſpues de algun rato, en que ſe viò cadaver el cuerpo ſobre el duro lecho, bolviò con admirable tranquilidad de eſpiritu; y rogò con mucha expreſſion, y eficacia, que le hizieſſen llamar luego al Padre Vicente Matreſe (el miſmo que avia eſcuchado, y leìdo en ſu original la relacion de Borja: diſponiendolo aſsi la providencia para que divulgaſſe eſte privilegio, con la ſeguridad toda que cabe en la fee humana.) Avia venido quatro años antes el Padre Matreſe à ſer uno de los primeros Fundadores de aquel Colegio; y à ſer clarin el mas facundo, y el mas ſonòro. Y aun añade alguna Hiſtoria manuſcrita, que ſe hallava à la ſazon en la Ciudad de Barleta, donde le fuè à buſcar un expreſſo, de orden de aquel Serafin moribundo. Llegò el Padre Matreſe preſuroſo, y apenas le viò el doliente Capuchino, quando en mucha voz dixo luego: *O Padre, embiè à llamar à V. Paternidad, para dezirle de parte de Dios lo que ſu Mageſtad me manda le diga en eſte trance, en que eſtoy vezino à la muerte: y es, que todos quantos murieren en la Religion de la Compañia de Jesvs gozaràn de la vida eterna. Eſto me ha declarado el Señor, y me ha mandado que publicamente ſe lo diga. O que dichoſo es V. Paternidad, pues le cupo ſer de tal Religion, donde no perece alguno de quantos perſeveran en ella.* Eſtava el Padre Matreſe confuſo con la voz de eſte Oraculo, aunque hallava en eſta voz la correſpondencia, ò la armonia con la de Borja: reſpondiò entre modeſto, y turbado, que por ventura erraba ſu eſpiritu el objeto, atribuyendo à la Compañia aquella gloria profetica, que hablaba con ſu obſervantiſsima Familia, cuyo divino penitente inſtituto pide un cuerpo de diamante, y una alma de luz, ò de fuego: *Yo sè bien lo que digo*, replicò Fray Laurencio, *porque Dios me ha dictado lo que hablè, y me mandò llamaſſe à V. Paternidad para que fueſſe oyente, y teſ-*

 tigo:

tigo: *Y buelvo à dezir, que todos, todos los que perſeveraren en la Compañia de Jesvs haſta la muerte ſon predeſtinados. Eſto es lo que Dios me manda que diga.* Luego que eſte doliente Serafin cantò profeticamente en alta dichoſa voz; enmudeciò las cuerdas à la cytara, y aun las iba quebrando la muerte una à una, y beſando un Crucifixo con toda el alma, entre la confianza, y la ternura deſatò la vida, dexando en Bari eternizada ſu memoria. Y merece advertencia aver ſido eſta revelacion mas univerſal, y en todo abſoluta, ſin las margenes, ò limites, aunque tan dilatados de la de Borja. De eſte ſuceſſo diò autentico teſtimonio el miſmo Padre Matreſe, no ſolo en Bari, à los Padres del Colegio, y en otros de la Italia, ſino el año de mil ſeiſcientos y ſiete, en el Colegio de Barcelona con la ocaſion referida: y ſu depoſicion llegò à mis manos autenticada por aquellos fieles conductos, que dexa mencionados eſta Hiſtoria, lleno ſu cauce de religion, y de pureza, y ſolo cerrados artificioſamente à la mentira.

Ni ſe debe entregar al olvido otra circunſtancia, y otro teſtimonio original de eſte ſuceſſo. Hallavaſe aquel año, y por aquel tiempo en el Colegio de Bari el Padre Antonio Beatillos, joven ſeglar, que frequentava nueſtros Eſtudios, iluſtrando con ſu ingenio, y con ſus coſtumbres la Aula de Retorica, y ſintiendo flechado el corazon con el deſeo de entrar en la Compañia, donde tomò poco deſpues la ropa. Supo que el Padre Matreſe iba llamado de aquel Santo Capuchino, y eſperando à que bolvieſſe al Colegio, le preguntò curioſo, para que le avia llamado? Sabia el Padre Matreſe los deſeos de aliſtarſe en la Compañia, que tenian herida aquella inocente alma: y condeſcendiendo en parte à la curioſidad, y à la pregunta, reſpondiò: *Dixome coſas tan iluſtres de nueſtra Compañia, que ſi ſon verdad, nos pueden llamar verdaderamente felizes, y bienaventurados.* Eſtas formales palabras eſcriviò èl miſmo deſde Napoles en Latin por Noviembre de mil ſeiſcientos y treinta y dos, cuyo original guardaba en Roma el Padre Alvaro Arias, como teſtifica en la carta que dexamos referida, eſcrita deſde Roma, año de mil ſeiſcientos y quarenta y uno, de que tengo fiel traslado: y añade en ella, que aun vivia el Padre Antonio Beatillos en el Colegio de Napoles con admirable exemplo, que deſpues de aver entrado en la Compañia ſe informò de el Padre Matreſe con mas individualidad de eſta Hiſtoria. En la qual no ſe debe omitir la circunſtancia prodigioſa, que no omitiò el miſmo Padre Beatillos en ſu carta. Dize, que ſe acordaba de aver oìdo ſiendo joven, en Bari al miſmo Apoſtol Capuchino Fray Laurencio un Sermon de el Evangelio de el Siervo, que debia diez mil talentos al Principe dueño, predicado con tanto eſpiritu, que imprimiò dentro de ſu memoria immortalmente el eco. Y que eſtando aora en el Colegio de Napoles año de mil ſeiſcientos y treinta y uno, diziendo la Miſſa en que ſe halla eſte Evangelio (aunque por entonces con total olvido de lo que quarenta y tantos años antes avia eſcuchado.) Apenas leyò la primera clauſula de el Evangelio, quando ſe ſintiò enagenado de sì, y de todo en un admirable rapto, en que le pareciò que reſonaba en ſu oreja, y en ſu pecho la voz penetrante de el inſigne Mola, Capuchino: mirabale ceñido de reſplandor, fulminando por la lengua rayos de luz deſde el miſmo pulpito, que en la Ciudad de Bari, quando fuè tierno oyente ſuyo. Paſsò luego el extaſi à repreſentarle nuevo teatro, porque viò, y eſcuchò al meſmo Varon Apoſtolico, rendido à la ultima agonìa en duro humilde lecho, y al Padre Vicente Matreſe à ſu lado, formando entre los dos aquel coloquio, que dexamos referido. Y deshaziendoſe aquella luz extatica en lluvia dichoſa, bolviò en sì el alma, cobrò la atencion, y proſiguiò la Miſſa. Todo eſſo eſcrive con aſſeveracion ſu pluma en aquella myſterioſa carta, un año deſpues de eſta ſuſpenſion divina, en que el Cielo le renovò eſta Hiſtoria, para que preguntado, como lo fuè, el año ſiguiente tuvieſſe freſca la luz, y la noticia ſu pluma.

Dixi mihi de Societate noſtra res adeo præclaras, ut ſi vera ſint, verè fælices ac beati appellari poſſimus.

Extaſim paſſus ſum in qua ſupradictum Capuchinum concionantem decem millibus talẽtis, & cum Patre Matreſio de Societate noſtra colloquentem audire mihi ipſi videbar.

§. V.

SIgueſe aora otro grande apoyo, para el qual debe prevenir la atencion humana todo el reſpeto, porque ha de hablar el eſpiritu iluſtrado de San Felipe Neri, Alcazar del Amor Divino, que dominando victorioſo aquel corazon abraſado, rompiò un valuarte al pecho, no dexando otra guarnicion, ni otros afectos, que el amor ſolo, y paſſando à llenar de fuego haſta el que ſirve de foſo al corazon humano. Tuvo, pues San Felipe Neri una revelacion myſterioſa, de que

todos

todos los que perſeveraſſen haſta la muerte en la Compañia moririan en gracia, logrando aquella perſeverancia final, que es la llave de la gloria. No tiene eſta verdad menos teſtigo, que à Monſeñor Julio Sancedonio, Obiſpo de Groſſeto diſcipulo tiernamente amado, en quien San Felipe Neri vinculò ſu eſpiritu, y ſu fuego. Mas quiero referir literalmente la depoſicion jurada que hizo el Padre Vicente Ficherelli à veinte y cinco de Abril del año de mil ſeiſcientos y cincuenta y ſiete, la qual diò al Padre Juan Nadaſi, y eſte al Padre Juan Marin, año de mil ſeiſcientos y ſetenta y ſeis, en que ſubſtituìa la aſſiſtencia de Eſpaña. Dize, pues, aſsi eſte inſigne Jeſuita, cuyos exemplos baſtan à iluſtrar una Hiſtoria, y à ocupar bien una pluma.

Yo Vincentio Ficherelli Sacerdote indigno de la Compañia de Jeſus, juro en eſte papel, tacto pectore Sacerdotali, que he oìdo quanto referirè ad majorem Dei gloriam.

El año de mil ſeiſcientos y veinte, aviendo yo venido à Roma de mi patria San Ceminiano de la Toſcana para entrar en la Compañia: cerca de los quinze de Noviembre de aquel año, me llevò un tio mio materno, Sacerdote, llamado Luìs Lippi (que muchos años antes avia ſido Diſcipulo en la Theologia del Padre General Mutio Viteleſchi) à viſitar, y hazer reverencia à Monſeñor Julio Sancedonio Senes, Obiſpo de Groſſeto, que renunciando el Obiſpado ſe eſtava en Roma en el Monte de San Onofre en aquella caſa, ſobre la puerta de la qual ſe vè aun aora pintado el Bienaventurado Ambroſio Sancedoni Dominicano, cuya vida èl avia eſcrito; parecia en lo exterior, por las canas, y por la piedad del roſtro uno de aquellos Santos Obiſpos antiguos; pobre de hazienda, y con poca familia, hazia una vida digna de un Diſcipulo de San Felipe Neri, y tenia una ſingular devocion à nueſtra Compañia. Eſtando ſentados juntos los tres, dixo mi tio, que me avia traìdo à Roma para dexarme en el Noviciado de San Andrès, yà que el Señor me llamava à ſu Compañia, y confirmando yo lo miſmo, moſtrando el deſeo que tenia, ſe alegrò conmigo el buen viejo, y me animò grandemente à la empreſſa. Levantè los ojos mientras èl eſtava hablando, à algunos quadros de Santos que ſe veìan en aquella ſalilla, y luego me dixo: Veis hijo à aquel Santo viejo? Conoceisle? Reſpondile que me parecia el Beato Felipe Neri (que deſpues fuè Canonizado el año de mil ſeiſcientos y veinte y dos) aſſi es, añadiò; pues aquel Santo viejo, al qual me glorìo de aver conocido, y tratado mucho tiempo, ſolia dezir de los Religioſos de la Compañia de Jesvs. Los hijos de Ignacio, que perſeveraren en la Compañia de Jesvs, mueren ſantos. Por eſſo hijo, debes dàr continuamente gracias à Dios nueſtro Señor por tan ſanta vocacion, y bienaventurado vos ſi perſeverais en ella. Otras coſas me debiò de dezir aquel Santo Prelado, de las quales yo no me acuerdo preciſamente; ſi bien que deſpues de avernos deſpedido repetì con mi tio las palabras ſobredichas, que me quedaron impreſſas en el corazon, y eſto es lo que con verdad puedo teſtificar coram Deo del ſentimiento que tenia San Felipe Neri de los hijos de la Compañia, en la qual yo entrè à los quinze del miſmo mes de Noviembre de mil ſeiſcientos y veinte. Vincentio Ficherelli de la Compañia de Jesvs. Toda eſta relacion me pareciò digna de la pluma, ſolo por expreſſar bien aquella breve clauſula, donde eſtà eſcondida toda la eloquencia en elogio de la Compañia.

Y haziendo aqui alguna pauſa, timida la mano, y cobarde el penſamiento, confieſſa ſu rubor la pluma en paſſar à referir otra nueva gloria, que añade eſmaltes, y luz à la que dexamos expreſſada. Pero hallamoslo yà en el publico teatro por el Autor de la Imagen del primer ſiglo, y en nueſtro idioma, por el devoto Padre Euſebio: y de ambos la bebieron muchas plumas eruditas, y entre ellas la del Padre Lancicio. Hallavaſe de paſſo en la Ciudad de Cordova la Doctora iluminada Santa Thereſa; donde una mañana aviendo comulgado fuè arrebatada en eſpiritu, y viò ſalir del Purgatorio un eſquadron bien ordenado, y lucido: guiava eſte eſquadron hermoſo una alma veſtida de mas luciente ropa, dexandoſe vèr en cada rayo ſuyo una eſtrella. Eſtava ſuſpenſa en la obſervacion de eſte prodigio, quando viò lleno de mageſtad, y grandeza ſobre el viento à ſu dulce Eſpoſo Chriſto, comboyado de un exercito con muchas alas, y eſquadronado en tropas; y advirtiò, que echava benignamente los brazos al que iba delante capitaneando à tantos luzeros. Hallòſe movida à preguntar à una de las almas, que cerravan tan luciente eſquadron, quien fueſſe aquella à quien el dueño de todas tanto favorecia? *Nueſtro Capitan,* reſpondiò ella, *es un Hermano de la Compañia de Jesvs, al qual eſtamos muy agradecidas, porque à ſu virtud, y oraciones debemos el ſer oy libres de las penas. De la venida de Chriſto no ay que maravillarſe, ni es novedad, porque eſte es privilegio de los*

Imag. primiſæculi, en el cap. citado. Ex relatione P. Chriſuelli, anno *1616.* decimotercio Januarij.

los Religioſos de la Compañia de Jesvs, que, muerto un Jeſuita ſalga al enquentro à recibirle el miſmo Jesvs. Haſta aqui la reſpueſta de aquella alma, ſatisfaciendo à la admiracion, y à la pregunta de Santa Thereſa. Y es aſsi, que acabava en aquel punto de rendir el eſpiritu el Hermano Sacriſtan de aquel Colegio, cuya rara modeſtia, devocion, y exemplo de vida eran la veneracion de Cordova. Avia mas de treinta años que ſervia aquel oficio, hermoſeando con flores, y con virtudes aquel Templo: y ſiendo preciſo tratar frequentemente en la Igleſia con algunas mugeres devotas, que conſagravan à la oracion, y al Sacrificio de la Miſſa mucha parte de la mañana, diſtinguiendo por la voz à mas de quarenta ignorava el roſtro de cada una; ſirviendoſe ſolo en eſtas ocaſiones de los oìdos, y fixando en una loſa, ò ſepulcro de la Igleſia los ojos, que ſuelen peligrar mas vivamente en los objetos, y abren dos puertas bien claras à los engaños.

Eſte miſmo privilegio, ò gloria dexò en parte confirmado la pluma de la miſma Santa: no ſolo quando aſſegura en el capitulo treinta y ocho, que le avian ſido reveladas otras coſas de grande admiracion acerca de la Compañia: no ſolo quando eſcrive que los viò tremolar vanderas blancas en la gloria, como eſquadron à quien Jesvs capitanea; ſino quando eſtando un dia en nueſtra Igleſia de Avila, ſucediò lo que ella miſma refiere en eſta forma: ***Aviaſe muerto aquella noche un Hermano de aquella Caſa de la Compañia**, y eſtando como podia encomendandole à Dios, y oyendo Miſſa de otro Padre de la Compañia por èl, diòme un grande recogimiento, y vile ſubir al Cielo con mucha gloria, y el Señor con èl: por eſpecial favor entendì ir ſu Mageſtad con èl.* Eſto eſcrive Santa Thereſa en ſu vida, y ella ſola baſta para dàr à eſta materia toda la autoridad que neceſsita: porque es tan exceſsivo, y tan glorioſo eſte favor, que para credito ſuyo ha meneſter la pluma, ò la voz de un Serafin.

§. VI.

MAs yà es razon, que buſque la memoria nuevos apoyos de eſta verdad dentro de la miſma Compañia, aunque era baſtante voz la de San Franciſco de Borja, para que la eſcuchaſſe atentamente la fè humana, pero quiſo repetir los gritos por muchos clarines bien ſonoros. Entre los quales merece toda la atencion del oìdo el Venerable Padre, y Eſtatico Varon Diego Monteyro, Portuguès iluſtre, lleno de ſantidad, y de fama, que fuè mas de treinta años Maeſtro de Novicios en aquella Provincia, Prepoſito de la Caſa Profeſſa de Lisboa, y Provincial deſpues, venerado por Oraculo en Portugal: cuya alma fuè archivo de los ſecretos mas reſervados de la Providencia, que al depoſitarlos en ſu ſeno le arrancava de la tierra en extaſi divino, para comunicarle tanto teſoro, ſin que lo percibieſſe el ſuelo. A eſte eſpiritu, pues, acoſtumbrado à vèr recogida toda la gloria en el ſemblante de Maria, revelò Dios lo miſmo que al Santo Borja, ſegun la conſtante fama de aquella Provincia, y ſegun eſcrive el Padre Pedro Baſurto, Napolitano, en carta de veinte y dos de Febrero de mil ſeiſcientos y veinte y ocho, deſde Lisboa à un Jeſuita de Alcalà, hallandoſe de partida al Paraguay, donde con eſta eſperanza llevaba eſcondido en ſu corazon el fuego, y la luz. La miſma revelacion fuè hecha al Padre Miguèl Soler de cuya virtud inſigne fuè ſabio Panegiriſta el Venerable Luis de la Puente en eſtas clauſulas, que baſtan à honrar ſus cenizas: *Tengo por ſin duda, que es el Padre Soler de las perſonas de mas ſantidad, y merecimientos delante de nueſtro Señor, que oy tiene vivas en ſu Santa Igleſia.* Eſtava el Padre Soler una noche en oracion profunda, quando ſintiò el penſamiento bañado de gloria, y tomando voz la miſma luz, que le bañava, le aſſegurò que eran predeſtinados quantos murieſſen en la Compañia. Hallavaſe regalado con eſta viſita, quando entrò en ſu apoſento el Padre Miguèl de Oreña, Provincial que fuè de Caſtilla, y teſtigo que depone eſta Hiſtoria. Tardò en cobrarſe el Padre Soler un rato, por mas que la voz, y el ruìdo del que entrava pudieran deſpertarle del ſueño mas profundo: y ſin poder reprimir, ni hazerſe bien dueño de ſu miſmo alvedrio, le preguntò con anſia, ſi huvieſſe algun tentado de la vocacion en la Provincia: A que reſpondiò el Padre Oreña, que algunos avia: *Pues demelos V. Reverencia perſeverantes en la Compañia, que yo ſe los darè ſalvos.* Verdad que acababa de fiarle el Eſpiritu Santo, y le dexò tan commovido, que ni la humildad, ni la confuſion baſtaron à hazerle mudo, ocupando entrambos el roſtro, para embarazar la ſalida à tan eſcondido ſecreto.

P.Cachupin en la vida del V.P. Luis de la Puente lib. c.

Aun

Aun es mas ſonoro inſtrumento de la providencia el V. Hermano Alonſo Rodriguez, cuya fama deſde la urna que guarda ſu Cadaver en Mallorca, ſe haze eſcuchar por toda la redondèz de la tierra, y ſe eſpera cada dia que tenga voz ſu Eſtatua entronizada ſobre los Altares en la Santa Igleſia. Eſte humilde Hermano, à quien fiava ſus mas intimos ſecretos el amor Divino, eſcuchò por el mes de Octubre de 1599. el mas apacible ſonido del Eſpiritu Santo, que ſupo hazer eloquentes articulaciones del arrullo. Y aunque dexò hiſtoriado eſte ſuceſſo el Padre Joſeph Ramuy, en la Vida que eſcriviò deſte V. Hermano en idioma Latino, y el Padre Franciſco Colin en la que eſcriviò en Caſtellano; mas yo quiero copiarla de el original, que eſcriviò ſu miſma pluma, regida de la obediencia, que le impuſo ſu Superior el Padre Gabriel Alvarez, Rector del Colegio de Mallorca: y la trasladò fielmente el Padre Aguſtin Tamayo, Rector que fuè del Colegio de Alcalà, cuya depoſicion tengo en mi poder, y dize aſsi: *El Padre Gabriel Alvarez, Rector del Colegio de Mallorca, y Superior del Hermano Alonſo Rodriguez traìa conſigo un manuſcrito original de ſus coſas, que el miſmo Hermano eſcriviò por ſu mano, mandando por obediencia, acerca de las mercedes que Dios nueſtro Señor le hazia, y camino por donde le llevava. Eſte papel ſe trasladò fielmente en Cuenca, y tengo yo un tanto, y en èl eſtà la revelacion ſiguiente al piè de la letra. Mas le aconteciò à eſta Perſona, que eſtando los Padres haziendo gracias à Dios (como acoſtumbran deſpues de comer, y cenar todos juntos) le pareciò à eſta Perſona, que en verlos à ellos veìa à unos Angeles, y alli le fuè dicho claramente, que todos aquellos ſe avian de ſalvar, è ir al Cielo. Y mas le fuè dicho claramente, que no tan ſolamente eſtos dichos ſe han de ſalvar, pero con ellos todos los que al preſente eſtàn en la Compañia; es à ſaber, ſi perſeveran en ella. Y eſta Perſona no tenia gana de dezirlo à nadie, ſino fueſſe à alguno, que eſtuvieſſe tentado de ſu vocacion, y à èſte ſe lo dixèra, deſengañandole, y afirmandole lo que avia concebido en ſu corazon de ſeguridad quando ſe lo dixeron, para que ſe ſoſſegaſſe, y ſirvieſſe à Dios con alegria. Aſſegurandole, que Dios nueſtro Señor le hazia eſta merced tan grande de ayudarle copioſamente con ſu gracia para que ſe ſalve. Haſta aqui eſtà eſcrito* (añade el Padre Tamayo) *de letra de el Santo Hermano. Pone luego de ſu letra el Padre Gabriel Alvarez, ſucediò eſto por el mes de Octubre 1599. como el miſmo Hermano eſcrive de ſu mano en otra parte.* Durò eſta viſion Divina por eſpacio de un quarto de hora, dilatandoſe à un miſmo tiempo aquella viſta profetica ſobre toda la tierra, y reconociendo quantos entonces vivian en la Compañia; pero èl miſmo ignorava el modo, admirandoſe de que ſus ojos percibieſſen à un tiempo tantos diſtantes objetos, tantos mundos, y aun tantos Cielos.

Y porque ſe vieſſe con la luz practica de la experiencia el bien, que ocaſionava eſta noticia, y los fines de la providencia en revelarla, añadirè lo que depone el Hermano Ruiz de Orfila, gran Cavallero Mallorquin, y que avia ſido antes hombre de reputacion. Hallavaſe fluctuante en la Compañia, con pretexto eſpecioſo de buſcar mayor aſpereza, y agitado de eſtos penſamientos ſe le acercò el V. Hermano un dia, y le dixo lo que eſcriviò por eſtas palabras èl meſmo: *Mire Hermano lo que haze, porque eſtando un dia en oracion me moſtrò Dios todos los Padres, y Hermanos de la Compañia, que eſtavan eſparcidos por todo el mundo ocupados en ſus miniſterios: y bolviendome à Dios le dixe: Señor, y que premio dareis à eſtos vueſtros ſiervos, y Obreros, que tan fielmente os ſirven? Mira, Hijo Alonſo, me reſpondiò el Señor, todos eſtos que vès, como mueran en la Compañia, eſtàn predeſtinados para el Cielo. Y eſto me fuè moſtrado claramente, y ſe lo digo, para que eſtè firme en ſu vocacion.* Alentado con eſta eſperanza, el Hermano Orſila no quiſo mudar de ſenda, y caminò tan animoſamente por la que avia emprendido en la Compañia, que deſpues de algun tiempo le viò el Venerable Hermano Alonſo bolar triumfante à la Gloria.

En otra ocaſion, ſaliendo del Refectorio, fixò eſte prodigioſo Hermano el corazon en el Cielo, y los ojos en los Padres, y Hermanos todos, y empezò à exhalarſe en deſeos de verſe en la gloria con aquella amada compañia, y le reſpondiò dos vezes el Oraculo, que ſe cumpliria ſu deſeo, y añade de ſu mano èl miſmo: *Y por dos vezes le fuè dicho, que èl ſeria teſtigo de ello.* Aſsi lo eſcrive ſu Confeſſor el Padre Joſeph Ramuy en la Hiſtoria Latina. Y fuè lo miſmo que ſucediò al Venerable Padre Martin Gutierrez, ſiendo Rector del Colegio de Salamanca, como refiere entre otros el Padre Phelipe Alegambe, en el Libro de los Martyres de

la

la Compañia: *Le fuè manifeſtado del Cielo*, dize, *que todos aquellos que entonzes ſe hallaban debaxo de ſu obediencia, eran predeſtinados para la eterna bienaventuranza.* La miſma revelacion, que Borja, ſe dize aver tenido el Venerable P. Vincencio Carrafa, dechado de la perfeccion Religioſa, cuya prudente cabeza governò deſpues la Compañia. Hallavaſe en el Colegio de Napoles, y aviendo de hazer una exortacion à la Comunidad toda, tomò por aſſumpto eſta pregunta: *A Societate in obitu datur tranſitus in infernum?* Y aviendo diſcurrido ſu piedad, y ſu eloquencia con admirable energia, inflamado el ſemblante, y mucho mas el alma, deſpues de aver expreſſado las razones, y dificultades de una parte, y otra, concluyò reſueltamente, y con rara firmeza: *A Societate in obitu non datur tranſitus in infernum.* Aſsi lo depone con juramento el P. Carlos Florillo, que fuè oyente ſuyo, ſiendo Hermano eſtudiante en aquel Colegio. Tambien ſe dize averſe revelado eſte ſecreto al Apoſtol del Paraguay, el Venerable Padre Antonio Ruiz de Montoya, como ſe refiere en la Vida del P. Franciſco de el Caſtillo: y aun ſe añade en ella averſele deſcubierto tambien eſta gloria al meſmo P. Caſtillo, en el Colegio de S. Pablo de Lima. Lo miſmo eſcrive el P. Juan de Ochoa del P. Pablo de Salceda. Y para cerrar con el ſello mas precioſo eſte admirable privilegio, tocarèmos ſegunda vez lo que dexamos referido de San Ignacio, cuya voz divina poco antes que la emmudecieſſe la parca, reſpirò ſin duda eſte miſmo aliento profetico, que deſpues explicò diſtantamente el Eſpiritu Santo, por la garganta de Borja: porque fixando Ignacio los ojos en los ſiglos venideros, exclamò hablando de ſus Hijos: *Los primeros por la bondad de Dios fueron buenos: ſucederàn à eſtos otros mejores: y deſpues de los ſegundos vendràn otros terceros tambien mejores, porque fuera de trabajar glorioſamente, viviràn con obſervancia domeſtica, que ſerà entonzes muy perfecta, y guardaràn exactamente las Reglas.* Y parece que aquellos tres ordenes, ò claſes de tiempos ſeñalan con tres rayos de luz los tres ſiglos dorados, que ſu claro Hijo San Franciſco de Borja viò poco deſpues glorioſos. Sin que eſta reflexion dexe de hazerſe muy natural à la pluma, y al diſcurſo: pudiendo cantar oportunamente con el Poeta Latino, que aquel avia ſido el preſagio dichoſo; y Borja la explicacion de aquel myſterio, ſirviendo una profecia de comento à la otra.

Vida del P. Frãciſco de el Caſtillo, lib. 1. cap. 14.

Vida del P. Frãciſco de el Caſtillo, lib. 1. cap. 14.

Ergo quod Auſeniæ Pater Auguſtiſſimus Urbis Jus tibi ter geminę dederat lætabile pro lis omen erat. Eſtac. l. 4. Sylv. ad JuliũMenecrat.

§. VII.

Concluirè eſta materia con un ſuceſſo bien digno de la pluma, y que corona con mucha luz, y mucha ſeguridad eſta Hiſtoria. Hallavaſe Viſitador, y Provincial en Flandes por eſte tiempo el Padre Everardo Mercuriano, que ſucediò deſpues al Padre Borja en el govierno de la Compañia: y por eſſo ſu depoſicion jurada tiene todo aquel caracter de la honra, con que autoriza la verdad ſu pureza. Vivia en un Colegio de aquella Provincia un Hermano Coadjutor, que ſe moſtraba obediente, y devoto: aſſaltòle un accidente executivo, que en la mejor edad le quitò la vida con ſentimiento de los de caſa. Eſtavan preparando el cadaver para paſſarle al ſecreto, y conducirle al ſepulcro; quando con aſſombro de los que ſe hallavan en el apoſento, ſe incorporò el cadaver yà frio, y diò un grito eſpantoſo, que ſe hizo eſcuchar del ſuſto en todo el Colegio. Las formales palabras que dixo las refiere el Padre General Everardo, que ſe hallava à la ſazon en aquel Colegio, y fueron eſtas: *Vengo del Infierno, vengo del Infierno, que yà me llevaban los enemigos à lo profundo; y en aquel punto apareciò la glorioſa Virgen Maria con grande reſplandor, y mageſtad, y dixo con imperio à los enemigos: dexadle eſtàr, que es de la Compañia de mi Hijo, y ha hecho bien la obediencia, quiero que ſe confieſſe bien, y aſſi luego me dexaron.* Y añadiò, que al miſmo tiempo avia muerto un mal Sacerdote bien conocido en aquella Ciudad por ſu eſcandalo, al qual avian ſumergido laſtimoſamente los Demonios en el profundo abiſmo. Bolviò à confeſſarſe aquel dichoſo reſucitado, ſacando lagrimas ardientes de un corazon difunto, y ſuſpiros à un cadaver elado, y luego muriò ſegunda vez en el ſeno de la felicidad.

Eſcriviò al punto el Padre Everardo Mercuriano un papel à un conocido ſuyo, para averiguar ſi huvieſſe muerto aquel Clerigo; y le reſpondiò, que poco antes avia eſpirado, à la miſma hora que el Hermano avia concurrido con aquel infeliz eſpiritu à las puertas del Infierno. Eſte ſuceſſo portentoſo depuſo como teſtigo de viſta el inſigne General Mercuriano: ſiendo oyentes entre otros el eſclarecido Padre Alexandro Balignano, Viſitador de las Indias Orientales, y del Japon, y el devoto Padre Diego de Guzmàn,

màn, que hallandoſe de paſſo en Mallorca por el Septiembre de mil quinientos y noventa y dos dexò eſcrita, y apoyada con juramento la breve narracion de eſta Hiſtoria, cuyo original guardava el Padre Callorza, entre los demàs papeles de eſta materia. Y à la verdad èl fuè un prodigio, con que quiſo confirmar el Cielo lo que tantas vezes avia publicado, y acreditar en Flandes con eſte ſuceſſo lo que revelaba à Borja en la Cabeza del Mundo. Pues ſi el que eſtava yà precipitado con el mas laſtimoſo, y mas violento impulſo, le detienen en el camino: ſiendo mas facil detener un Monte furioſamente deſpeñado, ò una roca precipitada deſde la cima; que una Alma à quien deſpeña al ſalir de la vida el peſo inſoportable de una culpa; quanto debemos confiar, los que caminamos aora por la ſenda de la eſperanza? Si al que muriò infelizmente le reſucita por no faltar à ſu palabra; que debe eſperar el que vive dichoſamente comprehendido en ella? O Dios, y quantas hojas añade à mi eſperanza eſta luz, que hablò el Cielo à Borja!

No podrà mi pluma dexar de dezir à los que eſperan en eſta revelacion Divina para aquella hora, en que ſe decide eſta comun, y terrible cauſa, ò duda: 1. Ad Corinth. 1. *Expectantibus revelationem, Domini noſtri Jeſu Chriſti, qui & confirmavit vos ſine crimine in die adventus.* Que Dios es fiel en ſus promeſſas, y lo ſerà con los que llamò à la Compañia de Jesvs, ſi perſeveraren animoſamente en ſu vocacion: *Fidelis eſt Deus, per quem vocati eſtis in Societatem Filij ejus Jeſu Chriſti Domini noſtri.* Tampoco ſerà bien, que dexe de hazer un recuerdo agradecida la pluma, ſobre lo que debiò la Compañia à San Franciſco de Borja, ſolo en aver ſido inſtrumento de eſta dicha; mas no fuè puramente inſtrumento, ſino que ſu ardiente oracion, y eſpiritu puſieron el merito, y el influxo. Ignacio ſupo formar un Eſquadron valiente, y militante en la Igleſia; mas Franciſco le paſsò triumphante à la Gloria.

CAPITULO XI.

MUERTE ANIMOSA DE QUArenta iluſtres Hijos de la Compañia, que embiava à dilatar la Fè en el Braſil el Santo Borja, y los viò entrar ceñidos de Laurèl en el Cielo Santa Thereſa. Milagros con que acreditò Dios ſu martyrio. Immortal elogio del Inclyto Martyr, y Caudillo el P. Acebedo, cuyo Cadaver deſangrado guardò en el ſeno del mar profundo una Imagen de MARIA SANTISSIMA, haſta que ſurgiendo tres dias deſpues de difunto, la entregò à un Baxèl Catholico.

§. I.

EL año de ſetenta ſucediò el glorioſo triunfo de aquel Eſquadron formado, que viò Santa Thereſa entrar piſando laurèles por el Cielo en quarenta Jeſuìtas, veſtidos de eſtrellas, y blandiendo palmas victorioſas. Avia ſeñalado el Padre Franciſco por Viſitador del Braſil al Padre Ignacio de Acebedo, que era las delicias de la Compañia, uno de los eſpiritus de Santidad mas venerada que tuvo la Europa en aquella Era. (Año de 1570.) La Ciudad del Puerto le diò iluſtre cuna, dexandoſe vèr ſus Eſcudos orlados de trofeos, y los ſalones viſtoſos con las hazañas de ſus Abuelos. Aviale comunicado en Portugal el Santo Borja, intimandoſe aquellas dos almas con repetidos lazos de amor, y confianza: tratavale Borja, no ſolo con cariño, ſino con reverencia, que diò ocaſion à lo que el Padre Dionyſio Vazquez inſinùa, de que huvieſſe tenido del Cielo alguna prenda anticipada de ſu victoria. Avia governado el Padre Acebedo los Colegios de San Antonio de Liſboa, Coimbra, y Braga, donde fuè todo el conſuelo del eſclarecido Fr. Bartholomè de los Martyres, ſabio Paſtor de aquella Igleſia, que en una Carta al Santo Pio V. dize, que el *Padre Acebedo era Varon Santo, y lleno de zelo Apoſtolico,* eſcrita en mil quinientos y ſeſenta y nueve à quatro de Marzo: ſus milagros fueron repetidos, y portentoſos: hallandoſe deſtituìdos de todo alimento los Colegios, por el tiempo, que los governava, baxaron Angeles de la Gloria à traher muchas vezes la comida. Caminando Barcelos à predicar un dia de Quareſma, en que el Rio Prado ſe hinchava mas ſobervio, deſconociendo limites, y playas, paſsò enjuto el piè ſobre ſus olas, quedandoſe el Compañero à la orilla bebiendo admiraciones ſobre

ſobre el agua. Otra vez navegando, y trayendo la corriente un tronco arrebatado, nadante eſcollo, donde ſe quebrava inevitablemente la Varca, en que iba conducido, le detuvo con ſolo un dedo, enfrenandoſe las olas, y retrocediendo el tronco con el amago. Traìa immediato un ſilicio, que le cubria todo el cuerpo, texido en forma de veſtidura blanca en honor de MARIA SANTISSIMA; à cuya Concepcion Immaculada tenia deſtinado ſu eſpiritu media hora de ternura cada dia, y en la defenſa deſte Privilegio derretia en luz ſu diſcurſo, y en cera ſu pecho. Lanzava los demonios de los cuerpos. El dòn de lagrimas ſe continuava en dos perennes rios, bebiendo ſus afectos lo que deſperdiciavan los ojos. Fuè eſpantoſa ſu penitencia, pudiendo diſputarſe, ſi avia ſido èl meſmo mas cruel tirano de ſu vida, que Jaques Soria? Tan humilde, que conduxo por el mas publico teatro un jumentillo ſobre que hizo ſentarſe à un Hermano, y èl aſiò del cabeſtro, dando tormento à la vanidad con el miſmo cordèl. Padecia raptos Divinos, ſingularmente en la Miſſa, de donde ſacava el dòn de prudencia, y una luz profetica, que deſcubria los Orizontes mas diſtantes à la viſta. Predixo al Padre Everardo Mercuriano, que avia de ſuceder en el Generalato à Borja, y le dexò como en Teſtamento al partirſe ſingularmente encargada la Provincia Portugueſa. Vieron muchas vezes inflamado ſu roſtro con una llamarada, que arrojava el eſpiritu deſde el pecho, dexando lo demàs de el cuerpo frio.

Diò la buelta deſde el Braſil à Roma, para dàr noticia al Santo General del eſtado, y fruto de aquella fecunda Viña, y llevar conſigo nuevos operarios al cultivo della. Moſtrò ſingular gozo S. Pio V. con ſu venida, concediòle raros privilegios, y le enriqueciò de dones Sagrados. Diòle facultad Borja, para que pudieſſe conducir cinco ſugetos de cada Provincia de Eſpaña, y de la de Portugal todos los que pareciеſſe à la prudencia, ſin deſabrigar mucho los miniſterios de aquella fervoroſa Provincia. Diòle una copia de aquel original hermoſo de MARIA, que el pincèl de San Lucas diò à la tabla, para que en ſu nombre la preſentaſſe à la Reyna de Portugal Doña Cathalina: y el inclyto Martyr hizo que ſu Compañero el Hermano Mayorga ſacaſſe quatro copias della, y de otra, que al partirſe le diò el Papa. Al deſpedirſe de Borja ſintiò el corazon extraordinariamente encendido, mientras ſe anegava el roſtro. Concediòle Pio V. Indulgencia Plenaria, para toda la tropa, que paſſaſſe al Braſil à tan alta empreſſa. Saliò aquel Seraſin corazon ardiendo de Roma, diò buelta à Eſpaña, donde fuè de paſſo formando aquel Eſquadron victorioſo: juntaronſele tres Jeſuìtas en Valencia, tres en el Colegio de Salamanca, y uno, ó dos en el de Medina, y uno en Plaſencia, porque à fuer de rayo impetuoſo iba impeliendo conſigo lo que tropezava. Y deſte modo ſe juntò en breve tiempo aquella invencible tropa, entreſacando la providencia cinco Soldados felices de cada Provincia, y con los de Portugal llegavan à ſeſenta y nueve los que componian eſte dichoſo Eſquadron. Diſpuſieronſe tambien à la jornada algunos Seglares, deſeoſos de conſeguir la ropa, y moſtrar en eſta expedicion que eran dignos Soldados de aquella Compañia.

Eſtuvo el grande Acebedo eſperando en una Quinta de San Antonio de Lisboa, llamada Valderoſal con toda ſu gente, mientras ſe diſponia la embarcacion, preparandoſe cinco meſes al martyrio, con la mas aſpera vida entre ſangre, y fuego. Y un grande fidalgo, que ſe hallò en Valderoſal por eſte tiempo, depuſo en las informaciones heroycas hazañas, y virtudes de cada uno, que entre las roſas de aquel ſitio ameno aprendia à cercar de crueles eſpinas el cuerpo, enſayandole à las crueldades de un verdugo. Aqui aprendieron todos los oficios, haſta los mecanicos, para enſeñar tambien vida civil à los Indios, y fabricar à la Religion Templos. Partieron en la Eſquadra de Luìs de Vaſconcelos de Meneſes, Comendador de Villada, del Abito de Chriſto, Fidalgo de mucha reputacion, que paſſava à Governador del Braſil: dividieronſe en tres Navios los Jeſuìtas, conſtando la Armada de ſiete velas: ocupò el animoſo P. Acebedo el Navio Santiago con otros treinta y nueve de la Compañia. Salieron el dia cinco de Junio por la Varra de Lisboa, dando al viento alguna parte de la vela, y mucha mas à la eſperanza, unos de arribar al Braſil, otros à la Gloria, y todos à la Playa. Supo recabar el eſpiritu fogoſo del P. Acebedo, que cada Navio ſe mudaſſe en Monaſterio Religioſo; tenian los nueſtros diſtribuìdas las horas à ſus exercicios à que hazia ſeñal la Campanilla con el miſmo orden que en los Colegios. Hazianſe frequentes exortaciones à los Soldados, preguntavaſe la Doctrina à todos, dando exemplo haſta los principales Cabos. Cantavanſe Letanias,

Año de 1570.

nias, y ſerezaba el Roſario à coros, arrojaronſe del Baxèl los juramentos, leianſe en alta voz libros ſagrados, y entre el furioſo eſtruendo del Occeano ſe guardaban à la oracion muchas horas de ſoſsiego profundo. Dieronſe à la llama muchos libros profanos de Comedias, y otros verſos, y ſobre ſus cenizas ſe arrojaban naypes, y dados. Los Sermones eloquentes de el Provincial Acevedo tomavan frequentemente ſu aſſumpto del amor Divino, y de aquel mutuo lazo, con que la caridad ſabe atar un corazon con otro. Los dias feſtivos ſe ponia la Imagen de MARIA ſobre el trono, y derretido tambien el corazon alumbraba mucha cera à la que es Eſtrella del mar. Eſtaba rabioſo el comun enemigo de vèr aquel Exercito Religioſo, que iba al Braſil à ſer eſtrago ſuyo, no aviendo haſta entonces ſuſtentado el Occeano de una vez tantas tropas de Soldados de Chriſto. Iba la Armada muy impelida de un elemento, y mal ſuſtentada del otro, rompiendo las quillas en cada ola un naufragio; porque conjurò contra ella ſu ſaña el Demonio. Y mas arrojada, que conducida, diò fondo en el Puerto de Santa Cruz de la Isla de la Madera, donde fueron hoſpedados veinte y quatro dias del Padre Manuel de Sequeyra, Rector del nuevo Colegio, que la magnificencia real fabricaba. Era fuerza que la Nave Santiago paſſaſſe à la Isla de Palma, porque afianzaba en eſta buelta todo el comercio del Braſil adonde iba: por mas que peligraba una Nao ſola, eſtando el mar infeſtado de Piratas enemigos de la Igleſia, tropezandoſe à cada bayben una roca movediza, y una enemiga fuſta eſcondida inſidioſamente en una ola, que al romperſe parecia un monſtruo armado, parecido al en que Grecia ſupo introducir fatal ruina.

§. II.

CONocia con alta luz eſte peligro mucho mas cercano el Padre Acevedo, y aſsi al tomar la Nave dixo à ſus Compañeros: Yo sè bien, hijos mios, que en eſte rumbo no faltaràn Hereges coſarios, que por ventura andan yà girando prevenidos, y armados de aſechanzas nos eſperan para ſepultarnos en las olas. La empreſſa à que ſomos conducidos pide un aliento ſobre humano, que oponga esforzadamente el pecho à la ruina, y al cuchillo. El que no hallare eſta animoſidad en ſu eſpiritu, no ponga el piè cobarde en la Nave Santiago. Hallavanſe en la tropa quatro Novicios de la Compañia, cuyo corazon flaqueaba: y los que no ſe atrevieron à ſeguir el Eſquadron, que iba à ſer triunfante à la gloria, retrocedieron tambien del militante que quedaba en la Compañia. Eran yà ſolos treinta y ſeis los Soldados de el valeroſo Acevedo, que ſe ofrecieron animoſamente al peligro, y à deſangrar ſus venas gota à gota en la defenſa de la Fè, y Religion Sagada. Avia tenido el inſigne Martyr Acevedo revelacion expreſſa, y glorioſa, de que con otros treinta y nueve de la Compañia avia de conſeguir entre agua, fuego, y ſangre la mas alta victoria; con que ſacò de los otros Navios quatro Compañeros esforzados. Diò la Comunion de ſu mano à todos, y echando los brazos con indecible ternura à los que ſe quedaban en la Isla de la Madera, haſta que bolvieſſe à incorporarſe la Armada toda (ſi bien el corazon preſago bañaba en tantas lagrimas el roſtro: y eloquente el inſtinto les dezia, que ſe apartaban para no verſe mas en eſte mundo.) Fuè tambien revelado eſte ſuceſſo victorioſo al Hermano Eſtevan de Zarayre, Cantabro animoſo, al Hermano Nicolàs Dinis; Manuel Alvarez, Antonio Correa; Marcos Galdeyra, ſegun conſta de la informacion juridica, de donde toma la pluma todo lo que traſlada à eſta Hiſtoria. Pero avia ſido mas repetida, y con mas luz de el Cielo la que avia tenido ſu Caudillo valeroſo el Padre Acevedo, que eſcriviò una carta deſde la embarcacion al Santo Borja, arrancando de ſu corazon una flecha, para que ſirvieſſe de pluma, expreſſa en ella el exceſſo de ſu alegria por el triunfo que eſperaba, y juntamente la pena de que ſe cortaſſe el paſſo à la luz que navegaba à deſterrar la idolatria, haziendo verdadera la fabula de que muera el Sol ſepultado en el mar.

El dia de San Pedro, y San Pablo ſe hizieron à la vela: y ſin ſaber quien, ò como huvieſſe pegado fuego à la Popa, ſe viò arder la Nave en gemidos abraſados que reſpiraban aquellos pechos religioſos. O Hermanos mios! exclamaba el inclito Martyr Ignacio à cada baybèn del Navìo: ò Hermanos mios, ſi Dios quiſieſſe hazernos favor tan apetecido, que tropezaſſe eſte Baxèl con un tirano! Que apacible fuera à mi pecho eſte duro eſcollo! ò ſi eſte pedazo de mar paſſaſſe à ſer bermejo! O como eſtos Piratas ene-

migos de la Religion no deſean mas ſer tiranos, de lo que apetecen ſer victima ſuya mis afectos! Mas ay que deſmerece nueſtro corazon, ſino cobarde, tibio eſte ramo de laurèl ſalpicado antes en ſangre, y deſpues en luz! Es inexplicable el fervor de aquellos eſpiritus, que arrojaban braſas à los labios con aſſombro de los Soldados, y Marineros. Y para deſterrar de la chuſma qualquiera afecto, ò cancion, que no fueſſe ſagrada, diò orden, que los Hermanos Magallanes, Alvaro Mendez, y Franciſco Perez de Godov, cuya voz era dulce, y ſonora, cantaſſen entre las ſombras de la noche recien muerto el dia alabanzas à Dios al ſon del harpa, y de la tiorba, liſonjeando la furia del mar con aquella muſica, que entre el ſonido impetuoſo de las olas, y el horror de las tinieblas, haze lugar mas apacible à ſu armonìa, dexandoſe ſobornar tambien de eſte alhago la tormenta. Deſpues de ſiete dias ſe hallaron à viſta de la Iſla de Palma: mas forcejando por tomar tierra, les obligò un temporal furioſo à deſenvocar en un ſurgidero vezino à Terza Corte. En aquel Puerto hallò el Padre Ignacio à un amigo ſuyo Flamenco, con cuyo trato ſe avia criado deſde niño en la Ciudad del Puerto. Hoſpedòlos à todos con extraordinario gozo, y regalo, dexandole en recompenſa, bien encendido el pecho el ardiente Padre Ignacio, que le confeſsò, y quedò bien inſtruìdo para tomar el rumbo deſde aquella playa al Cielo. Eſtuvieron cinco dias en aquel ſitio, eſperando viento, aunque por las noches, y de dia mucho tiempo ſe recogian al Navìo. Exortavale ſu amigo à que fueſſe por tierra à la Ciudad de Palma, porque cruzaban muchos leños enemigos aquella Iſla: que ſiendo tan corta la diſtancia ſe podian conducir todos los fardos por tierra. Eſtaba yà reſuelto el inſigne Acevedo à tomar eſte partido, quando la mañana de el dia, en que ſe avia de alixar la Nao, deſpues de aver dicho Miſſa, y comulgado à ſu invencible tropa, tomò inopinadamente la reſolucion contraria: porque en aquel alto Sacrificio ſe viò arrebatado, y en el extaſi hallò eſte dictamen infuſo; y aunque antes le avia ſido revelado el ſuceſſo, aora ſe le deſcubriò con nueva luz el modo, y el tiempo fixo. Vieron en la Miſſa, que ſe mudaba aquel ſemblante en hoguera, no dando otra ſeñal de vivo, que el dexar tan caliente el roſtro.

Deſpidiòſe del hueſped amigo con grande ternura, diziendole, que avia reſuelto ir por mar à la Ciudad de Palma, que ſerìa mal exemplo à tanto Soldado de Chriſto moſtrarſe temeroſo al primer rieſgo: que algunos ſubditos ſuyos eran Novicios, y era meneſter acoſtumbrarlos à deſpreciar oſſadamente los ultimos peligros, y à caminar por los rumbos mas arduos. Y añadiò luego con inflamada eloquencia, eſta que ſe teme como deſdicha, es otra coſa mas, que arribar al Cielo antes que à eſſa Iſla? Pues quien avrà que no trueque una playa por otra? Si el martyrio corta el mas victorioſo ramo de la palma, no mejoramos mucho de Iſla? Eſtos polluelos, que yo debo examinar en mucha luz, haſta beberſe à pechos el Sol, no quiero que al ſalir aora de ſu nido, y al primer batir de las plumas, ſe enſeñen à tener cobardes las peſtañas. Rindiòſe aquel noble amigo, reconociendo, que los Santos ſuelen tirar muchas lineas, que miradas deſde la humana prudencia parecen torcidas: y es engaño, ò flaqueza de la viſta atender obliquo el remo dentro del agua. Hizieronſe à la mar, calentando el agua ſu reſpiracion con nuevas anſias de morir, y fatigado el corazon con aquella dichoſa ſed, que la pudo apagar ſolo todo un mar. Rompia el Baxèl las olas con movimiento vagaroſo, y mas que navegacion era circulo el que iba formando por la Iſla de la Gomera con el rodeo: y al modo del que pone tardo el piè para moverſe àzia donde teme ſu ruìna, cortaba con miedo, y aun con ſuſto el agua la quilla perezoſa.

§. III.

ERa entonces famoſo Pirata el valiente Francès Jaques Soria, nacido en el Condado de Aux, de la Provincia de Normandia, à ſer caudillo, y alma de la faccion Ugonota, todo el valimiento de la infeliz Princeſa de Bearme Juana de Labrit, Reyna que ſe dezia de Navarra, Lugarteniente del Almirante Coligni, que ſupo ſer terror continuado de la Francia, ſin aver merecido vèr una vez en ſu campo à la fortuna, manteniendoſe en piè en medio de la ruìna. Avia ſalido Jaques Soria de la Rochela con una eſquadra compueſta de cinco velas, deſeoſo de encontrarſe con la Armada Portugueſa, y llegar deſpues del eſtrago de las valas à las armas cortas. El dia ſiguiente al en que ſaliò la Nave Santiago, tuvo aviſo

Don

Don Luìs de Vaſconcelos de la oſſadia de Jaques Soria, y de que rondava aquellos mares con ſu eſquadra: Saliò arrebatadamente en buſca ſuya, ciego con la mas noble llama, llevando algunos Jeſuìtas, que ſirvieſſen al conſuelo en los peligros de eſta empreſſa. Mas el Pirata aviendo apreſado un Baxèl Flamenco, en que hizo priſioneros entre otros muchos, dos Religioſos de San Franciſco, dos Sacerdotes, el uno iluſtre Prebendado, ſupo que el Navio Santiago navegava errante, y ſolo la buelta de aquellas Islas, y que conducia al Braſil un Eſquadron de Jeſuìtas, de quienes era capital enemigo eſte Coſario, porque en Francia eran la ruìna de Calvino; con que reſolviò huìr el enquentro con el animoſo Don Luìs de Vaſconcelos, y cebar ſu ardiente colera en la manſedumbre deſarmada, y qual Ave de rapiña teñir el pico, y la garra en aquella inocente preſa hallandola deſunida de ſu tropa. Año de 1570. Sabado quinze de Julio de mil quinientos y ſetenta al rayar la Aurora, madrugò la felicidad con el dia, porque eſtando el Padre Azebedo con ſus Hijos en la oracion de la mañana à la frente de aquella Isla dos vezes victorioſa, una por eſte triunfo, y otra por el renombre de la Palma; diò vozes el Grumete deſde la gavia, *una grueſſa Vela aſſoma.* Aſſuſtòſe la Nave con eſta noticia inopinada, y mas quando añadiò en voz mas ſonora, *otras quatro Velas menores ſe acercan con ella.* Engañavan ſu temor algunos con la eſperanza de que fueſſe la Armada Portugueſa, creyendo facilmente el corazon humano lo que deſea, haſta que arrimandoſe eſquadronadas las Naves enemigas, conocieron quanto le mienten à un deſdichado las eſperanzas, y las velas.

Diſpuſieronſe los Portugueſes à una vigoroſa defenſa, por mas que no ignoravan, que era mas temeridad que valor oponerſe à tanto Galeon bien artillado, y à tanto Francès veſtido de azèro, con un Baxèl caſi deſarmado, que ſervia de conducta al comercio, y à las facciones militares de numero ſolo. El Padre Azebedo lleno de eſpiritu animava à ſus Hijos, no à la defenſa del Baxèl, y de la vida, ſino de la Religion Catholica, ni quiſo, que ſe hallaſſe alguno de la Compañia al Conſejo de Guerra. Pero deſpues que viò à los Soldados, Mercaderes, y Marineros reſueltos à tomar las armas, y à teñir con ſu ſangre las olas, los esforzava, diziendo en alta voz, que era infalible la victoria, ò venciendo, ò perdiendo la vida à manos de los mas crueles enemigos de la Igleſia. Enarbolò la Imagen hermoſa de MARIA SANTISSIMA, y bolviendoſe à ſus Hijos, y Hermanos, que eſtavan cantando las Letanias, y rompiendo el alma en ſuſpiros, les dixo: Ea Amados Hijos, yà es tiempo de hablar abiertamente en nueſtra felicidad: Sabed, que eſte es el dia deſtinado à que vamos à poblar un Colegio en el Cielo: no os pareze que es incomparable dicha trocar la playa de la tierra por la de la Gloria? Pongamos el corazon, y los ojos en la Patria, que nos combida deſpues de una breve animoſa lucha. Reſpondieron todos mas conſtantes que las rocas vezinas, ofreciendo prodigamente ſus venas: *Aqui eſtamos, gran Dios, promptos à conſagrar mil vidas à vueſtra Fè, cumplaſe en noſotros vueſtra ſanta voluntad.* Andava preſuroſo de una parte à otra el inclyto Azebedo, con la Imagen ſiempre en la mano, y el Padre Andrade inflamado el eſpiritu, confeſſando à unos, y esforzando à otros. Los Hermanos eſtavan en un Camarìn dobladas las rodillas, lanzando ſuſpiros tiernos, y ſuſpirando lagrimas calientes los ojos; quando ſe acercaron algunos Portugueſes pidiendoles, que fueſſen à pelear con ellos, que eran quarenta Soldados ſolos contra millares de enemigos, pues ſola la Capitana traìa trecientos hombres de guerra. A que reſpondieron, que no debian pelear, ſino con oraciones, y gemidos, que ſon las armas de los Religioſos; pero que aſsiſtirian à los heridos, confortarian à los flacos, exponiendo ſu vida guſtoſamente à todos los rieſgos. Mientras tanto los Cabos emprendian esforzadamente una reſiſtencia, que ſolo podia ſervir al decoro, porque no ſe dixeſſe algun dia, que ſe avia rendido cobardemente un Navio, en que iba algun Portuguès armado.

Empezaron à jugar furioſamente la Artilleria, y embeſtida por uno, y otro coſtado la Nao Portugueſa, abria cada vala una grande puerta à ſu ruìna. Abordò Jaques Soria intrepidamente con ſu Capitana, calzada bronze la proa, y arrojò dentro de èl Navio Portuguès alguna gente capitaneada del Patron de ſu orgulloſo Baxèl. Mas los Portugueſes rebatieron valeroſamente eſte aſſalto, echando al Mar los mas de aquellos Infelizes, que veſtidos de hierro ſe fueron luego à fondo, y entre ellos un Soldado de mucha fama, depoſito de las confianzas de

Jaques Soria, que aferrando con la Capitana, y con los demàs à un tiempo, dexò priſionera la Nao Portugueſa, aun antes que vencida. Mandò, que ſaltaſſen cincuenta hombres dentro, y aunque ſe trabò un ſañudo combate, no pudo durar mucho, porque muerto el Piloto Portuguès, perdieron el aliento, y el valor perdiò tambien ſu rumbo. Con que ſe apoderò el enemigo del Baxèl Santiago, rindiendoſe à diſcrecion la Nave, y el dueño. Diò orden el General Soria, que no enſangrentaſſen la eſpada, ni en los Soldados, ni en la chuſma, perdonando à todos liberalmente la vida. Mas noticioſo de los quarenta Jeſuìtas, que conducia al Braſil la empreſſa mas glorioſa, ſe acercò lleno de ſaña, y con voz ronca dezia: *Mueran, mueran los Papiſtas, que vàn à ſembrar falſa doctrina al Braſil.* Y renovando el odio con grito mas alto, repetia: *Echad al mar eſſos Perros Jeſuìtas enemigos mortales de nueſtra ſecta.* Con eſte pregon repetido, y ſonoro diſpuſo el Cielo, que ſupieſſe el mundo el motivo porque deſpedazava tanta inocente Vida aquel Tyrano, y que fueſſe à ſangre fria, quando trataba à los demàs rendidos con humanidad deſacoſtumbrada; porque ſe conocieſſe, que ſolo el odio de la Fè, ſin el impetu de otra alguna paſsion, avia ſacrificado aquellas victimas à la crueldad.

Luego que el Grande Ignacio Azebedo viò al enemigo dueño de la Nao, ſaliò intrepidamente al enquentro, y pueſto en medio de la campaña, armado de alta oſſadia, y tremolando el Eſtandarte de la Pureza, ſe acercò al Arbol mayor, y empezò aquel clarin hecho ciſne à reſpirar los ultimos acentos de ſu Fè. Reprehendiò la obſtinacion, y la rabia de la Heregia Hugonota; enſalzava la Religion Catholica: no ay otra Nave, dezia, con voz inflamada, ſino èſta, para tomar feliz orilla. Ea, Hermanos dulciſſimos, repetia buelto à ſus Subditos, viva la Fè Santa, y muramos todos animoſamente en ſu defenſa, que eſtos perros enemigos de la verdad, y de la Igleſia Romana podràn quitar lo fragil à la vida, pero immortalizan con el miſmo cuchillo nueſtra gloria. Abalanzòſe un Herege lleno de furia, y con el alfange le abriò profundamente la cabeza, ſalpicando ſu ſangre la Imagen de MARIA, que enarbolava. Recibiò eſta mortal herida con admirable ſerenidad en el roſtro, y en el alma, y partido en dos mitades el caſco predicaba el Evangelio con voz mas entera. Saliò à eſte tiempo el fervoroſo Padre Benito de Caſtro, que aunque no eſtava ordenado de Sacerdote, hazia oficio de Maeſtro de Novicios en el Navio, y eſcuchando aora el eſtruendo deſde el ſitio, en que eſtava orando con ſu novèl Exercito, tomò un Crucifixo, y deſpidiendo con ternura de aquel eſquadron rendido, y devoto, ſaliò al opoſito al enemigo, y con grande voz, como quien recogia todo el aliento, dixo: *Yo ſoy Catholico, Hijo de la Igleſia Romana, y ſiervo humilde de Jeſu-Chriſto, à quien deſeo con anſia ſacrificar mi vida.* Y mientras encendiò à los Catholicos, y confundia los errores de Calvino, le introduxeron tres Hugonotes muchàs valas en el pecho, mas la conſtancia mantuvo en piè aquel cuerpo derrotado, y tan furioſamente impelido, perſiſtiendo tambien milagroſamente esforzada ſu eloquencia, haſta que ſe acercaron rabioſos los Hereges, y le atraveſaron con los puñales; arrojando à las olas el cadaver deſangrado por tantas heridas, mereciendo ſer el primero en aquel triunfo, que deſde el Noviciado avia ardientemente apetecido. Reſonava el Apoſtolico Azebedo, embidioſo de la ruìna dichoſa que padecia ſu Hermano, quando ſe le arrimaron tres Franceſes con ferocidad preſuroſa, y le paſſaron el pecho, y el coſtado con tres botes de lanza, de que cayò deſpedazado; pero deſde el ſuelo alzò la voz, roto el bronze del clarin, diziendo: *Seanme teſtigos los Angeles; y los Hombres, que muero por defender la Fè Santa que profeſſa, y predica la Romana Igleſia.* Forcejò uno, y otro tirano en ſacar de aquella mano, floxa yà por moribunda, la Copia de MARIA Santiſsima; pero no fuè menos inacceſsible à la fuerza, y à la oſſadia porfiada, que arrancarle al Cielo una Eſtrella fixa. Con que irritados de verſe vencidos todos de un cuerpo ſin eſpiritus, cebaron las puntas de los puñales en aquel pecho, donde eſtava mas vivamente copiado el Original Divino. Acudiò preſuroſo el Padre Andrade con otros de la Compañia, que exponiendo ſus cervizes à los filos de el peligro, conduxeron al invencible Martyr Ignacio à un camarìn de el Navio junto al Leme, y deſpues de averſe confeſſado con el Padre Andrade, abrazò à muchos de ſus Hijos con ſingular dulzura, y les dezia: Hijos de mi Alma, no tengais miedo

à

ſ muerte tan glorioſa, mirad que la haze dulciſma la nobleza, y la hermoſura de la cauſa: reſpirad el poſtrer aliento agradecidos al que os dà ocaſion tan apetecida. Ea, amados hijos, pelead varonilmente, que eſtà yà muy vezina la corona, y fuera intolerable deſcuydo, y perdidà, tener la mano entre tantas ramas de Laurèl, y no arrancar ſiquiera una hoja. Yo muero con la eſperanza de que ninguno de voſotros ha de flaquear en eſta lucha, donde he viſto à vueſtro lado la fortaleza, y la oſſadia. Enmudeciò luego un poco, y bolviendo à cobrar armonìa aquel Ciſne moribundo, con el nombre de ſu Capitàn JESUS en la lengua, y con la Imagen de MARIA, que forzejava por arrimar à la boca, embiò ſu eſpiritu victorioſo deſde la Nave de la Igleſia à la mas dichoſa Playa. Arrojavanſe ſus hijos ſobre el cadaver, beſando porfiadamente ſus pies, y manos con lagrimas, y bramidos, oprimiendo con tanta violencia el amor aquel invencible difunto, como pudiera poco antes el odio del tyrano.

§. IV.

SObreſalia entre los demàs el eſpiritu, y ardimiento de el Hermano Franciſco Perez Godoy, pariente cercano del Serafin Santa Thereſa, y que parecia tener de fuego el alma, pues haſta la reſpiracion ardia. Diòle la Villa de Torrijos noble cuna, y aviendo entrado en la Compañia en el Colegio de Salamanca, paſsó à tan alta empreſſa deſde el Colegio de Medina. Su ingenio fuè divino, y ſe mereciò en los años mas floridos la fama de ſabio en el Derecho Canonico. Sus fervores en el Noviciado encendieron una inextinguible hoguera dentro de ſu corazon, acreditando bien ſu parenteſco con un Serafin. Caliente, pues, aora con nuevas acceſsiones el alma, repetia en alta voz eſta ſentencia generoſa, que avia eſcuchado frequente en la lengua de ſu divino Maeſtro Balthaſar Alvarez, que la imprimia profundamente en cada Novicio, y avia tenido alto origen en el eſpiritu, y eloquencia de San Franciſco de Borja, que en las exortaciones domeſticas la repetia: *Hermanos, no degenerèmos de los altos penſamientos de Hijos de Dios.* Diſcurria tambien por entre el tumulto, inflamado en zelo Apoſtolico el Hermano Nicolàs Dinis, à quien por ſu genio blando llamaron en Portugal el Mimoſo: avia nacido en Braganza, y ſiendo niño ſolia dezir à ſu Maeſtro: el corazon me dize (aunque no sè el como) que he de ſer dichoſo Martyr de Chriſto. Y deſpues eſtando yà en la Compañia tuvo revelacion mas expreſſa, como fiò èl miſmo en Braganza al Hermano Deſpenſero, que viendo ſu roſtro un dia anegado en ſingular dulzura, le preguntò repetidamente la cauſa? Eſcuchavan aora ſu predicacion, y ſu energia los Hereges con mucha rabia, y corriendo furioſamente uno de ellos le atravesò con una lanza el cuerpo en el ſitio donde avia caìdo glorioſamente ſu Capitàn Ignacio. Pero abrazandoſe con el cuerpo deſangrado el odio, le arrojò vivo aun al mar, ſiendo de ſolos diez y ſiete años. Llegò la noticia de ſu triunfo à Braganza, en ocaſion que ſe hallava en aquella Ciudad Don Antonio Piñeyro, que quiſo predicar al Pueblo la gloria deſte martyrio, y llegando à referir la victoria del Hermano Dinis exclamava: *El Maeſtro Nicolàs, que viſteis aqui andar por las Calles de Braganza, eſtà aora coronado de immortalidad en la gloria como eſclarecido Martyr de la Igleſia; y yo fatigadas las ſienes con la mitra, eſtoy bien dudoſo de mi ſalud eterna.*

Andava ſolicito en el campo de batalla el inſigne Aragonès Juan de Mayorga, cuyo pinzèl era el centro de la valentia, y de la deſtreza, y aun mereciò que le apellidaſſen milagroſo, porque apenas ſe halla obra ſuya (ſiendo divino ſiempre ſu objeto) por quien el brazo omnipotente no quiſieſſe oſtentar algun prodigio, como en Lisboa, y otras Ciudades eſtà autenticado. Hallavaſe en el Colegio de Zaragoza, quando fuè eſcogido à tan iluſtre empreſſa, y abrazandoſe con èl en eſta faccion ſangrienta cinco Franceſes con ſaña impetuoſa enſangrentaron los puñales en el pecho, y en la eſpalda, cayendo moribundo al piè de otra Copia de MARIA, à quien diò vida ſu pinzèl, y le arrojaron vivo al Mar. Y tràs de èl al Padre Gonzalo Henriquez Diacono, Natural de la Ciudad de el Puerto, luego à los Hermanos Manuel Pacheco Portuguès, de Ceuta. Manuel Rodriguez, nacido en la Villa de Alcouchete. Eſtevan Zurara, Cantabro victorioſo, que al ſalir de el Colegio de Plaſencia dixo à ſu Confeſſor el Padre Joſeph de Acoſta, que en los ſantos Exercicios que acababa de hazer, diſponiendoſe à la jornada de el Braſil, le avia comunicado el Cielo la glo-

gloria que le eſperava de el martyrio, y aora iba cantando el *Te Deum laudamus* por el viento al caer precipitado, oyendo los Hereges con aſſombro la muſica de eſte Ciſne moribundo. Fuè tan amable el candòr de ſu vida, y de ſu trato, que no huviera hallado tirano en el mundo, ſi antes le huvieſſe conocido. Todos eſtos (no ſe pudo ſaber ſi con algunas heridas) echados à las olas, mantuvieron algun rato la vida en ellas, reſpirando llamas, pues pudieron beber la muerte en todo aquel Occeano, mas no apagar el fuego, en que ardia ſu eſpiritu.

El valeroſo Hermano Manuel Alvarez, à quien Ebora diò Patria, y deſde Paſtor de ganados, y de ſantos afectos, paſsò à ſer Coadjutor en la Compañia, donde ſe hizo admirar la pureza de aquella alma; al ſalir de la oracion, un dia, en que ſe dexò vèr ſu roſtro vertiendo luz, preguntado de el Padre Pedro Luìs, reſpondiò inflamado ſegunda vez: no puedo yo hallar colores para repreſentar el conſuelo, que tengo mal guardado dentro de mi eſpiritu; pues en eſta hora de oracion me fuè revelado, que navegando al Braſil, he de volar martyr à la Region de la felicidad, deſpues de averme quebrado el odio, ò no ſino el amor, brazos, y piernas, y ſeñalado con otras heridas. Hallavaſe yà en el dichoſo conflicto que avia profetizado, y deſde el Caſtillo de Popa vozeava elogios de la Religion Catholica, y bolviendo el ſemblante àzia los Hugonotes, dezia: Ay infelizes, que caminais precipitados de un error en otro à los abyſmos! Irritados los Franceſes empuñaron contra ſu pecho los eſtoques, y uno de ellos mas ciego le metiò la eſpada por el roſtro, para cortar la voz al zelo, cayò mal herido, y, queriendo deſpedazar menudamente el Oraculo, le cortaron los brazos, y las piernas, ſeñalando èl miſmo los ſitios, por donde con menos dificultad quedaſſen divididas; dexando tronco aquel cuerpo, que deſangrado en tantos rios, aun reſpirava aliento caudaloſo. Porque rodeado de lagrimas, y conſuelos, en ſus queridos Hermanos, dixo: No me tengais laſtima, ſino embidia, que yo eſtoy bañado en mas dulzura, que ſangre, viendome hecho pedazos por aquel, que es el unico Amado dueño de mi vida, y ſe la buelvo mejor aora, que eſtà deſpedazada, y fuè tan piadoſo el amor conmigo, que porque gozaſſe vivo eſte conſuelo, me permitiò ſobrevivir à mi eſtrago eſte breve tiempo. Quinze años, ha, que me conduxo la Providencia à tan amada Compañia, y ha diez que ſuſpiro por eſta jornada de el Braſil, porque me eſperava un Laurèl nacido entre las ondas del Mar. Con eſtas heridas doy por bien premiados todos mis ſuſpiros, y ſolo ſiento no tener depoſitadas en mi pecho mas vidas, que conſagrar victimas del amor à eſſas aguas, y à las eſpadas Hugonotas. Reconciliòſe con el Padre Andrade, y rogò à ſus Hermanos, que dixeſſen el Symbolo de la Fè, para oìr diſtintamente la cauſa porque moria. Eſcuchava un Hugonote la dulciſsima armonia, con que aquel animado cadaver regalava ſu mal, proteſtando en voz alta la Fè, y tomandole en brazos le lanzò al agua, gritando aquella enemiga turba, ſepulta en las ondas eſſe infame Papiſta, porque no pueda esforzar mas ſu voz ronca contra nueſtra Doctrina, ſorba el Mar ſu poſtrer ſuſpiro, que ſe guardarà mas callado, que no el viento.

Dividieronſe luego como fieras crueles cebadas en la ſangre de tantas victimas humildes, buſcando por todos los ſenos de la Nave cervizes que ſacrificar à la muerte. Hallaron aquellas almas puras, que delante de unas Imagenes devotas eſtavan deſtilando en lagrimas los deſeos de que les abrieſſen todas las venas, y padeciendo el intolerable martyrio de la eſperanza, en lo que ſe retardava la corona. Cargaron atropelladamente ſobre el Hermano Blàs Ribeyro, Coadjutor, nacido en Braga, y unos con la empuñadura de la daga, mas cruel aora, que la punta, y otros con la guarnicion de la eſpada le abollaron todo el caſco, haſta que bien roto, eſparcieron los ſeſos por el Navìo. Acometieron luego al Hermano Pedro de Fontaura, ò Frontero, Coadjutor, Hijo iluſtre tambien de la Ciudad de Braga, y un Calviniſta le metiò con tal violencia la daga por la boca, que cortada la lengua le derribò toda la quixada. Paſſaron luego al Hermano Antonio Correa, honor de la Ciudad del Puerto, y de toda Luſitania; Eſtudiante, Novicio, cuya indolè le avia merecido el nombre de Angel hermoſo; y eſtando un dia en oracion profunda delante de el Auguſto SACRAMENTO, viò embuelto en luz, y ſalpicado en ſangre el Laurèl de ſu martyrio. Eſtava acuſando con fogoſa impaciencia à la muerte, porque tardava yà la crueldad, porque no calzava alas, para acercarſe

carſe

carſe preſuroſa, quando le rompieron à duros golpes el caſco, y cayò palpitante deſangrado en el ſuelo: empezò à cantar la Fè divina con voz armonioſa, confeſſóſe con mucho llanto, y viendo que aun ſe mantenia la vida, bien hallada en aquel templo de la paz el alma, lamentava con feſtividad digna de la admiracion lo duro de ſu cabeza, que avia podido reſiſtirſe, ſin quebrarſe de el todo à tanto golpe enemigo. Haſta que poco deſpues viò coronado felizmente ſu deſeo, precipitandole al Occeano con el Hermano Fontaura (aviendo enſangrentado otra vez el cuchillo en ſu roſtro caſi difunto, pues le cortò la barba la fiereza de una ſacrilega mano) ambos yà con poca ſangre, pero con tanto aliento, que hizieron buelo de el precipicio.

§. V.

HIzo aqui alguna pauſa el deſorden ruidoſo de aquella furia mas que Franceſa. Mandaron à los que quedavan vivos, fueſſen à fatigar los brazos en achicar el agua que inundava el Baxèl, expueſto à ſer victima ſobervia de el mar. Conduxeronlos al Caſtillo de proa, repitiendo injurias la lengua, y golpes la eſpada, burlandoſe inſolente la malicia, y la tiranìa de la inocencia. Llamavanles Perros del Papa, emulos implacables de la faccion Hugonota. Al Padre Andrade le arrebataron el ſombrero, que arrojaron al agua, y reconociendo, que tenia corona, le dieron continuados golpes en la cabeza, de ſuerte que vomitava ſangre por los ojos, mientras èl deſatava ſu lengua en elogios divinos. Al Hermano Alexo Delgado le facò tantos arroyos de ſangre el azèro, que creyeron ſus Hermanos que ſe agoſtava aquella inocente vida: esforzavanle à no flaquear en la batalla, y aquel eſpiritu robuſto humildemente oſſado, temiendo que el conſuelo disfrazava alguna ſoſpecha, de que en èl pudieſſe aver cobardia, dixo: Hermanos de mi alma, yo agradezco vueſtro amor, y vueſtra dulzura; mas què aveis viſto en mi, que degenere de la conſtancia, ò que arguya flaqueza? Todo lo puedo en aquel que mè conforta; y mi corazon por la piedad divina, ſe halla entre las olas de ſangre convertido en roca. Entre tanto avian diſpueſto los Hereges la comida, y porque los cadaveres embarazavan con el horror la viſta, al ſentarſe à la meſa, arrojaron al Mar los que avia dexado olvidados en el Baxèl la ſaña, aunque en los dos palpitava, aun con debil explicacion la vida. Y porque no fueſſen ſolos los cuerpos difuntos, y los mal vivos, arrebataron al Hermano Manuel Hernandez Eſtudiante (Hijo de la noble Villa de Zelorico, del Obiſpado de la Guarda,) porque le hallò mas à mano la ira, y le deſpeñaron ſubitamente al agua, cantando dulcemente entre ſu ruìna, haſta que el golfo le ſorbiò la voz con el aliento.

Luego que los Hugonotes ſe ſentaron à la meſa intentaron contraſtar con el alhago, y con los incentivos de la gula, à los que no avia podido rendir el cuchillo, ni la amenaza; y acordandoſe que era Sabado, les embiaron unas gallinas, y otras viandas: mirò el Padre Andrade con ceño aquella infiel demonſtracion de cariño, y arrojò à las ondas aquellas carnes prohibidas con fuga mas arrebatada, que la con que los enemigos avian precipitado tanto Martyr glorioſo en pielagos de agua. Inflamòſe nuevamente con eſte deſprecio la tiranìa: embiaron un Batèl à Jaques Soria, preguntandole, què harian de los Papiſtas infames, que avian eſcapado haſta entonces de los filos de la eſpada? En eſta Chapula fueron atados al maſtìl el Capitàn del Navio Santiago, y el Calafate, que avian dado muerte al oſſado amigo de el Coſario, y con ellos embiaron al Hermano Simon de Acoſta, Coadjutor, Novicio, de una indole verdaderamente generoſa, y ſu ſemblante favorecido cultamente de la naturaleza: les perſuadiò, à que fueſſe nacido en alta cuna, (y en la Ciudad del Puerto la via merecido honrada.) O yà le creyeron Hijo de algun Mercader poderoſo, y le remitian para que Soria ſupieſſe deſte Joven los intereſſes, y el comercio de la Armada Portugueſa. O yà fueſſe, porque no hallandole veſtido de la ropa de la Compañia, eſtilo, que en los primeres Meſes del Noviciado ſe frequentava, eſperavan, que reducido à ſu infame ſecta añadieſſe numero florido à la Familia de Jaques Soria: que apenas le viò en ſu Capitana, quando retirandole de la Chuſma, le preguntò, ſi era Jeſuìta; porque ſe le hazia ſoſpechoſa aquella modeſta compoſtura? Reſpondiò intrepidamente, què lo era, y que primero le arrancarian el alma, que le apartaſſen eſte indecible conſuelo della, ni de la Fè Catholica que profeſſava. Inſtavale con promeſſas, alhagos, y amenazas à que abrazaſſe ſus dogmas, y ſaliendo vanas ſus porfias, le mandò cortar la cabeza, cayendo dividida al Occea-

no

no eſta victima hermoſa, y algunas plumas quieren aya ſido eſte Adonis el ultimo que fuè ſacrificado, y que cerrò con llave de oro la Hiſtoria deſte dilatado glorioſo triunfo.

Renovò luego el General Soria el orden, de que murieſſen aquellos rabioſos Perros de el Papa, reſpondiendo aſsi la crueldad à la pregunta, quando yà la ſaña militar deſpues de tantas horas avia alcanzado la victoria, ſe avia buelto en paveſa fria, y ſolo el odio de la Fè humeava. Apenas el P. Andrade viò venir preſuroſa la Chalupa, quando reconociò la ſentencia, preſago el corazon de ſu ruìna dichoſa. Ea, Hermanos, dixo, yà la muerte ſe acerca navegando à vela, y remo; animo, que oy tenemos bien hollado el camino, y el rumbo en tanto exemplo. Mirad, que nueſtros Compañeros nos llaman deſde las Eſtrellas, donde eſtàn jugando con las palmas, y con las dichas. Abſolviòlos à todos, y aquellos corazones unidos ſe calentavan unos à otros bebiendoſe los gemidos, y preſtandoſe afectos abraſados. Ofrecieronſe, riſueños los ſemblantes, dandoſe mutuamente los parabienes. Mientras el Arraez deſde la Chalupa intimava la cruel ſentencia, ſe arrimò el miſmo Jaques Soria à la Nave vencida, por mas que eſtava diſtante como un tercio de legua, no queriendo fiar de otra expreſsion la tiranìa: *Mueran luego*, clamava deſde el Galeon, en que venia, *eſſos Perros Jeſuìtas enemigos nueſtros, echadlos al mar, porque no lleguen al Braſil à ſembrar engaños.* Al imperio de aquella voz fueron entreſacando à los de la Compañia de toda la demàs gente Portugueſa: y bolvieron primero ſu ira contra el Capitàn, y Superior el Padre Diego de Andrade, que iluſtrò con ſu nacimiento la Villa de Pedrogao, profeſſo de tres Votos en la Compañia, donde viviò con opinion de virtud heroyca. Hizieron blanco de los puñales ſu pecho fogoſo, y fuè lanzado al Mar medio vivo. Siguiòſe en el triunfo el Hermano Domingo Fernandez Coadjutor, nacido en Villavicioſa de Portugal, à quien dieron tambien repetidas puñaladas antes de ſepultarlo en las ondas. Señalaron luego con otras tantas crueles heridas al Hermano Soto, Miniſtro Antonio Soarez, de la Villa de Pedrogao, y con poca vida le arrojaron al agua. Eſtava el General Coſario deſde ſu Caſtillo de popa mirando eſte expectaculo ſangriento, aviendo convocado à los dos Religioſos Franciſcos, à los dos Prebendados, que pocos dias antes avia hecho priſioneros, y à muchos Soldados, que fueſſen teſtigos de aquel eſtrago laſtimoſo, y la providencia los conducia, porque fueſſen deſpues eloquentes Panegyriſtas de eſte triunfo, que mirava con atencion eſpecial los Angeles deſde el Cielo. Mas porque ſe apreſuraſſe mas la ruìna, que en tanto numero, yà que no ſe embarazava, ſe detenia, pareciendole al Tirano, que caminava lenta, aun quando volava: diò orden que enſangrentaſſen los puñales ſolo en los que tuvieſſen algun caracter ſagrado, antes de ſepultarlos altamente en el Occeano: que à los de pocos años arrojaſſen vivos, y ſin otras heridas al Mar, como menos delinquentes en la que llamava obſtinacion.

Embaynaron arrebatadamente los puñales en el pecho de el eſclarecido Portuguès, el Hermano Franciſco Alvarez Coadjutor, de la Villa de Covillàn, en el Hermano Juan Fernandez Eſtudiante, de rara modeſtia, Grande Hijo de la Ciudad de Lisboa, y fueron lanzados mal vivos al Occeano. Como tambien el Hermano Eſtudiante, Alexo Delgado, florido en ſolos quinze años el roſtro, que en la Ciudad de Eluas avia tenido claro nacimiento. Y tràs de èl precipitaron al Hermano Luìs Correa, deſpues de aver fatigado el brazo, repitiendo puñaladas en ſu pecho: fuè hijo de la Ciudad de Evora, y ſu exemplo iluſtrava la Compañia, donde eſtudiava, aun mas la perfeccion Religioſa, que otra ciencia. Al Hermano Coadjutor Amaro Vaez, de la Ciudad de el Puerto, aunque ſin averle antes herido. Al Hermano Eſtudiante, Andrès Gonzalez, honor de la Villa de Viana, en el Arzobiſpado de Evora, deſpues de mal herido con la mas cruel punta, que no pudo ſacarle el alma, haſta que fiaron del todo al Mar eſta empreſſa. Al Hermano Juan de Baeza, ſacrificando furioſamente à la agua, ſin que el puñal ſe huvieſſe enſangrentado en ſu inocente vida; y no refieren las plumas ſu Patria, acordandoſe ſolo de que lo era la gloria. Al Hermano Marcos Caldeyra Portuguès, que avia merecido mucho antes eſte aviſo del Cielo en ſu oracion, y no pudiendo contener el gozo en los limites del pecho, prorrumpiò en eſte inopinado grito: ò què feliz me haze mi dulze Capitàn, y Maeſtro, pues me tiene deſtinado el martyrio! Y aun dentro de el Baxèl iba declarando à relampagos, y à ſuſpiros eſta verdad. Al Hermano Eſtudiante, Franciſco Magallanes Portuguès, de Alcazar dò ſal, donde

de hallò la mas noble cuna, y ſacò una indole la mas generoſa, que abrazado antes mas tiernamente que otro alguno con el venerable cadaver del Padre Azevedo, le ungia precioſamente con ſu llanto, y aora fuè enterrado vivo, y ſin herida alguna en el mar. Al Hermano Alonſo de Vaena Coadjutor, Hijo de la Imperial Ciudad de Toledo mal herido, y luego ſepultado con violencia en el golfo. Al Hermano Fernando Sanchez, Eſtudiante Caſtellano, arrojado con muchas heridas à las olas. El Hermano Coadjutor, Juan de Zafra, ò Zaura, natural de Toledo, anegado primero en ſangre, y luego en el Occeano. El Hermano Juan de San Martin, Eſtudiante fervoroſo, que unos le hazen de Illeſcas, y otros de Yuncos, en el Arzobiſpado de Toledo. El Hermano Simon Lopez, luſtre de la Villa de Ouren, en Portugal, ſin heridas ſumergido en las olas. El Hermano Pedro Nuñèz (ò Muñoz, como quiere Euſebio) de la Villa de Frontera, en el Obiſpado de Eluas, que eſtudiaba deſeoſo de hazerſe digno clarin del Evangelio, navegando al Braſil, todo inflamado, y por dos mares de ſangre, y agua diò fondo preſuroſamente en la gloria.

El Hermano Gaſpar Alvarez, Coadjutor Portuguès, de la Ciudad del Puerto, echado al mar, ſin que el puñal le huvieſſe antes deſangrado el aliento. El Hermano Antonio Hernandez, Coadjutor Portuguès, nacido en Montemor el nuevo, atraveſado con muchas puñaladas, y ſepultado en las olas. El Hermano Diego Perez de Nicea, iluſtre Hijo de la Villa de Niſa en Portugal, del Priorato Cratenſe, Eſtudiante Filoſofo, que ſiendo niño le caſtigò en Evora ſu Maeſtro, porque faltò un dia al Eſtudio, y deſpues de aver recibido con humilde ſilencio el caſtigo, dixo à ſu Maeſtro, que èl avia caminado el dia antes al Convento de Valverde, legua, y media diſtante, à pedir el habito religioſo, que ſu poca edad, y menos fortuna le avian dilatado. Admiròſe el Maeſtro, de que no huvieſſe anticipado eſta noticia, y tan noble diſculpa, haſta deſpues de aver beſado la mano que le azotaba, y haziendo alto aprecio de aquel eſpiritu, le dixo, como paſſaba al Braſil el Padre Azevedo, llevando un Eſquadron animoſo à la Eſpiritual conquiſta de aquel terreno inculto: pidiò luego ſer aliſtado en aquel feliz Exercito (que en eſta faccion glorioſa quedò tanto mas victorioſo, quanto mas ſangrientamente derrotado) y mereciò que la tiranìa le dieſſe Urna dilatada en montes de eſpuma, donde le ſepultò vivo la violencia. El Hermano Franciſco Perez de Godoy, deſtilaba fuego por la lengua, quando un Hugonote atrevido le echò à fondo, y aun flechaba centellas, y mezclaba braſas entre las eſpumas, que pudieron eſta vez preſumir de cenizas. Refiere ſu fogoſa vida el V. Luìs de la Puente, en la del P. Baltaſar Alvarez, y quedan yà expreſſadas algunas ardientes reſpiraciones de ella, y fuè de los ultimos, que la inſolencia ſacrificò à la ira. El Hermano Luìs Rodriguez, de cuyo nacimiento ſe gloria juſtamente Evora, y de ſus virtudes la Compañia, dando eſperanzas ſus exemplos, y ſus eſtudios, que ſerìa grande Apoſtol en ambos mundos; mas los puñales Hugonotes deſojaron eſta eſperanza, texiendo al martyrio la mas temprana corona, enterrandole luego mas vivo en el elemento del agua, que acabò de ſorberſe aquella poca vida, que avia dexado la mas cruel punta.

§. VI.

HAllavanſe dos Hermanos reducidos à la cama fatigados de una ardiente calentura: y mucho mas abraſados de la fiebre, que el amor, y el zelo ſoplaban en ſu alma: porque percibiendo deſde un camarin retirado el eſtrozo, que executaba en ſus Hermanos el Tirano, y viendo que no los encontraba la ira por eſcondidos en aquel retrete del Navio, empezaron à quexarſe dulcemente de ſu dolencia, no por lo que les afligia, ſino antes porque les embarazaba la muerte preſuroſa. Reſolvieron ambos dexar el doliente lechò en que yazian, y ſalir al campo del triunfo, tremulo el cuerpo, y el corazon intrepidamente esforzado. Ea ſe dezian el uno à otro, que es poca la vida que exponemos al cuchillo, pues la enfermedad ſe ha robado yà lo mas del aliento, y và talando à fuego, y ſangre lo que ha quedado: pues quanta mas gloria ſerà perder entre los puñales enemigos de la Santa Igleſia eſtos debiles fragmentos de la vida, que no à los filos de la calentura? Es acaſo mas dulce morir à fuego lento ſobre eſte duro catre, ò beber de un golpe entre las ondas la muerte? Eſto ſolo es hazer que la parca mude de elemento, y lo que avia de ſer comun tranſito paſſe à ſer martyrio. Llamavaſſe el uno Gregorio Eſcrivano, Coadjutor, nacido en la Ciudad de Logroño, que ſe corona de honor con el Laurèl de eſte

Año de 1570.

Hijo

Hijo ſuyo. El otro ſe llamaba Alvaro Mendez, Eſtudiante Portugues, de la Ciudad de Eluas. Salieron, pues, del camarin, donde los dexaba olvidados la crueldad, y rebolviendo ſobre el cuerpo la ſotana, ſin otro abrigo, ſe incorporaron en el eſquadron, que iban deſpedazando los enemigos de Chriſto. Empezaron à proteſtar la Fè Catholica, y à reſpirar deſeos de morir por ella, que ſe vieron preſto cumplidos, porque les metieron las dagas en los pechos, y los echaron vivos al mar. Solo faltava el Hermano Juan Sanchez, Novicio, que aviendo ſabido los tiranos, que ſervia en el oficio de cocinero, y que ſu Generàl neceſsitaba de uno, le dexaron la vida (aunque bien maltratada de la violencia.) Y con intolerable ſentimiento de aquella iluſtre alma, que vozeaba por la Nave toda; yo ſoy tambien Jeſuìta, no es bien que à mi ſolo me perdone la ſaña. Mas el Cielo le guardaba para teſtigo individual de eſta victoria, pudiendo contar las heridas de los Martyres una à una, bien ſalpicado en la ſangre, que ſe derramaba.

Pero yà que avian entrado quarenta en aquel duro conflicto, no quiſo la providencia que faltaſſe un Adaucto, concurriendo aqui el ſingular blaſon, de que ninguno huvieſſe cobardemente flaqueado. Fuè eſte un Joven Sobrino de el Capitan de la Nave Santiago, que ſe embarcò por ſeguir à ſu Tio en eſte rumbo, y mucho mas por merecer, que le recibieſſe en la Compañia el Santo Martyr Azebedo, que avia ofrecido darle luego la ropa, y entretanto aſsiſtia como Novicio à la Oracion, Penitencias, y Exercicios humildes con los demàs Hermanos de la Compañia. Y viendo en la parte ſegunda de la batalla, que ſeparavan à los Jeſuìtas en una tropa, para ſacrificarlos à la crueldad ſangrienta, ſe paſsò arrebatadamente àzia aquella vanda: contandoſe entre los Soldados de tan noble Milicia, y haziendoſe voluntariamente reo de la pena, proteſtando, que era de la Santa Compañia, à quien tenia deſtinada el alma, y que deſeava morir entre aquella valiente tropa en defenſa de la Religion, y de la Romana Igleſia, con el nombre de Juan Adaucto, con que le apellida la Hiſtoria. Enmudeciò luego, y tomando una Sotana que viò en el ſuelo, deſpojo ſangriento de un Martyr invencible Hermano ſuyo, ſe la viſtiò preſuroſo, por llamar à la muerte con el veſtido. Y obſervando todas eſtas acciones con rabia el Tirano, le diò crueles golpes, y le ſepultò profundamente en aquel hinchado Elemento; que embolviendo en ſu ſeno tantos Cadaveres, no pudo innundar los laurèles, que ſobre las eſpumas ſe dexavan vèr triunfantes.

Pero antes que el cuchillo acabaſſe de conſagrar tantas cervizes al odio, cebaron tambien ſaña en las Imagenes, y Reliquias ſantas, (ſalpicadas en la ſangre de los Martyres unas, y otras) declarando con eſte nuevo ſacrilego argumento, que el odio implacable de la Religion Catholica era el Tirano. Tomaron una primoroſa Eſtatua de Santa Urſula, que tenia en el pecho engaſtada en una Reliquia, y ſacandola de el nincho que ocupava, la hizieron polvo, y dexaron pendiente de el Arbol mayor la Eſtatua, burlando ſu adoracion con el eſcarnio, y con la riſa; haſta que enfurecido el Viento, y el Mar, puſo una mordaza al deſprecio de la Religion: y por no tener à la viſta à la que temieron que fueſſe ocaſion de aquella tormenta, la arrojaron con impetu al agua. Hallaron un Lignum Crucis, (toda la herencia del eſclarecido Martyr Ignacio) y le entregaron al fuego; y tropezando un Crucifixo, le blasfemavan con horror tan fiero, que no ſe permite à la pluma, ni lo ſufre el oìdo Catholico: puſieronle deſpues ſobre una tabla, porque padecieſſe la Imagen en otro leño, las injurias, que ultrajaròn el Original en aquel feliz tronco, y llegaron à intentar repetidas vezes ſacar ſangre al bronze con los puñales. Profanavan los Calizes Sagrados, primero con los brindis, y luego con los deſprecios, remedando con ademanes de irriſion las ceremonias del incruento Sacrificio del Altar. Eſparcieron por el viento, y por las olas las Eſtampas, Roſarios, y Medallas; y ſolo tuvieron reſpeto à una Copia de MARIA SS. que ſe avia ſacado por la que tenia milagroſamente aſida el Cadaver victorioſo del P. Azebedo. Depuſieron los Soldados, y Marineros Portugueſes, bueltos à Portugal deſpues de la priſion, que haſta los Hugonotes miravan con aſſombro fluctuar entre las Reliquias, Imagenes, y Eſtatuas tantas Imagenes vivas, en cuya ſangre bermejeaban las ondas: ſoſteniendoſe algun tiempo ſobre el agua, ò ſobre la muerte miſma, haſta que fatigados los remos, ſe iba à pique la Nave Victoria. Que ſe eſcuchavan los mas dulzes afectos, y coloquios terniſsimos, esforzandoſe unos à otros, embiando al Cielo ſus corazones exalados en alabanzas, y en apacibles gemidos. Que en todos obſervaron à viſta de la

muer-

muerte tan alegre ſemblante, que en cada uno ſe dexaba vèr el caracter de la felicidad ſobreſcrita en la frente, que no ſolo explicaban ſu conſuelo con fervoroſas reſpiraciones de gozo, ſino que algunos acuſaban de ligero al cuerpo, porque tardaba en irſe à fondo, y la pereza de las olas en ſorber victimas tan voluntarias. Que entre los demàs ſe hizieron atender con admiracion los Hermanos Franciſco Magallanes, que buelto el roſtro ſereno àzia la popa del Navìo, los ſaludaba con la voz de la alegria, y con el aſpecto de una alma dichoſa. Alonſo de Vaena, Juan Fernandez, y Marcos Caldeyra, que ſe regalaban dulciſsimamente con la muerte vezina, y con el hermoſo divino objeto, que ſabe hazer apacible el eſtrago, haſta que ſe iba à fondo, ſagrado cadaver, el cuerpo, inclinadas las cabezas àzia la Isla, donde nacen las palmas.

§. VII.

Aſsi hallò eſte eſquadron triunfante la playa de la victoria en mar alta: aſsi derramò la gracia ſus esfuerzos, y ſus maravillas entre la ſangre, y las eſpumas; y ſiendo tan numeroſo eſte eſquadron glorioſamente derrotado, no ſe debe eſtrañar, que padezca en ſu hiſtoria alguna pequeña confuſion, embarazandoſe la pluma en la multitud, y eſcondiendoſe algunos apellidos, y nombres entre las muchas ramas de laurèles. Y aſsi los Padres Alegambe, Matias Tanner, y Juan Nadaſi omiten al Hermano Amarovaz, y nombran en lugar ſuyo al Hermano Pedro Fonſeca, paſſando de una ſienes à otras la corona; pero noſotros ſeguimos el acertado rumbo del Padre Vaſconcelos, que apurò eſta materia con todo el examen de la hiſtoria: como tambien en aver immortalizado al Hermano Luìs Rodriguez con guirnalda ſangrienta; mientras las demàs plumas la ciñen à otro Hermano Juan Fernandez, hijo de la Ciudad de Braga. Mas concurrieron muchos ſenſibles prodigios, que eſtàn autenticados en los proceſſos que ſe hizieron en Coimbra, año de 1628. con mas numero de teſtigos del que conſtaba el exercito de Martyres glorioſos, en los que ſe formaron en Evora, y en otros papeles que guardan aquellos reales archivos. El primero fuè, que porfiando los Hereges en arrancar de la mano la copia de Maria al invencible Acevedo, nunca pudieron conſeguir eſte triunfo, ni eſtando vivo, aunque deſangrado, ni deſpùes de muerto, luchando ſobre eſte deſpojo muchos ſoldados con un cadaver frio: pudieron arrancarle con poca dificultad el alma del cuerpo, y tenerle muchas horas difunto en el Navio, eſperando ſacarle eſta amada prenda de la mano; mas no tuvo poder toda la tiranìa forcejando empeñada, para robar de un brazo difunto aquella ineſtimable joya, teniendo aquel cadaver no sè què oculta milagroſa fuerza, que le ſervia de valiente alma. Ni oſſaron cortarle el brazo, ò de reſpeto, ò deſconfiados de que pudieſſe conſeguir el cuchillo eſte triunfo. Y aſsi le arrojaron al mar con eſta inſignia, ſiendo mejor norte, y mas apacible eſtrella, quando naufragò el Baxèl que ella governaba, mientras èl la conducia. Punto, en que por no aver reconocido los proceſſos, que ſe formaron en Coimbra, padeciò engaño la pluma de Sachino en la Hiſtoria de la Compañia, creyendo que ſe huvieſſe quedado en la Nave apreſada eſte teſoro; quando lanzaron el cadaver de Ignacio al Occeano; ſiendo aſsi, que ſon diez y ocho teſtigos los que depuſieron eſte ſuceſſo; aviendo bebido los mas con la viſta el aſſombro deſde el Navio: *Tenia en la mano*, dize el octavo teſtigo, *el Retrato de la Imagen de San Lucas, la qual los Hereges hizieron gran fuerza por arrancarſela de la mano, mas no les fuè poſſible; y aſſi le arrojaron con ella al mar*. Lo miſmo depone el quinto, añadiendo ſolo, *que no ſe la pudieron quitar, ni vivo, ni muerto*. Valiente corazon dentro de un pecho difunto! Y grande amor à Maria, el que ſupo arder ſobre ceniza elada! Inquiſit. authent. ad art. 8.

No fuè menos portentoſo el ſegundo efecto, que obrò la Omnipotencia por aquel cadaver deſpedazado: porque tendido en el ſuelo à poco rato: deſpues que el eſpiritu avia paſſado victorioſamente al Cielo, no pudiendo dudarſe, de que eſtava yà el cuerpo difunto, ſe moviò repentinamente el cadaver ſagrado, con un eſperezo animoſo, eſtendiendo en forma de Cruz los brazos, levantando algo mas el derecho, como que tremolaba el Eſtandarte de ſu triunfo, muriendo crucificado en sì miſmo, yà que faltaba otro leño. Mas no parò aqui el prodigio, porque no ſoſpechaſſe la incredulidad, que aquel movimiento avia ſido ultimo ademàn de algunos eſpiritus, que guardaba calientes el ſeno difunto. Deſpues de muchas horas de cadaver, le ſacaron los Hereges arraſtrando à la Plaza de Armas del Navio, y no pudiendo robar à la mano fria aquel hermo-

moſo Retrato, intentavan à lo menos deſhazer la forma de Cruz, en que ſe dexaba atender aquel ſagrado Cuerpo. Yà doblavan ſobre el pecho uno, y otro brazo, yà los dilatavan arrimados al cuerpo miſmo, doblando tambien las rodillas, para borrar del todo la figura de la Cruz, en que la admiracion le avia hallado. Mas (como deponen los meſmos diez y ocho Originales en aquel proceſſo, y los que examinò la pluma de el P. Sachino, aunque no bebiò toda la noticia deſte ſuceſſo) luego que le dexava en eſta poſitura la violencia, bolvia à eſtender los brazos, y à dilatar los pies juntos, haſta componer perfectamente la precioſa figura de la Cruz. Precipitaronſe impetuoſamente al Mar, bolviendo antes à deshazer aquella prodigioſa deſangrada Cruz, que avia fabricado un Cadaver yerto, ſiendo la materia el artifice miſmo. Pero al caer impelido al Occeano, diò un grito, no ſolo perceptible, ſino muy ſonoro aquel portentoſo Difunto, articulando el nombre de JESUS ſu dulze Capitàn, y Maeſtro: y eſtendiendo los brazos como alas hizo un breve pauſa en el viento, dilatò otra vez el Cadaver todo, buſcando la poſitura de Cruz, y de crucificado, con aſſombro de los que atendian con los ojos, y con los oìdos eſte expectaculo porſiadamente milagroſo, y que ſe arrebatava las admiraciones tras el Cadaver deſpeñado.

Sachin. tom. 3. lib. 6. nu. 146.

Cayò al fin precipitadamente ſobre aquel undoſo Elemento; y veis aqui, que eslabonandoſe un prodigio en otro aquel cuerpo elado, y con una lamina de bronze en el puño (que en eſta materia nos repreſenta una pluma aquella Copia) no ſolo no ſe fuè à fondo, ſino que fixò el piè ſobre todas las eſpumas del Occeano, iba yà conducido manſamente de las olas, yà caminando ſobre ellas, eſtendidos los brazos, levantada algun tanto la cabeza, giraſol de ſu miſma alma; que ſe avia emboſcado en la Gloria, y enarbolada la bella Copia de Maria, que ſirviò de vela, antes à la eſperanza, y entonces à la rota nave de la victoria. No es eſte portento uno de los mas glorioſos, que la Omnipotencia hizo, que ſe dexaſſen vèr de el aſſombro, y admirar del miſmo Tirano, que deſde la popa era teſtigo irrefragable de eſte triunfo? Prorrumpian los Catolicos en admiraciones, quebradas deſde el Navio priſionero: y à los Hereges les enmudeciò la confuſion, cubriendo el roſtro, y algunos perdieron piè en terreno fixo, mientras el Cadaver le fixava en la inſtabilidad del agua, y del viento. Mas què mucho, que aquel piè victorioſo, que ſupo hollar enjuto la eſpalda del caudaloſo rio Prado quando tuvo alma, dexaſſe vinculada eſta virtud al Cadaver deſangrado en defenſa de la Santa Igleſia? Eſte expectaculo prodigioſo nos repreſenta por muchas lenguas el proceſſo de Coimbra, y la informacion que ſe hizo en Evora, la pluma del P. Aragonio, y la del P. Diaz, en una Carta, deponiendo averle eſcuchado de los que fueron teſtigos de viſta. Y aſsi dize el octavo teſtigo en aquel proceſſo: *Con la Imagen le arrojaron al mar, donde fuè viſto andar ſobre las ondas ſin hundirſe, ſiendo yà muerto, todo el tiempo que las Naves tardaron en perderſe de viſta.* Con que no durò ſolo por algun breve rato eſte prodigio, ſino por todo el tiempo que le pudieron percibir los ojos deſde los Baxèles enemigos, que haziendoſe à la vela, ſe fueron alexando preſuroſos, y como fugitivos: quedando aſsi dueño del campo el invencible Martyr Azebedo, y bolviendo repetidamente la cabeza el enemigo deſde la popa, que ſe alexava à buſcar nueva admiracion en aquel Cadaver victorioſo, que piſava montañas de eſpuma, no yà fluctuante el cuerpo, y caſi ſumergido, ſino antes levantado, de ſuerte que ſe dexava vèr la proceridad toda del cuerpo, hollando la cerviz al Occeano: Baxèl deſpedazado ſin alma, y ſin dueño, à quien el norte ſervia de Piloto. Y ſi conduxeſſe à la mayor gloria, iria ſiguiendo à piè ſobre el agua la armada enemiga, ò llegaria haſta el Braſil à tomar tierra.

Iba navegando con fuga arrebatada el enemigo, creyendo que aquel Cadaver ſe quedaſſe perpetuo nadante eſcollo, donde quebraſſe ſu furia la ſecta infame de Calvino, quando deſde la Nave Santiago en que iba tanto Catholico priſionero, y ſeguia perezoſamente el rumbo, por hallarſe maltratada del combate paſſado, depone un teſtigo, que ſe eſcuchò el nombre de JESUS, expreſſado con valentia de aquella lengua difunta, y que luego ſe fuè como voluntariamente à fondo aquel cuerpo, que avia ſabido hazer, no ſolo catre regalado del Occeano, ſino campo firme, donde eſtampaſſe en cada huella un milagro: porque aviendole perdido yà de viſta el enemigo, ceſſava el motivo de ſoſtenerſe ſobre la cerviz de aquel Elemento hinchado. Mas aora llama mi pluma nuevamente toda la atencion, y el alma del que leyere eſta Hiſtoria, que ha de repreſentar otra mas aſſombroſa maravilla.

villa. Deſpues de algun tiempo, que el cadaver ſagrado ſe avia eſcondido en el fondo del Occeano (aunque no conſta quantas horas, ò dias ayan ſido) paſſaba una embarcacion Catolica por aquellos mares, mirando divertidos los navegantes àzia la Isla; quando repentinamente ſurgiò el cadaver de el inclito Martyr Azebedo à lo alto, con la Imagen de MARIA enarbolada, y el cuerpo dilatado en la miſma poſitura de Cruz, con que avia deſcendido al fondo, y con apacible dulce voz articulò el nombre de JESUS (ſiendo eſta, dèſpues de muerto, la tercera vez) y el que abriò la boca tanto tiempo difunta, pronunciando al Hijo, abriò tambien la mano, ſoltando la copia bella de la Madre, que dexò en el Navio, ſeñalados en ſangre los dedos de la mano en el ſitio, por donde avia eſtrechado la Imagen tanto tiempo, la qual conduxeron al Braſil, embarcando con ella la admiracion, y la entregaron al Colegio de la Bahia, donde ſe venera eſmaltada en ſangre, y bañada en gloria. Y el que no cediò el Retrato prodigioſo, ni quando vivo, ni deſpues de muerto à la fuerza inſolente, ni à la oſſadia de los Hereges de la Rochela, la cediò voluntariamente à la piedad Catolica con mano libre, y prodiga, eſtando difunta. Suceſſo portentoſo, y que ſe halla autenticado en el miſmo proceſſo, y en otros papeles de aquel Archivo, y como tal le refiere tambien la pluma de el Padre Felipe Alegambe en la Biblioteca de los Martyres de la Compañia. Y ſi faltaſſe navegante Catolico de quien fiaſſe aquel Retrato Divino, llegaria el cadaver à tomar orilla; y llamando el caminante, le haria depoſito de eſta amada prenda: ò paſſaria èl miſmo à entronizarla religioſamente en un Templo; aunque fueſſe meneſter para eſta hazaña, que dieſſe fondo en el Braſil el cadaver de aquel eſclarecido Martyr de MARIA. No celèbre tanto la fama la animoſidad del Ceſar en paſſar à nado tanto pielago con los Comentarios mas cultos en la mano, hazañas primero de ſu eſpada, y luego de ſu pluma; que eſte cadaver, mucho antes animoſo conduxo à piè por el Occeano, levantado el brazo, aquel parto elegante de un Pincèl Divino, que diò la mas bella hiſtoria à la tabla en las hazañas del roſtro de MARIA.

Alegam. in Bibli. Martyr. ſocietat. pag. *61*.

Mas falta aun otro bien admirable ſuceſſo, que ſe hizo atender de el aſſombro, quando bermejeaba aun con la ſangre vertida el Occeano, y humeaba todavia caliente el eſtrago. Apenas acabavan los Hereges de coronar con la ruìna el ultimo Martyr de los quarenta, quando los quatro principales Hugonotes, que avian ſido los verdugos mas crueles en tantas atrocidades, eſpecialmente de el grande caudillo Ignacio, enſangrentando lanzas, y puñales en ſu pecho, heridos ſubitamente de un inviſible rayo en aquel meſmo ſitio, al dàr la vela al viento, quedaron ciegos, muerta fatalmente con violencia inopinada la luz, y la vida de los ojos; y los que avian apagado en ſangre, y agua tanta luciente antorcha del Evangelio, y de la Igleſia, perdieron entre el humo de ſu rabia la luz, y la viſta. Son muchos los teſtigos que buſcò el Cielo, para que depuſieſſen en Portugal eſte ſuceſſo, que refiere entre otros el Iluſtriſsimo Don Rodrigo de Acuña, Arzobiſpo de Braga, el qual en una carta dize: *Cuenta el Padre Sebaſtian Gonzalez, que hallandoſe preſente à eſte Martyrio Simon Cabrera, morador en la Villa de Tana, en la India; por ir embarcando con los miſmos Santos, vieron, que quatro Soldados, que por mandado de Jaques Soria ſe ocuparon en matar, y lanzar al mar los glorioſos Soldados de Chriſto, quedaron deſpues de eſta crueldad ſubitamente ciegos, ſin nunca mas vèr la luz del Sol, por quitar injuſtamente las vidas à los que eran dignos de vivir para bien de tantos.* Quedaron con eſte golpe atonitos, y aſſuſtados los demàs crueles miniſtros, atendiendo, que la ceguedad de los entendimientos ſe iba paſſando à los ojos. Arribò Jaques Soria con ſu Armada à la Isla de la Gomera, donde dexò libres muchos de los Portugueſes priſioneros, porque hallaron caudal para ſer reſcatados: y en breves dias ſe llenaron de la fama de eſte Martyrio aquellas Islas, las Terceras, las de la Madera, Francia, Eſpaña, Roma, y el Mundo. Don Diego de Rojas, Conde de la Gomera alcanzò de los Hereges la ſotana, que uno de aquellos esforzados Cavalleros de Chriſto avia dexado teñida en ſangre precioſa, y dividida en muchos pedazos, empezò à ſer venerada reliquia de varios Pueblos. Partiò Jaques Soria à la Rochela, à celebrar ſu triunfo entre los Cabos de la faccion Hugonota, ſingularmente con la infeliz Reyna Doña Juana, cuyo co-

Año de 1570.

razon endurecido ſe acordó eſta vez de que era femenil, moſtrando algun raſtro de piedad, ò de ternura en eſte ſuceſſo. Mandò al General Soria, que dieſſe libertad à diez Portugueſes Marineros, y al Hermano Juan Sanchez, que avia ſervido en el oficio de Cocinero, à los enemigos, y les diò algun ſocorro para el camino. Ni tardò el rayo de la venganza divina en Jaques Soria, porque no mucho deſpues herido mortalmente de el mal de rabia (accidente, que pudo aver pegado el eſpiritu al cuerpo) deſpedazando ſu miſma vida, y ſiendo tyrano de sì proprio el que lo avia ſido de tanto inocente pecho, muriò apreſuradamente arrojado ſobre la tierra, y paſsò à eternizar la rabia mas allà de la vida.

§. VIII.

Y No es bien que quede olvidado el mayor elogio de eſte triunfo en el grande teſtimonio, que diò la Serafica Madre Santa Tereſa, al morir eſte Eſquadron oſſado, que parece iba viſtiendo de luz el ayre al paſſar al Cielo, pues fueron atendidos de muchos ojos linzes, bien purificados. Viòlos, pues, eſte Seraphin de la Igleſia entrar cubiertos de palmas en la Gloria, y por ventura ſe los moſtrò el Cielo; porque ſe hallava intereſſada ſu ſangre en eſte triunfo, ſiendo como diximos ſu ſobrino uno de los que honravan aquella invencible tropa con el ramo bien frondoſo de la palma: y no menos por tan intereſſada en las glorias de ſu amada Compañia. Refiere eſta viſion glorioſa el Iluſtriſsimo Yepes, en la Vida que eſcriviò de Santa Tereſa: *Supo tambien*, dize, *la muerte de quarenta Padres, y Hermanos de la Compañia de Jesvs, que iban al Braſil, y los mataron los Hereges. Iba entre ellos un deudo de la Santa Madre: luego que los mataron, dixo al Padre Balthaſar Alvarez ſu Confeſſor, que los avia viſto con corona de Martyres en el Cielo.* La miſma viſion comunicò la Santa al Padre Gil Gonzalez de Avila, que avia ſido ſu Confeſſor, y entonces era Provincial, y paſsò à la viſita de el Colegio de Avila. Y ambos depuſieron aver eſcuchado eſta viſion de la boca de aquel Seraphin humano, en los Proceſſos que ſe formaron para colocarla ſobre el mas alto Trono. Juntarèmos à eſta manifeſtacion de ſu gloria otra aparicion verdaderamente divina, que deſcrive

Lib. 3. c. 17.

como fiel Teſtigo el Padre Mario Falconio, eſcriviendo deſde Buenos Ayres à Napoles, por el Marzo de mil ſeiſcientos y diez y ſiete. Refiere, que navegando con otros muchos Jeſuìtas al Paraguay, el año antecedente de mil ſeiſcientos y diez y ſeis, ſabado diez y nueve de Diziembre, ſe hallaron en el ſitio, donde avian triunfado de el infierno todos eſtos quarenta Soldados de Chriſto: era tan grande la calma, que obligò à que la Nave eſtuvieſſe ſurta con bonanza peligroſa. Con eſta oportunidad, y la memoria, que excitava el ſitio, hizieron reflexion devota ſobre aquel glorioſo triunfo, embiando gemidos, y elogios al Cielo, reconocian anſioſamente los ojos las playas vezinas, miravan ſi por las orillas huvieſſen nacido palmas entre las arenas, ò ſi los laurèles oſſavan deſcollar ſus ramas ſobre las ondas.

Alegam. in Bibliothec. Martyr. Societat. pag. 61.

Quando con aſſombro de todos, aunque ſin turbacion de los ſentidos, ſe dexaron vèr rojas las aguas, y mudadas en ſangre las eſpumas, como ſi fueſſen de el mar bermejo aquellas immenſas campañas: bolvian à mirar atentamente las corrientes impetuoſas, y las hallavan convertidas yà en fluctuantes eſmeraldas, yà en margaritas, yà en diamantes, y otras piedras, que ni el repreſentarſe liquidas les impedia parecer mas precioſas: que ſolo tan rica variedad en hermoſa perſpectiva pudiera explicar la precioſidad de ſu corona. Purificavan los ojos, deſeando borrar iluſiones, y engaños de un ſentido, que ſuele mentir colores, y variedades en los objetos; pero hallavan otra vez nuevos matizes, y reverberavan en el agua muchos Iris, y Soles. Guſtaron à porfia las corrientes, y no ſolo las hallaron dulzes, mas un nectar de tantas ſuavidades, que no ſabian deſpues explicarle, ſino con la eloquencia myſterioſa de las admiraciones. Doblaron todos las rodillas para repetir al Cielo gracias, que ſe derramavan prodigamente por las mexillas; y entonces ſe les repreſentò nuevamente en una como tramoya todo el ſuceſſo de aquella feliz batalla: vieron los quarentas Martyres Jeſuìtas vertiendo ſangre, y luz por las venas, y parecia que los tyranos bolvian aora à cebar los puñales en ſus pechos: vieron fabricado à la Religion, y à la Fè un Templo en cada Martyr victorioſo, y al amor ardiendo como lampara de el Templo vivo: vieron los cadaveres fluctuar como Baxèles errantes, haſta ſepultarſe

en-

entre pielagos, y montes, y al amor nadante entre las olas, bolviendoſe à vivir al elemento, de donde le hizieron deſcendiente las fabulas. En eſta bonanza dichoſa, y admirable perſpectiva, ſe hallaba divertida el alma de tanto navegante Jeſuita, quando ſe levantò un viento deſde el agua, que pareciò averle ſoplado la embidia; porque ſe turbaron las ondas, ſe deſvanecieron apariencias tan divinas, ſe incharon las velas, y bolando las proas, ſe mudò el theatro, en que avian viſto ſangrienta la gloria, ſe hallò burlada la viſta, y ſe llevò el viento ſu dicha toda.

Luego que Borja tuvo el aviſo de eſte numeroſo triunfo, exclamò lleno de embidia, y de incomparable gozo, ſegun refiere el Padre Dionyſio, que ſe hallò preſente à la ternura de eſte afecto: *O Santo Padre Ignacio Azebedo, nunca yo os mirè con otros ojos, deſde que en Portugal aprendi modeſtia de los vueſtros! O claro eſpejo de Religion, y de virtud!* Recurria todos los dias à ſu intercesſion, y ſiendo conſultado de la Provincia de Portugal, mandò que no ſe hizieſſen ſufragios por tan eſclarecidos difuntos; perſuadido à que los humildes ruegos devotos, ajaban tanto las ramas à los laurèles de ſus triunfos, ſiguiendo en eſta reſpueſta aquella antigua maxima, que tomò de la pluma de el grande Auguſtino la Igleſia: de que haze injuria al Martyr quien ruega por el Martyr, pues embuelve dentro de ſu oracion, no sè què deſconfianza, que deſluſtra el eſplendor hermoſo de la corona. Por eſſo en la reſpueſta ſellada en quinze de Febrero de mil quinientos y ſetenta y uno, deſpues de averla conſultado con los Aſsiſtentes, y con el Cielo, dize: *Acà no parece, que ſe deban hazer los ſufragios por los quarenta Martyres.* El ſabio Antonio de Herrera, Coroniſta de Eſpaña, hablando en ſu Hiſtoria General de eſta memorable victoria, que tuvo la Compañia, y la Igleſia, dize: *No ſe hizieron plegarias à Nueſtro Señor por las Animas de los Bienaventurados, por tenerlos por Martyres de Jeſu Chriſto.* Mas porquè ſe ha de eſtrañar eſta demonſtracion de culto, ò de reſpeto, ſi el Papa Pio Quinto, al eſcuchar ſu triunfo, exclamò tambien anegados ſus ojos en llanto? Eſtos ſon verdaderos Martyres de Chriſto: y exortò à los que eſtaban preſentes à eſta noticia, à que ſe encomendaſſen à ſu intercesſion

Cap. cum Mattha de celebrat. Miſ. *Iniuriam facit Martyri, qui orat pro Martyre.* Auguſt. ſerm. 17. de verbis Apoſtol.

Herrera lib. 1. cap. 17.

poderoſa: aſsi lo eſcrive el P. Dionyſio, que fuè acompañando à Borja à dàr al Papa eſta noticia: *Dimos cuenta* (dize) *al Papa Pio Quinto de eſte ſuceſſo, y el Santo Pontifice moſtrò gran ſentimiento de èl, y alabò à Dios*, y dixo, *que nos encomendaſſemos à ellos, que los tenia por verdaderos Martyres.* Y poco deſpues, expidiendo aquella glorioſa Bula en honor de la Compañia, à ſiete de Julio de el miſmo año de ſetenta y uno, haze iluſtre memoria de eſtos quarenta Soldados de Chriſto, y dize: *Heridos altamente de el amor ſagrado, prodigos de ſu ſangre, para plantar con raiz mas profunda la palabra divina, ſe ofrecieron victimas voluntarias al Martyrio.* Por todo eſto empezaron deſde entonces à tener culto, no ſolo en Portugal, ſino en toda la India, y haſta en Roma, ſe ſubſcrivia en ſus imagenes el titulo de Beatos, ſe les conſagraban abiertamente Templos, enriquecidos de lamparas, y ſus paredes de votos, ſe hermoſeaban ſus lienzos con laurèles, y rayos, y comulgaban el dia deſta victoria, y en honor de ella los nueſtros. Durò eſte culto cinquenta y cinco años, haſta el Decreto general de Urbano Octavo, expedido el año de mil ſeiſcientos y veinte y ſeis, en el qual (como prueba eruditamente el ſabio Juriſconſulto Juan Baptiſta Bohino) no eſtaba comprehendido el culto, con que ſe veneraba eſte martyrio; porque aquel prudente Decreto, no ſolo exceptùa el culto inmemorial, ſino tambien el que ſe hallare acreditado con largo diſcurſo, aunque no fueſſe baſtante à acreditar de immemorial el tiempo, y ſe fundaſſe en la aclamacion de Varones pios, religioſos, y ſabios. Lo qual ſe hallava con todo rigor en el que ſe daba à eſte Eſquadron victorioſo, quando faliò aquèl Decreto. Mas la Compañia atò ſu obediencia al ſonido mas rigoroſo del precepto, y enmudeciò ſus elogios, y ſus gemidos publicos el culto, deſcolgò los votos, y apagò ſus lamparas en el reſpeto.

Fueron otros muchos los prodigios, con que el Cielo acreditò la gloria de eſtos quarenta Soldados. Viòſe en èl ayre todo eſte invicto Eſquadron, armado de azero, y de rayos, en ſocorro de las armas de Portugal. A los navegantes fueron Santelmo milagroſo muchas vezes; y entre otras, el año de mil ſeiſcientos y diez, ſe viò ſoſſegada de repente la mas horrible tormenta, arrojando una firma de el grande Azebedo al agua,

que reſpetò con la manſedumbre, y la obediencia los raſgos de aquella pluma, y la impreſsion de aquella mano, que empuñò el tridente del Occeano, peligrando dentro de aquel Baxèl el Padre Miguèl Godino. Luego que eſpirò el Martyr Ignacio, ſe apareció veſtido de reſplandor, y de laurèl à ſu hermano Don Geronymo de Azebedo, que eſtaba en la India, como depone, entre otros, un teſtigo en los proceſſos de Evora: *En el miſmo tiempo*, dize, *que el Padre Ignacio de Azebedo, fuè muerto en la dicha navegacion de el Braſil, apareciò en la India Oriental à ſu hermano, que en ella eſtaba.* Y deſpues, ſiendo Don Geronymo Virrey de la India, obtuvo en el Zeilan una famoſa victoria, por la interceſsion de el valeroſo Martyr Azebedo, como depone èl miſmo en aquel proceſſo, teniendo ſiempre unida à sì una copia de ſu Venerable Hermano, y experimentando la fuerza de ſu influxo en todos los lanzes de aquel deſtrozo ſangriento, de ſuerte, que no podria negar, aunque quiſiera, que le debia enteramente la victoria, porque cada vez que le invocaba, parece que ſentia, no sè què impreſsion animoſa en la eſpada, en el brazo una oculta valentìa, en el pecho una nueva eſperanza, y en el roſtro enemigo, el caracter de la ruìna. Lo miſmo depone averle ſucedido en otros reenquentros porfiados, invocando el nombre de ſu inclito Hermano contra ſus infieles enemigos. Cada dia hazia oracion particular, pidiendo con lagrimas à ſu Hermano, que le recabaſſe del Cielo, que no murieſſe ſin confeſsion, y alcanzò eſta merced en Liſboa, donde muriò bañado en piedad. Muchos de los Hugonotes, que avian ſido los tyranos, ſe convirtieron à la verdadera Fè, de buelta à Francia, convencidos de los milagros que avian atendido ſus ojos por la interceſsion de tantos Martyres esforzados. Al inſigne Poeta Padre Juan de Madureyra Jeſuìta, Viſitador del Braſil, hombre Religioſo, otro tanto como diſcreto, que celebrò en verſo elegante eſte martyrio, rozando laurèles en vez de cuerdas à ſu bien culto inſtrumento; ſe le dexaron vèr poco antes de morir todos quarenta, cercando ſu lecho de gloria, como depone el ſeptimo teſtigo en el proceſſo de Evora, y lo eſcrivieron los que iban al Braſil con el Padre Madureyra: y añaden, que aquel eſpiritu reboſaba gozo por el ſemblante favorecido, quando rodeaba aquella tròpa de luz ſu humilde lecho, aviendo ſabido concertar el furor Poetico, antes con la prudencia, y con el exceſſo aora.

La devocion con eſtos Soldados iluſtres, ha conſeguido de el Capitàn de los Martyres innumerables favores, que ſe derramaron en torbellinos apacibles: y haſta el martyrio concedieron à un ferviente devoto ſuyo, que le pedia con mucho llanto, ſegun ſe halla juridicamente en el miſmo proceſſo. Y quien hiziere alguna reflexion ſobre las circunſtancias prodigioſas, que dexa hiſtoriadas la pluma en eſte martyrio, podrà reconocer ſin duda, que apenas ſe hallaràn prodigios mas autenticados en la Hiſtoria, ſiendo muchos los teſtigos de viſta, otros ocho los que deponen averlos eſcuchado de los que ſe hallaron preſentes en la Nave, apreſada à un tiempo, y victorioſa. Setenta y ocho de publica voz, y fama, y noventa y ocho Authores ſabios los que afirman aver ſido muertos en odio de la Fè Catholica. Pues adonde irà à buſcar la razon mas luz para una evidencia; ſino que quiera, para encontrar de dia al Sol, mendigar una antorcha? Solo añadirè en confirmacion de aver ſido deſpedazados en odio fiero de la Santa Fè (ſobre el eſpecial horror, que han tenido ſiempre los Hugonotes, y Luteranos à los Jeſuìtas, tambien apoyado de los ſuceſſos, y de las Hiſtorias, y de lo que canta la Igleſia el dia de San Ignacio, rayo que fulminò el Jupiter Supremo contra aquellos dos monſtruos del mundo Lutèro, y Calvino. De lo que eſcriviò con pluma de oro Franciſco Mezarazo, Franciſco Montano, Pedro Eſtevarcio, y el Cardenal Alano, de lo que expreſsò la rabia de los Hereges en tanto Libro: y de la narracion de todo eſte triunfo.) Digo, que añadirè ſolo lo que ſucediò el año de mil ſeiſcientos y veinte y uno. Aviendo apreſado los Hugonotes un Navio, en que iban tres Religioſos de mucho eſpiritu, y zelo, preguntò el uno de ellos à Jaques Tibao, hijo del Governador de la Capitana, en que iba Jaques Soria el dia de eſta faccion ſangrienta; porquè entonces ſu padre, y los demàs de ſu ſecta avian enſangrentado el cuchillo en tanto Jeſuìta, y aora perdonaba à tres Religioſos priſioneros la vida? A que ſatisfizo con eſta reſpueſta, que ſe hallaba tambien autenticada: *Porque los Jeſuìtas ſon mas Papiſtas, que los otros, y mas enemigos de vueſtra ſecta.* A manos, pues, deſte mortal implacable odio muriò aquel batallon ſa-

Franciſc. Montan. in Apol. de Novatorib. *Odio proſequũtur omnes veri nominis Catholicos, magiſque adhuc Religioſos, ſed præ cæteris õnibus Jeſuitas. Hinc omnes ſuas diſputationes, õnes chartas, omnia fulmina, & tonitrua in Jeſuìtas.*

Petr. Stevart. in Apolog. pro Soc. fol. 21. *Hæc unica, aut præcipua cauſa odii veſtri in Patres Societatis Jeſu: Videtur enim ſalva catholica iſta doctrina, quemadmodum à Societatis Jeſu hominibus publicè docetur, & promulgatur omnes hæreſes labi, &*

ſagrado con uno de los trofèos mas glorioſos, que ha tenido la Fè, la Compañia, y el Reyno de Portugal, que diò noble cuna al mayor numero de los quarenta, y à ſu Caudillo, que deſatò las venas en glorias. Caminando la Nave Santiago prisionera, y de remolco tràs la Armada de Jaques Soria; pero tan veſtida de palmas, de laurèles, y aun de eſtrellas, que nunca ocupò Nave victorioſa los puertos con mas gallardetes, y deſpojos.

& corruente. Car. Alanus, in Apol. cõtra Reginam Elisabeth.: Sancti viri tam veſtibus odio erãt, quam Jeſuìta modo ad Lutheri, & Calvini, & reliquarum peſtium ruìnam reparandã à Deo ad nos miſſi. ¡Y el infeliz Felipe Milaneton clamaba: *Huc! quid facimus? Mũdus eſt plenus Jeſuìtarum: memorantur curſũ Evangelii peſſimi Jeſuìtæ, nec unus, aut reliquus Papiſtæ in Germaniã, ſi hos rabilos Papiſtiſſimos Cacodæmon odioſiſſimè.* La Igleſia en las Lecciones de S. Ignacio, lect. 2. *Ut conſtans fuerit omniũ ſenſus, etiam Põtificis cõfirmatus oraculo Deum ſicut alios aliis temporibus Sanctos viros, ita Luthero, eiuſdemque temporis hæretecis Ignatiũ, & inſtitutam ab eo Societatem iniecisse.*

CAPITULO XII.

GLORIOSO TRIUNFO DE OTROS doze de la Compañia, que paſſaban al Braſil à la miſma empreſſa: Terribles caſtigos, con que el Cielo dexò eſcarmentada la crueldad Hugonota.

§. I.

QUedaba yà derrotado el Exercito, que conducia al Braſil el clariſsimo Martyr San Ignacio, que encaminaba Borja ſobre las ondas à la conquiſta del mundo, y que la Religion, haziendo carroza del Occeano, introducia triunfante en el Cielo. Governaba las Reliquias, que quedaron eſparcidas en las otras Naves, el devoto Padre Pedro Diaz, Portuguès iluſtre, natural de Arruda, cuyo exemplo fuè muchos años la veneracion de Coìmbra; y entre otros dones, que avia llovido el Cielo ſobre ſu inocente alma, era uno el de ſoſſegar las inquietudes, y dudas de una conciencia eſcrupuloſa, ſerenando con una reſpiracion ſuya las turbaciones à la agua, y haziendo que corrieſſe manſamente criſtalina. Eſtuvieron aora quince meſes mal ſoſtenidos de las olas en las Islas de Barlovento, caſi deſtituìdos de humano ſocorro, y no teniendo otra agua dulce, que la que nacia en las fuentes de ſu llanto: porque las tempeſtades jugaron con aquellos deſtrozados Baxèles, y deſpues de arrojados de las olas à las playas, bolvian à ſacarlos inſidioſamente de la arena, para que fluctuaſſen en mar alta. Fuè preciſo arribar otra vez à la Isla Tercera, adonde Vaſconſelos reſolviò dexar ſu eſquadra, y ſalir con una Nave ſola, porque eran yà mas ruìnas, que Baxèles, pues de cuerpos bien organizados, y hermoſamente veſtidos, avian paſſado à ſer eſqueletos. Avian muerto los mas de los Soldados, eſtaban dolientes otros, y entre ellos no pocos Jeſuìtas muy enfermos, y algunos mal convalecidos. Paſsò la poca gente, que pudo hallar mas fortalecida à la Capitana, dexando la demàs en aquella Isla, nuevamente maltratados con el dolor de eſta auſencia, llevando al Venerable Padre Diaz con otros catorze de la Compañia. Hizieronſe à la vela con la eſperanza en el Braſil à ſeis de Septiembre de mil ſeiſcientos y ſetenta y uno, navegando con felicidad, que durò lo poco, que ſuele, y fuè haſta el dia doze al tramontar del Sol, pues con èl ſe puſo la felicidad tambien.

Deſcubrieron cinco velas enemigas, que ſe acercaban mudandoſe en alas, las quatro Franceſes, y la otra Ingleſa, mandadas del oſſado Juan de Capdevila, Bearnès, que venia de ſaquear laſtimoſamente la Isla de la Gomera, y traìa la miſma Capitana, que el año antecedente Jaques Soria, como acoſtumbrada à la crueldad de ſemejante empreſſa, y èl era no menos fiero Pirata, ni menos ſangriento emulo de la Religion Catholica. Sus tropas, no ſolo ſe componian de Hereges, ſino al parecer de las miſmas Heregias, por ſer muchas ſectas las que venian incorporadas, unidas contra la verdad tantas monſtruoſas cabezas, y todas rabioſamente conjuradas contra los Jeſuìtas. Reconociò Don Luìs de Vaſconcelos los Baxèles enemigos, y leyò en ſu diviſa el caracter de ſu infame ſecta. Y aunque miraba el grande exceſſo de Navios, pertrechos, y Soldados, que hazian los enemigos, con todo eſſo, aviendo formado ſu junta de guerra, ſe reſolvió esforzadamente à la batalla. El Padre Diaz viendo eſta reſolucion animoſa, exortaba à los Soldados, y Marineros, à que ſe previnieſſen con el Sacramento de la Penitencia, pues la noche interponia algunas treguas entre la vida, y ſaña Hugonota. Sucediò aſsi, porque las tinieblas ſe apoderaron groſeramente del ayre, y del mar, y el faròl medroſo deſde cada Baxèl repartia el temblor igualmente, que la luz. Confeſsòſe el General Vaſconcelos con lagrimas, y afectos ſantos, imitando ſu exemplo todos: los Jeſuìtas paſſaron la noche en oracion fervoroſa, penetrandoſe por todo el Baxèl los ecos de los ſuſpiros, en que el corazon à vezes ſe rompia. Poco antes que rayaſſe la Aurora, esforzò Don Luìs à ſus tropas con mas energia, que palabras. No quiſiera, dixo, que os turbaſſe el numero grande de enemigos, que arrojan oy ſobre nueſtras cervices el Occeano, y el

Año de 1571.

infierno, quando no podeis ignorar, que no dà las victorias la multitud, ſino el valor. Fuera de que cinquenta valientes Portugueſes, armados de razon, y de azèro, nunca han parecido pocos, yo aſſeguro, que no ſe lo parecemos à eſſos perros, mas crueles, que animoſos. Fiad mucho de la Juſticia de la cauſa, que ella ſabe hazer de cada humilde rota barquilla una Nave ſobervia, y de cada entena una armada. Unos meſmos ſon vueſtros enemigos, y los de la Igleſia: con que entre dos laurèles os eſpera ſegura una victoria, ò muriendo por la Religion Santa, ò rompiendo leño à leño eſta Eſquadra vezina.

Aqui llegò, quando remitiendo la eloquencia à la oſſadia, sacò la eſpada, embrazò la rodèla, y empezò à ſonar con furia la artilleria de una parte, y otra. Fuè grande el eſtrago, que en eſte primer combate hizieron los Portugueſes en el enemigo, un Baxèl quedò mal herido con un coſtado abierto, à otro abatieron el orgullo con la vela, que cayò deſtrozada, y mucha gente muerta; de ſuerte, que quedarian eſcarmentados los enemigos, à no repartirſe el eſtrago entre muchos. Mas como la Capitana de Francia ſe deſcollaba con tanta altura ſobre la Nao Portugueſa, las mangas de moſqueteria poblaron de muertes, y de horror el intrepido Baxèl de Don Luìs, que recibiò dos mortales heridas, atraveſado conſecutivamente el pecho, y la pierna con dos valas. Aferraron tres vezes, arrojando dentro muchos Hugonotes; pero fueron rechazados deſeſperadamente de los Portugueſes, por mas que el grande Vaſconcelos, deſangrado yà, y moribundo, apenas podia reſiſtir el aſſalto, ſino con el cadaver ſolo, pues le iba dexando derramado por las venas el eſpiritu: mas el brazo animoſo parece que executaba los golpes con la antigua coſtumbre de el impulſo; y ſegaba cervices ſu eſpada, mientras el dueño reſpiraba, mas por la herida, que por la boca. Abordaron la quarta vez con impetu, aferrando todas cinco, y ſaltando mas de ſeſenta hombres dentro del Navio, quando no avian quedado yà, ſino diez Portugueſes con aliento. Mas aquel valiente Cavallero, que antes ſupo ſer cadaver, que rendido, eſforzando ſu pequeña tropa con el ademàn de la eſpada, puſo cinco Soldados en la proa, que al primer impetu de aquella entrada cayeron victimas de la multitud furioſa. Con todo, el immortal Portuguès Vaſconcelos, cubierto con la rodèla, bañado todo en ſu ſangre, que deſde el pecho ondeaba, teniendo yà dentro de sì menos gotas, que venas, aſsiſtido de cinco hombres ſolos, contra un tropèl confuſo, y numeroſo de enemigos, mantuvo el Baxèl, la Religion, y la honra, mientras pudo mantener la vida: haſta que deſtrozado à cuchilladas aquel noble cuerpo, cayò apartado de sì miſmo, y ſaliò el eſpiritu, invocando à JESUS con la ultima reſpiracion.

Muerto el invencible Don Luìs, ſe hizieron los enemigos, ſin mas reſiſtencia, arbitros de el Baxèl, y lanzando los cadaveres al mar, ſepultaron entre el vulgo de los otros el de el Governador, deſpues de averle deſpojado, ſin que fueſſe conocido. Mandò luego el Caudillo Herege, que ſe dieſſe quartèl à Soldados, y Marineros, y que ſe negaſſe à ſolos los Jeſuitas, ſus fatales enemigos, pues tampoco daban ellos quartèl à ſu ſecta en la Francia, ni en campo alguno por toda la Europa. Reconocieron al punto los tyranos el Baxèl rendido, buſcando Papiſtas, que ſacrificar al odio, hallaron en un camarin de el Caſtillo de proa al Religioſiſsimo Padre Franciſco de Caſtro, que eſtaba confeſſando al Maeſtre de la Nave mal herido, y ſacando las eſpadas, le ſeñalaron con innumerables heridas, rotas inhumanamente las venas, que à menos golpes darian ſu ſangre toda, porque le derramaban voluntaria. Aſsi cayò muerto eſte Eſpañol glorioſo, que en diez años de Jeſuita avia immortalizado ſu exemplo en la fama, y aora le hizo pedazos el odio à la Fè, y al Sacramento de la Penitencia, que zeloſo miniſtraba. Al eſtruendo acudiò el inſigne Padre Pedro Diaz preſuroſo, que ſalia de confeſſar à otro Soldado mal herido, y à la miſma puerta de el camarin, abriò con las puntas de las eſpadas muchas puertas à ſu eſpiritu la ferocidad. Y tràs de èl, rompieron porfiadamente el pecho al Hermano Gaſpar de Goes, à quien por ſer joven tierno en la Religion, y en la edad, avia dado orden el Padre Diaz, que no ſe apartaſſe de ſu lado, mientras duraſſe la furia de aquel torbellino ſangriento. Luego fueron deſpojados de ſus pobres veſtidos, y lanzados al agua, mal vivos todos, invocando à Jesvs, y à Maria Santiſsima, con voz quebrada, y con el corazon lleno de valentia, haſta que el

el amor, aviendo derretido al fuego aquellas tres almas, hizo que dieſſen las llamaradas poſtreras dentro de las olas.

§. II.

AOra quiſiera yo enmudecer la pluma, y dexar aqui la narracion cortada, y ſangrienta; pero en las grandes hazañas rara vez dexa de ſalpicar la deſdicha à los laurèles alguna rama. Viò el Hermano Gaſpar Gonzalez à los Hereges reſueltos à enſangrentar la eſpada en los Jeſuìtas todos; oyò la ſentencia, que deſde una Chalupa intimaba el General Capdevilla, y aquel corazon, que antes avia parecido animoſo, flaqueò cobardemente à la frente del peligro: ò quanta deſconfianza enſeña eſte ſolo exemplo al eſpiritu mas oſſado! Si cede un muro de bronce à la porfia del tiro; quien preſume ſeguridades, y reſiſtencias bel barro? Deſeò, pues, mantener la vida, ſin perder la Fè, ni honra, y ſe perſuadiò à que podria componer uno, y otro con un cobarde diſſimulo. Deſnudòſe calladamente de la Sotana, que le diſtinguia de la turba, arrojò el ſombrero, y ſe deſcalzò tambien, para fingirſe mas vulgo en el Navio; y luego ſe paſsò adonde eſtaba la chuſma, à quien ſe perdonaba la vida, abandonando con fuga ignominioſa el campo del honor, y de la batalla. Mas engañòle traydoramente la eſperanza, que ſe burla de nueſtra fantaſia: porque reconociendo el enemigo, que tanta chuſma en el Navio apreſado ſolo podia ſervirles de conſumir vizcocho, quiſo alixar de inutil peſo, echando algunos à fondo; y el primero que el furor hallò à mano (ò bien porque ſoſpecharon lo que avia ſido, ò yà porque la Providencia ſe valiò de aquel prompto enemigo inſtrumento) fuè el cobarde Hermano Novicio, que lanzaron al mar con impetu el mas acelerado: y el que pudo dexar ſu memoria ſeñalada con una eſtrella, la dexò atezada con el borron de la ignominia; y el que fuè deſertor por guardar la vida, hallò la muerte ſin laurèl, y ſin honra entre la mas vil turba. Mas porque no avia faltado ſu pecho à la Fè, ſino al valor, intentando ſolo guarecer la vida con el disfràz (medio que tal vez ſupieron hazer glorioſo muchos Heroes de la Religion, deſpues del grande Atanaſio) le ſocorriò el Cielo al verle triſtemente derribado: porque al precipitarle de el Navió, endulzò ſu corazon el viento con el nombre de Jesvs, embuelto en un grande gemido, y deſpues braceando entre las corrientes del mar ſovervio, lamentaba ſu cobardia con doliente bramido, haziendo ſus lagrimas, que ſe anegaſſen ſus culpas en otro Octeano menos inchado, y mas profundo.

Quedaban ſolos onze Hermanos mal heridos à golpes furioſos, y aora nuevamente traſpaſſados de otros mas agudos filos: cubriò ſu roſtro aquel generoſo empacho de aver viſto cobarde un compañero ſuyo: ſuceſſo, que ſirviò ſolo al eſcarmiento, y mas quando miraban juntamente el caſtigo. Convinieron todos en paſſarſe à un ſitio alto, y ſolo de la Nave, donde el enemigo no los equivocaſſe, ni la inadvertencia los confundieſſe, alexandoſe tambien del infeliz ſitio, donde eſtaba caliente aquel mal exemplo, que lloraban, olvidados de ſu rieſgo vezino. Aqui ſe confortaban unos à otros aquellos pechos abraſados; y para reſpirar los pocos inſtantes, que vivieſſen mas religioſos, y que fueſſen obedientes haſta los ſuſpiros, eligieron por ſuperior al Hermano Alonſo Fernandez, iluſtre Portuguès, que iba deſtinado à dictar la Filoſofia à los nueſtros en el Braſil. Subieron los Hereges en buſca de aquella tropa, à jugar primero con la inocencia, luego maltratarla, mientras el Tyrano Capdevilla les mandaba executar la cruel ſentencia: lo que avia dilatado mientras examinaba, deſde què Puerto, ò en què Navio avian diſpueſto conducir al Braſil las alhajas de plata, y oro para el Culto Divino, y el caudal para la fabrica de un Templo, que fueſſe alcazar inexpugnable de la Fè, y la Religion en el Braſil. Hallavaſe entre los demàs el Hermano Pedro Fernandez, Portuguès, Coadjutor Novicio, que ſe avia exercitado en el oficio de Carpintero, y en el ultimo furioſo aſſalto, en que los enemigos dominaron el Navio, le avia deſnudado la Sotana un Soldado de baxa fortuna; y temiendo aora, que al verle ſin aquella diviſa, que era el blanco de la rabia, le perdonaſſen la vida, y por reſarcir con ſu exemplo el eſcandalo de aquel inconſtante medroſo eſpiritu, nunca ſe apartaba de ſus diez compañeros Religioſos, y parecia eſtàr atado con inviſibles lazos à cada uno de ellos. Ademàs de eſto, viſtiò el ſemblante de tan rara modeſtia, que ella ſola pudiera ſer caracter mas proprio de Jeſuìta, que la Sotana, pues ſiendo comun el trage, que dexò San Ignacio à ſu Compañia, quiſo que ſu proprio diſtinctivo fueſſe una ſingular compoſtura, que es toda la gala, y la diviſa de una virtud heroyca.

Cau-

Cauſaba à los Hereges increible enfado aquella exterior humilde compoſtura del roſtro, y vèr ſiempre derribados aquellos ojos, cruzadas algun poco las manos, inclinada con proporcion la cabeza, y derramada por la frente la ſerenidad hermoſa de una conciencia pura. Dieronle golpes crueles con la mano, y con la eſpada, yà hiriendo con la guarnicion la mexilla, y yà deſangrando con los filos ſu cabeza: forcejaban con robuſta porfia en deſordenar aquella exterior poſitura, y en borrar ſus colores à la modeſtia; amenazandole juntamente con la mas ſangrienta ruìna, ſi no dilataba la viſta por la Nave toda, y por el bello orizonte, que deſde aquel ſitio ſe deſcubria. Mas aviendo ſido facil à un hombre ſolo deſpojarle del veſtido, no fuè poſsible à todo un exercito victorioſo deſnudarle aquella gala, con que le hermoſeaba el cuerpo toda la modeſtia. Solo arrancò alguna vez los ojos de la tierra, y los ſubiò à la gloria, ſacando la viſta deſde la Nave à la feliz playa, por dàr gracias al Cielo de las injurias que padecia: *Señor*, dixo en voz alta, *què merecimiento viſteis en mi para favorecerme, que padezca algo por vos?* Enmudeciò, y bolviò à humillar la viſta luego, deſpues de aver bebido luz, fixo en el Sol, eſte real pollo. Repitieron con eſtos las bofetadas, hiriendo el ſitio, donde la modeſtia tiene ſu trono, mas añadian purpura à la roſa, y colores à la pintura, con lo que intentaban borrarla. Dezianle: *Perro, levanta eſſa cabeza, y dilata la viſta*; pero hablaban con una eſtatua immobil, y ſorda, que era meneſter deſpedazarla, para deshazer la figura, que le dieron el pincèl dieſtro, y la fantaſia. Puſieronle apretados con mucha violencia unos hierros, ò palos, en que fixaſſe la barba, obligandole de eſte modo à tener el roſtro levantado; pero miraba con el ſemblante al Cielo, mudado en giraſòl el roſtro: con que no aviendo podido la tyranìa deſaliñar la modeſtia, ſolo conſiguiò, que ſe vieſſe una compoſtura atormentada, que ſuele eſtàr mas hermoſa.

Ataronles luego las manos à todos, bueltos cruelmente los brazos, eſtrechando los cordèles, y cegando los ñudos: dandoles juntamente muchas heridas, y repitiendo ſacrilegamente ſus lenguas horribles dicterios, no ſolo contra los perros Papiſtas, ſino contra la Igleſia, y el Papa, atormentando aquellas onze victimas, atadas ſobre la ara de la paciencia, que al reſponder por la Igleſia Santa, los cargaba con nuevos golpes la ira. Dezian los Hereges (ſegun eſcrive el P. Felipe Alegambe) demos muerte ſangrienta à tanto perro Jeſuìta, que à no eſtàr ellos ſobre la tierra, apénas huviera Papiſta en la Francia, ni en Inglaterra, ni en Germania. O perros, que mordis con furioſa rabia nueſtros dogmas, y vais al Braſil à ſembrar mentira, que con vueſtro cultivo florece, y grana. Aviale quebrado un brazo la violencia en la primera entrada, que hizieron los Hereges en el Navio, al Hermano Miguèl Aragonio, ò Aragon, iluſtre Catalàn de Guiſſona, en el Obiſpado de Urgèl; y aora al torcerle los brazos la tiranìa, por atarlos àzia la eſpalda, ſintiò de repente en el brazo dolorido un inſufrible tormento, con que ſe aſſomò inadvertida una quexa al labio, primer movimiento natural, con que la voz rompiò el ayre, antes de dàr aviſo à la razon; y lo que baſtaba à imprimir compaſsion à una roca, irritò à los Tyranos à caſtigar como culpa en un infeliz un gemido de la naturaleza; pues inſtigados de furias, le precipitaron deſde aquella altura à las ondas: y porque no cayeſſe ſolo, lanzaron con èl al mas immediato, que era el Hermano Franciſco Paulo, Novicio, Portuguès devoto: que ambos ofreciendo à Dios ſu vida en holocauſto, ſe fueron al fondo, ſurgiendo à lo alto con el nombre de Jesvs ſu ultimo aliento. El Hermano Aragon eſtaba eſtudiando Theologia en Valencia, quando Dios le llamò à eſta jornada, y ſu ingenio tuvo tanta valentia, que ſacaba las mas vezes mucha ſangre en la diſputa: y en una poco antes, que entraſſe en la Compañia, faltandole à ſu contendor el diſcurſo, y el modo de rebatir una punta, que introduxo delicadamente ſu enemigo, levantò la mano, y acercandoſe le diò una bofetada en publico theatro: propria reſpueſta de un entendimiento convencido. Doblò el Joven la rodilla, y bolviò la cara, porque pudieſſe repetir la ofenſa, alcanzando ſegunda, y mas dificil victoria de ſu competidor, y de sì miſmo: echaron mano à los puñales algunos de los que ſe hallaron à eſte ſuceſſo; pero Miguèl los detuvo con la promptitud, y la ternura del ruego, enlazando de eſta ſuerte un triunfo en otro, y hollando un nuevo laurèl en cada paſſo. Deſpues de Jeſuìta, anhelaba por el martyrio con impaciencia, y tuvo mucha luz anticipada de que veria roxo el mar en ſu ſangre bien vertida. Luego que ſupo el triunfo de ſu Provincial Ignacio, y de todo aquel Exercito viſtoſo, aviendole eſcuchado de los Portugueſes, que ſe hallaron

Alegam. in Bibli. Martyr. Soc. p. 66.

teſtigos al martyrio, eſcriviò à los Padres del Colegio de Valencia una doliente carta, donde no ay ſilaba ſin ternura, deſangrandoſe en deſeos de morir aquella noble alma. Dize, que ſus culpas han ſido la remòra, y la cauſa de que huvieſſe perdido eſta dicha, que le paſsò entonces à otro Baxèl la Providencia, porque no la tenia obligada, y que mientras le durare la vida, tendrà atraveſada en el eſpiritu eſta flecha, de que entre tantos fieros puñales no le tocaſſe à ſu pecho una punta. Que apenas pudiera reſpirar ſu vida, ſino fueſſe en el ambiente apacible de la eſperanza, de que ſe ha de vèr preſto deſpedazado en ſemejante conflicto, y que no le dexa que dudar el corazon preſago, de que à èl, y à ſus amados Compañeros les aguarda afilado en rabia el cuchillo; y concluye en que ſe le hazen ſiglos los dias, haſta vèr teñidas en ſus venas las ondas, y ſalpicado en ſu ſangre, no ſolo el cadaver, ſino todo el Baxèl, y ſi pudiere ſer todo el Mar.

§. III.

DExaron los otros nueve priſioneros dichoſos en un camarin obſcuro con eſcolta de Soldados, ni les dieron ſuſtento alguno, manteniendo ſolo la vida con la eſperanza de perderla. Paſſaron lo que faltaba del dia, y la noche toda maltratados, heridos, ſin alimento, y ſin alivio humano; pero el Cielo derramaba ſobre ſus corazones inviſible conſuelo, y cada aſtro bolvia con alhago ſu aſpecto àzia aquel alvergue dichoſo: Los calientes afectos, abraſados coloquios, y dulciſsimos gemidos de aquellos eſpiritus iluſtrados, ſu oracion, ſus lagrimas, y ternura, no hallan cauce ſuficiente en la humana eloquencia, y aun en la admiracion caben eſtrechas ſus anſias. El Hermano Alonſo Fernandez, era el alma, y el aliento de cada uno, y cada reſpiracion ſuya era un ſoplo, que levantaba en el corazon mucho incendio. Al rayar la Aurora, ſe diſpuſieron con nuevas acceſsiones à derramar la vida ſobre el agua, porque ſupieron, que el Tyrano avia dexado firmada la ſentencia, y en ella mandaba, que fueſſen colgados de una entena, porque ſirvieſſen de infelices gallardetes à la Nave vencida. Pero reſolviò otra vez diferir la cruel execucion, eſperando, que divididos unos de otros, podria con los tormentos, y con los alhagos deſcubrir donde llevaſſen al Braſil los calices, y vaſos precioſos. Dexaron en el Navio priſioneros à los iluſtres Portugueſes, el Hermano Diego Caravallo, y el Hermano Pedro Diaz (que mereciò tambien la ſuerte con el nombre de ſu yà victorioſo Padre, y Maeſtro) paſſando los demàs à la Capitana vencedora de el General Capdevila. Deſnudaron los Tyranos en una, y otra Nave la eſpada, y vezina al pecho la punta, amenazaban à cada animoſo Soldado de Chriſto con rigor ſañudo, ſino deſcubrieſſe aquel ſecreto; y no baſtando, ni las caricias, ni las amenazas, oprimian con heridas, y con afrentas à los que parecian victimas mudas. Solo no callavan al eſcuchar blasfemias contra los Sacramentos, contra la Cabeza de la Igleſia, y la adoracion de los Santos, reſpondiendo à viſta del ceño con valor Chriſtiano, por no hazer delinquente el ſilencio. En eſte examen porfiado, y duro paſſaron lo mas del dia, ſin comida, ſin ſangre, y ſin ſueño, ſiendo yà dos dias naturales los que perſiſtieron en el campo con muchas heridas, y aun ſin ſuſtento alguno: fatiga, que baſtaria à rendir el eſpiritu de un Alexandro. Amados compañeros mios, dezia Alonſo Fernandez, ſuperior de todos (la vez que les permitian reſpirar juntos) yà eſtamos vezinos à la orilla, aliento, que al primer embate darà con noſotros la tormenta en la mas dulce playa: ea, que yà tenemos conſeguida la mas dificil parte de la victoria, no perdamos el laurèl en el ultimo paſſo de la carrera, y en el ultimo esfuerzo de la lucha: el ſufrimiento ſolo es nueſtra arma, y para no vencer con ella, ni aun los cobardes tienen diſculpa.

Emprendieron los Tyranos otra eſpecie de batalla, que fuè la diſputa, paſſandoſe la ira de la eſpada à la lengua, en que quedaron ſus entendimientos mal heridos, y confuſos. Excitaron varias dudas acerca del culto à las Santas Imagenes, del Papa, y de los Sacramentos de la Igleſia: arrimando juntamente los puñales à los pechos, como que yà empezaban à deſconfiar de ſus diſcurſos, flaqueando la razon al trabarſe la batalla, pues diò à entender, que neceſsitaba de la fuerza, y que Mercurio no oſaba ſalir ſin Marte al campo de la ſabiduria. Fueron rebatidos eſtos aſſaltos con tanta luz, que haſta los miſmos Hereges percibieron ſu ceguedad: y aunque reſpondian con admirable concierto los Martyres de Chriſto, alternando las reſpueſtas, yà uno, yà otro, haziendo muſico el Evangelio, ſiempre aguardaban qne reſpondieſſe antes el que avian elegido por ſuperior, y norte de ſu rum-

rumbo, dexandole libre el lugar, y el campo el reſpeto. De eſta ſuerte ſonaron acordes tantos entendimientos, porque eſtaban templados à una miſma Fè, y à una miſma razon todos. Daba en roſtro à los enemigos la mucha luz, y ſabiduria de aquellos humildes priſioneros: ſiendo ſiempre grande peligro de un entendimiento el convencer un Poderoſo, y mucho mas à un Tyrano; y aſsi arguìan ſolo con los puñales, caſtigando el exceſſo de la razon con muchos golpes. De què os ſirve, dixo un Herege mas atrevido, de què os ſirve la invocacion de los Santos, y de la Reyna de ellos, ſi no ſon poderoſos à libertar vueſtra infeliz vida de nueſtras manos? Si fueſſe conducente à la mayor gloria divina, y à nueſtra felicidad eterna, reſpondiò el Hermano Alonſo Fernandez, con viveza rara, y eloquente energia: la interceſsion de una alma dichoſa, y mucho mas la de la Reyna del Cielo, y de la tierra, nos ſacaria de los filos de vueſtra eſpada, y Dios con una reſpiracion de ſu ira, haria que ſe eſtremecieſſen los Tyranos todos, que infaman la tierra; pero quanto mas glorioſo es à noſotros, y al Cielo morir ſepultados en nueſtro miſmo triunfo, para ſubir luego à tener por ſitial un aſtro, y beber las corrientes puras à la Divinidad en ſu ſeno, paſſando aora ligeramente por las de eſſe Mar inchado. Chriſto no ſe quiſo acreditar Dios en deſcender del duro Leño, ſino en morir amarrado à un infinito ſufrimiento; ni pareciò à ſu Eterno Padre hazaña digna de ſu brazo, arrancarle de aquel Madèro toſco, ſino antes dexarle muchas horas clavado, haſta reſpirar el alma con el poſtrer gemido.

Por eſſa inſolente reſpueſta, dixo el Tyrano, no ſolo mereces, que te eſcupa en la cara, ſino que te obligue con eſta cruel punta à que eſcupas por el pecho la vida. No ſolo yo, reſpondiò aquel corazon, donde reynaban la Fè, el amor, y la oſſadia; ſino todos mis fieles compañeros (y tambien ſubditos) eſtamos deſeoſos de morir varonilmente por la Religion, y por la Fè, ſiempre que el Dios de los Martyres nos quiſiere hazer tamaño favor. O! ò! exclamaron à un tiempo aquellos nueve famoſos Heroes del Reyno de Portugal. O ſi aora, que ſe pone el Sol, rayaſſe ſobre nueſtras cabezas eſta felicidad! O ſi vinieſſen las ſombras de la muerte con las de la noche! Pues eſperad un poco, replicò el Tyrano enfurecido, que yo podrè recabar, que no ſe os dilate eſſe conſuelo: yo harè pedazos vueſtras cabezas, que ſon el Templo del engaño; y las arrojarè al Occeano, porque camine fluctuante el eſcarmiento: y los que preſumidos de ſabios, y de zeloſos, quiſieron volar haſta el Oriente, ò nido del Sol, caeràn precipitados al Mar.

Partieron luego à tomar el orden de Capdevilla, que burlada ſu eſperanza codicioſa, rubricò la ſentencia, de que murieſſen reos de la Fè Catholica. Con que deſpues de aver cenado, saliò la crueldad mas hambrienta à cevarſe en la ſangre inocente de tanto glorioſo Jeſuìta. Repitieron las heridas, ſingularmente à los que hallaban ſeñalados con coronas; y al miſmo tiempo deſde uno, y otro Baxèl los fueron arrojando al Mar, rodeando ocho Tyranos à cada uno, deſpues de averlos deſpojado del humilde veſtido. Los Hermanos Pedro Fernandez, y Juan Alvarez, invocando à Jesvs, con grito amoroſo, ſe hundieron luego, por no ſaber mantenerſe à nado un breve tiempo. Diego Carvallo, y Pedro Diaz, aunque fluctuantes ſobre el Occeano algun rato, cuydaban mas de esforzar los afectos, que no los brazos, calentandoſe reciprocamente aquellos dos eſpiritus, que arribaron victorioſamente al Cielo, antes que los cadaveres ſondaſſen al Mar el ſeno profundo. Quedaban ſolos cinco, que aun reſpiraban ayre puro, cortando con fatigados remos el Occeano, y dilatando ſu ruìna, mientras apartaban la muerte con un brazo, y otro, por no hazerſe complices de ſu naufragio. Y nadando unos àzia otros, ſe vinieron todos juntos, formando con las cabezas un circulo ſobre el agua, que avia de paſſar luego à ſer corona. Aqui empezò el Hermano Alonſo à cantar con voz moribunda, pero dulce, el Pſalmo: *Miſerere*, reſpondiendo los quatro el ſiguiente verſo alternadamente. La noche era la mas obſcura, triſte, y tempeſtuoſa, deſatandoſe las nubes en tanta lluvia, que ella ſola, ſin otros montes de agua, baſtaria à que ſe inundaſſe la vida: y al ſon furioſo del Mar, y de la tormenta, ſupo hazer lugar à ſu harmonìa aquel Muſico nadante Coro de Delfines, q̃ buſcaban lo mas alto del agua: y haſta de la material poſitura componian un acordado inſtrumento, que regalaba el oìdo, y ſuſpendia alguna parte del viento, y el que llegaba bramìdo de el Occeano àzia aquel ſitio, ſe convertia en tierno arrullo. Al cantar aquel verſo divino: *Tibi ſoli peccavi*, ſe eſcondiò en las profundidades del pielago el cadaver del Hermano Alonſo, llegando à beſar la arena con aquel doliente gemido del Profeta Rey en la boca. Siguiòſe im-

immediato el Hermano Andrès Paìs, invocando à JESUS en un clamor tan afectuoſo, como quien gaſtava todo el aliento en aquel ſuave fuerte reſpiro. Al Hermano Fernando Alvarez le ſorbiò la reſpiracion violenta un remolino de agua, quando implorava el dulciſsimo Nombre de MARIA, calandoſe haſta el centro, ardiendo el corazon, el Cadaver frio.

§. IV.

EL Hermano Diego Fernandez, dieſtro en cortar con menos fatiga, y mas ligereza las ondas, fuè rompiendo por entre montañas creſpas, alternando ſuſpiros tiernos con el afàn de los brazos: ſubia fluctuante ſobre montes inchados, y bolvia à deſpeñarſe con ellos, rompiendoſe profundamente en foſos; baxèl animado, de quien uſa ſingular providencia fuè Piloto, y rumbo. Alcanzò un Navio, que iba zorrero, y mal fletado, ſiguiendo con tarda proa la Armada enemiga, y junto à èl una Chalupa, que governaba un Eſpañol, el qual, aunque avia faltado à la honra, y à la Fè, mantenia en ſu pecho las huellas de la piedad, que entre ſus tiernos años avia impreſſo el Cielo en ſu corazon: y reconociendo (aunque con la eſcaſa luz de un faròl tremulo, y de un entendimiento obſcurecido) el nadante Baxèl humano, le ſirviò de Santelmo, y le eſcondiò primero en el eſquife, y deſpues en el Navio. Faltaba el Hermano Sebaſtian Lopez, que ſolo, ſin compañero alguno en la immenſidad del golfo, entre el horror mas fiero de la noche, y de un temporal deſhecho, ſonando pavoroſamente el Occeano irritado, y el viento ſañudo, y ſorbiendo ſus ayes uno, y otro indignado elemento; uſurpaba aquel eſpiritu mas dilatado que el mar todo, ſu cytara à Anfion, y fuè cantando alagueñamente entre las turbaciones del Cielo, y ſobre las del mar. Levantò algun tanto la cabeza deſde ſu ruina, y deſcubriò una luz medroſa, que deſde la popa de un Baxèl esforzaba el reſplandor à deſpecho de la obſcuridad: y aunque ſe dexaba percibir à media legua de diſtancia, alentò los brazos, echandoſe en los de la providencia: con deſeos ardientes de que deſfallecieſſen los eſpiritus en la carrera prolixa, y que no ſe fueſſe à pique el laurèl de ſu victoria, eſcapando la vida. Mas la Eterna Sabiduria le guardaba, no ſolo para teſtigo irrefragable de eſta feliz tragedia, ſino para que fueſſe clarin ſonoro de la Fè Catolica. Alcanzò aquella racional Barquilla los Galeones de la Armada enemiga, que al percibir el eſtruendo eſpumoſo del que brazeaba, le recibieron deſde un Baxèl inhumano con una flecha, y deſde otro con una vala: eſcapò ambos rieſgos, el que avia arribado nadante ſobre los mayores peligros, y ſuſpendiendo un poco el brazo, como ave fatigada, que haze breve pauſa en el viento, haſta cobrar en aquel extaſi de las plumas, nuevos eſpiritus para batir las alas; ſe detuvo lo que baſtò à que acercandoſe la Chalupa, en que ſe avia recogido toda la humanidad de aquel naval Exercito, fuè guarecido con ſu dulce Hermano, elandoſe à la primera viſta uno, y otro con el paſmo de tropezarſe en aquel ſitio; quando ſolo eſperaban, que las almas ſe eſtrechaſſen en el ſeno beatifico, y los cadaveres en el del mar profundo.

De eſta ſuerte diſpuſo la inſondable altura de la providencia, que de ſeſenta y nueve Operarios de la Compañia, que el grande Azebedo deſeaba conducir al Braſil, donde los eſperaba la mas fecunda, y caſi dorada mies; ſolo arribaſſe el Padre Antonio Leon, que aviendo quedado doliente en el Puerto, luego que ſe hallò convalecido, ſe arrojò intrepidamente al mar, ſin que le eſcarmentaſſen los eſtragos que eſcuchaba, la ſangre, y el horror, tropezando la fantaſia, y el Baxèl con los cadaveres de ſus glorioſos Hermanos, que pudieran ſervir al temor de eſcollos vivos: tales ſon las ocultas maximas de la providencia, y tan incierto el rumbo, por donde navega la eſperanza en eſta vida, pues de un exercito numeroſo, y florido, una ſola llegò à dàr fondo en la poſſeſsion deſeada. Pero bolvamos la pluma deſde la digreſsion à la Hiſtoria. No ſe pudo dudar, que el ineſcrutable dictamen de la providencia avia querido (por los fines altos, que ſe huyen à la cortedad humana) mantener à eſtos dos fervoroſos Hermanos la vida, diſponiendo, que eſcapaſſen de el naufragio ſin tabla, braceando entre montes de deſdichas, ſorbiendo ſu miſma ſangre entre las ondas, y la de ſus Compañeros, que teñia el agua por tantas venas. Porque los dos dias, que eſtuvieron priſioneros, y atados, no dando ſuſtento alguno à los otros; llevaron comida à ſolos eſtos dos Hermanos (eſtando divididos todos) ſin averſe deſcubierto motivo, ò razon alguna à la ſingalaridad

dad de eſta providencia, quando acuſaban con igual rendimiento, y eſpiritu los errores de Calvino, y Lutèro, y daban en roſtro con ſu ceguedad al Tyrano en aquella diſputa, que empezò en los Hereges el ocio, y la acabò felizmente en los nueve Jeſuìtas el entendimiento. Y aun aquella noche horroroſa, en que ſe avia de dàr la ultima batalla à la vida, los llevaron à entrambos baſtantes deſpojos de la cena, con que alimentadas las fuerzas, pudieron contraſtar por tan dilatado eſpacio las ondas. Mas no ſerà acertado fatigar las alas de el diſcurſo por aquella dilatada region de la providencia, donde el Cherubin mas ſabio abate con la veneracion ſu pluma; y ſi la oſſadia quiſiere acercarſe curioſamente al Sol, verà derretida al primer buelo una ala, paraque baxe eſcarmentada la otra:

Y porque no faltaſſe otro eficàz argumento de que el odio de la Fè Santa avia ſido el Tyrano en eſte martyrio; luego que avian ſacrificado todas las victimas con alma al Occeano, bolvieron ſu rabia contra las Imagenes Sagradas, Agnus, y Reliquias, haziendolas blanco de ſus injurias, y profanando el piè ſacrilego lo que deſpedazaba la mano. Y aun aviendo paſſado veinte dias deſpues de eſte ſuceſſo, ò triunfo, hallando en un retrete del Navio una eſtatua de el Arcangel San Gabriel, bolviò à calentarſe la ſinrazon, y cortando la cabeza à la eſtatua, arraſtraban tronco el cuerpo por la plaza de Armas de el Navio, y aquel eſpiritu elevado, incapàz de ſer objeto à la indignacion, y crueldad humana, pidiò cuerpo preſtado à un leño, en que pudieſſe padecerla. Ni quiſo Jupiter ſevero mirar deſde lo alto la tyranìa, que ſe executaba en eſtos Heroes victorioſos ſobre aquel teatro undoſo, ſin que fulminaſſe ſu dieſtra algun rayo: porque el principal verdugo, llamado Craſo Pedro de Brovage, arrimandoſe incautamente al borde del Navio, à vèr errantes entre las eſpumas los que èl avia precipitado, penſando que miraba deſde Tarpeya, no yà los eſtragos del fuego, ſino los de el elemento de el agua, cayò laſtimoſamente deſpeñado, ſumergidos de un buelco el eſpiritu, y el cuerpo en el mas profundo abyſmo, tan arrebatado de la deſdicha, que no le permitiò una quexa, y ſe le ahogò el ay antes de nazer en la boca. No fuè menos ſangriento, aunque ſe dilatò mas el caſtigo del infeliz Coſario: porque buelto à la Francia Capdevilla, y retirandoſe à Salies, aldèa ſuya, quando yazia profundamente dormido en el deſcuydo, y en el ocio (olvidado, no ſolo de que tenia à un Dios por enemigo, mas tambien à un Monſiur agraviado) le dividiò una ſegur la cabeza de el cuello, y quedò tronco en el campo, hecho fabula de el vulgo, y ſuſto repetido à la memoria de un Tyrano.

La noticia de eſte nuevo triunfo de la Religion Catolica, y de la Compañia, enterneciò el zeloſo corazon de Borja, llorando la falta que avia de hazer en el Braſil tanta luz eclipſada en ſangre, y muerta en el agua. Agradeciendo al miſmo tiempo à la Piedad Divina, que quiſieſſe honrar con tan repetidos laurèles los Soldados, que èl embiaba, iluſtrando à la Compañia toda (como expreſſa Pio Quinto en ſu Bula.) Y ſe encomendaba tambien à eſtos doze Martyres glorioſos, deſatando ſu eloquencia en elogios ſuyos: ſingularmente de el invencible Pedro Diaz, Caudillo, y exemplo de aquel valiente Eſquadron, à quien avia tratado en Portugal, y no acertaba à referir alguna hazaña de ſu heroyca virtud, ſin formar una exclamacion. Cantò eſte martyrio en verſo bien numeroſo Gerardo Pontano, con doze valientes Epigrammas, donde el eſpiritu poetico, inchado à competencia de el mar, que pinta embravecido, le hurta à la Eſquadra enemiga todo el viento, que ſoplaba en las velas, y ſe vèn nadantes los numeros con los cadaveres ſobre las corrientes eſpumoſas.

CAPITULO XIII.

SALE BORJA EN OBEDIENcia de la Silla Apoſtolica con el Cardenal Alexandrino à las Cortes de España, Portugal, y Francia. Veneracion, y real aparato, con que en todas partes fuè recibido, eſpecialmente de el Rey Don Felipe Segundo; y humildad invencible, con que hurtaba el cuerpo al honor, y al aplauſo.

§. I.

OCupava el gran Selin el Reyno de Chipre, con la eſpada vencedora, y el mundo, con el terror, y con la fama, deſpues de rendidas

Fa-

Famagoſta, y Nicoſia: y ſe temia, que Venecia fueſſe ruina de fuego, que humeaſſe dentro de el Agua, porque inſolente con la victoria ſe inchava en el Mar ſu ſobervia, eſtendida en tantas alas como velas: Ocurriò à eſte eſtrago el zelo de Pio V. uniendo en un noble animoſo cuerpo las fuerzas del Rey Catholico, las de la Igleſia, y las de aquella Republica ſabia, cuyas venas, aunque tan rotas, no eſtavan aun deſangradas. Fuè General de toda eſta Real Armada, y glorioſa liga el eſclarecido Don Juan de Auſtria, à quien profetizò la Victoria el Santo Papa, embiandole à dezir por el Padre Chriſtoval Rodriguez, (que con otros cinco de la Compañia ſe hallò en eſta empreſſa de orden de Borja) que por aquel Otoño veria rojas las eſpumas de Lepanto con la ſangre del enemigo: lo que ſe viò preſto felizmente acreditado. Pero reconocia con prudente reflexion Pio V. que aunque aquella Naval rota humillaſſe la cerviz à la ſobervia, no era baſtante à domarla, ſino ſe repitieſſe la Victoria. A eſte fin deſeava engroſſar la liga ſanta, que avia dexado abiertas las puertas à las Imperiales, à la Francia, Portugal, Polonia, y otras Armas Catholicas. Emprendiò, pues, aora, que unidas en un formidable cuerpo tantas Reales Armas, ſugetaſſen aquel monſtruo, no yà de muchas cabezas, ſino con una cabeza ſola, y muchas hydras: oprimiendo de rebato à Conſtantinopla en la ſiguiente campaña; à cuyo fin ſe avian de juntar docientas y cincuenta Galeras en el Puerto de Mecina, que ocupando los Dardanelos, eſtrechaſſen la reſpiracion en la garganta de aquella monſtruoſa cabeza. Deſpachò à Polonia, y deſpues à Alemania al Cardenal Comendono, y con èl al Padre Franciſco Toledo. A Francia, Portugal, y al Rey Catholico embiò al Cardenal Alexandrino, Miguèl Bonelli, ſobrino ſuyo, Hijo de Hermana, y grande honor de la Religion Dominica, acompañado de el Santo Borja, de cuya authoridad en las Cortes de Portugal, y Eſpaña eſperava el mas feliz exito en eſta ardua empreſſa, y mandò à ſu ſobrino, que no declinaſſe un punto deſte blanco, porque la Cabeza de Borja era el nido de el acierto: y aſsi queria que fueſſe el arbitro en eſte rumbo, pues le fiava el timon de la Nave el Piloto, ſirviendo la preſencia del Cardenal, no tanto à la direccion, quanto al reſpeto.

Hizo que vinieſſe Borja à Palacio, expreſsòle eſte penſamiento, mas como quien pedia dictamen al ſuyo, que como quien uſava imperioſamente de el Cayado, (ſuave modo de mandar con la conſulta, y el ruego.) Preguntòle, ſi ſe hallava ſu ſalud en eſtado de emprender eſta jornada en obſequio de la Igleſia? A que ſatisfizo reverente el Santo, entregando todas las llaves de ſu alvedrio; y mas quando el quarto Voto de la Compañia le hazia con nuevo titulo priſionero: añadiendo, que para èl ſeria ineſtimable dicha, que aquella ſalud cayeſſe deſtrozada en ſervicio de la Igleſia. Iba compañero ſuyo el Padre Polanco, que empezò à repreſentar à Pio Quinto la debilidad ſuya de aquel cuerpo quebrantado, que atendido con los ojos de la prudencia, no podria ſer, que antes de ſalir de la Italia no perdieſſe laſtimoſamente la vida, porque era mover un vidrio quebrado, que ſolo con eſtàr mal unido en el ſoſsiego, diſsimula que eſtà deſpedazado. Que à eſto ſe añadia, eſtàr junta la Congregacion de Procuradores en Roma, y las dependencias de la Compañia neceſsitavan de aquella Alma, y Cabeza. Oyò Pio Quinto eſta repreſentacion con demonſtraciones de algun ſentimiento, y diſguſto, que raſtreò por el ſemblante mudo la prudencia de Franciſco, y anticipandoſe à la reſpueſta, dixo: Santiſsimo Padre, yo conſagro guſtoſo mis poſtreros alientos à eſta jornada. Si Dios me quiſiere conſervar la vida en ella, avrè obedecido à la Santa Silla, ſin que ſuceda la que ſe teme como deſgracia; y ſi perdiere la vida, tendrè la incomparable gloria de averla ſacrificado à la obediencia, y eſtarà el Cadaver ufano en la Urna, de aver ſido victima de la Silla Apoſtolica. Ni ſolo à Eſpaña, ſino à los ultimos terminos de la tierra partiria yo guſtoſamente con ſola una expreſsion de vueſtra Santidad, y llegaria por lo menos mi deſeo, y mi prompta obediencia adonde llega tarde el Sol. Con que en qualquiera eſtremo voy à ganar mucho, y me expongo à perder tan poco, que ſolo puedo arruinar lo que eſtà yà derrotado, y lo que ſiempre valiò poco.

Bañò el ſemblante en mucho llanto el Santo Pio Quinto, y le diò gracias por aquella reſignacion propria de un eſpiritu deſnudo de sì, y de todo lo que no era Dios: Ofreciòſe à cuydar de la Compañia, como ſi fueſſe immediato General de ella, el tiempo que ſe hallaſſe auſente

Borja. Y añadiò, que pues obedecia ciega, y animoſamente en emprender un viage tan prolijo, debia obedecer tambien en el modo, reduciendoſe à caminar en litèra, y à dexarſe aſsiſtir en la jornada, como ſu Santidad queria. Llamòle repetidas vezes aquellos dias, participòle otras maximas ſecretas (y en el ſiguiente Capitulo dexarèmos expreſſadas algunas) fiandolas de ſu zelo todas, deſpues de averle pedido dictamen en ellas. Y como el Doctiſsimo Toledo avia de acompañar al Cardenal Comendono, quiſo el Papa, que le dexaſſe ſeñalado otro Predicador el Padre Borja: que nombrò al erudito, y culto Manuel de Sà. Mas le rogava con ſecreto, que hallaſſe ſu diſcrecion ingenioſa algun modo de rehuſar el honor de vivir en Palacio, à que obligava el Santo Pio Quinto al Padre Toledo. Y aun deſde el camino le repitiò cuydadoſo Borja eſte deſeo ſuyo en una carta, exortandole tambien en ella, à no admitir un ſocorro, que hazia cada año al ſabio Toledo el Papa, por el afán continuado de Theologo ſuyo en la Penitenciaria. Y no baſtaron las porfias de el piadoſiſsimo Paſtor, à doblar el eſpiritu de el Padre Sà, cuyos diſcretos eloquentes diſcurſos fueron mas felizes en eſte punto, que los del Cardenal Toledo. Tal era el deſvelo de el Borja Santo, en que no ſe rozaſſen las cuerdas à tan armonioſo inſtrumento, que acabava de templar la fantaſia de el Divino Ignacio, que quando iba oprimido de los cuydados mas importantes à la Igleſia, y de una intolerable fatiga, encaminado à las mas dificiles empreſſas por la Europa, no quiſo omitir eſte recuerdo deſde la fuga de el camino, haziendo tanto lugar en ſu memoria à eſte reparo, que pudiera repreſentarſe pequeño, à quien no ſe ſirvieſſe de un Sol todo por luz, para governar eſte inſtituto.

§. II.

DIò expediente à la Congregacion con una lentitud preſuroſa, que ſin dexar de ſer prudencia, era priſa, y una como fuga de aquella muſica concertada. Eligiò nuevos Provinciales: promulgaronſe ſantas Leyes: ſe eſtableciò un orden inalterable en las Annuas de que uſa providamente la Compañia, para inſtruìr bien à ſu Cabeza, y eſtampar las huellas de los exemplos en la memoria, bolviendo à difundirſe deſpues por todo el vaſto cuerpo la noticia, que puede conducir à enriquecer el alma, ò la Hiſtoria. Diſpuſo San Ignacio, que ſe divulgaſſen cada quatro meſes todo el tiempo que governò eſta Fabrica ſuya aquella mente iluſtrada. Luego, creciendo preſuroſamente eſta grande Obra de la celeſte Arquitectura, ſe dilatavan otros dos meſes, ſiendo General el ſabio Laynez: y cada año ſolamente en los principios de el Generalato de Borja. Mas aora hallandoſe yà eſte Gigante tan robuſtamente eſtendido, pareciò conveniente diferir la narracion de ſus proezas à termino mas anchuroſo, y à methodo menos prolixo. Señalò Vicario ſuyo al Padre Geronymo Nadal, y llevando al Padre Diego Miròn, Aſsiſtente de Portugal, al Padre Polanco, Secretario de la Compania, al Hermano Marcos, y à los Procuradores, que avian concurrido en Roma por las Provincias de Eſpaña, que fueron el Padre Franciſco Vazquez, Juan Manuel, y el divino Balthaſar Alvarez. Saliò de Roma el ultimo dia de Junio, conſolado de llevar un Colegio movedizo, donde ſe pudieſſe guardar todo el orden religioſo, ſin que lo impidieſſe el tropel confuſo, y aquel inſufrible continuado eſtruendo de la multitud en un camino. Al tomar la litèra, ſe oyeron equivocadas en ſollozos algunas quexas de ſus Hijos, temiendo, que flaqueaſſen de el todo las fuerzas à las primeras jornadas, creyendo que ſalia de Roma à enterrarſe en Eſpaña, y à buſcar el ſepulcro dentro de ſu cuna; mas Borja, esforzò con voz profetica ſu deſmayo con la eſperanza de ſu buelta; aunque ſumergido en lagrimas el roſtro exclamò al miſmo tiempo: O què dulce me ſeria dexar la vida en una Venta, ò en algun Campo, por obedecer al Vicario de Chriſto! O ſi yo fueſſe tan feliz, que me aſſaltaſſe la parca inſidioſamente como ladron en la eſpeſura de un Boſque! O quanto temo, que me ha de durar porfiadamente la vida, por lo que sè que no merezco muerte tan dichoſa!

Año de 1571.

Salieron, pues, de los Muros de la Ciudad Santa, el Cardenal Legado, y el General Borja, Hijo iluſtre, aquel del aſtro de mas benigno fecundo aſpecto Santo Domingo, y èſte del Patriarca Divino San Ignacio: Ofreciendoſe bien digna reflexion à la pluma, al repreſentar unidos un heroe Dominico, y otro Jeſuìta, caminando por la Europa à las empreſſas mas arduas de la Igleſia, y en que ſe

ſe intereſſava tanto la mayor gloria. Acompañavan al Cardenal Legado, incorporados en ſu familia algunos de los primeros hombres de Roma, que iluſtraron la Mitra, la Purpura, y el ſabio Aldobrandino la Tiàra, diſponiendo eſta expedicion la Providencia, porque en los proceſſos deſpuès tuvieſſe tan condecorados teſtigos la ſantidad de Borja. A pocos paſſos fuera de el muro ſuplicò con lagrimas al Legado, que no le obligaſſe à comer à ſu meſa, porque ſu ſalud quebrantada no le permitia eſta grande honra. Diſtribuyò con tal orden las horas en la jornada, que la oracion pudieſſe ſer continua, aunque baſtaria ſolo la de Borja para hazer practica eſta maxima divina. Admiròſe el Religioſo Cardenal Alexandrino, quando ſupo el orden admirable, con que el Borja avia diſpueſto emplearle ſus inſtantes al tiempo, ſin que ſe dexaſſe ninguno al ocio, ni le perdieſſe el deſcuydo: y llamando al ſabio Franciſco Maria Tauruſio, que deſpues viſtiò la Purpura, le diò orden de que diſtribuyeſſe el tiempo à la oracion perpetua entre la familia toda, ſegun el modo con que caminaban los de la Compañia, ſin que hizieſſe pauſa aquella concertada muſica, ni dexaſſe de alumbrar al camino tan ardiente eſtrella.

Llegando al Piamonte, ſaliò el Duque Emanuel Filiberto, à ſaludar al Borja Santo, diſponiendo, que por toda la Saboya ſe le tributaſſe algun particular obſequio, y el grande Arzobiſpo de Milàn San Carlos Borromeo derramò la confianza toda de ſu noble ſeno, aunque tan de paſſo, en el corazon amoroſo de Franciſco. Atraveſaron apreſuradamente la Francia, entonces ſangrientamente dividida, y armada contra sì meſma, y embiò el Rey Carlos alguna eſcolta, que aſſeguraſſe el paſſo, que infeſtava la Heregia, y la civil diſcordia. Nunca dexò el General Borja de dezir Miſſa, por mas que no pocas vezes era preciſo, que ſe formaſſe Altar en el campo, y cerca de el medio dia por el Agoſto exponia la cabeza al incendio, con aſſombro del Cardenal Legado, y del inſigne Aldobrandino, que deſpues fuè Papa Clemente Octavo. En las Ciudades, donde huvieſſe Colegio, ſe hoſpedava con ſus amados Hijos, y deſpues que los avia eſtrechado en ſus brazos, bolvia à ſaludarlos, derramada la mejor eloquencia por los ojos. Y aunque tan de paſſo, ocurriò à muchas aflicciones, y acaſos de los Colegios, que no dexan de influìr los aſtros, por caminar arrebatadamente preſuroſos. De ſuerte, que podria, parecer, que el Prepoſito General de la Compañia avia ſalido de Roma, ſolo à viſitar las Provincias, y Colegios, por donde paſſava. Avia participado ſu jornada à Felipe Segundo, que deſpachò luego à Don Fernando de Borja ſu amado hijo, y entrando en Cathaluña à los fines de Agoſto, le ſaliò al encuentro poco antes de llegar à la Rocca (lugar vezino à la Cabeza de aquel Principado,) y deſpues de aver cumplimentado en nombre de el Rey Catholico, doblò las rodillas, y pidiò à ſu heroyco Padre la mano, y èl le echò los brazos al cuello, con mas ternura de lo que creyò ſu eſpiritu, porque el amor natural calentando inopinadamente el corazon, obligò à los ojos, à que moſtraſſen, que Borja era humano. Dezia el Iluſtre Don Fernando deſpues al Padre Dionyſio, que avia apreciado mas eſta demonſtracion cariñoſa en aquel encuentro, que ſi le huvieſſe ſalido toda la felicidad de el mundo al camino. Mas Borja quedò un poco confuſo de averſe enternecido, y de que el corazon huvieſſe flaqueado, humedeciendo el roſtro antes que ſintieſſe la cauſa el alvedrio; y aſsi tuvo què llorar mucho tiempo el aver llorado, dando unas lagrimas materia à las otras.

Luego què los afectos, que avian enmudecido todo lo que no fueron los ojos, dexaron que ſe cobraſſen los demàs ſentidos, entregò el hijo una carta de el Rey Catholico al Santo, que dezia: *Reverendo, y devoto Padre. Embiando à Don Fernando de Borja à viſitar al Cardenal Alexandrino, he querido eſcriviros con èl, y aviſaros de el recibo de vueſtra carta de dos de Junio; y agradeceros mucho el cuydado, y voluntad con que aveis hecho proveer de los doze Religioſos de vueſtra Compañia para la Nueva Eſpaña. Y deziros, que he holgado grandemente de entender vueſtra venida, y holgarè aſſi miſmo de veros, como os lo dirà Don Fernando, à quien he mandado, que os viſite de mi parte, y me aviſe de vueſtra ſalud. De San Lorenzo veinte y cinco de Agoſto de mil quinientos y ſetenta y uno.* Eſcrivieron tambien al Santo los primeros hombres de el govierno, y entre ellos ſu fiel amigo el Principe de Eboli, alma de Felipe Segundo, cuya carta entre otras clauſulas dezia: *Con toda verdad de mi alma puedo afirmar*

à Vueſſa Paternidad Reverendiſſima, que ninguna Perſona pudiera nueſtro Santo Padre embiar à ſus negocios, y los de la Santa Igleſia à eſta Corte, y Reynos, que tan bien, y gratamente en ellos fueſſe recibida, como lo ſerà ſu Reverendiſſima Perſona. Y el Rey nueſtro Señor (como creo, que con el Señor Don Fernando ſe lo eſcrive) ha de ello recibido particular contentamiento. De mi ſerà ſuperfluo el dezirlo, pues toda Eſpaña ſabe, quantos años ha, que ſoy muy aficionado, devoto, y ſervidor de Vueſſa Paternidad Reverendiſſima, à quien preſto, y con ſalud nos le trayga Dios nueſtro Señor. En la miſma ſubſtancia le eſcriviò el Cardenal Don Diego de Eſpinoſa, Obiſpo de Siguenza, Inquiſidor General, y entonces Preſidente de Caſtilla (debiendo todos eſtos honores al dictamen de Borja) pues ſaludandole toda el alma por la pluma, añadia: *Ha ſido para mi grandiſſimo contentamiento la venida de Vueſſa Paternidad à eſtas partes, que ſea muy enorabuena, y con ſalud, que le deſeamos en ellas ſus ſervidores: como eſpero ſe la darà nueſtro Señor, por cuyo ſervicio ſe ofrece tan de buena gana à los trabajos, y de cuya bendita mano ſe debe eſperar, que reſultaràn de ellos los buenos efectos, que me prometo yo de la mucha prudencia, y ſanto zelo de Vueſſa Paternidad: y por eſta el Señor Don Fernando de Borja, &c. Madrid à diez y ſiete de Agoſto de mil quinientos y ſetenta y uno.* Entro luego en Barcelona, antiguo teatro de ſu zeloſa prudencia, y à ſu viſta ſe excitaron venerables memorias, y ardieron las cenizas: cada corazon era una luminaria à la venida de Borja, y cada lengua una fama, reſonando por las calles en voz de tumulto eſte alarido, que penetrava agudamente aquel humilde pecho: *Viva el Duque Santo.* Compuſo una ſangrienta diſputa, que avia hecho à Barcelona civil campo de Batalla, introduciendoſe à razon la ira. Y el Obiſpo de Mallorca, à quien el Sumo Pontifice avia remitido eſta cauſa (en que ſudava luz la prudencia de aquella grande Mitra, ſin vèr otro efecto, que renacer cada hora una nueva llama, quando creìa que avia paſſado à ſer ceniza la hoguera.) Luego que el Borja iluſtrò con ſu viſta la muralla, levantò los ojos à la Providencia, y exclamò: yà la tempeſtad ſe mudò en bonanza, pues vemos al Santelmo acercarſe à Barcelona. Porque en el arrebatado circulo de un dia ſolo, compuſo el ruìdoſo pleyto, obedeciendo à la voz de Franciſco aquel Iluſtre Principado, yà por coſtumbre de ſu govierno, yà como por inſtinto, que uſurpava ſus fueros al alvedrio todo.

§. III.

DE Barcelona partiò con el Legado à Valencia, y al ſalir vozeaba otra vez la confuſion, viva el Santo Duque Borja, honor de nueſtra Patria, y freno de la inſolencia. Tumultuava el Pueblo por vèr mas de cerca aquel penitente roſtro, ocupado aora de el rubor, y de el llanto. Quando entrava en la litèra, viò que le ſervia cuydadoſo un Cavallero, y era el Mayordomo de el Duque Don Carlos ſu hijo, embiado à que le aſsiſtieſſe con algun diſsimulo. Moſtrò Franciſco, que le diſguſtava eſte favor obſequioſo, mas no quedò eſcarmentado el reſpeto. Porque llegando à la primera poſada, le quiſo ſervir con baxilla de oro à la meſa, ocaſion en que Borja disfrazò el ſentimiento en riſa, obligandole à recogerla, y tambien la vianda prevenida, y à que ſe ſentaſſe con èl à la meſa, honor que rehuſava invenciblemente aquel Cavallero; pero fueron tan vivas las expreſſiones de el Santo, que ſe hallò en el eſtrecho forzoſo, ò de ſer inobediente al dueño, que veneraba tanto, ò dexar quexoſo al reſpeto: el qual huvo de ceder à la obediencia, aunque viendo tan pobre groſera comida, ſe laſtimaba de que una ſalud achacoſa, y tan cercana à la ultima ruìna, ſe alimentaſſe de lo que un mendigo deſpreciava. Obſervò con diligencia, que ſu cama era ſiempre una tabla deſnuda, oyò el eſtruendo, con que la diſciplina enſangrentava aquel cadaver animado, y que aun pedìa licencia à ſu compañero para añadir nuevo martyrio. Todo eſto que atendia curioſo le gaſtava en admiraciones todo el eſpiritu, no le quedando apenas atencion libre el alma para reſponder à las preguntas, que tal vez le hizo Borja. En Monviedro (poblacion un tiempo fecunda de hazañas, y oy de ruìnas, que acuerdan à la antigua Sagunto ſus memorias) aviendo concurrido un criado de el Arzobiſpo de Valencia à viſitar anticipadamente al Borja, le pareciò al Mayordomo diſponer mas decente la comida, aunque ſin aparato, que deſdixeſſe de la pobreza. Mas Borja mandò diſtribuir los peſcados, y todo lo que ſe huvieſſe añadido entre los pobres de Monviedro, porque eran tras nobles indefectibles combidados de Borja,

la

la templanza, la mortificacion, y la pobreza.

Quando ſe acercaban à Valencia, hallò ſu litèra rodeada de una florida iluſtre tropa, que Capitaneava el Duque de Gandìa con ſu hermano Don Alonſo de Borja, y con ſu hijo Marquès de Lombay, que ſe anticipaban anſioſos à encontrarſe con la felicidad: arrojaronſe de los cavallos los dos hijos, y el joven nieto, y doblando la rodìlla, le pedian la mano, echòles ſu bendicion uno à uno, manteniendo ſerenos los ojos en eſte encuentro, porque avian eſcarmentado en el reciente caſtigo. Fueron llegando los criados de la Caſa de Gandìa, y los Vaſſallos de mas honra, que iban enmudeciendo à ſu viſta: pues al mirar à ſu antiguo Dueño con el trage de la penitencia, ſe aſſomaba à los ojos la memoria de lo que avia ſido en Eſpaña, y en Gandìa. Entre todo aquel feſtivo recibimiento lo que llevò algun rato la viſta apacible de el Santo, fuè el Adonìs Marqueſito de Lombay ſu Nieto, que manejeba garboſamente el Cavallo, y ſiendo eſta la vez primera, que le reconociò la viſta, paſsò tambien à reconocerle la eſperanza, atendiendo en ſu ſemblante bello aquel caracter florido, con que el alma ſuele imprimir el genio en el roſtro. Caminava divertido el Santo, quando ſacò la cabeza cuydadoſo al eſtruendo de otro eſquadron lucìdo, que cubria el campo de Cavallos, y carrozas, en que el Virrey Conde de Benavente, el Arzobiſpo, la Ciudad, y la Nobleza bien ordenada ſe apreſuraban à recibir al Cardenal Legado, y al Padre Borja, à quien tenian hoſpedage prevenido en San Miguèl de los Reyes, inſigne Monaſterio de el Orden de San Geronymo. Eſtava Borja receloſo de que la multitud vozeaſſe algun elogio ſuyo; y cada grito, que le apellidaſſe Duque Santo, le introducia un veneno por el oìdo. Con que ocupava todo el diſcurſo en hallar modo de huir el cuerpo à la vana ſombra de aquel aplauſo, introduciendoſe en el Colegio de la Compañia, ſin que fueſſe obſervada de la atencion ſu fuga. Y como tenia un entendimiento claro, y una vivacidad, que ſe flechava al acierto, como ſaeta bien deſpedida al blanco, mandò al Duque ſu hijo, que fueſſe luego à dàr la obediencia al Cardenal Legado con todo aquel viſtoſo concurſo, que avia traìdo; replicava el Duque atento, que yà no era tiempo oportuno de ſuſpender el movimiento, con que caminava cercado de la multitud el Cardenal Alexandrino: que baſtava ſaludarle con el reſpeto deſde el Cavallo, haſta que llegaſſe el tropel numeroſo à los umbrales de el Monaſterio, eſpecialmente quando èl iba cumpliendo aquella obligacion tan guſtoſa, que le avian impueſto el amor, y la naturaleza. Mas el Santo Borja repitiò tanto la inſtancia, que el Duque inclinò la cabeza, y dando de eſpuelas al Cavallo, fuè à encontrarſe con el Cardenal Alexandrino. Luego que Borja ſe viò ſolo en campo abierto, aceleraba el paſſo torciendo dieſtramente el camino; y ſe entrò por la puerta de San Vicente mas vezina al Colegio, Viernes catorze de Septiembre de mil quinientos y ſetenta y uno, burlando la eſperanza de tan corteſana noble comitiva, como quien eſtava bien enſeñado à caminar por aquella ſenda deſconocida, que corre ſeparada de la pompa, y conduce la humildad à termino bien opueſto al de la grandeza humana. Año de 1571.

Elòſe por algun tiempo el corazon, y el paſſo de todo aquel famoſo concurſo, quando echò menos al humilde Duque San Franciſco: la pleve gritava errante por el campo, y luego paſsò à las calles el tumulto, preguntando à las piedras, y à todo lo mudo por el Duque Santo? Los Cavalleros, dexando imperfecto algun eſpacio el acompañamiento, quando ſe acercava el Cardenal à ſu hoſpedage prevenido, corrieron por diverſas puertas del muro à reconocer nueſtro Colegio, que hallaron preocupado de el vulgo, y la Igleſia florida con la mas alta femenil Nobleza, ſabiendo, que aquel ſagrado avia de ſer el primer ſitio, que ſaludaſſe Borja al dexar la litèra. Y no pudiendo mantenerſe en piè por el dolor de la gota, ſe hizo llevar entre dos Hermanos à la Igleſia, donde profundamente humillado daba algunas lagrimas al conſuelo: mas interrumpiòle un tropel de vulgo, y levantado en alto, ſe viò entre los brazos de la fidelidad, y de la veneracion, caminar por el viento. Saludò à las Señoras, que algunas eran Parientas cercanas; no acabando de admirar bien en aquel modeſto penitente roſtro, y en aquel trage del deſprecio la eſtatua mas viva de el deſengaño: y quiſieran deſpedazarle à reliquias el mantèo. Deſde la Igleſia fuè llevado à la cama, rendido à la crueldad de la gota, y al peſo de la fatiga; mas concurriò à ſu apo-

 ſento

ſento toda la gente iluſtre de Valencia, à que no debia negarſe, por el caracter publico con que venia, y por recien llegado deſpues de tanto tiempo à los muros de ſu Patria. Y de verdad no hallò colores baſtantemente vivos para repreſentar bien à los ojos las demonſtraciones de alegria, que en la venida de el divino Borja ſupo dàr la Ciudad de Valencia, y alegraron ſus margenes al Turia: El Pueblo concurriò exalado, no yà à viſitarle, ſino ſolo à verle, ò à oìrle, porque algun ſentido ſi quiera llevaſſe noticia de aquel Santo à ſu Caſa, y poder contar à los venideros, que avian viſto, ò eſcuchado al iluſtre Franciſco de Borja. Unos dezian, yo le vì de cerca; otros, yo le vì de frente, obſervando menudamente la ſimetria, y facciones de aquel ſemblante macilento. Otros ſe quexaban de no aver podido coger el ayre al roſtro, por atenderle deſde un lado.

§. IV.

VIno luego al Colegio de la Compañia el diſcreto Arzobiſpo, y Patriarca Don Juan de Ribera, cuyo zelo ſabio, esforzando ſu llama, alumbrò en toda la Igleſia, y encendiò con el reflexo la fama, que oy vota lamparas à ſu ceniza, y à ſu memoria: apenas ſe acercò à la cama en que Borja yazia, quando diò ambas rodillas ſubitamente à la tierra, y Franciſco con deſacoſtumbrado horror, eſtendiendo los brazos en forma de Cruz: diò un grito eſpantoſo, rogandole por el que ſe avia deſangrado en un Leño, que no dieſſe tan cruel martyrio à un corazon fatigado. Levantòſe à eſta voz clamoroſa el Santo Patriarca; mas al arrimarſe al lecho de Borja, bolviò à doblar reverente la rodilla, ſin ſer dueño de sì meſmo, y le fuè à beſar la mano. Repitiò Borja el grito, con aſſeveracion de que ſe arrojaria deſnudo al ſuelo, à trueque de no ſufrir aquel intolerable rendimiento, en un Prelado à quien ſe debia el mas profundo reſpeto, y deſpues que tomò la ſilla le rogava el Borja, que no quiſieſſe ſer humilde tan à coſta de ſu paciencia, y que porque le hallava impedido en aquel lecho, le avia uſurpado el oficio, que à eſtàr en piè huviera executado. Mas què pluma podrà expreſſar con viveza el conſuelo de dos tan amantes corazones en aquella viſita; ſi los afectos no ſe permiten à los pincèles, ni las almas à los colores? Eſtava preſente Don Carlos, Duque de Gandìa, que rehuſava tomar aſsiento à la preſencia de el Padre Borja, mas el Santo Patriarca ſe levantò de la ſilla, haſta que èl Duque ocupaſſe otra, como ordenò Borja, por no faltar à la obediencia con la corteſia; aunque no pudo recabar el Patriarca que le mandaſſe cubrir la cabeza; porque deſeava, que el hijo vengaſſe con eſte reſpeto aquel primer agravio, que en trage de reverencia avia hecho al Padre tan Santo Patriarca. De quien no pudo alcanzar, que no le dieſſe tratamiento de grandeza, aunque tenia tan religioſa la vida, porque reſpondiò ſiempre aquel admirable Prelado, que le tratava de Señorìa Iluſtriſsima, no por lo que avia dexado en el ſiglo, ſino por la dignidad que ocupava de General de la Compañia; y Borja hallò algun conſuelo en el motivo, pues no le recordava otro eſtado, que el de Religioſo.

Al deſpedirſe aquel inſigne Prelado, faròl del mundo, bolviò à rodear con ſus dos Prebendados el humilde lecho, rogando al Santo quiſieſſe iluſtrar ſu Igleſia con un Sermon el Domingo, ſi dieſſe alguna tregua aquel dolor porſiado, porque eſtava impaciente tanto noble deſeo, haſta verle, y eſcucharle en publico: y que ſi no pudieſſe mantener en piè el cuerpo, ni esforzar la voz deſde el Pulpito, baſtaria, que derramaſſe ſu bendicion ſobre el Pueblo, para que quedaſſen ſatisfechas las anſias de aquel teatro. Repreſentava el Santo Borja la impoſsibilidad de eſta empreſſa, pues aun quando no ſe hallaſſe reducido à la cama, el concurſo de viſitas le robava todas las horas. Mas no ſe aquietava el zelo de aquel Prelado, repitiendo, que aunque eſtuvieſſe mudo, ſolo con dexarſe vèr deſde lo alto, tomaria voz ſonòra ſu exemplo. Pero valiendoſe aora de un ſabio diſsimulo moſtrò quedar ſatisfecho: y partiò à verſe con el Legado, à quien ſuplicava, quiſieſſe dezir Miſſa de Pontifical el Domingo immediato, por conſolar al Pueblo; y aviendolo conſeguido, eſtendiò el ruego, à que recabaſſe del Padre Franciſco, que iluſtraſſe aquel dia ſu Pulpito: ardid ingenioſo, à que huvo de rendirſe Borja, ſin hallar camino à la fuga. Fuè tan numeroſo el concurſo, aviendo madrugado con la Aurora los mas de la Ciudad à ocupar ſitio, que no podia romper doliente el Orador al ſubir al Pulpito: conduxeronle en brazos con expectacion de aquel teatro florido, y al vèr

en

en aquella altura al antiguo Duque de Gandia, ſe eſcuchò un alarido por toda la Igleſia, de ſuerte, que antes que empezaſſe à arder el Orador, yà avia encendido en los oyentes mucha llama, y derramado copia de luz. Predicò el Evangelio de aquel feliz difunto reſucitado, hijo de la Viuda de Naìn, con tan milagroſa eloquente expreſsion, que ſu lengua fulminava lo miſmo que dezia: y lo que pareciò digno del aſſombro, ſin aver podido abrir libro, ni conceder una hora de tiempo al diſcurſo, como en la ſalutacion confeſſava èl miſmo, ſe moſtrò tan dueño de la Eſcritura, y de la ciencia myſtica, que no ceſſava el iluſtre ſabio Arzobiſpo de elogiar aquel facundo milagro (que corre entre ſus obras en varias lenguas.) Eſcuchavanſe gemidos, y vozes en los oyentes, que confundiendo al Orador ſus expreſsiones, esforzavan con todo eſſo ſu razon à la eloquencia con oprimirla.

En quatro dias ſolos, que eſtuvo en Valencia diò à ſu fama ſiglos de vida, y guardaràn eternizada eſta memoria las Riberas del Turia. Ni debe callar algunas proezas de eſtos dias la Hiſtoria, viniendo aqui ſu narracion mas oportuna. Aſsiſtia el Duque ſu hijo continuamente en el apoſento del Santo, mas ſin ponerſe el ſombrero, ni tomar ſilla un inſtante ſolo, por mas que le inſtavan los Padres del Colegio, que ſe hallarian obligados à mantenerſe en piè aquel tiempo todo, à no aver ocurrido la corteſanìa en la lengua de Franciſco, que mandò ſentarſe à los Jeſuìtas, y que el Duque eſtuvieſſe levantado, porque los unos, dezia, ſon hermanos, y el otro es hijo: Veis aqui una reſpueſta hija de ſu diſcrecion en todo, y en pequeño relampago que deſcubre muchos fondos de corteſano en aquel entendimiento. Quando arribò à Valencia ſe hallava fatigado el Colegio de la Compañia, intentando el Rector de aquella Univerſidad ſabia cerrar el paſſo à la juventud florida, que frequentava nueſtros Eſtudios bien numeroſa, con algun menoſcabo de aquella iluſtre antigua Academia. Publicoſe la Bula de Pio Quinto, que concede à la Compañia eſte privilegio luſtroſo, y deſeaban los Jurados mantener la razon del Colegio. Pero inſiſtìa en ſu quexa todo el clauſtro, y tumultuaban las ciencias, no yà en diſputa con ſutiles diſcurſos, ſino teñidas las armas en el color de los afectos. Avianſe unido con la Compañia en eſte punto la Religion Seraſica, los Padres Carmelitas, y la Familia del grande Aguſtino, recurriendo à la proteccion del Señor Felipe Segundo. Mediaba el inſigne Patriarca Ribera, ſugetando las quatro Religiones toda ſu cauſa al arbitrio de ſu prudencia: mas hallò obſtinadamente cerrada la puerta à la concordia. El Padre Luìs de Santander, Rector de el Colegio de la Compañia, cuyo genio era el corazon de la dulzura, ſe fatigava con ſolo el nombre de la diſcordia, y ſintiendo los efectos de ella, deſangrava en llanto toda la alma, pidiendo à Dios un Iris que ſerenaſſe la tormenta. Concediòſele el Cielo en el ſemblante de Borja, que dexò aquel mar placidamente ſoſſegado con una reſpiracion de ſu entendimiento, porque ſe ha de confeſſar que Borja tuvo imperio en las mas deſechas borraſcas, ſolo con bolver los ojos àzia las olas.

El Virrey Conde de Benavente no quiſiera arrancarſe de la converſacion del Santo Borja un ſolo inſtante del dia, y con eſta ocaſion oportuna le infundiò tan noble deſengaño, que huvo meneſter mucha voz, para cantar deſpues la fama ſu exemplo. Hallavaſe el Padre Borja reconocido à la aſsiſtencia, y cortejo de ſu hijo Don Fernando, haziendo reflexion tambien ſobre averle deſpachado à eſte fin el Rey Catholico: y aora al partirſe de Valencia, rogava al Duque de Gandìa, que, ſi diſpuſieſſe el Cielo (como eſperava con rara firmeza) que ſalieſſe con el Condado de la Oliva, que pleyteava, ſeñalaſſe à Don Fernando otros ochocientos ducados de renta ſobre los alimentos que tenia, por lo que le avia aſsiſtido deſde la Roca, por orden de tan grande Monarca; y por aver ſido el primero à quien aora avia ſaludado de toda ſu familia. Besò el Duque la mano al Santo Borja, y entregò al punto una obligacion juridica, ſellada con la obediencia, y con la ternura. Eſtava entonces pendiente la ſentencia, y el Duque aunque favorecido de la Juſticia, recelava no sè que ſimilitud oculta, que tienen los ſuceſſos de Aſtrea con los de Marte en la Campaña, donde un acaſo ſuele dàr una victoria, contra todas las leyes del arte militar, y contra todo lo que eſperava la razon deſde la eſperanza. Mas luego que oyò aquella propoſicion del Santo Borja, entrò en nuevas regiones

ſu

ſu confianza, no dudando, que en aquella condicional ſe diſsimulava una profecia, y que aquel eſpiritu avia viſto con luz divina inclinada àzia el Duque la valanza: como ſucediò à breve tiempo, ſaliendo à ſu favor la ſentencia. Mas aunque Borja huvieſſe previſto altamente eſte feliz ſuceſſo, me parece mas digno de elogio en aquel noble eſpiritu el deſvelo de moſtrarſe grato à un obſequio, que por todos los titulos de la naturaleza le era debido, que no eſcucharle Profeta iluminado.

Tuvo el Cardenal un combite eſtos dias en Valencia, à que, ſin parecer groſera la templanza, no pudo negarſe el Santo Borja: En èl, valiendoſe la humildad de la porfia, recabò del Legado que le dexaſſen, no ſolo ocupar el aſsiento ultimo, ſino comer en piè, y deſcubierto, accion, que ſolo huviera podido conſeguir ſu llanto, pues à trueque de no verle tan afligido, fuè meneſter que ſe le dieſſe à ſu heroyco eſpiritu eſte conſuelo: y es que deſeava aora mas que nunca verſe profundamente humillado, por eſtàr en aquel noble ſitio, donde antes avia ſido el idolo al reſpeto. Tampoco ſe pudo recabar del Santo, que entraſſe en la Carroza del Cardenal Alexandrino, ni que ſalieſſe algun dia como Miniſtro del Papa à publico teatro: una vez que le fuè preciſo en Madrid concurrir à una funcion ſolemne con el Cardenal, iba tan confuſo à ſu lado, que tropezava en sì meſmo, haſta que dexando que ſe divirtieſſe un poco el Legado, con el pretexto de que la Purpura ſe obſcurecia entre el polvo, que arraſtrava, fuè ſirviendo de Caudatario, por mas que forcejava el diſcreto Cardenal, yà con la razon, yà con la mano, y yà con el ſentimiento: mirando con aſſombro la Corte de Eſpaña aquella ſangre Borja, que calentò repetidamente la Tiàra, ſervir humildemente à una Purpura. La noche antes que ſalieſſe de Valencia hizo à la Comunidad una exortacion divina, enſeñando lo mucho que importava unir la oracion con la penitencia: y el ſuave modo de arrancar el corazon de todas las afecciones del mundo. Finalmente en aquellos quatro dias fueron tan repetidas, y tan glorioſas ſus hazañas, que baſtarian à enriquecer de exemplos una hiſtoria, y à ilnſtrar ſus paredes al Templo de la fama. Ni quiſo llegarſe à Gandìa, como el Cardenal le rogava, y parece que huìa cuydadoſamente aun de bolver los ojos à reconocer aquella florida campaña, porque la dulzura, con que inſenſiblemente alhaga por la viſta el patrio ſuelo, no le ſobornaſſe el corazon poco à poco, haſta ganarle por ſopreſſa algun afecto.

CAPITULO XIV.

HONOR, CON QUE FUE RECIbido en la Corte de Madrid, eſcuchando ſu voz el Rey Felipe Segundo, como reſpueſta de Oraculo. Trata felizmente las dependencias, que avia pueſto à ſu cuydado el Papa Pio Quinto: y entre otras la competencia reñida entre los Tribunales Reales, y Ecleſiaſtico.

§. I.

ADelantòſe Don Fernando de Borja, veſtido el trage de la eſperanza (aun deſpues de aver tropezado con la dicha:) diò cuenta al Rey Catholico del arribo del Cardenal Legado, y del Padre Franciſco. Deſpachò ſu Mageſtad en lugar de Don Fernando al Conde de Olivares, que lo conduxeſſe, donde los eſperava el deſeo, con el aparato de la magnificencia en Felipe Segundo. Pidiò licencia Borja al Legado para torcer un poco el camino, por viſitar, aunque tan de paſſo, la Caſa de probacion, que en Villarejo avia fabricado el generoſo Don Juan Pacheco; cuyo bizarro eſpiritu ſupo hazer acordes lo devoto, y lo Cavallero. Su Muger Doña Geronyma de Mendoza, que avia bebido la piedad entre el eſplendor de ſu alta cuna, obſerbava con tan ſilencioſo reſpeto todas las acciones de Borja, como ſi huvieſſe baxado deſde el Cielo à ſu caſa, y huvieſſe de bolverſe con mucha priſa à ſer Ciudadano de la Gloria. En pocas horas à modo de rayo inquieto, y fogoſo reconociò todo aquel Noviciado, hizo una platica llena de alto ſentimiento, eſtampando huellas de luz en el corazon de cada Novicio. Alcanzò al Cardenal antes que llegaſſe à Madrid, donde entraron à veinte y nueve de Septiembre, ſeñalado con la feſtividad del Principe San Miguèl. Era tanta la muchedumbre, que ſe anticipava à encontrarſe con el Santo Borja, que los caminos eſtavan embarazoſos con el tro- Año de 1571.

tropèl de carrozas, y cavallos, ſiendo preciſo parar la litèra à cada movimiento, por ſaludar algun grande pariente, ò corteſano. Obſervò entre otros à un Cavallero, que manejava dieſtramente un galàn animoſo bruto lleno de altivèz, y de eſpiritu, y que arraſtrava àzia sì los ojos de el vulgo: sacò la cabeza el Santo, por [illegible]imero al aplauſo, y agradecer con la atencion aquel obſequio. Y poco deſpues llegò un Gentil Hombre de aquel Cavallero, y un Lacayo tràs dèl, que conducia al cavallo, no bien enjuto aun de la fatiga, y de la eſpuma. Dixole, que el dueño avia obſervado, que le avia merecido alguna atencion el movimiento, y generoſidad de aquel bruto, y que no pudiendo ignorar la deſtreza, con que ſiendo Duque de Gandìa los manejaba, ſe perſuadia, à que no avia perdido la aficion con mudar el veſtido, pues nò dexava de ſer Cavallero por ſer Religioſo: celebrando no poco tener alhaja, que pudieſſe ſerle de guſto. Oyò Borja con algun empacho eſte razonamiento, y reſpondiò feſtivo, que èl apenas ſabia lo que huvieſſe ſido en el mundo: que aora ſe hallava en un eſtado incapàz de exponerſe en publico con tanta gentileza, ſin que fueſſe igual el eſcandalo al eſtruendo, y à la riſa. Que no ſiendo decente à ſu profeſſion tener cavallos generoſos, lo era ſolo poner freno à ſus apetitos deſvocados. Que el averle robado la atencion en aquel viſtoſo encuentro, no ſe debia tanto à la noble fogoſidad del bruto, quanto à la admiracion de vèr un tan grande hombre de à cavallo, que no ſe acordava aver hallado quien le excedieſſe en la deſtreza, ni en la gala en todo lo que avia viſto en la Europa.

Entrò en la Corte de Eſpaña el Grande Borja, acompañado de la primer nobleza. Saliò al recibimiento el Rey Catholico, añadiendo mucha preſuncion al dia, y al concurſo, grande honor al Cardenal Legado, y al humilde Padre Franciſco. Avia llegado el Cardenal Eſpinoſa haſta Guadalaxara, por ſaludar anticipadamente al Cardenal Alexandrino, y al Santo Borja; y aora entrava en Madrid aquel ſabio Rey en medio de las dos Purpuras, en que reverberava tan vezina la Mageſtad. Antes que dieſſe audiencia al Cardenal Alexandrino, hizo que Borja vinieſſe à Palacio, ſin darle tiempo alguno à que deſcanſaſſe de la fatiga del camino: y al reconocer que entrava por el ſalon, ſe fuè à encontrar con èl, le echò inopinadamente los brazos al cuello, y eſtuvo aſsi mucho rato, deſeoſo de imprimir aquel exemplar divino en ſu pecho: y con ſenſible ternura le dixo, que le avia eſtrechado aora amoroſamente en ſus brazos en reconocimiento de lo que èl le avia acariciado en los ſuyos aquellos años primeros: que le aſſegurava aver ſentido en el corazon con ſu preſencia una deſacoſtumbrada ternura, que ſola el alma la entendia, mientras ſu explicacion la ignorava. Y añadiò, que tenia muchas coſas que fiar à ſu prudencia, aſsi proprias de el govierno de ſu alma, como de el de ſu Monarquia. Paſsò luego à beſar la mano à la Reyna, que le tratò como à Santo, hallando la Mageſtad que reſiſtir en el impulſo de inclinar la rodilla al ſuelo. Embiòle el Rey Catholico un grande regalo, luego que ſe retirò al Colegio; favor en que tuvo no poco que conſagrar, ò que ceder la humildad al reſpeto.

Era tanta la ocurrencia de viſitas corteſanas, de interceſsiones, conſultas, y otras dependencias, yà foraſteras, y politicas, yà domeſticas, y proprias, que ſolo aquel corazon dilatado à competencia del mar pudiera aver reſpirado ſin ahogo entre tan immenſas olas, ſirviendoſe por remos de las alas. Mas como el primer cuydado era ſacar ſu corazon del mundo, y unirle apretadamente con ſu dueño, ſe hurtava algunos dias al comercio, retirandoſe deſde la primera luz del Sol haſta la ultima, à caſa de ſu hijo Don Fernando de Borja, y aviendo madrugado à ſalir de el Colegio con la aurora, yà avia tenido oracion prolija, y ſe avia acercado à la auguſta Meſa, y conſagrado deſpues algunas lagrimas al reconocimiento de favor tan divino. Cerrabaſe luego en un Oratorio de la caſa de ſu hijo, y ſe entregava à un ſilencio profundo, donde no ſe eſcuchava ruìdo, ni en el apoſento, ni en el eſpiritu, y ni aun la imaginacion ſe movia, por no turbar aquel ſueño arrebatadamente ſoſſegado, dexando Marta à Maria tan ſola, que no ſe atreviò de reſpeto à entrar en la quadra. Deſpues de diez, ò doze horas de eſte ſueño extatico, deſpachava las conſultas, que pedian el examen todo de un examen todo de un juizio iluſtrado; y daba otras reſpueſtas à papeles, y cartas, que expreſſavan reſervadamente dudas, y fatigas. Andavale buſcando atropelladamente por las calles de Madrid, yà la ambicion, yà el interès, y no le tropezava, porque no queriendo dezir adonde ſe eſcondia fugitivo, no podian dàr razon

algu-

alguna de Borja en el Colegio, ni aun èl ſabia entonces de sì miſmo.

§. II.

VIſitava con la mayor frequencia, que la multitud de cuydados le permitia (hurtandoſe tal vez el alma à sì miſma) à ſu Venerable hermana Sor Juana de la Cruz, Abadeſa de las Deſcalzas Reales, à quien traxo de Roma una bella Imagen de MARIA, copia de aquella, en quien ſupo infundir verdad animada el pincèl de un Evangeliſta: y diò otra al Real Convento, que oy guarda la veneracion en el Relicario, y en el Coro. Concurrian todas aquellas nobles almas à conſultar con el Santo ſus dudas, atendiendo à Borja, no ſolo como à columna de tan real fabrica, ſino como à fundador, y alma de ella. Hizo varias exortaciones à toda aquella Comunidad florida, reberberando en luz divina el Relicario, donde platicava. Diſpuſo algunas leyes, que mantuvieſſen vigoroſa la obſervacia, eſtrechando à la mas alta pobreza aquel ſayàl precioſo, con que ſe enriquece una alma. Ni atendia ſolo à cultivar el eſpiritu, ſino tambien los intereſſes del Convento. Alcanzò facultad de Pio Quinto, para que pudieſſe reconocer, y aprobar el Cardenal Legado unas eſcrituras, que hizo la Princeſa à favor del Convento (ſobre que avia expedido tambien un Breve Pio Quarto) y neceſsitavan de eſte alto apoyo, ſegun las leyes de ſu inſtituto. Mas porque la Princeſa, y muchos ſabios que conſultava, avian formado prudente duda, ſi algunos de los caudales, con que ſubiò por el viento eſta fabrica, fueſſen de libre diſpoſicion ſuya, aviendo traido de Lisboa alguna riqueza; conſiguiò del Rey Don Sebaſtian el Santo Borja en eſta jornada, que dieſſe libre facultad à ſu Madre la Princeſa Doña Juana, para que expendieſſe à ſu arbitrio aquella ſuma, y que ſi fueſſe meneſter arrancaria los diamantes de mas fondo à ſu Corona.

Mas què hyperboles de la mas culta eloquencia repreſentaràn bien la alegria, que ocupò el alma toda de aquella eſclarecida Princeſa en la venida de Borja, à cuya ſantidad confeſſava deber ſu eſpiritu el ineſtimable teſoro del deſengaño, y aver hollado ſus profanidades al mundo en la edad del peligro? Admirabaſe la Princeſa de que eſtuvieſſe mudo Borja contra aquella infame calumnìa, que avia vomitado groſeramente la embidia; aora que ocupando la oreja, y el pecho de el Rey ſu hermano, podia con un leve ſoplo, que ſuſurraſſe al oìdo, arrojar, no ſolo de la Corte, ſino del mundo à tanto monſtruo. Mas Borja avia arrojado el nombre de ſus emulos al rio del olvido, de ſuerte, que ni à la Princeſa le quiſo fiar aquel ſecreto, en que peligraban la honra, y la vida de algunos. Y entre tanto ellos miſmos, aunque eſtavan confuſos, no [illegible] dieron eſtàr temeroſos, porque ſabian, que el averle atezado la fama en punto tan delicado, era el motivo mas poderoſo para aſſegurarſe de tener favorable el aſpecto, y los influxos de aquel aſtro. Y ſi el conſuelo, que tuvo la Princeſa en el arribo à la Corte el Santo Borja cabe mal à la pluma, como podrà expreſſarſe bien el que tuvo en Madrid, y en toda Eſpaña la Compañia? Si dilataban à ſu preſencia los corazones mas eſtraños, què harian los de ſus amantes hijos? Concurrian à venerarle de muchos Colegios, los Provinciales aceleraban el paſſo, porque temian que ſe deſapareccieſſe preſto, pues venia à ſer conſuelo ſuyo, con que el temor de no encontrarle, y la anſia de verle, quiſieran romper breve camino por el viento. Un dia antes del Alva ſe eſcapò Borja como fugitivo de Madrid al Colegio de Alcalà, à quien tuvo particular amor: y no aviendo podido detenerſe ſino aquella mañana, le rogaban ſus hijos, que hizieſſe una breve exortacion à la Comunidad toda, que deſeava con impaciencia eſcuchar algunas expreſsiones encendidas de aquella boca, por donde el amor reſpirava. A que ſatiſfizo con alguna riſa, que venia mas à buſcar alivio en reconocer aquel amado Colegio, que no à fatigar el eſpiritu, y que no avia venido à la Corte como General de la Compañia, ſino como Miniſtro del Papa. Con todo eſſo ſin detener reflexiones la memoria, mandò, que la Comunidad ſe hallaſſe junta, y tomando aquellas ultimas palabras del Pſalm. 89. *Et ſit ſplendor Domini Dei noſtri ſuper nos*, dixo ſentencias divinas, tan fecunda ſu Oracion de ellas, como la de Uliſes, de quien celebrò Homèro, que ſe parecia à la nuve, que deſpide copos de nieve. El ſe hallava en la lengua los textos mas oportunos, y los mas eloquentes conceptos, ſin recurrir à los libros, y en muchos rebatos de la mas preſuroſa fuga, ni aun tuvo tiempo para buſcar en la memoria las eſpecies, ò huellas que huvieſſe dexado la ſabiduria.

Aſsiſtia continuadamente à Palacio, cuyas loſas piſava aora con miedo, en el recuerdo de averlas piſado tantas vezes en

tra-

trage de Corteſano ; y eſta reflexion le obligava à poner mas cauto el piè. A las dependencias de ſu Embaxada aſsiſtia como noble inſtrumento de ella, y como Miniſtro de el Papa, aviendo expedido ſu decreto el Señor Felipe Segundo, para que ſe le trataſſe con el miſmo obſequio que al Legado ; ſegun el caracter con que en deſpachos le honrava Pio Quinto, ſiendo èſte uno de los verdugos crueles, que arraſtrando pompa, y honor, martirizaron ſu humilde corazon en las Cortes de Eſpaña, y de Portugal. Mas no fuè eſte el mas inſufrible peſo, que ſe reclinava ſobre los ombros de Borja, ſino el que Felipe II. en eſte tiempo cargò ſobre ſu experiencia, que en ſuma fuè el de toda la Monarquia, no ſolo como gran Valido de ſu Monarca, ſino como dueños eſpotico de aquella Nave entonces victorioſa. Recabò todo lo que Pio V. deſeava en los esfuerzos de la liga con ſegunda Armada mas poderoſa; y en los medios de extinguir la fatal hoguera, que ardia la Francia. Diò expediente à lo que acerca de Marco Antonio Colona le avia encargado ſecretamente el Papa, como tambien à la dependencia del Oficio de Economico de Santa Maria de la Eſcala, Prepoſito de Milàn, y à las de Coſme de Medicis, Duque de Florencia. Otro grande negociadó tratò à ſolas con Felipe II. ſin intervencion de otro Miniſtro, que diò prolixa materia al diſcurſo, y al ocio corteſano ; no ſe deſcubriendo un rayo de luz, que guiaſſe la razon, ó la congetura àzia el aſſumpto de eſta conferencia : y ſolo pudo averiguar entonces la malicia, y aora la pluma, que èſta fuè la mas dificil, y mas alta empreſſa de Borja, y que la dexò felizmente concluìda à ſatisfaccion del Papa. Poco deſpues, que alegrò el Santo Borja la Corte de Eſpaña con ſu preſencia, llegò el aviſo de aquella Naval victoria, que conſiguiò el invicto Don Juan de Auſtria, mudando al golfo de Lepanto en ſangre ſus olas, y en cenizas ſus eſpumas. Coronoſe Madrid de luminarias, y de glorias, que ardian igualmente deſde los corazones, que deſde las ventanas. Y el vulgo clamaba, que con el arribo del Divino Borja avia aportado la dicha à la Corte de Eſpaña. Y ciertamente, que los ardientes ſuſpiros de Borja ſobre eſta empreſſa avian ſoplado felicidad en la Armada Catholica, y terror en la enemiga ; y aora venia à concitar nuevamente todos los Aſtros de la Europa contra la Luna.

§. III.

FAltava aun otro bien dificil aſſumpto, que el Pontifice avia fiado à la autoridad, y deſtreza de Franciſco, y era meneſter para governarle con fortuna pedir preſtada la razon à una inteligencia. Era eſte el recurſo de la fuerza, que avia empezado algunos años antes à practicarſe en Eſpaña, con gemido, y llanto de la Cabeza de la Igleſia : y aora ſe hallavan en campo ſangriento los Tribunales Real, y Ecleſiaſtico. Armavanſe en las leyes de la Immunidad los Miniſtros del Papa, Coro adonde no debe entrar ſino la reverencia, y que le profana qualquiera huella atrevida, ó menos cauta. Los Miniſtros de la Religion hizieron arma oſenſiva de la que llamavan natural defenſa : y debiendo ocuparſe eſtos dos brazos ſeveros en el caſtigo de los eſcandalos, y en mantener la paz, y la juſticia de los Pueblos; empleava toda ſu fuerza robuſta cada brazo en batallar con el otro, haſta deſpedazar el cuerpo. Deſeavan algunos inſignes Letrados, que venian con el Cardenal Alexandrino deſde Roma, que eſta materia ſe reduxeſſe à publica diſputa. Lo miſmo pedian algunos Miniſtros de Eſpaña, que tratavan la Regalìa como à eſcudo contra la violencia : preſumiendo cada faccion la victoria en ſus diſcurſos armados de ſutileza, y en la juſticia de ſu cauſa. Dezian, que era meneſter ſacar las opiniones à campaña abierta, para examinar à la luz de la ſabiduria el valor de cada una, y vèr que diſcurſo flaqueava. Que no ſe apuran los quilates à la verdad, y à la opinion, ſino en las contiendas publicas, maxima que nos enſeñan bien las Eſcuelas. Que los errores, ò los engaños mas encubiertos, agitados entre los Hombres Doctos, ſe deſvanecian por sì miſmos, haziendo con ellos la razon en ſemejantes diſputas, lo que el Sol con las grandes nieblas. Y al fin, que Platon ſeñalaba un campo llamado el de la Verdad, campiña hermoſa, y bien diſpueſta, para que dos Exercitos ſe trabaſſen en reñida batalla.

Opuſo contra eſte dictamen, nacido igualmente de la oſſadìa, que de la prudencia, toda ſu authoridad, y eficacia el Grande Borja : y fuè meneſter, que ſe formaſſe una como diſputa reflexa para rechazar la diſputa. Dixo, que ſe debia obſervar en eſte punto lo que diſponia el Santo Concilio de Trento, y no reducir à

vozes

vozes de tumulto lo que ſe hallava decidido, ſino buſcar con la prudencia el modo de eſtablecer ſin inconvenientes aquel decreto. Que las opiniones, ò dudas una vez controvertidas con ſequito, con razones, y con temas, tarde paſſan à verdades claras, mientras el Oraculo deſde el Aventino no dà algunas de ſus reſpueſtas. Porque cada Sabio ſuele defender ſu partido, aun quando lo miran deſangrado;ſolo porque empezò à ſeguir aquel rumbo. Que la verdad es una fuente criſtalina, y es meneſter no enturbiarla con la diſputa, para vèr ſu fondo en la arena. Que quando eſtà preocupado el animo, ò de la mucha razon, ò de la tema, ſe obſtina mas con la porfia, y aun quando pierde el laurèl ſe atribuye, ò à la deſgracia del vencido, ò à la ſutileza del vencedor; ò à eſtàr la razon deſprevenida, y mal diſpueſta à la batalla; porque al empezar à moverſe el diſcurſo, le cogiò ſobre la marcha el enemigo. Que deſpues de muchos ſiglos, que ſe batallavan en las Univerſidades los puntos mas delicados, y altamente controvertidos, ſolo ſe avian conſeguido, que ſe hallaſſen oy mas intrincados. Mas que no por eſſo dexava de eſtàr perſuadido, à que fueſſen de grande enſeñanza al mundo las batallas, que forma la ſabiduria en publico teatro, donde la juventud debe eſpiritus delgadamente animoſos, y ſe enſeña à jugar de los diſcurſos: mientras la competencia, y la honra añaden muchas alas à la ſabiduria, que apenas tuviera oy plumas, ſi huvieſſen ceſſado las contiendas. Pero que de otra ſuerte ſe deben inquirir las verdades, que penden ſolo de las eſpeculaciones ſublimes, y habilitan los ingenios en las Eſcuelas, porque en tropel de luz ſe examinan de Aguilas; que unas materias tan practicas, donde mas ſe neceſsita de una razon templada en los reparos de la prudencia, que no de la que ſe agita, y ſe calienta en la diſputa. Y que cerraba el diſcurſo con dezir, que eſtos eran los medios,de que el Santo Pio Quinto le avia mandado uſar en tan importante negociado.

Paſsò Borja luego à verſe ſobre eſte punto con el Rey Catholico, y le expreſsò eſto meſmo, ſegun refiere el Padre Dioniſio, que lo eſcuchò del Santo: *Las contiendas publicas* (eſtas ſon ſus palabras) *han de ſer cauſa de mas enconos, y las porfias de los ſabios interpueſtos entre el Sol, y la Luna, que ſon V. Mageſtad, y el Papa, han de eclypſar alguno de los Luminares, no ſin eſcandalo de la naturaleza: Quanto mas facil, y ſuave temperamento ſe puede eſperar de una amigable, y ſoſſegada junta, donde los Miniſtros Supremos de ambos Principes diſcurran los medios de una eſtable concordia, introduciendo la paz, ſin valerſe de la guerra?* Abrazò el Rey Catholico eſte partido, por mas diſcreto, y menos ruìdoſo, y ſeñalò por la Regalìa al Principe de Eboli Ruy Gomez de Sil[illegible] Cardenal Eſpinoſa, Preſidente de Caſtilla. Por el vando de la Igleſia deſtinò el Cardenal Legado ſolamente al Padre Borja, perſuadido à que ſu razon, ſu autoridad, y ſu prudencia eran baſtantes à conſeguir la victoria, y à dàr un buen dia à la Tiàra. Diſcurriò Borja altos, y oportunos medios, con admiracion de todos, y aſſegurava deſpues, que no avia repreſentado alguno, que antes en Roma no huvieſſe merecido la aprobacion de Pio V. Hallò providencia ſegura, con que ſe guardava el decoro à la Immunidad ſanta, ſin atropellar ſus fueros à la naturaleza, ni à la Regalìa: arrancava de una vez el origen de la diſcordia entre uno, y otro Tribunal. Diſponia tambien, que floreciesſe en Sicilia la paz en la Vara del Juez de la Monarquia, ſin que hallaſſe razon à la quexa la Tiàra. Mas quando Felipe II. avia abrazado el incomparable medio, que diſcurriò la comprehenſion del Santo, cortò la parca embidioſa los paſſos à eſte triunfo, y à los demàs laurèles que avia ſembrado, con la muerte de Pio Quinto, y tambien con la de Borja, que en eſta ultima llamarada de zelo, y de prudencia derribò con la mucha luz todo el cebo à la vida.

§. IV.

DIſponia ſu marcha à Lisboa, porque las dependencias daban priſa, y era fuerza caminar en ellas, à compàs del tiempo, aventurandoſe en cada inſtante un ſiglo. Deſpidiòſe enternecido de ſu dueño el Rey Catholico, que no ſe baſtò à sì miſmo para reprimir el llanto, y le encargò trataſſe con el Rey de Portugal varias dependencias, que pedian toda ſu reflexion. Diò la buelta el Santo à ſu Colegio, dexando al Rey con mas ternura, que la que haſta entonces ſe avia obſervado en ſu roſtro: y llamando Borja à ſu Yerno el Marquès de Denia, Gentil-Hombre de la Camara, embiò al Señor Felipe II. una Cruz formada de el Leño miſmo, que el amor dexò ſangriento, y con ella eſte papel diſcretamente devoto.

SE-

SEÑOR.

Embio à V. Mageſtad una Cruzecita, que es partida de la miſma en que por nueſtro amor el Hijo de Dios, muriendo, redimiò el mundo. Pareciòme, que la mas alta de todas las Reliquias me obligava à ponerla en el mas ſolemne Templo, que ay en el Mundo, qual es el que V. Mag. para gloria de Dios, y de ſu gran Martyr San Lorenzo edifica. Y que la miſma Cruz ayudarà à llevar la que no ſe eſcuſa con el peſo de tantos Reynos, que ſin el amor, y favor de la Cruz no ſe podria llevar. El pecador, que embia à V. Mag. la Cruz, tendrà por deſcanſo, que V. Mag. le tenga por fiel Capellàn, y ſiervo, que ſiempre ſuplica al Eterno Señor por la ſalud, y acrecentamiento de V. Mag. pues eſte ſe emplea todo en acrecentar la Santa Igleſia, para gloria de el que deſde el Cielo la govierna. Apreciò el Rey mucho el regalo, por la veneracion à tan Divino Leño, y por venir deſde el corazon de Franciſco, y le reſpondiò luego de propria mano: *El Marquès vueſtro Yerno* (dezia el Papel) *me diò aora vueſtro Villete, y Leño de la Santa Cruz, con que he holgado mucho, aſſi por la coſa tanto de eſtimar, y mas para quien tanto la ha meneſter,* (*como Vos muy bien dezis*) *como por venir de vueſtras manos, donde no ſe perderà el fruto de ella. Plegue à Dios en las mias no ſe pierda, ſino que ſea para que ſe emplee todo en ſu ſervicio. Y aunque sè el cuydado que Vos teneis ſiempre de pedirlo, os encargo aora, que lo lleveis adelante, y tan particularmente, como veis, que es meneſter. Y con eſto me pagareis la voluntad que ſiempre os he tenido, y tengo.* Avia remitido Borja con la Cruz miſma la autentica, en que conſtava ſer aſtilla de aquel Tronco Sagrado, mas quiſo con todo Felipe Segundo, que el Padre Borja dieſſe Teſtimonio, firmado, en que dixeſſe, que le tenia por verdadero. Y aviendo llevado el Marquès de Denia el Teſtimonio, que ſe pedia, besò el piadoſo Monarca la firma, y dixo con ternura: *Eſte ſolo Teſtimonio de el Padre Franciſco Borja, aunque no huvieſſe otra autentica, era baſtante argumento, para que yo le creyeſſe pedazo de la Cruz de Chriſto.* (Acordavaſe del portento, que entre las manos de Borja avia obrado la Omnipotencia, exprimiendo ſangre pura à un Lignum Crucis de la Princeſa, en abono de que era parte de el Arbol de la Vida.) Engaſtò el Rey aquella precioſa Cruz en nueva precioſidad con piedras de mucho valor, y la embiò à San Lorenzo el Real, donde ſe guarda entre las demàs grandezas, que ſon objeto à la veneracion, y credito à la Mageſtad. Como tambien un Crucifixo, de que Borja andava ſiempre acompañado, y ſe pienſa aver ſido aquel milagroſo, que deſpues de aver tomado voz para formar un ruego, fulminò ſu indignacion embuelta en ſangre ſobre aquel infeliz doliente obſtinado, de quien ſe hizo recuerdo temeroſo en el quarto Libro, labrando toſcamente la pluma una grande Eſtatua al eſcarmiento.

Al encaminarſe con el Legado à Portugal, ſe deſpoblò la Corte de Madrid, experimentando ſenſiblemente Borja, que porſiava la providencia en cubrirle de laurèles por toda Eſpaña, reſtituyendole con uſura aquella claridad hermoſa, que doze años antes le avia obſcurecido al humo de la embidia, como yà dexamos obſervado en eſta Hiſtoria. Y no podèmos diſcurrir otro fin à eſta jornada, que bolver ſu honra à la antigua pureza, pues ſu muerte temprana al ſaludar de buelta los Muros de Roma, y la de el Sumo Paſtor de la Igleſia, malograron los frutos de eſta Embaxada, quando les iba dando el tiempo la ſazon ultima, y avian condeſcendido à ſus repreſentaciones todos los Principes de la tierra. Con que ſolo pudo averſe deſtinado, à que Franciſco fueſſe conducido por el Orbe à modo de triunfo, ſirviendo de carroza, yà la aclamacion, yà el reſpeto: paſſando de los brazos de un Monarca à los de el otro; ennoblecido con el reflexo de la Purpura, que reverberava à ſu lado, y con los influxos de la Tiàra, que deſde Roma iluſtrava ſu preſencia.

Oo CA-

CAPITULO XV.

ENTRA EN LA CORTE DE PORtugal acompañado de el honor. Alcanza del Rey Don Sebaſtiàn todo lo que el Pontifice deſeava à favor de la liga. Serena la borraſca, que avia concitado la embidia contra la inocencia en el Padre Luìs Gonzalez, Confeſſor de aquel Joven Monarca.

§. I.

PRoſiguiò el Grande Borja ſu embaxada, acelerando los paſſos à la obediencia, que ſe apreſuravan tambien à ſu gloria. Avia dexado al Padre Aſsiſtente en la Viſita de Aragon, y buelto aora, iba con èl, y con el Padre Polanco, dando expediente prompto à las dependencias de cada Provincia, y Colegio, rodeando tal vez algun camino, por viſitar à ſus Hijos Amados, oprimiendo dulzemente ſus afectos el repentino gozo de vèr, que ſe entraſſe por las puertas la dicha, antes que huvieſſe entrado la eſperanza. Exortavalos à caminar intrepidamente por la alta ſenda, que la allana la oſſadia, mudandoſe cada piè en una ala. A emplear toda el alma en los miniſterios de la Compañia, y en la guarda inviolable de cada regla, donde Ignacio ſupo deſtilar los mas puros eſpiritus à la luz toda. Deſta ſuerte ſe iba llevando àzia la cumbre de la vida perfecta todos los Colegios que tropezava; ſiendo la venida de Borja à las Provincias de la Compañia en Eſpaña, una repentina lluvia, que inundando en poco tiempo la campaña, la fecunda otro tanto que la riega, y dexa los Prados, y los troncos veſtidos de alegria. En Lisboa le ſalieron à recibir el amor, el reſpeto, y la magnificencia. Dentro de Palaciò ſe compeția la mageſtad en obſequio ſuyo; porque la Reyna Doña Catalina, el Rey Don Sebaſtian ſu Nieto, y el Cardenal Infante Don Henrique veneravan à porfia aquella penitente Alma, deſpues que tantos años antes les avia acreditado la experiencia todos los milagros, que de ſu eſpiritu inflamado avia cantado la fama por la Europa. No quiſo condeſcender al ruego de vivir en Palacio, donde ſe hoſpedò el Cardenal, dexando deſembarazados los mas Reales mageſtuoſos Salones aquel Rey, Adonis de Portugal, que una mañana aſsiſtiendo à Miſſa con el Cardenal Alexandrino le dexò el lado de el Evangelio, y mandò paſſar ſu cortina, y ſitial adonde eſtavà el Legado, con aſſombro de la Nobleza del Reyno, que obſervava en todas eſtas acciones arrebatadas de aquel Joven animoſo los funeſtos accidentes de un preſagio; pues ſe deſpojava voluntariamente de las Inſignias de la mageſtad, y de el honor.

La Grandeza de Portugal ſe derramava por las calles ſiguiendo à Borja, luego que ſalia de caſa: y la Pleve mas adulta moſtrava à la juventud con el dedo al que llamavan grande Santo, no pudiendo hollar algun ſitio publico, aunque apreſuraſſe el movimiento, ſin que le deſcubrieſſe el cuydado, y le aclamaſſe porfiadamente el grito. Era Embaxador del Rey Catholico, en aquel Reyno Don Juan de Borja ſu Hijo ſegundo (favorecido ſingularmente de la Reyna Doña Cathalina por eſte reſpeto:) y aora al vèr à ſu Padre entre los aplauſos del Vulgo, y entre los doſéles de Palacio andava tan fuera de sì con el gozo, que el corazon ſe dilatava mas de lo que ſufria el pecho. Servia cuydadoſamente al Santo con toda la reverencia, y amor de Hijo, y con la obligacion, que le añadia el caracter de Embaxador en aquel Reyno, por el Señor Felipe Segundo: y aſsi fuè ſu principal inſtrumento en muchas grandes dependencias, que el Rey le avia fiado. Aplicava el Padre Franciſco ſu energia toda al aſſumpto de ſu Embaxada, deſeando al miſmo tiempo, que ſus ojos apagaſſen la llama, que dentro de Palaciò iba fomentando una diſcordia ſecreta, chocando entre sì duramente las piedras, que componian la precioſidad de aquella Corona; y teniendo teñidas ſus luzes aquellos diamantes. Mas Borja ſupo ablandar à cada rica piedra ſu obſtinacion precioſa; y paſſando à ſer de cera, las uniò todas en una, imprimiendo el ſello de la paz mas dichoſa en el corazon de cada piedra. Pidiò al Rey en la primera Audiencia ſecreta, que entraſſe guſtoſamente en la liga, lo que ofreciò inflamado en Real ſaña aquel valiente eſpiritu, à quien era poco teatro el Mundo.

Una de las Empreſſas de Borja, que debiò ſingular recomendacion à la Tiara, fuè apriſionar aquella libertad orgu-

gulloſa con Madama Margarita, hija de Henrique Segundo, y hermana de Carlos Nono Rey de Francia, joya que apetecian los Hugonotes, para enriquecer, y autorizar ſu partido, ſi dieſſe la mano al Principe de Bearne, deſpues Henrico Quarto, Marte nuevo, que abriò camino à ſu trono con la eſpada en la mano. Y por el motivo opueſto deſeaba con anſia Pio Quinto, que ſe deſpoſaſſe con eſte Monarca, grande hijo de la Igleſia, cortando el paſſo à la eſperanza de la faccion Hugonota. Eſcuchaba el joven Don Sebaſtiàn eſte tratado con algun ceño, no oſſando yà la Reyna Doña Cathalina ſu abuela tocar en preſencia ſuya eſte punto. Mas Borja armado de la confianza, y de la obediencia, y armado tambien de lagrimas primero, y deſpues de una eloquencia, que no ſe aprende en los preceptos de Quintiliano, ni la pudo enſeñar Tulio; le preſentò con tanta viveza de eſpiritu las grandes conſequencias, que podia traer à Portugal, à la Igleſia, y al mundo eſte himenèo deſeado (el qual no podia dexar de ſer mirado con feliz aſpecto, pues le deſeaba el Cielo miſmo) que deſpues de aver rendido el alcazar à ſu entendimiento, paſsò à ſer dueño de ſu alvedrio à breve rato, haſta que le sacò blandamente el conſentimiento, dando juridico poder al Cardenal, para que en ſu nombre ſe pidieſſe eſta Real joya al Chriſtianiſsimo, y al miſmo Borja, ſi paſſaſſe à Francia. Pero ſe fatigaban todos en vano: porque aquella razon infelizmente politica, que governaba entonces la Francia, diſcurria otras bien diſtintas maximas, que empezaron feſtivas, y acabaron tragicas; porque no pudo perſiſtir mucho aquel lazo violento, que forjaban el Machiabeliſmo, y el engaño, y en que apenas tuvo alguna parte el alvedrio.

Quedò el Rey Don Sebaſtiàn bien teñido de el dictamen, y de las impreſſiones de el Santo; cuyo retorico diſcurſo ſe calaba dulcemente à ſu pecho; y aſsi, poco deſpues que partieron Borja, y el Cardenal Legado, eſcriviò à Pio Quinto una carta, en que dezia, que ſe avia rendido guſtoſo à conſagrar ſu libertad, y ſu mano à Madama Margarita, hermana de el Rey Carlos Nono, aun quando no huvieſſe otro motivo, que el ſer eleccion de el Paſtor Sumo: y que no queria mas dote del Rey de Francia, que verle entrar à tener parte de gloria en la ſanta liga, à la qual deſeaba èl concurrir con ſus fuerzas todas, haſta que à Portugal ſe le agotaſſen las venas. Que uniria por el mar bermejo ſus armas con las de los Arabes, impacientes haſta ſacudir la opreſsion tyrana, con que el cruel Selin ataba el yugo à ſu fatigado cuello. Que ſu armada ſe juntaria en el Archipielago con las otras Naves de la Igleſia, y de la liga; ſi no embarazava expedicion tan victorioſa el Olandès pirata, que con ſeſenta Leños de corſo, armados de el engaño, giraban los mares en circulo inſidioſo, hecho argos cada Baxèl enemigo, por ſorprender las dos flotas, que eſperaba del Braſil, y de la India: y ſolo con ſaber, que eſtava vezina la Armada Portugueſa ſe aterraba, bolviendo la proa, y la oſſadia en cobarde fuga. Eſto eſcriviò el eſpirituoſo joven Rey Don Sebaſtiàn, en veinte de Deziembre de mil quinientos ſetenta y uno, y Pio Quinto à cada renglon, y aun à cada letra levantaba los ojos al Cielo, de donde bolvian llenos de rocìo ſagrado. Año de 1571.

§. II.

CON la brevedad, que el rebato permitia, eſtendiò los ojos, y el cuydado Borja por aquella Provincia, y alumbrò en todo lo que miraba. Mas haziendo reflexion ſu admirable prudencia ſobre las turbaciones de aquel Palacio, ſe hallaba algo confuſo, y ſe dividia en dictamenes encontrados ſu miſmo entendimiento, porque encontrava dos ſendas el diſcurſo, ignorando qual guiaſſe al acierto. Ocupaban tres ſabios Jeſuìtas el mas alto empleo dentro del Palacio, porque era Confeſſor, y Maeſtro tambien de el Rey Don Sebaſtiàn el inſigne Luìs Gonzalez de Camara, de quien hizo tanto aprecio San Ignacio de Loyola. La Reyna Doña Catalina ſe confeſſava con el Padre Miguèl de Torres, hombre iluſtrado, de quien el miſmo San Ignacio hizo aquel grande elogio, que inſinuò la pluma en el libro tercero. Y era Confeſſor de el Infante Cardenal el Venerable Leon Henriquez, Varon Divino, que ſe arrancaba muchas vezes de la tierra, caminando àzia el Sol por el viento. Y eſte era el aſſumpto à la emulacion de tanto Corteſano, y el objeto de los clamores de el vulgo, viendo que la Compañia, apenas acababa de nacer

en Portugal, quando yà ocupaba en Palacio todos los lados de el dosèl; y hallando cerradas las ſendas todas, por donde la malicia pudieſſe encaminar ſus quexas; derramò bien disfrazado ſu veneno en las orejas de Felipe Segundo, y en las de Pio Quinto: de cuyo orden cometiò el Santo Borja la averiguacion ſecreta de eſta cauſa, al invencible Martyr Ignacio Azevedo, quando eſtava con el cuerpo en Lisboa, en el Braſil con el alma, y en el mar con la eſperanza, vezina de teñir en ſu ſangre la eſpuma. Y paſſando luego à Roma, diò teſtimonio de la ſinrazon, con que la calumnia queria oprimir à los que iluſtravan aquel Palacio con los exemplos de una vida ſingularmente religioſa; ſin otra culpa, que hallarſe favorecidos de aquel Monarca, y dominar en las tres Reales fortalezas con las armas del deſengaño, y del deſprecio de el mundo. Y de buelta à Portugal, poco antes de hazerſe à la vela, eſcrive otra vez al Santo Borja, que aviendo hecho ſegundo examen en aquella materia, aſſeguraba *ſer todo un rumor vano, hijo de la embidia*; añadiendo, que era digno de el mayor elogio el admirable fruto, que los tres hazian en aquel Palacio. El miſmo teſtimonio diò à Felipe Segundo, y à Pio Quinto el Padre Luìs Turriano, que paſsò con orden de Borja à nuevo examen de eſta cauſa, afirmando aquella docta ſevèra pluma en una informacion ſecreta al Papa, que eſtava tan lexos de tener inconveniente alguno la entrada de aquellos tres Jeſuìtas en Palacio, que antes bien eſtava perſuadido, à que eran las tres columnas de la paz en aquel templo, y que ſe debia à ſu diſcrecion, à ſus lagrimas, y à ſu eloquente dulzura, que la diſcordia no huvieſſe convertido en ceniza aquel Real noble Alcazar, que lo ſuele ſer de la liſonja, y entonces lo era ſolo de una civil guerra, batallando los dictamenes ſoberanos dentro de una miſma Corona, y armadas tambien aquellas tres Reales familias en eſquadrones de eſtrellas.

Pero el blanco à que la embidia encaminaba mas rabioſamente ſu tiro, era el Padre Luìs Gonzalez, que penſaban ſer el dueño en el alvedrio de aquel Joven laſtimoſo. A que ſe juntaba otro grande motivo en ſu hermano Martin Gonzalez de Camara, Valìdo de el Rey por eſte tiempo, de ſu Conſejo de Eſtado, que ocupaba los primeros Tronos de aquel Reyno, y ſupo dexar gravada en ſu ſepulcro la voz, que le apellida Santo. Con que ſe hazia mas robuſto, y por eſſo mas odioſo el valimiento de el Confeſſor, con dividirle en el ombro de ſu hermano. Ni ſe debe callar otro motivo, que eſtava mas ocultò, ſiendo el mas poderoſo, y fuè aver libremente ſacudido el Rey el yugo de la obediencia à la eſclarecida Reyna Doña Cathalina ſu abuela, que atribuìa eſta novedad al influxo del Padre Luìs, perſuadida tambien, à que eſte era el Numen ſolo, que mandaba en las acciones del Rey. Por todos eſtos motivos bolvieron à tumultuar de nuevo la embidia, la ſinrazon, y el engaño. Introduxeron una ſatyra, que ſacaba mucha ſangre en la pluma à la inocencia, y à la honra, y ſe le diò en trage de memorial al miſmo Padre Luìs, quando entrava en Palacio, llamado del Rey. En ella le hazian reo haſta de los penſamientos de aquel Joven precipitado: de quantos aſſuntos arduos emprendia ſu corazon intrepidamente fogoſo: coſtumbre antigua de la ignorancia, achacar las culpas perſonales de los Reyes à ſus Valìdos, y todos los errores de la cabeza à los lados; ſiendo aſsi, que los Monarcas tienen tanto mas libre el alvedrio, que los demàs hombres, quanto tiene de mas ſoberano, y Dios reſerva como hazaña propria el hazer el corazon de un Rey flexible, empleando el Brazo Divino en eſta operacion dificultoſa una Omnipotencia.

El primer delito, que ſe le imputaba, era la entrada de el Rey en la Compañia, que creyeron eſtava ſecretamente diſpueſta, porque la flor hermoſa de aquella honeſtidad pura, les hazia ſoſpechar una reſolucion eſtraña. No pudo dexar el prudente Borja de oìr eſta acuſacion deſde el deſprecio, y la riſa, pues ſi la ambicion de el Padre Luìs de Camara, fueſſe la que ſe penſaba, no avia de ſer tan necia, que fabricaſſe en eſte dictamen ſu ruìna, porque abandonaba el valimiento de aquella Corona, cuyas precioſidades manejaba, no pudiendo mantenerla deſpues de Jeſuìta. Quièn introduxo la ambicion de un Valìdo, porfiando con el dueño, ſobre que arrime el Cetro, ſi no le puede uſurpar èl miſmo? El ſegundo, era diſuadirle el eſtado de el Matrimonio, en que tanto intereſſaba el Reyno: eſta acuſacion fuè hija de mas vulgar ignorancia, y que no ſe ſabe como cupo en la diſcrecion de un pluma eru-

D. Antonio de Fuenmayor, en la Vida de Pio V. lib. 3. Comes Natalis, lib. 29. ad medium.

erudita, de donde la bebiò otra: pues quien intereſſaba mas, en que ſe apriſionaſſe felizmente aquel eſpiritu inquieto con una coyuntura de oro, pudiendo elegir à ſu arbitrio Reyna, que le debieſſe el Cetro, y que con ſu viſta ſola enjugaſſe las lagrimas à Portugal, y mas las de aquel Palacio? Què ganaba el [illegible]r en contradezir el matrimonio de aquel Joven unico, añadiendo al corazon de la Reyna Doña Catalina nuevo luto, y poblando de ſuſpiros triſtes, y de quexas todo el Reyno; quando el ardimiento de aquel corazon arrebatado exponia cada inſtante ſu vida à las garras de una fiera, y no meditaba ſino horror, ſangre, fuego, y alguna empreſſa inaudita? No eſtaria mas rendido al imperio blando, ſi fueſſe priſionero, que no libre, y reſuelto à paſſar à la Africa à luchar con algun monſtruo? Valiòſe el Padre Gonzalez de todos los medios humanos, y divinos, que le dictò la prudencia, y le inſpirò la honra, aviendo tenido en Portugal tan alta cuna eſte grande hermano de el Conde de Caiheta (y las inſpiraciones de la ſangre tienen tambien oculta fuerza con el alma.) Es aſsi, que ſobre la miſma materia apurò ſu eloquente ternura con el nieto la Reyna Doña Catalina, y el Infante Cardenal humedeciò el eſplendor de ſu Purpura. Mas de què ſervia nadante en lagrimas, y razones la eloquencia, ſi hablaba con una roca? Y deſpues de quebrarſe en ſu obſtinacion la quexa, ſe llevaba el viento las ſilabas, en que ſe rompia. Guardaba eſte triunfo la Providencia à los facundos ojos de Borja; pero aquel alto dictamen ſecreto, que la miſma Providencia guarda en ſu Archivo, diſpuſo que el *Si* tan deſeado no llegaſſe à tener efecto. Avia propueſto mucho antes el Padre Luìs à Iſabèl Clara Eugenia, hija de Fèlipe Prudente, y no hallò en el Rey otra reſpueſta, que cubrir de triſteza el ſemblante. Paſsò luego à repreſentar las prendas de Madama Margarita, y le reſpondiò el ceño con voz ronca. Mas deſpues que el Borja Santo enſeñò à Portugal, y al mundo, que no era inacceſſible à la eloquencia aquel Alcazar ſoberano, ni era de bronce aquel pecho; no aviendo tenido felìz exito aquel tratado, le hallò el Padre Luìs con rara energia en la hija de el Duque de Babiera, creyendo que yà en eſte punto tuvieſſe mas flexible la razon, con aver empezado à doblarla; pero torciò el roſtro, y anublada la frente, moſtraba que tenia ira dentro la nuve. Paſſado algun tiempo, le hablaron el Confeſſor, y la Reyna, con los ultimos esfuerzos de una razon animoſa, y ſentida, en otro caſamiento, que aunque no fueſſe tan elevado, eſperaban que fueſſe el mas dichoſo; que por eſſo diſcreta la pluma del que diò à luz ſu tragica Hiſtoria, dize: *Aunque era inferior en ſangre, y en dote, lo tuvo el Padre Luìs Gonzalez por menos inconveniente, que dexar de caſar al Rey luego, teniendo yà edad, y no ſufriendo por entonces otro caſamiento.* Pero tambien fuè en vano, porque èl ſe hallaba furioſamente empelido de una inclinacion violenta, que arraſtraba todos ſus penſamientos con oculto fatàl deſtino àzia la campaña, fingiendoſe montes de cuerpos Africanos en la fantaſia. No hablaba ſino del arte militar, reconocia à cada inſtante el arnès, paſſando luego à probar el temple de la eſpada; embrazaba la rodèla, y porque no hallaba el eſtoque teñido en color roxo, ni ſalpicado el eſcudo, le regaba con ſu llanto.

§. III.

ABorrecia los altares de Venus por Religion, y como por inſtinto, aſſuſtandoſe de un penſamiento aquel eſpiritu deſeſperadamente animoſo, que no temeria pelear ſolo con el Exercito de Alexandro. Hazia recuerdos de los exemplos de honeſtidad, que dieron al mundo en Caſtilla Don Alonſo, en Inglaterra Eduardo, en Portugal los Infantes Don Enrique, y Don Fernando, hijos de el Rey Don Juan el Primero. Aviale enſeñado à diſtinguir, y à conocer los primeros caractères, y deſpues à formarlos el Hermano Rabèlo, que fuè compañero de ſu Confeſſor; ſeñalando las letras en unas bolillas de marfil, porque fueſſe juego el eſtudio, y eſcuela el ocio. Eſte devoto Hermano guardaba un papel de letra del Rey Don Sebaſtiàn, deponiendo, que ſe hallaba preſente quando le eſcriviò, que dezia aſsi: *Padres, rogad à Dios que me haga muy caſto, y muy zeloſo de dilatar ſu Santa Fè por todas las partes del mundo.* De todas eſtas verdades, que acaba de tocar la pluma, diò teſtimonio en una carta la Reyna Doña Catalina, como irrefragable teſtigo de la ſolicitud de ſu Confeſſor: tambien el Infante Cardenal. Lo miſmo aſſegurò à Pio Quinto el Nuncio, y deſpues el Cardenal Alexandrino. Mas el vulgo, y con èl no po-

cos ſabios, nunca ſe perſuaden à que los hombres ſean zeloſos, ni prudentes, ſino en aquellos negociados, que tienen los exitos felizes. El miſmo Padre Luìs Gonzalez avia eſcrito antes una carta al General Borja, en que dezia: *Yo juzgo, que ſi algo he delinquido en eſta parte, fuè en la violencia, y falta de moderacion del deſeo con que ſolicitè eſte matrimonio. Los que cuentan à ſu Santidad, que el corazon de el Rey eſtà en mi mano, de ſuerte, que le puedo traer àzia donde quiſiere, miden el genio del Rey, por el de qualquiera otro Principe ſu igual; pero los que le conocen, y le tratan, no le conciben aſſi, pues lo que quiere lo quiere eficàz, y reſueltamente, eſpecialmente en eſte punto, en que tantas vezes hemos peleado, y ſiempre èl ha vencido. Yo obedeciendo al precepto de ſu Beatitud, esforcè vigoroſamente eſta materia, y le hablè con la mayor acrimonia; pero hallè cerradas todas las puertas. Paſsò à dezirme, que avia declarado ſus motivos al Conſejo, y que avia aprobado ſu dictamen.*

Eſta fuè tambien la ſubſtancia, en que aquel Varon ſabio, y perſeguido eſcriviò al Cardenal Ruſticucio, añadiendo, que ninguno mas que èl podia tener un vivo ardiente deſeo de vèr al Rey apriſionado felizmente en el ſanto matrimonio, aſsi por aſſegurar la ſuccesſion de aquella eſtirpe generoſa, benemerita de la Igleſia, y tan amante de la Compañia, como porque *no ſe perdieſſe*, dize, *viviendo ſoltero en edad tan peligroſa, el infatigable zelo, con que he ſolicitado educar al Rey en el ſanto temor de Dios.* Tantos argumentos huvo meneſter dàr aquella pluma, para acreditar, que ſu dueño no faltaba à la conciencia, y à la honra. Afán terrible de los de la Compañia en aquella Era (y aun no sè ſi en eſta tambien) aver de eſtàr luchando con la embidia, y con la fortuna, y tal vez con algunos ſoberanos de la Europa, al miſmo tiempo, que tenian fatigadas las fuerzas de el alma en cultivar la tierra. No faltò quien preſumieſſe otra cauſa mas oculta, y no menos violenta; y fuè aver deſeado el Rey con ardiente afecto una de las hijas del Emperador Maximiliano. Con eſta eſperanza avia crecido, y eſtaba tan robuſta en ſu pecho, como tronco deſpues de algunos años en terreno fecundo: y viendo que le robaban una, y otra prenda el Rey Catholico, y el de Francia, ni pudo arrancar de el corazon eſta flecha, ni dexar blanco en èl à otra alguna, no ſiendo èl meſmo baſtantemente dueño de sì, ni pudiendo domar aquella paſsion rabioſa, el que ſujetaba al mas ſobervio Leon en la ſelva; y eſperaba que el tiempo fueſſe domeſticando aquella fiera, que bramaba, por fiera, y por mal herida.

Cargaban tambien, como delito, lo que era toda la razon de un grande elogio, que educaba al Rey en nimia piedad, introduciendo en aquel Marte ſobervio, y [illegible]recido ſobradas ternuras de devoto. Que tenia muchas horas de retiro: que por criarle modeſto, le havia infundido tanto horror al torpe vicio, que eſſe era el origen, que tenia el ceño à qualquier tratado de matrimonio; no aviendo ſabido apartarle de èl un extremo, ſin tropezar en el opueſto, que era mas fatàl eſcollo. Pero al miſmo tiempo le achacaban otro delito, que deſacreditaba el primero, tomando la embidia otro rumbo, y formando de ſu proceſſo un monſtruo contrario à sì miſmo, y leyendoſe en èl una verdad ſegura (y eſta era ſolo la que conſtaba) que la embidia rara vez ſabe guardar conſequencia. Dezian, pues, que infundia en el Rey muchos eſpiritus militares, yà con la Hiſtoria, yà con la energia, yà con las mas valientes erudiciones. Y por enlazar de algun modo uno, y otro cargo, dixeron, que por tenerle mas apartado de las delicias de Venus, le excitaba à las fatigas de las campañas, y à buſcar algun remèdo en las ſelvas, y en el coſo con las fieras mas brabas; quando no ignoraba, que aquel pecho feròz eſtaba tan inflamado de el eſpiritu, y del rumor militar, que ſi eſcuchaba mal dormido la voz de un Clarin, ſaltaba de el catre, y echaba mano al eſtoque, ò yà arrebatado de aquel ſonido genialmente, ò yà que amante de gloria, quiſieſſe imitar lo que de Alexandro, y de Achiles cantò deſpues en tantos Clarines la fama; acoſtumbrando la fantaſia à guſtar ſolo de oìr pueſta en muſica à la ira en una Trompeta, y no los alhagos en la dulzura armonioſa de una Cytara. Pues eſte furor de aquel eſpiritu, dezian, neceſsitaba en eſte punto de que ſe le arrimaſſe otra eſpuela, ò no ſino de mucho freno? Eſtas eran las vozes roncas de la embidia, y de una popular ignorancia. Mas què pluma diſcreta arguyò en Seneca, ni culpa de doctrina, ni deſcuydos de enſeñanza, por vèr à Neròn en Roma deſangrando venas, y poniendo fuego à las murallas?

§. IV.

§. IV.

Y Porque ſe forme algun concepto mas vivo de la ferocidad de aquel genio, que caſi declinaba en monſtruo, nacido à ſer terror del ſuelo Africano, y del mundo, ſi la parca inexorable no hu- [illegible] hallado ſegur tan intrepida, como ſu corazon meſmo, que ſe anticipaſſe à cortarle el aliento: expreſſarà en breve raſgo la pluma los rieſgos continuados à que ſacrificaba ſu edad florida. El aguardaba à cuerpo con el venablo el Javalì mas fiero; ſe iba à buſcar el Toro, no ſolo con el rejòn en la mano, ni ſolo à piè con el acèro (vulgar peligro uno, y otro;) ſino deſnudo el brazo, luchando con aquella cerviz armada de horror ceñudo. Arrojabaſe intrepido à las corrientes impetuoſamente ſobervias, nadante el cavallo entre montes de olas; y mientras fatigado yà el bruto eſguazaba ſus miſmas eſpumas, ſe iba el dueño burlando del peligro, y de la inchazon de ſus amenazas. No quiſiera veſtirſe otra pièl, que la de un Leon: ni tomar ſueño, ſino ſobre ſu eſcudo; ni jugar, ſino con un rayo en cada tiro. El iria à buſcar un ramo de Laurèl victorioſo, aunque fueſſe meneſter entrarſe por el hierro deſnudo, y atropellar dos mundos de hombres por acercarſe al tronco, ò ſubir à lo alto. En ſabiendo que huvieſſe algun cavallo mal ſufrido, inobediente à la ley de el freno, y que ſacudia de sì al dueño, como à tyrano, oprimia oſſadamente ſu eſpalda, haſta derretir aquel fogoſo eſpiritu en nieve, y en eſpuma, obligandole à que reconocieſſe la ley, y à que humillaſſe docilmente la crin al Monarca de Portugal; y oſſarìa domar la ferocidad de un Leon ſañudo, ſi no tropezaſſe en la Africa otro enemigo. Y al fin, nunca quiſo encaminar ſus empreſſas, ſino por las mas altas cimas, ni conducir ſu fama, ſino por aquel dificil rumbo, donde haſta el Sol titubèa.

Pues avrà baſtante ceguedad, ni en un emulo, ni en el mas groſſeramente apaſſionado, para perſuadirſe, à que eſtas maximas ferozes pudieſſen ſer inſpiradas de un Maeſtro Religioſo, admirado en el mundo por la blandura de ſu genio, y que mereciò el grande elogio, que hizo de ſu prudencia la pluma de Ignacio? Empleaba el Padre Luìs ſu diſcrecion toda en domeſticar con alhago, y con eloquencia un monſtruo en el corazon de aquel Rey florido: divertia ſus penſamientos con los numeros, por deſterrar un furor con otro menos violento, y mas divino: y quando ſonaban deſtempladamente roncas las caxas, introducia las Muſas, las buenas letras, y las cuerdas mas ſonoras, por ſobornar un poco la fantaſia con la blandura: mas tal vez las furias de aquel nuevo Saùl, con la mucha armonìa ſe deſtemplaban mas. Porfiò obſtinadamente en mudar la Corte, y ſus Tribunales à Almeyrin, con gemido de todas las Provincias de Portugal, y con llanto de aquella inſigne antigua Cabeza la Ciudad de Lisboa, ſolo porque en la eſpeſura de aquel ſitio ſe guarecian muchas fieras, y era teatro mas proporcionado à ſus maximas. Eſta reſolucion coſtò à ſu Confeſſor grandes penitencias, y tantas lagrimas, que deſpues de algun tiempo ſalieron victorioſas, recabando de ſu dureza, que reſtituyeſſe los Tribunales à Lisboa, antiguo centro de la Juſticia, que avia deſconocido la maleza, y eſpeſura de Almeyrin, ſitio mas oportuno à lo irracional, que no à fixar Tribunales à la razon.

A la fiereza de eſte natural, y de aquel fogoſo corazon, que tuvo calidades de rayo en la inquietud, en la generoſidad del fuego, en las ruìnas, que hizo, y haſta en el ſepultarſe en ſu miſmo eſtrago; ſe le arrimaban los eſpiritus juveniles mas ardientes de ſus vaſſallos, y que congeniaban con la altivèz de ſus penſamientos. Empeñavanle en los aſſumptos mas arduos, y deſpues que huvieſſe ſalido triunfante de un peligro, meditaban otro, mientras celebraba la adulacion el rieſgo paſſado. Dezianle, que ſu fama llegaria nadando en ſangre à la poſteridad, y que no ſe le avia de labrar eſtatua, ſino del tronco de un Laurèl. Que dexaria tomadas del olvido las imagenes de tantos Heroes, como celebraba el mundo, porque la fama avia de gaſtar todo ſu aliento en vozearle à èl ſolo, haſta peligrar el bronce en la vehemencia del grito. Que las proezas de ſu eſpiritu harian que ſu vida paſſaſſe à ſer la unica fabula, que contaſſe el vulgo en Europa: dando mucha materia à la admiracion ſabia, y prolixo afán à la Hiſtoria. (Mientras el engaño le deſtinaba, à que dieſſe lamentable aſſumpto à la mayor tragedia.) Y ſiendo blandamente alhagueño el veneno de la liſonja, criaba en aquel corazon eſpiritus de fiereza, y de oſſadia. No huvo lagrimas, ni ruegos poderoſos à que no fiaſſe ſus oìdos, ni ſus paſſos de tan precipitados conſejos; antes deſdeñaba por frios los ancianos, ſiendo la prudencia aquel ora-

oraculo, que tuvo templo entre la nieve de un monte alto. Repetiale ſu Confeſſor, que los pocos años eran infames conſejeros: que la temeridad era el peor valido de un Rey, que la Eſcritura Sagrada nos ponia en Roboan el eſcarmiento, porque deſpreciò el mas cano aviſo, y usò de los mas verdes, hallando à la deſdicha diſsimulada entre las flores. Llegò à ſus manos por eſtos conductos la vida del invencible Jorge Caſtrioto, eſcandalo de la Aſia, y terror de Mahoma: cuyas hazañas llegaron mucho mas allà de lo que ſupieron fingir las Novelas. Rebolvia con emulacion ſus victorias, ſus ardides, ſus empreſſas, contando à ſus laurèles todas las ramas, y luego el corazon inflamado ſe rompia doloroſamente en un ſuſpiro, de no averſe yà eſtrenado en algun reenquentro peligroſo. Lo miſmo le ſucedia con las hazañas de ſu grande abuelo Carlos Quinto, que corrian entonces eſtrechadas à volumen pequeño. De ſuerte, que aviendò bebido en uno, y otro Marte nuevo furor ſu eſpiritu, acabò de reſolver à una expedicion precipitada, y laſtimoſa, qual fuè la de Africa: que quiſo tambien achacar la calumnia al influxo de la Compañia; no ſiendo menos las fabulas, que de eſte Principe anduvieron por la Europa, quando aun vivia, que las que deſpues de muerto ha fingido la eſperanza.

§. V.

BIen sè, que no cabe en una malicia ſabia eſta ſoſpecha, porque eſtà mas à la viſta lo que aventuraba en eſta expedicion tragica el Padre Luìs Gonzalez, y la Compañia toda, aun quando bolvieſſe deſpues de algun tiempo con la vida, y atados muchos Reyes priſioneros à ſu Carroza: porque ſi huvieſſe de ir con el Rey el Padre Luìs, iba ſin el Reyno, y ſi ſe mantuvieſſe en Portugal, quedaba ſin el Rey: con que ſiempre eſtaria ſu ambicion deſarmada, ò faltando aquel alvedrio, que èl regia, ò faltando materia, no pudiendo quedarſe con la autoridad del mando, donde eſtaban el Cardenal, y la Reyna Doña Catalina, que le miraban ſiempre con algun ceño. No ſe pueden ceñir à breve ſuma los medios, de que usò en el Padre Luìs la prudencia, para ſer remora de tan funeſta jornada. Un dia en los Palacios de la Ribera le hablò reſueltamente en eſta forma (y trasladarè aqui ſus palabras, como las refiere una Hiſtoria fidedigna.) *Señor, por quanto parece que V. Alteza habla de veras en eſta materia, hablarè tambien de veras en ella. No puede el Rey de Portugal paſſar à la Africa ſin tres coſas: La primera, dexando yà en el Reyno ſucceſſion dilatada; la ſegunda, que la neceſſidad le fuerze de tal manera, que à no emprender la jornada arrieſgue la Corona. La tercera, que ha de tener prompta mucha ſuma de dinero, armas, municiones, y pertrechos de guerra, y deſpues que aya concurrido todo eſto, debe proceder en eſta empreſſa con maduro conſejo, y con reſguardo de ſu perſona.* Y viendo, que ni ſu razon, ni ſu ternura podian detener el curſo à una expedicion temeraria, ſe arrojò à ſus pies flaqueando yà el eſpiritu con el peſo intolerable del ſentimiento, y beſando la mano (que dexò ſalpicada en lagrimas) hizo dexacion del pueſto, y pidiò licencia para retirarſe ſin dilacion à Coimbra. Enterneciòſe el Rey con eſte inopinado ſuceſſo, y aſiendole fuertemente del brazo, le detuvo algun tiempo; pero no era yà menos dificil cortar el paſſo à la reſolucion prudente del Padre Luìs, que à la precipitada del Rey; y aſsi, ſe retirò à Coimbra con fuga mas valeroſa, quanto mas acelerada. Pudiendo dezirſe con verdad ſobre la funeſta expedicion de aquel deſpeñado Rey, que ni Faetonte deſpreciò mas conſejos, quando arraſtrò al Sol con pocos cavallos.

Paſsò el Rey Don Sebaſtiàn à la Africa, con tan agudo ſentimiento del Padre Luìs, que le iba conſumiendo lentamente la fuerza, rendido mortalmente à la cama; mas con orden del Infante Cardenal, y de la Reyna, fuè conducido à Lisboa, derritiendo continuamente por los ojos la vida. Eſcriviò una carta à ſu Joven amado, Adonis ſangriento, que le hallò en Tanger cevado en aquella faccion Militar. Mas fuè tan eloquente aquel papel, y le repreſentaba con tanta viveza el luto, que arraſtraba en ſu auſencia Portugal, que el Rey diò la buelta, haſta buſcar ocaſion mas oportuna, en que dexaſſe ſu nombre bien impreſſo en la fama. Apenas llegò à Lisboa, quando paſsò al Colegio, y al vèr al Padre Luìs moribundo, le faltò el valor todo, y conociò por experiencia, que no era invencible ſu pecho, pues flaqueaba rendido à un deſmayo; y el Padre Luìs abriò los ojos eclipſados, por vèr antes de morir al que era toda la eſperanza de Portugal. Luego que ſupo que avia eſpirado, ſe viſtiò de luto, no quiſo comer en un dia entero, y eſtuvo muchas horas derramando llanto ſobre ſu ſepulcro. Mas ay! Bolviò luego la altivèz de ſu fantaſia à meditar aquella fatàl empreſſa, y à diſponer

poner los medios à ſu ultima ruìna: rompiendo por entre tantos esfuerzos, y lagrimas de la lealtad, y del amor, que era meneſter ſer de diamante para no enternecerſe; y aun dexar de ſer Portuguès. Mas eſtava yà obſtinado en ſu desgracia, y todo era encaminarſe apreſuradamente àzia la ruìna; ſiendo verdad bien acreditada del tiempo, que la primera joya, que pierde un deſdichado, ò la primera que le deſampara, es la prudencia.

Crede mihi miſeros prudentia primo reliquit.

Toda eſta cadena de ſuceſſos, que entonces caminaban à ſer tràgicos, reconociò mas de cerca el Santo Borja, con la ocaſion de eſta embaxada. Y aunque no hallò otra alguna ſombra de culpa, que la que ſabe hazer el cuerpo de la embidia, antes viò con admiracion ſuya, que los tres Jeſuìtas, que concurrian à Palacio, conſervaban floreciente el exemplo en aquel ſitio, donde ſe marchita el mas robuſto deſengaño. Y viò aulica la pobreza de el Evangelio, y que habitaban los Palacios de un Monarca con el miſmo deſinterès, que pudieran en una triſte choza. Con todo eſſo, por ſatisfacer à quexa tan porfiada, y condeſcender en parte con la flaqueza de la embidia; diſpuſo, que ſe retiraſſen todos tres de aquel miniſterio, pudiendo aquellos tres Principes elegir otros à ſu arbitrio, que por nuevamente introducidos en Palacio, darian alguna tregua à la malicia, para que deſcanſaſſe un poco. Mas ſe reſiſtiò cada Principe à ceder ſu lado, con dictamen tan reſuelto, que le fuè preciſo à Borja deponer el ſuyo: y aplicò todo el diſcurſo à diſponer artificioſamente algun camino, que recavaſſe ſin violencia, y ſin enfado eſte miſmo efecto. Y eſtando altamente prevenido, de que ſe acercaba el tiempo de Congregacion general en Roma, pues eſtava ſu muerte tan vezina; dexò diſpueſto con los que governaban aquella Provincia, que los tres fueſſen ſeñalados para aſsiſtir à ella, aunque fueſſe meneſter, que el Provincial ſe quedaſſe con algun pretexto en Lisboa, ſi no huvieſſe de aſsiſtir, ſino ſolos tres de cada Provincia. De eſta ſuerte ſupo diſponer Borja, que los aciertos de ſu prudencia paſſaſſen mas allà de ſu vida.

Año de 1571.

Executòſe aſsi, ſi bien el Rey negò la licencia à ſu Confeſſor, haſta que èl miſmo hurtò el alma, y el cuerpo à la aſsiſtencia de Palacio. Salieron Borja, y el Legado de la Corte de Portugal, bolviendo de paſſo à la de Madrid, donde ſe detuvieron poco tiempo. Y aviendo ſalido poco antes à luz el Principe Don Fernando, tuvo conſuelo el Rey Catholico, en que Borja le conduxeſſe en ſus brazos algun trecho dentro de Palacio, quando iba à hermoſear el alma en las aguas puras de el Bautiſmo, deſeando, que le conſagraſſe la vida aquella cuna dichoſa, donde el miſmo Don Felipe avia reclinado ſu edad delicada. Y el Santo fuè humedeciendo con preciſo rocìo aquella flor, por merecerle ſu cultivo al Cielo. Y ſaliò deſpues haſta San Gil en aquella viſtoſa funcion, diſponiendo la Reyna, y Felipe Segundo, que fueſſe immediato al recien nacido, porque à la preſencia del Santo derramaſſe el Cielo prodigas bendiciones ſobre aquel niño. Avia diſpueſto el Rey una Galera, en que Borja ſe embarcaſſe la buelta de Italia, quando llegò un expreſſo de Pio Quinto al Cardenal Legado, con orden de que paſſaſſe à la Francia tambien el Padre Borja (lo que, ò no avia haſta entonces ordenado el Papa, ò avia repreſentado algun motivo el Santo Borja) cuya eloquente lengua fuè vivo caducèo de Mercurio en tan repetida embaxada por la Europa.

CAPITULO XVI.

PASSA A LA CORTE DE FRANCIA con el Cardenal Legado en buſca del Rey Carlos Nono, ſembrando lagrimas, profecias, y glorias por todo el camino. Canta repetidamente ſu muerte dichoſa en los Confines de Eſpaña, y en los de ſu vida.

§. I.

Estava inacceſsible el camino, formando montañas la nieve, obſtinadas con el yelo, quando partiò de Madrid el Santo, aviendoſe recogido todo el calor à ſu pecho, mientras palpitaba con el temblor del frio el corazon del Invierno. Iba acompañando à ſu Padre, y al Cardenal Legado Don Fernando de Borja, con orden de Felipe Segundo. Llegaron Viſpera de los Reyes à Aranda de Duero, donde ſe incorporò en la tropa de el Cardenal Legado un Sacerdote llamado Don Pedro Nuñez, hombre de eſpiritu, que avia tenido iluſtre cuna en la Ciudad de Toledo, y aora paſſando à Italia, no quiſo perder la ocaſion de enriquecerſe con los exemplos del Santo Borja. Concurriò tambien à comboyar haſta Roma al Padre Franciſco Don Thomàs de Borja ſu hermano, que entonces iluſtrava la Toga del Colegio de

Año de 1572.

de San Bartholomè Mayor de Salamanca (nido de la ſabiduria, y de la honra, tallèr de hombres grandes, y aquella antigua cueva, donde ſe criaban los Heroes) y deſpues ennobleciò la Mitra de Zaragoza, y el Baſtòn de aquel Reyno, con admirable prudencia. Paſſaron à Burgos, donde el Cardenal Pacheco oſtentò el eſplendor de ſu Purpura, y el de ſu ſangre con el Cardenal Legado, y ſu veneracion à las virtudes heroycas de Franciſco. Apenas pisò el Santo Borja el umbral de la que entonces era Caſa Profeſſa, quando ſe ſintiò una deſacoſtumbrada alegria, que ſe avia entrado al corazon, quando el General ſe iba acercando à la puerta: y los efectos de ſu viſta correſpondieron bien à la eſperanza, pues las dependencias de aquel Colegio tomaron el ſemblante de la dicha. Encaminòſe luego à Navarra, llevando de Burgos al Padre Juan Suarez, Prepoſito de la Caſa Profeſſa. Llegaron à Miranda de Ebro, paſſado del rigor del frio aquel debil anciano, que caminaba con poco abrigo, ſiendo prolixa cada jornada, veſtida ſiempre de nieve la Litèra, y ſaliendo cobarde la reſpiracion, porque ſe elaba en la boca.

En Miranda recibiò con expreſſo un pliego de aquella varonìl muger, la Señora Doña Magdalena de Ulloa, que tantas vezes ſe dexò vèr glorioſamente veſtida del Sol en Eſpaña, con los repetidos triunfos deſta Monarquia, en que tuvo tanta parte ſu eſpoſo el invencible D. Luìs Quixada, y aora difunto, aquel grande Mayordomo del Ceſar Carlos Quinto, Generàl de la Infanteria Eſpañola, que muriò fulminado ſangrientamente de la Luna, recogiò todo el eſplendor àzia ſu eſpiritu, y viſtiò ſus rayos de luto, haſta ſer una de aquellas Matronas iluſtres, que las buſca en muchos ſiglos el cuydado, y apenas la enquentra la admiracion, ni la Hiſtoria en uno ſolo. Avia reſuelto fundar en Villa-Garcia un inſigne Noviciado, que apoſtaſſe immortalidad, con ſu nombre, y con el de ſu marido, gravados en la memoria del bronce uno, y otro. Llegaron al miſmo tiempo algunas cartas à Borja, dificultando eſta empreſſa, repreſentaban, que no era teatro oportuno à los miniſterios de la Compañia, ſino à los empleos extaticos de una vida ſolitaria, no ſiendo Villa populoſa, y eſtando ſituada à la falda de aquellos montes, que fueron ſiempre horror à los caminantes. Mas Borja fixando con expreſsion los ojos en las corrientes de los ſiglos, y de los ſuceſſos futuros, deſde las margenes del Ebro, donde ſe hallaba eſte Ciſne cano, dixo las palabras, que refiere un Confeſſor ſuyo: *Eſte Noviciado ſerà un portentoſo Seminario de virtudes en la Igleſia, principio de grandes coſas, y de heroycas hazañas de la gloria de Dios, y bien eſpiritual, y corporal de muchas gentes.* Aſsi cantò Borja à orillas de aquel rio, y luego enmudeciò un breve rato, tomò la pluma, y paſsò al papel mucha parte del alma: aceptò agradecidamente la piedad, y magnificencia de aquella grande Matrona: eſtando preſente à eſta fuga arrebatada el Padre Juan Suarez, que eſcuchò con aſſombro la muſica de eſte Ciſne Profeta. Y los efectos acreditaron bien ſu voz de divina: ſiendo aquel Noviciado uno de los monumentos de mas gloria, que hermoſean la Compañia.

Año de 1572.

Aceptò tambien de paſſo el Colegio de Leon, Cabeza de aquel Reyno antiguo, que ennoblece tanto Real Eſcudo: Obligò al Padre Suarez à que dieſſe la buelta à Caſtilla deſde Miranda, echandole al cuello los brazos con deſacoſtumbrada ternura, diſsimulado el amor en la flaqueza: y luego bolviò à entonar anuncios profeticos en voz mas ſonora, y mas propria de Ciſne, pues empezò cantando ſu muerte: *Yo Padre Juan Suarez*, dixo, *apenas llegarè vivo à los muros de Roma, y aviendo yo paſſado deſde la vida à la playa mas ſerena, ſereis otra vez Provincial de Caſtilla.* Y luego fiando otras clauſulas al llanto, y la verdad al ſuceſſo (que acreditò bien eſte vaticinio) tomò la Litèra, y ſe cubriò un poco la cara, mientras el Padre Suarez atonito cobraba alguna parte del ſentido. Proſiguiò Borja la jornada, alegre con los recuerdos, que le excitaba la viſta de aquellos montes, donde ſu Apoſtolado tuvo alta cuna, y donde en cada noble cima avia dexado impreſſa ſu memoria. Al acercarſe à Vergàra ſe dilatò el pecho con nueva alegria, eſtendiendo enternecidos los ojos àzia el ſitio donde ſu Noviciado mereciò al Eſpiritu Divino tan blandos arrullos. Y de paſſo inclinò profundamente la cabeza àzia la noble campaña, donde levanta ſu frente antigua la Torre de Loyola; y no ſabèmos ſi paſsò con el Cardenal à ſaludarla, y à dàr ſus labios al ſuelo, que fuè terreno dichoſo de aquel grande Heroe del mundo. Llegò à Fuente Rabìa, y en aquel confin, que divide una Nacion de otra, piſando aun terreno de Eſpaña, dixo Miſſa, y en ella comulgò à ſu hijo D. Fernando de Borja, à quien avia de dàr el ultimo abrazo aquel dia. Por el camino le fuè

ha-

hablando ſuavemente de los bienes de el Cielo, calentando à llamaradas ſu eſpiritu. Entraron en Bayona de Francia, deſde donde eſtava reſuelto, que D. Fernando dieſſe la buelta. Acercòſe à beſar la mano à Borja, que eſtrechando entre los brazos aquella dulze prenda, encendido el roſtro con una roſa de fuego, cercado de luz el eſpiritu, y muy abiertos los ojos, que leìan ſus caracteres obſcuros à los acaſos, y à los ſiglos venideros, le dixo (acercandoſe à la oreja ve poco:)

Dos coſas, hijo amado, traygo reſervadas en mi ſeno, que deziros en la ocaſion deſte tranze duro, en que la obediencia levanta el cuchillo que ha de dividir mi corazon del vueſtro; ambas muy dignas de que las eſcrivan en lo mas profundo de el eſpiritu, ſiendo muy caducas otras laminas de oro, y mirad, que las digo, no ſolo en los confines de Francia, y Eſpaña, ſino en los de mi vida. La primera toca à vueſtra alma (la qual os encargo como mia:) que tengais un infatigable cuydado de no perder, ò con alguna falſa memoria, ò con un traydor olvido la Joya ineſtimable de la gracia, aunque ſea meneſter en ſu defenſa derramar todos los eſpiritus à la vida, perder los amigos, los bienes, las dignidades, y la que el mundo llama honra! O Hijo, y lo que importa penetrar bien todo el immenſo fondo à eſta maxima! No tiene mina mas precioſa la ſabiduria, ni la prudencia, ni la razon politica, ni la fortuna, ni la India, ni la tierra, y lo que es mas, ni el Cielo entre las riquezas de ſu gloria. Pero tengo que añadiros una alegre noticia (ay Dios! hijo, atended, porque es mucho lo que os voy à dezir.) Digo, pues, (dadme aun mas atencion) que tengo no sè que luz Divina mal eſcondida dentro de el alma, que me deſcubre entre una claridad hermoſa la predeſtinacion de la vueſtra. Reſpirò aqui el gozo en D. Fernando con un gemido, que fuè lo primero que hallò en el pecho. Y luego proſiguiò con poca interrupcion el Santo: La ſegunda, toca en la felicidad humana, y me reſolvì à dezirla, ſolo porque eſteis anticipadamente advertido, que no eſtàn reñidas una, y otra. Es aſsi, que haſta oy no aveis experimentado àquella aura apacible, con que la felicidad regala à los que ſon validos de la fortuna; que ſiempre aveis hallado un ceño à las puertas de la dicha; mas cobrad la eſperanza, que con el deſmayo de mucho tiempo eſtà caſi difunta. Cobrad, buelvo à dezir, la eſperanza, porque yo sè bien, que eſtais yà caſi à la orilla, y dareis fondo, donde no tengais què embidiar à otro alguno de vueſtro tamaño. Mas os ruego mucho, que governeis con rara cautela, y frequente temblor las riendas de la proſperidad, que ſobre vueſtra cabeza ſe verà amanecer: mirad, que es un monſtruo que ha deſpeñado à muchos tragicamente haſta el ſeno de los abyſmos; los quales, ſiendo infelizes, avian ſabido parecer diſcretos. O quanto mas facil es manejar la deſdicha, que la felicidad humana! Diſcurſo bien acreditado con el exemplo del primer hombre en el Paraìſo, que à pocas horas de dichoſo, cayò derribado deſde la mas alta cima de la fortuna, deſpeñando conſigo la naturaleza humana; y deſpues que ſe hallò deſnudo, deſterrado del Paraìſo, y ſumergido en llanto, governò tan dieſtramente la deſgracia en prolixos años de vida, que arribò fortunadamente à la gloria. De ſuerte, que el que apenas ſupo entenderſe una hora con la fortuna mas alagueña, y venturoſa; ſe eſtendiò ſabiamente mas de novecientos años con los dolientes gemidos de la deſdicha. No pudo reſponder Don Fernando de Borja, porque eſcuchava con una ſuſpenſion tan muda una, y otra profecia, que eſtuvo incapàz por algun eſpacio de paſſar el alma deſde el oìdo à la lengua. Bolviò à la Corte de Felipo, y empezò luego à experimentar la dignacion toda de aquel Real aſpecto, alcanzando los honores, que dexa inſinuados eſta Hiſtoria, y reconociendo que ſe mudava el ſemblante de la fortuna à compàs de el roſtro alagueño de tan grande Monarca.

§. II.

NO diò paſſo el Santo Borja deſde aquel ſitio àzia el corazon de la Francia, que no le introduxeſſe un puñal por la viſta: mirava ſepultados en laſtimoſas ruìnas los Templos, no hallava ſino eſtraños àzia qualquiera parte que bolvieſſe los ojos: aſſolada la Religion en los Pueblos, mal abraſados los Monaſterios, dexando en piè alguna ruìna, porque ſirvieſſe de recuerdo à la comun laſtima, y de verdugo à la memoria. Los Caminos eſtavan cruzados de peligros: yà ſe dexava vèr una partida de Cavallos ligeros, yà un eſquadron de Hugonotes enmaſcarados (infeliz ſaña de aquel Paìs, donde la Religion trahe vendados los ojos!) En las Poſſadas no eſcuchavan ſino muertes funeſtas, y otras noticias tragicamente horroroſas; porque corriendo el eſtrago ſin freno, profanando la violencia el mayor

ſagrado, ſe alojavan entre las Eſpoſas de Chriſto el furor militar, la torpeza, y el inſulto. Andavan por los boſques, y las Ciudades en buſca de Sacerdotes, y Religioſos, que acoſados como fieras eran deſpojo ſangriento de los venablos. Ni ſolo eſtava dividido en facciones el Reyno todo de la Francia, ſino cada Ciudad, y cada Villa, batallando una almèna con otra: y aun penetrava la diviſion el breve recinto de una caſa, armandoſe entre sì la familia, y partiendo la campaña, en cada ſalon avia vandera diſtinta. Yà no faltava ſino que tumultuaſſen en guerra civil las fieras de cada eſpecie entre sì proprias, y que peleaſſen los troncos en las ſelvas. Al venir el Santo deſde Roma à Eſpaña avia piſado terreno menos laſtimoſo, ſobre caminar de rebato; y con todo eſſo hallò baſtante materia al mas delicado ſentimiento, que le enſangrentava ſus agitaciones al eſpiritu. Mas aora, que hollava el miſmo centro de la deſdicha con planta vagaroſa: aora, que ſe rebolcava en ſangre àzia todas partes la viſta, no hallando ceſped donde no bermejeaſſe la huella, ni arbol, que no ſe miraſſe ſalpicado de la ira. Sintiò calarſe la punta de un puñal haſta el alma, y que el zelo ſanto convertido en aſpid ſe iba mordiendo la vida.

Avia profetizado diez años antes el Grande Borja eſte fatal eſtrago de la Francia, eſcriviendo deſde Roma al Padre Ribadeneyra, que ſe hallava en Sicilia, quando ſoſſegada un poco la tormenta era mar en leche lo que era mar de ſangre aora, y dezia: *En lo de Francia ay varias opiniones, unos lo tienen por muy mejorado: otros temen, que es ſobreſanado, y que deſpues ſe moſtrarà por la llaga. Otros tienen por bueno el entretenerſe el enfermo, para poderle hazer remedios. Yo ſoſpecho, Padre mio, que ſi el Señor ha de mirar nueſtros pecados*, quæ non relinquetur lapis ſupra lapidem: *y que ſi aora dize*, deſcendam, & videbo; *ay de noſotros, ſi èl mira en ello, ò què coſas ſe veràn! Porque ſino ſe vèn, es porque èl haze de el que no vè; y vengo yà à temer tanto el diſſimular, que hè miedo, que es tanto mayor caſtigo, quanto menos conocido. Quien duda, ſino que ſerìa miſericordia*, in chamo, & fræno mexillas eorum conſtringere, *à trueque de que no anduvieſſen los hombres tan deſenfrenados, y tan ſin verguenza; como ſino eſtuvieſſe Dios en todas las coſas dandoles el ſer, para que le dèn al hombre? Y el miſerable convirtiendolo todo en ſu daño*, ignorans neſcit ſtultus, quod ad vincula trahatur; *y aun tiene por bienaventuranza la diſſimulacion, no entendiendo, que es mayor caſtigo, en quanto ateſora la ira en el dia del juizio.* Sed quorſum hæc? *Ellos lo veràn*, cum perierint peccatores, videbis. *O como ſerà coſa de vèr la falſa eſperanza, y ſeguridad de los que aora ſe prometen con el horrible eſpanto*, areſcentibus hominibus præ timore! *El guſtar por ſer viſtos, con el morir por eſconderſe debaxo de los montes: el parlar de aora, con el callar de entonces.* Con eſta metafora del dia, y tiempo de la ira (deſcuydandoſe algunas vezes en deſcubrir mucha luz ſu pluma) disfrazò entonces el numen de Borja eſta lamentable tragedia. Y ſi la llorò tan tiernamente, quando deſde tan lexos ſe le repreſentava; como lloraria aora, que iba llorando los eſtragos à la ruìna? Aora, que ſentia embuelta en el humo del incendio ſu cabeza, y hallava pantanoſa en ſangre Catholica la Francia?

Por el camino iba dando ſu eſpiritu mas buelos, que el cuerpo paſſos, y calentava repetidas vezes el viento con algun ardiente ſuſpiro, yà rompiendo ſus obſtinaciones al yelo, yà ſus profundidades à la nieve, que à trechos dexava vèr teñidos en ſangre los copos, mientras tanto, que ſus lagrimas nacidas en el fuego, corrian à morir ſepultadas en la nieve del campo. Luego, que huvieſſe llegado à la poſſada, deſpues del rezo, y de algun Libro devoto, ſe recogia dos horas en algun ſitio apartado, quando la eſcarcha penetrava haſta lo mas defendido. Divertia tambien ſus altos ſentimientos, diſponiendo, que ſe juntaſſen à cantar Pſalmos, y elogios divinos ſus Compañeros, por mas que con la mucha nieve eſtaban roncos los inſtrumentos, y deſtemplados, y conſagrava la mayor parte de eſta muſica à las alabanzas de MARIA SANTISSIMA. Nunca quiſo, que el Hermano Marcos, ni otro Compañero le ſirvieſſe en miniſterio alguno, ſino quando eſtava atado dolientemente à ſu lecho, porque dezia, que aquel Hermano venia ſolo à mandarle à èl como à ſubdito. Porque una mañana lavandoſe las manos antes de dezir Miſſa, le ſirviò Don Thomàs de Borja una tohalla con algun ayre de corteſanìa, le reprehendiò con demonſtraciones de impaciencia, bien deſconocidas en la manſedumbre de aquella alma, ſi la humildad no ſe las huvieſſe dado à conocer aora; mas con eſte zeño cortò de una vez las ceremonias à todo el camino.

§. III.

§. III.

Año de 1573.

DIA de la Purificacion fuè à dezir Miſſa, y à celebrar en ella aquel myſterioſo enquentro de la poſſeſion con la eſperanza, y del Ciſne de Jeruſalèn con la vida, quando iba à cantar ſu muerte cercana; era el Pueblo numeroſo, y no hallava en todo el Templo alguno, ni Trono diſpueſto à Sacrificio tan alto, ni una Ara tampoco, en que ofrecer un gemido. Entrava por una Calle eſpacioſa, y tropezava con una Igleſia ſin Altar, ſin techo, ni adorno, donde ſe mirava crecido el heno, y deſtinado à los brutos aquel campo, que avia ſido caſa de el reſpeto, donde la Divinidad hallò Trono, y Palacio. Bolvia àzia otra calle los ojos, y los paſſos, y ſe encontrava con las ruìnas de un Templo, donde ſeñalaba el eſtrago la grandeza de el edificio: hallava dentro el Cuerpo de alguna Imagen deſpedazado, convertido en tronco à manos de el mas impio atrevimiento. Yà no ſabìa àzia donde bolver el roſtro; preguntava à algun Ciudadano, que, ò le reſpondia ceñudo, ò ſeñalava con el dedo alguna ruìna, añadiendo, èſte es el campo donde eſtuvo Troya, y aſſomandoſe à los ojos la ternura, ſe deſpedia. No pudo yà reprimir las avenidas de ſentimiento el Borja divino, y retirandoſe un poco de el comercio, diò la rienda à ſu llanto, haſta que condolido el Cielo, diſpuſo, que le conduxeſſen à una Igleſia, à cuya pared avia perdonado la ira; mas eſtava deſcubierta à la indignacion del viento, derrotados los Altares, ſin Ara, y ſin otra alguna ſeñal de culto, que una piedra toſca levantada, que un tiempo avia ſervido de Altar arrimado à la pared, inundado aora de el horror, y de la agua, y convertido aquel Sagrado en infame cueva. Sintiò el corazon de Borja igualmente arruynada ſu vida, que lo eſtava aquella Fabrica: mas porque traìa conſigo Ara, Ornamentos, y todo lo preciſo, por ſi ſucedieſſe celebrar en el campo, no aviendo Templo; dixo Miſſa, aunque penetrado de la nieve, y de la lluvia, que por todas partes le inundava: y juntamente traſpaſſado de una aguda flecha, que derramò por los ojos las fuerzas del Alma, y ſacò de eſte Altar aquella mortal dolencia, de que eſpirò à la fin de eſta jornada, ſiendo el zelo de la Caſa de Dios el homicida de el Santo Borja, que eſta vez ſupo ſacrificar ſobre una Ara ſu vida al Autor de ella.

Eſta verdad ſe halla autenticada en el Proceſſo con el Teſtimonio que diò aquel Sacerdote hijo de la Ciudad de Toledo, que iba con el Santo, y conſtarà en el ſiguiente Capitulo: con el de Monſeñor Aldrovandino, aviendo aſsiſtido à eſta Miſſa con el Cardenal Legado, y dizen uno, y otro: Que vieron deſhazerſe en perennes lagrimas al Venerable Borja todo el tiempo, que durò eſta Miſſa, no pudiendo enjugar los ojos en toda ella. Y que deſpues todo aquel dia exclamaxa con gemidos embueltos en zelo ſanto, y en ternura: *Deus venerunt gentes in hæreditatem tuam, polluerunt Templum ſanctum tuum.* Y que deſde aquella hora ſe empezò à deſeſperar de ſu vida. Reſpirava llamas ſu zelo con el Profeta Elias, y bolbia à clamar: *Dereliquerunt pactum tuum filii Iſraèl, altaria tua deſtruxerunt, Prophetas tuos occiderunt gladio.* Aſſeguravan los Medicos, que no podria dilatarſe ſu muerte dos dias, y que ſi proſeguia el viage la acceleravа algunas horas; ſiendo uno de los ſuceſſos milagroſos de ſu vida el aver entrado con ella, aunque yà moribunda, por las puertas de Roma. Porque pidiò eſte favor con ruegos porfiados al Cielo, aſsi por dàr entero cumplimiento à lo que le mandava Pio Quinto, y vèr ſi pudieſſe influìr alguna tranquilidad en aquel mar tempeſtuoſo, como por morir cercado de ſus Hijos en humilde lecho. Y aſsi exclamava aquel corazon inflamado: Señor, ò Roma, ò Loreto. Inſtava el Cardenal Legado por detenerſe haſta verſe convalecido; mas Borja, que aquella noche tuvo aviſo bien ſeguro del ſuceſſo: le rogò, que no ſuſpendieſſe ni una hora el camino, porque èl eſperava, que no le avia de deſamparar el eſpiritu, haſta que reſpiraſſe fogoſamente algun aliento à las Reales orejas de Carlos Nono.

Eſte era el deſeo, en que ardia el corazon de Franciſco, por derramar toda ſu eloquencia, y agotar à los ojos ſu llanto ſobre eſte punto. Añadiò eſpuelas à ſu pecho el aviſo de que la Princeſa de Bearne (que alimentava ſu ambicion con el engaño, y ſu entendimiento con la ceguedad de Calvino) caminava à Blès, à preocupar el Real animo con dulce veneno; aſpid engañoſo, que no ſolo obſtinava à la Fè ſu oìdo, ſino que bolaba à cerrar el de Carlos Nono,

porque la Religion no ſe difundieſſe à todo el Reyno por aquel real conducto. Y Borja, aunque rendido à la violencia de el mal, que le deſpedazava el cuerpo, ſe hizo conducir à Blès moribundo, por hallar deſembarazado el paſſo, y preocupar aquel noble ſentido, porque no le pervirtieſſe el canto alagueño de aquella ſirena, eſcollo Infame de la Religion en la Francia. Fuè ſuceſſo digno de una admiracion continuada en toda aquella iluſtre tropa, que ſiempre que el Cardenal Legado ſe detuvo en algun Pueblo, por dàr alguna tregua à la fatiga de Borja, y aplicar remedios à un mal, que ſe iba haziendo dueño, ò tyrano de aquella anciana fortaleza; ſe le aumentava la calentura, creciendo con el ſoſsiego, y con la medicina la dolencia. Y bolviendo à las agitaciones de la jornada, cobrava algunos eſpiritus la vida, y algun aliento la eſperanza; contra toda la razon de la naturaleza, y de la ſabiduria. Mas porque ſu carrera, aunque ſe mudaſſe en buelo, no podia ſeguir las anſias de aquel corazon zeloſo, que apoſtavan velocidad al penſamiento; rogò al Cardenal Legado, que apreſuraſſe el movimiento, alargando las jornadas un poco; por mas que la violencia de la priſa conducia ſobre el potro de el tormento aquella grande alma, ſegun eſcrive ella miſma en Carta deſde Blès al Padre Nadal, Vicario ſuyo en Roma, que dezia: *No ay tiempo, ni palabras baſtantes à contar mis continuos dolores del cuerpo, y mucho mas de el animo; y eſpecialmente deſde que ſali de Bayona haſta entrar en Blès.* Mas ſe exponia guſtoſamente à eſte martyrio ſolo por llegar à tiempo de romper, ò embarazar aquella cadena, que iba juntando yà los eſlabones infelizes à la Francia en el tratado de el Principe de Bearne con Margarita.

Obedeciò el Legado la voz de Franciſco como ſonido de el Eſpiritu Santo, mas con la condicion de que èl condeſcendieſſe en algo con ſu ruego, y caminaſſe mas lentamente en ſeguimiento ſuyo, pues baſtava que el Cardenal ſe adelantaſſe à ſitiar aquel Real animo, entre tanto que llegaſſe ſu eloquencia de refreſco à darle ſocorro, y à dexar conquiſtado, ò no ſino bien fortalecido aquel alcazar ſobervio. Rindiòſe Borja à la razon, y à la autoridad del Legado, que entrò en Blès (donde ſe hallava la Reyna Madre con el Rey ſu hijo) el dia ſeis de Febrero, y el Santo el dia ocho, tiempo, que las Carneſtolendas hazian feſtivo, disfrazando en regocijo ſu infeliz eſtado aquel triſte Reyno, que ſolo eſtava capàz de llanto (tan importuna, y tan mentiroſa ſuele ſer la alegria en el mundo.) Grande trecho antes que llegaſſe à Blès el Santo, ſaliò el Rey Carlos veſtido de un bizarro disfràz, en que el deſaliño era gala, y cuydado, acompañado de los Proceres del Reyno, à recibir al Padre Franciſco, favor, que aunque le dexava confuſo, hizo que rayaſſe por entre la miſma confuſion la eſperanza de hallar grato aquel oìdo, pues reconocia en eſte exceſſo obſequioſo, que eſtava bien diſpueſto el Real animo de Carlos Nono, (que ſi huviera reſpirado mas tiempo, huviera dado à entender al mundo, que avia Rey en la Francia, y Dios en Iſraèl.) Jugaban con los cavallos en ademànes feſtivos, yà entrandoſe con gala, y ſin violencia en la humilde tropa de los nueſtros: yà gyrando en tornos repetidos: yà uniendoſe en parejas con fuga eſpumoſa; yà en tropèl, que formava con el miſmo deſorden alguna armonìa. Los Jeſuìtas, que iban con el Santo Borja, que ignoravan la galanteria de la Nacion Franceſa, y aquellos eſpiritus orgulloſos, en que ſe dexa vèr nadante la alegria, creyeron al principio, que la Grandeza ſe burlaſſe de la pequeñèz Religioſa, y el militar deſgarro de aquel eſquadron abatido; haſta que les deſvaneciò eſte engaño la atencion reverente, y corteſana de aquel cortejo, con que entraron en Blès, acompañados del honor, y de la Mageſtad; no ſin admirable, y ſingular providencia, que quiſo conſolar al doliente Borja, diſponiendo que vieſſe en aquella infeliz era entrar la Religion, y la Fè Catholica en una Ciudad de la Francia con tanta gloria, acompañada de la Mageſtad en el Rey, y ſeguida de los Nobles à competencia.

§. IV.

NO caben en mi pluma los favores, ò bien exceſſos, que mereciò de el Rey Carlos el humilde Borja; pero què mucho ſino cupieron tampoco en la explicacion eloquente de ſu pluma meſma? Pues dize deſde Blès en una Carta: *Hame recibido, y tratado ſu Mageſtad con favores de tanto exceſſo*, que

fuè

grande la ocaſion ; que tuvo de confundirme, y avergonzarme de mi miſmo. Cauſaba raro aſſombro vèr al Borja divino, quando el mal le avia reducido al mas laſtimoſo eſtado, no pudiendo mantenerſe en pie un inſtante ſolo, y lamiendo aquella fiebre todos los eſpiritus al cuerpo; ir con todo eſſo à Palacio, à ſoplar en el pecho de aquel Real Joven inextinguible llama contra la faccion Hugonota, y tratar los demàs negociados de la embaxada. La vez primera, que entrò à beſar la mano, deſpues de averle dado el Rey alto ſingular tratamiento, que no pudo reſiſtir Franciſco; y mas, que ſe hallaba arrebatado de un grande penſamiento, y cediò eſta vez la humildad el campo, no pudiendo yà reprimir ſus impaciencias al zelo, orò ardientamente por la cauſa de Jeſu-Chriſto, empezando ſu eloquencia en ademàn de irritada: Sire, decia, como aſsi? La Religion Catholica nuevamente perſeguida à fuego, y ſangre en la Francia, empuñando Carlos Nono el Cetro de la Mageſtad, y el de la oſſadia, y calentando ſu Real ſien la Corona, mal ſegura con tanto bayben en la cabeza? Cada Templo hecho infame gruta, cada Monaſterio una ruìna, ſin Paſtor cada oveja, y cada entendimiento un Altar ſin Ara, y ſin lampara alguna? Ea, gran Monarca, que ſuele diſponer la Providencia, que reynen los eſpiritus mas capaces, y los hombres mas varoniles, quando ſuceden males tan atroces, porque ſe vea nacer el remedio à la frente de el mal, y por hacer mas glorioſo con la victoria al miſmo Rey. Vueſtra cauſa es la de toda la Igleſia, con que no dudareis, que el brazo robuſto, que defiende à la Eſpoſa, ha de emplear en vueſtro ſocorro armada ſu Omnipotencia. Importale mucho à ſu honra la Francia, gima pues, derribado tanto rebelde eſpiritu, y rota la obſtinacion, que fomenta en campo azul un oſſado, un ardiente Serafin amotinado contra la Mageſtad. Cada hoja de vueſtras Liſes de oro paſſe à ſer rayo, que fulmine tanto ſobervio, y haſta el Cielo miſmo quede eſcarmentado.

Y aviendo de hablaros con libertad ſanta, aunque deſde la mayor reverencia (como quien tiene bien medida la diſtancia ſuma, que ay deſde mi humildad haſta la altura inacceſsible de vueſtra Corona no podrè callar, el que el aver admitido, y honrado al Almirante Coligni, y demàs Cabezas de aquel Partido, por mas que oculte alguna grande maxima, nacida en las profundidades de vueſtro dictamen ſoberano; diò muchos zelos bien fundados al Papa Pio Quinto, al Rey Catholico, y al Mundo; y no sè ſi podrà dexarſe ſoſpechoſa la pureza de vueſtra fama, à las malicias de la pluma, y à la poſteridad de la Hiſtoria. Tampoco ſe ignoran las levas que ſe eſtàn haziendo en los fines de Picardia, ni la Armada que ſe diſpone en la Rochela: que el Conde de Eſcomberg partiò à Alemania, y el Mariſcal de Memoranſi à Inglaterra, à unir los Proteſtantes, y las Cabeſas todas de la Hydra contra Eſpaña; y contra la Igleſia; mientras los Eſpañoles andan glorioſamente derramados por el Mar en la liga Santa. Si con eſte medio arrojaſſen la guerra à Paìs eſtraño, ſacandola de el corazon de vueſtro Reyno, ſerìa tolerable al Rey Catholico, y al Santo Pio Quinto eſte militar eſtruendo, que por la Europa tiene nombre de eſcandalo: mas emplear los eſpiritus, y las fuerzas en expediciones foraſteras, dexando libre, y deſarmado de el corazon de el Reyno à las armas Hugonotas, como cabe en la Religion de vueſtras maximas? Dexais vezino al corazon el veneno, que ſe và calando haſta lo mas profundo, y echais fuera el antidoto, y la fuerza del remedio? Si ſe empleaſſe vueſtra eſpada en dar algun ſocorro à la liga, y vueſtro aliento en añadir à ſus velas algun ſoplo, no ſe gaſtava la ſalud achacoſa de eſte noble cuerpo, pues engroſſada la liga ſanta, ſe hace tan robuſto el partido Catholico, que ſe enflaquece aun acà dentro el partido opuelto; y cada victoria que gane la liga, aunque ſea en las partes mas remotas de la tierra, ſe conſigue de los Hugonotes de la Francia, porque ſe và haziendo formidable à ſus enemigos la Igleſia, y pone oſſadamente la planta ſobre la cervìz de la oſſadia. Y no quiſiera, que ſepultaſſe en el olvido vueſtro Real pecho los ſocorros, que recibiſteis de la prodiga mano de Pio Quinto, porque halle alguna correſpondencia en la generoſidad de vueſtro eſpiritu. Y en ſuma, invencible Monarca, en el ſiſtema en que oy ſe halla la Europa, ni puede parecer menos garvoſa vueſtra eſpada, que deſnuda en eſta ocaſion contra el Rey Catholico; ni

mas ayroſa , que deſembaynada contra los enemigos de la Igleſia.

Satisfizo el Rey à todas las repreſentaciones de Borja , ſin que pudieſſe quedar quexoſa la menor pregunta , ni expreſsion alguna de la eloquencia. Mas Borja no ignoraba la cautela , con que debia proceder entonces la credulidad en una reſpueſta politica , que influìa deſde ſu retiro el oraculo ſecreto de la Francia. Paſsó luego à manifeſtar el deſeo, que calentaba el corazon de el Monarca Luſitano , y del Papa Pio Quinto , de que mereciеſſe Portugal à Madama Margarita por Reyna ſuya: materia en que el Rey , y Cathalina de Medicis ſu madre reſpondieron ſiempre con ambiguedades de oraculo al Padre Borja , porque ocultaban otra maxima , que ſolo tuvo de diſcreta el comun argumento de aver ſido poco dichoſa. Deſde el quarto de el Rey fuè conducido à la quadra de la Reyna Madre , aquella prudente Sybila , cuya lengua enfaticamente miſteriosa pudiera competirles obſcuridad divina à las diez , que celebrò la pluma: la que por mantener en equilibrio los dos partidos , y Religiones opueſtas de la Francia ; pudo dexar tambien ſu fama poſthuma en igual equilibrio al dictamen ſabio de la cenſura.

Embiò à ſaludar à Borja , luego que ſupo avia entrado en Bles , con ſeñas particulares de reſpeto , y de benevolencia ; y aora no ſolo le recibiò con el tratamiento de Embaxador de Pio Quinto , ſino con el de Soberano : honor que huviera turbado à Borja, à no neceſsitar tanto en eſta viſita de toda la advertencia. Obligòle à tomar ſilla cercana à ſu eſtrado , y à que ſe cubrieſſe luego. Rogòle , que la previnieſſe con aquella libertad ingenua de eſpiritu , tan deſconocida en un Palacio, de todo lo que creyeſſe ſer mas oportuno al bien de aquel infeliz Reyno , ſobre que empezò à razonar el Borja con elevacion divina. Eſcuchaba muda la atencion en la Reyna ; y ni la oracion pudo ſer de mas afluente energia, ni pudo tener oyente mas capàz en la Europa : aſsi duró mucho rato eſte congreſſo, y ſolo tuvo de prolixo el llanto , que fuè en la Reyna copioſo , quando le repreſentaba con admirable viveza el eſtado lamentable de la Francia. Pediale al Santo Borja , que recabaſſe de el Cielo alguna tranquilidad à tan infeliz Monarquia , y el acierto al Rey Carlos ſu hijo , en quien ella ofrecia inſpirar todo lo que Borja le avia dictado. Mandò que entraſſen los Compañeros de el Padre Franciſco , y los ſaludò con raras expreſsiones de agrado. Al deſpedirſe , le pidiò el Roſario , que traìa pendiente à la cinta , aplicandole à los ojos , à la cabeza , y al pecho. Y luego , excediendoſe à sì miſma en f[illegible] al que adoraba como à Santo en la tierra, le ſaliò acompañando algunos paſſos por la quadra. Demonſtraciones todas de un corazon pio , y religioſo , ſi ſu politica razon de eſtado tuviera un poco mas teñidas las maximas en el color de las del Evangelio.

CAPITULO XVII.

SALE DOLIENTE DE LA FRANcia , y entra cantando ſu feliz muerte por la Italia , haſta llegar milagroſamente vivo à las puertas de Roma. Muere el Pontifice Pio Quinto con inconſolable dolor del Santo. Voz profetica de Borja al fenecer eſta jornada , y la carrera de ſu vida.

§. I.

Estaba mal ſatisfecho el Cardenal de las equivocas reſpueſtas , que eſcuchaba en la boca de el Rey : y paſſando aquella ſabia Purpura à que deſcifraſſe ſus enigmas la Reyna , entravà èn otra region mas ambiguamente confuſa , eſcuchando una niebla en cada palabra ; y ſiendo una ſecreta inſpiracion de la Reyna cada clauſula obſcura , que el Rey articulaba , era recurrir à buſcar un faròl à la gruta de el oraculo , que anochecia la reſpueſta ; ſi bien algunas propoſiciones fueron reſpondidas ſin aquellas perplegidades politicas de una ſagacidad engañoſa , que calla todo lo que dize la lengua. Paſsò el Rey deſde ſu mano à la de el Cardenal Alexandrino un diamante prodigioſo , que abreviaba en circulo pequeño los fondos à un aſtro : favor , que rehusò conſtantemente el Cardenal , ſentido de hallar mas luz en el diamante, que en las reſpueſtas de el Rey. Templaba Borja eſta deſazon , procurando adivinarle ſus ſignificaciones lubricas à la ambiguedad , bolviendo à eſcuchar ſombras otra vez , por ſi ſu diſcurſo pudieſſe exprimirles alguna pequeña luz. Pero como aquel Monarca no podia ſacar anticipadamente à publico los deſig

ſignios ; que tenia altamente premeditados, ſin que los lloraſſe abortos ; era dificil empreſſa hazer acordes aquellos dos eſpiritus en unas maximas, que el Rey deſeava eſconder entre el horror de la noche mas tenebroſa haſta ſu proprio dia ; y el Cardenal inſtava en examinarlas à viſta del Sol. Llegò aviſo de hallarſe el Papa mal diſpueſto, con que ſalieron acceleradamente de Blès Borja, y el Legado,
Año de 1572. el dia veinte y cinco de Febrero. Luego que entraron en la Ciudad de Leon, llegò un expreſſo al Cardenal del grave peligro, en que ſe hallava la vida de ſu Santidad, con que ſe viò preciſado à marchar preſuroſo, dexando con ſumo dolor ſuyo la compañia del Borja Santo, cuya fabrica iba tambien caminando à la ultima ruina, aunque con alguna mas lentitud, que la de aquel immortal Papa. Bolviò à repetirle furioſamente la calentura, que no ſaliò de ſus venas haſta que las dexò agotadas, y las convirtiò en urna eſtrecha de cenizas.

No era yà dueño de sì en accion alguna, y ſolo el Hermano Marcos le manejava, como ſi fueſſe cadaver, aunque mas flexible al imperio el cuerpo deſtrozado de el Grande Borja. Llegaron à San Juan de Moriana en el Eſtado de Saboya, donde le perſuadieron, que ſe detuvieſſe algun dia, esforzando ſu eloquencia Don Thomàs de Borja : porque aviendo de paſſar el Monſenis, poſſeìdo de otros Montes de nieve, y tempeſtuoſa con rafagas ſu cumbre, eſtava inacceſsible aun à la oſſadia, y era temeridad exponer una luz moribunda al viento frio, que ſoplaba impetuoſamente en aquella cima. Sonò al miſmo tiempo en el Hermano Marcos la voz de la obediencia ; con que ſe rindiò docilmente aquella noble Alma. Supo el Duque de Saboya, (que eſtava entonces en Niſa) que avia arribado à ſus Dominios doliente el Borja, y deſpachò un expreſſo à la Duqueſa, que embiaſſe luego Medicos, y algunos Criados con toda prevencion de remedios ; mas hallandole ſin fuerzas, y caſi ſin pulſos, ſolo pudieron aplicarle fomentos vigoroſos, que preſtaſſen al cadaver algunos eſpiritus, con que engañando la vida, y la eſperanza, pudo ſer conducido à Turìn, caminando ſolas dos leguas cada dia. Mas la ferocidad de el viento, y el rigor de el frio por aquel monte ceñudo, donde las nieves tienen ſu centro, y es como elemento proprio de la nieve aquel ſitio, hallando un cuerpo exhauſto, y con la muerte dentro del pecho, hizo en èl la impreſsion, que baſtò à poner ſu vida en el ultimo conflicto. Creciò ſu llama la calentura al paſſo que el temporal ſe enfurecia ; y para conſumir la poca vida, que la fiebre dexava, ſobrevino una fatal Diarrea, que acabò de marchitar la eſperanza toda de ſu vida ; porque fueron tan terribles los dolores en las entrañas, que huviera padecido menos, ſi las arrancaſſe un tyrano veſtido de furias. Eſtavan confuſos los Medicos, no ſabiendo, que extremo fueſſe menos peligroſo, ò proſeguir el camino, quando experimentavan, que era inevitable eſcollo el movimiento, y cada agitacion una boqueada de aquel eſpiritu, ò detenerſe caſi à la falda del Puerto, donde el rigor del ſitio introducia inſenſibilidades de cadaver en el cuerpo mas robuſto ? Mas ſe reſolvieron à proſeguir la marcha con tal eſpacio, que pudiera parecer paſſeo delicioſo, que camino, ſi lo permitieſſe la Eſtacion del Año, la aſpereza del ſitio, y el horror del tiempo. Paſſaron à San Miguèl, à Modana, à Laneburg, ſuſpendiendo algunos dias el movimiento todo, ſegun la diſpoſicion del enfermo. Eſguazaron luego por un mar de nieve, hollando al Monſenis la altivèz de ſu cumbre, y el Novacaſa le detuvieron lo que fueſſe baſtante à que cobraſſe algun eſpiritu aquel corazon, que reſpirava yá debilmente, y era meneſter llegar con frequencia à reconocer ſi alentava, y experimentar una providencia milagroſa en cada reſpiracion que ſalia.

Aviendo ſido tan crueles los martyrios de Borja en eſtos dias de jornada, atormentò mucho mas ſu vida, el vèr que en cada Pueblo le recibieſſe la adoracion formada en hileras con aclamaciones, y lagrimas, hincando las rodillas al paſſar vezina la litèra, y rogandole, que echaſſe la bendicion ſobre aquella muchedumbre bien ordenada. Al acercarſe à Turìn le ſaliò al enquentro la Grandeza, y la pompa, y fuè conducido en triunfo, por orden de la Sereniſsima Duqueſa, aunque clamava deſde el ſeno del alma el humilde Borja, que aquellos exceſsivos favores de la Real magnificencia le avian de acabar mas preſto la vida. Concurria à viſitarle en tropèl la Nobleza con inſufrible martyrio, que agotava todo ſu eſpiritu al llanto ; y aſsi tratò de valerſe de un diſsimulo verdaderamente portentoſo, y propria hazaña de la humildad de Franciſco : porque enterrando ſu mal en

la mas eſcondida urna del ſilencio, pudo veſtir de alegria, y de vivacidad el roſtro de un difunto: deſuerte, que un Cadaver immoble, yerto, desfigurado hallò colores en el ſemblante, y en la rethorica, para pintarſe vigoroſo, y dibujar un retrato vivo ſobre el fondo de un eſqueleto; honeſtando con eſte eſpecioſo pretexto el motivo de arrancarſe de entre el ſitial, y los honores de Palacio, no hallandoſe en toda la ſabia Corte de Turìn razon, ni eloquencia baſtante à ſer remora de Franciſco de Borja, quando era tiempo de Semana Santa, poco oportuno à tomar la litèra, aun quando ſu ſalud ſe hallaſſe fortalecida, eſpecialmente, que ſolo querian ſuſpendieſſe el viage haſta la Paſqua. Hizoſe llevar reſueltamente à las margenes de el Pò, y en una barquilla de la Duqueſa, iluminada de oro la popa, ſe dexò conducir de las ondas, y de los remos àzia Ferrara. Y como no avia convalecido, ſino en la apariencia, disfrazandoſe en ſalud la humildad; à dos jornadas ſe hallò en las poſtreras agonìas, pareciendo cadaver naufrago entre las eſpumas, porque le aſſaltaron unos accidentes, que robando el ſentido, dexavan el cuerpo tronco dentro del rio, y la barquilla ſin alma, y ſin dueño. Fuè expectaculo digno de ſer igualmente compadecido, que admirado, ver aquel Heroe mal difunto, arrebatado de la corriente ſobre un leño, y fulminado por humilde en las ondas de el rio Pado, donde ſe llorò caìdo por ſobervio aquel joven antigua fabula de el mundo. Y ni aun oy puede ſin alguna laſtima repreſentar la pluma uno de los Varones mas eſclarecidos de la Igleſia fluctuante, y moribundo en una Barca por defender la Nave de la Igleſia miſma de la mas infame roca.

§. II.

ARribaron con preſteza àzia la playa, tomando tierra en Balignano, poblacion la mas vecina, donde ſe creyò que Borja eſpirava. Y ninguno de quantos le aſsiſtieron dexò de adorar una maravilla portentoſa, en que bolvieſſe à reſpirar dentro del pecho aquella alma al parecer deſunida. Bolviò à cobrar voz, y conſolando à ſus Compañeros con rara dulzura, les aſſegurava, que no avia llegado aun el tiempo deſtinado à ſu partida; expreſſando eſta noticia con tanta inflamacion, que ſe perſuadian muchos à que ſe cobrava de algun rapto prodigioſo, mas que de un mortal paraſiſmo. Alli ſe le dezia Miſſa, y comulgava tan encendido el roſtro en aquella hora, que ſe calentava en todos la eſperanza de ſu vida, y ſe comunicavan ſin duda al cuerpo algunos eſpiritus deſde el alma. Sobre aquel pobre lecho paſſava el dia todo extatico, gozoſo de que no le pudieſſe interrumpir en aquel ſitio el rumor corteſano, con que en las Cortes ſuena la ceremonia la vanidad à tumulto. Supo Don Alonſo de Eſtè, Duque de Ferrara, que el grande Borja ſe hallava moribundo en una Aldèa, y embiò luego un ligero Vergantin, en que ò vivo, ò muerto fueſſe conducido ſin dilacion à Ferrara. Iba ſintiendo algun alivio en Balignano, donde eſtuvo haſta la Dominica de Quaſimodo: y el Lunes de las aguas ſe entregò ſegunda vez à las de el Pò, intrepido el corazon quanto ſe acercava mas al morir. Arribò el Jueves à Ferrara, eſperando el Duque en la ribera, acompañado de la Nobleza toda, que iluſtrava, y enriquecia la orilla, dexandoſe vèr deſde el Vergantin la perſpectiva mas hermoſa, que el arte, y la naturaleza pueden ofrecer à la viſta, porque eſtava aquella margen viſtoſa con las galas, y con la primavera, que deſde el corazon del Abril florecia. Miravaſe una roſa, ò un diamante ſobre cada arena: el ſonìdo de los clarines alegrava la Playa toda, llamando à la barquilla, de quien baſtava à ſer dulze Syrena. Era el Duque de Ferrara uno de los Principes de mas garbo, que diò la Italia en aquel ſiglo, y juntandoſe à eſte genio el ſer primo ſegundo del Borja Santo, quiſo oſtentar aora ſu obligacion, ſu cariño, y tambien ſu reſpeto. Eſta fuè la roca, en que tropezò el Vergantin al dàr fondo en aquella Playa: èſta la ocaſion, en que el pequeño alivio, que avia cobrado aquel cuerpo moribundo, ſe vieſſe naufrago en el miſmo Puerto. Año de 1572.

Hablòle el Duque con aquellas ceremonias de tratamiento, que Borja aborrecia tanto, teniendole diſpueſto hoſpedage en el grande Palacio del Caſtillo, con eſplendor, y aparato oſtentoſo; mas Borja reſueltamente dixo, que ſi le tratava de aquel modo, por mas que ſe expuſieſſe al rieſgo de dexar la vida en el mas pobre carrizo por el campo, ſe partiria luego, porque queria mas exponerſe à perder una vida, que yà eſpirava, que no la humildad, que tiene deſpues una duracion perpetua. Que aviendo deſeado vivir fuera de el ſiglo en aquel humilde eſtado, no queria que aora al morir le trataſſen con accidentes de mun-

mundo que, ſon los precurſores del engaño: por no perder incauto al tiempo de la muerte, y en una hora, lo que avia procurado juntar en tantos años de vida. Huvo de rendirſe el Duque al zeño del Santo, y le acompañò à nueſtro Colegio tratandole como à Religioſo, por no eſpantar de Ferrara aquella dicha con el va[illegible]do de la pompa. Pareciò à los Medicos, que ſeria mas oportuno ſitio para entretener la muerte algun tiempo una caſa de campo; porque los ayres eran mas puros, y mas benignos, reſpirando ſalud los vientos; rehuſava Franciſco porfiadamente ſalir del Colegio, por no ponerſe al peligro de que le hallaſſe la muerte en un Palacio (que lo era del Duque, donde ſalia à divertir el cuydado con el ocio) y ſe reſolvia antes à proſeguir el camino; punto en que los Medicos formavan eſcrupulo; pues ſobre el rieſgo en que ſe hallava, era acercarſe à Roma, en tiempo que las mutaciones cierran la puerta à que pueda tener entrada ſino, ò la deſeſperacion, ò la imprudencia. Juntòſe à eſte dictamen el del Padre Rector, y otros Jeſuitas del Colegio de Ferrara, y luego el imperio del Hermano Marcos, que le obligò à doblar luego la cabeza, paſſandoſe al ſitio que ſe le ſeñalava, pactando con el Duque, que no huvieſſe de embiar mas aſsiſtencia, ni regalo, de aquel que dictaſſe el Medico del Colegio, ofreciendoſe reciprocamente rendirſe à todo lo que el Medico dexaſſe ordenado; y conſolandoſe ſu humilde eſpiritu, con el penſamiento de que podia uſar de aquel Palacio, como de una pobre cabaña, retirado à las eſtrechezes de alguna pieza. Al deſpedirſe rogò al Duque, que hizieſſe pleyto omenage, empeñando la fé, y el honor de Cavallero, de que no excederia ni un punto de lo que ſe avia pactado, añadiendo, *que le era moleſta la caridad, y el exceſſo, con que le avia aſſiſtido.* Eſte era el cuydado principal de Borja, hallandoſe reducido à los ultimos terminos de la vida, diſponer que no cuydaſſen tanto della.

Mas porque la aſsiſtencia de ſu hermano D. Thomàs de Borja podia ocaſionar al Duque de Ferrara, y à la Nobleza, que paſſaſſe mas frequentemente al ſitio, donde ſe retirava doliente ſu vida, y que fueſſe preciſo algun mayor cortejo, llevando à Don Thomàs conſigo á la ſoledad de aquel Palacio, le mandò, que ſalieſſe luego de los terminos de Ferrara, encaminandoſe àzia Roma, ò àzia alguna otra Ciudad de la Italia; lo que executò ciegamente D. Thomàs de Borja, por no fatigar al Santo con la reſiſtencia; y el dia primero de Mayo partiò à Bolonia donde hallò la triſte noticia de aver muerto el Santo Pontifice Pio V. y no dudava, que eſte aviſo funeſto apreſuraria la muerte de ſu Venerable hermano. Mas el Duque de Ferrara tuvo providencia en que no paſſaſſe eſta noticia à la del Santo Borja, baſtando à quitàrle la vida, aun quando eſtuvieſſe menos delicada, la pèrdida que hazia la Santa Igleſia, y la liga Catholica, rota la union mas precioſa, ſolo con averſe deſunido de el cuerdo aquella iluſtre alma: porque ſu mano era la que aprètava eſte ñudo, que atava entre sì tanto diſtante, y aun rebelde extremo; y difunta aora, era fuerza, que quedaſſe, no ſolamente floxo aquel lazo, ſino deſecho al primer impulſo. Deſpues de varias obſervaciones, y experiencias, en que apuraban los Medicos al arte ſus mas ſeguras maximas, reconocieron, que todo lo que podia dilatar ſu poſſeſsion la eſperanza ſobre aquella vida, era el tiempo del Eſtìo, ſiendo impoſsible al dictamen ſabio dexar de perſuadirſe à que la muerte derribaria la vida de aquel noble tronco anciano por el Otoño, pues ſe ſoſtenia el arbol caſi ſin raìz alguna en el ſuelo.

Oyò eſta ſentencia el Duque con notables expreſsiones de diſguſto, hizo que vinieſſen otros Medicos luego, mas todos aſſeguravan, que en el Cielo ſolo ſe hallaria Medico à mal tan deſeſperado; y aſsi no quedò en Ferrara Igleſia, ni Monaſterio en que no ſe ofrecieſſe à ruegos del Duque algun continuado ſacrificio, y algun voto por la ſalud del Santo, añadiendo Rogativas, exponiendo à la publica adoracion las Reliquias ſantas, y repartiendo grueſſas limoſnas. Mientras Borja cercado de dolores inſufribles ſobre aquel pobre lecho eſtava cantando dulciſsimas alabanzas al que regalava con la amargura ſu eſpiritu. El deſeava ardientemente romper la cadena à la vida, y eſta miſma anſia era una inſenſible eficàz lima, que mordiendo ſordamente la priſion, iba abriendo puerta à ſu libertad. El ſabia, que eſtava yà vecino el tiempo deſeado, aunque ſe le hazian prolixas las velocidades de un momento. Sabia, que eſte conſuelo ſe le guardava para Roma, y el dia que avia deſtinado la providencia, que por eſſo no rehusò tanto quedarſe algun tiempo en Ferrara; y tambien por ventura, porque preſentia lo què eſtava ſucediendo en Roma, teniendo frequentes correos del Cielo (como ſe creìa) del eſ-

tado

tado de la enfermedad del Santo Papa, y luego de ſu muerte precioſa, quedando huerfana la Tiàra, y arraſtrando luto inconſolable los Eſtandartes de la liga. Deſde la cama ſe eſtava deſvelando la prudencia del Borja en el govierno de la Compañia; y aquellos ojos eclypſados ſe derramavan convertidos en linzes por todas Provincias, y Colegios. Luego que entrò por la Italia deſpachò al Padre Polanco, que viſitaſſe la Provincia de Lombardia, y deſpues la de Roma, dando la buelta à Ferrara. Eſcriviò al Padre Nadal eſtendiendole ſu juriſdiccion à todas las Provincias de la Compañia, mientras durava ſu doliente auſencia. Eran tan frequentes los extaſis, que padecia aora ſu eſpiritu, que en quatro meſes, y medio, que ſe detuvo en aquella caſa de campo, apenas cobrò el ſentido una tercera parte del tiempo: y ſi alguna vez eſtuvo veſtido, ſolo la fuerza de un extaſi arrebatado le pudo mantener, no yà en piè, ſino fixas las rodillas ſobre el viento, con aſſombro de los que acechavan deſde algun ſitio retirado, perſuadiendoſe al principio à que caminaſſe Borja entre inundaciones de luz divina en el cuerpo, y alma al Empyreo, haſta obſervar, que avia parado en ſuſpenſion el que empezò rapido buelo.

§. III.

Aqui ſe deſpidiò tambien de el Santo aquel Sacerdote de Toledo Don Pedro Nuñez, que quiſo adelantarſe à Roma, por hallarſe mas cercano à conſeguir el fin, que le sacò de Eſpaña, y parece que fuè en compañia de D. Thomàs de Borja. Eſcriviò deſpues al P. Dionyſio una Carta, en que haze relacion ſuccinta de muchos ſuceſſos, que acaba de expreſſar con alguna mas difuſion mi pluma, y por ſer de foraſtero teſtigo de viſta, me pareciò trasladarla à eſta Hiſtoria: *Viſpera de los Reyes en la noche*, dize, *Año de 1572. fuè la primera vez, que vi al Padre Franciſco en Aranda de Duero, bolviendo à Roma con el Cardenal Alexandrino. Deſde alli fuì en ſu compañia haſta Ferrara, ſin apartarme dèl un punto de dia, ni de noche. Lo que como teſtigo de viſta puedo referir, es, que en quatro meſes no vi en èl imperfeccion, que ſe pudieſſe juzgar por tal; antes conocì en èl grandes virtudes, particularmente la humildad, de tal manera, que no le vi enojado en todo eſte tiempo, ſino ſolo una vez, que D. Thomàs de Borja ſu hermano le ſirviò una tohalla, lavandoſe las manos, con alguna ceremonia. Siempre que podia hazer por ſi algun oficio, no le encomendava à otro. Era ſufridiſſimo, y llevaba con grande paciencia las incomodidades del camino, que fueron muchas, porque el tiempo era recio de frios, y de nieves, las jornadas largas, las horas de caminar intempeſtivas, porque en el mayor rigor del Invierno ſe caminava antes del amanecer, y ſe caminava todo el dia ſin parar. Y eſto lo llevaba con tanta alegria, que llegando à la poſada nos juntava al Padre Hernandez, al Hermano Marcos, y à mi, y cantavamos Pſalmos, y algunos motes, ſaludando con ellos, unas vezes à MARIA SS. de Loreto, otras à la de Monſerrate, y Guadalupe, y otros Santuarios ſemejantes, y eſto tomava por repoſo, y luego ſe recogia en oracion dos horas, y mas, haſta que le llamavan à cenar, y cenava muy poco. Dezia Miſſa, ò comulgava todos los dias, y à las noches ſe confeſſava ſiempre, que ſe iba à dormir, ſin que en lo uno, ni en lo otro huvieſſe jamàs falta. Hazia, y dezia todas las coſas con modeſtia, y manſedumbre. Las platicas eran ſiempre eſpirituales, y enderezadas à fines eternos, deſeando aprovechar à los que iban en ſu compañia. Dia de la Purificacion quiſo dezir Miſſa en una Igleſia, y hallò derribados los Altares, coſa que le penetrò el corazon, y deſde entonces apenas pudo levantar cabeza. En la Corte de Francia fuè admiracion ſu Perſona, la Reyna Madre le quiſo vèr, y hablar, y le hizo tratamiento de Grande, haziendole ſentar, y cubrir, y dando licencia à todos los que ibamos, que entraſſemos con èl en ſu camara. Pidiòle con tantas inſtancias, el Roſario, que ſe le diò. Hizo que ſu Hermano ſe fueſſe deſde Ferrara à Roma, pareciendole, que ſu preſencia obligaria al Duque à que le trataſſe à èl con mas pompa, y regalo: y partiò dicho Don Thomàs à primero de Mayo: y deſde eſte dia haſta la Viſpera de San Geronymo no le vi mas, porque yo tambien me partì aquel meſmo dia.* Haſta aqui la Carta, que ſolo expreſſa las operaciones materiales, que puede ofrecer à la viſta una ſantidad heroyca, ſin entrarſe al coto de el reſpeto la pluma.

Iba yà declinando la fuerza del Eſpiritu, en que Borja à fuerza del arte, y de el cuydado ſe hallò à vezes con algun alivio,

vio, aunque otras moribundo, alternandoſe el mal, y el bien, el conſuelo, y el ſuſto en los Padres del Colegio, y en el corazon del Duque D. Alonſo. Mas aora ſabiendo el divino Borja, que ſu fin ſe acercaba, pues le avia ſido revelado el dia, el inſtante, el ſitio, y el modo de ſu victoria, rogò al Duque, que mandaſſe prevenir carruage para el dia ſiguiente, pues yà avia refreſcado el ayre, y purificado ſus impreſsiones en las margenes del Tibre. Reſiſtiaſe el Duque con demonſtraciones de algun enojo, haſta que Borja diò à entender lo que el Cielo le avia comunicado, porque encendido un poco, mal incorporado en el lecho, dixo eſtas palabras, que refiere un Confeſſor ſuyo: *Señor, no es voluntad de Dios, que acabe mi peregrinacion en el regalo de Ferrara, ſino en Roma, donde la acabaron mis dos grandes anteceſſores Prepoſitos de la Compañia: y aſſi me ſerà de ſuma conſolacion, que luego, luego me hagan llevar à Roma, y me ſerà de inconſolable dolor, que me dexaſſen morir en Ferrara.* Veneraba el Duque con reverente ſilencio las maximas de Franciſco, porque ſabìa aquella perſpicàz myſterioſa viſta, que alcanzaba tanto mas allá de la prudencia humana. Mandò poner un catre, proporcionado al buque de ſu miſma litèra, en que entrò el Santo Borja, por el mes de Septiembre, acompañado de los Medicos, y algunos criados del Duque: partiendo animoſo en buſca de la muerte à la Ciudad Santa de Roma, con mas alegria, que fuera una ſien ambicioſa à recibir el peſo de la Tiara. Quiſo paſſar por Loreto, à beber de paſſo en aquella fuente de dulzura, y de gloria algun alivio, y coger aquel vapor apacible, que ſe buelve à derramar en llanto. Repitieron luego los dolores tan exceſsivos, que le deſpedazaban los hueſſos con ſuſto de todos, que temian à cada paſſo ſe les quedaſſe difunto en el camino. Mas Borja bolvia con el roſtro ſereno, y esforzaba ſu deſmayo, y dezia: yo voy ſeguro de mi vida haſta Roma, no ay que anticipar el ſuſto tanto tiempo à la herida.

Llegò à Loreto, que yà otra vez avia ſaludado, hallandoſe moribundo, y ſaliò milagroſamente convalecido; y aora experimentò algunos efectos de ſu influxo, porque cobrò tanto aliento, que reverdeciò en todos la eſperanza de que llegaſſe vivo à Roma, que no tenia otro motivo de no eſtàr yà marchita, que la feè con lo que eſcuchaban de la lengua de Borja. Mas no pudo ſalir de la cama, y haziendo ſilla de manos de la litèra, ſe hizo introducir todo lo que pudo al gavinete de la vida. Alli tuvo los mas altos ſentimientos de la muerte, y de la gloria: alli mudò de rieſgo ſu vida, antes eſtrechada, y oprimida con intolerable doliente peſo, y aora nimiamente dilatada con inſufrible gozo, ſiendo igual peligro, y eſcollo del aliento humano un extremo, que otro. Viòſe nuevamente rodeado de aquella luz preſaga dè lo futuro, repreſentandoſele à la viſta haſta la circunſtancia mas menuda de ſu muerte en Roma, aunque èl quiſiera no arrancarſe de aquel dulce amoroſo ſitio; por dexar cadaver feliz el cuerpo en el nido precioſo de la vida. Mas la muerte ſuele llegar perezoſa al que la aguarda, tanto como velòz al que no la eſpera. Reſpiraba llamas por deſeos de fenecer una, y otra jornada, la que le avia intimado la Silla Apoſtolica; y la en que le avia pueſto el Autor de la naturaleza. Deſde Lorèto eſcriviò al Padre Dionyſio à Napoles eſta breve carta: *Muy de camino eſtoy para la ultima jornada, y camino, que no ſe eſcuſa à nadie: deſeo veros en Roma, ſi quando llegaredes, yo no eſtuviere yà adonde me llevan mis deſeos, y la eſperanza, que tengo en la miſericordia del Señor, encomendadme à èl, que vivo, y muerto, harè yo lo miſmo por vos.* Tan caliente eſtaba la pluma de Borja con el afàn de batir las alas en deſeos dè arrancar ſu eſpiritu de eſta vida.

De Lorèto paſsò à Macerata con alguna mejorìa; y quando en el dictamen de los Medicos eſtaba aquella fabrica menos peligroſa, y no tan cercana à ſu ruìna; ſolò Borja clamaba, que ſe apreſuraſſen en conducirle à Roma, porq ſe acercaba la muerte apetecida, que haſta entonces avia eſtado ſorda al clamor, y à las razones con que le llamaba. Y porque los Medicos, y los Compañeros ſe hizieron ſordos, aviendo eſcuchado eſta voz profetica de Franciſco, bolviò à repetir con mas esfuerzo, apreſurad el paſſo, que batalla la luz en la candela con el ultimo paraſiſmo. Llegando à la Ciudad de Macerata, obſervaron que era tan debil la reſpiracion de Borja, que apenas baſtaba à llamarſe vida, ocupado de un fatal accidente, que ſuſpendiò el volante con mano groſera, y el corazon aviſando ſu ultima ruìna, abriò con funeſto ademàn la boca, donde ſe quedò muda la palabra, ò la quexa. Bolviò contra toda la eſperanza à cobrar ſentimiento, y viſta, mirando con alhago à una parte, y otra; ſaludando con los ojos à la muerte, y deſpidiendoſe de la vida. En Macerata le inſinuaron los Medicos, que ſeñalaſſe Vicario General à la

Compañia, porque no podria llegar vivo à Roma à tomar eſſa providencia: mas Borja, ſobre eſtàr reſuelto à no practicar aquella maxima, ni en Macerata, ni en Roma, eſtaba ſeguro de que el pronoſtico ſe hallaria bien deſmentido en el ſuceſſo, ſabiendo que era de dictamen contrario el Medico del Cielo; que viſitaba mas frequentemente al moribundo.

§. IV.

Y No callarà aqui mi pluma el falſo rumor, que eſparciò deſpues la malicia, de que el inſigne Polanco, que eſtaba yà con Franciſco de buelta de la Viſita (como tambien Don Tomàs de Borja) arrimado ſiempre à ſu oreja, le inſpiraba que no ſeñalaſſe Vicario haſta llegar à Roma, pues tenia prenda ſegura, de que no moriria haſta aver entrado en aquella Ciudad Santa. Añadiendo, que daba mucha priſa ſobre que partieſſe moribundo de Macerata, porque ſe perſuadia, que, ò no eligiendo Vicario, ò aviendo de elegirle dentro de Roma, fueſſe preferido el que ſe hallaba Secretario de la Compañia, y con la rienda del govierno todo en la mano, no ſin credito de un profundo ſublime entendimiento. Deſde aqui dava un paſſo mas, ò la eſperanza, ò la ambicion, que ſerìa elegido en la Congregacion General, y mas ſi fueſſe conſtituìdo Vicario por el Venerable Franciſco, porque era lo miſmo que ſeñalar con el dedo à la Compañia, la que juzgaba por mas digna Cabeza, al tiempo de reclinar la ſuya. A eſta ſoſpecha ſe añadia luego, que el Santo Borja, penetrando eſta maxima, ò ambicion de Polanco, hizo expreſsion de ſentimiento con un gemido, y embolviendo en una profecia el deſengaño, le aſſegurò, que no ſerìa General de la Compañia, por mas que puſieſſe en arma oculta todos aquellos medios, y diſcurſos politicos, que meditaba. Eſta fabula quiſo introducir à hiſtoria el color mentido de una ſoſpecha, quando el docto Padre Sachino en la Hiſtoria de la Compañia (cuya libre pluma no conociò de viſta à la liſonja) deſpues de una averiguacion exacta, nos aſſegura aver ſido una ſutìl, y temeraria ſoſpecha, y un rumor nacido en las cabilaciones de un diſcurſo ligero, qual fuè aver preſumido, que eligiria ſin duda Borja al Padre Benedicto Palmio, Vicario General de la Compañia, ſi huvieſſe hecho nombramiento en Ferrara. Y el aver expreſſado Gregorio Dezimotercio, que deſearia mucho, no ſe eligieſſe entonces General Eſpañol, tuvo otro mas alto principio, ò mas profunda raìz. Ni pudo el Padre Polanco, hallandoſe Vicario General de la Compañia, dexar de hazer repreſentacion ſobre mantener la libertad de ſu Republica, que tanto importa à la acertada eleccion de una prudente Cabeza: pues aquellos dictamenes congregados, y no los foraſteros, ſon los que ſuele deſtinar al acierto el Eſpiritu Santo.

Sachin. tom. 3. l. 8. n. 35. *Sed planè ſutilem, itemque rarum, ac languidũ comperio rumorem fuiſſe, ut quem ipſi per ſe ſe ſpectatiſſimi, calũniæque minimè capaces redarguerent Polanci mores.* Y al margen pone, *temeraria de eius ambitione ſuſpicio.*

Y no ſe haze creìble à la ſoſpecha corteſana, que hallandoſe Polanco dueño de aquella oreja, y pudiendo influìr en el eſpiritu de Borja las maximas, que eſparciò la calumnia, tuvieſſe por ocaſion mas oportuna al logro de ſu eſperanza el nombramiento, que ſe huvieſſe de hazer en Roma, ſitiado el lecho, y la oreja de tanto numen, ò dictamen diverſo, que, ò inſpiraſſe, ò lo menos reſpondieſſe preguntado, quando la miſma variedad es peligro. Que no el que ſe huvieſſe de reſolver en Macerata, donde ſe hallò ſolo dueño del campo, y donde ſi le vieſſe inclinado àzia qualquiera otro, con poner mañoſamente alguna excepcion, ò en el juìzio, ò en el genio, hazia que inſenſiblemente recayeſſe en Polanco; ſino es que ayamos de repreſentar ocupado del deſaliño el diſcurſo de un ambicioſo. Lo cierto es, que la vida prodigioſa de Polanco era tan incapàz deſte borron indigno, que era meneſter argumento mas robuſto, que el que le baſta à la ſuſpicacidad de un embidioſo; y mas juridico, que lo que pudo averſe percibido mientras arrimado à la oreja del Santo, le inſpiraba ſolo. Y es meneſter acuſar la ſuma confianza, que de ſu eſpiritu, y prudencia tuvo ſiempre Borja; y aun el deſcuydo de no aver nombrado al morir Vicario General, ſiquiera porque la eleccion que ſe huvieſſe de hazer otro dia no peligraſſe en una roca, y no recayeſſe ſobre una Cabeza deſenfrenadamente poſſeìda de la ambicion humana. Y aun ſerà meneſter confeſſar, que errò mucho toda la prudencia en el dictamen de S. Ignacio, haziẽdo tal aprecio de eſte Eſpañol eſclarecido: y que aun fuè mas torpe el engaño de los primeros hombres de la Compañia, eligiendole Vicario General aora, aviendoſe quedado enfermo en Macerata, al partirſe Franciſco moribundo à Roma; que de otra ſuerte tambien huviera achacado la embidia eſta eleccion à ſolicitud ſuya. Y aun quando tuvieſſe algun fundamento aquel rumor vano, no pudo dexar de reconocerſe mal teñido en ſu origen el conducto, pues ſacaba à luz un horror, que aunque tuvieſſe mucho de verdadero, debria ſepultarſe en un ſilen-

cio

cio religioſo, aviendo paſſado entre las ſoledades de un camino, y en el ſuſurro con que inſpirava el ſecreto à las orejas de el Borja Santo, ocaſion en que la congetura, y la ſoſpecha avian de tener tanta parte en lo que dexava de percibir el oìdo, y en lo que perdieſſe truncado el eco, permitiendoſe ſolo à las cabilaciones del diſcurſo. Por ello no puede paſſar ſin admiracion la que ocaſiona una bien diſcreta pluma, que hallo nuevamente teñida del color de eſta ſoſpecha; y la que ſupo hazer luz de la tinta, ſe vè aqui funeſtamente eclypſada, interponiendo denſamente un engaño ſu niebla entre la verdad, y la pluma.

Partiò Borja caſi arrebatadamente de Macerata, caminando con fuga àzia ſu victoria, y quiſiera añadir alas à la litèra, por encontrarſe velozmente con la parca, que volaba tambien àzia Borja. Ya inſolente el mal ſe avia deſenfrenado, y hollava con planta furioſa todo aquel noble theatro del ſufrimiento, ſirviendo la litèra de tumba, que conducia un Cadaver à ſer ſepultado en Roma. Iba cantandoſe parabienes à sì miſmo, y gracias amoroſas al Cielo de que fueſſe deſatando aquel eſpiritu de la cruel, quanto mas flaca, priſion del cuerpo. Hazia reflexion agradecida ſobre el milagroſo progreſſo de ſu dolencia, de tanta duracion, tan aguda, tan violenta, entre la agitacion de una jornada prólija, entre las incomodidades de una venta; ſiendo preciſo à vezes dormir en la campaña deſnuda, ò en el zaguan de la caſa; pues no podia ſalir de la litèra, ni èſta cupo dentro de la choza, y menos en el retiro de la poſada: entre las ceremonias de tanto Principe, mas aborrecibles à ſu eſpiritu humilde, que la miſma dura muerte. No ſe apartava un inſtante de Franciſco el devoto Hermano Marcos ſu Compañero, que al vèr à ſu dueño agonizando, trocava cada reſpiracion en el ay de un continuado ſuſpiro! Ay, dezia, dulce Padre, y exemplo! Ay del que ſin Vos ſe queda mal vivo! Ay triſte del ſolo! Ay de mi, que no ſupe merecer en tantos años de vueſtro, dexar de ſer mio! Ay, que no sè como acompañaros tambien en eſta jornada al Cielo! Ay, que lo errè todo, menos aora en lo que me laſtimo de aver errado! Para quando guarda la interceſsion poderoſa de vueſtros ruegos obrar con el infeliz Melchor Marcos un ſuceſſo portentoſo; y matar à un deſdichado con un gemido, porque paſſe à ſer con Vos eternamente dichoſo? No es tiempo aora, reſpondiò el Santo, que eſcuchava ſus quexas enternecido, y mudo: no es tiempo aun aora, de que bebais ſus corrientes puras à la dicha: eſperad un poco, engañando la ſed ardiente de la gloria con la eſperanza; porque ſe quiere ſervir de vueſtra humilde vida la providencia en otro nuevo mundo, antes de conduciros al glorioſo. Pero deſpues de mi muerte ſereis embiado al Perù, donde ſervireis mucho à la converſion de tanto Gentil, y yo pagarè deſpues lo que me aſsiſtiò vueſtra amoroſa fidelidad, con echaros deſde el Cielo mi bendicion; y aora con eſtas lagrimas, que hablan algo mas, de lo que la voz moribunda ſabe dezir, no yà por falta de aliento, ſino por abundancia de razon. Rogad por vueſtro amado Compañero Franciſco, mientras yo acierto à llorar por Vos un poco. Quedò anegado en ternura el Hermano, y al miſmo tiempo con grande aſſombro, porque afirmava con juramento, que nunca ſe le avia ofrecido à la imaginacion el emprender ſemejante rumbo, ni eſguazar ſu ſobervia al Occeano: y caſi oſſava el penſamiento poner en duda, ſi aquella voz fueſſe una reſpiracion caliente del zelo de Borja, ò no ſino Profecia. Haſta, que ſiendo electo General el Padre Everardo Mercuriano, le deſtinò luego à eſta empreſſa, ſin ſaber el motivo el meſmo, que le ſeñalava, porque Dios arrebatò ſu lengua, y conociò entonces, que aun mandava en la Compañia como inviſible dueño el Santo Borja.

§. V.

Acercòſe à los Muros de Roma entrando por la Puerta Flaminia la tarde del Domingo veinte y ocho de Septiembre, enriqueciò de mas deſpojos, que alguno de quantos iluſtraron la antigua Roma con ſus triunfos, conducidos al Capitolio en victorioſo carro, arraſtrando tràs de sì en la embidia el mas rebelde priſionero. Apenas ſupo Borja (eſcondido en ſu litèra) que entrava, quando bañado en lagrimas de alegria, cantò en voz alta lo que el Ciſne de la Igleſia antigua: *Nunc dimittis ſervum tuum Domine*, ſuponiendo la palabra, que le avia dado el Cielo; de que un milagro ſerìa el baculo dichoſo, ſobre que ſe avia de ſoſtener ſu vida deſpedazada haſta llegar à Roma. Diòle tambien gracias de que huvieſſe favorecido ſu vida, en diſponer, que la perdieſſe en ſervicio de la Igleſia Catholica, en obſequio de la obediencia, en cumplimiento de el quarto Voto de ſu Inſtituto, dexando

Año de 1572.

do à los Profeſſos de la Compañia eſte exemplo. Y de que le huvieſſe concedido morir dentro de aquella humilde ropa, librandole tantas vezes del Capelo, y de la Mitra, que con tanto reſplandor, como porfia rondavan peligroſamente ſu cabeza. Llegando al portico de Nueſtra Señora de el Populo, hizo, que paraſſe la litèra, y toda la atencion del alma: y llamando à Don Tomàs de Borja le rogava, que le guardaſſe un poco el ſueño à ſu eſpiritu, no permitiendo, que ſe acercaſſe alguno à interrumpir el ſilencio, y à turbar el repoſo à un cuerpo difunto. Con eſta prevencion, juntas devotamente ambas manos, paſsò media hora en dulciſsimos coloquios, y agradecidos afectos, ofreciendo hecha pedazos ſu vida à la que ſe avia dignado de mantenerla contra toda la razon de la eſperanza, porque llegaſſe aora à ſus pies guſtoſamente à perderla.

Fuè tan grande la alegria de ſus Hijos en Roma, quando ſe divulgò, que ſe acercava, que con el gozo de abraſarle, y merecerle vivo, olvidavan el dolor de que llegaſſe moribundo. Corrian todos exhalados en lagrimas, en amor, y en fuga àzia la Caſa Profeſſa, movidos de una fuerza oculta, ſin que quedaſſe alguno de quantos ſe hallavan en aquella Ciudad Santa, que no ſalieſſe preſuroſo à encontrarſe con Borja: el qual à un miſmo tiempo entrava abrigando en el pecho ſu muerte, y à toda la alegria en el ſemblante. Rodeavan ſus Hijos en tropèl confuſo la litèra, y le echavan los brazos de una parte, y otra, eſtendiendo los ſuyos Franciſco, y afanando por inclinar algun tanto el cuerpo à dàr mas eſtrecho el abrazo. Y ſintiò tan vigoroſo el eſpiritu, que pudo doblar el cuerpo en repetidas mueſtras de cariño, quando antes eſtava tronco, del todo immobil en aquel lecho. Dava gritos D. Tomàs de Borja, diziendo, que el General Santo no venia ſolo enfermo, ſino tan vezino al ſepulcro, tan delicado aquel vidrio, que ſe quebraria ſin golpe con el miſmo alhago: y que ſu ultimo aliento ſe quedaria pegado à los brazos de algun Hijo ſuyo, muriendo ſufocado de la caridad el que avia vivido agitado del amor. Y no pudiendo ſacarle de aquel lecho, ſin que peligraſſe en un fracaſſo, le ſubieron en ombros al camarìn dichoſo, donde avian muerto aquellos Heroes ſus predeceſſores el grande Laynez y San Ignacio. Con el alborozo, y la fuga de aquel repentino conſuelo, al verſe en los brazos de ſu Eſquadron amado, y que faltava errante la alegria de un corazon en otro; ſe ſuſpendiò aquel dolor acervo, divertido tambien por algun rato, y afloxando las duras cuerdas à ſu inſtrumento. Y ſi el mal fueſſe capàz de admiracion, quedaria ſuſpenſo de contemplarle en Roma vivo, ſaludando à todos deſde ſu lecho, quando le avia aſſaltado ocho meſes antes en los confines de Eſpaña con la mas cruel, y nunca interrumpida violencia, dando pocas horas de vida à la eſperanza, que cayò difunta mucho tiempo antes que Borja.

CAPITULO XVIII.

MUERE PRECIOSAMENTE, Y arrrebatado ſu eſpiritu poco antes de arrancarſe del cuerpo, por tres horas en un extaſi divino, viò en la gloria el ſublime Trono, que ſus virtudes avian labrado. Suceſſo portentoſo del Cadaver, en credito de ſu compoſtura con Don Thomàs de Borja. Concurre toda la Grandeza, y Plebe Romana à venerar caliente ſu ceniza. Dexaſe vèr luego veſtida del Sol ſu feliz alma. Retratos de ſu ſemblante, y perfecciones en los pincèles, en los elogios, y mas vivamente en ſus eſcritos.

§. I.

Avia mantenido la Providencia con reſpiracion milagroſa aquella vida deſtroncada, por exponer ſu Cadaver à la adoracion de la gran Roma, empezando à reverenciarle la Cabeza del mundo, porque ſe difundieſſe deſpues la veneracion por el vaſto cuerpo. Deſeava Borja informar al Pontifice de los efectos de ſu embaxada, y de lo que avia tratado mas en ſecreto con el Rey Catholico. Pero el Papa Gregorio Dezimotercio (que avia ſucedido en la Silla de S. Pedro à Pio V.) ſe hallava en Tivoli; que aunque tan cercano, eſtava mas lexos de Roma, que lo eſtava Borja de una muerte, que por inſtantes eſperava: y como ſolo avia venido à morir à Roma, todas las coſas caminaban à la muerte con priſa, ſin dàr lugar à otra dependencia. Embiò al P. Luìs de Mendoza, que beſando el piè à ſu Santidad, le dixeſſe, que el humilde Borja ſe hallava ſin voz, ſin pulſo, eſtendido ſolo el brazo à buſcar la funebre candela, y ſin oportunidad para dezir otra coſa; ſino que eſtava moribundo: que inclinaſſe ſu piedad à derramar las precioſidades de ſu theſoro, y las bendiciones de ſu ſanta mano ſobre tan mal hijo; que apenas podia alegar otra

razon, ò titulo de ſerlo, ſino el aver guſtoſamente obedecido à coſta de todo el aliento. Eſcuchò el Papa eſta ſuplica con una exclamacion doloroſa de la gran perdida, que haria en aquella ſola vida la Igleſia: y aſſomando el roſtro la ternura, hizo llamar al Cardenal Juan Aldrovandrino (Tio de Hypolito, y Sobrino de el miſmo Papa Gregorio Dezimotercio) porque llevaſſe al doliente Borja ſu bendicion, y la Indulgencia Plenaria. No quedò Purpura, Embaxador, ni Soberanìa, que no caminaſſe à nueſtra Caſa Profeſſa, à condolerſe de eſta deſgracia, que ſe lamentava en Roma à modo de calamidad publica. Era mucha la frequencia de Cardenales, y otra grandeza la que le viſitava, afligido el Santo de que le robaſſe el mundo aquellos inſtantes de tiempo tan precioſo, que no era para derramado en atenciones politicas, y ceremonias de Corteſano; y recabò con ſus lagrimas, y con la ternura eloquente de el ruego, que no ſe admitieſſe en ſu retrete viſita alguna, quedandoſe ſolo con el Padre Nadal, el Padre Hernandez, el Hermano Marcos, y Don Thomàs de Borja, porque no interrumpieſſen al Ciſne ſu muſica, que yà empezava.

Mas como expreſſarè yo aora los ſuſpiros abraſados, que flechava al romper el arco ſu tirante cuerda, y al ſaltar la vida de muy apretada? Como podrà la pluma ſeguir el buelo al corazon de Borja, que batìa dos Seraſines en cada ala? Ni alcanzar aquel eſpiritu, que gyrava en rapto ſublime de luz mal interrumpido de la muerte, y de el horror? Què viſta linze, ò què diſcurſo baſtarà à deſcubrir la ſenda de el Aguila por el viento? Si bien èſta dexava ſeñalado en eſplendor el rumbo? Preparò ſu eſpiritu para el Viatico con vehemencia tan afectuoſa, que ſalìa el alma à recibir à ſu dueño por la viſta, y el corazon por la lengua, Lunes dia de el Arcangel San Miguèl veinte y nueve de Septiembre, que fuè el ſiguiente al en que avia entrado en Roma. Sintiò un fuerte apacible terremoto en los ojos, y en el pecho, y esforzando la voz un poco con mas aliento, que grito, deſeava merecer à todo aquel concurſo el perdon de lo que huvieſſe errado, ò por ventura ofendido: y ſe hallò obligado de el eſcrupulo à pedirſe tambien perdon à sì miſmo, por aver paſſado cruelmente à ſer verdugo de ſu cuerpo deſde la anſia de vivir mortificado: Luego fixos los ojos confiados aquella Aguila, caudaloſa en el Auguſto Sol, ſalpicando en fecundo rocìo ſu luz, le introduxo haſta el corazon, quedando el ſemblante veſtido de ſerenidad, hermoſeado con colores de joven el mas florido: en eſta ſuſpenſion ſe mantuvo algun rato, divinizado el roſtro, y mucho mas el eſpiritu, paſſando à ſer llamas las roſas, que avian ocupado ſus mexillas. Mas aviendoſe cobrado con mucha violencia, quiſo hazer una exortacion ardiente à la Compañia toda en los que eſtavan preſentes aquel dia, y ſellar con lagrimas ſu tormento, en que dexava por herencia à ſus Hijos caliente, y entero el eſpiritu de Ignacio. Eſta anſia de agotar ſu aliento fervoroſo en eſte poſtrero grito, avia poco antes expreſſado; mas aora ſe hallò mudamente embarazoſo, dexando eſte deſeo mas de sì al mundo, mientras acuſavan todos al dolor de groſero, y de tyrano: porque le ocupò violentamente la lengua, y el pecho, que al ir à formar una voz, ſe quebrava en ſuſpiro, tan ronco, que ſe ahogava en el cuello haſta la miſma expreſsion doliente de el gemido. Bolvia à esforzarſe, recogiendo por el ſeno doloroſo pedazos de aliento: mas ſucediale lo que celebra no sè que pluma de la Tortola, quando quiere lamentar ſu difunto eſpoſo, que ſiente en el corazon, arrulla blandamente en el cuello, pero calla en el pico.

Reconociò Borja, que forcejava contra la corriente de un impoſsible; y rebueltos àzia lo alto ſus ojos, fuè à levantar tambien el brazo, para echar ſu bendicion ſobre la Compañia dilatada por toda la tierra; y porque no pudo mantenerle en alto à formar la Cruz en el viento, hizo ſeña, porque le ſuſtentaſſen un poco el brazo, y de eſta ſuerte vertiò dulzura por todo el cuerpo de la Compañia, alcanzando deſde Roma haſta el mas remoto clima. Pidieronle algunos, (deſpues que cobraron alguna expreſsion ſus labios) que ſe acordaſſe en el Cielo de ſus Hijos, à que reſpondiò humildemente confiado: que ſi llegaſſe à ſer tan dichoſo, como èl eſperava en los meritos de ſu dueño, no podria ſer ingrato, ni olvidar aquel baxèl combatido, en que avia arribado al Puerto, de que avia ſido Piloto, y en que ſe avia guſtoſamente embarcado, por eleccion, y deſtino de el Cielo. Y añadiò, que tampoco ſe olvidaria de los que ſe encomendavan à ſu

memoria. Paſsò aquella noche batallando ſu vida con una mortal congoja, y al bolver en sì el alma, acuſava à la muerte de tibia, y de perezoſo el buelo funeſtamente rapido con que ſe nos repreſenta. Martes àzia la tarde ultimo de Septiembre, dia del Doctor Maximo San Geronymo, llegò ſu vida al ultimo deliquio: recibiò la Extrema-Uncion con admirable ſoſsiego, ſin que turbaſſe la tranquilidad el mucho llanto, que placidamente inundava el roſtro: fuè reſpondiendo à las Oraciones, esforzando con la voz ſus ruegos à los Santos, reboſando por los ojos ſus amantes afectos. Pidiò luego que le dexaſſen ſolo, porque ſintiò que le tiravan furtiba, y dulcemente de el eſpiritu: que ſe iban enagenando los ſentidos de los objetos, y que dexandole tronco inſenſible, y mudo, ſe llevava un extaſi verdaderamente portentoſo toda el alma de aquel doliente cuerpo: que le hizo mas de tres horas cadaver, antes de ſer difunto, ſin que ſe ſintieſſe palpitar la vida en el pecho: que por eſſo deſpues la muerte ſe pudo equivocar en rapto.

Año de 1572.

No viò Roma en ſus antiguas grandezas eſpectaculo mas prodigioſo, aſſomando muchos hombres ſabios la cabeza coronada de reſpeto à vèr aquel Tronco divino; cuyo ademàn, aunque immobil, eſtava llamando à un tan grande aſſombro, que imitaſſe las ſuſpenſiones de Franciſco. Los ojos, aun mas que abiertos, ſe miravan raſgados, y fixos en los lucèros, con quienes competian entonces reſplandor ſus fondos: ni oſſaron las peſtañas cubrirlos, por no enlutar dos grandes Aſtros; y porque ellas tambien participavan algo de la admiracion. Parecia aver volado ſu eſpiritu al Cielo à reconocer el teatro, que avia de ir à piſar luego: que como eſtava tan vezino à la orilla, gozava yà los ayres puros de la mas delicioſa Ribera. Fueronle revelados los ſecretos mas eſcondidos, y mas myſterioſos, que dexò en el ſeno de ſu Confeſſor mal ſellados. Viò el Trono alto, que deſtinava à ſu gloria la providencia, faltando ſolo el ultimo diamante (que yà ſe labrava) à la precioſidad de la ſilla. Y ſe quedò ſu eſpiritu como en ſegundo rapto allà en el Cielo, enagenado tambien de sì miſmo al verſe tan encumbrado. Deſpues de tres horas, deſpertando repentinamente Sentidos, y Potencias, hallò ſolo voz para dezir: *Perdonadme Padres, y Hermanos, por amor de Dios.* Acercòſe Don Thomàs de Borja llorando con la ultima explicacion de ternura ſu auſencia vezina; y el Santo le dixo: *No lloreis, porque yo sè muy bien, que no tengo titulo para ſer llorado. O lo que acabo de vèr de felicidad, que ha de enjugar mis ojos, y hartar de dicha los deſeos!* Atonito Don Thomàs de Borja con lo que ſignificava eſta noticia, ſe acercò algo mas à la Cama, y le tomò la mano, que besò, imprimiendo en ella el alma toda, y pidieron ſus lagrimas la bendicion poſtrera. Entonces aquel bienaventurado eſpiritu bolviò à clavar los ojos en el Cielo, y dixo à ſu dulce Hermano las palabras que depuſo en las informaciones èl miſmo: *Padre, y Hijo mio, mirad que os encomiendo, que ſeais buen Miniſtro de la Igleſia, que Dios os ha de encargar, porque os ha conſervado la vida el Señor, para hazeros Prelado en ſu Santa Igleſia.* No tardò mucho el ſuceſſo en acreditar eſta Profecia, de que ſe hallava entonzes bien diſtante la eſperanza, (y por ventura navegava el deſeo por rumbo encontrado), porque fuè electo Obiſpo de Malaga, y luego Arzobiſpo de Zaragoza. Cobròſe de la ſuſpenſion, que le ocaſionò eſta noticia Don Thomàs de Borja, y le rogava, que eſtendieſſe la bendicion à ſus Hijos, y à los otros Hermanos, y tambien à ſus nietos todos: nombradlos uno à uno, reſpondiò el Santo, que yo los echarè la bendicion guſtoſo, implorando el favor de el Cielo: Nombrò Don Thomàs de Borja en primer lugar al Duque de Gandìa, porque ſe robaſſe tambien el Primogenito de ſu gran Caſa las primicias de la dulzura en la bendicion primera: y de eſta ſuerte fuè paſſando el eſpiritu, y la mano de el Divino Borja de una en otra cabeza, haziendo eſpecial recuerdo de aquellos, à quienes debiò atencion mas fina, y ſingular aſsiſtencia, porque quiſo, que el agradecimiento fueſſe contado entre las primeras obligaciones de la Naturaleza: y que no pudieſſe dezirſe, que le avia faltado la memoria un inſtante antes, que la vida.

§. II.

BOlviò à recoger toda el alma dentro del pecho, por gozar los fragmentos de reſplandor, y ſuavidad, que huvieſſe dexado eſparcidos por las potencias aquel arrebatamiento extaticamente

mente fogoſo. Quando ſe acercaron los Padres Aſsiſtentes à pedirle con humilde blanda reverencia, que dexaſſe Vicario General à la Compañia, porque no ſe lloraſſe tan huerfana, y deſtituida de Cabeza; que nombraſſe, ò con la voz, ò con la pluma alguno, en quien vinculaſſe ſu eſpiritu. No quiſo Borja condeſcender à eſte ruego, porque ſe le repreſentava mas ſeguridad en aquel rumbo, que abriò Ignacio, y ſiguiò deſpues el grande Laynez, añadiendo mucha luz en ſu exemplo: y aſsi embolviendo en un amago de riſa la ſerenidad toda, dixo: *Harto tendrè de que dàr cuenta à Dios, ſin añadir aora el cuydado de eſta eleccion.*

Año de 1572. Por eſſo luego, que eſpirò toda la llama en el Cadaver de Borja, ſe juntaron veinte y dos Profeſſos de la Compañia, Jueves por la mañana à dos de Octubre, y eligieron al Padre Juan Polanco, cuya experiencia, y cuyo inſigne talento merecieron à la embidia un mortal elogio. Mas aora ſalieron los Aſsiſtentes con alguna triſteza de aquel Apoſento, que era el centro ſiempre, donde hallava qualquiera infeliz ſu alivio. Arrimòſe el Padre Hernandez à la oreja de el Santo con otro ruego, que dexò mal herida la humildad de Franciſco, y la tratò como à injuria grave en todo, menos en aver reſpondido con el roſtro ſevero. Dixole lo mucho que deſeavan ſus Hijos, y aun los eſtraños, que les dexaſſe una Copia de ſu ſemblante amoroſo, para engañar un poco ſu dolor à la auſencia con la viſta, y enternecer la memoria con aquella muda bien colorida ſombra de la naturaleza; que permitieſſe el roſtro à la contemplacion de un valiente pincèl por un breve rato, aunque le coſtaſſe al rubor exprimir mas vivos colores en el roſtro, que los que prevenia el Pintor (eſtava cerca eſcondido) para dàr alguna alma al lienzo. Que eſte parecia el caſo, en que debia ceder ſu modeſtia al comun deſeo, y mas quando un Retrato ſignificava yà tan poco aun à la eſtimacion de el Vulgo, que ſe copiava tambien un monſtruo, y el mas infeliz eſpiritu ſe nos repreſentava denegrida la faz rebelde en la pared de cada Templo. Turbòſe toda la ſerenidad de aquel ſemblante humilde, y la ſangre, que eſtava yà fria en las venas, ſubiò à calentar las mexillas: bolviò àzia el Padre Hernandez la cara con aquel deſagrado, que ſuele parecer ira; y uniendo à los ojos todo el ceño, no le diò otra reſpueſta, que torcèr el roſtro luego como fugitivo de aquel agravio. Y fuè no menos admirable en aver reſpondido aora con algun enfado à la injuria, que lo avia ſido tantas vezes ſu invencible paciencia, en reſponder con alhago, y reconocimiento à la mayor ofenſa.

La noche de el dia treinta entrò animoſo en la ultima batalla aquel Heroe, que iba à trocar la vida por la victoria, y llegava à pelear con los laurèles en la cabeza. Avia deſeado con ardiente afecto poder Comulgar por devocion en la ultima hora, por tener en el pecho la vida al miſmo tiempo, que lo fueſſe talando todo la muerte furioſa, y ſe apoderaſſe de el alcazar la ruina. Mas no pudiendo aora con los accidentes de la agonìa recibir à ſu dueño en la poſſeſsion, le recibiò en el deſeo, Comulgando eſpiritualmente con un corazon tan afectuoſo, y con tal impetu de llanto, que zozobrò mucho un baxèl yà caſi ſumergido. Aſſaltòle aquella mortal agonìa, en que ſe và recogiendo con el ſuſto al corazon toda el alma, deſamparando lo mas del terreno, y cediendo poco à poco à la muerte todo el campo. Fueron tan abraſados los afectos de aquel corazon oprimido, que aun deſpues de arrancarſe el eſpiritu, quedò por mucho rato caliente el pecho, donde el amor tuvo por tantos años ſu nido, y manteniendoſe por muchas horas dentro de el Cadaver caliente el reſcoldo que dexa ſiempre un incendio. Fixava los ojos, y deſpues los labios en los pies, y coſtado de un Crucifixo, y ſi le apartavan algun tanto, le coſtava mucho aliento en un ſuſpiro. Preguntaronle tal vez, ſi queria algo? A que reſpondia preſuroſo: *A JESUS quiero.* Excitava la Fè con rara viveza, y no menos la eſperanza, que ambas Virtudes ſe iban à morir tambien, no aviendo de entrar con el alma en la Gloria. No pareciò que agonizava, ſino que dormia, ſin eſtremecerſe con la muerte la Naturaleza, ni parecer eſcandalo en ſu ruina, con tan dulce, y tan apetecible eſtrago, como que no le arrancavan el eſpiritu, ſino que èl ſe ſalia voluntario: cayendo la vida al piè de el tronco, no qual fruto ſacudido; ſino que ſe deſprendiò maduramente del ramo.

Iba reſpondiendo à las deprecaciones, interrumpidas ſolo con ſuſpiros amantes, no

no perdiendo jamàs la advertencia haſta deſpues de aver perdido la vida. Tenia yà difunto el ſemblante, y el cuerpo elado; ſolo eſtavan vivos los ojos manando afectos, y ſe dexaron vèr lloroſos, aun deſpues de eſtàr muertos aquellos dos grandes Aſtros, que con la coſtumbre de llorar ſiempre, ni ſupieron morir enjutos, ni dexar de derramarſe en luz, y en rocìo, aun deſpues de eſtàr apagados. Mas quando avia parecido yà, no ſolo mudo, ſino muerto, hazia una fuga repentina el alma deſde el corazon à la lengua, y flechava en la voz una ſaeta abraſada. Cercavanle ſus Hijos con inconſolable llanto, ſuſpendido à vezes en la admiracion al vèr palpitar exceſsivamente vivo al amor en un pecho difunto. Con la ocaſion de eſtàr tan rodeado, y tan defendido aquel humilde lecho, y tan ocupado de la multitud el apoſento todo, caminando àzia la media noche la ſombra, mal deſterrada de aquel ſitio con el tremulo eſplendor de una candela; introduxeron al Pintor, que guarecido à la eſpalda de tantos, que cercavan la tarima, bebieſſe con los ojos las perfecciones, aunque muſtias de aquel ſemblante divino, aſſegurando el azecho en la multitud, y en el reſguardo de el ſitio obſcuro. Iba yà diſcurriendo la idèa por las perfecciones de el roſtro de Borja: iba furtivamente ganando tierra la fantaſia, que ſe calentava yà mucho con las eſpecies de el objeto vezino: eſtava el pincèl bien eſcondido en la mano; quando Franciſco, aviſado de muy adentro de el eſpiritu, derribò àzia una parte toda la fuerza de la viſta, como quien cuydadoſamente bruxuleava por entre la confuſion, y la tiniebla algun objeto, que preſintia; y aviendole tropezado, fixò los ojos poco ſerenos en el roſtro de el Pintor encubierto, que aſſomava algun tanto la cabeza por entre los ombros unidos, de los que cercavan la Cama: y parecia que Borja fueſſe el que intentava copiar ſu ſemblante al Pintor, antes que ſer retratado de ſu pincèl. No tendria mas horror de vèr en aquella hora al comun fatal enemigo, que de aver viſto un pincèl à ſu lado, amenazando à elogio. Eſtendiò un poco el brazo, que eſtava immoble, y frio, y apretò con milagroſa fuerza la mano de Don Thomàs de Borja, que ſe hallava el mas immediato, y mas à proporcion de ſu dieſtra, como que fiava de el amor, y de la ſangre eſta ultima fineza, ſupliendo con la mano, y con la viſta ſus clauſulas, yà muertas en la lengua. Y luego infundiendo la humildad vigor portentoſo en un cuerpo deſtroncado, bolviò impetuoſamente el ſemblante àzia el ſitio opueſto, con aſſombro de los que ſabian, que ſino el corazon, todo lo demàs yazia difunto. Pagò Don Thomàs de Borja eſta ultima confianza, con hazer que ſalieſſe luego el Pintor fugitivo de aquel Apoſento; llevando à ſu caſa, yà que no el Retrato, copiada à lo menos ſu humildad con mas primor de lo que podria dibujar ſu ſemblante aquel animoſo pincèl.

Conociendo Borja, que avian arrojado de ſu quadra colores, pincèl, lienzo, y fantaſia, bolviò placidamente la cara, ufano con eſta victoria, y de eſpirar en brazos de la humildad, que fuè ſu eſpecial diviſa, ſiendo una hazaña de eſta virtud heroyca, la poſtrera que cerrò los ojos à ſu vida. Renovò el amor ſu dulce muſica, poniendo lagrimas, y afectos en armonìa: iba ſacudiendo preſuroſamente las alas aquel corazon al irſe à morir, batiendo las mas delicadas plumas en torno de la luz, que en la candela alumbrava, y de la que en ſu pecho ardia; haſta que abraſada eſta fiel amante Mariposa, embolviendo à JESUS en un ſuſpiro manſo, acabò victima de el fuego, ſiendo yà paſſada la media noche, y empezando felizmente el dia primero de Octubre, ſiendo de ſeſenta, y dos años, menos 27. dias, y algunas horas (à quien llamaron las obſervaciones antiguas año Eſcolàr.) Obſervaron dudoſos algun rato, ſi eſtuvieſſe muerto, ò extatico, por las vezes, que eſtando arrebatado, avian pueſto en duda, ſi eſtava difunto. Mas ſaliò ſu ultima reſpiracion tan oloroſa, que ſe conocia en la fragrancia, averſe quebrado el alabaſtro de la Magdalena, y aver derramado el nardo de ſu vida precioſa. No ſe viò geſto alguno, que miraſſe con deſagrado à la parca, porque à la verdad èl eſtava bien con la muerte, y aun enamorado de ella, deſpues que en una grande ocaſion la experimentò benigna, y fuè toda la cauſa de ſu vida heroyca. Quedò el Cadaver tan hermoſo, como avia quedado feo el de la Emperatriz, donde bebiò aquel valiente deſengaño, ſiendo eſte uno de los ſenſibles prodigios, què obſervando repetidamente aquel encendido galàn roſtro difunto, admiravan en Roma los Sabios. Y mas ſi hizieron reflexion

Año de 1572.

ſobre

ſobre la fuente denegrida, donde tuvo origen la ſingular hermoſura del cadaver de Borja.

§. III.

DOblaron luego todos las rodillas, beſando aquel ſanto cadaver, que el amor dexava reducido à paveſas, no queriendo rogar por ſu alma la ternura, ſino encomendarſe à ſu interceſsion poderoſa; ſin poder reprimir aquel culto anticipado, hallandoſe movidos de un ſecreto impulſo, que caſi neceſsitava al reſpeto, y bañava en copioſo llanto el cadaver ſanto, y el lecho, mientras ſe eſcuchava un ay, y un eloquente ſollozo, que paſſava entriſteciendo el oìdo, y alegrando todo el viento. Vete en paz eſpiritu dichoſo, que ſubes por veredas de luz al Cielo, y ſe mueven à ſaludarte por el camino los Aſtros uno à uno. Vete en paz Heroe victorioſo, que dexas ſembrado de troféos el mundo, y aun has de tropezar con las ramas de tus laureles en el viento, porque han crecido mucho. Vete en paz alma grande, que yà dexas immortal tu nombre ſobre la tierra; y ſi à la fama le faltaſſe bronce, tendria voz cada arbol en Eſpaña, grito en el Tybre cada arena, y daria un trueno eſpantoſo cada monte en Roma. Vete en paz, que en tu miſmo cadaver, queda baſtante aroma para embalſamar la vida à tu fama; y la porcion de ceniza, à que perdonò el amor, y la hoguera, tendrà à la veneracion por urna. Vete en paz Borja divino, que aunque pudiſte ſacar tu eſpiritu de eſſe cuerpo abraſado, no podràs arrancarle de la memoria de el mundo, ni aun de mi pecho. Luego que ſupo el Sumo Pontifice la muerte del Santo Borja, rompiò el ſilencio en eſta exclamacion ſentida: *Oy ha perdido la Santa Sede un fiel Miniſtro, y la Igleſia una firme Columna.* El Cardenal Paleoto diò un grande ſuſpiro, diziendo: *Ay! que ſe vè apagada la mas hermoſa lumbrera de la Igleſia Catholica!* Pero no quiero detener la pluma en referir gemidos, ni elogios, que deshojaron ſobre ſu cadaver à la eloquencia: baſte dezir, que ſe uniò à formar un ſuſpiro, y un elogio toda la Europa.

Dexòſe vèr no pocas vezes veſtido de gloria en la tierra, bañando en reſplandor mucho mas eſpacio de el que ocupava: y luego que ſe quebrò el barro ſe viò por el viento la luz de eſte ſegundo caudillo de Madian. Pero omitiendo aora otras apariciones, que tienen en eſta Hiſtoria ſus proprios lugares; ſolo dirè, que vino à viſitar, rozando en el veſtido al Planeta quarto, à ſu antiguo fiel vaſſallo, y deſpues hijo el Hermano Ginès Molto, quando ſe hallava moribundo. Traìa Borja conſigo un comboy de mucha luz en un feliz eſquadron, que bolviò en firmamento la choza humilde de Ginès Molto. Venìa el Santo con una ropa texida en reſplandor, y en hermoſura, de que pudiera adornarſe el Sol en el corazon de el dia: hablò dulzura, y anticipò à Molto la gloria con ſu venida, no ſaliendo de aquella Celda dichoſa, haſta que ſe llevò conſigo en triunfo aquella alma, dexando algunas reliquias de eſplendor, y de fragancia en la huella. Muriò Borja treinta y tres años deſpues de aquel valiente deſengaño (larga vida para un eſcarmiento de eſtrago ageno) imitando en eſta porcion de vida perfecta, haſta en el numero de las reſpiraciones, à ſu dueño; porque reſucitò de las paveſas de aquel cadaver elado, *in menſuram ætatis plenitudinis Chriſti.*

Fuè en ſus primeros años Borja el Joven mas galàn, el de ſemblante mas florido, y de aſpecto mas ſeñoril de quantos iluſtraban la Corte de el Emperador: pudiendo ſer original bello à los retratos de Narciſo, à no vivir tan unida con la gentileza la gravedad en ſu roſtro. Fuè de alta, y corpulenta eſtatura, bien correſpondida en proporciones de toda aquella elegante fabrica: garboſo ſin afectacion el ademàn del cuerpo, aun quando mas deſayrado en la humildad de el trage el movimiento, con que la compoſtura huella cobardemente el teatro. Era tan ſumamente blanco, que con algunos copos mas de blancura declinaria en exceſſo, y en aquel color eſtava la nieve en el grado mas puro, y mas hermoſo; aunque interrumpida à trechos en el ſemblante con alguna roſa breve, hallandoſe batidos ſin confundirſe leche, y ſangre; y aun tiempo jardin, y cumbre con mucha nieve; porque aſsi ſe acercaſſe aun en eſta ſemejanza à la perfeccion de ſu dueño, que quiſo apellidarſe el blanco, y colorado. La frente eſpacioſa, raſgados con mageſtuoſa inquietud los ojos, que tiraban à color de Cielo, ſi bien no era el azul tan ſubido, que no degeneraſſe algo àzia aquel matiz verde, que hermoſea el campo, templandoſe los colores en ſu viſta con una punta de eſpe-

ranza, y otra de gloria. La boca pequeña, los labios por extremo encendidos, y no delgados. La nariz algun tanto prolongada, proporcionandoſe aun en eſto à la Symetrìa del roſtro, que era largo, ſin ſer prolixo. Los dedos de las manos eran tambien algo difuſos, inclinando aun en la material diſpoſicion à prodigos. Y al fin, en el roſtro, y en toda la diſpoſicion del cuerpo ſe dexava vèr aquel caracter, que repreſenta à una alma digna del imperio, y explica la grandeza de el animo; de ſuerte, que no eſcogiera la magnanimidad otro Templo. Tenia un oculto alhago, con que ſe inducia al corazon del que tratava; aunque mezclado en la entereza, dexando al amor, y al reſpeto en la batalla nunca bien decidida; pero ſin amago de intencion en la viſta, adonde aſſoma ſus afectos el alma. El conciliaba la autoridad con la blandura del trato, y el cariño, haſta con el ceño, que es tan dificil aſſunto, como querer endulzar con lo amargo, y hazerſe amable con los incentivos del odio.

Deſde joven empezò à ſer un poco deſmedida ſu corpulencia, y con la edad ſe fuè abultando haſta una deſproporcion monſtruoſa, que deſpues declinò à extremo contrario con el rigor de la penitencia. La complexion fuè robuſta, el genio alegre con mucha viveza en la ſangre (que fuè el humor predominante, y en todo mas noble.) Su corazon era mas anchuroſo, que el ambito de el pecho, ſiendo eſte tan dilatado. En ſus años florecientes emprendia ſiempre lo mas arduo en todas las funciones de Cavallero; y no hallando algun peligro, no eſtrañava el buelo, por no vencer ſin triunfo. Fuè de viviſsimo ingenio, capàz de los diſcurſos mas delicados, y de aquellas preciſiones, en que ſe adelgazan tanto mas los penſamientos: de ſuerte, que ſola eſta prenda baſtaria à robar toda el alma à un grande entendimiento: mas en Borja dexava mucho ſitio libre à un juìzio repoſado, donde la prudencia tuvo ſu nido; y à la memoria (real archivo de aquel grande noticioſo eſpiritu) que fuè de las mas felices de aquel tiempo, aſsi en adquirir promptamente el caudal mas ſabio, como en la tenacidad de mantenerlo. La modeſtia fuè la calidad mas propria, y mas bella de aquella indole hermoſa, gaſtando el corazon la ſangre mas delgada en veſtir al decoro de purpura, ſiempre que eſcuchaſſe alguna expreſsion menos cauta. Nunca preſumiò mal, aun quando eſtavan bien teñidas las apariencias en ſu color. La ſencillèz nunca artificioſa, y el candor de aquella alma deſnuda de la ſimulacion del engaño, y de la liſonja, era amable hechizo de quien le tratava; pero ſupo juntar con eſta prenda una razon prudente, politica, y aun mañoſamente advertida, mordiendo à la ſerpiente en la cabeza, y en el corazon à la paloma: y ſe pudo dezir de eſte Heroe de la naturaleza, lo que de Caton ſe celebrava que ni fuè niño, ſiendo de ſiete años, ni viejo de ſeſenta.

Fiaba de muy pocos ſu ſecreto, porque ſabia, que el corazon humano ſe canſa de guardarle largo tiempo, y lo paſſa à la lengua con el miſmo ayre, que reſpira; pues al batir las alas parece que ſe eſtremecen los ſecretos con el movimiento de las plumas. Fuè de pocas palabras, pero ſentencioſas, y blandamente diſcretas, hablando ſubſtancia, y como por definiciones, con nativa facil eloquencia, que parecia meditada, hallando al arte en la naturaleza. En las converſaciones era feſtivo, aun deſpues de ſer Santo, dando caſi ſiempre una punta de ſal à la voz, con que ſazonava utilmente la verdad: que nunca faltò de ſu lengua, muriendo ſin conocer de viſta à la mentira, el que viviò tantos años en las Cortes, en los Palacios, y en la mayor privanza. Sus ocios fueron tan utiles como ſus exemplos. Fuè celebrada la diſcrecion en ſu pluma, y en ſu boca, que eran dos bellos arroyos de eſta agua, de que ſuele moſtrarſe avàra la naturaleza. De las ciencias, que ſe batallan en las Eſcuelas, tuvo aquella grande noticia, que dexamos ponderada en otra parte de eſta Hiſtoria: ſingularmente de la Theologia, cuyos rumbos penetrava con acertada animoſa abuja. Pero en la ciencia de el eſpiritu fuè ſin duda uno de los hombres mas ſabios, que ha tenido el mundo: aquellas tinieblas elegantes del Divino Areopagita, las leìa con admirable claridad, y facil perſpicacia, hallando al Sol rebozado en cada tiniebla.

Todas las perfecciones dibuxadas en eſte breve lienzo, ſe copiaron de el original, que deſcrive en colores mas verdaderos, que hermoſos, el Padre Dionyſio, Confeſſor, y compañero ſuyo: y añade eſtas palabras luego: *Hanſe ſacado en Roma, y en Eſpaña muchos retratos de ſu figura: mas no he viſto haſta aora ninguno, que me mueſtre aquel venerable*

auto-

autorizado aſpecto; que con ſolo mirarle ponia devocion, y alegria. Un retrato ſuyo, con ſu nombre traìa el Padre Franciſco de Briones, el qual dezian, repreſentarle menos mal, que otros, y ſacòle con muchos ruegos en Valladolid el Padre Antonio de Alarcòn, que tenia gran devocion con la memoria del Padre Franciſco; y afirmaba, que con pronunciar ſu nombre, y poner ſu retrato ſobre las cabezas de los endemoniados, diverſas vezes los viò quedar libres. Haſta aqui el Padre Dionyſio: y es aſsi, que aquel Venerable devoto aſpecto influìa devocion, ſolo con ſer atentamente obſervado; que por eſſo el inſigne Varon Padre Juan Manuel dize en el Capitulo de una carta: *Quando me ſentia ſin devocion, acoſtumbraba à irme adonde eſtava el Padre Franciſco, y ſin hablarle, ſolo con vèr la compoſtura de ſu roſtro, y la devocion, que en èl moſtrava, ſalia compungido, y con el eſpiritu tierno en Dios.* La Venerable Sor Franciſca de Jesvs, eſcriviendo à la Duqueſa de Villa-Hermoſa del Divino Borja, dize: *Viſto he un retrato de vueſtro hermano, muy proprio: no me conſuela, antes me dà pena vèr ſin alma figura de quien tanto quiero, ſiendo ella lo que yo mas amo, y mas vale.* Mas hallamos con todo eſſo un retrato el mas vivo, y el mas proprio del alma de Franciſco; yà que degeneraron tanto los mas de los pincèles en los que dibuxaron de ſu roſtro. Eſte es el que en ſus eſcritos dibuxò la pluma de el miſmo Santo: y por no averſe ſacado à luz todos, haſta deſpues de muchos años, no andan tan frequentes entre los hombres doctos; ſiendo ciertamente dignos de ſer admirados, y hallandoſe en ellos diverſos jardines de erudicion, de piedad, y de otras flores. Si bien los mas ſe cultivaron ſin el afán delicado de los diſcurſos, y de los libros, eſtudiando ſolo en la voluntad afectos mucho mas abraſados, que floridos. Y aora ſe hallan reducidos à un volumen juſto, con nuevo methodo, que en idioma Latino diò à la eſtampa ſu clariſsimo viznieto Don Franciſco de Borja, cuya tradicion bien oculta ſupo valerſe con tanta propriedad del idioma, que es meneſter recurrir à la noticia para perſuadirſe à que no ayan nacido entre las expreſsiones de aquella lengua.

*** *** ***
*** ***
***

§. IV.

Bolvamos yà à reconocer el cadaver Santo de Franciſco, tan oloroſo, que podria ſu fragancia ſer balſamo baſtante à ungir algun real difunto, y aun à embalſamarſe à sì proprio. Avia eſtado tan oprimido del ſentimiento Don Thomàs de Borja ſu hermano, al dàr la poſtrera llamarada aquel eſpiritu, que no podian los ojos uſar del oficio del vèr, ocupados ſolo en el exercicio, y en el exceſſo de llorar: Sacaronle de aquella quadra, y porque apenas avia guſtado alimento en todo el precedente dia, le conduxeron à otro ſitio, donde tomaſſe algun reparo de comida, y de ſueño. Mas era dificil hallar repoſo, llevando à la inquietud toda el pecho; y aſsi, à poco mas de dos horas, en que eſtuvo batallando el ſilencio con la fantaſia, y el deſaſſoſsiego con la cama, quando yà la Aurora iba tomando poſſeſsion del dia, bolviò en buſca de aquel amado difunto, por quien ſuſpiraba, y hallò caliente aun en el cadaver Santo la ruìna. Viòle embuelto en una mortaja, antes de veſtirle de ſu propria inſignia: doblò las rodillas, y renovò ſus lagrimas, dando la rienda à ſus ternuras, aora que ſe hallaban ſus ojos ſin teſtigos, y ſin embarazos, pudiendo ſalir enteros los gemidos. Avia deſeado anſioſamente vèr aquel milagro eſpantoſo, que labrò la penitencia de la piel, que cubria el corazon, y las entrañas de Franciſco, rebolviendoſe en gyro por el cuerpo: mas hallò un invencible recato à la porfia de ſu ruego, inſiſtiendo muchas vezes en vano por el camino, quando yazia doliente en humilde lecho. Y aora, viendoſe ſolo con el cadaver en aquel apoſento, le pareciò tiempo oportuno de dàr à ſu curioſidad, y à ſu veneracion eſte objeto, y poder referir à la poſteridad, como teſtigo de viſta, aquel expectaculo aſſombroſo. Fuè à reconocer la imagen, ò eſtatua de la penitencia, cavada con mas fantaſia, que la que pudiera formar en bronce una valiente artificioſa idèa: fuè à levantar un poco con la dieſtra aquella parte del lienzo, que cubria ſu pecho deſnudo, quando ſintiò el brazo herido de un funeſto paraſiſmo, que à ſemejanza de rayo, ſin hazer eſtrago en la bayna, bolvia en ruìna el limpio acèro, y al miſmo tiempo hallò en ſu corazon otro nuevo paſmo al contemplar eſte ſuceſſo. Hizo fuerza para tirar àzia sì la mano, queriendo experimentar, ſi ceſſaba el eſtrago con apartarla

tarla

tarla del peligro, y hallò brio para traer aquel immobil tronco, que al retirarle, le ſintiò luego flexible; porque no pudieſſe ignorar la razon, ò la cauſa de ſu mal: quedando aſsi advertido, de que es delito la confianza, quando paſſa à ſer oſſadìa.

Serenòſe un poco del ſuſto, cobrò aliento viendo reſucitado el brazo difunto. Mas, ò porque no acabaſſe de perſuadirſe, que podia ſer digna de caſtigo aquella confianza de un hermano en una accion inocente en todo, y que miraba à la veneracion, como à fin ultimo. O yà porque bolviò à ſer impelido de un impaciente deſeo, que calza eſpuelas de oro, con que ſaca mucha ſangre al eſpiritu, bolviò à emprender la miſma operacion, que aun à Faetonte pareceria yà mucha temeridad. Y entonces experimentò ſegundo rayo, tanto mas fogoſo, quanto le dexò el brazo mas frio, tan immobil, y tan yerto, que podria bien amortajarſe con los del cadaver Santo, que quiſo examinar curioſo. Intentò recoger àzia sì el brazo, como en el primer ſuceſſo; pero hallò obſtinado el caſtigo, viòle mudado en tronco, y reconociò ſeca la mano, al modo que Geroboan, quando la quiſo eſtender contra el Profeta de Dios. Embiò confiadamente ſu corazon al Cielo en buſca del eſpiritu dichoſo de ſu hermano, lanzando un fuerte abraſado ſuſpiro, y luego ſintiò ſu influxo, y pudo mover el brazo; no àzia la empreſſa, ſino àzia el retiro de ſu miſmo pecho. Diòle gracias repetidas del amago cariñoſo, con que le avia enſeñado reſpeto; y de la ſalud reſtituìda, con que le obligaba à colgar un voto agradecido al eſcarmiento. Eſtuvo deſpues grande rato haziendo reflexiones ſobre eſte ſuceſſo prodigioſo, lloraba inconſolablemente ſu atrevimiento, nacido entre las confianzas de la ſangre, y del trato. Mas, ò inconſtancia humana! Mar todo baybènes, y fortuna mudable, alvedrio, cuya libertad dà las velas à todo viento! Quien fia de ſus propoſitos, por mas que ſalgan nadando en lagrimas, y rebueltos en gemidos? Siendo elementos tan poco firmes uno, y otro; al fin agua, y viento.

Exaruit manibus ejus quam extenderat contra eum, nec valuit retrahere eã ad ſe. 3. Reg. 13.

Hallavaſe Don Thomàs de Borja bien enjuto yà de ambas tormentas en la orilla: bolviò à conſiderarſe ſolo, y que era laſtima perder ocaſion tan oportuna, quando no podria ofrecerſe otra, aunque fueſſe immortal ſu vida: y que ultimamente à coſta de aventurar un brazo, era bien examinar aquel prodigio. Refloreciò la anſia de probar tercera vez fortuna, perſuadido à que podria cevar ſus ojos de rebato, y ocupar por ſorpreſa aquel ſitio, antes que ſintieſſe en el brazo el formidable golpe del tiro, y aun del ſuſto, y eſperando preocupar à Jupiter el rayo. Hizo à eſte fin breve oracion al Borja glorioſo, ſobornando el cadaver con el llanto, y con el ruego; y al primer ademàn del brazo experimentò, que el caſtigo ſe adelantava al impulſo, quedando laſtimoſamente marchito, immobil, y ſeco con el miſmo ayre del amago. Y como yà le faltava diſculpa à eſta tercer oſſadìa, llorava ſin conſuelo, y caſi ſin eſperanza, ſin atreverſe à pronunciar otro afecto, que aquel humilde, y reſignado, que nace en el conocimiento, de ſer ligero el caſtigo à tan oſſado repetido inſulto. En eſte eſtado ſe hallava Don Thomàs de Borja, oprimido de la confuſion, del ſentimiento, y de la triſteza, y padeciendo el paſmo, no ſolo en el brazo derecho, ſino tambien en la alma, y perſeverando inmoble ſu deſdicha; quando de lo mas intimo de el eſpiritu empezò à ſuſpirar, diziendo, que debia eſtàr mas reconocido à la piedad del eſtrago, que doloroſo del caſtigo; que no pedia ſe le reſtituyeſſe el uſo del brazo, ſino un vivo dolor de ſu atrevimiento, y que antes bien debria apetecer, que ſe perpetuaſſe en èl aquella ſenſible ruìna, porque le ſirvieſſe de recuerdo à la memoria de ſu culpa. Entonces ſintiò el corazon agitado de la confianza, y con la ſinieſtra arraſtrò àzia sì el brazo difunto, y hallò, que el ceño del Cadaver Santo, ſe avia convertido en alhago tierno, porque retrocediò docilmente vivo el brazo, cobrando movimiento para todo, menos para eſtenderſe àzia la ara de aquel ſagrado pecho: *Et reverſa eſt manus ad eum, & facta eſt ſicut prius fuerat.* Eſte prodigio depone el doliente meſmo en las primeras informaciones deſtinadas al immortal culto de ſu Venerable Hermano: donde confieſſa aver ſido pena bien merecida de ſu error temoſo, pues oſſaba profanar con el amago aquel templo, cuyo arruìnado altar ocupava yà la veneracion: aſſunto en que eran ſacrilegos los ojos, las manos, y los deſeos.

3. Reg. cap. 13.

El miſmo dia primero de Octubre dieron à la tierra el cadaver del Santo Borja, à quien eſtava labrando la Providencia dorada precioſa Urna. Quiſieron que ſus exequias fueſſen calladas: mas apenas ſe publicò ſu muerte por la Ciudad de Roma, quando mezclada en tropèl deſordenado de immenſo vulgo, corriò la Nobleza à beſar

ſar ſu ceniza. Don Martin de Contreras, que ſe hallava en Roma, teſtifica en el proceſſo de Toledo, que ſe viò deſierta gran parte de aquella Ciudad Santa en eſte dia, concurriendo anſioſa de entrar en nueſtra Baſilica, donde el Cadaver Sagrado yazia: *Ut Romana urbs in altera ſui parte deſerta videretur.* Los Cardenales, Embaxadores, y varios Principes ſe inclinavan à beſar los pies, que avian dexado eſtampadas huellas tan iluſtres, y las que en obſequio de la Sede Apoſtolica aun eſtavan calientes. Imitaron eſte exemplo las Mugeres mas eſclarecidas, (y entre ellas Doña Juana de Aragon Condeſtableſa, y Doña Feliciana Urſino ſu hija) acercandoſe reverentes al Cuerpo ſanto, y deſpues de beſar los pies del Cadaver oloroſo, tocavan ſus Roſarios, y Medallas al ſemblante, y à las manos de tan venerable difunto. Andava por ſu Apoſento ſolicita la piedad en robar alguna de ſus pobres alhajas, que yà entonces apreciavan como inſignes reliquias. Fuè tanta la multitud, y la fuga del concurſo, que no pudo dàr mas iluſtre teſtimonio de la ſantidad de un hombre, la cabeza del mundo inclinada toda àzia el reſpeto, andando en las lenguas, y en los ojos de la muchedumbre un miſmo elogio, ſin que zozobraſſe, ni en la malicia, ni en la impiedad de alguno.

Depoſitaron aquel ſagrado Cuerpo entre las urnas del grande Ignacio, y el Padre Laynez, faròles de ſu eſpiritu, y dechados de ſu govierno. Quedò veſtida de inconſolable luto la Compañia; porque no ſolo le faltava ſu Cabeza, ſino tambien ſu alma, ſu eſplendor, ſu aumento, y ſu gloria, pues avia crecido en ſus brazos à ſer fabrica ſobervia. Y no podemos negar, que el honor de ſu alta cuna, la repreſentacion, y caracter de ſu perſona, el valimiento ſubido, cedros mas elevados de la tierra. Las heroycas virtudes de aquel ſublime eſpiritu, los milagros, y profecias, que hermoſeando la circunferencia à la ſantidad, acreditavan el centro: aquella prudente cabeza, cuya gigantèz deſmeſurada, hiziera proporcion al mundo todo, que fueſſe cuerpo ſuyo: aquella dulzura amable de ſu genio: aquel amor inexplicable à nueſtro inſtituto: aquel ciego ſeguir el rumbo, que abriò Ignacio, ſin declinar un punto ſolo de los conductos, y terminos, que preſcriviò el Grande Divino Cantabro; aquella ſombra, que hazia ſu preſencia deſde Roma ſobre toda la Compañia. Fuè un todo, que no ſe atreve la eſperanza en la Compañia à caminar en buſca de otro; que le iguale (quanto mas que le exceda) ni aun baxando à encontrarle por el anchuroſo campo de los ſiglos, de los deſeos, y de los diſcurſos. De modo, que aviendo ſido San Ignacio el dedo de Dios, como le apellidò el Oraculo de la Igleſia; fuè Borja el anillo, y la piedra de fondo tan rico, que ſupo hazer mucho mas precioſo eſte dedo.

CAPITULO XIX.

TRASLADASE SU GLORIOSA Ceniza à la Corte de Eſpaña. Honra ſus Virtudes la Santa Igleſia. Hazaña de ſu milagroſa Reliquia, que antes de ſu Beatificacion llenò de aſſombro la Monarquia Eſpañola: Nuevo, y mucho mas portentoſo ſuceſſo, que obrò en Roma antes de ſer Canonizado. Pueblaſe de luminarias el mundo, ſingularmente la Corte de Madrid, donde arde en glorias la Caſa Profeſſa, y el Colegio Imperial.

§. I.

El tiempo, que ſuele ſer tyrano de las memorias, y de las hazañas obſcureciendo haſta las ruìnas, y cavando, no ſolo en cada ſiglo, ſino en cada año un ſepulcro, donde ſe entierre la memoria en profundo olvido, iba cada dia excitando con mas viveza la fama, que ardia lampara inextinguible à la ſantidad de Borja: porque el Cielo dava milagroſos recuerdos de ella en la tierra, y eſtava cantando altamente la fama deſde ſu ceniza, repitiendo ſu bronce un grito el mas canoro con cada milagro. Deſeava el Papa Clemente VIII. (antes Hypolito Aldrovandino) que le pidieſſen el culto de el Venerable Franciſco, porque queria ſer Juez, y Abogado el que avia ſido teſtigo glorioſo de las proezas de ſu eſpiritu, quando acompañò al Cardenal Legado. Cada vez que la memoria hazia reflexion ſobre lo que avia obſervado la viſta en aquella jornada, ſe inflamava el corazon en deſeos de proponerle deſde el Altar por dechado à la grandeza, y por aſſombro à la ſangre noble de la Europa. Avia viſto arder aquella alma en un incendio de amor ſagrado, que no avia otro humo, que el que ſirvieſſe à la veneracion en el Templo, y en el ſacrificio. Aviale admirado extatico en muchas ocaſiones, tranſportado el eſpiritu à regiones inacceſsibles. Viò hazañoſas en eſte Heroe todas las virtudes; y colocadas en aquel ſublime grado, deſde donde grita menos confuſo, que ronco el exemplo; y queria darlas culto, quexoſo de que

la Monarquia Eſpañola no acabaſſe de pronunciar un ruego ſobre eſte punto, y fueſſe dexando cubrir ſus cenizas del olvido.

Mas ſe deſvelava entre tanto la providencia en ir abriendo camino milagroſo à la veneracion publica de el Borja; repetia los prodigios, haſta introducir el credito, y el sonido de ſu fama en los corazones mas politicos, que ſuelen ſer los mas ſordos: y para llamar ſenſiblemente à la puerta del que tenia la llave de el Palacio de la fortuna; y de aquel Real alvedrio, que podia facilitar el paſſo con ſu interpoſicion, y con ſu ruego à eſte culto; diſpuſo el año de mil ſeiſcientos y ſiete, que la Duqueſa de Cea, nuera del gran Duque de Lerma (ſobre cuya prudencia reclinava el Rey Felipe III. todo el peſo de ſu vaſta Monarquia) ſe hallaſſe en el ultimo diſcrimen de ſu aliento florido con furioſos dolores de parto, porque no pudiendo ſalir à luz la criatura, iba bolviendo la vida de ſu madre en noche tenebroſa: avianſe agotado el arte, la medicina, y la experiencia: avianſe conſagrado votos à muchos Santos; mas todos los ruegos hallavan los remedios ſordos, y ſe moſtravan ceñudos todos los aſtros. Entrò al fin la Duqueſa en la poſtrera mortal agonìa, eclypſada funeſtamente la viſta, ſin dexar à los que eſtavan preſentes otra eſperanza, que la de ſu gloria. Hallavanſe en la quadra las parientas mas cercanas de la Duqueſa, turbadas con el ſemblante de la muerte vezina, y con el dolor de que ſe marchitaſſe dentro del Abril miſmo aquella flor delicada. Sonavan por todo aquel Palacio triſtiſsimos ſollozos, dando viento al viento confuſos los gemidos (ultimo deſeſperado alivio de los deſdichados.) Quando entrò preſuroſo el Duque de Lerma, Nieto del Santo Borja, y esforzando con aliento inſpirado à ſu Hija la Duqueſa, cuyo cuerpo tronco tenia en duda lo mas del alma, la exortò à que puſieſſe ſu corazon, ſu muerte, y ſu vida en manos de ſu glorioſo Biſabuelo Franciſco de Borja: hizo que ſe le aplicaſſe una Reliquia del Santo, que reſpirava ſenſible fragrancia à deſpecho del horror, y de la ceniza. Doblaron todos las rodillas, levantando confiados los corazones ſus alas, y poblando aquel camarìn de fé, de ſuſpiros, y de lagrimas victorioſas. Y al punto ſintieron el influxo poderoſo de la interceſſion de Franciſco, porque con preſteza igual al deſeo, y mayor que la eſperanza, diò à luz la Duqueſa moribunda à la muerte miſma, que encerrava, pariendo un difunto niño, y hallandoſe libre ſubitamente, no ſolo de la muerte, y del ſuſto, ſino tambien eſſempta haſta del dolor mas ligero, y de tan vigoroſo eſpiritu, como quando reſucita la Fenix de entre ſu miſmo eſtrago.

Eſte suceſſo portentoſo, tan viſible, tan executivo, y tan deſeado, y en la caſa de un tan grande Valido, hizo mucho eco en la Corte, y en el Reyno todo, y fuè origen de otros inſignes milagros, porque con eſta ocaſion conſagravan al Santo Borja innumerables infelices ſus votos en los mayores peligros. Empezò deſde entonces ſu nombre à ſer el comun refugio de los deſdichados, y eran tan frequentes los prodigios en la Corte, y en los Pueblos, que ſe pudo llamar aquel año el milagroſo, ſi los ſiguientes no le huvieran competido eſte blaſon con repetido eſtruendoſo empeño. Conociò el Duque de Lerma, que le intimava Dios ſu guſto, de que ſolicitaſſe culto à ſu Abuelo por la voz de aquel milagro, de que le hazia inſtrumento, y teſtigo, y por la voz publica de otros prodigios, que eſcuchava con aſſombro: pues ſemejantes portentos obrados por las cenizas de Cadaver Santo, no ſolo ſon clamores de la Providencia, que publican la ſantidad heroyca de aquella alma; ſino explicaciones del beneplacito divino, en que ſe expongan ſus exemplos à la imitacion en la Igleſia. Y aſsi impetrò el zeloſo Duque de Monſeñor Decio Carrafa (que deſpues iluſtrò la Purpura, y entonces era Nuncio en Eſpaña) ampla licencia, de que con ſu autoridad ſe procedieſſe à la informacion de tan repetidos prodigioſos ſuceſſos, y de las virtudes, mas portentoſas aun que los milagros. Hizieronſe cinco Proceſſos en Valencia, Madrid, Barcelona, Zaragoza, y Recanate, y dixeron en ellos el Duque de Villa-Hermoſa, el de Uzeda, el de Gandìa, el de Vibona, el de Paſtrana, y el de Lerma, el Principe de Eſquilache, el Conde de Luna, el Cardenal Don Antonio de Aragon, tres Arzobiſpos, muchos Titulos, Grandes, Maeſtros, y Prelados Religioſos, conſtando ſolo uno de los cinco Proceſſos de ciento y ſeſenta y tres Teſtigos, que en Dignidad, y en Sangre eran de los mas elevados, diſponiendo eſta nueva gloria la providencia para mayor credito de ſu fama, que ſolo por clarines de oro quiſo reſpirar las proezas de Borja, y huvieron de ſer Aſtros los mas de los Teſtigos. Entre otros depuſo el Venerable P. Pedro de Ribadeneyra, apoyando con juramento todo lo que avia eſcrito en la Vida

del Santo: elogio el mas crecido que puede merecer una Hiſtoria, donde la verdad, que es toda el alma, debe ſer el fondo de cada letra.

Preſentaronſe eſtos cinco Proceſſos año de mil ſeiſcientos y quince en Roma, y el Mercurio Eſpañol Don Franciſco de Caſtro, Embaxador del Señor Rey Felipe III. acerca de Paulo V. entregò juntamente à ſu Santidad cartas, y ſuſpiros del Rey Catholico, de las Ciudades, Religiones, Prelados, Cabildos, y Univerſidades de el Reyno, que ſuplicavan con la mas reverente eficàz expreſsion à ſu Beatitud, ſe inclinaſſe à poner ſobre dorado Altar un tan heroyco Eſpañol, por exemplar à la grandeza, y confuſion à la vanidad, que arraſtra ſu miſma pompa. Añadiendo otra ſuplica por el Duque de Lerma, de que ſe dignaſſe hazer mas autenticas las hazañas de ſu vida, y de ſu fama con la authoridad Apoſtolica. Influyò Paulo V. en el buen exito de eſta cauſa por todos aquellos conductos, que el Eſpiritu Santo tiene inſpirados à ſu Igleſia, y deſpues de averlos hallado reſpirando olor, y eloquencia de la ſantidad de Borja, expidiò la Sacra Congregacion de Ritos aquel honrado Decreto el miſmo año de mil ſeiſcientos y quinze, en 28. de Agoſto, en que entre otras alabanzas de Franciſco, dize: *Deſpues de aver examinado un Sumario de las coſas contenidas en los dichos Proceſſos, y probandoſe dellos claramente la pureza, entereza, y ſantidad de vida, y milagros del dicho Siervo de Dios Franciſco de Borja: el qual en todo eſtado guardò una vida exemplar, y deſpues reposò en el Señor con opinion de ſantidad,&c.* Paſsò luego eſta cauſa al examen de la Sacra Rota, que haziendo el proceſſo general en aquella Ciudad Santa, deſpachò las Remiſſorias con el rotulo à la Corte de Felipo III. nombrando por Juezes al Cardenal Arzobiſpo de Toledo D. Bernardino de Sandoval, iluſtre Prelado, y à D. Iſidro de Aliaga, Arzobiſpo de Valencia, cada uno en ſu Dioceſi con dos acompañados, que formaſſen mas eſpeciales, y mas juridicos Proceſſos: abriendo aſsi nuevos anchuroſos cauces à la eloquencia, y à ſu fama, cuya inchazon ſobervia nunca rompiò ſus margenes à la ſencillèz, ni à la verdad de la Hiſtoria.

§. II.

LLegò eſte aviſo en tres de Abril de mil ſeiſcientos y diez y ſiete à la Corte de Eſpaña, y fuè celebrado con lagrimas de alegria, y con luminarias del Duque de Lerma, que al ſiguiente dia ſaliò de Palacio à conducir con pompa, y lucido acompañamiento las letras, y el rotulo à las caſas de el Cardenal Arzobiſpo. Iban delante cien Cavalleros Cruzados veſtidos de gala, todos à la gineta, el jaez, y el adorno de los cavallos ſembrado ricamente de vanidad hermoſa. Seguianſe treinta Titulos de Caſtilla, ceñidos de variedad, y de riqueza: luego diez Grandes de Eſpaña, que iluſtravan en diamantes toda la Plazuela. Caminava immediato el Iluſtriſsimo Don Juan Stalrric, Obiſpo de Drago, cana la Cabeza, encendido el roſtro, y moderado el veſtido, llevando en una fuente dorada la Remiſſoria, y el rotulo, cubierto con un paño de tela de plata bordado con cañutillos de oro. En medio una Cruz con una borla pendiente de cada eſtremo. Cerrava la tropa el Duque de Lerma en el trage de la bizarria mageſtuoſa, fatigando al viento en un galàn bruto intrepidamente docil à la inſinuacion de el dueño. Salieron à honrar los balcones de Palacio, y à dàr vanidad à todo aquel eſquadron viſtoſo el Rey Felipe III. el Principe, los Infantes, y las Damas, ennobleciendo aquel theatro todo el tiempo que tardò la tropa de hollar muſicamente la Plazuela. En las Caſas de Ayuntamiento aguardava el Cavallero Corregidor, y la Coronada Villa, que fuè luego comboyando al Duque de Lerma. Salieron en Comunidad haſta cien Jeſuitas, à las caſas de el Cardenal Arzobiſpo, favorecidos de otros tantos Hijos iluſtres de Santo Domingo, que quiſieron intereſſarſe las glorias de el Borja, à quien miravan como bien-hechor inſigne de clariſsima Familia, y entretexidos con los nueſtros, formavan cuerpos mucho mas unidos en la variedad uniforme de inſtitutos, y bolvieron honrando la Compañia haſta el Colegio, deſde donde la avian acompañado, con immortal reconocimiento, que porque nunca pueda obſcurecerle el olvido, y el tiempo dentro de la memoria, lo và repetidamente ſacando luz la pluma agradecida.

Mientras ſe formavan los Proceſſos, ſolicitava el Duque de Lerma enriquecer la Corte de Eſpaña con las cenizas de Borja, à cuya ſantidad, y fama ardian tantas lamparas, como corazones poblavan la Monarquia. Avianſe trasladado del primer ſepulcro eſte miſmo año de 1617. à 23. de Febrero, y expueſtas en dorada Urna à la veneracion de muchos en la Sa-

criſ-

criſtia de la Caſa Profeſſa; fueron conducidas con mas triunfo, que pompa à la nueva Igleſia, aſsiſtiendo ſu grande Viznieto el Cardenal Don Gaſpar de Borja, y los Jeſuìtas, que ſe hallaron en aquella Curia; teniendo cerradas las Puertas de el Templo, porque no ſe creyeſſe ſolemnidad de culto anticipado. Colocaron la Urna en el mas eminente Trono à la parte de el Evangelio, real glorioſo nincho, que diò la pared al reſpeto, concediendo grata licencia el Papa à ruegos de el Cardenal Borja. Embiò eſte miſmo año el Rey de Eſpaña dos mil ducados, para que alumbraſſe à ſu ceniza oloroſa una lampara de plata. Inſtava el Duque de Lerma (que yà avia transformado ſu veſtido en Purpura) con ſuplicas, y con anſias al Padre Mucio Viteeſchi, nuevo General de la Compañia, que quiſieſſe dàr à la Monarquia Eſpañola, al Valido, y al Monarca el conſuelo, de que tuvieſſen dentro de ſu Corte aquel immortal theſoro, pues era ſu proprio centro: y eſtando de partida à Eſpaña deſde Roma el Cardenal Don Antonio Zapata, eſtrechò los terminos, y los ruegos el Duque de Lerma, para que aſsi fueſſe dignamente conducida aquella precioſa Urna, donde avia embalſamado ſu reſpiracion la fama. No pudo el General negarſe à tan authorizada eloquencia armada de el valimiento, de la razon, y de la Purpura. Y aviendo obtenido facultad de Paulo Quinto, fuè al Templo acompañado de los Cardenales Zapata, y Borja, de los Padres Aſsiſtentes, y de los primeros Hombres de la Compañia; que formando una Proceſsion reverente por la Igleſia, mientras ſe cantava el *TE DEUM*, al ſon de la muſica, ſe abriò la Caxa, y ſe reconociò aquel derrotado templo de la ſantidad heroyca poblado de veneracion, y de fragrancia à peſar de la ruìna.

Diòſe teſtimonio authentico, de que eran las cenizas ſagradas de Franciſco de Borja: y dexando el hueſſo de un brazo en aquel ſublime nincho, entregò juridicamente el Cadaver (abraſado deſpojo de el amor Divino) al Cardenal Zapata el General de la Compañia en veinte y dos de Abril de mil ſeiſcientos y diez y ſiete. Fuè introducido luego en rica Urna, que ſegun la fragrancia que deſpedia el Cuerpo ſanto deſde ella, pudo parecer fabricada de aquella goma, que la Arabia ſuda, coſtandole à cada tronco una lagrima precioſa. Conducia el Cardenal la Urna, acompañada ſiempre de el reſpeto, y de la decencia. Mirava riſueño el eſpiritu de Borja, deſde el Empyreo ſus hueſſos conducidos deſde Roma à la Corte de Eſpaña, de donde le avia arrojado la embidia; y no quiſo dezir con Scipion, *ingrata Patria, non poſſidebis oſſa mea.* Haſta que por el Otoño de el miſmo año arribò à Madrid el Cardenal, donde entregò al Duque de Lerma aquella Urna, depoſito de la veneracion Eſpañola, y archivo de oro, en que guardava precioſamente el Duque Cardenal una fiel eſperanza. Entròſe un Buey por las Puertas de Veſpaſiano, y ſe interpretò la ſeguridad de ſu Imperio: ò feliz Monarquia de Eſpaña, por cuya iluſtre Corte ſe entrò el Cadaver de Borja tremolando en un Eſtandarte el Buey, que honra en ſu Eſcudo ſu gran Caſa! Con los dos manſos humildes Bueyes de el Divino Labrador San ISIDRO ſe uniò el Buey noble de la Caſa de Borja à cultivar los campos de la grandeza, arando ſu exemplo deſde la Urna la mas dificil frragoſa campaña. Fuè el piadoſo Rey Phelipe III. à reverenciar el Cuerpo Santo al Convento de la Encarnacion, donde eſtuvo algunos dias à ruegos, y lagrimas de aquellas almas puras: abriòſe la Caxa, y ſe percibiò una fragrancia verdaderamente divina, reſpiracion de la gloria, que haze mas perceptible la ſantidad en la tierra. Aſsi lo deponen innumerables teſtigos en los ultimos Proceſſos; y entre otros Fray Alonſo de San Bernardino, Franciſco Deſcalzo, que añadiò à la admiracion concurſo, y à la fama un grande teſtigo. Lo miſmo ſucediò deſpues en las Deſcalzas Reales, y en Santo Domingo el Real, con otros Prodigios, cuyas eſtatuas colocarà eſta Hiſtoria en ninchos mas oportunos. De ſuerte, que en todos eſtos ſitios, que mudava, al abrir la Urna, parecia aver venido una arca de aromas de la region Sabea, y de la Pancaya. Concurrìa la muchedumbre anſioſa de percibir con el olfato aquel portento tan prodigamente eſparcido; y con ſingularidad en el Real Convento de Santo Domingo, donde ſe hallò preſente el Rey Catholico, y donde eſtuvo mas publicamente expueſto aquel fragrante Cadaver ungido del Cielo, à quien la gloria miſma ſirviò de balſamo, bolviendo llenos de admiracion à ſus caſas de aver viſto al deſengaño embalſamado deſpues de tantos años de difunto.

El dia diez y ſiete de Diziembre del miſmo año entregò el Duque Cardenal la

la caxa precioſa al Provincial de Toledo, y en ombros de la Grandeza Eſpañola fuè conducido à la calle del Prado, donde eſtaba entonces la Caſa Profeſſa. Y al hazer la entrega el Duque ſu nieto, hallò tierno el ſemblante en el mas publico theatro, no ſin algun empacho de la entereza, y de el decoro. Colocòſe en un nincho alto dentro de la pared al lado de el Evangelio, defendida, y hermoſeada la Urna de un balcon dorado, pendientes quatro lamparas frente del nincho, que conſagraron à ſu culto el Duque de Lerma, el Arzobiſpo de Burgos Don Franciſco de Acebedo, Don Carlos de Borja, Duque de Villa-Hermoſa, y el Cardenal D. Gaſpar de Quiroga y Velaſco: y diverſos votos en la pared de el ſepulcro, que pendia cada uno de algun milagro. El año de mil ſeiſcientos y veinte y ſiete, dia de S. Gregorio Nazianceno, à nueve de Mayo, ſe hizo la tercera translacion de aquel polvo luminoſo à la Plazuela de los Herradores, deſde la calle del Prado, aviendoſe paſſado la Caſa Profeſſa à aquel ſitio, y aviendoſele fabricado Capilla en el nuevo Templo, donde fuè colocada la Urna con real pompa, y empezò la Omnipotencia à dàr nuevos creditos à ſu ceniza milagroſa. Y ultimamente, fuè trasladado año de mil ſeiſcientos y ochenta à la eminencia, que oy ocupa en el Altar Mayor de la nueva ſumptuoſa Igleſia, que abriò profundos cimientos en la confianza ſola, dentro del dilatado corazon del Padre Luìs Suarez, Prepoſito, que ha ſido de la Caſa Profeſſa, no teniendo otro caudal al emprender maquina tan ſoberviamente hermoſa, ſino la eſperanza, y aquella noble valiente oſſadia, con que eſta virtud generoſa piſa lo inacceſsible à la montaña; pudiendo parecer al principio una como fantaſia de la magnanimidad eſta empreſſa.

§. III.

Fenecidos los Proceſſos, en que la fama ſirviò de pluma, y de borron la luz mas bella, ſe embiaron à Roma, donde, difunto el Papa Paulo Quinto, ſe diò la primera ſentencia en el Tribunal de la Rota, año de mil ſeiſcientos y veinte y tres (ocupando el Trono Gregorio Dezimoquinto) que reſpiraba honor, y culto del Borja Santo. Muerto el Papa Gregorio, y ſucediendo en la Silla de San Pedro Urbano Octavo, la Congregacion de Ritus el dia ultimo de Agoſto de mil ſeiſcientos y veinte y quatro, confirmò la ſentencia, que avia pronunciado la Sacra Rota: y el Papa Urbano la ſellò guſtoſo con el diamante de ſu anillo: celebrandoſe el primer dia de Octubre de eſte año de mil ſeiſcientos y veinte y quatro en Roma, con indecible concurſo, y ſolemnidad ſu fieſta. Luego à veinte y quatro de Noviembre de el miſmo año ſe expidiò Decreto glorioſo, que declara Bienaventurado aquel Eſpiritu, que veſtido de rayos por alas, ſe avia dexado vèr tal vez ſobre las plumas de el viento. Recibiò Eſpaña eſte aviſo con aclamaciones de triunfo, y la Corte, que mereciò la ſombra, y el influxo de ſu Cadaver Santo, ſe poblò de alegrias, y de luminarias, arraſtrando eſplendor, y grandeza ocho dias. Saliò en carro de gloria ſu ceniza al Colegio Imperial deſde la Caſa Profeſſa: fueron quarenta y dos Nietos, Viznietos, y terceros Nietos ſuyos honrando eſta pompa con ſu preſencia, y con ellos otras catorce Caſas, cubiertas de Grandeza, y todas de honra, (y à proporcion ſonaba en feſtines, y en aclamaciones toda la Monarquia.) Deſta manera ſe viò por la Corte de Eſpaña triunfante la humildad de Borja, à quien, eſtando vivo, acosò como fiera la calumnia: aſsi muda theatros la Divina Providencia, y al que ayer hizo la perſecucion deſprecio del vulgo, y de la fortuna, oy le haze objeto de Reales adoraciones ſobre la tierra: el ſitio, que fuè cadahalſo, paſſa à ſer trono de la Mageſtad, y del reſpeto, donde haſta el abatimiento ſe vè adorado en ſitial de oro.

Caminaba la Urna ſobre una artificioſa maquina de plata, carro triunfal, que tiraba reverente la Grandeza: ocupaban los quatro angulos quatro Eſtatuas de San Ignacio, San Franciſco Xavier, San Luìs Gonzaga, y San Stanislao Koſca, vultos animados, y bruñidos en plata, y en hermoſura. En lo ſupremo del Trono ſe deſcollava la Efigie de Borja, que deſde el metal precioſo influìa, y à vezes alumbraba. Pendian de la Urna muchos cordones de ſeda, à que echaban mano el Gran Almirante de Caſtilla, el Duque de Oſſuna, el del Infantado, el de Peñaranda, el de Seſſar, el de Villa-Hermoſa, el de Hijar, y el de Lerma, el Marquès de Caſtel-Rodrigo, y el Principe de Eſquilache; priſionera tanta Caſa Auguſta de la admiracion en el exemplo de Borja: y continuaron eſte obſequio las tres vezes, que ſaliò à iluſtrar la calle ſu ceniza. Seguiaſe el Obiſpo de Balbaſtro, veſtido de Pontifical, el que lo eſtaba con el ſayal de el Serafin. En-

noblecian el concurſo trecientos Cavalleros de el Militar Eſquadron de Santiago, con mantos de Capitulo, ceremonia no uſada haſta aquel dia, por aver ſido Borja el primero de aquella noble inſignia, que canonicamente mereciò ſer adorado de la Igleſia, poniendo ſobre los Altares ſu eſpada roxa, beſada reverentemente haſta de la embidia, que un tiempo avia trepado rabioſa, enſangrentandoſe en la punta. Cerraba la pompa el Real Conſejo de Ordenes con Mantos tambien Capitulares, à que preſidia el Marquès de Carazena. De eſta ſuerte iba ruìdoſamente por las calles de Madrid el mas viſtoſo, el mas Real, y el mas ſolemne aparato, que viò la Corte en ſu iluſtre ſeno. Las caſas veſtidas de ſeda, y de gloria, los corazones poblados de alegria, y honrando la Mageſtad toda repetidas vezes la fieſta. El Muſéo de las buenas letras, el Colegio Imperial rompiò la vena de los eſpiritus mas puros, y mas animoſos, y à las Muſas los mas delicados penſamientos. Iluſtrò el Dios de la Poeſia Eſpañola eſte aſſumpto, ſacãdo centellas de ſangre à la undoſa caliente vena en D. Luìs de Gongora.

En la ſegunda Proceſsion paſſaron ſus Reliquias à las Deſcalzas Reales, reſonando la Corte nuevamente en feſtines: y aquel Jardin, que ſe honraba con ſer plantèl proprio de Borja, clamò haſta merecer eſte conſuelo dentro de ſu eſtancia florida, aviendo expreſſado ſus ruegos, y ſus deſeos la Sereniſsima Señora Sor Margarita de Auſtria, y la Abadeſa, que lo era entonces Sor Juana de la Cruz, ſobrina del Santo Borja, y heredera en el eſpiritu, como en el nombre, de la primera grande Abadeſa. Fuè mucha la alegria, de que ſe poblò aquella Real Caſa, al vèr dentro la Urna, que guardaba deſpojos del mas vivo deſengaño en poca ceniza; y en dos dias, que ſe detuvo entre aquellas fieles hijas ſuyas, acreditò ſu amor antiguo con expreſsiones milagroſas. La Religioſiſsima Infanta Margarita, regalò al Santo con dos blandones, y una Cruz grande de plata; y la Abadeſa con dos Serafines, y otros dos Angeles, labrados con primor, y hermoſura, en alguna correſpondencia de los regalos, y luzes, que confeſſaba aver recibido ſu alma deſde aquella apagada ceniza. El tercer dia de la pompa, fuè reſtituìdo el Cuerpo Santo à ſu Caſa Profeſſa, y creciò la honra, deſpues de aver llegado à lo ſumo en la primera, y en la ſegunda. Por toda la Octava deshojaron los mas cultos Oradores roſas, y eſtrellas à la eloquencia; y el ultimo lazo de diamantes ſobre tela de oro, le puſo aquel divino ingenio Trinitario, Fenix de ſu ſiglo, Fray Hortenſio Felix Paravizino, monſtruo facundo, cuya luciente obſcuridad buelve el reflexo en luz, y tiene fondos precioſos en la admiracion, niebla, que habita no sè que divinidad oculta, que aun Dios tal vez no la deſdeña.

§. IV.

DEſde eſte tiempo eſtuvo deſangrando Borja à pauſas ſus cenizas en milagros, y en glorias, que ſin otros incentivos, baſtaron à dàr fuego al ultimo honor de ſu culto. Y por ſi no llegaſſe bien el grito de Eſpaña à Roma, diò repetidos truenos ſobre los miſmos ſantos muros, que eſtremecieron los animos, y avivaron los afectos, apreſurando el Cielo con eſta voz ſonora la Canonizacion deſeada. Dos fueron los mas inſignes milagros; pero contarèmos ſolo el uno de ellos, que fuè el mas ruìdoſo, y que deſpues de autenticado tuvo por Orador mudo al comun aſſombro, y el Tybre para eſcucharle atento, yà que no pudo ſuſpender ſu corriente impetuoſa; acallò el eſtruendo del agua, y ſe acercò à la orilla. Polonia Cavali, doncella honeſtiſsima, de mas eſpiritu, qne edad en la Corte de Roma, deſeaba conſagrar ſu floreciente vida, y ſu pureza à Chriſto, en la clauſura mas rigoroſa, y ſe exercitaba en grandes aſperezas, porque fueſſe perdiendo el miedo à la Cruz el alma. Un dia, que meditaba la Paſsion acerba de ſu dulce Eſpoſo, ſe hallò inflamada en un deſeo mas que encendido, de experimentar de algun eſtraño modo los crueles dolores que avia padecido ſu Dueño: y guiada de un fervor mucho mas animoſo, que ſabio, aconſejandoſe ſolo con aquel zelo, que caminando ſin la prudencia, ſuele precipitar fragoſamente la vida; ſe aplicò un pedazo de hoja de lata ardiendo ſobre aquel corazon varonilmente esforzado. Y deſpues de abraſar el pecho, ambicioſa de enſangrentar mas el martyrio, tropezando acaſo unos polvos mordazes, los eſparciò por la herida, con intolerable agudo ſentimiento de toda el alma. Fuè creciendo el dolor mas allà del ſufrimiento humano, y aſsi quitò los polvos corroſivos del pecho, hallandole yà encancerado, y que iba profundando el mal, haſta deſcubrir caſi el corazon, que tuvo bien en que cebar ſus anſias de padecer.

Buſ-

Buſcò ſecretamente algun remedio de los que pudo executar con recato; porque ſe avia reſuelto à no comunicar ſu cruel dolencia, ni à ſu Madre, ni à otra perſona de confianza, temiendo à la vanidad, mas que à la muerte, y à la tyranìa del dolor, que entrava à fuego, y à ſangre aquel alcazar varonil. Mas iba condiendo la deſdicha bien alimentada, ſaliendo aquel martyrio callado, en laſtimoſa palidèz al roſtro, y prorrumpiendo tal vez en alguna quexa deſconocida de el alvedrio: ſiendo un mal tan prolixo, y tan horrible, que baſtava à ſacar ayes à una eſtatua de bronze. Por eſtos indicios, y por aver reconocido, que traìa faxado el pecho, ſe perſuadiò la Madre, à que ſu Hija, ocultava algun mortal cuydado, ſi yà no abrigaſſe algun aſpid frio en el pecho: Eſtrechòla con todo aquel dominio, que le avia dado la naturaleza, haſta que no pudiendo reſiſtir, ni à la fuerza de el mal, ni al imperio de el ruego, y de la razon (obligando primero à ſu Madre, à que la dieſſe palabra de no dàr cuenta, ſino al Confeſſor, que lo era de una, y otra) deſcubriò la cauſa de ſu triſteza, deſpues de cinco años, que diſſimulava tormentos tan crueles, y tan prolixos. Reconociò la Madre con inſufrible horror de los ojos, que la llaga tenia un palmo de longitud, y de ancho quatro dedos, faltando yà tanta carne de aquel ſitio, que lo mas levantado de el pecho avia paſſado à ſepulcro horroroſo, donde el corazon eſtava triſtemente enterrado, aunque deſcubierto: brotava mucha copia de agua, derramandoſe indeficientemente los eſpiritus de la vida, y el que ſirve de foſſo al corazon humano, ſalia llorado por el pecho.

Fueron en buſca de ſu Confeſſor à la Caſa Profeſſa, que lo era el Padre Antonio Tartalino de la Compañia; y aviendo reprehendido la indiſcrecion de ſu penitencia, y mas quando aquel medio impoſsibilitava el fin, que tanto apetecia de la vida Religioſa: la encaminò à una gran Matrona, en el inſigne Santuario de Tordiſpechio (ſitio donde à peſar del tiempo ſe conſervan calientes las memorias, ſino las cenizas de aquel fuego perpetuo, que fomentava la adoracion deſde el engaño, y deſde el humo) llamavaſe Antonia Caſal, en cuyo eſpiritu, y prudencia, hallava algun refugio la eſperanza, de que pudieſſe recuperar la vida. Eſcriviòla el Padre Tartalino, recomendando la calidad, y el fervor de la Doncella: à quien recibiò la Matrona con el cariño, que una Madre à ſu doliente Hija, y con las ternuras de muger devota. Hizo luego llamar al famoſo Medico de aquella dichoſa caſa; que atonito al reconocer aquella dilatada profunda ruìna, no ſe atreviò à emprender curacion tan deſeſperada. Vino el dieſtro Cirujano Gabriel de la Puerta, y reſpondiò caſi en la miſma forma, aunque la ordenò, que tomaſſe el agua mineral, y que ſuavizaſſe el pecho con unguento roſado, ſobornando un poco el dolor, que eſtava furioſo. Pero crecia el mal con el remedio, y cada alivio que ſolicitava, era un nuevo cruel tyrano. Paſſados algunos meſes viò la llaga Guillermo Riba, Cirujano de mucha fama, y no pudo hallar en todo el campo del Arte, y de la experiencia hoja alguna à la eſperanza, de que fueſſe medicable aquella herida: ſolo añadiò algunos aviſos, que pudieſſen dilatar algun tiempo el fatal ultimo eſtrago; previniendola con aſſeveracion irrefragable de que daba el pecho à la muerte, la qual bien alimentada, creceria en poco tiempo à ſer ruìna. Con eſta noticia ſe hallò oprimida de la triſteza (accidente mas incurable, y mas penoſo, que la llaga.)

Paſsò dos años entre lagrimas, y penas, entreteniendo la ultima hora con la robuſtèz de edad florida. Haſta el dia diez y ſeis de Diziembre de 1659. que hallò algun aliento para ſalir en buſca de ſu Confeſſor el Padre Tartalino, el qual inſpirado de numen ſecreto, la mandò, que hablaſſe al P. Nicolàs Zuchi Jeſuìta, de milagroſa prudencia, y de conocido eſpiritu en Roma, que eſtava à la ſazon confeſſando en la Igleſia. Oyò aquel varon iluſtrado el nacimiento, y los progreſſos de ſu mal, ſus deſeos, ſus maximas, y ſus gemidos. Y luego hallò, que le dictava una mente inviſible la reſpueſta, agitado manifamente el Oraculo con el ſoplo: dixola, que ſi tuvieſſe vivàz la fé, encontraria un milagro en el recurſo à San Franciſco de Borja. Diòla una Imagen de papel ſuya, y una pequeña Reliquia. Y deſpues de aver eſtendido las alas à ſu confianza, deſpues de aver ardido ſu oracion fervoroſa, avivando con lagrimas la luz, que vive dentro de la fé mas pura, ſe bolviò à ſu caſa, y en un retrete ſola, doblando las rodillas ſobre la tierra, ſe apretò al pecho la Imagen, y la Reliquia. Tenia pueſta la mano en el pecho herido, los ojos en el Cielo, y en Borja el corazon todo, quando ſin-

tiò un accidente, que ſin ſer deſmayo, llegò à ſer apacible deliquio, en que viò delante de sì al divino Borja, ceñido de immortal grandeza, y hermoſura, y que alargando la mano generoſa, tocava el pecho doliente, con inexplicable dulzura, y experimentò luego, que ni avia dolor, ni huella del mal en aquel ſitio tantos años infeliz. Eſcuchò tambien, que le dezia Borja: *Vete al Padre Zuchi*, *y dile*, *que yà eſtàs ſana.* Obedeciò tan preſuroſa, que no ſe detuvo à reconocer con la viſta el milagro, que dexò ſellado en ſu pecho una mano poderoſa.

Refiriò al P. Zuchi el ſuceſſo portentoſo de ſu ſalud reſtituìda, ſintiendo yà todos los efectos de ella en el vigor, con que ſe manejava, y en el color, que hermoſeava ſu ſemblante à la dicha, ſobre averſe pueſto todo el dolor en cobarde fuga deſde aquella hora. Pidiò licencia de dàr buelta à ſu caſa, y hazer teſtigos los ojos de lo que avian regiſtrado linces con la fé los penſamientos. Mas aquel ſabio Maeſtro de eſpiritu, deſeando, que hizieſſe de la curioſidad, y de la anſia un agradable ſacrificio al Santo; la mandò, que en tres dias no reconocieſſe el campo, donde avia eſtampado ſus huellas el poder Divino, y que los conſagraſſe todos à la Oracion, y al agradecimiento. Paſſados los tres dias hallò, no ſolo un milagro, ſino un compendio de muchos prodigios amontonados en un ſitio: porque viò cerrada la herida, y conſolidada la carne toda, con aſſombro de ſu miſmo entendimiento, aun deſpues de eſtàr tanto antes prevenido. Viò, que no quedava vacìo alguno, porque avia recuperado todo lo què el mal tyrano en ſiete años avia lentamente mordido. Viò eſtendida perfectamente la piel, ſin que huvieſſe dexado huellas, ſulcos, ò cicatriz el mal, ſiendo èſte uno de los portentos, que mas admiravan los Cirujanos, como hazaña, que deſconocen el arte, y la experiencia en una tan eſpantoſa llaga. Pero quedò el campo roxo, ſeñalando una como roſa bien encendida el terreno, que avia ocupado ſiete años la deſgracia, porque ſirvieſſe de recuerdo à la memoria. Todo lo qual reconocieron deſpues los Cirujanos mas peritos, y Juezes diputados à la averiguacion de una maravilla, que fuè por mucho tiempo el aſſumpto de las admiraciones de Roma; y ſolicitaron con anſias verla las mas iluſtres Señoras de Italia: que al deſcubrir los veſtigios de aquel milagro, y al eſcuchar el modo, deſatavan la eloquencia, y la viſta en lagrimas, y en elogios de Franciſco, conſagrando votos entre innumerables afectos à una ſantidaa tan heroyca, ſiempre que, ò la enfermedad, ò la deſdicha rondaſſe el umbral de ſu caſa, y de ſu fortuna.

Mas porque Borja avia reſtituìdo la ſalud perdida à tan muſtia roſa, para que ſacrificaſſe ſu floreciente vida à una ara, y ſu libertad à la priſion apetecida: diſpuſo, que una piedad generoſa dieſſe trecientos eſcudos, que faltavan al dote preciſo: y con eſte ſocorro tomò el Habito en el Religioſo Monaſterio de Monte-Redondo, de Carmelitas de la primera Obſervancia, cerca de Roma, donde ſe hizo llamar Sor Maria Deodata, aludiendo con eſte renombre, al prodigio de ſu ſalud reſtituìda. Pero aunque eſtava autenticada la ſanidad milagroſa, no ſe avia tomado juridicamente el dicho al ſugeto del milagro, que diez años deſpues de hallarſe Religioſa, formando en sì un dechado de vida perfecta, padeciò una enfermedad, que la llevò al ultimo extremo de la vida: eſtava yà en la poſtrera agonìa; quando ſu Confeſſor ſe hallò movido (ſegun depone èl miſmo en el Proceſſo) à ungir aquella cabeza, reclinada yà ſobre la muerte àzia la ultima ſombra, con el azeyte de la lampara, que ardìa ante el Altar de Santa Maria Magdalena de Pazzis (bello Original, de donde copiava ſus perfecciones aquella ſegunda vez moribunda, y ſiempre dichoſa Muger.) Y fuè lo meſmo, que bañar en ſalud, y en otro Jordàn mas vivo aquel cadaver funeſto, quando mas pudo parecer ungido para el ſepulcro: empeñada yà la Providencia, en que avia de ſer repetidamente milagroſa cada reſpiracion de ſu Deodata. Poco deſpues deſta reſurreccion ſegunda, diò teſtimonio autentico de la maravilla, que avia obrado en ella diez años antes el Santo Borja, y fuè concluyente ſu dicho à la mas plena probanza de el milagro; que añadiò una ala mas à la fama del Borja divino, con que volaſſe à lo mas ſublime del honor, y del trono. Perſuadida ella miſma, y el mundo, à que ſe avia empleado en ſu vida aquel ſegundo prodigio, ſolo porque calificaſſe el primero: deſuerte, que Borja era el blanco, y el fin todo de el ſegundo milagro, como fuè el inſtrumento unico de el primero.

***

§. V.

§. V.

ESte suceſſo, pues, unido con otro (cuya narracion no cabe en eſte Capitulo) fueron los ultimos esfuerzos de ſu brazo, y los dos poſtreros gritos del Cielo, que ſublimaron ſu eſtatua, y ſu nombre al trono: y los que preſentò la Congregacion de Ritus à Clemente Dezimo, como irrefragables teſtimonios de la Santidad de aquel eſpiritu, Año de mil ſeiſcientos y ſetenta, ſiendo Embaxador de Eſpaña el eſclarecido Marquès de Aſtorga, cuyas inſtancias en nombre del Rey Don Carlos Segundo, de la immortal Reyna (deſpecho rabioſo de la embidia) Doña Mariana de Auſtria, y de toda la Nacion Eſpañola, (y las que antes avia expreſſado la eloquencia por la autorizada facunda lengua de Don Pedro de Aragon) inclinavan el animo de ſu Beatitud. Y la noticia autentica de dos tan iluſtres milagros añadiò todo el peſo, que baſtò à que ſe doblaſſe guſtoſamente la balanza, que los ruegos, la fama publica, la piedad, y la devocion avian yà torcido un poco àzia el Altar. Y aſsi el dia veinte y uno de Junio de mil ſeiſcientos y ſetenta, mandò expedir el deſeado ultimo Decreto de la Canonizacion ſolemne de Borja, con aclamaciones publicas de aquella Ciudad Santa, con univerſal alegria de la Igleſia, y con tanto gozo de la Monarquia Eſpañola, que no cabiendo en los pechos mas dilatados, ſaliò prodigamente por los ojos. Ni debe cubrir el olvido una circunſtancia digna de fixarſe bien en la memoria, qual fuè, la de ſolicitarſe al miſmo tiempo la declaracion de el culto del Santo Rey Don Fernando, Inclyto victorioſo Abuelo: diſponiendo una incomprehenſible Sabiduria, que aquel invencible Monarca Eſpañol, caminaſſe àzia el Altar, llevando à ſu lado à ſu Nieto el Duque de Gandìa, Grande de Eſpaña, tan favorecido de los Reyes Catholicos, criado deſde niño en ſus Palacios, y que avia ſervido los primeros Oficios, y que avia ſido todo el valimiento, y el dulce blando ſeno, ſobre que avia reclinado ſus confianzas el Emperador Carlos Quinto. Para que el deſtino de privar con los Monarcas de la tierra, llegaſſe haſta las Aras, y la Gloria, queriendo introducirſe à los Altares tambien la fortuna: (Deydad con ara movediza en la contingencia.) Y ſin duda quiſo acreditar el Cielo en eſte ſuceſſo, (que no pudo parecer acaſo) las operaciones de ſu antiguo valimiento. Eſtraña novedad, y raro exemplo à la Hiſtoria! Un Valìdo ſalir canonizado al lado de un Monarca.

Dilatòſe por algun tiempo en Roma el Carro triunfal prevenido, porque ſe enreda tal vez embarazoſamente en los muchos laurèles el mayor triunfo. Señalòſe à la publica ſolemnidad de tan ſuſpirada Canonizacion, el dia doze de Abril de el Año de mil ſeiſcientos y ſetenta y uno, en que ſalieron cinco Heroes de la perfeccion Chriſtiana, que ſupieron afanar glorioſamente haſta en el ſoſsiego de la Cima. Ocupavan el mejor lugar San Cayetano, y San Franciſco de Borja; San Cayetano iba en el centro del honor, como Iluſtre Patriarca, (y de aquel ſublime Inſtituto, que puede contar la pluma entre los myſterioſos Arcanos de la Providencia) à ſu lado derecho el Santo Borja: à la ſinieſtra, el milagroſo San Felipe Benicio, Fundador de los Padres Servitas, coronado de diamantes, y de Eſtrellas. Cerravan el Eſquadron dichoſo, dos grandes hijos de Santo Domingo, San Luìs Beltràn por la ala derecha, cubriendo el ombro de ſu fiel dechado, y amigo el Santo Duque de Gandìa; y por la opueſta, la mas culta Roſa de los Jardines de Lima, y de la pureza, que aora transformava en un aſtro cada hoja, y en un rayo de luz cada eſpina. Llegò la noticia Domingo tres de Mayo de mil ſeiſcientos y ſetenta y uno à la Corte Eſpañola, donde apenas huvo corazon ſin luminaria, ni balcon, ſin alegria. Las fieſtas, que previno el Colegio Imperial, deſde la Viſpera de Santiago (que quiſo ceder ſu dia, al que avia ceñido ſu Militar diviſa roxa, y teñido en ſangre penitente ſu eſpada) ſon materia de bien culta Hiſtoria en los dias geniales, que diò à mucho zenit pluma corteſana.

Los feſtines repetidos de los Reales eſtudios, el eſtruendo armonioſo de tan varios, y acordes triunfos: la fertilidad de conceptos, que ſe eſtrecharon à dulce priſion en los numeros, y los que ſe deſataron en elogios, y en diſcurſos (Rios undoſos, que ſe dexaron vadear ſolo de penſamientos altos) fueron mucho honor del Borja, y tambien de la magnificencia, zelo, y aun del buen guſto deſte Imperial Colegio de la Compañia. Pero lo que mas arrebatò las atenciones del Alma, y de la viſta, fuè aquella prodigioſa colgadura de cera, que tuvo ſu primer origen, en una imaginacion

Luſitana, y ſe repreſentava al principio mas, como arrojo de una fantaſia, caliente, y animoſa, que como idèa capàz de conducirſe à la practica, por mas que la docilidad de la materia liſongeaſſe un poco la eſperanza: volando de eſta ſuerte el amor, y el culto àzia el divino Borja, con aquellas alas de cera, exemplo de temeridad, aun en la fabula, que diò nombre al mar derretida. Saliò la Urna Sagrada con Real pompa, deſde la Caſa Profeſſa al Colegio Imperial en ombros del honor, con tan ruìdoſa grandeza, y maquina, que por ventura no la viò mayor en aquel ſiglo la Europa, ni pudiera abultar mas en el eſpacioſo ſeno de una eſperanza, de un ſueño, ó de una muſica fantaſtica. Deſpues ſe le concediò Rezo, y ſolemnidad de doble ſegunda claſſe en Eſpaña; con Octava en toda la Compañia: y de ſemidoble en los demàs Reynos, y Dominios de la Igleſia; culto, que ſe debiò à la ſolicitud, y zelo infatigable del P. Juan de Caneda, Procurador General en Roma, por las Provincias de Eſpaña, (hombre de tanta honra, que mereciò ſer blanco à la emulacion mas alta.

Toda la Nacion Eſpañola reſonava en ecos ſonoroſos de Borja, tropezandoſe en el viento los fuegos, las ſilabas de tantos elogios, y los gritos de bronces animados. Y apenas huvo Paìs Catholico en la Tierra toda, donde no ſe eſcuchaſſe algun rumor canòro con eſta noticia, lloviendo alegria las nubes, y las eſtrellas ſobre las Almas. Solo un infeliz Herege Alemàn, oyendo el aviſo deſta Canonizacion, exclamò con atrevimiento ſacrilego: *El Duque de Gandìa en el Cielo? Si tal creyere, al Infierno deſcienda yo al punto en alma, y cuerpo.* No bien acabò de articular eſte deſacato impio, y blasfemo, quando arraſtrado inviſiblemente, deſapareciò de la viſta del concurſo, precipitado de sì meſmo, dexando en ſu lugar al horror, y al ſuſto, que haſta oy no acabò de derretir ſu yelo, convertido en eſtatua fria el eſcarmiento.

***



LIBRO SEXTO.
DE LA
HEROYCA VIDA,
VIRTUDES, Y MILAGROS
DEL GRANDE
SAN FRANCISCO
DE BORJA,

FORMA UN CULTO JARDIN A SU HISTORIA, de las principales Flores, ò Virtudes, que reſpirò fragrante ſu Vida.

CAPITULO PRIMERO.

BREVE MAPA, QUE DESCRIVE LA GRANDEZA de la Santidad de Borja, celebrada del miſmo Dios, de los Hombres, de los Angeles, de los Demonios, y lo que es mas admirable, aplaudida con immortal elogio del miſmo Borja Santo à deſpecho de ſu humilde eſpiritu.

§. I.

Miror in te omniū virtutum eſſe concentum. Plinius, in Pan.

REDUCIR la dulce armonìa de las Virtudes todas à una cytara, fuè el mas diſcreto elogio, que à Trajano ſu galàn Panegyriſta: todas pulſavan ruìdoſamente en el corazon de Borja, ſin que pudieſſe enmudecer ſus cuerdas, ni la humildad, que las oprimia, ni la embidia que las rozava, ni el eſtruendo confuſo, con que la perſecucion quiſo hazer de la muſica bramìdo. Mas yà no debe ſer objeto de las admiraciones Chriſtianas, que reſonaſſen acordes todas, pues en ſagrado racional inſtrumento no falta una cuerda, ſin quebrarſe de un miſmo golpe las mas de ellas, emmudeciendo acordes de bien templadas. Lo que ſuena mas que toda alabanza, es averſe unido en el pecho muſico de Borja las Virtudes, y los exemplos de todos los Eſtados, y en una cytara todos los inſtrumentos. Dechado canòro, y uno como original immenſo, de donde puede trasladar valiente copia qualquiera Gremio Santo de la Igleſia: Su Vida es aquel Mannà Divino, que ſabe acomodarſe à todo guſto, y ſaborear un tronco: y aquel univerſal, que ideò la mas ſabia fantaſia, mudado de la naturaleza à la Gracia. Y mientras paſſamos à deshojar flor à flor ſus jardines al Hibia,

bia, conſagrarêmos un ramillete culto en eſte mapa verdaderamente oloroſo: y moſtrarà el gigante en pequeña tabla ſu dedo, porque con derramar la viſta por el dibuxo, ſe pueda formar de una vez algun concepto de la grandeza de Franciſco.

Que en ſeſenta y dos años de vida, hallando las delicias en la cuna, ſitiadas las orejas de la liſonja, regalado de la fortuna, y de la naturaleza: ſiendo la libertad ſu primer nido, luego el Palacio, deſpues el valimiento, cercado ſiempre de el rieſgo bien colorido, y de tanto peligro hermoſo, como atomos pueblan el viento; ſupo governar à deſpecho de los alhagos, y entre mil eſcollos la inocencia, ſin trópezar, ni el baxèl en una roca, ni el alvedrio en una ſirena, y ſin anochecer el dia claro à la razon con el grave horror de una culpa. Grande Maravilla! Que en tan infame terreno, ni le picaſſe una vibora, ni le mordieſſe un peligro envenenado à la inocencia el ſeno hermoſo? Eſtupendo milagro! Uſando del rigor del ſilicio en la mas florida Primavera, ſalpicando en nueva ſangre la roſa, con la diciplina, y hermoſeando la lozanìa con ajarla. Que apenas tuvo uſo del alvedrio, quando ſe entregò à una vida ciertamente devota, penitente, y divina, creciendo en ella haſta una proceridad deſmeſurada; deſuerte, que ſe dexava percibir de el ſentido el aumento de uno en otro dia. Aclamado de la admiracion, de la Grandeza, y del Vulgo, por Valìdo à un tiempo del Cielo, y de Carlos V. ſabiendo hermanar dos tan reñidas privanzas en un Altar meſmo, ſin confundir la adoracion, ni mezclar el humo. Que poco deſpues bañado en golfos de luz, ſirviendo de relampago todo el Sol, y herido de un rayo, que naciò ſuſto povoroſo; renunciò la grandeza de ſu Eſtado, y con aſſombro de la Europa, deſnudando vanidad, y Purpura, viſtiò la ropa humilde de la Compañia, donde hizo penitencia eſpantoſa, veſtido artificioſamente de ſu piel meſma, que ſe enroſcava por el cuerpo, que ceñia: deſuerte, que la propone ſolo à la admiracion la Igleſia Santa; no ſiendo imitable una aſpereza, que llegò à parecer tyranìa: y obligò al miſmo verdugo à que pidieſſe perdon al cuerpo enſangrentado, quando ſe arrancava de èl ſu eſpiritu. Donde gaſtava cada dia diez, ò doze horas en Oracion retirada, y las otras doze, en ſoplar la hoguera, y la ceniza, que en ſus venas fomentava: reſpirando amor divino aquella lengua, haſta abraſar al que la eſcuchava; porque ſu voz nunca ſe quedò en la oreja, calandoſe haſta los ſenos del alma. Tan extatico, que arrancando el corazon del cuerpo, y el cuerpo de la tierra, caminava por el viento en buſca del Sol, mudado en aguila caudaloſa.

Donde fuè Apoſtol glorioſo, amaneciendo primero ſobre los montes de Cantabria, y eſparciendo deſpues ſu predicacion por toda la Monarquia Eſpañola: haſta alcanzar al nuevo Mundo, yà que no el ſonido de ſu voz abraſada, el de ſu zelo, que reſonò por todas las quatro partes de la Tierra, en tantos clarines, por donde reſpirava. Donde rehusò con invencible glorioſa tema, ò fuga, los Tronos ſupremos de la Igleſia, aun la Tiara miſma, que amenazò ſobre ſu cabeza, recabando los ſuſpiros de Borja derramar antes la vida con el llanto, en que ſe inundava. Donde obrò tantos milagros, reſucitò difuntos, amansò la furia de los elementos, diò voz à los troncos, y lo que es mayor prodigio, reſpondiò con beneficios à los agravios, Pareciò mudo en la injuria, ſiendo mucho mas que eloquente ſu lengua en dotar la fama de quien le quitava la honra: y empleando ſu influxo, en adelantar tambien ſu fortuna, porque mejorada de terreno la embidia, eſtuvieſſe mas autorizada, y mas poderoſa. Pues quien contemplare atentamente una vida larga poblada de inocencia, de mortificaciones, de oracion continua, de empreſſas, y fatigas Apoſtolicas, de conquiſtas, y de hazañas: de una humildad, que ſolo pudiera exceder de muy profunda, ſiendo el principal aſſumpto de ſu alma. De inſignes limoſnas, fabricando à la Religion, y à la piedad iluſtres machinas. Una vida ſembrada de luz, y de gloria, fatigada de la perſecucion, de la embidia, y de la rabia: ſobre el raro exemplo de aver hallado tanta grandeza, ſiendo igualmente grande en lo que dexò en el mundo, que en la velocidad, con que corriò ſiguiendo à Chriſto. Quien paſſare, digo, atentos los ojos por aquel lienzo primoroſo, hallarà, que Borja debe ſer admitido por uno de los mas ſublimes eſpiritus, que diò en eſtos ultimos tiempos la Igleſia al Cielo: campo ſiempre fecundo de eſpiritus portentoſos, que ſe deſcuellan en cada uno de los ſiglos ſobre la admiracion de los venideros.

§. II.

LOS elogios, que merecieron ſus Exemplos à los hombres ſabios, reboſaron en conceptos, que pudieron parecer hyperboles muy coloridos; por-

porque no cupò bien tanta avenida de gloria en los anchuroſos cauces de la mas undoſa vena, ò eloquencia. Andava Mercurio errante por todos los idiomas de tantas Provincias, deſatando en ſus alabanzas las lenguas; y el que quando vivo apenas diò paſſo, que no arrebataſſe àzia sì las admiraciones, y aplauſos de el vulgo; al morir dexò vinculada la fama à ſu ceniza, y ſu nombre à la memoria. No fuè divino aquel elogio, en que rompiò tantas vezes Clemente VIII. exagenando hazañas de la Santidad de Borja, como teſtigo de viſta? No fuè inmortal alabanza la de Gregorio XIII. de Paulo V. de Urbano VIII. y entre infinitos la del Cardenal Paleoto, quando llorò extincta la mas hermoſa lumbrera de la Religion Chriſtiana, al vèr difunto à Borja? No la repreſenta en una como univerſal idèa la Sacra Rota à la admiracion de todos los Eſtados de la Igleſia, y en cada uno à la imitacion de alguna grande alma? No fuè valiente la fantaſia, con que explicò ſus perfecciones S. Ignacio de Loyola, la que expreſſaron el Grande Borromèo, San Luìs Beltran, Santo Tomàs de Villanueva, el encendido Serafin Santa Thereſa, y San Pedro de Alcantara, de quien fuè hueſped en el Convento del Pedroſo, à inſtancias de aquel Penitente Serafin, admiracion de la Igleſia, que batìa alas en deſeos ardientes de tratar al divino Borja: y aviendoſe comunicado reciprocamente fuego, fuè abraſado Panegyriſta de Franciſco por la lengua, y por la pluma? No es una verdad èſta baſtantemente acreditada en todo el progreſſo de eſta Hiſtoria? Como tambien el alto concepto, que formaba èl Venerable Fr. Juan de Texeda, y entre los demàs de la Compañia, el eſpiritu iluminado del P. Antonio de Cordova, en aquella carta, en que le ſupone en grado mas ſublime de Santidad heroyca, y en mas elevada Cima, eſtando aun ſobre la tierra, que à muchos eſpiritus de aquellos, cuya gloria eſtaba yà entonces canonizada? El V. Fr. Juan Falconi de la Real Familia Mercenaria, hallandoſe en Alcalà Maeſtro de Theologia, vino à viſitar el Cadaver oloroſo de Borja, y hallò mucha luz mal apagada entre aquella ceniza: porque ſaliendo bañado en conſuelo de aquella Urna, dixo, lo que hallo expreſſado en las informaciones del Año de 1650. *O quan neceſſario era el Venerable Franciſco de Borja à la Igleſia Santa! Fuè eſpecialiſſima providencia de Dios aver embiado à San Franciſco de Borja à ſu Igleſia, porque es ajuſtado à la neceſſidad deſtos tiempos; pues èl enſeña à los Principes el ſer Santos en medio de la opulencia.* Apenas tuvo otro nombre por la Europa quando vivo, que el de Duque Santo. El Cardenal Arzobiſpo Silizeo, comparava al Borja, con el abraſado Serafin, que adora veſtido de ſayàl la Igleſia, y luego con el de Paula; y añadia, que ſi huvieſſe merecido vèr al primero, avria conocido tres Franciſcos Santos en el Mundo: porque ſe gloriava de aver tratado à los dos ultimos, de aver obſervado con reſpeto la compoſtura admirable de ſus roſtros, y de aver eſcuchado fuego en las expreſsiones de ſus afectos. El Inſigne Arzobiſpo Patriarca, D. Juan de Ribera, ſe encendiò en anſias de vèr ſobre los Altares la ceniza de Borja, y en aquella depoſicion, que hizo ſu eloquente pluma, dezia: *Quando leo la Hiſtoria de ſu Vida, eſcrita con mucha doctrina, y piedad, por el P. Pedro de Ribadeneyra, doy infinitas gracias à N. Señor, por aver conocido, y tratado Varon de tan raro exemplo, y ſantidad, y veo lo poco que puede valer quanto ſe dixere de ſu vida, eſtando tan docta, y exactamente eſcrita por el dicho P. Ribadeneyra. Solo dirè, que penſando algunas vezes en la ſantidad del P. Franciſco de Borja, he venido à reſolverme en creer, que fuè muy grande, y à deſear merecer ſer devoto ſuyo.* Y deſpues de aver tocado altos motivos à la credulidad de tan ſublime virtud: *El aver obrado N. Señor eſto por medio del P. Franciſco de Borja, es en mi conſideracion mayor milagro, que reſucitar muertos. Y aſsi me perſuado, que quando no huviera prueva de otros milagros (como la ay de muchos) èſte ſolo podria inclinar al Sumo Pontifice, Cabeza de la Santa Igleſia Catholica à canonizar eſte Gran Siervo de N. Señor, por beneficio, y exemplo de toda la Chriſtiandad, lo que confio ſerà preſto; y aunque muy viejo, pienſo vèr eſte dia, y regocijarme con los demàs Fieles de la Igleſia, de la gloria, que reſulta à Dios N. Señor, de que aya un Duque canonizado, y à las Religiones de tener un Religioſo mas en el Catalogo de los Santos, y al Reyno de Valencia de gozar un nuevo Patron. Y ſi N. Señor no fuere ſervido, que yo lo vea; no por eſſo deſconfiarè de ſu ayuda ante la Divina Mageſtad; antes que aceptarà con mucha caridad el ſacrificio, que le ofrezco cada dia, mucho tiempo ha, encomendandome à èl, y pidiendo ſu interceſſion, y ſocorro.* Haſta aqui aquella Iluſtre Mitra, que enriqueciò de exemplos la Igleſia, y de averſe ceñido tanto eſplendor ſu alma, dexò reſplandeciente ſu ceniza, y bien clara ſu memoria.

No

No fuè menos divino el aprecio, que del Borja Santo hizo aquella grande Muger, Abadeſa entonces de Santa Clara de Gandìa, nido hermoſo de la Paloma, quando en una Carta à ſu ſobrina la Duqueſa de Villahermoſa, dezia: *Mucho me ha conſolado el Sermon del P. Franciſco, ò bendita ſea la caridad de Dios, que aſſi ha obrado en èl, y obra, y eſpero que obrarà! No oſſo penſar en el deſear vèr, ni oìr predicar, ni dezir Miſſa, que es lo que mas he deſeado. Hallome tan indignada de que por ſu parte he recibido, que no oſſo pedir mas de el, de lo que Dios me quiere dàr. Un renglon, y una nueva ſuya, que me diga, no digo el P. Araoz, ni D. Juan, mas aun Sanſonete, la tengo por gracia, y miſericordia de Dios.* El inſigne Tomàs Boecio en aquel volumen ſabio, que diò tanta luz à la Eſtampa, como recibiò tinta, en las ſeñales de la Ley verdadera, y caracter de la Igleſia Santa, pone el exemplo heroyco, y el deſengaño de Borja entre los grandes argumentos à la credulidad de la Fè divina, y Religion Catholica. Y avrèmos de confeſſar, que es iluſtre, y verdaderamente admirable aquella vida, que baſtò à ſer nuevo credito, y argumento irrefragable de la Ley Evangelica.

Thomàs Boecius, tom. 1. de Sign. Eccleſ. Dei. Signo 50 de Paupertate, cap. 10.

El doctiſsimo Fr. Geronymo Perez ornamento de la Theologia, y de ſu Militar Familia, Cathedratico antes de Hueſca, y deſpues de Valencia, y luego de Prima en la Univerſidad de Gandìa (donde avia tenido honrada cuna) en el Prologo à los Comentarios de la Prima Secundæ de Santo Tomàs, à los Padres, y Colegio de Gandìa, à quien avia iluminado con todo el Sol deſde ſu entendimiento, dize, que las virtudes admirables, que avia reconocido en el Borja Santo, eran *Animi purgati*, ſegun la doctrina del Doct. Angelico: Elogio mas ſubido, de lo que puede percibir la razon del vulgo, y que cauſa mas novedad, ò mas aſſombro en el mas ſabio: porque ſon virtudes proprias de un eſpiritu, que ſe halla yà en el ſeno delicioſo, y entre las felicidades del Paraìſo; ò de algunos hombres tan elevados, que gozan muchos deſtellos de divinos: quando el alma eſtà tan imbuìda, ò penetrada de la ſantidad, y del amor ſagrado, como lo ſuele eſtàr el hierro de el fuego. Siendo aſsi, que quando le tratò aquel grande Maeſtro ſuyo, empezava à tomar buelo ſu eſpiritu. Haſta donde ſubiria aquel Serafin abraſado, batiendo preſuroſamente las alas veinte y dos años continuados deſpues deſte elogio? Mas quien deſeare apacentar la viſta en glorias de Borja, lea al Abad de Monte Aragon D. Martin de Carrillo, en la Hiſtoria de San Valero, à Illeſcas, en la ſegunda parte, libro ſexto, à Gaſpar Eſcolano Coroniſta del Reyno de Valencia, al Grande Obiſpo de Tarazona en la Vida de Santa Thereſa, à Sandoval, en la ſegunda parte de las proezas de Carlos V. ſiendo la mayor de ellas aver ſido deſpojo humilde de el exemplo del Borja Santo: à Franciſco de Torres, Hiſtoria de las Ordenes Militares, à Don Vincencio Blaſco de Lanuza, Canonigo de Zaragoza, al docto Garibay, y à Geronymo de Quintana, en la Hiſtoria de la grandeza de la Corte de Eſpaña, à Gil Gonzalez Davila, en el Theatro de la miſma grandeza: à Fr. Juan Carrillo, en la Hiſtoria de las Deſcalzas Reales, monumento glorioſo del zelo ardiente de Franciſco: à Fr. Diego Morillo, en la Hiſtoria de N. Señora del Pilar: à Don Luìs Muñoz, en la Vida de el Venerable Maeſtro Juan de Avila: à Fr. Fernando Camargo, noble Hijo de San Auguſtin, en ſu Cronologia, al que eſcriviò la exemplar Vida del Grande Lanuza, Obiſpo de Albarracin, y luz de la Igleſia, que fuè iluſtre devoto del divino Borja: à Fr. Geronymo de S. Joſeph, Hiſtoria del Carmen Deſcalzo: al Sabio Onufrio, heredero de la pluma de Aguſtino: à Valderrama en ſu Theatro: y al ingenio arrebatado de Ortenſio. A tanta valiente idèa, como explayò ſus colores por todo el lienzo de ſu Vida, de que ſe hizo mencion en el principio deſta Hiſtoria: añadiendoſe la del Padre Tanner, la de el P. Sgabati, la del P. Franciſco Garcia, y la de un Bolonès, que eſcondiò ſu nombre entre las cenizas del Borja. Mas ſi ſe huvieſſen de nombrar las plumas, que dentro de la Compañia ſe ocuparon en dibujar à raſgos eloquentes la ſantidad de Borja, fuera meneſter ir contando por los nidos, y por el viento las plumas de las aguilas una à una.

D. Thõ. 1.2. q.61. artic. 5. Quædam vero ſunt virtutes jam aſſequentium divinam ſimilitudinem; quæ vocantur virtutes jam purgati animi ita ſcilicet quod prudentia ſola Divina intueatur, temperantia terrenas cupiditates neſciat, fortitudo paſſiones ignoret, iuſtitia cum divina mente perpetuo fœdere ſocietur, eã ſcilicet imitando. Quas quidem virtutes dicimus eſſe Beatorũ, vel aliquorum in hac vita perfectiſſimorum.

Scolan. p. 2. col. 205. Frãciſc. de Torres, l. 3. f. 291. D. Vicẽt. Hiſt. Ecc. cap. 13. Morillo, tr. 2. c. 30. Camarg. in Cronologia, fol. 304. Onufr. Pan. Auguſt. in vitis Põtif. p. 369.

§. III.

LAS Purpuras en Roma le tratavan con ſingular reverencia adorando la Santidad en el pecho de Borja, y al deſengaño en ſu eſtatua viva. No era inferior el reſpeto, con que le trataron los primeros Monarcas de la Europa. Entre otros obſervò la admiracion aulica, que el Principe D. Carlos, ſiempre que fueſſe à Palacio Borja (entonces Comiſſario General de Eſpaña) le acompañava largo trecho, ò à la entrada, ò à la ſalida, ſin que baſtaſſen à ſer remora de aquel favor exceſsivo, ni el hu-

humilde porfiado ruego, ni el llanto. Al pricipio ſe creyò caſualidad, y deſpues alta veneracion (no ſin influxo ſecreto de el Rey Felipe Segundo) pueſta cuydadoſamente una eſpìa, que aviſaſſe de la entrada de Borja al Principe Narciſo, cuya memoria buelve en un ay el eco laſtimoſo: Pero què mucho celebraſſen las lenguas, y el reſpeto de los hombres aquella Santidad, de quien fueron clarines los Angeles? Què mucho aplaudieſſe con admiraciones el mundo aquel eſpiritu, ſobre quien lloviò elogios el Empyreo, raſgando à clauſulas, y à glorias ſu ſeno todo el Cielo de Mercurio por la lengua de un Aſtro? Quantas vezes abriò la Esfera el azul globo, derramando viſible luz ſobre la cabeza de Franciſco? Quantas vezes los Angeles cantaron alabanzas à Borja deſde el viento embueltos en torbellino de reſplandor hermoſo, y haziendo Arpa de un Planeta cada uno? Quantas vezes una nube ſonora fuè ſu Panegyriſta, haziendo muſica de el trueno, y elogio del eſpanto? Mas porquè todas eſtas vozes de celeſte Hierarquia, ſe eſcucharon oportunamente en otros lugares de eſta Hiſtoria, no ſe repite aqui con diſtincion aquella muſica, por dàr el oìdo, y la atencion à otro no menos armonioſa, ſiendo el mas enemigo ſugeto el que canta, y el mas infame inſtrumento el que ſuena. Porque los abyſmos ſe vieron tal vez obligados à poner ſu confuſion en armonìa, y acordar ſu eterna diſſonancia, celebrando hazañas de Borja: como ſucediò en la Ciudad de los Reyes, ſiendo el Principe de Eſquilache Virrey de Lima: donde los demonios à deſpecho de ſu rabia confeſſaron la ſantidad ſublime de Franciſco de Borja, y aquella lengua, que es el conducto, ò el inſtrumento de las abominaciones, y de la blasfemia, ſe oyò ſonar templada cytara de la mas facunda alabanza, reſpirando por la boca de el Infierno la armonìa, y la gloria.

Mas de què ſirve à la fama perder voz, y eloquencia, donde el miſmo Dios es Panegyriſta? Porquè no ha de enmudecer qualquier elogio humano, quando rompe ſu vena de oro Mercurio? Pues aun en las fabulas hizieron ſilencio las Muſas al cantar Apolo. Expreſsò Dios repetidas vezes à la tierra las altas virtudes de Borja, labrando à la veneracion medida fielmente ſu eſtatua. Fray Juan Munieza, Confeſſor de las Deſcalzas Reales en la Corte de Eſpaña, depone en los Proceſſos del año de mil ſeiſcientos y cinquenta, que la Venerable Sor Maria Clara, hija de los Señores de Bonache, y Abadeſa de aquel Real Convento, quando ſe traxo de Roma el Cadaver Santo de Franciſco, que eſtuvo una noche, y un dia en el Altar del Relicatorio, ſegun la relacion, que ella miſma le avia hecho, ſe avia quedado en Oracion la noche toda al olor de ſantidad, que reſpiraba aquella ceniza, tan cercana à la Urna, que la pudo humedecer con el llanto, que derramaba; y que deſpues de aver recibido grandes iluſtraciones, y favores inexplicables por la interceſsion de Borja, la avia ſignificado Nueſtro Señor con inefable dulzura la eſtupenda ſantidad de aquella Alma: que avia ſido *uno de los mas iluſtres Santos de la Igleſia*, y un grande Heroe de la perfeccion Chriſtiana: que ſe le avia repreſentado el trono ſublime de gloria, à que avia arribado, poniendo oſſadamente la planta ſobre el deſprecio de la grandeza. Y deſpues de otras expreſsiones de las virtudes de Borja, ſe le avia manifeſtado la veneracion profunda, que ſe debia à ſu ceniza: y que en cada Reliquia ſuya guardaſſe una ineſtimable joya bien engaſtada en la fé, y en la reverencia, que labran caxa mas precioſa, que ſi el Cielo preſtaſſe alguna porcion de ſu materia. Que aviendo conocido à muchas de las primeras Religioſas de aquella Caſa, que unas avian ſido Damas de la Princeſa, y otras de la Emperatriz difunta, las avia oìdo ponderar la Santidad de Borja, por uno de los grandes milagros de la Igleſia Santa, aviendo ellas obſervado los apices à ſu vida: ſon muchos los teſtigos, que en los Proceſſos deponen aver experimentado infuſa en el alma una ſingular reverencia ſiempre que entraſſen en la Capilla de Borja à venerar ſu ceniza: y una inſolita firme confianza, de que recabarian aquel objeto, ò bien deſeado, por quien ſuſpiraba entonces el corazon mal herido: ſintiendo impreſſa en el alma ſenſiblemente eſta joya al piſar los umbrales, que ateſoraban en breve Capilla ſu Urna. No ſon menos los que deponen con aſſombro ſuyo aver viſto repetidas vezes viſtiendo eſplendor aquel Cadaver Santo, compitiendo con aquel Jaſpe reſplandeciente, que admirò la Grecia, cuya mina hermoſeaba en Roma el Templo de la Fortuna, que aviendo reverberado el Sol en ſu vena, perſeveraba la luz, aun deſpues de muerto el dia, guardando toda la fé à una auſencia: y ſiendo eſponja del reſplandor, q̃ le bañaba.

Y porque no era baſtante grito à ſu fama una voz ſola, ni la de una muchedumbre confuſa, quiſo ſonar deſde otra nube diſtintamente la Providencia, haſta llenar

bien el mundo de eſta noticia. Michaela de Valencia, muger de Don Franciſco de S. Miguèl, y madre de un iluſtre Jeſuìta, entrò à viſitar un dia el Cadaver Santo de Borja: acercabaſe al umbral del Templo, quando empezò à hollar con piè dudoſo aquel theatro, repreſentandoſe una errante ſombra en la fantaſia, que borraba la opinion à la ſantidad de Borja, y anocheciendo el reſpeto, dexaba ſola la imagen en el alma, y un altar incierto à la duda. Eſtuvo batallando con eſte penſamiento, ſi fueſſe, ò no Santo aquel Cuerpo oloroſo, y el noble eſpiritu, de quien avia ſido Templo. Caminaba entre los embates de eſta duda àzia la Capilla; y al primer paſſo que la introduxo al coto de la Urna Sagrada, ſintiò un temblor tan violento, que no pudo mantenerſe en piè aquel racional edificio, aviendoſe eſtremecido tambien el corazon con baybèn eſpantoſo: y al miſmo tiempo hallò infuſa en el alma una tan alta reverencia à las cenizas de Borja, que quiſiera buſcar el centro mas profundo à la adoracion en los ſenos mas ocultos de la tierra, y en los de el alma miſma: y leyò eſcrito arrebatadamente con el dedo de Dios eſte elogio en ſu tremulo entendimiento: En aquella Urna ſe guarda un teſoro baſtante à enriquecer el mundo, aquellos venerables deſpojos ſon fragmentos del Cielo: el eſpiritu, que habitò aquellos hueſſos frios, y deſpoblados, ſe debe contar entre los Supremos. A eſta voz ſonora titubeò ſegunda vez aquella fabrica, no pudiendo yà con tanto peſo la vida, y cayò derribada ſobre el pavimiento, deſatados en lagrimas la veneracion, y el ſuſto, empezò à clamar, ò Santo! ò grande Santo! Yo creo, yo confieſſo, Borja divino, que ſois iluſtriſsimo Santo, Gran Valido del Rey de el Cielo: y poſtrada ante vueſtro Cadaver ſagrado, me encomiendo à la interceſsion poderoſa de vueſtro ruego, agradeciendo al eſpanto, que me aya conducido al reſpeto, con que debo reverenciar tan ſagrado difunto. Aſsi lo teſtifica ella meſma en los Proceſſos, que dieron el culto primero à Borja: y añade, que nunca entrò deſpues en aquel reverente ſitio, ſin experimentar algun amago de ſu eſtremecimiento, terminando ſiempre la borraſca un apacible llanto; mas eran tan grandes yà el amor, y la confianza de aquel corazon devoto, y bien iluſtrado, que no ocaſionaban otro temor, que el que puede univocarſe con el reſpeto; ſin que padecieſſe baybèn en el temblor, y en la duda, ni el cuerpo, ni el alma, al modo, que ſe nos repreſenta el tẽblor brillante de una eſtrella fixa.

§. IV.

PEro aun ha de repreſentar eſta tabla mas gigante, y mas hermoſamente proporcionada la eſtatura de Borja, ſiendo ſu miſmo pincèl ſu Panegyriſta, por mas que la humildad quiſieſſe obſcurecer todos los colores à la pintura, y ofrecer ſolo un borron de ſombras à la viſta. El Doctor D. Mathias Bermudez de Guzmàn, Catedratico de Prima de Canones en la Univerſidad de Toledo, en el Proceſſo ultimo, que el año de mil ſeiſcientos y cinquenta formò el Cardenal Moſcoſo, depuſo lo que no ſe atreve à fiar mi entendimiento de otra expreſsion, que de la de el miſmo teſtigo, el qual conſervaba aun inflamada la lengua de aver comerciado con el fuego en el eſpiritu de Borja. *Avrà como coſa de veinte y cinco años* (dize eſte ſabio teſtigo, hablando como en nombre de otro) *que avia padecido grandes temores de ſu ſalvacion: duraron eſtos miedos como quatro, ò ſeis años. Y eſtando una mañana al amanecer en la Ciudad de Toledo con eſta afliccion (ſiendo yà entonces devoto del Beato Franciſco de Borja, de San Ignacio, y de San Franciſco Xavier) viò eſte teſtigo en viſion imaginaria, que ſe hallaba en una ſala blanca, hermoſa, y quadrada, y muy alta, que podia ſervir de Templo. Y en ella viò à San Ignacio de Loyola, y à ſu mano derecha à San Franciſco Xavier, y à la mano izquierda à San Franciſco de Borja, veſtidos con unas alvas muy blancas: ceñidos: en piè, y levantados en el ayre, como vara, y media del ſuelo, con reſplandor muy grande en roſtros, manos, y alvas. El reſplandor era candidiſſimo, mas blanco que la nieve, que los hazia hermoſiſſimos: y los mirò muy de propoſito los roſtros; y tanto, que oy conoce muy bien las imagenes, que ſon ſemejantes, ò de ſemejantes à los dichos Santos. Y reparò, que el reſplandor, y candor del P. Franciſco de Borja, no era inferior al de San Franciſco Xavier, ni al de S. Ignacio. Por lo qual conociò el teſtigo, que no era inferior en ſantidad à los ſuſodichos: lo qual le causò grande admiracion: porque aunque eſtimaba mucho ſu ſantidad haſta entonces, no avia hecho tanto aprecio de ella, como de la de San Ignacio, y S. Franciſco Xavier. Con eſta admiracion preguntò eſte teſtigo al Santo Borja, como era aquello aſſi, que no fueſſe inferior à tan grandes Santos? Y à eſto el Beato Franciſco de Borja le reſpondiò una razon, que equivalia à eſta: aì veràs quan-* Fol. 99.

quan diſtintos ſon los juizios de Dios de los hombres. Eſto depone aquella alma favorecida, y eſta es la mayor novedad, que enquentran la admiracion, y la pluma en los ſuceſſos admirables del grande Borja, eſcucharle à èl miſmo formar tan alto elogio de la ſublime ſantidad de ſu eſpiritu, apoyando el dictamen, ò el paſmo del que le igualaba con el Xavier aſſombroſo, y con el Divino Ignacio! Que cupieſſe en la profunda humildad de Franciſco, aun deſpues de difunto, tan ſubida alabanza de sì proprio?

Proſigue luego en ſu depoſicion aquel noble teſtigo, cuya razon ſe avia convertido en Aſtro: *Aunque con la viſta de todos los tres Santos*, dize, *quedò el teſtigo muy alentado, y con mucha paz en ſu alma; pero San Ignacio, y San Franciſco Xavier, no le dixeron nada; y el Beato Franciſco de Borja, con un modo myſterioſo, que el teſtigo no puede explicar, le hablò, y le diò grandes eſperanzas de ſu ſalvacion: con lo qual quedò ſumamente conſolado. Y luego viò muchas Cruzes en el ſuelo, unas pequeñas, otras medianas, y otras muy grandes; y al punto ſintiò eſte teſtigo una grandiſſima afliccion, quando ſintiò un grande aliento, y reſolucion à paſſar por trabajos, y perſecuciones, y fuè diſcurriendo de Cruz en Cruz por algunas de ellas. Y movido, como de cauſa ſuperior, que le hazia hablar, dixo: Per ſignum Crucis, de inimicis noſtris libera nos Deus noſter. Y acabando de dezir eſta palabra, ceſsò la viſion imaginaria, y quedò con ſingulariſſimo amor à los tres Santos, enterneciendoſe con ellos, y con los afectos, y deſeos, que tiene de la Canonizacion del Beato Franciſco de Borja. Y deſde entonces el teſtigo no tuvo mas afflicciones, ni temores de ſu ſalvacion, conſiderables, ni congoxoſos, aunque el Beato Franciſco de Borja no lo aſſegurò, porque ſolo le diò buenas eſperanzas. Y tambien deſde entonces eſte teſtigo ſe llegò à frequentar los Santos Sacramentos. Y diò cuenta de eſto al Padre Baltaſar del Caſtillo, de la miſma Compañia, que era entonces ſu Confeſſor, y yà es difunto. Y avrà diez, ò onze años, que diò cuenta de eſto al Padre Luìs Fernandez, de la Compañia, ſu Confeſſor, el qual dirà los efectos, que eſta viſion ha obrado, y cauſado en el alma deſte teſtigo.* Eſta fuè viſion, con la que Borja poblò de luz la anochecida region de aquella alma, y prendiò fuego inextinguible en las operaciones de ſu vida.

Preguntado por los Juezes luego de los afectos, que eſta viſion huvieſſe cauſado en ſu eſpiritu (raſtros, que dexa la luz de mas alto Cielo) dize aſsi: *Los efectos de eſta viſion, fueron deſeo de retirarſe, como lo executò el teſtigo, à un ſitio Religioſo de los Montes de Toledo, que ſe llama San Pablo, aunque deſpues de algun tiempo, por conſejo de ſus Superiores, ſe bolviò à Toledo. Que le quedò gran deſeo de imitar al Beato San Franciſco de Borja en el deſprecio del mundo (ſi Dios le libraſſe del vinculo del Matrimonio.) Que tuvo mas recogimiento en la Oracion: muchos deſeos de caminar à la perfeccion, y algunos otros favores en viſion imaginaria. Que deſpues le ſobrevinieron muchos trabajos, y algunos grandes, y al juizio de los hombres los mas terribles. Pero con el recuerdo de que el Santo Borja ſe los avia prevenido, apenas ſintiò pena en ellos. Y no dize los que fueron, por ſer coſas ocultas, mas que los dirà el Padre Luìs Fernandez ſu Confeſſor, à quien dà licencia para que diga en eſto, lo que le pareciere para gloria de Dios; y por todo eſto, y por lo que ha leìdo, tiene en ſu eſtimacion à San Franciſco de Borja, por uno de los mayores Santos, que tiene la Igleſia de Dios, deſpues de los Apoſtoles, y Santos grandes de la primitiva Igleſia.* Grande teſtimonio del que avia reconocido ſu gloria, y hablaba como teſtigo de viſta! Fuè luego examinado el Padre Luìs Fernandez, Confeſſor ſuyo, Jeſuita de mucho eſpiritu, porque expreſſaſſe el concepto, que huvieſſe formado la ſabiduria de eſta viſion imaginaria, y de los efectos de ella. Y dixo en eſta forma: *Tengo por verdadera la viſion, que me comunicò Don* Fol. 99.
Mathias Bermudez, y de ningun modo por iluſion, porque los afectos fueron grandes, y las cruzes fueron terribles, y en ellas ſe portò con rara igualdad de animo. Y ſu vida deſpues confirmò bien la verdad de todo eſto. Confeſſaba, y Comulgaba tres vezes cada ſemana. Tuvo otros favores, y viſiones, las quales no ſon deſte caſo. Las tribulaciones, fueron de las que llama terribles el mundo; pero no las digo, aunque paſſaron por mi cuydado, por no juzgar ſer conveniente. Baſtaba la depoſicion de eſte iluſtre teſtigo, autorizado de la prudencia, para acreditar la inſigne ſantidad del Borja, aun quando la fama no huvieſſe reſpirado por otra pluma, ni huvieſſe agitado otra lengua. Pues à la verdad concurrieron en eſta noble alma todas las calidades, que en aquel Lucèro, galàn teſtigo, y precurſor hermoſo de la Aurora, para acreditar, que viene el dia: y en aquella roſa, que es el mas florido oloro-

ſo argumento de la Primavera.

Eſparciòſe tanto la fragrancia de la ceniza del Borja, que rompieron los mares, y baxaron montañas inacceſsibles grandes corazones, por colgar algun voto en ſu Urna, y percibir aquella reſpiracion oloroſa mas de cerca. Vinieron entre otros el Duque de Modena, el de Neoburg, y la Duqueſa de Mantua, y hallaron bien caliente ſu ceniza, pues vieron humear al deſengaño en ella: y aviendo lanzado gemidos, y ſuſpendido votos en ſu Capilla, hallaron grata oreja en el Cadaver eſcondido en la Urna. En las informaciones, que ſe hizieron el año de 1650. quiſieron ſer teſtigos el honor, y la Grandeza Eſpañola, ennobleciendo la verdad los miſmos conductos, ò minerales, por donde corria. Y deſeò tambien merecer eſta gloria el Señor Don Diego de Arze y Reynoſo, Inquiſidor General, y Obiſpo de Plaſencia, cuya voz ſola pudo ſer una fama. En Inſpurg, Corte de los Sereniſsimos Archiduques de Tyròl, ſe votò fieſta al Divino Borja, ceſſando los Tribunales aquel dia por bien ſoberano motivo, ſegun depone el Excelentiſsimo Señor Don Fadrique Enriquez en aquel Proceſſo: y haſta en Palacio ſe guardaba con ſingular eſtudio, conſagrado à la memoria de Franciſco, no aſsiſtiendo los hijos de ſus Altezas aquel dia à los exercicos, en que los adeſtraba el cuydado. En la Corte de Viena aſsiſtia el Emperador à ſu fieſta, dedicando elogios, y lagrimas à ſu memoria: exemplo de que fueron dechado los Catholicos Reyes de Eſpaña, bolando las Aguilas àzia el Cadaver de Borja, à cebar en èl ſu piedad, y ſu confianza.

CAPITULO II.

ILUSTRES PROEZAS DE LA HUmildad de Borja, que ſe hizo admirar haſta en el mas infelìz ſeno de la tierra. Admirables exemplos de eſta virtud heroyca, con que enriqueciò la Compañia, y la Igleſia, y fuè el principal aſſunto de aquella grande alma.

§. I.

EMpieza yà à tomar algun buelo diſtintamente la pluma por el mas profundo ſeno de la tierra, por aquella virtud, que fuè todas las delicias de Borja: por ſu humildad aſſombroſamente profunda, pues ſiendo ella la que abre los cimientos à toda la Real maquina de la arquitectura divina, llegò à deſcubrir ſus entrañas à la tierra, y aun ſu infame ſeno al abyſmo; de ſuerte, que pudo exclamar Mercurio por la boca de aquel grande Orador, Fenix de ſu ſiglo, el cultiſsimo Ortenſio, al reconocer la profundidad à eſte cimiento de las virtudes de Franciſco: ay Dios, que me deſvanezco mirar tanto hondo! Mas no pudiendo eſtrechar à cauce limitado la immenſidad profundamente explayada de aquel Occeano, avrèmos de recurrir à las altas fuentes donde bebiò ſu caudal hinchado eſte impetuoſo Rio, que pudiera tener preſunciones de golfo, à no abatir ſus corrientes el miſmo principio, que las hinchaba tanto. Y deſcenderèmos luego à boſquexar muchos arroyos precipitados en algunos admirables exemplos, que nacieron de aquel humilde, y tambien ſobervio Mar, bolviendo à crecerle à breve trecho, entrando tributarios en èl. O avrèmos de bolver à hurtarle en eſte Capitulo al Rio mas ſobervio aquel ſitio prodigioſo, donde abrevia mas de ſeſenta leguas de boca à tan poco terreno, y à cauce tan immenſamente profundo, que pudiera Aqueronte percibir el eſtruendo ronco, y ſobre la tierra, le puede caſi abanzar un ſalto: ſimil bien oportuno à expreſſar la humildad de Franciſco, que propriamente era ſin ſuelo, por mas que dilatandoſe prolixo, quiera ſervir de ſenda el diſcurſo.

Las fuentes, pues, de donde traìa ſu origen oculto la humildad caudaloſa de aquel ſublime eſpiritu, fueron el conocimiento de Dios, y èl proprio: el amor divino, y el odio ſanto de ſi meſmo oponiendo un contradictorio al otro, y el pecado al Sèr divino, midiendo por la grandeza del extremo contrario, la profundidad de horror à cada delito ſuyo. Levantaba los ojos à contemplar aquella Soberanìa Mageſtuoſa, y los abatia luego al fondo immenſo de ſu deſdicha, y gyrando de una en otra: y avivando en muchas horas de meditacion, que conſagraba à eſte importante aſſunto, el conocimiento proprio: Empezaba ſu oracion cada mañana por eſte principio, que dà ſeguridad deſpues al buelo, profundando dos, ò tres horas, y no pocas vezes cinco, en trabajar eſta ſecreta mina, que prorrumpia deſpues en humillaciones, que fueran eſtrago à la torre miſma de la ſobervia, fueron aſſombro à Europa, y aora lo ſon à la pluma. De eſtas fuentes altamente eſcondidas ſalieron aquellas hinchadas, y al miſmo tiempo encogidas olas, que inundaron ſus operaciones ſagradas, y bañaron ſus virtudes to-

todas, ò à lo menos ſirvieron de foſſo, que rodeaba, y defendia aquella inexpugnable fortaleza. Deſte miſmo origen alto, ſalia como ilaſion irrefragable del diſcurſo, no ſolo aquel continuado abatimiento, ſino un vivir perſuadido, à que fueſſe perpetuo milagro del brazo poderoſo, no hallarſe cada inſtante laſtimoſamente derribado en los abyſmos del mas torpe delito: no aviendo exemplar de pecado en el mundo, ni en el infierno, ni en el anchuroſo campo de lo poſsible todo, de que no ſe hallaſſe reo, à no mantenerle en piè una Omnipotencia con robuſta portentoſa mano. Preſentavaſe cada dia delante de los que habitaban la tierra; y no hallava viviente alguno en ella toda, à quien no ſe conſideraſſe ſuperior en la malicia, y en los horrores de la culpa. Y aun hazia mas delinquente à ſu alma ſola, que à todas las otras juntas en una como balanza, donde ſe peſaſſen las abominaciones de la culpa. Llegando à ſer eſta virtud tan metafiſica, que excede las ſutilezas de la razon mas ſabia, adelgazando mas, y mas los penſamientos, y los diſcurſos en eſta materia, ſin que falte bronce à la ſolidèz de la que parece fantaſia: ſiendo verdad, que ſe han de trabajar en miñatura las ultimas perfecciones deſta virtud heroyca.

Deſte principio ſacava verdadero aquel penſamiento delicado, con que ſe apellidava el mas delinquente eſpiritu de quantos calentaban con gemidos el ſuelo, y poblaban de horror el abyſmo: imitando, y aun compitiendo con glorioſa emulacion el dictamen al Seraſin de Sayal. Que por eſſo Fr. Lamberto, deſpues iluſtre Hijo de el miſmo Seraſin, depuſo, que el Borja le *avia parecido ſiempre otro San Franciſco de Aſſis, en la virtud de la humildad.* Eſtas reflexiones que à los ſabios politicos, ſuelen parecer ſutilidades, ò colores aparentes, ſon hilos de oro, con que texe ſu humildad un grande penſamiento, que ni ſabe quebrarſe en lo delgado, ni mentir hyperboles al viento, ni ſe dexa percibir por muy profundo. Paſſava lo mas del dia tan ſumido en eſte chaos immenſo, que ſi tal vez levantaba la cabeza un poco, no reſpirava ſino un gemido, en que embolvieſſe abominaciones de sì meſmo. Obſervò el P. Buſtamante, acompañando à Borja, por las calles de Valladolid un dia, que el Santo caminaba con eſtraño encogimiento, como avergonzado de dexarſe vèr en el mundo, y corrido de hallarſe en publico teatro. Preguntòle el motivo, que hazia reparable la confuſion en ſu roſtro? A que reſpondiò Borja, aver ſalido aquella mañana de una meditacion prolixa, en que ſe avia conſiderado triſte habitador del Infierno, colocando ſu alma en el mas infeliz ardiente nincho: y que le avia quedado eſta memoria tan altamente impreſſa, que no ſolo no avia podido arrancarla del alma, ſino que ſe perſuadia, que le miravan todos como à condenado, de ſuerte, que iba temeroſo, de que le gritaſſe por las calles el Vulgo, clamando à una voz la muchedumbre, como por inſtinto, *al de el Infierno*: y aun rezelava ſer blanco à la indignacion del Pueblo irritado, ſaliendo de ſus oficinas los Artifices todos à maltratarle con los inſtrumentos de ſus oficios. El miſmo ſentimiento explicò con mucho llanto en otras ocaſiones al Hermano Marcos ſu Compañero atraveſando la Corte de Eſpaña, y otras Ciudades, medroſo aquel eſpiritu humillado, y cobarde de muy abatido aquel penſamiento. A tanta altura ſupo llegar la humildad en Borja, que la prudencia humana la perdiò de viſta, profundando de ſuerte aquel conocimiento proprio, y menoſprecio de sì miſmo, que haſta lo inveriſimil ſe fuè à buſcar centro obſcuro.

§. II.

MAs ſiendo el abatimiento el camino, por donde ſe deſcubre eſte teſoro, que ſe eſconde haſta las entrañas del abyſmo, pues nos enſeña el Dulcíſsimo Bernardo, que tarde, ò nunca ſe dà fondo en la humildad, ſino por los rumbos de la humillacion: fuè todo el conato de Borja, abatirſe con tanta violencia, como que ſe precipitaba, y à lo menos baxando deſde sì meſmo cada dia, haſta tropezar practicamente con el centro de la nada: y lo que cauſa mayor aſſombro, deſpues de tantos años en que ſu conocimiento fuè baxando muchos eſcalones àzia el abyſmo, nunca le pareciò, que ſe avia encontrado à sì meſmo, tan hondo eſtava aquel rio, ò aquel ſuelo: ò Cielo Santo, haſta donde penetrò aquel penſamiento ſin hallarſe à sì proprio! Platicava en el Noviciado de Simancas un Jueves Santo, quando lleno de confuſion el roſtro, deſpues de averſe ſuſpendido algun tiempo, rompiò el parenteſis profundo con eſta exclamacion arrancada de lo mas intimo del ſeno; ay de mi, que me hallo oy ſin lugar en el mundo! Porque ha ſeis años, que miro los pies de Judas, como centro proprio mio, y contemplando aora à mi

Bernard. Epiſt. 87.

dulze Maeſtro derribado à las plantas de ſu traydor Amigo : conozco , que no ſoy capàz de ocupar aquel ſitio yà dichoſo: buelve, pues, à lamentarſe mi eſpiritu, que oy ſe ha quedado ſin lugar en el mundo, y à penas le avrà tan baxo en todo el Infierno , como yo le tengo merecido. Eſta humilde fantaſia avia expreſſado al Hermano Marcos en la Corte de Eſpaña , ſacando del pecho un ardiente ſuſpiro , que fueſſe precurſor de ſu penſamiento. En eſtas reſpiraciones prorumpia aquel eſpiritu ſiempre ingenioſo en deſcubrir nuevos rumbos à ſu proprio conocimiento. Hallò en varias ocaſiones recoſtado al Demonio en ſu pobre lecho , y ſin turbarſe, le dixo : que aun ſiendo tan infame eſpiritu ſobervio , y amotinado contra ſu dueño legitimo , merecia ocupar aquel ſitio de ſu Apoſento harto mas que el delinquente Franciſco , que ſe hallava reo de mas abominaciones en el mundo , de las que èl huvieſſe cometido en el Cielo : y que al miſmo paſſo era tanto mas digno de baxar al infelìz catre de horror., y fuego , que èl dexava entonces deſocupado en el abyſmo.

Deſde el tiempo dichoſo , que viſtiò la ropa de la Compañia , dexò de firmarſe Franciſco de Borja , y ſe firmava Franciſco pecador , haziendo Apellido proprio la culpa , haſta que San Ignacio borrò eſta ſingularidad de ſu firma. Lo que aprendiò de ſu gran devoto San Vicente Ferrer , que ſe firmava algunas vezes Vicente Pecador , dictando à ſu pluma eſte renombre ſu humildad. Quando el Pueblo agitado de ſu miſma ligereza , y de los ſoplos de la fama le apellidava Santo , exclamava con agudo ſentimiento : ò que quenta me ha de pedir mi Soberano al hallarme tan otro de lo que preſume engañado en ſu miſmo rumor el Vulgo ! Ay ! Y lo que me carga eſte elogio , que dà el engaño concebido entre las apariencias falazes del mundo ! O lo que me tiene tal vez un trage abatido , y roto ! Como ſi huvieſſe arraſtrado nunca telas de oro el engaño ! Azia los ultimos años de ſu vida , hallandoſe caſi moribundo el divino Borja , clamava al Cielo por la perſeverancia en la Compañia , y por el cumplimiento de el Voto de la Pureza , como ſi fueſſe joven, que peligraſſe en una roca , ò en una ſyrena aquel leño ſabio, cuyo rumbo era la gloria , tanto deſconfiava diſcretamente de sì miſma aquella grande Alma. Si à la converſacion ocurrieſſe algun ſuceſſo de ſu Virreynato , ò Valimiento, buſcava ſu humildad ingenioſa nuevas metaforas , y colores à la eloquencia , que repreſentaſſen el ſuceſſo à la viſta , ſin recordar ſu grandeza , y ſu antigua fortuna; y ſi tal vez ſe atreviò la confianza, ò quizà la liſonja à deslumbrarle con los eſplendores de ſu cuna ; ò dexava , que ſe aſſomaſſe algun ceño à la cara , ò permitia alguna explicacion à la quexa. En ocaſion de eſtàr doliente , y ſangrado , le viſitò un ſubdito , que avia merecido iluſtre cuna: y advirtiendo , que la ſangre eſtava tan negra , que ocaſionava algun horror à la viſta , dixo : Padre Borja , ſi la ſangre de los Duques , y de los Principes de la tierra eſtà tan denegrida , no sè que motivo puede tener la vanidad en la ſangre clara , quando eſtà llamando al horror mas que à la ſobervia? O què dignos ſon de laſtima, reſpondiò Borja,los que ſe deſvanecen de una ſangre, que igualmente pudiera engendrar eſpiritus à la humildad , que à la vida! Que provecho me viene à mi de mi Sangre Real, dize el Profeta Rey, ſi voy apreſuradamente caminando à la corrupcion ? El que tuviere alguna luz en el penſamiento , ſe debe preciar ſolo de la Sangre del Crucificado, y ofrecer continuadamente la que guarda en ſus venas à que ſe derrame ſobre las aras de la fé , y del amor, que ſon dos bellos tyranos igualmente apacibles , que crueles.

Pero diſpenſava alguna vez la humildad de Borja en los recuerdos de ſu antigua ſoberanìa: y entonces ſubia de punto ſu muſica , ò la humildad meſma , ò alguna otra virtud heroyca : El primer caſo , en que permitia eſte recuerdo doloroſo, era quando por los caminos , ò no le querian abrir la Igleſia , ò le negavan ornamento para dezir Miſſa , por madrugar antes que la Aurora : entonces bolviendoſe à ſus Compañeros con mucha gracia, les dezia: *Aora es ocaſion, ſi os parece, de pedir auxilio al brazo Seglar , pues aqui no vale el Ecleſiaſtico.* Condeſcendiendo , en que ſe dixeſſe , que era el Duque de Gandìa , por facilitar el conſuelo de llegarſe à beber felicidad en tan Auguſta Meſa : rindiendo la humildad todas ſus armas al amor , y cediendo corteſanamente el dosèl. El ſegundo caſo era quando ſe hallava obligado à no recibir al que ſolicitava entrar en la Compañia: porque no pudiendo contener los impetus de ſu humildad meſma , exclamava: ſolo aora me liſongea un poco la memoria de aver ſido Duque de Gandìa , porque à no aver merecido eſte caracter à la Providencia, como fuera poſsible , que yo hu-

huvieſſe logrado veſtir eſta amable ropa? Què Superior huviera admitido en la Compañia à la inhabilidad, y à la ignorancia, ſin que fueſſe caſtigado, como reo, de la paſsion, ò de la imprudencia? Quanto es mayor la incapacidad (mas ſi la razon ſe quiere deſnudar de la liſonja) que la de eſſe Joven, de cuyo pecho acabò de arrancar la eſperanza, de que pueda conſeguir nunca eſta dicha? Mirad quanto debo à la memoria de lo que fuì en el ſiglo por eſte titulo ſolo, ſiendo por todos los demàs digna del deſprecio? Ultimamente, ſe acordaba de el Eſtado de Gandìa, con ocaſion de los ſufragios perpetuos, inſtituìdos por los Duques difuntos, en que ſe hallaba emprehendido, ſegun las clauſulas de la fundacion el Borja Santo: y hallaba ſingular conſuelo en contarſe entre el numero de los muertos al mundo: como que no le faltaba para ſer cadaver, ſino el que trataſſen de darle à la tierra, donde deſearia ſepultar tambien ſu memoria. Y entre tanto andaba ſolicito de entrar ſus virtudes en lo mas ſecreto, y ſepultar con ellas ſu miſma humildad en el olvido: mas era intentar eſconderſe dentro de la luz, y ocultar en algun nincho ſecreto al Sol.

§. III.

Apenas viſitò Colegio, ſiendo Comiſſario General de Eſpaña, que no ſirvieſſe algunos dias en la cocina, pudiendo perſuadirſe la ignorancia, y aun tal vez la advertencia, que aquel humilde exercicio huvieſſe ſido todo el aſſumpto de la venida de Borja. Beſaba muchas vezes los piès à todos, anticipandoſe las lagrimas à regar el ſitio, que avian de ocupar los labios: y con cada uno uſaba de algun eſpecial rendimiento, que quedaſſe como caracter eſtampado en la humildad de reconocerſe inferior à tan noble individuo. Quando ſalìa mas favorecido del Palacio, ſe entraba luego en la cocina, ò entre los pobres, que eſperaſſen limoſna à la puerta de algun Convento, por humillar los eſpiritus del orgullo, que ſuelen engendrar los favores de Palacio. Echaba unas alforjas al cuello, y ſalìa à pedir limoſna en trage de mendigo, ſaboreandoſe deſpues el guſto en comer en el Refectorio algun mendrugo de pan, que huvieſſe recogido, pagando à la humildad, y à la pobreza un miſmo tributo. Paſſava luego à partir leña, y à conducir piedra, ſiempre que huvieſſe fabrica, dexando tan eſtampado eſte exemplo en Cordova, que deſpues de ſeſenta años, en que le atendiò la edad mas florida, no pudo borrarle un noble anciano de ſu memoria. Tomaba las llaves de la Porteria, mientras el Hermano eſtava en primera, ò ſegunda meſa, con aſſombro de los que preguntaban por Franciſco de Borja. En una ocaſion eſtando en la Corte de Valladolid con la llave en la mano, el ſemblante devoto, y el corazon encendido, traxeron de limoſna un puerco muerto, y no hallando mas teſtigo, que el que le traìa, ſe le cargò al ombro, y le llevò à la deſpenſa. Lo miſmo executò en la Ciudad del Puerto otro dia, ſiendo preciſo ſubir una eſcalera bien agria, y peligroſa, por donde caminaba triunſante la humildad bien à coſta de los eſfuerzos del alma, y de una intolerable fatiga. Salia en Valladolid en aquella ocaſion un Grande de Eſpaña, que avia eſtado en conferencia con un Jeſuìta: y tropezando con aquel eſpectaculo en la eſcalera, eſtuvo por mucho rato ſin dàr credito à lo que miraba: reconocia diſtintamente à Borja, y bolvia à negar todo el credito à la viſta, haſta que no pudiendo deſmentir los penſamientos à los ojos, expreſsò al Borja Santo la eſtrañeza, que le ocaſionaba verle oprimido con tan vil peſo: à que ſatisfizo con diſcrecion humilde Franciſco: *Por què ſe ha de admirar Vuecencia de que un puerco vivo lleve à otro muerto?* Con eſta reſpueſta accelerò el paſſo, haſta dexarle en ſu proprio ſitio, adonde llegò tan fatigado, que para cobrar algun aliento fuè meneſter ſuſpenderſe un poco, y pedir eſpiritus preſtados à la humildad, y al ſufrimiento. Semejantes proezas executò repetidas vezes en Simancas, trayendo por las calles al ombro, yà algun cordero, yà algun cantaro de vino. Tropezò un dia con la Princeſa Doña Juana, aſsiſtida de la Grandeza, y de la pompa, que ſe avia alexado de Valladolid à divertir la viſta, y hazer alguna tregua entre los cuydados del govierno, y de la vida. Y viendo caſualmente paſſar al Borja oprimida la eſpalda, permitiò à los ojos mucha ternura, y diò campo abierto à la eloquencia en las acciones del humilde Borja. Suſpendiòſe por algun rato aquella tropa Corteſana, à la viſta de lo que eſtava atendiendo muda, mientras retorico el exemplo iba de alma en alma dexando mucha voz, y mucho deſengaño impreſſo en cada oreja.

Salia à barrer la calle, que hazia frente à la Porteria, con aſſombro del vulgo,

que paſſaba: y aun hallandoſe General en Roma, dexò en la Plaza Altieri bien eternizado en el polvo eſte exemplo. Conducia al agua èl miſmo un jumentillo, que ſervia al Colegio: y en los caminos aliviaba al mozo, cuydando Borja del ganado. Sentabale conſigo à la meſa, obligabale à ſubir muchas leguas en la mula, caminando Borja al piè de ella, aun quando le fatigaſſe mas la gota: executando lo miſmo con algun otro pobre, que tropezaba, ſegun depone Bartholomè Garcia en los Proceſſos de Barcelona. Hallandoſe en la Ciudad del Puerto con las llaves de la Porteria, llegò un Joven, que en Sevilla avia merecido iluſtre cuna: y deſpues que el entendimiento hizo en la admiracion alguna pauſa, entregò diverſas cartas à Borja, en que le rogaban admitieſſe aquel Joven en la Compañia. Eſtava un pequeño monte de eſtiercol arrimado à la puerta, y Borja por dár algun exemplo de humildad al que venia arraſtrando ſeda, y por examinar los quilates de aquella alma, le dixo con alguna riſa, no podeis aver llegado en ocaſion mas oportuna, porque deſeaba deſembarazar eſte ſitio, de lo que ofende tanto la viſta à la entrada: y vos podreis aſsiſtirme en eſta empreſſa, ſiquiera por no eſtàr ocioſo en la Porteria: y paſſando à las manos la eloquencia, deſpojò el horror todo de aquel ſitio, trabajando con igual aplicacion, que aſſombrò, aquel iluſtre mancebo, à quien Borja deſpues tomò por la mano; y acercandoſe à la oreja, le dixo: Mirad ſi conviene con vueſtras maximas eſte empleo, porque eſte es el grande aſſumpto à que ſois llamado? Mas el que traìa bien eſcondida la flecha en el alma, no ſolo viſtiò guſtoſamente la ropa; ſino que conſervò caliente eſte exemplo toda la vida, fundando ſobre eſta firme vaſa tan hermoſo edificio à la ſantidad heroyca, que pudo paſſar à ſer Templo con Altar, y lamparas en la fama. Paſsò deſde Valladolid à Alcalà la Princeſa, quando governaba la Monarquia: y echando menos la prudencia de Borja, entre grandes olas, y dependencias donde ſu razon fluctuaba, le hizo venir à toda priſa, no queriendo ſeguir otro rumbo, que el que deſcubrieſſe aquel ſabio entendimiento. Llegò Borja, y deſpues de ſeſion prolixa con la Princeſa, deſpues de aver allanado ſus montañas à la duda, temiendo, que el Palacio huvieſſe influìdo alguna vanidad ſecreta, ſiendo tan ſutil aquel ayre, que ſabe penetrar al bronce ſu muralla: ſe fuè al Colegio, y tomando al ombro una olla, que eſtava diſpueſta, paſsò à la Carcel veſtido el cuerpo de una ſotana parda, y ſemblante de alegria en aquel glorioſo triunfo, que iba conſiguiendo la humildad de la ſobervia: y en que le vieſſen la atencion aulica, la ambicion, y la liſonja atezado con el horror, que le oprimia tanto como le manchaba.

Aſsi caminaba el humilde Borja, quando viò delante de sì cercado del honor, y de la Nobleza al Grande Almirante de Caſtilla, que no pudiendo contener la ternura en el exceſſo, que mirava, rompiò la admiracion por la viſta: dexò el cavallo, y corriendo preſuroſo à detener à Franciſco, le rogaba que ſe compadecieſſe algun tanto de la debilidad de aquel ombro, incapàz à peſo tan robuſto, ſin que flaqueaſſe, tremulo el piè à cada paſſo; mientras el corazon le engañaba preſumido de animoſo: que permitieſſe, que ſus criados le aliviaſſen el peſo, y que irian ambos en ſeguimiento ſuyo, porque no perdieſſe de viſta, ni el merito, ni la ocaſion de diſtribuìr aquel ſocorro. Que tambien era operacion hija de la humildad en un grande entendimiento rendirſe docilmente al dictamen, y al ruego de otro. Mas Borja, hallando ſiempre inagotables las fuentes à ſu eloquencia, ſatisfizo con gracia, y corteſanìa à las razones de aquella noble alma: que le dexaba confuſo aquella dignacion de ſu grandeza, à quien rogava deſde el mas humilde rendimiento, quiſieſſe tomar el cavallo, y proſeguir el camino: que ſi deſeaba anduvieſſe el mundo en aquella armonìa, que ſe dexa eſcuchar gratamente en el Cielo, y baſta à ſuſpender en medio de ſu carrera al Planeta mas fogoſo, era meneſter, que cada individuo cumplieſſe con aquella parte de obligacion, à que le deſtinaba ſu eſtado; que de otra ſuerte ſe turbaria todo el orden muſico, que haze acorde el Univerſo, mientras uno ſe introduxeſſe al exercicio del otro, y ſerìa lo meſmo, que ſi mudaſſen los elementos de ſitio. Inſtaba el Almirante con la razon, con la autoridad, y con la ternura; ſin que Borja deſiſtieſſe de la empreſſa, bolviendo à repetir aquella maxima con eloquente energia. Semejante reſpueſta, y en ſemejante cauſa diò à ſu hijo Don Carlos, Duque de Gandìa, piſando la vanidad, y la Corte de Eſpaña el humilde de Borja: ſolo que conducia la olla dentro de una eſpuerta debaxo del Mantèo, haſta que percibiendo un tropèl de cavallos, preguntò,

què acompañamiento fueſſe aquel tan numeroſo, y tan lucido, que ſe encaminaba à Palacio? Y obſervando el Hermano Marcos con linces ojos aquella tropa, reconociò ſer el Duque de Gandìa, que aſſiſtido de los parientes, y de la honra, iba à beſar la mano al Rey, por una merced, que ſe le avia hecho aquel dia. Con eſte aviſo paſsò Borja al ombro la eſpuerta, por triunfar mas abiertamente de la gloria humana, à viſta de aquella pompa, que por tantos titulos reberveraba ſobre ſu cabeza. Y aunque ſe apearon todos luego, inſtando el hijo en ſer el que conduxeſſe ſobre ſus ombros aquel trofeo glorioſo, ò entre los diamantes, que llevaba al pecho; el humilde Borja ſe negò conſtantemente à ſu porfia, haſta acallarla con ſemejantes clauſulas, à las que expreſsò poco antes la pluma. Solo añadiò algun ceño al tratamiento de Excelencia, con que le fatigò el Duque ſu hijo, porque le hablaba en aquel publico teatro: conociendo todo aquel iluſtre congreſſo, que ſe aſſomaba la humildad embuelta en indignacion al roſtro, haſta que el Duque mudò de rumbo, y quiſo achacar aquella voz à la cumbre, ò al acaſo, de ſuerte, que la huvo de deſconocer el reſpeto. Proſiguiò con eſto intrepidamente ſu jornada el humilde Borja, rompiendo por entre los embarazos honroſos de la atencion corteſana, que añadian carga al ombro con la miſma porfia, ò razon de aliviarla.

§. IV.

CAminava con el Padre Buſtamante à la viſita, ſiendo Comiſſario General de Eſpaña, gyrando aquel Aſtro continuadamente por ſu esfera, con afán perpetuo de la luz, y de la vida. Y haziendo noche en una pobre Aldea, no hallaron mas alvergue, que una choza deſabrigada, tan eſtrecha, que huvieron de recoſtarſe juntos ſobre la tierra deſnuda. Fatigado Buſtamante de la aſma, paſsò toda la noche ſin ſueño alguno, con intolerable agitacion del pecho ronco, ſin que la tòs continuadamente ruidoſa le permitieſſe una breve tregua, ni pudieſſe hazer alguna pauſa el corazon, agitado furioſamente de una violencia. Y como tenia ocupada en ſu fatiga la atencion toda, no advirtiendo àzia donde eſcupia, cubriò de horror el vezino ſemblante del Borja, que eſtava mudo, aunque deſpierto, eſperando à roſtro firme tanto golpe repetido, y gozandoſe de aquella ocaſion, que le dava la humildad el acaſo. Tan agradecido el Cielo, como ſi las nubes llovieſſen flores ſobre ſu roſtro, y las Eſtrellas aquel influxo, ò rociò, que ſirvieſſe à la vida de nectar precioſo. Sobre la mañana advirtiò Buſtamante ſu yerro, y quexandoſe de ſu mal groſſeramente incauto, acuſaba ſu inadvertencia, como culpa, y el ſilencio de Borja, como à complice en la deſdicha. Pero el Santo con roſtro mas ſereno, quanto mas feamente turbado en aquel borron indigno, le dezia: no teneis porque afligir el eſpiritu, que os aſſeguro no podiais aver eſcupido en terreno mas immundo, aunque por toda la redondèz de la tierra le buſcaſſe en muchos ſiglos el cuydado, y le hallaſſe tarde el deſprecio.

Era tan grande la reverencia de Borja à las gentes que trataba, ſingularmente à los de profeſsion religioſa, que declinaba en adulacion la corteſanìa. Mas Borja conſideraba en cada individuo el peſo todo de merecimiento, y de gloria, que dentro de la Igleſia Santa tenia aquella familia: y de eſta ſuerte ſe inclinaba con la adoracion à la imagen viva, en quien ſe le repreſentaba como en compendio toda, ſin que tropezaſſe en el eſcollo de la afectacion corteſana. Fuè à viſitarle en diferentes ocaſiones Fray Lamberto Deſpes, hombre de mucha religion, y fama, Guardiàn, que avia ſido del Convento de Zaragoza, Difinidor de aquella Provincia; y paſſando con algunas dependencias à la Italia, deſeaba con impaciencia reconocer al General Borja: mas el Portero reſpondiendo ſiempre, que el Santo General ſe hallaba ocupado aquel dia, y que no oſſaba interrumpirle ſu tarèa: haſta que fatigado el ſufrimiento, diò lugar à las demonſtraciones del enfado, no pudiendo dexar de eſtrañarſe mucho, que viniendo tantas vezes un foraſtero en buſca del Padre Franciſco, nunca hallaſſe libre el paſſo, ni la entrada à tan pequeño alivio. No bien acabò eſta clauſula, quando tomò la puerta. Confuſo el Portero, ſubiò acceleradamente al Borja, y le confeſſaba el error indiſcreto, y repetido de ſu porfia, con un hombre digno de la veneracion en Eſpaña, y en Roma. Quedò mal herido el Santo General con eſta noticia, y ſe encaminò ſin dilacion alguna à ſatiſfacer bien à ſu coſta el deſacierto de la ignorancia agena. Y avrèmos de referir eſta hazaña con las palabras, que depuſo eſte grande teſtigo, que fuè toda la ocaſion de ella. *Corriò luego el Portero, dize, à contar al Padre Franciſco quanto yo le avia dicho: y es cierto, que èl ſintiò grande afliccion, pareciendole, que ſe me avia dado oca-*

ocaſion de eſcandalizarme ; y al punto ſe vino à buſcarme al vezino Convento de Araceli, donde yo habitaba, y aviendome encontrado, me ſaludò corteſiſſimamente; y deſpues de algunas razones, buelto àzia mi, todo lleno de afabilidad el ſemblante, dixo, que deſeaba vèr mi celda, y luego que entrò en ella, hizo que ſalieſſe el Compañero fuera, y cerrando la puerta, ſe arrojò ſubitamente en el ſuelo, y comenzò à beſarme los pies, pidiendome humildiſſimamente perdon de lo que avia executado el Portero conmigo: y aſſi poſtrado, como eſtava, me pidiò muchas vezes, que le piſaſſe la boca, y la cara, eſtando yo ſobre manera atonito, y confuſo de una humildad tan profunda, y de un tan raro exemplo. Mas no le pareciò à Borja ſatisfaccion baſtante la que dava poſtrado, ſino que paſsò à una demonſtracion digna de ſer eſcuchada del aſſombro. Y proſigue ſu narracion el miſmo teſtigo: *Ademàs de eſto, me dixo, que el no aver hallado entrada en ſu apoſento, fuera de no averme conocido el Portero, y de que ſus continuas tarèas no le dexaban tiempo à recibir à todos los que le buſcaban, pudo ſer ocaſion una enfermedad ſecreta, que padecia; y al dezir eſto, apartando del pecho, y y del eſtomago la ſotana, y un juboncillo, que traìa, me hizo vèr mucho mas de un palmo de pellejo, que por la grande extenuacion del cuerpo doblaba ſobre el vientre. Y me contò, que ſe le llenaba de ayre aquella pièl vacìa, de ſuerte, que por mucho tiempo le tenia en grande afan, y en no pequeño peligro. Por todo eſto yo quedè avergonzado, y confuſo, viendo que perſona de tanta calidad, y dignidad huvieſſe executado tan profundo acto de humildad con un hombre de tan humilde condicion, como era el teſtigo.* Haſta aqui ſupo llegar el abatimiento de Borja, que es mucho mas allà de la admiracion, y de la alabanza, no pudiendo deſcender tanto, ni el aſſombro, ni la pluma, ni aun la fantaſia.

Eſtava en Medina del Campo un dia, guardando la puerta con la llave à la cinta, y la razon inflamada en meditacion profunda, quando llegò un Mercader, emulo declarado de la Compañia: y al vèr en aquel humilde miniſterio al Borja, entregò à la ſuſpenſion toda el alma: y mas quando al miſmo tiempo preguntado de la ſinceridad por el cabeſtro de un jumentillo, le fuè à buſcar al eſtablo. Apenas bolviò Franciſco, quando aquel emulo poſtrado mudò el odio antiguo en ternura de afecto, viſtiendo el corazon bien diferentes plumas, y tomando el buelo contrario ſus alas. Semejantes triunfos conſiguiò la humildad de Borja de grandes emulos de la Compañia, que tropezavan al que avia empuñado el Baſton de Cathaluña, empuñando en el Hoſpital, y en el Colegio una eſcoba, barriendo el ſuelo, que con ſus lagrimas humedecia. Aviendo de eſcrivir alguna carta, que pidieſſe reflexion en la pluma, y en la prudencia, buſcava confiadamente quien la eſcrivieſſe, ò quien ſe la dictaſſe al miſmo Borja, que firmaba ciegamente lo que el otro eſcrivia: y tal vez ſe dexava iluminar el Angel Supremo del infimo: *Siendo aſſi*, dize el Padre Dionyſio Vazquez, lib. 5. capit. 1. *que era coſa averiguada, que èl notaba mucho mejor, que los otros, à quien la encargaba, los quales ſe corrian, y avergonzaban de vèr tan maravilloſa humildad.* De eſta ſuerte mendigaba eloquencia, y eſtilo corteſano el que tenia en la boca aquella Suada Dioſa de la Grecia, y à Mercurio en la pluma. Hazañas todas, que abultando poco en la apariencia, forman un monte immenſo de cada linea, en los que tienen la razon iluſtrada, pues no habla eſta Hiſtoria con aquella eſpecie lamentable de diſcrecion corteſana, que no apellida grande, operacion alguna, ſino las que haze ruidoſas la campaña, donde haſta el clarin ſe rompa, y ciſne de metal muera cantando fama: ò las que una grande politica razon de eſtado viſte de niebla culta, de vanidad, y de humo.

§. V.

QUien buſcaba con tanto deſvelo el lugar mas abatido, era fuerza, que huyeſſe del honor, y de la cima del trono, no pudiendo caminar la razon àzia un extremo, ſin alexarſe del contrario. Rodeava muchas leguas Franciſco, ò paſſava la noche reclinado duramente en el ſuelo, porque no le apoſentaſſe la magnificencia en algun Palacio. Hoſpedòle en una ocaſion en Berlanga el Gran Condeſtable de Caſtilla, (aſsi lo contava el Marquès de Auñon, en cuyo pecho tuvo dosèl la veneracion al Borja), y entrando à recogerſe en ſu quadra, la hallò tan ſumptuoſamente veſtida, y una colgadura de tela tan precioſa, que guarecido de el ſilencio, y de la noche mas obſcura, ſe ſaliò fugitivo de aquel Palacio à buſcar albergue en el Hoſpital entre el dolor, y el abatimiento. A la mañana noticioſo el Condeſtable de que avia eſcapado Borja, aunque ignorando el ſitio, donde huvieſſe

paſ-

paſſado la noche fria, ſe fuè como por inſtinto àzia la Caſa, que alberga en tantos dolientes à la deſdicha. Apenas deſcubriò entre los Enfermos à Borja, quando paſsò à dàr mucha razon à la quexa; mas Franciſco, que hallava ſiempre la mas feliz explicacion en la boca, y en puntos de humildad eran mas vivos aun los colores de ſu eloquencia: reſpondiò con admirable energia. No, no, no me cargueis à mi ſobre eſta fuga; vos teneis la culpa toda, aviendome arrojado à noche de vueſtra gran caſa, burlandome, iba à dezir con ignominia, que tal es à vezes el exceſſo de honra, porque apenas me vì ſolo en aquella viſtoſa quadra, quando advertì, que no ſolo tenian orejas las paredes, como el vulgo publica, ſino que tenian lengua, pues me dezian en voz baſtantemente clara: Es eſta Camara proprio hoſpedage de un eſpiritu conſagrado por voto à la pobreza; ò ſerà mas oportuno albergue el que ſirve de Hoſpital à tanto pobre doliente en eſta Villa? Huye, pues, aceleradamente de entre eſſa pompa, y buſca el Hoſpital de Berlanga. Mirad, Señor, ſi el Dueño me hizo ſalir de ſu Palacio, pues me gritaban, que ſalieſſe haſta las paredes de aquel noble ſitio.

Quando paſsò por Barcelona con el Cardenal Alexandrino, hizo recuerdo de las vezes que avia ocupado aquella Ciudad con Carrozas, y aparatos de triunfo: y deſeoſo de hollar la vanidad de eſta memoria, y borrar cada huella profana, ſaliò deſcalzo por las calles de Barcelona, en ademàn de quien mendigava, atendido del ſilencio, de la admiracion, y de el llanto en cada huella deſnuda. Otro dia conduxo por muchas calles haſta el Colegio un jumentillo cargado, ſiendo teſtigo el aſſombro mudo en cada vezino. No ſolo ſirviò al Cardenal Legado en Valencia, como repreſentò en otro lienzo la pluma, ſino tambien en la Gran Corte de Eſpaña, aviendo ſalido à una funcion oſtentoſa, à que aſsiſtiò la Mageſtad, y la Grandeza: pues dize aſsi un Teſtigo de viſta: *Yo me hallè preſente un dia, que en eſta Corte de Madrid, ſe hazia una publica, y ſolemne Proceſſion General, à la qual aſſiſtian ſu Mageſtad el Señor Rey Felipe II. y Principes, Grandes, y Cavalleros, que avia en la Corte. El Cardenal Alexandrino veſtido de Pontifical acrecentava la pompa: y vì al Padre Franciſco de Borja deſcubierto paſſarſe à hazer oficio de Candatario, con los ojos clavados en la tierra en poſtura de ſuma reverencia, y humildad. Todos ſe admiravan de vèr un hombre, que avia ſido Grande en eſta miſma Corte de Eſpaña, y entonces era General de la Compañia, ſervir con tanta ſumiſſion à aquel Cardenal, ſin que èl lo pudieſſe reſiſtir, levantando del ſuelo lo que arraſtrava de la Purpura, como ſi fueſſe uno de los de ſu familia.* Los ultimos años, que eſtuvo en Roma General de la Compañia, ſe viò preciſado de ſu Oficio, y de las graves conſultas, que cargaban ſobre ſu prudencia, à ſalir repetidamente de Caſa: y hallandoſe por otra parte impedido de la gota, no pudiendo fixar el piè en la tierra, ni en el eſtrivo ſobre una mula, diſpuſo una figura de Carroza tan negra, y tan mal veſtida, (el que ſe viò en la Carroza del honor, y de la Grandeza tirada de la fortuna) que no ſe podia atender ſin riſa: iba conducida de un ſolo cavallo con apariencias de eſqueleto, de modo, que con gran dificultad ſe pudo deſcubrir por la Corte Romana Cochero alguno, que quiſieſſe guiar aquel cadaver movedizo, y armazon funeſto, por no exponerſe à la irriſſion del Vulgo.

No ſolo declinò la invencible humildad de Borja el eſplendor de la Purpura, y haſta el ſupremo honor de la Tiara, haziendo cada dia eſpecial Oracion ſobre eſta materia; rogando à la muerte, y à la mas triſte bayeta, que ſe anticipaſſen à la Purpura: ſino que le coſtò tambien mucho caudal de ſangre, y de llanto el ſolicitar de el Cielo (aunque en vano) que no cargaſſe ſobre ſu debil ombro dentro de la Compañia, ni aun el govierno del Colegio mas deſdichado. Hallandoſe en la Ciudad del Puerto, mal herido en la mano dieſtra, de ſuerte, que no eſperava poder uſar nunca de la pluma, ſe bañava en conſuelos aquella alma, porque ſe perſuadia, que eſte accidente le impoſsibilitava el exercicio de Comiſſario General de Eſpaña, y mucho mas el de General de toda la Compañia, ocupacion que pide otro ſexto ſentido en la pluma: y aſsi moſtrando à vezes el dedo laſtimoſamente entumecido, dezia, en eſte dedo conozco yo el dedo de Dios con Franciſco de Borja. Y quando viò la mano convalecida, ſe quexava al Cielo con ternura, de que huvieſſe hallado curacion en aquella guſtoſa dolencia. En el Colegio de Coimbra ſe informò un dia con toda la reflexion de una alma cuydadoſa del modo mas oportuno de enſeñar los primeros elementos en la infima claſſe de Gramatica, deſeoſo de emplear ſu vida en aquella humilde tarea, y vivir remoto aun de la ſombra de qualquier honor dentro de la Compañia. Cabò tanto en eſte humilde penſamiento,

miento, que ſolo pudieron borrarle de ſu eſpiritu con otro mas ſubido de punto, perſuadiendole à que no fueſſe baſtantemente habil à exercer bien aquel miniſterio, no pudiendo dexar de aver entregado aquellos rudimentos al olvido: razon à que Borja cediò el campo convencido de ſu ignorancia ſu entendimiento, con quien la humildad era eloquente para todo: y con eſta nube engañaban, ò cubrian la immenſa luz de aquel planeta ſabio, cuyo penſamiento eſtava preſumido de ignorante, y de inculto, que es mas diſcrecion, que puede ſer necedad el preſumir de diſcreto: El no admitia dentro de ſu alma imagen alguna, cuya inſcripcion no fueſſe de letra toſca, y conſagrada à la humillacion la eſtatua meſma. Y quando otros fabrican immenſas poblaciones de ſobervia en la fantaſia ſobre leve eſperanza, Borja la deſpoblò de grandeza, ſin dexar ni aun ruìnas la memoria.

§. VI.

CONdenò al remo al Licenciado Melendez, Proviſſor de Don Chriſtoval de Roxas, Obiſpo de Badajòz à un embuſtero famoſo, que fingiò ſer el Padre Franciſco, viſtiendoſe todas las apariencias del engaño con aquel disfráz cauteloſo, que halla facil credito en la ligereza del Vulgo: Mas como la mentira no ſabe conſervarſe largo tiempo por mas preſervativos, que aplique artificioſamente el cuydado, porque la corrompe luego ſu meſmo artificio, fuè preſo, y condenado à galeras al punto. Apenas tuvo eſta noticia el divino Borja, quando turbando la ſerenidad à la viſta empezò à formar admiraciones ſu eloquencia, de que huvieſſe hombre tan poſſeìdo del error, ò de la locura, que tomaſſe la maſcara de Borja por acreditar ſu vida. Si aquel mereciò galeras, exclamava, porque tomò preſtado mi nombre algunos dias; que mercerà, quien tiene por tantos años la realidad, y las obras? Què caſtigo correſponde al Original, ſi es tan delinquente la copia, ò remèdo de èl? Caminando à viſitar el Colegio de Plaſencia viò acercarſe muchos hombres de acavallo en lucida tropa: y reconociendo à ſu Hijo el Duque de Gandìa, mandò à ſu Compañero, que ſalieſſe reſueltamente al enquentro à dezir al Duque, que ſi venia à verle como Hijo, à que ſin ſe acompañava de tanto iluſtre Cavallero? Que ſi venia à honrarle por la memoria de lo que avia ſido, ſe bolvieſſe luego, porque èl no era yà el Duque, ni otra coſa en el mundo, que un pobre Religioſo, que ſe llamava Franciſco. Y ſe viò preciſado el Duque de Gandìa à dàr la buelta à ſu poſada, y llegar deſpues ſin pompa alguna à beſar la mano de Franciſco de Borja. En otra ocaſion de buelta de Portugal, acercandoſe à Baza oyò el eſtruendo de mucha cavalleria, ſaliendo à recibirle con el Duque ſu Hijo la Nobleza de la Alcazava: turbòſe el humilde Borja; y diſsimulando el dolor, que eſte recibimiento le ocaſionava, ſaludò aquella tropa con mas alhago del que diſpenſava al roſtro la pena. Y pretextando ſu fuga con bien aparente motivo, tomò otra calle, y ſe fuè al Hoſpital ſolo, burlando el acompañamiento, y el hoſpedage prevenido. Paſſaron luego à buſcarle con anſia mal heridos de aquella fuga, y exhalandoſe en eſpiritus la eloquencia, le rogaban, que à lo menos fueſſe à iluſtrar ſu meſa, porque deſeavan guardar en el bronce aquella memoria. Eſte recuerdo inflamò nuevamente el humilde pecho de Franciſco, y ſuplicò à los que le eſtavan importunando, que ſe aguardaſſen un poco: y retirandoſe à un apoſentillo puſoſe unas alforjas al cuello, y ſaliò por las calles à recoger algun mendrugo, que fuè aquel dia todo ſu alimento. Y la eſplendida comida que embiò ſu hijo, deſeſperado yà de merecer à Borja aquel conſuelo, la repartiò entre los enfermos de aquel ſitio, con aſſombro de quantos vieron, y eſcucharon deſpues eſte exemplo, que diò grande eſtampido, vozeando la fama de un lugar en otro, ſin que llegaſſe nunca canſado, antes mas robuſto, el eco; porque en cada voz iba cobrando el bronce nuevo eſpiritu.

Eſcriviòle una Carta Don Alvaro de Madrigal Virrey de Cerdeña, y el Sobreeſcrito dezia: *Al Illuſtriſſimo Señor Don Franciſco de Borja, Duque de Gandìa*: Apenas leyò el Santo èſta injuria, quando ſin abrir la Carta ſe la bolviò al que la eſcrivia, añadiendo eſtas clauſulas de ſu letra en el blanco, que el Sobreeſcrito dexava: *Un tal Illuſtriſſimo, y un tal D. Franciſco Duque de Gandìa, no ſe hallarà oy en toda la tierra, ſino un Padre Franciſco de Borja de la Compañia de Jeſus, el qual queda al ſervicio de ſu Excelencia.* Eſte ſuceſſo contava deſpues el miſmo Virrey empezando à referirle con algunas lagrimas, que hazian la ſalva mas eloquente à la narracion: viſitando en Madrid (quando bolviò deſde Roma à Eſpaña General de la Cõpañia) à una hija de los Marqueſes de Cerralvo, Religioſa en las Deſcalzas Reales (Jardin

que

que Borja cultivò con el eſtudio, haſta verle ſembrado de gloria, y de conſuelo. La trataba religioſamente de Reverencia: mas aquella grande hija ſuya, no pudiendo recabar de ſu veneracion, reſponder con igual tratamiento à Borja, le diò repetidas vezes Señorìa, haſta que haziendo una breve pauſa, la dixo con agudeza: *Cierto, que podiais olvidaros de la Señorìa, pues yo me acordè de la Reverencia.* Eſtando en Valladolid, recibiò un pliego de un Grande de Eſpaña, cuyo ſobre eſcrito dezia: *Al Iluſtriſſimo, y Reverendiſſimo Franciſco de Borja.* Toma el Santo la pluma, y borrando el Iluſtriſsimo, dexò el *Reverendiſſimo*; añadiendo, que ſolo aquel titulo era proprio ſuyo, pues era irreverendiſsimo en grado ſuperlativo. En las ocaſiones, que llegaron à ſaludar à Borja ſus antiguos vaſſallos del Eſtado de Gandìa, ò en Vizcaya, ò en Barcelona, ò en Valencia, los recibiò con humanidad tan corteſana, que les obligò à tomar la primera ſilla en el apoſento, y en la meſa, llegando à tanto extremo la corteſia, que ſe equivocaba en rendimiento, y parecia averſe baraxado las ſuertes de la fortuna en el mundo, paſſando à ſer vaſſallo, y ſubdito el que avia ſido dueño. Huìa del aplauſo, que deſde el Pulpito le merecia ſu eloquencia, erudicion, y doctrina, con admirable fuga. Siempre que pudieſſe elegir teatro, buſcaba el mas abatido, y ruſtico, donde ocaſiona humillacion aun el aplauſo, pues de tan bronco inſtrumento ſale laſtimando la razon, y la fama un elogio.

Mas ſerà bien ſuſpender yà la pluma en una materia tan fertil de ſuceſſos, y de hazañas, que ni aun ceñida cabe en muchas laminas immenſamente eſtendidas: reconociendo el pincèl, y la idèa, que ni aun el dedo bien dilatado de eſte Gigante puede caber en la tabla, ſin que èl miſmo eſtè ſeñalando lo que en el original ſobra, y falta en la pintura, porque el humilde Borja ſupo quitar no ſolamente un codo, ſino muchos à ſu eſtatura: y el que avia diſminuìdo el cuerpo con la penitencia, diſminuìa mucho mas la eſtatua del alma con la fantaſia. Y ſe puede dezir, que en los tratados admirables que eſcriviò de eſta virtud heroyca, retratò con perfeccion ſu humildad, por mas que miraba àzia ſu ſobervia, mientras tiraba las lineas à eſta copia. Tan grandes llegaron à ſer las pequeñezes de la humildad en aquella alma. Y ſi el Serafin de Aſsis fuè intitulado el Mayor Pequeño, de aquella pluma, que preſume de Fenix de la Luſitania, podria intitularſe la Vida de Borja, con la inſcripcion del Grande Pequeño, con no poca propriedad de la eloquencia, ſiendo eſta entre todas ſus hazañas la mas glorioſa, quanto es mas dificil baxar àzia la humildad profunda deſde la Cima, que ſubir deſde el valle à la cumbre de eſta grande montaña.

CAPITULO III.

ARDIENTE AMOR A DIOS, Y A la Humanidad de Chriſto, en que ſe abraſaba ſu pecho, ſaliendo repetidamente la hoguera à inundar el roſtro, y calentando al divino San Stanislao, quando le acercò à ſu ſeno. Anſias de padecer, que ſacaba mucha ſangre por la viſta al corazon de Borja. Frequentes coloquios, en que eſcuchaba ſenſiblemente la reſpueſta divina, y la voz de Chriſto deſde una Eſtatua.

§. I.

Eſte afecto Principe, que no ſabe vivir en una alma, ſin dominar en toda ſu Monarquia, fuè el que arrebatò todas las operaciones de Borja: y haſta la prudencia, que tambien quiere reynar ſobre las acciones de la vida, no oſsò negar el vaſſallage à tan ardiente Monarca: de ſuerte, que la que dà leyes, y ſeñala limites à las demàs virtudes, y al amor de un bien ſumo, le dexa libre todo el campo; pues no pudiendo peligrar en el exceſſo, ſolamente un impoſsible le puede ſervir de coto. Porque eſte generoſo parto del alvedrio no tiene ſeñalada eſtatura, ni ſe le ha de preſcrivir aquel modo, en que ſuele conſiſtir el acierto humano, y la hermoſura de lo racional todo. Y aſsi creciò en el pecho de Franciſco ambicioſo de arribar à lo ſumo: tan bien hallado en aquel caliente dichoſo nido, que no ſaliò de èl, ni por un inſtante ſolo, ſin que pudieſſe el mas fiero, y mas ſabio enemigo, valiendoſe de la liſonja, de la fuerza, y del engaño, ſacar alguna de tantas flechas, como penetraron aquel amante ſeno. Era tan abraſado, y tan violento el amor, que alimentaba en ſus entrañas Borja, que tyranizò ſu vida talando à fuego la campaña, ſin que ſe eſcapaſſe aun el aliento fugitivo de la llama licencioſa, pues viò tal vez trocada en bolcàn ſu reſpiracion miſma. El tuvo aquel corazon tan deſprendido de la tierra, como ſi vivieſſe en otra region eſtraña, ſin que le debieſſe apenas una ternura algun otro objeto, que la divinidad hermoſa, à quien buſ-

buſcaba à ſuſpiros todo el dia: y aſsi hallò el fuego tan diſpueſta la materia, que ni tropezò embarazo, ni hizo ruido, aun quando eſtava mas verde el tronco. Y lo que es mas admirable, fuè ſu amor tan deſintereſſado, tan puro, que amaba à ſu Dueño, como olvidado de que tuvieſſe Cielo, ni aquel torrente deleytoſo, ſin otro margen, que lo infinito. Haſta del conſuelo, en que Dios endulzaba ſu eſpiritu, ſe deſprendia con guſto, eſtimando igualmente, que los favores, los deſdenes, y los ceños de aquel Dios amoroſo, con que ſu ingratitud no los huvieſſe ocaſionado en algun deſcuydo. Es aſsi, que en los primeros años de ſu vida era tambien niño el amor en Borja, y fuè creciendo por los deſeos arrimado à la eſperanza; y tal vez à la oſſadia, haſta llegar à una proceridad immenſa. Quando eſtava imperfecta aun la llama, era neceſſaria la ternura, y el cebo de alguna materia intereſſandoſe el amor con la eſperanza. Mas deſpues, que llegò à eſtàr como en ſu region en el pecho de Borja, ſe alimentaba de sì meſma: en aquel corazon no vivia, ſino la Divinidad ſola, que ocupaba denſamente toda la region à modo de niebla. No ſolo no ſe viò dentro de ſu pecho reſpeto humano, ò huella, que huvieſſe dexado el mundo, mas ni aun raſtros de intereſſes proprios en el Cielo. Afinaba aquel pollo real la pureza de ſu viſta, queriendo ſubir deſnudo de otra pluma, que la què añadieſſe buelos à la fineza, aunque fueſſe meneſter cortarlos à la eſperanza, ſiendo tan dificil, y tan delicada eſta empreſſa, aun deſpues de aver bolado haſta la Cima, que quando mas ſe deſnuda de intereſſes proprios el amor de una alma bien encendida, ſuele quedar de azecho la eſperanza, mirando à la gloria.

Quanto ſu vida ſe iba acercando al Ocaſo, iba esforzando ſus agitaciones el amor en aquel pecho, no teniendo ſus potencias otro eſtudio, ni los ſentidos otro empleo, que el amor ſolo, reduciendo à eſta todas las operaciones del alma, y encendiendo haſta las materias de la vida. Andaba tan abſorto en ſu Dulciſsimo Objeto amado, que al deſaſirſe de entre ſus brazos, ſe le arrancaba el corazon de ſu ſitio, y le coſtaba increìble fuerza detener à vezes el impetu, con que ſe flechaba àzia ſu blanco, que no baſtaba todo el alvedrio, forcejando con el penſamiento, y tirando del corazon, el qual bolaba impetuoſo, haſta amarrar pluma à pluma ſus alas al duro ſufrimiento en las preciſas dependencias de ſu eſtado, y oficio. Contaba un iluſtre Compañero ſuyo, que por las calles ſe le quedava frequentemente immobil, y abſorto, fixos los ojos en la tierra, ò clavados en el Cielo, aſſomandoſe al roſtro muchas ſeñales del incendio vezino, y publicando las mexillas, que Ucalegon eſtava ardiendo en el pecho. Llamavale el Compañero con el grito, mas Borja eſtava ſordo; tiraba del brazo con fuerte impulſo, y era mas facil derribar aquel tronco vivo, que hazerle cobrar à pauſas atencion, y aliento. Lo miſmo depuſo el Hermano Marcos, inſeparable teſtigo. Deſpues de aver recordado ſe quebraba en un ay laſtimoſo el intolerable ſentimiento de hallarſe vivo en el mundo, y obligado à divertir àzia otra region el penſamiento amoroſo: mas al fin, llevaba arraſtrando violentamente el alma àzia otra dependencia. Tal vez, llamado à Palacio de la Princeſa Doña Juana, y otros Principes de la tierra, ſe eſtrechò tan apretadamente ſu eſpiritu con ſu Amado, que no baſtaron la fuerza, ni la induſtria à bolverle al mundo, y conducirle à Palacio; y parecia tan dificil reſucitarle de aquel ſueño, como intentar, que cobraſſe atencion un difunto. Bolvia en sì, y empezava à lamentar ſu deſdicha: Ay, y quien ſe hallaſſe libre de tan infame cadena, que detiene al alma en priſion tanto mas dura, quanto mas quebradiza! Quando ſe veràn eſtos eslabones rotos, yà que los miro dolientes, mal unidos, y forcejados! Mas ay, que la muerte es villana, y con el ruego de un infeliz ſe obſtina, y antes hallarà vida un tronco ſeco, que tropieze con la muerte un deſdichado! O què embarazoſa es la vida, pues interpone ſiglos de inſtantes, y montes immenſos entre el ſemblante divino, y el alma! O què oſſada, què groſſera, pues haſta del ſeno de la Divinidad ſaca mi eſpiritu, y le trae al ſuelo triſte, priſionero, y ſolo, arrancandole con mano atrevida del pecho de ſu Amado! Aſsi ſe quexaba amante el corazon de Franciſco, y quiſiera batir à ſuſpiros la muralla de barro, que ceñia ſu eſpiritu al recinto del cuerpo, humedeciendola con ſu llanto, por ſi pudieſſe deſmoronar poco à poco la obſtinacion à tan fragil muro: tardo alivio à las impaciencias de un eſpiritu fogoſo.

Quando bolviò deſde Roma à Eſpaña, cercano yà à ſu dichoſa ruina, era mucho mas frequente, y mas viva eſta anſia amoroſa, ſiendo cada reſpiracion ſuya llamarada de un corazon, que ardia. Con-

ſul-

ſultabanſe con ſu prudencia los negociados mas importantes de la Europa: iba à tratarle la Grandeza, à buſcarle la ambicion, y la corteſanìa; pero quando eſtava mas acompañado del reſpeto, y mas embarazoſo, yà en las atenciones de Palacio, yà en las viſitas, que frequentavan ſu apoſento, ſe le eſcapava el corazon del pecho, y ſe fixaba en el miſmo corazon divino, hallandoſe preſente mas como eſtatua en el mundo, que como viviente humano, no dexando ſu eſpiritu, ni una debil atencion acà en el cuerpo. Bolvia à cobrarſe repentinamente como aſuſtado, y como quien ſacude con violencia el ſueño, que le và ocupando à deſpecho del alvedrio; mas tan ignorante de lo que ſe huvieſſe tratado, como ſi eſtuvieſſe aquel rato difunto el cuerpo: no ſin aſſombro de tanto Grande corteſano, que deſconoce las myſterioſas calidades de aquel ſueño divino. Aviſavanle algunos Padres del Colegio el grave reparo, que ocaſionava aquella abſtraccion de ſu eſpiritu, pues le obligava à parecer groſſero; y à deſatender la razon del que eſtava hablando, que ſi fueſſe uno ſolo, ò avria de eſtàr mudo por mucho tiempo, ò hablar con un tronco. Mas Borja reſpondia, que no le dolia mucho ſer tenido por necio, à trueque de no perder aquel amoroſo abrazo à que bolava ſu eſpiritu, acercandoſe impetuoſamente al Seno Divino à beber fuego en aquella fuente del amor miſmo; bolviendoſe luego al cuerpo. O què guſtoſamente me expongo, dezia, à parecer no ſolo mal corteſano, ſino el mas inculto, por no privarme de guſtar à menudo las corrientes al fuego! Bolvian à inſtarle porfiadamente las advertencias, y el cuydado; mas eſtava ſin fuerzas el alvedrio, y no podia ſuſpender ſu fuga al eſpiritu, aviendo tomado tan de atràs eſte ſalto, que de improviſo daba al corazon amoroſo, dexando deſcuydar al entendimiento. Llamabanle de à fuera el eſtruendo, y el mundo; mas deſde el pecho le llamava el amor con tan dulce atractivo, que ſin romper, ò deſunir algun eslabon, no podia arrancar el penſamiento: y aſsi era meneſter, que hizieſſe ruìdo la cadena al arraſtrar àzia fuera el alma, que por eſſo ſe eſtremecia al bolver en sì el amante Borja. Reconociendo una vez deſocupado de atenciones humanas el terreno, por donde ſe movia con piè tardo, (porque gyrando yà por deſprenderſe el eſpiritu dexava caſi elado el ademàn del cuerpo) levantò al Cielo el roſtro, encaminandoſe haſta en la poſitura material en buſca de ſu Amado, y ſe eſtuvo ocho horas con el cuerpo frio, y que parecia eſtàr arraygado en el ſuelo, transformandoſe en arbol ſeco, y dexando tan calientes, ò tan encendidas las cortezas, como teſtigos irrefragables de la llama, que iba conſumiendo ſus medulas.

§. II.

De eſte bolcàn ſiempre mal callado, que abrigava en el ſeno, naciò aquel ambiente fogoſo; que reſpirava ſu eſpiritu, con que, ò calentava, ò encendia al que le eſcuchava, ſegun la diſpoſicion de la materia: que por eſſo ſe iban en buſca de Borja los que deſeaban avivar en ſu pecho la llama toſcamente oprimida de materia ruda. Tal vez ſolo con acercarſe à ſu aliento encendido, ſintiò el Padre Juan Manuel, que ſe le pegava el fuego: ò à lo menos, que ſoplaban la ceniza, y quedava mas pura, y mas viva la braſa. El Sabio Dèſpes, de quien ſe hizo antes memoria, deſde aquel ſuceſſo, que entregò en ſu depoſicion à la fama, ſolicitò ocaſiones de verſe con Borja, y dize en aquel teſtimonio, que ſu voz le calentava el pecho, y le llenava de un ſingular gozo, que no ſabe explicarſe bien con otra eloquencia, que con el llanto tierno. Quando recibiò en la Compañia al Joven San Stanislao, le echò amoroſamente los brazos al cuello, preſintiendo la heroyca ſantidad de aquel Angel florido: eſtrechòle blandamente la cabeza en ſu pecho, ſellando en la frente ſu eſpiritu: y afirmaba deſpues Stanislao, que avia ſentido à la puerta de aquel corazon fogoſo un vapor abraſado, como que arrimaſſe la cara à la boca de un horno encendido: y que por ſolo aquel abrazo avria tenido por feliz ſu viage moleſto à piè, ſolo, y peregrino, porque avia experimentado ſenſible aquella venturoſa llama, con que el amor divino calienta, y tropezado el nido deſta Fenix en el corazon de Borja: el qual bien atendido era un pequeño Seraſin batiendo muchas alas dentro de el pecho.

Eſte amor agitava continuadamente ſu eſpiritu à que hablaſſe fuego, no pudiendo vivir encerrado caſi un Elemento todo en la eſtrecha carcel de un corazon humano, ſin rebentar impetuoſamente por la lengua, y por la viſta, pues todo un monte no baſta à guardar bien eſcondido el incendio, que en ſus profundas

entrañas alimenta. Quiſiera Borja ſalir por las calles, y por los campos, diziendo à gritos con voz inflamada: hombres no ameis la vanidad, amad la hermoſura de un Dios, que es el unico belliſsimo objeto de un racional; y fuera de èl haſta la belleza es horror. Infelices amantes de un vano objeto mentido, cuyo pecho es aquel panteon de Roma, donde ſe adoravan tantos Idolos, quantos dias tiene el año, y empezando la adoracion en humo acaba en fuego perpetuo! Eſto voceava deſde el Pulpito con ſonìdo ronco, porque deſtemplava la voz el eſtallido del fuego: y apenas hablava de eſte punto, quando ſentia abraſarſe Troya en ſu pecho, humeando por los ojos el eſtrago, que aſſolaba dichoſamente aquel ſeno, arrojando fuera el agua por arder ſin eſperanza de ſocorro, y porque lo dominaſſe todo un elemento. Quedava à vezes el roſtro tan poſſeìdo de eſta llama, que como eſcrive el Padre Bartholi, ſe dexava vèr muchas aſcuas en cada mexilla. Todo eſte gran teatro del Univerſo era un Libro hermoſo, donde eſtudiava amor el corazon de Franciſco, pues en cada flor, en cada arbol, en cada rio, tocaban dentro de ſu eſpiritu à fuego. Eſcriviò algunos tratados deſta materia, ſiendo las letras cenizas de ſu llama; ſi bien no pueden trasladarſe al papel los ſentimientos delgados de una alma encendida, porque tan nobles afectos ſe manejan mal por la pluma.

Avia ſujetado ſu alvedrio tan rendidamente al de ſu amado, como ſi de los dos ſe huvieſſe hecho uno ſolo, enagenando, ò refundiendo ſu voluntad de manera, que apenas ſe deſcubrieſſe veſtigio de que avia ſido propria, paſſando à tratar la divina, como ſuya. Deſta admirable conformidad, ò transformacion amoroſa nacia aquel ſemblante enjuto, y ſereno, con que mirava qualquier accidente laſtimoſo, ò terrible acaſo en ſu honra, en ſus hijos, y en ſu vida, de ſuerte, que yà ni aun ſentia en ſemejantes infortunios impenſados aquellos inevitables eſtremecimientos, con que la naturaleza anticipandoſe à los diſcurſos ſe quexa de los ſuceſſos fatalmente horroroſos: como viò la admiracion en la repentina muerte de algunos de ſus hijos, y con otros mucho mas ſenſibles acontecimientos: porque tenia ſu voluntad eſtrechamente atada à la divina, abrazando tan guſtoſamente lo que ella ordenava, como ſi fueſſen diſpoſiciones de la voluntad propria. Huyò ſiempre aun de las vozes de dado, y fortuna, por no robarle el nombre à la Providencia, y à la voluntad Divina, quebrando aquella vulgar rueda con deſpeñar deſde la Cima de la razon, y de la fé el Idolo de la fortuna ſobre ſu carroza meſma. Gozabaſe tanto en contemplar las hermoſas perfecciones de ſu dueño, que perdia la razon, y el ſentido al ſumergir el entendimiento en aquel occeano deleytoſo, donde olvidado de sì, de ſu gloria, y de que pudieſſe ſer bienaventurado, ocupava la memoria ſolo en el conſuelo de que no podia faltar una gota al mar de felicidades, que tiene Dios en sì meſmo. Que por eſſo tal vez al conſolar un eſpiritu Religioſo afligido, le dezia: què triſteza es la que anochece en vueſtro entendimiento, y llega à obſcurecer haſta el roſtro? Por ventura ha perdido vueſtro amado alguna bella perfeccion de ſu Sèr immutablemente hermoſo, y Divino? Pues ſino puede ſuceder eſto, como puede eſtàr triſte quien ama mucho? Con que mi Dios viva immenſamente dichoſo, que me puede entriſtecer à mi en el mundo, ni en el Cielo, ò para que querrè yo otro bien que el de mi dulce amado, ſino queriendo borrar un poco el caracter de amante verdadero, que no puede llamarſe infeliz en el mundo, viendo rodeado de dichas à ſu objeto amado?

§. III.

HAllòſe de ſu letra eſcrito con fuego un breve tratado, en que flechava veinte y quatro vezes al dia el corazon afectuoſo, aviendo conſeguido el favor de que le interrumpieſſe cada hora el ſueño eſte dulciſsimo cuydado, deſpertando el amor con la punta de una ſaeta à Franciſco, aun quando fueſſe el letargo profundo: ſingular privilegio, ò dicha, de que ſe hallaràn pocos exemplares en todo el campo de la Hiſtoria. Cada hora deſtas ſe ponia en Cruz, como èl expreſsò à ſu Hermana Abadeſa de las Deſcalzas Reales, quando bolvia de Roma, enſeñandoſe à morir en aquella amante poſitura, reſpirando amor en ella, y deſeando agotar la ſangre toda haſta no dexar en las venas, ſino ceniza. Y èſte exercicio de poner el alma à punto de arrancarſe del cuerpo cada dia, dixo que era aquel *quotidie morior*, en que debria exercitarſe frequentamente la vida Religioſa. En un Libro de los ſentimientos de ſu grande alma dexò inſinuados algunos altos favores, que recibiò en eſtas ardientes elevaciones

del

del corazon en cada hora: de ſuerte, que no ſolo velaba ſu corazon mientras èl dormia, ſino que velaba tambien por inſtantes el miſmo Borja, acompañando aquel Serafin inquieto, que eſta ſiempre palpitando: y los ratos perdidos, que ſe entregava al ſueño quedava el corazon humeando de aver eſtado poco antes ardiendo mucho. Quando eſcuchava algun delito, ò el horror de algun eſcandalo, ſe penetrava haſta el corazon el ſentimiento de aver à ſu Dios ultrajado, enſangrentando entonces el amor ſus flechas en lo mas vivo: haſta que derribado en el ſuelo compenſava à lagrimas amoroſas las injurias hechas à ſu amado. Eſtava tan penetrado de el amor aquel edificio, que condiendo por todas partes la llama, no perdonò ni à la menor piedra: y aun al cuerpo le pegava eſte fuego el eſpiritu prendiendo en los hueſſos, cuyas medulas eran paveſas. Aſsi andava extaticamente enagenado Borja, robando el amor todos los demàs afectos, y ſentimientos à la vida, pudiendo cantar entonzes con verdad la fama, que Franciſco, ni oìa, ni mirava; ſino que amava ſolo, ſiendo cada ſentido un conducto de fuego. El premio, que deſeaba ſu amor, era el que crecieſſe mucho mas, como ſi amaſſe ſolo à fin de aumentar el amor: enamorado no ſolo de ſu dulce objeto; ſino de el amor miſmo, y formando de eſta ſuerte aquel circulo eterno, con que las reflexiones hazen en la voluntad un movimiento continuo, que fuè el ſublime penſamiento de S. Dioniſio, y de Hugo Victorino: y por eſte circulo giraba aquel corazon abraſado, que con la fuga de batir las alas, ò las flechas aumentava ſu incendio.

Amare autē amorem circulum facit, ita ut nullus ſit finis amoris. Hugo Victorino.

En medio de ſu contemplacion profunda, acoſtumbrava interrumpir el ſueño con alguna agitacion violenta, en que ſe ofrecia todo el arbitrio del dueño, que contemplava, y à peregrinar ſi fueſſe meneſter, por el mundo, y por el abiſmo, arrancandoſe de aquel ſeno cariñoſo: yo ſoy todo vueſtro, dezia, y nada mio, aqui eſtà eſte corazon derrotado, y eſte eſpiritu envejecido en la ingratitud, y en el deſcuydo, yo me ofrezco à carecer guſtoſamente de las dulzuras de eſſe pecho amoroſo, y à beber ſequedades, y martyrio en fuente de ſangre, y de tormento. Tuvo en una ocaſion llagada una pierna, y el Hermano Marcos, que la curava, deſpues de aver ligado la herida con una venda: porque no fueſſe embarazoſo el nudo en aquel ſitio, coſiò el ultimo extremo: mas penetrò incautamente con la aguja la carne viva, y la coſiò tambien con la venda, mientras el corazon de Borja eſtava batiendo las alas del amor con tanta fuga, que (como èl deſpues aſſegurava) ni ſintiò dolor, ni tuvo otra noticia, que la que hallò por la noche al deſatar la venda: porque el dulciſsimo ſentimiento, que le ocaſionava la cruel punta de tanta flecha, no le dexò ſentir la de la aguja. Y aun no fuè la mas admirable ſuſpenſion aquella, ſino que teniendo diez y ocho horas del dia coſida la carne con la venda, no ſintieſſe el dolor baſtante à dàr un aviſo al conocimiento, dexandole inſenſible lo abſorto, por mas que al moverſe ſe penetraſſe el hilo atraveſſado: de ſuerte, que yà no padecia otro tormento, ni otro verdugo, que el amor ſolo, el qual le deſangrava à pauſas todo el ſentimiento de ſu eſpiritu. Uſaba mucho el ſimil de un inſtrumento muſico, como tan apaſsionado deſta dulciſsima liſonja de la razon, y del oìdo. Pedia al amor, y al Amado, que de todas ſus potencias, y ſentidos hizieſſe una Cytara de fuego, donde fueſſe harmonioſo el ruìdo de la llama: y que por cada uno reſonaſſe la cancion, ò tañido mas grato à la Oreja Divina, mas tan delicadamente, que fueſſe imperceptible al mundo de muy culta aquella harmonia: pues la mano robuſta hiere las cuerdas en una harpa con mas eſtruendo que muſica.

Y quien ſe avrà perſuadido, à que la fuente, donde bebiò mas fuego de amor el Borja Santo, fueſſe el infierno? Pues aſsi lo afirmò diverſas vezes èl miſmo, y que ſacaba tanto amor à Dios de aquel ſitio deſdichado, donde tiene ſu infeliz manſion el odio, como ſi todo aquel volcàn fatalmente negro ſe huvieſſe paſſado à ſu eſpiritu; deſpues de averſe purificado, cobrado luz, y ſacudido el infame vapor groſſero. Dezia, que no mereciendo ſu vida delicioſa, que ſe le abrieſſe el Cielo ſobre la cabeza, como al Protomartyr Eſtevan, ni vèr à Dios en ſu gloria; era razon, que ſe abrieſſe la tierra, y deſcendieſſe ſu alma à vèr el ſitio eſpantoſo de la juſticia. Penetrabaſe luego con la razon haſta los abiſmos obſcuros de la deſgracia, y ſe condenaba à ſer la mas profunda piedra de aquel horno encendido en ira. Manteniaſe en aquel hondo ſitio mucho rato, y luego conſiderava, que baxaſſe de el Cielo un Angel con el aviſo de que Dios le commutaſſe aquel horrible tormento en otro menos

cruel, aunque bien duro: y ſubia Borja un eſcalon àzia lo alto, con un grado menos de infeliz, que primero, agradecido ciertamente à la benignidad de un Dios amoroſo, aun quando quedava el ultimo, ò penultimo entre los mas profundamente infelices moradores de aquel infame calabozo. Deſde eſte nuevo ſitio daba gracias al que le caſtigava tanto menos de lo que èl merecia, admirado de que haſta el teatro, donde tiene dosèl la Mageſtad de la Juſticia, ſe huvieſſe calado el atributo de la Miſericordia, ſolo por favorecer à un eſpiritu ingrato, rebelde, y ciego. Subia deſpues con el miſmo orden otro grado, haſta que hallando èl menos infeliz en aquel eterno ſuplicio, ſiendo èl mas reo, tratando yà las llamas como alhago, y como liſonja de la piedad del fuego, ſe encendia en amor, del que azotaba con tanta blandura al mas delinquente eſpiritu, y poblaba de afectos amoroſos aquel ſeno enemigo, donde el amor es tan peregrino, y tan ignorado, como lo es el conſuelo. Baxava deſpues aquel galàn Paraninfo, con otra mas alegre embaxada, de que avia reſuelto la Divina Clemencia conducirle deſde aquel lugar deſeſperado al terreno de la eſperanza, abriendo paſſo deſde el Infierno al Purgatorio: y en llegando con el penſamiento à eſte ſitio, ardia en ſu corazon otro incendio de amor, que le competia en llamas, y en voracidad al que mirava cebarſe dilatadamente por aquel ſeno dichoſo. Finalmente bolviendoſe à ſer peregrino en el mundo à repetidas mercedes de el Cielo, venia ardiendo por todas partes el eſpiritu, ſacando el amor deſtilado el fuego del Infierno, y del Purgatorio, donde tantas horas avia aſsiſtido: esforzandoſe à querer amar à Dios Borja ſolo, otro tanto como le aborrecen los eſpiritus infelices, que pueblan de furor, y de quexas el Infierno: garboſa competencia! hija de un corazon mas dilatado, y mas encendido, que el monte Beſubio!

Eſtando en una ocaſion con la Venerable Sor Ana Ladron de Guevara, Abadeſa de las Deſcalzas de Gandìa, y con aquel agitado Serafin Fray Juan de Texeda, comunicandoſe reciprocamente los altos penſamientos, y maximas de ſu Oracion profunda; el Borja, deſpues de aver eſcuchado, y aprendido luz de uno, y otro, dixo, que la noche antecedente avia eſtado cinco horas de una vez en el infierno, meditando con tanta viveza aquella pavoroſa obſcura llama, que ſe perſuadiò huvieſſe prendido el fuego en la ropa, y eſtendiò la mano à reconocer, ſi le engañava la fantaſia con la vehemencia; ò ſi verdaderamente ſe quemava, ſaltando deſde el infierno, que meditava tan cercano, alguna chiſpa. Y ſi la imaginacion ſola baſtava à que ardieſſe el eſpiritu, y la ropa. De eſta reflexion prolixa, con que gyraba ſu entendimiento por entre aquella macilenta llama, ſacò tan encendido amor en el pecho, que ſe penetrò la llama rompiendo à lo exterior del Templo, y del veſtido, porque al reconocerle con la mano, hallò bien calientes las paredes, que guardaban mal callado incendio, y fuè meneſter ſacudir promptamente el veſtido; mas no le pudo ſacudir del penſamiento; que ardiò Fenix voluntaria en la hoguera, que ſe encendiò èl miſmo. Porque empezò à amar la Deydad hermoſa con toda el alma, y con toda la fuerza, pues todo ardia, ſin que perdonaſſe al Templo de la razon la llama. Y lo que ſe dexava admirar no poco, era que ſalieſſe del infierno, ſin aquel temblor ſanto que ocaſiona al mas Juſto la indignacion Soberana, que vè emplear ſu brazo todo en aquel horrendo ſuplicio; porque el amor lo ocupava en Borja todo, ſin dexar lugar alguno al miedo. Y aun queriendo levantar la cabeza àzia la gloria, tan poco le dexava tomar baſtante buelo à la eſperanza, por no deſdorar algun tanto ſu fineza; altamente perſuadido à que caminando el amor àzia el corazon de ſu dueño, ſe rodeava por la eſperanza mucho.

§. IV.

PArtos deſte fuego eran aquellas anſias de padecer por ſu Amado, apeteciendo el mas cruel martyrio, y queriendo ſaltar la ſangre de las venas ſobre el Altar miſmo, ſi el amor no la huvieſſe convertido en fuego. Quando ſus males le obligaban à romper la vena, ſe deleytava mucho en vèr la ſangre que corria, contemplando el gozo, que hallaria ſu eſpiritu en verla ſalir derramada à manos de la violencia, y ofreciendo la que quedaſſe en las venas triſte, y fria. El Padre Juan Manuel dize en ſu depoſicion, que ſolicitando tal vez algunos Padres, que Borja atendieſſe un poco mas à ſu ſalud deſtrozada, pues arraſtrava continuamente ſu meſma vida; les reſpondiò, que no ſe deſvelaſſen en ſu aſsiſtencia,

cia, haſta que conſiguieſſe, que el regalo le fueſſe cruel tormento; y el tormento regalo. Lo que avia yà conſeguido, porque hallava tantas delicias ſu pecho, quando el dolor le eſtendia en un duro potro, que ſe dexava vèr bañado en alegria aquel ſemblante moribundo. Tan ambicioſo de males ſu eſpiritu, que ſiendo la naturaleza campo tan fecundo de dolor, y de ſentimiento; no hallava en el teatro de lo poſsible todo baſtante mal à ſatisfacer la ſed ardiente, que alimentava ſu pecho. Aſsiſtiendo à ſu hija la Condeſa de Lerma doliente, y lloroſa, porque los accidentes, que fatigavan ſu vida la obligaron à prorrumpir en alguna apacible quexa: exclamò el divino Borja; ay! que concede Dios terribles dolores à quien no los eſtima, ni los deſea; y no al que los apetece con anſia, dexandome ſolo el dolor reflexo de no padecerlos por mi Amado! En oyendo contar alguna calamidad laſtimoſa, ò la mas horrible dolencia, ſin que pudieſſe contener ſus deſeos prorrumpia: ò quien huvieſſe merecido eſte fatal ſuceſſo, que ſe refiere como deſgracia! Eſta era aquella nueva eſpecie de emulacion, que embidia ſolo el ageno mal en la naturaleza; y tiene laſtima al bien. Quando tomava el Caliz en la mano daba un ſecreto amoroſo grito, pidiendo por aquella ſangre que ſe ofrecia, que ſe derramaſſe prodigamente la ſuya toda, diziendo: *Quis mihi det, ut moriar pro te?* Y no aviendo merecido morir à manos de un tyrano, deſeava, que mereciessen otros ſepultarſe en eſte glorioſo triunfo: eſcriviendo deſde Roma, que le repreſentaſſen ſus deſeos inflamados de dàr la ſangre por plantar la Fè Santa, y la verdad Catholica, cultivando con eſte riego la ſelva mas inculta. Y añadia, que le expreſſaſſen tambien los deſeos de ocupar la vida en la enſeñanza de la Gramatica, que es otro martyrio de la razon, y de la ſabiduria. Al ſubir la Sagrada HOSTIA àzia lo alto, pedia con ardiente afecto, que ſe le concedieſſe el tormento horrible, que padeciò ſu Maeſtro Divino al verſe levantado ſobre un tronco por el viento, mudando las ſaetas en clavos el amor, que fuè el verdugo.

Rogabale el Padre Buſtamante en Simancas un dia, ſiendo Borja Comiſſario General de Eſpaña, que le recabaſſe de el Cielo lo que mas deſeava entonces Borja: condeſcendiò à la importunidad de ſu ruego, y retirado à la Oracion, eſtuvo immobil tres horas aquel eſpiritu, bebiendo luz en el ſeno mas alto. Mientras Buſtamante ſe hallò herido de una ardiente calentura, y tan violento dolor de cabeza, que no dudava rendir la vida entre los paraſiſmos de aquella mortal congoja. Conociò el origen de ſu terrible fatiga, y haziendo llamar al Borja, que perſiſtia en extaſi arrebatado, le dixo: Amado Padre mio Borja, yo muero à manos de mi ignorancia, pues no pudiendo prevenir, que fueſſe de eſta eſpecie el favor mas deſeado, tampoco pude medir el peſo con la flaqueza de el ombro; mas èl es intolerable à mi flaco eſpiritu: yà me rindo dexandome llevar de el impetu furioſo, y aun temo, que las corrientes precipitadas arrebaten conſigo tambien el ſufrimiento. Nunca creì que la naturaleza humana fueſſe capàz de tan ſenſible cruel pena; mi ruego paſsò de imprudente à ſer temeridad de la oſſadìa: y ſi èſta ſe ha de pagar con la vida ſolo, morirè con algun conſuelo; mas ſe me và turbando tambien el juizio, que en eſte ultimo trance deſeo tener ſoſſegado. Dulciſsimo Padre mio, mirad, que titubèa la paciencia, y el aliento, ſi el que me alcanzò el mal, no me conſigue algun prompto alivio. Acercòſe al doliente, Borja, con ſemblante riſueño, y le dezia, tened buen animo, que no carga Dios mas peſo de el que baſte à probar la fidelidad de un Amigo. No morireis de eſte golpe, ò accidente arrebatado, antes os quedan algunos años, que conſagrar à martyrio mas lento. Y doblando las rodillas, rebolviò los ojos àzia lo alto, que baxaron luego cargados de influxo ſaludable, y de rocio dichoſo, atraìdo de el parage miſmo, de donde poco antes avia recabado aquel accidente funeſto, exprimiendo yà tormenta, yà bonanza de cada aſtro ſu alvedrio. Tales eran los deſeos encendidos de Borja, y tan inſufrible tyrano el amor, que fomentava. Cobrò Buſtamante ſalud, y ſerenidad al punto, refiriendo deſpues repetidas vezes eſte caſo prodigioſo con riſa, y con llanto, y concurriendo à eſcucharle entre los demàs oyentes el aſſombro. Y à la verdad las eſpuelas, que arrimò el amor al corazon de Franciſco, avivaron tan fogoſamente eſte deſeo de padecer mucho, que ſi huvieſſe podido hazer un horrible doloroſo compendio de todas las calamidades que pueblan el Mundo, las huviera deſtilado guſtoſamente en un vaſo, por ſorberſe

de una vez todos los males del Univerſo, y entretener la ſed al amor con eſte vaſo.

Quando le ſalteava el dolor mas agudo, le fatigava la embidia, ò el rigor de el tiempo, ſe gozava en la reflexion de complacer à ſu Principe Soberano; como que aſſomaſſe Jupiter el roſtro deſde el Cielo à vèr aquel tigre herido, ò toro agarrochado batallar con la perſecucion, y con el hierro: ofreciendo guſtoſamente à ſu Rey aquel expectaculo divertido. Dezia, que no le eſperava el Purgatorio por la crueldad del fuego; ſino porque no ſe merecia en aquel ſitio: y que èl le pediria con anſias al Cielo, ſi ſe le concedieſſe todo aquel tormento en el eſtado de peregrino. Quando ſe caſtigava con el ſilicio, y la diſciplina, no ſolo tenia el guſto de padecer aquel tormento voluntario, ſino de ſer el inſtrumento del amor Divino, y fiero verdugo, que vengaſſe las injurias hechas contra ſu Dueño, excediendo con eſta reflexion el caſtigo haſta deſpedazar la vida, y enſangrentar no pocas vezes con el exceſſo la prudencia: porque ſiendo el amor dulce peſo, que inclina àzia el Amado la voluntad toda, llevava tràs de sì tal vez la razon en la miſma balanza.

§. V.

FUè tambien verdaderamente abraſado el amor, que Borja tuvo à la ſagrada Humanidad de Chriſto, contemplando de dia, y de noche aquel hermoſo compueſto, yà ſangrientamente deſtroncado, yà veſtido de reſplandor glorioſo. Daba repetidas bueltas ſu penſamiento por el Monte Calvario, perdiendo tantas lagrimas en aquel ſitio, donde el amor ſe deſangrò todo, que pudieron competir caudal ſus corrientes con las de el mar bermejo: Eſcuchava mudo la muſica de aquel inſtrumento roto, donde deſangradas las cuerdas, ſonava en cada nervio un Ciſne divino. Deſeava, que los hombres de eſpiritu dieſſen principio à ſu oracion por el Monte Calvario, ò por uno de aquellos ſiete Lugares, en que derramò Sangre el Redemptor del mundo, rebolcando el amante Borja ſu corazon, y ſu diſcurſo en el caudal que dexò precioſamente derramado en cada ſitio. Maxima, en que inſtruyò al Serafin de las Mugeres Santa Thereſa, y à otras grandes almas, en quien influìa: Dixo muchas vezes, que era engaño perſuadirſe à que ſe volava con mas ligereza à la altura de la contemplacion deſde un myſterio glorioſo, que deſde el ſangriento: que à Dios no le era mas dificil ſublimar à la union amoroſa las Almas deſde el Calvario, que deſde el Monte de las Olivas. Verdad, que le enſeñò la experiencia en Cathaluña, donde ſalpicado en ſangre el penſamiento, fuè arrebatado deſde el Calvario à lo mas alto del Empyreo: y de entre los Sayones à los brazos de la Divinidad entre aladas Tropas de Serafines. Por eſtas ſiete ocaſiones, en que derramò ſangre Chriſto, pedia ſiete puñales, que penetraſſen ſu pecho, en el dolor de ſus culpas: en aver conocido tan tarde la antigua hermoſura que avia ofendido con ellas: el de compaſsion en las heridas de ſu Amado: el de laſtima en las que dexava abiertas en ſu alma la coſtumbre del vicio, y en los males del mundo: el dolor en la ſoledad de el Crucificado hermoſo, olvidandoſe tanto los hombres de eſte exceſſo, como ſi aquella Sangre ſe huvieſſe vertido por otro mundo eſtraño. El ultimo, de no aver muerto à manos de un tyrano por Chriſto: ſeñando ſiempre eſta meditacion con un doliente gemido.

Por imitar à Chriſto en el Huerto ſe poſtrò muchos años en oracion dilatada, coſido el roſtro con la tierra, donde ſepultava los ſuſpiros, aun antes de ſalir bien expreſſados de ſu boca. La qual padeciò fatal ruìna llegando à verſe encancerada, ſin quedar diente, ò muela, que no ſintieſſe el eſtrago que ocaſionò aquella poſitura; haſta que usò de otra menos violenta. Su conſuelo era derribarſe à los pies de un Crucifixo, y eſtarſe muchas horas clavado con quatro flechas de amor en el miſmo Leño, agotando en cada una de las cinco Llagas todo ſu llanto: y ſiendo ardientemente devoto de aquellas cinco Fuentes, donde bebiò ſu reſtauracion el mundo. Fueron muchos, y portentoſos los favores, que recibiò del amor Crucificado, que hablava con Borja repetidas vezes deſde la Efigie ſagrada, dando voz ſonòra el Oraculo à ſu Eſtatua, no ſolo en las ocaſiones, que dixo eſta Hiſtoria; ſino en otras, que no pudieron perder la novedad en la frequencia. Eſta fuè tan ruìdoſa, paſſando la voz deſde el bronce divino al de la fama, que eſpiando algunos de ſecreto al Borja, quando oraba poſtrado al piè de un Crucifixo, oyeron los amantes coloquios de uno, y otro el grito perceptible del bronce, ò del Leño,

que

que quiſò parecer humano, y el de Borja, que inundado en dulzura quebraba ſu miſma voz à cada paſſo, tropezando en ſu ſollozo, y pareciendo la reſpueſta eco de el metal cabado à la voz de la pregunta. Aſsi deponen varios teſtigos en los Proceſſos, ſiendo muchos los Crucifixos milagroſos, deſde donde eſcuchò Borja eloquentes, y con ternura el bronce, el marfil, y el que fuè tronco en la ſelva. Singularmente uno parece, que tenia con Borja familiar trato, pues dizen muchos teſtigos en un Proceſſo, *ipſum ſæpiſſimè alloquutus eſt*: y ſegun conſta por los Proceſſos hechos en la Corte de Eſpaña, parece aver ſido, el que ſu gran Nieto Principe de Eſquilache guarda vinculado. Y à demàs de los que tomaron voz tierna en el Libro quarto, y quinto deſta Hiſtoria; ſabèmos, que entre las maravillas del Eſcorial ſe venera otro de marfil, que hablò à Franciſco, dexandole eſta vez mudo, haſta que cobrando reſpiracion abrazado eſtrechamente con el Crucifixo, exclamò con debil aliento, como que eſpirava la voz en el labio; que es eſto dulciſsimo Dueño mio, victima de el amor deſangrado ſobre un tronco, roto el pecho blando, y retorcido el cuello, porque esforzaſſe el corazon ſu poſtrer grito amoroſo equivocado en arrullo? Què es eſto? Por favorecer à un ingrato ſabeis exprimir ternuras à un marmol duro? O Dios verdaderamente immortal, y hombre verdaderamente muerto! Aſsi dezia, y aſsi amaba el corazon de Borja, tan abraſado, que embiò ardiendo ſu Cadaver al ſepulcro, deſecho en paveſas todo, porque no quiſo perdonar, ni aun à los hueſſos el fuego. Y ſe puede dezir ſin llevar haſta lo inveriſimil encarecimiento, que la Salamandra, y el corazon de Franciſco eran los dos vivientes, que habitavan en la region del fuego, ſin deſconocer el elemento, ni el ſitio.

)(✠)(

CAPITULO IV.

PRODIGIOSO AFECTO, Y TERnura de Borja con el Auguſto Sacramento de la Eucariſtia. Raptos frequentes que padeciò en la Miſſa, bañando à vezes en reſplandor toda la Igleſia. Fè, ò luz milagroſa con que deſcubria indefectible ſu eſpiritu donde huvieſſe Sacramento. Devocion admirable à la Reyna del Cielo, y favores dulciſſimos, que recibiò de aquella generoſa Divina mano.

§. I.

EL amor inexplicable de Borja à Chriſto Sacramentado, fuè una de las mas vizarras empreſſas de aquel ardiente eſpiritu, y que con razon es el caracter, y principal diviſa del Borja, como tambien es el amor la inſignia, y uno como caracter de fuego de la miſma Eucariſtia, que quiſo apellidarſe Sacramento del amor, disfrazando las ſaetas mas encendidas en color de nieve, y añadiendo en la Fè otra venda à la razon, por donde ſe traſparenta la luz. Eran tan vivas las anſias de acercarſe à la Auguſta Meſa, en que ſe alimenta de fuego el alma, que huviera ſin duda peligrado ſu vida en la triſteza, ſi ſe hallaſſe forzado algun dia à carecer deſta incomparable dulzura, no ſolo deſpues que viſtiò la ropa de la Compañia; ſino deſde que en trage de Duque tenia el alma Religioſa. Sin que el verſe reducido à la cama, y à tantos remedios de la Medicina, ni el caminar muchos años por montes, y paramos incultos, por entre enemigos de la Religion, donde eran ſolo eſtragos los Templos; fueſſe baſtante à que Borja dexaſſe un ſolo dia de beber felicidad en aquella Fuente de Gloria: y aunque expuſieſſe ſu ſalud al fatal rieſgo, quando entre el horror de la nieve, y del viento frio, ſe quedava à dormir en una venta, ò en el campo, por llegar otro dia al lugar, y tiempo oportuno de celebrar eſte Sacrificio: que por eſſo tambien celebrava los Oficios Divinos Jueves, y Viernes Santo. Hallandoſe en Ebora moribundo, y poſſeìdo de un letargo, que era meneſter darle cruel tormento, y poner à cada cordèl un verdugo; quando ſe acercaba la hora acoſtumbrada de recibir à Chriſto Sacramentado, le miravan por eſpacio de dos horas tan deſpierto, que, ſegun depone el Padre Luìs de Guzmàn, ocaſionaba à los Medicos mucho eſpanto, abriendo

eſta

eſta aguila los ojos no ſolo eclypſados, ſino caſi difuntos, y raſgando de ſuerte los parpados, que no peſtañeavan, ni ſe atrevian en mucho tiempo à cubrir aquellos dos aſtros, al acercarſe el Sol à dorar ſu nido, y à iluſtrar ſu pecho; bolviendo deſpues de dos horas à quedar tronco aquel cadaver ſoñoliento.

Apenas executò operacion alguna, que no la refirieſſe al amor ſobre aquella Ara, diſponiendo aſsi, que todas las acciones ſantas de ſu vida, ſirvieſſen de adornar la humilde choza que hoſpedava la Mageſtad del amor en aquel ingenioſo disfraz. Vimos la preparacion, con que ſe diſpuſo à la primera Miſſa: à que añadiò el retiro à la dichoſa Caſa de Loyola, donde en muchos dias de exercicios, y penitencia fabricò en el alma un Templo al hueſped divino, cuyo pavimento era de oro; y deſpues de Sacerdote celebrò repetidas vezes con eſpecial conſuelo en aquella noble Cuna de Ignacio, que guarda el Caliz, con que dezia Miſſa Franciſco. Y por eſta medida ſe debe concebir ſu preparacion cada mañana. En el Altar ſe dilatava tanto, que fuè meneſter retirarſe à lugar ſecreto, donde el Hermano Marcos ſolo fueſſe teſtigo, y los Angeles, que atendian reverentes aquel expectaculo ſilencioſo. En la primera parte del Sacrificio caminava con paſſo regular ſu eſpiritu, haſta que acercandoſe mas àzia el corazon ſuſpendia el paſſo, y el buelo; y ſe quedava muchas horas immobil del todo, ò gyrando dentro de un circulo; donde bolava ſin caminar el penſamiento. Tardava tres horas, y tal vez cinco, no ſabiendo deſprender la mano, ni el eſpiritu de aquel hueſped amoroſo, que ſe introduce haſta el pecho. En una ocaſion empezò la Miſſa à las diez de la mañana, y à la hora de Viſperas aun no ſe avia podido arrancar de tan dulce Meſa, porque padeciò un extaſi divino, en que perdia rumbo el alma, no hallando ſino mar, y gloria. Paſſaronle à las quatro de la tarde deſde aquel ſitio à ſu Apoſento: y era meneſter que fueſſe conducido el que avia perdido tierra por arrebatado; y por immobil iba perdiendo el uſo del movimiento. Mandòle comer el Hermano; y al bocado primero, que avivò la memoria de la Real Meſa, donde acabava de ſer tan favorecido, bolviò à padecer ſegundo extaſi portentoſo, en que le vieron elevado ſobre el mundo, y ſobre sì miſmo. Haſta que diò una voz ſu Compañero, que le mandava con obediencia bolver en sì, y proſeguir la comida: y quando en ſemejantes ocaſiones hallava el eſtruendo, y la voz mas robuſta de cada oreja una roca; la voz de la obediencia hallò prompto el oìdo à la primera expreſsion blanda, y que pudiera no hazerſe percibir aun de la advertencia toda.

Pero ningunos matizes repreſentan mas vivamente colorido el incomparable amor, y el profundo reſpeto, con que ſe acercava Borja al Sacrificio, que ſu miſmo roſtro: porque al inclinarſe à proferir las Palabras de la Conſagracion ſe veſtia de fuego, dexandoſe vèr ſenſible una hoguera eſparcida por toda la cara, como que el amor deſamparava entonces el pecho por avezindarſe al Amado. Y no pocas vezes paſsò à ſer reſplandor, ò llama, que introduxo mucho ſol en la Igleſia, y ſe perdiò de viſta el divino Borja, entre la muchedumbre de luz, que cegava aun la viſta de el Pollo mas intrepidamente Real. Eſta expreſsion de fuego por el roſtro, publicava con viva eloquencia el amor, con que ſe llegava el divino Borja: mas el reſpeto verdaderamente profundo, ſe explicava no menos retorico al miſmo tiempo, porque le ocupava un temblor tan deſacoſtumbrado, que à vezes ocaſionava aſſombro, padeciendo fatal baybèn aquel edificio, que con el eſtremecimiento no amenazava ſu eſtrago, aunque en el cuerpo, y en el eſpiritu temblava todo, ſino la fé, y el amor dos firmes columnas de aquel Templo; que con el miſmo temblor reverente aſſegurava la fabrica todo lo que la eſtremecia. Durava muchas vezes aquel terremoto aun deſpues de aver Conſagrado: dichoſa cobardìa hija del reſpeto, de una fé viva, y de la diſcrecion en la deſconfianza propria! Mas entrava como aquel valiente Eſpañol tremulo en la batalla; y ſalia arraſtrando laurèles en la victoria. Con eſtos efectos exteriores, ſignificava el Cielo el amor, y la reverencia, con que conſagrava Borja, meditando entonces con rara viveza, que ſe acercava la hora, en que ſu Dueño fueſſe entregado en las manos delinquentes del hombre mas indigno: *Ecce appropinquavit hora, & filius hominis tradetur in manus peccatorum.* Fueron tan continuados los extaſis, que padeciò en la Miſſa, que era preciſo llamarle en voz alta, y tirar reciamente de la Caſulla, derribado, à vezes ſobre el Ara, como victima, que ſe ofrecia con el Amado miſmo, que ſacrificava: que por eſto ſe hallò preciſado à celebrar en ſitio retirado del comercio: y era

tan

tan prolixo, y tan indefectible eſte enagenamiento, que en llegando al Memento de los vivos, ſe ſalia el Hermano à las dependencias de ſu oficio, y ſolia dezir, aora ay tiempo para todo antes que el Santo deſpierte de aquel dulce ſueño, que paſſa muchas vezes à ſer letargo profundo, en que ſino el amor, y el llanto, todo ſe halla altamente dormido.

§. II.

DEſde muy niño ſe empleava en imitar las ceremonias de la Miſſa, empezando eſte amor deſde los juguetes à enſayar el tierno corazon de Borja. Las cien genuflexiones, que executava cada dia, ſegun canta en ſus lecciones la Igleſia, ſolicitava quanto podia, que fueſſen delante de la Ara. Y quando eſtava patente el amor en ſu trono, à penas ſe apartava de aquel feliz ſitio, fogueado el roſtro. Siendo alguna vez preciſo dezir la Miſſa en publico, ſe mèdia à las diſcretas proporciones del tiempo, y al coto, que la prudencia tiene ſeñalado; aunque ſolia tal vez dormirſe la prudencia con el dueño, robandoſe tambien el extaſi eſta noble porcion del entendimiento humano. Advertianle, que fueſſe prevenido deſte exceſſo; mas era dàr leyes al diſcurſo, para quando eſtuvieſſe enagenado de sì, y de todo, embriagada dichoſamente la razon con aquel vino. Y ſe hizo admirar no poco, que aſsiſtiendo en eſtas ocaſiones à la Miſſa de Borja mucho Pueblo, por mas que aquel Sacrificio iba pareciendo eterno en la duracion (ſuceſſo en que ſuele tener mal ſufrida la paciencia aun la virtud) eſtavan ſingularmente atentos, ò porque eſperava, que de aquellos extaſis divinos ſe derramaſſen tambien entre los oyentes algunos deſtellos: ò porque era tan alto el concepto de ſantidad, que formavan de Borja, que eſtava reverentemente callada, y contenida aun la fuga, ſin atreverſe à dàr una leve reſpiracion la impaciencia. Grande fama, y ſublime concepto, el que obligò à que aſsiſtieſſe devoto, y mudo todo un Pueblo à quatro horas de Sacrificio. Obſervaban los mas cercanos, que deſde el principio de la Miſſa eran ſus ojos dos conductos encendidos, ò dos arroyos, por donde explicava el amor mas calientes ſus afectos. Acabado el Sacrificio, aunque le eſperaſſe en alguna viſita todo el reſpeto, y aunque llamaſſe ricamente à la puerta el mundo, ſe dilatava en las gracias tanto tiempo, que era meneſter arrancarle tambien deſte ſitio cubierto de polvo de eſtàr profundamente derribado. Siete vezes al dia por lo menos, aunque ſu Apoſento fueſſe el mas remoto, (quando no pudieſſe las ciento) buſcava el alivio de poſtrarſe delante de ſu Amado, gyrando continuamente aquel corazon mal herido en torno de la llama, que oculta aquel alto myſterio. Sin perder por los caminos eſte refugio, ſi tropezaſſe con la felicidad en algun Templo: alli ſe poſtrava vecino al bien amado, y cautivo, ò priſionero el entendimiento de la fé victorioſa, y el cuerpo en forma de Cruz bien eſtendida, ſe ofrecia victima del amor al piè de la Ara. Pero las calles era fuerza detenerſe à cada paſſo que hallaſſe abierta alguna Igleſia. Ni ſaldria de caſa, ni bolveria ſin inclinarſe à ſu Dueño con adoracion profunda. En los Colegios ſolicitava ſiempre el Apoſento, deſde donde pudieſſe alcanzar con la viſta perſpicàz eſte Sol eſcondido: y haſta ſu eſtudio deſeava que fueſſe buelto el ſemblante àzia el nido Real del amor todo. Quando en ſus frequentes enfermedades recibiò el Viatico, ardia en nuevas acceſsiones el penſamiento, y exclamava: O Amor mio, que no ſolo quereis favorecerme con levantar el deſtierro, ſino en venir Vos miſmo por el deſterrado! Y tuvo ardiente deſeo de entregar ſu eſpiritu luego que tuvieſſe al Amor en ſu pecho, porque ſe arrancaſſe el alma tropezando al ſalir con la dicha.

No daba paſſo, ni hazia ademàn alguno deſde que tomava el Amito, que no ſalieſſe teñido en ſangre, y en llanto, y que no ſe originaſſe en algun profundo penſamiento. Deleytabaſe en conſiderarſe como fiero lobo, à cuyas manos ſe entregava voluntario el Cordero. Comparava las ropas de ſeda, que en los Ornamentos veſtia con las viles, y afrentoſas, que viſtieron al Amor, quando caminaba à dàr en la Cruz ſu ultima animoſa llamarada. Al acercarſe al trono, ſe acordava de las amenazas, que intimò Dios en el Exodo, al què ſe avecindaſſe oſſadamente al monte ſobervio, cuya cima ocupava un Angel, que repreſentava la Mageſtad hermoſa. En el Introito, y Gloria, ſe confundia de que ſu voz deſtemplada en los deſordenes de la vida huvieſſe de cantar en tierra agena dulces hymnos de alabanza al compàs de aquella ſublime melodìa, con que los Serafines rozan muchas cuerdas en cada pluma de ſus alas. En las Oraciones ſe avergonzava de verſe medianero entre el Cielo, y la Tierra: Y la miſma confuſion le ocaſionava la Epiſtola, y el Evangelio, corrido de promulgar tan alta Doctrina el que avia

leìdo la Cathedra de el horror en el mundo. En el Ofertorio cubria el ſemblante de empacho de que ſiendo traydor homicida del Hijo, ofrecieſſe al Padre amoroſo, lo que èl avia cruelmente deſpedazado. En el primer memento ſe repreſentava con viveza à la viſta à Chriſto en el Monte Calvario pendiente en un leño, derramando prodigamente por cinco bocas el teſoro de las venas, que ſe dexaban diſtinguir vacias: ofrecia aquel tremendo Sacrificio por los altos fines, que tuvo preſentes ſu Dueño en el inſtante que fuè concebido, y en el ultimo, en que rindiò el aliento à las crueles manos de tanto verdugo, y à las del amor enſangrentado. En la llaga de la mano derecha introducia al Papa, à todos los Prelados, Religiones, Ordenes, y claſſes deſta grande armonioſa Gerarquia. En la ſinieſtra à Carlos V. Felipe III. y luego à los demàs Principes de la tierra. En la del piè derecho à los Juſtos que poblaban entonces el mundo: en la del izquierdo à los infelices, que por la culpa ſe hallaſſen priſioneros del Demonio. Y en todos eſtos ninchos de el amor ſagrado hazia ferviente oracion proporcionada à cada Gremio, y à cada individuo. Por la del Coſtado ſe entrava el miſmo Borja ardiendo, con aquel, por quien ofrecia el alto Sacrificio: entrava tambien à ſus hijos, y nietos, y à ſu amada Compañia, y mas quando era cabeza, no queriendo entrar deſpedazado ſin cuerpo en aquel nido de la gloria. Ibaſe acercando poco à poco haſta el corazon de ſu Amado por aquella puerta, que abrieron oſſadamente la ceguedad, ò la culpa; ò no ſino el amor, que arrojando la flecha, ſe armò con una lanza, por hazer tanto mayor la herida.

Al acercarſe la Conſagracion de la Hoſtia, ſucedia aquel eſpantoſo temblor, que expresſò poco antes la pluma, padeciendo eſcandalo en Borja toda la naturaleza, al emprender una operacion tan hazañoſa, que ſe eſtremece de reſpeto el Cielo al contemplarla, no aviendo coluna en todo èl ſin eſte tremulo ademan de reverencia. Deſpues de aver Conſagrado, fixo en la Cruz el penſamiento, y perdiendo mucha Sangre el eſpiritu en el deſeo de romper todas ſus venas al cuerpo (como inſinuò el Capitulo paſſado) ſe entrava confiadamente al Purgatorio, ſolicito de apagar aquel horrible fuego con ſu llanto, y con la llama de el Amor Divino, de quien ſabe ſer ceniza, ò deſpojo qualquier otro incendio. Singularizava aquellas almas, à quienes debia particulares memorias, como tambien las mas dolientes, las mas neceſsitadas, y las mas ſolas. Quando tocava la Hoſtia conſagrada, ſentia introducirſe por el tacto al pecho una inexplicable dulzura; aunque tal vez ſe cubria de horror con el recuerdo de Oza al eſtender intrepidamente la mano al tocar la Arca. Pedia à la Virgen Reyna, que le enſeñaſſe à traer con amor, y reſpeto en ſus manos aquella joya viva, y al divino Joſeph le pedia la miſma gracia, paſſando deſde alli la memoria al Ciſne de Jeruſalèn en el Anciano Simeon. Rogava encarecidamente à la miſma Reyna, al amado Evangeliſta, y à la amante lloroſa Magdalena, le comunicaſſen aquel alto ſentimiento, que ſalpicò en ſangre ſus corazones à las orillas de cinco rios en el Calvario. Al conſumir recogia àzia sì toda la atencion del eſpiritu, por bolver à perderla enagenado al verſe tan favorecido. Comulgava con el miſmo ardiente afecto, que ſi huvieſſe de morir al punto, haziendo Viatico de aquel Sacrificio. Y las mas vezes ſe quedava entonces abſorto contemplando à Chriſto en ſu pecho como en el ſepulcro, y rogandole que ſalieſſe bien aquel infiel monumento, donde cada piedra era una traìcion obſtinada, donde el corazon era marmol en la dureza, y donde el ſepulcro meſmo era el enemigo, de quien mas ſe debia guardar aquel Galàn difunto, aora reſucitado, y glorioſo.

§. III.

LO que no podrà explicar bien la pluma, aun quando fueſſe cortada de una aguila, es aquel ferviente deſeo, con que anhelava Borja à promover la devocion, y reverencia à la Sagrada Eucariſtia apurando todas ſus perſuaſiones eloquentes à la retorica, y eſparciendo braſas entre ſus oyentes quanto predicava de eſta materia. Embiò Calizes, Ornamentos, y Cuſtodias à las Auſtrias, y otras Montañas, laſtimado de oìr la falta de adorno, y de culto, que ſe dexava vèr, y llorar en cada Templo, como ſi fueſſe Altar ruſtico erigido en la aſpereza del deſierto à un Dios Fauno; quando el eſplendor aviva con las lamparas la fé, y la piedad. Dezia, que las perlas, los diamantes, y el oro, los engendravan el Sol, y el rocio para el Templo; y que el dictamen contrario ſe veſtia no sè que colores de Atheiſmo. Por autorizar mas eſte culto en Gandìa, recabò del Papa grandes honores al Dean de aquella inſigne Igleſia, porque eſte eſplendor hizieſſe mas noble el reflexo

ſobre

ſobre la ara. Conſagrò lo mas de ſu plata à Chriſto Sacramentado: y mereciò en ſu tiempo, que no ſe hallaſſe en Gandìa, y à penas en todo el Eſtado quien por lo menos cada mes no ſe diſpuſieſſe à recibir eſte Pan del Cielo. Diſpuſo, que ſiempre que huvieſſe de ſalir el Viatico por las calles de Gandìa, hizieſſe ſeñal una hora antes la campana, porque dieſſe tiempo à la prevencion de cada Ciudadano, y fueſſen acompañando à ſu Dueño (empreſſa, à que yà el Duque Don Juan ſu Padre avia dado feliz principio) y el Borja Santo iba conduciendo eſte eſquadron victorioſo, añadiendo quatro pages ſuyos con hachas, ſiendo muchas mas las que Borja derretia en ſu pecho. Deſta ſuerte paſsò à competir eſta funcion en la multitud, en la ſolemnidad, y en el aparato con el dia grande, en que ſe celebra la inſtitucion deſte Sacramento, donde el amor agotò à la aljaba divina todas las flechas, y al ingenio de un Dios todas las trazas. Mas porque al miſmo tiempo, que hazia ſeñal la campana, la dieſſe tambien el Cielo de lo que ſe agradava de eſte cuydado del Duque Borja, ſucediò no pocas vezes hallarſe con ſu hijo Don Carlos divertido en la caza dos leguas de Gandìa, ſitio, à donde ſin milagro, ò ſin que le llevaſſe un Angel por el viento, no llegava el ſonìdo, con que la campana prevenia al Pueblo. Eſtavan todos los penſamientos emboſcados, y errantes por la caza, yà ſiguiendo los cavallos alguna fiera, embolviendo en ſudor, y en fuga toda la atencion del alma, yà ſonando ronca la vocina; quando el divino Borja aviſado de mas perceptible, y menos canora trompeta, parava el cavallo, y daba un eſpantoſo grito, que ſe hazia eſcuchar de el reſpeto por el boſque todo. Suſpendiaſe en medio de la carrera aquel eſquadron deſordenado, y Borja aplicava atento el oìdo, torciendo el cuerpo, como que ſe ſalia de la ſilla, y el cavallo: luego en alta voz, dezia: *Suena*, y bolviendo riendas ſe encaminava con mas veloz fuga à Gandìa; llegando ſiempre à tiempo oportuno de alumbrar con el corazon, y con una hacha.

Cauſava grande admiracion eſte ſuceſſo al Duque Don Carlos ſu hijo, y à todo el Palacio, reconociendo, que Borja eſcuchava voz de otro metal divino: porque ni èl meſmo, ni otro de los cazadores, ò de los que ſe hallavan por el campo pudieron percibir ſonìdo alguno, teniendo bien deſpierto el oìdo: ni cabia en la diſtancia, aun quando fueſſe la oreja de aquel animal, de quien nos quiſo dezir Plinio, ò por hyperbole, ò por exceſſo, que tiene tan ſutil el oìdo, que derribado en el ſuelo oye crecer las yervas en el campo. Y no fuera juſto, que olvidaſſe groſſeramente la pluma la depoſicion jurada, que dexò el Duque Don Carlos ſobre eſta materia, ſiendo teſtigo, que viò una ſonora profecia en cada oreja de el Duque Borja: *Eſtavamos*, dize, *algunas vezes muy lexos de Gandìa, divertidos con la caza, y con todo el penſamiento ocupados intenſamente en proſeguirla; quando el Bienaventurado Duque mi Padre ſe paraba de improviſo, y eſtando un poco con el oìdo muy atento, gritaba*: Suena, *hablando de la ſeñal que ſe daba en Gandìa para llevar el Viatico. Todos los demàs eſtando yà parados, y muy atentos, por de ſutil oìdo, que fueſſemos, no oìamos algun ſonìdo de campana. Ni el mayor ſonìdo, que pudieſſe hazerſe en Gandìa ſe podia percibir allà una, ò dos leguas lexos, como en el Prado del Valle de Alfandach, ò en las llanuras de la Torre de Xaraco. Mas èl eſtava firme en dezir, que ſonaba; y ſe maravillaba de que ſiendo mozos, y de mas vivàz oìdo, no eſcuchaſſemos aquella voz de la campana, que èl tan claramente oìa. Y bolviendo la rienda, tomava con preſteza el camino de Gandìa, y noſotros con èl, y hallabamos ſer verdad, que ſe avia hecho ſeñal à ſalir en publico con el Viatico.* De eſta ſuerte ſabe el amor paſſarſe deſde el pecho à cada ſentido, como dueño al fin Soberano de todo aquel racional compueſto, y deſta ſuerte no ſolo fé, ſino tambien el amor en el Borja Santo, ſe acreditava por el oìdo.

Falta aora el mas myſterioſo argumento de todo eſte aſſumpto, bien apoyado de la Omnipotencia con un ſuceſſo portentoſo, y repetido, en que la fé ſe puſo à la vanda del amor, paſſandoſe deſde el entendimiento, à la voluntad, y trocando entre sì las vendas, y aun las armas. Porque ſiempre, que Borja entrava en alguna Igleſia, conocia con luz oculta, que encendia muchas lamparas à un tiempo en el alma, ſi huvieſſe Sacramento en ella, acreditando eſta maravilla por diferentes Templos de la Europa ſiempre que caminava: de ſuerte, que viendo tal vez arder lamparas, repreſentando Mageſtad todo el aparato del Templo, y de la Capilla, no dudando los que iban con Borja, que huvieſſe Sacramento en aquella Igleſia; ſolo Franciſco afirmava con una ſeguridad ſuperior à la humana certeza, que no le avia: y al trocado, no pocas vezes ſe acercava à una

Her-

Qua in re illud quoque eximiũ fuit, & continuũ ferè in eo miraculum, ut dicebat Clemens Octavus Pontifex Maximus, ut divino quodã instinctu ubi quodcumque Templum ingrediebatur, statim ſentiret quo loco Sacra Eucharistia ſervaretur nec unquã in hoc fallebatur, licet nullũ accenſæ lampadis ſignum ad ejus aram juxta ritum Catholicum adeſſet.

Hermita deſierta, ruſtica choza, donde ni ſe dexava reconocer Ara, ni àrdia lampara alguna; y el divino Borja inclinava profundamente la cabeza con la rodilla; aſſegurando, que eſtava eſcondido el Sol en aquella pobre Igleſia. Verdad, que no tiene menos teſtigo, que el Pontifice Maximo Clemente Octavo, que apellidava eſte inſtinto, ò luz divina, un eximio, y perpetuo milagro. Aſsi nos lo dize la Sagrada Congregacion de Ritus en la cauſa de la Canonizacion de Borja, citando el teſtimonio del Pontifice Sumo: y añadiendo, que no ſolo quando eſtuvieſſe deſtrozado el Templo (como por la Francia, donde la heregia iba haziendo tan fatal eſtrago en todo lo divino) conocia luego, que ſe guardava alli, aunque mal aſsiſtido el Auguſto Sacramento; ſino tambien quando dudaſſe la prudencia qual era la Capilla en que ſe guardava, no pudiendo raſtrearſe por el exterior ornato de ella. Y era tan activo eſte reſplandor myſterioſo, que apenas dava el primer paſſo àzia el Templo, quando ſentia el Dios, que ſe ocultava en el Sagrario: y à vezes con ſolo acercarſe à la Igleſia, percibia aquel ambiente oloroſo, que dexava eſta verdad eſtampada en ſu entendimiento, ſin que pudieſſe tener duda èl miſmo, por mas que quiſieſſe borrar eſta impreſsion, ò la porfia, ò el engaño. El experimentava entonces una fé tan viva, y tan clara, que dexaba de ſer ciega, y erizado el cabello todo, entrava el ſuſto à prevenir el reſpeto, y à dàr noticia de que ſe ocultava en aquel ſitio ſu dulce Amado.

§. IV.

LAs Miſſas, que podia libremente dezir Borja, ſin que faltaſſe à Rito, ò Ceremonia de la Igleſia, eran ſiempre del Myſterio Inefable de la Trinidad, de quien fuè ardiente devoto, imitando à ſu Gran Patriarca Ignacio: y alcanzò ſingulares, y portentoſos favores de el Cielo con tres Miſſas conſagradas à eſte Myſterio ſublime, y verdaderamente divino, donde la fé lleva la razon haſta lo mas arduo, trepando arrimada al firme tronco. Apenas dexò de conſeguir empreſſa alguna con eſte medio, que hizo expectable al mundo repetidamente la experiencia. Y deſpues reconocieron tambien ſu eficacia muchos iluſtres eſpiritus en la Compañia en imitacion de Borja. Comulgava eſpiritualmente cada hora del dia, como que el corazon ſe enſayava probando ſus alas, por volar deſpues con acierto àzia el Sol miſmo. El ſe alimentava de las delicias de eſta Meſa, como aquella Ave de la luz mas pura. Mereciò en eſte admirable Sacrificio vèr raſgado muchas vezes el Cielo, robar ſus ſecretos al tiempo futuro, y otras revelaciones prodigioſas, que ſe han referido. Pedia à la Santiſsima Virgen fecunda Madre del amor miſmo, que le preſtaſſe aquel Mageſtuoſo aparato, con que diſponia ſu real Templo al recibir Sacramentado à ſu dulce Hijo: materia, en que inſiſtia mucho. Y porque la devocion tierna à la Gran Reyna fuè la que, ocupò el mas noble altar en el pecho de Borja, deſpues del que ſu Hijo ocupava, dexarà aqui bien impreſſos algunos raſgos la pluma, que baſten à ſeñalarſe en la tabla. Era tan frequente ſu recurſo à eſta indefectible hermoſa fuente de la Gracia, y de la dulzura, que nunca emprendiò hazaña, ni tomò rumbo en dependencia, ni ſe hallò en borraſca alguna, que no fixaſſe los ojos en eſta apacible Eſtrella, bebiendo celeſte influxo ſolo con la viſta: tan firme, y tan tierna ſu confianza, que nunca fluctuò en la duda por mas ſañuda que fueſſe la tormenta: y eſperaria haſta un impoſsible de aquella proteccion ſoberana. No huvo Santuario de MARIA celebre en la Europa, à quien Franciſco no votaſſe deſde ſu corazon alguna lampara bien encendida. Hallandoſe en Roma moribundo, ſe reſolviò à paſſar conducido à Loreto, ſin que baſtaſſen à impedir la jornada todas las repreſentaciones de aquella gran cabeza del mundo: porque dezia, que avia debido tan altos favores à la Reyna del Cielo, que aunque fueſſe arraſtrando, debia ir antes que murieſſe à colgar un voto en ſu reconocimiento.

Rezava ſu Roſario entero con rara expreſsion de lagrimas, y de ſentimientos, meditando altamente ſus Myſterios profundos, prorumpiendo à vezes en dolientes gemidos, quando contemplava ſu triſte ſoledad, y deſamparo, y tanto puñal arrimado al pecho. Y ſe puede vèr traſladado eſte eſpiritu en la inſtruccion, que dexò impreſſa ſobre eſte punto, de que ſe diò yà baſtante luz en el ſegundo Libro. Cada vez que dava principio à la AVE MARIA inclinaba reverentemente la cabeza. De el Myſterio entonces batallado, que viſtiò de eſplendor aquel inſtante primero, fuè tan ſingular devoto, que ofreciò à ſu defenſa toda la razon como ſabio, y ſu eſpada como Cavallero. Obligòſe con particular voto à ſu defenſa, dexandole vinculado por Eſtatuto à la Univerſidad de Gandìa. Si tratava alguna alma, en quien no leyeſſe impreſſo el caracter

de

deſta devocion dichoſa, mirava ſu virtud deſde la ſoſpecha, y con un ſuſpiro dezia, mucho tèmo, que eſte viviente no eſtà deſtinado à la Arca, y que ha de naufragar fuera della, quando ſe quiera ſorbèr todos los elementos el agua. Por eſſo en ſus Platicas exortava à todos fueſſen à beber continuadamente ſeguridad, y vida en eſta vena de dulzura, que antes faltarà agua en el Occeano, que en ella ſola. Repetia algunas vezes, que de quatro coſas principalmente eſperava mantuvieſſen vigoroſo el eſpiritu, y el fuego en la Compañia: la primera, el uſo de la Oracion, frequencia de Sacramentos, y cuydado en el examen de la conciencia. La ſegunda, las perſecuciones, con que, ò la malicia, ò el engaño colorido del zelo batieſſen fieramente eſta maquina hermoſa. La tercera, la obediencia ciegamente rendida haſta aquel punto de gloria, donde la ſublimò Ignacio con pluma iluſtrada, àzia la ſilla Apoſtolica, y àzia los Superiores de la Compañia. La quarta, el tierno afecto à eſta Gran Reyna, ſin la qual no ſe puede tomar playa, aun quando ſople el viento alhagueñamente en la popa. Porque dezia, que la primera une con Dios el Alma: la ſegunda, la aparta de la tierra, y obliga à eſtàr en centinela al eſpiritu à la frente de tanto enemigo armado. La tercera une indiviſsiblemente con ſu cabeza eſte gran cuerpo. Y la quarta es la diviſa de un predeſtinado, y la llave de la felicidad en el mundo, y en el Cielo. Obſervò en un Noviciado, que algunos Novicios ſe deſcuydavan en buſcar eſte aſylo, no aviendo tomado eſta Eſtrella por norte de ſu nuevo rumbo: y advirtiò al Maeſtro, que los atendieſſe con particular cuydado: al hazer eſta advertencia, dexò aſſomarſe alguna explicacion de triſteza àzia el roſtro, que no llegò à ſer ceño, y fuè preſagio: porque aquellos infelizes flaquearon cobardemente en la vocacion, y en el eſpiritu, y ſe bolvieron à ſer juguete de la fortuna en el mundo, por no aver querido ſeñalar ſu frente dura con aquella devocion; ò marca, que es el caracter de la dicha.

Contemplava con lagrimas, y ternura al Niño Dios, en los dulciſsimos brazos de MARIA, regalandoſe con el Hijo, y con la Madre aquella noble alma, y paſſando deſde alli al Peſebre, y à la Cuna, por imitar al inflamado Serafin de Aſsis en eſta devocion tierna. Preveniaſe con toda el alma à las Feſtividades de MARIA, y celebrava con ayunos, penitencias, y reflexiones divinas ſu Octava, ſirviendo à la Oracion de materia algunas virtudes ſublimes, que ſe dexavan diviſar de la imitacion, ò del aſſombro aquel dia: y aun paſſava à buſcar meditacion proporcionada à cada hora en veinte y quatro Excelencias, ò reſplandores de aquella Fieſta (lo que executava tambien en las de otros grandes Heroes de la gracia, alcanzandoſe unas à otras eſtas tareas divinas del Borja.) Tuvo ardiente anſia de que ſe veneraſſen ſus imagenes por toda la tierra; deſeando entre otros fines, oponerſe oſſadamente à la Heregia, que deſpreciava eſte culto deſde la inſolencia, adorando en ſu miſmo error la imagen de la ceguedad, de la ſobervia, y de la ignorancia. Por eſte miſmo fin entre los otros de ſu piedad, reverenciava mucho las Reliquias de qualquiera Santo, que algun dia les ha de ſervir el Sol todo de orla à ſu veſtido: y aquellos hueſſos frios, deſnudos de hermoſura, y vida, ſe han de vèr poblados de Mageſtad, y de gloria. Diſpuſo, que los Novicios de la Compañia en el Monte Cabalo de Roma tuvieſſen imprenta, donde ſe fundieſſen imagenes de metal, y ſe formaſſen tambien otras de ſeda, y de papel, por eſtender eſte culto otro tanto como dilata ſu imperio el Sol. Nunca ſe reconocia, que el corazon de Borja tuvieſſe aſsida la menor pluma de una ala à prenda alguna de la tierra, ſino à unas Reliquias, que traìa al cuello, como el P. Santander teſtifica, y à la Cruz hermoſa, que dexò un Angel en manos de ſu Tia la Venerable Sor Franciſca: la qual traìa pendiente en una cuerda de viguela bien rozada, que hizieſſe acordes la devocion con la pobreza.

Mas el principal cuydado en eſte zelo de Borja ſe le robaron las Imagenes de MARIA, de que diò grandes teſtimonios eſta Hiſtoria: diſtribuyendo copias felizes de la de San Lucas por los mas de los Principes de la tierra, y por todos los Colegios de la Compañia. En ſu Oratorio de la Caſa Profeſſa de Roma, donde comunmente celebrava, tenia la primera viviſsima Copia de la Imagen, à quien diò alma el Pinzèl de el Evangeliſta: y en eſte nido recogia ſus alas el corazon de Borja, y alli deſcanſava, alli fuè viſitado muchas vezes de la dicha, que madrugava con la Aurora: ſiendo tan famoſo eſte caliente nincho, donde ſe guarecia el Santo, que iban muchos Cardenales, y Prelados à celebrar en èl con ardiente afecto, eſperando, que por la coſtumbre de favorecerle MARIA SANTISSIMA con ſu influxo, hallaſſen en èl mas propi-

cio el aſpecto de aquel grande aſtro. Fueron muchas vezes las que Borja debiò à la dignacion de ſu dulciſsima Reyna, que le governaſſe con voz ſenſible, ò deſde una eſtatua, ò deſde mas altura, ſegun vimos repetidamente en Gandìa: y ſegun dize la tradicion conſtante, ò la fama de la copia, que ſe venera en el Noviciado de Villa-Garcia, la qual hablò conſuelo en diverſas ocaſiones à ſu favorecido Borja. La Imagen del Populo, que ſe venera oy en el Colegio de Medina del Campo en el Oratorio, que ſirviò à Borja de apoſento, (ſalpicadas precioſamente las paredes en la ſangre de Franciſco) fuè la que diò al Extatico Baltaſar Alvarez el miſmo Borja, y quiſo tomar voz tambien en la pintura por favorecer aquel ſublime eſpiritu, que la traìa, y acreditar al que la dava. Siendo bien digno de obſervacion, que ſalieſſe libre eſta copia de aquel incendio laſtimoſo, en que ardiò el Colegio antiguo, ſin que eſcapaſſe apenas de la llama, ſino la memoria, la laſtima, el Oratorio de Borja, y eſta Imagen Divina, à quien perdonò haſta el humo, por no atezar en ſu ſemblante la gloria. Eſta apacible Eſtrella de MARIA, fuè la que alumbrò à Borja quando fluctuava ſobre elegir Religion, ò barca ſegura: y no ſolo quiſo ſer faròl el Aſtro, ſino tambien Piloto, que deſde un leño, y deſde un alabaſtro le aviſó, que entraſſe luego en la Compañia de ſu Hijo. En otras ocaſiones le ſeñaló con la voz el rumbo, dexandoſe percibir un grito ſonoro, que dava el Norte deſde el Cielo, aviſando al baxèl, y à Franciſco, que declinaſſe algun eſcollo eſcondido traydoramente en ſu miſmo elemento. Finalmente murió el Divino Borja atraveſſado con una flecha de aver entrado por la Francia à dezir Miſſa en un Templo de MARIA, que vió fatalmente derrotado: y eſte ſentimiento derribó la vida de Franciſco con las paredes del Templo: de ſuerte que el zelo, y el amor à MARIA SANTISSIMA ocaſionaron ſu dichoſa ruìna, mayor aun que la que èl miſmo llorava en aquella deſtrozada Igleſia.

CAPITULO V.

ZELO APOSTOLICO DE LA SALUD del mundo, que inflamava el corazon de Franciſco: lo que trabajò en eſta empreſſa con la lengua, y con la pluma en los Libros, que diò à la eſtampa. Converſiones prodigioſas, que obrò por la Europa. Caridad ardiente, que exercitò con los hombres todos, y ſingular ſolicitud en la aſſiſtencia de los pobres, y de los enfermos.

§. I.

El que ignoraſſe, que eſte ſegundo amor en el Borja Santo nacia en la miſma fuente de luz, que el primero, y que ambos ſalen del miſmo tronco, como dos ramas de fuego; penſaria que eran dos afectos enemigos que hazian campo de batalla el pecho de Franciſco, venciendoſe alternadamente el uno al otro, con intolerable opreſsion de aquel terreno fecundo, que dexavan maltratado. Porque el amor de Dios tirava fuertemente de una ala al corazon àzia el retiro, y delicias de la Divinidad, de que conſagraſſe ſus potencias, y ſentidos à un ſueño dichoſo; al miſmo tiempo que el amor de los hombres tirava de la otra à la igualmente robuſto, porque ſalieſſe à comerciar en eſte grande teatro, y à dàr repetidamente aquel furioſo eſtampido, con que ſuena la voz eloquente deſde la altura del deſengaño, y del exemplo. De eſta ſuerte deſpedazavan ſu corazon laſtimado eſtos dos amores, ó no ſino eſtos dos valientes afectos de un amor miſmo. Y ſe debe confeſſar, que muchas vezes quedó victorioſo el ſegundo. Porque poſſeìdo dulzemente del ſueño en la contemplacion, y en los brazos de ſu Amado; ſi llamaſſe à la puerta algun ſubdito, percibia al inſtante el ſonido; quando no baſtaria à deſpertarle el eſtruendo de un clarìn animoſo: y ſe arrancava guſtoſamente de los pechos de la gloria, por ſalir à eſcuchar à la importunidad, al eſcrupulo, ó à la ligereza, que llamava; reſpondiendo alagueñamente à lo que ſe le proponia. No ſe pueden reducir à breve ſuma las hazañas de ſu divina lengua, aun deſpues de aver referido muchas en el Libro quarto de ſu Vida. Prendió en ſu corazon el zelo con tan inſaciable llama, que intentó poner fuego à la redondèz de la tierra: y miraria ardèr las quatro partes deſte gran cuerpo del mundo en aquel incendio ſa-

ſagrado con mayor gozo, que Neron deſde ſu Torre mirava embuelta en humo, y en eſtrago la gran Cabeza del mundo. Ni ſolo deſde el Pulpito pegaba fuego eſte grande Apoſtol de ſu ſiglo, ſino deſde la ſilla, por las calles, en las plazas, con la pluma, y haſta con la viſta, inflamando todo lo que miraba.

Aviale dotado el Cielo de aquel talento infuſo, que yà ſe dixo, y que dexò bien admirado en ſu Hiſtoria el Padre Polanco, donde expreſſa, que fueron tan milagroſos, y tan repetidos los triunfos de la predicacion de Franciſco, que llenaron à Roma de aſſombro ſolamente con el eco, que llegaba deſde Eſpaña à regalar el oìdo de Ignacio, paſſando haſta el del Vicario de Chriſto. Que avia conſeguido tres glorias haſta entonces deſconocidas en el mundo: la primera, que el que una vez le huvieſſe eſcuchado tronar deſde el Pulpito, perdia el ſabor en el oìdo à otra qualquier eſpecie de eſtilo culto, de modo, que le faſtidiaba aquel floreciente alhago, con que otros Oradores liſongean al entendimiento, ſin batir con el diſcurſo armado ſus rebeldìas al muro. Como ſe hizo obſervar en el mas hermoſo teatro de Eſpaña, ſiendo Borja el Jeſuìta primero, que predicò en la Cathedral de Sevilla, y dexò marchitas en la boca del infelìz Conſtantino todas las flores à la eloquencia. De eſta ſuerte no ſolo dexava Borja impreſſo el deſengaño, ſino tambien el modo. La ſegunda, era un ſingular privilegio de conquiſtar àzia sì todo el reſpeto, y el cariño del corazon mas duro, ſolo con moſtrarſe deſde el Pulpito: con que entraba à dàr el aſſalto teniendo ganado mucho terreno, y las primeras fortificaciones al enemigo: operacion, que ſe debia ſolo al concepto antecedente, que de ſu heroyca ſantidad avia formado el mundo. La tercera, fuè mas digna de el aſſombro, que las lagrimas, que ſacaba à ſus oyentes deſde el Pulpito, no las enjugaſſe luego el viento, como ſuele acreditar la experiencia con laſtima bien ſenſible del zelo todo, llevandoſe frequentemente el primer ayre aquel doliente gemido, que ſaca en un Sermon fervoroſo el deſengaño, ò el miedo; ſino que la punta acerada de ſu diſcurſo ſe fixaba de ſuerte en el pecho, que no ſabia deſprenderla deſpues el tiempo, ni el acaſo, ni aun la arrancaba ſin mucho dolor el alvedrio. Tan valiente arma arrojadiza era el diſcurſo de Borja, templado el azèro en las ondas de ſu llanto: y tan firme el pulſo, que no era meneſter repetir el tiro, que fuè lo que tanto celebrò en una grande eloquencia Quintiliano. El Doctor Lazaro de Soto, inſigne Medico, teſtifica en un Proceſſo, que aviendo eſcuchado en Alcalà al Borja comentar aquel verſo de Jeremìas, donde và mudando en hilo de llanto cada cuerda de ſu cytara: *Migravit Judas propter afflictionem, & multitudinem ſervitutis,* le clavò de ſuerte la flecha, que deſpues de tantos años guardava fixa entre las alas del corazon ſu cruel punta: *La imprimiò*, dize eſte teſtigo, *tan calientemente en el pecho, que ſiendo yo entonces Joven, y aora de mas de ochenta años, toda via la tengo tan viva, y tan preſente, como ſi la eſcuchaſſe ayer de ſu boca.* Prodigioſo tiro de aquel brazo, que por deſprecio apellidava ſus Sermones, diſcurſos de Cazador al buelo!

Manus certa ſemel tantũ telum emittit, incerta vero opus habet mittere centies, ut tandẽ fortuna aliquid feriat. Quintilian.

Predicava un dia en la Capilla de el Duque de Paliano Marco Antonio Colona la converſion, y llanto de la Magdalena, componia el Auditorio toda la Grandeza Romana, ennoblecido con tanta Purpura, y con las principales Damas de Roma: el aſſumpto era la confuſion de una alma encanecida en la culpa. Tanto pecado, dezia, y tan poca penitencia! Quando eſta feliz pecadora no aviendo delinquido mucho tiempo de la vida, pues ſe convirtiò en los Abriles de la edad hermoſa, enſangrentò el cuerpo delicado por tantos años en la penitencia mas aſpera, ſalpicando una à una las cortezas, y los troncos de Marſella! Llegando aqui ſe inflamò de ſuerte el eſpiritu de Borja, que no pudiendo contener toda la llama dentro de el pecho, ſaliò ſubitamente àzia el roſtro mucha porcion de fuego, con eſpanto de el Auditorio, dexandoſe conocer deſde afuera, que ſe ardia por dentro la Caſa. Hallòſe preſente Don Fernando Sillier de Medinilla, que deſpues de muchos años guardava calientes las cenizas deſta llama en la memoria, y en el pecho una penetrante herida, que recibiò de la eloquencia de Borja, ſin que baſtaſſe à cerrarla en la Corte el engaño, ni el olvido, ni la dulzura, con que la mentira alhaga. Sucediò lo miſmo à muchos de los primeros hombres de aquel ſiglo, que abandonaron la Corte, y el Palacio à la voz de Franciſco, retirandoſe deſde alta mar à bien ſeguro puerto. Entre ellos el Señor de Lazcano, herido de una ſaeta bien diſparada del Borja, ſe retirò fugitivo del mundo: deſpues viſtiò un ſaco, caminò à piè, y ſolo en buſca de Franciſco, reſuelto à ſeguir dentro de la Compañia ſu exemplo: ocaſionando no pequeña

admiracion atender aquel eſpectaculo prodigioſo, en que transformaba el deſengaño à uno de los Cavalleros de mas gentileza, y de mas eſpiritu, que hermoſeavan la Gran Corte de Felipe Segundo. Mas Borja no le quiſo admitir en la Compañia, porque ſu exemplo dieſſe mayor eſtampido fuera, y porque la educacion de ſus hijos le neceſsitaba, aviendo quedado viudo en la edad florida. Diòle inſtrucciones con que vivieſſe Religioſo en el ſiglo: y ſu penitencia fuè uno de los prodigios con que acreditò mas ſenſiblemente el Cielo la energia con que predicaba Franciſco, lloviendo fuego ſobre ſu Auditorio, y un diluvio de ſaetas encendidas ſobre el Pueblo. Yà vimos, que Borja en ſus primeros años de Jeſuita mereciò ſer llamado Apoſtol de Cantabria, donde un aſtro le ſirviò de lengua, y ſu razon ſupo introducir el temor ſanto, y el amor divino haſta el pecho deſde el Pulpito, ſin que entraſſe articulada por el oìdo, admirando eſte nuevo dòn de lenguas todo aquel noble terreno: y ſegun depone un iluſtre teſtigo en Don Antonio de Veraſtegui, Capellàn de Honor, y de los Reyes Nuevos de Toledo, es tan grande el fruto, que no ſe caìan las flechas del ſeno al que una vez huvieſſe eſcuchado aquel ſonido, yà que no percibieſſe el concepto; y dezian, vamos à oìr à un Duque Santo, que ha baxado à noſotros deſde el Cielo: y entonces empezaba à llover luz, y lagrimas deſde el Pulpito.

§. II.

NO fueron menos las victorias, que alcanzò ſu lengua, yà en las converſaciones deſde la ſilla, yà por las Aldeas quando caminaba, diſponiendo, ò ſobornando los corazones con la dulzura del trato, y aſſaltando luego el oìdo, donde ſe arrimaba alhagueño, introduciendo haſta el corazon algun valiente deſengaño, el qual ſe calaba haſta lo mas hondo del pecho, y apoſtaba duraciones con el ſiglo. *Sus converſaciones*, dize el Padre Polanco, *parecian truenos del Cielo, y ſaetas de fuego, que herian los corazones con la contricion, y los derretian en lagrimas de verdadero arrepentimiento de ſus culpas.* De eſte modo Borja, quando no tenia ocaſion de peſcar con la red, peſcaba con el anzuelo, y era meneſter, que le rompieſſe el que queria deſaſirle del eſpiritu. Deſeaba, que no ſe predicaſſe, ſino de eſta materia en la Compañia, deponiendo de aquel exercicio al que ſubieſſe al Pulpito à predicar viento, enredandoſe en tantas ſubtilezas el diſcurſo, que (no ſin providencia de el Cielo) ſuele quebrarſe tal vez por muy delgado el hilo, aun ſiendo de oro. Dexò ſobre eſte punto un admirable tratado, en que ſe copiò à sì meſmo: y de verdad, que ſi Tulio huvieſſe ſido Orador Chriſtiano, pudiera tener zelos en eſta materia de la pluma de Franciſco. No queria, que deſde el Pulpito ſe ſeñalaſſen perſonas, ni aun por rodèo, y mucho menos, que ſe hirieſſe ligeramente Magiſtrado alguno: y à los que incurrian en eſte intolerable exceſſo, les apartaba de aquel exercicio, ſin permitir que ſubieſſen nunca al Pulpito, ſino à lo mas en una Aldea, donde eſtuvieſſe bien lexos aquel peligro. Quando reprehendia algun vicio, ò eſcandalo, conſideraba, que hablaſſe ſolo conſigo, y dezia, que de eſte modo ſe inflamaba mas en la reprehenſion el zelo, y ſe apartaba del eſcollo, en que tropezaſſe con algun individuo: y eſta maxima imprimiò en muchos eloquentes Oradores de la Compañia. A los que predicaban con mas eſpiritu, y ſe hallaban veſtidos de aquel talento eſpecioſo, que haze de la voz relampago, los ſublimaba mucho: valiaſe de ſu zelo en las empreſſas de mas gloria, fulminando eſtos rayos ſobre los montes mas levantados de la tierra: y deſpues los ocupaba en los primeros honores dentro de la Compañia. En la converſion de la Gentilidad empleò Borja las lagrimas mas puras, y mas vivas, y embiò tan iluſtres Operarios por aquellas campañas, que blanquearon bien la tèz anochecida à tanta razon inculta, al miſmo tiempo, que combatia ferozmente con las hydras de la Europa, que vomitaban humo contra la Santa Igleſia. Ardia el corazon de Borja en zelo de dilatar la Fè, y de promover la Religion Santa, embiando Apoſtoles por todo el elemento de la tierra, y por el del agua; y los fulminarìa à la region del fuego, y al campo de la Luna, ſi ſe hallaſſen vivientes racionales en aquella azul esfera, como ſoñò el engaño, ò la fabula.

Polanc. tom. 2. fol. 179.

Y porque no podia llegar el ſonido de ſu lengua adonde ſu zelo ardiente llegaba, empezò à deſtilar fuego por la pluma, no ſolo en las cartas à tanto noble individuo, que fatigarian el brazo mas robuſto, y que llevaban calientes las ſilabas à peſar de la diſtancia, y del tiempo, ſino en muchos tratados, que diò à la publica luz, con grande uſura de la piedad, y

del

del deſengaño; pues en cada clauſula dava un bramido, y de cada letra ſalia como de emboſcada un eſcarmiento, ò un afecto abraſado. La fuente de donde bebia tanto noble concepto, era el Coſtado abierto de un Crucifixo, valiendoſe tambien de la valentìa el ingenio, de la erudicion, y del eſtudio, y de las maximas mas ſeguras de la Theologìa, que apoyava ſiempre con todo el Sol en Santo Thomàs. En los Proceſſos depone un teſtigo ſabio, que leyendo un tratado de Franciſco, diò un gran Cavallero aquel dificil ſalto deſde el eſcandalo al exemplo: que por eſſo añade, que ſe tuvo por mayor milagro, que ſi huvieſſe reſucitado un Difunto. Era èſte Cavallero verdaderamente Religioſo, ſin que el trage vizarro diſmintieſſe la profeſsion de ſu noble inſtituto. Avia ſervido con grande reputacion muchas Campañas, y cortando al laurèl las mas verdes, y mas ſublimes hojas: El ſe iba al fuego con tan gallardo eſpiritu, que haſta Marte le tuvo embidia en el campo: y eſtas ſeñas baſtan à que pueda ſer conocido; quando parece juſto embozar ſu nombre en el cuydado. Porque no ſiendo tan devoto, como Cavallero, antes ſiendo muy opueſta ſu vida al inſtituto que profeſſava, avia treinta y ſiete años, que no ſe acercava al Sacramento de la Penitencia. Llegò à ſus manos un Tratado manuſcrito del Borja, y llevado de la curioſidad ſolo, ò de los ruegos de un Amigo, abriò con algun deſdèn aquel pequeño Tratado, por conocer, que ciencia de eſpiritu, ò que doctrina huvieſſe aprendido Borja en los Salones de Palacio, y entre los afanes de Valìdo, (ſi bien tenia alto concepto de ſu valiente deſengaño) y hallò que tratava de el modo mas oportuno de bolver à las ſendas de la vida una Alma deſeſperada, de remedio, y de camino: y de el modo de renacer al mundo un anciano, que fuè lo que preguntò dudoſo Nicodemus à Chriſto: *Quomodo poteſt homo naſci cum ſit ſenex*? Fuè leyendo algunas lineas, aunque pocas, porque empezò luego à borrarlas, ò à torcerlas una grande avenida de lagrimas, que ſalieron como de repreſa de aquel pecho endurecido en treinta y ſiete años de marmol. Pareciòle, que mirava àzia una vanda à un Dios con la eſpada deſnuda, mientras àzia la otra viò un camino abierto la eſperanza, y que le llamava por èl, y aun le conducia el divino Borja. Quiſo enjugar la viſta, y no pudo, porque ſe engroſſavan con nuevo caudal cada momento las vertientes de ſu llanto, y ſalian nadantes los afectos tropezandoſe en los ojos. Eſtava muy diſtante el Borja, y à èl le davan mucha priſa los ſentimientos deſde el alma: fueſſe al Colegio de la Compañia, y preguntò por un Sacerdote, que avia caminado algun tiempo con el Santo Borja; y aviendole hecho relacion del eſtado infelìz de ſu conciencia, ſe diſpuſo à Confeſsion de toda ſu vida, y bolviò el corazon à torcer las llaves à la vena de agua, que avia de ſurtir haſta la gloria. Emprendiò deſpues un methodo de vida, que ſe pudo llamar ſanta, ſin enjugarſe nunca aquellos ojos, que fueron las dos fuentes de ſu dicha, y eſtava vinculado ſu Santelmo, à que no ceſſaſſe la tormenta.

Son muchos los Tratados, que dieron luz à la eſtampa, y ofrecen muchas lagrimas à la viſta: porque ellos nacieron en los ojos de Borja, como en doliente lagrimoſa cuna, y ſus primeros arrullos fueron los gemidos de aquella alma. El primer Tratado es de la confuſion propria, y de las ſendas por donde ſe encamina el eſpiritu à conſeguirla. El ſegundo, contiene la Vida de Chriſto, mojando la pluma en la ſangre, en el ſudor, y en el llanto. El tercero ſe intitula: Eſcala al Paraìſo, y en quatro eſcalones ſolos alcanza haſta el Cielo. El quarto, es un diſcretiſsimo ſabio Coloquio entre MARIA SANTISSIMA, y un Diſcipulo. El quinto, que llamò Reliquias eſpirituales el Santo, engaſta en oro afectos encendidos, que diſponen à recibir el Auguſto Sacramento: y àzia el fin repreſenta un eſpejo limpio à la vida de un hombre juſto, en que ſe dexa vèr haſta el penſamiento. El ſexto, es aquella Expoſicion Sagrada de los Trenos de Jeremìas, de que ſe hizo repetidas vezes memoria; y ſe eſcriviò al ſon furioſo de la tormenta, teniendo los ojos, y los penſamientos en mar alta. Siguenſe luego treinta Sermones, que eſtàn reſpirando el eſpiritu del Dueño: y quien leyere ſus clauſulas, y admirables ſentencias, experimentarà preſto, que aun guardan la coſtumbre de alcanzar victorias. Otro Libro de las utilidades de la Oracion, que ſon tantas, como las de la luz; y de los impedimentos, que embarazan el paſſo à eſte dulze apetecible ſoſsiego. Otro con Meditaciones de la Paſsion de Chriſto, repartidas por las ſiete Horas Canonicas impreſſo en Latin, Eſpañol, y Toſcano. Otro de Meditaciones ſobre los Evangelios del año, todo dividido en dos Tratados, que ſon dos grandes arroyos de profundos ſenti-

timientos. El undezimo inſtruye à un Principe en el feliz governo de ſu eſtado, ò de las Provincias, que rige con el baſtòn ſu alvedrio: Traduxole en Toſcano Vincencio Bundio: y en èl enſeña con alto eſpiritu el horror, que cauſa al Cielo un Principe que bebe el llanto de ſus Subditos, ò Vaſſallos en copa de oro. Un pequeño tratado con un Sermon, ſobre las lagrimas de Chriſto al acercarſe à los Muros de Jeruſalèn: y una inſtruccion, que diſtribuye con orden muſico todos los inſtantes del tiempo, eſcrito en forma de carta à la Abadeſa de Santa Clara de Gandìa. Tal vez eſcriviendo eſtos tratados de fuego el Borja ſe ſuſpendia la mano, ſoltava la pluma, ò ſe la arrebatava alguna inviſſible fuerza, ò la corriente impetuoſa, con que el llanto ſe explayava. A vezes ſuſpirando todo lo que eſcrivia dexò caer el brazo ſobre la meſa, quedandoſe cadaver la pluma, y paſſandoſe à otras Regiones el alma.

Eſcriviò tambien un Colirio eſpiritual, dividido en tres partes de luz, que purifica los ojos à la razon. Dos modos de prepararарſe el alma à recibir la Sagrada Eucariſtia. Un exercicio de el conocimiento proprio por los ſiete dias de la ſemana. Una expoſicion de el Cantico, que entonaron dulcemente aquellas tres Salamandras del horno de Babylonia. Las principales, y mas ſublimes maximas de la Theologia Eſcolaſtica, ſegun el dictamen, y la pluma de el Angel de las Eſcuelas, reducidas ſutilmente à forma de Letania, porque el corazon concurrieſſe al eſtudio acompañando el entendimiento. El dezimo octavo es un exemplar hermoſo, que nos repreſenta Borja en el alma de Chriſto. El dezimonono un exercicio de las tres Potencias racionales, que eſtà texido de penſamientos divinos, y de luzes. El Sermon, que predicò en Valencia, quando vino deſde Roma à Eſpaña. Un tratado con tres conſideraciones, ò reflexiones admirables de Chriſto. Otros fragmentos de ſu pluma, en que inſtruye à un Cavallero Amigo ſuyo en las maximas del Chriſtianiſmo, y del deſengaño. Algunos preceptos dulciſsimos, y bien encendidos, que excitan el pecho al amor de Dios, calentando primero los diſcurſos. Exercicio breve, proporcionado à los que ſe ocupavan en negocios publicos. Aviſos, que allanan la ſenda à la perfeccion de la vida. Remedios, con que el hombre juſto pierda aquel temor indiſcreto à la muerte, que aſſuſta con el temblor el eſpiritu. Un exercicio de la preſencia de Dios continuada por cada hora: con unas advertencias à la Princeſa Doña Juana, ſobre el modo de acercarſe con fruto à recibir la Sagrada Eucariſtia. Otra inſtruccion ſobre la miſma materia. Un methodo de rezar el Roſario con ſingular ternura. Armas, è induſtrias para conſeguir las virtudes mas glorioſas. Modo util de leer las Sagradas Eſcrituras. Otro libro, en que inſtruye en el modo de predicar el Evangelio, digno ſin duda de andar frequente en las manos de los que exercitan eſte miniſterio ſanto. Finalmente, una Carta à la Compañia toda ſiendo ſu Cabeza, en que inſinùa varios medios de conſervarſe en la pureza de ſu Inſtituto, y de mantener el alto eſpiritu, que ſe derribò por conductos de fuego deſde el corazon de Ignacio. Y todos eſtos Tratados ſe dieron à la Eſtampa en diez libros, que traduxo en Latin, y reduxo à un volumen grande uno de ſus iluſtres Nietos. Quiſe referir con eſta expreſsion las operaciones de aquella pluma, porque no las cubra tanto el olvido, y el polvo en la memoria: y porque ſe pueda formar concepto mas vivo del ardiente zelo, que agitava ſu eſpiritu; pues ſiendo uno de los hombres mas ocupados de aquel ſiglo todo, y viviendo arrebatado en ocio divino el tiempo que hurtava al comercio, y al mundo; empleò tantos raſgos de ſu pluma en eſparcir fuego por la tierra, que ardieſſe aun deſpues, que Borja eſtuvieſſe reducido à ceniza: dexando à la poſteridad ſu pluma convertida en ſaeta.

§. III.

ESta caridad, en que ardia el pecho de Borja, apenas le dexava ſoſſegar un rato la vida, robandole ſu quietud qualquiera laſtima, ò deſdicha agena. No ſe lloraron males algunos en el teatro, donde èl vivia, que no paſſaſſen por los ojos de Borja. Por eſſo repetia, que el que quiſiere militar en las vanderas de Chriſto no debe tener ſola una cabeza, unas manos, un pecho, unos ojos, y un eſpiritu; ſino que ha de ſer un belliſsimo monſtruo compueſto de todos los vivientes de el mundo. Las entrañas de amor, y de dulzura, que infundiò el Cielo en el Borja, fueron ciertamente una de las raras maravillas, que ſe han viſto en la Igleſia. Al vèr delante de sì un afligido, quiſiera ſacarſe el corazon, y exprimirle en conſuelo ſobre el que mirava laſtimado. Eſte eſpiritu deſeava, que flo-

floreciesse en la Compañia, y en el Orbe todo: esta era la maxima, en que mas perſiſtian, ſu zelo, y ſu diſcurſo: y parecia aver renacido aleando Fenix en Borja el amoroſo corazon del Amado Evangeliſta. Porque un Rector tratava à los Subditos con aſpereza anublando con ceño frequente la viſta, ſiendo Borja Comiſſario General de Eſpaña, le hizo venir apreſuradamente muchas leguas al Colegio donde el Santo eſtava. Apenas le viò delante de sì, quando le diò una reprehenſion muy ſevera, dictando la blandura, como por reflexion eſta ſeveridad miſma: y luego, ſin dexarle detener un punto, le mandò dàr la buelta à ſu Colegio, añadiendo ſolo: Si eſto ſe os repreſenta duro, mirad que peſo intolerable ſentiràn por todo el año los Subditos (que ſon tambien hijos) en la continuacion de vueſtro ceño? Puede dexar de ſer un inſufrible yugo, no yà impueſto, ſino arrojado ſobre la manſedumbre del cuello? Si os aveis perſuadido, que ſe conſtituye la prudencia por el ceño, vivìs engañado, pues entre todas las eſtatuas de las virtudes ninguna tiene mas ſereno el roſtro, y antes ſe verà un nublado ſobre la frente del Monte Olimpo, que no en la que ſirviere à la prudencia de trono. Saliò lleno de confuſion, y de eſpanto, y encaminandoſe à ſu Colegio, mudò tan ſenſiblemente de rumbo, què fuè una de las maravillas mas celebradas de la eloquencia de Franciſco, y de la dulzura de ſu trato, pues aun con las amenazas, y explicaciones del rigor pegava ſuavidad: ſiendo cierto, que de ningun juizio ſale mas rigoroſamente caſtigada la aſpereza, que de el tribunal meſmo de la blandura. Pacificava Borja los Pueblos, donde reynaſſen odios mas envejecidos, uniendo antes al ſuyo los corazones de todos, y paſſando luego facilmente à unir entre sì los extremos encontrados. Queria, que aprendieſſen los hombres de los elementos, que eſtando por ſu naturaleza, y calidades implacablemente enojados, y opueſtos, dentro del hombre viven ſoſſegadamente unidos.

Andava fugitivo de ſu Patria un iluſtre Eſpañol maltratado de la fortuna, ò de ſu ceguedad miſma en un encuentro, que tuvo con un Pariente cercano de el Borja, en que debiò piſar mucho aquel coto, que preſcriben las Leyes de Cavallero. Mientras eſtuvo caliente la herida, no ſintiò dolor aquella infeliz alma; haſta que ſe enfriò con el tiempo, y fuè calando la razon toda. Siendo verdad, què una injuria duele mas quanto ſe và apartando de ſu origen, ò fuente laſtimoſa: y ſiendo impulſo violento, es mas velòz, y mas impetuoſo àzia el fin de la carrera. Llegò à Roma buſcando los pies de Franciſco, à quien pedia ſolo algun conſuelo ſobre humana, porque la dependencia no eſtava yà en parage de otro remedio: y juntamente le demandava perdon, de lo que torpemente huvieſſe errado. Aqui eſtà el infeliz Don Miguèl, dixo dexandoſe caer en ſu deſaliento, aqui eſtà aquel deſdichado: Ay, y quantas eſperanzas, ſe llevò el viento con aver ſacudido el arbol por el tronco! Ay, quanta poblacion hermoſa cayò derribada en ſu eſtrago en un inſtante ſolo! O què bello Paraìſo talò aquel infame funeſto acaſo, y un engaño lubrico con eſcamas de oro! Tan obſtinado en mi la deſdicha, que ni el viento con impelèr tanto gemido pudo repelarla una hoja. No podrà explicar mi pluma las demonſtraciones, ò exceſſos de la caridad de Borja con aquella doliente alma. El le abrazò repetidamente, le beſaba los pies, y ſe enternecia llorando mucho rato uno, y otro, ſin que pudieſſen romper el ſilencio, ſino con el gemido. Aſsiſtiòle con todo regalo: bolvia à meterle dentro de ſu pecho, y calentava à reſpiraciones ſu deliquio: cada palabra era una epictima oloroſa al corazon de aquel afligido Cavallero, con quien jugava la fortuna, y el mundo. Deziale, que ſolo en el recurſo al Cielo ſe podia hallar remedio en un mal deſeſperado; y ſiendo verdad indefectible à toda la luz del entendimiento, que lo que yà fuè, no puede dexar de aver ſido; avia con todo eſſo un raſtro, que ſino cerrava ſemejantes heridas de el todo, liſonjeava mucho la pena con el aſpecto, y con el influxo. Que yà ſe hallava una yerba, que engendra olvido, borrando los ſuceſſos de modo, que ſolo quedaſſe una confuſion en el lienzo, formando viſos tan encontrados, que ſe deſmentian uno al otro. Que tiene edad limitada qualquiera deſdicha en el mundo. Que ſe avia deſcubierto una piedra filoſofal, con que ſe bolvian los males en bienes, y era la imaginacion de los hombres, dentro de la qual ſe hallava una arte facil de hazer felizes en las miſmas adverſidades: de ſuerte, que en los males, y en los bienes humanos, con ſolo mudar de imaginaciones ſe hazian los hombres infelizes, ò dichoſos. Y al fin que el tiempo era tyrano de las memorias, y las ſepultava entre muchas cenizas.

Mas porque oprimido aquel infeliz corazon

razon de toda una montaña, porfiava en lamentarſe de ſu mala fortuna, bolviò à confortarle Borja: Què? Hèmos de quexarnos de la Providencia con el vano titulo de fortuna? Serà bien ſacar la eſpada contra el grande Jupiter, porque llueve calamidades ſobre la vida? Podrèmos dezirle con voz ayrada, lo que aquel antiguo Poeta, Jupiter, ò ſacadme del mundo, ò yo os arrancarè à vos del Cielo? Diſpuſole à una Confeſsion general de toda ſu vida, derramando en ella tantá alma, que yà le agradecia lo incurable à ſu dolencia, por aver ſido ocaſion de la que ſolo es verdaderamente dicha. Y fuè digno de un grande aſſombro; que aquel corazon, que vivia atraveſſado, ſaliendo por la herida cada aliento, no ſolo ſe apartaſſe de aquellos pies conſolado, y reſpirando ambiente delicioſo; ſino que hallaſſe alivio à un mal incapàz de remedio. Porque ſobre quedar libre de un tyrano en la imaginacion que arraſtrava luto: ſe mitigò tambien la cauſa entregada poco à poco al olvido: de ſuerte, que ſabemos la hiſtoria, mas no el origen, ni el individuo, cuya familia, y nombre ſe enterraron en un ſepulcro ſin inſcripcion alguna, que pueda ſervir de recuerdo: todo à influxo de la interceſsion de Franciſco: pudiendo gloriarſe el Reyno de Valencia de tener otro Abogado de los impoſsibles en Borja.

§. IV.

MAs donde ſu eſpiritu ſe excediò mucho fuè en la aſsiſtencia de qualquiera enfermo: porque aquellas entrañas poſſeìdas de la caridad derretian ſobre qualquiera infeliz ſu cariño, y ſu alhago. Cuydava del mas humilde horroroſo exercicio, de que tal vez ſe deſdeñava el Enfermero. Ni era humildad ſolo la que le inducia à vivir en los Hoſpitales, donde no huvieſſe Colegio; ſino el guſto de vivir entre ſus amados pobres, y de aſsiſtir à los dolientes: El barria los ſalones por la mañana: baxava à diſponer èl miſmo la comida à los que eſtavan mas abandonados de la eſperanza: deſvelavaſe en la limpieza, cuydando de cada enfermo como ſino huvieſſe otro en aquel ſitio. Hazia las camas deſpues con mucha fatiga de aquel cuerpo flaco, y quiſiera mullir aquel potro duro con la blandura de ſu genio. Lavava los pies à muchos cada dia, mezclando yervas oloroſas, y flores en el agua tibia, añadiendo luego ſegundo lavatorio con vino, deſpues de aver enjugado el primero; yà con la tohalla; yà con ſu lienzo miſmo, que guardava como teſoro, y podria mirarſe como reliquia de la caridad del miſmo Santo. Beſava luego los pies, que acabava de enjugar ſu cariño, bolviendo à humedecerlos con el llanto: y curava ſus llagas con rara deſtreza, y alhago. Luego dobladas ambas rodillas junto al lecho, les cortava las uñas con raro acierto, y firmeza en el pulſo, regido de la caridad aquel portentoſo brazo, que pudiera dàr aſſombro al Cielo. Traìa los remedios, que el Medico recetava con tanta diligencia, que no ſe hallò nunca Madre tan amoroſa, ni fuga, ò ſolicitud, que calzaſſe tantas alas à una ſola vida. El Hoſpital de Anton Martin en la Corte de Eſpaña, fuè gran teatro deſtas hazañas del Borja. Avia en èl una muger infeliz, à quien iban yà olvidando la eſperanza, y la Medicina: prorrumpia en unos ayes funeſtos aquella triſte alma, que penetravan el corazon de Borja, embolviendo la compaſsion cada gemido una flecha. Y preguntada repetidamente de Franciſco, reſpondiò, que no le afligian tanto los dolores del cuerpo todo, quanto el horror inmundo que ocupava ſu cabello ferozmente deſgreñado: y Borja paſsò luego à ſer inſtrumento de ſu alivio, porque fuè cortando con grande tiento aquella maleza inculta, por mas que ſe cubria todo de immundicia, ſin que ſe diſtinguieſſe bien el color del mantèo, ni de la ſotana. Pero aun era mas intenſo el cuydado, con que ſe deſvelava en el bien de ſu eſpiritu, derramando dulzura ſus labios ſobre cada doliente lecho. Confeſſavalos repetidas vezes, recorriendolos à todos uno à uno, iba por las camas repartiendo fuego. Diſponialos al ultimo eſtrago con ardiente eſpiritu, embiando delante al ſufrimiento: de ſuerte, que no ſe eſcuchava otro ſuſpiro, que el que ſacaſſe el dolor de ſus culpas de lo mas profundo del pecho. Y muchos abrazaban guſtoſamente la ſentencia empezando à cantar ſu ruìna, y batiendo conformes las plumas aquel enfermo corazon deſde la cama, por mirarſe yà à la margen de un torrente deleytoſo de gloria. Nunca pudieron recabar de aquel pecho amoroſo, que ſe apartaſſe algun poco de la cama, ſiquiera quando fueſſe enfermedad contagioſa, ni que dexaſſe de beſar el horror de las llagas, que curava; antes dezia, ſi Dios huvieſſe tenido aſco de la humana naturaleza hallandola tan laſtimoſamente llagada, huviera quedado precioſamente redimido el mundo? Serà bien, que

yo

yo tenga aſco de las llagas de eſſe enfermo, quando no le tuvo Dios del corrompido sèr humano?

Si tropezaba en la calle, ò en el campo algun infeliz mendigo, no ſoſſegaba haſta ſolicitarle algun ſocorro. Un dia al ſalir de el Colegio viò un pobre caſi deſnudo, acordòſe que le avia embiado poco antes la Marqueſa de Priego un mantèo, que por nuevo le avia deſpreciado: mandò à ſu Compañero, que ſubieſſe por èl al punto, y viſtiò con grande conſuelo al mendigo, añadiendo, que el eſtado de pobreza voluntaria, que avia tomado, no ſe proporcionaba con veſtido nuevo: y que deſautorizaba el deſengaño quien engalanaſſe el cadaver, que conducia al ſepulcro. Apenas diò limoſna, que no exclamaſſe con ardiente anſia: ò quien pudiera ſocorrerte con mano prodiga, haſta poner en cobarde fuga tu deſdicha, tanto que no oſaſſe bolver nunca! Deſde que fuè Marquès de Lombay, propuſo dàr limoſna à quantos llamaſſen por la viſta à las puertas del alma. Siendo Duque de Gandìa, mandò à ſu Mayordomo, que ſocorrieſſe à un pobre, que deſcubriò deſde un balcon à ſu puerta: y reſpondiendo, que avia repartido toda la moneda aquella mañana, ſin que le huvieſſe quedado alguna, el Duque Santo, mal ſatisfecho de la reſpueſta, tomò una fuente de plata, que viò acaſo ſobre una meſa, y le mandò, que fueſſe à venderla, ò empeñarla: advirtiendole, que èl no dava limoſna, ſino que reſtituìa, pues Dios le avia entregado aquellos bienes, porque diſtribuyeſſe entre los pobres todo lo que ſobraſſe à la decencia de ſu caſa. Siendo Jeſuìta, dava de limoſna al ſalir de algun Colegio toda la proviſion, que huvieſſe ſacado de èl para el camino. En Gandìa acoſtumbrava contar de noche la ſuma, que avia de repartir à la mañana, anticipandoſe eſte cuydado; porque no faltaſſe al tiempo oportuno, y porque ſe conſolaba con manejar el ſocorro de tanto afligido, mucho mas que el avariento en poner à la viſta un monte de oro, que bolver à enterrar profundamente en ſu pecho, donde tiene infame ſepulcro. Eſte era el teſoro, que guardava Franciſco en arca de barro, quebrandola al primer impulſo, porque ſe derramaſſe entre tanto mendigo, mientras el teſoro de la gracia le cerraba con candados de bronce en el pecho. Nunca le repreſentava la memoria ſugeto alguno, por quien no hizieſſe fervoroſa oracion luego, flechando àzia la Divinidad un afecto encendido, porque favorecieſſe aquel individuo, que le proponia el acaſo. En un camino, ſiendo Comiſſario General de Eſpaña, ſe deſnudò haſta de la camiſa, por veſtir un infelìz, que alcanzò à vèr reclinado ſobre la tierra: quedando Borja caſi tan deſnudo, como lo eſtava antes el mendigo: y deſta ſuerte tremulo el cuerpo con el frio, y abraſado de amor el eſpiritu, caminò aquel dia todo.

Y ſiendo tan altamente humilde el divino Borja, ſi ſalieſſe oy organizada otra vez ſu ceniza, y animado el Cadaver deſde la Urna, reconoceria guſtoſo, como propria la Congregacion de Cavalleros, y pobres de Salamanca, gran fabrica de una ardiente fantaſia, que ſupo unir extremos tan diſtantes en un compueſto, y dàr vida al monſtruo Centauro, que ſirve à los impoſsibles de exemplo: pues ſe vèn hermanadas la cima del Olimpo, con el valle mas profundo, y eſquadronada la mas iluſtre nobleza, con la infelicidad mas abatida, baxo de una miſma bandera, y formando un cuerpo de batalla, ò no ſino de gloria, de tan diſtantes fortunas ſobre la tierra. Admirable fabrica, ſin duda, y digna de la imitacion en otras Ciudades de Eſpaña! y tambien digna de toda la benignidad en el aſpecto de Borja, en quien concurrieron ambos titulos de aliſtarſe en ella, ò por gran Cavallero, ò por pobre mendigo. Y ſiendo verdad acreditada en tantas plumas, que la ſangre, que iluſtra las venas de tan altas Familias, le compite al Tormes pureza, y claridad à ſus aguas, como terreno fecundo de tanto noble tronco, que no pudo roer la embidia, ni el tiempo, y deſpues de tantos ſiglos reverdece mas culto, haziendo mas ſombra al reſpeto. Y ſiendo juntamente cierto, que tiene tantos diſtintivos la nobleza, que trae haſta en el ſemblante ſu diviſa: con todo eſſo no dexa de ſer bien ſingular caracter de ella eſta inſigne Congregacion de Borja, en que cada mes ſe diſtribuye entre los pobres conſiderable ſuma, acercandoſe todos à la Auguſta Meſa: ſe les inſtruye en la doctrina, y ſe haze una fervoroſa platica; en ſu grande dia ſe reparte mas grueſſa limoſna, y ſe dexa vèr el Cielo derramando lluvia de oro ſobre la mas eſtèril tierra al aſpecto de Borja, que mira con alhago eſte galàn monſtruo, que la piedad, y el zelo ſiempre ingenioſo ſupieròn fraguar en un teatro, donde tira las mas delicadas lineas el diſcurſo.

CA-

CAPITULO VI.

SUBLIME CONTEMPLACION de Borja, en que gyraba extatico ſu eſpiritu lo mas del dia, mereciendo aquel familiar trato con Dios, que celebra la Theologia Myſtica. Dexaſe vèr muchas vezes bañado en luz, y entre reſplandores de gloria. Libra ſu Oracion à muchas almas del Purgatorio, apagando con ſu lluvia el fuego. Pureza admirable de ſu conciencia, blanqueando continuamente el alma por todo el tiempo, que le durò la vida.

§. I.

PAra ſeguir los buelos à la contemplacion de Borja, ſeria acertado arrancar à la Fenix una pluma, ò buſcar una Aguila, que examinaſſe en los ſonidos de ſu luz la viſta, y en ſus gyros una, y otra ala: porque llegò à remontarſe tan alto, que perdido del penſamiento, y del diſcurſo, ſolo le pudo cobrar la admiracion algun rato. El arribò al grado mas ſublime de aquella union afectiva, que empieza ſiendo lazo del alma con la Divinidad hermoſa: y uniendo mas los extremos en cada reſpiracion inflamada, acaba en transformacion divina, que les diſputa el numero à los dos extremos de muy abrazados; de ſuerte, que ſi ſe quiere percibir la diſtincion de los objetos, ſerà meneſter, que ſe valgan los ojos de los diſcurſos. Verdad, que tiene en abono ſuyo el teſtimonio de la Sacra Rota en la Canonizacion de Santa Thereſa, y toda la perſpicàz viſta de la miſma Santa, que regiſtrò bien la altura, adonde llegaba el eſpiritu de Borja, batiendo un Serafin en cada ala, y aun en cada pluma. Luego, que ſe levantaba, poſtrado à beſar tres vezes la tierra, recordando en el polvo una humilde memoria, ſe rebolvia en trono de la Trinidad inefable con adoracion profunda. Levantaba el corazon agradecido al que viſtiò la naturaleza humana, por curar ſu dolencia, y muriò derrotado en un Leño por hermoſear el mundo torpemente denegrido. Dava gracias por tanto beneficio, como confeſſava aver derramado el Cielo ſobre ſu pecho, deſterrado de ſu memoria el infame olvido, que ocupa tanta parte del mundo. (que por eſto ſe debria dàr ſolo la Anacardina al ingrato) Suplicava à Dios con ardiente afecto, empezando yà à deſatar los ojos en algun llanto, que le arrancaſſe quanto antes de la vida; pues la infamaba cada inſtante con la ingratitud de ſu tibieza: y aqui lanzaba un triſte gemido el corazon amoroſo, eſtremeciendoſe dentro del pecho, y arraſtrando la cadena aquel grande priſionero del Amor Divino. Luego dava principio à ſu Oracion ſoſſegada, cavando haſta el centro del Abyſmo en el proprio conocimiento, deſde donde era arrebatado al Empyreo: pues ſiendo maxima bien ſegura en la felicidad humana la que dexò acreditada à la poſteridad Seneca, y la que en cada ſiglo enſeña repetidas vezes la experiencia, que ningun ſitio eſtà mas cerca de lo mas alto, que lo mas profundo: lo es igualmente en la ſenda del eſpiritu, que nada eſtà mas cerca de lo mas profundo, que lo mas alto.

Empezava, pues, à los primeros paſſos de ſu Oracion à perder tierra el eſpiritu elevado del divino Borja, batiendo las alas poco à poco haſta coger buelo, y formando uno, y otro gyro, mas con el peſo del conocimiento proprio bolvia à ocupar el terreno, que avia dexado, forcejando mucho con el viento, y conſigo, ſobre fixar el piè en lo mas hondo. Quando un impetu violento le arrebataba, llegando de un buelo al Empyreo, donde ſe engolfaba todo en aquel grande Occeano, que ni tiene orillas, ni ſuelo. Alli deſcanſava dulcemente en los brazos de ſu amado, pues ni aun oſſaba inquietarle el entendimiento con las reflexiones del diſcurſo: ſucediendo al extatico Borja lo que del divino Hieroteo celebra el Sabio Areopagyta, *erat patiens divina.* El cuerpo quedava tendido ſobre la tierra, el penſamiento eſtava padeciendo el aſſombro de lo que la voluntad gozaba, y el eſpiritu bebia à pechos la felicidad toda en mar alta. En eſta enagenacion portentoſa gaſtava onze, ò doze horas cada dia, repartidas entre la noche, y la mañana, aunque en algunas ocaſiones eſtuvo diez horas de una vez en aquella union amoroſa: ſin que ningun penſamiento, ni el ruìdo forzoſo del comercio humano baſtaſſen à interrumpir tan profundo ſueño. Los que porfiavan en que cobraſſe ſentido, deſiſtian deſeſperados de poder recordar à un difunto. Mas en ſonando la voz de ſu Compañero, bolvia en sì tan prompto, como ſi huvieſſe antes afectado, que eſtava dormido. Sentia Borja, que le obligaſſe tan preſto à dexar el ſeno delicioſo, donde ſolo pudiera arrancarle una impreſsion, ò fuerza caſi infinita en la obediencia: y buelto manſamente àzia èl, le dezia con voz humilde, y laſtimera: *Un poco mas Her-*

mano Marcos un poco mas. Y no oſſando el corazon expreſſar una quexa, quando el Hermano no condeſcendia, la articulava con los ojos, que perdiendo muchas lagrimas formavan ruegos, y quexas, ſaliendo mudas à entriſtecer las mexillas; aunque tal vez ſe ſuſpendieron en medio de la carrera victorioſas, condeſcendiendo por algun tiempo mas el Hermano. Y entonces ſe bolvia impetuoſamente ſu eſpiritu al ſeno de donde le avian arrancado, entrando con los ojos ufanos, aunque mal enjutos aun, en el Cielo.

Fuera deſte ſoſsiego ſe retirava algunos dias cada año, dando todas las alas à la contemplacion ſu eſpiritu en los exercicios de San Ignacio: en que Borja abatìa à las conſideraciones del ſuſto el penſamiento; mas luego ſe remontava ſobre las plumas del Cherubin mas alto, ſin que pudieſſe contener el impetu al buelo. Ibaſe algunas vezes à eſcuchar las Viſperas, y las divinas alabanzas del canto de organo, derramando muchas lagrimas al compàs del inſtrumento: hallandoſe combatida de afectos encontrados aquella grande Alma en la triſteza, y en la alegria, y llorando muſica con dos ordenes de afectos al ſon del arpa. Apenas ocurria ſuceſſo, perſecucion, ó empreſſa, que no pidieſſe Oraciones à toda la Compañia: y fuè ſu zelo el que inſtituyó aquel tributo de Oraciones, y Sacrificios, que cada ſemana ponen en manos de ſu Prepoſito General todos los ſubditos. Aquellas cien genuflexiones al dia, que en imitacion del Apoſtol San-Tiago executava el Borja, las tenia diſtribuìdas con admirable orden, y armonia, ſegun las deſcrive el P. Sachino en ſu Hiſtoria. Dezia, que el grito de la Oracion era tan poderoſo à detener el movimiento concitado de las paſsiones, que gyran en el pecho, como la voz de Joſuè à detener al Sol ſu curſo arrebatado. En ſus Efemerides ſe hallan veinte y quatro elogios de la Oracion, bañados en luz, y en eloquencia. Y añade, que ſe dèn veinte y quatro vezes al dia gracias por las excelencias, que alli deſcribe la pluma. Y era tan frequente la accion de gracias en ſu boca, que andava repitiendo el Cantico: *Benedicite*, mucha parte del dia. Meditava las virtudes de los mas iluſtres Santos de la Igleſia, en continuado circulo de una en otra. Hizo una Letania à los Angeles llena de dulzura, y de armonia propria de los miſmos Angeles, que celebrava. Tuvo familiaridad de Amigo con ſu Angel Cuſtodio, y ſe entendian los penſamientos el Angel Celeſte, y el humano. Viſitava las ſiete Igleſias de Roma con mucha frequencia, deteniendoſe tanto en cada una, como que no acertava à ſalir de aquel ſitio el Alma: ſubiendo de rodillas en San Juan de Letràn la Santa Eſcalera, por donde Chriſto en caſa de Pilatos fuè ſubiendo, dexando redimido un mundo en cada paſſo. Tratava muchas vezes grandes negociados politicos en los Gavinetes, y en los Palacios; pero andavan al miſmo tiempo dentro del alma ſolicitos ſus penſamientos, y los contramandava à tratar otros cuydados ſublimes, y Divinos; mas tan callados, y tan mal entendidos, que no percibian en aquel concurſo el idioma de ſus afectos, ſino hallavan la verſion en los ojos.

§. II.

ERan tan frequentes yà aquellos extaſis, ò raptos, y tan publicos, que ſe admiravan menos, ſi le atendieſſen en Oracion ſoſſegada con algun uſo de los Sentidos en las operaciones de la vida. Quando ſe avia de diſponer alguna coſa en ſu Apoſento, ſe buſcava la ocaſion de que eſtuvieſſe en èl orando, como el tiempo mas oportuno à qualquiera operacion de ruìdo: y verdaderamente era la ocaſion, en que eſtava el Apoſento mas deſembarazado, y en que ſe eſtorvava menos tambien à Franciſco, porque ni eſtuvo capàz nunca de eſcuchar lo que en alta voz ſe dezia, ni el horrible eſtruendo, que tal vez la curioſidad hizo de induſtria. No fueron menos las luzes myſterioſas, las inteligencias, las viſiones, y los conſuelos, ſaliendo ſiempre de la Oracion cargado de trofeos, y enriquecido con deſpojos. Apenas dexò de recabar empreſſa alguna, en que inſiſtieſſe animoſa la confianza, pudiendo llamarſe omnipotente la Oracion de Borja. Entrò un dia en ſu apoſento el P. Geronymo Ruìz de Portillo, eſtando fixo en ſu Oracion el Santo: y (ſegun depone èl miſmo en el Proceſſo) huvo de cegar de oſſado, porque viendole rodeado de un eſplendor exceſsivo, tanto que no dudava jurar, que le avia parecido el globo del Sol, oſsò intrepidamente ſer Aguila aquella vez, y no moſtrar cobardes las peſtañas al golpe de luz. Mas flaqueò la viſta caſtigada de la avenida del reſplandor, de manera, que por grande rato les faltaron eſpiritus à los ojos oprimidos con la abundancia de rayos. Ni fuè eſta maravilla una vez ſola, ſino muchas, pues tambien depone el ſabio Padre Diego de Aya-

la,

la, que caminando en cierta ocaſion con el Borja, y aviendo de ſalir de Berlanga aquel dia, entrò à llamarle, y le viò cercado de una luz intenſiſsima, que ſalia por el ſemblante à veſtir de mucho ſol la cabeza, y el cuerpo de Borja, y à bolver todo aquel orizonte en medio dia, quando apenas avia ſalido la Aurora.

Conſiguiò aquel familiar trato con Dios, que ſe dexò admirar en Moyſes, ſin que desfiguraſſe la copia la falta de reſplandor, ſiendo la frente de Borja aquella cima del Monte, en que ſe diò la Ley. El mundo era un Libro hermoſo ſiempre abierto, en que ſe leìa eſcrito à ſu Amado con letras de oro, ſin que vieſſe flor, monte, ſelva, ò rio, que eſtuvieſſe mudo, porque le voceava todo al Hazedor Divino, y eſcuchava en cada tronco un clarin rudo. Haſta los eſcandalos tocaban à rebato al amor en ſu pecho, ſubiendo por los pecados del mundo à lo mas alto: porque firmava el piè ſobre eſte infame eſcollo; y deſpues de averle hollado, aſcendia haſta el Empyreo. Jamàs perdiò de viſta la amable preſencia de ſu Dueño, aviendo conſeguido aquel intimo trato, que no le puede interrumpir, ni la ocupacion, ni ocio: pues dando alguna atencion à las dependencias del mundo, y de ſu eſtado, le quedava libre mucha alma, que ocupar en aquel exercicio amoroſo, dividido en dos pedazos de eſpiritu. Aunque las mas vezes ſe recogia todo àzia el pecho, porque la mayor parte del alma arraſtrava àzia sì la que andava eſparcida por defuera. Eſtava embebido todo en la Divinidad el penſamiento, como lo eſtà la eſponja en el Occeano, y en la fragua el yerro mas encendido: pues lleno, ò penetrado de Deydad todo, apenas reſpirava ſino Dios ſu pecho. Si ſe hablaſſe de Dios delante de Borja, ſabian, que era robarle por algun tiempo la vida, y dexarle convertido en eſtatua. Como tambien ſi ſe hablava de alguna materia inutil en la viſita, pues no ſiendo diſcrecion embarazarla; dexava el cuerpo ſordo, y paſſava à otros climas el eſpiritu: teſtimonio que dà el Padre Dionyſio Vazquez, diziendo: *Eſtando yà en la Compañia le acontecia muchas vezes hallarſe en platicas, y converſaciones de ſeglares, y en ellas traſportar los ſentidos de manera, que no parecia, que ſe hallava preſente mas que ſu figura corporal, porque la imaginacion, y el eſpiritu avian bolado muy lexos: y aviſandole noſotros, que miraſſe, que aquel enagenamiento ſe echava mucho de vèr, y que los Señores, que eſtavan preſentes penſavan, que era no hazer dellos caſo, reſpondia, no hablen ellos coſas impertinentes, y yo las oirè, y reſponderè.* Haſta aqui el Padre Dionyſio. A los ultimos años en que eſtava mas voraz el fuego, y mas deſprendido el eſpiritu, era fuerza llevarle muchas vezes en brazos à ſu Apoſento, porque hallavan extaticamente difunto aquel cuerpo frio por las Capillas, y claraboyas del Colegio, y en un retrete, que avia fabricado ſobre la Igleſia vezino al Altar Mayor, cubierto con una eſtrecha zeloſia, donde lloraſſe con poco regiſtro el alma. Otras vezes ſe traſportava de modo, que quedaſſe en ademàn de vivo, y con accidentes de deſpierto; eſtando en la verdad enagenado, y dormido el fondo: porque al miſmo tiempo que llamava àzia el ſemblante la atencion de los ſentidos; hazian una contramarcha ſecreta ſus penſamientos. Hallavaſe un dia en ſu Apoſento con Don Gutierre Carvajal Obiſpo de Plaſencia, que iba muchas vezes por edificar el alma con la viſta de Borja, mientras ſe regalava el oìdo, y calentava el pecho con la dulzura de ſu trato. Y recogia ſubitamente todo el eſpiritu, ſe eſcapò del cuerpo, de ſuerte, que olvidado de la viſta, de sì, y del mundo, ſe levantò de la ſilla encendido el roſtro: y ſin hablar, ſe fuè lentamente baxando haſta la Porteria en accion de acompañar al Obiſpo, que dexaba en ſu Apoſento. El qual con el Padre Araoz (que ſe hallò preſente à todo) quedò entre riſueño, y admirado, y no quiſo embarazar aquel dulciſsimo embeleſo, con que ſe movia la grande eſtatua del deſengaño, ſin tener entonces otra ſeñal de vivo, que el movimiento.

Andava yà tan abſtracto, que apenas tenia comercio conſigo, ni ſe comunicavan el alma, y el cuerpo: con un admirable divorcio, mientras la muerte tardava en romper el nudo. Viòſe un dia preciſado à entrar en una Carroza con otros Cavalleros, y diſparandoſe furioſamente con no sè que ruìdo los Cavallos, puſieron en grande peligro las vidas de todos: porque corrian tan violentos por los precipicios, que perdiò tambien el rumbo haſta la eſperanza de enfrenarlos. Sonava una triſte confuſa vozeria de la gente, que mirava aquel expectaculo con laſtima; y eſte miſmo eſtruendo daba nuevo motivo à la ruìna, y à la furia. Saltaron todos los que iban dentro de la Carroza por ſalvar la vida, con la prevencion deſeſperada de arrojarſe al mar zozobrando en mucha tormenta la barquilla. Solo Borja ſe

que-

quedò ſereno dentro del corazon del rieſgo, porque eſtava tan fuera del ſentido, no yà con el ſuſto, ſino con un buelo mucho mas arrebatado, que lo iba la Carroza entre tanto baybèn furioſo; que ni percibiò el eſtruendo, ni ſintiò los golpes de aquel movimiento precipitado, ni ſupo, que los cavallos huvieſſen negado la obediencia al freno, y ſacudido de ſus eſpaldas un dueño, y otro. Antes fuè meneſter informarle del ſuceſſo, como al que avia eſtado en Paìs bien diſtinto. Y ſi Borja fueſſe dentro de la Carroza d[illegible]da, en que ſonò la fabula, que Faetonte arraſtrò al Sol, deſpeñò al dia, y embolviò en humo toda la maquina hermoſa haſta mudar en carbon la faz del quarto Planeta; no ſentiria el formidable horror, y eſtruendo pavoroſo, con que ardìa, ò ſe deſpedazaba el Univerſo, engolfado altamente en aquel ſeno profundo, donde no percibe el oìdo, ni el eſtrago mas laſtimoſo, ni aun la ruìna fatal del Cielo.

§. III.

LA frequencia ſiempre extatica de eſta contemplacion ſubida dilatando ſu juriſdiccion por treinta y tres años la experiencia, hizo à Borja uno de los Varones mas ſabios en eſta ciencia myſtica, que como à tal le apellida la Sacra Rota con el renombre de Gran Maeſtro de la vida contemplativa. El Doctiſsimo Padre Salinas, depone eſta verdad como irrefragable en el dictamen de todos los hombres ſabios, que le atendieron mas de cerca. Hallava ſingular conſuelo en verſe reducido à la cama, pues de eſta ſuerte tenia libre todo el dia, en que apacentar el alma, no interrumpiendo la oracion, ni el mal, ni el remedio, ni el ſuſto, ni aun apenas el ſueño. Por eſte motivo guſtaba tambien de caminar, aunque fueſſe en la eſtacion mas rigoroſa del año, como yà ſe dixo, dexando que conduxeſſe la mula à ſu arbitrio un cadaver elado, mientras el eſpiritu ſe remontaba ſobre las plumas de el viento, olvidado del cuerpo, que peregrinaba yerto, y ſolo. Guſtaba mucho Borja de tratar dentro de caſa con los que reconocia mas entregados à una oracion continua, deſeoſo, de que pegaſſen eſte fuego ſanto en los demàs de la Compañia, y que florecieſſe eſte eſpiritu en ella, que tanto importa à la converſion de las almas, pues es la unica aljaba de las ſaetas, y à eſtos empleaba en las primeras ocupaciones de la Provincia. Rogava con lagrimas à los Predicadores, y Miſsioneros, que llevaſſen al Pulpito bien calientes en prolixa oracion los diſcurſos, y ardiendo el alma, porque el ayre articulado en alta voz fueſſe llama ſonora. Deſataba ſu eloquencia en elogios de la vida mixta, que excede à cada una de las otras dos ſola, como el todo à cada extremo ſuyo; mas comparando el uno con el otro, dezia, que la contemplacion era la Raquèl hermoſa, à quien ſe debia entregar la mas noble ſangre del alma, y el corazon ſu ala derecha: que aunque Lia era fecunda, no era eſteril en Raquel la belleza, ni padecia todos los accidentes de Roſa, pues en dos hijos ſolos Joſeph, y Benjamin avia dado à luz al amor, y al conocimiento, que eran los dos ~~mas~~ amables objetos, y mas felices partos, en que deleytaba Jacob ſus ojos. Que la ſolicitud de Marta, ſino ſe acompañaſſe con el ſoſsiego de Maria, era un afán, en que ſe derramaba ſecamente la vida, faltando el jugo à las operaciones del alma, que las mas vezes ſembraba por eſſo en la arena.

Su Oracion unida con ſu llanto fueron una grande nube, que derramò conſuelos ſobre el Purgatorio, apagando aquella hoguera, que el ſoplo de la ira encendiò en caſtigo, yà con el fuego amoroſo, extinguiendo un fuego à otro fuego, yà con la lluvia de ſus ojos, que fueron dos perennes bien-hechores de aquel ſitio. Eran muchas tropas de almas las que libertaba de aquel honrado calabozo à las delicias de el Paraìſo. Y quiſiera meter entre las llamas la mano por ſacar alguno del fuego, aunque fueſſe à coſta de reducir à paveſas el brazo: mas entrava ſu gemìdo, que nunca bolviò ſin conducir atado al ay un priſionero, caminando por el viento con eſte triunfo. El miſmo Borja confeſsò al Padre Nadal en confianza, que eran muchas almas las que avian venido á ſu preſencia en buſca del agua, que en ſu llanto corria, y porque las ſacaſſe de carcel tan dura, donde es igual tyrano, que el fuego, la eſperanza, y haſta la miſma gloria atormenta en el deſeo impetuoſo de volar à tan feliz Patria. Y añadiò, que eran muchas tambien las que avian bañado en reſplandor ſu viſta, paſſando à la gloria, ſin rodear por ſu Oratorio à darle gracias de averlas librado de la llama: y batiendo plumas ſe emboſcavàn en la region de la dicha, dexando algunos raſtros la felicidad en el pecho, en los ojos, y en el olfato.

Tuvo finalmente Borja dòn de lagrimas tan continuo, y tan prodiga-

mente caudaloſo, que apenas viò ſerenos ſus ojos con algun Iris deſpues que empezò eſte diluvio. Eran tan frequentes ſus lagrimas, que dexavan ſurcos en las mexillas, limando la continuacion de una gota ſus rebeldìas à una piedra, y deſmoronando la caſa una gotèra. A que ſe añadia ſer tan calientes, ó tan abraſadas, como ſi el corazon ardiendo arrojaſſe por los ojos las cenizas, dexandoſe el amor tambien conducir de las aguas. Mas corrian tan ſoſſegadamente, y tan ſin ruìdo las ondas, como las de Siloè, que ſe precipitan ſiempre calladas: ſin que padecieſſe tormenta el roſtro, ni ſe vieſſe obſcuro el Cielo. Eſperavan algunos, que puſieſſe fin à ſu llanto Borja, para hablarle en alguna dependencia; y era parecerſe al necio, que à la orilla de un Rio aguardaba à que acabaſſe de correr por paſſar luego à piè enjuto. Fuè à vezes tan copioſa la lluvia, que eſtuvo à peligro de llorar tambien la viſta tràs de el agua; y Borja quiſo antes exponerſe à perder los ojos, que no à cegar los conductos. Fuera de que las mas vezes no era dueño, ni aun deſangrar las corrientes à ſu llanto, pues aviendo torcido la llave algun afecto encendido; no podia bolver à doblarla el miſmo fontanero.

§. IV.

DIſpuſo Borja ſu eſpiritu à recibir tantas lluvias, y regalos del Cielo, no ſolo arrojando de sì todas las grandezas del mundo, y ſacudiendo de el ombro tan inutil peſo; ſino arruynando aun dentro de la memoria todas las imagenes de la tierra; y arrancando de ſu corazon los afectos humanos, y las eſperanzas una à una. Y aſsi le llenò de divinidad todo aquel immenſo vacìo de aquel dilatado Templo, à quien ſirviò de lampara un Aſtro. Todo el deſvelo de Borja fuè la pureza de la vida, y blanquear intenſamente la inocencia. Y ſiendo verdad indefectible la que nos dize la Sabiduria, que es un banquete eſplendido, y continuo la buena conciencia, mucho mas opulento, que el que con immenſo aparato diſpuſo Neròn en Roma, Franciſco hallaba los manjares mas delicados en eſta Meſa, alimentandoſe continuamente el alma de la luz mas pura. El fondo de aquella conciencia eſtaba bañado en claridad hermoſa, y ni la caſa de un ſigno, en que entra el Sol, pudo eſtàr mas veſtida de pureza. Reconciliabaſe indefectiblemente dos vezes al dia, una à la mañana, y otra antes de recogerſe à tomar algun ſueño: y ſi formaſſe alguna reflexion delgada el eſcrupulo, de que avia excedido ligeramente en algun acaſo, ò que ſe huvieſſe divertido un poco, vagueando un inſtante el penſamiento al dàr principio à un Pſalmo, iba à confeſſarſe al punto, no hallando los Confeſſores materia baſtante à la abſolucion de aquel inocente reo. El miraba ſiempre abiertos aquellos grandes ojos de la Providencia dentro de ſu alma, que ſe rebolvian à una parte, y à otra, obſervando todos los movimientos de ella. No ſolo examinava dos vezes al dia ſu conciencia, ſegun la practica de la Compañia (que deſtina à tan importante exercicio media hora) paſſando à ſer fiſcal ſevero del mas imperceptible atomo, que regiſtraba aquel perſpicàz iluſtrado penſamiento, y cotejando un dia con otro, llorando ſiempre mucho lo poco que caminaba à lo que retrocedia ſu eſpiritu. Sino que cada hora formaba una breve reflexion ſobre ſu conciencia, examinando à mucha luz eſta Aguila, ſi la intencion fueſſe la mas pura, ſi las operaciones, y paſſos de aquella hora huvieſſen declinado algun punto de la real ſenda, que el amor le ſeñalaba: y calandoſe la viſta à lo mas hondo del ſeno, con ſolo bolver acceleradamente los ojos à reconocer ſu nido. Renovaba ſu eſpiritu cada dia, comparandoſe à un tronco anciano en la ſelva roìdo de la edad, y de la carcoma, que neceſsita de renovarſe en el cuydado, y con algun enxerto, pidiendo un ramo del Arbol de la Cruz de Chriſto; porque ſino amenazaba fatal ruìna, ocaſionando mas ſuſto, que ſombra à los que ſe arrimaſſen à ſu piè en la ſelva. Deſta ſuerte renobava ſus plumas eſta Aguila con el nuevo Sol, que por inſtantes bebia: de eſta ſuerte iba peynando mas por momentos ſus alas el corazon de Borja, que nunca las avia manchado gravemente en el borròn de una culpa, ni ſiendo Joven amoroſo, dueño deſpotico de ſu alvedrio, ni ſiendo Corteſano, y Palaciego, ni manejando las riendas de dos mundos, como Valido de Ceſar victorioſo. Ni aviendo paſſado por toda la variedad de eſtados, honores, contingencias, y ſuceſſos, que ocurren en las rebueltas de eſte gran theatro del mundo, y pegan ſu inſtabilidad al corazon humano.

De eſta reflexion paſſaba cada hora con increìble velocidad à recorrer cada virtud de por sì; porque anduvieſſen acordes todas, paſſando la mano,

ño, ò el penſamiento dulcemente ſobre las cuerdas, por vèr ſi ſonaban deſtempladas algunas. Mas no puede repreſentar la pluma eſta admirable pureza de Borja con teſtimonio mas bien colorido, y mas ſeguro, que el que dà ſu Confeſſor el P. Dionyſio, que dize aſsi: *Procuraba la pureza, y limpieza de ſu corazon, como quien por premio della eſperava la viſion de Dios; y para alcanzarla mas perfectamente, ningun dia paſſaba, como en ſu Vida lo contamos, ſin examinar muchas vezes la conciencia, y confeſſarſe ſacramentalmente à lo menos dos vezes; una para dezir Miſſa, ò para comulgar (quando no la podia dezir) y otro para ir à repoſar la noche: y en eſta nunca avia quiebra. Y en qualquier hora del dia que ſintieſſe ſu temeroſa alma un minimo reparo, luego ſin eſperar à la confeſſion de la noche iba al apoſento de ſu Confeſſor, y ſe reconciliaba: y las culpas eran tales, que yo, que lo confeſsè en Eſpaña, y en Roma mas de nueve años, puedo delante de N. Señor, afirmar, que en todo eſte tiempo, no ſolamente no vi en ſu conciencia ſombra de pecado mortal, pero ni de coſa, que claramente entendieſſe ſer digna de reprehenſion, como fuera una liviana, ò jocoſa mentira, una diſolucion en las palabras, un deſtemplarſe en el comer, ò en el beber, una palabra de jactancia, una murmuracion liviana de el proximo, ò coſas ſemejantes. No quiero por eſto dezir, que no pecaba venialmente, que bien sè, que ſiete vezes cae el Juſto cada dia, y que no ay hombre, quo no peque, y que en muchas coſas ofendemos todos, y que ſi dixeremos que no tenemos pecado nos engañamos, y faltamos à la verdad. Y que tiene trabajo el hombre por mas limpio que ſea, ſi Dios le juzga en el rigor de ſu juſticia, y no en la manſedumbre de ſu miſericordia: pero quiero dezir, que nunca le conoci culpa, que en mis ojos lo fueſſe claramente, y para mi era evidencia de ſu continua Oracion, y preſencia de Dios, que moraba en aquella alma, vèr quan delicada, y ſutilmente peſaba los penſamientos, y los movimientos de ſu corazon, y que la eſcobilla del examen de la conciencia no ſe le caìa de la mano, como hombre, por cuya alma entraban los rayos claros del Sol de Juſticia, que le moſtravan los atomos, y delitos de las imperfecciones: y como quien entendia, quan delicada era la viſta de Dios, y quan ſutil el peſo de ſu juſticia, y que los Cielos no ſon limpios delante de èl.* Eſte es el teſtimonio de aquella pluma en la diſcripcion de la pureza de Borja, què parecia tener diafano el corazon, ſegun le penetraba por todas partes la luz, porque diviſſaſſe haſta los atomos mas ſutiles, y vieſſe tambien, ſi ſe avia empañado el criſtal.

CAPITULO VII.

RIGOR CRUEL, Y AUN TIRANÌA, con que maltrataba ſu cuerpo el Santo Borja haſta piſar ſus limites à la prudencia, inventando ingenioſamente nuevos artificios, con que martyrizar la vida: ſiendo ſu primer deſvelo la mortificacion de los ſentidos, y de las paſſiones del alma. Y conſervando con eſta aſpereza inculpablemente pura la honeſtidad hermoſa, haſta acreditar el Cielo con un portentoſo milagro ſu modeſtia.

§. I.

Siempre fuè atendida como ſoſpechoſa la Oracion, que no vive hermanada con la penitencia, no pudiendo tomar buelo ſeguro una ala, ſin que ſe mueba à compàs la otra, porque ſube expueſta à ſer fabula, y à que el viento ſea theatro, ò teſtigo de ſu ruìna. Avia impreſſo eſta maxima tan altamente el penitente Borja, que ſi ſe hablaſſe de algun hombre de eſpiritu, dezia luego: *Serà aſſi, ſi es mortificado, y lo ſerà mucho, ſi es muy mortificado.* Con eſta maxima, y con algunas viviſsimas conſideraciones que formaba, ſe inflamò contra sì meſmo en tanta ira, que paſsò à ſer tyrano de ſu cuerpo, y aſſolò aquel galan edificio, que la naturaleza robuſtamante avia fabricado, no dexando piedra ſobre piedra en ſu Templo. Repreſentabale con gran viveza ſu fantaſia un infeliz, que ſe hallaſſe atado à una cadena, ò dentro de una gruta con un fiero Leon, deſgreñada en horror la crencha, ſangrienta la boca, y eſtendida la garra: con què anſia deſearia, que la piedad le abrieſſe ſenda à la fuga, ò rompieſſe la cadena? Y ſi ſe hallaſſe con puñal, ò eſpada, con què deſvelo la tendria ſiempre en la mano, vigilante à los aſſaltos de tan feròz cercano enemigo? Se entregaria al ſueño, y al deſcuydo? Embaynaria la eſpada confiadamente en el ocio, ò la dexaria pendiente del olvido, eſperando treguas de una fiera hambrienta, y ſañuda, que hallaba tan vezina à la garra la preſſa? Tendria por enemigo de ſu vida al que empleaſſe el brazo, y la eſpada en atraveſſar la fiera, al que abrieſſe la gruta, ò fueſſe mordiendo la cadena con la Lima?

Tal es mi cuerpo, y mi voràz apetito, que excede en fiereza al Leon mas brabo, ni dexa de eſtàr mas vecino, que lo eſtà en el exemplo: pues ſerà bien dexar caer la eſpada de la mano? Serà juſto deponer las armas, y reclinarme blandamente ſobre el eſcudo à tomar el ſueño?

Aquel poco tiempo, que Danièl eſtuvo encerrado con un Leon, no fuè un prodigio del brazo poderoſo, que no ſe lloraſſe deſpedazado de tan formidable bruto, que en cada rugìdo forma un trueno? Pues quien podrà vivir ſin mortales heridas tiempo largo, eſtrechado intimamente con tan cruel enemigo ſin algun milagro, que ſe disfraze en un valiente ſocorro del Cielo? Con què atencion agradecida mirò Danièl al Angel, que puſo à la fiereza una mordaza en là boca, mas fuerte, que el Peñòn con que ſe cerraba aquella gruta? Y mirarè yo como à fatal emulo al que me enfrena, ò caſtiga con duro rigor el cuerpo, ſiendo un Angel, que viene en ſocorro mio? O què engaño èſte tan laſtimoſo, tan ciego, y tan apoderado de la mas noble parte del mundo! Deſta reflexion nacia aquella anſia de que ſe rompieſſe la cadena, que le mantenia atado à la vida, y à la fineza mas ſañuda, llamando con alhago à la muerte que rompe ſus eslabones con un ligero golpe de ſu guadaña. Y no podia dexar de admirarſe mucho de que ſe temieſſe tanto eſte forzoſo enemigo, que viene à dividir el alma del rieſgo. Conſolabaſe no poco quando los accidentes terribles, las enfermedades, y los golpes iban batiendo aquella muralla ruinoſa, y deſeaba, que acabaſſen de deſtrozarla con violencia, aunque fueſſe meneſter eſtrellar la vida contra una roca. Llegò un dia tarde à la meſa, y el Hermano, que ſervia, quebrò un vaſo con la fuga: doblò luego la rodilla à pedir penitencia, monſtrando alguna turbacion deſte ſuceſſo: mas Borja riſueñamente le dixo, levanteſe Hermano, que no deſea otra coſa mas ardientemente mi eſpiritu, ſino que ſuceda lo miſmo con mi cuerpo. Por eſte motivo imitaba veinte y quatro vezes al dia la poſitura de Crucificado, y ſe contemplaba en el poſtrer aliento, boqueando el corazon en el ultimo ſuſpiro.

No era menos eficàz, ni menos viva la ſegunda reflexion al aſſumpto de Borja. Conſideraba el eſpiritu dentro del cuerpo no deſemejante al horno, que en Babylonia encendiò un tyrano, y aqui le daban fuego tres tyranos juntos en el Mundo, là Carne, y el Demonio. Paſſaba luego à otra comparacion hermoſa (que aplicaba tambien à la utilidad de las reglas de la modeſtia) y era concebirſe ſolo en una campaña cercado de crueles enemigos con la eſpada deſnuda: y armados tambien de ira, è inſolencia: y que eſtando vecino à ſer victima deſangrada, llegaſſe un eſquadron en ſu defenſa cerrando con aquella tropa enemiga, haſta ponerla en cobarde fuga mal herida, y rota: con què afectos de toda el alma agradeceria eſta defenſa? Serìa juſto mirar con ceño à quien debì ſocorro tan esforzado, y tan oportuno? Pues eſtos ſon yà los males, yà los ſuceſſos triſtes, yà los hombres, que afligen el cuerpo con la perſecucion, y con el cuchillo. Ultimamente ſe conſideraba arrojado triſtemente al infierno: y deſpues eſcuchaba la voz de un Angel, que le comutaba aquel infeliz tormento, en què padecieſſe todos los males, de que es capàz el ſentimiento humano, reducidos à un terrible compendio, en que ſe deſtillaba la ſubſtancia de quantas deſdichas ſe han padecido, y padeceràn en el mundo. Recibia eſta ſentencia con tanto gozo, y tan vivo reconocimiento, que quando deſpues ſentia algun dolor intenſamente agudo, le miraba como alhago, y le abrazaba eſtrechamente conſigo. Llegò à dezir que deſeaba con impaciencia padecer un infierno en eſta vida, que ſe pareciеſſe al de la otra en la intencion ſuma de la pena, y en no tener eſperanza de ſalir de èl haſta que ſacudieſſe el eſpiritu de la tierra. O valiente oſſadia de un alma! Y gallarda explicacion del eſpiritu de Borja, ſacada de ſu lengua, què no conociò al hyperbole, ni aun en la fantaſia! Eſtas reflexiones eran aquellas viviſsimas eſpuelas, que incitaban continuamente à Franciſco à que enſangrentaſſe el cuerpo, y humillaſſe con el caſtigo el orgullo deſte tyrano. Si bien fueron tan crueles los achaques, y tan agudos los dolores, que padecia, que llegò à parecer ſevicia fieramente inhumana, y otra eſpecie de tyranìa reflexa añadir martyrio voluntario, y azotar un cadaver, ò por lo menos un cuerpo moribundo, que en bien dèbil reſpiracion ſe diſtinguia de un eſqueleto. Pudiendo compararſe en algun modo con aquel tyrano de Atenas, que oſsò hazer tributario à cada difunto, imponiendo una medida de cebada ſobre cada muerto.

Aſſaltaron continuadamente ſu incontraſtable paciencia los dolores arteticos con tanta furia, como ſi la Providencia huvieſſe añadido nueva rabia

al dolor de gota. Juntabaſe con eſte inſufrible mal el del corazon, que ſe deſpedazaba con tan rabioſa eſpecie de violencia, que cauſaba eſpanto en quien le miraba, y pudiera derretir en compaſsion una peña. Hallandoſe tan doliente el Principe de aquella Monarquia, andaba confuſo, y traſtornado el orden armonioſo de toda ella: deſunida la trabazon de cada elemento, y derrotado enteramente aquel breve mundo, donde no ſe hallaba flor, ò tronco ſin doliente gemìdo, errante el vulgo todo al vèr cadente, y mal herido ſu noble dueño. Deſta fuente laſtimoſa naciò aquella fatal melancolia, que arraſtraba tinieblas por el alma, anochecida horroroſamente la razon toda, y no batiendo el corazon pluma, que no ſe movieſſe funeſta. Y como ſi fueſſen cobardes eſtos accidentes, ſe añadieron otros habituales, y no menos terribles: porque aquella piel, que dexò vacìa el rigor de la penitencia, deſde Cataluña, ſe inchaba cada dia ocaſionando en el eſtomago intolerable fatiga, y una violencia, que à modo de uracàn, encerrado el viento, eſtremecia la vida. Eſtos males eran domeſticos de Borja, recreciendoſe no pocos yà originados en la miſma cauſa, yà en los incidentes, à que vive infelizmente ſugeta la naturaleza humana, donde apenas ſe halla paſſo ſin peligro, ni reſpiracion ſin que la acobarde un ſuſto. Quando mas apretaba ſus cordèles la furia, ſe eſtaba cantando dulcemente Borja, burlandoſe de la deſdicha, y jugando con los males deſde la inocencia. Solo hallaba un ay, no que ſe ocupaſſe en ſentir lo que padecia; ſino en que no le hallaſſe digno de padecer mas la Providencia: un ay, que explicaba ſolo el dolor acerbo de no hallar mas que padecer, inſaciablemente codicioſa de tan triſte caudal aquella alma. El ſe ponia ſiempre de parte de los males contra ſu cuerpo, y peleava entre la muchedumbre contra uno ſolo, y como eſcrive diſcretamente el P. Dionyſio: miraba los dolores como Alguaciles del Juez Supremo, y ſacando la eſpada pueſto à ſu lado contra ſu cuerpo, parece que clamaba: Favor à la Juſticia Divina contra eſte feròz enemigo. Oprimido fuertemente de eſta muchedumbre de males, y dolores agudos, ſe encaminaba à viſitar los Colegios por los tiempos mas rigoroſos, penetrado de los frios, y del impetu de los vientos, y calado tambien de la lluvia: y entonces aquella grande alma iba ardiendo en deſeos de no tropezar otro albergue, que una Venta, donde el duro ſuelo fueſſe ſu catre regalado, y ſe enjugaſſe el veſtido en el cuerpo: condeſcendiendo no pocas vezes la Providencia con eſtas anſias de Franciſco. Quando ſe hallaba elado, y tremulo en la aſpereza mas cruel del tiempo, buſcaba algun ſitio oportuno, y ſin regiſtro, donde ſe ſalia à que la nieve, el yelo, y el ayre ſañudo cebaſſen libremente ſu colera toda en aquel cuerpo deſabrigado. Y eſtaba ſu corazon dentro de la nieve ſuſpirando bolcanes de fuego, qual hidra, ò monſtruo, que arroja llamas deſde el yelo. Lo miſmo executaba en lo mas ardiente del Eſtio, examinando la fuerza de el Sol rayo à rayo, no yà con la viſta, ſino con el ſufrimiento, y queriendo hazer tambien victima material del ardor abraſado aquel tronco ſeco. Gozabaſe tanto en hallarſe furioſamente combatido del rigor del yelo, ò de la fuerza de el Sol por el Agoſto, que ſe deleytaba en dezir à ſu Compañero: ò lo que nos favorece aora el Amigo! Apellidando aſsi al que le fatigaba el cuerpo, ò eſtremeciendole con el temblor del frio, ò derritiendole todo à fuego lento, ſiendo martyr del temporal rigoroſo.

§. II.

NO quedaba ſatisfecha la ſaña de el penitente Borja con el rigor de eſta aſpereza, pareciendole freno poco duro, y no ſuficiente à domar la inſolencia de un rebelde apetito. El ſe miraba fronterizo de sì proprio, y no queria arrimar la eſpada, ni deſembarazar el eſcudo, ni aſſegurarſe en poca defenſa; antes doblaba la guarnicion al caſtillo, temiendo ſiempre algun rebato, y algun infame tumulto del Pueblo (que eſte nombre merecen las paſsiones en el reynado de el entendimiento, y del alvedrio.) Uſaba con exceſſo del caſtigo voluntario, paſſando de ochocientos golpes de diciplina ſangrienta, y tomando tres cada dia, no ſolo en los primeros años de Jeſuìta en Eſpaña, ſino ſiendo yà General de la Compañia, quando el cuerpo flaco era una ruina laſtimoſa, el edificio un eſtrago del tiempo, y un deſengaño à todo lo caduco. Voceaba el Hermano Marcos deſde la puerta, poniendo algun limite à la tyranìa, y eſcuchaba eſte Oraculo con tanto reſpeto Borja, que ſino alcanzaſſe con el llanto alguna dilatacion à ſu martyrio, arrojaba al punto las armas al ſuelo, rindiendo los deſpojos, y ce-

diendo el Campo. Vertia tanta ſangre en cada diciplina, que ocaſionaba aſſombro, y laſtima reconocer las paredes de el apoſento de Borja. Hablando en Oñate con el Padre Antonio de Cordova, que deſeava merecerle alguna confianza ſobre el punto de ſu penitencia rigoroſa, le reſpondiò, que llegaria ſin conſuelo à la Meſa, ſino huvieſſe tomado aquella mañana una buena diciplina. Y que moriria con ſumo deſconſuelo de toda el alma, ſi le arrebataſſe la muerte en dia, que no huvieſſe hecho alguna penitencia. Con eſta crueldad continuada rompiò las eſpaldas de manera, que por eſpacio de treinta años las tuvo convertidas en una llaga, haſta pudrirſe la carne con grande rieſgo de la vida: y la curacion era veſtirſe un ſilicio ſobre la llaga freſca, que fueſſe mordiendo poco à poco la carne mas viva. Y el que apellidaba à ſu cuerpo con la metafora de bruto, ſe deſvelò en fatigar ſu eſpalda, y en caſtigarle con el azèro, y con la rienda.

Fuera de aquel aſpero, y perpetuo ſilicio, ſe ceñia una cadena de hierro, eſtrechando aquel cuerpo delicado, porque fueſſe priſionero del eſpiritu; mientras èl era reciprocamente triſte priſionero de el cuerpo. Penitencias, que al mas robuſto debilitarian el aliento todo, obligando à que flaqueaſſe el muro: pues què eſtrago no cauſarian en un cuerpo, que amenazaba ſu ultima ruìna con el amago, y con el peſo? Guardaba con ſuperſticioſo cuydado los crueles inſtrumentos de ſu martyrio, barria la ſangre con que ſalpicaba las paredes, y el ſuelo; mas era en vano, pues adonde quiera que ſe bolvieſſen los ojos tropezava con el aſſombro el que entraba à reconocer el retrete de Franciſco, ò no ſino el cadahalſo donde atormentaba ſu cuerpo, y donde paſſaba à ſer verdugo conſigo aquel genio blando dulciſsimamente apacible con qualquier otro. Inventava frequentemente nuevas trazas de martyrizar aquel cuerpo afligido. Arrancabaſe la barba, y el cabello, no aviendo dexado en los aladares ſu violenta mano ſeña alguna de que huvieſſe florecido aquel terreno. Introducia piedras menudas, y arena entre la planta del piè, y el zapato: deſcubriò un artificio de ſacar mucha ſangre al cuerpo, quando el ſitio, en que ſe hallaba no era oportuno à la diciplina. Siempre que tomaſſe alguna purga ſe iba lentamente ſaboreando en el horror, que à pauſas bebia, como ſi fueſſe nectar de ineſtimable dulzura: deshaziendo tambien las pildoras en la boca, y endulzando haſta con las amarguras el alma. Preguntòle ſu Compañero un dia, porquè ſe martyrizaba ſin piedad alguna, el que con los demàs tenia tanta? A que reſpondiò confuſo Borja, pague eſta beſtia lo que ſe ha deleytado en los primeros años de ſu vida, y guſte la amargura, que ſe le diò al Autor de la Naturaleza, quando el amor tyranamente le ſacrificaba.

Servia en una ocaſion à los Pobres una meneſtra en la Porteria con indecible humildad, y ternura; viò entre los demàs à un deſdichado tan mal herido; y leproſo, que el aſco no hallava baſtante reſiſtencia en el eſtomago, y apenas en el ſufrimiento, y quiſiera apartar el roſtro con impetu àzia qualquier otro objeto; mas Borja mantuvo el ſemblante fixo à deſpecho de las mortales anſias, que padecia el eſtomago. Y porque fueſſe mas glorioſo el triunfo, y quedaſſe enteramente ſuyo el campo, aguardò à que aquel miſerable doliente dexaſſe ſobre una piedra la eſcudilla con algunos deſperdicios maltratados de aquella mano laſtimoſa: y ſe abalanzò luego à la preſa, bebiendo à pechos toda la deſdicha, y reſuelto à no dexar ni una lenteja, con igual denuedo, que ſerenidad en la cara; quando aun al repetirla ſe commueve, ò ſe inquieta la memoria con la pluma. No parò aqui eſta hazaña ſin duda heroyca, porque antes de acabar de el todo la meneſtra, inſtò al doliente, à que bolvieſſe à comer algunos bocados mas, mientras èl acompañava: y fueron entrando reciprocamente la mano uno, y otro, ſiendo teſtigos mudos deſte ſuceſſo quantos infelices concurrieron eſquadronados en aquel ſitio, y algunos ſeglares con otros Padres del Colegio, que bolvieron poſſeìdos del aſſombro ſin poder explicarſe bien por algun rato. En los Hoſpitales curaba los dolientes mas horroroſamente infelices, ſiendo balſamo à ſus llagas ſus lagrimas, y ſus manos ſuaves.

§. III.

LOs ayunos de Borja à pan, y agua dieron materia digna al tercer Libro de eſta Hiſtoria, perſiſtiendo tal vez un Año entero en eſte ayuno, como ſucediò en Cataluña. Deſpues de Jeſuìta ayunaba tambien frequentemente à pan, y agua, haſta que le fuè poniendo coto fixo la obediencia. Si comieſſe en algun Palacio, ſo-

ſolo tomava aquella cantidad, que acoſtumbraba en el Colegio: y ſi podia mezclar ſin reparo alguna amargura en la comida, lo executaba con deſtreza, y con guſto. En Lerma, y en Toro, quiſieron tal vez ſus hijas valerſe del engaño, y diſfrazaban entre el manjar groſſero alguno mas delicado, y ſolicitavan divertirle un poco, porque comieſſe ſin reparo; mas à Borja le aviſaba el inſtinto, mucho mas que el olfato, y apartaba de sì aquel alimento. En Simancas le ſirvieron un guiſado, eſtando enfermo, que Borja comiò ſingularmente agradecido: hallòſe Buſtamante en el apoſento, y eſtrañando aquellas demonſtraciones del guſto en Franciſco, fuè à probar el guiſado; mas no pudo dexar de lanzarle luego, no ſolo por deſabrido, ſino por inſufrible al paladar mas rudo: y dixo al P. Borja, como avia podido comer tanto de aquella vianda, cuyo ſabor, hediondèz, y amargura es inſoportable à la naturaleza? Miròle alagueñamente Borja, y le dezia: no me hizieras eſſa pregunta, ſi huvieſſeis baxado conmigo algun dia à ſentaros en el infierno à la meſa, y à guſtar aquella infame vianda. Hallavaſe Novicio aquel clariſsimo ingenio el P. Juan Oſſorio, cuyas obras impreſſas en Flandes, Eſpaña, Francia, Italia, y Alemania, dieron no poca luz al mundo: y deſeoſo de regalar à ſu doliente Prelado, y Maeſtro, le rogaba, que ſe dexaſſe ſervir de ſu mano, y à ſu arbitrio, comiendo un guiſado, que iba à diſponer luego con varias yervas oloroſas, y ſaludables, que confortaſſen aquel eſtomago perdido. Condeſcendiò Borja con la amable inocencia de aquel Joven, cuya iluſtre alma, noble cuna, y pureza de vida le hazian digno, de que le atendieſſe mucho la eſperanza. Fueſſe luego à la Huerta; y tan ignorante de aquella profeſsion en que ſe ocupaba, como ſabio deſpues en la propria, cogiò entre las demàs yervas baſtante cantidad de agenxos, governandoſe los diſcurſos por los ojos, y por la facilidad de los pocos años. Diſpuſo el guiſado anſioſo de acertar con el guſto del enfermo, à quien le ſubiò al punto: ſintiò Borja la terrible amargura, que ocultaba el regalo, no baſtando à templarla, ni la caridad, ni la dulzura del genio de aquel Novicio; mas haziendoſe fuerza un poco, porque el ſemblante no hizieſſe alguna expreſsion incauta del diſguſto, iba comiendo las yervas de el guiſado, y ſe paladiaba con el agenxo. Preguntabale el inocente Hermano, ſi eſtaba à ſu guſto? A que reſpondiò Franciſco: *Cierto, Hermano, que ha muchos dias, que no he comido coſa mas â mi propoſito.* Mas luego que apartò el plato, quiſo guſtarle ligeramente uno de los que ſe hallaban en el apoſento, ſoſpechando lo que avia ſucedido, y no pudo mantenerſe ſin aquel ademàn fiero, con que en ſemejantes ocaſiones ſe deſcompone el roſtro. Confuſo con eſte aviſo el Cocinero ſe poſtrò à los pies del Santo, que riſueño le hizo levantar al punto, y le aſſeguraba, que no podia aver acertado mejor con el manjar que neceſsitaba ſu apetito: el qual reſervaba todo à guſtar aquella ambroſia, que nace en los Campos del Cielo, de cuyo ſuave olor ſe alimenta la immortalidad. En ſintiendo eſpecial guſto en algun alimento, apartaba luego el plato, como ſi fueſſe venenoſo, y ſe acordaba de la engañoſa Manzana del Paraìſo. Añade el P. Santandèr, que en Simancas partia menudamente los hueſſos mas amargos de algunas ſilveſtres frutas, y dexaba eſte ſabor en la boca al acabar la comida. Quando ſus males le reducian à la cama, empleaba, no ſolo ſu reſiſtencia en no admitir particularidad alguna, ſino el imperio todo de Prelado, anſioſo de padecer ſin alivio, y ſin conſuelo; punto, ſobre que batallaba ſu eſpiritu con mas tenacidad de la que prometia ſu genio, y ſu trato. Y no cauſaba poco dolor à Borja aver de pelear con el amor, y la porfia de tanto ſubdito, que le rogaba. Con eſta aſpereza de vida, y con aver paſſado tantas noches ſobre la tierra penetrada de la lluvia, llegò à verſe tan conſumido aquel robuſto cuerpo, que dize un inſigne teſtigo: *Eſtava el Padre Franciſco en tanta manera conſumido, y flaco, que parecia el retrato mas vivo de la penitencia.* Fuè de ſuerte, que à los primeros años de vida tan rigoroſa le ſobraban cerca de tres palmos al jubon, que antes apretadamente veſtià, ſegun varios teſtigos en los Proceſſos de Madrid, y de Valencia, doblando ſobre el cuerpo, aquella piel correſpondiente à eſta medida; aunque en algunos tiempos que tomaba algun bulto la eſtatua ſe diſminuìa la piel, que diò tanto cuerpo à la fama de Borja. Y à vezes corrugada como hoja ſeca dentro de sì miſma ſe repreſentaba con muchos años de difunta: y mientras tanto ſervia de mortaja à lo que la penitencia avia dexado vivo en el cuerpo de Borja. Paſsò finalmente el rigor à ſer tyrano, de modo que le fuè preciſo reconciliarſe con ſu cuerpo al ſalir victorioſo dèl, y del mundo: imitando al dulciſsimo Bernardo; y haziendo las amiſtades el eſpiritu con el cuerpo,

po, quando yà no podia ſer ſu enemigo, pues le dexava difunto en el campo. Dezia, que eſperava le perdonaſſe Dios aquel exceſſo por el buen fin que avia tenido en caſtigar aquel infame reo, que ſuele diſfrazar en alhagos el cuchillo. Y ſi eſta crueldad ſangrienta, huvieſſe caſtigado una vida delinquente, y licencioſa, no fuera tan digna de ſer admirada: pues la ſangre, y el llanto ſon los dos mares, en que debe naufragar la culpa; mas no aver perdido la inocencia, ni manchado torpemente el alma, deſde que la razon tuvo cuna, haſta que muriò el dia ſobre los montes de Roma; y con todo eſſo tyranizar tan fieramente la vida, es capàz de las admiraciones, y de todas las alabanzas de la pluma.

Es verdad, que todo eſte rigor, ò tyranìa ſe puede llamar ligera, ſi ſe comparaſſe con las anſias de padecer, que calentaban el ſeno ambicioſo de aquella alma: porque Borja quiſiera introducir en ſu pecho la fatal hoguera, que arde funeſtamente en el abyſmo: (quitandola en la culpa todo el humo) y la que en el Purgatorio no perdona ſino à la eſperanza, y flor hermoſa, que entre tan voraces llamas no ſe quema; haſta que ſe marchita à las puertas de la gloria. Mas ſobre eſta fecunda materia yà torciò algunas lineas la pluma en otra tabla. Tambien avrà de parecer ligera al que quiſiere cotejarla con la mortificacion de los Sentidos, y la interior de las paſsiones, ò monſtruos amotinados contra la nobleza de los penſamientos. Eſte era el blanco, à que ſe encaminaba aquel rigor cruel que uſaba con el cuerpo, teniendo tan eſclavo, y tan ſugeto el apetito, que ni la ira ſe aſſomò una vez en tantos años à calentar el roſtro: ni la ſobervia ſe dexò raſtrear por el ceño: ni la ambicion ſe introduxo en alhago. Tan dulcemente acorde todo aquel racional inſtrumento, que apenas diſonaba en el mas imperceptible delicado punto. Avia ganado la razon el omenage de los ſentidos, y el de los afectos, dominando con un miſmo imperio en todos, y rigiendo con un freno de oro ocho mundos. Eſtaba conſtantemente perſuadido à que no cerrando bien las puertas à los ojos, y à todos los ſentidos con eſpecial deſvelo, ſe evaporaban las precioſidades del balſamo, y de un corazon oloroſo. Y àzia los ultimos años era tan frequente en Borja la abſtraccion de los ſentidos, que por la continuacion de los extaſis tuvieron mucho mas de muertos, que de mortificados. En percibiendo algun deleyte por los objetos, arrancaba con fuga apreſurada los ſentidos; queriendo antes, que vivieſſen ſin objetos, que no que vivieſſen delicioſos. Sufocaba deſde Joven ſus paſsiones en la cuna: porque deſpues de averſe engroſſado la ira, ò la ſobervia, no es menos arduo detener la corriente precipitada, que la de un rio inchado que ſe deſpeña. El provocaba ſus paſsiones al campo, no eſperando à que ſe vinieſſe paſſo à paſſo el rieſgo: lidiaba con cada una dellas dentro del pecho, como con un horrible monſtruo, haſta dexarla rendida: y aun no ſe aſſeguraba de que no revivieſſe aſtutamente aquella fiera, que ſuele fingir calma, y mentirſe muerta en el Coſo, porque el eſpiritu duerma ſobre un engaño en el deſcuydo. Nunca quiſo hazer paces con eſte enemigo, teniendo por infame una tregua con un apetito rebelado, que concita en las paſsiones al vulgo contra ſu legitimo Dueño. El hizo guerra continuadamente à ſu amor proprio: y deſpues de tenerle abatido, enſangrentaba con todo eſſo la eſpada en ſu ſeno aquel eſpiritu Cavalleroſo: porque eſte enemigo liſongero ſe halla en todas las conſpiraciones, que fragua contra la razon el apetito, y paſſa caſi ſiempre à ſer cabeza de el tumulto, ò del Pueblo amotinado. Pero eſte grande aſſumpto no pide menos ſitio al pincèl, que el lienzo todo, pues apenas ſe halla en eſta Hiſtoria raſgo, ò Capitulo, que no repreſente eſta verdad en algun ſuceſſo, donde pueda teñirſe bien el aſſombro.

§. IV.

FUeron tan dulces los frutos, que ſacò Borja deſta raìz amarga, que viſtieron aquel arbol frondoſo de gloria, y poblaron ſus ramas de fecundidad divina. Y debe referirſe la honeſtiſsima pureza de Borja entre los primeros, y mas hermoſos frutos de ſu penitencia, no hallandoſe eſta roſa, ſino entre la aſpereza, ni aviendo jamàs podido conſervar mucho tiempo ſu fragrancia entre los jardines delicioſos de Hibla, ni entre los alhagos del cultivo que la liſongea; ſino entre las eſpinas, que buelven las puntas contra ſus hojas: bien teñida en ſangre ſu Real Purpura, y mordida de aſpides aquella oloroſa vida. Porque de verdad averſe criado Borja entre la blandura, la corteſanìa, y la liſonja, vivir tan immediata al peligro ſu pureza, aver de rondar por obligacion la llama; y con todo eſſo llevar al talamo la honeſtidad florida, es un hermoſiſsimo mi-

la-

lagro, que debiò eſte Joven entonces, al ſilicio, y una cota de azero, con que ſe armaba aquel grande Cavallero de Chriſto, rebatiendo aſsi al amor todas ſus flechas, disfrazadas en liſonjas. Deſpues que la muerte rompiò duramente el lazo de ſu ſecundo Matrimonio, quedò la memoria de Franciſco tan agena de aquel eſtado, que parecia averſe introducido à ignorancia el candor de la pureza, que tuvo un grande Altar en ſu Alma, ſin que oſſaſſe profanar aquel Sagrado, ni la oſſadia, eſtando deſpierto, ni la imaginacion dormido, ni las vivas repreſentaciones de un acaſo, ni la ligereza de penſamiento. El guardaba eſta joya en el recato priſionera entre cadenas de hierro, no ignorando, que ſuele ſer engañoſa la ſeguridad en eſte punto, en que ſolo puede ſer diſcreto el muy deſconfiado. Pedia con muchas lagrimas eſta pureza al Cielo, aun deſpues de hallarſe anciano, y conſumido de las enfermedades, y de los rigores aquel cuerpo, haziendo cada dia ſingular oracion ſobre eſte punto. Nunca miraba Muger alguna al roſtro, fixando los ojos en el ſuelo dos Planetas derribados, que influìan honeſtidad, y exemplo al mundo: y mandaba, que entraſſe à las viſitas ſu Compañero, que fueſſe à lo menos teſtigo, quando no convenia, que fueſſe oyente del ſuceſſo, ò de la razon, porque Borja era llamado. Zelaba mucho la pureza en las Eſpoſas de Chriſto, reformando los Monaſterios en Cataluña, y en muchas Ciudades de Eſpaña. Quando tenia ambas riendas de la fortuna, y quando eſtaba ſu edad en la eſtacion mas peligroſa, era ſu Caſa el Templo de la honeſtidad, y de la decencia, ſin que la felicidad, que ſoplaba alagueñamente en la vida, corrompieſſe las coſtumbres, ni los penſamientos de aquella alma. Era tan grande la fama deſte recato, que Doña Ana de Almeyda cercana parienta de Borja, Dama de rara gentileza, y de tan noble cuna, vino año de 1535. deſde Portugal à Caſtilla à ſer altamente educada de los exemplos de Borja, y de ſu Familia, deſde donde paſsò à Religioſa en las Deſcalzas Reales de Madrid con ſu Tia Sor Juana, y ſe quiſo apellidar con el miſmo nombre que ella: dexando ſu heroyca vida, y ſu varonil firmeza muchos raſgos inmortales à la hiſtoria de una ſabia pluma. Deſvelabaſe el Duque Borja en el recato de ſu caſa, ſiendo muchos Argos ſus ojos con ſolo dilatar tal vez la viſta, y teniendo en cada penſamiento una centinela nunca dormida.

Seguiaſe luego otro Argos en la Duqueſa, Matrona digna de que el bronze le conſograſſe una eſtatua. Y ſe añadia Doña Iſabel Rodriguez, Aya de las tres hijas de Borja, muger capàz de ennoblecer el ſexo con los exemplos de ſu vida, y de ſu penitencia. Si algun criado traxeſſe errantes los ojos por los objetos, y quiſieſſe vivir entre los peligros: ò ſi ſe entregaſſe al juego, le amoneſtaba esforzando con el llanto el aviſo; y ſino ſe emmendaba le arrojaba luego, aunque hizieſſe grande falta en ſu Palacio. Por eſte motivo deſeava, que anduvieſſe en perpetua fuga el ocio, porque ni Venus, ni Cupido en las fabulas entraron nunca al Monte de las Muſas, ſabiendo, que andan ſiempre ocupadas, y fuera lo miſmo que eſperar odio en la peremne agitacion de los Planetas. Pero fueron mucho mas admirables en eſta materia ſus exemplos deſpues de Jeſuìta. Porque un Hermano al ſalir de la poſada dixo, no sè què feſtividad, aunque bien decente, à la hueſpeda; le mirò con mucho ceño el Santo Borja, y le diò una reprehenſion tan ſevera, que dexò una punta en el alma, con que enſangrentaba la memoria todo el tiempo de ſu vida. Hallavaſe en caſa de ſu Hija la de Lerma, fatigado extraordinariamente con terribles accidentes de gota, y los pies entumecidos en dolor, y en rabia. Deſeava, con el dictamen de la medicina, bañarlos en leche ſu hija amada; mas nunca lo conſintiò èl modeſto Borja, por mas que bañaſſe en llanto la cama, y batallaſſen ſus ruegos, y ſus gemidos en eſta materia: en que huyen los Santos, no ſolo del peligro, ſino tambien de la ſombra. Antes con alguna indignacion en el roſtro la mandò ſalir de aquel apoſento: ſobre que llorò mucho la Condeſa con el P. Dionyſio, à quien dixo deſpues el Borja Santo, que con ſu Madre la Duqueſa de Gandìa huviera executado lo meſmo. Remitiò ſu furia el dolor un poco: y levantandoſe à dezir Miſſa en el Oratorio de Palacio, diſpuſo el Conde ſu Yerno, que ſe le puſieſſe à la frente del Altar un retrato bien colorido de la difunta Duqueſa Doña Leonor de Caſtro con el nombre de Santa Catalina: eſtava tan oportunamente colocada aquella copia, que era fuerza tropezaſſe en ella la viſta, aunque el llanto ſe la turbaba; mas no era nacido de la memoria, ni de otra ternura, que ſu devocion acoſtumbrada: porque no ſe inmutò el eſpiritu, ni el roſtro con la preſencia de aquel intimo amable objeto, mas que ſi fueſſe tan eſtraño, que le deſatendieſſen los ojos por deſconocido. Acaba-

bada la Miſſa le preguntò ſu Compañero, ſi huvieſſe reconocido aquel retrato? Si conoci, reſpondiò ſencillamente Franciſco, es de la Duqueſa Doña Leonor de Caſtro, que no hizo mas operacion en mi fantaſia, que ſi eſtuvieſſe ſin colores la tabla, y ſin aquel cuerpo que el pincèl, ò el engaño anima. Pero dezidle al Conde, que guarde aquel retrato en ſu apoſento, y no paſſe al Altar à Doña Leonor de Caſtro, aunque ſea disfrazada en Santa Catalina, ni eſpere ſobornar la ternura con la memoria.

Hallabaſe en el Hoſpital de Anton Martin laſtimoſamente dolorida Maria Barraſſa, teniendo monſtruoſamente llagada una Pierna: de ſuerte, que penetrado de la corrupcion el hueſſo todo, y no hallando eſperanza de remedio, ſe reſolviò el Cirujano à cortarla, por ſalvar lo demàs de la vida. Eſtava yà deſtinada al cruel ſacrificio para el ſiguiente dia; quando entrò al Hoſpital Borja, trayendo en ſu ſemblante alhagueño el caracter de la ventura: iba paſſando de cama en cama confortando à tanto doliente con voz amoroſa. Y apenas llegò al ſitio de aquella infeliz victima, quando llena de fé, de lagrimas, y de confianza, le rogò que ſe compadecieſſe de ſu desdicha: y por mover con mas eloquencia la compaſsion, y la ternura, fuè à quitar la ropa que cubria la pierna atormentada; mas Borja la detuvo con rara preſteza: y laſtimado del tragico ſuceſſo, que la eſperaba, y deſeoſo juntamente de impedir aquella licencia, que el dolòr la dictaba, puſo la mano ſobre la ropa, y elevando los ojos al Cielo, la dezia: No tengais pena, que yo sè, que eſtais ſana, yà no teneis que temer el cuchillo, ni el tyrano. Suceſſo portentoſo! Sintiò aquella pobre Muger al miſmo punto, que avia ſaltado un hueſſo podrido de la canilla, ſobre que puſo la mano, y no ſolo que el dolor avia emmudecido, ſino que eſtaba ſin corrupcion la pierna, cerrada la llaga, que podia firmarſe bien ſobre la tierra, y encaminarſe à ſu caſa. Y reconociendo eſte prodigio el Hoſpital todo, beſaban aquella poderoſa mano, à quien la Omnipotencia hazia inſtrumento ſuyo. No pudiendo dudarſe, que la raìz mas viva deſte milagro fuè la modeſtia de Franciſco, premiando Dios la cautela, ó recato de aquellos ojos con ponerle entonces ſu Omnipotencia en las manos.

***

CAPITULO VIII.

MUDO SUFRIMIENTO DE BORJA en las ſinrazones, y en las injurias que padecia, ofreciendo en la manſedumbre la victima mas eſtimable à la ara. Grande amor, que tuvo à ſus emulos, y lo que executò à favor de ſus mas crueles enemigos al miſmo tiempo que ſe negaba todo al afecto de ſus Hijos, y Parientes cercanos.

§. I.

FUè tan fecunda de paciencia la vida admirable de el divino Borja, que aviendoſe yà dilatado en eſta materia la pluma, aun le queda mucha reſpiracion caliente à la fama, y mucho campo à la Hiſtoria. La manſedumbre que pareciò en èl naturaleza, al acercarſe à ſer victima ſobre la ara, añadia flexibilidad; y blandura à la humilde cerviz de Borja, caminando manſa, y dulcemente àzia el Altar èl miſmo à ſer ſacrificio voluntario, no como aquellas fieras, que llevaban apriſionadas al Templo, que iban deſgarrando las cintas, y el adorno, con que las afeytaba el engaño, el qual embaynaba el azèro entre los rizos de la melena, que hermoſeaban ſu ruìna. Lo miſmo era fatigar ſu roſtro con una injuria, que reſponder la manſedumbre con centellas de amor deſde el pecho de Borja, y deſde el ſemblante con la otra mexilla. Eſte genio, que dà mucho aſſombro à una razon ſabia, ſuele dàr oſſadia à la inſolencia, enſangrentando villanamente la eſpada en el que ha de hallar rendido en los primeros aſſaltos de la ira. Llegò en una ocaſion Borja à un pobre albergue entre Xativa, y Valencia: y retirandoſe à orar como ſolia, le ſucediò lo que otra vez en Sierra-Morena. Porque ſe entrò en un apoſentillo obſcuro, que un Mercader de Toledo tenia antes ocupado, el qual entrando en ſu retrete como dueño, tropezò en el Borja Santo, que dobladas ambas rodillas eſtaba tan immobil como ùn tronco vecino. Y aunque la poca luz le boraba de los ojos lo mas del objeto, como ſe aſſeguraba con el tacto, prendiò la colera en el pecho, y en voz deſcompueſta empezò à maltratar al inocente Borja: dixole, que no ſolo era groſſeria, ſino grande atrevimiento el que executaba, mas que ſino aprendia todo el reſpeto, con que èl debia ſer tratado, le dexaria bien impreſſa la enſeñanza en la memoria, y en el roſtro. Y parece, que

no

no ſolo la ira, ſino una furia anidaba en ſu ſeno; porque levantò la mano, aunque detuvo en la amenaza, y en el viento el impulſo. Doblò el Santo manſamente el cuello àzia aquel ſitio, porque el golpe, y el tiro tuvieſſen mas cerca el blanco: reſpondiendo, que eſtaba diſpueſto à todo lo que quiſieſſe executar en èl ſu indignacion, y ſu brazo; pero que no podia dexar de diſminuìr con ſu ignorancia ſu delito: porque ſe avia entrado en aquel apoſento ignorante de que eſtuvieſſe ocupado: y que ſola eſta diſculpa podria ſer alguna remora à ſu enojo, y detener el impetu à la noble ira de un pecho hidalgo.

Eſcuchaba deſde lexos eſta diſputa el Capitàn D. Martin de Contreras, y Peñaloſa, (y es el teſtigo, que la depone en un Proceſſo) acercandoſe un poco, deſpues, que percibiò la ſinrazon, y la temeridad del Paſſagero, ciego con la mucha razon, ſacò el puñal, y ſe abalanzò ſobre aquel infeliz, aviendo ſido milagroſa la promptitud, con que Franciſco ſe levantò de el ſuelo, y detuvo la violencia de aquel rayo, que en la punta de el puñal eſtava yà vecino al pecho: y mas eſtando tan lobrego aquel ſitio, que para diviſar el azero deſnudo ſerìa meneſter, que paſſaſſe el puñal à ſer relampago. La ſaña generoſa deſte Cavallero, diò mas viva materia de ſufrimiento al Borja Santo, que las injurias del otro. Reprehendiò dulcemente à ſu Amigo: (que lo era por muchos titulos aquel Marte oſſado) Aſſegurandole, que le maltrataba mucho tan violento ſocorro: que ſus duelos no ſe avian de mantener con las armas en la mano, ſino con un invencible ſufrimiento. Luego que el Mercader atonito reconociò, que era el P. Franciſco, ſe arrojò à ſus pies, corrido de lo que ſu furor torpe avia executado. Levantòle entre ſus brazos el paciente Borja: hablòle con rara dulzura, ſentòle conſigo à la meſa: y cultivò con la razon, y con el exemplo aquella alma, que ſaliò mal herida, y priſionera deſte ſegundo reenquentro, dexando ſeñalado el ſitio con mucha ſangre diſsimulada en llanto. Vinieron otro dia de Valencia algunos Cavalleros à viſitar à Franciſco, y fuè tomando pleyto omenage à todos uno à uno, de que ſepultarian aquel acaſo en el ſilencio, y en el olvido: porque encaminandoſe à Valencia el Paſſagero, no le recibieſſe en algun Pariente ſuyo inflamada la ira en un rayo, ò apagada en algun fatal deſprecio.

Eſtando en la Caſa de la Reyna un Domingo, fuè al Sermon, que predicaba un Religioſo bien ſabio, ſiendo oyentes la Duqueſa de Frias, el Gran Condeſtable, y la Condeſa de Oſſorno. Eſtava el Predicador arrimado al Altar en una ſilla, y Borja en la grada, ſin que huvieſſen podido obligarle à tomar aſsiento mas autorizado, y por eſſo quiſo eſtàr ſentada à ſus pies la Condeſa de Oſſorno. El Orador dexando el aſſumpto de la fieſta que ſe celebraba, caminò por un rumbo ageno de la diſcrecion, y de el dia, porque paſsò abiertamente à reprehender al P. Borja, por aver renunciado en el Joven Duque ſu Eſtado de Gandìa, aſſegurando, que era eſta la cauſa de las turbaciones, y baybènes, con què ſe eſtremecia el Reyno de Valencia, de donde avia ſalido la paz fugitiva, raſgando vandera, y arraſtrando la pompa de ſu veſtidura. Fuè la invectiva tan deſcubierta, tan ardiente, y tan oſſada, que el Condeſtable dexò dos vezes la ſilla, y amagò tambien à levantarſe la Condeſa: mas Borja los detuvo con ademàn porfiado, y con las expreſſiones del ceño. Y acabada la ſatyra, ſacò el Predicador por la mano con grande fuga de entre los que ſe acercaban irritados à maltratar ſu lengua. Llevòle à ſu pobre caſa el Borja, y lo combidò à comer en ella: empezando yà el eſpanto en aquel Religioſo al vèr la humanidad, y la manſedumbre de Franciſco; quando creyò hallar humeando en ſu pecho la memoria de lo que avia ſido, y de lo que aora avia eſcuchado. Deſpues de comer, apartandoſe Borja con èl à otro apoſento, le dixo: bien me perſuado à que ſe agradaria Dios mucho en lo que oy con tanta eloquencia, y zelo aveis dicho, y que eſte ſolo ſerìa el blanco àzia donde miraba delicadamente vueſtro penſamiento, y la perſpicacia de tanto ſutil diſcurſo. Yo aprecio los aviſos llenos de luz, y energìa, que me diò vueſtra lengua; y ſi les pareciò à algunos, ò menos cauta, ò mas rigoroſa, debieran advertir, que las grandes llagas no ſe pueden curar con liſonjas, pues tal vez es neceſſario exulcerar las heridas, para cerrarlas, y que duela mas la curacion, que la enfermedad. Mas tened por cierto, que ſi ſon grandes los errores del Duque mi Hijo, fueran mayores los mios, ſi yo governaſſe aquel eſtado: y à lo menos no puede aſſegurarſe alguno, que floreceria mas la paz, y el exemplo. Sino es, que yo huvieſſe de perſuadirme eſte engaño à mi miſmo, liſongeando con la vanidad, y con la preſuncion mi entendimiento, por no renunciar el Eſtado, ſatisfecho ſolo de mi rumbo, y perſuadido à que ſin eſte governalle daria luego el baxèl en un infame eſ-

collo. De que quiero ſacar eſte dilema contra vueſtro diſcurſo : ſi fuè acierto el renunciar el Eſtado, no merece reprehenſion un exemplo; y ſi fuè error mio, quien tropieza tanto al dexar el mundo, quanto erraria metido dentro de la pompa, y de la grandeza ? Como ſe harà creìble, que manejaſſe prudentemente el Eſtado de Gandìa ! Yo, Reverendo Padre, no tuve obligacion de aguardar à que la muerte me arrancaſſe el eſpiritu, para dexar el mundo; antes oygo à Chriſto repetidamente en el Evangelio eſtàr clamando, que pongamos la Cruz al ombro, y ſigamos el raſtro de ſangre con que dexò ſeñalado el camino. Y à un Mancebo le dixo, que le ſiguieſſe antes de encerrar el cadaver de ſu Padre en el ſepulcro, y dexaſſe, que un muerto fueſſe ſepulturero de otro. Con todo eſſo, ſi en lo que yo he executado, creyendo ſer grato al Cielo, ò en lo que aora os digo, por acallar vueſtro eſcrupulo, os huviere eſcandalizado, os pido perdon con el mas profundo rendimiento, venerando vueſtro dictamen como ſabio, y vueſtra reprehenſion como ardiente zelo. Dixo, y ſe derribò à ſus pies, empezando à beſarlos, y à humedecerlos con ſu llanto: de que aſſombrado aquel Religioſo, ſe arrojò tambien al ſuelo, confeſſando ſu error con el gemìdo, y añadiendo, que ſu voluntad avia dictado ciegamente todo aquel diſcurro. Verdad, que deſpues publicaba èl meſmo, quedando con alto aprecio del Borja divino, que daba à ſus injurias todo el roſtro, y al ofenſor todo el pecho.

§. II.

AViaſe connaturalizado en Franciſco la manſedumbre, y el ſufrimiento, de modo, que el ſuceſſo mas inopinado le hallaba ſiempre prevenido: y apenas conocia al ſuſto, fatal aviſo con que un acaſo adelanta ſu noticia al pecho. Ni ſolo hallaba eſta ſerenidad Borja en los accidentes mas ruìdoſos de la fortuna, donde ſu miſma grandeza eſtà llamando à la prevencion con el eſtruendo, que haze la ruìna; ſino igualmente en los incidentes mas ligeros, que ſe acercan callados, y caſi mudos: y el miſmo deſprecio, que haze el corazon de tan flacos enemigos por frequentes, y por deſarmados, ſuele ocaſionar que peligre el ſufrimiento en ellos, deſpues de aver vencido grandes monſtruos. Deſuerte, que ni los tiros de la fortuna, ni los de la embidia, ni los del odio, pudieron hallar à Franciſco ſin el paveſ embarazado: Impugnaba alguno la razon, ò la noticia de Borja, de que era irrefragable teſtigo ſu viſta : interrumpiale groſſeramente otro, quando hablaba : hirieron muchos ſu inocencia con las ſutiles armas de la malicia, y de la aſtucia, ò yà flechando alguna ſaeta delicada la colera, ò la embidia; mas ſiempre tropezaban armado à Borja, ſin vèr al ceño, ni à la triſteza, ni à la turbacion, ni à la novedad en aquella ſerena playa, donde quiebran las ondas ſu furia en reſiſtencias de arena; aunque llegava diverſas vezes inchada ferozmente la tormenta en ocaſion, que el pecho de Borja ſe hallaba combatido de la rabia, y ſitiado por todas partes de la deſdicha, quando pudiera eſtàr la paciencia agotada. Uſaba con frequencia de aquel ſimil de el relox, que ofrece tantos documentos à la vida, y le avia paſſado à ſu apacible roſtro Borja : pues viviendo en continuo afán el volante en ſu pecho, y atormentado delicadamente ſu eſpiritu, moſtraba àzia fuera la ſerenidad con la mano, y mas apenas regiſtraba la atencion del mas advertido, linze el diſcurſo lo que ſe trabajaba allà en el ſeno. Platicava en Simancas un dia, hallandoſe preſentes ſu Hermano el Gran Maeſtre de Monteſa, y otros Cavalleros, que avian venido à conſolarſe en la viſta de Borja : el aſſumpto era el camino de la vida ſobre humana, y el modo de adelantarſe en ella. Y quando eſtaba mas caliente la razon en la energia (pues depone el P. Oſſorio, que nunca avia viſto ſu diſcurſo en tanta altura) buſcando en una comparacion hermoſa alguna explicacion mas viva de lo que predicaba; le interrumpiò un Hermano muy ſencillo, de entendimiento groſſeramente educado, diziendo : Padre, à mi ſe me ofrece otra comparacion mas à propoſito. Bolvieron todos la atencion, y el roſtro indignado; mientras Borja con mucha apacibilidad le dixo, que la eſcucharia con guſto. Y proponiendo el Hermano un ſimil hijo de la torpeza, y de la ignorancia, le preguntò Borja riſueño, ſi tuvieſſe que añadir a lo que avia dicho ? Y reſpondiendo, que no, bien ſatisfecho de lo que avia acreditado ſu razon en tan noble florido concurſo, le mandò ſentar luego : y cobrando el hilo de oro, proſiguiò ſoſſegadamente el diſcurſo. Y no quiſo jamàs advertir al Hermano del error groſſero con que avia interrumpido ſus corrientes puras à la eloquencia, haziendo que ſe detuvieſſen en publica ſuſpenſion montes de

agua

agua dulce, y armonioſa, porque paſſaſſe la ignorancia.

De ſus emulos hablaba ſiempre, como de ſus mas fieles amigos; y los llamaba iluſtres bienhechores ſuyos. El no miraba à la fuente de eſtos arroyos, ſino los admirables efectos, que las ondas de la perſecucion producian en ſu alma, arrojando con deſprecio la tormenta eſte teſoro, como mariſco, àzia la orilla. Rogaba en ſu oracion por ellos con ardiente anſia: guarecialos quanto alcanzaba ſu ſombra. Eſtando el Padre Chriſtoval Rodriguez encarcelado en San Severo, le eſcriviò una carta Borja, expreſſando ſu embidia à la dulciſsima cadena, que le oprimia, donde le exortaba à quemar el corazon en afectos del que le perſeguia. Dixo muchas vezes, que los Heroes mas celebrados no ſe labraron con las caricias de los amigos, ſino à los golpes de los emulos. Que la voz de la fama no ſe debia al ſoplo regalado, con que liſongea la fortuna, ſino al impetuoſo con que fatiga la embidia; ni una eſtatua ſe labra con una liſonja, ſino con el ſincèl, y el burìl, que ſacan quexas à una piedra. Avia intentado dàr muerte alevoſa à un Jeſuìta un Sacerdote arrebatado de las tres furias en una inſtigacion ſola: andaba ſolicita en ſu caſtigo la juſticia; y llegando à noticia de Borja, General entonces de la Compañia, limò todos los eslabones à ſu cadena: conſiguiendo aquel delinquente la libertad, y aun la dicha, por los miſmos conductos, que èl avia cegado con la ofenſa. El año de 1564. interpuſo ſu autoridad con el Papa, porque no caſtigaſſe à un Prelado, que avia eſparcido infames libelos contra la Compañia. Y aviendole ſuſpendido Pio Quarto un ſocorro anual, que le daba, ſe le reſtituyò à ſuplicas de Borja. El diſculpaba à ſus perſeguidores con rara eloquencia: no veis, dezia, que eſtà perſuadido à que acierta, y que emprende una accion glorioſa? Puede errar el dictamen, mas no el corazon. Y de eſta ſuerte à cada golpe, que le daba la calumnia, ò la embidia, ſaltaba una centella de amor de aquel noble pedernal.

§. III.

UN Theologo de mucho nombre en Eſpaña, fatigò por muchos años ſu paciencia, empleando ſu erudicion, y ſu doctrina en herir à Borja deſde el Pulpito, y deſde la Cathedra, y afilaba ſus ſaetas en la ira, untando la punta con yerva venenoſa; mientras pareciò mudo Franciſco à la ſinrazon de tanta porfia. Deſpues de algun tiempo manchò eſte Theologo feamente con lengua atrevida la honra de uno de los primeros hombres de Eſpaña. Supo eſte Gran Señor la fuente de aquella torpe mancha, que ſalpicaba injurioſamente ſu ſangre toda, oſſando denegrir ſu faz à un Planeta: y diò orden de que le eſperaſſen à qualquiera hora, y le quitaſſe un puñal la vida, dexando el cadaver ſin lengua, porque de eſſe modo publicaſſe aun deſpues de difunto la culpa. Tuvo aviſo ſecreto Borja del eſtrago que le amenazaba: y paſsò à verſe luego con aquel Poderoſo irritado. Alhagò blandamente ſu enojo con ſu diſcurſo, y aplacò la ira del ofendido; no ſiendo menos dificil contener el impulſo à la venganza, y al odio de un Soberano, que ſuſpender en el viento un harpon violentamente deſpedido. Supo aquel hombre docto todo eſte ſuceſſo, y el peligro de que eſtuvo fatalmente amenazado, y ſe cubriò de rubor, y de aſſombro, al vèr, que huvieſſe ſido ſu eſcudo aquel Borja miſmo, à quien èl con tantas calumnias avia maltratado. Mudò el camino, y paſsò à ſer clarin facundo de las proezas de Franciſco: borrò las antiguas ſatyras con mucho llanto, y ſolo con eſte arrepentimiento formaba de cada ſuſpiro un elogio.

Otro grande Orador, à cuya boca avia paſſado todo ſu aparato, mageſtad, y hermoſura la eloquencia, ſe deſataba en elogios de Borja, y de la Compañia, aunque el interès movia calladamente ſu lengua, y daba colores à ſu voz la eſperanza deſde la fantaſia. Deſeò conſeguir una ocupacion honroſa dentro de Palacio: valiòſe de la interpoſicion de Franciſco, y viò felizmente logrado ſu deſeo. Mas la ambicion humana carece de termino, y de orilla, teniendo ſus preſunciones de immenſa: ni puede ſoſſegar en el tronco, que ocupa, ſin batir las alas anſioſa de volar à cumbre mas alta, y ſubir de monte en monte haſta la cima de la ſobervia, y de la gloria, fiandoſe al Sol, y à la altura con alas de cèra; mientras la ſepulta ſu miſma oſſadia, derritiendo ſus plumas la miſma agitacion inquieta, y preſuroſa de batirlas. Valiòſe, pues, de Borja en otra nueva maquina, que dibuxò en mucho lienzo ſu fantaſia: No pudo Borja empeñar ſu prudencia en un aſſumpto temerario, ni colocar la eſtatua en aquel trono ſupremo, donde el bronce ſe deſvanecieſſe de muy alto, y ſe deſpeñaſſe haſta lo mas pro-

profundo. Con que aquella imaginacion preſumida, que avia dado toda la vela à la eſperanza, luego que tocò el deſengaño, que temia como roca, ſe alterò de manera, que ſaliendo de la Corte por varias Ciudades de Eſpaña, iba ſembrando horrores contra Borja, y contra la Compañia. Empleaba deſde el Pulpito las ſutilezas de ſu ingenio en formar ſatyras contra eſte inſtituto, y ſacar mucha ſangre à la honra de Franciſco con el mas delicado mordàz inſtrumento. Eſcriviò una carta al perſeguido Borja, donde entre otras injurias, y clauſulas, le dezia: *Vueſſa Paternidad es un ingrato, deshonra buenos, y que no ſabe favorecer ſino à ruìnes, y à modorros.* Publicò algunos papeles contra la Compañia: y queriendo tomar la pluma muchos iluſtres hijos de ella, lo embarazò el Borja, diziendo, que eſperaſſen à que reſpondieſſe el Cielo por la inocencia combatida. Diò buelta à la Corte aquel infeliz agitado eſpiritu, que traìa arraſtrando ſu honor todo, de ſuerte, que le piſaba, no ſolo el vulgo, ſino haſta el piè mas cauto. Y quando meditaba inſpirar en el bronce deſde el Pulpito aquel infame caliente ſoplo, con que fuera de la Corte avia reſonado, le prendiò, y caſtigò el Santo Oficio; ſin que pudieſſe ſubir mas al Pulpito, ni hablar, ſino deſde el rendimiento. Doliendoſe Borja mucho de que fueſſe tan deſeſperada la cauſa de aquel deſdichado, que no pudieſſe influìr en ſu alivio. Y fuè eſte un grande argumento de las terribles duras conſequencias, que ſe ſiguen à un corazon hidalgo de favorecer à un ambicioſo, pues, ò ſe ha de cargar con el inſufrible peſo de ir colocando ſu eſtatua de un Altar en otro, ò ſepa, que labrò un enemigo, ſudando fineza, y arte en fabricar de un tronco un ingrato.

Murmuraba un inſigne Theologo del Padre Borja con tanta deſemboltura, que hizo cèlebre ſu nombre con ſu infamia. Dezia, que el candor de aquella ſencillèz hermoſa, era ſimpleza: que ſu blandura era una necedad alhagueña, en que ſuele diſsimularſe la ignorancia. Que ſu oracion, y modeſtia, no debian ſer el objeto de las admiraciones de Eſpaña, ſino de la riſa: porque eran devociones, ò ternuras de una pobre Beata mal dirigida. Que ſu llanto nacia en la facilidad de un eſpiritu mugeril, tan ligero, que enjuga ſus lagrimas con la miſma ocaſion de ellas. Achacaronle à eſte ſabio la mas execrable culpa de quantas infaman la naturaleza, y la honra: hallòſe ſorprendido del ſuſto, y deſpues de aver enmudecido, cobrò mucha atencion, que deſatar en llanto: Viò ſu honor perdido, y atezado ſu nombre con el boròn mas feo: reconociò el peligro de verſe publicamente caſtigado. Y mientras gyraba ſu afligido diſcurſo en buſca del remedio; ſin que la eſperanza ſupieſſe mentir algun alivio en tan infeliz eſtado: ocurriò inopinadamente à ſu triſte negra fantaſia por entre el horror de tanta tiniebla Franciſco de Borja: y deſde aquel inſtante deſcubriò una ſenda breve à la eſperanza. Valiòſe confiadamente de ſu interceſsion poderoſa en el Cielo, y en la tierra; derramò todo el corazon à ſu viſta, llorando ſu ceguedad paſſada con amargura. Llamò Borja todas las fuerzas del alma à eſta empreſſa, pulsò bien el origen, el progreſſo, y el eſtado de eſta cauſa: y aviendo fatigado los diſcurſos, y los paſſos en ella, conſiguiò, que ſe reſtituyeſſen la ſeguridad, y la reputacion à un hombre deſdichado, que ſe hallava en el mas fatal eſtrecho: ſiendo tabla del que iba yà naufragio, y vezino à buſcar el fondo. Eſte es el Eſpiritu del Evangelio, que movia el corazon de Franciſco, deſvelado en reſponder con generoſos afectos à los agravios; amando de ſuerte à ſus emulos, que la confianza de ſus mas fieles amigos pudiera tener muchos zelos.

§. IV.

NO sè con todo eſſo, ſi fuè mas prodigioſo eſte amor à ſus enemigos: ò el deſdèn, con que tratava à ſus Parientes mas cercanos? Moviendo el corazon las alas preſuroſamente àzia la fuga de tantos iluſtres deſcendientes ſuyos, como diſpuſo la Providencia, que vieſſen aquellos ojos, que no ſupieron enternecerſe con tan naturales, tan vivos, y tan intimos afectos. Siendo eſte amor el mas valiente enemigo de un eſpiritu, que abandonò el mundo, como nos enſeñò el Eſpiritu Santo por la pluma de San Gregorio. Pues el que deshojò ſus eſperanzas, y las diò al viento: el que las viò difuntas, ſin perder lagrimas ſobre ſu ſepulcro: el que canta dulcemente ſu libertad, perdida al triſte ſon de la cadena: el que atiende deſde la orilla ſorberſe la mar inchada ſu fortuna, no puede mirar con ojos ſerenos la tormenta, que en otras venas, y deſde otra barca padece ſu ſangre propria, como que fueſſe el Padre,

ò

ò el Hermano mas Pariente ſuyo, que lo es èl miſmo: Hablando de eſta materia el Borja con el Padre Araòz en una carta eſcrita en ocho de Abril de 1566. deſde Roma, dezia: *No dexo de amarlos, y rogar por ellos como debo, y quizà es mas accepta la Oracion quanto menos tiene de carne: muera, muera, que de ſu muerte ſale la vida.* Aſsi ſacava la eſpada contra eſte amor, que haze dura guerra, y tyraniza ſuavemente la vida Religioſa; mientras no ſe elevàre à fin mas alto, de ſuerte, que la ſangre paſſe à ſer eſpiritu, y el fuego dexe en la tierra todo el vapor negro. Credito fuè deſta mutacion prodigioſa, que ſabe hazer el afecto deſde la naturaleza à la gracia, aver conſeguido del Cielo Borja aquella enfermedad, que padeciò la Marqueſa de Alcañizas ſu amada hija, por recabar de ella, que conſagraſſe à la moderacion las profanidades de la gala, y de la gallardìa: porque deſeava los verdaderos bienes de aquella alma, aunque fueſſe à mucha coſta de la vida: que en eſte amor ſe avia transformado el de la naturaleza, cediendo toda la campaña, y ſaliendo fugitivo del pecho de Borja. Quando ſupo la muerte repentina de la que pudo herirle en lo mas vivo del alma, moſtrò la frente ſerena, y la viſta enjuta, como ſi la Parca huvieſſe arrebatado una vida foraſtera.

Qualquiera dependencia del Duque de Gandìa, ò de otros hijos del Borja, la tratava el Cardenal Farneſio, ò el Cardenal Alexandro Chrivelo, que avia ſido Nuncio en Eſpaña, aunque ſe hallava el Santo en Roma: y ſolia dezir el Cardenal Alexandro al Grandre Pio V. que los hijos de Borja no tenian Padre en el mundo, y que por eſſo ſolicitava ſu amparo, y ſu Santidad debia executar lo miſmo. Hallandoſe en el Palacio de Lerma, puſieron delante al Narciſo Duque ſu Nieto, ſobre cuyo delicado ombro ſe reclinava entonces el amor, y la eſperanza de aquel Eſtado, y ſe avia de reclinar deſpues el vàlimiento de uno, y otro mundo. Eſtava en edad tan tierna, que no avia amanecido aun por ſu entendimiento aquella Aurora, que creciò à ſer el mas claro dia. Preguntaronle à ſu Abuelo, ſi le amava, ſi quiera por ſer Nieto ſuyo, y hallarſe en edad, que no podia aver deſmerecido el afecto de la naturaleza? A que reſpondiò el Santo, que le amaba mucho, porque aquel Angel florido no avia malogrado, ni roto la veſtidura de la gracia, con que le avia hermoſeado el Bautiſmo. Es aſsi, replicò ſu hija la Condeſa, mas deſeo con anſia ſaber, ſi Vueſſa Paternidad le ama como à Nieto ſuyo, ſin que aya meneſter el cariño valerſe de otro pretexto? Yo, digo, bolviò à reſponder Borja, que le amo con grande ternura porque es objeto de la complacencia divina en el eſtado en que ſe halla, ſin que por hijo vueſtro, y Nieto mio lo deſmerezca. Haſta aqui llegò la explicacion de Borja, y nunca pudo la porfia exprimir mas ternura de aquella roca, ni mas agua de aquella vena, que avia ſacado el amor de mas alto objeto.

Caminando de buelta à Roma, paſsò quatro leguas de Berlanga, donde ſe hallava ſu Gran Parienta Doña Ana de Guzmàn, y Aragòn, Duqueſa de Frias, hija del Duque de Medina-Sydonia: y al parenteſco cercano ſe avia añadido caſar poco antes ſu hija con el Marqueſito de Lombay Don Franciſco de Borja, Nieto de el Santo. Embiò la Duqueſa un Gentil-Hombre al camino, rogandole à Borja, que quiſieſſe torcer dos leguas del rumbo que llevava, porque ella ſalia al encuentro con ſu familia, partiendo la diſtancia: porque ſentiria mucho morirſe ſin eſte conſuelo. Oyò Borja al Criado con apacible roſtro, y fixando la viſta en el Cielo, eſperando que llovieſſe luz, y rocio, le preguntò ſi la Duqueſa ſe huvieſſe pueſto yà en camino? Pero mejor dirà lo que paſsò en eſta breve conferencia, ò diſputa un teſtigo en los Proceſſos de Valencia. *El Santo, dize, fixando un poco los ojos en el Cielo, le preguntò, ſi aquellas Señoras ſe avian pueſto yà en camino? No ſe atreviò à mentir aquel Cavallero, temiendo, como deſpues dixo, que el Padre Franciſco con el reſplandor de ſu grande ſantidad huvieſſe conocido por revelacion divina, que no avian ſalido aun: y aſſi reſpondiò, que no. Pues ſegun eſſo, replicò èl, dezidles, que preſto nos verèmos en el Cielo, y que baſte eſto por conſuelo aora. Y verdaderamente baſtò, porque tomaron eſta reſpueſta como profecia, y con eſto ſe conſolaron de no verle en la tierra.* Eſta fuè la reſpueſta del divino Borja, cuyo ardiente corazon yà no tenia nido, pluma, ni afecto alguno en la tierra, embiandolos delante à la gloria, entre tanto que iba el alma, la qual quedava violentamente arreſtada dentro de la vida.

***

§. V.

DEſeava ſu hijo Don Alvaro de Borja dàr la mano à la Marqueſa de Alcañizas ſu ſobrina, heredera de aquella gran Caſa: ſiendo eſta boda el blanco de los deſeos, y de la ſolicitud de la grandeza. Eſcriviò al Santo à Roma, que recabaſſe la diſpenſacion de el Papa; mas Borja fuè ſepultando eſtas cartas en el olvido, aunque no ignorava lo que debia à Pio IV. y que una reſpiracion ſuya en eſte punto era baſtante à concluìr felizmente aquel tratado, ſobre que batallava tan noble parte del mundo. Yà ſe contentava Don Alvaro en que ſu Padre no le fueſſe enemigo; mientras ſolicitaban los parientes de el Marquès difunto impedir la diſpenſacion à Don Alvaro. Llamò un dia el Sumo Pontifice à Franciſco, que ſe encaminò promptamente à Palacio, llevando bien diſtante el penſamiento de que ſu Santidad quiſieſſe hablarle en eſte punto. Preguntòle el Papa, ſi era hijo ſuyo Don Alvaro de Borja. Y reſpondiendo, que lo era, bolviò à preguntarle, como no ſolicitaba aquella diſpenſacion tan ardientemente deſeada, quando no podia dudar la benignidad, con que le atendia, y el guſto de complacerle en todo lo que tocaſſe à ſu Perſona, y à ſu Gran Caſa. Santiſsimo Padre, reſpondiò Borja, no quiſe introducirme en eſta dependencia, por mas inſtancias, que Don Alvaro me repitiò con la pluma, ſellando muchos gemidos en cada carta; porque me perſuadì, à que ſi fueſſe gloria de Dios el condeſcender con ſus ruegos en eſta materia, lo executaria el zelo de Vueſtra Santidad, ſin que fueſſe neceſſaria interpoſicion mia, y ſino era conveniente diſpenſar, y favorecer eſta cauſa por el eſtrecho vinculo de el Parenteſco, que impide eſſe nuevo lazo, no era bien que yo paſſaſſe à oficio alguno, ſino que fueſſe ſolo dirigido à embarazarlo: pues debo mirar antes al buen nombre de la Santa Silla, y al eſpendor de la Tiàra, que no al bien de mis hijos, y de mi Generacion toda; aſsi que hallandome fluctuante en eſta duda, me reſolvì à ſer mudo en ſemejante dependencia, arrojandola haſta de la memoria.

Quedò el Papa admirado deſta reſpueſta, eſcuchando al desinterès, y à la verdad ſencilla deſde aquella boca: y viendo alear al Amor Divino en aquel immortal pecho, deſnudo de la carne, y todo afecto humano. Dixole lo que apreciaba aquel desinterès ſuyo, y aquel exemplo; mas que queria le expreſſaſſe ſu dictamen en eſte punto como ſabio, y no como Padre del uno, y Abuelo del otro. Un Primo hermano del Marquès difunto; reſpondiò Franciſco, ſolicita tambien eſte caſamiento: y ſiendo ambos Tios, y compitiendo à porfia ſobre eſte caſo, que miran como felicidad, y como triunfo, yo embiaria la diſpenſacion à la Marqueſa, de modo, que ella pueda elegir à ſu arbitrio. Deſta ſuerte ninguno quedaba con quexa, ſino à lo mas de la fortuna, ò del alvedrio de la Novia, que no eſtà obligada à dàr ſatisfaccion de ſemejante ofenſa. Bolviò à renovar ſu admiracion Pio IV. de vèr tan inſenſible el bronce en aquel pecho, ò tan fuera de los ſentimientos de humano, aviendo arribado à aquella indiferencia, que es el Paìs neutral de los afectos del mundo. Por el miſmo caſo, dixo, que Vos moſtrais eſſe zelo al buen nombre de la Sede Apoſtolica, y al acierto de mi Tiàra, dando eſte exemplo mas à la Igleſia; debo yo favorecer mas vueſtra Caſa: yo embiarè la diſpenſacion à Don Alvaro de Borja, mirando como à hijo, al que Vos tratais como eſtraño: ſerà Marquès de Alcañizas à deſpecho de el otro competidor, que aveis dicho, y aun no sè ſi diga tambien à peſar vueſtro.

Eſtando en Roma paſsò à verle deſde Gandìa un Sacerdote, cuyo Apellido era Saboya, (hermano ſin duda de aquel Grande Jeſuìta) y deſpues de aver ſaludado con ternura al General Borja: deſpues de hazer recuerdo haſta de las piedras de Gandìa, y de los arboles de cada ſelva; eſtando Franciſco mudo, como quien ſufria la materia, en que ſe hablaba. Paſsò ligeramente à una inſinuacion meditada, ò de ſu amor à los hijos del Grande Borja, ò de la prevencion al ſalir de Gandìa. Dixole, que no ſe echaba menos en aquel Palacio, ni en aquel Reyno, ſino vèr en mayor fortuna los tres Hijos, que eſtaban en Gandìa à la ſombra de la Providencia, y à la de ſu Gran Caſa: pues aunque les quedaſſe algun eſplendor à la vida, no avian arribado à la Cima, que ſu alta ſangre, ſus prendas, y ſu educacion honeſta tenian merecido à la fortuna. Hizoſe deſentendido el Santo Borja, y paſsò induſtrioſamente à otra materia, como que no avia penetrado el fondo à la expreſsion que ſe le hazia. Bolviò por eſto ſegunda vez à cobrarla el Saboya: mas

mas Franciſco enmudeciò al ſegundo aſſalto del arte, y de la naturaleza. Haſta que repitiendo tercera vez en terminos mas claros la porfia, yà que no baſtaba la razon, ni la induſtria de inſinuarla, le reſpondiò Borja: Yo percibì enteramente lo que me aveis dicho deſde la primera voz, que ſonò cobardemente en vueſtro labio. *Pero ſabed*, (ſon las palabras, que depone el teſtigo en el Proceſſo) *que de mis hijos no ſe ha de hablar conmigo, como de coſa mia, ò que por algun titulo me pertenezca: tienen un Padre mayor, y mejor que yo, que es aquel Señor, por quien yo miſmo los he dexado: ellos eſtàn à cuydado ſuyo, de manera, que à mi no me toca, ni aun el penſar en ellos, ſino yà para encomendarſelos.* Eſtas ſon las clauſulas, y los afectos del corazon de Borja; y con ellas ſerà bien poner fin à eſta materia, pues yà no tiene adonde ſubir mas la pluma, aunque quiſieſſe bolar en buſca de un Serafin, con quien formar paralelo del eſpiritu de Borja: que parecia eſtàr menos teñido en ſangre, y mas ſeparado de la carne, viviendo en ella.

CAPITULO IX.

SINGULAR RENDIMIENTO DE Borja, con que doblaba ſu voluntad, y ſu razon à la obediencia, reſpetando la ſombra del que huvieſſe ſido Superior ſuyo en la Compañia, aun quando ſe hallaba General de toda ella. Rara veneracion à las maximas, y à las inſinuaciones de San Ignacio de Loyola.

§. I.

SI ſe huvieſſen de labrar eſtatuas de oro à las virtudes de Borja, ſe debrian poner todas con la cabeza profundamente inclinada àzia la eſtatua de la obediencia, pues tuvo imperio deſpotico en todo aquel florido pueblo, que ennobleciò ſu alma, taſſando eſte Principe ſupremo las operaciones, los paſſos, y haſta los deſeos de Franciſco: y quiſiera, que aun ſus reſpiraciones ſalieſſen mandadas deſte ſoplo, mas que de el nativo aliento. Dezia, que eſta virtud era la barca ſegura en que todas las demàs toman playa, y arriban à la gloria: que en ella ſe navega tanto con el ſueño, como con el deſvelo, y la fatiga: que mientras vivieſſe eſta virtud heroyca en aquella altura divina, que tomò primero en el corazon del Grande Loyola, y deſpues en ſu pluma ſe verà florecer la Compañia. Que à ſu carta no ſe podia quitar una letra: ni aun una tilde ſola, ſin robar un teſoro à la obediencia, y raſgar un poco la tela mas precioſa. Ni añadir una piedra en tan hermoſa fabrica, ſin que la deſconocieſſe por inutil la ſymetrìa. Que aviendoſe eſmerado todo un Dios en obedecer ſiempre haſta morir eſtendido en una Cruz afrentoſa, no tenia diſculpa la reſiſtencia humana en negar la cerviz al yugo ſuave de la obediencia. En Oñate hallò Borja ocaſion bien oportuna de conſeguir eſta virtud con la practica de ella: en que pudiera eſtàr menos verſado, que en qualquiera otra, por averſe hallado caſi deſde la cuna manejando Imperios con la rienda. Mas empezò por lo mas arduo aora, contra el orden regular de la gracia, y el inviolable eſtilo de la naturaleza, que no quiere amanecer por el zenit del dia. Era tan rigido el Superior, que tuvo en ſu Noviciado, que no ſolo daba toda la vela al eſpiritu penitente de Franciſco, ſino que le experimentaba en lo mas arduo, examinando aquel metal en mucho fuego, y en el criſol mas duro. Pareciò milagro, que Borja ſalieſſe vivo de aquella oficina de el rigor mas ſevero, donde tuvo libertad de ſer verdugo de ſì miſmo, miniſtrandole el Superior cuchillo, cordèl, y exemplo. Haſta que Don Juan de Borja ſu hijo, avisò ſecretamente à San Ignacio de eſte exceſſo. Antes que fueſſe Comiſſario General le eximiò Ignacio de la juriſdiccion ordinaria, de ſuerte, que no reconocieſſe mas Superior, que al General de la Compañia: porque conociò los fondos de el talento de Borja, y quiſo que pudieſſe diſcurrir por las Ciudades de Eſpaña, ſin que huvieſſe de reſpirar en ſus empreſſas aquel grande eſpiritu à merced del dictamen, y del alvedrio ageno. Mas Borja nunca diò cuenta deſta confianza, ò privilegio, ni uſaba de èl en negociado alguno; antes ſi le rogaba la curioſidad, ò el cariño, que ſubieſſe al Pulpito al paſſar por algun Colegio, ò que hizieſſe una exortacion à los de Caſa; reſpondia, que eſtaba prompto, con que le hizieſſe una inſinuacion el Rector de el Colegio, ſin cuyo dictamen no debia dàr paſſo, ni aun apenas formar un penſamiento. Al que huvieſſe ſido alguna vez Superior ſuyo, le miraba ſiempre con ſingular reſpeto, aun quando fueſſe muy diferente la poſitura de el teatro. Y aſsi eſcrive el Padre Dionyſio: *General era de la Compañia, y en ella Superior de todos, y vimosle en Roma tener un reſpeto, y caſi reverencia al Padre Miguèl Navarro, y al Padre Nadal, que*

alli aſſiſtian : y eſto era por la memoria, que le quedaba al Padre Franciſco, que aquellos dos Padres avian ſido ſus Superiores en Eſpaña. De eſta manera imprimia caracter en la veneracion de Borja, aver ſido Rector, ò Provincial ſuyo un dia: no baſtando el tiempo, ni el alto miniſterio, que exercitaba, ni aun la muerte de aquel à quien obedecia, à ſacar del corazon aquel reſpeto, que avia ſellado en èl profundamente la obediencia.

Hallandoſe en Simancas, viò en la huerta unas flores de la India, que ſe avian anticipado à la Primavera, y à deſpecho del Invierno alegraban la campaña, y la viſta. Hizo algunos ramilletes el Santo Borja: y eſcriviendo una carta, en que eſparciò otras flores mas cultas, y mas oloroſas, diſcurriendo ſobre el Artifice de tan bellas criaturas, y entretexiendo conſideraciones hermoſas, las deſtinava à un Gran Señor, que eſtava en Valladolid. Quando entrò acaſo el Padre Nadal: y aviendole referido con eſta ocaſion ſu penſamiento, ſe ſuſpendiò Nadal un poco, y luego dixo: Yo bien sè, que no me reſolviera à embiar ſemejante regalo, aunque en sì tan oportuno, por ſer flores, por tempranas, y por foraſteras; pues eſtando en tan laſtimoſo eſtado eſte pobre Colegio, puede preſumir eſſe Gran Señor, Amigo, y Pariente cercano, que ſe toma eſte pretexto florido, porque embie algun ſocorro, y que ſe ſiembran flores por coger fruto. No era el Padre Nadal Superior yà entonces de Franciſco, ſino antes bien ſubdito: A que ſe añadia el tener Borja tan intimo conocimiento de el genio de aquel Grande à quien eſcrivia, el ſaber haſta donde llegaſſe entre los dos la confianza, eſtàr tanto mas verſado en aquella eſcuela, y mas practico en los primores de la corteſanìa. Mas apenas oyò aquel delicado diſcurſo, ò recelo, hijo de la prudencia, y de un temor honrado en el que avia ſido Superior ſuyo; quando rompiò la carta, deſpedazò los ramilletes, y matò las flores una à una: hermanandoſe en eſta accion ſola la docilidad, y la obediencia: porque de aver vendado à ſu razon la viſta con aquel que una vez huvieſſe tenido imperio en ſu alma, le quedaba ſiempre atada al entendimiento la venda.

No fuè menos prompta, ò menos ciega la operacion, que executò con el miſmo Nadal, ſiendo Borja cabeza de la Compañia: y la quiero eſcrivir con la pluma del Padre Dionyſio Vazquez, que fuè teſtigo de eſta hazaña: la qual ſucediò en ocaſion, que el Santo yazia doliente en humilde lecho, y tan melancolicamente poſſeìdo de aquel humor obſcuro, que apenas oſſaba el corazon palpitar de aſſuſtado, ò de medroſo, ſonando deſde cada ala un triſte aguèro: y cada penſamiento de Franciſco era un patibulo funeſto, donde no ſe miraban, ſino diferentes inſtrumentos del horror, y del ſuplicio. Dize, pues, aſsi aquel teſtigo ſabio: *Siendo General en Roma, eſtava convaleciente de una larga, y peligroſa dolencia, y rogandole los que alli eſtabamos, que vieſſe ſi alguna coſa le daria alivio, y recreacion, para deſechar las reliquias del mal, y para alegrarſe un poco, dixo: pareceme que guſtaria de vèr jugar al Alxedrez: luego embiamos por un Alxedrez fuera de caſa, y aſſi como eſtava en la cama enfermo, ſe puſo à vèr jugar al Padre Doctor Ledeſma, que fuè en el ſiglo unico en aquella arte; y aunque con los cuydados mas graves de la Religion, y de ſu Theologia, en que tanto ſe ſeñalaba, avia dexado aquel honeſto exercicio: todavia holgaba el Padre Franciſco de verle con quanta facilidad ganaba à los que queria, dandoles grandes ventajas: y à lo mas ſabroſo de un juego, que jugaba el Padre Ledeſma, entrò en el apoſento el Padre Nadal, dixo con un deſcuydo, y ſin tiempo, nueſtro Padre Micer Ignacio nunca guſtò, ni aprobò que ſe jugaſſe al Alxedrez en la Compañia. No huvo meneſter mas el Padre Franciſco, al momento, que le oyò, haze levantar el tablero, y que luego le lleven à ſu dueño. Pesòles à los que alli nos hallàmos del importuno aviſo, y al miſmo Nadal le pesò mas de averlo dicho, y quiſo perſuadir al Padre, que no lo dexaſſe: mas ninguna perſuaſion, ni ruego baſtò; porque dixo, que pues nunca ſe avia à ſabiendas deſviado de los dictamenes, y juìzios del Padre Ignacio, no queria aora por un vano contento ſalir de ellos. Como pudiera acabar con ſu conciencia el deſobedecer al Superior vivo, el que ſiendo General, y deſobligado de lo que ſu igual ordenò, y no ſiendo contra precepto, ni regla ſuya, ſino una ſimple ſignificacion de coſa tan indiferente, no pudo mandar à ſu corazon, que ſe recreaſſe en vèr aquel divertimiento; por no faltar de las leyes eſtrechiſſimas, que èl ſe ponia de la obediencia.* Haſta aqui el teſtigo de eſta ſingular hiſtoria: y no parece que puede llegar à ceguedad mas noble, mas altamente rendida, y mas prompta deſde la razon de el que manda.

***

§. II.

§. II.

LAs inſinuaciones de ſu Gran Patriarca las atendia con tanto reſpeto el Borja, que paſſaba à ſer adoracion la obediencia; ſolo tuvo que conſagrar à la ceguedad de eſta virtud rendida el verſe nombrado Comiſſario General de Eſpaña: y eſte horror era tan bien nacido en el afecto contrario, que alimentaba el rendimiento à la obediencia, donde hallaba la ſeguridad, y la dulzura. Quando recibia alguna carta del Grande Loyola, doblaba ambas rodillas ſobre la tierra, rogando al Cielo, que iluſtraſſe ſu razon, y ſu eſpiritu, aſsi en acertar con la mente de Ignacio, como en la prompta execucion de lo que contuvieſſe aquel pliego: el qual leìa con el miſmo cuydado, que ſi baxaſſe remitido deſde el Empyreo, y tuvieſſe disfrazada una eſtrella en cada raſgo. Proſeguia leyendo en aquel ademàn rendido, en que ſe dexa vèr el reſpeto, calzandoſe al miſmo tiempo muchas alas ſu eſpiritu, por bolar àzia donde ſeñalaſſe el dedo de Dios en Ignacio: y le parecia tardo buelo aun el de una Aguila à obedecer el impulſo, y flecharſe por el viento. Muchas vezes deſpues que el divino Ignacio deſcubria el rumbo, cerraba la carta diziendo à Borja, que pues hallaba al piè de las circunſtancias, que ſuelen ſer todo el governalle de una dependencia, executaſſe la que en ſu dictamen fueſſe mas conveniente à la mayor gloria, y al feliz exito de aquella cauſa. Mas Borja rara vez usò de eſta libertad, ò rienda, ſino que los accidentes ſe alteraſſen de modo, que paſſaſſe à ſer medio dia la luz dudoſa. Si recibia algun orden favorable, ò noticia que intimar à las Provincias de Eſpaña, ò bien à un individuo de la Compañia, publicaba el origen de aquella gracia, ò dependencia en el corazon de ſu iluſtre Patriarca, aun quando tuvieſſe mucha parte en ello el miſmo Borja; pero ſi fueſſe materia ſenſible al ſubdito, à quien la intimaba, nunca expresſò la fuente de donde nacia, por mas que ſe fraguaſſe el rayo en el corazon del fuego ſin concurſo de Franciſco: porque aſsi callando el nacimiento de aquel orden, ò exercicio penoſo, y à lo menos dexandole confuſo, paraſſen en èl las quexas del ſentimiento, ſin paſſar à herir otro mas diſtante blanco.

Tenia San Ignacio de Loyola tan conocida, y admirada eſta ceguedad divina, que yà no le mandaba con la lengua, ni con la explicacion de la pluma, ſino con una muda ſeña, porque adivinaſſe Borja, vaticinando la voluntad del que ordenaba con aquel inſtinto, que haze de un corazon amante un Profeta, y aquella aſtrologia, que el amor ſolo dicta. Otras vezes mandaba à ſu Secretario, que inſinuaſſe à Borja eſte, ò aquel punto, añadiendo ſolo, que ſe perſuadia ſer eſte el dictamen del Padre Ignacio: y por qualquier conducto, por donde llegaſſe à Franciſco alguna noticia, aunque canſada, ò ambigua un poco, la paſſaba à la execucion luego: teniendo tanta Fè con lo que pudieſſe ſer maxima de San Ignacio, que nunca ſe atreviò el penſamiento, ni el ſuſto à proponerle algun recelo de que en la ſuma diſtancia ſe erraſſe el tiro dexandoſe governar acertadamente de la Fè la obediencia, y guiando en eſtas dos virtudes un ciego à otro por la ſeguridad miſma. Mandòle, que obedecieſſe al Hermano Marcos, à quien ſeñalò por Compañero ſuyo, porque ſe rindieſſe como à dueño al que antes avia ſido ſu criado: y Borja doblò tan ciegamente la razon, y el alvedrio à la ſencillèz de eſte devoto Hermano, que aun la ſombra le infundia reſpeto. Si eſtaba doliente, y le mandaban tomar algun alivio, preguntaba luego, ſi lo mandaba el Hermano? Hallandoſe mal convalecido en Lisboa, le mandò llamar la Reyna Doña Cathalina, à quien reſpondiò Borja, que no podia dezir poſitivamente lo que executaria, haſta que vinieſſe el Hermano Marcos à dictarle la reſpueſta. Vino, y mandò à Borja, que no fueſſe aquel dia, porque falto de ſangre el cuerpo, apenas podia mantenerſe arrimado, y tenia mas accidentes de moribundo, que de convalecido, mas que reſpondieſſe, que quanto antes ſe haria llevar à Palacio. Si algun dia ſe apartaba de la aſsiſtencia de Franciſco, dexaba un ſubſtituto, en quien vinculaba toda la razon, y la autoridad de ſu miniſterio: ſujetando Borja aquel ſublime diſcurſo al arbitrio de la rudeza, que le daba leyes deſde un tronco: y la ſabia razon de aquel politico entendimiento, y de un tan grande corteſano ſe dexaba conducir de la ignorancia con admirable rendimiento, aun ſiendo General ſuyo, governandoſe por el Leño el mas dieſtro Piloto.

Quando entraba à ſervir en una oficina, obedecia con tanta exaccion al que la cuydaba, que ni la mas grave ocurrencia, ni todo el eſplendor de la ſoberanìa baſtaban à que interrumpieſſe, ò alteraſſe un punto de lo que ſe le ordenaba. Un dia, que por orden de un Hermano tomò la eſcoba, llegò à viſitarle ſu fiel amigo Ruì Gomez

de

de Silva: y el Borja le rogaba, que ſe ſirvieſſe de eſperar un poco mientras barria aquel tranſito, haſta llegar al ſitio, ò coto, que le ſeñalaba la obediencia de el Hermano. Cubriòſe de aſſombro con eſta reſpueſta aquel gran Valido de Felipe II. en cuya mano eſtaba entonces mucha parte del Cetro. Acercòſe à Franciſco, y anegado en lagrimas el roſtro, exclamaba: O què deſengaño tan digno de eſculpirſe en la memoria! O què eſtampido dà eſte exemplo dentro de mi alma, que enſordece la vanidad, y la ſobervia! O quanto mas glorioſa me parece eſſa obediencia humildemente rendida, que no el valimiento con la fortuna, y con el mas poderoſo Monarca! O què corrido eſtoy de vèr à Ruì Gomez de Silva con eſte ropage de Grandeza à la frente de Franciſco de Borja; el qual pudiera bien juntar los deſeos de tierra, que me ocupan mi alma con el polvo, que và arrimando eſſa eſcoba! El Principe deſataba en exclamaciones ſu eloquencia; y Borja ſilencioſo barria: haſta que puſo fin à ſu tarèa, arrimò la eſcoba, y ſe encaminò riſueño àzia el Principe, enjugando un poco el ſudor de la frente.

§. III.

MAs donde derramaba mucha copia de eſplendor ſu obediencia, fuè la Cocina, deſde donde ſaliò ſu exemplo à llenar de aliento puro ſu fama. Obedecia tan rendido, y tan prompto al Hermano Cocinero, quando baxaba à ſervirle en tan humilde exercicio, que no bolaria mas rapido por el viento en un precepto de Ignacio. Iba à tomar ſus ordenes, inclinado el roſtro, y los eſcuchaba como de la boca de un Oraculo: no ſiendo atendido en Delfos Apolo con la veneracion muda, que aguardaba Borja las reſpueſtas de un Cocinero. Siempre le apellidaba con el titulo de Amo, reſpondiendo al que le quiſieſſe dirigir en aquel oficio contra lo que le inſinuaſſe el Cocinero: no puede ſer ſino de eſte modo, porque aſsi me lo manda mi amo. Y què eſta no fueſſe afectacion, ni fueſſe ironìa, ſino verdad, conocimiento, y deſengaño de Borja! Admirables transformaciones ſabe hazer la gracia, con embidia, y con eſpanto de la fortuna: y que apenas la viò mayor en las rebueltas del tiempo, y de los ſuceſſos tragicos del mundo la Hiſtoria! Mas bolvamos à Franciſco, que un dia aviendole mandado el Cocinero ſacar agua de una Noria, y traer dos cantaros de bronce llenos à la Cocina, caminaba oprimido de el peſo, deſpues de aver ſacado con mucho afán el agua: encontròle un Hermano, y obſervò el temblor de aquel debil cuerpo, en quien era un baybèn cada paſſo. Iba embuelto en ſudor copioſo, añadiendo corrientes al llanto, formandoſe de unas, y otras un Rio: el cuerpo caminaba corbo con aquel intolerable peſo. Y condoliendoſe el Hermano, llegò apreſuradamente à quererle aliviar un poco; mas no pudo recabar ſu porfia otra reſpueſta de Borja, que dezir: eſto me ordenò à mi el amo, y no à otro alguno. Inſtabale, que ſe dividieſſe entre los dos aquella carga, pues faltaba largo trecho haſta la Cocina: mas hallò, que no ſolo eran de bronce los cantaros, que llevaba; ſino tambien el dictamen de Borja en eſta materia, diziendo, que ſu amo el Cocinero le avia mandado traer ambos cantaros llenos de agua, y no llevando ſino el uno, faltaba en la mitad à la obediencia, y antes queria que le faltaſſe la vida. Si me deſampararen los eſpiritus, y la fuerza, dezia, en eſta breve jornada, y entre eſta fatiga, morirè ufano de verme tendido en eſta pobre Huerta, cayendo glorioſamente mi cadaver ſobre eſtos dos cantaros de agua à ſepultarſe en la obediencia.

El año de 1556. en Valladolid ſirviendo tambien en la Cocina, le llamò la Princeſa Governadora de Eſpaña: avisòle el Portero, que ſubieſſe ſin detencion alguna, porque le eſperaba en Palacio la Princeſa; à que reſpondiò Borja, que aviſaſſe al Hermano Cocinero, porque èl vieſſe lo que debia executar en aquel punto. Mandòle, que fueſſe à Palacio luego, mas que ſe deſpidieſſe con brevedad de ſu Alteza, diziendola, que hazia falta en la Cocina, porque avia mucho que barrer, y fregar en ella. Doblò la cabeza el obediente Borja, ſaludò à la Princeſa, y deſpues de aver ſatisfecho à lo que le preguntaba, rayando por ſu frente todo el Sol de la prudencia, y abriendo un oraculo en ſu boca con cada reſpueſta, la dixo lo que el Cocinero le mandaba, y la gran falta, que hazia: calandoſe de golpe eſta Real Aguila deſde la mayor altura en la gran dependencia, que ſe trataba, haſta lo mas abatido de la tierra; y deſde la diſtribucion de los honores en la cumbre de la fortuna, à diſponer con orden, y limpieza los inſtrumentos de una Cocina. No quiſo condeſcender la Princeſa à la primera inſtancia de Borja, bolviendo à proponerle no sè que duda. Mas luego, que ſatisfizo à ella,

bol-

bolviò à inculcar ſu deſeada cocina, y el orden de el Hermano, que le executava, pulſando en aquel corazon la obediencia, y arraſtrandole por una ala. Condeſcendiò al fin la diſcretiſsima Princeſa, quedando tan altamente edificada, que entre el amago de la admiracion, y de la riſa contaba eſte ſuceſſo feſtivamente à la Grandeza Eſpañola: y de ſu lengua paſsò à ſer fama. Y deſte modo caſtigaba el divino Borja ſu entendimiento, ſugetando aquella grande razon al mas toſco, y mas groſſero diſcurſo.

No fuè menos ciega eſta virtud en Borja à ſu Catholico Monarca, y à los Miniſtros, en quienes haze eco toda la voz que tiene la Mageſtad. En lo que tocaba à la fé de Vaſſallo, y al honor de Cavallero, eſtava tan rendido, aun deſpues de Religioſo, que no ſolo obedecia las Leyes, ſino los ademanes del ſemblante en ſu dueño. Porque ſu fidelidad, y ſu obediencia nunca ſalieron de Palacio; aunque renunciò el mundo, y la vida aulica haſta con el penſamiento. Deſta verdad tenemos teſtigo al miſmo Borja Santo en la carta, que eſcriviò à Felipe Segundo, y queda referida àzia los fines de el Libro quarto; con otro bien iluſtre exemplo, que baſta èl ſolo à ſer credito deſta obediencia en Franciſco. En la que tuvo à la Santa Silla, no puede añadir otra luz la pluma deſpues aver dicho, que diò ſu ultima boqueada el corazon de Borja en obediencia ſuya, y cayò victima obediente ſu cuello ſobre eſta ara. Avianle mandado los Medicos, ſu Confeſſor, y el Hermano Marcos, que comieſſe carne en la Quareſma, advirtiendole, que peligraba manifieſtamente ſu vida en un dia ſolo que quiſieſſe atropellar eſte orden, que le intimaban la medicina, la razon, y la experiencia. Rindiòſe docilmente algunos años el Borja; mas ſabiendo, que el Santo Pio V. guardaba todo el rigor del ayuno, ſe reſolviò à executar lo miſmo: ſin que en la diverſidad de achaques, y complexiones de uno, y otro quiſieſſe diferenciar de males ſu entendimiento: obſtinandoſe al grito, y à la porfia del Medico, y del Hermano tambien en eſte punto: porque ſe perſuadiò, à que mandaba el exemplo deſde Pio V. y que no debia ſer tan perezoſa la obediencia, que aguardaſſe à la voz de el que manda: la qual ſuele ahogarſe tal vez en los reparos juſtos del que domina, ò ſalir quebrado el ayre à la lengua. Fuè ſuceſſo bien digno de la obſervacion entre los Jeſuitas de Roma, y entre los Medicos que aſsiſtian à la Caſa Profeſſa, que Borja mejorava con lo que à los Aforiſmos de la Medicina, y al dictamen de la experiencia era veneno inevitable, de aquella ſalud derrotada; y ſoſtenida aora ſobre la obediencia, que la guardaba, por ſacrificarla deſpues entre los brazos de la Silla Apoſtolica, deſangrandole la vida gota à gota la obediencia à la Tiàra.

CAPITULO X.

ESPIRITU DE POBREZA CON que reſplandeciò el Santo Borja, deſpues que ſe deſnudò de la grandeza humana. Exemplos inimitables, que dexò en eſta materia, deſnudando mucho mas el alma de los bienes; y aun de los deſeos de la tierra: y quanto ſolicitaba que floecieſſe eſta virtud en la Compañia. Lo que fomentaba aquel ſublime eſpiritu de pobreza, en la admirable reforma de San Pedro de Alcantara, con quien tuvo frequente, y divina correſpondencia.

§. I.

LLegò yà la pluma al ultimo esfuerzo de la oſſadìa, que emprendiò el corazon de Borja deſde que ſe reſolviò à hollar la Grandeza, y à borrar el eſplendor todo con el abatimiento de mendigo: ſin moverſe à tan dificil aſſumpto de otro fin, que de un amor oſſado, y tan deſnudo de intereſſes, como lo quedò el miſmo Franciſco: y ſin que influyeſſen en eſta gallarda operacion de ſu eſpiritu los bienes del Cielo. Solo ſe dexaban diſtinguir deſde la fantaſia algunos lexos de la eſperanza que en eſta empreſſa no quiſo acompañar à la oſſadìa, por hazerla mas glorioſa: como que aquel corazon generoſo embarazava à ſus afectos cebarſe en los deſpojos, no yà ſolamente del mundo, que piſava victorioſo, ſino tambien de el Cielo miſmo, contentandoſe con la gloria de el vencimiento; mientras quedava pobre, deſnudo, ſolo, y transformado de Gran Señor en triſte Mendigo, que ſolicitaba de puerta en puerta un deſprecio. Ni ſe hizo admirar ſolamente eſta bizarra empreſſa de una grande fantaſia en la reſolucion primera, ſino mucho mas en perſiſtir tantos años de vida en tan eſtremada pobreza, ſin admitir el miſero alivio, de que era capàz ſu eſtado, y ſin dexar de abatirſe nuevamente cada dia haſta el ultimo extremo. El principal motivo de ſu amor al Serafin humano San Franciſco,

ciſco, fuè aquel alto eſpiritu de pobreza, que enriqueciò el ſuelo: y Borja, yà que no viſtiò el Sayal dichoſo, ſe viſtiò aquel eſpiritu, que ſe deſnuda de el mundo. Poſtrabaſe ante un Crucifixo, y rogaba à ſu fiel Traslado que le comunicaſſe aquella deſnudèz ſangrienta, y raſgada, que dexò vinculada immortalmente en là Igleſia. Deſpues, que renunciò el Eſtado de Gandìa nunca tocò moneda alguna: y eſtavan perſuadidos à que huvieſſe hecho voto en eſta materia: y aſsi por los caminos ſu Compañero daba la limoſna: *Y era coſa que admiraba*, añade el Padre Dionyſio, *vèr que no conocia las monedas, que ſe uſavan en Eſpaña, y en Italia.* Infelices ricos, dezia, por ventura no es priſionero el que tiene grillos de oro, como el que los tiene de hierro? No apriſionaban en la India à los delinquentes con cadenas de oro? Aſsi exclamava aquel gallardo eſpiritu, que permutò guſtoſamente la opulencia de ſu Eſtado, por andar con unas alforjas al cuello. Eſtava tan dulcemente hallado dentro de la pobre vida Religioſa, que no ſolo pedia al Cielo cada dia antes la mortaja, que la Purpura, ſino que dezia con mucha gracia: ſi eſte feliz eſtado pudieſſe guſtarſe como el vino, muchos mas dexarian el mundo. Mas porque ignoran eſte bien, ò teſoro eſcondido, y por otra parte no ſe atreve la honra à la experiencia, ſin aver antes reſuelto mantenerſe en la batalla, aunque parezca dura; por eſſo ſe quedan tantos en el engaño, y en el ocio, y en los eſcollos de una libertad traydora, donde el eſcollo ſe quiebra blandamente à los embates porfiados del agua.

Quando entraba en algun Palacio, y miraba la techumbre de oro, los ſalones veſtidos de la Mageſtad, y de la pompa, los gavinetes reverberando en criſtal, y en hermoſura: ocupados los ninchos con bultos de plata, mientras la vanidad ocupa tal vez el primer nincho en el corazon del dueño; exclamaba Franciſco: O mundo, ò laberinto engañoſo, donde pierde rumbo el penſamiento, y diſcurre vago, ò ſe embeleſa ciego ſin hallar ſenda, ni camino: porque la miſma multiplicidad embaraza, ò confunde al entendimiento, el qual, ò và errante, y deſcaminado; ò corre alegre à ſu precipicio! O quanto debo al Cielo en averme ſeñalado la ſenda, y el modo de ſalir, deſpues de tantas vezes perdido, de aquel enredado ſeno, aunque fueſſe rompiendo por el miſmo bronze duramente el camino! O que feliz hora aquella en que hallè la hebra de oro, y me abriò la puerta un fatal eſtrago, grande faròl à mi rumbo! Si alguna vez por acaſo, viò hazer viſtoſa reſeña de las precioſidades, que engrandece la humana fantaſia en tanta joya, deſlumbrando en menudo reſplandor la viſta, y dexandoſe vèr à mucha luz, ò los deſpojos del màr, ò los deſperdicios del Sol; apenas podia contener el deſprecio dentro de la prudencia, y le diſsimulaba en riſa: de ſuerte, que cada diamante tenia por fondo el deſprecio en la eſtimacion de Borja, que ſolo apreciaba altamente aquella Margarita congelada en humilde groſſera concha (que aſsi apellida Chriſto à la ſanta pobreza.) Mas luego ſe entriſtecia de vèr que los hombres puſieſſen ſu felicidad toda en aquellos lucientes engaños, y en los bienes caducos; quando el Evangelio, ſolo dà el renombre de bienaventuranza à la pobreza, poſſeſsion hermoſa donde funda ſu razon, y ſu eſperanza la dicha. Entraba con horror en las Cortes, donde le cercaba la muchedumbre de pretendientes, contemplando en cada una un hoſpital de infelizes incurables, y una fragua de el mas triſte deſengaño, pues no alumbra con el eſcarmiento, ni convalece con eſta doliente curacion la vida de la enfermedad prolixa de la eſperanza. Lloraba al vèr deſpoblarſe en buſca ſuya el mundo; ſiendo pocos los que le buſcaban por intereſſes del Cielo. Atendia laſtimado el eſtruendo confuſo de aquel màr tormentoſo: reconocia las maquinas del artificio, la doblèz cauteloſa del diſsimulo, las artes del engaño; las traiciones en el pecho; y los alhagos infieles en el roſtro. Comparaba aquel teatro de la zozobra, y del ſuſto con el ſoſsiego, que dentro de una pobre celda hallò ſu eſpiritu, viſtiendo en eſte cotejo muchas alas, y afectos ſu amor al eſtado Religioſo. Venian à tratar con el Santo, yà los favorecidos, yà los deſeſperados, yà los quexoſos: y hallaba Borja, que à los primeros los aſſuſtaba la felicidad, y la fortuna, el miedo de la caìda; y que à los ultimos los endulzaba ſu deſdicha la eſperanza de arribar à la altura. Aſsi que pueſtos en dos balanzas los ſuſtos de los dichoſos, y las eſperanzas de los deſdichados, ſe debria hallar dudoſa la prudencia, y la eleccion entre los dos extremos; porque el fiel no ſe veria inclinado, ſino tremulo tambien, y dudoſo. Y Franciſco enjugaba las quexas del uno, mientras ſerenaba los ſuſtos de el otro: introduciendo en ambos à bueltas

del

del conſuelo el deſengaño en el ſitio que tiranizaban la eſperanza, y el ſuſto. Deziale al muy quexoſo, que era arte de la Providencia dexar à vezes ſin el honor al merito, y permitir la exaltacion del ingenio: porque de otra ſuerte no hallaria conſuelo en ſus infortunios un deſdichado, ſabiendo, que no ſolo avia perdido el premio; ſino que ſe hallava tambien deſtituìdo del merito: y le faltaria haſta el triſte deſeſperado alivio de embiar dulces quexas deſde la razon al viento.

Siempre, que eſtuvo en peligro Borja de que la Purpura le arrancaſſe del feliz eſtado de abatimiento, y de pobreza, eſtuvo tambien à grande peligro ſu vida, que deſeaba vèr deſpedazada, antes que ceñida de eſplendor, y de honra. Quando el Santo Pio V. ſe reſolviò à veſtirle la Purpura, à peſar de ſu llanto, y de toda el alma (ſegun conſta del teſtimonio de tres Cardenales, Cornato, Blancheti, y Farneſio) y ſe halla en el Proceſſo de Barcelona, padeciò ſu vida una fatal tormenta. No ignoraba el Grande Ignacio, ni alguno de la Compañia el dolor, y el miedo, que ocaſionaba à Franciſco eſta memoria: ſiendo mayor aquel ſuſto de verſe en lo alto, que el que padece ſobre la cima del honor un ambicioſo. Y aſsi, quando el año 1552. eſcapò milagroſamente de eſte peligro, en que le puſo la dignacion de Julio III. à inſtancias de Carlos V. mandò ſu Iluſtre Patriarca al Padre Polanco, que paſſaſſe à Borja eſte aviſo en carta de primero de Junio, que pareciò traſladar à eſte ſitio, por explicar con tan inſigne teſtimonio el indecible conſuelo de Borja dentro del mas abatido pobre eſtado: *Por muchos caminos, dezia, aviamos yà comprehendido quanto agrade à Dios nueſtro Señor en vueſtra Reverencia el eſtado de ſimplicidad, y baxeza, mas nunca lo aviamos viſto mas claramente, que aora, en que Dios le ha librado del grave peſo de un tal Capelo, que no ſe le puede igualar alguno de los que Antonio Rion ſuele dàr en el Refectorio. Avrà diez, ò doze dias, que ſaliendo del Conſiſtorio el Cardenal de la Cueva, hizo ſaber à nueſtro Padre, que ſe avia determinado hazer à vueſtra Reverencia Cardenal: y aviendo yo ido aquel miſmo dia à viſitar al Cardenal, me dixo tambien lo miſmo con grande alegria; y porque yo reprobaba eſta eleccion como no conveniente à nueſtro eſtado, replicando el Cardenal, me dixo: yo queria, que vueſtra Religion fueſſe un Seminario de Obiſpos, y Cardenales. Aviendo, pues, nueſtro Padre diſcurrido ſobre eſte punto con el Cardenal de la Cueva, y ſabido por ſus razones las de los otros, determinò hablar al Pontifice, y lo hizo de tal manera, que ſu Santidad moſtrò aver entendido muy bien, que el modo de vivir al preſente de V. Reverencia es de mayor ſervicio de Dios, que le ſeria, ſi fueſſe Cardenal: y por ultimo vino à dezir, que èl deſeaba para sì el eſtado de V. Reverencia, ò de otro qualquiera de noſotros, antes que el ſuyo de Pontifice: porque voſotros, dixo, no teneis que penſar en otra coſa, que en ſervir à Dios; pero noſotros tenemos muchos embarazos, que nos diſtraen la mente. Con eſto quedaron en que no ſe haria contra la voluntad de V. Reverencia, ſino que ſe dexaria en ſu mano, y no de otra ſuerte; tanto, que ſi huvieſſe certeza de aceptarlo, creo, que yà el Papa perſuadido de las razones de nueſtro Padre no le embiaria à V. Reverencia el Capelo. Yà nueſtro Padre ha dicho al Papa, que no: y que ninguna otra coſa, ſino el temor del Capelo le avia obligado à ſalir de Roma en tiempo tan riguroſo, y frio. Y aſſi ſu Santidad ha pueſto la mira en otros: deſpues ha hablado tambien ſobre eſto con los primeros Cardenales, y ha hecho que les hablaſſen otros, como tambien al Embaxador Don Diego de Mendoza, declarando à todos la mente del Papa. Y aunque no ha avido quien no deſeaſſe à V. Reverencia en el Sacro Colegio, y aya dexado de alegar muchas razones en prueba: con todo eſſo ſe han perſuadido al fin, que verdaderamente eſto no conviene. Aſſi, que el negocio ſe tiene por deshecho (aunque Roma eſtava llena) mientras ſe remite al arbitrio de V. Reverencia, que creo querrà mas andar con la cabeza deſcubierta al Sol, y à la lluvia, que aceptar eſte Capelo para cubrirſe con èl. Aora por la buena nueva, que con eſta le embiò, pido una Miſſa al Eſpiritu Santo, para alcanzar mayor gracia de ſervirle.* Haſta aqui la carta, reſpirando Ignacio haſta por agena pluma conſuelos ſobre el corazon de Borja, que miraba como elemento ſuyo el eſtado de pobreza; de ſuerte, que al ſacarle fuera del agua ſe veria palpitante en la arena.

§. II.

MAs no eſtuviera ſatisfecho aquel eſpiritu, mayor que el mundo, con hallarſe en el abatimiento del eſtado Religioſo; ſi dentro de aquel pobre ſeno no ſolicitaſſe los mas deſnudo, haſta introducirſe al centro, y al corazon de lo mas abatido. Su cama, ſu comida, y ſu apoſento eran tres grandes teſtigos, y tres Ora-

Oradores mudos de eſta virtud heroyca, no ſe hallando en ſu apoſento alhaja, que ſi ſe miraſſe con atencion, no movieſſe à laſtima, y à la riſa. La pared deſnuda, como que dexaba todo el blanco à las hazañas de Borja: nunca tuvo otra ſilla, que de la madera mas toſca, mal texido el reſpaldo de ella, ſin querer admitir otra alguna, aunque huvieſſe de entrar algun Embaxador, Cardenal, ò Principe à ocuparla. Quando yazia rendido fatalmente à la cama, quiſieron cercarla con alguna defenſa, mas ſolo pudieron conſeguir de Borja, que permitieſſe una eſtera mal tratada, ſixa en la pared, que tocava con la cabeza: y buſcava ſiempre la cama mas pobremente diſpueſta, que cupieſſe en el uſo comun de la Compañia. En Tordeſillas el año de 54. ſe rindiò à la cama gravemente enfermo, llevaronle ſus hijos los Condes de Lerma à ſu Palacio caſi moribundo, y quando aun à la reſiſtencia le faltava el aliento. Mas aſſeguraba, que ſi no le puſieſſen en algun apoſentillo tan deſnudo de qualquier adorno, que no ſe diferenciaſſe del que tenia en el Colegio, ſe levantaria una noche arraſtrando à quedarſe en la calle muerto. Fuè preciſo guardar eſte pacto por no perder el principal aſſumpto, y por no contriſtar aquel pecho, añadiendo malicia, y dolor à un mal peligroſo. Llegò en eſta ocaſion el Doctor Hernando Solier, eſtando yà Borja un poco fortalecido, à ſuplicarle le recibieſſe en la Compañia: obſervò el deſabrigo de aquella quadra, ſiendo la eſtacion mas rigurosa en que el viento elado ſe atrevia al gavinete mas defendido de la injuria del tiempo. Mirò atentamente aquella pobre dura cama, en que el Santo yazia, y la cabeza reclinada por la mayor parte en sì miſma, manteniendo el peſo fuera de la cama: y explicò, aunque cobarde un poco, el paſmo que le ocaſionava la deſnudèz de aquel ſitio, en un Palacio, donde pensò hallar à la magnificencia rodeando el lecho de Franciſco. El qual reſpondiò à la compaſsion del nuevo Soldado: No tengais laſtima al cuerpo, que bien ſupo conſagrarſe todo à los alhagos de el ſiglo, liſongeando haſta con la profanidad el guſto; yà es razon, que pague ſu exceſſo, y que tenga por liſonja ſeguir deſnudamente à Chriſto, que con poca ſangre en las venas, y con mucho yelo mantuvo glorioſamente ſu deſnudèz clavada en un tronco. Fueron muchos los que eſte grande eſpiritu de pobreza llamò à la Compañia, arrojando ſus bienes, y ſus eſperanzas entre montes de agua; por ſeguir las huellas de Borja, al obſervar aquel veſtido, que era infame deſprecio de la viſta, y el trage con que ſe acobardan, ò ſe envilecen haſta los penſamientos de la ſobervia, y que le perdona por mas que pobre la fortuna.

Y à la verdad el veſtido ſiempre groſſero, ſiempre gaſtado, y caſi ſiempre roto cauſaba no pequeña admiracion aun à los que no le huvieſſen conocido entre el explendor, y el fauſto: mas en quien comparaſſe uno, y otro tiempo, paſſava la novedad à ſer aſſombro: y eſte à ſer exemplo mudo, que pulſava ferozmente las puertas de el olvido. No veſtìa, ni aun en el rigor del Invierno, ſino un juboncillo de lienzo, la ſotana del paño mas toſco, tan ajado, tan roìdo de el tiempo, qual tronco deſcortezado, à quien los años han perdido el reſpeto. El miſmo tomava la aguja en la mano, y cerrado en ſu apoſento unìa groſſeramente los pedazos del veſtido, aſsi por exercitarſe en tan humilde empleo, como porque ſi le entregaſſe al Hermano, obſervaria mas de cerca el eſtado laſtimoſo de aquella ſotana, ò manteo: cuyo fatal deſtrozo ſe ſoldaba mal con el cuydado, y con el artificio, y era propriamente poner puertas al campo. El ceñidor era un orillo de paño burdo. Y porque el frio avia hecho grande impreſsion en la cabeza, le mandaron los Medicos abrigarla: con que ſe viò preciſado à uſar un virretillo de un ſimple vocacì negro, con que blaſonaba yà de aver condeſcendido à las importunidades del ruego en cuydar de ſu abrigo. Las medias padecian mortal dolencia, dexandoſe vèr continuamente la carne viva, ſin que ſe hallaſſe baſtante razon à perſuadir à Borja, que admitieſſe novedad alguna en la ropa, que traìa, pues tocaba yà el reparo en la decencia. Saliendo con el Hermano Marcos por las calles de Roma, y antes por la Corte de Eſpaña, todos deſde mas lexos ſeñalaban qual fueſſe Borja; no yà porque ocupaſſe la mano derecha, ni porque ſe dexaſſe percibir la ſymetrìa de la cara, ſino por aquella diviſa admirable de la pobreza, con que el color de ſu mantèo le diſtinguia del mas humilde Hermano de la Caſa. Embiòle la Marqueſa de Alcañizes ſu hija cantidad de ropa blanca, la qual repartiò Borja entre los pobres del Hoſpital aquel miſmo dia. Otra vez, que el Duque ſu hijo, viendo la ſuma deſnudèz con que ſu Padre andaba mal diſsimulada con la aguja, y mal defendida con los reparos que aplicava, le embiò

un veſtido de limoſna: obſervòle Franciſco con lince viſta, y pareciendole, que la novedad, y la hechura menos groſſera no eran trage à la moda que pedian, ò inventaban las maximas de ſu heroyca pobreza, y las que ſu Maeſtro con el exemplo deſde la Cruz, y deſde un monte con la voz enſeñaba; debiendo ſer eſte exemplo la moda del que ſigue ſu eſcuela; mandò que ſe le bolvieſſe al Duque de Gandìa, ò que ſe le viſtieſſe otro de caſa. Y embiò juntamente à dezir à ſu hijo, que èl tenia obſervado, que no ſe dava limoſna al mendigo, que no la pedia, y que antes le rehuſaba. Nunca tuvo rubor alguno de ſalir con el veſtido deſtrozado al publico, porque no ſe avergonzaba del eſpiritu del Evangelio. No admitia zapatos nuevos, ſino tal vez deſpues de dos años. Siempre que emprendieron veſtirle de nuevo alguna parte del veſtido, fuè meneſter valerſe del ingenio mas delicado, y de las artes todas del diſcurſo; porque era mas perſpicàz ſu entendimiento, que ingenioſa la caridad en qualquier otro: Quando caminò por la Europa con el Cardenal Alexandrino hallaba una batalla en cada Colegio ſobre eſte punto, que llamaba ſu perſecucion el Santo. Y apenas pudo conſeguir en Lisboa el Cardenal Infante, que admitieſſe un veſtido interior del paño mas burdo. Y fuè meneſter valerſe de la obediencia en el Hermano: porque no ſe hallaba otro medio de convencer, ò perſuadir à Franciſco. Y tal vez ſe reſiſtiò Borja ſiendo General de la Compañia al Hermano Marcos, que le dominaba: y ſe vieron eſtas dos virtudes luchar en la arena, quedando la ſanta pobreza victorioſa, quanto eſtava mas deſnuda.

Eſcrivia ſus Libros, y ſus Sermones en los ſobreeſcritos de las cartas, partiendo à cada paſſo las lineas, porque tropezaban en otras agenas: queriendo pagar eſte tributo mas à la ſuma pobreza; que en eſte punto ſolo ſupo ſer dañoſa, hurtando muchos precioſos raſgos de ſu pluma à la luz de la eſtampa. Y ſe guardavan algunos fragmentos de tan pobre materia en los Archivos de Roma, y en otras grandes Caſas de Eſpaña. Nunca fabricò ſus Sermones con extenſion prolixa; ſino reducidos à breves apuntamientos en el blanco, que dexa el ſobreeſcrito de una carta; mas tan ordenados los puntos, y los textos, que aun entre la confuſion de agenos raſgos ſe admiraba el orden armonioſo de ſus diſcurſos. Si huvieſſe de eſcrivir un papel ſobre alguna dependencia, ſe valia tambien del poco blanco que hallaſſe libre en una carta. Y era muy frequente en Borja eſta tarea, aſsi porque apenas tuvo dia en que reſpiraſſe ſin opreſsion de alguna conſulta: como porque con dos renglones ſe eſcapaba del embarazo de ſalir de caſa, del deſperdicio del tiempo en las ocurrencias, y ceremonias de una viſita, robandoſe tanta parte de la vida humana. Y añadia, que ſi quiſieſſe embiar quien dixeſſe ſu dictamen à boca, las mas vezes ſe erraba, perdiendo la pureza, que en ſu origen tenia el dictamen, que corre de lengua en lengua: como le ſucede corriendo por diverſos minerales al agua mas criſtalina, y mas dulce en ſu cuna: maxima que Julio Ceſar dexò acreditada, y ſe celebrò entre las proezas de ſu pluma.

§. III.

HIzo que le engaſtaſſen pobremente una reliquia; y porque le echaron un cerquillo de plata, nunca quiſo admitirla. Lo miſmo executò con un Agnus, que deſeava traer conſigo; y le dexò porque no era de laton el cerco. Traìa las quentas de ſu Roſario enſartadas en una cuerda de viguela: y à eſta proporcion era qualquier alhaja, de que uſaſſe con frequencia Borja. Aviendo llegado una noche à Plaſencia penetrado del frio, y la lluvia, y viendo tremulo al Padre Dionyſio, que le acompañava: mandò encender unos ſarmientos en la chimenea; pero añadiò luego eſtas palabras haziendo la virtud feſtiva; *no muchos por ende, no vamos contra la ſanta pobreza.* Y dize aquì ſu Confeſſor: *y quedònos en refran, no mucho por ende.* Tan ſutiles eran en puntos de pobreza, los reparos, y los diſcurſos de aquel Borja, que ſupo derramar glorioſamente paſſados de dos millones de hazienda los años que fuè dueño del Eſtado de Gandìa: de ſuerte, que reparaba haſta en una gota, en que bañar la propria vida, el que avia ſangrado immenſas corrientes al agua por inundar en conſuelo la agena. No permitiò, que en tan largos, y repetidos viages por Eſpaña, y otros Reynos de la Europa, en que afanò perpetuamente eſte grande Planeta, ſe llevaſſe prevencion alguna: ni una ſabana ſiquiera, aun quando ſu ſalud achacoſa caminaba expueſta la ruina. Por no hoſpedarſe en algun Palacio deſconocido de la pobreza, dormia no pocas vezes à texa vana, y otras ſobre la tierra deſnuda

mientras, ò la nieve, ò la agua ſe calaban al ſeno de Borja.

Llegò el año de 57. de buelta de Portugal à la Villa de Alburquerque, y porque reconociò que la Juſticia le buſcaba deſeoſa de hoſpedarle con mas decencia; ſe saliò apreſuradamente del meſon que yà ocupaba, atropellando por el rigor de el tiempo, y por la noche bien obſcura: y ſe encaminò à una pobre caſeria, que eſtava dos leguas de diſtancia. Y porque deſtos exemplos queda tan ſembrada ſu Hiſtoria, ſolo añadirè lo que executò en Plaſencia. Hallavaſe apoſentado en el Palacio del Obiſpo mientras ſe fabricava el Colegio: y le coſtava muchas lagrimas aquel ſitio, donde la autoridad de ſu Prelado le obligaba en la meſa à padecer un martyrio; y el temor ſolo de que podian tratarle con regalo, le quitaba el ſoſsiego, y aſſuſtava las ſerenidades de aquel eſpiritu. Apenas acabò un lienzo de la fabrica, quando ſe paſsò arrebatadamente à ella; aunque la humedad de las paredes, manando agua amenazavan ſu vida. Fuè tan inopinada eſta fuga, y ſe hizo tan fuerte en aquel nuevo Alcazar ſu eſpiritu de pobreza: que no pudiendo vencerle perſuaſion alguna, ſe eſparciò un rumor vano por el vulgo, de que Borja huvieſſe tenido revelacion de que ſe arruinava el Palacio, y que por no hallarſe embuelto en eſtrago tan laſtimoſo, ſe paſſaba importunamente al nuevo Colegio. Oyò Borja eſte fatàl eſtrago, que imprimiò una ſombra en la imaginacion del vulgo: y reſpondiò luego, no me salì yo, porque amenazaſſe ruina el Palacio, que eſtà bien ſeguro; ſino porque la amenazaba la ſanta pobreza en el eſpiritu del Padre Borja, y en el de la Compañia: pues el cortejo, y el regalo eran dos infames cimientos à la ſeguridad deſta fortaleza, de ſuerte, que à poco tiempo avia de flaquear la muralla.

Acercòſele un dia el Principe de Eboli al oìdo, y le preguntaba con voz de mucho ſecreto, porque huvieſſe dexado en el mundo la felicidad, con que le liſonjeaba la fortuna deſde Palacio, la vanidad en las prendas de Cavallero; la edad en el tiempo mas florido; y la grandeza de ſu Caſa, y eſtado; por veſtir un habito pobre, y abatido, que le mira aun la piedad con ceño? Reſpondiò luego Borja en el miſmo ademàn de reſerva: quando levanto un poco la razon à contemplar aquella divina hermoſura; y buelvo deſpues à fixarla en la baxeza de los bienes caducos, que hallo en la vida: quedo tan avergonzado, tan corrido de mi meſmo, y de lo poco que pude executar por dueño tan hermoſo, y tan ſoberano, que no me atrevo à mirarle bien al roſtro, me parece poco abatido el mas humilde eſtado, y poco deſinterès lo deſnudo.

§. IV.

ESte eſpiritu de pobreza deſeaba en los hijos de la Compañia; al miſmo tiempo que vulgar la fama con la inſpiracion de la embidia empezò à publicar los teſoros ocultos, que encerraba cada Colegio de la Compañia, transformado en caſa de moneda, y en aquel monte de oro, que ſe dexa vèr entre los impoſsibles de la fantaſia. Y verdaderamente, que cada Colegio encerraba los teſoros de la Omnipotencia, ſegun los milagros, con que los ſocorriò à la preſencia de Borja: de que hizo en otra parte mencion la pluma. Eſte era el principal motivo, porque ſolicitava, que los Colegios aſsiſtieſſen à los individuos con mano generoſa, y con tanto deſvelo en cada uno, como ſe trata à un hijo ſolo en la caſa de un hombre bien nacido: pues deſta manera ſe corta la ocaſion de que camine vago el diſcurſo en buſca de ſocorro foraſtero. Las fabricas, que hizo Borja en aquellos principios de la Compañia, eran grandes monumentos de ſu eſpiritu de pobreza: y quando los Fundadores abrian cimientos profundos à la oſſadia de una grande maquina; procuraba Borja diſuadir à la magnanimidad deſta empreſſa. Eſpecialmente, que en aquellos principios era embarazoſa à la extenſion de la Compañia: pues no querrian fundar otras Ciudades, ſin que compitieſſe ſu fabrica en grandeza con la que miravan vezina tan ſumptuoſa. Mas no por eſto quiſo, que por eſtrecharſe à mas pobre veſtido, y al exemplar de algun heroyco dechado, faltaſſe algun individuo à la profeſsion de ſu inſtituto: pues era querer ſalir à buſcar reſpiracion fuera de ſu proprio elemento. Y aſsi en el Colegio de Plaſencia, porque un Hermano intentò ſalir caſi deſnudo à tomar diſciplina en el Refectorio, ſiguiendo el rumbo de aquel Serafin humano; le diò una grave penitencia Franciſco, y le reprehendiò con mucho ceño, añadiendo: que ſino baſtava aquel aviſo ſerìa meneſter relaxarſe à la fantaſia, porque le caſtigaſſe como à loco. Porque ſu hermano

Don

Don Thomàs de Borja, en una jornada ſe iba à poner la meſa, y à diſponer la comida; no queriendo hablarle el Santo Borja por sì meſmo en eſta materia, hizo que otro Jeſuìta le dixeſſe, que ſe acordaſſe de que era hijo de el Duque de Gandìa. Si bien eſta advertencia tuvo ſu fuente en la humildad de Borja, que ſe atormentava al vèr que ſu hermano le ſervia, ocaſionando que ſe hizieſſe reflexion en la poſada, ò en la Villa, y diſcurrieſſen, que era el Duque Borja. Mas quiſo disfrazar ſu humilde ſentimiento en lo que recordava ſolo el buen ayre de Cavallero, profanando un poco el aviſo, porque el origen quedaſſe mas oculto.

Fundaronſe muchos Colegios en Alemania con algunas condiciones, que parecieron menos conformes al eſpiritu de pobreza, que San Ignacio deſeava, y profeſſa la Compañia; perſuadido el Padre Nadal, à que aſsi lo dictava la prudencia, y las circunſtancias, en que ſe hallava; porque ſi quiſieſſe innovar en aquella materia, padecerian ruìna todos los Colegios de Alemania. Conſultò con todo eſſo al General Borja, que quiſo antes exponer al eſtrago tanta iluſtre fabrica, que quitar una ſola piedra de ſu arquitectura divina al Templo de la ſanta pobreza. Aviendo recibido Borja un grande pliego, no pudo romper un cordèl, con que venia ligado, aunque forcejava mucho: hallòſe preſente un Hermano, que ſacando un eſtuche pequeño rompiò el hilo. Apenas viò el eſtuche Borja, quando (ſegun depone el docto Jeſuìta Fernando Antoni, que eſcriviò con felìz pluma la Vida de San Eſtaniſlao de Koſcha) lleno de horror deſacoſtumbrado, como ſi vieſſe un monſtruo, mirando yà al Cielo, yà àzia el eſtuche, yà al Hermano, que obſervaba ſu ceño con aſſombro, exclamò: Jeſus, Hermano mio! Como teneis aliento de traer un eſtuche, que ſirva ſolo à vueſtro uſo? Yo bien sè de mi, que ſi tuvieſſe eſſa alhaja conmigo, viviria temeroſo de que me dexaſſe Dios de ſu mano, y fueſſe dando muerte à todos los de caſa uno à uno, caſtigando mi culpa en todos con mi brazo, y con eſſe pequeño cuchillo. Enmudeciò eloquente el Borja Santo, bolviendo à repetir luego con voz detenida un poco: Jeſus, Hermano! Nombrò Viſitador de una Provincia à un Jeſuìta devoto, pero muy enfermo; y ſiendo la eſtacion mas ardiente de el año, buſcò un quitaſol, que le defendieſſe de los rayos de fuego, haziendo alguna ſombra, y algun corto alivio deſde la aprehenſion, ò deſde el miedo. Apenas lo ſupo Franciſco, quando le embiò à rogar, que dexaſſe aquel pequeño alivio, que tiene no menos de embarazo, que de eſcudo: mas que ſi no pudieſſe hazer la jornada en aquel tiempo, la dilataſſe, ò la dexaſſe de el todo, porque importava menos, que ſe quedaſſe ſin Viſitador aquella Provincia, que no el que ſe relaxaſſe la ſanta pobreza, introduciendo aquel nuevo uſo en la Compañia. Y aunque pareciеſſe eſcrupulo, ò nimio reparo de Borja, queria que advirtieſſe, que las relaxaciones en qualquier materia nunca tienen ſobervia cuna, antes nacen ſiempre en pequeño caudal de agua, que và lentamente creciendo, haſta que apenas ſufre orilla.

Eſtava enfermo un Procurador General en Roma, Jeſuìta de mucha religion, y prudencia, con gran fatiga, aſsi de el mal, como de los remedios, que le obligavan à ſudar todos los eſpiritus. Padecia intolerables deſvelos, no pudiendo tranſponer un poco los ſentidos, ni adormecer una hora los penſamientos con los cuydados: ſiendo mucha ocaſion un enjambre de moſquitos, que le mordian el ſueño en el roſtro, el qual amanecia hinchado, y negro. Puſo un pavellon de lienzo toſco (que ſe hallò acaſo) por muro de ſu pobre lecho. Luego que Borja tuvo noticia, le embiò à dezir con increìble blandura, y aun laſtima, lo que ſentia verſe obligado à ſuplicarle quiſieſſe quitar aquel pavellon viejo de la cama: porque no le avia viſto haſta entonces uſar à ningun enfermo en la Compañia. Y aunque no ignoraba, que le neceſsitaſſe mucho, mas que con ſu exemplo le uſaria otro, que no le neceſsitaſſe tanto: y deſte modo ſe iba haziendo coſtumbre, ò abuſo de un principio tan religioſo: de ſuerte, que la corriente eſtava pura en ſu nacimiento, y à breves paſſos la enturbiava el piè inadvertido, ò villano, y corria olvidada de ſu origen limpio. Si hoſpedava tal vez en el Colegio algun Perſonage, que quiſieſſe iluſtrar aquel nido del deſengaño, templava con tal diſcrecion la generoſidad, y la pobreza, que ninguna quedaſſe con razon quexoſa. Y le dezia, Señor, eſte es el ſolar de la ſanta pobreza, y el Templo de aquella eſtatua, vos no debeis eſtrañar en eſte ſitio, lo que eſtà vinculado en èl por voto, y lo que es tan proprio del terreno; porque fuera eſtrañarſe de vèr agua en el Occeano, yervas en el campo, y flores en un jardin delicioſo. Fuera de que vos ſois tan

 gran-

grande corteſano, y tan diſcreto, que no aveis de venir à deſpedazar la mas precioſa alhaja, ò joya del hueſped, que os recibe en ſu corazon, y en ſu caſa: y ſois tan religioſo al miſmo tiempo, que no aveis de venir à violar ſus immunidades al coto, donde aquella Deydad, ò virtud tiene ſu ſagrado.

§. V.

ADmirava aquel ſublime eſpiritu de pobreza, que atendiò en el corazon del Serafin de Alcantara, deſde donde paſsò caliente, y nadando en gloria à ſu iluſtre penitente Familia, la qual fomentava Borja con la razon deſde la pluma, y deſde la lengua: con la autoridad deſde Gandìa, y con los ſuſpiros deſde el alma. Enlazaron reciprocamente eſtos dos Serafines ſus plumas, batiendo cada corazon quatro alas, y comunicandoſe confiadamente ſus empreſſas. Y Borja eſtendiò ſu manto deſde Gandìa haſta Roma, y otras Provincias de la tierra, por abrigar con ſu influxo aquella divina Reforma. Eſcriviòle San Pedro de Alcantara con un grande hijo ſuyo, que embiò à Gandìa à que ſaludaſſe en ſu nombre al Portentoſo Duque de Borja, y trataſſe con aquel oraculo de la prudencia el modo de allanar algunas montañas, que oponian un impoſsible en cada frente à cada paſſo que èl dava, y à la penitente ſenda, que en diamante abria. Rogavale, entre otras dependencias, que eſcriviеſſe à Roma, pues no ignorava el grande peſo, que hazian las expreſsiones de ſu pluma en el dictamen, y en el corazon del Papa, que debiò el origen de ſu exaltacion à la gente de Borja. Lo que executò Franciſco con tanta fuga, que quiſiera encaminar en ſus deſeos la diligencia: y reſpondiò à ſu Serafin amigo eſta Carta:

Muy Reverendo Padre.

PUes el llevador de eſta informarà à V. Reverencia de la conſolacion con que ſu Carta he recibido; y de lo demàs que conmigo ha tratado ſobre eſte negocio à que ha venido, no curarè de eſcrivirlo à V. Reverencia, ſino remitirme à ſu relacion, y certificar à V. Reverencia, que en todo lo que mi medio pudiere aprovechar con ſu Santidad, en caſo que aya neceſſidad de ſu autoridad, lo harè con la voluntad, que es razon: y tengo por cierto, que ſiendo la obra tan ſanta, ſe favorecerà, aſſi en diſpenſar con algunos Religioſos, que ſe paſſen à la Compañia deſtos Reverendos Padres, como en acceptarla, y aprobarla por buena. En lo demàs me remito al Padre. Por amor de nueſtro Señor, pido à V. Reverencia ſer muy encomendado en ſus Oraciones; y no pongo mas palabras por eſtàr certificado de ſu caridad. Y guarde nueſtro Señor ſu muy Reverenda Perſona, como yo deſeo. De Gandia à 13. de Febrero, año 1549. A lo que V. Reverencia mandare. El Duque de Gandìa.

Eſta fiel correſpondencia durò el tiempo todo de ſu vida, entendiendoſe tal vez los penſamientos, deſde la ſuma diſtancia. Mas el Divino Borja nunca pudo contener bien el impaciente deſeo de ſu eſpiritu en abocarſe con aquel Serafin del mundo, y beber à pechos admiracion en aquel ſeno mas abraſado, que las entrañas del Veſubio, deſpues que llegò à convertir en horno encendido un eſtanque de yelo. Solicitò eſta dicha Borja, quando Comiſſario General de la Compañia en Eſpaña, aunque fueſſe meneſter rodear mucha parte de el mundo por merecerla. Y el milagroſo Alcantara no queria cederle en eſte mutuo deſeo, ni era facil, que un Serafin cedieſſe à otro en finezas de bien correſpondido, y en anſias de fuego.

Supo que ſe encaminava à Badajóz el Borja Santo: y le eſcrivió, que ſe rodeava poco por aquel ſitio. Mas que ſi no pudieſſe darle eſte conſuelo tan deſeado haſta bolver de Portugal, adonde le era fuerza partir luego (ſegun el miſmo Borja le avia eſcrito) ſaludaſſe en ſu nombre aquel Monarca Religioſo, y à todo ſu Palacio. Que favorecieſſe à Fray Juan del Aguila ſu amado Compañero, hombre de un eſpiritu iluminado: que promovieſſe las Fundaciones, combatidas ferozmente del enemigo, que aſſeſtava ſus rayos à cada Baluarte Sagrado, ſin perdonarle por pequeño. Recibió el Borja en Xarandilla eſte pliego, y reſpondió con otro digno de ſu eſpiritu, y de alto aprecio, que tenia del Serafin del Pedroſo.

JESUS.

Muy Reverendo Padre mio en Chriſto.

PAx, & gratia Domini noſtri ſit nobiſcum ſemper, Amen. Sabe el Señor lo que con las Cartas, y coſas de V. R. mi alma ſe conſuela: fuera yo de muy buena gana à ſu Ermita de V. R. y tuvierala por un Paraìſo en la tierra: mas he oìdo, que nueſtro Señor ſe ha llevado al Cielo al buen Obiſpo de Badajòz,

dajòz, y aſſi el camino de Badajòz ceſſarà, y avrè de ir derecho à Evora, y en Portugal tendrè yo el cuydado que es razon de las coſas de V. Reverencia, y à la buelta eſpero en el Señor, que nos verèmos, y tratarèmos particularmente. Tambien he oìdo, que el Padre Maeſtro Zapata era muy querido de el Señor Obiſpo, que eſtè en gloria. Ora pro me, Pater mi, ut communicet. Dominus mihi Spiritum Sanctum. *Con todo lo que digo, trabajarè de informarme del camino; y ſi puedo le guiarè por aì, aunque ſe tuerza algo. El Señor lo encamine todo; mas ſino viniere al camino, ſerà lo que arriba digo; y otra vez pido à V. Reverencia* ora pro me. *De Xarandilla 22. de Agoſto de 1557. años. Su ſiervo en el Señor. Franciſco.* De buelta de Portugal ſe encaminó al Pedroſo, y al reconocer aquel ſitio le ocupó toda la razon, y la lengua el paſmo: eſtrechóſe en los brazos de aquel Serafin macilento, y eſtuvieron mucho rato preſtandoſe centellas uno al otro, y formandoſe de ambos corazones un incendio. Quedaron muchos ſin batir las alas por algun tiempo, encogidas, ó pauſadas en la ſuſpenſion, que ocaſionava el aſſombro: contemplava cada uno aquel cadaver con tardo aliento, aquel penitente roſtro, y aquel cuerpo conſumido, à quien la penitencia avia ſaqueado el vigor todo: y al fin aquel Templo, que robó un tyrano. Haſta que rompió por los ojos el fuego, y ſe deſató la lengua al compàs del llanto. Trataronſe mucho en poco tiempo: eſtudiando cada uno ſublimidades en el otro; ſin querer reſervarſe ningun ſecreto, y trocando las llaves del alvedrio. Eſtava Borja admirado de vèr la ſantidad de aquel Convento, donde ſe eſtrechava el Cielo à breve recinto, cuya fabrica parecia labrada en miñatura, un Convento dibuxado en una mapa, ó boſquexado ſolo en la idea: ó un diſſeño en materia ruda, que ſirvieſſe de pequeño dechado al edificio, que ſe trazaba. O Dios, exclamaba Borja, y que monumento mucho mas hijo de una valiente idea, y de una grande oſſadia; que las maquinas, y poblaciones altas de la ſobervia! O Dios, y que magnanimidad de una grande alma ſe dexa reconocer en las pequeñeces deſta ruſtica abreviada choza, donde cabe mas luz, quanto mas ſe eſtrecha! Y ſe le repreſentava à Franciſco un tronco hueco, donde cabe la immenſa republica de las abejas en poco ſitio, hilando miel, y fabricando luz en celdas de oro.

CAPITULO XI.

INCOMPARABLE AMOR DE Borja à la Religion de la Compañia, que expreſſa bien en una Carta à San Ignacio de Loyola. Quanto zelaba el honor de ella, y la vocacion de cada Jeſuìta. Diſcrecion ingenioſa con que ſondaba los eſpiritus llamados à la Compañia.

§. I.

AOra intenta deſcrivir la pluma al Piloto enamorado del baxèl, que le conducia, y èl guiaba, hinchando à ſuſpiros, y à reſpiraciones calientes la vela, quando no ſoplaſſe el viento por la popa, ſirviendo de fanal la prudencia. Amaba Franciſco à ſu dulze Compañia con tanto extremo de ternura, y de fineza, que no ſolo no avia oſſado la fantaſia repreſentarle una vez ſola algun motivo de diſguſto al vivir en ella: no ſolo ſe gozaba de aver de morir abrazado à la ropa; (que nunca quiſo cambiar, ni por la mas reſplandeciente, ni por la mas auſtera) ſino que derramaria toda la ſangre guſtoſamente en defenſa ſuya, y no acabava de agradecer à Dios el ineſtimable bien de averle introducido en eſta barquilla, que la miſma perſecucion encaminava à dàr fondo en la gloria. Inſtava el P. Santandèr un dia en llevar à ſu Colegio algunos Jeſuìtas de grandes talentos, que hazian igual, ó mayor falta en otros. Y negandoſe Borja à la inſtancia, deſpues que paſſó à ſer porfia mas zeloſa, que diſcreta, le dixo el Borja Comiſſario entonces de Eſpaña: Eſta Religion no es tan vueſtra como mia, yo la tengo dentro del alma, y deſeo ſu extenſion, ſus proezas, y ſu gloria. A cada Colegio, que ſe funda quiſiera dàr mi corazon, cuya dureza ſirvieſſe à lo menos de piedra en la fabrica. Deſeo ardientemente fomentar en la Compañia aquel eſpiritu, que inſpiró con fecundo ſoplo en ella nueſtro inflamado Patriarca, dando mucho abraſado aliento à la boca. Aviendo venido el P. Nadal à Eſpaña à tratar de orden de S. Ignacio las mas dificiles empreſſas con el Borja: reſolvieron dàr en Valladolid la profeſsion ſolemne, yà de quatro votos, yà de tres, à muchos de la Compañia, por quitar el cebo à la calumnia, corriendo à los myſterios la cortina: como ſe avia executado dos años antes en Lisboa. Hizo la profeſsion de tres vo-

votos el Padre Barma, y Padre Geronymo Portillo con otros en manos del Borja. Hallandoſe preſentes à eſte nuevo eſpectaculo el Principe Don Carlos, el Nuncio, y grande Nobleza: predicó altamente el Padre Araóz del Inſtituto de la Compañia: ſiendo eſta funcion dia de San Bernabè año de 56. en la que era entonces Corte de Eſpaña, y de la embidia. El mas ardiente deſeo de Franciſco fuè imitar al Grande Ignacio, trasladar ſus perfecciones al lienzo, ſiguiendo todos los movimientos de aquel Aſtro, y bebiendo en aquel original alambicado el fuego.

Mas porque ſe vea eſta verdad bien acreditada en pluma del miſmo Borja, pondrèmos aqui los raſgos humildemente encendidos en una Carta; que eſcrivió deſde Oñate à Roma à ſu amado Patriarca, donde ſe dexan vèr juntamente el rendimiento, y la obediencia de Borja haſta en los atomos de la vida.

Muy Reverendo, y cariſſimo Padre mio en Chriſto.

LA gracia, y amor del Eſpiritu Santo ſe aumente ſiempre en el alma de V. Paternidad à mayor gloria del Señor, y mayor aprovechamiento de los proximos. Amen. Y los Angeles le dèn gracias por las buenas nuevas eſpirituales, que me eſcrive, pues por la bondad del Señor las coſas ſe acrecientan de manera, que nos dàn grande ocaſion de mas diminuìrnos, y confundirnos delante de ſu divino acatamiento, por las miſericordias que haze à los indignos de ellas, y de todo bien: pues ſi alguno ſe haze, no podemos dezir, ſino lo que el Profeta David: Si motus eſt pes meus, miſericordia tua Domine adjubat me. *El ſea ſervido de mover ſiempre nueſtra voluntad, y de atar nueſtra ſenſualidad, para que con verdad digamos:* Manus Domini tetigit me: *y eſſa meſma mano toque à los de Ferrara, y Napoles, que de eſſas dos Ciudades merezcan ſalir muchos Ciudadanos para la Soberana Ciudad de Jeruſalen: y aſſi en lo de nueſtro andar no tengo que dezir, ſino tener por mejor lo que V. Paternidad ordenare en todo. Dios acreciente allà, y acà los Operarios, que ſegun los preſentes para donde ſe piden, y ſegun la mies ſe acrecienta, bien ſon meneſter; porque aun con Perez no ſe ha podido cumplir; porque pide Predicador, y Dios ſabe lo que el Padre Provincial lo deſea. Tambien pide el Doctor Igarza para Cuenca à Maeſtre Miròn empreſtado, y el Padre creo lo remitirà al Maeſtre Domenec, y à èl, para que mejor lo determinen, ſegun las coſas que allà ſe ofrecen. Gandìa aguarda â Maeſtre Juan porque por averme dicho el Padre Maeſtre Simon, que no era tan à propoſito para Alemania, como yo penſava, he juzgado ſer mas conveniente para Gandìa; y mas aora que ſe han ſacado tres de los buenos ſugetos, aunque han ido otros en ſu lugar, ò iràn preſto: en lo de Maeſtre Juan Alanes, el Padre pienſo, que le mandarà venir por acà, ſi eſtà mejor. Beſo las manos de V. Paternidad, por lo que mueſtra conſolarſe con mi conſolacion, aunque el Padre Provincial tiene tal cuydado, que à mi no me queda que hazer, ſino confundirme de todo. Quanto al Colegio de Roma no ſe me ofrece que dezir, ſino alabar al Señor por el buen principio, que ha dado: Dios ſabe ſi le tengo* in medio cordis mei, *y à Oñate en medio de mis entrañas, y por eſſo es fuerte coſa juzga entre el corazon, y las entrañas; mas con todo no mirando à las entrañas, ni corazon de carne, ſometiendome primero à la ordinacion de V. Paternidad, diria, que eſtos dos tercios, que quedan deſte año ſean de Oñate, porque dudo, que ſe pudieſſe comenzar coſa en èl ſin eſta ayuda de coſta; y tambien pues ſe le quita el beneficio de Don Geronymo de Lineros, y de aì adelante trabajarèmos que comienzen à correrlas* (aqui mordiò el tiempo una clauſula al Original que ſe guarda en Roma) *y ſino todo ſe cae en caſa. En lo demàs yà he eſcrito à V. Paternidad, diziendo lo que ſentia, y remitiendolo à ſu proviſion, pues quando ſe dexaſſen de pagar mis deudas, como quedan aun algunas por pagar, creo, que* Dominus retribuet pro me, *y que V. Paternidad, y la Compañia haràn lo miſmo. Porque Burgos no tenga embidia deſtas coſas, dirè, que aguardamos, que la Reyna de Bohemia venga à Burgos, y entonces Don Juan irà con Cartas para la Señora Doña Juana, para que entienda con el Condeſtable en lo del Colegio; y penſamos, que para mover ſerà bueno el Señor Don Hernando de Mendoza, como Perſona, que le incumbe por eſtàr alli por el Reverendiſſimo de Burgos. Eſta es la idea, que eſtà hecha, lo demàs guie el Señor à ſu mayor gloria. Tambien ſe embiaron al Padre Eſtrada las Cartas de nuevas, y ſe reſcrivieron los Breves, digo las minutas. Lo demàs, que ſe ha embiado al Duque eſtà muy bien: aſſi lo eſtè el buen Obiſpo de Eſquilache, que bien ſerà meneſter, que V. Paternidad le viſite* in utroque homine. *Yà ſe ha eſcrito à Perez por la procura, ſobre el beneficio de Petrochi. Quanto à lo que V. Paternidad me manda en lo de la ſalud corporal: aqui vino el Medi-*

Medico de Azpeytia, y me diò el regimiento, que le parece que debo tener, eſſe pienſo de guardar, pues V. Paternidad lo manda; aunque tengo de mi eſtomago experiencia, que quando mas le honran, mas le fatigan, y para menos ſe halla. El Señor lo esfuerze todo. Amen. Y porque el Padre Provincial creo darà quenta de como el dia de San Pedro comenzè à predicar en Vergara, y el dia de la Magdalena en nueſtra Hermita, y el dia de Santa Ana, que eſpero predicar en Santa Ana Monaſterio de las Beatas de eſte Lugar, y el Domingo ſiguiente en Azpeytia, y el dia de Santo Domingo en San Sebaſtian, y el Domingo ſiguiente en Azcoytia, de manera, que mientras ſe erija la Hermita no comerèmos el pan de valde, ſi al Señor plaze. A V. Paternidad beſo las manos por la gracia que me embiò en el diſpenſar de los ayunos. El Señor diſpenſe con noſotros uſando de ſu miſericordia, y nos dè el ſentir, y cumplir ſu ſanta voluntad. Amen. De Oñate à 23. de Julio. Tuus in Chriſto ſervus, ac Filius. *Franciſco Pecador.* Y en poſtdata à la margen añadia: *Suplico à V. Paternidad, que ſea yo encomendado en las Oraciones del Padre Maeſtre Polanco, y que eſta reciba en reſpueſta de las ſuyas, pues no tengo yo ſu talento en ſer Lector, y eſcritor, y el Señor nos lee ſiempre, que* Beatus, quem tu erudieris Domine. Eſta fuè la Carta en que deſempeña altamente el aſſumpto, que emprendiò en eſte Capitulo la pluma: y apenas ay virtud heroyca, que no reſpire alguna luz en ella; aunque la humildad intente oſſada anochecer el dia interponiendo tierra, y haziendo ſombra.

§. II.

DEſvelabaſe toda la razon de aquella noble alma en mantener el buen nombre de la Compañia, porque ſin el caracter de la honra, no podia ſervir à la Igleſia: ni el que eſtà condenado à la infamia ſabe ſer inſtrumento de la mayor gloria: ſiendo comunmente la buena fama en el mundo el apoſentador del deſengaño, que ha de introducir el zelo; el qual ſino và aſsiſtido de la opinion del Vulgo, ſe queda ſolo; ſembrando en el deſprecio. Sino eſtà puro aquel ambiente, de que haze ſu voz la fama, ſale la reſpiracion achacoſa, y ſe huye como contagio la que fuera ſalud del alma. Por eſta razon ſola doljan tanto à Franciſco las calumnias contra la Compañia, que atezando la imaginacion plebeya, hazian la luz ſoſpechoſa: y ninguno queria arrojarſe de pechos à las corrientes del deſengaño, que penſava hallar teñidas en veneno deſcolorido. En Valladolid un embuſtero ſe viſtiò una ſotana, y anduvo mañoſamente ſacando limoſna en nombre de los ſugetos mas conocidos de la Compañia, ſingularmente de Borja, juntando tan conſiderable ſuma, que diò no pequeño origen à la fabula, y al engaño, pues dexò en el umbral de cada edificio, y en el pecho de cada Ciudadano una eſtatua al interès mas groſſero. Sintiò mucho eſte deshonor Franciſco aviſado de Doña Luiſa de Mendoza, hija de los Condes de Pliego, que avia mandado encarcelar eſtrechamente al Jeſuita mentido. Y aunque Borja ſe interpuſo, porque dieſſen libertad al reo, no queriendo que ſe viſtieſſe la venganza el color de un zelo juſto, ni que ſe purificaſſe la honra con deſdoro del ſufrimiento: eſpecialmente quando no era poco caſtigo el verſe à la luz publica ſu engaño. Con todo eſſo le reprehendiò con notable aſpereza, bañada la voz en amargura; quando era mas facil, que le faltaſſe el ayre al formar una clauſula, que no la dulzura à ſu boca, la qual ſe avia mudado en colmèna. Supo que un Joven de los que frequentavan los Eſtudios de la Compañia en el Colegio de Plaſencia, haziendo donayre de caſa en caſa de aquella ſiempre infeliz habilidad de remedar con viveza, que no aſpira à mas gloria, que à competirle ſus ademanes à una ſimia: ſe burlaba de dos devotos caſados, que avian veſtido el trage penitente de la Orden Tercera, alegrando las caſas, donde entrava con el eſtruendo de la riſa, que le hizo plauſible en la Ciudad toda. Y porque era algun deſcredito de la educacion de la Compañia; y alomenos era delinquente el ſufrimiento en los que debian regir las operaciones de aquella edad tierna; le mandò caſtigar en los Generales, con mas rigor de lo que acoſtumbrava. Y la Providencia tomò aquel azote por inſtrumento de ſu dicha: porque embuelto en lagrimas de penitencia emprendiò la vida Religioſa, donde floreciò con grande exemplo de aſpereza, remedando con mas propriedad que nunca las virtudes, de que antes ſe burlaba.

Unos Maeſtros de la Compañia, ſiendo General Borja enſeñaron algunas maximas nuevas en la Filoſofia, dando rienda al ingenio, y à la pluma: y aunque no era peligroſo el campo, por donde el diſcurſo corria ſudando alma; ſaliò al enquentro Borja, les ſuſpendiò la carrera, les exortava à que mudaſſen buelo los ingenios, que bebieſſen à la Filoſofia dictamenes mas ſeguros, y mas hollados; porque de otra

otra ſuerte alguna vez tropezarian haſta en lo mas ſublime del viento grandes eſcollos, y por ventura acreditarian con el precipicio la temeridad del buelo. Eſta advertencia ſuave tropezò en la dureza de el juìzio, infame roca de el entendimiento humano, donde ſe obſtina poco à poco el diſcurſo: à la manera, que el agua paſſa à endurecerſe en yelo: como ſi la inflexibilidad fueſſe tambien razon, que ſe fuè congelando en eſcollo. Y aſsi les quitò el exercicio del Magiſterio, y cortò las alas à ſu diſcurſo, porque no bolaſſe preſumido, y deſdoraſſe à la Compañia con algun funeſto acaſo. Mas ſolicitò al miſmo tiempo, que no ſe preſumieſſe de aquellos ingenios otro delito, que el exceſſo indocil del buelo arrebatado, y una oſſadìa generoſa del ingenio, que emprendia abrirle al Sol nuevo rumbo, y nueva Ecliptica en el Cielo. Siempre que baſtaſſe una advertencia en ſecreto al ſubdito, no le caſtigaba de otro modo: y entonces le dezia con mucho alhago: como aveis incurrido en eſto, dulciſsimo hijo mio? Dios os haga ſanto; y le mandaba rezar una Ave Maria derribado en el ſuelo, ò algun breve Pſalmo. Aviſado en otra ocaſion Franciſco de que un Superior cargaba ſobre la cerviz de cada ſubdito la aſpereza intolerable del genio, y de el yugo; ſiendo por otra parte ſumamente Religioſo: diſcurriò un camino, que le mantuvieſſe el honor en lo publico, y le tiraſſe calladamente el freno. Porque le mandò, que no reſolvieſſe operacion alguna de caſtigo, ni de algun cuydado ſin el dictamen de los que le ſeñalava en el Colegio, ſujetando la juriſdiccion de ſu oficio al voto, en que conſpiraſſe la mayor parte de aquel congreſſo. Mas que fueſſe el recato de eſta junta tan ſuperſticioſamente ſecreto, que ni la pudieſſe brujulear la ſoſpecha, ni de mas lexos la eſperanza. Con eſta induſtria ſupo corregir la aſpereza, ſin que ſe quexaſſe la honra, y ſin dàr à los ſubditos oſſadia, ſi vieſſen deſautorizada la cabeza.

Quando ſabia, que algun ſubdito fluctuava en alguna tormenta, ſe cubria de luto el Cielo en el roſtro, y en el corazon de Borja haſta hallar algun San Telmo en ſu borraſca: y le defendia con ſu autoridad, y con ſu eloquencia. Si ignoraſſe la cauſa, andaba preguntando el amor deſde ſu lengua, ò por la pluma, que tiene aquel Angel, cuyo ſemblante ocupa mucha niebla, y no poca noche el alma? Dezidme ſu herida, porque diſcurra yo algun balſamo precioſo, con que liſongearla. Mas ſi flaqueaſſe cobarde el eſpiritu en la dichoſa vocacion de ſu eſtado, eran indeficientes las lagrimas de Franciſco, ſuſpirando el corazon por los ojos mucho llanto. Miravale con dulze roſtro, calabaſe con la razon, y con la ſuavidad haſta ſu pecho: y deſpues de aver llegado al fondo, daba un horrendo bramido, que aterraba aquel mar proceloſo, y ponia ley con la voz à las ondas, y al viento. Ha miſerable; dezia, deſalumbrado, mira que vàs à ſer ciega victima de aquel eſcollo! Quando ſe ſorbe al mundo eſſe elemento indignado, te ſales, ò te arrojas, del arca fugitivo? Temes no arribar al puerto dentro deſte baxèl ſeguro; y eſperas paſſar à nàdo el mar todo, y romper con dos brazos ſus montes al Occeano, que apenas oſſa vadearle la razon ſin miedo? Vès aquella roca; pues alli ha de dàr fondo tu eſperanza: que un temerario no merece otra orilla. Y mientras el Cielo ſe enluta, no veràs eſtrella que no mueſtre arrugado el zeño à tu oſſadia. Buelve cobarde, buelve al ſiglo, mar tempeſtuoſo, donde ſeràs alimento à la deſdicha, y deſpues cèbo à la comun laſtima. Buelve, infeliz, en buſca de tu ruìna, que con fingido color de eſperanza te liſongèa. Buelve, dexando imperfecto el ſurco en el campo, donde ſembrabas gloria; por ir à ſembrar, y à coger deſgracia en tierra maldita. Buelve, que vàs à ſer eſcandalo à tu Patria, y juguete à la fortuna. Buelve, que llevas arraſtrando tu libertad miſma; quanto te perſuades à que dexas la cadena; y eſſa libertad que te alhaga, ha de ſer tu infame ſoga, y un dogal à la garganta, que ſi tu miſmo incauto le piſas, te ahoga. Buelve, que vàs condenado al remo de tu ligereza con muchos penſamientos à la vanda. Vete mudable, que al hallarte ſumergido de la tormenta, te querràs acercar nadante à la arca, y ni la permitirà la hinchazon ſobervia, ni tu gemido ſerà eſcuchado con la furia de la borraſca: ò ſe moſtrarà ſorda la Providencia: ò ſi te arrojare un cable alguna mano piadoſa, no te alcanzarà la punta, porque andaràs errante lexos de la dicha, haſta que bebas la muerte negra diſsimulada en eſpuma. Aun de los que huvieſſen ſalido de la Compañia cuydaba tal vez el Borja, ſolicitando ſu buelta, y que ſe reſtituyeſſen à la orilla, ſi fueſſen genios capazes de ſer objeto à la eſperanza: quedando ſiempre en el pecho algun calor de aquel cariño, con que los atendia quando eſtavan dentro: como que reconocian con ternura los ojos de Franciſ-

co

co aquel brazo, que un fatàl accidente venenoſo hizo cortar de ſu cuerpo, que aun deſpues de apartado mantiene algun tiempo las ſimpatìas de unido eſtrechamente con el cuerpo todo, y aun los eſpiritus de vivo.

§. III.

EN aquel año, en que el azote del Cielo afligiò tantas Provincias de Eſpaña, y aun de la Europa con el contagio: hallandoſe preciſados los vivientes infelizes à no reſpirar en ſu elemento proprio, ò à ſorber la muerte al coger aliento, ſe dexavan vèr en pocos dias muchas Ciudades deſpobladas; ſobreviviendo apenas en cada una quien lloraſſe ſu deſolacion, y ſu tragica ruìna. Haſta las montañas ſe deſpoblaron de fieras, las aves cayeron muertas, quedando ſin habitadores los quatro elementos, y aquellas Provincias con pocos mas vivientes, que los troncos. Conſultaron à Borja los Provinciales de Eſpaña, ſingularmente el de Portugal, y Andalucia, lo que debian executar quando hirieſſe el contagio alguna Ciudad donde huvieſſe Colegio: Porque de una parte ſe repreſentava, que ſacrificar todos los ſubditos à la comun ruìna, quando aun los hijos deſamparaban à ſus padres, dexandoles por ſepultura ſu miſma caſa, era dexar deſierta la Compañia, que dentro de aquel año ſe avria de llorar reducida à una ſoledad laſtimoſa. Que no podia obligar la caridad con los eſtraños à una general victima de los proprios. Por otra ſe ofrecia la cauſa publica, y que era gloria embolverſe utilmente en el comun eſtrago de la Patria, aunque en muchos ſiglos no bolvieſſe à levantar cabeza: pues aſsi eſpirava glorioſamente aquella Provincia dentro de ſu Inſtituto, y en el lecho de la honra. Que ſe debia eſperar, que en premio de tan iluſtre empreſſa bolvieſſe el Cielo à poblarla, aunque fueſſe meneſter convertir en racional haſta la piedra mas dura, y añadir voz à los arboles en la ſelva. Que la ocaſion del martyrio à manos de una caridad fervoroſa, era el mas apetecible tyrano de la vida, y ſerìa eloquente epitafio à la poſteridad la fama, manteniendoſe caliente en eſte exemplo de amor la ceniza. Que era cobarde fuga la que abandonava el campo de batalla, donde empezavan à nacer con muchos ramos los laurèles de la victoria. Que el eſtrago de tantas almas, que ſe perdian por falta de aſsiſtencia, eſtava gritando con voz lamentable al zelo de la Compañia: y era meneſter poner bronces al oìdo para no enternecerſe con los ayes de un Pueblo deſdichado.

Hallòſe el Santo impelido con las razones de una parte, y otra, y aquella grande razon fluctuava en la duda, entre el zelo ardiente, y la conſervacion de ſu amada Compañia. Sintiò el corazon partido, arrimandoſe à una vanda cada pedazo à la frente enemiga del otro. Haſta que deſpues de muchos gemidos, oraciones, y ayunos, reſpondiò à todos, dictando aquel prudente medio, que fuè el conducto del acierto. Diò orden à los Provinciales, que eſcrivieſſen à todos ſus Colegios, y ſubditos, ſobre que manifeſtaſſen por eſcrito ſu deſeo los que ſe hallaſſen con eſpecial vocacion de abalanzarſe à peligro tan glorioſo: y que deſtos (no pudiendo dudar que fueſſen muchos) eligieſſen los que parecieſſen proporcionados à la calidad de los Pueblos: juntando à los demàs en algun ſitio libre del contagio; pero vezino al rieſgo, porque fueſſen llegando tropas de ſocorro, ſegun la muerte fueſſe haziendo felìz eſtrago de los que llegaſſen primero. Añadiò, que los miſmos Provinciales anduvieſſen en torno de la deſdicha viendo humear el incendio deſde muy cerca, porque hallandoſe caſi à la viſta, pudieſſen reforzar, ò recoger tropas, ſegun lo dictaſſen la ocaſion, y la prudencia. Que los que fueſſen elegidos à eſta empreſſa de la oſſadia, llevaſſen inſtrucciones del modo mas oportuno de governarla: deſvelandoſe la prudencia del miſmo Borja en formar eſtas inſtrucciones con admirable ſabiduria: como avian de tratar à los enfermos: quando huvieſſen de ir acompañados: quando ſolos, y otros aviſos, ſegun las ocurrencias de los ſuceſſos. Aſsi diò Borja con admiracion de Eſpaña, grandes victimas voluntariamente ſacrificadas al amor en tantos Jeſuìtas, à quienes abrasò primero la vida el fuego, dexando poco que matar al contagio. Y aſſi ordenò las coſas con rara armonìa el milagroſo entendimiento de el General Borja; de ſuerte, que atendiendo zeloſo al bien publico, atendiò igualmente à la conſervacion de ſu grande animoſo cuerpo; y dividido en ambas partes el cuydado, ſe aplicava à cada una todo. Pues con poca pèrdida de la Compañia la llenó de gloria: utilizó la Republica, y por cada victima, que ardiò ſobre aquella ara dichoſa, le embió el Cielo multiplicado el ſocorro, y ſe extinguió en breve tiempo aquel funeſto contagio: porque la fragrancia,

cia, que exalavan ſus virtudes, purificó el ayre de tan infames negras impreſsiones.

Sondaba el eſpiritu de los que querian emprender el nuevo Inſtituto: y con aquella diſcrecion, que ſabe infundir el Cielo embuelta en luz, diſtinguia el impulſo, percibiendo haſta las arenas mas menudas en aquel fondo, quando mas le intentava obſcurecer el dueño. Al modo de aquellos, cuya viſta ſe cala por la tierra haſta el centro, y deſcubre ſus venas al oro, ò ſus horrores al ſepulcro. Siendo Comiſſario General de Eſpaña, llegò un Sacerdote al Noviciado de Simancas, deſeoſo de que Borja le recibieſſe en la Compañia: era hombre ſabio, y de buen exemplo, mas apenas viò la eſtrechèz, y pobreza de aquel Noviciado, quando retrocediò cobarde el penſamiento, y ſe le eſtrechò el corazon todo nivelandoſe al edificio. Reconociò Borja el origen de ſu triſteza, y que aquel eſpiritu avia de ſer de grande gloria à la Compañia: y mandò, que le viſtieſſen de algun adorno el apoſento menos angoſto de la caſa. Buſcaron por la Corte de Eſpaña, que eſtà tan vezina, pinturas, libros, eſpejos, eſcritorios, cama bien colgada, tapiceria, y otras alhajas, que ſe proporcionaſſen à lo que podia tener en el ſiglo un hombre de honor, y de pueſto publico. Entrò aquel ſabio à hoſpedarſe en eſte apoſento, eſtendiendo yà el corazon ſus alas poco à poco. Mas luego que viſtiò la ropa, y obſervò en cada Novicio el caracter de la alegria eſparcido por el roſtro, quando no ignorava que muchos ſe huvieſſen educado en mas alto nido, y que los avia arrullado la liſonja en cuna de oro: pidiò con humildes lagrimas al Santo, que le ſacaſſe de aquel apoſento, y le paſſaſſe al mas deſpreciado ſitio, donde penſava hallar mas precioſa alhaja, que todas en el gozo de ſu eſpiritu. Deſpues tuvo ſus mayores delicias en las paredes deſnudas, y en la eſtrechèz de un apoſento: conociò que aquel era el centro de las virtudes, que à fuer de Aguilas anidan en las peñas mas broncas, y en lo mas toſco de ſus cimas quebradas.

§. IV.

Y Porque eſta materia es fecunda de luz en la Hiſtoria, paſſarèmos à deſcubrir otras hazañas de la diſcrecion de aquella alma con los que venian llamados à la Compañia. Vino un Joven, que avia tenido alta cuna, y mal acoſtumbrada la vida al regalo, y à la pompa, que quiere diſculpar la delicia, ò dorarla con el nombre de limpieza. Hallavaſe por otra parte fuertemente impelido de veſtir la ropa de la Compañia. Y conſultando ſu vocacion con el Borja, añadiò, que ſolo tenia una grande repugnancia, la qual no ſe atreveria à vencer ſin intolerable fatiga de toda el alma: y era el no aver de mudar todos los dias camiſa, y que no ſabia como ſufrir, que no fueſſe de olanda. Reſpondiòle con mucho alhago Borja, que no ſe embarazaſſe en tan debil fantaſia, porque fuera ageno de un hombre de alguna honra retroceder de una empreſſa la mas bizarra, porque ſe le puſieſſe à la viſta una arena ſola. Que èl diſpondria tuvieſſe todas las mañanas eſſe corto alivio, tan proprio en la educacion de un tan grande Cavallero, que apenas tiene yà en el trage otro diſtintivo del vulgo. Y que ſino fueſſe tan delicada como la que traìa, por tener poca proporcion la humilde ropa de afuera con la olanda, ſe cuydaria mucho, que no la eſtrañaſſe del todo la educacion, que avia tenido. A pocos dias de Jeſuìta ſe hallò tan avergonzado de la expreſsion, que avia hecho ſu delicadeza, y fueron tan crueles los rigores con que ſe afligia, que fuè meneſter ſe los templaſſe el Borja: porque avian ſucedido à la olanda tan duros ſilicios, y tan aſpera penitencia, que enſangrentò la vida, y enflaqueciò la robuſtèz de ſu miſma delicadeza. De eſta ſuerte tomaba Borja de lo aſtuto, ò no ſino de lo entendido aquella parte, que tomò de la ſerpiente el Eſpiritu del Evangelio, dexandola venenoſa al engaño.

Deſeava aliſtarſe en la Bandera de el divino Borja cierto Joven hijo de un Grande de Eſpaña, herido de una ſaeta tan bien flechada, que ninguna porfia fuè baſtante à deſprenderla, y parecia averſe mudado en anzuelo dentro del alma, la que ſalió flecha de la aljaba divina. Eſtava yà reſuelto à ſujetar la rebeldia de aquella cervìz libremente orgulloſa al yugo ſagrado; quando le preſentó con rara viveza el Demonio la dificultad inſuperable de vivir ſiempre donde ſe huvieſſe de ſervir à sì meſmo, ſin valerſe de un criado al tomar el veſtido; y el que avia vencido animoſamente tanto horrible monſtruo, como le repreſentó la fantaſia al querer hollar el mundo, ſe rindió cobardemente à un pueril reparo, indigno de que tuvieſſe un inſtante ſolo la gloria de ſu triunfo, y que fueſſe remora à un baxèl oſſado, que iba arribando al Cielo, y aora quedava ſurto ſobre la inconſtan-

tancia, y el peligro. Propuſo ſu duda al diſcreto Borja: que uſando de aquella ſagacidad delicada, à quien no ſe deſdeña llamar hija tal vez la prudencia: le reſpondiò, que no ſe embarazaſſe en tan ligero reparo, ò penſamiento, porque le ſeñalaria un Novicio, que le ſirvieſſe mas rendidamente, que otro alguno. Eſtavan entre tanto los ojos de Franciſco mirando por entre nieblas àzia el tiempo venidero, y deſcubriendo un faròl, ò un grande aſtro, que ſe avia de encender en el pecho de aquel Joven aora delicioſo. El qual à poco tiempo de aver guſtado la Oracion, y en ella las corrientes puras del deſengaño: movido tambien altamente del humilde exemplo, que ſe le acercava cada hora en el Novicio, criado entonces ſuyo; ſe hallò corrido: y el rubor de lo que avia executado empezò por ſu roſtro à calarſe haſta el penſamiento. Que yo hallaſſe, dezia, entre las delicias del ſiglo aliento baſtante à deſnudarme de las pompas del mundo, y de mi proprio; y me faltaſſe à la facil empreſſa de deſnudarme, y veſtirme à mi meſmo? Y mas quando paſſava à un humilde eſtado, en que no cueſta mucho afán ponerſe el veſtido, ni aun el calzarſe el zapato nuevo?

Echòſe à los pies de Borja arrepentido de aquella propueſta: y fuè deſpues honor, y exemplo de la Compañia, que iluſtrò con ſus virtudes, aun mas que con el eſplendor de ſu nobleza. Quedando ufano deſte ſuceſſo Borja, que no ignoraba la poca duracion de aquella maxima: y que el miſmo impulſo de veſtir la ropa avia de arruìnar aquella montaña, que deſde la imaginacion ſe repreſentava inacceſsible à la delicadeza: montes de la fantaſia, que tienen menos ſubſiſtencia, que los que incha el viento en eſpuma. A muchos dixo el Santo, que bolvieſſen al mundo, quando llegavan reſueltos à hollar la cerviz de aquel monſtruo: porque conociò con mucha luz ſu eſpiritu, que aquel metal no eſtava aun del todo favorecido del Sol, ni ſe avia hecho cargo baſtantemente de ſu luz, no aviendo penetrado el fondo; y era meneſter bolverle à ſu vena nativa à madurar ſus precioſidades con el cultivo del Sol, y del tiempo: y con el beneficio, aunque tardo, y doloroſo del eſcarmiento.

****
****

CAPITULO XII.

SENCILLEZ DIVINA DEL SANTO Borja, y candor amable de aquella iluſtre alma, que ſaliò del mundo, ſin conocer bien al engaño, à la ſimulacion, y à la mentira. Ingenioſidad rara, con que ſupo hazer una ſantidad heroyca la mas apacible, tratable, y diſcreta. Buelo arrebatado de la pluma por otras iluſtres virtudes de Borja.

§. I.

SI fueſſe verdad aquella antigua maxima, que la malicia es la hiel de la prudencia, la hallariamos deſmentida en la frente de Borja: porque la indole noble de aquella grande alma, aquel candor generoſo, y ſencillo de ſu trato, aquel genio, donde no ſe hallò doblèz, ni artificio, aborreciendo fatalmente la mentira; por Santo, por Cavallero, y caſi por inſtinto, aquel corazon ingenuamente raſgado al que le trataba corriendo toda la cortina, ſin ocultar emboſcada la traìcion, ò la cautèla, y ſin reſervar una pluma; quando no lo mandaſſen, ó la honra, ò la conciencia: teniendo ſolo d baxo de una ála una navetilla, en que guardar los ſecretos à Dios, à la fidelidad, à la confianza, y à la reputacion agena. Fueron la adoracion, y la amabilidad de Eſpaña, y de Europa, no aviendole tratado Monarca, ò Principe alguno de la tierra, ſin que le entregaſſe todas las llaves de ſu confianza, y ſe le fueſſe el corazon àzia Borja con tanta ſimpatìa, como tiene el imàn con la eſtrella. Que apenas le hablaſſe hombre alguno un quarto de hora, que no ſalieſſe enamorado de las nobles calidades de aquella alma? De ſuerte, que para perſeguirle la malicia era meneſter apartar la cara, y andar en perpetua fuga del miſmo Borja; porque ſi el odio le tropezaſſe dexava luego caer la aljaba, y el arco, y todas las armas que fabricò el plomo. Platon dixo; que avia un campo llamado de la verdad en la Grecia, campiña hermoſa, que la poblaba ſolamente la verdad acompañada de la ſencillèz, de la honra, y de la inocencia. Eſta campaña, ò la talò la ira, ò ſe la avia ſorbido la tierra; y ſe viò reſtituìda en la frente de Borja. Y que con eſte candor del genio, por donde la innocencia tranſparentaba ſus criſtales al ſeno todo; ſupieſſe componer un eſpiritu de tan grande corteſano, que no lo tuvo mayor

yor, y no sè ſi igual aquel ſiglo? Y ſer el oraculo à quien conſultaban reſoluciones arduas las primeras cabezas del mundo. El valido, ſobre quien deſcansò un imperio: y le quedava ſin exercicio un ombro? Y aquel politico tan dieſtro en los rumbos ſecretos del gavinete, y del Palacio, que eſtrechado no pocas vezes entre Scila, y Caribdis, ſupo declinar eſte, y aquel eſcollo: moviendo mas allà una de las dos rocas con el canto, y ſuſpendiendo el peligro al apacible ſon del remo? Eſte milagro ſupo hazer Franciſco, hermanando las virtudes al parecer opueſtas en aquel indiviſible punto, donde tiene cada una ſu termino fixo: de ſuerte, que à qualquier exceſſo, que eſtampe ſu huella ſobre la raya, ò coto vezino, ha de obligar à la otra à ceder el campo: aſsi que ſolo riñen, por lo que ſe mezcla del vicio, ò del engaño; pues ſino vàn acompañadas de la diſcrecion, pueden tambien paſſar à ſer delinquentes las virtudes.

Si la lengua eſtà immediatamente atada al corazon, ſegun quiere la Filoſofia; núnca rompiò eſte lazo abiertamente el Santo Borja, ni quiſo deſunir lo que hablava de lo que ſentia, ni perdió el compàs del corazon la lengua: ni ſupo bien el roſtro fingir calma, aviendo en el pecho tormenta. Su ſi en la boca era el miſmo que quedava allà en el ſeno del alma: ni por el Cielo de criſtal corrió el agua mas pura, que la verdad ſencilla por la garganta de Borja. Nunca anduvo gyrando la voz en torno de la verdad ſin tropezar en ella, como dicta la politica engañoſa; al miſmo tiempo, que preſume alexarſe de la mentira: circulo infame de la razon humana, que ſiembra cauteloſamente engaños en el entendimiento, que le eſcucha. Queriendo parecerſe à la fuente, que ſe celebra en la India llamada de la verdad; donde los Bracmanes bebian error. Y ſucediendoles lo que al que và remando en una barca: que lleva bueltas las eſpaldas à la orilla, donde pretende arribar con ella. Porque bolviendo (al parecer del que eſcucha) toda la eſpalda à la mentira, dàn fondo en ſu playa inſidioſa. Tenia Franciſco condenada dentro de ſu razon eſta falàz eloquencia de la amfibologia (ſegun el P. Dionyſio con mucha aſſeveracion eſcrive en ſu Hiſtoria) tanto antes que la condenaſſe la Igleſia: enſeñando con Pitagoras, que ninguno hablaſſe bueltas las eſpaldas al Sol ſimbolo hermoſo de la verdad.

Si le quiſieſſe hablar en la calle el hombre mas abatido, ſe paraba Borja à eſcucharle alhagueño, y mudo, por no interrumpir el gemido à un deſdichado, y por aplicar oportunamente algun remedio, deſpues de bien inſtruìdo. Si le hablaſſe algun Lacayo, no ſe ponia el bonete haſta aver obtenido, que ſe cubrieſſe el otro primero. Andava cuydadoſo de prevenir à todos con la corteſia en la profunda inclinacion de la cabeza, y en todos los ademanes del alma: ſaludando uno à uno los troncos, y los vezinos en la mas ruſtica aldea. A ninguno llamava de tu, aunque fueſſe de la ſuerte mas baxa, ó le vieſſe en la edad de la inocencia: porque no hallando Borja individuo alguno ſobre la tierra, à quien no ſe humillaſſe como à Superior en todas las virtudes, y calidades del alma; no podia recabar de ſu genio tratar con tanta llaneza lo que reverenciava. Eſte era el trato amabiliſsimo con los hombres de qualquier esfera: que hallavan en ſu ſemblante el ſobreeſcrito de la verdad, de la ſencillèz, y de la honra (carta de mucha mas recomendacion, que la hermoſura, ó gentileza.) Si le hablaſſe por acaſo algun emulo, ſe transformava en amante de Franciſco, y en defenſor de nueſtro Inſtituto. El inſigne D. Fernando de Valdès Arzobiſpo de Sevilla, grande planeta, que derramó por la frente mucha luz, y mucha gloria ſobre nueſtra Eſpaña: en cuya noble fantaſia hizo alguna impreſsion la calumnia contra Borja; luego que trató mas ſoſſegadamente à Franciſco, le entregó el corazon todo, y el omenage del pecho. Embió dos mil peſos à la fabrica del Colegio de Sevilla, que creció mucho à ſu ſombra. Trató de fundar en Oviedo Colegio de la Compañia; aunque ſe arruìnó eſta fabrica dentro de la idea por un acaſo con dolor de aquel grande Arzobiſpo, que ennobleciò con torres el viento: y à quien el Univerſo todo pareceria poco terreno para labrar Alcazares à la piedad, y feliz educacion del mundo, ſi huvieſſen de medirſe con la magnanimidad de ſu pecho.

§. II.

NO dexava Borja, que ſe le entraſſe una ſoſpecha incautamente à la fantaſia, poniendoſe toda la razon en arma à defender la puerta. Advirtióle confiadamente un Jeſuìta, que trataſſe con mas cautela à no sè que Perſonages, que maquinaban no ſolo ſu deſtierro, ſino ſu fatal ruìna, y Borja los truncó con grande abertura, introduciendolos à ſu pecho por las dos puertas del amor, y de la confian-

fianza. Apenas oyó eſte rezelo de una prevencion advertida, quando bolvió toda el alma en defenſa ſuya. No permita el Cielo ſanto, dezia, que yo dè lugar à tan infame ſoſpecha, ni que quiera acreditarme de diſcreto à coſta de una deſconfianza, que, ò teme, ò ſupone infiel correſpondencia. Bolvió repetidas vezes el amor por los de caſa, y por algunos de afuera à prevenir de ſu peligro à Borja, trayendo mas luz la noticia. Dixeronle, que los hablaſſe con tanta reſerva, como trata los aſpides la mano cauta: que ſi no ſe armava con la prevencion deſde luego, embrazaria tarde el eſcudo, quando tuvieſſe ya la punta en el pecho: que no fiaſſe de aquel riſueño alhago, que eſcondìa el filo alevoſo entre los ademanes del cariño. Que ſe acordaſſe de aquella fatal maquina, que disfrazó en piedad, y en voto el eſtrago. Que la traycion caſi ſiempre veſtìa, ò hurtava el trage de la amiſtad. Reſpondió Borja, que antes queria exponer la vida al cuchillo, y el honor al mas infame cadahalſo, que no perſuadirſe à que hombres de reputacion, y de pueſto publico, à quienes jamás avia ofendido, y cuya frente encanecida eſtava llamando con el deſengaño al reſpeto, ocupaſſen ſu diſcurſo en meditar el eſtrago de un humilde Religioſo, y quiſieſſen echar borrón tan feo ſobre el epitafio de ſu ſepulcro. De eſta ſuerte recibió Borja aquellas mortales heridas en ſu fama, ſolo por no ſer reo de una ſoſpecha.

Llegó à celebrarſe tanto en Eſpaña eſta noble calidad de el entendimiento de Borja (de que ſuele burlarſe la ſabiduria humana, como ſi fueſſe razon la malicia: ò como ſi no fueſſe arma de los necios la ſoſpecha) que ſe diſcurria feſtivàmente entre los de caſa algun medio, ò camino de obligarle à reconocer delinquente un individuo ſobre la tierra. Quitó la vida à ſu muger un Cavallero con un veneno mas activo, que diſsimulado: y à las atrozes bueltas de el cordel riguroſo ſe mantuvo firme el reo en negar ſu delito, ſin que flaqueaſſe el ſufrimiento humano, ni en un ſuſpiro ſolo, ni en una voz, que no la dictaſſe cautamente el ſoſsiego, guardando conſequencia à deſpecho de el cordel el diſsimulo. Mas flaqueó el inſtrumento de dos criados, que confeſſaron el delito, y aver preparado el veneno por orden de ſu amo. Con la confeſsion de uno, y otro, y los demás teſtigos, y argumentos, que pudo recoger el proceſſo, y el cuydado, ſe pronunció ſentencia de muerte contra el principal reo. Hablavan, pues, de eſta tragedia con el Padre Borja; y le dezian: Aqui es meneſter confeſſar, ſin duda, que delinquió eſſe infelìz Cavallero, ſiendo homicida, ò ſus dos criados, achacandole tan horrible culpa, y haziendoſe complice en ella. Hallavaſe eſtrechado Borja con eſte dilema, que ſe le proponia: mas eſtava reſuelto à no cargar delito ſobre la conciencia, ni ſobre la honra agena; porque dezia, que no pocas vezes engañava aun la viſta, mintiendo colores à la alma. Y aſsi, reſpondió con una pregunta: Y como ſabeis vos, que el Demonio no ſe viſtieſſe el trage de eſſe Cavallero poco dichoſo, y les mandaſſe prevenir el veneno? De eſte modo, ni ellos fueron delinquentes en achacar aquel delito à ſu amo, ni èl fuè reo. Aſsi es, replicó el que avia propueſto el dilema (admirado ya de la ſalida, que hallava la piedad de Borja) mas los criados à lo menos ya concurrieron voluntariamente al delito del que creyeron dueño. Ignoravan el aſſumpto, bolvió à reſponder Franciſco, haſta que ſe le contó tragicamente el efecto. Con que, ni en ſu lengua, ni en la fantaſia ſe hallava otro delinquente ſobre la tierra, ſino Franciſco de Borja.

Tuvo grande cuydado en no faltar à ſu palabra, que es grande caudal en la honra, y aun en la hazienda, ſiendo tan Cavallero, que ſolo en eſte punto no ſe olvidó de lo que avia ſido; porque dezia, que la virtud no ſe opone à ſer hombre de bien; antes guarda cavalleroſamente ſus correſpondencias à la fidelidad, y al honor. Tal vez, con todo reconociendo, que peligrava, ò la conciencia, ò el buen exemplo en cumplir ſu palabra; porque los accidentes humanos, variando las circunſtancias, mudan los roſtros à los objetos, ſe acordó ſolo de que era Cavallero de Chriſto; y acreditó ſu pureza, y ſu honra en faltar abiertamente à la palabra. Reconvinole en cierta ocaſion un Prelado, de que faltava à lo que le avia ofrecido, añadiendo, que ſe olvidava de que avia nacido gran Cavallero, caracter, que no devia borrar ningun eſtado. Mas Borja bien noticioſo, de que ſe avia hecho ya enemigo de la razon el objeto prometido, reſpondió con ſoſsiego animoſo: Señor, la palabra, que yo doy, quiero que ſea como la amiſtad, que nò paſſa de la Ara, porque en llegando al Altar ſe muda en victima oloroſa. Primero dì yo palabra à Dios de no conſentir, ni condeſ-

cender en coſa alguna, que pueda violar à ſu Ley la immunidad ſagrada. Con que, hallandome en el eſtrecho de faltar à una de las dos palabras, me dará licencia V. S. de que falte à la que dì à un hombre, aunque de tanta honra, y tan digno de toda la reverencia, y no à la que dì anticipadamente à un Dios, que tiene mas titulos de executarme por el cumplimiento de ella, poniendo V.S. muchos, con que obligarme à que le ſirva. Finalmente, yo eſtaré ufano de quedar con V. S. en concepto de hombre ruìn, à trueque de ſer hombre de bien con Dios.

§. III.

A Tan bellas calidades, que hazen apetecible el comercio, y amable el trato, añadió Borja un ingenio ſumamente vivo, y tan ſalado, que pudo ſazonar con èl haſta los deſabrimientos del caſtigo, y del ceño. De ſuerte, que la diſcrecion ſobre añade al juìzio aquel modo, que no ſe puede enſeñar con ningun precepto, y un no sè que del entendimiento humano, que con un miſmo diſcurſo, que otro, ſabe elevarſe ſobre la igualdad, y ſobre el penſamiento. Mas la razon feſtiva, y la agudeza bien governada de eſſe miſmo ingenio, añaden tambien ſobre el modo otro caracter nuevo, que tiene calidades de imàn, ù de hechizo. Calzó un dia el Zapatero à Borja, entre las pocas vezes, que admitió zapatos nuevos eſtando en la Compañia: y el oficial, que venerava la ſantidad de Franciſco, luego que le vió calzado, ſe derribó al ſuelo, y le besó los pies como à Santo. Eſtrañó Borja eſte accidente improviſo; y no queriendo perſuadirſe à que fueſſe veneracion, ni aun hija del engaño, le dixo: *Ola! tan enamorado eſtais de vueſtras obras, que beſais los zapatos por hechuras vueſtras?* Saliendo un dia de ſu Oratorio, ſin aver rezado Prima el Santo Borja, encontró un Sacerdote Jeſuìta, y le preguntó, què aveis rezado eſta mañana? A que reſpondió el ſubdito, que acabava de rezar Prima, y Tercia: *Pues ſi os parece,* dixo el diſcreto Borja, *hagamos entre los dos un concierto: ayudadme vos aora à mi à dezir la Prima, y la Tercia, que yo os ayudaré deſpues à rezar la Sexta, y la Nona, pues yo no he rezado lo primero, ni vos lo ſegundo*: No pudo contener aquel ſubdito la riſa, oyendo eſta expreſsion diſcreta de Borja, veſtida de cariño de alma, y de viveza: y ſe vió preciſado à buſcar algun recuerdo temeroſo, à teñir la memoria en el Calvario, al rezar con Borja, porque no le interrumpieſſe con eſtruendo la riſa.

Llegóſe à Borja un foraſtero, y viendole tan humildemente veſtido, ò roto, le preguntó, ſi era el Sacriſtan del Colegio? No lo ſoy, reſpondió Franciſco, mas lo parezco: venid conmigo, que yo os pondré con aquel, con quien me equivoco: y le fuè acompañando dulcemente, haſta que encontró al Hermano. Dixeron algunos de Caſa, que hizieſſe cotejo del clima donde avia tenido cuna, y el de Caſtilla, adonde ſe hallava, ſiendo el primero tanto mas caliente, que el ſegundo, que no podia dexar de hazer notable impreſsion en un cuerpo delicado, ſi no ſe abrigaſſe mucho: mas que parecia aver ſucedido lo contrario, ſegun andava mal veſtido, ò no ſino mal deſnudo. Satisfizo Borja riſueñamente à eſte cargo, que le hazian el amor, y el zelo, diziendo: Yo, Padres mios, me abrigué mucho mucho de antemano, y aſsi no importa, que me deſcuyde aora un poco, pues no ſe tiene laſtima al que dexa de comer por aver comido. Paſſava en otra ocaſion por la calle con ſu Compañero, arrimado à un cavallo mal ſeguro: avisòle un mozo, que ſe apartaſſe luego, porque era traydor aquel bruto, y avia herido poco antes al que paſſava incauto. Obedeció Borja con agradecimiento, y dixo al Hermano, deſpues de averſe alexado del peligro: *Gracias à Dios, que me ha librado de cavallos, y de Cavalleros!* Aviendo eſcapado en Roma de una dolencia, que puſo en el ultimo diſcrimen ſu vida, deſpues que aviendo recibido la Extrema-Uncion, empezó à convalecer contra la eſperanza, hizo memoria de aquel Sacramento, que avia recibido, y juntamente de ſu antiguo eſtado de Matrimonio; y dixo chiſtoſamente à los que eſtavan en ſu apoſento: no sè yo para què vivo en el mundo, ni què eſpero, pues ya la Santa Igleſia me ha dado ſus teſoros en todos ſus ſiete Sacramentos? Eſta ſazon de ſu lengua hizo que ſe eſcuchaſſe bien el deſengaño deſde ſu boca, y la verdad mas amarga: grande milagro de ſu dulzura!

Preguntaronle en un Colegio de Eſpaña, ſi recibirian limoſna de un hombre de fortuna, cuya vida era la mas derrotada, entregado al juego, y à la licencia: y pudiendo rezelarſe, que aquel ſocorro fueſſe ganado en tan infame exercicio? Fuera bueno, reſpondió Franciſco, que el Grande Profeta Elias, y el Divino

vino Pablo, que calentò à ſuſpìros el deſierto frio, no quiſieſſen recibir el pan, que les embiava Dios por el Cuervo; diziendo, que era ave de rapìña, y que haſta que ſe convirtieſſe en Palòma no avrian de tomar el ſuſtento de aquella negra garra? Pues por què aveis de reparar Vos en que ſea Cuervo, y no Palòma el que os ſuſtenta? Aunque debemos llorar todos ſu laſtima, y rogar al Cielo quiera blanquear ſu pluma; y eſſa miſma limoſna, que es alguna diſpoſicion de ſu dicha, puede ſer argumento, ò indicio de que el Cielo quiere ir nevando ſus alas con la innocencia. Y valiendome de vueſtra metafora, ò noticia, tambien juega la Divina Providencia ſobre la Tierra, y podrà ganar eſſa alma, ſi anduviere perdida. Hablando familiarmente Borja, uſava la llaneza del eſtìlo mas frequente en el Vulgo, logrando de paſſo alguna humillacion en eſte abatimiento de ſu eloquente diſcurſo, y haziendo juntamente diſcreta la miſma improporcion del eſtilo, ò refràn del Pueblo. Refiriendo tal vez algun acaſo, ò de ſu edad primera, ò de quando Duque de Gandìa; por no acordar eſta memoria, dezia: *Allà en tiempo de Mari Caſtaña.* Valiendoſe con dulzura, y no poca energìa de eſta miſma humildad del eſtilo, que tal vez ſublima la Rhetorica haſta lo mas alto, y la voz, que ſuena baxeza en la lengua del Pueblo; colocada en competente nicho, ò punto, es harmonìa grande del oìdo: y el que ſubiò vapor groſsèro, ſe ve andar veſtido de luz por lo mas alto; quando parece que arraſtra la eloquencia toda la mageſtad, y hermoſura de ſu pompa en aquel eſtilo. Diſputava el Padre Doctor Saabedra con el Padre Solier delante de Borja, ſobre la razon de derecho à un grande Eſtado, que entonces ſe pleyteavà, y defendiendo el Doctor Saabedra la razon del que poſſeìa, añadiò: *Beatus, qui poſſidet.* Levantòſe con promptitud el Santo Borja, y dixo: *Regnum Dei*; porque ninguna otra poſſeſſion es felicidad, aùn en la Tierra, pues ſe abraza ſolo el viento en qualquiera otra dicha: y ſe hallarà al poſſeerla, que mintiò felicidad la eſperanza. Celebraronſe mucho algunas de ſus agudèzas por la Euròpa; y era tanta ſu dulzura en las converſaciones de cada dia, que ſe dexavan reconocer las fuentes indefectìbles de ingenioſidad, y de viveza facunda: no queriendo, que la virtud ſonaſſe melancolica en ſu lengua, aùn quando ſonava à horror el grito de ſu amenaza. Porque ni el ingenio eſtà reñido con el deſengaño: ni la feſtividad mas urbàna con la mas aſpera penitencia: ni la diſcrecion con la ſantidad mas heroyca, deſpues que ſe introduxo al coro de las virtudes la Eutrapèlia.

§. IV.

EStas ſon las flores, que pudo coger la mano inculta de el jardin de eſta vida, y de el campo de ſu Hiſtoria, baſtantes à formar muchas Primavèras à una Alma, y à veſtir de alegria todos ſus prados à la Naturaleza. Conſagrando las demàs mi pluma à la muchedumbre oloroſa, donde ſe confunde la viſta, y equivocada la mano, troncha un Clavèl, buſcando alguna Roſa. Pero ſe debe medir ſu eſtatùra, por las que el pincèl diò à la tabla, creciendo todas à compàs en grandeza, y en hermoſura. Porque fueron no menos capazes de la Hiſtoria aquella Fè vivàz, aſsiſtida de la reverencia deſde la cortìna, tan enveſtida de luz la nube hermoſa, que à pocos mas rayos eſtuviera inutil la venda. Aquella confianza, que ſe calzò plumas tantas vezes en la Tierra, por ſubir con rapido buelo à traer pan deſde la Gloria: y con ſolo flechar los ojos àzia las nubes, ſupo hazer, que llovieſſen eſpìgas, y mieſſes. Aquella oſſadìa generoſa, con que emprendiò tanta iluſtre fabrica, con poco mas caudal, què el que le ſeñalava ſobre la Providencia ſu confianza miſma. Pues quando llamò à Gandìa al inſigne Arquitecto Alexandro de Alexandrìa à dar feliz principio à la Univerſidad, y Colegio, avià fabricado tanto iluſtre edificio, que pudiera aver agotado, no ſolo ſu hazienda, ſino haſta ſu caudal à la miſma confianza; à no crecer todo lo que ſe uſa de ella. La integridad de aquella juſticia, con que Tribunales de Eſpaña no quiſo interponerſe en pleyto alguno con los Miniſtros de ella: porque el peſo de ſu autoridad no doblaſſe la balanza. Aquella paz, Iris, no ſolo del Alma, ſino de todo el Orizonte, donde vivia: reconciliando Borja haſta los elementos mas reñidos en el fuego, y el agua: componiendo entre sì los pleyteantes, quando Virrey de Cataluña, porque ſe debieſſe à la concordia, lo que ſe buſcava en Aſtrea: Aquel ſemblante veſtido de riſa, y de dulzura, que ſolo con dexarſe ver conſolava, teniendo ſu viſta no sè que parenteſco con la Gloria.

Aquella compoſtura modeſta, donde no huvo ademàn ſin harmonìa, aùn en me-

medio del tropèl arrebatado, con que los accidentes humanos ſuelen confundir en la priſa las operaciones del alma. Acordes todas à la razon de la prudencia, y al compàs, con que ſe mueve el eſquadròn de las virtudes dentro de una alma, haziendo muſica la vida, y haſta la reſpiracion ſonòra. Aquellos ojos, inclinados àzia la Tierra con calidades de Cielo en el influxo, y con el color, que los veſtìa. Y ſi alguna vez diſcurrieron por la naturaleza, gyravan tan vagaroſos aquellos dos viviſſimos Aſtros, que ſe acobardavan de reconocer los objetos: de ſuerte, que padecieron ſuſtos de delinquentes ſus puriſsimos ojos. Aquella alegria de ſu eſpiritu, que à peſar del humor triſte, y de lo macilento, hermoſeava el roſtro, convertido frequentemente en clavèl ceniciento, por no entriſtecer el deſengaño con la melancolìa del zeño. Aquella fortaleza de animo, que eſtava ſiempre à la puerta de ſu pecho embrazado el eſcudo, por defender la entrada à tantos enemigos del ſufrimiento humano; abriendo al miſmo tiempo la puerta à todos los accidentes penoſos del Mundo: ſin permitir, que ſalieſſe un ſuſpiro; y dexando ſalir deſeos, que bolvieſſen cargados de triunfos al pecho. Aquella conſtancia en qualquiera iluſtre empreſſa, y haſta en la devocion de una Ave MARIA: no aviendo comenzado à ſer devoto de Santo alguno en toda ſu vida, que faltaſſe à la correſpondencia: diziendo, que era infamia aùn ſobre la Tierra faltar à la amiſtad comenzada, no pudiendo aquel objeto deſmerecerla, y ſiendo delinquente la ligereza, que haze mudable el alvedrìo con la Luna, ſujetando à los fluxos, y refluxos una alma, y creyendo à qualquier viento la vela. Aquel mar placidamente ſoſſegado, ſin que la colera del viento hizieſſe impreſsion alguna en ſu roſtro, temiendo à la ira, mas que al enemigo; porque dezia, que el primer fatàl eſtrago de eſta paſsion de fuego, era minar al miſmo, que encendia la polvora en el pecho. Siendo verdad la que dixo aquel Sabio, que Jupiter al encender en la ira el rayo vengativo, fulminò muchas vezes ſu Templo.

Y ſiendo el alma del Juſto Templo del Eſpiritu Santo, donde cada virtud tiene nicho, y trono, ſe debe comparar eſte ſumptuoſo eſpiritu à una de las grandes maravillas de el Mundo en el Templo de Efeſo con cien columnas de el orden mas culto: en cuya fabrica gaſtò la Aſia, y la Arquitectura doſcientos años de oro, y de tiempo. Quando Borja labrò eſta maravilla nueva en la breve edad de una vida fatigada, que fuè meneſter deſmantelarla toda, por fabricar eſta grande maquina ſobre ſu ruìna. Donde ardieron quatro lamparas inextinguibles en la Fè, el amor, y el deſengaño, y ſolo la Gloria pudo apagar ſu antorcha à la eſperanza. No ſe hallò en eſte Templo otro humo, que el que hizo en adoracion, quemando afectos en el pecho, y la divinidad ocupandolo todo con aquella niebla, que tiene al Sol rebozado. Colgados muchos votos en las paredes de un lado, y otro, que ofreciò mas el deſengaño, que el eſcarmiento. El apetito atado rebeldemente à una columna del Templo con cadenas de oro. En el portico un cadaver pavoroſamente denegrìdo, que dexò en teſtamento muchos blandònes de cera al Santuario. Ni le profanò jamàs el piè peregrino, ni ſe atreviò à violar ſus immunidades aùn el penſamiento: ni oſsò acercarſe la culpa grave al atrio; donde eſtava à una parte la Imagen del reſpeto, y à la otra la del temor Santo, pueſto en la frente el dedo, que amenazava al atrevido, ſudando hielo haſta el jaſpe de las columnas con el ſuſto.

LIBRO SEPTIMO, DE LA HEROYCA VIDA, VIRTUDES, Y MILAGROS DEL GRANDE SAN FRANCISCO DE BORJA,

PORTENTOSOS MILAGROS, QUE OBRò LA OMNIPOTENCIA por el brazo del Divino Borja, robandole ſus difuntos à la Urna: Pone Dios en ſu mano aquella copa de oro, en que bebiò ſalud tanto moribundo: Eſpiritu de Profecìa, que agitò ſu pecho, calandoſe tambien à regiſtrar los ſecretos del alvedrìo ſu linze penſamiento: Su imperio deſpotico ſobre los eſpiritus infelizes, que pueblan de horror el Abyſmo.

CAPITULO PRIMERO.

MILAGROS, QUE OBRò LA OMNIPOTENCIA EN EL MISMO Borja: Dexaſe ver en el Cielo, al ſalir à luz en Gandìa, un nuevo hermoſo Planèta, que alumbrava à la ſantidad futura de aquel Niño, y fuè la primera Lampara de ſu Templo: Libra Dios milagroſamente una alma torpemente combatìda en deſempeño de la pureza de Borja.

§. I.

YA ſe acerca la pluma à lo mas ruìdoſo en aquel Heroe Divino, ſiendo un apacible trueno cada Milagro, que raſgando el Cielo, baxa en luz ſobre el Mundo; y ſolo aquel eſtampìdo dexa bien acreditada la ſantidad en el Vulgo: pues ſin eſte eſtruendo, ò relampago no ſabe perſuadirſe à que pueda ſer fecundo de virtudes, y de hazañas un eſpiritu, ni que pueda llover ſobre ſu cabeza fuego el Eſpiritu Santo, haſta que eſcucha el terremoto, y el ſilvo entre las agitaciones del viento. Y antes que paſsèmos à la pluma eſta voz portentoſa, que ſe hizo atender ſobre la Tierra, ya deſde ſu boca, ya deſde ſu ceniza; ſerà bien hazer algun recuerdo de los Milagros, que hizo la Omnipoten-

cia en el miſmo Borja; que fueron mucho mas prodigioſos, que los que obrò por ſu dieſtra. Entre los quales debe ſer admirada, como eſtupenda maravilla, aquella humilde ardiente anſia, con que el corazon de Borja, dilatando ambas alas haſta el Cielo, le rogava, que no quiſieſſe obrar prodigios por ſu brazo; porque aquel explendor, que viene con ruìdo, no le hizieſſe expectable en el Mundo. Pero no quiſo condeſcender la Providencia con ſu ruego; antes iba haziendo ſu nombre mas ruìdoſo, arrimando à la boca de la fama otro mas canoro inſtrumento. Si algun deſdichado llegava à pedir ſocorro à las puertas de Franciſco, implorando la piedad toda de aquel corazon blando, porque interponiendoſe con el Cielo, fueſſe libre de algun tyrano, que le fatigava el cuerpo, ò el eſpiritu; ſe recogia Borja dentro de sì meſmo, y eſcuchando aquella ſuplica con ſoſpecha de la fé, ù de la eſperanza ſecreta, que avia concebido el engaño: como que ſu Oracion fueſſe tan poderoſa, que pudieſſe recabar un ſuceſſo portentoſo; reſpondia: Harto milagro haze Dios con Franciſco de Borja, tolerando una vida ſembrada de horrores, y de inſolencia: mirad bien, ſi podrà conſeguir otro prodigio, quien ſe halla en tan miſero eſtado? O lo que os mintiò facil la eſperanza deſde el deſeo! Serìa mucho menos arduo ſacar miel de un eſcollo, ò hallar reſpiracion en un leño.

Mas aviendo de expreſſar algunos de los milagros, que hizo la Omnipotencia en Franciſco de Borja, ſerà bien empezar por ſu cuna, porque ſe vea portentoſo el primer aliento de ſu vida. Quando eſtava ſu Madre la Duqueſa dando à luz eſte bello honor de la Caſa de Gandìa, y de la Gente Borja: aviendoſe hallado ſin eſperanza de dar el Niño à la vida, y de mantener la ſuya: deſpues que por la interpoſicion milagroſa del Serafin de la Igleſia empezò à experimentar, que el Cielo tomava ſemblante de riſa, y que alumbravan à ſu parto la felicidad, y la eſtrella: Se dexò ver à la miſma hora correſpondiente al Palacio de Gandìa un hermoſo deſconocido Planèta, que embiò el Cielo, porque alumbraſſe al nacimiento de Borja: ſirviendo juntamente de luminaria, y de aviſo todo un Aſtro à celebrar la bienvenida al Mundo de un Heroe tan glorioſo: como al nacer Alexandro ardiò luminaria aquel grande Templo, mientras Diàna dexò ſu Trono, y ſaliò de Efeſo, por infundir aliento en la primera debil reſpiracion de Alexandro. No tiene eſta verdad, ò preſſagio luminoſo menos teſtigo, que al docto P. Juan Bautiſta Maſculo, en quien ſe compitieron la erudicion, y el eſpiritu, y ſe pone à la margen ſu teſtimonio; aunque ſobrava qualquiera otra depoſicion en el Mundo en un reſplandeciente ſuceſſo, donde el Cielo fuè teſtigo, y en que depuſo derramando en luz ſu eloquencia un Aſtro, que ſe llama bien lengua del Cielo. Y en que la Dioſa Lucìna encendiò por tea luminoſa aquella noche toda ſu luna.

Dexòſe al fin ver en el nacimiento de Franciſco un luciente Planèta entre el Signo de Tauro (que honra el Eſcudo Borja) y la Conſtelacion Caſsiopea, que ſe llama Cathedra, ò Silla: pues ſe dexa reconocer en eſta poſitura, hermoſeando ſu frente una Eſtrella, dos à los ombros, otras dos à los pechos, y à la eſpalda; y por todo el brillante cuerpo eſparcidas tantas, que parece eſtar amaſſado en Eſtrellas. Significando el Cielo, ſegun explica aquella ſabia Pluma, que el Niño, que nacia en el Palacio Borja (cuya noble inſignia rumiava en el Toro ſu luz al nuevo Planèta) avia de ſer no ſolamente Doctor en la Theologìa Sagrada, no ſolo iluſtre Cathedratico, y gran Maeſtro de la Theologìa myſtica; ſino que avia de ocupar la mas dificil, y mas glorioſa Cathedra, leyendo el deſengaño à la Nobleza en Eſpaña, y por la Europa. Y era meneſter, que ſu Cathedra, ò ſu Silla fueſſe un Planèta, porque pudieſſe perſuadir doctrina tan ardua à la Grandeza, y à la Soberanìa: la qual deſprecia por abatido el deſengaño, que no alumbra deſde la cima; y deſde aora queda el engaño en ſu pecho ſin diſculpa. Y mas ſiendo el primer oyente ſuyo el Grande Carlos V. y deſpues tanto numero de Aſtros en el Cielo, que la muchedumbre hizo vulgo de lo mas alto, y de lo mas lucido. Y ſi la Eſtrella, que moſtrava ſu cuna, quiſieſſe dezir con voz clara, que los Reyes de la Tierra avian de adorar en Borja, mientras vivo, con el valimiento de la confianza; y deſpues de difunto, con la veneracion à ſu ceniza: no pudiera aver elegido el Cielo lengua mas fecunda, ſignificacion mas hermoſa, ni metafora de luz mas culta.

Nato Borgia, appparuit notum ſydus in Caſiopea, quã vocant Cathedrã ſtellis fulgentibus, quę in gemmis cõpactã, tanquã enim ex Cathedra docuit quid vera nobilitas ſectari debeat. P. Joan. Baptiſt. Maſcul in S. Aug. p. 555. n. 2.

§. II.

§. II.

POr eſta grande altura empezò la Providencia à querer autorizar los exemplos de Borja, previniendo al Mundo con tan iluſtre ſeña, porque ſupieſſe que nacia. Y guardando el Cielo conſequencia, fuè amontonando prodigios en el Joven Franciſco de Borja, y cumpliendo los preſſagios à la Eſtrella. Porque, cómo puede dudar la reflexion advertida, que fuè uno de los inſignes milagros de la Omnipotencia, ver un Joven nacido en alta cuna, alimentado à los pechos de la liſonja, nutrìdo con la felicidad entre los alhagos de la fortuna: paſſando la edad floreciente en la libertad de Corteſano, y de Palaciego, donde el piè mas cauto piſa entre flores ſu peligro, enroſcado en la planta, que le huella con miedo: y (la que es aùn mas dificil empreſſa) teniendo en ſu mano las riendas de la fortuna, mientras fuè Carlos V. el Dueño, y el arbitro de ella; aver conſervado el alma ſin mortal ruìna, y ſin que entre tanta lluvia de ſaetas, que hizieron blanco el pecho de Borja, hirieſſen gravemente alguna aquel corazon, à quien mudò en diamante la gracia, y que tuvo por arnès la Omnipotencia? Verdaderamente, que fuè eſta aquella hazaña portentoſa, donde Dios deſempeña bien el atributo de ſu dieſtra. Y en eſte milagro, como en univerſal principio de gloria, ſe incluye el de aver conſervado la pureza en los Abriles de la vida à deſpecho de tanto peligro, y del genio amoroſo, que ſe inſinuava por la imaginacion al entendimiento: pues no entiende la razon el idìoma material del apetìto bruto, mientras la fantasìa no le dá explicacion, y ſentìdo. Sucediòle con el cuerpo à eſta grande Alma, lo que al Cielo de la Luna, que teniendo à la region del fuego vezina, ni ſe atèza con el humo, ni ſe calienta con la immenſa llama de aquel feroz Elemento.

Y en eſta materia ſe debe hazer digno lugar en ſu Hiſtoria una maravilla, que obrò el Cielo en credito de ſu pureza, y en atencion à Borja? Que ſupo hazer milagros, ſin noticia ſuya (circunſtancia capaz de muchas reflexiones de la pluma.) Hallòſe un Jeſuìta, ſubdito de Borja, terriblemente combatido de una guerra importuna, que por eſpacio de veinte y quatro horas fatigò ſu reſiſtencia: porque la imaginacion con una tea encendida iva pegando fuego por toda el alma: y el cruel enemigo deſde afuera arrimava otra acha funeſta, ſegundo Eroſtrato, que oſſava reducir à infame ceniza ſu Templo à la caſta Dioſa. Rebolcava ſu penſamiento aquel afligido en la Sangre del Crucificado, y el cuerpo entre las eſpìnas, y el cilicio; mas durava el aſſalto, ſin flaquear el Demonio por verſe tantas vezes rebatìdo: ſugerìa, ò arrojava nuevos volcànes de humo al oìdo, à la imaginacion, y al pecho: ardìa todo, menos el alvedrìo, que retirado en lo mas alto del alma, donde no alcanzaſſe la juriſdiccion del incendio, eſtava bien defendido; pero medroſo, de que ſobornado de las promeſas, y de los alhagos algun afecto, entregaſſe las llaves del Caſtillo. Y el cruel Tyrano esforzava nuevamente el ſoplo, porque paſſaſſe de una potencia à la otra mas vezina el fuego. Apenas huvo iluſtre Santo, à quien no ofrecieſſe embuelto en un ſuſpìro algun voto, porque derribaſſe el torpe idolo, que mirava colocado en los tres Altares de ſu Templo. Mas eſtava el Cielo ſordo, y aunque ſus ojos le ſocorrieron con mucho llanto, no era baſtante à que ſe apagaſſe todo un Elemento.

Acordòſe de Franciſco, cuya ſantidad ocupava tan alto lugar en ſu entendimiento; pero temìa la humildad de aquel Eſpiritu, que por huìr el cuerpo à la ſombra de un milagro, ſe avia de reſiſtir al ruego de un afligido. Mas poblado el pecho de fé, y de confianza ſe arrojò ſobre la tierra, y ſuplicava por los meritos de el Grande Borja, por aquella ſublime pureza de ſu alma, que haſta en los Eſpiritus Celeſtes pudiera introducir embidia, y por la humildad heroyca, en que ſe ſeñalava, que apagaſſe aquella hoguera, que infamava ſu vida, y atezava ſu honra con llama negra, en que fatalmente ardìa haſta la razon de apagarla. Luego que ſonò eſte gemìdo en el Cielo, baxò deſatado en lluvia el ardiente voto: ſe extinguiò el incendio, ſin que dexaſſe humo, ni eſtrago, ni quedaſſe algun fuego eſcondido en las paredes del Templo. Y, lo que fuè mas portentoſo, quedò perpetuamente eſſento aquel ſagrado de que le profanaſſe un penſamiento atrevido: gozando immunidades de Templo, por aver colocado en un Altar del Alma la Eſtatua viva del puriſsimo Borja, y votado una lampara al Original, quando iluſtrava la Tierra.

§. III.

§. III.

NO fuè menos inſigne Milagro el que eſtampò la Omnipotencia en Franciſco, imprimiendoſe en la admiracion tambien el ſello de oro, quando deſpues de diſponer, que tuvieſſe tan iluſtre nacimiento: deſpues que le mereciò la ſobervia en brizo dorado: deſpues que mereciò las intimas confianzas à Carlos V. no reſervando llave alguna à la entrada de ſu pecho: deſpues de avèr poſſeìdo los honores de Palacio; ſiendo verdad, que la fortuna apenas ſabe engendrar otros eſpiritus, que de ſobervia, y aquella hinchazon vana, que tiene en la felicidad ſu cuna. Deſpues de eſtos antecedentes, tan agenos de una humildad profunda; en vez de ſalir un monſtruo en la altivez de la ſobervia, como conſequencia acreditada en la induccion prolìxa de los ſiglos, y de la experiencia, ſacaſſe Dios aquella humildad heroyca, que ſe deſcuella entre las grandes virtudes de ſu alma, haſta llegar à tratarſe como al ultimo deſprecio del Mundo, y al mas infame deſecho del Abyſmo? Sin duda, que fuè eſtupendo Milagro, en que la cumbre de el monte mas ſobervio humillò la frente al valle mas profundo, y doblò ſu cervìz haſta las cavernas obſcuras del Infierno. Porque es poco menos milagroſa la humildad en la Soberanìa; que deteſtable en un Plebèyo la ſobervia. Igual Milagro fuè ſu cruel penitencia, aviendo crecido blandamente en el regazo de la vida delicioſa: paſſando à ſer verdugo de ſu cuerpo delicado, el que ſe criò entre los explendores, y caſi impaſsibilidades de cuerpo glorioſo: bañando en ſu ſangre tres vezes al dia aquel cuerpo, que acabava de ſalir del mas oloroſo baño, y eſtava aùn ſudando nectar de mal enxuto? Admirable operacion de aquel Omnipotente Dedo!

Ni fuè pequeño Milagro en Borja, que un hombre deſpues de tantos años, que empleò en el govierno de la Republica, y en el alto Imperio de la Monarquìa, en el de Cataluña, y en el de ſu Eſtado, y Caſa, Duque tanto tiempo de Gandìa, frequentaſſe los Generales, como el Joven de edad mas tierna, bebiendo à ſorbos la ſabidurìa, haſta arribar à ſer Apoſtol de Eſpaña: paſſando deſde el Valimiento al Pulpito: deſde el Baſtòn à ſer Doctor Theologo, y Cathedratico, elegido por el Pontifice Sumo para el Concilio de Trento. Verle fatigar las Prenſas con los deſvèlos de ſu eſtudio, y partos admirables de ſu ingenio, no es un grande paſmo, y un riego infuſo, con que bañaron las nubes ſu entendimiento? No es una mutacion de teatro, que eſtà ſeñalando la Providencia con el indize, y con el aſſombro? Fuè pequeña maravilla continuar un año el ayunar à pan, y agua entre el explendor, y regalos de ſu meſa, ſiendo Virrey de Cataluña? Aver renunciado el honor de Duque de Gandìa, y borrado haſta el caracter, que imprimiò eſta honra? Abatirſe al mas humilde eſtado de pobreza deſde la cumbre de la Soberanìa? No fuè iluſtre prodigio derribar de un golpe ſolo las dilatadas poblaciones, que la ambicion, y la eſperanza avian fabricado en tan prolìxo tiempo; ſin que dexaſſe ruìnas en la memoria el eſtrago, que hizo el exemplo, paſſando à ſer la gran Troya campo deſnudo? Que por eſſo le dize en una Carta San Ignacio, hablando deſta mutacion, ò portento: *El Mundo no eſtà para ſufrir tan grande eſtampìdo.* Las doblèzes de ſu piel ſobre aquel cuerpo deſtrozado con el rigor ſañudo; ſiendo el mas robuſtamente abultado, y el mas florìdo; fuè ſin duda rara novedad en el Mundo, y un Milagro de la penitencia, y de el Brazo Divino. Parecia aver ſucedido la tranſmigracion Pythagòrica, y que huvieſſe paſſado aquella grande Alma à otro Templo abatìdo, pobre, y arruìnado, ſin explendor, y ſin culto; ſiendo el primero ſoberviamente dilatado, y tan hermoſo.

Su obediencia à un Hermano ſencillo, y que en Gandìa fuè ſu Criado: eſpecialmente aviendo crecido Borja en la coſtumbre de mandarlo todo, no fuè tambien inſigne milagro? Aver ſaltado deſde lo ſumo de la vanidad en el Mundo, à lo ſumo del exemplo, venciendo de un impulſo ſolo todas ſus cumbres al deſengaño; no fuè lo que menos aſſombro ocaſionò en el Cielo? A que ſe uniò aquel grande prodigio de ſaltar en una hora deſde los cuydados politicos de ambos Mundos, y deſde aquella multitud derramada de penſamientos à los gyros mas rapidamente animoſos, y mas deſprendidos de afectos humanos, en una contemplacion Divina, y proprios de una Alma extàtica: de ſuerte, que no fuera transformacion, ò novedad igualmente admirada, ſi ſe mudaſſe de repente en Aguila el Buey del Eſcùdo Borja. Ni puede dexar de contarſe entre eſtos milagros la fundacion de tantos Colegios ſin medios algunos, cercado por todas partes de enemigos, y de monſtruos, de modo, que cada piedra de las que ſirvieſſen à la Fabrica la avia de arrojar la embidia, ò tirar

la

la columnia: trabajando los Quarteles à ſu Compañia à la frente del enemigo en campaña abierta. El aver eſcapado el reſplandeciente peligro de la Purpura, que gyrò porfiadamente en buſca de Borja: empeñadas en eſta empreſſa repetidas vezes la Tiàra, y la mayor Corona: ſe atendiò en aquel tiempo como maravilla de una ſingular Providencia; y mucho mas, el que Borja pidieſſe con lagrimas cada dia veſtirſe antes la mortaja, que no la Purpura, y aver conſeguido ſu Oracion eſta gloria. Averle conſervado Dios la vida contra toda la eſperanza humana, y contra la razon toda de la Medicina: haziendo que reſpiraſſe un eſqueleto, y que anduvieſſe con accidentes de vivo por el Mundo, quando parecia mas aliento artificioſo el que ſalia de aquel pecho à deſmentir al roſtro, y à todo el cuerpo lo difunto: como ſi huvieſſe reſucitado el grande Alberto en la fantaſia del vulgo à preſtar à un cadaver voz, ò movimiento. Ni dexò de ſer admirable à las reflexiones de la ſabiduria, vèr que à un tiempo miſmo el Cielo, y los Principes de la Tierra iban derramando las precioſidades de ſu confianza ſobre el corazon de Borja; ſin reñir ambos valimientos dentro de aquella alma, quando ſe miran caſi con perpetuo zeño uno al otro. Y haſta el Paſtor Sumo ſe uniò con la Tierra, y con el Cielo à bañar en dulzuras à Franciſco: pues las glorias con que iluſtrò Clemente VII. la Gente Borja año 1731. habla determinadamente con el Santo, y le haze fecundo noble tronco de tanto privilegio. Mas ſerà bien hazer aqui alto, y ſuſpender à la pluma el buelo en eſte aſſumpto, pues no ſe pueden deshojar los milagros, que Dios obrò en el Borja Santo, ſin reconocer bien las hojas de eſte Libro.

CAPITULO II.

ESPIRITU ADMIRABLE DE Profecia, con que fuè iluſtrado Borja, anticipando la dicha, y tal vez la amenaza. Predize el valimiento de ſu Grande Nieto el Duque de Lerma, y rehuſa admitirle en la Compañia. Ni ſolo anuncia ſu divina Lengua lo futuro, ſino que tambien alumbra à lo venidero con los ademanes del roſtro, y de la mano.

§. I.

PArece que eſte iluſtrado eſpiritu ſe avia poſtrado à beber en aquel fatidico arroyo, que acreditava el Oraculo de Apolo Clario con ronco ſonido; y el que huvieſſe guſtado ſu criſtal puro, que caminava por la hondura de aquel ſitio ameno, ſe hallava agitado del eſpiritu de Apolo, y le nacian ramas de Laurèl por el pecho. O aquella gruta, que llamavan Cueva del Sol, donde ponian la boca muchos Sabios por coger aliento profetico, que reſpirar deſpues mudado en luz de lo futuro. Y ſiendo aſsi, que eſte dòn iluminado, en que Dios ſe acredita con el hombre de fiel amigo, pues le comunica tanto ſecreto reſervado ſolo à ſu infinito entendimiento, es à modo de relampago, que paſſa arrebatadamente fogoſo, aviendo bañado en luz inopinada, y tremula las campañas del viento; pareciò permanente en Franciſco, y que avia fixado ſus reſplandores en aquel eſpiritu, como que no tuvieſſe lugar el acaſo, ò el acontecimiento en aquella razon iluſtrada, que tuvo ſus explendores de divina, anticipando los ſuceſſos en la luz de la Profecia, y en muchos deſtellos de la Providencia: ſiendo un fanàl cada penſamiento de Borja. Porque quien hiziere recuerdo de las innumerables expreſsiones de aliento preſſago, que diò eſte Oraculo à ſus hijos uno à uno, a los mas de los Nietos, que alcanzò vivo (y aun dexò à muchos ſu felicidad profetizada en legado.) Lo que anunciò à ſu hermano Don Thomàs de Borja, à ſus hijas la de Alcañizes, y la de Lerma: à tantos ſugetos de la Compañia en tantas Fundaciones dentro, y fuera de Eſpaña: no aviendo apenas Colegio, que no mereciesse eſte cimiento glorioſo, donde ſe afianza ſobre luz todo el edificio. Si ſe haze reflexion ſobre los reſplandores de Profecia, que dexò ſembrada en Portugal, en Caſtilla, en Andalucia, en Francia, en Roma. Si ſe trae à la pluma lo que predixo de gloria à la Compañia, y à los Hijos venideros de ella: las que tuvo de ſu miſma felicidad, y de las operaciones de ſu vida, pues apenas diò paſſo Borja, que no puſieſſe la planta ſobre una hermoſa Profecìa. Reconocerà bien, que aquel relampago, que alumbra de carrera, parece que mudò en lampara ſu luz preſuroſa, y ſe quedò pendiente en el grande Templo de aquella alma.

Tacit. lib. 2. Annal. *Hauſti fontis arcani aqua, ignarus plerumque literarū, & carminum editreſponſa.*

Hallavaſe un dia el Divino Borja en caſa de ſu hermana, Doña Margarita, muger de Don Fadrique de Portugal y Cerda, hijo de Don Sancho de Noroña, Conde de Odemira, Señores de Oranì, y grande luſtre de Eſpaña: avian concurrido algunos hijos del Borja, y otros Parientes à meter en el pecho la felicidad, que ſe avia parado un poco dentro de aquella caſa; quan-

quando ſiempre andava fugitiva; y à calentar los afectos del alma à viſta del ardiente Borja. Rogavale ſu hermana, que echaſſe la bendicion à dos hijas, que tenia, y à Don Franciſquito, que era el varon unico, donde vinculava ſu conſuelo la eſperanza. Vinieron los tres ſobrinos de Borja veſtidos de la modeſtia, y de la hermoſura, dividida en tres pedazos la primavera: fixò el Santo aquella lince viſta mucho mas allà de lo que mirava, leyò no sè què caractères azules en la Gloria, entendiendoſe los penſamientos con la cifra; y dixo à ſu hermana: no teneis alguna otra hija? Si tengo, reſpondiò aquella grande Matrona (aunque yà hizo lugar à la novedad la pregunta; pues ſabìa quanto ignoraſſe en eſtas materias el deſpego de Borja) tengo otra niña, mas bien poco favorecida de la naturaleza, y ſu cobardia, ò no sè què menos ayre en la apacibilidad meſma, la tienen deſtinada à Monja. Hazed que venga, replicò Franciſco: y llegando con menos lucimiento, pues traìa un humilde Habito de San Franciſco: y el ademán menos garboſo, porque la deſconfianza acobardava el paſſo, y la falta de cariño cortava ſus alas al orgullo; apenas la mirò Franciſco, quando veſtido de luz el penſamiento, ſe ſuſpendiò un poco, y prorumpiò luego: *No ſerà Religioſa eſta Niña, ſino heredera, y Señora de vueſtra Caſa: y la querreis mucho, aunque aora no la quereis tanto.* No tardò el Cielo en deſempeñar la voz de Franciſco, porque Doña Angela, y Doña Juana, que eran las otras dos ſobrinas del Santo, murieron en breve tiempo, no ſobreviviendo ſino ocho dias una à otra, con indezible ſentimiento de ſu Madre Doña Margarita; y dentro de un año rindiò el aliento en el ſeno de Abril Don Franciſco de Portugal y Borja; quedando heredera, y unica aquella niña, que ſe llamò Doña Ana de Borja, y casò con el Duque de Paſtrana: recogiendo en sì ſola haſta el caudal de amor, que ſus Padres avian dividido entre los demàs, cuya floreciente vida mordiò la deſdicha temprano entre las liſonjas de la edad, y del cariño: y entre las hojas de la eſperanza, flor què padece tambien inſidias de el aſpid dentro de el pecho.

Eſtava en la mas hermoſa eſtacion de la vida el Duque de Lerma, por cuya indole generoſa iba abriendo el boton verde la eſperanza: era entonces Marquès de Denia, y acercandoſe un dia à ſu Santo Abuelo Borja, le repreſentava ſu deſeo de aliſtarſe glorioſamente en ſu Vandera, y ſeguir el Eſtandarte de la Compañia, hollando ſu frente à la ſobervia, y à la fortuna, antes de experimentarla; yà que ſu Abuelo la pisò con deſprecio deſpues de averla experimentado. Pues, por què no ſe ha de anticipar, dezia aquel Narciſo, la razon al deſprecio de lo que ſabe que ha de hallar digno de ſer piſado, en aviendolo conocido? No ſe ha de deber el deſengaño, ſino à la experiencia, y al tiempo? No le darèmos ſiquiera eſta vanidad al diſcurſo? Aſsi hablava aquel Caton Niño; y Borja le oìa con apacible roſtro: mas luego ſe empezò à turbar el Cielo, y ſe anublò el Sol con accidente improviſo, hallando la luz en ſus ojos algun ocaſo. Eſtuvo en eſte ademàn de difunto, ò parenteſis de vivo un poco; y cobrando ſentimiento con mucho calor por el roſtro, dixo: No quiere la Providencia conduciros por eſſe rumbo, porque os tiene deſtinado à gran Valido del Monarca Eſpañol, que ha de fiar à vueſtros ombros Mundos, y cuydados. Derribò con eſto los ojos, cobrò los demàs ſentidos, y enmudeciò Borja, aviendo rozado las mas delgadas cuerdas à la cytara, cuyo sòn profetico eſcuchò la redondèz de la tierra, y ſe acreditò en la Privanza, que al lado de Felipe Tercero, y à la frente de la embidia mantuvo el Gran Duque de Lerma. Y no puede negarſe aquì la pluma à dezir, que diſpuſo eſte famoſo valimiento la Providencia, porque fueſſe inſtrumento de la Beatificacion de Borja; quitando por eſte aſſumpto tan iluſtre Hijo à la Compañia. Mas quien le dixera entonces eſte arcano de la Providencia à Franciſco de Borja, y que ſu voz era el conducto de ſu exaltacion ſobre la ara? Si romperia las cuerdas à la cytara, y à la profecìa, por no cantar ſu gloria? Mas què importava, ſi al deſpedazar el inſtrumento avia de hazer muſica ſu ruìna: porque al quebrarſe la vida en cada cuerda, avia de morir cantando la razon, porque la humildad la rompia.

§. II.

LA Condeſa de Oſſorno, cuyo eſpiritu debiò ſu felicidad toda al Borja Santo, ſe hallava el año de cinquenta y ſiete de aquel ſiglo ceñida de la proſperidad hermoſa, y liſongeada de la fortuna, que ſoplava dichas en ſu gran Caſa. Era muger diſcreta, y ſe le hizo ſoſpechoſa la felicidad, que ſentìa, temiendo el

nau-

naufragio todo lo que el viento regalava la popa de aquel Vagèl dichoſo. Eſcrivió, ſegun acoſtumbrava, à Franciſco; pero ſin que la pluma formaſſe un raſgo ſobre eſte punto. Y Borja prevenido con avenidas de reſplandor funeſto, la reſpondió al contenido de ſu carta: y luego torciendo la pluma àzia una profecìa, exclamava: *Ay! ay! Hermana? Ay! ay! Señora? Bueno eſtá el mundo para dexado! Vos entendereis lo que quiero dezir bien preſto.* Empezaron luego los infortunios à rondar ſu Palacio, haziendo fatál ſangriento deſtrozo en ſu Gran Caſa, en la fortuna, en los hijos, y en todo el noble Edificio; dexando ſolo levantadas las paredes del ſufrimiento. Mùrióſe en Madrid entre la gentileza de las prendas, y de la edad D. Pedro Manrique ſu hijo: y no atreviendoſe à venir ſolo el hado, lloviò calamidades Jupiter ſobre aquel varonil pecho. Conſtruyó entonces la afligida Condeſa toda la ſignificacion à los ayes de Borja: ſiendo eſtas fatalidades el artifice, y el inſtrumento, que labró las perfecciones de aquella alma en miñatura, porque es ingenioſa, y delicada la deſdicha. En otra ocaſion, hablando Borja de ſus hijos, y de ſu Caſa, profetizó la muerte de tres de ellos en el dia, y en la hora, en que vino deſpues inſolente la Parca à ſegar en flor ſu vida, y à deſangrar ſus eſpiritus verdes à la eſperanza.

Aliſtóſe en la Compañia un grande Fidalgo, cuya Caſa ennoblece el Reyno de Portugal con las memorias de ſu Eſcudo. Vivió algunos años bebiendo deſengaño à los pechos de Franciſco: mas flaqueando poco à poco, empezó à ſuſpirar por ſer deſdichado. Deſeava bolver à cobrar ſu libertad, y ſu alvedrìo, dulce inſtrumento, que avia dexado pendiente de un laurèl en el mundo. Y buſcandoſe èl miſmo ſu deſgracia, ſe encaminó con varios pretextos à Roma, donde Franciſco eſtava General de la Compañia: pidióle con lagrimas, que le dieſſe grata licencia, y que condenaſſe à ſu ternura al amor de ſu libertad perdìda, y à una ſecreta impreſsion, que le arraſtrava, eſta inconſtante indecoroſa fuga. Al miſmo tiempo avia movido en Portugal, y en Roma à muchos hombres de alta fortuna, que importunaſſen eſta licencia al Borja. El qual ſorprendido de eſta novedad impenſada, y atraveſſado de una cruel ſaeta, derramava ſangre por la viſta; y derribado ſobre la tierra, embiava ſuſpiros bien calientes à la gloria. Llamóle un dia, y ſe valió del alhago, y de la amenaza: Dezíale, que no eſperaſſe, que le abrieſſe la puerta à tan cobarde fuga; porque antes bien avia de doblar las guardas, y añadir llaves à cada puerta; de ſuerte, que ſe hizieſſe impoſsible la ſalida, ſi no ſaltaſſe deſde la deſeſperacion mas alta. Que le avia de poner en priſion dura, donde mordieſſe la cadena con la rabia, mas no hallaſſe lima, haſta que una muerte triſte, y laſtimoſa rompieſſe, ò deſataſſe los eslabones à otra mas fragil cadena, quando el cadaver amarrado en ſu obſtinacion endurecida, y amortajado deſpues en la infamia. Què eſtruendo, ò què eſcandalo no cauſará vueſtra caìda? No hiziera ſonido mas eſpantoſo al caerſe del Cielo un Planeta. Ay, que tambien la deſdicha al empezar à deſpeñarſe con un infelíz deſde la altura, và haziendo pella. Mudó luego en ſerenidad alhagueña la amenaza; y le añadía: que ſe acordaſſe de ſu miſma honra, la qual ſirve à la virtud de fuerte muralla, que guarnece la vida. Que no ſe olvidaſſe de lo que San Pablo dixo en aquella horrible tormenta à ducientas y ſeſenta y ſeis perſonas, que ſu Nave conducía, intentando algunas arrojarſe deſeſperadamente à la agua, ò pidiendo chalupa: que no ſalvarian la vida, ſino dentro de aquella Nave contraſtada, que ſerìa ſu naufragio, ò ſu eſcollo la fuga: y que no ſe iria à pique alguno de quantos padecian borraſca dentro de aquella Nave combatida de la ſuria, y de la indignacion hinchada en montes de ſobervia. Que no dudaſſe ſer eſta Nave contraſtada la Compañia, dentro de la qual darìa fondo en bella playa al ſon furioſo de la tormenta; y fuera de eſte Vagèl ſorberia la muerte ſobre una ola (texto bien oportuno à la revelacion divina, que tuvo el iluſtrado Borja en los trecientos primeros años de eſta Nave combatida.) Y finalmente concluyó Borja, que deſpues de tantos años de Jeſuíta, miraſſe vezina la playa, pues blanqueava ya la arena. Eſto os dize mi dolor deſde el pecho: mas quiſiera que conſideraſſeis mucho mas las razones, que os callo; porque bien sè yo, que os las dirá mejor aora vueſtro diſcurſo, y deſpues el tiempo.

Ne timeas, Paule, amiſſio nullius animæ erit::: ecce donavit tibi Deus omnes, qui navigant tecum: & quærētibus fugere de navi dixit: niſi hi in navi manſerint, vos ſalvi fieri non poteſtis. Actor. 27.

Pero eſtava el enemigo apoderado de aquel cobarde de mal guarnecido pecho: y aunque el Santo le detuvo muchos meſes dentro del Vagèl, uſando de la piedad, y del rigor, y aplicando los fomentos, que pudieſſen conducir al remedio, el mal era deſeſperado, y la miſma curacion añadió peligro, aventurandoſe no poco en que ſe pegaſſe el contagio. Con que ſe reſolvió Franciſco à dexarle ſalir del campo, como deſertor, ò profugo. Llamóle à ſu apoſento,

to, y fixando en èl ſu roſtro, entonces anublado, le dixo: No os llamo con eſperanza de perſuadiros vueſtra ruìna; que no me ha preſtado ſu eloquencia, ò ſu virtud ſecreta de mover rocas el Muſico de Tracia. Eſtareis contento aora, y apenas cabrá en vueſtro juvenil eſpiritu la alegria, porque bolveis à libertad, que dexaſteis en el mundo. Ha, quantas vezes ſe apellida con nombre de felicidad el caſtigo! Quantas vezes el engaño beſa el azote como liſonja de el ſentido! Id, ruìn Cavallero de Chriſto, y aun del mundo, pues llevais bien poco ayroſo lo Fidalgo en bolver la eſpalda fugitivo, y en ſer ingrato à Dios, y à la Religion, faltando à las obligaciones de Cavallero: ſino es que penſeis, que eſta inconſtancia ſe ponga entre las otras proezas, que orlan vueſtro eſcudo? Mas entended bien lo que aora os digo: Yo sè, que experimentareis azote tan riguroſo, que cada memoria del bien que perdiſte, os cueſte un triſtiſsimo ſuſpiro. Pedidle à Dios con diluvios de llanto, que ſe quede el azote dentro de los terminos de eſte mundo, y que no paſſe à inmortalizar en vueſtra infelìz eſpalda todo el impulſo. Vueſtra razon ha mucho tiempo, que perdió el tino, y gyra deſcaminada àzia ſu eſtrago: pues aſsi como no falta Deydad alguna al que tiene conſigo la Prudencia; aſsi es cierto, que faltan todas ſin eſta Dioſa. Y acercandoſe à la oreja, le entregó una laſtimoſa cifra, donde eſtava con negros caractéres impreſſa la deſventura. Paſsó aquel Joven à ſu partida, donde fué el horror primero, y luego la ruìna; pues aquella mano fuè la que arrimando una acha abrasó à Portugal ſu gloria, y arrancó todas las hojas à ſu eſperanza. Porque eſta furia aviendoſe introducido al Palacio del Joven Rey D. Sebaſtián, y à lo mas intimo de ſu pecho, eſtampó altamente en aquella oſſada fantasìa la expedicion funeſta: ofreciendole mares de ſangre Africana luego que ſe dexaſſe vèr à Cavallo con la eſpada deſnuda, y ſelvas de laureles à ſu cabeza. El dia antes, que ſe dieſſe la infelìz batalla, ſe acercó al Rey Joven, que eſtava embuelto en ira generoſa, y dava en ſu pecho ſus poſtreras reſpiraciones la oſſadìa: pidióle las orejas de el Maluco, que era el Rey Africano, ofreciendo cenarlas por enſalada (clauſulas, ò inchazon ſobervia, que ſuele dictar menos vezes el valor, que la arrogancia.) Mas al dia ſiguiente en el campo quedó triſte priſionero, y eſclavo del Rey Maluco: ſonando ruìdoſamente en el piè el grillo, y llorando à compás de aquel triſte duro inſtrumento. Acordavaſe de la Profecìa de Borja, que guardava bien impreſſa: y cubierto de confuſion el roſtro, lanzava un ay laſtimero, y luego caìa derribado ſobre ſu dolor miſmo, enſangrentandoſe los pies en el hierro: ſolicitava bolver à levantarſe de la tierra; y no pudiendo, ſe rebolcava en ſu deſdicha: y exclama tal vez partiendo el dolor en mal formadas razones ſu eloquencia: ay de mi! ay noble Portugal! ay Joven Rey! ay Borja Santo! ay Bien perdìdo!

§. III.

Con otro Cavallero de Eſpaña ſucedió lo miſmo al General Borja; porque inducido de ſus Parientes, inſtó en ſalir de la Compañia, y en abrir mucha puerta à que entraſſe llanamente ſu deſgracia. Fuè preciſo dar campo abierto à ſu ſalida, ò à ſu fuga, porque temió algun eſcandalo Borja. Mas le eſcrivió una carta bañando en altos ſentimientos la pluma, y ſeñalando cada linea con una profecìa. Deziale, que la miſma ſangre, que aora le arraſtrava, le avia de arrojar con ignominia. Que ſe verìa tan acoſado de la fortuna, y tan debaxo de ſu rueda, que en vez de ſublimarle al trono, le deſpedazaria con el peſo del carro. Suſpendìa un poco la pluma Borja al eſcrivir eſta carta; y bolvia à inflamarſe en nuevas agitaciones del eſpiritu de profecìa, como que ſentìa à rafagas la luz, que dorava ſu cabeza. Y deſpues de aver hecho alguna pauſa el furor en la pluma, bolviò al papel lleno de inſpiracion ſagrada. Deziale, que ſe bolvieſſe luego al gremio de la dicha en tan alto Inſtituto; porque le aſſegurava, que ſi tardaſſe, no podria arribar al puerto deſeado; pues le cogeria la muerte preſuroſa, nadando vezino à la orilla. Que advirtieſſe eſtava ya ronca Caſandra de llorar cantando el excidio de Troya: y no ſerìa creìda ſu pluma, haſta que ſolo pudieſſe recoger los fragmentos del eſtrago en la ceniza. Sucedió todo lo que vaticinó el Borja, pues à poco tiempo le arrojaron los Parientes de ſu caſa, aviendole ſacado de la de Dios, porque vivieſſe en ella. Hallóſe deſnudo de la fortuna, y aun de la eſperanza: deſpreciado del Cielo, y de la tierra, y ſolo aſsiſtido de la deſdicha, que apretó los cordeles al cuerpo, y al alma, paſſando las bueltas la ley de la humanidad toda. Iba de uno en otro enſeñando la carta, y aplicando cada linea al ſuceſſo, ò al eſtrago, que ocurria, ſin que le faltaſſe una letra, ò una tilde à la deſgra-

gracia. Solicitò (aunque tarde) bolver à la Compañia: lo que ya ſe le dificultava, hallando un impoſsible à la puerta; al fin ſe le embiò la licencia deſeada. Mas ay! faltava la ultima gota, que apurar al triſte vaſo, que le diò à beber la deſdicha, y le avia deſtilado en profecìa Borja: porque fatigado de una mortal calentura, rindiò el aliento, quando ya tocava la orilla con la mano, y embiò el alma embuelta en un ſuſpìro, y en un voto àzia el puerto, mientras el cadaver fuè ſepultado en el golfo, donde brazeava errante, y moribundo.

No fuè ſolo el Profeta aquella boca Divina: no fuè ſu voz ſola la que ſonò enfaticamente à divinidad oculta, calandoſe al tiempo futuro penetrante el eco; tambien ſupo vaticinar con lo mudo: ya con la viſta, apagando el reſplandor un poco, ò raſgando el aſpecto; ya con las lagrimas, que hizieron de ſus eloquentes ojos dos grandes Profetas: y ſon el mas eloquente eſtìlo de lo mudo: ya con la mano: ya con el ademàn del roſtro. Tenia Borja en ſu frente aquella piedra, que ſe cria en el cerebro de un pez, y ſe llama Cynedia; y que ſi toma placido ſemblante, predize al mar ſu bonanza; y turbando el color, pronoſtìca la tormenta. Que tambien Jeremìas, cargado de priſiones, cantava vaticinios con el ſonìdo ronco de ellas, y con lagrimas mudas. Y Ezequièl predixo el ſitio de Jeruſalèn, ſin valerſe de la voz, con ſymbolos, ò figuras. Eſcuchò una vez en Yuſte à Carlos Quinto con el ſemblante funeſto: y el Ceſar quedò medroſo de un preſagio, que ſucediò, como el roſtro de Borja avia predicho: enmudeciendo la voz profetica en el reſpeto: mas ſin hazer el metal ruìdo, ſonò el aviſo en el pecho. La ultima vez, que ſe echaron los brazos Borja, y Carlos Quinto fixò el Santo los ojos en ſu Dueño con ademàn deſuſado; haſta que las olas le llevaron la viſta, y el objeto. Y à pocas ſemanas rindiò la vida el Ceſar victorioſo, ſin ver mas à Franciſco: cuyo ceño puſo entonces en ſu frente un comèta, que arraſtrava melancolico el preſſagio, viſtiendo de luz macilenta el roſtro: como que ſe acobardava, y ſe dolìa de anticipar una tragedia; y en aviendo de ſer dicha, la hizo ruìdoſa. Por eſto ſe avia obſervado, que las mas vezes, que ſu ſemblante profetizaſſe mudo, era algun triſte ſuceſſo. Al modo, que en Delfos, ſi el ramo de laurèl, arrojado al fuego, hizo bien ſonòro el eſtallìdo, ſe eſcuchava feliz el anuncio; y ſi ardieſſe callado, ronco, ò mal diſtinto, empezava à temblar ſuperſticioſo el miedo. Con todo, alguna vez anunciò Borja felicidad muda con derramar luz ſu roſtro, ò mudar colores haſta en el ſemblante de ſu Retrato, ſegun depuſo la Religioſiſsima Marqueſa de San Lorenzo. No fuè menos prodigioſo, ni menos favorecido el ademàn de Borja con aquel iluſtre Jeſuìta el Padre Juan Fernandez, verdadero Apoſtol de Eſpaña, cuya vida ſe texiò de fragmentos de gloria, y porque volaſſe haſta la cima, le preſtò las alas el Angel de ſu Guarda.

Vino à recibir el Orden Sacro al Colegio adonde ſe hallava Comiſſario General Franciſco: el qual con muchos relampagos del Cielo conociò el eſpiritu del Apoſtol, que ſe encerrava en aquel pecho abraſado, y la ruìna, que ſu predicacion avia de hazer en el vicio. Acercòſele un dia Borja, y ſacando un Libro de los Santos Evangelios, que llevava deſtinado à eſta empreſſa, y mas curioſamente compueſto de lo que Borja acoſtumbrava: ſe le diò con mano ſilencioſa, ſin que la lengua acompañaſſe la accion en una clauſula: mas la acompañò la viſta mirandole con aſpecto de gloria, y derramando por el ſemblante llamaradas de alegria. Sorprendiò un poco al Apoſtol Jeſuìta eſta accion inopinada del Borja; haſta que reconociendo el Libro, le dixo el corazon agitado, no sè que vaticios al pecho: y deſpues en el diſcurſo de ſu exercicio Apoſtolico adorò el anuncio del Borja Santo, que avia uſado con èl en aquella ocaſion, lo que Dios con el Profeta Ezequièl, pues le diò à comer un Libro: y el Profeta comiò razon en aquel volumen ſabio, ſiendo la luz, y el eſpiritu ſu dulciſsimo delicado alimento. Eſte fuè aquel Apoſtol Divino, con quien ſe dexò ver una hora en el Pulpito San Pablo, que con ſu reſpiracion abraſava el aliento, que infundìa el Apoſtol ſegundo en ſu clarìn de oro. Eſte fuè aquel, à quien viſitò el Hijo de Dios, acompañado del Apoſtol S. Pedro, por imprimirle altamente el caractèr de Apoſtol del Mundo. Y aùn el miſmo dia, que fuè ordenado, y que Borja le diò el Libro iluminado de oro, le mandò el Obiſpo, inſpirado de Dios, que al dia ſiguiente predicaſſe al Pueblo: lo que executò con aſſombro del concurſo, y con muchas lagrimas de Franciſco. Quiſo el Grande Apoſtol de la India San Franciſco Xavièr iluſtrar deſde el Cielo eſta Profecìa de Borja en la Tierra: y dexandoſe ver al Padre Juan Fernandez un dia, trayendo el Oriente del Sol en la ropa, abriò un Libro, en que eſtava impreſſo con letras de oro el temor Santo, y ſe le diò à beſar, in-

troduciendo por la boca la luz. De eſta ſuerte ſe hermanaron los eſpiritus de uno, y otro Franciſco, dos columnas de diamante, y de fuego, ſobre que reclinò el Grande Ignacio la maquina de ſu Edificio, poniendo una al Oriente, y al Occidente la otra; porque avia de ſer tan ſobervia la fabrica, que corrieſſe deſde donde el Sol nace haſta donde muere, ſin deſvelarſe, ni interrumpirſe la pared immenſa del lienzo, broche primoroſo del Oriente con el Ocaſo.

CAPITULO III.

IMPERIO, QUE TUVO SOBRE LOS Demonios, lanzando à muchos de los cuerpos, y temblando, con ſolo invocar ſu Nombre, aquellos eſpiritus revelados: Innumerables ocaſiones, en que la humildad de Borja fulminò embuelta en humo de ſobervia. Deſprecio frequente, con que le tratava, burlandoſe de ſu fiereza, de ſu eſtruendo, y de ſu rabia.

§. I.

EN eſte Capitulo quiere paſſar à ſer Hiſtoria la fabula, y la batalla de los Gigantes con el Cielo, poniendo un monte ſobre otro, haſta tocar con la frente en el Olympo: eſperando veſtir de palidèz aquel azul ſemblante hermoſo, batiendo ſu bronze eterno al muro: acobardar à Jupiter con el aſſalto, y arrojarle de ſu trono: ſaquear los Cielos, robandole uno à uno ſus diamantes en los aſtros. Mas ſe burlava Jupiter de aquella oſſadìa, fulminando con ligero ademàn de ſu dieſtra el rayo, que ſepultò à la ſobervia, y reduxo montes, y Gigantes à poca ceniza, que apretava en un puño toda una montaña en los campos de Flegra. Saliò à dar repetidos aſſaltos al Divino Borja, y à cada una de las Deydades en las virtudes de ſu alma, toda la altivèz ſañuda, que el Infierno apriſiona, abriendo muchas bocas la Tierra, por donde vomitava ſobervia; dexaronſe ver en tropas de Gigantes, y de movedizas torres, mientras Franciſco, manteniendo toda la ſerenidad del Cielo en el alma, y en el roſtro, burlava el impetu oſſado del enemigo, poniendo en fuga temeroſa un exercito de monſtruos con ſolo un dedo, y fulminando ſu humildad aquel rayo, à que no puede reſiſtir lo mas altìvo, haſta deſvanecer todas ſus montañas en humo. Deſde eſta derrota quedò tan eſcarmentada la oſſadìa, que trayendo un endemoniado al Borja, llegava tremulo, cobarde, depueſta la furia, y doblando en el rendimiento la cervìz creſpa. Al verſe con ſu enemigo en la Campaña, hizo breve oracion el Santo Borja, ſacando bien los filos à la eſpada: y apenas le puſo la mano ſobre la cabeza con aquellas palabras del Evangelio de S. Marcos en la boca: *In nomine meo dæmonia ejicient*; quando aquel Gigante ſobervio ſaliò fulminado en un ſuſpiro, rebuelto en indignacion, y en humo: quedando por Borja todo el campo, y libre el terreno, que inflamava aquel monſtruo: con eſpanto de los que concurrieron à verle combatir con tan horrible fiera en el circo. Mas no quedò ufano de hallarſe victorioſo; ſino antes tan confuſo como ſi fueſſe el vencìdo: y embrazando aquella humildad miſma, que avia ſido la arma de ſu triunfo, bolviò à pelear con la victoria, y con las aclamaciones, que eran los deſpojos de ella. Porque dixo lo que eſtrañava ſe admiraſſen de averle viſto poner al Demonio en cobarde fuga: pues ſiendo verdad, aquella pregunta, y reſpueſta, que andava como adagio en el Vulgo. Quien es tu enemigo? Quien es de tu Oficio: y aviendo èl con el eſcandalo de ſu vida deſpeñado tantas almas en los abyſmos de la culpa, que es el oficio, en que el Demonio ſe empleava, còmo no avia de andar aquel infeliz eſpiritu fugitivo de Borja? Còmo no ha de tener mortal embidia al que le compitiò, y aùn le excediò tanto en las artes de arruìnar una alma?

Paſsò deſpues à Medìna del Campo; y hablandoſe por incidente de eſte ſuceſſo, en que à la preſencia de Borja avia ſalìdo el Demonio, abreviando en un gemìdo funeſto todo el horror, el ay, y el humo del Abyſmo, bolviò à cubrir mucha niebla el roſtro del Santo, y ſe obſcureciò el dia, que derramava alegre claridad por el Apoſento. Y viendoſe recobrado un poco, dixo: aunque fueſſe verdadera eſſa hiſtoria, ſerà grande maravilla, que el Demonio hizieſſe mi voluntad una vez ſola, por tantas vezes, que yo hize la ſuya? Aſsi que Borja, mucho mas que al enemigo, temìa la ſobervia, ò la vanidad de aver triunfado. No ſe pueden ſumar bien las victorias, que alcanzò viſiblemente de eſta fiera, ſin hazer computo de los dias, que tuvo de Santo el humilde Borja. Apenas ay horrible fiera, que ſirva de eſcandalo à la montaña, ò ſe dexe ver por los campos de la fantasìa, que no remedaſſe aquel enemigo, por introducir algun eſpanto en el corazon animoſo de Franciſco; y era mas facil poner miedo al valiente Alexandro, ò hazer lugar en una eſtatua de bronze al ſuſto. Ya ſe po-

nia

nia à la viſta en forma de Gigante deſmedìdo, y tan horroroſo, que pudiera turbar algun tanto la faz hermoſa de el Cielo, ſi ſe huvieſſe hallado à la fabula de el aſſalto: ya en forma de un Leon ſañudo, que rugìa por el Oratorio; y por la melena rizava llamas tenebroſas al fuego: ya en figura de aquella cruèl fiera, que ſe deſdeña pacer el campo, ſi no le halla humedecìdo en ſangre primero: ya de Simia la mas fea, que con geſtos, y ademànes ſolicitava la riſa. Mas Borja caſtigava ſu ſobervia con el deſprecio, y ſeñalando la Cruz en la mano, iba ſiguiendo el alcanze al enemigo. Preguntòle un Hermano, ſi le huvieſſe fatigado mucho un horrible Demonio, que èl avia viſto aquella noche, y aquella mañana andar furioſo por ſu Apoſento? A que reſpondiò Franciſco, derribando los ojos un poco: Sabed, Hermano, que ſuele permitir Dios, que ſe aparezca el Demonio à algunos pecadores por caſtigo, y eſpanto: y tal vez à los Juſtos por exercicio. Con eſta reſpueſta ambigüa deſlumbrava, ò confundia en la duda la cauſa de ſu perſecucion el humilde Borja. En el Colegio de Plaſencia, entrando en ſu Apoſento (donde oy ſe conſerva algun raſtro de las victorias de Franciſco en un letrèro, que ſeñala el teatro, en que lidiò con eſte monſtruo) hallò recoſtado ſobre ſu lecho al comun enemigo: y ſin eſtrañar eſte eſpectaculo, le dixo: Bien eſtàs en eſſe lecho; pues le merezco yo menos, que tu, aùn ſiendo tan delinquente eſpiritu; el qual no pudiendo ſufrir eſte humilde abatimiento, ſaliò arrojado de aquella cama, donde no pudieron caber el Demonio, y Borja, ſin que cupieſſen los dos polos mas opueſtos en la humildad, y la ſobervia. En eſta ocaſion, ò en otra, en el miſmo Colegio de Plaſencia puſo en fuga apreſurada à ſu cruèl enemigo, que ſe le repreſentò entre remolìnos de fuego: mas al ſalir fugitivo en trage viſible por entre una rexa de hierro, bolviò el infame roſtro, y fulminò al pecho de Borja un rayo, cùya piedra tiznada en humo cayò à los piez de Franciſco, mas como deſpojo, que como tiro: valiendoſe eſta vez el Gigante mas ſobervio de la honda, y de la piedra por derribar la humildad en Borja, pero bolviò à ſu frente el tiro deſde el blanco. Y ſe guardò la piedra muchos años en aquel Colegio, haſta que la robò el deſcuydo del que guardava eſta grande memoria de aquel ſuceſſo. Y fuè aquèl el primer rayo, que ſe fulminò contra lo mas humilde del Suelo.

En Valladolid hallò tambien ſobre ſu cama al Demonio con terrible aſpecto, compendiado en un monſtruo denegrìdo todo el corazon del Infierno: los ojos centelleando humo; y la boca parecida à la de un horno ardiendo. Entrava Borja divertìdo, y avrèmos de confeſſar, que eſta vez flaqueò algun poco por el ſingular horror, de que ſe viſtiò aquella vez el objeto enemigo, y por hallarſe deſarmado de la prevencion en aquel punto. Mas bolviendo à cobrar eſpiritus luego, le precipitò haſta el Abyſmo, y tràs de èl la cobardìa del pecho. En Valladolid otro dia ſalìa de ſu Apoſento, armando con la Señal de la Cruz el roſtro, tropezò el Hermano Marcos, à quien preguntava turbadò, ſi huvieſſe viſto un formidable Demonio de eſtatura deforme, y negro, que aterrava con el bramìdo? Apenas hizo eſta pregunta, quando ſe corriò Borja de aver moſtrado alguna cobardìa contra un enemigo, que le vence mas el mas oſſado: bolviò al campo de batalla à combatir con la fiereza toda, reſuelto à chocar con exercitos de monſtruos, que hallaſſe eſquadronados en la campaña, y con todos los eſpiritus del Infierno, que doblaſſen à ſu viſta: mas apenas hallò enemigo, porque bolviò la eſpalda el Demonio. Eſtando una vez en oracion delante de el Auguſto Sacramento, derribò el Demonio ſobre ſu cabeza los balauſtres, que eſtavan en la grada; y Borja, como ſi tuvieſſe de marmol el caſco, perſeverò fixo con las rodillas en el ſuelo, las manos àzia lo alto, y el caſco roto, ſin hazer ademàn alguno, por ſacudir de sì aquel peſo: ò porque eſtava inſenſible de muy arrebatado: ò porque no lograſſe ſu emulo divertirle de aquel ardiente exercicio, con aſſombro de los que concurrieron al eſtruendo, y vieron immobil à Borja dentro de aquel eſtrago. Eſtava otra vez en oracion en ſu humilde lecho, donde yazìa doliente, y ſolo, ſiendo lo mas profundo de la noche, y del ſilencio, entre las tinieblas, de que ſe llama Principe aquel Tyrano: quando oyò un formidable eſtruendo, que barajava una con otra haſta las paredes de aquel ſitio; y Borja, ſin alterarſe un punto, le dixo: Bien hazes en venirte à mi Apoſento, y andar conmigo, pues tantas vezes avemos comìdo juntos en una meſa, y en un miſmo plato; y no pudiendo ſufrir eſte humilde eco, deſapareciò aquel ſobervio eſpiritu, mordiendo de rabia ſu meſmo gemìdo.

Antes de ſer Comiſſario General de Eſ-

Eſpaña, ſe le apareciò una noche hurtando la ropa, y la cara al Rector del Colegio de Oñate, donde vivia: y deſpues de averle ſaludado con alguna triſteza (para que no huvo meneſter fingir mucho el Rey de la mentira) le dixo, que ſe hallava forzado à darle una mala nueva: y era aver hecho reflexion los Superiores de la Compañia ſobre los achaques de Borja, ſobre la falta de talentos, y de ciencia: y en ſuma aviendole conſiderado inapto al Inſtituto de la Compañia, ſe reſolvian à deſpedirle de ella, como ſe alixa de peſo inutil la Barca. Que cada clauſula de las que le dezia, le coſtava immenſidades de pena, por el amor grande, con que le mirava; pero que le ſervia de algun conſuelo conocer, que pudieſſe conducir mucho à los miniſterios de la Compañia deſde el ſiglo, ſiendo aquì mas util la ſombra, que el cuerpo. Y que aſsi ſalieſſe quanto antes fugitivo, ſin aguardar, que le arrojaſſe el deſprecio. Y con rhetorico fingido llanto enmudeciò aquì un poco, como que le embargava la voz el ſentimiento. Quedò Borja con eſta noticia tan aſſuſtado, y tan fuera de sì miſmo, que le deſampararon la razon, y el ſentimiento por algun tiempo, y aunque fuè dotado de aquella luz delicada, que diſcierne un eſpiritu de otro, y conoce el reſplandor fingido, y el Angel transformado: con todo eſſo, como hiriò ſu humildad en lo mas vivo, y viſtiò el trage de ſus penſamientos el engaño: y como eſtava aùn ſu eſpiritu en aquel noviciado glorioſo (aunque empezò por lo ſumo) le diò algun credito, y eſforzava con immenſo aliento el gemido, deſangrandoſe por tan penetrante herida el ſentimiento: haſta que cavò flacamente poſtrado, la razon ſe entregò à un paraſiſmo, y ſe acobardò el pulſo, retirandoſe mas adentro de medroſo. Mas le quedò ſiempre en el fondo del pecho no sè que eſperanza, que ſe dexava reconocer deſde el diſcurſo entre las negras confuſiones de el ſeno, coloreando tal vez à bueltas, ò deſcuydos del engaño: à quien pudo la Compañia agradecer eſte fingimiento, por deſcubrir mas, y mas el amor incomparable, que la tuvo Franciſco. Durò poco el engaño, que no ſabe mantenerſe entre las humildades de un eſpiritu, ſiendo elemento contrario ſuyo: y fuera querer, que los pezes habitaſſen el viento. Paſsò à verſe con el Rector, luego que huvo amanecido: que al mirarle con nuevo caracter de difunto, y fluctuante en inundaciones el roſtro, le preguntò el motivo, ò el accidente, que avia immutado ſu faz en tan breve tiempo? Apenas oyò Borja eſta pregunta, quando ſintiò eſclarecida toda el alma, y viò diſsiparſe toda la niebla: conociò la fragua de aquel engaño en la rabia de ſu enemigo (à quien llamava ſiempre patillas por mas deſprecio) y exclamò, engañòme con la verdad aquel monſtruo.

§. II.

Quedò tan hoſtigado el Infierno de la guerra con Franciſco, que deſpues de muerto baſtava ſu Nombre ſolo, à que ſe eſtremecieſſen las columnas eternas de el Abyſmo. El Padre Antonio de Alarcòn, hombre de mucho eſpiritu, y que fuè tan favorecido de el Cielo, ſingularmente en lanzar al Demonio de los cuerpos, que huvieſſe poſſeìdo, depuſo: Que ſe fatigava increìblemente aquel rebelde eſpiritu con invocar el nombre de Borja Santo, y que empezava à temblar el edificio, que habitava aquel Tyrano, como ſi padecieſſe el mayor terremoto: que innumerables vezes, por mas que ſe huvieſſe hecho fuerte en aquel alcazar humano, le deſamparava à la invocacion del Nombre de Franciſco. Y el inſigne Jeſuìta Manuèl Lopez depuſo eſta verdad, como teſtigo, quando dize: *El Padre Antonio de Alarcòn fuè un hombre, que tuvo particular dòn de Nueſtro Señor en conocer eſpiritus, y lanzar Demonios, y por ſu medio obrò Dios grandes maravillas. Y hallò gran favor en invocar al Beato Padre Franciſco de Borja, que los Demonios ſe fatigavan mucho en oìrle nombrar, y temblavan en los opreſos.* Tenia eſte grande Jeſuìta un Retrato de Borja, que ſe dezia ſer el unico parto, en que el pincèl huvieſſe dado alguna alma à la pintura, y alguna viveza à la ſemejanza: el qual avia conſeguido con ruegos, lagrimas, y porfia de el Padre Franciſco de Briones (quien le avia traìdo de Roma) y apenas le puſo ſobre la cabeza del mas obſtinado enemigo, que con muchas legiones, ò tropas infelizes guarnecia, y tyranizava aquel terreno; quando los deſalojava de el ſitio, obligandoles à ceder todo el campo, y à retirarſe con deſorden al Infierno. En Alemania conjuravan los Jeſuìtas à un rebelde eſpiritu, que avia paſſado ſu contumacia à un cuerpo: y explicando con horror ceñudo el odio, que tenia à San Ignacio; añadiò,

dió, que aborrecìa tambien otra particular ſaña à los dos Franciſcos Xavier, y Borja, temblando aquel Serafin derribado de la cima del Monte del Teſtamento, ſolo con el recuerdo de la humildad de uno, y otro Franciſco: y confeſſando, que temblava de reſpeto, por no sè que razones calladas, que ſe guardava allá en el ſeno de ſu deſdicha.

Siendo Virrey del Perú el Principe de Eſquilache, ſu grande Nieto, dió el fatal eſpiritu aquel iluſtre teſtimonio, que ſe hizo juridico en el Proceſſo. Porque hallandoſe en la Ciudad de los Reyes pertinazmente apoderado de un cuerpo, le obligó Dios à que confeſſaſſe la ſantidad de Franciſco, y rindieſſe el cuello obſtinado à ſu humilde yugo. Pues embiando el Virrey aquel portentoſo Crucifixo, que tomó voz humana, con que habló deſdichas felizes al oìdo de Borja en Gandìa, le introduxeron con ſecreto en la ſala; mas percibió aquel enemigo el objeto aborrecible à ſu viſta, y emmudeciò de manera, que no pudieron los conjuros, ni los caſtigos ſacar de aquel rebelde pecho una palabra, ſirviendo el bronze de mordaza à ſu lengua. Haſta que bolvieron à Palacio el Crucifixo; que entonces deſató de la garganta aquel ñudo, y habló todo lo que avia callado. Amenazavale Don Juan Verdugo, Alguazil Mayor de aquella Corte, que embiaria à Palacio ſegunda vez por el Crucifixo; y empezó à clamar con voz tremula el Demonio: *No le traygais, no le traygais.* Avia concurrido el Doctor Don Feliciano de Vega, Proviſor, y Vicario General del Arzobiſpado, algunos Cavalleros, y mucho Pueblo: y preguntandole de orden de el Vicario el Bachiller Pedro Mendez, que exorcizava aquel eſpiritu, la razon porque huvieſſe callado, quando eſtuvo en la ſala aquel ſagrado bulto? Reſpondió, porque convino. Apretavanle por la razon deſta conveniencia, y dixo, aver ſido reſpeto. Haſta que hallandoſe mas fuertamente conſtreñido, añadió, que aquel Crucifixo avia hablado; y que por eſſo èl à ſu preſencia avia enmudecido. Preguntaronle à quien huvieſſe hablado? Y reſpondió en mas alta voz: *A un Teatino.* Inſtavanle repetidamente en que dixeſſe quien era, y adonde eſtava aquel Religioſo? A que reſpondió: *Allá eſtá en el Cielo.* Y al fin, à la fuerza del conjuro, dixo à pedazos, que ſe llamava Borja, y Franciſco, nunca articulando de una vez el nombre todo. Preguntavanle ſobre la ocaſion, en que èl huvieſſe hablado? Y por mas que rehuſava ſatisfacer à eſte punto, obligandole en el Nombre de la Trinidad Inefable, à que reſpondieſſe luego, dixo: averle hablado en ocaſion de hallarſe moribunda la Duqueſa de Gandìa. Ibanle à repetir las preguntas; quando advirtió el Vicario, que podian ſer ya peligroſas, ſiendo eſcollo la curioſidad, aun quando empezó por la razon ençaminada al fin de arrancar por aquel medio de la fortaleza, que poſſeìa, un eſpiritu obſtinado pertinazmente en ella. Porque es mas facil burlarſe con el fuego, y jugar con los aſpides la mano ſin peligro; que paſſar la curioſidad ſin rieſgo por la venenoſa cabeza del Dragon ſañudo, y divertirſe en coloquios con la culebra del Paraìſo.

Tomaronle deſde entonces por Abogado los que ſe hallaron preſentes à eſte ſuceſſo: y no ſe pudo dudar, de que deſamparraria aquel campo un enemigo, que empezava à pelear deſde el miedo, eſtando ya caſi vencido de ſu miſmo ſuſto. Una infelìz muger en la Corte de Eſpaña, aviendole hecho priſionero à ſu hijo la deſdicha, ſe entregó al deſpecho rabioſo, flechando ſu colera femenil contra el Cielo. Y poſſeìda del Demonio, como la que ſe avia arrimado con la deſeſperacion à tan infame partido, no la dexava llegar à los umbrales de Templo alguno. Puſieronla ſobre la cabeza una Reliquia de el victorioſo Borja, ofreciendo traher à la miſma doliente como voto à la Capilla, donde eſtá ſu fragrante Urna. Y deſde aquella hora deſembarazó el enemigo la caſa: pudo à otro dia confeſſar, y comulgar en la milagroſa Capilla, que reſpira olor en las cenizas de Borja: y nunca oſſó tan infame hueſped entrarſe por aquella puerta, que le abrió la deſeſperacion en una rabia; y aora ſe la avia cerrado con muchas llaves el reſpeto al Divino Borja. Cuya Urna ſagrada es aquella Armerìa, à que no es baſtante reſiſtencia toda la obſtinacion dura, y la indocil rebeldìa, que el Infierno produce al calor de la llama: que es el metal infelìz, que ſu negra luz engendra.

CAPITULO IV.

RESUCITA TRES DIFUNTOS San Franciſco de Borja, con aſſombro de la Corte de Eſpaña. Obra otros grandes prodigios ſu poderoſo brazo mientras vivo: uniendo en Alcalá un cuerpo deſpedazado: dando expedicion, y agilidad en el Obiſpado de Siguenza à un cuerpo de muchos años tullido: y reſtituyendo los dientes à un grande Miſſionero, porque ſalieſſe bien articulada la expreſſion de el deſengaño.

§. I.

AViendo pueſto el Cielo la llave de la muerte, y de la vida en las manos de Borja una vez en Gandìa, no era juſto bolver à arrebatarla: quando usó con tanta moderacion, y acierto de eſta ſingular prerogativa. Y aſsi traxo eſta llave pendiente de ſu alvedrìo deſde aquel tiempo. Confeſſavaſe en Valladolid con el Santo una Señora de iluſtre nacimiento, y de iluſtre eſpiritu: tenia un hijo unico de ſolo un año, à quien vió marchitarſe poco à poco en ſu cuello; ſin que los Medicos hallaſſen eſperanza al alivio. Una mañana reconociendo el lecho, en que yazia aquella flor muſtia, advirtió, que ſe ivan eclipſando las luzes de aquella roſa. Empezó à ſoltar la rienda al llanto, y embió à llamar al milagroſo Franciſco, mas por conſolar ſu afligido pecho, que por eſperar la vida de un difunto: pues eſtava agonizando la eſperanza en ſu ſeno, y la vida en el niño. Llegó Borja preſuroſo, y entrandoſe à la triſte quadra, donde yazìa aquel Narciſo, le dixeron las Parientas, que avian concurrido à la laſtima de eſte acaſo, y reconocian por inſtantes el roſtro, y el pulſo: *Ya no ay que hazer aqui, Padre Franciſco, porque ya ha eſpirado.* Mas eſtava aun caliente el cadaver hermoſo, compitiendole algun rato à la muerte lo frio, mientras durava el humo de el eſtrago. Acercóſe al lecho el prodigioſo Franciſco, y tomando la mano al muerto, ſiquiera por diſminuir deſpues el milagro en no perſuadirſe aun del todo, que eſtuvieſſe difunto: doblò ambas rodillas en el ſuelo, clavó los ojos en un Crucifixo: obſervando aquel noble concurſo, que ſe le abraſava el roſtro: y al miſmo tiempo empezó à calentarſe, y à revivir la eſperanza en el pecho, antes que bullieſſe el difunto. El qual abrió los ojos con dulciſsimo alhago, y como ſi con traveſſura pudieſſe averſe fingido muerto, y ſacudieſſe con riſa el engaño, y el ſuſto de los que le eſtavan llorando, empezó à mirar à un lado, y à otro, y mover el brazo, vertiendo alegria por el apoſento: mientras clamava la confuſion: Milagro, milagro; reſonando mas aora el gozo, que antes el gemido.

Levantóſe Borja, y con roſtro alhagueño, dixo à la Madre de aquel Adonis reſucitado: *Dè V. S. gracias al Cielo, que por aora ha querido dexarnos por acà eſte Niño.* Mas por dar algun laſtre al pecho, que con la alegria fructuava en ligereza de eſpiritu: y por deſdorar de algun modo ſu milagro; paſsò con algun ceño à diſcurrir ſobre la intolerable injuria, que ſe hazia à la felicidad de un inocente en aquella edad tierna, con importunar al Cielo por ſu vida, quando ſe hallava vezino à ſu ruìna dichoſa: pues le apartavan de la playa ſegura, por bolverle à mar alta. Y aquella grande Matrona, en cuyo pecho eſtava caliente el beneficio, y freſco en ſu entendimiento el aſſombro, reſpondió luego: No quiera Dios, Padre Franciſco, que yo ſea cruel tyrano de la felicidad de mi galàn Hijo, queriendo mas ſu vida, que ſu Cielo. Yo le buelvo à conſagrar al miſmo que ſegunda vez me le ha dado. Oyó Borja con increìble guſto eſta reſignacion de aquel varonil pecho, y dixo: La voluntad de Dios por aora es de dexaroſle preſtado: y yo confio (no sè aora porquè, ni como) que el que nos le reſtituye al Mundo, le ha de conducir por entre tanto eſcollo à ſu puerto. Porque ſi he de dezir con abertura lo que juzgo, leo en ſu frente no sé que caracter, ò ſobreſcrito, que eſtà vaticinando dicha, y un relampago, que alumbra à ſu felicidad eterna. Emmudeciò luego Borja, y tomò fugitivo la eſcalera, dexando aquella caſa ſembrada de admiracion, y de gloria. Y añade el Padre Dionyſio (el qual ſobreviviò tan prolixos años al Borja Santo.) *Pocos dias ha, que llevò Dios deſta vida à eſte Mancebo; y como de èl dàn teſtimonio ſus Confeſſores, y ſus domeſticos, y amigos, viviò, y muriò con tales ſeñales de ſu ſalud, que nos dexò muy viva confianza, que yà eſtà gozando dèl en ſu gloria.* Aſsi encadenava Franciſco un prodigio en otro, ſubiendo de punto el milagro, haſta llegar con èl al Cielo.

Juntarémos en eſte Capitulo otros dos difuntos, à quien el Borja glorioſo reſtituyò el aliento; (aunque era yà deſpues de eſtar difunto tambien el Santo) por guardar algun orden la pluma en la narracion de una miſma materia, y por la dificultad

cultad de las tranſiciones en la Hiſtoria. En el Proceſſo, que ſe formò el Año de 1650. en Madrid, y en Toledo por el Eminentiſsimo Cardenal Moſcoſo, de orden de Inocencio Dezimo, deponen tres Teſtigos, que Doña Damiana de Molina, Muger de Andrès de Palacios, Mercader, en la Puerta de Guadalaxara, ſe hallava moribunda el año de 1638. con recios dolores de parto, y ſin eſperanza de remedio: que paſsò la noche entre el dolor, y el ſuſto, anegandoſe en tanta ſangre, como llanto: aviendo empezado à ſalir à luz la criatura de modo, que era impoſsible à la arte, y à la naturaleza verla nacida. Pidió una Reliquia del divino Borja, y fuè el P. Lopez à conducirla. Apenas adoró la enferma aquel deſpojo ſagrado de una tan grande alma, quando pariò ſin dolor alguno felizmente un hijo; pero nació doblado, muerto, y tan fieramente denegrido, que ocaſionava horror, y miedo, haziendo la muerte el mas feróz eſtrago, antes que la vida tomaſſe poſſeſsion de el Mundo. La Madre, que tenia tan reciente en ſu pecho la experiencia de los prodigios del Santo, poblò nuevamente de fé el entendimiento, y de confianza el ſeno todo: y mandó aplicar la Reliquia al cadaver negro. No bien tocó al recien nacido difunto, quando empezó à explicarſe el alma por los ojos, y por el movimiento, dando el primer boſtezo la vida en un gemido. Y, lo que fuè no menos portentoſo, empezó à tomar color el ſemblante de el Niño, ſaliendo deſterrada la noche de aquel roſtro: como al romper del dia ſe và apoderando la luz de la tierra, y venciendo el horror ſombra à ſombra. Doró primero en ſu frente la cima, ocupando luego todo el ſemblante la hermoſura: de manera, que à breve tiempo de eſta reñida batalla, quedó todo el campo por la blancura, y toda la victoria por el dia. Eſtando atonitos los que miravan eſta lucha, y eſte nuevo hermoſo prodigio del divino Borja. Eſte milagro deponen, como teſtigos de viſta, Don Franciſco Chiriboga, Andrès de Palacios, y ſu doliente Muger Doña Damiana: añadiendo, que tuvieron deſpues la Reliquia ocho dias en ſu agradecida caſa: y que el año de cinquenta, quando eſta informacion ſe hazia, eſtudiava el dichoſo reſucitado en el Colegio Imperial, con viviſsimo deſeo de entrarſe Religioſo, por conſagrar al Cielo la vida, que debió à ſu influxo: y porque aquel milagro vivo ſe conſagraſſe à un Templo, fuera de el qual no eſtava con baſtante decoro.

Proceſſ. de Madrid, fol. 495 fol. 499

§. II.

DOña Geronyma de Cardona, y Aragón, hija de los Marqueſes de Vilaſor, eſtavà en Madrid fatigada de un recio parto, ſin que baſtaſſe remedio alguno, ni huvieſſen hallado propicio un Aſtro, quantos votos, y ſuſpiros ivan al Cielo. Y reconociendo, que ſe deſangrava toda, ſe reſolvieron ſacar à pedazos la criatura, infelizmente atraveſſada, por ſi con eſte deſtrozo pudieſſen conſervar la vida à la Marqueſa, que entre los ultimos paraſiſmos con poca voz, y mucha confianza, pidió alguna Reliquia del milagroſo Borja. Fueron à la Caſa Profeſſa, y vino preſuroſo el Padre Pedro Eſpejo, que al entrar por la quadra mandó deſocupar de otras Reliquias el lecho de la enferma, porque ſe unieſſen la fé, y la confianza derramadas en varios objetos à ſolo Borja, y de eſſa ſuerte fueſſe mas intenſa. El miſmo Padre confeſſava, que venia tan poblado de fé en aquella ardiente ceniza, que no pudo hallar en ſu pecho la duda, aunque con la reflexion la buſcava. Mandó, que ſe puſieſſen todos en oracion fervoroſa, mientras èl puſo ſobre el cuerpo moribundo la Reliquia, diziendo la oracion, que le canta la Igleſia. Y al pronunciar en ella el nombre del Santo Borja, dixo la enferma en voz alta: *Yà eſtoy buena*; y fuè aſsi; porque dió à luz una Niña, con aſſombro de toda aquella caſa, ſonando en toda ella la novedad de eſta maravilla, que vozeava por los ojos igualmente, que por la lengua. Mas reconocieron luego el ay de la felicidad humana en aver nacido difunta la Niña: aviendo introducido la muerte en la miſma cuna fatales diſcordias con la vida.

Mas paſſava ſecretamente eſta laſtima de oreja en oreja, porque no la eſcuchaſſe la que yazìa en la cama. Oyó bien acaſo eſte ſuſurro el Padre Eſpejo, y ſin detener la voz en el reparo, dixo: Quien hizo el primer milagro, obrarà ciertamente el ſegundo: Tomó la Reliquia, que era un hueſſo del Santo, y tocando con ella el cadaver tierno, empezó al punto à correr la vida por ſus ojos, deſatada en llanto, y lanzó aquel ſuſpiro, que es la primera reſpiracion de el humano aliento. Con eſta novedad, que ſe hizo ſonóra en la miſma expreſsion doliente de ſu portentoſa vida, bolvió à clamar ſegunda vez la admiracion unida con la felicidad, y con la fama: Milagro, milagro eſtu-

pendo

pendo de San Franciſco de Borja. El Marqués Abuelo derramava muchas mas lagrimas de gozo, que ſu Nieto por aquel natural inſtinto, con que nace el hombre condenado, ò ſujeto à las deſdichas de vivo. Mirava en el eſpacio de media hora nacida, difunta, reſucitada, ò recien nacida aquella criatura. Mirava à la Madre poco antes ſin eſperanza; y aora ſin ſuſto de la vida. Fixava el corazon en Borja, los ojos en la Reliquia ſanta: y queriendo mover la lengua, no podia, porque tropezava en la mucha razon de deſatarla en elogios de Borja. El ſiguiente Jeſuìta, que fuè glorioſo inſtrumento de uno, y otro milagro, entrando ſu fé à merecer mucha parte en el triunfo, predicó el ſiguiente dia (que era ſegundo Domingo de Quareſma) ambos milagros, como teſtigo de viſta, en el Templo de la Caſa Profeſſa. Concurrió innumerable gente à eſcuchar eſta maravilla, llenandoſe de eſta novedad el Palacio, la Corte, y Eſpaña: y frequentando aquellos dias ſu ceniza oloroſa los primeros hombres de la Monarquia. La Niña ſe llamó Franciſca de Borja, à merced de cuyo nombre reſpirava; y era meneſter, ò que eſtuvieſſe muda toda la naturaleza, ſin que pudieſſe apellidarla nunca: ò que, à peſar de una repetida memoria, fueſſe ingrata.

Mas aòra ſe halla forzada la pluma à dar un buelo retrocediendo con el ſiglo àzia Borja, y bolviendo deſde ſu ſepulcro à ſu vida, por dar à eſte lienzo otro inſigne milagro del Borja vivo. Hallavaſe en Alcalà el Santo; quando el Padre Alonſo Davila (deſpues iluſtre Jeſuìta, y entonces Niño) mientras traveſſeava en un corredor mal ſeguro, cayó con el corredor miſmo, y ſe ſepultó en el eſtrago: Quedó deſpedazado aquel Adonis tierno, de diez años ſolos, partida la cabeza, las piernas, y un brazo, rota la trabazon de aquel compueſto hermoſo, de manera, que le arruinó la figura de cuerpo organizado, y tambien la de eſqueleto; pues ni aun le dexó baſtante proporcion para cadaver humano. Mas ſe retiró algun aliento al gavinete del pecho como fugitivo al vèr arruinado todo lo demàs de la fabrica en aquel viviente edificio. Avisó al Borja Santo el Doctor Davila, hermano del Niño: y Borja ſe encaminó en alas de la diligencia. Dobló las rodillas al piè de la cama, fixó el roſtro en la gloria, y empezò la llama deſde el eſpiritu à deſmandarſe por el roſtro, teniendo las manos juntas, y levantadas un poco al Cielo. *Y quedóſeme* (dize el miſmo doliente, que es el teſtigo de eſte ſuceſſo) *quedóſeme aquella venerable figura tan impreſſa haſta oy en el alma, que no puedo borrarla nunca.* Deſpues de breve rato ſe levantó con el ſemblante muy encendido, dixole un Evangelio, puſo aquellas manos divinas ſobre el cuerpo deſtroncado, y en cada dedo puſo un milagro eſtendido. Porque bolviendo ſu roſtro ſerenamente àzia el hermano, y los demàs, que avian concurrido, y eſtavan embueltos en horror, y en llanto, les dixo: No peligrarà en eſte eſcollo la vida de nueſtro Alonſito, pues le guarda el Cielo à un grande aſſunto, (profetizando ſu entrada en la Compañia, y el fruto, que avia de hazer en las almas deſde ella) de ſuerte, que prodigo de favores el Borja, no ſupo hazer ſola una maravilla; antes diſpuſo, que la felicidad vinieſſe acompañada; ſiendo aſsi, que es tan eſteril una dicha, como lo es en el jardin la roſa: ò como la Fenix regalada de el Sol en la mas alta Cima. Eſtava atonito aquel concurſo de lo que eſcuchava à Borja, pues no avia cabido aquel ſuceſſo en ſu eſperanza: y era mas facil eſperar harmonìa de una cytara menudamente deſpedazada ſin traſte, ni cuerda. Mas el Niño ſintió unido aquel derrotado cuerpo, y que hallava correſpondencia à las operaciones de vivo, corriendo ſin embarazo los eſpiritus por aquel inocente Mundo, que avia dividido el eſtrago, ſin dexar comercio deſde un ſitio al otro. Levantóſe de la cama, que avia transformado en feretro la ruìna: vió cerradas las heridas de la cabeza, que avia regalado la mano de Borja; y ſe encaminó acompañado del aſſombro al eſtudio, que antes frequentava. Viſtió deſpues la ropa, y vivió muchos años con fama de exemplo en la Compañia. Y el Gran Duque de Lerma autenticó, muchos años deſpues eſta maravilla, teniendo à la viſta el teſtigo, y el ſugeto de ella en el P. Davilla: el qual votó en ſu miſmo corazon al Templo de Borja mucha cera, que ſin conſumirſe ardìa.

§. III.

PAſſava Franciſco de Borja por un Pueblo del Obiſpado de Siguenza, donde ay aquel famoſo Santuario en una Sierra alta entre Somolinos, y la Villa de Atienza, que ſe apellida el Rey de la Mageſtad, y acredita ſu nombre repe-

tida-

tidamente con los favores, que derrama. Hallavaſe en uno de aquellos dos Pueblos vezinos una Donzella, que ſe viò tullìda deſde la cuna: ò à pocos paſſos de la vida hallò eſta grande ocaſion de llorarla. Supo, que avia arribado à ſus contornos el Grande Borja, de cuya ſantidad dezia tanto la fama, que llegavan muchos clarines de bronze à cada pobre Aldèa. Embiò confiadamente à rogarle, que quiſieſſe venir à ſu caſa; ya que cruèl la fortuna no avia querido permitirla, que pudieſſe buſcar eſte conſuelo por sì meſma. Llegò el amoroſo Borja, y entregando à la oracion toda el alma, eſtuvo un rato en aquella poſitura extatica, en que el eſpiritu mudava la peſadèz del barro en pluma, gyrando por el viento à qualquiera leve ſoplo. Sus ojos reboſavan diluvios de llanto, que tenian ſu fuente en la llama del pecho: compitiendo eſtas vertientes de agua con las dos, que nacen de aquella ſierra à fomentar el ingenio de la polvora, mientras en Borja la polvora, que en ſu pecho ſe encendia, fomentava las corrientes al agua. Puſo luego la mano ſobre aquella doliente cabeza, y dixo el Evangelio, interrumpìdo à cada palabra del mucho llanto: caſo verdaderamente portentoſo! Aquella dichoſa muger, antes de levantarſe de aquel humilde ſitio, y antes de levantar Borja la mano, ſintiò, que la ſalud ſe avia hoſpedado ya en ſu ſeno: y con un grito el mas ſonòro diò cuenta de eſta novedad al viento, y à los que concurrieron con el Borja Divino: quedando de repente con tanta agilidad, y proporcion aquella eſtatura, que pudiera hollarſe la gentileza con mucha bizarria, ſi no huvieſſe quedado impreſſo el caractèr del deſengaño en aquella alma, que à bueltas de la ſalud eſtampò Borja: cortando à la vanidad una ala, mientras dava otra à la vida. Eſte milagro depuſo un teſtigo de mucha honra, que ſe hallò preſente à tan grande maravilla: y deſpues de autenticado, le refiriò al Padre Dionyſio el Padre Gaſpar de Salazar, bien conocido en el Mundo: añadiendo, que la memoria de eſte ſuceſſo era un voto pendiente de la admiracion de cada individuo: formandoſe en aquel terreno à la Imagen de Franciſco otro grande Santuario de cada entendimiento, que le compitieſſe veneracion al antiguo.

Dixo ya la pluma el grande aprecio de Borja à qualquier Orador zeloſo, que iluſtraſſe con ſu talento la Compañia, y la Igleſia: porque en eſta red bien tendìda, y bien calada, ſalen à la orilla los pezes grandes, que, ò rompen el anzuelo, ò no quieren cebarſe en aquel dulze feliz engaño (que con eſte nombre apellìda el Mundo las blandas inſtrucciones del aviſo, del agrado, y del exemplo.) Caminava, pues, Borja acompañado de un Jeſuìta, que encendia deſde el Pulpito todo lo què ſu voz alcanzava, llegando caliente la reſpiracion à lo mas diſtante de la Igleſia: y que tendìa eſtas redes con admirable induſtria, y profunda ſabidurìa. Y eſtando los dos comiendo en una Poſada, padecieron bien acaſo ruìna dos dientes de aquella boca, que era el inſtrumento del Eſpiritu Santo deſde el Pulpito. Fatigòſe un poco con eſte ſuceſſo inopinado, y entre la ſangre, y el dolor ſe acordava ſolo de la falta, que podian hazer à ſu miniſterio, ſaliendo mal articulado el deſengaño, y equivocandoſe la voz en ſylvo, ſin poder afinar bien el acento. Hallòſe el corazon de Borja herìdo de dos eſpuèlas en la compaſsion, y en la pèrdida, que podian hazer en aquel fracaſo (aunque parecia ligero) muchas almas: y tomando los dientes en la mano, inflamado el pecho, y embiando algunas cenizas al roſtro, ſe acercò à la boca deſangrada, y fixò los dientes en ella con tanta priſſa, que no huvo tiempo à buſcar los nichos de donde los avia arrancado la violencia, favorecida de la edad, en que flaqueava la vida: quando haſta el bronze padece eſſa injuria. Quedaron tan firmes en la boca, como dos almènas de piedra en una muralla: no acabando aquella lengua fecunda de formar elogios de Borja: teniendo viva la expreſsion ſu eloquencia, con que dar colores, y aùn voz à la pintura. Y experimentava deſpues en ſu predicacion Apoſtolica, que ſalìa mas caliente, y mas animoſo èl grito, que deſde el Pulpito formava, tropezando el aliento en dos milagros de Borja. Con eſta ocaſion eſparciò braſas por aquel ſeno: exortavale mucho à predicar de modo, que liquidaſſe haſta los mármoles en llanto: mas que no verìa conſeguido eſte efècto milagroſo, mientras èl no ardieſſe en oracion primero, y deſataſſe el fuego por los ojos en diluvio: porque era abuſo intolerable, que ſe vieſſe en un Predicador del Evangelio lo que en la Cornèja, que trae la lluvia al campo, mientras ella ſe guarece en lo mas enxuto. Que no peligraſſe en la vanidad deſde lo alto del Pulpito, ſitio mas expueſto por eſſa razon al viento: que ſe acordaſſe de la Torre de Faro, que alumbrando à tantos baxèles à que tomaſſen puerto, alumbrò tambien à ſu peligro: lla-

mando ſus faròles à los que la ocuparon, y demolieron aquella maravilla del Mundo.

Quando ſe fabricava el Templo Farnèſio en Roma à la Caſa Profeſſa, hizo el Tibre una invaſion oculta, rompiendo la agua en la orilla el freno, que la puſo la Providencia. Y aſſaltando por el cimiento la fabrica, quiſo hazer inſtable, y movediza ſu ſobervia, y que eſtrivaſſe ſobre cimiento de agua una maquina de piedra. Rebentò, pues, aquella mina de agua con tanta furia, que pudiera competir ſu colera con las que Marte fragua, y enciende en ſu fuego la ira. Sorbieronſe las olas, y la tierra aquella maquina toda, y trabajando quarenta hombres al miſmo tiempo en ella, ninguno padeciò ruìna, con admiracion de Roma, que atribuìa eſte prodigio contra las leyes de la razon humana, y de la experiencia à la ſantidad de Borja, cuyo zelo era el que fabricava, y ſu oracion la que influìa. Lo miſmo ſucediò al deſpeñarſe de la altura el Hermano Simòn, Jeſuìta, Artifice dieſtro, que trabajava en el Templo de el Colegio Romano, poco tiempo deſpues que llegò à Italia Franciſco; pues no falta pluma, que diga le viò precipitado el Borja, y que ſus ojos, y afectos ſuſpendieron el eſtrago, permitiendo la caìda, y mudando en ſalto el que era precipicio; pues no fuera mayor milagro, ſi le huviera detenido en la mitad de la ruìna por el viento.

CAPITULO V.

DEXASE VER VESTIDO DE explendor ſu Retrato, influyendo deſprecios del Mundo en la Marqueſa de San Lorenzo. Derrama iluſtraciones, y milagros ſu Cadaver oloroſo deſde el feretro; y deſpues deſde el ſepulcro: tomando voz ſu ceniza en la Urna. Obra en Napoles un eſtupendo milagro con el Marquès de Alcañìzes, ſu Viznieto. Es ſingular Abogado contra las Tercianas, dexando vinculado à ſus Reliquias, y à ſu Nombre el imperio, que tuvo en ellas.

§. I.

VIſtiòſe muchas vezes del Sol el roſtro del Original en Sevìlla, en Berlanga, en Valladòlid, y en otros Lugares, donde le vieron derramàr prodigamente avenìdas de luz: y al ſalir del Mundo dexò à ſu Copia el reflexo: que tambien el Sol dexa al morir raſtros de luz por el Cielo en cada Eſtrella, ò Retrato ſuyo. Vivìa en la Corte de Eſpaña la Marqueſa de San Lorenzo, viuda del Principe Pacheco, y noble teſtigo de las glorias de Borja en las Informaciones del año de 50. hallandoſe en otro elemento ſu vida, aviendo paſſado à las Deſcalzas Reales con exemplo de la Nobleza: donde ſe llamò Sor Maria de la Santiſsima Trinidad, y viſtiò con el ſayal las calidades de Serafin. Eſtando, pues, aùn en ſu Caſa, recurria con frequencia à las cenizas de Borja, y deſeava merecerle algun reſplandor, que alumbraſſe à ſu alma, acerca del eſtado de ſu vida. *Eſtava un dia* (dize en ſu depoſicion eſta inſigne Matrona) *delante de ſu Cuerpo en ſu Capilla en la Caſa Profeſſa, y vì, que del mas pequeño de los tres Retratos del Santo, que allì avia, ſalian grandes reſplandores de ſu roſtro: y ſe me diò à entender, que eſtava para hazer mercedes. La qual viſion comuniquè luego à mi Confeſſor el Padre Marcèlo de Aponte, de la Compañia.* Eſte reſplandor fuè la aurora del grande dia, que rayò ſobre la cabeza de eſta muger heroyca: porque cebados ya los ojos de eſta Aguila en la Copia del Sol, ſe fuè otra mañana al nido de ſu felicidad. Eſtava diziendo Miſſa en el Altar, donde ſe adorava entonces ſu Urna, Fray Aguſtìn de Caſtro, que aviendo ſido antes Conde de Lemos, quiſo imitar à ſu Grande Abuelo en el deſprecio de ſu Eſtado, y del Mundo: y paſsò à iluſtrar la ſiempre Grande Religion de San Benìto. (Vagèl, que deſpues de tantos ſiglos como ſurca felizmente el Occeano, ſe mantiene incorrupto, ſiendo ſus madèras de Cedro.) Contemplava aquel varonil eſpiritu en la aromatica ceniza del difunto, y en el exemplo del vivo, dos bizarros deſprecios de la grandeza del Mundo. Y ſentìa, què el corazon de Borja deſde la Urna flechava ardientes ſaètas à la que eſtava caſi rendìda. Haſta que paſſandoſe todo el reſplandor antecedente del Retrato à ſu entendimiento, entregò las llaves del alvedrìo, haziendo voto al Borja Santo de piſar el Mundo, y conſagrarſe al Jardìn delicioſo, que plantò ſu mano, y ſu eſpiritu, culto Jardinèro. Detuvoſe algunos dias, abriendo la razon, y la prudencia lentamente el camino à la grande operacion, que meditava: quando otro dia, poſtrada delante de la Urna de Borja, ſintiò nuevos golpes à la puerta, que eſtremecieron la razon toda, haziendo mucho ruìdo con la aldàva: y eſcuchò, que la davan priſſa à la execucion de aquella ſiempre dificil empreſſa. Y no pudo dudar, que avìa tomado voz eloquente la ceniza, ſonando à reprehenſion deſde la

Ur-

Urna: por què tardas? La dezia: por què tienes perezoſa la fuga, quando ſe arde la caſa? Es menester atropellar penſamientos, y romper ſus montañas à la fantasìa, pues cada inſtante es remora de un ſiglo de gloria. Mira, que es grande delito de la prudencia, no mejorar de terreno, eſtando tan à la viſta el enemigo. Y añadiò aquella ſonante Urna, donde un Cadaver rhetorico fuè Orador bien encendido, que eſtuvieſſe con ſu Confeſſor al punto, y dexaſſe ciegamente à ſu arbitrio la diſpoſicion de todo: y advirtieſſe, que peligrava en las dilaciones haſta lo mas ſeguro, y que al volar por el viento no ſe debìan calzar alas de plomo. Obedeciò con ligereza aquel eſpiritu, y volò apreſuradamente al nido glorioſo, que calentò con gemidos, y con exemplos, al paſſo que le humedeciò con mucho llanto.

La eſclarecida Abadeſa, que iluſtrò las Deſcalzas Reales con el reſplandor de ſu vida, y deslumbrò los ojos cobardes à la vanidad, y à la pompa, hija de los Señores de Buenache, y deſpues inſigne en ſantidad, arrebatada en extaſis, y en gloria, y mas conocida por el nombre de Sor Marìa Clara, depone: que quando eſtuvo ſu fragrante Urna en aquella Real Caſa, aviendo velado una noche, y un dia ſu corazon, como lampara ardiendo à la ceniza de Borja, ſanò de un accidente, que la moleſtava: y que ſiempre que la repetìa, con hazer al Santo una Novena, y beſar una Reliquia ſuya, hallava la ſalud, que no pudo encontrar en todos los remedios de la Medicìna. Que ſintiò una grande antorcha dentro de ſu alma, y viò iluſtrada ſu razon toda: inflamandoſe la voluntad al miſmo tiempo en el amor de ſu dulce Eſpoſo. Que padeciendo otra enfermedad incurable, caſi deſde ſu nacimiento; pidiò al Borja Santo, que ſi fueſſe gloria de Dios, y bien de ſu eſpiritu, ſuſpendieſſe aquel verdugo al fin de un año. Y que à la ultima hora, que ſe acabava el termino à ſu ruego, le viò cumplido; ſin que oſſaſſe repetirle deſde entonces un inſtante ſolo, ni deſde el amago. Que en ſus tentaciones hallò propicio ſu aſpecto, ceſſando la tormenta à la invocacion de Borja, y en todas las aflicciones, que turbaron la paz à ſu vida: ſintiendo el miſmo efecto otras Religioſas de la Caſa. Que à inſtancia ſuya ſe avia conſeguido una canilla del Cadaver Santo de Borja, ſiendo inſtrumento el Padre Franciſco Pimentèl à conſeguir eſta dicha; y Prepoſito de la Caſa Profeſſa el Padre Marìn de Moncada: guardandoſe en aquel Real Alcazar de la pureza en ſuma veneracion eſta Reliquia con un Breviario del miſmo Santo Borja, y una Carta ſuya. El docto Fr. Juan Adarzo de Santandèr, ornamento de la Religion Mercenaria, que ſupo ennoblecer en Otranto con la Mitra, depone: que el Penitente Fr. Pedro Merìno (cuya vida gaſtò mucho aliento à la fama, y ſu muerte derramò precioſidades en la gloria, dexando ſellada en un milagro ſu Urna) ſe encaminò à la Corte deſde Salamanca (de cuya Univerſidad era Decàno) ſolo à fin de viſitar aquel venerable ſepulcro, que eſconde fragmentos de luz en las paveſas de Franciſco: y que avia experimentado raras iluſtraciones de el Cielo: que ſe bañò en gloria, y en indezible conſuelo aquella alma, la qual viò arder un faròl dentro de la ceniza: porque en el Cadaver de un aſtro quedan muchas ruìnas del explendor difunto.

El Padre Luìs Fernandez, Jeſuìta ſabio, y de grande eſpiritu, depuſo en aquel Proceſſo, que experimentò milagroſas influencias de eſte Cadaver Santo en los males de ſu eſpiritu, y en las nieblas de ſu entendimiento. Que el año de 46. à quinze de Noviembre, en que ſe celebrava la Fieſta de San Eugenio, adoleciò el teſtigo de un dolor de hijada tan agudo, que ſi duraſſe mas tiempo, no podria dexar de morir à la colera de un mal tan executivo. Aviſaron al Medico, y mientras ſe diſponia algun remedio, que mitigaſſe un poco aquel primer impetu, invocò al Divino Borja con toda la intencion de una alma afligida, recordandole aver ſido devoto ſuyo deſde la edad tierna. Y quando el accidente eſtava en ſu primer furia, tan impetuoſa, que cediò à ſu corriente haſta la eſperanza, la qual ſe dexò arrebatar tambien de la avenìda; reconociò, que el dolor ſe avia dexado liſongear de la confianza en la interpoſicion de Borja; porque con admiracion ſuya cediò la campaña: de modo, que apenas èl ſe creìa à sì meſmo, ni era baſtante teſtigo à perſuadir eſta novedad repentina à ſu entendimiento. Mas porque recobraſſe los eſpiritus, que en la violencia de aquel aſſalto huvieſſe perdìdo, ſe hallò inclinado profundamente al ſueño: dexaronle ſolo; y deſpues de algunas horas de ſoſsiego, ſe levantò de la cama, ſin dolor, ſin calentura, y ſin fatiga: y empezò à deſatarſe en afectos la lengua, y à poblarſe de votos agradecidos la memoria, entre tanto, que ſe ocupava en exclamaciones la Medicìna, y extendia la admiracion Fol. 99.

una

una ala, dexandola en el viento por algun rato ſuſpenſa.

§. II.

DEſde eſte ſuceſſo ſube muchas Regiones la pluma, haſta llegar al eſtupendo prodigio, que obrò en Napoles el Borja milagroſo con el Marquès de Alcañizes, ſu grande Viznieto. Hallavaſe el Marquès en aquel Paìs delicioſo enredado laſtimoſamente en un peligro, y en un mal liſongero, que le encaminava à ſu ultimo eſtrago, aviendo tropezado ya en un eſcollo. Tenia preſo el alvedrìo en un infame lazo, que ahogava toda la reſpiracion à ſu doliente eſpiritu; ſin que la razon, y el aviſo baſtaſſen à perſuadirle, que libertaſſe el cuello de aquel lazo, en que lo menos, que peligrava, era ſu aliento, amenazada la vida del plomo: Ni tuvo eloquencia el ſuſto, orador frio, pero que ſuele perſuadir no poco. Hallòſe de repente ſalteado de una apoplexìa, que le dexò inſenſible, y mudo: y era lo miſmo apretar los cordèles en aquel immobil cuerpo, que dar garrotes à un tronco: y confortar el ſentìdo, que regalar un marmol con el fomento. Añadiòſe una fatal perlesìa, que acabò de oprimir ſu tarda reſpiracion à la eſperanza de ſu vida. No ſe eſcuchava otra voz por ſu Palacio, que la que dictava frenetico el ſentimiento: y mas quãdo no ſe ignorava el infeliz eſtado de aquel humano tronco, que alguna vez con tacto moribundo palpava ſin tino el viento. Deſpues de muchas horas, en que agotò ſus diſcurſos la Medicìna, y ſus votos la piedad Chriſtiana, ſe acordaron de la ſingular devocion, que el Marquès tenia al portentoſo Borja, haſta declinar en aquella lamentable fantasìa, que haze tambien delinquente la eſperanza. Doblàron todos las rodillas, vezinos al doliente lecho, y empezaron los ojos à formar el grito, que ſiguieron deſpues la lengua, y la confianza, implorando en voz confuſa el amparo de Franciſco de Borja, y poniendo ſobre la frente moribunda ſu Reliquia. Apenas llegò al Cielo eſta muſica deſtemplada, quando ſe viò infuſa en aquel cadaver la vida: porque cobrò el ſentido, hallò voz, y diſcurſo. Confeſsòſe luego con mucho llanto, dando tanta rienda al dolor, como al agradecimiento. Y dezia, que no dudava de la interceſsion de Franciſco qualquiera milagro, aùn conociendo en la ſinrazon de ſu vida las deſproporciones, y demeritos à tanto influxo: y que no podia recabar de ſu pecho, que dexaſſe de vivir, eſperanzado haſta de un impoſsible en ſu Biſabuelo glorioſo.

Eſte ſuceſſo depuſo ſu muger la Excelentiſsima Señora Doña Inés de Guzmàn, hermana del Conde Duque, que fuè doliente teſtigo, à cuyos ojos coſtò mucho caudal de llanto, y de martyrio la ocaſion de eſte milagro. Lo miſmo depone D. Mathìas Puellis, Medico ſuyo, hombre religioſo, que avia pulſado tambien el eſpiritu del enfermo: y reconocido, que nunca eſtava bien ſeguro, mientras vivieſſe cercàno al peligro. Repreſentava al Marquès eſte eſcollo, y èl confeſſava el rieſgo, y el engaño; pues aunque el corazon tapava con las alas el entendimiento, ſalìa mal cubierta la luz por algun reſquicio del diſcurſo: ſiendo cierto, que por mas que quiera ſoblevarſe aquel terreno del alvedrìo, y el paìs libre de la voluntad, ſiempre pagan alguna ſervidumbre à la razon. Mas empezava el Marquès en reſolverſe à lo miſmo, que conocia, ſintiendo mucho la curacion de una enfermedad tan deſeada, y tan halagueña: y ſi muchos creyeron eſtuvieſſe ya la razon convalecìda, y deſpejada, fuè, porque en aquel entendimiento ſublime eſtava muy alta la niebla. Eſtuvo muchos meſes en la cama, ſin ſer dueño de accion alguna, arruìnada del todo la vida, y mal convalecìda el alma. Entrava toda la Grandeza, y toda la flor de Napoles cada dia: y era fuerza abrir tambien las puertas al peligro, que ſe entrava disfrazado en honor, y en trage de Corteſano. Por eſte motivo inſtavan la Marqueſa, y el Medico en ſacar de Napoles aquel moribundo cuerpo, aunque peligraſſe à cada paſſo de peregrino, el que ſe mantenia en la debilidad de un ſoplo manſo. Inſtava tambien en eſte aſſumpto el Virrey, Duque de Medìna de las Torres, ſabiendo la oculta Syrena, que ligava aquel baxèl deſpedazado à ſu eſcòllo. Opuſieronſe à eſta reſolucion animoſa montes immenſos en los dictamenes de los demàs Medicos, que proteſtavan no podria llegar vivo ſolo una legua: y que el traſplantarle del apoſento, en que yazìa, era ſacudir al arbol la vida con la oja: que era conducir el cadaver à Eſpaña, y ſerìa preciſo embalſamarle al primer dia. Reſiſtiòſe tambien el Marquès à la jornada, porque el corazon tenia ſus triſtes alas preſas con liga: y ninguna otra razon eſtampava ſu huella en aquella alma, ſino la que dexava el ſello de ſu ruìna: teniendo inſpirados haſta los penſamientos; de modo, que penſava, y diſcurria por

Fol. 466.

ra-

razon agena, viviendo à ſegundas luzes aquella alma obſcurecida.

Con todo eſſo confiava ciegamente en Borja deſde el error de ſu fantasìa: tanto, que dize en ſu depoſicion aquel ſabio teſtigo: *El dicho Señor Marquès era devotiſſimo de San Franciſco de Borja, ſu Biſabuelo; y en aquella enfermedad tenia particulares confianzas de ſu proteccion: tanto, que al teſtigo le cauſava enojo, que dicho Señor Marquès dexaſſe por eſte pretexto las demàs diligencias, y diſpoſicion de ſu alma.* Pero las lagrimas de la Marqueſa ablandaron aquella roca con la porfia: juntandoſe las perſuaſiones de aquel Medico, que lo fuè tambien de ſu alma: y mucho mas el ſecreto influxo de Borja, que deſtilò à rayos una eſtrella ſobre aquella Region anochecida. Puſieronſe en camino, rompiendo un impoſsible en cada hora, y en cada paſſo una montaña. Hizieronſe à la ſalìda grandes votos al milagroſo Borja: y el Marquès ya reſuelto à deſprender el alma de la dura cadena, antes que ſe deſprendieſſe de la vida: clamava, que no dudaſſen de la proteccion del Borja, que llegaria vivo à Eſpaña contra todas las leyes de la Medicìna; aunque no huvieſſe de tener movimiento alguno, que no le coſtaſſe à Borja un milagro: y aunque fueſſe meneſter, que los montes abrieſſen el ſeno todo por allanar el paſſo al moribundo peregrino. Llegò al fin à la Corte de Eſpaña, donde viviò ùn año embuelto en lagrimas de penitencia al olor de las cenizas de Borja: confeſſandoſe dos vezes cada ſemana, y abrazado con una Reliquia ſuya, que guardava con tanto deſvèlo, como el que tuvieſſe à la Fenix en una pequeña carcel de oro.

La miſma Marqueſa añade en aquel Fol. 158. Proceſſo, que en un parto riguroſo ſe hallò ſu vida en el ultimo rieſgo: y perſuadìda altamente à que ſolo en el recurſo de Borja hallaria ſu alivio, inflamò el corazon todo, votando à ſu memoria un grande Templo, y ofreciendo, que ſe llamaria Franciſco de Borja la criatura. Y ſin tardanza diò à luz una hija tan corpulenta, que pareciò impoſsible à la Medicìna, y à la eſperanza, que pudieſſe vivir la Marqueſa; pero ſobre toda la razon humana ſe librò tan felizmente del rieſgo, y del ſuſto, que nunca tuvo mas dichoſo, y menos doliente ſobreparto. Y añade eſte iluſtre teſtigo, que eſperava la Canonizacion del Borja glorioſo, para fundar un Colegio, que cultivaſſe la razon, y la voluntad de ſus vaſſallos, con Maeſtros de todas Facultades, Operarios, y Miſsioneros. Y que tenia ofrecido conſagrar eſta maquina à San Franciſco de Borja: imprimiendo en marmoles ſu reconocimiento, y gravando en cada piedra una inſcripcion contra el olvìdo, que dixeſſe al caminante: eſta Fabrica tiene ſu origen en un milagro, y es un tributo de marmol al agradecimiento.

§. III.

UNo de los prodigios, que la frequencia hizo familiares à ſu ceniza, y à qualquier Retrato de Borja, es poner en tremula fuga la terciana: porque uſando del imperio, quando vivia, la mandava reſueltamente, que no bolvieſſe à entrar en aquella caſa, ni à repetir el concierto de ſu doliente harmonìa. Obedeciendo à la voz del portentoſo Borja tantas vezes, como dexa repetidas la pluma. Añadiendo aora tres ocaſiones en que usò de eſta autoridad Divina con el P. Franciſco de Briones, cuya noble alma mereciò todo el amor de Borja; y la ultima, fuè el año de 50. en Plaſencia, en que la malignidad de la fiebre venenoſa, que nunca ſe apartava, puſo en grande peligro ſu vida: pues al remitir ſu furia iba derritiendo en ſudor todos los eſpìritus, que tropezava. Entrò à viſitarle Borja, y le hallò temblando con el ſuſto, antes que empezaſſe el temblor de la terciana. Preguntòle, cómo ſe ſentìa? A que reſpondiò, que iba caminando tremulo à buſcar la candela: y le pedia, que encomendaſſe mucho à Dios ſu alma. No morireis, replicò Borja, de eſta calentura, que yo la mando, que ſe vaya luego: de ſuerte, que podais en breve eſtar convalecìdo, y robuſto. Deſde aquel inſtante reconociò el Medico, y mucho mas el enfermo, que la fiebre avia obedecido de modo, que ni aùn ſe atreviò à dexar caliente el nido, que tantos dias avia ocupado: y pudo encaminarſe con el Borja à Portugal luego. Eſte fuè el imperio deſpotico, que Borja dexò à ſus cenizas, como en legado; y aùn quiſo, que ſu Nombre entraſſe tambien à ſer heredero. El año 1609. deſpues que la varonil Reyna Doña Margarìta diò à luz al Infante Don Carlos, adoleciò de una terciana, que moleſtò repetidamente ſu paciencia: y mas aviendola encontrado, ſi no flaca, à lo menos oprimìda en la reſiſtencia à tanto accidente, que batiò ſu conſtancia. Pidiò à ſu Confeſſor el Padre Richardo Aller, Jeſuìta, que fueſſe à buſcar la Reliquia del Santo Borja, y que aviendola traìdo, mandaſſe en nombre ſuyo à la terciana, que no

bolvieſſe mas à afligirla. Executò el Confeſſor lo que ſe le mandava, y obedeciò la fiebre importuna, ſaliendo fugitiva, y dexando libre aquel Templo de la Mageſtad, y de la innocencia: cuyas virtudes merecen Altar en el de la fama. Viſtiòſe el Palacio de alegria: y el agradecimiento ſe fuè liquidando en ternura.

El año de 1607. Don Balthaſar Vidal de Blanes, Cavallero Valenciano, corriò la poſta por el mes de Agoſto, encaminado à la Corte de Eſpaña, como Diputado de ſu Reyno. De la fatiga arrebatada, y de la eſtacion caluroſa, le reſultò una terciana, que à pocos dias fuè doblando el cuydado, y el fuego, que declinava en ſudor frio. Acordòſe al dia ſeptimo de aver leìdo en la Vida del Santo Borja el imperio, que tuvo en el humor, que ocaſiona aquella triſte harmonìa: y de la voz ſonòra, con que mandò à la fiebre maligna, que moleſtava al Padre Solier, que no oſaſſe fatigar mas aquel hijo ſuyo. Halagado el doliente de eſte penſamiento, que liſongeava con la eſperanza el corazon afligido, y empezava à introducir la ſalud por la memoria del remedio: ſe ofreciò todo al Santo, pidiendole con lagrimas ſu alivio: y mandando èl miſmo en nombre del Divino Borja à ſu terciana, que no repitieſſe otro dia: y ſupo el mal entender aquella voz, que formò el penſamiento en el alma, quedando libre deſde aquella hora. Pedro Combret yazìa rendido à otra fiebre ſañuda, que le aquexava con la repeticion, y con la violencia. Vino à viſitarle el Padre Fulgencio Caſpi, fervoroſo Jeſuìta, que deſpues de aver fortalecido aquella alma con las maximas de la paciencia, le exortava, que ſe encomendaſſe al milagroſo Borja. Y por encender con el exemplo la confianza, le referia la ſalud portentoſa, que acabava de dar à un Hermano de la Compañia, imperando ſu nombre en los fluxos, y refluxos myſterioſos de la terciana, como en los del Mar la Luna. Hallòſe la muger del doliente en eſta viſita, y rogava con lagrimas al Padre Fulgencio, quiſieſſe hazer oracion al Borja, y uſar en nombre ſuyo de aquel imperio, à que dobla ſus rebeldìas el mal mas porfiadamente obſtinado. Hizo el Jeſuìta la Señal de la Cruz ſobre el enfermo, y mandò à la calentura en nombre de San Franciſco de Borja, que ſalieſſe al punto de aquella Caſa, ſin bolver mas à ella. Obedeciò rendìda, y quedò tan convalecìdo deſde aquella hora, que pudo dexar la cama: derramando tan dulzes lagrimas ſu agradecimiento, que no baſtò à enxugarlas en muchas horas el gozo de verſe de repente ſano; porque aquel afecto miſmo cargava mas la nube, que llorava luz, y agua à un tiempo.

Y porque en eſta eſpecie ſon innumerables los prodigios, ciño la pluma à los que hallo ſolo autenticados en los Proceſſos, donde fueron teſtigos la razon, la autoridad, y los ojos. En la Ciudad de Gandìa ſe hallava Luìſa Ibañez moribunda, aviendo empezado ſu mal en una terciana, que gravò la cabeza, trayendo aquel ſueño, ò letargo, que es tanto mas propria imagen de la muerte, que otro alguno, quanto ſe acerca mas al original, haſta confundirſe con èl. Tenia mortal haſtìo, porque ſiendo la ſalud el pan de las felicidades, ſegun aquel Politico diſcreto, no podia ſaborearſe el paladar en el manjar mas delicado, ſin aquel pan ſabroſo, ni guſtar una dicha, ſin aquel comun alimento. Recibiò el Viatico en aquella breve pauſa, que hizo tal vez la furia: y doblandoſe los accidentes, mandaron, que ſe le dieſſe la Extrema-Uncion à toda priſſa. Eſtava mal herìdo de ſentimiento Pedro Perez Culla ſu marido; y tomando una firma del Borja milagroſo, la puſo en el pecho funeſtamente levantado (arqueandoſe al flechar el alma deſde el cuerpo.) Recordavale el motivo de ſer vaſſallo ſuyo: el hallarſe en aquel terreno, que èl avia iluſtrado, y que debìa mirar con mas benigno aſpecto, influyendo ſerenidad en aquel mar tempeſtuoſo, que ſe ſorbìa la nave, la eſperanza, y el dueño. Votò una lampara de plata à ſu culto, y caminar deſcalzo nueve dias à la Igleſia del Colegio. Apenas concibiò eſte ardiente voto, quando deſpertò la moribunda de aquel letargo, abriò los ojos, y alumbrò à la eſperanza, y al conſuelo. Dixo, que ſe hallava con tanto eſpìritu, que podria veſtirſe luego, porque hallava ſoſſegado el pulſo, y muerto en las venas aquel incendio, en que ardìa todo el edificio. Hizoſe tan famoſo eſte milagro, que venian à reconocerle los Pueblos de aquel contorno: como ſucediò con Lazaro deſpues que paſsò de difunto à vivo, y ſe mudò à ſu antigua Caſa deſde el ſepulcro.

§. IV.

NO eran menos ſenſibles los accidentes, con que ſe hallava en la meſmo Ciudad de Gandìa otra muger devota, llamada Magdalena. Recibiò el Viatico

con

con grande ternura: y deſpues de aver agotado la Medicìna todo ſu caudal al diſcurſo, y à Galèno, deſpues de tantas ſangrias, que dexaron cadaver aquel cuerpo, le diò un mortal paraſiſmo, en que paſsò à ſer tronco, perſeverando quatro horas en inſenſibilidades de muerto con indezible llanto de Chriſtoval Blay ſu marido, que ya mirava deſde la deſeſperacion eſte ſuceſſo. Eſtava preſente ſu hermana Joſepha Garcìa, muger de Bautiſta Alfonſo, que paſſando aceleradamente à ſu Caſa (y era la mas vezina) doblò las rodillas ante una eſtampa de el Santo Borja: pediale con ruegos lloroſos la ſalud de ſu hermana, ofreciendole una Novena en nueſtra Igleſia, adonde irìa deſcalza. Apenas hizo confiadamente eſte voto al milagroſo Borja; quando la llamaron à vozes de la Caſa vezina, diziendo, que avia buelto en sì la enferma. Porque abriendo los ojos con alegria, y empezando por un Dulciſſimo Jesvs à deſatar la lengua, ſe hallò ſin calentura, ſin accidente, y ſin fatiga: al modo, que deſpues de una tempeſtad furioſa ſuele quedar la faz del Cielo ſerena, y el viento en calma. Y porque no ſe puſieſſe en duda la mano inviſible, à quien ſe debìa curacion tan milagroſa, y tan improviſa, diſpuſo la Providencia, que en el miſmo inſtante, que ſu hermana expreſsò ſu voto al Borja, ſonaſſe la Campana de la Igleſia Mayor de Gandìa, que llamava la atencion toda à reverenciar la Hoſtia Sagrada (buena oportunidad de hallar propicio à Borja.) Y fuè tambien el momento, en que cobrò razon, lengua, y viſta aquella moribunda: porque ſe vieſſe la correſpondencia, ò la harmonìa entre el gemìdo, y el milagro, entre el voto, y el conſuelo. Ni fuè menos digno de reparo: que hallandoſe con poca ſangre aquel doliente cuerpo, y tan debil antes, que reſpirava cobardemente el eſpìritu, guardando aliento por anhelar, al morir, con algun esfuerzo, ſe hallò de repente tan fortalecida, que pudo dexar la cama, acreditando el brazo de Borja: ſoſteniendo en un portento aquella fabrica, ſin ſuſto de ruìna, y ſin que flaqueaſſe al moverſe aquel compueſto, en cuyo corazon caſi difunto exprimiò el Cielo en eſpìritus un milagro.

Paſſando al Perù por la Corte de Eſpaña el Hermano Marcos, poco deſpues que el amor reduxo à paveſa el cuerpo de el amante Borja, llevava conſigo algunos fragmentos de aquella precioſa ruìna: y hallando muſtia con el rigor de una terciana la flor mas tierna en Doña Thomaſa de Borja, hija de los Marqueſes de Alcañìzes, Nieta, y Biſnieta del Santo (que fuè Condeſa de Grajal) apenas aplicò à ſu cabeza dolorìda unos cabellos, que arrancò al Cadaver del Divino Borja, caliente aùn en la cama; quando cediò la fiebre los jardìnes innocentes, que talava à la Prìmavera, y la juriſdiccion, que la uſurpava. Aſsi lo depone aquella Grande Abadeſa Sor Juana de la Cruz, hermana del Santo Borja. El miſmo Hermano diò entonces al Marquès de Lombay, Nieto del milagroſo Franciſco, una eſcofia, de que uſava en Roma el Santo: y viendo en el ultimo trance de la vida à una Nieta de Don Gabrièl de Llanos ſu Mayordomo; mandò, que la puſieſſe la eſcofia: y luego que tocò ſu cabeza, reviviò la eſperanza con la flor moribunda, con admiracion de Bautiſta Calvèti ſu Padre, y de toda aquella Caſa: ſegun depone el Marquès de Lombay Don Franciſco de Borja, y la Marqueſa, que concurriò tambien à que ſe embiaſſe la Reliquia: y la guardava con ſingular reverencia en un cofrecillo de filàgrana. El año 1590. eſtava un Hermano de la Compañia en el Colegio de Guaxaca aguardando la calentura, que alternava el deſcanſo con la fatiga, aviendo llegado ya ſus precurſores en el deſabrimiento, en el frio, y en la triſteza: entrò à verle el Jeſuìta, que le confeſſava, y reconociendo los apoſentadores de la deſdicha, le dixo, que mandaſſe con fè à la terciana, que no fatigaſſe mas ſu vida. Mas replicò el doliente, que aquel imperio tocava al que era Miniſtro de Dios en la Tierra. Eſſo fuera, reſpondiò el Padre, ſi yo tuviera la poteſtad de Franciſco de Borja. Bolvieron à replicar ſegunda vez en el enfermo la fè, y la confianza: pues mandelo confiadamente V. Reverencia en nombre del portentoſo Franciſco de Borja. Executòlo aſsi con dominio, y con fè viva; y à ſu voz ſola deſapareciò el frio tremulo, la melancolìa deſocupò el corazon, en que triſtemente anidava, ſin que le repitieſſe otra calentura: que al nombre de Borja ſale fugitìva, y tremula, padeciendoſe tambien à sì meſma.

CAPITULO VI.

APARECESE REPETIDAMENTE con ſemblante de gloria, derramando milagros, y dulzuras ſobre la Tierra. Dexa impreſſo ſu roſtro en una alma con tanta viveza, que le traslada ſin colores al lienzo con nuevo milagro. Socorre en los partos peligroſos à la confianza, alumbrando à la felicidad, y à la vida.

§. I.

BOlvemos otra vez al Grande Borja à la Tierra: y de Ciudadano de la Gloria le vemos peregrinar por muchas Ciudades de Eſpaña, fixando en el viento la huella, y ſellando con luz milagroſa ſu venida. Iſabèl de Morales, y Caſtillo, depone: que en Madrid, año 1642. ſe le hinchò el roſtro, y la cabeza haſta pudrirſele toda, excitandoſe à llamaradas la calentura: y tyranizada del dolor con tan continuada vehemencia, que en quarenta noches, y dias no pudo ſoſſegar una hora. Que perdiò el uſo de los ſentidos, no pudiendo confeſſarſe, ſino con
Fol. 470. ademànes muchos: haſta que deſahuciada de Medicos, y Cirujanos fuè relaxada ſu vida à la deſeſperacion de todos. Que el roſtro eſtava tan denegrìdo, como carbòn, que deſamparò el fuego. Que vino à viſitarla un Pariente ſuyo, llamado Don Franciſco Sanchez de Leon, Capellàn de Honor de ſu Mageſtad, y otro Pariente cercano, que ſe llamava Don Nicolàs Cid: y ambos la exortaron à que puſieſſe ſu muerte, y ſu vida en manos de San Franciſco de Borja: lo que rehuſava ella por no ſer devota ſuya, y aver pueſto en San Ignacio, y en el Grande Apoſtol de la India ſu confianza. Mas como la inſtaſſe manſamente la porfia, hizo ſeña, que ſe le traxeſſe alguna Reliquia de Borja, contando entre los remedios deſeſperados eſta diligencia, quando avia perdìdo tantos la Cirugìa. Fueron à la Caſa Profeſſa: y apenas puſieron ſobre ſu frente un hueſſo del Divino Borja, quando ſe quedò dormìda, y empezò à declararſe la victoria contra aquel tyrano mal, que no la avia permitido en tantos dias una breve tregua. Al rendirſe al ſueño ſe abrazò con la Reliquia, empezando ya la fé, guarecida de una, y otra ſombra, à calentar un poco el corazon en los eſpìritus de la confianza. Durò mucho el ſueño, que le importunava una razon, y una vida, y arruìnava à la muerte ſu original en la copia. Y deſpues de aver gaſtado los vapores mas groſsèros en el ſueño, viò delante de sì al Borja milagroſo, que con ſemblante dulze regalava ſu ingrato pecho, y queria pagar con un milagro un olvìdo: viò, que alargava la mano, y ſe la ponia en el roſtro, ſintiendo intenſiſsimo dolor al miſmo punto, y que la cabeza ſe liquidava en veneno. Deſpertò con un grito ronco, temiendo, que ſe ahogava en arroyos de materia; pero no, dezia, que ha ſido mi Cirujano el milagroſo Franciſco de Borja, à cuya mano ſagrada ſe abriò la puerta à la deſdicha. O què ſobreſcrito de felicidad leyò mi viſta en la frente del Divino Borja! O lo què me hablaron ſus ojos, mientras callava la lengua!

Publicòſe de admiraciones aquella Caſa: vinieron los Medicos, y el inſigne Cirujano Juan Garcìa à ſer teſtigos ſabios de lo que la Arte ignorava: y al ſiguiente dia ſaliò de la cama convalecìda, y robuſta. Quedò tan vivamente impreſſo en ſu idèa el dulciſsimo roſtro de Borja, que oſſava valiente la fantasìa organizar una tabla, y paſſar à ella la vida, que avia hurtado al ſemblante de Borja. Llamò à un Pintor, que conocia, y eſtava de camino à Italia, donde penſava perficionarſe, y retocar ſu miſma idèa, antes que otra pintura. Comunicòle ſu penſamiento, y le rogava, que hizieſſe una Novena al Santo, primero que el pinzèl tomaſſe algun buelo: y al ultimo dia comulgaron ambos en el Real Convento de la Encarnacion de mano de aquel Pariente devoto, que avia ſido el primer origen de eſte milagro. Bolviòſe con el Pintor à ſu Caſa, y empezò à penſar bien todo lo que avia atendìdo en el amable roſtro de Borja: ſiendo ſolo èſte el original, que contemplava aquel pinzèl, como ſi huvieſſe de dar al lienzo la voz. Los ojos, dezia, eſtavan bien teñidos de color en color de gloria: por la frente encendìda dilàtava ſus regiones la eſperanza. No dixe bien, no era aſsi, repetia: y borrava un penſamiento con otro en el alma, y en la pintura, mientras ſuſpenſo el pinzèl ſe eſtava en extaſi de la fantasìa. Al fin hizo el dibuxo, como ſe le inſpirava, boſquexando un planèta por la ſombra. Mirò el boſquexo informe aquella agradecida alma, y bañada en alegria, dixo: èſte es el Divino roſtro de Borja, que amaneciò à mi viſta: èſte es el ſemblante, que yo tengo immortalmente retratado en mi pecho, que no le gaſtarà el

olvì-

olvido, ni le conſumirá el tiempo, aunque le humedezca continuamente mi llanto. Porfiava el Pintor en llevar el dibuxo por retocarle de eſpacio: deziala, que aquel era ſolo un embrion de ſombras mal formado, que neceſsitava de colores, y de tiempo para paſſar à ſer cuerpo: que pues la naturaleza tardava tantos meſes en organizar un cuerpo humano, no ſe le debian negar al arte algunos dias, en que pudieſſe formar bien el parto, que la idèa huvieſſe concebido, el qual venia à ſer una muda liſonja del otro. Pero gritava el original deſde aquel femenil pecho: no ſe ha de tirar otra linea en eſta, que llamais informe pintura. Eſte es el portentoſo Borja, que vivia pocos dias ha en mi Caſa: en eſſe lienzo eſtampò ſu faz hermoſa; y ſi aquì no habla, ſerà, porque ſe bolviò el alma, arraſtrando explendor, à la gloria: y porque tampoco en el original hablava. Dexadme dezir, que ſe fuè ſu eſpiritu deſde eſſe lienzo, que es el Cadaver ſuyo en la Tierra: dexadme dezir, que ſe fuè el alma deſde eſſa pintura, y que es ſombra de muerte lo que parece primor en ella: dexadme, digo, fantaſear de eſte modo con la copia, pues tiene tanto parenteſco la poesìa con la pintura.

Bolviò el Pintor ſin el dibuxo mucho mas edificado de aquel ardiente afecto, que no convencido. Y deſeoſo de ſacar con engaño el lienzo, porque no quedaſſe en el Mundo tan feo parto de ſu pinzèl animoſo, ſin que le hermoſeaſſe el cuydado, y le cultivaſſe un poco la educacion, y el eſtudio: fuè à otro dia, y ſe llevò el Retrato con el pretexto de enſeñarle à un Pintor amigo. Retiròſe à un apoſento, tomò el pinzèl algo medroſo, porque cobarde la fantasìa participava ſu temor al pulſo: y deſpues de averle mojado, empezò à colorir el boſquexo. Mas una inviſible mano robava los colores, y enxugava el roſtro, reſtituyendole à ſu informe ſer primero, queriendo el humilde Borja quedar toſcamente veſtido haſta en ſu retrato. Bolvia à teñir mejor el pinzèl, porque bebieſſe ſin medida el lienzo colores en un arroyo; mas era lo miſmo, que intentar colorir el viento, y dexar el ayre ſeñalado: porque hallava, que la pluma no dava tinta, ò que el papel ſe tranſpirava blanqueando, ſin que moſtraſſe impreſſion alguna, ò que el pinzèl mentìa. Y reconociendo ya, que era eſcrivir en el agua, y brazear contra una oculta providencia, que ſu razon no alcanzava, paſſandoſe la fantasìa las ſombras, que no quiſo admitir la pitura; bolviò à ſu dueño la copia, contando con mucho llanto eſte ſuceſſo milagroſo, que añadia mas eſtimacion al boſquexo de la que le pudieran darle las lineas de Apeles, y del Ticiano; ni las de aquel pinzèl, que ſe vinculò el renombre de Divino. Fueron muchos à venerar eſte Retrato prodigioſo: y entre ellos Don Franciſco Chiriboga, ſegun teſtifica èl miſmo en el ultimo Proceſſo, Don Franciſco Arevalo, y Suazo, y Fray Alonſo de San Bernardino. El Pintor paſsò à Italia aquel miſmo año, quedando ſu dibuxo guarnecido de la veneracion, y del reſpeto, y pegava ſu origen portentoſo à las caſas dolientes, donde le llevava el ruego, y le bolvia à cobrar diligente el cuydado.

§. II.

EL año 1648. que ſe llorò embuelto en ruìna el florido Reyno de Valencia con aquel contagio, que hizo complice en la muerte à la reſpiracion miſma: cayò mal herida de eſte azote Divino, que dilatava ſu juriſdiccion por todo el viento, Barbara Paſqual, muger de eſpìritu, que ſintiò deſpedazarſe èl corazon dentro del pecho (baluarte, que aſſaltava el contagio, porque no rodeaſſe la muerte buſcando otro ſitio; y porque difunto el Monarca, ſe apoderaſſe ſin reſiſtencia del Palacio todo.) La aprehenſion de aquella infeliz muger era un verdugo, que le competìa ſus actividades al veneno del contagio, bebiendo la muerte anticipada en copa funeſta, ſin que la fantasìa derramaſſe una gota. Tenia dos Retratos à la pared de ſu cama, uno del Apoſtol de la India, y otro del Borja; mas ſu corazon, y ſus ojos bolavan impetuoſamente àzia el primer Franciſco, dexando en el olvido al ſegundo, que avia introducido en ſu lecho mas el acaſo, que no el afecto devoto. Quiſo pagar Borja eſte deſafecto con un prodigio: cediendo el Sol del Oriente eſta vez el Orizonte todo, al que lo fuè de la Compañia, y de la Igleſia, en el Ocaſo. Quedòſe Barbara dormida à bueltas de la imaginacion congoxoſa: y à breve rato viò diſtintamente, que ſe acercava à ſu lecho aquel Borja miſmo, cuyo roſtro ſe dexava contemplar en el Retrato: pero tan riſueño, que empezàva ya à favorecer deſde el amago. Y que tocando ſu corazon afligido paſſava blandamente de una ala à la otra la mano, arrojando de aquel ſitio el veneno, que in-

famava tan noble campo. Deſpertò de aquel felìz ſueño, y hallò el corazon vigoroſo, y la fantasìa ſin algun ſuſto; aviendo eſpantado con un ademàn ſolo el mal, y los agueros, que entriſtecian ſu entendimiento. Dixeronla, que era bien deponer aquel prodigio en el Proceſſo, que ſe le formava à la Canonizacion del Santo: y guſtoſa con eſta noticia bolviò à ſoplar ſus cenizas calientes à la confianza. Poſtròſe delante del Retrato milagroſo de Borja, y con voz quebrada en ternura le dezia: que, pues, avia de ſer teſtigo de un milagro, lo queria ſer de muchos à un tiempo: que padecia habitualmente otro mal menos tyrano, pero bien duro, haziendoſe intolerable ſufrimiento una fiera, que no ſe domeſticava con el trato. Y luego experimentò el influxo de aquel dulce aſpecto, que mirava de hito en hito à peſar del llanto. Paſsò à teſtificar ambos prodigios con juramento, interrumpiendo à cada paſſo las lagrimas ſu dicho, y añudandoſe el aliento entre las priſiones, que pone à la alma el agradecimiento.

Doña Franciſca de Milàn, Dama de la Señora Doña Franciſca de Aragòn, eſtando en Caſa del Principe de Eſquilache, adoleciò de un fuerte dolor de coſtado, que al dia ſegundo obligò à que deſeſperaſſe de ſu ſalud el Medico. Y entre tanto que ſe diſponia un remedio, ſe recogiò un poco; ſi bien no pudo hallar el deſcanſo, ni adormecer el ſentimiento; antes eſcuchava el ruìdo, y todo lo que hablava el ſuſto. Quando viò entrar por ſu quadra un Jeſuìta con ſemblante de gloria, quedando mucha dulzura à la voz, le dezia: *Encomiendate à San Franciſco de Borja, y pide ſu Reliquia, que ſin otro remedio eſtaràs buena.* Abriò los ojos con eſta novedad, que eſcuchava: aſſegurando, que aùn teniendolos cerrados avia viſto con mucha claridad aquel anciano Jeſuìta. Dava vozes, que fueſſen luego por una Reliquia del portentoſo Borja, y preguntada por el motivo de novedad tan improviſa: Dixo arrebatadamente la cauſa, robando los afectos el oficio de la lengua. Haſta que ſerenandoſe un poco aquella primer borraſca del pecho, calmando las olas en ſu roſtro, y no queriendo aplicarſe remedio alguno: explicò con mas diſtincion el ſuceſſo. Y bolviendo à preguntarla por las ſeñas del Jeſuìta, que avia viſto, reſpondiò lo que deſpues depone en el Proceſſo: *Eſtando muy al cabo*, dize, *ſe me apareciò un Padre de la Compañia de Jeſvs alto, carilargo, entrecàno, un poco deſcolorìdo, y le vì con los ojos corporales, que me causò una gran devocion, y tanta novedad de conſuelo, y de fé, de que avia de ſanar, que no pude dudar de ello. Dixome, que me encomendaſſe à San Franciſco de Borja, y que pidieſſe ſu Reliquia, y me la aplicaſſe, que con eſto eſtaria buena, ſin ſer meneſter otro remedio.* Eſte fuè ſu dicho, y eſte fuè tambien el ſuceſſo milagroſo: porque apenas acercò la Reliquia al ſeno, quando hallò verdad el preſagio, pudiendo levantarſe al punto à llenar aquella Caſa de aſſombro. Traxeronla deſpues una copia del Santo, quando Mozo; y dixo, no es eſte el ſemblante, que vì en mi quadra. Vino otro del Borja, quando ya Religioſo de la Compañia, y luego dixo: eſte es el roſtro, que yo vì à mucha luz fortunada: eſte es el que me hablò dicha. Siendo aſsi, que no ſe acordava aver viſto Retrato de Borja en aquel trage haſta aquel dia, en que viò el original Divino, y abriò ſus cortinas el Cielo hermoſo, deſabrochando la felicidad ſu ſeno.

En la Ciudad de Recanate (vezina à Lorèto) en el Monaſterio de Caſtelnovo del Orden de San Benìto vivia una Religioſa, llamada Juſtìna Andici, de menos edad, que eſpìritu: era devotiſsima de San Franciſco de Borja: por lo que avia oìdo al Padre Rector de la Compañia, que algunas vezes la confeſſava (por eſtar ſujeto al Ordinario aquel Convento.) Recurria en ſus aflicciones al Santo, y experimentò ſiempre, que endulzava ſus amarguras à la vida aquella apacible memoria, y que deſde las regiones de la dicha derramava el Cielo grande lluvia. Cayò rendìda à un accidente violento, que derrotò aquella fabrica, ſin dexar piedra ſobre piedra; pues quedò tullìda, y ſin accion vital alguna, ſino en la razon, y en la lengua. Avia ſeis meſes, que yazìa en una cama: y ſi tal vez pudo mover el brazo era con ademàn tan corto, que le tiravan del freno à la vida, aviendoſe reducido à un bulto informe, ſin proporcion, ni ſimetria en la eſtatura. Algun dia, que la ſacaron de la cama, fuè meneſter, que quatro Monjas concurrieſſen à mantenerla, encogìda del todo una pierna, y mal eſtendìda la otra. La noche de San Pedro Martyr tyranizò el dolor ſu cuerpo con mas violencia: porque aviendoſe entumecido una rodilla, ſintiò muchos puñales en los rayos continuos, que flechava. Paſsò algunas horas en aquel potro ſin ſueño, y ſin alivio: y levantando el corazon confiado (que era el que podia

mo-

moverſe ſolo) implorava el favor del Borja Santo, bañando en lagrimas ſu lecho. Amado Borja mio, dezia, quereis parecer ſordo al ruego de un deſdichado? No ha merecido mi ardiente afecto, que me diſpenſeis algun alivio, quando derramais tantos prodigamente por el Mundo? Yo me veo morir ſin eſperanza de remedio: à cada lado, que ſe buelva mi triſte razon, encuentra un eſcollo: y va tambien eſpirando en mi la vida del ſufrimiento, que al fin es humano, y ſe tropieza con la margen preſto.

No bien acabò de razonar con Borja, y conſigo, quando eſcuchò un apacible eſtruendo, y embuelta en èl una voz, que le dixo: *Juſtìna, levantate, y vete al Coro, que eſtàn para dar principio à los Maytìnes las demàs Monjas del Convento.* Turbòſe al oìr eſtas clauſulas, ſucediendo un temblor à las expreſsiones eloquentes, y fervoroſas, y cruzando el corazon las alas, que antes dilatava en ſuplicas, y en quexas. Mas bolviò à ſonar el oraculo con mas apacible terremoto, ſerenando la region, que avia turbado. Cómo no te levantas, repetìa; y te vas al Coro, pues eſtàs ſana? Esforzòſe con eſta ſegunda voz Divina; probò à dilatar ſu eſtatura, y ſe hallò libre de la priſion, que eſtrechava ſu vida en cada doliente cuerda. Alargò la mano à la rodilla, y no hallò raſtro de aquella inchazon ſobervia. Saltò luego de la cama, y ſe viſtiò por sì ſola con rara preſteza; pero tan muda, y tan admirada, que pudo ſer nuevo milagro, que acertaſſe à ponerſe el veſtido: porque gyrava el eſpìritu traſportado en el gozo, y alterado en la felicidad de aquel ſuceſſo. Encaminòſe al Coro, donde entrò al miſmo tiempo la admiracion, y el ſuſto: acercabanſe todas à mirar aquel roſtro, creyendo algunas, que huvieſſe muerto, y que llegava à pedir ſufragio: entre tanto que ſu lengua iba refiriendo à pedazos la hiſtoria. Inundòſe todo aquel concurſo en lagrimas de alegria, fueronla abrazando una à una, y à vezes la cercavan en tropa, dando à la novedad, y al conſuelo toda la rienda, el parabien à Juſtìna, y gracias immortales à Borja. Llenòſe la Ciudad de eſta maravilla: y el Cardenal Atazeli, Obiſpo de ella, que dos dias antes avia viſitado aquel Monaſterio, y à la que entonces yazìa ſin eſperanza, paſsò luego à ſer teſtigo de eſte portento: vino Juſtìna al Locutorio: y de orden de ſu Prelado anduvo de un ſitio à otro con juvenil eſpìritu, como la que ſe hallava en la eſtacion mas robuſta, y ſin dolencia, manejando la edad florìda, y la compoſtura con igual mageſtad, y viveza. Llamò al Medico, y luego hizo, que paſſaſſe à ſer autentica eſta maravilla: que por mucho tiempo fuè el grande aſſumpto de la admiracion, y de la alabanza, torciendo la llave à ſus fuentes doradas la eloquencia en elogios de Franciſco de Borja, haſta derramar toda el agua; mientras no pudieron agotarſe las fuentes en los ojos de Juſtìna.

§. III.

Con todo eſſo pareciò aùn mas portentoſo Borja en alumbrar à la felicidad de la cuna, quando peligrava la vida en la mas temprana roca, haziendo verdadera aquella fabula, que mintiò deydad en Lucìna. Quedan ya referidos grandes ſuceſſos en eſta materia: y ſe añadiràn algunos igualmente capazes de la hiſtoria. Hallavaſe en Villanueva de los Infantes Maria Martìnez, muger de Juan de Villanueva, con terribles dolores de parto, desfalleciendo ya el ſentido deſpues de cinco dias, que padeciò el mas cruel tormento, marchitandoſe la eſperanza de que falieſſe la vida, ò la muerte de aquel ſeno doloroſo. Hallòſe al quinto dia en ſu Caſa una Donzella de exemplar vida, llamada Ana Tomàs, cuyo eſpìritu eſtava verſado en las dependencias del Cielo: dixo à la enferma, que queria ir à ſu Caſa por una eſtampa de papel de San Franciſco de Borja, por ſer tan milagroſo, que ſe llenavan de votos las paredes de ſu Templo, y eſtava ronco el aliento de repetir tanto grito. Fueſe à ſu Caſa, y derribada ante la Imagen de Borja, orò con ardiente eſpìritu, haſta que deſpues de dos horas, ſintiò bien confiado el pecho, y alguna luz errante, que alumbrava à lo futuro. Bolviò preſuroſa à la enferma, donde avia concurrido mucha gente de la Villa, y dixo con voz animoſa: ſeràn teſtigos todos del milagro, que eſpero ver luego en eſta Caſa por medio del prodigioſo Franciſco de Borja. Perſuadirſe à què con la fé, y la confianza, que mi corazon alimenta, nó aya de conceder una ſalud milagroſa, es penſar un impoſsible, ageno de la Providencia: y mayor milagro ſerìa negarſe Borja al gemìdo confiado de una alma. Abriò los ojos la enferma al acercarſe ſu Bienhechor Divino, besò la eſtampa, aſſomandoſe el corazon al labio: y en el miſmo inſtante ſintiò, que la criatura

ſal-

ſaltava en ſu ſeno, como que ſe alegrava à la viſta del Santo, y experimentava ſu influxo. Al modo, que ſiente el polluelo los primeros rayos del Sol en ſu cubierto nido, y ſe diſpone à ſalir animoſo à probar fortuna por el viento. Saliò, pues, al Mundo en tan ràpido buelo, que quando quiſo la enferma aviſar la novedad, que hallava, avia ya dado à luz una niña hermoſa, y que cayò embuelta en un milagro ſobre la tierra. Quedò la Madre tan robuſta, que eſtando de pecho ſobre una almohada, ſe levantò de aquel ſitio, ſin ſocorro de agena mano, y ſe paſsò à otro apoſento, que antes avia dexado por eſtrecho à la muchedumbre de Parientas, y vezinas, que avian concurrido. Miravanſe unos à otros en aquella Caſa, y ſe mezclava la turbacion confuſamente con la alegria, ſin diſtinguirſe bien una de otra, equivocandoſe en tragedia el ſemblante de la dicha.

No quiſo en algunos dias apartar ſu corazon de aquella Eſtampa milagroſa: y bolviò à reconocer, que no ſe avia agotado aùn bien la maravilla. Porque dentro de algun tiempo ſintiò terribles dolores en los pechos, perſuadìda à que ſe los arrancavan à pedazos. Llegaron à entumecerſe de modo, que alimentava en cada pecho un tyrano, el qual exprimìa ſangre en vez de leche, y dava à beber à la niña deſtilado el martyrio: ſiendo preciſo ſuſtituìr en la dulzura de la miel las puras corrientes del pecho, que el mal groſsèramente avia enturbiado. Atormentada del dolor, y del ſentimiento explicava ſu confianza con el grito: Deziale al Santo, que no ſaldria ſu Eſtampa de aquel apoſento haſta que vieſſe en èl otro nuevo prodigio: que era ya empeño ſuyo, y como conſequencia forzoſa de aquel primer ſuceſſo milagroſo: que no era bien dexar imperfecta la eſtatua, que avia labrado à ſu memoria, teniendo tan à la mano la ocaſion, y la materia. Que no queria uſar de remedio alguno por no deſdorar ſu confianza, y por no regalar con fomentos ſu deſdicha. En medio de eſta congoxa ſe quedò dormida: y deſpertando à la media noche, ſe ſintiò del todo aliviada, y con deſeo ardiente de dar luego el pecho à la niña. Acercò la vela, y hallò, que aquellas montañas, que el dolor, y el veneno avian formado, ſe avian deshecho, como los montes de agua en el golfo, bolviendo à las proporciones de ſu ſèr antiguo: que blanqueavan puras aquellas fuentes, por donde corren dulzemente la innocencia, y la vida del ſèr humano. Deſpertò à ſu marido, que bolviò à enmudecer luego à viſta de eſte ſegundo milagro: aunque la admiracion no le dexò en muchas horas bolver à ſellar los ojos en el ſueño: mas en aquella muger dichoſa corrian à competencia las venas de ſu llanto con las dos milagroſas de aquel nectar puro.

En los ultimos Proceſſos depone Juan de Salazar, Procurador del Real Convento de la Encarnacion de Madrid: que hallandoſe preñada de ſeis meſes ſu muger Maria Perez Zelada, le ſobrevino una terrible calentura, que iba repitiendo malicioſamente cada dia, exponiendo dos vidas al golpe de una guadaña: Llegò à ocupar los ſentìdos, y el pecho un fatal paraſiſmo, que ſorprendiò la voz por mucho rato, aunque dexò libre el campo mudo al entendimiento. Padecia dolor tan exceſsivo en el ſeno, que el Doctor Simon Rodriguez, y con èl otro Medico, aſſeguravan eſtar muerta la criatura, tanto antes de aver nacido. Vino à viſitarla Iſabèl de Morales, con quien anduvo tan prodigo de favores el Borja Santo. Exortala, à que hizieſſe un voto de hazerle una Novena dentro de ſu Caſa, poner un quadro en la Igleſia, y el caracter de ſu nombre à la criatura. Embiò por ſu Reliquia à la Caſa Profeſſa, y parece que traxo tambien aquel boſquexo toſco, donde fuè pinzèl mas culto un milagro. Luego que la enferma explicò por ſeñas ſu voto, y ſu afecto: luego que besò la Reliquia, y el Retrato, ſintiò que la criatura dava un buelco, aviſando de ſu vida, y al miſmo tiempo ſe deſatò de ſus priſiones la lengua, huyò la calentura, y à pocos dias ſe levantò de la cama: dando deſpues à luz una hija tan hermoſa, y tan robuſta, como la que vivia à influxos de una Omnipotente Providencia. Enmudecieron en aquel primer ſuceſſo Juan de Salazar ſu marido, Iſabèl de Morales, Don Franciſco Sanchez Ponze de Leon, el Medico; y la miſma enferma perdiò en la admiracion de eſte prodigio toda la voz, que cobrava con el milagro, haſta que ſe recobrò tambien de lo ſuſpenſo. Fol. 461.

*** *** *** ***
*** *** ***
*** ***
***

CAPI-

CAPITULO VII.

HAZE BORJA MILAGROSAMENte fecundo, deſpues de mucho tiempo, un Matrimonio, y dexandoſe eſcuchar ſenſiblemente del oìdo, ofrece al corazon mas noble, y mas devoto iluſtrar ſu Caſa, y ſu deſcendencia con un hijo. Diverſidad portentoſa de otras maravillas por ſus Reliquias, y Eſtampas: ſolicitando la veneracion, y la fé ſu ceniza, y calentando el alma ſolo con ſu memoria.

§. I.

SErìa meneſter, que fueſſe immortal, ò de diamante el brazo, para no caer ſobre el papel rendìdo, ſi huvieſſe de expreſſar uno à uno los portentos de el Borja Santo; y aſsi tomarà la pluma algun buelo, gyrando por el Proceſſo, y mordiendo ligeramente las hojas à cada milagro, de que pueda ſacar mas luz el exemplo. Don Rafaèl Alconchel, hombre de iluſtre cuna, fuè elegido de la Ciudad de Valencia, porque cumplimentaſſe al Duque de Gandìa en la Beatificacion del admirable Franciſco de Borja, que pobló de luminarias à Eſpaña, y de glorias al Reyno de Valencia. Deſeava mucho Doña Eufemia Miguèl ſu Eſpoſa tener un hijo varon, en quien ſe reclinaſſe el honor de ſu Caſa. Avia tenido una hija à los primeros años de caſada; mas avia doze, que ſe llorava infecunda. Y con la ocaſion de aver paſſado ſu Marido à Gandìa à tan feliz parabien veſtido de gloria, pidiò al Santo eſta merced con afectos encendìdos por toda el alma. Mandò un dia à una Donzella ſuya, llamada Vicenta Pelicano, que leyeſſe un poco en las virtudes del Divino Borja: y eſcuchando las hazañas de aquella iluſtre vida, que fuè tantas vezes inſtrumento de la Omnipotencia, ſe ſintiò impetuoſamente movida à llanto, que ſe precipitava ſin margenes por el roſtro: inflamado dulzemente el pecho en amor Divino: y entre aquel apacible ſoplo del Eſpìritu Santo, oyò diſtintamente la voz del Borja milagroſo, que la aſſegurava tendria preſto un hijo, porque deſeava pagar aquel obſequio, que Don Rafaèl executava en honor ſuyo. Quedò tan impreſſa eſta voz en el oìdo, y en el corazon el eco, que la regalava cada inſtante con aquel ſonìdo blando, como ſi perſeveraſſe la voz en el viento. Bolviò ſu Marido, y no pudo contener las lagrimas de gozo en la relacion de eſte ſuceſſo: que à los nueve meſes, viſpera de San Ignacio, alegrò ſu Noble Caſa, y la Ciudad de Valencia con un Niño de hermoſiſsimo roſtro, y verdaderamente hijo del Cielo. Celebraron deſde entonces todos los años fieſta à San Franciſco de Borja: y ſu devocion ſe fuè vinculando en aquella Caſa como feliz herencia, pudiendo contar entre ſus Mayorazgos à la dicha.

Hallavaſe doliente en Gandìa Juana de Burgos, muger de Girardo de Prados, ſin que ſe enxugaſſen ſus ojos, ni hallaſſe àzia donde bolver los penſamientos. Tenia tan hinchado el pecho izquierdo, que ocaſionava horror al Cirujano, y el dolor era tan agudo, que ſe baxava al corazon vezino en forma de rayo. Dixola una amiga, que ſe encomendaſſe al Divino Borja, que poco antes acabava de iluſtrar con un grande milagro aquella Ciudad ſuya: ofreciò ir nueve dias à la Igleſia de la Compañia à viſitar ſu Imagen milagroſa, y entre tanto le rogava: que no eſperaſſe à que el hierro ſe enſangrentaſſe en ſu flaqueza; ſino que ſe abrieſſe por sì miſmo, y con el peſo de dolor, el pecho. Al octavo dia paſsò ſu marido à llamar al Cirujano, que vinieſſe al duro ſacrificio: quedando aquel femenil corazon como eſtatua con alas en el ſeno oprimìdo del ſuſto: y apenas hallaria ſangre el cuchillo, ſino entraſſe à buſcar los eſpìritus haſta el corazon meſmo, donde ſe avia retirado. Porque eſtava tan doliente aquel ſitio, que ſolo al acercarſe el dedo ſe inquietava el corazon tremulo: teniendo un deſdichado no sè que honores de coſa ſagrada, que la ha de tocar ſolo el reſpeto. Paſsò aquella muger afligida à la Caſa de Eſperanza de Arnàu, vezina ſuya, y la comunicava ſu fatìga, implorando con el deſaliento de la voz el auxilio de Borja. Mas al reconocer las dos el pecho, que ſe deſtinava al cuchillo; ſe abriò de repente èl miſmo, ſin dolor alguno. Y porque ſe vieſſe à mas luz aquella inviſible Divina mano, no ſe abriò por el ſitio, que el mal avia enſeñoreado; ſino por el extremo opueſto, donde ni el color ſe avia turbado, ni avia ſentìdo aùn el eco del dolor, que ocupava el otro extremo. Y fuera de eſto ſe cerrò la herìda al punto, ſin que dexaſſe cicatriz, ò raſtro, como ſi la huvieſſe ungido con balſamo mas precioſo, y que no aguarda las perezas del tiempo. Magdalena Ferrèr ſobre una mortal calentura tenia una parotida monſtruoſa, en que la muerte iba ocupando mucho terreno à la vida. Deſahuciòla el Doctor Juan Urſellis, y Vicente

cente Miguèl Guijo: y diſponiendoſe la llama al ultimo paraſiſmo, llamaron al Padre Aguſtin de Palacios Jeſuita: que poniendo una Reliquia del Borja ſobre aquella doliente cabeza; ſe deshizo repentinamente la parotida, y aquella montaña ſe hallò vacia: ceſsò la calentura, y eſtuvo al dia tercero dando gracias à Borja en la Igleſia de la Compañia, aviendolas llovido por los ojos el alma.

Franciſco Soliva ſe llorò reducido à la cama año 1617. de un incurable mal de piedra en edad anciana: ſiendo tan inſufribles los dolores, que padecia, que peligrava con la vida tambien la paciencia en aquella cruel roca. Porque ſe añadia un fluxo continuado, y encendido, que no le concedia treguas al deſcanſo: y un tumor fiero, en que la muerte ſe iba obſtinando mucho. Diſpuſoſe al poſtrer gemido por orden del Doctor Franciſco Viñolas, inſigne Medico, de Juan Peynado, que era ſu Cirujano, y del Padre Gaſpar Garigas, que le confeſsò con grande conſuelo: hurtando todo el ſentimiento humano à los dolores del cuerpo, por paſſarle al eſpiritu, deſeando morir por los ojos, y derramar el alma eſcondida en llanto. Vino à Gandia por eſte tiempo el grande Arzobiſpo de Valencia à la informacion de la ſantidad, y milagros de Borja de orden de el Papa. Fueron à tomar el dicho à la muger del que yazia rendido à la violencia: y deſpues de aver ſalido el Notario, y la demàs gente, que entrò à ſu Caſa, preguntò à ſu muger el motivo de aquella viſita? Y aviendole reſpondido con ternura en la memoria de ſu Santo Duque de Gandia: refloreciò en aquel anciano pecho la eſperanza. Empezò ſu corazon à razonar amoroſamente con Borja: repreſentavale el Pais donde eſtava, terreno proprio al explendor de ſu Grandeza, y que por eſſo lo debia ſer tambien de ſu ſombra: que ſi algun Planeta, antes de fixarſe en el Cielo, huvieſſe ſido amaſſado en alguna Provincia del Mundo, deberia mirar àzia aquel ſitio con mas dulze aſpecto. Que la ocaſion de averſe entrado por aquella Caſa Juez, Teſtigos, y Notario, y ſus prodigios en el Proceſſo, eſtavan pidiendo un ſuceſſo milagroſo. Que ſu muger acabava de ſer teſtigo, y que èl deſeava lo meſmo; y que aſsi le dieſſe materia en un milagro. Paſsò toda la noche en eſte dulciſsimo tierno coloquio, ſin poder conciliar el ſueño, ſino un quarto de hora ſolo; en que ſe deſcuydaron el deſvèlo, y el tyrano, y le hurtò al deſaſſoſsiego. Sobre la mañana arrojò, ſin dolor alguno, una piedra tan grande como un huevo: hallò, que avia ceſſado el fluxo; y que la hinchazon avia deſaparecido: que guardava ſerenidad, y harmonia el pulſo, y que podia ſaltar del lecho: como lo executò con eſpanto de ſu entendimiento miſmo. Mas no quiſo deponer eſte milagro haſta el año ſiguiente de 18. en que reconocieſſe, que ſe continuava el prodigio: haziendo ſu teſtimonio intereſſado, pues retardava ſu dicho, haſta obligar al Borja à que hizieſſe cabal el portento: valiendoſe la fé de eſte groſsèro motivo por arder con grande llamarada todo aquel tiempo.

§. II.

EL Padre Luis Fernandez de la Compañia, que avia experimentado bien el poder de Borja, y el calor de ſu ceniza ſagrada, deſeò mucho tener Reliquia ſuya, y una firma: lo que conſiguiò deſpues de algunos dias de diligencia, con un retrato à la eſpalda. Y hallandoſe el año 1644. en Tolèdo una Novicia del Religioſiſsimo Convento de Recolètas Benitas de San Pedro con un recio dolor de coſtado, ſiendo cada dia mas furioſo el crecimiento: y añadiendoſe una lepra, que infamava todo el cuerpo; la llevò la Reliquia de Borja aquel grande Jeſuita, teſtigo de eſte milagro. Y apenas la aplicò confiadamente al pecho, y la besò el gemido, quando ſe transformò aquel roſtro, y todo aquel teatro: ſe dexò ver ſin lepra el ſemblante florido, ſin calentura el pulſo, y ſin dolor aquel lado, que penetrava un puñal agudo. Fuè tan admirable eſte ſuceſſo, que la Comunidad toda votò un Novenario: y quedò Borja eſcrito, ò retratado en cada noble lienzo à la eſpalda de un milagro. Sor Maria de Jeſvs, Religioſa de Santa Clara de Gandia, ſe viò morir de una fiebre malicioſa, que iba mordiendo la vida, introduciendo en las venas ſu mortal ponzoña, y deſtituida ya de eſperanza en la Tierra, pidiò una Reliquia de ſu Santo Duque de Gandia. No bien la llegava al pecho, quando ſe adelantaron la ſalud, y el milagro; pues dixo: ya eſtoy ſana del todo: y pudo dexar al punto ſu humilde lecho, y aſsiſtir aquel dia al Coro. Por la repeticion de tanto prodigio, ſe ſolicitavan con anſias las Reliquias del Santo, y no baſtaria à ſatisfacer los deſeos encendidos de tanto gran devoto, aunque huvieſſe dexado un monte de cenizas ſu cuerpo abraſado. La Real Caſa de Valdès pidiò à la Congregacion Provincial, que ſe avia juntado

tado en la Caſa Profeſſa de Toledo, año de 1645. alguna Reliquia inſigne del que fuè Cavallero treze de ſu victorioſo Inſtituto, y avia dexado pendiente la eſpada en el Templo de la honra: deſeando fabricarle una Capilla mageſtuoſamente labrada. Y de todas partes llegavan ruegos ſobre eſta materia: porque guardan los ſagrados hueſſos del Divino Borja no sè que influxos del Planèta, que habitò aquella Caſa, y quedò el Templo con los honores de la Deydad, que le vivia: exhalando olor, y luz la Urna, pues al ſalir el eſpìritu dexò al cuerpo en fragrancia lo que le quitava de vida.

En Madrid un hijo de Franciſco Perez de Granada cayò precipitado de una eſcalera, dilatandoſe en mas de veinte eſcalònes la ruìna, y abriendo tres dedos en una ceja, haſta profundar el caſco la herìda, la qual uniò con algunos puntos el Cirujano; y al dia tercero reconociò, que ſe iba pudriendo, que pedia larga curacion, y mucho cuydado. Sus Padres, herìdos en parte mas viva del ſentimiento, recurrieron al Borja, poniendo ſobre la herìda una eſtampa ſuya, que al inſtante deſterrò la palidèz de aquella innocente cara, derramando por ella mucha luz hermoſa, encendìda en purpura. Vino el Cirujano à la mañana, viò la herìda, y hallò el caſco cubierto milagroſamente con la tela delicada (aunque robuſta) de que le viſtiò la naturaleza; aviendole deſnudado el golpe de eſta veſtidura. Y depuſo, que no podia naturalmente averſe texido en tan breve tiempo, ſin que concurrieſſe una inviſible mano; y mas eſtando bañado en materias aquel ſitio. Y aunque no eſtava la herìda cerrada, no quiſo aplicarle otra medicìna, que la miſma eſtampa: y al dia ſiguiente la hallò cerrada del todo, ſin quedar raſtro del golpe fiero, ni aùn del milagro. Un Aprenſador del Rey Don Felipe Quarto tenia un hijo, à quien naciò en el codo un lobanillo tan hinchado, que iba ſorbiendo toda la ſubſtancia de aquel innocente cuerpo: no atreviendoſe à ſu curacion el Cirujano mas perìto; porque aviendo crecido tanto, tropezava en el mayor peligro qualquiera remedio. Ofrecieronle ſus Padres al milagroſo Borja: pidieron al Padre Leon Ximenez ſu Reliquia; y al tacto de ella ſe iba deshaziendo la hinchazon monſtruoſa, retirandoſe con fuga apreſurada, al paſſo que ſe intimava mas con el codo la Reliquia: eſpectaculo digno de la admiracion toda, y que raſgava en exclamaciones la viſta, porque atendieſſe mas abiertamente eſte ſenſible prodigio del Divino Borja, quedando ſolo en aquel ſitio una mancha denegrìda del tamaño de una lentèja, que ſirvieſſe de recuerdo à la memoria, y de inſcripcion al ſuceſſo milagroſo, que obrò en aquel brazo tierno la poderoſa dieſtra. Hallavaſe moribunda al miſmo tiempo Doña Mariana Varòn, Madre de aquel dichoſo Niño, de un fluxo de ſangre tan violento, que ni pudo reſtañarle el ſuſto de que recibieſſe el Viatico, y la Extrema-Uncion luego: ni poco deſpues el gozo de ver de repente ſano à ſu hijo. Cuyo exemplar milagroſo inflamò ſu pecho: pidiò la ceniza de Franciſco: y rogava, que le dieſſen en un papel parte de aquel polvo ſagrado, que avia ſido deſpojo amante del fuego. Y al punto ſe comiò la ceniza ſanta, procurando, que no la obſervaſſe la atencion mas curioſa; y en aquel bocado comiò ſu dicha, porque ſe reſtañò la ſangre deſde aquella hora, y el rio, que la deſangrava ſe contuvo en ſu margen antigua, quebrando ſu ſobervia en las cenizas del Borja, quando parecia tan impoſſible à la Medicìna, como detenerle al mar bermejo ſu corriente hinchada.

Año 1610. en la meſma Coronada Villa, ſalteò un violento dolor de coſtado à una Dama de la Princeſa de Eſquilache Doña Ana de Borja (Caſa favorecida de ſu Santo Abuelo con glorioſa tema, porfiando eſta vez la dicha.) Llamavaſe la enferma Doña Inès Hurtado de Mendoza: viſitavala el inſigne Doctor Juan Gomez, Medico de Camara, que deſeſperò de ſu vida, ſiguiendo el miſmo triſte dictàmen los demàs, que avian concurrido à la Junta. Paſſaron los Principes à ſu Poſada con los Condes de Ficallo, y de Villa-Nueva, que ſe hallaron en Caſa, quando ſe diò eſta noticia. Y el Principe Don Franciſco de Borja, encaminandoſe por el Oratorio, traxo una Reliquia, que era un hueſſo mal conſumìdo de la llama; y en alta voz dixo: Señores Condes, ſean teſtigos de eſte milagro, que ha de obrar ſin duda mi Santo Abuelo Franciſco de Borja: aplicòla al coſtado de la enferma, que al punto embolviò un ay en un grito, y luego repitiò con otro, dando ſus ultimas llamaradas el dolor fugitivo al dexar violentamente el campo. Recobròſe luego, y bolviò à dezir con apacible roſtro: el Santo Franciſco de Borja me ha ſanado, y ya eſtoy libre del mal, y del ſuſto: dexenme veſtir, y regar con mis lagrimas el Oratorio, donde ſe ha de labrar un nicho al agradecimiento. Sucediò aſsi, con mucha admiracion de

tanto

tanto Noble teſtigo, que introduxo en Palacio no poca parte del aſſombro en eſte ſuceſſo. Deſpues de algunos meſes, en la miſma Caſa padeciò un cruèl rebato al corazon Doña Catalìna Laſo, Dama tambien de la Princeſa, que le trabò la lengua; la razon quedò mal herìda, y todos los ſentìdos, al ver caſi difunto à ſu dueño, padecieron mortal deliquio. Eſtuvo veinte y ocho horas convertìda en tronco, aunque tal vez reſpirava el entendimiento, y eſcrivìa en las cortèzas del tronco mudo algun penſamiento laſtimoſo. Confeſsòſe por ſeñas aquel eſpìritu, à quien el mal tyrano embargò haſta las lagrimas en el pecho. Y en una breve pauſa, en que la tyranìa ſe deſcuydò con la memoria, ſe recordò el milagro de ſu Compañera, pidiò por ſeñas la Reliquia, y llegando con ella à la garganta, ſe deſatò la lengua, que en Dulce Jesvs cobrò ſu libertad perdìda. Y luego paſsò al corazon deſde la boca, arrojando de aquel alcazar al enemigo, que lo aſſolava todo, y avia hecho las dos alas del corazon priſioneras en un aſſalto.

§. III.

AQuel ſabio Maeſtro, y deſpues zeloſo Prelado el Iluſtriſsimo Fray Gabrièl Adarzo, teſtifica en el ultimo Proceſſo, que viſitò en la Corte à un hombre moribundo, à quien esforzava con toda la razon de la eloquencia al ultimo peligro, y muda en antorcha la lengua, alumbrava à ſu ocaſo. Que aviendo encontrado en la eſcalera al Doctor Royo, le aſſegurò, que eſtava totalmente deplorado, y que le quedavan bien taſſadas las reſpiraciones de vivo: que bolviò deſpues de dos dias, y le hallò no ſolo fuera de rieſgo, ſino convalecìdo. Admiròſe tanto, como ſi tropezaſſe un cadaver con movimiento: preguntòle la cauſa de aquella ſalud improviſa? Y le reſpondiò aver ſido San Franciſco de Borja, cuya eſtampa le tràxo un Jeſuìta, que le confeſſava. El año de 1629. Andrès Alonſo, Guardamangèl de ſu Mageſtad, viò una hermoſa Niña, hija ſuya, llamada Catalìna, flor innocente en edad muy tierna, à gran peligro de rendir el alma con una fiebre venenoſa, y una parotida, que ocupò la garganta, cerrando ſus conductos de nieve la reſpiracion encendìda. Buſcò una firma de San Franciſco de Borja, que al fin recabò del Padre Marcos Lopez Jeſuìta: y al tocar la garganta ſe deſvaneciò la parotida, y ſe convirtiò en humo el fuego de la calentura: de ſuerte, que la quitaron la venda, y la pudieron ſacar luego de la cama, reſonando la voz de milagro por la Caſa toda, y ocupando la calle con el eſtruendo, y la novedad la fama. Quedaronſe algunos dias con la Reliquia: y deſpues de dos, ò tres noches, teniendo Doña Maria de Rozas ſu Madre inflamado un dedo de la mano dieſtra, ſiendo tan vivos los rayos, que el dolor eſparcìa, que mudavan en duro potro las horas del ſoſſiego, mandò traer la firma del Santo; y aplicandola al dedo, rebentò al punto, llenando una eſcudilla de ſangre, y de veneno, con nuevo aſſombro de aquella piadoſa muger, y de ſu marido. Durmiò lo que reſtava de la noche con agradable ſueño, y à la mañana hallò el dedo cerrado, bien colorìdo, y en igual proporcion, que el otro: reconociendo el Dedo de Dios, y el del Borja Santo en la repentina curacion del ſuyo. Encendieron eſtos ſuceſſos mucho fuego de amor, y ternura en todos los corazones de aquella Caſa, que iban palpitando à merced de Borja, y ninguno huvo tan desfavorecido, que en alguna ala no le debieſſe à lo menos una pluma.

Dos hijos ſuyos confieſſan deber tan repetidos favores al Santo, que ſe pierde entre la muchedumbre el numero. El mayor, que ſe llamava el Licenciado Don Juan Alonſo, Colegial del Rey en Alcalà, cuya vida era exemplo, y la razon eſtudio, ſe hallò fatigado de una recia calentura el dia nueve de Enero, año 1631. con grandes accidentes, y fatal aparato, perſuadìdo à que ſe encaminava arrebatadamente al ſepulcro, ſegun eſcrive en una Carta llena de aſſombro, y de dulciſsimo afecto. Iba creciendo la llama de la calentura haſta formar una hoguera, de que ſolo eſcapò la confianza, eſtendiendo ſus alas àzia Borja. Apenas ſonò eſte nombre divino en ſu lengua, quando amansò la furia, calmò la tormenta, que el elemento del fuego encendia, y ſe viò la region de la ſerenidad ſobre aquella doliente cabeza. Eſcriviò à ſus Padres, que paſſaſſen luego à la Capilla de ſu amado Borja, y mandaſſen dezir una Miſſa ante aquella Urna, que ateſorava tantas vidas entre ceniza helada. A la hija mayor, que ſe llamò Doña Franciſca, le naciò el año de treinta una grande berruga en la mexilla, que afeava torpemente el roſtro, cubriendoſe aquel corazon femenil de luto, ſiempre que conſultaſſe el eſpejo. Porque peligra comunmente en eſte eſcollo aùn la piedad, y la virtud de aquel ſexo delicado, que cuenta la hermoſura entre los dones del Cielo. Y no pudiendo ſufrir

quel

aquel borron inchado, y negro, que ajaba ſus bellas proporciones al roſtro (queriendo parecerſe al Paraìſo con un pecado) le arrancò con igual violencia, que ſecreto, haziendo tan horrible deſtrozo en el carrillo, que lo que antes era monte, paſsò à ſer foſſo profundo, y ſe llenò de tantas materias aquel pantano, que era meneſter mucho tiento, y cuydado prolixo, ſobre aver de quedar monſtruoſamente deforme el ſemblante: caſtigando aſsi provido el Cielo aquella femenil paſsion, que transforma una muger en Narciſo. Rogaba à ſu Confeſſor el P. Lopez le dieſſe la firma de ſu glorioſo Borja: y ardiendo deſde el pecho haſta el roſtro la confianza, ſe la aplicò à la mexilla: que al inſtante ſe rompiò en arroyos de ſangre fieramente negra. Y lo que fuè mas admirable en eſta hazaña, ſe cerrò al punto aquella herida, no ſolo ſin que dexaſſe ſeñal alguna, ſino tambien ſolidando aquel vacìo la divina mano del Borja haſta la ſimetria mas perfecta de la hermoſura: de ſuerte que añadiò el milagro muchos grados de perfeccion à la que antes florecia; pero quedando tanto mas devota, deſpues que ſe reſtituyò con uſura al Paraìſo ſu inocencia.

Son tambien repetidos los milagros ſanando de quebraduras à muchos Niños: y aun ſe dize aver ofrecido à algunos de ſus nietos por una linea, que no padecerian eſta ruìna, à que vive tan expueſta la edad tierna. El Conde de Grajál, que muriò Virrey de Navarra en la edad mas florida (dexando ſu fama bien eſmaltada en honra) padeciò algun amago deſte achaque ſiendo muy Niño: y el Conde ſu Padre no permitiò ſe hizieſſe otro remedio, que la invocacion de ſu Santo Biſabuelo, cuya profecìa penſaba que huvieſſe comprehendido ſu noble Caſa: y ſaliò ſu fé victorioſa. Lo miſmo experimentò, teniendo ſolos dos años, Don Franciſco de Menchaca (que oy iluſtra la ropa de la Compañia con el eſplendor de ſu cuna, con los exemplos de ſu vida, y con los talentos, de que le enriqueciò la naturaleza.) Pero falta una maravilla del divino Borja en otra materia à donde ſe vè preciſada à volar la pluma. Porque ſe eſtendiò ſu influxo, como el del Sol, à todas las eſpecies, que hermoſean el Univerſo, al aliento humano, à la vida de las flores en el jardin culto, y à los bellos deſpojos del Occeano. Bruno Soriano diò à guardar unas joyas de grande precio à Marcela Maro, que la cerrò en una caxa, y eſtà en un cofrecillo. Quiſo deſpues de algun tiempo reconocer el teſoro; y hallò el cofre tan vacìo, como ſucede à la eſperanza de un deſdichado, y al ſepulcro en un avariento: pues aunque eſtaba la caxa en el miſmo ſitio, no guardaba joya alguna de quantas en ella depoſitò el cuydado, y cerrò la llave de oro. Bolvia à reconocer aquel pequeño theatro, donde no era capàz de perderſe un diamante por eſcondido: pues aun quando le huvieſſe derramado por el ſuelo del arca ſe deſcubriria à sì miſmo por el reſplandor, que quiere guardar en el ſeno, y ſe ſale à publicar deſde el fondo (que es lo que ſucede al delito.)

Eran muchas las lagrimas, que turbaban aquel roſtro, perdiendo entre las joyas el conſuelo, la prudencia, y el tino. Diò cuenta de ſu deſdicha à Dorotea Paìs, y à Doña Maria Sanz, que aviendo reconocido innumerables vezes la arca, y la caxa pequeña, que era corazon de la otra; la dixeron, que no dudaſſe, que le encontraria en San Franciſco de Borja, ſi llevaſſe dentro de ſu ſeno otra joya mas brillante en la confianza; porque ſus milagros ocupavan las admiraciones de dos mundos. Que paſſaſſe luego à viſitar aquella oloroſa arca, en que ſe guardaba ſu ceniza, dando principio à una Novena: que ſin duda hallaria lo que buſcaba. Si en termino de veinte y quatro horas parecen, dixo Marcela, yo las recibirè como dòn milagroſo del grande Borja, y me ofrezco à ſer eſclava ſuya marcada precioſamente con diamantes en la diviſa. Empezò ſu Novena, y antes de fenecerſe aquel primero dia, ſe hallò con impulſos de regiſtrar la caxa, que tantas vezes hallò vacìa: y paſſando à reconocerla viò ſus joyas dentro de la miſma caxa: añadiendoſe entre los diamantes, y las eſmeraldas finas toda la eſperanza de ſu fortuna, que pendia de aquella reſplandeciente mina. Cerrarà eſte Capitulo el teſtimonio de el Marquès de Colares Conde de Caſtañeyra, que depone el ultimo Proceſſo averſe ſacado el Cadaver abraſado de Franciſco en Proceſſion por la Villa de Madrid, por conſeguir del Cielo, que fecundaſſe con ſu lluvia el campo, que eſtaba quexoſo, y marchito. Y apenas bolviò el Borja ſu aſpecto, quando reverdeciò la eſperanza, y el campo, y ſe enterneciò el Cielo todo: ſiendo los ojos de Franciſco inſignes medianeros, y conductos para que el Cielo llueba ſobre el mundo, deſpues que ſupieron llorar tanto.

***

CAPITULO VIII.

PORTENTOSA IMAGEN DE Borja en el nuevo Reyno de Granada, que abre la mano milagroſamente en la Pintura à recibir un obſequio, que ſe le hazia; y buelve à cerrarla à viſta de una muchedumbre immenſa. Muda colores ſu roſtro, y ſe embuelve en ſudor, y en llanto, prediciendo las fatalidades de aquel Reyno, y las que padecia en la Corte de Eſpaña la Caſa Profeſſa al traſladar ſu ardiente ceniza al ſitio, que oy ocupa. Sana dos ciegos, dos ſordos, muchos tullidos, y otros enfermos en aquella Provincia con lienzos, que mojavan en el ſudor de Borja: à quien hazian voto de guardar ſu fieſta. Soſſiega los temblores pavoroſos en Santa Fè, Napoles, y en todo el nuevo Reyno de Granada.

§. I.

ESte fuè el mas ruìdoſo inſtrumento, que fraguò la Omnipotencia para acreditar de milagroſo à Borja: de aquel pavoroſo eſtruendo con que ſe ſorbiò montañas inacceſsibles la tierra; y con que el terremoto enſordecia las Ciudades, y Provincias de la nueva Granada, hizo bronze la Providencia, donde cupieſſe immenſo aliento, que aclamaſſe la ſantidad, y el poder de Franciſco de Borja, rompiendoſe el clarin en la violencia. La hiſtoria, que và à deſcribir la pluma, ſe autenticò diverſas vezes por el Arzobiſpo de Santa Fè, y otros Prelados del nuevo Reyno de Granada: y llegò à formar mucho eco en la admiracion de Roma, y de Urbano Octavo, que ocupaba la Santa Silla. Un Jeſuìta iluſtre devoto del divino Borja, mandò hazer un Retrato ſuyo lleno de alma, y de viveza: hallando bien acaſo un pincèl de mucha valentìa, y que ſupo hazer reſpirar à una tabla con mas ſimilitud, que Deucalion una piedra: y paſsò al lienzo todo lo que penſaba la idèa, y lo que concibiò la eſperanza. Caminaba eſte ardiente Jeſuìta de Pueblo en Pueblo ſembrando razon por aquella fecunda campaña; y perdiò en el Retrato de Borja la mas noble, y mas dulce prenda: y antes eligiria aquel amante corazon perder una ala (que de eſtos acaſos texe la Providencia divina ſu dorada tela.) Hallòla la fortuna en un Indio, que ſe le vendiò à D. Sebaſtiàn de Moxica Buytron, en quien ſe competian la piedad de Chriſtiano, y el honor de Cavallero, que iluſtraba ſus venas, y ſu apellido. Avia labrada una hermoſa Capilla en el termino de la Ciudad de Tunja, en los apoſentos que tenia en el Chitagoto: y eſtimaba aora la ocaſion de comprar aquel vivo retrato, con que adornar entre otras pinturas las paredes de ſu noble Templo. El año de 1627. à ſeis de Mayo, en que hazia eſte Cavallero fieſta à San Juan Evangeliſta, porque libraſſe los campos de la langoſta, que cubria funeſtamente la campaña: obſcureciendo el dia, royendo ſu fecundidad à la tierra, y talando ſu gloria. Embiò tres hijos ſuyos, y un Mayordomo à que viſtieſſen el Templo: y hermoſeaſſen el Altar con el adorno. Eſtaban devotamente ocupados en eſta tarèa, quando Don Luìs Moxica (que era el de mas tierna edad, y de grande inocencia) obſervò que la Imagen del Grande Borja lloraba agonìa, y embuelta en ſudor la pintura, expreſſaba con rara viveza un cuerpo, que con fatal deliquio deſtilaba la vida.

Saltò con fuga arrebatada, quebrando las vozes en el ſuſto, y en la priſa, à dàr quenta à ſu Padre, que eſtaba en el patio de la caſa: el qual lleno de aſſombro ſe acercò à reconocer la pintura, y viò la que baſtava à dexar toda la razon ſuſpenſa. Porque tenia la frente, las mexillas, las manos, y la ropa bañados en menudas gotas de agua, como ſi le huvieſſen ſalpicado, en aljofar la piedad, y la induſtria. El Crucifixo que apretaba en la mano tambien ſe hallava embuelto en aquel ſudor frio, amagando à eſpirar ſegunda vez en aquel lienzo, derramava por los ojos una gota, que paſſava à ſer lagrima, ſiendo por eſſo mas caudaloſa: y por la mano ſinieſtra à raìz de el clavo avia otro arroyuelo dividido en quatro mas crecidas gotas de ſuſto, que corrian à peſar de el yelo: y ſi bermejeaſſen un poco, pareceria freſcamente crucificado, y que tomava ſenſibilidad en la pintura por bolver à padecer en ella. Tambien obſervò otra gota con mas caudal del agua, que deſde la frente de Borja corria apreſurada por la nariz à morir en la boca: y otra por el pecho, que dexando à la orilla el corazon de el Santo, caminaba àzia el lado derecho torciendo el curſo. Y mojando en eſta ultima el dedo, bañò los ojos, mientras empezaba à bañarlos el llanto. Mas advirtiò, que al punto ſalia otra gota por el miſmo ſitio, como ſi tuvieſſe origen indeficiente en el ſeno, brotando fugitivo ſudor el

arro-

arroyo. Mandò, que ſe encendieſſen hachas por el Templo, que hizieſſe ſeñal la campana, llamando à novedad al Pueblo todo. Embiò dos criados, que aviſaſſen à Fray Pedro Zavaleta, iluſtre hijo de la Religion Serafica, Cura de el Pueblo de Sativa, y de aquella yà milagroſa Capilla. Vino con ſuma preſteza, y al fixar la viſta en la Imagen del portentoſo Borja, bolviò à derribarle, flaqueando los eſpiritus en la turbacion, y en los agueros de la tormenta: pues la frente del Cielo ſe anublaba, llorando preſagios triſtes cada eſtrella. Reſolviòſe à enjugar el ſudor de el lienzo, por ſi pudieſſe deſcubrir el cuydado algun origen eſcondido. Apenas enjugò apretadamente el lienzo con otro, quando aquella vena perenne, que tenia ſu fuente en un milagro, bolviò à brotar arroyos menudos, que cruzaban animoſamente aquel cuerpo, que en todo pareciò vivo, y moſtraba hallarſe con el corazon trabajado; cuya opreſsion le obligaba à llorar por todo el cuerpo, no ſiendo los ojos baſtante conducto. Bolviò ſegunda vez à ſecar el rio, y à cegar tanto arroyo: mas ſurtìa la vena deſde el pecho, rompiendoſe en olas fatidicas, que ſignifican laſtima, horror, y ſuſto: y era mas facil agotar aquel famoſo inchado rio, que preſumiendo igualdades con el Occeano todo, ſe atreve à competirle lo immenſo por aquel nuevo Reyno dilatado.

Paſsò à dezir Miſſa el Padre Zavaleta, pidiendo al Cielo mas ſignificacion, y mas luz en tan inſigne maravilla, y acabada enjugò tercera vez la pintura, y cerrando la Capilla, ſe llevò las llaves à ſu caſa, por dàr tiempo à que ſe ſerenaſſe la tormenta, que padecia la copia, la que con la novedad, y el ſuſto padecia el alma. Al ſalir por la puerta, y doblar la llave con la mano temeroſa, ſe acercò un Mulato de Don Sebaſtiàn de Moxica, y aſſeguraba, que el Domingo antes avia obſervado aquel ſudor frio en la Imagen del Divino Borja, mas que ſe avia perſuadido à que le huvieſſe ſalpicado el agua bendita al eſparcirla por la Igleſia: y que ſi bien el corazon queria dezirle algo mas al pecho, èl ſe moſtraba ſordo, divirtiendo el oìdo con un engaño. Entre nueve y diez de la noche bolvieron à la Igleſia Don Sebaſtiàn de Moxica, y Fray Pedro de Zavaleta: y hallaron nadante en agua el retrato de Borja, y el roſtro bañado en triſteza. Y por ſi en la pared huvieſſe alguna vena oculta, le arrancaron de ella: y hallaron la eſpalda, y el marco cubierto de polvo, y que tenia la ſequedad caliente el nincho. Con que yà no pudo dudarſe, que el ſudor, y el llanto tenian ſu cuna en el corazon doliente de aquel ſenſitivo lienzo. Con todo, por hazer las ultimas experiencias, que ſondaſſen ſus fondos al milagro, le colocaron al medio del Altar miſmo arrimado à las palabras de la Conſagracion. (que era el ſitio mas oportuno) Y deſpues de aver enjugado quarta vez el roſtro, y el cuerpo todo, cerrò la Igleſia, no fiando la llave à otro alguno. A la mañana paſſaron à la Capilla, y ſe viò repetidamente milagroſa, inundado el retrato en ternura, y el ſemblante en mar alta: perſeverando por eſpacio de veinte y dos, ò veinte y quatro dias eſta maravilla, y concurriendo en tropèl los pueblos de aquella comarca à beber milagros con la viſta. Apenas ſe acercaba alguno, quando ſe le comunicaba algun ſudor elado en el ſuceſſo, y en el paſmo, y no menos en las prediciones de un fatàl anuncio. Porque cada dia ſe dexaba vèr mas triſtemente laſtimado el roſtro, en ademàn de quien padece callada la ultima ruìna de la naturaleza con expreſſion melancolicamente facunda: pues eſte doliente afecto ſolo fuè el que ſaliò à la orilla eſguazando lagrimas, y olas en la pintura.

§. II.

MAs veis aqui, que aquella Imagen viva, en quien los colores mentirian copia, y la deſmintieron los ſentimientos de humana, empezò à ſudar tantas maravillas como gotas. Concurriò entre la multitud de aquel diſtrito Don Martin de Verganzo, Corregidor del Partido de Duytama: y deſpues de aver adorado con profunda reverencia la Imagen milagroſa: deſpues de derretirſe en lagrimas de ternura el amor, y la confianza: le ofreciò al Borja, à viſta de la muchedumbre, que ocupaba ſilencioſamente la Igleſia, una informacion de los milagros que avia obrado la pintura deſde la hora, que empezò à moſtrarſe igualmente humana, que divina: y avia remitido el original al Arzobiſpo de Santa Fè, por dexar autorizada la evidencia à la fama poſthuma. Mirò Borja eſte obſequio agradecido, con blando aſpecto, diſpenſando por un rato el afecto doloroſo, que arrugaba ſu frente al ceño mal enjuto. Y abriendo la mano, que empuñaba el Crucifixo, à viſta del Pueblo todo, y de el

Padre Fray Adriano de Ribera, ſabio hijo del Serafin ſangriento, en ademàn de quien recibia con agrado aquel reverente voto; bolviò à cerrarla en el Crucifixo, y en el lienzo. Mientras eſtaba atonito el concurſo al vèr con movimiento aquella divina mano: paſſandoſe todo lo ſenſitivo del concurſo al lienzo; y toda la ſenſibilidad de la pintura al concurſo. De eſte ademàn prodigioſo paſsò al ſegundo, no menos digno de que le eſcuche el aſſombro: porque empezò à mudar colores ſenſiblemente aquel ſemblante fatigado: yà moſtraba en la palidèz al ſuſto: yà en lo obſcuro algun preſagio negro: yà en lo encendido algun enojo, ò algun terrible acaſo. Y un aſſombro, que tiene la pintura en una mexilla, añadiò horror anochecido à la cara, paſſando à ſer denſamente tiniebla. Que todos eran afectos de quien padecia lo que fatalmente pronoſticaba: vivo retrato de un hombre moribundo, pues parecia que allà en lo mas hondo de el pecho boqueaba el corazon mortalmente herido: y que ſudaba ſangre la fantaſia en el lienzo, porque ſe le repreſentaba con eloquente viveza algun formidable eſtrago en un monte ſobervio. Valiente pincèl ſin duda el que ſupo introducir tan noble fantaſia en una tabla.

Apenas corriò por aquella viviente pintura lagrima, ò gota, que no fueſſe predicion de una laſtima: ſiendo ſus ojos humedecidos aquellas fuentes, que traen en el color de ſus aguas los preſagios de los tiempos. Empezaron los temblores de la tierra à ſacudir las montañas una à una, y à eſtremecerſe toda la maquina hermoſa de la naturaleza, mudandoſe los montes, y las caſas en arboles flexibles, que juntaban las ramas, y las copas. Y fueron tantas las calamidades, que el gran Jupiter lloviò ſobre aquella Provincia, que ſolo la interceſsion de el que avia aviſado con la profecìa muda, pudo templar la ira interponiendo el brazo entre el cuello, y la eſpada: ſiendo aquel divino roſtro, antes turbado, Iris deſpues à la ſerenidad del diluvio. Al miſmo tiempo eſtaba padeciendo el Cadaver Santo de Borja horrible perſecucion en la Corte de Eſpaña, por la mutacion, que hizo la Caſa Profeſſa deſde la Calle del Prado, al ſitio que oy ocupa. Y fuè en los miſmos dias, que eſtaba ſudando dolor, y triſtiſsima agonìa el pintado cuerpo de Borja: pues fuè eſta tranſlacion ſegunda à nueve de Mayo de el año de 1627. tres dias deſpues que la Imagen diò principio à ſu ſentimiento: y en aquellos tres dias fuè mas cruel batalla, que trabò la embidia con los hueſſos de Borja; pues no pudiendo roer la veneracion à ſu ceniza, empleaba ſu diente la calumnia en quien le trasladaba. Y el milagroſo cadaver quiſo eſtàr mudo mientras ſe quexaba allà deſangrado el lienzo en clima tan remoto del agravio, por no deſautorizar en ſus hijos el ſufrimiento, ò porque no aprendieſſe quizà lo viviente de lo difunto. Era Governador, y Capitàn General del nuevo Reyno de Granada, y Preſidente en Santa Fè de la Real Audiencia D. Juan de Borja, Nieto iluſtre del original, que lloraba en la pintura: aviſandole el corazon con repetidos funeſtos golpes àzia la parte del alma, dixo con aliento preſago: Plegue à Dios no ſude el Abuelo en eſſe retrato prodigioſo lo que ha de padecer el Nieto! Previnoſe mucho, viendo que lloraba horror el Cielo: y dentro de veinte dias cayò repentinamente difunto aquel cadaver bien diſpueſto, y ſaliò el eſpiritu à vèr el original de aquel milagro. Eſte infauſto ſuceſſo tocò al arma à cada pueblo, y à cada individuo, porque ſe diſpuſieſſen al mas terrible duro acaſo: vaticinando haſta el mas torpe entendimiento, que era ominoſo, quanto aquel ſemblante en veinte y quatro dias eſtaba padeciendo: y para ſer felicidad, era mucho lo que duraba; pues aun en pronoſtico tiene viſlumbres de relampago una dicha.

Mas no fuè todo deſgracia, tambien mezclò ſus gotas la ventura entre las corrientes fatales de la amenaza. Porque fueron eſtupendos los milagros, que empezò à obrar aquella pintura, que como ſupo bien lo que era pena, ſecompadeciò de los que ſe hallaſſen en qualquier fatiga: y aſsi deſpoblò de males, y de infelicidades aquella Comarca. Una hija de D. Sebaſtiàn Moxica, que ſe llamò Doña Sebaſtiana, ſobre eſtàr en grande peligro de la vida, tenia ocupada la cabeza de un paſmo tan doloroſo, que no hallaba comparacion, ſino en el Infierno. Aplicaron à ſu frente un lienzo mojado en el ſudor milagroſo, y parecia aver bebido aquel nectar, que en la fabula alimentò las Deydades del Cielo: porque de repente calmò el dolor todo, y el peligro con aquel vital delicado jugo, que exprimiò el Cielo: y pudo ſalir de la cama à ſer teſtigo del milagro, y à reconocer el origen de ſu ſalud en aquel lienzo. Supo eſte repentino caſo Ana de Oquendo, muger de un criado de D. Sebaſtiàn de Moxica, que avia muchos años eſtaba en la cama de el todo impedida, muriendoſe

à

à pedazos el cuerpo, de donde ſe deſpedia lentamente el eſpiritu, porque no agonizaſſe de una vez todo: añadiendoſe tambien prolixos dolores de cabeza, que querian abollar, ò romper el caſco, ſin otra arma, que ſu reſiſtencia miſma. Mojaronla en el ſudor de la pintura, y hallò que ſe avia bañado en las corrientes del Jordàn ſu vida: pues renovada, y con juventud animoſa ſe encaminò ſin arrimo alguno à la Capilla à buſcar otra eſpecie mas feliz de paſmo à ſu corazon, y à ſu cabeza. Deſpues de algunos dias padeciò eſta muger devota una ſordera tan obſtinada, que ſe mudò en roca la oreja, y no percibia otro ſonido, que el que formaba el ay dentro de ſu pecho, que es voz ſin ruìdo. Buſcò el ſudor precioſo, que en la fragrancia vencia al que deſtila aquel Arbol Sabèo: y en la ſalud, que pegava, ſe parecia al humor de el tronco de el Paraìſo. Y en el miſmo punto cobrò aquel ſentido delicado, ſiendo eſta vez la Fè conducto del oìdo. Lo miſmo ſucediò con otro ſordo, haziendoſe cadena de uno en otro milagro: y ſiendo cada uno voz, à quien reſpondia el eco en otro prodigio. Porque fueron innumerables los dolientes, que hallaron la ſalud repentina, y milagroſa en las lagrimas, que ſudaba aquel retrato: de ſuerte, que pudo ſer eſponja la ſalud de aquel ſudor, ſiendo immenſo. Reſtituyò tambien à dos ciegos la viſta, y la luz hermoſa: el uno era criado de Don Sebaſtiàn de Moxica, llamado Juan Gomez, que apenas diſtinguia otro objeto, que ſu ceguedad meſma. El ſegundo ſe llamaba Antonio Horoſco: y aunque no eſtaba enteramente ciego, ſe trabucavan tanto los objetos en aquel doliente flaco ſentido, que dando à vezes à los atomos bulto, ſe le negaba à un monte ſobervio: cada hombre ſe le repreſentaba un tronco con movimiento, hallandoſe la luz, ò la viſta en aquel crepuſculo dudoſo, que inclina mas àzia el ocaſo negro. Eran fuertes los dolores, que padecia al eſpirar aquel ſentido moribundo, pues haſta el mas apacible rayo de una luz blanda, que pudiera ſer liſonja de la viſta, ſe la fatigaba, y la heria, flaqueando los ojos con el miſmo alimento, que los conſerva. Luego que aplicò à ſus ojos las lagrimas de los de Borja, llorò ſu enfermedad meſma, y viò un milagro en cada objeto, que diſtinguia.

* * *

§. III.

Hizieronſe otros Proceſſos, hallando nueva materia por inſtantes en nuevos prodigios, cuyo torrente ſe iba deſangrando en arroyos, y quedaba ſiempre caudal inagotable al recurſo de los deſdichados. Remitieronſe al Iluſtriſsimo Don Julian de Cortazar, Arzobiſpo de Santa Fè, que quiſo proceder en eſta cauſa con todo el examen de aquella piedra, donde ſuenan los quilates del metal verdadero, que ſe dà à la fama, y à la hiſtoria. Juntò à los Prevendados de ſu Igleſia, al Proviſor, y Vicario General ſuyo en aquel Arzobiſpado, al Prior de Santo Domingo, al Guardiàn de San Franciſco, al Prior de San Aguſtin, al Rector de nueſtro Colegio, y al Provincial de la Compañia, que ſe hallò en aquella Ciudad de paſſo, y deſpues de examinar con la luz del Cielo, con el diſcurſo, y con toda la atencion del oìdo las circunſtancias de aquel portento, ò compendio de muchos en uno, le declararon por milagroſo, y ſobre toda razon del poder humano. Paſſaron luego el Arzobiſpo, el Cabildo, el Preſidente, los Tribunales, la Ciudad, y la aclamacion del Pueblo à elegir con publico voto al Borja divino por Patron de aquel Reyno dilatado, obligandoſe à guardar ſu Fieſta como las de precepto: y que el dia miſmo del Santo ſe huvieſſe de ſalir con Proceſsion General, encaminada à nueſtro Colegio, donde guarda precioſamente la veneracion un bonete de Franciſco, y cada dia le experimentan los infelices milagroſo. El miſmo voto hizo la Ciudad de Popayan, y las principales de aquel Reyno à deſpecho de la eſterilidad de el Campo, y de los temblores à que vive tragicamente expueſto aquel Clima de las eſmeraldas, y del oro mas ſubido; pues ſe puſieron en fuga innumerables vezes una, y otra deſdicha à influxos de Borja. Eſcrivieron juntamente al Papa Urbano Octavo con diſtinta relacion de eſte ſuceſſo, pidiendo ſu Canonizacion con ardiente voto. Mas porque no avian concurrido à votar la Fieſta algunas Ciudades de aquella Provincia, repitiò el año 1641. aquel temblor fiero, en que los edificios tropezaban uno con otro, y los corazones tanto mas tremulos dentro del pecho, eſtaban caſi immobles con el ſuſto. Acudieron todos en Santa Fè à la Igleſia de ſu Patron Divino, guareciendoſe à la ſombra de un milagro: renovando

ſolemnemente el voto los Tribunales, el Cabildo, la Ciudad, y el Pueblo: y con admiracion de aquel nuevo mundo ceſſó ſubitamente el terremoto, no ſolo en aquella Ciudad, Cabeza del Reyno, ſino en todo el diſtrito, que eſtuvieſſe poblado; al miſmo tiempo, que en los paramos, y montes de aquel partido ſonaba eſpantoſamente el furor del Cielo, y eſtremeciendoſe con indignacion la tierra, arrojò el peſo de un monte de ſu eſpalda.

Algunos Pueblos de los que no reverenciaban con el voto, y el culto de Patron al Santo, padecieron horrible deſtroza, como Pamplona, y Muſo, conociendo haſta el mas bozal inculto genio, que eſtaba vinculada la felicidad al Borja milagroſo: y aſsi le fuè votando cada Pueblo con la miſma ſolemnidad, que ſu Cabeza lo avia executado: ſiendo Governador del nuevo Reyno Don Martin de Saabedra, à quien iban dando aviſo las Ciudades, y Pueblos de ſu voto. Y obſervaba con admiracion èl miſmo, que apenas ſe eſtablecia ſolemnemente el voto, quando iba afianzandoſe por todas partes el ſuelo: como que la tierra ſe huvieſſe eſtremecido por eſte fin ſolo: Añade eſte grande teſtigo, que haſta el año de 46. que ſaliò de aquel Reyno, no avia repetido el temblor horroroſo, que era tan frequente por aquel vaſto cuerpo, como en el Rey de las fieras el rigor tremulo del frio. Bolviò con todo eſſo à ſonar eſte formidable eſtruendo, que introduce haſta en los montes ſuſto de la ſeguridad en ſu aſsiento; quizà porque ſe enfriaba el amor à ſu Patron milagroſo, queriendo el Cielo, que en cada corazon de aquella Provincia eſtè ſiempre ardiendo una lampara al culto de San Franciſco de Borja: el qual amansò nuevamente la ira del elemento del ayre, y el de la tierra, que chocaban furioſamente ſobre apoderarſe de la campaña; y el brazo de Borja hizo la tregua, y aun la paz, entre ambos elementos, que obedecieron eſtando furioſos, y con las armas en las manos. Fuè dilatandoſe la voz, y la gloria de eſtos ſuceſſos por otros bien diſtantes mundos, llevando el ſonido, y el eſcarmiento los miſmos elementos. En la Provincia de los Maynas treſcientas leguas de Quito ſe fundò la Ciudad de San Franciſco de Borja, ſiendo el Principe de Eſquilache ſu Nieto Virrey de Lima, eſtendiendoſe de mundo en mundo ſu fama, haſta llenar con ſu reſpiracion la tierra.

En Napoles el dia ocho de Septiembre del año de 1694. padeciò baybèn impetuoſo cada ſobervio edificio, inquietandoſe la tierra en ſu miſmo centro al vèr que le ocupava otro elemento eſtraño: de ſuerte, que la que ſe llamò feliz campaña, theatro hermoſo à la delicia; avia paſſado à ſer infeliz campo del horror, y de la tragedia. Recurrieron afectuoſamente à la interceſsion de Borja, que tiene tanto imperio en los temblores formidables del terremoto, como en los que ocaſiona el frio de la terciana en el cuerpo humano: y fuè elegido Patron de aquella Ciudad, y dè aquel florido Reyno, ſiendo Virrey el Excelentiſsimo Señor Conde de Santiſtevan, cuya gran Caſa tiene tan reciprocos lazos de amor, y de fiel correſpondencia con la de Borja, y tanto parenteſco con la dicha: ſiendo ſu quinta Nieta la Excelentiſsima Señora Virreyna. Todo el aparato, y la mageſtad de aquella pompa, ſe halla en una deſcripcion ſuccinta, que el año de 95. ſe diò à la eſtampa, donde dezia: *Unidos pues, todos los nobiliſſimos ſexos de eſta fideliſſima Ciudad, decretaron con univerſalidad de votos, deberſe elegir por Patron de dicha Ciudad, y Reyno contra los terremotos à San Franciſco de Borja: ſolicitòſe el conſentimiento, y aprobacion, que de parte de lo Ecleſiaſtico ſe neceſſita: uno, y otro ſe conſiguiò con felicidad; promoviendo ſu concluſion el zelo del Eminentiſſimo Señor Cardenal Cantelmo, Arzobiſpo de Napoles; y obtenida de la Santidad del Romano Pontifice Inocencio Duodezimo eſta gracia à favor de ſu Patria, paſsò eſta fideliſſima Ciudad à otorgar la Eſcritura de eleccion en Patron ſuyo, y del Reyno à San Franciſco de Borja, como ſe hizo, viniendo en forma los Iluſtriſſimos Señores Diputados à la Igleſia de San Franciſco Xavier, y San Franciſco de Borja, que fundò la Excelentiſſima Señora Doña Catalina de la Cerda, y Sandoval, Nieta del Santo, Condeſa de Lemos, Virreyna, que fuè de Napoles: y en preſencia de innumerable concurſo, llamado de la curioſidad, ſe leyò el inſtrumento de la eleccion; interponiendo los Iluſtriſſimos Señores Diputados la ſagrada religioſa ceremonia del juramento ſobre los Evangelios Santos, como es eſtilo. Aſſentada con ſatisfaccion, y jubilo la concluſion deſeada, ſe cantò ſolemnemente el Te Deum: y hecha la entrega juridica de la rica Eſtatua, y precioſa Reliquia del Santo Patron à los Iluſtriſſimos Diputados deſta fideliſſima Ciudad, que de-*

vo-

votamente la adoraron , ſe retirò dicha Eſtatua à un Armario de la Igleſia en cuſtodia , cerrando , y llevandoſe la llave uno de los Señores Diputados. Paſſa luego aquella miſma pluma à deſcrivir las fieſtas, que por eſpacio de ocho dias poblaron à Napoles de glorias , y los corazones de eſperanzas. Deſde entonces tomò eſtabilidad la tierra , ſin que gima con la immenſa peſadumbre , que en cada monte oprime ſu eſpalda : y deſde entonces hizieron firme aſsiento los edificios de aquella Ciudad opulenta , que es la gloria de Italia , delicia de nueſtra Monarquia , y que pudiera ſer vanidad de la Europa.

CAPITULO ULTIMO.

FAVORECE MILAGROSAMENte Borja en los aſcenſos , ò eſcalones de oro del Templo de la Fortuna : ſiendo abogado de las felicidades en la tierra : ſublimando à muchos à la cumbre mas alta : y cuydando de que no los deſvanecieſſe la altura , ni peligraſſen en la ruìna , al miſmo tiempo que atrahe los corazones al deſengaño , y al deſprecio del mundo.

§. I.

ESte Gran Valìdo de la Fortuna al tiempo miſmo , que lo ſupo ſer de la Gracia , y governar con acierto una , y otra rienda : junta en un dechado divino la eſtatua del deſengaño , y la de aquella Dioſa , à quien deſmintiò lo ciego , y fixò las ruedas à ſu carro , acreditando el nombre de la Providencia haſta con el vulgo, que le uſurpa ciegamente el apellido. Fueron muchos los hombres de merito , à quien Borja diò milagroſamente la mano; yà quando vivo deſde el Solio : yà deſde el Cielo , y los que treparon à lo alto arrimandoſe à eſte Arbol glorioſo. Debiendo con razon llamarſe Abogado de la proſperidad aquel eſpiritu , que pisò oſſadamente todas las felicidades al ſuelo , y ſus flores , ò eſperanzas al campo. Y lo que es mas prodigio , uniendo eſta felicidad con la del Cielo , y diſponiendo que ſubieſſen por gradas de oro ; quando las dichas humanas ſon aquellos eſcalones ſin deſcanſo , por donde caſi ninguno ſube , y baxan muchos. Vimos la profecia de el Valimiento en el Grande Duquè de Lerma, no queriendo veſtirle la Ropa de la Compañia, ſolo porque le reſervaſſe la Providencia à las glorioſas fatigas de la privanza. Vimos lo que vaticinò à ſu hermano Don Thomàs de Borja , recabando del Cielo , que floreciеſſe ſu dicha al piè de la Eſperanza. Lo que anunciò à ſu hijo Don Fernando de Borja , empezando ſu voz por la felicidad eterna , y feneciendo en la humana, quando ſe hallaba aquel Joven mas deſamparado de la fortuna , y ſe iban cayendo de marchitas las hojas de ſu eſperanza. Y que deſde aquella hora empezò à liſongear el viento la vela , y à moverſe aquella apacible aura, que ſuele ſer precurſor de una dicha. Es verdad , que tal vez calmaba , mas bolvia luego à ſoplar alhagueña ; yà perdia la felicidad de viſta , yà bolvia à cobrarla , queriendo parecerſe ſu Eſtrella à la que conduxo à los Magos al umbral de la dicha. Haſta que deſpues de tan varia fortuna , calzandoſe alas la felicidad , y la eſperanza , diò alcance la ſegunda à la primera , tropezandoſe en la mayor altura la eſperanza con la dicha : y dando eſtabilidad à ſu ligereza en el Palacio de la Emperatriz Doña Maria , donde fuè Mayordomo Mayor Don Fernandò de Borja. No fuè menos admirable el rumbo , por donde encaminò à la Purpura , y à las cumbres de Roma à ſu fiel amigo Cervantes de Gaeta , al Cardenal Eſpinoſa , y à otros innumerables condenados al remo de la eſperanza. De ſuerte , que ſiendo ſin numero los Baſtones , y las Mitras , dos las Tiàras , y diez y ſiete las Purpuras (aunque otros cuentan veinte y una) que iluſtraron las ramas de el glorioſo Arbol de Gandìa , fueron mas las que diſtribuyò ſolo el influxo del Grande Borja (y no menos las que entregò al deſprecio ſu deſengaño) pues apenas huvo honor , ò dignidad en la Monarquia , que no corrieſſe à bañar el merito deſde aquella vena undoſa , que tuvo por caùce ſuyo la prudencia , y por fuente à la dicha.

Solo pudo crecer eſte influxo , deſpues de eſtàr Borja en el Cielo , deſde donde derrama precipitado aquel arroyo de la felicidad , que ſalpica el mundo : pues no caen las dichas como lluvia , ſino ſolo como rocìo. Son innumerables los que aviendo recurrido à Borja , como à Valìdo de la Providencia , han experimentado , que no ſe olvidaba de averlo ſido el Ceſar en la Monarquia Eſpañola. Mas aunque eſtos favores dexan impreſſo en el alma el caracter del que los embia , abultan con todo eſſo mucho mas en el agradecimiento, que en la pluma: pues ſolo reſplandece en ellos una ſingular providencia , ſin que ſe dexe

ad-

admirar aquella operacion milagroſa, que camina ſobre las leyes, y ſobre los impoſſibles de la naturaleza. Solo dirè un particular ſuceſſo del año 1685. en que un devoto del Santo le rogaba un dia con ardiente afecto bolvieſſe los ojos àzia un hermano ſuyo, hombre ſabio, de eſpiritu religioſo, que ſe hallaba en la mas autorizada claſſe del merito: y que ſi fueſſe gloria de Dios, quiſieſſe poner aquella antorcha donde alumbraſſe al exemplo: que fueſſe dorando ſus mieſſes à la eſperanza, y al campo, pues era à tiempo oportuno. Apenas acabò de expreſſar eſte ruego afectuoſo, quando tropezò bien acaſo con un hombre de grande eſpiritu, y que tenia no poca autoridad en el mundo: que le preguntaba, ſi ſu hermano iria guſtoſo à ſer Obiſpo àzia un clima remoto? Siendo aſsi, que nunca avian hablado ſobre eſte punto: y aviendole reſpondido con agradecimiento: deſpues de pocos dias ſe le confiriò el Obiſpado, de cuya Dioceſi, Ciudad, è Igleſia es Patron San Franciſco de Borja, y donde ha ſembrado de milagros la campaña, naciendo unos, y otros en aquel terreno fecundo de aquel grano, à que ſe compara la Fè confiada, y animoſa en el Evangelio. Ni fueron pocos los que sacò de las garras de la deſdicha, obligandola à una cobarde fuga: y diſponiendo que la deſgracia pareciesſe felicidad en la poca vida.

Mas la felicidad humana ſuele hazer con la virtud heroyca lo que con el muro la yedra, ſiendo mal ſanos à la alma los eſpiritus, que engendra la dicha, y el valimiento con la fortuna. Sabìa el prudente Borja, que la liſonja es un ayre dulce, que mientras regala blandamente la oreja, ſe và calando con el engaño haſta el alma. Por eſſo fuè el ſegundo, y mayor milagro de Borja en eſta materia, que caſi todos los que ſublimò ſu influxo à la altura, mantuvieſſen la ſeguridad, y la virtud en la cumbre de la montaña mas ſobervia, donde caſi ſiempre ſe experimenta alguna niebla alta, y muchas rafagas en la cima, aun quando ſe mueſtra mas ſerena la falda. Supo hazer el Divino Borja, que doblaſſen el cabo tormentoſo de la dicha, y arribaſſen ſin naufragio à la playa. Fuè uno de los que exaltò ſu brazo deſde el Cielo al Virreynato de Aragon, y al Arzobiſpo de Zaragoza, deſpues de aver iluſtrado la Mitra en Malaga ſu hermano Don Thomàs de Borja: à quien àzia los ultimos años de ſu vida, aſſaltò de repente un accidente tan violento, que le transformò en piedra, como ſi Palas huvieſſe pueſto ſu eſcudo à la viſta. Puſieronle ſobre el pecho una reliquia de ſu portentoſo Hermano; y al miſmo inſtante bolviò à sì, y al mundo, porque pudieſſe confeſſarſe con penitente gemido, y recibir el Viatico: ſucediendo entonces aquel efecto milagroſo, que quiero referir por la pluma de Don Martin Carrillo en la Hiſtoria de San Valero. (aunque calla el ſecreto influxo de aquella inviſsible mano) *Enfermò*, dize, *à primero de Septiembre Miercoles, de unas calenturas malignas, y fuertes; de manera, que le quitaban del todo el ſentido. Coſa maravilloſa, y ſeñal de ſu ſalvacion, que tratando de adminiſtrarle los Sacramentos; por no eſtàr en sì, ſe le vino à aliviar del todo la calentura, y tener perfecto, y entero ſentido, con el qual hizo una Confeſſion General con el P. M. Fr. Thomàs Vazquez, Lector de Theologia de la Orden de San Franciſco, Guardiàn del Colegio de San Diego; y acabada, bolviò otra vez la calentura, como antes; y el dia ſiguiente à la hora, que podia recibir el Sacramento por Viatico, bolviò en ſu perfecto ſentido::: Recibiò con grande devocion el Viatico, y luego le bolviò la calentura, y enagenamiento, haſta el ſiguiente dia à la miſma hora, que recibiò el Sacramento de la Extrema-Uncion. Y acabandola de adminiſtrar, bolviò la calentura con enagenamiento, haſta el ſiguiente dia, que le ayudamos à morir: ſabiendolo, y entendiendolo, y haziendole la recomendacion del alma: muriò Martes à ſiete del miſmo mes, año 1610. con grande quietud, y grande admiracion de los que nos hallamos preſentes.* Haſta aqui aquel teſtimonio, en que ſe viò acreditado el poderoſo influxo de Franciſco, y de la verdad de ſu vaticinio: afirmando tambien otras plumas, que derramaba aquel Paſtor moribundo tan impetuoſo llanto las vezes, que el furor pauſaba en el juizio, que no parecia poſsible huvieſſe tanto caudal en un pecho humano, aunque ſe fueſſen derritiendo en lagrimas todos los quatro humores del cuerpo, haſta ſalir fluctuante el eſpiritu.

Hiſtor. de S. Valero, pag. 292.

* * * * * * * * *
* * * * * *
* * *

§. II.

§. II.

Y No teniendo apenas numero los que ſublimò Borja al honor, y al valimiento, ſon muchos mas con todo eſſo los que ſacò de aquel golfo, y ſubiò à la cumbre de el deſengaño, de que fuè tan inſigne Maeſtro en el mundo: y no lo es menos deſde ſu Urna; porque no eſtà olvidada ſu ceniza, ni ſu alma de que ſacò de otro cadaver ſu luz, ſu deſengaño, y ſu felicidad toda. A quantos grandes eſpiritus arrancò ſu voz, y ſu exemplo de las Cortes mas ſobervias de el mundo, y de entre las liſonjas de Palacio: y los retirò à la oracion, y à dàr peſo al viento con el merito de el ſuſpiro? A quantos ſacò deſde el ſitial de la fortuna, y los reduxo à una humilde choza? No quitò al iluſtre Antonio de Cordova, ſu pariente cercano, la Purpura caſi de el ombro; y à lo menos no raſgò la eſperanza, que ſe iba yà encendiendo, y mudando color con la vecindad de el murice glorioſo, por traerle donde mendigaſſe à la vida el alimento, y vivieſſe deſnudo de el honor, y de sì miſmo? No arrancò de entre los Laurèles al Ceſar victorioſo, haſta introducirle vivo entre los funeſtos Cypreſes de un ſepulcro: verdad de que el Duque de Villa-Hermoſa diò noble teſtimonio? A quantos fuè enſeñando el camino con la mano de Mercurio, y ſeñalando con el dedo la ſenda del deſengaño? Eſte es el aſſumpto en que fuè mas hazañoſo ſu eloquente exemplo, como vimos en el Libro Quarto: donde ſacò à tanto Joven las eſperanzas de el ſeno, y deſpues de eſparcirlas à ſus ojos por el ayre vago, los conduxo blandamente al deſprecio, y al ſilicio, y à no buſcar otra gloria, que la de Dios, y la de ſu Cielo. La Venerable Damiana (cuya Vida eſtampò en luz el Padre Juan de Cardenas, ſabio Jeſuìta) mereciò ſobre eſta facunda materia raras iluſtraciones de el Borja: en cuyo deſprecio de el mundo apacentaba aquella extatica muger ſu eſpiritu quatro meſes al año, bebiendo en aquel ſublime profundo ſeno la fuente mas pura al deſengaño: doctrina, que le dictaba Borja deſde el Cielo, y la fuè revelado con admirable enfatico modo, que toda la perfeccion ſublime de Franciſco ſe compendiaba en el amor; y en el aborrecimiento. Con aquel principe afecto ſe emboſcaba el corazon, mudado en real pollo, en los abyſmos de el Sol Divino; con eſte caſtigaba ſus ſoberanìas al mundo en el deſprecio. Eſtos fueron los dos polos en que eſtribò aquel alto Cielo: eſte fuè el quicio, ſobre que ſe reſolviò la gran maquina de la perfeccion de el Borja Santo, abriendo dos puertas à la imitacion, y al aſſombro.

Hinc evenit, quod Imperator Carolus Quintus, glorioſæ memoriæ ſe retraxerit in Conventum Sancti Juſti, Ordinis S. Hyeronimi.

Carden. en la Vida de la V. Damiana de las Llagas, l. 1. cap. 15.

No ha mucho tiempo, que un milagroſo ſecreto impulſo de el Borja arrancò à una valiente alma de el regazo de la dicha, y de la grandeza, à ſepultarſe en las eſtrechezes de una gruta, donde no le encontraſſe la embidia, ni aun apenas la laſtima, enterrando conſigo otros dos bellos cadaveres en la felicidad, y la eſperanza. Y paſsò de eſta manera:::: Mas adonde irà mi pluma à buſcar yà eſplendor en glorias de Borja? Serà razon ſuſpenderla, no yà en alguna rama, donde buelva à encontrarla la oſſadia; ſino en el miſmo Templo de Borja, donde no la profane la mano, ò la tinta. Si acertò con algun punto de gloria, ſerà bien quebrar la Cytara, porque no pueda cantar otra mortal hazaña; y ſi en tan feliz aſſumpto fuè eſteril de razon, de eloquencia, y de fantaſia, en què objeto podrà ſer fecunda? A lo menos no tendria, que aſſuſtarſe vueſtra humildad (ò Divino Borja) de los elogios de mi pluma: que quizà por eſſo me inſpiraſteis à repetidos ſoplos eſta empreſſa, quando ſe diſponia otra bien corteſana à deſtilar razon mas culta, y à dàr grandes buelos à vueſtra fama; y quiſiſteis que ſonaſſe mi voz ronca, porque no ſe percibieſſe la de un Ciſne lleno de armonìa, que empezaba à morir dulcemente por vueſtra cuna. Es aſsi, que deſeaba formar en eſte confin ultimo de la Hiſtoria un hermoſo paralèlo de los dos mas enemigos extremos de la naturaleza, y dos grandes monſtruos de la Gente de Borja: en el oſſado Duque Valentinos, y en el portentoſo Duque de Gandìa. Aquel, terror inquieto de la Europa, eſcandalo à la naturaleza, y monſtruo, que no le deſconocerian por aborto ſuyo los montes de la Africa. Eſte, eſplendor brillante de la Igleſia, delicias de la naturaleza miſ-

miſma , y uno de los mas bellos monſtruos de la gracia , que en las montañas de la perfeccion mas ſublime tal vez ſe engendra. Mas podrà ſer elogio ingrato al divino ſugeto de mi Hiſtoria , el que ſe ha de colorir de ſu ſangre miſma , rompiendo fieramente una vena tan cercana ; ò tan propria. Fuera de que eſtà yà ſin eſpiritus la pluma , aviendoſe deſangrado à pauſas toda : con que và eſpirando la voz en ella , ſiendo eſta ſu ultima reſpiracion , ò llamarada.

Laus Deo , Virginique Matri.

INDICE
DE LOS CAPITULOS
DE ESTE LIBRO.

LIBRO PRIMERO.

CAP. I. Real eſplendor de la Familia de Borja: ſingulares privilegios, con que la enriqueciò la Silla Apoſtolica: virtudes, y favores, con que ennobleciò el Cielo à muchos hijos deſta Gran Caſa, y Progenitores del Santo Borja, §. 1. pag. 1.

Cap. II. Su milagroſo nacimiento, antes iluſtremente profetizado por ſu glorioſa tia Doña Iſabèl de Borja, §. 1. pag. 8.

Cap. III. Inſigne profecìa de ſu heroyca Santidad: inclinaciones, y primeras virtudes de ſu niñèz, §. 1. pag. 11.

Cap. IV. Muere felizmente ſu Madre la Duqueſa, empezando Don Franciſco en ocaſion tan oportuna à uſar el rigor de la diſciplina. Los tumultos de las Comunidades le ſacan arrebatadamente de Gandìa. Nuevos peligros, de que le libra una milagroſa providencia, y primeros deſengaños, con que le llama, §. 1. pag. 16.

Cap. V. Camina deſde Zaragoza à la Andalucia con ſu Hermana Doña Luìſa de Borja, de cuyas virtudes haze una breve expreſsion la pluma. Recupera el Eſtado de Gandìa el Duque Don Juan con la eſpada, por las oraciones, y lagrimas de ſu hijo el Santo Borja, militando à ſu favor el Cielo con un milagro al darſe la batalla, §. 1. pag. 19.

Cap. VI. Paſſa al Palacio de Tordeſillas à ſervir de Menino à la Reyna Doña Catalina. Buelve à Zaragoza à eſtudiar Filoſofia. Queda victorioſo de los mas crueles liſongeros aſſaltos de el enemigo, §. 1. pag. 22.

Cap. VII. Parte à la Corte del Emperador, llega de paſſo à reconocer la Univerſidad de Alcalà, tropieza en la Calle Mayor à San Ignacio de Loyola, à quien llevaban priſionero unos Miniſtros de juſticia, §. 1. pag. 23.

Cap. VIII. Llega à la Corte del Grande Carlos Quinto, donde entre otros, dà un portentoſo exemplo de honeſtidad, y recato. Llevaſe todo el aplauſo del vulgo en los exercicios galantes de Cavallero, haſta competirle al miſmo Ceſſar el triunfo, §. 1. pag. 25.

Cap. IX. Alcanza el primer lugar en la gracia del Emperador, y de la Emperatriz que tratan de caſarle en Palacio, allanando algunas dificultades el ingenio, y la induſtria de Don Franciſco, §. 1. pag. 27.

Cap. 10. Hazele el Ceſar Marquès de Lombay: la Emperatriz ſu Cavallerizo Mayor. Celebranſe los deſpoſorios con Doña Leonor de Caſtro, Señora de muy alto nacimiento: honran con ſu aſsiſtencia las bodas el Ceſar, y la Emperatriz. La qual favorece con nuevas mercedes à Doña Leonor. Los hijos que nacieron deſte feliz Matrimonio, §. 1. pag. 30.

LIBRO SEGUNDO.

CAP. I. Su valimiento con el Ceſar Carlos Quinto: Lo que fiò el Emperador ſu recato prodigioſo: ſu ocupacion dentro de Palacio: ſu aplicacion al eſtudio de Matematicas, en que fuè Maeſtro de el Ceſar; paſſando de obſervar el Cielo con los ojos à reconocerle con los afectos: ocaſion, en que hazen ligeramente la ſalva ſus deſeos al deſengaño, con que uno, y otro avia de aſſombrar al mundo, §. 1. pag. 36.

Cap. II. Ocupaſe el Marquès en la muſica, y en la caza: ſingular fruto, que experimentaba en ella: exemplo de mortificacion glorioſa, digno de la admiracion, y de la fama, §. 1. pag. 40.

Cap. III. Hallaſe el Marquès aſſaltado de una fiebre malicioſa, que declinò en quartana muy prolixa: arroja los libros, que podian ſer profanos de ſu caſa. Empieza à dàr los primeros buelos ſu contemplacion elevada. Acompaña al Ceſar haſta Barcelona, quando paſsò à conquiſtar à Tunez, y la Goleta, §. 1. pag. 43.

Cap.

Cap. IV. Paſſa el Marquès à Lombardìa, entra con el Emperador por la Provenza, haziendo guerra à la Francia, donde fuè herido de un deſengaño en la muerte laſtimoſa de el inſigne Garcilaſo de la Vega, Principe de la Poeſia Eſpañola, y le aſsiſte en aquella hora, esforzandole con eſpiritu, y eloquencia Chriſtiana, §. 1. pag. 47.

Cap. V. Muere la Emperatriz Doña Iſabèl: llevan ſu cadaver à Granada los Marqueſes de Lombay: en el camino viò delante de sì veſtida de gloria à ſu ſanta Abuela, que reſpiraba en aquel punto en Gandìa, y le alentava à caminar con mas eſpiritu, y mas esfuerzo àzia la altura, §. 1. pag. 53.

Cap. VI. Eſpantoſa mudanza, que causò en el corazon de el Marquès de Lombay, quando abriò la urna para hazer la entrega en el Panteon Real de Granada, §. 1. pag. 56.

Cap. VII. Revela Dios en Gandìa eſta milagroſa mudanza del Marquès al miſmo tiempo, que ſe repreſentaba en Gandìa aquella tragedia. Aparece glorioſa el alma de la Emperatriz Doña Iſabèl. Confirmaſe en ſus propoſitos el Marquès de Lombay con un admirable Sermon del Apoſtol de Andalucia el Maeſtro Avila. Raros prodigios que obrò en muchos corazones eſte deſengaño de el Marquès, contemplando profundamente en algun retrato ſuyo, §. 1. pag. 61.

Cap. VIII. Buelve el Marquès lleno de aſſombro à la Corte, y al Palacio executa una accion heroìca derribado à los pies del Almirante de Caſtilla. Pide licencia al Ceſar para retirarſe à Gandìa, y ſe la niega, haziendole Virrey de Cataluña, §. 1. pag. 64.

Cap. IX. Su infatigable zelo, y ſu admirable prudencia en el Virreynato de Cataluña. Su generoſidad en ſocorrer à los infelices, y con grandes limoſnas à los pobres, §. 1. pag. 68.

Cap. X. Altos modos de oracion, que yà por eſte tiempo tenia el Virrey; que con guſto de la Marqueſa Doña Leonor muda en comercios de Angel el amor, y trato conjugal, §. 1. pag. 72.

Cap. XI. Crueles rigores, con que ſe afligia, extenuando con aſſombroſo exemplo ſu robuſtèz corpulenta, haſta doblar ſu miſma piel por el cuerpo en forma de veſtido, y quedar hecho penitente eſtatua de sì proprio, §. 1, pag. 76.

Cap. XII. Deſcubre el Cielo la eminente cumbre de ſantidad, à que iba ſubiendo el Marquès: trahe à ſu Palacio, y à ſu compañia el Venerable Fr. Juan de Texeda, de cuyas glorias ſe trata, y à quien deſcubriò el Cielo toda la perfeccion à que deſtinaba al Santo Borja, §. 1. pag. 79.

Cap. XIII. Aviſa con luz del Cielo al Emperador, que no emprendieſſe la infeliz jornada de Argèl: maxima Chriſtiana, y prudente, que practicava el Marquès en todos los negocios arduos, que le conſulta el Ceſar, §. 1. pag. 85.

Cap. XIV. Arriba el Padre Fabro, y el Padre Araoz à Barcelona, y el Marquès ſe aficiona al Inſtituto de la Compañia, ſiendo el primer inſtrumento la Marqueſa: haze los Exercicios eſpirituales de San Ignacio, y le eſcrive à Roma, conſultandole una duda: revelacion, que tuvo entonces San Ignacio de que el Marquès avia de ſer Jeſuìta, §. 1. pag. 88.

Cap. XV. Milagroſo ſufrimiento, y diſcrecion del Virrey en un lance repentino de honor: cuydado, que tuvo el Cielo en prevenir eſte rieſgo; y ſingular regalo, con que ſe hallò deſpues favorecido, §. 1. pag. 93.

Cap. XVI. Và à ſocorrer à Perpiñàn ſitiada del Francès, y entre otros ſocorros fuè el mas poderoſo ſu oracion. Revelacion prodigioſa, de que el enemigo no cogeria la Plaza, ſi la guarnicion fueſſe Catolica. Aſsiſte à las Cortes de Monzon, adonde viene llamada del Ceſſar la Marqueſa de Lombay, trayendo al deſengaño en el pecho, y por adorno el veſtido. Comunicanſe el Ceſar, y el Marquès ſus maximas, y penſamientos en una larga conferencia, §. 1. pag. 97.

Cap. XVII. Muere el Duque Don Juan ſu Padre: conſigue el nuevo Duque licencia para paſſar à Gandìa: admirable exemplo con que governaba ſu familia, y ſu Eſtado: magnanimidades de aquel corazon generoſo. Conſuelale el Sumo Pontifice en la muerte de ſu Padre, y rehuſa el honor del Capelo, que le ofrecia para un hijo ſuyo, §. 1. pag. 101.

Cap. XVIII. Haze ſegunda vez en Valencia los Exercicios de San Ignacio, donde procura eſpantarle viſiblemente el comun enemigo. Deſcubre la traìcion de un engaño oculto con luz del Cielo. Tiene aviſo por los mas fieles

les conductos, de que no entregarian à Gandìa los Moriſcos. Exemplos de humildad, y deſprecio de el Mundo, que diò en eſte tiempo, §. 1. pag. 107.

LIBRO TERCERO.

CAp. I. Habla con voz ſenſible un Crucifixo al Santo Borja, dexando en ſu alvedrio la muerte, ò la vida de la Duqueſa; que deſpues ſe le aparece veſtida de gloria, eſtando yà el Duque en la Compañia, y le revela la predeſtinacion de ſu hijo Don Juan de Borja, §. 1. pag. 114.

Cap. II. Funda el Colegio, y Univerſidad de Gandìa, el Convento iluſtre de Padres Dominicos en ſu Villa de Lombay, llevando entre ſus primeros Fundadores à San Luìs Beltràn: Haze otras inſignes Fabricas para ſeguridad de ſus Dominios, y utilidad incomparable de ſus Vaſſallos. Multiplica Dios milagroſamente en ſus manos las rentas para tan iluſtres fabricas, y limoſnas, §. 1. pag. 118.

Cap. III. Haze el Duque tercera vez los Exercicios de San Ignacio, con aſsiſtencia del Padre Fabro, inſigne Maeſtro de eſpiritu, con quien Nueſtra Señora del Milagro hizo aora en Gandìa uno el mas portentoſo. Alcanza de Paulo III. la confirmacion deſte Volumen divino, y plenaria Indulgencia para los que ſe exercitàren en el eſtudio, y meditacion ſublime de eſtas maximas de Ignacio. Fervor de los primeros Jeſuitas en Gandìa, y ſus contornos, y como les esforzaba el Duque en ſus miniſterios, §. 1. pag. 124.

Cap. IV. Delibera el Duque profundamente ſobre la Religion, que debia elegir para el mayor agrado de Dios: Dexaſe vèr MARIA SANTISSIMA cercada de Mageſtad, y de hermoſura, y le manda entrar en la Compañia; obligaſe à eſto con particular voto. Viſion myſteriosa, que tuvo en eſte tiempo, §. 1. pag. 129.

Cap. V. Deſpacha el Duque un expreſſo à San Ignacio, en que le dà noticia de el voto, que avia hecho, deſeando paſſar luego à ſer hijo ſuyo, deſpues de aver viſto bañada de reſplandor en el Cielo el alma de Fabro. Reſpueſta de San Ignacio à Borja, à quien viſita el inſigne Padre Miguèl de Torres, por orden de ſu Gran Patriarca; y Franciſco tiene aviſo de el Cielo, de que ſu Hùeſped dichoſo era predeſtinado, §. 1. pag. 132.

Cap. VI. Eſtudia Theologia el Santo Borja, aſsiſtiendo entre los otros Diſcipulos humildemente en la Aula publica: graduaſe de Doctor en ella, y adquiere tanto nombre de ſabio, que fuè ſeñalado para Theologo de el Concilio de Trento. Noticia, y elogio de ſu primer Maeſtro, y de la Compañia toda en el Colegio de Gandìa, §. 1. pag. 136.

Cap. VII. Và el Duque tercera vez à las Cortes de Monzòn, obligado del Principe Don Felipe. Haze ſecretamente Profeſsion ſolemne en la Compañia, manteniendoſe Duque en la apariencia, aviendo obtenido facultad de Paulo III. huyendo deſte modo el honor de vivir en Palacio Mayordomo Mayor de Felipe Segundo, §. 1. pag. 141.

Cap. VIII. Pone à ſus hijos en Eſtado mereciendo eſpecial direccion de Dios para el acierto, y dando exemplo de admirable recato. Viene à viſitarle à Gandìa el Obiſpo de Cartagena, y buelve lleno de aſſombro à Murcia con portentoſa mudanza de vida; lleva conſigo al Padre Andrès de Oviedo, que le inſtruye en los Exercicios de San Ignacio, §. 1. pag. 145.

Cap. IX. Abreſe el Cielo, eſtando el Religioſo Duque en oracion, y derrama ſobre ſu cabeza globos de luz. Repreſentaſele en forma de Etiope el Demonio, que huyè confuſo, dexando ſeñalada ſu fuga en una piedra hermoſa, que ſervia de ventana al Oratorio. Raros exemplos de humildad, y otras virtudes heroycas, que diò el Duque por eſte tiempo, §. 1. pag. 149.

Cap. X. Deſpideſe tiernamente el Duque de ſus hijos, y vaſſallos, y camina lleno de eſpiritu à Roma, para nunca bolver mas el roſtro à los Muros de Gandìa. Aſſombroſos exemplos de humildad, y penitencia, que diò en eſta jornada, y dexò bien eſtampados en las Cortes de Florencia, Parma, y Ferrara, haſta llegar triunfante à las puertas de Roma, y arrojar à los pies de Ignacio los deſpojos de la Grandeza, §. 1. pag. 152.

Cap. XI. Recibe San Ignacio al Duque en ſus brazos con indecible gozo: admira la inſigne devocion de Borja à la Corte Romana, donde es favorecido con ſingulares demonſtraciones de cariño del Papa Julio Tercero. Hazañas de ſu humildad heroyca den-

tro del Colegio de la Compañia, §. 1. pag. 159.

Cap. XII. Pide licencia el Duque al Ceſar Carlos Quinto, para renunciar ſu Eſtado. Quiere hazerle Cardenal el Papa Julio Tercero: ſale fugitivo de Roma à la Provincia de Guypuzcoa; y viſita en la Gran Caſa de Loyola el ſitio dichoſo, donde naciò San Ignacio, §. 1. pag. 163.

Cap. XIII. Renuncia el Ducado de Gandìa en ſu hijo el Marquès de Lombay: viſte la ropa de la Compañia de Jesvs, bañado el roſtro en lagrimas de conſuelo: admiracion, que causò eſta mudanza en el mundo, §. 1. pag. 165.

LIBRO QUARTO.

CAp. I. Ordenaſe de Sacerdote, y dize la primera Miſſa en el ſitio dichoſo donde naciò San Ignacio. Predica con aſſombro de los Pueblos convezinos, mereciendo el renombre de Apoſtol de los Cantabros. Nuevos fervores de ſu alma en el Noviciado de la Compañia; rompiendo con el aràdo la tierra diò un exemplo, de que apenas ſe hallarà dechado en la Hiſtoria, §. 1. pag. 168.

Cap. II. Viene à Oñate mucha nobleza atraìda de ſu fama, unos à verle, y otros à ſeguirle en la Compañia, extendiendoſe la eficacia de ſu exemplo à otras Provincias de Europa. Deſea el Infante de Portugal Don Luìs imitar eſte deſengaño, y eſcrive al Padre Franciſco, §. 1. pag. 172.

Cap. III. Camina Franciſco à Pamplona à inſtancias del Virrey Duque de Maqueda. Zelo Apoſtolico, con que exercita en aquella Ciudad los miniſterios de la Compañia. Milagroſo talento de Pulpito, que le infundiò alli el Eſpiritu Santo. Paſſa à hazer Miſsiones à Vergara, Bilbao, y Vitoria, y otros Lugares populoſos de las tres Provincias, con indecible fruto de las almas, §. 1. pag. 177.

Cap. IV. Paſſa à la Corte de Orden de San Ignacio, à Toro, Salamanca, Tordeſillas, y otras Ciudades, obrando ſu predicacion, y ſu trato milagroſas converſiones. Eſpiritù de profecia, con que reſplandeciò en eſta jornada. Singular prodigio, que obrò en Tordeſillas con ſu hija la Condeſa de Lerma, §. 1. pag. 183.

Cap. V. Traſplanta à los Reynos de Caſtilla la Deſcalcèz glorioſa de Santa Clara de Gandìa. Arrebatado ſobre sì meſmo deſde el Pulpito ſe viò en extaſi prodigioſo. Buelve à Oñate, y recaba ſu oracion fervoroſa, que no le obligaſſen à veſtir la Purpura; de la qual huye repetidas vezes, renunciando otros grandes honores, §. 1. pag. 190.

Cap. VI. Haze Miſsion en las Ciudades de Calahorra, Logroño à ruegos de ſu Gran Prelado. Paſſa de orden del Arzobiſpo Cardenal Mendoza à la Dioceſi de Burgos, donde reforma el Clero, y obra maravillas con ſu voz deſde el Pulpito, y con los Exercicios de San Ignacio. Camina à Lisboa llamado del Rey Don Juan el Tercero; y hazen ſu oracion, y ſu fé en eſta jornada, un ſingularisſimo prodigio, §. 1. pag. 196.

Cap. VII. Incomparable amor, con que fuè tratado de los Reyes de Portugal. Admiracion que causò ſu predicacion, y ſu vida en la Corte de Lisboa; ſingularmente en Palacio, que ſe transformò en Monaſterio. Buelve à Caſtilla iluſtrando de paſſo à Evora, y Villa-Vicioſa, §. 1. pag. 200.

Cap. VIII. Viene à Medina de el Campo, deſde donde embia à la fundacion de Avila los primeros Jeſuìtas, en quienes hallò luz, y conſuelo Santa Thereſa. Paſſa à iluſtrar la Andalucia, donde dexò eſtampado un heroyco exemplo de paciencia. Buelve à Caſtilla, y enſeña Theologia en Valladolid, y en Alcalà. Y ſe halla ſorprendido con la tragica noticia de los Vandos de Valencia, §. 1. pag. 204.

Cap. IX. Portentoſas transformaciones, que obraron ſu predicacion, y virtudes, en la Corte de Valladolid, en la de Madrid, en Alcalà, y otras Ciudades. Eſtudio, y llanto, con que ſe diſponia para ſubir al Pulpito. Sentimiento del comun enemigo en la cruel guerra que le hazia el fervoroſo zelo de Borja, §. 1. pag. 211.

Cap. X. Nombra San Ignacio al Padre Borja Comiſſario General de Eſpaña, para dilatacion, y gloria de la Compañia. Su rara pobreza, y mortificacion en la fatiga de los caminos: Su zelo en el bien eſpiritual de los Subditos: Sus Milagros en los ſocorros de los Colegios, §. 1. pag. 218.

Cap. XI. Eſpantoſa mudanza, que hizieron las lagrimas, y oraciones de Borja

en el corazon de Don Gutierre Carbajal, Obiſpo de Plaſencia, adonde dà glorioſo principio à un Colegio de la Compañia. Paſſa à la Ciudad de Alcalà, y entrando en aquella Univerſidad famoſa, le ſalen à recibir en la feſtiva lengua de el eſclarecido Padre Maeſtro Mancio la diſcrecion, y la alabanza, §. 1. pag. 224.

Cap. XII. Paſſa à fundar el Colegio de Sevilla, donde fuè viſto bañado en luz en una Igleſia. Inſigne Profecia de Borja acerca de la Compañia en aquella Ciudad famoſa. Funda eſtudios en muchos Colegios. Predice los grandes ingenios, y hombres ſabios, con que avia de florecer la Compañia en los tiempos venideros. Buelve à la reſidencia de San Lucar, donde convierte à Melchor Marcos, ſu Compañero inſeparable deſpues tantos años, y en tantos caminos. Paſſa por Granada debuelta à Caſtilla, §. 1. pag. 228.

Cap. XIII. Aſsiſte à la muerte de la Reyna Doña Juana, y ſu oracion le reſtituye milagroſamente el juìzio, con aſſombro, y conſuelo de toda la Monarquia. Sabe que el Papa Paulo Quarto reſolvia tomarle por inſtrumento, para declarar deſde los Pulpitos excomulgado à Felipe Segundo, y alcanza de Dios le borre de el alma eſte penſamiento, §. 1. pag. 234.

Cap. XIV. Funda un Noviciado en Simancas, teatro de raras mortificaciones ſuyas, virtudes, y glorias: donde fuè iluſtrado ſu humilde eſpiritu con los mas altos, mas ſecretos favores de el Cielo, ſingularmente con la dichoſa noticia, de que era predeſtinado, §. 1. pag. 239.

Cap. XV. Terribles perſecuciones contra la Compañia en Eſpaña, invencible ſufrimiento de Borja, cuyas lagrimas fueron el Santelmo de la tormenta. Padece mortales accidentes ſu corazon, que oprimido de el mal, y de la anguſtia, ſolo halla alivio en la muſica, en las lagrimas, y en la gloria, §. 1. pag. 243.

Cap. XVI. El Ceſar retirado del mundo, y de sì miſmo, y traìdo de el exemplo de Borja, le llama à Juſte, deſeoſo de que abandonando la Compañia, ſe quedaſſe en aquel Monaſterio, ò ſe paſſaſſen ambos à la Gran Cartuxa. Prevenido de el Cielo el Santo Borja, preocupa al Ceſar, y le deſarma, y aun le conquiſta todo el afecto àzia el nuevo inſtituto. Altas, y myſterioſas conferencias, que tuvieron los dos por eſpacio de tres dias, §. 1. pag. 253.

Cap. XVII. Llega el Santo Borja à la Ciudad de Avila, donde aprueba el ſublime eſpiritu de Santa Thereſa. Elogios que de ſu alta contemplacion, y ſantidad dexò eſcritos la pluma de aquel Serafin. Frequente correſpondencia de eſtos dos eſpiritus abraſados en las cartas, y en los afectos. Caſo horroroſo en la obſtinacion de un Cavallero, à cuya muerte aſsiſtiò Borja con el Crucifixo en la mano, que arroja ſobre aquel obſtinado infeliz ſu ſangre embuelta en indignacion, §. 1. pag. 264.

Cap. XVIII. Buelve llamado ſegunda vez à Juſte San Franciſco de Borja, donde el Emperador le conſulta varias dudas para el rumbo, y el acierto de ſu alma: y haze con el Santo nuevas, y ſingulares demonſtraciones de fineza. Conſuela en la muerte de el Rey de Portugal à la varonil Reyna Doña Cathalina. Paſſa à la Corte de Eſpaña las flores traſplantadas de Gandìa à las Caſas de la Reyna: Viene por Abadeſa la Venerable Sor Juana de la Cruz ſu Hermana, de cuya ſantidad heroyca haze un breve recuerdo la pluma, §. 1. pag. 268.

Cap. XIX. Llamale à Juſte tercera vez el Emperador, deſde donde le deſpacha con embaxada ſecreta à Portugal. Iluſtres profecias, y ſuceſſos milagroſos de eſte viage, haſta dàr la buelta à Juſte, §. 1. pag. 273.

Cap. XX. Predica las Honras de el Emperador, que le deſeò con anſia en ſu ultima enfermedad, y le nombra ſu Teſtamentario en un Codicilo. Embia los primeros Jeſuìtas al Principado de Aſturias, y otras Miſsiones glorioſas à diverſas Provincias, §. 1. pag. 279.

Cap. XXI. Milagros portentoſos, que obrò por eſte tiempo el Santo Borja, dando muchos eſtampidos ſu fama, quando mas quiſo enmudecerla, y mancharla la embidia. Exprime ſangre de un Lignum Crucis delante de la Princeſa Doña Juana. Su ardiente deſeo de paſſar à las Indias à predicar el Santo Evangelio, y derramar ſu ſangre toda por Jeſu-Chriſto, §. 1. pag. 284.

Cap. XXII. Infame calumnia, y horrible perſecucion, que levantò en Caſtilla

el comun enemigo contra San Franciſco de Borja. Lo que Dios regalò ſu invencible ſufrimiento en ella: ſaliendo de eſte criſol mas precioſa ſu fama, §. 1. pag. 290.

Cap. XXIII. Paſſa Borja tercera vez à Portugal fugitivo de Caſtilla: y deſpues de aver iluſtrado à Evora, y Coimbra, aſsiſtido à la fundacion de un Colegio en Braga, y admirado à Lisboa, ſe retira à la Ciudad del Puerto, donde ſe dà noble principio à otro Colegio. Paſſa deſde Sanfins à reverenciar el cadaver victorioſo del invencible Patron de las Eſpañas el Apoſtol Santiago, §. 1. pag. 298.

Cap. XXIV. Llega nombrado aſsiſtente de Eſpaña à Roma, donde fuè dos vezes Vicario General de la Compañia. Mueve ſu exemplo, y ſu eloquencia la Corte Romana. Es conſultado, y favorecido del Pontifice Pio Quarto. Alienta mucho ſu trato el eſpiritu ardiente de San Carlos Borromeo. Buſcanle otros Cardenales, y Principes por Maeſtro, y dechado, §. 1. pag. 306.

LIBRO QUINTO.

CAp. I. Aviſa mucho antes el Cielo, que tenia deſtinado para General de ſu Compañia al Borja Santo. Su eleccion recibida con gozo del Papa Pio Quarto, con aplauſo de Roma, y de toda la Igleſia. Raros esfuerzos de ſu humildad, y de ſu ingenio, para rehuir la cerviz à eſte yugo, §. 1. pag. 311.

Cap. II. Maximas ſublimes de prudencia, y de eſpiritu en el govierno de la Compañia, celebradas de los Principes en toda la Europa, que conſultaban un Oraculo en ſu cabeza. Docilidad prodigioſa, con que doblò ſu genio, torciendo el corazon deſde aquel retiro, extatico à mas frequente comercio, acomodando ſu eſpiritu en todo al Inſtituto, al oficio, y à la mente iluſtrada de Ignacio, §. 1. pag. 317.

Cap. III. Su apacible trato, y ſu blandura en el govierno: quanto zelaba la honra de cada ſubdito: ocaſiones, en que mezclaba en la ſuavidad alguna punta de rigor, §. 1. pag. 328.

Cap. IV. Lo que creciò con ſu govierno, y con ſu influxo el cuerpo de la Compañia, dilatado en nuevos Colegios, Provincias, Univerſidades, y glorias, §. 1. pag. 335.

Cap. V. Lo que floreciò el eſpiritu de la Compañia con el Generalato de Borja en virtudes, en Varones inſignes, en exercitos victorioſos de Martyres, y no menos en letras, è ingenios ſublimes, §. 1. pag. 347.

Cap. VI. Embia los primeros Jeſuitas à las Islas Fortunadas, al Perù, y al Imperio Mexicano, poblando de troféos aquel nuevo Mundo, y alumbrando à la gentilidad mas ciega deſde Roma con aquella inextinguible acha, que dà luz, y viſta, §. 1. pag. 354.

Cap. VII. Incomparable amor del Santo Pontifice Pio Quinto à Franciſco de Borja: privilegios, que en atencion ſuya concediò à la Compañia. Alta correſpondencia deſtas dos grandes almas en la mutua comunicacion, y fomento de ſus empreſſas, §. 1. pag. 360.

Cap. VIII. Arma la embidia todas ſus maquinas para arruinar el valimiento de Borja con el Papa: furioſa tormenta, que ſe fraguò en Roma contra el Inſtituto de la Compañia: Serenidad, que amaneciò entre las lagrimas de Borja, con nuevos favores, y elogios de Pio Quinto al combatido Inſtituto, §. 1. pag. 367.

Cap. IX. Paſſa Borja enfermo à Loreto, y buelve milagroſamente convalecido. Conſigue licencia para copiar aquella Imagen divina, que el pincèl de San Lucas hizo vivir en una tabla. Suſpira por dexar el Generalato de la Compañia. Haze la primera translacion de las cenizas de San Ignacio al ſon de la muſica del Cielo, §. 1. pag. 277.

Cap. X. Admirable favor con que Dios honra la Compañia en San Franciſco de Borja, à quien revela la felicidad eterna por eſpacio de tres ſiglos à todos los que perſeveraren, y murieren dentro deſta barca, §. 1. pag. 381.

Cap. XI. Muerte animoſa de quarenta iluſtres hijos de la Compañia, que embiaba à dilatar la Fè en el Braſil el Santo Borja; y los viò entrar ceñidos de laurèl en el Cielo Santa Thereſa. Milagros con que acreditò Dios ſu martyrio. Immortal elogio del Inclito Martyr, y Caudillo el Padre Acebedo, cuyo cadaver deſangrado guardò en el ſeno del mar profundo una Imagen de MARIA Santiſsima, haſta que ſurgiendo tres dias deſpues de difunto, la entregò à un Vaxèl de Catholicos, §. 1. pag. 393.

Cap. XII. Glorioſo triunfo de otros doze

de

de la Compañia, que paſſaban al Braſil à la miſma empreſſa: terribles caſtigos, con que el Cielo dexò eſcarmentada la crueldad Hugonota, §. 1. pag. 411.

Cap. XIII. Sale Borja en obediencia de la Silla Apoſtolica con el Cardenal Alexandrino à las Cortes de Eſpaña, Portugal, y Francia. Veneracion, y Real aparato, con que en todas partes fuè recibido, eſpecialmente de el Rey Don Felipe Segundo; y humildad invencible con que hurtaba el cuerpo al honor, y al aplauſo, §. 1. pag. 418.

Cap. XIV. Honor con que fuè recibido en la Corte de Madrid, eſcuchando ſu voz el Rey Felipe Segundo, como reſpueſta de Oraculo. Trata felizmente las dependencias, que avia pueſto à ſu cuydado el Papa Pio Quinto, y entre otras la competencia reñida entre los Tribunales Real, y Ecleſiaſtico, §. 1. pag. 426.

Cap. XV. Entra en la Corte de Portugal acompañado del honor. Alcanza del Rey Don Sebaſtian todo lo que el Pontifice deſeaba à favor de la Liga. Serena la borraſca, que avia concitado la embidia contra la inocencia en el Padre Luìs Gonzalez, Confeſſor de aquel Joven Monarca, §. 1. pag. 432.

Cap. XVI. Paſſa à la Corte de Francia con el Cardenal Legado en buſca del Rey Carlos Nono, ſembrando lagrimas, profecias, y glorias por todo el camino. Canta repetidamente ſu muerte dichoſa en los confines de Eſpaña, y en los de ſu vida, §. 1. pag. 439.

Cap. XVII. Sale doliente de la Francia, y entra cantando ſu feliz muerte por la Italia, haſta llegar milagroſamente vivo à las puertas de Roma. Muere el Pontifice Pio Quinto con inconſolable dolor del Santo. Voz profetica de Borja al fenecer eſta jornada, y la carrera de ſu vida, §. 1. pag. 446.

Cap. XVIII. Muere precioſamente; y arrebatado ſu eſpiritu, poco antes de arrancarſe del Cuerpo, por tres horas en un extaſi divino, viò en la gloria el ſublime trono, que ſus virtudes avian labrado. Suceſſo portentoſo del cadaver en credito de ſu compoſtura con Don Thomàs de Borja. Concurre toda la Grandeza, y Plebe Romana à venerar caliente ſu ceniza. Dexaſe vèr luego veſtida de el Sol ſu felìz Alma. Retratos de ſu ſemblante, y perfecciones en los pincèles, en los elogios, y mas vivamente en ſus eſcritos, §. 1. pag. 454.

Cap. XIX. Trasladaſe ſu glorioſa ceniza à la Corte de Eſpaña. Honra ſus virtudes la Santa Igleſia. Hazaña de ſu milagroſa Reliquia, que antes de ſu Beatificacion llenò de aſſombro la Monarquia Eſpañola. Nuevo, y mucho mas portentoſo ſuceſſo, que obrò en Roma antes de ſer Canonizado. Pueblaſe de Luminarias el mundo, ſingularmente la Corte de Madrìd, donde arde en glorias la Caſa Profeſſa, y el Colegio Imperial, §. 1. pag. 463.

LIBRO SEXTO.

CAp. I. Breve mapa, que deſcribe la grandeza de la Santidad de Borja, celebrada del miſmo Dios, de los Hombres, de los Angeles, de los Demonios; y lo que es mas admirable, aplaudida con immortal elogio de el miſmo Borja Santo, à deſpecho de ſu humilde eſpiritu, §. 1. pag. 473.

Cap. II. Iluſtres proezas de la humildad de Borja, que ſe hizo admirar haſta en el mas infeliz ſeno de la tierra. Admirables exemplos deſta virtud heroyca, con que enriqueciò la Compañia, y la Igleſia; y fuè el principal aſſumpto de aquella grande alma, §. 1. pag. 480.

Cap. III. Ardiente amor à Dios, y à la Humanidad de Chriſto, en que ſe abraſaba ſu pecho, ſaliendo repetidamente la hoguèra à inundar el roſtro, y calentando al divino San Stanislao, quando le acercò à ſu ſeno. Anſias de padecer, que ſacaban mucha ſangre por la viſta al corazon de Borja. Frequentes coloquios, en que eſcuchaba ſenſiblemente la reſpueſta divina, y la voz de Chriſto deſde una Eſtatua, §. 1. pag. 489.

Cap. IV. Prodigioſo afecto, y ternura de Borja con el Auguſto Sacramento de la Eucariſtia. Raptos frequentes, que padeciò en la Miſſa, bañando à vezes en reſplandor toda la Igleſia. Fè, ò luz milagroſa, con que deſcubria indefectible ſu eſpiritu, donde huvieſſe Sacramento. Devocion admirable à la Reyna del Cielo, y favores dulciſsimos, que recibiò de aquella generoſa divina mano, §. 1. pag. 497.

Cap. V. Zelo Apoſtolico de la ſalud del mundo, que inflamaba el corazon de Franciſco: lo que trabajò en eſta empreſſa con la lengua, y con la pluma en

los

los libros, que diò à la Eſtampa. Converſiones prodigioſas, que obrò por la Europa. Caridad ardiente, que executò con los hombres todos; y ſingular ſolicitud en la aſsiſtencia de los pobres, y de los enfermos, §. 1. pag. 504.

Cap. VI. Sublime contemplacion de Borja, en que gyraba extatico ſu eſpiritu lo mas del dia, mereciendo aquel familiar trato con Dios, que celebra la Theologia Myſtica. Dexaſe vèr muchas vezes bañado en luz, y entre reſplandores de gloria. Libra ſu Oracion à muchas almas del Purgatorio, apagando con ſu lluvia el fuego. Pureza admirable de ſu conciencia, blanqueando continuamente el alma por todo el tiempo, que le durò la vida, §. 1. pag. 512.

Cap. VII. Rigor cruel, y aun tyranìa, con que maltratava ſu cuerpo el Santo Borja, haſta piſar ſus limites à la prudencia, inventando ingenioſamente nuevos artificios con que martyrizar la vida: ſiendo ſu primer deſvelo la mortificacion de los ſentidos, y de las paſsiones de el alma. Y conſervando con eſta aſpereza inculpablemente pura la honeſtidad hermoſa, haſta acreditar el Cielo con un portentoſo milagro ſu modeſtia, §. 1. pag. 517.

Cap. VIII. Mudo ſufrimiento de Borja en las ſinrazones, y en las injurias, que padecia, ofreciendo en la manſedumbre la victima mas eſtimable à la ara. Grande amor, que tuvo à ſus emulos, y lo que executò à favor de ſus mas crueles enemigos al miſmo tiempo, que ſe negaba todo al afecto de ſus hijos, y parientes cercanos, §. 1. pag. 524.

Cap. IX. Singular rendimiento de Borja, con que doblaba ſu voluntad, y ſu razon à la obediencia, reſpetando la ſombra del que huvieſſe ſido Superior ſuyo en la Compañia, aun quando ſe hallaba General de toda ella. Rara veneracion à las maximas, y à las inſinuaciones de San Ignacio de Loyola, §. 1. pag. 531.

Cap. X. Eſpiritu de pobreza, con que reſplandeciò el Santo Borja, deſpues que ſe deſnudò de la Grandeza humana. Exemplos inimitables, que dexò en eſta materia, deſnudando mucho mas el alma de los bienes, y aun de los deſeos de la tierra: y quanto ſolicitaba, que florecieſſe eſta virtud en la Compañia. Lo que fomentaba aquel ſublime eſpiritu de pobreza en la admirable reforma de San Pedro de Alcantara, con quien tuvo frequente, y divina correſpondencia, §. 1. pag. 535.

Cap. XI. Incomparable amor de Borja à la Religion de la Compañia, que expreſſa bien en una carta à San Ignacio de Loyola. Quanto zelaba el honor de ella, y la vocacion de cada Jeſuita. Diſcrecion ingenioſa, con que ſondaba los eſpiritus llamados à la Compañia, §. 1. pag. 543.

Cap. XII. Sencillèz divina del Santo Borja, y candor amable de aquella iluſtre alma, que ſaliò del mundo ſin conocer bien al engaño, à la ſimulacion, y à la mentira. Ingenioſidad rara, con que ſupo hazer una ſantidad heroyca, la mas apacible, tratable, y diſcreta. Buelo arrebatado de la pluma por otras iluſtres virtudes de Borja, §. 1. pag. 549.

LIBRO SEPTIMO.

Cap. I. Milagros, que obrò la Omnipotencia con el miſmo Borja. Dexaſe vèr en el Cielo al ſalir à luz en Gandìa un nuevo hermoſo Planeta, que alumbraba à la ſantidad futura de aquel Niño, y fuè la primera Lampara de ſu Templo. Libra Dios milagroſamente una alma torpemente combatida en deſempeño de la pureza de Borja, §. 1. pag. 555.

Cap. II. Eſpiritu admirable de Profecia, con que fuè iluſtrado Borja, anticipando la dicha, y tal vez la amenaza. Predica el Valimiento de ſu Grande Nieto el Duque de Lerma, y rehuſa admitirle en la Compañia. Ni ſolo anuncia ſu divina lengua lo futuro, ſino que tambien alumbra à lo venidero con los ademanes del roſtro, y de la mano, §. 1. pag. 559.

Cap. III. Imperio que tuvo ſobre los Demonios, lanzando à muchos de los cuerpos, y temblando con ſolo imbocar ſu Nombre aquellos eſpiritus rebelados. Innumerables ocaſiones, en que la humildad de Borja fulminò embuelta en humo ſu ſobervia. Deſprecio frequente con que le trataba, burlandoſe de ſu fiereza de ſu eſtruendo, y de ſu rabia, §. 1. pag. 562.

Cap. IV. Reſucita tres difuntos San Franciſco de Borja con aſſombro de la Corte de Eſpaña. Obra otros grandes prodigios ſu poderoſo brazo mientras vivo

uniep-

uniendo en Alcalà un cuerpo deſpedazado: dando expedicion, agilidad en el Obiſpado de Siguenza à un cuerpo de muchos años tullido: y reſtituyendo los dientes à un grande Miſsionero, porque ſalieſſe bien articulada la expreſſion del deſengaño, §. 1. pag. 560.

Cap. V. Dexaſe vèr veſtido de eſplendor ſu retrato, influyendo deſprecio de el mundo en la Marqueſa de San Lorenzo. Derrama iluſtraciones, y milagros ſu cadaver oloroſo deſde el feretro, y deſpues deſde el ſepulcro: tomando voz ſu ceniza en la Urna. Obra en Napoles un eſtupendo milagro con el Marquès de Alcañizes ſu Biſnieto. Es ſingular Abogado contra las tercianas, dexando vinculado à ſus Reliquias, y à ſu nombre el imperio, que tuvo en ella, §. 1. pag. 570.

Cap. VI. Apareceſe repetidamente con ſemblante de gloria derramando milagros, y dulzuras ſobre la tierra. Dexa impreſſo ſu roſtro en una alma con tanta viveza, que le traslada ſin colores al lienzo con nuevo milagro. Socorre en los partos peligroſos à la confianza, alumbrando à la felicidad, y à la vida, §. 1. pag. 576.

Cap. VII. Haze Borja milagroſamente fecundo deſpues de mucho tiempo un Matrimonio, y dexandoſe eſcuchar ſenſiblemente del oìdo, ofrece al corazon mas noble, y mas devoto iluſtrar ſu Caſa, y ſu Deſcendencia con un hijo. Diverſidad portentoſa de otras maravillas por ſus Reliquias, y eſtampas: ſolicitando la veneracion, y la fé ſu ceniza, y calentando el alma ſolo con ſu memoria, §. 1. pag. 581.

Cap. VIII. Portentoſa Imagen de Borja en el nuevo Reyno de Granada, que abre la mano milagroſamente en la pintura à recibir un obſequio, que ſe le hazia; y buelve à cerrarla à viſta de una muchedumbre immenſa. Muda colores ſu roſtro, y ſe embuelve en ſudor, y en llanto, prediciendo las fatalidades de aquel Reyno, y las que padecia en la Corte de Eſpaña la Caſa Profeſſa al trasladar ſu ardiente centa al frio, que oy ocupa. Sana dos ciegos, dos ſordos, muchos tullidos, y otros enfermos en aquella Provincia con los lienzos, que mojaban en el ſudor de Borja: à quien haze voto de guardar ſu Fieſta. Soſiega los temblores pavoroſos en Santa Fè, Napoles, y en todo el nuevo Reyno de Granada, §. 1. pag. 586.

Cap. Ultim. Favorece milagroſamente Borja en los aſcenſos, eſcalones de oro del Templo de la Fortuna: ſiendo Abogado de las felicidades en la tierra: ſublimando muchos à la cumbre mas alta: y cuydando de que no los deſvanecieſſe la altura, ni peligraſſen en la ruìna, al miſmo tiempo, que atrahe los corazones al deſengaño, y al deſprecio de el mundo, §. 1. pag. 591.

LAUS DEO.

de los

del

padecia, y ofreciendo en la